

# J. G. Ballard

## Cuentos completos



Lectulandia

J. G. Ballard es muy conocido como novelista, pero también era un maestro del relato y del cuento, donde condensaba en pocas páginas una imaginación fértil y un estilo poderoso. En este volumen se reúnen por primera vez todos sus cuentos, que con anterioridad se encontraban dispersos en su amplia bibliografía.

Un libro imprescindible para todos los lectores amantes de la buena literatura y punto de referencia ineludible para todos los que tengan el deseo y la voluntad de escribir. Con estos textos, Ballard demuestra una vez más su dominio de las herramientas del escritor y su capacidad para analizar y diseccionar la sociedad contemporánea.

**Lectulandia**

J. G. Ballard

# **Cuentos completos**

ePub r1.0

Titivillus 21.07.15

Título original: *The Complete Short Stories*

J. G. Ballard, 2001

Traducción: Manuel Manzano Gómez & Rafael González del Solar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## INTRODUCCIÓN

Los cuentos son la calderilla del tesoro de la ficción. Es fácil pasarlos por alto ante la abundancia de novelas disponibles, una moneda sobrevalorada que con frecuencia resulta ser falsa. En su máxima expresión —Borges, Ray Bradbury y Edgar Allan Poe—, el cuento está acuñado en metal precioso y sus destellos dorados brillarán para siempre en el hondo talego de la imaginación del lector.

Los cuentos siempre han sido importantes para mí. Me gusta su cualidad instantánea, su capacidad para centrarse con intensidad en un único tema. También son una forma útil de ensayar las ideas que más tarde se desarrollarán en una novela. Casi todas mis novelas primero fueron esbozadas como cuentos, y los lectores de *El mundo de cristal*, *Crash* y *El imperio del sol* encontrarán esas semillas germinando en algunas partes de esta recopilación.

Cuando empecé a escribir, hace cincuenta años, los cuentos eran inmensamente populares, y algunos diarios publicaban uno nuevo cada día. Por desgracia, creo que la gente de nuestra época ha perdido esa capacidad de leer cuentos, lo cual quizá sea una reacción a las largas y prolijas historias de los seriales de televisión. Los escritores jóvenes —también yo mismo— siempre han considerado sus primeras novelas como una especie de prueba de virilidad; sin embargo, un gran número de las que se publican actualmente habrían sido mejores si se las hubiese reformulado como cuentos. Es interesante que haya muchos cuentos perfectos, pero no novelas perfectas.

El cuento sobrevive, especialmente en la ciencia ficción, que sabe sacarle el máximo partido a su proximidad al cuento popular y a la parábola. Muchos de los relatos de esta recopilación se publicaron por primera vez en revistas de ciencia ficción, aunque los lectores de entonces se quejaban vigorosamente de que no eran ciencia ficción en absoluto.

Pero yo estaba interesado en el futuro real, que podía ver cada vez más cerca, y no tanto en ese futuro inventado que prefería la ciencia ficción. Huelga decir que el futuro es una zona peligrosa, plagada de minas y con cierta tendencia a revolverse y morderte los talones. Un corresponsal me ha señalado que los ordenadores que escriben poesía en mi libro *Vermilion Sands* funcionan con válvulas. ¿Por qué toda esa brillante gente del futuro no tiene PC ni buscapersonas?

Podría responder que *Vermilion Sands* no está ambientado en el futuro, sino en una especie de presente visionario, descripción que se ajusta a los relatos de este libro y casi a todo lo demás que he escrito.

¡Ah!, en cuanto a un ordenador de vapor y un televisor que funciona con el viento... Bueno, ahí tenéis ideas para un cuento...



## PRIMA BELLADONNA

La primera vez que vi a Jane Ciracylides fue durante el Receso, aquella crisis mundial de aburrimiento, letargo y caluroso verano que nos hizo vivir a todos diez años inolvidables y felices, y supongo que eso debió de influir mucho en lo que pasó entre nosotros. Desde luego, no creo que ahora yo pudiera hacer tanto el ridículo, aunque quizá fuera la propia Jane la causante de todo.

Dijeran lo que dijeran de ella, nadie podía negar que era una muchacha de gran hermosura, aunque tenía un pasado genético un poco mezclado. Los chismosos de Vermilion Sands pronto decidieron que tenía gran parte de mutante, porque lucía una pátina dorada sobre su espléndida piel, y sus ojos parecían los de un insecto, pero eso no nos importaba ni mí ni a mis amigos, algunos de los cuales, como Tony Miles y Harry Devine, ya nunca volvieron a ser los mismos para sus mujeres.

En aquellos días pasábamos las horas en la terraza de mi apartamento frente a la carretera de la playa, bebiendo cerveza —siempre teníamos un buen suministro en la nevera de mi tienda de música de la planta baja—, charlando del pan y los peces y jugando al i-Go, una suerte de ajedrez lento muy popular en la época. Ninguno de los demás tenía trabajo: Harry era arquitecto y Tony Miles de vez en cuando les vendía cerámicas a los turistas, pero yo solía pasarme una par de horas en la tienda cada mañana, ocupándome de los pedidos del extranjero y girando los botellines de cerveza.

Un día particularmente caluroso y perezoso acababa de envolver una delicada mimosa soprano para la Sociedad del Oratorio de Hamburgo cuando Harry me telefoneó desde la terraza.

—¿Floristería Coral Parker? —preguntó—. Eres culpable de sobreproducción. Vente para aquí. Tony y yo tenemos algo hermoso que enseñarte.

Cuando subí los encontré sonriendo felices, como dos perros que acabaran de descubrir un árbol interesante.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Dónde está?

Tony inclinó un poco la cabeza.

—Ahí.

Miré a un lado y a otro de la calle, y hacia la fachada del edificio de apartamentos de enfrente.

—Cuidado —me advirtió—. No te quedes boquiabierto al verla.

Me senté en uno de los sillones de mimbre y estiré el cuello con cautela para mirar a mi alrededor.

—Cuarto piso —dijo Harry lentamente y casi moviendo apenas las comisuras de la boca—. Un balcón más a la izquierda del que tenemos justo delante. ¿Contento

ahora?

—Soñando —dije, echándole una mirada larga y detallada—. Me pregunto qué más podrá hacer.

Harry y Tony soltaron un suspiro de gratitud.

—¿Y bien? —preguntó Tony.

—Está fuera de mi alcance —repuse—. Pero no creo que sea difícil para vosotros. Id y explicadle cuánto os necesita.

Harry lanzó un gemido.

—¿No te das cuenta de que es poética, emergente, algo que nace directamente del mar apocalíptico primordial? Probablemente sea divina.

La mujer se paseaba por la sala, recolocando los muebles, prácticamente desnuda, a excepción de un enorme sombrero metálico. Incluso entre las sombras, los contornos sinuosos de sus muslos y hombros resplandecían con ardientes tonos dorados. Era una galaxia de luz andante. Vermilion Sands nunca había visto nada como ella.

—La aproximación tiene que ser ambigua —continuó Harry mirando su cerveza—. Tímido, casi místico. Nada urgente o acaparador.

La mujer se detuvo para abrir una maleta y las tiras metálicas de su sombrero ondearon frente a su rostro. Vio que la observábamos, miró a su alrededor durante un instante y bajó las persianas.

Nos apoyamos contra el respaldo y nos miramos pensativamente, como tres triunviros ante la decisión de repartirse un imperio, sin decir demasiado, y con un ojo puesto en cualquier posibilidad de juego a dos bandas.

Cinco minutos más tarde empezó el canto.

Al principio pensé que se trataba de uno de los tríos de azaleas con problemas por el pH alcalino, pero las frecuencias eran demasiado altas. Casi no llegaba a un rango audible, un fino trémolo que nacía de la nada y te subía por los huesos de la nuca.

Harry y Tony me miraron con el ceño fruncido.

—Tu ganado debe de estar triste por algo —dijo Tony—. ¿Puedes ir a tranquilizarlo?

—No son las plantas —le contesté—. No puede ser.

La intensidad del sonido aumentó, arañándome los bordes de mis huesos occipitales. Me disponía a bajar a la tienda cuando Harry y Tony saltaron de los sillones y se lanzaron contra la pared.

—¡Cuidado, Steve! —me gritó Tony, señalando frenético la mesa sobre la que me apoyaba, y entonces levantó una silla y la aplastó contra la superficie de cristal.

Yo me levanté y me sacudí los fragmentos de los cabellos.

—¿Qué demonios pasa?

Tony miraba la maraña de mimbre atada alrededor de los soportes metálicos de la mesa. Harry se adelantó y me cogió del brazo con cuidado.

—Ha estado cerca. ¿Estás bien?



—Se ha ido —dijo Tony con tono neutro. Observó cuidadosamente el suelo de la terraza, y miró por encima de la barandilla hacia la calle.

—¿Qué era eso? —pregunté.

Harry me miró atentamente.

—¿No lo has visto? Lo has tenido a menos de diez centímetros. Un escorpión emperador tan grande como una langosta. —Se desmoronó sobre una caja de cervezas—. Debe de haber sido uno sónico. Ahora ya no se oye el ruido.

Cuando se hubieron marchado arreglé el desastre y me bebí una cerveza con tranquilidad. Podría jurar que no había aparecido nada en la mesa.

En la terraza de enfrente, vestida con un salto de cama de fibra ionizada, me observaba la mujer dorada.

A la mañana siguiente supe quién era ella. Tony y Harry habían bajado a la playa con sus mujeres, y probablemente estarían exagerando la historia del escorpión, y yo estaba en la tienda, afinando una orquídea Khan-arácnida con la lámpara de rayos ultravioletas. Era una flor difícil, con una escala normal de veinticuatro octavas completas, pero si no hacía mucho ejercicio tendía a sumirse en transportaciones neuróticas de tono menor que costaba lo indecible romper.

Y como se trataba de la flor más antigua de la tienda, naturalmente afectaba a todas las demás. Invariablemente, cuando abría la tienda todas las mañanas, aquello sonaba como una casa de locos, pero tan pronto como alimentaba a la arácnida y le aumentaba o disminuía unos grados el pH, el resto enseguida recibía señales de ella y se tranquilizaban en sus receptáculos de control, las de dos tiempos, las de tres por cuatro, las multitonos, todas en perfecta armonía. Solo había una docena de arácnidas en cautiverio; la mayoría de las demás eran o mudas o injertos de tallos de dicotiledóneas, y yo podía considerarme afortunado por tener la mía, después de todo. Cinco años atrás le había comprado la tienda a un hombre casi sordo llamado Sayers, y el día antes de irse dejó un montón de plantas en el vertedero de basura que había detrás del edificio de apartamentos. Mientras recuperaba algunos de los receptáculos, me encontré con la arácnida, que florecía gracias a una dieta de algas y tuberías de goma podridas.

Nunca descubrí por qué Sayers quiso deshacerse de ella. Antes de llegar a Vermilion Sands, Sayers había sido comisario del Conservatorio de Kew, donde habían desarrollado la primera flora coral, y había trabajado a las órdenes del director, el doctor Mandel. Cuando era un joven botánico de apenas veinticinco años de edad, Mandel había descubierto la primera arácnida en la selva de la Guayana. La orquídea recibía su nombre de la araña Khan-arácnida, que polinizaba la flor al mismo tiempo que ponía sus propios huevos en el carnoso óvulo, guiada o, como siempre insistía Mandel, hipnotizada por las vibraciones que emitía el cáliz de la orquídea en la época de polinización. Las primeras orquídeas arácnidas solo emitían algunas frecuencias aleatorias, pero mediante el cruce de variedades y una técnica

que las mantenía artificialmente en estado continuo de polinización, Mandel creó una variedad que alcanzaba un máximo de veinticuatro octavas.

No es que hubiera podido oírlas nunca. En la culminación de la obra de su vida, Mandel, igual que Beethoven, estaba completamente sordo y sin embargo, aparentemente, solo con mirar una flor podía oír su música.

Pero lo más curioso fue que al volverse sordo nunca más miró una arácnida. Esa mañana casi comprendí por qué. La orquídea estaba de mal humor. Primero se negaba a alimentarse, y tuve que convencerla con un chorro de fluoraldehído, y luego empezó a ponerse ultrasónica, cosa que provocó las quejas de todos los dueños de perros de la zona. Por último intentó romper su receptáculo mediante resonancia.

El lugar entero estaba alborotado, y casi me había resignado a silenciarlas y a despertarlas a mano, una por una —un trabajo agotador, pues había ochenta receptáculos en la tienda—, cuando de pronto todo se redujo a un leve murmullo.

Miré a mi alrededor y entonces vi que entraba la mujer de la piel dorada.

—Buenos días —saludé—. Debe de gustarles.

La mujer se rio cordialmente.

—Hola. ¿No estaban comportándose?

Debajo del vestido negro de playa la piel de la mujer era más suave, más delicadamente dorada, pero fueron sus ojos lo que más me llamó la atención. Pude verlos apenas bajo el ala ancha de su sombrero. Unas patas de insecto oscilaban delicadamente alrededor de dos puntos de luz púrpura.

Se aproximó a un parterre de helechos mixtos y se quedó mirándolos. Los helechos se estiraron hacia ella y cantaron ilusionados con sus voces aflautadas y líquidas.

—Qué dulces son, ¿verdad? —dijo la mujer acariciando con suavidad los helechos—. Necesitan mucho afecto.

La voz de la mujer tenía un registro grave, una bocanada de arena fría colmada de música.

—Acabo de llegar a Vermilion Sands —dijo—, y mi apartamento parece excesivamente tranquilo. Tal vez si tuviera una flor, una sería suficiente, no me sentiría tan sola.

No podía apartar los ojos de ella.

—Sí —asentí, rápido y profesional—. Algo exótico, ¿verdad? ¿Esta Samphire de Sumatra, por ejemplo? Es una mezzosoprano con pedigrí del mismo folículo que la Prima Belladonna del Festival de Bayreuth.

—No —dijo ella—. Parece más bien cruel.

—¿O este lirio laúd de Luisiana? Si le diluye un poco el SO<sub>2</sub>, le cantará hermosos madrigales. Le mostraré cómo hacerlo.

Ella no me escuchaba. Poco a poco, con las manos alzadas delante de sus pechos, casi como si estuviera rezando, avanzó hacia el mostrador donde estaba la arácnida.

—Qué hermosa es —dijo ella, mientras observaba las magníficas hojas amarillas

y púrpuras que colgaban del vibrocáliz de crucería escarlata.

La seguí por la tienda y conecté el audio de la arácnida para que pudiera oírla. La planta volvió a la vida de inmediato. Las hojas se tensaron y se llenaron de color, y el cáliz se hinchó, y los nervios se arquearon. Se oyó el chirrido de algunas notas agudas e inconexas.

—Hermosa pero mala —puntalicé.

—¿Mala? —repitió—. No, orgullosa. —Dio otro paso más hacia la orquídea y le miró la malévola cabeza.

La arácnida se estremeció y las espinas del tallo se arquearon y flexionaron amenazadoramente.

—Tenga cuidado —le advertí—. Es sensible hasta a los sonidos respiratorios más débiles.

—Tranquilo —dijo, apartándose con un gesto—. Creo que quiere cantar.

—Son solo fragmentos de escalas —le comenté—. No canta. La uso como indicador de frecuencia...

—¡Escuche! —dijo mientras me agarraba del brazo y me lo apretaba con fuerza.

De las plantas de toda la tienda emergió una débil melodía rítmica, y por encima de eso una voz individual que gritaba, primero como una delgada ola de un tono alto que empezó a pulsar y a volverse cada vez más grave hasta convertirse en barítono, despertando a las demás plantas en un coro de segundas voces.

Nunca antes había oído cantar a la arácnida. La estaba escuchando atentamente cuando sentí que algo caliente me quemaba el brazo. Me giré y vi a la mujer que miraba fijamente a la planta, con la piel en llamas, los insectos de los ojos retorciéndose exaltados. La arácnida se estiraba hacia ella, con el cáliz erecto y las hojas como sables de color rojo sangre.

Me aparté de la mujer rápidamente y corté la alimentación de argón. La arácnida se hundió en una serie de gemidos y a nuestro alrededor quedó una babel de pesadilla: notas sueltas que empezaban en un *do* o un *la* altos y terminaban en completa disonancia. Un leve susurro de hojas se oía por encima del silencio.

La mujer se apoyó en el borde del receptáculo y se recuperó. Su piel se apagó y los insectos de los ojos se tranquilizaron, apenas oscilando un poco.

—¿Por qué la apaga? —preguntó ella con dificultad.

—Lo siento —dije—. Pero tengo aquí diez mil dólares en mercancías y este tipo de tormenta emocional dodecafónica puede hacer volar un montón de válvulas. La mayoría de estas plantas no se adaptan a una gran ópera.

Observó la arácnida mientras el cáliz se vaciaba de gas. Una a una, las hojas fueron doblándose y perdiendo su color.

—¿Cuánto cuesta? —me preguntó, abriendo el bolso.

—No está en venta —dije—. Francamente, no tengo ni idea de cómo ha sido capaz de llegar a esos compases...

—¿Mil dólares serán suficientes? —me preguntó clavándome los ojos.

—No puedo venderla —repetí—. Nunca conseguiría afinar las demás plantas sin ella. De todos modos —añadí, tratando de sonreír—, esa arácnida se moriría en diez minutos si la sacara del vivero. Todos estos tubos y hojas parecerían un poco raros en medio de su sala de estar.

—Sí, por supuesto —reconoció ella, devolviéndome de pronto la sonrisa—. He sido una tonta. —Se volvió para echarle una última mirada a la orquídea por encima del hombro y se alejó hacia la larga sección de Chaikovski, muy popular entre los turistas.

—*Pathétique* —leyó en una etiqueta, al azar—. Me llevaré esta.

Envolví la escabiosa y metí en el interior de la caja el folleto de instrucciones, sin dejar de observar a la mujer ni un solo segundo.

—No ponga esa cara de alarma —dijo divertida—. Nunca había oído algo así antes.

No me había alarmado. Era que treinta años en Vermilion Sands me habían estrechado los horizontes.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en Vermilion Sands? —le pregunté.

—Debuto esta noche en el Casino —dijo.

Me dijo que se llamaba Jane Ciracylides y que era una cantante especializada.

—¿Por qué no viene a verme? —propuso haciendo revolotear los ojos con picardía—. Empiezo a las once. Puede que le resulte interesante.

Y lo hice, fui a verla. A la mañana siguiente, Vermilion Sands zumbaba. Jane había causado sensación. Después de la actuación, trescientas personas juraron que habían visto de todo, desde un coro de ángeles que cantaba con las voces de la música las esferas hasta la Alexander's Ragtime Band. En cuanto a mí, tal vez había escuchado demasiadas flores, pero al menos sabía de dónde había salido el escorpión de la terraza.

Tony Miles había oído a Sophie Tucker cantando el «Saint Louis Blues», y Harry al viejo Bach dirigiendo la *Misa en Si menor*. Vinieron a la tienda y discutieron sobre sus respectivas actuaciones mientras yo lidiaba con las flores.

—Increíble —exclamó Tony—. ¿Cómo lo hace? Dime.

—La partitura de Heidelberg —se extasió Harry—. Sublime, absoluta. —Miró irritado las flores—. ¿No puedes mantener esas cosas en silencio? Están montando un follón insoportable.

Era cierto, y yo tenía una buena idea de por qué lo estaban haciendo. La arácnida estaba completamente fuera de control, y para cuando conseguí calmarla con una solución salina ligera, ya había quemado más de trescientos dólares en plantas.

—La actuación de anoche en el Casino no fue nada comparada con la que dio ayer aquí —les dije—. *El anillo de los nibelungos* interpretado por Stan Kenton. La arácnida se volvió loca. Estoy seguro de que quería matarla.

Harry observó las convulsiones de las hojas de la planta, los movimientos rígidos y espasmódicos.

—Si me lo preguntaras, te diría que está en un avanzado estado de celo. ¿Por qué tendría que querer matarla?

—La voz de ella debe de tener matices que le irritan el cáliz. Ninguna de las otras plantas reaccionó igual. Arrullaron como tórtolas cuando las tocó.

Tony se estremeció de alegría.

Afuera, en la calle, hubo un resplandor de luz.

Le di la escoba a Tony.

—Oye, amante, prepárate. La señorita Ciracylides se muere por conocerte.

Jane entró en la tienda vestida con una falda de cóctel de un amarillo encendido y otro de sus sombreros.

Se la presenté a Harry y a Tony.

—Las flores parecen muy tranquilas esta mañana —se extrañó—. ¿Qué les pasa?

—Estoy limpiando los receptáculos —le dije—. Por cierto, queremos felicitarla por lo de anoche. ¿Qué se siente al poder nombrar tu quincuagésima ciudad?

Sonrió con timidez y empezó a pasear de un lado a otro por la tienda. Como yo suponía, se detuvo al lado de la arácnida y la observó detenidamente.

Quería ver qué decía ella, pero Harry y Tony revoloteaban a su alrededor, y enseguida la acompañaron a mi apartamento, donde pasaron una mañana divertida haciendo bufonadas y saqueándome el *whisky*.

—¿Qué tal si vienes con nosotros esta noche después del espectáculo? —le preguntó Tony—. Podemos ir a bailar al Flamingo.

—Pero los dos estáis casados —protestó Jane—. ¿No os preocupa la reputación?

—Bueno, traeremos a nuestras mujeres —dijo Harry alegremente—. Y aquí Steve puede venir con nosotros y cuidar de ti.

Jugamos al i-Go juntos. Jane dijo que nunca había jugado antes, pero no tuvo dificultad alguna en entender las reglas, y cuando empezó a ganarnos todas las partidas supe que estaba engañándonos. Lo cierto es que no todos los días tienes la oportunidad de jugar al i-Go con una mujer que tiene la piel de oro e insectos por ojos; sin embargo, me molestó. A Harry y a Tony, por supuesto, no les importó.

—Es encantadora —comentó Harry después de que ella se hubiera marchado—. ¿A quién le importa? De todas maneras es un juego estúpido.

—A mí me importa —dije—. Esa mujer hace trampas.

Los tres o cuatro días siguientes fueron un verdadero Armagedón audiovegetal en la tienda. Jane venía cada mañana para ver a la arácnida, y su presencia era más de lo que la flor podía soportar. Por desgracia, yo no podía privar de comida a las plantas más allá de cierto umbral. Necesitaban ejercicio, y para eso necesitaba la guía de la arácnida. Pero en lugar de limitarse a sus escalas armónicas habituales, la orquídea solo chillaba y gemía. No me preocupaba el ruido, del que solo se habían quejado un

par de docenas de personas, sino el daño que les hacía a las cuerdas vibratorias de las plantas. Las de los catálogos del siglo XVII sobrellevaban bien la tensión, y las modernas eran inmunes, pero aquella música hacía que a las románticas les estallaran los cálices a menudo. Tres días después de la llegada de Jane, ya había perdido diversas Beethoven por valor de doscientos dólares, y más Mendelssohn y Schubert de lo que podía soportar pensar.

Jane parecía ajena a los problemas que me estaba causando.

—¿Qué es lo que les pasa? —preguntó, examinando el caos de cilindros de gas y los goteros de alimentación esparcidos por todo el suelo.

—Me parece que no les gustas —le dije—. Al menos, a la arácnida. Tu voz puede provocar en los hombres visiones extrañas y maravillosas, pero a esa orquídea le produce una melancolía aguda.

—Tonterías —repuso Jane, riéndose de mí—. Dámela y te demostraré cómo cuidar de ella.

—Tony y Harry ¿te hacen feliz? —le pregunté.

Me fastidiaba no poder ir a la playa con ellos y en cambio tener que pasarme las horas vaciando receptáculos y comprobando soluciones estándar que nunca llegaban a funcionar.

—Son muy divertidos —dijo ella—. Jugamos al i-Go y canto para ellos. Pero me gustaría que pudieras venir más a menudo.

Después de otras dos semanas tuve que abandonar. Decidí cerrar la tienda hasta que Jane se fuera de Vermilion Sands. Sabía que tardaría al menos tres meses en volver a orquestar las plantas, pero no tenía otra alternativa. Al día siguiente recibí un pedido grande de herbáceas de coloratura mixta para enviar al Coro del Jardín de Santiago.

Querían la entrega al cabo de tres semanas.

—Lo siento —lamentó Jane cuando se enteró de que yo sería incapaz de cumplir con el pedido—. Seguro que desearías que yo nunca hubiera venido a Vermilion Sands.

Miró pensativa uno de los receptáculos oscuros.

—¿No podría orquestarlas yo por ti? —sugirió.

—No, gracias —dije riéndome—. Ya he tenido suficiente.

—No seas tonto, claro que podría hacerlo.

Negué con la cabeza.

Tony y Harry me dijeron que estaba loco.

—Su voz tiene una amplitud de registro suficiente —dijo Tony—. Tú mismo lo admites.

—¿Qué tienes contra ella? —preguntó Harry—, ¿que hace trampa al i-Go?

—No tiene nada que ver con eso —dije—. Y su voz tiene un registro más amplio de lo que pensáis.

Jugamos al i-Go en el apartamento de Jane. Jane nos ganó diez dólares a cada uno.

—Tengo suerte —dijo muy satisfecha de sí misma—. Al parecer, nunca pierdo.

Contó los billetes y los guardó cuidadosamente en su bolso, mientras la piel dorada le brillaba.

Entonces Santiago me envió el pedido repetido. Encontré a Jane abajo, entre los cafés, manteniendo a raya a un grupo de admiradores.

—¿Ya te has rendido? —me preguntó, sonriéndoles a los jóvenes.

—No sé qué me estás haciendo —le dije—, pero me parece que vale la pena probarlo.

De vuelta en la tienda excité por encima del umbral un parterre de plantas perennes. Jane me ayudó a conectar los tubos de gas y fluidos.

—Probemos primero con estas —propuse—. Frecuencias 543-785. Aquí está la partitura.

Jane se quitó el sombrero y empezó a subir por la escala con voz clara y pura. Al principio las aguileñas dudaron y Jane volvió a bajar y las acompañó. Subieron juntas un par de octavas y luego las plantas vacilaron y se fueron por una tangente de acordes escalonados.

—Prueba con un *mi* sostenido —le dije.

Vertí algo de ácido cloroso en el receptáculo y las aguileñas la siguieron con avidez, gorjeando con los infracálices delicadas variaciones en clave de *sol*.

—Perfecto —exclamé.

Tardamos solo cuatro horas en tener listo el pedido.

—Eres mejor que la arácnida —la felicité—. ¿Quieres trabajar aquí? Te prepararé un receptáculo grande y frío con todo el cloro que puedas respirar.

—Ten cuidado —me dijo—. Puedo responderte que sí. ¿Por qué no afinamos algunas más, ya que estamos?

—Estás cansada —le dije—. Vamos a tomar una copa.

—Voy probar con la arácnida —me propuso—. Sería más que un desafío.

Sus ojos no se apartaban de la flor. Me pregunté qué harían si las dejara a solas. ¿Tratarían de matarse la una a la otra cantando?

—No —me opuse—. Mañana, tal vez.

Nos sentamos juntos en la terraza, frente a unas copas, y conversamos toda la tarde. Me contó muy poco sobre sí misma, pero deduje que su padre había sido un ingeniero de minas en Perú y su madre una bailarina de una taberna de Lima. Habían vagado de un yacimiento a otro, el padre cavando sus concesiones y la madre cantando en el burdel más cercano para pagar el alquiler.

—Ella solo cantaba, por supuesto —agregó Jane—. Hasta que apareció mi padre. —Sopló en el vaso y levantó una nube de burbujas—. Así que crees que en el Casino les doy lo que quieren. Por cierto, ¿qué ves tú?

—Me temo que soy tu único fracaso —le dije—. No veo nada. Solo a ti.

La muchacha bajó la mirada.

—Eso ocurre a veces —reconoció—. Me alegro de que sea así contigo.

Un millón de soles ardieron en mi interior. Hasta entonces se había reservado su opinión sobre mí.

Harry y Tony fueron amables, a pesar de la desilusión.

—No me lo puedo creer —dijo Harry, triste—. Es imposible. ¿Cómo lo has hecho?

—Utilicé el abordaje casi tímido y místico, por supuesto —dije—. Todo mares antiguos y pozos tenebrosos.

—¿Cómo es? —preguntó Tony, ansioso—. Es decir, ¿arde o solo hormiguea?

Jane cantaba en el Casino cada noche de once a tres pero, aparte de eso, supongo que siempre estábamos juntos. A veces, al atardecer, conducíamos bordeando la playa hasta el Desierto Perfumado y nos sentábamos en una de las balsas y mirábamos cómo el sol se ocultaba detrás de los arrecifes y de las colinas, acunándonos en el aire rosado. Cuando el viento frío empezaba a soplar sobre la arena nos metíamos en el agua, nos bañábamos y regresábamos de vuelta a la ciudad donde llenábamos las calles y las terrazas de los cafés de jazmín y almizcle y heliantemo. Otras noches íbamos a uno de los bares tranquilos de Lagoon West, cenábamos en las mesas de afuera, y Jane se burlaba de los camareros y cantaba como los prodotiscus y les hacía ver pasteles a los niños que se acercaban por la arena para observarla.

Ahora me doy cuenta de que debí de haber alcanzado una cierta notoriedad en la playa, pero no me importaba darles a las ancianas —y, al lado de Jane, todas parecían viejas— algo de que hablar. Durante el Receso a nadie le importaba mucho nada, y por eso nunca me pregunté demasiado acerca de mi relación con Jane Ciracylides. Sentado con ella en la terraza mirando el paisaje de las noches frías, o sintiendo a mi lado su cuerpo brillando en la oscuridad, no me permitía demasiadas ansiedades.

Por absurdo que parezca, el único desacuerdo que tuve con ella se debió a sus trampas.

Recuerdo que una vez la regañé por eso.

—¿Sabes, Jane, que me has sacado más de quinientos dólares? Lo sigues haciendo. ¡Incluso ahora!

Jane rio con picardía.

—¿Dices que hago trampas? Un día dejaré que me ganes.

—Pero ¿por qué lo haces? —insistí.

—Jugar haciendo trampas es mucho más divertido. Si no, es tan aburrido...

—¿Adónde irás cuando te vayas de Vermilion Sands? —le pregunté.

Ella me miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso? Creo que no me iré nunca.

—No me tomes el pelo, Jane. Tú eres hija de otro mundo.



—Mi padre era peruano —me recordó.

—Pero no heredaste de él tu voz —dije—. Me gustaría haber podido oír cantar a tu madre. ¿Tenía mejor voz que tú, Jane?

—Eso creía ella. Mi padre no nos soportaba a ninguna de las dos.

Esa fue la última noche que vi a Jane. Nos habíamos cambiado, y media hora antes de que ella se fuera al Casino nos sentamos en la terraza y escuché su voz que, como una fuente espectral, derramaba sus notas luminosas en el aire. La música se quedó conmigo, incluso después de que ella se hubiera ido, suspendida débilmente en la oscuridad alrededor de su silla.

Sentí una curiosa somnolencia, casi como si el aire que ella había dejado me enfermara, y a las once y media, cuando calculé que ella estaría saliendo al escenario del Casino, me fui a dar un paseo por la playa.

Al salir del ascensor oí una música que venía de la tienda. Al principio pensé que me había olvidado alguno de los interruptores de audio conectado, pero conocía demasiado bien aquella voz. Las persianas de la tienda estaban echadas, y tuve que entrar por el pasillo que comunicaba con el garaje de la parte trasera del edificio de apartamentos.

Las luces estaban apagadas, pero un resplandor inundaba la tienda, arrojando un fuego dorado sobre los receptáculos colocados en los mostradores. En el techo reverberaban reflejos de colores líquidos.

La música que había escuchado antes, pero solo la obertura.

La arácnida había triplicado su tamaño. Se alzaba tres metros por encima de la destrozada tapa del receptáculo de control, las hojas hinchadas y enardecidas, el cáliz tan grande como un cubo, y estaba locamente enfurecida.

Inclinada hacia ella, con la cabeza echada hacia atrás, estaba Jane.

Corrí hacia allí casi deslumbrado por la luz, la agarré del brazo y tiré de ella.

—¡Jane! —grité por encima del ruido—. ¡Al suelo!

Ella me apartó la mano. En los ojos mostró fugazmente una expresión de vergüenza.

Mientras yo estaba sentado en los escalones de la entrada llegaron Tony y Harry.

—¿Dónde está Jane? —preguntó Harry—. ¿Le ha ocurrido algo? Estábamos en el Casino. —Ambos se volvieron hacia la música—. ¿Qué demonios está pasando?

Tony me miró con suspicacia.

—Steve, ¿sucede algo?

Harry dejó caer el ramo que llevaba en la mano y se dirigió hacia la entrada trasera.

—¡Harry! —le grité—. ¡Vuelve!

Tony me puso una mano en el hombro.

—¿Jane está ahí dentro?

Los alcancé cuando ya abrían la puerta de la tienda.

—¡Dios mío! —chilló Harry—. ¡Suéltame, imbécil! —dijo mientras luchaba para

apartarme—. ¡Steve, está tratando de matarla!

Los obligué a salir y cerré la puerta.

Nunca más vi a Jane.

Los tres esperamos en mi apartamento. Cuando se apagó la música, bajamos y encontramos la tienda a oscuras. La arácnida había recuperado su tamaño normal.

Al día siguiente murió.

No sé adónde se fue Jane. No mucho después terminó el Receso, y llegaron los grandes planes del gobierno que pusieron en marcha todos los relojes y nos mantuvieron demasiado ocupados trabajando para recuperar el tiempo perdido como para preocuparnos por unos pocos pétalos magullados. Harry me dijo que había visto pasar a Jane por Red Beach, y recientemente oí que alguien muy parecido a ella actuaba en los clubes nocturnos a este lado de Pernambuco.

Así que si alguno de ustedes establece aquí una floristería coral, y tiene una orquídea Khan-arácnida, que tenga cuidado con una mujer de piel dorada e insectos en lugar de ojos. Quizá juegue con usted al i-Go pero, lamento tener que decirlo, siempre hará trampas.

1956

## ESCAPE

Ninguno de los dos miraba la obra con demasiado interés cuando me di cuenta del error. Yo estaba tumbado frente al fuego con mi crucigrama, disfrutando del calor y tratando de resolver el 17 vertical («¿Qué indicaban los relojes antiguos?»: 5,5) mientras Helen zurcía unas viejas enaguas, alzando solo la vista cuando uno de los actores, un joven de mentón prominente, con un cuello de un metro de diámetro y voz de bajo jadeaba virilmente. La obra se titulaba *Hijos míos, hijos míos*, uno de esos melodramas que el Canal 2 retransmitía los jueves por la noche durante los meses de invierno, y había empezado hacía casi una hora; habíamos llegado al momento de la escena tercera del acto tercero, justo después de que el viejo granjero se da cuenta de que sus hijos ya no lo respetan. Supongo que habían filmado la obra por partes, y fue muy gracioso pasar de los gemidos entrecortados del anciano a la secuencia del enfrentamiento de quince minutos antes, cuando el hijo mayor se golpea el pecho y habla con grandilocuencia. En alguna parte había un técnico distraído.

—Se han confundido de bobina —le comenté a Helen—. Aquí es donde empezamos a verla.

—¿Ah, sí? —dijo ella, levantando la vista—. No estaba mirando. Cambia de canal.

—Espera un poco y verás. En cualquier momento, todos los del estudio empezarán a disculparse.

Helen miró la pantalla.

—Creo que esto no lo hemos visto —dijo—. Estoy segura de que no. Cállate.

Me encogí de hombros y volví de nuevo al 17 vertical, pensando vagamente en relojes de arena y de agua. La escena se prolongaba: el anciano se mantenía firme, despotricaba sobre sus nabos y tronaba llamando desesperadamente a mamá. Al parecer, los del estudio habían decidido emitirlo todo de nuevo y fingir que no había pasado nada. A pesar de todo llevarían un retraso de quince minutos sobre su horario.

Diez minutos más tarde volvió a ocurrir.

Me senté.

—Qué raro —dije con calma—. ¿Es que aún no se han dado cuenta? No es posible que todos estén dormidos.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen, que levantó la mirada de la canastilla de costura—. ¿No funciona bien el televisor?

—Creía que lo estabas mirando. Te dije que esto ya lo hemos visto. Es la tercera vez que lo emiten.

—No —insistió Helen—. Estoy segura de que no. Debes de haberte leído el libro.

—Dios no lo quiera.

Miré el televisor con atención. En cualquier momento un locutor escupiría su sándwich para inmediatamente después irrumpir sonrojado en la pantalla. No soy de esos que llaman por teléfono cada vez que alguien pronuncia mal la palabra «meteorología», pero esta vez sabía que habría un montón de gente bloqueando las líneas telefónicas del estudio durante toda la noche. Y para cualquier comediante que estuviera medrando en una emisora rival, aquel lapsus era un regalo divino.

—¿Te importa si cambio de canal? —le pregunté a Helen—. A ver si hay algo más.

—No. Esta es la parte más interesante de la obra. No lo fastidies.

—Cariño, si ni siquiera la estás mirando. Enseguida la pongo otra vez, te lo prometo.

En el Canal 5 un grupo de tres profesores y una corista observaban atentamente una vasija romana. El presentador, un catedrático de Oxford de voz suave, parloteaba acerca de raspar el fondo del recipiente. Los profesores parecían perplejos, pero la muchacha parecía saber exactamente para qué servía la vasija, aunque no se atrevía a decirlo.

En el 9 se oían risas enlatadas, y alguien le entregaba un coche deportivo a una mujer enorme con un sombrero que parecía la rueda de un carro. La mujer, nerviosa, apartaba la cara de la cámara y miraba el automóvil con tristeza. El locutor le abría la puerta, y yo me pregunté si la mujer trataría de meterse allí dentro cuando intervino Helen:

—Harry, no seas cruel. Solo estás jugando.

Volví a poner la obra del Canal 2. Era la misma escena, y se acercaba al final.

—Ahora mira —le dije a Helen. Por lo general captaba las cosas a la tercera—. Deja de coser, me estás poniendo de los nervios. Dios, ya me la sé de memoria.

—¡Silencio! —se quejó Helen—. ¿No puedes dejar de hablar un rato?

Encendí un cigarrillo y me recosté en el sofá. Las disculpas tendrían que ser por lo menos grandilocuentes. Dos errores a cien libras por minuto sumaban un buen montón de doblones.

La escena llegó a su fin, el viejo se miró las botas con una expresión triste, con el atardecer de fondo y...

Estábamos de vuelta donde habíamos empezado.

—¡Fantástico! —exclamé y me levanté para mover la antena un poco y quitar la nieve de la pantalla—. Es increíble.

—No sabía que te gustaban este tipo de obras —dijo Helen con calma—. Antes no solían gustarte. —Eché un vistazo a la pantalla y luego volvió a sus enaguas.

La observé con recelo. Un millón de años atrás, probablemente habría salido de la caverna gritando para lanzarme con gratitud a los pies del dinosaurio más cercano. En el ínterin nada había disminuido los peligros que acechan a los impávidos maridos.

—Querida —le expliqué con paciencia y manteniendo un tono de voz neutro—, por si no te habías fijado, es la cuarta vez que ponen esta escena.

—¿La cuarta? —dijo Helen dubitativamente—. ¿La están repitiendo?

Me imaginé unos estudios llenos de locutores y técnicos dormidos sobre los micrófonos y los aparatos, mientras una cámara automática retransmitía la misma bobina una y otra vez. Escalofriante pero poco probable. Habría monitores, así como críticos, agentes, patrocinadores e, imperdonablemente, el propio autor, evaluando cada minuto y cada palabra en sus propios dispositivos. Todos ellos tendrían mucho que declarar en los titulares de mañana.

—Siéntate y tranquilízate —dijo Helen—. Pareces un perro que no encuentra su hueso.

Rebusqué por entre los cojines y pasé la mano por la alfombra, debajo del sofá.

—Mi cigarrillo —exclamé—. Debo de haberlo echado al fuego. No creo que se me haya caído.

Volví a acercarme al televisor, puse otra vez el concurso y me fijé en la hora, las 9:03, para poder sintonizar de nuevo el Canal 2 a las 9:15. Cuando llegara la explicación, quería escucharla.

—Creía que te gustaba la obra —dijo Helen—. ¿Por qué has cambiado de canal?

Puse lo que en nuestra casa pasa por ser una expresión fulminante y volví a sentarme.

La mujer enorme aún seguía frente a la cámara, abriéndose camino a través de una pirámide de preguntas sobre cocina. La audiencia se mantenía en silencio, pero el interés aumentaba cada vez más. Cuando por fin respondió la pregunta del bote, la audiencia rugió y golpeó sus asientos como si fueran un montón de locos. El locutor condujo a la mujer por el escenario hacia otro deportivo.

—Pronto tendrá un cobertizo repleto de coches —le comenté a Helen.

La mujer estrechó la mano del locutor, y bajó tímidamente el ala del sombrero, con una sonrisa nerviosa y avergonzada.

El gesto me resultó extrañamente familiar.

Di un salto y sintonicé el Canal 5. El grupo seguía observando detenidamente la vasija.

Entonces empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando.

Estaban repitiendo los tres programas.

—Helen —dije por encima del hombro—. Ponme un *whisky* con soda, ¿quieres?

—¿Cuál es el problema? ¿Te duele la espalda?

—Rápido, rápido —la apremié, chasqueando los dedos.

—Espera. —Se levantó y fue a la despensa.

Miré la hora: las 9:12. Luego volví a poner la obra y pegué los ojos a la pantalla. Helen volvió y puso algo en la mesa de centro.

—Aquí está. ¿Te encuentras bien?

Cuando ocurrió pensé que estaba preparado para ello, pero lo que vi me pareció demasiado. Me encontré tumbado en el sofá. Lo primero que hice fue buscar la

bebida.

—¿Dónde lo has puesto? —le pregunté a Helen.

—¿El qué?

—El *whisky*. Lo has traído hace un par de minutos. Lo has dejado en la mesita.

—Lo habrás soñado —dijo ella con serenidad. Se inclinó hacia delante y empezó a mirar la obra.

Fui a la despensa y encontré la botella. Mientras llenaba el vaso miré el reloj de la cocina: las 9:07. Iba una hora atrasado, ahora que lo pensaba. Pero mi reloj de pulsera marcaba las 9:05, y siempre había funcionado a la perfección. Y el reloj de la repisa de la chimenea del salón también marcaba las 9:05.

Antes de empezar a preocuparme de verdad, tenía que estar seguro.

Mullvaney, nuestro vecino del piso de arriba, abrió la puerta cuando llamé.

—Hola, Bartley. ¿El sacacorchos?

—No, no —dije—. ¿Qué hora tienes? Nuestros relojes se han vuelto locos.

Se miró la muñeca.

—Casi y diez.

—¿Las nueve o las diez?

Volvió a mirar el reloj.

—Las nueve, claro. ¿Qué pasa?

—No sé si no estoy perdiendo el... —empecé a decir, y entonces me detuve.

Mullvaney me miró con curiosidad. Por encima de su hombro oí una oleada de aplausos en los estudios, interrumpidos por la voz untuosa del locutor del concurso.

—¿Cuánto hace que ha empezado ese programa? —le pregunté.

—Unos veinte minutos. ¿No lo estás mirando?

—No —dije y añadí como por casualidad—: ¿Tu televisor funciona bien?

Asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Por qué?

—El mío se muerde la cola. De todos modos, gracias.

—De acuerdo —dijo.

Me observó mientras bajaba las escaleras, y cuando cerraba la puerta se encogió de hombros.

Entre en el vestíbulo, agarré el teléfono y marqué un número.

—¿Hola, Tom? —Tom Farnold trabaja en el escritorio de al lado, en mi oficina—. Tom, soy Harry. ¿Qué hora te parece que es?

—Hora de que vuelvan los liberales.

—No, en serio.

—Vamos a ver. Las nueve y doce. Por cierto, ¿encontraste los pepinillos en vinagre que te dejé en la caja fuerte?

—Sí, gracias. Escucha, Tom —continué—, aquí están pasando cosas muy raras. Estábamos mirando la obra de Diller en el Canal 2 cuando...

—Yo también la estoy mirando, así que date prisa.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿cómo explicas todas esas repeticiones? ¿Y que todos los relojes se hayan detenido entre las nueve y las nueve y cuarto?

Tom se echó a reír.

—No lo sé —dijo—. Te sugiero que salgas a la calle y airees la casa un poco.

Extendí la mano para coger el vaso que había dejado en la mesa del vestíbulo, preguntándome cómo explicar a...

Al segundo siguiente estaba de nuevo en el sofá. Sostenía el periódico y miraba el 17 vertical. Una parte de mi mente estaba pensando en relojes antiguos.

Me recompuse y miré a Helen, tranquilamente sentada junto a la canastilla de costura. Esa obra ya demasiado familiar se repetía de nuevo y el reloj de la repisa de la chimenea señalaba las nueve pasadas.

Volví al vestíbulo y marqué el número de Tom otra vez, tratando de mantener la calma. De alguna manera había empezado a comprender que una sección de tiempo giraba en círculos, y que yo me encontraba en el centro.

—Tom —le pregunté—. ¿Te he llamado hace cinco minutos?

—¿Quién es?

—Soy Harry. Harry Bartley. Lo siento, Tom. —Hice una pausa y cambié la pregunta, tratando de que la frase no sonara absurda—. Tom, ¿me has llamado hace cinco minutos? Hemos tenido un pequeño problema con la línea telefónica.

—No —dijo—. No he sido yo. Por cierto, ¿encontraste los pepinillos en vinagre que te dejé en la caja fuerte?

—Sí, muchas gracias —respondí ya casi presa del pánico—. ¿Estás viendo la obra, Tom?

—Sí. Creo que voy a ver cómo sigue. Hasta luego.

Entré en la cocina y me miré detenidamente en el espejo. Una fisura del cristal partía mi cara en dos, mostrando una parte tres centímetros más abajo que la otra, pero aparte de eso no pude ver nada que apuntara a una psicosis. Mi mirada parecía normal, el pulso no pasaba de los setenta latidos, no tenía tics ni sudor pegajoso y traumático. Las cosas que me rodeaban parecían demasiado sólidas y auténticas como para que se tratara de un sueño.

Esperé un minuto, y luego volví a la sala y me senté. Helen estaba viendo la obra. Me incliné hacia adelante y moví la antena. La imagen se debilitó y desapareció.

—¡Harry, que estoy viendo eso! ¡No lo apagues!

Me acerqué a Helen.

—Cielo —le dije con voz contenida—. Escúchame, por favor. Presta mucha atención. Es muy importante.

Helen frunció el ceño, dejó la labor de costura a un lado y me cogió las manos.

—Por alguna razón, no sé por qué, parece que estamos apresados en una especie de trampa de tiempo circular, y todo se repite una y otra vez. Tú no eres consciente de ello, y parece que no puedo encontrar a nadie más que lo haya detectado.

Helen me miró con asombro.

—Harry —exclamó—, ¿qué estás...?

—¡Helen! —insistí, agarrándola por los hombros—. ¡Escúchame! Hace dos horas que una sección de quince minutos de tiempo se repite una y otra vez. Los relojes están atrapados entre las 9:00 y las 9:15. Y esa obra que estás viendo...

—Harry, cariño. —Helen me miró y sonrió resignadamente—. Tú eres tonto. Ahora vuelve a encender el televisor.

Me di por vencido.

Al conectar el televisor cambié de canal en canal para ver si algo había cambiado.

El grupo observaba la vasija, la mujer enorme ganaba un coche deportivo, el granjero anciano despoticaba. En el Canal 1, el del antiguo servicio de la BBC que retransmitía un par de horas en noches alternas, dos periodistas entrevistaban a un científico que solía aparecer en programas culturales populares.

—Es imposible predecir qué efectos tendrán estas densas erupciones de gas. Sin embargo, no hay motivo de alarma, sin duda. Estas ondas tienen masa, y creo que podemos esperar muchos efectos ópticos extraños, ya que la luz del sol es desviada por el efecto gravitacional de dichas masas gaseosas.

Empezó a manipular una serie de bolas multicolores de celuloide que rodaban en anillos metálicos concéntricos, y jugueteó con un recipiente montado sobre un espejo sobre la mesa. Entonces, uno de los periodistas preguntó:

—¿Y qué sucede con la relación entre la luz y el tiempo? Si mal no recuerdo, según la teoría de la relatividad existe una relación muy estrecha entre ambos. ¿Está seguro de que no necesitaremos añadir otra manecilla a nuestros relojes?

El científico sonrió.

—Creo que seremos capaces de vivir sin eso. El tiempo es algo muy complicado, pero puedo asegurarle que los relojes no empezarán de repente a ir hacia atrás o hacia los lados.

Lo escuché hasta que Helen empezó a quejarse. Sintonicé la obra de teatro y me fui al vestíbulo. Ese tonto no sabía de qué estaba hablando. No dejaba de preguntarme por qué yo era el único que se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Si pudiera hablar de nuevo con Tom, quizá pudiera convencerlo.

Cogí el teléfono y miré mi reloj pulsera.

Las 9:13. Cuando lograra hablar con Tom, ocurriría el siguiente cambio. De alguna manera no me gustaba la idea de ser recogido y arrojado al sofá otra vez, aunque no fuera doloroso. Dejé el teléfono y volví a la sala de estar.

El salto hacia atrás fue más suave de lo que esperaba. No percibí nada, ni siquiera el más leve temblor. Una expresión se me quedó grabada: viejos tiempos.

El periódico estaba de vuelta en mi regazo, abierto en la página del crucigrama. Miré los enunciados.

El 17 vertical. ¿Qué indicaban los relojes antiguos? 5,5.



Debí de resolverlo inconscientemente.

Recordé mi intención de llamar a Tom.

—¿Hola, Tom? —pregunté cuando contestó—. Soy Harry.

—¿Encontraste los pepinillos en vinagre que te dejé en la caja fuerte?

—Sí, muchas gracias, Tom, ¿podrías venir un rato esta noche? Perdóname, sé que es muy tarde, pero es bastante urgente.

—Sí, por supuesto —dijo Tom—. ¿Cuál es el problema?

—Te lo explicaré cuando llegues. ¿Puedes venir tan pronto como te sea posible?

—Por supuesto. Salgo inmediatamente. ¿Helen está bien?

—Sí, está bien. Gracias de nuevo.

Entré en el comedor y saqué una botella de ginebra y un par de tónicas del aparador. Tom necesitaría una copa cuando escuchara lo que tenía que decirle.

Entonces me di cuenta de que Tom nunca vendría. Desde Earls Court tardaría al menos media hora en llegar a Maida Vale, donde estábamos nosotros, y probablemente nunca llegaría más allá de la parada de Marble Arch.

Llené el vaso con la botella de *whisky* que parecía no tener fondo y traté de elaborar un plan de acción.

El primer paso consistía en encontrar a alguien como yo, que tuviera conciencia de los últimos saltos temporales. En alguna parte tenía que haber otras personas atrapadas en sus pequeñas jaulas de quince minutos de tiempo, preguntándose desesperadamente la manera de salir. Podría empezar por llamar por teléfono a todos los que conocía y luego elegiría nombres al azar en la guía telefónica. Pero ¿qué podíamos hacer si nos encontrábamos? En realidad no podíamos hacer más que esperar tranquilamente a que todo pasara. Al menos sabía que no me había vuelto loco. Una vez que estas ondas o lo que fueran se hubiesen agotado podríamos escapar del círculo.

Hasta ese momento contaba con una fuente ilimitada de *whisky* esperándome en la botella medio vacía que había al lado del fregadero, aunque por supuesto había una pega: nunca sería capaz de emborracharme.

Estaba pensando en otras posibilidades, y preguntándome cómo hacer un registro permanente de lo que estaba ocurriendo, cuando me asaltó una idea.

Saqué la guía telefónica y busqué el número de la KBC-TV, del Canal 9.

Respondió una recepcionista. Después de regatear con ella durante un par de minutos la convencí para que me pusiera con uno de los productores.

—Hola —saludé—. ¿La pregunta del premio acumulado de esta noche es conocida por alguien de la audiencia del plató?

—No, por supuesto que no.

—Ya veo. Solo por curiosidad, ¿usted mismo la conoce?

—No —dijo—. Solo la conocen el productor jefe del programa y M. Phillippe Soisson, de Savoy Hotels Limited. Es un secreto muy bien guardado.

—Gracias —le dije—. Si tiene un pedazo de papel a mano le voy a dictar la pregunta del bote acumulado: «Enumere el menú completo del banquete de la coronación de Guildhall en julio de 1953».

Hubo consultas y murmullos, y una segunda voz irrumpió al teléfono.

—¿Quién habla?

—El señor H. R. Bartley, del 129 b Sutton Court Road, Noroeste...

Antes que pudiera completar la frase me encontré otra vez en la sala.

El salto hacia atrás me había atrapado. Pero en lugar de estar tumbado en el sofá me encontraba de pie, acodado sobre la repisa de la chimenea, mirando el periódico.

Mis ojos enfocaban claramente el crucigrama, y antes que los apartara y empezara a pensar en mi llamada al estudio advertí algo que me dejó perplejo.

En el 17 vertical había una palabra.

Le mostré el periódico a Helen.

—¿Has resuelto tú el 17 vertical?

—No —dijo—. Nunca miro el crucigrama.

El reloj de la repisa de la chimenea me llamó la atención, y me olvidé del estudio y de jugar con el tiempo de los demás.

Las 9:03.

El círculo estaba disminuyendo. Pensé que el salto hacia atrás había llegado antes de lo previsto. Por lo menos dos minutos antes, alrededor de las 9:13.

Y no solo se acortaba el intervalo entre las repeticiones, sino que la curva se doblaba sobre sí misma y daba paso a la verdadera corriente de tiempo que fluía por debajo, la corriente en la que mi otro yo, un desconocido para mí, había resuelto el enunciado, se había puesto de pie, se había acercado a la repisa de la chimenea y había rellenado el 17 vertical.

Me senté en el sofá y observé atentamente el reloj.

Por primera vez en toda la noche, Helen hojeaba las páginas de una revista. La canastilla estaba en el estante inferior de la biblioteca.

—¿Vas a seguir viendo eso? —me preguntó—. No es muy bueno.

Volví al canal del grupo de los tres profesores y la corista, que seguían trasteando con la vasija.

En el Canal 1 el científico seguía sentado a la mesa con sus modelos.

—... alarma, sin duda. Estas ondas tienen masa, y creo que podemos esperar muchos efectos ópticos extraños, ya que la luz del sol es desviada por...

Apagué el televisor.

El siguiente salto llegó a las 9:11. Yo me había apartado de la chimenea, había vuelto al sofá y encendido un cigarrillo.

Eran las 9:04. Helen había abierto el balcón y miraba hacia la calle.

El televisor estaba encendido, así que esta vez decidí desenchufar el cable. Lancé el cigarrillo al fuego: como no recordaba haberlo encendido, me supo como si fuera

de otro.

—Harry, ¿te gustaría dar un paseo? —sugirió Helen—. Sería muy agradable ir al parque.

Cada salto hacia atrás nos devolvía a un nuevo punto de partida. Si conseguía salir con Helen y llegar hasta el final de la calle, tras el siguiente salto volvíamos a estar en la sala, pero probablemente habíamos decidido ir en coche a tomar algo a una taberna.

—¿Harry?

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Estás dormido, cielo? ¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Eso te despertaría un poco.

—De acuerdo —respondí—. Ponte el abrigo.

—¿Y tú ya vas suficientemente abrigado?

Helen se fue al dormitorio.

Caminé alrededor de la sala y me convencí de que estaba despierto. Las sombras, la sensación de solidez de las sillas, todo estaba demasiado definido como para tratarse de un sueño.

Las 9:08. Normalmente Helen tardaba diez minutos en ponerse el abrigo.

El salto hacia atrás llegó casi de inmediato.

Las 9:06.

Yo todavía estaba en el sofá y Helen se había agachado a recoger la canastilla de costura.

Esta vez, por fin, el televisor estaba desconectado.

—¿Tienes algo de dinero? —preguntó Helen.

Automáticamente rebusqué por los bolsillos.

—Sí. ¿Cuánto quieres?

Helen me miró.

—Bueno, ¿cuánto suelen costar las copas? Solo nos beberemos un par.

—Ah, ¿vamos a tomar algo?

—Querido, ¿te encuentras bien? —dijo mientras se me acercaba—. Pareces sofocado. ¿Esa camisa te va demasiado ajustada?

—Helen —dije mientras me levantaba—. Tengo que explicarte algo. No sé por qué está pasando, pero tiene algo que ver con esas ondas de gas que está liberando el sol.

Helen me miraba boquiabierta.

—Harry —empezó a decir nerviosa—. ¿Qué te pasa?

—Estoy perfectamente —le aseguré—. Solo que todo sucede muy rápidamente y no creo que nos quede mucho tiempo.

Miré de nuevo el reloj, Helen siguió mi mirada y se acercó a la repisa de la chimenea. Cogió el reloj, lo movió de un lado a otro y pude oír el sonido del péndulo.

—No, no —grité. Agarré el reloj y volví a colocarlo contra la pared.

El salto nos devolvió a las 9:07. Helen estaba en el dormitorio. Yo tenía exactamente un minuto.

—Harry —dijo—, cariño, ¿quieres o no?

Yo estaba frente a la ventana de la sala, murmurando algo.

Había perdido todo contacto con las actividades de mi verdadero yo en el canal de tiempo normal. La Helen que ahora hablaba conmigo era un fantasma.

Era yo, y no Helen y los demás, quien giraba en el tiovivo temporal.

Salto.

De las 9:07 a las 9:15.

Helen estaba de pie en la puerta.

—... hasta el... el... —decía yo.

Helen me observaba, completamente inmóvil. Quedaba una fracción de minuto en el reloj.

Eché a caminar hacia ella.

A caminar hacia ella

hacia ella

ella

Salí del bucle como un hombre catapultado por una puerta giratoria. Estaba tumbado en el sofá, un dolor agudo me atravesaba la parte superior de la cabeza, y pasaba por el oído derecho hasta llegarme al cuello.

Miré la hora. Las 9:45. Podía oír a Helen moverse en el comedor. Me quedé allí a la espera de que todo se tranquilizara de nuevo, y a los pocos minutos entró ella con una bandeja y un par de vasos.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mientras me ofrecía un Alka-Seltzer.

Dejé que se disolviera del todo y me lo bebí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Me he desmayado?

—No exactamente. Estabas viendo la obra de teatro en el televisor. Tenías muy mal aspecto, así que sugerí que fuéramos a tomar una copa. Empezaste a sufrir convulsiones.

Me puse de pie lentamente y me froté el cuello.

—Por Dios, no puedo haberlo soñado todo. Es imposible.

—¿El qué?

—Una especie de tiovivo temporal enloquecedor. —Al hablar sentía punzadas de dolor en el cuello. Me acerqué al televisor y lo encendí—. Es difícil explicarlo con coherencia. El tiempo estaba... —Me estremecí al sentir una nueva punzada de dolor.

—Siéntate y descansa —dijo Helen—. Me quedaré aquí contigo. ¿Quieres una copa?

—Gracias. Un *whisky*. Doble.

Miré el televisor. En el Canal 1 había una señal de carretera, en el 2 una especie de cabaré, en el 5 un estadio iluminado y en el 9 un espectáculo de variedades. No había señales de la obra de Diller ni de la vasija.

Helen trajo el *whisky* y se sentó en el sofá a mi lado.

—Empezó cuando mirábamos la obra —le expliqué, frotándome el cuello.

—Ahora no digas nada. Tranquilízate.

Apoyé la cabeza en su hombro y miré hacia el techo de la habitación, escuchando la música del espectáculo de variedades. Reflexioné sobre cada vuelta del *tiovivo*, y me pregunté si podía haberlo soñado todo.

—Bueno —dijo Helen diez minutos más tarde—, no ha estado muy bien que digamos, y ahora encima van a repetirlo. ¡Por el amor de Dios!

—¿Quiénes? —pregunté y vi el resplandor de la pantalla reflejado en su rostro.

—Esos acróbatas. Los Hermanos No sé qué. Uno de ellos hasta se ha resbalado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Volví la cabeza y miré la pantalla.

Tres o cuatro acróbatas de torsos robustos y mallas de piel hacían el pino unos encima de los otros. Luego hicieron otra acrobacia más arriesgada en la que lanzaban por los aires a una chica vestida con pantalones de piel de leopardo. El aplauso fue ensordecedor. Pensé que eran moderadamente buenos.

Dos de ellos empezaron lo que parecía ser una demostración de tensión dinámica, empujándose el uno al otro como un par de toros catatónicos, con los cuellos y las piernas entrelazadas, hasta que uno se deslizó lentamente hasta el suelo.

—¿Por qué siguen haciendo eso? —se sorprendió Helen—. Lo han hecho ya dos veces.

—Me parece que no —le dije—. Esta acrobacia es un poco diferente.

El hombre que pivotaba se estremeció, y toda la poderosa masa de músculos se derrumbó y se incorporó de un brinco inmediatamente.

—La última vez resbalaron —dijo Helen.

—No, no —me apresuré a señalar—. Antes se aguantaban con las manos. Ahora estaban estirados horizontalmente.

—No estabas mirando —dijo Helen. Se inclinó hacia adelante—. Bueno, ¿a qué están jugando? Es la tercera vez que repiten todo el asunto.

La acrobacia era totalmente nueva para mí, pero no intenté discutir.

Me levanté y miré el reloj.

Las 10:05.

—Cariño —dije abrazándola—, aguanta.

—¿Qué quieres decir?

—Estás en el *tiovivo*. Ahora te toca a ti.

## CIUDAD DE CONCENTRACIÓN

Conversaciones al mediodía en la calle Millón:

—Lo siento, estos son los Millones del Oeste. Usted busca el 9 775 335 Este.

—¿Un dólar con cinco el metro cúbico? ¡Vende!

—Coja un expreso al oeste hasta la avenida 495, cruce a un ascensor de la línea roja y suba mil niveles hasta plaza Terminal. Siga hacia el sur y lo encontrará entre la avenida 568 y la calle 422.

—¡Hay un derrumbe en el distrito de Ken! Cincuenta manzanas por veinte, por treinta niveles.

—Escucha esto: «¡PIRÓMANOS AMENAZAN PÁNICO MASIVO! ¡POLICÍA Y BOMBEROS ACORDONAN EL DISTRITO DE LA BAHÍA!».

—Es un contador muy bueno. Detecta hasta el 0,005 por ciento de monóxido. Me costó trescientos dólares.

—¿Has visto los nuevos superexpresos interurbanos?

—¡Solo tardan unos diez minutos en subir tres mil niveles!

—¿Noventa centavos el metro? ¡Compra!

—¿Dice que la idea se le ocurrió en un sueño? —preguntó la voz con rudeza—. ¿Está seguro de que no se la dio alguien?

—No —dijo M.

A medio metro de distancia, una lámpara lanzaba sobre su rostro un cono de luz amarillenta y sucia. Apartó los ojos del resplandor y esperó mientras el sargento caminaba hasta su escritorio, daba unos golpecitos el borde con los dedos, daba media vuelta y se aproximaba a él otra vez.

—¿Les ha contado algo a sus amigos?

—Solo la primera teoría —explicó M—. La posibilidad de vuelo.

—Pero usted dijo que la otra teoría era mucho más importante. ¿Por qué ocultársela a ellos?

M vaciló. Afuera, en alguna parte, un tranvía cambió de vía retumbó metálicamente por la calle elevada.

—Pensé que no me entenderían.

El sargento se echó a reír.

—¿Quiere decir que habrían pensado que estaba loco?

M se movió incómodo en su taburete. El asiento estaba a solo quince centímetros del suelo y ahora ya notaba los muslos y los músculos de la espalda como tiras de caucho inflamadas.

Después de tres horas de interrogatorio la lógica se había desvanecido.

—El concepto era un poco abstracto. No había palabras para explicarlo.

El sargento negó con la cabeza.

—Me alegra oírle decir eso. —Se sentó en el escritorio, miró a M un momento y se le acercó—. Ahora mire —dijo confidencialmente—. Se está haciendo tarde. ¿Sigue pensando que las dos teorías son razonables?

M levantó la mirada.

—¿Es que no lo son?

El sargento se volvió hacia el hombre que observaba desde las sombras junto a la ventana.

—Estamos perdiendo el tiempo —le espetó—. Se lo entregaré a los de Psiquiatría. Usted ya ha visto suficiente, ¿verdad, doctor?

El cirujano se miró las manos. No había participado en el interrogatorio, tal vez porque estaba aburrido de los métodos del sargento.

—Hay algo que quiero saber —dijo—. Déjeme solo con él durante media hora.

Cuando el sargento salió de la habitación, el cirujano se sentó tras del escritorio y miró por la ventana, escuchando el zumbido sordo del aire a través del enorme hueco de ventilación que se alzaba desde la calle debajo de la estación. Unas pocas luces encendidas iluminaban algunos tejados y a unos doscientos metros de distancia un policía solitario patrullaba por el andén de hierro que discurría por encima de la calle, el ruido de sus botas resonaba en la oscuridad.

M, sentado en el taburete, con los codos entre las rodillas, trataba de insuflarles un poco de vida a sus piernas entumecidas.

El cirujano echó una ojeada al acta de acusación.

Nombre...	Franz M.
Edad...	20.
Ocupación...	Estudiante.
Dirección...	3 599 719 Oeste, calle 783, nivel 549-7705-45 KNI (local).
Cargo...	Holgazanería.

—Hábleme de ese sueño —dijo doblando una regla de acero entre las manos mientras miraba a M.

—Creo que ya lo ha oído todo, señor —respondió M.

—Deme todos los detalles.

M se movió, inquieto.

—No pasó gran cosa, y ahora no lo recuerdo con demasiada claridad.

El cirujano bostezó. M esperó un momento y luego empezó a recitar lo que ya había repetido veinte veces.

—Yo estaba suspendido en el aire por encima de un tramo plano de suelo descubierta, algo así como el suelo de un estadio enorme. Tenía los brazos extendidos a los lados, y miraba hacia abajo, flotando...

—Un momento —interrumpió el cirujano—. ¿Está seguro de que no estaba nadando?

—No —dijo M—. Estoy seguro. A mi alrededor todo era espacio libre. Eso era lo más importante. No había paredes. No había nada más que vacío. Es todo lo que recuerdo.

El cirujano pasó el dedo por el borde de la regla.

—Siga.

—Bueno, aquel sueño me dio la idea de fabricar una máquina voladora. Uno de mis amigos me ayudó a construirla.

El cirujano asintió. Casi ausente, cogió el acta de acusación y la estrujó con un solo movimiento de la mano.

—No seas absurdo, Franz —protestó Gregson mientras se ponían en la cola de la cafetería de Química—. Va en contra de las leyes de la hidrodinámica. ¿Cómo conseguirías la flotabilidad?

—Supongamos que tenemos un almacén de tela rígida —explicó Franz mientras pasaban por al lado de las escotillas—. Digamos que de tres metros de ancho, como uno de esos paneles para construir paredes, y asas para las manos en la superficie. Y que luego saltaras desde la galería del Coliseo. ¿Qué pasaría?

—Que harías un agujero en el suelo. ¿Por qué?

—No, en serio.

—Si fuera lo suficientemente grande y resistente, bajarías en picado, como un dardo de papel.

—Planearías —corrigió Franz—. Recto.

Treinta niveles por encima de ellos rugió un expreso interurbano, haciendo vibrar las mesas y los cubiertos de la cafetería. Franz esperó hasta que llegaron a una mesa y se inclinó hacia delante, olvidando por completo su comida.

—Y supongamos que le has conectado una unidad de propulsión, como un ventilador a pilas, o uno de esos cohetes que usan los superexpresos. Con empuje suficiente como para levantar tu peso. ¿Qué pasaría?

Gregson se encogió de hombros.

—Si pudieras controlarlo, podrías, podrías... —miró a Franz, con el ceño fruncido—. ¿Cuál es la palabra? Siempre la estás usando.

—Volar.

—Básicamente, Matheson, la máquina es muy simple —comentó Sanger, el profesor de Física, al entrar en la biblioteca de Ciencias—. Una aplicación elemental del principio de Venturi. Pero ¿cuál es el propósito de esta? Un trapecio también sería



útil para esos fines, y sería mucho menos peligroso. En primer lugar, hay que tener en cuenta el enorme espacio libre que requeriría. No creo que las autoridades de tráfico lo vean con buenos ojos.

—Sé que aquí no sería práctico —admitió Franz—. Pero sí en un gran espacio abierto.

—Concedido. Le sugiero negociar de inmediato con los del Arena Garden, en el nivel 347-25 —bromeó el profesor—. Estoy seguro de que estarán encantados con su proyecto.

Franz sonrió cortésmente.

—No sería lo suficientemente grande. En realidad estaba pensando en un área de espacio totalmente libre y gratis. De tres dimensiones, por así decirlo.

Sanger miró a Franz con curiosidad.

—¿Espacio libre y gratis? ¿No son dos términos contradictorios? El espacio vale un dólar el metro cúbico —dijo rascándose la nariz—. ¿Ha comenzado ya a construir esa máquina?

—No —dijo Franz.

—En ese caso yo debería de olvidarme de todo el asunto. Recuerde, Matheson, el objetivo de la ciencia es consolidar los conocimientos existentes, sistematizar y reinterpretar los descubrimientos del pasado, no perseguir sueños salvajes del futuro.

Hizo un gesto con la cabeza y desapareció entre las estanterías repletas de polvo.

Gregson lo estaba esperando en la escalera.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Lo intentaremos esta tarde —dijo Franz—. Nos saltaremos la clase de Textos de Farmacología 5. Me conozco las lecturas de Fleming de pe a pa. Le pediré al doctor McGhee un par de pases.

Salieron de la biblioteca y caminaron por el estrecho callejón, apenas iluminado, que discurría por detrás de los nuevos y enormes laboratorios de ingeniería civil. Más de tres cuartas partes de los estudiantes matriculados cursaban sus carreras en las facultades de Arquitectura e Ingeniería, y un escaso dos por ciento en la de Ciencias Puras. Las bibliotecas de Física y Química estaban alojadas en la zona más vieja de la universidad, en dos cobertizos galvanizados que alguna vez contuvieron la Facultad de Filosofía, ahora cerrada.

Al final del callejón entraron en la plaza de la Universidad y subieron la escalera de hierro que llevaba al nivel superior, treinta metros por encima de ellos. A mitad de camino un policía de incendios de casco blanco los revisó superficialmente con su detector y les indicó que prosiguieran.

—¿Qué pensó Sanger? —preguntó Gregson mientras se incorporaban a la calle 637 y cruzaban la estación del elevador suburbano.

—No nos sirve en absoluto —dijo Franz—. Ni siquiera quiso entender lo que le explicaba.

Gregson se rio con tristeza.

—No sé si yo mismo lo entiendo.

Franz sacó un billete de la máquina automática y subió a la plataforma descendente. Un ascensor bajó lentamente hacia él, mientras sonaba un timbre.

—Espera hasta esta tarde —le dijo—. Verás algo de verdad.

El jefe de planta del Coliseo comprobó los dos pases.

—Estudiantes, ¿eh? Está bien. —Y con el dedo pulgar señaló el largo paquete que llevaban Franz y Gregson—. ¿Qué lleváis ahí?

—Un dispositivo para medir la velocidad del aire —dijo Franz.

El administrador gruñó, soltó el pestillo y los dejó pasar.

Fuera, en el centro del estadio vacío, Franz le quitó el envoltorio al paquete y montaron el modelo. Era un amplio abanico de alambre y papel, al que iba sujeto con varillas un fuselaje estrecho, y una cola alta y curvada.

Franz lo levantó y lo lanzó al aire. El modelo planeó unos diez metros y luego se deslizó hasta detenerse en el serrín del suelo.

—Parece estable —dijo Franz—. Vamos a remolcarlo primero.

Sacó un carrete de hilo del bolsillo y ató un cabo al extremo del artilugio. Echaron a correr y el modelo subió graciosamente en el aire y los siguió alrededor del estadio, a tres metros por encima el suelo.

—Ahora probemos los cohetes —dijo Franz. Ajustó la posición de las alas y la cola, y acomodó tres cohetes de fuegos artificiales en ambos soportes de alambre montados sobre las alas.

El estadio medía ciento veinte metros de diámetro y setenta y cinco metros de altura. Llevaron el modelo hacia un lado y Franz encendió las mechas.

Hubo una explosión de llamas y el modelo aceleró por la pista, a un metro de altura, dejando atrás una estela de humo de colores brillantes. Las alas se mecían levemente a un lado y a otro. De repente la cola prendió. El modelo se elevó bruscamente hacia el techo, se detuvo un momento en el aire justo antes de chocar contra uno de los focos, y cayó hasta estrellarse contra el serrín del suelo.

Corrieron y pisotearon los restos que aún ardían.

—Franz —gritó Gregson—. ¡Es increíble! ¡Funciona de verdad!

—Claro que funciona —replicó, impaciente, Franz mientras seguía pateando el fuselaje destrozado—. Pero como dijo Sanger, ¿para qué?

—¿Para qué? ¡Vuela! ¿No es suficiente?

—No. Yo quiero uno lo suficientemente grande como para que me sostenga.

—Franz, cálmate. Sé razonable. ¿Dónde podrías volar?

—No lo sé —dijo Franz, furioso—. ¡Pero tiene que haber algún sitio!

El jefe de planta y dos asistentes cargados con extintores de fuego venían corriendo a través del estadio.

—¿Has escondido las cerillas? —preguntó Franz enseguida—. Nos lincharán si creen que somos pirómanos.

Tres tardes después, Franz cogió el ascensor y subió ciento cincuenta niveles, hasta el 677-98, donde estaba la Oficina de Distritos del Estado.

—Hay un gran espacio entre el 493 y el 554 en el siguiente sector —le notificó uno de los empleados—. No sé si eso le servirá. Sesenta manzanas por veinte, por quince niveles.

—¿No hay nada más grande? —preguntó Franz, y el empleado levantó la vista.

—¿Mas grande? No. ¿Qué es lo que busca..., un caso leve de agorafobia?

Franz abrió unos mapas desparramados sobre el mostrador.

—Querría encontrar una zona abierta y más o menos continua. De unas doscientas o trescientas manzanas de largo.

El empleado negó con la cabeza y volvió al libro mayor.

—¿No ha ido a la Facultad de Ingeniería? —le preguntó con sorna—. La ciudad no lo admite. Cien manzanas es el máximo.

Franz le dio las gracias y se fue.

Un expreso norte-sur lo dejó en la zona abierta dos horas más tarde. Se bajó del vagón en la terminal y recorrió a pie los trescientos metros que había hasta el final del nivel.

La calle, un pasaje de mala muerte pero repleto de tiendas de ropa y locales de pequeñas empresas, atravesaba el inmenso Cubo Industrial, de quince kilómetros de largo, y terminaba repentinamente en una maraña de vigas rotas y hormigón. A lo largo del perímetro habían levantado una barandilla de acero, y Franz se asomó y contempló el vacío de cinco kilómetros de largo por dos kilómetros de ancho y cuatrocientos metros de alto, que miles de ingenieros y obreros de demolición le arrancaban a la matriz de la ciudad.

Doscientos cincuenta metros más abajo, filas interminables de camiones y vagones se llevaban los escombros, y nubes de polvo se arremolinaban alrededor de los focos que colgaban del techo. Mientras miraba, una cadena de explosiones resquebrajó el muro de la izquierda que se desprendió y cayó lentamente hacia el suelo, mostrando un corte transversal perfecto a través de quince niveles de la ciudad.

Franz había visto antes grandes ensanches de espacio, y sus propios padres habían muerto en el histórico derrumbe del distrito de QUA, diez años atrás, cuando cedieron tres columnas maestras, y doscientos niveles de la ciudad se hundieron repentinamente sobre medio millón de personas, que murieron aplastadas como moscas en un acordeón, pero aquel enorme abismo vacío todavía perturbaba su imaginación.

A su alrededor, de pie o sentada en las terrazas que sobresalían de las vigas, una multitud miraba en silencio.

—Dicen que van a construir jardines y parques para nosotros —comentó con voz paciente un viejo junto al codo de Franz—. Hasta he oído que tal vez puedan conseguir un árbol. Será el único árbol de todo el distrito.

Un hombre que llevaba una sudadera raída escupió por encima de la barandilla.

—Eso es lo que dicen siempre. A un dólar el metro solo pueden desperdiciar espacio en promesas.

Debajo de ellos una mujer que había estado mirando el vacío empezó a reírse, nerviosa. Dos transeúntes la tomaron de los brazos y trataron de llevársela de allí. La mujer se resistió y un policía de incendios se acercó y la apartó con brusquedad.

—Pobre estúpida —comentó el hombre de la sudadera—. Tal vez vivía en algún sitio por ahí abajo. Le dieron noventa centavos por metro cuando la expropiaron. Todavía no sabe que tendrá que pagar un dólar y diez centavos para recomprarlo. Pronto nos cobrarán cinco centavos la hora solo por estar aquí sentados mirando.

Franz miró por encima de la barandilla durante un par de horas y luego le compró una postal a uno de los vendedores ambulantes y se fue de vuelta al ascensor.

Antes de volver al dormitorio de estudiantes pasó a ver a Gregson. Los Gregson vivían en la avenida 985, en Millones del Oeste, en un piso de tres habitaciones en la planta superior, justo por debajo del techo. Franz los conocía desde la muerte de sus padres, pero la madre de Gregson todavía lo miraba como al principio, con simpatía y sospecha a la vez. Mientras la mujer lo dejaba entrar con su habitual sonrisa de bienvenida, Franz se fijó en que le echaba una mirada al detector montado en el vestíbulo.

Gregson estaba en su habitación, recortando alegremente figuras de papel y pegándolas sobre una enorme y desvencijada estructura que recordaba vagamente al modelo de Franz.

—Hola, Franz. ¿Cómo era?

Franz se encogió de hombros.

—Solo es un ensanche. Pero vale la pena verlo.

Gregson señaló la maqueta.

—¿Crees que podríamos probarlo allí?

—Quizá sí.

Franz se sentó en la cama. Tomó un dardo de papel que había a un lado y lo lanzó por la ventana. Flotó hacia la calle, describiendo perezosamente una amplia espiral, y desapareció en la boca abierta del pozo de ventilación.

—¿Cuándo vas a construir otro modelo? —preguntó Gregson.

—Nunca.

Gregson levantó la mirada.

—¿Por qué? Has demostrado tu teoría.

—No es eso lo que busco.

—No te entiendo, Franz, ¿qué es lo que quieres?

—Espacio libre.

—¿Libre? —repitió Gregson.

Franz asintió.

—Libre y gratis.

Gregson sacudió la cabeza con tristeza, y recortó otro pedazo de papel.

—Franz, estás loco.

Franz se puso de pie.

—Mira esta habitación —dijo—. Tiene seis metros por cuatro y medio por tres. Si extendemos sus dimensiones infinitamente, ¿qué obtenemos?

—Un ensanche.

—¡Infinitamente!

—Espacio no funcional.

—¿Y bien? —preguntó Franz, paciente.

—El concepto es absurdo.

—¿Por qué?

—Porque no podría existir.

Franz se golpeó la frente con la mano, desesperado.

—¿Por qué no podría?

Gregson hizo un gesto con las tijeras.

—Es contradictorio en sí mismo. Es igual que la afirmación «estoy mintiendo». Solo es una extravagancia verbal. Interesante en teoría, pero es inútil buscarle un sentido. —Lanzó las tijeras sobre la mesa—. De todos modos, ¿sabes cuánto costaría el espacio libre?

Franz se acercó a la estantería y sacó uno de los volúmenes.

—Vamos a echarle un vistazo a tu atlas de calles —dijo mientras buscaba el índice—. Hay mil niveles. Distrito KNI, ciento sesenta y un mil kilómetros cúbicos, población treinta millones.

Gregson asintió.

Franz cerró el atlas.

—Doscientos cincuenta distritos, incluyendo el KNI, conforman el sector 493, y la asociación de los mil quinientos sectores adyacentes forman la unión local 298. —Se detuvo y miró a Gregson—. Por cierto, ¿has oído hablar de ella?

Gregson sacudió la cabeza.

—No. ¿Cómo...?

Franz golpeó la cubierta del atlas.

—Aproximadamente  $4 \times 10^{15}$  kilómetros cúbicos —dijo, y se apoyó en el antepecho de la ventana—. Ahora respóndeme a esto: ¿qué hay más allá de la unión local 298?

—Otras uniones, supongo —dijo Gregson—. No veo la dificultad.

—¿Y más allá?

—Más uniones. ¿Por qué no?

—¿Y así siempre? —insistió Franz.

—Bueno, tanto como sea posible.

—El directorio de calles de la vieja biblioteca del Tesoro de la calle 247 es el más grande del distrito —dijo Franz—. He ido esta mañana. Ocupa tres niveles completos. Millones de volúmenes. Pero no se extiende más allá de la unión local

598, y nadie tiene ni idea de si hay algo más allá. ¿Por qué no?

—¿Y por qué tendrían que saberlo? —preguntó Gregson—. Franz, ¿adónde quieres llegar?

Franz se acercó a la puerta.

—Vamos al museo de Biohistoria. Allí te lo enseñaré.

Los pájaros estaban posados sobre montículos de piedras o andaban a trompicones por los senderos arenosos entre los estanques de agua.

—«ARCHAEOPTERYX» —leyó Franz en el indicador de una jaula. El pájaro, delgado y mohoso, emitió un graznido doloroso cuando él le echó un puñado de semillas.

—Algunos de estos pájaros tienen vestigios de un arco pectoral —dijo Franz—. Fragmentos diminutos de hueso en los tejidos que envuelven la caja torácica.

—¿Alas?

—Eso cree el doctor McGhee.

Avanzaron hasta la salida por entre las hileras de jaulas.

—¿Cuándo cree él que volaron?

—Antes de la Fundación —dijo Franz—. Hace tres millones de años.

Cuando estuvieron fuera del museo caminaron por la avenida 859. Y a mitad de la calle se había reunido una densa una multitud, y la gente se asomaba a las ventanas y por los balcones por encima de la elevación, observando a una patrulla de la Policía de Incendios que trataba de entrar en una casa.

Habían cerrado los mamparos a ambos extremos de la manzana y unas pesadas rejas de acero bloqueaban las escaleras impidiendo el acceso desde los niveles inferiores o superiores. Los pozos de ventilación y de escape estaban en silencio y el aire era espeso y rancio.

—Pirómanos —murmuró Gregson—. Deberíamos haber traído nuestras máscaras.

—No es más que una falsa alarma —dijo Franz, que señalaba los detectores de monóxido que estaban por todas partes, aspirando el aire con sus largas trompas. Todas las agujas de los medidores marcaban cero: la zona era segura—. Vamos a esperarnos en el restaurante de enfrente.

Recorrieron el tramo que los separaba del restaurante, se sentaron frente a la ventana y pidieron café. El café, como todo lo demás en el menú, estaba frío. Todos los electrodomésticos de la cocina tenían termostatos graduados a una temperatura máxima de treinta y cinco grados centígrados, y solo en los restaurantes y hoteles más caros era posible obtener comida, como mucho, tibia.

Abajo en la calle se oía una algarabía de gritos. La Policía de Incendios parecía incapaz de pasar más allá de la planta baja de la casa, y ahora había empezado a golpear con sus porras a la multitud. Trajeron un cabrestante eléctrico y lo atornillaron a las vigas que había debajo de la acera, y luego engancharon en las

paredes de la casa media docena de gruesos garfios de acero.

Gregson se echó a reír.

—Los propietarios se llevarán una buena sorpresa cuando vuelvan a casa.

Franz observó la casa. Era estrecha y tenía un aspecto ruinoso, apretada entre una gran tienda de muebles al por mayor y un nuevo supermercado. Un viejo cartel cruzaba la fachada, pero habían pintado encima, y eso hacía pensar que el propietario había cambiado recientemente. Los actuales inquilinos habían hecho un intento a medias de convertir la habitación de la planta baja en un restaurante económico. Ahora la Policía de Incendios parecía hacer lo posible por destrozarlo todo, y el suelo estaba repleto de empanadas y vajilla rota.

El ruido cesó y todo el mundo esperaba que el cabrestante empezara a girar. Los cables se tensaron, y el muro de la fachada de la casa se tambaleó hacia fuera con movimientos bruscos.

De repente la multitud lanzó un grito.

Franz levantó el brazo.

—¡Allí arriba! ¡Mira!

En la cuarta planta un hombre y una mujer se habían asomado a la ventana y miraban hacia abajo sin poder hacer nada. El hombre levantó a la mujer hasta el antepecho de la ventana, que se arrastró afuera y se agarró a una cañería de desagüe. Desde la calle les tiraban botellas, que rebotaban y caían entre los policías. Una gran grieta dividió la casa de arriba abajo y partió en dos el suelo sobre el que estaba el hombre, catapultándolo hacia atrás y ocultándolo de la vista de la gente. En ese instante, un dintel del primer piso se partió, y la casa entera se derrumbó.

Franz y Gregson se levantaron, casi derribando la mesa.

La multitud se lanzó adelante a través del cordón policial. Cuando el polvo se asentó, no quedaba más que un montón de escombros y vigas retorcidas. En medio del desastre sobresalía la figura maltrecha del hombre. Casi asfixiado por el polvo, se movió lentamente, tratando de liberarse con una mano, y entonces la multitud empezó a rugir de nuevo cuando uno de los ganchos lo atravesó y lo arrastró por entre los escombros.

El encargado del restaurante se abrió paso entre Franz y Gregson y se asomó a la ventana, con los ojos fijos en un detector portátil. La aguja, como todas las otras, señalaba el cero.

Una docena de mangueras lanzaba agua sobre las ruinas de la casa y al cabo de unos minutos la multitud empezó a dispersarse lentamente.

El encargado apagó el detector y se alejó de la ventana mientras asentía con la cabeza en dirección a Franz.

—Malditos pirómanos. Ahora ya os podéis relajar, chicos.

Franz señaló el detector de monóxido.

—El detector estaba a cero. No hay no rastro de monóxido por aquí. ¿Cómo sabe que eran pirómanos?

—No te preocupes, lo sabemos —dijo mostrándole una sonrisa torcida—. No queremos a ese tipo de elementos en este barrio.

Franz se encogió de hombros y se sentó.

—Supongo que es una buena manera de deshacerse de ellos.

El encargado miró a Franz.

—Así es, muchacho. Este es un buen barrio, de un dólar con cinco. —El hombre sonrió afectadamente—. Quizá de un dólar con seis, ahora que todos saben nuestro historial en materia de seguridad.

—Cuidado, Franz —le advirtió Gregson cuando se hubo ido el encargado—. Se dice que los pirómanos tienen pequeños cafés y restaurantes de paso como tapaderas.

Franz removió su café.

—El doctor McGhee estima que al menos el quince por ciento de la población de la ciudad son pirómanos en potencia. Está convencido de que el número va en aumento y que con el tiempo toda la ciudad acabará incendiada.

Franz apartó el café.

—¿Cuánto dinero tienes?

—¿Cuánto llevo encima?

—En total.

—Unos treinta dólares.

—Yo he ahorrado quince —dijo Franz—. Cuarenta y cinco dólares. Eso debería bastar para tres o cuatro semanas.

—¿Dónde? —preguntó Gregson.

—En un superexpreso.

—¿En un super...! —se interrumpió Gregson, sobresaltado—. ¿Tres o cuatro semanas? ¿Qué quieres decir?

—Solo hay una manera de averiguarlo —explicó Franz con calma—. No puedo quedarme aquí sentado pensando. En alguna parte hay un espacio libre y me montaré en uno de esos superexpresos con coches cama hasta que lo encuentre. ¿Me prestas tus treinta dólares?

—Pero Franz...

—Si no encuentro nada dentro de un par de semanas doy media vuelta y regreso.

—Pero el billete te costará... —Gregson buscó la palabra— miles de millones. Con cuarenta y cinco dólares ni siquiera podrás salir del sector.

—Solo es para café y bocadillos —dijo Franz—. El billete será gratis. —Levantó la mirada—. Ya sabes...

Gregson sacudió la cabeza, dudando.

—¿Puedes hacer eso en los superexpresos?

—¿Por qué no? Si me preguntan les diré que vuelvo dando un rodeo. Greg, ¿me prestas tu dinero?

—No sé si debo hacerlo —dudó Gregson mientras jugueteaba con la taza de café—. Franz, ¿cómo puede haber espacio libre? ¿Cómo?



—Eso es lo que voy a averiguar —dijo Franz—. Piensa en ello como en mi primera práctica de física.

Las distancias de los viajes de pasajeros en el sistema de transporte se medían de un punto a otro mediante la aplicación de  $a = \sqrt{b^2 + c^2 + d^2}$ . El itinerario real era responsabilidad del pasajero, y mientras permaneciera en el sistema podía elegir cualquier ruta. Los billetes eran comprobados solo en las salidas de las estaciones, donde un inspector cobraba el recargo correspondiente. Si el pasajero no podía pagar el recargo, de diez centavos por kilómetro, era enviado de vuelta al punto de partida.

Franz y Gregson entraron en la estación de la calle 984 y se acercaron hasta la enorme consola automática que distribuía los billetes. Franz metió un centavo en la máquina y pulsó el destino marcado con el número 984. La máquina retumbó, tosió un billete, y la ranura del cambio le devolvió la moneda.

—Bueno, Greg, adiós —dijo Franz mientras avanzaban hacia la barrera—. Te veré dentro de unas dos semanas. Nadie dirá nada en el dormitorio. Dile a Sanger que me han llamado los del Servicio de Incendios.

—¿Y qué pasará si no vuelves, Franz? —preguntó Gregson—. ¿Y si te sacan del coche cama?

—¿Cómo van a hacerlo? Tengo mi billete.

—¿Y si encuentras el espacio libre? ¿Volverás entonces?

—Si puedo.

Con un gesto tranquilizador, Franz palmeó a Gregson en el hombro, sacudió una mano despidiéndose y desapareció entre los viajeros.

Se subió a la línea verde del metro hasta el trasbordo del siguiente distrito. El tren iba a una velocidad constante de cien kilómetros por hora, y el viaje duró dos horas y media.

En el trasbordo se cambió a un ascensor expreso que lo sacó del sector en noventa minutos, a seiscientos cincuenta kilómetros por hora. Otros cincuenta minutos en un especial que cruzaba el sector lo llevaron a la terminal de la línea principal de la Unión.

Allí se tomó un café y revisó su plan. Los superexpresos iban hacia el este y hacia el oeste, parándose cada diez estaciones, incluyendo aquella. El siguiente llegaría en setenta y dos horas y seguiría en dirección oeste.

La Terminal Principal era la estación más grande que Franz había visto, una caverna de dos kilómetros de largo y de treinta niveles de profundidad. Cientos de ascensores se hundían en la estación y el laberinto de plataformas, escaleras mecánicas, restaurantes, hoteles y teatros parecía una réplica deformada de la propia ciudad.

Tras orientarse en uno de los puntos de información, Franz subió por una escalera mecánica hasta la grada 15, donde se detenían los superexpresos. En la estación había dos túneles de acceso de acero, de cien metros de diámetro cada uno, apoyados en

treinta y cuatro inmensos contrafuertes de hormigón.

Franz caminó por el andén y se detuvo junto a la pasarela telescópica que se adentraba en una de las cámaras de aire. Doscientos setenta grados exactos, pensó, mirando la parte más vulnerable de la curva del túnel. Tenía que dar a alguna parte. Llevaba cuarenta y cinco dólares en el bolsillo, suficientes para café y bocadillos durante tres semanas, seis si fuera necesario, tiempo de sobra para encontrar el final de la ciudad.

Pasó los siguientes tres días alimentándose a base de café en las treinta cafeterías de la estación, leyendo periódicos que dejaban otros pasajeros y durmiendo en los trenes de la línea roja local: recorridos de cuatro horas alrededor del sector más cercano.

Cuando al fin llegó el superexpreso, él se unió al pequeño grupo de policías de incendios y funcionarios municipales que esperaban en la pasarela, y los siguió hasta el tren. Había dos vagones: uno con camas, que nadie utilizaba, y uno de uso diurno.

Franz tomó asiento en un rincón discreto cerca de uno de los paneles indicadores del vagón de uso diurno, sacó su cuaderno y anotó su primera entrada:

*Día 1: 270° Oeste. Unión 4350.*

—¿No sale a tomar una copa? —le preguntó un capitán de la Policía de Incendios desde el otro lado del pasillo—. Tenemos un descanso de diez minutos.

—No, gracias —dijo Franz—. Le guardaré el asiento.

Un dólar cinco el metro cúbico. El espacio libre, estaba seguro, haría bajar el precio. No había necesidad de salir del tren o de hacer demasiadas preguntas. Todo lo que tenía que hacer era pedir prestado un periódico y revisar los precios del mercado.

*Día 2: 270° Oeste. Unión 7550.*

—Están reduciendo lentamente estos coches cama —le dijo alguien—. Todo el mundo viaja en el vagón diurno. Mire este. Sesenta asientos y solo cuatro personas. No hay necesidad de moverse. Las personas se quedan donde están. En pocos años ya no habrá nada más que los servicios suburbanos.

*97 centavos.*

A un promedio de un dólar el metro cúbico, calculó Franz ociosamente, el valor hasta ese sitio era de aproximadamente  $4 \times 10^{27}$  dólares.

—Va hasta la próxima parada, ¿verdad? Bueno, adiós, joven.

Pocos pasajeros viajaban en el superexpreso durante más de tres o cuatro horas seguidas. Al final del segundo día a Franz le dolían el cuello y la espalda por culpa de la aceleración constante. Hacía algo de ejercicio caminando de una punta a otra del pasillo desierto del coche cama, pero tenía que pasar la mayor parte del tiempo sujeto a su asiento, mientras el tren reducía la velocidad lentamente, hasta llegar a la siguiente estación.

*Día 3: 270° Oeste. Federación 657.*

—Interesante, pero ¿cómo podría demostrarlo?

—Es solo una idea extraña que tuve —dijo Franz arrugando el boceto y echándolo al conducto de evacuación—. No tiene ninguna aplicación real.

—Es curioso, pero me recuerda algo.

Franz se enderezó.

—¿Quiere decir que ha visto máquinas como esta? ¿En un periódico o en un libro?

—No, no. En un sueño.

Cada medio día, el piloto firmaba el registro, y la tripulación se intercambiaba con la de un tren que iba hacia el este, y los hombres cruzaban la pasarela y volvían a casa.

125 centavos.

$8 \times 10^{33}$  dólares.

*Día 4: 270° Oeste. Federación 1225.*

—Un dólar el metro cúbico. ¿Se dedica al negocio inmobiliario?

—Solo estoy empezando —dijo Franz con sencillez—. Tengo la esperanza de abrir una oficina propia.

Jugaba a las cartas, sacaba café y bollos del dispensador del baño, miraba el tablero de indicaciones y escuchaba las conversaciones a su alrededor.

—Créame, llegará un momento en que cada unión, cada sector, casi podría decir que cada calle y avenida habrán alcanzado una independencia local completa. Estarán equipados con sus propios servicios energéticos, dispositivos de ventilación, depósitos, laboratorios agrícolas...

El aburrimiento del vagón.

$6 \times 10^{75}$  dólares.

*Día 5: 270° Oeste. Gran Federación 17.*

En un quiosco de la estación, Franz compró un paquete de hojas de afeitar y echó un vistazo al folleto difundido por la cámara de comercio local.

«Un total de 12 000 niveles, 98 centavos el metro, en la exclusiva Elm Drive, registros de seguridad contra incendios sin igual...».

Volvió al tren, se afeitó, y contó los treinta dólares que le quedaban. Ahora estaba a noventa y cinco millones de kilómetros de la estación de cercanías de la calle 984, y sabía que ya no podía retrasar mucho más su vuelta. La próxima vez se ahorraría hasta un par de miles.

$7 \times 10^{127}$ .

*Día 7: 270° Oeste. Imperio Metropolitano 212.*

Franz miró el indicador.

—¿No paramos aquí? —preguntó a un hombre que estaba a tres asientos de distancia—. Quería ver los promedios del mercado.

—El mercado varía. Desde cincuenta centavos hasta...

—¡Cincuenta! —exclamó Franz levantándose de un salto—. ¿Dónde es la próxima parada? ¡Tengo que bajar!

—Aquí no, hijo. —El hombre extendió una mano tranquilizadora—. Esto es Pueblo Nocturno. ¿Está en el negocio inmobiliario?

Franz asintió, dominándose.

—Pensé que...

—Tranquílcese. —El hombre se sentó frente a Franz—. No es más que un barrio bajo muy grande. Zona muerta. En algunos lugares no sube de cinco centavos. No hay servicios, no hay energía.

Tardaron dos días en cruzar la zona.

—Las autoridades de la ciudad están comenzando a sellarlo —explicó el hombre—. Enormes bloques. Es lo único que pueden hacer. Prefiero no pensar qué es lo que les pasa a las personas que hay dentro —añadió mientras le daba un bocado a un bocadillo—. Es extraño, pero hay muchas de estas zonas negras. No se oye hablar de ellas, pero están creciendo. Todo empieza en algún callejón de un barrio común de un dólar el metro: una obstrucción en el sistema de eliminación de aguas residuales, escasez de incineradores y, antes de que uno se dé cuenta... un millón de kilómetros cúbicos han vuelto a la selva. Prueban un plan de auxilio, bombean un poco de cianuro, y luego sellan la zona. Y una vez hecho esto, la zona entera queda cerrada para siempre.

Franz asintió, escuchando el zumbido cargante del aire acondicionado.

—Con el tiempo no habrá más que zonas negras. ¡La ciudad será un inmenso cementerio!

*Día 10: 90° Este. Gran Metropolitano 755.*

—¡Esperen!

Franz se levantó del asiento de un salto y se quedó mirando el tablero indicador.

—¿Qué pasa? —preguntó alguien que estaba sentado enfrente.

—¡Este! —gritó Franz. Golpeó con fuerza el tablero con las manos, pero las luces no cambiaron de posición—. ¿El tren ha cambiado de dirección?

—No, va hacia el este —dijo el otro pasajero—. ¿Se ha equivocado de tren?

—Este debería ir hacia el oeste —insistió Franz—. Ha ido hacia el oeste durante los últimos diez días.

—¡Diez días! —exclamó el hombre—. ¿Hace diez días que viaja en este tren?

Franz avanzó por el pasillo del tren hasta encontrar al encargado del coche.

—¿En qué dirección va el tren? ¿Hacia el oeste?

El encargado negó con la cabeza.

—Hacia el este, señor. Siempre ha ido hacia el este.

—Está loco —replicó Franz—. Quiero ver el registro de viaje.

—Lo lamento, pero eso es imposible. ¿Puedo ver su billete, señor?

—Escuche —dijo Franz débilmente, sintiendo en su interior el peso acumulado de veinte años de frustraciones—. Llevo en este tren...

Se calló y volvió a su asiento. Los otros cinco pasajeros lo miraron con atención.

—Diez días —seguía repitiendo uno de ellos con voz de asombro.

Dos minutos más tarde vino alguien y le pidió el billete a Franz.

—Y por supuesto estaba completamente en regla —comentó el cirujano de la policía—. Es extraño, pero no hay ninguna regulación para evitar que alguien más haga lo mismo. Yo también solía viajar gratis cuando era más joven, aunque nunca intenté hacer nada parecido a lo que has hecho tú.

Volvió al escritorio.

—Retiraremos los cargos —dijo—. No es un vagabundo en ningún sentido jurídico, y las autoridades de transportes no pueden hacerle nada. En cuanto al origen de esa curvatura en el sistema no hay una explicación exacta y parece ser una característica inherente a la propia ciudad. Y ahora, volviendo a usted, ¿va a continuar con esa búsqueda?

—Quiero construir una máquina voladora —dijo M con cuidado—. Tiene que haber espacio libre en alguna parte. No sé... quizá en los niveles más bajos.

El cirujano se puso de pie.

—Iré a ver al sargento y le pediré que lo lleve a uno de nuestros psiquiatras. Él podrá ayudarlo con sus sueños.

El cirujano dudó antes de abrir la puerta.

—Mire —empezó a explicar—, usted no puede salirse del tiempo, ¿verdad? Subjetivamente es una dimensión plástica, pero haga lo que haga nunca podrá detener ese reloj —señaló el que había encima del escritorio— o hacer que funcione hacia atrás. Exactamente de la misma manera, no podrá salir de la ciudad.

—Esa analogía no se sostiene —dijo M y señaló las paredes alrededor, y las luces de la calle—. Todo esto lo construimos nosotros. La pregunta que nadie puede responder es: ¿qué había aquí antes de que lo construyéramos?

—La ciudad ha estado siempre aquí —dijo el cirujano—. No exactamente estas mismas vigas de hormigón y estos mismo ladrillos, sino que antes hubo otros distintos. Usted acepta que el tiempo no tiene principio ni fin. La ciudad es tan antigua como el tiempo y continúa con él.

—Alguien colocó los primeros ladrillos —insistió M—. Se conoce como la Fundación.

—Un mito. Solo los científicos creen eso, y ni siquiera ellos le hacen demasiado

caso. La mayoría admite en privado que la Primera Piedra no es más que una superstición. Defendemos esa historia por conveniencia, y porque nos da un sentido de tradición. Es evidente que no pudo haber un primer ladrillo. Si lo hubiera, ¿cómo se puede explicar quién lo puso y, lo que es más difícil, de dónde vino quien lo puso?

—Tiene que haber espacio libre en alguna parte —le dijo M con obstinación—. La ciudad debe tener límites.

—¿Por qué? —preguntó el cirujano—. No puede estar flotando en medio de la nada. ¿O es eso lo que usted trata de decirme?

M se dejó caer sin fuerzas en el asiento.

—No.

El cirujano observó a M en silencio unos pocos minutos y luego volvió al escritorio.

—Esa peculiar fijación suya me sorprende. Está atrapado entre eso que los psiquiatras llaman caras paradójicas. ¿Supongo que no habrá interpretado mal algo que pudo haber oído acerca del Muro?

M levantó la vista.

—¿Qué muro?

El cirujano asintió con la cabeza.

—Algunas opiniones avanzadas sostienen que hay un muro alrededor de la ciudad, imposible de penetrar. No pretendo entender dicha teoría. Es demasiado abstracta y sofisticada. De todos modos sospecho que han confundido el muro con esas zonas negras que usted atravesó en el superexpreso. Prefiero la visión aceptada de que la ciudad se extiende sin límites en todas direcciones

Se acercó a la puerta.

—Espere aquí y veré si puedo conseguir su libertad condicional. No se preocupe, los psiquiatras le aclararán todo.

Cuando el cirujano salió, M miró el suelo, demasiado agotado para sentir alivio. Se levantó, estiró el cuerpo, y caminó tambaleándose por la habitación.

Afuera se apagaban las últimas luces piloto, y el patrullero de la pasarela bajo el techo encendió su linterna. Un coche de policía pasó rugiendo por una de las avenidas que cruzaba la calle, haciendo crujir los rieles. En la calle se encendieron tres luces, y luego, una por una, volvieron a apagarse.

M se preguntó por qué Gregson no había bajado a verlo a la comisaría. Después le llamó la atención el calendario del escritorio. La fecha expuesta en la hoja era el 12 de agosto. El mismo día en que había iniciado el viaje... hacía exactamente tres semanas.

*¡Hoy!*

Coja la línea verde hacia el oeste hasta la calle 298, baje en la intersección y coja un elevador de la línea roja hasta el nivel 237. Camine hasta la estación de la ruta 175, cambie a un suburbano de la 438 y baje a la calle 795. Coja la línea azul hasta la

plaza, baje en la 4 y la 275, gire a la izquierda en la rotonda y...  
Está de vuelta en el punto de partida.  
Infierno  $\times 10^n$  dólares.

1957

## VENUS SONRÍE

Notas graves a última hora de la tarde.

Mientras nos alejábamos en el coche después de la inauguración, mi secretaria dijo:

—Señor Hamilton, supongo que te das cuenta de cómo te has puesto en ridículo.

—No seas tan severa —respondí—. ¿Cómo iba a saber que Lorraine Drexel produciría algo así?

—Cinco mil dólares —dijo reflexivamente—. No es más que un pedazo de chatarra vieja. ¡Y el ruido! ¿No te has fijado en los dibujos? ¿Para qué está el Comité de Bellas Artes?

Mis secretarias siempre me han hablado así, y en ese momento pude entender por qué. Detuve el coche bajo los árboles al fondo de la plaza y miré hacia atrás. Habían retirado las sillas y una pequeña multitud se había congregado alrededor de la estatua, mirándola con curiosidad. Una pareja de turistas golpeaba uno de los puntales, con lo que el fino esqueleto de metal se estremecía frágilmente. Un lamento monótono y estridente salía de la estatua e invadía el agradable aire de la mañana, haciendo rechinar los dientes a los transeúntes.

—Esta tarde Raymond Mayo hará que la desmonten —dije—. Si no lo han hecho ya. Me pregunto dónde estará la señorita Drexel.

—No se preocupe, no la verá nunca más en Vermilion Sands. Apuesto a que en este momento está a medio camino de Red Beach.

Le di a Carol una palmadita en el hombro.

—Relájate. Estabas muy hermosa con tu nueva falda. Probablemente a los Médicis les pasó algo parecido con Miguel Ángel. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar?

—Tú podrías hacerlo —dijo Carol—. Tú estabas en el comité, ¿o no?

—Querida —le expliqué con paciencia—. La escultura sonora está en auge. Tratas de librar una batalla que el público ya perdió hace treinta años.

Regresamos a mi despacho bajo un silencio débil. Carol estaba enfadada porque se había visto obligada a sentarse a mi lado en la tarima cuando el público empezó a abuchear mi discurso de inauguración, pero, de cualquier manera, la mañana había sido un desastre en todos los aspectos. Lo que hubiera sido perfectamente aceptable en la Expo 75 o en la Bienal de Venecia era evidentemente muy anticuado en Vermilion Sands.

Cuando decidimos encargar una escultura sonora para la plaza en el centro de Vermilion Sands, Raymond Mayo y yo habíamos acordado que debíamos patrocinar a un artista local. Había docenas de escultores profesionales en Vermilion Sands, pero



solo tres se habían dignado a presentarse ante el comité. Los dos primeros que vimos eran grandes hombres barbudos de enormes puños y proyectos cuyos esquemas se revelaron imposibles: uno era una torre vibratoria de aluminio de treinta metros de altura, y el otro un enorme grupo familiar en pleno auge que requería más de quince toneladas de basalto montadas sobre una pirámide megalítica. Tardamos una hora en sacar a cada uno de ellos de la sala del comité.

El tercer proyecto era de una mujer: Lorraine Drexel. Esa criatura elegante y autocrática que llevaba un sombrero que parecía una rueda de carro, de ojos como orquídeas negras, había sido modelo y amiga íntima de Giacometti y de John Cage. Con un vestido azul de seda china adornado con serpientes de encaje y otros emblemas del *art nouveau*, se sentó frente a nosotros como una Salomé fugitiva del mundo de Aubrey Beardsley. Sus inmensos ojos nos miraban con una calma casi hipnótica, como si en ese mismo instante ella hubiera descubierto alguna cualidad única en aquellos dos amables diletantes del Comité de Bellas Artes.

Había llegado a Vermilion Sands hacia solo tres meses, vía Berlín, Calcuta y el Nuevo Centro de Arte de Chicago. Hasta el momento, la mayoría de sus esculturas habían sido instrumentadas para diversos himnos tántricos hindúes, y recordaba su breve romance con un famoso cantante de pop, muerto más tarde en un accidente de coche, que había sido un devoto entusiasta de la cítara. En ese momento, sin embargo, no prestamos atención a los cuartos de tono de aquel instrumento infernal tan quejumbrosos y estridentes para el oído occidental. Ella nos mostró un álbum de sus esculturas, interesantes construcciones de cromo comparables favorablemente con las ilustraciones que habíamos visto en las últimas revistas de arte. En menos de media hora habíamos elaborado un contrato.

Vi la estatua por primera vez aquella tarde, treinta segundos antes de empezar mi discurso ante la asamblea especialmente seleccionada entre los notables de Vermilion Sands. No comprendo por qué ninguno de nosotros se había tomado la molestia de mirar la estatua antes. El título impreso en las tarjetas de invitación —«SONIDO Y CUANTO: SÍNTESIS GENERATIVA 3»— parecía un poco extraño, y la forma general de la estatua envuelta aún más sospechosa.

Me esperaba una figura humana estilizada, pero la estructura bajo la lona acústica tenía las proporciones de una antena de radar de tamaño mediano. Sin embargo, Lorraine Drexel se sentó a mi lado en el estrado y sus ojos dulces topografiaron la multitud reunida. Una sonrisa ensoñadora le daba el aspecto de una mansa Mona Lisa.

Trato de no pensar en lo que vimos cuando Raymond Mayo tiró de la cinta. Con el pedestal, la estatua medía unos cuatro metros de altura. Tres delgadas patas metálicas adornadas con clavos y travesaños llegaban hasta el zócalo de un vértice triangular. Sujeta a ella había una estructura irregular que a primera vista parecía la rejilla del radiador de un viejo Buick. Doblada en una U de casi dos metros de ancho

y de la que sobresalían dos brazos horizontalmente en una sola hilera de núcleos sónicos, cada uno de unos treinta centímetros de largo, asomando como los dientes de un enorme peine. Y soldadas aparentemente al azar por toda la superficie de la estatua había veinte o treinta palas decoradas con filigranas.

Eso era todo. Toda la estructura de cromo estaba rayada y tenía ese aspecto marchito de las antenas de radar abandonadas. Sorprendido un poco por los primeros chirridos estridentes que emitía la estatua, empecé mi discurso, y cuando llegué a la mitad me di cuenta de que Lorraine Drexel había dejado su asiento a mi lado. El público empezaba a levantarse y se tapaba los oídos, y le gritaba a Raymond que volviera a echar la lona acústica. Un sombrero voló en el aire por encima de mi cabeza y aterrizó justo en uno de los núcleos sónicos. La estatua emitía un gemido agudo intermitente, una suerte de aullido que parecía a punto de separarme las suturas del cráneo. En respuesta a los abucheos y protestas, de pronto empezó a chillar de forma errática, confundiendo con sus bocinazos al tráfico del otro lado de la plaza.

Cuando ya el público se levantaba de sus asientos en masa tartamudeé el inaudible final de mi discurso, mientras los gritos y abucheos interrumpían el gimoteo de la estatua. Entonces Carol me tiró bruscamente del brazo, con los ojos encendidos. Raymond Mayo señaló con una mano nerviosa.

Estábamos los tres solos en la tarima, las filas de sillas volcadas se esparcían por todas la plaza. De pie, a una distancia de poco más de quince metros de la estatua, que ahora ya había empezado a gemir quejicosamente, estaba Lorraine Drexel. Esperaba ver una mirada de furia e indignación en su rostro, pero en su lugar vi en aquellos ojos inmóviles el desprecio tranquilo e implacable de una viuda afligida insultada en el funeral de su marido. Mientras esperábamos torpemente, viendo los programas que revoloteaban arrastrados por el viento, Lorraine Drexel se dio la vuelta y cruzó la plaza con un taconeo diamantino.

Nadie quería tener nada que ver con la estatua, así que al final tuve que llevármela a casa. Lorraine Drexel se fue de Vermilion Sands el día en que la desmantelaron. Raymond habló brevemente con ella por teléfono antes de que se marchara. Supuse que sería bastante desagradable y no me molesté en escuchar.

—¿Y bien? —dije—. ¿Quiere que se la devolvamos?

—No —Raymond parecía un poco preocupado—. Dijo que nos pertenecía.

—¿A ti y a mí?

—A todo el mundo. —Raymond se sirvió de la botella de *whisky* que había en la mesa de la galería—. Luego se echó a reír.

—Vale. ¿De qué?

—No lo sé. Dijo que llegaríamos a apreciarla.

Como no había otro sitio donde poner la estatua, la planté en el jardín. Sin el pedestal de piedra solo medía un metro ochenta de altura. Protegida por los arbustos, se había calmado, y ahora emitía una melodía armónica agradable, de suaves rondós

que gorjeaban al calor de la tarde. Los chirridos de cítara que había emitido la estatua en la plaza, como una patética llamada de amor de Lorraine Drexel a su amante muerto, habían desaparecido por completo, como si hubiera sido reprogramada. Habíamos huido tan precipitadamente de aquella desastrosa inauguración que casi no había tenido la oportunidad de verla, y me pareció que estaba mucho mejor en mi jardín que en Vermilion Sands, los puntales de cromo y las formas abstractas destacaban contra el desierto como un anuncio de vodka. Tras unos pocos días, casi podía ignorarla.

Una semana más tarde estábamos en la terraza después de comer, descansando en las tumbonas. Dormitaba cuando oí a Carol:

—Señor Hamilton, creo que se está moviendo.

—¿El qué?

Carol se había sentado con la cabeza inclinada a un lado.

—La estatua. Parece diferente.

Observé la estatua, a menos de veinte metros de distancia. La rejilla de radiador se había inclinado un poco a un lado, pero los tres pilares aún parecían más o menos verticales.

—La lluvia de anoche debe de haber ablandado el suelo —dije.

Escuché las tranquilas melodías arrastradas por los remolinos de aire caliente, y luego volví a tumbarme, soñoliento. Oí que Carol se encendía un cigarrillo con cuatro cerillas y caminaba por la terraza.

Cuando me desperté una hora después, estaba sentada en la hamaca con la espalda muy tensa y el ceño fruncido.

—¿Te has tragado una abeja? —le pregunté—. Pareces preocupada.

Entonces algo me llamó la atención. Observé la estatua durante un momento.

—Tienes razón. Se está moviendo.

Carol asintió. La forma de la estatua había cambiado bastante. La rejilla se había extendido en una especie de canasta hueca cuyos núcleos sónicos parecían abrirse al cielo, y los tres pilares estaban más separados. Todos los ángulos parecían distintos.

—He pensado que al final te darías cuenta —dijo Carol, mientras nos acercábamos a la estatua—. ¿De qué está compuesta?

—De hierro forjado, creo. Pero tiene que haber una buena cantidad de cobre o plomo. El calor es lo que la hace ceder.

—Entonces ¿por qué cede hacia arriba y no hacia abajo?

Toqué la parte superior de uno de los puntales. Se movió con elasticidad, y cuando el aire pasó a través de las filigranas de las palas vibró contra la palma de mi mano. La agarré con ambas manos y traté de mantenerla quieta. Un latido débil pero perceptible bombeaba contra mi piel a ritmo constante.

Me aparté de la estatua, limpiándome las escamas de cromo de las manos. Las armonías mozartianas habían desaparecido, y la estatua producía ahora una serie de

acordes graves que recordaban a Mahler. Mientras Carol permanecía allí de pie y descalza, recordé que las especificaciones de altura que le habíamos dado a Lorraine Drexel habían sido exactamente un metro ochenta. Sin embargo, ahora la estatua era aproximadamente un metro más alta que Carol, y la canasta medía al menos dos metros de ancho. Los travesaños y los pilares parecían más gruesos y más fuertes.

—Carol —dije—. Tráeme una lima. Hay algunas en el garaje.

Volvió con dos limas y una sierra para metales.

—¿Vas a cortarla? —preguntó esperanzada.

—Querida, esta es una Drexel original. —Cogí una de las limas—. Solo quiero convencerme de que no me estoy volviendo loco.

Empecé a hacer una serie de pequeñas muescas por toda la superficie de la estatua, asegurándome de que fueran exactamente del ancho de la lima. El metal era blando y fácil de trabajar. En la superficie había una gran cantidad óxido, pero debajo se veía una pátina brillante.

—Está bien —dije cuando terminé—. Vayamos a tomar una copa.

Nos sentamos en el porche y esperamos. Fijé la mirada en la estatua, y podría jurar que no se movió. Pero cuando volvimos una hora más tarde, la canasta había girado a la derecha de nuevo, y ahora colgaba hacia nosotros como una inmensa boca de metal.

No era necesario comparar las muescas con la lima. Tenían por lo menos el doble del ancho original.

—Señor Hamilton —dijo Carol—. Mira esto.

Señaló una de las muescas. Despuntando bajo la capa superior de óxido asomaban unas pequeñas puntas afiladas. Una o dos comenzaban a ahuecarse. Sin lugar a dudas, eran núcleos sónicos incipientes.

Examiné con cuidado el resto de la estatua. Por todas partes salían nuevos brotes de metal: arcos, púas, hélices dobles afiladas que convertían la estatua original en una construcción más gruesa y muy elaborada. Una mezcla de sonidos medio familiares, fragmentos de una docena de oberturas y sinfonías, se oía como un murmullo de fondo. La estatua ya medía bastante más de cuatro metros altura. Toqué uno de los pesados pilares y noté que el pulso era más fuerte, atravesando el metal de un modo constante, como empujado por el sonido de su propia música.

Carol me miraba con una expresión mezcla de tensión y preocupación.

—Cálmate —dije—. Solo está creciendo.

Volvimos a la terraza y observamos.

A las seis de la tarde era del tamaño de un árbol pequeño. Una representación simultánea de la *Obertura del festival académico* de Brahms y del *Concierto para piano n.º 1* de Rajmáninov se extendía por el jardín.

—Lo más extraño de todo —dijo Raymond Mayo a la mañana siguiente, alzando la voz por encima del ruido— es que sigue siendo una Drexel.

—¿Quieres decir que sigue siendo una escultura?

—Más que eso. Observa cualquier parte por separado y verás que los motivos originales se repiten. Cada aleta, cada hélice tiene todos los auténticos gestos de Drexel, casi como si ella misma se perfilara en sus formas. Lo cierto es que esa tendencia por los compositores románticos tardíos está un poco fuera de lugar con los tañidos de la cítara, pero en realidad eso le da mayor calidad, hace que gane. Probablemente acabaremos escuchando en cualquier momento algo de Beethoven; la *Pastoral*, supongo.

—Por no hablar de los cinco conciertos para piano... tocados al mismo tiempo — dije con amargura. La aparente alegría y locuacidad que Raymond experimentaba ante aquel monstruo del jardín me molestó. Cerré las ventanas del porche, deseando que él mismo hubiera instalado aquella estatua en el salón de su apartamento del centro—. Supongo que no crecerá eternamente.

Carol le pasó otro *whisky* a Raymond.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

Raymond se encogió de hombros.

—¿Por qué preocuparse? —concluyó alegremente—. Cuando empiece a tirar abajo la casa, cortadla a trozos. Gracias a Dios que la desmontamos del pedestal. Si esto hubiera ocurrido en Vermilion Sands...

Carol me tocó el brazo.

—Señor Hamilton, quizás era esto lo que esperaba Lorraine Drexel. Quería que creciera y se extendiera por toda la ciudad, y que la música condujera a todo el mundo a la locura...

—Ten cuidado —le advertí—. No pierdas la perspectiva. Como dice Raymond, podemos cortarla cuando queramos y fundir los trozos.

—Entonces ¿por qué no lo haces?

—Quiero ver hasta dónde llega —dije.

De hecho, mis motivos eran menos claros. Evidentemente, antes de irse, Lorraine Drexel había puesto en marcha alguna perversa maldición dentro de la estatua, una extraña venganza hacia todos nosotros por burlarnos de su obra. Como había dicho Raymond, la presente babel de música sinfónica no tenía ninguna conexión con el llanto melancólico que había emitido la estatua al principio. Esos acordes tristes ¿pretendían ser un réquiem por el amante muerto, o tal vez la llamada de un corazón que no se rendía? Fueran cuales fueran sus motivos, ahora habían desaparecido en esta extraña parodia instalada en mi jardín.

Vi que la estatua se extendía lentamente por la hierba. Se había derrumbado bajo su propio peso y estaba tendida de lado, una enorme espiral angular de seis metros de largo por cinco de alto, como el esqueleto de una ballena futurista. Ahora emergían de ella fragmentos de la *suite* del *Cascanueces* y de la *Sinfonía italiana* de Mendelssohn, asaltados por repentinos pasajes a todo volumen del último movimiento del *Concierto para piano* de Grieg. La selección de esos clásicos

manidos parecía deliberadamente diseñada para ponerme nervioso.

Había pasado la mayor parte de la noche despierto junto a la estatua. Después de que Carol se fuera a la cama conduje el coche hasta la franja de césped al lado de la casa y encendí los faros delanteros. La estatua se destacaba luminosa contra la oscuridad, mientras aparecían cada vez más brotes de núcleos sónicos bajo el resplandor amarillo del coche. Poco a poco perdió su forma original, la rejilla dentada se dobló sobre sí misma y luego sacó nuevos puntales y espinas que se elevaron en espiral, de las que a su vez emergían nuevos brotes secundarios y terciarios. Poco después de medianoche comenzó a inclinarse y, de repente, se vino abajo.

Ahora su movimiento era en tirabuzón. El zócalo se había elevado en el aire y colgaba en algún punto del centro de la maraña, que giraba lentamente, y los principales focos de actividad estaban en los dos extremos. El ritmo de crecimiento se aceleraba. Vimos surgir un nuevo brote. Uno de los puntales se curvó alrededor de un pequeño botón que asomó entre el óxido. En un minuto se convirtió en un espolón de tres centímetros de largo, denso, que comenzó a curvarse hasta que cinco minutos más tarde era ya un núcleo sónico completo de treinta centímetros de longitud.

Raymond señaló a dos de mis vecinos, de pie en los tejados de sus casas a cien metros de distancia, alertados por la música que les llegaba.

—Pronto tendrás aquí a todo Vermilion Sands. Yo en tu lugar la taparía con una lona acústica.

—Suponiendo que encuentre una del tamaño de una pista de tenis. De todos modos ya es hora de que hagamos algo. Tú trata de encontrar a Lorraine Drexel. Yo averiguaré qué es lo que hace crecer a esta estatua.

Corté con la sierra un trozo de unos sesenta centímetros de largo y se lo di al doctor Blackett, un vecino excéntrico pero amable que a veces también se dedicaba a la escultura.

Caminamos de regreso a la relativa tranquilidad de la terraza. El núcleo sónico solo emitía algunas notas aleatorias, fragmentos de un cuarteto de Webern.

—¿Qué opina? —pregunté.

—Es algo muy notable. Casi plástico. —Se volvió para observar la estatua—. Una circunmutación bien definida. Probablemente fototrópica, también. Vaya, casi como una planta.

—¿Está viva?

Blackett se rio.

—Mi querido Hamilton, por supuesto que no. ¿Cómo podría estarlo?

—Entonces ¿de dónde recibe los nuevos materiales? ¿Del suelo?

—Del aire, aunque aún no lo sé, por supuesto, pero me imagino que sintetiza rápidamente una forma alotrópica de óxido ferroso. En otras palabras, un reordenamiento puramente físico de los elementos del óxido. —Blackett se acarició el espeso bigote cortado a cepillo y contempló la estatua con una expresión de

ensueño—. Musicalmente es bastante curiosa, un horroroso compendio de casi todas las malas notas jamás compuestas. La estatua debe de haber sufrido un grave trauma sónico en algún lugar. Se porta como si hubiera estado durante una semana en un patio de maniobras del ferrocarril. ¿Alguna idea de lo que pasó?

—En realidad, no. —Evité su mirada mientras volvíamos de regreso junto a la estatua. Esta pareció percibir nuestra llegada y empezó a trompetear los primeros compases de la marcha *Pompa y circunstancia* de Elgar. Cambiando de paso deliberadamente, le dije a Blackett—: Entonces, de hecho, para silenciarla, ¿todo lo que tengo que hacer es cortarla en trozos de cincuenta centímetros de largo?

—Si es que le preocupa. Sin embargo, sería interesante mantenerla así, suponiendo que pueda soportar el ruido. No hay absolutamente ningún peligro de que crezca indefinidamente. —Alzó una mano y tocó una de las barras—. Se mantiene firme pero diría que no por mucho tiempo. Pronto empezará a ablandarse como una fruta muy madura, y luego comenzará a romperse, a desintegrarse, a consumirse a sí misma es de esperar, con el *Réquiem* de Mozart y el final de *El ocaso de los dioses* — dijo sonriéndome, mostrándome sus extraños dientes—. A morir, si lo prefiere.

Sin embargo, él no había contado con Lorraine Drexel.

A las seis de la mañana del día siguiente me despertó un ruido. La estatua medía ahora casi veinte metros de largo y cruzaba los macizos de flores a los lados del jardín. Sonaba como si una orquesta completa interpretara una especie de *Sinfonía del Sombrero Loco* en el centro del césped. En el otro extremo, junto a la grava, los núcleos sónicos seguían su recorrido por el catálogo romántico, una babel de Mendelssohn, Schubert y Grieg, pero cerca de la terraza los núcleos empezaban a emitir los ritmos discordantes y sincopados de Stravinski y Stockhausen.

Desperté a Carol y desayunamos, ambos muy nerviosos.

—¡Señor Hamilton! —gritó—. ¡Tienes que detenerla!

—Las protuberancias más cercanas estaban a apenas tres metros de los ventanales de la terraza. Los miembros más grandes tenían unos diez centímetros de diámetro y el pulso latía de dentro afuera como la presión del agua en una manguera de incendios.

Cuando los primeros coches de la policía se adentraron en el camino de entrada de la casa, fui al garaje y busqué una sierra.

El metal era blando y la hoja se hundía rápidamente.

Amontóné a un lado los trozos que iba cortando, mientras el aire se llenaba de notas aleatorias. Separados del cuerpo principal de la estatua, los fragmentos se mostraban casi inactivos, como había predicho el doctor Blackett. A las dos de la tarde ya había cortado la mitad de la estatua en pedazos de proporciones manejables.

—Esto debería detenerla —le dije a Carol. La rodeé y corté algunas de las protuberancias más ruidosas—. Mañana acabaré.

No me sorprendí en absoluto cuando me llamó Raymond y me dijo que no había

rastros alguno de Lorraine Drexel.

A las dos de la madrugada me desperté cuando el cristal de una ventana estalló en mil pedazos en el suelo del dormitorio. Una enorme hélice metálica se cernía como una garra a través del cristal, con el núcleo sónico gritando en mi dirección.

La luna estaba en cuarto creciente y lanzaba sobre el jardín una tenue luz grisácea. La estatua había vuelto a crecer y ahora era dos veces más grande que la mañana anterior. Se extendía por todo el jardín en una enmarañada red, como el esqueleto de un edificio derrumbado. Las primeras protuberancias ya habían llegado a las ventanas del dormitorio, y otras habían trepado al tejado del garaje y penetraban por el techo, después de arrancar la chapa galvanizada. La estatua entera estaba cubierta de miles de núcleos sónicos iluminados por la luz que salía de la ventana. Por fin, los núcleos empezaron a reproducir el último movimiento de la *Sinfonía apocalíptica* de Bruckner.

Fui a la habitación de Carol, por suerte en el otro extremo de la casa, y le hice prometer que no se levantaría de la cama. Entonces telefoneé a Raymond Mayo. Llegó al cabo de una hora, y traía en el asiento trasero del coche un soplete oxiacetilénico que le había pedido a un contratista local.

La estatua parecía crecer con la misma rapidez con la que nosotros la cortábamos, pero a las seis menos cuarto, con la llegada de las primeras luces del alba, habíamos acabado con ella.

El doctor Blackett contempló cómo cortábamos los últimos pedazos de la estatua.

—Hay un trozo junto a la grava que aún parece audible. Creo que valdría la pena quedárnoslo.

Me sequé el sudor del rostro y negué con la cabeza.

—No. Lo siento, creo que con una vez ya es suficiente.

Blackett cedió y asintió, y miró con tristeza el montón de chatarra que era todo lo que quedaba de la estatua.

Carol, un poco aturdida por todo, servía café y *brandy*. Mientras nos desplomábamos en dos de las hamacas, con los brazos y los rostros negros por las limaduras de hierro y el óxido, pensé con ironía que nadie podría acusar al Comité de Bellas Artes de no dedicarse plenamente a sus proyectos.

Di un último repaso al jardín, y recogí el trozo que Blackett había mencionado, luego guie al contratista local, que acababa de llegar con un camión. Él y sus dos ayudantes tardaron una hora en cargar la chatarra en el vehículo, una tonelada y media, según calculamos.

—¿Qué hago con esto? —preguntó cuando se subía a la cabina—. ¿Lo llevo al museo?

—¡No! —casi grité—. Deshágase de todo. Entiérrelo en alguna parte, o mejor aún, fúndalo. Y tan pronto como sea posible.



Después de haberse marchado, Blackett y yo caminamos juntos por el jardín. Parecía como si hubiera estallado una granada de metralla. Había enormes terrones esparcidos por todo el lugar, y nosotros mismos habíamos pisoteado los pocos trozos de césped que no había arrancado la estatua. Las limaduras de hierro cubrían el césped como una fina capa de polvo, y un leve murmullo de notas perdidas flotaba a la luz del sol creciente.

Blackett se agachó y recogió un puñado de granos.

—Dientes de dragón. Mañana se asomará a la ventana y verá crecer la *Misa en si menor*. —Dejó que las limaduras se le escurrieran por entre los dedos—. No obstante, creo que aquí se acaba todo el asunto.

No podía haber estado más equivocado.

Lorraine Drexel nos demandó. Debió de leer la noticia en los periódicos y pensó que era su oportunidad. No sé dónde había estado escondida, pero sus abogados se materializaron con mucha rapidez, agitando en el aire el contrato original y señalando la cláusula en la que se garantizaba la protección de la estatua frente a cualquier daño que pudieran ocasionarle vándalos, animales de granja o cualquier otra alteración del orden público. La acusación principal se refería al daño que le habíamos causado a su reputación: si habíamos decidido no exhibir la estatua deberíamos haber supervisado su traslado a algún depósito, y no desmembrarla abiertamente y luego vender los fragmentos a un chatarrero. Esta afrenta deliberada, según insistieron sus abogados, había significado la pérdida de encargos por un total de al menos cincuenta mil dólares.

En las audiencias preliminares pronto nos dimos cuenta de que, aunque parezca absurdo, nuestra mayor dificultad consistiría en probar a alguien que no hubiera estado allí que la estatua realmente había crecido de tamaño. Tuvimos suerte y nos las arreglamos para conseguir varios aplazamientos, y Raymond y yo tratamos de rastrear lo que pudimos de la estatua. Todo lo que encontramos fueron tres pequeños puntales, ahora completamente inertes, oxidados en la arena al borde de uno de los depósitos de chatarra de Red Beach. Aparentemente, haciendo caso de mis sugerencias, el contratista había llevado el resto de la estatua a unos altos hornos para que lo fundieran todo.

Nuestra defensa se basaba en una declaración de defensa propia. Raymond y yo testificamos que la estatua había empezado a crecer, y luego Blackett pronunció un largo sermón ante el juez detallando lo que él había considerado como serias deficiencias musicales de la estatua. El juez, un viejo malhumorado de la escuela de la horca, decidió de inmediato que tratábamos de tomarle el pelo. Fue a por nosotros desde el principio.

La sentencia definitiva no fue dictada hasta diez meses después de haber descubierto la estatua en el centro de Vermilion Sands, y el veredicto, cuando llegó, no fue una sorpresa.

Lorraine Drexel sería indemnizada con treinta mil dólares.

—Parece que tendríamos que haber aceptado el pilón, después de todo —le dije a Carol mientras salíamos de la sala del tribunal—. Aquella especie de pirámide no nos hubiera creado tantos inconvenientes.

Raymond se unió a nosotros y salimos a la terraza, al final del pasillo, a respirar un poco de aire fresco.

—No importa —dijo Carol con valentía—. Al menos, todo ha terminado ya.

Miré por encima de los tejados de la ciudad de Vermilion Sands, pensando en los treinta mil dólares y preguntándome si tendríamos que pagarlos nosotros mismos.

El edificio del juzgado era nuevo y, por una desagradable ironía, nuestro caso había sido el primero que se juzgaba. Gran parte del suelo y del enyesado de las paredes estaba por acabar, y en la terraza faltaban los azulejos. Yo estaba de pie sobre una viga de acero expuesta; una o dos plantas más abajo alguien debía de estar remachando alguna viga maestra, y la que yo tenía bajo los pies vibraba suavemente.

Entonces me di cuenta de que no se oía ningún ruido de remaches, y que el movimiento bajo mis pies no era tanto una vibración como una pulsación rítmica.

Me agaché y apreté las manos contra la viga. Raymond y Carol me miraron con curiosidad.

—Señor Hamilton, ¿qué pasa? —preguntó Carol cuando me levanté.

—Raymond —dije—, ¿cuánto tiempo hace que empezaron a construir este edificio? La estructura de acero, al menos.

—Cuatro meses, creo. ¿Por qué?

—Cuatro —asentí lentamente—. Dime, ¿cuánto tiempo crees que tarda la chatarra en ser reprocesada en una fundición y volver a la circulación?

—Años, si ha estado almacenada en depósitos.

—¿Y si hubiera llegado directamente a los altos hornos?

—Un mes. Quizá menos.

Me eché a reír, señalando la viga.

—¡Tocad esto! ¡Vamos, tocadlo!

Frunciendo el ceño, ambos se arrodillaron y apretaron las manos contra la viga. Entonces Raymond me miró bruscamente.

Dejé de reír.

—¿Lo notas?

—¿Que si lo noto? —se sorprendió Raymond—. Y hasta lo oigo. Lorraine Drexel... La estatua. ¡Está aquí!

Carol acariciaba la viga y escuchaba.

—Es una especie de zumbido —dijo perpleja—. Parece la estatua.

Cuando me eché a reír otra vez, Raymond me cogió del brazo.

—¡Ya verás, pronto cantará todo el edificio!

—Lo sé —reconocí con un hilillo de voz—. Y no será solo este edificio. —Cogí a

Carol del brazo—. Vamos a ver si ya ha empezado.

Subimos a la planta superior. Los yeseros estaban a punto de entrar y había caballetes y listones por todo el lugar. Las paredes todavía eran de ladrillo visto, con vigas separadas a intervalos de tres metros.

No tuvimos que buscar mucho.

Sobresaliendo de una de las vigas de acero por debajo del techo, una larga hélice de metal se ahuecaba lentamente formando un delicado núcleo sónico. Sin movernos de allí, contamos una docena más. Emitían un leve rumor, como los primeros músicos en llegar a un ensayo de una inmensa orquesta de cítaras sentados en cada llanura y en cada montaña del planeta. Recordé cuándo habíamos oído aquella música, en aquella ocasión Lorraine Drexel estaba a mi lado en la inauguración de su obra en la plaza de Vermilion Sands. La estatua había llamado a su amante muerto y ahora retomaba el estribillo.

—Una Drexel auténtica —dije—. Todos sus gestos. No hay mucho que ver todavía, pero esperad a que se ponga en marcha.

Raymond vagaba de un lado a otro, boquiabierto.

—Destrozaré el edificio. Pensad en el ruido.

Carol miraba una de las protuberancias.

—Señor Hamilton, dijiste que lo habían fundido todo.

—Lo fundieron, ángel mío. Y así se puso de nuevo en circulación, contagiando a todo el metal con el que entró en contacto. La estatua de Lorraine Drexel está aquí, en este edificio, y en otra docena más de construcciones, en barcos y aviones, y en un millón de coches nuevos. Aunque solo sea un tornillo o un cojinete, será suficiente para contaminar al resto.

—La detendrán —dijo Carol.

—Quizás —admití—. Pero probablemente volverá de alguna manera. Algunos trozos lo conseguirán una y otra vez. —Rodeé su cintura con mi brazo y comencé a bailar al ritmo de la extraña música abstracta que, por alguna razón, ahora era tan bella como los anhelantes ojos de Lorraine Drexel—. ¿Dijiste que todo había terminado? Carol, esto no ha hecho más que empezar. El mundo entero se pondrá a cantar.

1957

## SUMIDERO 69

Durante los primeros días, todo fue bien.

—Manténganse lejos de las ventanas y no piensen en ellas —les advirtió el doctor Neill—. En lo que les respecta, era solo otra obligación. A las once y media o a las doce vayan al gimnasio y jueguen con un balón, o al *ping-pong*. A las dos se proyectará una película en la sala de Neurología. Lean los periódicos durante un par de horas, pongan discos. Bajaré a las seis. A las siete estarán en pleno episodio maniaco.

—¿Hay alguna posibilidad de un apagón repentino, doctor? —preguntó Avery.

—Absolutamente ninguna —dijo Neill—. Si están agotados, descansen, por supuesto. Esto lo único a lo que probablemente les costará acostumbrarse. Recuerden, todavía están quemando solo tres mil quinientas calorías, por lo que su nivel cinético, y lo notarán cada día más, será un tercio más bajo. Deben hacer cosas fáciles y también hacer concesiones. La mayoría de las actividades han sido programadas especialmente para ustedes, pero aprender a jugar al ajedrez aumentará su capacidad de concentración.

Gorrell se inclinó hacia delante.

—Doctor —preguntó—, si queremos, ¿podemos mirar por las ventanas?

El doctor Neill sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Los cables están cortados. No podrían dormir ahora, ni aunque lo intentaran.

Neill esperó a que los tres hombres salieran de la sala de conferencias y volvieran al ala de recreación, y luego bajó de la tarima y cerró la puerta. Era un hombre de baja estatura, ancho de hombros, de unos cincuenta años, con unos labios afilados e impacientes y facciones menudas. Hizo girar una silla de la primera fila y con destreza se sentó a horcajadas.

—¿Y bien? —preguntó.

Morley estaba sentado a una de las mesas de la pared del fondo, jugueteando con un lápiz. A sus treinta años, era el miembro más joven del equipo que trabajaba en la clínica bajo la dirección de Neill, pero, por alguna razón, a Neill le gustaba hablar con él.

Vio que Neill estaba esperando una respuesta y se encogió de hombros.

—Parece que todo va perfectamente bien —dijo—. La convalecencia quirúrgica ha terminado. Los electrocardiogramas son normales. Esta mañana he visto las radiografías y parece que todo ha cicatrizado bien.

Neill lo observó con curiosidad.

—No parece que lo apruebe.

Morley se echó a reír y se puso en pie.

—Por supuesto que lo apruebo. —Caminó por el pasillo entre las mesas, con la bata blanca desabrochada y las manos hundidas en los bolsillos—. No, hasta ahora se ha justificado a sí mismo en todos los puntos. El juego apenas acaba de comenzar, pero los invitados se encuentran en muy buen estado. No hay duda de ello. Creo que tres semanas es poco tiempo para sacarlos de la hipnosis, pero es probable que tenga usted razón. Esta noche es la primera que están completamente conscientes. Vamos a ver cómo están mañana temprano.

—¿Espera algo secreto? —le preguntó Neill con ironía—. ¿Una retroalimentación masiva de la médula?

—No —respondió Morley—. Una vez más, las pruebas psicométricas no han mostrado absolutamente nada. Ni un solo trauma. —Miró el esquema, y luego se volvió hacia Neill—. Sí, aunque es una estimación algo prematura, creo ha tenido éxito.

Neill se apoyó en los codos y relajó los músculos de la mandíbula.

—Creo que es algo más que éxito. He eliminado los pequeños rasgos y complejos, las insignificantes fobias agresivas, los pequeños cambios en la psique. Muchos de ellos, al menos, no aparecen en las pruebas. Sin embargo, si he dado en el blanco, ha sido gracias a usted, John, y a todo el equipo. Ha sido un acierto de todos.

Morley murmuró algo, pero Neill lo interrumpió.

—Nadie ha reparado en ello, pero este es un avance tan importante como cuando el primer ictioideo salió del mar protozoico hace trescientos millones de años. Por fin hemos liberado la mente de la arcaica necesidad de dormir, de su refugio nocturno en la médula. Con un pequeño corte de bisturí hemos añadido veinte años a las vidas de esos hombres.

—Solo espero que sepan qué hacer con ellos —comentó Morley.

—Vamos, John —le espetó Neill—. Eso no es un argumento. Lo que hagan con su tiempo es responsabilidad suya, de todos modos. La mayoría, como hacemos casi todos, aprovechará cualquier oportunidad que les surja. Aún es demasiado pronto para pensar en ello, pero visualice la aplicación universal de nuestra técnica. Por primera vez, el hombre vivirá el día completo, las veinticuatro horas, sin perder un tercio como un inválido, soñando durante ocho horas con espectáculos de erotismo infantil. —Cansado, Neill se interrumpió y se frotó los ojos—. ¿Qué le preocupa? —preguntó.

Morley hizo un breve gesto de impotencia con la mano.

—No estoy seguro, pero es que yo...

Jugueteó con el cerebro de plástico montado en un soporte al lado de la pizarra. En uno de los arcos frontales se reflejaba la imagen de Neill, con una cara torcida y sin mentón y un cráneo abultado. Sentado solo entre los pupitres del aula vacía parecía un genio loco esperando pacientemente un examen que nadie podía hacerle.

Morley le dio la vuelta al modelo con un dedo, mirando la extraña imagen, que

desaparecía.

—Sé que todo lo que ha hecho es cerrar algunos circuitos en el hipotálamo, y veo que los resultados serán espectaculares. Es probable que precipite la mayor revolución social y económica desde el pecado original. Pero por alguna razón no puedo apartar de mi mente la historia de Chéjov, la del hombre que acepta una apuesta de un millón de rublos y debe estar encerrado solo durante diez años. Lo intenta, nada sale mal, pero un minuto antes de que se acabe el tiempo abandona su habitación deliberadamente. Por supuesto, está loco.

—¿Y?

—No lo sé. He pensado en ello durante toda la semana.

Neill dejó escapar un resoplido.

—Supongo que trata de decir que el sueño es algún tipo de actividad comunitaria, y que esos tres hombres están ahora aislados, desterrados del inconsciente colectivo, del oscuro sueño oceánico. ¿Es eso?

—Tal vez.

—Tonterías, John. Cuanto más contengamos el inconsciente, mejor. Estamos rellenando algunas lagunas. Fisiológicamente, el sueño no es más que un síntoma inconveniente de anoxemia cerebral. No es que tengamos miedo a estar ausentes: es el sueño. Uno se aferra a su asiento en primera fila para contemplar el espectáculo de los sueños.

—No —dijo Morley con calma. A veces la agresividad de Neill le sorprendía, era como si considerara que dormir era algún secreto vergonzoso, un vicio oculto—. Lo que quiero decir es que, para bien o para mal, Lang, Gorrell y Avery están atrapados en ellos mismos. Nunca podrán escapar, ni siquiera un par de minutos, y mucho menos durante ocho horas. ¿Cuánto tiempo se puede soportar eso? Tal vez se necesiten ocho horas diarias para superar el trauma de ser uno mismo. Recuerde, usted y yo no siempre estaremos cerca, alimentándolos con pruebas y con películas. ¿Qué pasará si se cansan de ellos mismos?

—No lo harán —respondió Neill. Se puso de pie, repentinamente aburrido de las preguntas de Morley—. El ritmo total de sus vidas será más bajo que el nuestro, y el estado de tensión no cristalizará. Nosotros pronto les pareceremos un grupo de maniocodepresivos, dando vueltas como derviches la mitad del día, y luego cayendo en un estado de estupor la otra mitad.

Se dirigió a la puerta y se acercó al interruptor de la luz.

—Bien. Lo veré a las seis en punto.

Salieron de la sala de conferencias y se encaminaron juntos hacia el pasillo.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Morley.

Neill se echó a reír.

—¿Qué cree que voy a hacer? —respondió—. Voy a dormir profundamente toda la noche.

Poco después de medianoche, Avery y Gorrell jugaban al *ping-pong* en el gimnasio iluminado. Eran jugadores expertos y pasaban la pelota de un lado a otro con el mínimo esfuerzo. Ambos se sentían fuertes y alerta; Avery sudaba un poco, pero más a causa de las lámparas del techo —mantenidas por razones de seguridad, para provocar una de ilusión de día continuo— que por cualquier esfuerzo excesivo. El más antiguo de los tres voluntarios, una figura alta de rostro delgado, no parecía querer hablar con Gorrell y se concentraba en el juego. Sabía que no encontraría rastro alguno de fatiga, pero mientras jugaba comprobaba cuidadosamente el ritmo respiratorio y el tono muscular y no dejaba de mirar el reloj.

Gorrell, un hombre vivaz pero de gestos tranquilos, también estaba callado. Entre golpe y golpe miraba detalladamente el gimnasio, fijándose en las paredes, grandes como las de un hangar, en el suelo pulido y en las claraboyas cerradas del techo. De vez en cuando, sin darse cuenta, se tocaba la cicatriz circular de la trepanación que le habían efectuado en la parte posterior del cráneo.

En el centro del gimnasio había un par de sillones y un sofá en torno a un tocadiscos, y allí Lang jugaba al ajedrez con Morley, que hacía su turno de guardia nocturna. Lang estaba inclinado sobre el tablero. De aspecto agresivo, tenía los cabellos tiesos como alambres, la nariz afilada y la boca pequeña, y miraba las piezas muy de cerca. Jugaba contra Morley con regularidad desde que había llegado a la clínica cuatro meses atrás, y los dos estaban casi igualados, aunque quizá Morley le llevaba una pequeña ventaja. Pero esa noche Lang había abierto con un ataque nuevo, y después de diez movimientos había completado su desarrollo y empezado a destruir las defensas de Morley. Tenía la mente clara y precisa, bien enfocada en el juego frente a él, a pesar de que esa misma mañana él y los otros dos habían salido del nebuloso mundo de la posthipnosis, en el que habían estado sumidos durante tres semanas como fantasmas lobotomizados.

Detrás de él, en una de las paredes del gimnasio, estaban las oficinas que albergaban la unidad de control. Por encima del hombro vio un rostro examinándole a través de la ventanilla circular de observación de una de las puertas. Aquí, en alerta permanente, un grupo de enfermeros y practicantes se sentaban a esperar con sus carritos de emergencia (la puerta del fondo, que daba a un cuartito con tres catres, se mantenía constantemente bajo llave). Tras unos momentos, el rostro se retiró. Lang sonrió al pensar en la complicada maquinaria que lo cuidaba. Confiaba en Neill plenamente y tenía fe absoluta en el éxito del experimento. Neill le había asegurado que, en el peor de los escenarios posibles, la súbita acumulación de metabolitos en la sangre podía provocar un leve letargo, pero su cerebro seguiría intacto.

—Fibra nerviosa, Robert —le decía Neill una y otra vez—. Nunca se cansa. El cerebro no puede cansarse.

Mientras esperaba a que Morley moviera, miró la hora en el reloj de la pared. Las doce y veinte. Morley bostezó, el rostro marcado bajo la piel gris. Parecía cansado y

aburrido. Se dejó caer en el sillón, y apoyó el rostro en la palma de la mano. Lang pensó en lo débiles y primitivos que parecen enseguida los que dormían, sus mentes abrumadas cada noche bajo la carga de las toxinas acumuladas, la conciencia gastada, deshilachada. De pronto se dio cuenta de que en ese mismo momento Neill estaría durmiendo. Y le vino a la mente una curiosa y desconcertante imagen de Neill, acurrucado en cama deshecha dos plantas más arriba, con el nivel de azúcar en sangre bajo y el cerebro a la deriva.

Lang se rio de su propia soberbia, y Morley le mató la torre que acababa de mover.

—Debo de estar ciego. ¿Qué he hecho?

—No —dijo Lang, riéndose de nuevo—. Es que acabo de descubrir que estoy despierto.

Morley sonrió.

—Tendremos que establecer esto como una de las frases de esta semana.

Colocó de nuevo la torre, se inclinó hacia atrás y miró a los jugadores de *ping-pong*. Gorrell había golpeado la pelota con un revés rápido y Avery corría tras ella.

—Parecen estar bien. ¿Y usted qué tal?

—Perfectamente —aseguró Lang. Sus ojos recorrieron el tablero y movió antes de que Morley pudiera respirar de nuevo.

Por lo general continuaban hasta el final juego, pero esa noche Morley quiso terminar en el vigésimo movimiento.

—Bien —dijo alentadoramente—. Acabaría con Neill enseguida. ¿Otra?

—No. En realidad, el juego me aburre. Y creo que eso será un problema.

—Afróntelo. Dese tiempo.

Lang sacó uno de los discos de Bach del estante del armario de registro. Puso uno de los *Conciertos de Brandeburgo* en el tocadiscos y bajó la aguja. Cuando empezaron a sonar los ricos patrones del contrapunto se sentó y se puso a escuchar la música con atención.

Morley pensaba: «Absurdo. ¿Cuán rápido puedes ir? Hace tres meses eras simplemente un tipo sofisticado».

Las siguientes horas pasaron rápidamente. A la una y media subieron a cirugía, donde Morley y uno de los internos les hicieron un examen físico de los riñones, del ritmo cardíaco y de los reflejos.

Vestidos de nuevo, fueron a la cafetería vacía para tomar un aperitivo y allí sentados se pusieron a discutir cómo llamarían a esta nueva quinta comida. Avery sugirió «bocado», y Morley, «mordisco».

A las dos ocuparon sus lugares en la sala de Neurología, y pasaron un par de horas viendo películas sobre sus ejercicios hipnóticos de las tres semanas anteriores.

Cuando terminó el programa, casi al final de la noche, volvieron de nuevo al gimnasio. Todavía estaban relajados y alegres; Gorrell abría la comitiva, bromeando



con Lang sobre algunos episodios de las películas, imitando su estado de trance.

—Con los ojos cerrados, la boca abierta —le enseñaba a Lang, que le seguía el paso—. Mírate, parece que aún continúas así. Créeme, Lang, no estás despierto, vas como sonámbulo. —Se dirigió a Morley—. ¿No es así, doctor?

Morley se tragó un bostezo.

—Bueno, entonces ya somos dos.

Los siguió por el pasillo, esforzándose por mantenerse despierto, sintiendo como si fuese él, y no los tres hombres frente a él, el que llevara tres semanas sin dormir.

Aunque la clínica estaba en calma, por orden de Neill todas las luces de los pasillos y escaleras estaban encendidas. Delante de ellos dos enfermeros comprobaban que las ventanas y puertas que había a lo largo de los pasillos por donde pasaban estaban cerradas. En ninguna parte había sombras y oscuridad.

Neill había insistido en ello, reconociendo a regañadientes una posible asociación entre oscuridad y sueño.

—Admitámoslo. En casi todos los organismos la asociación es lo suficientemente fuerte para convertirse en un reflejo. Para sobrevivir, los mamíferos superiores necesitan un aparato sensorial sumamente agudo, combinado con una gran capacidad para almacenar y clasificar información. Húndalos en la oscuridad, corte el flujo de información visual hacia la corteza y se quedarán paralizados. El sueño es un reflejo defensivo. Reduce la velocidad metabólica, conserva la energía, aumenta la supervivencia potencial del organismo mediante la fusión con su hábitat.

En el descansillo a mitad de la escalera había una ancha ventana cerrada que durante el día se abría al parque detrás de la clínica. Al pasar junto a ella, Gorrell se detuvo. Se acercó y cogió el pestillo de la persiana. Sin soltar el cierre se volvió hacia Morley, que lo observaba desde el descansillo anterior.

—¿Tabú, doctor? —le preguntó.

Morley miró a cada uno de los tres hombres. Gorrell estaba tranquilo, imperturbable, al parecer satisfaciendo nada más siniestro que un capricho ocioso. Lang se apoyó en la barandilla, mirando con curiosidad, pero con la típica expresión de interés clínico. Solo Avery parecía un poco nervioso, con la cara pálida y delgada. Morley tuvo un pensamiento irrelevante: «Las cuatro de la madrugada. Necesitarán afeitarse dos veces al día. ¿Por qué no está Neill aquí? Sabía que buscarían una ventana en cuanto tuvieran la oportunidad».

Se dio cuenta de que Lang lo miraba divertido, con una sonrisa en los labios, y se encogió de hombros, tratando de disimular su inquietud.

—Ábrala si quiere. Como dijo Neill, los cables están cortados.

Gorrell abrió el cierre, se acercó más a la ventana y miró hacia la noche. El césped gris se extendía hacia las colinas de pinos en la distancia. A un par de kilómetros a la izquierda un letrero de neón se apagaba y se encendía.

Ni Gorrell ni Lang manifestaron reacción alguna, y su interés empezó a decaer momentos después. Avery sintió una repentina presión en el corazón, pero se

contuvo. Sus ojos empezaron a escudriñar en la oscuridad, el cielo estaba despejado y sin nubes, y la claridad de las estrellas marcaba la franja lechosa y estrecha del borde de la galaxia. Observó en silencio, dejando que el viento le enfriara el sudor del cuello y la cara.

Morley se acercó a la ventana y apoyó los codos en el alféizar junto a Avery. Por el rabillo del ojo lo vigilaba en busca de cualquier temblor motriz, un parpadeo, una espiración acelerada que señalara una reacción refleja. Recordaba las palabras de Neill: «En el hombre, el sueño es un acto en gran parte volitivo, y el reflejo está condicionado por el hábito. Pero el que hayamos extirpado los lóbulos hipotalámicos que regulan el flujo de la conciencia no significa que el reflejo no se dispare por otra vía. Sin embargo, tarde o temprano tendremos que correr el riesgo y enseñarles la cara oscura del sol». Morley reflexionaba sobre eso cuando alguien le dio un codazo en el brazo.

—Doctor —oyó que le decía Lang—. Doctor Morley.

Salió del trance con un sobresalto. Estaba solo en la ventana. Gorrell y Avery ya estaban a mitad del siguiente tramo de escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó Morley enseguida.

—Nada —le aseguró Lang—. Volvemos al gimnasio. —Miró fijamente a Morley—. ¿Está usted bien?

Morley se frotó la cara.

—Dios, debo de haberme dormido. —Le echó un vistazo a su reloj: las cuatro y veinte. Habían estado en la ventana más de quince minutos. Todo lo que podía recordar era el momento en que se había apoyado en el alféizar—. Y yo que estaba preocupado por usted.

Todo el mundo parecía divertido ante aquello, Gorrell en particular.

—Doctor —dijo arrastrando las palabras—, si le interesa puedo recomendarle un buen especialista en narcóticos.

Después de las cinco sintieron un descenso gradual del tono muscular en brazos y piernas. Los residuos renales y extrarrenales obstruían lentamente los tejidos. Tenían las manos húmedas y entumecidas, las plantas de los pies como de goma esponjosa. La sensación era vagamente inquietante, porque no iba acompañada de ningún síntoma de fatiga mental.

El entumecimiento se extendía. Avery se dio cuenta de que la piel se le tensaba en los pómulos, le tiraba de las sienes y le producía una ligera jaqueca. Pasaba obstinadamente las páginas de una revista, notando como si sus manos fueran de plomo.

Entonces apareció Neill, y todos parecieron revivir. Neill tenía un aspecto fresco y elegante, y se balanceaba sobre las puntas de los pies.

—¿Cómo va el turno de noche? —preguntó enseguida, caminando entre ellos y sin dejar de sonreír—. ¿Se encuentran bien?

—No muy mal, doctor —respondió Gorrell—. Solo es un ligero caso de

insomnio.

Neill se rio, le dio una palmada en el hombro y los condujo hasta a la sala de cirugía.

A las nueve, afeitados y con ropa limpia, se reunieron en la sala de conferencias. Se sentían frescos y listos otra vez. La insensibilidad periférica y el ligero sopor habían desaparecido tan pronto como se habían conectado al gotero desintoxicante, y Neill les anunció que dentro de una semana sus riñones se habrían ensanchado lo suficiente como para valerse por sí mismos.

Durante toda la mañana y parte de la tarde trabajaron en una serie de pruebas de inteligencia asociativa y rendimiento. Neill se mantenía firme ante aquello, señalándoles repetidamente la pantalla catódica, planteándoles malabares con intrincadas secuencias numéricas y geométricas, y haciéndoles elaborar cadenas de palabras.

Parecía más que satisfecho con los resultados.

—Cuanto más corto es el tiempo de acceso, más profundas son las trazas en la memoria —le dijo a Morley después de que los tres hombres se hubieran marchado para el período de descanso de las cinco—. Montones de materia prima psíquica —continuó, señalando las pruebas repartidas por la superficie del escritorio de su oficina—. Y usted estaba preocupado por el inconsciente. Mire los tests de Rorschach de Lang. Créame, John, pronto recordará sus experiencias fetales.

Morley asintió, disipadas sus dudas anteriores.

Durante las dos semanas siguientes, o él o Neill estuvieron con los tres hombres continuamente, sentados bajo las lámparas en el centro del gimnasio, evaluando su asimilación de las ocho horas extras, observando cuidadosamente cualquier síntoma de abstinencia. Neill los llevaba de una fase del programa a la siguiente, a través de períodos de pruebas durante las largas horas de las noches interminables, inyectando entusiasmo con su poderoso ego a todos los miembros de la unidad.

En privado, Morley estaba preocupado por el aumento de intensidad en la relación emocional entre Neill y los tres hombres. Tenía miedo de que llegaran a identificar a su superior con el experimento. Si suena la campana el perro empieza a salivar; pero, después de un largo período de acondicionamiento, un día la campana deja de sonar y el perro pierde temporalmente la capacidad de alimentarse por sí mismo. El hiato apenas perjudica a un perro, pero puede desencadenar un desastre en una psique ya hipersensibilizada.

Neill estaba muy pendiente de aquello. Al final de las dos primeras semanas, atrapó un fuerte resfriado después de estar allí sentado toda la noche, y decidió quedarse en la cama todo el día siguiente. Llamó a Morley a su despacho.

—La transferencia es demasiado positiva. Necesitamos reducirla un poco.

—Estoy de acuerdo —convino Morley—. Pero ¿cómo?

—Dígales que dormiré cuarenta y ocho horas —dijo Neill. Cogió un montón de

informes, láminas y exámenes y se los puso bajo el brazo—. Me he tomado, deliberadamente, una sobredosis de sedantes para descansar un poco. Dígaselo también.

—¿No será un poco drástico? —preguntó Morley—. Le odiarán por ello.

Pero Neill solo sonrió y se fue a requisar un despacho cerca de su dormitorio.

Esa noche, Morley estuvo de servicio en el gimnasio desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Como de costumbre, primero comprobó que los enfermeros estaban preparados con sus carritos de emergencia, leyó el registro del supervisor anterior, uno de los internos más antiguos, y luego se acercó al círculo de sillas. Se sentó en el sofá junto a Lang y hojeó una revista, sin dejar de observar cuidadosamente a los tres hombres. Al resplandor de las lámparas sus rostros delgados tenían un aspecto cianótico. El interno le había advertido que Avery y Gorrell habían estado mucho rato jugando al *ping-pong*, pero que a las once habían dejado de jugar y se habían sentado en los sillones. Luego leyeron con desgana y fueron dos veces a la cafetería, escoltados siempre por uno de los enfermeros. Morley les habló de Neill, pero sorprendentemente ninguno de ellos hizo el menor comentario.

Lentamente llegó la medianoche. Avery leía, con su largo cuerpo acurrucado en un sillón. Gorrell jugaba solo al ajedrez.

Morley dormitaba.

Lang se sentía inquieto. El silencio del gimnasio y la ausencia de movimiento le oprimían. Encendió el tocadiscos y puso uno de los *Conciertos de Brandeburgo*, para entretenerse analizando sus temas. Después se hizo a sí mismo una prueba de asociación de palabras, pasando las páginas de un libro y usando la palabra que había en la esquina derecha superior de cada página como lista de control.

Morley se incorporó.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Algunas respuestas interesantes. —Lang cogió un bloc de notas y anotó algo—. Se las enseñaré a Neill por la mañana... o cuando se despierte. Contempló pensativo las lámparas. Solo es una especulación, pero ¿hacia dónde cree que daremos el siguiente paso?

—¿Hacia dónde? —preguntó Morley sin entender.

Lang hizo un gesto vago con las manos.

—Me refiero a la pendiente evolutiva. Hace trescientos millones de años dejamos atrás el mar primitivo y empezamos a respirar aire. Ahora hemos dado el siguiente paso al eliminar el sueño. ¿Cuál será el siguiente?

Morley sacudió la cabeza.

—Los dos pasos no son análogos. De todos modos, en realidad nunca dejamos atrás el mar primitivo. Seguimos llevando una réplica privada de él en la corriente sanguínea. Todo lo que se ha hecho es aislar una pieza necesaria del entorno físico

con el fin de escapar de ella.

Lang asintió.

—Estaba pensando algo así. Dígame, ¿se le ha ocurrido pensar alguna vez en lo completamente orientada que está la psique hacia la muerte?

Morley sonrió.

—De vez en cuando —dijo mientras se preguntaba adónde quería llegar con todo aquello.

—Es curioso —continuó Lang pensativo—. El principio del placer-dolor, la compulsión por la supervivencia mediante el sexo, la obsesión del superego por el mañana... La mayoría de las veces la psique no puede ver más allá de su propia lápida. Pero ¿por qué se ha llegado a tan extraña fijación? Por una razón muy obvia —dijo mientras cortaba el aire con el dedo índice—: porque todas las noches se nos recuerda de un modo muy convincente el destino que nos aguarda.

—¿Se refiere usted al agujero negro? —sugirió Morley con ironía—. ¿Al sueño?

—Exactamente. Es simplemente una pseudomuerte. Por supuesto, no se es consciente de ello, pero debe de ser aterrador. —Fruunció el ceño—. No creo siquiera que Neill se dé cuenta de que, lejos de ser algo tranquilo, el sueño es una experiencia realmente traumática.

«Así que eso es todo», pensó Morley. Había hecho el gran análisis durmiendo en su propia cama. Trató de decidir qué era peor, si los pacientes que sabían mucho de psiquiatría o los que no tenían ni idea.

—Eliminando el sueño —dijo Lang—, también se eliminan el mecanismo del miedo y el de defensa erigidos a su alrededor. Entonces, por fin, la psique tiene una oportunidad de orientarse hacia algo más valioso.

—¿Como por ejemplo...?

—No lo sé. Tal vez... el propio yo.

—Interesante —comentó Morley. Eran las tres y diez de la madrugada y decidió pasar la siguiente hora revisando las pruebas de Lang.

Esperó unos prudentes cinco minutos, luego se levantó y se acercó a la sala de cirugía.

Lang pasó un brazo por encima del respaldo del sofá y miró hacia la puerta de la sala de enfermería.

—¿A qué está jugando Morley? —preguntó—. ¿Alguien lo ha visto?

Avery bajó la mirada hacia su revista.

—¿Ha mirado en la sala de enfermería?

—Hace diez minutos —dijo Lang—. No lo hemos visto desde entonces. Se supone que debería estar con nosotros continuamente. ¿Dónde está?

Gorrell, que seguía jugando solo al ajedrez, levantó la mirada del tablero y dijo:

—Tal vez a estas horas de la noche ya esté cansado. Será mejor que lo despierte antes de que Neill se entere. Es probable que esté dormido sobre un montón de

exámenes de pruebas.

Lang sonrió y se sentó en el sofá. Gorrell se acercó al tocadiscos, eligió un disco y lo puso en el plato.

Cuando el tocadiscos empezó a sonar, Lang se dio cuenta de lo silencioso y desierto que parecía el gimnasio. La clínica estaba siempre en calma, pero incluso por la noche había algún ruido residual, alguien arrastrando una silla, el zumbido de un generador en alguna sala, detalles que indicaban que allí había vida.

Ahora hasta el aire estaba inmóvil. Lang escuchó con atención. El lugar estaba muerto, como un edificio abandonado, sin eco alguno.

Se levantó y fue a la sala de enfermería. Sabía que Neill solía charlar con el equipo de control, pero la ausencia de Morley lo desconcertaba.

Llegó a la puerta y miró por la ventanilla para ver si estaba Morley dentro.

La habitación estaba vacía.

La luz estaba encendida, dos carritos de emergencias en su lugar habitual en la pared cerca de la puerta, una baraja de cartas esparcidas sobre la mesa, pero el habitual grupo de tres o cuatro internos no estaba por ningún lado.

Lang dudó, trató de abrir la puerta pero estaba cerrada con llave.

Probó de nuevo y entonces gritó por encima del hombro:

—Avery, aquí no hay nadie.

—Pruebe al lado. Probablemente estarán recibiendo las instrucciones para la jornada de mañana.

Lang se acercó a la oficina de cirugía. La luz estaba apagada pero pudo ver el escritorio esmaltado en blanco y los grandes tableros de la pared con las tareas asignadas.

Tampoco había nadie en el interior.

Avery y Gorrell se miraron.

—¿Están ahí? —preguntó Avery.

—No —respondió Lang girando el picaporte—. La puerta está cerrada.

Gorrell apagó el tocadiscos y se acercó a Avery. Probaron en otras dos puertas.

—Estarán por ahí —dijo Avery—. Tiene que haber al menos una persona de guardia.

Señaló la puerta del fondo.

—¿Y esa?

—Cerrada —respondió Lang—. La puerta 69 siempre ha estado cerrada. Creo que conduce al sótano.

—Vamos al despacho de Neill —sugirió Gorrell—. Si no están allí iremos a recepción y trataremos de salir. Debe de ser algún tipo de maniobra de Neill.

En la puerta del despacho de Neill no había ventanilla. Gorrell llamó, esperó, y volvió a llamar, esta vez con más contundencia.

Lang intentó abrir y luego se agachó para mirar por debajo.

—La luz está apagada —informó.

Avery se volvió y miró las otras dos puertas del gimnasio en la pared del fondo, una llevaba a la cafetería y al ala de Neurología, y la otra al aparcamiento en la parte trasera de la clínica.

—¿Cree que todo esto será idea de Neill? —preguntó—. ¿Para comprobar si somos capaces de soportar una noche sin más ayuda que nuestros propios medios?

—Pero Neill está durmiendo —objetó Lang—. Estará en cama durante un par de días. A menos que...

Gorrell señaló las sillas con un gesto de cabeza.

—Vamos. Probablemente él y Morley nos están observando ahora mismo.

Regresaron a sus asientos.

Gorrell se llevó el tablero de ajedrez al sofá y colocó las piezas. Avery y Lang se sentaron en los sillones, abrieron sendas revistas y se pusieron a hojearlas. Por encima de ellos, las lámparas arrojaban sus amplios conos de luz en el silencio.

El único ruido era el lento movimiento de izquierda a derecha del reloj.

Las tres y cuarto.

*El cambio era imperceptible. Al principio una ligera variación de perspectiva, una decoloración y un reagrupamiento de los contornos. En alguna parte un foco se movía, una sombra avanzaba lentamente por la pared, reduciendo o aumentando su alcance. El movimiento era fluido, una progresión infinitesimal, pero poco a poco se reveló su sentido total.*

*El gimnasio iba encogiéndose. Poco a poco, las paredes se movían hacia el interior, estrechando la superficie de la planta. A medida que avanzaban unas hacia las otras, sus formas se alteraban, las filas de claraboyas se hacían borrosas y tenues, los cables de alimentación que discurrían a lo largo de la base de la pared se fusionaban con el zócalo, los deflectores cuadrados de las salidas de aire desaparecían.*

*Por encima, como si fuera la superficie inferior de un enorme ascensor, el techo bajaba hacia el suelo.*

Gorrell apoyó los codos en el tablero de ajedrez y hundió el rostro entre las manos. Estaba bloqueado por un jaque mate, pero seguía moviendo las piezas dentro y fuera de la esquina del tablero, mirando al vacío en busca de inspiración, mientras sus ojos recorrían cuidadosamente las paredes a su alrededor.

Desde algún lugar, lo sabía, Neill lo estaba observando.

Levantó la vista y miró la pared más alejada, frente a él, en busca de algún panel retráctil. Desde hacía un tiempo estaba tratando de descubrir la mirilla por donde Neill lo espiaba, pero sin ningún éxito. Las paredes eran blancas y no revelaban rasgos distintivos, había revisado dos veces cada centímetro cuadrado de superficie frente a él y, aparte de las tres puertas, no parecía haber ninguna abertura, por pequeña que fuera.

Al rato se le empezó a cansar la vista, se apartó del tablero y se tumbó en el sofá. Por encima de él, tubos fluorescentes colgaban del techo montados en soportes cuadrados de plástico que difundían la luz. Estaba a punto de hablarles a Avery y a Lang sobre su búsqueda de la mirilla cuando se dio cuenta de que cualquiera de aquellos soportes podía ocultar un micrófono.

Decidió estirar las piernas, se puso de pie y caminó por la sala. Después de media hora frente al ajedrez se sentía agobiado e inquieto, y le hubiera gustado jugar a la pelota o ejercitar los músculos en la máquina de remo. Pero, aparte de los sillones y del tocadiscos, el hecho de que no hubiera más instalaciones de ocio era un verdadero fastidio.

Llegó a la pared del fondo y la recorrió de punta a punta, atento al menor ruido en las habitaciones contiguas. Estaba empezando a sentirse molesto con Neill por toda aquella especie de conspiración, pero se dio cuenta de que eran las tres y cuarto, y que en menos de tres horas todo habría terminado.

*El gimnasio estaba cerrado. Ahora se reducía casi a la mitad de su tamaño original, con las paredes desnudas y sin ventanas era una gran caja que se contraía. Las paredes laterales avanzaban una hacia la otra a lo largo de una línea abstracta, como gigantescos planos en un flujo multidimensional. Solo quedaban el reloj y una puerta...*

Lang había descubierto dónde estaba escondido el micrófono.

Se inclinó hacia delante en su silla, hizo crujir los nudillos y le cedió su asiento a Gorrell. Avery estaba en el otro sillón, con los pies encima del tocadiscos.

—Siéntate un rato —dijo Lang—. Quiero dar un paseo.

Gorrell se dejó caer en la silla.

—Voy a preguntarle a Neill si podemos poner aquí una mesa de *ping-pong*. Nos ayudará a pasar el tiempo y haremos un poco de ejercicio.

—Buena idea —asintió Lang—. Si podemos pasar la mesa por la puerta. Dudo de que haya espacio suficiente, aunque pongamos las sillas contra la pared.

Cruzó la sala y miró por la ventanilla de la sala de enfermería. La luz estaba encendida, pero aún no había nadie dentro.

Se acercó al tocadiscos y paseó alrededor de él un rato. De repente se dio la vuelta y pisó el cable conectado a una toma de corriente. El enchufe cayó al suelo. Lang se incorporó y fue a sentarse en el brazo del sillón de Gorrell.

—Acabo de desconectar el micrófono —le confió.

Gorrell miró a su alrededor con cuidado.

—¿Dónde estaba?

—Junto al tocadiscos —señaló Lang, riéndose en voz baja—. He pillado a Neill, se pondrá hecho una furia cuando descubra que no puede oírnos.

—¿Por qué has pensado que estaba en el tocadiscos?



—¿Qué mejor lugar? Además, no podía estar en otro sitio —señaló el soporte suspendido del centro del techo—. A excepción de las dos bombillas, está vacío. El tocadiscos es el lugar obvio. Tenía la sensación de que estaba allí, pero no he estado seguro hasta que me he dado cuenta de que tenemos tocadiscos, pero no discos.

Gorrell asintió sabiamente. Lang se alejó riendo para sus adentros. Sobre la puerta de la sala 69, el reloj marcaba las tres y cuarto.

*El movimiento se aceleraba. Lo que una vez fue el gimnasio, ahora era una pequeña habitación de dos metros de ancho, un cubo hermético, casi perfecto. Las paredes se movían hacia el interior a lo largo de las diagonales, a pocos metros del punto de colisión...*

Avery vio a Gorrell y a Lang dando vueltas alrededor de su silla.

—¿No queréis sentaros? —preguntó.

Ambos negaron con la cabeza. Avery continuó sentado durante unos minutos, luego se levantó y se desperezó.

—Las tres y cuarto —comentó, presionando el techo con las manos—. Parece que va a ser una noche larga.

Se echó hacia atrás para dejar pasar a Gorrell y luego empezó a seguir a los demás en su paseo alrededor del estrecho espacio entre el sillón y las paredes.

—No sé cómo Neill espera que estemos despiertos en este agujero veinticuatro horas al día —continuó—. ¿Por qué no podemos tener un televisor? Incluso una radio ya sería algo.

Gorrell, seguido de Avery y con Lang cerrando el círculo comenzaban a encorvarse y a caminaban con la cabeza inclinada hacia el suelo, moviendo los pies al ritmo lento y plomizo del reloj.

*Aquello era ya un sumidero: un estrecho cubículo vertical de pocos metros de ancho y menos de dos de alto. Arriba, una solitaria bombilla polvorienta brillaba debajo de una rejilla de acero. Como si se desmoronara bajo el empuje de su propio impulso, la superficie de las paredes se cuarteó, y ahora parecía de piedra dura, picada...*

Gorrell se agachó para atarse el cordón del zapato, y Avery chocó contra él, golpeándose un hombro contra la pared.

—¿Estás bien? —preguntó, cogiendo del brazo a Gorrell—. Este lugar es demasiado pequeño. No puedo entender por qué Neill nos metió aquí.

Se apoyó contra la pared, agachando la cabeza para evitar darse contra el techo, pensativo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Yo diría que sobre las tres y cuarto —aventuró Lang—. Más o menos.

—Lang —preguntó Avery—, ¿dónde está la salida de ventilación?

Lang recorrió las paredes y el techo con la mirada.

—Tiene que haber una en alguna parte.

Gorrell se levantó y examinó el suelo entre sus pies.

—Puede que haya alguna en la rejilla de la luz —sugirió Gorrell. Alzó la mano y deslizó los dedos a través de la rejilla, por detrás de la bombilla.

—Aquí no hay nada. Está vacío. Diría que nos queda aire para media hora.

—Más o menos —dijo Avery—. ¿Sabes? Aquí hay algo...

Entonces Lang le interrumpió.

—Avery —le preguntó—, ¿cómo hemos llegado aquí?

—¿Qué quieres decir, hasta aquí? Estamos en el equipo de Neill.

Lang le interrumpió de nuevo.

—Lo sé —señaló el suelo—. Quiero decir, hasta aquí dentro.

Gorrell sacudió la cabeza.

—Lang, relájate. ¿Cómo crees que hemos entrado? Por la puerta.

Lang miró directamente a Gorrell y luego a Avery.

—¿Qué puerta? —preguntó con calma.

Gorrell y Avery vacilaron, luego se volvieron y miraron las paredes, el suelo y el techo. Avery pasó las manos por la maciza mampostería, se arrodilló y palpó las losas de piedra rugosa. Gorrell, a su lado, escarbó en las finas juntas de las baldosas.

Impasible, Lang los miraba desde un rincón. La expresión de su rostro estaba tranquila e inmóvil, pero en su sien izquierda una vena le latía exageradamente.

Cuando por fin se levantaron, mirándose vacilantes el uno al otro, se encontraba entre ellos, aún pegado a la pared.

—¡Neill! ¡Neill! —gritó, golpeando furiosamente la pared con los puños—. ¡Neill! ¡Neill!

Por encima de ellos, lentamente, la luz comenzó a desvanecerse.

Morley cerró tras él la puerta de la sala de cirugía y volvió a su escritorio. Aunque eran las tres y cuarto, Neill estaría probablemente despierto, trabajando en el material más reciente, en el despacho contiguo a su dormitorio. Afortunadamente los exámenes de la tarde, recién enviados por uno de los internos, estaban ya en su bandeja de entrada.

Morley eligió la carpeta de Lang y comenzó a examinar las fichas. Sospechaba que las respuestas de Lang a algunas de las palabras claves y las sugerencias que escondían mentiras encubiertas en las preguntas arrojarían alguna luz sobre el motivo real que se escondía en su ecuación de sueño y muerte.

La puerta que comunicaba con la sala de guardia se abrió y entró un interno.

—¿Quiere que me haga cargo del gimnasio, doctor?

Morley lo despidió con un gesto.

—No se moleste. Vuelvo en un momento.

Escogió las fichas que quería y se retiró. Contento de encontrarse lejos del brillo deslumbrador de las lámparas, había retrasado su regreso tanto como pudo, y eran las

tres y veinticinco de la madrugada cuando por fin salió de la oficina y volvió a entrar en el gimnasio.

Los hombres estaban sentados donde los había dejado. Lang lo miró mientras se acercaba, con la cabeza apoyada cómodamente en un cojín. Avery estaba repantingado en su sillón, con la nariz metida en una revista, mientras que Gorrell, oculto por el respaldo del sofá, estaba inclinado sobre el tablero de ajedrez.

—¿Alguien quiere café? —preguntó Morley decidiendo que necesitaban algo de ejercicio.

Ninguno de ellos levantó la mirada ni respondió. Morley se sintió un poco molesto, sobre todo con Lang, que miraba más allá de él, concentrado en el reloj.

Entonces vio algo que lo hizo detenerse.

En el suelo, a tres metros del sofá, había una pieza de ajedrez. Se acercó y la recogió. La pieza era el rey negro. Se estaba preguntando cómo podía Gorrell estar jugando al ajedrez sin una de las dos piezas esenciales cuando se dio cuenta de que había otras tres piezas más en el suelo.

Miró a Gorrell.

Esparcidas por el suelo, debajo de la silla y el sofá estaba el resto de las piezas. Gorrell se había desplomado sobre el taburete. Uno de los codos había resbalado y el brazo le colgaba entre las rodillas, con los nudillos descansando en el suelo. Con la otra mano se sujetaba la cara. La mirada muerta fija en sus pies.

Morley corrió hacia él, gritando.

—¡Lang! ¡Avery! ¡Traigan a los enfermeros! —Llegó hasta Gorrell y lo apartó del taburete—. ¡Lang! —llamó de nuevo. Lang seguía mirando el reloj, su cuerpo rígido en una postura irreal, como si fuera un muñeco de cera.

Morley dejó a Gorrell en el sofá, se inclinó y miró la cara de Lang.

Después se acercó a Avery, tendido detrás de la revista, y lo sacudió por el hombro. La cabeza de Avery se balanceó, tensa. La revista se le escurrió y se le cayó de las manos. Los dedos quedaron rígidos en la misma posición frente al rostro.

Morley apartó las piernas de Avery del tocadiscos. Lo conectó y subió el volumen al máximo.

Encima de la puerta de la sala de guardia una alarma empezó a sonar en el silencio de la clínica.

—¿No estaba con ellos? —preguntó Neill bruscamente.

—No —admitió Morley. Estaban de pie junto a la puerta de la sala de urgencias. Dos internos acababan de dismantelar la unidad de electroterapia y se llevaban la consola en un carrito. Fuera, en el gimnasio, se escuchaba un silencioso pero ajetreado ir y venir de enfermeras e internos. Excepto una lámpara, todas las demás estaban apagadas, y el gimnasio parecía un escenario abandonado al final de una actuación—. Fui al despacho para recoger unas pruebas —explicó Morley—. No estuve fuera más de diez minutos.

—Se suponía que debía vigilarlos continuamente —gruñó Neill—. No podía irse cuando le diera la gana. ¿Por qué cree que preparamos todo el circo ese del gimnasio?

Eran más de las cinco y media. Después de trabajar sin esperanza en los tres hombres durante un par de horas, estaba casi completamente agotado. Bajó la vista hacia los cuerpos, inertes en sus camillas, con las sábanas que los cubrían hasta la barbilla. Apenas habían cambiado, pero sus ojos estaban abiertos y no parpadeaban, y sus caras, inexpresivas, no demostraban actividad psíquica alguna.

Un interno se inclinó sobre Lang con una jeringuilla con aguja hipodérmica en la mano. Morley miró al suelo.

—De todas formas, creo que se han ido.

—¿Cómo puede decir eso? —dijo Neill apretando los labios. Se sentía frustrado e impotente. Sabía que Morley tenía razón: los tres hombres estaban en un estado terminal, no respondían ni a la insulina ni a la electroterapia, en un estado semicatatónico pero, como siempre, sin pruebas concluyentes se negaba a admitirlo.

Volvieron a su despacho y cerró la puerta.

—Siéntese —dijo ofreciéndole una silla a Morley y paseando después por la habitación mientras se golpeaba con el puño la palma de la otra mano.

—Está bien, John. ¿Qué pasa?

Morley cogió una de las fichas de las pruebas que estaban encima del escritorio y la sostuvo en equilibrio entre los dedos. Las frases nadaban en su mente, vacilantes e inciertas, como si fueran peces ciegos.

—¿Qué quiere que le diga? —continuó—. ¿Reactivación del imago infantil? ¿Una regresión al gran útero del sueño? ¿O, por decirlo de un modo más sencillo todavía, un ataque de resentimiento?

—Continúe.

Morley se encogió de hombros.

—La consciencia continua es más de lo que el cerebro puede soportar. Cualquier señal que se repite con bastante frecuencia con el tiempo pierde su significado. Diga la palabra «sueño» cincuenta veces. Llega un momento en que la autoconsciencia del cerebro se embota. Y no es capaz de comprender quién o qué es, y va a la deriva.

—¿Qué hacemos entonces?

—Nada. Recorrer todo el camino de nuevo hasta la primera lumbar. El sistema nervioso central no puede ser narcotizado.

Neill negó con la cabeza.

—Divaga —dijo secamente—. Hacer malabares con generalidades no va a traer de vuelta a esos hombres. En primer lugar, tenemos que averiguar qué les ha pasado, lo que realmente sintieron y lo que vieron.

Dubitativo, Morley frunció el ceño.

—Esta selva está marcada como «privada». Y aunque lo consiga, ¿este dramático retiro psicótico tendrá algún sentido?

—Por supuesto que lo tendrá. Por muy disparatado que nos parezca a nosotros,

era suficientemente real para ellos. Si sabemos que el techo se les cayó encima, o si todo el gimnasio se llenó de helado o se convirtió en un laberinto, tendremos algo en lo que trabajar. —Se sentó encima del escritorio—. ¿Recuerda esa historia de Chéjov de la que me habló?

—¿«La apuesta»? Sí.

—La leí anoche. Está mucho más cerca de lo que trata de decirme de lo que piensa. —Miró el despacho a su alrededor—. La habitación en que el hombre se encierra durante diez años simboliza la mente llevada a los límites más lejanos de la autoconsciencia... Algo muy similar ha ocurrido con Avery, Gorrell y Lang. Deben de haber llegado a un punto más allá del cual ya no podían contener la idea de su propia identidad. Pero lejos de ser capaces de captar la idea, yo diría que no eran conscientes de nada más. Como el hombre frente al espejo esférico, que solo puede ver un ojo gigante que le devuelve la mirada.

—¿Así que cree que su retiro es una huida directa desde el ojo, el abrumador ego?

—Nada de huida —corrigió Neill—. El psicótico nunca se escapa de nada. Es mucho más sensible. Simplemente reajusta la realidad para adaptarla a sí mismo. Un buen truco para aprender, también. La habitación de la historia de Chéjov me dio una idea de cómo pueden ser reajustados. El equivalente particular de esa habitación era el gimnasio. Empiezo a darme cuenta de que fue un error meterlos allí, con todas esas luces, la enorme planta, esas paredes tan altas. Simplemente exageraron la sensación de sobrecarga. De hecho, el gimnasio podría haberse convertido fácilmente en una proyección externa de sus respectivos egos. —Neill tamborileó con los dedos en el escritorio—. Sospecho que en este momento creen estar recorriendo un gimnasio que ha aumentado a un tamaño enorme, o que se ha adaptado a sus propias dimensiones. Esto último es lo más probable. O sencillamente han metido el gimnasio en su interior.

Morley sonrió con tristeza:

—Así que todo lo que tenemos que hacer ahora es atiborrarlos de apomorfina y convencerlos de que salgan. Suponga que se niegan.

—No lo harán —dijo Neill—. Ya lo verá.

Llamaron a la puerta. Un interno asomó la cabeza por el quicio.

—Lang ha vuelto en sí, doctor. Pregunte por usted.

Neill se levantó de un salto.

Morley lo siguió por el pasillo.

Lang estaba acostado en su camilla, el cuerpo inmóvil bajo la sábana. Sus labios ligeramente separados. Ningún sonido salía de ellos, pero Morley, inclinado sobre él y junto a Neill, podía ver su hueso hioides vibrar espasmódicamente.

—Está muy débil —advirtió el enfermero.

Neill acercó una silla, se sentó al lado de la camilla e hizo un esfuerzo visible de concentración mientras flexionaba los hombros cuanto podía, inclinaba la cabeza sobre Lang y escuchaba.

Cinco minutos más tarde se incorporó de nuevo.

Los labios de Lang temblaron. Su cuerpo se arqueó bajo la sábana, tirando de las correas y entonces se calmó un poco.

—Neill... Neill... —susurró. El sonido, un hilillo de voz estrangulada, parecía provenir del fondo de un pozo—. Neill... Neill... Neill...

Neill le acarició la frente con una mano pequeña, limpia.

—Sí, Bobby —dijo con dulzura. Su voz era como la caricia suave de una pluma—. Estoy aquí, Bobby. Ahora ya puedes salir.

1957

## PISTA 12

—Adivine otra vez —dijo Sheringham.

Maxted se apretó los auriculares, colocados cuidadosamente sobre las orejas. Se concentró, y cuando el disco empezó a girar trató de percibir algún eco identificativo.

El sonido era un ruido metálico rápido, como limaduras de hierro cayendo por un embudo. Duró diez segundos, se repitió una docena de veces, y luego terminó abruptamente con una serie de sonidos intermitentes.

—¿Y bien? —preguntó Sheringham—. ¿Qué es?

Maxted se quitó los auriculares y se frotó una oreja. Llevaba horas escuchando discos y tenía las orejas entumecidas, lastimadas.

—Podría ser cualquier cosa. ¿Cubitos de hielo derritiéndose?

Sheringham negó con la cabeza, y sacudió la barba.

Maxted se encogió de hombros.

—¿Dos galaxias colisionando?

—No. Las ondas sonoras no viajan por el espacio. Le daré una pista. Es uno de esos sonidos proverbiales.

Parecía disfrutar con aquella especie de catequesis.

Maxted encendió un cigarrillo y lanzó la cerilla al banco del laboratorio. La cabeza originó un pequeño charco de cera, se enfrió y dejó una cicatriz negra y superficial. La contempló con placer, consciente de la inquietud de Sheringham a su lado. Buscó en su cerebro algún símil obscuro.

—¿Y una bragueta...?

—Se acabó el tiempo —lo interrumpió Sheringham—. Un alfiler cayendo. —Sacó el disco de tres pulgadas y lo limpió con la manga mientras apagaba el reproductor—. Es decir, mientras está cayendo, no en el momento del impacto. Pusimos ocho micrófonos en un tubo de quince metros de longitud. Pensé que lo pillaría.

Cogió el último disco, un elepé de doce pulgadas, pero Maxted se levantó antes de que lo pusiera en el tocadiscos. Por la ventana se veía el patio, una mesa, vasos y una jarra que brillaba en la oscuridad. De pronto, Sheringham y sus juegos infantiles lo irritaban, y se impacientó consigo mismo por tolerar a aquel hombre desde hacía tanto tiempo.

—Vamos a tomar el aire —dijo bruscamente, rozando con el hombro uno de los altavoces al pasar—. Los oídos me vibran como gongs.

—Por supuesto —acordó Sheringham enseguida. Puso el disco con cuidado sobre el plato giratorio y apagó el reproductor—. De todos modos, este lo quiero reservar para después.

Salieron al aire cálido de la tarde. Sheringham encendió las lanternas japonesas y se sentaron en las sillas de mimbre bajo el cielo abierto.

—Espero que no se haya aburrido demasiado —dijo Sheringham mientras empuñaba la jarra—. La microacústica es un pasatiempo fascinante, pero temo que puedo haberlo convertido en una obsesión.

Maxted gruñó en tono neutro.

—Algunos de los discos son interesantes —admitió—. Tienen esa especie de valor que poseen las novedades disparatadas, como los primeros planos ampliados de la cara de una polilla o el filo de una hoja de afeitar. Sin embargo, pese a lo que dice usted, no puedo creer que la microacústica se convierta nunca en una herramienta científica. Es solo un sofisticado juguete de laboratorio.

Sheringham negó con la cabeza.

—Está completamente equivocado, por supuesto. ¿Recuerda la grabación de la división celular que le hice escuchar en primer lugar? Amplificada cien mil veces, la división de las células animales suena como si un montón de vigas y chapas de acero se fragmentaran al mismo tiempo. ¿Cómo lo llamó...? Un accidente de tráfico a cámara lenta. Por otra parte, la división de las células vegetales es un poema electrónico, todo acordes suaves y sonidos burbujeantes. Ahí tiene un ejemplo perfecto de cómo la microacústica puede revelar distinciones entre el reino animal y el vegetal.

—Me parece un procedimiento demasiado rebuscado —dijo Maxted sirviéndose un poco de soda—. También podría calcular la velocidad de su coche a partir del movimiento de las estrellas, pero es mucho más sencillo comprobar el marcador de velocidad.

Sheringham asintió, mirando a Maxted fijamente por encima de la mesa. Su interés por la conversación parecía haberse agotado, y los dos hombres permanecieron sentados en silencio con sus vasos. Extrañamente, la hostilidad que existía entre ellos desde hacía tantos años era ahora menos velada, el contraste entre las personalidades, las actitudes y el aspecto físico, más pronunciado. Maxted, un hombre alto y corpulento de rostro tosco pero atractivo, estaba casi tumbado horizontalmente en la silla, pensando en Susan Sheringham. Ella estaba en la fiesta de los Turnbull y, de no ser por el hecho de que ya no resultaba discreto que lo vieran en casa de los Turnbull —la razón era de dominio público—, habría pasado la noche con ella en lugar de con su grotesco marido.

Estudió a Sheringham con tanto desapego como pudo reunir, preguntándose si aquel hombre puritano y poco atractivo, pedante y con un innato humor académico, poseía alguna cualidad redentora. Ninguna, por cierto, a primera vista, aunque el hecho de haberlo invitado esa noche requería un cierto coraje y orgullo. Sus motivos, sin embargo, serían tan excéntricos como era habitual.

El pretexto, reflexionó Maxted, había sido de muy poco peso: Sheringham, profesor de Bioquímica en la universidad, disponía de un completo laboratorio



casero; Maxted, un atleta en decadencia y sin capacidad profesional, trabajaba como comercial de una compañía que fabricaba microscopios electrónicos; una visita, había sugerido Sheringham por teléfono, podía ser ventajosa para ambos.

Por supuesto, nada de esto había sido mencionado aún. Pero hasta ahora Sheringham tampoco había nombrado a Susan, el verdadero tema de la mascarada de la noche. Maxted especuló sobre las posibles rutas que Sheringham podía tomar para llegar a la escena inevitable de la confrontación; él no era amigo de los rodeos, ni sería propio mostrarle una fotografía acusatoria, ni agarrarlo por las solapas y zarandearlo. Sheringham tenía un vicioso aire adolescente... Maxted interrumpió abruptamente sus pensamientos. De repente, el aire del patio era más fresco, casi como si hubieran conectado una potente unidad de refrigeración. Se le erizó la piel de los muslos y de la columna vertebral. Adelantó la mano y se terminó el *whisky* que le quedaba.

—Hace frío aquí fuera —comentó.

Sheringham se miró el reloj.

—¿De veras? —dijo. Había un atisbo de indecisión en su voz, por un momento pareció estar esperando una señal. Luego se recompuso, y con una extraña media sonrisa añadió—: Ha llegado el momento de escuchar el último disco.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Maxted.

—No se mueva —ordenó Sheringham mientras se levantaba—. Yo lo pondré. — Señaló un altavoz atornillado a la pared, por encima de la cabeza de Maxted, sonrió y desapareció.

Temblando incómodo, Maxted contempló el silencioso cielo nocturno con la esperanza de que la corriente vertical de aire frío que caía sobre el patio se disipara pronto.

El altavoz emitió un leve chasquido, multiplicado por un círculo de otros altavoces que, se fijó por primera vez, colgaban de las rejas del patio.

Sacudiendo la cabeza con tristeza ante las payasadas de Sheringham, decidió servirse más *whisky*. Al estirarse por encima de la mesa, se tambaleó y cayó sentado sin control en su silla. Parecía que tuviera el estómago lleno de mercurio, helado y enormemente pesado. Se inclinó de nuevo hacia delante y trató de alcanzar el vaso, pero lo volcó sobre la mesa. El cerebro empezaba a nublársele y sin poder hacer nada apoyó los codos en el borde de cristal de la mesa y dejó caer la cabeza entre las muñecas.

Cuando levantó la vista, Sheringham estaba de pie frente a él, sonriendo con cierta expresión de simpatía.

—No se encuentra muy bien, ¿verdad? —dijo.

Respirando con dificultad, Maxted logró inclinarse hacia atrás. Trató de hablar con Sheringham, pero no podía recordar ninguna palabra. El corazón le dio un brinco e hizo una mueca de dolor.

—No se preocupe —le aseguró Sheringham—. La fibrilación es solo un efecto

secundario. Desconcertante, tal vez, pero pasará pronto.

Se paseó tranquilamente por el patio, escrutando a Maxted desde varios ángulos. Evidentemente satisfecho, se sentó a la mesa. Cogió el sifón y vació el contenido.

—Cianato de cromo. Inhibe el sistema de control coenzimático, controlando el equilibrio de los fluidos del cuerpo, y vierte iones de hidroxilo en el torrente sanguíneo. En pocas palabras, te ahogas. Te ahogas de verdad, es decir, no solo te asfixias, sino que es como si estuvieras metido en una bañera. Pero no quisiera distraerle.

Inclinó la cabeza hacia los altavoces. Un ruido curiosamente apagado y esponjoso inundó el patio, como olas elásticas rompiendo contra un mar de látex. Los ritmos eran largos y desganados, superponiendo profundos y plomizos siseos, como si emergieran de un fuelle gigantesco. Apenas audibles al principio, los sonidos crecieron hasta llenar el patio y apagar los escasos ruidos del tráfico que llegaban desde la autopista.

—Fantástico, ¿no cree? —dijo Sheringham. Cogió el sifón por el cuello, pasó por encima de las piernas de Maxted y ajustó el control de tono de uno de los altavoces. Ahora parecía alegre, elegante, casi diez años más joven—. Son repeticiones cada treinta segundos, de cuatrocientos microsens, mil veces amplificado. Admito que he editado un poco la pista, pero aun así es notable lo repulsivo que puede llegar a ser un sonido que antes era hermoso. Nunca podrá adivinar lo que era.

Maxted se movió lentamente. El lago de mercurio en su estómago era tan frío e insondable como una fosa oceánica, y sus brazos y piernas se habían convertido en los apéndices hinchados de un gigante ahogado en el mar. Podía ver a Sheringham flotando frente a él y oía el lento latir del mar en la distancia. Ahora estaba más cerca, y golpeaba con un ritmo insistente y monótono. Las grandes olas se inflaban y estallaban como burbujas en un mar de lava.

—Se lo diré, Maxted, he tardado un año en hacer esta grabación —le dijo Sheringham. Se sentó a horcajadas encima de Maxted, haciendo gestos con el sifón—. Un año. ¿Sabe lo desagradable que puede llegar a ser un año? —Por un momento se detuvo, y luego desechó algún recuerdo—. El sábado pasado, justo después de medianoche, Susan y usted estaban recostados en esta misma silla. Ya sabe, Maxted, aquí hay sondas sónicas por todas partes. Finas como lápices, con un foco de seis pulgadas. Solo en ese reposacabezas había cuatro. —Añadió, como nota aclaratoria—: El viento es su propia respiración, bastante pesada en aquel momento, si mal no recuerdo; los pulsos entrelazados de ambos producen un ruido similar al del trueno.

Maxted flotaba en un mar de sonido.

Momentos más tarde el rostro de Sheringham ocupó todo su campo visual. Le temblaba la barba mientras movía la boca salvajemente.

—¡Maxted! Solo le quedan dos respuestas, así que concéntrese, por Dios —gritó irritado, la voz casi perdida entre los truenos del mar—. Vamos, hombre, ¿qué es?

¡Maxted! —bramó. Corrió hasta el altavoz más cercano y subió el volumen. El sonido retumbó en el patio, reverberando en la noche.

Maxted casi se había desmayado y su deteriorada identidad era una pequeña isla casi sin formas, erosionada por las olas que batían contra ella.

Sheringham se arrodilló y le gritó al oído.

—Maxted ¿puede oír el mar? ¿Sabe dónde se está ahogando?

Una sucesión de olas gigantescas y flácidas, cada una más pesada y envolvente que la anterior, cabalgó hacia ellos.

—¡En un beso! —gritó Sheringham—. ¡En un beso!

La isla se disolvió, hundiéndose en el lecho fundido del mar.

1958

## LA ZONA DE ESPERA

No sé si Henry Tallis, mi predecesor en el observatorio de radio de Murak, conocía las zonas de espera. En general, parece obvio que debía conocerlas y que las tres semanas que pasó conmigo en la estación enseñándome —un trabajo que podía haber hecho fácilmente en tres días—, fueron únicamente para decidir si debía contármelo o no. Lo cierto es que nunca lo hizo y este juicio implícito contra mí es algo a lo que todavía no me he enfrentado.

Recuerdo que la primera noche después de mi llegada a Murak me hizo una pregunta a la que he estado dándole vueltas desde entonces.

Estábamos en la terraza del observatorio, contemplando los arrecifes arenosos y los conos fósiles de la selva de volcanes brillando en la falsa oscuridad, la gran cúpula de acero de ochenta metros del telescopio zumbando levemente en el aire por encima de nosotros.

—Dígame, Quaine —me preguntó Tallis de repente—, ¿dónde le gustaría estar cuando se acabe el mundo?

—En realidad no he pensado en ello —admití—. ¿Es urgente?

—¿Urgente? —Tallis me sonrió burlón y con expresión amable, pero evaluando mi astucia—. Espere a estar aquí un poco más de tiempo.

Casi había acabado su último período en el observatorio y supuse que se refería a la desolación que nos rodeaba y que, después de quince años, iba a dejar ingratamente bajo mi atención. Más tarde, por supuesto, me di cuenta de lo equivocado que estaba cuando juzgué, erróneamente, la compleja personalidad de Tallis.

Era un hombre delgado, de aspecto ascético, de unos cincuenta años, reprimido y malhumorado, como descubrí en el momento en que desembarqué del carguero que me había trasladado a Murak. En lugar de recibirme en la rampa, permaneció sentado a unos cien metros de distancia, en el extremo del puerto, observando en silencio y a través de sus gafas oscuras cómo yo cogía mis maletas bajo un sol ardiente como la lava, con las piernas agotadas tras la desaceleración masiva y moviéndome bajo una fuerza de gravedad desconocida.

El gesto parecía característico. Tallis era distante y sarcástico, todo lo que decía tenía las mismas connotaciones deliberadamente ambiguas, ese aire de misterio y de extrema introversión que se asume como mecanismo de defensa. No es que Tallis sufriera patología alguna, pero es que nadie puede pasar quince años, ni siquiera seis meses, prácticamente solo en la remota escoria planetaria de Murak sin desarrollar costumbres curiosas. De hecho, como muy pronto me di cuenta, lo que realmente era notable en Tallis era lo bien que había conservado la cordura, sin rendirse.

Escuchó atentamente las últimas noticias de la Tierra.

—Los primeros lanzamientos de naves sin piloto a Próxima Centauri están programados para 2250... La Asamblea de las Naciones Unidas en el lago Success se ha declarado estado soberano... La suspensión de la conmemoración del Día V-R... Debe de haber oído todo esto en todas las emisoras.

—No tengo radio aquí —dijo Tallis—. Solo la de arriba, y está sintonizada con la gran red espiral de Andrómeda. En Murak solo escuchamos las noticias importantes.

Me di cuenta de que cuando las noticias llegaran a Murak, importantes o no, tendrían un millón de años de antigüedad, pero aquella primera noche estaba más ocupado en adaptarme al medio ambiente planetario desconocido para mí, sobre todo a la atmósfera más densa, con una gravedad ligeramente superior (1,2 E), y unos cambios terribles de temperatura, que oscilaba entre treinta grados bajo cero y ciento sesenta grados sobre cero. También tenía que programar nuevas rutinas para adaptarme a mí mismo a los días de dieciocho horas de Murak.

Por encima de todo planeaba la perspectiva de pasar dos años de aislamiento absoluto.

A dieciséis kilómetros de los arrecifes de Murak estaba el único asentamiento del planeta. El observatorio estaba situado en las primeras colinas que marcaban el límite norte de la selva de volcanes apagados que se extendía hacia el sur hasta el ecuador de Murak. Consistía en un telescopio gigante y unos anexos desordenados que contenían unas veinte o treinta cúpulas de amianto que albergaban el sistema de procesamiento automático de datos, el seguimiento de las unidades, el generador y la planta de refrigeración, y una miscelánea de almacenes de repuestos para vehículos, tiendas, talleres y equipos auxiliares.

El observatorio era autosuficiente en cuanto a energía eléctrica y agua. En las granjas de las colinas próximas había paneles solares. Emplazados en filas de un cuarto de kilómetro de extensión, los millares de células refulgían a la luz como un campo de diamantes, extrayendo energía del sol para accionar las dinamos de los generadores. En otra colina, con su boca permanentemente abierta en la superficie de la roca, un sintetizador de agua móvil se arrastraba lentamente a través de la corteza del desierto, extrayendo el oxígeno y el hidrógeno combinado en los minerales de la superficie.

—Tendrá un montón de tiempo libre —me había dicho el director adjunto del Instituto Astrográfico de Ceres cuando firmé el contrato—. Hay una cierta rutina: conectar la corriente al campo del reflector y a las unidades de procesamiento de energía, pero no tendrá que tocar el telescopio. Un avanzado cerebro digital hace el trabajo más pesado, registra los datos en cintas de dos mil horas de duración. Traerá las cintas con usted a su regreso.

—Así que, excepto barrer la arena de la puerta, ¿no tengo nada más que hacer? —comenté.

—Para eso le pagarán. Probablemente no será un sueldo tan elevado como se

merece. Dos años parecen mucho tiempo, incluso con dos períodos de descanso. Pero no tenga miedo de volverse loco. No está solo en Murak. Simplemente se aburrirá. Por dos mil libras esterlinas, para ser exactos. Sin embargo, usted dijo que tenía que escribir una tesis. Nunca se sabe, puede que quiera escribirla allí. Tallis, el observador a quien va a relevar, fue allí en 2203 y solo por dos años, como usted, y ha permanecido quince. Él le enseñará cómo funciona todo. Es encantador en todos los sentidos, aunque quizás un poco caprichoso, probablemente intentará tomarle el pelo.

A la mañana siguiente Tallis me llevó al asentamiento para recoger el pesado equipaje con el que había viajado por el espacio.

—Los arrecifes de Murak —señaló mientras su viejo Chrysler del 95 traqueteaba sobre la ceniza que cubría la carretera metálica.

Cruzamos una serie de antiguos lagos de lava, unos discos planos de color gris mate de ochocientos metros de ancho, con sus duras superficies salpicadas por las innumerables lluvias de meteoritos que habían caído en Murak durante los últimos millones de años. A lo lejos se distinguía un grupo de largos cobertizos de techo plano y tres altos elevadores de mineral.

—Supongo que se lo habrán advertido. Hay un almacén suministros, una terminal de radio y la concesión de los minerales. Las últimas estimaciones fiables indican que la población total es de siete.

Me quedé mirando el suelo del desierto circundante, agrietado y estratificado por los cambios de temperatura en lo que parecían enormes planchas de hierro oxidado, y en los gigantescos conos de la selva de volcanes de color amarillo que se elevaban entre la bruma de la arena. Eran las cuatro de la mañana, hora local, pero la temperatura ya era de más de ochenta grados. Avanzábamos con las ventanillas cerradas, las cortinillas bajadas y el equipo refrigerador bombeando ruidosamente.

—La noche del sábado debe de ser divertida —comenté—. ¿No hay nada más aquí?

—Solo las tormentas térmicas y, a mediodía, una temperatura media de ciento sesenta grados.

—¿A la sombra?

Tallis se rio.

—¿Sombra? Debe de tener usted un gran sentido del humor. No hay sombra en Murak. No lo olvide nunca. Media hora después del mediodía, la temperatura asciende dos grados por minuto. Estar ahí fuera significa encender su propia pira.

El arrecife de Murak era un agujero polvoriento. En los hangares estaban los depósitos de las enormes trituradoras de mineral, y las vagonetas procedentes de las plantas de extracción crujían y resonaban. Tallis me presentó al agente, un anciano malhumorado llamado Pickford, y a dos jóvenes ingenieros, ocupados en un nuevo nivelador. Nadie intentó iniciar conversación alguna. Nos saludamos con la cabeza brevemente, pusimos mi equipaje en el vehículo oruga y partimos.

—Un grupo taciturno —le dije—. ¿Qué es lo que extraen?

—Tántalo, niobio y tierras raras. Un trabajo fastidioso, y las concentraciones son apenas viables. Vinieron a Murak tentados por unas comisiones fabulosas, pero tienen suerte si pueden extraer el mínimo requerido.

—Uno no puede sentirse triste por dejar esto. ¿Qué hizo que se quedara aquí quince años?

—Tardaría otros quince años en explicárselo —replicó Tallis—. Me gustan las colinas desiertas y los lagos muertos.

Murmuró algunos comentarios y, al ver que yo no quedaba satisfecho, de repente cogió un puñado de arena gris del asiento y dejó que se le escurriera entre los dedos.

—Tierra arqueozoica. Roca pura. Escupa sobre ella y puede ocurrir cualquier cosa. Tal vez me entienda si le digo que he estado esperando que llueva.

—¿Lloverá?

Tallis asintió.

—Dentro de dos millones de años, o eso me dijo alguien que vino aquí.

Lo dijo con toda seriedad.

Durante los siguientes días, mientras me enseñaba el conjunto de las instalaciones e inventariábamos el contenido de los almacenes y los equipos, empecé a plantearme si Tallis había perdido la noción del tiempo. La mayoría de los hombres abandonados solos durante un período indefinido desarrollan algunos intereses: ajedrez, tallar madera compulsivamente con una navaja, o resolver pasatiempos irresolubles. Pero Tallis, por lo que pude ver, no había hecho nada. La cabina, un edificio de tres pisos con cúpula construido alrededor de una columna central de refrigeración, era espartana, sin comodidades. Parecía que la única ocupación de Tallis era la observación de la selva volcánica. Era una actividad casi obsesiva: toda la mañana y parte de la tarde se sentaba en la terraza cerrada contemplando los cientos de conos extinguidos, visibles desde el observatorio; sus colores recorrían el espectro, del rojo al violeta, a medida que el día iba dando paso a la noche.

La primera indicación reveladora de lo que Tallis observaba se produjo una semana antes de la fecha de su partida. Había empaquetado sus escasas pertenencias y estábamos limpiando uno de los pequeños hangares de almacenaje cercanos al telescopio. En la oscuridad, en la parte trasera, cubierta por un montón de ventiladores, cadenas y refrigeradores de cerveza, había dos generadores a pedales, unos enormes sacos inmanejables equipados con arneses para el pecho y ciclos de engranajes de uso manual.

—¿Ha usado eso alguna vez? —le pregunté, imaginando lo que podría significar allí un fallo en el generador.

Negó con la cabeza.

—Eso es lo que dejó un equipo de investigación que realizó algunos trabajos en los volcanes. Hay un campamento entero amontonado por ahí en los cobertizos, si es que quiere salir de safari de fin de semana.

Tallis estaba en la puerta. Moví mi linterna y estaba a punto de apagarla cuando vi algo que brillaba en el suelo. Pasé por encima de los escombros, rebusqué alrededor y encontré un pequeño cofre circular de aluminio, de unos sesenta centímetros de diámetro por treinta de profundidad. Montada en la parte trasera había una batería, un termostato y un selector de temperatura. Era una reliquia típica de una expedición organizada sin reparar en gastos. Probablemente sería una coctelera o una sombrerera.

Grabadas en gruesas letras de oro estaban las iniciales C. F. N.

Tallis se acercó.

—¿Qué es eso? —preguntó bruscamente, añadiendo la luz de su linterna a la mía.

Yo podría haber dejado la caja donde estaba, pero algo en la voz de Tallis, una clara inflexión de molestia, me hizo cogerla y sacarla a la luz del sol.

Le limpié el polvo con Tallis a mi espalda. Abrí los dispositivos de vacío y levanté la tapa. Dentro había una pequeña grabadora, bastidores de carrete y un micrófono telescópico que, abierto, medía casi un metro. Era una pieza magnífica, una joya hecha a mano por un especialista, y con un valor de al menos quinientas libras esterlinas, caja aparte.

—Es un equipo muy bueno —le señalé a Tallis—. La cámara de aire está aún intacta.

Pasé los dedos sobre el indicador de velocidades y el cabezal de lectura de seis canales. Incluso estaba equipado con un selector de sonidos, un dispositivo muy útil que puede ser configurado para detectar cualquier sonido, desde los movimientos de una mosca hasta el paso de una grulla.

El sensor estaba montado, y me preguntaba qué sería lo que habría ocurrido cuando me di cuenta de que alguien se me había anticipado. La cinta había sido arrancada tan bruscamente que uno de los carretes se había salido de sus rodamientos. El otro estaba vacío, y las dos pestañas deshilachadas conectadas a los ejes era lo único que quedaba de la cinta perdida.

—Alguien tenía prisa —dije en voz alta. Cerré la tapa, limpié las iniciales con las yemas de los dedos y añadí—: Debe de pertenecer a alguno de los miembros de la expedición C. F. N. ¿Quiere enviárselo?

Tallis me miró pensativo.

—No. Me temo que los dos miembros del equipo murieron aquí. Hace poco más de un año.

Me contó el incidente. Dos geólogos de Cambridge había negociado con el instituto para que Tallis les ayudara a establecer un campamento a unos quince kilómetros en el interior de la selva volcánica, donde tenían la intención de trabajar durante un año, analizando los materiales del núcleo del planeta.

El coste del viaje de un vehículo hasta Murak era prohibitivo, por lo que Tallis había transportado todo el equipo de la zona de acampada y lo había configurado para



ellos.

—Me las arreglé para visitarlos una vez al mes, con las latas de combustible, agua y suministros. La primera vez todo parecía correcto. Ambos tenían más de sesenta años, pero soportaban bien el calor. El campamento y el laboratorio funcionaban sin problemas, y tenían un pequeño transmisor para casos de emergencia. Los vi tres veces en total. En mi cuarta visita habían desaparecido. Calculé que habrían salido hacía una semana. Todo estaba en orden. El transmisor funcionaba, y había un montón de agua y combustible. Supuse que habrían salido a recoger muestras, se habían perdido y habían muerto rápidamente a causa de la elevada temperatura del mediodía.

—¿Nunca llegó a encontrar los cuerpos?

—No. Los busqué, pero en la selva volcánica los contornos de los valles cambian de hora en hora. Lo notifiqué al instituto y dos meses después vino un inspector desde Ceres, al que acompañé hasta el lugar. Certificó sus muertes y me ordenó que dismantelara el campo y lo almacenara aquí. Había un par de cosas personales, pero no oí nada sobre si tenían amigos o familiares.

—Trágico —comenté.

Cerré la grabadora y la llevé al cobertizo. Regresamos. Faltaba una hora para el mediodía y el sol que caía de lleno sobre el tejado parecía fuego líquido.

—¿Qué esperaban encontrar en la jungla? —le pregunté a Tallis—. El carrete con la cinta se ha perdido.

—¿Ah, sí? ¿Qué está sugiriendo usted?

—Nada. Es solo curiosidad. Me sorprende que no hubiera más que una investigación.

—¿Por qué? Para empezar, venir aquí desde Ceres cuesta ochocientas libras esterlinas, y más de tres mil desde la Tierra. Era una expedición privada. ¿Por qué nadie debería perder tiempo y dinero en algo que era perfectamente obvio?

Intenté sonsacarle más detalles, pero su último comentario pareció cerrar el episodio. Almorzamos en silencio y luego recorrimos las granjas solares, reemplazando los pares térmicos quemados. Iba a quedarme solo con una cinta perdida, dos muertos y la vaga sospecha de que existía un secreto que lo conectaba todo.

Durante los siguientes días me mantuve más cerca de Tallis, esperando que me revelara alguna clave del enigma que crecía a su alrededor.

Y me enteré de algo que me dejó asombrado.

Le pregunté sobre sus planes de futuro, bastante indefinidos. Dijo algo vago sobre unos días de vacaciones, pero sin entusiasmo, sonaba como si no hubiera pensado en su retiro. En los últimos días, cuando ya se acercaba el día de su partida, enfocaba sus pensamientos únicamente en la selva volcánica. Desde el amanecer hasta bien entrada la noche, permanecía tranquilamente sentado en su silla, mirando el paisaje fantasmagórico de los conos, a la deriva en algún mar de tiempo privado.

—¿Cuándo regresará? —le pregunté en un intento de animarlo, y en parte curioso por saber por qué dejaba Murak.

Se tomó la pregunta muy en serio.

—Me temo que no volveré. Quince años es mucho tiempo, casi el límite de lo que uno puede pasar ininterrumpidamente en un mismo lugar. Después de eso, uno se institucionaliza...

—¿Ininterrumpidamente? —le corté—. ¿No ha hecho uso de sus permisos?

—No, no me molesté. Estaba ocupado aquí.

—¡Quince años! —exclamé—. Por el amor de Dios, ¿por qué? ¡Y aquí! ¿Y qué quiere decir con «ocupado»? Ha estado sentado aquí, esperando para nada. ¿Qué se supone que observaba, a fin de cuentas?

Tallis sonrió evasivamente, empezó a decir algo, pero luego se lo pensó mejor.

Las preguntas se hacían cada vez más persistentes. ¿Qué esperaba? ¿Estaban vivos los geólogos? ¿Esperaba que regresaran o que le hicieran una señal? Mientras lo veía pasear por la cabina durante su última mañana en Murak me convencí de que me estaba ocultando algo. Contemplaba el desierto casi de un modo melodramático, retrasando su partida hasta que sonó la sirena del puerto, que avisaba de la partida con treinta minutos de antelación. Al dirigimos al vehículo oruga, yo estaba convencido de que vería aparecer los brillantes fantasmas de los dos geólogos emergiendo amenazadores de la selva de volcanes, profiriendo gritos de muerte y venganza.

Me estrechó la mano antes de subir a bordo.

—¿Tiene mi dirección? ¿Seguro?

Por alguna razón, lo que confundió mis sospechas más crudas, insistió en que el instituto y yo nos mantuviéramos en contacto con él.

—Descuide —contesté—. Si llueve se lo haré saber.

Me miró sombríamente.

—No espere demasiado. —Sus ojos se desviaron más allá de mí, hacia el sur, a través de la brumosa arena, hacia el infinito mar de conos. Y agregó—: Dos millones de años es mucho tiempo.

Lo cogí del brazo mientras caminábamos hacia la rampa.

—Tallis —le pregunté—, ¿qué es lo que esperaba? Hay algo aquí, ¿verdad?

Se apartó de mí y se recompuso.

—¿Qué? —dijo secamente mientras se miraba el reloj de pulsera.

—Ha tratado de decírmelo toda la semana. Vamos, hombre —insistí.

Sacudió la cabeza bruscamente, murmuró algo sobre el calor y desapareció rápidamente por la rampa.

—¡Esos dos geólogos están ahí fuera! —le grité.

Pero la sirena de los cinco minutos inundó el aire y en el momento en que dejó de sonar Tallis ya había desaparecido en la cabina de pasajeros y los miembros de la

tripulación retiraban la pasarela y cerraron las puertas de entrada de pasajeros y de carga.

Me quedé en el puerto hasta que la nave recibió el permiso para despegar, molesto conmigo mismo por haber esperado hasta el último momento para pedirle a Tallis una explicación.

Media hora más tarde se había ido.

En los días siguientes Tallis comenzó a deslizarse lentamente hacia el fondo de mi mente. Poco a poco fui instalándome en el observatorio y elegí nuevas rutinas para mantenerme en movimiento todo el tiempo. Mayer, el metalúrgico de la mina, se acercaba a la cabina casi todas las noches a jugar al ajedrez y a olvidar sus lastimosas tasas de extracción. Era un hombre corpulento, musculoso, de treinta y cinco años, que odiaba el clima de Murak, la geología y la mala compañía, un poco rudo, pero la clase de tónico que yo necesitaba tras la sobredosis de Tallis.

Mayer había visto a Tallis solo una vez y nunca había oído hablar de la muerte de los dos geólogos.

—Malditos locos, ¿qué andarían buscando? No creo que tuviera nada que ver con la geología. Murak no tiene nada.

Pickford, el viejo agente del almacén, era la única persona en Murak que se acordaba de los dos hombres, pero el tiempo casi había borrado sus recuerdos.

—Eran vendedores —me dijo mientras soplabla en la cazoleta de su pipa—. Tallis trabajó duro para ellos. Nunca deberían haber venido aquí a vender todos aquellos libros.

—¿Libros?

—Cajas llenas. Biblias, creo recordar.

—¿No serían libros de texto? —sugerí—. ¿Los vio?

—Claro que sí —respondió, entreteniéndose—. Encuadernados en cuero —dijo sacudiendo la cabeza—. «No podrán venderlos aquí», les dije.

Aquello sonaba exactamente a ejercicio de humor académico. Podía imaginarme a Tallis y a los dos científicos tomándole el pelo a Pickford, enseñándole sus libros como si fueran representantes comerciales.

Supongo que podría haber olvidado el episodio entero, pero los mapas de Tallis me llamaron la atención de nuevo. Había una veintena, medio millón de fotos aéreas de la selva de volcanes en un radio de treinta y cinco kilómetros del observatorio. Uno de ellos estaba marcado con lo que supuse que era el campamento de los geólogos y rutas alternativas desde y hacia el observatorio. El campamento estaba a poco más de quince kilómetros de distancia, al otro lado de un terreno abrupto, pero no excesivamente difícil para un vehículo oruga.

Todavía sospechaba que lo que hacía terminaría en nada. La dirección de una flecha en un mapa, la débil sugerencia de una críptica X, y yo partiría como un cohete

tras una mina o dos tumbas misteriosas. Estaba casi seguro de que Tallis no había sido el responsable, ni siquiera por negligencia o descuido, de la muerte de los dos hombres, pero aún quedaba una serie de preguntas sin respuesta.

Al día siguiente comprobé el coche oruga, metí la pistola de bengalas en la pistolera de mi rodilla y le pedí a Pickford que estuviera atento a cualquier llamada de socorro procedente del transmisor del Chrysler.

Acababa de amanecer cuando saqué el vehículo oruga fuera del recinto del observatorio y me dirigí hacia un camino entre dos granjas de baterías, siguiendo la ruta marcada en los mapas. Detrás de mí, el telescopio giraba lentamente sobre sus goznes, con su gran oído de acero barriendo incansable las Cefeidas. La temperatura rondaba los setenta grados, no estaba mal para ser Murak, el cielo estaba rojo cereza, roto por franjas azules que reflejaban luces violetas en los montones de ceniza gris de las laderas más altas de la selva de volcanes.

El observatorio pronto quedó atrás, oscurecido por el polvo que levantaba el vehículo. Pasé el sintetizador de agua, que marcaba diez mil toneladas de hidrato de silicio, y en veinte minutos llegué al cono más cercano, un gigante blanco de setenta metros de altura, y lo rodeé para llegar al primer valle. Con quince metros en sus cumbres, los volcanes parecían una manada de enormes elefantes, separados por los valles estrechos y polvorientos, algunos a solo cien metros, y aquí y allá rastros del lecho de un lago de lava fósil. Proseguí hasta dar con las huellas dejadas por el Chrysler en sus viajes del año anterior.

Llegué al lugar en tres horas. Lo que quedaba del campamento se encontraba en una playa con vistas a uno de los lagos, una colección triste de bidones de combustible y depósitos de refrigeración y tanques de agua vacíos, enterrados bajo el polvo arrastrado por los vientos térmicos bajos. Al otro lado del lago los conos violetas de los volcanes se extendían hacia el sur. Detrás, una media luna de acantilados afilados se recortaba contra el cielo.

Caminé por los alrededores en busca de algún rastro de los geólogos. Una maltrecha mesa de campo metálica con la pintura verde desconchada estaba volcada en el suelo. Le di la vuelta y le abrí los cajones, no encontré nada, salvo un cuaderno de notas quemado y un teléfono, con el receptor sólidamente fundido con su soporte.

Tallis había hecho muy bien su trabajo.

La temperatura ya superaba los cien grados cuando subí al vehículo oruga de nuevo, y un par de kilómetros más adelante tuve que detenerme, porque la unidad de refrigeración estaba agotando la energía de las bujías y hacía que se me calara el motor. La temperatura fuera era de ciento treinta grados, el cielo era un escudo de fuego rugiente reflejado en las laderas de mi alrededor que parecían arrojarme encima cera fundida.

Cerré todas las persianas y puse punto muerto e incluso así tuve que asegurarme de que el antiguo motor proporcionara suficiente energía al refrigerador.

Estuve allí sentado más de una hora, en la tenue penumbra del tablero de

instrumentos, con los oídos embotados por el rugido constante del motor, con calambres en el pie derecho, maldiciendo a Tallis y a los dos geólogos.

Aquella noche desplegué un nuevo y crujiente pergamino, saqué mi regla de cálculo y determiné empezar a escribir mi tesis.

Una tarde, dos o tres meses más tarde, mientras jugábamos al ajedrez, Mayer señaló:

—He visto a Pickford esta mañana. Me dijo que tenía algunas muestras que enseñarle.

—¿Grabaciones de vídeo?

—Biblias, creo que dijo.

Fui a ver a Pickford en cuanto bajé al asentamiento. Se movía entre las sombras tras el mostrador, con un traje blanco sucio y arrugado.

Sopló el humo de su pipa hacía mí.

—Esos vendedores por los que preguntaba —explicó—. Le dije que vendían biblias.

Asentí.

—¿Y bien?

—Tengo algunas.

Yo apagué mi cigarrillo.

—¿Puedo verlas? —dije.

Me señaló el final del mostrador con su pipa.

—En la parte de atrás.

Le seguí por entre las estanterías, llenas de ventiladores, radios y televisores, todos modelos obsoletos importados años antes para satisfacer el auge de Murak, que nunca se había producido.

—Ahí están —dijo Pickford.

Contra la pared del fondo del almacén había una caja de embalaje de madera, con aristas de metal. Pickford buscó una llave.

—Pensé que le gustaría comprar alguna.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Alrededor de un año. Tallis olvidó recogerlas. Las encontré la semana pasada.

Dudoso, pensé: «Es más probable que Tallis las hubiera ocultado». Lo observé mientras le quitaba la tapa. Dentro había algo tapado con papel de estraza. Pickford rompió el papel y lo retiró con cuidado, dejando al descubierto un montón de libros encuadernados en cuero negro grabado.

Cogí uno de ellos y acerqué el grueso lomo a la luz.

Era una biblia, como había prometido Pickford. Debajo había una docena más.

—Tenía razón —le dije.

Pickford acercó una silla y se sentó, mirándome.

Miré la biblia de nuevo. Estaba en perfecto estado, era la versión autorizada del rey Jacobo. El veteado de las guardas estaba intacto. La etiqueta del editor cayó al

suelo, y me di cuenta de que la copia procedía de una biblioteca privada.

Las encuadernaciones eran ligeramente distintas. El siguiente volumen que cogí era un ejemplar de la Vulgata.

—¿Cuántas cajas tenían en total? —le pregunté a Pickford.

—¿De biblias? Catorce, quince con esta. Las encargaron todas antes de partir. Esta era la última.

Sacó otro volumen y me lo entregó:

—Buen estado, ¿eh?

Era un ejemplar del Corán.

Empecé a sacar volúmenes, y Pickford me ayudó a clasificarlos en los estantes. Cuando los contamos había noventa en total: treinta y cinco biblias (veinticuatro versiones autorizadas y once vulgatas), quince ejemplares del Corán, cinco del Talmud, diez del Bhagavad Gita y veinticinco del Upanishad.

Cogí un ejemplar de cada uno y le pagué a Pickford diez libras.

—Si alguna vez quiere más, quizá pueda hacerle un descuento —dijo riéndose para sus adentros, muy satisfecho con el acuerdo, como si les hubiera ganado la partida a los vendedores.

Cuando Mayer vino aquella noche, enseguida se fijó en los seis volúmenes sobre mi mesa.

—Muestras de Pickford —le expliqué. Le conté que había encontrado la caja en el almacén y que había sido entregada por los geólogos después de su llegada. —Según Pickford, tenían un total de quince cajas. Todas biblias.

—Está senil.

—No. Su memoria es buena. Es cierto que había otras cajas porque esta estaba sellada y él sabía que contenía biblias.

—Menuda broma, quizá fueran vendedores de verdad.

—Lo cierto es que no eran geólogos, eso está claro. ¿Por qué diría Tallis que lo eran? Además, ¿por qué nunca dijo nada de esas biblias?

—Tal vez lo había olvidado.

—¿De quince cajas? ¿De quince cajas de biblias? Cielo santo, ¿qué harían con ellas?

Mayer se encogió de hombros.

—¿Quiere que contacte con Ceres por radio?

—Todavía no. No tenemos nada que decirles.

—Podría haber una recompensa. Probablemente una grande. ¡Dios, podría volver a casa!

—Cálmese, primero tenemos que averiguar qué hacían aquí esos supuestos geólogos, por qué encargaron esa fantástica cantidad de biblias. Una cosa está clara, fuera lo que fuera, juraría que Tallis lo sabía. Al principio pensé que habrían descubierto una mina y que fueron traicionados por Tallis: la cinta magnetofónica era

sospechosa. O también pudieron fingir deliberadamente sus propias muertes para poder pasar un par de años trabajando en la mina, con Tallis como fuente de recursos. Pero todas estas biblias significan que debemos comenzar a pensar de una forma completamente distinta.

Durante tres días, con solo breves interrupciones para dormir encorvado en el asiento del Chrysler, barrí sistemáticamente la selva de volcanes, recorriendo lentamente el sinuoso laberinto de valles, subiendo a la cima de cada cono, comprobando con cuidado cada veta de cuarzo expuesta, cada grieta o barranco que pudiera ocultar lo que estaba convencido que me esperaba.

Mayer me sustituyó en el observatorio todas las tardes. Me ayudó a reacondicionar un viejo generador diésel de una de las cúpulas de almacenamiento, y que colocamos en la parte trasera para dar a la cabina el calor necesario para soportar los treinta grados bajo cero nocturnos y alimentar los tres grandes proyectores del techo que nos permitían iluminar un radio de 360 grados. Hice dos viajes con una carga completa de combustible al campamento, que convertí en mi base.

Al otro lado de la gran franja de arena de la selva volcánica calculamos que un hombre de sesenta años podría caminar un máximo de un kilómetro y medio por hora, y pasar un máximo de dos horas a una temperatura de setenta grados bajo la luz del sol. Esto significaba que fuera lo que fuera lo que había que encontrar estaba en una zona de unos cinco kilómetros cuadrados incluyendo el viaje de vuelta.

Busqué en los volcanes todo lo minuciosamente que pude, marcando cada cono y los valles adyacentes en el mapa a medida que los iba dejando atrás, a una velocidad constante de ocho kilómetros por hora y con el potente motor del Chrysler rugiendo incesantemente, desde el mediodía, cuando los valles se llenaban de fuego y parecía que la lava corría por ellos de nuevo, hasta la medianoche, cuando los conos parecían enormes montañas de huesos, cementerios sombríos presididos por columnatas fantásticas y galerías que colgaban de los arrecifes de arena, suspendidas a orillas del lago como catedrales invertidas.

Forcé el Chrysler a avanzar, bajando el parachoques para arrancar cualquier risco sospechoso o roca que pudiera esconder el pozo de una mina, embistiendo las dunas de arena blanca y fina que se elevaba en suaves nubes alrededor del vehículo oruga, como polvo de seda.

No encontré nada. Los arrecifes y los valles estaban desiertos, los volcanes tenían sus cráteres vacíos, el suelo estaba hendido con marcas de meteoritos, rocas de azufre y polvo cósmico.

Decidí renunciar justo antes del amanecer del cuarto día, tras despertar de un par de horas de incómodo hacinamiento y sueño inquieto.

—Voy a volver —le dije a Mayer por radio—. Aquí no hay nada. Recogeré el combustible que hay aquí y le veré para el desayuno.

El amanecer me alcanzó cuando llegaba al lugar. Cargué las latas de combustible

en el vehículo oruga, apagué los focos y eché el que iba a ser mi último vistazo alrededor. Me senté a la mesa de campo y vi el sol siguiendo su arco a través de los conos y sobre el lago.

Cogí un puñado de cenizas de la mesa y las examiné.

—Tierra arqueozoica —dije, repitiendo las palabras de Tallis en voz alta y en dirección al lago.

Estaba a punto de escupir de rabia sobre la tierra cuando algo en mi mente hizo clic.

A unos ocho kilómetros al otro extremo del lago, recortado contra el sol naciente sobre los volcanes, había un acantilado de pizarra de color azul que se levantaba sobre el lecho del lago y discurría por el horizonte hacia el desierto durante unos tres kilómetros. Sus contornos eran agudos y bien definidos, lo que sugería que los materiales eran anteriores al período volcánico del planeta. El acantilado cruzaba el desierto, estrecho y rígido, y parecía como si hubiera estado allí desde el principio de Murak, cuando los conos de ceniza y las suaves lomas grises de su alrededor habían conocido del fin del planeta.

No era más que una conjetura sin fundamento, pero de repente habría apostado mi sueldo entero de los dos años a que las rocas del acantilado eran arqueozoicas. Estaban a unos tres kilómetros de la zona que había estado peinando.

¡La idea de una mina volvió bruscamente!

El lago estaba a mitad de camino. Lo crucé con el Chrysler a sesenta, perdiendo treinta minutos buscando una ruta a través de un complicado banco de arena, y luego entré en un escarpado valle amurallado que me condujo directamente al acantilado.

A un kilómetro y medio de distancia vi que no era, como parecía, una cresta estrecha y continua, sino un altiplano casi perfecto, una meseta circular. Una característica curiosa era la casi perfecta planicie de la superficie de la cima, como si hubiera sido cortada deliberadamente por una espada gigantesca. Sus laderas eran inusualmente simétricas, se inclinaban exactamente en el mismo ángulo, de unos treinta y cinco grados, y formaban una sola roca ininterrumpida, sin fisuras ni grietas.

Alcancé la falda en una hora, detuve el vehículo oruga y me dirigí hacia la gran roca de color azul apagado que se extendía frente a mí, como una isla en medio del mar gris del desierto.

Arranqué otra vez el motor y pisé a fondo el acelerador. Conduje el Chrysler oblicuamente a través de la pendiente para minimizar el ángulo de ascenso. Subí lentamente por la ladera, conduciendo el vehículo oruga en zigzag como si fuera un péndulo frenético.

Llegué a la cima y miré la meseta, de unos tres kilómetros de diámetro, desnuda salvo por una alfombra de polvo cósmico de color azul claro.

En el centro de la meseta, de al menos un kilómetro y medio de largo, había un enorme lago metálico, ondas de calor subían en espiral desde su superficie lisa y



oscura.

Avancé con el vehículo, y saqué la cabeza por la ventanilla, observando con cuidado, frenando de vez en cuando porque el vehículo cogía velocidad enseguida. No había ni meteoritos ni fragmentos de rocas. Presumiblemente la superficie del lago se congelaba por la noche para fundirse con la temperatura del día.

Aunque todo parecía tan duro como el acero, me detuve a unos trescientos metros del borde, apagué el motor y me subí encima de la cabina.

El cambio de perspectiva era leve pero suficiente. El lago desapareció y me encontré observando desde el techo del vehículo lo que parecía ser una simple charca poco profunda de un kilómetro de ancho.

Volví a la cabina y pisé el acelerador. La charca, como la superficie de la meseta, era un círculo perfecto, que descendía suavemente hacia el suelo a unos treinta metros por debajo de su borde, imitando un cráter volcánico.

Llevé el vehículo oruga hasta el borde, y salí.

A unos cuatrocientos metros, en el centro de la charca, cinco gigantescas losas de piedra rectangulares sobresalían de una amplia base pentagonal.

Ese era, pues, el secreto que Tallis no quiso revelarme.

El lago estaba vacío, el aire era más cálido y, después de tres días escuchando el rugido del Chrysler, un extraño silencio invadió mi cabeza.

Bajé por el borde, y empecé a recorrer la pendiente hacia el gran monumento en el centro de la cuenca. Por primera vez desde mi llegada a Murak me era imposible ver los brillantes colores del desierto y de la selva volcánica. Me había adentrado en un mundo de color azul pálido, tan puro y exacto como una ecuación geométrica, integrado por el suelo circular, la base pentagonal y los cinco rectángulos de piedra que se elevaban hacia el cielo, como el templo de una religión abstracta.

Tardé casi tres minutos en llegar al monumento. Detrás de mí, en la línea del cielo, el motor del vehículo oruga humeaba débilmente. Me acerqué a la base de roca, que tenía un metro de espesor y debía de pesar al menos mil toneladas, y puse mis manos en su superficie. Todavía estaba fresca, los granos azules y finos muy juntos. Como los megalitos que estaban encima, el pentágono carecía de adornos y era geométricamente perfecto.

Me aproximé al megalito más cercano. Las sombras a mi alrededor eran enormes paralelogramos, agudizando sus ángulos a medida que se levantaba el brillante sol. Caminé lentamente hasta el centro del grupo, vagamente consciente de que ni Tallis ni los dos geólogos podrían haber levantado esas piedras, cuando vi que toda la superficie interior del megalito más cercano estaba cubierta por filas y filas de jeroglíficos finamente cincelados.

Pasé mi mano por su superficie irregular. Grandes trozos se habían desprendido, dejando un rastro indescifrable, pero la mayor parte de la superficie estaba intacta, llena de símbolos pictográficos e intrincada escritura cuneiforme que bajaba en

estrechas columnas.

Me acerqué al siguiente megalito. Una vez más, la cara interior estaba cubierta por decenas de miles de símbolos diminutos tallados, con las filas separadas por una fina raya, que recorría los quince metros de altura del megalito.

Estaban escritos en al menos una docena de idiomas, en alfabetos que nunca había visto antes, cadenas de cifras sin sentido entre los que pude ver extraños símbolos con líneas cruzadas que parecían ser números, y peculiares formas serpentinadas que podían representar figuras humanas en posturas estilizadas.

De pronto, mis ojos captaron lo siguiente:

CYR\*RK VII    A\*PHA LEP\*\*IS    \*ÑO 1317

Abajo había otra, estropeada, pero legible:

AMEN\*TEK LC\*V    \*LPHA LE\*ORIS    AÑO 13\*\*

Había espacios en blanco entre las letras, que el tiempo había deshecho en pequeños granos de piedra.

Mis ojos recorrieron la columna. Había muchas más anotaciones:

PONT*AR*H* CV	ALPH* L*PORIS	AÑ* *318
MYR*K LV*	A**HA LEPORI*	AÑO 13*6
KYR** XII	ALPH* LEP*RIS	AÑO 1*19
.....	.....	.....
.....	.....	.....

La lista de nombres, todos de Alpha Leporis, continuaba columna abajo. Los seguía hasta la base, donde los nombres terminaban a ocho centímetros de la parte inferior, y leí tres o cuatro columnas más allá:

M*MARYK XX*V	A*PHA LEPORI*	AÑO 1389
CYRARK IX	ALPHA *EPORIS	AÑO 1390
.....	.....	.....

Me dirigí al megalito de mi izquierda y comencé a examinar las inscripciones con cuidado.

Aquí se leían las siguientes anotaciones:

MINYS-259    DELT\* ARGUS    AÑO 1874

TYLNYS-413      DELTA ARGUS      \*ÑO 1874

.....      .....      .....

Había menos espacios en blanco; a la derecha de la cara las anotaciones eran más recientes, las letras más nítidas. En total había cinco idiomas distintos, cuatro de ellos, incluido el de la Tierra, eran traducciones de la primera entrada, de izquierda a derecha de cada columna.

El tercer y cuarto megalitos tenían anotaciones de Gamma Gruis y de Beta Trianguli. Y seguían el mismo patrón, las superficies divididas en columnas, y en cada una algunas filas de anotaciones, los cuatro idiomas jeroglíficos seguidos por el terrestre, registrando los mismos datos mínimos en la misma fórmula concisa: nombre, lugar, fecha.

Cuando miraba el cuarto megalito, el quinto quedaba con la cara oculta.

Me acerqué a él, cruzando los paneles oblicuos en sombras, con curiosidad por adivinar el fabuloso catálogo de nombres que podía encontrar.

El quinto megalito estaba en blanco.

Mis ojos recorrieron su enorme superficie intacta, marcada solo con los profundos surcos que separaban las columnas y que algún maestro albañil de las estrellas había cincelado para tabular las anotaciones de la Tierra que nunca habían llegado.

Volví a los otros megalitos y estuve leyendo nombres al azar durante media hora, pasando las manos, involuntariamente, por los grandes paneles de las inscripciones, siguiendo con las yemas de los dedos el rastro cincelado de los jeroglíficos, buscando entre los miles de nombres ellos alguna pista sobre la identidad y el propósito de las cuatro razas estelares:

COPT*C LIGA MILV	BETA TRIANGULI	*ÑO 1723
ISARI* LIGA *VII	BETA *RIANGULI	AÑO 1724
MAR-5-GO	GAMMA GRUIS	AÑO 1959
VEN-7-GO	GAMMA GRUIS	AÑO 1960
TETRARK XII	ALPHA LEPORIS	AÑO 2095

Las dinastías se repetían una y otra vez: Cyrark, Minys, Go, separadas por intervalos de veinte o treinta años; parecían ser generaciones. Antes del año 1200 todas las anotaciones eran ilegibles. Eso representaba algo más de la mitad del total. Las superficies de los megalitos estaban casi completamente cubiertas, y en un principio supuse que las primeras anotaciones se habían realizado aproximadamente hacía dos mil doscientos años, es decir, poco después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, la frecuencia de las anotaciones aumentaba algebraicamente: en el siglo xv había una o dos por año, del siglo xx cinco o seis, y en el año en curso el número oscilaba de veinte anotaciones de Delta Argus a más de treinta y cinco de Alpha Leporis.

La última de ellas, en la esquina del extremo de la derecha del megalito, era:

Las letras estaban recién grabadas, quizá no hacía más de un día, o incluso un par de horas. A continuación, un espacio libre de medio metro llegaba hasta el suelo.

Acabado mi examen, bajé de la base de piedra y busqué cuidadosamente en la cuenca circundante, iluminando la alfombra de polvo, huellas de neumáticos de algún vehículo o de pies, o bien de herramientas o de algún sistema de andamiaje.

Pero la cuenca estaba vacía, y el polvo, a excepción de las huellas de mi vehículo oruga, estaba intacto.

Estaba sudando incómodamente, la alarma térmica sujeta a mi muñeca sonó, señalando que la temperatura del aire era de ochenta y cinco grados, y solo faltaban noventa minutos para el mediodía. Pronto alcanzaría los cien grados, así que les eché un último vistazo a los megalitos, y después regresé al vehículo oruga.

Ondas de calor se elevaban del borde de la superficie de la cuenca, y el cielo era de un color rojo oscuro, moteado por los campos de presión térmica que se elevaban como nubes de tormenta. Avancé a media carrera, con prisa por hablar con Mayer. Sin su confirmación, las autoridades de Ceres tomarían mi informe como la fantasía de un lunático. Además, quería que trajese su cámara; podríamos revelar los carretes en media hora y enviar media docena de imágenes por radio como una prueba incuestionable.

Y lo que era más importante, quería a alguien con quien compartir mi descubrimiento y que además pudiera ayudarme con los números. La frecuencia de las anotaciones en los megalitos y la ausencia virtual de más espacio —a menos que usaran el dorso de las columnas, que parecía poco probable— sugerían que el punto culminante estaba a punto de ser alcanzado; probablemente era lo que Tallis había estado esperando. Durante los quince años que Tallis había estado en Murak se habían grabado cientos de anotaciones; así que si estaba vigilando todo el día desde el observatorio debía de haber visto todos los aterrizajes.

Una vez dentro del coche vi que la luz del transmisor de emergencia parpadeaba insistentemente. Conecté el audio y enseguida la voz de Mayer lastimó los oídos.

—¿Quaine? ¿Es usted? ¿Dónde demonios se ha metido, hombre? He estado a punto de emitir una señal de socorro por usted.

Estaba en el campamento. Había llamado desde el observatorio, temía que se hubiera estropeado el vehículo y que lo hubiera abandonado a medio camino, y salió a buscarme.

Lo recogí en el campamento media hora más tarde, di la vuelta levantando una nube de polvo y de nuevo lo puse a pleno rendimiento. Mayer intentó convencerme durante todo el trayecto de que regresáramos; pero, sin contestarle, llevé el Chrysler hacia el lago, siguiendo las huellas de mis dos viajes anteriores, el de ida y el de vuelta. La temperatura era de noventa y cinco grados, y la arena y el valle empezaban

a parecer desolados hervideros.

Ansioso por lleva a Mayer a la cuenca, y con la mente dando vueltas como un tiovivo desquiciado, sentí una punzada de miedo escalofriante en el preciso momento en que empezaba a subir la ladera hacia la meseta. A través del parabrisas exploré el cielo. Poco después de llegar a la cuenca tendríamos que encerrarnos al menos durante una hora en la cabina llena de humo, ensordecidos por el ruido del motor, con el objetivo del periscopio cegado por el resplandor.

El centro de la meseta era un borrón pulsante, el aire atrapado en la cuenca latía en el aire calentado por el sol. Conduje directamente hacia allí, con Mayer rígido en su asiento. A unos cien metros de la orilla, el aire se aclaró y pudimos ver las partes superiores de los megalitos. Mayer saltó al exterior apoyándose en el estribo de la puerta en cuanto apagué el motor en el borde del lago. Después cerré el vehículo oruga y bajamos a la cuenca a través del aire hirviendo con las pistolas preparadas, dirigiéndonos a la carrera hacia los megalitos que asomaban el centro.

Esperaba encontrarme una suerte de comitiva de recibimiento, pero los megalitos estaban desiertos. Llegué al pentágono unos cincuenta metros por delante de Mayer, subí y lo esperé bajo la luz del sol fundido.

Lo ayudé a subir y lo llevé hasta uno de los megalitos, elegí una columna y empecé a leer las anotaciones.

Después lo llevé a las otras, recapitulando sobre lo que yo había descubierto, y enseñándole el que estaba en blanco, reservado para la Tierra.

Mayer me escuchaba, asombrado, mirando los megalitos, yendo de uno a otro.

—Quaine, realmente ha encontrado algo importante —murmuró—. Es una locura, pero parece una especie de templo.

Lo seguí, enjugándome el sudor de la cara y protegiéndome los ojos del resplandor que se reflejaba en las grandes losas.

—¡Mírelos, Mayer! ¡Han estado viniendo aquí desde hace diez mil años! ¿Comprende lo que significa eso?

Mayer, vacilante, extendió la mano y tocó uno de los megalitos.

—Liga Argiva veinticinco... Beta Tri... —leyó—. Hay otros, entonces. Dios Todopoderoso. ¿Qué cree que son?

—¿Qué importa eso? Escuche. Deben de haber nivelado esta meseta ellos mismos, cavado esta cuenca y cortado las losas de la roca viva. ¿Puede imaginar las herramientas que utilizan?

Nos agachamos en el estrecho rectángulo de sombra al abrigo del megalito. Cuarenta y cinco minutos antes del mediodía, la temperatura había aumentado a ciento cinco grados.

—¿Qué es todo esto, entonces? —preguntó mi acompañante—. ¿Su cementerio?

—Es poco probable. ¿Para qué reservar entonces una losa para la Tierra? Si han sido capaces de aprender nuestro idioma, sabrían que era inútil. De todos modos, las

costumbres fúnebres elaboradas son un signo claro de decadencia, y aquí hay algo que sugiere exactamente lo contrario. Estoy convencido de que esperan que en algún momento del futuro adoptemos un papel activo en lo que se celebra aquí.

—Tal vez, pero ¿qué? Piense en nuevas categorías, ¿recuerda? —Mayer miró de reojo hacia los megalitos—. Podría ser cualquier cosa, desde un registro etnológico de embarque hasta la lista de invitados a una fiesta en la casa cósmica de todos los tiempos.

De repente notó algo, frunció el ceño y tiró de mí. Se puso de pie, presionó con las manos la superficie de la losa que estaba ante nosotros y examinó detenidamente los granos de la piedra.

—¿Qué le preocupa? —pregunté.

—¡Cállese! —me espetó. Arañó la superficie con la uña del pulgar, tratando de despegar unos pocos granos, y añadió—: Se equivoca, Quaine. Estos monolitos no son de piedra.

Sacó una navaja y la clavó con fuerza en el megalito, desprendiendo un trozo de las inscripciones de unos cuantos centímetros.

Me levanté y traté de detenerle pero me apartó y pasó los dedos por la ranura, tratando de recoger más fragmentos.

Después se volvió hacia mí con enojo.

—¿Sabe lo que es? ¡Óxido de tantalio! Puro en un noventa y nueve por ciento. No me extraña que nuestras tasas de extracción sean increíblemente pequeñas. No podía entenderlo, pero estas personas... —con furia, señaló los megalitos con el pulgar— han vaciado el planeta para construir estas estupideces.

La temperatura había subido hasta ciento quince grados, el aire comenzaba a ponerse de un tono amarillento, y respirábamos con dificultad.

—Volvamos al vehículo —dije tratando de tranquilizarlo.

Mayer estaba perdiendo el control, llevado por la rabia. Con la ancha espalda encorvada por la ira, mirando los cinco megalitos casi sin verlos, con la cara congestionada por el calor, parecía una especie subhumano loco atrapado como trofeo por un supercazador galáctico.

Nos dirigimos al vehículo oruga.

—¿Qué quiere hacer? —le grité—. ¿Derribarlos y arrastrarlos hasta las trituradoras de metal?

Mayer se detuvo, el polvo azul flotaba alrededor de sus piernas. El aire zumbaba mientras el calor se extendía por el suelo de la cuenca. El vehículo oruga estaba a solo cincuenta metros, ofreciéndonos su cabina refrigerada como un refugio.

Mayer me miró, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Se podría hacer. Podríamos desmenuzar las diez toneladas de las losas en pedazos lo suficientemente pequeños como para que pudiéramos manejarlas con un tractor. Luego podríamos almacenarlas cerca del observatorio, para llevarlas más tarde a mis depósitos de la refinadora.

Seguí caminando, negando con la cabeza y con una sonrisa apretada en los labios. El calor estaba afectando seriamente a Mayer, haciendo que brotara la amargura irracional provocada por la frustración experimentada todos esos años.

—Es una idea. ¿Por qué no nos ponemos en contacto con Gamma Gruis? Puede que nos den permiso.

—Hablo en serio, Quaine —me dijo Mayer—. En un par de años seríamos ricos.

—¡Está loco! —le grité—. El sol le ha hervido los sesos.

Empecé a escalar la pendiente hasta el borde. La siguiente hora en la cabina iba a ser difícil, encerrado con un loco dispuesto a destruir las estrellas. La culata de la pistola de bengalas balanceándose en mi muslo me llamó la atención: un arma poco útil contra el físico de Mayer.

Casi había salido de la cuenca cuando oí sus pies arrastrarse por el polvo. Empecé a darme la vuelta justo cuando se acercaba a mí con una piedra enorme con la que me golpeó en la parte posterior de la cabeza. Caí, lo miré un instante y luego me levanté de un salto, y con el cráneo que parecía que me iba a estallar de dolor me abalancé contra él. Forcejeamos y nos empujamos el uno al otro durante un momento, las paredes de la cuenca se movían a mi alrededor de un lado a otro, y entonces consiguió sujetarme las manos y asestarme un tremendo derechazo en la cara.

Caí de espaldas, aturdido por el dolor; el golpe parecía haberme roto la mandíbula y dañado todos los huesos del lado izquierdo de mi rostro. Me las arreglé para sentarme y vi a Mayer que se marchaba a la carrera. Llegó al borde de la cuenca, y se dirigió tambaleándose hacia vehículo oruga.

Desenfundé la pistola de bengalas, quité el seguro y apunté a Mayer. Estaba a treinta metros de distancia, abriendo la portezuela izquierda del Chrysler. Sostuve el arma con las dos manos y disparé en el momento en que abría la puerta. Se volvió al oír la detonación y vio el plateado proyectil cortando el aire hacia él. Entonces se agachó.

El proyectil pasó a menos de un metro de él y se estrelló contra el techo de la cabina del vehículo oruga. Hubo un destello de luz brillante que se convirtió, una fracción de segundo más tarde, en una bola de fuego incandescente de vapor de magnesio de tres metros de diámetro. Lentamente, los paneles laterales, el capó y el parabrisas del vehículo oruga se empezaron a fundir entre fuertes crujidos metálicos. Fuera, entre el humo, la figura de Mayer corría con gestos violentos mientras se cubría el rostro con las manos ennegrecidas. Tropezó con el borde, cayó en el polvo y rodó unos veinte metros antes de quedarse inmóvil por fin, un bulto amorfo y humeante.

Miré mi reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para el mediodía. La temperatura era de ciento treinta grados. Me levanté con dificultad y recorrí lentamente la pendiente hacia el vehículo oruga. Me latía la cabeza como un volcán y no estaba seguro de tener fuerzas suficientes como para salir del cráter.

A tres metros del borde pude ver que el parabrisas del Chrysler se había derretido y goteaba sobre el salpicadero como melaza caliente.

Enfundé la pistola y me di la vuelta.

Faltaban cinco minutos para mediodía. A mi alrededor, por todas partes, enormes ondas de fuego caían lentamente en cascada desde el cielo, pasaban a través del suelo de la cuenca y ascendían de nuevo en un torrente invertido. Los megalitos ya no eran visibles, ocultos por cortinas de luz brillante, pero me dirigí hacia ellos, siguiendo la pendiente, en busca de la poca sombra que pudieran proyectar.

Veinte metros más adelante vi que tenía el sol exactamente encima de mí. Se expandió hasta que su disco fue tan ancho como la cuenca, y parecía estar a pocos metros de mi cabeza, con ríos de fuego fluyendo a través de su superficie en todas direcciones. Se oía un rugido aterrador y palpitante, como si todos los volcanes de la selva entraran de nuevo en erupción. Seguí caminando, como en un sueño, arrastrando los pies lentamente, con los ojos cerrados para impedir que me entrara el calor del horno que me rodeaba. Entonces descubrí que estaba sentado en el suelo del a cuenca, que comenzaba a girar entre sonidos agudos.

*Y una extraña visión se extendió como una llama por mi mente.*

*Durante eones caí en una espiral sin fuerza de gravedad, a través de mil vórtices que se arremolinaban hacia remolinos abisales, extendiéndose por la matriz desintegrada del continuo, una pesadilla de un vuelo desde el cósmico ahora. Entonces un millón de motas de luz alumbraron la oscuridad por encima de mí, iluminando enormes caminos curvados de tiempo y espacio, virando más allá de las estrellas hacia el borde de la galaxia. Mis dimensiones se redujeron a una extensión metafísica del cero astral, y era empujado hacia las estrellas. Pasillos de luz se encendían y apagaban a mi alrededor, y pasé Aldebarán, rodeé Betelgeuse y Vega, dejé atrás Antares, y finalmente me detuve a cientos de años luz, más allá de la corona de Canopus.*

*Las épocas flotaban. El tiempo se congregaba en frentes gigantescos, chocando como universos mutilados. De repente, los infinitos mundos del mañana se desplegaron ante mí: diez mil años, cien mil, incontables millones corrían junto a mí en un borrón de luz, una catarata iridiscente de estrellas y nebulosas, entrelazadas por el parpadeo de las trayectorias de vuelo y la exploración.*

*Y entré en el tiempo profundo.*

Tiempo profundo: 1 000 000 de megaaños. Vi la Vía Láctea, un carrusel de fuego, y los descendientes remotos de la Tierra, un sinnúmero de razas que habitaban todos los sistemas estelares de la galaxia. Las áreas oscuras entre las estrellas eran un continuo y parpadeante campo de luz, un gigantesco mar fosforescente, lleno de los impulsos vibrantes de las vías electromagnéticas de comunicación.

Para cruzar los enormes vacíos entre las estrellas habían atrasado



progresivamente su tiempo psicológico, primero diez, después cien pliegues, acelerando así el tiempo galáctico y estelar. El espacio había cobrado vida con enjambres de tráfico de cometas y meteoritos, las constelaciones habían comenzado a dislocarse y a cambiar, la lenta y majestuosa rotación del universo mismo era, por fin, visible.

Tiempo profundo: 10 000 000 de megaaños. Ahora habían abandonado la Vía Láctea, que comenzaba a fragmentarse y disolverse. Para llegar a las galaxias isla habían disminuido aún más sus planes de tiempo en un factor de 10 000, por lo que podían comunicarse unos con otros a través de las enormes distancias intergalácticas en un período subjetivo de solo unos pocos años. Continuaban su expansión por el espacio profundo, habían extendido su dependencia fisiológica a los bancos de memoria electrónicos que almacenaban los patrones atómicos y moleculares dentro de sus cuerpos, transmitiéndolos a la velocidad de la luz, y uniéndolos más tarde.

Tiempo profundo: 100 000 000 de megaaños. Ahora se habían extendido a todas las galaxias vecinas, engullendo miles de nebulosas. Su esquema de tiempo se había desacelerado un millón de pliegues y eran las únicas formas permanentes en un mundo siempre cambiante. En solo un instante de sus vidas una estrella nacía y moría, nacía un subuniverso, una veintena de sistemas vivos planetarios evolucionaba y desaparecía. A su alrededor, el universo destellaba y parpadeaba con miles de puntos de luz, mientras aparecían y desaparecían incontables constelaciones.

Ahora, finalmente, se habían desprendido también de sus formas orgánicas y se componían de campos electromagnéticos, el substrato de la energía primaria del universo, complejas redes de múltiples dimensiones, vivas en el constante temblor de los mensajes vivos que llevaban, orientando los caminos de la vida.

Para alimentar estos campos se habían aprovechado galaxias enteras que cabalgaban las ondas expansivas de las explosiones estelares hacia la hélices terminales del universo.

Tiempo: 1 000 000 000 de megaaños. Habían comenzado a dictar la forma y las dimensiones del universo. Para eliminar las distancias que circunscriben el cosmos habían reducido su período de tiempo a 0,00000001 de su fase anterior. Las grandes galaxias y nebulosas espirales que antes parecían vivir una eternidad eran ahora de tan corta duración que ya casi no eran visibles. El universo estaba ahora casi lleno por el gran manto vibrante de las ideas, la gran arpa brillante que se trasladaba a sí misma en forma de onda pura, independiente de cualquier fuente generadora.

A medida que el pulso del universo se ralentizaba, sus propios vórtices energéticos se flexionaban y dilataban, por lo que los campos de fuerza de la ideación se flexionaban y dilataban por simpatía, creciendo como un embrión en el vientre del cosmos, un niño que crecía rápidamente y consumía su matriz.

Tiempo: 10 000 000 000 de megaaños. El campo de ideación se había tragado al cosmos, sustituyendo su propia dinámica, sus propias dimensiones espaciales y temporales. Los campos de energía del tiempo primario se habían hundido. En la búsqueda de la extensión final de sí mismo dentro de sus propios límites del manto, habían reducido su período de tiempo a casi un infinitesimal 0,00000000...n de su intervalo previo. El tiempo, virtualmente, había dejado de existir, el campo de ideación era casi estacionario, remolinos infinitamente lentos de sensibilidad ondulante hacia el exterior a través de sus mantos.

En última instancia lograron los predicados finales del tiempo y el espacio, la eternidad y el infinito, y se ralentizaron hacia el cero absoluto. Entonces, con una erupción cataclísmica se desintegró, incapaz de contenerse a sí mismo. Sus vastos patrones de energía comenzaron a colapsar, y todo el sistema se retorció y giró en su agonía mortal, arrojando al exterior cataratas enormes de energía fragmentada. Paralelamente, emergió el tiempo.

Fuera de estos restos se formaron los primeros campos protogalácticos, uniéndose para formar las galaxias y las nebulosas, estrellas rodeadas por sus cuerpos planetarios. En estos, en los mares elementales, basados en el átomo de carbono, emergieron las primeras forma de vida.

El ciclo se renueva...

*Las estrellas nadaban, sus patrones brillaban a través de una docena de constelaciones, novas inundaban la oscuridad como arcos cegadores, revelando los perfiles conocidos de la Vía Láctea, las constelaciones de Orión, Coma Berenices, y Cisne.*

*Levanté mis ojos hacia el cielo tormentoso y vi los cinco megalitos.*

*Estaba de vuelta en Murak. A mi alrededor, la cuenca se llenó de un gran número de figuras silenciosas, extendiéndose alineadas hombro con hombro en filas interminables, como espectadores de un circo espectral.*

*A mi lado habló una voz, y parecía haberme contado todo lo que había presenciado en mi viaje cósmico.*

*Justo antes de hundirme en la inconsciencia intenté por última vez hacer la pregunta que siempre estaba presente en mi mente, pero respondieron antes de que yo hablara; las estrellas, los megalitos y la multitud contemplativa se esfumaban como en un sueño cuando la voz dijo:*

*Mientras tanto esperamos aquí, en el umbral del tiempo y del espacio, celebrando la identidad y el parentesco de las partículas dentro de nuestros cuerpos con los del sol y las estrellas, de nuestros breves tiempos privados con los grandes períodos de las galaxias, con el unificado tiempo total del cosmos...*

Me desperté tumbado boca abajo en la arena fría del anochecer, las sombras empezaban a llenar la cuenca, el viento térmico soplabla una brisa refrescante sobre mi cabeza y espalda. Frente a mí, los megalitos se elevaban en el aire azul, sus mitades inferiores cortadas por la línea de sombra del sol poniente. Me quedé en silencio, tratando de mover los brazos y las piernas, consciente de los gigantescos precipicios que había recorrido mi mente. Tras algunos minutos me puse de pie y miré a mi alrededor, con el recuerdo vivo de la visión fantástica en mi mente.

La enorme multitud que había llenado la cuenca, el sueño del ciclo cósmico, la voz de mi interlocutor, seguían siendo reales para mí, un mundo paralelo al que había llegado y cuya puerta estaba en algún lugar a mi alrededor. ¿Lo había soñado todo, mientras deliraba en el calor de la tarde, a salvo por algún capricho termodinámico de la arquitectura de la cuenca?

Consulté mi termoalarma contra la penumbra del anochecer. Comprobé los niveles máximos y mínimos. El máximo era de ciento sesenta y dos grados. ¡Sin embargo, yo había sobrevivido!

Me sentí relajado, recuperado, casi rejuvenecido. Ni mis manos ni mi cara se habían quemado: una temperatura superior a los ciento sesenta grados podía haber hervido mi carne y mis huesos, achicharrado mi piel hasta ennegrecerla.

Por encima del hombro pude ver el vehículo oruga junto al borde. Corrí hacia él, y recordé por primera vez la muerte de Mayer. Me toqué los pómulos. Sorprendentemente, el fuerte golpe de Mayer no había dejado contusiones.

¡El cuerpo de Mayer había desaparecido! Una sola línea de pisadas iba del Chrysler a los megalitos, pero por lo demás la alfombra de polvo azul claro estaba intacta. Las huellas de Mayer, todos los signos de nuestra pelea, también habían desaparecido.

Subí el borde de la cuenca rápidamente, llegué hasta el vehículo oruga y comprobé el chasis y las cadenas. Abrí la puerta de la cabina y vi que el compartimiento estaba vacío.

El parabrisas estaba intacto. No había marcas en la pintura de la portezuela ni del capó, ni en los marcos de metal de las ventanillas. Me puse de rodillas en busca de algún rastro de cenizas de magnesio. Junto a mi muslo, mi pistola de bengalas estaba bien metida en su cartuchera.

Dejé el Chrysler, volví a bajar a la cuenca y corrí hacia los megalitos. Durante una hora vagué a su alrededor, tratando de resolver las innumerables preguntas que acudían a mi mente.

Justo antes de irme me acerqué a la quinta losa. Miré hacia arriba, hacia la parte superior izquierda, preguntándome si podría ser yo su primera anotación, si hubiera muerto aquella tarde.

Una sola fila de letras, llenas de sombras de la luz poniente, se destacaba con claridad.

Di un paso atrás y me estiré todo lo que pude. Allí estaban los símbolos de los cuatro idiomas extranjeros, y luego, con orgullo frente a las estrellas:

CHARLES FOSTER NELSON    TIERRA    AÑO 2217

*«Dígame, Quaine, ¿dónde le gustaría estar cuando se acabe el mundo?».*

En los siete años que han pasado desde que Tallis me hizo esa pregunta, debo de haber reflexionado acerca de ella una y mil veces. Hay algo en la cuestión que parece ser la clave de todos los extraordinarios acontecimientos que han ocurrido en Murak, con sus ilimitadas implicaciones para los habitantes de la Tierra (para mí, una respuesta satisfactoria contiene una declaración aceptable de la propia filosofía y creencias, una liberación adecuada de la deuda moral para con nosotros mismos y para con el universo).

No es que el mundo esté a punto de acabarse. La implicación es más bien que ya ha terminado y se ha regenerado un infinito número de veces y que la única pregunta que queda es qué hacer con nosotros mismos en el ínterin. Las cuatro razas estelares que construyeron los megalitos eligieron venir a Murak. No estoy seguro de lo que están esperando aquí. Un redentor cósmico, tal vez la primera señal del gran manto de ideación que vislumbré en mi visión. Recordando el período de dos millones de años que Tallis citó como necesarios para que la vida aparezca en Murak, puede ser que el próximo ciclo cósmico reciba aquí su impulso, y que nosotros seamos espectadores anticipados; cinco reyes vienen a asistir a la génesis de una superespecie que pronto nos superará.

Hay otros aquí, invisibles y sostenidos por fuerzas sobrenaturales, esto está fuera de toda duda. Aparte de que es imposible sobrevivir a un mediodía de Murak, yo no saqué el cuerpo de Mayer de la cuenca y lo coloqué en el observatorio de tal forma que pareciera que había muerto electrocutado por una de las unidades de procesamiento de datos. Tampoco concibo la visión del ciclo cósmico.

Parece como si los dos geólogos hubieran llegado a esa zona de espera y, de algún modo, hubieran adivinado su significado, explicándole a Tallis su descubrimiento. Tal vez no se pusieron de acuerdo, como Mayer y yo, y Nelson se vio obligado a matar a su compañero, y a morir él mismo un año más tarde en el curso de su espera.

Como Tallis, esperaré aquí, si es necesario, durante quince años. Salgo a visitar los megalitos una vez por semana, y los contemplo desde el observatorio el resto del tiempo. Hasta ahora no he visto nada, aunque dos o tres centenares de nombres más se han añadido a las losas. Sin embargo, estoy seguro de que lo que estamos esperando llegará pronto. Cuando estoy cansado o impaciente, como a veces me ocurre, me recuerdo a mí mismo que ellos vinieron a Murak para esperar aquí, generación tras generación, desde hace diez mil años.

Sea lo que sea, vale la pena esperar.



## AHORA CERO

Usted pregunta: ¿cómo descubrí este poder loco y fantástico? Como al doctor Fausto, ¿me lo concedió el mismo diablo a cambio de mi alma? ¿Tal vez lo obtuve gracias a algún extraño talismán —el ojo de un ídolo, la pata de un mono— escondido de un viejo baúl o legado por un marinero moribundo? ¿O di con él mientras investigaba las obscenidades de los misterios eleusinos y de la misa negra, percibiendo de repente todo su horror y magnitud entre nubes de humo sulfuroso y de incienso?

Nada de eso. De hecho, el poder se me reveló de un modo bastante accidental, en el curso de actividades cotidianas, apareció discretamente en mis manos como un talento para el arte de bordar. En realidad, fue tan inesperado, tan gradual, que al principio no me di cuenta del todo.

Pero de nuevo me pregunta: ¿por qué debería contarles todo esto, escribir las increíbles y hasta ahora insospechadas fuentes de mi poder, catalogar libremente los nombres de mis víctimas, la fecha y la forma exacta del golpe de gracia? ¿Estoy tan loco como para desear que se haga justicia conmigo: la lectura de la sentencia, la capucha negra y el verdugo saltando a mi cuello como Quasimodo, haciendo sonar la campana de la muerte en mi garganta?

No (¡ironía consumada!), es tan extraña la naturaleza de mi poder que no temo transmitir su secreto a todos los que me escuchan. Soy esclavo de ese poder, y cuando lo describo no hago más que servirlo, llevándolo fielmente, como se verá, a su conclusión final.

Pero empecemos por el principio.

Rankin, mi superior inmediato en la compañía Seguros Eternos, se convirtió en el desafortunado instrumento del destino que me descubriría el poder.

Detestaba a Rankin. Era engreído y asertivo, de naturaleza vulgar, y debía su posición únicamente a una astucia verdaderamente desagradable, y a su persistente negativa a recomendarme a la Dirección de Promoción. Había consolidado su puesto de gerente del departamento casándose con la hija de uno de los directores (una bruja triste, añadiría yo) y, por consiguiente, era invulnerable. Nuestra relación se basaba en el desprecio mutuo, pero mientras yo estaba dispuesto a aceptar mi papel, seguro de que mis propias cualidades al final servirían por sí solas para promocionarme frente a los directores, Rankin abusaba deliberadamente de su antigüedad, aprovechando todas las oportunidades para ofenderme y denigrarme.

Él socavaba sistemáticamente mi autoridad sobre el personal de secretaría, que tácitamente estaba bajo mi control, decidiendo las responsabilidades de cada uno caprichosamente. A mí me asignaba proyectos largos y de poca importancia, que me

aislaban del resto de los oficinistas. Pero por encima de todo trataba de molestarme con acciones personales. Cantaba, tarareaba, sin ser invitado se sentaba en mi escritorio a parlotear con las mecanógrafas y luego me llamaba a su despacho y me hacía esperar inútilmente mientras se leía de cabo a rabo y en silencio un archivo completo.

Aunque me contenía, mi odio por Rankin crecía cada día más, inexorablemente. Salía de la oficina hirviendo de rabia por sus maldades, y hacía el viaje en tren de vuelta a casa con el periódico abierto pero con los ojos cegados de pura rabia. Las noches y los fines de semana acababan arruinados, páramos poblados por la indignación y la amargura.

Inevitablemente, los pensamientos de venganza crecían, sobre todo cuando empecé a sospechar que Rankin pasaba a dirección informes desfavorables sobre mi trabajo. Sin embargo, era difícil dar con una venganza satisfactoria. Por fin, impulsado por la desesperación, me decidí por un método que despreciaba: la carta anónima, aunque no a los consejeros, pues les habría resultado muy fácil descubrir el origen, sino a Rankin y a su esposa.

Las primeras cartas, con las habituales acusaciones de infidelidad, nunca las envié. Me parecían ingenuas, inadecuadas, también obra evidente de un paranoico víctima de su rencor. Las guardé en una pequeña caja de acero y más adelante las rescribí, sustituyendo las crudezas más manidas por algo más sutil: insinuaciones de perversión y obscenidad que dejaran huellas más profundas de sospecha en la mente del lector.

Fue durante la redacción de una de las cartas dirigida a la señora Rankin, detallando en un viejo cuaderno las más despreciables cualidades de su esposo, cuando descubrí el curioso alivio que me proporcionaba el ejercicio de la composición, de la declaración formal, del lenguaje amenazador de la misiva anónima (que es, sin duda, un género especializado de la literatura, con sus propias reglas clásicas y recursos permitidos), y de la descripción de la crueldad y depravación del sujeto descrito y de la terrible venganza que le esperaba. Por supuesto, esta catarsis es muy familiar para todos aquellos que suelen contarle sus experiencias desagradables a un sacerdote, a un amigo o a la esposa, pero para mí, que llevaba una vida solitaria, sin amigos, ese descubrimiento fue particularmente conmovedor.

Todas las noches cuando llegaba a casa, empezaba a escribir un breve sumario de las perversidades de Rankin, analizando sus motivos e incluso anticipando las ofensas y los abusos del día siguiente. Y lo hacía en forma de narración, dándole gran libertad a mi imaginación, introduciendo situaciones imaginarias y diálogos que servían para poner de relieve el comportamiento atroz de Rankin y mi paciencia estoica.

La compensación era oportuna, pues al mismo tiempo la campaña de Rankin contra mí fue en aumento. Se volvió abiertamente abusivo, criticaba mi trabajo

delante de los empleados más jóvenes y hasta amenazaba con informar a los directores. Una tarde me enfureció tanto que apenas pude contenerme y estuve a punto de agredirlo. Corrí a casa, abrí la caja donde guardaba los escritos y busqué alivio en mis diarios. Escribí una página tras otra, recreando en mi relato los sucesos del día, y extendiéndome a continuación hasta nuestro encuentro definitivo durante la siguiente mañana, culminando en el accidente que me salvaría del despido.

Las últimas líneas eran:

... Poco después de las dos en punto de la tarde del día siguiente, mientras espiaba desde su posición habitual en la escalera del séptimo piso a los empleados que regresaban tarde del almuerzo, Rankin perdió de repente el equilibrio, cayó por encima de la barandilla y murió al estrellarse en el vestíbulo de abajo.

Mientras escribía aquella escena ficticia pensé que simplemente estaba haciendo justicia, pero entonces no me di cuenta de que tenía entre los dedos un arma de enorme poder.

Cuando al día siguiente volví a la oficina después de almorzar, me sorprendió encontrar una pequeña multitud reunida frente a la entrada, y un coche de policía y una ambulancia detenidos junto a la acera. Al subir las escaleras salieron del edificio unos policías abriéndoles paso a unos enfermeros que llevaban una camilla en la que podía verse la silueta de un hombre cubierta con una sábana. No se le veía la cara, y por las conversaciones que oí deduje que alguien había muerto. Aparecieron dos de los directores, sorprendidos y consternados.

—¿Quién es? —le pregunté a uno de los chicos de la oficina que iba de un lado a otro, nervioso.

—El señor Rankin —me susurró y señaló el hueco de la escalera—. Se cayó por la barandilla del séptimo piso, cayó al vacío y rompió una de esas baldosas enormes junto al ascensor...

El chico siguió farfullando pero yo le di la espalda, aturdido por la violencia física que flotaba en el aire. La ambulancia se marchó, la multitud se dispersó, los directores regresaron intercambiando gestos de asombro y dolor con otros miembros del personal y los trabajadores encargados de la limpieza se llevaron sus fregonas y cubos, dejando tras de sí una mancha roja y húmeda, y el azulejo roto.

Al cabo de una hora me había recuperado. Sentado frente al despacho vacío de Rankin, viendo a las mecanógrafas revoloteando impotentes alrededor de su escritorio, al parecer sin poder convencerse de que el jefe ya no volvería nunca más, mi corazón empezó a calentarse y a cantar. Me transformé: la enorme carga cuyo



peso amenazaba con romperme la espalda acababa de desaparecer, mi mente se relajó, las tensiones y la amargura se disiparon. Rankin se había ido, irremediable y definitivamente. La era de la injusticia había terminado.

Contribuí generosamente a la colecta conmemorativa que se hizo en la oficina, asistí al funeral, regodeándome por dentro, mientras el ataúd se hundía en la tierra, sumándome exageradamente a las expresiones de pesar. Me preparé para ocupar el escritorio de Rankin, mi legítima herencia.

Es fácil imaginar mi sorpresa pocos días después cuando Carter, un hombre más joven, con mucha menos experiencia y considerado en general como mi subordinado, fue promovido para ocupar el puesto de Rankin. Al principio me sentí desconcertado, incapaz de entender la lógica tortuosa que ofendía así todas las leyes de la precedencia y el mérito. Supuse que Rankin había conseguido denigrarme ante mis superiores con verdadera eficacia.

Sin embargo, acepté el desaire, le ofrecí a Carter mi lealtad y lo ayudé a reorganizar la oficina.

Superficialmente, los cambios fueron mínimos. Pero después me di cuenta de que estaban mucho más calculados de lo que parecía al principio, y que pasaban a manos de Carter la mayor parte del poder dentro de la oficina, dejándome a mí con los trabajos de rutina, cuyos archivos nunca salían de la sección y no llegaban a manos de los directores. También vi que durante el último año Carter se había estado familiarizando cuidadosamente con todos los detalles de mi cometido y que se atribuía labores que yo había hecho durante el mandato de Rankin en la oficina.

Al final desafié a Carter abiertamente. Y lejos de ser evasivo, simplemente recalcó mi papel de subordinado. A partir de ese momento hizo caso omiso de mis intentos de acercamiento e hizo todo lo posible por enfrentarse a mí en todo momento.

El insulto final llegó cuando Jacobson se incorporó a la oficina para ocupar el antiguo puesto de Carter y fue oficialmente designado ayudante de Carter.

Esa noche saqué la caja de acero donde guardaba el diario de la época de Rankin y empecé a describir todo lo que estaba sufriendo a manos de Carter.

Durante una pausa, la última entrada en el diario de Rankin me llamó la atención:

... Rankin perdió de repente el equilibrio, cayó por encima de la barandilla y murió al estrellarse en el vestíbulo de abajo.

Las palabras parecían estar vivas, tenían connotaciones extrañamente vibrantes. No eran solo una previsión muy precisa del destino de Rankin, sino que tenían también un poder claramente magnético y compulsivo que las separaba nítidamente del resto de las entradas del diario. En algún lugar dentro de mi mente, una voz inmensa y sombría las entonaba lentamente.

En un impulso repentino volví la página, encontré una hoja en blanco y escribí:

A la tarde siguiente Carter murió en un accidente en la calle frente a la oficina.

¿En qué juego infantil me estaba metiendo? Tuve que sonreír: me sentía tan primitivo e irracional como un brujo haitiano que clava alfileres en la imagen de arcilla de su enemigo.

Estaba sentado en la oficina al día siguiente cuando el chirrido de unos neumáticos frenando en la calle me clavó en la silla. El tráfico se detuvo bruscamente y se produjo un repentino alboroto seguido de silencio. Solo el despacho de Carter daba a la calle, y había salido hacía media hora. Nos apretamos tras el escritorio y nos asomamos por la ventana.

Un coche había patinado sobre el pavimento, se había atravesado en la acera y ahora un grupo de diez o doce hombres lo empujaban con cuidado para devolverlo a la calzada. No había sufrido daños, pero algo que parecía aceite se extendía en lentamente en un charco en el pavimento. Entonces vimos el cuerpo de un hombre tendido debajo el coche, con los brazos y la cabeza extrañamente retorcidos.

El color de su traje me era vagamente familiar.

Dos minutos más tarde supimos que era Carter.

Aquella noche destruí la libreta y todos mis apuntes acerca del comportamiento de Rankin. ¿Eran coincidencias o de alguna manera yo había provocado su muerte y la de Carter? Imposible: no podía haber ninguna conexión concebible entre el diario y las dos muertes. Las marcas de lápiz en las hojas de papel eran líneas arbitrarias de grafito que representaban ideas que solo existían en mi mente.

Pero la solución a mis dudas y especulaciones era tan obvia que no podía evitarla.

Cerré la puerta con llave, abrí la libreta por una página en blanco y busqué algo adecuado. Cogí el periódico de la tarde. Un joven acababa de ser indultado de la pena de muerte por el asesinato de una anciana. La cara del acusado miraba desde una fotografía, con expresión grosera, ceñuda, desalmada.

Escribí:

Frank Taylor murió al día siguiente en la cárcel de Pentonville.

El escándalo por la muerte de Taylor casi provocó la dimisión del ministro del Interior y de los miembros de la comisión de la prisión. Durante los días siguientes los diarios lanzaron acusaciones violentas en todas direcciones y finalmente se supo que Taylor había sido brutalmente golpeado hasta la muerte por sus carceleros. Leí atentamente las pruebas y las conclusiones del tribunal de investigación cuando se

publicaron, con la esperanza de que pudieran arrojar alguna luz sobre el nexo extraordinario y malévolos que unía las entradas en mis diarios con las inevitables muertes al día siguiente.

No obstante, como me temía, no encontré nada. Mientras tanto yo seguía tranquilamente en mi despacho, haciendo mi trabajo rutinario, obedeciendo las instrucciones de Jacobson sin hacer comentario alguno, con la mente en otra parte, tratando de comprender la identidad y el significado de ese poder que me había sido otorgado.

Aún escéptico, decidí hacer una prueba final, en la que daría instrucciones detalladas y precisas, para descartar de una vez por todas cualquier posibilidad de coincidencia.

Convenientemente, Jacobson apareció como el sujeto perfecto.

Así, tras cerrar con llave la puerta tras de mí, escribí con dedos temblorosos, temiendo que el lápiz me saltara de la mano y se me clavara en el corazón:

Jacobson murió a las 14:43 del día siguiente, después de cortarse las venas de las muñecas con una navaja de afeitar en el segundo cubículo de la izquierda del lavabo de hombres de la tercera planta.

Metí la libreta en un sobre, lo cerré y lo guardé bajo llave en la caja de acero. Me quedé despierto durante toda la noche, las palabras resonaban en mis oídos, brillando ante mis ojos como joyas infernales.

Tras la muerte de Jacobson —exactamente según mis instrucciones— le dieron al personal del departamento una semana de vacaciones (en parte para mantenerlos lejos de los periodistas curiosos que empezaban a olerse una historia, y también porque los directores creían que Jacobson había sido morbosamente influenciado por las muertes de Rankin y Carter). Durante esos siete días esperé irritado e impaciente la hora de volver a trabajar. Toda mi actitud hacia ese poder había sufrido un cambio considerable. Tras haber verificado positivamente su existencia, aunque no su origen, mi mente se volvió de nuevo hacia el futuro. Con más confianza en mí mismo, me di cuenta de que si me habían concedido ese poder era mi obligación frenar todo temor y utilizarlo. Pensé que yo mismo podía ser simplemente el instrumento de una fuerza superior.

Por otra parte, ¿y si el diario era una especie de espejo del futuro, y yo al describir las muertes simplemente me estaba adelantando de alguna manera fantástica veinticuatro horas en el tiempo, como un cronista de hechos ya ocurridos?

Esas preguntas me perseguían sin descanso.

A mi regreso al trabajo me encontré con que muchos miembros del personal habían renunciado, y que sus puestos habían sido cubiertos con dificultad. La noticia

de las tres muertes, el suicidio de Jacobson en particular, había llegado a los periódicos. Aproveché el reconocimiento de los directores, que agradecían a los empleados más antiguos que se quedaran, para consolidar mi posición. Por fin tomé el mando del departamento, pero eso no era más que hacer justicia; porque ahora tenía los ojos puestos en el cargo de consejero.

Literalmente, iba a ponerme los zapatos de los muertos.

En pocas palabras, mi estrategia consistía en precipitar una crisis en los asuntos de la empresa, lo que obligaría a la junta a nombrar nuevos directores ejecutivos entre las filas de los jefes de departamento. Por eso esperé a que faltara una semana para la siguiente reunión de la junta, y entonces escribí cuatro entradas, una para cada uno de los consejeros ejecutivos. Tan pronto como fuera consejero, estaría en posición de impulsarme rápidamente al cargo de presidente de la junta directiva, designando mis propios candidatos a las vacantes a medida que fueran apareciendo sucesivamente. Como presidente debería tener automáticamente un puesto en el consejo de la casa matriz de la empresa, donde repetiría el proceso con las variaciones necesarias. Tan pronto como tuviese a mi alcance un poder real, el ascenso al poder absoluto a nivel nacional, y en última instancia al global, sería rápido e irreversible.

Si esto parece ingenuamente ambicioso, recuerden que yo no había apreciado aún las dimensiones reales y el propósito del poder, y todavía pensaba dentro de los límites de mi mundo estrecho y plano.

Una semana más tarde, cuando las sentencias de los cuatro directores expiraban simultáneamente, yo estaba tranquilamente sentado en mi despacho, reflexionando sobre la brevedad de la vida humana, a la espera de la inevitable citación desde la junta de dirección. Es comprensible que la noticia de las muertes, en una sucesión de accidentes de tráfico, produjera una consternación general en la oficina, que yo aproveché fácilmente pues era el único que mantenía la cabeza fría.

Para mi sorpresa, al día siguiente todo el personal recibimos un mes de sueldo en concepto de indemnización por despido. Completamente estupefacto —al principio creí que me habían descubierto—, protesté ante el presidente, pero me aseguró que aunque apreciaba de veras todo lo que yo había aportado, la empresa no estaba en condiciones de mantenerse como una unidad viable y se dirigía hacia la liquidación forzosa.

¡Una verdadera farsa! Se había hecho una justicia grotesca. Aquella mañana, al salir por última vez de la oficina, me di cuenta de que en el futuro debería usar mi poder sin piedad alguna. La vacilación, el ejercicio de los escrúpulos, el cálculo de estas sutilezas me habían dado supuestamente una mayor vulnerabilidad ante las veleidades y las barbaridades del destino. A partir de entonces sería brutal, implacable, audaz. Además, no debía demorarme. Nada me aseguraba que el poder durara para siempre, dejándome indefenso, en una posición aún menos afortunada que antes de que se me revelara por primera vez.

Mi primera tarea era establecer los límites de mi poder. Durante la siguiente semana llevé a cabo una serie de experimentos para evaluar su capacidad, subiendo progresivamente en la escala del asesinato.

Sucedió que a unos doscientos metros de mi alojamiento estaba una de las principales rutas de descenso hacia el aeropuerto. Durante años yo había sufrido el estruendo insoportable de los aviones que pasaban por encima a intervalos de dos minutos, haciendo temblar las paredes y el techo, invadiendo todo posible pensamiento. Saqué las libretas. Allí había una oportunidad de unir la investigación con la reparación.

Uno se preguntará si no tuve remordimientos de conciencia por las setenta y cinco víctimas lanzadas a la muerte en el cielo de la noche veinticuatro horas después, si no experimenté compasión por los familiares, si dudé de la sabiduría de ejercer ese poder indiscriminadamente.

Y la respuesta es un no rotundo. Lejos de ser indiscriminado, llevaba a cabo un experimento vital para el perfeccionamiento de mi poder.

Decidí tomar un rumbo más audaz. Yo nací en Stretchford, una infame localidad industrial que había hecho todo lo posible por paralizar mi espíritu y mi cuerpo. Por fin la existencia de Stretchford podría encontrar alguna justificación probando la eficacia de mi poder sobre una zona más amplia.

Escribí en la libreta una declaración breve y simple:

Todos los habitantes de Stretchford murieron al mediodía siguiente.

A la mañana siguiente salí a comprar una radio, y esperé pacientemente durante toda la mañana a que interrumpieran las emisiones de los programas de la tarde para emitir los primeros informes horrorizados del holocausto local.

¡Sin embargo, no informaron de nada! Yo estaba asombrado, con la mente confusa, temía estar volviéndome loco. ¿Había desaparecido mi poder, se había desvanecido tan rápida e inesperadamente como había aparecido? ¿O las autoridades ocultaban deliberadamente toda mención del cataclismo, por temor a una histeria nacional?

Inmediatamente me subí al siguiente tren que se dirigía a Stretchford.

En la estación hice algunas discretas averiguaciones, y pude comprobar que la ciudad seguía existiendo. ¿Pero no serían mis informantes parte de la conspiración de silencio del gobierno? ¿El gobierno se habría dado cuenta de que existía una fuerza monstruosa y esperaba atraparla de alguna manera?

Pero la ciudad estaba intacta, las calles repletas de tráfico, y el humo de innumerables fábricas flotando por encima de los tejados ennegrecidos.

Esa noche volví tarde y me encontré a la casera esperándome para importunarme, reclamándome el pago del alquiler. Me las arreglé para posponer sus demandas por

un día, y saqué el diario rápidamente y dicté sentencia contra ella, rezando para que el poder no me hubiera abandonado por completo.

Resulta fácil imaginar el dulce alivio que sentí a la mañana siguiente, cuando fue descubierta al pie de la escalera del sótano víctima de un derrame cerebral.

¡Así que mi poder seguía existiendo!

Durante las semanas siguientes se desvelaron sus principales características. En primer lugar, descubrí que solo funcionaba dentro de los límites de la viabilidad. Teóricamente la muerte simultánea de toda la población de Stretchford podría haber sido causada por las explosiones simultáneas de varias bombas de hidrógeno, pero ese evento era aparentemente imposible (vanas son, de hecho, las jactancias de nuestros líderes militaristas) y la orden nunca fue llevada a cabo.

En segundo lugar, el poder se limitaba a la aprobación de la sentencia de muerte. Traté de controlar o pronosticar los movimientos del mercado de valores, los resultados de las carreras de caballos, el comportamiento de mis jefes en mi nuevo trabajo, pero todo fue en vano.

En cuanto al origen del poder, nunca se reveló. Solo pude concluir que yo era un simple agente, el empleado voluntarioso de una macabra némesis que unía como una parábola la punta del lápiz con el pergamino de mis diarios.

A veces me parecía que las breves entradas eran secciones transversales de la narración de algún gran libro de los muertos que existía en otra dimensión, y que a medida que yo las escribía se superponían a la de ese escribano mayor, a lo largo de la fina línea de lápiz que hacía de intersección de nuestros respectivos planos temporales, trayendo a la orilla desde el mar eterno de la muerte la sentencia definitiva de alguna víctima del mundo tangible a mi alrededor.

Mantenia los diarios celosamente guardados en una caja fuerte de acero, y escribía todas las entradas con el máximo cuidado y secreto, para evitar cualquier sospecha que pudiera relacionarme con la ola creciente de muertes y desastres. La mayoría de las anotaciones que realizaba eran exclusivamente para fines experimentales y no me aportaban beneficio personal alguno.

Por eso fue todavía más sorprendente cuando descubrí que la policía había ordenado que se me mantuviera bajo una vigilancia esporádica. Me di cuenta cuando vi al sucesor de mi casera conversando furtivamente con un policía local que señalaba mi habitación y se daba palmaditas en la cabeza, presumiblemente para indicar mis talentos telepáticos y magnéticos. Más tarde, un hombre al que ahora puedo identificar como un detective vestido de civil me paró en la calle con un pretexto endeble y comenzó una conversación insulsa acerca del tiempo, obviamente con el propósito de obtener información.

Nunca presentaron cargos contra mí, pero pronto mis jefes también empezaron a mirarme con curiosidad. Asumí entonces que la posesión del poder me había dado un aura distinta y reconocible, y era eso lo que estimulaba la curiosidad de los demás.

Cuando esta aura empezó a ser detectada por un número cada vez mayor de personas (la advertían ya en las colas del autobús y en las cafeterías), y por alguna razón incomprensible la gente empezó a señalarla abiertamente, haciendo comentarios divertidos, supe que el período de utilidad del poder se acababa. Ya no podría ejercerlo sin temor a ser detectado. Tendría que destruir el diario, vender la caja fuerte que durante tanto tiempo había mantenido mi secreto, y probablemente incluso abstenerme de pensar en el poder por si eso era lo que generaba el aura.

Verme obligado a abandonar el poder cuando estaba solo en el umbral de su potencial me parecía un giro cruel del destino. Por razones que todavía me eran desconocidas había logrado penetrar el velo de los lugares comunes y de la familiaridad que enmascara el mundo interior de lo intemporal y lo sobrenatural. ¿Era necesario que el poder y la visión que se me habían revelado se perdieran para siempre?

Me hice esta pregunta mientras hojeaba por última vez mi diario. Estaba casi lleno, y pensé que era uno de los textos más extraordinarios, aunque inédito, de la historia de la literatura. ¡En efecto, en él se establecía la primacía de la pluma sobre la espada!

Saboreando ese pensamiento, tuve de repente una inspiración de extraordinaria fuerza y brillantez. Había tropezado con un método ingenioso pero sencillo para conservar el poder en su forma más impersonal y letal sin tener que ejercerlo yo mismo ni detallar los nombres de las víctimas.

Este era mi plan: escribiría y publicaría una historia aparentemente ficticia, una narración convencional, en la que describiría, con toda franqueza, mi descubrimiento del poder y la historia posterior. Detallaría con precisión los nombres de las víctimas, las circunstancias de sus muertes, el crecimiento de mi diario y la sucesión de experimentos llevados a cabo. Sería escrupulosamente sincero, y no ocultaría nada en absoluto. Por último explicaría mi decisión de abandonar el poder y publicar un informe completo y desapasionado de todo lo que había sucedido.

En consecuencia, después de un considerable trabajo, la historia estuvo acabada y se publicó en una revista de amplia circulación.

¿Se sorprende? Estoy de acuerdo, es como si hubiera firmado mi propia sentencia de muerte con tinta indeleble, enviándome directamente a la horca. Sin embargo, omití una sola parte de la historia: el desenlace, o la sorpresa final, la última vuelta de tuerca. Como todos los cuentos que se precien, este también tiene su giro final de la trama, de hecho es tan violento como para arrancar la Tierra misma de su órbita. Porque eso es precisamente para lo que se diseñó.

Este último giro de la trama es el que contiene mi última orden al poder, mi sentencia de muerte definitiva.

¿Contra quién? ¿Contra quién, sino el mismo lector del cuento?

Ingenioso, sin duda, admitirá usted de buen grado. Mientras queden ejemplares de

la revista en circulación (y su proximidad a las víctimas de esta extraordinaria plaga lo garantiza) el poder continuará su tarea de aniquilación. El único a quien no irán a molestar será al autor, pues ningún tribunal aceptará un testimonio indirecto, ¿y quién vivirá para dar testimonio directo?

Pero ¿dónde, preguntará usted, fue publicado el relato, temiendo comprar inadvertidamente la revista y leerla?

Yo le respondo: ¡aquí! Es el relato que se abre ante sus ojos. Saboréelo bien, porque su final es también el de usted. Al leer estas últimas líneas se sentirá abrumado por el horror y la repugnancia, y luego por el miedo, el pánico. El corazón se le encoge... se le acelera el pulso... se le nubla la mente... la vida se le escapa... se está hundiendo... dentro de unos pocos segundos usted se unirá a la eternidad... tres... dos... uno...

¡Ahora!

Cero.



# EL BARRENDERO DE SONIDOS

## 1

A medianoche el dolor de cabeza de *Madame* Gioconda se había intensificado. Durante todo el día, las paredes y el techo de la sala de sonido habían resonado con el estruendo interminable del tráfico del centro de la ciudad, que circulaba por un puente a quince metros por encima del tejado del estudio, una frenética babel de sonidos de cláxones, chirridos de neumáticos, frenazos, rugidos de motores que martilleaba por los pasillos vacíos y escaleras y llegaban a la sala de sonido en el segundo piso, haciendo que el aire resultara pesado, insoportable.

Agotadores pero al menos impersonales, *Madame* Gioconda podía soportar dichos sonidos. Al anochecer, sin embargo, cuando el puente estaba tranquilo, se llenaba de los misteriosos aplausos de los fantasmas, aplausos de origen desconocido que sonaban en la oscuridad del escenario. Al principio eran unos pocos murmullos dispersos procedentes de las primeras filas, pero pronto se extendieron a todo el auditorio y se convirtió en una clamorosa ovación en la que de repente detectó una nota de sarcasmo, un solo grito de burla, y esto le producía intensas jaquecas, seguidos por un escándalo de abucheos y silbidos que llenaban la atmósfera torturada, haciendo que tuviera que tumbarse en el sofá, donde yacía jadeando sin poder hacer nada hasta que Mangon llegaba a medianoche, y corría por el escenario con su sonovac.

Él la comprendía. Primero se concentraba en barrer las paredes y en limpiar el techo, eliminando la densa y deprimente capa de ruidos del tráfico. Con cuidado, pasaba la punta de su sonovac sobre los antiguos decorados (reliquias de sus papeles representados en la Metropolitan Opera House) y que adornaban la casa de *Madame* Gioconda: la gran cama bizantina (*Otelo*), montada junto al mástil del micrófono; los grandes espejos enmarcados con su superficie de plata desconchada (*Orfeo*) apilados en un rincón junto a la plataforma de la orquesta; la estufa (*El trovador*) colocada junto al podio del director de la orquesta; el tocador con adornos dorados y el vestuario (*Fígaro*), relleno de recortes de periódicos y de revistas. Él los limpiaba metódicamente, moviendo la boquilla de su sonovac con gestos largos, aspirando los

últimos restos de sonido que se habían acumulado a lo largo del día.

Cuando acababa, el aire estaba claro de nuevo, la atmósfera era ligera, y las cargas de cansancio e irritación se habían disipado. Lentamente, *Madame Gioconda* se recobraba. Mangon le sonreía con agradecimiento, ponía a calentar agua para hacer un té ruso, como siempre endulzado por un chupito de fenobarbital, apagaba el sonovac y le indicaba que salía para vaciarlo.

En el callejón de detrás del estudio, vaciaba el sonovac en el colector de admisión de sonido de la furgoneta. La operación de vaciado duraba pocos segundos, pero él esperaba unos discretos dos o tres minutos antes de regresar, para mantener la ilusión de que los fantasmas de *Madame Gioconda* eran reales. Por supuesto luego, el cilindro siempre estaba vacío, y contenía la basura diaria habitual: el ruido de un portazo, algo que se rompe, el ruido del agua hirviendo en la tetera, un gruñido o dos, y después, cuando comenzaba el dolor de cabeza, los gemidos lastimeros de *Madame*. Los aplausos desenfundados, que habrían socavado los cimientos del Metropolitan, y ya no digamos los de una pequeña estación receptora de radio, y los abucheos y gritos de escarnio, eran, lo sabía, absolutamente imaginarios, invenciones del mundo de fantasía de *Madame Gioconda*, fantasmas del pasado de la que una vez fue una gran *prima donna*, que había sido abandonada por su público y que se había retirado al mundo de su imaginación, y cada tarde evocaba el sueño de ser de nuevo aplaudida en un Metropolitan repleto, un sueño que la culpa y el resentimiento deteriorarían antes de la medianoche, convirtiéndolo en una pesadilla de fiascos y fracasos.

Era difícil comprender por qué se atormentaba a sí misma, pero al menos las pesadillas mantenían a *Madame Gioconda* a este lado de la cordura, y Mangon, que la veneraba y la amaba, habría sido la última persona en el mundo que la desilusionara. Cada tarde, cuando terminaba encargos del día, conducía su furgoneta desde el West Side hasta la estación de radio abandonada bajo el viaducto del extremo de la desierta calle F con el pretexto de barrer el apartamento de *Madame Gioconda* en el espacio del estudio 2, sin cobrarle nada, preparándole el té y escuchando sus recuerdos y planes de venganza, y después veía cómo se dormía y salía de puntillas, con una sonrisa irónica pero feliz en su juvenil rostro.

Hacía casi un año que iba a casa de *Madame Gioconda*, pero aún no se había decidido cuál que su papel exacto en su relación con ella. Por extraño que parezca, a pesar de que era más o menos indispensable para el funcionamiento eficaz de su mundo de fantasía, ella demostraba poco interés personal o poco afecto por Mangon, pero se supone que aquella indiferencia no era más que parte de la personalidad autocrática de una *prima donna* famosa en todo el mundo, en particular una muy arraigada a la tradición —ahora es algo que por desgracia carece de sentido— de Melba, Callas y Gioconda. No obstante, quizá con el tiempo *Madame* le demostraría algún signo de favor.

Sin él, desde luego, su pronóstico sería muy pobre. Últimamente sus dolores de cabeza se habían vuelto más amenazadores, mientras insistía en que el aplauso en

crescendo era tormentoso y los abucheos y silbidos más intensos. Cualquiera que fuera el mecanismo psíquico que generaba el sistema de fantasía, Mangon comprendía que en última instancia ella lo necesitaba en el estudio todo el día, frenando las mareas envolventes de las pesadillas y la locura con su sonovac. Entonces, tal vez, cuando el sueño la vencía, se arrepentía de haberla ayudado a engañarse a sí misma. Con suerte, a pesar de que ella podría lograr su ambición de reaparecer en escena. Ella le había contado algo de su plan, una mezcla viperina de soborno y chantaje, y en privado Mangon deseaba ayudarla a que recobrar su fama. Pero, por ahora, lamentablemente, se había llegado a un punto en el que solo el éxito podría salvarla del desastre.

Cuando él regresó, ella estaba recostada sobre un enorme cojín de satén dorado, con una lámpara a los pies del sofá que arrojaba un semicírculo de luz sobre los grandes decorados que dividían el estudio de sonido del auditorio. Aquello formaba parte de su último papel operístico, *La médium*, y representaba el interior de la vieja estancia de una espiritista, el único papel coherente en la existencia presente de *Madame Gioconda*. Rodeada por fragmentos de una docena de papeles, incluso *Madame Gioconda* misma, pensó Mangon, parecía compuesta de varias identidades distintas separadas. Una figura regia y alta, con hombros bien torneados y un busto prominente, tenía un rostro atractivo, coronado por un cabello negro azulado magníficamente peinado: el prototipo exacto de la diva clásica. Debía de tener cerca de cincuenta años, pero su tez lechosa y suave y sus facciones delicadas eran las de una niña. Los ojos, sin embargo, la traicionaban. Grandes y vigilantes, excesivamente pintados con rímel, miraban el mundo a su alrededor torvamente, entornándose aún más cuando Mangon se acercó. Sus dientes estaban en mal estado por el tabaco y la cocaína barata. Cuando se enfadaba, sus labios se curvaban en una mueca de rabia, dejando al descubierto las piezas ennegrecidas de su dentadura, y la lengua machada y ácida, y entonces su boca parecía un respiradero del infierno. Pero, a pesar de todo, era una mujer formidable.

Cuando Mangon trajo el té, se apartó y le dejó sitio a sus pies entre los montones de páginas de periódicos, horóscopos y catálogos de joyerías que cubrían el sofá. Mangon se sentó, observando subrepticamente la hora. Tenía un trabajo a la nueve y media del día siguiente, y dormir poco le hacía perder la agudeza de su fino oído, y se preparó para escucharla durante media hora.

De repente, ella se estremeció, se echó atrás en su cojín y le señaló agitadamente en dirección a la glorieta de la orquesta, ahora a oscuras.

—¡Todavía están aplaudiendo! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, bárralos, me están volviendo loca!... —jadeó teatralmente—. ¡Por ahí, rápido...!

Mangon se levantó de un salto, se apresuró hacia la glorieta y con cuidado centró sus oídos en las filas de asientos y atriles de madera. Todo estaba impecablemente limpio, muy por debajo del umbral en el que los sonidos integrados empezaban a

irradiar ecos detectables. Se volvió hacia las paredes del rincón y el techo. Escuchó con mucha atención, pero solo pudo escuchar siete golpes apagados, el eco de sus propios pasos. Estos se desvanecieron y desaparecieron, seguidos por un ruido borroso como de estática de radio. De hecho, era el presente berrinche de *Madame Gioconda*. Mangon casi podía distinguir las palabras individuales, pero la repetición las amortiguaba.

*Madame Gioconda* todavía se retorció en el sofá, y era evidente que no se calmaría fácilmente, así que Mangon bajó del escenario y se abrió paso por el auditorio hacia el lugar donde había dejado su sonovac, junto a la puerta. El cable de alimentación estaba en la furgoneta, pero estaba seguro de que *Madame Gioconda* no se daría cuenta.

Durante cinco minutos, barrió afanosamente, fingiendo que limpiaba la glorieta de nuevo, y después regresó con su sonovac al sofá.

*Madame Gioconda* emergió de las profundidades del cojín, comprobó el aire cuidadosamente con dos o tres gestos de la cabeza y le sonrió.

—Gracias, Mangon —dijo con su voz sedosa y su mirada pensativa—. Me ha salvado otra vez de mis asesinos. Últimamente se han vuelto tan astutos... hasta han aprendido a esconderse de usted.

Mangon sonrió para sus adentros con tristeza ante ese último comentario. Así que antes había sido un poco superficial... *Madame Gioconda* lo mantenía a raya.

Sin embargo, ella parecía realmente agradecida.

—Mangon querido —dijo, mientras se contemplaba en el espejo, pintándose y repintándose sus magníficos ojos verdes como los de una cobra—. ¿Qué haría yo sin usted? ¿Cómo puedo pagarle los cuidados que me brinda?

Las preguntas, fueran cuales fueran sus matices siniestros (de haberlos detectado, Mangon se sentiría profundamente consternado) eran puramente retóricas y todas sus conversaciones siempre eran completamente unilaterales. Porque Mangon era mudo desde los tres años de edad, cuando su madre le había apretado la garganta salvajemente para que dejara de llorar, dañando irreparablemente sus cuerdas vocales. En sus interminables confidencias de medianoche, Mangon no había contribuido con una sola palabra.

Su mutismo, naturalmente, era parte de la atracción que sentía por *Madame Gioconda*. En cierto sentido, ambos habían perdido la voz: él, por culpa de una madre cruel; ella, por un público voluble e infiel. Esto los unía, les daba un mismo sentido de la injusticia de la vida, aunque Mangon, como todos los inocentes, veía su desgracia sin rencor. Ambos eran también parias de la sociedad. Rescatado de sus degenerados padres, Mangon había crecido en una sucesión de instituciones del Estado, un niño herido y solitario. Su único talento eran sus notables facultades auditivas, y a los catorce años había entrado de aprendiz en el Servicio Metropolitano de Eliminación de Sonido. Considerados un poco mejor que los basureros, los barrenderos de sonido eran un grupo marginado de analfabetos, mudos (las

autoridades de la ciudad los preferían así, dada su forzosa discreción) y tullidos sociales que vivían en una cadena de chozas aisladas en el límite de una antigua planta de fabricación de explosivos en las dunas de arena, al norte de la ciudad, que ahora servían de depósitos de descarga de sonidos.

Mangon no había hecho amigos entre los barrenderos de sonido, y *Madame Gioconda* era la primera persona en su vida con la que estaba íntimamente unido. Aparte del placer de poder ayudarla, un factor importante en la devoción de Mangon por ella era que, hasta su caída, ella había representado para él (como para todos los mudos) el recordatorio, posiblemente el más doloroso, de su incapacidad, y que ahora podía, al fin, compararse con ella, tras años de resentimiento inconsciente.

Este pasó rápido, y él se consagró con entusiasmo al servicio de *Madame Gioconda*.

Inhalando el humo de un cigarrillo negro sujeto a una larga boquilla de jade, *Madame* esbozaba sus planes para su reaparición. Los había estado madurando durante varios meses y trataban, nada menos, que de convencer a Hector LeGrande, director jefe de Video City, la gran corporación que transmitía por una docena de canales de radio y televisión, para que la contratara para toda una serie de espectáculos televisivos. Alrededor de *Madame Gioconda*, con un fastuoso vestuario y una magnífica orquesta, surgiría de nuevo en todo su esplendor la ópera clásica, que era su eterno sueño.

—La Scala, el Covent Garden, el Metropolitan, ¿qué son ahora? —se preguntaba con enojo—. ¡Boleras! ¿Puede usted creer, Mangon, que esos teatros inmortales donde yo he creado mi *Tosca*, mi *Butterfly*, mi *Brunilda*, sean ahora —expulsó una bocanada de humo— cervecerías y boleras?

Mangon asintió con la cabeza con simpatía. Se sacó un lápiz del bolsillo del pecho y escribió en un cuadernito que llevaba cosido a la muñeca izquierda:

¿Sr. LeGrande?

*Madame Gioconda* leyó la nota y la dejó caer al suelo.

—¿Hector? Esos abogados lo han envenenado. Está rodeado de ellos. Creo que le esconden todos mis telegramas. Por supuesto, Hector conoce bien lo que es espectacular. Imagínese, Mangon, qué exclusiva para él, qué sensación: «¡La gran *Gioconda* reaparece en televisión!». No una de esas nenas idiotas que no paran de mascar chicle, sino la *Gioconda* en persona.

Agotada por la visión, *Madame Gioconda* se hundió de nuevo en el cojín, arrojando una verdadera cortina de humo a través de su boquilla.

Mangon escribió:

¿Contrato?

*Madame Gioconda* chamuscó la nota con su cigarrillo.

—He establecido un nuevo contrato. No de trescientos mil, como estaba dispuesta a aceptar al principio, ni siquiera de quinientos mil. Por cada actuación quiero ahora, exactamente, un millón de dólares. ¡Nada menos! Hector tendrá que pagar por haberme ignorado. De todos modos, piense en el valor publicitario de esa cifra. Solo una estrella puede permitirse una extravagancia semejante. Y si él va corto de dinero en efectivo, puede despedir a todos esos abogados. O devaluar el dólar, no me importa.

*Madame Gioconda* aulló de placer ante la perspectiva. Mangon asintió y escribió otro mensaje:

Sea práctica.

*Madame Gioconda* apagó su cigarrillo.

—Cree que estoy delirando, ¿no es así, Mangon? «¡Sueños fantásticos, contratos millonarios, pobre vieja estúpida!». Pero le aseguro que Hector estará más que dispuesto a firmar el contrato. Y no tengo la intención de confiar únicamente en su buen juicio como empresario.

Sonrió maliciosamente.

¿En qué más?

*Madame Gioconda* contempló el escenario a oscuras y luego bajó la mirada.

—Ya sabe, Mangon, que Hector y yo somos viejos amigos. Comprende lo que quiero decir, ¿no es así? —Esperó a que Mangon, que había barrido mil *suites* nupciales, asintiera con la cabeza y continuó—: Recuerdo muy bien la primera temporada en Bayreuth, cuando Hector y yo...

Mangon se miró triste los pies mientras *Madame Gioconda* describía esta última incursión en el chantaje. Ciertamente, ella y LeGrande habían sido amigos íntimos, los recortes de periódicos repartidos por todo el estudio lo atestiguaban ampliamente. De hecho, si no fuera por el cheque mensual que le enviaba LeGrande, la Gioconda haría mucho tiempo que habría desaparecido. Amenazarlo con resucitar el antiguo escándalo (LeGrande estaba a punto de entrar en política) era no solo grotesco, sino muy peligroso, porque LeGrande era despiadado y poco sentimental. Años antes había usado a *Madame Gioconda* como trampolín, cosechando la máxima publicidad con su relación, y abandonándola después, abruptamente.

Mangon estaba inquieto. Era difícil encontrar una solución a aquella situación. Provocada por causas ajenas, el declive de *Madame Gioconda* era difícil de soportar. Tras la introducción pocos años antes de la música ultrasónica, la voz humana, y de hecho la música acústica de cualquier tipo, había pasado por completo de moda. La música ultrasónica utilizaba una gama mucho más amplia de octavas, acordes y escalas cromáticas que las audibles por el oído humano, formaba un vínculo neural directo entre el flujo del sonido y los lóbulos auditivos, generando una sensación,

aparentemente sin origen, de armonía, ritmo, cadencia y melodía, no contaminada por el ruido y la vibración de la música audible. La remodelación del repertorio clásico le brindó a la audiencia ultrasónica lo mejor de ambas músicas. Los majestuosos ritmos de Beethoven, las melodías populares de Chaikovski, las complejas fugas de Bach y las imágenes abstractas de Schoenberg se ofrecieron en frecuencias por encima de la audibilidad consciente. No solo se hicieron inaudibles, sino que las obras originales fueron readaptadas para una gama mucho más amplia de orquestas ultrasónicas, y ganaron en la textura, en la profundidad del tema, en la sensibilidad más o menos suave o lírica, según se eligieran los arreglos ultrasónicos.

La primera víctima de este cambio fue la voz humana. Era el único de los instrumentos que no podía ser readaptado, porque sus sonidos no podían ser reproducidos por los medios diseñados o duplicados o reproducidos por los ingenieros de neurofónicos.

Las primeras grabaciones ultrasónicas se habían encontrado con una gran resistencia, incluso con el ridículo. Los programas de radio que consistían en largos silencios, interrumpidos a intervalos por espacios comerciales de media hora, parecían absurdos. Pero, poco a poco, el público descubrió que el silencio era maravilloso, que tras dejar la radio sintonizada en canal ultrasónico durante una hora parecía brotar espontáneamente una agradable atmósfera de ritmo y melodía a su alrededor. Cuando el locutor anunciaba de repente que se iba a emitir una versión ultrasónica de la *Sinfonía Júpiter* de Mozart, o de la *Patética* de Chaikovski, la persona que escuchaba identificaba la fuente real.

La segunda ventaja de la música ultrasónica era que sus frecuencias eran tan altas que no quedaban restos de resonancia en las estructuras sólidas, y por lo tanto no había necesidad de llamar a los barrenderos de sonidos. Después de una actuación acústica de la mayoría de la música sinfónica, las paredes y los muebles palpitaban durante días con los residuos en desintegración que hacían que el aire pareciera pesado, tumefacto, y la habitación prácticamente inhabitable.

El resultado inmediato fue la rápida crisis de las orquestas sinfónicas y de las compañías de ópera. Las salas de conciertos y los templos operísticos se cerraron de la noche a la mañana. En la era del ruido, el bálsamo tranquilizante del silencio fue redescubierto.

Pero el triunfo final de la música ultrasónica llegó con un segundo desarrollo: el disco de corta duración que, girando a novecientas revoluciones por minuto, condensaba los cuarenta y cinco minutos de una sinfonía de Beethoven en veinte segundos, las tres horas de una ópera de Wagner, en poco más de dos minutos. Compactos y baratos, los discos de corta duración no sacrificaron nada a la brevedad. Un disco de treinta segundos proporcionaba tanto placer neurofónico como uno de duración normal, pero con una penetración más profunda, con un mayor impacto total.

Los discos ultrasónicos de corta duración barrieron del mercado a todos los

demás. Las grabaciones normales se convirtieron en piezas de museo, solo un loco podía preferir escuchar una versión audible de larga duración de *Sigfrido* o de *El barbero de Sevilla* cuando podía disfrutar de una versión no audible de cinco minutos en la que podía apreciar todo su complejo valor musical.

El apogeo de *Madame Gioconda* se había acabado. Fue arrinconada sin ceremonias; trató de sobrevivir algunos meses con los anuncios publicitarios de la radio. Pero estos pronto se hicieron también ultrasónicos. En un acto desesperado de venganza, compró la emisora de radio que la había despedido e instaló su hogar en uno de los platós. Al cabo de los años se convirtió en la emisora abandonada y olvidada que era ahora, con las ventanas rotas y el cartel luminoso de neón fundido. El gran paso elevado de ocho carriles construido sobre el edificio la sumergió definitivamente en el pasado.

Ahora *Madame Gioconda* se proponía volver sobre sus tacones más altos.

Mangon la observaba impasible mientras ella despotricaba envuelta en una nube púrpura de humo de cigarrillo, como una bruja malvada. El fenobarbital surtía efecto, y sus amenazas y ultimátums eran cada vez más disparatados.

—... los recuerdos no hay que olvidarlos, Hector. La exposición de Frank, sin tabúes. Quiero decir... maldita sea, debe de tener algún fantasma. Hotel de París en Montecarlo, montones de fotos. Oh, sí, me quedé con las fotografías. —Se sentó en el sofá, jugueteando con la factura de un supermercado—. Espera a que las vean sus abogados. Hector... —Entonces se interrumpió, miró a Mangon con ojos vidriosos y se recostó.

Mangon esperó hasta que se durmió por completo, se levantó y la observó de cerca. Parecía triste y desesperada. La miró con devoción durante un momento más, luego, de puntillas, bajó la intensidad de la luz de la lámpara a los pies de *Madame Gioconda* con el potenciómetro instalado en el panel de control detrás del sofá y abandonó el escenario.

Cerró las puertas del auditorio tras él, se dirigió al vestíbulo y salió, triste pero a la vez extrañamente eufórico, al aire fresco de la medianoche. Por fin había comprendido que debía actuar con rapidez si quería salvar a *Madame Gioconda*.



Mientras conducía su furgoneta hacia el interior de la ciudad poco después de las nueve de la mañana, Mangon decidió posponer su primer encargo, en el misterioso Oratorio Episcopal Neo-Corbusier enclavado entre los edificios de oficinas del sector financiero del centro de la ciudad, y en su lugar se dirigió al oeste por Mainway y el parque hasta llegar frente a las fachadas blancas de los edificios de apartamentos que se alzaban por encima de los árboles y lagos del lado norte.

El Oratorio era un trabajo difícil y laborioso que le ocuparía tres horas de esfuerzo concentrado. El decano había importado recientemente unos frontispicios del siglo XIII de la iglesia de San Francisco de Asís, con hermosas matrices sonoras, enriquecidas por siete siglos de cantos gregorianos, recubiertos del tañido intemporal de la llamada al ángelus. Montados en el altar, de ellos emanaba una atmósfera resonante de letanías y devoción, de himnos suaves y de tesituras profundas que evocaba en silencio las más sublimes imágenes de oración y meditación.

Pero a cincuenta mil dólares cada uno, también representaba un peligro ponerlos en manos de barrenderos de sonido torpes. Solo dos años antes, todo el transepto norte de la catedral de Reims, con los rosetones intactos, fue comprado por el precio récord de un millón de dólares y fue reinstalado en la nueva catedral de San José, en San Diego, y un grupo de barrenderos de sonidos que habían confundido el muro que debían limpiar lo habían privado de su herencia inestimable de sonidos.

Incluso el más concienzudo de los barrenderos de sonidos poseía una habilidad limitada, y Mangon, con su supersensibilidad auditiva, estaba muy solicitado por su habilidad para barrer de manera selectiva, limpiando las paredes del Oratorio de todos los sonidos extraños y discordantes —toses, llantos, ruido de monedas y murmullos de oraciones—, dejando intactos los himnos corales y los cantos litúrgicos que realizaban sus matices devotos. Su habilidad por sí sola alargaría la vida de los frontispicios de Asís en veinte años, y sin él no tardarían en ser contaminados por el variado tráfico de la congregación. Por eso, no tenía miedo de que el decano se quejara si no se presentaba aquella mañana como de costumbre.

A mitad de camino en el lado norte del parque giró hacia el patio de un bloque de apartamentos de cuarenta pisos, enorme como un acantilado blanco, brillante y acanalado del que sobresalían sus balcones. La mayoría de los apartamentos dúplex de superlujo estaban ocupados por personas del mundo del espectáculo. No había nadie, pero cuando Mangon entró en el vestíbulo, con el sonovac en una mano, las paredes y columnas de mármol zumbaban débilmente con el eco de las personas que habían entrado o salido cuatro o cinco horas antes.

En el ascensor los residuos eran más claros, tonos que mostraban confianza masculina, la blanda negativa de una rubia coqueta, los mimosos reproches de una esposa quejumbrosa, salpicados por innumerables repeticiones de la palabra «cariño». Mangon ignoró los ecos, que eran casi inaudibles, como el tenue zumbido de un insecto. Sonrió para sus adentros mientras subía hacia el ático: si *Madame Gioconda*

hubiera sabido su destino, lo habría estrangulado en el acto.

Ray Alto, el decano de los compositores ultrasónicos y el máximo responsable de la decadencia de *Madame Gioconda*, era uno de los clientes asiduos de Mangon. Por lo general, Mangon barría su apartamento una vez por semana, a las tres de la tarde. Hoy, sin embargo, quería asegurarse de encontrar a Alto, antes de que saliera hacia Video City, donde era director de un programa musical.

El criado le abrió la puerta y lo hizo pasar. Recorrió el pasillo y bajó por la escalera de cristal negro al salón de la planta inferior. Los amplios ventanales del estudio mostraban unas elegantes vistas del parque y de los rascacielos del centro de la ciudad.

Desde el sofá donde estaba sentado, un joven de pantalón blanco lo saludó. Era Paul Merrill, el arreglista de Alto. Le devolvió el saludo.

—Mangon, tómate un descanso antes de empezar y escucha esto. Está calentito de esta misma mañana.

Hizo girar la trompeta ultrasónica que estaba tocando, una maraña de clavijas y válvulas de la cual salían media docena de cables que desaparecían en un tubo catódico que conectaba con el generador de tono colocado al otro lado del sofá.

Mangon se sentó en silencio y Merrill se llevó la boquilla a los labios. Observando el tubo de rayos con atención, donde pudo distinguir la forma de las notas ultrasónicas, se lanzó en un *allegretto* ligero, luego aceleró y tocó una serie de arpeggios brillantes, emitiendo notas altas que bailaban en la pantalla catódica como anguilas frenéticas, fantásticos *glissandos* que recorrían veinte octavas en pocos segundos, en los que cada nota era distinta y simétricamente exacta, generando escalas de acordes electrónicos que se cruzaban con la escala original en un flujo melódico multicanal que llenaban la pantalla catódica de exquisitos patrones de ráfagas de luz. El conjunto era inaudible, pero el aire que rodeaba a Mangon resultaba vibrante y acelerado, cargado de alegría y chispa, y aplaudió generosamente cuando Merrill llegó a un animado *riff* final.

—*El vuelo del moscardón* —le explicó Merrill.

Dejó a un lado la trompeta y desconectó el tubo catódico. Se recostó, saboreó la atmósfera reluciente por un momento y dijo:

—Bueno, ¿cómo van las cosas?

En ese momento, la puerta de uno de los dormitorios se abrió y apareció Ray Alto, un hombre de buena estatura, de unos cuarenta años, de cabellos rubios, gafas de sol azul pálido y expresión pensativa.

—Hola, Mangon —dijo mientras pasaba una mano por encima de la cabeza de Mangon—. Has venido muy temprano hoy. ¿Has acabado tus encargos? —Mangon asintió—. No dejes que te deprima. —Alto cogió un dictáfono de una de las mesas y se lo llevó a un sillón—. Ruido, ruido, ruido, el mayor portador de enfermedades de la civilización. El mundo entero se está pudriendo por su culpa, y sería insoportable a

no ser por personas como Mangon y sus sonovacs. Es difícil creer que hace tan solo unos años la gente no se daba cuenta de que el sonido deja residuos.

—Pero ¿es que acaso nosotros somos más listos? —intervino Merrill—. Este mes, *Transonics* dice que las resonancias sónicas no barridas acumuladas pueden llegar a resquebrajar edificios. La ciudad entera se vendrá abajo, como Jericó.

—Babel —corrigió Alto—. Muy bien, ahora callémonos. Nos iremos enseguida, Mangon. Sírvele un trago, Paul.

Merrill le trajo a Mangon una Coca-Cola del mueble bar y luego salió del estudio. Alto encendió el dictáfono y empezó a hablarle al micrófono.

—Nota siete: Betty, ¿cuándo caducan los derechos de Stravinski? Nota ocho: Betty, archivo de la melodía para la proyección nocturna: L, L aguda, BB, Y lisa, Q, VT, L, L aguda. Nota nueve: Paul, las tres octavas finales de la ultratuba están en el espectro audible del oído canino; felicidades por la emisión de la grabación del coro Anvil de anoche; casi tres millones de perros pensaron que se les caía el techo encima. Nota diez: Betty... —Se interrumpió y dejó el micrófono—. Mangon, parece preocupado.

Mangon, que estaba ensimismado, se recompuso y negó con la cabeza.

—¿Mucho trabajo? —insistió Alto mientras escudriñaba a Mangon con expresión de sospecha—. ¿Sigues perdiendo el sueño por esa mujer..., Gioconda?

Avergonzado, Mangon bajó la vista. Su relación con Alto era, aunque en otros aspectos, casi tan cercana como con *Madame* Gioconda. A pesar de que Alto era a menudo brusco con él, se había tomado un sincero interés por su bienestar. Posiblemente el mutismo de Mangon le recordaba sus motivos misantrópicos detrás de su odio al ruido, haciéndole sentirse indirectamente responsable del acto de violencia que la madre de Mangon había cometido. Además, como un artista a otro, respetaba la fenomenal sensibilidad auditiva de Mangon.

—Te agotará, Mangon, créeme. —Alto sabía lo mucho que significaba para Mangon aquel contacto personal, y temía ser demasiado crítico—. No hay nada que puedas hacer por ella. Al ofrecerle tu simpatía, simplemente estás manteniendo sus esperanzas de reaparecer. Y ella ya no tiene ninguna oportunidad.

Mangon frunció el ceño y escribió rápidamente en el cuaderno de su muñeca:

¡Ella cantará otra vez!

Alto leyó la nota, pensativo. Después, con una voz más dura, dijo:

—Te está utilizando para sus propios fines, Mangon. Ahora tú puedes satisfacer sus caprichos, sus neuróticos dolores de cabeza y los aplausos fantasmas. Pero Dios sabe cuál será el próximo capricho.

Es una gran artista.

—Era —señaló Alto—. Ya no lo es, y eso es muy triste. Me temo que los tiempos

cambian.

Molesto por aquellas palabras, Mangon apretó los dientes y escribió otra nota:

El entretenimiento, tal vez. El Arte, ¡no!

Alto aceptó el reproche en silencio, se reprendía a sí mismo tanto como lo hacía Mangon por haberse vendido a Video City. En sus cuatro años allí, toda su producción de música ultrasónica original consistía en poco más que una sinfonía a punto de acabarse, apropiadamente titulada *Opus cero*, que se estrenaría dentro de poco, unos nocturnos y un cuarteto. La mayoría de sus energías se destinaban a programas de música, números de prestigio para espectáculos y transcripciones del repertorio clásico. De todo aquello podía ocuparse Paul Merrill, pero no un compositor responsable.

Añadió la hoja de papel a las dos anteriores en su mano izquierda y le preguntó:

—¿Alguna vez has oído cantar a *Madame Gioconda*?

La respuesta de Mangon regresó con desprecio:

¡No! Pero usted sí. Por favor, descríbamelo.

Alto se rio brevemente, rompió las notas y se acercó a la ventana:

—Está bien, Mangon. Llevas la antorcha del arte, cumpliendo tu deber con una de las cosas más perfectas que ha producido el mundo. Espero que estés a la altura de dicha responsabilidad. La *Gioconda* podría ser difícil. ¿Sabes que hubo una época en que las puertas del Covent Garden, de la Scala y del Metropolitan estuvieron cerradas para ella? Dicen que la Callas tenía temperamento, pero resultaba una niña de pecho frente a la *Gioconda*. Dime: ¿cómo está? ¿Tiene para comer?

Mangon levantó la botella de Coca-Cola.

—¿Nieve? Eso es duro. Pero ¿cómo se la puede permitir? —Miró su reloj—. Maldita sea, tengo que irme. Limpia a fondo esta habitación, ¿quieres? Me produce dolor de cabeza escucharme a mí mismo pensando.

Volvió a coger el dictáfono, pero Mangon garabateó rápidamente en su libreta:

Dele un empleo a *Madame Gioconda*.

Alto leyó la nota y se la devolvió a Mangon, perplejo.

—¿Dónde? ¿En este apartamento? —Mangon negó con la cabeza—. ¿Quieres decir en Video City? ¿Cantando?

Cuando Mangon asintió enérgicamente, él levantó la vista hacia el techo con un gemido de desesperación.

—Por el amor de Dios, Mangon, la última vocalista que cantó en Video City lo hizo hace más de diez años. La audiencia no lo permitiría. Si sugiriera esa idea, romperían mi contrato en mil pedazos. No sé tú, Mangon, pero yo tengo una úlcera

que cuidar.

Se dirigió hacia la escalera, pero Mangon lo interceptó. Su lápiz volaba sobre el papel.

Por favor, si no, *Madame Gioconda* empezará a chantajear a alguien. Está desesperada. Debe cantar otra vez. Podría montar un programa falso en los estudios. Circuito cerrado.

Alto dobló la nota con cuidado, dejó el dictáfono al lado de la escalera y se acercó de nuevo a la ventana.

—Sobre ese chantaje... ¿Estás absolutamente seguro? ¿Y sabes a quién se lo hará? —Mangon asintió con la cabeza pero desvió la mirada—. Bueno, no quiero presionarte. A LeGrande, probablemente, ¿no?

Mangon se volvió sorprendido y luego hizo una elaborada parodia de un encogimiento de hombros.

—Hector LeGrande. Suposición obvia. Pero no tiene secretos, es un libro abierto. Supongo que lo amenazará con explicar cosas de ambos suficientes como para frenar su carrera política.

Alto frunció los labios. Aborrecía a LeGrande, no solo por haberle arrastrado a un modo de vida al que nunca podría renunciar, sino también porque explotaba su debilidad. LeGrande nunca dudaba en recordárselo, y trataba a Alto y a su música con desprecio. Si el chantaje de *Madame Gioconda* tenía la más mínima esperanza de éxito, él sería muy feliz; pero sabía que LeGrande la destruiría, y probablemente también a Mangon.

De pronto sintió una paradójica sensación de lealtad hacia la diva. Miró a Mangon, que esperaba impaciente con ojos de cordero degollado.

—La idea de un programa en circuito cerrado es una locura. Incluso si nos tomamos la molestia de ponerlo todo en escena puede que no quede satisfecha. Ella no quiere cantar, lo que quiere en realidad es volver a ser una estrella. Son las lisonjas del estrellato lo que echa de menos: la platea animada, los montones ramos de flores, las fiestas detrás del escenario. Puedo organizar una sesión de media hora en circuito cerrado con unos cuantos técnicos aprendices: algunas selecciones de *Tosca* y *Butterfly*, por ejemplo, incluso con el acompañamiento de un piano acústico, estaría encantado de tocarlo yo mismo, pero no puedo preparar las felicitaciones de la crítica y las reseñas de las revistas. ¿Qué pasará cuando ella de se dé cuenta?

Ella quiere CANTAR.

Alto extendió la mano y le dio unas palmaditas en el hombro a Mangon.

—Bien por ti. Muy bien, entonces pensaré en ello. Dios sabe lo que saldrá de

esto. Dile que aparecerá en uno de los mejores espectáculos como atracción sorpresa; explícale que, por este motivo, no habrá anuncios en el programa y deberá estar sola en un estudio. Acentúa la importancia de la sorpresa, para evitar que se ponga en contacto con los periódicos... ¿Adónde vas?

Mangon se acercó a la escalera, cogió el dictáfono y se lo dio a Alto. Sonrió feliz, la mandíbula le tembló salvajemente mientras se esforzaba por hablar, sonidos estrangulados vibraron en su garganta.

Conmovido, Alto se apartó de él y se sentó.

—Muy bien, Mangon —le espetó entonces con brusquedad—, puedes seguir con tu trabajo, pero recuerda que no he prometido nada.

Conectó el dictáfono, y luego empezó a hablar:

—Nota once: Ray...

### 3

Eran poco más de las cuatro cuando Mangon detuvo su furgoneta en el callejón de detrás de la emisora abandonada. Arriba, el tráfico recorría el paso elevado, haciendo temblar los muros. Había tratado de terminar su ronda con suficiente antelación como para poder llevarle a *Madame* Gioconda las buenas noticias antes que empezaran sus dolores de cabeza. Había barrido el Oratorio en una hora, después un par de salas de cine, el Museo de Arte Abstracto y una docena de clientes privados, en la mitad del tiempo habitual, impulsado por una alegría casi abrumadora por la promesa de Ray Alto.

Cruzó el vestíbulo a la carrera, hurgando ya en la libreta de su muñeca. Por primera vez en muchos años aborrecía realmente su mutismo, su incapacidad para explicarle a *Madame* su triunfo de aquella mañana.

El estudio 2 estaba sumido en la oscuridad, las filas de asientos y los montones de programas antiguos y envoltorios de helados esparcidos por el suelo reflejaban tenuemente la luz solar enmascarada por los pisos altos. Sus pies resbalaron con una placa de yeso roto caída del techo y estaba casi sin aliento cuando logró subir al escenario y revisarlo.

¡*Madame* Gioconda se había ido!

El escenario estaba vacío, el sofá lleno de ropa revuelta y había un desorden de

cacerolas encima de los fogones. El armario estaba abierto y los vestidos habían sido arrancados de sus perchas.

Por un momento, Mangon sintió pánico, incapaz de imaginar por qué se había ido, e inmediatamente pensó que había descubierto su acuerdo con Alto.

Entonces se dio cuenta de que nunca había visitado el estudio hasta la medianoche como muy pronto, y que *Madame* Gioconda solo habría ido al supermercado. Sonrió ante su propia estupidez y con un suspiro de alivio se sentó en el sofá para esperarla.

Tan vivas como si hubieran pintado con ellas las paredes, las palabras lo asaltaron y su intensidad casi lo ensordeció.

«¡Debes de estar loca, vieja bruja grotesca! Como vuelvas a amenazarme te destruiré. Escucha, vieja patética...».

Mangon trató de agudizar los oídos. Las palabras habían sido lanzadas en el clímax del abuso, y apenas hacía una hora.

Su primer pensamiento fue salir corriendo en busca del sonovac y barrer las paredes antes de que *Madame* Gioconda volviera. Entonces cayó en la cuenta de que ella ya había oído el original de los ecos, y en realidad solo él podía detectar ahora el murmullo sordo y la entonación de su voz. Y con extrema exactitud pudo identificar la voz de hombre. La había oído muchas veces antes, haciendo estragos con las mismas diatribas implacables mientras barría la sala de juntas principal de Video City.

¡Hector LeGrande! Así que *Madame* Gioconda estaba más desesperada de lo que pensaba. El último cajón del tocador estaba en el suelo, con su contenido patas arriba. Apoyado contra el espejo había un retrato en un marco de plata viejo y enmohecido, un poco de algodón y una lata de líquido para limpiar. La fotografía era de LeGrande, tomada veinte años antes. Debía de saber que Hector LaGrande iba a venir y había buscado el viejo retrato, probablemente tras lamentar su amenaza de chantaje.

Pero el sentimiento no había sido compartido.

Mangon recorrió el escenario, con el corazón en un puño, de pura rabia, llenando sus oídos con las burlas de LeGrande. Cogió el retrato, lo apretó entre las manos y, de repente, lo estrelló contra el borde del tocador.

—¡Mangon!

El grito lo dejó clavado. Dejó caer lo que quedaba del marco, y vio a *Madame* sentada en silencio detrás de un decorado.

—Mangon, por favor —protestó ella con suavidad—, me ha asustado. —Se acercó a él, mientras se quitaba un enorme sombrero púrpura. Después continuó—: Y limpie todos esos cristales, o me cortaré los pies.

Hablaba adormilada y se movía de un modo excesivamente relajado, con gestos lentos. Mangon asumió que estaba a punto de sufrir un ataque agudo. Entonces ella sacó de su bolso seis frasquitos blancos, que alineó cuidadosamente sobre la mesita de noche. Eran sus golosinas favoritas, así que LeGrande le había endulzado la

ocasión con otro cheque. Mangon comenzó a recoger los cristales, prestando al mismo tiempo atención a los sonidos de los insultos de Hector LeGrande que aún flotaban en el aire, y luego se fue corriendo a por el sonovac.

*Madame Gioconda* estaba sentada en el borde de la cama cuando regresó, con una pequeña botella de *bourbon* al que había añadido la cocaína que había en los frascos. Tarareaba una melodía mientras acariciaba una de las plumas del sombrero.

—Mangon —le gritó cuando casi había terminado—. Venga aquí.

Mangon dejó el sonovac y se acercó a ella.

Ella lo miró con los ojos repentinamente muy vivos.

—Mangon, ¿por qué ha roto el retrato de Hector? —inquirió levantando del suelo un pedazo de la foto—. Dígame.

Mangon vaciló, luego garabateó en su cuaderno:

Lo siento. La adoro. Él dijo muchas cosas malas de usted.

*Madame Gioconda* miró la nota, y después de nuevo a Mangon, pensativa.

—¿Estabas aquí escondido cuando vino Hector?

Mangon negó con la cabeza categóricamente, y después empezó a escribir en su libreta, pero *Madame Gioconda* lo detuvo.

—Está bien, cariño. —Miró alrededor del escenario, escuchando atentamente—. Mangon, cuando llegó, ¿pudo oír lo que LeGrande había dicho?

El barrendero de sonidos asintió. Sus ojos se posaron en las frases obscenas de las paredes y empezó a fruncir el ceño. Sentía aún la presencia de Le Grande y su intento de humillar a *Madame Gioconda*.

La diva señaló la habitación con un gesto amplio.

—¿Y puede oír lo que él ha dicho incluso ahora? Qué notable. Mangon, tiene usted un talento maravilloso.

Siento que usted haya sufrido tanto.

*Madame Gioconda* sonrió.

—Todos cargamos con una cruz. Pero tengo la sensación de que usted trata de aligerar considerablemente el peso de la mía. —Le dio una palmadita a la superficie de la cama, y continuó—: Siéntese, debe de estar cansado. —Y cuando Mangon se sentó, añadió—: Me interesa mucho su don, Mangon. ¿Quiere decir que puede distinguir expresiones y frases enteras en los sonidos que barre? ¿Puede distinguir conversaciones completas horas después de que hayan tenido lugar?

Algo en la curiosidad de *Madame Gioconda* hizo que Mangon dudara. Su talento, por lo que él sabía, era único, y no era tan ingenuo como para dejar de apreciar sus cualidades. Se había desarrollado en su adolescencia y hasta ahora había sabido resistirse a la tentación de abusar de ella. Nunca se lo había revelado a nadie, porque sabía que si lo hacía sus días de barrendero de sonidos habrían acabado.



*Madame* Gioconda lo observaba con una sonrisa expectante en los labios. Sus pensamientos, por supuesto, solo eran de venganza. Mangon escuchó de nuevo las paredes y se centró en los insultos que flotaban en el aire.

Conversaciones completas, no. Fragmentos largos, de hasta veinte sílabas. Dependiendo de la resonancia y de la matriz. No se lo diga a nadie. Le ayudaré a vengarse de LeGrande.

*Madame* Gioconda le apretó la mano a Mangon. Estaba a punto de coger la botella de *bourbon* cuando Mangon recordó el motivo de su visita. Saltó de la cama y comenzó a escribir como un loco en el cuaderno de su muñeca.

Arrancó la primera hoja y se la puso en las manos, ansioso. Después llenó tres más describiendo su encuentro con el director musical de Video City y el interés de este último en *Madame* Gioconda y la promesa condicional de organizar una reaparición estelar. En vista de la hostilidad de LeGrande, hizo hincapié en la necesidad de mantener un absoluto secreto.

Esperó feliz mientras *Madame* Gioconda leía rápidamente las notas, resiguiendo la caligrafía infantil de Mangon con una larga uña escarlata. Cuando terminó, asintió con la cabeza e hizo amplio y rápido gesto triunfante en el aire.

—Querido hijito mío, cuánto le necesito. No debe abandonarme nunca.

Mientras acariciaba el cabello de Mangon, su mirada interrogante vagaba por la superficie de las paredes.

El milagro ocurrió poco antes de las once de la mañana siguiente.

Después del desayuno, *Madame* Gioconda estaba tendida en la cama hojeando un viejo álbum de recortes mientras un gramófono, rescatado de uno de los estudios por Mangon, reproducía una selección de fragmentos de óperas. Habían decidido ir a los vertederos, ya que los barrenderos de sonidos salían hacia la ciudad a las nueve, y así podrían examinar los vertederos sin ser molestados. Después de haber pasado tanto tiempo con *Madame* Gioconda y de haberse sumergido tan profundamente en su mundo, ahora Mangon estaba deseoso de introducir a *Madame* Gioconda en el suyo. Los vertederos, aunque sombríos, era todo lo que tenía para enseñarle.

Para Mangon, *Madame* Gioconda se había convertido ahora en el universo entero, una maravillosa fuente de seguridad tan poderosa como el sol. Tras él, su vida pasada desaparecía, como la crisálida se convierte en una brillante mariposa y los años grises de su infancia en el orfanato se disolvían en el caleidoscopio mágico que le ahora giraba a su alrededor. Mientras ella le susurraba palabras cariñosas, los grisáceos decorados y los trastos del estudio parecían de colores tan intensos y significativos como el paisaje fantástico de la mescalina, y el aire resonaba con mil ecos vivos de su voz.

Recorrieron la calle F a las diez, y pronto dejaron atrás los sucios almacenes y las viviendas abandonadas que habían encerrado a *Madame Gioconda* durante tanto tiempo. Juntos en la cabina de la furgoneta, formaban una pareja incongruente: Mangon, desgarrado, con un chubasquero amarillo una gorra de plato con visera también amarilla, al volante, empequeñecido por la extravagante *Madame Gioconda*, con un vestido, un sombrero, y un velo verde loro y el pecho enorme y pálido adornado con perlas, medias lunas de oro y piedras preciosas, una pequeña selección de las muchas joyas que había lucido en su apogeo.

Ella había desayunado bien, con un poco de cocaína y un chupito de *whisky*. Cuando salían de la ciudad miraba amigablemente los campos que se extendían a los lados de la carretera y empezó a trinar un recitativo ligero de *Fígaro*.

Mangon la escuchaba feliz, contento de verla con tan buen ánimo. Dispuesto a pasar cada minuto posible con *Madame Gioconda*, había decidido no cumplir sus encargos ese día, o incluso durante una semana entera o un mes. Con ella se sentía completamente seguro. La presión de su mano y la cálida curva de sus hombros le infundían confianza y le daban fuerzas, y se sentía orgulloso por ser capaz de ayudarla a recuperar la fama.

La acompañó con unos golpecitos en el parabrisas mientras salían de la carretera principal para desviarse por un camino estrecho que conducía a los vertederos. Aquí y allá, entre las dunas, se veían los edificios ruinosos de la antigua planta de fabricación de explosivos y el blanco techo de hierro galvanizado de una de las casetas de los barrenderos de sonidos. Desoladas y poco frecuentadas, las dunas se extendían kilómetros y kilómetros. Atravesaron los restos de una puerta de entrada, derrumbada a un lado del camino, que originalmente cerraba una empalizada continua que rodeaba el vertedero, pero nadie tenía intención alguna de entrar allí. Era un lugar de extraños ecos y silencios infectados, dominado por un miasma sombrío de un millón de sonidos compactos, y que se mantenía a distancia, poseído, encantado, cementerio de innumerables babeles privadas.

El primer vertedero sónico apareció a unos dos o tres centenares de metros a su derecha. Estaba reservado para el ruido de los aviones barridos de las calles de la ciudad y de los edificios municipales, y era una colección de pantallas fonoabsorbentes que cubrían varias hectáreas. Los deflectores eran ligeramente más grandes que los de los demás vertederos. De seis metros de alto y cinco de ancho, cada uno estaba apoyado en gruesos puntales de madera, que se extendían en un laberinto de calles del azar, como si fuera un campo repleto de vallas publicitarias. Solo uno o dos metros eran visibles por encima de las dunas, pero el cambio de aire golpeó a Mangon como un martillo, un Niágara de ecos de aviones a todo volumen recorriendo la pista de aterrizaje, el agudo silbido de los motores de propulsión a chorro haciendo las maniobras de despegue, el incesante rugido que cubría como un paraguas cualquier complejo metropolitano.

A su alrededor sonidos extraños que emergían de los distintos vertederos

empezaban a llegar hasta ellos. En toda la zona, alimentada por los vertederos de debajo, flotaba un nivel fónico ininterrumpido, alto, invisible, pero nos obstante tangible y amenazador como un enorme nubarrón negro. En ocasiones, cuando se llegaba a la sobresaturación en el período de vacaciones de verano, los campos de presión sónica se dividían y vaciaban, llenando los vertederos de nuevo con una pesadilla de cataratas de ruidos, no solo una lluvia de aullidos de perros y maullidos de gatos, sino el tumulto de los coches avanzando, trenes expresos, parques de atracciones y aviones, la música cacofónica de la civilización.

A Mangon los sonidos le llegaban en una escala de registro más alta, y eran distintos, pero *Madame Gioconda* no podía oír nada, y solo se sentía abrumadoramente depresiva e irritada. El aire parecía demasiado denso y áspero. Mangon notó que ella empezaba a fruncir el ceño y se llevaba la mano a la frente. Cerró su ventanilla y le indicó que hiciera lo mismo. Conectó el sonovac montado bajo el salpicadero, dejó que las discordancias salieran y selló la cabina.

*Madame Gioconda* se relajó en el repentino silencio. Un poco más adelante, cuando pasaron otra empalizada establecida muy cerca del camino, se volvió hacia Mangon y comenzó a decirle algo.

De repente se sacudió violentamente, alarmada, y se le cayó el sombrero. ¡Se le había congelado la voz! Movía la boca y los labios frenéticamente, pero no emitía ningún sonido. Por un momento se quedó paralizada. Se agarró la garganta desesperadamente, llenó los pulmones y gritó.

Un leve chirrido emergió de su garganta cavernosa y Mangon se volvió a mirarla alarmado al ver que balbuceaba histérica y se señalaba impotente el cuello. Él la miró, desconcertado, pero luego se dobló sobre el volante en un ataque de risa, dándose palmadas en el muslo y golpeando el tablero de instrumentos. Señaló el sonovac, luego se agachó y ajustó el volumen.

—¡... aaauuuoooh! —se oyó gritar *Madame Gioconda* mientras agarraba el sombrero—. Mangon, eso ha sido una broma pesada, debería haberme advertido.

Mangon sonrió. Los sonidos discordantes procedentes de los vertederos empezaron a llenar de nuevo la cabina, y bajó el volumen del sonovac. Alegrementemente, garabateó en el cuaderno de su muñeca:

¡Ahora ya sabe lo que es!

*Madame Gioconda* abrió la boca para responder, pero se detuvo, hipando y le tomó el brazo cariñosamente.

Mangon disminuyó la velocidad al acercarse a una calle lateral. A doscientos metros de distancia a su izquierda había una pequeña cabaña pintada de rosa en lo alto de una duna y con vistas a uno de los vertederos. Subieron por una pista de cemento y aparcó la furgoneta en los muelles de descarga, en los que había una batería de bocas de extracción pintadas de rojo y equipadas con manómetros para descargar de los sonidos del depósito de la furgoneta. A solo veinte metros en su punto más cercano, había un bosque de deflectores enfrentados unos a otros que formaban pasillos sinuosos, como en el set de rodaje de una película surrealista.

Al bajarse de la furgoneta, *Madame Gioconda* esperaba sentir la misma ola de masiva depresión y sobrecarga que había sentido en el vertedero de los aviones, pero en cambio el aire le pareció frágil y excitante, y que lanzaba destellos repentinos de tensión y emoción.

Cuando se acercaron a la cabaña, Mangon explicó:

Ruidos de fiestas: me hacen compañía.

Las veinte o treinta pantallas más cercanas estaban destinadas para ruidos de conversaciones amigables. Cuando se despertaba por las mañanas escuchaba las risas y las charlas, disfrutaba de los chismes y las bromas tanto como si hubiera estado en la reunión.

Su cabaña era una habitación individual con una gran ventana que daba al vertedero, bien aislada del bullicio de abajo. *Madame Gioconda* mostró solo un interés superficial por las escasas pertenencias de Mangon, y después de algunas observaciones de carácter general fue al grano y se acercó a la ventana. La abrió un poco, y escuchó atentamente la corriente de cambios atmosféricos que la rodeó.

Señaló la cabina que estaba en el lado opuesto del vertedero.

—Mangon, ¿de quién es esa?

De Gallagher, mi socio. Barre el Ayuntamiento, la Universidad, Video City y las grandes mansiones de la Quinta Avenida. Ahora está trabajando.

*Madame Gioconda* asintió con la cabeza y contempló la empalizaba con interés.

—¡Qué fascinante! Es como un zoológico. Todo habla, habla, habla. Y tú puedes oírlo todo —exclamó ella mientras agitaba sus pulseras con un movimiento rápido de las muñecas.

Mangon se sentó en la cama. La cabaña parecía pequeña y sucia, y se entristeció

por el desinterés de *Madame Gioconda*. Después de traerla hasta los vertederos, se preguntaba cómo iba a mantenerla entretenida. Afortunadamente, las empalizadas le intrigaban. Cuando ella sugirió dar un paseo por los vertederos, se sintió más que contento.

Abajo, en el muelle de descarga, le enseñó cómo se vaciaba la cisterna mediante los conductos de extracción, la regulación de la presión a través del colector y después cómo se bombeaba el sonido hacia afuera.

La mayor parte de la empalizada estaba en un continuo estado de conmoción, algo así como el producido por una multitud en un estadio de fútbol, y cuando él la llevó por entre los deflectores se abrieron paso cuidadosamente por los pasillos relativamente tranquilos. A su alrededor las voces parloteaban y gimoteaban impacientemente, y fragmentos de conversaciones vagaban sin rumbo por el aire. En algún lugar una mujer chillaba, un hombre se regañaba a sí mismo, otro juraba furiosamente, un niño gritaba. Como fondo, un murmullo constante de programas de televisión, la cháchara de los locutores, los comentarios monótonos que recitaban los resultados de las carreras, los gritos del público de los concursos, todo sonando una octava más alta en la escala, de manera que parecían extrañas parodias de sí mismos.

Sonó un disparo en el siguiente pasillo, seguido de una algarabía de gritos. Aunque ella no oía nada, la presión latente hizo que se detuviera.

—Mangon, espera. No tengas tanta prisa. Dime qué dicen.

Mangon seleccionó un deflector y escuchó con atención. Los sonidos parecían venir de una lavandería. Se oía el tenue zumbido de las lavadoras, el continuo movimiento de una caja registradora y, casi por debajo del subumbral, el eco del zumbido de los sesenta ciclos de una grabación de corta duración.

Sacudió la cabeza, y miró a *Madame Gioconda* sucesivamente.

—Mangon, ¿qué dicen? —preguntó, molesta.

Él se detuvo de nuevo. Esta vez hubo más suerte, una voz femenina, cargada de emoción, jadeaba: «... pero si él te encuentra aquí, te matará, nos matará a los dos. ¿Qué vamos a hacer?...». Empezó a garabatear aquellas efusiones mientras *Madame Gioconda* leía nerviosa detrás de él, y entonces reconoció su origen y arrugó el papel.

—Mangon, por el amor de Dios, ¿qué era? ¡No lo tire a la basura! Dígamelo.

*Madame Gioconda* trató de subir la estructura de madera del deflector para recuperar la nota, pero Mangon la detuvo y rápidamente escribió otro mensaje.

Adán y Eva. Lo siento.

—Qué, ¿la película? ¡Oh, qué ridículo! Bueno, vamos, inténtalo de nuevo.

Ansioso por hacer las paces, Mangon lo intentó de nuevo en el siguiente deflector, uno de un grupo al servicio de los funcionarios del barrio universitario.

«... Dios mío, ahí está Bartok otra vez, y esa maldita mujer de Steiner; juraría que se acuesta con él...».

Mangon lo escribió todo y le pasaba las notas a *Madame Gioconda* tan pronto como las acababa. A pesar de la letra enrevesada, las engulló con avidez, pero se decepcionó cuando después de media docena de notas perdió el hilo de la conversación y se detuvo.

—Vamos, Mangon, ¿qué le pasa? Tan difícil no puede ser. Debería aprender taquigrafía.

Llegaron a los deflectores que Mangon había llenado el día anterior. Escuchó atentamente y oyó la voz de Paul Merrill: «reclamaciones transónicas del mes que... toda la ciudad caerá como Jericó».

Se preguntó si podría rogarle a *Madame Gioconda* que esperara un cuarto de hora, y entonces sería capaz de repetirle algunos fragmentos cuidadosamente editados de la promesa de Alto de organizar su reaparición como invitada, pero ella parecía más interesada en otras cosas.

—Dijo que su amigo Gallagher barría Video City, Mangon. ¿Dónde cae eso?

Hector LeGrande, por supuesto. Mangon lo comprendió. ¿Por qué había sido tan obtuso? Esa era la oportunidad de vengarse.

Señaló una zona a unos pasillos de distancia. Subieron entre los deflectores. Mangon ayudó a *Madame Gioconda* a superar las vigas y los puntales, apartando sus faldas y el sombrero de ala ancha de las astillas y los trozos de metal oxidado.

La tarea de encontrar a LeGrande fue simple. Incluso antes de tener a la vista los deflectores, Mangon pudo distinguir la voz dura e inflexible del magnate, que dominaba sobre todos los demás sonidos de la zona de Video City. Gallagher, de hecho, barría solo una docena de despachos para los altos ejecutivos, principalmente para aliviar a sus ocupantes de los ecos desagradables de la voz de LeGrande.

Mangon se abrió camino en busca de la sala de LeGrande, donde tenían lugar las conversaciones de naturaleza muy confidencial.

Había cerca de veinte deflectores que arrojaban un coro intermitente de «Sí, LeGrande», «Gracias, LeGrande», «Brillante, LeGrande». Pero dos o tres parecían extrañamente silenciosos, y condujo a *Madame Gioconda* hasta ellos.

Era LeGrande hablando con su asistente personal: «... del Tercer Banco Nacional... transferencia de dos millones de cartera privada y amenaza con reclamar una devaluación de las acciones... reformule las cláusulas de escape, incluyendo la responsabilidad por los beneficios de compra...».

*Madame Gioconda* le tocó el brazo, pero él le hizo una seña para que se apartara. La mayor parte del deflector parecía estar ocupada por transacciones financieras dudosas, pero nada que realmente le doliera a LeGrande si se revelaba.

Entonces oyó:

«... Bermuda Hilton. La isla privada con el embarcadero, hay que limpiarla; la última vez el agua estaba llena de peces... No me importa envenenarlos... Imagen llegará ahí, desde Idlewild, cuando la señorita Edna Burgess despida a los

clientes...».

«... llame a Cartier, algo para la condesa; diecisiete quilates, dice, máximo diez mil. No, que sean ocho mil...».

«... la chica del guardarropía del Tropicabana. Expediente habitual...».

Mangon escribía furiosamente, pero LeGrande hablaba muy deprisa y solo pudo recoger unos pocos fragmentos. *Madame Gioconda* apenas descifraba su letra, y cada vez más frustrada, acabó arrojando los papeles al suelo en un ataque de ira.

—¡Esto es absurdo, lo está perdiendo todo! —exclamó, y golpeó uno de los deflectores, y luego se derrumbó y empezó a sollozar muy enojada—. ¡Oh, Dios, Dios, Dios, qué ridículo! Ayúdame, me estoy volviendo loca...

Mangon se acercó a ella, rodeó sus hombros con su brazo para sostenerla. Ella lo apartó, irritada y avergonzada de sí misma por haber sucumbido a la impaciencia.

—Es inútil, Mangon, es una estupidez, soy una tonta...

—¡BASTA!

El grito cortó el aire como la cuchilla de una guillotina.

Ambos se enderezaron y se miraron fijamente. Lentamente, Mangon se llevó los dedos a los labios y después, tembloroso, se acercó los de *Madame Gioconda*. En algún lugar de su interior, una tremenda tensión había comenzado a disolverse.

—¡BASTA! —dijo de nuevo con voz áspera, pero tranquilo—. No llore. Yo la ayudaré.

*Madame Gioconda* lo miró boquiabierta de asombro. Entonces soltó un tremendo grito de triunfo.

—¡Mangon, puede hablar! ¡Ha recobrado su voz! ¡Es absolutamente asombroso! ¡Diga algo, pronto, por el amor de Dios!

Mangon se tocó la boca otra vez, y se pasó los dedos rápidamente por la garganta. Empezó a temblar de emoción, su rostro se iluminó y empezó a dar saltitos como niño.

—¡Puedo hablar! —repitió asombrado. Su voz era ronca, pero de pronto le salía aguda—. ¡Puedo hablar! —dijo más fuerte—. ¡Puedo hablar, puedo hablar, puedo hablar! —Echó la cabeza hacia atrás y soltó un enorme grito—: ¡PUEDO HABLAR! ¡ESCUCHADME!

Se arrancó el cuaderno de la manga y lo arrojó a uno de los deflectores.

*Madame Gioconda* retrocedió, riendo complacida.

—Puedo oírle, Mangon. ¡Dios mío, qué dulce! —Observó a Mangon pensativamente mientras retozaba alegre en el estrecho intervalo entre dos pasillos—. Ahora no se canse o la perderá otra vez.

Mangon se acercó hacia ella bailando, la agarró de los hombros y se los apretó con fuerza. De repente se dio cuenta de que no conocía ningún diminutivo para llamarla.

—*Madame Gioconda* —dijo con seriedad, tropezando con las sílabas, palabras simples pero tan enormemente complejas de pronuncia—, me ha devuelto la voz.

Cualquier cosa que quiera... —Se interrumpió, tartamudeando feliz, riendo entre lágrimas. Y de repente hundió la cabeza en su cuello, agotado por el descubrimiento, y gritó con gratitud—: Es una voz maravillosa.

*Madame Gioconda* lo miró maternalmente.

—Sí, Mangon —dijo ella con la mirada posada en las notas esparcidas por el polvo del suelo—, tiene una voz maravillosa. —Y añadió susurrando—: Pero su oído es aún más maravilloso.

Paul Merrill apagó el reproductor de música de corta duración, se sentó en el brazo del sillón y miró a Mangon con curiosidad.

—Es extraño. ¿Sabes?, creo que era psicossomático.

Mangon sonrió.

—Psicosemántico —repitió variando el término deliberadamente—. Ingenioso. Se pueden hacer cosas asombrosas con las palabras. Ayudan a cristalizar la verdad.

Merrill gruñó juguetonamente:

—Dios, estás sentado ahí, bebiéndote tu Coca-Cola y filosofando. ¿No te das cuenta de que se supone que deberías estar en un rincón, positivamente atontado de pura gratitud? Ahora incluso haces juegos de palabras con los sonidos que salen mi garganta. No importa, cuéntame otra vez lo que pasó.

—Érase una vez un juego de palabras<sup>[1]</sup>. —Mangon esquivó la revista que Merrill le lanzó mientras exclamaba un sonoro «¡Olé!».

Durante las últimas semanas había estado de fiesta.

Todos los días, *Madame Gioconda* y él seguían la misma rutina: después del desayuno en el estudio iban a los vertederos, pasaban dos o tres horas compilando su archivo confidencial sobre LeGrande, almorzaban en la cabaña y luego regresaban a la ciudad. Mangon hacía su recorrido mientras *Madame Gioconda* dormía, y regresaba poco antes de medianoche. Para Mangon, aquella vida era idílica, porque no solo se había redescubierto a sí mismo en términos del complejo espectro y los patrones del habla y en una categoría completamente nueva de la existencia, sino que al mismo tiempo su relación con *Madame Gioconda* revelaba áreas de simpatía, afecto, y comprensión que nunca había detectado antes. Si alguna vez se sentía demasiado preocupado por los extraordinarios beneficios que le había traído aquella relación, al menos pensaba que también *Madame Gioconda* había extraído beneficios. Los dolores de cabeza y los misteriosos fantasmas habían desaparecido, ella había limpiado el estudio y había empezado a rescatar un poco de dignidad y confianza en sí mismas, lo que hizo que su ambición inquebrantable pareciera menos obsesiva. Psicológicamente, necesitaba a Mangon menos de lo que él la necesitaba a ella, y él refrenaba su espíritu elevado y le dedicaba a ella toda su atención. Durante la primera semana, el parloteo incesante de Mangon había hecho que una vez, camino de los vertederos, ella conectase el sonovac y dejara a Mangon hablando en silencio en el aire, boqueando como un pez fuera del agua. Mangon se había dado por aludido.



—¿Qué pasa con lo de ser barrendero de sonidos? —preguntó Merrill—. ¿Vas a renunciar a ello?

Mangon se encogió de hombros.

—Para mí es un don, un talento, pero vivir en una cabaña, entrar siempre por las puertas de atrás, y limpiar la basura verbal es un trabajo degradante. Quiero ayudar a *Madame Gioconda*. Necesitará un secretario cuando vuelva a salir de gira.

Merrill sacudió la cabeza con cautela.

—Estás muy seguro de que habrá un resurgimiento del sonido, Mangon. Pero todo está en contra.

—Ellos no han oído cantar a *Madame Gioconda*. Créeme, conozco el poder y la maravilla de la voz humana. La música ultrasónica es ideal para la atmósfera, pero no tiene contenido. No puede expresar ideas, emociones únicas.

—¿Qué pasó con el programa en circuito cerrado que Ray estaba preparando para ella?

—Eso... no lo hicimos —mintió Mangon. Las giras que realizaría *Madame Gioconda* serían abiertas al mundo. No les había dicho nada de las visitas a los vertederos, ni de su poder para escuchar los restos de los sonidos, ni del expediente acumulado sobre LeGrande. *Madame Gioconda* atacaría pronto.

Se oyó un portazo en el pasillo y alguien irrumpió en el apartamento como una tempestad, pateando una silla contra la pared. Era Alto. Corrió por las escaleras hacia el salón, con la mandíbula tensa, flexionando las manos, enojado.

—Paul, no me interrumpas hasta que haya acabado —le espetó sin mirarle—. Vas a quedarte sin trabajo, pero te advierto que si no me apoyas al cien por cien te pegaré un tiro. Y eso va por ti también, Mangon. Te necesito en esto. —Se acercó a la ventana, escuchó el ruido del tráfico, luego se dio la vuelta y los miró fijamente, con los pies firmemente plantados en la alfombra. Por primera vez en los tres años que hacía que Mangon lo conocía, parecía agresivo y confiado—. Titulares —anunció—: ¡La Gioconda va a cantar otra vez! Aunque tal perspectiva pueda parecer increíble y aterradora, exactamente dentro de dos semanas a partir de ahora, la voz de la Gioconda saldrá de costa a costa en los tres canales de radio de Video City. ¿Sorprendido, Mangon? No es ningún secreto, están imprimiendo los programas ahora mismo. De ocho y media a nueve y media, justo en el momento de máxima audiencia, aunque tengan que regalar el tiempo.

Merrill se inclinó hacia delante.

—Bien por ella. Si LeGrande quiere echarlo todo por tierra, ¿por qué preocuparse?

Alto le dio un golpe al sofá con saña.

—Porque tú y yo vamos a estar a bordo. ¿Me oyes? A las ocho y media, dentro de quince días. Tenemos un programa para entonces. Bueno, y supongo que sabes quién será nuestra estrella invitada.

Merrill luchó para darle sentido a todo aquello.

—Espera un minuto, Ray. ¿Quieres decir que va a aparecer, que va a cantar en mitad de *Opus cero*? —Alto asintió gravemente—. Es una locura. No puede hacer eso. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Quién te crees? El gran LeGrande. —Alto se volvió hacia Mangon—. Ella debe de haber encontrado algo muy gordo para asustarlo así. Casi no puedo creerlo.

—Pero ¿por qué en *Opus cero*? —insistió Merrill—. Podemos aplazar el estreno una semana.

—Paul, has perdido el hilo. Déjame explicártelo. Ayer, *Madame Gioconda* le hizo una visita privada a LeGrande. Lo que le dijo lo convenció de que sería absolutamente maravilloso para ella tener una hora entera en uno de los programas de música para cantar algunas canciones antiguas de los espectáculos pasados de moda, con un acompañamiento ultrasónico a escala real. Deseoso de complacerla incluso le preguntó qué programa le gustaría. Y bueno, como el último espectáculo en el que apareció diez años atrás fue cancelado para dar paso a la *Sinfonía total* de Ray Alto, puedes adivinar cuál eligió.

Merrill asintió.

—Todo encaja. Emitimos desde el estudio de conciertos. Una sola sinfonía ultrasónica, sin interrupciones de la emisora, sin ni siquiera un comentario. Tu primer estreno mundial en tres años. Habrá una gran audiencia invitada. Será una gran gala, algo así como en los viejos tiempos. La venganza es dulce. —Sacudió la cabeza con tristeza—. ¡Diablos, todo ese trabajo!

—No te preocupes, no será en vano —espetó Alto—. ¿Por qué deberíamos pagar la deuda de LeGrande? Esta sinfonía es la única pieza de música seria que he escrito desde que me uní a Video City y no me la van a arruinar. —Se acercó a Mangon y se sentó a su lado—. Esta tarde he ido al estudio donde ensaya. Han encontrado un piano antiguo de estudio en alguna parte y la acompañará uno de los músicos que solían tocar con ella en los viejos tiempos. Mangon, han pasado diez años desde que ella cantó por última vez. Si hubiera practicado durante dos o tres horas diarias, podría haber conservado su voz, pero tú barrías su emisora de radio y sabes que no ha cantado una sola nota. Ahora es una mujer mayor. Lo que el tiempo no ha hecho en ella lo habrá conseguido la cocaína y la autocompasión. —Hizo una pausa, mirando inquisitivamente a Mangon—. Odio decirlo, Mangon, pero sonaba como un gato al que estuvieran estrangulando.

«Mientes —pensó Mangon con frialdad—. Simplemente eres tan ignorante, y tu gusto musical está tan degradado, que eres incapaz de reconocer el genio cuando lo ves». Miró a Alto con desprecio, sentía lástima por el hombre y sus absurdas sinfonías silenciosas. Tenía ganas de gritar: «¡Yo sé lo que es el silencio! La voz de la Gioconda es un chorro de oro, fundido y puro, que encontrará de nuevo, como yo he encontrado la mía». Sin embargo, algo en la actitud de Alto le aconsejó que se contuviera.

Dijo:

—Entiendo. Entonces, ¿qué quiere que haga?

Alto le dio una palmada en el hombro.

—Buen chico. Créeme, así la ayudarás a largo plazo. Lo que propongo es salvarnos todos de hacer el ridículo. Tenemos que enfrentarnos a LeGrande, incluso si eso significa que nos echen de Video City. ¿De acuerdo, Paul? —Merrill asintió con firmeza, y Alto prosiguió—. La orquesta continuará como está previsto. De acuerdo con el programa, *Madame Gioconda* comenzará a cantar en mitad de *Opus cero*, pero esto no significa que la conexión se haga en ese momento. De hecho, ella no aparecerá hasta la noche. Estará en una plataforma especial y el único micrófono será una antena a unos seis metros en diagonal por encima de ella. Comenzará a cantar, pero su voz nunca llegará al micrófono. Porque tú, Mangon, estarás en la cabina de la mesa de mezclas, directamente frente a ella, con el sonovac más potente del que podamos echar mano. Tan pronto como abra la boca, lo conectarás. Ella estará al menos a tres metros de ti, por lo que se oirá a sí misma y no sospechará lo que está pasando.

—¿Qué pasa con el público? —preguntó Merrill.

—Estará escuchando mi sinfonía, disfrutando de una experiencia neurofónica de poder y belleza suficientes, espero, como para distraerlos de la vista de una *prima donna* desaliñada y envuelta en una neblina de cocaína. Probablemente pensarán que está dirigiendo. Recuerden: puede que esperen que cante, pero ¿cuántas personas saben hoy en día cuál es el verdadero significado de la palabra «cantar»? La mayoría asume que es por ultrasonidos.

—¿Y LeGrande?

—Estará en las Bermudas. Conferencia de negocios.

## 5

*Madame Gioconda* estaba sentada ante el tocador, pintándose la cara como una máscara de carnaval. A su lado, el gramófono reproducía estridentes selecciones sonoras de *La Traviata*. El escenario era un revoltijo desordenado, pero ahora se intuía un propósito final.

Caminando entre los decorados, Mangon se acercó a hasta ella en silencio y la

besó en el hombro desnudo. Ella se levantó con un alarde, un enorme monumento de mujer con un magnífico vestido de seda negro que brillaba con miles de lentejuelas.

—Gracias, Mangon —le cantó cuando la felicitó.

Sacó un sombrero que colocó sobre la cama y extrajo de su interior una larga pluma de pavo real que se insertó en el peinado.

Mangon había llegado a las seis, varias horas antes de lo habitual; durante los últimos días se había sentido cada vez más inquieto. Estaba convencido de que Alto estaba equivocado, y sin embargo la lógica estaba firmemente de su lado. ¿Se habría conservado bien la voz de *Madame Gioconda*? Cuando hablaba, a menos que estuviera siendo deliberadamente muy dulce, su voz era áspera y desigual, y últimamente eso se había acentuado aún más. Supuso que a solo una semana de su reaparición, los nervios la volvían irritable.

Una vez más iba a salir, como había hecho casi todas las noches. Nunca decía con quién, y probablemente iría a los restaurantes de los teatros, para renovar los contactos con los agentes y los productores. Le hubiera gustado ir con ella, pero se sentía fuera de lugar en aquel plano de la existencia de *Madame Gioconda*.

—Mangon, no volveré hasta muy tarde —le advirtió—. Pareces un poco cansado y estás pálido. Mejor vete a casa y duerme un poco.

Mangon se dio cuenta de que aún llevaba puesta su gorra amarilla de visera. Inconscientemente había presentido que no pasaría la noche allí.

—¿Quieres ir a los vertederos mañana? —preguntó.

—Humm... No creo. Me produce dolor de cabeza. Vamos a dejarlo por un par de días. —Se volvió a él con una gran sonrisa, los ojos le brillaban por una repentina oleada de afecto—. Adiós, Mangon, ha sido maravilloso verte.

Se agachó y apretó su mejilla contra la de él, envolviéndolo en una fuerte ola de perfume y polvos de maquillaje. En un instante todas sus dudas y preocupaciones se evaporaron. Esperaba verla al día siguiente, seguro de que pasarían juntos el futuro.

Después de que ella se fuera, Mangon deambuló durante media hora más por el estudio de sonido vacío, sumido en sus recuerdos. Luego se dirigió al callejón y regresó a su cabaña.

A medida que se acercaba el día de la actuación de *Madame Gioconda* aumentaba la ansiedad de Mangon. Había ido dos veces al estudio de conciertos de Video City y había ensayado con Alto su entrada desde el escenario a la cabina de la mesa de mezclas, un pequeño compartimiento en el pasillo utilizado por los ingenieros electrónicos. Había comprobado las conexiones y pedido el sonovac a la sección de servicios —un modelo de alta resistencia, utilizado para el blindaje de personalidades y comentaristas televisivos en los aeropuertos—, y montado la boquilla.

Alto se subió a la tarima elevada destinada a *Madame Gioconda* y gritó con todas sus fuerzas hacia Merrill, que estaba sentado en la tercera fila de la platea.

—¿Has oído algo? —le preguntó después.

Merrill negó con la cabeza.

—Nada, ni siquiera una vibración.

Abajo, Mangon pulsó la palanca de liberación de sonidos del sonovac, del cual salió un prolongado: «Ciiinco... Cuaaatro... Treeees... Dooooos... Uuuuno...».

—Bastante bien —decidió Alto. Al más puro estilo de Chicago, escondieron el sonovac en la funda de un violonchelo y lo guardaron en la oficina de Alto.

—¿Quieres oírla cantar, Mangon? —le preguntó Alto—. Estará ensayando ahora mismo.

Mangon vaciló, y después lo rechazó:

—Es trágico que ella sea incapaz de ver la verdad por sí misma —comentó Alto—. Su mente se quedó estancada hace quince o veinte años, cuando cantaba sus grandes papeles en la Scala. Esa es la voz que oye, la voz que siempre oírás.

Mangon meditó sobre aquello. Una vez trató de preguntarle a Gioconda cómo iban sus sesiones de práctica, pero ella eludió la respuesta, contestando con evasivas. La veía cada vez menos. Cuando iba a la emisora, siempre estaba a punto de salir, o muy cansada y con ganas de deshacerse de él. Sus viajes a la empalizada habían cesado. Él lo aceptaba todo como algo inevitable; después de la actuación, se aseguraba a sí mismo, después de su triunfo, ella volvería con él.

Advirtió, sin embargo, que comenzaba a tartamudear.

La última tarde, unas horas antes de la actuación de esa misma noche, Mangon condujo hasta la calle F por última vez. No había visto a *Madame* Gioconda el día anterior y quería estar con ella y darle los ánimos que seguro que necesitaría.

Cuando entró en el callejón, le sorprendió ver dos grandes camiones de mudanzas aparcados a la entrada de la emisora. Cuatro o cinco hombres cargaban los muebles y los grandes decorados de la sala de sonido.

Mangon corrió hacia ellos. Uno de los camiones ya estaba lleno y reconoció los muebles de *Madame* Gioconda en su interior: el armario rococó y el tocador, el sofá, la enorme cama de Desdémona, todos envueltos en papel de embalar. Mientras los miraba sintió que una parte de sí mismo había sido arrancada y alejada cruelmente. A la luz del día, los raídos decorados habían perdido toda ilusión de realidad, y con ellos, la relación de amistad de Mangon con *Madame* Gioconda parecía haber sido desmantelada.

Un último trabajador salió con el cojín dorado bajo el brazo y lo arrojó al interior del segundo camión. El capataz cerró las puertas y fue hacia la cabina del conductor.

—¿Adón... Adónde van? —preguntó Mangon impaciente.

El capataz lo miró de arriba abajo.

—Tú eres el barrendero, ¿verdad? —Señaló la emisora con el pulgar—. La vieja dijo que había un mensaje para ti ahí dentro. Yo no lo he visto.

Mangon lo dejó allí, corrió hasta el vestíbulo, y subió la escalera hacia el estudio 2. Los hombres de la mudanza habían bajado las persianas y una luz gris inundaba la

sala polvorienta. Sin los decorados el espacio parecía desnudo, en ruinas.

Corrió por el pasillo, preguntándose por qué *Madame Gioconda* habría decidido marcharse sin decírselo.

El escenario estaba vacío. Los atriles habían sido pateados, la estufa estaba a un lado, rodeada de tres o cuatro cacerolas viejas, en el suelo multitud de papeles, cenizas y frascos vacíos.

Mangon buscó el mensaje, probablemente clavado en algún tabique.

Entonces oyó el sonido que emergía de las paredes, violento y conciso:

«¡ALÉJATE DE MÍ, CRIATURA ESTÚPIDA! ¡NO INTENTES VERME DE NUEVO!».

Retrocedió, involuntariamente trató de gritarle a las paredes de su alrededor, que parecían derrumbarse sobre su cabeza, pero la voz se le había congelado en la garganta.

Cuando entró en el pasillo, debajo el escenario, poco antes de las ocho y veinte, Mangon podía oír los sonidos del público que llegaba y se dirigía a sus asientos. El estudio estaba casi lleno, y se elevaba una confusión de conversaciones de gente adinerada. Las luces se apagaron en el corredor y se encendieron unos focos, y pudo notar los cambios en la atmósfera mientras los músicos afinaban sus instrumentos en el escenario.

Mangon se deslizó más allá de los técnicos que manejaban el equipo neurofónico de la orquesta, tratando de disimular lo mejor posible la enorme funda del violonchelo. Todos estaban muy ocupados conectando los circuitos y comprobando los relés, y él llegó a la cabina de la mesa de mezclas sin ser visto.

La cabina estaba casi a oscuras, unos rayos de luz de colores se filtraban entre los pétalos rosas y blancos de los crisantemos apilados que disimulaban la mesa de mezclas. Cerró la puerta, abrió la funda, sacó el sonovac. Se inclinó hacia delante y con las manos hizo una pequeña abertura entre las flores.

Justo frente a él pudo ver la plataforma forrada de terciopelo, equipada con un riel de metal blanco en cuyo centro habían atado una gran corona floral. Más allá estaba la orquesta, dispuesta en semicírculo, cada uno de los veinte miembros sentado frente a una especie de mostrador donde descansaba su instrumento generador de tonos y el tubo catódico. Estaban todos presentes y la luz reflejada de los focos lanzaba un resplandor fosforescente contra la pared plateada que había detrás de ellos.

Mangon apoyó la boquilla del sonovac en la hendidura, se agachó, cogió el cable y lo enchufó.

Justo antes de las ocho y veinticinco alguien cruzó la tarima y se detuvo delante de la cabina. Mangon, agazapado, vio unos zapatos de charol y unos pantalones negros que se movían cerca de la boquilla.

—¡Mangon! —oyó que Alto lo llamaba.

Mangon lo saludó con la mano, y Alto asintió lentamente, mientras sonreía a alguien del público, y luego se dio la vuelta sobre los talones y ocupó su lugar en la

orquesta.

A las ocho y media una secuencia de luces rojas y verdes marcó el inicio del programa. El público guardó silencio, esperando a que el locutor, situado en una cabina fuera del escenario, diera paso al programa.

Un presentador apareció en el escenario, de pie a un lado de la cabina y le habló al público. Mangon se sentó en silencio en el pequeño banco de madera fijado a la pared, con la mirada perdida en la funda que contenía el sonovac. Hubo una ronda de aplausos y un foco de luz verde iluminó la tarima. El aire de la cabina empezó a endulzarse, una fresca brisa casi inmóvil se arremolinaba verticalmente a su alrededor como una rítmica onda de presión ultrasónica. Llenó las reducidas dimensiones de la cabina con un extraño eco hipnótico que atrajo su atención. En algún lugar de su mente comprendió que la sinfonía había comenzado, pero estaba demasiado preocupado para serenarse y escuchar conscientemente.

De repente, entre las flores y la boquilla del sonovac vio una gran figura blanca caminando hacia la tarima. Se deslizó de su asiento, se incorporó y miró hacia arriba.

*Madame Gioconda* había ocupado su lugar sobre la tarima. Vista desde abajo parecía enorme, una imponente catarata de brillante satén blanco que se extendía hasta sus pies. Con sus brazos extendidos y unos dedos que refulgían con piedras azules y blancas. Apenas vislumbraba su rostro, la aterradora máscara de bruja cuando se volvió de perfil mientras esperaba alguna señal fuera del escenario.

Mangon se movilizó, deslizó su mano hacia el gatillo del sonovac. Esperó, sintiendo la música subliminal y constante de la sinfonía de Alto aumentando en su interior, acelerando el tempo. Presumiblemente, el realizador que dirigía a *Madame Gioconda* esperaba la llegada de un clímax en el que introducir la primera aria.

De repente, Gioconda miró al auditorio y dio un pequeño paso hacia delante. Abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, inclinó hacia atrás la cabeza y alzó los hombros desnudos.

La onda pulsante que llegaba a la cabina se detuvo y entonces brotó un crescendo continuo. Al mismo tiempo, *Madame Gioconda* movió su cabeza y los músculos de su garganta se contrajeron con fuerza.

Cuando la explosión de sonido brotó de su garganta, el dedo de Mangon presionó firmemente el gatillo. Un instante después, antes que pudiera percatarse de ello, el estallido de sonidos llegó a sus oídos, seguido de una nota un poco más aguda que pareció topar con un obstáculo a mitad de su camino, disminuyó un poco, y luego se recuperó y siguió adelante, como un expreso en un cruce de vías.

Mangon escuchaba aturdido, con su mano presionando el gatillo del sonovac. La voz estalló en su cerebro, inundando todas las conexiones entre las células con su violencia. Era grotesco, una parodia demente de una soprano clásica. La armonía, la pureza, la cadencia habían desaparecido por completo. Áspera, cascada, su voz pasaba de una nota alta a una baja, sin controlar los intervalos de respiración, con súbitos precipicios de silencios jadeantes que caían a través del torrente volcánico, en

secuencias en las que de vez en cuando se intercalaba algún que otro pasaje de bravura. Apenas reconoció lo que estaba cantando: la canción «Toreador» de *Carmen*<sup>[2]</sup>. No podía imaginar por qué la había elegido. Incapaz de llegar a las notas altas, caía de nuevo en el ritmo del estribillo, acentuando las frases con movimientos espasmódicos de la cabeza. Al rato le falló la voz y cayó en un murmullo improvisado, luego llegó el asalto al culminante final.

Horrorizado, Mangon vio cómo dos o tres miembros de la orquesta se levantaban y desaparecían por el foro. Los demás habían dejado de tocar, desconectaban sus instrumentos y hablaban unos con otros. El público estaba obviamente inquieto; Mangon podía oír algunas voces individuales en los intervalos en que *Madame Gioconda* llenaba sus pulmones.

Detrás de él alguien llamó a la puerta. Sobresaltado, Mangon estuvo a punto de tropezar con el sonovac. Luego se agachó y arrancó la clavija de la toma de corriente, después abrió los dos cierres de la carcasa del sonovac, quitó la tapa que ocultaba las válvulas, el amplificador y el generador. Deslizó los dedos cuidadosamente alrededor de los cables y las bobinas, los agarró tan firmemente como pudo y los arrancó de un solo tirón. Rasgándolo con las uñas, desnudó el circuito impreso en la parte inferior de la carcasa y lo aplastó entre las manos.

Satisfecho, dejó caer el sonovac al suelo, escuchó un momento los aullidos procedentes del escenario, que ahora estaban siendo ahogados por las muestras de absoluto disgusto del público, y luego abrió la puerta.

Paul Merrill, con la pajarita completamente torcida en el cuello de la camisa, entró en la cabina. Miró a Mangon, a la sangre que manaba de sus dedos y al sonovac estrellado en el suelo. Agarró a Mangon por los hombros y lo sacudió bruscamente.

—Mangon, ¿estás loco? ¿Qué intentas hacer?

Mangon intentó decir algo, pero su voz había muerto. Apartó a Merrill y se abrió paso por el pasillo.

—Mangon —le gritó Merrill—. Ayúdame a arreglar todo esto. ¿Adónde vas?

Se arrodilló y trató de arreglar el sonovac.

Desde el foro, Mangon miró brevemente lo que ocurría en el escenario.

*Madame Gioconda* seguía cantando con voz completamente inaudible a causa del alboroto de la sala. La mitad del público se había puesto de pie, gritando hacia el escenario y aparentemente protestando ante los operarios del estudio. Todos menos unos pocos miembros de la orquesta habían abandonado sus instrumentos y permanecían sentados mirando con asombro a *Madame Gioconda*.

El director del programa, Alto y el presentador estaban frente a ella, golpeando la barandilla de la tarima y tratando de atraer su atención. Pero *Madame Gioconda* no se daba cuenta. La cabeza inclinada hacia atrás, los ojos fijos en los brillantes focos del techo, las manos gesticulando majestuosamente, recorría sus caminos privados de sonido que brotaban incansables de su garganta, el gran ángel blanco de la discordia en su vuelo de regreso.



Mangon la miró con tristeza, luego se escabulló por entre los tramoyistas que se agolpaban en el foro. Cuando salió del teatro por la puerta trasera del escenario, una pequeña multitud se estaba reuniendo en la entrada principal. Sacudió la mano bruscamente para deshacerse de la sangre que le goteaba y luego se ató un pañuelo para contenerla.

Caminó por la calle lateral hasta donde había aparcado su furgoneta, subió a ella y permaneció sentado inmóvil durante unos minutos, mirando los brillantes carteles luminosos de los bares y los escaparates que se encendían en la noche.

Buscó en la guantera el cuaderno y se lo sujetó de nuevo a la muñeca.

En sus oídos resonaba la voz de *Madame Gioconda*, cantando como un alma en pena.

Conectó el sonovac del tablero de instrumentos a todo volumen, encendió el motor y se alejó en medio de la noche.

1960

## ZONA DE TERROR

Larsen había estado esperando durante todo el día a que Bayliss, el psicólogo que vivía en el chalé de al lado, lo visitara de nuevo, como le había prometido la noche anterior. Y como era propio de Bayliss, este no había hecho especificación alguna acerca de a qué hora exacta lo haría. Hombre alto, de humor taciturno y con modales informales, se había limitado a hacer un gesto vago con la jeringuilla que sostenía en la mano mientras murmuraba que probablemente ya se verían al día siguiente. Larsen sabía condenadamente bien que su caso era demasiado interesante como para que el otro faltara a la cita. En cierto sentido, aquello afectaba tanto a Bayliss como a él mismo.

Salvo que era Larsen el que se sentía molesto: a las tres de la tarde, Bayliss todavía no había aparecido. ¿Qué estaría haciendo, a excepción de estar sentado en su sala de paredes blancas y aire acondicionado, escuchando los cuartetos de Bartok en su equipo de música? Mientras tanto, Larsen no hacía más que dar vueltas por el chalé, pasando impaciente de una habitación a otra, como un tigre con ansiedad neurótica, desayunando algo rápido, como café y anfetaminas de un alijo privado de cuya existencia Bayliss vagamente sospechaba. Dios, necesitaba aquellos estimulantes después de las dosis masivas de barbitúricos que le había recetado tras el último ataque. Trató de calmarse con la lectura de *Un análisis del tiempo psicótico*, de Kretschmer, un tomo grueso, lleno de gráficos y tablas, que Bayliss había insistido en que leyera, afirmando que estaba lleno de referencias a su caso. Larsen se había pasado un par de horas intentándolo, pero hasta entonces no había conseguido pasar del pasar del prólogo a la tercera edición.

Periódicamente se acercaba a la ventana y miraba a través de la persiana de plástico tratando de detectar el menor signo de movimiento en el chalé vecino. Más allá, el desierto aparecía bajo la luz de sol como un enorme hueso, contra el cual se recortaban los alerones rojos del Pontiac de Bayliss como las plumas erizadas de una extravagante ave fénix. Los tres chalés restantes estaban vacíos; y el complejo entero era administrado por la empresa de electrónica para la que él y Bayliss trabajaban, como una especie de centro de reposo para los altos ejecutivos y cerebros pensantes. Se había elegido un lugar en el desierto por sus virtudes hipotensoras y su supuesta equivalencia al cero psíquico. Dos o tres días de lectura pausada, de contemplar el horizonte inmóvil, y los umbrales de tensión y de ansiedad se elevaban hasta alcanzar niveles más útiles.

Sin embargo, dos días allí, reflexionó Larsen, y casi se había vuelto loco. Por suerte Bayliss estaba allí al lado con su jeringa hipodérmica. Pero aquel hombre era sin duda muy informal a la hora de supervisar a sus pacientes, ya que los abandonaba

a sus propios recursos. De hecho, mirando hacia atrás, Larsen había sido el responsable de casi todo su diagnóstico. Bayliss hacía poco más que apretar la jeringa hipodérmica, ponerle el libro de Kretschmer en las manos y ofrecerle algún pequeño consejo.

Tal vez estaba esperando algo.

Larsen trató de decidir si lo telefoneaba con algún pretexto o no. Su número —el cero en el sistema interno— era casi demasiado atractivo. Entonces oyó el ruido de una puerta al cerrarse y vio la figura alta y angulosa del psicólogo que cruzaba la separación de cemento entre los dos chalés, con la cabeza baja, pensativo.

«¿Dónde está su maletín? —pensó Larsen casi decepcionado—. No me digas que me va a poner freno a los barbitúricos. Tal vez quiera probar con la hipnosis. Montones de sugerencias posthipnóticas que me pondrán cabeza abajo mientras me afeito».

Bayliss miró a su alrededor, inquieto, cuando entró en la sala.

—¿Dónde demonios ha estado? —le preguntó—. ¿Se da cuenta de que son casi las cuatro?

Bayliss se sentó tras el pequeño escritorio del centro del salón y miró de nuevo a su alrededor con ojo crítico.

—Por supuesto que me doy cuenta de ello. No me preocupa el tiempo en absoluto. ¿Cómo se ha sentido hoy? —Le señaló una silla de respaldo recto colocada al otro lado de la mesa, frente a él—. Siéntese y trate de relajarse.

Larsen hizo un gesto de irritación con la mano.

—¿Cómo puedo relajarme mientras estoy aquí, esperando a que estalle la próxima bomba?

Comenzó su análisis de las últimas veinticuatro horas, una tarea de la que disfrutaba, y amenizó el relato con generosas dosis de comentarios especulativos.

—En realidad, esta noche ha sido más fácil. Creo que estoy entrando en una nueva zona. Todo empieza a estabilizarse cuando no miro hacia atrás todo el tiempo. He dejado las puertas abiertas en el interior, y antes de entrar en una habitación trato de extrapolar sus dimensiones, por lo que no me sorprende. Antes abría una puerta y me metía en una habitación como el hombre que cae por el hueco de un ascensor.

Larsen se paseaba de un lado a otro, haciendo crujir los nudillos. Bayliss, con los ojos medio entornados, no dejaba de observarlo.

—Estoy bastante seguro de que no tendré más ataques —continuó Larsen—. De hecho, probablemente lo mejor para mí será reincorporarme directamente a la planta de trabajo. Después de todo, no tiene sentido estar aquí indefinidamente. Me siento casi completamente bien.

Bayliss asintió y preguntó:

—En ese caso, entonces, ¿por qué está usted tan nervioso?

Exasperado, Larsen apretó los puños. Casi podía oír la arteria latándole en la sien.

—¡No estoy nervioso! Por el amor de Dios, Bayliss, pensaba que el método moderno era que el psiquiatra y el paciente compartieran la enfermedad, que olvidaran sus propias identidades y aceptaran las mismas responsabilidades. Y usted trata de evadirse...

—Se equivoca —le interrumpió Bayliss con firmeza—. Acepto la responsabilidad por usted. Por eso quiero que se quede aquí hasta que solucionemos todo el asunto.

Larsen soltó un bufido.

—Ahora está tratando de que esto parezca salido de una película de terror. Todo lo que tuve fue una simple alucinación. Y ni siquiera estoy completamente seguro de que fuera eso. —Señaló a través de la ventana—. Al abrir la puerta del garaje, con este sol tan brillante, bien podría haber sido una sombra.

—Pero usted dio una descripción muy exacta —comentó Bayliss—. El color del pelo, el bigote, la ropa que llevaba.

—Retroproyección. Los detalles en los sueños también parecen auténticos. —Se movió inquieto en la silla—. Otra cosa. No creo que usted esté siendo totalmente sincero.

Sus ojos se encontraron. Bayliss estudió a Larsen detenidamente durante un momento, fijándose en sus pupilas dilatadas.

—¿Y bien? —insistió Larsen.

Bayliss se abrochó la chaqueta y se dirigió hacia la puerta.

—Le llamaré mañana. Mientras tanto, trate de descansar un poco. No quiero alarmarle, Larsen, pero este problema puede ser algo más complicado de lo que imagina.

Sacudió la cabeza, y salió de allí antes de que Larsen pudiera replicar.

Larsen se acercó a la ventana y vio al psicólogo desaparecer en su chalé. Nublado por un momento, el sol apareció otra vez asentándose intensamente en el paisaje. Uno minutos después, las notas de uno de los cuartetos de Bartok gimieron impacientes en el aire.

Larsen volvió a la mesa se sentó ante el escritorio, con los codos hacia delante, en un gesto agresivo. Bayliss le irritaba con su música neurótica y sus diagnósticos imprecisos. Sintió la tentación de coger el coche e irse al trabajo de inmediato. En un sentido estricto, sin embargo, el psicólogo tenía un cargo superior al suyo en la jerarquía interna, y probablemente tenía autoridad ejecutiva sobre él mientras estuviera en el chalé, puesto que los cinco días que llevaba allí corrían por cuenta de la empresa.

Miró la sala de estar vacía, observando las interesantes sombras horizontales que las persianas proyectaban contra la pared, escuchando el suave murmullo del aire acondicionado. Su discusión con Bayliss lo había espabilado y se sentía sereno y confiado. Pero aún estaba un poco molesto e inquieto por la tensión pasada y tenía dificultades para apartar los ojos de las puertas abiertas del dormitorio y de la cocina.

Había llegado al chalé cinco días antes, agotado y sobreexcitado, al borde de un

colapso nervioso total. Durante tres meses había estado trabajando sin descanso en la programación del complejo sistema de circuitos de un gran simulador cerebral que la División de Diseños Avanzados de la empresa estaba construyendo para una de las fundaciones psiquiátricas más importantes. Era una réplica electrónica completa del sistema nervioso central, cada nivel de la columna representado por un solo ordenador; otros almacenaban bancos de memoria en los cuales el sueño, la tensión, la agresión y otras funciones psíquicas se codificaban y almacenaban, formando bloques que podían reproducir en el simulador del sistema nervioso central para construir modelos de estados de disociación y síndromes de abstinencia; o cualquier otro complejo psicológico bajo demanda.

El equipo de diseñadores que trabajaba en el simulador estaba vigilado atentamente por Bayliss y sus colaboradores, y así es como las pruebas semanales revelaron el grado de fatiga psicológica de Larsen. Finalmente, Bayliss lo apartó del proyecto y lo envió al desierto durante tres días para que se recuperara.

Larsen se había alegrado de escapar de allí. Los dos primeros días había vagado sin rumbo por los chalés desiertos de los alrededores, agradablemente dopado por los barbitúricos que Bayliss le había recetado, contemplando el desierto blanco y acostándose a las ocho de la tarde, y durmiendo hasta el mediodía. Cada mañana, el conserje venía de la ciudad para hacer la limpieza y preparar la comida, pero Larsen nunca lo había visto. Le gustaba estar solo. No veía a nadie deliberadamente, cosa que le permitía restablecer los ritmos naturales de su mente, y sabía que no tardaría en recuperarse.

De hecho, la primera persona que había visto fue como salida de una pesadilla.

Cuando recordaba el encuentro todavía se estremecía.

Después del almuerzo del tercer día decidió dar un paseo por el desierto y examinar una antigua mina de cuarzo en uno de los cañones. Sería un viaje de dos horas y se preparó un termo de martini con hielo. El garaje estaba al lado del chalé, junto a la puerta trasera, la que daba a la cocina, y estaba equipada con una persiana de acero que se abría y cerraba verticalmente.

Larsen había cerrado la puerta de chalé detrás de él, y luego levantó la puerta del garaje y sacó el coche a la entrada. Regresó a por el termo que había dejado en el banco de trabajo de la parte de atrás del garaje, y entonces se fijó en una lata llena de gasolina que estaba abandonada en un rincón en las sombras. Se detuvo un instante, calculó los kilómetros del recorrido y decidió llevársela con él. La llevó hasta el coche y después volvió a cerrar la puerta del garaje.

La persiana no estaba subida por completo cuando la abrió por primera vez, sino que le quedaba a la altura de la barbilla. Apoyó su peso en la barra y logró bajarla unos centímetros, pero la inercia era demasiado para él. La luz del sol se reflejaba en los paneles de acero y lo deslumbraba. Antes de presionar con las palmas, tiró de ella hacia arriba un poco con la intención de aumentar el empuje hacia abajo.

El espacio era pequeño, no más de seis centímetros, pero suficiente para ver el

interior del garaje a oscuras.

Escondido entre las sombras contra la pared del fondo, cerca del banco de trabajo, se destacaba la figura borrosa pero inconfundible de un hombre. Inmóvil, con los brazos caídos a los costados, observaba a Larsen. Vestía un traje crema —cubierto por parches de sombra que le daban un curioso aspecto fragmentado—, una camisa de un azul muy nítido, y calzado de deporte de dos colores. Aquel hombre era de complexión robusta, bigote estilo cepillo, rostro regordete y unos ojos que miraban fijamente a Larsen pero que de alguna manera parecían enfocados en un punto más allá de él.

Sin soltar las manos de la puerta, Larsen miró boquiabierto al hombre. No solo era imposible que hubiera podido entrar en el garaje, ya que no había ventanas ni puertas laterales, sino que mostraba una postura un tanto agresiva.

Larsen estaba a punto de llamarle, cuando el hombre se adelantó y dio un paso fuera de las sombras y en su dirección.

Aterrorizado, Larsen retrocedió. Las manchas oscuras en el traje del hombre no eran sombras en absoluto, sino el contorno del banco de trabajo que estaba justo tras él.

El cuerpo y las ropas del hombre eran transparentes.

Saliendo de su abstracción, Larsen agarró la puerta del garaje y la impulsó hacia abajo. Echó el cerrojo y lo mantuvo presionado con ambas manos y ambas rodillas.

Medio paralizado por calambres y casi sin aliento, con el traje empapado de sudor, seguía presionando la puerta cuando apareció Bayliss, treinta minutos más tarde.

Nervioso, Larsen tamborileó con los dedos sobre la mesa. Se levantó y fue a la cocina. Apartado de los barbitúricos destinados a tranquilizarlo, las tres anfetaminas habían empezado a hacer que se sintiera inquieto y sobreestimulado. Conectó la cafetera eléctrica y volvió a desconectarla, merodeó de nuevo por la sala y se sentó en el sofá con el ejemplar de Kretschmer.

Leyó unas cuantas páginas, cada vez más impaciente. No veía la luz que Kretschmer podía arrojar sobre su problema, la mayoría de las historias clínicas descritas eran acerca de esquizofrénicos profundos y paranoicos irreversibles. Su problema era mucho más superficial, una aberración momentánea debida a la sobrecarga de trabajo. ¿Es que Bayliss no lo veía así? Por alguna razón, el otro parecía desear inconscientemente una crisis mayor, probablemente porque él, el psicólogo, deseaba en secreto convertirse en el paciente.

Larsen lanzó el libro a un lado y miró por la ventana hacia el desierto. De repente, el chalé le pareció oscuro y estrecho, un enfoque claustrofóbico de agresiones reprimidas. Se levantó, abrió la puerta y salió al aire libre.

Agrupados en semicírculo, los chalés parecían hundirse en el suelo mientras caminaba por el camino de cemento a unos cien metros de distancia. Las montañas se

alzaban imponentes. Caía la tarde y estaba oscureciendo, y el cielo era de un azul vibrante, los colores cada vez más intensos, superpuestos a las enormes franjas de sombra proyectadas por las montañas contra el horizonte. Larsen se volvió a mirar las casas. No había ninguna señal de movimiento, excepto el eco débil y disonante de la música que ponía Bayliss. De repente, toda la escena le pareció irreal.

Mientras reflexionaba sobre esto sintió que algo cambiaba dentro de su cabeza. La sensación era indefinida, como si algo previsto no se hubiera materializado, o como una intención olvidada. Trató de recapitular, incapaz de recordar si había apagado la cafetera eléctrica.

Regresó al chalé y se dio cuenta de que se había dejado abierta la puerta de la cocina. Cuando iba a cerrarla y pasaba justo por delante de la ventana del salón, miró al interior.

Había un hombre sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y la cara oculta por el volumen de Kretschmer. Por un momento, Larsen pensó que Bayliss había ido a verlo y siguió caminando, dispuesto a preparar café para los dos. Y entonces se dio cuenta de que la música seguía sonando en el chalé de Bayliss.

Regresando sobre sus pasos con mucho cuidado, regresó de nuevo a la ventana del salón. El rostro del hombre continuaba oculto, pero una sola mirada le confirmó que el visitante no era Bayliss. Llevaba el mismo traje de color crema que Larsen había visto dos días antes y el mismo calzado en dos colores. Pero esta vez el hombre no era una alucinación, sus manos y sus ropas eran sólidas y tangibles. El hombre cambió de posición en el sofá, se acomodó sobre uno de los cojines, y pasó una página del libro, doblando el lomo entre las manos.

Con el pulso acelerado, Larsen se apoyó en el alféizar de la ventana. Algo en el hombre, en su postura, en la forma en que levantaba las manos, lo convenció de que lo había visto antes de su rápido encuentro en el garaje.

Entonces, el hombre cerró el libro y lo lanzó a un lado en el sofá. Miró por la ventana, con sus ojos a solo unos pocos centímetros del rostro de Larsen.

Hipnotizado, Larsen le devolvió la mirada. Reconoció al hombre sin lugar a dudas: el rostro regordete, los ojos nerviosos, el bigote demasiado espeso. Ahora por fin podía verlo con claridad y se dio cuenta de que lo conocía muy bien, mejor que nadie sobre la Tierra.

Aquel hombre era él mismo.

Bayliss sacó la jeringuilla con aguja hipodérmica de su maletín y la colocó sobre la tapa del tocadiscos.

—Alucinación es un término completamente erróneo —le dijo a Larsen, que yacía tendido en el sofá de Bayliss, débil, tratando de recuperarse bebiéndose un vaso de *whisky* caliente—. Deje de usarlo. Solo es una imagen psicorretinal de notable intensidad y duración, pero no una alucinación.

Larsen asintió débilmente. Había llegado a casa de Bayliss una hora antes,

literalmente fuera de sí a causa del miedo. Bayliss lo había calmado y luego lo arrastró de vuelta a través del camino de cemento hasta la ventana del salón para que aceptara que su doble había desaparecido. Bayliss no estaba en absoluto sorprendido por la identidad del fantasma, y eso preocupó a Larsen casi tanto como la propia alucinación. ¿Qué se guardaba Bayliss en la manga?

—Me sorprende que no se haya dado cuenta antes de que era usted mismo —comentó Bayliss—. Su descripción del hombre del garaje era muy evidente: el mismo traje color crema, los mismos zapatos de dos colores, la misma camisa, la misma constitución física e incluso el bigote.

Un poco más recuperado, Larsen se incorporó. Se alisó el traje crema y se sacudió el polvo de sus zapatos marrones y blancos.

—Gracias por avisarme. Ahora todo lo que tiene que hacer es decirme quién es él. Bayliss se sentó en una de las sillas.

—¿Qué quiere decir con que quién es él? Él es usted, por supuesto.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué? ¿De dónde viene? ¡Dios, me estoy volviendo loco!

—No, no lo está. Contrólese. Es un trastorno puramente funcional, como la visión doble o la amnesia, nada más grave. Si lo fuera, lo habría sacado de aquí hace tiempo. Tal vez debería hacerlo de todos modos, pero creo que podremos encontrar una manera segura de salir de este laberinto en el que se ha metido.

Sacó una libreta del bolsillo del pecho.

—Vamos a echar un vistazo a lo que tenemos. Ahora destacan dos características. La primera, el fantasma es usted mismo. No hay duda sobre eso, él es una réplica exacta de usted. Y lo que es más importante aún, es usted tal y como usted es ahora, su contemporáneo exacto en el tiempo, no idealizado, sin mutilaciones. No es el maravilloso héroe juvenil del superego, ni el demacrado anciano gris que desea la muerte. Es, simplemente, un doble fotográfico. Presiónese con suavidad hacia un lado uno de sus ojos con el dedo y verá un doble mío. Su doble no es más inusual, con la excepción de que el desplazamiento no es en el espacio, sino en el tiempo. La segunda cosa que me llamó la atención de su descripción distorsionada del fantasma es que no solo es un doble fotográfico, sino que hace exactamente lo que usted ha hecho unos minutos antes. El hombre del garaje estaba de pie junto al banco de trabajo, donde estuvo usted mientras decidía si cogía la lata de gasolina o no. Después, el hombre que leía en su sofá repetía exactamente lo que usted había hecho con el mismo libro cinco minutos antes. Incluso miró por la ventana, como hizo usted antes de salir a dar un paseo.

Larsen asintió, y le dio un sorbo a su *whisky*.

—¿Está sugiriendo que la alucinación no es más que un *flashback* mental?

—Precisamente. El flujo de imágenes de la retina que alcanza el lóbulo óptico no es sino una especie de película. Cada imagen se almacena allí, millares de carretes, cientos de miles de horas, de acciones. Por lo general, estos *flash-backs* son deliberados si seleccionamos de un modo consciente algunas imágenes confusas de



nuestra filmoteca: una escena de la infancia o la imagen de las calles de nuestro barrio, que llevamos todo el día con nosotros cerca de la superficie de la conciencia. Pero cuando ese proyector se altera debido a un sobreesfuerzo podría darse el caso de que a esas imágenes se superpusiera una tira irrelevante de película ya expuesta. En su caso, una visión de usted mismo sentado en el sofá. Esa aparente irrelevancia es lo que resulta tan aterrador.

Larsen hizo un gesto con el vaso.

—Pero, espere un minuto. Cuando yo estaba sentado en el sofá leyendo a Kretschmer no me veía a mí mismo, o no más de lo que puedo verme ahora mismo. Entonces ¿de dónde salen esas imágenes superpuestas?

Bayliss guardó su cuaderno.

—No tome la analogía de la tira de película demasiado al pie de la letra. Usted no puede verse a sí mismo sentado en el sofá, pero su conciencia de estar allí es casi tan poderosa como cualquier confirmación visual. Es una secuencia de imágenes táctiles, posicionales y psíquicas que forman un almacén real de datos. Se necesita muy poca extrapolación para transponer el ojo del observador a unos metros al otro lado de la habitación. De todos modos, los recuerdos puramente visuales no son completamente precisos.

—¿Cómo se explica entonces el hecho de que el hombre que vi en el garaje fuera transparente?

—En pocas palabras, el proceso no había hecho más que empezar y la intensidad de la imagen era débil. La imagen que ha visto esta tarde era mucho más intensa. Dejé de administrarle barbitúricos a propósito, a sabiendas de que esos estimulantes que estaba tomando a escondidas interaccionaban. —Se acercó a Larsen, cogió su vaso y se lo llenó de nuevo—. Pero pensemos en el futuro. El aspecto más interesante de todo esto es la luz que arroja sobre uno de los arquetipos más antiguos de la psique humana, el fantasma, y todo el ejército sobrenatural de espíritus, brujas, demonios, etcétera. De hecho, ¿son algo más que impresiones psicorretinales, imágenes transpuestas del propio observador, lanzadas a la pantalla de la retina por el miedo, la pérdida, la obsesión religiosa? Lo más destacable de la mayoría de los fantasmas es su forma tan prosaica, si los comparamos con las elaboradas producciones literarias de los grandes místicos y soñadores. La vaporosa sábana blanca es, probablemente, el propio camisón de dormir del observador. Es un campo interesante para la especulación. Por ejemplo, tomemos el fantasma más famoso de la literatura y piense en cuánto más sentido tiene Hamlet si se valora la posibilidad de que el fantasma de su padre muerto sea en realidad el propio Hamlet.

—Está bien, está bien —cortó Larsen, irritado—. Pero ¿cómo me ayuda todo esto?

Bayliss interrumpió su reflexión y paseó de un lado a otro pero sin perder de vista a Larsen.

—Ahora llegaré a eso. Hay dos maneras de hacer frente a su situación. La técnica

clásica es atiborrarlo de tranquilizantes y confinarlo en una cama durante un año más o menos. Poco a poco su mente se iría recobrando. Pero es un trabajo muy largo, que lo aburriría tanto a usted como a los demás. El método alternativo es, francamente, experimental, pero creo que podría funcionar. He mencionado el fenómeno de los fantasmas porque es un hecho interesante que, aunque ha habido decenas de miles de casos registrados de personas perseguidas por fantasmas, e incluso de algunos fantasmas perseguidos a su vez por otros fantasmas, no se ha registrado ningún caso de fantasmas y observadores reuniéndose por su propia voluntad. Dígame, ¿qué hubiera pasado si al ver a su doble esta tarde hubiera entrado directamente en la sala de estar y le hubiera hablado?

Larsen se estremeció.

—Obviamente nada, si sus teorías son correctas. Pero no me gustaría probarlo —murmuró Larsen.

—Pues eso es lo que va a hacer. No tenga miedo. La próxima vez que vea a su doble sentado en un sofá leyendo a Kretschmer, hable con él. Si no responde, siéntese usted en el sofá. Es todo lo que tiene que hacer.

Larsen se levantó gesticulando.

—Por el amor de Dios, Bayliss, ¿está loco? ¿Sabe lo que es verse a uno mismo? Lo único que se desea es correr.

—Lo sé, pero eso es lo peor que puede hacer. ¿Por qué, cuando alguien se encuentra con un fantasma, este no desaparece de inmediato? Porque ocupan forzosamente las mismas coordenadas físicas, mientras el doble solo se proyecta por el canal psíquico. Las dos corrientes separadas de imágenes en la retina coinciden y se fusionan. Debe intentarlo, Larsen. Puede ser un gran esfuerzo, pero se curará de una vez por todas.

Larsen sacudió la cabeza obstinadamente.

—La idea en sí ya es una locura. —Y añadió para sí mismo—: Prefiero acabar con eso a tiros.

Entonces recordó el revólver del calibre 38 que tenía en su maleta, y la presencia del arma le dio una sensación de seguridad que no le habían dado ni los medicamentos ni los consejos de Bayliss. El revólver era un simple símbolo de agresión, y aunque el fantasma fuera solo un intruso en su propia mente, el arma le daba la posibilidad de disipar la energía del doble.

Escuchó a Bayliss con los ojos medio cerrados por el cansancio. Y media hora más tarde regresó a su chalé. Encontró el revólver y lo escondió dentro de una revista en el buzón de la puerta. Resultaba demasiado evidente llevarlo encima, y además podía disparársele accidentalmente y herirle. Allí fuera, al otro lado de la puerta de entrada, estaba en un lugar seguro y sin embargo de fácil acceso, listo para repartir castigo a la antigua usanza a cualquier doble que tratara de entrar en el juego.

Dos días más tarde llegó la esperada oportunidad de vengarse.

Bayliss había ido en coche hasta la ciudad para comprar una nueva aguja para su quipo de sonido, dejando que Larsen preparara la comida para ambos mientras estaba ausente. Larsen fingió que se le hacía muy pesada la tarea que se le encomendaba, pero en el fondo se alegraba de tener algo que hacer. Estaba harto de vagabundear por las casas de los alrededores mientras Bayliss lo observaba como si fuera un animal de laboratorio, a la espera de la próxima crisis. Con un poco de suerte eso no volvería a ocurrir, aunque solo fuera por molestar a Bayliss, que lo había llevado todo solo a su manera.

Después de poner la mesa en la cocina de Bayliss y preparar un montón de hielo para los martinis —el alcohol era, había decidido Larsen, un maravilloso depresivo del sistema nervioso central—, volvió a su chalé y se puso una camisa limpia. Obedeciendo a un impulso, decidió cambiarse de zapatos y también de traje, así que rescató el de sarga azul y los zapatos Oxford negros que había llevado en su paseo por el desierto. No solo le molestaban las asociaciones del traje de crema y los zapatos deportivos, sino que un cambio completo de vestuario bien podía prevenir la aparición del doble, proporcionándole una nueva imagen psíquica de sí mismo lo suficientemente poderosa como para eliminar cualquier versión errante. Al mirarse al espejo decidió llevar el intento aún más lejos. Enchufó la máquina de afeitar y se cortó el bigote. Luego se revolvió el cabello y volvió a peinárselo hacia atrás con los dedos.

La transformación fue eficaz. Cuando Bayliss salió de su coche y entró en el salón casi no reconoció a Larsen. Estuvo a punto de estremecerse de extrañeza al ver a la elegante figura de cabellos lisos y traje oscuro que salió de detrás de la puerta de la cocina.

—¿A qué demonios está jugando? —le espetó Bayliss—. No es momento para bromas. —Contempló a Larsen con ojo crítico—. Parece un detective barato.

Larsen soltó una carcajada. El incidente lo había puesto de muy buen humor, y después de varios martinis empezó a sentirse hasta casi radiante. Extrañamente, sin embargo, y de eso se dio cuenta poco después de regresar a su propio chalé, Bayliss parecía ansioso por deshacerse de él. El pulso de Larsen se había acelerado. Iba de un lado a otro del salón en tensión. Sentía el cerebro acelerado, hiperactivo. Los martinis solo eran responsables en parte de ese júbilo. Ahora que el efecto del alcohol ya había disminuido comprendió que el agente era otro: algún estimulante que Bayliss le había dado con la esperanza de precipitar otra crisis.

Larsen se quedó junto a la ventana, mirando con enojo hacia el chalé de Bayliss. La absoluta falta de escrúpulos del psicólogo lo indignó. Con dedos nerviosos apartaba una y otra vez la persiana para poder ver mejor. De repente tuvo ganas de patear todo lo que tenía a su alrededor. Con sus paredes de madera contrachapada y sus muebles como cajas de cerillas, el chalé no era más que un refugio de cartón. Todo lo que había ocurrido allí, las crisis y los fantasmas de pesadilla, probablemente habían sido provocados por Bayliss a propósito.

Larsen se dio cuenta de que el estimulante parecía ser muy poderoso. El efecto era persistente e ininterrumpido. Trató desesperadamente de relajarse, se fue al dormitorio, revolvió su maleta y encendió dos cigarrillos sin darse cuenta.

Finalmente, incapaz de contenerse por más tiempo, abrió la puerta y salió al exterior, decidido a aclararlo todo con Bayliss y exigirle un sedante de efecto inmediato.

El salón de Bayliss estaba vacío. Larsen entró en la cocina y en la alcoba y descubrió para su disgusto que Bayliss estaba en la ducha. Se quedó en el salón durante unos minutos, y luego decidió esperar en su chalé.

Con la cabeza gacha, cruzó a grandes pasos bajo la ardiente luz del sol, y estaba a solo a unos pasos de la puerta oscura cuando se dio cuenta de que un hombre con traje de sarga azul lo observaba desde allí.

Sobresaltado, Larsen retrocedió al reconocer a su doble, incluso antes de que él mismo se hubiera acostumbrado completamente al cambio de traje, al rostro bien afeitado y al cambio de planes. El hombre se mostraba indeciso, flexionando los dedos, y parecía a punto de dar un paso adelante y salir a la luz del sol. Larsen estaba a unos tres metros de él, directamente en el trayecto hacia la puerta de Bayliss. Retrocedió hacia la izquierda de vuelta al garaje. Allí se detuvo y se recompuso. El doble seguía dudando en el umbral, estaba seguro, porque él lo había hecho. Larsen lo miró a la cara y sintió repulsión, no tanto por la precisión absoluta de la imagen sino por una extraña pastosidad, casi luminosa, que le daba a las facciones del doble una especie de brillo ceroso de un cadáver. Fue ese brillo desagradable lo que lo hizo retroceder. Pero, además, el doble estaba a medio metro del buzón donde había escondido el 38, y Larsen no se habría acercado por nada en el mundo.

Decidió entrar en el chalé y observar al doble por detrás. En lugar de usar la puerta de la cocina, que daba acceso a la sala justo a la derecha del doble, se volvió para rodear el garaje y entrar por la ventana del dormitorio en el otro lado.

Estaba subiéndose a un montón de restos de mortero y alambre de púas detrás del garaje, cuando oyó una voz que le gritaba:

—Larsen, idiota, ¿qué cree que está haciendo?

Era Bayliss, asomado a la ventana de su cuarto de baño. Larsen tropezó, recobró el equilibrio y, enojado, se dirigió hacia Bayliss. Y Bayliss se limitó a sacudir la cabeza, e inclinarse un poco más hacia fuera para mirarlo mientras se secaba el cuello con una toalla.

Larsen volvió sobre sus pasos, haciéndole un gesto a Bayliss para que guardara silencio. Estaba cruzando el espacio entre la pared del garaje y la esquina más próxima del chalé del Bayliss, cuando por el rabillo del ojo vio una figura de pie y vestida de oscuro, con la espalda a pocos metros de la puerta del garaje.

¡El doble se había movido! Larsen se detuvo, se olvidó de Bayliss, y observó al doble con cautela. Trataba de recuperar el equilibrio, como él había hecho solo un minuto antes, con los codos levantados y agitando las manos a la defensiva. No podía

verle los ojos, pero parecía mirar a la puerta principal del chalé del Larsen.

Automáticamente, Larsen también miró hacia la puerta. La primera figura de traje azul todavía estaba allí, mirando hacia el exterior.

Ahora no había un doble, sino dos.

Por un momento, Larsen miró impotente a las dos figuras, de pie a cada lado del camino de cemento como maniqués animados en un museo de cera.

De repente, la figura que le daba la espalda se dio la vuelta y se dirigió hacia él. Miró a Larsen sin verlo, con la luz del sol dándole de lleno en la cara. Con una sacudida de puro terror, Larsen reconoció por primera vez la perfecta similitud del doble: las mismas mejillas regordetas, la misma peca en la fosa nasal derecha, el labio superior blanco donde había estado el bigote que se había afeitado, y con el mismo pequeño corte que se había hecho con la maquinilla. Pero, por encima de todo, reconoció el estado de *shock* del hombre, los labios nerviosos, la tensión del cuello y de los músculos faciales, el agotamiento que se reflejaba en su rostro tenso como una máscara.

Con la voz estrangulada, Larsen se dio media vuelta y salió corriendo.

Se detuvo junto al pequeño muro que separaba los chalés del desierto, más allá del límite del camino de cemento. Jadeando, se dejó caer sobre una rodilla y se volvió para mirar los chalés. El segundo doble recorría su camino hacia el garaje y trepaba por el montón de escombros. El otro cruzaba el espacio entre los dos chalés. Ajeno a ambos, Bayliss trasteaba con la ventana del baño, para abrirla lo suficiente para ver bien el desierto.

Tratando de no perder el equilibrio, Larsen se secó el sudor del rostro con la manga de la chaqueta. Entonces, Bayliss tenía razón, aunque él no había previsto que se pudiera ver más de una imagen durante una misma crisis. Pero, de hecho, ahora Larsen había engendrado dos en una rápida sucesión, cada una en una fase crítica durante los últimos cinco minutos. Mientras se preguntaba si debía esperar a que las imágenes se desvanecieran, recordó el revólver en el buzón. Y aunque fuera algo irracional, creyó que era su única esperanza. Con él pondría a prueba la autenticidad última de los dobles.

Los dobles corrieron en diagonal hacia el límite del camino de cemento. Inclinado hacia delante, Larsen echó a correr, deteniéndose a intervalos para observar la escena. Los dos dobles todavía mantenían sus posiciones, pero Bayliss ya había cerrado la ventana y desaparecido.

Larsen llegó al límite del cemento que se elevaba unos centímetros por encima del nivel del desierto, y avanzó hasta llegar a un viejo bidón de doscientos litros que le proporcionó un buen lugar desde el que observar. Para alcanzar el revólver decidió rodear el chalé de Bayliss y llegar a la puerta del suyo, que no estaría vigilada, excepto por el doble que observaba desde el garaje.

Estaba a punto de moverse cuando algo le hizo mirar por encima del hombro.

Corriendo en línea recta hacia él a lo largo del pequeño muro, con la cabeza

gacha, con las manos casi tocando el suelo, venía una enorme criatura parecida a una rata. Cada diez o quince metros se detenía un momento y miraba hacia los chalés, y Larsen pudo ver en su rostro, presa de la locura y del terror, a otra réplica del suyo.

—¡Larsen! ¡Larsen!

Bayliss se detuvo junto al chalé, agitando los brazos hacia el desierto.

Larsen se volvió a mirar al fantasma que corría a toda velocidad hacia él, ahora a solo treinta metros de distancia, y entonces Larsen se levantó y echó a correr hacia Bayliss, que al llegar lo agarró firmemente con las manos.

—Larsen, ¿qué le ocurre? ¿Está sufriendo otro ataque?

Larsen señaló las dos figuras.

—¡Deténgalos, Bayliss, por el amor de Dios, deténgalos! —dijo con voz entrecortada—. No puedo escapar de ellos.

Bayliss lo sacudió por los hombros bruscamente.

—¿Puede ver a más de uno? ¿Dónde están? Enséñemelos.

Larsen señaló las dos figuras que se movían cerca del chalé, y luego gesticuló en dirección al desierto.

—En el garaje, al lado del muro. Hay otro escondido tras aquella esquina.

Bayliss lo cogió del brazo.

—Vamos, hombre. Tiene que hacerles frente, no escaparse de ellos.

Trató de llevarlo hacia el garaje, pero Larsen se dejó caer en el cemento.

—No puedo, Bayliss, créame. Hay un arma en el buzón. Tráigamelo. Es la única manera.

Bayliss vaciló.

—Muy bien. Tranquilícese.

Larsen señaló el rincón más alejado del chalé de Bayliss.

—Le esperaré allí.

Cuando Bayliss salió corriendo, él se dirigió hacia la esquina. A mitad de camino tropezó con una escalera caída en el suelo y se torció el tobillo derecho entre dos peldaños.

Frotándose el pie, se sentó en el suelo, y en ese momento Bayliss apareció entre los dos chalés con el revólver en la mano. Miró a su alrededor en busca de Larsen, que se aclaró la garganta para llamarlo.

Antes de que pudiera abrir la boca vio al doble que lo había seguido a lo largo del muro salir desde detrás del bidón y acercarse a Bayliss en el camino de cemento. Estaba despeinado y agotado, con la chaqueta caída a media espalda, y el nudo de la corbata completamente torcido. La imagen todavía lo perseguía, yendo tras sus pasos como una sombra obsesiva.

Larsen intentó llamar al Bayliss de nuevo, pero vio algo que le ahogó la voz en la garganta.

¡Bayliss estaba mirando a su doble!

Larsen se puso de pie, con una súbita sensación aterradora. Trató de llamar la

atención de Bayliss, pero este estaba hablando con el doble, que le señalaba a las figuras cercanas, asintiendo con la cabeza en aparente acuerdo.

—¡Bayliss!

El disparo ahogó su grito. Bayliss había disparado en algún lugar entre los garajes, y el eco del tiro resonó entre las casas. El doble estaba todavía a su lado, señalando en todas direcciones. Bayliss levantó el revólver y disparó de nuevo. Larsen se sintió aturdido y enfermo.

Ahora Bayliss también estaba viendo imágenes simultáneas, no de sí mismo, sino de Larsen, en quien había centrado su mente durante las últimas semanas. Una repetición de Larsen había tropezado con él y apuntado a los fantasmas, que se repitieron también en la mente de Bayliss en el momento exacto en que regresaba con el revólver y buscaba un objetivo.

Larsen retrocedió y se arrastró tratando de llegar a la esquina. Un tercer disparo rugió a través del aire y una llamarada se reflejó en el cristal de la ventana del baño. Casi había alcanzado la esquina cuando oyó gritar a Bayliss. Apoyándose contra la pared, miró hacia atrás.

Bayliss lo miraba con la boca abierta, con el revólver en la mano. A su lado, la figura del traje azul se enderezaba en silencio el nudo de su corbata. Por fin, Bayliss se había dado cuenta de que podía ver dos imágenes de Larsen, una a su lado y otra a diez metros de distancia, frente al chalé.

Pero ¿cómo iba a saber quién era el verdadero Larsen?

Mirando a Larsen, parecía incapaz de decidirse.

Entonces el doble que estaba a su lado levantó un brazo y señaló a Larsen, hacia la esquina de la pared que él mismo había señalado un minuto antes.

Larsen trató de gritar y luego empezó a avanzar con el cuerpo muy pegado a la pared. Tras él, los pasos de Bayliss se acercaron por el cemento.

Y solo oyó el primero de los tres disparos.

## CRONÓPOLIS

Se estableció que el juicio se celebraría al día siguiente. El momento exacto, por supuesto, no lo conocía ni Newman ni nadie. Probablemente sería durante la tarde, cuando los principales interesados —juez, jurado y fiscal— logran converger en la misma sala al mismo tiempo. Y con un poco de suerte, su abogado defensor también podría aparecer en el momento justo, aunque el caso estaba tan claro que Newman casi no esperaba que se molestara. Además, el transporte desde y hacia el viejo complejo penal era complicado, e implicaba una interminable espera en la sucia parada al pie de los muros de la prisión.

Newman había aprovechado el tiempo. Por suerte, su celda daba al sur, y tenía luz solar la mayor parte del día. Dividió el arco en diez segmentos iguales, las horas de luz diurna, marcando los intervalos con un trozo de hormigón arrancado del alféizar de la ventana, y subdividió cada segmento en doce unidades menores.

Había construido un reloj con una precisión de casi un minuto. (La subdivisión final en quintos la efectuaba mentalmente). Las muescas blancas se curvaban hacia abajo por una pared, cruzaban el suelo y la cama de metal y subía por la otra pared, y habrían sido evidentes para todo aquel que se colocara de espaldas a la ventana, pero nunca nadie lo hacía. De todos modos, los guardias eran demasiado idiotas para darse cuenta, y el reloj de sol le había proporcionado a Newman una gran ventaja. La mayoría de las veces, cuando no estaba recalibrando el reloj, se apretaba contra los barrotes y vigilaba la habitación de los guardias.

—¡Brocken! —gritaba a las 7:15, cuando la línea de sombra llegaba al primer intervalo—. ¡Inspección matinal! ¡De pie, hombre!

El sargento salía de la litera dando tumbos y sudando, maldiciendo a los demás guardias mientras la campana hendía el aire.

Después Newman anunciaba los otros eventos del día: pasar lista, la limpieza de las celdas, el desayuno, el ejercicio, y así sucesivamente hasta el recuento de la tarde, poco antes del anochecer. Brocken ganaba siempre el premio del bloque por el pabellón de celdas mejor dirigido, y escuchaba a Newman para programar el día, anticipar el siguiente elemento de la lista y saber si algo se había prolongado durante demasiado tiempo; en algunos de los otros bloques la limpieza duraba al menos tres minutos mientras que el desayuno o el ejercicio podían durar horas, pues ninguno de los guardias sabía cuándo parar, y los prisioneros insistían en que acababan de empezar.

Brocken nunca preguntaba cómo se las arreglaba Newman para organizarlo todo con tanta eficacia. Una o dos veces por semana, cuando llovía o estaba nublado, Newman se sumía en un extraño silencio, y la confusión resultante le recordaba al



sargento las ventajas de la cooperación. Newman gozaba de ciertos privilegios y recibía todos los cigarrillos que necesitaba. Era una pena, pensaba Brocken, que finalmente hubieran fijado una fecha para el juicio.

Newman también lo sentía. La mayor parte de la investigación hasta el momento no había dado frutos concluyentes. El problema principal era que si le daban una celda orientada al norte en la que pasara su condena, la tarea de calcular el tiempo podía llegar a ser imposible. La inclinación de las sombras en el patio de ejercicios, en las torres y en los muros solo permitía lecturas muy toscas. Tendría que efectuar una calibración visual; un instrumento óptico que pronto sería descubierto.

Lo que necesitaba era un reloj interno, un mecanismo psíquico de funcionamiento regulado inconscientemente, por ejemplo, por el pulso o el ritmo respiratorio. Había tratado de adiestrar su sentido del tiempo, ejecutando una complicada serie de pruebas para estimar el margen de error mínimo, y siempre había sido decepcionantemente grande. Las posibilidades de condicionar un reflejo exacto parecían escasas.

Sin embargo, sabía que, si no podía conocer la hora exacta en cualquier momento dado, se volvería loco.

Su obsesión, que ahora lo enfrentaba a una acusación de homicidio, se había revelado de un modo bastante inocente.

Cuando era niño, como todos los niños, se había dado cuenta de que las torres de los campanarios tenían el mismo círculo blanco con doce intervalos. En las zonas más sórdidas de la ciudad las características figuras redondas, rotas y cubiertas de herrumbre, colgaban a menudo en las fachadas de joyerías baratas.

—Solo son signos —le explicaba su madre—. No quieren decir nada, como las estrellas o los anillos.

Adornos inútiles, había pensado entonces.

Una vez, en una tienda de muebles viejos habían visto un reloj de manecillas boca abajo en una caja llena de atizadores para la chimenea y varios trastos.

—Once y doce —señalaba—. ¿Qué significa?

Su madre se lo había llevado de allí de inmediato, prometiéndose a sí misma no volver a visitar esa calle. Se suponía que la Policía del Tiempo todavía vigilaba, en busca de cualquier brote.

—Nada —le había dicho ella bruscamente—. Todo ha terminado. Pero había añadido para sí misma y como por probar: Cinco y doce. Doce menos cinco. Sí.

El tiempo discurría con su habitual ritmo lento y confuso. Vivían en una casa destartada, en uno de aquellos suburbios anónimos de atardeceres interminables. A veces iba a la escuela, y hasta los diez años pasó la mayor parte del tiempo con su madre, haciendo cola fuera de las tiendas comestibles cerradas. Por las tardes jugaba con la pandilla del barrio cerca de la estación de ferrocarril abandonada, empujando un vagón de fabricación casera a lo largo de las vías cubiertas de maleza, o entrando

en alguna de las casas desocupadas y montando allí un puesto de mando temporal.

No tenía ninguna prisa por crecer, el mundo de los adultos estaba desincronizado y carecía de ambiciones.

Después de morir su madre pasó largos días en el desván, rebuscando entre sus ropas, jugando con los sombreros y las joyas, tratando de recuperar algo de su personalidad.

En el compartimiento inferior del joyero encontró un objeto pequeño, plano y dorado con una correa para la muñeca. La esfera no tenía manecillas pero el círculo con los doce números lo intrigó, y se lo ató a la muñeca.

Cuando su padre lo vio aquella noche se atragantó con la sopa.

—¡Conrad, Dios mío! ¿De dónde lo has sacado?

—Del joyero de mamá. ¿No puedo quedármelo?

—No. Conrad, ¡dámelo! Lo siento, hijo. —Y añadió pensativo—: Vamos a ver, tienes catorce años. Mira, Conrad, te lo explicare todo dentro de un par de años.

Con el impulso de ese nuevo tabú ya no necesitó esperar a las revelaciones de su padre. El pleno conocimiento del asunto llegó muy pronto. Los niños mayores conocían toda la historia, pero curiosamente era decepcionantemente aburrida.

—¿Eso es todo? —se extrañó—. No lo entiendo. ¿Por qué preocuparse tanto de los relojes? Tenemos calendarios, ¿no?

Como sospechaba que había algo más, recorrió las calles, inspeccionando cuidadosamente cada reloj abandonado, en busca de una pista del verdadero secreto. La mayoría de las esferas habían sido mutiladas, y les habían arrancado las manecillas y los números, y el círculo de diminutos intervalos, y solo quedaban leves sombras de óxido. Aparentemente repartidos al azar por toda la ciudad, encima de tiendas, bancos y edificios públicos, era difícil descubrir su verdadero propósito. Efectivamente, medían el progreso del tiempo a través de doce intervalos arbitrarios, pero eso no parecía un motivo suficiente para su prohibición. Después de todo, había una gran variedad de temporizadores de uso general: en cocinas, fábricas, hospitales, donde se necesitaba medir un período de tiempo determinado. Su padre tenía uno en la mesita de noche. Sellado en la cajita negra estándar, e impulsado por unas baterías en miniatura, emitía un silbido agudo y penetrante por la mañana antes del desayuno, y lo despertaba cuando se quedaba dormido. Un reloj no era más que un temporizador calibrado, en muchos aspectos incluso menos útil, que ofrecía una corriente constante de información irrelevante. ¿Y de qué servía entonces que según el viejo cómputo fueran las tres y media si uno no planeaba empezar o terminar nada en ese momento?

Haciendo que las preguntas sonaran ingenuas, Conrad hizo una encuesta larga y cuidadosa. Por debajo de los cincuenta nadie parecía saber nada de los antecedentes históricos, e incluso las personas mayores empezaban a olvidarse. También comprobó que cuanto menos educados eran los individuos más dispuestos estaban a hablar, lo que significaba que los obreros y las clases más humildes no desempeñaron papel alguno en la revolución, y por lo tanto no tenían que reprimir recuerdos cargados de

culpa. El viejo señor Crichton, el fontanero que vivía en el apartamento del sótano, recordaba sin necesidad de que le preguntara, pero nada de lo que dijo arrojaba luz sobre el problema.

—Claro, entonces había miles, millones de ellos, todo el mundo tenía uno. Relojes los llamábamos, nos los atábamos a la muñeca y había que darles cuerda todos los días.

—Pero ¿qué hacían con ellos, señor Crichton? —presionaba Conrad.

—Bueno, solo... solo los mirábamos y sabíamos qué hora era. La una, o las dos, o las siete y media. A esa hora me iba a trabajar.

—Pero ahora uno se va a trabajar después de desayunar. Y si se va a retrasar, suena la alarma.

Crichton negó con la cabeza.

—No puedo explicártelo, chico. Pregúntaselo a tu padre.

Pero el señor Newman tampoco fue de gran ayuda. La explicación prometida para el decimosexto cumpleaños de Conrad nunca se materializó. Cuando él insistió, el señor Newman, cansado de darle excusas, lo acalló con un gruñido:

—Deja de pensar en eso, ¿me entiendes? Nos meterás a todos en un montón de problemas.

Stacey, el joven profesor de inglés, tenía un irónico sentido del humor, y le gustaba escandalizar a los niños tomando posiciones poco ortodoxas sobre el matrimonio o la economía. Conrad escribió un ensayo que describía una sociedad imaginaria completamente preocupada por elaborados rituales que giraban alrededor de la observancia del paso del tiempo minuto a minuto.

Pero Stacey se negó a entrar en el juego, y tras unas cuantas evasivas, cuando acabó la clase le preguntó a Conrad en un tono más confidencial qué era lo que lo había empujado a esa fantasía. Al principio Conrad trató de echarse atrás, pero finalmente le hizo la pregunta que contenía el enigma principal.

—¿Por qué es ilegal tener un reloj?

Stacey se pasó el trozo de tiza de una mano a la otra.

—¿Va en contra de la ley?

Conrad asintió.

—Hay un viejo cartel en la comisaría que ofrece una recompensa de cien libras por cada reloj de pared o de pulsera que se entregue. Lo vi ayer. El sargento dijo que aún estaba vigente.

Stacey alzó las cejas burlescamente.

—Ganarás un millón. ¿Estás pensando en entrar en el negocio?

Conrad no le hizo caso.

—Es ilegal tener un arma de fuego porque uno podría matar a alguien con ella. Pero ¿cómo se puede hacer daño a nadie con un reloj?

—¿No es obvio? Puedes medir el tiempo, saber exactamente cuánto tiempo se

tarda en hacer algo.

—¿Y bien?

—Entonces puedes obligarlo a que lo haga más rápido.

A los diecisiete años, en un impulso repentino, Conrad construyó su primer reloj. Su preocupación por el tiempo le había dado ya una ventaja sustancial sobre sus compañeros de clase. Uno o dos eran más inteligentes, otros más constantes, pero la capacidad de Conrad para organizar los períodos de estudio y de ocio le permitía aprovechar al máximo su talento. Cuando los otros holgazaneaban aún alrededor de la estación de ferrocarril de camino a casa, Conrad ya había estudiado la mitad de las lecciones, repartiendo el tiempo según sus propias necesidades.

Tan pronto como terminaba subía al cuarto de juegos del desván, que ahora era su taller. Allí, entre los viejos armarios y baúles, hizo sus primeras construcciones experimentales: velas calibradas, bastos relojes de sol y de arena, un elaborado artilugio de relojería de casi medio caballo de potencia que movía las manecillas cada vez más rápido en una parodia involuntaria de la obsesión de Conrad.

El primer reloj que Conrad fabricó en serio fue un reloj de agua: un tanque que goteaba lentamente, y un flotador de madera que descendía moviendo las agujas. Sencillo pero preciso, satisfizo a Conrad durante varios meses mientras realizaba su cada vez más amplia búsqueda de un mecanismo real de relojería. Aunque había incontables relojes de sobremesa, relojes de oro de bolsillo y de todo tipo oxidándose en chatarrerías y en el fondo de los cajones de la mayoría de las casas, pronto descubrió que ninguno tenía el mecanismo en su interior. Este, como las manecillas y a veces los números, faltaba siempre. Sus propios intentos de construir un artilugio que regulara el movimiento del motor a cuerda de un reloj no dieron resultados positivos. Todo lo que había oído acerca de la marcha de los relojes confirmaba que eran instrumentos de precisión, de diseño y construcción exactos. Para satisfacer su secreta ambición —un reloj portátil, y si era posible un verdadero reloj de pulsera— tendría que encontrar en algún lugar uno que funcionara.

Por fin, aunque de procedencia inesperada, tuvo acceso a un reloj. Una tarde en un cine, un anciano sentado al lado de Conrad sufrió un infarto repentino. Conrad y dos espectadores más lo llevaron a la oficina del gerente. Al sostenerlo por un brazo, Conrad vio en la penumbra del pasillo un destello metálico dentro de la manga.

Rápidamente le palpó la muñeca con los dedos, e identificó el inconfundible disco en forma de lente de un reloj de pulsera.

Mientras se lo llevaba a su casa, el tictac le pareció que sonaba tan fuerte como cuando las campanas tocaban a difuntos. Lo apretaba en la mano, esperando que todo el que pasaba por la calle lo señalara acusadoramente, y que la Policía del Tiempo le saltara encima y lo arrestara.

En el desván, sin aliento, lo sacó y lo examinó, sofocando el tictac metiendo el reloj bajo una almohada cada vez que oía a su padre moverse en el dormitorio de

abajo. Más tarde se dio cuenta de que el ruido era prácticamente inaudible. El reloj tenía el mismo diseño que el de su madre, pero la esfera era amarilla y no roja. La caja de oro estaba rayada y descascarillada, pero el mecanismo parecía intacto. Conrad levantó la tapa trasera, y miró encandilado el frenético mundo de ruedas y engranajes en miniatura durante horas. Temiendo romperlo, le daba solo la mitad de la cuerda, y con mucho cuidado lo guardaba envuelto en algodón.

El hecho de quitarle el reloj a su dueño no había estado motivado por el robo, su primer impulso había sido ocultar el reloj antes de que el médico lo descubriera al tomarle el pulso al anciano. Pero una vez que el reloj estuvo en su poder abandonó toda idea de seguirle la pista al propietario y devolvérselo.

No le sorprendió mucho que otros todavía usaran relojes. El reloj de agua le había demostrado que un temporizador calibrado añadía una nueva dimensión a la vida, organizaba las energías, daba a las incontables actividades de la vida diaria un criterio de importancia. Conrad se pasaba las horas en el desván, observando la pequeña esfera amarilla, la manecilla diminuta, que giraba lentamente, y el movimiento de la aguja horaria, imperceptible, una brújula que trazaba su paso hacia el futuro. Sin el reloj se sentía sin rumbo, a la deriva en un limbo gris de acontecimientos eternos. Su padre empezó a parecerle ocioso y estúpido, sentado por ahí, ausente, sin saber cuándo iba a suceder algo.

Pronto empezó a llevarse el reloj durante todo el día. Usaba una funda de algodón fino con una estrecha solapa que ocultaba la esfera. Media el tiempo de todo: las clases, los partidos de fútbol, las comidas, las horas de luz y oscuridad, de sueño y vigilia. Se divertía infinitamente desconcertando a sus amigos con manifestaciones de aquel sexto sentido personal, anticipándose a la frecuencia de los latidos del corazón, a los noticiarios que se oían en la radio a cada hora, hirviendo huevos hasta obtener idéntica consistencia sin la ayuda de un temporizador.

Entonces se delató.

Stacey, más astuto que cualquiera de los demás, descubrió que llevaba un reloj. Conrad se había fijado en que las clases de inglés de Stacey duraban exactamente cuarenta y cinco minutos, y se dejó llevar por el hábito de ordenar su pupitre un minuto antes de que sonara la alarma del temporizador. Una o dos veces se dio cuenta de que Stacey lo observaba con curiosidad, pero no podía resistir la tentación de impresionarlo siendo siempre el primero en salir por la puerta.

Un día en que ya había apilado los libros y guardado la pluma, Stacey le pidió directamente que leyera el resumen de la lección. Conrad sabía que el temporizador sonaría en menos de diez segundos, y decidió callarse y esperar a que la habitual estampida lo salvara del problema.

Stacey se bajó de la tarima y esperó con paciencia. Uno o dos chicos, con el ceño fruncido, se volvieron a mirar a Conrad, que contaba los segundos que faltaban.

Entonces, sorprendido, se dio cuenta de que el temporizador no había sonado. Presa del pánico, lo primero que pensó fue que el reloj se había roto, y apenas se

contuvo para evitar mirarse debajo de la manga.

—¿Tienes prisa, Newman? —preguntó Stacey secamente.

Se paseó lentamente por entre las mesas alrededor de Conrad, sonriendo con sarcasmo. Desconcertado, y sonrojado por la vergüenza, Conrad abrió su cuaderno de ejercicios y leyó el resumen. Unos minutos más tarde, sin esperar a que sonara el temporizador, Stacey acabó la clase.

—Newman —lo llamó—. Ven aquí un momento.

Rebuscó algo en su escritorio mientras Conrad se acercaba.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Stacey—. ¿Te has olvidado de darle cuerda a tu reloj esta mañana?

Conrad no dijo nada. Stacey sacó el temporizador, desconectó el silenciador y escuchó el zumbido intermitente de la alarma.

—¿Dónde lo has conseguido? ¿Era de tus padres? No temas, la Policía del Tiempo se disolvió hace años.

Conrad examinó cuidadosamente el rostro de Stacey.

—Era de mi madre —mintió—. Lo encontré entre sus cosas.

Stacey alargó la mano y Conrad se quitó nerviosamente el reloj y se lo entregó.

Stacey apartó el dobladillo de algodón y echó una breve mirada a la esfera amarilla.

—¿De tu madre, dices? Vaya.

—¿Va a denunciarme? —preguntó Conrad.

—¿Para qué, para hacerle perder el tiempo a algún psiquiatra con exceso de trabajo?

—¿No es ilegal llevar un reloj?

—Bueno, no eres exactamente la mayor amenaza viva para la seguridad pública. —Stacey se dirigió a la puerta y le hizo un gesto a Conrad para que lo siguiera. Luego le devolvió el reloj—. Cancela cualquier plan que tengas para el sábado por la tarde. Tú y yo vamos a hacer un viaje.

—¿Adónde? —preguntó Conrad.

—Volveremos al pasado —dijo Stacey alegremente—. A Cronópolis, la Ciudad del Tiempo.

Stacey había alquilado un coche, un enorme y destartado mastodonte cromado y con alerones. Le hizo una seña desenfadada a Conrad, que lo esperaba frente a la biblioteca pública.

—Sube a la torre —gritó, y señaló el abultado maletín que Conrad había tirado en el asiento entre los dos—. ¿Les has echado ya un vistazo?

Conrad asintió. Mientras salían de la plaza desierta, abrió el maletín y sacó un grueso fajo de mapas de ruta.

—He estimado que la ciudad cubre más de ochocientos kilómetros cuadrados. Nunca me había dado cuenta de que era tan grande. ¿Dónde está todo el mundo?

Stacey se echó a reír. Cruzaron la calle principal y desembocaron en una larga avenida bordeada de árboles y casas adosadas. La mitad estaban vacías, con las ventanas rotas y tejados derrumbados. Incluso las casas habitadas tenían un aspecto muy precario, con depósitos de agua sostenidos por armazones de fabricación casera atados a las chimeneas, y montones de troncos tirados entre la maleza de los jardines delanteros.

—Treinta millones de personas vivieron una vez en esta ciudad —comentó Stacey—. Hoy la población apenas son dos millones, y sigue bajando. Los que quedamos vivimos en lo que antes eran los suburbios apartados, así que ahora la ciudad es un enorme anillo de ocho kilómetros de ancho, que rodea un gran punto muerto de sesenta o setenta kilómetros de diámetro.

Entraron y salieron de varias calles secundarias, dejaron atrás una pequeña fábrica que todavía funcionaba, aunque se suponía que el trabajo cesaba al mediodía, y por fin tomaron una avenida larga y recta en dirección oeste. Conrad seguía la ruta en mapas sucesivos. Estaban cerca del borde del anillo que Stacey había descrito. En el mapa estaba sobreimpreso en verde, de modo que el interior era una zona de un gris uniforme, una gran *terra incognita*. Dejaron atrás la última de las pequeñas vías comerciales que recordaba, un puesto fronterizo de casas adosadas pobres y calles lúgubres atravesadas por desproporcionados viaductos de acero. Stacey señaló uno mientras pasaban por debajo.

—Eso es parte del elaborado sistema de la red ferroviaria que existió una vez, una enorme red de estaciones y zonas de trasbordo que transportaba quince millones de personas a una docena de grandes terminales todos los días.

Avanzaron durante media hora, Conrad pegado a la ventanilla, Stacey observándolo por el espejo retrovisor. El paisaje empezó a cambiar lentamente. Las casas eran más altas, los techos de colores, las aceras tenían barandillas, vallas y semáforos para peatones. Habían llegado a los suburbios interiores, calles completamente vacías con supermercados de muchas plantas, cines altísimos y grandes almacenes.

Con la barbilla apoyada en la palma de la mano, Conrad observaba en silencio. A falta de cualquier medio de transporte nunca había entrado en el interior deshabitado de la ciudad. Igual que los demás niños, siempre iba en dirección opuesta, hacia campo abierto. Aquí las calles habían muerto veinte o treinta años atrás, los cristales de los escaparates de las tiendas se habían caído, haciéndose añicos en el suelo; viejos letreros de neón, marcos de ventanas y cables altos colgaban de cada cornisa en una especie de telaraña irregular de trozos metálicos que caía sobre las aceras. Stacey conducía despacio, evitando los ocasionales autobuses y camiones abandonados en medio de la calle con los neumáticos despegados de las llantas.

Conrad estiraba el cuello hacia las altas ventanas vacías, los callejones estrechos, pero en ningún momento sintió miedo o premonición. Aquellas calles sencillamente habían sido abandonadas, desechadas como un cubo de basura medio vacío.

Cada centro suburbano daba paso al siguiente, y estos a largos y estrechos tramos intermedios. Kilómetro a kilómetro, la arquitectura cambiaba de carácter, los edificios eran más altos, bloques de diez a quince plantas, revestidos con azulejos verdes y amarillos, con fachadas de cristal o de metal. Pero se movían adelante en el tiempo, más que hacia el pasado de una ciudad fósil, como había esperado Conrad.

Stacey condujo a través de un nudo de calles secundarias hacia una autopista de seis carriles que se elevaba sobre altos contrafuertes por encima de los tejados. Encontraron una vía lateral de entrada que ascendía, y la tomaron acelerando bruscamente hasta entrar en una de las pistas centrales vacías.

Conrad estiraba el cuello para poder ver mejor. A lo lejos, a cuatro o cinco kilómetros de distancia, se erguían los enormes contornos rectilíneos de los edificios de viviendas, de treinta o cuarenta plantas, ordenados en filas aparentemente interminables, como gigantescas fichas de dominó.

—Estamos entrando en la principal zona de viviendas dormitorio —dijo Stacey. Los edificios se elevaban a ambos lados de la autopista, y la densidad era tan alta que algunos habían sido contruidos contra los mismos contrafuertes de hormigón.

En pocos minutos pasaron por entre la primera batería de edificios de apartamentos, miles de viviendas idénticas con sus balcones oblicuos recortados contra el cielo, y cortinas de aluminio y cristales que brillaban a la luz del sol. Las casas y las tiendas más pequeñas de los suburbios habían desaparecido. Ya no quedaba espacio a ras de suelo. En los estrechos intervalos entre los edificios había pequeños jardines de hormigón, centros comerciales, rampas que descendían a inmensos aparcamientos subterráneos.

Y por todas partes había relojes. Conrad se fijó enseguida, en las esquinas, en las arcadas, en las fachadas de los edificios, cubriendo todos los ángulos de visión posibles. La mayoría estaban demasiado lejos del suelo para ser alcanzados con nada que no fuera una escalera de bomberos, y aún tenían las manecillas. Todos marcaban la misma hora, las 12:01.

Conrad miró su propio reloj de pulsera, que marcaba las 2:45 de la tarde.

—Los movía un reloj maestro —dijo Stacey—. Cuando ese reloj se detuvo, todos los demás dejaron de funcionar al instante. Un minuto después de una medianoche de hace treinta y siete años.

La tarde se había oscurecido, los altos acantilados ocultaban la luz solar y el cielo era una sucesión de estrechos intervalos verticales que se abrían y cerraban a su alrededor. Abajo, en el suelo del cañón, el ambiente era lúgubre y opresivo, un desierto de hormigón y cristales esmerilados.

La autopista se dividía y seguía hacia el oeste. Unos pocos kilómetros más allá los edificios de apartamentos daban paso a los primeros edificios de oficinas de la zona central. Eran todavía más altas, de sesenta o setenta plantas de altura, unidas por rampas y calzadas en espiral. La autopista se levantaba veinte metros por encima del suelo, y las primeras plantas de los edificios de oficinas estaban a esa misma altura,



construidos estos sobre soportes macizos, a horcajadas sobre los vestíbulos de paredes acristaladas, ascensores y escaleras mecánicas. Las calles eran anchas, pero poco características. Las aceras paralelas se fusionaban por debajo de los bloques formando una pista continua de hormigón. Aquí y allá había restos de quioscos de cigarrillos, escaleras oxidadas que conducían a restaurantes y a galerías construidos sobre plataformas a diez metros de altura.

Conrad, sin embargo, solo buscaba relojes. Nunca había visto tantos. En algunos sitios que se tapaban unos a otros. Tenían esferas de distintos colores: rojo, azul, amarillo y verde. La mayoría tenía cuatro o cinco manecillas. Aunque las agujas principales se habían detenido a las doce y un minuto, las secundarias estaban en distintas posiciones, determinadas aparentemente por su color.

—¿Para qué eran las otras agujas? —le preguntó Conrad a Stacey—. ¿Y los colores?

—Zonas horarias. En función de la categoría profesional y los turnos de consumo permitidos. Pero espera, porque casi hemos llegado.

Salieron de la autopista por una rampa que los condujo a la esquina noroeste de una gran plaza abierta, de ochocientos metros de largo por la mitad de ancho, en cuyo centro hubo alguna vez una superficie ininterrumpida de césped, cubierta ahora de maleza alta. La plaza estaba vacía, una manzana repentina de espacio libre, limitada por altos acantilados de paredes de cristal que parecían sostener el cielo.

Stacey aparcó, y él y Conrad bajaron y estiraron las piernas. Juntos caminaron a través del ancho pavimento hasta la franja de vegetación. Mirando desde la plaza el paisaje que se alejaba, Conrad comprendió por primera vez la gran perspectiva de la ciudad, la enorme selva geométrica de edificios.

Stacey puso un pie en la barandilla que rodeaba el césped y señaló hacia el otro extremo de la plaza, donde Conrad vio un conjunto de edificios bajos de un estilo arquitectónico inusual, del siglo XIX, manchados por la atmósfera contaminada y perforados por explosiones. No obstante, lo que más le llamó la atención fue la esfera de un reloj colocada en una alta torre de hormigón justo detrás de los edificios más antiguos. Era la esfera de reloj más grande que había visto nunca, medía al menos treinta metros de diámetro, con las inmensas agujas negras detenidas un minuto después de las doce. La esfera era blanca, la primera que veía así, y por debajo, en amplias plataformas semicirculares que sobresalían de la torre, había una docena de esferas más pequeñas, de no más de cinco metros de diámetro, que abarcaban todo el espectro de colores. Cada una tenía cinco manecillas, las tres más pequeñas detenidas en posiciones al azar.

—Hace cincuenta años —explicó Stacey, señalando las ruinas debajo de la torre—, ese grupo de edificios antiguos era una de las grandes asambleas legislativas del mundo. —Lo miró en silencio durante unos instantes, luego se volvió hacia Conrad—. ¿Disfrutas del viaje?

Conrad asintió con fervor.

—Es realmente impresionante. Las personas que vivían aquí debían de ser gigantes. Y lo que más sorprende es que parece que se hubieran ido ayer. ¿Por qué no volvemos nosotros aquí?

—Bueno, aparte del hecho de que somos muy pocos, aunque viniéramos no podríamos controlar todo esto. En su apogeo, esta ciudad era un organismo social increíblemente complejo. Es difícil imaginar los problemas de las comunicaciones, por ejemplo, con solo mirar esas fachadas vacías. La tragedia de la ciudad fue que no parecía haber una sola manera de resolverlos.

—¿Pero los resolvieron?

—Oh, sí, claro. Pero se dejaron a ellos mismos fuera de la ecuación. No obstante, piensa en los problemas. Transportar a quince millones de oficinistas desde y hacia el centro todos los días, organizar el tráfico en una corriente sin fin de automóviles, autobuses, trenes, helicópteros, unir entre sí todas las oficinas, casi todos los escritorios, con videoteléfonos, todos los apartamentos con televisión, radio, electricidad, agua, alimentar y entretener a ese número enorme de individuos, protegerlos con servicios añadidos, policía, escuadrones de bomberos, unidades médicas... Todo giraba en torno a un factor.

Stacey levantó un puño hacia el reloj de la torre.

—¡El tiempo! Solo mediante la sincronización de cada actividad, cada paso hacia delante o hacia atrás, cada comida, parada de autobús y llamada telefónica se podía mantener el organismo. Como las células de tu cuerpo, que proliferan convirtiéndose en cánceres mortales si se les permite crecer en libertad, aquí cada individuo tenía que estar al servicio de las necesidades imperiosas de la ciudad, porque cualquier atasco podía ser fatal y provocar el caos. Tú y yo podemos abrir el grifo del agua a cualquier hora del día o de la noche, porque tenemos nuestros propios depósitos particulares, pero ¿qué pasaría aquí si todo el mundo lavara los platos del desayuno en los mismos diez minutos?

Empezaron a caminar lentamente por la plaza hacia la torre del reloj.

—Hace cincuenta años, cuando la población era de solo de diez millones, podían simplemente proporcionar una capacidad potencial máxima, pero aun así, si una huelga en un servicio esencial paralizaba la mayoría del resto, los trabajadores tardaban dos o tres horas en llegar a sus oficinas, y otro tanto en hacer la cola para el almuerzo y para volver a sus casas. A medida que la población aumentó se hicieron los primeros intentos serios de escalonar los horarios, los trabajadores de ciertas áreas comenzaban la jornada una hora antes o después que los de otras. Los billetes de tren y las matrículas de los coches eran de diferentes colores según el caso, y no podían viajar fuera de los períodos previstos. Pronto se extendió la práctica, y solo se podía encender la lavadora a una hora determinada, despachar una carta o darse un baño en un período específico.

—Parece factible —comentó Conrad, muy interesado—. Pero ¿hacían cumplir todo eso?

—Mediante un sistema de pases de colores, dinero de colores, un elaborado conjunto de horarios publicado todos los días como programas de televisión o de radio. Y, por supuesto, con los miles de relojes que ves a tu alrededor. Las manecillas secundarias señalaban los minutos de que disponían para un período de actividad las personas de una determinada categoría, indicada por el color del reloj.

Stacey se detuvo, y señaló un reloj de esfera azul, en la fachada de uno de los edificios con vista a la plaza.

—Digamos, por ejemplo, que un subdirector que sale de su oficina a la hora asignada, las 12:00, quiere almorzar, cambiar un libro de la biblioteca, comprar aspirinas, y telefonar a su mujer. Como para todos los subdirectores, su zona de identidad es azul. Saca su horario semanal, o busca en el periódico las columnas de los horarios azules, y ve que la pausa del almuerzo de ese día es de 12:15 a 12:30. Tiene quince minutos para uso propio. Comprueba el horario de la biblioteca. El código de tiempo para hoy es 3, que es lo que marca la tercera manecilla del reloj. Mira el reloj azul más cercano, y la tercera aguja señala 37: tiene veintitrés minutos, tiempo suficiente para llegar a la biblioteca. Empieza a caminar, pero en el primer cruce se da cuenta de que las luces peatonales son rojas y verdes, y no puede cruzar. El área ha sido destinada temporalmente para oficinistas mujeres de baja cualificación, luces rojas, y para obreras manuales, luces verdes.

—¿Qué pasaría si ignorase las luces? —preguntó Conrad.

—Nada inmediatamente, pero todos los relojes azules de aquella zona habrían vuelto a cero, y no lo atenderían en ninguna tienda, ni en la biblioteca, a menos que tuviera dinero rojo o verde y un pase falsificado para la biblioteca. De todos modos, las multas eran demasiado altas como para que arriesgarse valiera la pena, y todo el sistema se había desarrollado para su propia conveniencia, y la de nadie más. Por lo tanto, como no puede ir a la biblioteca, decide ir a la farmacia. El código de tiempo para las farmacias es el 5, la quinta aguja, la más pequeña. Señala cincuenta y cuatro minutos: tiene seis minutos para encontrar una farmacia y hacer su compra. Una vez hecho eso, todavía le quedan cinco minutos antes del almuerzo, así que decide llamar a su mujer. Comprueba el código telefónico y ve que no han proporcionado ningún plazo para las llamadas privadas ese día ni el siguiente. Tendrá que esperar hasta la noche para verla.

—¿Qué pasaría si llamara?

—No podría conseguir dinero en el cajero, y aunque pudiera, su esposa, suponiendo que ella fuera secretaria, estaría en una zona de tiempo roja y no en la oficina, así que tendría prohibidas las llamadas telefónicas. Todo encajaba a la perfección. Tu programa de horarios te decía cuándo podías conectar el televisor y cuándo debías apagarlo. Todos los aparatos eléctricos tenían fusibles, y si no obedecías los períodos programados te ponían una multa considerable y acababas pagando una factura por la reparación del fusible. La situación económica del espectador determinaba obviamente la elección del programa, y viceversa, de manera

que no había problemas de coerción. El programa diario hacía una lista de tus actividades permitidas: podías ir a la peluquería, al cine, al banco, al bar, a horas determinadas, y si entonces ibas tenías la seguridad de que te atendían de manera rápida y eficiente.

Casi habían llegado al otro extremo de la plaza. Frente a ellos se encontraba la enorme esfera del reloj de la torre, dominando su constelación de doce asistentes inmóviles.

—Había una docena de categorías socioeconómicas: azul para los ejecutivos, dorado para las clases profesionales, o amarillo para los funcionarios y militares. Por cierto, es raro que tus padres hayan tenido ese reloj de pulsera, porque ningún familiar tuyo trabajó nunca para el gobierno. Verde para los obreros manuales, etcétera. Pero, naturalmente, había sutiles subdivisiones. El subdirector de antes salía de la oficina a las 12:00, pero un director general, con exactamente los mismos códigos de tiempo salía a las 11:45, tenía quince minutos extra y, claro, podía estar en la calle antes que la barahúnda de los oficinistas en plena hora de su almuerzo.

Stacey señaló hacia la torre.

—Ese era el Gran Reloj, el maestro que regulaba todos los demás. El Centro de Control del Tiempo, una especie de Ministerio del Tiempo, se apoderó gradualmente de los viejos edificios del Parlamento a medida que sus funciones legislativas fueron disminuyendo. Los programadores eran, efectivamente, los gobernantes absolutos de la ciudad.

Stacey continuó, y Conrad miró hacia la batería de relojes, detenidos inexorablemente a las 12:01. De alguna manera, el tiempo mismo parecía haber sido suspendido, y a su alrededor los grandes edificios de oficinas permanecían en un intervalo neutral entre el ayer y el mañana. Si se pudiera reiniciar el reloj maestro, probablemente toda la ciudad se pondría en marcha y volvería a la vida, y en un instante se repoblaría con sus millones de personas bulliciosas.

Se dirigieron hacia el coche. Conrad miró hacia la esfera del reloj por encima del hombro, sus gigantescos brazos en posición vertical sobre la hora.

—Pero ¿por qué se detuvo? —preguntó.

Stacey lo miró con curiosidad.

—¿No te lo he dejado bastante claro?

—¿Qué quiere decir?

Conrad apartó la mirada de las manecillas de los relojes que bordeaban la plaza, y frunció el ceño ante Stacey.

—Excepto unos pocos, ¿te imaginas qué clase de vida llevaban esos treinta millones de habitantes?

Conrad se encogió de hombros. Se dio cuenta de que los relojes azules y amarillos superaban en número a todos los demás. Era obvio que en aquella plaza estaban las principales oficinas del gobierno.

—Muy organizada pero mejor que el tipo de vida que llevamos ahora —

respondió finalmente, más interesado en lo que veía a su alrededor—. Prefiero tener el teléfono una hora al día que no tenerlo. Lo que escasea siempre se raciona, ¿no?

—Pero se trataba de una forma de vida en la que escaseaba todo. ¿No crees que más allá de cierto punto la dignidad humana se rinde?

Conrad resopló.

—Pues parece que aquí hay un montón de dignidad. Mire esos edificios, se mantendrán en pie mil años. Trate de compararlos con mi padre. De todos modos, piense en la belleza del sistema, diseñado con la precisión de un reloj.

—Y eso es lo que fue —dijo Stacey tercamente—. La vieja metáfora de la rueda del engranaje nunca ha sido tan cierta como aquí. La suma total de tu existencia se imprimía en las columnas del periódico, y una vez al mes el Ministerio del Tiempo te la enviaba por correo. —Conrad tenía la mirada perdida, y Stacey siguió hablando en voz un poco más alta—. Al final, por supuesto, hubo una rebelión. Es interesante que en cualquier sociedad industrial por lo general hay una revolución social cada siglo y que las sucesivas revoluciones reciben su impulso de niveles sociales cada vez más elevados. En el siglo XVIII fue el proletariado urbano, en el XIX los artesanos, en esta última revuelta fue el oficinista de cuello blanco, que vivía en su pequeño apartamento, llamado «moderno», sosteniendo mediante pirámides de créditos un sistema económico que le negaba toda libertad de decisión o de personalidad, que lo encadenaba a un millar de relojes... —Stacey se interrumpió—. ¿Qué pasa?

Conrad estaba mirando hacia una de las calles laterales. Vaciló y luego preguntó de un modo casual:

—¿Cómo funcionaban esos relojes? ¿Con electricidad?

—La mayoría. Algunos mecánicamente. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba... cómo los mantendrían todos funcionando.

Se quedó unos pasos por detrás de Stacey, que consultaba la hora en su reloj de pulsera y miraba hacia la izquierda. Había veinte o treinta relojes colgando en los edificios a lo largo de la calle lateral, indistinguibles de todos los que habían visto esa tarde.

¡Excepto por el hecho de que uno de ellos funcionaba!

Estaba montado en el centro de un pórtico de cristal negro, encima de la puerta de un edificio a unos quince metros a la derecha, tenía casi medio metro de diámetro y la esfera era de un azul claro. A diferencia del resto, sus manecillas marcaban las 3:15, la hora correcta. Conrad estaba a punto de enseñarle a Stacey aquella aparente coincidencia cuando de repente vio que la aguja de los minutos saltaba un intervalo. Sin duda, alguien había reiniciado el reloj, porque aunque hubiera estado funcionando con una batería inagotable, era imposible que después de treinta y siete años demostrara semejante exactitud.

Siguió caminando detrás de Stacey, que decía:

—Toda revolución tiene su símbolo de opresión.

El reloj estaba casi fuera de la vista. Conrad estaba a punto de agacharse para

atarse los cordones de los zapatos cuando vio que la manecilla de los minutos daba un tirón hacia abajo, inclinándose levemente bajo la horizontal.

Siguió a Stacey hacia el coche, sin molestarse en escucharlo. A diez metros dio media vuelta y cruzó rápidamente la calle en dirección al edificio más cercano.

—¡Newman! —oyó que Stacey le gritaba—. ¡Vuelve aquí!

Llegó a la acera y corrió entre las grandes columnas de hormigón que sostenían el edificio. Hizo una pausa detrás del hueco de un ascensor, y vio que Stacey subía al coche a toda prisa. El motor carraspeó y rugió, y Conrad corrió otra vez por debajo del edificio hasta un callejón que llevaba de nuevo a la calle lateral. Oyó que el coche aceleraba detrás de él y también oyó el golpe de una portezuela.

Cuando Conrad entró en la calle lateral, el coche apareció dando tumbos en la plaza, treinta metros por detrás. Stacey se salió de la calzada, se subió a la acera, y aceleró y frenó dando bruscas sacudidas y tocando el claxon, con la intención de asustarlo. Conrad lo esquivó de un salto, casi cayendo sobre el capó, y luego se lanzó hacia una estrecha escalera que conducía a la primera planta, y subió corriendo los escalones hasta un pequeño descanso que terminaba en unas puertas altas de cristal. Al otro lado se veía una amplia terraza que rodeaba el edificio. Una escalera de incendios subía hasta el tejado, interrumpiéndose en la quinta planta, donde una cafetería se extendía sobre la calle hasta el edificio de oficinas de enfrente.

Los pasos de Stacey resonaban corriendo por la acera. Las puertas de cristal estaban cerradas. Sacó un extintor de su soporte en la pared, y lo arrojó contra el centro de la puerta. El cristal se desprendió y cayó en una repentina cascada, haciéndose añicos contra el suelo de baldosas y cayendo por las escaleras. Conrad salió a la terraza y trepó por la escalera de incendios. Ya estaba en la tercera planta cuando vio a Stacey abajo, estirando el cuello y mirando hacia arriba. Despacio, Conrad subió las dos plantas siguientes, saltó por encima de un torno metálico atornillado al suelo del patio abierto de la cafetería. Las mesas y las sillas estaban volcadas, mezcladas con los restos astillados de mesas lanzadas desde las plantas superiores.

Las puertas del restaurante cubierto estaban abiertas, y en el suelo había un gran charco de agua. Conrad lo cruzó chapoteando, se acercó a la ventana y, apartando una vieja planta de plástico, miró hacia la calle. Parecía que Stacey se había dado por vencido. Conrad cruzó el restaurante, saltó sobre el mostrador y salió por una ventana a la terraza abierta que se extendía sobre la calle. Más allá de la baranda vio la plaza, la línea doble de marcas de neumáticos que trazaban una curva y entraban en la calle.

Casi había cruzado hasta la casa de enfrente cuando un disparo resonó en el aire. Hubo un estruendo de cristales que caían y el sonido de la explosión reverberó entre los cañones vacíos.

Durante unos segundos le entró pánico. Retrocedió alejándose de la barandilla expuesta, con los tímpanos adormecidos, mirando hacia los grandes edificios rectangulares que se alzaban a los lados, las interminables filas de ventanas como los

ojos facetados de unos insectos gigantes. De modo que Stacey iba armado... ¡Quizás era miembro de la Policía del Tiempo!

A gatas, Conrad se deslizó a lo largo de toda la terraza, pasó por el torno y avanzó hacia una ventana entreabierta.

Se metió por la abertura y desapareció rápidamente en el interior del edificio.

Al final se detuvo en una esquina de una oficina de la sexta planta. La cafetería estaba justo debajo y enfrente tenía la escalera por la que había subido.

Durante toda la tarde Stacey fue de un lado a otro por las calles vecinas, unas veces moviéndose en silencio, otras pasando a toda velocidad con el coche. Disparó dos veces al aire, deteniendo luego el coche y llamando a gritos a Conrad, las palabras perdidas entre los ecos que reverberaban de una calle a otra. A menudo conducía por la acera, y rodeaba los edificios completamente, como si esperase que Conrad emergiera de repente por una escalera mecánica.

Al final pareció marcharse definitivamente, y Conrad volvió su atención al reloj del pórtico. Había avanzado hasta las 6:45, casi exactamente la hora que señalaba su propio reloj. Conrad lo ajustó a esa hora, que consideró correcta, y después se sentó a esperar a que llegara quienquiera que lo había vuelto a poner en marcha. A su alrededor, los otros treinta o cuarenta relojes que veía seguían marcando inmóviles las 12:01.

Durante cinco minutos dejó su puesto de guardia, recogió con la mano un poco de agua del charco de la cafetería, olvidó que tenía hambre, y poco después de medianoche se quedó dormido en un rincón detrás del escritorio.

Al despertar por la mañana del día siguiente, la luz del sol inundaba la oficina. Conrad se levantó, se sacudió el polvo de la ropa, y se dio media vuelta para encontrarse con un hombre pequeño y de pelo gris con un traje de pata de gallo remendado que lo miraba con ojos penetrantes. Colgada del brazo llevaba una gran arma de cañón negro con los percutores amenazadoramente amartillados.

El hombre puso en el suelo una regla de acero con la que evidentemente había golpeado un mueble y esperó a que Conrad se recompusiera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con voz irritada.

Conrad se fijó en que aquel hombre llevaba los bolsillos repletos de unos objetos angulosos que tiraban de los lados de la chaqueta hacia abajo.

—Yo... yo... —Conrad buscó algo que decir. Y por alguna extraña razón sabía que aquel hombrecillo era quien daba cuerda al reloj. De repente decidió que no tenía nada que perder si era franco, y le espetó—: Vi el reloj funcionando. Allí abajo, a la izquierda. Quiero ayudarle a ponerlos todos en marcha otra vez.

El viejo lo miró con expresión de sospecha. Tenía una cara de pájaro alerta y dos pliegues debajo de la barbilla, como un gallo.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó.

Atrapado por la pregunta, Conrad dijo sin demasiada convicción:

—Me gustaría encontrar una llave en alguna parte.

El viejo frunció el ceño.

—¿Una llave? Eso no te sería de mucha ayuda.

Parecía que empezaba a tranquilizarse lentamente, sacudió los bolsillos y sonó un ruido metálico apagado.

Durante un momento ninguno de los dos dijo una sola palabra. Entonces Conrad tuvo una inspiración y desnudó la muñeca.

—Tengo un reloj —anunció—. Son las 7:45.

—Déjame ver. —El viejo dio un paso adelante, lo agarró rápidamente por la muñeca y examinó la esfera amarilla—. Movado Supermatic —murmuró para sus adentros—. Modelo CTC —añadió mientras daba un paso atrás y bajaba la escopeta, tratando de identificar a Conrad—. Bien —comentó al fin—. Vamos a ver. Parece que necesitas desayunar.

Salieron del edificio y caminaron deprisa por la calle.

—A veces viene gente —dijo el viejo—. Los turistas y los policías. Ayer vi cómo te escapabas, tuviste suerte de que no te mataran.

Iban de un lado a otro de la calle vacía, el viejo delante, esquivando columnas y escaleras, con las manos rígidas a los lados, sosteniéndose los bolsillos. Conrad les echó una mirada de reojo y vio que estaban repletos de grandes y oxidadas llaves de distintas formas.

—Supongo que ese reloj era de tu padre —comentó el viejo.

—De mi abuelo —corrigió Conrad. Recordó las palabras de Stacey, y añadió—: Lo mataron en la plaza.

El viejo arrugó el ceño comprensivamente, y por un instante le apretó el brazo a Conrad.

Se detuvieron debajo de un edificio indistinguible de los demás de la zona y que había sido un banco. El viejo miró atentamente a su alrededor, miró las altas paredes a sus lados y luego subió por una escalera mecánica detenida.

El viejo vivía en la segunda planta, más allá de un laberinto de rejas y puertas de seguridad de acero, en un gran taller, con un hornillo y una hamaca en el centro. Encima de treinta o cuarenta mesas en lo que alguna vez fue una sala de mecanografía, había una enorme colección de relojes, todos ellos en proceso de reparación. Alrededor había estantes altos cargados con miles de piezas de repuesto, en bandejas prolijamente etiquetadas: escapes, trinquetes, ruedas dentadas, apenas reconocibles bajo el óxido.

El viejo se llevó a Conrad hasta el gráfico que había en la pared, y señaló el total que aparecía junto a una columna de fechas.

—Mira esto. Ahora hay doscientos setenta y ocho funcionando continuamente. Créeme, me alegro de que hayas venido. Tardaré la mitad en darles cuerda a todos.

Le preparó un desayuno a Conrad y le contó algo de sí mismo. Su nombre era Marshall. Tiempo atrás había trabajado en el Control Central de Tiempo como



programador, había sobrevivido a la revuelta y a la Policía del Tiempo, y diez años más tarde había regresado a la ciudad. Al comienzo de cada mes iba en bicicleta a uno de los pueblos de la periferia a cobrar su pensión y recoger suministros. El resto del tiempo lo pasaba dando cuerda a un número cada vez mayor de relojes en funcionamiento y buscando otros que pudiera desmontar y reparar.

—La lluvia que ha caído durante todos estos años no les ha hecho ningún bien —explicó—, y no hay nada que hacer con los eléctricos.

Conrad caminó entre las mesas, tocando con cautela los relojes desmontados, esparcidos alrededor como las células nerviosas de un inimaginable robot gigantesco. Se sentía eufórico y al mismo tiempo extrañamente tranquilo, como un hombre que ha apostado su vida al movimiento de una rueda y está esperando a que gire.

—¿Cómo puede estar seguro de que todos marcan la misma hora? —le dijo a Marshall, pensando por qué aquella pregunta le parecía tan importante.

Marshall hizo un gesto o de irritación.

—No puedo, pero ¿qué importa? No existe el reloj exacto. Lo que más se le acerca es el reloj que se ha detenido. Aunque nunca se sabe cuándo, es absolutamente exacto dos veces al día.

Conrad se acercó a la ventana, y señaló el gran reloj visible en un hueco entre los tejados.

—Si pudiéramos poner ese en marcha... funcionarían todos los demás.

—Imposible. El mecanismo fue dinamitado. Solo el martillo está intacto. De todos modos, los circuitos de los relojes eléctricos murieron hace años. Haría falta un ejército de ingenieros para arreglarlos.

Conrad asintió, y miró el gráfico otra vez. Se dio cuenta de que Marshall parecía haberse perdido a través de los años: las fechas de finalización de los trabajos que figuraban tenían un error de siete años y medio. Ociosamente, Conrad reflexionó sobre la importancia de aquella ironía, pero decidió no decírselo a Marshall.

Durante tres meses Conrad vivió con el viejo, siguiéndolo a pie cuando el otro efectuaba su ronda en bicicleta, llevando la escalera y el maletín repleto de llaves con las que Marshall daba cuerda a los relojes, ayudándolo a desmontar los recuperables y a llevárselos al taller. Durante todo el día, y muchas veces hasta la mitad de la noche, trabajaban juntos reparando el movimiento de los mecanismos, poniendo en marcha relojes, y devolviéndolos a sus posiciones originales.

Sin embargo, al mismo tiempo, la mente de Conrad no pensaba en otra cosa que el enorme reloj de la torre que se levantaba sobre la plaza. Una vez al día se las arreglaba para deslizarse por entre los edificios en ruinas. Tal como había dicho Marshall, ni el reloj ni sus doce satélites podían funcionar de nuevo. La caja del mecanismo parecía la sala de máquinas de un barco hundido, una maraña oxidada de rotores y ruedas motrices retorcidas por alguna explosión. Cada semana, Conrad subía la larga escalera hasta la plataforma superior, setenta metros más arriba, y

miraba desde del campanario hacia las azoteas de los edificios de oficinas que se extendían hasta el horizonte. Los martillos descansaban contra las llaves en largas filas por debajo de él. Una vez, medio jugando, le dio una patada a una llave de agudos, y un repique sordo de campana cruzó el aire de la plaza.

El sonido le trajo extraños ecos a la mente.

Poco a poco comenzó a reparar el mecanismo del campanario, hizo el nuevo cableado eléctrico de los martillos y reparó los sistemas de poleas, llevando cables hasta lo alto de la torre, desmantelando los tornos en la sala de máquinas y renovando los embragues.

Él y Marshall nunca discutían las tareas que se autoasignaban. Como animales que obedecen a un instinto, trabajaban sin descanso, apenas conscientes de sus propios motivos. Cuando Conrad le dijo un día que tenía intención de irse y continuar el trabajo en otro sector de la ciudad, Marshall aceptó de inmediato, le dio todas las herramientas que le sobraban y se despidió de él.

Seis meses más tarde, casi puntualmente, las campanadas del enorme reloj resonaron sobre los tejados de la ciudad, dando las horas, las medias horas y los cuartos de hora, informando constantemente del avance del día. A casi cincuenta kilómetros de distancia, en los pueblos que formaban el extrarradio de la ciudad, la gente se detuvo en las calles y en las puertas, escuchando los ecos tenues reflejados por las paredes de los altos edificios de apartamentos en el lejano horizonte, contando involuntariamente las lentas secuencias finales que anunciaban la hora. Las personas mayores murmuraban entre sí:

—Las cuatro, ¿o eran las cinco? Han vuelto a poner en marcha el reloj. Parece extraño después de tantos años.

Y durante todo el día se detenían a escuchar los cuartos y las medias horas que les llegaban a través de kilómetros de distancia, una voz que llegaba desde sus infancias recordándoles el mundo ordenado del pasado. Comenzaron a ajustar sus temporizadores a las campanadas, y antes de dormirse por las noches escuchaban la larga cuenta de medianoche, y al despertar escuchaban de nuevo los tañidos en el aire claro y tenue de la mañana.

Algunos fueron a las comisarías y preguntaron si podían devolverles los relojes.

Tras escuchar la sentencia, veinte años por el asesinato de Stacey y cinco por catorce delitos previstos en las Leyes del Tiempo, llevaron a Newman a las celdas del sótano del tribunal. Se esperaba aquella sentencia y no hizo ningún comentario y cuando el juez lo invitó a hablar. Tras esperar el juicio todo un año, la tarde en la sala del tribunal no era más que una interrupción momentánea.

No intentó defenderse de la acusación de haber asesinado a Stacey, en parte para proteger a Marshall, que así podría continuar su trabajo sin ser molestado, y en parte porque se sentía indirectamente responsable de la muerte del policía. El cuerpo de

Stacey, con el cráneo fracturado por una caída de veinte o treinta pisos, había sido descubierto en el asiento trasero de su coche en un garaje subterráneo no lejos de la plaza. Era de suponer que Marshall lo había descubierto merodeando por el lugar y se había ocupado de él. Newman recordaba que un día Marshall había desaparecido por completo, y que había estado curiosamente irritable durante todo el resto de la semana.

La última vez que vio al viejo fue tres días antes de que llegara la policía. Cada mañana, cuando las campanadas resonaban en toda la plaza, Newman veía la figura diminuta que caminaba rápidamente por la plaza hacia él, saludando con la mano, mirando la torre, con la cabeza descubierta y sin miedo.

Ahora Newman se enfrentaba con el problema de cómo diseñar un reloj que trazara su camino durante los próximos veinte años. Sus temores aumentaron cuando al día siguiente fue llevado al bloque de celdas que albergaba a los presos con condenas largas. Al pasar por delante de la celda de camino a ver al superintendente, se fijó en que la ventana daba a un pequeño patio de luces. Se estrujó el cerebro desesperadamente mientras se cuadraba durante el discurso del superintendente, preguntándose cómo podría mantener la cordura. A menos que contara los 86 400 segundos que tenía cada día, no veía ninguna forma posible de precisar el tiempo.

Encerrado en su celda, se dejó caer sin fuerzas en la cama estrecha, demasiado cansado para desempaquetar sus escasas posesiones. Una breve inspección le confirmó la inutilidad del patio de luces. A media altura había instalado un potente foco de luz que ocultaba el sol que entraba a través de una rejilla de acero, quince metros por encima.

Se tendió en la cama y examinó el techo. En el centro había una lámpara empotrada, pero sorprendentemente una segunda lámpara parecía haber sido adaptada a la celda. Esta última estaba en la pared, a pocos centímetros por encima de él.

Se preguntaba si podía ser una lámpara para leer cuando se dio cuenta de que le faltaba el interruptor. Se incorporó y la examinó, y luego se levantó de un salto, asombrado.

¡Era un reloj! Apretó el cuenco con las manos, leyendo el círculo de números, fijándose en la inclinación de las manecillas: 4:53, suficientemente cerca del tiempo actual. No solo era un reloj, sino un reloj que funcionaba. ¿Era una especie de broma macabra, o un intento equivocado de rehabilitarle? Sus golpes en la puerta atrajeron a un guardián.

—¿Qué es todo este ruido? ¿El reloj? ¿Qué pasa con él?

Abrió la puerta e irrumpió dentro, empujando a Newman.

—Nada. Pero ¿por qué está aquí? Está en contra de la ley.

—Ah, vaya, ¿eso es lo que te preocupa? —El guardián se encogió de hombros—. Bueno, verás, aquí las reglas son un poco diferentes. Vosotros, chavales, tenéis mucho tiempo por delante, y sería cruel no manteneros al corriente. Ya sabes cómo funciona, ¿verdad? Bueno.

Cerró la puerta, le echó el cerrojo rápidamente, y luego sonrió a Newman por entre los barrotes.

—Aquí los días son largos, hijo, ya te darás cuenta, y ese reloj te ayudará a sobrellevarlo.

Contento, Newman se tendió en la cama, con la cabeza sobre una manta enrollada a los pies, y miró el reloj. Parecía en perfecto estado, era de mecanismo eléctrico y las manecillas se movían a saltos rígidos de medio minuto. Durante una hora después de que se hubiera el guardián, observó el reloj sin descanso, luego comenzó a poner en orden la celda, mirando por encima del hombro hacia el reloj cada pocos minutos, como para asegurarse de que todavía estaba allí, y que aún funcionaba eficientemente. Le encantaba la ironía de la situación, la inversión total de la justicia, a pesar de que le iba a costar veinte años de vida.

Dos semanas más tarde seguía riéndose de lo absurdo de todo cuando se dio cuenta por primera vez del increíblemente irritante tictac del reloj.

1960

# LAS VOCES DEL TIEMPO

## 1

Más tarde, Powers pensó a menudo en Whitby, y en los extraños surcos que el biólogo había dibujado, aparentemente al azar, por todo el suelo de la piscina vacía. De tres centímetros de profundidad y veinte metros de largo, entrelazados para formar un elaborado ideograma, como una letra china, había tardado todo el verano en completarlos, y, obviamente, no había pensado en otra cosa más que en trabajar incansablemente durante las largas tardes del desierto. Powers lo había visto desde la ventana de su despacho situado en el extremo del ala de Neurología, señalando cuidadosamente con estacas y cuerdas, llevándose los trozos de hormigón en un pequeño cubo de lona. Después del suicidio de Whitby nadie se había preocupado de los surcos, pero Powers solía pedirle prestada la llave al supervisor y entraba en aquella piscina en desuso para contemplar el laberinto de conductos, medio llenos del agua que goteaba del purificador de cloro, un enigma más allá de toda posible solución.

Inicialmente, sin embargo, Powers estaba demasiado preocupado por terminar su trabajo en la clínica y en planificar su propio retiro definitivo. Después de las primeras frenéticas semanas de pánico, se las había arreglado para aceptar un compromiso incómodo que le permitía ver su situación con el fatalismo individual que previamente había reservado para sus pacientes. Afortunadamente, se movía por los gradientes físicos y mentales al mismo tiempo: el letargo y la inercia mitigaban sus ansiedades, y un metabolismo cada vez más lento lo obligaba a concentrarse para producir una secuencia de pensamientos ordenada. De hecho, los intervalos cada vez más largos de sueño sin sueños eran casi tranquilizadores. Se dio cuenta de que los esperaba, y no hacía ningún esfuerzo especial para despertar antes de lo que era esencial.

Al principio tenía un despertador junto a la cama, y trataba de condensar tanta actividad como podía en las horas de restricción de la conciencia, clasificando su biblioteca, conduciendo cada mañana hasta el laboratorio de Whitby para examinar el último lote de radiografías, racionando cada minuto y cada hora como las últimas

gotas de agua de una cantimplora.

Anderson, por fortuna, sin saberlo, había hecho que se diera cuenta de la inutilidad de aquel rumbo.

Después de que Powers se fuera de la clínica, acudía una vez por semana para su revisión, ahora ya poco más que una formalidad. Pero, en la que resultó ser la última vez, Anderson le había tomado la presión sanguínea mientras observaba el relajamiento de los músculos faciales de Powers, los pobres reflejos de sus pupilas y sus mejillas sin afeitar.

Sonrió con simpatía a Powers por encima del escritorio sin saber qué debía decirle. Y dado que había puesto en un programa de estímulo a los pacientes más inteligentes, incluso trató de proporcionarle algún tipo de explicación. Pero Powers era demasiado difícil de alcanzar, neurocirujano extraordinario, un hombre que siempre estaba en la periferia, que solo era feliz trabajando con materiales desconocidos. Pensó: «Lo siento, Robert. ¿Qué puedo decir? ¿Que hasta el sol se está enfriando?». Observó a Powers que tamborileaba con las yemas de los dedos inquietos sobre el escritorio esmaltado, mientras sus ojos se desviaban a las imágenes con figuras anatómicas colgadas en las paredes de la oficina. A pesar de su aspecto descuidado —llevaba la misma camisa sin planchar y las mismas zapatillas deportivas blancas sucias desde hacía una semana—, Powers parecía dueño de sí mismo, como un vagabundo de alguna novela de Conrad más o menos reconciliado con sus propias debilidades.

—¿A qué se dedica, Robert? —preguntó—. ¿Todavía va al laboratorio de Whitby?

—Tanto como puedo. Tardo media hora en cruzar el lago, y a veces sigo durmiendo a pesar de la alarma del despertador. Podría dejar mi casa y trasladarme allí de forma permanente.

Anderson frunció el ceño.

—¿Eso tiene sentido? Por lo que puedo entender, la obra de Whitby era bastante especulativa... —Se interrumpió, dándose cuenta de la crítica implícita al propio trabajo desastroso de Powers en la clínica, pero Powers pareció que lo ignoraba, estaba estudiando el patrón de sombras en el techo—. De todos modos, ¿no sería mejor que se quedara donde está, entre sus propias cosas, leyendo de nuevo a Toynbee y a Spengler?

Powers soltó una risa breve.

—Eso es lo último que quiero hacer. Quiero olvidar a Toynbee y a Spengler, no recordarlos. De hecho, Paul, me gustaría olvidarme de todo. No obstante, no sé si tendré tiempo suficiente. ¿Cuánto puede olvidarse en tres meses?

—Todo, supongo, si uno quiere. Pero intenté obligar al reloj a que vaya más deprisa de lo normal.

Powers asintió en silencio, repitiéndose a sí mismo esa última observación. Obligar al reloj a ir más deprisa de lo normal era exactamente lo que había estado

haciendo. Mientras se levantaba y se despedía de Anderson, de repente decidió tirar el despertador, escapar de su inútil obsesión con el tiempo. Para recordárselo a sí mismo se quitó el reloj de pulsera, cambió la posición de las manecillas, y luego se lo guardó en el bolsillo. Mientras se dirigía al aparcamiento reflexionó sobre la libertad que aquel simple acto le otorgaba. Ahora exploraría los atajos, las puertas laterales, por así decirlo, en los pasillos del tiempo. Tres meses podían ser una eternidad.

Se dirigió hacia su automóvil, protegiéndose los ojos de la luz del sol que caía a plomo sobre el tejado abovedado de la sala de conferencias. Estaba a punto de subirse cuando vio que alguien había dibujado con un dedo en la capa de polvo acumulado en el parabrisas:

96,688,365,498,721

Miró por encima del hombro y reconoció el Packard blanco estacionado allí al lado, asomó la cabeza y vio a un joven de rostro delgado, con cabello rubio blanqueado por el sol y una alta frente cerebrotónica que lo miraba desde detrás de unas gafas de sol. Sentado junto a él, al volante, había una chica de melena negra y brillante a la que había visto muchas veces en el Departamento de Psicología. Tenía una mirada inteligente, aunque costaba un poco identificar, y Powers recordó que los doctores más jóvenes se referían a ella como «la chica de Marte».

—Hola, Kaldren —dijo Powers, dirigiéndose al chico—. ¿Aún me sigues?

Kaldren asintió.

—La mayor parte del tiempo, doctor —dijo evaluando a Powers con expresión astuta—. Aunque últimamente no le hemos visto mucho. Anderson dijo que usted había abandonado, y nos fijamos en que su laboratorio está cerrado.

Powers se encogió de hombros.

—Sentí que necesitaba un descanso. Y como comprenderá, hay mucho sobre lo que reflexionar.

—Lamento oír eso, doctor —dijo Kaldren en tono medio burlón mientras fruncía el ceño—. Y espero que este revés temporal no lo deprima. —Se dio cuenta de que la chica miraba a Powers con interés—. Coma es fan suya. Le dejé sus artículos del *American Journal of Psychiatry*, y se los leyó enteros.

La chica sonrió a Powers con amabilidad, disipando por un instante la hostilidad latente entre los dos hombres. Cuando Powers le devolvió la sonrisa, la chica se inclinó sobre Kaldren y dijo:

—En realidad acabo de terminar la autobiografía de Noguchi, el gran médico japonés que descubrió la espiroqueta. De alguna manera, usted me recuerda a él... Hay mucho de usted mismo en todos los pacientes a los que ha tratado.

Powers le sonrió lánguidamente y luego sus ojos se posaron en los de Kaldren. Con expresión sombría, se miraron uno a otro durante un instante, y un leve tic en la

mejilla derecha del joven le hizo temblar la cara de un modo muy irritante. Flexionó los músculos y tras unos segundos de esfuerzo consiguió dominarlo, obviamente enojado por el hecho de que el otro hubiera sido testigo de aquella breve debilidad vergonzosa.

—¿Qué tal te ha ido hoy en la clínica? —preguntó Powers—. ¿Has tenido más... cefaleas?

Kaldren cerró la boca de golpe y lo miró repentinamente irritado.

—¿Quién me atiende, doctor? ¿Usted o Anderson? ¿Esa es la clase de pregunta que tiene que hacerme?

Powers hizo un gesto de desdén.

—Tal vez no —respondió.

Se aclaró la garganta, el calor hacía menguar el riego sanguíneo hacia su cabeza y se sentía cansado y con ganas de alejarse de ellos. Se volvió hacia su coche, y entonces pensó que Kaldren probablemente le seguiría, para tratar de sacarlo a la cuneta, o para adelantarle por la carretera y hacer que Powers tragara polvo hasta llegar al lago. Kaldren era capaz de cualquier locura.

—Bueno, tengo que ir a recoger algo —dijo. Y agregó con voz más firme—: Si no puedes llegar hasta Anderson ponte en contacto conmigo.

Se despidió y se fue por detrás de la fila de coches. Por el reflejo en las ventanillas pudo ver que Kaldren lo seguía con la mirada.

Entró en el ala de Neurología, se detuvo aliviado en el vestíbulo fresco y saludó con la cabeza a las dos enfermeras y al guardia armado de la recepción. Por alguna razón, los terminales que dormían en el bloque contiguo atraían hordas de turistas, la mayoría de ellos maniáticos con algún remedio milagroso para el narcoma, o simplemente curiosos, además de una buena cantidad de personas bastante normales, muchos de los cuales habían viajado miles de kilómetros, atraídos hacia la clínica por algún extraño instinto, como animales que migran a un preestreno de sus cementerios raciales.

Caminó por el pasillo que conducía a la oficina del supervisor con vistas a la zona de recreo, tomó prestada la llave y cruzó las pistas de tenis y el gimnasio para dirigirse a la piscina cubierta en el otro extremo. No había sido utilizada desde hacía varios meses y solo durante las visitas de Powers se mantenía abierta. Cruzó la puerta y la cerró tras él, y pasó por delante de las gradas de madera hacia la parte más profunda.

Puso un pie en el trampolín y bajó la mirada hacia el ideograma de Whitby. Estaba cubierto de hojas húmedas y papeles sucios, pero las líneas se distinguían bien. Cubría casi todo el suelo de la piscina y, a primera vista, parecía representar un enorme disco solar, con cuatro brazos radiales en forma de diamante, un tosco mandala jungiano.

Se estaba preguntando qué habría inducido a Whitby a grabar el dibujo antes de su muerte cuando vio algo que se movía por los escombros en el centro del disco. Un



animal cubierto por un caparazón negro, de unos treinta centímetros de longitud, husmeaba en el fango, deslizándose sobre unas patas cansadas. El caparazón era articulado y recordaba vagamente al de un armadillo. Al llegar al borde del disco se detuvo, vaciló, y retrocedió lentamente hacia el centro de nuevo, porque al parecer no quería o no podía cruzar el estrecho surco.

Powers miró a su alrededor y luego entró en un cambiador y sacó la pequeña taquilla para guardar la ropa del oxidado soporte de pared. Llevándola bajo el brazo, bajó por la escalera cromada que conducía al fondo de la piscina y caminó con cuidado por el suelo resbaladizo hacia el animal. Al acercarse furtivamente, el animal trató de alejarse, pero Powers lo atrapó con facilidad y utilizó la tapa de la taquilla para levantarlo y meterlo en ella.

El animal era pesado, al menos como un ladrillo. Powers golpeó el macizo caparazón con los nudillos, observando la verrugosa cabeza triangular que sobresalía por debajo del borde como la de una tortuga, y las gruesas almohadillas entre los primeros dedos de las extremidades anteriores del pentadáctilo. Vio los ojillos de tres párpados que pestañeaban con ansiedad desde el fondo de la caja.

—¿Esperabas un clima tan cálido? —murmuró—. Esa densa sombrilla que cargas encima te mantendrá fresco.

Cerró la tapa, salió de la piscina y se dirigió de nuevo a la oficina del supervisor. Luego llevó la caja a su coche.

... Kaldren sigue enfadado conmigo —escribió Powers en su diario—. Por alguna razón no parece aceptar su aislamiento, y está elaborando una serie de rituales privados para reemplazar las horas de sueño perdidas. Quizá debería hablarle de mi propia situación de aproximación a cero, pero probablemente lo consideraría como el insoportable insulto final, pensando que yo tengo en exceso lo que él anhela tan desesperadamente. Solo Dios sabe lo que puede suceder. Afortunadamente, las visiones de pesadilla parecen haber remitido por el momento...

Apartando el diario a un lado, Powers se inclinó sobre la mesa y miró por la ventana el blanco suelo del lecho del lago extendiéndose hacia las colinas a lo largo del horizonte. A cinco kilómetros de distancia, en la lejana costa, pudo ver la cúpula del radiotelescopio girando lentamente en el aire limpio de la tarde, mientras Kaldren vigilaba incansablemente el cielo, atrapando millones de parsecs cúbicos de éter estéril, como los nómadas atrapan el mar en las costas del golfo Pérsico.

El aire acondicionado murmuraba detrás de él, enfriando las paredes de color azul claro medio ocultas en la penumbra. Fuera el aire era brillante y opresivo, las olas de calor ondulaban por encima de las matas de cactus teñidos de oro, emborronando las terrazas del bloque de Neurología de la clínica, con sus veinte plantas de altura. Allí,

en los silenciosos dormitorios detrás de los postigos cerrados, los terminales dormían su prolongado sueño sin sueños. Ahora había más de quinientos en la clínica, la vanguardia de un gran ejército de sonámbulos reuniéndose para su última marcha. Habían pasado solo cinco años desde que fue identificado el primer síndrome de narcoma, pero en el este ya se estaban preparando unos inmensos hospitales del gobierno para recibir a los millares de afectados a medida que fueran saliendo a la luz.

Powers se sintió repentinamente cansado y le echó un vistazo a su muñeca, preguntándose cuánto faltaba para las ocho, su hora de acostarse para la semana siguiente. Echaba de menos el ocaso, y pronto despertaría a su último amanecer.

Llevaba el reloj en el bolsillo trasero. Recordó su decisión de no utilizar relojes, se echó hacia atrás y contempló las estanterías al lado de la mesa. Había filas de publicaciones *AEC* verdes que había sacado de la biblioteca de Whitby, documentos en los que el biólogo describía su trabajo en el Pacífico después de las pruebas-H. Powers se sabía muchos de ellos casi de memoria, los había leído cientos de veces en un esfuerzo por captar las últimas conclusiones de Whitby. Toynbee, sin duda, sería más fácil de olvidar.

Sus ojos se apagaron momentáneamente mientras el alto muro negro en la parte posterior de su mente proyectaba su gran sombra sobre su cerebro. Cogió el diario pensando en la muchacha del coche de Kaldren. Coma la había llamado él en otra de sus bromas demenciales, y en su referencia a Noguchi. En realidad, debería haber hecho la comparación con Whitby y no con él. Los monstruos del laboratorio no eran más que espejos fragmentados de la mente de Whitby, como la grotesca rana con caparazón que había encontrado esa mañana en la piscina.

Pensando en Coma y en la sonrisa de aliento que le había regalado, escribió:

Me he despertado a las 6:33 de la mañana. Última sesión con Anderson. Ha dejado claro que ya me ha visto lo suficiente, y que de ahora en adelante estaré mejor solo. ¿A dormir a las 8:00? (Esa cuenta atrás me aterroriza.).

Hizo una pausa y luego añadió:

Adiós, Eniwetok.

Al día siguiente vio de nuevo a la chica en el laboratorio de Whitby. Había ido después del desayuno, con el nuevo ejemplar, ansioso por llegar a un vivero antes de que muriera. El único mutante con caparazón que había encontrado antes que este casi había hecho que se rompiera el cuello. Un mes antes, yendo por el camino del lago a toda velocidad, pasó por encima de él con una de las ruedas delanteras, y creyó que había aplastado a la pequeña criatura. Pero el denso caparazón permaneció rígido, a pesar de que el organismo, en su interior, quedó hecho pulpa. Y Powers fue a parar con el coche a la cuneta. Había vuelto atrás y recogido el caparazón, luego lo pesó en el laboratorio y descubrió que contenía más de seiscientos gramos de plomo.

Un gran número de plantas y de animales estaban acumulando metales pesados como escudos radiológicos. En las colinas, detrás de la casa de la playa, una pareja de antiguos buscadores de oro estaban renovando el equipo abandonado hacía más de ochenta años. Se habían fijado en el brillante color amarillo de los cactus, hicieron un análisis y descubrieron que las plantas estaban asimilando oro en cantidades extraíbles, aunque las concentraciones del suelo eran impracticables. ¡Oak Ridge daba al fin dividendos!

Tras despertarse por la mañana a las 6:45, diez minutos más tarde que el día anterior (había conectado la radio y escuchado uno de los programas fijos de la mañana mientras se levantaba de la cama), y después de un desayuno muy breve y a desgana, pasó una hora embalando algunos de los libros de su biblioteca y poniendo etiquetas en los paquetes con la dirección de su hermano.

Llegó al laboratorio de Whitby media hora más tarde. El laboratorio se encontraba en una cúpula geodésica de treinta metros de anchura construida al lado de su chalé en la orilla oeste del lago, a un kilómetro y medio de la casa de verano de Kaldren. El chalé se había cerrado después del suicidio de Whitby y muchas de las plantas y animales que utilizaba para sus experimentos habían muerto antes de que Powers lograra obtener el permiso para usar el laboratorio.

Cuando se acercaba a la entrada vio a la chica de pie en lo alto de la cúpula ribeteada de amarillo, su delgada figura recortada contra el cielo. Ella lo saludó con la mano y bajó por poliedros de cristal y saltó con agilidad a la calzada al lado del coche.

—Hola —saludó ella con una sonrisa de bienvenida—. He venido a ver su zoo. Kaldren me dijo que usted no me permitiría entrar si venía con él, así que le he pedido que no venga.

Esperó a que Powers dijera algo mientras buscaba sus llaves, pero enseguida añadió:

—Si quiere, puedo lavarle la camisa.

Powers sonrió y se miró las mangas sucias de polvo.

—No es mala idea —dijo—. Creo que empiezo a tener un aspecto algo descuidado. —Abrió la puerta y tomó del brazo a Coma—. No sé por qué le ha dicho eso Kaldren: siempre es bienvenido.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Coma, señalando la caja de madera que llevaba mientras caminaban por entre los bancos de trabajo.

—Un primo lejano nuestro que he encontrado. Un tipo interesante. Se lo presentaré en un momento.

Unos tabiques correderos dividían la cúpula en cuatro cámaras. Dos de ellas eran almacenes, llenos de tanques de repuesto, aparatos, paquetes de comida para animales y bancos de pruebas. Cruzaron la tercera sección, casi completamente ocupada por un potente proyector de rayos X, un gigantesco Maxitrón G. E. de 250 amperios, colocado sobre una mesa giratoria, y unos grandes bloques de hormigón semejantes a enormes ladrillos para protegerlo.

La cuarta cámara contenía el zoológico de Powers, el vivero formado por jaulas y tanques colocados en bancos de trabajo, etiquetados con cartones de colores y notas escritas pegadas en las tapas, y había una maraña de tubos de goma en el suelo. Dejaron atrás las filas de tanques llenas de formas tenues que se desplazaban tras los cristales esmerilados, hasta llegar al otro extremo del pasillo, donde una jaula grande descansaba sobre el escritorio de Powers.

Dejó la caja en una silla, cogió una bolsa de cacahuets de su mesa y se acercó a una de las jaulas. Un pequeño chimpancé de pelaje negro que llevaba un casco de piloto hizo unas cuantas cabriolas agarrándose a unos barrotes, y enseguida saltó a un panel de control en miniatura, situado en la pared posterior de la jaula, donde rápidamente empezó a pulsar una serie de botones y palancas, y una sucesión de luces de colores iluminó el panel, y empezó a sonar una breve melodía.

—Buen chico —dijo Powers alentador, dándole palmaditas en la espalda al chimpancé y ofreciéndole los cacahuets en la palma de la mano—. Te estás volviendo demasiado listo para eso, ¿verdad?

El chimpancé empezó a meterse los cacahuets en la boca con movimientos suaves y elegantes, como de prestidigitador, balbucióndole sonidos a Powers con voz cantarina.

Coma se rio y le cogió algunos cacahuets a Powers.

—Es muy simpático —dijo—. Creo que está tratando de hablar con usted.

Powers asintió.

—Cierto, así es. En realidad posee un vocabulario de unas doscientas palabras, pero su caja vocal las embrolla todas.

Abrió una neverita situada junto a un banco de trabajo, sacó media bolsa de pan de molde y le dio un par de rebanadas al chimpancé. Este cogió del suelo una tostadora eléctrica, la colocó en una mesita plegable en el centro de la jaula, y metió

las dos rebanadas en las ranuras. Powers pulsó un interruptor del tablero al lado de la jaula y la tostadora empezó a crujir suavemente.

—Es uno de los más brillantes que hemos tenido aquí. Casi tan inteligente como un niño de cinco años, aunque mucho más autosuficiente en muchos aspectos.

Las dos tostadas saltaron de sus ranuras y el chimpancé las atrapó cuidadosamente, sin dejar de tocarse el casco con expresión ausente; luego se metió en una pequeña jaula destartada y se tumbó de espaldas sacando un brazo por la ventana y metiéndose una de las en la boca.

—Él mismo se ha construido esa caseta —continuó Powers, desenchufando la tostadora—. No está nada mal. —Señaló una cubeta de plástico amarillo que estaba junto a la puerta de la caseta y de la cual emergía un geranio marchito—. Cuida esa planta, limpia la jaula, hace un montón de bromas. Es amable con todos sus compañeros.

Coma sonrió.

—¿Por qué lleva ese casco espacial?

Powers vaciló.

—¡Oh! Ejem... Es para su propia protección. A veces sufre unas cefaleas muy intensas. Todos sus predecesores... —Se interrumpió y se volvió—. Vamos a echar una ojeada a algunos de los otros inquilinos.

Avanzó a lo largo de la fila de tanques, llevando a Coma con él.

—Vamos a empezar por el principio —dijo.

Levantó la tapa de cristal de uno de los tanques y Coma vio que el nivel de agua era poco profundo, y que había un pequeño organismo redondo con delgados tentáculos enclavado en una rocalla de conchas y guijarros.

—Es una anémona de mar. O lo era. Un celentéreo simple con el cuerpo abierto en forma de cavidad. —Señaló la cresta de tejido más endurecido alrededor de la base—. Ha sellado la cavidad convirtiendo el canal en una rudimentaria cuerda dorsal, así que es la primera planta que ha desarrollado un sistema nervioso. Más tarde, los tentáculos se adherirán a un ganglio, pero ya son sensibles al color. Mire. —Cogió el pañuelo de color violeta que Coma llevaba al cuello y lo extendió encima del tanque. Los tentáculos se flexionaron y empezaron a moverse lentamente, como si trataran de detectar algo—. Lo extraño es que son completamente insensibles a la luz blanca. Normalmente, los tentáculos registran los cambios de presión, como la membrana del tímpano de los oídos. Ahora es casi como si pudieran oír los colores primarios, y se readaptaran a una existencia no acuática en un mundo estático de violentos contrastes de color.

Coma sacudió la cabeza, perpleja.

—¿Por qué?

—Espere un momento. Deje que le enseñe la primera foto.

Avanzaron a lo largo del banco de trabajo, donde había una serie de jaulas cilíndricas fabricadas con tela metálica. Encima de la primera había una amplia

pantalla blanca de cartón con la microfotografía ampliada de una especie de cadena, coronada por la leyenda: DROSOPHILA: 15 ROENTGENS/MIN.

Powers dio unos golpecitos a la pequeña ventana de plexiglás de la jaula.

—Es la mosca de la fruta. Sus enormes cromosomas la convierten en un vehículo de experimentación muy útil. —Se agachó, señaló un panal gris en forma de v suspendido del techo. Algunas moscas salieron de las entradas y revolotearon afanosas—. Por lo general es un insecto solitario, un carroñero nómada. Ahora bien, integrada en un grupo social bien formado, ha comenzado a secretar una linfa dulce parecida a la miel.

—¿Qué es esto? —preguntó Coma tocando la pantalla.

—El diagrama de un gen clave en la operación.

Señaló una lluvia de flechas que partían de un eslabón de la cadena. Las flechas estaban etiquetadas como GANGLIO LINFÁTICO y subdivididas en MÚSCULOS DEL ESFÍNTER, EPITELIO Y PATRÓN.

—Es algo así como la partitura perforada de una pianola —comentó Powers—, o la cinta perforada de un ordenador. Eliminando un eslabón con un haz de rayos X, pierde una característica, cambia la puntuación.

Coma estaba mirando por la ventanilla de la siguiente jaula con una expresión de desagrado en la cara. Por encima de su hombro, Powers vio que observaba un enorme insecto con forma de araña, del tamaño de una mano, con sus negras y peludas patas del grosor de dedos. Los ojos compuestos parecían rubíes gigantescos.

—Parece poco amigable —dijo Coma—. ¿Qué es esa especie de escalerilla de cuerda que está tejiendo?

Mientras la muchacha se llevaba un dedo a la boca, la araña volvió a la vida, retrocedió y empezó a escupir una compleja madeja de hilo gris entrelazado que colgaba en amplios bucles del techo de la jaula.

—Una telaraña —respondió Powers—. Excepto por el hecho de que esta está compuesta por tejido nervioso. Las escalerillas, como usted dice, forman un plexo neuronal externo, un cerebro hinchable por así decirlo, que el animal puede ampliar al tamaño que requiera la situación en que se encuentre. Una disposición razonable, en realidad, mucho mejor que la nuestra.

Coma retrocedió.

—Es horrible —dijo—. No me gustaría entrar en su salón.

—¡Oh! No es tan alarmante como parece. Esos enormes ojos que la miran están ciegos. O, mejor dicho, su sensibilidad óptica se ha desplazado por la banda, y las retinas solo registran la radiación gamma. Su reloj de pulsera tiene manecillas luminosas. Cuando usted lo movió por delante de la ventanilla, el animal comenzó a pensar. La Cuarta Guerra Mundial realmente la pondría en su verdadero elemento.

Regresaron a la mesa de Powers. Puso una cafetera sobre un hornillo y empujó una silla hacia Coma. Después abrió la caja, sacó la rana acorazada y la dejó sobre una hoja de papel secante.

—¿La reconoce? Su vieja amiga de la infancia, la rana común. Se ha construido un sólido refugio antiaéreo.

Llevó al animal a un fregadero, abrió el grifo y dejó que el agua fluyera suavemente sobre su caparazón. Secándose las manos en la camisa, volvió a la mesa.

Coma se apartó un largo mechón de la frente y lo observó con curiosidad.

—Bueno, ¿cuál es el secreto?

Powers encendió un cigarrillo.

—No hay ningún secreto. Los teratólogos han estado criando monstruos durante años. ¿Alguna vez ha oído hablar de la «pareja silenciosa»?

Ella negó con la cabeza.

Powers contempló melancólicamente su cigarrillo un instante, aguantando el mareo que siempre le producía el primero del día.

—La llamada «pareja silenciosa» es uno de los problemas más antiguos de la genética moderna, el misterio aparentemente desconcertante de dos genes inactivos que se presentan en un pequeño porcentaje de organismos vivos, y que no parecen tener ningún papel inteligible en su estructura o en su desarrollo. Durante mucho tiempo los biólogos han estado tratando de activarlos, pero la dificultad reside en parte en identificar los genes silenciosos en las células germinales fertilizadas que se sabe que los contienen, y en parte en enfocar un haz de rayos X lo suficientemente fino como para no dañar al resto del cromosoma. No obstante, después de unos diez años de trabajo, el doctor Whitby desarrolló con éxito una técnica de irradiación de todo el cuerpo basada en sus observaciones de los daños radiobiológicos en Eniwetok. —Powers hizo una breve pausa—. Se dio cuenta de que parecía haber más daño biológico después de las pruebas, es decir, un mayor transporte de energía, del que podía ser atribuido a la radiación directa. Lo que estaba ocurriendo era que las redes de proteínas de los genes estaban acumulando energía del mismo modo que cualquier membrana acumula energía (recuerde la analogía del puente hundiéndose bajo los soldados que lo cruzan marcando el paso), y se le ocurrió que si podía identificar primero la frecuencia de resonancia crítica de las redes de alguno de los genes silenciosos en particular, entonces podría irradiar todo el organismo vivo, y no simplemente sus células germinales, con un campo bajo que actuara de manera selectiva sobre el gen silencioso y no causara daño al resto de los cromosomas, cuyas redes solo resonarían críticamente bajo otras frecuencias específicas.

Powers hizo un amplio gesto en el aire del laboratorio con el cigarrillo.

—Aquí puede ver usted algunos de los frutos de esa técnica de transferencia de resonancia.

Coma asintió.

—¿Tienen sus genes silenciosos activados?

—Sí, todos ellos. Estos son solo algunos de los miles de ejemplares que han pasado por aquí, y como hemos visto, los resultados son bastante dramáticos.

Levantó una mano y corrió una cortina. Estaban sentados justo debajo del borde

de la cúpula, y la luz del sol empezaba a irritarlo.

En aquella relativa oscuridad, Coma observó un estroboscopio que parpadeaba lentamente en uno de los tanques al final del banco de trabajo, detrás de ella. Se puso de pie, se acercó y examinó un alto girasol de tallo muy grueso y el receptáculo muy ensanchado. Rodeando la flor de modo que solo sobresaliera la cabeza, había una chimenea de piedras de color blanco grisáceo, perfectamente cimentada y etiquetada:

CALIZA CRETÁCICA: 60 MILLONES DE AÑOS.

Y al lado había tres chimeneas más, que llevaban las siguientes etiquetas:

ARENISCA DEVÓNICA: 290 MILLONES DE AÑOS; ASFALTO: 20 AÑOS;  
CLORURO DE POLIVINILO: 6 MESES.

—¿Puede ver esos discos blancos y húmedos en los sépalos? —señaló Powers—. De alguna manera regulan el metabolismo de la planta. Literalmente, la planta ve el tiempo. Cuanto más antiguo sea un entorno, más lento es su metabolismo. Con la chimenea de asfalto completa su ciclo anual en una semana, con el cloruro de polivinilo en un par de horas.

—Ve el tiempo —repitió Coma maravillada. Miró a Powers, mordiéndose el labio inferior pensativamente—. Es fantástico. ¿Son estas las criaturas del futuro, doctor?

—No lo sé —admitió Powers—. Pero, si lo son, su mundo deberá ser monstruosamente surrealista.

### 3

Volvió al escritorio, sacó dos tazas de un cajón y, tras apagar el fogón, sirvió café.

—Algunas personas han especulado con que los organismos que poseen la pareja silenciosa de genes son los precursores de un movimiento masivo por la pendiente evolutiva, que los genes silenciosos son una especie de código, un mensaje divino que los organismos inferiores llevamos para nuestros descendientes más



desarrollados. Puede que sea cierto y hayamos descifrado el código antes de tiempo.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, como la muerte de Whitby indica, los experimentos de este laboratorio han llegado todos a una conclusión bastante infeliz. Sin excepción, los organismos que han sido irradiados han entrado en una fase final de crecimiento totalmente desorganizada, produciendo docenas de órganos sensoriales especializados cuya función ni siquiera podemos adivinar. Los resultados son catastróficos: la anémona explota, literalmente, las *drosophilas* son caníbales y se comen unas a otras, y así sucesivamente. Ignoro si el futuro implícito en esas plantas y animales llegará a ser una realidad algún día, o si estamos simplemente extrapolando. A veces pienso que los nuevos órganos sensoriales desarrollados son parodias de sus verdaderas intenciones. Los ejemplares que ha visto hoy están todos en una etapa temprana de su ciclo de crecimiento secundario. Más tarde empezarán a parecer claramente extraños.

Coma asintió.

—Un zoológico no está completo sin su guardián —observó—. ¿Qué pasa con el hombre?

Powers se encogió de hombros.

—Aproximadamente uno de cada cien mil, de media habitual, tiene la pareja silenciosa. Usted podría tenerla... o yo. Nadie se ha ofrecido aún voluntariamente para someterse a la irradiación de todo el cuerpo. Aparte del hecho de que sería calificado como suicidio, si estos experimentos sirvieran de punto de referencia, la experiencia sería salvaje y violenta.

Powers le dio un sorbo a su café. Se sentía cansado y, de algún modo, aburrido. La recapitulación del trabajo hecho en el laboratorio lo había dejado exhausto.

La chica se inclinó hacia delante.

—Está muy pálido —murmuró solícita—. ¿No ha dormido bien?

Tras una breve sonrisa, Powers dijo:

—Demasiado bien —admitió—. Eso ya no es un problema para mí.

—Me gustaría poder decir lo mismo de Kaldren. No creo que duerma lo suficiente. Le oigo dar vueltas durante toda la noche. Sin embargo, supongo que es mejor que ser un terminal. Dígame, doctor, ¿no valdría la pena ensayar esa técnica de irradiación con los durmientes de la clínica? Podría despertarlos antes del final. Algunos de ellos deben de tener los genes silenciosos.

—Todos los tienen —dijo Powers—. De hecho, los dos fenómenos están estrechamente vinculados entre sí.

Se detuvo, el cansancio le nublabla el cerebro, y se preguntó si debía decirle a la chica que se fuera. Luego, tras levantarse, se acercó a la estantería que había detrás del escritorio y cogió una grabadora. La puso en marcha y reguló el volumen del altavoz.

—Whitby y yo hablábamos a menudo de esto. Hacia el final lo registraba todo. Fue un gran biólogo, así que vamos a escuchar sus propias palabras. Esto es el punto

central del asunto. Lo he escuchado una y mil veces, así que me temo que la calidad será bastante pobre...

La voz de un hombre mayor, fuerte y ligeramente irritable, resonó por encima de un leve zumbido de distorsión, pero Coma pudo oírla con claridad.

WHITBY:... por el amor de Dios, Robert, echa un vistazo a esas estadísticas de las preguntas más frecuentes. A pesar de un aumento anual del cinco por ciento de la superficie sembrada en los últimos quince años, los cultivos mundiales de trigo disminuyen en un dos por ciento. La misma historia se repite *ad nauseam*. Cereales y tubérculos, el rendimiento lácteo de los rumiantes, la fertilidad, todo disminuye. Añádele una gran cantidad de síntomas paralelos, como la alteración en la elección de las rutas de emigración o los períodos de hibernación más prolongados, y el patrón general es incontrovertible.

POWERS: No obstante, las cifras de la población en Europa y en América del Norte no muestran disminución alguna.

WHITBY: Claro que no, como sigo señalando. Pasará un siglo para que los efectos de ese descenso de la fertilidad se noten en las áreas donde el control de la natalidad proporcione una reserva artificial. Tenemos que fijarnos en los países de Lejano Oriente, y en particular en aquellos en los que la mortalidad infantil se ha mantenido en un nivel constante. La población de Sumatra, por ejemplo, se ha reducido en más del quince por ciento en los últimos veinte años. ¡Es un descenso fabuloso! ¿Te das cuenta de que hace únicamente dos o tres décadas los neomalthusianos hablaban de una explosión de la población mundial? De hecho, es una implosión. Otro factor es...

Aquí la cinta había sido cortada y empalmada, y la voz de Whitby, menos quejumbrosa esta vez, resonó de nuevo:

... solo por una cuestión de interés, dime una cosa: ¿cuánto tiempo duermes cada noche?

POWERS: No lo sé exactamente, unas ocho horas, supongo.

WHITBY: Las proverbiales ocho horas. Pregúntale a cualquiera y te dice automáticamente «ocho horas». De hecho, duermes alrededor de diez horas y media, como la mayoría de la gente. Te he cronometrado en varias ocasiones. Yo duermo once. Sin embargo, hace treinta años la gente, efectivamente, dormía ocho horas, y un siglo antes dormía seis o siete. En las *Vidas* de Vasari se lee que Miguel Ángel dormía solo cuatro o cinco horas, y a la edad de ochenta años pintaba todo el día, y trabajaba por la noche sobre su mesa de anatomía con una vela atada a la frente. Ahora está considerado un genio, pero entonces no tenía nada de especial. ¿Cómo crees que los antiguos, de Platón a Shakespeare, de Aristóteles a Tomás de Aquino, fueron capaces de producir obras tan extensas en su vida? Simplemente porque disponían de seis

o siete horas más al día. Por supuesto, un segundo inconveniente que tenemos con respecto a los antiguos es una baja tasa metabólica basal, otro factor que nadie explica.

POWERS: Supongo que se podría considerar que el intervalo de reposo prolongado es un dispositivo de compensación, una especie de intento de la masa neuronal de escapar de las terribles presiones de la vida urbana a finales del siglo XX.

WHITBY: Se podría, pero podría ser un error. Es simplemente una cuestión bioquímica. Los patrones de ácido ribonucleico que desatan las cadenas de proteínas en todos los organismos vivos se están consumiendo, las matrices que inscriben la firma protoplásmica se han embotado. Después de todo, han estado funcionando desde hace más de mil millones de años. Es hora de volver a readaptarlos. Así como la vida de un organismo individual es finita, o la vida de una colonia de levadura o de una especie determinada, la vida de todo un reino biológico tiene también su duración. Siempre se ha supuesto que la pendiente evolutiva tiende a subir siempre, pero, de hecho, ya se ha alcanzado el punto más alto y el camino conduce ahora hacia abajo, hacia la tumba biológica común. Ahora mismo es una visión del futuro desalentadora e inaceptable, pero es la única. Dentro de cinco mil siglos, nuestros descendientes, en vez de ser multicerebrales hombres de las estrellas, serán probablemente unos idiotas prognatos con pelo en la frente que gruñirán alrededor de los restos de esta clínica como hombres neolíticos atrapados en una inversión macabra del tiempo. Créeme, los compadezco, y me compadezco a mí mismo. Mi fracaso total, mi absoluta falta de cualquier derecho moral o biológico sobre la existencia están implícitas en cada célula de mi cuerpo...

La cinta terminó, la bobina corrió libremente y se detuvo. Powers desconectó el aparato y luego se masajeó el rostro. Coma se quedó sentada en silencio, observándolo y escuchando al chimpancé que jugaba con una caja de dados rompecabezas.

—Por lo que Whitby podía decir —dijo Powers—, los genes silenciosos representan un último esfuerzo desesperado del reino biológico para mantener la cabeza por encima de las aguas crecientes. Su período total de vida está determinado por la cantidad de radiación emitida por el sol, y una vez que llega a cierto punto se sobrepasa la línea de la muerte segura y la extinción es inevitable. Para compensar esto, se han construido alarmas que alteran la forma del organismo y lo adaptan para vivir en un clima radiológico más caliente. Los organismos de piel blanda desarrollan caparzones duros que contienen metales pesados como pantallas contra la radiación. También se desarrollan nuevos órganos de percepción. Aunque, según Whitby es un esfuerzo inútil a largo plazo. Pero, a veces me pregunto...

Sonrió a Coma y se encogió de hombros.

—Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a Kaldren?

—Unas tres semanas. Pero parece que haga diez mil años.

—¿Cómo lo encuentra ahora? Hemos tenido poco contacto últimamente.

Coma sonrió.

—Me parece que yo tampoco lo veo demasiado. Me hace dormir todo el tiempo. Kaldren tiene muchos talentos extraños, pero vive solo para sí mismo. Usted significa mucho para él, doctor. De hecho, usted es mi único rival serio.

—Creí que no podía soportar verme.

—¡Oh! Eso es solo una especie de síntoma superficial. En realidad, piensa en usted constantemente. Por eso nos pasamos todo el tiempo siguiéndole. —Coma miró a Powers con una expresión astuta—: Creo que se siente culpable por algo.

—¿Culpable? —exclamó Powers—. ¿En serio? Creí que pensaba el que culpable era yo.

—¿Por qué? —inquirió. Pero entonces vaciló, y dijo—: Usted realizó en él alguna técnica quirúrgica experimental, ¿verdad?

—Sí —admitió Powers—. Y no fue precisamente un éxito, como casi todo lo relacionado con aquello. Si Kaldren se siente culpable, supongo que es porque cree que debe asumir parte de la responsabilidad. —Miró a la chica, cuyos inteligentes ojos lo observaban con atención.

—Por una o dos razones puede ser necesario que usted lo sepa. Dice que ha oído a Kaldren pasear de un lado a otro durante toda la noche y que no duerme lo suficiente. En realidad, no duerme absolutamente nada.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Usted... —Hizo un gesto con los dedos.

—... lo narcotomicé. —Powers le acabó la frase—. Quirúrgicamente hablando fue un gran éxito, por el cual podían incluso haberme concedido el Nobel. Normalmente, el hipotálamo regula el período de sueño aumentando el umbral de la conciencia a fin de relajar los capilares venosos del cerebro y drenarles la acumulación de toxinas. No obstante, mediante la supresión de algunas de las conexiones de control, el sujeto es incapaz de recibir la señal del sueño, y los capilares se vacían mientras permanece consciente. Lo único que siente es un letargo temporal, pero se le pasa en tres o cuatro horas. Físicamente hablando, Kaldren ha añadido otros veinte años a su vida. Pero la psique parece necesitar el sueño por sus motivos particulares, y por lo tanto Kaldren sufre unos trastornos periódicos que le desgarran. Todo el asunto fue un trágico error.

Coma frunció el ceño pensativamente.

—Es lo que yo suponía. Sus artículos en las revistas de neurocirugía se referían al paciente K. Una historia kafkiana convertida en realidad.

—Quizá me vaya de aquí para siempre, Coma —dijo Powers—. Asegúrese de que va a la clínica.

—Lo intentaré. A veces me siento como uno de sus locos documentos terminales.

—¿Qué es eso?

—¿No ha oído hablar de ellos? Kaldren colecciona declaraciones finales sobre el *Homo sapiens*. Las obras completas de Freud, los cuartetos del Beethoven sordo, las transcripciones de los juicios de Núremberg, una novela automática, y cosas así. —Se interrumpió—. ¿Qué es eso que está dibujando?

—¿Dónde?

Coma señaló el papel secante, y Powers bajó la mirada y vio que había estado dibujando inconscientemente un garabato, el elaborado sol de cuatro brazos de Whitby.

—No es nada —dijo. Pero, de alguna manera, tenía una fuerza extrañamente convincente.

Coma se levantó para marcharse.

—Tiene que venir a vernos, doctor. Kaldren tiene muchas cosas que mostrarle. Consiguió una vieja copia de las últimas señales enviadas desde el Mercury 7 hace veinte años, cuando llegó a la Luna, y no puede pensar en otra cosa. ¿Recuerda los extraños mensajes que grabaron los tripulantes antes de morir, llenos de divagaciones poéticas sobre los jardines blancos? Ahora que lo pienso, se comportaban más bien como las plantas que tiene aquí.

Coma rebuscó en los bolsillos y luego sacó algo.

—Por cierto, Kaldren me ha pedido que le diera esto.

Era una vieja tarjeta de la biblioteca del observatorio. En el centro había un número escrito:

96,688,365,498,720.

—En este caso tardará mucho en llegar al cero —observó Powers secamente—. Tendré una buena colección cuando hayamos terminado.

Cuando Coma se hubo marchado, Powers tiró la tarjeta al cubo de la basura, se sentó ante el escritorio y se pasó una hora contemplando el ideograma dibujado en el secante.

A mitad de camino de regreso a su casa de la playa, el sendero del lago tenía un desvío a la izquierda a través de un paso estrecho que discurría entre las colinas hasta un campo de tiro de las Fuerzas Aéreas abandonado, en uno de los lagos salados más alejados. En el extremo más cercano había una serie de pequeños búnkeres y torres de observación, uno o dos cobertizos metálicos y un hangar de almacenamiento de techo bajo. Las blancas colinas rodeaban toda la zona, aislándola del mundo exterior, y a Powers le gustaba pasear por los pasillos de artillería que habían sido señalados a lo largo de tres kilómetros y medio del lago en dirección a las pantallas de hormigón situadas en el otro extremo. Los patrones abstractos le hacían sentirse como una

hormiga encima de un tablero de ajedrez de color hueso, con las pantallas rectangulares en un extremo y las torres y los búnkeres en el otro como piezas opuestas.

Su sesión con Coma había hecho que Powers se sintiera repentinamente insatisfecho con la forma en que iba a pasar sus últimos meses. «ADIÓS, ENIWETOK», había escrito, pero olvidarlo sistemáticamente todo era en realidad exactamente igual que recordarlo, una catalogación a la inversa, clasificar todos los libros en la biblioteca mental y volver a colocarlos en sus lugares correctos pero boca abajo.

Powers subió a una de las torres de observación, se apoyó en la barandilla y miró a lo largo de los pasillos hacia las pantallas. Proyectiles y cohetes habían arrancado grandes pedazos de las bandas circulares de hormigón que rodeaban las dianas, pero los contornos de los enormes discos de cien metros de anchura, pintados alternativamente de azul y rojo, eran todavía visibles.

Durante media hora los miró en silencio, mientras por su mente cruzaban ideas cambiantes e inconexas. Entonces, sin pensarlo, se separó precipitadamente de la barandilla y bajó la escalerilla. El hangar de almacenamiento estaba a cincuenta metros de distancia. Se acercó rápidamente, entró en las frescas sombras y miró por entre las carretillas eléctricas oxidadas y los depósitos de combustible vacíos. Al fondo, detrás de una pila de madera y de unos rollos de alambre, había un montón de sacos de cemento sin abrir, un montículo de arena y una vieja hormigonera.

Media hora más tarde volvía a entrar en el hangar con el Buick, enganchó al parachoques trasero, la hormigonera cargada de arena, cemento y agua recogida en los bidones que estaban fuera, y metió otra docena de sacos en el maletero y en el asiento de atrás. Finalmente, escogió unas cuantas tablas rectas, las metió por la ventanilla y empezó a cruzar el lago en dirección hacia la diana central.

Durante las dos horas siguientes trabajó de manera constante en el centro del gran disco azul, mezclando el cemento a mano, llevándolo a través de las toscas formas que había trazado con los tablones, levantando un murete de veinte centímetros de altura alrededor del perímetro del disco. Trabajó sin descanso, removiendo el cemento con una palanca para neumáticos y sacándolo luego con un tapacubos.

Cuando terminó y se fue, dejando su equipo donde estaba, había terminado un tramo de muro de nueve metros de longitud.

7 de junio: Consciente, por primera vez, de la brevedad de cada día. Cuando estaba despierto durante más de doce horas, me orientaba por el meridiano, y la mañana y la tarde mantenían su antiguo ritmo. Ahora, con poco más de once horas de consciencia, forman un intervalo continuo, como un trozo de cinta métrica. Puedo ver exactamente qué resto queda en el carrete, y apenas puedo hacer nada que afecte a la velocidad con la que se desarrolla. Paso el tiempo empaquetando lentamente la biblioteca, las cajas son demasiado pesadas para moverlas y allí se quedan cuando están llenas.

Recuento de células: menos de 400 000.

Me despierto a las 8:10. Me duermo a las 7:15. (Parece que he perdido mi reloj sin darme cuenta, tendré que conducir hasta la ciudad para comprarme otro).

14 de junio: 09:30 horas. El tiempo corre tan rápido como un tren expreso. No obstante, la última semana de unas vacaciones siempre pasa más rápida que la primera. Al ritmo actual no me quedan más de cuatro o cinco semanas. Esta mañana he tratado de visualizar cómo será la última semana y he sufrido un ataque de pánico, algo que nunca me había ocurrido antes. He tardado media hora en recuperarme lo suficiente para inyectarme una intravenosa.

Kaldren me persigue como mi sombra luminosa, y ha escrito con tiza en la entrada: «96'688'365'498'702». El cartero debe de estar confuso.

Me despierto a las 9:05. Me duermo a las 6:36.

19 de junio: 08:45 horas. Anderson ha llamado por teléfono esta mañana. He estado a punto de colgar, pero he conseguido convencerlo de que estaba haciendo los arreglos finales. Me ha felicitado por mi estoicismo, e incluso ha usado la palabra «heroico». No tiene sentido. La desesperación lo erosiona todo: valor, esperanza, autodisciplina..., todas las mejores cualidades. Es condenadamente difícil mantener esa actitud impersonal de aceptación pasiva implícita en la tradición científica. Trato de pensar en Galileo ante la Inquisición, o en Freud superando el dolor interminable de su operación de cáncer de mandíbula...

Me he encontrado con Kaldren en el centro de la ciudad y he tenido con él una larga discusión sobre el Mercury 7. Está convencido de que se negaron a abandonar la Luna deliberadamente, después de que la «fiesta de bienvenida» que les esperaba los situó en la foto cósmica. Los misteriosos emisarios de Orión les dijeron que la exploración del espacio profundo era inútil, ya que la habían empezado demasiado tarde, cuando la vida del universo ¡¡¡prácticamente ya se había extinguido!!! Según K., algunos generales de las Fuerzas Aéreas se tomaron en serio esa teoría, pero sospecho que se trata simplemente de un intento de Kaldren para consolarme.

Tendré que desconectar el teléfono. Un contratista se pasa el tiempo llamándome para reclamarme el pago de cincuenta sacos de cemento que

afirma que recogí hace diez días. Dice que él mismo me ayudó a cargarlos en una furgoneta. Fui a la ciudad en la camioneta de Whitby, pero solo para comprar material para las pruebas de detección de plomo. ¿Qué cree que podría hacer yo con todo ese cemento? Esto es precisamente ese tipo de cosas irritantes que no quieres añadir a tu salida final. (Moraleja: no te esfuerces demasiado en olvidar Eniwetok).

Me despierto a las 9:40. Me duermo a las 4:15.

25 de junio: 07:30 horas. Hoy Kaldren estaba merodeando de nuevo por el laboratorio. Me ha llamado por teléfono allí, y cuando he contestado una voz grabada me ha recitado una larga serie de números como un loco súper Tim. Esas bromas me resultan bastante agotadoras. Pero por mucho que me moleste la idea, muy pronto tendré que ir a verle para llegar a un acuerdo con él. De todos modos, siempre es un placer visitar a la señora Mars.

Ahora tengo suficiente con una comida, rematada con una inyección de glucosa. Dormir sin sueños no me proporciona descanso alguno. Anoche grabé una película en 16 mm de las primeras tres horas, y la he proyectado esta mañana en el laboratorio. Es la primera película de terror real, yo parecía un cadáver semianimado.

Me despierto a las 10:25. Me duermo a las 3:45.

3 de julio: 05:45 horas. Hoy he hecho muy poca cosa. Bajo un profundo letargo me he arrastrado hasta el laboratorio y he estado a punto de salirme de la carretera en dos ocasiones. Me he concentrado lo suficiente para alimentar a los animales y actualizar mi diario. Tras leer por última vez los manuales de operaciones de Whitby, me he decidido por una tasa de 40 roentgens/min, con una distancia del blanco de 350 cm. Ahora todo está preparado.

Me despierto a las 11:05. Me duermo a las 3:15.

Powers se desperezó, ladeando lentamente la cabeza sobre la almohada, concentrándose en las sombras proyectadas en el techo por la persiana. Luego bajó la mirada y vio a Kaldren sentado al borde de la cama, observándolo en silencio.

—Hola, doctor —dijo Kaldren apagando su cigarrillo—. ¿Se acostó tarde anoche? Parece cansado.

Powers se incorporó sobre un codo y miró su reloj. Eran poco más de las once. Con la mente embotada sacó las piernas de la cama y se sentó en el borde, con los codos apoyados en las rodillas, y frotándose la cara para devolverle algo de vida.

Se dio cuenta de que la habitación estaba llena de humo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Kaldren.

—He venido a invitarle a almorzar. —Señaló el teléfono de la mesilla de noche—. Su línea está desconectada, así que he venido. Espero que no le importe que haya subido. He estado llamando al timbre durante media hora. Me sorprende que no lo



haya oído.

Powers asintió, se puso en pie y trató de alisarse las arrugas de los pantalones de algodón. Había dormido con ellos durante toda una semana, y estaban húmedos y olían a rancio.

Cuando se dirigió hacia la puerta del baño, Kaldren señaló la cámara sobre el trípode al otro lado de la cama.

—¿Qué es eso? ¿Piensa entrar en el negocio del cine porno, doctor?

Powers le miró en silencio durante unos instantes, luego miró el trípode y después se dio cuenta de que tenía el diario abierto sobre la mesilla. Preguntándose si Kaldren habría leído las últimas entradas lo recogió, entró en el baño y cerró la puerta tras de sí.

Abrió la puerta del armario con espejo y sacó una jeringa hipodérmica y una ampolla. Después de inyectarse, se apoyó contra la puerta esperando los efectos del estimulante.

Kaldren estaba en el salón cuando regresó, leyendo las etiquetas pegadas en las cajas.

—Muy bien —dijo Powers—. Almorzaré contigo.

Examinó a Kaldren con cuidado. El chico parecía más tranquilo de lo habitual, y hasta casi tenía una cierta actitud de respeto hacia él.

—Bien —dijo Kaldren—. Por cierto, ¿se marcha?

—¿Es que eso importa? —preguntó Powers secamente—. Creía que ahora era Anderson quien se ocupaba de ti.

Kaldren se encogió de hombros.

—Como quiera. Venga a eso de las doce. —Y añadió enfáticamente—: Así tendrá tiempo de ducharse y cambiarse de ropa. ¿Qué es eso que lleva en la camisa? Parece cal.

Powers bajó la mirada y se sacudió las manchas blancas. Cuando Kaldren se hubo marchado, se desnudó, se dio una ducha y extrajo un traje limpio de uno de los baúles.

Hasta que conoció a Coma, Kaldren vivió solo en la vieja casa de verano abstracta en la orilla norte del lago. Era una locura de siete plantas construida por un excéntrico matemático millonario, con la forma de una cinta en espiral de hormigón que se enroscaba alrededor de sí misma como una serpiente loca, revistiendo paredes, suelos y techos. Solo Kaldren se había interesado por la casa, un modelo geométrico de  $\sqrt{-1}$  y por lo tanto había podido alquilarlo con un alquiler relativamente bajo. Por las tardes, Powers lo había visto a menudo desde el laboratorio, caminando sin descanso de una planta a otra a través del laberinto de rampas y terrazas hasta la azotea, donde su figura angulosa y delgada destacaba como una horca contra el cielo, barriendo las calles con la mirada en busca de la primera luz del día siguiente.

Allí estaba cuando Powers llegó al mediodía, en equilibrio sobre una cornisa a

cincuenta metros por encima, con la cabeza teatralmente levantada hacia el cielo.

—¡Kaldren! —gritó repentinamente en el aire silencioso, medio esperando que eso le hiciera perder del equilibrio.

Kaldren salió de su ensimismamiento y miró hacia abajo. Sonriendo de soslayo agitó el brazo derecho trazando un lento semicírculo.

—¡Suba! —gritó y luego volvió a contemplar el cielo.

Powers se apoyó en el coche. Una vez, unos meses antes, había aceptado la misma invitación, entró y en tres minutos se había perdido en el laberinto de la segunda planta. Kaldren había tardado media hora en dar con él.

Así que esta vez Powers esperó mientras Kaldren bajaba las escaleras y pasaba habitaciones y recovecos y luego ambos se metieron en el ascensor que los condujo a la *suite* del ático.

Se tomaron un cóctel en un amplio estudio con techo de cristal; el enorme lazo blanco de hormigón se desenrollaba a su alrededor como pasta de dientes exprimida de un inmenso tubo. En los niveles paralelos y en los descansillos había muebles de color gris abstracto y gigantescas fotografías sobre pantallas inclinadas, exposiciones de objetos cuidadosamente etiquetados y presentados en mesitas bajas, todo dominado por unas letras negras de seis metros de altura en la pared trasera que componían una palabra:

## TÚ

Kaldren la señaló:

—Podríamos llamarlo enfoque supraliminal —dijo con complicidad y terminó su copa de un trago—. Este es mi laboratorio, doctor —dijo con una nota de orgullo—. Mucho más importante que el suyo, créame.

Powers sonrió con ironía para sus adentros y examinó la primera exposición, una vieja cinta EEG atravesada por un papel en que había una serie de garabatos de tinta. La etiqueta decía: «EINSTEIN, A.; ONDAS ALFA, 1922». Siguió a Kaldren, bebiéndose la copa lentamente, disfrutando de la breve sensación de alerta que siempre le proporcionaba la anfetamina. Al cabo de dos horas se desvanecería, dejándole la sensación de que su cerebro estaba hecho de papel secante.

Kaldren no paraba de caminar, explicándole la importancia de los llamados Documentos Terminales.

—Son grabados finales, poderes, declaraciones últimas, productos de la fragmentación total. Cuando haya reunido los suficientes, construiré con ellos un nuevo mundo para mí. —Cogió un volumen encuadernado en papel grueso de una de las mesas y hojeó sus páginas—. Pruebas de Asociación de los Doce de Núremberg. Tengo que incluirlas...

Powers se paseaba con aire ausente, sin escuchar a Kaldren. En un rincón había lo que parecían ser tres viejas máquinas de teletipos, con largas cintas colgando de las

bocas. Se preguntó si Kaldren estaba lo bastante despistado como para invertir en bolsa, que había ido desapareciendo lentamente durante los últimos veinte años.

—Powers —oyó que decía Kaldren—. Ya le hablé del Mercury 7. —Señaló una colección de hojas escritas a máquina—. Son las transcripciones de las señales finales de radio de los monitores de grabación.

Powers examinó las hojas por encima, leyendo una línea al azar.

«... AZUL... GENTE... RECICLO... ORIÓN... TELÉMETRO...».

Powers asintió evasivamente.

—Interesante. ¿Y esos teletipos de ahí?

Kaldren sonrió.

—He estado esperando durante meses a que me preguntara eso. Eche un vistazo.

Powers se acercó y cogió una de las cintas. La máquina estaba etiquetada de la siguiente forma: «AURIGA 225-G. INTERVALO: 69 HORAS».

La cinta decía:

96,688,365,498,695

96,688,365,498,694

96,688,365,498,693

96,688,365,498,692

Powers dejó caer la cinta.

—Me resulta familiar. ¿Qué representa la secuencia?

Kaldren se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—¿Qué quieres decir? Debe de reproducir algo.

—Sí, claro. Es una progresión matemática decreciente. Una cuenta atrás, si quiere.

Powers cogió la cinta de la derecha, etiquetada: «ARIES 44R951. INTERVALO: 49 DÍAS».

Aquí la secuencia era:

876,567,988,347,779,877,654,434

876,567,988,347,779,877,654,433

876,567,988,347,779,877,654,432

Powers miró a su alrededor.

—¿Cuánto tarda en llegar cada señal?

—Solo unos pocos segundos. Tienen una terrible compresión lateral, por

supuesto. El equipo del observatorio no puede descomponerlas. Fueron recogidas por primera vez en Jodrell Bank hace unos veinte años. Ahora nadie se molesta en escucharlas.

Powers cogió la última cinta.

6,554

6,553

6,552

6,551

—Se acerca el final —comentó. Echó un vistazo a la etiqueta, que decía: Fuente de radio no identificada. «CANES VENATICI. INTERVALO: 97 SEMANAS». Le mostró la cinta a Kaldren—. Pronto habrá terminado.

Kaldren sacudió la cabeza. Levantó un gran volumen de una mesa y lo meció en las manos. De repente, la expresión de su rostro se había vuelto sombría, como poseída.

—Lo dudo —dijo—. Esas son únicamente las cuatro últimas cifras. El número entero contiene más de cincuenta millones.

Entregó el volumen a Powers, que volvió a la cubierta y leyó el título: «Secuencia principal de Señal Seriada recibida por el radio observatorio de Jodrell Bank, de la Universidad de Manchester, Inglaterra, a las 0012:59 horas del 21-5-72. Fuente: NGC 9743, Canes Venatici».

Hojeó el grueso fajo de páginas densamente impresas: millones de números, como Kaldren había dicho, discurrendo de arriba abajo en mil páginas consecutivas.

Powers sacudió la cabeza, recogió la cinta de nuevo y la miró pensativamente.

—El ordenador solo anota las últimas cuatro cifras —repitió Kaldren—. Las series enteras llegan en períodos de quince segundos de duración, pero una IBM tardaría más de dos años en dar coherencia a una sola de ellas.

—Increíble —comentó Powers—. Pero ¿qué es?

—Una cuenta atrás, como ya hemos dicho. NGC 9743, en alguna parte de Canes Venatici. Las grandes espirales se están rompiendo y dicen adiós. Solo Dios sabe qué creen que somos, pero de todos modos se comunican con nosotros, radiando sus mensajes a través de la línea de hidrógeno para que los pueda oír todo el universo. —Kaldren hizo una pausa—. Algunas personas le han dado otra interpretación, pero solo hay una explicación que descarta todas las demás.

—¿Cuál?

Kaldren señaló la última cinta de Canes Venatici.

—Simplemente, que se ha calculado que, cuando esta serie llegue al cero, el universo dejará de existir.

Powers tocó la cinta con expresión reflexiva.

—Muy atento por su parte decirnos qué tiempo que nos queda —observó.

—Estoy de acuerdo —asintió Kaldren en voz baja—. Si aplicamos la ley del cuadrado inverso, la fuente de esa señal está emitiendo a una potencia aproximada de tres millones de megavatios elevados a la centésima potencia. Casi el tamaño del Grupo Local. Sí, «atentos» es la palabra.

De repente agarró el brazo de Powers y lo miró fijamente a los ojos, la garganta le temblaba de emoción.

—No está solo, Powers, no piense que lo está. Esas son las voces del tiempo y están despidiéndose de usted. Piense en sí mismo en un contexto más amplio. Cada partícula de su cuerpo, cada grano de arena, cada galaxia lleva la misma firma. Como acaba de decir, ya sabe cuánto tiempo queda. ¿Qué importa el resto? No hay necesidad de mirar el reloj.

Powers cogió la mano de Kaldren y la estrechó con firmeza.

—Gracias, Kaldren. Me alegro de que me entiendas.

Se acercó a una ventana y miró el lago blanco. La tensión entre Kaldren y él se había disipado, y sintió que por fin había cumplido con todas sus obligaciones hacia él. Ahora quería marcharse lo antes posible, olvidarlo como había olvidado los rostros de los innumerables pacientes cuyos cerebros expuestos habían pasado por sus manos.

Se acercó de nuevo a los teletipos, arrancó las cintas de sus ranuras y se las guardó en los bolsillos.

—Me las llevo como un recordatorio para mí mismo. Dile adiós a Coma de mi parte, por favor.

Se dirigió hacia la puerta, y cuando llegó a ella se volvió a mirar a Kaldren, de pie a la sombra de las grandes letras de la pared del fondo, con los ojos posados con indiferencia en sus pies.

Cuando Powers se alejaba se fijó en que Kaldren se había subido al tejado. Lo miró por el espejo retrovisor y lo vio agitar lentamente la mano hasta que el coche desapareció en una curva.

de unos tres metros de largo, pero el resto del murete perimetral de veinte centímetros de altura corría sin interrupción por el suelo de hormigón alrededor de la pista exterior del blanco, encerrando el enorme jeroglífico. Tres círculos concéntricos, el mayor de treinta metros de diámetro, separados por intervalos de tres metros, formaban el borde del dispositivo, dividido en cuatro segmentos por los brazos de una enorme cruz que salía del punto central, en el que había construido una pequeña plataforma redonda a treinta centímetros del suelo.

Powers trabajó rápidamente, vertiendo arena y cemento en la hormigonera, añadiendo agua hasta que se formó una pasta áspera, y luego se la llevó hasta los moldes de madera para verterla en el estrecho canal.

Diez minutos después había acabado. Sacó rápidamente los moldes antes de que el hormigón se hubiera endurecido y metió los tablones en el asiento trasero del coche. Se limpió el polvo de las manos en los pantalones, se acercó a la hormigonera y la empujó unos cincuenta metros, hasta la sombra de las colinas de los alrededores.

Sin detenerse a contemplar la gigantesca cifra en la había trabajado pacientemente tantas tardes, se subió al coche y se alejó envuelto en una estela de polvo de color hueso salpicada de sombras azuladas.

Llegó al laboratorio a las tres, saltó del coche nada más detenerlo de un frenazo. Al entrar encendió todas las luces y luego bajó todas las persianas, encajándolas en las ranuras del suelo y convirtiendo la cúpula en una tienda de campaña de acero.

En los tanques detrás de él, las plantas y los animales se agitaban en silencio, respondiendo a la repentina inundación de la fría luz fluorescente. Solo el chimpancé lo ignoró. Estaba sentado en el suelo de su jaula, tratando de componer el rompecabezas de plástico frenéticamente, estallando en chillidos de furia repentina cuando los cubos se negaban a encajar.

Powers se acercó a él y se dio cuenta de que el casco tenía abolladuras y la fibra de vidrio estaba rasgada en varios puntos. La cara y la frente del chimpancé sangraban por los golpes autoinfligidos. Powers recogió los restos del geranio que había sido lanzado a través de los barrotes, atrajo la atención del chimpancé con ellos, y luego le lanzó una bolita negra que había sacado de una cápsula del cajón del escritorio. El chimpancé la atrapó con un movimiento rápido de la mano, por unos segundos jugueteó con la pastilla y con un par de cubos, concentrado en el rompecabezas, y luego la lanzó al aire y se la comió de un trago.

Sin esperar, Powers se quitó la chaqueta y se acercó a la sala de rayos X. Abrió las altas puertas correderas hasta dejar al descubierto el largo y metálico hocico del Maxitrón, y luego empezó a apilar las planchas de detección de plomo contra la pared trasera.

Unos minutos más tarde el generador volvía a la vida zumbando.

*La anémona se agitó. Empapada por el cálido mar subliminal de radiación*

*ascendente a su alrededor, impulsada por un sinnúmero de recuerdos pelágicos, se movió prudentemente por el tanque, tanteando a ciegas en busca del débil sol uterino. Sus tentáculos se contrajeron, miles de células nerviosas latentes en sus extremos se reagrupaban y multiplicaban, cada una aprovechando la energía liberada de su núcleo. Las cadenas se forjaron a sí mismas, lentes de múltiples facetas enfocaron lentamente las vívidas líneas espectrales de los sonidos danzando como olas fosforescentes alrededor de la cámara oscura de la cúpula.*

*Poco a poco se formó una imagen, revelando una enorme fuente negra que vertía un flujo interminable de luz brillante sobre el círculo de bancos y tanques. Junto a ella se movió una figura, ajustando el caudal a través de su boca. Mientras andaba, sus pies despedían intensos destellos de color, sus manos recorrían los bancos conjurando un claroscuro deslumbrante, bolas de luz azul y violeta explotaban fugazmente en la oscuridad como diminutas estrellas.*

*Los fotones murmuraron. Lentamente, a medida que contemplaba la reluciente pantalla de sonidos a su alrededor, la anémona siguió creciendo. Sus ganglios se entrelazaron, atendiendo a la nueva fuente de estímulos de las delicadas membranas de la corona de su cordón neuronal dorsal. Los contornos silenciosos del laboratorio empezaron a reverberar suavemente, olas de sonido cayeron de los arcos de luz y produjeron ecos en los bancos y en los muebles. Alcanzadas por el sonido, sus formas angulosas reverberaron con matices afilados y persistentes. Las sillas de plástico acanalado producían un murmullo de discordancias en staccato, y la mesa cuadrada un doble tono continuo.*

*Haciendo caso omiso de esos sonidos una vez habían sido percibidos, la anémona se volvió hacia el techo, que resonaba como un escudo con los sonidos que vertían continuamente los tubos fluorescentes. Transmitiéndose por un estrecho tragaluz, con una voz clara y fuerte entretejida de incontables matices, el sol cantó.*

Faltaban unos pocos minutos para el alba cuando Powers dejó el laboratorio y se metió en el coche. Tras él, la gran cúpula estaba oscura y en silencio, y sobre su superficie se proyectaban las sombras que la luz de la luna arrancaba a las blancas colinas. Powers dejó que el coche se deslizara en silencio por el camino largo y lleno de curvas del sendero del lago, escuchando el ruido de los neumáticos sobre la grava azul, luego arrancó el motor y aceleró.

Mientras conducía, con las colinas de piedra caliza medio ocultas por la oscuridad a su izquierda, poco a poco se dio cuenta de que, a pesar de que no las miraba, de alguna manera continuaba teniendo conciencia en el fondo de la mente de sus formas y contornos. La sensación era indefinida, pero no por eso menos cierta: una extraña impresión casi visual que emanaba con fuerza de las profundas grietas y de los barrancos que separaban un acantilado del siguiente. Durante unos minutos, Powers dejó que aquella sensación lo invadiera, sin tratar de identificarla, y una docena de

extrañas imágenes cruzaron su cerebro.

El camino se desviaba para rodear un grupo de chalés construidos a orillas del lago, llevando el coche directamente a sotavento de las colinas, y de repente Powers sintió el enorme peso del acantilado que se alzaba hacia el cielo oscuro como una luminosa roca caliza, y entonces pudo identificar la sensación que ahora su mente registraba con fuerza. No solo vio el acantilado, sino que tuvo conciencia de su edad, sintió claramente los innumerables millones de años pasados desde que se había elevado del magma de la corteza terrestre. Las desiguales crestas a noventa metros de altura, las oscuras grietas y los barrancos, las suaves rocas de los márgenes del camino al pie de las colinas, tenían todas distintas imágenes de sí mismas, miles de voces que en conjunto hablaban del tiempo total que había transcurrido en la vida del acantilado, una imagen psíquica tan definida y clara como la imagen visual percibida por sus ojos.

Involuntariamente, Powers había frenado el coche, y apartando los ojos de la falda de la colina sintió que una segunda oleada de tiempo barría a la primera. La imagen era más amplia, pero la perspectiva más corta, e irradiaba desde el ancho disco del lago salado, rompiendo contra las antiguas rocas de piedra caliza igual que las aguas poco profundas de los bajos contra los altos promontorios.

Cerrando los ojos, Powers se echó hacia atrás y condujo el automóvil a lo largo del intervalo entre los dos frentes de tiempo, sintiendo que las imágenes se hacían más profundas y más nítidas dentro de su mente. La enorme antigüedad del paisaje, el coro de voces inaudibles que resonaba desde el lago y desde las colinas blancas, parecieron transportarlo hacia atrás en el tiempo, por interminables pasillos, hasta el primer umbral del mundo.

Se desvió para adentrarse en el camino que llevaba a la zona de la diana. A cada lado, los bordes de los acantilados se erguían y resonaban con impenetrables campos de tiempo, como enormes imanes repeliéndose. Cuando finalmente los dejó atrás y llegó a la superficie plana del lago, a Powers le pareció que podía sentir la identidad independiente y propia de cada grano de arena y de cada cristal de sal que lo llamaban desde el anillo de colinas circundante.

Aparcó el automóvil al lado del mandala y caminó lentamente hacia el borde exterior de hormigón que se curvaba a lo lejos entre las sombras. Sobre él podía oír las estrellas, un millón de voces cósmicas que llenaban el cielo de un horizonte a otro, un verdadero dosel de tiempo. Como pulsantes radiobalizas, sus largos caminos entrelazados en innumerables ángulos llegaban al cielo desde las cavidades más angostas del espacio. Vio el borroso disco rojo de Sirio, oyó su voz antigua, de millones de años de antigüedad, empequeñecida por la enorme nebulosa espiral de Andrómeda, un carrusel gigante de universos desaparecidos, con sus voces casi tan antiguas como el propio cosmos. A Powers el cielo se le antojó una Babel sin fin, la canción del tiempo de mil galaxias superpuestas en su mente. Mientras se dirigía lentamente hacia el centro del mandala, levantó la cabeza hacia la Vía Láctea, en



busca de la algarabía de clamores de nebulosas y constelaciones.

Al entrar en el círculo interior del mandala, a pocos metros del centro de la plataforma, se dio cuenta de que el tumulto empezaba a desvanecerse y que una voz solitaria y más fuerte había surgido y dominaba a las demás. Se subió a la plataforma, levantó los ojos hacia el cielo oscuro, moviéndolos a través de las constelaciones hasta las islas de galaxias que aparecían más allá, escuchando las tenues voces arcaicas que le llegaban hasta él a través de los milenios. Notó en sus bolsillos las cintas de papel, se volvió para localizar el lejano arco de Canes Venatici y oyó su gran voz en su mente. Como un río sin fin, tan ancho que sus orillas quedaban por debajo de los horizontes, fluía constantemente hacia él un gran cauce de tiempo que se propagaba hasta llenar el cielo y el universo y lo envolvía todo. Se movía lentamente, de manera que su majestuosa corriente era casi imperceptible, y Powers sabía que su fuente era la del propio cosmos. Cuando pasó por él, sintió su poderosa atracción magnética y se dejó arrastrar por ella, notando su poderoso empuje. Lo movió con calma, y él fue girando lentamente hasta quedar de frente a la marea. A su alrededor, los contornos de las colinas y del lago se habían desvanecido, pero la imagen del mandala, como un reloj cósmico, permanecía fija delante de sus ojos, iluminando la ancha superficie de la corriente. Sin dejar de mirar, sintió que su cuerpo se disolvía poco a poco, sus dimensiones físicas se fundían con el vasto continuo de la corriente, que lo llevaba al centro del gran canal, más allá de toda esperanza, pero al fin en reposo, hacia el ancho río de la eternidad.

Cuando se desvanecieron las sombras, que se retiraron a las laderas de las colinas, Kaldren se bajó de su coche y caminó tímidamente hacia el borde de hormigón del círculo exterior. A unos cincuenta metros de distancia, en el centro, Coma estaba arrodillada junto al cadáver de Powers, sosteniendo entre sus manos menudas el rostro sin vida del hombre. Una ráfaga de viento agitó la arena, arrastrando un trozo de cinta de papel hasta los pies de Kaldren. Se agachó, la recogió, la enrolló con cuidado y se la metió en un bolsillo. El aire del amanecer era frío, así que se subió el cuello de la chaqueta mientras miraba impasible a Coma.

—Son las seis en punto —dijo Kaldren varios minutos después—. Voy a buscar a la policía. Quédate con él. —Hizo una pausa y luego agregó—: No dejes que rompan el reloj.

Coma se volvió a mirarle.

—¿No vas a volver?

—No lo sé. —Y tras despedirse con un gesto de la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a su coche.

Cinco minutos más tarde aparcaba frente al laboratorio de Whitby. La cúpula estaba completamente a oscuras, con todas las persianas bajadas, pero el generador aún zumbaba en la sala de rayos X. Kaldren entró y encendió las luces. Se dirigió al centro de la habitación y tocó la rejilla del generador, notó el cilindro de berilio muy

caliente. La mesa circular del objetivo giraba lentamente, a una revolución por minuto, y habían encadenado una silla de sujeción de acero a toda prisa. Agrupados en un semicírculo, a poca distancia, se encontraban la mayoría de los tanques y jaulas, amontonados unos encima de otros sin orden ni concierto. En uno de ellos, una enorme planta parecida a un calamar casi había logrado escapar de su vivero. Sus tentáculos largos y traslúcidos se aferraban a los bordes del tanque, pero su cuerpo se había disuelto en un charco gelatinoso de mucílago globular. En otro, una enorme araña se había atrapado a sí misma en su propia telaraña, y colgaba indefensa en el centro de un enorme laberinto tridimensional de hilo fosforescente, agitándose entre espasmos. Todas las plantas y animales de los experimentos habían muerto. El chimpancé yacía de espaldas entre los restos de la caseta, con el casco caído sobre los ojos. Kaldren lo miró un instante y luego fue hasta el escritorio y cogió el teléfono.

Mientras marcaba el número vio un carrete de película encima del papel secante. Miró la etiqueta y se lo guardó en el bolsillo, junto con la cinta.

Después de hablar con la policía apagó las luces y se dirigió a su coche.

Cuando llegó a la casa de verano la luz del sol entraba por los balcones y terrazas con forma de lazo. Subió en el ascensor hasta el ático y se abrió paso a través del museo. Una a una, subió las persianas y dejó que la luz del sol bañara los objetos expuestos. Luego acercó una silla hasta una ventana lateral, se sentó y contempló en silencio la luz que entraba en la habitación.

Dos o tres horas más tarde oyó a Coma que le llamaba desde fuera. Media hora después se marchó, pero un poco después apareció otra voz y llamó a Kaldren. Se levantó y bajó todas las persianas que daban al patio delantero, finalmente, nadie lo molestó de nuevo.

Kaldren volvió a su asiento y se echó atrás en silencio, con la mirada perdida en los objetos expuestos. Medio dormido, periódicamente se levantaba y regulaba el caudal de luz que entraba por las rendijas de la persiana, pensando, como haría durante los próximos meses, en Powers y en su extraño mandala, y en los tripulantes del Mercury 7 y su viaje a los jardines blancos de la Luna y en las personas azules que habían venido de Orión y les habían hablado mediante poesía de antiguos mundos hermosos bajo soles dorados en las islas de galaxias, desaparecidos ahora para siempre en las miríadas de muertes del cosmos.

## EL ÚLTIMO MUNDO DEL SEÑOR GODDARD

Sin razón aparente, los truenos irritaban particularmente al señor Goddard. Durante todo el día, mientras ejercía sus obligaciones como supervisor de la planta baja, escuchaba sus estruendos a lo lejos, casi perdidos entre el ruido y el tráfico del centro comercial. En dos ocasiones, con cualquier pretexto, cogió el ascensor hasta la cafetería de la azotea y exploró cuidadosamente el cielo, buscando en el horizonte cualquier signo de nubes de tormenta o de turbulencia. Sin embargo, como era habitual, el cielo era de un azul suave e impasible, moteado por algunos grupos de cúmulos ociosos.

Eso era lo que preocupaba al señor Goddard. Apoyado en la barra de la cafetería, podía oír los truenos claramente, cortando el aire a solo unos miles de metros por encima de su cabeza, como si fuera el aleteo de pájaros gigantes. Los sonidos se detenían intermitentemente para volver a empezar a los pocos minutos.

El señor Goddard no era el único en notarlos; las personas sentadas a las mesas de la terraza levantaban perplejas la cabeza en busca del origen de aquel estruendo. Normalmente, el señor Goddard habría bromeado con ellas; su figura de hombre mayor, de pelo cano y traje de tela gris a la antigua, había sido sinónimo de amabilidad durante los últimos veinte años, pero se apresuró a pasar por su lado sin siquiera mirarlas. En la planta baja se sentía menos incómodo, pero a lo largo de la tarde, mientras vagaba entre los mostradores ocupados, acariciando las cabezas de los niños, escuchaba los truenos que sonaban débilmente a lo lejos, inexplicable y extrañamente amenazadores.

A las seis ocupó su lugar en la cabina de cronometraje, esperó con impaciencia a que ficharan la última tarjeta, el vigilante nocturno tomara el relevo y el último de los empleados se fuera a casa. Al salir, tras ponerse el abrigo anticuado y la gorra de cazador, el aire limpio de la noche todavía seguía agitado por rumores ocasionales.

La casa del señor Goddard, una pequeña villa de dos plantas rodeada de setos altos, estaba a menos de un kilómetro de distancia. Superficialmente ruinoso aunque todavía sólida, a primera vista no se distinguía de cualquier otra residencia de soltero, aunque cualquier persona que entrara en el corto camino de entrada se daría cuenta de una característica poco común: todas las ventanas, tanto las de arriba como las de abajo, tenían contraventanas firmemente cerradas. De hecho, habían permanecido cerradas durante tanto tiempo que la hiedra que crecía en la fachada delantera de la casa se había enredado a través de los listones de madera, aquí y allá, resquebrajando los que estaban podridos.

Una inspección más minuciosa habría revelado, detrás de los cristales polvorientos, las diagonales cruzadas de unas rejillas de acero.

Después de recoger la botella de leche de la puerta de entrada, el señor Goddard entró en la cocina. Estaba amueblada con un sillón y un pequeño sofá, y la usaba como sala de estar. Se ocupó de preparar la cena. A mitad de su labor, un gato vecino, visitante regular, arañó la puerta y, tras permitirle la entrada, se sentaron juntos a la mesa, el gato sobre su almohadón habitual en una de las sillas, observando al señor Goddard con sus ojos pequeños y duros.

Poco antes de las ocho, el señor Goddard comenzó su invariable rutina nocturna. Abrió la puerta de la cocina, miró la entrada lateral de arriba abajo, y luego la cerró con llave detrás de él, y aseguró tanto las ventanas como la puerta con pesadas barras transversales. Luego se fue al pasillo, hizo pasar al gato por delante de él y empezó su inspección de la casa.

Lo hizo con mucho cuidado, usando al gato como si fuera su sexto sentido. El señor Goddard lo observaba con atención, valorando sus reacciones, mientras el animal vagaba suavemente por las habitaciones vacías, cantando para sí mismo, distraídamente.

La casa estaba completamente vacía. Arriba, las tablas del suelo estaban desnudas, las ventanas sin cortinas, las bombillas sin lámparas. El polvo se acumulaba en los rincones y manchaba el deshilachado papel pintado de las paredes, de estilo victoriano. Todas las chimeneas habían sido tapiadas y la piedra desnuda encima de las repisas demostraba que habían sido sólidamente rellenadas de cemento.

Una o dos veces el señor Goddard comprobó las rejas, que efectivamente convertían las habitaciones en una serie de jaulas de acero. Satisfecho, bajó las escaleras y entró en la sala, y allí observó que no había nada fuera de lugar. Condujo al gato hacia la cocina, le sirvió un tazón de leche como recompensa y luego lo sacó de nuevo al recibidor, cerrando la puerta tras de sí.

Había una habitación donde aún no había entrado: la sala de estar real. El señor Goddard se sacó una llave del bolsillo, la hizo girar en la cerradura y entró.

Como las demás habitaciones, esta estaba vacía, no tenía muebles, excepto una silla de madera y una gran caja fuerte negra apoyada contra una pared. El otro rasgo distintivo era una sola bombilla de considerable potencia, que colgaba del centro del techo mediante un intrincado sistema de poleas.

Abotonándose la chaqueta, el señor Goddard se acercó a la caja fuerte. Enorme y antigua, tenía aproximadamente un metro de ancho y otro de profundidad. En el pasado estuvo pintada de color verde botella oscuro, pero ahora la mayor parte de la pintura se había desconchado, dejando al descubierto un triste acero negro. Una enorme puerta, del ancho y la altura de la caja fuerte, se abría en la parte frontal.

Al lado de la caja fuerte estaba la silla, y colgando de su respaldo una visera de celuloide. El señor Goddard se la puso y adquirió el aspecto de un anciano y refinado falsificador preparándose para una dura noche de trabajo. Eligió una llave de plata de su llavero y la introdujo en la cerradura. Le dio una vuelta completa a la empuñadura, se desbloquearon los resortes y entonces tiró con firmeza con ambas manos y abrió la

puerta.

La caja fuerte no tenía estantes, era una cavidad única. Ocupando todo el espacio y apenas separada por un estrecho margen de las paredes de diez centímetros de la caja fuerte, había una gran archivador negro de metal para documentos.

Mientras hacía una pausa para recuperar el aliento, el señor Goddard oyó el ruido sordo de un trueno a través de la oscuridad, más allá de las ventanas cerradas. Frunció el ceño involuntariamente, y de repente percibió otro ruido sordo pero mucho más leve que procedía del interior de la caja fuerte. Se inclinó hacia delante y tuvo el tiempo justo para ver una gran polilla blanca que salía del espacio entre la pared de la caja fuerte y el archivador para documentos, y rebotaba errática contra el techo, produciendo con cada impacto un eco amortiguado que reverberaba en las paredes de metal.

El señor Goddard sonrió para sus adentros, como si adivinara algo que le había desconcertado durante todo el día. Apoyado en la caja fuerte, observó la polilla que giraba en círculos alrededor de la luz, agitando frenéticamente las alas ya dañadas. Por último, la polilla chocó contra una de las paredes y cayó aturdida al suelo. El señor Goddard se acercó y la barrió con el pie fuera de la puerta, y luego regresó a la caja fuerte. Inclinandose adelante, agarró las asas sujetas al centro de la tapa, y con gran cuidado levantó el archivador para documentos.

Pesaba bastante. El señor Goddard hizo uso de todas sus fuerzas para sacarlo sin que golpeará contra las paredes interiores de la caja fuerte, pero gracias a una larga práctica lo sacó con un solo movimiento. Con suavidad depositó el archivador, aquella gran caja, en el suelo, empujó la silla y bajó la luz hasta dejarla a pocos centímetros por encima de su cabeza. Soltó un pestillo de la tapa y la deslizó hacia atrás sobre los goznes.

Debajo de él, reflejando brillantemente la luz, había lo que parecía una elaborada casita de muñecas. Sin embargo, de hecho, era todo un conjunto de edificios en miniatura, maquetas perfectamente construidas, con sus tejados y cornisas cuidadosamente detallados, y paredes, cornisas y ladrillos que duplicaban con tal exactitud el original que si no fuera por la oscura figura del señor Goddard emergiendo de la oscuridad, podrían pasar por edificios y casas reales. Las puertas y ventanas estaban exquisitamente trabajadas, equipadas con celosías diminutas y cristales del tamaño de una escama de jabón. Los adoquines del pavimento, el mobiliario urbano y la curvatura de las calzadas eran reducciones a escala perfecta.

El edificio más alto de la gran caja tenía unos treinta y cinco centímetros de altura y seis plantas. Estaba en la esquina del cruce de dos calles que atravesaban el centro del archivador, y obviamente era una réplica de los grandes almacenes donde trabajaba el señor Goddard. El interior estaba amueblado y decorado con tanta dedicación como la fachada. Por las ventanas se veían las plantas con sus artículos a la venta en miniatura: alfombras enrolladas en la primera, vestidos de mujer y prendas de ropa

interior en la segunda, o muebles en la tercera. La cafetería de la azotea había sido equipada con pequeñas sillas y mesas de metal, platos, cubiertos y jarroncitos con flores diminutas.

En las esquinas a la izquierda y a la derecha de los grandes almacenes había un banco y un supermercado, con el ayuntamiento en la esquina opuesta en diagonal. Una vez más, también estos eran réplicas exactas de los originales: en los cajones detrás de los mostradores del banco, había fajos de billetes minúsculos, y las monedas brillaban como montones de polvo plateado. El interior del supermercado era un despliegue de un millar de virtuosismos. Los puestos estaban llenos de pirámides de latas de conserva y de paquetes de colores que el ojo apenas podía distinguir.

Más allá de los edificios que dominaban el cruce estaban las tiendas y los locales más pequeños que llenaban las calles laterales: sastrerías, un *pub*, zapaterías y estancos. Mirando alrededor, la ciudad entera parecía extenderse a lo lejos. Las paredes de la caja habían sido pintadas con tanta habilidad, con ese control inteligente de la perspectiva, que era prácticamente imposible decir dónde terminaban las maquetas y dónde empezaban las paredes. Aquel mundo microcósmico era tan perfecto en sí mismo, la ilusión de realidad tan absoluta, que parecía ser la propia ciudad, con las dimensiones de la propia realidad.

De repente, a través de la cálida luz del sol de la mañana, se movió una sombra. La puerta de cristal de una de las zapaterías se abrió, una figura salió a la acera por un momento, miró a uno y otro lado de la calle aún vacía, y entonces volvió a los oscuros recovecos del interior de la tienda. Era un hombre de mediana edad con un traje gris y camisa blanca, probablemente el encargado que abría la tienda por la mañana. Segundos después se abrió una segunda puerta en la calle, un poco más abajo, y esta vez una mujer salió de una peluquería y empezó a subir las persianas. Llevaba una falda negra y un delantal de plástico de color rosa. Cuando volvió a entrar, saludó con la mano a alguien que caminaba por la calle hacia el ayuntamiento.

Más figuras salían o entraban por las puertas, paseaban por las aceras hablando unas con otras, empezando sus ocupaciones cotidianas. Las calles pronto estuvieron llenas, las oficinas en los edificios altos se llenaron de vida, las taquimecanógrafas se movían entre los escritorios y los archivadores. Se ponían o se quitaban letreros, se cambiaban las hojas de los calendarios. Los primeros clientes llegaban a los grandes almacenes y al supermercado, deambulando entre los expositores de las mercancías frescas. En el ayuntamiento, los funcionarios escribían en los registros; en las oficinas privadas, detrás de los paneles de roble, los altos funcionarios se tomaban su primera taza de té del día. Como una colmena bien ordenada, la ciudad volvía a la vida.

Muy por encima de todo, con el rostro gigantesco escondido en las sombras, el señor Goddard observaba en silencio la escena liliputiense como un Gulliver viejo y discreto. Inclinado adelante, con la visera verde protegiéndole los ojos, y con las

manos ligeramente entrelazadas sobre el regazo, de vez en cuando se acercaba a unos pocos centímetros para echar un vistazo más detenido a las figuras que estaban allí abajo, o aproximaba la cabeza para mirar dentro de una de las tiendas o de las oficinas. Su rostro no mostraba emoción alguna, parecía contentarse con ser un simple espectador. A medio metro de distancia, cientos de pequeñas figuras desarrollaban sus vidas y un tenue murmullo de ruidos de la calle llenó la habitación.

La más grande de las figuras no medía más de tres centímetros altura, y sin embargo los rostros perfectamente formados demostraban carácter y expresión. El señor Goddard las conocía de vista a la mayoría y a muchas por el nombre. Vio a la señora Hamilton, la vendedora de lencería, que llegaba tarde al trabajo, corriendo por el callejón hacia la entrada del personal. Por una ventana vio el despacho del director general, donde el señor Sellings daba su habitual charla de todas las semanas a un trío de jefes de departamento. En las calles de los alrededores, había decenas de clientes habituales que el señor Goddard conocía íntimamente desde hacía años, haciendo sus compras, despachando cartas, contándose chismes unos a otros.

A medida que la escena iba desarrollándose, el señor Goddard se acercaba cada vez más a la caja, mostrando un especial interés por dos o tres escenas aisladas de la veintena. Una característica interesante de su punto de vista era que, por algún capricho de la arquitectura o de la perspectiva que le proporcionaba una multiplicidad de ángulos perfectos, podía observar a casi todas las figuras diminutas. Las altas ventanas del banco le proporcionaban la visión de cada uno de los empleados en sus ventanillas; al otro lado de un panel de cristal estaba expuesta la cámara acorzada, con las hileras de las cajas de seguridad detrás de la reja, y uno de los cajeros jóvenes que se entretenía leyendo las etiquetas. Simplemente inclinando la cabeza podía abarcar los grandes almacenes planta por planta. Las tiendas más pequeñas a lo largo de las aceras de las calles estaban igualmente expuestas a la vista. Como rara vez tenían más de dos habitaciones de profundidad, las ventanas traseras y las claraboyas le proporcionaban todo el acceso que necesitaba. Nada escapaba al escrutinio del señor Goddard. En los callejones podía ver las bicicletas amontonadas, las fregonas de las trabajadoras domésticas en sus cubos junto a las puertas de los sótanos, los cubos de basura medio llenos.

La primera escena que atrajo la atención del señor Goddard fue una en la que participaba el supervisor de los grandes almacenes, el señor Durrant. Echando un vistazo al azar al interior del banco, el señor Goddard lo vio en la oficina del director, inclinado sobre la mesa de este último, y explicándole algo con mucha seriedad. Por lo general Durrant era uno de los miembros del grupo arengado por el señor Sellings, y solo un asunto muy urgente podía haberlo llevado al banco. El director, sin embargo, parecía estar haciendo todo lo posible por deshacerse de Durrant, evitando mirarlo a la cara y trasteando con algunos papeles. De repente, Durrant perdió los estribos y se puso a gritar, claramente enojado. El director lo contemplaba en silencio,

sacudiendo lentamente la cabeza con una sonrisa sombría. Finalmente, Durrant se dirigió a la puerta, vaciló un instante y salió del despacho con una última mirada de amargo reproche.

Al salir del banco, al parecer sin recordar sus obligaciones en los grandes almacenes, caminó rápidamente por la calle principal. Se detuvo en la peluquería, entró y se acercó a una cabina privada en la parte trasera donde estaban afeitando a un hombre alto de traje a cuadros y sombrero verde. El señor Goddard observó la conversación a través de una clarboya que había en el techo encima de ellos. El hombre del sillón, un corredor de apuestas local, guardó silencio detrás de la espuma de afeitar hasta que Durrant terminó de hablar, y luego, empujándolo con una mano, le indicó que se sentara.

Sumando dos más dos, el señor Goddard esperó con interés a que reanudaran la conversación. Sus sospechas confirmadas explicaban el reciente aire distraído de Durrant.

Pero justo cuando el corredor de apuestas se quitaba la toalla y se levantaba, algo más importante atrajo la atención del señor Goddard.

Directamente detrás de la tienda había un pequeño callejón sin salida separado del tramo al que se accedía desde la calle por unas altas puertas de madera. Estaba lleno de cajas de embalaje viejas y basura, y el otro extremo estaba formado por la pared trasera de la caja, un acantilado que se elevaba hasta el resplandor lejano. Las ventanas esmeriladas del hueco de un montacargas cerraban el patio, sobre el que se abría un balcón en la quinta planta.

Aquel balcón era el que había atraído la atención del señor Goddard. Allí, dos hombres manipulaban un largo artilugio de madera que el señor Goddard identificó como una escalera extensible. Juntos la levantaron en el aire y tirando de un sistema de cables la extendieron hasta la pared, en un punto situado a unos cinco metros sobre sus cabezas. Satisfechos, ataron firmemente el extremo inferior a la barandilla del balcón, luego uno subió por la escala y llegó al peldaño más alto, con los brazos extendidos hacia la pared, en lo alto del patio.

¡Trataban de escapar de la caja! El señor Goddard se inclinó hacia delante, mirándolos con asombro. La parte superior de la escalera todavía quedaba a quince o veinte centímetros del borde de la caja, y a unos ochenta y cinco centímetros de distancia de los hombres del balcón, pero la actividad de estos era impresionante. Los observó, inmóvil, mientras aseguraban los cables.

Vagamente, en la distancia, sonaron las doce campanadas de la medianoche. El señor Goddard miró su reloj y luego, sin volver a mirar la escena, subió la lámpara hacia el techo y bajó la tapa de la caja. Se levantó y llevó a caja con cuidado hasta la caja fuerte, la metió y cerró la puerta. Apagó la luz y salió de la habitación sin hacer ruido.



Al día siguiente, en los grandes almacenes, el señor Goddard hizo sus rondas habituales, dispensando sus invariables recetas de charla amable y cordial a vendedores y clientes por igual, haciendo pleno uso de los innumerables datos triviales que había obtenido la noche anterior. Durante todo el tiempo mantuvo una constante vigilancia sobre el señor Durrant. Aunque reacio a intervenir, temía que si no reorientaba las cosas de una manera drástica, el lío de Durrant con el corredor de apuestas pronto acabaría en tragedia.

En el almacén de existencias nadie había visto a Durrant durante toda la mañana, pero poco después de las doce el señor Goddard lo vio pasar corriendo por la calle por delante de la entrada principal. Durrant se detuvo, miró a su alrededor indeciso y luego comenzó a vagar por los escaparates como si estuviera urdiendo algo.

El señor Goddard salió y se acercó a Durrant como por casualidad.

—Bonito día, ¿no? —comenzó—. Todo el mundo empieza a pensar ya en las vacaciones.

Durrant asintió con aire ausente, examinando unos artículos de material de alpinismo en la vitrina de los artículos de deportes.

—¿En serio? Bueno.

—¿Se va usted, señor Durrant? Al sur de Francia, de nuevo, supongo.

—¿Qué? No, no creo que vaya este año.

Durrant empezó a alejarse, pero el señor Goddard se interpuso.

—Siento oír eso, señor Durrant. Creo que se merece unas buenas vacaciones en el extranjero. Espero que no tenga ningún problema. —Examinó a Durrant inquisitivamente—. Si puedo ayudarlo en algo, hágamelo saber. Estaría encantado de hacerle un pequeño préstamo. Un viejo como yo no tiene mucho en qué invertir el dinero.

Durrant se detuvo y miró pensativo al señor Goddard.

—Es muy amable de su parte, Goddard —dijo al fin—. Muy amable.

El señor Goddard sonrió, despectivamente.

—Ni lo piense. Me gusta ayudar a la empresa, sabe. Perdóneme por mencionarlo, pero ¿cincuenta le serían útiles?

Durrant entrecerró un poco los ojos.

—Sí, sería una cantidad muy útil. —Hizo una pausa y preguntó en voz baja—: ¿Usted hace esto por su propia cuenta, o Sellings lo ha puesto al corriente?

—¿Al corriente de qué?

Durrant acortó distancia entre ambos y le espetó en un tono más brusco:

—Me habrá seguido durante días enteros. Usted lo sabe casi todo acerca de todo el mundo, ¿verdad, Goddard? Pero que me cuelguen si le cuento nada.

El señor Goddard retrocedió, preguntándose cómo podía reconducir la situación. Y entonces se dio cuenta de que estaban solos frente a los escaparates. Los grupos de personas que por lo general remolineaban alrededor de las vitrinas corrían ahora

hacia el callejón lateral y se oían muchos gritos en la distancia.

—¿Qué demonios está pasando? —espetó Durrant, que inmediatamente después se unió a la multitud del callejón y miró por encima de las cabezas.

El señor Goddard se apresuró a volver a la tienda. Todos los vendedores estiraban el cuello para mirar y murmuraban entre sí. Algunos habían abandonado sus lugares detrás de los mostradores y se reunían alrededor de las puertas de servicio en la parte trasera.

El señor Goddard se abrió paso a través de la gente. Alguien estaba llamando a la policía y una mujer del departamento de personal bajó en el montacargas con un par de mantas.

El portero que contenía a la multitud dejó pasar al señor Goddard. En el patio exterior había un grupo de quince o veinte personas, todas mirando al balcón del quinto piso. Atada a la barandilla, se alzaba la mitad inferior de una escalera de fabricación casera, que se extendía hacia el vacío en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La parte superior, de unos tres metros y medio de largo, había sido atada por la punta, pero los nudos se habían soltado, y ahora quedaba colgando en vertical, balanceándose de un lado a otro sobre las cabezas de las personas reunidas abajo en el patio.

Con un esfuerzo, el señor Goddard se controló. Alguien había cubierto los dos cuerpos con las mantas, y un hombre arrodillado junto a ellos —presumiblemente un médico— sacudía la cabeza lentamente.

—Lo que no puedo entender —le susurró uno de los vendedores al portero— es adónde trataban de subir. La escalera debía de estar apuntando hacia arriba en el aire.

El portero asintió. El señor Masterman y el señor Treatfield también.

—¿Por qué fabricarían una escalera casera y la pondrían ahí unos hombres hechos y derechos como ellos?

El señor Goddard siguió la línea de la escalera hacia el cielo. La pared trasera del patio solo tenía unos dos metros y medio de altura, detrás estaba el techo de hierro galvanizado de un cobertizo de bicicletas y un aparcamiento al aire libre. La escalera no apuntaba a ninguna parte, pero el impulso que debió guiar a aquellos dos hombres fue ciego e irresistible.

Aquella noche el señor Goddard inspeccionó la casa de un modo mucho más superficial que de costumbre, miró brevemente las habitaciones vacías y cerró las puertas antes que el gato tuviera la oportunidad de hacer algo más que husmear el aire. Lo encerró en la cocina y luego corrió a abrir la caja fuerte.

Llevó la caja al centro del cuarto y levantó la tapa.

A medida que la ciudad volvía a la vida lo examinaba todo cuidadosamente, yendo de un lado a otro por las calles en miniatura, escudriñando a través de todas las ventanas, comprobando la identidad y la ocupación del mayor número posible de sus

diminutos habitantes. Como mil telares tejiendo una trama infinitamente compleja, se movían por las tiendas y las oficinas, entraban y salían por un sinnúmero de puertas, y cada uno de ellos se cruzaba con una veintena en las aceras y en los soportales, añadiendo una puntada más al tapiz de incidentes y motivos que enmarañaban juntas aquellas vidas. El señor Goddard siguió cada hilo, tratando de detectar cualquier cambio de dirección, cualquier interacción desfavorable de las conductas.

Se dio cuenta de que el patrón estaba cambiando. Hasta ahora era indefinido, pero se producían pequeñas variaciones evidentes, cambios sutiles en las relaciones entre las personas de la caja: vendedores rivales parecían mantener relaciones íntimas, los desconocidos habían empezado a hablar entre sí y había una gran cantidad de actividad innecesaria y sin propósito.

El señor Goddard buscó un foco, un incidente que desenmascarara el origen del nuevo patrón. Examinó el balcón detrás del hueco del ascensor, en busca de cualquier otro intento de fuga. Habían retirado la escalera, pero no se había hecho nada para reemplazarla. Otras posibles vías de escape como el tejado del cine, o la torre del reloj del ayuntamiento, no revelaron pista alguna.

Solo un incidente destacable lo había desconcertado, si cabe, todavía más. Era un espectáculo único, en un rincón tranquilo de la sala de billares: el señor Durrant le estaba presentando el director del banco al corredor de apuestas. El trío todavía conversaba animadamente cuando cerró la caja a regañadientes, a las dos de la mañana.

Durante los siguientes días el señor Goddard observó a las multitudes que pasaban por los grandes almacenes, a la espera de detectar en el macrocosmos, por así decirlo, algunas de las tendencias que se observaban en la caja. Iba a cumplir sesenta y cinco años, y este era un tema muy útil para entablar conversación con los miembros más antiguos del personal. Curiosamente, sin embargo, las respuestas amistosas que esperaba nunca llegaron y las charlas fueron muy breves, a veces hasta casi descorteses. Lo atribuyó a la atmósfera en los grandes almacenes, que había cambiado bastante desde la muerte de los dos sujetos de la escalera. Durante la investigación, una de las vendedoras había sufrido un ataque de histeria y el médico forense comentó crípticamente que la información estaba siendo deliberadamente retenida. Un murmullo de aprobación se había extendido de forma espontánea por toda la habitación, pero nadie parecía saber qué había querido decir exactamente el médico forense.

Otro síntoma de aquella inquietud era la proliferación de avisos que se transmitían. Casi un tercio del personal quería despedirse, y la mayoría por razones que manifiestamente eran poco más que excusas. Cuando el señor Goddard sondeó en busca de los motivos reales, descubrió que pocas personas eran conscientes de ellos. Las motivaciones eran puramente inconscientes.

Como para subrayar esta intrusión de lo irracional, una tarde, cuando el señor

Goddard salía de los grandes almacenes, vio al director del banco en la calle de la torre del reloj del ayuntamiento, mirando hacia el cielo.

Durante la semana siguiente no ocurrió nada en la caja que arrojara luz sobre la situación. Los cambios y reagrupaciones de las relaciones continuaron. Vio al director del banco cada vez más en compañía del corredor de apuestas y se dio cuenta de que se había equivocado por completo al suponer que Durrant tenía deudas de juego. De hecho, su función parecía ser la de ejercer de intermediario entre el corredor de apuestas y el director del banco, que al final había sido persuadido para unirse a sus planes.

Ahora estaba seguro de que había algún tipo de conspiración en marcha. Al principio supuso que planeaban una fuga en masa de la caja, pero no pudo confirmarlo. Más bien sospechó que alguna compulsión oscura, aún no identificada, se estaba generando en las mentes de las personas de la caja, que se reflejaba en el comportamiento extraño e impredecible de sus homólogos del mundo exterior. Inconscientes de sus propios motivos y solo medio conscientes de sí mismos, sus compañeros de trabajo de los grandes almacenes habían empezado a parecerse a las piezas de algún enorme rompecabezas, como imágenes inconexas reflejadas en los fragmentos de un espejo roto. Por fin optó por una política de *laissez-faire*. Una semana más revelarían sin duda las fuentes de la conspiración.

Desafortunadamente, antes de lo que el señor Goddard había previsto, los acontecimientos se precipitaron rápidamente hacia una crisis espectacular.

El día de su sexagésimo quinto cumpleaños, se dirigió a los grandes almacenes media hora más tarde de lo habitual, y a su llegada le dijeron que el señor Sellings quería verle.

Sellings empezó felicitándolo y luego se lanzó a una recapitulación de los años de servicio del señor Goddard en los grandes almacenes y concluyó deseándole otros tantos de jubilación feliz.

El señor Goddard tardó unos instantes en comprender el significado real de aquellas palabras. Nunca le habían dicho nada de su jubilación y siempre había supuesto que se quedaría, como muchos miembros del personal, hasta bien cumplidos los setenta.

Recuperando la compostura, se lo dijo a Sellings.

—Yo no esperaba exactamente la jubilación, señor Sellings. Creo que debe de ser un error.

Sellings se levantó, sacudiendo la cabeza con una rápida sonrisa.

—No hay ningún error en absoluto, señor Goddard, se lo aseguro. De hecho, ayer la junta administrativa examinó cuidadosamente su caso y llegamos a la conclusión de que se merecía un descanso ininterrumpido después de todos estos años.

El señor Goddard frunció el ceño.

—Pero yo no quiero jubilarme, señor. No entraba en mis planes.

—Bueno, pues ya ha llegado el momento. —Sellings se dirigió hacia la puerta, con el apretón de manos ya preparado—. Una cómoda pensión, una pequeña casa propia, en su propio mundo como una ostra.

El señor Goddard se quedó rígido, pensando rápidamente.

—Señor Sellings, me temo que no podré aceptar la decisión de la junta. Estoy seguro de que, por el bien de la empresa, debería quedarme en mi puesto actual. —La sonrisa había desaparecido de la cara de Sellings, que ahora parecía impaciente e irritable—. Si les pregunta a los encargados de planta y a los dependientes, por no hablar de los clientes, todos insistirán en que me quede. Les sorprendería mucho la sugerencia de mi jubilación.

—¿De verdad? —preguntó Sellings secamente—. Pues mis datos dicen lo contrario. Créame, su jubilación llega en un momento muy afortunado para usted, señor Goddard. Recientemente he tenido un gran número de quejas que de otro modo me habrían obligado a actuar rápida y drásticamente.

Al salir del Departamento de Contabilidad por última vez, el señor Goddard, aturdido, se repitió a sí mismo aquellas palabras. Las encontró casi imposibles de creer. Y, sin embargo, Sellings era un hombre responsable que nunca confiaba en una sola opinión sobre un asunto tan importante. De alguna manera, no obstante, Sellings estaba cometiendo un error colosal.

¿O no? Cuando hizo su ronda de despedida, esperando a medias que la noticia de su repentina jubilación le proporcionara algún apoyo, el señor Goddard comprendió que Sellings tenía razón. Planta por planta, departamento por departamento, mostrador por mostrador, reconoció la misma expresión interior, la misma actitud de aprobación tácita. Todos se alegraban de que se marchara. Ninguno de ellos mostró verdadero pesar, un buen número se escabulló antes de que pudiera estrecharles la mano, otros simplemente gruñeron brevemente. Varios de los más veteranos, que conocían al señor Goddard desde hacía veinte o treinta años, parecían un poco avergonzados, pero ninguno de ellos le ofreció una sola palabra de simpatía.

Por último, cuando un grupo del departamento de muebles le volvió deliberadamente la espalda para evitar tener que hablar con él, el señor Goddard interrumpió su ronda. Aturdido y humillado, recogió sus escasas pertenencias del casillero y se marchó.

Le pareció que tardaba todo el día llegar a casa. Con la cabeza gacha, caminó lentamente por las tranquilas calles laterales, ajeno a los transeúntes, tratando patéticamente de absorber aquel golpe a todo lo que había imaginado de sí mismo durante tantos años. Su interés por los demás era sincero, no afectado, lo sabía sin duda alguna. Incontables veces había dejado aparte sus ocupaciones para buscar solución a los problemas de los demás, tratando de ayudarles. Pero ¿con qué resultado? Solo había despertado desprecio, envidia y desconfianza.

En la puerta el gato esperaba pacientemente. Sorprendido de verlo tan temprano, se acercó ronroneando y se frotó contra las piernas del señor Goddard mientras abría. Pero el señor Goddard no se percató de ello. Buscando a tientas, abrió la puerta de la cocina y la cerró detrás de él automáticamente. Se quitó la chaqueta, se preparó un poco de té y sin pensarlo le sirvió un plato de leche al gato. Lo vio beber, tratando inútilmente de entender la animadversión que había despertado en tantas personas.

De repente dejó el té a un lado y se dirigió directamente a la sala de estar. Encendió la luz y se quedó observando la gran caja fuerte. Allí, en alguna parte, lo sabía, estaba el motivo por el que lo habían despedido aquella mañana. Si miraba con suficiente atención, lo descubriría.

Giró la llave, desbloqueó la puerta y la abrió bruscamente, arrastrado un poco por la inercia. Impaciente por abrir la caja ignoró una punzada en el hombro, se agachó y levantó la caja por las asas.

Mientras la sacaba de la caja fuerte se dio cuenta de que su peso era, momentáneamente, demasiado para él. Trató de recuperar fuerzas, metió una rodilla bajo la caja y apoyó los codos en la tapa, presionando con el hombro contra la caja fuerte.

La posición era difícil y solo podía soportarla unos segundos. Empuñando de nuevo la caja, en un esfuerzo por volver a meterla en la caja fuerte, de repente empezó a sentirse mareado. Una pequeña espiral giraba delante de sus ojos, espesándose poco a poco un profundo remolino negro que le llenaba la cabeza.

Antes de que pudiera evitarlo, se le cayó la caja de las manos y se estrelló en el suelo con violento estruendo metálico.

Arrodillado al lado de la caja fuerte, el señor Goddard se dejó caer sin fuerzas contra la pared, con la cabeza sobre el pecho.

La caja yacía de costado, justo en el círculo de luz. El impacto había forzado los ganchos de la tapa, y ahora estaba abierta. Un solo haz estrecho se reflejaba en la superficie inferior del interior de la caja.

Durante unos minutos la habitación permaneció en silencio, excepto por el sonido irregular de la respiración trabajosa del señor Goddard. Después, casi imperceptiblemente, algo se movió en el espacio que había entre la tapa y el suelo. Una pequeña figura salió a tientas de la oscuridad, miró alrededor bajo el resplandor de la luz y desapareció de nuevo. Diez segundos después emergieron otras tres figuras, seguidas por otras. Formando pequeños grupos se extendieron por todo el suelo, agitando a la luz los brazos y piernas diminutos. Detrás de ellos aparecieron más figuras, apretujadas en una corriente sólida, empujándose unas a otras para escapar de la caja. Pronto el círculo de luz se llenó de enjambres de figuras diminutas que se agitaban como pececitos en un estanque iluminado.

En la oscuridad del rincón, la puerta crujió con fuerza. Los centenares de figuras se detuvieron congeladas. Con los ojos brillando astutamente, la cabeza del gato del

señor Goddard examinó la habitación de punta a punta. Se detuvo un momento y evaluó la escena que tenía delante.

Luego, siseó un grito agudo entre los dientes. Con una velocidad feroz, se lanzó adelante.

Varias horas después, el señor Goddard se levantó lentamente. Apoyándose débilmente contra la caja fuerte, miró el archivador bajo el brillante cono de luz. Se frotó las mejillas y se masajeó el pecho y los hombros doloridos. Luego cojeó hasta la caja y la enderezó cautelosamente sobre su base. Con cuidado, levantó la tapa y miró en su interior.

De repente dejó caer la tapa, miró el suelo a su alrededor, moviendo la luz para que llegara a todos los rincones. Después se volvió y corrió al pasillo, encendió la luz y examinó el suelo atentamente, los rodapiés y detrás de las rejillas.

De reojo advirtió que la puerta de la cocina estaba abierta. Se acercó de puntillas, miró debajo de la mesa y entre las patas de las sillas, detrás de la escoba y el cubo del carbón.

—¡Simbad! —gritó el señor Goddard.

Sorprendido, el gato dejó el pequeño objeto que tenía entre las zarpas y se metió debajo del sofá.

El señor Goddard se agachó. Miró el diminuto objeto durante unos segundos, luego se puso de pie y se apoyó en el armario, mientras cerraba involuntariamente los ojos.

El gato saltó, se llevó las zarpas a la boca y tragó ruidosamente.

—Simbad —dijo el señor Goddard con voz tranquila. Miró distraídamente al gato y finalmente se acercó a la puerta.

—Vamos afuera —le dijo.

El gato lo siguió, meneando el rabo lentamente. Caminaron por el sendero hasta la puerta de la verja. El señor Goddard miró su reloj. Eran las tres menos cuarto de la tarde. Las casas de los alrededores estaban en silencio, el cielo era de un lejano y pacífico azul. Aquí y allá, la luz del sol se reflejaba en los ventanales de la primera planta, pero la calle estaba inmóvil, su quietud era absoluta e ininterrumpida.

Con un gesto el señor Goddard hizo salir al gato al pavimento y cerró la puerta de la verja detrás de él.

Juntos caminaron hacia un mundo vacío.

## ESTUDIO 5, LAS ESTRELLAS

Todas las tardes, durante el verano en Vermilion Sands, los poemas locos de mi hermosa vecina flotaban hacia mí a través del desierto desde Estudio 5, Las Estrellas: madejas rotas de cintas de colores que se desenmarañaban en la arena como hilos de una telaraña despedazada. Durante toda la noche revoloteaban alrededor de los contrafuertes al pie de la terraza, entrelazándose en las barandillas, y por la mañana, antes de que las barriera, colgaban sobre la fachada sur de la villa como una buganvilia de color cereza intenso.

Una vez, al regresar después de haber estado tres días en Red Beach, encontré toda la terraza cubierta por una enorme nube de cintas de colores, que invadieron el salón cuando abrí los ventanales y se extendieron por los muebles y las estanterías como los delicados zarcillos de una planta grande y apacible. Después, durante días, fui encontrando fragmentos de los poemas por todas partes.

Quise quejarme varias veces, caminaba los trescientos metros por las dunas para entregar una carta de protesta, pero nadie respondía al timbre. Solo había visto una vez a mi vecina, el día en que llegó, conduciendo por Las Estrellas un enorme El Dorado descapotable, con la larga melena flotándole sobre la espalda como el tocado de una diosa.

Se había desvanecido como una exhalación, dejándome una instantánea fugaz de unos ojos en una cara blanca como el hielo.

Nunca llegué a entender por qué se negaba a responderme, pero descubrí que cada vez que iba a Estudio 5 el cielo se llenaba de rayas de las arenas, volando en círculos y chillando como murciélagos angustiados. La última vez, mientras estaba frente a la puerta de cristal negro presionando con insistencia deliberada el timbre, una raya de las arenas gigantesca había caído del cielo a mis pies.

Pero, como me di cuenta más tarde, aquella era la estación loca de Vermilion Sands, cuando Tony Sapphire oyó cantar a una raya de las arenas, y yo vi pasar al dios Pan al volante de un Cadillac.

Ahora me pregunto con frecuencia quién era Aurora Day. Cruzando el tranquilo cielo estival como un cometa fuera de temporada, se presentó en la colonia de Las Estrellas ante cada uno de nosotros bajo una personalidad diferente. Para mí, al principio, era una hermosa neurótica disfrazada de *femme fatale*, pero Raymond Mayo la vio como una de las explosivas madonas de Salvador Dalí, un enigma que capeaba serenamente el apocalipsis. Para Tony Sapphire y para el resto de sus admiradores de la playa era una reencarnación de la mismísima Astarté, una hija del tiempo con ojos de diamante y de treinta siglos de antigüedad.



Recuerdo claramente cómo encontré el primero de sus poemas. Una noche después de cenar descansaba en la terraza —algo que hacía la mayor parte del tiempo en Vermilion Sands— cuando descubrí una serpentina en la arena debajo de la barandilla. Unos metros más allá había más, y durante media hora vi cómo el viento hacía que revolotearan sobre las dunas. Los faros de un coche brillaron en la carretera de Estudio 5, y supuse que un nuevo inquilino se había mudado a la villa, que había estado vacía durante meses.

Por curiosidad, finalmente me subí a la barandilla y salté a la arena, donde recogí una de aquellas cintas de color rosa. Era un fragmento de casi un metro de largo y tenía la textura de un pétalo de rosa, tan frágil que empezó a deshacerse entre mis dedos.

Sujetándola como pude, leí:

... TE COMPARÉ CON UN DÍA DE VERANO,  
PERO TÚ ERES MÁS HERMOSA...

Dejé que volara en la oscuridad bajo la terraza, y luego me agaché y recogí otra con sumo cuidado, desenredándola de uno de los contrafuertes.

Impreso con la misma recargada tipografía neoclásica, decía:

... PROA A LAS ROMPIENTES,  
SURCANDO ESE MAR DIVINO...

Miré hacia atrás. La luz del desierto había desaparecido, y a trescientos metros de distancia la villa de mi vecina estaba iluminada como una corona fantasmal. Las vetas de cuarzo de los arrecifes de arena a lo largo de Las Estrellas refulgían como collares, barridas por los faros de los coches que se dirigían hacia Red Beach.

Miré la cinta de nuevo.

¿Shakespeare y Ezra Pound? Mi vecina tenía gustos muy curiosos. Con el interés un poco mermado regresé a la terraza.

Durante los siguientes días las cintas siguieron llegando a través de las dunas, por alguna razón, siempre por la noche, cuando las luces del tráfico iluminaban las tiras de gasa de colores. Pero al principio casi ni me fijaba en ellas. En aquella época yo dirigía *Ola IX*, una revista de poesía de vanguardia, y el estudio estaba repleto de autocintas y de viejas galeradas. Tampoco estaba particularmente sorprendido por tener una vecina poetisa. Casi todos los estudios a lo largo de Las Estrellas estaban ocupados por pintores y poetas, la mayoría abstractos e improductivos. Muchos de nosotros padecíamos diversos grados de fatiga de playa, ese malestar crónico que

destierra a la víctima a un limbo de baños de sol sin fin, gafas de cristales tintados y terrazas vespertinas.

Sin embargo, más tarde, las cintas que llegaban por la arena se convirtieron en una molestia. Como las notas habían resultado una pérdida de tiempo, me acerqué a la villa de mi vecina decidido a hablar con ella cara a cara. En esa última ocasión, cuando una raya de las arenas cayó a plomo del cielo y casi me picó en un último espasmo, comprendí que tenía pocas esperanzas de verla.

Un chófer jorobado, con un pie deforme y el rostro torcido como un fauno senil estaba limpiando el Cadillac de color cereza en el camino de entrada. Me acerqué a él y le señalé las hebras de tejido que bajaban de las ventanas del primer piso y a continuación caían en el desierto.

—Esas cintas están por toda mi villa —le dije—. Parece que su señora debe de tener un VT en secuencia abierta.

Me miró por encima de la amplia capota de El Dorado, se sentó en el asiento del conductor y sacó una pequeña flauta de la guantera.

Mientras yo rodeaba el coche y me dirigía hacia él, empezó a tocar unas notas agudas e irritantes. Esperé hasta que terminó y le pregunté levantando un poco la voz:

—¿Le importaría decirle que cierre las ventanas?

Él me ignoró, con los labios malhumorados apretados con firmeza contra la flauta. Me agaché y estaba a punto de gritarle al oído cuando una ráfaga de viento sopló sobre una duna al otro lado de la calzada y en un instante giró sobre la grava levantando un tornado en miniatura de polvo y ceniza. El torbellino nos envolvió por completo, cegándome y llenándome la boca de arena. Me protegí la cara con las manos y me alejé del camino de entrada, mientras las largas serpentinas caían a mi alrededor.

La ráfaga se desvaneció tan repentinamente como se había iniciado. El polvo se asentó y desapareció, dejando el aire tan inmóvil como lo había estado unos momentos antes. Vi que me había alejado unos treinta metros por el camino y, para mi asombro, me di cuenta de que el Cadillac y el chófer también habían desaparecido, aunque la puerta del garaje seguía abierta.

La cabeza me daba vueltas y me sentía irritable y sin aliento. Estaba a punto de acercarme de nuevo a la villa, enfadado porque me habían negado la entrada, sufriendo el sucio impacto del torbellino de polvo, cuando oí de nuevo aquellas notas agudas en el aire.

Débiles pero claras y extrañamente amenazadoras sonaban en mis oídos, y los planos de sonido cambiaban en el aire frente a mí. Busqué el origen de las notas a mi alrededor y vi que el polvo se agitaba en la superficie de las dunas a ambos lados del camino.

Sin esperar, giré sobre mis talones y me apresuré a llegar a mi villa.

Enojado conmigo mismo por haber sido puesto en ridículo, y decidido a insistir con algún tipo de queja formal, primero recogí todas las serpentinas de la terraza y las tiré al cubo de la basura. Bajé al pie de la villa y corté las tiras enredadas.

Leí por encima algunas de las cintas al azar. En todas había los mismos fragmentos erráticos: frases de Shakespeare, Wordsworth, Keats y Eliot. El aparato de VT de mi vecina parecía tener un fallo serio en la memoria y, en lugar de producir una variante del modelo clásico, la cabeza selectora se limitaba a reproducir una versión desmembrada del mismo modelo. Por un momento pensé seriamente en llamar a la agencia de IBM en Red Beach y pedir que mandaran a un técnico de reparaciones.

Pero esa noche, por fin, hablé cara a cara con mi vecina.

Me había ido a dormir a eso de las once y una hora más tarde algo me despertó. Una luna resplandeciente en su apogeo cruzaba por detrás de los flecos de una nube de color verde pálido que iluminaba débilmente el desierto y Las Estrellas. Salí a la terraza y descubrí de inmediato un resplandor que avanzaba por entre las dunas. Como la extraña música de la flauta del chófer, el resplandor parecía no tener origen alguno, pero supuse que era un reflejo de la luna que brillaba por una estrecha franja entre las nubes.

Entonces la vi aparecer un instante entre las dunas, paseando por la arena de medianoche. Llevaba un vestido blanco y largo que ondeaba detrás de ella, y su melena flotaba al viento como la cola desplegada de un ave del paraíso. Unas serpentinas flotaban alrededor de los pies y dos o tres rayas purpúreas de las arenas volaban en círculos en el cielo por encima de su cabeza. Ella caminaba sin reparar en ellas, y tras ella brillaba una sola luz en una ventana de la planta superior de la villa.

Me ajusté la bata, me apoyé en una columna y la miré en silencio, perdonándole por el momento las cintas y el chófer maleducado. De vez en cuando desaparecía detrás de una de las dunas sombreadas de verde, con la cabeza ligeramente levantada, alejándose de la avenida que llevaba a los arrecifes de arena que estaban a orillas del lago fósil.

Estaba a unos cien metros del arrecife de arena más cercano, una larga galería invertida de espigones y grutas colgantes, cuando algo en su trayectoria recta y en su paso invariablemente regular me hizo pensar que podría ser sonámbula.

Dudé brevemente, mientras miraba las rayas que volaban alrededor de su cabeza, y luego salté por encima de la barandilla y corrí por la arena hacia ella.

Las piedras de cuarzo se me clavaban en los pies descalzos, pero la alcancé cuando se acercaba al borde del arrecife. Caminé a su lado y le toqué el codo.

A tres metros por encima de mi cabeza las rayas escupían y giraban en la oscuridad. La extraña luminosidad que yo había supuesto producto del reflejo de la luna parecía emanar más bien de su vestido blanco.

Mi vecina no era sonámbula, como yo había pensado, sino que estaba perdida en una alguna ensoñación profunda. Sus ojos oscuros miraban opacos al frente y su fino rostro, de piel blanca como una máscara de mármol, permanecía inmóvil e inexpresivo. Se volvió hacia mí sin verme y me apartó con un gesto. Entonces se detuvo, se miró los pies y de repente tuvo conciencia de sí misma y de su caminata de medianoche. Se le aclaró la mirada y vio la boca del arrecife de arena. Dio un paso atrás involuntariamente y la luz que emitía su vestido aumentó con la alarma.

Allá arriba, las rayas se elevaron en el aire, ensanchando los círculos ahora que ella estaba despierta.

—Siento haberla asustado —me disculpé—. Pero se estaba acercando demasiado al arrecife.

Ella se apartó de mí arqueando las largas cejas negras.

—¿Qué? —dijo titubeando—. ¿Quién es usted? —Y entonces, para sus adentros, como si estuviera completando un diálogo de su sueño, murmuró en voz baja—: Oh, Dios, Paris, elígeme a mí, no a Minerva... —Y en ese momento se interrumpió y me miró con una expresión salvaje, moviendo inquieta los labios de color rojo intenso.

Eché a andar por la arena, llevándose con ella el charco de luz ambarina, mientras las rayas de las arenas oscilaban como péndulos en el aire tenue por encima de ella.

Esperé a que llegara a su villa y luego me alejé. Miré el suelo y me di cuenta de que algo brillaba en la pequeña depresión formada por una de sus huellas. Me agaché y recogí una diminuta gema, un diamante perfectamente tallado, de un solo quilate, y entonces vi otro en la siguiente huella. Corrí adelanté y recogí media docena más, y estaba a punto de gritarle a aquella figura etérea cuando noté algo húmedo en la mano.

Donde habían estado las gemas, en el hueco mi mano, había ahora un charco de rocío helado.

Me enteré de quién era al día siguiente.

Después de desayunar, mientras aún estaba en la mesa, vi que El Dorado aparecía en la calzada. El chófer patizambo se bajó del automóvil y se arrastró con aquel extraño balanceo hasta la puerta de entrada de mi villa. Sostenía un sobre rosa en una mano enguantada de negro. Lo hice esperar unos minutos, luego abrí la carta en el escalón de entrada mientras él regresaba al coche y se sentaba a esperarme con el motor encendido.

Lamento haber sido tan grosera anoche. Usted se metió en mi sueño y me asustó. ¿Aceptaría mis disculpas si le invito a un cóctel? Mi chófer pasará a buscarlo a mediodía.

AURORA DAY

Miré el reloj. Eran las 11:55. Los cinco minutos, supuestamente, me daban tiempo para serenarme.

El chófer estudiaba el volante, al parecer indiferente a mi reacción. Dejé la puerta abierta, entré y me puse la chaqueta playera. Al salir metí un juego de pruebas de *Ola IX* en uno de los bolsillos.

El chófer apenas esperó a que yo me subiera para acelerar el coche y meterlo en la calzada.

—¿Cuánto tiempo se quedarán en Vermilion Sands? —pregunté, dirigiéndome a la mata de pelo rojizo que había entre la gorra de plato y el cuello negro.

No me contestó. Mientras íbamos por Las Estrellas, se cambió de repente al carril opuesto y lanzó el Cadillac a toda velocidad para adelantar a otro automóvil.

Me calmé, le repetí la pregunta y esperé a que respondiera, luego le di unos golpecitos con los dedos el hombro de sarga negra.

—¿Es usted sordo o simplemente grosero?

Por un segundo el hombre apartó los ojos de la carretera y me miró. Tuve una momentánea impresión de pupilas de un rojo brillante, ojos obscenos que me observaron con una mezcla de desprecio y ferocidad no disimulada. De la comisura de la boca le brotó un repentino chorro de imprecaciones entre violentos graznidos, una breve ráfaga sucia que me devolvió a mi asiento.

Saltó del coche cuando llegamos a Estudio 5 y me abrió la puerta, invitándome a subir por las escaleras de mármol negro, como una araña sirvienta que le enseña el camino a una mosca muy pequeña hacia una telaraña especialmente grande.

Una vez dentro, pareció evaporarse. Crucé un salón suavemente iluminado hacia un estanque interior, en el que brotaba una fuente y unas carpas blancas nadaban en círculos incansablemente. Detrás de la fuente, en el salón, mi vecina estaba tumbada en un diván, con el vestido blanco desplegado en abanico a su alrededor, las joyas bordadas destellando a la luz de la fuente.

Cuando me senté me observó con curiosidad, guardando un delgado volumen encuadernado en cuero amarillo que parecía una edición privada de un poemario. Esparcidos en el suelo a su lado había una serie de volúmenes, muchos de los cuales pude identificar como colecciones y antologías publicadas recientemente.

Me fijé que de las cortinas de la ventana colgaban unas serpentinas de colores y miré hacia donde tenía el aparato de VT, mientras cogía un cóctel de la mesa baja que había entre nosotros.

—¿Lee mucha poesía? —pregunté, señalando los libros a su alrededor.

Asintió con la cabeza.

—Toda la que puedo soportar.

Me reí.

—Sé a qué se refiere. Yo tengo que leer más de la que quisiera. —Me saqué del

bolsillo un ejemplar de *Ola IX* y se lo ofrecí—. ¿La conoce?

Eché un vistazo a la portada con gesto colérico y autocrático. Me pregunté por qué se habría molestado en invitarme.

—Sí, la conozco. Horrible, ¿verdad? «Paul Ransom» —señaló—. Es usted, ¿verdad? ¿Es el editor? Qué interesante.

Lo dijo con una inflexión peculiar, como si estuviese considerando alguna línea de acción diferente. Por un instante me observó pensativa. Su personalidad parecía totalmente dissociada, y su conciencia de mí variaba bruscamente de un nivel a otro, como los cambios de luz en una mala película. Sin embargo, a pesar de que su cara, parecida a una máscara, permanecía inmóvil, detecté en ella un destello de interés.

—Bueno, hábleme de su trabajo. Usted debe de saber mucho acerca de lo que falla en la poesía moderna. ¿Por qué es toda tan mala?

Me encogí de hombros.

—Supongo que es sobre todo una cuestión de inspiración. Yo mismo escribí hace bastantes años, pero el impulso se desvaneció en cuanto pude comprarme un aparato de VT. En los viejos tiempos, un poeta debía sacrificarse para dominar su medio. Ahora que el dominio técnico consiste en algo tan sencillo como presionar un botón, en elegir métrica, rima y asonancia en un dial, no se necesita el sacrificio, porque no existe el ideal de inventar, que justificaría ese sacrificio...

Dejé de hablar. La mujer me miraba con una expresión muy alerta, casi como si fuera a tragarme.

—Y también he leído mucha poesía suya —le dije cambiando de tono—. Perdone que se lo mencione, pero creo que su versotranscriptor no funciona correctamente.

Su rostro se congestionó y desvió la mirada, irritada.

—Yo no tengo una de esas máquinas horribles. Santo cielo, no creerá que me gustaría usar algo así.

—Entonces, ¿de dónde vienen las cintas? —le pregunté—. Las serpentinas que revolotean por el desierto todos los atardeceres. Están cubiertas de fragmentos de versos.

—¿Ah, sí? —dijo en tono informal—. ¿Lo están? No lo sabía. —Miró los libros esparcidos en el suelo—. A pesar de que yo debería ser la última persona del mundo en escribir versos, últimamente me he visto obligada a hacerlo. Por pura necesidad, ya ve, para preservar un arte moribundo.

Me había desconcertado por completo. Por lo que podía recordar, la mayoría de los poemas de las cintas ya habían sido escritos.

Levantó la vista y me regaló una viva sonrisa.

—Le enviaré algunos.

Los primeros llegaron a la mañana siguiente. Fueron entregados por el chófer del Cadillac rosa, pulcramente impresos en pergamino y atados con una cinta floral. La

mayoría de los poemas que me presentaban venían por correo en cinta perforada de ordenador, enrollados como los billetes de una máquina expendedora, así que sin duda era un verdadero placer recibir ese tipo de manuscritos tan elegantes.

Los poemas, sin embargo, eran increíblemente malos. Había seis en total, dos sonetos petrarquistas, una oda y tres piezas libres más largas. Todos estaban escritos en el mismo tono intimidatorio, a la vez amenazador y oscuro, como los delirios oraculares de una bruja loca. En su conjunto eran extrañamente inquietantes, no tanto por el contenido de los poemas como por la mente trastornada que había tras ellos. Obviamente, Aurora Day vivía en un mundo privado que se había tomado muy en serio. Decidí que era una neurótica rica que podía dar rienda suelta a sus fantasías privadas.

Pasé las hojas, oliendo el aroma almizclado que emanaban. ¿Dónde había descubierto aquel curioso estilo, aquel manierismo arcaico, ese «presentaos, videntes terrenales, y en vuestros antiguos cursos confinad ahora vuestros más sinceros votos»? Mezclados en algunas de las metáforas había extraños ecos de Milton y de Virgilio. De hecho, el tono me recordaba a la sacerdotisa de la *Eneida* que profiere ardientes diatribas cada vez que Eneas se sienta un momento a descansar.

Todavía me preguntaba qué hacer exactamente con aquellos poemas —el chófer me había entregado un segundo lote a las nueve en punto de la mañana siguiente— cuando Tony Sapphire me llamó por teléfono para ayudarme a preparar el siguiente número de la revista. Tony pasaba la mayor parte del tiempo en la playa, en su chalé de Lagoon West, programando una novela automática, pero se reservaba uno o dos días por semana para invertirlos en *Ola IX*.

Estaba revisando las rimas internas de una secuencia de sonetos IBM de Xero Paris cuando llegó Tony. Mientras sostenía la tabla de códigos encima de los sonetos, comprobando las rimas, cogió una de las hojas de color rosa en las que estaban impresos los poemas de Aurora.

—Un aroma delicioso —comentó, abanicando el aire con las hojas—. Vaya manera de llegar a un editor. —Empezó a leer el primero de los poemas, y luego frunció el ceño y lo dejó—. Extraordinario. ¿Qué son?

—No estoy del todo seguro —admití—. Ecos en un jardín de piedra.

Tony leyó la firma al pie de las hojas.

—«Aurora Day». Una nueva suscriptora, supongo. Probablemente piensa que *Ola IX* es el *VT Times*. Pero ¿qué es todo esto...? «Ni salmos, ni cánticos, ni un vano registro para alabar a la reina de la noche...». —Sacudió la cabeza—. ¿Qué se supone que es esto?

Le sonreí. Como la mayoría de los escritores y poetas, Tony había pasado tanto tiempo sentado delante de su aparato de VT que había olvidado el período en el que la poesía se escribía realmente a mano.

—Son poemas, de algún tipo, obviamente.

—¿Quieres decir que los ha escrito ella misma?

Asentí.

—Así se hicieron. De hecho, el método estuvo bastante de moda durante veinte o treinta siglos. Shakespeare, Milton, Keats y Shelley escribían así. Entonces funcionaba razonablemente bien.

—Pero no ahora —dijo Tony—. No desde que existe el aparato de VT. ¿Cómo se puede competir con un logomático analógico de IBM? Pero, por el amor de Dios, mira este. Parece de T. S. Eliot. No puede hacerlo en serio.

—Puede que tengas razón. Tal vez la chica me está tomando el pelo.

—Chica. Probablemente tiene sesenta años y se bebe el agua de colonia. Qué triste. Pero los poemas quizá signifiquen algo, aunque sea de modo desquiciado.

—Espera —dije.

Estaba montando uno de los pastiches satíricos de Xero sobre Rupert Brooke y me faltaban seis líneas. Le pasé a Tony la cinta maestra. Tony la metió en la IBM, ajustó la métrica, el régimen de rimas, los pares verbales, y luego conectó el aparato. Esperó a que la cinta saliera del cabezal de la impresora, arrancó seis líneas y me las entregó. Ni siquiera tuve que leerlas.

Durante siguientes las dos horas trabajamos duro. Al atardecer habíamos completado más de un millar de líneas y nos detuvimos para tomaros una copa bien merecida. Pasamos a la terraza y nos sentamos bajo la luz fresca de la noche a mirar cómo los colores se disolvían en el desierto, escuchando los chillidos de las rayas de las arenas en la oscuridad, junto a la villa de Aurora.

—¿Qué son todas esas serpentinas de ahí abajo? —preguntó Tony, y entonces tiró de una, que se le rompió entre los dedos y juntó los trozos y los puso sobre la mesa de cristal—. «... ni cánticos, ni un hueco registro...» —leyó en voz alta. Luego soltó la cinta y dejó que la arrastrara el viento.

Miró por encima de las dunas sombrías hacia Estudio 5. Como de costumbre, solo había una luz encendida en una de las habitaciones superiores, iluminando las serpentinas que se desenredaban y volaban por la arena hacia nosotros.

Tony asintió.

—Así que ahí es donde vive ella. —Recogió otra cinta que se había enroscado en la barandilla y revoloteaba contra su codo—. ¿Sabes una cosa, amigo mío? Estás literalmente sitiado.

Y, en efecto, lo estaba. Durante los días siguientes recibí un bombardeo continuo de versos cada vez más oscuros y extraños, siempre en dos entregas, la primera traída por el chófer a las nueve en punto de la mañana y la segunda al anochecer, cuando empezaban a llegar volando las serpentinas. Los fragmentos de Shakespeare y de Pound habían desaparecido, y las cintas ofrecían ahora versiones incompletas de los poemas que había recibido por la mañana, como si fueran los borradores.



El examen detallado de las serpentinas me hizo llegar a la conclusión de que, tal como había me dicho Aurora Day, no eran el producto de un aparato de VT. Las cintas eran demasiado delicadas para haber pasado por los carretes de alta velocidad de un mecanismo informático, y su tipografía no estaba impresa sino estampada mediante algún proceso que yo no podía identificar.

Cada día yo leía los poemas más recientes, y los archivaba cuidadosamente en el cajón central de mi escritorio. Por fin, cuando tuve apilada la producción de una semana, la metí en un sobre que decía «Aurora Day, Estudio 5, Las Estrellas, Vermilion Sands», y escribí una nota educada rechazándolos y sugiriéndole que en última instancia se sentiría mucho más satisfecha si su trabajo aparecía en otra de las muchas revistas de poesía que se editaban en la actualidad.

Aquella noche tuve el primero de la que sería una serie de sueños extremadamente desagradables.

Por la mañana, mientras me preparaba un café fuerte, esperé a que se me aclarara la mente. Pasé a la terraza pensando en qué podría haberme provocado aquella pesadilla salvaje que me había atormentado durante toda la noche. Se trataba del primer sueño que yo tenía en años. Una de las agradables características de la fatiga de playa es el sueño profundo, sin sueños, y la súbita irrupción de una noche plagada de pesadillas me hizo pensar en que Aurora Day, y en especial sus poemas dementes, estaban empezando a invadirme la mente más de lo que creía.

El dolor de cabeza tardó mucho en disiparse. Me recosté y observé la villa de Day, con las ventanas cerradas, las persianas bajadas, los toldos recogidos, como una corona sellada. ¿Quién era ella después de todo, me pregunté, y qué era lo que quería realmente?

Cinco minutos más tarde vi que el Cadillac giraba en la calzada y bajaba por Las Estrellas hacia mí.

¿Una entrega más? La mujer era incansable. Esperé en la puerta, bajé para encontrarme con el chófer en las escaleras de la entrada y recibí de sus manos un sobre lacrado.

—Mire —le confié al chófer—. No querría desalentar a un talento emergente, pero ceo que bien podría usted utilizar su influencia sobre su señora y ya sabe... —Dejé la idea flotando frente a él, y añadí—: Por cierto, todas esas serpentinas que trae el viento se están convirtiendo en una maldita molestia.

El chófer me miró con sus enrojecidos ojos astutos y el rostro congestionado en una mueca monstruosa. Y sacudiendo la cabeza con tristeza regresó renqueando hasta el coche.

Mientras se alejaba en el automóvil, abrí la carta. Dentro había una sola hoja de papel.

Señor Ransom:

Su rechazo de mis poemas me asombra. Le aconsejo seriamente que reconsidere su decisión. No es un asunto trivial. Espero ver mis poemas impresos en su próximo número.

AURORA DAY

Esa noche tuve otro sueño desquiciado.

La siguiente selección de poemas llegó cuando yo estaba todavía en la cama, tratando de recuperar un poco de cordura en mi mente. Me levanté y me serví un martini doble, ignorando el sobre que asomaba por debajo de la puerta como la hoja de una espada de papel.

Conseguí tranquilizarme y lo abrí, y leí los tres poemas cortos que había dentro.

Eran horribles. Me pregunté cómo persuadir a Aurora de que el talento era un elemento indispensable. Con el martini en una mano y los poemas en la otra, caminé lentamente hasta la terraza y me dejé caer en una de las sillas.

Me levanté de un salto, gritando, y el vaso se me cayó de la mano. Me había sentado en algo grande y blando, del tamaño de una almohada pero de contornos irregulares y huesudos.

Miré hacia abajo y vi una enorme raya de las arenas muerta en el centro de la silla, el agujón de punta blanca sobresalía de su vaina dos o tres centímetros por encima de la cresta craneal.

Con la mandíbula apretada de indignación, entré directamente en mi estudio y metí los poemas en un sobre con una nota de rechazo en la que escribí:

Lo siento, son totalmente inadecuados. Por favor, pruebe en otras publicaciones.

Media hora más tarde fui en coche a Vermilion Sands y despaché yo mismo el sobre. En cuanto regresé me sentí discretamente satisfecho de mí mismo.

Esa tarde me salió una ampolla enorme en la mejilla derecha.

Tony Sapphire y Raymond Mayo llegaron a la mañana siguiente para compadecerse. Ambos pensaban que estaba siendo terco y pedante.

—Públícale uno —dijo Tony, sentado al pie de la cama.

—Que me cuelguen si lo hago —dije.

Miré por encima del desierto hacia Estudio 5. De vez en cuando se movía una ventana y reflejaba el sol, pero no vi a mi vecina.

Tony se encogió de hombros.

—Todo lo que tienes que hacer es aceptarle uno y ella quedará satisfecha.

—¿Estás seguro? —pregunté cínicamente—. Esto puede ser solo el comienzo. Por lo que sabemos, bien puede tener una docena de poemas épicos en el fondo del cajón.

Raymond Mayo se acercó a la ventana donde estaba yo, se puso las gafas de sol y escudriñó la villa. Me fijé en que tenía mejor aspecto que de costumbre, el pelo oscuro y liso, el perfil ajustado para conseguir el máximo impacto.

—La vi anoche en el «psico i» —dijo distraído—. Tenía un palco privado en el entresuelo. Absolutamente extraordinaria. Tuvieron que detener la obra dos veces. —Asintió con la cabeza—. Hay en ella algo sin forma, inexplicable. Me recuerda la Venus cosmogónica de Dalí. Me hizo comprender lo absolutamente aterradoras que son todas las mujeres en realidad. Yo de ti haría todo lo que ella me pidiera.

Levanté la mandíbula todo lo que pude y negué con la cabeza dogmáticamente.

—Marchaos. Vosotros los escritores siempre despreciáis a los editores, pero cuando las cosas se ponen difíciles, ¿quién es el primero que cede? Este es el tipo de situación para el que estoy preparado, mi formación y mi disciplina me dicen instintivamente qué tengo que hacer. Esa neurótica trata de embrujarme. Cree que puede hacer descender una plaga de rayas muertas, ampollas y pesadillas, y que así renunciaré a mi conciencia.

Tony y Raymond sacudieron la cabeza con tristeza por mi terquedad y se marcharon.

Dos horas más tarde la ampolla había desaparecido tan misteriosamente como apareció. Estaba empezando a preguntarme la razón cuando llegó una furgoneta de Graphis Press de Vermilion Sands con los primeros quinientos ejemplares del nuevo número de *Ola IX*.

Llevé las cajas de cartón al salón, quité el envoltorio y las abrí, pensando con placer en las palabras de Aurora Day: que sus poemas saldrían publicados en el siguiente número. No sabía que yo había entregado las últimas páginas con dos días de anticipación y que difícilmente podría imprimir sus poemas aunque quisiera.

Pasé las páginas y busqué el editorial, otro más de una serie de estudios míos sobre el malestar actual que afectaba a la poesía.

Sin embargo, en vez de la acostumbrada media docena de párrafos en cuerpo 10, me quedé asombrado al ver una sola línea en cuerpo 24, que anunciaba en cursiva y mayúsculas:

*¡UNA LLAMADA A LA GRANDEZA!*

Miré rápidamente la portada para asegurarme de que me habían mandado los ejemplares correctos de la revista, luego hojeé deprisa todo el número.

Reconocí de inmediato el primer poema. Lo había rechazado hacía solo dos días. También había leído y rechazado los tres siguientes, y a continuación venía un grupo

que era nuevo para mí, todos firmados por Aurora Day y que ocupaban el lugar de los poemas que yo había pasado en las páginas de prueba.

¡Habían pirateado todo el número! No habían mantenido ni un solo poema original y la composición interior era nueva. Volví corriendo a la sala y abrí media docena de ejemplares. Todos eran iguales.

Diez minutos después había llevado las tres cajas hasta el incinerador y tras meterlas dentro, empapé los ejemplares con gasolina y lancé una cerilla encendida. Al mismo tiempo, a unos pocos kilómetros de distancia, Graphis Press hacía lo propio con el resto de los cinco mil ejemplares de la tirada. No podían explicarse el error. Buscaron los originales, todos escritos a máquina en papel con membrete de Aurora Day, ¡pero con anotaciones manuscritas mías! Mis propios originales habían desaparecido y no tardaron en negar haberlos recibido alguna vez.

Mientras las llamas crepitaban a la luz del sol, creí ver entre el humo marrón y denso una repentina ráfaga de actividad procedente de la casa de mi vecina. Las ventanas se abrían bajo los toldos y la figura jorobada del chófer se correteaba por la terraza.

De pie sobre el tejado, con el vestido blanco ondeando a su alrededor como un enorme velo de plata, Aurora Day me miraba.

No supe bien si era la gran cantidad de martini que había ingerido aquella mañana, la ampolla de la mejilla o los humos de la combustión de la gasolina, pero cuando entré en casa noté que me tambaleaba y tuve que sentarme en el último escalón de la entrada y cerrar los ojos porque la cabeza me daba vueltas.

Unos segundos después me despejé. Apoyando los codos en las rodillas enfoqué con la mirada el escalón de cristal azul que tenía a mis pies. Talladas en la superficie en letras bien marcadas, había estas palabras:

¿Por qué tan pálido y triste, mi cariñoso amante?  
Dime, te lo ruego, ¿por qué tan pálido?

Demasiado débil para nada más que registrar una protesta automática contra ese acto de vandalismo, me puse de pie y del bolsillo de la bata extraje la llave de la puerta. Cuando la metía en la cerradura descubrí, grabado en el latón de la cerradura:

Que la llave gire hábilmente en la cavidad aceitada.

Había otras inscripciones en el revestimiento de cuero negro de la puerta, grabadas en la misma tipografía limpia, y las líneas se entrecruzaban al azar, como las filigranas decorativas de una bandeja barroca.

Cerré la puerta y entré en la sala. Las paredes parecían más oscuras de lo habitual, y me di cuenta de que todas las superficies estaban cubiertas de frases y más frases, inacabables fragmentos de versos que llegaban desde el techo hasta el suelo.

Cogí mi copa de encima de la mesa y me la acerqué a los labios. El cuenco de cristal azul había sido estampado con las mismas hermosas líneas cobrizas, que bajaban en espiral por el tallo hasta la base.

Brinda por mí, solo con tus ojos.

Todo en el salón estaba cubierto por los mismos fragmentos: el escritorio, las lámparas y las cortinas, las estanterías, las teclas del piano de cola, hasta el borde del disco que estaba puesto en el plato del estéreo.

Aturdido, me llevé las manos a la cara y comprobé horrorizado que en la superficie de mi piel había miles de tatuajes que se retorcían y entrelazaban sobre mis manos y brazos como serpientes desquiciadas.

Dejé caer la copa al suelo, fui al espejo que colgaba sobre la chimenea y vi mi cara cubierta por los mismos tatuajes, un manuscrito viviente por el que todavía resbalaba la tinta fresca, y donde aparecían las letras como si una pluma las estuviera escribiendo.

Vosotras, serpientes moteadas de lengua bífida...

Arañas tejedoras, marchaos de aquí.

Me alejé del espejo, salí corriendo a la terraza, resbalando en los montones de serpentinas de colores que el viento había arrastrado hasta allí y salté a la arena por encima de la barandilla.

Cubrí la distancia entre nuestras villas en un instante y subí por la calzada hacia la negra puerta de entrada. Esta se abrió cuando yo estaba a punto de llamar al timbre y me lancé al interior del vestíbulo de cristal.

Aurora Day me esperaba en el diván al lado de la fuente del estanque, alimentando a los viejos peces blancos que se agrupaban a su alrededor. Entonces, cuando yo di un paso hacia ella, sonrió en silencio a los peces y les dijo algo en un susurro.

—¡Aurora! —grité—. ¡Por el amor de Dios, me rindo! ¡Haz lo que quieras, cualquier cosa, pero déjame en paz!

Por un momento me ignoró y siguió alimentando a los peces. De repente me cruzó por la mente un pensamiento aterrador. Las enormes carpas blancas que le rozaban ahora los dedos, ¿habrían sido alguna vez sus amantes?

Estábamos sentados juntos a la luz del atardecer. En la pared, detrás de Aurora, las

largas sombras recorrían el paisaje púrpura de *La persistencia de la memoria* de Dalí, y los peces nadaban en lentos círculos en el estanque junto a nosotros.

Aurora había aclarado sus condiciones: nada menos que el control absoluto de la revista, libertad para imponer su propia política y para la selección de los contenidos. Nada se publicaría sin su aprobación.

—No te preocupes —le había dicho a la ligera—. Nuestro acuerdo solo se aplicará a un número.

Aunque parezca increíble, no mostró ningún deseo de publicar sus propios poemas, la edición pirateada solo había sido una táctica para conseguir que me rindiera.

—¿Te parece que un número será suficiente? —pregunté, pensando en qué se disponía a hacer en realidad.

Me miró distraída mientras dibujaba en la superficie del agua del estanque con un dedo con la uña pintada de verde.

—Todo depende de ti y de tus compañeros. ¿Cuándo recobrarán el juicio y serán poetas otra vez?

Miré los dibujos del estanque. Milagrosamente, permanecían grabados en la superficie.

Durante las horas que pasamos allí sentados, que parecieron miles de años, fue como si le hubiera contado todo sobre mí, pero de Aurora casi no sabía nada. Solo una cosa estaba clara, su obsesión por el arte de la poesía. De alguna extraña manera, se consideraba personalmente responsable de la actual decadencia en que se encontraba, pero su único remedio parecía completamente retrógrado.

—Tienes que venir a conocer a mis amigos en la colonia —sugerí.

—Sí, lo haré —dijo—. Espero poder ayudarlos. Tienen mucho que aprender.

Sonreí ante aquello.

—Creo que les va a costar un poco compartir esa idea. La mayoría se consideran a sí mismos unos virtuosos. Para ellos la búsqueda del soneto perfecto terminó hace años. El equipo no produce otra cosa.

—No son poetas sino mecánicos —se burló Aurora—. Mira esas colecciones de lo que ellos llaman estrofas. Tres poemas y sesenta páginas de instrucciones de funcionamiento. Solo son voltios y amperios. Cuando digo que tienen mucho que aprender, hablo de sus propios corazones, no de la técnica, no hablo de la forma sino del alma de la música. —Hizo una pausa para desperezarse, su cuerpo hermoso se desenroscó como una pitón, se inclinó adelante y habló con seriedad—: Hoy en día la poesía está muerta, no por culpa de esas máquinas sino porque los poetas han dejado de buscar su verdadera inspiración.

—¿Cuál es?

Aurora sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Te llamas poeta y sin embargo me lo preguntas?

Se quedó mirando el estanque con ojos indiferentes. Por un momento una expresión de profunda tristeza cruzó su rostro, y comprendí que sufría un profundo sentimiento de culpa o de incapacidad, y que la decadencia actual de la poesía era responsabilidad suya.

Tal vez fue aquella sensación de incapacidad lo que hizo que le perdiera el miedo.

—¿Has oído alguna vez la leyenda de Melandra y Coridón? —preguntó.

—Tengo una vaga idea —dije, rebuscando en mi memoria—. Si mal no recuerdo, Melandra era la musa de la Poesía. ¿Y Coridón no fue un poeta de la corte que se suicidó por ella?

—Muy bien —dijo Aurora—. Después de todo no eres completamente analfabeto. Sí, los poetas de la corte descubrieron que habían perdido su fuente de inspiración y que las damas los desdeñaban y preferían la compañía de los caballeros, así que buscaron a Melandra, la musa, quien les dijo que les había lanzado aquel hechizo porque se habían dormido en los laureles, olvidando la fuente de donde realmente provenía su arte. Los poetas protestaron, dijeron que siempre se inspiraban en ella (una flagrante mentira), pero Melandra no les creyó y les avisó de que no recuperarían su poder mientras uno de ellos no sacrificara la vida por ella. Por supuesto, ninguno estaba dispuesto a hacerlo, excepto un joven poeta de enorme talento llamado Coridón, que amaba a la diosa y era el único que conservaba el poder. Coridón se suicidó por el bien de los demás poetas...

—... y para eterno dolor de Melandra —concluí—. Ella no esperaba que Coridón diese la vida por el arte. Un bello mito —admití—. Pero temo que aquí no encontrarás a ningún Coridón.

—No estoy tan segura —dijo Aurora con voz dulce.

Agitó las aguas del estanque y las ondas de la superficie proyectaron luminosas volutas contra las paredes y el techo. Entonces me fijé que por toda la sala había una larga serie de frisos que representaban el mito que Aurora acababa de contar. El primer panel, comenzando por mi izquierda, mostraba a los poetas y trovadores reunidos alrededor de la diosa, una figura alta y vestida de blanco cuyo rostro mostraba un considerable parecido con el de Aurora. A medida que recorría la historia a través de los sucesivos paneles, el parecido se hizo incluso más intenso, y supuse que Aurora había posado para el artista en el papel de Melandra. ¿Se identificaba, de algún modo, con la diosa del mito? Y en ese caso, ¿quién era su Coridón? Puede que el propio artista. Busqué en los grabados al poeta suicida, un joven esbelto de largos cabellos rubios, cuyas facciones me resultaron vagamente familiares pero que no pude identificar. No obstante, detrás de las figuras principales, y en todas las escenas, reconocí a otro hombre, el chófer de rostro de fauno, pintado con patas de carnero y un instrumento de viento, y representaba nada menos que al dios Pan.

Casi había detectado otra semejanza entre las figuras de los frisos cuando Aurora

se dio cuenta de mi búsqueda por los paneles. Dejó de agitar el estanque y entonces las ondas se detuvieron y dejaron de iluminar los paneles, que se oscurecieron de nuevo. Durante unos segundos Aurora me observó como si hubiera olvidado quién era yo. Parecía agotada y estaba ausente, como si el resumen del mito le hubieran recordado dolorosos momentos personales. Al mismo tiempo, el vestíbulo y el pórtico se ensombrecieron, reflejando el estado de ánimo de Aurora: su presencia era tan dominante que el propio aire palidecía como ella. Una vez más sentí que su mundo, en el que yo había entrado, estaba completamente compuesto de ilusiones.

Se quedó dormida. A su alrededor la habitación se quedó en la penumbra. El fulgor del estanque se había desvanecido, las columnas de cristal que alumbraban a nuestro alrededor estaban ahora apagadas y parecían troncos de cristal opaco. Toda la luz que había emergía ahora de la gema similar a una flor que Aurora llevaba entre sus pechos dormidos.

Me acerqué a ella en silencio y miré su extraño rostro, de piel tersa y gris, como una novia faraónica en un sueño de basalto. Entonces, a mi lado en la puerta, noté la figura jorobada del chófer. Tenía el rostro casi totalmente oculto por la gorra de plato, pero me miraba fijamente con sus ojos como brasas encendidas.

Cuando nos íbamos, centenares de rayas de las arenas dormían sobre la superficie del desierto iluminado por la luna. En silencio, pasamos entre ellas con el Cadillac.

Cuando llegué a mi villa fui directamente al estudio, dispuesto a ponerme manos a la obra con el siguiente número de la revista. Durante el viaje de vuelta había decidido cuáles serían los temas dominantes de los contenidos y las imágenes principales que introduciría en los aparatos de VT. Programados todos para máxima repetición, en veinticuatro horas tendría un folio de ditirambos a la luna y a las musas que asombrarían a Aurora Day por su sincera sencillez e inspiración.

Al entrar en el estudio tropecé con algo afilado. Me agaché en la oscuridad, y encontré unos circuitos de ordenador rotos y clavados en el suelo de linóleo blanco.

Cuando encendí la luz vi que alguien había destrozado los tres equipos de VT, convirtiéndolos en una pulpa retorcida en un exceso de violencia salvaje.

Pero los equipos no habían sido los únicos objetivos. Por la mañana, mientras estaba sentado en el escritorio contemplando los tres equipos destrozados, sonó el teléfono y recibí la noticia de atentados similares cometidos de punta a punta de Las Estrellas. La IBM de cincuenta vatios de Tony Sapphire había sido destrozada a martillazos y las cuatro nuevas Philco Versomatics de Raymond Mayo habían quedado en un estado irreparable. Por lo que pude deducir, no quedaba un solo aparato de VT en condiciones. La noche anterior, entre las seis y la medianoche, alguien había recorrido Las Estrellas, había entrado en los estudios y apartamentos y destrozado cada aparato de VT que encontró a su paso.

Yo tenía una buena idea de quién había sido. Al volver de la villa de Aurora, y



mientras descendía del Cadillac, había visto dos llaves inglesas muy pesadas en el asiento del acompañante. Sin embargo, decidí no llamar a la policía ni denunciar el hecho. Por un lado, el problema de llenar *Ola IX* ahora parecía prácticamente imposible. Cuando hablé por teléfono con los operarios de Graphis Press descubrí, como más o menos sospechaba, que los manuscritos de Aurora Day se habían perdido misteriosamente.

Así que seguía teniendo un serio problema: ¿qué contenidos ponía en el número? No podía permitirme el lujo de perder una edición o mis suscriptores se desvanecerían como fantasmas.

Llamé por teléfono a Aurora y se lo expliqué.

—Deberíamos imprimir el siguiente número dentro de una semana, de lo contrario expirarán los contratos y nunca más firmarán otro. Y el reembolso de las suscripciones anticipadas de un año me arruinaría. Simplemente tenemos que encontrar algún material. Como nueva jefa de redacción, ¿tienes alguna sugerencia?

Aurora se rio entre dientes.

—Supongo que crees que puedo reparar misteriosamente todas esas máquinas rotas, ¿no?

—Es una idea —asentí, saludando con la mano a Tony Sapphire, que acababa de llegar—. De lo contrario me temo que nunca más tendremos material para los contenidos.

—No te entiendo —respondió Aurora—. Existe un método muy sencillo.

—¿En serio? ¿Cuál es?

—¡Que escribas algo tú mismo!

Antes de que pudiera protestar, Aurora estalló en una carcajada.

—Tengo entendido que hay, en buen estado físico, unos veintitrés versificadores sanos y algunos que se llaman a sí mismo poetas en Vermilion Sands —esa era exactamente la cantidad de lugares atacados la noche anterior—, así que vamos a ver cómo versifican algunos de ellos.

—¡Aurora! —exploté—. No hablas en serio. Escucha, por favor, esto no es una broma...

Pero ella ya había colgado el teléfono. Miré a Tony Sapphire, me senté sin fuerzas en una silla y contemplé un carrete de cinta intacto que había recuperado de uno de los equipos.

—Vaya, como si tuviera sentido... ¿Ha oído eso? «Que escribas algo tú mismo».

—Tiene que estar loca —convino Tony.

—Todo esto es parte de esa trágica obsesión —le expliqué en voz baja—. Cree sinceramente que es la musa de la Poesía, que ha regresado a la Tierra a inspirar de nuevo a la raza en extinción de los poetas. Anoche mencionó el mito de Melandra y Coridón. Creo que realmente espera que algún joven poeta se mate por ella.

Tony asintió.

—Sin embargo, se está perdiendo lo más importante. Hace cincuenta años unas pocas personas escribían poesía, pero nadie la leía. Ahora nadie la escribe. El aparato de VT simplemente simplifica todo el proceso.

Estuve de acuerdo con él, pero la opinión de Tony no era imparcial. Como muchos otros, estaba convencido de que la literatura no se podía leer ni escribir. La novela automática que había estado «escribiendo» tenía más de diez millones de palabras e iba a convertirse en uno de esos grotescos gigantes que se elevan sobre los caminos de la historia literaria, aterrorizando a los viajeros incautos. Por desgracia, nunca se había molestado en imprimirla y la bobina de memoria que contenía la codificación electrónica había sido destrozada en el pogromo de la noche anterior.

Yo estaba igualmente molesto. Uno de mis equipos de VT había estado trabajando constantemente en una transliteración del *Ulises* de James Joyce a un ambiente helénico griego, un agradable ejercicio académico que habría proporcionado una prueba objetiva de la obra maestra de Joyce, por el grado de exactitud con que la transliteración coincidía con la *Odisea* original. Eso también había sido destruido.

Miramos Estudio 5 a la brillante luz de la mañana. El Cadillac cereza había desaparecido, así que presumiblemente Aurora estaba en Vermilion Sands, sorprendiendo a la gente de los cafés.

Cogí el teléfono de la terraza y me senté en la barandilla.

—Supongo que también podría llamar a todo el mundo y ver lo que pueden hacer. Marqué el primer número.

Raymond Mayo dijo:

—¿Escribir algo yo mismo? Paul, estás loco.

Xero Paris dijo:

—¿Yo? Por supuesto, Paul, con los dedos de los pies.

Fairchild de Mille dijo:

—Sería bastante chic, pero...

Kurt Butterworth dijo con amargura:

—¿Lo has intentado alguna vez? ¿Cómo se hace?

Marlene McClintic dijo:

—Cariño, no me atrevería. Podría desarrollar los músculos equivocados o cosas por el estilo.

Sigismund Lubitsch dijo:

—No, no. Siggy está ahora en una zona nueva. La escultura electrónica, el plasma de colisiones supercósmicas. Escucha...

Robin Saunders, Macmillan Freebody y Angel Petit dijeron:

—No.

Tony me trajo una copa y yo continué con la lista.

—Esto no está bien —concluí—. Ya nadie escribe versos. Seamos realistas. Después de todo, ¿acaso vosotros o yo escribimos versos?

Tony señaló la libreta.

—Queda un nombre... Al menos intentémoslo antes de partir hacia Red Beach.

—Tristram Caldwell —leí—. El joven tímido con complexión de jugador de fútbol. Siempre tiene estropeado el aparato de VT. Podríamos probar con él.

Una joven de voz dulce contestó el teléfono.

—¿Tristram? —ronroneó—. Eh..., sí. Creo que está aquí.

Se oyeron unos sonidos de lucha en la cama, el teléfono rebotó varias veces en el suelo y luego atendió Caldwell.

—Hola, Ransom, ¿qué necesitas?

—Tristram —dije—, supongo que anoche te hicieron la correspondiente visita sorpresa. ¿O no te diste cuenta? ¿Cómo está tu equipo de VT?

—¿Mi VT? —repitió—. Bien, muy bien.

—¿Qué? —grité—. ¿Quieres decir que el tuyo no fue dañado? Tristram, contrólate y escúchame. —Le expliqué rápidamente nuestro problema, pero de pronto Tristram se echó a reír.

—Bueno, eso es simplemente muy gracioso, ¿no crees? Genial. Creo que tiene razón. Volvamos a los viejos oficios...

—Los viejos oficios no importan —refunfuñé—. Lo único que me interesa es juntar algunos materiales para el próximo número. Si tu aparato funciona estamos salvados.

—Espera un momento, Paul. Últimamente he estado algo preocupado y no he tenido oportunidad de comprobar el equipo.

Esperé. Por el ruido de sus pasos y el grito impaciente de la chica, al que él respondió desde lejos, deduje que había salido al patio. En algún lugar se abrió de golpe una puerta y alguien se puso a revolver cosas. Un sitio curioso para tener el aparato de VT, pensé. Entonces se oyó una especie de martillazo fuerte.

Finalmente Tristram se puso al teléfono de nuevo.

—Lo siento, Paul, pero creo que ella también me visitó a mí. El equipo está totalmente destrozado. —Hizo una pausa, mientras yo maldecía el aire, y luego añadió—: De todas maneras, quiere material escrito a mano, ¿no? Supongo que por eso me llamas.

—Sí —confirmé—. Te aseguro que publicaré cualquier cosa. Pero tiene que supervisarlos Aurora. ¿Te queda por ahí algún texto antiguo?

Tristram se echó a reír otra vez.

—¿Sabes, Paul, amigo mío? Creo que aún me queda algo por ahí. Casi había perdido la esperanza de verlo impreso, pero ahora me alegra haberlo guardado. Lo organizaré y te lo entregaré mañana, ¿de acuerdo? Hay algunos sonetos, una o dos baladas, creo que te gustarán.

Yo estaba en lo cierto. Por la mañana, cinco minutos después de abrir el sobre, supe que estaba tratando de engañarnos.

—Esto es lo mismo de siempre —le expliqué a Tony—. Ese astuto Adonis...

Mira las asonancias y las rimas femeninas, la cesura flotante: la inconfundible firma de Caldwell, usando cintas gastadas en los circuitos del rectificador, y un condensador con fugas. Tendría que releer esos poemas durante años para arreglarlos. Después de todo, su equipo sigue funcionando.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tony—. Él simplemente lo negará.

—Obviamente. De todos modos, puedo usar el material. ¿A quién le importa que todo el número sea de Tristram Caldwell?

Empecé a meter las páginas en un sobre para llevárselas a Aurora cuando se me ocurrió una idea.

—Tony, acabo de tener otra de mis iluminaciones. La manera perfecta de sanar de su obsesión a esa bruja y al mismo tiempo obtener una dulce venganza. Supongamos que le seguimos el juego a Tristram y le decimos a Aurora que esos poemas han sido escritos a mano. El estilo es absolutamente retrógrado y los temas son afines a los gustos de Aurora, escucha: «Homenaje a Cleo», «Minerva 231», «El silencio se convierte en Electra». Ella dará su consentimiento, los imprimiremos este fin de semana y después, atención, revelaremos que esos poemas al parecer nacidos del pecho ardiente de Tristram Caldwell no son más que una colección de transcripciones, plagadas de clichés, de un abandonado equipo de VT, las peores divagaciones automáticas posibles.

—¡Tremendo! —gritó Tony—. Nunca lo olvidaré. Pero ¿crees que a ella la engañaremos?

—¿Por qué no? ¿No ves que pretende sinceramente que nos sentemos todos a producir ejercicios de modelo clásico sobre temas como «Día y noche», «Verano e invierno», y así sucesivamente? Si solo Caldwell produce, ella dará su visto bueno con mucho gusto. Recordemos que nuestro acuerdo se limita a este único número, y que la responsabilidad recae sobre ella. Tendrá que encontrar el material en alguna parte.

Así que pusimos en práctica nuestro plan. Acosé a Tristram toda la tarde, diciéndole que a Aurora le encantaban los primeros textos y que quería ver más. Por supuesto, al día siguiente llegó otro lote y por suerte todos estaban escritos a mano, aunque la letra se veía muy descolorida para un material copiado del equipo de VT el día anterior. Pero todo aquello que reforzara la ilusión era bienvenido. Aurora estaba cada vez más satisfecha, y no parecía sospechar nada en absoluto. De vez en cuando hacía alguna pequeña crítica, pero se negaba a que se cambiara o reescribiera un solo verso.

—Pero siempre reescribimos, Aurora —le dije—. No se puede esperar una selección infalible de imágenes. El número de sinónimos es demasiado grande. —Temiendo haber ido demasiado lejos, añadí apresuradamente—: No importa si el autor es un hombre o un robot, el principio es el mismo.

—¿En serio? —dijo Aurora en tono zumbón—. Sin embargo, creo que los

dejaremos tal como los ha escrito el señor Caldwell.

No me molesté en señalarle la desesperada falacia de su actitud. Me limité a recoger los manuscritos aprobados y a llevármelos a la villa. Tony estaba en mi escritorio, muy concentrado al teléfono, sacándole más material a Tristram.

Tapó el auricular con la mano y me hizo un gesto.

—Se hace de rogar, tal vez para tratar de subir a dos centavos las mil palabras. Finge que no le queda más material. ¿Vale la pena que le destape el farol?

Negué con la cabeza.

—Es peligroso. Si Aurora descubre que estamos metidos en el fraude de Tristram, puede hacernos cualquier cosa. Déjame hablar con él. —Cogí el auricular—. ¿Qué pasa, Tristram, descende tu producción? Necesitamos más material, viejo amigo. Acorta los versos, ¿por qué gastas energías en todos esos alejandrinos?

—Ransom, ¿de qué demonios estás hablando? No soy una maldita fábrica, soy poeta y escribo cuando tengo algo que decir y de la única manera adecuada de decirlo.

—Sí, sí —repliqué—, pero tengo que llenar cincuenta páginas y apenas me quedan días para hacerlo. Me has dado para llenar unas diez, así que tienes que seguir produciendo. ¿Qué has producido hoy?

—Bueno, estoy trabajando en otro soneto, va bastante bien... precisamente sobre la propia Aurora.

—Estupendo —dije—, pero cuidado con los selectores de vocabulario. Recuerda la regla de oro: la oración ideal es la que contiene una palabra. ¿Qué más tienes?

—¿Qué más? Nada. Tardaré toda la semana en acabar el soneto, puede que un año.

Casi me tragué el teléfono.

—Tristram, ¿qué sucede? Santo cielo, ¿es que no has pagado el recibo de la electricidad? ¿Te la han cortado?

Pero antes de que pudiera seguir, me colgó.

—Un soneto por día —le dije a Tony—. Por el amor de Dios, debe de estar trabajando con el equipo en posición manual. Loco idiota, probablemente no se da cuenta de lo complicados que son esos circuitos.

Nos quedamos a la espera. Por la mañana no llegó nada, ni al día siguiente. No obstante, por suerte Aurora no se mostraba nada sorprendida. De hecho parecía contenta de que la producción de Tristram fuera cada vez más lenta.

—Un poema es suficiente —dijo—, una manifestación completa. No hace falta decir más, es un intervalo de eternidad sellado para siempre. —Reflexiva, alisó los pétalos de un jacinto—. Quizá necesite un poco de aliento —decidió.

Me di cuenta de que quería conocerlo.

—¿Por qué no lo invitas a cenar? —sugerí.

Se animó de inmediato.

—Lo haré. —Levantó el auricular del teléfono y me lo dio.

Mientras marcaba el número de Tristram sentí una punzada repentina de envidia y decepción. A mi alrededor los frisos contaban la historia de Melandra y Coridón, pero yo estaba demasiado preocupado para anticipar la tragedia que ocurriría una semana después.

Tristram y Aurora Day pasaron juntos los días siguientes. Por la mañana, el chófer, al volante del enorme Cadillac, solía llevarlos a los estudios cinematográficos de Lagoon West. Por las noches, mientras yo me sentaba solo en la terraza a contemplar las luces de Estudio 5 brillando en la cálida oscuridad, oía sus voces fragmentadas haciendo eco en las dunas, y fragmentos de una música cristalina.

Me gustaría pensar que me molestaba su relación pero, en realidad, después de la desilusión inicial me importó poco. La fatiga de playa que sufría me adormecía los sentidos insidiosamente, un embotamiento de desesperación y esperanza a partes iguales.

Cuando tres días más tarde Aurora y Tristram propusieron que fuéramos todos a cazar rayas de las arenas a Lagoon West, acepté encantado, deseoso de poder observar más de cerca su relación.

Mientras bajábamos por Las Estrellas no descubrí indicio alguno de lo que ocurriría más tarde. Tristram y Aurora iban juntos en el Cadillac, y Tony Sapphire, Raymond Mayo y yo los seguíamos en el Chevrolet de Tony. Los veíamos por la azulada ventanilla trasera del Cadillac. Tristram le leía a Aurora el soneto que acababa de escribir. Cuando descendimos de los automóviles en Lagoon West y caminamos hacia los viejos estudios de cine abstracto de los arrecifes, iban cogidos de la mano. Tristram, con zapatos y traje de playa blancos, parecía un dandi eduardiano listo para un paseo en barca.

El chófer llevaba las cestas del *picnic*, y Raymond Mayo y Tony los arpones y las redes. Abajo, en los arrecifes, vimos las rayas que anidaban por millares, hileras e hileras de elegantes animales que hibernaban fuera de estación.

Después de instalarnos bajo los toldos, Raymond y Tristram decidieron un plan de actuación y luego se reunieron con nosotros. En fila india nos abrimos camino hacia uno de los arrecifes, Aurora iba del brazo de Tristram.

—¿Alguna vez has cazado rayas de las arenas? —me preguntó Tristram mientras nos metíamos en una de las galerías bajas.

—Nunca —dije—. Hoy solo miraré. He oído que eres todo un experto.

—Bueno, con suerte no acabaré muerto. —Señaló las rayas que se agarraban a las cornisas en las alturas, y que al acercarnos empezaron a volar en círculos en el cielo siseando y chillando, las puntas blancas de los aguijones vibrando dentro de las vainas—. No se acercarán a menos que se asusten mucho —nos explicó—. El arte consiste en impedir que se asusten, elegir una y acercarse tan lentamente que el

animal se quede quieto mirándote hasta que puedas dispararle.

Raymond Mayo había descubierto una enorme y de color púrpura que descansaba en una grieta a unos tres metros a nuestra derecha. Se acercó despacio, observando el aguijón que brotaba de la vaina y se movía amenazadoramente, y esperó a que el animal lo guardara, arrullándolo con un murmullo bajo. Finalmente, cuando tuvo la raya a menos de dos metros de distancia, levantó el arpón y apuntó con cuidado.

—Quizá no lo parezca —nos susurró Tristram a Aurora y a mí—, pero en este instante Raymond está totalmente a merced de la raya. Si ella decidiera atacarlo, él no podría defenderse.

El disparo salió del arpón de Raymond y golpeó a la raya en la cresta vertebral, aturdiéndola instantáneamente.

Raymond se acercó enseguida y la atrapó con la red, donde el animal revivió unos segundos después. Sacudió en vano las alas negras y triangulares, y después se quedó quieta.

Avanzamos por las galerías subterráneas de las grutas. Arriba, el cielo era una línea estrecha que giraba mientras nosotros descendíamos por senderos sinuosos hacia el fondo del arrecife. De vez en cuando, las rayas que se lanzaban al vuelo cuando pasábamos cerca de ellas rozaban el arrecife con las puntas de las alas y cascadas de arena fina caían sobre nosotros. Raymond y Tristram cazaron algunas rayas más, y dejaron que el chófer llevara las redes. Poco a poco el grupo se fue dividiendo en dos: Tony y Raymond tomaron un camino con el chófer y yo seguí con Aurora y Tristram.

Mientras avanzábamos me di cuenta de que la cara de Aurora estaba menos relajada, que cavilaba y se controlaba más que de costumbre. Tuve la sensación de que observaba a Tristram atentamente, mirándolo de reojo mientras iba con cogida de su brazo.

Entramos en la bóveda del fondo del arrecife, una cámara profunda similar a la nave central de una catedral y de la que salían hacia la superficie una veintena de galerías como los brazos espirales de una galaxia. En la penumbra de nuestro alrededor colgaban miles de rayas de las arenas inmóviles, sus aguijones fosforescentes asomaban y se escondían como estrellas rutilantes.

A poco más de cincuenta metros de distancia, al otro extremo de la bóveda, salieron de una de las galerías Raymond Mayo y el chófer. Esperaron allí unos instantes. De pronto oí gritar a Tony. Raymond dejó caer el arpón y desapareció dentro de la galería.

Disculpándome, eché a correr. Los encontré en un corredor estrecho, mirando en la oscuridad.

—Te lo aseguro —insistía Tony—. He oído cantar a ese maldito animal.

—Imposible —repuso Raymond.

Discutieron, y al rato desistieron de la búsqueda de la misteriosa raya cantora y bajaron a la bóveda. Mientras seguíamos avanzando me pareció ver que el chófer se metía algo en el bolsillo. Con su cara aguileña, sus ojos de loco, y el cuerpo encorvado cargado de redes repletas de rayas que se retorcían en su interior, parecía una figura de El Bosco.

Tras intercambiar algunas palabras con Raymond y Tony me volví para alcanzar a los demás, pero habían salido de la bóveda. Preguntándome qué galería habrían elegido, avancé algunos metros por la entrada de cada una de ellas, y finalmente los vi en una de las rampas que se curvaban por encima de mí cabeza.

Estaba a punto de volver sobre mis pasos y unirme a ellos cuando vi el perfil de Aurora y me fijé de nuevo en aquella expresión de extrema atención. Cambié de idea y avancé lentamente por la espiral, justo por debajo de ellos. La arena que caía ahogaba el sonido de mis pasos, y podía vigilarlos entre los salientes y voladizos.

En un momento dado estuve a solo unos metros de distancia, y oí con claridad que Aurora le decía:

—¿No hay una teoría que afirma que se puede atrapar a las rayas cantándoles?

—¿Hipnotizándolas? —preguntó Tristram—. Probemos.

Siguieron avanzando, y entonces se oyó la voz de Aurora, suave y dulce como un arrullo. Poco a poco el sonido fue en aumento, y reverberó contra las altas bóvedas, donde las rayas se movían en la oscuridad.

A medida que nos acercábamos a la superficie, aumentaba la cantidad de rayas y Aurora se detuvo y guio a Tristram hacia un pequeño claro inundado por la luz del sol y cercado por paredes de treinta metros de altura bajo el cielo abierto.

Como ahora no podía verlos, retrocedí hasta la galería y subí al siguiente nivel por la rampa interior, y desde ahí a la plataforma que estaba por encima de mí. Me acerqué al borde de la bóveda, desde donde veía con facilidad el claro. Pero en aquel instante oí un sonido extraño, agudo, un ruido monótono que salía de todas partes, que llenaba el arrecife por entero, como los silbidos que perciben los epilépticos antes de sufrir un ataque. Abajo, en el claro iluminado, tapándose los oídos con las manos, Tristram buscaba por las paredes tratando de localizar la fuente de aquel sonido estridente. No miraba a Aurora, tras él, con las manos caídas a los costados, las palmas apenas separadas, como una médium en trance.

Fascinado por aquella extraña postura, un alarido de puro terror que emergió de los niveles inferiores del arrecife me dejó aturdido. Un aleteo fibroso acompañó al grito y, casi al mismo tiempo, brotó de las galerías inferiores una nube de rayas voladoras que trataron frenéticamente de escapar del arrecife.

Al llegar al claro, sobrevolando a poca altura por encima de las cabezas de Tristram y Aurora, pareció que se desorientaban, y en pocos segundos pobló el claro un enjambre de rayas de las arenas que revoloteaban sin dirección aparente.

Aurora salió del trance y empezó a gritar de terror al ver las rayas que le azotaban el rostro al pasar volando. Tristram las golpeaba con furia con su sombrero de paja,



protegiendo a Aurora con el otro brazo. Juntos retrocedieron hasta llegar a una estrecha grieta en el muro que estaba al fondo del claro, que podría servirles de vía de escape hacia las galerías del fondo. Seguí esa dirección hasta el borde del acantilado, y me sorprendió ver la figura del chófer en cuclillas, despojado ahora de las redes y de los aparejos, que los observaba desde arriba.

Los centenares de rayas de las arenas que chocaban entre sí en el claro casi ocultaban a Tristram y a Aurora. Ella salió de la grieta, sacudiendo la cabeza con desesperación. ¡La ruta de escape estaba cerrada! Tristram le hizo un gesto para que se agachara y luego saltó al centro del claro, golpeando furiosamente a las rayas con el sombrero, tratando de alejarlas de Aurora.

Lo consiguió durante unos instantes. Como una nube de avispas gigantes, las rayas revolotearon alejándose. Horrorizado, vi cómo volvían a descender sobre él. Antes de que pudiera avisarle, Tristram había caído. Las rayas atacaron el cuerpo tendido, luego se marcharon en un remolino que se elevó al cielo, al parecer liberadas del vórtice.

Tristram quedó tendido boca abajo, la melena rubia derramada sobre la arena, los brazos torcidos y flojos. Me quedé mirándolo, asombrado por la rapidez con la que había muerto y luego miré a Aurora allá atrás.

Ella también miraba el cuerpo, pero con una expresión que no demostraba ni pena ni miedo. Se recogió la falda con una mano, dio media vuelta y se metió por la grieta.

¡Así que la ruta de escape estaba abierta! Atónito, me di cuenta de que Aurora había hecho creer a Tristram deliberadamente que el camino estaba cerrado, prácticamente obligándolo a atacar a las rayas.

Un minuto después Aurora salió por la boca de la galería y por un instante se asomó al claro, acompañada por el chófer de uniforme negro, para observar el cuerpo inerte de Tristram. Luego se fueron apresuradamente.

Corrí tras ellos, gritando a pleno pulmón, tratando de atraer la atención de Tony y de Raymond Mayo. Cuando llegué a la boca del arrecife mi voz tronó y resonó abajo en las galerías. A unos cien metros de distancia Aurora y el chófer se subían al Cadillac. El coche se alejó con un rugido del motor, levantando una nube de polvo que oscureció los enormes diseños abstractos de los estudios cinematográficos.

Corrí hacia el coche de Tony. Cuando llegué, el Cadillac estaba a un kilómetro de distancia, escupiendo fuego a través del desierto como un dragón en fuga.

Ese fue el último día que vi a Aurora Day. Logré seguirlos hasta la carretera de Lagoon West, pero allí, en plena calzada, el potente coche aceleró aún más y se alejó, y después de otros quince kilómetros, al llegar a Lagoon West, los había perdido por completo. En la gasolinera del cruce donde la carretera se bifurca hacia Vermilion Sands y Red Beach, pregunté si alguien había visto pasar un Cadillac de color cereza. Dos de los empleados dijeron que sí, que iba por el camino en mi dirección, y aunque ambos juraron que decían la verdad, supongo que la magia de esa mujer los debió de

confundir.

Decidí probar en la villa de Aurora y giré hacia Vermilion Sands, maldiciéndome por no haber previsto lo que acababa de pasar. Yo, aparentemente un poeta, no me había tomado en serio los sueños de otro poeta. Aurora había augurado manifiestamente la muerte de Tristram.

Estudio 5, Las Estrellas estaba vacía y en silencio. Las rayas se habían ido del camino de entrada, la puerta de cristal negro estaba completamente abierta y sobre el polvo acumulado en el suelo había restos de serpentinas. El vestíbulo y el salón estaban a oscuras, y solo la carpa blanca del estanque emitía un destello de luz. El aire estaba quieto, como si la casa llevara siglos vacía.

Miré los frisos del salón rápidamente, y me di cuenta de que conocía todas las caras de las figuras de los paneles. La semejanza era casi fotográfica. Tristram era Coridón, Aurora era Melandra y el chófer el dios Pan. Y me vi a mí mismo, a Tony Sapphire, a Raymond Mayo, a Fairchild de Mille y a los demás miembros de la colonia.

Me alejé de los frisos y caminé más allá del estanque. Ya había anochecido y por la puerta abierta se veían las luces distantes de Vermilion Sands, y las tejas de cristal de la villa reflejaban los faros de los automóviles que pasaban por Las Estrellas. Se había levantado un leve brisa que sacudía las serpentinas, y mientras bajaba los escalones una ráfaga de aire cruzó la casa y cerró la puerta de golpe. El portazo retumbó dentro de la casa, como un punto final a la secuencia de fantasía y desastre, el aviso postrero de la partida de la bruja.

Mientras caminaba de regreso a través del desierto, las últimas serpentinas revoloteaban por la arena oscura. Caminé entre ellas con determinación, tratando de reorganizar mi realidad. Los fragmentos de los poemas desquiciados de Aurora Day reflejaban la mortecina luz del desierto antes de disolverse a mis pies, como los últimos jirones de un sueño que se desvanece.

Al llegar a la casa vi que las luces estaban encendidas. Corrí adentro y descubrí estupefacto la figura de melena rubia de Tristram sentada con indolencia en una silla de la terraza, con un vaso lleno de cubitos de hielo en una mano.

Me miró jovialmente, y antes de que yo pudiese decir una palabra me guiñó un ojo y se llevó el dedo índice a los labios.

Me acerqué a él.

—Tristram —susurré con voz ronca—. Pensé que estabas muerto. ¿Qué demonios ha pasado allí abajo?

Tristram sonrió.

—Lo siento, Paul. Tuve el presentimiento de que estabas mirando. Aurora se ha ido, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Su coche era demasiado rápido para el Chevrolet. Pero ¿no te picó una de las rayas? Te vi caer y pensé que habías muerto en el acto.

—Lo mismo pensó Aurora. No entendéis mucho de rayas, ¿verdad? Amigo mío, esos agujones son inofensivos durante la temporada. Si no fuera así, estaría prohibido acercarse al arrecife. —Hizo una mueca—. ¿Alguna vez has oído hablar del mito de Melandra y Coridón?

Me senté sin fuerzas en la silla de al lado. En un par de minutos me contó lo que había ocurrido. Aurora le había explicado el mito y él, en parte por simpatía hacia ella y en parte por diversión, había decidido desempeñar su papel. Mientras le describía a Aurora la peligrosidad y la crueldad de las rayas, la había incitado de forma deliberada y le había ofrecido una oportunidad perfecta para organizar su sacrificio mortal.

—Naturalmente, fue un asesinato —dije—. Te aseguro que le vi el brillo en sus ojos. Ella quería que te mataran.

Tristram se encogió de hombros.

—No te sorprendas tanto, muchacho. Después de todo, la poesía es un asunto serio.

Raymond y Tony Sapphire no sabían nada de lo que había ocurrido. Tristram inventó la historia de que Aurora se había marchado apresuradamente tras sufrir un repentino ataque de claustrofobia.

—Me pregunto qué hará ahora Aurora —pensó Tristram en voz alta—. Se ha cumplido su profecía. Tal vez se sienta más segura de su propia belleza. Tenía una enorme sensación de incapacidad física. Como la Melandra original, que se sorprendió cuando se mató Coridón. Aurora confundía su arte con su propia persona.

Le di la razón.

—Espero que no se decepcione demasiado cuando descubra que la poesía se sigue escribiendo de la manera antigua y mala. Eso me recuerda que tengo que llenar veinticinco páginas. ¿Cómo anda tu aparato de VT?

—Ya no lo tengo. Lo encontré destrozado la mañana que me llamaste. No lo uso desde hace años.

Me incorporé.

—¿Quieres decir que esos sonetos que has estado enviando han sido escritos a mano?

—Por supuesto que sí. Todos y cada uno de ellos son gemas arrancadas de mi alma.

Me recosté en la silla con un gemido.

—Dios mío, confiaba en que tu aparato me salvaría. ¿Qué demonios voy a hacer?

Tristram sonrió.

—Empieza a escribir tú mismo. Recuerda la profecía. Tal vez se haga realidad. Después de todo, Aurora cree que estoy muerto.

Lo maldije con todas mis fuerzas.

—Por mí, preferiría que lo estuvieras. ¿Sabes cuánto me va a costar todo esto?

Cuando se hubo marchado subí al estudio, reuní todo el material que me quedaba y descubrí que aún debía completar veintitrés páginas exactas. Por extraño que parezca, eso representaba una página por cada uno de los poetas registrados en Vermilion Sands. Solo que ninguno de ellos, aparte de Tristram, era capaz de escribir una sola línea a mano.

Era medianoche, pero los problemas relacionados con la revista me ocuparían cada minuto de las siguientes veinticuatro horas, después de las cuales expiraría el plazo para entregarla a la imprenta. Casi había decidido escribir algo yo mismo cuando sonó el teléfono. Al principio pensé que era Aurora Day —la voz era aguda y femenina—, pero solo era Fairchild de Mille.

—¿Qué haces despierto tan tarde? —gruñí—. ¿No deberías estar durmiendo apaciblemente?

—Bueno, supongo que sí, Paul, pero ¿sabes?, esta noche me ha pasado algo increíble. Dime, ¿todavía necesitas poesía escrita a mano? He empezado a escribir algo hace un par de horas y no está tan mal. De hecho es sobre Aurora Day. Creo que te va a gustar.

Me incorporé y lo felicité efusivamente, anotando el número de versos.

Cinco minutos más tarde sonó de nuevo el teléfono. Esta vez era Angel Petit, que también tenía unos cuantos versos escritos a mano que quizá podrían interesarme. Una vez más dedicados a Aurora Day.

Durante la siguiente media hora el teléfono sonó una veintena de veces. Parecía que todos los poetas de Vermilion Sands estaban despiertos. Hablaron conmigo Macmillan Freebody, Robin Saunders y todos los demás. Esa noche, misteriosamente, todos habían sentido de repente la necesidad de escribir algo original, y en unos pocos minutos habían compuesto un par de estrofas en memoria de Aurora Day.

Pensaba en todo eso cuando me levanté después de la última llamada. Era la una menos cuarto de la noche y tendría que estar agotado, pero mi cerebro se sentía vivo, entusiasta y con miles de ideas. Una frase se formó en mi mente. Cogí una libreta y la apunté.

El tiempo pareció disolverse. Cinco minutos más tarde había terminado el primer verso que escribía desde hacía más de diez años. Tras aquel esperaba otra docena de poemas bajo la superficie de mi mente, como una veta de oro que desenterrar a la luz del día.

El sueño podía esperar. Busqué más papel para escribir y entonces descubrí una carta sobre el escritorio dirigida a la agencia de IBM en Red Beach y que incluía un pedido de tres nuevos equipos de VT.

Sonriendo para mí, rompí la carta en mil pedazos.



## FINAL EN LAS PROFUNDIDADES

Siempre dormían de día. Al amanecer, el último de los habitantes de la ciudad ya había llegado a su casa, y en los edificios silenciosos se corrían las cortinas para que el calor no entrara por las ventanas cuando el sol se elevaba sobre los licuados bancos de sal. La mayoría de ellos eran viejos y se dormían rápidamente en sus casas oscuras, pero Granger, con su mente inquieta y su único pulmón, a menudo pasaba las tardes despierto, mientras las paredes exteriores de metal de la cabina crujían y zumbaban, y él trataba inútilmente de leer los viejos cuadernos de bitácora que Holliday había rescatado para él en las plataformas espaciales que se habían estrellado.

A las seis, los frentes térmicos empezaban a retroceder hacia el sur a través de los bancos de algas, y uno por uno los aparatos de aire acondicionado se irían desconectando en los dormitorios. Mientras la ciudad volvía poco a poco a la vida y las ventanas se abrían al aire fresco del atardecer, Granger se dirigió a desayunar en el bar Neptuno, quitándose las gafas de sol y saludando con amabilidad a izquierda y derecha, a las parejas de ancianos sentadas en los porches de las casas, mirándose unas a otras en las calles sombrías.

Ocho kilómetros al norte, en el hotel abandonado Punta Recreo, Holliday generalmente descansaba en silencio una hora y escuchaba las torres de coral, brillando en la distancia como pagodas blancas, cantando y silbando a medida que cambiaba la temperatura. A unos treinta y cinco kilómetros de distancia podía ver el pico simétrico de Hamilton, en la más cercana de las islas Bermudas, erguido sobre el seco lecho oceánico como un altiplano, con el estrecho anillo de playa blanca aún visible en la puesta de sol, una línea de espuma dejada por el océano hundido.

Esa noche se sintió aún más reacio de lo habitual ante la idea de bajar a la ciudad. No solo encontraría a Granger en su reservado del Neptuno, derrochando la misma mezcla de humor y sermón, que era prácticamente la única persona con quien Holliday podía hablar y de cuya dependencia había llegado a desconfiar, sino que además tendría que entrevistarse por última vez con el oficial de migración y tomar la decisión que determinaría todo su futuro.

En cierto sentido esa decisión ya se había tomado, tal como Bullen, el oficial de migración, había concluido en su viaje del mes anterior. No se había molestado en presionar a Holliday, que no tenía ninguna habilidad especial que ofrecer, ni cualidades de carácter o de liderazgo que fueran de utilidad en los nuevos mundos. Sin embargo, Bullen señaló un hecho pequeño pero relevante, del que Holliday tomó debida nota para las reflexiones del mes siguiente.

—Recuerde, Holliday —le advirtió al final de la entrevista, en la oficina

improvisada en la parte trasera de la cabina del *sheriff*—, la edad media de la colonia es de más de sesenta. En diez años, usted y Granger bien pueden ser los únicos que queden aquí y, si llega a fallar ese único pulmón de Granger, usted quedará a su suerte.

Hizo una pausa para que el otro reflexionara sobre esa perspectiva y después añadió en voz baja:

—Todos los chicos salen en el siguiente viaje... los dos muchachos de los Merryweather, Tom Juranda... —«¡Menudo patán, hasta nunca!», pensó Holliday. «Cuidado, Marte...»—. ¿Se da cuenta de que, literalmente, usted será la única persona de menos de cincuenta años?

—Katy Summers se queda —señaló Holliday rápidamente, con la repentina visión de un vestido de organdí blanco y una cabellera larga y pajiza dándole coraje.

El oficial de migración le echó un vistazo a su lista y asintió a regañadientes.

—Sí, pero solo para cuidar de su abuela. Tan pronto como muera, Katy saldrá de aquí como un relámpago. Después de todo, no hay nada que la mantenga aquí, ¿no?

—No —aceptó Holliday automáticamente.

No había nada. Durante mucho tiempo creyó equivocadamente que lo había. Katy tenía su edad, veintidós años, y era la única persona, aparte de Granger, que parecía entender su decisión de quedarse y vigilar una Tierra olvidada. Pero la abuela murió tres días después de la migración oficial y al día siguiente Katy ya había empezado a hacer el equipaje. Por alguna razón injustificada, Holliday había asumido que ella se quedaría, y ahora le preocupaba que todos sus supuestos acerca de sí mismo también pudieran basarse en premisas igual de falsas.

Bajó de la hamaca, se dirigió a la terraza y miró hacia el resplandor fosforescente de los minerales en los bancos de sal que se extendían a lo lejos. Su habitación estaba en la *suite* del ático, en la décima planta, la única unidad sellada contra el calor de todo el edificio, pero su hundimiento en el lecho del océano había abierto amplias grietas en los muros de carga que no tardarían en llegar a la azotea. La planta baja ya había desaparecido. Cuando se hundiera el siguiente piso —en un plazo máximo de seis meses—, ya se habría visto obligado a abandonar el antiguo lugar de recreo y volver a la ciudad. Eso significaba, inevitablemente, que tendría que compartir un chalé con Granger.

A un kilómetro y medio zumbó un motor. A través de la oscuridad, Holliday vio el helicóptero del oficial de migración volando hacia el hotel, el único punto de referencia local, y luego, una vez Bullen identificó la ciudad, cómo empezaba a virar lentamente hacia la pista de aterrizaje.

Las ocho, observó Holliday. La entrevista era a las ocho y media de la mañana siguiente. Bullen pasaría la noche en la casa del *sheriff*, cumpliendo con sus otras obligaciones, como comisario de cementerios y juez de paz, y después de hablar con Holliday partiría hacia la siguiente etapa de su viaje. Holliday era libre durante doce horas para tomar decisiones absolutas (o, más exactamente, para no tomarlas), pero

después tendría que comprometerse. Este era el último viaje del funcionario de migración, el final del circuito de las ciudades desiertas cercanas a Santa Helena, pasando por las Azores y las Bermudas, hasta el principal embarcadero atlántico de las islas Canarias. Solo dos grandes plataformas de lanzamiento continuaban en órbita navegable —cientos de ellas caían del cielo continuamente—, y una vez se estrellaran esas dos, la Tierra sería abandonada. A partir de entonces, los únicos que quedarían serían el personal militar de comunicaciones.

Camino de la ciudad y por segunda vez, Holliday tuvo que bajar la pala que llevaba delante del parachoques del todoterreno y apartar los desechos acumulados durante la noche en la carretera de alambre tejido. La mutación de las algas, sus cambios genéticos acelerados por los radiofósforos, que crecían a cada lado de la carretera como enormes cactus, convertían las oscuras dunas de sal en un jardín lunar blanco. Pero esta evidencia de la invasión del desierto solo servía para reforzar la necesidad que sentía Holliday de quedarse en la Tierra. La mayoría de las noches, cuando no discutía con Granger en el Neptuno, recorría el fondo del océano, subiéndose a las rampas de lanzamiento estrelladas, o paseando con Katy Summers por los bosques de algas. En ocasiones convencía a Granger de que los acompañara, con la esperanza de que la experiencia de un hombre de más edad —que originalmente había sido biólogo marino— lo ayudara a perfeccionar sus conocimientos sobre la flora batipelágica, pero el lecho original del mar yacía ahora enterrado bajo las interminables colinas de sal, e ir por allí era como conducir por el Sahara.

Al entrar en el Neptuno —un bar de color crema y decoración cromada que lindaba con la pista de aterrizaje, y que antes había servido de sala de espera, en los tiempos en que miles de emigrantes procedentes del hemisferio sur se embarcaban hacia las Canarias—, Granger lo llamó y sacudió el bastón en dirección a la ventana, señalándole el oscuro perfil del helicóptero del funcionario de migración, estacionado en la plataforma a unos cincuenta metros de distancia.

—Lo sé —dijo Holliday con voz aburrida mientras se acercaba con su bebida—. Cálmate, lo he visto llegar.

Granger sonrió. Holliday, de rostro serio bajo, con una mata indómita de cabellos rubios y un sentido de la responsabilidad absoluta, siempre le divertía.

—Cálmate *tú* —le dijo Granger ajustándose la almohadilla que llevaba debajo de la camisa hawaiana y que disimulaba el pecho hundido por la ausencia de pulmón (que había perdido buceando, treinta años atrás)—. No soy yo quien va a volar a Marte la semana que viene.

Holliday miró su bebida con expresión sombría.

—Tampoco yo. —Miró la cara irónica y saturnina de Granger, y luego añadió con sarcasmo—: ¿O no lo sabías?

Granger protestó, dando golpes en la ventana con su bastón como despidiendo al helicóptero.



—En serio, ¿no te vas? ¿Has tomado una decisión?

—Sí. Y no. No he tomado una decisión aún, pero al mismo tiempo no me voy. ¿Aprecias la diferencia?

—Perfectamente, doctor Schopenhauer. —Granger sonrió de nuevo y apartó el vaso—. ¿Sabes, Holliday?, tu problema es que te tomas demasiado en serio a ti mismo. No te das cuenta de lo ridículo que eres.

—¿Ridículo? ¿Por qué? —preguntó Holliday con cautela.

—¿Qué importa que hayas tomado una decisión o no? Lo único que cuenta ahora es reunir el valor suficiente para ir directamente a las islas Canarias y despegar hacia el ancho espacio azul. Por el amor de Dios, ¿para qué vas a quedarte? La Tierra está muerta y enterrada. Pasado, presente y futuro ya no existen. ¿No te sientes responsable de tu propio destino biológico?

—Ahórrate eso. —Holliday sacó una tarjeta de racionamiento del bolsillo de la camisa y se la pasó a Granger, que era el responsable de las asignaciones—. Necesito una nueva bomba para el refrigerador del salón, de treinta vatios. ¿Queda alguna?

Granger gruñó y cogió la tarjeta resoplando con exasperación.

—Dios mío, tío, eres un Robinson Crusoe a la inversa, jugueteando con todos esos pedazos de chatarra vieja, tratando de que encajen. Eres el último hombre que decide quedarse en la playa cuando todos los demás ya se han ido. Tal vez seas un poeta y un soñador, pero ¿no te das cuenta de que ambas son especies extinguidas?

Holliday observó el helicóptero en la plataforma, las luces del asentamiento que se reflejaban en las colinas de sal que rodeaban la ciudad. Cada día se acercaban un poco más y ya era difícil reunir a un pelotón semanal para hacerlas retroceder. En diez años podría ser un Robinson Crusoe. Afortunadamente, los grandes depósitos de agua y queroseno —cilindros gigantes del tamaño de gasómetros— serían suficientes para cincuenta años más. Sin ellos, por supuesto, no habría tenido opción.

—Vamos a darme un descanso —le dijo a Granger—. Tratas de encontrar en mí una justificación para tu permanencia forzosa. Tal vez yo esté extinguido, pero prefiero aferrarme a la vida aquí antes de que desaparezca por completo. De todos modos, tengo la corazonada de que algún día van a regresar. Alguien tiene que quedarse y preservar el sentido de la vida aquí. No se trata de una vieja cáscara que se pueda tirar cuando ya hemos acabado con ella. Hemos nacido aquí. Es el único lugar que realmente recordamos.

Granger asintió lentamente. Estaba a punto de hablar cuando un reluciente arco blanco cruzó la ventana oscura y se perdió detrás de uno de los depósitos de almacenamiento.

Holliday se incorporó y se asomó a la ventana.

—Debe de ser una plataforma de lanzamiento. Parecía una de las grandes, probablemente de los rusos. —Un crujido sordo y prolongado se extendió a través del aire de la noche, reverberando contra las torres de coral. Unos destellos de luz encendieron el cielo brevemente. Hubo una serie de explosiones más pequeñas, y

luego un gran manto difuso de vapor se desplegó en el noroeste.

—Lago Atlántico —comentó Granger—. Vayamos y echemos un vistazo. Puede que haya desenterrado algo interesante.

Media hora más tarde, cargados con viejas probetas para muestras, portaobjetos y el equipo de montaje de Granger en el asiento trasero, se pusieron en marcha en el todoterreno hacia el extremo sur del lago Atlántico, a unos quince kilómetros de distancia.

Fue ahí donde Holliday descubrió el pez.

El lago Atlántico, una estrecha franja de agua salada estancada de quince kilómetros de largo por uno y medio de ancho, al norte de las islas Bermudas, era todo lo que quedaba del antiguo océano Atlántico, y era, de hecho, todo lo que quedaba de los océanos que una vez cubrieron las dos terceras partes de la superficie de la Tierra. La frenética explotación minera llevada a cabo en el siglo anterior para proporcionar oxígeno a las atmósferas de los nuevos planetas habían acelerado su decadencia irreversible, y con su muerte llegaron los cambios climáticos y geofísicos que aseguraban la extinción de la Tierra misma. A medida que el oxígeno extraído electrolíticamente del agua de mar era comprimido y enviado, el hidrógeno liberado se descargaba en la atmósfera. Finalmente solo quedó una fina capa de aire más denso que contenía el oxígeno, a poco más de kilómetro y medio de profundidad, y las personas que quedaban en la Tierra se vieron obligadas a refugiarse en los fondos marinos, abandonando los continentes envenenados.

En el hotel Punta Recreo, Holliday se pasaba incontables horas examinando la biblioteca que había acumulado de revistas y libros sobre las ciudades de la antigua Tierra, y Granger a menudo le contaba cosas su propia juventud, cuando los mares todavía estaban medio llenos y él trabajaba como biólogo marino en la Universidad de Miami, un fabuloso laboratorio que crecía para él en unas playas cada día más largas.

—Los mares son nuestra memoria corporativa —solía decirle a Holliday—. Al vaciarlos hemos borrado deliberadamente nuestro propio pasado, y en gran medida nuestra propia identidad. Esa es otra de las razones por las que debes irte. Sin el mar, la vida es insoportable. Llegaremos a ser solo los fantasmas de los recuerdos, ciegos y sin hogar, revoloteando por las cámaras secas de un cráneo eviscerado.

Llegaron al lago en menos de media hora, y se abrieron paso por los pantanos que se formaban en las orillas. Bajo aquella luz tenue las grises dunas de sal se extendían kilómetros y kilómetros, el suelo resquebrajado en placas cóncavas y hexagonales, y una densa nube de vapor oscurecía la superficie del agua. Se detuvieron en una colina baja, al borde del lago, y vieron la enorme concha circular de la plataforma de lanzamiento. Era uno de los vehículos más grandes, de casi trescientos metros de diámetro, tendido boca abajo en el agua poco profunda, con el casco abollado y

quemado, desgarrado por los motores que se habían desprendido y estallado sobre el lago. A unos cuatrocientos metros, oculto en las sombras, pudieron ver un conjunto de rotores que apuntaba al cielo.

Caminando por la orilla, con el cuerpo principal del lago a su derecha, se acercaron a la plataforma, en la que vieron las siglas CCCP [3] remachadas en un lateral. El gigantesco vehículo había excavado enormes surcos a través de las charcas, poco más allá de la punta del lago, y Granger se metió en el agua caliente en busca de especímenes. Aquí y allá había pequeñas anémonas y estrellas de mar, con sus órganos retorcidos y atrofiados por el cáncer. Algas similares a telarañas se le adherían a las botas de goma, sus núcleos relucían como joyas bajo la luz fosforescente. Se detuvieron en una de las charcas más grandes, una cuenca circular de cien metros de diámetro que se desecaba lentamente, a medida que el agua se vertía por una brecha que había a un lado. Granger se movió con cuidado por la orilla, introduciendo las muestras en las probetas, mientras Holliday lo esperaba en la estrecha franja entre la charca y el lago, contemplando el perfil de la plataforma espacial que se alzaba en la oscuridad como la proa de un barco.

Estaba examinando la compuerta destrozada de una de las cúpulas de la tripulación, cuando vio de repente que algo se movía en la superficie de la cubierta. Por un momento se imaginó que había visto a un tripulante, que de algún modo había sobrevivido al accidente del vehículo, y luego se dio cuenta de que no era más que el reflejo de una onda del agua en la superficie metálica de la plataforma.

Se volvió y vio a Granger, a tres metros por debajo de él, con el agua hasta las rodillas, mirando atentamente por encima de la charca.

—¿Has tirado algo? —le preguntó Granger. Holliday sacudió la cabeza.

—No. —Y sin pensarlo, añadió—: Debe de haber sido algún pez saltando.

—¿Un pez? No hay ni un solo pez vivo en todo el planeta. Toda la fauna marina se extinguió hace diez años. En cualquier caso, es extraño.

Y entonces el pez volvió a saltar.

Por unos instantes, inmóviles en la penumbra, observaron el esbelto cuerpo plateado que saltaba frenéticamente fuera del agua tibia en cortos arcos brillantes que lo llevaban de aquí para allá a través de la charca.

—Una mielga —murmuró Granger—. De la familia de los escualos. Fácilmente adaptable. Tiene que serlo, para sobrevivir aquí. Maldita sea, bien puede ser el único pez vivo.

Holliday fue hasta la orilla, hundiendo los pies en el barro.

—¿No está demasiado salada el agua?

Granger se inclinó, recogió un poco de agua y le dio un pequeño sorbo.

—Salina, pero comparativamente diluida. —Miró hacia el lago por encima del hombro—. Quizás el agua que se evapora en el lago se condensa aquí. Una pareja monstruosa de destilación. —Le dio una palmada en el hombro a Holliday—. Holliday, esto es muy interesante.

La mielga saltaba frenéticamente hacia ellos, su cuerpo de medio metro de longitud retorciéndose y sacudiéndose. Los bancos de lodo asomaban por toda la superficie de la charca y en solo unos pocos lugares del centro había agua de una profundidad de poco más de treinta centímetros.

Holliday señaló el surco que había en la orilla a unos cincuenta metros de distancia, le hizo una seña a Granger para que lo siguiera, y se lanzó a la carrera.

Cinco minutos más tarde habían acabado de sellar la brecha. Holliday regresó al todoterreno y lo condujo con cuidado por los sinuosos pasos entre las charcas. Bajó la pala del parachoques y empezó a empujar una hacia la otra las dos orillas de la charca donde estaba el pez. Al cabo de dos o tres horas había reducido el diámetro de un centenar a menos de sesenta metros, y la profundidad del agua había aumentado a más de sesenta centímetros. La mielga había dejado de saltar y nadaba suavemente justo por debajo de la superficie, mordisqueando las abundantes plantitas que había empujado al agua la pala del todoterreno. Su cuerpo claro y delgado parecía blanco y sin manchas, las pequeñas aletas elegantes y poderosas.

Granger se sentó en el capó del todoterreno, apoyando la espalda contra el parabrisas, y contempló a Holliday con admiración.

—Obviamente tienes reservas ocultas —dijo sin ironía—. Nunca lo hubiera pensado de ti.

Holliday se lavó las manos en el agua y luego saltó por encima del lodo que limitaba la charca. A unos metros por detrás de él, la mielga giraba en el agua.

—Quiero conservarla viva —dijo Holliday con firmeza—. ¿No lo ves, Granger? Los peces se quedaron atrás cuando los primeros anfibios salieron de los mares hace doscientos millones de años, igual que tú y yo nos estamos quedando atrás ahora. En cierto sentido, los peces son imágenes de nosotros mismos reflejadas en el espejo del mar.

Se dejó caer en el estribo. Llevaba la ropa empapada y manchada de sal, y jadeaba en el aire húmedo. Hacia el oeste, justo por encima de la larga franja de la costa de la Florida, alzándose sobre el lecho del océano como un enorme portaaviones, aparecían los primeros frentes térmicos del amanecer.

—¿Y si lo dejamos para esta noche?

Granger se sentó al volante.

—No te preocupes. Vamos, necesitas un descanso. —Señaló el borde de la plataforma que sobresalía—. Eso le dará sombra durante unas horas, ayudará a mantener la temperatura suficientemente baja.

Mientras se acercaban a la ciudad, Granger aminoró la velocidad y saludó a los viejos que abandonaban los porches de las casas y bajaban las cortinas de las cabinas de acero.

—¿Y tu entrevista con Bullen? —le preguntó Holliday—. Estará esperándote.

—¿Irme de aquí? ¿Después de lo de anoche? Eso no admite discusión posible.

Granger sacudió la cabeza mientras aparcaba el todoterreno en frente del Neptuno.

—¿No estarás sobreestimando a una mielga? En una época hubo millones; eran como una plaga.

—Te equivocas —dijo Holliday, retrepándose en el asiento y tratando de limpiarse la sal de los ojos—. Ese pez significa que todavía queda algo por hacer aquí. La Tierra no está muerta ni exhausta, después de todo. Podemos producir nuevas formas de vida, un nuevo reino biológico.

Con la mirada perdida ante aquella visión privada, Holliday esperó mientras Granger entraba en el bar en busca de una caja de cervezas. A su regreso, el funcionario de migración venía con él.

Bullen puso un pie en el estribo y miró dentro del todoterreno.

—Bueno, ¿qué ha decidido, Holliday? Me gustaría irme temprano. Si no está interesado, me voy. Allí fuera hay una vida rica, el primer paso a las estrellas. Tom Juranda y los chicos de los Merryweather parten la próxima semana. ¿Quiere irse con ellos?

—Lo siento —dijo Holliday secamente. Metió la caja de cervezas en el todoterreno, embragó, metió primera y se alejó por la calle vacía levantando una polvareda.

Media hora más tarde, cuando salió a la terraza del hotel Punta Recreo, fresco y renovado después de darse una ducha, observó el helicóptero sobrecargado cuya hélice negra lo elevaba dando bandazos y luego desaparecía tras las llanuras de algas, en dirección al casco de la plataforma estrellada.

—¡Vamos, vamos! ¿Cuál es el problema?

—Espera —dijo Granger—. Te estás obsesionando. No interfieras demasiado o vas a matar a esa maldita cosa con tanta amabilidad. ¿Qué llevas ahí?

Señaló la lata que Holliday había metido en la guantera.

—Migas de pan.

Granger suspiró y cerró la puerta con suavidad.

—Estoy impresionado. Realmente impresionado. Me gustaría que también me cuidaras a mí así. A mí también me falta el aire.

Estaban a unos siete kilómetros del lago cuando Holliday se inclinó sobre el volante y señaló las nítidas huellas de neumáticos en la sal blanda que cubría el camino.

—Alguien se nos ha adelantado.

Granger se encogió de hombros.

—¿Y qué? Probablemente habrán ido a ver la plataforma. —Se rio en voz baja—. No quieres compartir el Nuevo Edén con nadie más, ¿eh? ¿Solo tú y un biólogo consultor?

Holliday miró a través del parabrisas.

—Esas plataformas me molestan. La forma en que caen a la Tierra, como si el planeta fuera un vertedero de basura. Y sin embargo, si no fuera por esta no habría dado con el pez.

Llegaron al lago y se dirigieron hacia la charca, siguiendo las huellas sinuosas de los neumáticos del otro vehículo dentro y fuera de las charcas contiguas. Lo habían aparcado a doscientos metros de la plataforma, bloqueando el camino de Holliday y Granger.

—Es el coche de los Merryweather —informó Holliday mientras caminaban alrededor del enorme y destartado Buick, salpicado de pintura amarilla, y equipado con sirenas y banderines—. Los dos chicos deben de haberse bajado aquí.

Granger señaló.

—Uno de ellos está en la plataforma.

El hermano menor se había subido al borde y gritaba hacia abajo como haciendo de árbitro de las payasadas de otros dos chicos, su hermano y Tom Juranda, un joven alto y de espaldas anchas, con chaqueta de cadete espacial. Estaban de pie en la orilla de la charca del pez, y arrojaban piedras y pedazos de sal.

Holliday dejó a Granger y echó a correr gritando a voz en cuello. Demasiado ocupados para oírlo, los chicos seguían lanzando sus proyectiles a la charca, mientras el pequeño de los Merryweather los incitaba desde la plataforma. Justo antes de que llegara Holliday, Tom Juranda corrió unos metros por la orilla y comenzó a patear la pared de barro, y luego volvió a su entretenimiento del tiro al blanco.

—¡Juranda! ¡Aléjate de ahí! —bramó Holliday—. ¡Deja esas piedras!

Alcanzó a Tom Juranda cuando el joven estaba a punto de lanzar a la charca un trozo de sal del tamaño de un ladrillo, lo agarró por los hombros y empujó con fuerza, haciendo que la sal se le rompiera en la mano en una lluvia de cristales húmedos, y a continuación se abalanzó sobre el mayor de los Merryweather, apartándolo a patadas.

La charca estaba seca. Habían abierto una brecha profunda en la orilla y el agua se había derramado por los surcos y charcas circundantes. Abajo, en el centro de la cuenca, en un lecho de piedras y sal machacada, yacía el cuerpo aplastado, pero que todavía se retorció, de la mielga, agitándose desesperadamente en los escasos centímetros de agua que quedaba. Una oscura sangre roja manaba de las heridas del pez, tiñendo la sal.

Holliday se lanzó contra Juranda, lo agarró por los hombros y lo sacudió salvajemente.

—¡Juranda! ¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Agotado, Holliday lo soltó y se tambaleó hasta el centro de la charca, pateó las piedras y se quedó mirando el pez que se retorció a sus pies.

—Lo siento, Holliday —se disculpó el mayor de los Merryweather detrás de él—. No sabíamos que era su pez.

Holliday le hizo una seña para que se alejara y dejó caer los brazos inertes a los lados. Se sentía entumecido y desconcertado, incapaz de dominar su ira y su

frustración.

Tom Juranda se echó a reír y le gritó algo, burlándose. Rota la tensión, los chicos se volvieron y corrieron por las dunas hacia el coche, gritando y persiguiéndose unos a otros, parodiando la indignación de Holliday.

Granger los dejó pasar, se acercó a la charca e hizo una mueca de disgusto cuando vio la cuenca vacía.

—Holliday —gritó—. Vamos.

Holliday negó con la cabeza, observando el maltrecho cuerpo del pez.

Granger se acercó por la duna. Las sirenas ululaban a lo lejos mientras el Buick se alejaba.

—Malditos críos. —Tomó a Holliday por el brazo con suavidad—. Lo siento —le dijo en voz baja—. Pero no es el fin del mundo.

Inclinándose, Holliday tendió las manos hacia el pez, que ahora yacía sobre el barro manchado de sangre. Vaciló y por fin se echó atrás.

—No podemos hacer nada, ¿verdad? —dijo con un tono impersonal.

Granger examinó el pez. Aparte de la gran herida en el flanco y el cráneo aplastado, la piel estaba intacta.

—¿Por qué no lo embalsamamos? —sugirió en serio.

Holliday lo miró con incredulidad, torciendo la expresión del rostro. Durante un momento no dijo nada. Luego, casi enloquecido, exclamó:

—¿Embalsamarlo? ¿Estás loco? ¿Crees que quiero hacer con él un muñeco de mí mismo, rellenarme la cabeza de paja?

Volviéndose sobre los talones, empujó a Granger con el hombro al pasar, y salió de la charca dando tumbos.

## EL HOMBRE SOBRECARGADO

Faulkner estaba enloqueciendo.

Después del desayuno, esperó impaciente en el salón mientras su mujer ponía en orden la cocina. Ella se iría en dos o tres minutos, pero por alguna razón todas las mañanas encontraba insoportable esa corta espera. Mientras levantaba las persianas venecianas y se preparaba la hamaca en el porche, escuchaba a Julia moverse con eficacia. Bajo la misma secuencia exacta de movimientos, apilaba las tazas y los platos en el lavavajillas, introducía carne de la cena de aquella en la cocina automática, seleccionaba el programa, bajaba el aire acondicionado, la nevera y el calentador, abría el colector del depósito de petróleo para tenerlo listo cuando llegara del camión de suministro por la tarde y dejaba abierta la puerta del garaje.

Faulkner siguió la secuencia con admiración, contando los pasos sucesivos, mientras cada aparato emitía su propia señal acústica.

«Deberías estar en un B-52 —pensó—, o en la sala de control de una planta petroquímica». Julia trabajaba en la sección de personal de una clínica, y sin duda pasaba todo el día en el mismo torbellino de eficiencia, pulsando botones marcados con nombres como «Jones», «Smith» y «Brown», derivando a los parapléjicos a la izquierda y a los paranoicos a la derecha.

Ella entró en la salita y se acercó a él, vestida con el estándar traje sastre negro y la blusa blanca.

—¿No vas a la escuela hoy? —le preguntó ella.

Faulkner negó con la cabeza y jugueteó con algunos papeles del escritorio.

—No, todavía sigo con mi reflexión creativa. Solo durante esta semana. El profesor Harman pensó que estaba dando demasiadas clases y que estaba sobrecargado.

Ella asintió, mirándolo con recelo. Faulkner se había quedado en casa durante tres semanas seguidas, durmiendo en el porche, y ella empezaba a sospechar. Faulkner se dio cuenta de que tarde o temprano lo averiguaría, pero para entonces esperaba estar fuera de su alcance. Tenía ganas de decirle la verdad, que hacía dos meses que había renunciado a su trabajo de profesor en la Escuela de Negocios y que no tenía ninguna intención de volver. Ella se llevaría una maldita sorpresa cuando descubriera que prácticamente ya se había gastado del último cheque de su marido y que incluso tal vez tendrían que arreglárselas con un solo coche.

«¡Que trabaje ella! —pensó Faulkner—. Gana más que yo, de todos modos».

Con un verdadero esfuerzo sonrió a su esposa.

«¡Fuera!», gritó para sus adentros, pero ella todavía revoloteaba a su alrededor, indecisa.



—¿Qué pasa con el almuerzo? No hay...

—No te preocupes por mí —la interrumpió Faulkner rápidamente sin dejar de mirarse el reloj—. Dejé de almorzar hace seis meses. Tú debes comer en la clínica.

Incluso hablar con ella se había convertido en un esfuerzo. Deseó que pudieran comunicarse por medio de notas, e incluso había comprado dos libretas con ese propósito. Sin embargo, nunca había sido realmente capaz de sugerirle que las usaran, a pesar de que le dejaba mensajes con el pretexto de que su mente se encontraba tan intelectualmente ocupada que hablar rompía el hilo de sus pensamientos.

Por extraño que parezca, la idea de abandonarla nunca se le pasó por la cabeza de un modo serio. Una fuga no probaría nada. Además, tenía un plan alternativo.

—¿Estarás bien? —preguntó ella, mirándolo aún con recelo.

—Por supuesto —le contestó Faulkner manteniendo la sonrisa. Aquello lo agotaba tanto como el trabajo de un día entero.

El beso de ella fue rápido y funcional, como el repiqueteo automático de una enorme máquina de taponar botellas. La sonrisa seguía en su rostro cuando ella llegó a la puerta. Pero en cuanto se fue dejó que se desvaneciera lentamente, hasta que se encontró respirando de nuevo y empezó a relajarse, dejando que la tensión se disipara a través de los brazos y piernas. Durante algunos minutos deambuló por la casa vacía y luego volvió al salón, listo para empezar su trabajo en serio.

Su programa general solía seguir la misma rutina. En primer lugar, sacaba del cajón central de su escritorio un pequeño reloj despertador equipado con una batería conectada a un largo cable. Se sentaba en el porche, se conectaba el cable de la batería a la muñeca, fijaba la alarma, le daba cuerda al reloj, lo colocaba encima de la mesa, y se ataba el brazo a la silla para evitar arrastrar el aparato al suelo con algún movimiento inconsciente.

Con todo preparado, se recostaba en la silla y observaba la escena frente a él.

Menninger Village, o el «Cajón», como era conocido localmente, se había construido unos diez años atrás como un grupo de viviendas independientes para el personal graduado de la clínica y sus familias. En total había unas sesenta casas, cada una diseñada para encajar en un determinado nicho arquitectónico, conservando su propia identidad interior y, al mismo tiempo, fusionándose con la unidad orgánica de todo el conjunto. El objetivo de los arquitectos, ante la tarea de comprimir un gran número de pequeñas viviendas en un espacio de apenas una hectárea y media, se centró en primer lugar en evitar la producción de una colección de cabinas idénticas, como en la mayoría de las urbanizaciones, y en segundo lugar, en proporcionar una obra maestra a una importante institución psiquiátrica que luego serviría como modelo para las residencias corporativas del futuro.

Sin embargo, como todo el mundo había descubierto, vivir en el Cajón era el infierno en la tierra. Los arquitectos habían usado el denominado sistema psicomodular —un diseño básico en forma de L—, lo que en la práctica quería decir que todo estaba encima o debajo de algo. El conjunto formaba una masa irregular de

cristales esmerilados, rectángulos y curvas blancas, a primera vista interesante y abstracto (la revista *Life* había hecho varios reportajes fotográficos brillantes sobre las nuevas «tendencias vitales» sugeridas por el complejo); pero en realidad era deforme y visualmente agotador. La mayoría del personal directivo de la clínica había abandonado enseguida la vivienda que se le había asignado, y el Cajón ahora se alquilaba a cualquier persona que pudiera ser persuadida para que viviera allí.

Faulkner miró a través del porche, separando de la confusión de formas geométricas blancas las otras ocho casas que podía ver sin mover la cabeza. A su izquierda, justo al lado, estaba la de los Penzil, con la de los McPherson a su derecha, y las otras seis estaban justo enfrente, al otro lado de un embrollo de zonas verdes entrelazadas, ratoneras divididas por paneles blancos que te llegaban a la cintura, repletas de ángulos de cristal y pantallas de rejilla.

En el jardín de los Penzil había una colección de grandes bloques con las letras del alfabeto, de un metro de lado, con las que jugaban los dos hijos. A menudo le dejaban a Faulkner mensajes sobre el césped, unas veces obscenos, otras oscuramente gnómicos. El de esta mañana entraba en la segunda categoría. Los bloques decían:

#### DETENTE Y VETE

Tras especular sobre la importancia final de aquella declaración, Faulkner dejó que su mente se relajara, sin dejar de mirar fijamente hacia las casas. Gradualmente, sus contornos ya oscurecidos comenzaron a fusionarse y a desaparecer, y los largos balcones y rampas parcialmente ocultas por los árboles que había entre medio se convirtieron en formas incorpóreas, como unidades geométricas gigantescas.

Respirando lentamente, Faulkner fue cerrando la mente, y sin ningún esfuerzo alguno borró de su conciencia la identidad de las casas situadas enfrente.

Ahora contemplaba un paisaje cubista, una colección de formas blancas al azar contra un fondo azul en el que varios borrones verdes se movían lentamente hacia atrás y hacia delante. Se preguntó qué representaban realmente aquellas formas geométricas —sabía que solo unos pocos segundos antes habían constituido una parte inmediatamente familiar de su existencia cotidiana—; sin embargo, por mucho que las reorganizara espacialmente en su mente, o que buscara sus asociaciones, seguía siendo un conjunto aleatorio de formas geométricas.

Había descubierto ese talento apenas hacía tres semanas. Un domingo por la mañana, mientras miraba torvamente el televisor silenciado del salón, comprendió de repente que si aceptaba y asimilaba completamente la forma física de la carcasa de plástico le era imposible recordar su función. Le costó un importante esfuerzo mental recuperarse y volver a identificarla. Por curiosidad, ensayó su nuevo talento en otros objetos y encontró que resultaba particularmente eficaz con los aparatos sobreasociados, como las lavadoras, los coches y otros productos de consumo.

Despojados de sus atributos publicitarios y consignas comerciales y sus imperativos sociales, resultaban tan ajenos a la realidad que necesitaba muy poco esfuerzo mental para borrarlos por completo.

El efecto era similar al de la mescalina y otros alucinógenos, bajo cuya influencia hacía que las arrugas de un cojín fueran tan reales como los cráteres de la luna y los pliegues de una cortina como las ondulaciones de las olas de la eternidad.

Durante las siguientes semanas, Faulkner experimentó con cuidado su capacidad para desconectarlo todo. El proceso fue lento, pero poco a poco se vio capaz de eliminar grupos cada vez mayores de objetos: los muebles fabricados en serie del salón, los aparatos de la cocina con exceso de esmalte, su coche en el garaje... que una vez hubo perdido su identidad se quedó en la penumbra como un enorme vegetal, flácido y brillante, y tratar de volver a identificarlo había llevado a Faulkner al borde de la locura. «¿Qué diablos será?», se había preguntado inútilmente, mientras se partía de risa. Y a medida que desarrollaba su talento, empezó a ver una vía de escape del mundo intolerable en el que se encontraba en aquella urbanización.

Le había descrito su habilidad a Ross Hendricks, que vivía a pocas casas de distancia, que también era profesor de la Escuela de Negocios, y que era el único amigo que tenía Faulkner.

—Puede que en realidad esté saliéndome del tiempo —especuló Faulkner—. Sin conciencia es difícil visualizar el sentido del tiempo. Es decir, eliminar el vector tiempo del objeto que ha perdido su identidad lo libera de todas sus asociaciones cognoscitivas cotidianas. Alternativamente, podría haber tropezado con un medio de anular los centros fotoasociativos que identifican los objetos visuales, del mismo modo que a veces oyes hablar a alguien en tu propio idioma y ninguno de los sonidos tiene para ti el menor significado. Todo el mundo lo ha experimentado alguna vez.

Hendricks había sacudido la cabeza.

—Pero no centres tu vida en ello. —Miró a Faulkner con atención—. No se puede simplemente cerrar los ojos al mundo. La relación sujeto-objeto no es tan antagónica como sugiere el *Cogito ergo sum* de Descartes. Te devalúas a ti mismo tanto como devalúas el mundo exterior. Me parece que el problema real es revertir el proceso.

Pero Hendricks, a pesar de la simpatía que sentía por él, no podía ayudar a Faulkner. Además, era agradable ver el mundo de otra manera, revolcarse en un paisaje interminable de imágenes de colores brillantes. ¿Qué importaba que tuviera forma pero no contenido?

Un golpe seco lo despertó bruscamente. Se incorporó de una sacudida y buscó a tientas el despertador, que había programado para que sonara a las once. Vio que eran las diez y cincuenta y cinco. La alarma no había sonado ni él había recibido la descarga de la batería. Pero el clic había sido distinto. Sin embargo, con tantos servomecanismos y máquinas automáticas en la casa, podía haber sido cualquier cosa.

Una forma oscura se movió por detrás del panel de cristal esmerilado que formaba la pared lateral del salón. A través del cristal, Faulkner vio un automóvil que frenaba y aparcaba en el estrecho camino que separaba su casa de la de los Penzil, y del que se bajaba una joven con una blusa azul que empezó a caminar por la grava. Era la cuñada de Penzil, una chica de veinte años que llevaba viviendo con ellos un par de meses. Cuando desapareció en el interior de la casa, Faulkner se desató rápidamente la muñeca y se levantó. Abrió las puertas de la galería y paseó por el jardín mirando continuamente por encima del hombro.

La muchacha, Louise (con quien nunca había hablado), iba a clases de escultura por las mañanas y, a su regreso, se daba ducha tranquila antes de salir a la azotea para tomar el sol.

Faulkner deambuló por la parte trasera del jardín, arrojó unas cuantas piedras al estanque y fingió que enderezaba unos listones de la pérgola. Entonces se dio cuenta de que Harvey, un chico de quince años de edad, hijo de los McPherson, se aproximaba hacia él desde el otro jardín.

—¿Por qué no estás en la escuela? —le preguntó al chico, un joven desgarbado, con cara de hurón, inteligente, bajo y con una mata de pelo castaño.

—Debería estar —le dijo Harvey sin atisbo de culpa—. Pero convencí a mi madre de que me sentía muy nervioso, y Morrison (su padre) dijo que pasaba demasiado tiempo razonando. —Se encogió de hombros—. Aquí a los pacientes se les permite todo.

—Por una vez tienes razón —convino Faulkner, observando la ducha por encima del hombro.

Una figura sonrosada se movió en su interior, ajustó grifos y se oyó el sonido del chorro de agua.

—Dígame, señor Faulkner —preguntó Harvey—, ¿se da cuenta de que, desde la muerte de Einstein en 1955 no ha habido un solo genio vivo? Desde Miguel Ángel, pasando por Shakespeare, Newton, Beethoven, Goethe, Darwin, Freud y Einstein, siempre ha habido un genio vivo. Ahora, por primera vez en quinientos años, estamos desamparados.

Faulkner asintió con la cabeza, pero sin apartar la vista de la ducha.

—Lo sé. Me siento terriblemente solo si lo pienso.

Cuando la ducha dejó de hacer ruido, le soltó un gruñido a Harvey, se encaminó de vuelta al porche, retomó su posición en la silla y se ató la correa de la batería a la muñeca.

Lentamente, objeto por objeto, empezó a apagar el mundo que lo rodeaba. Las casas de enfrente en primer lugar. Las masas blancas de los tejados y los balcones enseguida se transformaron en rectángulos planos, las líneas de las ventanas en pequeños cuadrados de color, como las cuadrículas abstractas de Mondrian. El cielo era un campo liso y azul. Un avión lo cruzó en la distancia, envuelto en el fragor de sus motores. Faulkner eliminó cuidadosamente la identidad de la imagen, y luego

observó el fino dardo plateado moviéndose lentamente como el fragmento de un sueño en dibujos animados que se desvanece.

Mientras esperaba a que los motores desaparecieran, oyó de nuevo el extraño clic de origen desconocido que había oído esa mañana. Sonó a tan solo unos metros de distancia, cerca del ventanal de su derecha, pero estaba demasiado inmerso en el caleidoscopio que se revelaba ante él como para despertarse.

Cuando desapareció el avión, dirigió su atención hacia el jardín, y entonces borró rápidamente la cerca blanca, la falsa pérgola y el disco elíptico del estanque ornamental. El camino se acercó hasta abrazar el estanque y, cuando Faulkner eliminó el recuerdo de las innumerables veces que había recorrido su longitud arriba y abajo, se alzó en el aire como un brazo de terracota que sostuviera una enorme joya de plata.

Satisfecho de haber eliminado la urbanización y el jardín, Faulkner empezó a demoler la casa. Aquí, los objetos a su alrededor le resultaron más familiares, extensiones altamente personalizadas de sí mismo. Comenzó con los muebles del porche, transformando las sillas tubulares y la mesa de cristal en un trío de bobinas verdes involucionando, luego giró un poco la cabeza y seleccionó el televisor, que estaba en el salón, a su derecha. El televisor se aferró poco a su identidad. Faulkner desenfocó enseguida su mente, hasta reducir la caja de plástico marrón, con su falso veteado de imitación de madera, a una mancha amorfa.

Una a una, eliminó todas las asociaciones mentales con la estantería, el escritorio, las lámparas de pie y los marcos. Como trastos en algún almacén psicológico, todo quedó suspendido en el vacío, los sillones y sofás blancos como nubes rectangulares y romas.

Anclado a la realidad solo por el mecanismo de alarma sujeto a su muñeca, Faulkner estiró la cabeza de izquierda a derecha, eliminando sistemáticamente todo rastro de significado del mundo que le rodeaba, reduciendo todo a sus valores visuales formales.

Y poco a poco, estos también empezaron a perder su significado, las masas abstractas de color se disolvieron, arrastrando a Faulkner tras ellas hasta a un mundo de pura sensación psíquica, donde bloques de ideas flotaban como campos magnéticos dentro de una nube...

El despertador sonó con un estruendo demoledor; la batería mandó afilados espasmos de dolor al antebrazo de Faulkner. Sintió un hormigueo en el cuero cabelludo, se arrastró de nuevo a la realidad, se arrancó la correa de la muñeca de un tirón, se frotó el brazo rápidamente y a continuación desconectó la alarma.

Durante unos minutos siguió masajéandose la muñeca, volviendo a identificar los objetos a su alrededor, las casas de enfrente, los jardines, su propia casa, consciente de que una pared de cristal se había quedado interpuesta entre ellos y su propia psique. Por mucho que concentrara su mente en el mundo exterior, una especie de

pantalla continuaba separándolo de él, y su opacidad aumentaba imperceptiblemente.

Así, iban apareciendo mamparas en otros niveles.

Su esposa llegó a casa a las seis, cansada después de un ajetreado día de admisiones en la clínica, molesta por encontrarse a Faulkner deambulando en un estado de semiestupor y con el porche lleno de vasos sucios.

—¡Bueno, tendrás que limpiarlo! —le espetó cuando Faulkner le cedió la silla y se dispuso a irse a la planta de arriba—. No dejes todo esto así. ¿Qué te pasa? ¡Vamos, despierta!

Agarrando un montón de vasos juntos, Faulkner se dirigió a la cocina murmurando para sí mismo, pero se encontró a Julia bloqueándole el paso cuando trataba de salir. Algo tenía en mente. Le dio un rápido sorbo a su martini y luego trató de sondearlo sobre la escuela. Faulkner supuso que su mujer habría ido a allí con cualquier pretexto y había reforzado sus sospechas cuando preguntó por él de pasada.

—Los vínculos son terribles —le dijo Faulkner—. Te coges dos días de vacaciones y ya nadie se acuerda de que trabajas allí.

Con un enorme esfuerzo de concentración había evitado mirar a su esposa a la cara desde que llegó. De hecho, no habían intercambiado una mirada directa desde hacía más de una semana. Esperanzado, se preguntó si ese hecho podría estar deprimiéndola.

La cena fue una lenta agonía. Los olores de la carne autococinada habían impregnado la casa durante toda la tarde. Incapaz de comerse más de un par de bocados, no tenía nada en que centrar su atención. Afortunadamente, Julia tenía mucho apetito y él pudo fijarse en la parte superior de su pelo mientras cenaba, y dejaba que sus ojos vagaran por la habitación cuando ella levantaba la mirada.

Después de cenar, por suerte, encendieron el televisor. El anochecer difuminaba las demás casas de la urbanización, y cuando se sentaron frente al aparato a oscuras, Julia refunfuñó.

—¿Por qué vemos la televisión todas las noches? —preguntó—. Es una total pérdida de tiempo.

Faulkner hizo un gesto despreocupado.

—Es un documento social interesante.

Se dejó caer en su sillón orejero, con las manos aparentemente en la nuca, pero en realidad así podía taparse los oídos con los dedos, eliminando los sonidos del programa.

—No hagas caso a lo que dicen —le recomendó a su esposa—. Así tiene más sentido.

Observó a los personajes que movían la boca en silencio como peces enloquecidos. Los primeros planos de los melodramas eran particularmente hilarantes, cuanto más intensa era la situación, más grande era la farsa.

De repente, algo le golpeó la rodilla con fuerza. Levantó la mirada y vio a su

esposa inclinada sobre él, con el entrecejo fruncido y los labios moviéndose furiosamente. Sin destaparse las orejas, Faulkner examinó su rostro con indiferencia, especulando por un momento sobre la posibilidad de completar el proceso y suprimir a Julia, lo mismo que había hecho con el resto del mundo ese mismo día. Si lo hiciera, no se molestaría en conectar la alarma...

—¡Harry! —oyó gritar a su esposa.

Se incorporó de un salto. El estruendo del televisor se mezclaba con la voz de Julia.

—¿Qué pasa? Estaba dormido.

—Estabas en trance, querrás decir. ¡Por el amor de Dios, respóndeme cuando te hablo! Te decía que vi a Harriet Tizzard esta tarde. —Faulkner gruñó y su esposa se apartó de él y continuó—: Sé que no soportas a los Tizzard pero he decidido que deberíamos verlos más a menudo.

Mientras su esposa seguía parlotando, Faulkner volvió a retrepase en el sillón orejero. Cuando ella volvió a su posición en la silla, se puso las manos en la nuca. Y tras algunos gruñidos discretos, deslizó los dedos hasta las orejas y borró su voz, luego siguió mirando la silenciosa pantalla.

A las diez en punto de la mañana siguiente, volvió a salir al porche con el despertador y la correa atada a la muñeca. Durante la hora siguiente se recostó para disfrutar de las formas incorpóreas suspendidas a su alrededor, con la mente libre de ansiedades. Cuando la alarma lo despertó a las once en punto, se sentía fresco y relajado. Durante un momento fue capaz de estudiar las casas cercanas con la curiosidad visual que habían previsto sus arquitectos. Poco a poco, sin embargo, todo empezó a segregarse su veneno una vez más, la superposición de asociaciones persistente y en diez minutos ya estaba mirando impaciente el reloj de pulsera.

Cuando el coche de Louise Penzil entró en el camino, él desconectó la alarma del despertador y se paseó por el jardín, con la cabeza gacha para excluir la mayor cantidad de casas cercanas que le fuera posible. Cuando llegó al lado de la pérgola y fingió reajustar los listones flojos de los rosales, Harvey McPherson asomó de repente la cabeza por encima de la cerca.

—Harvey, ¿sigues ahí? ¿Es que nunca vas a la escuela?

—Bueno, estoy en ese curso de relajación de madres —explicó Harvey—. Creo que el contexto competitivo de la clase es...

—Yo también trato de relajarme —lo interrumpió Faulkner—. Vamos a dejar las cosas así. ¿Por qué no te largas?

Imperturbable, Harvey prosiguió.

—Señor Faulkner, tengo una especie de problema metafísico que me preocupa. Tal vez usted pueda ayudarme. Se supone que la velocidad de la luz es el único absoluto en el espacio-tiempo. Sin embargo, como cuestión de hecho, cualquier estimación de la velocidad de la luz implica el componente tiempo, que es

subjetivamente variable... Así, ¿qué nos queda?

—Las chicas —respondió Faulkner. Miró por encima de su hombro hacia la casa de los Penzil y luego se volvió a Harvey malhumorado. El chico frunció el ceño y trató de recomponerse los cabellos.

—¿Qué ha dicho?

—Las chicas —repitió Faulkner—. Ya sabes, el sexo débil, la rama femenina.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Harvey sacudiendo la cabeza y murmurando para sí mientras regresaba hacia su casa.

«Así estarás un rato callado», pensó Faulkner. Empezó a mirar hacia la casa de los Penzil a través de las rendijas de la pérgola, hasta que de repente descubrió a Harry Penzil de pie en el centro del ventanal de su terraza, mirándolo con el ceño fruncido.

Faulkner le dio la espalda enseguida y fingió que recortaba las rosas. Cuando regresó al interior se dio cuenta de que estaba sudando mucho. Harry Penzil era el tipo de hombre capaz de pasar a horcajadas por encima de la valla y asestarle un buen golpe.

Se preparó un trago en la cocina, se lo llevó al porche y se sentó, esperando a calmarse antes de establecer el mecanismo de alarma.

Escuchaba atento cualquier sonido que llegara de la casa de los Penzil cuando oyó un familiar y tenue chasquido metálico en la casa de la derecha.

Faulkner se inclinó hacia adelante, para examinar la pared del porche. Era una gruesa losa de cristal esmerilado, totalmente opaco, que soportaba las vigas del techo blanco y las planchas de polietileno ondulado. Más allá del porche, ocultando las porciones más cercanas de los jardines adyacentes, había una celosía de metal de tres metros de altura que se extendía otros seis metros más a lo largo de la cerca del jardín y que estaba repleta de rosales japoneses.

Inspeccionó la celosía con cuidado, y de repente descubrió el contorno de un objeto cuadrado y negro montado sobre un trípode delgado apoyado detrás del primer soporte vertical, a un metro del ventanal abierto del porche. Un pequeño ojo de cristal observaba imperturbable a Faulkner a través de una de las ranuras horizontales.

¡Una cámara! Faulkner saltó de su silla, mirando incrédulo el aparato. Llevaba varios días funcionando, ese era el clic que no identificaba. Solo Dios sabía lo que habría filmado Harvey de su vida privada para su propia diversión.

Hirviendo de ira, Faulkner avanzó hacia la celosía, arrancó uno de los elementos metálicos del soporte y se apoderó de la cámara. Al tirar del aparato por el hueco, el trípode cayó con gran estrépito y oyó a alguien en el porche de los McPherson que saltaba de su silla apresuradamente.

Faulkner forcejeó con la cámara hasta arrancar el cable del control remoto conectado a la palanca del obturador. Abrió la cámara, le arrancó el carrete, la tiró al suelo y la aplastó con el tacón del zapato. Luego recogió los pedazos, dio un paso adelante y los arrojó por encima de la cerca, hacia el otro extremo del jardín de los



McPherson.

Al regresar a su casa para acabarse la copa, el teléfono sonaba en el salón.

—¿Sí, quién es? —le espetó al receptor.

—¿Harry? Soy Julia.

—¿Quién? —respondió Faulkner sin pensar—. ¡Ah, sí! Bueno, ¿cómo van las cosas?

—Parece que no muy bien. —La voz de su esposa se había endurecido—. Acabo de mantener una larga conversación con el profesor Harman. Me ha dicho que renunciaste a tu puesto en la escuela hace dos meses. Harry, ¿a qué estás jugando? Casi no puedo creerlo.

—Casi no puedo creerlo yo tampoco —replicó Faulkner jocosamente—. Es la mejor noticia que me han dado en años. Gracias por confirmármela.

—¡Harry! —gritó su esposa—. ¡Contrólate! Si crees que voy a apoyarte estás muy equivocado. El profesor Harman me explicó que...

—Ese idiota de Harman... —la interrumpió Faulkner—. ¿No te das cuenta de que trataba de volverme loco?

Cuando la voz de su esposa se elevó hasta convertirse en un chillido histérico, Faulkner se apartó del receptor y colgó en silencio. Tras una pausa, lo levantó de nuevo y lo dejó descolgado encima de la agenda telefónica.

Fuera, la mañana de primavera se cernía sobre la urbanización como una cortina de silencio. Aquí y allá, un árbol se agitaba en el aire cálido, o se abría una ventana y reflejaba los rayos del Sol, pero, por lo demás, el silencio y la quietud eran inquebrantables.

Tumbado en el porche, con el despertador en el suelo bajo la silla, Faulkner se hundía más y más en su sueño privado, en el demolido mundo de formas y colores que, inmóvil, estaba dispuesto a su alrededor. Las casas de enfrente habían desaparecido y sus lugares los ocupaban grandes bandas rectangulares blancas. El jardín era una rampa verde al final de la cual se mantenía en equilibrio la elipse plateada del estanque. El porche era un cubo transparente en cuyo centro estaba Faulkner suspendido como una imagen flotando en un mar de ideas. No solo había borrado el mundo que lo rodeaba, sino también su propio cuerpo, y sus extremidades y su tronco le parecían una extensión de su mente, formas incorpóreas cuyas dimensiones físicas latían en su cerebro como la conciencia del sueño de su propia identidad.

Unas horas más tarde, mientras giraba lentamente en su ensoñación, fue consciente de una intrusión repentina en su campo de visión. Enfocó los ojos y con sorpresa vio la figura de traje oscuro negro de su esposa delante de él, gritando furiosa y gesticulando airadamente con su bolso.

Durante unos minutos, Faulkner examinó la entidad discreta y familiar de ella, las

proporciones de sus piernas y sus brazos, los rasgos de su rostro... Después, sin moverse, empezó a dismantelarla en su mente, a borrarla literalmente miembro por miembro. En primer lugar se olvidó de sus manos, siempre agitándose y retorciéndose como pájaros enloquecidos; a continuación los brazos y los hombros, borrando todos los recuerdos de su energía y movimientos. Por último, cuando se acercaba a él sin dejar de mover frenéticamente los labios, olvidó su rostro, por lo que ahora no era más que una masa embotada, de color rosa y gris, deformada por diversas crestas y surcos, dividida por aberturas que se abrían y cerraban como esa rejillas de ventilación de algunos fuelles.

Volviendo a su ensueño silencioso, fue consciente de los insistentes empujones que estaba recibiendo. Aquella presencia le pareció espantosa, amorfa, un conjunto de ángulos molestos.

Entonces, por fin se produjo un breve contacto físico. Faulkner se agitó para apartarla, pero notó que ella le aferraba el brazo como un perro. Trató de quitársela de encima, pero ella aún se agarró con más fuerza, tirando de él con un torrente de ira.

Los movimientos de la mujer eran agudos y desgarrados. Primero trató de ignorarlos y luego comenzó a frenarla y a alisarla, moldeando sus formas angulares hasta convertirlas en otras más suaves y redondas.

Mientras trabajaba modelando a la mujer como un escultor la arcilla, se dio cuenta de una serie de chasquidos que ocultaban un chillido persistente pero apenas audible. Cuando terminó la dejó caer en el suelo, ahora convertida en una masa suave de goma esponjosa que emitía un leve chirrido.

Faulkner volvió a su ensoñación, y reasimiló el paisaje inalterado. El roce con su esposa le había recordado el único impedimento que aún quedaba: su propio cuerpo. A pesar de que había olvidado su propia identidad, aún podía sentir su peso y su calor, vagamente incómodos, como una cama mal hecha molesta a una persona de sueño inquieto. Lo que buscaba era la ideación pura, la serena sensación de llegar a convertirse en un ser psíquico no alterable por ningún medio físico. Solo así podría escapar de las náuseas del mundo exterior.

De algún lugar de su mente emergió una idea. Se levantó de la silla, caminó por el porche, sin notar los movimientos físicos implicados, limitándose a flotar hacia el extremo opuesto del jardín.

Oculto por la pérgola de rosas, permaneció durante cinco minutos de pie al borde del estanque y luego avanzó hacia el agua. Se arremangó los pantalones hasta las rodillas y se metió lentamente. Cuando llegó al centro se sentó y, tras apartar las malas hierbas, se recostó de espaldas en el agua poco profunda.

Poco a poco sintió que la masa de su cuerpo se disolvía, su temperatura era cada vez más fría y menos opresiva. Miró a través de la superficie del agua, a quince centímetros por encima de su rostro, y vio el disco azul del cielo, despejado y en calma, expandiéndose para llenar su conciencia. Por fin había encontrado el fondo perfecto, el único ámbito posible de las ideas, un continuo absoluto de existencia no

contaminada por las excrecencias materiales.

Sin dejar de contemplarlo, esperó a que el mundo se disolviera y lo liberara.

1961

## EL SEÑOR F. ES EL SEÑOR F.

Y con el bebé somos tres.

«... Las once. Hanson ya debería haber llegado. ¡Elizabeth! Maldita sea, ¿por qué siempre se mueve sin hacer ruido?».

Freeman se bajó de la ventana que daba a la calle, volvió corriendo a su cama y saltó dentro, alisándose las mantas sobre las rodillas. Cuando su mujer asomó la cabeza por la puerta, le sonrió inocentemente, fingiendo leer una revista.

—¿Está todo bien? —preguntó ella, mirándolo con perspicacia. Se le acercó con su cuerpo voluminoso de matrona y empezó a ordenar la cama. Freeman se agitó inquieto cuando ella intentó levantarlo de la almohada en la que estaba sentado.

—¡Por el amor de Dios, Elizabeth, no soy un niño! —protestó, controlando con dificultad su voz cantarina—. ¿Qué le ha pasado a Hanson? Se suponía que debería estar aquí desde hace media hora.

Su mujer sacudió la cabeza grande y hermosa y se acercó a la ventana. El vestido suelto de algodón disimulaba su figura, pero al levantar la mano hacia el cerrojo Freeman vio la curva incipiente de su embarazo.

—Debe de haber perdido el tren. —Con un solo movimiento aseguró el cerrojo superior, el que Freeman había tardado diez minutos en mover—. Me pareció oír un golpe en la ventana —dijo enfáticamente—. No queremos que cojas un resfriado, ¿verdad?

Sin dejar de mirarse el reloj, Freeman esperó impaciente a que ella se marchara. Cuando su mujer se detuvo a los pies de la cama y lo examinó con atención, él apenas pudo reprimirse y casi le gritó.

—Estoy reuniendo la ropa del bebé —dijo ella, y añadió para sí misma pero en voz alta—, lo que me recuerda que necesitas una bata nueva. Esa vieja se está deformando.

Freeman tiró de las solapas de la bata tanto para ocultar su pecho desnudo como para llenar la bata.

—Elizabeth, tengo esta desde hace años y me queda perfectamente. Estás obsesionada con renovarlo todo. —Vaciló, consciente de la falta de tacto de aquella observación. En realidad, debería sentirse halagado de que ella lo identificase con el bebé que esperaba. Si la intensidad de aquella identificación a veces podía resultar alarmante, probablemente era debido a que ella iba a tener a su primer hijo a una edad relativamente tardía, a los cuarenta años. Además, él había estado enfermo y postrado en cama durante todo el mes pasado (¿y cuáles serían sus motivos inconscientes?), cosa que solo sirvió para reforzar la confusión.

—Elizabeth. Lo siento. Ha sido estupendo que me cuidaras. Tal vez deberíamos llamar a un médico.

«¡No!», gritó algo en su interior.

Como si lo hubiera oído, su mujer sacudió la cabeza.

—Pronto estarás bien. Deja que la naturaleza siga su curso. Creo que todavía no es necesario que te vea el médico.

«¿Todavía?».

Freeman sus pasos desvanecerse por la escalera alfombrada. Unos minutos más tarde el sonido de la lavadora empezó a traquetear en la cocina.

«¡Todavía!».

Freeman salió rápidamente de la cama y se metió en el baño.

El armario junto al lavabo estaba abarrotado de ropa de bebé, que Elizabeth había comprado o tejido, luego lavado con cuidado y luego esterilizado. En cada uno de los cinco estantes, una gran tela de gasa cubría los montones ordenados, pero podía ver que la mayoría de las prendas de ropa eran azules, alguna que otra blanca y ninguna rosa.

«Espero que Elizabeth acierte —pensó—. Si está segura de que será un niño, será el bebé mejor vestido del mundo. Mantenemos a todo un sector industrial».

Se inclinó hasta el compartimento inferior y sacó una pequeña balanza. En el estante de encima vio una prenda grande de color marrón, un pijama para un niño de seis años. Junto a él había una pila de camisetas grandes, casi de la talla del propio Freeman. Se quitó la bata y se subió a la báscula. En el espejo de detrás de la puerta examinó su pequeño cuerpo sin pelo, de hombros delgados, caderas estrechas y piernas largas y huesudas.

«Cuarenta y dos kilos y medio ayer». Evitó mirar la báscula, escuchó la lavadora y luego esperó a que la aguja se detuviera.

«¡Treinta y nueve kilos!».

Palpándose la bata, Freeman empujó la balanza debajo del estante.

«¡Treinta y nueve kilos! ¡Más de tres kilos en veinticuatro horas!».

Se apresuró a volver a la cama y se quedó allí temblando, nervioso, buscándose con los dedos el desaparecido bigote.

Sin embargo, hacía solo dos meses había pesado casi ochenta kilos. Más de tres kilos en un solo día: a ese ritmo...

No se atrevía a llegar a una conclusión. Tratando de calmar el temblor de sus rodillas cogió una de las revistas y empezó a pasar las páginas sin verlas.

Y con el bebé somos dos.

Se había dado cuenta de la transformación hacía seis semanas, casi inmediatamente después de que se confirmara el embarazo de Elizabeth.

A la mañana siguiente, en el baño, antes de ir a la oficina, descubrió que tenía el bigote menos poblado. Sus habituales pelos negros y duros eran blandos y flexibles, y

tenían el tono rojizo de antes.

Su barba también era más clara, habitualmente oscura y cerrada apenas pasadas unas horas, se dejaba vencer por los primeros pases de la navaja, dejándole la cara rosada y suave.

Freeman había atribuido ese aparente rejuvenecimiento a la aparición del bebé. Tenía cuarenta años cuando se casó con Elizabeth, dos o tres menos que ella, e inconscientemente había asumido que era demasiado mayor para ser padre, sobre todo porque había elegido deliberadamente a Elizabeth como madre sustituta ideal, y se veía más como su hijo que como su marido. No obstante, ahora que el hijo se había materializado, en realidad no sentía ningún resentimiento hacia él. Felicitándose a sí mismo, decidió que había entrado en una nueva fase de madurez y que podría entregarse con entusiasmo al papel de joven padre de todo corazón.

Por eso desaparecía el bigote, y la barba se decoloraba, y su andar se había hecho más juvenil. Canturreaba:

Con Lizzie, conmigo  
y con el bebé somos tres.

Tras él, por el espejo, contempló a Elizabeth que aún dormía, llenando la cama con aquellas grandes caderas. Se alegró de verla descansar. Al contrario de lo que había esperado, ella se preocupaba más por él que por el bebé, y se negaba a dejar que se preparara el desayuno. Mientras él se peinaba la densa mata rubia que le nacía de la frente y le ocultaba la calva, reflexionó con ironía en lo que se solía decir en los libros de maternidad sobre la hipersensibilidad de los futuros padres: evidentemente, Elizabeth se había tomado en serio esos consejos.

Volvió de puntillas al dormitorio y se quedó junto a la ventana abierta, respirando un poco de aire fresco matutino.

En la planta baja, mientras esperaba su desayuno, sacó una vieja raqueta de tenis del armario del salón, y acabó por despertar a Elizabeth cuando uno de los pelotazos rompió el cristal del barómetro.

Al principio Freeman había disfrutado de su renovada energía. Se llevaba a Elizabeth a pasear en barca, remando con furia río arriba y río abajo, redescubriendo todos los placeres físicos que el exceso de preocupaciones le habían impedido disfrutar a los veinte años. Se iba de compras con Elizabeth, guiándola suavemente por la calle, llevando todas las compras para el bebé, con la espalda erguida, sintiendo que medía tres metros de estatura.

Sin embargo, fue entonces cuando tuvo los primeros indicios de lo que realmente estaba ocurriendo.

Elizabeth era una mujer grande y atractiva a su manera, de hombros anchos y caderas fuertes, y acostumbrada a usar tacones altos. Freeman, un hombre robusto de

estatura media, siempre había sido un poco más bajo que ella, pero nunca le había preocupado.

Cuando se dio cuenta de que ahora apenas le llegaba a la altura del hombro empezó a examinarse con más atención.

En una de sus expediciones de compras (Elizabeth siempre se llevaba a Freeman y le preguntaba desinteresadamente su opinión, lo que prefería, casi como si él fuera el que más tarde se pondría aquellos diminutos abriguitos de lana y trajecitos), una vendedora se refirió sin querer a Elizabeth como a su «madre». Impactado, Freeman había reconocido la evidente diferencia que había entre ellos: el embarazo hinchaba la cara de Elizabeth y le rellenaba el cuello y los hombros, mientras que las facciones de él seguían lisas y sin arrugas.

Cuando llegaron a casa, se paseó por el salón y el comedor, y se dio cuenta de que los muebles y las estanterías parecían más grandes y voluminosos. Arriba, en el cuarto de baño, se subió por primera vez a la báscula y descubrió que había perdido diez kilos.

Cuando se desnudó esa misma noche hizo otro curioso descubrimiento.

Elizabeth estaba cosiendo de nuevo las costuras de las chaquetas y de los pantalones. Ella no le había dicho nada sobre aquello, y cuando la veía coser siempre había asumido que estaba preparando algo para el bebé.

Durante los siguientes días fue perdiendo aquel vigor primaveral. Extraños cambios se estaban produciendo en su cuerpo: la piel y el cabello, y toda la musculatura, parecían transformados. Los rasgos de su rostro habían cambiado, la mandíbula era más delgada, la nariz menos prominente, las mejillas suaves y sin manchas.

Al examinarse la boca en el espejo, se dio cuenta de que la mayoría de los viejos empastes metálicos se habían desvanecido y en su lugar había un esmalte blanco y firme.

Siguió yendo a la oficina, consciente de las miradas de los compañeros a su alrededor. El día después de descubrir que ya no llegaba a los libros de referencia del estante de detrás del escritorio, se quedó en casa, fingiendo un ataque de gripe.

Elizabeth parecía entenderlo por completo. Freeman no le había dicho nada por temor a que se asustara y tuviera un aborto involuntario si se enteraba de la verdad. Envuelto en su vieja bata, con una bufanda de lana alrededor del cuello y del pecho para que su figura delgada se viera más voluminosa, se sentó en el sofá de la sala de estar con un montón de mantas apiladas encima de él y sobre un cojín grueso que lo levantaba del asiento.

Tenía cuidado de evitar estar de pie cuando Elizabeth entraba en la habitación, y cuando era absolutamente necesario caminaba de puntillas por detrás de los muebles.

Una semana más tarde, sin embargo, cuando sus pies dejaron de tocar el suelo debajo de la mesa del comedor, decidió permanecer arriba, en la cama.

Elizabeth estuvo de acuerdo. Miraba a su marido todo el tiempo con sus ojos

suaves e impasibles, preparándose con calma para el bebé.

«Maldito Hanson», pensó Freeman. A las doce menos cuarto aún no había aparecido. Freeman ojeaba la revista sin mirarla, comprobando irritado el reloj cada pocos segundos. La correa era demasiado grande para su muñeca y por dos veces había tenido que hacerle nuevos agujeros para ajustársela.

Acuciado por las dudas y por la curiosidad, todavía no tenía claro cómo le describiría su metamorfosis a Hanson. Ni siquiera estaba seguro de qué estaba ocurriendo. Estaba claro que había perdido mucho peso, hasta cuatro o cinco kilos por día, y unos treinta centímetros de estatura, pero sin pérdida de salud. De hecho, había vuelto al aspecto físico de un colegial de catorce años.

Pero ¿cuál era la verdadera explicación?, se preguntaba Freeman. ¿Era aquel rejuvenecimiento físico alguna forma de desorden psicossomático? Aunque no sentía ninguna animosidad consciente hacia el bebé que esperaban, ¿lo dominaba un demencial intento de represalia?

Esa posibilidad, con su perspectiva lógica de celdas con paredes acolchadas y guardias vestidos de blanco, lo había atemorizado y silenciado. El médico de Elizabeth era brusco y antipático, y casi seguramente consideraría a Freeman como un neurótico que llevaba a cabo una elaborada farsa diseñada para sustituir a su propio hijo en el afecto de su esposa.

Además, Freeman lo sabía, había otros motivos, oscuros e intangibles. Atemorizado para examinarlos, empezó a leer la revista.

Era un cómic infantil. Molesto, Freeman contempló la cubierta y luego miró la pila de revistas que Elizabeth había hecho traer del quiosco aquella misma mañana. Eran todas iguales.

Su mujer entró en su dormitorio al otro lado del rellano. Ahora Freeman dormía solo en la que pronto sería la habitación del bebé, en parte para tener una intimidad que le permitiera pensar, y también para ahorrarse la vergüenza de mostrarle a su esposa aquel cuerpo menguante.

Ella entró con una pequeña bandeja en la que había un vaso de leche caliente y dos galletas. A pesar de que estaba perdiendo peso, Freeman tenía el impetuoso apetito de un niño. Cogió las galletas y se las comió apresuradamente.

Elizabeth se sentó en la cama y sacó un folleto del bolsillo de su delantal.

—Quiero encargarme de la cuna del bebé —le dijo—. ¿Te gustaría elegir alguno de estos modelos?

Freeman hizo un gesto vago con la mano.

—Cualquiera estará bien. Escoge una que sea dura y resistente, una de la que no sea capaz de salir con demasiada facilidad.

Su mujer asintió y lo miró pensativa. Se pasó toda la tarde planchando y limpiando, metiendo los montones de ropa seca en el armario del rellano, desinfectando cubos y más cubos.



Habían decidido que tendría el bebé en casa.

«¡Treinta kilos!».

Freeman se quedó sin aliento al ver la aguja bajo sus pies. Durante los dos días anteriores había perdido más de ocho kilos, y apenas llegaba al tirador del armario para poder abrir la puerta. Tratando de no mirarse en el espejo, se dio cuenta de que ahora tenía el tamaño de un niño de seis años de edad, con el pecho, el cuello y el rostro delgados. Arrastraba el borde de la bata por el suelo, y a duras penas podía sacar las manos de las voluminosas mangas.

Cuando Elizabeth llegó con el desayuno lo examinó con ojo crítico, dejó la bandeja y se dirigió al armario del rellano. Volvió con una pequeña camisa deportiva y unos pantalones cortos de pana.

—Querido, ¿te gusta? —preguntó—. Encontrarás más cómoda esta ropa.

Reacio a usar la voz, que había degenerado en un trino agudo, Freeman negó con la cabeza. No obstante, cuando ella se hubo marchado, se quitó la enorme y pesada bata y se puso las prendas.

Reprimiendo las dudas, se preguntó cómo llegar al médico sin tener que bajar a donde estaba el teléfono. Hasta el momento se las había arreglado para no levantar sospechas en su esposa, pero ya no quedaba esperanza alguna de seguir haciéndolo. Ya casi solo le llegaba a la cintura. Si ella lo veía de pie, bien podría morirse del susto en el acto.

Afortunadamente, Elizabeth lo dejaba solo. Una vez, justo después del almuerzo, dos hombres llegaron en una furgoneta de la tienda y entregaron una cuna azul y un parque infantil, pero se hizo el dormido hasta que se fueron. A pesar de su ansiedad, Freeman se durmió con mucha facilidad —empezó a sentirse muy cansado después del almuerzo— y al despertar dos horas más tarde se encontró con que Elizabeth había montado la cuna, envolviendo las mantas y la almohada azules en una lámina de plástico.

Por debajo, y encadenadas a ambos lados de madera, vio las correas blancas de cuero blanco de un arnés de contención.

A la mañana siguiente Freeman decidió escaparse. Ahora solo pesaba unos veinte kilos, la ropa que Elizabeth le había dado el día anterior le quedaba tres tallas más grande y los pantalones se le sostenían precariamente alrededor de la delgada cintura. En el espejo del baño, Freeman miró al niño, que le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos. Recordó vagamente unas instantáneas de su propia infancia.

Después del desayuno, cuando Elizabeth estaba en el jardín, se deslizó escaleras abajo. Por la ventana la vio abrir el cubo de la basura y tirar dentro su traje y los zapatos de cuero negro.

Impotente, Freeman esperó un momento y luego se apresuró a volver a su cuarto. Subir los enormes escalones le costó más esfuerzo de lo que recordaba, y cuando

llegó arriba estaba demasiado agotado para subirse a la cama. Jadeando, se apoyó en ella durante unos minutos. Aunque llegara al hospital, ¿cómo iba convencer a nadie de lo que había pasado sin que llamaran a Elizabeth para que lo identificara?

Afortunadamente, su inteligencia seguía intacta. Con un papel y un lápiz pronto demostraría que tenía una mente adulta, y un conocimiento profundo de los asuntos sociales que ningún niño prodigio podría poseer.

Su primera tarea era llegar al hospital o, en su defecto, a la comisaría de policía local. Por suerte, lo único que tenía que hacer era caminar por la calle principal más cercana. Un niño de cuatro años de edad vagando por su cuenta pronto sería recogido por un agente de servicio.

Entonces oyó que Elizabeth subía lentamente las escaleras, con el cesto de la ropa crujiéndole bajo el brazo. Freeman trató de subirse a la cama, pero solo consiguió desordenar las sábanas. En el momento en que Elizabeth abrió la puerta, corrió al lado opuesto de la cama y escondió su pequeño cuerpo detrás, apoyando la barbilla en la colcha.

Elizabeth se detuvo y le miró la cara regordeta. Por un momento se miraron el uno al otro, y a Freeman el corazón empezó a latirle con fuerza, y se preguntó cómo era posible que ella no se hubiera dado cuenta de lo que le estaba pasando. Pero ella se limitó a sonreírle y entró en el cuarto de baño.

Apoyándose en la mesilla de noche y sin mirar hacia la puerta del baño, se subió a la cama. Al salir, Elizabeth se inclinó y lo arropó, y luego salió de la habitación cerrando la puerta detrás de ella.

Durante el resto del día, Freeman aguardó una oportunidad para escapar, pero su esposa estaba por allí arriba ocupada en cosas de la casa, y a primera hora de la tarde, antes de que se diera cuenta, cayó en un profundo sueño sin sueños.

Se despertó en una gran habitación blanca. Una luz azul salpicaba las paredes altas en cuya superficie bailaba una hilera de figuras animales gigantescas. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que estaba en la habitación del bebé. Llevaba un pijamita de lunares (¿lo habría cambiado Elizabeth mientras dormía?), pero casi le quedaba grande para aquellos bracitos y piernas encogidas.

A los pies de la cama había una bata minúscula, y en el suelo un par de zapatillas. Freeman se bajó de la cama y se lo puso todo, en un equilibrio inestable. La puerta estaba cerrada, pero acercó una silla, se subió a ella e hizo girar la manivela con sus dos manitas.

En el rellano se detuvo y escuchó atentamente. Elizabeth estaba en la cocina, canturreando para sus adentros. De escalón en escalón, Freeman empezó a bajar, mirando a su esposa a través de la barandilla. Ella estaba de pie frente a la cocinilla, que casi tapaba entera con su ancho cuerpo, calentando unas gachas de avena con leche. Freeman aguardó hasta que ella fue al fregadero, y entonces corrió por el pasillo hasta el salón y salió afuera por los ventanales abiertos.

Las gruesas suelas de las zapatillas amortiguaban sus pasos, y echó a correr una vez llegó al refugio del jardín delantero. La puerta estaba un poco atascada y le costaba mucho abrirla, y mientras trasteaba con el pestillo una mujer de mediana edad se detuvo y lo observó, frunciendo el ceño y mirando preocupada hacia los ventanales.

Freeman fingió volver corriendo a casa, con la esperanza de que Elizabeth no hubiera descubierto todavía su desaparición. Cuando la mujer se alejó, abrió la puerta por fin y salió corriendo por la calle hacia el centro comercial.

Había entrado en un mundo enorme. Las casas de dos plantas se alzaban como las paredes de un cañón y el final de la calle, a un centenar de metros, se perdía en el horizonte. Los adoquines eran enormes e irregulares, y los sicómoros tan altos como el firmamento. Se acercó un coche, y mientras disminuía un poco la velocidad y luego aceleraba para marcharse de nuevo, pudo ver la luz del día por entre las ruedas.

Aún estaba a cincuenta metros de la esquina cuando tropezó con una de las piedras del pavimento y se vio obligado a detenerse. Sin aliento, se apoyó en un árbol, con las piernas agotadas.

Oyó que se abría una puerta y, por encima del hombro, vio a Elizabeth mirando a ambos lados de la calle. Enseguida se escondió detrás del árbol, esperó a que ella regresase a casa y luego partió de nuevo.

De repente, un enorme brazo que cayó del cielo lo levantó en vilo. Jadeando de pura sorpresa, vio el rostro del señor Symonds, el director de su banco.

—Has salido muy temprano, jovencito —dijo Symonds. Lo puso en el suelo, agarrándolo con fuerza con una mano. Tenía el coche aparcado allí mismo. Dejó el motor en marcha y comenzó a caminar con Freeman de vuelta por la calle—. Ahora, vamos a ver, ¿dónde vives?

Freeman intentó soltarse, tirando de su brazo con furia, pero Symonds apenas se dio cuenta de sus esfuerzos. Elizabeth cruzó el quicio de la puerta con el delantal alrededor de la cintura y se apresuró hacia ellos. Freeman intentó ocultarse tras las piernas de Symonds, y entonces notó que las potentes manos del director del banco lo alzaban y lo entregaban a Elizabeth. Ella lo sostuvo con firmeza, sujetándole la cabeza contra su ancho hombro, le dio las gracias a Symonds y se lo llevó de vuelta a la casa.

Mientras iban por la acera, Freeman colgando de sus brazos, deseó morir.

En el cuarto de los niños esperó a que sus pies tocaran la cama, listo para zambullirse debajo de las mantas; en cambio Elizabeth lo depositó cuidadosamente en el suelo, y se dio cuenta de que lo había metido en el parquecito infantil. Indeciso, se agarró a la barandilla mientras Elizabeth se inclinaba y le ponía bien la bata. Entonces, para alivio de Freeman, se marchó.

Durante cinco minutos Freeman se quedó aturdido, todavía cogido a la barandilla, recuperando el aliento, pero al mismo tiempo dándose cuenta poco a poco de algo que desde hacía varios días temía vagamente: ¡por una extraña inversión de la lógica,

Elizabeth lo identificaba con el bebé que llevaba en su vientre! Lejos de mostrar sorpresa por la transformación de Freeman en un niño de tres años de edad, su esposa se limitaba a aceptarlo como un concomitante natural de su propio embarazo. En su mente había exteriorizado al hijo que llevaba dentro. Mientras Freeman se hacía progresivamente más pequeño, reflejando el crecimiento de su hijo, los ojos de ella estaban fijos en el objetivo común, y todo lo que podía ver era la imagen de su bebé.

Todavía buscando una vía de escape, Freeman descubrió que era incapaz de salir del parquecito. Sus bracitos no podían romper las delgadas barras de madera, y toda la jaula era demasiado pesada como para poder levantarla. Extenuado, se sentó en el suelo y jugó nerviosamente con una enorme pelota de colorines.

En lugar de tratar de eludir a Elizabeth y ocultarle su transformación, se dio cuenta de que ahora tenía que atraer su atención y obligarla a reconocer su verdadera identidad.

Se levantó y empezó a sacudir el parquecito de un lado a otro, empujándolo por la pared hasta llevarlo hasta rincón donde podía golpearlo con más fuerza.

Elizabeth salió de su dormitorio.

—Querido, ¿qué es todo este ruido? —preguntó ella sonriéndole—. ¿Te apetece una galleta? —Se arrodilló junto al parquecito, con la cara a solo unos centímetros de la de Freeman.

Armándose de valor, Freeman la miró directamente, buscando aquellos ojos grandes. Cogió la galleta, se aclaró la garganta y pronunció con cautela:

—No *toy u* bebé.

Elizabeth le despeinó el pelo largo y rubio.

—¿No, cariño? ¡Qué tristeza!

Freeman dio un pisotón en el suelo y luego movió los labios:

—¡No *toy tu* bebé! —gritó—. ¡*Toy u maído!*

Riendo para sus adentros, Elizabeth empezó a vaciar el armario que había junto a la cama. Mientras Freeman seguía protestando, luchando inútilmente con las consonantes, ella le sacó del mueble un conjuntito y un abrigo. Luego vació la cómoda y envolvió las camisas y los calcetines en un hatillo.

Después de sacarlo todo fuera regresó y quitó la cama, que empujó contra la pared, y puso la cuna en su lugar.

Aferrado a la barandilla, Freeman observó atónito cómo desaparecían los últimos vestigios de su existencia anterior.

—¡*Eísabe, atúdame*, yo no...!

Se dio por vencido, y buscó en el suelo del parquecito algo para escribir. Invocando todas sus energías, sacudió el parquecito hasta que lo acercó a la pared y en letras grandes y usando la saliva que le venía a la boca abundantemente, escribió:

¡ELIZABETH AYÚDAME! NO SOY UN BEBÉ

Golpeó la puerta con los puños y finalmente atrajo la atención de Elizabeth, pero cuando Freeman señaló la pared las marcas se habían secado. Llorando de frustración, gateó a través del parquecito y empezó a repasar el mensaje. Antes de que hubiera terminado más de dos o tres letras, Elizabeth le pasó los brazos por la cintura y lo sacó de allí.

Había una nueva silla alta en la cabecera de la mesa del comedor, y frente a ella un solo plato. Tratando aún de decir una frase coherente, Freeman se sintió aprisionado en la silla, con un gran babero alrededor de cuello.

Durante la comida observó a Elizabeth cuidadosamente, con la esperanza de descubrir en su rostro inmóvil algún indicio de reconocimiento, quizás una señal fugaz de reconocimiento de que el niño de dos años de edad que estaba sentado frente a ella era su marido. Freeman empezó a trastear con la comida, escribiendo mensajes con la papilla alrededor del plato, pero cuando se los señaló a Elizabeth esta se puso a aplaudir, al parecer, uniéndose a sus pequeños triunfos, y luego lo limpió todo. Agotado, Freeman dejó que lo levantara en brazos y lo colocara en la cuna, bajo las mantas en miniatura.

El tiempo estaba en su contra. Ahora, se dio cuenta, dormía la mayor parte del día. Durante las primeras horas se sentía fresco y alerta, pero su energía se desvanecía enseguida y después de cada comida un letargo abrumador le cerraba los ojos como un somnífero. Comprendió que la metamorfosis continuaba su curso cuando se despertó y se dio cuenta de que ahora solo podía sentarse después de hacer un gran esfuerzo. El esfuerzo de mantenerse de pie lo agotaba después de unos minutos.

Su capacidad de hablar se había desvanecido. Todo lo que podía producir eran unos pocos gruñidos grotescos o un balbuceo inarticulado. Acostado sobre su espalda con un biberón de leche caliente en la boca, supo que su única esperanza era Hanson. Tarde o temprano llamaría y descubriría que Freeman había desaparecido y que todo rastro de él había sido eliminado con cuidado.

Encima de un cojín en la alfombra de la sala de estar, Freeman se dio cuenta de que Elizabeth había vaciado su escritorio y bajado sus libros de las estanterías de al lado de la chimenea. A todos los efectos, ahora ella era la madre viuda de un hijo de doce meses de edad, separada de su marido desde su luna de miel.

Sin darse cuenta había empezado a asumir aquel rol. Cuando salían a dar sus paseos matutinos, Freeman sujeto ahora en el cochecito, con un conejo de goma sacudiéndose a pocos centímetros de su nariz y casi volviéndolo loco, se encontraban con muchas personas que había conocido, y todos daban por sentado que era el hijo de Elizabeth. Cuando se inclinaban sobre el cochecito, acariciándole la tripita y felicitando a Elizabeth por su tamaño y precocidad, alguno de ellos le preguntaron por su marido y Elizabeth respondió que estaba ausente, en un viaje que duraría mucho tiempo. En su mente, obviamente, ella ya se había olvidado de Freeman, como si jamás hubiera existido.

Se dio cuenta de lo equivocado que estaba cuando regresaron de la que sería su última salida.

Mientras se acercaban a casa, Elizabeth vaciló ligeramente, sacudiendo el cochecito, al parecer sin saber si volver sobre sus pasos. Alguien les gritó desde la distancia y Freeman intentó identificar la voz familiar, pero Elizabeth se inclinó hacia delante y le puso la capucha sobre la cabeza.

Luchando para liberarse, Freeman reconoció la figura alta de Hanson que se cernía sobre el cochecito mientras se quitaba el sombrero.

—Señora Freeman, he tratado de llamarle toda la semana. ¿Cómo está?

—Muy bien, señor Hanson —dijo ella moviendo adelante y atrás el cochecito, tratando de interponerlo entre ella y Hanson. Freeman pudo ver que ella estaba momentáneamente confusa—. Me temo que nuestro teléfono no funciona muy bien.

Hanson no se fijó demasiado en el cochecito de bebé, mirando a Elizabeth con interés.

—¿Qué le pasó a Charles el sábado? ¿Tuvo que viajar por negocios?

Elizabeth asintió.

—Lo sintió mucho, señor Hanson, pero ocurrió algo importante. Estará fuera por un tiempo.

«Ella lo sabía», se dijo Freeman automáticamente.

Hanson miró debajo de la capucha a Freeman.

—¿De paseo matinal, chiquillo? —Y entonces se volvió a Elizabeth y le comentó —: Qué bebé tan guapo. Me gustan cuando ponen cara de enfadados. ¿Es el hijo de algún vecino?

Elizabeth negó con la cabeza.

—Es el hijo de un amigo de Charles. Pero ahora debemos irnos, señor Hanson.

—Lámeme Robert. Nos vemos pronto, ¿eh?

Elizabeth sonrió y su cara se recompuso de nuevo.

—Estoy segura, Robert.

—¡Excelente! —dijo Hanson, y se alejó con una sonrisa pícaro.

«¡Ella lo sabía!».

Asombrado, Freeman apartó las mantas todo lo que pudo y miró cómo se alejaba Hanson. Este se volvió una vez más para saludar a Elizabeth, que le devolvió el saludo con la mano y luego metió el cochecito del bebé por la puerta.

Freeman intentó incorporarse, con los ojos fijos en Elizabeth, con la esperanza de que ella viera la ira en su rostro. Pero empujó el cochecito en el pasillo rápidamente, le desató las correas y levantó a Freeman.

Mientras subían la escalera miró por encima del hombro de Elizabeth y vio que el que el auricular del teléfono no estaba en su horquilla. Ella sabía todo el tiempo lo que estaba pasando, y fingía deliberadamente no darse cuenta de su metamorfosis. Había anticipado cada fase de la transformación, había comprado toda aquella ropa

con antelación, la serie de prendas cada vez más pequeñas, había encargado el parquecito infantil y la cuna para él, no para el bebé.

Por un momento Freeman se preguntó si ella estaría realmente embarazada. La hinchazón facial, la figura ensanchada, bien podría haber sido una ilusión. Cuando ella le anunció que estaba esperando un bebé, él nunca se imaginó que él mismo sería ese bebé.

Manipulándolo con brusquedad, metió a Freeman en la cuna y lo tapó con las mantas. La oyó moverse en planta de abajo con prisas, aparentemente preparándose para alguna emergencia. Impulsada por una urgencia inusitada, cerró puertas y ventanas. Mientras la escuchaba, Freeman se dio cuenta del frío que sentía. Su cuerpecito estaba envuelto como el de un recién nacido, pero sus huesos eran como carámbanos. Se cernió sobre él una curiosa somnolencia, que le hizo desaparecer el temor y la ira, y el centro de su conciencia se estaba desplazando de los ojos a la piel. La tenue luz del atardecer le molestó en los ojos, y cuando se le cerraron entró en un borroso limbo de sueño superficial, mientras la sensible superficie de su cuerpo dolorido anhelaba un alivio inmediato.

Un rato más tarde sintió que las manos de Elizabeth apartaban las mantas y fue consciente de que se lo llevaba por el pasillo. Poco a poco, su recuerdo de la casa y su propia identidad empezaron a desvanecerse, y su cuerpo menguante se aferró impotente a Elizabeth tendida en la amplia cama.

Odiando el pelo suelto que le picaba en el rostro, sintió por primera vez con claridad lo que durante tanto tiempo había reprimido. Antes del final, lloró con repentina alegría y asombro, recordando el mundo sumergido de su primera infancia.

Cuando el niño que llevaba dentro se calmó, moviéndose por última vez, Elizabeth se hundió de nuevo en la almohada, y los dolores del parto se alejaron lentamente. Recuperaba las fuerzas poco a poco, y el vasto mundo que llevaba en su interior se sosegaba y se templaba. Mirando el techo oscuro, descansó durante varias horas, acomodando de vez en cuando su voluminosa figura a los contornos desconocidos de la cama.

A la mañana siguiente se levantó durante media hora. El bebé ya no la incomodaba tanto y tres días más tarde pudo levantarse de la cama definitivamente, escondiendo bajo una blusa muy amplia lo que quedaba de embarazo. Empezó la última tarea inmediatamente: deshacerse de la ropa del bebé y desmontar la cuna y el parquecito. Empaquetó las prendas en grandes bolsas, y luego telefoneó a una sociedad benéfica local que pasó a recogerla. Vendió el cochecito y la cuna a un chatarrero que pasó por la calle. A los dos días había borrado todo rastro de su marido, quitando las ilustraciones de colores del cuarto del bebé y volviendo a colocar la cama en el centro.

Todo lo que quedaba era el menguante nudo que llevaba en su interior, un pequeño puño apretado. Cuando ya casi no podía notarlo, Elizabeth se acercó a su

joyero, se quitó el anillo de boda y lo depositó dentro.

A su regreso del centro comercial a la mañana siguiente, Elizabeth notó que alguien la llamaba desde un coche aparcado frente a su puerta.

—¡Señora Freeman! —Hanson saltó del coche y la abordó alegremente—. Es maravilloso verla tan bien.

Elizabeth le brindó una amplia y reconfortante sonrisa, la tumescencia de sus rasgos realzaban la hermosura de su rostro. Llevaba un vestido de seda brillante y todos los rastros visibles del embarazo habían desaparecido.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Hanson—. ¿Aún está fuera?

La sonrisa de Elizabeth se ensanchó, sus labios se separaron y mostraron unos dientes blancos y fuertes. Su rostro era extrañamente inexpresivo y tenía la mirada perdida en algún punto mucho más allá de la cara de Hanson.

Vacilante, Hanson esperó la respuesta de Elizabeth. Después, entendiendo la insinuación, se apoyó en el coche y apagó el motor. Acompañó a Elizabeth y le abrió la puerta de la casa.

Así conoció Elizabeth a su marido. Tres horas más tarde, la metamorfosis de Charles Freeman llegó a su clímax. En el último segundo Freeman llegó a su verdadero principio, el momento de su concepción coincidió con el momento de su extinción, el fin de su último nacimiento con el principio de su primera muerte.

Y con el bebé somos uno.



## BILENIO

Durante todo el día, y a menudo en las primeras horas de la mañana, se oía el ruido de los pasos que subían y bajaban por las escaleras que había fuera del cubículo de Ward. Construido en un cuarto estrecho, en el hueco de la escalera entre el cuarto piso y el quinto, sus paredes de madera contrachapada se doblaban y crujían con cada paso, como las maderas podridas de un molino de viento. Más de un centenar de personas vivían en los tres últimos pisos de la vieja casa de vecinos, y a veces Ward se quedaba despierto en su estrecha litera hasta las dos o las tres de la madrugada, contando mecánicamente el número de inquilinos que volvían del estadio de cine nocturno a tres manzanas de distancia. Por la ventana oía largos fragmentos amplificadas de diálogos que resonaban contra los tejados. El estadio nunca estaba vacío. De día la grúa levantaba la gran pantalla, despejando la zona donde luego se celebraban pruebas de atletismo o partidos de fútbol. Para la gente de las casas colindantes al estadio el estruendo debía de ser insoportable.

Ward, al menos, gozaba de un poco de intimidad. Dos meses atrás, justo antes de trasladarse a vivir a la escalera, compartía un cuarto con otras siete personas en una planta baja de la calle 755, y la incesante marea que pasaba junto a la ventana lo había condenado a un estado de agotamiento continuo. La calle siempre estaba repleta de personas, un clamor interminable de voces y de pies arrastrándose. A las seis y media, cuando se despertaba, corría a ocupar su lugar en la cola del baño, y la multitud ya llenaba ambas aceras de la calle, y los trenes elevados que pasaban sobre las tiendas de delante acentuaban el estruendo cada treinta segundos. Tan pronto como vio el anuncio que describía el cubículo debajo de la escalera decidió trasladarse (como todo el mundo, pasaba la mayor parte de su tiempo libre mirando los anuncios clasificados de los periódicos, cambiando de alojamiento al menos una vez cada dos meses), a pesar de que el alquiler era elevado. Un cubículo en una escalera sería casi seguro un lugar más privado.

No obstante, también tenía inconvenientes. Casi todas las noches sus amigos de la biblioteca iban a visitarlo, deseosos de descansar los codos después de los apretujones de la sala pública de lectura. La planta del cubículo medía poco más de cuatro metros cuadrados y medio, medio metro cuadrado más del máximo legal establecido para una sola persona, pero los carpinteros habían aprovechado el hueco dejado por el conducto de una chimenea empotrada. Esto había permitido a Ward meter una sillita de respaldo recto entre la cama y la puerta, por lo que en la cama solo se sentaba una persona cada vez. En la mayoría de los cubículos simples el anfitrión y el invitado se sentaban en la cama uno al lado del otro, hablando por encima del hombro y cambiando de lugar de vez en cuando para evitar las tortícolis.

—Has tenido suerte en encontrar este lugar —no se cansaba de decir Rossiter, el visitante más regular. Se recostó en la cama, haciendo un gesto que abarcaba el cubículo—. Es enorme, una perspectiva realmente profunda. No me sorprendería que tuvieras al menos cinco metros, quizá seis.

Ward negó con la cabeza categóricamente. Rossiter era su mejor amigo, pero debido a la búsqueda de espacio vital había desarrollado reflejos poderosos.

—Solo un poco más de cuatro y medio, lo he medido con cuidado. No hay duda de ello.

Rossiter levantó una ceja.

—Pues me sorprende. Entonces debe de ser el techo.

Manipular el techo era el truco favorito de los propietarios sin escrúpulos. La mayoría de los alquileres se establecía por el área del techo, y si las particiones de madera se inclinaban un poco hacia fuera, se incrementaba la superficie del cubículo, para beneficio de un posible inquilino (muchas parejas casadas eran engañadas por ese detalle y alquilaban un cubículo simple) o se reducía temporalmente cuando llegaban los inspectores de vivienda. Unas marcas de lápiz marcaban en los techos las posibles reclamaciones de los inquilinos en los lados opuestos de un tabique. Todo aquel que no defendía sus derechos podía ser literalmente expulsado de su vivienda. De hecho, el anuncio de «clientela tranquila» era por lo general una invitación tácita a ese tipo de actos de piratería.

—La pared está un poco inclinada —admitió Ward—. En realidad, unos cuatro grados... Usé una plomada. Pero todavía queda mucho espacio en la escalera para que pase la gente.

Rossiter sonrió con una mueca.

—Por supuesto, John. Solo te tengo envidia, eso es todo. Mi habitación me está volviendo loco.

Como todo el mundo, usaba el término «habitación» para describir su diminuto cubículo, un vestigio de los días de cincuenta años antes, cuando la gente vivía realmente en una habitación, a veces, increíblemente, en un apartamento o en una casa. Los microfilms de los catálogos de arquitectura de la biblioteca mostraban escenas de museos, salas de conciertos y otros edificios públicos en lo que parecían ser escenas cotidianas, a menudo prácticamente vacías, donde dos o tres personas paseaban por una enorme galería o subían por una gran escalera. El tráfico avanzaba con libertad por el centro de las calles, y en los distritos de las secciones más tranquilas podías ver cincuenta metros o más de aceras vacías.

Ahora, por supuesto, los edificios más antiguos habían sido derribados y reemplazados por bloques enteros de viviendas dormitorio. La gran sala de banquetes del antiguo ayuntamiento se había dividido horizontalmente en cuatro cubiertas, y cada una de ellas contenía centenares de cubículos.

En cuanto a las calles, hacía mucho tiempo que el tráfico había dejado de circular por ellas. Excepto un par de horas antes del amanecer, cuando la gente solo se

agolpaba en las aceras, las calles estaban perennemente abarrotadas por una muchedumbre que se arrastraba lentamente y que no podía obedecer los incontables avisos de «manténgase en la izquierda» suspendidos en el aire, mientras se abría paso a empujones hacia sus edificios o hacia sus oficinas, vistiendo ropa polvorienta y deformada. A menudo había «atascos», cuando una enorme multitud se encontraba en un cruce. Y en ocasiones estos bloqueos duraban días. Dos años antes, Ward había quedado acorralado en las afueras del estadio, y durante más de cuarenta y ocho horas quedó atrapado en un gigantesco atasco de peatones que llegó a contener más de veinte mil personas, alimentado por la multitud que salía del estadio por un lado y la que se aproximaba por el otro. Un kilómetro y medio cuadrado de la vecindad había quedado paralizado, y recordaba vívidamente aquella pesadilla de impotencia, balanceándose sobre los pies cuando el atasco se movía y lo empujaba, aterrorizado por si perdía el equilibrio y era pisoteado. Cuando finalmente la policía acordonó el estadio y dispersó el atasco, volvió a su cubículo y durmió durante una semana, con el cuerpo repleto de cardenales.

—Me han dicho que pueden reducir la asignación a tres metros y medio —comentó Rossiter.

Ward esperó a que unos inquilinos de la sexta planta pasaran por la escalera, sosteniendo la puerta para que saltara el cierre.

—Siempre están diciendo lo mismo —comentó—. Recuerdo ese mismo rumor hace diez años.

—No es ningún rumor —le advirtió Rossiter—. Pronto bien podría ser necesario. Treinta millones de personas apretujadas en esta ciudad, y un aumento de un millón anual. Ha habido algunas conversaciones bastante serias en el Departamento de Vivienda.

Ward negó con la cabeza.

—Una reevaluación así de drástica es casi imposible de realizar. Habría que dismantelar cada partición para montarla de nuevo; solo el trabajo administrativo es tan grande que es difícil de imaginar. Habría que rediseñar y certificar millones de cubículos, emitir nuevas licencias, y redistribuir a todos los inquilinos. La mayoría de los edificios acondicionados desde la última resolución fueron diseñados a partir de un módulo de cuatro metros. No puedes simplemente quitarle metro a cada cubículo y luego decir que hay tantos nuevos cubículos. Habría algunos de no más de veinte centímetros de ancho. —Se echó a reír—. Además, ¿cómo se puede vivir en tan solo tres metros y medio?

Rossiter sonrió.

—Ese es el argumento definitivo, ¿no? Ya dijeron lo mismo hace veinticinco años, en la última resolución, cuando bajaron el mínimo de cinco metros a cuatro. No es posible, dijeron, nadie podría soportar vivir en solo cuatro metros cuadrados, solo hay espacio para una cama y un armario, pero no se podría abrir la puerta para entrar. —Rossiter se rio suavemente—. Estaban equivocados. Simplemente se decidió que a

partir de entonces todas las puertas se abrirían hacia afuera. Y aceptamos los cuatro metros.

Ward miró su reloj. Eran las siete y media.

—Es hora de comer. A ver si llegamos al bar de enfrente.

Gruñendo ante la perspectiva, Rossiter se levantó de la cama. Salieron del cubículo y bajaron por las escaleras, que estaba llena de maletas y cajas de embalaje que no dejaban apenas espacio libre junto a la barandilla. Pero en los pisos bajos la congestión era peor. Los pasillos eran suficientemente amplios como para ser divididos en cubículos individuales y el aire olía a rancio, y de las paredes de cartón colgaban coladas húmedas y despensas improvisadas. En cada una de las cinco habitaciones de cada planta había doce inquilinos y las voces resonaban a través de los tabiques.

La gente estaba sentada en los escalones por encima del segundo piso, usaban la escalera como una sala informal, aunque estaba prohibido por la normativa contra incendios, y las mujeres charlaban con los hombres que esperaban en mangas de camisa frente a los baños, mientras los niños correteaban alrededor. Cuando llegaron a la entrada, Ward y Rossiter tuvieron que abrirse paso entre los inquilinos hacinados en los últimos escalones, que merodeaban alrededor de los tableros de anuncios o que venían empujando desde la calle.

Respirando hondo en los escalones de la calle, Ward señaló el bar de la acera de enfrente. Estaba solo a treinta metros de distancia, pero la multitud se movía calle abajo como un río desbordado, cruzándola de derecha a izquierda. La primera función en el estadio comenzaba a las nueve en punto, y la gente ya se dirigía hacia allí para asegurarse de que entraría.

—¿No podemos ir a otro sitio? —preguntó Rossiter, torciendo la cara ante la perspectiva.

No solo el bar estaría repleto y tardarían media hora en ser atendidos, sino que además la comida era insulsa y poco apetecible. El viaje de cuatro manzanas desde la biblioteca le había abierto el apetito.

Ward se encogió de hombros.

—Hay un lugar en la esquina, pero dudo que podamos llegar.

Estaba a unos doscientos metros calle arriba, y tendrían que luchar contra la corriente todo el tiempo.

—A lo mejor tienes razón —Rossiter apoyó la mano en el hombro de Ward—. ¿Sabes, John?, tu problema es que nunca vas a ninguna parte, estás totalmente desconectado, simplemente no te das cuenta de lo mal que va todo.

Ward asintió. Rossiter tenía razón. Por la mañana, cuando partía hacia la biblioteca, se movía junto con el tráfico de peatones hacia el barrio de oficinas de la ciudad. Por la noche, cuando regresaba, fluía en dirección contraria. En general nunca alteraba esta rutina. Educado desde los diez años en un albergue municipal había ido perdiendo el contacto con su padre y con su madre, que vivían en el lado este de la

ciudad y no podían ir a visitarlo, o no querían. Entregado voluntariamente a la dinámica de la ciudad, se resistía a rebelarse solo por una mejor taza de café. Por suerte, el trabajo en la biblioteca lo acercaba a muchas personas jóvenes con intereses similares. Tarde o temprano se casaría, encontraría un cubículo doble cerca de la biblioteca y se establecería. Si tenían suficientes hijos (tres era el mínimo requerido) hasta podrían poseer un día una habitación propia.

Ward y Rossiter entraron en el flujo de peatones, se dejaron llevar unos veinte o treinta metros, luego aceleraron y avanzaron en diagonal a través de la multitud hasta llegar a la acera de enfrente. Allí encontraron el refugio de los escaparates, y poco a poco se dirigieron hacia el bar, con los brazos cruzados para protegerse de las continuas colisiones.

—¿Cuáles son las últimas estimaciones en cuanto a la población? —preguntó Ward dejando atrás un estanco y avanzando un paso cada vez que se hacía un hueco.

Rossiter sonrió.

—Lo siento, John. Me gustaría decírtelo, pero podrías provocar una estampida. Además, no me creerías.

Rossiter trabajaba en el Departamento de Seguros del ayuntamiento, y tenía fácil acceso a las estadísticas del censo. Durante los últimos diez años estas habían sido clasificadas como información secreta, en parte porque se consideraban inexactas, pero sobre todo porque se temía que provocaran un ataque masivo de claustrofobia. Ya se habían producido algunos brotes menores, y la línea oficial era que la población mundial había alcanzado un nivel estable de veinte mil millones. Nadie se lo creía, y Ward pensaba que el crecimiento anual del tres por ciento continuaba desde 1960.

Era imposible aventurar durante cuánto tiempo se mantendría así. A pesar de las sombrías profecías de los neomalthusianos, la agricultura había logrado seguir el ritmo del crecimiento de la población, aunque el cultivo intensivo significaba que el noventa y cinco por ciento de la población vivía permanentemente encerrada en las grandes aglomeraciones urbanas. La expansión de las ciudades había sido limitada finalmente, pues la agricultura ocupaba las superficies suburbanas de todo el mundo, y el exceso de habitantes había sido confinado en los guetos urbanos. El campo como tal ya no existía. En cada metro cuadrado de terreno se cultivaba algún tipo de vegetal comestible. Los campos y prados de todo el mundo eran ahora, efectivamente, terrenos ocupados por factorías de procesamiento de vegetales altamente mecanizadas y cerradas al público como cualquier área industrial. Las rivalidades económicas e ideológicas desaparecieron hace tiempo ante el problema de la colonización interna de la ciudad.

Al llegar al bar entraron a empujones y se unieron a la marabunta de clientes que se apretujaba en seis filas contra la barra.

—Lo realmente malo del problema de la población —le confió Ward a Rossiter— es que nadie ha tratado de hacerle frente. Hace cincuenta años un nacionalismo miope y la expansión industrial primaron el aumento de la población, e incluso ahora el

incentivo oculto es tener una familia grande para ganar una poco de intimidad. Los solteros son penalizados simplemente porque hay más, y porque no se les puede meter adecuadamente en cubículos dobles o triples. Pero el verdadero villano de la historia es la familia numerosa, que necesita todo un despliegue de logística para ahorrar espacio.

Rossiter asintió mientras se acercaba a la barra preparado para gritar su pedido.

—Muy cierto. Todos deseamos casarnos solo para poder poseer los seis metros propios.

Justo delante de ellos, dos chicas se volvieron y les sonrieron.

—Seis metros cuadrados —dijo una de ellas, una chica de pelo oscuro y con una hermosa cara ovalada—. Suena como el tipo de chico que debería conocer. ¿Decidido a entrar en el negocio de bienes raíces, Henry?

Rossiter sonrió con una mueca y le apretó el brazo.

—Hola, Judith. Pienso mucho en ello. ¿Te unirías a mí en esta empresa privada?

La chica se apoyó en él cuando llegaron a la barra.

—Bueno, podría, aunque tendría que haber un vínculo legal.

La otra chica, Helen Waring, asistente de la biblioteca, tiró a Ward de la manga.

—¿Ha oído la última, John? A Judith y a mí nos han echado de la habitación. Ahora mismo estamos en la calle.

—¿Qué? —gritó Rossiter. Recogieron las sopas y los cafés y se dirigieron al fondo de la barra—. ¿Qué demonios ha pasado?

Helen explicó:

—¿Recordáis el armario escobero frente a nuestra habitación? Judith y yo lo usábamos como una especie de refugio, y nos metíamos dentro a leer. Es tranquilo y cómodo, si puedes acostumbrarte a no respirar. Pues bien, la vieja nos descubrió y armó un alboroto, dijo que estábamos infringiendo la ley y cosas por el estilo. —Helen hizo una pausa—. Ahora hemos oído que lo alquilará como cubículo individual.

Rossiter golpeó el borde de la barra.

—¿Un armario escobero? ¿Alguien vivirá ahí dentro? La vieja no obtendrá el permiso.

Judith sacudió la cabeza.

—Ya lo tiene. Su hermano trabaja en el Departamento de Vivienda.

Ward se rio inclinado sobre su sopa.

—Pero ¿cómo ha podido alquilarlo? Nadie quiere vivir en un armario escobero.

Judith lo miró con tristeza.

—¿De verdad crees eso, John?

Ward dejó caer la cuchara.

—No, supongo que tienes razón. La gente vivirá en cualquier lugar. Dios, no sé quién me da más pena, si vosotras dos o el pobre diablo que vivirá en ese armario. ¿Qué vais a hacer?

—Una pareja en un sitio a dos manzanas de aquí nos subalquilan la mitad de su cubículo. Han colgado una sábana en el medio y Helen y yo dormimos por turnos en una cama plegable. No estoy bromeando, nuestra habitación tiene sesenta centímetros de ancho. Le dije a Helen que también podríamos subdividirlo en dos y realquilarlo al doble del precio de lo que nos cuesta.

Todos rieron a gusto. Luego Ward se despidió y volvió a su cubículo.

Allí se encontró con problemas similares.

El administrador estaba apoyado en la puerta endeble, haciendo girar entre los labios una colilla de cigarrillo húmeda y mirando a Ward con una expresión de aburrimiento en su rostro sin afeitarse.

—Tienes cuatro metros setenta y dos —le dijo a Ward, que estaba de pie en la escalera sin poder entrar a su habitación. Otros inquilinos se apretujaban en el rellano, donde dos mujeres en bata y rulos discutían entre sí, empujando con furia la pared de maletas. De vez en cuando el administrador las miraba con mala cara—. Cuatro setenta y dos. Lo he medido dos veces. —Lo dijo como si esto eliminara toda posibilidad de discusión.

—¿El techo o el suelo? —preguntó Ward.

—El techo, ¿qué te crees? ¿Cómo podría medir el suelo con toda esta basura?

El administrador le dio una patada a una caja de libros que sobresalía por debajo del catre.

Ward hizo como que no lo había visto.

—La pared está bastante inclinada —señaló—. Al menos tres o cuatro grados.

El administrador asintió vagamente.

—Definitivamente supera el límite de los cuatro. —Se volvió hacia Ward, que había bajado un par de escalones para dejar paso a un hombre y una mujer—. Podría alquilarlo como doble.

—¿Qué? ¿Una habitación de cuatro y medio? —dijo Ward con incredulidad—. ¿Cómo?

El hombre que acababa de pasar miró por encima del hombro del administrador y se fijó en todos los detalles de la habitación en apenas un segundo.

—¿Alquila aquí uno doble, Louie?

El administrador lo apartó con un gesto, hizo entrar a Ward en la habitación y cerró la puerta tras él.

—Es nominalmente una de cinco —le dijo a Ward—. Nueva normativa, acaba de salir. Más de cuatro y medio es ahora una doble. —Miró a Ward con expresión astuta—. Bueno, ¿qué quieres? Es una buena habitación, tiene espacio de sobra, casi podría ser una triple. Tiene acceso a la escalera, ranura-ventana... —El administrador se interrumpió; Ward se había tumbado en el catre y se había echado a reír—. ¿Qué pasa? Mira, si quieres una habitación tan grande como esta tienes que pagarla. O me pagas medio alquiler más o te largas.

Ward se secó los ojos, luego se puso de pie con cansancio y alcanzó un estante.

—Relájese, ya me marchó. Me voy a vivir a un armario escobero. «Acceso a la escalera», verdaderamente de ricos. Dígame, Louie, ¿hay vida en Urano<sup>[4]</sup>?

Temporalmente, él y Rossiter decidieron alquilar juntos un cubículo doble en una casa semiabandonada a unos cien metros de la biblioteca. Era un barrio de mala muerte y las casas estaban atestadas de inquilinos. La mayoría de aquellas viviendas pertenecían a personas que estaban ausentes o a la corporación municipal, y empleaban a administradores de la peor clase, simples cobradores de alquileres que no se preocupaban en lo más mínimo por la forma en que los inquilinos dividían el espacio vital, y nunca se aventuraban más allá de los primeros pisos. Botellas y latas vacías cubrían los suelos de los pasillos, y los baños parecían sumideros. Muchos de los inquilinos eran viejos enfermos, sentados con indiferencia en sus estrechos cubículos, consolándose unos a otros, espalda contra espalda a cada lado de los delgados tabiques.

El cubículo doble de Ward y Rossiter estaba en la tercera planta, al fondo de un pasillo que rodeaba el edificio. Su arquitectura era imposible de seguir, por todas partes asomaban estancias, y afortunadamente el pasillo era un callejón sin salida. Los montones de cajas llegaban a un metro de altura y un tabique dividía el cubículo, dejando el espacio justo para dos camas. Una ventana alta se abría a un tragaluz que daba al edificio de enfrente.

Pensativo, tendido en la cama debajo del estante donde tenían las pertenencias de ambos, Ward miraba al techo de la biblioteca entre la neblina de la tarde.

—No se está mal aquí —dijo Rossiter sacando las cosas de su maleta—. Sé que no hay intimidación real y que nos enloqueceremos el uno al otro dentro de una semana, pero al menos no tengo a otras seis personas respirándonos en las orejas a cincuenta centímetros de distancia.

El cubículo más cercano, uno individual, había sido construido con cajas a unos pocos pasos en el pasillo, pero el ocupante, un hombre de setenta años, era sordo y estaba postrado en cama.

—No, no se está mal —se hizo eco Ward a regañadientes—. Ahora dime cuáles son las últimas cifras de crecimiento. Puede que me consuelen.

Rossiter hizo una pausa, bajando la voz.

—El cuatro por ciento. *Ochocientos millones de personas más al año*, un poco menos de la mitad de población total de la Tierra en 1950.

Ward silbó lentamente.

—Entonces harán un reajuste. ¿Cuánto? ¿Tres y medio?

—Tres. Desde el primer día del próximo año.

—¡Tres metros cuadrados! —Ward se sentó y miró a su alrededor—. ¡Es increíble! El mundo está enloqueciendo, Rossiter. Por el amor de Dios, ¿cuándo van a hacer algo al respecto? ¿Te das cuenta de que dentro de poco no habrá espacio suficiente para sentarse, por no hablar de acostarse?



Exasperado, golpeó la pared junto a él, y al segundo golpe desprendió uno de los pequeños paneles de madera que había sido empapelado.

—¡Eh! —gritó Rossiter—. Estás destrozando la habitación.

Se subió a la cama para recolocar el panel que colgaba ahora de una tira de papel. Ward metió la mano en el agujero negro, y cuidadosamente tiró del panel hacia la cama.

—¿Quién vivirá en el otro lado? —susurró Rossiter—. ¿Nos habrán oído?

Ward miró por el agujero, escudriñando en la penumbra. De repente soltó el panel, agarró a Rossiter por el hombro y tiró de él hacia la cama.

—¡Henry! ¡Mira!

Directamente delante de ellos, débilmente iluminado por una claraboya sucia, había una habitación de tamaño mediano, tal vez de unos dieciséis metros cuadrados, donde no había más que el polvo acumulado contra los zócalos. El suelo estaba desnudo, con solo unas pocas tiras de linóleo gastado, y unos monótonos dibujos florales cubrían las paredes. El papel pintado se había despegado en algunos lugares, pero por lo demás la habitación parecía habitable.

Respirando hondo, Ward cerró con el pie la puerta abierta del cubículo, y luego se volvió hacia Rossiter.

—Henry, ¿te das cuenta de lo que hemos descubierto? ¿Te das cuenta, amigo?

—Cállate. Por el amor de Dios, Pete, baja la voz. —Rossiter examinó la habitación con cuidado—. Es fantástico. Estoy tratando de ver si alguien lo ha usado recientemente.

—Por supuesto que no —señaló Ward—. Es obvio. No tiene ninguna puerta. La entrada es donde estamos ahora. Seguramente la taparon con el panel hace años, y se olvidaron. Mira este polvo por todas partes.

Rossiter miraba la habitación y aquella inmensidad casi lo mareó.

—Tienes razón —murmuró—. Bueno, ¿cuándo nos trasladamos aquí?

Quitaron uno por uno los tableros de la mitad inferior de la puerta, y los clavaron en un marco de madera, de modo que podían quitarlo y ponerlo al instante.

Luego eligieron una tarde en que la casa estaba medio vacía y el administrador dormido en su despacho del sótano, e hicieron su primera incursión en la habitación. Ward entró solo mientras Rossiter montaba guardia en el cubículo.

Durante una hora intercambiaron sus lugares, caminando en silencio por la estancia polvorienta, estirando los brazos para sentir aquel vacío ilimitado, aferrándose a la sensación de una libertad espacial absoluta. Aunque más reducida que muchas de las habitaciones subdivididas en las que habían vivido, esta parecía infinitamente más grande, sus paredes eran enormes acantilados que se elevaban hacia la claraboya.

Por último, dos o tres días después, se trasladaron.

Durante la primera semana Rossiter durmió solo en la habitación. Ward, en el

cubículo adyacente, donde estaban juntos durante el día.

Poco a poco fueron introduciendo a escondidas algunos muebles: dos sillones, una mesa, una lámpara alimentada por la toma del cubículo. El mobiliario era pesado y victoriano, el más barato que encontraron, y su tamaño destacaba el vacío de la habitación. El orgullo del lugar era un gran armario de caoba, con ángeles tallados y espejos almenados, que se vieron obligados a desmontar y llevar por partes en sus maletas. Elevándose por encima de ellos, les recordaba las catedrales góticas que habían visto en los microfilms, con aquellos inmensos órganos que cubrían las paredes de las vastas naves.

Tres semanas más tarde ya dormían los dos en la habitación y el cubículo les parecía insoportablemente estrecho. Un biombo japonés de imitación dividía adecuadamente la habitación, sin ocupar espacio. Sentado allí por las tardes, rodeado de libros y álbumes, Ward se fue olvidando gradualmente de la ciudad allí fuera. Afortunadamente, llegaba a la biblioteca por un callejón escondido y evitaba así las calles repletas de gente. Rossiter y él mismo comenzaron a parecerle las dos únicas personas reales, y todos los demás derivados de su propia existencia, réplicas de identidad aleatoria sin control.

Fue Rossiter quien sugirió pedirles a las dos chicas que compartieran la habitación con ellos.

—Han sido expulsadas de nuevo, y puede que tengan que separarse —le dijo a Ward, obviamente preocupado por que Judith pudiera dejarse llevar por malas compañías—. Siempre hay una congelación de los alquileres después de una reevaluación, pero todos los propietarios lo saben y entonces no alquilan. Es condenadamente difícil encontrar un lugar.

Ward asintió, relajado, sentado a la mesa circular de madera roja. Jugó con una borla de la pantalla de color verde arsénico del fleco de la lámpara, y por un momento se sintió como un hombre de letras victoriano, con una vida cómoda y espaciosa entre sus mullidos muebles.

—Me parece bien —acordó, señalando los rincones vacíos—. Aquí hay un montón de espacio. Pero tendremos que asegurarnos de que no chismorreean una sola palabra de todo esto.

Tras tomar las debidas precauciones, les contaron su secreto a las dos chicas, disfrutando de su asombro al encontrar aquel universo privado.

—Pondremos un tabique en el centro —explicó Rossiter—, y lo quitaremos todas las mañanas. Podréis trasladaros aquí dentro de un par de días. ¿Qué os parece?

—¡Maravilloso!

Las chicas miraron el armario con ojos muy abiertos y entrecerraron los ojos ante los infinitos reflejos en los espejos.

No hubo dificultades para poder entrar y salir del edificio. El cambio de

inquilinos era continuo y las facturas las metían en el buzón. A nadie le importaban aquellas chicas o las visitas regulares al cubículo.

No obstante, media hora después de llegar, ninguna de las dos había vaciado sus maletas.

—¿Qué pasa, Judith? —preguntó Ward, pasando de lado entre las camas de las chicas hasta el estrecho espacio entre la mesa y el armario.

Judith vaciló, miró a Ward y luego a Rossiter, que estaba sentado en su cama, terminando de preparar el tabique de madera contrachapada.

—John, es solo que...

Helen Waring, más práctica y directa, tomó la palabra mientras alisaba la colcha con los dedos.

—Lo que Judith trata de decir es que nuestra posición aquí es un poco embarazosa. El tabique es...

Rossiter se levantó.

—Por el amor de Dios, no te preocupes, Helen —la tranquilizó, hablando en aquella especie de susurro que todos habían cultivado involuntariamente—. Nada de triquiñuelas, podéis confiar en nosotros. El tabique es sólido como una roca.

Las dos muchachas asintieron.

—Lo sabemos —explicó Helen—, pero no está puesto todo el tiempo. Pensamos que si hubiera una persona mayor aquí, por ejemplo la tía de Judith, que no ocuparía mucho espacio y no sería una molestia porque es realmente muy dulce, no tendríamos que preocuparnos del tabique... excepto por la noche —añadió rápidamente.

Ward miró a Rossiter, que se encogió de hombros y se puso a contemplar el suelo.

—Bueno, es una idea —dijo Rossiter—. John y yo sabemos cómo os sentís. ¿Por qué no?

—Claro —aceptó Ward, y señaló el espacio entre las camas de las chicas y la mesa—. Con uno más no habrá diferencia.

Las chicas irrumpieron en gritos de alegría. Judith se acercó a Rossiter y lo besó en la mejilla.

—Perdóname que sea tan pesada, Henry —Judith sonrió—. Qué tabique tan maravilloso has hecho. ¿No podrías hacer otro para mi tía, uno pequeño? Es muy dulce pero envejece.

—Por supuesto —dijo Rossiter—. Comprendo. Tengo un montón de madera de sobra.

Ward miró el reloj.

—Son las siete y media, Judith. Más te vale ponerte en contacto con tu tía. No sé si tendrá tiempo de llegar esta noche.

Judith se abotonó el abrigo.

—Oh, sí, lo conseguirá —le aseguró a Ward—. Estaré de vuelta en un santiamén.

La tía llegó a los cinco minutos, con tres pesadas maletas sólidamente embaladas.

—Es increíble —le comentó Ward a Rossiter tres meses después—. El tamaño de esta habitación todavía me asombra. Casi parece hacerse más grande cada día.

Rossiter estuvo de acuerdo, evitando mirar a una de las chicas que se estaba cambiando detrás del tabique central. Ahora nunca quitaban ese tabique, porque desarmarlo todos los días se había vuelto una tarea muy pesada. Además, el tabique secundario de la tía estaba pegado a este, y a ella no le gustaba que la molestaran. Asegurarse de que entrara y saliera correctamente por la puerta camuflada del cubículo ya era bastante difícil.

A pesar de todo, parecía muy improbable que los descubrieran. Evidentemente la habitación había sido un añadido construido sobre el hueco central de la casa, y las cajas y maletas amontonadas en el pasillo que lo rodeaba amortiguaban todos los sonidos. Justo debajo había un pequeño dormitorio ocupado por varias mujeres de edad avanzada, y la tía de Judith, que solía visitarlas, juraba que no oía ningún ruido a través del grueso techo. Arriba, la luz que salía por la claraboya no se distinguía de los otros cientos de lámparas encendidas en las ventanas de la casa.

Rossiter terminó de preparar el nuevo tabique y lo levantó en vertical para clavarlo en la pared entre su cama y la de Ward. Habían acordado que debían conseguir un poco más de intimidad.

—No hay duda de que tendré que hacerles uno a Judith y Helen —le confió a Ward.

Ward acomodó su almohada. Habían devuelto los dos sillones a la tienda de muebles porque ocupaban demasiado espacio. La cama, de todos modos, era más cómoda. Nunca se habían acostumbrado del todo a la tapicería tan suave y mullida.

—No es una mala idea. ¿Y qué piensas de algunos estantes en las paredes? No tengo sitio para poner nada.

Los estantes ordenaron considerablemente la habitación, despejando grandes zonas del suelo. Divididas por los tabiques, las cinco camas estaban dispuestas a lo largo de la pared posterior, frente al armario de caoba. En el medio había un espacio abierto de poco más de un metro y casi dos metros a cada lado del armario.

La visión de tanto espacio libre fascinaba a Ward. Cuando Rossiter mencionó que la madre de Helen estaba enferma y que necesitaba urgentemente atención personal, supo de inmediato que podrían meterla en su cubículo, a los pies de su cama, entre el armario y la pared lateral.

Helen estaba muy contenta.

—Es muy amable de tu parte, John —le dijo—, pero ¿te importaría que mamá durmiera a mi lado? Hay espacio suficiente para una cama supletoria.

Rossiter desmanteló los tabiques y los puso más juntos. Ahora había seis camas en fila a lo largo de la pared. Eso daba a cada una de ellas un intervalo de unos setenta y cinco centímetros, espacio suficiente para sacar los pies por el lado de la

cama. Tumbado boca arriba en la última cama de la derecha, con los estantes a medio metro por encima de su cabeza, Ward casi no podía ver el armario, pero el espacio frente a él, unos dos metros hasta la pared, estaba ininterrumpidamente libre.

Entonces llegó el padre de Helen.

Ward llamó a la puerta del cubículo y sonrió a la tía de Judith cuando ella lo dejó entrar. Él la ayudó a poner en su sitio la cama abatible que protegía la entrada, y luego llamó al panel de madera. Un momento después, el padre de Helen, un hombre pequeño y de pelo gris, con camiseta y tirantes sujetos a los pantalones con una cuerda, apartó la madera.

Ward lo saludó con un gesto de la cabeza y pasó por encima de los montones de maletas que había en el suelo, a los pies de las camas. Helen estaba en el cubículo de su madre, ayudando a la anciana a que se bebiera la sopa de la noche. Rossiter, sudando en exceso, estaba arrodillado junto al armario de caoba tratando de sacar con una palanqueta el marco del espejo central. Sobre la cama y en el suelo había piezas del armario.

—Mañana tendremos que empezar a sacar fuera todo esto —le dijo Rossiter.

Ward esperó a que pasara el padre de Helen y entrara en su cubículo. Se había instalado una pequeña puerta de cartón, y la cerró detrás de él con un tosco gancho de alambre doblado.

Rossiter lo miró y arrugó el ceño, irritado.

—Algunas personas son felices. Este armario da un trabajo infernal. ¿Cómo se nos ocurrió comprarlo?

Ward se sentó en su cama. El tabique le apretaba las rodillas y apenas podía moverse. Levantó la vista mientras Rossiter estaba ocupado y vio que la línea divisoria que él había marcado a lápiz quedaba oculta por el tabique. Apoyándose contra la pared, trató de empujar y recolocararlo en su lugar, pero al parecer Rossiter había clavado al suelo el borde inferior.

Se oyó un golpe seco contra la puerta del cubículo que daba al pasillo, era Judith que volvía de la oficina. Ward comenzó a levantarse y luego se arrepintió.

—Señor Waring —llamó en voz baja. Era la noche que le tocaba guardia al anciano.

Waring se arrastró hasta la puerta del cubículo y la abrió, haciendo bastante ruido, cuchicheando para sí mismo.

—Arriba y abajo, arriba y abajo —murmuró. Tropezó con la caja de herramientas de Rossiter y maldijo en voz alta. Después añadió irritado por encima del hombro—: Si me preguntan les diré que hay demasiada gente aquí. Abajo hay solo hay seis, no siete como aquí, y en una habitación del mismo tamaño.

Ward asintió vagamente y se volvió a tumbar sobre la estrecha cama, tratando de no golpearse la cabeza contra los estantes. Waring no era el primero en sugerirle que se mudara. Dos días atrás, la tía de Judith le había hecho la misma insinuación. Desde

que había dejado el empleo de la biblioteca (el alquiler que cobraba a los demás llegaba para comprarse los pocos alimentos que consumía) Ward se pasaba la mayor parte del tiempo en la habitación, viendo al viejo más de lo que quería, pero había aprendido a tolerarlo.

Mientras se acomodaba, se dio cuenta de que alguien había desmontado la espiro derecha del armario, todo lo que él había podido ver durante los dos últimos meses.

Era una pieza hermosa, que simbolizaba de alguna manera todo aquel mundo privado, y el vendedor de la tienda le había dicho que quedaban pocos muebles como ese. Por un momento Ward sintió una repentina punzada de arrepentimiento, como cuando, siendo niño, su padre le quitaba algo en un momento de furia y él sabía que nunca más lo vería de nuevo.

Luego se recompuso. Era un hermoso armario, sin duda, pero cuando no estuviera allí, la habitación todavía parecería más grande.

## EL ASESINO AMABLE

Al mediodía, cuando el doctor Jamieson llegó a Londres, todos los accesos a la ciudad estaban cerrados desde las seis de la mañana. Las personas que formaban las multitudes del día de la coronación habían esperado en sus lugares durante casi veinticuatro horas a lo largo de todo el recorrido por donde pasaría el cortejo, y Green Park estaba desierto cuando el doctor Jamieson subió lentamente por la pendiente de hierba hacia la estación del metro que había debajo del Ritz. Había mochilas y sacos de dormir abandonados debajo de los árboles y la hojarasca, y el doctor Jamieson tropezó en dos ocasiones. En el momento en que llegó a la entrada de la estación sudaba profusamente, y se sentó en un banco, dejando en la hierba el pesado maletín de metal.

Justo frente a él había una de aquellas tarimas altas de madera. Vio las espaldas de los espectadores de la fila superior, mujeres con brillantes vestidos de verano, hombres en mangas de camisa, cabezas cubiertas con hojas de periódico para protegerse de los rayos del sol y grupos de niños que cantaban y ondeaban sus banderas británicas. En Piccadilly los edificios de oficinas estaban llenos de personas asomadas a las ventanas y la calle era una masa de color y ruido. De vez en cuando se oían bandas tocando en la distancia o un oficial al mando de las tropas alineadas a lo largo de la ruta que vociferaba una orden para que formaran sus hombres.

El doctor Jamieson escuchaba con interés todos aquellos sonidos, saboreando la emoción a pleno sol. Con poco más de sesenta años de edad, era una pequeña figura ordenada, con el pelo gris y mirada sensible y siempre alerta. Tenía la frente amplia, con una pronunciada pendiente, lo que daba a su aspecto un tanto solemne un carácter más juvenil. Y esto se veía apoyado por el corte desenfadado de su traje de seda gris, con solapas muy estrechas abrochadas con un solo botón bordado, y con gruesas costuras trenzadas en los pantalones y en las mangas. Cuando alguien salió de la carpa de primeros auxilios al otro extremo de la tarima y caminó hacia él, el doctor Jamieson notó la diferencia entre su atuendo (el hombre llevaba un holgado traje azul con grandes solapas que se movían constantemente) y frunció el ceño con disgusto. Echó un vistazo a su reloj, recogió el maletín y se apresuró a entrar en la estación de metro.

Se esperaba que el cortejo de la coronación saliera de la abadía de Westminster a las tres, y la policía había cerrado al tráfico las calles por donde pasaría. Al salir de la estación por el lado norte de Piccadilly, el doctor Jamieson miró atentamente a su alrededor, hacia los altos edificios de oficinas y los hoteles, repitiendo un nombre para sí mismo mientras identificaba un punto de referencia familiar. Bordeando a la multitud para llegar a la acera, con el maletín metálico golpeándole dolorosamente las

rodillas, alcanzó la entrada de Bond Street; allí reflexionó cuidadosamente y empezó a caminar hacia la parada de taxis que había a unos cincuenta metros de distancia. Las personas que se agolpaban en dirección a Piccadilly lo miraban con curiosidad, y él se sintió aliviado cuando subió al taxi.

—Hotel Westland —le dijo al conductor, negándose a que lo ayudara con el maletín.

El hombre se llevó una mano a la oreja mientras se inclinaba hacia él.

—¿Hotel qué?

—Westland —repitió el doctor Jamieson, tratando de imitar el acento y la modulación de la voz del conductor. Todo el mundo a su alrededor parecía hablar en el mismo tono gutural—. Está en Oxford Street, a unos ciento cincuenta metros al este de Marble Arch. Creo que encontrará un acceso temporal en Grosvenor Place.

El conductor asintió, mirando con cautela a su anciano pasajero. Cuando se pusieron en marcha se inclinó hacia atrás.

—¿Viene a ver la coronación?

—No —dijo el doctor Jamieson—. Estoy aquí por negocios. Solo por hoy.

—Pensé que tal vez venía a ver al cortejo. Desde el Westland tendrá unas vistas excelentes.

—Eso creo. Por supuesto, si tengo la oportunidad, lo contemplaré.

Entraron en la Grosvenor Square y el doctor Jamieson puso el maletín de nuevo en el asiento y comprobó los intrincados cierres metálicos que sujetaban firmemente la tapa. Miró los edificios de alrededor, tratando de evitar que su corazón se excitara con los recuerdos que le evocaban. No obstante, nada coincidía con aquellos recuerdos, ya que la sucesión de años transcurridos distorsionaba las imágenes originales sin que él se diera cuenta. Todo parecía completamente nuevo: la perspectiva de las calles, la confusión de edificios distintos, el enredo de cables aéreos, los letreros que brotaban por todas partes a la menor oportunidad. Toda la ciudad le parecía muy anticuada y confusa, y le resultaba difícil creer que una vez había vivido allí.

¿Serían sus otros recuerdos igualmente falsos?

Sorprendido, se inclinó adelante y señaló a través de la ventanilla abierta la hermosa pared de colmena de la embajada de Estados Unidos, en respuesta a su pregunta.

El conductor se fijó en su interés y, tras sacudir la ceniza de su cigarrillo, le dijo:

—Ese lugar tiene un estilo curioso —comentó—. No puedo entender por qué los yanquis han levantado un basurero como ese.

—¿Eso cree? —dijo el doctor Jamieson—. No mucha gente estaría de acuerdo con usted.

El conductor se echó a reír.

—Se equivoca, señor. Nunca he oído a nadie hablar bien de eso. —Se encogió de hombros, decidiendo no ofender a su pasajero—. De todos modos, tal vez solo sea



que está demasiado adelantado para su tiempo.

El doctor Jamieson sonrió levemente.

—Debe de ser eso —dijo, más para sí mismo que para el conductor—. Digamos que está adelantado unos treinta y cinco años. Entonces lo verán como una obra importante.

Involuntariamente, su voz se había vuelto más nasal y el conductor preguntó:

—¿Es extranjero, señor? ¿Nueva Zelanda, tal vez?

—No —dijo el doctor Jamieson, mientras se fijaba en que el tráfico circulaba por el lado izquierdo de la calle—. No exactamente. No he estado en Londres desde hace algún tiempo. Pero me parece que he elegido un buen día para volver.

—Sí, señor. Un gran día para el joven príncipe. O rey, debería decir ya. Rey Jacobo III suena un poco peculiar. Pero buena suerte para él y para la nueva era Jack-no-sé-cuántos.

—La nueva era jacobina —le corrigió el doctor Jamieson, y por primera vez en ese día la risa le suavizó la cara—. Oh, sí, así fue. —Y con fervor, extendiendo las manos para tocar el maletín, añadió en voz baja—: Como usted dice, buena suerte para él.

Se apeó del taxi frente al hotel y entró por la puerta de servicio, se abrió paso por entre la multitud de personas para cruzar el pequeño vestíbulo trasero; el ruido de Oxford Street le retumbaba en los oídos. Cinco minutos después consiguió llegar al mostrador, tirando del pesado maletín.

—Doctor Roger Jamieson —le dijo al conserje—. Tengo una habitación reservada en la primera planta.

Se apoyó en el mostrador mientras el conserje rebuscaba en el registro, y escuchó el bullicio del vestíbulo. La mayoría de las personas eran robustas mujeres de edad madura que llevaban vestidos de flores y parloteaban entusiasmadas de camino hacia la sala del televisor, donde a las dos de la tarde se retransmitiría la ceremonia desde la abadía. El doctor Jamieson las ignoró y examinó al resto de personas del vestíbulo, repartidores de telegramas, camareros fuera de servicio, miembros del personal de catering que organizaba las fiestas en las habitaciones de arriba. Escudriñó cada una de sus caras con atención, como si esperase ver a alguien que conocía...

El conserje miraba el libro de registros con ojos miopes.

—¿La reserva está a su nombre, señor?

—Por supuesto. Habitación 17, en la esquina de la primera planta.

Dudando, el conserje sacudió la cabeza.

—Tiene que haber algún error, señor. No tenemos constancia de ninguna reserva a su nombre. ¿Viene con alguno de los grupos de arriba?

Dominando su impaciencia, el doctor Jamieson dejó el maletín en el suelo, sujetándolo con el pie contra el mostrador.

—Le aseguro que yo mismo hice la reserva. Explícitamente para la habitación 17. Fue hace algún tiempo, pero el director me confirmó que todo estaba completamente

en orden y que la reserva no sería cancelada de ningún modo.

El conserje revisó con sumo cuidado las reservas anotadas para aquel día. De repente señaló una anotación descolorida en la parte superior de la primera página.

—Aquí está, señor. Le pido disculpas; la reserva se tomó en el registro anterior y se pasó a este. «Doctor Roger Jamieson, habitación 17». —Con sorpresa, puso el dedo sobre la fecha y sonrió al doctor Jamieson—. Una elección afortunada, doctor. Su reserva se realizó hace más de dos años.

Por fin, y tras cerrar la puerta de su habitación, el doctor Jamieson se sentó aliviado en una de las camas, con las manos todavía aferrando el maletín de metal. Durante unos minutos fue recuperando el aliento, mientras se masajeaba los músculos entumecidos del antebrazo derecho por el peso del maletín. Luego se puso de pie e inspeccionó cuidadosamente la habitación.

Era una de las habitaciones más grandes del hotel y las dos ventanas de la esquina proporcionaban una vista única a la concurrida calle. Las persianas venecianas protegían las ventanas de la luz del sol y de los centenares de personas que poblaban los balcones de los grandes almacenes de enfrente. El doctor Jamieson miró primero dentro del armario empotrado, después probó la ventana del lavabo que daba al tragaluz. Satisfecho de la seguridad, acercó un sillón hasta la ventana lateral que daba a la dirección por la que llegaría el cortejo. Nada impedía la visión en cientos de metros, y todos los soldados y policías a lo largo de la ruta eran claramente visibles.

Un enorme trozo de tela roja, parte de un tributo floral masivo, cruzaba en diagonal por delante de la ventana, de modo que ocultaba al doctor de las personas del edificio adyacente, pero le dejaba ver con claridad el pavimento de abajo, donde un grupo de diez o doce filas se apelotonaba contra las vallas de protección. Bajó la persiana hasta que el borde inferior se quedó a veinte centímetros de la cornisa, se inclinó adelante y observó con calma. Nadie le interesó, y miró impaciente el reloj. Eran casi las dos y el joven rey ya habría salido del palacio de Buckingham de camino a la abadía. Muchas personas entre la multitud llevaban radios portátiles, y el estruendo había aflojado al empezar la retransmisión comentada desde la abadía.

El doctor Jamieson se acercó a la cama y sacó una llave unida a una cadena. Ambas cerraduras del maletín tenían un dispositivo de combinación. Giró la llave a la izquierda y a la derecha un número determinado de veces, presionó la cerradura, y levantó la tapa del maletín. En la mitad inferior del molde de terciopelo interior estaban las piezas desmontadas de un rifle deportivo de gran alcance y un cargador con seis proyectiles. La culata de metal había sido acertada unos veinte centímetros en diagonal, de manera que al colocarla contra el hombro en posición de disparar el cañón apuntaba hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, exactamente donde el ojo buscaría su objetivo.

El doctor Jamieson sacó las piezas y montó el arma de un modo experto,

atornillando la culata y ajustándola en el ángulo más cómodo. Metió el cargador, retiró el cerrojo y luego lo empujó adelante, metiendo el proyectil superior en la recámara.

De espaldas a la ventana, miró el arma cargada sobre la colcha en la penumbra y escuchó el bullicio procedente de la parte más alejada del pasillo, y el estruendo continuo que se elevaba de la calle. De repente se sintió exhausto: la firmeza y la resolución desaparecieron de su cara y pareció un viejo cansado, solo, en una habitación de hotel en una ciudad extraña donde todo el mundo menos él estaba de celebración. Se sentó en la cama al lado del rifle y se limpió las manos de la grasa del arma con un pañuelo, con los pensamientos puestos en algo aparentemente lejano. Cuando se levantó, se movía con rigidez, y miró alrededor con incertidumbre, como si se preguntara qué estaba haciendo allí. Finalmente se recuperó, desmontó el rifle con rapidez, metió las distintas partes en sus respectivos lugares, cerró el maletín y lo introdujo en el último cajón de la cómoda. Cerró la habitación con llave y salió del hotel con determinación.

Caminó doscientos metros por Grosvenor Place hasta llegar a Hallam Street, una pequeña calle repleta de galerías de arte y restaurantes. La luz del Sol jugaba con los toldos a rayas y la calle desierta podría haber estado a kilómetros de la barahúnda que esperaba a lo largo de la ruta de la coronación. El doctor Jamieson sintió que recuperaba la confianza. Cada doce metros se detenía bajo los toldos y examinaba las aceras vacías, mientras escuchaba los distantes comentarios de la televisión procedentes de los pisos que había encima de las tiendas.

A mitad de la calle había una pequeña cafetería con tres mesas en el exterior. Se sentó de espaldas al escaparate, se puso unas gafas de sol, se relajó a la sombra, le pidió al camarero un zumo de naranja helado y se lo bebió a sorbos, pausadamente, con la cara oculta tras los cristales oscuros de montura gruesa. Periódicamente se oían aplausos prolongados por encima de los tejados de Oxford Street, que marcaban el progreso de la ceremonia en la abadía, pero por otro lado la calle estaba tranquila.

Poco después de las tres, cuando el profundo zumbido de un órgano en los televisores anunció que el servicio de la coronación había terminado, el doctor Jamieson oyó un ruido de pasos que se acercaban por la izquierda. Recostándose bajo el toldo, vio a un hombre joven y a una chica con un vestido blanco que caminaban de la mano. Cuando se acercaron, el doctor Jamieson se quitó las gafas para examinar con más detalle a la pareja, y rápidamente se las puso de nuevo, apoyó un codo en la mesa y se ocultó el rostro con la mano.

La pareja estaba demasiado absorta en ellos mismos para fijarse en que alguien estaba mirándolos, aunque la intensa excitación nerviosa del doctor resultaba demasiado evidente. El hombre tendría unos veintiocho años y llevaba las mismas ropas holgadas que a Jamieson le había sorprendido ver que todo el mundo vestía en Londres, y una corbata a medio anudar alrededor de un cuello desabotonado. Dos plumas le asomaban por el bolsillo superior, y un programa de conciertos por el otro,

y tenía la apariencia agradablemente informal de un joven profesor universitario. Su rostro, hermoso e introspectivo, terminaba en una frente prominente y un fino cabello castaño peinado hacia atrás con los dedos. Miraba el rostro de la muchacha con evidente cariño y escuchaba su charla ligera a la que él añadía alguna divertida interjección de vez en cuando.

El doctor Jamieson también miraba a la chica. Al principio había mirado fijamente al joven, había observado sus movimientos y expresiones faciales con la cautela de un hombre mirándose en el espejo, pero su atención pronto se volvió hacia la chica. Una sensación de gran alivio se apoderó de él y tuvo que contenerse para no saltar de su silla. Había temido que la memoria lo hubiera engañado, pero la muchacha era incluso más bella de lo que recordaba.

De apenas diecinueve o veinte años de edad, caminaba con la cabeza echada hacia atrás, y la cabellera larga y pajiza le caía con suavidad sobre los hombros levemente bronceados. Su boca era carnosa y vivaz, y los ojos muy abiertos miraban al joven con picardía.

Al pasar por delante del café la chica hablaba animadamente y el joven la interrumpió:

—Espera, June, necesito un descanso. Sentémonos y tomemos una copa, el cortejo no llegará a Marble Arch antes de media hora.

—Pobrecito, ¿te estoy agotando?

Se sentaron a una mesa al lado de la del doctor Jamieson, el brazo desnudo de la joven solo a unos pocos centímetros de distancia, el fresco aroma de su cuerpo se sumó a los demás recuerdos del doctor Jamieson. Su mente giró en un torbellino de reminiscencias, sus manos limpias y ligeras, la forma en que levantaba la barbilla y cómo la falda acampanada se extendía sobre los muslos.

—En realidad no me importa si me pierdo el desfile —añadió ella—. Hoy es mi día, no el suyo.

El joven sonrió mostrando los dientes e hizo el gesto de levantarse.

—¿En serio? Todos están mal informados. Espera aquí, voy a desviar el cortejo. —La cogió de la mano por encima de la mesa y miró con ojo crítico el pequeño diamante que ella llevaba en el dedo—. Qué poca cosa. ¿Quién te lo ha regalado?

La muchacha besó el anillo con cariño.

—Es tan grande como el Ritz —dijo con un gruñido juguetón—. ¡Ay, qué hombre, tendré que casarme con él uno de estos días! Roger, ¿no es maravilloso lo del premio? ¡Trescientas libras! Eres muy rico. Qué pena que la Royal Society no deje que te lo gastes en cualquier cosa, como los premios Nobel. Ya verás cuando te den uno de esos.

Él sonrió con modestia.

—Calma, querida. No te hagas demasiadas ilusiones.

—Pero por supuesto que sí. Estoy absolutamente segura. Después de todo, casi

has descubierto los viajes en el tiempo.

El joven tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—June, por el amor de Dios, yo no he descubierto los viajes en el tiempo. —Bajó la voz, consciente de que el doctor Jamieson estaba sentado a la mesa de al lado y que era la única persona que había en aquella calle desierta—. La gente va a pensar que estoy loco si vas por ahí diciendo eso.

La muchacha arrugó su nariz respingona.

—Pero lo has hecho, seamos realistas. Sé que no te gusta la frase, pero una vez que le quitas el álgebra se reduce a eso, ¿no?

Pensativo, el joven miró la superficie de la mesa y la expresión del rostro se le volvió seria, asumiendo una cierta fuerza intelectual.

—En la medida en que los conceptos matemáticos tienen sus correspondencias en el universo físico, sí... pero hay que tener mucho cuidado con esto. Porque incluso así no se trata de viajar en el tiempo en el sentido usual, aunque me doy cuenta de que la prensa popular no estará de acuerdo cuando aparezca mi artículo en *Nature*. De todos modos, no estoy particularmente interesado en el aspecto temporal. Si me sobraran treinta años tal vez valdría la pena dedicarlos a eso, pero tengo cosas más importantes que hacer.

Sonrió a la chica, pero ella se inclinó hacia adelante, pensativa, y le cogió las manos.

—Roger, no estoy segura de que tengas razón. Dices que no tiene ninguna aplicación para la vida diaria, pero los científicos siempre dicen ese tipo de cosas. Es realmente fantástico poder retroceder en el tiempo. Quiero decir...

—¿Por qué? Ahora mismo somos capaces de ir hacia adelante en el tiempo, y nadie lanza sombreros al aire. El universo mismo no es otra cosa que una máquina del tiempo que desde donde lo vemos nosotros parece moverse en una sola dirección. O más bien en un solo sentido. Porque yo mismo comprobé que en un ciclotrón las partículas parecen moverse a veces en sentido opuesto, y llegan al final de su viaje infinitesimal antes de haber partido. Eso no quiere decir que la próxima semana seamos capaces de volver al pasado y matar a nuestros propios abuelos.

—¿Qué pasaría si lo hicieras? En serio.

El joven se echó a reír.

—No lo sé. Francamente no me gusta pensar en ello. Tal vez sea esa la verdadera razón por la que quiero mantener la investigación sobre una base teórica. Si extendiendo el problema a su conclusión lógica, mis observaciones en Harwell serán erróneas, porque los acontecimientos del universo, como es obvio, ocurren independientemente del tiempo, que solo es el punto de vista que les damos. Dentro de algunos años quizá conozcan el problema como la Paradoja de Jamieson y matemáticos aspirantes se pasarán el tiempo cargándose a sus propios abuelos con la esperanza de refutarla. Tendremos que asegurarnos de que todos nuestros nietos sean almirantes o

arzobispos.

Mientras el joven hablaba, el doctor Jamieson miraba a la chica, cada fibra de su cuerpo se esforzaba por no tocarle el brazo o hablar con ella. El patrón de las pecas en su delicado brazo, los pliegues de su vestido por debajo de los hombros, sus diminutas uñas de los pies con el esmalte esquebrajado, todo era una revelación absoluta de su propia existencia.

Se quitó las gafas de sol y, por un momento, él y el joven se miraron fijamente el uno al otro. El joven pareció desconcertado al darse cuenta de la enorme similitud fisionómica entre ambos: idéntica estructura ósea de sus caras y la misma curvatura prominente de las frentes. El doctor Jamieson le mostró una sonrisa fugaz, sintiendo un profundo afecto, casi paternal hacia aquel joven que tenía frente a él. Su seriedad y su ingenua honestidad, sus modales tranquilos, su encanto desgarrado eran de repente más importantes que sus cualidades intelectuales y el doctor Jamieson supo que no sentía celos de él.

Se puso las gafas de nuevo y miró hacia el otro lado de la calle, con mayor determinación si cabe de seguir adelante con los siguientes pasos de su plan.

El ruido de las calles aumentó considerablemente, y la pareja se levantó de un salto.

—¡Vamos, que son las tres y media! —gritó el joven—. Ya casi deben de estar aquí.

Mientras corrían, la chica hizo una pausa para recolocarse una sandalia, y miró al viejo de gafas oscuras que había estado sentado detrás de ella. El doctor Jamieson se inclinó hacia adelante, esperando a que ella le dijera algo, con una mano extendida, pero la joven simplemente miró hacia otro lado y él se hundió en su silla.

Cuando la pareja llegó a la primera intersección, él se levantó y regresó al hotel.

Cerró la puerta de su habitación con llave, sacó rápidamente el maletín, lo colocó sobre la mesa, montó el rifle y se sentó con el arma delante de la ventana. El cortejo de la coronación ya estaba pasando, las filas de soldados vestidos con uniforme de gala marchaban detrás de una banda de tambores que tocaba marchas de aires marciales. La multitud rugía, aplaudía, lanzaba confeti y serpentinas bajo la ardiente luz del sol.

El doctor Jamieson los ignoró y miró el pavimento por debajo de la persiana. Con cuidado, buscó entre la multitud, y entonces descubrió a la chica del vestido blanco que miraba el cortejo alzada de puntillas en la última fila. Sonriendo a la gente de alrededor, la chica se abrió paso mientras llevaba al joven de la mano. Durante unos minutos el doctor Jamieson siguió cada movimiento de la joven, pero cuando aparecieron los primeros carruajes del cuerpo diplomático, empezó a buscar entre el resto de la multitud, examinando cuidadosamente cada cara, fila por fila. Se sacó un pequeño sobre de plástico del bolsillo, lo mantuvo lejos de la cara y rompió el sello.

Se oyó el siseo de un gas verduoso que escapaba del sobre y Jamieson sacó un gran recorte doblado de periódico, amarillento por los años, que en un lado mostraba el retrato de un hombre.

El doctor Jamieson apoyó el recorte contra la repisa de la ventana. La foto mostraba a un hombre de unos treinta años, de mandíbulas cuadradas, obviamente un criminal fotografiado por la policía. Debajo podía leerse: ANTON REMMERS.

El doctor Jamieson se inclinó hacia adelante, atentamente.

El cuerpo diplomático pasó en sus carruajes, seguido por los miembros del gobierno que iban en vehículos abiertos, y que saludaban a la multitud agitando sus sombreros de seda. Luego pasaron más guardias a caballo y hubo un tremendo rugido calle abajo cuando los espectadores que estaban cerca de Oxford Circus vieron acercarse la carroza real.

Nervioso, el doctor Jamieson miró su reloj. Eran las cuatro menos cuarto, y la carroza real pasaría por delante del hotel en solo siete minutos. A su alrededor, el tumulto de ruido dificultaba su concentración y los televisores de las habitaciones adyacentes sonaban a todo volumen.

De repente se aferró al alféizar de la ventana.

¡Remmers!

Justo debajo, a la entrada de un quiosco de cigarrillos, había un hombre de rostro cetrino que llevaba un sombrero verde de ala ancha. Miraba el cortejo impasible, las manos hundidas en los bolsillos de un impermeable barato. Buscando a tientas, el doctor Jamieson levantó el rifle y descansó el cañón en el alféizar, sin perder de vista al hombre. Remmers no hizo intento alguno de avanzar entre la multitud, y esperó en el quiosco, a pocos metros de una pequeña galería que daba a una calle lateral.

El doctor Jamieson buscó entre la multitud una vez más. Ahora el esfuerzo se marcaba en su rostro extenuado. Abajo se oyó un estruendo ensordecedor cuando la carroza real dorada apareció a la vista detrás de una escolta de caballería. Trató de ver si Remmers buscaba a algún cómplice a su alrededor, pero el hombre permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos.

—¡Maldita sea! —gruñó el doctor Jamieson—. ¿Dónde está el otro?

Desesperadamente, apartó la persiana, usando hasta su última gota de astucia y experiencia, mientras en apenas unas décimas de segundo efectuaba una docena de análisis sobre los hombres que veía allí abajo.

—¡Había dos! —gritó para sí mismo con voz ronca—. ¡Había dos!

A unos cincuenta metros de distancia, el joven rey avanzaba sentado en su carroza dorada mientras sus ropajes reflejaban la luz del Sol entre llamaradas de color. Distraído, el doctor Jamieson lo observó, y enseguida se dio cuenta de que Remmers se había movido. El hombre corría ahora deprisa por detrás de la multitud, saltando sobre las piernas flacas como un tigre sorprendido. Mientras la multitud se lanzaba adelante, Remmers sacó del bolsillo del impermeable un termo azul y desenroscó la tapa con movimientos rápidos. El carruaje real atrajo a la multitud y Remmers se

pasó el termo a la mano derecha. Un émbolo metálico sobresalía claramente de la boca del frasco.

—¡Remmers tenía la bomba!

El doctor Jamieson se quedó sin aliento, totalmente desconcertado. Remmers dio un paso atrás, extendió hacia atrás la mano derecha hasta casi rozar el suelo, como un granadero, y empezó a lanzar la bomba hacia adelante con un balanceo cuidadosamente calculado.

El rifle había estado siguiendo al hombre de forma automática y el doctor Jamieson le apuntó al pecho y disparó, justo antes de que la bomba saliera de su mano. La descarga sacudió al doctor Jamieson y casi lo levantó del suelo. El retroceso le desgarró el hombro y el rifle golpeó ruidosamente la persiana veneciana. Remmers cayó hacia atrás contra el quiosco de cigarrillos, doblando las piernas, el rostro como una calavera. Se le había caído la bomba de la mano y ahora giraba en el aire como lanzada por un malabarista. Aterrizó en el suelo a unos pocos metros de distancia, y rodó por entre los pies de la multitud que se agolpaba en la calle para seguir a la carroza real.

Entonces explotó.

Hubo una pulsación cegadora de aire en expansión, seguido por una tremenda erupción de humo y metralla volando a toda velocidad. La ventana que daba a la calle se desprendió entera y se estrelló contra la acera, lanzando al doctor hacia atrás y envolviéndolo en una nube de cristales rotos. Cayó sobre la silla y se recuperó cuando en la calle los vítores se transformaron en chillidos de pánico, después se arrastró hasta la ventana y miró a través del aire áspero. La multitud había echado a correr en todas direcciones, los caballos se desbocaban bajo sus jinetes, que en su mayoría habían perdido el casco. Debajo de la ventana había veinte o treinta personas tendidas o sentadas en el suelo. La carroza real, que solo había perdido una rueda pero que por lo demás estaba intacta, era arrastrada por los caballos, y rodeada de guardias y soldados. Los policías pululaban por la calle hacia el hotel y el doctor Jamieson vio que alguien lo señalaba y gritaba.

Miró hacia abajo en el bordillo de la acera, donde la chica con el vestido blanco estaba tumbada boca arriba, con las piernas torcidas de un modo extraño. El joven arrodillado junto a ella y con la chaqueta rota por la espalda le había cubierto el rostro con un pañuelo, y una mancha oscura se extendía poco a poco por el tejido.

Las voces se elevaron por el pasillo. Se apartó de la ventana, con el rifle todavía en la mano. En el suelo, a sus pies, desplegado por la onda expansiva, estaba el recorte amarillento de periódico. Aturdido, con la mandíbula floja, el doctor Jamieson lo recogió.

ASESINOS INTENTAN MATAR AL REY JACOBO

Bomba mata a 27 personas en la calle Oxford



## Dos hombres muertos a tiros por la policía

Y en un recuadro subrayado podía leerse: «... uno era Anton Remmers, un asesino profesional que se cree que fue contratado por el segundo asesino, un hombre mayor cuyo cuerpo acribillado a balazos todavía no ha podido ser identificado por la policía...».

Unos puños golpearon la puerta. Una voz gritó y luego lanzaron una patada contra el pomo. El doctor Jamieson dejó caer el recorte, se asomó a la ventana y miró al joven arrodillado junto a la muchacha, cogiéndole las manos muertas.

Cuando arrancaron la puerta de sus goznes, el doctor Jamieson supo quién era el asesino desconocido, el hombre que había vuelto para matar después de treinta y cinco años. Así que su intento de alterar el pasado había resultado infructuoso y al retroceder solo había logrado implicarse en el crimen original. Desde su primer análisis sobre los datos estrafalarios del ciclotrón había estado condenado a volver y ayudar a la muerte de su propia novia. Si él no hubiera disparado a Remmers, el asesino habría lanzado la bomba en el centro de la calle y June habría sobrevivido. Toda su estratagema ideada desinteresadamente en beneficio del muchacho, un regalo a su propio yo más joven, se había anulado a sí misma, destruyendo a la persona que tenía intención de salvar.

Con la esperanza de volver a verla por última vez y de decirle al joven que la olvidara, corrió hacia las armas rugientes de los policías.

## LOS LOCOS

A dieciséis kilómetros de Alejandría se desvió por la carretera de la costa que cruzaba la parte superior del continente a través de Túnez y Argelia hasta el túnel trasatlántico de Casablanca, y lanzó el Jaguar a doscientos a través del aire fresco del anochecer, dejando que la brisa le impregnara de sal el bronceado de seis días. Con la cabeza apoyada en el reposacabezas del asiento mientras las palmeras pasaban veloces a los lados, casi no vio a la chica de la gabardina blanca que le hacía señas desde las escaleras del hotel El Alamein, y solo tenía unos trescientos metros para pisar el freno y detener el coche bajo el oxidado letrero de neón.

—¿Túnez? —gritó la muchacha abrochándose el cinturón de la gabardina de hombre alrededor de la esbelta cintura, el pelo largo y negro caído sobre un hombro a la moda de la Rive Gauche parisina.

Túnez... Casablanca... Atlantic City —gritó Gregory abriendo la portezuela del pasajero.

La chica lanzó un maletín amarillo al asiento trasero y se sentó entre las revistas y los periódicos, mientras el coche arrancaba haciendo rugir el motor. Los faros alumbraron un cruce del Mundo Unido colocado bajo las palmeras de la entrada del cementerio militar, e involuntariamente Gregory hizo una mueca y pisó el acelerador a fondo, con los ojos clavados en el espejo retrovisor hasta que la carretera estuvo vacía.

Al llegar a ciento cuarenta levantó el pie del acelerador y contempló a la chica, como si hubiera percibido una señal de advertencia. Ella parecía una beatnik, de rostro largo y melancólico y piel gris, pero la manera de moverse, el laxo tono facial y la mirada y la boca inexpresivas le inquietaban. Por debajo de la gabardina asomaba una falda de algodón a rayas azules, parte de un uniforme de enfermera tan fuera de lugar como el resto de su extraño atuendo. Mientras ella metía las revistas en la guantera, vio el vendaje casero que le cubría la muñeca izquierda.

Ella se dio cuenta de que la estaba mirando y le dedicó una sonrisa demasiado exagerada y luego hizo un esfuerzo por entablar conversación.

—El *Vogue* de París, el *Neue Frankfurter*, el *Express* de Tel-Aviv... Veo que no ha dejado de moverse. —Sacó del bolsillo de la gabardina un paquete de Del Montes y un enorme mechero de latón que obviamente no le era familiar—. Primero Europa, luego Asia, ahora África. Pronto se quedará sin continentes. —Vacilante, se presentó —: Carole Sturgeon. Gracias por el viaje.

Gregory asintió, observando el vendaje en la fina muñeca. Se preguntó de qué hospital se habría escapado. Probablemente del hospital general de El Cairo; allí

todavía usaban uniformes ingleses de estilo antiguo. Diez a uno que el maletín contenía muestras farmacéuticas de algún viajante descuidado.

—¿Puedo preguntarle adónde va? Esto es el final mismo de ninguna parte.

La chica se encogió de hombros.

—Simplemente sigo la carretera. El Cairo, Alejandría, ya sabe... —Y añadió—: Fui a ver las pirámides. —Se echó hacia atrás, volviéndose y apoyándose ligeramente en el hombro de Gregory—. Fue maravilloso. Son las cosas más antiguas del mundo. ¿Recuerda la jactancia: «Antes de que Abraham existiera, yo ya era»?

Pasaron por encima de un bache en la carretera y la licencia de Gregory cayó debajo del volante. La muchacha miró hacia abajo y leyó.

—¿Le importa? Es un viaje largo hasta Túnez. «Charles Gregory, médico...». —Se quedó callada, dubitativa, repitiendo el nombre para sí misma.

De pronto recordó.

—¡Gregory! ¡El doctor Charles Gregory! ¿Usted no fue...? Muriel Bortman, la hija del presidente, que se ahogó en Cayo Hueso, y a usted lo sentenciaron... —Se interrumpió, mirando nerviosa el parabrisas.

—Tiene buena memoria —dijo Gregory en voz baja—. Creí que nadie se acordaba ya.

—Claro que me acuerdo —dijo en un susurro—. Lo que le hicieron fue de locos.

Durante los siguientes minutos la chica derramó un verdadero farrago de simpatía, intercalando detalles inconexos de su propia vida. Gregory trataba de no escuchar, apretando el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos, olvidando deliberadamente rápido todo lo que ella le estaba recordando.

Hubo una pausa, y Gregory la vio venir, como otras veces.

—Dígame, doctor, y espero que me perdone por preguntárselo, pero desde que dictaron las leyes de la Libertad Mental es tan difícil conseguir ayuda, hay que tener mucho cuidado, por supuesto... —Se echó a reír, incómoda—. Lo que realmente quiero decir es que...

El nerviosismo de la chica estaba exasperando a Gregory.

—... que usted necesita atención psiquiátrica —interrumpió él acelerando el Jaguar a ciento cincuenta y mirando de nuevo por el espejo retrovisor. La carretera estaba muerta, las palmeras retrocedían interminablemente en la oscuridad de la noche.

La chica se atragantó con el humo del cigarrillo, la colilla entre los dedos se había humedecido.

—Bueno, yo no, en realidad —dijo sin convicción—. Una amiga mía. Ella realmente necesita ayuda, créame, doctor. Ha perdido todo interés por la vida, parece que ya nada tiene significado para ella.

—Dígale que vaya a ver las pirámides —le cortó Gregory con brusquedad.

Pero la chica no captó la ironía y se apresuró a decir:

—Oh, ya las vio. La dejé en El Cairo. Le prometí que encontraría a alguien que la

cuidara. —Se volvió para examinar a Gregory y se llevó una mano a los cabellos. A la luz azul del desierto le recordó a una de aquellas vírgenes que había visto en el Louvre dos días después de haber quedado en libertad, cuando había salido corriendo de aquella sucia prisión en busca de las cosas más bellas del mundo, las hermosas niñas de trece años y de rostro solemne que habían posado para Leonardo y para los hermanos Bellini—. Pensé que quizás usted conoce a alguien...

Gregory reunió fuerzas y negó con la cabeza.

—No conozco a nadie. Durante los últimos tres años he vivido alejado de todo contacto. De todos modos está prohibido por las leyes de Libertad Mental. ¿Sabe qué pasaría si me pescaran dando tratamiento psiquiátrico?

Aturdida, la chica miraba al frente, a la carretera. Gregory tiró el cigarrillo y pisó el acelerador mientras los tres últimos años de su vida le pasaban ante sus ojos, recuerdos que había esperado poder reprimir en ese viaje de dieciséis mil kilómetros... Tres años en la granja prisión cerca de Marsella, tratando a trabajadores agrícolas y marineros escrofulosos en el dispensario, arriesgándose incluso a un pequeño e ilícito análisis profundo del cabo de policía que no podía satisfacer a su mujer, tres años amargos para aceptar que nunca más practicaría de nuevo el único oficio en el que se sentía plenamente él mismo. Loquero o consolador de insatisfechos, cualquiera que fuera el título, el psiquiatra ya había pasado a la historia, junto a los nigromantes, los hechiceros y otros profesionales de las ciencias oscuras.

La legislación de la Libertad Mental promulgada diez años atrás por el gobierno ultraconservador del Mundo Unido había prohibido la profesión y consagrado la libertad del individuo a estar loco si así lo deseaba, siempre que pagara las consecuencias civiles de cualquier infracción de la ley. Esa era la trampa, el objeto oculto de las leyes de Libertad Mental. Lo que había empezado como una reacción popular contra la «vida subliminal» y la expansión incontrolada de las técnicas de manipulación de masas con fines políticos y económicos se había convertido rápidamente en un ataque sistemático contra las ciencias psicológicas. Tribunales demasiado permisivos con la apología de la delincuencia, reformadores penales pseudoiluminados, «víctimas de la sociedad», el psicólogo y su paciente, todos fueron salvajemente atacados. Descargando frustración y ansiedad en un chivo expiatorio, los nuevos gobernantes, y la mayoría de quienes los habían elegido, dejaron fuera de la ley toda forma de control psicológico, desde el inocente estudio de mercado hasta la lobotomía. Los enfermos mentales fueron abandonados a su suerte, sin piedad ni consideración, obligados a pagar por sus fracasos y defectos. La vaca sagrada de la comunidad era el psicótico, libre para vagar por donde quisiera, babeando en las puertas, durmiendo en las aceras, y ay de aquel que tratara de ayudarlo.

Gregory había cometido ese error. Escapó a Europa, cuna de la psiquiatría, con la esperanza de encontrar un clima más tolerante, y creó en París una clínica secreta con

otros seis analistas emigrados. Durante cinco años trabajaron sin ser detectados, hasta que uno de los pacientes de Gregory, una niña alta y desgarbada con un tartamudeo psicogénico resultó ser Muriel Bortman, hija del presidente general del Mundo Unido. El análisis había fracasado trágicamente cuando la clínica fue allanada; después de la muerte de la niña un espectacular juicio público (con interminables exhibiciones de aparatos de electroshock, películas sobre comas insulínicos y el testimonio de innumerables paranoicos reclutados en los callejones) había concluido en una sentencia de tres años.

Ahora, por fin, estaba en libertad; sus ahorros invertidos en el Jaguar, huyendo de Europa y de los recuerdos de la prisión por las carreteras vacías del norte de África. No quería más problemas.

—Me gustaría ayudarle —le dijo a la chica—. Pero los riesgos son demasiado altos. Todo lo que su amiga puede hacer es reconciliarse consigo misma.

La chica se mordió el labio impacientemente.

—No creo que pueda. Gracias de todos modos, doctor.

Durante las siguientes tres horas se mantuvieron en silencio mientras el coche avanzaba a toda velocidad, hasta que vieron las luces de Tobruk y la larga curva del puerto.

—Son las dos de la mañana —dijo Gregory—. Aquí hay un motel. La recogeré por la mañana.

Una vez estuvieron en sus respectivas habitaciones, Gregory volvió al registro y alquiló una habitación en otro chalé. Se durmió mientras Carole Sturgeon subía y bajaba las galerías desamparada, susurrando su nombre.

Después del desayuno volvió del mar, y encontró en el patio un enorme vehículo del Mundo Unido. Unos enfermeros empujaban una camilla hacia una ambulancia.

Un coronel de la policía libia, un hombre alto, estaba apoyado en el Jaguar y le daba golpecitos al parabrisas con su porra de cuero.

—Ah, doctor Gregory. Buenos días —señaló la ambulancia con la porra—. Una profunda tragedia, una hermosa chica norteamericana.

Gregory hundió los pies en la arena gris y tuvo que hacer un esfuerzo para no correr a la ambulancia y levantar la sábana. Afortunadamente, el uniforme del coronel y las miles de inspecciones matinales y nocturnas que había soportado en el calabozo lo mantuvieron prudentemente atento.

—Soy Gregory, sí. —El polvo se le espesó en la garganta—. ¿Está muerta?

El coronel se pasó la porra por el cuello.

—De oreja a oreja. Debe de haber encontrado una vieja cuchilla de afeitar en el lavabo. Alrededor de las tres de la madrugada.

Se dirigió hacia el chalé de Gregory, haciéndole una seña con la porra. Gregory lo siguió hasta las sombras, y se detuvo provisionalmente junto a la cama.

—A esa hora yo estaba durmiendo. El encargado puede dar fe de ello.

—Naturalmente.

El coronel echó una mirada a las posesiones de Gregory extendidas sobre la colcha, y empujó ociosamente el maletín negro con la porra.

—¿Ella le pidió ayuda, doctor? ¿Para sus problemas personales?

—No directamente. Pero hizo alusión a ellos. Parecía un poco confundida.

—Pobrecilla. —El coronel inclinó la cabeza compasivamente—. Su padre es el primer secretario de la embajada en El Cairo, algo así como un autócrata. Los norteamericanos son muy severos con sus hijos, doctor. Mano firme, sí, pero la comprensión no cuesta nada. ¿No está de acuerdo? Ella le tenía miedo, y huyó del hospital estadounidense. Mi tarea es proporcionarles una explicación a las autoridades. Si tuviera una idea de lo que realmente le preocupaba a esta chica... No cabe duda de que usted la ayudó lo mejor que pudo.

Gregory negó con la cabeza.

—No la ayudé de ninguna manera en absoluto, coronel. De hecho, me negué a hablar de sus problemas. —Gregory sonrió secamente al coronel—. No cometería dos veces el mismo error, ¿no cree?

El coronel lo estudió con calma.

—Muy sensato, doctor. Pero me sorprende. Sin duda, los miembros de su profesión se consideran llamados a una causa especial, responsable de una autoridad superior. ¿Es tan fácil deshacerse de esos ideales?

—Tengo mucha práctica.

Gregory empezó a guardar las cosas desparramadas sobre la cama, saludó al coronel con una breve reverencia y se dirigió al patio.

Media hora después iba de camino a Benghasi, con el Jaguar a ciento sesenta, descargando la tensión y la ira en salvajes explosiones de velocidad. Libre desde hacía apenas diez días, ya se había metido en problemas, pasando por la agonía de tener que negarle la ayuda a alguien que la necesitaba desesperadamente, sintiendo en las manos la necesidad de ayudar a la chica pero reprimiéndose por culpa del demencial castigo. No solo había que suprimir aquella legislación loca, sino que también había que deshacerse de quienes la hacían cumplir: Bortman y sus camaradas oligarcas.

Hizo una mueca al recordar el frío e inexpresivo rostro de Bortman, dirigiéndose al Senado del Mundo en Lake Success, argumentando a favor de penas más severas para los criminales psicópatas. El hombre había salido directamente de la Inquisición del siglo XIV, y su puritanismo burocrático ocultaba dos verdaderas obsesiones: la suciedad y la muerte. Cualquier sociedad sana habría encerrado a Bortman para siempre o le habría hecho un lavado de cerebro completo. Indirectamente, Bortman era tan responsable de la muerte de Carole Sturgeon como si él mismo le hubiera dado la cuchilla de afeitar.

Después de Libia, Túnez. Avanzaba a velocidad constante a lo largo de la carretera de la costa, con el mar a la derecha como un espejo fundido, evitando en lo posible las grandes ciudades. Afortunadamente, no eran tan malas como las ciudades europeas: los psicóticos merodeaban como perros callejeros en los parques de la parte alta, y eran lo suficientemente listos como para no robar en las tiendas ni causar problemas, pero molestaban a la gente de las terrazas de las cafeterías, y llamaban a las puertas de los hoteles a todas horas de la noche.

En Argel pasó tres días en el Hilton, cambió el motor del coche y buscó a Philip Kalundborg, un viejo colega de Toronto que ahora trabajaba en un hospital infantil de la Organización Mundial de la Salud.

Al empezar la tercera botella de borgoña, Gregory le habló de Carole Sturgeon.

—Es absurdo, pero me siento culpable. El suicidio es un acto muy contagioso y yo le recordé la muerte de Muriel Bortman. Maldita sea, Philip, podría haberle dado algunos consejos generales como habría hecho cualquier profano sensato.

—Peligroso. Y claro que hiciste bien —lo tranquilizó Philip—. Después de los últimos tres años, ¿quién podría afirmar lo contrario?

Gregory miró más allá de la terraza el tráfico dando vueltas sobre los adoquines iluminados por los carteles de neón. Los mendigos se sentaban en fila sobre la acera lloriqueando por unas monedas.

—Philip, no sabes lo que es ahora Europa. Al menos el cinco por ciento de la población necesita tratamiento profesional. Créeme, tengo miedo de ir a América. Solo en Nueva York la gente salta desde los tejados a razón de diez por día. El mundo está convirtiéndose en un manicomio, la mitad de la sociedad se regodea directamente de los tormentos de la otra. La mayoría de las personas no se da cuenta de a qué lado de los barrotes está. Es más fácil. Aquí las tradiciones son diferentes.

Kalundborg asintió.

—Cierto. En los pueblos del interior es una práctica habitual sacarles los ojos a los esquizofrénicos y exhibirlos en una jaula. La injusticia está tan generalizada que empezamos a mostrarnos tolerantes ante cualquier barbaridad.

Un joven alto, de espesa barba negra, con pantalones de algodón desteñidos y alpargatas cruzó la terraza y puso las manos sobre la mesa. Tenía los ojos muy hundidos por debajo de la frente y manchas marrones de intoxicación narcótica alrededor de los labios.

—¡Christian! —exclamó Kalundborg enfadado. Miró a Gregory, se encogió de hombros y se volvió hacia el joven con exasperación controlada—. Mi querido amigo, esto ya ha durado demasiado tiempo. No puedo ayudarte, no insistas.

El joven asintió pacientemente.

—Es Marie —explicó con voz áspera y lenta—. No puedo controlarla. Tengo miedo de que lastime al bebé. Ya sabe, la depresión posparto...

—¡Tonterías! No soy estúpido, Christian. El bebé tiene casi tres años. Si Marie es

un manojo de nervios es por culpa tuya. Escucha, no te ayudaría aunque pudiera. O te curas tú mismo o estás acabado. Ya tienes barbiturismo crónico. El doctor Gregory, aquí a mi lado, estará de acuerdo conmigo.

Gregory asintió. El joven miró a Kalundborg sombríamente, luego a Gregory y se alejó arrastrando los pies entre las mesas.

Kalundborg llenó su vaso.

—Hoy en día lo tienen todo en contra. Creen que nuestro trabajo era fomentar el hábito de las drogas, no curarlo. En el panteón de estas personas la figura paterna es siempre benévola.

—Esa ha sido invariablemente la línea de Bortman. La psiquiatría es en última instancia autoindulgente, estimula la debilidad y la falta de voluntad. Es sabido que no hay nadie más resuelto que un neurótico obsesivo. El mismo Bortman es un buen ejemplo de ello.

Al entrar en la habitación del décimo piso, vio al joven que estaba hurgando en su maletín sobre la cama. Por un momento Gregory se preguntó si no sería un espía del Mundo Unido, quizás el encuentro de la terraza no era más que una maniobra de distracción.

—¿Encuentra lo que busca?

Christian siguió hurgando en el maletín y luego lo lanzó con furia contra el suelo. Rodeó la cama, evitando a Gregory, buscando ávidamente con la mirada encima del armario y en los soportes de las lámparas.

—Kalundborg tenía razón —murmuró Gregory en voz baja—. Pierde el tiempo.

—Al diablo con Kalundborg —gruñó Christian suavemente—. Está muy equivocado. ¿Cree que estoy buscando algún paraíso artificial, doctor? ¿Con esposa e hijo? No soy tan irresponsable. Me doctoré en Derecho en Heidelberg.

Echó a andar por el cuarto, pero se detuvo a observar a Gregory de cerca.

Gregory comenzó a cerrar los cajones.

—Bueno, vuelva a su jurisprudencia. Hay suficientes problemas de los que ocuparse en este mundo.

—Doctor, ya hice algo. ¿No le dijo Kalundborg que demandé a Bortman por asesinato? —Ante la sorpresa de Gregory, Christian explicó—: Una acción civil privada, no un proceso penal. Mi padre se suicidó hace cinco años, después de que Bortman lo expulsara del Colegio de Abogados.

Gregory recogió el maletín del suelo.

—Lo siento —dijo evasivamente—. ¿Qué pasó con esa demanda contra Bortman?

Christian miró por la ventana hacia la oscuridad.

—Nunca se admitió a trámite. Unos investigadores de la Oficina Mundial vinieron a verme después, cuando ya me había convertido en una molestia, y me sugirieron que me fuera de Estados Unidos para siempre. Por eso vine a Europa a



doctorarme. Ahora estoy en el camino de regreso. Necesito los barbitúricos para contener mis deseos de ponerle una bomba a Bortman.

De repente se lanzó a través de la habitación y, antes de que Gregory pudiera interponerse, alcanzó el balcón y se subió a la barandilla. Gregory se lanzó tras él, lo agarró del pie, y trató de sacarlo de la cornisa. Christian se aferró a él, gritando en la oscuridad, mientras abajo se movían las luces de los coches a lo largo de la calle húmeda. En la acera la gente miraba hacia arriba.

Christian se dobló de la risa cuando cayeron en el suelo de la habitación. Se dejó caer en la cama y apuntó con el dedo a Gregory, apoyado en el armario, jadeando espasmódicamente, agotado.

—Gran error, doctor. Es mejor que se vaya antes de que avise al prefecto de la policía. ¡Ha impedido un suicidio! Dios mío, con sus antecedentes le caerán diez años. ¡Qué broma!

Gregory lo sacudió por los hombros, presa de la ira.

—Oiga, ¿a qué está jugando? ¿Qué quiere?

Christian apartó las manos de Gregory y se recostó lentamente.

—Ayúdeme, doctor. Quiero matar a Bortman, no puedo pensar en otra cosa. Si no tengo cuidado trataré de hacerlo. Enséñeme cómo olvidarlo. —Su voz se elevó, desesperadamente—. Maldita sea, yo odiaba a mi padre, y me alegré cuando Bortman lo echó.

Gregory lo miró pensativo, luego se acercó a la ventana y la cerró, ocultando la noche.

Dos meses más tarde, en el motel de las afueras de Casablanca, Gregory quemó por fin las últimas notas del análisis. Christian, bien afeitado, con un impecable traje blanco tropical y una corbata de color neutro, contempló desde la puerta las cenizas de los apuntes codificados apiladas en el cenicero, luego se las llevó al cuarto de baño y las tiró al váter.

Cuando Christian cargó las maletas en el coche, Gregory dijo:

—Una cosa antes de irnos. Un tratamiento completo no puede hacerse en solo dos meses, ni siquiera en dos años. Es algo que dura toda una vida. Si tiene una recaída, venga a verme, aunque yo esté en Tahití, o en Shanghái, o en Rusia. —Gregory hizo una pausa—. Si ellos lo descubren, ¿sabe qué pasará?

Christian asintió en silencio. Gregory se sentó en la silla frente al escritorio y miró entre las palmeras la enorme cúpula del túnel trasatlántico a un kilómetro y medio de distancia. Sabía que durante un largo tiempo sería incapaz de relajarse. De alguna extraña manera, le parecía que los tres años en Marsella habían sido una pérdida de tiempo, que empezaba una condena aplazada y de duración indefinida. No había experimentado satisfacción alguna ante el éxito del tratamiento, tal vez porque se había ocupado de Christian en parte para que no lo incriminarán a él mismo en

caso de un ataque contra Bortman.

—Con suerte, ahora usted debería ser capaz de vivir sin conflictos consigo mismo. Trate de recordar que todos los males que Bortman pueda cometer en el futuro son irrelevantes frente al verdadero problema. El ataque que sufrió su madre después del suicidio de su padre hizo que usted se diera cuenta de que se sentía inconscientemente culpable por odiar a su padre, pero transfirió cómodamente esa culpa a Bortman y creyó que si lo mataba podría liberarse de dicha culpa. La tentación puede volver de nuevo.

Christian asintió, inmóvil, de pie junto a la puerta. Su rostro estaba ahora más lleno, sus ojos eran de un gris plácido. Tenía el aspecto de cualquier burócrata bien cuidado del Mundo Unido.

Gregory cogió un periódico.

—Veo que Bortman ataca a la Asociación Estadounidense de Abogados como si se tratara de una organización subversiva, puede que tenga la intención de proscribirla. Si tiene éxito será un golpe irreparable contra la libertad civil. —Miró pensativo a Christian, que no mostró reacción alguna—. De acuerdo, vamos. ¿Todavía sigue pensando en volver a Estados Unidos?

—Por supuesto. —Christian se metió en el coche, y luego estrechó la mano del psiquiatra. Gregory había decidido quedarse en África y encontrar un hospital donde pudiera trabajar, así que le había regalado el coche a Christian—. Marie me esperará en Argelia hasta que yo termine este asunto.

—¿Qué asunto?

Christian arrancó el coche, levantando una nube de polvo entre los rugidos del motor y el olor del combustible quemado.

—Matar a Bortman —dijo en voz baja.

Gregory se agarró al parabrisas.

—No habla en serio.

—Me ha curado, doctor, y dentro de los límites aceptables estoy completamente sano, más de lo que probablemente me sienta nunca. Maldita sea, en este mundo hay muy pocas personas cuerdas ahora mismo, lo que me obliga a actuar con más racionalidad todavía. Bueno, la lógica me dice que alguien tiene que hacer el esfuerzo de acabar con la sombría manada de fieras que maneja las cosas y Bortman parece un buen comienzo. Tengo la intención de llegar a Lake Success y pegarle un tiro. —Christian movió la palanca del cambio de marchas, y añadió—: No trate de hacer que me detengan, doctor, porque lo único que conseguirá es que se enteren de la larga relación que le une a mí.

Cuando Christian comenzó a levantar el pie del embrague, Gregory gritó:

—¡Christian! ¡Nunca se saldrá con la suya! ¡Lo atraparán de todos modos! — Pero el coche arrancó y empezó a avanzar.

Gregory corrió tras él entre el polvo, tropezando con las piedras semienterradas

en el suelo, dándose cuenta impotente de que cuando atraparan a Christian e investigaran qué había hecho durante los últimos meses no tardarían en encontrar al verdadero asesino, un médico exiliado que arrastraba tres años de rencor.

—¡Christian! —gritó, atragantándose con el polvo blanco—. ¡Christian, está loco!

1962

## EL JARDÍN DEL TIEMPO

Hacia el atardecer, cuando la gran sombra de la villa de arquitectura palladiana llenaba la terraza, el conde Axel abandonó su biblioteca y bajó los anchos escalones de mármol que lo llevarían hacia las flores del tiempo. Una figura alta e imperiosa, vestida con una chaqueta de terciopelo negro, con un alfiler de corbata de oro que brillaba bajo su barba de estilo Jorge V, y con un bastón balanceándose ligeramente en una de sus manos enguantadas, examinó las exquisitas flores de cristal, sin emoción alguna, mientras escuchaba el sonido del clavecín de su mujer, que tocaba un rondó de Mozart en la sala de música, cuyos ecos vibraban a través de los pétalos traslúcidos.

Bajo la terraza, el jardín de la villa se extendía unos doscientos metros, descendiendo hasta un lago en miniatura cruzado por un puente blanco que daba a un estrecho pabellón en la orilla opuesta. Axel rara vez se aventuraba hasta el lago. La mayoría de las flores del tiempo crecían en un pequeño bosquecillo justo debajo de la terraza, protegidas por el alto muro que rodeaba la finca. Desde la terraza, el conde podía ver por encima del muro la llanura que había más allá, una extensión continua de terreno abierto que se ondulaba hasta el horizonte, donde ascendía un poco antes de perderse de vista finalmente. La llanura rodeaba la casa por todas partes, y su monótono vacío acentuaba la reclusión y la suave magnificencia de la villa. Aquí, en el jardín, el aire parecía más brillante y el Sol más caliente, mientras que en la llanura siempre parecía pálido y lejano.

Antes de empezar su paseo vespertino, como de costumbre, el conde Axel contempló la llanura hasta la última colina, donde el horizonte, como si fuera un escenario lejano, estaba iluminado por los rayos del Sol en pleno crepúsculo. Con Mozart sonando delicadamente a su alrededor procedente de las graciosas manos de su esposa, vio que las primeras columnas de un gran ejército aparecían por la línea del horizonte. A primera vista le pareció que avanzaban en filas ordenadas, pero al observar con más detenimiento fue evidente que, como el oscuro detalle de un paisaje de Goya, el ejército estaba compuesto por una inmensa multitud de personas, hombres y mujeres, entremezcladas con unos pocos soldados de uniformes andrajosos, avanzando como una marea desorganizada. Algunos llevaban encima pesadas cargas suspendidas de burdos yugos atados al cuello, otros tiraban de pesados carros mientras ayudaban con las manos a hacer girar las ruedas, algunos avanzaban en solitario, pero todos iban al mismo ritmo, con las espaldas curvadas bajo el Sol fugaz.

La multitud casi estaba demasiado lejos para ser bien visible, pero aun así Axel siguió observando, con expresión distante pero atento, hasta que pudo ver con

claridad la vanguardia de la inmensa muchedumbre que ahora aparecía en el horizonte. Por fin, cuando la luz del día empezó a desvanecerse, el frente de la multitud alcanzó la cima de la primera ondulación en el horizonte, y Axel dejó la terraza y caminó por entre las flores del tiempo.

Las flores crecían hasta una altura de casi dos metros, sus tallos delgados como varillas de cristal sostenían una docena de hojas que una vez fueron transparentes y ahora aparecían empañadas por las venas fosilizadas. En el extremo de cada tallo estaba la flor del tiempo, del tamaño de una copa, con sus opacos pétalos exteriores que encerraban el corazón de cristal. Su brillo diamantino mostraba mil facetas, el cristal parecía vaciar el aire de luz y movimiento. Al mecerse suavemente en el aire de la noche, relucían como lanzas con puntas de fuego.

Muchos de los tallos habían perdido su flor, y Axel los examinaba todos cuidadosamente, con un destello de esperanza en los ojos mientras buscaba brotes nuevos. Por fin, eligió una gran flor de un tallo cercano a la pared, se quitó los guantes y con sus fuertes dedos la partió.

Mientras llevaba la flor a la terraza, esta comenzó a relucir y a deshacerse, a la vez que liberaba la luz atrapada en su núcleo. Poco a poco, el cristal también se disolvió, y solo los pétalos exteriores permanecieron intactos, y el aire alrededor de Axel empezó a resplandecer, casi a cobrar vida, al recibir los rayos oblicuos del Sol menguante. Por un momento, extraños cambios transformaron la noche, alternando sutilmente las dimensiones de tiempo y espacio. El oscuro pórtico de la casa quedó despojado de la pátina de tiempo y destellaba con una curiosa blancura fantasmal, como surgido repentinamente de un sueño.

Axel alzó la cabeza y miró por encima del muro. Solo el borde más lejano del horizonte estaba iluminado por el Sol, y la gran multitud, que antes se extendía casi por una cuarta parte del camino de la llanura, ya había retrocedido hasta el horizonte, había vuelto atrás bruscamente en una inversión de tiempo, y ahora parecía inmóvil.

En la mano de Axel, la flor había reducido su tamaño hasta el de un dedal de cristal, los pétalos estaban contraídos alrededor del núcleo desvanecido. Un leve destello brilló en su interior y luego se extinguió, y Axel sintió que la flor se derretía en su mano como una perla helada de rocío.

El crepúsculo se cerraba sobre la casa, extendiendo las grandes sombras sobre la llanura, fundiendo el cielo con el horizonte. El clavecín estaba ahora en silencio y las flores del tiempo no reflejaban su música, inmóviles como un bosque embalsamado.

Axel las miró durante unos minutos, contando las flores que aún quedaban; después saludó a su esposa, que cruzaba la terraza arrastrando la cola de brocado de su vestido de noche por encima de los azulejos ornamentales.

—Qué hermosa noche, Axel —dijo ella emocionada, como si le diera las gracias personalmente por haber creado para ella aquellas sombras que ahora adornaban el césped y el aire oscuro.

Su rostro era sereno e inteligente, llevaba el cabello recogido en la nuca con un

broche de piedras incrustadas en plata. El amplio escote de su vestido mostraba un cuello esbelto y una barbilla alta. Axel la observó con profundo orgullo. Le ofreció su brazo y juntos bajaron las escaleras hasta el jardín.

—Uno de los ocasos más largos de este verano —confirmó Axel. Luego añadió —: He arrancado una flor perfecta, querida. Una joya. Con suerte nos durará varios días. —Una arruga le cruzó la frente y miró involuntariamente hacia el muro—. Cada vez parecen estar más cerca.

La mujer le sonrió alentadoramente y le apretó el brazo con fuerza.

Ambos sabían que el jardín del tiempo estaba muriendo.

Tres tardes después, como había previsto (aunque antes de lo que esperaba en secreto), el conde Axel arrancó otra flor del jardín del tiempo.

Cuando aquel día miró por encima del muro, la multitud había llegado a la mitad de la llanura y se extendía por el horizonte como una masa ininterrumpida. Creyó oír murmullos de voces arrastrados por el viento, un rumor sombrío de lamentos y gritos. Afortunadamente, su mujer estaba sentada ante el clavecín y los ricos contrapuntos de una fuga de Bach se esparcían en cascada por la terraza, enmascarando los demás ruidos.

Entre la casa y el horizonte, la llanura estaba dividida en cuatro grandes hondonadas, y la cima de cada una de ellas era visible bajo la luz oblicua. Axel se había prometido a sí mismo que no volvería a contarlas, pero eran muy pocas como para pasar inadvertidas, sobre todo porque marcaban el avance del ejército. Ahora la vanguardia había pasado la primera e iba camino de completar la segunda, y el grueso de la multitud presionaba desde detrás, ocultando la cresta y la explanada hasta el horizonte. A izquierda y derecha de aquel grupo central, Axel pudo comprobar la ilimitada extensión de aquel ejército. Lo que al principio parecía la masa central no eran más que la avanzadilla. El verdadero centro aún no había aparecido, pero Axel calculó que cuando apareciera por fin, ocuparía cada palmo de tierra de la llanura.

Axel trató de distinguir vehículos o maquinaria pesada, pero todo aquello era una maraña amorfa y descoordinada. No había estandartes ni banderas, ni mascotas ni lanceros. Con la cabeza gacha, la muchedumbre avanzaba sin levantar la mirada al cielo.

De repente, antes de que Axel se alejara, la avanzadilla de la multitud apareció en lo alto de la segunda cresta y avanzaron desordenadamente por la llanura. Lo que más le asombró fue la increíble distancia que habían recorrido mientras estaban fuera del alcance de la vista. Ahora las figuras eran dos veces más grandes.

Axel salió de la terraza enseguida, eligió una flor del tiempo del jardín y la arrancó de su tallo. Mientras emitía su densa luz, Axel regresó a la terraza. Cuando la flor se redujo a una perla helada en su mano contempló la llanura y vio con alivio que el ejército había retrocedido hasta el horizonte.

Entonces se dio cuenta de que el horizonte estaba mucho más cerca que antes y

que en realidad lo había confundido con la primera cresta.

Cuando se unió a la condesa en su paseo vespertino no le dijo nada de lo que había visto, pero ella pudo ver su desconcierto e hizo todo lo posible para disipar su preocupación.

Mientras bajaban los escalones, ella señaló hacia el jardín del tiempo.

—¡Qué maravillosa exposición, Axel! ¡Hay tantas flores todavía!

Axel asintió, sonriendo para sus adentros ante el intento de su esposa para tranquilizarlo. El tono de aquel «todavía» revelaba su previsión inconsciente del final próximo. De hecho, solo quedaba una docena de flores de los cientos que habían crecido en el jardín, y varias de ellas eran apenas simples brotes tiernos. Solamente tres o cuatro estaban completamente desarrolladas. Mientras caminaban hacia el lago y la cola del vestido de la condesa se arrastraba vaporoso por el césped fresco, Axel trataba de decidir si debería arrancar primero las flores desarrolladas o dejarlas para el final. Estrictamente, sería mejor darles a las flores más pequeñas el tiempo suficiente para que crecieran y madurasen, y esa ventaja se perdería si conservaba las flores más grandes hasta el final, como deseaba hacer para la última acción defensiva. Sin embargo, se dio cuenta de que ya importaba poco, porque el jardín moriría pronto y las flores más pequeñas requerían mucho más tiempo para crecer que el que podían contener sus núcleos de tiempo comprimido. Durante toda su vida no había percibido una sola evidencia de crecimiento en las flores. Las flores más grandes habían estado siempre maduras, y ninguno de los brotes había mostrado el más mínimo desarrollo.

Al cruzar el lago, él y su esposa miraron sus cuerpos reflejados en las inmóviles aguas negras. Protegido por el pabellón a un lado y por el alto muro del jardín al otro y con la villa en la distancia, Axel se sintió sereno y seguro, y la llanura, con la muchedumbre, parecía una pesadilla de la que se hubiera despertado definitivamente. Pasó el brazo por la suave cintura de su esposa y la apretó contra su propio cuerpo con dulzura, y se dio cuenta de que no la había abrazado desde hacía años, aunque su vida juntos fuera atemporal, y aunque recordara el momento en que la trajo a vivir a la villa como si fuera ayer.

—Axel —le preguntó su esposa, con repentina seriedad—, antes que el jardín muera... ¿puedo elegir la última flor?

Entendiendo su petición, él asintió lentamente.

Una por una, durante los dos atardeceres siguientes, Axel arrancó las flores que quedaban, dejando tan solo un pequeño capullo que crecía justo debajo de la terraza, para su esposa. Había elegido las flores al azar, negándose a contarlas o a racionarlas y arrancando dos o tres capullos de los más pequeños a la vez cuando era necesario. La horda había alcanzado la segunda y tercera crestas, una vasta explanada de humanidad que emborronaba el horizonte. Desde la terraza, Axel podía ver claramente las filas arrastrando los pies mientras descendían la cresta final, y a ratos

le llegaba el sonido de sus voces mezcladas con gritos de ira y el chasquido de látigos. Los carros de madera se tambaleaban de un lado a otro sobre sus ruedas y los conductores luchaban por controlarlos. Por lo que Axel podía intuir, ni un solo miembro de la multitud parecía consciente de la dirección que llevaban. Más bien avanzaban a ciegas sobre el terreno, pisándoles los talones a los que iban delante, y la única unidad era la de la rutina acumulada. Inútilmente, Axel esperaba que el verdadero núcleo, muy por debajo del horizonte, pudiera avanzar en una dirección diferente y que poco a poco la multitud alterase su curso, desviándose de la villa y se alejara por la llanura como una marea.

En el penúltimo atardecer, cuando arrancó la flor del tiempo, la avanzadilla de la muchedumbre, un denso enjambre de personas, ya había alcanzado la tercera cresta. Mientras esperaba a la condesa, Axel miró las dos únicas florecillas que quedaban, dos pequeños brotes que solo los llevarían unos pocos minutos atrás en el próximo atardecer. Los tallos de cristal de las flores arrancadas se alzaban en el aire, pero todo el jardín había perdido su lozanía.

Axel pasó la mañana siguiente en su biblioteca, tranquilamente, guardando sus manuscritos más raros en las vitrinas de cristal de las galerías. Caminó lentamente por el pasillo repleto de retratos, limpiando con cuidado cada uno de los cuadros, después ordenó su escritorio y cerró la puerta tras de sí. Durante la tarde se ocupó de los salones, ayudando discretamente a su esposa mientras limpiaba sus ornamentos y ordenaba los jarrones y bustos.

Al atardecer, cuando el Sol caía por detrás de la casa, ambos estaban cansados y polvorientos, y no habían hablado el uno con el otro en todo el día. Cuando su mujer se dirigía a la sala de música, Axel la llamó.

—Esta noche recogeremos las flores juntos, querida —le dijo suavemente—. Una para cada uno.

Miró brevemente por encima del muro. A unos ochocientos metros se oía el ruido sordo de aquel ejército harapiento, las ruedas de hierro y el restallar de los látigos, avanzando hacia la casa.

Rápidamente, Axel arrancó su flor, un capullo no mayor que un zafiro. A medida que fue desapareciendo su luz, el tumulto de afuera disminuyó momentáneamente, y después empezó a reunirse de nuevo.

Cerrando sus oídos al clamor, Axel miró la villa a su alrededor, contando las seis columnas del pórtico, después contempló la superficie plateada del lago, el disco que reflejaba la última luz de la tarde y las sombras que se movían entre los árboles y se extendían por la hierba fresca. Se detuvo en el puente, donde él y su esposa habían descansado cogidos del brazo tantos veranos.

—¡Axel!

Afuera, el tumulto rugió en el aire, miles de voces bramaban apenas a veinte o treinta metros de allí. Una piedra voló por encima del muro y cayó entre las flores del



tiempo, rompiendo algunos de los tallos de cristal. La condesa corrió hacia él cuando una lluvia se estampó contra el muro. Después, una pesada teja voló por encima de sus cabezas y se estrelló contra uno de los ventanales del invernadero.

—¡Axel!

La rodeó con sus brazos, enderezándose la corbata de seda que ella había ladeado con el hombro.

—¡Rápido, querida, la última flor!

La condujo por las escaleras hasta el jardín. Tomando el tallo entre sus dedos enjorjados, la partió limpiamente y la protegió en el hueco de las manos.

Por un momento el tumulto disminuyó levemente y Axel recuperó la calma. Bajo la vívida luz centelleante de la flor blanca vio los ojos asustados de su esposa.

—Mantenla así todo lo que puedas, querida mía, hasta que muera la última fibra.

Permanecieron juntos en la terraza, mientras la condesa protegía la joya agonizante y el aire se llenaba de las voces de fuera. La turba arremetió contra las pesadas puertas de hierro y toda la casa se sacudió por el impacto.

Cuando el último rayo de luz desapareció rápidamente, la condesa alzó las manos al aire, como si liberase un pájaro invisible y, a continuación, en un último arranque de valentía, tomó las manos de su marido con una sonrisa tan radiante como la flor que acababa de desvanecerse.

—¡Oh, Axel! —exclamó.

Como una espada, la oscuridad se abatió sobre ellos.

Con dificultad, la multitud llegó hasta los restos del muro en ruinas que cercaba la villa, pasaron los carros por encima de él y a lo largo de los surcos yermos que una vez fueron el ornamentado camino de entrada. Las ruinas de aquella antigua y espaciosa villa estaban siendo invadidas por una marea humana incesante. El lago estaba seco, los árboles caídos se pudrían en el fondo y el viejo puente se había oxidado. Las malas hierbas brotaban entre el césped, antes bien cuidado, cubriendo los senderos de piedra tallada.

Gran parte de la terraza se había derrumbado y el grueso de la muchedumbre pasaba directamente por encima del césped, dejando a un lado la villa en ruinas, pero uno o dos de los más curiosos treparon y buscaron entre los escombros. Las puertas se habían podrido en sus goznes y el suelo estaba resquebrajado. En la sala de música había un viejo clavecín hecho trizas y entre el polvo del suelo aún se distinguían algunas teclas. Todos los libros se habían caído de sus estanterías, los lienzos estaban rasgados y sus marcos dorados cubrían el suelo.

Cuando el grueso de la muchedumbre llegó a la casa, empezó a pasar por encima de toda la extensión del muro. La gente avanzaba a trompicones por el lago seco y por la terraza, cruzando la casa y saliendo por la fachada que daba al norte.

Solo una zona resistía aquella oleada sin fin. Justo debajo de la terraza, entre la balaustrada en ruinas y el muro, donde había unos espinos de unos dos metros de altura. El follaje repleto de espinas formaba una masa impenetrable y la gente la

rodeaba con cuidado, viendo la belladona entrelazada entre las ramas. La mayoría estaba demasiado ocupada buscando un paso entre las destrozadas losas como para fijarse en el centro de los matorrales espinosos, donde dos estatuas de piedra, una junto a la otra, miraban hacia los jardines desde su refugio. La mayor de las dos figuras era la efigie de un hombre con barba que llevaba una chaqueta de cuello alto y un bastón bajo el brazo. A su lado había una mujer con un elaborado vestido de seda, con un delicado y sereno rostro que estaba marcado por las señales de la lluvia y el viento. En su mano derecha apretaba ligeramente una sola rosa, cuyos pétalos eran tan finos que casi parecían transparentes.

Cuando el Sol se desvaneció detrás de la casa, un único rayo de luz pasó a través de una cornisa rota y golpeó la rosa y, reflejándose sobre las estatuas, iluminó la piedra gris de tal manera que, por un instante fugaz, fue indistinguible de la carne original de los modelos, tiempo atrás desvanecidos, que dieron forma a aquellas estatuas.

## LOS MIL SUEÑOS DE STELLAVISTA

Ahora ya nadie viene a Vermilion Sands, y supongo que hay pocas personas que hayan oído hablar de ella alguna vez. Pero hace diez años, cuando Fay y yo fuimos a vivir a Stellavista 99, justo antes de que nuestro matrimonio se rompiera, la colonia era recordada aún como el patio de recreo de estrellas de cine, herederas delincuentes, y cosmopolitas excéntricos en los fabulosos años anteriores a la Recesión. Es cierto que la mayoría de las villas abstractas y de los falsos palacios estaban vacíos, sus enormes jardines cubiertos de malas hierbas, las piscinas de dos niveles secas desde hacía tiempo, y que todo el lugar estaba deteriorándose como un parque de atracciones abandonado, pero todavía quedaba suficiente extravagancia rara en el aire como para darse cuenta de que los gigantes apenas acababan de partir.

Recuerdo el día en que llegamos por primera vez a Stellavista en el coche del agente de la propiedad, y lo contentos que estábamos Fay y yo, a pesar de nuestra falsa fachada de respetabilidad burguesa. Fay, creo, estaba incluso un poco impresionada —uno o dos de los grandes nombres propios todavía vivían en las casas que daban a la parte posterior de la terraza— y estaba claro que éramos los clientes más fáciles que veía aquel joven vendedor desde hacía meses.

Es de suponer que por eso se ocupó primero de los lugares realmente extravagantes. Los primeros seis eran evidentemente de los antiguos asiduos, fielmente exhibidos uno tras otro con la esperanza de que algún cliente desprevenido llegara a quedarse pasmado y adquiriera uno o, en su defecto, perdiera temporalmente todo criterio de comparación y comprara la primera mole que viera tolerablemente convencional.

Uno de esos lugares, justo al lado de Stellavista y M, habría estremecido incluso a un surrealista de la vieja guardia colgado de heroína. Oculto desde la avenida por una masa de rododendros polvorientos, consistía en seis esferas de aluminio suspendidas como los elementos de un móvil infantil de un enorme pescante de hormigón. La esfera más grande contenía el salón, y las otras, cada vez más pequeñas y en una espiral que subía en el aire, los dormitorios y la cocina. Muchas de las planchas del casco estaban agujereadas, y toda la estructura, ligeramente empañada, colgaba sobre la maleza que sobresalía del suelo de cemento agrietado como una colección de naves del espacio olvidadas en un solar vacío.

Stamers, el agente de la inmobiliaria, nos dejó sentados en el coche, ocultos a medias por los rododendros. Corrió a la entrada y encendió la casa (no hace falta decir que todas las viviendas de Vermilion Sands eran psicotrópicas). Se oyó un tenue zumbido y las esferas se inclinaron y empezaron a girar, rozando la maleza.

Fay permaneció sentada en el coche, contemplando asombrada aquella cosa horrible y hermosa a la vez, pero yo, empujado por la curiosidad, me bajé y me dirigí a la entrada. La esfera principal se ralentizó a medida que me acercaba, como vacilando, y vino hacia mí, seguida por las esferas más pequeñas.

Según el folleto descriptivo, la casa había sido construida ocho años antes para un magnate de la televisión como retiro de fin de semana. El pedigrí era largo e incluía a dos estrellas de cine, un psiquiatra, un compositor ultrasónico (el difunto Dmitri Shochmann, un famoso loco que recordé que había invitado a una veintena de amigos a la fiesta de su suicidio, pero que al final ninguno se había presentado, y que disgustado había fracasado en el intento) y un diseñador de automóviles. Con semejante plantel de personas más o menos ilustres, tendrían que haberles quitado la casa de las manos en cosa de una semana, incluso en Vermilion Sands. El hecho de que llevara en el mercado meses, si no años, significaba que los inquilinos anteriores no habían sido muy felices allí.

A tres metros de mí, la esfera principal seguía suspendida, titubeante, mientras la entrada descendía hasta el suelo. Stammers estaba de pie en la puerta, sonriéndome con actitud alentadora, pero la casa parecía nerviosa por algo. Entonces di un paso adelante, y retrocedió de repente, casi en estado de alarma, y la entrada se replegó haciendo que las demás esferas sufrieran una suerte de escalofrío.

Siempre es interesante presenciar cómo una casa psicotrópica intenta ajustarse a los extraños, en particular a los que parecen desconfiados o sospechosos. Las respuestas varían, una mezcla de distintas reacciones a emociones negativas del pasado, a la hostilidad de los inquilinos anteriores, un encuentro traumático con un alguacil o con un ladrón (aunque ambos suelen evitar las casas PT; son muchos los peligros de un balcón que se invierte o de un pasillo que se estrecha de repente). La primera reacción suele ser una señal más clara de la condición real de una casa que cualquier conversación sobre potencia y módulos de elasticidad.

Sin duda, esta estaba a la defensiva. Cuando subí hasta la puerta de entrada, Stammers toqueteaba frenético los controles empotrados en la pared detrás de la puerta, tratando de bajar el volumen cuanto podía. Habitualmente, los vendedores de casas suben los controles para tratar de aumentar las respuestas PT.

Stammers me sonrió débilmente.

—Los circuitos están un poco desgastados. Nada serio, los reemplazamos por contrato. Algunos de los inquilinos anteriores eran gente del espectáculo y tenían una visión demasiado simplista de la vida plena.

Asentí, y me dirigí a la terraza que rodeaba la amplia y hundida sala de estar. Era una habitación hermosa, con paredes de plástex opaco y techo de fluocristal blanco, pero allí dentro había ocurrido algo terrible. En respuesta a mi presencia, el techo se elevó ligeramente y las paredes perdieron opacidad, reflejando mi necesidad de perspectiva. Me fijé en que se formaban unos curiosos nudos moteados donde la sala

había sido maltratada y curada defectuosamente. Unas grietas ocultas empezaron a distorsionar la esfera, abultando una de las alcobas como una burbuja de chicle superhinchada.

Stamers me tocó el codo.

—Qué respuestas tan enérgicas, ¿verdad, señor Talbot? —Apoyó la mano en la pared que teníamos detrás, y entonces el plástex tembló y se replegó como pasta dentífrica en ebullición hasta formar una pequeña repisa. Stamers se sentó en la punta, que rápidamente se expandió para ajustarse a los contornos de su cuerpo y le ofreció un respaldo y dos apoyabrazos—. Siéntese y relájese, señor Talbot. Siéntase como en casa.

El asiento se ahuecó a mi alrededor como una enorme mano blanca, y las paredes y el techo se calmaron de inmediato. Obviamente, el primer cometido de Stamers era conseguir que los clientes se sentaran, antes de que sus pisadas nerviosas pudieran causar algún daño. Algún inquilino anterior debía de haber deambulado mucho de un lado a otro, angustiado y haciendo crujir los nudillos.

—Por supuesto, esta es una unidad que funciona a medida —dijo Stamers—. Las cadenas de vinilo de este plástex fueron fabricadas a mano, literalmente molécula a molécula.

Noté que la habitación cambiaba a mi alrededor. El techo se dilataba y contraía en pulsaciones constantes, una respuesta absurdamente exagerada a nuestros propios ritmos respiratorios, pero por encima de los latidos había unos agudos espasmos transversales, reacción a alguna enfermedad coronaria.

La casa no solo nos tenía miedo, sino que estaba gravemente enferma. Alguien, Dmitri Shochmann tal vez, rebosante de odio hacia sí mismo, se había hecho algún daño terrible, y la casa estaba recapitulando sus antiguas respuestas. Estaba a punto de preguntarle a Stamers si la fiesta del suicidio había tenido lugar en esa sala cuando el hombre se levantó y miró impaciente a su alrededor.

Al mismo tiempo empezaron a zumbarme los oídos. Misteriosamente, la presión del aire de la sala empezó a aumentar, y se levantaron unos remolinos de polvo que corrieron por el vestíbulo en dirección a la salida.

Al ponerse Stamers de pie, la silla se metió telescópicamente en el interior de la pared.

—Señor Talbot, salgamos a pasear por el jardín, le producirá la sensación de... — Se interrumpió, con el rostro congestionado de miedo. El techo estaba a solo metro y medio de nuestras cabezas, y se contraía como una enorme vejiga blanca.

—... descompresión explosiva —concluyó Stamers automáticamente, agarrándome del brazo—. No lo entiendo —murmuró mientras corríamos por el pasillo y el aire silbaba por delante de nosotros.

Tuve una sospecha acerca de lo que estaba pasando y, en efecto, encontramos a Fay mirando la consola de control empotrada en la pared y moviendo los botones del

volumen.

Stamers se interpuso de un salto. Casi fuimos arrastrados de vuelta a la sala cuando el techo inició su expansión y aspiró el aire por la puerta. El agente buscó con la mano el panel de emergencia y desconectó la casa.

Con los ojos abiertos como platos, se abrochó el cuello de la camisa.

—Ha estado cerca, señora Talbot, muy cerca —dijo soltando una carcajada histórica.

Cuando volvíamos al automóvil y las enormes esferas descansaban entre la maleza, Stamers dijo:

—Bueno, señor Talbot, es una propiedad muy buena. Con un pedigrí notable para una casa de tan solo ocho años de edad. Es un reto apasionante, ya sabe, una nueva dimensión de vida.

Sonreí débilmente.

—Tal vez, pero no exactamente para nosotros, ¿verdad?

Estaríamos en Vermilion Sands durante dos años, mientras yo abría un bufete en Red Beach, a treinta kilómetros de distancia. Además del polvo, de la neblina y de los precios inflacionarios de los bienes raíces de Red Beach, un fuerte motivo para ir a Vermilion Sands era que había muchos clientes potenciales enmoheciendo en las antiguas mansiones: olvidadas reinas del cine, empresarios solitarios y otros individuos similares, las personas más contenciosas del mundo. Una vez instalados, yo podría hacer mis rondas por entre las mesas de *bridge* y las cenas, y con mucho tacto estimular discretamente aquí y allá justificados deseos de recortar herencias o de romper contratos.

Sin embargo, mientras recorríamos Stellavista en nuestra gira de inspección, me pregunté si encontraríamos un lugar adecuado. Pasamos rápidamente por delante de una imitación de zigurat asirio (el último propietario había sufrido el mal de San Vito, y toda la estructura seguía temblando como una torre de Pisa galvanizada), y de un dique submarino reconvertido (en este caso el problema había sido el alcoholismo, y notamos la melancolía y la impotencia que se filtraban por sus enormes paredes húmedas).

Finalmente Stamers se dio por vencido y nos habló con claridad. Por desgracia sus propiedades más convencionales no eran mucho mejores. El verdadero problema era que la mayoría de Vermilion Sands está hecha con psicotrópicos tempranos o primitivo-fantásticos: las posibilidades que ofrecían los nuevos materiales bioplásticos importunaron a los arquitectos. Pasaron varios años antes de que se adoptara un término medio entre las estructuras totalmente sensibles y los edificios rígidos y sin reacciones del pasado. En las primeras casas PT había tantas células sensoriales, registrando cada cambio de estado de ánimo y de postura de los inquilinos, que vivir en una de ellas era como habitar en el cerebro de otra persona.

Desafortunadamente, los bioplásticos necesitan mucho ejercicio, o se endurecen y se agrietan, y muchas personas creen que se sigue dotando a las construcciones PT de recuerdos innecesariamente sutiles, demasiado sensibles. Circulaba la historia apócrifa del millonario de origen plebeyo que fue literalmente echado de una mansión de un millón de dólares comprada a una familia aristocrática. Esa casa había sido entrenada para responder a la habitual grosería y mal genio de los ocupantes originales, y reaccionó de un modo discordante cuando tuvo que adaptarse al millonario: sin querer, se burlaba de su modo educado de hablar y de sus maneras amables.

Y aunque el eco de los inquilinos anteriores puede ser intrusivo, también tiene sus ventajas. En muchas casas PT de precio moderado resuenan las risas pasadas de familias felices, la armonía relajada de un matrimonio exitoso. Algo así buscaba yo para Fay y para mí. Durante el último año, nuestra relación había empezado a desvanecerse, y una casa verdaderamente armoniosa con un conjunto de reflejos saludable —por ejemplo, los de un próspero presidente de banco y de su devota esposa— sería una buena manera de sanar las heridas abiertas entre nosotros.

Al hojear los folletos cuando llegamos al final de Stellavista, vi que había muchos presidentes de banco en Vermilion Sands. Las genealogías estaban repletas de ejecutivos de televisión plagados de úlceras, divorciados al menos cuatro veces, o con sus experiencias discretamente en blanco.

Stellavista 99 entraba en aquella última categoría. Mientras bajábamos del coche y caminábamos por la breve calzada busqué la genealogía para saber algo de los anteriores ocupantes, pero solo aparecía el nombre de la primera propietaria, una tal señorita Emma Slack, de la que no se detallaba orientación psíquica alguna.

Que era la casa de una mujer estaba claro. Con la forma de una enorme orquídea, se asentaba sobre una tarima baja de hormigón en el centro de un patio de tierra batida azul. Las blancas alas de plástex, que contenían la sala de estar en un lado y el dormitorio principal en el otro, se extendían por encima de las magnolias que daban a la parte posterior de la calzada. Entre las dos alas, en la primera planta, había una terraza abierta con una piscina en forma de corazón. La terraza se extendía hasta la zona central, una unidad de tres plantas que contenía el apartamento del chófer y una amplia cocina de dos niveles.

La casa parecía estar en buenas condiciones. El plástex no mostraba cicatrices, y las finas juntas se extendían sin problemas hasta el final como las venas de una hoja gigante.

Curiosamente, Stammers no mostró prisa alguna por conectar la casa. Señaló a derecha e izquierda mientras subíamos por la escalera de cristal hacia la terraza, destacando varias características atractivas, pero no se esforzó en buscar la consola de control, y empecé a sospechar que la casa podría ser una conversión estática, un buen

número de casas PT se congelan en una u otra posición al final de su vida laboral, y acaban siendo tolerables hogares estáticos.

—No está mal —admití, mirando por encima del agua azul pálido mientras Stammers amontonaba superlativos. A través del fondo de cristal de la piscina, el coche aparcado debajo parecía una ballena de color dormida en el fondo del océano—. Esta es la clase de vivienda que buscamos, de acuerdo. Pero ¿qué tal si la conectamos?

Stammers pasó por delante de mí, y después se dirigió a Fay.

—Querrán ver la cocina primero, señor Talbot. No hay prisa, siéntanse como en casa.

La cocina era fabulosa, estaba repleta de relucientes paneles de control y unidades automáticas. Todo estilizado y empotrado, integrado en el armónico sistema de colores, complejos aparatos que se replegaban dentro de cavidades de cierre automático. Hervir un huevo allí me habría costado un par de días.

—Bonita maquinaria —comenté, mientras Fay iba de un lado a otro en pleno sueño de placer, acariciando los cromados distraídamente—. Parece como si la hubieran montado para sintetizar penicilina. —Le di un golpecito al folleto—. Pero ¿por qué tan barata? Veinticinco mil es casi un maldito regalo.

Los ojos de Stammers se iluminaron. Me mostró una amplia sonrisa de complicidad que significaba que yo estaba de suerte, que este era mi año, mi día. Me enseñó el cuarto de juegos y la biblioteca y empezó a machacarme con las ventajas de la casa, ensalzando el plan de facilidades de compra del trigésimo quinto aniversario de la empresa (no querían ni oír hablar de dinero en efectivo: en aquella venta no tenían interés financiero alguno) y la hermosura y la simplicidad del jardín (casi todas las plantas eran de hoja perenne, de poliuretano flexible).

Por último, al parecer completamente convencido de que ya nos había vendido la casa, la conectó.

Yo entonces todavía no sabía qué era, pero sabía que algo extraño había ocurrido en aquella casa. Emma Slack sin duda había sido una mujer de personalidad fuerte y sesgada. Mientras caminaba lentamente por el salón vacío, sintiendo cómo se alejaban las paredes y las puertas se abrían a mi paso, reverberaron curiosos ecos de los recuerdos incrustados en la casa. Las respuestas eran indefinidas, pero extrañas y perturbadoras de alguna manera, como si me estuvieran observando continuamente por encima del hombro, las habitaciones se ajustaban a mis pasos suaves, como si contuvieran la posibilidad de que hicieran estallar un arranque de pasión o de temperamento.

Incliné la cabeza y me pareció oír más ecos, ahora delicados y femeninos, un gracioso remolino de movimiento reflejado en un breve y fluido remolino en un rincón, el decoroso despliegue de una arcada o de un recoveco.

Entonces, de repente, el ambiente se invertía, y regresaba la sensación de misterio



hueco.

Fay me tocó el brazo.

—Howard, es extraña.

Me encogí de hombros.

—Pero interesante. Recuerda que nuestras propias reacciones se impondrán a estas dentro de unos días.

Fay negó con la cabeza.

—No lo soportaré, Howard. El señor Stammers debe de tener algo normal para nosotros.

—Querida, Vermilion Sands es Vermilion Sands. No esperes encontrar normas suburbanas. Las personas de aquí eran todas individualistas.

Miré a Fay. Su pequeña cara ovalada, de boca y barbilla menudas, casi infantiles, de flequillo rubio y nariz respingona, parecía perdida y ansiosa.

Le rodeé los hombros con un brazo.

—Muy bien, cariño, tienes razón. Busquemos un sitio donde podamos poner los pies en alto y relajarnos. Ahora, ¿qué le decimos a Stammers?

Sorprendentemente, Stammers no parecía tan decepcionado. Cuando negué con la cabeza, expresó una protesta simbólica, pero pronto cedió y apagó la casa.

—Sé cómo se siente la señora Talbot —concedió mientras bajábamos por la escalera—. Algunos de estos lugares tienen demasiada personalidad integrada. Vivir con alguien como Gloria Tremayne no es demasiado fácil.

Me detuve a dos pasos antes de llegar al final, una curiosa sensación de reconocimiento me invadió la mente.

—¿Gloria Tremayne? Creía que la única propietaria fue una tal señorita Emma Slack.

Stammers asintió.

—Sí. Gloria Tremayne. Emma Slack era su verdadero nombre. No diga que se lo conté, aunque todo el mundo que vive por aquí lo sabe. Intentamos llevarlo lo más disimuladamente posible. Si dijéramos Gloria Tremayne nadie vendría siquiera a mirar la casa.

—Gloria Tremayne —repitió Fay, perpleja—. La estrella de cine que mató a su marido, ¿verdad? Él era un célebre arquitecto... Howard, ¿no trabajaste en ese caso?

Mientras la voz de Fay seguía parlotando me di la vuelta y miré escaleras arriba, hacia la sala que daba al Sol, y mi mente retrocedió diez años, hasta uno de los juicios más famosos de la década, uno cuyo desarrollo y veredicto marcarían, casi como ningún otro acontecimiento, el fin de toda una generación, y mostrarían las irresponsabilidades del mundo antes de la Recesión. Aunque habían absuelto a Gloria Tremayne, todo el mundo sabía que había matado a sangre fría a su esposo, el arquitecto Miles Vanden Starr. La salvó el locuaz alegato de Daniel Hammett, su abogado defensor, asistido por un joven llamado Howard Talbot.

—Sí, ayudé a defenderla —le dije a Fay. Parece que fue hace mucho tiempo. Cielo, espérame en el coche. Quiero comprobar algo.

Antes de que ella pudiera seguirme, subí corriendo las escaleras hasta la terraza y cerré las puertas dobles de cristal a mis espaldas. Ahora insensibles e inertes, las paredes blancas se alzaban hacia el cielo a ambos lados de la piscina. El agua inmóvil era una masa transparente de tiempo condensado, a través del cual podía ver las imágenes sumergidas de Fay y Stammers sentados en el coche, como un fragmento embalsamado de mi futuro.

Durante las tres semanas que duró el juicio, diez años antes, estuve sentado a pocos metros de Gloria Tremayne y, como cualquiera de los que se reunían en aquella sala repleta de gente, nunca podré olvidar aquel rostro que parecía una máscara, los ojos sosegados que examinaban cada testigo cuando daba su testimonio —el chófer, el médico forense, los vecinos que oyeron los disparos—, como una araña brillante acusada por sus víctimas, y que no mostraba la menor respuesta o emoción. A medida que deshacían la telaraña, hilo por hilo, ella permanecía sentada impasible en el centro, sin brindarle un solo estímulo a Hammett, descansando en la imagen de sí misma («El Rostro de Hielo») proyectada en todo el mundo durante los quince años anteriores.

Quizá fue eso lo que la salvó al fin. El jurado no pudo descifrar el enigma. Para ser honesto, en la última semana del juicio yo ya había perdido todo interés por el caso. Mientras apoyaba la intervención de Hammett abriendo y cerrando su maletín rojo de madera (el sello de Hammett, un excelente efecto de distracción para el jurado) cada vez que me lo indicaba, toda mi atención estaba completamente dirigida hacia Gloria Tremayne, tratando de encontrar alguna grieta en la máscara que me permitiera ver la verdadera personalidad que ocultaba. Supongo que yo no era más que otro joven ingenuo que se había enamorado de un mito fabricado por mil agentes de publicidad, pero para mí aquella sensación era completamente auténtica, y cuando la absolvieron el mundo empezó a girar de nuevo para mí.

Que se hubiera burlado de la justicia no importaba. Hammett, curiosamente, creía en su inocencia. Como muchos abogados de éxito, había basado su carrera en el principio de demandar a los culpables y defender a los inocentes, de esa manera se aseguraba una proporción suficientemente alta de éxitos como para ganarse la reputación de ser brillante e inmejorable. Cuando defendió a Gloria Tremayne casi todos los abogados pensaron que los estudios de Gloria habían tratado de apartarlo de ese principio mediante un sustancioso soborno, pero en realidad se había ofrecido voluntariamente para llevar el caso. Puede que también tratara de liberarse de un enamoramiento secreto.

Naturalmente, nunca más volví a verla. Tan pronto como distribuyeron su siguiente película, los estudios la despidieron. Más tarde reapareció brevemente, involucrada en una acusación por tenencia y consumo de narcóticos después de un

accidente de tráfico, y luego desapareció en un limbo de clínicas de rehabilitación para alcohólicos y pabellones psiquiátricos. Cuando murió, cinco años después, pocos periódicos le dedicaron más de un par de líneas.

Abajo, Stammers hizo sonar el claxon. Volví cruzando la sala y los dormitorios lentamente, examinando las plantas vacías, pasando las manos por las lisas paredes de plástex, preparándome para sentir de nuevo el impacto de la personalidad de Gloria Tremayne. Felizmente, su presencia estaba en toda la casa, impregnaba cada matriz y cada célula sensorial, cada momento de emoción grabado en una réplica más íntima de lo que nadie, a excepción de su esposo muerto, podría saber nunca. La Gloria Tremayne de la que yo había estado enamorado había dejado de existir, pero aquella casa era el santuario que guardaba su alma.

Al principio todo fue tranquilo. Fay protestó, pero le prometí un nuevo abrigo de visión con lo que ahorraríamos al comprar aquella casa. Además, me ocupé de no subir el volumen durante las primeras semanas, para que no se diera un choque de personalidades femeninas. Un importante problema de las casas psicotrópicas es que, tras varios meses, hay que aumentar el volumen para recibir la misma imagen del último propietario, y eso incrementa la sensibilidad de las células de la memoria y la rapidez con que se contagian. Al mismo tiempo, magnificando la capa base psíquica se acentúan las emociones más atávicas. Uno empieza a notar el sabor del poso, y no de la esencia, del anterior propietario. Yo quería saborear la quintaesencia de Gloria Tremayne durante el mayor tiempo posible, así que la racionaba deliberadamente, bajando el volumen durante el día, mientras no estaba, y conectando después solo las habitaciones que yo ocupaba por la noche.

Desde el principio descuidé a Fay. No solo nos preocupaban los habituales problemas de adaptación a los que se enfrenta toda pareja casada cuando se traslada a una casa nueva (desnudarnos en el dormitorio principal la primera noche fue una recreación del debut de la luna de miel), sino que además yo estaba totalmente inmerso en la estimulante personalidad de Gloria Tremayne, y exploraba cada habitación y cada rincón en su busca.

Por las noches me sentaba en la biblioteca y la sentía a mi alrededor, agitándose en las paredes, revoloteando cerca de mí como un súcubo ayudante cuando yo vaciaba las cajas de la mudanza. Bebiéndome un *whisky* mientras la noche se cerraba sobre la oscura piscina azul, analizaba con cuidado su personalidad, cambiando de humor a propósito para evocar la más amplia gama de respuestas. Las células de memoria de la casa estaban perfectamente unidas, nunca mostraban errores de personalidad, siempre calmadas y autocontroladas. Si yo me levantaba de un salto del sillón y me acercaba al tocadiscos y cambiaba bruscamente de Stravinski a Stan Kenton y después al Modern Jazz Quartet, la habitación reajustaba su estado de ánimo y el ritmo sin ningún esfuerzo.

Y, sin embargo, ¿cuánto tiempo pasó antes de que descubriera que había otra personalidad presente en la casa, y empecé a sentir la curiosa y extraña presencia que Fay y yo habíamos notado cuando Stammers la encendió por primera vez? Al menos, durante algunas semanas, la casa siguió respondiendo a mi desmedido idealismo. Mientras mi devoción por el espíritu de Gloria Tremayne fue el estado de ánimo dominante, la casa respondió de la misma manera, evocando solo los aspectos más serenos de la personalidad de Gloria Tremayne.

Pero el espejo estaba a punto de oscurecerse.

Fay fue quien rompió el hechizo. Se dio cuenta rápidamente de que las respuestas iniciales estaban siendo tapadas por otras que venían de una zona más amable —y, desde su punto de vista, más peligrosa— del pasado. Después de hacer todo lo posible por soportarlas, trató de librarse con cautela de Gloria subiendo y bajando el control del volumen, poniendo al máximo los bajos, que acentuaban las respuestas masculinas, y al mínimo los agudos.

Una mañana la sorprendí arrodillada frente a la consola, hurgando con un destornillador en el dispositivo de la memoria de almacenaje, al parecer tratando de borrar los contenidos.

Le quité la herramienta, cerré la unidad y guardé la llave en mi llavero.

—Querida, la compañía hipotecaria podría demandarnos por la destrucción del pedigrí. Sin él la casa no tendría valor alguno. ¿Qué tratas de hacer?

Fay se limpió las manos en la falda y me miró fijamente a los ojos, levantando la barbilla desafiante.

—Intento restablecer la cordura y, si es posible, recuperar mi matrimonio. Pensé que podría estar en alguna parte por ahí.

La rodeé con el brazo y la llevé de vuelta a la cocina.

—Cariño, te estás dejando vencer de nuevo por la intuición. Tranquilízate, no alteres todo esto.

—¿Alterar...? Howard, ¿de qué estás hablando? ¿No tengo derecho a estar con mi propio marido? Estoy harta de compartirlo con una neurótica homicida que murió hace cinco años. ¡Esto es positivamente macabro!

Hice una mueca al oír sus palabras, y sentí que las paredes del pasillo se ensombrecían y se ponían a la defensiva. El aire se nubló y se irritó como en un día de tormenta.

—Fay, sabes que tienes mucho talento para exagerar... —dije mientras trataba de encontrar la cocina, desorientado de repente por el movimiento de las paredes del pasillo—. No sabes la suerte que tienes...

No me dejó seguir. En cinco segundos estábamos en medio de una pelea salvaje. Fay lanzó al viento toda precaución, sospecho que a propósito, con la esperanza de herir la casa permanentemente, mientras que yo, idiota de mí, dejé que aflorasen mi resentimiento inconsciente hacia ella. Al final, Fay se fue corriendo a su dormitorio

presa de la ira, y yo me encaminé hacia la sala destrozada y me dejé caer con rabia en el sofá.

Por encima de mi cabeza, el techo, del color de las tejas, se estremecía y se flexionaba, moteado por unas venas coléricas que se acercaban de una pared a otra. La presión del aire aumentó, pero me sentía demasiado cansado para abrir una ventana, y seguí hirviéndome en mi pozo negro de rabia.

Supongo que fue entonces cuando reconocí la presencia de Miles Vanden Starr. Los ecos de la personalidad de Gloria Tremayne habían desaparecido, y por primera vez desde que habíamos llegado a la casa me sentía dueño de mi capacidad normal de observación. La ira y el resentimiento que flotaban en el salón eran muy persistentes, duraban mucho más tiempo de lo que podía esperarse de algo que había sido poco más que una riña. Las paredes palpitaron y se retorcieron durante más de media hora, cuando a mí ya hacía un buen rato que se me había pasado el enfado y me había levantado del sofá para examinar la habitación con la mente clara.

La ira y la profunda frustración eran sin duda masculinas. Supuse, correctamente, que la fuente original había sido Vanden Starr, que había diseñado la casa para Gloria Tremayne y que había vivido allí durante más de un año antes de su muerte. Que el dispositivo de memoria hubiera quedado tan intensamente grabado significaba que la atmósfera de hostilidad ciega, neurótica, se había mantenido durante la mayor parte de aquel tiempo.

A medida que el resentimiento se dispersaba lentamente, vi que Fay había logrado su objetivo. La personalidad serena de Gloria Tremayne había desaparecido. El motivo femenino seguía allí, en un tono más agudo y estridente, pero la presencia dominante era claramente la de Vanden Starr. El nuevo humor de la casa me recordó las fotografías que se habían mostrado durante el juicio, y en las que Vanden Starr aparecía en los años cincuenta, mirando ceñudo en compañía de gente como Le Corbusier y Lloyd Wright, paseando airado, como un pequeño dictador, por algún complejo de viviendas en Chicago o en Tokio, exhibiendo una gran papada, que apuntaba a algún problema de tiroides, y con aquellos ojos grandes de mirada opaca. Y luego estaban las imágenes de Vermilion Sands, fotos de los años setenta en las que se lo veía encajando tan bien entre los miembros del mundillo del cine como un tiburón en una pecera.

Sin embargo, había un cierto poder detrás de aquellos impulsos funestos. Atraída por nuestra pelea, la presencia de Vanden Starr había descendido sobre Stellavista 99 como una nube de tormenta. Al principio intenté recuperar el estado de ánimo de los días anteriores, pero había desaparecido, y mi irritación por haberlo perdido solo sirvió para cargar más el nubarrón. Un aspecto desafortunado de las casas psicotrópicas es el factor de resonancia: personalidades diametralmente opuestas pronto estabilizan su relación, y es inevitable que el eco ceda a la nueva fuente. Pero cuando las personalidades tienen la misma amplitud y frecuencia, se refuerzan

mutuamente y se adaptan para la comodidad de la otra personalidad. Enseguida empecé a asumir el carácter de Vanden Starr, y la creciente irritación que sentía hacia Fay no hizo más que provocar en la casa el aumento del antagonismo.

Más tarde supe que en realidad estaba tratando a Fay exactamente del mismo modo en que Vanden Starr había tratado a Gloria Tremayne, y que repetía los pasos de aquella tragedia con consecuencias igualmente desastrosas.

Fay enseguida reconoció el nuevo estado de ánimo de la casa.

—¿Qué le ha pasado a nuestra huésped? —preguntó durante la cena de la noche siguiente—. Nuestra hermosa fantasma parece que te desprecia. ¿Se niega el espíritu, aunque la carne sea débil?

—Solo Dios lo sabe —gruñí irritado—. Me parece que has echado a perder todo este lugar.

Eché un vistazo alrededor del comedor en busca de algún eco de Gloria, pero se había ido. Fay se fue a la cocina y yo estaba mirando el plato sin terminar cuando noté una curiosa ondulación en la pared que tenía a mi espalda, un dardo de plata en movimiento que se desvaneció tan pronto como levanté la cabeza. Sin conseguirlo, traté de concentrarme en aquel movimiento, el primer eco de Gloria desde la riña, pero más tarde, aquella misma noche, cuando fui al dormitorio de Fay porque oí cómo lloraba, volví a notarlo.

Fay estaba en el cuarto de baño. Y cuando iba a buscarla sentí el mismo eco de angustia femenina, que había sido inspirada por las lágrimas de Fay, al igual que el humor de Vanden Starr desencadenado por mi rabia, y que duraba hasta mucho después del estímulo. Cuando desapareció de la habitación lo seguí por el pasillo, pero se difuminó hacia el techo y se quedó allí flotando, inmóvil.

Mientras volvía a la sala me di cuenta de que la casa me miraba como un animal herido.

Dos días más tarde se produjo el ataque a Fay.

Acababa de regresar de la oficina y estaba infantilmente enfadado con Fay porque había aparcado su coche en mi lado del garaje. En el guardarropa intenté refrenar mi rabia, las células sensoriales captaron la señal y empezaron a absorber mi irritación y a derramarla de nuevo en el ambiente hasta que las paredes del guardarropa se oscurecieron e hirvieron de furia.

Lancé un insulto gratuito a Fay, que estaba en el salón. Y un segundo más tarde ella gritó:

—¡Howard! ¡Rápido!

Corrí hacia el salón y me lancé contra la puerta, esperando que se abriera. Pero la puerta permaneció rígida, inmóvil en su marco. Toda la casa parecía gris y tensa, y afuera la piscina era un tanque de plomo frío.

Fay volvió a gritar. Agarré el pomo metálico del control manual y abrí la puerta

con violencia.

Fay estaba casi oculta sobre uno de los sofás en el centro de la habitación, semienterrada bajo el arqueado techo que le había caído encima. El pesado plástex confluía directamente sobre su cabeza, formando una gota de un metro de diámetro.

Levanté con las manos el flácido plástex y conseguí quitárselo de encima a Fay, que estaba despatarrada entre los cojines, asomándole solo los pies. Salió de allí y me echó los brazos al cuello, llorando en silencio.

—¡Howard, esta casa está loca, creo que trata de matarme!

—Por el amor de Dios, Fay, no seas tonta. No ha sido más que una acumulación anormal de células sensoriales. Tal vez lo provocó tu aliento. —Le di una palmadita en el hombro, recordando a la chica con la que me había casado hacía unos pocos años, y sonriendo para mis adentros miré cómo el techo se retiraba lentamente y las paredes se aclaraban.

—Howard, ¿podemos marcharnos de aquí? —balbuceó Fay—. Vámonos a vivir a una casa estática. Sé que son aburridas, pero ¿qué importa...?

—Bueno —dije—, no solo son aburridas, es que están muertas. No te preocupes, ángel mío, ya aprenderás a cogerle el gusto a esta casa.

Fay se soltó de mi abrazo.

—Howard, no puedo quedarme aquí ni un minuto más. Has estado tan preocupado recientemente que ya no eres el mismo. —Empezó a llorar de nuevo, y señaló el techo—. Si no hubiera estado acostada, ¿no te das cuenta de que me habría matado?

Sacudí el polvo del borde del sofá.

—Sí, veo las marcas de tus tacones. —La irritación brotó como bilis antes de que pudiera contenerla—. Creía que te había dicho que no te tumbaras aquí. Esto no es una playa, Fay. Sabes que me molesta.

A nuestro alrededor las paredes empezaron a flexionarse y a oscurecerse de nuevo.

¿Por qué me encolerizaba tan fácilmente Fay? ¿Era, como creí en ese momento, un resentimiento inconsciente el que me incitaba, o yo era un simple vehículo para el antagonismo que se había acumulado durante el matrimonio de Vanden Starr y Gloria Tremayne y que ahora se vertía sobre esta desdichada pareja que los había sucedido en Stellavista 99? Tal vez sea demasiado caritativo conmigo mismo al suponer esto último, pero Fay y yo habíamos sido medianamente felices durante los cinco años que llevábamos de matrimonio, y estoy seguro de que mi nostálgico enamoramiento de Gloria Tremayne no podía haberme trastornado tanto.

De cualquier manera, sin embargo, Fay no esperó un segundo intento. Dos días más tarde regresé a casa y me encontré una cinta nueva en el memófono de la cocina. Conecté el aparato y oí que ella me decía que no me soportaba más, ni a mí, ni mi persistencia, ni a Stellavista 99, y que se volvía al este, a vivir con su hermana.

Cruelmente, mi primera reacción, después de la primera punzada de indignación, fue de puro alivio. Todavía creía que Fay era la responsable del eclipse de Gloria Tremayne y de la aparición de Vanden Starr, y que al irse ella yo recuperaría los primeros días de idilio y romance.

Solo tenía parte de razón. Gloria Tremayne regresó, pero no en el papel que esperaba. Yo, que había ayudado a defenderla en su juicio, tendría que haberlo sabido.

Pocos días después de que Fay se fuera me di cuenta de que la casa había empezado una existencia separada, y que sus recuerdos codificados se descargaban con independencia de mi conducta. A menudo, cuando volvía por la noche deseando relajarme con media botella de *whisky*, encontraba a los fantasmas de Miles Vanden Starr y Gloria Tremayne en plena disputa. La negra y amenazadora personalidad de Starr acosaba a la tenue pero cada vez más resistente quintaesencia de su esposa. Aquella resistencia, una especie de esgrima, podía observarse literalmente: las paredes de la sala se endurecían y oscurecían en un torbellino de ira que convergía en una pequeña zona de claridad oculta en uno de los rincones de la pared, como si quisiera borrar su existencia, pero en el último momento la personalidad de Gloria se escabullía con habilidad, dejando la habitación hirviendo y retorciéndose.

Fay había puesto en marcha aquel espíritu de resistencia, y me imaginé a Gloria Tremayne pasando por un período similar de vida infernal. Cuando reaparecía en su nuevo papel yo la observaba con atención, el volumen al máximo a pesar del daño que la casa podía hacerse a sí misma. Una vez pasó por allí Stammers y hasta se ofreció a revisar los circuitos. Había visto la casa desde la calle haciendo flexiones y cambiando de color como un calamar gigante dolorido. Se lo agradecí, me inventé una excusa y le dije que no. Más tarde me contó que lo había echado sin contemplaciones. Al parecer apenas me reconoció: yo daba zancadas dentro de la casa oscura y trepidante como un loco en una tragedia isabelina, ajeno a todo.

Aunque inundado por la personalidad de Miles Vanden Starr, poco a poco me di cuenta de que él había enloquecido deliberadamente a Gloria Tremayne. Solo puedo aventurar qué había provocado aquella hostilidad implacable: tal vez le molestaba el éxito de Gloria, puede que ella le hubiera sido infiel. Cuando ella finalmente se vengó y le disparó, estoy seguro de que fue un acto de defensa propia.

Dos meses después de marcharse al este, Fay inició una demanda de divorcio. Desesperado, la llamé por teléfono y le expliqué que le agradecería que pospusiera la demanda, pues la publicidad del asunto quizás acabara con mi nuevo bufete de abogados. Pero Fay fue inflexible. Lo que más me molestó fue que hacía años que no estaba tan bien, volvía a ser feliz de verdad. Cuando le insistí con mis súplicas me dijo que necesitaba el divorcio para casarse de nuevo, y luego, para colmo, se negó a decirme quién era el hombre.



En el momento en que estampé el auricular contra la horquilla mi humor despegaba como una sonda lunar. Salí temprano del bufete y empecé a recorrer los bares de Red Beach, regresando lentamente a Vermilion Sands. Caí sobre Stellavista 99 como un batallón formado por un solo hombre, aplastando a mi paso la mayoría de las magnolias del jardín, metiendo el coche en el garaje al tercer intento, después de destrozar las dos puertas automáticas.

Se me partió la llave dentro de la cerradura de la puerta y tuve que romper un cristal de una patada para poder entrar. Subí corriendo por las escaleras y salí a la terraza a oscuras, lancé el sombrero y la chaqueta a la piscina y entré en el salón dando un portazo.

A las dos de la mañana, mientras me preparaba un trago en el bar y ponía el último acto del *Götterdämmerung* en el tocadiscos, la casa realmente se estaba animando.

Cuando me dirigía a la cama me tambaleé hasta el dormitorio de Fay para ver qué daño podía hacer a los recuerdos que todavía conservaba de ella. Pateé un armario y arrojé el colchón al suelo, sonrojando literalmente las paredes con una andanada de insultos.

Poco después de las tres me quedé dormido. A mi alrededor la casa giraba como un enorme plato de tocadiscos.

Debían de ser apenas las cuatro cuando me desperté, consciente de un extraño silencio en la oscura habitación. Estaba cruzado sobre la cama, rodeando con una mano el cuello de la botella y con la otra sosteniendo la colilla de un cigarrillo apagado. Las paredes estaban quietas, ni tan solo las afectaban los remolinos residuales que recorren las casas psicotrópicas cuando duermen sus ocupantes.

Algo había cambiado las perspectivas normales de la habitación. Tratando de concentrarme en el bulto gris que se había formado en el techo, oí unos pasos fuera. Efectivamente, la pared del pasillo empezó a retraerse. El arco, por lo general una rendija de veinte centímetros de ancho, subió para admitir a alguien. No apareció nadie, pero la habitación se expandió y el techo se retiró para alojar una presencia adicional. Asombrado, traté de no mover la cabeza, observando cómo la zona de presión desocupada se movía rápidamente por la habitación hacia la cama, ensombreciendo el techo con una pequeña bóveda.

La zona de presión se detuvo a los pies de la cama y dudó durante unos segundos. Pero en vez de estabilizarse, las paredes empezaron a vibrar rápidamente, palpitando con extraños temblores vacilantes, irradiando una aguda sensación de urgencia e indecisión.

Entonces, de repente, la habitación se calmó. Un instante después, mientras yo me apoyaba en un codo, un violento espasmo convulsionó la habitación, combó las paredes y levantó la cama del suelo. Toda la casa empezó a temblar y a retorcerse. Afectado por ese ataque, el dormitorio se contrajo y se expandió como el ventrículo

de un corazón moribundo, y el techo subía y bajaba.

Me tranquilicé a mí mismo en la cama oscilante y poco a poco la convulsión disminuyó, y las paredes volvieron a su sitio. Me puse de pie, sin saber qué crisis de locura estaba repitiendo aquel gran mal psicotrópico.

La habitación estaba a oscuras, a excepción de la tenue luz lunar que entraba por las tres rejillas de ventilación que había detrás de la cama, que se contraían a medida que las paredes se acercaban unas a otras. Apoyé las manos en el techo y noté cómo empujaba hacia abajo con fuerza. Los bordes del suelo se fundían con las paredes mientras la habitación se convertía en una esfera.

La presión del aire aumentó. Me arrastré hasta las rejillas de ventilación, que me rodearon las manos mientras el aire se escapaba silbando entre mis dedos. Apoyé la cara en las rejillas y tragué el fresco aire nocturno e intenté abrir el plástex, forzándolo con las manos.

El interruptor de seguridad estaba encima de la puerta, en el otro extremo de la habitación. Salté hacia allí, trepando por la cama basculante, pero el flujo de plástex había sumergido todo el mecanismo.

Con la cabeza inclinada para evitar el techo, me quité la corbata, jadeando en el aire sibilante. Atrapado en la habitación, me estaba asfixiando mientras la casa imitaba la respiración de Vanden Starr después de haber recibido el disparo. Ese tremendo espasmo había sido su reacción convulsiva cuando la bala del arma de Gloria Tremayne había impactado contra su pecho.

Rebusqué en mis bolsillos en busca de una navaja, encontré el mechero, lo saqué y lo encendí. La habitación era ahora una esfera gris de poco más de tres metros de diámetro. Venas gruesas, tan anchas como mis brazos, se anudaban en su superficie, aplastando los remates del armazón de la cama.

Levanté el encendedor hasta la superficie del techo, y lo pasé por el fluocristal opaco. Inmediatamente empezó a hervir y a burbujear. Se incendió y se partió, y los dos bordes se separaron en una brillante descarga de calor.

Mientras aquella especie de cápsula se dividía, vi la boca torcida del pasillo que desembocaba en la habitación bajo el contorno flácido del techo del comedor. Patinando en el plástex fundido, alcancé el pasillo. La casa entera parecía haberse roto. Las paredes estaban combadas, los suelos arqueados en los bordes. El agua se estaba saliendo de la piscina, que había quedado inclinada hacia adelante sobre los cimientos debilitados. Las baldosas de cristal de la escalera estaban hechas añicos, y los salientes brotaban de la pared, afilados como cuchillas de afeitar.

Corrí a la habitación de Fay, encontré el interruptor y presioné el dispositivo del aspersor automático.

La casa todavía palpitaba, pero un momento después se bloqueó y se puso rígida. Me apoyé contra la pared combada y dejé que la espuma de los aspersores me empapara la cara.

A mi alrededor, con las alas rotas y desordenadas, la casa se alzaba como una flor torturada.

De pie sobre los aplastados macizos de flores, Stammers miraba la casa con una expresión de asombro y desconcierto en el rostro. Eran poco más de las seis. El último de los tres coches de la policía se había marchado, después de que el teniente a cargo de la patrulla admitiera finalmente la derrota.

—Maldita sea, no puedo arrestar a una casa por intento de homicidio, ¿no? —me preguntó en un tono un poco beligerante. Le contesté con una gran carcajada, porque ya se me había pasado el susto inicial, y ahora tenía una sensación de diversión casi histérica.

Stammers tampoco lograba entenderme del todo.

—¿Qué demonios estaba haciendo ahí dentro? —preguntó con un susurro.

—Nada. Le repito que estaba profundamente dormido. Y relájese. La casa no puede oírle. Está desconectada.

Caminamos por la grava revuelta y vadeamos el agua, que se extendía por el suelo como un espejo negro.

Preocupado, Stammers sacudió la cabeza.

—Esta casa debe de estar loca. Si me lo pregunta, le diría que necesita un psiquiatra para recomponerla.

—Tiene razón —le dije—. De hecho, ese ha sido exactamente mi papel: reconstruir la situación traumática original y liberar el material reprimido.

—¿Por qué bromea al respecto? Ha tratado de matarle.

—No sea absurdo. El verdadero culpable es Vanden Starr. Pero, como insinuó el teniente, no se puede arrestar a un hombre que murió hace diez años. Era el recuerdo reprimido de su muerte lo que intentó matarme. Aunque Gloria Tremayne se vio obligada a apretar el gatillo, Starr era quien apuntaba con el arma. Créame, viví ese papel durante dos meses. Lo que más me preocupa es que si Fay no hubiera tenido el suficiente sentido común para irse, tal vez la personalidad de Gloria Tremayne la hubiera empujado a matarme.

Para sorpresa de Stammers, decidí quedarme en Stellavista 99. Aparte del hecho de que no tenía suficiente dinero para comprarme otra vivienda, aquella casa tenía algunos recuerdos a los que no quería renunciar. Gloria Tremayne aún seguía allí, y yo estaba seguro de que Vanden Starr se había ido por fin. La cocina y las unidades de servicio todavía funcionaban y, aunque deformadas, la mayoría de las habitaciones eran habitables. Además, yo necesitaba descansar, y nada es tan tranquilo como una casa estática.

Desde luego, en su estado actual, Stellavista 99 difícilmente podría considerarse una vivienda estática típica. Pero las habitaciones deformadas y los pasillos torcidos tienen tanta personalidad como cualquier casa psicotrópica. La unidad PT sigue

funcionando, y un día volveré a conectarla. Pero hay algo que me preocupa. Los violentos espasmos que afectaron a la casa pueden haber dañado de algún modo la personalidad de Gloria Tremayne. Vivir con ello podría significar mi locura, porque en la casa hay un encanto sutil, a pesar de sus deformidades, que me arrastra hacia la ambigua sonrisa de una mujer hermosa pero demente.

Muchas veces abro la consola de control y examino el dispositivo de memoria. La personalidad de ella, sea lo que sea, está allí. Nada sería tan sencillo como borrarla. Pero no puedo.

Un día de estos, pase lo que pase, sé que tendré que conectar de nuevo la casa.

1962

## TRECE A CENTAURI

Abel lo sabía.

Tres meses antes, justo después de su decimosexto cumpleaños, se lo había imaginado, pero se había sentido demasiado inseguro de sí mismo, demasiado abrumado por la lógica de su descubrimiento para mencionárselo a sus padres. A veces, tumbado medio dormido en su cama mientras su madre cantaba para sí misma alguna de las viejas canciones, reprimía deliberadamente la idea, pero siempre regresaba, molestándolo con su impertinencia, obligándolo a abandonar todo lo que durante tanto tiempo había considerado como el mundo real.

Ninguno de los demás jóvenes de la estación podía ayudarlo. Estaban inmersos en sus actividades en la Sala de Juegos, o masticando puntas de lápices mientras hacían sus exámenes y deberes.

—Abel, ¿qué te pasa? —le preguntó Zenna Peters mientras él se dirigía distraídamente hacia el almacén vacío de la cubierta D—. Pareces triste otra vez.

Al ver la sonrisa cálida y la expresión de sorpresa de Zenna, Abel dudó, y luego se metió las manos en los bolsillos y se fue, saltando por la escalerilla de metal para asegurarse de que ella no lo seguía. Una vez ella se introdujo furtivamente en el almacén y él había quitado la bombilla, destrozando casi tres semanas de condicionamiento. El doctor Francis se había puesto furioso.

Mientras corría por el pasillo de la cubierta D, Abel escuchó atentamente por si oía al doctor, que últimamente no lo perdía de vista, vigilándolo con astucia por entre los modelos de plástico de la Sala de Juegos. Quizá la madre de Abel le había hablado de su pesadilla, cuando se despertaba empapado en sudor y aterrorizado, con la imagen de un opaco disco ardiente grabada en las pupilas. Ojalá el doctor Francis pudiera curarlo de ese sueño.

Por el pasillo, cada seis metros, tenía que pasar una compuerta, y sin poder hacer nada, tocó las pesadas cajas de control que había a ambos lados de la puerta. Desenfocando la mente a propósito, Abel identificó algunas de las letras que había encima de los interruptores:

M-T-R SC-N

pero se le mezclaron en un borrón cuando trató de leer la frase completa. El condicionamiento era demasiado poderoso. Después de que él la pillara en el almacén, Zenna había sido capaz de leer algunos de los rótulos, pero el doctor Francis se la había llevado tan rápidamente que ni siquiera tuvo tiempo de repetirlos. Varias

horas después, cuando Zenna volvió, no recordaba nada.

Como de costumbre, cuando entró en el almacén, esperó unos segundos antes de encender la luz, mientras veía frente a él el pequeño disco de luz ardiente que en sus sueños se expandía hasta llenar su cerebro como un millar de luces de arco. Parecía infinitamente lejano, pero de alguna manera misterioso, potente y magnético, y despertaba zonas dormidas de su mente, muy próximas a las que respondían a la presencia de su madre.

Cuando el disco comenzó a expandirse, bajó la lengüeta del interruptor.

Para su sorpresa, la habitación siguió a oscuras. Manipuló torpemente el interruptor, y un leve grito surgió involuntariamente de su boca.

De repente, la luz se encendió.

—Hola, Abel —dijo el doctor Francis amigablemente, mientras colocaba la bombilla en el portalámparas con la mano derecha—. Menuda sorpresa.

Se apoyó en una caja de metal.

—He pensado que podríamos hablar de tu trabajo de redacción.

Extrajo un libro de ejercicios de su traje de plástico blanco, mientras Abel se sentaba muy tenso. A pesar de su sonrisa seca y de su mirada cálida, había algo en el doctor Francis que siempre ponía en guardia a Abel.

«¿Quizás el doctor Francis también lo sabía?».

—«La comunidad cerrada» —leyó el doctor Francis—. Extraño tema para una redacción, Abel.

Abel se encogió de hombros.

—El tema era libre. ¿Es que no se espera de nosotros queelijamos algo inusual?

El doctor Francis sonrió.

—Buena respuesta. Pero en serio, Abel, ¿por qué elegiste un tema como ese?

Abel se tocó los cierres del traje. No tenían ninguna utilidad, pero al soplar a través de ellos se podía inflar el traje.

—Bueno, es una especie de estudio de la vida en la estación, de cómo nos relacionamos entre nosotros. ¿Sobre qué más se puede escribir? No veo que sea tan extraño.

—Quizá no. No hay ninguna razón para que no escribas sobre la estación. Los otros cuatro también lo hicieron. Pero tú titulaste la redacción: «La comunidad cerrada». La estación no está cerrada, Abel... ¿o sí?

—Está cerrada en el sentido de que no podemos salir fuera —explicó Abel despacio—. Eso es todo lo que quise decir.

—Fuera —repitió el doctor Francis—. Es un concepto interesante. Habrás pensado mucho en el tema. ¿Cuándo empezaste a pensar de esa manera?

—Después del sueño —dijo Abel. El doctor Francis había eludido a propósito el uso de la palabra «fuera», y él buscó un medio para ir al grano. Palpó en su bolsillo la

pequeña plomada que siempre llevaba a todas partes.

—Doctor Francis, tal vez pueda explicarme algo. ¿Por qué gira la estación?

—¿Lo hace? —El doctor Francis lo miró, interesado—. ¿Cómo lo sabes?

Abel se estiró y sujetó la plomada al montante del techo.

—El intervalo entre la bola y la pared es alrededor de medio centímetro mayor en la parte inferior que en la superior. La fuerza centrífuga la desvía hacia fuera. He calculado que la estación gira alrededor de sesenta centímetros por segundo.

El doctor Francis asintió pensativo.

—Eso es casi correcto —dijo con total naturalidad. Se puso de pie—. Vamos a mi oficina. Parece que es hora de que tú y yo tengamos una conversación seria.

La estación tenía cuatro niveles. Los dos inferiores contenían los alojamientos de la tripulación, dos cubiertas circulares de camarotes que alojaban a las catorce personas a bordo de la estación. El clan de mayor categoría era el de los Peters, a cuyo mando estaba el capitán Theodore, un hombre corpulento y taciturno que rara vez salía de Control. Abel tenía prohibido entrar allí, pero Matthew, el hijo del capitán, le había descrito muchas veces la silenciosa cabina en forma de cúpula llena de marcadores luminosos y luces parpadeantes, con su extraño zumbido armónico.

Todos los miembros masculinos del clan Peters trabajaban en Control: el abuelo Peters, un anciano de pelo cano y ojos juguetones, había sido capitán antes de que Abel naciera, y junto con la esposa del capitán y Zenna, constituían la élite de la estación.

Sin embargo, los Granger, el clan al que pertenecía Abel, eran en muchos aspectos más importantes, como había empezado a darse cuenta. El día a día de la estación, la detallada programación de simulacros de emergencia, las listas de tareas cotidianas y los menús del almacén de provisiones eran responsabilidad de su padre, Matthias, y, sin su mano firme pero flexible, los Baker, que limpiaban los camarotes y estaban a cargo del almacén de provisiones, no hubieran sabido qué hacer. Solo gracias a la deliberada confusión de horarios de recreo que su padre había calculado se reunían los Peters y los Baker, ya que de otra manera ambas familias se habrían quedado indefinidamente en sus camarotes.

Por último, estaba el doctor Francis. No pertenecía a ninguno de los tres clanes. A veces el propio Abel se preguntaba de dónde había salido el doctor Francis, pero su cerebro siempre se nublaba ante ese tipo de cuestiones, pues los bloques de condicionamiento aislaban como mamparas todos sus trenes de pensamiento (la lógica era una herramienta peligrosa en la estación). La energía y la vitalidad del doctor Francis, su relajado buen humor —en cierto modo era el único de la estación que hacía bromas de vez en cuando— no coincidían con el carácter de los demás. Por mucho que a veces el doctor Francis le fastidiara por estar siempre husmeando y por ser un sabelotodo, Abel se daba cuenta de que sin él la vida en la estación sería muy monótona.

El doctor Francis cerró la puerta de su camarote y le señaló una silla a Abel. Todo el mobiliario de la estación estaba atornillado al suelo, pero Abel se fijó en que el doctor Francis había desatornillado su silla para poder inclinarse hacia atrás cuando se sentaba. El cilindro resistente al vacío del enorme tanque donde dormía el doctor Francis sobresalía de la pared, con su maciza estructura de metal capaz de soportar cualquier accidente que sufriera la estación. Abel odiaba la idea de dormir en el cilindro —por suerte, los habitáculos de la tripulación eran a prueba de accidentes— y se preguntaba por qué el doctor Francis habría decidido vivir solo en la cubierta A.

—Dime, Abel —empezó el doctor Francis—. ¿Se te ha ocurrido preguntarte alguna vez por qué está aquí la estación?

Abel se encogió de hombros.

—Bueno, está diseñada para mantenernos con vida, es nuestra casa.

—Sí, eso es cierto, pero es evidente que tiene algún otro objetivo además de nuestra supervivencia. ¿Quién crees que la construyó?

—Nuestros padres, supongo, o nuestros abuelos. O sus abuelos.

—Bastante bien. ¿Y dónde estaban antes de construirla?

Abel luchó con aquella *reductio ad absurdum*.

—¡No lo sé, deben de haber estado dando vueltas por el aire!

El doctor Francis se unió a su risa.

—Una idea maravillosa. En realidad no está tan lejos de la verdad. Pero no podemos aceptarla de esa manera.

La actitud tranquila del doctor Francis le dio una idea.

—Puede que vinieran de otra estación —dijo Abel—. De una estación más grande.

El doctor Francis asintió alentadoramente.

—Brillante, Abel. Una deducción de primera. Muy bien, entonces vamos a suponer eso. En algún lugar muy lejos de nosotros existe una estación enorme, tal vez un centenar de veces más grande que esta, tal vez incluso un millar. ¿Por qué no?

—Es posible —admitió Abel, aceptando la idea con una facilidad sorprendente.

—De acuerdo. Ahora recuerda tu curso de mecánica avanzada... El sistema planetario imaginario, con los cuerpos en órbita que se mantienen unidos por medio de su mutua atracción gravitacional... Supongamos, además, que ese sistema existe en realidad. ¿De acuerdo?

—¿Aquí? —dijo Abel con rapidez—. ¿En su camarote? ¿En su cilindro para dormir?

El doctor Francis se recostó hacia atrás.

—Abel, dices cosas asombrosas. Interesante asociación de ideas. No, sería demasiado grande para estar aquí. Trata de imaginar un sistema planetario orbitando alrededor de un cuerpo central de tamaño absolutamente enorme, y cada uno de los planetas de un tamaño un millón de veces más grande que la estación. —Cuando



Abel asintió, el doctor prosiguió—: E imagina que esa gran estación, que es mil veces mayor que esta, estuviera unida a uno de esos planetas, y que sus tripulantes hubieran decidido ir a otro planeta. De modo que construyeron una estación más pequeña, del tamaño de la nuestra, y la lanzaron al espacio. ¿Tiene eso sentido?

—En cierto modo.

Extrañamente, los conceptos completamente abstractos eran menos remotos de lo que había esperado. En las profundidades de su mente se agitaban vagos recuerdos, entrelazados con lo que ya había adivinado sobre la estación.

Miró fijamente al doctor Francis.

—¿Dice que eso es lo que está haciendo la estación? ¿Que existe un sistema planetario?

El doctor Francis asintió.

—Más o menos ya lo habías adivinado antes de que te lo dijera yo. Sin darte cuenta, sabías todo esto desde hace años. En pocos minutos te quitaré algunos bloques de condicionamiento, y tras unas dos horas, cuando por fin te despiertes, lo comprenderás todo. Entonces sabrás que, de hecho, la estación es una nave espacial que vuela desde nuestro planeta, la Tierra, donde nacieron nuestros abuelos, hacia otro planeta a millones de kilómetros de distancia, en un sistema orbital distante. Nuestros abuelos siempre vivieron en la Tierra, y nosotros somos las primeras personas en realizar un viaje así. Puedes sentirte orgulloso de estar aquí. Tu abuelo, que se ofreció voluntario para el viaje, era un gran hombre, y nosotros tenemos que hacer todo lo posible para que la estación siga funcionando.

Abel asintió con rapidez.

—¿Cuándo llegaremos allí, al planeta hacia el que volamos?

El doctor Francis se miró las manos y su rostro se ensombreció.

—Nunca llegaremos, Abel. El trayecto dura demasiado tiempo. Este es un vehículo espacial multigeneracional, solo nuestros hijos llegarán allí, y para entonces, ya serán ancianos. Pero no te preocupes, seguirás pensando en la estación como en tu único hogar, y eso es intencionado, para que tú y tus hijos seáis felices aquí.

Se acercó a la pantalla del monitor con el que se mantenía en contacto con el capitán Peters, y sus dedos presionaron los botones de los controles. De repente, la pantalla se iluminó y una llamarada de intensos puntos de luz se encendió en el camarote, lanzando un brillo fosforescente contra las paredes y salpicando las manos y el traje de Abel. Asombrado, contempló las enormes bolas de fuego, aparentemente congeladas en medio de una gigantesca explosión, colgadas en el aire formando extensos patrones.

—Esta es la esfera celeste —explicó el doctor Francis—. El campo de estrellas por donde se mueve la estación. —Tocó una brillante mota de luz en la mitad inferior de la pantalla—. Esto es Alfa Centauri, la estrella alrededor de la cual gira el planeta en el que algún día se posará la estación. —Se volvió hacia Abel—. Recuerdas todos

los términos que estoy usando, ¿verdad, Abel? Ninguno de ellos te parece extraño.

Abel asintió con la cabeza, y las fuentes de su memoria inconsciente inundaron su mente a medida que el doctor Francis hablaba. La pantalla del monitor se quedó en blanco para mostrar después otra escena. Parecía que miraran desde arriba una enorme estructura en forma de polígono romboidal, de cuyo centro sobresalían los flancos de una torre metálica. Al fondo, el campo de estrellas rotaba lentamente en el sentido de las agujas del reloj.

—Esta es la estación —explicó el doctor Francis— vista desde una cámara montada en el ala de proa. Todos los controles visuales deben hacerse indirectamente, porque, si no, la radiación estelar nos cegaría. Justo debajo de la nave se puede ver una estrella sola, es el Sol, desde donde partimos hace cincuenta años. Ahora casi no puede verse a causa de la distancia, pero el disco ardiente que ves en tus sueños es un profundo recuerdo heredado del Sol. Hemos hecho todo lo posible para borrarlo, pero en un nivel inconsciente todos nosotros lo vemos. —Presionó el interruptor del dispositivo y el brillante diseño de luces vibró y desapareció—. Y la estructura social de la nave es mucho más complicada que la mecánica, Abel. La estación partió hace tres generaciones, y los nacimientos, matrimonios y más nacimientos se han llevado a cabo exactamente como fueron diseñados. Como heredero de tu padre, se te exigirán grandes muestras de paciencia y comprensión. Cualquier falta de unidad en este caso sería un desastre. Los programas de condicionamiento solo están preparados para darte un esquema general del curso que hay que seguir. Lo más importante quedará a tu cargo.

—¿Usted siempre estará aquí?

El doctor Francis se levantó.

—No, Abel, no estaré. Aquí nadie vivirá para siempre. Tu padre morirá y también el capitán Peters y yo. —Se acercó a la puerta—. Ahora iremos a condicionamiento. Cuando despiertes dentro de tres horas te darás cuenta de que eres un hombre nuevo.

De vuelta a su camarote, el doctor Francis se apoyó pesadamente contra la mampara, palpando los pesados remaches, un poco descascarillados en las zonas oxidadas. Agotado y desalentado, conectó el monitor y contempló con mirada ausente la última escena que le había enseñado a Abel, la vista frontal de la nave. Iba a seleccionar otra imagen cuando se fijó que una sombra oscura se movía por la superficie del casco de la nave.

Se adelantó para poder examinarla mejor, y frunció el ceño fastidiado cuando la sombra se alejó lentamente hasta perderse entre las estrellas. Presionó otro botón y la pantalla se subdividió en un gran tablero de ajedrez de cinco cuadros de largo por cinco de ancho. Control aparecía en la fila superior, la cubierta principal de navegación estaba iluminada por la tenue luminiscencia de los tableros de instrumentos y el inalterable capitán Peters sentado ante la pantalla de navegación.

Luego observó a Matthias Granger que iniciaba la ronda de inspección de la

tarde. Los tripulantes parecían prudentemente felices, pero las expresiones de sus caras carecían de ánimo. Todos pasaban de dos a tres horas diarias bajo la luz ultravioleta que inundaba el recreo, pero la palidez persistía, quizá como revelación de la evidencia inconsciente de que habían nacido y estaban viviendo en lo que también se convertiría en su propia tumba. Sin las sesiones de condicionamiento y la reanimación hipnótica de las voces subsónicas, hace mucho tiempo que se habrían convertido en autómatas sin voluntad.

El doctor Francis desconectó el sistema y se metió en su cilindro para dormir. La esclusa de aire tenía un metro de diámetro y le llegaba a la altura de la cintura. El interruptor temporal estaba en cero, y lo movió hasta que marcó doce horas, configurándolo para que solo pudiera abrirse desde dentro. Se acomodó en el confortable colchón y cerró la puerta.

Tumbado bajo la tenue luz amarilla, deslizó los dedos a través de la rejilla de ventilación de la pared posterior, presionó la unidad en su zócalo, y la giró con fuerza. En algún lugar, un motor eléctrico palpitó brevemente, la pared del fondo del cilindro se abrió lentamente como la puerta de una bóveda y la brillante luz del día entró en abundancia.

Enseguida, el doctor Francis salió a una pequeña plataforma de metal que sobresalía de la parte superior de una gran cúpula blanca recubierta de amianto. A unos quince metros por encima se alzaba la cubierta de un hangar enorme. Un laberinto de tubos y cables cruzaba la superficie de la cúpula, entrelazándose como los vasos sanguíneos de un gigantesco ojo inyectado en sangre, y una estrecha escalera conducía hasta el suelo. Toda la cúpula, de unos cincuenta metros de diámetro, giraba despacio. En la otra punta del hangar había cinco camiones detenidos junto a unos depósitos, y un hombre de uniforme marrón lo saludó con la mano desde una de las oficinas de paredes de cristal.

Cuando llegó al pie de la escalera, saltó al suelo del hangar, haciendo caso omiso de las miradas curiosas de los soldados que estaban descargando los camiones. A medio camino se volvió para contemplar la mole de la cúpula en movimiento. Un enorme lienzo negro perforado, de quince metros cuadrados, que se parecía a un fragmento de planetario, estaba suspendido del techo por encima de la punta de la cúpula, con una cámara de televisión directamente por debajo de él, y una esfera de metal de gran tamaño a un metro de distancia del objetivo. Una de las cuerdas que lo sostenían y mantenían en tensión se había roto y el lienzo negro estaba ligeramente caído hacia un lado, revelando una pasarela de metal que corría a lo largo del techo.

Se lo señaló a un sargento de mantenimiento mientras se calentaba las manos en una de las salidas de ventilación de la cúpula.

—Tendrá que volver a sujetar ese cabo. Algún tonto ha pasado por la pasarela, proyectando su sombra directamente sobre el modelo. Lo he visto perfectamente en la pantalla del monitor. Por suerte no lo ha visto nadie más.

—Muy bien, doctor, haré que lo arreglen —dijo riéndose entre dientes, con amargura—. Habría sido gracioso. Les habríamos dado algo para preocuparse de verdad.

El tono del hombre molestó a Francis.

—Ya tienen mucho de qué preocuparse, no les hace falta más.

—No lo sé, doctor. Algunos piensan que lo tienen todo. Tranquilos y calentitos, sin nada que hacer más que sentarse y escuchar los ejercicios hipnóticos. —Miró con tristeza el aeródromo abandonado que se extendía hasta la fría tundra que había más allá del perímetro, y se subió el cuello del uniforme.

—Somos nosotros, los chicos de la Madre Tierra, los que hacemos todo el trabajo. Si necesita más cadetes para el espacio, doctor, acuérdesese de mí.

Francis consiguió esbozar una sonrisa y luego entró en la oficina de control, evitando a los empleados sentados ante las mesas de caballete, frente a los gráficos de progreso. Cada uno tenía una etiqueta con el nombre de uno de los pasajeros de la cúpula y un análisis de su evolución en las pruebas psicométricas y en los programas de condicionamiento. Otros gráficos registraban las tareas del día, las mismas que Matthias Granger había despachado aquella mañana.

Francis se sentó relajado y agradecido en el cálido ambiente del despacho del coronel Chalmers, y le describió los detalles más importantes de sus observaciones del día.

—Querría que pudiera entrar ahí y moverse entre ellos, Paul —concluyó—. No es lo mismo que espiarlos a través de las pantallas de los monitores. Tiene que hablar con ellos, medirse con personas como Granger y Peters.

—Tiene razón, son hombres muy buenos, como todos los demás. Es una pena desperdiciarlos ahí dentro.

—No los estamos desperdiciando —insistió Francis—. Cada dato será inmensamente valioso cuando parta la primera nave.

—Si es que parte —dijo Chalmers, pero Francis hizo caso omiso del comentario.

—Abel y Zenna me preocupan un poco. Creo que habrá que adelantar la fecha de su matrimonio. Sé que muchos lo desaprobaban, pero la joven está tan madura ahora, a los quince años, como lo estará dentro de cuatro años. Además ejercerá una influencia provechosa sobre Abel, porque no le dejaré que piense tanto como ahora.

Chalmers sacudió la cabeza dubitativamente, pero por fin dijo:

—Parece una buena idea pero... ¿una joven de quince con un chico de dieciséis? Eso levantará una tormenta, Roger. Técnicamente son menores de edad bajo tutela, todas las ligas de la decencia se pondrán en pie de guerra.

Roger hizo un gesto, irritado.

—¿Tienen que saberlo? Existe un problema real con Abel: es demasiado inteligente. Casi había deducido por sí solo que la estación es una nave espacial, solo que no encontraba palabras para describirlo. Ahora que empezamos a suprimir los bloques de condicionamiento querrá saberlo todo. Será imposible impedir que

sospeche que hay algo gordo detrás de todo esto, especialmente por la dejadez con que funciona todo. ¿Ha visto la sombra en la pantalla del monitor? Ha sido una suerte que Peters no sufriera un infarto.

Chalmers asintió.

—Ya estoy ocupándome de eso. Algunos errores son inevitables, Roger. El equipo de control que trabaja alrededor de la cúpula tiene que hacerlo bajo este maldito frío. Recuerde que la gente de fuera es tan importante como la de dentro.

—Naturalmente. El verdadero problema es que el presupuesto está ridículamente desfasado. Solo lo han revisado una vez en cincuenta años. Quizás el general Short pueda llamar la atención oficial y conseguir que se apruebe un nuevo presupuesto. Parece alguien bastante enérgico y decidido. —Chalmers frunció los labios, como si dudara, pero Francis continuó—: No sé si las cintas se han desgastado, pero el condicionamiento negativo no funciona tan bien como antes. Es posible que debamos corregir los programas. Con Abel he aumentado la intensidad.

—Sí, lo vi en el monitor de seguimiento. Los chicos de control de aquí al lado se molestaron bastante. Un par de ellos son tan entusiastas como usted, Roger, y han estado programando con tres meses de antelación. Eso que ha hecho usted significa que su trabajo no ha servido de nada y que han perdido el tiempo. Creo que debería consultarlo conmigo antes de tomar decisiones de ese tipo. La cúpula no es su experimento particular.

Francis aceptó el reproche.

—Lo siento —dijo sin convicción—, fue una decisión de emergencia. No podía hacer nada más.

Chalmers rechazó la excusa con calma.

—No estoy tan seguro —dijo—. Creo que exageró bastante en cuanto a la duración del viaje. ¿Por qué se salió de lo programado? No tenía que decirle que nunca llegará al otro planeta. Eso solo provocará que aumente su sensación de aislamiento, dificultándonos las cosas en caso de que decidamos acortar el viaje.

Francis lo miró asombrado.

—¿Es que acaso existen probabilidades de que eso ocurra?

Chalmers hizo una pausa, pensativo.

—Roger, le recomiendo que no se comprometa demasiado con el proyecto. Repítase a sí mismo que ellos no están viajando a Alfa Centauri. Están aquí, en la Tierra, y si el gobierno lo ordenara, los dejarían salir mañana mismo. Sé que un tribunal tendría que sancionarlo, pero solo es una formalidad. Hace cincuenta años que se inició este proyecto y un gran número de personas influyentes creen que ya ha durado demasiado. Sobre todo desde que los fracasados programas espaciales de las colonias de Marte y de la Luna fueron interrumpidos. Creen que estamos malgastando el dinero para que unos cuantos psicólogos sádicos se entretengan.

—Sabe que eso no es cierto —dijo Francis—. Puedo haber actuado

apresuradamente, pero en su conjunto este proyecto ha sido conducido celosamente. Sin exagerar, en caso de que se enviara una nave multigeneracional a Alfa Centauri, no habría más que duplicar lo que ha ocurrido aquí, hasta la última tos y el último estornudo. ¡Si la información que hemos obtenido hubiera estado disponible antes, nunca habrían fracasado las misiones de las colonias de Marte y de la Luna!

—Cierto, pero irrelevante. No lo entiende. Cuando todo el mundo estaba ansioso por ir al espacio, estaban dispuestos a aceptar la idea de que se encerrara a un pequeño grupo en un tanque durante cien años, sobre todo porque la tripulación original se ofreció voluntariamente. Ahora que el interés se ha evaporado, la gente ha empezado a sentir que hay algo obscuro en este zoológico humano, y lo que empezó como una gran aventura con el espíritu de Cristóbal Colón ha acabado siendo una broma macabra. En cierto sentido, hemos aprendido demasiado. La estratificación social de las tres familias es una información que no ha sido bien recibida, que no favorece en absoluto al proyecto. Tampoco lo favorece la tranquilidad con que los hemos manipulado, haciéndoles creer todo lo que hemos querido. —Chalmers se inclinó sobre el escritorio—. En confianza, Roger, el general Short ha tomado el mando solo por una razón: para cerrar este lugar. Todavía puede tardar años, pero le advierto que lo hará. Ahora la tarea más importante será sacar a esa gente de allí, no mantenerla dentro.

Francis miró a Chalmers con aire sombrío.

—¿De verdad lo cree así?

—Francamente, Roger, sí. Este proyecto nunca debería haberse puesto en marcha. No se puede manipular a la gente como lo estamos haciendo: los interminables ejercicios hipnóticos, los matrimonios forzados entre niños... Usted mismo hace cinco minutos pensaba seriamente en casar a dos adolescentes con el único propósito de impedirles el uso de sus mentes. Todo eso degrada la dignidad humana, todos los tabúes, el creciente grado de introspección, las épocas en que Peters y Granger no hablan con nadie durante semanas, el modo en que la vida en la cúpula se ha hecho tolerable, la aceptación de una situación demencial como si fuera normal. Creo que la reacción contra el proyecto es saludable.

Francis miró hacia la cúpula. Un grupo de soldados cargaba el llamado «alimento comprimido» (en realidad, alimentos congelados pero sin etiqueta) por la escotilla del almacén de provisiones. Por la mañana, cuando Baker y su esposa marcaran el menú preestablecido, las provisiones llegarían enseguida, aparentemente desde la bodega de carga. Francis sabía que, para algunos, el proyecto era un completo fraude.

—Los que se ofrecieron voluntarios aceptaron el sacrificio —dijo con calma—. ¿Cómo se las va a arreglar Short para que salgan? ¿Simplemente abriendo la puerta y silbándoles?

Chalmers sonrió, un poco cansado.

—Él no es tonto, Roger. Está tan preocupado por el bienestar de esa gente como

usted mismo. La mitad de la tripulación, en especial los de mayor edad, se volverían locos en cinco minutos. Pero no se sienta decepcionado, el proyecto ya ha probado su valor.

—No, no hasta que «aterricen». Si el proyecto se interrumpe, será nuestro fracaso, no el de ellos. No podemos racionalizarlo diciendo que es cruel o desagradable. Debemos mantener el proyecto en marcha porque se lo debemos a las catorce personas que están en la cúpula.

Chalmers lo observó con expresión astuta.

—¿Catorce? Quiere decir trece, ¿verdad, doctor? ¿O usted también está en el interior de la cúpula?

La nave había dejado de rotar. Sentado a los mandos en su escritorio, planificando los simulacros de incendio del día siguiente, Abel notó la repentina ausencia de movimiento. Durante toda la mañana, mientras caminaba por la nave —ya no usaba el término «estación»— había notado una fuerza que lo atraía hacia dentro, como si tuviera una pierna más corta que la otra.

Cuando se lo contó a su padre, este simplemente le contestó:

—El capitán Peters está a cargo de Control. Deja que sea él quien se ocupe de los detalles de navegación.

Ese tipo de consejo no significaba nada para Abel. Durante los últimos dos meses, su mente había analizado insaciablemente todo lo que lo rodeaba, examinando y observando cada aspecto de la vida en la estación. Un extenso vocabulario, antes suprimido, de términos y relaciones abstractas yacía latente bajo la superficie de su mente, y nada le impediría aplicarlo.

En el almuerzo interrogó a Matthew Peters acerca de la ruta de vuelo de la nave, la gran parábola que los llevaría a Alfa Centauri.

—¿Qué pasa con las corrientes que se originan dentro de la nave? —preguntó—. La rotación estaba destinada a eliminar los polos magnéticos producidos en la construcción original de la nave, ¿Cómo se compensa?

Matthew parecía perplejo.

—De hecho, no estoy muy seguro. Creo que los instrumentos se compensan automáticamente.

Se encogió de hombros ante la sonrisa escéptica de Abel.

—De todas maneras, mi padre lo sabrá mejor que yo. No hay duda de que llevamos el rumbo correcto.

—Eso espero —murmuró Abel para sí.

Cuanto más interrogaba a Matthew sobre las técnicas de navegación que él y su padre desarrollaban en Control, más evidente le parecía que su función simplemente consistía en realizar verificaciones ordinarias de los instrumentos, y que se limitaban a cambiar las luces fundidas del panel de control. La mayoría de los instrumentos funcionaban automáticamente, por lo que el capitán y su padre bien podrían haber

estado mirando consolas repletas de relleno para colchones.

¡Menuda broma si fuera cierto!

Sonriendo para sí, Abel se dio cuenta de que, probablemente, no había hecho más que expresar la verdad. Era improbable que la navegación se dejara en manos de la tripulación, porque el más mínimo error humano podía provocar el descontrol irreparable de la nave, lanzándola contra alguna estrella fugaz. Los que diseñaron la nave habían sellado los pilotos automáticos, dejándolos fuera del alcance de nadie, y a la tripulación le habían asignado algunas tareas de supervisión que creaban una ilusión de control sobre el funcionamiento de la nave.

Esa era la verdadera clave de la vida a bordo de la nave. Ninguna de sus funciones podía ser tomada en serio. La programación diaria, minuto a minuto, llevada a cabo por él y su padre, era simplemente una serie de variaciones de un esquema preestablecido, las permutaciones posibles eran infinitas, pero el hecho de que pudiera enviar a Matthew Peters al almacén de provisiones a las doce en punto en vez de a las doce y media no le confería ningún poder real sobre la vida de Matthew. Los programas maestros impresos por las computadoras seleccionaban los menús del día, los simulacros de seguridad y los períodos de recreo, y una lista de nombres para escoger. Sin embargo, el pequeño margen de elección permitido, los dos o tres nombres suministrados, estaba allí en caso de enfermedad, no para darle a Abel una verdadera libertad de elección.

Un día, se había prometido Abel, programaría él mismo las sesiones de condicionamiento. Astutamente, supuso que el condicionamiento seguía bloqueando una gran cantidad de material interesante, que para la mitad de su mente permanecía oculto. Algo de lo que ocurría en la nave le hacía sospechar que...

—Hola, Abel, pareces ausente. —El doctor Francis se sentó a su lado—. ¿Qué te preocupa?

—Estaba calculando algo —explicó Abel rápidamente—. Dígame, suponiendo que cada miembro de la tripulación consume alrededor de un kilo y medio de alimentos cada día, es decir, aproximadamente media tonelada al año, el peso total de la carga sería de unas ochocientas toneladas, sin contar los suministros para después del aterrizaje. Así que debería haber unas mil quinientas toneladas a bordo. Mucho peso.

—No en términos absolutos, Abel. La estación es solo una pequeña fracción de la nave. Los reactores principales, los tanques de combustible y las bodegas de carga pesan en conjunto más de treinta mil toneladas. Y proporcionan la fuerza gravitacional que te mantiene en el suelo.

Abel sacudió la cabeza lentamente.

—Difícilmente puede ser, doctor. La atracción tiene que venir de los campos gravitacionales estelares, o el peso de la nave debería ser de unas  $6 \times 10^{20}$  toneladas.

Con expresión pensativa, el doctor Francis miró a Abel, consciente de que el



joven le había tendido una trampa muy simple. La cifra que había citado estaba lo suficientemente cerca de la masa de la Tierra.

—Son problemas complejos, Abel. Yo no me preocuparía demasiado de la mecánica estelar. El capitán Peters ya se ocupa de eso.

—No intento usurparle esa responsabilidad —le aseguró Abel—, sino simplemente ampliar mis conocimientos. ¿No cree que valdría la pena salirse un poco de las normas? Por ejemplo, sería interesante comprobar los efectos del aislamiento continuo. Podríamos seleccionar un grupo pequeño, someterlo a estímulos artificiales, incluso encerrarlos separados del resto de la tripulación y condicionarlos para que crean que están de regreso en la Tierra. Podría ser un experimento muy valioso, doctor.

Mientras esperaba en la sala de conferencias a que el general Short acabara su discurso de apertura, Francis repitió la última frase para sus adentros, preguntándose qué habría pensado Abel, con su entusiasmo sin límites, del círculo de rostros derrotados de alrededor de la mesa.

«... lamento tanto como ustedes, señores, la necesidad de interrumpir el proyecto. No obstante, ahora que la decisión ha sido tomada por el Departamento Espacial, es nuestro deber ponerla en práctica. Por supuesto, la tarea no será fácil. Lo que necesitamos es una retirada gradual, un reajuste progresivo de la tripulación que los hará descender a la Tierra con tanta suavidad como un paracaídas».

El general era un hombre brusco, de cara aguileña, de unos cincuenta años, de espaldas anchas pero mirada sensible. Se volvió hacia el doctor Kersh, responsable de los controles dietéticos y biométricos a bordo de la cúpula.

—Por lo que me dice, doctor, tal vez no tengamos tanto tiempo como nos gustaría. Ese muchacho, Abel, parece un serio problema.

Kersh sonrió.

—Estaba observando el almacén de provisiones cuando oí sin querer que Abel le decía al doctor Francis que le gustaría hacer un experimento con un pequeño grupo de tripulantes. Un ejercicio de aislamiento. Ha calculado que los dos tripulantes de proa podrían estar aislados durante dos años o más antes de que fuera necesario reabastecerlos de alimentos.

El capitán Sanger, el oficial responsable de ingeniería, agregó:

—También ha tratado de evitar las sesiones de condicionamiento. Ha usado unos tapones de algodón debajo de los audífonos, eliminando así el noventa por ciento de la voz subsónica. Nos dimos cuenta cuando registramos la cinta de su electrocardiograma y vimos que no aparecían ondas alfa por ninguna parte. Primero pensamos que el cable se habría desconectado, pero cuando hicimos una verificación visual por el monitor, vimos que tenía los ojos abiertos. No estaba escuchando.

Francis tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No importa —dijo—. Era una secuencia de instrucción matemática, el sistema

antilogarítmico de cuatro cifras.

—Me alegra que se lo haya perdido —dijo Kersh con una sonrisa—. Tarde o temprano deducirá que la cúpula se mueve en una órbita elíptica a ciento cincuenta millones de kilómetros de una estrella enana de la clase espectral  $G_0$ .

—¿Qué va a hacer ante los intentos de Abel de evitar el condicionamiento, doctor Francis? —preguntó Short. Francis se encogió de hombros y Short añadió—: Creo que debemos considerar el asunto muy en serio. A partir de ahora seguiremos la programación.

—Abel retomará el condicionamiento —dijo Francis rotundamente—. No hay necesidad de hacer nada. Sin un contacto diario y regular, pronto se sentirá perdido. La voz subsónica se compone de los tonos de voz de su madre, así que cuando no la escuche se sentirá desorientado, completamente solo.

Short asintió con lentitud.

—Bueno, esperemos que así sea. —Y después se dirigió al doctor Kersh—. En un cálculo aproximado, doctor, ¿en cuánto tiempo cree que podremos traerlos de regreso? Teniendo en cuenta que deberá darles completa libertad, y que todos los periódicos y las cadenas de televisión los entrevistarán cien veces.

Kersh eligió con cuidado sus palabras.

—Evidentemente, será una cuestión de años, general. El condicionamiento deberá revertirse de manera progresiva, y quizá tengamos que introducir una colisión con un meteoro para suplir alguna deficiencia... yo diría que de tres a cinco años. Tal vez más.

—Muy bien. ¿Y cuál es su cálculo, doctor Francis?

Francis jugueteó nerviosamente con el secante del escritorio, tratando de considerar la pregunta con seriedad.

—No tengo ni idea. Traerlos de regreso. ¿Qué quiere decir realmente, mi general? ¿Traer de regreso qué? —Y con un tono irritado, soltó—: Cien años.

Las risas se extendieron por la mesa y Short le sonrió amistosamente.

—Eso serían cincuenta años más que el proyecto original, doctor. No debe de haber hecho un buen trabajo ahí dentro.

Francis negó con la cabeza.

—Se equivoca, mi general. El proyecto original era que llegaran a Alfa Centauri. No se dijo nada de traerlos de vuelta a la Tierra.

Cuando las risas se desvanecieron, Francis se maldijo a sí mismo por su insensatez. Enfrentándose al general no ayudaría a la tripulación de la cúpula.

Pero Short se mostraba impasible.

—Muy bien —dijo—. Es evidente entonces que se tardará algún tiempo. —Y mirando a Francis deliberadamente añadió—: Debemos pensar en los hombres y mujeres de la nave, no en nosotros. Si necesitamos cien años, esperaremos cien años, ni uno menos. Puede que les interese saber que el Departamento Espacial cree que

serán necesarios quince años. Por lo menos.

Hubo unos murmullos de interés alrededor de la mesa. Francis observó a Short con sorpresa. En quince años podían suceder muchas cosas, incluso la opinión pública podía volver a estar a favor de los viajes espaciales.

—El departamento recomienda que sigamos con el proyecto como antes, con los recortes presupuestarios que podamos hacer, detener la cúpula es solo el comienzo, y que condicionemos a la tripulación para que crean que han comenzado el regreso, que su misión ha sido solo de reconocimiento y que traen información vital a la Tierra. Cuando salgan de la nave, serán tratados como héroes y aceptarán la extrañeza del mundo que los rodea.

Short miró a cada uno de sus interlocutores, esperando que alguien respondiera. Kersh se miraba las manos dubitativo, y Sanger y Chalmers jugueteaban mecánicamente con los papeles que tenían delante.

Justo antes de que Short continuara, Francis se recuperó, dándose cuenta de que aquella era la última oportunidad de salvar el proyecto. Aunque los demás no estaban de acuerdo con Short, nadie intentaría enfrentarse a él.

—Mucho me temo que todo eso no servirá, mi general —dijo Francis—. Aunque aprecio la previsión del departamento y su enfoque comprensivo. El plan que acaba de explicar parece plausible, pero no funcionará. —Francis se inclinó hacia adelante y siguió con su voz precisa y controlada—: Mi general, esas personas han sido adiestradas desde la infancia para aceptar la idea de que formaban un grupo cerrado, y que nunca entrarían en contacto con ninguna otra persona. A nivel inconsciente, en sus sistemas nerviosos funcionales, no existe nadie más en el mundo. Para ellos, el fundamento sistémico de la vida es el aislamiento. Nunca conseguirá adiestrarlos para que le den la vuelta a todo su universo, tal como nunca conseguiría enseñarle a un pez a volar. Si trata de interferir en los esquemas de sus psiques producirá el mismo bloqueo mental completo que se aprecia al tratar de enseñarle a un zurdo a utilizar la mano derecha.

Francis miró al doctor Kersh, que asentía en su silla.

—Créame, general, contrariamente a lo que suponen usted y el Departamento Espacial, las personas de la cúpula no quieren salir. Si les dieran a escoger, elegirían quedarse allí, igual que un pecesito prefiere quedarse en la pecera.

Short hizo una pausa antes de replicar, evidentemente para evaluar a Francis.

—Puede que tenga razón, doctor —admitió—. Pero ¿adónde nos lleva eso? Tenemos quince años, quizá veinticinco.

—Hay una única posibilidad —explicó Francis—. Deje que el proyecto continúe como antes pero con una diferencia: impídeles que se casen y tengan hijos. En veinticinco años solo quedará la actual generación joven, y en cinco años más todos estarán muertos. El promedio de vida en la cúpula es apenas de cuarenta y cinco años. A los treinta, Abel ya será un viejo. Cuando comiencen a morir, nadie se preocupará

por ellos.

Hubo más de medio minuto de silencio, y entonces habló Kersh:

—Es la mejor propuesta, mi general. Es humanitaria y al mismo tiempo satisface el proyecto original, y las órdenes del departamento. La ausencia de hijos solo sería una leve desviación del condicionamiento. El aislamiento del grupo aumentaría, en vez de disminuir, así como la conciencia de que ellos nunca aterrizarán en otro planeta. Si suprimimos los ejercicios pedagógicos y le quitamos importancia al vuelo espacial, pronto se transformarán en una comunidad cerrada, no muy diferente de cualquier otro grupo aislado en vías de extinción.

—Hay algo más, mi general —interrumpió Chalmers—. Sería mucho más sencillo, y también más barato, que pudiéramos ir cerrando progresivamente la nave a medida que murieran los tripulantes, hasta que al final no quedara más que una cubierta habilitada, incluso solo unos cuantos camarotes.

Short se levantó, se acercó a la ventana y miró a través de los cristales escarchados, en dirección a la gran cúpula en el interior del hangar.

—Parece una perspectiva terrible —comentó—. Completamente descabellada. Pero como usted dice, puede ser la única salida.

Moviéndose sigilosamente entre los camiones aparcados en el oscuro hangar, Francis se detuvo un momento para mirar hacia atrás, a las ventanas iluminadas de la oficina de control. Dos o tres miembros del personal nocturno vigilaban las pantallas de los monitores, amodorrados mientras observaban a los ocupantes de la cúpula completamente dormidos.

Francis salió de las sombras, corrió hacia la cúpula y subió la escalera que llevaba al punto de acceso, diez metros más arriba. Abrió la escotilla exterior, se agachó para entrar y la cerró a sus espaldas, luego desbloqueó la cerradura del acceso interno y salió del cilindro de dormir y se puso de pie en su silencioso camarote.

Una sola luz tenue brilló en la pantalla del monitor iluminando levemente a los tres empleados de la oficina de control, inclinados en medio de una nube de humo de cigarrillos a dos metros de la cámara.

Francis aumentó el volumen del intercomunicador y luego lo golpeó fuertemente con los nudillos.

Con la chaqueta desabrochada y los ojos aún nublados por el sueño, el coronel Chalmers se acercó a la pantalla, con sus ayudantes tras él.

—Créame, Roger, no está demostrando nada. El general Short y el departamento no reconsiderarán su decisión ahora que se ha aprobado un proyecto de ley especial para su autorización.

Como Francis seguía pareciendo escéptico, agregó:

—En todo caso, es probable que los ponga en peligro.

—Me arriesgaré —dijo Francis—. Demasiadas garantías se han roto ya en el pasado. Aquí podré vigilar las cosas de cerca.

Trató de sonar frío y desapasionado, las cámaras estarían grabando la escena y era importante producir una buena impresión. El general Short estaría más que dispuesto a evitar un escándalo. Si decidía que era muy poco probable que Francis saboteara el proyecto, puede que lo dejara quedarse en la cúpula.

Chalmers buscó una silla. Su rostro mostraba una expresión grave.

—Roger, dese tiempo para reconsiderarlo todo. Quizás usted sea un elemento más discordante de lo que imagina. Recuerde, sería muy fácil sacarlo de allí, hasta un niño podría entrar con un abrelatas en ese casco oxidado.

—No lo intente —le advirtió Francis con calma—. Me instalaré en la cubierta C y, si vienen a buscarme, todos se enterarán. Créame, no voy a entorpecer los planes de cierre. Y no programaré ningún matrimonio entre adolescentes. Pero creo que las personas de aquí dentro me necesitarán más de ocho horas al día.

—¡Francis! —dijo Chalmers—. ¡Una vez dentro ya no volverá a salir nunca más! ¿No se da cuenta de que se está encerrando en un escenario completamente irreal? ¡Se está metiendo en una pesadilla deliberadamente, uniéndose a un viaje sin escalas hacia ninguna parte!

En un tono cortante, antes de apagar por última vez el intercomunicador, Francis respondió:

—A ninguna parte no, mi coronel, a Alfa Centauri.

Sentado en la estrecha litera de su camarote con un sentimiento de agradecimiento, Francis descansó un poco antes de encaminarse al almacén de provisiones. Durante todo el día había estado programando las cintas perforadas del ordenador para Abel, y los ojos le ardían por el esfuerzo que significaba estampar manualmente cada una de las miles de perforaciones. Durante ocho horas seguidas había estado sentado en la pequeña celda de aislamiento, con electrodos sujetos a su pecho, codos y rodillas, mientras Abel medía sus ritmos respiratorio y cardíaco.

Los exámenes no guardaban relación alguna con los programas diarios que Abel hacía ahora para su padre, y Francis perdía continuamente la paciencia. Al principio, Abel había evaluado su capacidad para seguir un conjunto de órdenes prescritas, produciendo una función exponencial infinita, luego una representación digital de  $p$  elevado a miles de potencias, y por fin, Abel lo había convencido de que cooperara en una prueba todavía más difícil: producir una secuencia completamente arbitraria. Cada vez que repetía inconscientemente una progresión simple, como cuando estaba cansado o aburrido, o un fragmento de una posible progresión mayor, el ordenador que analizaba sus progresos emitía una alarma y tenía que empezar de nuevo. Unas horas después, la alarma saltaba cada diez segundos, picándolo como un insecto enfadado. Finalmente, Francis había cojeado hasta la puerta, enredándose con los cables de los electrodos, para encontrarse con fastidio que la puerta estaba cerrada con llave (con el pretexto de evitar una interrupción de una patrulla contra incendios). Después, a través de la pequeña ventanilla, vio que el ordenador de la cabina exterior

estaba funcionando sin vigilancia.

Pero cuando los violentos golpes de Francis despertaron a Abel en el otro extremo del laboratorio, el chico se había mostrado muy enfadado con el doctor por tratar de interrumpir el experimento.

—Maldita sea, Abel, llevo tres semanas perforando estas cosas sin parar.

Hizo una mueca de dolor cuando Abel lo desconectó, arrancándole bruscamente las cintas adhesivas.

—Tratar de producir secuencias aleatorias no es tan fácil, mi sentido de la realidad comienza a nublarse. —A veces se preguntaba si Abel esperaba en secreto que esto sucediera—. Creo que tengo derecho a una muestra de agradecimiento.

—Pero acordamos que la prueba duraría tres días, doctor —señaló Abel—. Solo después de ese período de tiempo aparecen resultados valiosos. Lo más interesante son los errores que usted comete. El experimento ahora ya no tiene sentido.

—Bueno, probablemente nunca lo haya tenido. Algunos matemáticos sostenían que es imposible definir una secuencia aleatoria.

—Pero podemos suponer que sí es posible —insistió Abel—. Solo le estaba dejando que practicara un poco antes de empezar con los números transfinitos.

En ese instante, Francis se negó.

—Lo siento, Abel. Puede que ya no esté tan en forma como antes. En cualquier caso, tengo otras obligaciones que atender.

—Pero no le ocupará mucho tiempo, doctor. De hecho, ahora no tiene nada que hacer.

Tenía razón, y Francis se vio obligado a admitirlo. En el año que había pasado en la cúpula, Abel había simplificado mucho la rutina diaria, con lo que había logrado mucho tiempo libre para Francis y para sí mismo, en particular porque el doctor jamás iba a condicionamiento. (Francis tenía miedo de las voces subsónicas. Chalmers y Short tratarían de sacarlo de allí sutilmente, tal vez demasiado sutilmente).

La vida a bordo de la cúpula había sido para él una carga mayor de lo que esperaba. Encadenado a la rutina de la nave, limitado en sus recreaciones y con pocos pasatiempos intelectuales —no había libros a bordo de la nave— le resultaba cada vez más difícil mantener su antiguo buen humor, empezaba a hundirse en el letargo que había invadido a la mayoría de los miembros de la tripulación. Matthias Granger se había retirado a su camarote, contento de dejarle la programación a Abel, y se pasaba el tiempo jugando con un reloj roto, mientras que los Peters rara vez salían de Control. Las tres mujeres estaban casi completamente inactivas, y se sentían satisfechas de tejer y murmurar entre sí. Los días no se diferenciaban unos de otros. A veces, Francis se decía a sí mismo con ironía que casi creía estar viajando hacia Alfa Centauri. ¡Esa sí que hubiera sido una gran broma para el general Short!

A las seis y media, cuando fue al almacén de provisiones para su comida de la tarde, descubrió que llegaba con un cuarto de hora de retraso.

—Su horario de la comida ha sido cambiado esta tarde —le dijo Baker, cerrando la escotilla—. No tengo nada preparado para usted.

Francis comenzó a protestar, pero el hombre se mostró inflexible.

—No puedo alterar los horarios de la nave solo porque usted no compruebe las Órdenes de Rutina, ¿no cree, doctor?

Al salir, Francis se encontró con Abel y trató de convencerlo de que diera una contraorden.

—Podrías haberme avisado, Abel. Maldita sea, he estado toda la tarde metido en tu equipo de experimentos.

—Pero usted volvió a su camarote, doctor —señaló Abel con calma—. Para llegar allí desde el laboratorio, tiene que haber pasado por delante de tres boletines de las Órdenes de Rutina. Recuerde que debe mirarlos siempre. En cualquier momento se pueden producir cambios de última hora. Me temo que tendrá que esperar hasta las diez y media.

Francis regresó a su camarote, sospechando que el repentino cambio no había sido más que una venganza de Abel por haber interrumpido el experimento. Tendría que ser más conciliador con Abel o el joven podría convertir su vida en un infierno, matarlo de hambre, literalmente. Ahora era imposible escapar de la cúpula, había una sentencia de veinte años de prisión para todo el que entrara ilegalmente en el simulador espacial.

Después de descansar poco más de una hora, salió a las ocho de su camarote para realizar sus comprobaciones habituales de los obturadores de presión que había junto a la pantalla de meteoros de la cubierta B. Siempre fingía leerlos, disfrutando de la sensación de participar en un viaje espacial que le daba ese ejercicio, aceptando deliberadamente la ilusión.

Los obturadores estaban montados en el punto de control establecido a intervalos de diez metros a lo largo del corredor perimetral, un estrecho pasillo circular alrededor del corredor principal. Solo allí, escuchando el ronroneo de los servomecanismos, se sentía en paz dentro del vehículo espacial. «La Tierra misma está en órbita alrededor del Sol —meditó mientras verificaba los obturadores—, y todo el Sistema Solar se mueve a setenta kilómetros por segundo en dirección a la constelación de Lira. El grado de ilusión existente es una compleja cuestión».

Algo interrumpió su ensoñación.

El indicador de presión parpadeaba ligeramente. La aguja oscilaba entre 0,001 y 0,0015 psi. La presión interior de la cúpula era ligeramente superior a la atmosférica, con el propósito de que el polvo pudiera ser expulsado a través de grietas refractarias (aunque el objeto principal de los obturadores de presión era meter a la tripulación de forma segura en los cilindros de emergencia a prueba de vacío en caso de que la

cúpula fuera dañada y requiriese reparaciones internas).

Por un momento, Francis sintió pánico, preguntándose si Short habría decidido ir a por él por fin: la lectura, aunque inapreciable, indicaba que se había abierto un brecha en el casco. A continuación, el indicador volvió a cero, y se oyeron pasos que resonaban en el corredor radial, acercándose en ángulo recto más allá de la siguiente mampara.

Francis se ocultó rápidamente entre las sombras. Antes de morir, el viejo Peters había pasado mucho tiempo dando vueltas misteriosamente por ese pasillo, probablemente escondiendo víveres detrás de alguno de los paneles oxidados.

Se inclinó hacia adelante cuando los pasos cruzaron el corredor.

¿Abel?

Vio cómo el joven desaparecía escaleras abajo y luego se metía en el corredor radial, para palpar el revestimiento gris, en busca de algún panel móvil. Contigua a la pared final del pasillo y contra la pared exterior de la cúpula, había una pequeña cabina de control de incendios.

Había un mechón de fibras blancas en el suelo de la cabina.

¡Fibras de amianto!

Francis entró a la cabina, y a los pocos segundos localizó un panel suelto cuyos remaches estaban oxidados. Era un rectángulo de veinticinco centímetros por quince, y se movió con facilidad. Al otro lado, al alcance de la mano, estaba la pared exterior de la cúpula. Allí también había un panel aflojado, que se mantenía en su posición gracias a un tosco gancho.

Francis vaciló, luego levantó el gancho y retiró el panel.

¡Estaba viendo el hangar!

Abajo, una hilera de camiones descargaba suministros sobre el pavimento de hormigón a la luz de un par de potentes focos, un sargento gritaba órdenes al escuadrón de trabajo. A la derecha estaban las oficinas de control, Chalmers cumplía en su oficina el turno de la noche.

El agujero estaba directamente por debajo de la escalera, y los peldaños metálicos lo ocultaban de los soldados del hangar. Las fibras de amianto habían sido deshilachadas cuidadosamente para esconder el panel retráctil. El gancho de alambre estaba tan oxidado como el resto del casco, por lo que Francis calculó que la abertura se usaba desde hacía más de treinta o cuarenta años.

Así que era prácticamente seguro que el viejo Peters había mirado regularmente a través de la abertura, y sabía perfectamente que la nave espacial era un fraude. Sin embargo, se había quedado a bordo, quizá creyendo que la verdad destruiría a los demás, o había preferido ser capitán de una nave ficticia antes que ser expuesto como una curiosidad en el mundo exterior.

Era de suponer que había transmitido su secreto. No a su taciturno y desolado hijo, sino a la única otra mente ágil, la que guardaría el secreto y le sacaría el máximo



provecho. Por sus propias razones, también él había decidido quedarse en la cúpula, sabiendo que pronto sería el único capitán real, y que podría continuar sus experimentos de psicología aplicada. Puede que incluso no hubiera descubierto que Francis no era un verdadero miembro de la tripulación. Su dominio seguro de la programación, su pérdida de interés en el Control, su despreocupación por los dispositivos de seguridad, todo aquello significaba una cosa... ¡Abel lo sabía!

1962

## PASAPORTE A LA ETERNIDAD

Pasaba media hora del amor del Día Nuevo en Zénit, y los relojes repicaban en el cielo. Por toda la ciudad los sonidos de la fiesta se elevaban hacia la deslumbrante noche marciana, pero en lo alto del Sunset Ridge, entre las mansiones de los ricos, Margot y Clifford Gorrell se enfrentaban a un silencio sombrío.

Con el ceño fruncido, Margot hojeó con impaciencia el folleto que tenía en el regazo, luego lo arrojó a la papelera con un elaborado gesto de desesperación.

—Pero Clifford, ¿por qué tenemos que ir al mismo sitio cada verano? Me gustaría hacer algo interesante, para variar. Este año los Lovatt van al Festival de Moda de Venus, y Bobo y Peter Anders han hecho reservas para las playas de fuego de Saturno. Todos se lo pasaran maravillosamente, mientras nosotros tomamos tranquilamente el último barco a ninguna parte.

Clifford Gorrell asintió sin inmutarse, con una mano sobre el control de sonido del brazo de su sillón. Habían estado discutiendo toda la noche, y la voz de Margot lanzaba chispas vivas de irritación a las paredes y el techo. Gris y lleno de manchas, costaría días limpiarlo todo.

—Lamento que te sientas así, Margot. ¿Adónde te gustaría ir?

Margot se encogió de hombros con desdén, mirando el halo formado por el millón de luces de neón que iluminaba la ciudad a sus pies.

—¿Acaso importa?

—Por supuesto. Esta vez te encargarás tú de organizar las vacaciones.

Margot vaciló, sin perder de vista a su marido. Luego se inclinó hacia delante con alegría, agitando su vestido violeta fluorescente hasta que brilló como un pez raya algoliano.

—¡Clifford, tengo una idea maravillosa! Ayer estuve en el Bazar Colonial, pensando en las vacaciones, cuando me encontré con una pequeña oficina de sueños que acababa de abrir. Algo así como los Sueñodromos de Ciudad Neptuno que tan de moda estaban hace dos o tres años. Pero en vez de conectarte a un programa general tienes un sueño diseñado especialmente para ti.

Clifford continuó asintiendo, aumentando con cuidado el volumen del limpiasonidos.

—Tienen sus propios estudios y envían un equipo de analistas y escritores para entrevistarnos, y luego reservan un sanatorio en donde más te guste para la convalecencia. Eve Corbusier y yo pensamos que lo mejor sería un pequeño grupo de cinco o seis personas.

—Eve Corbusier —repitió Clifford. Sonrió levemente para sí y volvió a

conectarse al libro que estaba leyendo—. Me preguntaba cuándo volvería a reaparecer esa gorgona.

—Eve no es tan mala cuando llegas a conocerla, querido —le dijo Margot—. No empieces a leer todavía. Aportará infinidad de ideas extrañas para el sueño. —La voz se le apagó—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo Clifford con cansancio—. Es solo que a veces me pregunto si tendrás realmente algún sentido de la responsabilidad. —Cuando los ojos de Margot se ensombrecieron, prosiguió—. ¿De verdad crees que yo, un juez del Tribunal Supremo, podría tomarme ese tipo de vacaciones, aunque lo quisiera? Esas representaciones de sueños están repletas de anuncios publicitarios y todo tipo de material corrupto. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Y te dije que no entraras en el Bazar Colonial.

—¿Qué haremos, entonces? —preguntó Margot con frialdad—. ¿Otra luna de miel?

—Mañana reservo un par de pasajes. No te preocupes, disfrutarás. —Sujetó el micrófono de mano contra su libro y empezó a escanear las páginas, escuchando la suave voz metálica.

Margot se puso de pie, el ala de su sombrero se agitó furiosamente.

—¡Clifford! —le espetó con voz hueca y amenazadora—. ¡Te lo advierto, no iré a otra luna de miel!

—Por supuesto, querida —dijo Clifford con aire ausente, mientras movía rápidamente el control de volumen con los dedos.

—¡Clifford!

El grito de Margot se hundió en un iracundo chillido. Dio un paso hacia él; su vestido se agitó y destelló como un dragón, mientras ella murmuraba confusamente y los sonidos eran aspirados por las rejillas de ventilación por encima de sus cabezas y reverberaban en los tejados de la ciudad nocturna.

El techo sufrió una sacudida cuando Margot dio un tremendo portazo en la planta de arriba, y Clifford, tranquilamente sentado en su vacío privado, contempló la brillante diadema de la ciudad de Zénit. A lo lejos, junto al espaciopuerto, los arcos ascendentes de las naves hiperespaciales iluminaban el cielo, mientras que abajo las innumerables trayectorias fosforescentes de las cabinas de los taxis aéreos conformaban sobre los tejados una cúpula de círculos fulgurantes.

De todas las ciudades de la galaxia, pocas ofrecían tanta riqueza de placeres como Zénit, pero para Clifford Gorrell era tan lejana y desconocida como la primera Gomorra. A los treinta y cinco años era un hombre de rostro delgado, prematuramente envejecido, calvo, con una expresión ensimismada, y siempre iba vestido con el traje oscuro y el cuello blanco y rígido, el uniforme tradicional de los principales funcionarios del Departamento de Sucesiones. De hecho, tenía el aspecto de alguien que nunca se hubiera tomado unas vacaciones en toda su vida.

Y en ese momento, Clifford deseó no haberlo hecho. Margot y él nunca se ponían de acuerdo con las vacaciones. Los colaboradores y superiores de Clifford en el departamento, todo ellos diez o veinte años mayores que él, eran de placeres conservadores y esperaban que un juez joven y responsable se comportara de igual manera. Margot lo aceptaba de mala gana, pero sus amigas, que frecuentaban las elegantes clínicas recreativas en la playa de Mira, consideraban que los viajes de luna de miel a la Tierra estaban ridículamente pasados de moda, y era la última y desesperada diversión de los ancianos y los enfermos.

Y a decir verdad, Clifford se daba cuenta de que tenía razón. Jamás se había atrevido a confesarle a Margot que también él estaba aburrido, porque más que tranquilidad, lo que sentía era tristeza, y un cambio les vendría bien.

El año que viene, resolvió.

Margot estaba apoyada entre los cojines del sofá de la terraza, escuchando a los árboles-flamenco cantarse unos a otros al sol de la mañana. Seis metros más abajo, en el jardín de altos muros, un joven alto y musculoso jugaba con una pelota voladora. Era guapo, de tez olivácea y cabellos oscuros, y el pecho y los brazos desnudos mostraban un brillo aceitoso. Margot miraba con diversión maliciosa sus esfuerzos para entretenerla. Era Trantino, el *playboy* de Margot, que la acompañaba durante las largas ausencias de Clifford en el Departamento de Sucesiones.

—¡Eh, Margot! ¡Cójala!

Trantino hizo un gesto con la pelota, pero Margot se volvió, sintiendo el agradable tacto del bañador en su piel bronceada y tersa. Era de uno de esos nuevos materiales bioplásticos, y sus tejidos vivos todavía estaban creciendo, adaptándose suavemente a los contornos de su cuerpo, reparándose a sí mismos cuando las fibras se desgastaban o se ensuciaban. Arriba, en sus armarios, los trajes y vestidos ronroneaban en sus perchas como soñolientos habitantes de un exquisito zoológico arbóreo. A veces, Margot pensaba en encargarle a su sastrecillo mercuriano un traje bioplástico para Clifford, uno especialmente diseñado para que una noche mientras su marido estuviera en la terraza empezara a encogerse, y las solapas se le estrecharían alrededor del cuello, las mangas le sujetarían las manos a los lados, la cintura lo apretaría hasta asfixiarlo...

—¡Margot! —Trantino interrumpió su fantasía y le lanzó hábilmente la pelota voladora. Margot, molesta, la cogió con una mano y la lanzó por los aires, y contempló cómo flotaba por encima del murete y de los tejados de las casas vecinas.

Trantino se acercó a ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó con ansiedad. Sentía que la imposibilidad de calmar a Margot era un reflejo de su incapacidad profesional. Los privilegios de su casta tenían que ser guardados celosamente. Durante varios siglos la élite dirigente y tecnocrática había estado tan preocupada por las tareas de gobierno que delegaban en

los Templarios de Afrodita no solo la protección de sus mujeres contra los pretendientes y merodeadores sino también la tarea de mantenerlas entretenidas y contentas. Por definición, por supuesto, su relación era platónica, un agradable renacimiento de los viejos ideales caballerescos, pero a veces Trantino lamentaba no tener más herramientas en su arsenal que un puñado de poemas y vacíos gestos románticos. Era novicio de una hermandad antigua y honorable, y tendría problemas si Margot languidecía y el señor Gorrell informaba a los Maestros de la Hermandad.

—¿Por qué siempre está discutiendo con el señor Gorrell? —le preguntó Trantino. Uno de los axiomas de la hermandad era «El marido siempre tiene la razón». Cualquier desacuerdo entre él y su mujer era responsabilidad del *playboy*.

Margot hizo caso omiso a la pregunta de Trantino.

—Esos árboles me ponen de los nervios —se quejó malhumorada—. ¿Por qué no pueden guardar silencio?

—Se están apareando —dijo Trantino. Y añadió pensativamente—: Debería cantarle al señor Gorrell.

Margot se movió perezosamente mientras se le desprendían espontáneamente los tirantes del bañador en la espalda.

—Tino —le preguntó—, ¿qué es lo más desagradable que podría hacerle al señor Gorrell?

—¡Margot! —jadeó Trantino totalmente sorprendido. Decidió que su única esperanza era apelar a los sentimientos, un método de reconciliación desdeñado por los miembros más expertos de la hermandad—. Recuerde, Margot, siempre me tendrá a mí.

Estaba a punto de permitirse una sonrisa melancólica cuando Margot se incorporó bruscamente.

—¡No pongas esa cara de susto, tonto! Se me acaba de ocurrir algo. El señor Gorrell me cantará a mí.

Se alisó el ala del sombrero, esperó a que el bañador se abrochara con discreción, empujó a un lado a Trantino y se fue de la terraza.

Clifford navegaba entre las bobinas de la biblioteca, escuchando en silencio un viejo compendio del siglo XXII acerca de los sistemas de posesión de tierras en la constelación del Triángulo.

—Hola, Margot, ¿te sientes mejor ahora?

Margot le sonrió con coquetería.

—Clifford, estoy avergonzada de mí misma. Perdóname. —Se inclinó y le acarició la oreja—. A veces soy muy egoísta. ¿Has reservado ya nuestros pasajes?

Clifford apartó el brazo de ella y se enderezó el cuello.

—Llamé a la agencia, pero ha tenido muchas reservas. Tienen una doble, pero ninguna individual. Tendremos que esperar unos días.

—No, no lo haremos —exclamó Margot alegremente—. Clifford, ¿por qué no reservamos la doble? Podríamos estar realmente juntos, olvidarnos de todo ese

disparate de viajar como si nunca nos hubiéramos visto antes.

Perplejo, Clifford apagó el reproductor.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Clifford —explicó Margot—, he estado pensando que debería pasar más tiempo contigo, compartir realmente tu trabajo y aficiones. Estoy cansada de todos estos *playboys*. —Se recostó lánguidamente contra él, hablando con voz sedosa—. Quiero estar contigo, Clifford. Siempre.

Clifford la apartó.

—No seas tonta, Margot —dijo con una risa nerviosa—. Estás siendo absurda.

—No, no es cierto. Después de todo, Harold Kharkov y su esposa no tienen *playboy* y ella es muy feliz.

Tal vez lo es, pensó Clifford, empezando a asustarse. Kharkov había sido el poderoso y despiadado director del Departamento de Justicia, y ahora era un abogado de tercera categoría que trataba desesperadamente de ganarse la vida de un modo precario en el mercado, un hombre dominado por su esposa y obligado a pasar casi las veinticuatro horas del día con ella. Por un momento, Clifford pensó en los días en que había cortejado a Margot, las terribles y largas horas escuchando su cháchara inane. El papel real de Trantino no consistía en hacerle compañía a Margot cuando Clifford estaba lejos, sino cuando estaba en casa.

—Margot, sé sensata —empezó a decir, pero ella lo interrumpió.

—He tomado una decisión, le diré a Trantino que haga la maleta y que se vuelva a la hermandad. —Encendió el reproductor de bobinas, seleccionó la velocidad equivocada y sonrió extasiada cuando el cabezal rechinó y dañó la codificación de la grabación—. Será maravilloso compartirlo todo contigo. ¿Por qué no nos olvidamos de las vacaciones de este año?

Un tic facial que Clifford había sufrido por última vez a los diez años de edad empezó a temblarle ominosamente.

Tony Harcourt, el asistente personal de Clifford, llegó a la villa de los Gorrell inmediatamente después de la comida. Era un hombre joven, enérgico y brillante, y parecía enojado por haber sido llamado de vuelta al trabajo el primer día de sus vacaciones. Había reservado cuidadosamente un camarote contiguo al de Dolores Costane, la más bella de las vestales de los Heresiarcas Jovianos, a bordo de un crucero de placer que partía esa tarde hacia Venus, pero en vez de disfrutar del fruto de semanas de chantaje e intriga tenía que participar en lo que parecía uno de los característicos caprichos de Gorrell.

Con creciente desconcierto escuchó las explicaciones de Clifford.

—Íbamos a uno de nuestros habituales complejos de vacaciones en la Luna, Tony, pero hemos decidido que necesitamos un cambio. Margot quiere unas vacaciones diferentes. Algo nuevo, excitante y original. Así que date una vuelta por todas las agencias y tráeme sus sugerencias.

—¿Todas las agencias? —preguntó Tony—. ¿O se refiere solo a las registradas?

—Todas —le dijo Margot con aire de suficiencia, disfrutando cada instante de su triunfo.

Clifford asintió y sonrió a Margot benévolamente.

—Pero hay unas cincuenta o sesenta agencias que organizan vacaciones —protestó Tony—. Solo una docena acreditadas. Excepto Empyrean Tours y Unión Galáctica no habrá absolutamente nada adecuado para ustedes.

—No importa —dijo Clifford con suavidad—. Solo queremos hacernos una idea. Lo siento, Tony, pero no quiero que esto se sepa en el departamento y sé que serás discreto.

—Tardaré semanas —se quejó Tony.

—Tres días —le dijo Clifford—. Margot y yo queremos salir de aquí el fin de semana. —Miró ansiosamente por encima del hombro en busca del ausente Trantino—. Tony, créeme, realmente necesitamos unas vacaciones.

Cuando Tony regresó a su oficina en el piso más alto del edificio de Justicia en el centro de Zénit, descubrió que el Directorio Comercial registraba cincuenta y seis agencias de viajes, de las cuales todas menos ocho eran alienígenas. El departamento había iniciado acciones judiciales contra cinco, tres habían sido cerradas, y ocho eran pantallas que cubrían otras actividades empresariales.

De manera que le quedaban cuarenta por visitar, que se extendían por la Ciudad Alta y la Ciudad Baja y por el Bazar Colonial, relacionadas con distintas organizaciones mercantiles, religiosas y paramilitares, algunas de ellas enormes complejos con policía y clero propios, mientras que otras compartían una misma oficina pequeña y un aparato de radio con un par de firmas más de baja estofa.

Tony trazó un itinerario, se deslizó un frasco de Ron Neptuniano Cinco Anclas en el bolsillo y pidió un taxi aéreo.

La primera era Producciones Argo, Inc., un gran establecimiento que ocupaba tres plantas y un búnker en el lado oeste de la Ciudad Alta, ahora tan de moda. De acuerdo con el directorio, estaban especializados en expediciones de caza.

El taxi aéreo lo dejó en una acera frente a la entrada. Columnas de acero macizo sostenían un pórtico de hormigón armado, y todo el lugar parecía menos una agencia de viajes que el reducto de un Sigfrido interestelar. Cuando entró, un elegante batallón de guardias de seguridad, con botas y uniforme negro y plateado, se cuadró y presentó armas.

Todo el mundo en el edificio vestía uniforme y parecían muy ocupados y alertas. Una mujer de anchas espaldas y con insignias de sargento llevó a Tony hasta un coronel marciano de rostro duro.

—Estoy haciendo unas averiguaciones en nombre de un rico terráqueo y su esposa —explicó Tony—. Pensaban hacer un pequeño safari durante las vacaciones

de este año. Creo que ustedes organizan expediciones.

El coronel asintió secamente y llevó a Tony hasta una mesa en la que estaba desplegado un enorme mapa.

—Por cierto, ¿qué es exactamente lo que tienen en mente?

—Bueno, nada en realidad. Tienen la esperanza de que ustedes les sugirieran algo.

—Por supuesto. —El coronel sacó una memocinta—. ¿Tienen sus propias fuerzas de tierra y aire?

Tony negó con la cabeza.

—Me temo que no.

—Ya veo. ¿Puede decirme si requerirán de un batallón, una fuerza aérea conjunta o...?

—No —dijo Tony—. Nada tan grande como eso.

—¿Un grupo de asalto con alcance de brigada? Comprendo, más tranquilo y menos sofisticado. Tan de moda hoy en día. —Encendió el mapa estelar y extendió las manos por la reluciente pantalla de estrellas y nebulosas—. Ahora, la cuestión del teatro de operaciones en particular. En la actualidad solo hay tres cotos de caza habilitados. Primero, el sistema de Proción, incluye unas veinte razas diferentes, y algunas de ellas solo disponen de tecnologías atómicas todavía. Por desgracia, declarar a Proción coto de caza ha levantado una gran controversia, y el Residente de Alschain está intentando que lo admitan en la Conferencia Pangaláctica. Una lástima, en mi opinión —añadió el coronel, acariciándose pensativamente el bigote gris acero—. Proción siempre nos dio mucho trabajo, y una expedición a ese lugar siempre era muy animada.

Tony asintió.

—No me había dado cuenta de que ellos se oponían.

El coronel lo miró con severidad.

—Naturalmente —dijo y se aclaró la garganta—. Eso reduce la elección a las tribus Ketab de la Osa Mayor, en guerras desde hace milenios, y los Sudor Martines de Orión. Son reservas nuevas, y sin duda la mejor opción. La dinastía gobernante se extinguió hace poco, y podríamos disponer convenientemente una guerra de sucesión.

Tony ya no seguía al coronel, pero le sonrió como si lo comprendiera todo.

—Y ahora —preguntó el coronel—, ¿qué credos políticos o espirituales desean sus amigos que invoquemos?

Tony frunció el ceño.

—No creo que les interese. ¿Son absolutamente necesarios?

El coronel observó a Tony cuidadosamente.

—No —dijo lentamente—. Es una cuestión de gusto. Una operación puramente militar es perfectamente factible. No obstante, siempre aconsejamos a nuestros clientes que invoquen alguna doctrina como *casus belli*, no solo para evitar la



publicidad negativa y los sentimientos de culpa o remordimientos, sino para dar color y objetivo a la campaña. Cada uno de nuestros comandantes en el terreno está especializado en un pogromo ideológico concreto, con la excepción del general Westerling. ¿Tal vez sus amigos lo prefieran a él?

La mente de Tony empezó a trabajar de nuevo.

—¿Schapiro Westerling? ¿Exdirector general de la Comisión Fúnebre?

El coronel asintió.

—¿Lo conoce?

Tony se echó a reír.

—¿Que si lo conozco? Lo llevé a los tribunales en los Juicios de Nova. Parece que no estoy al corriente de las novedades. —Echó la silla hacia atrás—. A decir verdad, no creo que tenga nada adecuado para mis amigos. Gracias de todos modos.

El coronel se puso tenso. Movi6 una mano por debajo del escritorio y un timbre son6 en la pared.

—Sin embargo —añadi6 Tony—, estarí a muy agradecido si les enviara m6s detalles.

El coronel permaneci6 sentado impasible en su silla. Tres guardias enormes se acercaron a Tony, balanceando con desgana sus porras de energí a.

—Clifford Gorrell, Divisi6n Estelar de Sucesiones, Departamento de Justicia —dijo Tony r6pidamente.

Se despidi6 del coronel con una breve sonrisa y sali6, maldiciendo a Clifford y caminando con cautela por la gruesa alfombra, como si temiera que estuviera minada.

La pr6xima en la lista era la Compañí a Alegre del Jubileo A-Z, alienígena y sin registrar, con oficina central en alg6n lugar de Betelgeuse. Seg6n el directorio se especializaban en «viajes culturales todo incluido, y fines de semana som6ticos garantizados». Sus instalaciones ocupaban los dos primeros niveles de un jardín colgante en el Bazar Colonial. Parecían bastante inofensivos, pero Tony se mantuvo alerta.

—No —le dijo con firmeza a la preciosa helecho-fantasma antareana que le acerc6 una rama cuando recorría la terraza—. Hoy no.

Detrás del mostrador un hombre gordo con traje de amianto alimentaba con arena a un pez-fuego silic6nico que nadaba en un brasero de presi6n.

—Malditos —se quej6, secándose el sudor de la barbilla y toqueteando indeciso el termostato—. Me dieron un folleto explicativo cuando lo compré, pero no decía nada de que se comen una playa al dí a. —Ech6 dentro otro par de paladas de arena recogida de un pequeño mont6n en el suelo detrás de él—. Hay que mantenerlos a exactamente 5476 °C, o empiezan a ponerse nerviosos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Creía que era una agencia de viajes —dijo Tony.

—Claro. Espere que llamo a las chicas. —Apret6 un timbre.

—Espere un minuto —lo interrumpi6 Tony—. Ustedes anuncian «viajes culturales». ¿En qué consisten, exactamente?

El gordo se echó a reír.

—Eso es cosa de mi socio. Es profesor en el Tecnológico de Vega. Le gusta darle un tono elegante a todo —dijo guiñándole un ojo a Tony.

Tony se sentó en uno de los taburetes y contempló la locura de tejados en espiral del Bazar. A un kilómetro y medio de distancia, las patrullas de la policía sobrevolaban en círculo los grandes edificios de apartamentos que marcaban el perímetro del Bazar, manteniéndose a distancia.

Una mujer alta y delgada apareció por entre el follaje y cruzó la terraza. Era una esclava de Canopo, criada a partir de un germen importado, una belleza fina de piel verde con branquias que revoloteaban como polillas.

El gordo le presentó a Tony.

—Lucille, llévalo a la glorieta y hazle un tour.

Tony trató de protestar, pero el brasero de presión siseaba con fuerza. El gordo empezó a echar paladas de arena con furia, y las llamaradas brillaban en la terraza.

Rápidamente, Tony se volvió y retrocedió por la escalera que conducía a la glorieta.

—Lucille —le recordó con firmeza—, esto es estrictamente cultural, recuérdalo.

Media hora más tarde una sorda explosión retumbó en la terraza.

—Pobre Jumbo —dijo Lucille con tristeza mientras una fina lluvia de arena caía sobre ellos.

—Pobre Jumbo —convino Tony, tumbándose y jugando con un rizo del cabello de Lucille que se le enroscaba en el brazo como una oleosa serpiente suave, sinuosa y azul. Tony vació el frasco de Cinco Anclas y lo arrojó por encima de la balaustrada—. Ahora háblame un poco más de las camas para rezar de Canopo...

Cuando dos días después Tony se presentó ante los Gorrell, estaba ojeroso y agotado, como si los guardianes le hubieran lavado el cerebro.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Margot ansiosamente—. Creíamos que estabas recorriendo las agencias.

—Exacto —dijo Tony. Se dejó caer en un sofá y le dio una gruesa carpeta a Clifford—. Pueden elegir. Ahí tiene unos doscientos cincuenta planes bien detallados, pero he escrito un resumen de las sugerencias más interesantes. La mayoría están fuera de toda cuestión.

Clifford abrió la carpeta y se puso a leer:

1) PRODUCCIONES ARGO INC. Sin registrar. Subsidiaria privada de la Policía de Seguridad de Sagitario.

Partidas de caza. Guerras según pedido. Grupos de ataque, revoluciones, cruzadas religiosas. Desde un pequeño comando hasta una flota de 3000 naves, Argo provee publicidad, elude al Tribunal de Crímenes de Guerra, etc. Ejemplos:

a) Operación Torquemada. Expedición de 23 días a Bellatrix IV. 20 buques de asalto al mando del almirante Storm Wengen. Misión: liberación de rehenes (imaginarios) terráqueos. Coste: 300 000 créditos.

b) Operación Klingsor. 15 años de cruzada contra la Osa Mayor. Fuerzas tácticas combinadas de 2500 naves. Misión: rescate de memorias rúnicas robadas del santuario del cliente. Coste: 500 billones de créditos (Argo se encargará de préstamos y arriendos, pero dentro de una auténtica *realpolitik*).

2) ARENA FEATURES INC. No registrada. Organizadores del Torneo Pangaláctico Trimilenario en la Cuenca Solar, Heliópolis 2, NGC 3599.

En el torneo se juegan todos los juegos conocidos en el Cosmos y la oposición es tan formidable que el concursante ganador prácticamente puede escoger su propia apoteosis. El desafío del Grupo 3 del Megatlón Solar (es decir, para cualquier criatura que pueda ser definida de algún modo como un ser vivo) incluye el Salto Cuántico, la Bola del Laberinto Heptadimensional y el Puente Psicoquinético (bastante difícil contra un Ketos D'Oma telepata). El único terráqueo que ha ganado alguna vez fue el temible Chippy Yerkes de Altair 5 Los Payasos, que introdujo los dados redondos en blanco. Ser espectador es tan agotador como ser uno de los contendientes, y aconsejo eliminarlo de la lista.

3) AGENCE GENERALE DE TOURISME. Registrada. Venus.

Concesionarios de la Colonia Beatífica de Lago Virgo, el Circuito Casino Mandrake y los Sensocanales Traumáticos Miramar. Baños de sueño, vu-dromos, endocrinogalas. Darleen Costello es la Afrodita actual y Laurence Mandell interpreta a un versátil Lotario. Conéctense a estos dos desde 30:30 VST. Habitación y baño no denominacional en plaza Gomorra, Monte de Venus, hasta 1000 créditos por día, pero traten de mantenerse alejados de la Zona. Es demasiado erotógena para un terráqueo.

4) TERMINAL TOURS LTD. No registrada. Tierra.

Para aquellos que quieren alejarse de todo, el Sueño de Osiris, nave de placer de 400 metros de eslora y velas astrales, se dispone a zarpar para el Gran Tour. Crucero por el cosmos, con visitas a todas las razas y galaxias conocidas. Coste: Camarotes dobles a un billón, pero resulta barato cuando uno comprende que el crucero dura para siempre y nunca volverá.

5) COMERCIANTES DE SUEÑOS. No registrada.

Un grupo algo tenebroso que maneja todas las operaciones del Mercado Azul, que actúa como cámara de compensación general y compra y vende sueños en toda la galaxia.

Muestra: ¿les gustaría probar una nueva clase de sueño? Los Sacerdotes Set

Corrani de Theta Piscium los conectarán a los sagrados estanques electrónicos de pensamiento del desierto de Kish. Estos lagos de mercurio son los bancos de su memoria ancestral. Es necesaria cirugía, pero hay que tener cuidado. Demasiado daño cortical y los arquetipos pueden inquietarse. A su vez, uno de los Set Corrani (delta-humanoides polisexuales del tamaño de una draga andante) se harían cargo de sus funciones cerebrales durante un largo fin de semana. Son transacciones de trueque, y COMERCIANTE DE SUEÑOS no cobra ese servicio, pero es evidente que se llevan algún tipo de beneficio, y pueden inocular publicidad en los centros medulares inferiores. No sé lo que venden, pero aconsejaría no comprarlo.

6) LA AGENCIA. Registrada. M33 en Andrómeda.

La autoridad ejecutiva del consorcio de fideicomisos bancarios que quiere popularizar el Plan D, la cuarta celebración de la gigantesca lotería psicoquinética piramidal que abarca la totalidad del continuo, de Sol III a los universos-isla. Las celdas de trance de todos los lugares reclutan lectores de sueños y especialistas en percepción extrasensorial, y aún queda tiempo de comprar un billete. Hay un solo número en todos los billetes —el ganador— pero eso no significa que lo ganes. LA AGENCIA acaba de lanzar el UNILIV, un fondo de ayuda de emergencia para las víctimas del Plan C que lo perdieron todo y ahora están obligadas a saldar deudas imposibles, algunas monetarias y otras morales (si se tiene la mala suerte de que te salga en el sorteo un complejo de culpa que entristecería hasta a un Colonus Rex). Coste: un crédito, pero si uno pierde tiene que multiplicarlo por billones.

7) EXPRESO ARTURIANO. No registrada.

Controla todos los acontecimientos importantes de atletismo. El calendario de carreras de este año es causal y no temporal y parece un poco oscuro, pero se correrán la mayor parte de los clásicos establecidos.

a) El Derby Rinosaurio. Este año se celebra en las fuentes de Betelgeuse bajo la dirección de la Federación de Amorfos. Gana el primero en llegar al horizonte de luz. Siempre se presentan muchos competidores y está permitido cualquier tipo de vehículos, cohetes, rayos, migraciones raciales, patrones de pensamiento extrasensorial, pero, francamente, es una pérdida de tiempo. Cuando estás fuera de la vista casi siempre te quedas también fuera de la mente, pero es que además los Nils de Rigel siempre se apuntan a un equipo fuerte y dominan la transmisión instantánea a la perfección.

b) Carrera de Paraplégicos. Recientemente instituida por los Protistas de Lambda Escorpio. La pista mide solo 0,00015 mm, pero es un camino muy largo para un Aletargado de Aldebarán. Son virus gigantes incrustados en montañas de bauxita, y variando sus diferencias de presión a veces es posible animarlos un poco. K2, de Regulus IX, es la que genera las grandes apuestas, pero aún así se supone que la carrera dura unos 50 000 años.

8) NUEVOS FUTUROS INC. No registrada.

¿Cansado de la aburrida rutina? NUEVOS FUTUROS lo llevará fuera de este mundo. En los universos-isla el continuo es extradimensional, y los canales de tiempo están dominados por cárteles rivales. El elemento azar desempeña aquí el papel del tiempo, y todo es aún más confuso porque es posible moverse en la extrapolación de otra persona.

En el diccionario para turistas se enumeran 185 tiempos verbales básicos, de los cuales 125 son futuros condicionales. No hay verbos que se conjuguen en presente, y uno puede inventar sus propios verbos irregulares y registrar los derechos de autor. Esto puede explicar por qué en la oficina me dio la impresión de que solo estaban la mitad. Coste: 3270 y 2 000 000 créditos simultáneamente. Se niegan a discutir.

9) SIETE SIRENAS. Registrada. Venus.

Subsidiaria de la empresa de artículos de fantasía que controla el sensocanal Eva Astral.

¿Señoras, les gustaría ganar su propio concurso de belleza? Veinticinco de las criaturas más hermosas de la galaxia le esperan para comparar sus encantos con usted, y aunque los de ellas sean sin duda divinos, como los de la Reina de Flamen Zilla (75-9-25) y los de la Virgen Ortodoxa de Altair (76-953-?), jamás podrán compararse con los suyos. Las medidas de usted serán definidas como las ideales.

10) GENERAL ENTERPRISES INC. Registrada.

Especialistas en ciclos culturales, luchas mundiales, tendencias étnicas. Organizan las vacaciones como actividad secundaria. Una gran empresa para la que todos trabajamos en última instancia. La próxima aventura, que hará época en todos los sentidos, empieza ahora, y todos participarán. Me informaron cortés, pero firmemente, que no servía de nada preocuparse por el coste. Cuando pregunté...

Antes de que Clifford pudiera terminar, se acercó uno de los sirvientes.

—Llamada prioritaria para usted, señor.

Clifford le dio la sinopsis a Margot.

—Dime si encuentras algo. Me parece que le hemos hecho perder el tiempo a Tony.

Los dejó allí y se fue a su estudio.

—Ah, Gorrell, estás ahí. —Era Thornwall Harrison, el abogado que sustituía a Clifford en la oficina—. ¿Quién demonios son esas personas que hacen cola día y noche para verte? El lugar parece la Noche Colonial en el Circo Arena. No puedo deshacerme de ellos.

—¿Qué gente? —preguntó Gorrell—. ¿Qué quieren?

—Evidentemente, a ti —le dijo Thornwall—. La mayoría pensó que yo era tú. Han intentado venderme los viajes de vacaciones más disparatados. Les he dicho que

tú ya te habías ido de vacaciones y que yo nunca las tomaba. Entonces uno me clavó una jeringuilla. Incluso hay un detective anticártel que anda husmeando, y quiere hablar contigo al respecto. Dice que tratas de intimidar a las agencias para sacarles dinero.

Desde la sala. Margot y Tony miraban por los ventanales hacia la avenida que salía de la villa de los Gorrell en el nivel inferior.

Había una larga fila de vehículos bajo los árboles, camiones, semiorugas, furgonetas con equipos para filmar exteriores de los estudios Telesenso, y varias elegantes ambulancias blancas. Los conductores y los técnicos se agrupaban en las sombras, y observaban en silencio la villa. Dos o tres antenas parabólicas giraban sobre las furgonetas, y cuando Clifford se asomó, vio que un convoy de camiones se unía a la cola de la fila.

—Parece que va a ser una gran fiesta —dijo Tony—. ¿Qué están esperando?

—¿Habrán venido a por nosotros? —sugirió Margot con entusiasmo.

—Entonces pierden el tiempo —dijo Clifford, y se volvió hacia Tony—. ¿Le diste nuestro nombre a alguna de las agencias?

Tony dudó, luego asintió.

—No pude evitarlo. Hay agencias que no aceptan una respuesta negativa.

Clifford apretó los labios y recogió el resumen.

—Bien, Margot. ¿Has decidido adónde quieres que vayamos?

Margot acarició el resumen con los dedos.

—Hay tanto para elegir.

Tony se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, les dejo. —Les hizo un gesto con la mano para despedirse—. Que se diviertan.

—Un momento —le dijo Clifford—. Margot todavía no se ha decidido.

—¿Qué prisa hay? —preguntó Tony. Señaló la fila de vehículos afuera, cuyas tripulaciones ya se subían a los techos—. Tómense su tiempo. No sea que elijan algo que les venga grande.

—Exactamente. Apenas Margot decida adónde vamos podrás encargarte de los arreglos finales y deshacerte de esas fieras.

—Pero Clifford, dame una oportunidad.

—Lo siento. Ahora, Margot, date prisa.

Margot le echó un vistazo al resumen e hizo una mueca.

—Es tan difícil, Clifford. Lo cierto es que no me gusta ninguno. Sigo pensando que la pequeña agencia que encontré en el Bazar es la mejor.

—No —gruñó Tony, hundiéndose en un sofá—. Margot, por favor, después de todo este trabajo.

—Sí, me gusta esa, sin duda. La oficina de sueños. Cómo se llamaba...

Antes de que pudiera terminar, un rugido de motores estalló en la avenida. Sorprendido, Clifford vio que la columna de coches y camiones avanzaba por la grava hacia la villa. Una música a todo volumen vibró en la planta de arriba, y un enfermizo olor almizclado impregnó el aire.

Tony se levantó del sofá.

—Tienen que haber conectado algo a este lugar —dijo rápidamente—. Será mejor que llame a la policía. Créanme, algunas de estas personas no pierden el tiempo discutiendo.

Fuera, tres hombres vestidos con casco y uniforme de campaña pasaron por delante de la terraza, desenrollando una bobina de alambre de púas. El silbido agudo de unos rayos surcó el aire desde la calzada.

Margot echó su sillón hacia atrás.

—¡Trantino! —gimió.

Clifford regresó a su estudio. Sintonizó el canal de emergencia en el transmisor.

En lugar de la señal de la policía irrumpió una voz aflautada y mecánica.

—Permanezcan sentados, permanezcan sentados. Despegamos en cero menos dos minutos, la oficina del sobrecargo en cubierta G...

Clifford pasó a otro canal. Hubo una explosión de aplausos y una voz alta y untuosa exclamó:

—Y ahora vemos al joven y brillante Clifford Gorrell y a su encantadora esposa Margot, listos para entrar en la piscina del sueño en la fabulosa Riviera-Neptuno. ¿Estás ahí, Cliff?

Enojado, Clifford sintonizó un tercer canal. Hubo ruidos de estática y de Morse, y luego alguien vociferó con voz dura:

—El coronel Sapt está apostado detrás de la piscina. Diríjense a lo largo del tejado del garaje...

Clifford se rindió. Volvió a la sala. La música era atronadora. Margot yacía postrada en el sillón de descanso y Tony estaba sentado en el suelo, junto al ventanal, observando la violenta batalla que había estallado en la calzada. Negras y pesadas cortinas de humo se elevaban por encima de la terraza, y dos tanques con estilizados arqueros estampados en las torretas pasaban junto a los restos incendiados de las furgonetas de los estudios de filmación.

—¡Esos deben de ser los de Argo! —gritó Tony—. ¡La policía se ocupará de ellos, pero espera a que lleguen los extrasensoriales!

Agachados bajo un murete de piedra que salía de la terraza había un grupo de camareros con sus uniformes de noche desaliñados, técnicos de laboratorio con sus batas blancas chamuscadas, y músicos que se aferraban a los estuches de sus instrumentos. Una lengua de fuego emergió de uno de los tanques por encima de sus cabezas y retumbó en el aire antes de alcanzar el bosquecillo de árboles-flamenco, provocando una lluvia de chispas y notas crepitantes.

Clifford obligó a Tony a levantarse.

—Vamos, tenemos que marcharnos de aquí. Trataremos de salir al jardín por las ventanas de la biblioteca. Tú llévate a Margot.

El traje de baño amarillo de Margot parecía que hubiera muerto de la impresión, y empezaba a ennegrecerse como una piel de plátano reseca. Apartando discretamente los ojos, Tony la levantó y siguió a Clifford hacia el vestíbulo.

Tres crupieres vestidos con uniformes dorados discutían acaloradamente con dos hombres con batas blancas de cirujanos. Detrás de ellos, un par de mecánicos trataban de subir un enorme *jacuzzi* por las escaleras.

El capataz se acercó a Clifford.

—¿Gorrell? —preguntó, consultando una factura—. De Trans-Ocean. —Señaló el *jacuzzi* con el pulgar—. ¿Dónde lo ponemos?

Un cirujano apartó al capataz de un codazo y dijo.

—¿Señor Gorrell? —preguntó con voz suave—. Somos de Viajes Cerebrotónicos. Por favor, permítame que le administre un sedante. Todo este ruido...

Clifford se desembarazó de él y caminó por el pasillo rumbo a la biblioteca, pero el suelo empezó a temblar y a deslizarse.

Vacilante, se detuvo y miró alrededor.

Tony estaba de rodillas, y Margot le colgaba de los brazos, por los suelos.

Alguien se tambaleó hasta Clifford y le ofreció una bandeja. En ella había tres billetes.

A su alrededor las paredes daban vueltas.

Se despertó en su habitación, tumbado cómodamente en la cama, respirando suavemente un aire fresco y ambarino. El ruido se había apagado, pero aún podía escuchar el vórtice de sonido girando en el fondo de la mente. Finalmente, la espiral de sonido se desvaneció, y Clifford movió la cabeza para mirar a su alrededor.

Margot yacía dormida junto a él, y por un momento pensó que el ataque a su casa había sido un sueño. Luego se dio cuenta de que llevaba puesto un casco en la cabeza y vio los cables que salían de un micrófono a una gran consola, a los pies de la cama. Enormes bobinas cargadas de cinta magnetofónica aguardaban en el proyector listo para ser conectado.

¡La verdadera pesadilla estaba por llegar! Forcejeó tratando de levantarse y cayó en un sueño crepuscular, incapaz de moverse más que unos centímetros.

Se quedó allí, sin poder hacer nada, durante diez minutos, y cuando trataba de gritar, la lengua le obstruía la boca como una bola de algodón. Finalmente, un pequeño alienígena, elegantemente vestido con un traje de seda de color rosa, abrió la puerta y se dirigió tranquilamente hacia ellos. Los miró a la cara y luego accionó un par de botones en la consola.

La conciencia de Clifford comenzó a aclararse. Junto a él, Margot se movió y despertó.



El alienígena se inclinó amablemente.

—Buenas noches —los saludó con una voz suave y dulce—. Permítanme disculparme por todas las molestias que han sufrido. Sin embargo, el primer día de vacaciones es a menudo un poco confuso.

Margot se incorporó.

—Me acuerdo de usted. Es de la pequeña oficina del Bazar —dijo incorporándose con una expresión de felicidad en el rostro—. ¡Clifford!

El alienígena hizo una reverencia.

—Por supuesto, señora Gorrell. Soy el doctor Terence Sotal-2 Burlington, profesor... emérito —añadió para sí mismo en el último momento— de Teatro Aplicado en la Universidad de Alfa Leporis, y director de la obra que usted y su marido protagonizarán durante estas vacaciones.

—¿Quiere desconectarme de esa maldita máquina inmediatamente? —lo interrumpió Clifford—. ¡Y luego váyase de mi casa! Ya he tenido...

—¡Clifford! —exclamó Margot—. ¿Qué es lo que te pasa?

Clifford trató de quitarse el casco, y el doctor Burlington accionó silenciosamente un control en la consola. Clifford sintió que el cerebro se le nublaba, y se dejó caer hacia atrás sin poder hacer nada.

—Todo está bien, señor Gorrell —dijo el doctor Burlington.

—Clifford —le advirtió Margot—. Recuerda tu promesa. —Le sonrió al doctor Burlington—. No le haga caso, doctor. Continúe, por favor.

—Gracias, señora Gorrell. —El doctor Burlington se inclinó de nuevo, mientras Clifford, medio dormido, gimoteaba impotente.

—La representación onírica que hemos diseñado para ustedes —explicó el doctor Burlington— es una adaptación de una obra maestra clásica en el canon Difenil 2-4-6 Ciclopropano, y aunque se basa en la más antigua de las situaciones humanas, es, sin embargo, fascinante. Recientemente ha sido declarada ganadora absoluta del Concurso Nupcial de Mira, y siempre ocupará un lugar privilegiado en los repertorios particulares. Creo que ustedes la conocen como *La doma de la bravía*<sup>[5]</sup>.

Margot se rio y luego puso cara de sorpresa. El doctor Burlington sonrió cortésmente.

—Sin embargo, permítanme que les muestre el guion. —Se excusó y salió.

Margot estaba inquieta y ansiosa, mientras que Clifford trataba débilmente de librarse del casco.

—Clifford, no estoy segura de que esto me guste. Y el doctor Burlington parece bastante extraño. Pero supongo que solo serán tres semanas.

En ese instante se abrió la puerta y apareció una figura corpulenta y con una barba espesa, erguido en su uniforme azul, con una gorra de plato blanca de marino en la cabeza.

—Buenas noches, señora Gorrell. —Saludó a Margot con elegancia—. Soy el

capitán Linstrom. —Y entonces se dirigió a Clifford—. Me alegra tenerlo a bordo, señor.

—¿A bordo? —repitió débilmente Clifford. Echó un vistazo al mobiliario familiar de su habitación, a las cortinas cuidadosamente cerradas de la ventana—. ¡Usted delira! ¡Salga de mi casa!

El capitán se rio.

—Su esposo tiene mucho sentido del humor, señora Gorrell. Una ventaja útil en estos viajes tan largos, aunque no diría lo mismo de su amigo del camarote adyacente, el señor Harcourt.

—¿Tony? —exclamó Margot—. ¿Todavía está aquí?

El capitán Linstrom se rio.

—Lo entiendo. Parece muy preocupado, muy ansioso por regresar a Marte. Algún día volveremos, por supuesto, pero me temo que pasará algún tiempo. No obstante, ustedes ya no tienen que pensar en el tiempo. Creo que dormirán todo el viaje. Pero los sueños serán agradables y coloridos, de todos modos. —Le sonrió con picardía a Margot.

Cuando el hombre llegó a la puerta, Clifford logró decir con voz entrecortada:

—¿Dónde estamos? ¡Por el amor de Dios, llame a la policía!

El capitán Linstrom se detuvo, sorprendido.

—Pero sin duda ya lo sabe, señor Gorrell...

Se acercó a la ventana y abrió las cortinas. En lugar del amplio ventanal había tres pequeños ojos de buey. Afuera había un resplandor de luz incandescente entre ráfagas de estrellas y nebulosas.

El capitán Linstrom hizo un gesto teatral.

—Este es el Sueño de Osiris, fletado por Terminal Tours, a tres horas de Ciudad Zénit en un viaje sin final. ¿Puedo desearles dulces sueños?

## LA JAULA DE ARENA

Al atardecer, cuando el fulgor bermellón reflejado por las dunas a lo largo del horizonte iluminaba las fachadas blancas de los hoteles abandonados, Bridgman salió al balcón a contemplar las amplias extensiones de arena que se enfriaban bajo una marea de sombra escarlata. Poco a poco, extendiendo sus finos dedos por cuencas y valles, las sombras parecían peines gigantescos, entre cuyas púas brillaban por un instante aisladas espuelas fosforescentes de obsidiana, y finalmente se unían en una sólida ola que inundaba los hoteles. Detrás de las fachadas silenciosas, en las inclinadas calles llenas de arena en las que antaño brillaron bares y restaurantes, ya era de noche. Halos de luz de luna perlaban las farolas con su rocío de plata y cubrían las ventanas y las cornisas como escarcha de gas congelado.

Mientras Bridgman miraba, sus delgados brazos bronceados contra la barandilla oxidada, las últimas espirales de luz desaparecieron en el embudo de color cereza que se hundía en el horizonte, y los primeros vientos agitaron la arena marciana muerta. Pequeños ciclones levantaban aquí y allá torbellinos de arena, remolinos emplumados de espuma lavada por la luna, y una corona de polvo blanco barría las dunas y se posaba en las depresiones y hondonadas. Poco a poco, la arena se acumulaba, y avanzaba hacia la antigua línea de la costa, por debajo de los hoteles. Las primeras cuatro plantas del hotel ya estaban inundadas, la arena llegaba a medio metro del balcón de Bridgman. La próxima tormenta lo obligaría a trasladarse de nuevo una planta más arriba.

—¡Bridgman!

La voz hendió la oscuridad como una lanza. Cincuenta metros a su derecha, al lado del dique derrumbado que una vez había intentado construir bajo el hotel, una figura corpulenta, con un par de pantalones cortos de algodón deshilachados, agitaba la mano en su dirección. La luz de la luna le marcaba los vigorosos músculos del pecho, las poderosas piernas arqueadas se hundían en la suave arena marciana hasta las pantorrillas. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, y con el pelo fino y muy corto, por lo que parecía casi calvo. En la mano derecha llevaba una bolsa de lona.

Bridgman sonrió. Allí de pie, pacientemente, en el claro de luna debajo del hotel abandonado, Travis le recordaba a un turista que llega tarde a un balneario fantasma desaparecido hace años.

—Bridgman, ¿vienes? —Como Bridgman seguía apoyado en la barandilla del balcón, Travis añadió—: La próxima conjunción es mañana.

Bridgman negó con la cabeza, y una mueca de disgusto le torció la boca. Odiaba las conjunciones bimensuales, cuando las siete cápsulas de los satélites abandonados que aún orbitaban la Tierra cruzaban juntos el cielo. Invariablemente, esas noches se

quedaba en su habitación, y ponía las viejas memocintas que había rescatado de los chalés y moteles sepultados a lo largo de la playa (la histórica «Soy Mamie Goldberg de Cocoa Boulevard 62 955, realmente quiero protestar contra esta locura de evacuación...»), o el resignado «Habla Sam Snade, el Pontiac descapotable que hay en el garaje es para quien pueda desenterrarlo»). Travis y Louise Woodward siempre venían al hotel las noches de conjunción, era el edificio más alto del lugar, y tenía unas buenas vistas del horizonte, para contemplar las siete estrellas convergentes siguiendo sus trayectorias interminables alrededor del globo. Y no pensaban en nada más, algo que los guardianes sabían muy bien, por lo que reservaban sus búsquedas más exhaustivas en el mar de arena para esas ocasiones bimensuales. Bridgman, pues, se veía obligado a cubrirles las espaldas.

—Anoche salí —le dijo a Travis—. Mantente alejado de la valla perimetral del noreste, cerca del cabo. Estarán ocupados reparando la pista.

La mayoría de las noches, Bridgman dividía su tiempo entre la excavación de moteles sepultados buscando almacenes de víveres y suministros (los antiguos habitantes de la zona del balneario habían asumido que el gobierno no tardaría en dejar sin efecto la orden de evacuación) y la desconexión de los tramos de carretera metálica fijada en el desierto para los vehículos de los guardianes. Cada cuadrado de malla de alambre medía unos cinco metros de lado y pesaba unos ciento treinta kilos. Después de arrancar los remaches, arrastrar lejos cada tramo y enterrarlo bajo las dunas, Bridgman solía quedar exhausto y se pasaba casi todo el día siguiente curándose las manos y descansando los hombros doloridos. Ahora habían clavado algunos tramos de la carretera con gruesas barras de acero, y Bridgman sabía que tarde o temprano sería imposible detener a los guardianes saboteando el camino.

Travis dudó, y luego se encogió de hombros y se marchó entre las dunas. Su fuerte brazo hacía balancear sin dificultad la pesada bolsa de herramientas. Aunque su dieta era escasa, su energía y determinación permanecían intactas. Bridgman lo había visto desmontar en una sola noche veinte tramos de carretera y después unir los extremos adyacentes de un cruce de caminos, desviando a un convoy de seis vehículos hacia las desoladas tierras del sur.

Bridgman iba a entrar en la habitación, pero se detuvo cuando la brisa fresca le trajo un leve aroma salino. A quince kilómetros de distancia, detrás de las dunas, se abría el mar, y las extensas olas verdes del Atlántico rompían contra la roja costa marciana. Cuando llegó a la playa, cinco años atrás, el olor de la sal apenas era perceptible a través de los kilómetros de arena. Poco a poco, no obstante, el Atlántico avanzaba hacia sus antiguas orillas. La incansable corriente del Golfo empujaba el polvo marciano y amontonaba las dunas en grotescos arrecifes rococós que el viento arrastraba hacia el mar de arena. El océano regresaba lentamente, recuperando su gran cuenca lisa, tamizando el cuarzo negro y la obsidiana marciana que no podía mover el viento, y llevándolos a las profundidades. Cada vez más a menudo, el aroma a salitre flotaba en el aire del atardecer, recordándole a Bridgman por qué había

llegado a la playa y haciéndole olvidar cualquier inclinación a abandonar.

Tres años antes había tratado de medir la tasa de aproximación del océano por medio de una serie de estacas clavadas en la arena de la orilla, pero los contornos cambiantes de las dunas engullían los palos de colores. Más tarde, tomando como punto de referencia el promontorio de Cabo Cañaveral, donde los viejos andamiajes de lanzamiento y las pistas de aterrizaje se recortaban contra el cielo como piezas abandonadas de escultura gigantesca, había deducido por triangulación que las aguas avanzaban unos treinta metros al año. A ese ritmo, sin querer había hecho el cálculo automáticamente, pasarían más de quinientos años antes de que el Atlántico llegara al antiguo litoral en Cocoa Beach. Aunque desalentadoramente lento, el movimiento del mar era siempre en la misma dirección, y Bridgman se sentía bien en aquel hotel separado de la costa por quince kilómetros de arena, dedicando los pocos años restantes de vida a esperar el momento de ese encuentro.

Más tarde, poco después de la llegada de Louise Woodward, había pensado en dismantelar una de las cabañas de un motel para construirse un pequeño chalé en la orilla del agua. Sin embargo, la costa era demasiado lúgubre y amenazadora. Las grandes dunas rojas rodaban durante kilómetros, ocultando la mitad del cielo, disolviéndose lentamente bajo el impacto de las aguas de color verde pizarra. No había una línea de costa, sino solo una terraza en pendiente formada por la acumulación de fragmentos de cuarzo y trozos oxidados de cohetes de Marte traídos aquí junto con el lastre. Pasó algunos días en una cueva bajo un imponente risco coralino, viendo cómo las largas galerías de polvo rojo y compacto se desmoronaban y disolvían en la fría corriente del Atlántico, cayendo como las columnas ornamentadas de una catedral barroca. En verano el calor reverberaba en la arena caliente, como fragmentos de un sol fundido, quemándole las suelas de goma de las botas, y el brillo de las piedras dispersas de cuarzo refulgía con la dureza del diamante. Bridgman había regresado al hotel, agradecido por tener una habitación con vistas a las dunas silenciosas.

Cuando abandonó el balcón y se acercó al escritorio, el aroma a salitre aún le impregnaba las fosas nasales. Un pequeño cono de luz tenue brillaba sobre la grabadora y las cintas. El zumbido de los motores de los guardianes se oía siempre unos cinco minutos antes de que llegaran, y no corría ningún riesgo encendiendo otra lámpara en la habitación. No había carreteras entre el hotel y el mar y, desde la lejanía, si se veía una luz en el balcón no se distinguía del halo de fosforescencias que flotaba sobre la arena como si hubiera legiones de luciérnagas. Sin embargo, Bridgman prefería sentarse en la sala a oscuras, rodeado por el círculo de libros en los estantes improvisados, notando en la espalda la brisa sombría de la noche, mientras escuchaba las memo-cintas, fragmentos de un pasado desaparecido sin nostalgia. De día cerraba las persianas, inmolándose a sí mismo en un mundo en perpetuo crepúsculo.

Bridgman se había adaptado fácilmente a su propio aislamiento, organizando pronto un sistema de rutina diaria que le permitía dedicar el máximo de tiempo a sus

fantasías particulares. Clavados en las paredes de la habitación, una serie de planos y dibujos arquitectónicos ilustraban diversos espacios de la fantástica ciudad marciana que él había diseñado en el pasado, con muros y torres de cristal que se alzaban como joyas heliotrópicas sobre el desierto escarlata. De hecho, la ciudad entera parecía una gran joya, y los distintos niveles, aunque brillantemente concebidos, eran tan simétricos y en última instancia tan carentes de vida como una corona. Bridgman retocaba los diseños continuamente, añadiendo más y más detalles, por lo que casi parecían fotografías de un original.

La mayoría de los hoteles de la ciudad —uno de tantos complejos de descanso hoy enterrados en la arena que una vez formaron una franja continua de moteles, cabañas y hoteles de cinco estrellas a cincuenta kilómetros al sur de Cabo Cañaveral — estaban bien provistos alimentos enlatados, abandonados cuando la zona fue evacuada y rodeada con vallas de alambre. Había muchos depósitos y cisternas de agua, y unos dos metros de profundidad bajo la arena había miles de bares de copas intactos. Travis había excavado una docena de ellos en busca de su *bourbon* añejo favorito. Si avanzabas por la zona desértica detrás de la ciudad, llegabas a un corto tramo de escaleras que se adentraba en la arena caliente, y si entonces te arrastrabas por debajo de un letrero semienterrado que decía BAR SATÉLITE O HABITACIÓN ORBITAL, llegabas hasta una barra cromada que había desenterrado junto al espejo facetado y la estantería de botellas. Y Bridgman sería feliz si el lugar permaneciera oculto.

Toda aquella basura acumulada en forma de salones recreativos y bares baratos en las afueras de los centros turísticos de la playa era como un comentario deprimente sobre los primeros vuelos espaciales, reduciéndolos al nivel de monstruos de feria.

En el pasillo al otro lado de la puerta de la habitación resonaron unos pasos. Luego subieron las escaleras lentamente y se detuvieron unos segundos en el rellano. Bridgman dejó la memocinta que tenía en la mano y escuchó aquellos pasos cansados y familiares. Era Louise Woodward, que como todas las noches subía a la azotea, diez plantas más arriba. Bridgman le echó un vistazo al calendario de la pared. Solo serían visibles dos de los siete satélites, entre las 12:25 y las 12:35, a una elevación de sesenta y dos grados al sudoeste, entre Cetus y Eridanus, y en ninguno estaba el marido de Louise. Aunque aún faltaban dos horas, la mujer estaba ocupando su puesto, y permanecería allí hasta el amanecer.

Bridgman escuchó los pasos débiles que se perdían en las escaleras. Aquella mujer delgada y de cara pálida se sentaba bajo el cielo iluminado por la luna, como la viuda de un marinero que espera a que el mar le devuelva el cuerpo, mientras la suave arena marciana que su marido había tratado en vano de alcanzar hasta perder la vida en ello, se arremolinaba alrededor y le acariciaba los descoloridos cabellos. Por lo general, Travis se le unía más tarde, y ambos se sentaban apoyados en la caseta del ascensor, con las letras escarchadas del cartel de neón del hotel caídas alrededor de sus pies como los fragmentos de un zodíaco desmembrado. Luego, de madrugada, se abrían paso por entre las sombras de las calles hasta sus respectivas habitaciones en

los hoteles cercanos.

Al principio Bridgman se unía también a sus vigiliias nocturnas, pero un par de noches después empezó a sentir algo repulsivo, cuando no directamente horrible, en aquella contemplación sin sentido de las estrellas. No era tanto el espectáculo macabro de los astronautas muertos que orbitaban la Tierra en sus cápsulas, como aquella extraña y tácita comunión entre Travis y Louise Woodward, que celebraban un rito privado en el que Bridgman nunca podría iniciarse. Cualesquiera que fueran sus motivos iniciales, Bridgman sospechaba a veces que habían sido sustituidos por otros más personales.

Al parecer, Louise Woodward observaba el satélite para mantener vivo el recuerdo de su marido, pero Bridgman pensaba que inconscientemente quería perpetuar otros recuerdos, de ella misma veinte años atrás, cuando era una celebridad acosada por periodistas y reporteros de televisión. Durante los primeros quince años después de su muerte —Woodward había fallecido probando un modelo más ligero de plataforma de lanzamiento—, ella había llevado una vida nómada, viajando sin cesar en su coche barato, de motel en motel, por todo el continente, siguiendo la estrella de su marido cuando desaparecía por el este del cielo. Al final se había instalado en Cocoa Beach, frente a las estructuras oxidadas de las plataformas de lanzamiento que se alzaban al otro lado de la bahía.

Quizá los motivos reales de Travis eran mucho más complejos. Dos años atrás, cuando se conocieron, Travis le había hablado de una deuda de honor que lo obligaba a velar por los astronautas muertos, por el ejemplo de coraje y sacrificio que habían significado para él cuando era un niño, aunque la mayoría ya tripulaba aquellas cápsulas destrozadas cincuenta años antes del nacimiento de Travis. Y ahora que habían sido prácticamente olvidados, él quería mantener viva la llama de su recuerdo. Bridgman estaba convencido de su sinceridad.

Sin embargo, más adelante, al hojear unas viejas revistas encontradas en el maletero de un coche desenterrado frente a un motel, descubrió una foto de Travis vestido con traje de aluminio, y se enteró de más detalles de su historia. Al parecer, Travis había sido astronauta, o mejor dicho, aspirante a astronauta. Trabajaba como piloto de pruebas para una de las compañías civiles que lanzaban estaciones orbitales, y los nervios le habían fallado unos segundos antes de que terminara la cuenta atrás, un ataque de pánico inesperado que le costó a la empresa unos cinco millones de dólares. Obviamente era su incapacidad para reconciliarse con su falta de carácter, tristemente descubierta sujeto al asiento acolchado del satélite en la misma rampa de lanzamiento, lo que había traído a Travis a Cabo Cañaveral, la Meca abandonada de los primeros héroes de la astronáutica.

Con mucho tacto, Bridgman había tratado de explicarle que nadie lo acusaba por aquel ataque de pánico imprevisto. Los verdaderos culpables eran quienes lo habían elegido para el vuelo, o al menos por una desgraciada concatenación de preguntas de opción múltiple ambiguamente redactadas (cruces en las casillas equivocadas,

algunas más pesadas de soportar y más difíciles de abrir que otras, había pensado Bridgman con sarcasmo). Pero Travis pareció haber llegado a su propia conclusión acerca de todo el asunto. Noche tras noche observaba el brillante convoy funerario trazando su camino dorado hacia el sol del amanecer, identificando su propio fracaso con el de los siete astronautas, de mayor importancia pero desprovisto de culpa. Travis todavía llevaba el pelo cortado reglamentariamente a lo mohicano, como los hombres del espacio, y se mantenía en perfecto estado físico gracias a la gimnasia que practicaba regularmente desde antes de su vuelo abortado. Sostenido por el mito personal que había creado, ahora era casi inalcanzable.

—Querido Harry, he cogido el coche y he vaciado la caja de caudales. Lamento que terminemos así...

Bridgman, irritado, apagó la grabadora y la recapitulación de una trivialidad familiar de hacía treinta años. Por algún motivo, no podía aceptar a Travis y a Louise Woodward por lo que eran. Le molestaba no poder demostrar compasión, esa repetida necesidad de desenmascarar las causas de los demás, despojándolos de las corazas que protegen sus fibras nerviosas, sobre todo si pensaba en que sus propias razones para estar en Cabo Cañaveral eran bastante sospechosas. ¿Por qué estaba aquí, qué trataba de redimir? ¿Y por qué había elegido Cocoa Beach como lugar de penitencia? Durante los últimos tres años se había hecho estas preguntas tantas veces que ya no significaban nada para él, como si fueran un catecismo fosilizado o la traumática autorecriminación de un paranoico.

Había dimitido de su puesto de arquitecto jefe de una gran empresa de desarrollo espacial después de que el gobierno adjudicara a un consorcio rival el sustancioso contrato para diseñar la primera ciudad marciana. En secreto, sin embargo, se dio cuenta de que con aquella dimisión había aceptado inconscientemente que a pesar de sus grandes dotes imaginativas era desigual en las tareas especializadas y más prosaicas del diseño de soluciones. En el tablero de dibujo, y en todas partes, siempre permanecería ligado a la Tierra.

Sus sueños de construir una nueva arquitectura gótica de puertos de lanzamiento y pórticos de control, de ser el Frank Lloyd Wright y el Le Corbusier de la primera ciudad que se levantaría fuera de la Tierra, se desvaneció para siempre, pero de paso incapacitándolo para aceptar la alternativa interminable de planificar hospitales de bajo coste en Ecuador y edificios de viviendas en Tokio. Durante un año viajó sin rumbo, pero unas pocas fotografías en color de los atardeceres escarlata de Cocoa Beach y una noticia acerca de los reclusos que vivían en los moteles enterrados le habían proporcionado una poderosa brújula.

Metió la cinta en un cajón, tratando de aceptar a Louise Woodward y Travis tal como eran, una mujer que velaba a su marido muerto y un antiguo astronauta que mantenía una vigilia solitaria en memoria de sus compañeros perdidos.

El viento golpeaba la ventana del balcón, y un ligero rocío de arena llovió sobre el suelo. De noche las tormentas de polvo batían la playa. Los lagos térmicos aislados



por el repentino frío nocturno del desierto crecían como gotas de mercurio y estallaban en la arena suave y esponjosa como tornados en miniatura.

A solo unos cincuenta metros de distancia, la tos agónica de un motor diésel cortó las sombras. Rápidamente, Bridgman apagó la pequeña luz del escritorio, agradecido por su propia tacañería con el número de pilas con las que alimentaba el circuito, y avanzó hasta la ventana.

En el borde izquierdo del dique, medio oculto por la larga sombra del hotel, había un enorme vehículo oruga con el casco pintado de camuflaje. Habían montado una especie de plataforma de observación encima del parachoques, justo frente al capó, y dos de los guardianes miraban hacia arriba desde detrás de las ventanillas de plástico, observando con los prismáticos cada balcón del hotel. Detrás, bajo la cabina del conductor, otros tres guardianes enfocaban un reflector desde una ventanilla lateral. Un débil resplandor parpadeaba en el centro del foco al ritmo del motor, listo para arrojar un poderoso haz de luz hacia cualquiera de las habitaciones en cuanto lo conectaran.

Bridgman se escondió detrás de las persianas mientras los prismáticos enfocaban el balcón contiguo, recorrían el suyo, dudaban, y pasaban al siguiente. Obviamente, exasperados por los sabotajes de las carreteras, los guardianes habían decidido usar un nuevo tipo de vehículo. Con sus cuatro grandes orugas, aquellos vehículos de las arenas no necesitarían las pistas de redes de alambre y podrían atravesar sin dificultades las dunas.

Bridgman observó cómo retrocedía el vehículo, casi sin alterar el zumbido grave y profundo del motor, y continuaba su ruta por delante de la hilera de hoteles, confundándose con las dunas y las lomas. A unos cien metros de distancia, en el primer cruce, giró hacia la avenida principal, mientras las orugas metálicas levantaban el polvo como tenues nubes de vapor. Los hombres apostados en la plataforma de observación seguían mirando el hotel. Bridgman estaba seguro de que habían visto un reflejo de luz, o a Louise Woodward moviéndose en la azotea. Sin embargo, incluso reacios a bajarse del vehículo y contaminarse con el polvo venenoso, los guardianes no dudarían un segundo en hacerlo si lo justificaba la captura de un vagabundo.

Bridgman subió rápidamente a la azotea y se agachó bajo las ventanas que daban a la avenida. El vehículo oruga, como un enorme cangrejo, se había detenido bajo el alero de los grandes almacenes de enfrente. El borde de hormigón, antes a quince metros del suelo, estaba ahora a unos seis o siete, y el vehículo oruga se había refugiado en la sombra y apagado el motor. Un solo movimiento en una ventana, o el imprevisto regreso de Travis, provocarían que los guardianes salieran por las escotillas esgrimando sus redes y lazos. Bridgman recordó a un vagabundo que solía esconderse en un motel al que habían arrancado de su escondite para arrastrarlo como una araña enorme y convulsa envuelta en una telaraña de goma negra. Los guardianes, con las cabezas envueltas y las bocas tapadas, parecían los diablos de un

*ballet* abstracto.

Al alcanzar la azotea, Bridgman emergió a la luz blanca y opaca de la luna. Louise Woodward estaba apoyada en el parapeto, mirando hacia el mar invisible. Al oír el leve crujido de la puerta se volvió y empezó a caminar indiferente por la azotea, con la cara pálida y etérea como una aureola. Llevaba un vestido estampado recién planchado que había encontrado en una secadora oxidada de una tintorería, y el cabello de varios tonos de rubio flotaba al viento.

—¡Louise!

Ella se asustó y tropezó con un trozo de un letrero de neón, y entonces retrocedió hasta el parapeto que daba a la avenida.

—¡Señora Woodward! —dijo Bridgman agarrándola del codo y tapándole la boca con la mano antes que pudiera gritar—. Los guardianes están abajo, observando el hotel. Tenemos que encontrar a Travis.

Louise dudó, como si no le reconociera, y levantó la mirada hacia el cielo negro y marmóreo mientras Bridgman se miraba el reloj. Eran casi las doce y treinta y cinco. Observó las estrellas del sudoeste.

—Ya casi están aquí —murmuró Louise—. Quiero verlos. ¿Dónde está Travis? Ya tendría que haber llegado.

Bridgman tiró de su brazo.

—Puede que haya visto el vehículo oruga, señora Woodward. Tendríamos que marcharnos.

De repente, ella señaló el cielo, se apartó de Bridgman, y corrió a la barandilla.

—¡Ahí están!

Impaciente, Bridgman esperó a que ella se cansara de mirar las dos luces gemelas que se elevaban rápidamente por el oeste. Eran Merrill y Pokrovski —como todos los escolares, conocía perfectamente las secuencias, un segundo sistema de constelaciones con una periodicidad y una precisión más complejas, pero mucho más tangibles—, los Cástor y Pólux del zodiaco orbital, cuya aparición anunciaba la llegada del grupo completo la noche siguiente.

Louise Woodward los miró desde el parapeto, mientras el viento le agitaba el cabello hacia atrás. El polvo rojo marciano giraba y susurraba a sus pies, sobre los trozos del viejo letrero de neón, como una reluciente espuma rosada que brotaba de los largos dedos de la mujer cuando se movían a lo largo del parapeto. Por fin, los satélites se desvanecieron entre las estrellas del horizonte y ella se inclinó hacia adelante y alzó la vista hacia la lechosa luna azul como si quisiera retenerlos. Luego se volvió hacia Bridgman, el rostro iluminado con una amplia sonrisa.

Bridgman, más calmado, le devolvió la sonrisa.

—Roger estará aquí mañana por la noche, Louise. Ahora impidamos que los guardianes nos capturen antes de verlo.

De repente sintió admiración por aquella mujer y el estoicismo que la había mantenido en pie durante toda su prolongada vigilia. ¿Es que creía que Woodward

estaba todavía vivo y esperaba pacientemente que volviera? Recordó que una vez le había dicho: «¿Sabe?, Roger era poco más que un niño cuando despegó, y ahora me parece como si yo fuera su madre», como si temiera la reacción de Woodward al ver que ella tenía ahora la piel reseca y el pelo descolorido, incluso como si temiera que él la hubiera olvidado. Obviamente, la muerte que imaginaba para él era de una clase distinta a la del simple mortal.

Cogidos de la mano, descendieron en silencio los descascarillados escalones y saltaron a la arena desde una terraza. Bridgman se hundió hasta las rodillas en el fino y plateado polvo lunar, y avanzó con dificultad hasta un terreno más firme, tirando de Louise. Pasaron a través de una brecha en las vallas inclinadas y corrieron lejos de la hilera de hoteles muertos que relucían como calaveras bajo la luz vacía.

—¡Paul, espere!

Con el rostro todavía levantado al cielo, Louise Woodward cayó de rodillas en una hondonada entre dos dunas, y con una carcajada siguió tambaleándose a Bridgman, que corría entre las cuencas y las lomas. Ahora el viento azotaba la arena de las crestas más altas, levantando remolinos de polvo como pequeñas olas. A unos cien metros de distancia, la ciudad era un etéreo plató de cine proyectado por la cámara oscura de la luna que caía por el horizonte. Antaño, el océano Atlántico había tenido allí una profundidad de veinte metros, y Bridgman podía oler la sal entre las brillantes olas de polvo, fosforescentes como bancos de protozoos. Esperó a que Travis diera señales de vida.

—Louise, tendremos que volver a la ciudad. Empiezan las tormentas de arena, aquí nunca veremos a Travis.

Regresaron por las dunas, y luego se abrieron camino por los estrechos callejones que bordeaban los hoteles en la puerta norte de la ciudad. En un pequeño edificio de apartamentos, Bridgman encontró un refugio seguro, y se tumbaron bajo el marco de una ventana, observando la calle inclinada, sobre el colchón acogedor de la arena caliente. En los cruces de las calles el polvo levantaba nubes blancas que ocultaban el vehículo oruga de los guardianes, detenido en la avenida a unos cien metros de distancia.

Media hora después se oyó el rugido de un motor, y Bridgman empezó a echar arena en el hueco que tenía delante.

—Se marchan. ¡Gracias a Dios!

Louise Woodward lo agarró por el brazo.

—¡Mire!

A quince metros, con el traje de plástico blanco envuelto en una nube de polvo, uno de los guardianes avanzaba lentamente hacia ellos, balanceando ligeramente la correa. A poca distancia lo seguía otro guardián que escrutaba las ventanas del edificio con unos prismáticos.

Bridgman y Louise retrocedieron arrastrándose por debajo del techo, y luego se abrieron camino cavando en la arena y entraron por una claraboya en la cocina de la

parte trasera. Una ventana daba a un patio lleno de arena, y los dos echaron a correr por entre el polvo que se elevaba entre los edificios.

De repente, a la vuelta de una esquina, vieron una fila de guardianes que avanzaba por una calle lateral seguidos por el vehículo oruga. Antes de que Bridgman reaccionara, sintió un espasmo de dolor en el músculo de la pantorrilla izquierda, haciéndolo caer de rodillas. Louise Woodward lo empujó contra la pared y señaló una figura patizamba y corpulenta que se acercaba a ellos por la carretera que entraba en la ciudad.

—Travis...

Balanceaba la bolsa de herramientas en la mano derecha, y sus pasos resonaban débilmente en la carretera de alambre. Miraba al suelo, y al parecer no había visto a los guardianes que lo acechaban ocultos en una curva.

—¡Vamos! —Sin pensar en el insignificante margen de seguridad, Bridgman se levantó y corrió tan rápido como pudo hacia el centro de la calle. Louise trató de detenerlo, y solo habían recorrido unos diez metros cuando los vieron los guardianes. Se oyó un grito de advertencia, y el reflector proyectó un gigantesco cono de luz que iluminó la calle. El vehículo oruga avanzó, un toro macizo y cubierto de polvo, raspando la arena con las orugas.

—¡Travis!

Cuando Bridgman llegó a la curva, diez metros por delante de Louise Woodward, Travis despertó de su ensoñación, se echó la bolsa al hombro y corrió delante de ellos hacia la fila de moteles semienterrados en la arena al otro extremo de la calle. Bridgman se quedó atrás. Tuvo otro calambre y avanzó arrastrando la pierna. Travis volvió a buscarlo, lo sujetó por el codo y lo acompañó como un enfermero que guiara a un paciente.

Envueltos en polvo, se desvanecieron por los callejones hasta internarse en el desierto, mientras los gritos de los guardianes se confundían con los rugidos del vehículo. A su alrededor, como la extraña flora metálica de un jardín extraterrestre, los viejos letreros de neón sobresalían en la roja arena marciana: MOTEL SATÉLITE, BAR PLANETA, MOTEL MERCURIO. Pasando por detrás de los letreros alcanzaron las dunas del límite de la ciudad, cubiertas de matas bajas, y allí embocaron un camino que se perdía entre los riscos de arena. En las profundas grutas de arena compacta que colgaban como palacios invertidos, esperaron a que pasara la tormenta. Poco antes del amanecer los guardianes desistieron de su búsqueda debido a la imposibilidad del pesado vehículo oruga de avanzar por las rocas agrietadas.

Sin preocuparse por los guardianes, Travis encendió una pequeña hoguera con las ramas que el viento había acumulado en las hondonadas. Bridgman se acuclilló frente al fuego para calentarse las manos.

—Es la primera vez que vienen preparados para bajarse del vehículo oruga. Eso significa que tienen órdenes de capturarnos.

Travis se encogió de hombros.

—Quizá sí. Están tendiendo la alambrada a lo largo de la playa. Tal vez intentan encerrarnos para siempre.

—¿Qué? —Bridgman se levantó, repentinamente inquieto—. ¿Por qué? ¿Estás seguro? Quiero decir, ¿con qué propósito?

Travis levantó la mirada hacia él, y una sombra de ironía se dibujó en sus labios. Volutas de humo le coronaban la cabeza y se enroscaban entre las columnas retorcidas de la cueva hasta elevarse por una sinuosa abertura por la que se veía el cielo, treinta metros más arriba.

—Bridgman, disculpa, pero si quieres irte, tiene que ser ahora. Dentro de un mes será imposible.

Bridgman no contestó y miró hacia el trozo de cielo oscuro donde quedaba enmarcada la constelación de Escorpio, como si esperase ver un reflejo del mar distante.

—Se han vuelto locos. ¿Cuánto mide la valla?

—Unos ochocientos metros. No tardarán mucho en acabarla. Colocan secciones prefabricadas de unos doce metros de altura. —Sonrió con ironía ante la inquietud de Bridgman—. Cálmate, Bridgman. Si realmente quieres irte, siempre podrás cavar un túnel por debajo.

—No quiero irme —dijo Bridgman con frialdad—. Maldita sea, Travis, están convirtiendo este lugar en un zoo. Sabes que no será lo mismo con una alambrada alrededor.

—Un rincón de la Tierra que será Marte para siempre. —Los ojos de Travis brillaron penetrantes bajo la frente despejada—. Veo perfectamente cuál es el propósito. No hay un accidente mortal desde hace... —miró a Louise Woodward, que vagaba entre las columnatas—... casi veinte años, y se supone que los cohetes de pasajeros son tan seguros como los trenes. Están sellando el pasado. Y a ti, a Louise y a mí con él. Supongo que es muy considerado por su parte no devastar el lugar con lanzallamas. Un virus sería una buena excusa. Después de todo, tal vez seamos los únicos agentes que quedan en el planeta. —Recogió un puñado de polvo escarlata y examinó los finos cristales con expresión apagada—. Entonces, Bridgman, ¿qué vas a hacer?

Los pensamientos estallaban en la mente de Bridgman como frenéticas bengalas de señales, y se alejó sin responder.

Detrás de ellos, Louise Woodward todavía paseaba por las profundas galerías de la cueva, cantando en voz baja, acompañando el susurro de los remolinos de arena.

Por la mañana volvieron a la ciudad, evitando los altos montículos de arena que yacían como una nieve roja y recién caída brillando al sol entre los hoteles y las tiendas.

Travis y Louise Woodward se dirigieron a sus respectivos refugios en los moteles de la playa. Bridgman escudriñó el paisaje tranquilo en busca de los guardianes, pero

el vehículo oruga se había marchado y la tormenta había eliminado todo rastro.

Habían dejado una tarjeta de visita en su habitación.

Una densa marea de polvo había entrado por las persianas, cubriendo el escritorio y la cama y acumulándose en la pared del fondo a una altura de un metro. Afuera, el dique estaba enterrado, y los contornos del desierto habían cambiado totalmente. Unos pocos salientes de obsidiana señalaban las formas anteriores como boyas en el mar. Bridgman se pasó la mañana desenterrando libros e instrumentos, desmontó el sistema eléctrico y los condensadores y se lo llevó todo a una habitación de la planta inmediatamente superior. Habría querido trasladarse a la planta más alta, pero la lámpara se habría visto a varios kilómetros de distancia a la redonda.

Instalado en su nueva habitación, conectó el reproductor y escuchó un breve mensaje medio murmurado por la voz fuerte que la noche anterior gritaba órdenes a los guardianes. «Bridgman, habla el mayor Webster, comandante de la Reserva de Cocoa Beach. Siguiendo instrucciones del Subcomité Antivírico de la Asamblea General de la ONU, estamos levantando una alambrada para vallar la zona de la playa. En cuanto esté concluida no se permitirá salir a nadie, y quienes se fuguen serán devueltos enseguida a la reserva. Bridgman, entréguese ahora, antes de que...».

Bridgman detuvo la cinta, la rebobinó, y borró el mensaje mientras miraba furioso el aparato. Incapaz de concentrarse en la tarea de reinstalar los circuitos eléctricos, caminó de un lado a otro contemplando los dibujos clavados en la pared. Estaba inquieto y excitado, tal vez debido a que había tratado de reprimir sin éxito las mismas dudas que Webster acababa de recordarle.

Salió al balcón y miró el desierto, las dunas rojas y ondulantes que llegaban hasta las ventanas de abajo. Por cuarta vez se había trasladado de planta, y las habitaciones idénticas que había ocupado hasta ahora eran como imágenes trasladadas de sí mismo vistas a través de un prisma. Aún debía descubrir el foco común, la escurridiza e irrefutable definición de sí mismo que perseguía desde hacía tanto tiempo. La arena lo alcanzaba desde fuera del tiempo, y aquellos contornos cambiantes, una imagen más precisa del cero psíquico total que cualquier paisaje conocido, envolvían los fracasos e incertidumbres del pasado y los ocultaban bajo un manto enigmático.

Bridgman contempló el brillo y las fluorescencias de la arena escarlata bajo el sol cada vez más alto. Ya nunca podría ir a Marte y reparar aquel error implícito, pero la playa era una réplica convincente del planeta.

Hacía cincuenta años, cuando se temía que el continuo lanzamiento de sondas estelares y naves espaciales, así como el transporte de provisiones y equipos a Marte, redujeran la masa gravitatoria de la Tierra acercando su órbita al Sol, varios millones de toneladas de suelo marciano fueron traídos como lastre. Aunque la diferencia sería solo de unos pocos milímetros, y apenas afectaría a la temperatura de la atmósfera, los efectos acumulativos en un período prolongado destruirían las capas más finas de la atmósfera exterior, y también la capa de ozono que protegía a la biosfera contra las radiaciones.

Durante más de veinte años, una flota de grandes cargueros espaciales había viajado a Marte en varias expediciones, y cada vez que una volvía a la Tierra descargaba el lastre en el mar, cerca de la zona de aterrizaje de Cabo Cañaveral. Al mismo tiempo, los rusos estaban llenando una pequeña porción del mar Caspio. La intención había sido que tanto las aguas del Atlántico como las del Caspio devoraran el lastre, pero pronto se descubrió que el análisis microbiológico de la arena había sido incorrecto.

En los dos casquetes polares de Marte, donde se había condensado originalmente el vapor de agua, residuos de antigua materia orgánica formaban la capa superior del suelo, una superficie arenosa que contenía esporas fosilizadas de musgos y líquenes gigantes que habían sido las últimas criaturas vivas del planeta millones de años atrás. En dichas esporas se alojaban los cristales de los virus que en otra época habían destruido la vegetación, y algunos viajaron a la Tierra junto con el lastre destinado al mar Caspio y a Cabo Cañaveral.

Unos años después hubo un aumento drástico de una amplia gama de enfermedades de las plantas en los estados del sur de Estados Unidos y en las repúblicas soviéticas de Kazajstán y Turkmenistán. En toda Florida hubo brotes de hongos y de la enfermedad del mosaico, las naranjas se marchitaban y morían, las palmeras enanas de las cunetas de las carreteras se secaban como cáscaras de plátano y la hierba parecía hecha de cartón bajo el sol del verano. A los pocos años toda la península se convirtió en un desierto. Las selvas pantanosas de los Everglades se transformaron en un páramo seco y blanquecino, los ríos en barro agrietado sembrados con los relucientes esqueletos de aves y cocodrilos entre los bosques petrificados.

La base de lanzamiento de Cabo Cañaveral se clausuró, y poco después los balnearios de Cocoa Beach fueron aislados y evacuados. Billones de dólares en bienes inmuebles quedaron a merced del virus. Por fortuna, no atacaba a los animales y no salía de los sedimentos de loess a menos que lo ingiriera un organismo humano. En asociación con las bacterias de la flora intestinal era inofensivo para el ser humano portador, pero devastaba la vegetación de miles de kilómetros a la redonda en cuanto era devuelto al suelo.

Incapaz de dormir a pesar de haber pasado la noche en vela, Bridgman manoseó irritado el reproductor. Mientras huían de los guardias casi había deseado que lo atraparan. Estaba seguro de que el misterioso era una reacción psicológica. Aunque de un modo consciente no aceptara el argumento de Webster, cedería de buena gana ante el hecho consumado de la captura, sometiéndose con gratitud a un año de cuarentena en la Unidad Parasitológica de Tampa para poder retornar después a su carrera de arquitecto, purificado pero aceptando su fracaso.

Pero todavía no se había presentado una buena ocasión para rendirse. Travis parecía darse cuenta de sus impulsos ambivalentes. Bridgman recordó que ni él ni

Louise Woodward lo habían invitado a unirse a ellos para ver la conjunción de esa noche.

A primera hora de la tarde salió de la habitación y se adentró entre las dunas de arena roja siguiendo las huellas de Travis y Louise, que zigzagueaban por las calles laterales y desaparecían luego entre las colinas de arena más tosca y pétreas alrededor de los moteles de la parte sur de la ciudad. Finalmente se cansó y volvió por las calles desiertas y soleadas. De vez en cuando lanzaba un grito al aire y escuchaba cómo el eco se perdía entre las dunas.

Al atardecer salió hacia el noreste, caminando con cuidado entre cuencas y hondonadas, ocultándose en las sombras cuando la brisa le traía los sonidos distantes de los obreros que trabajaban en el perímetro. A su alrededor, los granos de arena escarlata refulgían como diamantes en las grandes cuencas de polvo. Aristas de metal oxidado sobresalían en las laderas de las dunas, rastros de satélites marcianos y plataformas de lanzamiento que habían caído en los desiertos de Marte y habían sido devueltos a la Tierra. Pasó junto a un trozo, una sección completa de un fuselaje que parecía un escudo cóncavo, donde todavía podía leerse parte del número de identificación, y que se levantaba sobre la arena como una puerta hacia ninguna parte.

Poco antes del ocaso encontró una aguja de obsidiana que se erguía contra el cielo de color cereza como el campanario de una iglesia en ruinas. Se encaramó a los salientes y contempló los cinco kilómetros de dunas que lo separaban de la periferia. Iluminados por los últimos rayos solares, las vallas de alambre relucían con reflejos de color rosado, como las verjas levadizas de un cuento de hadas a orillas de un mar encantado. Habían instalado casi un kilómetro de alambrada, y mientras Bridgman miraba, levantaron otro de los gigantescos tramos prefabricados en el aire y lo clavaron al suelo. Hacia el este, la alambrada ya tapaba el horizonte y la arena marciana parecía la grava que uno extiende por el fondo de una jaula.

De pie en el promontorio, Bridgman sintió un temblor, una punzada de advertencia en la pantorrilla. Saltó al suelo levantando una nube de polvo y, sin mirar atrás, avanzó por entre las dunas y los riscos.

Más tarde, mientras las últimas volutas barrocas de la puesta de sol se desvanecían bajo el horizonte, esperó en la azotea la llegada de Travis y Louise Woodward, escrutando impaciente las vacías calles iluminadas por la luna.

Poco después de medianoche, con una elevación de treinta y cinco grados al sudoeste, entre el Aquila y Ofiuco, comenzó la conjunción. Bridgman siguió buscando por las calles con la mirada, ignorando los siete puntos de luz que se acercaban rápidamente desde el horizonte como invasores del espacio exterior. Nada revelaba la trayectoria de las siete órbitas convergentes, que pronto estarían separadas por miles de kilómetros. Los satélites cruzaban el cielo como si siempre fueran juntos, en la misma formación compacta que Bridgman conocía desde su infancia. Parecían un signo zodiacal olvidado, una constelación arrancada al cielo y desesperada por volver a su punto de origen.



¡Travis! ¡Maldito seas!

Con una mueca, Bridgman se alejó del parapeto y caminó junto a la barandilla detrás de la caseta del ascensor. Que Travis y Louise Woodward lo eludieran como un paria significaba que ya no era un auténtico residente de la playa y que ahora habitaba una tierra de nadie entre ellos y los guardianes.

Los siete satélites se acercaron, y Bridgman los miró indiferente. Estaban dispuestos en un patrón nítido pero insólito, parecido a la letra griega  $\chi$ , una cruz coja, con un brazo recto y lateral que contenía las cuatro cápsulas alineadas delante —Connolly, Tkachev, Merrill y Maiakovski— y cortado por el medio por las otras tres —Pokrovski, Woodward y Brodisnek— que junto con Tkachev formaban una Z alargada. El dibujo había sido identificado como una hoz y un martillo, o como un águila, o una esvástica o una paloma, o bien toda clase de emblemas rúnicos y religiosos, pero la tendencia de las cápsulas más viejas a vaporizarse arruinaba cualquier interpretación.

Era la lenta desintegración de los cascos de aluminio lo que los hacía visibles. A menudo se explicaba que el observador terrestre en realidad no estaba mirando la cápsula, sino un campo de aluminio vaporizado y peróxido de hidrógeno ionizado, ahora diseminado en un radio de casi un kilómetro alrededor de cada satélite. El de Woodward, el último en entrar en órbita, era un punto de luz apenas visible. El fuselaje de las cápsulas, que contenían un cargamento humano perfectamente conservado, se disolvía continuamente, y un ancho abanico de espuma plateada se abría en una estela espectral por detrás de Merrill y Pokrovski (1998 y 1999), como una estrella doble que se convirtiera en nova en el centro de una constelación. A medida que la masa de las cápsulas disminuía, las órbitas se estrechaban. Pronto entrarían en las capas más densas de la atmósfera y se precipitarían contra la superficie del planeta.

Bridgman vio las cápsulas que avanzaban hacia él, olvidando su enfado con Travis. Como de costumbre, se emocionaba ante aquel espectáculo impresionante, aunque insólitamente sosegado, de ese convoy fantasma que navegaba sin descanso por el oscuro mar del cielo nocturno, cuando los astronautas muertos tiempo atrás confluían por enésima vez en su efímera cita para luego continuar sus vuelos en solitario alrededor del perímetro de la ionosfera, la playa hacia donde los empujaba la marea espacial.

Nunca había sido capaz de entender cómo Louise Woodward podía soportar mirar hacia donde estaba su marido muerto. Después de que llegara ella, Bridgman la había invitado una vez al hotel, explicándole que tenía unas excelentes vistas de los hermosos crepúsculos, y ella había respondido con amargura: «¿Hermosos? ¿Se imagina lo que es contemplar el atardecer cuando tu marido lo cruza volando en su ataúd?».

Esta reacción fue muy común cuando murieron los primeros astronautas al no poder entrar en contacto con las plataformas de lanzamiento en órbita fija. Cuando

estas nuevas estrellas se levantaron en el oeste se hizo un intento de derribarlas ante la inquietante perspectiva del cielo lleno de basura orbital mil años más tarde, pero al fin los pilotos fueron dejados en aquel cementerio natural, que era a la vez un monumento.

Ocultos por las nubes de polvo que la tormenta de arena había levantado, los satélites brillaban con una intensidad apenas mayor que la de las estrellas de segunda magnitud, parpadeando cuando la luz reflejada era interrumpida por acumulaciones de cirros en la estratosfera. La estela de luz diseminada que seguía a Merrill y Pokrovski ocultando a medias las otras cápsulas parecía más pequeña, y por primera vez en varios meses pudo ver con nitidez a Maiakovski y Brodisnek. Preguntándose cuál de los dos caería primero, Bridgman miró el centro de la cruz que pasaba por encima de su cabeza.

Respiró hondo, inclinó la cabeza hacia atrás y asombrado se dio cuenta de que faltaba uno de los familiares puntos de luz en el centro del grupo. No había ninguna nube de polvo que ocultara las estelas de vapor, como había pensado antes, sino que una de las cápsulas —la de Merrill, decidió, la tercera de la primera fila— había caído de su órbita.

Con la cabeza levantada recorrió lentamente la azotea, evitando los trozos del letrero de neón, siguiendo al convoy que cruzaba el cielo en dirección al este. Ahora que la estela de Merrill ya no la ocultaba, la cápsula de Woodward relucía mucho más, y hasta parecía haber tomado el lugar de la otra, aunque no se estrellaría contra el planeta hasta dentro de al menos un siglo más.

A lo lejos se oyó el rugido de un motor. Poco después, desde otra dirección, una voz de mujer gritó débilmente. Bridgman se acercó a la barandilla y por encima de los techos cercanos vio dos figuras recortadas contra el cielo, de pie sobre la caseta del ascensor de un edificio de apartamentos. Luego oyó de nuevo la voz de Louise Woodward. La mujer señalaba el cielo con las dos manos. El cabello se le enredaba en la cara, y Travis trataba de contenerla. Bridgman comprendió que ella había malinterpretado el descenso caída de Merrill, pensando que el astronauta que caía era su marido. Se apoyó en el borde del parapeto, observando la escena patética en aquel tejado lejano.

Entre las dunas volvió a rugir un motor. Antes de que Bridgman pudiera darse la vuelta, una brillante lanza de luz cortó el cielo hacia el sudoeste. Como un cometa, seguida por una populosa caravana de partículas vaporizadas que se perdían en el horizonte, la cápsula caía hacia ellos, en una trayectoria parabólica claramente visible. Separada del resto de los satélites, que ahora desaparecían entre las estrellas por el horizonte del este, le faltaban apenas unos kilómetros para estrellarse contra el suelo.

Bridgman lo vio acercarse. Parecía que se estrellaría contra el hotel. La creciente corona de luz blanca, como una gigantesca bengala de señales, iluminaba los tejados y las letras de los carteles de neón de los moteles semienterrados en la arena.

Bridgman corrió hacia el pasillo, y mientras bajaba las escaleras a la carrera vio cómo el resplandor de la cápsula que caía anegaba las calles sombrías como cientos de lunas. Cuando llegó a su habitación, protegido por la enorme mole del hotel, vio que las dunas se iluminaron de pronto como un decorado de cine. Trescientos metros más allá, el casco bajo y pintado de camuflaje del vehículo oruga de los guardianes apareció en lo alto de una colina, la débil luz del reflector ahogada en la claridad deslumbrante.

Con un profundo suspiro metálico, el catafalco ardiente del astronauta muerto surcó el aire en una cascada de metal vaporizado, que llenó el cielo de una luz incandescente. En tierra, como una pista de aterrizaje iluminada por los faros de un avión, una larga avenida de luz de varios centenares de metros de anchura se adentraba en el desierto hacia el mar. Bridgman se tapó los ojos, y de repente se oyó una tremenda explosión de arena. Una extensa cortina de polvo blanco se elevó en el aire y descendió lentamente. Los ecos del impacto alcanzaron el hotel en un crescendo sostenido que hizo vibrar los cristales de las ventanas. Varias explosiones menores siguieron a la primera como fuentes opalescentes de fuego. Por todo el desierto estallaron llamaradas en los lugares alcanzados por los fragmentos de la cápsula. Después, el estruendo se desvaneció, y un inmenso manto de gas fosforescente quedó suspendido en el aire como un velo de plata repleto de partículas parpadeantes.

A doscientos metros de distancia, apareció sobre la arena la figura de Louise Woodward, que corría seguida de cerca por Travis. Bridgman los vio adentrarse en las dunas. De repente sintió que la fría luz del foco le daba en la cara y llenaba la habitación. El vehículo oruga avanzaba en su dirección y los dos guardianes montados en el flanco empuñaban sus redes.

Bridgman se apresuró a saltar a la arena por encima de la barandilla. Luego corrió hacia lo alto de la primera duna, se agachó y se internó en la oscuridad mientras el haz de luz barría la superficie. Arriba, el velo reluciente se desvanecía lentamente mientras las partículas de metal vaporizado se posaban en la oscura arena marciana. A lo lejos, en las playas que bordeaban la costa, aún resonaban los últimos ecos del impacto entre los hoteles del complejo de descanso.

Cinco minutos después se encontró con Louise Woodward y Travis. El impacto de la cápsula había aplanado varias dunas, abriendo una cuenca poco profunda pero de unos cuatrocientos metros de diámetro. En las crestas de los montículos cercanos aún destellaban las partículas metálicas, tenuemente, como ojos moribundos. El vehículo oruga gruñó cuatrocientos o quinientos metros más atrás, y Bridgman se detuvo, extenuado, junto a Travis, que estaba arrodillado en la arena y jadeaba con dificultad. A unos cincuenta metros de distancia, Louise Woodward corría dando tumbos, y miraba consternada los restos de metal fundido. El foco del vehículo la iluminó durante un segundo y la mujer se perdió entre las dunas. Bridgman llegó a ver la angustia inconsolable en su rostro.

Travis seguía de rodillas. Había recogido un pedazo de metal oxidado y lo apretaba entre las manos juntas.

—¡Travis! ¡Por el amor de Dios, dígaselo! ¡Esa cápsula era la de Merrill, no hay ninguna duda! Woodward sigue allá arriba. —Travis lo miró en silencio, estudiando el rostro de Bridgman. Un espasmo de dolor le torció la boca, y Bridgman comprendió que la cuña de acero que Travis aferraba con manos reverentes aún ardía de calor—. ¡Travis!

Trató de separarle las manos, sintiendo el penetrante hedor a carne quemada, pero Travis lo apartó.

—¡Déjela en paz, Bridgman! ¡Vuelva con los guardianes!

Bridgman se alejó del vehículo oruga, que cada vez estaba más cerca. A solo treinta metros, la luz del reflector llenaba la depresión donde se encontraban. Louise Woodward todavía hurgaba entre las dunas. Travis se quedó quieto donde estaba cuando los guardianes saltaron del vehículo y avanzaron hacia él balanceando las redes. Levantó las manos ensangrentadas, y el pedazo de metal centelleó como un puñal. A la cabeza de los guardias iba el único hombre que no llevaba máscara, su expresión era decidida y severa. Bridgman supuso que era el mayor Webster, y que los guardias, enterados del impacto inminente, habían esperado capturarlos a todos, y especialmente a Louise, antes de que la cápsula se estrellara.

Danto tumbos, Bridgman retrocedió hacia las dunas del borde de la cuenca. Al acercarse a la cresta, se le enganchó el pie en una placa metálica semicircular, se sentó y tiró del talón. Aquel fragmento era parte de un panel de control, y los instrumentos parecían intactos.

En el cielo, el brillante manto de vapor se había alejado hacia el noreste, y la luz reflejada caía directamente sobre la estructura oxidada de una plataforma de lanzamiento de la base de Cabo Cañaveral. Durante unos segundos fugaces, la estructura pareció envuelta en un brillo plateado, transfigurado por el cuerpo vaporizado del astronauta muerto que se disolvía sobre ellos en un gesto de despedida, volviendo al lugar desde donde, un siglo atrás, había partido rumbo a la muerte. Luego la estructura volvió a sumirse en sus sombras escarpadas, y el manto se alejó hacia el mar como un inmenso fantasma, apenas distinguible del resplandor de las estrellas.

Abajo, Travis estaba en el suelo, rodeado de guardias. Gateaba de un lado a otro como un cangrejo frenético, lanzándoles puñados de arena contaminada. Sosteniéndose las máscaras con fuerza, los guardias se movían a su alrededor, con los lazos y las redes preparadas. Otro grupo avanzó lentamente hacia Bridgman.

Bridgman recogió un puñado de la oscura arena marciana donde yacía el panel de instrumentos, y sintió en las palmas de las manos el calor de los cristales brillantes. En su mente aún podía ver la estructura plateada de la base de lanzamiento del otro extremo de la bahía, que por una extraña e ilusorio efecto óptico se parecía a la ciudad marciana que él había diseñado años antes. Observó el manto que se

desvanecía sobre el mar y después miró los demás restos de la cápsula de Merrill dispersos por las dunas. En lo alto de la noche occidental, entre Pegaso y Cisne, brillaba el disco del lejano planeta Marte, que tanto para él como para el astronauta muerto había sido durante mucho tiempo el símbolo de una ambición no alcanzada. El viento sopló suavemente sobre la arena, enfriando aquella réplica del planeta que lo rodeaba pasivamente, y por fin comprendió por qué había venido a la playa y no había podido marcharse de allí.

A veinte metros, Travis era arrastrado como un perro salvaje, el cuerpo magullado maniatado en el centro de una red de lazos. Louise Woodward había escapado entre las dunas hacia el océano, siguiendo la nube de gas que se desvanecía.

Recobrando repentinamente la confianza en sí mismo, Bridgman golpeó con el puño en la arena oscura, enterrando el antebrazo como la columna de unos cimientos. Una brida de metal caliente de la cápsula de Merrill le quemó la muñeca, uniéndolo al espíritu del astronauta muerto. Repartido por aquella arena marciana, Merrill, después de todo, había llegado a Marte.

—¡Maldita sea! —exclamó Bridgman exultante, mientras los lazos de los guardias se le aferraban al cuello y a los hombros—. ¡Lo logramos!

## LAS TORRES DE OBSERVACIÓN

Al día siguiente, por alguna razón, hubo un aumento repentino de la actividad de las torres de observación. Empezó a última hora de la mañana, y a mediodía, cuando Renthall salió el hotel para dirigirse a casa de la señora Osmond, parecía haber alcanzado su punto máximo. A ambos lados de la calle, la gente estaba de pie en sus ventanas y balcones, susurrando inquietos detrás de las cortinas, señalando el cielo.

Renthall, habitualmente, trataba de ignorar las torres, y ni siquiera reconocía el simple hecho de que existían, pero en el extremo de la calle, bajo la sombra que proyectaba una de las casas, se detuvo y levantó la vista hacia la torre más cercana.

A treinta metros de distancia, la torre se cernía sobre la biblioteca pública, con la punta a no más de seis metros por encima del techo. La cabina de cristal opaco del nivel inferior parecía atestada de observadores que abrían y cerraban las ventanas, moviéndose entre lo que Renthall dedujo que serían enormes equipos ópticos. Luego miró las demás torres, suspendidas del cielo con una separación de diez metros y en todas las direcciones, y se fijó en un eventual resplandor de luz cuando un rayo de sol alcanzó una ventana.

Un anciano vestido con un raído traje negro y pajarita, que solía holgazanear cerca de la biblioteca, cruzó la calle y se llegó hasta Renthall caminando de espaldas.

—Están a punto de hacer algo —le dijo a Renthall, protegiéndose los ojos con las manos y mirando nervioso hacia las torres—. No recuerdo haberlas visto así nunca.

Renthall le estudió el rostro. El anciano se sentía evidentemente aliviado, aunque aquellos indicios de actividad le resultaban alarmantes.

—Yo no me preocuparía mucho —dijo Renthall—. Es un cambio ver que al menos hacen algo.

Antes que el otro pudiera contestar, se dio media vuelta y prosiguió su camino. Tardó diez minutos en llegar a la calle donde estaba la casa de la señora Osmond, y clavó la mirada en sus zapatos, ignorando a los pocos peatones con los que se cruzó.

Pese a estar dominada por cuatro torres suspendidas en fila en el centro, la calle estaba casi vacía. La mitad de las casas estaban desocupadas y ya mostraban signos de lo que pronto sería un irreversible estado de deterioro. Por lo general, Renthall evaluaba cada propiedad con cuidado, tratando de decidir si dejaba el hotel y se instalaba en una de ellas, pero el movimiento en las torres le había causado más ansiedad de la que estaba dispuesto a admitir, y esta vez pasó sin dedicarles ni un segundo.

La casa de la señora Osmond estaba cerca de la esquina. La puerta se balanceaba libremente sobre sus goznes oxidados. Renthall dudó bajo el plátano que crecía junto al borde de la acera y luego cruzó el estrecho jardín y entró rápidamente en la casa.

La señora Osmond pasaba las tardes en la terraza al sol, contemplando la mala hierba del jardín trasero, pero hoy se había retirado a un rincón de la sala de estar. Cuando Renthall entró, ella ordenaba una carpeta llena de viejos papeles.

Sin siquiera abrazarla, Renthall se acercó a la ventana. La señora Osmond había corrido un poco las cortinas, y él las retiró. A treinta metros de distancia, casi directamente delante, había una torre de observación suspendida sobre las terrazas continuas de un grupo de casas vacías. Las filas de torres retrocedían en diagonal, de izquierda a derecha, hacia el horizonte, parcialmente oscurecidas por la bruma brillante.

—¿Crees que hoy era un buen día para venir? —preguntó la señora Osmond, nerviosa, cambiando el peso de su cuerpo sobre la silla a la otra cadera regordeta.

—¿Por qué no? —dijo Renthall, observando las torres con las manos metidas en los bolsillos.

—Pero si ahora nos vigilan más estrechamente, sabrán que has venido.

—Yo no me creería todos los rumores que corren por ahí —le dijo Renthall, con calma.

—Pero ¿qué es lo que está pasando?

—No tengo la menor idea. Esos movimientos pueden ser tan azarosos y sin sentido como los nuestros. —Renthall se encogió de hombros—. Sí, quizá quieran vigilarnos más estrechamente, pero ¿qué importa si lo único que hacen es mirar?

—¡Entonces no debes venir nunca más! —protestó la señora Osmond.

—¿Por qué? No creo que puedan ver a través de las paredes.

—No son tan estúpidos —dijo la señora Osmond irritada—. Pronto sumarán dos más dos, si es que no lo han hecho ya.

Renthall dejó de mirar la torre y se volvió con paciencia hacia la señora Osmond.

—Querida, esta casa no tiene micrófonos. Por todo lo que saben, podríamos estar zurciendo nuestras propias alfombras para rezar, o discutiendo el sistema endocrino de la tenia.

—Tú no, Charles —dijo la señora Osmond con una breve carcajada—. No, si te conocen.

Obviamente complacida con su ocurrencia, se relajó y sacó un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa.

—Tal vez no me conocen —dijo Renthall en tono cortante—. De hecho, estoy bastante seguro de que no me conocen. De otra manera, no creo que todavía pudiera estar aquí.

Se dio cuenta de que estaba encorvado, señal clara de que estaba preocupado, y se acercó al sofá.

—¿La escuela empieza mañana? —preguntó la señora Osmond cuando acomodó las piernas largas y delgadas a los lados de la mesa.

—Debería —dijo Renthall—. Hanson ha ido esta mañana al ayuntamiento, pero como de costumbre, no sabían nada.

Se desabrochó la chaqueta y sacó un ejemplar viejo pero cuidadosamente doblado de una revista femenina del bolsillo interior.

—¡Charles! —exclamó la señora Osmond—. ¿De dónde la has sacado?

Se la quitó a Renthall y se puso a hojear las páginas sucias.

—Una de mis fuentes —dijo Renthall. Desde el sofá aún podía ver la torre de observación sobre las casas de enfrente—. Georgina Simons. Tiene toda una biblioteca de ellas.

Se levantó, se acercó a la ventana, y corrió las cortinas.

—Charles, no hagas eso. No puedo ver nada.

—Léela más tarde —dijo Renthall, y se recostó en el sofá otra vez—. ¿Irás esta tarde al recital?

—¿No lo habían cancelado? —preguntó la señora Osmond, dejando la revista a regañadientes.

—No, claro que no.

—Charles, creo que no quiero ir. —La señora Osmond frunció el ceño—. ¿Qué discos va a poner Hanson?

—Algo de Chaikovski. Y de Grieg. —Trató de que sonara interesante—. Deberías venir. No podemos quedarnos sentados y dejar que se apodere de nosotros el aburrimiento y la torpeza.

—Lo sé —dijo de mala gana la señora Osmond—. Pero no tengo ganas. Hoy no. Todos esos discos me aburren. Los he escuchado demasiadas veces.

—A mí también me aburren mucho. Pero al menos hacemos algo.

Abrazó a la señora Osmond, le acarició los cabellos oscuros detrás de las orejas y jugó con los enormes aros de níquel y los escuchó tintinear. Cuando Renthall le puso la mano en la rodilla, la señora Osmond se levantó y se paseó inquieta por la habitación, alisándose la falda.

—Julia, ¿qué te pasa? —preguntó Renthall irritado—. ¿Te duele la cabeza?

La señora Osmond se acercó a la ventana y observó las torres.

—¿Crees que bajarán?

—¡Por supuesto que no! —espetó Renthall—. ¿De dónde diablos has sacado esa idea?

De repente se sintió insoportablemente exasperado. Las dimensiones limitadas de la sala polvorienta le impedían pensar racionalmente. Se levantó y se abrochó la chaqueta.

—Te veré esta tarde en el instituto, Julia. El recital comienza a las tres.

La señora Osmond asintió vagamente, abrió los ventanales y salió a la terraza, exponiéndose a la vista de las torres de observación. Mostraba en el rostro una expresión vidriosa, como una monja suplicante.

Tal como Renthall había esperado, la escuela no abrió al día siguiente. Cuando se cansaron de merodear alrededor del hotel, después de desayunar, él y Hanson se



dirigieron al ayuntamiento. El edificio estaba prácticamente vacío y el único funcionario que había no les ayudó mucho.

—Por el momento no tenemos información —les dijo—, pero tan pronto como se inicie el plazo lectivo se les notificará. Aunque he oído que el aplazamiento es indefinido.

—¿Lo ha decidido el comité? —preguntó Renthall— ¿O es otra de las brillantes ocurrencias del secretario municipal?

—El comité de la escuela ya no se reúne —dijo el funcionario—. Y me temo que el secretario municipal no está hoy aquí. —Antes de que Renthall pudiera replicar, añadió—: Por supuesto, seguirán recibiendo sus salarios. ¿Les importaría pasarse por el Departamento de Tesorería al salir?

Renthall y Hanson se fueron y buscaron un café. Finalmente encontraron uno que estaba abierto y se sentaron bajo el toldo, con la mirada perdida en las torres de observación suspendidas sobre los tejados de las casas cercanas. Su actividad había disminuido considerablemente desde el día anterior. La torre más cercana estaba a solo quince metros de distancia, justo por encima de un edificio de oficinas en desuso en la acera de enfrente. Las ventanas del mirador de vigilancia seguían cerradas, pero de vez en cuando Renthall notaba que una sombra se movía por detrás de los paneles.

Por fin salió una camarera a servirlos, y Renthall pidió un café.

—Creo que voy a tener que dar clases particulares —comentó Hanson—. Todo este ocio empieza a gustarme demasiado.

—Es una buena idea —convino Renthall—. Si es que puedes encontrar algún interesado. Lamento que el recital de ayer fuera un fracaso.

Hanson se encogió de hombros.

—Trataré de conseguir discos nuevos. Por cierto, ayer Julia estaba muy guapa.

Renthall aceptó el cumplido con una leve inclinación de cabeza.

—Me gustaría sacarla más a menudo.

—¿Crees que es prudente?

—¿Y por qué diantres no va a serlo?

—Bueno, precisamente ahora, ya sabes. —Hanson señaló las torres con un dedo.

—No veo que eso tenga especial importancia —dijo Renthall. Le disgustaban las confidencias personales, y estaba a punto de cambiar de tema cuando Hanson se inclinó sobre la mesa.

—Tal vez no, pero tengo entendido que alguien habló de ti durante la última reunión del Consejo. Hay uno o dos miembros que son bastante críticos con ese pequeño *ménage à deux*. —Sonrió ligeramente a Renthall, que fruncía el ceño frente a su taza de café—. Es por envidia, sin duda, pero tu comportamiento es un poco peculiar.

Controlándose, Renthall apartó la taza de café.

—¿Te importaría decirme por qué no se meten en sus propios asuntos?

Hanson se echó a reír.

—No, claro, excepto que son la autoridad ejecutiva, y supongo que deberíamos hacerles caso. —Renthall resopló ante aquello, y Hanson prosiguió—: Y, como cuestión de interés, es posible que recibas una directiva oficial uno de estos días.

—¿Qué? —explotó Renthall. Se retrepó en su silla y sacudió la cabeza, incrédulo—. ¿Lo dices en serio? —Cuando Hanson asintió, Renthall soltó una sonora carcajada—. ¡Menudos idiotas! No sé por qué no les cantamos las cuarenta. A veces su estupidez me asombra.

—Tranquilo —objetó Hanson—. Veo adónde quieren ir a parar. Teniendo en cuenta la gran conmoción que hubo ayer en las torres de observación, el Consejo probablemente opine que sería mejor no hacer nada que pudiera contrariarles. Nunca se sabe, incluso pueden estar actuando bajo instrucciones oficiales.

Renthall miró a Hanson con desprecio.

—¿De verdad te crees esa tontería de que el Consejo está en contacto con las torres de observación? Quizás eso les dé sensación de seguridad a algunos simplones pero, por el amor de Dios, no lo intentes conmigo. Casi he agotado ya toda mi paciencia. —Miró a Hanson con cuidado, preguntándose cuál de los miembros del Consejo le habría proporcionado esa información. La falta de sutileza lo deprimía terriblemente—. No obstante, gracias por advertirme. Supongo que eso significa que habrá un abrumador ambiente de vergüenza cuando Julia y yo vayamos mañana al cine.

Hanson negó con la cabeza.

—No. En realidad, la actuación ha sido cancelada. En vista de los disturbios de ayer.

—Pero ¿por qué...? —Renthall se desplomó en su silla—. ¿No tienen la inteligencia suficiente como para darse cuenta de que es precisamente en este tipo de casos cuando necesitamos reunirnos? Todos se esconden en sus cuartos trasteros como fantasmas asustados. Tenemos que sacarlos, darles la oportunidad de acercarse unos a otros. —Contempló pensativo la torre de observación al lado de la calle. Algunas sombras circularon por detrás de los cristales esmerilados de las ventanas de observación—. Una especie de fiesta de gala, digamos, o un té en el jardín. Aunque... ¿quién puede organizarlo?

Hanson apartó la silla hacia atrás.

—Cuidado, Charles. No sé si el Consejo lo aprobaría al completo.

—Estoy seguro de que no.

Cuando Hanson se fue, Renthall se quedó sentado a la mesa, y volvió a contemplar en silencio las torres de observación.

Permaneció allí sentado media hora más, jugando distraídamente con la taza de café vacía y observando a las pocas personas que circulaban por la calle. Nadie más visitaba el café, y se alegró de poder pensar a solas, en ese minúsculo vacío urbano, sin que nada que se interpusiera entre él y las filas de torres de observación que se extendían en la niebla más allá de los tejados.

A excepción de la señora Osmond, Renthall prácticamente no tenía amigos en quien confiar. Inteligente, e impaciente con las banalidades, Renthall era uno de esos hombres con quien los demás nunca se sentían cómodos. Una cierta condescendencia innata, una reservada pero también inconfundible actitud de superioridad los mantenía alejados, aunque había pocos que pensaran que era algo más que un pedagogo ya desgastado por el trabajo. En el hotel no hablaba con nadie. En el hotel había muy poco contacto social entre los huéspedes. Tanto en el salón como en el comedor nadie levantaba la mirada de los viejos periódicos y revistas, y a veces murmuraban entre sí. Lo único que podía movilizarlos en una comunión simultánea era alguna actividad desfavorable en las torres de observación, y en esas ocasiones Renthall siempre mantenía un silencio absoluto.

Justo antes de levantarse, una figura corpulenta se acercó por la calle. Renthall reconoció al hombre y estaba a punto de volver la silla para no tener que saludarlo, cuando vio la expresión de su rostro y se inclinó hacia delante. Entrado en carnes, de mandíbulas cuadradas, caminaba con soltura, y el abrigo cruzado sin abotonar dejaba entrever una barriga bien cuidada. Era Victor Boardman, propietario del cine de mala muerte del barrio, un sujeto que había sido contrabandista y proxeneta.

Renthall nunca había hablado con él, pero sabía que Boardman compartía con él la distinción de llevar el mismo estigma de la desaprobación del Consejo. Hanson decía que el Consejo había acabado con las actividades ilegales de Boardman, pero la permanente expresión de desprecio con que este solía mirar a todo el mundo era suficiente para dudar de ello.

Al pasar junto a él, se miraron, y el rostro de Boardman se contrajo fugazmente en una sonrisa de complicidad, obviamente dirigida a Renthall, e implicaba un juicio de antemano sobre algún acontecimiento sobre el que Renthall aún no sabía nada, probablemente una confrontación con los miembros del Consejo. Obviamente, Boardman suponía que él capitularía ante el Consejo sin siquiera abrir la boca.

Molesto, Renthall le dio la espalda a Boardman y luego lo miró por encima del hombro mientras el otro caminaba calle abajo, balanceándose de un lado a otro.

Al día siguiente la actividad en las torres había cesado completamente. La neblina azul contra la que estaban suspendidas era más brillante desde hacía muchos meses, y el aire de las calles parecía brillar con la luz reflejada en las ventanas de observación. No había signos de movimiento, y el cielo tenía un aspecto uniforme, rígido, como indicando una pausa indefinida.

Por alguna razón, sin embargo, Renthall estaba más nervioso de lo que había estado últimamente. La escuela no había comenzado todavía pero, extrañamente, no tenía ganas de visitar a la señora Osmond, y se mantuvo en su habitación durante toda la mañana, evitando la calle como si eludiera una invisible sombra de culpa.

Las largas filas de torres que se extendían sin cesar desde un extremo a otro le recordaron que pronto recibiría la «directiva» del Consejo. Hanson no la había

mencionado por casualidad y siempre era en los momentos de calma cuando el Consejo trataba de consolidar su posición, emitiendo un torrente de pequeñas regulaciones y enmiendas.

Renthall hubiera querido desafiar la autoridad del Consejo en algunos asuntos formales, ajenos a él —la validez, por ejemplo, de una de las ordenanzas que prohibía las reuniones públicas en la calle—, pero la perspectiva de tener que urdir una intriga para conseguir el apoyo de los demás lo aburría profundamente. Aunque ninguno de ellos se atrevería a enfrentarse al Consejo individualmente, la mayoría de la gente se habría alegrado de verlo derrocado, pero no parecía haber ningún foco probable de oposición. Aparte del temor de que el Consejo estuviera en contacto con las torres de observación, nadie se ponía de pie por el derecho de Renthall a continuar su aventura con la señora Osmond.

Curiosamente, cuando fue a verla esa tarde, ella no parecía darse cuenta de aquel conflicto cruzado. Había limpiado la casa y estaba de muy buen humor, con las ventanas abiertas de par en par al aire brillante.

—Charles, ¿qué te pasa? —lo reprendió cuando Renthall se desplomó inerte en el sillón—. Pareces una gallina clueca.

—Esta mañana me siento un poco cansado. Probablemente es el clima cálido. — Cuando ella se sentó en el brazo del sillón, Renthall le apoyó distraídamente la mano en la cadera, tratando de reunir energías—. Últimamente he estado desarrollando una cierta obsesión por los asuntos del Consejo, debo de estar pasando una crisis de confianza en mí mismo. Necesito algún método para reafirmarme.

Con cariño, la señora Osmond le acarició el cabello con los dedos fríos, mirándolo con ternura, y le dijo con voz sedosa:

—Lo que necesitas, Charles, es un poco de amor maternal. Estás tan aislado en ese hotel, entre todas esas personas viejas. ¿Por qué no alquilas una de las casas de esta calle? Así yo podría cuidarte.

Renthall la miró con sorna.

—¿Qué te parecería si vengo a vivir aquí? —preguntó, pero ella echó la cabeza hacia atrás con un bufido burlón y se acercó a la ventana.

Levantó la vista hacia la torre más cercana, a treinta metros de distancia, sus ventanas cerradas y en silencio, la gigantesca estructura medio oculta en la neblina.

—¿Qué crees que piensan?

Renthall chasqueó los dedos distraídamente.

—Probablemente en nada. A veces me pregunto si hay alguien ahí. Los movimientos que vemos pueden ser solo ilusiones ópticas. Aunque las ventanas parecen abiertas, nadie ha visto realmente a ninguno de ellos. Por lo que sabemos, ese lugar bien podría ser un zoológico abandonado.

La señora Osmond lo miró entre triste y divertida.

—Charles, a veces eliges unas metáforas extraordinarias. Muchas veces dudo de que seas igual al resto de nosotros, no me atrevería a contar el tipo de cosas que haces

por si... —Se interrumpió, levantando involuntariamente la mirada hacia las torres de observación colgadas del cielo.

—¿Por si qué? —preguntó Renthall ociosamente.

—Bueno, por si... —De repente, exclamó, colérica—: No seas ridículo, Charles. ¿O es que no te asusta pensar que esas torres están ahí, suspendidas encima de nuestras cabezas?

Renthall se volvió lentamente y miró las torres. Una vez había intentado contarlas, pero le pareció una tarea sin sentido.

—Sí, me asustan —dijo con indiferencia—. Igual que a Hanson y a los viejos del hotel y a toda la gente de aquí. Pero no en el mismo sentido en que yo asusto a los chicos de la escuela.

La señora Osmond asintió, malinterpretando esa última observación.

—Los niños son muy perceptivos, Charles. Probablemente saben que no te interesas por ellos. Por desgracia no son lo suficientemente mayores como para comprender qué significan las torres de observación. —Tuvo un ligero escalofrío, y se recolocó el chal sobre los hombros—. Sabes, los días en que hay actividad detrás de las ventanas, apenas puedo moverme, es terrible. Me siento tan indiferente, lo único que quiero es quedarme sentada contra la pared. Puede que yo sea más sensible que los demás a esas... eh... radiaciones.

Renthall sonrió.

—Debe de ser eso. No dejes que te depriman. La próxima vez, ¿por qué no te pones un sombrero de papel y haces una pirueta?

—¿Qué? Oh, Charles, no seas tan cínico conmigo.

—No lo soy. En serio, Julia, ¿crees que habría alguna diferencia?

Con tristeza, la señora Osmond negó con la cabeza.

—Inténtalo tú, Charles, y luego me lo cuentas. ¿Adónde vas?

Renthall se detuvo junto a la ventana.

—Regreso al hotel para descansar. Por cierto, ¿conoces a Victor Boardman?

—Lo conocí, hace tiempo. ¿Por qué? ¿Qué relación tienes con él?

—¿Es el dueño del jardín junto al cine?

—Creo que sí. —La señora Osmond se rio—. ¿Vas a dedicarte a la jardinería?

—En cierto sentido.

Con un gesto, Renthall se fue.

Comenzó con el doctor Clifton, cuya habitación estaba directamente debajo de la suya. Las responsabilidades de Clifton en la clínica le ocupaban solo una hora al día —prácticamente no había ni muertes ni enfermedades— pero era un hombre emprendedor y tenía una afición. Había convertido un rincón de la habitación en una pequeña pajarera con doce canarios, y pasaba casi todo el tiempo tratando de enseñarles trucos. Su carácter sarcástico y la falta de cordialidad cansaban a Renthall, aunque respetaba al doctor por no haber caído en el completo letargo al que había

sucumbido todo el mundo.

Clifton consideró escrupulosamente la sugerencia.

—Estoy de acuerdo con usted, probablemente es necesario que hagamos algo así. Buena idea, Renthall. Si la aplica correctamente, bien podría proporcionarle a la gente el impulso inicial que necesita.

—La cuestión principal, doctor, es la organización. El único lugar apropiado es el ayuntamiento.

—Sí —asintió Clifton—, ese es su problema. Me temo que no tengo ninguna influencia sobre el Consejo, si eso es lo que me está sugiriendo. No sé lo que puede hacer. Tendrá que obtener su permiso, por supuesto, y en el pasado no se han demostrado demasiado progresistas ni originales. Prefieren mantener el *statu quo*.

Renthall asintió, y añadió con desinterés:

—Solo les interesa mantener el propio poder. A veces me siento un poco cansado de nuestro Consejo.

Clifton lo miró y luego volvió a sus jaulas.

—Está usted predicando la revolución, Renthall —dijo en voz baja, acariciando con el índice el pico de uno de los canarios. Deliberadamente, se abstuvo de acompañar a Renthall hasta la puerta.

Tachando al médico de la lista, Renthall descansó unos minutos en su habitación, paseando de una punta a otra por la desgastada alfombra. Después bajó a ver a Mulvaney, el director.

—Solo estoy haciendo algunas averiguaciones iniciales. Hasta el momento no he solicitado el permiso, pero el doctor Clifton cree que la idea es excelente, y no cabe duda de que lo conseguiremos. ¿Estaría usted preparado para ocuparse del avituallamiento?

El rostro cetrino de Mulvaney adoptó una expresión de puro escepticismo.

—Por supuesto que estoy preparado, pero ¿habla usted en serio? —Se apoyó en el mostrador de conserjería—. ¿Cree que obtendrá ese permiso? Pues se equivoca, señor Renthall, el Consejo no querrá saber nada. Si consiguieron clausurar el cine, es poco probable que permitan una reunión pública. Antes de saber el qué, ya tiene a la gente bailando.

—No lo creo, pero ¿tanto le horroriza la idea?

Mulvaney sacudió la cabeza, ya aburrido de Renthall.

—Obtenga el permiso, señor Renthall, y entonces podremos hablar en serio.

—¿Es necesario obtener el permiso del Consejo? —preguntó Renthall, con voz más firme—. ¿No podríamos seguir adelante sin él?

Sin levantar la vista, Mulvaney se sentó detrás de su escritorio.

—Siga intentándolo, señor Renthall, es una gran idea.

Durante los días siguientes, Renthall continuó con sus investigaciones, y en total entrevistó a seis personas. Por lo general se encontró siempre con la misma respuesta

negativa, pero tal como esperaba, pronto advirtió un aumento, sutil pero evidente, de atención a su alrededor. El habitual murmullo fragmentario de conversación solía cesar repentinamente cuando él pasaba por entre las mesas del comedor, y el servicio era un poco más rápido. Hanson ya no tomaba café con él por las mañanas, y una vez Renthall lo vio hablando sigilosamente con el ayudante del secretario municipal, un joven llamado Barnes. Aquel, supuso Renthall, era el contacto de Hanson.

Mientras, en las torres de observación, no había actividad alguna. Las inacabables filas de torres colgaban del cielo brillante y nublado con las ventanas cerradas, y las personas de abajo caían lentamente en el habitual sopor, vagando del hotel a la biblioteca, de la biblioteca al café. Determinado a llevar el plan adelante, Renthall se dio cuenta de que estaba recobrando la confianza en sí mismo.

Dejó que pasara una semana, y al final fue a visitar a Victor Boardman.

El excontrabandista lo recibió en el despacho que tenía encima del cine, y lo saludó con una sonrisa sardónica.

—Bueno, señor Renthall, he oído que va a entrar en la industria del entretenimiento. Borrachos haciendo cabriolas y todo eso. Me sorprende usted.

—No, organizaré una fiesta —le corrigió Renthall.

El asiento que le había ofrecido Boardman daba a la ventana —sospechó que a propósito— frente a la torre de observación suspendida sobre el techo de una tienda de muebles. A unos doce metros de distancia, ocultaba la mitad del cielo. Las placas de metal que formaban los lados rectangulares habían sido unidas mediante algún proceso que Renthall no lograba identificar, sin soldaduras ni remaches, casi como si toda la torre hubiera sido fundida en una sola pieza. Se cambió de silla, para darle la espalda a la ventana.

—La escuela sigue estando cerrada, así que pensé que podría tratar de ser útil. Para eso me pagan. He venido a verle porque usted es un hombre con experiencia.

—Sí, tengo mucha experiencia, señor Renthall. Y muy variada. Siendo usted un empleado del Consejo, supongo que tendrá el permiso.

Renthall eludió la cuestión.

—El Consejo es, naturalmente, un organismo muy conservador, señor Boardman. Es evidente que, en este momento, actúo por iniciativa propia. Consultaré al Consejo más tarde, en el momento oportuno, cuando pueda ofrecerles una propuesta viable.

—Muy sensato, señor Renthall —asintió Boardman sabiamente—. Ahora bien, ¿qué es exactamente lo que quiere que haga? ¿Organizarlo por usted?

—No, aunque, naturalmente, le estaría muy agradecido si lo hiciera. Por el momento solo quiero solicitarle el consentimiento para celebrar la fiesta en un terreno que le pertenece.

—¿En el cine? No estoy dispuesto a sacar todas esas butacas, si eso es lo que busca.

—No, en el cine no. Aunque podríamos usar el bar y el guardarropía —improvisó Renthall, esperando que el proyecto no pareciera demasiado suntuoso—. ¿Es suyo

ese viejo jardín con mesas al lado del aparcamiento del cine?

Boardman guardó silencio un instante. Estudió a Renthall con ojos astutos, con un tenue brillo de admiración en la mirada mientras se cortaba las uñas con el cortador de puros.

—Así que quiere organizar una fiesta al aire libre, ¿no, Renthall? ¿Eso es todo?

Renthall asintió, sonriéndole.

—Me alegro ver que honra su reputación yendo directamente al grano. ¿Está dispuesto a prestarnos el jardín? Por supuesto, tendrá una buena participación en los beneficios. En realidad, si le sirve de incentivo, puede quedarse con todos los beneficios.

Boardman apagó el cigarro.

—Señor Renthall, evidentemente es usted un hombre de recursos. Lo había juzgado mal. Pensé que solo le guardaba un cierto rencor al Consejo. Espero que sepa lo que está haciendo.

—Señor Boardman, ¿está dispuesto a prestarnos el jardín? —repitió Renthall.

Había una sonrisa divertida pero pensativa a la vez en la boca de Boardman mientras observaba la torre enmarcada por la ventana.

—Hay dos torres directamente encima del jardín señor Renthall.

—Lo sé perfectamente. Sin duda, ese es el principal atractivo. Ahora ¿puede darme una respuesta?

Los dos hombres se miraron en silencio, y finalmente Boardman asintió casi imperceptiblemente. Renthall advirtió que Boardman se tomaba el proyecto en serio. Obviamente utilizaba a Renthall para sus propios fines, pues una vez que tuviera el apoyo del Consejo podría retomar sus otras actividades mucho más rentables. Por supuesto, la fiesta nunca se llevaría a cabo, pero en respuesta a las preguntas de Boardman, esbozó un programa provisional. Fijaron la fecha de la fiesta para al cabo de un mes, y acordaron volver a encontrarse a principios de la semana siguiente.

Dos días más tarde, como era de esperar, lo visitaron los primeros emisarios del Consejo.

Estaba en su mesa habitual, en la terraza del café, frente a las silenciosas torres colgadas del cielo, cuando vio a Hanson que caminaba deprisa por la calle.

—Tómame algo conmigo. —Renthall le ofreció una silla de la mesa—. ¿Qué noticias hay?

—Ninguna... aunque ya deberías saberlo, Charles. —Le mostró una sonrisa seca, como si sermoneara a su alumno predilecto, y luego miró por toda la terraza vacía en busca de la camarera—. El servicio de aquí es sorprendentemente malo. Dime, Charles, ¿qué es todo ese rumor acerca de tus negocios con Victor Boardman? Apenas podía creer lo que oía.

Renthall se reclinó en su silla.

—No lo sé, dímelo tú.



—Bueno... me pregunto si Boardman se está aprovechando de alguna observación completamente inocente que podría haber escuchado. Toda esa historia de la fiesta que estarías organizando con él... suena absolutamente increíble.

—¿Por qué?

—Pero Charles... —Hanson se inclinó hacia delante para examinarlo con cuidado, tratando de descubrir qué había detrás de su expresión imperturbable—. Supongo que no hablas en serio.

—Pero ¿por qué no? Si quiero ¿por qué no iba a organizar una fiesta? Una fiesta en su jardín, para ser más preciso.

—No hay diferencia alguna —dijo Hanson con aspereza—. Al margen de cualquier otro motivo —y al decir esto miró hacia el cielo—, eres un empleado del Consejo.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Renthall inclinó la silla hacia atrás.

—Pero eso no los autoriza a intervenir en mi vida privada. Pareces olvidarlo, pero los términos de mi contrato excluyen específicamente ese tipo de cosas. No soy parte de la jerarquía establecida, según lo muestra la diferencia salarial. Si el Consejo lo desaprueba, la única sanción que puede aplicarme es el despido.

—Lo harán, Charles, no te muestres tan petulante.

Renthall pasó por alto aquello.

—Me parece bien, siempre que puedan encontrar a alguien que acepte el puesto. Francamente, lo dudo. Ya se han tragado esos escrúpulos morales en el pasado.

—Charles, esto es diferente. Mientras seas discreto a nadie le importan un comino tus asuntos privados, pero esa fiesta es un asunto público, y sin duda entra en la jurisdicción del Consejo.

Renthall bostezó.

—Este tema del Consejo me tiene bastante aburrido. Técnicamente, la fiesta será un asunto privado. Solo se podrá entrar con invitación. No tienen ningún derecho legal a ser consultados en absoluto. Si hay algún disturbio, el jefe de policía puede actuar. ¿Y cuál es el motivo de todo este alboroto, de todos modos? Simplemente trato de organizar una fiesta inofensiva.

Hanson sacudió la cabeza.

—No trates de evadir la cuestión, Charles. Según Boardman, la fiesta se celebrará en un lugar abierto... justo debajo de dos de las torres. ¿Has pensado cuáles podrían ser las consecuencias?

—Sí —dijo Renthall. Y articulando con cuidado la frase, remachó—: Ninguna. Absolutamente ninguna.

—¡Charles! —Hanson bajó la cabeza ante esta aparente blasfemia, y miró las torres de observación que había sobre la calle, como si esperara que cayera un castigo inmediato—. Mira, mi querido amigo, sigue mi consejo. Olvida esa idea. No tienes ninguna oportunidad de sacar adelante esa locura. ¿Por qué quieres enfrentarte

deliberadamente con el Consejo? Quién sabe de qué serían capaces si los provocas.

Renthall se levantó. Miró la torre de observación suspendida en el aire al otro lado de la calle, y una leve punzada de ansiedad agitó su corazón.

—Te enviaré una invitación —le dijo, y se fue a su hotel.

A la tarde siguiente, el ayudante del secretario lo llamó y le comunicó que le haría una visita. Durante el intervalo, sin duda pretendía ser una saludable pausa para que reflexionara, se había quedado en el hotel, leyendo tranquilamente en su sofá. Le hizo una breve visita a la señora Osmond, pero ella parecía tensa e irritable, evidentemente preocupada por el inminente enfrentamiento. El esfuerzo de mantener una apariencia de serenidad había empezado a cansar a Renthall, y evitaba salir a la calle siempre que le era posible. Por suerte, la escuela todavía no había abierto.

Barnes, el ayudante, de cabello oscuro y apuesto, fue directamente al grano. Rechazó la invitación de Renthall a sentarse en un sillón y blandió una copia de un documento en papel de color rosa, al parecer era el acta de la última reunión del Consejo.

—Señor Renthall, el Consejo ha sido informado de que usted piensa celebrar una fiesta dentro de tres semanas. El presidente del Comité de Vigilancia me ha encomendado que le exprese la enorme preocupación del comité, y que le solicite, por lo tanto, la interrupción de todos los preparativos y la cancelación inmediata del proyecto, en espera de una investigación.

—Lo siento, Barnes, pero me temo que los preparativos están ya demasiado avanzados. Estamos a punto de mandar las invitaciones.

Barnes dudó, mirando fugazmente la descolorida habitación de Renthall y sus escasos libros desgastados, como si esperara descubrir algún motivo oculto que justificara el comportamiento de Renthall.

—Señor Renthall, tal vez debería explicarle que esta petición equivale a una orden directa del Consejo.

—Me doy cuenta. —Renthall se sentó en el alféizar de la ventana y contempló las torres—. Hanson y yo hemos conversado sobre el asunto, como ya sabrá. El Consejo no tiene más derecho a ordenarme que cancele la fiesta que a no permitirme que camine por la calle.

Barnes sonrió con una fina sonrisa burocrática.

—Señor Renthall, esto no es un asunto que concierna a la jurisdicción legal del Consejo. Esta orden es emitida en virtud de la autoridad conferida por sus superiores. Si lo prefiere, puede suponer que el Consejo se ha limitado a comunicar las instrucciones directas que ha recibido —dijo inclinando la cabeza hacia las torres de observación.

Renthall se incorporó.

—Por fin estamos yendo al grano. —Adoptó una expresión más firme—. Tal vez pueda usted decirle al Consejo que transmita a sus superiores, como usted los llama,

mi cortés pero firme negativa. ¿Comprende usted mi punto de vista?

Barnes retrocedió un poco. Miró a Renthall con cuidado y luego asintió.

—Creo que sí, señor Renthall. Usted sabrá lo que hace.

Cuando Barnes se fue, Renthall corrió las cortinas y se tumbó en la cama. Tardó una hora en conseguir relajarse.

Su enfrentamiento definitivo con el Consejo tendría lugar al día siguiente. Convocado a una reunión de emergencia por el Comité de Vigilancia, aceptó la invitación con entusiasmo, seguro de que estarían presentes todos los miembros del comité y que se celebraría en la sala principal. Esto le daría una magnífica oportunidad para humillar al Consejo denunciando públicamente su farol.

Tanto Hanson como la señora Osmond supusieron que Renthall capitularía sin objeciones.

—Bueno, Charles, tú te lo has buscado —le dijo Hanson—. De todos modos, creo que serán tolerantes contigo. Es cuestión de pasar el mal trago.

—Más que eso, espero —respondió Renthall—. Dicen que recibieron instrucciones directas de las torres.

—Bueno, sí... —Hanson gesticuló con vaguedad—. Por supuesto, es evidente que las torres no intervendrían en un asunto tan trivial. Han dejado la vigilancia en manos del Consejo, y en tanto se respete su autoridad están dispuestas a permanecer al margen.

—Suenan a un trato muy simple, ideal. ¿Cómo crees que se comunican el Consejo y las torres de observación? —Renthall señaló la torre del otro lado de la calle. El mirador cerrado estaba suspendido inerte en el aire como una góndola fuera de temporada—. ¿Por teléfono? ¿O por señas?

Pero Hanson se limitó a reír y cambió de tema.

Julia Osmond se mostró igualmente imprecisa, pero también convencida de la infalibilidad del Consejo.

—Por supuesto que reciben instrucciones de las torres, Charles. Pero no te preocupes, es obvio que tienen cierto sentido de la proporción. Te han dejado llegar hasta aquí. —Apuntó a Renthall con un índice admonitorio, y su silueta de grandes caderas ocultó la vista de las torres por completo—. Ese es tu principal defecto, Charles. Te crees más importante de lo que eres. Mírate ahora, sentado ahí todo encorvado y con esa cara de zapato viejo. Crees que el Consejo y las torres de observación te van a castigar de un modo terrible. Pero no lo harán, porque no te lo mereces.

Renthall almorzó tranquilamente en el hotel, consciente de las personas que lo observaban desde las mesas de alrededor. Muchos habían invitado a alguien, y Renthall supuso que esa tarde la reunión tendría una plena participación.

Tras el almuerzo se retiró a su habitación, e hizo un intento desganado de leer hasta la reunión, a las dos y media. Fuera, las filas de torres de observación pendían

bajo el resplandor brumoso. No había señales de movimiento en las ventanas, y Renthall las observó abiertamente, con las manos en los bolsillos, como un general que estudia la disposición de las fuerzas enemigas. La neblina brillaba menos que de costumbre e inundaba los intersticios entre las torres, de modo que en la distancia, donde el espacio libre entre ellas y el suelo quedaba oculto por los tejados, las torres parecían elevarse en el aire como chimeneas rectangulares en un paisaje industrial envuelto en humo blanco.

La torre más cercana estaba a unos veinticinco metros, en diagonal y a la izquierda, por encima del extremo este del jardín compartido por varios hoteles que formaban un semicírculo. En cuanto Renthall se volvió, una de las ventanas del mirador pareció abrirse, y el panel de cristal opaco lanzó hacia él un rayo de luz intensa. Renthall retrocedió, con el corazón en un puño, y se apoyó de nuevo en la ventana. La actividad de la torre se había extinguido tan repentinamente como había empezado. Las ventanas estaban cerradas y ya nada se movía. Renthall prestó atención a los sonidos de las habitaciones tanto de abajo como de arriba. Un movimiento tan visible, primera señal de actividad durante varios días, y la posibilidad de que hubiera más, tendría que atraer a una multitud a las ventanas. Pero el hotel estaba en silencio, y abajo Renthall pudo oír al doctor Clifton tarareando distraídamente junto a sus jaulas llenas de canarios.

Renthall escudriñó las ventanas del otro lado del jardín, pero las filas de rostros asomados que esperaba ver no estaban por ningún lado. Observó detalladamente la torre, suponiendo que tal vez habían abierto una ventana en un hotel vecino y había recibido el reflejo. Pero aquella explicación no le satisfizo. El rayo de luz había hendido el aire como un filo de plata, con una curiosa intensidad luminosa que solo las ventanas de las torres de observación parecían capaces de reflejar, y apuntando infaliblemente a su cabeza.

Se detuvo para mirar el reloj, y profirió una maldición cuando vio que ya eran más de las dos y cuarto. El ayuntamiento estaba casi a un kilómetro, y llegaría despeinado y sudoroso.

Alguien llamó a la puerta. Abrió y se encontró con Mulvaney.

—¿Qué ocurre? Estoy ocupado.

—Lo siento, señor Renthall. Un hombre llamado Barnes, del Consejo, me pidió que le entregara un mensaje urgente. Dijo que la reunión de esta tarde ha sido pospuesta.

—¡Ja! —Dejando la puerta abierta, Renthall chasqueó los dedos con desdén—. Así que se lo han pensado mejor, después de todo. La prudencia es la mejor forma de la valentía. —Con una sonrisa de oreja a oreja, llamó a Mulvaney desde la habitación—. ¡Señor Mulvaney! ¡Un momento!

—¿Buenas noticias, señor Renthall?

—Excelentes. Los tengo donde quería. —Y añadió—: Espere y verá, la próxima reunión del Comité de Vigilancia tendrá lugar a puerta cerrada.

—Puede que tenga razón, señor Renthall. Algunas personas piensan que ellos se han extralimitado un poco.

—¿En serio? Muy interesante. Bien. —Renthall registró mentalmente aquella observación, y luego le señaló la ventana a Mulvaney—. Dígame, señor Mulvaney, mientras subía las escaleras, ¿notó alguna actividad por ahí?

Hizo un breve gesto en dirección a la torre de observación, pues no quería llamar la atención sobre sí mismo señalándola. Mulvaney miró hacia el jardín y negó lentamente.

—No, no creo. Nada fuera de lo normal, al menos. ¿Qué tipo de actividad?

—Ya sabe, una ventana abriéndose... —Mulvaney siguió negando con la cabeza—. Bien —dijo Renthall—. Quiero saber si ese tipo, Barnes, vuelve a llamar.

Cuando Mulvaney se fue, Renthall se paseó de un extremo a otro de la habitación, silbando un rondó de Mozart.

Durante los tres días siguientes, no obstante, la euforia de Renthall fue desvaneciéndose gradualmente. Para disgusto de Renthall no volvió a fijarse fecha alguna para la reunión cancelada del comité. Había supuesto que sería a puerta cerrada, pero los miembros del comité ya se habrían dado cuenta de que había poca diferencia. Todo el mundo no tardaría en saber que Renthall había desafiado con éxito la pretensión del Consejo de tener comunicación directa con las torres de observación.

Renthall estaba irritado por la posibilidad de que la reunión se hubiera pospuesto indefinidamente. Al evitar un enfrentamiento directo con Renthall, el Consejo había esquivado hábilmente el peligro.

Por otra parte, Renthall valoró la posibilidad de estar subestimándolos. Tal vez se daban cuenta de que el verdadero objetivo de su desafío no era el Consejo, sino las torres de observación. La leve posibilidad —por mucho que intentara desestimar ese temor como una fantasía infantil, el miedo persistía— de que hubiera alguna misteriosa complicidad entre las torres y el Consejo empezó a crecer en su mente. La fiesta había sido inteligentemente concebida como un gesto inocente de desafío a las torres, y sería difícil encontrar algo que ocupara su lugar que no fuera descaradamente extravagante y no lo manchara para siempre con el pecado de la arrogancia.

Además, como se recordó a sí mismo, su propósito no era desencadenar una rebelión. Al principio había reaccionado por un sentimiento momentáneo de resentimiento, exasperado por el espectáculo del aburrimiento y la apatía que lo rodeaba y el miedo hosco que todos demostraban ante las torres. No se trataba de desafiar su autoridad absoluta... al menos aún no. Él solo quería definir las fronteras existenciales del mundo en que vivían: si estaban, en efecto, atrapados en una ratonera, por lo menos se comerían el queso. Por lo demás, creía que las torres solo reaccionarían ante una afrenta a escala verdaderamente heroica, y por lo tanto, la

gente disponía de cierta libertad, un crédito pequeño pero valioso para sus vidas integradas en el sistema.

En términos prácticos, existenciales, eso bien podría ser considerablemente amplio, por lo que el límite efectivo entre lo blanco y lo negro, entre el bien y el mal, estaba a una cierta distancia de la frontera teórica. Esa cuenca en la zona de penumbra donde se encontraban la mayoría de los placeres de la vida, y donde Renthall se sentía como en casa. La villa de la señora Osmond estaba dentro de ese territorio, y a Renthall le hubiera gustado traspasar sus márgenes. Primero, sin embargo, tenía que evaluar la magnitud de esa zona de nadie, o paralaje moral, pero al cancelar la reunión el comité lo había impedido eficazmente.

Mientras esperaba a que Barnes lo llamara otra vez, sintió de nuevo una creciente sensación de frustración. Las torres de observación parecían ocupar todo el firmamento, y Renthall cerró airadamente las cortinas. En el tejado del edificio, dos plantas más arriba, sonaba todo el día un martilleo leve y persistente, pero Renthall rehuía las calles y ya no iba a tomar su café de las mañanas.

Finalmente subió las escaleras hasta la azotea, y a través de la puerta vio a dos carpinteros trabajando bajo la supervisión de Mulvaney. Estaban poniendo un suelo de madera basta sobre el cemento alquitranado. Mientras Renthall se protegía los ojos del brillo cegador, un tercer hombre subió las escaleras detrás de él, cargado con dos tramos de barandilla de madera.

—Lo siento por el ruido, señor Renthall —se disculpó Mulvaney—. Mañana ya deberíamos haber acabado.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Renthall—. Me imagino que no van a hacer un solárium aquí arriba.

—Esa es la idea. —Mulvaney señaló las barandillas—. Algunas sillas y sombrillas, será agradable para los ancianos. Lo sugirió el doctor Clifton. —Miró a Renthall, que seguía oculto en la puerta—. Usted también tendrá que traerse una silla; verá como un poco de sol le sienta bien.

Renthall miró la torre suspendida casi directamente por encima de ellos. Si le lanzaba una piedra, podría alcanzar fácilmente la parte inferior de metal laminado. La azotea estaba totalmente expuesta a la veintena de torres que estaban suspendidas en esa zona, y Renthall se preguntó si Mulvaney se habría vuelto loco... Ninguno de los ancianos pasaría allí arriba más de un segundo seguido.

Mulvaney señaló la azotea que había al otro lado del jardín, donde habían emprendido una actividad similar. Estaban desplegando un toldo brillante y amarillo, y ya había dos hamacas ocupadas.

Renthall titubeó, bajando la voz.

—Pero... ¿y las torres de observación?

—¿Las qué...? —Distraído por uno de los carpinteros, Mulvaney se alejó un instante y luego volvió junto a Renthall—. Sí, desde aquí podrá ver todo lo que ocurre, señor.

Renthall, sorprendido, regresó a su habitación. O Mulvaney no lo había escuchado bien, o aquello era un intento fatuo de provocar a las torres. Renthall comprendió sombríamente su responsabilidad en caso de que se sucedieran una serie de pequeños actos de desafío. ¿Tal vez había liberado accidentalmente todo el rencor reprimido y acumulado durante años?

Para sorpresa de Renthall, una sucesión de crujidos en la escalera anunció a la mañana siguiente que la primera partida de residentes se disponía a disfrutar del solárium. Poco antes del almuerzo, Renthall subió a la azotea y se encontró con un grupo de al menos una docena de los huéspedes más viejos, tumbados debajo de la torre y respirando tranquilamente el aire fresco. Ninguno parecía perturbado en lo más mínimo por la torre de observación. En dos o tres puntos del semicírculo de hoteles habían aparecido entusiastas del sol, como si todos respondieran a una convocatoria que llevaran tiempo esperando. Las personas se tendían en porches improvisados o se asomaban a las ventanas, saludándose unos a otros.

Igualmente sorprendente fue el hecho de que ese aumento de actividad no provocara reacción alguna en las torres de observación. Medio escondido detrás de las cortinas, Renthall vigilaba cuidadosamente las torres. Una vez creyó ver un lejano movimiento fugaz en la ventana de un mirador, a más de medio kilómetro de distancia, pero por lo demás las torres permanecían en silencio y las largas filas llegaban hasta el horizonte en todas direcciones, inmóviles y enigmáticas. La neblina se había disipado levemente, y las agudas puntas se recortaban más nítidamente contra el cielo, sus contornos más oscuros y más vibrantes.

Poco antes del almuerzo, Hanson interrumpió su vigilancia.

—Hola, Charles. ¡Buenas noticias! La escuela se abre mañana. Gracias a Dios, estaba tan aburrido que apenas me tenía de pie.

Renthall asintió.

—Bien. ¿Qué los ha despertado a la vida tan de repente?

—Oh, no lo sé. Supongo que alguna vez tenían que reabrirla. ¿No estás satisfecho?

—Por supuesto. ¿Aún formo parte del personal docente?

—Naturalmente. El Consejo no guarda rencores pueriles. Hace una semana podían haberte despedido, pero las cosas son diferentes ahora.

—¿Qué quieres decir?

Hanson estudió la expresión de Renthall cuidadosamente.

—Quiero decir que la escuela está abierta. ¿Qué es lo que ocurre, Charles?

Renthall se acercó a la ventana con la mirada perdida en los grupos de personas que tomaban el sol en las azoteas. Esperó unos segundos por si se revelaba algún indicio de actividad en las torres de observación.

—Y el Comité de Vigilancia, ¿cuándo escuchará mi caso?

Hanson se encogió de hombros.

—Ahora no van a molestarse. Saben que eres más difícil que otras personas a los que atropellaban sin problemas. Olvida todo el asunto.

—Pero no quiero olvidarlo. Quiero que la audiencia se celebre. Maldita sea, monté todo eso a propósito, para obligarlos a poner las cartas boca arriba. Y ahora se retiran.

—Bueno, ¿y qué? Relájate, también tienen sus problemas. —Se echó a reír—. Nunca se sabe, probablemente ahora les encantaría recibir una invitación.

—No recibirán ninguna. ¿Sabes?, tengo casi la impresión de que se han burlado de mí. Cuando la fiesta no se lleve a cabo todos supondrán que me he dado por vencido.

—Pero es que se celebrará. ¿No has visto a Boardman recientemente? Anda en grandes proyectos, obviamente va a ser un gran espectáculo. Ten cuidado de que no te excluya.

Perplejo, Renthall se apartó de la ventana.

—¿Quieres decir que Boardman sigue adelante?

—Por supuesto. Al menos eso parece. Ha instalado una gran pérgola en el jardín, docenas de puestos, banderines por todas partes.

Renthall se dio un puñetazo en la palma.

—¡Ese hombre está loco! —Se volvió a Hanson—. Debemos tener cuidado, algo está pasando. Estoy convencido de que el Consejo trata de ganar tiempo, de que nos suelta deliberadamente las riendas para que nos pasemos de la raya. ¿Has visto a toda esa gente en las azoteas? ¡Toman el sol!

—¿Y qué tiene de malo? ¿No es lo que has querido desde siempre?

—Pero no tan descaradamente como esto. —Renthall señaló la torre de observación más cercana. Las ventanas estaban cerradas, pero la luz que reflejaban era mucho más brillante que de costumbre—. Tarde o temprano habrá una reacción breve y aguda. Eso es lo que el Consejo está esperando.

—No tiene nada que ver con el Consejo. Si la gente quiere sentarse en la azotea, ¿a quién le importa sino a ellos? ¿Vamos a comer?

—En un momento. —Renthall se quedó en silencio junto a la ventana, mirando a Hanson. Una posibilidad que no había previsto antes le pasó por la cabeza. Buscó algún método para verificarla—. ¿Ya es la hora? Se me ha parado el reloj.

Hanson se miró el reloj.

—Son las doce y media. —Miró por la ventana hacia el lejano reloj de la torre del ayuntamiento. Una de las quejas habituales de Renthall contra aquella habitación era que el extremo inferior de la torre de observación más cercana estaba suspendida justo frente a la esfera del reloj, impidiéndole ver la hora. Hanson asintió con la cabeza, y reajustó el reloj—. Las doce y treinta y uno. Nos vemos en unos minutos.

En cuanto Hanson se fue, Renthall se sentó en la cama, sintiendo que perdía el coraje paulatinamente mientras trataba de racionalizar este desarrollo imprevisto de los acontecimientos.



Al día siguiente se encontró con un segundo caso.

Boardman examinó con desagrado la habitación lúgubre, perplejo ante el espectáculo de Renthall acurrucado en su silla junto a la ventana.

—Señor Renthall, ya no tiene ningún sentido cancelarla. Es como si la feria ya hubiera empezado. En todo caso, ¿con qué pretexto?

—Nuestro trato fue que daríamos una fiesta —subrayó Renthall—. Usted la ha convertido en una feria de diversiones con puestos de venta y zanfoñas.

Imperturbable ante los modales de maestro de escuela de Renthall, Boardman adoptó un tono de burla.

—Bueno, ¿cuál es la diferencia? Por otra parte, mi propósito es ir todavía más lejos y transformarlo en un parque de atracciones permanente. El Consejo no va a interferir. Ahora se han quedado tranquilos.

—¿En serio? No lo creo. —Renthall miró hacia el jardín. La gente se sentaba en mangas de camisa, las mujeres con vestidos estampados con flores. Evidentemente nadie prestaba atención a las torres de observación que ocupaban el cielo vigilándolos treinta metros por encima de sus cabezas. La niebla se había disipado todavía más, y ahora eran visibles al menos doscientos metros de cada torre. No había síntomas de actividad en ellas, pero Renthall estaba convencido de que eso no tardaría en cambiar—. Dígame —le preguntó a Boardman con voz muy clara—, ¿no tiene miedo de las torres de observación?

Boardman pareció perplejo.

—¿Las torres de qué? —Hizo un movimiento es espiral con el cigarro—. ¿Se refiere a los toboganes gigantes? No se preocupe, que no voy a instalar ninguno, nadie tiene fuerzas para subir tantos escalones. —Se metió el cigarro en la boca y se dirigió a la puerta—. Bueno, hasta pronto, señor Renthall. Le mandaré una invitación.

Luego, esa misma tarde Renthall visitó al doctor Clifton en su habitación.

—Perdóneme, doctor —se disculpó—, pero ¿le molestaría atenderme por una cuestión profesional?

—Bueno, no aquí, Renthall. Se supone que estoy fuera de servicio. —Se apartó de las jaulas de los canarios con el ceño fruncido, pero luego cedió cuando vio la expresión resuelta de Renthall—. Muy bien, ¿cuál es el problema?

Mientras Clifton se lavaba las manos, Renthall le explicó.

—Dígame, doctor, ¿conoce usted algún mecanismo capaz de hipnotizar simultáneamente a grandes grupos de personas? Todos estamos familiarizados con las exhibiciones teatrales del arte de los hipnotizadores, pero estoy pensando en una situación en la que todos los miembros de una comunidad pequeña, como los habitantes de los alrededores del semicírculo de hoteles de esta zona, pudieran ser inducidos a aceptar una proposición en conflicto directo con la realidad.

Clifton dejó de lavarse las manos.

—Creí que quería verme por una cuestión profesional. Soy médico, no brujo. ¿En qué anda metido ahora, Renthall? La semana pasada se trataba de una fiesta, ahora quiere hipnotizar a todo un barrio, es mejor que vaya con cuidado.

Renthall sacudió la cabeza.

—No soy yo quien quiere practicar la hipnosis, doctor. De hecho, me temo que la operación ya ha tenido lugar. ¿Usted no ha notado nada extraño en sus pacientes?

—No más que de costumbre —comentó Clifton secamente, y entonces miró a Renthall con mayor interés—. ¿Quién es el responsable de esa hipnosis masiva? — Cuando Renthall apuntó con un índice hacia el techo, Clifton asintió comprensivamente—. Ya veo. Qué siniestro.

—Exactamente. Me alegro de que lo entienda, doctor. —Renthall se acercó a la ventana y miró las sombrillas de abajo—. Solo para aclarar una pequeña cuestión, doctor. ¿Puede ver las torres de observación?

Clifton dudó una fracción de segundo, y avanzó sigilosamente hacia su maletín.

—Por supuesto —asintió.

—Bien. Me alivia oír eso. —Renthall se rio—. Por un momento pensé que yo era la única excepción. ¿Sabe que Hanson y Boardman ya no pueden ver las torres? Y estoy bastante seguro de que ninguna de las personas de allá abajo tampoco o no estarían sentados tan tranquilos al aire libre. Estoy convencido de que esto es obra del Consejo, pero parece poco probable que tenga tanto poder... —Se interrumpió, consciente de que Clifton lo miraba fijamente—. ¿Qué pasa? ¡Doctor!

Clifton se apresuró a sacar su bloc de recetas del maletín.

—Renthall, la cautela es la esencia de toda estrategia. Es importante que no se precipite. Sugiero que los dos descansemos por esta tarde. Ahora, esto le provocará un poco de sueño.

Por primera vez en varios días se aventuró a salir a la calle. Con la cabeza gacha, furioso por haber caído en manos del doctor, fue a casa de la señora Osmond, decidido a encontrar al menos una persona que aún pudiera ver las torres. Las calles estaban más concurridas de lo que podía recordar en mucho tiempo, y se vio obligado a mirar hacia arriba para no tropezar con la gran cantidad de peatones que iba de un lado a otro. Arriba, como vehículos de asalto dispuestos a lanzar un ataque aéreo apocalíptico, las torres de observación estaban suspendidas del cielo, enmarcadas entre las torres gemelas de la iglesia y ocultando parte de las vistas de la avenida principal, y sin embargo, inadvertidas por los paseantes vespertinos.

Renthall pasó por delante del café y le sorprendió ver la terraza atestada de personas disfrutando de sus bebidas. Luego vio la pérgola de Boardman en el jardín al lado del aparcamiento del cine. Un altavoz quejumbroso emitía música, y unas cintas multicolores revoloteaban en el aire.

A unos veinte metros de casa de la señora Osmond, la vio justo en la puerta principal con un amplio sombrero de paja en la cabeza.

—¡Charles! ¿Qué estás haciendo aquí? Hace días que no te veo, ya empezaba a preguntarme que te estaría pasando.

Renthall le quitó la llave de la mano y la metió en la cerradura. Al cerrar la puerta detrás de ellos se detuvo en el vestíbulo oscuro, para recuperar el aliento.

—Charles, ¿qué demonios está pasando? ¿Alguien te persigue? Tienes un aspecto horrible. Tu cara...

—No te preocupes por mi cara. —Renthall se dominó y se dirigió a la sala de estar—. Ven aquí, rápido. —Se acercó a la ventana y abrió las cortinas, asegurándose de que la torre de observación suspendida sobre las casas de enfrente seguía allí—. Siéntate y relájate. Lamento irrumpir así, pero en un minuto lo entenderás. —Esperó a que la señora Osmond se acomodara de mala gana en el sofá, luego apoyó las palmas sobre la repisa de la chimenea, mientras organizaba sus pensamientos.

—Los últimos días han sido extraordinarios, no lo creerías, y para acabarlo de arreglar he acabado comportándome como un verdadero imbécil frente a Clifton. Dios, podría...

—Charles...

—¡Escucha! No empieces a interrumpirme antes de que haya empezado, ya tengo suficiente con lo que lidiar. Algo absolutamente desquiciado está ocurriendo por todas partes, y por alguna extraña razón yo parezco ser el único que sigue en sus cabales. Sé que suena como si estuviera completamente loco, pero en realidad es cierto. No sé cuál es el motivo, aunque temo que pueda tratarse de una especie de represalia dirigida a mí. No obstante... —Se dirigió a la ventana—. Julia, ¿qué puedes ver por esta ventana?

La señora Osmond se quitó el sombrero y miró por los cristales. Cambió de posición en el sofá, incómoda.

—Charles, ¿qué está pasando? Voy a tener que ponerme las gafas.

Se desplomó en el sofá.

—¡Julia! Nunca has necesitado gafas antes para ver esto. Ahora dime, ¿qué ves?

—Bueno, la fila de casas, y los jardines...

—Sí, ¿y qué más?

—Las ventanas, por supuesto, y hay un árbol...

—¿Y en el cielo?

Ella asintió con la cabeza.

—Ah sí, ya veo. Hay una especie de neblina, ¿no? ¿O son mis ojos?

—No. —Agotado, Renthall, se alejó de la ventana. Por primera vez, una sensación de fatiga despiadada se había apoderado de él—. Julia —preguntó en voz baja—, ¿no recuerdas las torres de observación?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—No. ¿Dónde estaban? —Una sombra de preocupación le cruzó el rostro. Agarró a Renthall por el brazo, con dulzura—. Querido, ¿qué te ocurre?

Él hizo un esfuerzo por mantenerse erguido.

—No lo sé. —Se dio una leve palmada en la frente con la mano libre—. ¿No puedes recordar las torres de observación en absoluto, ni las ventanas de vigilancia? —Señaló la torre colgada en el centro de la ventana—. Ahí... había una encima de esas casas. La mirábamos a todas horas. ¿No recuerdas que arriba solíamos correr las cortinas?

—¡Charles! Cuidado, te van a oír. ¿Adónde vas?

Renthall, aturdido, tiró de la puerta.

—Afuera —dijo con voz plana—. Ahora ya no tiene mucho sentido quedarse en casa.

Salió por la puerta principal, y a cincuenta metros de la casa oyó que ella lo llamaba. Se apresuró a doblar por una calle lateral y corrió hacia la primera intersección.

Era consciente de la presencia de las torres por encima de su cabeza, suspendidas en el cielo brillante, pero se obligaba a mantener los ojos a la altura de las puertas y de los setos, escudriñando las casas vacías. De vez en cuando pasaba frente a una vivienda ocupada, con la familia sentada en el jardín, y una vez alguien lo llamó, recordándole que la escuela había empezado sin él. El aire era fresco, y las aceras brillaban con una intensidad inusual.

A los diez minutos se dio cuenta de que había llegado a una zona desconocida de la ciudad, y que estaba completamente perdido. Solo podía orientarse por las filas de torres de observación, pero aun así se negó a mirarlas.

Había entrado en un barrio más pobre, donde las estrechas calles vacías estaban separadas por grandes vertederos, y empalizadas de madera se desplomaban entre las casas en ruinas. Muchas de las viviendas eran de una sola planta, y el cielo parecía aún más amplio y más abierto. Las distantes torres de observación se prolongaban en el horizonte como una valla continua.

Se torció el pie sobre el saliente de una piedra, y cojeó dolorosamente hacia una franja de alambrada rota que trepaba por una pequeña elevación en el centro de un vertedero de residuos. Sudando copiosamente, se aflojó la corbata y luego buscó entre las casas de alrededor en busca de un camino de regreso a la calle por la que había venido.

Arriba, algo se movió y le llamó la atención. Se obligó a ignorarlo, recuperó el aliento y trató de dominar el extraño vértigo que le invadía el cerebro. Sobre el vertedero se cernía un inmenso y repentino silencio, tan absoluto que era como si estuvieran sonando a todo volumen una música inaudible y penetrante.

A la derecha, en el límite del vertedero, oyó unos pasos que se arrastraban lentamente entre los escombros, y vio al anciano de traje negro y andrajoso y con pajarita que solía holgazanear en las proximidades de la biblioteca pública.

Cojeaba, con las manos metidas en los bolsillos, una figura casi chaplinesca, y de vez en cuando comprobaba el cielo brevemente, como si buscara algo que había perdido u olvidado.

Renthall lo vio cruzar el descampado, pero antes que pudiera gritarle, la figura decrepita desapareció detrás de una pared en ruinas.

Una vez más, algo se movió por encima de él, seguido por un tercer movimiento, repentino y angular, y luego una sucesión de veloces deslizamientos. Los guijarros a sus pies brillaron con la luz reflejada, y de repente el cielo centelleó como si el aire se abriera y cerrara.

Después, con la misma brusquedad, todo se quedó inmóvil de nuevo.

Tratando de calmarse, Renthall esperó un momento. Por fin levantó la mirada hacia la torre de observación más próxima, a quince metros por encima de él, y observó los centenares de torres que colgaban del cielo transparente como columnas gigantes. La neblina había desaparecido y los ejes de las torres se veían ahora con una claridad sin precedentes.

Por lo que podía ver, todas las ventanas de vigilancia estaban abiertas. En silencio, inmóviles, los observadores lo miraban fijamente.

## LAS ESCULTURAS CANTANTES

Anoche, de nuevo, cuando el viento del crepúsculo procedente de Lagoon West empezó a soplar a través del desierto, oí fragmentos de música que traían las ondas termales, remotos y fugaces, ecos de la canción de amor de Lunora Goalen. Caminé por la arena cobriza hasta los arrecifes donde crecen las esculturas sonoras, vagué en la oscuridad por los jardines de metal, en busca de la voz de Lunora. Ahora nadie cuida las esculturas, y la mayoría se ha echado a perder, pero en un impulso irreprimible corté una hélice y me la llevé a mi casa, la planté en el lecho de cuarzo bajo el balcón. Durante toda la noche cantó para mí, me habló de Lunora y de la extraña música que interpretaba...

Debe de hacer poco más de tres años que vi por primera vez a Lunora Goalen, en la galería de Georg Nevers en Beach Drive. Todos los veranos, en el apogeo de la temporada de Vermilion Sands, Georg organizaba una exposición especial de esculturas sonoras para los turistas. Poco después de que abriéramos una mañana, yo estaba dentro de mi gran escultura, *Órbita Cero*, conectando los amplificadores estereofónicos, cuando de repente Georg se quedó sin aliento en el micrófono y un estruendo como un trueno casi me dejó sordo.

Con la cabeza resonándome como un gong, bajé de la escultura listo para sacudir a Georg con la maqueta más cercana. Llevándose un dedo elegante a los labios me lanzó esa mirada entre artista y comerciante que significa: cliente rico.

Al abrirse la puerta y entrar alguien, las esculturas de la entrada de la galería habían comenzado a zumbar, pero la luz del sol se reflejaba en la capota de un Rolls-Royce blanco aparcado allí afuera y oscurecía la puerta.

Entonces la vi, revoloteando alrededor del estante de las revistas de arte, seguida por su secretaria, una francesa alta y de labios eternamente fruncidos, que las revistas habían hecho casi tan famosa como a su señora.

Lunora Goalen, pensé, ¿pueden hacerse realidad nuestros sueños? Llevaba un torzal de seda azul hielo que brillaba mientras se acercó a la primera escultura, un sombrero de violetas negras y unas voluminosas gafas oscuras que ocultaban su rostro y eran la pesadilla de los fotógrafos. Cuando se detuvo junto a la escultura, una que mostraba esos enredos frenéticos tan propios de Arch Penko, y que parecía una rueda de bicicleta sin llanta, para escuchar cómo vibraban y ululaban los brazos, Nevers y yo buscamos involuntariamente apoyo en la aleta de mi escultura.

En general, es probable que sea cierto que la especie más vilipendiada de la Tierra es la del acaudalado mecenas de arte moderno. Escarnecido por el público, explotado por los comerciantes, incluso los artistas los consideran simplemente como vales para

comida. La magnífica colección de esculturas sonoras que tenía en los tejados de su *palazzo* de Venecia, y el millón de dólares gastado en generosas compras repartidas por sus casas de París, Londres y Nueva York representaban la libertad y la vida para una veintena de escultores, pero pocos de ellos sentían agradecimiento alguno hacia la señorita Goalen.

Nevers vaciló, al parecer sufría un repentino temblor provocado por la perplejidad, y le di un codazo.

—Vamos —murmuré—. Esto es el apocalipsis. Venga.

Nevers se volvió hacia mí con frialdad, y se fijó, al parecer por primera vez, en que mis pantalones estaban manchados de óxido y llevaba barba de tres días.

—¡Milton! —dijo—. ¡Por el amor Dios, desaparece! Escabúllete por la salida de mercancías sin que te vean. —Hizo un gesto brusco con la cabeza, señalando mi escultura—. ¡Y desconecta ese trasto del demonio! ¿Por qué te dejaría traerla aquí?

La secretaria de Lunora, *Madame Charcot*, se acercó hasta nosotros, en la parte trasera de la galería. Georg se sacó diez centímetros de puño de la camisa immaculado y se inclinó hacia delante ensayando una sonrisa tan ancha como un excavadora. Yo me escondí detrás de mi escultura, sin ninguna intención de irme y dejar que Nevers rebajase mi precio por el caché que le daría venderle algo a Lunora Goalen.

Georg le enseñó toda la galería, ajeno a la expresión llena de desprecio del rostro de *Madame Charcot*. Dirigió a Lunora hasta una de las piezas expuestas y hurgó en el panel de control, buscando el elevador de tonos altos que haría que el sonido resultara más halagador ante los tonos corporales de la mujer. Por desgracia la escultura era *El Gran Final* de Sigismund Lubitsch, un grueso tambor de cuello de toro, en cuclillas, como un enorme sapo, cuyo sonido más dulce era un ronco gruñido. A un anticuado magnate del ferrocarril podría haberle provocado un acorde de simpatía, pero la respuesta de Lunora fue como la de un buey frente a una mariposa.

Cambiaron de escultura, y *Madame Charcot* le hizo una seña al chófer enguantado y de pie junto al Rolls-Royce. El hombre subió al coche y lo condujo por la calle arrastrando de paso a la multitud que se reunía delante de la galería. Capaz ahora de ver a Lunora claramente contra las paredes blancas, me subí a *Órbita* y la observé con atención a través de las hélices.

Por supuesto, yo ya lo sabía todo sobre Lunora Goalen. Mil reportajes en la prensa habían catalogado hasta la saciedad su extraña belleza imperfecta, sus ataques de melancolía y sus viajes compulsivos a todas las capitales del mundo. Su breve carrera de actriz de cine había fallado al principio, no tanto como consecuencia de su modesto pero siempre interesante talento, como por el sencillo hecho de no ser fotogénica. Por un giro macabro del destino, tras un grave accidente automovilístico que le lesionó seriamente el rostro, obtuvo un éxito extraordinario. Aquella mirada nerviosa y el perfil extrañamente desfigurado habían llenado cines desde París hasta Pernambuco. Incapaz de soportar ese homenaje a sus cirujanos plásticos, Lunora

abandonó abruptamente su carrera y se convirtió en una importante mecenas de las Bellas Artes. Como la Garbo en los años cuarenta y cincuenta, revoloteaba esquiva por las columnas de chismes y las páginas de sociedad en una interminable huida de sí misma.

Su cara era la clave. Cuando se quitó las gafas de sol vi la curiosa sombra que la cruzaba, entumeciendo la piel blanca y suave. Había una pátina mortecina en aquellos ojos azul pizarra, una tensión incómoda alrededor de la boca. Tuve la vaga impresión de algo malsano, de una Venus con un vicio secreto.

Nevers, conectaba esculturas a derecha e izquierda, como un mago loco, y el ruido era una babel de células sensoriales que competían entre sí, algunas de las esculturas respondían a la presencia enigmática de Lunora, y otras a Nevers o a la secretaria.

Lunora sacudía la cabeza lentamente, y se le endurecía la boca a medida que la iba molestando el ruido.

—Sí, señor Nevers —dijo con una voz ligeramente ronca—, es muy ingenioso, pero también me produce un poco de dolor de cabeza. Vivo con mis esculturas, quiero algo íntimo y personal.

—Por supuesto, señorita Goalen —convino Nevers apresuradamente, buscando alrededor con desesperación.

Como bien sabía, la escultura sonora estaba llegando ahora al apogeo de su fase abstracta, lo único que emitía la mayoría de las esculturas eran pitidos y zumbidos dodecafónicos. Desde hacía más de diez años no se construían esculturas que proporcionaran sonidos puramente figurativos, que respondieran a Lunora, por ejemplo, con un rondó de Mozart o (mejor) con un cuarteto de Webern. Supuse que sus primeras compras se le estaban gastando y ahora recorría galerías más baratas en lugares turísticos como Vermilion Sands, con la esperanza de encontrar algo diseñado para el consumo de nivel cultural medio.

Pensativa, Lunora miró *Órbita Cero*, que se elevaba al fondo de la galería, junto al escritorio de Nevers, aparentemente sin darse cuenta de que yo estaba escondido en su interior. De repente, dándome cuenta de que las posibilidades de vender la escultura habían aumentado milagrosamente, me acurruqué dentro del tronco y empecé a respirar con dificultad, activando los circuitos sensoriales.

La escultura cobró vida de inmediato. De cuatro metros de alto, tenía la forma de un enorme tótem de metal coronado por dos alas heráldicas. Los micrófonos en las puntas de las alas eran lo suficientemente potentes como para recoger los ruidos de la respiración a una distancia de casi diez metros.

Había cuatro personas dentro de ese radio, y la escultura empezó a emitir una serie de pulsaciones rítmicas y graves.

Al ver que la escultura le respondía, Lunora se acercó con interés. Nevers retrocedió con discreción, llevándose a *Madame Charcot* con él, dejándonos solos a



Lunora y a mí, separados por una fina piel de metal y un metro de aire vibrante.

Buscando alguna manera de ampliar las respuestas, moví los controles que elevaban el volumen. La neurofonía nunca había sido mi fuerte —me considero, de una manera algo anticuada, escultor, no electricista— y la escultura solo estaba equipada para reproducir una secuencia simple de variaciones de acordes sobre el perfil sonoro que enfocaba.

Sabiendo que Lunora pronto se daría cuenta de que el repertorio de la escultura era demasiado limitado para ella, cogí el micrófono de mano que utilizábamos para probar los circuitos y en el fragor del momento me puse a canturrear el estribillo de «Creole love call». Reinterpretada por los núcleos sónicos, y luego retransmitida por los altavoces, el tranquilizador ascenso y caída de la música era agradablemente sedante. Los matices electrónicos disfrazaban mi voz y amplificaban los temblores de emoción mientras yo hacía de tripas corazón (la escultura tenía un precio de cinco mil dólares, así que incluso restándole el noventa por ciento de la comisión de Nevers me quedaba suficiente para pagarme el autobús de regreso a casa).

Lunora dio un paso hacia la escultura y escuchó inmóvil, los ojos muy abiertos de asombro, al parecer asumiendo que la escultura reflejaba, como un espejo, sus impresiones subjetivas de sí misma. Como me quedaba rápidamente sin respiración, y aumentaba el tempo con la aceleración del pulso, repetía el estribillo una y otra vez, variando la elevación de los bajos para simular un clímax.

De pronto vi los zapatos negros de charol de Nevers por la escotilla. Fingiendo deslizar su mano hasta el panel de control golpeó con fuerza la escultura. La desconecté.

—¡No, por favor! —gimoteó Lunora mientras cesaban los sonidos. Miró a su alrededor con incertidumbre. *Madame* Charcot se estaba acercando con una expresión muy atenta.

Nevers vaciló.

—Por supuesto, señorita Goalen, aún requiere afinación...

—Me la llevo —dijo Lunora.

Se puso las gafas de sol, dio media vuelta y salió corriendo de la galería, con el rostro oculto.

Nevers la vio alejarse.

—¿Qué ha pasado, por el amor de Dios? ¿La señorita Goalen está bien?

*Madame* Charcot sacó un talonario de cheques de su bolso azul de piel de cocodrilo. Una sonrisa sardónica jugueteó en sus labios, y a través de la hélice tuve una visión fugaz pero preclara de su relación con Lunora Goalen. Fue entonces, creo, cuando me di cuenta de que Lunora era tal vez algo más que una diletante aburrida.

*Madame* Charcot miró su reloj, un guisante de oro colgado de su escuálida muñeca.

—Entréguela hoy. A las tres en punto. Ahora, por favor, ¿cuál es el precio?

Con suavidad, Nevers dijo:

—Diez mil dólares.

Sofocado, salí de la escultura, y le farfullé impotente a Nevers.

*Madame* Charcot me miró con asombro, frunciendo el ceño al ver mis ropas sucias. Nevers me dio un brutal pisotón.

—Naturalmente, *mademoiselle*, nuestros precios son modestos, pero como usted ve, el señor Milton es un artista sin experiencia.

*Madame* Charcot asintió sabiamente.

—¿Este es el escultor? Me siento aliviada. Por un momento temí que viviera ahí dentro.

Cuando se hubo marchado, Nevers cerró la galería por el resto del día. Se quitó la chaqueta y sacó una botella de absenta del escritorio. Sentado con su chaleco de seda aún puesto, todavía temblaba por los nervios pasados.

—Dime, Milton, ¿cómo podrás algún día estar lo suficientemente agradecido por lo que acabo de hacer por ti?

Le di unas palmaditas en la espalda.

—¡Georg, ha sido genial! Ella es otra Catalina la Grande, y tú la has manejado como un diplomático. Cuando vayas a París tendrás un enorme éxito. ¡Diez mil dólares! —Di unos rápidos pasitos de baile alrededor de la escultura—. Ese es el tipo de redistribución de la riqueza que me gusta ver. ¿Qué tal un adelanto a cuenta de mi parte?

Nevers me examinó con expresión de mal humor. Ya se veía en la rue de Rivoli, ofreciendo demasiado por Leonardos con un lánguido parpadeo maquillado. Echó un vistazo a la escultura y se estremeció.

—Una mujer extraordinaria. Completamente sin gusto. Lo que me recuerda que volviste a reevaluar el tambor de la memoria. El aria de *Tosca* ha sido hermosa. No me había dado cuenta de que la escultura contenía eso.

—No lo contiene —le dije, sentándome en el escritorio—. Era yo. No exactamente Caruso, lo admito, pero él tampoco era gran cosa como escultor...

—¿Qué? —Nevers saltó de la silla—. ¿Quieres decir que estabas usando el micrófono de mano? ¡Necio!

—¿Qué importa? Ella no se enterará —Nevers gemía contra la pared, golpeándose la frente con el puño—. Relájate, no pasará nada.

Puntualmente, a las nueve y un minuto del día siguiente, sonó el teléfono.

Mientras conducía la furgoneta hacia Lagoon West, las advertencias de Nevers aún resonaban en mis oídos:

—... seis listas negras internacionales, me demandarán por falsedad...

Le pidió disculpas efusivamente a *Madame* Charcot, y le aseguró que el monótono sonsonete que emitía la escultura no era con seguridad la respuesta natural.

Era evidente que se había dañado algún circuito durante el transporte, y el propio escultor iba de camino para arreglarlo.

Cogí la carretera de la playa que rodeaba la laguna y miré hacia la mansión Goalen, un palacio de verano abstracto que me recordaba un diseño de Frank Lloyd Wright para unos grandes almacenes experimentales. De todos los ángulos sobresalían terrazas, y aquí y allá había enormes esculturas metálicas, móviles de Brancusi y Calder, que giraban bajo la nítida luz del desierto. De vez en cuando una de las esculturas sonoras ululaba lúgubrementemente, como un poseído.

*Madame* Charcot me recibió en el vestíbulo, y me condujo por una amplia escalera de cristal. Las paredes estaban cargadas de obras de Dalí y Picasso, pero mi escultura ocupaba el lugar de honor al otro extremo de la terraza sur. Del tamaño de una pista de tenis, sin barandillas (ni red de seguridad), aquella terraza asomaba hacia la laguna contra el horizonte de Vermilion Sands, y en el centro, formando un cuadrado, se agrupaban unos pocos muebles bajos.

Dejé caer al suelo la bolsa de herramientas, fingí que desmontaba el panel de control y jugué con el amplificador para que la escultura dejara escapar una serie de pitidos en *staccato*. Eso la colocaba en la misma categoría que el resto de las esculturas de Lunora Goalen. En la terraza había una docena de piezas, la mayoría de ellas del período sónico temprano, de la década de los setenta, cuando los escultores producían increíbles secuencias de gruñidos, truenos, ladridos y zumbidos, y las galerías y las plazas públicas de todo el mundo resonaban día y noche con fragores amenazadores y sordos estallidos.

—¿Ha habido suerte?

Me volví y vi a Lunora Goalen. Había cruzado la terraza sin que la oyera y ahora estaba allí de pie, con las manos en jarras, observándome con interés. Con pantalones y camisa negros, y el pelo rubio sobre los hombros, parecía más relajada, pero las gafas de sol seguían ocultándole la cara.

—Solo es una válvula floja. No me llevará más que un par de minutos. —Le mostré una sonrisa tranquilizadora mientras ella se recostaba en el diván frente a la escultura.

*Madame* Charcot acechando desde los ventanales del otro extremo de la terraza, nos contemplaba con una sonrisa falsa. Irritado, puse la escultura a todo volumen y tosi ruidosamente en el micrófono de mano.

El sonido resonó por toda la terraza abierta como una descarga de artillería. La vieja bruja retrocedió enseguida.

Lunora sonrió mientras los ecos retumbaban por el desierto y las esculturas de las terrazas inferiores respondían con pulsaciones apagadas.

—Hace años, cuando mi padre estaba ausente, yo solía subir a la azotea y gritar con toda mi voz, y entonces arrancaban maravillosas sucesiones de ecos. Todo el lugar podía resonar durante horas, enloqueciendo a los sirvientes.

El recuerdo la hizo reír gratamente, como si aquello hubiera ocurrido hacía mucho tiempo.

—Pruebe ahora —le sugerí—. ¿O *Madame* Charcot ya está loca?

Lunora se llevó un dedo de punta verde a los labios.

—Cuidado, me va a causar problemas. De todos modos, *Madame* Charcot no es mi sirvienta.

—¿No? ¿Y entonces qué es? ¿Su carcelera? —Hablábamos en tono burlón, pero puse un cierto énfasis en la pregunta, algo de la francesa me hacía sospechar que podría tener mucho que ver con las ilusiones que Lunora mantenía acerca de sí misma.

Esperé a que Lunora me respondiera, pero me ignoró y miró hacia el otro lado de la laguna. En pocos segundos su personalidad había cambiado de nivel: una vez más volvía a ser una princesa autocrática y distante.

Sin que me viese, metí la mano en la bolsa de herramientas y saqué una cinta. La metí en el reproductor y lo conecté. La escultura vibró ligeramente, y entonces de su interior brotó un canto melodioso que murmuró en el aire en calma.

Desde detrás de la escultura, vi a Lunora responder a la música. El sonido evolucionaba a medida que Lunora se movía frente a la escultura. Poco a poco el ritmo se aceleró, el tono se volvió urgente y quejumbroso: sin lugar a dudas el canto apasionado de un amante. Un musicólogo enseguida habría identificado los sonidos como una transcripción del dúo del balcón de *Romeo y Julieta*, pero para Lunora su única fuente era la escultura. Yo había grabado la cinta esa misma mañana, al darme cuenta de que era la única manera de salvar la escultura. Cuando Nevers confundió *Tosca* con «Creole love call», recordé que tenía toda la ópera clásica en reserva. Por diez mil dólares me encantaría ir a visitarla una vez al día y ponerle todas las arias, desde la de *Fígaro* hasta la de *Moisés y Aarón*.

De repente, la música se desvaneció. Lunora se había alejado del foco de la escultura, y estaba ahora de pie a casi diez metros de mí. Detrás de ella, en la puerta, estaba *Madame* Charcot.

Lunora sonrió brevemente.

—Parece funcionar a la perfección —dijo. Sin duda, me estaba señalando la puerta.

Dudé. De repente me pregunté si debía decirle la verdad, y mis ojos buscaron su hermoso rostro secreto. Entonces *Madame* Charcot se interpuso entre nosotros, sonriendo como una calavera.

¿Creía de verdad Lunora Goalen que la escultura cantaba para ella? Durante quince días, mientras durara la cinta, no importaría. Para entonces Nevers ya habría cobrado el cheque y los dos estaríamos de camino a París.

Dos o tres días después, sin embargo, me di cuenta de que quería ver otra vez a Lunora. Tratando de racionalizar aquella sensación, llegué a la conclusión de que

había que revisar la escultura, que Lunora podía descubrir el fraude. Por dos veces durante la siguiente semana, fui a la casa de verano con el pretexto de ajustar la escultura, pero *Madame Charcot* me interceptó. Una vez llamé por teléfono, y volvió a interceptarme. Cuando la veía, Lunora iba en su Rolls-Royce a toda velocidad por Vermilion Sands, un vago destello de oro y jade en el asiento trasero.

Finalmente rebusqué entre mis discos de música, seleccioné a Toscanini dirigiendo *Tristán e Isolda*, la escena en la que Tristán llora a su amante muerta, y grabé con cuidado otra cinta.

Esa noche fui hasta Lagoon West, aparqué el coche en la playa de la orilla sur y eché a andar por la superficie del lago. A un kilometro de distancia y bajo la luz de la luna, la casa de verano parecía un plató de cine abstracto, una sola luz en la terraza superior iluminaba los contornos de mi escultura. Mientras caminaba con cuidado a través del silencio fundido me dirigí lentamente hacia ella, la brisa baja arrastraba a la deriva fragmentos de la canción de la escultura. A doscientos metros de la casa me tendí en la arena caliente, y miré cómo se apagaban una a una las luces de Vermilion Sands, como piedras de un collar fundiéndose.

Por encima, la escultura cantaba en la noche azul su canción serena. Lunora debía de estar sentada a pocos metros de ella, y la música la envolvería como una fuente rebosante. Poco después de las dos se apagó el sonido y vi que se apoyaba en la barandilla. El abrigo de armiño blanco que llevaba sobre los hombros se agitaba al viento mientras contemplaba la luna brillante.

Media hora más tarde trepé por la pared del lago y caminé por el borde hasta la escalera de incendios en espiral. Las buganvillas enredadas en la verja amortiguaban el sonido de mis pasos en los escalones metálicos. Llegué a la terraza superior sin ser descubierto. Mucho más abajo, en su habitación del lado norte, *Madame Charcot* dormía.

Me balanceé hasta saltar a la terraza y caminé entre las esculturas oscuras, arrancándoles leves murmullos al pasar. Me acurruqué dentro de *Órbita Cero*, abrí el panel de control e inserté la nueva cinta, aumentando ligeramente el volumen.

Al salir miré la terraza oeste, unos ocho metros más abajo, donde Lunora dormía bajo las estrellas en una enorme cama de terciopelo, como una princesa lunar sobre un catafalco púrpura. Su rostro brillaba a la luz de las estrellas, y el pelo suelto ocultaba sus pechos desnudos. Detrás de ella una estatua montaba guardia, entonando suavemente al ritmo de la respiración de Lunora.

Tres veces visité la casa de Lunora después de medianoche, llevando otra cinta, otra canción de amor de mi biblioteca. Durante la última visita la contemplé mientras dormía hasta que el amanecer se levantó en el desierto. Hui por la escalera de incendios y por la arena, ocultándome en las frías charcas de sombra cada vez que un coche recorría la carretera de la playa.

Me pasé todo el día esperando al lado del teléfono en mi casa, con la esperanza de

que me llamara. Por la noche me fui a los arrecifes de arena, trepé a una de las torres y observé a Lunora en la terraza, después de la cena. Se tumbó en un diván frente a la escultura, y hasta mucho después de medianoche escuchó sus cantos. Su voz era ahora tan fuerte que los coches aminoraban la velocidad a unos cientos de metros de distancia, y los conductores buscaban la fuente de las melodías que atravesaban el vívido aire de la noche.

Por fin grabé la última cinta, y esta vez contenía mi propia voz. Le describía brevemente la secuencia completa de la impostura, y le preguntaba a Lunora con calma si posaría para mí y me dejaría diseñarle una nueva escultura para reemplazar el fraude que había comprado.

Apreté firmemente la cinta en la mano mientras atravesaba el lago a pie, mirando el contorno rectangular de la terraza.

Al llegar a la pared, una figura vestida de negro asomó la cabeza por encima del borde y me miró. Era el chófer de Lunora.

Sobresaltado, me alejé por la arena. Al claro de luna, la cara pálida del chófer tenía un aire cadavérico.

A la noche siguiente, como ya sabía que ocurriría, por fin sonó el teléfono.

—Señor Milton, la escultura ha vuelto a estropearse —la voz de *Madame* Charcot sonaba seca y cortante—. La señorita Goalen está muy molesta. Debe venir a repararla. ¡Inmediatamente!

Esperé una hora antes de salir, escuchando la cinta que había grabado la noche anterior. Esta vez yo estaría allí cuando la escuchara Lunora.

*Madame* Charcot esperaba junto a las puertas de cristal.

Aparqué en el patio, al lado del Rolls. Mientras caminaba hacia ella percibí un misterioso sonido en la casa. Por todos lados, las esculturas murmuraban, crepitaban y gruñían, como perturbados ocupantes de un zoológico que tuvieran dificultades para calmarse después de una tormenta. Incluso *Madame* Charcot parecía agotada y tensa. Al llegar a la terraza se detuvo.

—Un momento, señor Milton. Voy a ver si la señorita Goalen está lista para recibirlo.

Caminó tranquilamente hasta la hamaca cerca de la escultura en el otro extremo de la terraza. Desgarbada y con el cabello revuelto, Lunora estaba allí tendida, y cuando *Madame* Charcot se acercó, ella se incorporó irritada.

—¿Está aquí? Alice, ¿de quién es ese coche? ¿No ha venido?

—Está preparando su equipo —dijo *Madame* Charcot con dulzura—. Señorita Lunora, déjeme arreglarle el peinado...

—¡Alice, no se preocupe! Dios, ¿qué lo retiene?

Se levantó de un salto y caminó hasta la escultura en silencio y con el ceño fruncido en la oscuridad. Mientras *Madame* Charcot se alejaba, Lunora clavó las rodillas frente a la escultura y apoyó la mejilla derecha contra la superficie fría.

Comenzó a sollozar de un modo incontrolable, unos intensos espasmos le sacudían los hombros.

—¡Espere, señor Milton! —*Madame* Charcot me apretó con fuerza el codo—. Ella no querrá verlo durante unos minutos. —Y añadió—: Usted es mejor escultor de lo que cree, señor Milton. Le ha dado a la escultura una voz extraordinaria. Le dice a ella todo lo que necesita saber.

Me desasí de *Madame* Charcot y corrí en la oscuridad.

—¡Lunora!

Miró a su alrededor, el pelo sobre el rostro empapado en lágrimas. Se apoyaba lánguidamente contra el oscuro tronco de la escultura. Me arrodillé, le cogí las manos y traté de levantarla.

Ella tiró de mí.

—¡Repárela! Deprisa, ¿a qué está esperando? ¡Haga que la escultura cante de nuevo!

Estaba seguro de que ya no me reconocía. Di un paso atrás, con la cinta en la mano.

—¿Qué le pasa? —le susurré a *Madame* Charcot—. Supongo que sabe que los sonidos en realidad no salen de la escultura.

*Madame* Charcot levantó la cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso?

Le mostré la cinta.

—Esta no es una verdadera escultura sonora. La música sale de estas cintas magnéticas.

*Madame* Charcot ahogó una risita a media garganta.

—Bueno, póngala de todos modos, *monsieur*. A ella no le importa de dónde viene la música. Está interesada en la escultura, no en usted.

Dudé mientras observaba a Lunora todavía encorvada como un suplicante a los pies de la escultura.

—¿Quiere decir...? —empecé a decir con incredulidad—. ¿Quiere decir que está enamorada de la escultura?

Los ojos de *Madame* Charcot resumieron toda mi ingenuidad.

—No de la escultura —dijo—. De ella misma.

Durante un momento permanecí entre las esculturas susurrantes, entonces dejé caer la cinta al suelo y me alejé.

Se fueron de Lagoon West al día siguiente.

No salí de mi villa durante una semana, y luego conduje por la carretera de la playa hacia la casa de verano, una noche después de que Nevers me diera la noticia de que se habían ido.

La casa estaba cerrada, las esculturas se erguían inmóviles en la oscuridad. Mis pasos resonaron a distancia contra los balcones y las terrazas, la casa se alzaba en el

cielo como una sepultura. Todas las esculturas estaban desconectadas, y me di cuenta de lo muertas y monumentales que debían de parecer las esculturas no sonoras.

*Órbita Cero* no estaba. Supuse que Lunora se la habría llevado con ella, tan inmersa en su egolatría que prefería un espejo empañado que alguna vez le había hablado de su belleza antes que no tener espejo alguno. Cuando se sentara en la terraza de su ático de Venecia o de París, con la gran escultura alzada hacia el cielo oscuro como un símbolo extinto, escucharía de nuevo las baladas que le había cantado.

Seis meses más tarde, Nevers me encargó otra escultura. Salí un atardecer hacia los arrecifes de arena donde crecen las esculturas sonoras. Al acercarme crujían en el viento interactuando con los cambios de temperatura. Subí por las pendientes prolongadas, escuchando los gemidos y los lamentos, en busca de una que me sirviese de base sonora para una nueva escultura.

Desde algún lugar de entre la oscuridad, escuché una frase familiar, un fragmento mutilado de una voz humana. Sorprendido, eché a correr, palpando entre los salientes y las hélices oscuras.

Entonces, situada en un hueco al pie de la cresta, encontré la fuente. Medio enterrados en la arena, como el esqueleto de un ave extinta, había veinte o treinta piezas de metal, el tronco desmembrado y las alas de mi escultura. Muchas de las piezas habían echado raíces de nuevo y emitían un sonido obsesivo, fragmentos inconexos del testamento a Lunora Goalen que yo le había dejado en la terraza.

Mientras bajaba por la pendiente, la arena blanca se derramó en mis huellas, formando una sucesión de relojes de arena. El sonido de mi voz gimoteaba débilmente por los jardines de metal como un amante olvidado que le susurra a un arpa muerta.



## EL HOMBRE DEL PISO 99

Forbis se había pasado el día entero tratando de llegar al piso 100. Agazapado al pie de la corta escalera que había detrás del hueco del ascensor, miraba impotente hacia la puerta metálica del tejado que se abría a la azotea. Había once escalones estrechos, y luego la cubierta de la azotea vacía, las altas rejas de la barrera contra suicidas y el cielo abierto. Cada tres minutos pasaba por encima un avión de pasajeros, proyectando una sombra fugaz escalera abajo, mientras el estruendo de los motores ahogaba momentáneamente el pánico que le paralizaba la mente, y entonces trataba de nuevo de llegar hasta la puerta.

Once escalones. Los había contado una y mil veces durante todas aquellas horas desde que había entrado en el edificio, a las diez de la mañana, y había subido en ascensor hasta el piso 95. Había subido a pie los otros cuatro —eran pisos vacíos, con oficinas sin ventanas y sin servicios, añadidos solo para que el edificio alcanzara el prestigio del centenar— y luego había esperado en silencio en la parte inferior del último tramo de la escalera, tratando de que el sonido del viento y el rumor de los cables del ascensor lo calmaran un poco. No obstante, como era habitual, en apenas dos o tres minutos el pulso se le aceleró hasta las ciento veinte pulsaciones. Cuando se puso de pie y se agarró a la barandilla algo le bloqueó los centros nerviosos, como si un cajón de municiones se le hubiera posado en la base del cerebro, aplastándolo contra el suelo como un coloso de plomo.

Rozando los bordes de goma del último escalón, Forbis se miró el reloj de pulsera. Eran las cuatro y veinte de la tarde. Si no tenía cuidado, alguien podía subir las escaleras y encontrárselo allí; en la ciudad ya había media docena de edificios donde era persona non grata, y los mozos de los ascensores le habían advertido de que si volvían a verlo llamarían a la policía. Y no había tantos edificios de cien plantas. Eso era parte de su obsesión. Tenía que haber exactamente un centenar de plantas.

¿Por qué? Forbis se hizo aquella pregunta apoyado contra la pared. ¿Qué papel desempeñaba buscando los rascacielos de cien plantas de altura de la ciudad para realizar luego aquel rito obsesivo que invariablemente acababa del mismo modo, siempre a unos pocos metros de la cima? ¿Se trataba de una suerte de duelo abstracto entre él y los arquitectos de aquellas moles monstruosas? Recordaba vagamente haber hecho un trabajo de poca importancia debajo de las calles de la ciudad, y tal vez ahora estaba rebelándose, reafirmando, cumpliendo el cometido del prototipo de hombre-hormiga urbano, tratando de derribar las torres totémicas de la Megalópolis.

Un avión comenzó el descenso y aproximación final a la ciudad entre el estruendo de sus seis enormes reactores. Forbis, golpeado por el estrépito, se puso de pie, agachó

la cabeza y permitió que el sonido cruzara su mente y le aflojara los sentidos bloqueados. Levantó el pie derecho y lo colocó en el primer escalón, se agarró a la barandilla y subió el segundo.

La pierna izquierda le colgaba libremente. Sintió alivio. ¡Por fin iba a llegar a la puerta! Subió otro escalón, levantó el pie hacia el cuarto, solo faltaban siete hasta la parte superior, y entonces se dio cuenta de que su mano izquierda seguía aferrada a la barandilla, un poco más abajo. Tiró de ella con rabia, pero los dedos estaban apretados como abrazaderas de acero, y la uña del pulgar se clavaba dolorosamente en la yema del índice.

Todavía trataba de soltarse la mano cuando el avión ya se había ido.

Media hora más tarde, cuando la luz del día empezó a desvanecerse, Forbis se sentó en el primer escalón, se quitó uno de los zapatos y lo arrojó por el hueco del ascensor.

Vansittart metió la hipodérmica en su maletín y miró a Forbis, pensativo.

—Tiene suerte de no haber matado a nadie —le dijo—. El ascensor estaba treinta pisos más abajo, y el zapato atravesó el techo como un misil.

Forbis se encogió de hombros, indiferente, tratando de relajarse en el sofá. El Departamento de Psicología estaba casi en silencio, los últimos estudiantes acababan de salir de la escuela de medicina para marcharse a sus casas y las luces de los pasillos se habían apagado ya.

—Lo siento, pero no tenía otra manera de llamar la atención. Estaba sujeto a la barandilla como una lapa moribunda. ¿Cómo calmó al conserje?

Vansittart apartó la lámpara y se sentó en el borde de la mesa.

—No fue fácil. Por suerte el profesor Bauer aún estaba en su despacho y lo llamó por teléfono. Sin embargo, se jubila dentro de una semana. Probablemente la próxima vez no podré arreglármelas tan bien. Creo que tendremos que adoptar un enfoque más directo. La policía no será tan paciente con usted.

—Lo sé. Eso es lo que me asusta. Pero si no sigo probándolo, me estallará el cerebro. ¿Ha obtenido alguna prueba?

Vansittart murmuró alguna vaguedad. De hecho, los eventos habían seguido exactamente el mismo patrón que en las tres veces anteriores. Una vez más, el intento de llegar a la azotea había fracasado, y una vez más no había una explicación para el comportamiento compulsivo de Forbis. Vansittart lo había visto por primera vez tan solo hacía un mes, vagando con la mirada perdida por el tejado del nuevo edificio administrativo de la escuela de medicina. Nunca descubrió cómo había conseguido llegar hasta allí arriba. Por suerte, uno de los conserjes lo había llamado por teléfono para decirle que en la azotea había un hombre que se comportaba de una manera sospechosa, y Vansittart apareció justo a tiempo para impedir que se suicidara.

O al menos, eso era lo que parecía ser. Vansittart examinó los rasgos grises y plácidos de aquel hombrecillo de hombros estrechos y manos finas. Había en él algo

de anónimo. Era un hombre mínimo y urbano, casi un cero a la izquierda, sin amigos ni familia, con un vago pasado de trabajos olvidados y casas de huéspedes. Esa clase de individuo solitario y desamparado que en un acto irreflexivo de desesperación fácilmente podría ser capaz de lanzarse al vacío desde una azotea.

Sin embargo, había algo que desconcertaba a Vansittart. En sentido estricto, como miembro del profesorado universitario, no podía prescribir tratamiento alguno a Forbis, sino que debería haberlo entregado inmediatamente al médico de la policía de la comisaría más cercana. Pero una sospecha extraña y persistente acerca de Forbis le había impedido hacerlo. Más tarde, cuando empezó a analizar a Forbis, descubrió que su personalidad, o lo que quedaba de ella, parecía muy bien integrada y que tenía un enfoque realista y práctico de la vida completamente distinto a la excesiva autocompasión de la mayoría de los suicidas en potencia.

No obstante, lo impulsaba una compulsión aparentemente irracional: alcanzar la planta 100. A pesar de todos los sondeos y los tranquilizantes de Vansittart, Forbis había llegado por dos veces al sector central de la ciudad, había elegido un rascacielos y se había quedado atrapado en el piso 99, de donde, en ambas ocasiones, había sido rescatado por Vansittart.

Siguiendo una cierta corazonada, Vansittart le preguntó:

—Forbis, ¿lo han hipnotizado alguna vez?

Soñoliento, Forbis cambió de postura, luego sacudió la cabeza.

—No, que yo recuerde. ¿Insinúa que alguien me ha dado una orden poshipnótica, para tratar de que me lance desde el tejado?

Vansittart pensó que Forbis era de reflejos mentales muy rápidos.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—No lo sé. Pero ¿quién querría hacerlo? ¿Y para qué? —Miró a Vansittart—. ¿Usted cree que alguien me hipnotizó?

Vansittart asintió.

—Oh, sí. No cabe duda. —Se inclinó hacia delante, balanceando la lámpara de un lado a otro para darle énfasis a sus palabras—. Escuche, Forbis, hace algún tiempo, no puedo estar seguro de cuánto, tres meses, tal vez seis, alguien le implantó una poderosa orden poshipnótica en la mente. He podido descubrir la primera parte, «Suba al piso 100», pero el resto todavía sigue enterrado en el fondo. Esa es la mitad que me preocupa. No se necesita una imaginación demasiado morbosa para adivinar de lo que probablemente se trata.

Forbis se humedeció los labios, protegiéndose los ojos del resplandor de la lámpara. Se sentía demasiado débil para alarmarse por lo que Vansittart acababa de decirle. A pesar de que el doctor había actuado con cautela, se había mostrado inseguro y había confesando abiertamente su fracaso, pero Forbis confiaba en él, y estaba seguro de que encontraría la solución.

—Parece una locura —comentó—. Pero ¿quién querría matarme? ¿No puede cancelarlo todo, no puede borrar la orden?

—Ya lo he intentado, pero sin ningún éxito. No he obtenido resultado alguno. La orden parece tan fuerte como antes... más, de hecho, casi como si se hubiera reforzado. ¿Dónde estuvo la semana pasada? ¿A quién vio?

Apoyándose en un codo, Forbis se encogió de hombros.

—A nadie. Por lo que puedo recordar, solo he estado en el piso 99. —Miró alrededor, con tristeza, luego se rindió—. Sabe, no puedo recordar nada, solo el vago perfil de algún café o de una terminal de autobuses, es extraño.

—Es una lástima. Me gustaría tenerlo bajo vigilancia, pero no tengo tiempo. Hasta dentro de un año no estaba previsto que Bauer se retirara, y hay mucho que reorganizar. —Irritado, tamborileó en el escritorio con los dedos—. Me he dado cuenta de que tiene un poco de dinero. ¿Ha estado trabajando?

—Creo que sí... en el metro, quizá. ¿O puede que solo tomara el tren? —Forbis frunció el ceño, esforzándose en recordar—. Lo siento, doctor. De todos modos, tengo entendido que las sugerencias poshipnóticas no pueden obligarte a hacer nada que choque con tu personalidad básica.

—Pero ¿qué es la personalidad básica? Un analista hábil puede manipular la psique para que se adapte a la orden, aumentar una pequeña veta de autodestrucción hasta que rompa toda la personalidad, como un hacha lacerando un tronco.

Forbis meditó melancólicamente durante un momento, y luego se iluminó levemente.

—Bueno, pues entonces me parece que he vencido a quien me haya hecho esa sugestión. Haga lo que haga, nunca puedo alcanzar la azotea, así que debo de tener la fuerza suficiente como para luchar contra ella.

Vansittart sacudió la cabeza.

—De hecho, no es así. Yo soy quien le impide alcanzar la planta 100, no usted.

—¿Qué quiere decir?

—Le implanté otra sugestión hipnótica para que no pasara del piso 99. Cuando descubrí la primera orden traté de borrarla, pero como descubrí que ni siquiera estaba rascando la superficie decidí implantarle otra, por precaución: «Deténgase en la planta 99». No sé cuánto tiempo logrará retenerlo, pero el efecto ya está desapareciendo. Hoy ha tardado siete horas en llamarme. La próxima puede que consiga llegar hasta la azotea. Por eso creo que debemos abordar un enfoque nuevo, tratar de llegar al fondo de esta obsesión, o más bien... —sonrió con amargura—, a la cima.

Forbis se incorporó con lentitud, frotándose el rostro.

—¿Qué sugiere?

—Dejemos que llegue a la azotea. Anularé mi orden secundaria y veremos qué pasa cuando llegue al tejado. No se preocupe, si algo sale mal yo estaré a su lado. Tal vez no le parezca un consuelo pero, francamente, Forbis, sería tan fácil matarlo que

no puedo entender que nadie se moleste en tomarse tanto trabajo. Es evidente que existe un motivo más profundo, algo relacionado, tal vez, con la planta 100. — Vansittart hizo una pausa y observó a Forbis cuidadosamente, y luego le preguntó de un modo informal—: Dígame, ¿ha oído hablar de alguien llamado Fowler?

No dijo nada cuando Forbis negó con la cabeza, pero advirtió la pausa refleja del reconocimiento inconsciente.

—¿Todo bien? —preguntó Vansittart cuando llegaron al pie del tramo final de escaleras.

—Muy bien —dijo Forbis con calma y conteniendo el aliento. Miró la abertura rectangular que había un poco más arriba, preguntándose cómo se sentiría cuando por fin llegara a la azotea. Se habían colado en el edificio por una de las entradas de servicio de la fachada trasera, y luego habían subido hasta el piso 80 en un montacargas.

—Vamos, entonces. —Vansittart dio el primer paso, haciéndole una seña a Forbis para que lo siguiera. Llegaron juntos hasta la última puerta, y salieron a la luz del sol.

—¡Doctor...! —exclamó Forbis con alegría. Se sentía fresco y lleno de júbilo, con la mente clara y por fin sin cargas. Miró la pequeña terraza a su alrededor, y entonces un millar de ideas invadieron su mente como los fragmentos cristalinos de un arroyo de montaña. En algún lugar más profundo, sin embargo, una corriente más intensa tiró de él.

«Suba al piso 100 y...».

A su alrededor se extendían los tejados de la ciudad, y a menos de un kilómetro de distancia, oculto por la bruma, estaba el tejado del edificio al que había intentado subir el día anterior. Caminó por la azotea y dejó que el aire fresco le secara el sudor del rostro. No había rejas antisuicidas en todo el perímetro, pero su ausencia no le provocó ansiedad.

Vansittart lo observaba atentamente, con su maletín negro en la mano. Asintió con la cabeza alentándolo, y le hizo un gesto hacia el borde, deseoso de apoyar el maletín en la cornisa.

—¿Siente algo?

—Nada —exclamó Forbis, echándose a reír—. Debe de haber sido una de esas bromas imposibles... «Ahora vamos a ver si puede bajar». ¿Puedo mirar a la calle?

—Por supuesto —convino Vansittart, preparándose para agarrar a Forbis por si el hombrecillo trataba de saltar. Desde la azotea del edificio hasta el suelo de aquella concurrida calle comercial había una caída de trescientos metros.

Forbis apoyó las palmas en el borde y miró la multitud que llenaba la calle. Los coches pasaban rápidamente, como pulgas de colores, y las personas se arremolinaban sin rumbo en las aceras. No parecía ocurrir nada interesante.

A su lado, Vansittart frunció el ceño, miró su reloj, y se preguntó en qué se había

equivocado.

—Las doce y media —dijo—. Vamos a... —Se interrumpió al oír unas pisadas escalera abajo. Se volvió y observó la puerta, haciéndole un gesto a Forbis para que se mantuviera en silencio.

Cuando se volvió, el hombrecillo le dio al médico un golpe en la nuca con el canto de la mano derecha, aturdiéndole momentáneamente. Cuando Vansittart se tambaleó hacia atrás, Forbis lo golpeó hábilmente en ambos lados de la garganta, lo obligó a sentarse, y le dio rodillazos hasta dejarlo inconsciente.

Moviéndose con rapidez, ignoró la amplia sombra que llegaba a la azotea desde la puerta. Le abotonó a Vansittart cuidadosamente los tres botones de la chaqueta, y entonces lo levantó agarrándolo por las solapas. Apoyándose contra la barandilla del perímetro, lo depositó en la repisa, pasándole una pierna y después la otra. Vansittart se agitó impotente, mientras la cabeza le rebotaba de un lado a otro.

«Y... y...».

Detrás de Forbis, la sombra se acercó más a la barandilla: una cabeza sin cuello entre unos hombros fuertes.

Aguantando la respiración, Forbis extendió ambas manos y empujó.

Diez segundos más tarde, mientras los cláxones sonaban abajo en la calle, se volvió hacia la sombra.

—Buen chico, Forbis.

La voz del hombretón era neutra pero relajada. Observaba amablemente a Forbis desde una distancia de tres metros. Su cara era pálida y regordeta, y una boca cruel quedaba a medias oculta tras un bigote recortado a cepillo. Llevaba un abrigo negro y amplio, y una de las manos confiadamente metida en el fondo del bolsillo.

—¡Fowler!

Involuntariamente, Forbis intentó avanzar, mientras trataba de entender qué estaba ocurriendo, pero los pies se le habían clavado a la blanca superficie de la azotea.

Cien metros más arriba, un avión surcó el cielo en medio de un estruendo. En el intervalo de lucidez proporcionado por el estruendo, Forbis reconoció a Fowler, el rival de Vansittart que aspiraba a la cátedra de psicología, y recordó las largas sesiones de hipnosis, después de que Fowler lo hubiera recogido en un bar hacía tres meses, ofreciéndose a curarle la depresión crónica antes de que acabara alcoholizado por completo.

Casi como en una visión, recordó también el resto de la orden enterrada. ¡Así que el verdadero objetivo era Vansittart y no él! «Suba al piso 100 y...». El primer intento con Vansittart había ocurrido hacía un mes, cuando Fowler lo había llevado hasta la azotea y luego había fingido que era un conserje, pero Vansittart había llegado con dos personas más. La misteriosa orden oculta había sido el cebo para atraer de nuevo a Vansittart hasta la azotea. Fowler sabía que tarde o temprano Vansittart cedería a la tentación.

—Y... —dijo en voz alta.

Buscando a Vansittart, con la absurda esperanza de que hubiera sobrevivido a la caída de trescientos metros, Forbis avanzó hacia la barandilla, pero trató de detenerse cuando la corriente lo atrapó.

—¿Y...? —repitió Fowler cordialmente. Sus ojos, dos focos de luz purulenta, parecían empujar a Forbis—. Todavía falta algo, ¿verdad, Forbis? Ahora empieza a recordarlo.

Con la mente exhausta, Forbis se volvió hacia la barandilla, con la garganta reseca, jadeando.

—¿Y...? —espetó Fowler, esta vez en voz mucho más alta.

«Y... y...».

Aturdido, Forbis se encaramó a la estrecha barandilla como un nadador a punto de zambullirse, viendo oscilar la calle allá abajo. Los cláxones habían dejado de sonar y el tráfico había reanudado su flujo, mientras unos pocos vehículos se habían reunido junto a un grupo de personas en la acera. Por unos momentos consiguió resistirse, y entonces lo arrastró la corriente, como una boya a la deriva.

Fowler salió tranquilamente por la puerta. Diez segundos después, los cláxones volvieron a sonar.

## EL HOMBRE SUBLIMINAL

—¡Las antenas, doctor! ¿Ha visto las antenas?

Frunciendo el ceño con disgusto, el doctor Franklin aceleró el paso y se apresuró por las escaleras del hospital en dirección a la fila de coches aparcados. Por encima del hombro alcanzó a ver a un hombre con unas sandalias andrajosas y unos pantalones vaqueros manchados de pintura que le hacía gestos desde el otro lado de la carretera.

—¡Doctor Franklin! ¡Las antenas!

Con la cabeza gacha, Franklin dejó pasar a una pareja de ancianos que se acercaba a la consulta médica. El coche estaba a unos cien metros. Estaba demasiado cansado para ponerse a correr, y esperó a que el joven lo alcanzara.

—Está bien, Hathaway, ¿qué es esta vez? —estalló irritado—. Estoy harto de verlo rondando por aquí todo el día.

Hathaway se detuvo frente a Franklin tambaleándose, con el pelo negro y largo cayéndole sobre los ojos como un toldo. Se lo echó hacia atrás con una mano como una garra y sonrió con una mueca salvaje, obviamente contento de ver a Franklin y ajeno a su hostilidad.

—Anoche traté de dar con usted, doctor, pero siempre se pone su esposa al teléfono y me cuelga —explicó sin asomo de rencor, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de desaires—. Y no quería entrar en la clínica.

Estaban de pie junto a un seto de alheña que los ocultaba de las ventanas inferiores del edificio administrativo principal, pero los encuentros regulares de Franklin con Hathaway y sus extraños gritos mesiánicos siempre habían sido objeto de bromas.

Franklin empezó a decir:

—Soy consciente de que... —Pero Hathaway hizo caso omiso.

—Olvídelo, doctor, ahora hay cosas más importantes. ¡Han empezado a construir las primeras antenas grandes! De más de treinta metros de altura, en las isletas de las rotondas de las afueras de la ciudad. Pronto habrán cubierto todas las vías de acceso. Y cuando lo hagan podremos dejar de pensar.

—Su problema es que piensa demasiado —le dijo Franklin—. Hace semanas que divaga sobre esas antenas. Dígame, ¿realmente ha visto alguna?

Hathaway arrancó un puñado de hojas del seto, exasperado por aquella impertinencia.

—Claro que no, eso es lo importante, doctor. —Bajó la voz porque pasaba un grupo de enfermeras que miraron de soslayo su aspecto desastrado—. Anoche hubo otra vez cuadrillas de peones levantando un enorme tendido de cables eléctricos. Ya



los verá de camino a casa. Casi todo está listo.

—Son señales de tráfico —explicó Franklin con paciencia—. Han acabado el paso elevado. Hathaway, por el amor de Dios, relájese. Trate de pensar en Dora y en la criatura.

—¡Estoy pensando en ellas! —La voz de Hathaway se elevó hasta convertirse en un grito controlado—. Los cables eran líneas de cuarenta mil voltios, doctor, con excelentes interruptores. Los camiones estaban cargados de enormes andamios metálicos. ¡Mañana empezarán a levantarlos por toda la ciudad, bloquearán la mitad del cielo! ¿Cómo cree que quedará Dora después de seis meses de soportar eso? ¡Tenemos que detenerlos, doctor, están tratando de transistorizar nuestros cerebros!

Incomodado por los gritos agudos de Hathaway, Franklin había perdido momentáneamente el sentido de la orientación. Impotente, buscó entre el mar de coches.

—Hathaway, no puedo perder más tiempo hablando con usted. Créame, necesita ayuda especializada, esas obsesiones están empezando a dominarlo.

Hathaway comenzó a protestar, pero Franklin levantó la mano derecha con firmeza.

—Escuche. Por última vez, si puede mostrarme una de esas nuevas antenas y demostrar que está transmitiendo órdenes subliminales, iré a la policía con usted. Pero no tiene la más mínima prueba, y lo sabe. La publicidad subliminal hace treinta años que se prohibió y las leyes no han sido derogadas. De todas maneras, la técnica no era satisfactoria y el éxito que tuvo fue bastante marginal. Su idea de una gran conspiración con todos esos miles de antenas gigantescas por todos lados es absurda.

—Está bien, doctor. —Hathaway se apoyó en el capó de uno de los coches. Su estado de ánimo parecía pasar bruscamente de un nivel al siguiente. Observó a Franklin amigablemente—. ¿Qué le pasa?, ¿ha perdido el coche?

—Sus malditos gritos me han confundido. —Franklin sacó la llave de contacto y leyó el número de la matrícula—: NYN 299-566-367-21, ¿puede verlo?

Hathaway se apoyó perezosamente, apoyando una sandalia en el parachoques y echando un vistazo al cuadrado de mil coches que tenían delante.

—Difícil, ¿no? Cuando todos son idénticos, incluso del mismo color... Hace treinta años había alrededor de diez marcas diferentes, cada una en una docena de colores.

Franklin vio su coche, y empezó a caminar hacia él.

—Hace sesenta años había un centenar de marcas. ¿Y qué ha pasado? Evidentemente las economías de la estandarización tienen un precio a pagar.

Hathaway tamborileó ligeramente con la palma en el techo del coche.

—Pero estos coches no son tan baratos, doctor. De hecho, partiendo de una renta per cápita básica media y comparándolos con los de hace treinta años, son un cuarenta por ciento más caros. Si se produce un modelo único, se espera una reducción sustancial del precio, no un aumento.

—Tal vez —dijo Franklin, abriendo la portezuela—. Pero la mecánica de los coches de hoy en día es mucho más sofisticada. Son más ligeros, más duraderos, más seguros de conducir.

Hathaway sacudió la cabeza con escepticismo.

—Me aburren. El mismo modelo, el mismo estilo, el mismo color, año tras año. Es una especie de comunismo. —Pasó un dedo grasiento por el parabrisas—. Este es nuevo, otra vez, ¿verdad, doctor? ¿Dónde está el viejo? ¿Solo lo tuvo tres meses?

—Me lo cambié —dijo Franklin, poniendo en marcha el motor—. Si alguna vez tuviera dinero se daría cuenta de que es la manera más económica de tener un coche. No hay que mantener el mismo hasta que se cae a pedazos. Es lo mismo con todo lo demás: televisores, lavadoras, frigoríficos. Pero usted no se plantea ese problema, usted no tiene nada.

Hathaway ignoró la burla y apoyó el codo en la ventanilla de Franklin.

—No es una mala idea, doctor. Me da tiempo para pensar. No trabajo una jornada de doce horas diarias para pagar un montón de cosas que no estoy demasiado ocupado para utilizar antes que estén obsoletas.

Le hizo un gesto con la mano mientras Franklin daba marcha atrás y después le gritó a la estela que se alejaba

—¡Conduzca con los ojos cerrados, doctor!

De camino a su casa, Franklin se mantuvo cuidadosamente en el más lento de cuatro carriles. Como era habitual después de sus discusiones con Hathaway, se sentía vagamente deprimido. Se daba cuenta de que inconscientemente envidiaba la existencia sin trabas de Hathaway. A pesar del apartamento sucio, el agua fría, la ausencia de luz solar y el estruendo de un paso elevado, a pesar de su esposa pesada y de su criatura enferma, y de los infinitos conflictos con el dueño de la casa y el administrador de créditos del supermercado, Hathaway aún conservaba intacta su libertad. Sin responsabilidad alguna, podía resistirse a cualquier intrusión del resto de la sociedad, aunque solo fuera mediante la recreación de fantasías obsesivas como la más reciente, sobre la publicidad subliminal.

La capacidad de reaccionar a los estímulos, incluso irracionalmente, era un criterio válido de libertad. Por el contrario, la libertad que poseía Franklin era periférica, fuertemente marcada por las múltiples responsabilidades que soportaba en su vida: las tres hipotecas de la casa, las celebraciones obligatorias de cócteles en su casa, el consultorio privado que le ocupaba la mayor parte del sábado, con lo que pagaba las cuotas de multitud de electrodomésticos, ropa y vacaciones ya pasadas. El único tiempo que tenía para sí mismo era el que pasaba conduciendo de ida y vuelta al trabajo.

Pero, al menos, las carreteras eran magníficas. Podían hacerse muchas otras críticas a la sociedad de la época, pero no había duda de que sabían construir carreteras. Carreteras de ocho, diez y doce carriles se entrecruzaban por todo el país,

bajando desde las calzadas suspendidas hasta los enormes aparcamientos en el centro de las ciudades, o dividiéndose en grandes arterias suburbanas que desembocaban en amplias superficies alrededor de los centros comerciales. Las carreteras y los aparcamientos cubrían más de un tercio de la superficie total, y en las afueras de las ciudades la proporción aún era más alta. Las ciudades viejas estaban rodeadas por vastas esculturas en movimiento, puentes elevados y vías de acceso en forma de trébol, pero aun así la congestión era continua. De hecho, los quince kilómetros de recorrido hasta su casa cubrían en realidad cuarenta y tardaba el doble que antes de que se construyera la autopista, pues la distancia adicional había aparecido junto con los tres gigantescos cruces de vías de acceso. Nuevos pueblos nacían de los moteles, cafeterías y concesionarios de coches que había en las cercanías de las carreteras. Al menor indicio de una intersección, se desplegaba una barriada de chozas y estaciones de servicio, entre la selva de señales eléctricas y los carteles indicadores de dirección.

Alrededor, los coches corrían como balas en dirección a los barrios residenciales. Relajado por el suave movimiento del coche, Franklin pasó al carril de al lado. Y cuando aceleró de sesenta a ochenta kilómetros por hora, un ruido estridente y ensordecedor tamborileó en los neumáticos, sacudiendo el chasis del auto. Para garantizar una cierta disciplina en los carriles, habían cubierto la superficie con una malla de pequeños tacos de goma, gradualmente más separados en cada uno de los carriles para que el zumbido del neumático resonara exactamente a los sesenta, ochenta, cien y ciento veinte kilómetros por hora. Conducir a una velocidad intermedia durante más de unos pocos segundos era insoportable para los nervios y al poco rato también era perjudicial para el coche y los neumáticos.

Cuando los tacos se gastaban eran sustituidos por otros con patrones ligeramente distintos que se adecuaban a los últimos neumáticos, de modo que era necesario cambiar regularmente los neumáticos para mantener la seguridad y la eficacia de la autopista. También aumentaban los ingresos de los fabricantes de coches y de neumáticos, pues el constante maltrato hacía pedazos a casi todos los automóviles al cabo de seis meses, pero eso era considerado como algo deseable, pues el mayor volumen de negocio reducía el precio unitario y exigía cambios más frecuentes en los modelos, contribuyendo a sacar de las carreteras los vehículos peligrosos.

Cuatrocientos metros más adelante, al acercarse al primer nudo de vías de acceso, el flujo de tráfico se hizo más lento y unos enormes anuncios de la policía indicaron «Carriles cerrados» y «Velocidad máxima: 15 km/h». Franklin trató de regresar al carril anterior, pero los coches lo abarrotaban por completo. Cuando el chasis empezó a estremecerse y vibrar, sacudiéndole la columna vertebral, Franklin apretó los dientes y trató de contenerse para no tocar el claxon. Otros conductores tenían menos autocontrol, y por todas partes los motores gruñían y los cláxones sonaban a todo volumen. Los peajes eran ahora tan altos, hasta el treinta por ciento del producto nacional bruto (por el contrario, los impuestos de la renta eran apenas el dos por ciento), que cualquier retraso en las autopistas exigía una investigación inmediata del

gobierno, y los principales departamentos del Estado eran los dedicados a la administración de la red viaria.

Cerca del nudo de vías de acceso se habían cerrado los carriles para que una cuadrilla de operarios instalara una pesada antena de metal en un descanso de la autopista. La zona empalizada estaba repleta de ingenieros y topógrafos, y Franklin supuso que aquella era la antena que Hathaway había visto descargar la noche anterior. Su apartamento estaba en uno de los edificios de mala calidad que se extendían alrededor de un paso elevado cercano, una zona de alquileres bajos habitada por personal de las estaciones de servicio, camareros y trabajadores inmigrantes.

La antena era enorme, al menos de treinta metros de altura, provista de unas pesadas rejillas cóncavas similares a radares. Con cimientos formados por plataformas de hormigón, se levantaba en el aire por encima de las vías de acceso, y era visible desde varios kilómetros de distancia. Franklin estiró el cuello para poder ver mejor las rejillas y siguió los cables eléctricos desde los transformadores hasta la intrincada malla de bobinas de metal que cubría su superficie. En lo alto del puntal superior había una fila de balizas aéreas rojas ya encendidas, y Franklin supuso que la antena formaba parte del sistema de aproximación terrestre del aeropuerto situado a quince kilómetros al este.

Tres minutos más tarde, cuando aceleraba por el tramo recto de tres kilómetros hasta el siguiente nudo de vías de acceso vio la segunda de las antenas gigantescas recortada contra el cielo frente a él.

Mientras frenaba para cambiarse al carril de sesenta kilómetros por hora, Franklin contempló la gran masa de la segunda antena que reaparecía por el retrovisor. Aunque no había símbolos gráficos en los rollos de alambre que cubrían las rejillas, las advertencias de Hathaway todavía resonaban en sus oídos. Pero, sin saber el porqué, estuvo seguro de que las antenas no formaban parte del sistema de acceso al aeropuerto. Ninguna de las dos estaba alineada con las principales pistas aéreas. El enorme gasto implícito en levantarlas en el centro de la autopista —la instalación de la segunda antena en la estrecha zona de descanso exigía un complicado sistema de contrafuertes en ángulo— significaba que las torres tenían una función relacionada de alguna manera con los flujos de tráfico.

Doscientos metros más allá había un automercado y Franklin recordó de pronto que necesitaba cigarrillos. Giró para entrar en la rampa de entrada y se sumó a la cola que pasaba lentamente junto al expendedor automático. El automercado estaba repleto de coches, y cada una de las cinco filas de compradores estaba llena de hombres de aspecto cansado, encorvados sobre sus cuatro ruedas.

Metió unas monedas (los billetes de papel ya no estaban en circulación pues los autómatas no podían manejarlos) y sacó un cartón de tabaco del dispensador. Aquella era la única marca de cigarrillos disponible (de hecho solo había una marca de todo), aunque los económicos paquetes gigantes eran una alternativa. Al marcharse, abrió la

guanteras.

En el interior, todavía sellados en sus envoltorios, había otros tres cartones.

Un fuerte olor a pescado que salía del horno de la cocina invadía la casa cuando llegó. Olfateó sin entusiasmo, Franklin se quitó el abrigo y el sombrero. Su esposa estaba inclinada sobre el televisor del salón. Un locutor estaba dictando una serie de números, y Judith los garabateaba en una libreta, maldiciendo de vez en cuando en voz baja.

—¡Qué lío! —espetó—. Hablaba tan rápido que solo he podido anotar unas pocas cosas.

—Probablemente lo hacía a propósito —comentó Franklin—. ¿Un nuevo concurso televisivo?

Judith le dio un beso en la mejilla, escondiendo discretamente el cenicero repleto de colillas de cigarrillos y envoltorios de chocolate.

—Hola, cariño, siento no tener una copa preparada para ti. Han empezado con esta serie de «Gangas en el acto». Te ofrecen una selección de cosas con un noventa por ciento de descuento en las tiendas locales, si estás en la zona que corresponde y tienes la serie de números correcta. Todo es terriblemente complicado.

—Pero suena bien. ¿Qué tienes?

Judith comprobó su lista.

—Bueno, por lo que veo, lo único es la barbacoa de infrarrojos. Pero tenemos que estar allí antes de las ocho de esta noche. Y ya son las siete y media.

—Entonces olvídате. Estoy cansado, ángel mío, y necesito comer algo. —Cuando Judith empezó a protestar, añadió con firmeza—: Mira, no quiero una nueva barbacoa de infrarrojos, solo hace dos meses que tenemos esta. Maldita sea, ni siquiera es un modelo diferente.

—Pero querido, no te das cuenta, resulta más barato si compras otra nueva. De todos modos, tendremos que cambiar la nuestra a finales de año, hemos firmado el contrato, y así nos ahorraremos al menos cinco libras. Estas «Gangas en el acto» no son un reclamo publicitario, ya sabes. Me he pasado el día entero pegada al televisor.

En la voz de Judith había un cierto tono de irritación, pero Franklin se mantuvo firme, ignorando obstinadamente el reloj.

—De acuerdo, perdemos cinco libras. No pasa nada. —Y antes de que ella pudiera protestar, continuó—: Judith, por favor, de todos modos probablemente te has equivocado con los números. —Ella se encogió de hombros y se acercó al mueble bar, y Franklin le dijo—: Que sea uno doble para mí. Veo que en el menú hay cosas saludables.

—Son buenos para ti, cariño. Ya sabes que no puedes vivir de alimentos corrientes todos el tiempo. No contienen ni proteínas ni vitaminas. Siempre dices que debemos ser como las personas de los viejos tiempos y comer solo alimentos sanos.

—Así es, pero huelen tan mal... —Franklin metió la nariz en el vaso de *whisky*

mientras observaba la línea del horizonte que se oscurecía afuera.

A medio kilómetro de distancia, brillando por encima el tejado del supermercado del barrio, brillaban las cinco luces rojas de las balizas. De vez en cuando, cuando los faros de los coches que iban a las «Gangas en el acto» barrían la fachada del edificio, veía el enorme volumen de la antena gigantesca recortándose claramente contra el cielo de la tarde.

—¡Judith! —Entró en la cocina y la llevó hasta la ventana—. Esa antena, justo detrás del supermercado, ¿cuándo la pusieron ahí arriba?

—No lo sé —respondió Judith con curiosidad—. ¿Por qué te preocupa, Robert? ¿No es algo del aeropuerto?

Con aire pensativo, Franklin observó fijamente el poste oscuro de la antena.

—Probablemente es lo que piensan todos.

Con cuidado, derramó el *whisky* en el fregadero.

A las siete de la mañana siguiente y tras aparcar el coche en la explanada frente al supermercado, Franklin se vació cuidadosamente los bolsillos y metió las monedas en la guantera. El supermercado ya estaba repleto de clientes madrugadores y los treinta tornos de entrada giraban sin descanso. Desde la introducción de la «Jornada de 24 horas de compras», el complejo comercial nunca estaba cerrado. La mayoría de los clientes eran compradores con descuento, amas de casa empujadas a comprar enormes cantidades de alimentos, ropa y electrodomésticos a cambio de rebajas sustanciales en el precio total, y obligadas a conducir todo el día de un supermercado a otro, tratando desesperadamente de mantener el ritmo de sus propios horarios y lidiando con los incentivos adicionales para mantener el interés en las compras.

Muchas de las mujeres se habían agrupado en la entrada, y mientras Franklin se acercaba a la entrada ellas salieron con sus paquetes y se abalanzaron hacia los coches, metiendo las facturas en los bolsos y gritándose unas a otras. Un momento después, los coches rugían en una caravana hasta el siguiente centro comercial.

Un gran letrero de neón en la entrada indicaba el último descuento: un cinco por ciento del valor de la compra. Los mayores descuentos, del veinticinco por ciento, se obtenían en las zonas donde vivían los empleados de oficina. Allí el consumo era un fuerte incentivo social, y el deseo de ser el mayor comprador del barrio se estimulaba con el refuerzo moral, y los nombres propios de los mejores clientes y la suma de los totales gastados se publicaban en enormes carteles luminosos en los vestíbulos de los supermercados. Cuanto más se gastaba, más se contribuía a los descuentos de que disfrutaban los demás. Los que gastaban menos eran considerados como delincuentes sociales, parásitos subidos a las chepas ajenas.

Por suerte, este sistema aún no había sido adoptado en el barrio de Franklin, no porque los profesionales y sus esposas fueran capaces de ejercer mayor discreción, sino porque sus mayores ingresos les permitían contratar planes de descuento más ventajosos de los grandes almacenes de la ciudad.

A diez metros de la entrada, Franklin se detuvo y contempló la enorme antena de metal instalada en un lugar vallado en el límite del aparcamiento. A diferencia de otras señales y vallas que proliferaban por todas partes, no se había hecho ningún intento de decorarla o de disfrazar el fino rectángulo desnudo de malla de acero remachado. Los cables eléctricos sobresalían a los lados y la superficie de hormigón del aparcamiento estaba atravesada por la cicatriz de un grueso cable enterrado.

Franklin caminó un poco. A quince metros de la antena se detuvo y se volvió, dándose cuenta de que llegaría tarde al hospital y de que necesitaba un nuevo cartón de cigarrillos. Un zumbido tenue pero poderoso emanaba de los transformadores que había debajo de la antena y se desvanecía a medida que Franklin volvía sobre sus pasos en dirección al supermercado.

Al acercarse a los expendedores automáticos del vestíbulo se arrepintió de haber cambiado de idea, y después silbó con fuerza al recordar por qué se había vaciado deliberadamente los bolsillos.

—¡Hathaway! —dijo en voz lo suficientemente alta como para que dos compradores volvieran la cabeza hacia él.

Reacio a mirar directamente la antena, vio el reflejo en uno de los cristales de la puerta, invirtiendo así el posible mensaje subliminal.

Estaba casi seguro de que había recibido dos señales distintas: «Fuera de aquí» y «Compre cigarrillos». Las personas que normalmente aparcaban sus vehículos a lo largo del perímetro de la explanada quedaban fuera del área que había debajo de la torre, pues los coches describían un amplio semicírculo de quince metros alrededor.

Se dirigió al portero que barría el vestíbulo.

—¿Para qué sirve esa antena?

El hombre se apoyó en la escoba, mirando la antena con expresión boba.

—No lo sé —dijo—, debe de tener alguna relación con el aeropuerto. —El hombre llevaba entre los labios un cigarrillo recién encendido, pero con la mano derecha rebuscó inconscientemente en el bolsillo del pantalón y sacó un paquete. Mientras Franklin se iba, el hombre golpeó el segundo cigarrillo en la uña del pulgar con expresión ausente.

Todos los que entraban en el supermercado compraban cigarrillos.

Mientras conducía tranquilamente por el carril de sesenta kilómetros, Franklin comenzó a interesarse más en el paisaje que lo rodeaba. Por lo general estaba demasiado cansado o demasiado ocupado para hacer algo más que pensar en conducir, pero ahora examinó la autopista metódicamente, observando los cafés a los lados de la calzada en busca de versiones más pequeñas de las nuevas antenas. Una multitud de letreros de neón cubrían puertas y ventanas, pero la mayoría parecía inofensiva, y entonces centró su atención en los paneles más grandes construidos en los tramos abiertos de la autopista. Muchos eran tan altos como edificios de cuatro plantas, elaborados dispositivos tridimensionales en los que gigantescas amas de casa

de ojos y dientes eléctricos se sacudían y adoptaban una pose en torno a sus cocinas ideales, mientras sus sonrisas se encendían en *flashes* de neón.

Las zonas a cada lado de la autopista eran terrenos baldíos, sucesivos basureros llenos de coches y camiones, lavadoras y refrigeradores, todos perfectamente funcionales, pero desechados por la presión económica de las sucesivas olas de modelos nuevos y rebajados. Los cromados intactos, apenas empañados, brillaban a la luz del sol. Más cerca de la ciudad, los carteles publicitarios estaban lo suficientemente juntos como para ocultar las torres, pero de vez en cuando, al aminorar la marcha para acercarse a uno de los pasos elevados, Franklin pudo ver las enormes pirámides metálicas que refulgían en silencio como los basureros de algún olvidado El Dorado.

Aquella tarde, Hathaway estaba esperando en el coche a Franklin cuando este bajó las escaleras del hospital. Franklin lo saludó desde el otro lado del patio, y entonces se encaminó rápidamente hacia el coche.

—¿Qué pasa, doctor? —le preguntó Hathaway mientras Franklin subía las ventanillas y miraba las filas de coches aparcados—. ¿Alguien va tras usted?

Franklin rio, sombrío.

—No sé. Espero que no, pero si lo que dice es correcto, entonces sospecho que sí.

Hathaway se inclinó hacia atrás con una risita, apoyando una rodilla en el salpicadero.

—Entonces, después de todo, por fin ha visto algo, doctor.

—Bueno, todavía no estoy seguro, pero hay una posibilidad de que tenga razón. Esta mañana, en el supermercado de Fairlawne... —Se interrumpió, recordando con inquietud la enorme antena desnuda y la forma brusca en que había vuelto al supermercado al acercarse a la torre.

Hathaway asintió.

—He visto esa antena. Es grande, pero no tanto como otras que están instalando. Las construyen por todas partes. Por toda la ciudad. ¿Qué va a hacer, doctor?

Franklin agarró el volante con fuerza. La diversión apenas velada de Hathaway le irritaba.

—Nada, por supuesto. Maldita sea, puede que solo sea autosugestión, usted ha hecho que me lo imagine.

Hathaway se incorporó de un salto.

—¡No sea absurdo, doctor! Si no cree a sus propios sentidos, ¿qué posibilidades le quedan? ¡Están invadiendo su cerebro, y si no se defiende, lo dominarán por completo! Tenemos que actuar ahora, antes que todos estemos paralizados.

Cansado, Franklin levantó una mano para acallarlo.

—Solo un minuto. Suponiendo que esas antenas estén por todas partes, ¿cuál sería su objetivo? Aparte de perder la enorme cantidad de capital invertida en todos los demás millones de carteles y vallas publicitarias, las sumas de poder adquisitivo



discrecional todavía disponibles deben de ser infinitesimales. Algunas de las hipotecas y de los planes de descuento vencen dentro de medio siglo. Una gran guerra comercial sería desastrosa.

—Muy bien, doctor —contestó Hathaway con calma—, pero se olvida de algo. ¿Qué es lo que proporcionaría esa capacidad extra adquisitiva? Un gran aumento de la producción. Ya han aumentado la jornada laboral de doce a catorce horas. En algunas de las plantas de electrodomésticos de la ciudad se está introduciendo como norma el domingo como día laborable. ¿Puede imaginárselo, doctor, una semana de siete días, y cada persona con un mínimo de tres puestos de trabajo?

Franklin negó con la cabeza.

—La gente no lo toleraría.

—Lo hará. En los últimos veinticinco años el producto interior bruto ha aumentado un cincuenta por ciento, pero también lo ha hecho el promedio de horas de trabajo. Al final, todos trabajaremos veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Nadie se atreverá a negarse. Piense en qué crisis se produciría: millones de despidos, personas con tiempo libre y nada en qué invertirlo. Verdadero ocio, no solo tiempo dedicado a comprar cosas. —Cogió a Franklin del hombro—. Bueno, doctor, ¿se une a mí?

Franklin se liberó. A un kilómetro de distancia, en parte oculta por el edificio de cuatro plantas del Departamento de Patología, asomaba la mitad superior de una de las antenas gigantes, los obreros seguían trabajando entre las vigas. Las rutas aéreas de la ciudad habían sido desviadas deliberadamente del hospital, y la antena, obviamente, no tenía conexión alguna con la cercanía del aeropuerto.

—Pero ¿es que no existe una prohibición de eso que llaman vida subliminal? ¿Cómo pueden aceptarlo los sindicatos?

—Por temor a una crisis. Ya conoce los nuevos dogmas económicos. A menos que la producción aumente en una constante inflación del cinco por ciento, la economía se estanca. Hace diez años una mayor eficacia bastaba por sí sola para aumentar la producción, pero ahora solo queda una cosa. Más trabajo. La publicidad subliminal proporcionará el estímulo.

—¿Qué piensa hacer?

—No se lo puedo decir, doctor, a menos que usted acepte las mismas responsabilidades que yo.

—Eso suena más bien quijotesco —comentó Franklin—. Molinos de viento. No podrá cortar esas cosas con un hacha.

—No voy a intentarlo. —Hathaway abrió la portezuela—. No espere demasiado para tomar una decisión, doctor. Porque quizás entonces ya no pueda echarse atrás.

Hathaway se despidió con un gesto y se marchó.

De camino a su casa, Franklin se sintió escéptico de nuevo. La idea de la conspiración era absurda y los argumentos económicos eran demasiado plausibles.

Sin embargo, como era habitual, había un anzuelo que Hathaway había colgado frente a sus narices: el trabajo en domingo. Franklin había extendido sus propias horas de consulta al domingo por la mañana, al ser nombrado médico de una de las fábricas de coches que habían empezado los turnos de domingo. Pero en lugar de sentir rechazo por aquella invasión de sus ya magras horas de ocio, se había alegrado. Por una razón aterradora: necesitaba un ingreso extra.

Mirando las filas de coches en movimiento, observó que habían levantado al menos doce grandes antenas más a lo largo de la autopista. Como había dicho Hathaway, estaban por todas partes, junto a los supermercados de las zonas urbanizadas, como velas de metal oxidado.

Cuando llegó a casa, Judith estaba en la cocina viendo el programa en el televisor portátil colocado encima de la encimera. Franklin pasó por encima de una gran caja de cartón, todavía con el envoltorio intacto, que bloqueaba la puerta, y la besó en la mejilla mientras ella escribía números en su libreta. El agradable olor del pollo al horno, o más bien, de un falso pollo de gelatina con el sabor exacto y libre de las propiedades tóxicas y nutritivas, calmó la irritación por encontrarla jugando aún a las «Gangas en el acto».

Tocó la caja de cartón con el pie.

—¿Qué es esto?

—No tengo ni idea, cariño, estos días siempre llega algo, no puedo estar al tanto de todo.

A través de la puerta de cristal del horno, Judith miró el pollo, económico, de casi tres kilos de peso, el tamaño de un pavo, con las patas y las alas estilizadas y una enorme pechuga que se quedaría casi entera al final de la comida (no había ni perros ni gatos en aquellos tiempos para interesarse por las migajas de los ricos) y luego lo miró fijamente.

—Pareces bastante preocupado, Robert. ¿Has tenido un mal día?

Franklin murmuró alguna formalidad. Las horas pasadas tratando de detectar pistas falsas en los rostros de los presentadores de «Gangas en el acto» habían afilado la percepción de Judith. Sintió una punzada de simpatía por la legión de maridos igualmente superados.

—¿Has estado hablando de nuevo con ese *beatnik* loco?

—¿Hathaway? En realidad, sí. Y no está tan loco. —Dio un paso atrás y tropezó con la caja, casi derramando su bebida—. Bueno, ¿qué es esto? Como tendré que trabajar los próximos cincuenta domingos para pagarlo, me gustaría saberlo.

Buscó por los lados de la caja, y encontró la etiqueta.

—¿Un televisor? Judith, ¿necesitamos otro? Ya tenemos tres. El del salón, el del comedor y el portátil. ¿Dónde pondrás el cuarto?

—En la habitación de invitados, querido, y no te sulfures. No podemos poner el portátil en el cuarto de los invitados, no sería de buena educación. Estoy tratando de economizar, pero cuatro televisores es lo mínimo. Todas las revistas lo dicen.

—¿Y tres radios? —Franklin miró la caja irritado—. Si invitamos a un huésped, ¿cuánto tiempo crees que se pasará solo en la habitación mirando la tele? Judith, tenemos que detenernos. Estas cosas no salen gratis, ni siquiera son baratas. De todas maneras, la televisión es una total pérdida de tiempo. Solo hay un programa. Es ridículo tener cuatro televisores.

—Robert, hay cuatro canales.

—Pero solo los anuncios son diferentes.

Antes de que Judith pudiera responder, sonó el teléfono. Franklin levantó el auricular en la cocina y escuchó la algarabía de ruido al otro lado. Al principio se preguntó si sería alguno de esos métodos experimentales de publicidad, pero enseguida se dio cuenta de que era Hathaway en pleno ataque maniaco.

—¡Hathaway! —gritó—. ¡Tranquílese, hombre! ¿Qué pasa ahora?

—Doctor, esta vez tiene que creerme. Fui a uno de los descansos de la autopista con un estroboscopio. Tienen cientos de obturadores de alta velocidad disparando como ametralladoras directamente a la cara de las personas, y nadie puede ver nada, ¡es fantástico! La próxima gran campaña será de automóviles y televisores, tratan de lanzar un plan de cambio de modelo cada dos meses. ¿Se lo llega a imaginar, doctor, un coche nuevo cada dos meses? Dios Todopoderoso, es...

Franklin esperó con impaciencia a que se acabara el corte comercial de cinco segundos (todas las llamadas telefónicas eran gratuitas, y la duración de los anuncios publicitarios se extendía si eran llamadas de larga distancia, y la proporción de los anuncios con respecto a la conversación era de diez a uno, así que los que hablaban por teléfono trataban desesperadamente de meter una palabra entre las interminables interrupciones), pero justo antes de que terminara, colgó bruscamente el auricular y luego lo alzó otra vez.

Judith se acercó y lo cogió del brazo.

—Robert, ¿qué pasa? Pareces terriblemente tenso.

Franklin recogió el vaso y caminó por la sala.

—Es solo Hathaway. Como tú dices, me estoy dejando influenciar demasiado por él. Está empezando a contagiarme sus paranoias.

Miró la oscura silueta de la antena por encima del supermercado, la baliza de luces rojas brillaba en el cielo nocturno. Opaca y sin identidad, como el área cerrada para siempre de la mente de un loco, lo que más temor le producía era su total anonimato.

—Sin embargo, no estoy seguro —murmuró—. Mucho de lo que dice Hathaway tiene sentido. Esas técnicas subliminales son el tipo de último recurso que esperarías de un sistema industrial supercapitalizado.

Esperó a que Judith respondiera, luego la miró. Ella estaba de pie en el centro de la alfombra, las manos entrelazadas sin fuerzas, el rostro afilado e inteligente, pero ahora apagado y obtuso. Siguió su mirada por encima de los tejados y luego, con un esfuerzo, volvió la cabeza y encendió rápidamente el televisor.

—Vamos —dijo con gravedad—. Miremos la tele. Dios, necesitaremos este cuarto televisor.

Una semana más tarde Franklin empezó a compilar su inventario. No había vuelto a ver a Hathaway. Al salir del hospital por la tarde aquella desaliñada figura familiar ya no estaba. Cuando la primera de las explosiones sonó débilmente en la ciudad y leyó en la prensa las noticias sobre los atentados contra las antenas, supuso automáticamente que Hathaway era el responsable, pero más tarde escuchó en un telediario que las detonaciones habían sido efectuadas por obreros de la construcción que excavaban cimientos.

Más antenas aparecieron sobre los tejados, aisladas en las zonas de descanso de las autopistas, cerca de los centros comerciales suburbanos. Ya había más de treinta en el recorrido de quince kilómetros desde el hospital, instaladas una al lado de la siguiente como fichas de dominó gigantes. Franklin ya había abandonado sus intentos de no mirarlas, pero la pequeña posibilidad de que las explosiones pudieran ser el contraataque de Hathaway mantenía vivas sus sospechas.

Comenzó su inventario después de escuchar el telediario y descubrió que la quincena anterior él y Judith habían comprado:

Un coche (modelo anterior: 2 meses de edad).

Dos televisores (4 meses).

Una cortadora de césped (7 meses).

Una cocina eléctrica (5 meses).

Un secador de pelo (4 meses).

Un frigorífico (3 meses).

Dos radios (7 meses).

Un tocadiscos (5 meses).

Un mueble bar (8 meses).

La mitad de esas compras las había hecho él mismo, pero era incapaz de recordar exactamente cuándo.

El coche, por ejemplo, lo había dejado en el garaje cerca del hospital para la puesta a punto, y esa misma tarde había firmado el contrato de compra del nuevo modelo, sentado al volante mientras aceptaba sin rechistar la afirmación del vendedor de que la devaluación en dos meses era virtualmente inferior al coste de la puesta a punto. Diez minutos después, mientras corría por la autopista, se dio cuenta de repente que había comprado un nuevo coche. Del mismo modo, había sustituido los televisores por modelos idénticos después de que apareciera el mismo patrón irritante de interferencias (curiosamente, en los nuevos televisores también apareció el mismo patrón, pero como le aseguró el vendedor, desaparecieron rápidamente dos días más

tarde). Ni una sola vez había decidido que quería algo, por voluntad propia, y luego había ido a comprarlo.

Ahora siempre llevaba el inventario consigo, añadiendo lo que fuera necesario, analizando tranquilamente y sin protestar las nuevas técnicas de venta, preguntándose si la capitulación total no sería la única manera de derrotarlas. Mientras conservara algo de resistencia, aunque fuera simbólica, la curva de crecimiento inflacionario mostraría un aumento controlado del diez por ciento anual. Pero eliminando esa resistencia, sin embargo, empezaría a subir como un cohete fuera de control...

Conduciendo del hospital a casa dos meses después, vio la antena.

Iba por el carril de sesenta kilómetros por hora, incapaz de seguir el ritmo del flujo de coches nuevos, y acababa de pasar el segundo de los tres nudos de vías de acceso cuando al cabo de un kilómetro el tráfico empezó a aminorar. Cientos de vehículos se habían detenido en la cuneta y alrededor de una de las antenas se agolpaba una multitud de personas. Dos pequeñas figuras negras trepaban por la pared metálicas, y unos patrones de luz se encendían y se apagaban en los paneles, iluminando el aire de la tarde. Los dibujos parecían fruto del azar y estaban incompletos, como si probaran el dispositivo por primera vez.

Aliviado de que las sospechas de Hathaway fueran completamente infundadas, Franklin rodeó el suave montículo y luego avanzó entre los espectadores mientras las luces parpadeaban en sus rostros. Abajo, detrás de la empalizada de acero que rodeaba la zona de descanso de la autopista, había un gran grupo de policías e ingenieros con las cabezas inclinadas hacia atrás, mirando a los hombres que escalaban la antena a treinta metros por encima de sus cabezas.

De repente, Franklin se detuvo y la sensación de alivio desapareció de inmediato. Varios de los policías iban armados con escopetas y los dos agentes que trepaban por la antena llevaban ametralladoras colgadas del hombro. Ambos convergían hacia una tercera figura, agachada junto a una caja de interruptores de la zona más alta de la antena, un hombre barbudo con una camisa sucia y una rodilla desnuda que le asomaba por los vaqueros rotos.

¡Hathaway!

Franklin corrió hacia allí mientras la señal siseaba y crepitaba y los fusibles saltaban a docenas.

Entonces el parpadeo de las luces se estabilizó y se calmó por fin. La luz era ahora constante, y la multitud entera miró hacia los letreros de letras brillantes. Las frases, y cada combinación posible, eran totalmente familiares, y Franklin supo que las había estado leyendo durante semanas mientras iba y venía por la autopista.

COMPRE AHORA COMPRE AHORA COMPRE AHORA COMPRE AHORA  
COCHE NUEVO AHORA COCHE NUEVO AHORA COCHE NUEVO AHORA  
SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ

Con las sirenas a todo volumen, dos coches patrulla de la policía salieron dando tumbos de la calzada y se adentraron entre la multitud que se agolpaba sobre el césped húmedo. Abrieron las portezuelas de los coches y con las porras en las manos los agentes de policía hicieron retroceder a la multitud rápidamente. Franklin se mantuvo firme, y cuando se acercaron empezó a decir:

—Oficial, conozco a ese hombre... —Pero el policía le dio un golpe en el pecho con la palma de la mano. Sin aliento, retrocedió tambaleándose entre los coches, y sin poder hacer nada se apoyó en un parachoques mientras los agentes comenzaban a romper los parabrisas, y los desafortunados conductores protestaban airadamente y los que estaban más atrás corrían hacia sus vehículos.

El ruido se desvaneció cuando una de las ametralladoras disparó una breve ráfaga, y un segundo después se alzó un grito ahogado masivo cuando Hathaway, con los brazos abiertos en cruz, soltaba un grito a la vez de triunfo y de dolor, y saltaba al vacío.

—Pero Robert, ¿qué está pasando realmente? —preguntó Judith a la mañana siguiente, al ver a Franklin sentado en la sala, indolente—. Sé que es una tragedia para la mujer y la hija, pero Hathaway era presa de una obsesión. Si tanto odiaba los carteles publicitarios, ¿por qué no dinamitó los que podemos ver, en lugar de preocuparse tanto por los que no vemos?

Franklin se quedó mirando la pantalla del televisor, esperando que el programa lo distrajera.

—Hathaway estaba en lo cierto —dijo.

—¿De verdad? La publicidad está aquí para quedarse. De todos modos no tenemos una verdadera libertad de elección. No podemos gastar más de lo que podemos pagar, las compañías financieras enseguida toman medidas drásticas.

—¿Y tú aceptas eso?

Franklin se acercó a la ventana. A medio kilómetro de distancia, en el centro del barrio, estaban construyendo otra antena. Esta apuntaba hacia el este, y a la luz de la mañana, la sombra de la superestructura rectangular caía sobre su jardín, llegando casi al pie de los ventanales. Como concesión al vecindario, y tal vez para disipar cualquier sospecha, mientras se estaba construyendo y apelando al esnobismo de la gente, las secciones inferiores habían sido encerradas en paneles de estilo Tudor de imitación.

Franklin observó la antena y contó media docena de agentes de policía descansando junto a sus coches patrulla, mientras la cuadrilla de obreros de la construcción descargaba las rejillas prefabricadas de un camión. Miró la antena junto al supermercado, tratando de no reprimir el recuerdo de Hathaway y sus patéticos intentos de convencerle para que lo ayudara.

Todavía estaba allí una hora más tarde cuando llegó Judith poniéndose el sombrero y el abrigo, lista para visitar el supermercado.

Franklin la siguió hasta la puerta.

—Te llevaré hasta allí, Judith. Quiero ver si puedo reservar un coche nuevo. Los siguientes modelos salen a fin de mes. Con suerte conseguiremos uno de la primera entrega.

Caminaron por el césped delantero de la casa. Las sombras de las grandes antenas se movían por el tranquilo vecindario según avanzaba el día, pasando sobre las cabezas de las personas que iban al supermercado como hojas de enormes guadañas.

1963

## EL RECINTO DE LOS REPTILES

—Me recuerdan a los cerdos gadarenos —comentó Mildred Pelham.

Interrumpiendo su escrutinio de la playa atestada de gente, debajo de la terraza de la cafetería, Roger Pelham miró a su esposa.

—¿Por qué dices eso?

Mildred siguió leyendo durante un momento y luego dejó su libro.

—Bueno, ¿no es así? —preguntó retóricamente—. Parecen cerdos.

Pelham sonrió débilmente ante este leve pero característico despliegue de misantropía. Se miró las rodillas blancas que le asomaban de los pantalones cortos y luego miró los brazos y los hombros regordetes de su esposa.

—Supongo que todos lo parecemos —dijo, contemporizando.

No obstante, había pocas probabilidades de que nadie hubiera oído el comentario de Mildred y se sintiera ofendido. Estaban sentados a la mesa del rincón, de espaldas a los cientos de personas que comían helados y bebían refrescos de cola que se apiñaban codo a codo en la terraza. El bullicio sordo de voces se superponía a los interminables comentarios difundidos por las radios de transistores apoyadas entre las botellas, y los sonidos distantes del recinto ferial de las dunas.

A muy pocos metros por debajo de la terraza estaba la playa, cubierta por una masa de figuras tumbadas que se extendían desde la orilla del mar hasta la carretera de detrás de la cafetería y luego más allá de las dunas. No se veía un solo grano de arena. Incluso en la línea de la marea, donde un poco de agua abierta circulaba débilmente entre los restos de viejos paquetes de cigarrillos y otros desperdicios, había un corrillo de niños pequeños que se amontonaba en el borde de la playa, ocultando la arena gris.

Mirando otra vez hacia la playa, Pelham se dio cuenta de que el juicio poco generoso de su esposa no era más que la verdad. Por todas partes sobresalían en el aire caderas y hombros desnudos, y miembros extendidos formando curvas serpentina. A pesar de la luz del sol y del considerable período de tiempo que habían pasado en la playa, muchos todavía tenían la piel blanca, o como mucho de un color rosado cocido, moviéndose inquietos en sus pequeños espacios en desesperados intentos por estar cómodos.

Generalmente, aquel espectáculo de carne expuesta, apretujada, el desagradable olor de bronceador rancio y sudor —al contemplar la playa que se extendía hasta el cabo distante, Pelham casi podía ver el halo emponzoñado, sostenido en el aire por el balbuceo de miles de transistores, reverberando como un enjambre de moscas— habría enviado a Pelham de vuelta a cien kilómetros por hora por la primera carretera que encontrara. Pero, por alguna razón, el habitual rechazo personal de Pelham por



las personas en general se había evaporado. Se sentía extrañamente eufórico por la presencia de tanta gente (había calculado que debía de haber al menos cincuenta mil personas en aquel tramo de ocho kilómetros de playa) y se veía incapaz de irse de la terraza, a pesar de que ya eran las tres en punto de la tarde y ni él ni Mildred habían comido nada desde el desayuno. Una vez se levantaran de su mesa del rincón, nunca más la recuperarían.

«Los que comen helados en la playa de Eco...», reflexionó para sus adentros mientras jugaba con el vaso vacío que tenía delante. Jirones de pulpa de naranja sintética se adherían a las paredes del vaso y una mosca iba zumbando con desgana de uno a otro. El mar estaba plano y tranquilo, un disco de color gris opaco, pero a un kilómetro y medio de distancia la niebla cubría la superficie del agua como vapor en una tina.

—Estás ardiendo, Roger. ¿Por qué no te vas a dar un baño?

—Puede que me meta en el agua. ¿Sabes?, es curioso, pero a pesar de la cantidad de personas que hay ahí, nadie está nadando.

Mildred asintió con desgana. Era una mujer grande y pasiva, que parecía contentarse con sentarse al sol y leer. No obstante, había sido ella la que había sugerido que condujeran hasta la costa, y por una vez había evitado comunicar sus habituales quejas cuando tropezaron con el atasco de tráfico y se vieron obligados a abandonar el coche y a completar los tres kilómetros restantes a pie. Pelham no la había visto caminar así desde hacía diez años.

—Es bastante extraño —dijo ella—. Pero no es un día particularmente caluroso.

—No estoy de acuerdo.

Pelham estaba a punto de continuar cuando de repente se levantó y miró hacia la playa por encima de la barandilla. A mitad de la cuesta paralela al paseo marítimo se movía lentamente un flujo continuo de gente siguiendo una fila informal, dándose codazos y adelantándose unos a otros, con botellas de refrescos de cola, bronceadores y helados.

—Roger, ¿qué te pasa?

—Nada... me pareció ver a Sherrington.

Pelham rebuscó por la playa inútilmente.

—Siempre estás viendo a Sherrington. Es la cuarta vez esta tarde. No te preocupes más.

—No me preocupo. No puedo estar seguro, pero creo que lo he visto.

Pelham se sentó de mala gana, acercando su silla a la barandilla unos centímetros más. A pesar de un estado de ánimo aletargado y de un vacío aburrimiento, había tenido todo el día una sensación de inquietud indefinible pero distinta a la habitual. Asociado de alguna manera con la presencia de Sherrington en la playa, ese malestar había ido en aumento constante. Las probabilidades de que Sherrington —con quien compartía despacho en el Departamento de Fisiología de la universidad— hubiera elegido precisamente aquella parte de playa era remota, y Pelham ni siquiera estaba

seguro de por qué estaba tan convencido de que Sherrington estaba allí. Tal vez aquellas visiones ilusorias —tanto más improbables en vista de que Sherrington tenía barba negra, una cara severa de expresión arrogante, y se encorvaba al caminar sobre sus piernas largas— no eran más que las proyecciones de esta tensión subyacente y de su peculiar dependencia de Sherrington.

No obstante, aunque Mildred parecía inmune, la mayoría de las personas de la playa parecía compartir aquel estado de ánimo con Pelham. A medida que avanzaba el día, el bullicio continuo dio paso a la charlas más esporádicas. De vez en cuando el ruido desaparecía por completo, y la muchedumbre, como una inmensa multitud que espera el inicio retrasado de algún espectáculo público, se sentaba y se movía impaciente. Para Pelham, que observaba atentamente toda la playa desde su lugar, estas ondas de incansable actividad, cuando todo el mundo se balanceaba hacia delante en largas ondulaciones, eran claramente indicadas por el brillo metálico de las miles de radios portátiles que se movían en una onda oscilante. Cada sucesivo espasmo, repetidos a intervalos de aproximadamente media hora, parecía empujar a la multitud hasta un poco más cerca el mar.

Directamente por debajo del borde de hormigón de la terraza, entre la masa de figuras tumbadas, un gran grupo familiar había formado un recinto privado. A un lado de este, literalmente al alcance de Pelham, los miembros adolescentes de la familia habían cavado su propio nido, los cuerpos angulosos, vestidos con minúsculos bañadores húmedos, entrelazados entre sí como un extraño animal anular. A pesar del ruido de fondo continuo de la playa y del recinto ferial, Pelham escuchó alta y clara su conversación fútil, que seguía el hilo de los comentarios radiales de una serie de emisoras que iban sintonizando al azar.

—Están a punto de lanzar otro satélite —le dijo a Mildred—. El Eco XXII.

—¿Por qué se molestan? —Los ojos azules y planos de Mildred inspeccionaron la bruma lejana sobre el agua—. Creía que ya había más que suficientes volando por los alrededores...

—Bueno...

Por un momento, Pelham valoró si aprovechar o no las escasas posibilidades de conversación de la respuesta de su esposa. A pesar de que estaba casada con un profesor de la Facultad de Fisiología, el interés de ella por las cuestiones científicas se limitaba a poco más que a la condena general de todo su ámbito de actuación académica. Toleraba dolorosamente el puesto de su marido en la universidad, menospreciando su desordenada oficina, los estudiantes desaliñados y los aparatos sin sentido del laboratorio. Pelham nunca había sido capaz de descubrir exactamente qué oficio podría haber respetado ella. Antes del matrimonio, Mildred mantuvo (como comprendió más tarde) un silencio educado sobre el tema del trabajo de su marido. Y después de once años, esa actitud apenas había cambiado, aunque las exigencias de la vida y la necesidad de subsistir con un salario bajo la había obligado a interesarse en el sutil, complejo e infinitamente agotador juego de las maniobras promocionales y

los ascensos profesionales.

Como era de esperar, la lengua áspera de Mildred no había hecho amigos, pero por una curiosa paradoja Pelham sentía que se había beneficiado del respeto reticente que eso le había proporcionado. A veces, los comentarios irritables de ella, en las reuniones sociales demasiado largas, siempre pronunciados en voz alta durante algún silencio de la conversación (sin ir más lejos, había descrito a un anciano ocupante de la cátedra de Fisiología como «ese monstruo gerontológico», a apenas dos pasos de distancia de la esposa del catedrático), le encantaban a Pelham por su precisión mordaz, pero en general había algo de aterrador en su despiadada falta de simpatía por el resto de la raza humana. Su rostro grande y suave, con su boca de capullo de rosa, le recordaba ahora a Pelham esa descripción de la *Mona Lisa* que asegura que acaba de comerse al marido. Mildred, sin embargo, ni siquiera sonreía.

—Sherrington tiene una teoría bastante interesante acerca de los satélites —dijo Pelham—. Esperaba verlo para que la explicara de nuevo. Creo que te divertiría escucharle, Mildred. Ahora está trabajando en la investigación de los mecanismos innatos de liberación de las pautas motrices...

—¿En qué? —El grupo de personas detrás de ellos había subido el volumen de la radio, y el comentario de la cuenta atrás en Cabo Kennedy retumbaba en el aire.

—Mecanismos innatos de liberación. Ya te lo describí una vez, son reflejos heredados... —Pelham se detuvo, observando a Mildred con impaciencia.

Mildred se había vuelto hacia él con la misma mirada muerta en los ojos con que examinaba al resto de la gente en la playa. Irritado, Pelham espetó:

—¡Mildred, estoy hablando de la teoría de Sherrington sobre los satélites!

Sin inmutarse, Mildred negó con la cabeza.

—Roger, hay demasiado ruido, no puedo escucharte. Y menos si hablas sobre las teorías de Sherrington.

Casi imperceptiblemente, otra ola de actividad inquieta recorrió la playa. La gente se sentaba y se sacudían unos a otros la arena de la piel, tal vez en respuesta al clímax final de la cuenta atrás de los comentaristas de Cabo Kennedy. Pelham vio los reflejos vacilantes en los cromados de las radios y en los diamantinos cristales de las gafas de sol cuando toda la playa se agitó y empezó a ondularse. El ruido había disminuido sensiblemente, dejando oír la Wurlitzer del parque de atracciones. Por todas partes se veía la misma agitación expectante. Entornando los ojos, a Pelham le pareció que la playa era un inmenso pozo de serpientes blancas hirviendo.

En algún lugar gritó una voz de mujer. Pelham se inclinó hacia delante, rebuscando por entre las filas de rostros enmascarados por gafas de sol. Había algo afilado en el ambiente, una consecuencia desagradable y casi siniestra de violencia oculta bajo la superficie ordenada.

No obstante, la actividad disminuyó poco a poco. La gran multitud se relajó y se tumbó de nuevo. El agua grasienta lamía los pies de las personas tendidas a orillas del mar. Empujado por las olas de alta mar, una débil brisa corrió por la playa,

arrastrando consigo el olor dulzón a bronceador y sudor. Apartando la cara, Pelham sintió que un espasmo de náusea le contraía la garganta. Sin duda, reflexionó, el *Homo sapiens* en masa es un espectáculo más desagradable que el de cualquier otra especie animal. Un corral de caballos o bueyes transmite una impresión de elegancia nerviosa, pero esa masa de carne albina articulada tumbada en la playa se parecía a la enfermiza fantasía anatómica de un pintor surrealista. ¿Por qué se habían congregado allí todas aquellas personas? El parte meteorológico matinal no habían sido particularmente propicio. La mayoría de las noticias comentaban el inminente lanzamiento del satélite, la última etapa de la red mundial de comunicaciones que gracias al conjunto de satélites en órbita ahora proporcionaría un contacto directo entre cada metro cuadrado del planeta independientemente de su posición. Tal vez el sellado final de esta cúpula aérea ineludible los había llevado a todos a buscar la playa más cercana para realizar un acto simbólico de autoexposición como un último gesto de rendición.

Pelham se movió inquieto en su silla, de repente consciente de que el borde de metal de la mesa le estaba haciendo daño en los codos. El asiento de rejilla barata era dolorosamente incómodo, y sentía que tenía el cuerpo encerrado en una doncella de hierro repleta de clavos y abrazaderas. Una vez más, el extraño presentimiento de un atroz acto de violencia se agitó en su cabeza, y miró al cielo, casi esperando que emergiera un avión de la bruma lejana y se desintegrara frente a él en aquella playa atestada de personas.

Le comentó a Mildred:

—Es notable lo popular que puede llegar a ser tomar el sol. Era un verdadero problema social en Australia antes de la Segunda Guerra Mundial.

Parpadeando, Mildred levantó los ojos del libro.

—Probablemente no tenían nada más que hacer.

—Ese es el problema. Siempre y cuando la gente esté dispuesta a pasar el tiempo tumbada en la playa, habrá pocas esperanzas de que se procure otros pasatiempos. Tomar sol es antisocial porque es una ocupación totalmente pasiva. —Bajó la voz cuando se dio cuenta de que las personas sentadas a su alrededor lo miraban por encima del hombro, atraídos por su dicción precisa y elevada—. Por otra parte, une a la gente. Desnudas, o casi desnudas, la dependienta y la duquesa son prácticamente indistinguibles.

—¿Lo son?

Pelham se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que quiero decir. Pero creo que el papel psicológico de la playa es mucho más interesante. La línea de la marea es un área particularmente importante, una zona de penumbra que está en el mar pero que también está fuera, sumergida para siempre en el inmenso vientre del tiempo. Si aceptas el mar como imagen del inconsciente, entonces el impulso de ir a la playa podría ser visto como un intento de escapar de la función existencial de la vida ordinaria y volver al tiempo universal

absoluto...

—Roger, por favor —dijo Mildred, apartando la mirada, cansada—. Hablas como Charles Sherrington.

Pelham miró de nuevo hacia el mar. Debajo de él, un locutor de radio anunció la posición y la velocidad del satélite lanzado con éxito, y su trayectoria alrededor del planeta. Pelham calculó que tardaría unos quince minutos en pasar por encima de ellos, casi exactamente a las tres y media. Por supuesto que no sería visible desde la playa, aunque el reciente trabajo de Sherrington sobre la percepción de la radiación infrarroja sugería que parte de esa radiación reflejada por el sol puede ser percibida por las retinas de un modo subliminal.

Mientras reflexionaba sobre las oportunidades que eso le brindaría a un demagogo comercial o político, Pelham escuchaba la radio que sonaba abajo, en la arena, y entonces un brazo largo y blanco se estiró y la apagó. La dueña del brazo, una chica regordeta de piel pálida, con rostro de virgen apacible, con mejillas redondas enmarcadas por unos rizos de pelo negro, se tumbó de espaldas de nuevo en la arena, olvidándose de sus compañeros, y por un momento ella y Pelham intercambiaron miradas. Él supuso que ella había desconectado la radio deliberadamente para evitar que él escuchara al locutor, y luego se dio cuenta de que en realidad la chica había estado escuchando su voz y esperaba que reanudara su monólogo.

Halagado, Pelham estudió el rostro serio y redondo de la chica, y su figura madura pero aniñada tumbada casi tan cerca de él, y casi tan desnuda, que tendría sentido que acabaran de compartir una cama. Su expresión franca, adolescente, pero curiosamente tolerante, apenas cambió, y Pelham se dio la vuelta incapaz de aceptar las consecuencias, dándose cuenta con una punzada del profundo alcance de su sometimiento a Mildred, y del aislamiento ahora infranqueable que lo separaba de cualquier experiencia nueva o real en su vida. Durante diez años, las mil precauciones y compromisos aceptados a diario para hacer tolerable la existencia habían significado una suerte de anestesia, y lo que quedaba de su personalidad original, con todas sus posibilidades, se conservaba embalsamada como un espécimen en un frasco. Años atrás se habría despreciado a sí mismo por aceptar aquella situación de un modo tan pasivo, pero ahora estaba más allá de cualquier autocrítica real, pues no tenía criterios válidos de apreciación de sí mismo, un estado de falta de gracia mucho más abyecto que el del vulgar y estúpido rebaño de la playa.

—Hay algo en el agua —dijo Mildred señalando hacia la orilla—. Allí.

Pelham miró en la dirección que señalaba el brazo levantado. A doscientos metros de distancia una pequeña multitud se había reunido en la orilla del agua, y las olas lentas de última hora rompían a sus pies mientras observaban alguna actividad en las aguas poco profundas. Muchas de aquellas personas habían levantado los periódicos al aire para protegerse del sol, y las mujeres más viejas del grupo se apretaban las faldas entre las rodillas.

—No puedo ver nada. —Pelham se frotó la barbilla, distraído por un hombre barbudo que estaba en el borde del paseo marítimo, por encima de la terraza. No era Sherrington, pero se le parecía notablemente—. No parece que haya peligro alguno, de todos modos. El mar habrá lanzado algún pez raro a la arena.

En la terraza, y más abajo en la playa, todo el mundo esperaba que sucediera algo, y estiraban el cuello, expectantes. A medida que fueron desconectándose las radios para poder oír los sonidos distantes, una ola de silencio pasó a lo largo de la playa como una inmensa nube que oscureciera la luz del sol. La ausencia casi total de ruido y movimiento, después de las largas horas de barullo exasperado, parecía extraña y misteriosa, y una intensa atmósfera de autoconciencia pareció caer sobre las miles de figuras vigilantes.

El grupo de la orilla del agua permaneció donde estaba, incluso los niños pequeños miraban plácidamente hacia aquello que atraía la atención de sus padres. Por primera vez era visible una estrecha franja de la playa, y había una confusión de radios y artículos de playa enterrados a medias en la arena como basura metálica. Poco a poco, los recién llegados fueron avanzando desde el paseo y ocupando los espacios vacíos, una maniobra llevada a cabo sin ningún tipo de reacción por parte del grupo de la orilla. A Pelham le parecieron una especie de familia de peregrinos penitentes que había recorrido una distancia enorme y ahora estaban de pie junto a sus aguas sagradas, esperando pacientemente a que sus poderes vivificantes les infundieran su magia.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pelham después de que tras varios minutos no descubriera señal alguna de movimiento en el grupo de la orilla. Pero entonces se dio cuenta de que formaban una línea recta a lo largo de la costa, en lugar de un círculo—. No están mirando nada en absoluto.

Ahora la neblina estaba a solo quinientos metros de distancia, y oscurecía los contornos de las enormes olas. Completamente opaca, el agua parecía aceite caliente, de vez en cuando algunas olas se disolvían en burbujas grasientas que espiraban sin fuerzas en la arena, mezcladas con paquetes vacíos de cigarrillos y basura. El mar llegaba a la costa como una enorme bestia pelágica que hubiera despertado en las profundidades marinas y ahora palpaba a ciegas la arena.

—Mildred, voy al agua un momento. —Pelham se levantó—. Hay algo curioso... —Se interrumpió, señalando la playa al otro lado de la terraza—. ¡Mira! Hay otro grupo. ¿Qué demonios...?

Una vez más, mientras todos miraban, este segundo grupo de espectadores se ordenó en la orilla del mar a unos setenta y cinco metros de la terraza. En total, alrededor de dos centenares de personas miraban en silencio hacia el agua. Pelham hizo crujir los nudillos, y se agarró a la barandilla con las dos manos, para reprimir el impulso de unirse a ellos. Solo se lo impidió la congestión que había en la playa.

Esta vez el interés de la gente pasó en un instante, y se reanudó el murmullo de ruidos de fondo.

—Sabe Dios qué están haciendo —Mildred le dio la espalda al grupo—. Hay más por allí. Deben de estar esperando algo.

Efectivamente, media docena de grupos similares se estaban formando en la orilla del mar, a intervalos casi exactos de cien metros. Pelham observó los extremos de la bahía en busca de signos de algún barco a motor. Echó un vistazo a su reloj. Eran casi las tres y media.

—No pueden estar esperando nada —dijo, tratando de controlar su nerviosismo. Por debajo de la mesa los pies se le movían impacientemente, como si quisieran agarrarse al cemento arenoso—. Lo único que se espera es el satélite, y de todos modos nadie podrá verlo. Tiene que haber algo en el agua. —La mención del satélite le recordó a Sherrington de nuevo—. Mildred, ¿no sientes...?

Antes que pudiera continuar, el hombre que estaba detrás de él se puso de pie con una curiosa sacudida, como esperando llegar hasta la barandilla, empujando su propia silla y dándole con el borde afilado del respaldo a Pelham en la espalda. Por un momento, mientras luchaba para mantener al hombre en equilibrio, Pelham se vio envuelto en un olor rancio a sudor y cerveza. Vio la mirada vidriosa en los ojos del otro, la áspera barbilla sin afeitar, la boca abierta como un hocico animal, señalando con una especie de apetito impulsivo hacia el mar.

—¡El satélite!

Liberándose, Pelham estiró el cuello hacia el cielo. En el azul pálido, impenetrable, no había aviones, ni pájaros... a pesar de que por la mañana habían visto gaviotas a treinta kilómetros tierra adentro, como si anticiparan a una tormenta. Cuando el resplandor le escoció en los ojos, unos puntos de luz retinal empezaron a girar en el cielo en órbitas epilépticas. Uno de ellos, sin embargo, al parecer, emergiendo por el horizonte del oeste, se movía constantemente por el borde del campo visual de Pelham inclinándose vagamente hacia él.

A su alrededor, la gente empezó a ponerse de pie, y hubo un estruendo metálico de sillas siendo arrastradas por el suelo. En una de las mesas se derribaron varias botellas que se hicieron pedazos contra el hormigón.

—¡Mildred!

Por debajo de ellos, en una enorme confusión que se extendía hasta perderse de vista, la gente se ponía lentamente de pie. El rumor difuso de la playa había dado paso a un sonido más urgente, más áspero, que reverberaba por encima de los extremos de la bahía. Toda la playa parecía retorcerse y agitarse con la actividad, las únicas figuras inmóviles eran las que estaban en la orilla del mar. Ahora formaban una suerte de empalizada continua a lo largo de la costa, ocultando el mar. Y cada vez más personas se unían a sus filas, y en algunos lugares la hilera tenía casi diez personas de fondo.

La multitud que ya estaba en la playa estaba siendo empujada hacia delante por la presión de los recién llegados desde el paseo marítimo, y el grupito que estaba debajo de la terraza había sido barrido otros veinte metros hacia el mar.

—Mildred, ¿puedes ver a Sherrington en alguna parte? —Confirmando en el reloj de pulsera de Mildred que eran las tres y media, la tomó por los hombros y trató de llamar su atención. Mildred le devolvió lo que era casi una mirada vacía, una expresión de incompreensión opaca—. ¡Mildred! ¡Tenemos que salir de aquí! —le gritó con voz ronca—. Sherrington está convencido de que podemos ver algo de la luz infrarroja reflejada por los satélites, y que pueden formar patrones establecidos millones de años atrás, cuando otros vehículos espaciales visitaban la Tierra, para despertar mecanismos innatos de liberación de las pautas motrices. ¡Mildred...!

Sin poder evitarlo, Mildred y Pelham fueron empujados por la multitud más allá de sus sillas y presionados contra la barandilla. Una inmensa muchedumbre se movía por la playa, y pronto toda la orilla de ocho kilómetros de largo estuvo repleta de figuras en pie. Nadie hablaba, y por todas partes podía verse la misma expresión en los rostros, absortos y preocupados, como la que se ve en las caras de una multitud al salir de un estadio. Detrás, la gran noria giraba lentamente, pero las cabinas estaban vacías, y Pelham se volvió para mirar el parque de atracciones abandonado solo a cien metros de la multitud de la playa, con los tiovivos girando entre las barracas vacías.

Rápidamente ayudó a Mildred a subirse al borde de la barandilla y luego saltaron a la arena, con la esperanza de abrirse camino de regreso al paseo marítimo. Cuando dieron la vuelta, sin embargo, la multitud que avanzaba por la playa los hizo retroceder, tropezando con las radios abandonadas en la arena.

A pesar de todo, la presión cesó y recuperaron el equilibrio. Y afirmando los pies en la arena, Pelham continuó.

—... Sherrington cree que el hombre de Cromañón fue impulsado por un pánico frenético, como los cerdos gadarenos: la mayoría de los restos óseos se han encontrado en las orillas de los lagos. El reflejo puede ser demasiado fuerte... —Y entonces se interrumpió.

De repente, el ruido había desaparecido, y la inmensa congregación que ahora llenaba cada metro cuadrado disponible de playa estaba frente al agua en silencio. Pelham se volvió hacia el mar, donde la neblina, a solo cincuenta metros de distancia, se movía en grandes nubes hacia la playa. La primera fila de la multitud, con las cabezas inclinadas levemente, miraba inmóvil cómo llegaban las olas. La superficie del agua brillaba con un intenso resplandor, vibrante y fantasmal, y el aire de la playa, gris en comparación, delineaba las figuras inmóviles como lápidas.

Oblicuamente delante de Pelham, a veinte metros de distancia, en la primera fila, había un hombre alto, de expresión tranquila y meditabunda, cuya calvicie y amplias sienes lo identificaron sin lugar a dudas.

—¡Sherrington! —se puso a gritar Pelham. Involuntariamente miró hacia arriba, al cielo, y sintió un punto de luz cegadora ardiéndole en las retinas.

De fondo, en el aire vacío, sonaba la música del parque de atracciones.

Entonces, en un revulsivo arranque, todas las personas que estaban en la playa



empezaron a caminar hacia el agua.

1963

## PROBLEMA DE REINGRESO

Durante todo el día habían navegado de manera constante río arriba, deteniéndose ocasionalmente para levantar la hélice y quitarle la hierbas enredadas, y a las tres de la tarde habían cubierto unos ciento veinte kilómetros. A unos cincuenta metros de distancia, a ambos lados de la lancha, se levantaban los altos muros del río de la selva, la masa compacta del Mato Grosso, que se extendía por todo el Amazonas desde Campos Buros hasta el delta del Orinoco. A pesar de su progreso, habían zarpado desde la estación telegráfica de Tres Buritis a las siete de la mañana, pero el río no mostraba ninguna inclinación a reducir ni alterar su caudal. Sombría e inmutable, la selva lo acompañaba, una bóveda aérea que apagaba la luz del sol y cubría el agua a lo largo de la orilla de una pátina negra y aterciopelada. De vez en cuando, el río se ensanchaba y las aguas parecían inmóviles, y las lentas olas aceitosas que perturbaban la superficie lo transformaban en un espejo que reflejaba el cielo distante y enigmático, mientras los islotes de troncos podridos envueltos en capas de bruma parecían archipiélagos a la deriva de un sueño. Luego el cauce volvía a hacerse más angosto y la fresca oscuridad envolvía la lancha.

Aunque durante las primeras horas Connolly había estado junto al capitán Pereira en cubierta, las interminables orillas verdes de la selva deslizándose a ambos lados habían empezado a aburrirlo, y al mediodía se había metido en su camarote fingiendo que estudiaba los mapas del recorrido. Puede que el tiempo pasara allí más despacio, pero al menos se estaba más fresco y el lugar era menos deprimente. El ventilador giraba y zumbaba, y el chasquido del tajamar y el lamento susurrante de la corriente que cortaba el casco le calmaban el leve dolor de cabeza provocado por la cerveza tibia que él y Pereira habían compartido después del almuerzo.

Este primer encuentro con la selva había decepcionado a Connolly. Su experiencia anterior se limitaba a su participación en el proyecto de dragado del lago Maracaibo, donde la única selva que había eran las plataformas petrolíferas abandonadas que sobresalían del agua. Esas estructuras oxidadas, y las enormes dragas y pontones de los equipos de drenaje, eran ejemplares de una especie creada por el hombre. En la selva amazónica había esperado ver todas las variedades de la naturaleza en su manifestación más rica y colorida, pero en cambio no había más que un pantano moribundo, cubierto de maleza que asfixiaba a los propios árboles, en todo caso más muerto que vivo, un ejemplo de vegetación deficiente a escala continental. Los márgenes del río rara vez estaban bien definidos, y salvo que unos cuantos troncos podridos se hubieran unido formando un parapeto consistente, no había una verdadera orilla, y las aguas poco profundas corrían entre la maleza unos cien metros, irrigando vastas arboledas que se ahogaban en la humedad.

Connolly había intentado transmitir su desencanto a Pereira, que ahora estaba sentado debajo del toldo en cubierta, fumándose plácidamente un puro, en parte como respuesta al desdén cortés del capitán hacia Connolly y su misión implícita. Como todos los funcionarios de las Misiones de Protección del Nativo que había conocido Connolly, primero en Venezuela y ahora en Brasil, Pereira mantenía una actitud propia hacia la selva y su mística, que nunca sería quebrantada por esos investigadores de cara rosada y vestidos de uniforme. Al capitán Pereira no lo habían impresionado el monograma orbital de la ONU que Connolly llevaba en el hombro, ni la solicitud de alto nivel de asistencia cablegrafiado a la misión desde Brasilia tres semanas antes. Evidentemente, para Pereira, las oficinas instaladas en las blancas torres de la capital le resultaban tan lejanas como Nueva York, Londres o Babilonia.

Superficialmente, el capitán había sido de gran ayuda, había supervisado a la tripulación, vigilado el embarque del equipo de monitorización de Connolly, comprobó su Smith & Wesson y cambió un par de mosquiteras agujereadas. Cuando Connolly se le acercaba, conversaba afablemente, señalando esta o aquella otra característica del paisaje, identificando un pájaro o un lagarto inusuales posados en alguna rama.

Pero su indiferencia hacia el objetivo real de la misión —había hecho un gesto apenas perceptible cuando Connolly se lo describió— pronto se hizo evidente. Era esta neutralidad lo que irritaba a Connolly, como si implicara que Pereira se pasaba el tiempo transportando investigadores de la ONU por los ríos para encontrar una maldita cápsula del espacio perdida que no se diferenciaba mucho del inexistente El Dorado buscado por tantos turistas. Por encima de todo estaba la sugerencia de que Connolly y los cientos de investigadores dispersos por todo el continente estaban siendo demasiado insistentes. Cuando ya estaba todo dicho y hecho, daba a entender Pereira, después de que habían pasado cinco años desde que la nave lunar Goliath 7 se había estrellado contra la masa continental de América del Sur, prolongar su búsqueda indefinidamente no solo demostraba mal gusto, sino tal vez incluso una cierta necrofilia. No había la más mínima posibilidad de que el piloto siguiera con vida, así que lo más decente era olvidarlo, levantar un monumento en su nombre frente a una estación de ferrocarril o un aeropuerto y abandonarlo a las palomas.

Connolly habría estado encantado de explicarle las razones de la duración indefinida de la misión de búsqueda, las abrumadoras razones morales, aparte de las políticas y técnicas. Habría querido señalar que el astronauta perdido, el coronel Francis Spender, al aceptar los inmensos riesgos de un vuelo de ida y vuelta a la Luna, se le debía el despliegue de toda clase de recursos. Le habría gustado recordarle a Pereira que el exitoso alunizaje, después de media docena de intentos fallidos —al menos los cadáveres de tres de los desgraciados pilotos aún orbitaban alrededor de la Luna en el interior de sus cápsulas desconectadas— era la culminación de una vieja ambición de profundas implicaciones psicológicas para la humanidad, y que el hecho de no encontrar al astronauta podría inducir después de su

regreso sentimientos insaciables de culpa e incompetencia. (Si el mar era un símbolo del inconsciente, ¿el espacio no sería una imagen del tiempo ilimitado? Y la imposibilidad de penetrar en el espacio ¿no sería un trágico exilio en uno de los limbos de la eternidad, una muerte simbólica en vida?).

Pero al capitán Pereira no le interesaba lo más mínimo. Inhalando con calma el humo perfumado de su puro, se sentaba impertérrito junto a la borda, contemplando los pantanos fétidos que se movían por delante de ellos.

Poco antes del mediodía, cuando ya habían recorrido unos sesenta y cinco kilómetros, Connolly señaló los restos de un embarcadero de cañas de bambú que se elevaba por encima de la orilla sobre unos postes. Un puente colgante de cuerdas raídas se perdía entre los manglares, y a través de una aspillería de la selva podía verse un grupo de chozas de adobe abandonadas, derritiéndose como un montón de basura al sol.

—¿Es uno de los campamentos?

Pereira negó con la cabeza.

—Es un poblado de la tribu de los espirros, estrechamente relacionada con los nambikwaras. Hace tres años, uno de ellos enfermó de gripe en la estación telegráfica, estalló una epidemia, pasó a ser una especie de edema pulmonar, y en cuarenta y ocho horas murieron trescientos indígenas. Todo el grupo se desintegró, solo quedan quince familias vivas. Una gran tragedia.

Avanzaron hacia el puente y se quedaron de pie junto al timonel negro y alto mientras los otros dos miembros de la tripulación instalaban en la cubierta un armazón de malla de alambre. Pereira levantó los prismáticos y examinó el río.

—Desde que los espirros dejaron la zona, los nambas han empezado a venir en busca de alimentos. No veremos a ninguno, pero conviene que nos mantengamos a la defensiva.

—¿Quiere decir que son hostiles? —preguntó Connolly.

—No de un modo consciente. Sin embargo, los diversos grupos de nambikwaras luchan permanentemente entre sí, y a esta distancia de la colonia no sería raro que nos viéramos involucrados en un ataque por sorpresa. Una vez llegemos a la colonia estaremos seguros... allí hay una especie de equilibrio precario. Pero aun así, manténgase alerta. Ya verá que son tan nerviosos como los pájaros.

—¿Cómo logra Ryker no cruzarse en su camino? Vive aquí desde hace años, ¿no?

—Unos doce. —Pereira se sentó en la borda y se levantó la visera de la gorra, despejando la frente—. Ryker es algo así como un caso especial. Es de temperamento bastante explosivo, quise advertirle de que tuviera cuidado porque podría provocar un incidente fácilmente, pero parece que ha adquirido una cierta posición de autoridad sobre la tribu. De alguna manera se ha convertido en un árbitro, e intercede en sus diversas disputas. Nunca he descubierto cómo lo hace, y es muy raro que los indígenas respeten a un blanco de esa forma. Sin embargo, es útil para nosotros, eventualmente podríamos establecer allí una misión. Aunque eso es casi imposible, lo

probamos una vez y los indios se trasladaron a un lugar a ochocientos kilómetros de distancia.

Connolly se volvió para mirar el embarcadero abandonado que desaparecía tras un meandro, confundiendo con la selva, tan ruinoso como aquella estructura solitaria y triste.

—¿Por qué demonios vino Ryker aquí? —Había oído algo en Brasilia sobre aquel tipo extraño, periodista y hombre de acción, uno de esos que se definen a sí mismos como ciudadanos del mundo, y que cumplidos los cuarenta y dos años, después de pasarse la vida despreciando la civilización y sus dioses de pacotilla, había desaparecido repentinamente en la selva del Amazonas, donde ahora vivía con una de las tribus indígenas. Casi todos los Gauguin de la época eran o unos neuróticos o unos estafadores prófugos, pero Ryker parecía un personaje real, el último de una raza de verdaderos individualistas que retrocedían empujados por las alambradas de púas y la reglamentación de la vida del siglo veinte. Pero visto de cerca, el paraíso que había elegido parecía bastante sucio y desmoronado, reflexionó Connolly. No obstante, siempre que Ryker pudiera lograr que los indios exploraran la zona, serviría a los propósitos de la misión—. No puedo entender por qué Ryker tuvo que escoger precisamente la cuenca del Amazonas. El Pacífico Sur, bueno, pero por lo que he leído, y usted me ha confirmado ahora, los indígenas de aquí son una comunidad miserable y enferma, nada que ver con el buen salvaje.

El capitán Pereira se encogió de hombros y miró distraídamente hacia el agua aceitosa, la cara regordeta y salpicada por las sombras de la malla de alambre. Disimuló un eructo y luego se ajustó la pistolera.

—No conozco el Pacífico Sur, pero me imagino que también lo habrán idealizado sentimentalmente. Ryker no vino aquí como turista en busca de paisajes. Supongo que los indios están enfermos, sí, y viven de un modo bastante miserable. Dentro de cincuenta años probablemente se hayan extinguido. Pero por el momento representan una cierta forma de vida indómita y natural, que después de todo nos convirtió en lo que somos. Los peligros a los que se enfrentan son inmensos y, sin embargo, sobreviven. —Miró a Connolly con una sonrisa socarrona—. Pero eso tiene que discutirlo con Ryker.

Se quedaron en silencio, sentados junto a la borda, observando cómo se desplegaba el río. Exhaustos, desmoronándose, los grandes árboles atestaban las orillas, y los moribundos expiraban entre los vivos, empujándose unos a otros como si fueran a lanzar un desesperado ataque final sobre la lancha y sus pasajeros. Durante la siguiente media hora, hasta que abrieron los paquetes del almuerzo, Connolly observó las copas de los árboles en busca del gigantesco paracaídas bifurcado que había frenado el descenso de la cápsula a la Tierra. Prácticamente impermeable a la atmósfera, aún podrían verlo desplegando las alas como un enorme pájaro sobre la bóveda de vegetación. Más tarde, después de beberse una lata de la cerveza de Pereira, se excusó y bajó a su camarote.

Las dos cajas de acero que contenían el equipo de monitorización habían sido colocadas debajo de la mesa de las cartas de navegación y los mapas. Connolly las sacó y comprobó que los sellos a prueba de humedad seguían intactos. Las posibilidades de llegar a ver la cápsula eran infinitesimales, pero mientras se mantuviera en buen estado continuaría emitiendo una señal de sonar y de radio con un alcance de unos treinta kilómetros a la redonda. Sin embargo, los sucesivos vuelos de observación habían cubierto la mitad norte de Sudamérica, y parecía poco probable que la cápsula transmitiera aún señal alguna. La desaparición de la cápsula significaba que al menos había sufrido daños menores, y que el aire húmedo ya habría corroído las baterías.

Recientemente algunas agencias del Departamento del Espacio de la ONU habían hecho circular una opinión no oficial que afirmaba que el coronel Spender no habría maniobrado correctamente cuando entraba en la atmósfera, y la cápsula se habría vaporizado en el descenso final, pero Connolly creía que solo era un intento de apaciguar la opinión pública y preparar el camino para la reanudación del programa espacial. No solo el proyecto de dragado del lago Maracaibo sino su propia presencia en la lancha indicaban que el departamento seguía creyendo que el coronel Spender estaba vivo, o que al menos había sobrevivido al aterrizaje. La órbita final de reingreso le habría permitido aterrizar a unos ochocientos kilómetros al este de Trinidad, pero la última comunicación por radio, antes de que las capas de ionización alrededor de la cápsula anularan la transmisión, indicaban que el piloto había calculado mal la trayectoria y había descendido sobre la masa continental de América del Sur a lo largo de una línea que unía el lago Maracaibo con Brasilia.

Sonaron pasos en la escalerilla, y el capitán Pereira se asomó al camarote. Dejó la gorra en la mesa y se sentó de espaldas al ventilador, dejando que el chorro de aire le agitara el pelo descolorido, mandando a Connolly un olor dulzón y desagradable, mezcla de ajo y brillantina barata.

—Usted es un hombre prudente, teniente. Permanecer en cubierta es una locura. Sin embargo... —señaló la cara y las manos pálidas de Connolly, recuerdo del lago invierno en Nueva York—, en cierto modo es una lástima que no tome un poco de sol. Esa palidez metropolitana les resultará muy curiosa a los indios. —Sonrió amablemente, mostrando los dientes amarillentos que hacían que su piel olivácea pareciera aun más oscura—. Tal vez sea usted el primer hombre verdaderamente blanco que ven.

—¿Y qué hay de Ryker? ¿No es blanco?

—Ahora está negro como una baya. Casi no se distingue de los indios, salvo porque mide más de dos metros. —Se inclinó sobre un montón de cajas de cartón que había al fondo y se puso a revolverlas. Dentro había una colección variada de objetos: madejas de hilo y algodón en rama, trozos de cera y de resina, pasta de achiote, tabaco y cuentecillas—. Estas cosas deberían convencerlos de sus buenas intenciones.

Connolly lo observó mientras el capitán cerraba las cajas.

—¿Cuántos grupos de búsqueda se podrán comprar con esto? ¿Está seguro de que trajo lo suficiente? Tengo un presupuesto de hasta cincuenta dólares para regalos.

—Bien —dijo Pereira con total naturalidad—. Conseguiremos un poco más de cerveza. No se preocupe, no puede comprar a esas personas, teniente. Tiene que confiar en la buena voluntad de ellos, esta basura les dará el estado de ánimo propicio para hablar.

Connolly sonrió hoscamente.

—Me interesa más que salgan de las chozas y se metan en la selva. ¿Cómo va a organizar los grupos de búsqueda?

—Ya han empezado a buscar.

—¿Qué? —Connolly se inclinó hacia delante—. ¿Cómo? Pero tendrían que haber esperado... —Miró el pesado equipo de monitorización—. No pueden haber sabido...

Pereira lo hizo callar levantando una mano.

—Mi querido teniente. Cálmese, era una manera de hablar. ¿No lo entiende? Son pueblos nómadas, pasan la vida de un lado a otro. En los últimos cinco años han estado cien veces en cada metro cuadrado de esta selva. No hace falta que vuelvan a salir. Hay una sola esperanza, que hayan visto algo, y que usted consiga que se lo cuenten.

Connolly pensó en ello mientras el capitán abría otro paquete.

—De acuerdo, pero tal vez quiera preparar algunos grupos. No me voy a pasar cruzado de brazos durante tres días.

—Naturalmente. No se preocupe, teniente. Si el astronauta aterrizó en ochocientos kilómetros a la redonda, ellos lo sabrán. —Desenvolvió el paquete y sacó un pequeño armario de teca. El panel frontal se levantaba para revelar un gran reloj de mesa de bronce con manecillas doradas y números góticos por debajo de una cúpula dorada. El capitán Pereira comprobó la hora con la de su reloj de pulsera—. Bien. Funciona perfectamente, no se ha atrasado un segundo en cuarenta y ocho horas. Con esto nos ganaremos la estima de Ryker.

Connolly sacudió la cabeza.

—¿Para qué demonios quiere un reloj? Creí que el hombre le había dado la espalda a ese tipo de cosas.

Pereira volvió a tapar la cúpula de metal labrado.

—Ah, bueno, cada vez que huimos de algo nos llevamos algún recuerdo con nosotros. Ryker colecciona relojes, este es el tercero que le compro. Dios sabe qué hace con ellos.

La lancha había cambiado de rumbo y se movía en un amplio círculo a través del río, la corriente acariciaba el casco con un murmullo suave. Subieron a cubierta, donde el timonel estaba enrollando una sección de la malla de alambre para ver mejor la proa. Los dos marineros se metieron por la abertura y tomaron posiciones a proa y a popa, bichero en mano.

Habían entrado en una gran extensión en forma de arco donde la corriente se había desbordado sobre la orilla, produciendo una serie de marismas bajas. En una extensión de doscientos o trescientos metros, el agua parecía estar casi inmóvil, y se escurría entre los árboles de la orilla, de tal modo que el curso del río era apenas perceptible. En la curva interior del arco, en la única base firme, habían construido un pequeño grupo de chozas sobre unas empalizadas de madera por encima del agua. Pequeños promontorios de selva asomaban a ambos lados del poblado, pero detrás podía verse una villa abierta. A un lado había varias chozas para almacenamiento de víveres, algunos cobertizos derruidos y unas cabañas de palmera seca.

Toda la zona parecía desierta, pero a medida que se acercaron, y la quilla levantaba un rocío de espuma blanca de las olas cristalinas, unos pocos indios salieron a la sombra de las enredaderas que dominaban el embarcadero, mirándolos fijamente. Connolly había esperado encontrarse con un grupo de guerreros altos y de anchos hombros, con muescas de pintura blanca en los brazos y las mejillas, pero estos indígenas eran insignificantes, de aspecto enfermizo, y bajaban la mirada enmarcada en rostros demacrados y cráneos huesudos. Parecían desnutridos y deprimidos, y miraban a los visitantes con una especie de atención hosca, como vulgares perros salvajes.

Pereira se protegió los ojos del sol, por cuya trayectoria se movían ahora, para mirar hacia la cabaña destartada en un extremo del embarcadero.

—Todavía no hay señales de Ryker. Es probable que esté dormido o borracho. — Se fijó en la expresión de disgusto de Connolly—. No es un sitio muy acogedor, me temo.

Mientras avanzaban hacia el embarcadero y las olas levantadas por la lancha rompían contra las grasientas estacas de bambú, lanzándoles vaharadas pestilentes a los rostros, Connolly miró hacia atrás, hacia el disco abierto de agua donde la estela curvada de la embarcación se disolvía en una recapitulación final de su largo viaje río arriba hasta aquel asentamiento abandonado, desapareciendo en el agua marrón claro como si fuera el último hilo que lo unía al orden y la cordura de la civilización. Una extraña atmósfera vacía se cernía sobre aquella laguna interior, un manto de aire muerto que era de algún modo tan amenazador como un gesto de hostilidad evidente, como si la crudeza y la violencia de toda la selva amazónica se encontrara aquí en un equilibrio momentáneo que cualquier movimiento desfavorable podría alterar, desatando fuerzas terribles. A lo lejos, hasta la costa, los grandes árboles se inclinaban como cadáveres en el aire acristalado, y la niebla sobre el agua embalsamaba la selva y el atardecer en una quietud incómoda.

La lancha topó contra el embarcadero, balaceándose ligeramente entre las estacas y desalojando un par de canoas anegadas de agua. El timonel dio marcha atrás a la espera de que los marineros aseguraran los cabos. Ningún indio se había acercado a ayudarlos. Connolly alcanzó a ver una cara arrugada y simiesca que lo miraba con ojos legañosos, mientras con los dientes machacados se mordisqueaba nervioso un



labio inferior inflamado en forma de bolsa. Se volvió a Pereira, contento de que el capitán intercediera entre él y los indios.

—Capitán, debería habérselo preguntado antes, pero... ¿estos indios son caníbales?

Pereira negó con la cabeza, apoyándose contra un poste.

—No, en absoluto. No se preocupe por eso. Si lo fueran, hace años que se habrían extinguido.

—Ni siquiera... ¿con los hombres blancos? —Por alguna razón, Connolly se sorprendió poniendo un énfasis particularmente delicado en la palabra «blanco».

Pereira se rio, arreglándose la chaqueta del uniforme.

—Por el amor de Dios, teniente, no. ¿Teme que se hayan comido al astronauta?

—Supongo que es una posibilidad.

—Le aseguro que no se ha registrado ningún caso. Y por si le interesa, le aclaro que es una práctica muy rara en este continente. Abunda mucho más en África... y en Europa —añadió mordazmente, y esbozó una sonrisa. Después le dijo a Connolly—: No desprecie a los indios, teniente. Por muy enfermos y sucios que estén, al menos mantienen una buena relación con el medio. Y con ellos mismos. Aquí no encontrará ningún Cristóbal Colón, ningún coronel Spender, pero tampoco ningún Belsen. ¿Quizás uno es tan síntoma de inquietud como el otro?

Empezaban a acercarse al final del embarcadero, y aplastaron una de las canoas, cuya proa crujió y desapareció bajo la quilla de la lancha.

—¡Adelante, Sancho! —le gritó Pereira al timonel—. ¡Más adelante! Maldito Ryker... ¿Por dónde andará ese hombre?

Arrojando una cascada de agua marrón e hirviente, la lancha avanzó y se apoyó contra los soportes de bambú, y todo el embarcadero se estremeció ligeramente. Cuando apagaron el motor y aseguraron los cabos, Connolly miró hacia el embarcadero por encima de su cabeza.

Mirándolo con el ceño fruncido y una expresión de irritación biliosa en una boca enmarcada por unas mandíbulas cuadradas, un hombre alto carraspeó arriba. Llevaba el pecho desnudo y vestía unos pantalones cortos de algodón deshilachado y un chaleco de rafia tejida, sin mangas. Un sombrero de paja de alas anchas casi le tapaba por completo los ojos oscuros. Los fuertes músculos del pecho y de los brazos eran del color de la teca tropical, y las cicatrices blancas de los labios y el rastro borroso de las úlceras que el calor le había abierto en las espinillas eran las únicas partes más claras. Allí de pie, con los brazos en jarras y una suerte de alegre arrogancia, parecía representar a ojos de Connolly esa cualidad de energía indomable que hasta ahora tan notoriamente había encontrado ausente en la selva.

Completado su examen de Connolly, el hombre enorme exclamó:

—Pereira, por el amor de Dios, ¿qué te crees que estás haciendo? ¡Acabas de aplastar una de mis malditas canoas! ¡Dile a ese timonel que se limpie las cataratas de los ojos o le meteré una bala por el culo!

Sonriendo, de buen humor, Pereira se encaramó al embarcadero.

—Mi querido Ryker, contente. Recuerda tu presión arterial. —Miró el casco anegado de agua de la maltrecha canoa, que ahora se hundía lentamente en el río—. No sé de qué te sirve una canoa, si no vas a ninguna parte.

A regañadientes, Ryker estrechó la mano de Pereira.

—Eso es lo que te gusta pensar, capitán. Tú y tu maldita misión, queréis que yo haga todo el trabajo. Quizá la próxima vez que vengáis descubriréis que me he ido mil kilómetros río arriba, y que me he llevado a los nambas conmigo.

—Qué imagen tan épica, Ryker. Necesitarás un Homero que lo escriba.

Pereira se volvió y le hizo un gesto a Connolly para que subiera al embarcadero. Los indios seguían rondando alrededor apáticamente, como intrusos con sentimiento de culpabilidad.

Ryker examinó el uniforme de Connolly con suspicacia.

—¿Quién es este? ¿Otro presunto antropólogo husmeando en busca de obscenidades? Ya te avisé la última vez, no quiero aquí a ese tipo de gentuza nunca más.

—No, Ryker. ¿No reconoces el uniforme? Déjame presentarte al teniente Connolly, de esa hermandad de santos de nuestros días gracias a cuya cortesía y generosidad podemos vivir juntos y en paz... la ONU.

—¿Qué? No me digas que ahora nos mandan una delegación. ¡Dios del cielo, supongo que me va a aburrir hablándome de la relación entre los cereales y las proteínas! —gruñó Ryker, revelando una reserva oculta de humor ácido.

—Relájate. El teniente es muy educado y encantador. Trabaja para el División de Rescates del Departamento Espacial. Ya sabes, buscan aviones perdidos y cosas similares. Tal vez puedas ayudarlo. —Pereira le guiñó el ojo a Connolly y le hizo dar un paso adelante—. Teniente, el rajá Ryker.

—Lo dudo —dijo Ryker hoscamente. Se estrecharon las manos, los músculos de los dedos fibrosos de Ryker se cerraron como una trampa. A pesar de sus hombros encorvados, Ryker era por lo menos quince centímetros más alto que Connolly. Por un momento mantuvo aferrada la mano de Connolly, y un leve rastro de desconfianza asomó bajo la máscara de mal carácter—. ¿Cuándo cayó ese avión? —preguntó. Connolly supuso que ya estaba pensando en una rentable operación de rescate.

—Hace algún tiempo —dijo Pereira, sin énfasis.

Recogió el paquete que contenía el reloj de mesa y siguió a Ryker hacia la cabaña del extremo del embarcadero. Era una construcción de aleros bajos, de ratán entretejido, una única habitación rodeada por una galería cubierta cuyo voladizo protegía de la luz del sol. Las enredaderas que emergían del follaje circundante la envolvían confundiénola con el fondo de palmeras y hojas, por lo que la cabaña parecía una momentánea formalización de la selva.

—Pero los indios quizá podrían haber oído algo al respecto —continuó Pereira—. Hace cinco años, para ser exactos.

Ryker resopló.

—Por Dios, sí que mantienen la esperanza.

Subieron los escalones de la galería, donde un joven indígena de hombros desnudos observaba desde las sombras con ojos como canicas húmedas. Con un chasquido de irritación, Ryker plantó la mano en la coronilla del joven y lo lanzó escalones abajo. Arrastrándose sobre las rodillas, el joven se incorporó con los ojos fijos en Connolly, y luego emitió lo que sonó como un grito nasal agudo, provocado en parte por el miedo y en parte por la turbación. Connolly volvió la mirada desde la galería y se fijó en que varios indios se habían reunido en el embarcadero y lo observaban con la misma expresión de curiosidad embelesada.

Pereira le dio una palmada en el hombro de Connolly.

—Le dije que iba a impresionarlos. ¿Ha visto eso, Ryker?

Ryker asintió secamente. Cuando entraron en la sala de estar, se quitó el sombrero de paja y lo lanzó a un sofá bajo la ventana. La habitación estaba sucia y era sombría. Toscos estantes de bambú colgaban de las paredes, ornamentados con unas pocas figuritas primitivas talladas en marfil y en bambú. En el centro había un par de mecedoras y una mesa que parecía insignificante frente al inmenso tocador victoriano de caoba que se alzaba en la pared del fondo. Con sus espejos de bordes biselados y sus molduras ornamentales, era como un altar expoliado de una catedral. A primera vista parecía inclinado hacia un costado, pero luego Connolly advirtió que las patas traseras habían sido cuidadosamente elevadas sobre el suelo desnivelado con pequeñas cuñas. En el centro del tocador, cuyos múltiples reflejos se reproducían infinitamente en un par de espejos laterales, había un despertador de alarma, de esos baratos y ruidosos. Un rifle de repetición Winchester estaba apoyado a un lado, contra la pared.

Ryker invitó a Pereira y a Connolly a que se sentaran, y levantó la persiana de la ventana del fondo. Fuera se veía el poblado, con las chozas agrupadas en círculo. Unos pocos indios estaban en cuclillas en las sombras, con las lanzas sujetas en vertical entre las rodillas. Connolly observó cómo Ryker se paseaba por delante de él, dándose cuenta de que la impaciencia del hombre se había transformado ahora en un nerviosismo leve pero perceptible. Ryker miró con fastidio por la ventana, al parecer molesto porque los indios se iban reuniendo lentamente frente a sus chozas.

Un olor desagradablemente dulzón impregnaba la casa, y Connolly vio por encima del hombro que en la mesa había un enorme fardo de pieles de animales pequeños, ratones de campo, o algún otro roedor de la selva. Las pieles no estaban todo lo bien curtidas que deberían estar, y pellejos de sangre coagulada colgaban de los bordes.

Ryker sacudió la mesa con el pie.

—Bueno, aquí tienes —le dijo a Pereira—. Doce docenas. Te aseguro que ha costado mucho conseguirlas. ¿Has traído el reloj?

Pereira asintió, sin soltar el paquete. Miró con desagrado las pieles desaliñadas y

húmedas.

—¿Has metido también alguna rata, Ryker? No tienen muy buena pinta. Tal vez convendría comprobarlas fuera...

—¡Maldita sea, Pereira, no seas estúpido! —espetó Ryker—. Eso es todo lo que conseguirás; no hay nada mejor. Yo mismo tuve que limpiar más de la mitad de esas pieles. Vamos a echarle un vistazo al reloj.

—Espera un minuto. —La actitud tolerante y jovial del capitán se había endurecido. Sacando el máximo partido de su ventaja temporal, estiró la mano y rozó una de las pieles con cautela y sacudió la cabeza—. Puaj... ¿Sabes cuánto pagué por este reloj, Ryker? Setenta y cinco dólares. Ese es tu crédito de tres años. No estoy tan seguro. Y tú no me ayudas mucho, sabes. Ahora, ¿qué hay de ese avión que se fue abajo?

Ryker chasqueó los dedos.

—Olvídalo. No cayó por aquí. Los nambas me lo cuentan todo. —Se volvió a Connolly—. Créame, no hay rastro de ningún avión por aquí. Cualquier misión de rescate sería una pérdida de tiempo.

Pereira estudió a Ryker con ojos críticos.

—De hecho, no era un avión. —Señaló la insignia del hombro de Connolly—. Era una cápsula espacial... con un hombre a bordo. Un hombre muy importante y valioso. Nada menos que el piloto lunar, el coronel Francis Spender.

—Bueno... —Ryker levantó las cejas con fingida sorpresa, se acercó a la ventana y vio a un grupo de indios que habían avanzado hasta la mitad del campamento—. ¡Por Dios! ¿Qué será lo siguiente? El piloto lunar. ¿De verdad creen que está por aquí? Menudo lugar para venir a caer. —Se asomó por la ventana y lanzó unos gritos. Los indios retrocedieron unos pocos pasos y se quedaron quietos—. Malditos estúpidos —murmuró Ryker—, esto no es un zoo.

Pereira le tendió el paquete, y observó a los indios. Ahora había más de cincuenta, acucillados a la puerta de las chozas, algunos de los más jóvenes afilaban las lanzas.

—Son muy curiosos —le dijo a Ryker, que había dejado el paquete en el tocador y lo estaba desenvolviendo con sumo cuidado—. Seguramente han visto antes a un hombre de piel blanca, ¿no?

—No tienen nada mejor que hacer. —Ryker sacó el reloj de la caja y con gran cuidado lo colocó junto al despertador, cuyo ruidoso mecanismo ahogaba el sonido casi imperceptible del reloj de péndulo. Durante unos segundos Ryker miró las manecillas y los números ornamentales. Luego recogió el despertador y dándole una palmada de despedida, como un oficial que se despide de un soldado fiel pero estúpido, lo guardó en el armario de debajo. De buen humor otra vez, le palmeó el hombro a Pereira, desenfadadamente—. Capitán, cuando quieras más pieles de rata, lánzame un grito.

Retrocediendo, Pereira rozó con el talón el pie de Connolly, distrayéndolo de un problema al que había estado dando vueltas desde que habían entrado en la choza.

Como si fuera una pista oculta en una historia de detectives, estaba seguro de que había notado algo importante, pero no conseguía identificarlo.

—No nos preocuparemos por las pieles —dijo Pereira—. Lo que haremos con tu ayuda, Ryker, es parlamentar un poco con los jefes, a ver si recuerdan algo de esa cápsula.

Ryker clavó los ojos en los indios, que ahora ya estaban directamente bajo la galería. Irritado, bajó la persiana.

—Por el amor de Dios, Pereira, no saben nada. Dile al teniente que no está entrevistando a personas en Park Avenue o Piccadilly. Si los indios hubiesen visto algo, yo lo sabría.

—Tal vez. —Pereira se encogió de hombros—. Aun así, tengo órdenes de colaborar con el teniente Connolly, y unas preguntas no harán daño a nadie.

Connolly se incorporó.

—Habiendo llegado hasta aquí, capitán, creo que al menos deberíamos hacer dos o tres incursiones en la selva. —Y se dirigió a Ryker—: Han vuelto a calcular la trayectoria del vuelo final, y es posible que cayera más lejos de lo que creían al principio. Aquí, muy probablemente.

Ryker sacudió la cabeza, se tumbó en el sofá y enojado entrechocó un puño contra el otro.

—Supongo que eso significa que en cualquier momento van a aterrizar aquí con miles de excavadoras y lanzallamas. Maldita sea, teniente, si tienen que mandar un hombre a la Luna, ¿por qué no lo hacen desde su propio patio trasero?

Pereira se puso de pie.

—Nos habremos ido en un par de días, Ryker. —Asintió juiciosamente hacia Connolly, y se fue hacia la puerta.

Mientras Connolly se ponía de pie, Ryker dijo:

—Teniente. Usted puede responderme a una duda. —Una curva descendente le marcó la boca en un gesto desagradable—. ¿Por qué mandaron un hombre a la Luna?

Connolly se detuvo. Se había contenido durante la conversación porque no quería oponerse a Ryker. La grosería y el egoísmo del hombre le parecía algo más patético que molesto.

—¿Se refiere a las razones políticas y militares?

—No. —Ryker se levantó con los brazos en jarras, y estudió a Connolly detenidamente—. Me refiero a las verdaderas razones, teniente.

Connolly gesticuló con vaguedad. Por algún motivo, formular una respuesta satisfactoria parecía más difícil de lo que él había supuesto.

—Bueno, quizá podría decirse que se trata del natural espíritu de exploración.

Ryker se rio con sorna.

—¿En serio se cree eso, teniente? ¡«Espíritu de exploración»! ¡Por el amor de Dios, qué idea tan fantástica! Pereira no cree en eso, ¿verdad, capitán?

Antes de que Connolly pudiera responder, Pereira lo agarró del brazo.

—Vamos, teniente. No es momento para una discusión metafísica. —Y añadió, dirigiéndose a Ryker—: No importa mucho lo que usted y yo creamos, Ryker. Un hombre fue a la Luna y volvió. Necesita nuestra ayuda.

Ryker frunció el ceño con tristeza.

—Pobre tipo. Debe de sentirse muy satisfecho ahora. Aunque cualquiera que llegue hasta la Luna y esté tan loco como para volver se merece cualquier cosa.

Se oyó ruido de pasos en la galería, y cuando salieron a la luz del sol un par de indios se alejó corriendo por el embarcadero, mirando a Connolly con mucho interés.

Ryker se quedó en la puerta, contemplando el reloj con indiferencia, pero cuando estaban a punto de subirse a la lancha se acercó a ellos. Mirando de vez en cuando por encima del hombro el semicírculo de indios cada vez más cercano, miró a Connolly con desprecio sarcástico.

—Teniente —le gritó antes de continuar—. ¿Se le ha ocurrido que si Spender llegara a aterrizar, a lo mejor habría querido quedarse aquí?

—Lo dudo, Ryker —dijo Connolly sin alterarse—. De todos modos, no hay muchas posibilidades de que el coronel Spender siga vivo. Lo que nos interesa es encontrar la cápsula.

Ryker estaba a punto de responder cuando un débil zumbido metálico sonó en la cabaña. Miró alrededor bruscamente, esperando a que terminara, y por un momento todo el cuadro, compuesto por los hombres en la lancha, la figura demacrada en el borde del embarcadero, y los indios detrás él, quedó congelado en una postura absurdamente inmóvil. El mecanismo del viejo despertador, obviamente, tenía dada toda la cuerda, y el zumbido se prolongó durante treinta segundos hasta acabar en un sonido metálico seco y agudo.

Pereira sonrió mientras se miraba el reloj de pulsera.

—Está en hora, Ryker.

Pero Ryker había regresado a la cabaña, dispersando a los indios a su paso. Connolly observó cómo se disolvía el grupo, y entonces chasqueó los dedos.

—Tiene razón, capitán. Claro que está en hora —repitió mientras bajaban al camarote.

Evidentemente cansado por el encuentro con Ryker, Pereira se dejó caer junto al equipo de Connolly y se desabrochó la chaqueta.

—Siento lo de Ryker, pero se lo advertí. Francamente, teniente, podríamos irnos ahora mismo. Aquí no hay nada. Ryker lo sabe. Sin embargo, no es estúpido, y es muy capaz de simular todo tipo de pruebas si puede sacar algún provecho de usted. A él no le importaría que vinieran las excavadoras.

—No estoy tan seguro. —Connolly miró fugazmente por el ojo de buey—. Capitán, ¿Ryker tiene radio?

—Por supuesto que no. ¿Por qué?

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Es lo último que tendría ese hombre. De todos modos, aquí no

hay electricidad y no tiene baterías. —Se fijó en la expresión de Connolly—. ¿Qué tiene en mente, teniente?

—¿Usted es su único contacto? ¿No hay otros comerciantes en la zona?

—Ninguno. Los indios son muy peligrosos y no hay nada con que comerciar. ¿Por qué supone que Ryker tiene una radio?

—Debe tener una o algo muy parecido. Capitán, acaba usted de señalar que el viejo despertador estaba en hora. ¿No se le ha ocurrido preguntarse cómo es posible?

Pereira se incorporó con lentitud.

—Teniente, es usted muy listo.

—Sabía que había algo raro en esos dos relojes puestos el uno junto al otro. Ese tipo de relojes son los más baratos que puedan conseguirse, patentemente inexactos. A menudo atrasan hasta dos o tres minutos al día. Pero ese reloj daba la hora correcta con un error de diez segundos. Ningún instrumento óptico le daría ese grado de exactitud.

Pereira se encogió de hombros con escepticismo.

—Pero hace más de cuatro meses que no vengo por aquí. Y hasta entonces él nunca comparaba su hora con la mía.

—Por supuesto que no. No le hace falta. La única explicación posible para semejante precisión es que Ryker recibe diariamente información sobre la hora, ya sea por radio o por alguna otra señal de largo alcance.

—Espere un momento, teniente. —Pereira contempló la luz del ocaso entre los árboles—. Es una coincidencia notable, pero debe de haber una explicación inocente. No salte directamente a la conclusión de que Ryker se ha apoderado de algún instrumento de la cápsula lunar perdida. Otros aviones se han estrellado en la selva. ¿Y cuál sería el propósito? Ryker no dirige una línea aérea ni un ferrocarril. ¿Para qué necesitaría saber la hora, la hora exacta, con una precisión de diez segundos?

Connolly tamborileó con los dedos sobre la tapa de la caja de instrumentos, tratando de calmar su creciente exasperación ante la renuencia de Pereira a tratar el asunto en serio, ante su actitud permisiva de tolerancia perezosa hacia Ryker, los indios y la selva. Era obvio que inconscientemente le molestaba que Connolly se inmiscuyera en los secretos de este mundo privado.

—Los relojes son la obsesión de Ryker —continuó Pereira—. Tal vez haya desarrollado una increíble sensibilidad por sus mecanismos. Conocer la hora exacta podría ser como un sustituto de la civilización a la que dio la espalda. —Pereira humedeció pensativamente la punta de su puro—. Pero estoy de acuerdo en que es muy extraño. Puede que valga la pena investigar un poco, después de todo.

Después de pasar una noche agradablemente fresca gracias al aire acondicionado del camarote, Connolly, al día siguiente, empezó a explorar discretamente la zona. Pereira bajó a tierra dos botellas de *whisky* y un sifón de soda, y pudo distraer la atención de Ryker mientras Connolly recorría el área con el equipo de rastreo. En dos ocasiones oyó los gritos de burla que Ryker le lanzaba desde una de las ventanas,

mientras bebía de su vaso de *whisky*. A ratos, cuando Ryker se quedaba dormido, Pereira salía de la cabaña, con el uniforme empapado de sudor, y trataba de ahuyentar a los indios.

—Mientras no se aleje demasiado de Ryker estará a salvo —le dijo a Connolly. Una buena cantidad de senderos recién abiertos cruzaba la maleza en todas direcciones, y se añadía uno nuevo cada vez que alguien entraba o salía del poblado. Aquel laberinto ocupaba varios kilómetros a la redonda—. Si se pierde, no se deje dominar por el pánico. Quédese donde está. Tarde o temprano lo encontraremos.

Un rato después, Connolly renunció a localizar las señales de la cápsula perdida —no se oía nada en las bandas de sonar ni en las de radio—, y trató de comunicarse mediante señas y gestos con los indios, pero a excepción de uno, el chico de ojos húmedos y lípidos que había estado mirándolo con atención desde la galería de la cabaña, todos lo miraban sin expresión alguna. Pereira identificó al chico como el hijo del antiguo brujo de la tribu: «De alguna manera, Ryker le había usurpado las funciones. Y el viejo, por alguna razón, perdió la confianza de la tribu». Mientras que los demás indios observaban a Connolly como si vieran una sombra invisible y espiritual, como si del cuerpo del teniente manara un nimbo incorpóreo, el joven parecía entender que Connolly tenía algún talento especial, puede que no tan distinto de los que su padre utilizaba en el pasado. Sin embargo, los intentos de Connolly para hablar con el joven no eran aconsejables porque el muchacho sufría de una oftalmía purulenta de origen gonocócico y extremadamente contagiosa, por lo que le lloraban los ojos continuamente. Muchos de los indios sufrían esa misma enfermedad, amenazados por una ceguera permanente, y Connolly había observado que se trataban los ojos con un agua en la que disolvían una corteza aromática.

La informal autoridad con que Ryker trataba a los indígenas intrigaba a Connolly. Retrepado en la silla, apoyado contra el tocador de caoba y acariciando con una mano el reloj de bronce, Ryker se pasaba el rato compartiendo con Pereira una charla nostálgica y quejumbrosa. Luego, ajeno a cualquier peligro, Ryker deambulaba hasta las chozas polvorientas, se abría paso a trompicones entre los indios, y los mandaba a buscar leña para el destilador de agua, tirando con malos modos de los que estaban en cuclillas. A Connolly le interesaba la reacción de los indios ante la violencia del trato. Parecían someterse no porque creyeran en la fuerza de su personalidad o porque creyeran que era una especie de rey, sino porque aceptaban a regañadientes que, por el momento, en todo caso, Ryker tenía la sartén por el mango. Sin duda Ryker les era útil de algún modo, como intermediario ante la misión, pero esto no bastaba por sí solo para explicar el origen de ese poder. Más allá de ciertos límites más o menos definidos —el perímetro del poblado— su autoridad era mínima.

En la mañana del segundo día llegó un atisbo de explicación, cuando Connolly se perdió accidentalmente en la selva.

Después del desayuno, Connolly se sentó bajo el toldo de la cubierta de la lancha a



contemplar la superficie marrón y densa del río. El poblado estaba en silencio. Durante la noche los indios habían desaparecido en la selva. Como los lemmings, eran aparentemente propensos a esos impulsos irresistibles. De vez en cuando, esa llamada nómada era tan fuerte que los llevaba a trescientos cincuenta kilómetros de distancia. Otras veces empezaban el viaje muy animados y perdían todo interés a medio camino, y regresaban al poblado, abatidos y en grupos pequeños.

Decidido a sacar el máximo provecho de su ausencia, Connolly cargó el equipo de rastreo y se subió al embarcadero. Unas cuantas hogueras casi apagadas humeaban entre las chozas, y el suelo rojo estaba cubierto de utensilios abandonados y cerámica rota. A lo lejos se había levantado la bruma matinal sobre la selva, y Connolly vio lo que parecía una pequeña colina, una elevación de no más de treinta metros de altura y que se elevaba sobre el suelo plano de la selva a menos de medio kilómetro de distancia.

A la derecha, alguien se movió entre las chozas. Un viejo estaba sentado solo entre la cerámica rota y las cestas de rafia, con las piernas cruzadas bajo un pequeño toldo improvisado. Apenas distinguible del polvo del suelo, la figura moribunda parecía contener toda la futilidad de la selva amazónica.

Todavía pensando en los motivos de Ryker para exiliarse en la selva, Connolly se encaminó hacia la colina.

La noche anterior Ryker se había comportado de un modo raro. Poco después del ocaso, cuando el sol se hundía en el horizonte del oeste inundando la selva en un resplandor azul y dorado, la continua charla y el movimiento de los indígenas habían cesado de repente. A Connolly le había gustado aquel silencio, pues el incesante crujido de las cañas de ratán y de las piedras de molino con que los indígenas trituraban los alimentos enviados por el gobierno se habían vuelto un sonsonete monótono. Pereira hizo varias visitas cautelosas al límite del poblado, y le explicó que los indios estaban sentados en un amplio círculo fuera de las chozas, mirando hacia la cabaña. Ryker, por su parte, descansaba a la luz de la luna en la galería, con la mano en la barbilla y una bota sobre la barandilla, observando malhumorado a los miembros reunidos de la tribu.

—Han sacado las lanzas y las plumas ceremoniales —susurró Pereira—. Por un momento estuve a punto de creer que preparaban un ataque.

Después de esperar media hora, Connolly subió al embarcadero y encontró a los indios en cuclillas en un círculo oscuro y silencioso, con Ryker de pie, mirándolos. Solo el hijo del brujo trató de acercarse a Connolly, deslizándose discretamente entre las sombras. Llevaba lo que parecía un objeto de obsidiana azul en la mano, algún talismán de su padre que había perdido sus poderes.

Inquieto, Connolly regresó a la lancha. Todos estaban durmiendo cuando, poco después de las tres, los despertó un chillido tremendo. Al llegar a cubierta, oyeron el ruido de una estampida de pies por el polvo, el siseo de las hogueras apagadas y los recipientes volcados. Ryker, que al parecer encabezaba el grupo, exclamó una serie

de órdenes y desapareció en la selva. Un minuto más tarde, el poblado estaba desierto.

—¿A qué está jugando Ryker? —murmuró Pereira, mientras ambos hombres observaban desde el embarcadero a la luz de una luna polvorienta—. Esa debe de ser la fuente de su autoridad sobre los nambas. —Desconcertados, volvieron a sus camas.

Cuando llegó al límite de la colina, Connolly se paseó por un pequeño huerto que había vuelto a la naturaleza, oyendo aún en su mente el rugido triunfante con que la voz de Ryker había cortado el silencio de la selva. Recogió ociosamente algunas guayabas maduras y unos cajús de colores vivos y zumo ácido y aromático. Tras escupir la pulpa, buscó la manera de salir del huerto. A los pocos minutos se dio cuenta de que se había perdido.

La colina que desde lejos parecía un montículo compacto, era en realidad un conjunto de pequeñas elevaciones, restos de lo que en el pasado había sido un sistema pantanoso cerrado, y las cuencas entre las pendientes aún eran profundos y peligrosos fangales. Connolly dejó el equipo a los pies de un árbol. Sacó la pistola y disparó al aire dos veces, con la esperanza de llamar la atención de Ryker y de Pereira. Se sentó a esperar que lo rescataran, aprovechando la oportunidad para sacar el equipo de monitorización y limpiar los diales.

Tras diez minutos de espera no había llegado nadie. Sintiéndose un poco desmoralizado, y temiendo que los indios dieran con él, Connolly se echó el equipo al hombro y empezó a caminar hacia el noroeste, aproximadamente en dirección al poblado. El terreno se elevó en una pendiente. De repente, cuando cruzó una fila de magnolios silvestres, irrumpió en un claro en lo alto de un promontorio.

En cuclillas, con las espaldas contra los troncos de los árboles y entre la hierba alta se encontraban todos los miembros de la tribu nambikwara. Lo miraban con una expresión inmóvil y vigilante, y los ojos les brillaban como abalorios entre la maleza. Era muy probable que ya estuvieran sentados en el claro, a solo cincuenta metros de él, cuando había disparado el arma, y Connolly tuvo la inquietante impresión de que esperaban a que llegara exactamente por el lugar que había elegido.

Vacilante Connolly, aferró con más fuerza el aparato de radio. Los rostros de los indios parecían de teca bruñida, y llevaban los hombros pintados con un delicado mosaico de colores terrosos. Al ver las lanzas levantadas en la hierba, Connolly echó a caminar por el claro hacia una brecha entre los árboles.

Los indios se quedaron allí inmóviles durante unos minutos. Después, con un coro de aullidos, emergieron de las hierbas altas y rodearon a Connolly sin dejar de parlotear entre ellos. Ninguno medía más de un metro y medio, pero los cuerpos ágiles y corpulentos le entorpecían la marcha. Al rato se apaciguó la algarabía, y dos o tres de sus líderes se adelantaron para inspeccionar a Connolly con más detalle, lo pellizcaron y lo tocaron, presionando sus carnes con el pulgar y el índice, como expertos examinando un interesante objeto taxidérmico.

Por último, tras emitir una serie de chillidos agudos y gruñidos, los indios

avanzaron hacia el centro del claro, obligando a Connolly a precederlos con violentas palmadas en las piernas y en la espalda, como arrieros instigando a un gran cerdo. Parloteaban furiosamente entre sí, y algunos cortaban la hierba con los machetes y juntaban manojos en los brazos.

Connolly tropezó con algo entre la hierba alta y cayó de rodillas. La correa del equipo se le soltó, y al levantarse y reacomodarse el pesado equipo, el revólver se le cayó a los pies y se le perdió.

Ahora ya presa del pánico, empezó a gritar por encima de las cabezas que flotaban a su alrededor, y para sus sorpresa, oyó que uno de los indios que iba junto a él les gritaba algo a los demás. Enseguida el estribillo circuló de boca en boca, y la multitud se detuvo y volvió a formar un cordón a su alrededor. Jadeando, Connolly se calmó, y empezó a buscar por la hierba su revólver, y entonces se dio cuenta de que los indios ya no lo observaban a él, sino al equipo de rastreo. Las seis manecillas oscilaban furiosamente tras aquella marcha precipitada por el claro, y los indios habían bajado los machetes y las lanzas para mirar boquiabiertos las agujas temblorosas.

En ese instante estalló un grito en el linde del claro, y un hombre corpulento y de cara feroz, con sombrero de paja, empuñando una carabina como si fuera un palo, se abrió paso entre los indios y los obligó a retroceder. Connolly se sacó el equipo del cuello, y sintió en el codo la mano firme de Pereira.

—Teniente, teniente —le reprochó Pereira en voz baja, cuando recuperaron la pistola y emprendieron el camino de regreso al poblado, mientras el griterío de los indios se apagaba entre la maleza—, un poco más y llegamos justo a tiempo para rezar por usted.

Esa tarde Connolly se sentó en una silla de lona en la cubierta de la lancha. Casi la mitad de los indios estaba de vuelta, y todos vagabundeaban entre las chozas como si no supieran qué hacer, pateando las hogueras. Ryker, cuya autoridad se había reafirmado, estaba de vuelta en la cabaña al final del embarcadero.

—Me dijo que no eran caníbales —le recordó Connolly a Pereira.

El capitán chasqueó los dedos, como si estuviera pensando en algo más importante.

—Y es cierto. No se preocupe, teniente, no terminará sus días metido en una gran cacerola. —Cuando Connolly se calmó, el capitán se balanceó animado sobre los talones. Se había planchado el uniforme, y llevaba puestos el cinturón de la pistola y la correa modelo Sam Brown reglamentaria. La visera de la gorra casi le cubría los ojos. Era evidente que el peligro que había sufrido Connolly confirmaba alguna sospecha privada de Pereira—. Escuche, no son caníbales en el sentido dietético del término, tal como lo entienden en la Organización para la Alimentación y la Agricultura cuando clasifican a las tribus indígenas. No cazan presas humanas ni las prefieren a otras. Pero —entonces el capitán miró a Connolly a los ojos— en ciertas

circunstancias, después de una ceremonia de fertilidad, por ejemplo, suelen comer carne humana. Como todos los integrantes de las comunidades primitivas pequeñas numéricamente, los nambikwaras nunca entierran a los muertos. En cambio, se los comen, como medio de conservar lo perdido y perpetuar la identidad corpórea de los difuntos. ¿Lo entiende ahora?

Connolly hizo una mueca de disgusto.

—Me alegro de saber que he estado a punto de ser perpetuado.

Pereira miró hacia el poblado.

—En realidad, nunca se comerían a un hombre blanco, eso sería corromper a la tribu. —Hizo una pausa—. Al menos, eso es lo que siempre he oído. Es extraño, parece que hay algo... Escuche, teniente —explicó—, no puedo ordenar los hechos, pero estoy convencido de que deberíamos quedarnos unos días más. Hay varios elementos que me hacen sospechar que Ryker nos está ocultando algo. Esa colina donde usted se perdió es una especie de túmulo sagrado, y por la forma en que los indios miraban su equipo, tengo la certeza de que ya han visto algo parecido antes... tal vez un tablero con muchos diales luminosos...

—¿La Goliath 7? —Connolly negó con la cabeza, escéptico. Escuchó cómo las olas del río salpicaban sordamente contra la quilla de la embarcación—. Lo dudo, capitán. Me gustaría creerle, pero por alguna razón no parece muy probable.

—Estoy de acuerdo. Es preferible cualquier otra explicación. Pero ¿cuál? Los indios estaban en cuclillas sobre la colina, esperando que alguien llegara. ¿Qué otra cosa podría haberles recordado el equipo de monitorización?

—¿El reloj de Ryker? —sugirió Connolly—. Tal vez les parezca un amuleto, un juguete mágico.

—No —dijo Pereira categóricamente—. Estos indios son muy pragmáticos, los juguetes inútiles no les impresionan. Que no lo hayan matado significa que el equipo tenía para ellos un poder muy real, muy terrenal. Mire, supongamos que la cápsula aterrizó aquí y fue enterrada en secreto por Ryker, y que los relojes de algún modo lo ayudan a identificar su paradero. —Pereira se encogió de hombros, optimista—. Es una posibilidad.

—Muy difícil —dijo Connolly—. Además, Ryker no pudo enterrar la cápsula él solo, y si el coronel Spender hubiera sobrevivido al descenso, Ryker lo habría ayudado.

—No estoy tan seguro —dijo Pereira, pensativo—. Probablemente, a nuestro amigo Ryker le habría parecido muy divertido que un hombre se tomara el trabajo de volver de la Luna solo para que lo mataran unos salvajes. Una broma demasiado buena para dejarla pasar.

—¿Qué creencias religiosas tienen estos indios? —preguntó Connolly.

—Ninguna religión en sentido formal, con un credo o un dogma. Como se comen a los muertos, no necesitan crear otra vida para resucitarlos. En general profesan lo que los antropólogos llaman «culto a la carga». Como ya le he dicho, son muy

pragmáticos. Por eso son tan perezosos. Suponen que en algún momento del futuro llegará una nave mágica o un pájaro gigante y les traerá una inagotable cornucopia de bienes terrenales, y lo único que hacen es sentarse a esperar que llegue ese gran día. Ryker alienta ese tipo de ideas. Es muy peligroso... En algunas islas melanesias las tribus que practican el culto a la carga degeneraron por completo. Se pasan el día tirados en las playas, esperando a que llegue la nave voladora de la Organización Mundial de la Salud...

La voz se le perdió en un murmullo. Connolly asintió y dijo las palabras que Pereira había callado.

—O... ¿una cápsula del espacio?

A pesar de la creciente aunque confusa convicción de Pereira de que en la zona había algo relacionado con la cápsula espacial perdida, Connolly todavía era escéptico. El riesgo corrido hacía que ahora se sintiera extrañamente tranquilo e insensible, y pensaba en el peligro de muerte que había sufrido con una especie de desprendimiento fatalista, identificándola con el anónimo flujo y reflujo de la vida en la selva amazónica, con sus miles de muertos no recordados, y con el paisaje de árboles muertos en los senderos de la selva que rodeaba al poblado. Habían bastado dos días para que la selva empezara a invadir su mente con su propia lógica, y la posibilidad de que la nave hubiera aterrizado en esa zona le parecía cada vez más lejana. Los dos elementos pertenecían a distintos sistemas del orden natural, y cada vez le costaba más imaginarlos juntos. Además, tenía una razón más profunda para su escepticismo, subrayada por la referencia de Ryker a las razones reales de los vuelos espaciales. La implicación era que todo el programa espacial era un síntoma de que algún malestar inconsciente afligía a la humanidad, y en particular a la tecnocracia occidental, y que tanto las naves espaciales como los satélites se habían lanzado porque sus vuelos satisfacían ciertas compulsiones y deseos enterrados. Por el contrario, en la selva, donde el inconsciente se manifestaba completamente expuesto, no había necesidad de aquellas proyecciones demenciales, y la probabilidad de que el Amazonas desempeñara algún papel en el éxito o el fracaso de un vuelo espacial era, por una especie de paralaje psicológico, cada vez más borrosa y distante, pues la propia cápsula perdida se convertía en un fragmento de una fantasía que se desintegraba.

No obstante, accedió a que Pereira llevara el equipo de rastreo, pues esa noche pensaba seguir a Ryker y a los indios cuando se internaran en la selva.

Una vez más, después del ocaso, el silencio ritual cayó sobre el poblado, y los indios se reunieron a la puerta de las chozas. Como un perezoso príncipe en el exilio, Ryker estaba tumbado en la galería, mirando de vez en cuando el reloj a través de la ventana. En el claro de la luna, incontables ojos húmedos y oscuros lo observaban sin pestañear.

Por fin, media hora después, Ryker despertó su enorme cuerpo a la vida y

lanzando una serie de gritos muy fuertes cruzó el poblado a la carrera, provocando una verdadera estampida de indios hacia la selva. A lo lejos, ligeramente esbozada bajo la luz de la luna en cuarto creciente, la joroba plana del túmulo tribal se erguía sobre la negra bóveda de la maleza. Pereira esperó a que se apagara el fragor de la estampida, luego subió al embarcadero y desapareció en las sombras.

En la distancia, Connolly oía los gritos apagados de Ryker y sus hombres mientras se abrían paso por la selva, y el ruido sordo de los machetes cortando las hierbas altas. La brisa hizo estallar un rescoldo en el otro extremo del poblado, iluminando al viejo que había visto por la mañana, probablemente el olvidado brujo. Junto a él había una silueta más delgada, el joven de ojos límpidos que había estado siguiendo a Connolly.

Una puerta chirrió en la galería de la cabaña, y Connolly vio la lejana imagen de la luna reflejada en el río y a su vez en los espejos del tocador de caoba. Connolly se fijó en que la puerta golpeaba débilmente contra el marco. Luego caminó por el embarcadero hasta la escalera.

En los estantes de bambú había unas viejas latas de tabaco, y en un rincón detrás de la puerta unas cuantas botellas vacías y desordenadas. El reloj de bronce estaba dentro del tocador de caoba. Tras tantear las puertas, cerradas con un grueso candado, Connolly vio un viejo libro encuadernado en rústica sobre el tocador, junto a una caja de cartuchos medio vacía.

La pequeña impresión en negro de la cubierta, sobre un fondo rojo descolorido, emborronada por el sudor de los dedos de Ryker era apenas inteligible. A primera vista parecía una colección de tablas de logaritmos. Eran unas ochenta páginas, todas repletas de nítidas columnas de cifras y tabulaciones.

Connolly se acercó curioso a la puerta con el manual en la mano. La portada era más explícita:

ECO III

TABLAS CONSOLIDADAS

DE TRAYECTORIAS CELESTES

1965-1980

*Publicado por National Astronautics & Space Administration, Washington, D. C., 1965, Parte XV. Longitud 40-80 Oeste, Latitud 10 Norte-35 Sur (Continente Sudamericano).*

*Precio: 35 c.*

Con creciente curiosidad, Connolly empezó a pasar las páginas. El manual se abrió en la sección titulada: «Lat. 5 Sur. Long. 60 Oeste». Recordó que esa era la posición aproximada de Campos Buros. Tabuladas por año, mes y día, las columnas de cifras enumeraban las elevaciones e indicaciones astronómicas para avistar al satélite Eco III, la última de las enormes esferas de aluminio que orbitaba la Tierra desde el lanzamiento del Eco I en 1959. Toscas líneas en lápiz tachaban todos los registros hasta el año 1968. En ese punto, las marcas eran individuales, y cada minúsculo registro estaba cruzado por una pequeña tilde. Los borrones de lápiz le daban un tono gris a las páginas.

Guiándose por ese cuidadoso mosaico de rayitas, Connolly encontró el último registro: «17 de marzo de 1978». La hora y la ubicación eran: «1.22 a. m. Elevación 43 grados ONO, Capella-Erídano». El registro del día siguiente, una línea más abajo, señalaba una hora más tarde y una orientación levemente diferente.

Sacudiendo la cabeza con tristeza, admirado por la inteligencia de Ryker, Connolly miró su reloj. Era la una y veinte, y faltaban dos minutos hasta la próxima aparición. Miró el cielo en busca de la constelación de Erídano, de la que surgiría el satélite.

Esto explicaba el poder de Ryker sobre los indios. Sin duda no había nada mejor para que un hombre blanco físicamente mermado demostrara autoridad sobre una tribu de salvajes primitivos. Armado solo con una colección de tablas y un reloj fiable, prácticamente podía señalar la aparición del satélite en el primer segundo de su trayectoria visible. Los indios, por supuesto, estaban maravillados y asombrados ante aquel auriga fantasmal del cielo nocturno, continuando incansable su ronda cósmica, como la luz de un faro que atravesara los abismos más profundos de sus propias mentes. Los poderes que Ryker se había cuidado de atribuir al satélite parecerían confirmados por su habilidad para controlar el tiempo y el lugar de su aparición.

Connolly ahora comprendió por qué el despertador daba la hora correcta, por las tablas. Todas las noches Ryker leía la hora exacta en el cielo. Era de suponer que un reloj más preciso le evitaría la necesidad de perder tiempo esperando la llegada del satélite, ahora podría partir hacia el túmulo con escasos minutos de anticipación.

Mientras caminaba por el embarcadero, Connolly miró hacia el cielo. A lo lejos se oyó un grito en el aire de la noche, cruzando la selva como un fantasma. Sentado en la proa de la lancha, el timonel emitió un gruñido y señaló el cielo por encima de la orilla contraria. Siguiendo el brazo levantado, Connolly pronto descubrió el veloz punto luminoso. Iba directamente hacia el túmulo. El satélite surcaba el cielo a una velocidad constante, parpadeando por detrás de los cirros altos, una nave incorporada al culto de los nambikwaras.

El satélite estaba a punto de desaparecer entre las estrellas del sudeste cuando un leve sonido de pasos llamó la atención de Connolly. Se volvió y vio al joven de ojos

húmedos, el hijo del brujo, a poca distancia, de pie, mirándolo con expresión triste.

—Hola, muchacho —lo saludó Connolly. Señaló el satélite que desaparecía—. ¿Ves la estrella?

El joven asintió casi imperceptiblemente. Dudó un instante, los ojos le brillaban como lunas anegadas, luego se acercó y tocó el reloj de pulsera de Connolly, raspando la esfera con la uña.

Perplejo, Connolly dejó que el joven examinara el reloj. El chico miró cómo giraba el segundero con una expresión atónita y extasiada. Con rápidos movimientos de cabeza, señaló el cielo.

Connolly sonrió.

—Entonces ¿lo entiendes? ¿Has estado atento a lo que hacía el viejo Ryker, no? —dijo, asintiendo alentadoramente al joven, mientras este seguía dando golpecitos en el reloj con impaciencia, al parecer en un esfuerzo por evocar un segundo satélite. Connolly se echó a reír—. Lo siento, muchacho. —Le dio una palmadita al manual—. Lo que en realidad necesitas es este montón de comodines.

Connolly empezaba a volver hacia la cabaña cuando el joven corrió impulsivamente y le cerró el paso, abriendo las piernas en una postura agresiva. Luego, con gran ceremonia, extrajo un objeto con una tapa de cristal, algo que Connolly recordó haber visto antes en sus manos.

—Parece interesante. —Connolly se inclinó para observar el objeto, y bajo la luz de la luna pudo distinguir una esfera luminosa antes de que el joven lo ocultara—. Un momento, muchacho. Déjame echarle otro vistazo.

Tras una pausa se repitió la pantomima, pero el joven se mostraba reacio a dejar que Connolly lo inspeccionara más allá de un instante fugaz. Connolly vio de nuevo una esfera indicadora y una aguja que oscilaba. Entonces el joven dio un paso y tocó la muñeca de Connolly.

Connolly se apresuró a soltar la correa metálica. Le dio el reloj al joven, quien enseguida dejó el instrumento en el suelo. Hecho el trueque, tarareó feliz y corrió hasta desaparecer entre los árboles.

Inclinándose y evitando tocar el instrumento con las manos, Connolly examinó la esfera. El armazón metálico estaba roto, como si lo hubiesen arrancado de un panel de control con una herramienta precaria. Pero la cubierta de cristal y la esfera estaban intactas. En el centro podía leerse:

ALTÍMETRO LUNAR  
MILLAS: 100  
GOLIATH 7  
GENERAL ELECTRIC CORPORATION  
SCHENECTEDY

Connolly recogió el instrumento y lo sostuvo en las manos ahuecadas, sintiéndose por



un segundo como Perceval con el Santo Grial entre las manos. Los sellos de presión estaban rotos, y el giróscopo flotaba libremente sobre el colchón de aire. La aguja indicadora se deslizaba de un lado a otro de la escala como un pájaro elegante.

El embarcadero crujió bajo unos pasos que se acercaban. Connolly vio al capitán Pereira, empapado en sudor, con la gorra en una mano y balanceando el equipo en la otra.

—¡Mi querido teniente! —jadeó—. Espere a que le cuente, menuda farsa, es extraordinario. ¿Sabe lo que hace Ryker? Es tan simple que parece increíble que nadie lo haya pensado antes. Una magnífica broma de mal gusto. —Sin dejar de jadear se sentó en el fardo de pieles y se apoyó contra la escalera—. Le daré una pista: Narciso.

—Eco —replicó Connolly con indiferencia, sin dejar de mirar el instrumento en sus manos.

—¿Lo ha descubierto? ¡Chico listo! —Pereira se limpió la visera de la gorra—. ¿Cómo se dio cuenta? No era tan obvio. —Cogió el manual que le ofrecía Connolly—. ¿Qué demonios...? Ah, ya veo, así queda todo aclarado. Por supuesto. —Se palmeó la rodilla con el manual—. ¿Encontró esto en la cabaña? Me quito el sombrero ante Ryker —continuó mientras Connolly dejaba el altímetro en el embarcadero—. Francamente, el truco es muy hábil. Imagínese, él llega aquí, encuentra una tribu que practica un arraigado culto a la carga, abre el manual y dice: «Presto, la gran nave blanca no tardará en llegar: ¡ahora!».

Connolly asintió, luego se levantó y se secó las manos con un pedazo de ratán. Cuando Pereira dejó de reírse, señaló la esfera luminiscente del altímetro que tenían a los pies.

—Capitán, llegó alguna cosa más —dijo en voz baja—. No se preocupe por Ryker y el satélite. Esa carga aterrizó de verdad.

Mientras Pereira se arrodillaba y estudiaba el altímetro con un silbido de asombro, Connolly caminó hasta el borde del embarcadero y miró hacia la amplia superficie del río silencioso, hacia los enormes árboles que colgaban sobre el agua, mudos y abandonados en un funeral cataclísmico, su fina voz de plata arrastrada por la marea muerta.

A la mañana siguiente, media hora antes de partir, Connolly esperaba en cubierta mientras el capitán Pereira terminaba de interrogar a Ryker. El sol caía vertical sobre el poblado desierto, de nuevo abandonado por los indios. Una voluta de humo blanco describía una larga curva en el cielo. El viejo brujo y su hijo habían desaparecido, tal vez para probar su habilidad en una tribu vecina, pero Connolly no lamentaba la pérdida de su reloj. Abajo, puesto a buen recaudo junto con el equipaje, estaba el altímetro, celosamente esterilizado y sellado. En la mesa, frente a él, a no más de medio metro de distancia de la pistola en su funda, estaba el manual de Ryker.

Por alguna razón, no quería ver a Ryker, pese al desprecio que sentía por él, y

cuando Pereira salió de la cabaña comprobó con alivio que venía solo. Connolly había decidido que no iba a volver con los grupos de rescate, cuando vinieran en busca de la cápsula. Pereira los guiaría perfectamente.

—¿Y bien?

El capitán mostró una breve y débil sonrisa.

—Oh, lo ha admitido, por supuesto. —Se sentó en la borda y señaló el manual—. Después de todo, no tenía otra opción. Sin eso, su existencia aquí habría sido insostenible.

—¿Admitió que el coronel Spender aterrizó aquí?

Pereira asintió.

—No con esas palabras, pero fue claro. La cápsula está enterrada en algún lugar bajo el túmulo, me imagino. Los indios capturaron al coronel Spender, y Ryker afirma que no pudo hacer nada para ayudarlo.

—Eso es mentira. Él me salvó en la selva, cuando los indios pensaron que yo acababa de aterrizar.

Encogiéndose de hombros, Pereira dijo:

—Las situaciones eran algo distintas. Además, tengo la impresión de que Spender se estaba muriendo de todas formas. Ryker dice que el paracaídas estaba casi completamente quemado. Probablemente aceptó el *fait accompli*, y decidió no hacer nada y esconder el asunto, incorporando el aterrizaje al culto a la carga. Muy útil también. Había estado engañando a los indios con el satélite Eco, pero tarde o temprano se habrían impacientado un poco. Después de que la Goliath se estrellara, por supuesto, ya estaban dispuestos a seguir observando el Eco eternamente, esperando el siguiente aterrizaje. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. No hace falta decir que Ryker considera todo el episodio como una broma macabra. Una broma dirigida a usted y a todo el mundo civilizado.

Un puerta se cerró de golpe en la galería y Ryker salió a la luz del sol. Con el torso desnudo y sin sombrero, se dirigió hacia la lancha.

—Connolly —gritó—. ¡Tiene mi caja de trucos!

Connolly se acercó a la mesa y acarició el manual. La culata de su pistola tocó el borde de la mesa. Levantó los ojos hacia Ryker, hacia su cuerpo corpulento y bronceado, bañado por la luz de la mañana. Pese al tono de voz aún beligerante, Ryker había experimentado un cambio sutil. El brillo sardónico en su mirada se había desvanecido, y ahora era visible el núcleo interior de desconfianza y sospecha que había amargado a ese hombre, apartándolo del mundo. Connolly comprendió que los papeles, curiosamente, se habían invertido. Recordó que Pereira había dicho que los indios estaban en equilibrio con su entorno, aceptando sus limitaciones y sin tratar de dominar el poder de la selva, en cierto sentido una suerte de externalización de sus propias psiques inconscientes. Ryker había alterado ese equilibrio, y al utilizar el satélite había traído el siglo xx y sus proyecciones psicópatas al corazón de la Amazonia profunda, transformando a los indios en una comunidad de mirones

supersticiosos y materialistas, con su cultura orientada hacia el mítico dios de la falsa estrella. Era Connolly el que ahora aceptaba la selva tal como era, viéndose a sí mismo y al abortado vuelo espacial desde esta nueva perspectiva.

Pereira le hizo una señal al timonel y el motor se puso en marcha con un rugido ahogado. La lancha golpeó levemente el embarcadero.

—¡Connolly! —La voz de Ryker era ahora más aguda, y el grito violento acabó en una nota alta. Por un momento, los dos hombres se miraron a los ojos, y en la mirada de Ryker, Connolly vio el aislamiento y la indefensión, su vano intento de identificarse con la selva.

Connolly recogió el manual, se inclinó hacia delante y lo lanzó por el aire hacia el embarcadero. Ryker trató de alcanzarlo pero no llegó a tiempo, entonces se arrodilló y logró cogerlo antes que se deslizara al agua entre los maderos. Aún de rodillas, los miró mientras recogían los cabos y la lancha se alejaba.

Avanzaron hasta alcanzar la corriente central, donde las olas rompían contra el casco levantando un halo de espuma.

Cuando llegaron a un recodo y la silueta de Ryker se desvaneció definitivamente entre las enredaderas y la luz solar, Connolly se volvió a Pereira.

—Capitán... ¿qué le pasó realmente al coronel Spender? Usted dijo que los indios no se comerían a un blanco.

—No, pero se comen a sus dioses —dijo Pereira.

# LAS TUMBAS DE TIEMPO

## I

Por lo general, al atardecer, mientras Traxel y Bridges salían al mar de arena, Shepley y el Viejo paseaban entre las tumbas de tiempo destrozadas, escuchando cómo crepitaban débilmente bajo la luz moribunda, mientras reaparecían los personajes desvanecidos, y las profundas bóvedas de cristal brillaban brevemente como cálices gigantescas.

La mayoría de las tumbas del límite sur del mar de arena habían sido despojadas siglos antes. Pero a Shepley le gustaba pasear por los pabellones dispersos, medio sumergidos en la arena caliente y antigua que jugaba con sus pies descalzos como las olas de una playa interminable. Solo entre las tumbas parpadeantes, junto a las cáscaras vacías de los últimos diez mil años, podía olvidar temporalmente su persistente sensación de fracaso.

Aquella noche, sin embargo, tendría que renunciar a la caminata. Traxel, que nominalmente era el líder del grupo de saqueadores de tumbas, le había advertido enfáticamente durante la cena de que tenía que pagar o marcharse. Durante tres semanas, Shepley había evitado a Traxel y a Bridges, poniendo una serie de excusas cada vez menos convincentes, y estos habían comenzado a impacientarse. Al Viejo lo toleraban por su vasto conocimiento del mar de arena —había peinado las tumbas en ruinas durante más de cuarenta años y conocía todos los arrecifes y los manantiales como la palma de la mano— y porque era una institución que de alguna manera personificaba la humilde vocación de ladrón de tumbas, pero Shepley hacía solo tres meses que estaba allí y no tenía nada que ofrecer excepto silencios taciturnos y odio contra sí mismo.

—Esta noche, Shepley —le dijo Traxel con firmeza y un tono de voz áspero—, tiene que encontrar una cinta. No podemos apoyarle indefinidamente. Recuerde que todos estamos tan ansiosos por marcharnos de Vergil como usted.

Shepley asintió, mirando la imagen reflejada en el cuenco de oro. Traxel estaba sentado a la cabecera de la mesa reclinable, con la chaqueta de cuello alto de terciopelo desabrochada. Rodeado por la vajilla de oro saqueada en las tumbas y el

vino tinto derramado de la jarra de Bridges sobre la mesa inclinada, Traxel parecía más un príncipe del Renacimiento que un doctor destituido. Traxel había sido alguna vez profesor de semántica, y Shepley se preguntaba qué escándalo lo habría traído a Vergil. Ahora, como una rata de cementerio registraba las tumbas de tiempo con Bridges, vendiendo las cintas a los museos de Psicohistoria, a dólar el palmo. A Shepley le resultaba imposible llegar a un acuerdo con el hombre alto y solitario. En cambio, Bridges, que solo era un matón, tenía una vena de buen humor socarrón que lo hacía tolerable. Pero con Traxel nunca podía relajarse. Tal vez la frialdad con que representaba la autoridad le recordaba a los arrogantes interrogadores, de mirada severa, que todavía perseguían a Shepley en sus sueños.

Bridges retiró la silla de una patada y se tambaleó alrededor de la mesa, dándole unas palmadas en los hombros a Shepley.

—Tú te vienes con nosotros, muchacho. Esta noche encontraremos una megacinta.

Afuera, el vehículo semioruga camuflado esperaba en un valle entre dos dunas. El antiguo palacio de verano se hundía lentamente en el desierto y el suelo de la sala de banquetes se inclinaba en la arena blanca como la cubierta de un barco que naufragara con todas las luces de los camarotes encendidas.

—¿Y usted, doctor? —preguntó Traxel al Viejo mientras Bridges saltaba al semioruga y apretaba el acelerador—. Sería un placer tenerlo con nosotros. —El Viejo negó con la cabeza mientras Traxel se volvía hacia Shepley—. Entonces ¿viene?

—Esta noche no —objetó Shepley rápidamente—. Más tarde ya me daré un paseo por los yacimientos de tumbas.

—¿A treinta kilómetros? —le recordó Traxel, observándolo pensativo—. Muy bien. —Se subió la cremallera de la chaqueta y se fue hacia el semioruga. Cuando se pusieron en marcha gritó—: ¡Shepley, hablaba en serio!

Shepley los vio desaparecer entre las dunas. Inexpresivo, Traxel repitió:

—Hablaba en serio.

El Viejo se encogió de hombros y sacudió un poco de arena de encima de la mesa.

—Traxel es un hombre difícil. ¿Qué va a hacer usted?

El tono de reproche en su voz parecía leve, pues comprendía que los motivos de Shepley eran los mismos que lo habían llevado a recalar en aquellas playas perdidas del mar de arena, cuarenta años atrás.

Shepley estalló irritado.

—No puedo ir con él. Cinco minutos después me exprimiría hasta dejarme en los huesos. ¿Qué pasa con Traxel? ¿Por qué está él aquí?

El Viejo se puso de pie, contemplando vagamente el desierto.

—No puedo recordarlo. Cada uno tiene sus propias razones. Al cabo del tiempo las historias se mezclan.

Caminaron por debajo de los soportales, siguiendo las huellas del semioruga. A un kilómetro y medio de distancia, dando vueltas entre los lagos de lava que marcaban la orilla sur del mar de arena, vieron el vehículo que desaparecía en la oscuridad. Los viejos yacimientos de tumbas, por donde Shepley y el Viejo solían caminar, estaban allí, formando tres filas a lo largo de una cresta basáltica. En ocasiones, un breve destello de luz parpadeaba en la blanca oscuridad ósea, pero la mayoría de las tumbas estaba en silencio.

Shepley se detuvo, las manos le caían inertes a los lados.

—Los nuevos yacimientos están junto al lago de Newton, a casi treinta kilómetros. No puedo seguir.

—Yo no lo intentaría —replicó el Viejo—. Anoche hubo una gran tormenta de arena. Los guardianes del tiempo estarán fuera marcando las nuevas tumbas recién aparecidas. —Rio suavemente para sí mismo—. Traxel y Bridges no encontrarán ni un palmo de cinta, y tendrán suerte si no son arrestados. —Se quitó el sombrero de algodón blanco y entrecerró los ojos con una mirada perspicaz a través de la luz mortecina, evaluando los contornos alterados de las dunas. Después guio a Shepley hacia el viejo monorraíl, cuya terminal meridional estaba en los yacimientos de tumbas. Alguna vez se habían usado para transportar los pabellones desde la estación de la orilla norte del mar de arena y todavía quedaba un pequeño giroscopio apoyado contra la plataforma de carga—. Iremos a Pascal. Algo puede haber ocurrido, nunca se sabe.

Shepley negó con la cabeza.

—Traxel me llevó allí cuando llegué. Todas han sido saqueadas un centenar de veces.

—Bueno, vamos a echar un vistazo.

El Viejo se dirigió al monorraíl, y el traje blanco y sucio ondeó contra el viento suave. Detrás de ellos, el palacio de verano, construido tres siglos antes por un magnate de los negocios procedente de Ceres, desapareció en la oscuridad, y los azulejos de cristal ondulado de las torres superiores se fundían con la luz de las estrellas.

Tras arrimar el semioruga a la plataforma, Shepley liberó el giroscopio y ayudó al Viejo a subir al asiento delantero. Cogió un trozo de raíl oxidado y empezó a empujar. Cada cincuenta metros más o menos se detenían para apartar la arena que invadía la pista, pero lentamente fueron serpenteando entre las dunas y los lagos. De vez en cuando emergía la cúpula elevada, en forma de cebolla, de una solitaria tumba de tiempo, y fragmentos de las ventanas de cristal destellaban en la arena como estrellas minúsculas.

Media hora después, mientras recorrían el largo y último declive hacia el lago de Pascal, Shepley se adelantó y se sentó al lado del Viejo, que emergiendo de su fantasía privada le preguntó con mucho énfasis:

—Y usted, Shepley, ¿por qué está aquí?

Shepley se apoyó de espaldas y dejó que el aire frío le secase el sudor de la cara.

—Una vez intenté matar a alguien —explicó concisamente—. Cuando me curaron, descubrí que, en efecto, quería matarme a mí mismo. —Shepley agarró el freno de mano cuando aumentó la velocidad—. Por diez mil dólares puedo volver bajo libertad condicional. Pensé que aquí habría alguna tipo de hermandad. Pero entonces usted fue tan amable conmigo, doctor.

—No se preocupe, le conseguiremos una cinta que valga la pena.

Se inclinó hacia delante, protegiéndose los ojos de la luz estelar y contempló abajo el pequeño acuartelamiento de tumbas de tiempo destrozadas, a orillas del lago. En total había una docena de pabellones, con los techos agujereados, era el conjunto que Traxel le había enseñado a Shepley al llegar, para que viera cómo habían saqueado las cúpulas.

—¡Shepley! ¡Mire, muchacho!

—¿Dónde? Las he visto antes, doctor. Ya fueron despojadas.

El Viejo lo empujó a un lado.

—No, tonto. Trescientos metros al oeste, por la larga cresta por donde se han desplazado las dunas. ¿Puede verlas ahora? —Golpeó con un puño blanco en la rodilla de Shepley—. Lo ha conseguido, muchacho. Ya no deberá temer a Traxel ni a nadie más.

Shepley detuvo el vehículo con una sacudida. Mientras corría delante del Viejo hacia la cresta vio varias de las tumbas de tiempo que brillaban en la línea del horizonte, emergiendo brevemente de la tierra oscura como las tiendas de una caravana fantasmal.

## II

Durante diez milenios el mar de Vergil había servido de cementerio, y se estimaba que los dos mil cuatrocientos kilómetros cuadrados de arenas inquietas contenían más de veinte mil tumbas. Todas menos una pequeña parte habían sido saqueadas por las sucesivas generaciones de ladrones de tumbas y un carrito intacto de la decimoséptima dinastía se podía vender ahora al Museo de Psicohistoria por más de tres mil dólares. Para cada dinastía precedente, aunque no se había encontrado ninguna más antigua que la duodécima, había una bonificación.

En las tumbas de tiempo no había cadáveres, ni esqueletos polvorientos. Los fantasmas ciberarquitectónicos que las habitaban habían sido embalsamados en los códigos metálicos de las cintas de memoria, transcripciones moleculares tridimensionales de los originales vivos, almacenados entre las dunas como un magnífico acto de fe, con la esperanza de que la recreación física de las personalidades codificadas fuera un día posible. Después de cinco mil años la tentativa había sido abandonada a regañadientes, pero por respeto a los constructores de tumbas se habían abandonado los pabellones del mar de Vergil. Más tarde, cuando los historiadores de las épocas siguientes descubrieron los enormes archivos que los esperaban en aquel antiguo limbo, llegaron los saqueadores de tumbas. A pesar de los guardianes del tiempo, el saqueo de las tumbas y el tráfico ilegal de las almas muertas continuó.

—¡Doctor! ¡Venga! ¡Mire!

Bruscamente, Shepley se dejó caer de rodillas en la arena plateada, y empezó a arrastrarse de un pabellón a otro como un cachorro frenético.

Sonriendo para sí mismo, el Viejo subió lentamente por la pendiente, hundido hasta la cintura en los finos cristales que se desperdigaban a su alrededor, buscando los salientes de roca más firmes. La cúpula de la tumba más cercana se elevaba contra el cielo, y debajo de la cornisa solo se veían unos pocos centímetros de las ventanas. Se sentó un momento en el techo, mirando a Shepley, inmerso en la oscuridad, luego miró por las ventanas, apartando la arena con las manos.

La tumba estaba intacta. En el interior se veía la lámpara votiva ardiendo sobre el altar, la nave central hexagonal con un suelo lleno de incrustaciones de oro, y tapices, y en la parte de atrás el estrecho presbiterio donde estaba el almacenamiento de memoria. La capilla contenía un semicírculo de mesas bajas con copas y platos de oro forjado, ofrendas simbólicas destinadas a distraer a cualquier saqueador que se topara con la tumba.

Shepley se le acercó a él saltando.

—¡Entremos, doctor! ¿A qué estamos esperando?

El Viejo miró hacia la llanura, el conjunto de tumbas despojadas al borde del lago, la cinta oscura del giroscopio serpenteando entre las colinas. La idea de la fortuna que casi tenía entre las manos lo dejó indiferente. Llevaba tanto tiempo viviendo entre los sepulcros que había comenzado a asumir algo de su ambiente de inmortalidad y eternidad, y la impaciencia de Shepley parecía salida de otra dimensión. Odiaba saquear las tumbas. Cada una representaba no solo la extinción definitiva de una personalidad superviviente, sino una disminución de su propio sentido de eternidad. Cada vez que un nuevo yacimiento surgía de la arena, sentía que algo dentro de sí mismo volvía a reavivarse por un momento; no la esperanza, porque él estaba más allá de eso, sino una aceptación serena del breve espacio de tiempo que le quedaba.



—De acuerdo —asintió.

Comenzaron a apartar la arena apilada alrededor de la puerta. Shepley la dejaba caer por la pendiente, donde se derramaba en forma de espuma blanca sobre las astillas basálticas más oscuras. Cuando el estrecho pórtico quedó libre, el Viejo se acuclilló junto al sello de tiempo. Limpió con los dedos los cristales incrustados entre las anillas, y luego pasó los dedos levemente por encima.

Como ramas secas rompiéndose, crujió una voz antigua:

Orión, Betelgeuse, Altair,  
¿cuál de las estrellas nacidas dos veces será mi heredera,  
condenada de nuevo a ser este vástago...?

—Vamos, doctor, por aquí es más rápido.

Shepley apoyó una pierna contra la puerta y se abalanzó contra ella inútilmente. El Viejo lo apartó, y con la boca cerca del sello, murmuró:

—De Altair, Betelgeuse, Orión.

Cuando las puertas se abrieron, el Viejo se volvió y murmuró:

—No desprecies los viejos rituales. Ahora, vamos a ver. —Se detuvieron en el aire frío y virgen, la lámpara votiva lanzaba un pálido resplandor de color rubí contra los tapices dorados del presbiterio.

El aire se volvió curiosamente brumoso y se llenó de motas de luz. A los pocos segundos empezó a vibrar con mayor rapidez, y una sucesión de colores vivos onduló en toda la superficie de lo que parecía ser un cono de luz, proyectado desde la parte posterior del presbiterio.

Pronto se convirtió en la imagen tridimensional de un hombre mayor vestido con una túnica azul.

Aunque la imagen era transparente y el azul eléctrico y brillante de la túnica revelaba las deficiencias del sistema de proyección, la intensidad de la ilusión era tal que Shepley casi esperó que el hombre les hablara. Bien entrado en los setenta, tenía una cara compuesta y vigilante, el pelo cano y fino, y las manos tranquilamente cruzadas delante de él. El borde de la mesa apenas era visible y dentro del cono de luz estaban encerrados parte de un tintero de plata y un pequeño trofeo de metal.

Estos detalles, así como las estanterías fantasmales y las pinturas, que formaban el telón de fondo de la ilusión, eran de un valor infinito para los institutos de psicohistoria, pues proporcionaban constancia de las primeras civilizaciones mucho más fiables que las urnas funerarias y las copas de la antesala.

Shepley avanzó y la definición de la imagen se desvaneció levemente. Era un relé visual del almacén de memoria y seguiría funcionando después de extraído el código, aunque las bobinas de inducción se agotarían pronto. Entonces la tumba se

extinguiría por fin.

A medio metro de distancia, los ojos sabios del magnate muerto muchos años antes lo miraban fijamente, con la frente surcada como un trozo de cera transparente y rosado. Tentativamente, Shepley se acercó y metió la mano en el cono, y entonces los patrones de vibración dibujaron multitud de líneas en la muñeca. Por un momento tuvo la cara del muerto en la mano, y el borde de la mesa y el tintero de plata le salpicaron en la manga.

Entonces dio otro paso adelante y lo atravesó hacia la oscuridad de la parte posterior del presbiterio.

Rápidamente, siguiendo las instrucciones de Traxel, abrió el cerrojo de la consola que contenía el almacén de memoria, y levantó los tres pesados tambores donde estaban las bobinas de cinta. Inmediatamente, el personaje comenzó a apagarse, el borde de la mesa y los estantes de libros se desvanecían a medida que el cono se contraía. Surgieron unas finas corrientes de aire muerto, y una, a la altura del cuello del hombre, lo decapitó. Más abajo, el proyector había empezado a fallar. Las manos juntas temblaban nerviosamente, y de vez en cuando uno de los hombros daba un ligero tirón. Shepley avanzó atravesándolo sin mirar atrás.

El Viejo estaba esperando fuera cuando Shepley dejó caer los tambores en la arena.

—Pesan mucho —murmuró. Pero animándose añadió—: Tiene que haber más de ciento cincuenta metros, doctor. Con la bonificación, y además todas las otras... — Cogió al Viejo del brazo—. Vamos, entremos en la siguiente.

El Viejo se soltó, observando al personaje que se desvanecía en el pabellón, la luz azul de la túnica del muerto palpitando sobre la arena como una tormenta silenciosa.

—Espere un minuto, muchacho, no vaya tan deprisa. —Cuando Shepley empezó a deslizarse por la arena, haciéndola caer por la pendiente, añadió con voz más firme —: ¡Y deje de mover toda esa arena a su alrededor! Estas tumbas han estado ocultas durante diez mil años. No destruya todo el trabajo, o los guardianes las encontrarán la primera vez que pasen.

—O Traxel —dijo Shepley, calmándose enseguida. Miró hacia el lago, buscando las sombras entre las tumbas, por si alguien los observaba, esperando para apoderarse del tesoro.

### III

El Viejo lo dejó en la puerta del pabellón de al lado, reacio a presenciar cómo despojaba la tumba del último vestigio de inmortalidad.

—Esta será la última de la noche —le dijo a Shepley—. No podrá esconderles a Bridges y Traxel todas esas cintas.

La ornamentación de la tumba era distinta a la de la anterior. Sombrías losas de mármol negro cubrían las paredes, grabadas con extraños jeroglíficos de pan de oro, y las incrustaciones del suelo representaban símbolos astrológicos estilizados, y a la vez inquietantes y oscuros. Shepley se apoyó en el altar y miró hacia el cono de luz que lo alcanzó desde el presbiterio cuando se abrieron las cortinas. Los colores predominantes eran el dorado y el carmesí, mezclados con un polvo de cobre vivo que se convertía gradualmente en la cabellera peinada como un arpa de una mujer reclinada. Estaba en el centro de lo que parecía ser una esfera de gas suavemente luminosa, inclinada contra un catafalco negro y grueso de cuyos flancos emergían dos enormes alas heráldicas. Llevaba el pelo cobrizo peinado hacia atrás desde la frente y medía más de un metro y medio de largo, que se mezclaba con el plumaje de las alas, dándole un aspecto de velocidad contenida, como una diosa que se hubiera detenido un instante en el aire, sobre la cornisa de una gran ciudad-templo de los muertos.

Los ojos de la mujer miraban inexpresivos hacia Shepley. Los brazos y los hombros estaban desnudos, y la piel le brillaba blanca como la nieve compacta. La luz reflejada vibraba contra la base del catafalco y en el largo vestido que como una vaina se extendía desde las caderas hasta el suelo. El rostro, como una exquisita máscara de porcelana, se inclinaba ligeramente hacia atrás, y los ojos entrecerrados sugerían que la mujer estaba durmiendo o soñando. La imagen no tenía fondo, pero la luminiscencia le daba a la persona un poder y un misterio inmensos.

Shepley oyó que el Viejo se arrastraba detrás.

—¿Quién es, doctor? ¿Una princesa?

El Viejo sacudió la cabeza lentamente.

—Solo podemos suponerlo. No lo sé. Hay tesoros extraños en estas tumbas. Pongámonos manos a la obra, es mejor que nos vayamos pronto.

Shepley vaciló. Empezó a caminar hacia la mujer del catafalco y entonces sintió la enorme oleada ascendente de su vuelo, la presión de todos los siglos pasados se concentró en un repentino foco delante de él, y se detuvo como si aquello fuera una barrera física.

—¡Doctor! —Llegó a la puerta justo detrás del Viejo—. ¡Vamos a dejar esta, no hay prisa!

Bajo el claro de luna, el Viejo estudió con expresión de sospecha su rostro, los brillantes colores del personaje vibraban en las juveniles mejillas de Shepley.

—Sé cómo se siente, muchacho, pero recuerde que esa mujer no existe, no es más que una pintura. Pronto tendrá que volver a por ella.

Shepley asintió rápidamente.

—Lo sé, pero otra noche. Hay algo extraño en esta tumba. —Cerró la puerta tras ellos e inmediatamente el enorme cono de luz se contrajo en el presbiterio, sumiendo a la mujer y el catafalco en la oscuridad. El viento barrió las dunas, lanzando una fina lluvia de arena sobre las cúpulas semienterradas y suspirando entre las tumbas en ruinas.

El Viejo se encaminó hacia el monorraíl y esperó a Shepley, que siguió trabajando durante la siguiente hora, recorriendo poco a poco cada una de las tumbas.

Por recomendación del Viejo, le dio a Traxel solo dos de los tambores, que contenían unos ciento cincuenta metros de cinta. Como habían profetizado, los guardianes del tiempo aparecieron en el mar de Newton y atraparon a dos miembros de otra banda en flagrante delito. Bridges estaba de mal humor, pero Traxel, como siempre dueño de sí mismo, no parecía preocupado por la noche desperdiciada.

Sentado en el escritorio inclinado del salón de baile examinó el tambor con interés, felicitando a Shepley por su iniciativa.

—Excelente, Shepley. Me alegro de que se haya unido a nosotros ahora. ¿Le importaría decirme dónde encontró esto?

Shepley se encogió de hombros vagamente, empezó a murmurar algo sobre un sótano secreto de una de las tumbas cercanas ya expoliadas, pero el Viejo, lo cortó:

—¡No lo grite a los cuatro vientos! Traxel, usted no puede hacerle esas preguntas, el hombre tiene que ganarse la vida.

Traxel sonrió, como una esfinge.

—De nuevo tiene usted razón, doctor. —Le dio un golpecito al tambor—. En perfecto estado, y también de la dinastía decimoquinta.

—¡Décima! —afirmó Shepley indignado, temiendo que Traxel quisiera embolsarse su bonificación. El Viejo maldijo y a Traxel le brillaron los ojos.

—¿Décima, eh? No sabía que aún había tumbas intactas de la décima dinastía. Me sorprende, Shepley. Es evidente que tiene talentos ocultos.

Por suerte, parecía suponer que el Viejo había acaparado cinta durante años.

Boca abajo en una hondonada poco profunda al borde de la cresta, Shepley observaba el vehículo de casco blanco de los guardianes del tiempo a través de la oscuridad hacia el viejo acantonamiento. Y un poco más allá sobresalían las agujas del recién descubierto yacimiento de tumbas, invisible tras el fondo oscuro de la cresta. Los dos guardianes del vehículo oruga estaban más interesados en las viejas tumbas, habían descubierto el giroscopio al lado del monorraíl y suponían que las bandas habían estado trabajando en las ruinas otra vez. Uno de ellos se subió al estribo y movió una linterna por los pabellones abiertos. Tras cruzar el monorraíl, el vehículo se deslizó lentamente a través del lago hacia el noroeste, dejando tras de sí una nube de polvo.

Por un momento, Shepley se quedó quieto en la oscuridad, observando las zanjas y los barrancos que llevaban al lago, y luego se deslizó por entre los pabellones.

Apartó la arena hasta descubrir un tablón de madera cuadrado, lo levantó, se metió debajo y llegó hasta el pórtico.

Cuando la imagen dorada de la hechicera se cernió en el presbiterio de paredes negras, desplegando alrededor las grandes alas de reptil, se quedó de pie detrás de una de las columnas de la nave central, fascinado por su extraña belleza inmortal. A veces el rostro luminoso parecía casi repelente, pero ahora se había apoderado de él la leve posibilidad de su resurrección. Iba allí cada noche, deslizándose en el interior del sepulcro donde ella había estado durante los últimos diez mil años, incapaz de interrumpirla. El largo pelo cobrizo caía a sus espaldas como un huracán del tiempo atrapado, su cuerpo anguloso volaba entre dos universos infinitamente distantes, donde seres arquetípicos de estatura sobrehumana brillaban intermitentemente con luz propia.

Dos días más tarde, Bridges descubrió el resto de los tambores.

—¡Traxel! ¡Traxel! —gritó corriendo por el patio interior desde la entrada hasta uno de los búnkeres en desuso. Saltó al interior del salón de baile y lanzó las latas de metal contra el equipo que Traxel estaba programando—. ¡Écheles un vistazo! ¡Más de la décima dinastía! ¡Todo el lugar está lleno de más como estas!

Perezosamente, Traxel sopesó las latas en las manos mientras miraba a Shepley y al Viejo, que vigilaban al lado de la ventana.

—Interesante. ¿Dónde las ha encontrado?

Shepley se adelantó desde donde estaba.

—Son más. El doctor se lo confirmará. Son las que vienen después de la primera que le di hace una semana. Estaba almacenándolas.

Bridges lo interrumpió con una maldición.

—¿Qué quiere decir, almacenándolas? ¿Tienes un búnker personal por ahí? ¿Desde cuándo? —Empujó a Shepley con su enorme mano abierta y lo hizo tambalearse hasta apoyarse en Traxel—. Escuche, Traxel, esas cintas han sido un buen hallazgo. No veo que lleven ninguna etiqueta. ¿Cada vez que traiga algo voy a tener a este crío reclamándomelo?

Traxel se puso de pie, superando con su estatura y tamaño a Bridges.

—Por supuesto, técnicamente, tiene usted razón. Pero tenemos que trabajar juntos, ¿no? Shepley cometió un error, y esta vez vamos a perdonárselo. —Le ofreció los tambores a Shepley. Mientras Bridges hervía de ira apenas controlada—. Si yo fuera usted, Shepley, cobraría estas. No se preocupe por inundar el mercado. — Cuando Shepley ya se alejaba, dejando a un lado a Bridges, lo llamó—. Y trabajar juntos tiene sus ventajas, ya sabe.

Observó a Shepley que desaparecía en su habitación y luego se volvió a examinar el mapa del mar de arena, enorme y descascarillado, que cubría la pared de enfrente.

—Tendrá que saquear las tumbas ahora —le dijo el Viejo a Shepley más tarde—. Es obvio que ha dado con algo y Traxel no tardará más de cinco minutos en descubrir

dónde.

—Tal vez un poco más —replicó Shepley con serenidad. Salieron de la sombra del palacio y se alejaron entre las dunas; Bridges y Traxel los observaban desde la mesa del comedor, sus figuras inmóviles contra la luz—. Los techos están ahora casi cubiertos. La próxima tormenta de arena las enterrará para siempre.

—¿Ha entrado en alguna tumba más?

Shepley negó con la cabeza, enérgicamente.

—Créame, doctor, ahora sé por qué están aquí los guardianes del tiempo. Mientras haya una posibilidad de que revivan, cada vez que saqueamos una sepultura estamos cometiendo un asesinato. Y si solo hay una posibilidad entre un millón, esa posibilidad es lo que esperan. Después de todo, uno no se suicida porque las posibilidades de que exista vida en cualquier lugar sean prácticamente nulas.

Ya había empezado a creer que la hechicera podía resucitar de repente, y abandonar el catafalco ante sus ojos. Si existía una pequeña posibilidad de devolverla a la vida, sentía que él también tenía un punto de apoyo válido para continuar su existencia, que había un pequeño elemento de certidumbre en un universo que hasta entonces parecía casual y totalmente sin sentido.

## IV

A medida que las primeras luces del amanecer se filtraron por las persianas, Shepley volvió a regañadientes del pabellón. Miró brevemente a aquella persona que resplandecía y contuvo una leve punzada de decepción al comprobar que la esperada metamorfosis no había ocurrido aún, pero aun así estaba feliz de pasar tanto tiempo esperándola como le era posible.

Recorrió el camino hasta el viejo acuartelamiento, observando atentamente las sombras. Al llegar al monorraíl, ahora hacía el viaje a pie para evitar que Traxel dedujera que el escondrijo estaba en algún punto del recorrido del raíl, oyó un débil zumbido en el aire frío. Saltó detrás de un montículo bajo, y trazó un nuevo y tortuoso camino por entre las dunas.

De repente rugió un motor detrás de él y, al borde del acantilado, apareció el semioruga camuflado de Traxel. Las cuatro ruedas delanteras giraban a toda máquina, y el enorme vehículo se inclinaba hacia delante mientras bajaba la pendiente entre las

tumbas enterradas, desplazando toneladas de la arena fina que Shepley había apartado a mano en la ladera tan laboriosamente. De inmediato aparecieron a la vista varios de los pabellones, y el polvo blanco cayó en cascada sobre las cúpulas.

Medio enterrados por la avalancha que ellos mismos habían provocado, Traxel y Bridges saltaron de la cabina de conducción, señalaron los pabellones y se gritaron algo el uno al otro. Shepley se adelantó y apoyó el pie en el monorraíl, que empezó a vibrar.

A lo lejos, el giroscopio se acercaba lentamente, conducido por el Viejo, solo, sin sombrero, y despeinado.

Llegó a la tumba cuando Bridges golpeaba la puerta con una bota pesada, con Traxel detrás de él sosteniendo una bolsa de herramientas.

—¡Hola, Shepley! —lo saludó Traxel alegremente—. Así que este es su tesoro.

Shepley se tambaleó con las piernas separadas en la arena fina, y pasó por al lado de Traxel en el momento en que salpicaba el cristal de la ventana. Se lanzó contra Bridges y lo empujó con fuerza.

—¡Bridges, esta es mía! ¡Pruebe cualquiera de las otras, puede quedárselas todas!

Sacudiéndose, Bridges se levantó y miró iracundo a Shepley. Traxel miró con recelo hacia las otras tumbas, con sus pórticos aún inundados de arena.

—¿Por qué le interesa tanto esta, Shepley? —preguntó con sorna.

Bridges rugió y le dio una patada a la ventana, arrancando uno de los paneles. Shepley se abalanzó hacia delante, y Bridges, lanzando un gruñido, lo arrojó contra la pared. Antes de que Shepley pudiera agacharse, Bridges le dio un puñetazo en la boca, dejándolo tendido en la arena con la cara ensangrentada.

Traxel se reía mirando a Shepley, allí aturdido, luego se arrodilló ante él y examinó con simpatía su rostro a la luz que emitía la persona expandida en el interior de la tumba. Bridges gritó de sorpresa, con la boca abierta como un mono asustado ante el suntuoso espejismo dorado de la hechicera.

—¿Cómo me ha encontrado? —murmuró Shepley con voz ronca—. He dejado una docena de pistas falsas.

Traxel sonrió.

—No lo seguimos a usted, camarada. Seguimos el raíl. —Señaló el hilo plateado de la banda metálica, claramente visible a la luz del amanecer, a casi quince kilómetros de distancia—. El autogiro limpió el raíl. Nos trajo directamente hasta aquí. Ah, hola, doctor. —Saludó al Viejo que había subido la pendiente y se dejaba caer agotado al lado de Shepley—. Supongo que tenemos que darle las gracias por este descubrimiento. No se preocupe, doctor, no lo olvidaré.

—Muchas gracias —dijo el Viejo con un tono cortante. Ayudó a Shepley a sentarse, frunciendo el ceño ante sus labios partidos—. ¿No se está tomando esto demasiado en serio, Traxel? Se está volviendo loco de codicia. Déjele esta tumba al chico. Hay muchas más.

Los dibujos de luz se fragmentaron y desvanecieron en la arena cuando Bridges

pasó a través del personaje hacia la parte posterior del presbiterio. Débilmente, Shepley trató de levantarse, pero el Viejo lo retuvo. Traxel se encogió de hombros.

—Demasiado tarde, doctor. —Miró por encima del hombro hacia el personaje, sacudiendo tristemente la cabeza, reconociendo su magnificencia—. Las tumbas de la décima dinastía son magníficas. Pero aquí hay algo curioso.

Traxel seguía contemplando la escena pensativo un minuto después, cuando Bridges salió.

—¡Vaya, eso ha sido absurdo, Traxel! Por un segundo he pensado que esto era un fiasco. —Le dio las tres cajas a Traxel, que sopesó dos en una mano y la tercera en la otra. Bridges añadió—: Eso sí que es luz, ¿no?

Traxel empezó a abrirlas con una palanca.

—¿Está seguro de que no hay más ahí dentro?

—Al cien por cien. Eche un vistazo usted mismo.

Dos de las cajas estaban vacías, faltaban las bobinas de cinta. La tercera estaba medio llena, había una cinta cortada, unos ocho centímetros de grosor desde el centro. Bridges gritó dolorido:

—¡Ese crío nos ha robado! ¡No puedo creerlo!

Traxel lo apartó y se acercó al Viejo, que estaba mirando al personaje, ahora vacilante. Ambos hombres intercambiaron una mirada y luego asintieron lentamente con la cabeza. Traxel soltó una carcajada y le dio una patada a la lata que contenía el trozo de bobina, haciéndolo saltar a la arena, donde empezó a desenrollarse. Bridges protestó, pero Traxel sacudió la cabeza.

—Es todo falso. Échele un vistazo de cerca a la imagen. —Cuando Bridges se volvió con cara de póquer, Traxel le dijo—: La mujer ya había muerto cuando se grabaron las matrices. Es muy bella, de acuerdo, como descubrió el pobre Shepley, pero todo pasa literalmente al nivel de la piel. Por eso hay solo una lata de datos. No hay sistema nervioso, ni músculos, ni órganos internos, solo una hermosa carcasa dorada. Es una tumba mortuoria. Si la resucita, no tendrá más que un cadáver helado en las manos.

—¿Por qué? —dijo Bridges con voz áspera—. ¿Con qué propósito?

Traxel hizo un gesto amplio.

—Es un cierto tipo de inmortalidad. Tal vez murió de repente, y esta era la mejor alternativa. Cuando el doctor llegó aquí por primera vez encontró muchas tumbas mortuorias de niños. Si mal no recuerdo, tenía fama de dejarlas intactas. Un ejemplo típico de sentimentalismo intelectual: dar la inmortalidad solo a los muertos. ¿No cree, doctor?

Antes de que el Viejo pudiera contestar, una voz gritó desde abajo. Un cohete de señales se elevó silbando, y una estrella de color rojo explotó sobre el lago, escupiendo fragmentos incandescentes sobre ellos. Traxel y Bridges dieron un salto adelante y entonces vieron a dos hombres en un vehículo oruga, que los señalaban, y



otros tres vehículos que convergían a través del lago, a un kilómetro de distancia.

—¡Guardianes del tiempo! —gritó Traxel. Bridges cargó con la bolsa de herramientas y ambos hombres corrieron por la pendiente hacia el semioruga, con el Viejo cojeando detrás de ellos. Se volvió de nuevo a esperar a Shepley, que seguía sentado en el suelo, donde había caído, observando la imagen dentro del pabellón.

—¡Shepley! ¡Vamos, contrólese! ¡Le caerán diez años!

Shepley no respondió, y el Viejo alcanzó el vehículo semioruga en el instante en que Traxel lo hacía retroceder con pericia para sacarlo de la duna, dejando que Bridges subiera a bordo.

—¡Shepley! —volvió a llamarlo. Pero Traxel vaciló, y entonces el motor del vehículo rugió y se alejó mientras estallaba una segunda explosión.

Shepley trató de llegar hasta la bobina de cinta, pero al salir corriendo, los pies de los otros hombres la habían dañado en varios puntos, y los cabos sueltos que había pensado meter en el proyector revoloteaban ahora por la arena. Llegaron los ruidos de la huida y la persecución, el tiro de advertencia de un rifle, y los motores aullando mientras Traxel se escapaba de los guardianes del tiempo, pero Shepley mantenía los ojos fijos en la imagen del interior de la tumba. Ya había empezado a fragmentarse, desvaneciéndose contra la luz del sol del amanecer. Se puso lentamente de pie, entró en el sepulcro y cerró las puertas desencajadas.

Todavía magnífica en su féretro, la hechicera estaba tumbada entre sus grandes alas. Inmóvil durante tanto tiempo, al fin se había revestido de vida, y unas sacudidas sincopadas recorrían todo su cuerpo.

Las alas temblaban inquietas y una serie de temblores perturbaron la base del catafalco, por lo que los pies de la mujer bailaron una suerte de minué exquisitamente vacilante, y los dedos de los pies se estremecieron a una velocidad incansable. Más arriba, los muslos de piel lisa, amplios y suaves se apretaban en un simulacro de tango alegre.

Observó hasta que solo quedó el rostro, algunas huellas inconexas de las alas y el catafalco vibrando débilmente en la oscuridad, y después salió de la tumba.

En el exterior, a la luz de la mañana, los guardianes del tiempo lo esperaban con las manos en jarras y vestidos con sus uniformes blancos. Uno de ellos sostenía las latas vacías, y empujó con el pie los cabos de cinta que revoloteaban por la arena.

El otro cogió a Shepley del brazo y lo llevó hasta el vehículo.

—De la banda de Traxel —le dijo al conductor—. Este debe de un recluta nuevo. —Miró hoscamente la sangre alrededor de la boca de Shepley—. Parece que se han peleado por el botín.

El conductor señaló las tres latas.

—¿Saqueadas?

El hombre que las llevaba asintió.

—Las tres. Y eran de la décima dinastía. —Con unas esposas, ató las muñecas de

Shepley al salpicadero—. Es una pena, hijo, te caerán diez años. Pero te parecerán diez mil.

—A menos que fuera falsa —añadió el conductor, mirando a Shepley con cierta simpatía—. Ya sabes, una de esas extrañas tumbas mortuorias.

Shepley endureció la boca magullada.

—No era falsa —dijo con firmeza.

El conductor echó una mirada de advertencia a los otros guardianes.

—¿Qué pasa con esa cinta que arranca ahí arriba?

Shepley miró la tumba que chisporroteaba débilmente por debajo de la cresta, y cuya luz casi había desaparecido.

—Es solo el personaje —dijo—. La piel vacía.

Cuando el motor arrancó, oyó los tres tambores vacíos que golpeaban el suelo detrás de su asiento.

## AHORA DESPIERTA EL MAR

Aquella noche, una vez más, Mason oyó el sonido del mar acercándose, el trueno sordo de las olas rompiendo en las calles vecinas. El estruendo lo despertó de su sueño y salió corriendo de la casa al claro de luna, donde las casas blancas se alzaban como lápidas en las plazas de hormigón mojado. A doscientos metros de distancia las olas estallaban y hervían, entrando y saliendo a través del pavimento. La espuma bullía contra las cercas e inundaba el aire con un penetrante olor a salitre.

En la lejanía, entre los tejados de las casas sumergidas, el oleaje se alzaba en mar abierto, hendido por las chimeneas solitarias. Dando un salto hacia atrás cuando la espuma le alcanzó los pies desnudos, Mason miró la casa donde dormía su esposa. Cada noche el mar avanzaba unos metros más, una guillotina siseante que invadía los jardines vacíos.

Durante media hora, Mason contempló la bóveda de olas entre los tejados. El oleaje luminoso se reflejaba pálidamente en las nubes arrastradas por el viento oscuro, y cubría sus manos de un brillo cerúleo.

Por fin, las olas empezaron a retroceder, y el agua luminosa se retiró de las calles desiertas, dejando al descubierto las filas de casas bajo la luz de la luna. Mason corrió a través de la espuma que desaparecía ya del pavimento, pero el mar se alejaba deprisa, desapareciendo tras las esquinas de los edificios, deslizándose por debajo de las puertas de los garajes. Corrió hasta el extremo de la calle cuando brilló un último resplandor en el cielo, más allá de la torre de la iglesia. Agotado, Mason volvió a su cama y se durmió acunado por el sonido de las olas moribundas invadiendo su mente.

—Anoche vi el mar de nuevo —le dijo a su esposa en el desayuno.

—Richard, el mar está a miles de kilómetros de aquí. —Miriam miró en silencio a su marido, durante un instante, hundiendo sus largos dedos entre los rizos negros que le caían sobre el cuello—. Sal y mira. No hay mar.

—Cariño, lo vi.

—¡Richard!

Mason se puso de pie y, con deliberación, levantó los brazos lentamente.

—Miriam, sentí la espuma en mis manos. Las olas rompían a mis pies. No estaba soñando.

—Tienes que haberlo soñado. —Miriam estaba apoyada contra la puerta, como si tratara de separar a su esposo de aquel extraño mundo nocturno. La larga y brillante melena negra que le enmarcaba el rostro ovalado y la bata granate que se abría mostrando su esbelto cuello y el pecho pálido le recordaron a Mason a una heroína prerrafaelista en actitud artúrica—. Richard, tendrías que ir a ver al doctor Clifton. Empiezas a asustarme.

Mason sonrió, mientras contemplaba los tejados lejanos por encima de los árboles.

—No tienes por qué preocuparte. En realidad, lo que está pasando es muy simple. De noche oigo el sonido del mar, salgo y a la luz de la luna veo las olas que rompen en las calles, y me vuelvo a la cama. —Se quedó en silencio, con una expresión de cansancio en el rostro. Alto y de constitución delgada, Mason aún estaba convaleciente de la enfermedad que lo había mantenido en su casa durante los últimos seis meses—. Es curioso, sin embargo —prosiguió—, el agua es muy luminosa. Me imagino que su salinidad está muy por encima de lo normal.

—Pero Richard... —Miriam miró a su alrededor, impotente, exasperada por la tranquilidad que demostraba su marido—. Ahí no hay ningún mar, solo está en tu imaginación. Nadie más puede verlo.

Mason asintió, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Quizá nadie lo ha oído todavía.

Salió del comedor y se dirigió a su despacho. El sofá en el que había dormido durante su enfermedad estaba todavía en el rincón, al lado de la estantería. Mason se sentó y cogió de un estante el enorme fósil de una caracola. En invierno, mientras había guardado cama, aquella forma cónica que recordaba infinitos mares antiguos y playas inundadas, se había convertido para él en un cuerno de la abundancia sin fondo, repleto de imágenes y ensueños. Sosteniéndolo en las manos, tan exquisito y ambiguo como el fragmento de una escultura griega encontrado en un río seco, pensó que parecía una cápsula de tiempo, la condensación de otro universo. Casi podía creer que el mar de medianoche que perseguía su sueño había escapado de la caracola el día en que él había roto accidentalmente una de sus espirales.

Miriam lo siguió hasta la habitación e inmediatamente descorrió las cortinas, como si supiera que Mason estaba regresando al mundo crepuscular de su lecho de enfermo. Lo agarró por los hombros.

—Richard, escúchame. Esta noche, cuando oigas las olas, despiértame y saldremos juntos.

Con suavidad, Mason se libró de las manos de ella.

—Que tú lo veas o no, será algo irrelevante, Miriam. Lo cierto es que yo lo veo.

Más tarde, caminando por la calle, Mason llegó al punto donde había estado la noche anterior, contemplando cómo rompían las olas a sus pies. De las casas sumergidas le habían llegado los sonidos de una plácida actividad doméstica. El césped de los jardines palidecía bajo el sol de julio, y los aspersores de agua giraban a la luz brillante del sol, lanzando arcoíris por los aires. Tras los aguaceros de la primavera, el polvo del largo verano se acumulaba en las cercas de madera y en las bocas de riego.

La calle, una de las doce avenidas suburbanas del perímetro de la ciudad, corría hacia el noroeste unos trescientos metros y luego se unía a la plaza del centro comercial del barrio. Mason se protegió los ojos y miró la torre del reloj de la

biblioteca y el campanario de la iglesia, identificando los puntos que emergían entre las olas empujadas a mar abierto.

La calle descendía un poco a medida que se acercaba al centro comercial, y por una curiosa coincidencia marcaba la orilla de la playa si la zona hubiera estado inundada. A un kilómetro y medio de la ciudad se distinguía el límite de una gran cuenca natural que encerraba la llanura de aluvión y que culminaba en un pequeño acantilado de arcilla. A pesar de que estaba oculto en parte por las casas intermedias, Mason lo reconoció enseguida como la ciudadela elevada en el mar de la noche anterior. Las olas alcanzaban sus flancos, levantando enormes nubes de espuma que caían de nuevo con una lentitud casi hipnótica sobre el agua que retrocedía. De noche, el acantilado parecía más grande y más abrupto, un bastión aún no erosionado por el mar. Una noche, se prometió Mason a sí mismo, subiría al acantilado y se dormiría en lo alto hasta que lo despertaran las olas.

Un coche pasó por su lado y el conductor miró con curiosidad a Mason, de pie en medio de la calle y con la cabeza inclinada hacia atrás. Como no quería parecer más excéntrico de lo que ya era considerado —el marido solitario y distraído de la hermosa señora Mason, que no tenían hijos—, Mason se encaminó hacia la avenida que corría a lo largo del valle. Al acercarse al distante acantilado miró por encima de los setos buscando algún signo de inundación en los jardines o automóviles varados. En aquella zona el agua había inundado las casas casi por completo.

Mason había tenido las primeras visiones del mar solo tres semanas atrás, pero ya estaba convencido de que era algo totalmente cierto. Sabía que al retirarse, el mar no dejaba marcas en los cientos de casas sumergidas, y no le preocupaban las personas que debían haber muerto ahogadas, y en cambio habían dormido tranquilamente en el inmenso seno líquido del mar mientras él observaba las olas luminosas rompiendo contra los tejados. A pesar de esta paradoja, su completa convicción de la realidad del mar había hecho que le contara a Miriam que las olas al otro lado de la ventana lo habían despertado una noche y que al salir de casa se había encontrado con el mar en las calles.

Al principio, Miriam había escuchado el relato con una sonrisa, aceptando la descripción de aquel extraño mundo privado de su marido. Pero tres noches más tarde se había despertado cuando Mason cerraba la puerta al entrar de nuevo en el dormitorio, y se había sorprendido al ver que respiraba con dificultad y que el sudor le corría por el rostro.

A partir de entonces se pasaba todo el día mirando la ventana por encima del hombro, como esperando ver llegar el mar repentinamente. Pero lo que más le preocupaba, más que la visión en sí, era la completa calma de Mason ante aquel aterrador apocalipsis inconsciente.

Cansado por la caminata, Mason se sentó en un murete que corría entre los rododendros de los jardines de las casas de alrededor. Durante unos minutos dibujó con una rama en la tierra dura y seca a sus pies. Aunque sin forma y pasiva, la tierra

compartía las mismas cualidades evocadoras que la caracola fósil, e irradiaba una extraña y densa luz.

Frente a él, el camino se curvaba y descendía hasta los campos del llano. El bloque de arcilla, cubierto por un manto de hierba verde, se alzaba contra el cielo despejado. Habían construido una choza de metal en la ladera, y un pequeño grupo de figuras se movía alrededor de un pozo de extracción, trasteando con un montacargas de madera. Deseando haber traído el coche de su esposa, Mason vio a las figuras diminutas desaparecer una tras otra en la mina.

La imagen de esta esquiva pantomima lo persiguió durante todo el día en la biblioteca, superponiéndose a los recuerdos de las oscuras olas que de noche se adentraban en las calles.

Mason estaba convencido de que los demás no tardarían en descubrir el mar.

Cuando esa noche se fue a la cama se encontró a Miriam completamente vestida y sentada en el sillón junto a la ventana, con una expresión de serena determinación.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Esperar.

—¿Y qué esperas?

—El mar. No te preocupes, simplemente ignórame y vete a dormir. No me importa estar aquí con la luz apagada.

—Miriam... —Con cansancio la tomo por una de sus finas manos y trató de tirar de ella para que se levantara—. Cariño, ¿qué demonios quieres conseguir con eso?

—¿No es obvio?

Mason se sentó a los pies de la cama. Por alguna razón, no le preocupaba mucho la idea de protegerla, más bien quería mantenerla alejada del mar.

—Miriam, ¿no lo entiendes? Puede que no vea literalmente el mar. Puede ser... —improvisó—, una alucinación, o un sueño.

Miriam negó con la cabeza, los brazos cruzados en el pecho.

—No lo creo. De todos modos, quiero averiguarlo.

Mason se tumbó en la cama.

—Me pregunto si este es modo de afrontar el problema.

Miriam se inclinó hacia delante.

—Richard, te estás tomando todo esto con demasiada calma, aceptas esa visión como si fuera un extraño dolor de cabeza. Eso es lo que me asusta de verdad. Si en realidad ese mar te aterrorizara, no me preocuparía, pero...

Media hora más tarde, Mason se quedó dormido en el cuarto a oscuras; el rostro esbelto de Miriam lo observaba desde las sombras.

Al otro lado de las ventanas las olas murmuraron, el siseo de la espuma, el trueno sordo del mar profundo martilleó en sus oídos. Mason se levantó de la cama y se vistió rápidamente mientras el sonido del agua retrocediendo se extendía por la calle. En el rincón, junto a la ventana iluminada por el reflejo de la espuma, Miriam dormía

en el sillón; un rayo de luna le cruzaba la garganta.

Con los pies descalzos, Mason corrió por la calle en silencio, hacia las olas. Resbaló en el pavimento húmedo y cayó mientras una de las olas rompía con un rugido gutural. De rodillas, Mason sintió el agua fría y reluciente, hirviendo de microorganismos, empapándole los hombros y el pecho, avanzando y retrocediendo como una inmensa alfombra brillante hasta la boca de la siguiente ola. La ropa se le adhería al cuerpo como un animal ahogado, y Mason miró a través del mar oscuro. Bajo la luz de la luna las casas blancas se elevaban sobre la superficie del agua como los palacios de una Venecia fantasmal, como los mausoleos de una enorme necrópolis levantada en una isla. Solo la torre de la iglesia era visible ahora. El agua avanzó quince metros y la espuma salpicó la fachada de la casa de Mason.

Mason esperó el intervalo entre dos olas para abrirse paso a través de las aguas poco profundas de la avenida que serpenteaba hacia el acantilado distante. El agua ya había cruzado la calle y ahora anegaba los jardines y golpeaba contra las puertas.

A un kilómetro del acantilado oyó el movimiento de las olas y el suspiro de las aguas más profundas. Sin aliento, se apoyó contra una valla mientras la espuma fría le golpeaba las piernas, y la resaca tiraba de él. Iluminada por una columna de luz que se filtraba entre las nubes, vio la figura pálida y esbelta de una mujer de pie sobre un parapeto de piedra, al borde del acantilado, con un vestido negro que ondeaba tras ella al viento, y una larga melena blanca a la luz de la luna. Abajo, a sus pies, las olas saltaban y hacían cabriolas como si fueran acróbatas.

Mason corrió por el pavimento y al llegar a una curva unas casas le ocultaron a la mujer. Entonces el agua se retiró más lentamente y pudo verla por última vez, su perfil blanco como el hielo contra la espuma. La marea empezó a bajar, y el mar se retiró entre las casas, arrastrando a su paso la luz y el movimiento de la noche.

Mientras las últimas burbujas se disolvían en el pavimento húmedo, Mason buscó el acantilado, pero la figura luminosa había desaparecido. Las ropas húmedas se le secaron mientras caminaba por las calles vacías. El último vestigio de aroma a salitre flotó en el aire de la medianoche.

A la mañana siguiente le dijo a Miriam:

—Era un sueño, después de todo. Creo que el mar ha desaparecido. De todos modos, anoche no vi nada.

—Gracias a Dios, Richard. ¿Estás seguro?

—Lo estoy. —Mason sonrió alentadoramente—. Gracias por vigilarme anoche.

—Hoy velaré por ti otra vez —dijo Miriam levantando la mano—. Insisto. Me siento bien esta mañana, y quiero terminar con esto de una vez por todas. —De repente frunció el ceño frente a las tazas de café—. Es extraño, pero una vez o dos creí oír también el mar. Parecía algo muy antiguo y ciego, como si hubiera despertado de un sueño de millones de años.

De camino a la biblioteca, Mason se desvió para ver de nuevo el acantilado de arcilla, y aparcó el coche donde había visto la figura de la mujer de cabellos blancos que miraba el mar a la luz de la luna. Ahora el sol caía vertical sobre la hierba pálida iluminando la entrada de la mina, alrededor de la cual se desarrollaba la misma actividad inconexa que la vez anterior.

Durante los siguientes quince minutos, Mason recorrió lentamente las avenidas arboladas, mirando por encima de los setos las ventanas de las cocinas. Estaba casi seguro de que aquella mujer vivía en una de las casa del vecindario, y quizá todavía llevara el vestido negro debajo de la bata.

Más tarde, en la biblioteca, reconoció un coche que había visto en el acantilado. El conductor, un hombre mayor con traje de *tweed*, examinaba las vitrinas donde se exhibían los hallazgos geológicos locales.

—¿Quién era? —le preguntó a Fellowes, el guardia del Departamento de Antigüedades cuando arrancó el coche—. Le he visto en el acantilado.

—El profesor Goodhart, uno del grupo de paleontólogos. Al parecer, han descubierto un yacimiento de huesos interesantes. —Fellowes señaló la colección de fémures y fragmentos de mandíbulas—. Con un poco de suerte podremos conseguir que nos cedan algunas piezas más.

Mason se quedó mirando los huesos, y experimentó la curiosa sensación de que un círculo se cerraba bruscamente en su mente.

Todas las noches, cuando el mar inundaba las calles oscuras y las olas avanzaban hacia su casa, Mason se despertaba junto a su esposa dormida, y salía al aire libre para vadear las aguas hacia el acantilado. Allí veía a la mujer de pelo blanco, en el borde del acantilado, con el rostro alzado por encima de la espuma rugiente. Masson nunca podía alcanzarla antes de que llegara la marea y, exhausto, caía de rodillas sobre el pavimento mojado mientras las calles se anegaban a su alrededor.

En una ocasión, cuando un coche de la policía lo iluminó con sus faros, se escondió detrás de una valla abierta, y otra vez se olvidó de cerrar la puerta al entrar en su casa. Durante el desayuno y al ver sus marcadas y oscuras ojeras, Miriam lo observó con una expresión de vieja desconfianza en el rostro.

—Richard, creo que no deberías volver a la biblioteca. Pareces agotado. ¿Has vuelto a soñar con el mar?

Mason negó con la cabeza, forzando una sonrisa cansada.

—No, eso ha terminado. Tal vez he estado trabajando demasiado.

Miriam le cogió las manos.

—¿Te caíste ayer? —dijo mientras le examinaba las palmas—. ¡Cariño, te has lastimado, y hace apenas unas horas! ¿No te acuerdas?

Absorto, Mason se inventó un cuento para tranquilizarla, y luego se llevó el café al estudio y se puso a contemplar la bruma de la mañana que se extendía por los



tejados, un suave lago de opacidad que seguía el contorno del mar nocturno. La niebla se disolvía a la luz del sol, y durante unos instantes el mundo pareció recuperar su realidad cotidiana, llenándolo de una nostalgia dolorosa.

Sin pensarlo, acercó la mano a la caracola fósil del estante pero, involuntariamente, la retiró antes de tocarla.

Miriam estaba a su lado.

—Esa caracola es odiosa —comentó—. Dime, Richard, ¿por qué crees que tienes esos sueños?

Mason se encogió de hombros.

—Tal vez sea una especie de recuerdo...

Se preguntó si debía explicarle que ahora la mujer de pelo blanco parecía hacerle señas desde el acantilado. Pero, como todas las mujeres, Miriam pensaba que en la vida de su marido había espacio para un solo enigma. A su vez, por una inversión de la lógica, él sentía que el hecho de depender de la fortuna privada de su esposa y la pérdida de autoestima le daban el derecho a esconderle cosas de sí mismo.

—Richard, ¿qué te pasa?

En la mente del hombre, la espuma se abrió como un abanico diáfano y el hechizo de las olas se volvió hacia él.

El agua anegaba los jardines en remolinos que ahora alcanzaban la altura de la cintura. Mason se quitó la chaqueta y la arrojó al agua, y luego se adentró en la calle. Más altas que nunca, las olas por fin habían llegado a su casa, y rompían contra la puerta, pero Mason ya se había olvidado de su esposa. Había puesto toda su atención en el acantilado, ahora azotado por una tormenta continua de espuma que casi oscurecía la figura que estaba de pie en la cima.

Mason siguió adelante, a veces hundiéndose hasta los hombros, mientras bancos de algas iridiscentes pululaban en el agua a su alrededor. El aire salino le escocía en los ojos. Llegó a la falda del acantilado casi agotado, y cayó de rodillas.

En lo alto se oía el canto de la espuma que estallaba contra el borde del acantilado, y las olas rompientes sonaban como lamentos agudos en el aire. Llamado por la música, Mason subió por la ladera del acantilado; en las aguas resplandecía un millar de reflejos de la luna. Al llegar a la cresta, el manto negro ocultaba el rostro de la mujer, pero Mason vio que era alta, de porte erguido y finas caderas. De repente, y sin ningún movimiento aparente de sus extremidades, la mujer se alejó a lo largo del parapeto.

—¡Espera!

Su grito se perdió en el viento. Mason corrió hacia ella, y la figura se volvió y lo miró. La melena blanca se arremolinaba alrededor del rostro como una espuma de vapor de plata y luego se apartó para revelar un rostro de órbitas vacías y boca desdentada. Una mano formada por un manojo de ramas blancas se extendió como una garra hacia él, y la silueta le elevó en la oscuridad y empezó a dar vueltas sobre él

como un pájaro gigantesco.

Sin saber si el grito emergía de su propia garganta o de la del espectro, Mason retrocedió tambaleándose. Antes de que pudiera recuperarse tropezó con la barandilla de madera y cayó de espaldas en el pozo entre un estruendo de cadenas y poleas mientras el estruendo del mar se elevaba en la oscuridad.

Después de escuchar la descripción del policía, el profesor Goodhart negó con la cabeza.

—Me temo que no, sargento. Hemos estado trabajando en el yacimiento toda la semana. Nadie se ha caído por el hueco. —Una barandilla de madera colgaba en el aire fresco—. Pero gracias por avisarme. Supongo que tendremos que construir una barandilla más resistente, si ese hombre va de un lado a otro en sueños.

—No creo que llegue hasta aquí —dijo el sargento—. Es una buena subida. —Y en el último momento añadió—: En la biblioteca donde trabaja me dijeron que ustedes habían encontrado aquí un par de esqueletos, ayer. Sé que solo han pasado dos días desde que ha desaparecido, pero quizás uno de esos esqueletos podría ser... —El sargento se encogió de hombros—. Si en el pozo hubiera un poco de ácido natural, dicen...

El profesor Goodhart hundió el talón de su zapato en la hierba sobre el suelo arcilloso.

—Carbonato de calcio puro, de un kilómetro de espesor, asentado durante el período Triásico hace doscientos millones de años, cuando aquí había un gran mar interior. Los esqueletos que encontramos ayer pertenecen a una mujer y a un hombre, dos pescadores Cromañón que vivieron en esta costa justo antes de que se secase. Me gustaría serle de ayuda, pero ya me resulta suficientemente difícil entender cómo estos Cromañón pudieron llegar hasta aquí. Este pozo no tiene más de treinta años. Pero bueno, este es mi problema, no el suyo.

Sacudiendo la cabeza, el sargento regresó al coche de policía, arrancó y se alejaron por la interminable extensión de tranquilas casas suburbanas.

—Parece que hubo un mar por aquí. Hace un millón de años. —Cogió una chaqueta de franela arrugada en el respaldo del asiento y dijo—. Esto me recuerda algo, ya sé a qué huele la chaqueta de Mason. Huele a salmuera.

## LOS CAZADORES DE VENUS

Cuando el doctor Andrew Ward se unió al Instituto Conmemorativo Hubble en el Observatorio del Monte Vernon nunca se imaginó que el más cercano de sus nuevos conocidos sería un observador de estrellas y profeta aficionado en sus ratos libres llamado Charles Kandinski, considerado por los profesionales del observatorio como poco menos que un chiflado. De hecho, si él o el profesor Cameron, director adjunto del instituto, hubieran sabido lo lejos que estaban de ser capaces de cargar con aquella amistad antes de que acabara su estancia de dos años en el instituto, Ward sin duda habría dejado Monte Vernon el mismo día en que llegó y no se habría visto involucrado en la extraña y curiosamente irónica tragedia que dejaría un estigma imborrable en su carrera.

El profesor Cameron fue quien le habló de Kandinski. Alrededor de una semana después de que Ward llegara al Hubble, él y Cameron almorzaron juntos en la cafetería del instituto.

—Iremos a Vernon Gardens para tomar el café —dijo Cameron cuando terminaron el postre—. Quiero comprar un champú para las rosas de Edna, y luego nos sentaremos al sol durante una hora y veremos pasar a las chicas.

Caminaron por entre las mesas de la terraza hacia el aparcamiento. A un kilómetro y medio de distancia, más allá de las delgadas coníferas de las laderas por encima de ellos, las tres grandes cúpulas Vernon brillaban como mármol blanco contra el cielo.

—Por cierto, podrás conocer a la competencia.

—¿Hay otro observatorio en Vernon? —preguntó Ward cuando partieron por el camino a bordo del Buick de Cameron—. ¿Es una estación meteorológica de las fuerzas aéreas?

—¿Alguna vez ha oído hablar de Charles Kandinski? —dijo Cameron—. Escribió un libro llamado *Los aterrizajes desde el espacio*. Se publicó hace unos tres años.

Ward movió la cabeza, dubitativamente. Cameron redujo la velocidad al llegar al puesto de control de las puertas y saludaron al guardia.

—¿Es ese hombre que afirma haber visto seres extraterrestres? Marcianos o...

—Venusianos. Sí, ese es Kandinski. Y no solo los ha visto —añadió el profesor Cameron—. Ha hablado con ellos. Charles trabaja en un café en Vernon Gardens. Lo conocemos bastante bien.

—¿Y qué tiene el otro observatorio?

—Bueno, un viejo refractor MacDonald de cuatro pulgadas montado en un soporte de hormigón. Probablemente no hay que pensar mucho en ello, pero me

gustaría que pudiéramos ver con nuestro dos con cincuenta solo una décima parte de lo que ve él son su cuatro pulgadas.

Ward asintió vagamente. Los dos observatorios en los que había trabajado anteriormente, el de Ciudad del Cabo y el Astrográfico de Milán, habían atraído ambos a un buen número de chiflados y charlatanes dispuestos a revelar sus propias verdades definitivas sobre el cosmos, y la posibilidad de conocer a Kandinsky no le atrajo mucho.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Un bromista, o simplemente un lunático?

El profesor Cameron se apoyó las gafas en la frente y justo después tomó una curva cerrada.

—Ni eso —dijo.

Ward sonrió a Cameron, estudiando ociosamente su rostro de querubín regordete de boca traviesa y ojos penetrantes. Sabía que Cameron disfrutaba de una modesta reputación de bromista.

—¿Alguna vez ha afirmado delante de usted que ha visto a un... venusiano?

—A menudo —dijo el profesor Cameron—. Charles da conferencias dos o tres veces por semana sobre los aterrizajes en las agrupaciones femeninas de por aquí y se puso totalmente a nuestra disposición. Me temo que tuvimos que decirle que eran temas demasiado avanzados para nosotros. Pero espere a encontrarse con él.

Ward se encogió de hombros y miró las largas terrazas curvadas llenas de melocotoneros situadas debajo de ellos, doradas y densas al calor de agosto. Descendieron unos trescientos metros y el camino se ensanchó y se unió a la carretera que iba desde los Vernon Gardens a través del desierto hasta Santa Vera y la costa.

Vernon Gardens era la ciudad más cercana al observatorio y la mayor parte se había construido en los últimos años, evidentemente, con un ojo puesto en la industria del turismo. Pasaron junto a una fila de casas azules y rosa pálido, una escuela construida con ladrillos de vidrio y una capilla bautista abstracta. A lo largo de la calle principal, las tiendas y los almacenes estaban pintados de colores chillones, y los relucientes toldos y letreros de neón parecían parte del escenario callejero de un musical experimental.

El profesor Cameron entró en una gran plaza arbolada y aparcó frente a un conjunto de fuentes en el centro. Él y Ward se dirigieron hacia los cafés —el Al's Fresco Diner, el Café de Ylla, la Cúpula— cuyas terrazas se extendían hasta la acera. Alrededor de la plaza había una docena de tiendas de regalos llenas de recuerdos baratos: telescopios plateados y miniaturas de la gran cúpula de Vernon que formaban parte de tinteros y cajas de puros, además de una mezcla heterogénea de figuritas que representaban planetarios, cascos espaciales y atlas de las estrellas en tridimensionales.

La cafetería a la que fueron estaba decorada con los mismos motivos futuristas. Las mesas y sillas de aluminio estaban pintadas de un gris monótono, y las decoraciones y los paneles de las paredes cortados en formas geométricas al azar.

Una nave espacial plateada, de tres metros de largo con la pintura descascarillada y la superficie de debajo oxidada, se alzaba desde un pedestal entre las mesas. Al otro lado estaba pintado el nombre de la cafetería.

«El Sitio de Tycho».

El mástil que sostenía un gran móvil estaba clavado en el suelo de la acera y las piezas colgaban por encima de sus cabezas, reflejando el sol intermitentemente. Con cautela, el profesor Cameron se apartó.

—Juraría que esta maldita cosa está creciendo —le confió a Ward—. Tengo que decirle a Charles que lo pode.

Se sentó en una silla junto a una de las mesas al aire libre, se puso de nuevo las gafas de sol y enfocó la mirada en las largas piernas bronceadas de una chica que pasaba.

Una vez solo, por el momento, Ward miró a su alrededor y cogió una tarjeta adhesiva con la foto de un planeta con anillos que estaba encima de la mesa. El Sitio de Tycho también tenía una pequeña biblioteca de intercambio de ciencia ficción. Un par de estanterías metálicas descansaban a los lados de la puerta de la cafetería, donde un hombre de mediana edad vestido con sobriedad, y medio ocultó detrás del cuello levantado de la chaqueta, se abría paso rápidamente a través de las filas de libros de bolsillo. En otra mesa un hombre joven con un rostro serio pero decidido leía una revista. Su alta frente cerebrotónica tenía en una de las sienes una cresta de tejido de color rosa, que Ward irónicamente aventuró que era una cicatriz de lobotomía.

—Tal vez deberíamos mostrar nuestros permisos de aterrizaje —le dijo a Cameron cuando después de tres o cuatro minutos nadie había aparecido para tomarles la comanda—. O por lo menos nuestro test de pH.

El profesor Cameron sonrió.

—No se preocupe, aquí no hay aduanas, no hay cirugía. —Apartó la vista de la acera por un momento—. Eso se parece a él.

Un hombre alto, con barba y una camisa de tartán de manga corta y pantalones de color verde pálido salió de la cafetería y se dirigió hacia ellos con dos tazas de café en una bandeja.

—Hola, Charles —lo saludó Cameron—. Aquí estamos. Empezábamos a pensar que nos habíamos perdido en una trampa del tiempo.

El hombre alto gruñó algo y dejó los cafés en la mesa. Ward supuso que tendría unos cincuenta y cinco años de edad. Medía bastante más de un metro ochenta de altura, y tenía una enorme cabeza quemada por el sol y delgados pero poderosos brazos musculosos.

—Andrew, este es Charles Kandinski. —Cameron presentó a los dos hombres—. Andrew ha venido a trabajar para mí, Charles. Fotografió todas aquellas Cefeidas de la Conferencia de Milán del año pasado.

Kandinski asintió. Sus ojos examinaron críticamente a Ward, pero no mostraron

signos de interés.

—Se lo he contado todo acerca de ti, Charles —continuó Cameron—, y de tu trabajo. Confío, sin embargo, en que no haya nuevas noticias, ¿no?

Los labios de Kandinski se abrieron en una leve sonrisa. Escuchó cortésmente las bromas de Cameron y miró hacia la plaza, su gran cabeza enrojecida elevada al cielo.

—Andrew leyó tu libro, Charles —dijo Cameron—. Y está muy interesado. Le gustaría ver los originales de las fotografías. ¿No es así, Andrew?

—Sí, claro, por supuesto —dijo Ward.

Kandinski lo miró de nuevo. Su expresión no era tan penetrante como distante e impersonal, como si estuviera evaluando a Ward con absoluta falta de sesgo, tanto, de hecho, que no dejaba lugar a la menor fantasía. Anteriormente Ward solo había visto esa expresión en los ojos de los ancianos.

—Bien —dijo Kandinski—. Están en una caja de seguridad en mi banco, pero si usted es serio se las enseñaré.

En ese momento, dos chicas que llevaban sombreros de ala ancha se abrieron camino a través de las mesas. Se sentaron y sonrieron a Kandinski. Él asintió con la cabeza a Ward y a Cameron y se acercó a las jóvenes, que comenzaron a charlar animadamente con él.

—Bueno, parece popular entre las chicas —comentó Ward—. Y ciertamente no es lo que me esperaba. Espero no haberlo ofendido con lo de las fotos. Se ha tomado muy en serio lo que le ha dicho usted.

—Es un poco sensible acerca de ese tema —explicó Cameron—. El famoso platillo volante lo fabricó con la tapa de un cubo de basura. Sin embargo, no piense que lo atormento con este tipo de cosas. A decir verdad, siento un gran respeto por Charles. Al fin y al cabo, estamos en el mismo negocio.

—¿Lo estamos? —dijo Ward dubitativo—. No he leído el libro pero, en pocas palabras, ¿dice que vio a un visitante de Venus y habló con él?

—Exacto. ¿No se lo cree?

Ward se rio, rebuscó unas monedas en su bolsillo, y dejó una en la mesa.

—Aún no lo he intentado. Pero usted dice que todo esto es una broma, ¿no?

—Por supuesto que no.

—¿Cómo lo explica, entonces? ¿Es una fantasía o...?

El profesor Cameron sonrió.

—Espere hasta que conozca a Charles un poco mejor.

—Ya sé que el hombre es mesiánico —dijo Ward secamente—. Déjeme adivinar el resto. Vive de yogures, teje su propia ropa, y pasa las noches cabeza abajo recitando el Bhagavad-gitá al revés.

—Él no es así —dijo Cameron, todavía sonriendo a Ward—. Resulta que es un gran hombre que sufre Erupciones de Barber. Pensé que lo habrían desconcertado.

Ward dejó la tarjeta adhesiva encima de la mesa. Algún aficionado a la ciencia ficción había dibujado a lápiz con gran habilidad una topografía imaginaria en la superficie del planeta. Había canales, cráteres y sistemas lacustres que se llamaban Verne, Wells y Bradbury.

—¿Dónde vio a ese venusiano? —preguntó Ward, tratando de mantener la curiosidad en su voz.

—A unos treinta y cinco kilómetros de aquí, en el desierto de la carretera de Santa Vera. Estaba de *picnic* con unos amigos, se fue a pasear por las dunas y se topó directamente con la nave espacial. Sus amigos juran que estaba perfectamente normal tanto inmediatamente antes como después del aterrizaje, y todos ellos vieron la tablilla metálica con inscripciones que el piloto de Venus dejó atrás. Una especie de ultimátum, si mal no recuerdo, una advertencia a la humanidad para que abandonara todos sus programas espaciales. Al parecer ahí afuera hay alguien que no nos quiere.

—¿Ha visto esa tablilla? —preguntó Ward.

—No. Desgraciadamente ardió espontáneamente con el calor del desierto. Pero Charles logró sacarle una fotografía.

Ward se echó a reír.

—Apuesto a que lo hizo. Suena como una broma muy bien organizada. ¿Supongo que ganó una fortuna con su libro?

—Alrededor de ciento cincuenta dólares. Tuvo que pagarse él mismo la impresión. ¿Por qué cree que trabaja aquí? Las críticas fueron muy desfavorables. A la gente que lee ciencia ficción al parecer no le gusta los plátanos volantes, y todo el mundo lo trató de loco. —Se puso de pie—. Deberíamos volver.

Al salir de la cafetería Cameron saludó a Kandinski, que seguía hablando con las dos chicas. Estaban inclinadas hacia delante y escuchaban con mucha atención lo que les estaba diciendo él.

—¿Qué piensa de él la gente de Vernon Gardens? —preguntó Ward mientras se alejaban por debajo de los árboles.

—Bueno, es una cosa curiosa, casi sin excepción, los que realmente conocen a Kandinski están convencidos de que es sincero y que vio una nave espacial extraterrestre, mientras que al mismo tiempo se dan cuenta de la imposibilidad absoluta de toda la historia.

—¿Sé que Dios existe, pero no puedo creer en él?

—Exacto. Naturalmente, la mayoría de la gente de Vernon piensa que está loco. Unos tres meses después de encontrarse al venusiano, Charles vio otro ovni persiguiéndose la cola sobre la ciudad. Llamó a los bomberos, alertó a la Comandancia de Radares y hasta hizo que la Guardia Nacional recorriera la ciudad haciendo sonar sus campanas. Efectivamente, había dos enormes borrones blancos contra las nubes. Desafortunadamente para Charles, fueron causados por los focos de uno de los productores de espárragos del valle que estaba fumigando uno de sus

campos en plena noche. Charles fue el primero en admitirlo, pero a las tres de la mañana, nadie se mostró muy satisfecho.

—De todos modos, ¿quién es Kandinski? —preguntó Ward—. ¿De dónde ha salido?

—No ha hecho una profesión de su encuentro con el venusiano, si es eso lo que quieres saber. Nació en Alaska, durante algunos años enseñó Psicología en la Universidad de la Ciudad de México. Ha estado en casi todas partes, ha tenido un millar de trabajos diferentes. Veterano de operaciones de evacuación. Y escribió su libro.

Ward murmuró algo trivial. Entraron en una pequeña galería de tiendas y se detuvieron por un momento en el primer negocio, un acuario llamado La Nouvelle Vague, y contemplaron un rato a los peces ángel y los peces payaso nadando soñadores de un lado a otro de sus peceras.

—Vale la pena que lo lea —continuó el profesor Cameron—. No exagero si digo que es uno de los documentos más interesantes que he encontrado.

—Me temo que tengo una mente bastante cerrada cuando se trata de hombres del saco interplanetarios —dijo Ward.

—Es una lástima —contestó Cameron—. Yo los encuentro fascinantes. Recién salidos del inconsciente. Y también a los peces —añadió, señalando las peceras. Sonrió caprichosamente a Ward y se dirigió hacia una tienda de productos de horticultura en el centro de las galerías comerciales.

Mientras el profesor Cameron buscaba entre los aerosoles de hormonas de un mostrador, Ward se acercó a un puesto de periódicos y echó un vistazo a las revistas. La proximidad del observatorio había fomentado una gran selección de guías astronómicas populares y resúmenes, la mayoría con ilustraciones de las cúpulas de Monte Vernon en sus cubiertas. Entre todas las publicaciones, Ward encontró un libro de tapas bandas cubierto de polvo, con las esquinas dobladas, que se titulaba *Los aterrizajes desde el espacio*, de Charles Kandinski. La imagen de cubierta era una nave espacial gigante, al menos del tamaño de Nueva York, con decenas de miles de ojos de buey en llamas, alzándose majestuosamente sobre un brillante fondo de estrellas y nebulosas en espiral.

Ward cogió el libro y miró la contracubierta. Había una fotografía de Kandinski, vestido con un traje oscuro que le iba demasiado pequeño, mirando con frialdad por el ocular de su MacDonald.

Ward vaciló antes de sacar por fin su billetera. Se compró el libro y lo guardó en el bolsillo cuando el profesor Cameron salió de la tienda de horticultura.

—¿Ha encontrado su champú? —preguntó Ward.

Cameron blandió una pistola insecticida de latón, luego se la metió, al estilo de los bucaneros, en su cinturón.

—Mi desintegrador —dijo acariciando la culata de la pistola—. Hay una plaga de hormigas blancas en el jardín, como salida de una pesadilla de ciencia ficción. He



tratado de convencer a Edna de que su verdadero origen es psicológico. ¿Recuerdas la historia *Leiningen contra las hormigas*<sup>[6]</sup>? Un ejemplo clásico de las fuerzas del ello que se rebelan contra el superyó. —Vio a una chica con bikini negro y gafas de sol de color amarillo limón caminar con gracia por la galería y añadió pensativamente —: ¿Sabes, Andrew? Como todo el mundo, mi verdadera vocación era ser psiquiatra. Me paso tanto tiempo analizando los motivos de todo que no tengo tiempo para actuar.

—El superyó de Kandinski debe de estar en dificultades —comentó Ward—. Todavía no me has dado tu explicación.

—¿Qué explicación?

—Bueno, la que hay detrás de esta historia del avistamiento del venusiano.

—No hay nada. ¿Por qué?

Ward sonrió.

—¿No va a contarme qué es lo que cree realmente?

El profesor Cameron se rio entre dientes. Llegaron al coche y se subieron.

—Claro que sí —dijo.

Cuando, tres días después, Ward tomó prestado el coche del profesor Cameron y condujo hasta la estación ferroviaria de Vernon Gardens para recoger una caja de diapositivas que le habían enviado a través del Atlántico, no se esperaba ver a Charles Kandinski de nuevo. Había leído uno o dos capítulos del libro de Kandinski antes de irse a dormir la noche anterior, pero lo dejó de puro aburrimiento. La descripción de Kandinski de su encuentro con el venusiano no solo era pueril y tosca, lo más decepcionante de todo era que carecía totalmente de imaginación.

El trabajo de Ward en el instituto le ocupaba ahora la mayor parte de su tiempo. El Congreso Anual de la Asociación Geofísica Internacional que se celebraba en Monte Vernon en poco menos de un mes, y la mayoría de la carga de la organización del programa de tres semanas de conferencias, seminarios y cenas habían caído sobre el profesor Cameron y sobre él mismo.

Pero a medida que se alejaba de la estación, más allá de los cafés de la plaza, vio a Kandinski en la terraza del El Sitio de Tycho. Eran las tres de la tarde, cuando la mayoría de la gente en Vernon Gardens dormía la siesta, y Kandinski parecía ser la única persona bajo el sol. Estaba fregando con energía en las mesas abstractas con sus largos brazos peludos, la cabeza tan inclinada que su barba casi tocaba las superficies de metal, como un humanoide aborigen rondando en el desconcierto de las ruinas de una ciudad futurista perdida en una inversión de tiempo.

En un impulso, Ward aparcó el coche en la plaza y se acercó a El Sitio de Tycho, pero tan pronto como Kandinski se acercó a su mesa deseó haberse sentado en otro de los cafés. Kandinski había sido bastante reticente el día anterior, pero ahora que Cameron estaba ausente bien podría llegar a ser aburridamente locuaz.

Después de servirle, Kandinski se sentó en un banco junto a las estanterías y se

miró melancólicamente los pies. Ward lo observó en silencio durante cinco minutos, mientras el móvil giraba delicadamente en el aire cálido, sin decidirse si se acercaba a Kandinski. Luego se levantó y se acercó a las hileras de revistas. Cogió la primera que encontró entre media docena y se volvió hacia Kandinski.

—¿Puede recomendarme alguna de estas?

Kandinski levantó la cabeza.

—¿Lee ciencia ficción? —preguntó con total naturalidad.

—No habitualmente —admitió Ward. Como Kandinski no dijo nada al respecto, Ward añadió—: Tal vez soy demasiado escéptico, pero no puedo tomármela en serio.

Kandinski se reventó una ampolla en la palma de la mano.

—Nadie sugiere que debería hacerlo. Puede que eso signifique precisamente que se la toma demasiado en serio.

Aceptando el reproche con una sonrisa, Ward cogió una de las revistas y se sentó en una mesa junto a Kandinski. En la portada había una plácida zona suburbana de casas perfectamente alineadas, con jardines en la entrada y bicicletas infantiles. Extendiéndose lentamente por los tejados había una enorme masa pulposa de pesadilla, ocultando el sol tras ella y lanzando un resplandor fosforescente sobre las casas y jardines.

—Probablemente tenga razón —dijo Ward, mientras le enseñaba la cubierta a Kandinski—. No me gustaría tomármela en serio.

Kandinski agitó una mano.

—He visto ilustraciones del Pentateuco del siglo XI más sensacionales que cualquiera de estas cubiertas. —Señaló la sala de cine en el lado opuesto de la plaza, donde se exhibía la épica bíblica de cuatro horas titulada *Caín y Abel*. Por encima de los árboles de un aparcamiento se veía a un Caín en technicolor, vestido con lo que parecía ser una armadura romana, luchando contra una inmensa boa constrictor de múltiples cabezas.

Kandinski se encogió de hombros con tolerancia.

—Si Miguel Ángel trabajara hoy en día para la Metro-Goldwyn-Mayer, ¿produciría algo mejor?

Ward se echó a reír.

—Puede que tenga razón. Tal vez la casa de los Medici se debería rebautizar como la 16th Century Fox.

Kandinski se puso de pie y ordenó los estantes.

—Le vi aquí con Godfrey Cameron —dijo por encima del hombro—. ¿Está trabajando en el observatorio?

—En el Hubble.

Kandinski se acercó y se sentó junto a Ward.

—Cameron es un buen hombre. Un tipo muy agradable.

—Él le tiene a usted en gran estima —dijo Ward voluntarioso, pensando que

Kandinski probablemente tenía muy pocos amigos.

—No debe creerse todo lo que Cameron dice de mí —dijo Kandinski de repente. Vaciló, al parecer sin saber si confiar más en Ward, y luego le cogió la revista—. Hay algunas mejores aquí. Tiene que ejercer algún tipo de discriminación.

—No es tanto el sensacionalismo lo que me echa para atrás —explicó Ward—, como las implicaciones psicológicas. La mayoría de los temas de estas historias vienen directamente de la parte más desagradable del inconsciente.

Kandinski miró fijamente a Ward, con un rastro de diversión en sus ojos.

—Eso suena bastante dudoso y, si se me permite decirlo, algo manido. Debe tomarse lo mejor de estas historias como lo que son, ejercicios imaginativos sobre el tema del futuro.

—¿Lee mucha ciencia ficción? —preguntó Ward.

Kandinski negó con la cabeza.

—Nunca. No desde que era niño.

—Estoy sorprendido —dijo Ward—. El profesor Cameron me dijo que había escrito una novela de ciencia ficción.

—No es una novela —lo corrigió Kandinski.

—Me gustaría leerla —dijo Ward—. Por lo que dijo Cameron, parecía fascinante, casi swiftiana. Esa nave espacial que llega de Venus y las extrañas conversaciones que mantiene el piloto con un filósofo que conoce. Una moral moderna. ¿Ese es el tema?

Kandinski observó a Ward pensativo antes de responder.

—Aproximadamente, sí. Pero, como he dicho, el libro no es una novela. Se trata de un informe objetivo y literal del aterrizaje de una nave de Venus, que sucedió de verdad, un diario del encuentro más importante en la historia desde que Pablo tuvo su visión de Cristo en el camino a Damasco. —Levantó la cabeza de enorme barba y miró a Ward sin atisbo alguno de vergüenza—. Como cuestión de interés, y como el profesor Cameron probablemente ya le ha explicado, yo era el hombre que presencié el aterrizaje.

Manteniendo la postura, Ward frunció el ceño con atención.

—Bueno, de hecho, Cameron dijo algo por el estilo, pero lo...

—¿Pero lo encontró difícil de creer? —sugirió Kandinski irónicamente.

—Un poco —admitió Ward—. ¿En serio afirma que vio una nave espacial de Venus?

Kandinski asintió.

—Exactamente. —Entonces, como si fuera consciente de que la conversación había llegado a un punto demasiado familiar para él, de repente pareció perder interés en Ward—. Disculpe. —Asintió con la cabeza educadamente a Ward, cogió una manguera que estaba conectada a un grifo y empezó a rociar el móvil.

Perplejo, pero todavía mostrándose escéptico, Ward se echó hacia atrás y lo miró con

ojo crítico, y a continuación sacó de un bolsillo algo de cambio.

—Debo decirle que admiro la calma con que se lo toma todo —le dijo a Kandinski cuando le pagó la consumición.

—¿Qué le hace pensar que lo hago?

—Bueno, si yo hubiera visto a un visitante de Venus y hablado con él creo que estaría yendo de una punta del mundo a la otra hablando con todos los gobiernos y observatorios astronómicos.

—Lo hice —dijo Kandinski—. Tanto como pude. Pero nadie estaba muy interesado.

Ward sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Es increíble, por decirlo suavemente.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Lo que quiero decir —continuó Ward— es que parece sacado de una de esas historias de ciencia ficción de las suyas.

Kandinski se frotó los labios con un nudillo lleno de cicatrices, obviamente buscando algún medio de poner fin a la conversación.

—El parecido es engañoso. Estas no son mis historias —añadió entre paréntesis—. Este café es el único que me da trabajo, por una razón tal vez obvia. En cuanto a la incredulidad, permítame decirle que yo me quedé, y todavía lo estoy, completamente asombrado. Usted puede pensar que me lo tomo todo con calma, pero desde aquel aterrizaje he vivido en un continuo estado de ansiedad aguda y amenazante. Pero aparte de cometer un crimen espectacular para llamar la atención sobre mí mismo, no veo cómo puedo convencer a nadie.

Ward hizo un gesto con sus gafas.

—Tal vez. Pero me sorprende que no se dé cuenta de las razones tan simples por las que las personas se niegan a tomarlo en serio. Por ejemplo, ¿por qué debería ser la única persona que ha presenciado un evento de tales implicaciones asombrosas? ¿Por qué solo usted ha visto a un habitante de Venus?

—Porque fue un simple accidente.

—Pero ¿por qué una nave espacial de Venus tomaría tierra aquí?

—¿Qué mejor lugar que cerca del Observatorio de Monte Vernon?

—Puedo pensar en muchos otros lugares. La Asamblea de la ONU, por ejemplo.

Kandinski sonrió ligeramente.

—Colón no hizo sus primeros contactos con los indios de América del Norte en la Conferencia Tribal entre iroqueses y sioux.

—Puede ser —admitió Ward, empezando a impacientarse—. ¿A qué se parecía ese venusiano?

Kandinski sonrió con cansancio ante las mesas vacías y recogió su manguera de nuevo.

—Yo no sé si usted ha leído mi libro —dijo—, pero si aún no lo ha hecho, en él encontrará todo lo que hay.

—El profesor Cameron mencionó que tomó algunas fotografías de la nave espacial de Venus. ¿Podría examinarlas?

—Por supuesto —respondió rápidamente Kandinski—. Se las traeré mañana. Le invito a que las examine de la forma que desee.

Esa noche Ward cenó con los Cameron. El profesor Renthall, director del Hubble, y su esposa completaron la reunión. Las conversaciones consistieron casi totalmente en las anécdotas graciosas protagonizadas por sus compañeros Cameron y Renthall, y Ward pudo hablar de su conversación con Kandinski.

—Al principio pensé que estaba loco, pero ahora no estoy tan seguro. Hay algo demasiado sutil en él. La forma en que crea una impresión de absoluta integridad, pero al mismo tiempo nunca te da la oportunidad de hablar directamente sobre ningún detalle. Y cuando te las arreglas para preguntarle abiertamente sobre el venusiano, sus respuestas son demasiado trilladas. Estoy convencido de que todo es un elaborado fraude.

El profesor Renthall negó con la cabeza.

—No, no es ningún fraude. ¿No está de acuerdo, Godfrey?

Cameron asintió.

—No en el sentido de Andrew, de todos modos.

—Pero ¿qué otra explicación hay? —preguntó Ward—. Sabemos que no ha visto a ningún venusiano, por lo que tiene que ser un fraude. A menos que uno crea que es un lunático. Y ciertamente no se comporta como tal.

—¿Qué es un loco? —preguntó el profesor Renthall retóricamente, mirando el tallo facetado de su copa de cristal—. Solo un hombre con una mayor comprensión de la que puede contener. Creo que Charles pertenece a esa categoría.

—La definición no lo explica, señor —insistió Ward—. Él va a dejar que yo examine sus fotografías y cuando pruebe que son falsificaciones creo que seré capaz de conseguir que baje la guardia.

—¡Pobre Charles! —dijo Edna Cameron—. ¿Por qué no puede haber visto una nave espacial? Creo que yo las veo todos los días.

—Eso es lo que creo yo también, querida —dijo Cameron, acariciando el hombro brocado del vestido de su esposa—. Vamos a dejar que Charles se quede con su venusiano si quiere. Maldita sea, todo lo que está tratando de hacer es que se prohíba el Proyecto Apolo. Siempre he mantenido que es una excelente idea, porque solo el astrónomo profesional tiene algo que hacer en el espacio. Después de los test de arcoíris no hay un solo astrónomo en todo el mundo que no seguiría a Charles Kandinski hasta el final. —Se volvió hacia Renthall—. Por cierto, me pregunto qué estará planeando Charles para el Congreso. ¿Algo sobre un habitante de Neptuno? ¿O tal vez una delegación entera de Próxima Centauri? Deberíamos equiparlo con un traje espacial y dedicarle un pabellón: «Charles Kandinski: Nuevos Mundos para los viejos».

—Santa Claus en un traje espacial —reflexionó el profesor Renthall—. Este es

nuevo. Envíale una nota.

El siguiente fin de semana Ward volvió con las doce fotografías a El Sitio de Tycho.

—¿Y bien? —preguntó Kandinski.

—Es difícil de decir —respondió Ward—. Todas están demasiado borrosas. Podrían ser ingeniosos montajes de soportes de luz y aspas de turbina. Uno de ellas parece el primer plano de un disco de embrague. En una selección tan amplia hay una significativa carencia de los verdaderos detalles que corroborarían lo que usted esperaba. —Hizo una pausa—. Por otro lado, podrían ser genuinas.

Kandinski no dijo nada, cogió el paquete de fotos y se metió en la cafetería.

El interior de El Sitio de Tycho había sido diseñado para representar la sala de control de una nave espacial en la superficie de la Luna. La iluminación fluorescente escondida brillaba a través de la pared de plástico y llenaba la habitación de un misterioso resplandor azul. Detrás de la barra un gran mural mostraba el contorno curvo de la Luna a unas estrellas fugaces. Las puertas de los lavabos eran circulares y sobresalían hacia fuera como unas esclusas de ventilación, y se distinguían una de otra por los símbolos ♀ y ♂.

El efecto total era ingenioso, pero de alguna manera recordaba la sala de una cueva del siglo veinticinco.

Se sentó en la barra y esperó a que Kandinski metiera las fotos cuidadosamente en una vieja cartera de cuero.

—He leído su libro —dijo Ward—. Ya lo había ojeado la última vez que vine, pero ahora me lo he leído de nuevo a fondo. —Esperó algún comentario sobre aquellas palabras, pero Kandinski se acercó a una vieja máquina de escribir portátil que estaba en el extremo de la barra y comenzó a escribir laboriosamente con un dedo—. ¿Alguna vez ha visto a más venusianos desde que el libro fue publicado? —preguntó Ward.

—No —dijo Kandinski.

—¿Cree que volverá a ver a alguno?

—Tal vez —Kandinski se encogió de hombros y siguió escribiendo.

—¿En qué está trabajando ahora? —preguntó Ward.

—En una conferencia que daré el viernes por la noche —dijo Kandinski. Dos teclas se bloquearon entre sí y las recolocó en su sitio—. ¿Quiere venir? A las ocho y media, en la escuela de secundaria, cerca de la capilla bautista.

—Si puedo, vendré —dijo Ward. Vio que Kandinski quería deshacerse de él—. Gracias por dejarme ver las fotos. —Salió a la luz del sol. La gente caminaba bajo el aire fresco de la mañana, y él captó el olor limpio de las flores de los melocotoneros que descendía desde las laderas de las colinas hasta la ciudad.

De repente, Ward sintió lo encerrado y agobiado que se había sentido dentro de El Sitio de Tycho, y lo oportuna que había sido la descripción que lo definía como una cueva, con su propio mago hechizando las fotografías como un deslucido Merlín

manipulando unas runas. Se sentía molesto consigo mismo por involucrarse tanto en la historia de Kandinski y por permitir que el poderoso carisma de su personalidad lo hubiera confundido. Obviamente, Kandinski jugó con la simpatía instintiva por los marginados a su favor, toda su actitud de integridad y convicción era un elaborado dispositivo para engañar a los crédulos.

Dejando que el ligero rocío que salpicaban las fuentes le empapara el rostro, Ward atravesó la plaza en dirección a su coche.

A seiscientos metros de distancia, más allá de un bosquecillo de abetos, las tres cúpulas de Monte Vernon brillaban juntas bajo el sol como un futurista Taj Mahal.

A unos veinticinco kilómetros de Vernon Gardens por la carretera de Santa Vera giró a los pies de Monte Vernon hacia las primeras colinas cubiertas de matorrales que marcaban el borde sur del desierto. Ward contempló los largos bancos de arena gruesa que se extendían a través de la neblina, su contorno borroso bajo el calor de la tarde. Echó un vistazo al libro que estaba en el asiento a su lado, abierto por el mapa impreso en las páginas finales, y comprobó cuidadosamente su posición, reduciendo la velocidad del Chevrolet a medida que se acercaba al lugar del aterrizaje del habitante de Venus.

En las dos semanas transcurridas desde que había vuelto a El Sitio de Tycho con las fotografías, había visto a Kandinski solo una vez, en la conferencia que había dado la noche del viernes. Ward se había mantenido deliberadamente lejos de El Sitio de Tycho, pero había visto un cartel que anunciaba la conferencia y se acercó a la escuela a regañadientes.

La conferencia se impartió en el gimnasio ante una audiencia de cuarenta o cincuenta personas, la mayoría mujeres, que formaban una de las innumerables sociedades astronómicas locales. Al escuchar las conversaciones a su alrededor, Ward dedujo que sus actividades principalmente consistían en tratar de identificar más de la mitad de una docena de las constelaciones. Kandinski había dado conferencias ante ellas en varias ocasiones y el objeto de esta última entrega eran sus investigaciones sobre la importancia de la tablilla de Venus que había estado analizando durante los últimos tres años.

Cuando Kandinski subió a la tarima estalló una breve ronda de aplausos. Vestía un traje de calle de un corte curiosamente anticuado y se había cepillado la barba de modo que ahora parecía un patriarca mormón o un santón de andar por casa de alguna ferviente comunidad evangélica.

Para el beneficio de los nuevos asistentes, prologó la conferencia con un breve relato de su encuentro con el habitante de Venus, y luego volvió a su análisis de la tablilla. Era una advertencia dirigida a toda la humanidad en la que se le daba un ultimátum para que abandonara sus preparativos para la exploración del espacio, por la razón tan ostensible de que, al igual que el mar era una imagen universal del inconsciente, el espacio era nada menos que una imagen de la psicosis y la muerte, y

que si se intentaba penetrar en los recovecos interplanetarios el hombre volvería a la Tierra y caería del cielo como un demente Ícaro, incapaz de asimilar la inmensidad del cero cósmico. Los verdaderos motivos de la exposición de Kandinski eran, evidentemente, el esperado éxito del Proyecto Apolo y los posteriores aterrizajes en Marte y Venus, que supondrían refutar de manera concluyente sus fantasías.

Sin embargo, al final de la conferencia Ward se dio cuenta de que su opinión de Kandinski había experimentado un completo giro.

Como conferenciante, Kandinski era pobre, dejaba frases a medias, hablaba con un estilo lento y aburrido y se quedaba atrapando en largas oraciones subordinadas, pero su tono tranquilo y realista y su convicción absoluta de que lo que estaba diciendo era importante, junto con la naturaleza de su material, le daba a la conferencia una apariencia de solidez. Su análisis de los criptogramas venusianos, una sucesión de intrincados teoremas filológicos, estaba muy por encima de las mentes de la audiencia, pero lo que comenzó a impresionar a Ward tanto como la minuciosa preparación que debió de haber precedido a la conferencia, fue el nerviosismo agudo de Kandinski al exponerla. Ward se fijó en que sufría de un irritante defecto del habla que hacía que le resultara difícil pronunciar la palabra «Venus», y vio que Kandinski, lejos de querer ser el centro de atención, dictaba la conferencia solo por un profundo sentido de la obligación hacia su público y que sentía un gran alivio cuando el calvario hubo terminado.

Al final, Kandinski había invitado a los asistentes a que le hicieran las preguntas pertinentes. Estas, a excepción de las del moderador, se interesaban en el aterrizaje del vehículo espacial extraterrestre e ignoraban el verdadero tema de la conferencia. Kandinski las respondió todas cuidadosamente, incluso las inevitables preguntas graciosas. Ward tomó nota con interés de la curiosa ambivalencia del público, a la vez fascinado y resentido por la exposición de Kandinski de sus propias fantasías privadas, una expresión de la misma ambivalencia que había impulsado a muchas de las personalidades que eran el maná de la historia hacia sus inevitables calvarios.

Cuando el moderador estaba a punto de dar por acabada la reunión, Ward se puso de pie.

—Señor Kandinski. Usted dice que el venusiano le indicó que también había vida en una de las lunas de Urano. ¿Puede decirnos cómo lo hizo si no hubo comunicación verbal entre ustedes?

Kandinski no mostró sorpresa al ver a Ward.

—Por supuesto, como ya he dicho, dibujó ocho círculos concéntricos en la arena, uno para cada uno de los planetas. Alrededor de Urano trazó cinco órbitas inferiores y marcó una de ellas. Luego se señaló a sí mismo y a mí y a un matojo de líquenes. A partir de eso deduje, y razonablemente mantengo, que...

—Señor Kandinski, disculpe —le interrumpió Ward—. ¿Dice que trazó cinco órbitas alrededor de Urano? ¿Una para cada una de las lunas?



Kandinski asintió.

—Sí. Cinco.

—Eso fue en 1960. —Ward se animó—. Hace tres semanas el profesor Pineau de Bruselas descubrió una sexta luna en la órbita de Urano.

El público echó un vistazo a Ward y comenzó a murmurar.

—¿Por qué el venusiano habría omitido una de las lunas? —preguntó Ward, y su voz resonó en todo el gimnasio.

Kandinski frunció el ceño y miró a Ward sospechosamente.

—No sabía que hubiera una sexta luna... —comenzó.

—¡Exactamente! —gritó alguien. El público empezó a reírse.

—Puedo entender que el venusiano no deseara introducir ninguna dificultad —dijo Ward—, pero esto parece una curiosa manera de hacerlo.

Kandinski pareció sentirse acorralado. Entonces presentó a Ward a la audiencia.

—El doctor Ward es un profesional, mientras que yo soy solo un aficionado —admitió—. Me temo que no puedo explicar la anomalía. Tal vez mi memoria tenga la culpa. Pero estoy seguro de que el venusiano solo trazó cinco órbitas. —Bajó del estrado y salió a toda prisa, con el ceño fruncido sobre la barba, perseguido por los gritos de burla de los asistentes.

Ward tardó quince minutos en liberarse del grupo de admiradoras solteras con guantes blancos que lo acorraló entre dos potros de gimnasia. Cuando al fin lo consiguió, corrió a su coche y se dirigió hacia Vernon Gardens, con la esperanza de encontrar a Kandinski y pedirle disculpas.

A ocho kilómetros de la ciudad por la carretera del desierto, Ward se acercó a un sistema de riego abandonado formado por conductos tallados directamente en la roca de la ladera. Los colores de las colinas eran más vivos ahora, rojo y amarillo sílice brillante, mezclados con destellos luminosos procedentes de las vetas de cuarzo. Siguiendo el mapa que llevaba en el asiento, giró por un camino sinuoso que se corría por la orilla de un canal seco. Pasó algunas secciones oxidadas de vallas metálicas, una niveladora abandonada medio sumergida bajo la arena, y una colección de cobertizos de metal en ruinas. Los bajos del coche rozaban el suelo de los baches a poco más de diez kilómetros por hora, levantando cenicientas nubes de polvo caliente que se arremolinaban en el aire detrás de él.

Dos kilómetros a lo largo del canal y el camino llegó a su fin. Ward detuvo el coche y esperó a que el polvo se asentara en el suelo. Con el libro de Kandinski frente a él como un instrumento de adivinación, cubrió a pie los trescientos metros restantes. Los contornos de los alrededores estaban marcados en el mapa, pero las colinas de arena se habían desplazado varios cientos de metros hacia el oeste desde la publicación del libro y se encontró vagando de una cresta a otra, mirando en el interior de pequeños valles poco profundos, tan viejos como la arena levantada por la última tormenta. Todo el paisaje parecía atormentado por extrañas corrientes y

sensaciones, la arena se arremolinaba y se elevaba entre las dunas y la cercanía del horizonte encerraba todo aquel lugar pedregoso como una pared invisible.

Al fin encontró el anillo de colinas indicado en el mapa y recorrió un estrecho paso que conducía a su centro. Tras escalar la ladera de diez metros, se detuvo abruptamente.

De rodillas en el centro de la cuenca, de espaldas a Ward, con los tacones de sus botas destellando a la luz del sol, estaba Kandinski. Había una confusión de objetos pequeños en la arena a su alrededor, y al principio pensó que era una suerte de sala de oración, y que estaba haciendo sus ofrendas a las deidades tutelares de Venus. Entonces vio que Kandinski estaba raspando lentamente la superficie de la tierra con una pequeña paleta. Un círculo alrededor de veinte metros de diámetro había sido delimitado con estacas y cuerdas en una serie de parcelas en forma de cuña. Cada pocos segundos Kandinski decantaba cuidadosamente un pequeño montón de arena en uno de los tubos de ensayo montado en un bastidor de madera frente a él.

Ward guardó el libro y bajó por la pendiente. Kandinski miró a su alrededor y luego se puso de pie. La capa de polvo rojo en su barba le daba a su mirada una expresión ardiente, profética. Reconoció a Ward y levantó la pala a modo de saludo.

Ward se detuvo en el borde del perímetro de la cuerda.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Estoy recogiendo muestras del suelo. —Kandinski se agachó y tapó uno de los tubos. Parecía cansado, pero trabajaba sin parar.

Ward lo vio terminar una fila.

—Va a tardar mucho tiempo en cubrir toda la zona. Pensé que no quedaban vacíos en la tabla periódica.

—La nave espacial giró muy veloz antes de elevarse por los aires. Esta superficie es lo suficientemente abrasiva para haber rascado algunas limaduras diminutas. Con suerte puedo encontrar alguna. —Kandinski sonrió levemente—. El número 262. El Venusium, espero.

—Pero los elementos transuránicos se descomponen espontáneamente... —empezó a decir Ward, y luego avanzó hasta el centro del círculo, donde había una muesca redonda, de un metro de profundidad por uno y medio de ancho. La superficie interior era brillante y suave. Tenía la forma de un cono invertido y parecía como si hubiera sido causada por la punta de una enorme peonza—. ¿Aquí es donde aterrizó la nave espacial?

Kandinski asintió. Llenó el último tubo y luego lo guardó en una bolsa de lona. Se acercó a Ward y se quedó mirando el agujero.

—¿Qué le parece? ¿El impacto de un meteorito? ¿O una perforación petrolífera, tal vez? —Mostró una sonrisa detrás de su barba polvorienta—. Los F-109 de la Escuela de Armas de las fuerzas aéreas tiene por aquí sus campos de tiro. Puede que haya sido causado por un proyectil.

Ward se agachó y tocó la superficie del agujero, pasando los dedos cuidadosamente sobre la sílice fundida.

—Más bien por una bomba de doscientos kilos. Pero el cono es geoméricamente perfecto. Es ciertamente inusual.

—¿Inusual? —Kandinski se rio entre dientes y cogió la bolsa.

—¿Alguien más ha estado aquí? —preguntó Ward mientras caminaban por la ladera.

—Dos de los llamados expertos. —Kandinski se acudió la arena de las rodillas—. Un geólogo del Gulf-Vacuum y un oficial de balística de las fuerzas aéreas. Se alegrará de saber que ambos pensaban que yo mismo había cavado la fosa y luego fusionado la superficie con un soplete de acetileno. —Miró a Ward con ojo crítico—. ¿Por qué ha venido?

—Curiosidad —dijo Ward—. Tenía la tarde libre y estaba dando una vuelta.

Llegaron a la cima de la colina, se detuvieron y miraron hacia la cuenca. Las cuerdas dividían el círculo como si fuera un extraño dispositivo de relojería, un gran mandala zodiacal, manchas oscuras salpicaban las zonas donde Kandinski habían estado trabajando para recoger muestras.

—Iba a decirme por qué ha venido aquí —dijo Kandinski mientras caminaban hacia el coche.

Ward se encogió de hombros.

—Supongo que quería demostrarme algo a mí mismo. Hay un problema de reconciliación. —Vaciló, y luego continuó—: ¿Sabe?, hay algunas cosas que son evidentemente falsas. Las leyes del sentido común y la experiencia cotidiana las refutan. Sé que muchas de las pruebas de muchas de las cosas en las que creemos son bastante circunstanciales, pero no hay que embarcarse en una teoría del conocimiento que trate de demostrar que la luna no está hecha de queso verde.

—¿Y bien? —Kandinski se pasó la bolsa a su otro hombro.

—Este venusiano que vio —dijo Ward—. El aterrizaje, la tablilla rúnica. No me lo puedo creer. Todas las pruebas que he visto, todos los detalles circunstanciales, los hechos que figuran en este libro... todo es claramente falso. —Abrió el libro por uno de los capítulos centrales—. Leamos algo al azar: «Un líquido fosforescente verde pulsó a través del pulmón dorsal del casco, inflando dos opacas branquias en forma de abanico...». —Ward cerró el libro y se encogió de hombros. Kandinski estaba a pocos metros de él, la luz del sol recorriendo las profundas arrugas de su rostro—. Ahora sé cuáles son las objeciones. —Ward continuó—: Si le hubiera dicho a un químico del siglo XIX que el plomo podría ser transmutado en oro, él lo habría rechazado por medievalista. Pero lo importante es que él habría tenido razones para hacerlo...

—Entiendo —le interrumpió Kandinski—. Pero todavía no me ha explicado por qué ha venido aquí hoy.

Ward miró hacia el desierto. En lo alto, un estratojet estaba haciendo acrobacias bajo el sol, la estela de vapor se movía a la deriva por el cielo como gigantescos fragmentos de un mensaje apocalíptico. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que Kandinski debía de haber llegado hasta allí caminado desde la parada de autobús en la carretera.

—Lo llevaré de vuelta —dijo.

Mientras viajaban en paralelo al canal se volvió a Kandinski.

—Me gustó su conferencia de anoche. Me disculpo por intentar hacerle parecer tonto.

Kandinski se estaba aflojando los cordones de las botas. Se rio, pero su reacción no sonó a reproche.

—Me puso en una situación incómoda. No podía competir con usted. No tengo dinero para suscribirme a ninguna revista astronómica. A pesar de que una sexta luna debió de ser una gran noticia. —Cuando se acercaron a Vernon Gardens le preguntó —: ¿Le gustaría ver el análisis de la tablilla?

Ward no respondió a la invitación. Condujo por la plaza y aparcó bajo los árboles, luego miró hacia la fuente, tamborileando con los dedos en el salpicadero. Kandinski, sentado junto a él, parecía meditar detrás de su barba.

Ward lo observó con atención.

—¿Cree que ese venusiano volverá?

Kandinski asintió.

—Sí. Estoy seguro de que lo hará.

Más tarde se sentaron juntos a un amplio secreter que había en la habitación de encima de El Sitio de Tycho. La pared estaba llena de láminas blancas de cartón repletas de líneas de glifos cuneiformes y el progresivo desglose de Kandinski de su significado.

Ward sostuvo una ampliación de la fotografía original de la tablilla de Venus y escuchó la explicación de Kandinski.

—Como puede ver aquí —explicó Kandinski—, con toda probabilidad no hay millones de venusianos, como se podría esperar, sino solo tres o cuatro nada más. Dos están dando vueltas a Venus, el tercero a Urano y posiblemente hay un cuarto en órbita alrededor de Neptuno. Esto resuelve algunas cuestiones sobre las que usted y muchos otros dudaban. ¿Por qué contactó primero con una sola persona de varios cientos de millones y la seleccionó de forma completamente aleatoria? Evidentemente, había visto las cápsulas de los satélites rusos y estadounidenses, y supusieron que nuestra raza, al igual que la suya, estaba compuesta por tres o cuatro individuos, después concluyeron a partir de las pruebas con bombas atómicas atmosféricas que estábamos en guerra y no tardaríamos en destruirnos a nosotros mismos. Esta es una de las razones por las que creo que volverán pronto y por las que

es importante organizar un recibimiento mundial a nivel gubernamental.

—Espere un minuto —dijo Ward—. Tienen que saber que la población de este planeta son más de tres o cuatro. Incluso el telescopio más débil demostraría que...

—Por supuesto, pero, naturalmente, asumen que los millones de habitantes de la Tierra pertenecen a una subespecie aborígen, y que tal vez son utilizados como animales de trabajo. Después de todo, si se observa que a pesar de los inmensos recursos de este planeta, la mayor parte de su población vive como animales, un visitante extranjero solo podría deducir que se les considera como tal.

—Pero se supone que los vehículos espaciales nos han estado observando desde la época babilónica, mucho antes del desarrollo de los cohetes satélite. Ha habido miles de avistamientos registrados.

Kandinski negó con la cabeza.

—Ninguno de ellos ha sido autenticado.

—¿Qué pasa con los otros aterrizajes que han sido reportados recientemente? —preguntó Ward—. Un buen número de personas han visto venusianos y marcianos.

—¿De verdad? —preguntó Kandinski con escepticismo—. Me gustaría poder creerlo. Algunos de esos encuentros revelan una maravillosa capacidad de invención, pero no se pueden aceptar como nada más que fantasía.

—Esa es la misma crítica que ha recibido sobre la historia de su nave espacial —le recordó Ward.

Kandinski pareció perder la paciencia.

—Yo vi la nave —explicó, impotente, lanzando su cuaderno de notas sobre el escritorio—. ¡Y hablé con el piloto!

Ward asintió sin comprometerse, y cogió de nuevo la fotografía. Kandinski se acercó a él y se la cogió de las manos.

—Ward —dijo él con calma—. Créame. Debe hacerlo. Usted sabe que ya soy mayorcito como para perderme en una farsa sin sentido. —Sus enormes manos apretaron los hombros de Ward, y casi lo levantó del asiento—. Créame. Juntos podemos estar preparados para los próximos aterrizajes y alertar al mundo. Yo solo soy Charles Kandinski, un camarero de una cafetería de tercera, pero usted es el doctor Andrew Ward, del Observatorio de Monte Vernon. Ellos le escucharán. Trate de darse cuenta de lo que esto puede significar para la humanidad.

Ward se deshizo de Kandinski y se frotó los hombros.

—Ward, ¿me cree? Pregúnteselo a sí mismo.

Ward miró pensativamente a Kandinski, con su barba roja como la zarza ardiente.

—Creo que sí —dijo en voz baja—. Sí, le creo.

Una semana más tarde, el 23.º Congreso de la Asociación Geofísica Internacional se inauguró en el Observatorio de Monte Vernon. A las tres y media de la tarde, en el anfiteatro de la Biblioteca Hoyle, el profesor Renthall pronunció el discurso inaugural de bienvenida ante los noventa y dos delegados y los veinticinco periodistas de periódicos y agencias de noticias acreditados para el programa quincenal de

conferencias y debates.

Ese mismo día, poco después de las once de la mañana, Ward y el profesor Cameron completaron sus preparativos finales y se escaparon a Vernon Gardens durante la hora de descanso.

—Bueno —dijo Cameron, mientras caminaban hacia El Sitio de Tycho—, Tengo una idea bastante clara de lo que debe de ser dirigir el Waldorf-Astoria. —Escogieron una de las mesas en la acera y se sentaron—. No he estado aquí desde hace semanas —dijo Cameron—. ¿Cómo le va con el hombre en la Luna?

—¿Con Kandinski? Casi nunca lo veo —dijo Ward.

—He hablado con el corresponsal de la revista *Time* sobre Charles —dijo Cameron, limpiándose la gafas de sol—. Pensó que podría hacer un artículo sobre él.

—¿No cree que Kandinski ya ha sufrido suficiente con ese tipo de cosas? —preguntó Ward malhumorado.

—Quizás —asintió Cameron—. ¿Sigue trabajando en su crucigrama? La tablilla, como la llama él.

Como por casualidad, Ward dijo:

—Tiene la teoría de que debería ser posible ver las bases lunares. Puntos de reabastecimiento establecidos allí por los venusianos a largo de los siglos.

—Interesante —comentó Cameron.

—Están situados cerca de Copérnico —añadió Ward—. Sé que en Milán Vandone está mapeando Arquímedes y el Imbrium lunar; pensé que podría mencionárselo en su seminario de mañana.

El profesor Cameron se quitó las gafas y miró con curiosidad a Ward.

—Mi querido Andrew, ¿qué le ha ocurrido? ¿No me diga que se ha convertido en uno de los conversos de Charles?

Ward se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Obviamente no hay bases lunares o exóticas naves espaciales. Ni por un momento he creído una palabra de lo que dice Kandinski. —Hizo un gesto de impotencia—. Pero al mismo tiempo, reconozco que me he involucrado en su historia. Hay algo en la personalidad de Kandinski. Por otro lado, no puedo tomármelo en serio.

—Oh, yo me lo tomo en serio —interrumpió Cameron suavemente—. Muy en serio, aunque no en el sentido en que piensa usted. —Cameron le dio la espalda a la multitud de la acera—. Los puntos de vista de Jung sobre los platillos volantes son muy esclarecedores, Andrew, le ayudarían a entender a Kandinski. Jung cree que la civilización se ubica actualmente en la conclusión de un Gran Año Platónico, en el eclipse del signo de Piscis, que ha dominado la era cristiana, y que estamos entrando en el signo de Acuario, un período de confusión y caos psíquico. Él dice que a lo largo de la historia, en todos los momentos de incertidumbre y discordia, se han visto acercarse vehículos espaciales cósmicos a la Tierra, y que en algunos casos extremos se asegura que han existido reuniones con sus ocupantes.

Cuando Cameron hizo una pausa, Ward miró a través de las mesas en busca de Kandinski, pero les sirvió un camarero al que no conocía y supuso que era el día libre de Kandinski.

Cameron continuó:

—La mayoría de la gente considera que Charles Kandinski es un loco, pero en realidad está realizando uno de los papeles más importantes en el mundo de hoy en día, el papel del profeta que alerta a la gente de la crisis que se avecina. El verdadero significado de sus fantasías, como la de los movimientos para prohibir la bomba atómica, se encuentra en otro lugar distinto al plano consciente. Por debajo de la superficie de la vida racional existe una inmensa agitación que expresa la fuerza psíquica, como los movimientos de isotáticos de las masas continentales que anunciaban las grandes transformaciones geológicas.

Ward movió la cabeza dubitativamente.

—Puedo aceptar que un hombre como Freud fuera un profeta, pero ¿Charles Kandinski?

—Por supuesto. Y mucho más que Freud. Es lamentable para Kandinski, y para los escritores de ciencia ficción, porque tienen que llevar a cabo sus tareas de describir los símbolos de la transformación en una sociedad llamada racionalista, donde se requiere una explicación al menos pseudocientífica *a priori*. Y como el verdadero profeta nunca se ocupa de lo que puede deducirse racionalmente, en la actualidad la gente como Charles son ignorados o ridiculizados.

—Es interesante que Kandinski comparase su reunión con el venusiano con la conversión de Pablo en el camino a Damasco —dijo Ward.

—Y estaba en lo cierto. En ambos encuentros se ve el mismo mecanismo de cegadora revelación inconsciente. Y se puede observar también que Charles siente la misma necesidad imperiosa de ampliar la revelación paulina al mundo. El movimiento anti-Apolo ahora solo está arrancando, pero durante la próxima década reclutará a millones de personas, y los hombres como Charles Kandinski serán los padres del apocalipsis.

—Hace que parezca una figura titánica —comentó Ward en voz baja—. Creo que solo es un hombre solitario, cansado y obsesionado con algo que no puede entender. Tal vez solo tiene unos cuantos amigos en los que confiar.

Sacudiendo lentamente la cabeza, Cameron golpeó la mesa con sus gafas.

—Tenga cuidado, Andrew, si juega con Charles se quemará los dedos. Las personalidades maná de la historia no tienen tiempo para las lealtades personales, el fundador de la Iglesia cristiana lo dejó bastante claro.

Poco después de las siete de la tarde, Charles Kandinski montó en su bicicleta y partió de Vernon Gardens. En los días en que no trabajaba en El Sitio de Tycho, la pequeña habitación en la zona de mala muerte donde vivía lo deprimía, y mientras pedaleaba ignoró los gritos de sus vecinos sentados en sus balcones con sus botellas

de cerveza. Sabía que montado en su antigua y enorme bicicleta con aquella gran cesta de mimbre y su larga barba parecía una figura grotesca, incluso quijotesca, pero estaba demasiado preocupado como para que le importara. Aquella mañana había oído que la traducción francesa de *Los aterrizajes desde el espacio*, editada e impresa de su bolsillo, había sido completamente ignorada por la prensa de París. Además de que una editorial de libros por encargo de Santa Vera le estaba presionando para que le pagara los cinco mil panfletos contra el Apolo que se habían distribuido el año anterior.

Pero por encima de todo había oído en la radio la noticia de que la fecha prevista del primer vuelo tripulado a la Luna se había adelantado a 1969, y al día siguiente tendría lugar el último y más ambicioso de los vuelos lunares no tripulados. El presupuesto previsto para el Programa Apolo (en un momento de humor negro él había calculado que con él podría pagar la impresión de unos mil millones de folletos) parecía duplicarse cada año, pero hasta ahora no había tenido éxito en su intento de alertar a las personas de la locura de aventurarse en el espacio. Durante todo el día se había sentido frustrado y enojado.

Al final de la avenida giró por la carretera que llevaba a las granjas de espárragos situadas en la franja de veinte kilómetros entre Vernon Gardens y el desierto. Era una noche clamada y cálida y pasaban muy pocos vehículos. A ambos lados de la carretera podía ver las grandes terrazas de color verde limón repletas de espárragos en sus lechos húmedos de arroz, y de vez en cuando una becada asomaba la cabeza y se lanzaba al vuelo.

Ocho kilómetros después llegó a la última casa de campo antes del límite del desierto. Pedaleó hasta donde terminaba el camino, a unos doscientos metros, desmontó y dejó la bicicleta en el suelo. Se colgó la cámara al hombro, y se alejó hacia la boca de un pequeño valle.

La frontera entre el desierto y el terreno de la granja era irregular. A su izquierda, más allá de las laderas rocosas, oyó un motor ronroneando en una de las largas lenguas de tierra fértil que se adentraban en el desierto, pero el terreno árido y la sensación de aislamiento empezaron a relajarlo y se olvidó de las molestias que lo habían atormentado durante todo el día.

Naturalista entusiasta, vio a una grulla de las arenas de cuello largo que se alzaba sobre un espolón de pizarra a unos quince metros de él y se detuvo y levantó la cámara. Mirando a través del visor se dio cuenta de que la luz ya era insuficiente para sacar una fotografía. Curiosamente, la grulla se recortaba claramente contra un resplandor circular de luz que emanaba más allá de una loma en el extremo del valle. Aquella corona aparentemente sin origen iluminaba a ratos el aire oscurecido, como si saliera de un pozo de extracción iluminado.

Dejó la cámara a un lado, avanzó y a los pocos minutos llegó hasta la cresta y empezó a subir. La pendiente era pronunciada, y se arrastró por entre la maleza y los matorrales, dando patadas con las puntas de los pies en la superficie rocosa para abrir



puntos de apoyo.

Justo antes de llegar a la cima sintió que corazón le latía dolorosamente por el esfuerzo y se quedó quieto por un momento, con una sensación repentina de vértigo dándole vueltas en la cabeza. Esperó a que el espasmo desapareciera, temblando débilmente en el aire fresco, y con el familiar trasfondo de inquietud en la mente. El aire parecía vibrar extrañamente con una música inaudible pero a la vez intensa que le ejercía presión en las sienes. Se frotó la frente y continuó avanzando por la pendiente.

La cresta tenía forma de U y medía alrededor de doscientos metros hasta su extremo abierto. Un enorme disco de metal de unos cien metros de diámetro y cinco metros de alto descansaba en el suelo arenoso, en el centro. Parecía estar en equilibrio sobre una gran base cónica, la mitad de la cual ya se había hundido en la arena. Una llanta estriada corría alrededor del borde del disco y separaba las curvaturas superior e inferior, que giraban rápidamente en direcciones opuestas, arrojando magníficos destellos de luz plateada.

Kandinski se quedó inmóvil mientras la primera sensación de miedo desaparecía y regresaban el valor y la presencia de ánimo. La extraña música inaudible se había desvanecido, y notaba la cabeza increíblemente clara. Sus ojos recorrieron rápidamente la nave espacial, y calculó que medía más del doble del tamaño de la nave que había visto tres años antes. No había marcas o puertas en la estructura exterior, pero estaba seguro de que no venía de Venus.

Kandinski se quedó mirando la nave espacial durante diez minutos, tratando de decidir qué hacía. Desafortunadamente, había roto el objetivo de su cámara. Por último, moviéndose hacia atrás, se deslizó despacio por la pendiente. Cuando llegó al suelo todavía podía oír el gemido de los rotores. Escondido en las sombras, recorrió el camino de vuelta hasta el valle, y a doscientos metros de la cresta echó a correr.

Volvió por donde había venido, sus largas y robustas piernas lo llevaron a través de surcos y rocas, llegaron hasta la bicicleta y pedalearon rápidamente hacia la casa.

Una sola luz brillaba en una habitación de la planta superior y con una mano llamó al timbre mientras con la otra golpeaba la puerta de madera hasta casi soltarla de sus goznes. Al final apareció una mujer joven. Bajó las escaleras a regañadientes, sin saber qué hacer con la barba de Kandinski y sus ropas andrajosas y polvorientas.

—¡Teléfono! —le gritó Kandinski, jadeando salvajemente, mientras trataba de recuperar el aliento.

Finalmente, la chica abrió la puerta y se apartó bastante inquieta. Kandinski pasó junto a ella tambaleándose y recorrió a ciegas la sala a oscuras.

—¿Dónde está? —rugió.

La chica encendió las luces y señaló hacia la sala de estar. Kandinski pasó junto a ella y corrió hacia el aparato.

Ward jugaba con su copa de *brandy* mientras discretamente se aflojaba el cuello de la camisa de vestir y escuchaba al doctor MacIntyre del Observatorio de Greenwich, a cuatro asientos de distancia a su derecha, que era el tercer ponente de los discursos de sobremesa. Ward hablaría a continuación, y el otro iba por las primeras frases de su discurso, mirando de vez en cuando sus notas. A los treinta y cuatro de edad, era el miembro más joven de todos los participantes en el Congreso, y estaba impresionado por semejante honor. Observó las venerables figuras de la izquierda y la derecha en la mesa principal, sus chaquetas negras y pecheras blancas reflejadas en las bandejas de plata, y vio al profesor Cameron que le guiñaba un ojo para tranquilizarlo.

Estaba repasando sus notas por última vez cuando un mayordomo se inclinó sobre su hombro.

—Una llamada de teléfono para usted, doctor Ward.

—Ahora no puedo —susurró Ward—. Dígale a quien sea que llame más tarde.

—La persona que llama dice que es muy urgente, doctor. Algo acerca de acaban de llegar unas personas de Neptuno.

—¿De Neptuno?

—Creo que es un hotel de Santa Vera. Tal vez los delegados rusos han podido llegar, después de todo.

Ward empujó su silla hacia atrás, se disculpó y se alejó.

El profesor Cameron estaba esperando en el vestíbulo de la sala de banquetes cuando Ward salió de la cabina.

—¿Algún problema, Andrew? Espero que no le haya pasado nada a su padre.

—Es Kandinski —dijo Ward a toda prisa—. Está en el desierto, cerca de la granja. Dice que ha visto a otro vehículo espacial.

—Oh, ¿es eso todo? —Cameron negó con la cabeza—. Vamos, será mejor que regresemos. ¡Pobre tonto!

—Espere —dijo Ward—. Dice que lo acaba de ver ahora mismo. Está en tierra. Me ha pedido que llamara al general Wayne de la base aérea y que alertara al Comando Aéreo Estratégico. —Ward se mordió el labio—. No sé qué hacer.

Cameron lo cogió del brazo.

—Andrew, vamos. MacIntyre está a punto de acabar.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó Ward—. Él parecía estar bien, pero luego ha dicho que le parecía que eran hostiles. Eso suena un poco siniestro.

—Andrew —lo cortó Cameron—. ¿Qué es lo que le pasa? Deje que Kandinski se las apañe solo. Usted no puede ir hasta allí ahora. Sería una descortesía imperdonable.

—Tengo que ayudar a Kandinski —insistió Ward—. Estoy seguro de que me necesita esta vez. —Apartó a Cameron.

—¡Ward! —le gritó el profesor Cameron—. ¡Por el amor de Dios, vuelva!

Salió a la terraza y lo vio correr por las escaleras hasta desaparecer por el jardín

hacia la oscuridad.

Cuando las ruedas del coche se clavaron en los surcos profundos, Ward apagó los faros y buscó las oscuras colinas que marcaban el límite del desierto. El brillo cálido de Vernon Gardens quedaba a su espalda, y solo unas pocas luces aisladas brillaban en la oscuridad a ambos lados de la carretera. Pasó la casa desde la que supuso que le había telefonado Kandinski, luego avanzó lentamente hasta que vio la bicicleta que Kandinski había dejado para él.

Tardó varios minutos en montarse en aquella enorme máquina, con los pies muy lejos de los pedales durante la mayor parte del recorrido. Con un gran esfuerzo cubrió un centenar de metros, y después de chocar a toda velocidad contra un bosquecillo de matorrales se vio obligado a desmontar y continuar a pie.

Kandinski le había dicho que la cresta estaba a un kilómetro y medio del valle. Era casi de noche y la luz de las estrellas se reflejaba en las colinas de la cuenca iluminándola con colores fugaces e intensos. Corrió un buen trecho, y el único sonido que podía oír era una especie de zumbido sordo como el de un insecto metálico gigantesco a ochocientos metros de distancia. Llenó los pulmones y corrió los últimos cien metros.

Kandinski todavía estaba en el borde de la colina, mirando la nave espacial y esperando con impaciencia a Ward. Por debajo de él, en la cuenca, las secciones superior e inferior del rotor empezaron a girar más despacio, aproximadamente a una revolución por segundo. La nave espacial se había hundido otros diez metros en el suelo del desierto y ahora estaba al mismo nivel que la cúpula de observación. Una sola franja de luz cortaba la oscuridad, barriendo los muros espasmódicamente.

Entonces, detrás de él, vio que alguien llegaba desde el valle y se arrastraba hacia lo alto de la cresta. De repente se apoderó de él una sensación de triunfo y alegría, y supo que al fin tenía su testigo.

Ward subió por la ladera hasta donde podía ver a Kandinski. Dos veces perdió el control y se deslizó hacia abajo, sin poder hacer nada, arañándose las manos sobre la superficie arenosa. Kandinski estaba tendido sobre el pecho, con la cabeza por encima de la cresta. Cubierto por el polvo, apenas se distinguía de la misma pendiente.

—¿Está bien? —susurró Ward. Se quitó la corbata y se abrió el cuello de la camisa. Cuando recupero el aliento se arrastró hasta colocarse al lado de Kandinski.

—¿Dónde? —preguntó.

Kandinski apuntó hacia abajo, hacia la cuenca.

Ward se apoyó sobre los codos y levantó la cabeza. Durante unos segundos se asomó a la oscuridad, y luego retiró la cabeza hacia atrás.

—¿La ve? —susurró Kandinski. Hablaba con dificultad. Cuando Ward vaciló antes de responder, de repente lo agarró por la muñeca con fuerza. A la débil luz

reflejada por el polvo blanco, Ward pudo ver claramente sus ojos inflamados brillantes.

—¡Ward! ¿Puede verlo?

Kandinski seguía aferrándole la muñeca con dedos como garfios cuando Ward miró hacia la oscuridad.

Debajo de la ventanilla de su vagón, uno de los compañeros de viaje de Ward estaba siendo despedido por un grupo de amigas y amigos, y aquellas chicas con sombreros y pañuelos brillantes y los hombres en pantalones y sandalias de playa hicieron que le pareciera que se iba de un balneario al final de un día de fiesta.

Desde la ventanilla podía ver las cúpulas del Observatorio de Monte Vernon elevándose entre los árboles, e identificó los ladrillos blancos de la Biblioteca Hoyle trescientos metros por debajo de la cumbre. Edna Cameron lo había llevado a la estación, pero él le había pedido que no lo acompañara hasta el andén, y ella se había despedido en la puerta. La misma Cameron que había visto solo una vez, cuando él había recogido sus libros en el instituto.

Word trató de olvidarlo todo y respiró con tranquilidad porque afortunadamente el tren saldría en cinco minutos. Sacó su libreta bancaria de la cartera y le echó un vistazo a los movimientos de su cuenta de la semana pasada. Hizo una mueca ante la partida más importante, seiscientos dólares que había transferido a la cuenta de Kandinski para pagar por los cablegramas.

Entonces decidió comprar algo para leer durante el trayecto, se bajó del vagón y se dirigió de nuevo al puesto de periódicos. Varias revistas contenían lo que solo puede ser descrito como desalentadores artículos sobre él mismo, y eligió dos o tres periódicos.

En ese instante, alguien le puso una mano en el hombro. Se volvió y vio a Kandinski.

—¿Se va? —le preguntó Kandinski en voz baja. Se había recortado la barba para que solo se mantuviera un leve vestigio de la mata original, dejando al descubierto sus altos pómulos huesudos. Su rostro parecía casi quince años más joven, más delgado y más demacrado, pero al mismo tiempo sosegado, como el de un hombre que se recupera lentamente de los ataques de unas fiebres intermitentes.

—Lo siento, Charles —dijo Ward mientras caminaban hacia su vagón—. Debería haberme despedido de usted, pero creí que sería mejor no hacerlo.

La expresión de Kandinski era suave pero desconcertada.

—¿Por qué? —le preguntó—. No lo entiendo.

Ward se encogió de hombros.

—Me temo que todo lo que había aquí para mí se ha acabado más o menos, Charles. Vuelvo a Princeton hasta la primavera. Daré primer curso de Física. —Sonrió con pesar de sí mismo—. La ley de Boyle, el módulo de Young, volveré a los fundamentos. Tal vez no sea una mala idea.

—Pero ¿por qué se va? —insistió Kandinski.

—Bueno, Cameron pensó que sería mejor para mí si me iba. Después de que nuestro comunicado para el secretario general fuera publicado en el *New York Times* me convertí en persona non grata en el Hubble. Los miembros del consejo de administración se lo han dicho al profesor Renthall de nuevo esta mañana.

Kandinski sonrió y pareció aliviado.

—¿Y qué importa el Hubble? —se burló—. Tenemos un trabajo más importante que hacer. Ya sabe, Ward. Cuando la señora Cameron me ha dicho hace un momento que se iba no podía creerlo.

—Lo siento, Charles, pero es así.

—Ward —insistió Kandinski—. No se puede marchar. Ellos regresarán pronto. Tenemos que prepararnos para su llegada.

—Lo sé, Charles, y me gustaría poder quedarme. —Llegaron al vagón y Ward extendió la mano—. Gracias por venir a despedirme.

Kandinski se la estrechó con fuerza.

—Andrew, dígame la verdad. ¿Tiene miedo de lo que la gente piense de usted? ¿Por eso quiere marcharse? ¿No tiene suficiente coraje y fe en sí mismo?

—Tal vez sea eso —admitió Ward deseando que arrancara el tren. Alargó la mano hacia la barandilla y comenzó a subir al vagón, pero Kandinski lo sostuvo.

—¡Ward, no puede olvidarse de una responsabilidad como esta!

—Por favor, Charles —dijo Ward sintiendo que empezaba a irritarse. Le apartó la mano, pero Kandinski lo agarró por el hombro y casi lo arrastró fuera del vagón.

Ward se deshizo de él de inmediato.

—¡Déjeme en paz! —le espetó con fiereza—. Vi su nave espacial, ¿no?

Kandinski lo vio subir al vagón, y completamente perplejo se quedó allí de pie, acariciándose con la mano la barba desaparecida.

El jefe de estación sopló su silbato y el tren empezó a moverse.

—Adiós, Charles —dijo Ward mirando a Kandinski desde la escalerilla—. Si alguna vez ve cualquier otra cosa, hágamelo saber.

Entró en el vagón y se sentó. Solo cuando el tren estaba a más de treinta kilómetros de Monte Vernon miró hacia fuera por la ventanilla.

## FINAL DEL JUEGO

Después del proceso le dieron a Constantin una villa, una asignación y un verdugo. La villa era pequeña, de paredes altas y, obviamente, ya había sido usada con el mismo propósito. La asignación era adecuada para las necesidades de Constantin: nunca se le permitía salir y un ordenanza de la policía le preparaba las comidas. El verdugo era el suyo propio. Pasaban la mayor parte del tiempo sentados en la galería con vistas al estrecho jardín de piedra, jugando al ajedrez con unas piezas grandes y muy gastadas.

El verdugo se llamaba Malek. Oficialmente era el supervisor de Constantin, y el responsable de mantener el débil contacto de la villa con el exterior, ahora oculto a la vista detrás de las altas paredes, y de atender la breve llamada telefónica que sonaba puntualmente cada mañana a las nueve. Sin embargo, su verdadero papel no era un secreto entre ellos. Malek era un hombre fuerte, de rostro suave y expresión anónima, que al principio irritaba enormemente a Constantin, que estaba acostumbrado a respuestas mucho más sutiles. Malek lo seguía por toda la villa, sin intervenir nunca, a menos que Constantin intentara sobornar al ordenanza para conseguir un periódico prohibido, en cuyo caso Malek se limitaba a hacer un ligero gesto con una de sus grandes manos, sin expresión alguna de desaprobación, pero impidiendo el intento tan inapelablemente como un muro, y sin siquiera sugerir a Constantin cómo podía pasar su tiempo. Como un gran oso, se sentaba inmóvil en uno de los sillones desteñidos de la sala, vigilando a Constantin. Una semana después, Constantin, harto de las viejas novelas que había en el estante inferior de la biblioteca —confiaba en encontrar el mensaje de algún predecesor en aquellas páginas grises y manoseadas—, invitó a Malek a jugar al ajedrez. El conjunto de piezas de caoba astilladas estaban en uno de los estantes vacíos de la biblioteca, el único elemento de decoración o de recreo de toda la villa. Aparte de los libros y el ajedrez, la pequeña casa de seis habitaciones estaba completamente desprovista de adornos. No había cortinas ni molduras para cuadros, mesillas de noche o lámparas en los rincones, y los únicos aparatos eléctricos eran las luces detrás de unos globos gruesos y opacos empotrados en el techo. Obviamente, el ajedrez y las novelas estaban allí deliberadamente, en representación de los pasatiempos alternativos a disposición de los inquilinos temporales de la villa. Los hombres de temperamento flemático o filosófico se resignaban a lo inevitable de su destino y elegían la lectura de las novelas, hundiéndose en un trance autoanestésico mientras se abrían paso a través de la prosa ampulosa de los romances del siglo XIX.

Por otro lado, los hombres con un carácter más voluble y extrovertido, evidentemente, preferían jugar al ajedrez, incapaces de resistirse a la oportunidad de

ejercer hasta el final sus talentos maquiavélicos para la estrategia. Las partidas de ajedrez les ayudaban a mantener un optimismo inconsciente y, de manera más sutil, a sublimar o desviar cualquier intento de fuga.

Cuando Constantin sugirió que jugaran al ajedrez, Malek aceptó de inmediato, y así pasaron el mes siguiente mientras el verano tardío daba paso al otoño. Constantin se alegraba de haber elegido el ajedrez, el juego lo llevó a una implicación personal inmediata con Malek, y como todos los condenados pronto había desarrollado una poderosa transferencia emocional hacia la única persona que, efectivamente, le quedaba en la vida.

En ese momento no era una relación ni negativa ni positiva, sino de dependencia aguda, porque a la hipotética personalidad de Malek se superponían las asociaciones de todas las anónimas pero poderosas figuras de la autoridad que Constantin podía recordar desde su más temprana infancia: su propio padre, el sacerdote del seminario a quien había visto ahorcar después de la revolución, los primeros comisarios del pueblo, los secretarios del partido en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, por último, los propios miembros del comité central. Ahí, donde las rostros anónimos habían cristalizado en los de los colegas y rivales observados muy de cerca, del proceso parecía haber vuelto al punto de partida, por lo que él mismo se identificaba con los personajes oscuros que habían autorizado su muerte y ahora estaban representados por Malek.

Constantin, por supuesto, también estaba dominado por otra obsesión: la necesidad de saber cuándo. Durante las semanas posteriores al juicio y la sentencia, se había mantenido en un extraño estado de euforia, demasiado sorprendido como para darse cuenta de que la dimensión del tiempo aún existía para él, porque él ya había muerto *a posteriori*. Pero poco a poco la voluntad de vivir, y su vieja determinación que tanto le habían servido durante treinta años, se reafirmaron, y comprendió que todavía le quedaba una pequeña esperanza. No podía imaginar cuánto tiempo le quedaba exactamente pero, si podía llegar a dominar a Malek, la supervivencia podría convertirse en una posibilidad real.

Pero la pregunta seguía siendo la misma: ¿cuándo?

Por suerte podía ser sincero con Malek. El primer punto lo señaló inmediatamente.

—Malek —le preguntó una mañana, tras el décimo movimiento, cuando ya había completado su desarrollo y estaba momentáneamente relajado—. Dígame, ¿sabe usted... cuándo?

Malek alzó la vista del tablero, sus grandes ojos bovinos contemplaron con calma a Constantin.

—Sí, señor Constantin, sé cuándo.

Su voz era profunda y funcional, tan inexpresiva como una báscula.

Pensativo, Constantin se retrepó en el sillón. Al otro lado de los cristales de la galería, la lluvia caía constantemente sobre el abeto solitario que había crecido precariamente entre las piedras de la parte baja de la pared. A pocos kilómetros al sudoeste de la villa estaban los suburbios del pequeño puerto, uno de los lúgubres lugares llamados «balnearios costeros», donde venían a pasar las vacaciones los funcionarios subalternos del ministerio y los burócratas del partido dos veces al año. El clima, sin embargo, parecía particularmente inclemente, el sol nunca conseguía atravesar las nubes, y por un momento, Constantin se alegró de estar al abrigo del calor de la villa.

—Déjeme ver si lo entiendo —le dijo a Malek—. No lo sabe simplemente de un modo general como, por ejemplo: será después de que reciba instrucciones de tal o cual persona, sino que sabe específicamente cuándo.

—Exactamente. —Malek retiró la dama. Su juego era sólido pero sin talento ni estilo personal, como si lo hubiera perfeccionado con la simple práctica. La mayoría de los contrincantes de Malek, comprendió Constantin con humor sardónico, debían de haber sido jugadores de primera.

—Usted sabe el día, la hora y el minuto —insistió Constantin. Malek asintió lentamente, con su atención puesta en el juego, y Constantin apoyó la suave y afilada barbilla en una mano y observó a su oponente—. ¿Podría ser en los próximos diez segundos, o puede que no ocurra en los siguientes diez años?

—Exactamente. —Malek señaló el tablero—. Le toca.

Constantin rechazó la propuesta.

—Lo sé, pero no vamos a precipitarnos. Las partidas de ajedrez se juegan siempre en varios niveles, Malek. Los que hablan de un ajedrez tridimensional no saben nada de ajedrez.

De vez en cuando hacía esas insinuaciones con la esperanza de soltarle la lengua a Malek.

De repente, Constantin se inclinó sobre el tablero y miró a Malek directamente a los ojos.

—Solo usted conoce la fecha, Malek, y como ha dicho, puede ser dentro de diez años, o de veinte. ¿Cree que puede mantenerlo en secreto durante tanto tiempo?

Malek no intentó responder y esperó a que Constantin hiciera su movimiento. De vez en cuando inspeccionaba con la mirada los rincones de la galería o miraba el jardín empedrado. Desde la cocina llegaba el sonido ocasional de las botas del ordenanza arrastrando los pies por el suelo mientras descansaba junto al teléfono de la mesa de pino.

Mientras contemplaba el tablero, Constantin se preguntó cómo podría provocar una respuesta en Malek. El hombre no había mostrado reacción alguna ante la mención del plazo de diez años, aunque el período fuera absurdamente amplio. Era muy probable que la verdadera partida fuese corta. La fecha indeterminada de la ejecución, que daba a todo el procedimiento un ambiente muy extraño, no tenía la



intención de añadir un elemento de tortura o de suspense a los últimos días del condenado, sino simplemente oscurecer y confundir el hecho mismo de su muerte. De conocerse de antemano la fecha definida, podía producirse un repunte de simpatía en el último momento, un intento de revisar la sentencia y quizá de hacer recaer la culpa en algún otro, y el sentimiento inconsciente, si no consciente, de complicidad con los crímenes del condenado bien podría provocar una revaluación dolorosa, y — tras la ejecución de la sentencia— un sentimiento oculto de culpabilidad que sería aprovechado enseguida por los oportunistas y los intrigantes.

Mediante el sistema actual se evitaban todos esos riesgos y los desagradables efectos colaterales. El acusado descendía en la jerarquía cuando quienes se le oponían estaban en lo más alto, entonces era entregado al poder judicial y de allí a uno de los tribunales que se reunían siempre a puerta cerrada y cuyos veredictos no se conocían nunca.

Para sus preocupados antiguos colegas, él había desaparecido en ese mundo de pasillos interminables de los purgatorios burocráticos, su caso estaría en los archivos de forma permanente, pero nunca irrevocablemente cerrado. Sobre todo, nunca se establecería y confirmaría la culpabilidad de Constantin. Como él mismo sabía bien, lo habían condenado por un detalle técnico, al margen del principal cargo del que se le acusaba, una simple cuestión de procedimiento, como un mal giro en la trama de una historia, con el único propósito de cerrar la investigación. Aunque conocía la verdadera naturaleza de su crimen, Constantin nunca había sido notificado formalmente de su culpabilidad. De hecho, el tribunal lo había evitado, prefiriendo no presentar contra él ningún cargo grave.

Era una inversión irónica de la situación kafkiana clásica, en lugar de admitir su culpabilidad de un delito inexistente, se veía obligado a aceptar una farsa en la que era inocente de los delitos precisos que sí había cometido.

La base psicológica era más oscura, pero de alguna manera mucho más amenazante, pues el verdugo atraía a la víctima con una sonrisa seductora, asegurándole que todo estaba perdonado. Jugaba no con esos sentimientos inconscientes de ansiedad y culpa, sino con la convicción innata de la supervivencia individual, con la preocupación obsesiva por la inmortalidad personal que es simplemente una forma disfrazada del miedo universal a la imagen de la propia muerte. Esta seguridad de que todo estaba bien y la ausencia de cualquier carga de culpa o responsabilidad eran lo que había hecho tan ordenadas las colas de las cámaras de gas.

En ese momento, el rostro paradójico del dispositivo diabólico estaba a cargo de Malek, cuyos rasgos amorfos y su actitud neutral pero ambigua hacían que pareciera no tanto una personalidad separada sino como la personificación del aparato del Estado. Tal vez el título irónico de «supervisor» se acerca más a la verdad de lo que parecía a primera vista, y el papel real de Malek era simplemente el de oficial, o a lo sumo servir de moderador, en una ordalía en la que Constantin era su propio acusado,

fiscal y juez.

No obstante, pensó mientras examinaba el tablero consciente de la presencia ominosa de Malek sobre las piezas, eso implicaría que habían juzgado totalmente mal su propia personalidad, su dinamismo y entusiasmo casi galo. Él, más que nadie, sería el último en jugarse la vida en una orgía de culpa confesa. No estaba hecho para el suicidio neurótico tan amado por los esclavos. Siempre que hubiera una vía de salida, alegremente cargaría sobre los hombros toda la culpa, tolerante con sus propias debilidades, dispuesto a ignorarla con un chiste. Esta despreocupación siempre había sido su mejor aliado.

Los ojos de Constantin buscaron el tablero, vagando por las vías abiertas de damas y alfiles, como si la respuesta al enigma apremiante se encontrara en aquellos pasillos pulidos.

¿Cuándo? Su estimación era de dos meses. Casi con toda seguridad (y aquí no tenía miedo de estar racionalizando), no sería en los próximos dos o tres días, ni siquiera en los próximos quince. La prisa siempre era indecorosa, aparte de violar el objeto mismo de la reclusión. Durante dos meses estaría a salvo en el limbo, un período de tiempo lo suficientemente largo para que el suspense lo descompusiera y él revelara cualquier aliado secreto, y lo suficientemente breve como para convenir a su crimen en particular.

¿Dos meses? No es tanto como habría deseado. Mientras movía el alfil de la dama, Constantin empezó a trazar su estrategia para derrotar a Malek. El primer paso, obviamente, era descubrir cuándo se llevaría a cabo la ejecución, en parte para alcanzar una cierta paz, pero también para poder ajustar el marco de su fuga. Un salto a la libertad físico por encima del muro sería fútil. Había que establecer contactos, presionar en distintos puntos sensibles de la jerarquía, preparar la ruta para una revisión del proceso. Todo esto llevaría tiempo.

Las reflexiones de Constantin se interrumpieron por el brusco movimiento de la mano izquierda de Malek a través del tablero, seguido por un gruñido gutural. Aturdido por la rapidez y economía con que Malek había desarrollado la jugada, así como por el hecho de que él mismo estuviera en jaque, Constantin se inclinó sobre el tablero y examinó su posición con más cuidado. A regañadientes, miró con respeto a Malek, que se había apoyado en el respaldo tan impasible como era habitual, con el caballo que había matado tan hábilmente al borde de la mesa, frente a él. Los ojos de Malek observaban a Constantin con su habitual calma imperturbable, como los de una gobernanta inmensamente paciente, con los grandes hombros ocultos bajo el traje voluminoso. Sin embargo, por un instante, cuando se inclinó sobre el tablero, Constantin pudo ver la poderosa capacidad de alcance y flexión de la musculatura de los hombros.

No te muestres tan engreído, querido Malek, se dijo Constantin con una sonrisa torcida. Al menos ahora sé que eres zurdo. Malek había cogido el caballo entre los

pesados nudillos de los dedos anular y medio de la mano izquierda, sustituyéndolo rápidamente por la dama, un movimiento nada sencillo en el centro del tablero atestado de piezas. Aunque la confirmación del hecho parecía útil —Constantin había observado que Malek trataba de ocultar que era zurdo durante las comidas y al abrir y cerrar las ventanas—, pensó que aquel siniestro detalle del carácter de Malek era extrañamente turbulento e indicaba que no habría nada previsible sobre su oponente, o en la lucha de ingenio entre ambos. La astucia del último movimiento desmentía incluso la aparente falta de agudeza intelectual de Malek.

Constantin jugaba con las blancas y había abierto la partida con un gambito de dama, suponiendo que la fluida situación invariablemente derivada de la apertura comportaría una ventaja para él y le permitiría dedicarse a la tarea más importante de planificar su propia fuga. Pero Malek había evitado todos los errores posibles, consolidando progresivamente su posición, e incluso se las había arreglado para lanzar un contragambito, ofreciendo el cambio de un caballo por un alfil, que pronto minaría la posición de Constantin si aceptaba.

—Buena jugada, Malek —comentó—. Pero tal vez un poco arriesgada a la larga.

Rechazó el intercambio y bloqueó débilmente con un peón el jaque de la dama.

Malek contempló impassible el tablero, sin que aquel rostro duro de policía, de mandíbulas casi cuadradas, traicionara ni rastro de pensamiento. El enfoque de Malek, pensó Constantin observándolo, sería el del pragmático que siempre juzga a partir de las posibilidades inmediatas, y no por intenciones ocultas. Como si confirmara aquel diagnóstico, Malek volvió simplemente la dama a la casilla anterior, por no querer o no poder aprovechar la ventaja que había adquirido con la pieza capturada.

Aburrido por el bajo nivel a que había descendido el juego y por la perspectiva de partidas similares, Constantin se enrocó. Por alguna razón, obviamente irracional, supuso que Malek no lo mataría en mitad de una partida, sobre todo si él, Malek, iba ganando. Reconoció que era una de las razones inconscientes que lo habían impulsado a jugar al ajedrez al principio, y que sin duda había sido la razón por la que muchos otros también se habrían sentado con Malek en la galería, escuchando la lluvia del final del verano. Conteniendo una repentina punzada de miedo, Constantin examinó las poderosas manos de Malek que sobresalían de los puños de la camisa como dos filetes de carne. Si Malek quería, probablemente podría matar a Constantin con sus propias manos.

Esto planteaba una segunda pregunta, casi tan fascinante como la primera.

—Malek, otra cuestión. —Constantin se apoyó en el respaldo, buscándose en los bolsillos unos cigarrillos imaginarios (no le estaban permitidos)—. Perdona mi curiosidad, pero soy parte interesada, por así decirlo... —Le mostró a Malek su sonrisa más brillante, un típico empuje incisivo modulado por un irónico autodesprecio que había tenido éxito con los secretarios y en las recepciones del ministerio, pero cuyo humor tampoco conmovió a Malek—. Dígame, ¿sabe usted...

cómo? —Y buscando algún eufemismo, repitió—: ¿Sabe usted cómo va a...? —Y entonces renunció al intento, maldiciendo a Malek por la ausencia de gracia social que le impedía rescatarlo de su torpeza.

La barbilla de Malek se alzó ligeramente, en un gesto casi inapreciable. El hombre no dio señales de estar aburrido o irritado por el laborioso interrogatorio de Constantin, o de haberse dado cuenta de su vergüenza.

—¿Entonces, qué? —insistió Constantin, recobrándose—. ¿Pistola, píldora, o... —señaló la ventana con una brusca carcajada—... instalan una guillotina bajo la lluvia? Me gustaría saberlo.

Malek miró el tablero de ajedrez, los rasgos más pastosos e indistintos que nunca. Y con voz inexpresiva dijo:

—Eso ya se ha decidido.

Constantin resopló.

—¿Qué demonios significa «eso»? —espetó, beligerante—. ¿Es doloroso?

Por una vez Malek sonrió, y una leve mueca divertida pasó fugazmente por su boca.

—¿Alguna vez ha matado a alguien, señor Constantin? —preguntó con calma—. Quiero decir, usted personalmente.

—*Touché* —concedió Constantin. Se rio deliberadamente, tratando de disipar la tensión—. Una respuesta perfecta. Y entonces, para sus adentros, se dijo: «No he de permitir que la curiosidad tenga la última palabra, el hombre está riéndose de mí».

—Por supuesto —continuó—, la muerte siempre es dolorosa. Me preguntaba simplemente si, en el sentido jurídico del término, sería humana. Pero puedo ver que usted es un profesional, Malek, y la pregunta se responde por sí sola. Créame, es un gran alivio. Hay tantos sádicos por ahí, tantos pervertidos y similares... —Lo observó de nuevo, tratando de ver si la burla implícita provocaba alguna reacción en Malek—... que uno nunca agradece lo suficiente una limpia caída del telón. Es bueno saberlo. Puedo dedicar estos últimos días a poner en orden mis asuntos y reconciliarme con el mundo. Si al menos supiera cuánto me queda, podría prepararme en consecuencia. Uno no puede pasarse los días enteros rezando sus últimas oraciones. ¿Me comprende?

De un modo inexpresivo, Malek dijo:

—El fiscal general le aconsejó que hiciera los preparativos finales justo al acabar el juicio.

—Pero ¿qué significa eso? —preguntó Constantin, subiendo una octava la voz, deliberadamente—. Soy un ser humano, no el libro de un contable donde se arreglan las cuentas y luego se espera a que al auditor quiera comprobarlas. Me pregunto si comprende, Malek, el valor que me exige la situación. Es fácil para usted estar ahí sentado...

De repente, Malek se puso de pie, con lo que provocó un escalofrío de terror a Constantin. Echando una rápida mirada a las ventanas selladas, rodeó la mesa de

ajedrez y se fue hacia el salón.

—Vamos a posponer la partida —dijo.

Hizo a Constantin una señal con la cabeza y desapareció en la cocina donde el ordenanza estaba preparando el almuerzo.

Constantin escuchó el leve crujido de los zapatos de Malek en el suelo basto, y después retiró irritado las piezas del tablero y se apoyó en el respaldo de la silla con el rey negro en la mano. Al menos había provocado que Malek se marchara. Pensando en ello, se preguntó si era mejor olvidar toda precaución y empezar a hacerle la vida insoportable a Malek. Sería fácil perseguirlo por toda la villa, discutiendo históricamente y acosándolo con preguntas neuróticas. Tarde o temprano, Malek estallaría y quizá revelara sus intenciones. Alternativamente, Constantin podía tratarlo con frialdad, con el desprecio que se merecía por ser un matón a sueldo, podría negarse a compartir con él la habitación o las comidas, e insistir en sus derechos como exmiembro del comité central. El método podía tener éxito. Era casi seguro que Malek decía la verdad al afirmar que conocía el día y el minuto exactos de la ejecución de Constantin. Le orden estaba dada, y él no tenía poder para adelantar o retrasar la fecha. Malek evitaría informar del comportamiento difícil de Constantin — la reflexión sobre que la culpa recaía sobre el mismo Malek era demasiado evidente y su puesto actual no era algo a lo que pudiera renunciar— y, además, ni siquiera el jefe de la policía sería capaz de variar la fecha de ejecución sin convocar varias reuniones, ahora que ya se había establecido. Se corría el peligro, entonces, de que el caso volviera a abrirse. No es que Constantin no tuviera aliados, o al menos personas dispuestas a utilizarlo para su propio beneficio.

Pero a pesar de estas consideraciones, la perspectiva de tener que representar un papel era poco atractiva para Constantin. Su enfoque era más sinuoso. Además, si provocaba a Malek, aparecerían incertidumbres, y ya había demasiadas.

Se fijó en que el supervisor entraba en la sala y se sentaba tranquilamente en uno de los sillones grises, el rostro medio oculto entre las sombras y mirando hacia Constantin. Parecía indiferente a las presiones normales del aburrimiento y del cansancio (por suerte, reflexionó Constantin, porque alguien impaciente ya habría apretado el gatillo la mañana del segundo día), y contento de estar sentado en el sillón, vigilando a Constantin mientras la lluvia gris caía afuera y las hojas empapadas se arremolinaban contra las paredes. La dificultad de establecer una relación —y cierto tipo de relación era esencial antes de que Constantin pudiera empezar a pensar en una huida— parecía insuperable. Solo las partidas de ajedrez le ofrecían una oportunidad.

Tras colocar el rey negro en su casilla, Constantin dijo:

—Malek, estoy listo para otra partida, si usted también lo está.

Apoyándose en sus largos brazos, Malek se levantó del sillón y ocupó su lugar frente a Constantin. Por un instante observó a Constantin con una mirada directa,

como para comprobar que no habría otro arranque de ira, y después empezó a colocar las piezas blancas, al parecer dispuesto a ignorar el hecho de que Constantin había quitado las piezas del tablero dando por terminada la partida anterior.

Realizó una apertura Ruy López, un ataque demasiado analizado y poco interesante, pero tras otros doce movimientos, cuando hicieron un descanso para almorzar, ya había obligado a Constantin a enrocar por el lado de la dama y se había asegurado una posición fuerte en el centro.

Almorzaron juntos en la mesa de juego del salón detrás del sofá y Constantin reflexionó sobre el curioso elemento que ahora formaba parte de la relación con Malek. Mientras intentaba evitar la tentación de magnificar una trivialidad insignificante, convirtiéndola en un símbolo mayor, comprendió que la competencia de Malek en el ajedrez y su aptitud para hacer combinaciones eficaces a partir de aperturas pedestres eran síntomas de su poder oculto sobre Constantin.

La villa apagada bajo la fina lluvia de otoño, los muebles descoloridos y la comida sin imaginación que ahora consumían mecánicamente, todo aquel limbo gris con su débil conexión telefónica con el mundo exterior eran, como el ajedrez, extensiones exactas de la personalidad de Malek, aunque repleta de puertas y pasadizos secretos. Lo inesperado prosperaba en semejante ambiente. En cualquier momento, mientras Constantin se afeitaba, el espejo podía moverse revelando al maldito Malek con el reluciente cañón de una pistola, o el sabor ligeramente amargo de la sopa que ahora estaban tomando podía pertenecer a algo que no eran lentejas.

Estos pensamientos preocupaban a Constantin, mientras la luz de la tarde se desvanecía en el horizonte y el rectángulo blanco del muro del jardín se iluminaba contra aquel confuso telón de fondo, como una inmensa *tabula rasa*. Disculpándose, Constantin fingió un dolor de cabeza y abandonó la partida retirándose al dormitorio de la primera planta.

La puerta entre ese cuarto y el de Malek había sido suprimida, y mientras Constantin estaba tumbado en la cama sabía que el supervisor estaría sentado en una silla de espaldas a la ventana. Tal vez era la presencia de Malek lo que le impedía descansar de verdad, y cuando se levantó varias horas después y volvió a la galería, aún se sentía cansado e invadido cada vez más por un mal presentimiento.

No sin esfuerzo, consiguió animarse un poco y se concentró en la partida hasta conseguir lo que parecían ser tablas. Aunque la partida se suspendió sin ningún comentario, Malek parecía aceptar que había perdido la ventaja, y cuando Constantin se levantó de la mesa, se quedó mirando el tablero durante unos minutos.

Al día siguiente, Constantin no había olvidado la lección. Había comprobado que el ajedrez no solo reducía sus propias energías sino que daba más poder a Malek. Aunque las piezas estaban donde las habían dejado la noche anterior, Constantin no sugirió que continuaran la partida. Malek no se acercó al tablero, como si no le importara que hubiera acabado o no la partida. La mayor parte del tiempo estuvo

sentado junto a Constantin, al lado del único radiador de la sala, yendo de vez en cuando a la cocina para conversar un poco con el ordenanza. Como era habitual, por la mañana el teléfono sonó brevemente una vez, aunque nunca había más llamadas, y nadie visitaba la casa.

La villa, en todos los sentidos, continuaba suspendida en un vacío perfecto.

La invariabilidad de la rutina cotidiana era lo que más deprimía a Constantin. Con intermitencias, durante unos pocos días, jugó al ajedrez con Malek, y siempre se encontró en situación de desventaja. Sin embargo, Constantin se había concentrado en otra cosa: el enigma que ocultaba el rostro inexpresivo de Malek. A su alrededor, un millar de relojes invisibles corría hacia la atracción de los cerros, un trueno silencioso, como el estruendo del cabalgar de unos cascos apocalípticos.

Los sombríos presentimientos habían dado paso a un miedo creciente, tanto más aterrador porque a pesar del verdadero cometido de Malek, parecía totalmente injustificado. Constantin no podía concentrarse más de unos minutos en cualquier acción, dejaba la comida sin terminar y se movía inquieto e inútilmente junto a la ventana de la galería. El más leve movimiento de Malek le producía escalofríos. Si el supervisor se levantaba de su asiento habitual en la sala para hablar con el ordenanza, Constantin se quedaba casi paralizado por la tensión, contando nerviosamente los segundos hasta la vuelta de Malek. Una vez, durante una de las comidas, Malek le pidió la sal y Constantin se atragantó hasta casi asfixiarse.

El humor irónico de estar cerca de la fatalidad recordó a Constantin que ya había pasado casi la mitad de su condena de dos meses. Pero los burdos intentos de obtener un lápiz del ordenanza y más tarde, en su defecto, los de marcar las letras en una página arrancada a una de las novelas, fueron interceptados por Malek, y Constantin comprendió que si no vencía pronto a los dos policías en un combate sin armas, no escaparía a su destino cada vez más inminente.

Últimamente había observado que los movimientos de Malek y la actividad general en torno a la villa parecían haberse acelerado. Todavía pasaba largos ratos sentado en el sillón, observando a Constantin, pero esa presencia, antes impasible, ahora iba acompañada por gestos e inclinaciones de cabeza que parecían reflejar mayor actividad cerebral, como si se estuviera preparando para algún desenlace esperado. Incluso la fuerte musculatura de su rostro parecía haberse relajado y suavizado, y los ojos penetrantes y nerviosos, como los de un viejo y experimentado inspector de policía, recorrían constantemente los recovecos de las habitaciones.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Constantin era incapaz de llevar a cabo ninguna acción defensiva. Veía claramente que la relación con Malek había entrado en una nueva fase, y en cualquier momento su comportamiento exterior aparentemente formal y cortés degeneraría en una horrible violencia, pero seguía inmovilizado por su propio estado de terror. Los días pasaban en una monótona confusión de comidas sin comer y partidas de ajedrez sin acabar, en un estado en el

que había desaparecido cualquier sentido del tiempo o de progresión, y con la figura de Malek siempre frente a él.

Cada mañana, cuando se despertaba tras dos o tres horas de sueño para encontrar su propia conciencia intacta, un descubrimiento casi doloroso por su relieve y patetismo, era inmediatamente consciente de que Malek estaba de pie en la habitación de al lado, esperando luego discretamente en el pasillo mientras él, Constantin, se afeitaba en el cuarto de baño (también sin puerta), y que después bajaba detrás de él por las escaleras para desayunar, con pisadas abstraídas como las de un verdugo que desciende de la horca.

Después del desayuno, Constantin desafiaba a Malek a una partida de ajedrez, pero al cabo de pocos movimientos empezaba a mover las piezas al azar, dejando que Malek lo diezmara. A veces el supervisor miraba con curiosidad a Constantin, como preguntándose si había perdido la razón, y luego seguía con su juego cuidadoso y exacto, ganando o provocando las tablas invariablemente. Constantin percibía vagamente que al perder contra Malek se había rendido a él también psicológicamente, pero las partidas habían llegado a ser ahora solo una manera de pasar los días sin fin.

Seis semanas después de haber empezado a jugar al ajedrez, Constantin, más por suerte que por habilidad, tuvo éxito con un extravagante gambito de peón y obligó a Malek a ceder el centro y la posibilidad de enroque. Aquella victoria temporal despertó a Constantin de su estado de ansiedad embotada y, prestando más atención que nunca a las piezas del tablero, rechazó irritado al ordenanza que desde la puerta de la sala anunciaba que el almuerzo estaba servido.

—Malek, dígame que espere. No puedo perder la concentración en este momento, estoy a punto de ganar la partida.

—Bueno... —Malek echó una ojeada a su reloj, y luego miró por encima del hombro al ordenanza que, girando sobre sus talones, había vuelto a entrar en la cocina. Intentó incorporarse—. Esto puede esperar. El ordenanza está trayendo el...

—¡No! —estalló Constantin—. Solo necesito cinco minutos, Malek. Maldita sea, no podemos dejarlo a mitad de una jugada.

—Muy bien. —Malek vaciló, después de mirar brevemente su reloj otra vez. Se puso de pie—. Se lo diré.

Constantin se concentró en el tablero, ignorando al supervisor que se alejaba y sintiendo que el olor de la victoria le despejaba la mente. Pero treinta segundos después se incorporó de un salto, con el corazón saliéndosele del pecho.

¡Malek había subido! Constantin recordaba claramente que le había dicho que le pediría al ordenanza que retrasara la comida, pero en cambio había subido directamente al dormitorio. No solo era muy inusual que Constantin se quedara sin vigilancia cuando el ordenanza estaba ocupado en otra cosa, sino que este último,



además, ni siquiera había traído el primer plato del almuerzo.

Apoyándose en la mesa, Constantin se puso de pie, buscando con los ojos las puertas abiertas, adelante y atrás. Muy probablemente la llamada del ordenanza anunciando el almuerzo había sido una señal, y Malek había encontrado un pretexto conveniente para subir a preparar el arma de la ejecución.

Enfrentado por fin al enemigo al que había temido tanto tiempo, Constantin escuchó el ruido de las pisadas de Malek descendiendo por la escalera. Un profundo silencio envolvía la villa, solo roto por la caída de una de las piezas de ajedrez al suelo de baldosas. Afuera el sol brillaba intermitentemente en el jardín, iluminando las losas rotas del caminito ornamental y la superficie desnuda de las paredes. Algunas hierbas raquílicas crecían entre las piedras, y el sol hacía palidecer los colores de las plantas. De repente, Constantin se sintió invadido por la necesidad imperiosa de salir al aire libre durante el poco tiempo que le quedaba antes de morir. En la pared orientada al este, iluminada por los rayos del sol, había una serie de leves muescas horizontales, restos quizá de una escalerilla de incendios, y la remota posibilidad de utilizarlas como puntos de apoyo para llegar al jardín cerrado, un lugar perfecto para una ejecución, preferible al ambiente claustrofóbico y desesperante de la villa.

Por encima de él, los pasos medidos de Malek se movieron a través del techo hasta lo alto de la escalera. El ruido se detuvo allí un instante y luego el hombre empezó a descender con pasos precisos y cuidadosos.

Impotente, Constantin buscó en la galería algo que le sirviera de arma. Los ventanales del jardín estaban cerrados, un cerrojo exterior aseguraba la hoja izquierda al suelo. Si conseguía levantar el cerrojo tenía una posibilidad de abrir los ventanales.

Constantin barrió con una mano las piezas de ajedrez, desparramándolas por el suelo, cogió el tablero, lo dobló, se acercó al ventanal y lanzó la pesada caja de madera contra el cristal. El estruendo resonó en toda la villa como un disparo. De rodillas, Constantin metió la mano a través de la abertura y trató de levantar el pestillo sacudiendo arriba y abajo el zócalo oxidado. Por fin metió la cabeza por el agujero del ventanal y empezó a hacer fuerza inútilmente con sus delgados hombros, mientras los trozos de cristal le caían en el cuello.

Detrás de él, alguien le dio una patada a una silla para apartarla, y Constantin sintió que dos manos poderosas lo agarraban por los hombros y lo alejaban del ventanal. Blandiendo la caja de ajedrez empezó a golpear históricamente a ciegas pero fue lanzado de cabeza contra las baldosas del suelo.

Estuvo convaleciente la mayor parte de la semana siguiente. Durante los tres primeros días se quedó en la cama, recuperando su identidad física, esperando a que los retorcidos músculos de las manos y los hombros se le recolocaran en su sitio. Cuando se sintió lo suficientemente fuerte como para levantarse, descendió al salón y se sentó en una esquina del sofá, de espaldas al ventanal y a la débil luz del otoño.

Malek seguía de servicio, y el ordenanza preparaba las comidas como antes. Ninguno de los dos hizo ningún comentario sobre el arranque de histeria de Constantin, ni dio a entender que hubiese tenido lugar, pero Constantin comprendió que había cruzado un Rubicón importante. Toda su relación con Malek había experimentado un cambio profundo. El miedo a su propia muerte inminente y el tormento que significaba no conocer la fecha precisa, que hasta ahora tanto lo habían obsesionado, habían sido sustituidos por la serena aceptación de que el proceso judicial seguiría adelante, y que Malek y el ordenanza eran simplemente los agentes locales de ese aparato distante. En cierto sentido, la sentencia y su propia existencia precaria en la villa eran un microcosmos de la vida misma, con sus incertidumbres inherentes, pero no temidas, su inevitable muerte que habría de llegar en una fecha nunca conocida de antemano. Comprendiendo así el rol que desempeñaba en la villa, Constantin dejó de sentir miedo ante la perspectiva de su propia extinción, plenamente consciente de que un cambio en el viento político podía traerle un indulto.

Además, se dio cuenta de que Malek, lejos de ser su verdugo, un papel puramente formal, era en realidad un intermediario entre él y la jerarquía, y en un sentido importante, un aliado potencial de Constantin. Mientras ideaba una nueva defensa contra la acusación, sabía que había estado demasiado dispuesto a aceptar el hecho consumado de su propia culpabilidad, calculó las diferentes formas en que Malek podía ser capaz de ayudarlo. No había duda de que había juzgado mal a Malek. Con su aguda inteligencia y presencia imponente, el supervisor estaba muy lejos de ser un asesino sin escrúpulos, y esa impresión original había sido el resultado de la capacidad nublada de percepción de Constantin, una desdichada miopía que le había costado dos preciosos meses en la tarea de organizar un nuevo juicio.

Confortablemente envuelto en su bata, se sentó a la mesa de juego del salón (habían abandonado la galería cuando los días se hicieron más fríos, y solo un trozo de papel de estraza en el ventanal le recordaba aquel primer círculo del purgatorio), y se concentró en la partida de ajedrez. Malek se había sentado frente a él, con las manos entrelazadas encima de una rodilla, girando de vez en cuando los pulgares mientras pensaba un movimiento. Aunque no se mostraba menos reticente que antes, Malek mostraba una actitud que parecía indicar que comprendía y confirmaba la manera en que Constantin había revaluado la situación. Todavía lo seguía por toda la villa, pero su atención era evidentemente más superficial, como si comprendiera que Constantin no intentaría escapar de nuevo.

Desde el principio, Constantin fue completamente franco con Malek.

—Estoy convencido, Malek, de que el fiscal fue mal dirigido por el Departamento de Justicia, y que toda la base del juicio es falsa. Excepto una, las demás denuncias nunca se presentaron formalmente, por lo que no tuve oportunidad de defenderme. ¿Lo entiende, Malek? La elección de la pena capital por un solo cargo fue puramente

arbitraria.

Malek asintió, moviendo una pieza.

—Eso es lo que dice usted, señor Constantin. Me temo que no entiendo mucho de juicios.

—No lo necesita —le aseguró Constantin—. El asunto es obvio. Espero que sea posible apelar contra la decisión del tribunal y pedir que se celebre un nuevo juicio. —Constantin hizo un gesto con una pieza—. Me reprocho a mí mismo haber aceptado las acusaciones sin protestar. En realidad no traté de defenderme. Si lo hubiera hecho, estoy convencido de que habría sido declarado inocente.

Malek murmuró alguna formalidad educada e hizo un gesto hacia el tablero. Constantin reanudó el juego. Como ya era habitual, perdía casi sistemáticamente todas las partidas, pero eso ya no le preocupaba; si acaso servía para estrechar los vínculos que lo unían a Malek.

Constantin había decidido no pedir al supervisor que transmitiera al Departamento de Justicia la demanda de un nuevo juicio mientras no hubiera convencido a Malek de que no quedaba margen para la duda. Una petición prematura provocaría una negativa automática de Malek, cualesquiera que fueran sus simpatías particulares. Por el contrario, una vez que Malek estuviera firmemente de su parte, estaría preparado para arriesgar su reputación frente a sus superiores, y de hecho su defensa de la causa de Constantin sería en sí misma una prueba convincente de su inocencia.

Constantin pronto descubrió en sus monólogos frente a Malek que argumentar sobre los tecnicismos legales del juicio, con sus matices e implicaciones infinitamente sutiles, no era un método útil para obtener el apoyo de Malek, y se dio cuenta de que tendría que hacerlo por pura impronta personal, mediante su actitud, porte y conducta general, y sobre todo mostrándose convencido de su propia inocencia frente a la pena que en cualquier momento podían imponerle. Curiosamente, esta última actitud no era tan difícil de mantener como hubiera esperado. Constantin ya había sentido una oleada de convicción durante su intento fallido de huir de la villa. Tarde o temprano, Malek reconocería la autenticidad de esta confianza interior.

Pero al principio, sin embargo, el supervisor mantuvo su natural flemático. Constantin le hablaba desde la mañana a la noche, afirmando cada tres palabras la probabilidad de ser hallado «inocente», pero Malek se limitaba a asentir con una leve sonrisa y continuaba jugando su ajedrez infalible.

—Malek, no quiero que piense que pongo en duda la competencia del tribunal que me ha juzgado o que muestro falta de respeto —le dijo al supervisor unas dos semanas después del incidente de la galería mientras jugaban la acostumbrada partida matinal—. Nada más lejos de eso. Sin embargo, el tribunal debe tomar sus decisiones dentro del contexto de las pruebas presentadas por el fiscal. Y aun así, se mantiene el mayor de los imponderables: el papel del acusado. En mi caso, yo no estuve presente

en el juicio, de modo que mi inocencia queda establecida por *force majeure*. ¿No está de acuerdo, Malek?

Los ojos de Malek buscaron las piezas del tablero, frunciendo levemente los labios.

—Me temo que eso está por encima de mi entendimiento, señor Constantin. Naturalmente, acepto la autoridad del tribunal, sin duda.

—Pero yo también, Malek. Ya lo he aclarado. La verdadera cuestión es simplemente si el veredicto está justificado a la luz de estas nuevas circunstancias.

Malek se encogió de hombros, al parecer más interesado en el final de la partida que tenía delante.

—Le recomiendo que acepte el veredicto, señor Constantin. Para la paz de su mente, ¿comprende?

Constantin desvió la mirada con un gesto de impaciencia.

—No estoy de acuerdo, Malek. Además, es mucho lo que está en juego.

Miró hacia las ventanas que vibraban con el viento frío del otoño. Los cristales estaban un poco flojos, y dejaban pasar el aire. La villa tenía una calefacción deficiente, y lo único que calentaba las tres habitaciones de la planta baja era el radiador que había en la sala. Constantin temía ya el invierno. Tenía las manos y los pies permanentemente fríos y no encontraba manera de calentarlos.

—Malek, ¿hay posibilidad de conseguir otra estufa? —preguntó—. No se está demasiado caliente aquí. Tengo la impresión de que va a ser un invierno particularmente frío.

Malek levantó la vista del tablero, los suaves ojos grises miraron a Constantin con una chispa de curiosidad, como si esta última observación fuera una de las pocas cosas interesantes que hubiera oído de labios de Constantin.

—Hace frío —convino—. Veré si puedo pedir prestada otra estufa. Esta villa está cerrada la mayor parte del año.

Constantin lo molestaba pidiéndole noticias de la estufa durante la semana siguiente, en parte porque el éxito de su petición era como un símbolo de la primera concesión de Malek. Y tras alguna excusa obviamente trivial, Malek se limitaba a hacer caso omiso de las siguientes reclamaciones. Fuera, en el jardín, las hojas se arremolinaban sobre las piedras en un torbellino de aire helado, y en el cielo las nubes bajas se desplazaban hacia la costa. En el salón, con el tablero de ajedrez cerca del radiador, ambos hombres metían las manos en los bolsillos entre un movimiento y el siguiente.

Quizás a causa de ese clima cada vez más gris, Constantin se impacientaba cada vez más al ver que Malek tardaba en ver la razón de sus argumentos, y le sugirió que transmitiera a sus superiores del Departamento de Justicia la petición formal de un nuevo juicio.

—Todas las mañanas habla con alguien por teléfono, Malek —le dijo cuando Malek vaciló—. No hay ninguna dificultad. Si tiene usted miedo de ponerse en

peligro, aunque eso sería un precio pequeño a pagar a la vista de lo que está en juego, podría ser el ordenanza el que transmitiera mi mensaje.

—No es posible, señor Constantin. —Malek parecía haberse cansado del tema finalmente—. Le sugiero que...

—¡Malek! —Constantin se levantó y caminó nervioso por el salón—. ¿No comprende que debe hacerlo? Usted es literalmente mi único medio de contacto. ¡Si se niega, estoy absolutamente incapacitado, sin esperanzas de obtener un indulto!

—El juicio ya se celebró, señor Constantin —señaló Malek con paciencia.

—¡Fue un juicio erróneo! ¿No lo entiende, Malek? ¡Acepté mi culpabilidad cuando en realidad era absolutamente inocente!

—¿Absolutamente inocente, señor Constantin?

Constantin hizo chasquear los dedos.

—Bueno, virtualmente inocente. Por lo menos en cuanto a la acusación y al proceso se refiere.

—Pero esa es una simple diferencia técnica, señor Constantin. El Departamento de Justicia solo se ocupa de los absolutos.

—Muy bien dicho, Malek. Estoy completamente de acuerdo.

Constantin asintió, y tomó nota secretamente de la expresión burlona de Malek, era la primera vez que el hombre mostraba un cierto gusto por la ironía.

A partir de entonces comprobó que aquel nuevo *leitmotiv* reaparecía en los días siguientes. Cada vez que planteaba la cuestión de la revisión de su juicio, Malek respondía con una de aquellas preguntas presuntamente ingenuas, tratando de establecer algún punto tangencial menor, casi como si llevara a Constantin a una confesión plena. Al principio, Constantin supuso que el supervisor estaba tratando de sacarle información sobre otros miembros de la jerarquía, que luego usaría para sus propios fines, pero los pocos caramelos que le ofreció fueron ignorados por Malek, y se le ocurrió que el supervisor estaba realmente interesado en conocer la sinceridad de la convicción de su inocencia.

No obstante, Malek no daba señales de estar dispuesto a ponerse en contacto con sus superiores del Departamento de Justicia, y la impaciencia de Constantin continuó aumentando. Ahora usaba las sesiones matinales y vespertinas de ajedrez como oportunidades para disertar largamente sobre el tema de las deficiencias del sistema judicial, usando su propio caso como ejemplo, y lo machacaba con la reafirmación de su propia inocencia, pensando incluso que Malek podía llegar a considerarse responsable si por desgracia no se le concedía el indulto.

—La posición en que me encuentro es en realidad extraordinaria —le dijo a Malek casi exactamente dos meses después de su llegada a la villa—. Todo el mundo está satisfecho con el veredicto del tribunal, y sin embargo, solo yo sé que soy inocente. Me siento como alguien que está a punto de ser enterrado vivo.

Malek esbozó una leve sonrisa a través de las piezas de ajedrez.

—Por supuesto, señor Constantin, es posible convencerse de cualquier cosa con los incentivos adecuados.

—Pero Malek, se lo aseguro —insistió Constantin, ignorando el tablero y concentrando toda su atención en el supervisor—, este no es un arrepentimiento de celda de condenado a muerte. Créame, lo sé. He examinado todo el caso desde un millar de puntos de vista, he investigado todos los motivos posibles. No tengo una sola duda en mi mente. Puede que una vez estuviera dispuesto a aceptar la posibilidad de mi culpa, pero ahora comprendo que estaba realmente equivocado. La experiencia nos impulsa a cargar sobre nosotros responsabilidades demasiado grandes, y cuando nos fallan los ideales, nos volvemos críticos con nosotros mismos y estamos dispuestos a suponer que nos hemos equivocado. Solo ahora sé lo peligroso que puede ser eso, Malek. Solo el hombre verdaderamente inocente puede entender completamente el significado de la culpa.

Constantin se detuvo y se recostó en la silla. Se sentía cansado en aquel salón helado. Malek asintió lentamente, con una sonrisa leve y no del todo indiferente en sus labios, como si entendiera todo lo que le había dicho Constantin. Luego movió una pieza y murmuró:

—Discúlpeme —se levantó y salió de la habitación.

Cerrándose las solapas de la bata sobre el pecho, Constantin estudiaba el tablero con ojos distraídos. Se dio cuenta de que el último movimiento de Malek parecía, por primera vez desde todas las partidas que habían jugado juntos, verdaderamente malo, pero se sentía demasiado cansado para aprovechar la oportunidad. Había pronunciado su breve discurso ante Malek, que confirmaba todo lo que él creía, y ya no tenía nada más que decir. A partir de ahora, todo lo que ocurriera dependía de Malek.

—Señor Constantin.

Se volvió en su silla y vio sorprendido que el supervisor estaba en la puerta con su largo abrigo gris.

—¿Malek? —Por un momento, Constantin sintió que el corazón se le desbocaba, pero enseguida se contuvo—. Malek, ¿por fin está de acuerdo y me lleva al departamento?

Malek negó con la cabeza, clavando una mirada sombría en Constantin.

—No exactamente. Pensé que podría echar un vistazo al jardín, señor Constantin. Un poco de aire fresco le sentará bien.

—Por supuesto, Malek, es muy amable de su parte. —Constantin se levantó, un poco inseguro, y se apretó el cordón de la bata—. Disculpe mis ridículas esperanzas.

Trató de sonreír a Malek, pero el supervisor estaba junto a la puerta, con las manos en los bolsillos del abrigo, apartando la mirada del rostro de Constantin.

Salieron por los ventanales de la galería. Fuera el aire frío de la mañana se

arremolinaba en círculos frenéticos alrededor del pequeño patio de piedra, y las hojas subían en espiral hacia el cielo oscuro. A Constantin le pareció que no tenía mucho sentido salir al jardín, pero Malek estaba detrás de él, con una mano en el picaporte.

—Malek... —Algo hizo que se volviera y mirara al supervisor—. Usted entiende lo que quiero decir cuando digo que soy absolutamente inocente. Yo lo sé.

—Por supuesto, señor Constantin. —El rostro del supervisor parecía relajado, casi afable—. Lo comprendo. Cuando usted sabe que es inocente, entonces es culpable.

La mano de Malek abrió la puerta de la galería que daba al remolino de hojas.

## MENOS UNO

—¿Dónde, Dios mío, dónde está?

Pronunciado en un tono de frustración incontrolable mientras paseaba de un lado a otro frente al alto ventanal detrás del escritorio, este *cri de cœur* del doctor Mellinger, director del asilo de Green Hill, expresaba la consternación de todo el personal ante la misteriosa desaparición de uno de sus pacientes. En las doce horas que habían transcurrido desde la huida, el doctor Mellinger y sus subordinados habían pasado de la sorpresa y la molestia a la exasperación aguda y, finalmente, a un estado de incredulidad casi eufórico. Por si fuera poco, no solo el paciente, James Hinton, era el primero en escapar del asilo, sino que se las había arreglado para hacerlo sin dejar ninguna pista. Así que al doctor Mellinger y al personal les mortificaba la posibilidad de que Hinton no se hubiera escapado y todavía estuviera dentro de los límites del asilo. En todo caso, estaban de acuerdo: Hinton se había escapado, se había desvanecido literalmente en el aire.

Sin embargo, aunque fuera un pequeño consuelo, el doctor Mellinger se recordó a sí mismo, mientras tamborileaba con los dedos en el escritorio, que la desaparición de Hinton había expuesto las deficiencias del sistema de seguridad del asilo y sacudido saludablemente a los jefes de los departamentos. Cuando el grupo de desventurados, dirigido por el director adjunto, el doctor Normand, se presentó en su despacho para la primera de las conferencias de urgencia de aquella mañana, el doctor Mellinger les lanzó una mirada torva a cada uno de ellos, pero los rostros insomnes permanecieron en silencio y con las miradas clavadas en la alfombra, como si buscaran el escondite de Hinton entre aquellas hebras de color rubí.

Por lo menos, reflexionaba el doctor Mellinger, solo había desaparecido un paciente, un sentimiento negativo que adquiriría un mayor significado a la vista de las protestas que se elevarían en el mundo exterior cuando se descubriera que un paciente, evidentemente un loco homicida, había permanecido suelto doce horas antes que lo notificaran a la policía.

La decisión de no informar a las autoridades civiles, un error de juicio cuya culpabilidad parecía aumentar a medida que pasaban las horas, era lo único que impedía al doctor Mellinger encontrar un chivo expiatorio de inmediato —el menudo doctor Mendelsohn, del Departamento de Patología, una sección sin importancia del asilo, habría sido un buen candidato— y sacrificarlo en el altar de su propia indiscreción. Su natural cautela y la renuencia a ceder una pulgada de terreno a menos que se viera obligado, habían impedido al doctor Mellinger dar la alarma general durante las primeras horas tras la desaparición, cuando aún quedaban dudas de si Hinton había abandonado efectivamente el asilo. Aunque el hecho de no



encontrar a Hinton podía haberse interpretado como indicio razonable de que se había escapado con éxito, el doctor Mellinger se había negado a aceptar esa característica lógica defectuosa.

Ahora, más de doce horas después, el error de cálculo se había hecho evidente. Como revelaba la leve sonrisa en el rostro del doctor Normand, y como no tardarían en darse cuenta el resto de subordinados, el cargo de director del asilo estaba en juego. A menos que encontraran a Hinton durante las próximas horas, se vería en una posición insostenible ante las autoridades civiles y los administradores.

Sin embargo, se recordó a sí mismo el doctor Mellinger, fue precisamente el ejercicio de una considerable astucia y recursos lo que lo habían izado hasta el cargo de director de Green Hill.

—¿Dónde está?

Cambiando el énfasis de la primera a la segunda palabra, como para ilustrar que la infructuosa búsqueda del paradero de Hinton había sido sustituida por un examen de su papel existencial en la infeliz farsa de la que era autor y actor principal, el doctor Mellinger se volvió hacia sus tres subordinados, que aún permanecían en ayunas.

—Bueno, ¿lo han encontrado? ¡No se queden ahí sentados, dormitando, señores! Puede que hayan pasado una noche de insomnio, pero yo todavía tengo que despertar de la pesadilla. —Con esa frase malhumorada, el doctor Mellinger dirigió una mirada mordaz al sendero bordeado de rododendros, como si esperase ver allí de repente al paciente desaparecido—. Doctor Redpath, su informe, por favor.

—La búsqueda todavía continúa, señor director —respondió el doctor Redpath, médico jefe del asilo, que estaba nominalmente a cargo de la seguridad—. Hemos registrado todas las instalaciones, los edificios de los dormitorios, los garajes y las demás dependencias. Hasta los pacientes están participando, pero no hay rastro de Hinton. Aunque a regañadientes, me temo que no hay otra alternativa que informar a la policía.

—Tonterías. —El doctor Mellinger se sentó detrás del escritorio, con los brazos extendidos y recorriendo con la mirada el cielo raso desnudo, como en busca de una minúscula réplica del paciente desaparecido—. No se desanime por su incapacidad para dar con él, doctor. Mientras no acabemos la búsqueda, llamar a la policía sería hacerle perder el tiempo.

—Por supuesto, señor director —contestó el doctor Normand con amabilidad—. Pero, por otro lado, y como ya probamos que el paciente que falta no está dentro de los límites de Green Hill, podemos concluir, ergo, que está fuera de ellos. En tal caso quizá sea posible que nosotros estemos ayudando a la policía.

—En absoluto, mi querido Normand —respondió amablemente el doctor Mellinger. Mientras elaboraba mentalmente su respuesta, se dio cuenta de que nunca le había gustado su adjunto y que tampoco había confiado en él, así que a la primera oportunidad que se presentara lo sustituiría por Redpath, cuyos errores en el «asunto

Hinton», como ya podían llamarlo, lo dejarían para siempre bajo el control del director—. Si hubiera alguna evidencia de los medios por los cuales se ha fugado Hinton, sábanas anudadas o huellas en los macizos de flores, podríamos suponer que ya no está entre estas paredes. Sin embargo, no hay pruebas. Por lo que sabemos, todo apunta inevitablemente a esta conclusión, el paciente está todavía dentro de los límites de Green Hill, y en rigor dentro de su celda. Los barrotes de la ventana no han sido cortados y la única salida es a través de la puerta, y las llaves están siempre en manos del doctor Booth. —Señaló al tercer miembro del trío, un joven delgado de expresión preocupada—. Doctor Booth, usted es el médico responsable de Hinton, ¿está completamente seguro de que fue la última persona que lo visitó?

El doctor Booth asintió a regañadientes. La fama que había ganado por haber descubierto la fuga de Hinton se había vuelto amarga.

—A las siete en punto, señor, durante mi ronda nocturna. Pero la última persona que vio a Hinton fue la enfermera de turno, media hora más tarde. Sin embargo, como no se le había prescrito tratamiento alguno, pues el paciente fue ingresado en observación, la puerta no estaba cerrada con llave. Poco después de las nueve decidí visitar al paciente...

—¿Por qué? —El doctor Mellinger, juntando las puntas de los dedos, construyó la nave y la torre de una catedral—. Este es uno de los aspectos más extraños del caso, doctor. ¿Por qué decidió, casi una hora y media después, salir de su cómodo despacho de la planta baja y subir tres tramos de escaleras solo para llevar a cabo una inspección superficial que le correspondía al personal de turno? Sus motivos me desconciertan, doctor.

—Pero, director... —El doctor Booth se puso casi de pie—. ¿Acaso sospecha que estoy implicado en la fuga de Hinton? Le aseguro que...

—Doctor, por favor. —El doctor Mellinger levantó una mano blanca y suave—. Nada más lejos de mi intención. Quizá debería haber dicho: sus motivos inconscientes.

El desafortunado Booth protestó una vez más:

—Señor director, no tenía motivos inconscientes. Admito que no puedo recordar exactamente qué me empujó a ir a ver a Hinton, pero era una razón absolutamente trivial. Apenas conozco al paciente.

El doctor Mellinger se inclinó hacia delante en el escritorio.

—Eso es exactamente lo que quiero decir, doctor. Para ser precisos, usted no conocía a Hinton en absoluto. —El doctor Mellinger contempló su propio reflejo distorsionado en el tintero de plata—. Dígame, doctor Booth, ¿cómo describiría la apariencia de Hinton?

Booth vaciló.

—Bueno, era de... estatura media, si mal no recuerdo, con... sí, el pelo castaño y la tez pálida. Sus ojos eran... debería refrescarme la memoria mirando el archivo, señor director.

El doctor Mellinger asintió. Se volvió hacia Redpath.

—¿Podría describirlo, doctor?

—Me temo que no, señor. Nunca vi al paciente. —Señaló al director adjunto—. Creo que fue el doctor Normand quien lo entrevistó tras la admisión.

Con un esfuerzo, el doctor Normand trató de recordar.

—Probablemente fue mi asistente. Si mal no recuerdo, era un hombre de talla media, sin rasgos distintivos. Ni alto ni bajo. Fornido, podría decirse. —Frunció los labios—. Sí. O más bien, no. Estoy seguro de que fue mi asistente.

—Qué interesante. —El doctor Mellinger había revivido de forma evidente: los destellos de humor irónico que brillaban en sus ojos revelaban una poderosa transformación interior. La carga de irritación y frustraciones que lo habían atormentado durante los últimos días había desaparecido—. ¿Significa eso, doctor Normand, que toda la institución se ha movilizó en la búsqueda de un hombre a quien nadie podría reconocer aunque lo encontraran? Me sorprende usted, mi querido Normand. Yo tenía la impresión de que era usted un hombre de inteligencia fría y analítica, pero en su búsqueda de Hinton está usando, obviamente, facultades más misteriosas.

—¡Pero señor director...! No puede esperar que memorice la cara de cada paciente...

—¡Ya es suficiente! ¡Basta! —El doctor Mellinger se puso de pie con un gesto elegante, y volvió a recorrer la alfombra—. Todo esto es muy preocupante. Está claro que la relación entre Green Hill y sus pacientes debe ser reexaminada. Nuestros pacientes no son cifras sin rostro, caballeros, sino poseedores de identidades únicas y vitales. Si los consideramos nulidades y no les atribuimos características personales, ¿debemos sorprendernos si desaparecen? Sugiero que dediquemos los próximos días a una reevaluación cuidadosa. Examinaremos todos esos supuestos simplistas que aceptamos tan fácilmente. —Animado por la idea, el doctor Mellinger se mostró a la luz que entraba por la ventana, como exponiéndose a aquella nueva revelación—. Sí, esta es la tarea que tenemos ante nosotros, después de su feliz conclusión nacerá un nuevo Green Hill, un Green Hill sin sombras ni conspiraciones, donde pacientes y médicos estén unidos por la confianza mutua y la responsabilidad.

Un silencio embarazoso cayó tras aquel sermón. Por fin, el doctor Redpath se aclaró la garganta, reacio a perturbar la sublime comunión del doctor Mellinger consigo mismo.

—¿Y Hinton, señor?

—¿Hinton? Ah, sí. —El doctor Mellinger se volvió hacia ellos, como un obispo a punto de bendecir a su congregación—. Veremos a Hinton como un ejemplo de este proceso de autoexamen, el centro de nuestra reevaluación.

—¿Así que la búsqueda ha de continuar, señor? —insistió Redpath.

—Por supuesto. —Por un momento la atención del doctor Mellinger vagó en el vacío—. Sí, tenemos que encontrar a Hinton. Está aquí, en alguna parte, su esencia

impregna Green Hill, un gran enigma metafísico. ¡Resuélvanlo, señores, y habrán resuelto el misterio de su desaparición!

Durante la siguiente hora el doctor Mellinger se paseó por la alfombra solo, calentándose las manos en el fuego bajo de la chimenea. Las pocas llamas se entrelazaban como las ideas que le daban vueltas en la mente. Al final, consideró, el medio de salir del *impasse* se había presentado solo. Estaba seguro de que la milagrosa desaparición de Hinton representaba algo más que un simple problema de fallo de seguridad, y que era el símbolo de que había algo terriblemente equivocado en las bases mismas de Green Hill.

Siguiendo esa idea, el doctor Mellinger salió de su despacho y bajó a la planta de abajo, donde se encontraba el departamento administrativo. Las oficinas estaban desiertas, todo el personal del edificio estaba participando en la búsqueda. De vez en cuando los gritos quejumbrosos de los pacientes que reclamaban el desayuno flotaban en el aire caliente, aislado. Afortunadamente, las paredes eran gruesas y las elevadas tarifas que cobraba la institución hospicio bastaban para evitar el hacinamiento.

Green Hill (lema y principal atracción: «Hay un cerro verde allá a lo lejos») era una de esas instituciones patrocinadas por los miembros más ricos de la comunidad y que en la práctica cumplen el papel de prisiones privadas. En esos lugares se confina a todos los familiares malhechores o desafortunados cuya presencia sería de otra manera una carga o una vergüenza: las viudas importunas de hijos que han sido la oveja negra de la familia, las tías solteronas seniles, los viejos primos solterones que pagan el precio de románticas indiscreciones, en fin, todas las víctimas abandonadas del ejército de los privilegiados. Para los patrones de Green Hill la máxima seguridad era lo más importante, y el tratamiento, si es que lo había, pasaba al segundo lugar. Los pacientes del doctor Mellinger habían desaparecido convenientemente del mundo, y mientras permanecieran en aquel limbo lejano, los que pagaban la cuenta estaban satisfechos. Por todo eso, la huida de Hinton era un suceso particularmente peligroso.

Al entrar por la puerta abierta del despacho de Normand, el doctor Mellinger le echó un vistazo rápido a la habitación. Sobre la mesa, abierto a toda prisa, había un portafolios delgado que contenía algunos documentos y una fotografía.

Durante un breve instante el doctor Mellinger miró distraídamente el portafolios. Luego, tras una mirada discreta al pasillo, se lo deslizó bajo el brazo y volvió sobre sus pasos por la escalera vacía.

En el exterior, silenciados por los oscuros macizos de rododendros, los sonidos de la búsqueda y la persecución reverberaban en los jardines. Tras abrir el portafolios sobre el escritorio, el doctor Mellinger contempló la fotografía, que estaba boca abajo. Sin enderezarla, estudió los rasgos amorfos. La nariz era recta, la frente y las mejillas simétricas, las orejas un poco grandes, pero en posición invertida el rostro carecía de una identidad coherente.

De repente, cuando empezó a leer el archivo, el doctor Mellinger se sintió invadido por un profundo resentimiento. Todo el tema de Hinton y su precaria pretensión de realidad lo abrumaban con una náusea honda. Se negaba a aceptar que aquel lisiado insensato, de rasgos anónimos, fuera el responsable de la confusión y la ansiedad del día anterior. ¿Era posible que esos pocos pedazos de papel constituyeran toda la pretensión de realidad de aquel pobre individuo?

Cogiendo el archivo apenas con las puntas de los dedos, el doctor Mellinger lo llevó hasta la chimenea. Evitó mirar su rostro y escuchó con una profunda sensación de alivio cuando las llamas se animaron brevemente y luego desaparecieron.

—¡Mi querido Booth! Pase. Le agradezco que me dedique un rato. —Con este saludo el doctor Mellinger lo condujo a una silla junto al fuego y le ofreció su pitillera de plata—. Hay un asunto que quiero hablar con usted porque es prácticamente la única persona que puede ayudarme.

—Por supuesto, señor director —le aseguró Booth—. Me siento honrado.

El doctor Mellinger se sentó detrás de su escritorio.

—Es un caso muy curioso, uno de los más inusuales con que me he tropezado. Se trata de un paciente bajo su supervisión, creo.

—¿Puedo preguntar cómo se llama, señor?

—Hinton —dijo el doctor Mellinger echando a Booth una mirada penetrante.

—¿Hinton, señor?

—Parece sorprendido —continuó el doctor Mellinger antes de que Booth pudiera responder—. Su respuesta es particularmente interesante.

—La búsqueda todavía continúa —dijo Booth con incertidumbre mientras el doctor Mellinger hacía una pausa para digerir sus palabras—. Me temo que no hemos encontrado ningún rastro de él. El doctor Normand cree que deberíamos informar...

—Ah, sí, el doctor Normand. —El director pareció revivir de repente—. Le he pedido que me trajera el archivo de Hinton en cuanto esté libre. Doctor Booth, ¿no se le ha ocurrido que podemos estar siguiendo una pista equivocada?

—¿Señor?

—Realmente, ¿vamos tras Hinton? Me pregunto, tal vez, si la búsqueda de Hinton no está ocultando algo más grande y más importante, el enigma, como dije ayer, que se encuentra en el corazón de Green Hill y a cuya solución debemos dedicarnos ahora todos. —El doctor Mellinger saboreó estas reflexiones antes de continuar—. Doctor Booth, consideremos por un momento el papel de Hinton o, para ser más precisos, el complejo de acontecimientos superpuestos y eventos adyacentes que identificamos en líneas generales con el término «Hinton».

—¿Complejo, señor? ¿Habla en términos de diagnóstico?

—No, Booth. Me refiero a la fenomenología de Hinton, a su esencia metafísica absoluta. Para decirlo más claramente: ¿ha pensado, Booth, en lo poco que sabemos de este paciente escurridizo, y en las escasas huellas que ha dejado de su propia

identidad?

—Es cierto, doctor —convino Booth—. Constantemente me reprocho a mí mismo no haber mostrado más interés por el paciente.

—En absoluto, doctor. Me doy cuenta de lo ocupado que está. Tengo la intención de llevar a cabo una importante reorganización en Green Hill y le aseguro que su incansable labor en esta casa no será olvidada. Sería excelente para un puesto administrativo de alto nivel, estoy seguro. —Mientras Booth se sentaba, cada vez más interesado en la conversación, el doctor Mellinger reconoció su expresión de agradecimiento con un gesto discreto—. Como le decía, doctor, tiene tantos pacientes, todos con el mismo uniforme, alojados en las mismas salas y por lo general sometidos al mismo tratamiento que no es sorprendente que pierdan su identidad individual. Si me permite hacer una pequeña confesión —añadió con una sonrisa pícaro—, creo que todos los enfermos se parecen. Si el doctor Normand o usted mismo me informan de que ha llegado un nuevo paciente llamado Smith o Brown, le proporcionaré automáticamente el uniforme estándar de identidad de Green Hill, esos mismos ojos sin brillo y la boca floja, los mismos rasgos amorfos.

Soltando las manos, el doctor Mellinger se inclinó atento sobre el escritorio.

—Lo que estoy sugiriendo, doctor, es que este mecanismo automático puede haber operado en el caso del tal Hinton, y que es posible que haya atribuido a una persona absolutamente inexistente los atributos ficticios de una personalidad.

El doctor Booth asintió lentamente.

—Ya veo, señor. Sospecha que Hinton, o lo que hemos llamado hasta ahora Hinton, era quizás un recuerdo confuso de otro paciente. —Vaciló, dubitativo, y entonces se dio cuenta de que el doctor Mellinger le clavaba la mirada con intensidad hipnótica.

—Doctor Booth, me pregunto qué prueba real tenemos de que Hinton haya existido nunca.

—Bueno, señor, están los... —Booth buscó alrededor, inútilmente—... los registros del departamento administrativo. Y las notas sobre el caso.

El doctor Mellinger sacudió la cabeza con un gesto de desdén.

—Mi querido Booth, usted habla de simples pedazos de papel. Eso no prueba la identidad de un hombre. Una máquina de escribir puede inventarse lo que usted decida. La única prueba concluyente es la existencia física en el tiempo y en el espacio o, en su defecto, una memoria clara de la presencia física tangible. ¿Puede honradamente decir que cualquiera de estas condiciones se cumple?

—No, señor. Supongo que no puedo. Aunque hablé con un enfermo que supuse que era Hinton.

—Pero ¿lo era? —La voz del director resonaba urgente—. Busque en su mente, Booth, sea honrado consigo mismo. ¿No hablaría con otro paciente? ¿Qué médico mira realmente a sus pacientes? Lo más probable es que se limitara a ver el nombre de Hinton en una lista y supuso que lo tenía sentado delante, con una existencia física

completa, como la suya.

Alguien llamó a la puerta. El doctor Normand entró en el despacho.

—Buenas tardes, señor director.

—Ah, Normand. El doctor Booth y yo hemos tenido una conversación sumamente instructiva. Realmente creo que hemos encontrado la solución al misterio de la desaparición de Hinton.

El doctor Normand asintió con cautela.

—Es un alivio, señor. Empezaba a preguntarme si debíamos informar ya a las autoridades civiles. Han pasado ya casi cuarenta y ocho horas desde que...

—Mi querido Normand, me parece que sigue usted fuera de la realidad. Nuestra actitud sobre el caso Hinton ha cambiado radicalmente. El doctor Booth me ha sido muy útil. Hemos estado discutiendo la posibilidad de buscarle un puesto administrativo. ¿Tiene usted el archivo de Hinton?

—Bueno... no, lo lamento, señor —se disculpó Normand mientras recorría con la mirada el despacho del director—. Tengo entendido que lo han cambiado de lugar temporalmente. He ordenado un registro minucioso y se lo traerán tan pronto como sea posible.

—Le estaría muy agradecido, Normand. —Mellinger cogió a Booth del brazo y lo acompañó hasta la puerta—. Doctor, estoy muy satisfecho de su perspicacia. Quiero que le haga al personal de la sala las mismas preguntas que yo le he hecho a usted. Disipe las brumas de la ilusión y las falsas suposiciones que invaden sus mentes. Advértales que esas ilusiones pueden asumir la apariencia de realidad. Recuérdeles también que en Green Hill se requieren mentes claras. Me sorprendería mucho si alguno de ellos puede poner la mano en el corazón y jurar que Hinton ha existido realmente.

Después de que Booth hubo salido, el doctor Mellinger volvió a su escritorio. Por un momento no se dio cuenta de que su subordinado aún estaba allí.

—Ah, sí, Normand. Me pregunto dónde está ese archivo. ¿No me lo ha traído?

—No, señor. Como le expliqué...

—Bueno, no importa. Pero no hay que descuidarse, Normand, hay demasiado en juego. ¿Se da cuenta de que sin ese portafolios no sabemos prácticamente nada sobre Hinton? Sería muy incómodo.

—Le aseguro, señor, que el portafolios...

—Basta, Normand. No se preocupe. —El doctor Mellinger le mostró una sonrisa de zorro al inquieto Normand—. Siento el mayor respeto por la eficiencia del Departamento de Administración que dirige usted. Creo que es poco probable que lo hayan extraviado. Dígame, Normand, ¿está seguro de que ese archivo ha existido alguna vez?

—Desde luego, señor —respondió Normand con prontitud—, aunque yo mismo no lo he visto realmente, pero todos los pacientes de Green Hill tienen un archivo personal completo.

—Pero Normand —cortó amablemente el director—, el paciente en cuestión no está en Green Hill. Exista o no ese hipotético archivo, Hinton no está.

Se detuvo y esperó mientras Normand lo miraba entornando los ojos.

Una semana después, el doctor Mellinger celebró una reunión final en su despacho. Fue un encuentro mucho menos tenso: sus subordinados descansaban en los sillones de cuero en torno al fuego, mientras el doctor Mellinger, inclinado sobre el escritorio, supervisaba el reparto de su mejor jerez.

—Así que, caballeros —remarcó para concluir—, podemos ver la semana pasada como un período de autodescubrimiento único, una lección para que todos nosotros recordemos la verdadera naturaleza de nuestro papel en Green Hill, nuestra dedicación a la tarea de separar la realidad de la ilusión. Si los pacientes son perseguidos por quimeras, conservemos nosotros al menos una absoluta claridad de mente, aceptando la validez de una proposición solo si nuestros sentidos la corroboran. Consideremos el ejemplo del «asunto Hinton». En este caso, por una acumulación de falsos supuestos, de ilusiones sustentadas en otras ilusiones, se alzó un vasto edificio de fantasía alrededor de la identidad absolutamente mítica de un paciente. A esta figura imaginaria que por algún medio que no hemos descubierto, probablemente el error de un mecanógrafo del Departamento de Registros, se le dio el nombre de «Hinton», y después se le atribuyó una identidad personal completa, una habitación privada, y las enfermeras y los médicos correspondientes. Tal era la solidez de ese mundo sustitutivo, de esa cadena de errores, que cuando se desmoronó y se descubrió la ausencia de cualquier sustancia detrás de la sombra, el vacío restante fue interpretado automáticamente como la fuga del paciente.

El doctor Mellinger hizo un gesto elocuente, mientras Normand, Redpath y Booth asentían con la cabeza. Rodeó el escritorio y se sentó.

—Tal vez, caballeros, sea una suerte que me mantenga al margen de los asuntos cotidianos de Green Hill. No me vanaglorio de ello, simplemente estaba lo suficientemente distanciado como para considerar todas las consecuencias de la desaparición de Hinton y hallar la única explicación posible: ¡que Hinton nunca ha existido!

—Una deducción brillante —murmuró Redpath.

—Sin duda —se hizo eco Booth.

—Una profunda perspicacia —asintió Normand.

Alguien llamó a la puerta con fuerza. Con el ceño fruncido, el doctor Mellinger ignoró la llamada y continuó su monólogo.

—Gracias, caballeros. Sin su ayuda la hipótesis de que Hinton no era más que una acumulación de errores administrativos nunca se habría confirmado.

Volvieron a llamar a la puerta. Y a continuación apareció una enfermera sin aliento.

—Disculpe, señor. Lamento interrumpirle, pero...



El doctor Mellinger rechazó sus disculpas.

—No importa. ¿Qué ocurre?

—Una visita, doctor Mellinger. —Hizo una pausa mientras el director esperaba impaciente—. La señora Hinton viene a ver a su marido.

Pasó un instante de consternación. Los tres hombres sentados alrededor del fuego se levantaron y olvidaron sus bebidas mientras el doctor Mellinger permanecía inmóvil en su escritorio. Un silencio total invadió la habitación, solo roto por el leve taconeo de una mujer en el pasillo.

Pero el doctor Mellinger se recobró rápidamente. Se levantó y les dijo a sus colegas con una sonrisa triste:

—¿A ver al señor Hinton? Imposible, Hinton nunca ha existido. La mujer debe de estar sufriendo delirios terribles que requieren tratamiento inmediato. Háganla pasar. —Se volvió hacia sus colegas—. Caballeros, debemos hacer todo lo posible para ayudarla.

Menos dos.

1963

## LA TARDE REPENTINA

Lo que sorprendió a Elliott fue lo repentino del ataque. Judith y los niños se habían ido a la playa durante el fin de semana para aprovechar los últimos retazos del verano, dejándolo solo en casa, y los tres días habían sido un ensueño agradable de habitaciones silenciosas, comidas a cualquier hora y un poco de carpintería sencilla en el taller. Se pasó la mañana del domingo leyendo las reseñas de la prensa, y añadió cuidadosamente media docena de títulos a la lista de libros que sabía que nunca compraría, y mucho menos leería. Estos ejercicios nostálgicos, como el martini minuciosamente preparado antes del almuerzo, eran parte del ritual establecido de sus breves momentos de soltería. Decidió dar una caminata por Hampstead Heath después del almuerzo, y regresar a tiempo para ordenarlo todo antes de que Judith llegara esa misma noche.

En su lugar, un fuerte ataque de lo que al principio le pareció gripe lo golpeó antes de la una. Un dolor palpitante de cabeza y la fiebre lo mandaron a tientas al botiquín del baño, solo para darse cuenta de que Judith se había llevado las aspirinas con ella. Sentado en el borde de la bañera, con la frente en las manos, contuvo el espasmo que parecía contraerle los músculos de un cuero cabelludo interior, presionándole el cerebro como la pulpa de una fruta en una bolsa de tela.

—¡Judith! —le gritó a la casa vacía—. ¡Maldita sea!

El dolor aumentaba, un picor intenso le clavaba agujas de plata en el cráneo. Impotente por un momento, se arrastró hasta el dormitorio y se metió en la cama completamente vestido, protegiéndose los ojos de la débil luz del sol que atravesaba el Heath.

Minutos después, el ataque disminuyó un poco, dejándole una migraña insistente y una sensación de absoluta inercia. Durante la siguiente hora contempló su propio reflejo en el espejo del tocador, tendido como un novillo atado a la cama. A través de la ventana vio a un niño pequeño jugando bajo los robles en el extremo del parque, tratando pacientemente de atrapar las hojas que el viento arremolinaba. A unos veinte metros de distancia un hombre anodino de tez morena estaba sentado solo en un banco, mirando a través de los árboles.

De alguna manera esta escena tranquilizó a Elliott, y el dolor de cabeza finalmente se disipó, como si hubiera sido seducido por las ramas que se mecían y la figura saltarina del muchacho.

—Qué raro... —murmuró para sí, todavía sorprendido de la ferocidad del ataque. Judith, sin embargo, se mostraría escéptica, porque siempre lo había acusado de ser hipocondríaco. Era una pena que no hubiera estado allí, en lugar de pasarse las horas

tumbada en la playa de Worthing, pero al menos los niños se habían salvado de contemplar el espectáculo de su padre dando aullidos de agonía.

Reacio a salir de la cama y precipitar otro ataque —¿tal vez la causa había sido un virus violento pero de corta duración?—, Elliott estaba tumbado de espaldas, y el olor de la piel de su mujer en la almohada le recordó su propia infancia y el cabello perfumado de su madre. Se había criado en la India, y recordaba haber remado por un río con su padre, y el gran lomo plácido del Ganges enrojeciendo a la luz de la tarde. Los colores de tierra quemada de la línea de la orilla de Calcuta todavía estaban vivos después de un intervalo de treinta años.

Sonriendo gratamente ante estos recuerdos y ante la imagen de su padre remando con un movimiento rítmico y arrullador, Elliott miró hacia el techo, distraído solo por el ulular distante de un claxon.

Entonces se sentó bruscamente, mirando la habitación a su alrededor.

—¿Calcuta? ¿Qué demonios...?

¡El recuerdo era completamente falso! No había estado en la India en toda su vida, ni en ningún otro lugar de Extremo Oriente. Había nacido en Londres y había vivido allí toda su vida, aparte de una visita de dos años a Estados Unidos en el viaje de posgrado. En cuanto a su padre, capturado por los alemanes mientras luchaba en las filas del Octavo Ejército en el norte de África, y que pasó la mayor parte de la guerra como prisionero, Elliott no lo había visto casi nunca hasta la adolescencia.

Sin embargo, el recuerdo de haber remado por el Ganges había sido extraordinariamente intenso. Tratando de sacudirse los últimos restos de la cefalea, Elliott puso los pies en el suelo. El dolor palpitante había regresado un poco pero de un manera extraña disminuía a medida que la imagen del litoral de Calcuta le llenaba la mente. Fuera cual fuera su origen, el paisaje era ciertamente indio, y podía ver las escaleras del Ganges, un desorden de barcas de vela e incluso algunas escasas piras funerarias que humeaban en la orilla.

Pero lo que más le sorprendió fueron las asociaciones emocionales unidas a este falso recuerdo: haber remado junto a su padre, la sensación de tranquilidad que lo invadía con cada movimiento rítmico de la figura oscura, cuyo rostro permanecía oculto por las sombras del sol poniente.

Se preguntaba dónde habría obtenido aquella poderosa impresión visual que de alguna manera se había convertido en un recuerdo con matices personales únicos cuando salió del dormitorio y se dirigió a la cocina. Eran ya las dos y media, casi demasiado tarde para el almuerzo, y contempló sin interés las filas de huevos y las botellas de leche en la nevera. Después del almuerzo decidió que se tumbaría en el sofá del salón y leería o vería la televisión.

Al pensar en esto último, Elliott se dio cuenta de que el falso recuerdo del Ganges era casi seguramente un fragmento olvidado de una película de viajes, que probablemente habría visto cuando era un niño. La secuencia entera del recuerdo, con

la visión de la barca avanzando por el agua de color rojizo y la prolongada travesía a lo largo de la orilla, tenía ese aire típico de las películas de viajes de los años cuarenta, y casi podía ver los títulos que aparecían con un fondo de redoble de tambores.

Tranquilizado por esto, y suponiendo que el dolor de cabeza de alguna manera había sacudido aquella memoria visual —durante la guerra las pantallas de cine ligeramente borrosas le habían cansado muchas veces los ojos—, Elliott empezó a prepararse el almuerzo. Hizo caso omiso de la comida que le había dejado Judith, y buscó especias y frascos de encurtidos en la despensa, donde encontró un poco de arroz y un paquete de curry en polvo. Judith nunca había llegado a dominar las complejidades de hacer un curry de verdad, y los intentos ocasionales de Elliott se habían limitado a provocar sonrisas divertidas. Hoy, sin embargo, con tiempo suficiente por delante y ninguna interferencia, tendría éxito.

Sin prisas, Elliott comenzó a preparar el plato, y la cocina pronto se llenó de vapor y del salado olor a curry y a *chutney*. Afuera, la tenue luz del sol dio paso a nubes oscuras y a la primera lluvia de la tarde. El niño se había ido, pero la figura solitaria bajo los robles seguía sentada en el banco, ahora con el cuello de la chaqueta levantado.

Encantado con aquella lenta cocción, Elliott se relajó en la silla y pensó en su trabajo médico. Habitualmente se habría visto obligado a realizar alguna operación quirúrgica durante la noche, pero hoy el médico suplente se las había arreglado para hacerse cargo él solo, para su alivio, ya que una de las pacientes había sido particularmente difícil; una completa neurótica, un peligro al que se enfrentan todos los médicos, que incluso había amenazado con denunciarlo ante el consejo de medicina general por mala conducta, a pesar de que las acusaciones eran tan grotescas que el comité disciplinario ni siquiera se las tomaría en serio ni por un segundo.

El curry estaba fuerte, y un intenso dolor debajo del esternón marcó el inicio de una indigestión. Maldiciendo su mala suerte, Elliott se sirvió un vaso de leche, lamentando perder el sabor del curry.

—Estás acabado, viejo amigo —se dijo con humor irónico—. Deberías ir al médico.

De pronto, se puso de pie con un chasquido de los dedos. ¡Había experimentado un segundo falso recuerdo! Toda esa ensoñación sobre el hospital, el médico sustituto y la paciente eran absoluta ficción, sin relación alguna con nada en su vida. Era investigador químico de profesión, empleado en el Departamento de Bioquímica de una institución oncológica de Londres, pero su contacto con médicos y cirujanos era prácticamente nulo.

Y sin embargo, la impresión de tener experiencia práctica médica, pacientes y el resto de implicaciones de un médico ocupado era muy fuerte y persistente, mucho

más que un recuerdo, una zona coherente de conocimiento tan válida como la imagen del laboratorio de bioquímica.

Con una creciente sensación de inquietud, Elliott sorbió levemente el vaso de leche, preguntándose por qué le venían aquellas imágenes sin origen, como fragmentos de la inteligencia de alguna otra persona que se habían colado en su mente. Entró en el salón, se sentó de espaldas a la ventana y empezó a examinarse a sí mismo con toda la distancia profesional de que fue capaz. Detrás de él, bajo los árboles del parque, el hombre del banco seguía sentado en silencio bajo la lluvia, observado a una distancia prudente por un gorrión errante.

Después de una pausa para recuperarse, Elliott empezó a explorar deliberadamente aquel segundo recuerdo falso. De inmediato sintió que disminuía la dispepsia, como si asumir la personalidad de las imágenes fragmentadas le aliviara la presión sobre la mente. Concentrándose, pudo ver una gran ventana sobre un amplio escritorio de caoba, un sofá de cuero acolchado, estantes de libros y certificados enmarcados en las paredes, inequívocamente el consultorio de un médico. Salió del salón, bajó un amplio tramo de escaleras alfombradas y llegó a una sala con suelo de mármol. En un rincón a la izquierda había un escritorio y una bonita recepcionista pelirroja que lo miró y le sonrió por encima de su máquina de escribir. Luego Elliott salió a la calle, evidentemente en uno de los barrios ricos de la ciudad, donde los Rolls-Royce y los Bentley casi superaban en número a los demás coches. A doscientos metros de distancia los autobuses de dos pisos se cruzaban en una intersección familiar.

—¡Harley Street! —estalló Elliott. Cuando se sentó y observó el mobiliario familiar del salón y los robles empapados del parque, hizo un esfuerzo por restablecer la realidad en su mente, y tuvo una última visión de la consulta: una placa de identificación borrosa en las columnas pintadas de crema. Sobre el portal, en números dorados en cursiva: 259.

—¿El doscientos cincuenta y nueve de Harley Street? Pero ¿quién demonios trabaja allí? —Elliott se levantó y se acercó a la ventana, mirando hacia el otro lado del Heath, luego fue hasta la cocina y saboreó los restos de aroma del curry. Una vez más un espasmo de indigestión se apoderó de su estómago e inmediatamente se centró en la imagen del consultorio del médico desconocido. A medida que el dolor desaparecía, tuvo una nueva impresión de una mujer pequeña y de mediana edad en una sala de hospital, su brazo izquierdo escayolado, y luego un retrato de la plantilla y entrada de los consultorios del hospital de Middlesex, tan reales como una fotografía.

Elliott cogió el periódico, volvió al salón y se acomodó con ciertas dificultades. La absoluta claridad de aquellos recuerdos lo convenció de que no eran imágenes confusas procedentes de películas o elaboradas por su imaginación. Cuanto más las exploraba más se fijaban en su propia realidad, negándose a desaparecer o a debilitarse. Además, el contenido emocional era demasiado fuerte. Las asociaciones

de la escena de su infancia en el río eran tranquilizadoras, pero el ambiente en la sala de consulta estaba cargado de dudas y ansiedad, como si su poseedor original estuviera siendo presa de una pesadilla.

La cefalea aún le palpitaba en las sienas. Elliott se dirigió al mueble bar y se sirvió un *whisky* con soda. ¿Es que de alguna manera increíble se había convertido en el receptor de los recuerdos sin cuerpo de un niño indio de Calcuta y de un médico de Harley Street simultáneamente?

Echó un vistazo a la primera página de noticias, y sus ojos captaron lo siguiente:

SE BUSCA A MÉDICO INDIO

### *Misteriosa muerte de su esposa*

La policía continúa la búsqueda del psiquiatra de Harley Street desaparecido, el doctor Krishnamurti Singh. Scotland Yard cree que podría colaborar en la investigación sobre la muerte de su esposa, la señora Ramadya Singh.

Con una sensación de alivio, Elliott cerró el periódico de un golpe y lo lanzó a través de la habitación. ¡Así que aquello explicaba los dos recuerdos imaginarios! Esa misma mañana, antes del ataque de gripe, había leído la noticia sin darse cuenta, y a continuación, durante la fiebre había dramatizado los detalles. El virus violento —una rara cepa de corta vida que habría atrapado en el laboratorio— presuntamente habría actuado como las drogas alucinógenas, creando una imagen interior de una autenticidad casi fotográfica. Incluso el curry había formado parte de ese sistema de fantasía.

Elliott paseó meditabundo por el salón, escuchando la lluvia que caía como granizo contra las ventanas. Unos instantes después se dio cuenta de que otros recuerdos alucinatorios emergían a la superficie de su mente, y que todos giraban en torno a la identidad del médico indio desaparecido.

Incapaz de disiparlos, se dejó llevar por la fantasía deliberadamente. Tal vez la asociación de la lluvia fúnebre y el dolor que sentía debajo del esternón se encargaban de provocar la sensación de aprensión en su mente. Ideas sin forma le asaltaban la conciencia, y se agitó inquieto en su silla. Sin darse cuenta se encontró pensando en la muerte de su esposa, un evento envuelto en dolor y de una peculiar violencia de pesadilla. Por un momento estuvo casi dentro de la mente moribunda de su mujer, en el fondo de un inmenso lago ahogada, separada del cielo distante por enormes volúmenes de agua que presionaban su pecho.

En un baño de sudor, Elliott se despertó de la pesadilla con la visión trágica de la muerte de su esposa delante de los ojos. Judith estaba viva, por supuesto, en la casa de la playa de una hermana casada, cerca de Worthing, pero la visión de la ahogada

había llegado con la intensidad y la urgencia de una señal telepática.

—¡Judith!

Una vez totalmente despierto, Elliott se apresuró hasta llegar al teléfono del pasillo. Algo en la dimensión psicológica le convenció de que no había imaginado la escena de la muerte.

¡El mar!

Descolgó el auricular y marcó el número de la operadora. En ese mismo momento Judith bien podía estar nadando sola mientras su hermana preparaba el té con los niños, a la vista de la playa, pero sin saber que corría peligro.

—Operadora, es urgente —empezó Elliott—. Tengo que hablar con mi esposa. Creo que corre peligro. ¿Puede ponerme con Calcuta 30 331?

La operadora vaciló.

—¿Calcuta? Lo siento señor, lo paso con llamadas al extranjero.

—¿Qué? No quiero... —Elliott se detuvo—. ¿Qué número le he pedido?

—Calcuta 30331. Tendré que transferirle a llamadas de larga distancia.

—¡Espere! —Elliott se apoyó contra la ventana. La lluvia caía detrás de los cristales—. Me he equivocado. Quería decir Worthing 303...

—¿Es ese el número? Worthing tres cero tres... —La voz de la operadora esperaba.

Elliott, cansado, bajó el teléfono.

—Voy a mirar —dijo con voz ronca—. Ese no es el número.

Pasó las páginas de la agenda telefónica, y se dio cuenta de que tanto él como Judith hacía años que se sabían el número y no se habían molestado en anotarlo.

—¿Sigue al teléfono? ¿Me escucha? —Ahora la voz de la operadora era más cortante.

Momentos después, cuando lo pasaron al Departamento de Información, Elliott se dio cuenta de que también había olvidado el nombre y la dirección de su cuñada.

—Calcuta 30331. —Elliott repetía el número mientras se servía un vaso de la botella de *whisky*. Recobrando la compostura, reconoció que la noción de un mensaje telepático era propia de un necio. Judith estaría perfectamente a salvo, de vuelta a Londres con los niños, y que había interpretado mal la visión de la moribunda. El número telefónico, sin embargo, se mantenía allí en su cabeza. Aquella enigmática secuencia fluía de su boca con la inconsciente familiaridad del uso prolongado. Una veintena de recuerdos similares esperaban para convertirse en realidad como si una mente fugitiva se hubiera instalado en su cerebro.

Recogió el periódico del suelo.

... Doctor Krishnamurti Singh. Scotland Yard cree que podría colaborar en la investigación...

«Colaborar en la investigación»: un eufemismo típico de los de la calle Fleet, parte

del elaborado código construido entre los periódicos y sus lectores. Un diario francés, no obstaculizado por la ley inglesa contra la difamación, proclamaría a los cuatro vientos: «¡Barba Azul! ¡Asesino!».

Los detectives están esperando en la cabecera de la señora Ethel Burgess, la mujer de la limpieza empleada por el doctor Singh y su esposa, que fue hallada ayer inconsciente al pie de las escaleras...

¡La señora Burgess! Instantáneamente se le presentó ante los ojos la imagen de una mujer menuda y de edad avanzada con una cara arrugada como una manzana demasiado madura. Estaba tumbada en una cama del hospital Middlesex, mirándolo con una expresión de reproche en los ojos...

El vaso, medio lleno de *whisky*, se estrelló contra los azulejos de la chimenea. Elliott se quedó mirando las esquirlas de cristal mojado alrededor de sus pies, y luego se sentó en el centro del sofá con la cabeza entre las manos, tratando de contener la avalancha de recuerdos. Sin poder hacer nada, se encontró pensando en la facultad de medicina de Calcuta. Las caras medio familiares de sus compañeros pasaron en un borrón. Se acordó de su apasionado interés por el desarrollo de un enfoque científico de las ramas más desconocidas del yoga y la parapsicología hindú, y la sociedad estudiantil que había formado y sus experimentos sobre transferencias corporales y de pensamiento, a los que había puesto fin tras la muerte de uno de los estudiante y el posterior escándalo...

Por un momento, Elliott se maravilló de los detalles coherentes y de lo convincentes que resultaban aquellos recuerdos. Aturdido, recordó que, en realidad, había sido estudiante de química en...

¿Dónde?

Con un sobresalto, se dio cuenta de que lo había olvidado. Buscó rápidamente en su mente, y descubrió que no podía recordar casi nada de su pasado lejano, dónde había nacido, sus padres, la infancia. En su lugar vio una vez más, esta vez con claridad luminosa, la barca de remos en el Ganges carmesí y su remero de piel oscura que lo miraba con una ambigua sonrisa. Entonces vio otra imagen, ahora de sí mismo cuando era un niño pequeño, escribiendo en un enorme libro de contabilidad, en el que todas las entradas a lápiz habían sido cuidadosamente borradas, sentado a un escritorio en una habitación con un techo bajo de caña de bambú, sobre el almacén de su padre al lado del mercado...

—¡Tonterías! —exclamó apartando de su mente el recuerdo y todas aquellas tiernas asociaciones. Entonces se levantó, inquieto, con el corazón acelerado, con una fiebre repentina. La frente le ardía como el fuego, y la mente inventaba secuencias de fantasías alrededor del doctor Singh buscado por la policía. Se tomó el pulso, y luego se inclinó hacia el espejo que había sobre la chimenea y se examinó los ojos, comprobando los reflejos de las pupilas con dedos expertos, en busca de síntomas de



una conmoción cerebral.

Tenía la garganta seca y trató de tragar saliva, se quedó mirando las manos de médico que lo habían examinado y decidió llamar a su propio médico de cabecera. Un sedante, una hora de sueño, y se recuperaría.

Bajo la luz menguante de la tarde, apenas pudo ver los números.

—¡Hola, hola! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

—Sí, doctor Singh —respondió una mujer—. ¿Es usted?

Asustado, Elliott tapó el auricular con la mano. Había marcado el número de memoria, pero una memoria que no era la suya. Pero no solo la recepcionista había reconocido su voz, sino que Elliott había reconocido la de ella, y sabía su nombre.

Probando, levantó el teléfono y dijo el nombre que tenía en mente:

—¿Señorita Tremayne...?

—¿Doctor Singh? ¿Es usted?

Con un esfuerzo, Elliott hizo su voz más gutural.

—Lo siento, me equivocado de número. ¿Cuál es su número?

La muchacha vaciló. Cuando volvió a hablar, la modulación y el ritmo de su voz volvieron a ser más familiares al instante.

—Esto es Harley Street 30 331 —dijo con cautela—. Doctor Singh, la policía...

Elliott colgó el teléfono. Agotado, se sentó en la alfombra, en la oscuridad, mirando el rectángulo negro de la puerta principal. Una vez más el dolor de cabeza comenzó a palparle en las sienes, mientras trataba de ignorar las múltiples experiencias que le invadían la cabeza. Por encima de él, la escalera lo llevaba a otro mundo.

Media hora más tarde, se puso de pie. Buscó la cama, y temiendo la luz, trastabilló hasta dar con una habitación, y se acostó. Con un sobresalto se incorporó y se dio cuenta de estaba acostado encima de la mesa del comedor.

No recordaba cómo había llegado hasta allí, y la topografía de esta otra casa, al parecer un apartamento de una sola planta, se superpuso en su mente. En el extraño piso encontró un cuarto de niños desordenado y lleno de juguetes y ropa infantil, y con un friso de dibujos infantiles que no recordaba: cielos serenos sobre campanarios de iglesia. Cuando cerró la puerta, la escena se desvaneció como un cuadro olvidado.

En la habitación de al lado había una fotografía encima del tocador que mostraba el rostro de una mujer rubia agradable a la que nunca había visto. Miró a su alrededor, la cama, los armarios y los espejos, y le parecieron los muebles de un sueño.

—Ramadya, Ramadya —murmuró el nombre de la mujer moribunda.

Sonó el teléfono. De pie en la oscuridad, en lo alto de la escalera, escuchó el sonido estridente en la casa silenciosa. Se acercó hasta él con pies de plomo.

—¿Sí? —dijo lacónicamente.

—Hola, cariño —respondió una alegre voz de mujer. De fondo se oían silbatos y trenes maniobrando—. ¿Hola? ¿Es esto Hampstead...?

—Esto es Harley Street 30 331 —dijo rápidamente—. Se ha equivocado de número.

—Ah, querido, lo siento, creí que...

Elliott colgó, interrumpiendo aquella voz, que por un instante había reunido la personalidad fragmentada que se aferraba al fondo de su mente, y se acercó a la ventana junto a la puerta. Desde allí, por entre los barrotes, vio que la lluvia casi había cesado y una ligera bruma flotaba entre los árboles. La figura desaliñada del banco todavía estaba allí, con el rostro oculto en la oscuridad. De vez en cuando su silueta empapada brillaba con las luces del tráfico.

Por alguna razón, una sensación de urgencia extrema se apoderó de Elliott. Sabía que había una serie de tareas a realizar, cosas que registrar antes de que desaparecieran pruebas importantes, contactar con testigos fiables. Un centenar de imágenes ignoradas pasaron por su mente mientras buscaba un par de zapatos y una chaqueta en el armario de arriba, escenas de sus prácticas médicas, una paciente a la que había que hacerle un electroencefalograma, el radiador de un Bentley y la insignia de su club automovilístico... A su mente acudían destellos fugaces de las calles cercanas a Harley Street, los innumerables viajes de idas y vuelta a distintos consultorios, la entrada del Club de Ultramar, y un seminario ruidoso en una de las instituciones científicas en el que alguien gritaba teatralmente. Después tuvo desagradables sentimientos de remordimiento por la muerte de su esposa, contrarrestados por la creciente convicción interior de que, paradójicamente, aquella era la única manera de salvarla, de obligarla a una nueva vida. Con una voz extraña pero al mismo tiempo familiar, se oyó a sí mismo diciendo: «El alma, como cualquier criatura de piel suave, se aferra a cualquier cáscara que pueda encontrar. Solo resquebrajando esa cáscara puedes obligarla a que se vaya a otra».

Sintió intensos accesos de vértigo en oleadas mientras bajaba las escaleras. Tenía que encontrar a alguien, un hombre cuya ayuda podría salvarlo. Cogió el teléfono y marcó un número, balanceándose vertiginosamente de un lado a otro.

Una voz suave como el marfil pulido respondió:

—Profesor Ramachandran al habla.

—Profesor...

—¿Hola? ¿Quién es, por favor?

Se aclaró la garganta, tosiendo ruidosamente en el teléfono.

—¡Profesor, compréndame! El tumor era inoperable, no había otra manera de salvarla, la metempsicosis de la función somática y de la función psíquica... —Se había lanzado en una diatriba semicoherente, y las palabras le salían a jirones coagulados—. Ramadya se ha ido ahora, ella es la otra mujer... ni ella ni nadie lo sabrá nunca... Profesor, ¿le dirá usted un día, y a mí mismo... una sola palabra...?

—¡Doctor Singh! —La voz al otro lado era un grito—. ¡Ya no puedo ayudarle! ¡Debe asumir las consecuencias de su locura! Le advertí en repetidas ocasiones sobre

el riesgo de esos experimentos...

El teléfono crujió en el suelo, donde cayó. Fuera destellaban los faros de los coches de la policía, las luces azules de las sirenas de los techos giraban como faros espectrales. Cuando abrió la puerta y salió al aire frío de la noche tenía un último pensamiento obsesivo: pensaba en un hombre de mediana edad con gafas y pelo rubio, químico en un instituto oncológico, un hombre con una mente muy receptiva, un recipiente abierto que se extendía ante él como una enorme antena. Solo ese hombre podía ayudarle. Su nombre era... Elliott.

Cuando se sentó en el banco vio las luces acercándose a través de los árboles, como aureolas brillando intensamente en la oscuridad. La lluvia había cesado y una ligera bruma se disipaba entre las ramas de los árboles, pero después del calor del interior de la casa, ahora en el exterior tenía más frío de lo que esperaba, y pocos minutos después, en el parque, se puso a temblar. Caminó entre los árboles, vio la fila de coches de la policía aparcados a lo largo de la calle del perímetro del parque, a doscientos metros de distancia. Se movieran hacia donde se movieran, las luces parecían acercarse, aunque nunca directamente hacia él.

Se volvió, decidido a regresar a la casa, y para su sorpresa vio a un hombre delgado y de pelo rubio que cruzaba la calle desde el parque y subía las escaleras de la puerta principal.

Perplejo, vio que el intruso desaparecía por la puerta abierta y la cerraba detrás de él.

Entonces dos policías emergieron de la niebla a la derecha, y le apuntaron con las linternas a los ojos. Él echó a correr, pero una tercera figura enorme apareció de detrás de un tronco y le bloqueó el paso.

—Ya es suficiente —le dijo una voz ronca mientras él luchaba inútilmente—. Vamos a tratar de tranquilizarnos.

Las linternas rodeaban la oscuridad. Más policías llegaron corriendo entre los árboles. Un inspector con insignias plateadas en los hombros se acercó y lo miró a los ojos mientras un agente lo enfocaba con la linterna.

—¿El doctor Singh?

Durante un momento escuchó el sonido del nombre que lo había perseguido durante todo el día, suspendido un instante en la atmósfera húmeda. La mayor parte de su mente parecía dispuesta a aceptar la identificación, pero una pequeña parte, que se iba diluyendo hasta ser un punto diminuto como una estrella débil velada por la niebla, se negaba a aceptarla, sabiendo que quienquiera que fuera ahora, una vez no había sido el doctor Singh.

—¡No! —Sacudió la cabeza y con enorme esfuerzo consiguió liberar un brazo. Pero entonces lo agarraron por un hombro y él levantó el brazo libre para protegerse de las luces y de los rostros apremiantes.

Se le habían caído las gafas y se las habían pisoteado, pero ahora podía ver con

más claridad sin ellas. Se miró la mano. Incluso bajo aquella luz tenue la pigmentación más oscura era evidente. Tenía los dedos pequeños y rectos, y una cicatriz poco familiar le marcaba un nudillo.

Fue entonces cuando notó la perilla en su barbilla.

En su mente, la última isla de resistencia se desvaneció en el oscuro pasado que no recordaba.

—Doctor Krishnamurti Singh —dijo el inspector.

Entre las maletas que descansaban al otro lado de la puerta, Judith Elliott observó los coches de la policía que iban hacia Hampstead Village. Los niños habían subido corriendo al cuarto de los juguetes, en la planta de arriba.

—¡Qué horrible! Me alegro de que los chicos no hayan visto cómo lo arrestaban. Luchaba como un animal.

Elliott pagó al taxista y luego cerró la puerta.

—Por cierto, ¿quién era? Nadie conocido, espero.

Judith miró alrededor de la sala y vio el auricular del teléfono en el suelo. Se agachó y lo puso en su sitio.

—El taxista dijo que era un psiquiatra de Harley Street. Un médico hindú. Al parecer, estranguló a su esposa en el baño. Lo extraño es que ella ya se estaba muriendo de un tumor cerebral.

Elliott hizo una mueca.

—Horrible. Tal vez trataba de evitarle el dolor.

—¿Estrangulándola plenamente consciente? Una idea típicamente masculina, cariño.

Elliott se echó a reír mientras entraban al salón.

—Bueno, querida, ¿os lo habéis pasado bien? ¿Cómo estaba Molly?

—Estaba bien. Nos lo hemos pasado muy bien juntas. Te he echado de menos, por supuesto. Ayer me sentí un poco indispuesta, una ola enorme me zarandeó y acabé tragando un montón de agua. —Vaciló, mirando el parque por la ventana—. ¿Sabes?, es bastante divertido, pero hace veinte minutos traté de llamarte desde la estación y me dieron un número de Harley Street por error. Hablé con un hindú. Y sonaba como si fuera un médico.

Elliott sonrió burlón.

—Probablemente era el mismo hombre.

—Eso es lo que pensé. Pero no podría haber llegado de Harley Street hasta Hampstead tan rápido, ¿no crees? El taxista dijo que la policía ha estado buscándolo por aquí durante toda la tarde.

—A lo mejor han detenido al hombre equivocado. A menos que haya dos doctores Singh. —Elliott chasqueó los dedos—. Es extraño, ¿de dónde he sacado el nombre? Debo de haber leído algo sobre él en los periódicos.

Judith asintió mientras se acercaba a él.

—Salía en los diarios de esta mañana. —Se quitó el sombrero y lo dejó en la repisa de la chimenea—. Los hindúes son gente extraña. No sé por qué, pero ayer, cuando la ola estaba a punto de alcanzarme, estaba pensando en una chica hindú que conocí. Todo lo que puedo recordar es su nombre, Ramadya. Creo que se ahogó. Era muy dulce y muy guapa.

—Igual que tú. —Elliott le rodeó la cintura con las manos, pero Judith señaló el vaso roto en la chimenea.

—Está claro que he pasado unos días fuera. —Riéndose, lo cogió por los hombros y lo sacudió, luego se apartó, alarmada—. Cariño, ¿de dónde has sacado este traje tan peculiar? ¡Por el amor de Dios, mira! —Le apretó la chaqueta, y el agua se le escurrió por entre los dedos como de una esponja húmeda—. ¡Estás empapado! ¿Dónde demonios has estado todo el día?

## EL JUEGO DE LOS BIOMBOS

Todas las tardes, durante el verano en Ciraquito, jugamos al juego de los biombos. Después de comer, cuando las galerías y las terrazas de los cafés estaban vacías y todo el mundo dormía, tres de nosotros salimos en el Lincoln de Raymond Mayo por la carretera hacia Vermilion Sands.

La temporada había terminado y el desierto había empezado a adaptarse de nuevo al verano, amontonándose contra las persianas amarillentas de los quioscos de cigarrillos, rodeando el pueblo con inmensos bancos de ceniza luminosa. A lo largo del horizonte, las mesetas de cima plana se elevaban contra el cielo como los conos pintados de una selva volcánica. Las casas de la playa habían estado vacías durante semanas, y en el centro de los lagos se veían yates de las arenas abandonados, embalsamados en el calor opaco. Solo la carretera mostraba algún signo de actividad, la escultura en movimiento de la cinta de hormigón que se desplegaba por el paisaje.

A treinta kilómetros de Ciraquito, donde la ruta se bifurca hacia Red Beach y Vermilion Sands, encontramos los restos de un viejo camino de grava que se adentraba en los arrecifes de arena. Solo un año antes aquella carretera privada estaba en perfectas condiciones, pero ahora el pórtico ornamental yacía desplomado a un lado, y la caseta del guardián era un nido de escorpiones y rayas de las arenas.

Casi nadie se aventuraba a recorrer aquella carretera. Constantes desprendimientos de rocas perturbaban la zona y grandes porciones de la superficie se habían derrumbado llegando a los arrecifes. Además, una atmósfera, curiosa pero inconfundible, de amenaza, flotaba sobre el lugar, separándolo del resto del desierto. Las galerías colgantes de los arrecifes eran más sinuosas y siniestras, como los atormentados demonios de las catedrales medievales. Por encima de la carretera se alzaban unas macizas torres de obsidiana, como horcas de piedra, de cornisas manchadas de polvo rojo de hierro. A diferencia del resto del desierto, allí la luz parecía más apagada, y a veces brillaba con un resplandor sepulcral, como si una nube de fuego subterráneo hubiera hervido hasta quemar la superficie de las rocas. Los picos y las agujas de los alrededores marcaban los límites de llanura desértica, y los únicos sonidos eran los ecos de los gruñidos del motor que reverberaban contra las colinas, y los chillidos de las rayas de las arenas que volaban en círculos como aves hieráticas sobre las bocas abiertas de los arrecifes.

Seguimos la carretera medio kilómetro más, una ruta que se retorcía sobre los arrecifes como una serpiente petrificada, y nuestra conversación fue cada vez más esporádica hasta que se hizo el silencio. Volvimos a hablar cuando llegamos a un angosto valle. A los lados del camino se alzaban unas pocas esculturas abstractas. En

otro tiempo, aquellas esculturas habían sido sónicas, y reaccionaban al paso de los vehículos con vibratos de advertencia, pero ahora el Lincoln pasó por delante de ellas sin que dieran signos de actividad. De repente, tras una curva cerrada, desaparecieron los picos y los arrecifes, y se extendió ante nosotros la inmensidad de un lago de arena, con la enorme mansión de Lagoon West en su orilla. Sobre las dunas, como nubes solitarias, flotaban jirones de neblina. Los neumáticos recorrían suavemente la arena color cereza, y pronto pasamos por encima de lo que parecía ser el borde de un inmenso tablero de ajedrez de mármol. Aparecieron más estatuas, algunas enterradas en la arena hasta el cuello, otras derribadas de sus pedestales por las dunas movedizas.

Al contemplarlas esa tarde volví a sentir que todo el paisaje estaba compuesto de ilusiones, y que armazones de sueños fabulosos navegaban por él como galeones a la deriva. A medida que recorrimos el camino del lago, las grandiosas ruinas de Lagoon West pasaron lentamente por nuestra izquierda. No había nadie ni en las terrazas ni en los balcones, y la fachada en otra época blanca como el mármol estaba ahora manchada, mortecina. Las escaleras terminaban abruptamente en el aire y las plantas del edificio colgaban como marquesinas combadas.

En el centro de la terraza, donde los habíamos dejado la tarde anterior, estaban los biombos, con emblemas zodiacales que resplandecían como culebras. Avanzamos hacia ellos bajo la ardiente luz del sol. Durante la siguiente hora jugamos al juego de los biombos, empujándolos por las sendas sinuosas, avanzando y retrocediendo en el liso suelo de mármol. Nadie nos miraba, pero una vez, fugazmente, me pareció ver a una figura alta vestida con una capa azul oculta en las sombras de un balcón de la segunda planta.

—¡Emerelda! —le grité a la mujer en un impulso, pero casi sin moverse desapareció entre los hibiscos y las buganvillas. Mientras su nombre reverberaba contra las dunas supe que aquel era el último intento para atraerla y que bajara de su balcón.

—¡Paul! —Raymond y Tony estaban junto al coche, a veinte metros de distancia—. Paul, nos vamos.

Les di la espalda y contemplé la enorme mole descolorida e inclinada hacia el sol de Lagoon West. En algún lugar de la orilla del lago de arena brotaba una música dulce que resonaba entre las vetas de cuarzo. Al principio solo eran unos pocos acordes aislados, fragmentos colgados en aire de la tarde, trémolos sostenidos que flotaban por encima de mi cabeza como el zumbido de unos insectos invisibles, flotaron en el aire de la tarde. Cuando las frases se unieron recordé la primera vez que habíamos jugado al juego de los biombos en Lagoon West. Recordé la última y trágica batalla contra los insectos enjoyados, y recordé a Emerelda Garland...

La primera vez que vi a Emerelda Garland fue el verano anterior, poco después de que la compañía cinematográfica llegara a Ciraquito y fuera invitada por Charles Van

Stratten a rodar en los exteriores de Lagoon West. La compañía, Orpheus Productions, Inc. —conocida como «el reflujó de la nueva ola» por los aficionados de los cafés de las terrazas como Raymond Mayo y Tony Sapphire— era uno de esos grupos experimentales cuya producción iba destinada a una única exhibición en el Festival de Cine de Cannes, y que dependían para su apoyo financiero de la generosidad de muchos millonarios diletantes que aparentemente sentían la necesidad compulsiva de meterse en el papel de Lorenzo de Medici.

No es que hubiera algo amateur en el equipo o en los recursos técnicos de Orpheus Productions. La flota de camiones de localizaciones exteriores y de estudios de grabación que descendieron sobre Ciraquito una de aquellas vacías tardes de agosto parecía la fuerza de operaciones del día D, e incluso las estimaciones más conservadoras del presupuesto de *Afrodita 80*, la película que ayudamos a filmar en Lagoon West, se elevaban a por lo menos el doble del producto nacional bruto de cualquier república centroamericana. Lo único amateur era la indiferencia ante las restricciones comerciales normales, y la inquebrantable dedicación a los más altos estándares estéticos.

Todo eso, desde luego, fue posible gracias a la generosidad de Charles Van Stratten. Para empezar, cuando nos aceptaron en *Afrodita 80*, algunos de nosotros estábamos inclinados a divertirnos con los ingenuos intentos de Charles por producir una obra maestra, pero más tarde nos dimos cuenta de que en la seriedad de Charles había algo conmovedor. Ninguno conocíamos la tragedia personal que lo empujaba a soportar el calor y el polvo de aquel verano en Lagoon West, ni de la triste némesis que lo esperaba detrás de los bastidores de lona y los elementos escénicos. Cuando se convirtió en el único propietario de Orpheus Productions, Charles Van Stratten acababa de celebrar su cuadragésimo cumpleaños, pero a todos los efectos todavía era un estudiante tranquilo y serio. Descendiente de una de las familias de banqueros más ricas del mundo, a los veinte años ya había estado casado brevemente en dos ocasiones, primero con una condesa napolitana y luego con una estrella de Hollywood, pero la figura más influyente en la vida de Charles era su madre. Aquella bruja dominante, sentada como una inmensa araña de bronce en su sombría mansión eduardiana de Park Avenue, rodeada de galerías oscuras llenas de Rubens y Rembrandts, había enviudado poco después de que naciera Charles, a quien sin duda consideraba un sustituto del esposo enviado por la Providencia. Tras manipular astutamente una red de fondos fiduciarios y herencias, se deshizo sin piedad de las dos esposas de Charles (la segunda se suicidó lanzándose desde una góndola veneciana, la primera se fugó con el psicoanalista de Charles), y luego ella misma murió en circunstancias misteriosas en la casa de verano de Lagoon West.

A pesar de la enorme publicidad que se daba a la familia Van Stratten, poco se supo de la muerte de la vieja viuda —oficialmente cayó del balcón de un segundo piso—, y Charles se retiró completamente de los focos de la fama internacional durante los siguientes cinco años. Aunque de vez en cuando aparecía brevemente en



la Bienal de Venecia, o copatrocinaba alguna fundación cultural, se había retirado al vacío dejado por la muerte de su madre. Se rumoreaba —al menos en Ciraquito— que el propio Charles había sido responsable de esa muerte, como si hubiera vengado (¡qué tarde!) la tragedia de Edipo, cuando la viuda, oliendo la posibilidad de un tercer enlace, había descendido como Yocasta por Lagoon West y sorprendido a Charles y a su querida en flagrante delito.

Pero por mucho que me gustara aquella historia, la primera imagen que tuve de Charles Van Stratten dispó semejante posibilidad. Cinco años después de la muerte de su madre, Charles todavía se comportaba como si ella observara todos sus movimientos a través de unos prismáticos de ópera montados sobre un trípode en algún balcón distante. La figura juvenil de Charles era un poco más corpulenta, pero su agraciado rostro aristocrático, su fuerte mandíbula desmentida en parte por una indefinible fragilidad alrededor de los labios, de alguna manera parecía temeroso e indeciso, como si careciese de toda convicción acerca de su propia identidad. Poco después de la llegada a Ciraquito de Orpheus Productions, el director de producción visitó los cafés del barrio de los artistas buscando escenógrafos. Como la mayoría de los pintores de Ciraquito y de Vermilion Sands, yo pasaba por una de mis pausas creativas más prolongadas. Me había quedado en el pueblo después de que terminara la temporada, y me pasaba las interminables tardes bajo el toldo del Café Fresco, y ya empezaba a mostrar síntomas de la fatiga de playa: aburrimiento e inactividad irreversibles. La perspectiva de un trabajo real parecía casi una novedad.

—*Afrodita 80* —explicó Raymond Mayo cuando volvió a nuestra mesa después de mantener una conversación en la calle—. Todo el asunto apesta a integridad: quieren artistas locales para pintar los decorados, enormes diseños abstractos para el rodaje en el desierto. Pagarán dos dólares por metro cuadrado.

—Eso es más bien poco —comenté.

—El director de producción se disculpó, pero Van Stratten es millonario: el dinero no significa nada para él. Si te sirve de consuelo, a Rafael y a Miguel Ángel les pagaron menos por pintar la Capilla Sixtina.

—Van Stratten cuenta con un presupuesto mayor —le recordó Tony Sapphire—. Además, el pintor moderno es un tipo más complejo, su integridad debe ser reforzada por garantías sustanciales. ¿Paul es un pintor de la tradición de Leonardo y Larry Rivers, o un pintor de brocha gorda que está de oferta?

Malhumorados, miramos la figura distante del director de producción que iba de café en café.

—¿Cuántos metros cuadrados quieren? —pregunté.

—Alrededor de un millón —dijo Raymond.

Ese mismo día por la tarde, cuando salimos de la carretera de Red Beach y la guardia de Lagoon West nos dejó pasar, oímos a las esculturas sónicas que se alzaban en los arrecifes reverberar y aullar saludando a la cabalgata de automóviles a toda velocidad

por las colinas. Bandadas de rayas de las arenas asustadas se esparcían por los aires como nubes de pólvora, y sus chillidos frenéticos se perdían entre las agujas y los arrecifes. Preocupados por la perspectiva de nuestros grandes sueldos —yo me había dado mucha prisa en nombrar a Tony y a Raymond mis ayudantes—, apenas nos fijamos en el extraño paisaje que cruzábamos, las grandes gárgolas de basalto rojo que se proyectaban en el aire como capiteles de catedrales desquiciadas. Desde Red Beach, los cerros de la carretera de Vermilion Sands parecían permanentemente velados por la niebla de arena, y Lagoon West, aunque había gozado de una breve notoriedad por la muerte de la señora Van Stratten, permanecía aislada y desconocida.

Desde las casas de playa de la orilla sur del lago de arena, a unos tres kilómetros de distancia, las terrazas y balcones distantes de la casa de verano solo se veían a través de la arena fundida, que subía hacia el cielo color cereza del atardecer como una fila de fichas de dominó. Desde la playa no se podía acceder a la casa. Las vetas de cuarzo abrían profundas fisuras en la superficie, y los irregulares arrecifes de arenisca se alzaban en el aire como los esqueletos oxidados de buques olvidados.

Todo Lagoon West era una zona de continuos deslizamientos de tierras. Periódicamente, un tenue bramido perturbaba el silencio de la mañana cuando alguna de las galerías de arena compacta, de grutas intrincadas y columnatas que parecían un palacio barroco invertido, se disolvía de repente y descendía en un suave alud por el precipicio interno que había debajo. La mayoría del tiempo, Charles Van Stratten estaba en Europa, y se creía que la casa estaba vacía. El único sonido que oían los ocupantes de las villas de la playa era la débil música de las esculturas sónicas que se extendían por el lago a través de los rodillos térmicos.

Era a ese paisaje, con su transición imperceptible entre lo real y lo surreal, a donde Charles Van Stratten había llevado las cámaras y los camiones de localizaciones exteriores de Orpheus Productions, Inc. Cuando el Lincoln se unió a la columna de vehículos en dirección a la casa de verano, vimos los enormes bastidores de lona, de por lo menos doscientos metros de ancho y diez metros de altura, que un grupo de obreros de la construcción fue levantando entre los arrecifes a casi medio kilómetro de distancia de la casa. Decorados con símbolos abstractos, servirían de fondo para la acción, y formarían un laberinto fragmentario que entraría y saldría de las colinas y las dunas.

Una de las terrazas al pie de la casa de verano servía de aparcamiento para los vehículos, y caminamos entre las cuadrillas de descarga hasta un grupo de hombres vestidos con pantalones de piel de cocodrilo y camisas de rafia —entonces el uniforme de los cineastas de vanguardia— reunidos en torno a un hombre fuerte como un oso de papada sudorosa que sostenía una pila de libretos bajo un brazo y gesticulaba con el otro. Era Orson Kanin, director de *Afrodita 80* y copropietario, con Charles Van Stratten, de Orpheus Productions. En algún momento *enfant terrible* del cine futurista, Kanin era ahora un cincuentón corpulento y de barriga voluminosa que

se había labrado su reputación hacía unos veinte años con *Orfeo ciego*, una versión cinematográfica neofreudiana de terror de la leyenda griega. Según la interpretación de Kanin, Orfeo rompe deliberadamente el tabú y mira a Eurídice al rostro porque quiere librarse de ella. En una famosa secuencia de pesadilla que proyecta su odio inconsciente, es en cambio cada vez más consciente de que hay algo frío y extraño en su mujer resucitada, y descubre que es un cadáver en descomposición.

Cuando nos unimos a la periferia del grupo, Kanin estaba en pleno apogeo de una típica reunión de guion, una pantomima inacabable de incidentes dramatizados a partir del guion imaginario, anécdotas, promesas salariales y malos juegos de palabras, todo recitado por Kanin con una rica voz de barítono afrutada. Sentado en la barandilla junto a Kanin había un hombre atractivo y de aspecto juvenil en cuyo rostro sensible reconocí a Charles Van Stratten. De vez en cuando, *sotto voce*, intercalaba comentarios que eran anotados por una de las secretarias e incorporado al monólogo de Kanin. A medida que avanzaba la conferencia, deduje que empezarán a rodar al cabo de unas tres semanas, y que todo el trabajo se realizaría sin guion. Solo un hecho parecía perturbar a Kanin: que todavía no habían encontrado a nadie para representar el papel de Afrodita en *Afrodita 80*, pero Charles Van Stratten intervino para asegurarle que él mismo traería a la actriz. Ante aquello se levantaron algunas cejas.

—Por supuesto —murmuró Raymond—. Derecho de pernada. ¿Quién será la próxima señora Van Stratten?

Pero Charles Van Stratten parecía no darse cuenta de aquel tono sarcástico. Al verme, se excusó y se acercó a nosotros.

—¿Paul Golding? —dijo y me dio un apretón de manos suave pero cálido; y como nunca antes nos habíamos visto supuse que me había reconocido por las fotografías en las revistas de arte—. Kanin me dijo que usted había accedido a ocuparse de la escenografía. Eso es algo maravillosamente alentador. —Hablaba con voz clara y agradable y sin ninguna afectación en absoluto—. Hay tanta confusión aquí que es un alivio saber que por lo menos los decorados serán de primera clase. —Antes de que pudiera objetar nada, me cogió del brazo y empezamos a caminar por la terraza hacia las vallas en la distancia—. Vamos a tomar el aire. Kanin seguirá con lo suyo al menos otro par de horas.

Dejando a Raymond y a Tony, lo seguí por encima de los enormes cuadrados de mármol.

—Kanin sigue preocupado por la actriz principal —dijo—. Siempre se casa con su última protegida, dice que es la única manera de que reaccionen por completo a su dirección, pero yo sospecho que dentro del caballero acecha un puritano anticuado. Esta vez se llevará una decepción, aunque no por la actriz. La Afrodita que tengo en mente será más brillante que la de Milo.

—La película suena bastante ambiciosa —comenté—, pero estoy seguro de que Kanin está a su altura.

—Por supuesto que lo está. Es casi un genio, y eso supongo que es suficiente. — Se detuvo un instante, con las manos metidas en los bolsillos del traje gris perla, antes de moverse como una pieza de ajedrez en diagonal hasta el siguiente cuadrado—. ¿Sabe?, es un tema fascinante. El título es engañoso, una concesión a la taquilla. En realidad se trata del examen final de Kanin sobre la leyenda de Orfeo. Toda la cuestión de las ilusiones que existen en cualquier relación para hacer que funcione, y las barreras que aceptamos de buen grado para escondernos unos de otros. ¿Cuánta realidad podemos soportar?

Llegamos junto a una de las enormes vallas que se extendían entre los arrecifes. Sobresaliendo por encima de las agujas y las grutas, parecía ocultar la mitad del cielo, y enseguida sentí la atmósfera que rodeaba a Lagoon West, de cambio entre realidad e ilusión, de sutil desplazamiento del tiempo y del espacio. Las grandes vallas parecían tanto barreras como pasillos. Salían radialmente de la casa y rompían el paisaje, del que mostraban destellos repentinos, e introducían en la plácida tarde un elemento de incertidumbre curiosamente atractivo, una impresión reforzada por el vacío y por la enigmática presencia de la casa de verano.

De regreso a la conferencia de Kanin, caminamos por el borde de la terraza. Allí la arena se había amontonado sobre la barandilla que separaba la zona pública de la privada. Al mirar la fila de balcones de la fachada sur, vi que había alguien de pie en la sombra, debajo de uno de los toldos. Algo brilló intensamente a mis pies. Reflejando por un instante el disco del sol, como un nodo pulido de zafiro o de cuarzo, la luz destelló entre el polvo y luego pareció desvanecerse por debajo de la barandilla.

—¡Dios mío, un escorpión! —Señalé el insecto agazapado, escondiéndose de nosotros, moviendo lentamente la guadaña roja de su cola.

Supuse que la quitina condensada del caparazón reflejaba la luz, y entonces vi que le habían incrustado una pequeña piedra facetada en el cráneo. Al asomarse a la luz, la joya ardió al sol como un cristal incandescente.

Charles Van Stratten se me adelantó. Casi empujándome a un lado, miró hacia los balcones con las persianas cerradas. Hizo una hábil finta con un pie hacia el escorpión y, antes de que el insecto pudiera recuperarse, lo aplastó contra el polvo.

—Veamos, Paul —dijo con voz firme—. Creo que los diseños que ha propuesto son excelentes. Ha captado el espíritu de todo el asunto exactamente como sabía que lo haría. —Abrochándose la chaqueta, echó a andar hacia el equipo de rodaje, deteniéndose apenas para quitarse del zapato el húmedo caparazón aplastado en la suela.

Lo alcancé.

—Ese escorpión llevaba una joya incrustada —dije—. Tenía un diamante o un brillante insertado en la cabeza.

Hizo un gesto impaciente y luego sacó unas gafas de sol grandes del bolsillo del

pecho. Oculito, su rostro parecía más duro y autocrático, y me recordó nuestra verdadera relación.

—Una ilusión, Paul —dijo—. Los insectos de por aquí son peligrosos. Debe tener más cuidado —advirtió, y entonces pareció relajarse y me mostró su sonrisa más encantadora.

Volví con Tony y Raymond, y miré a Charles Van Stratten que caminaba entre el personal técnico y de producción. Ahora su andar era mucho más determinado, e ignoró a un ayudante de producción sin molestarse en volver la cabeza.

—Muy bien, Paul —me saludó Raymond, efusivamente—. No hay guion, ni actriz principal, ni película en las cámaras, y nadie tiene ni idea de lo que hay que hacer. Pero hay un millón de metros cuadrados de murales esperando a ser pintados. Todo parece perfectamente claro.

Miré hacia el otro extremo de la terraza, hacia donde habíamos visto el escorpión.

—Supongo que sí —dije.

En algún sitio, en el polvo, una joya brilló con fuerza.

Dos días más tarde vi otro de los insectos enjorjados. Olvidé mis dudas sobre Charles Van Stratten, y me concentré en preparar los diseños de los murales. Aunque el millón de metros cuadrados del primer cálculo de Raymond era una exageración —sería necesaria menos de la décima parte—, el trabajo y los materiales requeridos serían sustanciales. De hecho, me encontraba nada menos que ante la tarea de volver a pintar el desierto entero. Iba todas las mañanas a Lagoon West y trabajaba entre los arrecifes, adaptando los diseños a los contornos y colores del terreno. Pasaba la mayor parte del tiempo solo bajo el sol ardiente. Tras la excitación del principio, Orpheus Productions había perdido impulso. Kanin se había ido a un festival de cine en Red Beach y casi todos los ayudantes de producción y guionistas pasaban las horas en la piscina del hotel Neptuno en Vermilion Sands. Los que quedaban en Lagoon West estaban ahora medio adormecidos bajo las sombrillas de colores alrededor del bar móvil. La única señal de movimiento provenía de Charles Van Stratten, paseando incansable en su traje blanco por los arrecifes y las agujas de arena. De vez en cuando oía el cambio de tono de alguna de las esculturas sónicas de los balcones superiores de la casa de verano, y al buscar el sonido con la mirada lo veía a él allí de pie, al lado de la estatua. El perfil sónico de Charles provocaba una secuencia de acordes suave, entretejida de notas más agudas, casi lastimeras, que atravesaban el aire inmóvil de la tarde y se alejaban hacia el laberinto de inmensos tableros que ahora rodeaban la casa.

Paseaba entre ellos todo el día, midiendo a pasos los perímetros y las diagonales como quien trata de encontrar la cuadratura del círculo de algún enigma privado, como el director de un psicodrama wagneriano que nos involucraría a todos en su catártico desarrollo.

Poco después del mediodía, cuando una intensa cortina de luz amarilla cubría el

desierto, disolviendo los colores en su manto cristalino, me senté en la barandilla, a esperar el paso del meridiano. El lago de arena relucía al calor como un inmenso charco de cera indolente. A unos metros algo parpadeó en la arena brillante, un reflejo de luz familiar. Protegiéndome los ojos, encontré la fuente, la diminuta portadora prometeica de esa brillante corona. La araña, una viuda negra, se acercó caminando con sus patas tías como alambres, mientras de la corona manaba un fulgor de señales entrecortadas. Se detuvo y se dio la vuelta, mostrando el enorme zafiro incrustado en la cabeza. Parpadearon más puntos de luz. En un instante toda la terraza se cubrió de luz enjorada. Enseguida conté más de veinte insectos: escorpiones con turquesas, una mantis religiosa escarlata con un topacio gigantesco que parecía una corona escalonada, y más de una docena de arañas, de cuyas cabezas brotaban puntos de luz esmeralda y zafiro.

Arriba, oculta entre las sombras de las buganvillas del balcón, me observaba una figura alta y de cara pálida, vestida de azul.

Salté por encima de la barandilla, evitando cuidadosamente pisar los insectos ahora inmóviles. Separado del resto de la terraza por el ala oeste de la casa de verano, la zona donde entré era nueva para mí, las columnas óseas de la galería, la centelleante superficie del lago de arena y los insectos enjorados me encerraban en un extraño e inesperado limbo. Aguardé unos segundos debajo del balcón del que habían salido los insectos. La extraña figura sibilina que presidía aquel universo privado seguía contemplándome en silencio. Sentí que inconscientemente había cruzado los límites de un sueño, metiéndome en un pasaje subjetivo de la psique proyectado sobre las soleadas terrazas de mi alrededor.

Pero antes de que pudiera hablar con la mujer, unas suaves pisadas se oyeron en la galería. Entre las columnas había un hombre de unos cincuenta años, pelo moreno, rostro inexpresivo y traje negro cuidadosamente abrochado. Me miró con los ojos impasibles de un director de funeraria. La persiana del balcón se cerró, y los insectos enjorados regresaron de su incursión. A mi alrededor sus brillantes coronas centellearon con la dureza del diamante.

Cada tarde, cuando regresaba de los arrecifes con mi cuaderno de dibujo, veía los insectos enjorados que se movían a la luz del sol, a orillas del lago, mientras su señora vestida de azul, la embrujada Venus de Lagoon West, los contemplaba desde su balcón. A pesar de las habituales apariciones de aquella mujer, Charles Van Stratten no había hecho intento alguno de explicar su presencia. A punto de acabar la esmerada preparación del rodaje de *Afrodita 80*, se le veía cada vez más turbado.

Se había aprobado un esquema de guion. Para mi sorpresa, la primera escena tendría lugar en la terraza junto al lago, y tomaría la forma de un *ballet* de sombras para el que había pintado una serie de biombos que se moverían como piezas de ajedrez. Cada uno de los biombos, de unos cuatro metros de altura, compuestos de una lona montada en un bastidor de madera, representaba uno de los signos del

zodiaco. Como el protagonista de *El gabinete del doctor Caligari*, atrapado en un laberinto de paredes inclinadas, el héroe órfico de *Afrodita 80* aparecería en busca de su Eurídice perdida entre las estaciones cambiantes del tiempo.

El juego de los biombos, con el que nos entretendríamos incansablemente en tantas ocasiones, apareció de este modo. Cuando terminé el último biombo y vi a un grupo de extras realizar los primeros movimientos del juego bajo las órdenes de Charles Van Stratten, empecé a darme cuenta de hasta qué punto éramos todos actores secundarios de la gigantesca farsa ideada por Charles.

Su propósito se hizo evidente muy pronto.

La casa de verano estaba desierta cuando viajé a Lagoon West el fin de semana siguiente. Una inmensa bóveda de silencio flotaba sobre el lago y las colinas de los alrededores. Los doce biombos se alzaban en la terraza sobre la playa. Los vivos diseños heráldicos se fundían en lagunas difusas de color turquesa y escarlata que sangraban en capas horizontales a través del aire. Alguien había reordenado los biombos para formar un estrecho pasillo en espiral. Mientras los recolocaba en su lugar, la cola de un vestido blanco desapareció revoloteando entre las sombras con un sobresalto.

Adivinando la probable identidad de la intrusa pálida y nerviosa, entré al pasillo en silencio.

Aparté uno de los biombos, un enorme escorpión de color púrpura, y de repente me encontré en el centro del laberinto, a poco más de un brazo de distancia de la extraña figura que había visto en el balcón. Por un segundo la mujer no se fijó en mí. El exquisito rostro blanco, como una máscara de mármol, vetado por una tenue sombra de color violeta que parecía un delicado estampado floral, miraba hacia la bóveda de luz solar que atravesaba los bordes superiores de los biombos.

Llevaba una túnica larga de playa con una capucha acampanada que le rodeaba la cabeza como una glorieta protectora. En un pliegue por encima del cuello anidaba uno de los insectos enjoyados. Tenía una curiosa quietud glacial en el rostro que le daba a la piel blanca una cualidad casi sepulcral. El vello suave que lo cubría parecía el polvo de una tumba.

—¿Quién...? —exclamó sobresaltada, mientras retrocedía.

Los insectos se dispersaron a sus pies, titilando por el suelo como una alfombra incrustada en joyas. Me miró con sorpresa, y entonces se echó la capucha de la túnica sobre la cara, como una flor exótica que se escondiera entre el follaje. Consciente del círculo protector de insectos, levantó la barbilla y recompuso la compostura.

—Lamento interrumpirla —dije—. No sabía que había alguien aquí. Me halaga que le gusten los biombos.

La barbilla autocrática bajó levemente y la cabeza emergió de la capucha coronada por un remolino de pelo azul.

—¿Los ha pintado usted? —quiso confirmar—. Pensé que eran del doctor

Gruber... —Se interrumpió, cansada o aburrida por el esfuerzo de traducir los pensamientos a palabras.

—Son para la película de Charles Van Stratten —expliqué—. *Afrodita 80*. Sobre Orfeo, que está rodando aquí. —Y añadí—: Tiene que pedirle que le dé un papel. Usted sería un gran ornamento.

—¿Una película? —su voz cortó la mía—. Escuche, ¿está seguro de que son para esa película? Es importante que yo sepa...

—Completamente seguro. —Empezaba a parecerme una mujer agotadora, hablar con ella era como caminar por un suelo de bloques a diferentes alturas, imagen que reforzaban los cuadrados de la terraza a la que la presencia de la mujer había añadido una dimensión aleatoria—. Filmarán aquí algunas escenas. Por supuesto —añadí cuando vi que fruncía el ceño ante mis palabras—, es libre de jugar con los biombos. Incluso, si quiere, le pinto algunos.

—¿Lo haría? —Por la velocidad de su respuesta vi que había captado toda su atención—. ¿Puede empezar hoy? Pinte todos los que pueda, igual que esos. No cambie los diseños. —Miró los símbolos zodiacales que asomaban de las sombras como los murales pintados con polvo y sangre de un corredor funerario tolteca—. Son maravillosamente vivos, a veces creo que son todavía más reales que el doctor Gruber. Aunque... —vaciló—, no sé cómo pagarle. Sabe, no me dan dinero —dijo sonriéndome como una niña ansiosa, y entonces se le iluminó el rostro, se arrodilló y recogió del suelo uno de los escorpiones enjoyados—. ¿Quiere uno de estos? —El inquieto insecto, con una brillante corona de rubí, se tambaleó en la palma blanca de su mano.

Entonces oí el repiqueteo suave de unos pasos sobre el suelo de mármol.

—Puede que hoy haya ensayo —dije—. ¿Por qué no se pasa? La enseñaré la escenografía.

Cuando empecé a recolocar los biombos sentí los dedos largos de la mujer en mi brazo. Estaba muy nerviosa.

—Tranquilícese —le dije—. Les pediré que se vayan. No se preocupe, no le echarán a perder el juego.

—¡No! ¡Escuche, por favor! —Los insectos huyeron en todas direcciones mientras alguien quitaba el círculo exterior de biombos. En pocos segundos aquel universo de ilusión fue desmontado y expuesto a la ardiente luz del sol.

Detrás del biombo de Escorpio apareció la cara atenta del hombre de traje negro. Una sonrisa se dibujó como una serpiente en sus labios.

—Ah, señorita Emerelda —la saludó con un ronroneo—. Creo que debería entrar en la casa. El calor de la tarde es muy fuerte y usted se cansa muy fácilmente.

Los insectos se apartaron de los zapatos negros de charol del hombre. Al mirarlo a los ojos vi la paciencia infinita de un enfermero experimentado, acostumbrado al carácter díscolo y vacilante de un inválido crónico.



—Ahora no —insistió Emerelda—. Iré en un momento.

—Le estaba describiendo los biombos —expliqué.

—Ya veo, señor Golding —dijo él con voz tranquila—. Señorita Emerelda —insistió.

Por un momento pareció que había un equilibrio de fuerzas. Emerelda, con los insectos enjorados por el suelo, se quedó a mi lado, con una mano posada en mi brazo, mientras su guardián esperaba con la misma sonrisa fina en la boca. Se oyeron más pasos. Alguien apartó los biombos restantes y apareció la figura corpulenta y elegante de Charles Van Stratten saludando con voz amable.

—¿Qué es esto... una conferencia de guion? —preguntó de buen humor, pero se interrumpió al ver a Emerelda y al guardián—. ¿Doctor Gruber? ¿Qué está pasando... Emerelda querida?

El doctor Gruber se interpuso con naturalidad.

—Buenas tardes, señor. La señorita Emerelda va a regresar a su habitación.

—Muy bien, muy bien —exclamó Charles.

Por primera vez desde que lo conocía pareció inseguro. Trató de aproximarse a Emerelda, que lo miró con decisión. La mujer se envolvió el cuerpo en la túnica y caminó apresurada entre los biombos. Charles caminó unos pasos, sin decidirse a seguirla.

—Gracias, doctor —murmuró.

Hubo un destello de luz contra sus zapatos de charol y Charles y yo nos quedamos solos entre los biombos. En el suelo, a nuestros pies, había una solitaria mantis religiosa enjorada. Sin pensarlo, Charles se inclinó para cogerla, pero el insecto lo atacó y él retiró los dedos con una sonrisa triste, como si aceptara la irrevocabilidad de la partida de Emerelda.

Al reconocerme con un poco de esfuerzo, Charles se recompuso.

—Bueno, Paul, me alegra que usted y Emerelda se lleven tan bien. Sabía que usted haría un excelente trabajo con los biombos.

Caminamos hacia la luz del sol. Después de una pausa, Charles dijo:

—Es Emerelda Garland. Ha vivido aquí desde que murió mamá. Fue una experiencia trágica, el doctor Gruber cree que nunca podrá recuperarse.

—¿Es el médico de ella?

Charles asintió.

—Uno de los mejores que pude encontrar. Por alguna razón, Emerelda se siente responsable de la muerte de mamá. Se niega a marcharse de aquí.

Señalé los biombos.

—¿Cree que pueden serle de alguna ayuda?

—Por supuesto. ¿Por qué cree que estamos aquí? —Bajó la voz, aunque Lagoon West estaba desierta—. No se lo diga a Kanin todavía, pero acaba de conocer a la estrella de *Afrodita 80*.

—¿Qué? —Me interrumpí, incrédulo—. ¿Emerelda? ¿Quiere decir que ella hará el papel de...?

—Eurídice —asintió Charles—. ¿Quién mejor que ella?

—Pero, Charles, ella está... —dije buscando un término discreto.

—Eso es precisamente lo importante. Créame, Paul —dijo Charles sonriendo con una expresión de sorprendente astucia—, esta película no es tan abstracta como piensa Kanin. De hecho, su único propósito es terapéutico. Sabe, en otro tiempo, Emerelda fue una estrella menor del cine, y estoy convencido de que los equipos de rodaje y los decorados ayudarán a devolverla al pasado, al período anterior a ese terrible impacto. Es el único camino que queda, una especie de psicodrama total. La elección del tema, la leyenda de Orfeo y sus asociaciones, se ajustan a la situación. Me veo como un Orfeo de nuestros días tratando de rescatar a mi Eurídice del Infierno del doctor Gruber. —Sonrió son tristeza, consciente tal vez de la debilidad de la analogía y de las exiguas esperanzas—. Emerelda se ha retirado por completo a su mundo interior, y se pasa el tiempo incrustando sus joyas en esos insectos. Con suerte, los biombos completarán el resto del paisaje sintético. Después de todo, si ella descubre que lo que la rodea es irreal, dejará de temerlo.

—Pero ¿no puede simplemente alejarla físicamente de Lagoon West? —pregunté—. Tal vez Gruber no sea el médico que le conviene. No puedo entender por qué la ha mantenido usted aquí encerrada durante todos estos años.

—No la he tenido encerrada, Paul —dijo con seriedad—. Se aferró a este lugar y a sus recuerdos. Ahora ni siquiera permite que me acerque a ella.

Nos separamos y él echó a andar por entre las dunas desérticas. Al fondo, los grandes biombos que yo había diseñado ocultaban los arrecifes y las mesetas distantes. Enormes manchas de color salpicaban los diseños, y estos superponían al desierto un nuevo paisaje. Las formas geométricas asomaban y ondulaban contra la neblina como los símbolos cambiantes de un sueño atrayente.

Mientras miraba a Charles marcharse, experimenté una repentina sensación de lástima por aquella determinación tan sutil pero ingenua. Preguntándome si debía advertirle de su seguro fracaso, me froté los cardenales del brazo y las heridas en carne viva. Mientras lo observaba fijamente, Emerelda había apretado ferozmente los dedos contra mi brazo, y sus uñas afiladas lo habían atravesado como cuchillas de afeitar.

A partir de entonces, todas las tardes, empezamos a jugar al juego de los biombos, recolocando los signos zodiacales sobre la terraza. Sentado en la barandilla y observando los primeros y tímidos esfuerzos de Emerelda Garland por acercarse, pensé que Charles Van Stratten, el desierto pintado y la escultura sónica que cantaba en las terrazas altas de la casa de verano nos habían atrapado por completo. Entre medio de todo acababa de brotar ahora Emerelda Garland como un fantasma hermoso pero nervioso. Primero se deslizaba entre los biombos agrupados debajo de su balcón,

y luego, oculta detrás del enorme símbolo de Virgo en el biombo del centro, avanzaba por el suelo hacia el lago, rodeada por el patrón cambiante de los biombos.

Una vez dejé mi asiento al lado de Charles y me uní al juego. Lentamente fui moviéndome con mi biombo, un pequeño Sagitario, hasta alcanzar a Emerelda en el centro del laberinto, en un angosto cubículo cambiante, balanceándose de un lado a otro como extasiada por el ritmo del juego, con los insectos desparramados a sus pies. Al acercarme me apretó la mano y echó a correr por un pasillo, arrastrando la túnica vaporosa sobre los hombros desnudos. Cuando los biombos llegaron de nuevo a la casa de verano, recogió la cola del vestido con una mano y desapareció entre las columnas de la galería.

De regreso a donde estaba Charles encontré una mantis religiosa enjorada que había anidado en la solapa de mi chaqueta como si fuera un broche, la corona de amatista se fundía bajo la menguante luz solar.

—Está saliendo, Paul —dijo Charles—. Ya ha aceptado los biombos, y pronto será capaz de salir sin ellos. —Frunció el ceño al ver la mantis religiosa enjorada en la palma de mi mano—. Un regalo de Emerelda. Supongo que un caramelo envenenado, porque esas cosas son peligrosas. Pero Emerelda le está agradecida, Paul, igual que yo. Ahora comprendo que únicamente el artista puede crear una realidad absoluta. Tal vez debería pintar algunos biombos más.

—Con mucho gusto, Charles, si está seguro de que...

Pero Charles se limitó a asentir para sus adentros y se alejó hacia el equipo de rodaje.

Durante los siguientes días pinté algunos biombos nuevos, repitiendo los signos del zodiaco, de modo que cada tarde el juego se hizo más lento y más complejo, pues los treinta biombos formaban un laberinto múltiple. Durante unos minutos, en el clímax de la partida, encontraba a Emerelda en el centro oscuro mientras los biombos se empujaban y se inclinaban a su alrededor, con la escultura del techo aullando en la angosta franja de cielo abierto.

—¿Por qué no se une al juego? —le pregunté a Charles, que después de la euforia inicial parecía ahora un poco impaciente. Cada noche, cuando volvía en su automóvil a Ciraquito, la nube de polvo que levantaba su Maserati a toda velocidad subía cada vez más alto en el aire pálido. Había perdido todo su interés en *Afrodita 80*. Sin embargo, por suerte, Kanin había descubierto que ninguno de los procesos de color conocidos podían reproducir el desierto pintado de Lagoon West, y ahora rodaba con maquetas en un estudio alquilado en Red Beach.

—Puede que si Emerelda lo viera a usted dentro del laberinto...

—No, no —Charles negó categóricamente con la cabeza mientras se levantaba y se ponía a pasear alrededor—. Paul, ya no estoy tan seguro.

Sin que él lo supiera, yo había pintado otros doce biombos más, y aquella misma mañana, temprano, los había escondido en la terraza, entre los otros.

Tres noches después, agotado de cortejar a Emerelda Garland dentro del laberinto pintado, conduje hasta Lagoon West, pasando por entre colinas oscurecidas cuyas formas serpenteantes se elevaban ante los faros oscilantes como nubes de humo de un infierno hundido. A lo lejos, al lado del lago, las terrazas de aristas vivas de la casa de verano colgaban en el aire opaco y gris, parecían suspendidas por cables invisibles de las nubes de color índigo que se extendían como terciopelo hacia las pocas y tenues luces, en los límites de la playa a unos tres kilómetros de distancia.

Las esculturas de las plantas más altas estaban casi en silencio, y pasé por delante de ellas con cuidado, arrancándoles solo unos pocos acordes mortecinos. Los débiles sonidos pasaban de una estatua a otra, subían hasta el tejado de la casa de verano y se perdían en el aire de medianoche.

Desde la galería observé el laberinto de biombos, y los insectos enjoyados que se extendían por la terraza refulgían sobre la superficie de mármol negro como el reflejo de un campo de estrellas.

Encontré a Emerelda Garland entre los biombos, el rostro blanco como una aureola oval contra las sombras, casi desnuda, con un vestido de seda leve como un velo de luz de luna. Estaba apoyada en un enorme Tauro, con los brazos pálidos tendidos a los costados, como una Europa suplicante ante el toro, rodeada por los resplandecientes fantasmas de su guardia zodiacal. Sin mover la cabeza, miró cómo me acercaba y la cogía de las manos. Su pelo azulado dibujó remolinos en el aire oscuro mientras sorteábamos los biombos y subíamos la escalera que conducía a la casa de verano. La expresión de su rostro, cuya tez de porcelana reflejaba la luz turquesa de sus ojos, era de una serenidad casi aterradora, como si habitara un paisaje onírico interior de su psique con la confianza de un sonámbulo. Le rodeé la cintura con un brazo y me guio por las escaleras hacia su habitación, consciente de que yo, más que su amante, era el arquitecto de sus fantasías. Por un momento, la naturaleza ambigua de mi papel y la dudosa moralidad de secuestrar a una mujer hermosa, pero loca, me hicieron dudar.

Habíamos llegado al balcón interior que rodeaba el patio central de la casa de verano. Abajo, una enorme escultura sónica emitió unas vibraciones tensas y nerviosas, como si despertara de su silencio de medianoche a mis pasos vacilantes.

—¡Espere! —Detuve a Emerelda, que se disponía a subir el siguiente tramo de escaleras, despertándola de su sopor autohipnótico—. ¡Ahí arriba!

Una figura con traje oscuro estaba en la barandilla, delante de la puerta de la *suite* de Emerelda, con la cabeza visiblemente inclinada hacia abajo.

—¡Oh, Dios mío! —Emerelda se agarró de mi brazo con las dos manos, y un rictus de horror y expectación le cruzó el rostro—. Es ella... Está allí... Por piedad, Paul, sáqueme de aquí...

—¡Es Gruber! —dije—. ¡El doctor Gruber! ¡Emerelda!

Cuando volvíamos a cruzar la entrada la cola del vestido de Emerelda provocó en

la estatua un lamento disonante. Al claro de luna los insectos refulgían como una alfombra de diamantes. La sostuve por los hombros y traté de reanimarla.

—¡Emerelda! Nos marcharemos de aquí... La sacaré de Lagoon West y de este lugar desquiciado. —Señalé mi coche, aparcado entre las dunas junto a la playa—. Iremos a Vermilion Sands o a Red Beach y podrá olvidar al doctor Gruber para siempre.

Corrimos hacia el coche, mientras el vestido de Emerelda iba recogiendo los insectos a medida que pasábamos junto a ellos. Oí que lanzaba un grito cortante a la luz de la luna y me soltó la mano. Tropecé entre los insectos relucientes y, de rodillas en el suelo, vi cómo desaparecía entre los biombos.

Durante los siguientes diez minutos, vi desde la oscuridad de la playa a los insectos enjoyados que se dirigían hacia la terraza, hasta que su última luz se apagó como un río al caer la noche. Me dirigí hacia mi coche, y una figura silenciosa, y vestida con un traje blanco apareció entre las dunas y me esperó en el fresco aire ambarino, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Es usted mejor pintor de lo que cree —dijo Charles cuando me senté al volante—. En las dos últimas noches me ha evitado de la misma manera.

Miró pensativo por la ventanilla mientras regresábamos a Ciraquito mientras las esculturas sónicas del desfiladero se lamentaban a nuestras espaldas como ánimas en pena.

La tarde del día siguiente, como había supuesto, Charles Van Stratten participó finalmente en el juego de los biombos. Llegó justo cuando habían empezado los movimientos, caminando por entre la multitud de extras y operadores de cámara reunidos cerca del aparcamiento de coches, con las manos de nuevo metidas en los bolsillos del traje blanco, como si su repentina aparición entre las dunas la noche anterior y esa llegada fueran la misma escena continua en el tiempo. Se detuvo junto a la barandilla, al otro extremo de la terraza, donde yo me sentaba con Tony Sapphire y Raymond Mayo, y contempló pensativo los lentos movimientos del juego, con los ojos grises ocultos bajo las pobladas cejas rubias. En ese momento ya había tantos biombos en el juego —más de cuarenta (secretamente yo había añadido más en un esfuerzo por salvar a Emerelda)— que casi todo el movimiento estaba restringido al centro del grupo, como para acentuar el carácter de autosacrificio ritual. Lo que había empezado como una diversión encantadora, una colorida introducción a *Afrodita 80*, había degenerado en una farsa lúgubre, transformando la terraza en un escenario de pesadilla.

Desalentados o aburridos por la lentitud del juego, los extras que participaban empezaron a abandonarlo, y se sentaron en la barandilla al lado de Charles. Al final solo quedó Emerelda —en mi mente la veía recorriendo los corredores, protegida por las deidades zodiacales que yo había pintado— y en ocasiones alguno de los biombos del centro se ladeaba ligeramente.

—Has diseñado una trampa maravillosa para ella, Paul —reflexionó Raymond Mayo—. Un asilo de cartón.

—Fue idea de Van Stratten. Pensamos que le ayudaría.

En algún lugar de la playa había empezado a sonar una escultura, y su sonido quejicoso resonaba por encima de nuestras cabezas. Algunas de las esculturas más viejas, cuyos núcleos sónicos se habían oxidado, habían sido desmontadas y abandonadas en la arena de la playa, donde habían vuelto a echar raíces. Cuando los cambios de temperatura las despertaban a la vida, emitían una breve melodía estrangulada, alguna parodia fracturada de su antigua canción.

—¡Paul! —Tony Sapphire señaló el otro lado de la terraza—. ¿Qué está pasando? Ahí hay algo...

A cincuenta metros de donde estábamos, Charles Van Stratten había bajado de la barandilla y aparecía ahora de pie en uno de los cuadrados negros de mármol, con las manos a los costados, enfrentándose a la densa estructura de biombos como una solitaria pieza de ajedrez. Todos los demás se habían ido, y ahora estábamos nosotros tres solos con Charles y la oculta ocupante de los biombos.

El cántico áspero de la escultura salvaje seguía hendiendo el aire. A unos tres kilómetros a través de la bruma, que todavía ocultaba a medias el litoral distante, asomaban por entre las dunas las casas de verano, y la fundida superficie del lago, en la que estaban incrustados tantos objetos, costuras de jade y obsidiana, era como un fragmento de tiempo disecado del que emergía lentamente la música de la escultura. Sobre aquella superficie escarlata, el calor era como un cristal de cuarzo derretido que avanzaba perezosamente para mostrarnos las mesetas y los arrecifes lejanos. La neblina se disipó y pareció que brotaban las agujas y los arrecifes de arena, hendiendo el aire, hacia nosotros, con púas rojas. En la superficie opaca del lago, la luz enmarcó las vetas fosilizadas, y el lúgubre canto de la escultura moribunda llegó a su punto culminante.

—¡Emerelda! —Sorprendidos por ese grito nos levantamos y vimos que Charles Van Stratten se lanzaba a la carrera por la terraza—. ¡Emerelda!

Antes que pudiéramos reaccionar comenzó a empujar los biombos, volcándolos en el suelo. En unos instantes la terraza se transformó en una mezcla de lienzos desgarrados y bastidores caídos, y los enormes símbolos iban quedando a los lados de su trayectoria como carrozas que se desintegran al finalizar un carnaval. Cuando solo quedó el núcleo original de media docena de biombos, se detuvo, con las manos en jarras.

—¡Emerelda! —gritó con voz ronca.

Raymond se volvió hacia mí.

—¡Paul, deteno, por Dios!

Charles dio un paso adelante y empujó el último biombo. Tuvimos una repentina imagen de Emerelda retrocediendo ante la invasión de la luz del sol, envuelta en el

vestido blanco que le colgaba como las alas rotas de un ave gigantesca. De repente, con un estallido resplandeciente, brotó del suelo, a los pies de Emerelda, un brillante vórtice de luz, y una nube de arañas y escorpiones enjorjados subió por los aires y envolvió a Charles Van Stratten. Con las manos levantadas para protegerse la cabeza, Charles no pudo hacer nada y echó a correr por la terraza, perseguido por la flota de insectos enjorjados que revoloteaban a su alrededor y se lanzaban contra él. Antes de desaparecer entre las dunas, lo vimos durante un último y aterrador instante en el otro extremo de la playa, arañando inútilmente el caparazón de insectos enjorjados que le cubría el rostro y los hombros. Entonces resonó su voz, un grito sostenido en la misma nota que emitían las agónicas esculturas y que se perdió entre el zumbido estridente de la bandada de insectos.

Lo encontramos entre las esculturas, boca abajo sobre la arena ardiente, la tela blanca del traje blanco desgarrada por cien picaduras. A su alrededor estaban las piedras preciosas y los cuerpos aplastados de los insectos que había matado. Las patas y las mandíbulas nudosas parecían ideogramas abstractos, y la luz disolvía los zafiros y los brillantes.

Las manos hinchadas de Charles estaban repletas de piedras preciosas. La nube de insectos regresó a la casa de verano, donde la figura vestida de negro del doctor Gruber se recortaba contra el cielo como un amenazador pajarraco de pesadilla. Los únicos sonidos que se oían eran los que lanzaban las esculturas sónicas, que habían recogido el último grito de Charles Van Stratten y lo habían incorporado a su propio autorréquiem.

—«*Ella... mató*»...

Raymond se detuvo y sacudió la cabeza con asombro.

—Paul, puedes oírlas, esas palabras son inconfundibles.

Pasé entre las púas metálicas de la escultura y me arrodillé junto a Charles, observando cómo uno de los escorpiones enjorjados salía arrastrándose por el cuello del traje y se escapaba por la arena.

—No se refería a él —dije—. Lo que gritaba era *Ella mató...* a la señora Van Stratten. A la vieja viuda, a su madre.

Esa es la verdadera clave de aquella fantástica confusión. Anoche, cuando vimos a Gruber junto a la barandilla, delante de la habitación de ella... ahora me doy cuenta de que era allí donde estaba la anciana cuando Emerelda la empujó. Durante años, Charles la tuvo allí encerrada a solas con su culpa, tal vez con el temor de que lo incriminaran a él si se revelaba la verdad... quizás era más responsable de lo que creemos. Lo que no comprendía era que Emerelda había vivido tanto tiempo con la culpa que la había confundido con la persona del propio Charles. Matarlo era su única opción...

Hice una pausa, y vi que Raymond y Tony se habían ido y ya estaban llegando a la terraza. Se acercaban algunos integrantes de la compañía cinematográfica, y se

oían voces inquietas a lo lejos, y silbidos que se destacaban por encima del ruido de los tubos de escape de los coches. La corpulenta figura de Kanin se acercó entre las dunas, acompañada por un trío de ayudantes de producción. Los rostros incrédulos miraron boquiabiertos el cuerpo tendido sobre la arena. Las voces de las esculturas se apagaron por última vez, llevándose a las profundidades del lago fósil el doliente grito final de Charles Van Stratten.

Un año después, cuando ya había pasado un tiempo desde la partida de Orpheus Productions de Lagoon West y el escándalo que rodeaba a la muerte de Charles se había disipado, condujimos hasta la casa de verano. Era una de esas tardes aburridas y grises, en las que el desierto ha perdido su brillo natural y unos relámpagos breves iluminan las laderas de los cerros lejanos, y la enorme casa parecía apagada, muerta. Los sirvientes y el doctor Gruber se habían ido, y la finca comenzaba a deteriorarse. La arena cubría largos tramos de la calzada y las dunas avanzaban por las terrazas abiertas derribando las esculturas ahora mudas. Nada interrumpía el silencio sepulcral a excepción de la presencia oculta de Emerelda Garland. Encontramos los biombos donde los habíamos dejado, y en un impulso invertimos la primera tarde en desenterrarlos de la arena. Los que se habían podrido a la luz del sol los quemamos en una hoguera en la playa, y tal vez las volutas de humo púrpura y escarlata le anunciaron nuestra presencia a Emerelda.

A la tarde siguiente, mientras jugábamos al juego de los biombos, me di cuenta de que ella nos observaba y vi un reflejo de su vestido azul entre las sombras. Pero aunque jugamos todas las tardes de aquel verano, ella nunca nos acompañó, a pesar de que yo había pintado nuevos biombos. Solo bajó la noche que visité Lagoon West solo, pero oí de nuevo las voces de las esculturas que gimoteaban y escapé al ver la palidez de su rostro.

Por algún capricho acústico, las esculturas muertas de la playa habían vuelto a la vida, y de nuevo pude escuchar los débiles y espectrales ecos del último chillido de Charles Van Stratten, antes de que lo mataran los insectos enojados. Por toda la casa desierta, las estatuas sónicas recogieron el débil estribillo y lo repitieron en las galerías vacías y las terrazas iluminadas por la luna, y lo llevaron hasta las bocas de los arrecifes de arena, última música oscura de la noche pintada.



## TIEMPO DE PASO

La luz del sol se derramaba entre las flores y las lápidas, y el cementerio era un luminoso jardín de esculturas. Como dos cuervos grandes y demacrados, los sepultureros se apoyaban en sus palas, entre los ángeles de mármol, y sus sombras se arqueaban sobre el lado blanco y liso de una tumba reciente.

Las letras doradas todavía estaban frescas:

JAMES FALKMAN

1963-1901

«El fin no es más que el principio»

Sin apresurarse, empezaron a enrollar la capa de césped, luego dismantelaron la lápida y la envolvieron en una lona, poniéndola detrás de las tumbas de la siguiente fila. Biddle, el más viejo de los dos, un hombre delgado y con chaleco negro, señaló las puertas del cementerio, por donde se acercaba el primer cortejo fúnebre.

—Ya están aquí. Vamos.

El hombre más joven, hijo de Biddle, observó la pequeña procesión que avanzaba por entre las tumbas. Olió el aroma fresco de la tierra removida.

—Siempre llegan temprano —murmuró, pensativo—. Es extraño, pero nunca llegan a la hora.

El reloj del campanario repicó en la capilla de los cipreses. Trabajando con rapidez, sacaron la tierra blanda, apilándola en un cono a la cabecera de la sepultura. Unos minutos más tarde, cuando el sacristán llegó con los dolientes principales, destaparon la teca pulida del ataúd, y Biddle bajó de un salto junto a la tapa y raspó la tierra húmeda adherida a los bordes de latón.

La ceremonia fue breve, y los veinte dolientes, encabezados por la hermana de Falkman, una mujer de pelo cano, alta y de rostro espigado y autocrático, apoyada en el brazo del marido, pronto regresaron a la capilla. Biddle le hizo un gesto a su hijo. Levantaron el ataúd del suelo, lo cargaron en un carro, y lo sujetaron con unas cinchas. Luego echaron la tierra de nuevo en la tumba y pusieron otra vez los pedazos de césped.

Mientras empujaban el carro de regreso a la capilla la luz del sol brilló entre las sepulturas cada vez más escasas.

Cuarenta y ocho horas más tarde el ataúd llegó a la gran casa de piedra gris de James Falkman, en las laderas superiores de Mortmere Park. La avenida de altos muros estaba prácticamente vacía y pocos vieron el coche fúnebre que entraba en el

camino arbolado. Las persianas de las ventanas estaban cerradas, y unas enormes coronas descansaban entre los muebles de la sala donde Falkman yacía inmóvil en su ataúd en una mesa de caoba. Bajo la luz débil del cuarto, el rostro cuadrado, de mandíbula prominente, parecía inocente y tranquilo, un corto mechón de pelo sobre la frente hacía que su expresión pareciera menos severa que la de su hermana.

Un solitario rayo de sol, abriéndose camino por entre los oscuros sicomoros que custodiaban la casa, recorrió lentamente la habitación a medida que avanzaba la mañana, y brilló durante unos pocos minutos en los ojos abiertos de Falkman. Incluso después de que el rayo se hubo alejado, un débil fulgor se mantuvo en sus pupilas, como el reflejo de una estrella vislumbrado en el fondo de un pozo oscuro.

Durante todo el día, y asistida por dos amigas, unas mujeres de rostro anguloso vestidas con largos abrigos negros, la hermana de Falkman se movió en silencio por la casa. Sus manos hábiles y rápidas sacudieron el polvo de las cortinas de terciopelo de la biblioteca, dieron cuerda al reloj en miniatura de estilo Luis XV en la mesa del estudio, y volvió a colocar el enorme barómetro en la escalera. Ninguna de las mujeres habló, pero a las pocas horas la casa se había transformado, la madera oscura del pasillo ya relucía cuando hicieron pasar a las primeras visitas.

—El señor y la señora Montefiore...

—El señor y la señora Caldwell...

—La señorita Evelyn Jermyn y la señorita Elizabeth...

—El señor Samuel Banbury...

Una a una, asintiendo a medida que eran anunciadas, entraron en la sala y se detuvieron junto al ataúd, examinando el rostro de Falkman con un interés discreto, y a continuación pasaron al comedor, donde les recibieron con una copa de oporto y una bandeja de dulces. La mayoría eran personas mayores, muy abrigadas para el clima cálido de primavera. Uno o dos estaban obviamente incómodos en la gran casa de paredes revestidas de roble, y todos sin lugar a dudas revelaban el mismo aire de silenciosa expectación.

A la mañana siguiente sacaron a Falkman del ataúd y lo subieron al dormitorio con vistas a la avenida. Le quitaron el sudario de su cuerpo frágil, vestido solo con un grueso pijama de lana. Se quedó en silencio entre las sábanas frías, con una expresión reposada en el rostro gris y ciego, ajeno a su hermana, que lloraba sentada en una silla de respaldo alto junto a él. La hermana solo se contuvo, aliviada de haber dado rienda suelta a sus sentimientos, cuando el doctor Markhan le puso una mano en el hombro.

Casi como si se tratara de una señal, en ese instante Falkman abrió los ojos. Por un momento titubeó, lleno de incertidumbre, con la mirada acuosa y débil. Luego, sin mover la cabeza, miró el rostro de su hermana marcado por las lágrimas. Cuando ella y el doctor se inclinaron hacia delante, Falkman sonrió fugazmente, abriendo los labios en un gesto de inmensa paciencia y comprensión. Entonces, aparentemente

exhausto, se sumió en un sueño profundo.

Después de cerrar las contraventanas, la hermana y el médico salieron de la habitación. Cerraron las puertas en silencio y la casa se sumió en una absoluta quietud. Poco a poco, el sonido de la respiración de Falkman se hizo más constante y llenó la habitación, uniéndose al rumor del vaivén de los árboles oscuros que se mecían fuera.

Así llegó James Falkman. Pasó la siguiente semana acostado tranquilamente en su habitación, recobrando las fuerzas hora tras hora, y por fin logró comerse las primeras comidas que le había preparado su hermana. Ella se sentaba en la silla de madera negra, llevando ahora un vestido gris de lana que sustituía al luto, y examinaba a Falkman con ojo crítico.

—James, ahora tienes que comer con más apetito. Tu cuerpo está muy desmejorado.

Falkman apartó la bandeja y dejó caer las manos largas y finas sobre el pecho y sonrió agradecido a su hermana.

—Cuidado, Betty, o me convertirás en pudín de leche.

La hermana alisó rápidamente el edredón.

—Si no te gusta mi cocina, James, tendrás que arreglártelas tú solo.

Una leve sonrisa se deslizó entre los labios de Falkman.

—Gracias por decírmelo, Betty, tengo intención de hacerlo.

Él se recostó en la cama, sonriendo débilmente mientras su hermana salía a grandes zancadas con la bandeja. Tomarle el pelo le hacía casi tanto bien como la comida que le preparaba ella, y sintió que la sangre le bajaba a los pies fríos. Todavía tenía el rostro gris y flácido, y conservaba las fuerzas con cuidado, moviendo solo los ojos cuando miraba a los cuervos que se posaban en la repisa de la ventana.

Poco a poco, las conversaciones con la hermana se hicieron más frecuentes y Falkman fue recuperándose, hasta que al fin pudo mantenerse sentado en la cama. Empezó a interesarse más en el mundo a su alrededor, contemplaba por los ventanales a las personas que pasaban por la avenida y discutía los comentarios de Betty.

—Ahí está Sam Banbury de nuevo —dijo ella con una cierta irritación cuando pasó un hombrecillo con aspecto de duende, caminando con dificultad—. Al Swan, como de costumbre. Me gustaría saber cuándo se pondrá a buscar trabajo.

—Sé más caritativa, Betty. Sam es un hombre muy sensible. Yo también preferiría antes ir al *pub* que tener un trabajo.

Su hermana resopló con escepticismo, su idea del carácter de Falkman no era aparentemente esa.

—Tienes una de las mejores casas de Mortmere Park —dijo ella—. Creo que deberías tener más cuidado con las personas como Sam Banbury. No es de tu misma clase, James.

Falkman sonrió con paciencia a su hermana.

—Todos somos de la misma clase, ¿o has estado aquí tanto tiempo que se te ha olvidado?

—Todos nos olvidamos —dijo ella, seria—. Tú también lo harás, James. Es triste, pero ahora estamos en este mundo y debemos preocuparnos por ello. Si la Iglesia pudiera mantener vivo el recuerdo en nosotros, tanto mejor. Como ya has de saber, sin embargo, la mayoría de la gente no recuerda nada. Y tal vez eso sea bueno.

Ella recibió de mala gana a las primeras visitas, quejándose tanto que Falkman apenas pudo intercambiar unas palabras con ellos. De hecho, las visitas lo cansaban, y no podía hacer más que los habituales saludos formales. Incluso cuando Sam Banbury le trajo una pipa y una bolsita de tabaco, tuvo que reunir todas sus energías para darle las gracias, y se quedó tan exhausto que no pudo evitar que su hermana se las llevara.

Solo cuando llegó el reverendo Matthews, Falkman se sintió más recuperado, y durante media hora habló seriamente con el párroco, quien lo escuchó con gran atención, intercalando algunas preguntas ansiosas. Cuando el reverendo se marchó parecía seguro y confiado, y bajó las escaleras a pasos largos, mostrándole una sonrisa alegre a la hermana de Falkman.

Tres semanas después, Falkman se había levantado de la cama definitivamente, y logró cojear escaleras abajo e inspeccionar la casa y el jardín. Su hermana protestó, siguiendo sus pasos lentos y dolorosos y recordándole su debilidad, pero Falkman no le hacía caso. Consiguió llegar al invernadero y se apoyó contra una de las columnas ornamentales, con dedos nerviosos tocó las hojas de los árboles en miniatura, y el aroma de las flores le lavó la cara. Afuera, en los jardines, examinó todo a su alrededor, como si lo comparara mentalmente con un paraíso terrenal.

Caminaba de regreso hacia la casa cuando se torció un tobillo en el empedrado. Antes de poder pedir ayuda se cayó y se golpeó la cabeza contra la dura piedra.

—James Falkman, ¿nunca vas a escucharme? —protestó su hermana mientras lo ayudaba a cruzar la terraza—. ¡Te advertí que te quedaras en la cama!

Cuando llegaron a la sala de estar, Falkman, agradecido, se sentó en un sillón, reacomodando los miembros paralizados.

—¿Te importaría calmarte, Betty? —le dijo cuando recobró la respiración—. Todavía estoy aquí, y me encuentro perfectamente.

Él no había dicho más que la verdad. Después del accidente comenzó a recuperarse de un modo espectacular, su progreso hacia un estado de salud completa aceleraba sin pausa, como si la caída lo hubiera liberado de la fatiga persistentes y el malestar de las semanas previas. Volvió a caminar de un modo rápido y vivaz, se le iluminó la tez, un nuevo destello rosado le cubrió las mejillas, y empezó a moverse afanosamente por toda la casa.

Un mes después, Betty volvió a su propia casa, admitiendo que él ya era capaz de

cuidar de sí mismo, y su lugar fue ocupado por un ama de llaves. Tras reinstalarse en la casa, Falkman se interesó en el mundo exterior. Alquiló un coche cómodo y contrató a un chófer, y se pasaba las largas tardes de invierno en el club, y pronto se encontró en el centro de un vasto círculo de conocidos. Se convirtió en el presidente de varios comités de beneficencia, donde su buen humor, su tolerancia y su juicio sagaz le brindaron el respeto de todos. Ahora se mantenía erguido, el pelo gris le brotaba exuberante, tocado por algunos mechones negros aquí y allá, y las mejillas bronceadas resaltaban sobre su mandíbula prominente.

Cada domingo asistía a los servicios matutinos y vespertinos de su iglesia, donde tenía un banco privado, y le entristecía que la congregación estuviera formada solo por personas mayores. Sin embargo, descubrió que el cuadro pintado por la liturgia se apartaba cada vez más de sus propios recuerdos a medida que estos se desvanecían, y muy pronto aquella liturgia se convirtió en una farsa sin sentido que solo podía aceptar como un acto de fe.

Unos años más tarde, sintiéndose cada vez más inquieto, decidió aceptar la oferta de entrar como socio en una empresa líder de corredores de Bolsa.

Muchos de sus conocidos del club también encontraron empleo, abandonando la plácida rutina del salón de fumadores y del jardín de invierno. Harold Caldwell, uno de los amigos más cercanos, fue nombrado catedrático de historia en la universidad y Sam Banbury se convirtió en el gerente del hotel Swan.

La ceremonia del primer día de Falkman en la Bolsa fue digna e impresionante. El socio principal, el señor Montefiore, presentó al personal reunido a tres jóvenes que también se incorporaban a la empresa, y les entregó un reloj de oro que simbolizaba los años que trabajarían en la firma. Falkman aceptó una pitillera de plata repujada y recibió un ensordecedor aplauso.

Durante los cinco años siguientes, Falkman se lanzó de lleno a su trabajo, volviéndose cada vez más extrovertido y agresivo, del mismo modo que aumentó su apetito por los placeres materiales de la vida. Se convirtió en un entusiasta del golf, y después, cuando el ejercicio fortaleció su físico, jugó los primeros partidos de tenis. Como miembro influyente de la comunidad empresarial, pasaba los días entre cenas agradables y conferencias. Ya no asistía a la iglesia, sino que pasaba los domingos en el hipódromo y en las regatas, conquistando a las más atractivas de sus conocidas.

Así que se sorprendió mucho cuando un persistente estado de ánimo abatido comenzó a obsesionarlo. Aunque sin una fuente aparente, aquello fue haciéndose más intenso poco a poco, y pronto se dio cuenta de que no quería salir de casa por las noches. Renunció a los comités y no volvió a visitar el club. En la Bolsa estaba permanentemente distraído y se pasaba las horas mirando el tráfico por la ventana.

Finalmente, cuando su interés por los negocios empezó a debilitarse, el señor Montefiore le dijo que se tomara unas vacaciones indefinidas.

Durante una semana, Falkman paseó con indiferencia por la enorme casa vacía.

Sam Banbury lo visitaba con frecuencia, pero la tristeza de Falkman era inconsolable. Bajó las persianas de las ventanas, se puso un lazo y un traje negro, y se sentó en la oscura biblioteca con la mirada perdida.

Por fin, cuando la depresión había llegado al punto más bajo, se fue al cementerio a buscar a su esposa.

Después de que la congregación se dispersó, Falkman se detuvo frente a la sacristía para darle una propina al sepulturero, Biddle, y felicitarlo por su hijo pequeño, un querubín de tres años de edad que estaba jugando entre las lápidas. Luego volvió a Mortmere Park en el automóvil que seguía al coche fúnebre con el resto de la comitiva tras él.

—Un gran número de asistentes, James —le dijo su hermana con aprobación—. Veinte coches en total, sin incluir los privados.

Falkman le dio las gracias, examinando a su hermana con ojo crítico. Durante los quince años que hacía que la conocía se había vuelto cada vez más huraña, de voz más áspera y de gestos más exagerados. Siempre habían estado separados por una distinta brecha social que Falkman aceptaba con caridad, pero que ahora se había ensanchado notablemente. Los negocios del marido de su hermana empeoraban, y los pensamientos de Betty versaban exclusivamente sobre asuntos de dinero y prestigio social.

Falkman estaba felicitándose por el buen sentido común y el éxito de su propia vida, cuando una curiosa premonición, indefinible pero, no obstante, preocupante, se agitó en su mente.

Como el propio Falkman quince años atrás, su esposa yacía en el ataúd de la sala, que las coronas habían transformado en una suerte de estuche de color verde oliva oscuro. Detrás de las persianas cerradas el aire era tenue y sofocante, y los cabellos pelirrojos y abundantes que le cubrían la frente, las mejillas llenas y los labios carnosos de su esposa le hicieron pensar a Falkman en la bella durmiente tendida en una glorieta mágica. Se apoyó en la barandilla de plata de la base del ataúd y la miró sin pensar, consciente de que su hermana estaba pastoreando a los invitados hasta el oporto y el *whisky*. Recorrió con la mirada las exquisitas pendientes y depresiones del cuello y de la barbilla de su mujer, la piel blanca y suave se extendía hasta los hombros fuertes. Al día siguiente, cuando se la llevaron a la planta de arriba, su presencia llenó la habitación. Falkman permaneció sentado junto a ella toda la tarde, esperando pacientemente a que despertara.

Poco después de las cinco, en los breves minutos de luz que quedaban antes que cayera la oscuridad, cuando el aire colgaba inmóvil bajo los árboles del jardín, un débil eco de vida cruzó su rostro. Los ojos se le aclararon y se centraron en el techo.

Sin aliento, Falkman se inclinó y le cogió una de sus frías manos. Lejos, muy adentro, sintió un pulso débil.

—Marion —susurró.

Ella tenía la cabeza ligeramente inclinada, y los labios se abrían en una débil sonrisa. Durante un momento miró serenamente a su marido.

—Hola, Jamie.

La llegada de su esposa rejuveneció completamente a Falkman. Esposo devoto, pronto se sumergió completamente en su vida en común. En cuanto ella se recuperó de su larga enfermedad después de su llegada, Falkman entró en la plenitud de su vida. El pelo gris se volvió negro y suave, su rostro se engordó un poco, su mentón más firme y fuerte. Regresó a su trabajo en la Bolsa de Valores, asumiendo su labor con un renovado interés.

Él y Marion hacían una hermosa pareja. En ocasiones visitaban el cementerio y participaban en el servicio que celebraba la llegada de otro de sus amigos, pero eso sucedía cada vez con menos frecuencia. Otros visitaban continuamente el cementerio, adelgazando las filas de tumbas, y a medida que retiraban más ataúdes y lápidas, más zonas del cementerio se abrían solo al césped. La empresa de pompas fúnebres cercana al cementerio, que era responsable de notificar a los familiares de luto, fue cerrada y vendida. Finalmente, después de que el sepulturero Biddle recuperara a su propia esposa de la última de las tumbas, el cementerio se convirtió en un parque infantil.

Los años de su matrimonio fueron los más felices de Falkman. Cada verano Marion parecía más delgada y más joven, sus cabellos rojos eran ahora una diadema brillante que destacaba entre la gente de la calle cuando lo visitaba en su trabajo. Caminaban de vuelta cogidos del brazo, y en las noches de verano se detenían entre los sauces junto al río para abrazarse como una pareja de amantes.

En efecto, su felicidad se convirtió en algo tan obvio para sus amigos, que asistieron más de doscientas personas a la ceremonia en la iglesia en la que celebraron los largos años de matrimonio. Cuando se arrodillaron juntos en el altar ante el sacerdote, Marion le pareció a Falkman una rosa recatada.

Esa fue la última noche que pasarían juntos. A través de los años, Falkman había ido perdiendo interés en el trabajo de la Bolsa de Valores, y tras la llegada de hombres más viejos y serios lo habían descendido de posición en la empresa una y otra vez. Muchos de sus amigos se enfrentaban ahora a problemas similares. Harold Caldwell se había visto obligado a renunciar a su cátedra, y ahora era profesor de secundaria y asistía a cursos de posgrado para familiarizarse con el gran cuerpo de toda la obra que había escrito durante los últimos treinta años. Sam Banbury era camarero en el hotel Swan.

Marion se fue a vivir con sus padres, y el apartamento de Falkman, al que se habían trasladado algunos años atrás, después de cerrar y vender la casa, fue alquilado a unos inquilinos nuevos. Falkman, cuyos gustos se habían vuelto más sencillos con el discurrir del tiempo, alquiló una habitación en un hostel para jóvenes,

pero él y Marion se veían todas las noches. Se sentía cada vez más inquieto, medio consciente de que su vida se estaba moviendo hacia un enfoque ineludible, y a menudo pensaba en renunciar a su puesto de trabajo.

Marion le sermoneó.

—Pero perderás todo aquello por lo que has trabajado, Jamie. Todos estos años.

Falkman se encogió de hombros, masticando una brizna de hierba. Era la hora del almuerzo y estaban en el parque. Marion trabajaba de dependiente en unos grandes almacenes.

—Tal vez, pero me dolió que me degradaran. Hasta Montefiore se va. Su abuelo acaba de ser nombrado presidente. —Falkman puso la cabeza en el regazo de ella—. Es tan aburrida esa oficina, está tan mal ventilada, y con todos esos ancianos piadosos... Ya no me satisface en absoluto.

Marion le sonrió cariñosamente y con entusiasmo. Falkman era ahora más guapo de lo que nunca había recordado, el rostro bronceado por el sol, casi sin una sola arruga.

—Ha sido maravilloso vivir juntos, Marion —le dijo Falkman en la víspera de su trigésimo aniversario—. ¡Qué suerte que nunca hayamos tenido un hijo! ¿Te das cuenta de que algunas parejas llegan a tener hasta tres y cuatro? Es absolutamente trágico.

—Sin embargo, puede pasarle a cualquiera, Jaime —le recordó Marion—. Hay quien dice que tener un hijo es una experiencia muy noble y hermosa.

Durante toda la noche él y Marion vagaron juntos por la ciudad, el deseo de Falkman se veía cada vez más acentuado por el recato de Marion. Desde que se había ido a vivir con sus padres, Marion se había vuelto tan tímida que no se atrevía ni a cogerlo de la mano.

Luego él la perdió.

Paseaban por el mercado en el centro de la ciudad, cuando se les unieron dos amigas de Marion, Elizabeth y Evelyn Jermyn.

—Ese es Sam Banbury —Evelyn señaló un petardo que crepitaba en un puesto al otro lado del mercado—. Haciendo el tonto, como siempre. —Ella y su hermana murmuraron con desaprobación, con los labios fruncidos y una expresión severa acentuada por los oscuros abrigos de pana que llevaban abotonados hasta el cuello.

Mirando distraído a Sam, Falkman se alejó unos pasos, y de repente se dio cuenta de que las tres chicas ya no estaban. Se lanzó a la carrera entre la gente, tratando de alcanzarlas, vislumbrando brevemente el pelo rojo de Marion.

Se abrió camino a través de los puestos, casi derribando una carretilla de verduras, y le gritó a Sam Banbury:

—¡Sam! ¿Has visto a Marion?

Banbury se guardó los petardos y lo ayudó a explorar entre la multitud. Buscaron durante una hora. Finalmente Sam se dio por vencido y se fue a casa, dejando a Falkman buscando en la plaza adoquinada bajo la tenue luz de ese momento en que



cierra el mercado, vagando entre los sacos y las cajas que los dueños de los puestos preparaban para llevarse a casa.

—Disculpe, ¿ha visto a una chica por aquí? ¿Una chica pelirroja?

—Por supuesto, ha estado aquí esta tarde.

—Una chica...

—... llamada...

Aturdido, se dio cuenta de que había olvidado su nombre.

Poco después, Falkman dejó su trabajo y se fue a vivir con sus padres. La pequeña casa de ladrillo rojo estaba en el lado opuesto de la ciudad. A veces, entre las chimeneas hacinadas, podía ver las laderas distantes de Mortmere Park. Su vida entró ahora en una fase con menos preocupaciones, y la mayor parte de su energía se iba en ayudar a su madre y en cuidar de su hermana Betty. Comparada con la suya, la casa de los padres era sombría e incómoda, completamente distinta a todo lo que Falkman había conocido anteriormente. Aunque personas amables y respetables, las vidas de sus padres estaban limitadas por la falta de éxito y la ausencia de educación. No tenían interés alguno por la música o el teatro, y Falkman sentía que sus mentes eran cada vez más ordinarias e insustanciales.

Cuando él abandonó el trabajo su padre se mostró abiertamente crítico, pero la hostilidad entre ellos disminuyó gradualmente a medida que el padre dominaba más a Falkman, restringiendo su libertad, reduciéndole la paga semanal para sus gastos personales, y hasta previniéndole de que no jugase con algunos de sus amigos. De hecho, al irse a vivir con sus padres, Falkman había entrado en un mundo completamente nuevo.

En el momento en que comenzó a ir a la escuela, Falkman había olvidado por completo su vida pasada, sus recuerdos de Marion, y la gran casa donde habían vivido juntos y rodeados de criados.

En la escuela, al principio estuvo en una clase con los chicos mayores, a quienes los maestros trataban de igual a igual, pero a medida que pasaban los años, como también hacían sus padres, los maestros comenzaron a presionar a Falkman. A veces este se rebelaba contra aquel intento de suprimir su propia personalidad, pero al fin lo dominaron por completo, controlando sus actividades y moldeando su pensamiento y el habla. Comprendió vagamente que todo el proceso de la educación había sido diseñado para prepararlo a entrar en el extraño mundo de su más tierna infancia. Se eliminaba deliberadamente todo rastro de sofisticación, destruyendo, con las constantes repeticiones de los ejercicios, todos sus conocimientos de la lengua y de las matemáticas, sustituyéndolos por una colección de rimas y canciones sin sentido, preparando así un mundo artificial de total infantilismo.

Por fin, cuando el proceso educativo lo había reducido casi a la etapa de un niño incapaz de expresarse, sus padres intervinieron, lo sacaron de la escuela y Falkman

pasó los últimos años de su vida en casa.

—Mamá, ¿puedo dormir contigo?

La señora Falkman miró al niño de expresión seria que acababa de apoyar su cabeza en la almohada. Cariñosamente, le pellizcó la mandíbula cuadrada y luego tocó el hombro de su marido que se agitaba al otro lado de la cama. A pesar de los años de diferencia entre padre e hijo, los dos cuerpos eran casi idénticos: los mismos hombros anchos, las mismas cabezas grandes, el mismo pelo espeso.

—Hoy no, Jamie, pero quizá pronto, algún día.

El niño miró a su madre con los ojos muy abiertos, preguntándose por qué lloraba ella, suponiendo que tal vez había tocado uno de los tabúes que ejercían aquella poderosa fascinación en los niños de la escuela, el misterio de su destino final que los padres mantenían cuidadosamente oculto y que ellos mismos eran incapaces de entender.

Ahora estaba empezando a experimentar las primeras dificultades tanto para caminar como para alimentarse. Se tambaleaba con torpeza, su voz aflautada emitía gorjeos y se le trababa la lengua, y tenía un vocabulario cada día más breve, hasta que solo supo el nombre de su madre. Cuando ya no podía mantenerse de pie, ella empezó a llevarlo en brazos, y le daba de comer como a un anciano inválido. Se le nubló la mente y solo le quedaron flotando allí vagamente unas pocas constantes de calor y hambre. Mientras pudo, se aferró a su madre.

Poco después, Falkman y su madre pasaron en la maternidad del hospital varias semanas. A su regreso, la señora Falkman permaneció en cama durante unos días, pero poco a poco empezó a moverse más libremente, perdiendo poco a poco el peso adicional acumulado durante su encierro.

Unos nueve meses después de su regreso del hospital, un período durante el que ella y su marido pensaron continuamente en el hijo, en la tragedia de su muerte cercana, símbolo de su propia separación inminente, los dos se sintieron más unidos y se fueron de luna de miel.

1964

## PRISIONERO DE LAS PROFUNDIDADES DE CORAL

Durante la bajamar, me encontré una caracola en una poza entre las rocas, a pocos metros de la caverna. Su gran cuerpo de nácar brillaba en el agua clara como una joya de Fabergé. Me había refugiado de la tormenta en la entrada de la cueva, y miraba las olas grises abalanzarse sobre mí cual grandes saurios exhaustos. La concha, que yacía a mis pies, parecía un gesto de arrepentimiento del mar.

La tormenta aún retumbaba a lo lejos, entre los acantilados, y no me decidía a abandonar la cueva. Había pasado toda la mañana andando por ese tramo desierto de la costa de Dorset, hasta llegar a una sucesión de calas cerradas desde las cuales no parecía posible subir hacia los riscos. Las peñas de caliza estaban excavadas por el mar y numerosos desprendimientos de roca bloqueaban el paso. Las playas estaban sembradas de inmensos bloques de piedra horadada. Era casi seguro que tras la tormenta habría más aludes. Salí de mi refugio con precaución, observando atentamente los acantilados. Hasta las gaviotas, que giraban en lo alto chillándose unas a otras, parecían reacias a posarse sobre aquellas frágiles cornisas.

Debajo, la caracola yacía en la poza, con su tamaño aparente aumentado por la refracción del agua. Medía unos treinta centímetros de largo y de su cuerpo ondulado salían cinco espinas enormes. Se trataba de un gasterópodo fósil que alguna vez, quinientos millones de años atrás, había disfrutado de las cálidas aguas de los océanos cámbricos. Probablemente las olas lo habían liberado de su encierro en uno de los bloques de caliza.

Impresionado por el tamaño del caracol, decidí llevármelo a casa y regalárselo a mi esposa como recuerdo de mis vacaciones. Tras un período escolar de intensidad inusitada, había sentido la necesidad de cambiar de aires, por lo que me había largado a la costa una semana. Metí los pies en la poza y recogí la concha, tras lo cual regresé por la orilla desandando mis pasos.

Para mi sorpresa, una figura solitaria me observaba desde un saliente de caliza, unos veinte metros detrás de donde yo estaba. Era una mujer alta, de cabellos negros, con un vestido azul como el mar, largo hasta los pies. Estaba inmóvil, en medio de los charcos y las rocas. Parecía una visión prerrafaelista de una virgen de ojos negros perteneciente a alguna primitiva comunidad de pescadores. Me observaba con ojos meditabundos, velados por el agua en suspensión que procedía del rompiente. La mujer tenía la frente baja, y el cabello negro, con raya en medio, le caía como un chal sobre los hombros, enmarcando un rostro calmo aunque un poco melancólico.

La miré en silencio y le dirigí un gesto vacilante con la caracola. Las peñas escarpadas, el inclinado mar y el cielo parecían envolvernos en una sensación de absoluta lejanía, como si la playa rocosa y nuestro encuentro fortuito hubieran sido

transportados a las yermas costas de Tierra del Fuego, en el extremo más remoto del fin del mundo. El vestido azul resplandecía contra los acantilados húmedos con una intensidad casi espectral, igualada únicamente por el brillante color nacarado de la caracola que yo tenía en mis manos. Supuse que la mujer vivía en una casa solitaria, en algún lugar encima de los acantilados. Debía de haber una senda oculta que bajaba entre las grietas de caliza, ya que la tormenta había finalizado hacía solo unos minutos y no parecía haber otros refugios en las proximidades.

Trepé hasta la cornisa donde estaba la mujer y caminé hacia ella. Yo me había ido de vacaciones con el claro objetivo de huir de las personas, pero después de la tormenta y de mi caminata por aquella costa abandonada me alegraba poder conversar con alguien. Si bien ella no mostró ninguna reacción ante mi sonrisa, sus ojos oscuros me miraron sin hostilidad, como si estuviera esperando a que me acercara.

Más abajo, el mar siseaba y las olas serpeaban entre las rocas.

—La tormenta llegó de forma realmente súbita —le dije. Señalé la cima del acantilado, unos doscientos metros por encima de nuestras cabezas—. Conseguí refugiarme en aquella cueva.

—Debe de tener una estupenda vista del mar —observé—. ¿Vive ahí arriba?

Su blanca piel parecía de nácar antiguo.

—Vivo junto al mar —dijo ella. Su voz tenía un timbre curiosamente profundo, como si se la oyera debajo del agua. Era al menos quince centímetros más alta que yo, pese a que no soy un hombre bajo en absoluto.

—Esa caracola es hermosa —señaló.

Sopesé el caracol en mi mano.

—Impresionante, ¿no cree? Una concha fósil. ¿Sabía que es mucho más antigua que esta piedra caliza? Puede que se la regale a mi esposa, aunque debería estar en el Museo de Historia Natural.

—¿Por qué no la deja en la playa, que es adonde pertenece? —dijo la mujer—. Su hogar es el mar.

—No este mar —repliqué—. Los océanos cámbricos en los que nadaba este caracol desaparecieron hace millones de años.

Arranqué un trozo de alga marrón adherido a una de las prolongaciones de la concha y dejé que el aire se lo llevara.

—No sé muy bien por qué, pero los fósiles me fascinan —continué—; son como cápsulas del tiempo. Si pudiéramos desenrollar esta espira, seguramente proyectaría imágenes de todos los paisajes de los que ha sido testigo: los grandes océanos del Carbonífero, los mares cálidos y poco profundos del Triá...

—¿Le gustaría regresar a esos mares? —me interrumpió. En su voz había cierto tono de curiosidad, como si mis observaciones la hubieran intrigado—. ¿Los preferiría a esta época?

—No —respondí—. Supongo que no es más que la nostalgia de nuestra memoria

inconsciente. Tal vez entienda lo que quiero decir. El mar es como la memoria: no importa cuán perdido u olvidado esté algo, en el mar todo existe eternamente.

Sus labios se movieron en lo que parecía ser el inicio de una sonrisa.

—¿Le parece una idea extraña? —le pregunté.

—Para nada.

Me miró con aire pensativo. Su túnica de hilo de plata azul metálico evocaba las escamas duras y brillantes de los peces pelágicos. Sus ojos se volvieron hacia el mar. La marea subía y la poza en la que yo había encontrado la caracola había desaparecido. Las primeras olas ya rompían contra la entrada de la cueva y el saliente en el que nos encontrábamos pronto quedaría rodeado por el agua. Miré por encima del hombro en busca de algún signo de un sendero en el acantilado.

—Se está poniendo tormentoso otra vez —dije—. El Atlántico tiene mal genio y es bastante impredecible, como cabe esperar de un océano tan antiguo. Hace mucho tiempo fue parte de un gran océano llamado...

—Poseidón —se adelantó ella.

Me giré para mirarla.

—¿Lo sabía?

—Desde luego. —Me miró con tolerancia—. Es usted profesor. ¿Así que esto es lo que le enseña a sus alumnos? ¿A rememorar el mar y a regresar al pasado?

Me reí de mí mismo, divertido con su agudeza.

—Lo siento. Es una de las deformaciones profesionales de los maestros: no podemos resistirnos a una oportunidad de transmitir nuestros conocimientos.

—¿La memoria y el mar? —Sacudió la cabeza con aire de sabio—. Eso es magia, no conocimiento. Pero hábleme de la caracola.

El agua seguía subiendo por las rocas hacia nosotros. A mi izquierda, una enorme calzada de bloques desmoronados conducía a la parte alta de la costa y a la seguridad. Me planteé marcharme. Aun cuando la senda hubiera estado en condiciones, subir por la ladera del acantilado me habría tomado por lo menos media hora, especialmente si debía ayudar a mi interlocutora. A ella no parecía importarle el avance del mar y contemplaba las olas que se retorcían a nuestros pies como reptiles en un foso. Alrededor, los grandes riscos parecían estar hundiéndose en el agua.

—Tal vez debería dejar que la caracola hablara por sí misma —respondí. Mi esposa era menos tolerante con mi tendencia a aburrir a los demás. Levanté la caracola y observé con atención aquella susurrante trompeta.

La espira reflectaba el siseo de las olas. La forma de la concha amplificaba de algún modo los sonidos, por lo que resonaban con ese rumor, más oscuro, de las profundidades. En torno a mí, las olas rompían entre las rocas con estruendos y suspiros rítmicos, pero del caracol brotaba una extraordinaria confusión de sonidos; no me parecía oír, simplemente, las olas que rompían entre las piedras allá abajo, sentía un inmenso océano lamer todas las playas del mundo. Podía oír olas enormes

que bramaban y siseaban, los guijarros que cantaban en la resaca, y tormentas y vientos huracanados que hacían bullir el mar hasta transformarlo en un maelstrom. Entonces, la escena pareció cambiar repentinamente y oí los sosegados compases de un mar diferente, una laguna vaporosa de cuya superficie emergían helechos y en cuyos bajíos había leviatanes semisumergidos, como bancos de arena bajo el sol benévolo...

Mi interlocutora me observaba con el rostro inclinado hacia arriba para captar el rocío del mar.

—¿Ha oído el océano?

Apoyé la caracola contra mi oído. Una vez más, aparecieron los sonidos de aguas arcaicas, esta vez los de una formidable tempestad, una batalla titánica contra istmos que colapsaban en continentes que se hundían. Podía oír los gruñidos de saurios gigantes, los chillidos de aves reptilianas que, con las desgarradas alas plegadas, caían en picado sobre sus presas desde los altos riscos.

Asombrado, apreté el fósil entre mis manos, palpando sus duras espinas calcáreas, como si ellas pudieran revelarme el secreto de la caracola.

La mujer todavía me miraba. A causa de algún capricho de la luz menguante, su altura parecía haber aumentado y sus hombros casi sobrepasaban mi cabeza.

—No... no puedo oír nada —dije en tono incierto.

—¡Escúchela! —sentenció ella—. Esa concha ha oído los mares de todas las épocas, cada ola ha dejado en ella su eco.

Las primeras gotas de espuma salpicaron mis pies, dejando sus marcas en las tiras secas de mis sandalias. Aún quedaba un camino de rocas, cada vez más estrecho, que conducía de regreso a la playa. La caverna había desaparecido y de la entrada brotaban burbujas durante el breve lapso en que las olas retrocedían.

Señalé el acantilado.

—¿Hay algún camino? ¿Alguna senda que baje hasta el mar?

—¿Hasta el mar? ¡Por supuesto! —respondió ella. El viento levantó el faldón de su vestido y pude ver sus pies desnudos, con los dedos envueltos en algas.

—Ahora, escuche la caracola —me dijo—. El mar está despertando para usted.

Levanté el caracol con las dos manos. Esta vez cerré los ojos y cuando los sonidos de los vientos y aguas del pasado resonaron en mis oídos, tuve una repentina imagen de aquella cala solitaria, millones de años atrás. Altos acantilados de pizarra se alzaban hacia el cielo, enormes reptiles se deslizaban por sus ásperas playas, aullándole a los peces acorazados que arremetían contra ellos desde los bajíos. Los conos volcánicos enmarcaban el horizonte y teñían el cielo de rojo con sus fumarolas.

—¿Qué oye? —me preguntó ella con insistencia y evidente decepción—. ¿El viento y el mar?

—No oigo nada —dije con énfasis—. Solo un murmullo.

El ruido brotaba con fuerza de la boca de la caracola: los estruendosos bramidos de los saurios competían con los rugidos del mar. Súbitamente, distinguí en aquel

babel otro sonido, un grito débil que parecía proceder de la cueva en la que yo me había refugiado. Tras buscar en aquella imagen de mi mente conseguí ver la boca de la caverna excavada en el acantilado, por encima de los reptiles que se atacaban mutuamente.

—¡Espere! —Hice un gesto a la mujer para que se apartara, ignorando las olas que ya se escurrían entre mis pies. Cuando el mar retrocedió, me puse la caracola contra la oreja y oí otra vez ese débil grito humano, aquella afligida súplica de auxilio...

—¿Ahora puede oír el mar? —La mujer extendió la mano para coger la concha, pero yo la sostuve con fuerza y grité por encima de las olas.

—¡No es este mar! ¡Dios mío, he oído los gritos de un hombre! —Por un momento, la mujer dudó, sin saber qué pensar de este comentario inesperado.

—¿Un hombre? —preguntó ella—. ¿Quién? ¡Dígame! ¡Démela! ¿Era solo un marinero ahogado?

Le arrebaté otra vez la caracola. Si prestaba atención, podía oír una voz que clamaba, que se perdía a cada momento entre los rugidos de los reptiles. Un marinero, sí, pero un marinero de un futuro distante, abandonado millones de años atrás en esa cueva, en la orilla de un mar triásico, vigilado por esta extraña náyade de las profundidades, quien aun ahora intentaba conducirme hacia las olas.

La mujer se había colocado sobre el borde de roca. Su cabello, llevado por el viento, le cubría el rostro y centelleaba. Me indicaba con una mano que me acercara.

Alcé por última vez la caracola hasta mi oído y por última vez sentí el débil lamento, perdiéndose entre los torbellinos de aire.

—¡Au-xi-lio!

Cerré los ojos y dejé que la imagen de la costa antigua llenara mi mente, por un fugaz instante vi una pequeña cara blanca que me miraba desde la entrada de la cueva. Quienquiera que fuese, ¿había perdido las esperanzas de regresar a su época, había cogido una bella caracola y la había lanzado al mar con la expectativa de que alguien, algún día, oyera su voz y regresara a salvarlo?

—¡Venga! —grité—. ¡Debemos marcharnos!

Aunque ella se encontraba a más de tres metros de mí, sus manos extendidas casi parecían tocarme. El agua fluía alrededor de su vestido, agitándolo y trazando extraños dibujos líquidos. Su rostro me contemplaba como el de un monstruoso pez.

—¡No!

Me alejé de la mujer con súbita furia, me giré y lancé la gran caracola hacia el agua profunda, lejos de su alcance. Mientras ella desaparecía entre las encumbradas olas oí el agitarse de unos faldones gruesos que parecía el aleteo de unas alas coriáceas.

La mujer había desaparecido. Rápidamente, salté a la roca más próxima de la enorme calzada, me deslicé por los bajíos entre dos olas y trepé hasta un lugar seguro. Solo me volví para mirar atrás después de alcanzar la seguridad del acantilado.

Desde la cornisa donde había estado la mujer, un gran lagarto me observaba con ojos vacíos.

1964



## EL LEONARDO PERDIDO

La desaparición —o, dicho sin tanto eufemismo el robo— de la *Crucifixión* de Leonardo da Vinci, del Museo del Louvre de París, se descubrió la mañana del 19 de abril de 1965 y provocó un escándalo de proporciones inusitadas. Tras una década de grandes robos de obras maestras —como *El duque de Wellington* de Goya, desaparecido de la National Gallery de Londres, y ciertas colecciones de impresionistas, sustraídas de hogares de millonarios del sur de Francia y California —, y con los precios obviamente inflados que se pagaban en las casas de subastas de Bond Street y la rue de Rivoli, se podría haber supuesto que el público ya se habría habituado a la pérdida de piezas excesivamente publicitadas. Sin embargo, lo cierto es que todo el mundo recibió la noticia de la desaparición del Leonardo con indignación y consternación auténticas. Miles de telegramas de todos los rincones del globo llegaban cada día al Quai d’Orsay y al Louvre; los consulados franceses de Bogotá y Guatemala fueron apedreados, y los agregados de prensa de todas las embajadas, de Buenos Aires a Bangkok, emplearon al máximo sus nada despreciables recursos de estilo y elegancia.

Yo mismo llegué a París veinticuatro horas después de ocurrido el «gran escándalo del Leonardo», como se lo llamaba, y la atmósfera de perplejidad e irritación era palpable. Durante todo el trayecto, desde el aeropuerto de Orly, los titulares de los periódicos proclamaban a voz en cuello la misma noticia.

El *Continental Daily Mail* lo expresaba de forma sucinta:

### ROBAN LA CRUCIFIXIÓN DE LEONARDO

Obra maestra de 5 millones de libras desaparece del Louvre

El París oficial estaba obviamente conmocionado. Se llamó al infausto director del Louvre, que asistía a un congreso de la UNESCO en Brasilia, y ahora el hombre estaba en el Palacio del Elíseo, informando personalmente al presidente. Se había dado la alerta al Deuxième Bureau, y al menos tres ministros sin cartera habían sido asignados a la recuperación de la pintura, con lo cual sus respectivos futuros políticos, como la pintura extraviada, estaban en juego. Tal como había señalado el propio presidente en su conferencia de prensa de la tarde anterior, el robo de un Leonardo era un asunto que no solo incumbía a Francia, sino también al mundo entero, y en un vehemente alegato exhortaba a todas las naciones a colaborar en la pronta recuperación de la obra. (Pese a la atmósfera cargada de emotividad, algunos cínicos comentaristas subrayaron que esta era la primera crisis en la que el Gran

Hombre no acababa su monserga con un «*Vive la France*»).

A pesar de mi participación profesional en el mundo de las bellas artes —era director de Northeby's, la casa de subastas mundialmente famosa de Bond Street—, mis sentimientos coincidían mayormente con los del gran público. Mientras pasábamos junto al jardín de las Tullerías, vi por la ventanilla del taxi las toscas reproducciones de la espléndida tela de Da Vinci que ofrecían los periódicos. Las imágenes me evocaron la formidable magnificencia de aquella obra maestra, su composición singular, su inigualable manejo del claroscuro, la insuperable técnica que había dado inicio al Alto Renacimiento y que había señalado el camino, como un faro, a los escultores, pintores y arquitectos del Barroco.

Pese a los dos millones de reproducciones vendidas cada año, por no mencionar el sinnúmero de pastiches e imitaciones de inferior calidad, el tema de la pintura aún conservaba su majestuosa intensidad. Finalizada dos años después de *La Virgen, el Niño Jesús y santa Ana*, también expuesta en el Louvre, no solo era uno de los pocos cuadros de Leonardo que habían sobrevivido incólumes a las miles de manos ansiosas de cuatro siglos de restauradores, sino que también se trataba de la única tela del maestro —con excepción de *La última cena*, ya muy desvaída y apenas visible— cuya composición incluía un extenso paisaje y una nutrida galería de personajes secundarios.

Puede que fuera este último aspecto el que le daba a la tela esa potencia terrible y alucinante. La expresión enigmática, un tanto ambigua del Cristo agonizante, los ojos abatidos de la Virgen y de la Magdalena, eran características típicas de Leonardo que dejaban de ser mera afectación al contrastarlas con la interminable procesión de figuras secundarias que se arremolinaban a través del Calvario, perdiéndose en el cielo distante y transformando la imagen íntegra de la crucifixión en una visión apocalíptica de la resurrección y el juicio final. De esta única tela habían nacido los grandes frescos pintados por Miguel Ángel y Rafael en la Capilla Sixtina, así como las escuelas de Tintoretto y el Veronés. El que alguien se hubiera atrevido a robarla constituía un trágico indicio de cuánto respetaba la humanidad sus más grandes monumentos artísticos.

Y, con todo, me preguntaba yo al llegar a las oficinas de las Galeries Normande et Cie., en la Madeleine, ¿realmente habían robado la pintura? Su tamaño —unos cuatro metros y medio de ancho, por cinco y medio de alto— y su peso —la habían mudado del marco original a un panel de roble— descartaban al fanático o psicópata solitario, y ninguna banda de ladrones profesionales hubiera perdido el tiempo robando una pintura para la cual no habría mercado. ¿Tal vez el gobierno francés esperaba distraer la atención pública de algún otro acontecimiento inminente? Aunque solo la reintroducción de la monarquía y la coronación del pretendiente Borbón en Notre Dame hubieran justificado una cortina de humo tan sofisticada.

En cuanto tuve oportunidad, le comenté mis dudas a Georg de Stael, director de las Galeries Normande y mi anfitrión en París. Oficialmente, mi presencia en la

ciudad obedecía a que esa tarde tendría lugar un encuentro de marchantes de arte y directores de galerías que también habían sufrido robos de piezas importantes. Sin embargo, cualquier observador foráneo habría atribuido nuestro ánimo eufórico y exultante a otro motivo. Esto, desde luego, hubiera sido acertado. Siempre que se lanza una piedra en las turbias aguas del arte internacional, personas como yo y Georg de Stael nos situamos de inmediato en la orilla, atentos a cualquier onda inusual, a alguna burbuja maloliente. No cabía duda de que el robo del Leonardo revelaría mucho más que la identidad de algún excéntrico ladronzuelo. Seguramente, los peces más gordos ya nadaban frenéticamente en busca de un escondrijo, y se había asestado un saludable golpe al *statu quo* de los responsables y directores de los museos importantes.

Cuando Georg avanzó para saludarme, rodeando su escritorio con una facilidad ágil y atildada, era evidente que le animaban sentimientos de venganza. Su traje de verano de seda azul, bastante adelantado a la estación, relucía tanto como la brillantina de su peinado. Sus rasgos rapaces y gráciles se abrieron en una sonrisa de pícaro encanto.

—Mi querido Charles, te lo aseguro categóricamente: el condenado cuadro realmente ha desaparecido... —Georg estiró los brazos hacia delante, exhibiendo diez centímetros de elegantes puños azules, y juntó las manos—. ¡Uf! Por una vez, todo el mundo dice la verdad. Y lo que es aún más notable, la tela es auténtica.

—No sé si alegrarme o no —admití—. Pero es más de lo que puede decirse de la mayoría de las obras del Louvre... y de la National Gallery.

—En efecto. —Georg se sentó en el escritorio; sus llamativos zapatos de charol refulgieron bajo la luz—. Tenía la esperanza de que esta catástrofe persuadiera a las autoridades de confesar la verdad sobre algunos de sus presuntos tesoros en un intento de disipar parte de la magia que rodea al Leonardo. Pero están completamente aturdidas.

Por un momento, ambos reflexionamos sobre los efectos que semejantes confesiones podrían tener en el mercado internacional de arte —se dispararían los precios de toda obra siquiera remotamente auténtica—, así como en la imagen popular de la pintura del Renacimiento, considerada sacrosanta e inigualada. Esto, sin embargo, no suponía menospreciar la genialidad del Leonardo robado.

—Dime, Georg —le pregunté—, ¿quién lo ha robado?

Supuse que él lo sabía.

Por primera vez en muchos años, Georg parecía no tener una respuesta. Se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Mi querido Charles, simplemente no lo sé. Es un absoluto misterio. Todos estamos tan perplejos como tú.

—En ese caso, debe de ser un trabajo desde dentro.

—No lo es, definitivamente. La gente del Louvre está fuera de toda sospecha. —Tamborileó con los dedos sobre el teléfono—. Esta mañana hablé con algunos de

nuestros contactos más dudosos (Antweiler, en Mesina, y Kolenskya, en Beirut) y ambos están consternados. En realidad, están convencidos de que o bien todo el asunto es un complot del gobierno, o bien el propio Kremlin está implicado en esto.

—¿El Kremlin? —repetí, incrédulo. Con la mención de ese nombre la atmósfera se enrareció y durante la siguiente media hora hablamos en susurros.

La conferencia de esa tarde, en el Palacio de Chaillot, no añadió nuevas pistas. La presidía el detective inspector en jefe Carnot, un hombre robusto y sombrío vestido con un desteñido traje azul, flanqueado por otros dos agentes del Deuxième Bureau. A los tres se los veía cansados y desanimados. Para entonces debían comprobar algo así como una docena de falsas alarmas por hora. Detrás de ellos, con los rostros serios, como un jurado hostil, se sentaba un grupo de investigadores del Lloyds de Londres y del Morgan Guaranty Trust de Nueva York. En cambio, los doscientos comerciantes y agentes sentados en las sillas doradas, al pie del estrado, ofrecían un animado espectáculo, parloteando en una docena de idiomas diferentes y remontando una bandada de cometas especulativas.

Tras un breve resumen, pronunciado en tono de sepulcral resignación, el inspector Carnot presentó al fornido neerlandés que estaba a su lado, el superintendente Jurgens, de la oficina de la Interpol en La Haya. Después recurrió al señor Auguste Pecard, director asistente del Louvre, para que proporcionara una descripción detallada del robo. La reseña no hizo sino confirmar que los dispositivos de seguridad del museo eran de lo mejor, y que parecía absolutamente imposible que el cuadro hubiera sido robado. Advertí que Pecard aún no estaba completamente convencido de que la obra hubiera desaparecido.

—... los paneles de presión del suelo que rodean la pintura no han sido alterados, ni se ha interrumpido ninguno de los dos haces infrarrojos que tiene al frente. Caballeros, les aseguro que resulta imposible extraer la tela sin desmontar primero el marco de bronce que, solo él, pesa cuatrocientos kilos y está atornillado a la pared. Además, el circuito de la alarma eléctrica que conecta los tornillos tampoco fue interrumpido...

Yo miraba las dos fotografías de tamaño natural de la pintura pegadas a las pantallas que había detrás de la tarima, una del frente y otra del reverso. La segunda mostraba el panel de roble con sus seis nervios de aluminio, los puntos de contacto de la alarma eléctrica y una multitud de inscripciones en tiza, añadidas año tras año por los laboratorios del museo. Las fotografías eran de la última vez que se había sacado el cuadro para limpiarlo. Después de una breve ronda de preguntas supimos que el robo había tenido lugar solo dos días después de esa limpieza.

Con estas noticias, la atmósfera de la reunión cambió. Cesaron el centenar de conversaciones privadas y los pañuelos de seda de colores volvieron a los bolsillos de las chaquetas.

Le di un golpecito con el codo a Georg de Stael.

—Eso lo explica. —Obviamente, el lienzo había desaparecido mientras estaba en el laboratorio, donde los dispositivos de seguridad eran menos infalibles—. La pintura no fue robada de la galería, seguro.

A nuestro alrededor, el alboroto había comenzado de nuevo. Una vez más, doscientas narices se alzaban olfateando el rastro. Entonces, la tela sí había sido robada y estaba en algún lugar del ancho mundo. Las recompensas para su descubridor flotaban como espectros ante nosotros. Aunque no fueran ni la Legión de Honor ni un título de caballero, sí serían al menos la completa exención de todos los impuestos sobre la renta, así como la exclusión de las investigaciones en el mercado de divisas.

En el camino de regreso, sin embargo, Georg tenía la mirada sombría, perdida más allá de la ventanilla del taxi.

—La pintura fue robada de la galería —me dijo pensativo—. Yo mismo la vi solo doce horas antes de que desapareciera. —Me cogió del brazo, apretándolo con fuerza—. La encontraremos, Charles, para gloria de Northeby's y de las Galeries Normande. Pero, Dios mío, ¡el ladrón que se la llevó no es de este mundo!

Así dio comienzo la búsqueda del Leonardo perdido. Regresé a Londres la mañana siguiente, pero Georg y yo mantuvimos un contacto telefónico permanente. Al principio, como todo aquel que sigue un rastro, nos limitamos a escuchar, con la oreja pegada al suelo, a la espera de una pisada que resultara poco familiar. En las atestadas salas de subastas, y en las galerías, esperamos una palabra indiscreta, la pista delatora. Los negocios, en cambio, iban viento en popa; todos los museos y todos los propietarios privados poseedores de un Rubens o un Rafael de tercera categoría habían ascendido un peldaño. Con suerte, la renovada actividad del mercado revelaría algún cómplice lejano del ladrón, o este se desharía de algún sustituto anterior del Leonardo —tal vez un pastiche de la *Mona Lisa* de alguno de los estudiantes de Verrochio— que aparecería en uno de los mercados más turbios. Si en el mundo exterior la caza de la pintura extraviada se realizaba con tanto bullicio como al principio, en el ámbito profesional, en cambio, todo era quietud y ojos atentos.

Demasiada quietud, en realidad. Lo esperable era que hubiese aparecido algo, que en los finos filtros de las galerías y las salas de subastas se hubiera materializado alguna pista sutil. Pero nada surgió. A medida que la oleada de actividad producida por el Leonardo pasaba y los negocios recuperaban su ritmo previo, resultó inevitable que la pintura volviera a ser una más de la larga lista de obras maestras perdidas.

El único que parecía capaz de mantener vivo su interés en la búsqueda era Georg de Stael. De cuando en cuando me llamaba a Londres para pedirme algún oscuro dato de cierto comprador anónimo de un Tiziano o un Rembrandt de finales del siglo XVIII, o información sobre la historia de cierta copia, realizada por un discípulo de Rubens o de Rafael, que había sido dañada. Parecía especialmente interesado en obras deterioradas y restauradas después, información que muchos propietarios no se

sentían particularmente inclinados a compartir.

Por consiguiente, cuando llegó a Londres, unos cuatro meses después de la desaparición del Leonardo, le pregunté en un tono que no era de pura broma:

—¿Y bien, Georg? ¿Ya sabes quién lo robó?

Mientras abría una gran maleta, Georg sonreía oscuramente.

—¿Te sorprendería si te respondiera que sí? En realidad no lo sé, pero tengo una idea; una hipótesis, podría decirse. Pensé que te interesaría oírla.

—Por supuesto, Georg —dije. Y añadí en tono reprobatorio—: Así que esto es lo que te ha mantenido tan ocupado.

Levantó un delgado índice para hacerme callar. Bajo aquella apariencia de relajado encanto, advertí una nueva seriedad, un deseo de no demorarse con rodeos.

—En primer lugar, Charles, antes de que me echés de tu oficina entre burlas, tengo que decirte que creo que mi teoría es enteramente fantástica e inverosímil y, con todo... —encogió los hombros en un gesto de desaprobación—, parece ser la única posible. Pero para comprobarla necesito tu ayuda.

—Cuenta con ella. Pero ¿qué teoría es esa? No veo la hora de que me la cuentes.

Georg titubeó. Al parecer, no se decidía a exponer su idea. Un momento después comenzó a vaciar su portafolios, del cual extrajo varios archivadores que alineó sobre el escritorio. Las carpetas contenían lo que parecían ser reproducciones de diversas pinturas con zonas marcadas en tinta blanca. Algunas de las fotografías eran ampliaciones del rostro alargado de un hombre, con perilla y vestimenta medieval.

Georg giró seis de las reproducciones de mayor tamaño para que yo pudiera verlas.

—Sin duda las reconoces.

Asentí con la cabeza. Salvo por un caso, el de la *Piedad* de Rubens que estaba en el Museo Hermitage de Leningrado, había visto los originales de todas en los últimos cinco años. Las restantes eran la *Crucifixión* perdida de Leonardo, las *Crucifixiones* del Veronés, Goya y Holbein, y un Poussin titulado *El Gólgota*. Todas estaban en museos públicos —el Louvre, el Santo Stefano de Venecia, el Prado, y el Rijksmuseum de Ámsterdam—, eran conocidas y auténticas obras maestras, platos fuertes todas ellas —con excepción del Poussin— de importantes colecciones nacionales.

—Resulta tranquilizador verlas. Confío en que estén en buenas manos. ¿O son las siguientes de la lista de la compra del misterioso ladrón?

Georg negó con la cabeza.

—No, no creo que esté muy interesado en ellas. Aunque las tiene bajo vigilancia. —Una vez más, advertí el notable cambio en los modales de Georg, ese humor privado y reflexivo—. ¿Notas algo más?

Comparé las fotografías de nuevo.

—Son todas crucifixiones. Auténticas, salvo, quizá, por algunos detalles menores. Todas pinturas de caballete. —Me encogí de hombros.

—Y todas fueron robadas en algún momento. El Poussin desapareció del Château Loire en 1822. —Georg se movía rápidamente de derecha a izquierda—. El Goya fue arrebatado en 1806 de la abadía de Montecassino por Napoleón; el Veronés desapareció del Museo del Prado en 1891; el Leonardo, como sabemos, hace cuatro meses, y el Holbein fue robado de la colección de Herman Göering, en 1943.

—Es interesante —comenté—, pero hay pocas obras maestras que no hayan sido robadas alguna vez. Espero que este no sea un aspecto fundamental de tu teoría.

—No, pero en conjunción con otro factor sí es algo importante. Mira esto. —Me pasó la reproducción del Leonardo—. ¿Ves algo fuera de lo común?

Cuando negué con la cabeza tras mirar la conocida imagen, Georg escogió otra fotografía de la pintura perdida.

—¿Y en esta?

Las fotos habían sido tomadas desde perspectivas ligeramente distintas, pero por lo demás eran idénticas.

—Las dos son de la *Crucifixión* original —me explicó Georg—, tomadas en el Louvre durante el último mes antes de su desaparición.

—Me doy por vencido —admití—. Parecen iguales. No... ¡Espera un momento! —Acerqué la lámpara de sobremesa y me incliné sobre las reproducciones. Georg asentía con la cabeza—. Hay una ligera diferencia. ¿Qué está pasando?

Rápidamente, figura por figura, comparé las fotografías, y enseguida me percaté de una minúscula discrepancia. Las imágenes eran idénticas en casi todo, pero había un personaje de la muchedumbre que había sido modificado. A la izquierda, donde la procesión se arremolinaba subiendo por la ladera de la montaña hacia las tres cruces, un rostro había sido pintado nuevamente, por completo. Aunque en el centro de la pintura el Cristo colgaba de la cruz varias horas después de la crucifixión, mediante una suerte de perspectiva espaciotemporal —un artificio habitual en todas las pinturas del Renacimiento, cuya finalidad era superar la naturaleza estática del lienzo—, la procesión retrocedía también en el tiempo, de forma tal que el espectador siguiera la invisible presencia del Cristo en su dolorosa ascensión al Gólgota.

La figura cuyo rostro había sido repintado formaba parte de la multitud situada en la parte más baja de la cuesta. Era obvio que Leonardo había prestado especial atención a un hombre alto y robusto, vestido con una túnica negra. Lo había dotado de la magnífica complexión y la gracia serpentina que normalmente reservaba para los ángeles. Observando la fotografía que sostenía en mi mano izquierda —la versión original, sin retocar— advertí que, en efecto, Leonardo había pretendido representar un ángel de la muerte o, mejor dicho, uno de esos agentes del inconsciente cuya enigmática calma y meditabunda ambivalencia hace tan aterradores; que como estatuas de rostros grises que miran hacia abajo fijamente desde las nocturnas cornisas de la necrópolis de Pompeya, parecen presidir sus pinturas por encima de los más profundos temores y anhelos del hombre.

Todo esto, tan característico de Leonardo y de su curiosa concepción de las cosas, parecía estar resumido en el rostro de aquella figura alta y angélica. Vuelto sobre el hombro izquierdo, casi de perfil, el rostro miraba hacia la cruz con un tenue velo de aflicción en las facciones grises y saturninas. La frente alta, ligeramente abombada en las sienas, se elevaba sobre la bella nariz semítica. El rastro de una sonrisa de compasiva resignación y comprensión en los labios iluminaba con luz solitaria el resto del rostro parcialmente oscurecido por las sombras del cielo tormentoso.

En la fotografía de mi derecha, sin embargo, todo esto había sido alterado. Una nueva concepción había reemplazado por completo el carácter de aquella figura angélica. La semejanza superficial seguía ahí, pero la cara había perdido la expresión de trágica piedad. La postura había sido invertida, y ahora el rostro miraba por encima del hombro derecho, en dirección opuesta a la cruz, hacia la ciudad terrena de Jerusalén, cuyas torres espectrales se erigían en el crepúsculo azul como una ciudad del infierno miltoniano. Mientras que los demás presentes seguían la ascensión de Cristo con aire impotente, la expresión del hombre de negro era arrogante y crítica; la tensión de los torcidos músculos del cuello indicaba que había girado la cabeza, casi con repugnancia, apartando de sí aquel espectáculo.

—¿Qué es esto? —pregunté, señalando la última fotografía—. ¿Una copia perdida de algún discípulo? No entiendo por qué...

Georg se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos con el dedo sobre la fotografía.

—Este es el Leonardo original. ¿No lo entiendes, Charles? La versión que tienes a tu izquierda, la que has estado admirando varios minutos, fue repintada sobre el original por un restaurador anónimo, pocos años después de la muerte de Da Vinci.

Georg sonrió ante mi escepticismo.

—Créeme, es la verdad. El personaje en cuestión no es más que un detalle menor de la composición. Nadie lo había examinado seriamente con anterioridad ya que, sin lugar a dudas, el resto de la tela es auténtico. Los cambios se descubrieron hace cinco meses, poco después de que se hubieran llevado el cuadro para limpiarlo. El examen infrarrojo reveló el perfil completamente intacto que había debajo.

Georg me alcanzó otras dos fotografías. Ambas eran detalles a gran escala de la cabeza, en la cual los contrastes de las caracterizaciones eran aún más evidentes.

—Como puedes ver por las pinceladas del sombreado, quien realizó el retoque fue un artista diestro cuando, desde luego, todos sabemos que Da Vinci era zurdo.

—Bueno... —Me encogí de hombros—. Parece extraño. Pero si lo que dices es cierto, ¿por qué demonios alteraron ese detalle tan pequeño? Toda la concepción del personaje es diferente.

—Una pregunta muy interesante —dijo Georg de forma ambigua—. A propósito, el personaje es Ahasuerus, el judío errante. —Señaló los pies del hombre—. Por convención, siempre se lo representa con las tiras de las sandalias cruzadas de la secta esenia, de la cual puede que el propio Jesús fuese miembro.



Cogí otra vez las fotografías.

—El judío errante —repetí con suavidad—. Qué curioso. El hombre que se burló de Jesús diciéndole que fuese más deprisa y fue condenado a vagar por el mundo hasta el Segundo Advenimiento. Podría pensarse que quien retocó la pintura era su apologista y pintó ese gesto de compasión trágica sobre la representación de Leonardo. Ahí tienes una idea, Georg. Ya sabes que los cortesanos y mercaderes ricos que se reunían en los estudios de los pintores eran incluidos informalmente en sus obras. Tal vez Ahasuerus iba por allí posando de él mismo, movido por una especie de compulsión culpable, y luego robaba las telas y las corregía. Ahora bien, esa es una teoría.

Miré a Georg, a la espera de que me respondiera. Él asentía lentamente con la cabeza mientras me miraba a los ojos en un tácito acuerdo, sin el menor rastro de humor en su expresión.

—¡Georg! —exclamé—. ¿Lo dices en serio? Quieres decir que...

Me interrumpió suavemente, pero con firmeza.

—Charles, dame solo unos minutos más para explicártelo. Te advertí que mi teoría era fantástica.

Antes de que yo pudiese protestar, Georg me extendió otra fotografía.

—La *Crucifixión* del Veronés —dijo—. ¿Reconoces a alguien? Ahí debajo, a la izquierda.

Levanté la fotografía hacia la luz.

—Tienes razón —respondí—. El tratamiento veneciano tardío es diferente, mucho más pagano, pero resulta evidente. Georg, el parecido es asombroso.

—De acuerdo. Pero no es solo el parecido. Observa la pose y la caracterización.

Identificado nuevamente por su hábito negro y las tiras de las sandalias cruzadas, la figura de Ahasuerus asomaba entre la multitud. Lo que llamaba la atención no era tanto que el gesto fuera idéntico al del Leonardo retocado —Ahasuerus mirando al Cristo agonizante con una expresión de profunda compasión, una interpretación que carecía enteramente de sentido—, como el notable parecido entre los dos rostros. Se diría que habían sido pintados usando el mismo modelo. Puede que aquí la barba fuese un poco más poblada, a la manera veneciana, pero los planos de la cara, las sienes convexas, la bella rudeza de la boca y la mandíbula, la sabia resignación de los ojos, propia de un médico ambulante que es testigo de un acto de bárbara hermosura e intensidad, todo lo cual se repetía con exactitud en el Leonardo. Hice una mueca de impotencia.

—Una coincidencia asombrosa —dije finalmente. Georg asintió—. Otra coincidencia es que, al igual que el Leonardo, este cuadro fue robado poco después de que lo limpiaran. Dos años más tarde, cuando recuperaron la tela, en Florencia, presentaba un ligero deterioro y no se hicieron más intentos de restaurarla. —Georg hizo una pausa.

—¿Entiendes lo que quiero decir, Charles?

—Más o menos. Sospechas, supongo, que si ahora se limpiara el Veronés emergería una versión de Ahasuerus muy diferente de la que se ve aquí. La representación original del Veronés.

—Exacto. Después de todo, la interpretación actual no tiene sentido. Si todavía no estás convencido, mira estas otras fotos.

Nos pusimos de pie y empezamos a examinar el resto de las fotografías. En cada una de ellas —el Poussin, el Holbein, el Goya y el Rubens— aparecía la misma figura, con el mismo rostro taciturno vuelto hacia la cruz y en una actitud de piadosa comprensión. En vista de los estilos tan diferentes de los artistas, el grado de semejanza era notable. Asimismo, en todas las representaciones, la pose de la figura carecía de sentido, y su caracterización difería por completo del papel desempeñado por Ahasuerus en la leyenda.

Para entonces, yo me había contagiado físicamente de la intensidad de aquella convicción. Georg tamborileaba sobre el escritorio con la palma de una mano.

—Charles, cada una de las seis pinturas fue robada poco después de que la hubieran limpiado. Hasta el Holbein fue escamoteado de la colección de Hermann Göring por algún SS renegado, después de haber sido restaurado por los internos del campo de concentración. Tal como has dicho tú mismo, se diría que el ladrón no quiere que el mundo vea la verdadera imagen de Ahasuerus y pinta estas apologías con toda intención.

—Sin embargo, Georg, haces una suposición arriesgada. ¿Puedes probar que, aparte del Leonardo, en todos los casos hay una versión original debajo?

—Aún no. Por supuesto, las galerías son reacias a darle a alguien la oportunidad de probar que sus obras no son completamente auténticas. Sé que no se trata más que de una hipótesis, pero ¿qué otra explicación le encuentras?

Me dirigí hacia la ventana negando con la cabeza y dejé que el ruido y el ajetreo de Bond Street se abrieran paso a través de las embriagadoras conjeturas de Georg.

—¿De verdad sugieres que la negra figura de Ahasuerus se anda paseando por ahí, y que durante todos estos siglos ha estado robando y retocando las pinturas que lo representan despreciando a Jesús? ¡La idea es ridícula!

—No más ridícula que el robo del cuadro. Todo el mundo está de acuerdo en que no pudo haber sido nadie sometido a las leyes del universo físico.

Por un momento nos miramos fijamente por encima del escritorio.

—Vale —contemporicé, pues no quería ofenderlo. La intensidad de su idea fija me había alarmado—, pero ¿no sería mejor sentarnos a esperar a que el Leonardo reaparezca?

—No necesariamente. La mayoría de las pinturas robadas estuvo perdida durante diez o veinte años. Puede que el esfuerzo de trasponer los límites del espacio y el tiempo lo deje exhausto, o puede que la visión de los originales lo aterrorice, por lo que... —Georg enmudeció cuando comencé a avanzar hacia él.

—Mira, Charles, tu teoría es fantástica, pero existe una mínima posibilidad de que

sea la verdad. Aquí es donde necesito tu ayuda. Es evidente que este hombre debe ser un gran mecenas de las artes, atraído por los artistas que pintan crucifixiones por una compulsión irresistible, un implacable sentimiento de culpa. Tenemos que empezar a vigilar las salas de ventas y las galerías. Ese rostro, esos ojos oscuros, ese perfil... Tarde o temprano los veremos detrás de otra *Crucifixión* o de alguna *Piedad*. Haz memoria, ¿no reconoces las facciones?

Bajé la vista hacia la fotografía, tenía la imagen del hombre errante de ojos negros delante de mí. «Date prisa», le había espetado con sorna a Jesús cuando este pasaba, cargando la cruz, hacia el Gólgota, y Jesús le había respondido: «Me doy prisa, pero tú esperarás hasta mi regreso». Estaba por decirle «no» a Georg cuando algo me detuvo, una pausa refleja de reconocimiento se abrió paso en mi mente. El bello perfil levantino, desde luego vestido con ropas diferentes, un elegante traje de rayas oscuras, un bastón con la empuñadura de oro y polainas, pujando a través de un agente...

—¿Lo has visto? —Georg se me acercó—. Charles, creo que yo también lo he visto.

Lo aparté con un gesto.

—No estoy seguro, Georg, pero... tal vez.

Curiosamente, era el retrato retocado de Ahasuerus, y no el original de Leonardo, el que me parecía más real, más parecido al rostro que yo estaba seguro de haber visto. De repente me volví hacia Georg.

—Maldición, Georg, ¿te das cuenta de que si esta increíble idea tuya es verdad, ese hombre debe de haber hablado con Leonardo, con Miguel Ángel, con Tiziano y con Rembrandt?

Georg asintió.

—Y también con alguien más —añadió pensativo.

Durante el mes siguiente, tras el regreso de Georg a París, pasé menos tiempo en mi oficina y más en las salas de ventas, vigilante, en busca de ese rostro que, estaba convencido, yo había visto antes. De no haber sido por esa implacable convicción, habría descartado la conjetura de Georg como una fantasía obsesiva. Hice unas cuantas indagaciones sutiles entre mis ayudantes y, para mi fastidio, dos de ellos también recordaban de forma vaga a esa persona. Después de eso, yo mismo fui incapaz de ahuyentar de mi mente las fantasías de Georg de Stael. No supimos nada más del Leonardo perdido; la total ausencia de pistas consternaba a la policía y al mundo del arte por igual.

Por consiguiente, cinco semanas más tarde, sentí un enorme alivio, tan grande como mi entusiasmo, al recibir el siguiente telegrama:

CHARLES, VEN INMEDIATAMENTE. LO HE VISTO.  
GEORG DE STAEL.

Esta vez, mientras el taxi me conducía del aeropuerto de Orly hasta la Madeleine, no era una ociosa distracción lo que me impulsaba a escudriñar los jardines de las Tullerías en busca de algún atisbo de un hombre alto, tocado con un sombrero negro de ala ancha, escurriéndose entre los árboles con un lienzo enrollado bajo el brazo. ¿Georg de Stael había perdido final e irreversiblemente sus cabales, o de verdad había visto al fantasma Ahasuerus?

Cuando me recibió en la entrada de Normande et Cie., su apretón de manos fue tan firme como lo había sido siempre, y su rostro estaba sereno y relajado. Ya en su oficina se acomodó en el sillón y me miró por encima de las puntas de sus dedos con aire socarrón, tan obviamente seguro de sí que podía dejar que sus noticias aguardaran la oportunidad apropiada.

—Está aquí, Charles —dijo finalmente—. En París, alojado en el Ritz. Ha estado asistiendo a las subastas de maestros de los siglos XIX y XX. Si tenemos suerte, lo verás esta misma tarde.

Por un momento, sentí que mi incredulidad regresaba, pero antes de que pudiera balbucear mis reparos, Georg me indicó que guardara silencio.

—Charles es tal como esperábamos. Alto y robusto, con cierta gracia escultural; la clase de hombre que se mueve sin obstáculos entre ricos y aristócratas. Leonardo y Holbein lo plasmaron con exactitud; la extraña intensidad de sus ojos atormentados, el viento de los desiertos y las hondonadas profundas.

—¿Cuándo lo viste por primera vez?

—Ayer por la tarde. Casi habíamos finalizado las ventas del siglo XIX, cuando apareció un pequeño Van Gogh, una copia inferior de *El buen samaritano*. Una de esas telas pintadas durante su última época de locura, repleta de espirales turbulentas, con figuras que parecen bestias atormentadas. Por alguna razón, el rostro del Samaritano me recordó el de Ahasuerus. Solo entonces levanté la vista y examiné la atestada sala de subastas.

Georg se inclinó hacia delante en su silla.

—Para mi asombro, estaba ahí, sentado en primera fila, a menos de un metro de distancia, mirándome fijamente. Yo no podía apartar mis ojos de él. En cuanto comenzó la subasta, el hombre ofreció una suma importante; subió a dos mil francos.

—¿Se llevó la tela?

—No. Por fortuna yo todavía estaba lúcido. Obviamente, tenía que asegurarme de que ese era el hombre que buscamos. Antes, solo había aparecido representado como Ahasuerus, pero en nuestros días hay pocos pintores que pinten crucifixiones en el estilo del *bel canto* y es posible que haya intentado purgar su culpa representando otros papeles, por ejemplo el del Samaritano. Los demás dejaron de pujar al llegar a los quince mil —en realidad, la reserva solo era de diez mil—, así que me decidí e hice retirar la pintura. Estaba seguro de que si él era Ahasuerus volvería al día siguiente, y necesitaba veinticuatro horas para avisaros a ti y a la policía. Dos de los

hombres de Carnot vendrán esta tarde. Les he contado una vaga excusa y serán discretos. Por supuesto, cuando hice retirar el pequeño Van Gogh se armó un lío tremendo. Todos pensaron que me había vuelto loco. Nuestro moreno amigo se puso de pie de un salto y exigió una explicación. Tuve que decir que sospechaba de la autenticidad de la tela y que estaba protegiendo la reputación de la galería, pero que, si finalmente la encontraba satisfactoria, la sacaría a remate al día siguiente.

—Muy listo —comenté.

Georg inclinó la cabeza.

—Yo también lo pensé. Era una buena trampa. El hombre se lanzó de inmediato a una apasionada defensa del lienzo. En condiciones normales, alguien con su obvia experiencia en las subastas habría guardado un prudente silencio, pero él ofreció toda clase de detalles sobre la mala calidad de los pigmentos de Vincent, el reverso de la tela y cosas por el estilo. El reverso de la tela, fíjate, lo que un modelo recordaría mejor de un cuadro. Le dije que no estaba enteramente convencido y prometió regresar hoy. Ha dejado su dirección, por si se presentaba alguna dificultad.

Georg sacó de su bolsillo una tarjeta impresa en bajorrelieve plateado y leyó: «CONDE ENRIQUE DANILEWICZ, VILLA D'EST, CADAQUÉS, COSTA BRAVA». En la tarjeta también habían escrito: «HOTEL RITZ, PARÍS».

—Cadaqués —repetí—. Dalí vive cerca de ahí, en Port Lligat. Otra coincidencia.

—Quizá sea más que una coincidencia. Adivina qué está pintando actualmente el maestro catalán para la nueva catedral de San José, en San Diego. Uno de los mayores encargos que ha recibido hasta la fecha. ¡Exacto! Una crucifixión. Nuestro amigo Ahasuerus ya está rondando otra vez.

Georg extrajo una libreta encuadernada en piel del cajón central del escritorio.

—Ahora escucha esto. He estado investigando un poco la identidad de quienes posaron como modelos de Ahasuerus, por lo general algún insignificante principito o rey del comercio. El de Leonardo es imposible de rastrear. Su casa estaba abierta a todo el mundo, y por su estudio se paseaban libremente tanto los mendigos como las cabras. Cualquiera pudo haber entrado y posado para él. Pero los otros maestros fueron más selectivos. El Ahasuerus de Holbein fue un tal Henry Daniels, un importante banquero amigo de Enrique VIII. El del Veronés fue un miembro del Consejo de los Diez, nada menos que el futuro dogo, Enri Danieli; ambos hemos estado en el hotel de ese nombre, en Venecia. En el caso del Rubens, el modelo fue el barón Henrik Nielson, embajador de Dinamarca en Ámsterdam, y en el del Goya un tal Enrico Da Nella, financiero y gran mecenas del Prado. En el caso del Poussin, el modelo fue Henri, duque de Nille, el famoso diletante.

Georg cerró la libreta con un ostentoso ademán.

—Es realmente asombroso. —Dije.

—Y no exageras. Danilewicz, Daniels, Danieli, Da Nella, De Nille y Nielson. Alias Ahasuerus. ¿Sabes, Charles?, estoy un poco asustado, pero creo que estamos muy cerca del Leonardo extraviado.

Esa tarde, en consecuencia, nada fue más decepcionante que la ausencia de nuestra presa en la sala de subastas.

Por fortuna, la transferencia del Van Gogh de la subasta de la tarde anterior le había dado al cuadro un elevado número de lote, después de unas tres docenas de pinturas del siglo xx. Cuando comenzaron las ofertas por los Kandinski y los Leger, me senté en el estrado, detrás de Georg, y examiné la elegante asistencia. En una cita internacional como esa, en la que había expertos estadounidenses, magnates de la prensa inglesa y aristócratas franceses e italianos, coloreada por una buena cantidad de damas de vida galante, hasta la presencia de la notable figura descrita por Georg podría haber pasado inadvertida. Sin embargo, a medida que avanzábamos en el catálogo y los *flashes* de los fotógrafos se hicieron más molestos, empecé a preguntarme si nuestro hombre aparecería o no. El asiento que tenía reservado en la primera fila seguía vacío, y esperé con impaciencia a que ese fugitivo del tiempo y el espacio se materializara e hiciera su magnífica entrada tan pronto como se anunciara el Van Gogh.

Lo que sucedió fue que nadie ocupó el asiento ni se llevó la pintura. Desprestigiado por las dudas de Georg acerca de su autenticidad, el cuadro no había alcanzado su valor de reserva. Cuando acabaron las últimas subastas nos quedamos solos sobre la tarima, con nuestro cebo sin coger.

—Debe de haberse olido el pastel —susurró Georg, después de que los asistentes hubieron confirmado que el conde Danilewicz no estaba en ninguna de las demás salas. Un momento después, una llamada telefónica al Ritz confirmó que el conde había abandonado su *suite*, así como París, en dirección al sur.

—No cabe duda de que es un experto en eludir trampas como esta. ¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Cadaqués.

—¡Georg! ¿Has perdido el juicio?

—En absoluto. ¡Solo es una posibilidad, pero debemos aprovecharla! El inspector Carnot nos conseguirá un avión. Me inventaré alguna historia para dejarlo contento. Vamos, Charles, estoy seguro de que encontraremos el Leonardo en esa villa.

Llegamos a Barcelona, con Carnot detrás y el superintendente Jurgens, de la Interpol, para allanarnos el paso por la aduana. Tres horas después partimos en un convoy de coches de policía hacia Cadaqués. El rápido viaje por aquella costa fantástica, con sus monstruosas rocas que parecían gigantescos reptiles dormidos y la acristalada luz sobre el mar embalsamado, que evocaba las intemporales playas de Dalí, fue un prelude apropiado para el capítulo final. El aire sangraba diamantes a nuestro alrededor, haciendo centellear las inmensas agujas de piedra, las enormes murallas lunares que se transformaban repentinamente en plácidas calas de aguas cristalinas.

La Villa d'Est se alzaba en un promontorio, unos trescientos metros por encima

del pueblo, con sus altos muros y los postigos de sus ventanas moriscas resplandeciendo a la luz del sol como cuarzo blanco. Las grandes puertas negras, semejantes a las de la cripta de una catedral, estaban cerradas, y nadie acudió a abrirlas pese a que llamamos con insistencia. En ese momento tuvo lugar una prolongada disputa entre Jurgens y la policía local, que no se decidía entre su renuencia a ofender a un importante dignatario local —era evidente que el conde Danilewicz había financiado una docena de becas para artistas locales promisorios— y sus ansias de tomar parte en el hallazgo del Leonardo perdido.

Impacientes, Georg y yo nos apropiamos de un automóvil y su conductor, y partimos hacia Port Lligat. Antes tuvimos que prometerle al inspector que volveríamos a tiempo para recibir el vuelo comercial que aterrizaría en Barcelona, procedente de París, trayendo, supuestamente, al conde Danilewicz.

—No cabe duda, sin embargo —comentó Georg en voz baja, mientras nos marchábamos—, de que él viaja por otros medios.

Aún no habíamos decidido con qué excusa irrumpiríamos en los asuntos particulares del pintor más destacado de España, aunque la posibilidad de realizar exposiciones exclusivas simultáneamente en Northey's y las Galeries Normande podría haber funcionado. Mientras recorríamos el último tramo hacia la conocida villa blanca de dos plantas situada a orillas del mar, vimos que una gran limusina se dirigía hacia nosotros, llevándose a un visitante reciente.

En un punto donde el camino se estrechaba a causa de unos baches, los dos coches se cruzaron y, por un momento, los pesados vehículos se sumieron juntos en el polvo, crujiendo y gimiendo como dos mastodontes.

De repente, Georg aferró mi codo y señaló por la ventanilla.

—¡Charles! ¡Ahí está!

Bajé el cristal de mi ventanilla, mientras los dos conductores se insultaban mutuamente, y miré dentro de la oscura cabina del otro coche. Sentada en el asiento trasero, con la cabeza levantada hacia el ruido, estaba la gigantesca figura de un Rasputín de traje negro con raya diplomática; los puños blancos y alfiler de corbata de oro relucían en la sombra, y las manos enguantadas, cruzadas al frente, descansaban sobre la empuñadura de marfil del bastón. Al pasar junto a él, alcancé a ver la imponente cabeza saturnina, cuyas facciones vivientes corroboraban con precisión las que yo había visto reproducidas por tantas manos sobre tantos lienzos. Los ojos oscuros le brillaban con un intenso fulgor, las negras cejas se alzaban como alas sobre la frente alta, la fuerte curva de la barba prolongaba la mandíbula hacia delante como si fuera una lanza hendiendo el aire.

Pese a ir vestido con elegancia, toda su presencia irradiaba una tremenda inquietud, un poderoso carisma que parecía extenderse superando los límites del coche. Por un momento se cruzaron nuestras miradas, separados el uno del otro por menos de un metro de distancia. Él, sin embargo, tenía la mirada clavada más allá de mí, en algún hito lejano, una invisible cima que se recortaba eternamente sobre el

horizonte, y en sus ojos vi esa expresión de irredimible remordimiento, de desesperación casi alucinatoria, carente de autocompasión, o de cualquier otro alivio imaginable que se pueda concebir en los rostros de los condenados.

—¡Detenlo! —gritó Georg en medio del estrépito—. ¡Charles, llámalo!

Nuestro automóvil se salía lentamente de la última rodada y yo grité por encima de los gases de los motores:

—¡Ahasuerus! ¡Ahasuerus!

Sus ojos salvajes volvieron a fijarse en mí y él se irguió en su asiento afirmando un brazo negro en el borde de la ventanilla, como un gigantesco ángel mutilado a punto de emprender el vuelo. Entonces los dos coches se apartaron y un remolino de polvo nos separó de la limusina. Bajo el hechizo del aire plácido, la tormenta de tierra flotó, hacia atrás y hacia delante, durante diez minutos.

Cuando por fin se hubo disipado la nube y conseguimos dar la vuelta, la limusina había desaparecido.

Encontraron el Leonardo en la Villa d'Est, en un gran marco dorado apoyado contra la pared del salón. Para nuestra sorpresa, la casa estaba totalmente vacía, aunque dos empleados a los que les habían dado el día libre aseguraron que esa mañana, al marcharse, la casa estaba espléndidamente amueblada, como era habitual. Georg de Stael señaló que, sin duda, el desaparecido disponía de sus propios medios de transporte.

La tela no había sufrido daños, aunque un examen superficial confirmó que una mano experta había estado trabajando en una pequeña parte de esta. Una vez más, el rostro de la figura vestida de negro aparecía levantado hacia la cruz, con una chispa de esperanza, puede que hasta de redención, en su melancólica mirada. Las pinceladas ya se habían secado, pero Georg me hizo notar que la fina capa de barniz todavía estaba fresca.

Tras nuestro regreso triunfal a París, Georg y yo recomendamos que, en vista de las vicisitudes sufridas por la tela, no se hicieran más intentos de limpiarla o restaurarla, y con un suspiro agradecido el director y el personal del Louvre volvieron a asegurarla en su muro. Quizá la pintura no sea del todo obra de Leonardo da Vinci, pero pensamos que los pequeños añadidos se han ganado un sitio en ella.

No tuvimos más noticias del conde Danilewicz, pero Georg se ha enterado de la reciente designación de cierto profesor Henrico Daniella como director del Museo de Arte Pancristiano de Santiago de Chile. Sus intentos de comunicarse con el profesor Daniella han sido infructuosos, pero ha sabido que el museo está sumamente interesado en reunir una vasta colección de pinturas de la Cruz.



## LA PLAYA TERMINAL

De noche, mientras dormía sobre el suelo del búnker en ruinas, Traven oía las olas que rompían a lo largo de la costa de la laguna como el ruido de gigantescas aeronaves calentando sus motores en la cabecera de la pista. Este recuerdo de las grandes incursiones nocturnas sobre el territorio japonés había llenado sus primeros meses en la isla con imágenes de bombarderos en llamas que caían por el aire a su alrededor. Más tarde, con los ataques de beriberi, la pesadilla pasó, y el oleaje empezó a recordarle las grandes olas del Atlántico sobre la playa de Dakar, donde él había nacido, así como los atardeceres en que, asomado a la ventana, esperaba a que sus padres regresaran a casa desde el aeropuerto, por el camino de la cornisa. Abrumado por este recuerdo olvidado desde hacía tanto tiempo, Traven se despertaba inquieto en la cama de revistas viejas donde dormía y salía hacia las dunas que guardaban la laguna.

A través del aire frío de la noche podía ver las Superfortalezas volantes que yacían abandonadas entre las palmeras, fuera del perímetro del campo de aterrizaje de emergencia, a unos trescientos metros de distancia. Traven caminaba por la arena oscura, habiendo olvidado ya dónde estaba la costa, aunque el atolón tenía menos de un kilómetro de ancho. Arriba, en las crestas de las dunas, las altas palmeras se inclinaban en el aire nocturno como símbolos de algún críptico alfabeto. El paisaje de la isla estaba repleto de extrañas cifras.

Abandonada la tentativa de encontrar la playa, Traven tropezó con las huellas que un gran vehículo oruga había dejado allí años atrás. El calor liberado por las pruebas atómicas había fundido la arena y la doble línea de marcas fósiles, que la brisa del atardecer había dejado al descubierto, serpenteaba entre los hoyos como si fuera el rastro de un saurio prehistórico.

Demasiado débil para seguir caminando, Traven se sentó entre las huellas. Con la esperanza de que el rastro pudiera conducirlo hasta la playa, se puso a excavar las marcas en forma de cuña que desaparecían debajo de un montículo de arena. Regresó al búnker poco antes del amanecer y durmió a través de los ardientes silencios del mediodía siguiente.

### *Los bloques*

Como de costumbre en esas tardes enervantes, cuando ni siquiera una ligera brisa marina perturbaba el polvo, Traven estaba sentado a la sombra de uno de los bloques, perdido en algún lugar del centro del laberinto. Con la espalda contra la rugosa superficie de hormigón, miraba con ojos fijos e indiferentes los pasadizos que lo circundaban y la hilera de puertas que tenía enfrente. Cada tarde dejaba la celda

abandonada del búnker de grabación entre las dunas y caminaba hacia los bloques. Durante la primera media hora se limitaba al pasillo perimetral, probando de cuando en cuando alguna puerta con la llave oxidada que llevaba en el bolsillo —y que había encontrado entre latas aplastadas y botellas rotas en el istmo de arena que separaba el campo de pruebas de la pista de aterrizaje—; después, inevitablemente, se dirigía hacia el centro de los bloques como si estuviera drogado, echando a correr a veces, entrando y saliendo por los corredores, como si intentara hacer salir de su escondrijo a algún adversario invisible. Pronto se encontraba completamente extraviado. Sin importar cuánto se esforzara por regresar al perímetro, siempre se encontraba, una vez más, en el centro.

Al final abandonaba los intentos y se sentaba en el polvo, a mirar cómo las sombras emergían de las grietas al pie de los bloques. Por alguna razón, siempre se las arreglaba para quedar atrapado cuando el sol estaba en el cenit; sobre Eniwetok, el mediodía termonuclear.

Una cuestión en particular le intrigaba: ¿qué clase de gente habitaría esta mínima ciudad de hormigón?

### *El paisaje sintético*

—Esta isla es un estado mental —le diría más tarde Osborne, uno de los científicos que trabajaban en los viejos corrales submarinos. La verdad de aquella observación se le hizo evidente a las dos o tres semanas de haber llegado. A pesar de la arena y las escasas palmeras anémicas, todo el paisaje de la isla era sintético, un artefacto fabricado por el hombre, con todas las asociaciones de un vasto sistema de decrepitas autopistas de hormigón. Desde la moratoria de pruebas nucleares, la Comisión de Energía Atómica había dejado la isla abandonada y el páramo de depósitos de armas, pasadizos, torres y casamatas había impedido todo intento de devolverla a su estado natural. (Traven admitía que también había motivos inconscientes más poderosos: si el hombre primitivo había sentido la necesidad de asimilar los acontecimientos del mundo exterior a su psique, el hombre del siglo xx había invertido el proceso. Según esta vara de medir cartesiana, la isla al menos existía en un sentido que no podía aplicarse a muchos otros lugares).

Sin embargo, aparte de unos cuantos científicos, nadie había tenido deseos de visitar el antiguo terreno de pruebas y el barco de la patrulla naval anclado en la laguna había sido retirado tres años antes de la llegada de Traven. El aspecto ruinoso de la isla y su asociación con el período de la Guerra Fría —que Traven había bautizado el «Pretercera»— eran profundamente depresivos: un Auschwitz del alma cuyos mausoleos contenían las fosas comunes de los que aún no habían muerto. Con la distensión del conflicto ruso-estadounidense, este capítulo de pesadilla de la historia había sido olvidado de muy buen grado.

## *El Pretercera*

El poder destructivo real y potencial de la bomba atómica da ventaja claramente al inconsciente. Incluso un examen superficial de la vida onírica y las fantasías de los dementes basta para comprobar que en la mente inconsciente están latentes las ideas de la destrucción total del mundo. La ciudad de Nagasaki, arrasada por la magia de la ciencia, es por ahora lo más próximo a la realización de unos sueños que aun en la segura inmovilidad del sueño se convierten habitualmente en pesadillas de ansiedad.

GLOVER, *Guerra, sadismo y pacifismo*

El Pretercera. En la mente de Traven, este período estaba caracterizado principalmente por sus inversiones morales y psicológicas, por su sentido de la totalidad de la historia y, en particular, del futuro inmediato —las dos décadas entre 1945 y 1965— suspendido del trepidante cráter volcánico de la Tercera Guerra Mundial. Hasta la muerte de su esposa y de su hijo de seis años en un accidente de tránsito le parecían tan solo una parte de esta vasta síntesis del cero histórico y psíquico, las frenéticas autopistas en las que cada mañana su esposa y su hijo encontraban la muerte, las carreteras que conducían hacia el apocalipsis global.

### *La tercera playa*

Había llegado a la orilla a medianoche, tras la arriesgada búsqueda de un hueco en el arrecife. El pequeño bote de motor, que había alquilado a un pescador de perlas australiano en Charlotte Island, había encallado en los bajíos con el casco desgarrado por el filo del coral. Exhausto, Traven anduvo por las dunas en la oscuridad, de la cual se alzaban las tenues siluetas de los búnkeres y las torres de hormigón entre las palmeras.

Despertó a la mañana siguiente, bajo la luz brillante del sol, tumbado en mitad de la pendiente de una amplia playa de hormigón. La extensión rodeaba lo que parecía ser una cisterna o cuenca vacía, que había servido como blanco durante las pruebas. De unos noventa metros de diámetro, la cuenca era parte de un sistema de lagos artificiales construidos en el centro del atolón. Las hojas y el polvo habían atascado las alcantarillas, y un charco de agua caliente de medio metro de profundidad reflejaba una distante fila de palmeras.

Traven se sentó y se examinó. Este breve inventario, cuyo único resultado fue la confirmación de su identidad física, se limitaba a poco más que su cuerpo delgado vestido con unas raídas ropas de algodón. Sin embargo, en el contexto del terreno circundante, hasta esa colección de harapos parecía poseer una vitalidad especial. La

desolación y la vacuidad de la isla, la ausencia de toda fauna local, se acentuaban por la presencia de las vastas formas esculturales de las cuencas que habían servido de objetivos y horadaban su superficie. Separados entre sí por estrechos istmos, los lagos se extendían siguiendo la curva del atolón. En ambas orillas, a veces a la sombra de las escasas palmeras que habían logrado aferrarse precariamente al cemento agrietado, había carreteras, torres para cámaras de grabación y casamatas aisladas, cuyo conjunto cubría la isla como un manto continuo de hormigón, una arquitectura megalítica y funcional, tan gris y ominosa (y, aparentemente, tan antigua en su proyección hacia —y desde— el tiempo futuro) como cualquiera perteneciente a Asiria o Babilonia.

Las diversas series de pruebas militares habían fundido la arena en capas y esos estratos pseudogeológicos sintetizaban las breves épocas, de microsegundos de duración, de la era termonuclear. «La clave del pasado está en el presente». Aquí, la clave del presente estaba en el futuro. Esta isla era el fósil de una época futura, y sus búnkeres y casamatas ilustraban el principio de que el registro fósil de la vida se compone de armaduras y exoesqueletos.

Traven se arrodilló en el charco cálido, y se salpicó la camisa y los pantalones. El reflejo mostraba la acuosa imagen de unos hombros demacrados y una cara barbuda. Había llegado a la isla sin más provisiones que una barrita de chocolate y la suposición de que, de algún modo, la isla le proporcionaría medios de subsistencia. Puede que, además, hubiera identificado la necesidad de alimentos con un movimiento temporal hacia delante, y que hubiera supuesto que con su retorno al pasado, o a lo sumo a una zona atemporal, esa necesidad desaparecería. Las privaciones de los últimos seis meses de su viaje por el Pacífico ya le habían mermado el cuerpo, siempre magro, y ahora parecía un mendigo trashumante, sostenido únicamente por la preocupada mirada de sus ojos. Pese a ello, al eliminar las superfluidades de la carne, la emaciación revelaba una correosa fortaleza interior, cierta economía y precisión de los movimientos.

Traven deambuló de un lado a otro durante varias horas, inspeccionando un búnker tras otro, en busca de un lugar cómodo para dormir. Atravesó los restos de una pequeña pista de aterrizaje, junto a un vertedero en el que yacía una docena de bombarderos B-29, apuntando en diferentes direcciones como aves reptilianas muertas.

### *Los cadáveres*

En una ocasión, se metió en una callecita de casetas metálicas, entre las cuales había un bar, salones recreativos y cobertizos con duchas. Detrás del bar, semienterrado en la arena, había un gramófono automático destrozado, con su selección de discos aún intacta.

Más lejos, tirados en un pequeño lago, a unos cincuenta metros de las chabolas,

estaban los cuerpos de quienes, según Traven creyó en un principio, habían sido los anteriores habitantes de ese pueblo fantasma: una docena de maniqués de plástico de tamaño natural. Las caras medio derretidas, retorcidas en muecas indistintas, lo observaban desde una confusión de piernas y torsos.

Desde la izquierda y la derecha, amortiguado por las dunas, llegaba el ruido de las grandes olas que rompían en la parte exterior de los arrecifes y las playas de la laguna. Traven, sin embargo, rehuía el mar; titubeaba ante cada elevación o cada duna que amenazara con hacerlo visible. Por todas partes, las torres de grabación ofrecían una adecuada vista aérea de la confusa topografía de la isla, pero Traven siempre evitaba aquellas escalerillas oxidadas.

Pronto advirtió que si bien las torres y las casamatas podían parecer dispuestas al azar, constituían un núcleo que dominaba el paisaje y lo dotaba de una perspectiva singular. Como notó al sentarse a descansar en el ventanuco de un búnker, todos esos puestos de observación ocupaban posiciones en una serie de perímetros concéntricos que formaban arcos cada vez más cerrados hacia el santuario interior. Este círculo final, debajo de la zona cero, quedaba oculto detrás de una hilera de dunas, unos cuatrocientos metros hacia el oeste.

### *El búnker terminal*

Tras dormir unas cuantas noches al aire libre, Traven volvió a la playa de hormigón en la que había despertado la primera mañana que pasó en la isla y montó su hogar — si así podía llamársele a aquel tugurio derruido y húmedo— en uno de los búnkeres para las cámaras, a unos cincuenta metros de los lagos que habían servido de blancos militares. Aunque la estancia oscura, de paredes gruesas e inclinadas pudiera parecer una tumba, le proporcionaba cierta sensación de seguridad física. Fuera, la arena se acumulaba a los lados y cubría la entrada angosta, dejándola medio enterrada, como si cristalizara el larguísimo lapso de tiempo transcurrido desde la construcción del búnker. Sobre la pared occidental, como ideogramas rúnicos, se distribuían los estrechos rectángulos de las cinco hendidias para las cámaras, cuyas formas y posiciones estaban determinadas por los instrumentos. Variaciones de estos signos — la característica peculiar de la isla— adornaban las paredes de los otros búnkeres. Por las mañanas, si Traven estaba despierto, siempre encontraba el sol dividido en esos cinco emblemáticos rayos.

La mayor parte del tiempo, una luz húmeda y triste llenaba la estancia. En la torre de control del campo de aterrizaje, Traven encontró una colección de revistas viejas y se hizo una cama con ellas. Un día, mientras yacía en el búnker, poco después del primer ataque de beriberi, extrajo de la cama una revista que se le clavaba en la espalda. Dentro encontró la fotografía de una niña de seis años, que ocupaba una página completa. La niña rubia, de expresión seria y ojos introspectivos, despertó en él mil dolorosos recuerdos de su hijo. Clavó la página en el muro y la contempló

entre ensueños durante días enteros.

En las primeras semanas, Traven no hizo ningún intento de abandonar el búnker y dejó la exploración de la isla para más adelante. El simbólico viaje por los círculos interiores establecía sus propios horarios de partida y de llegada. Traven no desarrolló ninguna rutina. Pronto se desvaneció todo sentido del tiempo y su vida se tornó puramente existencial: cada instante separado del siguiente por una ruptura, como dos acontecimientos cuánticos. Demasiado débil para buscar comida, se alimentaba de las viejas latas de raciones que encontraba en las deterioradas Superfortalezas. Sin herramientas, abrirlas le tomaba todo un día. Su decadencia física avanzaba, pero él se miraba las piernas y los brazos esqueléticos con indiferencia.

Para entonces ya se había olvidado de la existencia del mar y suponía vagamente que el atolón era parte del continente. Cien metros hacia el norte y hacia el sur de su refugio, una serie de dunas con una empalizada de enigmáticas palmeras en la cima ocultaba la laguna y el mar, y el débil y apagado tamborileo nocturno de las olas se le había fundido con los recuerdos de la guerra y de su infancia. Hacia el este estaban la pista de aterrizaje de emergencia y el avión abandonado. Bajo la luz de la tarde, sus inquietas sombras rectilíneas parecían contorsionarse y girar. Frente al búnker, donde él se sentaba, se encontraba el sistema de lagos que habían sido objetivos militares; sus cuencas poco profundas se extendían a través del atolón.

Sobre su cabeza, las cinco aberturas contemplaban esta escena como símbolos tutelares de un mito futurista.

### *Los lagos y los espectros*

Los lagos habían sido diseñados para detectar cualquier cambio radiobiológico en un grupo de animales escogidos, pero hacía tiempo que los especímenes se habían convertido en grotescas parodias de sí mismos y habían sido destruidos.

A veces, después del atardecer, cuando una luz sepulcral bañaba los búnkeres y las calzadas de hormigón, cuando las cuencas parecían los lagos ornamentales de una ciudad de mausoleos desiertos, abandonados hasta por los muertos, Traven veía los espectros de su mujer y de su hijo, de pie en la orilla opuesta. Sus solitarias figuras parecían haber estado observándolo durante horas. Aunque nunca se movían, él estaba seguro de que le hacían señas. Cuando salía de su ensoñación, se dirigía dando tumbos por la arena oscura hasta la orilla del lago y lo atravesaba por el agua, gritándoles en silencio a las dos figuras que se alejaban tomadas de la mano entre los lagos y desaparecían por carreteras distantes.

Temblando de frío, Traven volvía al refugio y se tumbaba en la cama de revistas viejas, a la espera de que regresaran. Las imágenes de sus rostros, las pálidas mejillas de su esposa, flotaban en el río de su memoria.

### *Los bloques (II)*

No se percató de que jamás dejaría la isla hasta que descubrió los bloques. Para entonces, unos dos meses después de su llegada a la isla, había agotado sus escasas provisiones y los síntomas de beriberi eran cada vez más agudos. La insensibilidad de sus manos y pies, así como la gradual pérdida de energía se prolongaban. Solo un esfuerzo tremendo, y saber que el santuario interior de la isla seguía inexplorado, consiguieron sacarlo del camastro de revistas y empujarlo fuera del búnker.

Aquella noche, mientras estaba sentado en el montículo de arena, junto a la entrada de su refugio, advirtió una luz que brillaba a lo lejos, por entre las palmeras, circundando el atolón. Confundiéndola con la imagen de su mujer y su hijo, imaginando que lo esperaban junto a un cálido hogar entre las dunas, Traven marchó hacia la luz. Antes de cincuenta metros ya había perdido la orientación. Anduvo sin rumbo fijo, por el borde de la pista de aterrizaje, durante varias horas y lo único que consiguió fue cortarse un pie con una botella rota de Coca-Cola enterrada en la arena.

Tras posponer su búsqueda aquella noche, partió otra vez, de veras, la mañana siguiente. Al pasar junto a las torres y las casamatas, el calor era un manto continuo que cubría toda la isla. Había ingresado en una zona sin tiempo. Solo los sucesivos perímetros, cada vez más estrechos, le advertían que estaba atravesando el área central de la zona de blancos.

Escaló la altura que señalaba el punto más lejano de sus exploraciones anteriores. En el llano que había debajo, las torres de grabación se elevaban en el aire como obeliscos. Traven se dirigió hacia ellas. Impresos sobre los muros grises, se veían los débiles contornos de figuras humanas en posturas estilizadas: las sombras instantáneas de la comunidad del área de objetivos, quemadas sobre el cemento. Aquí y allá, donde la plataforma de hormigón se había agrietado, pendía en el aire inmóvil una fila de palmeras. Los lagos de la zona de disparo eran más pequeños y estaban atestados de cuerpos destrozados de maniqués de plástico. La mayoría seguía en las inofensivas posturas domésticas en que habían sido colocados antes de las pruebas.

Detrás de la última línea de dunas, donde las torres de grabación comenzaban a girar y apuntar a Traven, se veían las partes superiores de lo que parecía ser una manada de elefantes de lomos cuadrados. Estaban colocados siguiendo un orden preciso, en una depresión poco profunda que formaba un corral, y la luz del sol se reflejaba en sus lomos.

Traven avanzó hacia ellos, cojeando a causa del pie herido. A un lado y a otro, la arena de las dunas se había soltado y algunos de los bloques estaban inclinados hacia un costado. Esta planicie con búnkeres se extendía unos cuatrocientos metros; las moles semienterradas, arrancadas hacia la superficie por los bombardeos de alguna de las primeras pruebas, parecían los úteros abandonados que habían dado a luz esta manada de megalitos.

*Los bloques (III)*

Para captar mínimamente la enorme cantidad y el opresivo tamaño de los bloques, así como su efecto sobre Traven, debemos intentar visualizarlo sentado a la sombra de uno de esos monstruos de hormigón o caminando por el centro de ese inmenso laberinto que se extendía a través de la llanura central de la isla. Había dos mil bloques. Cada uno de ellos era un cubo perfecto de cuatro metros y medio de altura, separado del siguiente por intervalos regulares de diez metros. Estaban dispuestos en series de doscientos bloques cada una, inclinados en dirección de la explosión. En todos esos años, las inclemencias del tiempo apenas les habían hecho mella y sus delgados perfiles eran como las afiladas cuchillas de un gigantesco molde de matriz diseñado para acuñar volúmenes de aire rectilíneos del tamaño de una casa. Tres de los muros eran lisos y continuos, pero el cuarto, siempre del lado opuesto al lugar del estallido, tenía una estrecha portezuela de acceso.

Esta peculiaridad de los bloques perturbaba profundamente a Traven. Pese al considerable número de ellas, por algún capricho de la perspectiva, desde un punto dado del laberinto solo podían verse las puertas de un solo pasillo. Al caminar desde el perímetro hacia el centro del macizo de bloques, una tras otra, las líneas de pequeñas puertas metálicas aparecían y desaparecían.

Alrededor de veinte de esos bloques, aquellos que estaban justo debajo de la zona cero, eran macizos; los muros de los demás bloques tenían un espesor variado. Desde fuera todos parecían igualmente compactos.

Al entrar en el primero de los largos corredores, Traven sintió que la sensación de fatiga que lo había perseguido durante tantos meses comenzaba a abandonarlo. Con su regularidad y acabado geométricos, los bloques parecían ocupar un espacio mayor que el de su volumen, lo que imponía a Traven un estado de ánimo de calma y orden absolutos. Continuó hacia el centro del laberinto, ansioso por obliterar el resto de la isla. Después de algunos giros al azar a izquierda y derecha se encontró solo, anulada la vista del mar, de la laguna y de la isla.

En ese lugar se sentó, con la espalda apoyada en uno de los bloques, olvidada ya la búsqueda de su esposa e hijo. Por primera vez desde su llegada a la isla la sensación de disociación causada por aquel paisaje ruinoso empezaba a ceder.

Le sucedió algo que no había previsto. Al caer la tarde, con la necesidad de abandonar los bloques para ir en busca de comida, descubrió que se había extraviado. Por más que regresara sobre sus pasos, que partiera hacia la izquierda, o hacia la derecha en dirección oblicua; por más que se orientara mediante el sol y avanzara con resolución hacia el norte o hacia el sur, siempre acababa otra vez en el punto de partida. Solo consiguió escapar cuando llegó la noche.

Tras abandonar su antiguo hogar, cerca del vertedero de aviones, Traven juntó toda la comida enlatada que pudo encontrar en los armarios de las torretas y las cabinas de mando de las Superfortalezas. Arrastró sus víveres a través del atolón en un tosco trineo. Se detuvo a unos cincuenta metros del perímetro de los bloques, se



apoderó de un búnker inclinado y clavó la descolorida fotografía de la niña rubia en la pared, junto a la puerta. La página se estaba haciendo trizas, como su propia imagen en un espejo roto. Desde su descubrimiento de los bloques se había transformado en una criatura de reflejos activados desde niveles más elevados que los de su sistema nervioso existente (Pensaba que si el sistema nervioso autónomo estaba dominado por el pasado, el sistema cerebroespinal se extendía hacia el futuro). Cada vez que despertaba, al anochecer, comía sin apetito y luego vagaba entre los bloques. Algunas veces llevaba consigo una cantimplora de agua y se quedaba ahí dos o tres días seguidos.

### *Los corrales submarinos*

Esta precaria forma de existencia se prolongó durante las semanas siguientes. Una noche, al salir hacia los bloques, vio una vez más a su esposa y a su hijo, de pie entre las dunas bajo una solitaria torre de grabación, observándolo con rostros inexpresivos. Comprendió que lo habían seguido a través de la isla, desde su anterior lugar favorito entre los lagos secos. Aproximadamente a la misma hora, vio de nuevo la luz distante que enviaba señales y decidió continuar la exploración de la isla.

A ochocientos metros de distancia encontró un grupo de cuatro corrales submarinos construidos en un brazo de mar, ahora seco, que serpenteaba entre las dunas. Los corrales aún contenían más de un metro de agua y estaban repletos de extraños peces y plantas luminiscentes. La baliza que advertía la presencia de un obstáculo fijo parpadeaba a intervalos desde la cima de una torre metálica. Sobre el embarcadero se alzaban los restos de un gran campamento que había sido evacuado recientemente. Traven cargó el trineo, codiciosamente, con las provisiones almacenadas en una de las casetas de metal.

Con este cambio de dieta, el beriberi cedió y durante los días siguientes Traven volvió con frecuencia al campamento. Parecía haber sido la base de operaciones de una expedición biológica. En la oficina de campaña encontró una serie de grandes mapas citogenéticos con cromosomas mutantes. Los enrolló y se los llevó a su búnker. Los abstractos patrones le resultaban incomprensibles, pero durante su convalecencia se entretuvo imaginándoles títulos adecuados. (Más tarde, cuando pasaba junto al vertedero de aviones en una de sus incursiones, encontró el gramófono automático semienterrado en la arena y, al darse cuenta de que había encontrado los nombres más apropiados para los mapas, arrancó del tablero la lista de discos. Embellecidos de este modo, los mapas adquirieron múltiples niveles de significaciones).

### *Traven: entre paréntesis*

Elementos de un mundo cuántico:

La playa terminal.  
El búnker terminal.  
Los bloques.

El paisaje está codificado.

Puntos de entrada al futuro = Niveles de un paisaje medular = Zonas de tiempo significativa.

5 de agosto. Encontramos al hombre llamado Traven. Un extraño personaje andrajoso, oculto en un búnker del interior abandonado de la isla. Padece exposición a condiciones extremas y desnutrición, pero no es consciente de ello ni, en realidad, de nada de lo que pasa en el mundo que lo rodea...

Sostiene que vino a la isla a llevar a cabo cierto experimento científico — que no menciona— pero sospecho que comprende sus auténticos motivos, así como el singular papel que desempeña la isla... De alguna manera, este paisaje parece participar de ciertas nociones inconscientes del tiempo y, especialmente, de aquellas que tal vez sean una premonición reprimida de nuestras propias muertes. Tal como el pasado ha demostrado, no es necesario hacer hincapié en las atracciones y peligros de semejante arquitectura...

6 de agosto. Sus ojos parecen los de un poseso. Sospecho que no es el primero en venir a la isla, ni el último.

Del *Diario de Eniwetok*, del doctor C. Osborne.

### *Traven extraviado entre los bloques*

Cuando se le acabaron las provisiones, Traven se mantuvo casi todo el tiempo dentro del perímetro de los bloques, guardando las escasas fuerzas que le quedaban para caminar lentamente por los corredores vacíos. La infección del pie derecho le dificultaba reponer los víveres en los almacenes que habían dejado los biólogos, y a medida que le menguaban las fuerzas encontraba cada vez menos motivos para abandonar los bloques. El sistema de megalitos había sustituido plenamente las funciones mentales que le proporcionaban esa impresión de un orden racional constante del tiempo y del espacio. Sin ellos, su apercepción de la realidad se reducía a poco más que unos cuantos centímetros cuadrados de arena bajo sus pies.

En una de sus últimas incursiones al laberinto, Traven se pasó toda la noche y gran parte de la mañana siguiente ocupado en una inútil tentativa de escapar. Arrastrándose de un rectángulo de sombra a otro, con la pierna pesada como un garrote y claramente inflamada hasta la rodilla, comprendió que tendría que encontrar

pronto un equivalente a los bloques o acabaría su vida ahí dentro, atrapado en el interior de ese mausoleo que él mismo se había construido, con la misma fatalidad que el séquito de un faraón.

Estaba sentado, incapaz de moverse, en algún lugar del centro del sistema; las indistintas filas de tumbas-casetas se alejaban de él, cuando el cielo fue dividido poco a poco, por el zumbido de una avioneta. La máquina pasó volando por encima de su cabeza y volvió cinco minutos después. Aprovechando la oportunidad, Traven se puso de pie con mucha dificultad y salió de los bloques con la cabeza levantada para seguir la estela de humo que relucía débilmente.

Tras tumbarse en el refugio, oyó vagamente que el aparato volvía y efectuaba un vuelo de inspección.

### *Un rescate atrasado*

—¿Quién es usted? ¿Se da cuenta de que está en las últimas?

—Traven... He tenido un accidente de alguna clase. Me alegra que hayan sobrevolado este lugar.

—Ya lo creo que sí. Pero ¿por qué no utilizó nuestro radioteléfono? No importa; llamaremos a la Marina y pediremos que vengan a buscarlo.

—No... —Traven se incorporó apoyándose en un codo y palpó sin energías un bolsillo a la altura de su cadera—. Tengo una identificación en alguna parte. Estoy investigando.

—¿Investigando qué? —La pregunta daba por supuesta una total comprensión de los motivos de Traven. Permaneció tumbado en la sombra, al socaire del búnker, y bebió con esfuerzo de una cantimplora mientras el doctor Osborne le vendaba el pie—. También ha estado robando nuestras provisiones.

Traven negó con la cabeza. A cincuenta metros, el Cessna con franjas azules se alzaba en la plataforma de hormigón como una brillante libélula.

—No me di cuenta de que volvían.

—Debe de estar en trance.

La joven que estaba ante los mandos del aeroplano bajó de un salto y avanzó hacia ellos. Echó un vistazo a los búnkeres grises y a las torres, y no pareció interesarse por la decrepita figura de Traven. Osborne le dirigió unas palabras y ella, tras mirar a Traven que seguía tumbado, regresó al aparato. Cuando la joven se giró, Traven se incorporó de forma refleja, al reconocer a la niña de la fotografía que tenía clavada en la pared. Después recordó que la revista no podía haber tenido más de cuatro o cinco años.

El motor de la avioneta se puso en marcha. Bajo la mirada de Traven, el aparato giró por una de las pistas y despegó con el viento a favor.

Esa misma tarde la joven regresó a los bloques en un todoterreno, y descargó un pequeño catre de campaña y un toldo de lona. Traven, que entretanto había dormido,

despertó renovado cuando el doctor Osborne regresó de su inspección de las dunas de los alrededores.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó la joven mientras amarraba un viento al techo del búnker.

Traven la contemplaba moverse.

—Yo... busco a mi esposa y a mi hijo.

—¿Están en esta isla? —Sorprendida, pero sin darle más vueltas a la afirmación de Traven, miró a su alrededor—. ¿Aquí?

—En cierto modo.

Tras inspeccionar el búnker, Osborne se reunió con ellos.

—La niña de la fotografía, ¿esa es su hija?

Traven dudó.

—No. Ella me ha adoptado a mí.

Sin poder encontrar un sentido a las respuestas de Traven, pero aceptando sus promesas de abandonar la isla, Osborne y la mujer volvieron a su campamento. El doctor regresaba cada día, con la joven al volante del todoterreno, a cambiarle las vendas. Ella parecía haber entendido el papel que Traven le había asignado.

Cuando supo que había sido piloto de guerra, Osborne pareció sospechar que se encontraba ante un mártir tardío al que la moratoria de pruebas termonucleares había dejado en la estacada.

—Un complejo de culpa no constituye una provisión sin límites de sanciones morales. En mi opinión, puede que usted le esté pidiendo demasiado al suyo.

Cuando Osborne le mencionó a Eatherly, Traven negó con la cabeza. Osborne, poco convencido, insistió.

—¿Está seguro de que usted no utiliza la imagen de Eniwetok de la misma forma, a la espera de su propio viento de Pentecostés?

—Créame, doctor. No —replicó Traven con firmeza—. Para mí la bomba de hidrógeno fue un símbolo de libertad absoluta. Creo que me ha dado el derecho (y hasta la obligación) de hacer lo que yo quiera.

—Me parece una lógica extraña —comentó Osborne—. ¿No somos responsables ni siquiera de nuestras personas físicas?

—Ahora no, según creo. Después de todo, en realidad somos hombres resucitados de entre los muertos.

No obstante, con frecuencia pensaba en Eatherly, el prototípico hombre del Pretercera —si se consideraba el 6 de agosto de 1945 su fecha de inicio— que llevaba una pesada carga de culpa cósmica.

Poco después de que Traven recuperara sus fuerzas y pudiera andar, tuvieron que rescatarlo una vez más de entre los bloques. Entonces Osborne se mostró menos conciliatorio.

—Nuestro trabajo está casi terminado —le comunicó en tono de advertencia—.

Se morirá aquí, Traven. ¿Qué es lo que busca entre esos bloques?

—La tumba del civil desconocido, el *Homo hydrogenensis*, el hombre de Eniwetok —murmuró para sí Traven y luego se dirigió a Osborne—. Doctor, su laboratorio está en el extremo equivocado de la isla.

—Lo sé, Traven —respondió Osborne con un tartamudeo—. Nadan peces más raros en su cabeza que en cualquier corral submarino.

El día antes de partir, la joven condujo a Traven hasta los lagos donde él había desembarcado. Como último regalo —un gesto irónico, imprevisible en el viejo biólogo—, la mujer había traído, por encargo de Osborne, la lista con las leyendas correctas para los mapas citogenéticos. Se detuvieron junto a los restos del gramófono y la ella pegó los nombres en el panel de selección de discos.

Deambularon entre los invertidos despojos de las Superfortalezas. Traven perdió de vista a la mujer y durante los diez minutos siguientes la buscó entre las dunas. La encontró de pie en un pequeño anfiteatro formado por los espejos inclinados de un dispositivo de energía solar construido por una de las expediciones anteriores. Cuando Traven apareció entre las estructuras de metal, ella le sonrió. En los paneles rotos se reflejó una docena de imágenes fragmentadas de la joven. En algunas aparecía sin cabeza, en otras sus brazos multiplicados se movían en semicírculos como los miembros serpentinos de una diosa hindú. Confundido, se dio la vuelta y regresó al todoterreno.

Mientras se alejaban en el coche, Traven recuperó la compostura. Le describió sus avistamientos de su esposa e hijo.

—Siempre tienen los rostros serenos —dijo él—. Mi hijo, sobre todo, aunque en realidad antes siempre se estaba riendo. La única vez que le vi una expresión seria fue el día en que nació. Ese día parecía tener millones de años.

La joven asintió con la cabeza.

—Espero que los encuentre. —Y, tras reflexionar un momento, añadió—: El doctor Osborne avisará a la Marina de que usted está aquí. Escóndase en alguna parte.

Traven se lo agradeció.

Al día siguiente, cuando ella se alejó volando de la isla por última vez, Traven, sentado en medio los bloques, le dijo adiós con la mano.

### *La patrulla naval*

Cuando la patrulla llegó a buscarlo, Traven se ocultó en el único lugar lógico. Por fortuna, la búsqueda fue superficial y se suspendió después de unas pocas horas. Los marineros habían traído consigo una provisión de cerveza y la expedición pronto se convirtió en una fiesta de borrachos.

Más tarde, en las paredes de las torres de grabación, Traven encontró bocadillos obscenos que, dibujados con tiza, salían de las bocas de las lúgubres siluetas, por lo

que ahora los personajes parecían tener el júbilo fálico de las figuras danzantes pintadas en las cavernas prehistóricas.

El punto culminante de la fiesta fue incendiar un depósito subterráneo de gasolina situado cerca de la pista de aterrizaje. Mientras escuchaba los megáfonos que lo llamaban a gritos —cuyos ecos se iban apagando entre las dunas como los desolados reclamos de unos pájaros moribundos— y, más tarde, con el estruendo de la explosión y las risas que acompañaron la partida de la barcaza, Traven tuvo el presentimiento de que esos serían los últimos sonidos que oiría.

Se había ocultado en una de las cuencas del área de disparo, tendiéndose entre los cuerpos destrozados de los maniqués de plástico. Desde el enredo de miembros, aquellos rostros deformados lo contemplaban bajo la cálida luz del sol, boquiabiertos y ciegos, con sonrisas desdibujadas como las de los muertos que ríen en silencio.

Esos rostros poblaban su mente mientras trepaba por los cuerpos y volvía a su refugio. Cuando iba de regreso hacia los bloques, vio las figuras de su esposa e hijo de pie en el camino. Estaban a menos de diez metros de él y sus pálidas caras lo observaban con una expresión de expectación casi abrumadora. Traven nunca los había visto tan cerca de los bloques. Las blancas facciones de su esposa parecían iluminadas desde dentro, entreabiertos los labios como en una sonrisa de bienvenida, extendida una mano para tomar la de Traven. El rostro serio de su hijo, con su expresión curiosamente fija, lo observaba con la misma sonrisa enigmática de la niña de la fotografía.

—¡Judith! ¡David! —Sobresaltado, Traven corrió hacia ellos. Entonces, en un repentino movimiento de la luz, sus ropas se transformaron en mortajas y vio las heridas que les desfiguraban el cuello y el pecho. Espantado, lanzó un alarido. Las figuras se desvanecieron y él huyó hacia la seguridad de los bloques.

### *El catecismo del adiós*

Esta vez descubrió que, tal como Osborne había predicho, le resultaba imposible abandonar los bloques.

Estaba sentado, con la espalda afirmada en un muro de hormigón en alguna parte del centro del laberinto, los ojos elevados hacia el sol. A su alrededor, las series de cubos formaban el horizonte de su mundo. A veces, parecían avanzar hacia él, alzándose como riscos mientras los intervalos que los separaban se estrechaban tanto que quedaban reducidos a un brazo de longitud, y un laberinto de corredores se extendía entre los bloques. Después retrocedían, separándose el uno del otro como los puntos de un universo en expansión, hasta que la fila de bloques más cercana formaba un intermitente acantilado que se alejaba paralelo al horizonte.

El tiempo se había tornado cuántico. El mediodía duraba horas; las sombras permanecían en el interior de los bloques y el calor se reflectaba en el suelo de hormigón. De repente descubría que eran las primeras horas de la tarde, o de la

noche: las sombras se extendían por doquier, como dedos que señalaban algo.

—*Adiós, Eniwetok* —murmuraba.

En algún lugar hubo un destello fugaz, como si uno de los bloques hubiese sido separado de los demás, como el abalorio de un ábaco.

*Adiós, Los Álamos.* Nuevamente, otro bloque parecía desaparecer. Alrededor de Traven, los corredores se mantenían intactos, pero en alguna parte de su mente se había abierto una pequeña extensión de espacio neutral.

*Adiós, Hiroshima.*

*Adiós, Alamogordo.*

—*Adiós, Moscú, Londres, París, Nueva York...*

Las lanzaderas se agitaron: una onda de números enteros perdidos. Se detuvo al comprender la futilidad de este rosario de despedidas. Semejante partida le exigiría dejar su firma en cada una de las partículas del universo.

*Mediodía total: Eniwetok*

Ahora los bloques ocupaban posiciones en una noria que giraba incesantemente. Lo llevaban hacia el cielo, desde donde podía ver toda la isla y el mar, y luego hacia abajo, a través del disco opaco del suelo de hormigón. Desde ahí miraba hacia lo alto y veía la superficie inferior del manto de hormigón, un invertido paisaje de oquedades rectilíneas, los terraplenes abovedados del sistema de lagos, los miles de pozos cúbicos de los bloques.

*Adiós, Traven*

Cerca del fin, Traven descubrió decepcionado que este rechazo final no le servía de nada.

En un intervalo de lucidez se miró los brazos y piernas esqueléticos, adornados por un encaje de úlceras. A su derecha había marcas en el polvo, el rastro vacilante de unos talones débiles.

A su izquierda, entre los bloques, se abría un largo corredor que se unía a una serie oblicua, a cien metros de distancia. En medio de los bloques, ahí donde una estrecha separación revelaba el espacio abierto más allá, se alzaba en el aire, inmóvil, una sombra con forma de media luna.

Durante la media hora siguiente, la sombra se movió lentamente, girando con el desplazamiento del sol: la silueta de una duna.

*La grieta*

Traven hizo suyo ese signo, que flotaba delante de él como el símbolo de un escudo, y se arrastró por el polvo. Se incorporó frágilmente hasta quedar de pie y se cubrió los ojos para no ver los bloques. Avanzó a razón de diez pasos por vez.

Diez minutos más tarde surgió del perímetro occidental de los bloques como un mendigo tambaleante que dejaba atrás una ciudad desierta y silenciosa. La duna se encontraba cincuenta metros delante de él. Más lejos, proyectando su sombra como una pantalla, había una elevación de piedra caliza que se perdía entre los montículos de tierra yerma situados pasado ese punto del atolón. Los restos de una vieja excavadora, unos rollos de alambre de espino y unos tambores de doscientos litros yacían semienterrados en la arena. Traven se acercó a la duna, reacio a abandonar ese anónimo montón de arena. La rodeó arrastrando los pies y se sentó junto a la entrada de una grieta poco profunda, justo debajo de la cima.

Tras sacudirse el polvo de la ropa, se quedó observando pacientemente el círculo de bloques.

Diez minutos después notó que alguien lo observaba a él.

### *El japonés abandonado*

Este cadáver, cuyos ojos miraban a Traven fijamente, estaba tumbado a su izquierda, en el fondo de la grieta. Era el cuerpo de un hombre de mediana edad y complexión robusta, que yacía de espaldas con la cabeza sobre una almohada de piedra; sus manos se extendían a los lados como si examinara la ventana del cielo. Sus ropas se habían deteriorado hasta transformarse en una tela blanquecina, pero como en la isla no había depredadores, la piel y los músculos del cadáver se habían conservado. Aquí y allá, en un ángulo de la rodilla o la muñeca, relucía una punta huesuda que había perforado el tegumento coriáceo, pero la máscara facial aún estaba intacta y revelaba a un varón japonés de las clases profesionales. Mirando la sólida nariz, la frente alta y la boca ancha, Traven supuso que el japonés había sido médico o abogado.

Consternado por cómo podría haber llegado el cadáver hasta ese lugar, Traven se deslizó unos pocos metros por la pendiente. La piel no mostraba quemaduras de radiación, lo cual indicaba que el japonés había llegado a la isla hacía menos de cinco años. Tampoco parecía que llevara uniforme, por lo que no se trataba de un miembro desafortunado de una expedición militar o científica.

A la izquierda del cadáver, al alcance de su mano, había un raído portafolio de cuero: los despojos de una cartera de mapas. A la derecha estaba la cáscara vacía de una mochila, dentro de la cual se veía una cantimplora y una pequeña marmita de campaña.

Traven bajó por la pendiente de arena hasta que sus pies tocaron las suelas despegadas de los zapatos del cadáver; el ciego impulso del hambre le hacía olvidar, de momento, que el japonés había elegido, deliberadamente, morir en esa grieta. Extendió un brazo y cogió la cantimplora. Un resto de agua se movió en el fondo herrumbrado. Traven se lo bebió de un trago. Las sales metálicas disueltas en el líquido le cubrían los labios y la lengua con una película amarga. La marmita estaba vacía, salvo por unos restos pegajosos de sirope condensado. Traven rascó el pegote



con el borde de la tapa y masticó las escamas alquitranadas, dejando de se le disolvieran en la boca con una dulzura casi embriagadora. Después de un rato se sintió exaltado y se sentó otra vez junto al cadáver. Los ojos ciegos del cuerpo lo contemplaban con inanimada compasión.

### *La mosca*

*(Una pequeña mosca —Traven supone que lo ha seguido hasta la fisura— zumba ahora sobre el rostro del cadáver. Con cierta sensación de culpa, Traven se inclina hacia delante para matarla; luego reflexiona que tal vez este minúsculo centinela ha sido el fiel compañero del cadáver, el cual, a cambio, la ha alimentado con los nutritivos licores y destilaciones de sus poros. Con cuidado de no hacer daño a la mosca, Traven la anima a posarse en su muñeca).*

OCTOR YASUDA: Gracias, Traven. En mis condiciones, ya entiende usted...

RAVEN: Por supuesto, doctor. Siento haber intentado matarla... estos hábitos tan arraigados, como usted sabe, no es fácil librarse de ellos. Los hijos de su hermana, en Osaka, en el cuarenta y cuatro, las exigencias de la guerra... Odio invocar esas excusas. La mayoría de los motivos conocidos son tan despreciables que entonces uno busca en lo desconocido con la esperanza de...

ASUDA: Por favor, Traven, no se avergüence. La mosca tiene la suerte de haber podido retener su propia identidad durante mucho tiempo. Ese hijo que usted llora, por no hablar de mis dos sobrinas y mi sobrino, ¿no morían acaso cada día? Todos los padres del mundo lloran a los hijos e hijas perdidos de sus tiernas infancias.

RAVEN: Es usted muy tolerante, doctor. Yo no me atrevería...

ASUDA: En absoluto, Traven. No intento disculparlo. Cada uno de nosotros es poco más que un magro residuo de las infinitas posibilidades no realizadas de nuestras vidas. Pero su hijo y mi sobrino están fijos para siempre en nuestras mentes, y sus identidades son tan ciertas como las estrellas.

RAVEN (*no del todo convencido*): Puede que así sea, doctor, pero en el caso de esta isla eso conduce a una conclusión peligrosa. Los bloques, por ejemplo...

ASUDA: A ellos precisamente me refiero, Traven. Aquí, entre los bloques, usted por fin encuentra una imagen de sí mismo libre de las vicisitudes del tiempo y del espacio. Esta isla es un Jardín del Edén ontológico, ¿por qué intenta expulsarse de él hacia un mundo cuántico?

RAVEN: Usted perdone. (*La mosca ha regresado volando a la cara del cadáver, y se posa en una de las órbitas reseca, dando al buen doctor una expresión inquisitiva. Traven extiende la mano y consigue que se le pose en la palma. La examina con cuidado*). Bueno, sí, estos búnkeres pueden ser objetos ontológicos, pero encuentro dudoso que esta sea la mosca ontológica. Es cierto que en esta isla es la única mosca, lo cual constituye una buena alternativa...

ASUDA: Usted no es capaz de aceptar la pluralidad del universo, Traven; pregúntese

por qué. ¿Por qué habría de obsesionarlo todo esto? Me parece que está usted persiguiendo el leviatán blanco, el cero. La playa es una zona peligrosa. Evítela. Sea auténticamente humilde y practique una filosofía de la aceptación.

RAVEN: ¿Puedo preguntarle, entonces, por qué ha venido, doctor?

ASUDA: A dar de comer a esta mosca, por supuesto. «¿Qué amor puede ser más grande...?».

RAVEN (*todavía confuso*): En realidad, eso no resuelve mi problema. Los bloques, verá usted...

ASUDA: Muy bien, si así tiene que ser...

RAVEN: Pero, doctor...

ASUDA (*en tono perentorio*): ¡Mate esa mosca!

RAVEN: Ese no es un fin, ni un principio.

(*Desesperanzado, mata la mosca, y cae dormido junto al cadáver*).

### *La playa terminal*

Mientras buscaba un trozo de cuerda en el vertedero, detrás de las dunas, Traven encontró un rollo de alambre oxidado. Después de desenrollarlo, lo utilizó para amarrar el torso del cadáver, como si fuera un arnés, y arrastrarlo fuera de la grieta. La tapa de un cajón de madera hacía las veces de tosco trineo. Traven sentó el cadáver sobre la madera, lo aseguró y echó a andar siguiendo el perímetro de los bloques.

A su alrededor, la isla permanecía en silencio. Las filas de palmeras colgaban a la luz del sol y lo único que alteraba los signos en zigzag de sus troncos era el movimiento de Traven. Las torretas cuadradas de las torres de grabación se alzaban entre las dunas como obeliscos olvidados.

Una hora más tarde, Traven llegó al toldo situado junto a su refugio. Se quitó el alambre que se había atado a la cintura. Cogió la silla que le había dejado el doctor Osborne y la llevó hasta un punto a medio camino entre el búnker y los bloques. Después ató el cuerpo del japonés a la silla y le colocó las manos de forma tal que descansaran sobre los brazos de madera, lo que daba a la inmóvil figura una actitud de calmado reposo.

Cuando estuvo satisfecho, Traven volvió al búnker y se puso en cuclillas bajo el toldo.

Los días se transformaron en semanas y la dignificada figura del japonés sentado en su silla, a cincuenta metros de distancia, protegía a Traven de los bloques. Ahora tenía suficientes fuerzas como para incorporarse de cuando en cuando e ir en busca de comida. Bajo la abrasadora luz del sol la piel del japonés se iba blanqueando más y más. Traven se despertaba de noche y veía la sepulcral figura ahí sentada, con los brazos descansando a los lados entre las sombras que atravesaban el suelo de hormigón. En esos momentos veía con frecuencia a su esposa y a su hijo, quienes lo

observaban desde las dunas. Con el paso del tiempo ellos se fueron acercando y algunas veces los encontraba a pocos metros, detrás de sí.

Traven esperó con paciencia a que ellos le hablaran, mientras pensaba en los grandes bloques cuya entrada guardaba la sentada figura del arcángel muerto, y las olas rompían en la costa distante, y los bombarderos en llamas caían a través de sus sueños.

1964

## EL HOMBRE ILUMINADO

*Durante el día volaban pájaros fantásticos por la jungla petrificada y caimanes enojados resplandecían como salamandras heráldicas a orillas de los ríos cristalinos. Por la noche el hombre iluminado corría entre los árboles con sus brazos como las ruedas de un carro dorado, su cabeza como una corona fantasmal.*

Todo este último año, desde el momento en que la noticia de lo que hoy se conoce como Efecto Hubble, Síndrome Rostov-Lysenko o Amplificación Siconoclásmica de LePage —según su lugar de procedencia— saltó a la primera plana en todo el mundo, ha habido tantos informes contradictorios provenientes de las tres áreas focales —en Florida, Bielorrusia y Madagascar— que creo necesario comenzar mi propia descripción del fenómeno asegurándole al lector que la misma se funda íntegramente en experiencias de primera mano. Yo fui testigo de todos los acontecimientos aquí descritos durante la reciente, y trágica, visita a los Everglades de Florida organizada por el gobierno de Estados Unidos para los agregados científicos en Washington. Los únicos hechos que no he conseguido verificar son los detalles referentes a la vida de Charles Foster Marquand. Esta información la obtuve del capitán Shelley, jefe de la policía de Maynard, poco antes de su muerte. Si bien Shelley fue un testigo parcial y poco fiable, tengo casi la certeza de que, en este único caso, su veracidad está libre de toda sospecha.

Cuánto tiempo transcurrirá antes de que todos nosotros, dondequiera que estemos, pasemos a ser autoridades en la naturaleza exacta del Efecto Hubble, es una cuestión que todavía suscita conjeturas. Mientras escribo estas líneas, aquí en la seguridad y la paz del jardín de la embajada británica en Puerto Rico, tengo ante mí la noticia —publicada hoy en el *New York Times*— de que han cerrado el acceso a toda la península de Florida, con la sola excepción de la autopista que conduce a Tampa. Hasta la fecha, dice la información, se han reasentado unos tres millones de habitantes del estado en otras partes del país. Pero, aparte de las pérdidas estimadas en términos de propiedades inmuebles y beneficios hoteleros («Oh, Miami —no puedo evitar decirme— ciudad de las mil catedrales que se alzan hacia el irisado sol»), la noticia de esta extraordinaria migración humana parece haber provocado pocos comentarios. Es tal el optimismo innato de la humanidad, nuestra convicción de que podemos sobrevivir a cualquier diluvio o cataclismo, que nos encogemos de hombros y desechamos de forma inconsciente los trascendentes acontecimientos de Florida, confiando en que se encontrará algún medio para evitar la crisis cuando esta se presente.

Y, con todo, ahora parece evidente que la auténtica crisis ha pasado ya hace

tiempo. Medio oculta en una de las últimas páginas del mismo ejemplar del *New York Times* hay una breve noticia sobre el descubrimiento de otra «galaxia doble», avistada por los astrónomos del Instituto Hubble de Monte Palomar. La noticia está resumida en menos de diez líneas y sin comentario, pese a que implica, inexorablemente, que ha aparecido otra área focal más sobre la superficie de la Tierra, tal vez en las junglas tapizadas de templos de Camboya o en las ambarinas selvas del bosque austral chileno. Pero ha pasado menos de un año desde que los científicos de Monte Palomar identificaron la primera galaxia doble en la constelación de Andrómeda, la gran diadema achatada que tal vez sea el objeto más hermoso del universo: la galaxia-*isla* M31.

Aunque ahora estas observaciones han pasado a ser un lugar común, y cada noche se puede identificar en el cielo al menos media docena de «constelaciones dobles», hace cuatro meses —cuando los agregados científicos aterrizamos en el aeropuerto de Miami para realizar una visita guiada al área afectada—, todavía lo ignorábamos casi todo acerca de qué suponía, realmente, el Efecto Hubble (como se bautizó el fenómeno en el hemisferio occidental en general y en el mundo de habla inglesa en particular). Entonces, al margen de un puñado de obreros forestales y biólogos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, pocos testigos calificados habían observado el fenómeno. Los periódicos publicaban noticias inverosímiles informando que la jungla se estaba «cristalizando» y que todo se estaba «transformando en cristal de colores».

Una consecuencia lamentable del Efecto Hubble es que resulta prácticamente imposible fotografiar los objetos afectados por el fenómeno. Como todo lector de publicaciones científicas sabe, los objetos de cristal son sumamente difíciles de reproducir fotográficamente y ni siquiera los mejores materiales para negativos ni la impresión en papel artístico de alta calidad —por no mencionar las toscas placas utilizadas por los periódicos— han conseguido reproducir los rutilantes y polifacéticos entramados del Efecto Hubble, con sus miríadas de prismas interiores. Los resultados no van más allá de una vaga borrosidad que parece nieve semifundida.

Puede que, como represalia, los periódicos hayan empezado a sugerir que el secretismo que envolvía el área afectada de los Everglades —por entonces, no más de una hectárea o hectárea y media de selva, al noreste de Maynard— era en realidad una medida de la Administración, por lo que protestaban exigiendo su derecho a inspeccionar la zona y ser testigos de aquellos horrores que nadie había visto, y que se estaban ocultando al público. En cambio, el área focal descubierta por el profesor Auguste LePage en Madagascar —en el valle de Matarre, situado en la región más interior de la isla— estaba a unos doscientos cincuenta kilómetros de la carretera más cercana y resultaba completamente inaccesible. Las autoridades soviéticas, por su parte, habían acordonado la zona afectada de los pantanos de Pripet, en Bielorrusia, con medidas de seguridad tan infranqueables como las de Los Álamos. Ahí, una legión de científicos, bajo la dirección del metabiólogo Lysenko, analizaba cada

aspecto del inexplicable fenómeno (y todos ellos, dicho sea de paso, seguían pistas completamente descaminadas).

Antes de que alguien pudiera sacar réditos políticos de esta campaña, el Departamento de Agricultura de Washington anunció que suministraría de buen grado todas las facilidades para inspeccionar la zona. La invitación a los agregados científicos era parte del programa de misiones y visitas técnicas.

Mientras viajábamos por la carretera hacia el oeste, desde el aeropuerto de Miami, comprendimos inmediatamente que, en cierto sentido, los diarios decían la verdad. El Efecto Hubble era un fenómeno más importante de lo que los informes oficiales permitían creer. La autopista de Maynard estaba cerrada al tránsito general, y en el tramo de treinta kilómetros desde Miami nuestro autocar había adelantado dos convoyes militares. Además, como para recordarnos el origen celeste del fenómeno, los boletines de la radio hablaban de otra manifestación más.

—Hay un informe de la Associated Press, enviado desde Nueva Delhi —dijo George Schneider, el agregado de Alemania Occidental, al llegar a la parte trasera del vehículo—. Esta vez hay millones de testigos fiables. Según parece, se debe de haber podido ver perfectamente desde el hemisferio occidental. ¿Nadie lo ha visto?

Paul Mathieu, nuestro cofrade francés, hizo una mueca graciosa.

—Mi querido George, anoche estuve mirando la luna, no el satélite Echo. Puede parecer amenazador, pero si ahora Venus tiene dos luces, tanto mejor.

Todos miramos involuntariamente por las ventanillas, escudriñando el cielo por encima de los pinos que corrían paralelos al camino, en busca de algún atisbo del satélite Echo. Según los informes de AP, con su luminosidad aumentada cuando menos diez veces, aquel diminuto punto de luz que había cruzado el cielo lealmente durante tantos años ahora era una esplendente luminaria cuyo brillo solo superaba la luna. En ese mismo instante, mientras recorríamos el trayecto de ochenta kilómetros hasta Maynard, en toda Asia, desde los campos de refugiados a orillas del Jordán hasta las atestadas casas de vecindad de Shanghái, se estaba observando ese fenómeno.

—Puede que la burbuja de aluminio del satélite se esté haciendo pedazos —propuse, en un tímido intento de levantar nuestros ánimos—. Esos fragmentos son altamente reflectantes y seguramente han formado una gran nube que funciona como un espejo gigantesco. Probablemente no tiene nada que ver con el Efecto Hubble.

—Lo siento, James. Me gustaría poder creerte. —Sidney Reston, del Departamento de Estado, quien hacía las veces de mensajero para nosotros, había interrumpido su conversación con el mayor del ejército a cargo del autocar y se había sentado con nosotros—. Pero al parecer tienen mucho que ver entre sí. Todos los demás satélites en órbita también exhiben ese elevado albedo; se parece cada vez más a un caso de «burbuja de Hubble, problema doble»<sup>[7]</sup>.

Mientras nos acercábamos a los límites del pantano de Big Cypress, la absurda cancioncilla resonaba en mis oídos. A unos ocho kilómetros de Maynard, dejamos la

autopista y entramos en una senda irregular, que atravesaba un bosque de palmeras datileras, en dirección al río Opotoka. La superficie del camino había sido removida por las orugas de vehículos pesados y entre los imponentes robles se levantaba un campamento militar de tamaño considerable, con las tiendas dispuestas en filas, medio ocultas entre orlas grises de musgo español. Unos hombres estaban descargando grandes pilas de vallas metálicas plegables de los vehículos y una cuadrilla pintaba inmensos carteles negros con pintura luminiscente.

—¿Salimos de maniobras, mayor? —se quejó el miembro sueco de nuestra comitiva, mientras la cabina del autocar se iba llenando de polvo—. Queríamos ver la zona de la selva que está cerca de Maynard. ¿Por qué hemos salido de la autopista?

—La autopista está cerrada —replicó el mayor en tono monótono—. Señores, les garantizo que los llevarán de visita al lugar. La única forma segura de llegar es por el río.

—¿Forma segura? —le repetí a Reston—. Quiero decir, ¿qué es todo esto Sidney?

—No es más que el ejército, James —me aseguró—. Ya sabes cómo son cuando hay emergencias. Basta que un árbol se mueva para que le declaren la guerra. —Miró por el cristal toda la actividad a nuestro alrededor, moviendo negativamente la cabeza—. Pero reconozco que no entiendo por qué han impuesto la ley marcial.

Cuando llegamos a la orilla del río, donde había media docena de embarcaciones anfibas amarradas a un muelle flotante, bajamos del autocar y nos condujeron hasta una caseta preconstruida donde daban instrucciones a los visitantes. Ahí nos reunimos con otros cincuenta o sesenta notables —miembros de los laboratorios estatales, funcionarios de la sanidad pública y periodistas científicos— que habían llegado en otro autocar, desde Miami, aquella mañana. La atmósfera animada y ruidosa no conseguía ocultar nuestra creciente inquietud, pero las complicadas precauciones tomadas por los militares parecían una exageración ridícula. Después de un intervalo para el café, nos dieron oficialmente la bienvenida y nos comunicaron las instrucciones del día. Nos advertían, especialmente, que no saliéramos de los perímetros señalados ni intentáramos obtener «material contaminado». Sobre todo, que nunca nos quedáramos quietos en ningún lugar: debíamos mantenernos siempre en rápido movimiento.

Huelga decir que el talante jocoso no cambió y que, cuando partimos por el río en tres de las lanchas de desembarco, íbamos llenos de entusiasmo. Los verdes muros de la selva se deslizaban hacia popa, a ambos lados de las embarcaciones. De inmediato advertí el ánimo taciturno del pasajero que tenía a mi lado. Era un hombre delgado, de unos cuarenta años, enfundado en un traje tropical blanco que resaltaba el fino semicírculo de barba negra que le enmarcaba su rostro. El pelo oscuro, peinado sobre una frente baja y huesuda, la mirada resentida de aquellos ojos minúsculos y acuosos, le daban el aspecto de un malhumorado D. H. Lawrence. Hice uno o dos intentos de conversar con él, pero me sonrió escuetamente y apartó la mirada, dirigiéndola a algún punto más allá del río. Supuse que era uno de los investigadores, un químico o

un biólogo.

Tres kilómetros más abajo nos encontramos con un convoy de barcazas de motor amarradas todas juntas a la parte posterior de una lancha de desembarco. Todas iban excesivamente cargadas. Sobre las cubiertas y los techos de las cabinas se acumulaba todo tipo de enseres domésticos —cochecitos y colchones de bebé, lavadoras y hatillos de sábanas—, por lo que la sección media del barco mostraba solo unos pocos centímetros de precario francobordo. Niños de rostros solemnes viajaban sentados encima de la carga, con sus maletas entre las piernas. Ellos y sus padres nos seguían con miradas inexpresivas.

Ahora bien, puede parecer curioso, sin embargo es muy raro encontrar en los norteamericanos esa expresión de lánguida resignación que en otras partes del mundo resulta tan familiar a los viajeros, esa sensación de temerosa impotencia frente a las catástrofes naturales o políticas que se ve en las miradas de los refugiados de Caporetto o Corea. La visión de ese inconfundible sello sobre las familias que pasaban junto a nosotros puso fin de forma abrupta a nuestro ánimo festivo. Cuando la última lancha se acercó con lentitud por el agua revuelta, todos nos volvimos a mirarla en silencio, comprendiendo que, en cierto sentido, nosotros navegábamos en ella.

—¿Qué está pasando? —le pregunté al hombre de la barba—. ¡Parece que están evacuando la ciudad!

Se rio con indiferencia al encontrar en mi comentario una ironía que era involuntaria.

—Sí. ¡Es bastante absurdo! Pero sospecho que regresarán, a su debido tiempo.

Molesto por este comentario crítico, emitido en tono distraído y cortante —el hombre había mirado nuevamente hacia otro lado, absorto en pensamientos que le resultaban más interesantes—, me volví y me uní a mis colegas.

—Pero ¿por qué es tan diferente el enfoque ruso? —preguntaba George Schneider—. ¿El Efecto Hubble es lo mismo que el Síndrome Lysenko? ¿Será un fenómeno distinto?

Uno de los biólogos del Departamento de Agricultura, un hombre de cabellos grises que llevaba su chaqueta plegada sobre un brazo, sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—No, son idénticos, casi con seguridad. Como de costumbre, Lysenko está haciéndoles perder el tiempo a los soviéticos. Sostiene que ha aumentado el rendimiento de los cultivos porque hay un incremento del peso de los tejidos. Pero, hasta donde sabemos, el Efecto Hubble es más como un cáncer e igual de curable que este; es una proliferación de la identidad subatómica de la materia. Es como si la refracción a través de un prisma produjera una secuencia de imágenes idénticas de un mismo objeto, pero desplazadas, y como si en lugar de la luz el elemento involucrado fuera el tiempo.

Estas palabras resultaron proféticas.



Tras doblar un meandro donde el río se ensanchaba, en su camino hacia Maynard, descubrimos que el agua que rodeaba las dos lanchas que iban delante tenía un curioso matiz rosáceo, como si reflejara una distante puesta de sol, o las llamas de un incendio vasto y silencioso. El cielo, sin embargo, mantenía su azul límpido e insulso, en el que no se veía una sola nube. Entonces pasamos por debajo de un pequeño puente, donde el río se abría en una amplia cuenca de unos cuatrocientos metros de diámetro.

Con una exclamación de sorpresa, todos nos inclinamos hacia delante mirando hipnotizados la primera línea de la selva frente a los edificios blancos de la ciudad. Comprendí de inmediato que las descripciones del bosque «cristalizado» y «transformándose en cristal de colores» eran fieles. En la larga curva de árboles suspendidos sobre las aguas goteaban y centelleaban miríadas de prismas. Los troncos y las frondas de las palmeras estaban enfundados en pálidas bandas de luz amarilla y carmesí que sangraba sobre la superficie del agua. La escena parecía una reproducción impresa en un tecnicolor demasiado saturado. Toda la orilla opuesta refulgía con ese confuso claroscuro. Las bandas de color superpuestas aumentaban la densidad de la vegetación, por lo que era imposible ver más allá de uno o dos metros de la primera línea de troncos.

El cielo estaba claro e inmóvil, y una luz cálida bañaba sin interrupción la magnética ribera; de cuando en cuando, sin embargo, el viento cruzaba la superficie del agua, agitándola, y los árboles estallaban en una cascada de colores que ondulaban por el aire a nuestro alrededor. Entonces los destellos menguaban paulatinamente y las imágenes de los troncos individuales reaparecían, cada uno enfundado en su brillante armadura luminosa, a través del follaje que colgaba como si estuviera cargado con joyas que se estaban derritiendo.

Todos mirábamos el espectáculo atónitos, mientras la luz vivaz y cristalina moteaba nuestros rostros y vestimentas. Hasta mi barbado compañero estaba conmovido y asombrado. Aferrado al asiento de delante, estaba inclinado sobre la barandilla con su traje blanco transformado en un resplandeciente palimpsesto.

Nuestra embarcación efectuó un amplio giro hacia el muelle, donde la gente del pueblo estaba cargando una veintena de lanchas de motor y nos acercamos a unos cincuenta metros de la jungla prismática. El motivo de barras de colores que nos teñía las ropas nos transformaba en una barcada de arlequines. Hubo un espontáneo estallido de risa, más de alivio que por diversión. Entonces, varios dedos señalaron hacia la orilla, y comprobamos que el proceso no había afectado únicamente la vegetación. Desde la orilla del río emergían grandes astillas de dos o tres metros de largo de lo que parecía ser agua en proceso de cristalización. Las angulosas facetas emitían una luz azul prismática, salpicada por la estela de nuestra lancha. Las astillas crecían en el agua como cristales en una solución química, reuniendo cada vez más material de modo tal que la ribera se había convertido en una espesa masa de lanzas romboidales, como púas de un arrecife.

Sorprendido por la magnitud del fenómeno —influido, tal vez, por las teorías de Lysenko, yo había esperado encontrarme con poco más que una inusual enfermedad de la vegetación del tipo del mosaico del tabaco—, levanté la vista hacia las ramas que colgaban de los árboles. Estaban vivas, sin lugar a dudas, y sus hojas y tallos llenos de savia; no obstante, a la vez estaban recubiertas por una masa de tejido cristalino, como si fueran inmensas frutas glaseadas. Por todas partes, ramas y frondas estaban incrustadas con el mismo entramado traslúcido, a través del cual la luz del sol se refractaba en un arcoíris de colores.

Un murmullo de especulaciones se elevó desde nuestra lancha, durante el cual solo el hombre de la barba y yo permanecemos en silencio. Por algún motivo, ahora me preocupaba menos encontrar una explicación «científica» al extraño fenómeno que habíamos visto. La belleza del espectáculo había estimulado mi memoria y ahora invadían mi mente mil imágenes de mi niñez olvidadas durante casi cuarenta años, recordándome aquel mundo paradisíaco de los primeros años, cuando todo parece iluminado por esa luz prismática que Wordsworth describe con tanta exactitud en sus recuerdos de infancia. Desde las muertes de mi esposa y mi hija de tres años en un accidente automovilístico, diez años antes, había reprimido deliberadamente esos sentimientos y la costa refulgente que teníamos delante parecía resplandecer como la breve primavera de mi matrimonio.

Pero la presencia de tantos soldados y vehículos militares, así como los rostros lánguidos de los lugareños que evacuaban sus hogares, garantizaban que el pequeño enclave de bosque transfigurado —comparado con el cual el resto de la cuenca de los Everglades parecía una acumulación de turba, fango y marga— pronto sería eliminado, los árboles de cristal serían desmembrados y transportados a cientos de laboratorios asépticos.

Los primeros pasajeros ya desembarcaban por la proa de la lancha. Una mano me tocó el brazo y el hombre de blanco, al parecer consciente de mi estado de ánimo, me señaló la manga de su traje con una sonrisa, como para darme aliento. Para mi asombro, a pesar de las sombras proyectadas por la gente de pie a nuestro alrededor, la manga conservaba un ligero moteado iridiscente, como si la luz del bosque hubiera contaminado el tejido y el proceso tuviera lugar una vez más.

—¿Pero qué...? ¡Espere! —lo llamé—. ¡Su traje!

Antes de que pudiera decirle nada, el hombre se puso de pie y apretó el paso por la pasarela hasta que el último centelleo pálido de su traje desapareció por el atestado embarcadero.

Dividieron nuestro grupo en varios grupos más pequeños, cada uno acompañado por dos suboficiales, y avanzamos dejando atrás los automóviles y los camiones cargados con las posesiones de los lugareños. Las familias esperaban pacientemente su turno, dirigidas por la policía local, y nos miraban sin interés. Las calles estaban prácticamente desiertas. Aquellas eran las últimas personas en partir y las casas estaban vacías, con las persianas cerradas. Parejas de soldados iban de un lado a otro

más allá de los bancos y las tiendas cerradas. Las calles laterales estaban repletas de automóviles abandonados que confirmaban que el río era la única vía de escape del pueblo.

Mientras avanzábamos por la calle principal, con la jungla resplandeciente a doscientos metros a nuestra izquierda, un coche de policía entró bruscamente en la calle y se detuvo delante de nosotros. De él bajaron dos hombres, un capitán de policía alto y rubio, y un ministro presbiteriano que llevaba una maleta pequeña y un paquete de libros. El sacerdote parecía indeciso respecto de hacia dónde ir y esperaba mientras el capitán rodeaba el coche con paso vigoroso.

—Necesitará su tarjeta de embarque, doctor Thomas. —El capitán le extendió un billete coloreado al ministro y, a continuación, rebuscó en su bolsillo hasta dar con un manojo de llaves colgadas de un llavero de caoba—. Las he cogido de la puerta. Se le deben de haber olvidado en la cerradura.

El sacerdote titubeó, sin saber con certeza si debía coger las llaves o no.

—Las había dejado ahí deliberadamente, capitán. Puede que alguien quiera refugiarse en la iglesia.

—Lo dudo, doctor. En todo caso, eso no le ayudaría —dijo el capitán. Haciendo un breve saludo con la mano añadió—: ¡Nos vemos en Miami!

El párroco le devolvió el saludo y se quedó mirando las llaves que tenía en la mano, hasta que finalmente, con renuencia, las deslizó dentro de su sotana. Cuando pasó junto al grupo en dirección al embarcadero, sus ojos húmedos examinaron nuestros rostros con una mirada preocupada, como si sospechara que entre nosotros pudiera estar oculto algún miembro de su congregación.

El capitán de policía parecía igualmente fatigado e inició un violento diálogo con el oficial a cargo de nuestros grupos. Sus palabras se perdían en la conversación, pero señalaba con impaciencia hacia arriba, más allá de los tejados, con un gran movimiento circular de uno de sus brazos, como si indicara que se acercaba una tormenta. Aunque de complexión robusta, había algo débil y egotista en su rostro largo y carnoso, en sus pálidos ojos azules, y obviamente su única ambición, tras haber vaciado el pueblo de sus habitantes, era abandonarlo él mismo a la primera oportunidad.

Me volví hacia el cabo que estaba junto a la boca de incendio y le señalé la resplandeciente vegetación que parecía seguirnos mientras rodeábamos el perímetro de la ciudad.

—¿Por qué se van todos, cabo? Seguro que esto no es infeccioso; el contacto no supone ningún riesgo, ¿verdad?

El cabo echó una mirada lacónica, por encima del hombro, al follaje cristalino que fulguraba bajo el sol de mediodía.

—No es infeccioso. A menos que se quede usted ahí demasiado tiempo. Cuando cortó el camino a ambos lados de la ciudad, supongo, la mayoría de la gente decidió que era el momento de marcharse.

—¿A ambos lados? —repitió George Schneider—. ¿Qué tamaño tiene el área afectada, cabo? Nos dijeron que tenía entre una hectárea y una hectárea y media.

El soldado sacudió la cabeza negando con seriedad.

—Está más cerca de cien o ciento cincuenta hectáreas. O hasta cuatrocientas. —Señaló hacia el helicóptero que sobrevolaba la selva a unos dos kilómetros de ahí, bajando y subiendo sobre las palmeras, en apariencia rociándolas con algún compuesto químico—. Llega justo hasta allá, hacia el lago Okeechobee.

—Pero lo tienen bajo control —dijo George—. Lo están reduciendo, ¿no es así?

—Preferiría no contestar —respondió el cabo críticamente. Señaló al policía rubio que discutía con el oficial a cargo—. El capitán Shelley probó un lanzallamas hace un par de días. No fue de ninguna ayuda.

Rechazadas las objeciones del policía —quien cerró con un golpe la puerta del coche y arrancó a toda velocidad—, continuamos avanzando y en la siguiente bocacalle nos acercamos a la selva, que se alzaba a cuatrocientos metros de distancia. Ahí la vegetación era menos densa, una especie de junco crecía en grupos entre el suelo arenoso de las márgenes y habían montado un laboratorio móvil en una caravana con la inscripción «Departamento de Agricultura de Estados Unidos» pintada en uno de sus lados. Un pelotón de soldados iba de aquí para allá cortando trozos de palmeras, que colocaban con gran cuidado, como si fueran fragmentos de cristal pintado, en unas mesas montadas sobre caballetes. Nos circundaba el núcleo principal de la selva que rodeaba el perímetro septentrional de la ciudad. Comprendimos de inmediato que el tamaño del área afectada estimado por el cabo era correcto. Paralela a nosotros, a una calle de distancia, estaba la autopista Maynard-Miami, cortada por la jungla rutilante en sus dos accesos a la ciudad, por el este y por el oeste.

Divididos en grupos de dos y de tres, cruzamos el límite y comenzamos a vagar entre los helechos cristalinos que brotaban del suelo quebradizo. La superficie de arena parecía curiosamente dura, como de vidrio templado. De la corteza recién formada sobresalían pequeñas púas de arena fundida.

Examinando los especímenes coleccionados sobre las mesas toqué el material, liso como el vidrio, que recubría las hojas y las ramas siguiendo los contornos del original, como una imagen desplazada en un espejo defectuoso. Todo parecía haber sido vertido en una cuba de cristal fundido que después había sido colocado en una piel fracturada por delgadas venas.

A pocos metros de la caravana, dos técnicos procesaban varias ramas cristalizadas en una centrifugadora. Las astillas de luz saltaban fuera del recipiente y desaparecían, entre continuos destellos, en el área de inspección. La gente se volvía a mirar incluso desde la valla perimetral que, como una serrada venda blanca, rodeaba la prismática herida de la selva.

Cuando la centrifugadora se detuvo nos asomamos al recipiente. Solo quedaba un puñado de ramas flácidas, con las hojas descoloridas y húmedas, adheridas al fondo

de metal, desprovistas de su glaseado. Debajo del recipiente, sin embargo, el receptáculo para los licores continuaba seco y vacío.

A unos veinte metros de la selva, otro helicóptero se preparaba para despegar. Las aspas caídas rotaban como guadañas romas, arrancando una lluvia de luces a la agitada vegetación. El aparato despegó con un brusco bandazo y comenzó a ascender trabajosamente, oscilando en el aire; después comenzó a alejarse por encima del dosel, a medida que sus palas parecían conseguir más tracción en el aire. De pronto los soldados lanzaron un grito confuso de «¡Fuego!» y vimos con claridad la brillante descarga de luz que irradiaban las aspas, como fuego de san Telmo. Luego, con un rugido agónico, como el bramido de un animal herido, el aparato se deslizó hacia atrás y se hundió en el aire, cayendo hacia el dosel de la selva, treinta metros más abajo. Los dos pilotos eran claramente visibles frente a los controles. Sonaron las sirenas de los coches militares aparcados en el área de inspección y, todos a una, nos lanzamos a la carrera hacia la jungla en el momento en que el helicóptero se perdía de vista.

Mientras corríamos por la carretera sentimos el impacto del helicóptero contra el suelo y una repentina onda de luz estalló entre los árboles. El camino nos condujo hasta el punto del impacto pasando junto a unas pocas casas que se alzaban, a intervalos, al final de calles vacías.

—Las palas deben de haberse cristalizado al acercarse a los árboles —gritó George Schneider mientras trepábamos la valla perimetral—. He visto cómo se derretían los cristales, igual que en aquellas ramas de la centrifugadora, aunque no lo bastante rápido. Esperemos que los pilotos estén a salvo.

Varios soldados se apresuraron a cerrarnos el paso, indicándonos con gestos que debíamos regresar, pero los ignoramos y continuamos avanzando entre los árboles. Después de cincuenta metros nos encontramos rodeados de selva, en un mundo encantado con grandes robles tapizados por el brillante entramado cristalino del musgo español. El aire estaba notablemente más frío, como si a todo lo hubiera recubierto el hielo, y un fulgor constante atravesaba el dosel de cristal coloreado transformándolo en un caleidoscopio tridimensional.

Aquí el proceso de cristalización estaba mucho más avanzado. Las vallas blancas colocadas a lo largo de la carretera estaban tan densamente incrustadas que formaban una empalizada continua, con una capa de escarcha de al menos treinta centímetros de espesor a cada lado. Las pocas casas que había entre los árboles relucían como pasteles de boda, sus blancos tejados y chimeneas transmutados en exóticos minaretes y cúpulas barrocas. Sobre el césped de espuelas de cristal verde, algo que tal vez había sido un triciclo de niños con las ruedas amarillas, esplendía como una joya de Fabergé. Me recordó los juguetes de mi hija, desparramados por el césped, después de mi regreso del hospital. Habían brillado por última vez con aquella misma luz prismática.

Los soldados seguían avanzando delante de mí, pero George y Paul iban

rezagados. Apoyados contra la valla escarchada, arrancaban púas de las suelas de sus zapatos. Para entonces, el motivo del cierre de la autopista Miami-Maynard era evidente. La superficie de la calzada era una alfombra de agujas, púas de cristal y cuarzo de hasta quince centímetros de alto que reflectaban la luz de colores de las hojas de los árboles. Se clavaban en mis zapatos, obligándome a moverme paso a paso por el margen del camino. Una sección más gruesa de la valla indicaba que nos acercábamos a una mansión que se veía a lo lejos.

Detrás de mí gimió una sirena y el coche de policía que había visto antes se zambulló por la carretera. Sus pesados neumáticos avanzaban quebrando la superficie cristalina. Se detuvo con el motor calado veinte metros más adelante. El capitán de policía saltó fuera del coche. Con un grito airado me hizo señas para que regresara por la carretera, ahora convertida en un túnel de luz amarilla, formado por las ramas que se entrecruzaban sobre nuestras cabezas.

—¡Atrás! ¡Viene otra oleada! —El capitán echó a correr detrás de los soldados, a unos cien metros, aplastando los cristales con sus botas.

Preguntándome por qué estaría tan ansioso de evacuar la selva, me detuve a descansar un instante junto al coche de policía. Un cambio notable se había operado en la jungla, como si el crepúsculo hubiera llegado antes de tiempo. Por todas partes, las capas de escarcha que envolvían los árboles habían perdido su brillo y ahora eran más opacas. El suelo de cristal bajo mis pies se había vuelto gris y denso, y las agujas parecían púas de basalto. El abanico de luces de colores había desaparecido y una sombría penumbra ambarina flotaba entre los árboles, cubriendo la hierba de lentejuelas. Además, ahora hacía más frío.

Me alejé del coche y comencé a regresar por la carretera mientras Paul Mathieu y un soldado, protegiéndose las caras con las manos, desaparecían en una curva del camino. El aire gélido me bloqueaba el paso como una pared de hielo. Levanté el cuello de mi traje tropical y retrocedí hasta el coche pensando en la posibilidad de refugiarme en su interior. El frío aumentó, entumeciéndome el rostro como si fuera un aerosol de acetona, y sentí mis manos frágiles y descarnadas. En algún lugar se oyó el grito apagado del capitán y por un momento alcancé a ver que alguien corría a toda velocidad entre los árboles grises y congelados.

Del lado derecho de la carretera la oscuridad envolvió la selva por completo, enmascarando los contornos de los árboles, y después se extendió cruzando la calzada en un repentino movimiento circular. Me dolían los ojos. Me los froté para quitar los pequeños cristales de hielo que se habían formado sobre mis órbitas. Por todas partes se formaba una gruesa escarcha que aceleraba el proceso de cristalización. Las púas del camino tenían ahora más de treinta centímetros de altura, y parecían las espinas de un puercoespín gigante. Las celosías de los árboles eran más gruesas y traslúcidas, por lo que los troncos parecían encogidos en su interior como delgadas columnas moteadas. Las hojas, engrosadas por los elementos cristalinos que se superponían unos a otros, se entrelazaban formando un mosaico ininterrumpido. Por primera vez

visualicé la posibilidad de que toda la selva se congelara transformándose en un inmenso y sólido glaciar, conmigo atrapado en uno de sus intersticios.

Las ventanillas del coche estaban recubiertas por una película helada. Así el tirador de la portezuela con la intención de abrirla para encender la calefacción, pero el intenso frío me quemó los dedos.

—¡Eh, usted! ¡Venga! ¡Por aquí!

La voz reverberaba por el camino a mis espaldas. Mientras la oscuridad y el frío se hacían más intensos, pude ver al capitán que me hacía señas desde el pórtico de una mansión cercana. El césped que nos separaba parecía estar en una zona menos sombría. La hierba conservaba su brillo líquido y los aleros blancos de la casa se recortaban claramente en la oscuridad reinante. Ese enclave parecía haberse preservado intacto como una isla en el ojo de un huracán.

Corrí por el sendero hacia la casa y descubrí con alivio que allí la temperatura del aire era al menos diez grados más alta. La luz del sol llegaba a través del dosel con un brillo ininterrumpido. Al alcanzar el porche busqué al capitán, pero él se había adentrado en la selva nuevamente, a la carrera. Sin saber si debía seguirlo o no, advertí que el muro de oscuridad avanzaba lentamente por el césped, cubriendo el follaje reluciente con una mortaja. El coche de policía estaba incrustado con una gruesa capa de cristal helado y el parabrisas florecía en una miríada de flores de lis cristalinas.

Me abrí paso rápidamente, rodeando la casa mientras la zona de seguridad se desplazaba por la selva, y crucé los restos de un viejo huerto en el que plantas de cristal verde de casi un metro de altura se alzaban en el aire como esculturas de exquisita ornamentación. Regresé de nuevo a la jungla y esperé, mientras la zona vacilaba y cambiaba de dirección, intentando permanecer en el centro de su foco. Era como haber entrado en una caverna subterránea de cuya fantasmal penumbra se alzaban rocas enjovadas, como enormes plantas marinas, donde los juncos cristalinos parecían fuentes congeladas en el tiempo.

Durante la hora siguiente corrí por la jungla, tropezando constantemente, perdido mi sentido de orientación, y empujado por los cambiantes muros de la zona de seguridad, mientras giraba como un tornado benévolo entre los árboles. Crucé la carretera en varias ocasiones. Ahí las grandes púas, que me llegaban casi a la cintura, me obligaron a trepar por sus quebradizos vástagos. Una vez, mientras descansaba apoyado en el tronco bifurcado de un roble, un enorme pájaro multicolor surgió repentinamente de una rama situada sobre mi cabeza y se alejó volando con un chillido salvaje; de sus alas rojas y amarillas brotaban aureolas de luz fundida en cascadas, como las llamas del nacimiento del ave fénix.

Finalmente, el extraño torbellino se desvaneció y una pálida luz se filtró a través del dosel de cristal de colores, transfigurándolo todo con su iridiscencia. Una vez más, la selva era un arcoíris y la profunda luz carmín resplandecía en sus grutas enjovadas. Avancé por un sendero angosto que serpenteaba hacia una gran casa

blanca que se erigía, como un pabellón clásico, en una elevación en medio de la jungla. Transformada por la escarcha de cristal, la casa parecía un fragmento intacto de Versalles o de Fontainebleau, con sus pilastras y frisos esculpidos derramándose desde el amplio tejado que se elevaba por encima de los árboles. De las plantas superiores se podría ver las distantes torres del agua de Maynard o, por lo menos, rastrear el sinuoso cauce del río.

El sendero se estrechaba evitando la pendiente que conducía hacia la casa, pero la costra endurecida, como cuarzo semifundido, ofrecía una superficie más practicable que los dientes de cristal del césped. De pronto me topé con lo que, sin lugar a dudas, era un bote de remos enjoyado empotrado firmemente en el sendero. Una cadena de lapislázuli lo amarraba a la orilla. Entonces me di cuenta de que estaba caminando por un pequeño afluente del río. Debajo de la sólida costra todavía corría un delgado hilillo de agua y, obviamente, ese vestigio de movimiento era lo único que impedía que ahí proliferaran las exóticas formas aciculares que cubrían el suelo de la selva.

Cuando me detuve junto al bote, rozando los enormes topacios y amatistas incrustados en sus lados, un grotesco cuadrúpedo semiencajado en la superficie se abalanzó a través de la costra, una maraña de cristales le cubría el hocico y el lomo y se estremecía como una coraza traslúcida. Sus mandíbulas se cerraban en el aire sin emitir sonido alguno mientras forcejeaba para liberar las patas, sin conseguir trepar más que unos pocos centímetros en el hueco formado por su propio contorno, que ahora empezaba a llenarse con un hilillo de agua. Iluminado por los destellos de luz que brotaban de su cuerpo, el caimán evocaba una fabulosa bestia heráldica. Arremetió contra mí otra vez y le di una patada en el morro, diseminando los cristales que le obstruían las fauces.

Lo dejé mientras volvía a congelarse, trepé la orilla y cojeé a través del césped hacia la mansión, cuyas torres como de cuento de hadas se elevaban por encima de las copas los árboles. Aunque sin aliento y casi agotado, tuve una curiosa premonición de intensa esperanza y anhelo, como si yo fuera un Adán fugitivo en busca de una entrada olvidada al paraíso prohibido.

Desde una de las ventanas de la planta superior, el hombre de la barba y el traje blanco me observaba, con una escopeta bajo el brazo.

Ahora que los científicos de todo el mundo disponen de abundantes pruebas sobre el Efecto Hubble, hay un acuerdo general respecto de sus orígenes y de las pocas medidas capaces de revertir temporalmente el proceso. En mi huida a través de las fantasmagóricas selvas de los Everglades había descubierto, por necesidad, el principal remedio —mantenerse en rápido movimiento—, aunque todavía suponía que la causa de todo era alguna mutación acelerada, pese a que también los objetos inanimados, como los automóviles y las vallas de metal, resultaban afectados. Sin embargo, para entonces hasta los partidarios de Lysenko habían admitido, a regañadientes, la explicación propuesta por los científicos del Instituto Hubble. Estos



sostenían que las transfiguraciones aleatorias que se sucedían en todo el mundo eran un reflejo de procesos cósmicos distantes, de dimensiones y alcance gigantescos, observados por primera vez en la espiral de Andrómeda.

Ahora sabemos que el factor responsable de la transformación es el tiempo («El tiempo con el toque de Midas», como lo describió Charles Marquand). El reciente descubrimiento de la antimateria supone inexorablemente la concepción del antitiempo como cuarto costado de este continuo cargado negativamente. Cuando una partícula choca con una antipartícula no solo se destruyen sus respectivas identidades físicas, sino que también se eliminan mutuamente sus valores temporales opuestos, sustrayendo al universo una parte de su reserva de tiempo total. Son estas descargas aleatorias, desencadenadas por la creación de antigalaxias en el espacio, las que han provocado el agotamiento del suministro temporal disponible para la materia de nuestro sistema solar.

Así como una solución sobresaturada descarga el exceso de soluto en una masa cristalina, la sobresaturación de materia en un continuo de tiempo ya agotado conduce a su aparición en una matriz espacial paralela. Cuanto más tiempo se «pierde», más avanza el proceso de sobresaturación; los átomos y moléculas originales producen réplicas espaciales de sí mismos, sustancia sin masa, en una tentativa de asirse a la existencia. Desde el punto de vista teórico, el proceso es interminable y, al final, es posible que un único átomo produzca un número infinito de copias de sí mismo y llene con ellas todo el universo, del cual a la vez habrá desaparecido hasta el último segundo de tiempo, un cero macrocósmico supremo que supera los sueños más atrevidos de Platón y Demócrito.

Recostado en uno de los sofás Chesterfield revestidos con un encaje cristalino, en una de las habitaciones de la planta superior, el hombre de la barba y el traje blanco me explicó algo de lo anterior en su voz aguda e intermitente. Él seguía junto a la ventana abierta, escudriñando el césped y el arroyo de cristal donde seguían, embalsamados, el caimán y el bote enjogados. Cuando los cristales rotos de la ventana se regeneraban, los rompía con la culata de la escopeta. La barba rala le daba un aspecto febril y atormentado, acentuado por la escarcha blanca que le cubría los hombros y las solapas del traje. Por alguna razón, me hablaba como si fuéramos viejos amigos.

—Es algo evidente desde hace años, B. Fíjate en los virus y su estructura cristalina: ni animados ni inanimados; además, inmunes al tiempo. —Pasó la mano por el alféizar y cogió un puñado de granos vítreos, que diseminó por el suelo como canicas aplastadas—. Pronto, tú y yo seremos como ellos, y también el resto del mundo. ¡Ni vivos ni muertos!

Se interrumpió para levantar el cañón de la escopeta buscando con la vista algo entre los árboles.

—Debemos marcharnos —dijo, apartándose de la ventana—. ¿Cuándo fue la

última vez que viste al capitán Shelley?

—¿Al policía?

Me senté trabajosamente, mis pies resbalaban en el suelo. Al parecer, los cristales de varias ventanas se habían roto y fundido luego sobre la alfombra. Los floridos dibujos persas nadaban bajo la superficie como en el suelo de un perfumado estanque de *Las mil y una noches*.

—Justo después de abalanzarnos en busca del helicóptero. ¿Por qué le teme?

—Es un hombre malvado —me respondió—. Y astuto como un cerdo.

Bajamos las escaleras de cristal. Todo en la casa estaba recubierto por la misma capa de escarcha, adornada por exquisitos arabescos y espirales. En las amplias salas los ornamentados muebles Luis XV se habían transformado en enormes trozos de caramelo opalescente, cuyos innumerables reflejos resplandecían en las paredes de cristal tallado como gigantescas quimeras. Mientras desaparecíamos entre los árboles, en dirección al arroyo, mi compañero gritaba con júbilo, tanto a la selva como a mí:

—¡Se nos acaba el tiempo, B.! ¡No queda tiempo!

Siempre estaba atento a la menor señal del capitán de policía. Cuál de los dos buscaba al otro es algo que no pude descifrar, como tampoco pude descubrir el motivo de aquella *vendetta*. Yo le había dicho mi nombre espontáneamente, pero él rechazó la presentación con un ademán. Sospeché que mientras estábamos en la lancha él había sentido cierta chispa de afinidad entre nosotros y que se trataba de un hombre que bien podía decidir toda su simpatía, u hostilidad, hacia una persona en un encuentro fortuito como ese. No me dijo nada de sí mismo. Se movía por el arroyo fosilizado rápidamente, acunando la escopeta en sus brazos, realizando movimientos precisos y calculados. Yo lo seguía caminando con dificultad. De cuando en cuando pasábamos junto a un barco incrustado en el suelo o un caimán petrificado se retiraba, abriendo las fauces en silencio, con la piel cristalizada brillando entre mil prismas, intentando moverse en una grieta de cristales de colores.

El mismo fantástico halo de luz estaba por todos lados, transfigurando e identificando todos los objetos. El bosque era un interminable laberinto de cavernas de cristal, aislado del resto del mundo (el cual, por lo que yo sabía, ahora mismo podía estar afectado de modo semejante), iluminado por antorchas subterráneas que ardían bajo la superficie de las rocas.

—¿No podemos volver a Maynard? —grité, mientras avanzaba detrás de él. Mi voz retumbó entre las bóvedas—. Nos estamos internando en la selva más y más.

—El pueblo está aislado, mi querido B. No te preocupes, te llevaré allí a su debido tiempo. —Saltó ágilmente sobre una grieta en la superficie del río. Debajo de la masa de cristales que se disolvían, discurría una delgada corriente de líquido por un canal enterrado.

Avanzamos por el bosque durante varias horas, bajo la guía de esta extraña figura vestida de blanco, de mirada preocupada y taciturna, describiendo a veces círculos completos, como si mi compañero estuviera familiarizándose con la topografía de

aquel enojado mundo crepuscular. Cada vez que me sentaba a descansar en uno de los troncos vitrificados y me quitaba los cristales que, pese a nuestro movimiento constante, iban formándose en las suelas de mis zapatos, él esperaba con impaciencia, observándome con expresión inquisitiva, como si estuviera decidiendo si abandonarme o no en la selva. El aire siempre era helado y las sombras oscuras se desplegaban y se cerraban perpetuamente a nuestro alrededor.

Finalmente, llegamos a las lindes de un pequeño claro, tres de cuyos lados limitaban con la agrietada pista de baile de una curva del río. En él se alzaba una casa de verano con un tejado a dos aguas que ascendía hacia el cielo a través de un agujero entre las copas de los árboles. De la única torre se extendía una delgada red de hilos opacos hasta los árboles cercanos, como un diáfano velo que daba al jardín de cristal, y a toda aquella casa de verano cristalina, un matiz pálido y marmóreo, de intensidad casi sepulcral. Como para reforzar esa impresión, las ventanas que se abrían a la galería que rodeaba la casa estaban incrustadas con elaboradas volutas, como los ornados batientes de piedra de una tumba.

Mi compañero me hizo señas para que retrocediera, y se acercó al jardín con la escopeta preparada. Se movía rápidamente, de árbol en árbol, deteniéndose para comprobar cualquier indicio de movimiento, y luego, con paso felino, cruzó la superficie congelada del río. Muy alto, sobre su cabeza, con las alas inmovilizadas por la cúpula de vidrio, una oropéndola dorada se debatía bajo la luz de la tarde, proyectando hacia fuera las líquidas ondas concéntricas de su aura como si fueran los rayos de un sol en miniatura.

—¡Marquand!

Un disparo rugió en el claro y su eco reverberó entre los árboles de cristal. El rubio policía corría hacia la casa de verano con un revólver en la mano. Con el segundo disparo, los entramados cristalinos de musgo español se resquebrajaron y cayeron, congelándose a mi alrededor como las paredes de una sala de espejos. El hombre barbado saltó de la galería y cruzó el río veloz como una liebre, casi completamente encorvado, esquivando las grietas de la superficie.

La rapidez con la que sucedió todo esto me dejó inmóvil e indefenso en el borde del claro, con los oídos zumbando por las dos detonaciones. Escruté la selva en busca de algún signo de mi compañero, tras lo cual el capitán, de pie en la galería, me hizo señas con el arma para que me acercara.

—¡Usted, venga aquí! —Cuando me acerqué, vacilante, el policía bajó los peldaños, mientras me inspeccionaba con suspicacia—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿No iba usted con el grupo de visitantes?

Le expliqué que había quedado atrapado después de la caída del helicóptero.

—¿Puede llevarme de regreso al destacamento del ejército? He estado vagando por la selva todo el día.

Un gesto hosco le torció el rostro alargado.

—El ejército está muy lejos. El bosque cambia todo el tiempo. —Señaló hacia el

otro lado del río—. ¿Qué pasa con Marquand? ¿De qué lo conoce?

—¿El hombre de la barba? Se había refugiado en una casa, cerca del río. ¿Por qué le ha disparado? ¿Es un delincuente?

Tras una pausa, Shelley asintió. Su actitud era algo furtiva y taimada.

—Peor que eso. Es un demente, está completamente loco.

Comenzó a subir las escaleras, aparentemente dispuesto a dejarme para que siguiera solo mi camino por la jungla.

—Le conviene tener cuidado, no se sabe qué puede pasar en la selva. Manténgase en movimiento, pero avance en círculos alrededor de un punto, de lo contrario acabará extraviándose.

—¡Espere un momento! —grité—. ¿No puedo descansar aquí? Necesito un mapa, ¿a usted no le sobra uno?

—¿Un mapa? ¿Y de qué puede servir un mapa ahora? —El hombre vaciló al ver que los brazos me colgaban, laxos, a los lados del cuerpo—. Está bien, puede entrar cinco minutos. —Resultaba obvio que esta concesión a la humanidad le había costado un gran esfuerzo.

La casa de verano se componía de una única habitación circular y una pequeña cocina situada en la parte trasera. Pesados postigos cubrían las ventanas, ahora selladas a sus marcos por la cristalización, y solo entraba luz por la puerta.

Shelley enfundó el arma e hizo girar con suavidad el pomo de la puerta. A través de las ventanas escarchadas se veían los borrosos contornos de una cama con dosel, probablemente robada de alguna de las mansiones de los alrededores. Dorados cupidos, con flautas en sus labios, jugaban sobre el dosel de caoba y cuatro cariátides desnudas con los brazos en alto formaban los postes.

—La señora Shelley —explicó el capitán en voz baja—. No se encuentra muy bien.

Contemplamos por un momento la figura que ocupaba la cama, recostada sobre una gran almohada de satén, con una mano febril sobre la colcha de seda. Al principio, pensé que me encontraba ante una mujer mayor, probablemente la madre del capitán, pero pronto comprendí que en realidad era apenas una muchacha, una joven de poco más de veinte años. El largo cabello rubio platino le caía por los hombros como un chal, el rostro fino, de pómulos altos, elevado hacia la escasa luz. Puede que alguna vez hubiera tenido la belleza nerviosa de la porcelana, pero su piel exangüe y los ojos apagados y entornados le daban la apariencia de alguien envejecido por causas preternaturales, lo cual me recordó a mi propia esposa en los últimos minutos antes de su muerte.

—Shelley. —Su débil voz se quebraba en la penumbra ambarina—. Shelley, está haciendo frío otra vez. ¿Puedes encender el fuego?

—La leña no enciende, Emerelda. Se ha convertido en vidrio. —El capitán estaba a los pies de la cama con su gorra de plato en la mano, mirándola solícito, como si estuviera de servicio. Se bajó la cremallera de la chaqueta—. Te he traído esto. Te

ayudará.

Shelley se inclinó hacia delante, ocultándome algo, y derramó varios puñados de piedras preciosas, rojas y azules, sobre la colcha. Rubíes y zafiros de varios tamaños brillaron bajo la luz tenue con una calidez febril.

—Shelley, gracias... —La mano libre de la muchacha se deslizó rápidamente por la colcha, hacia las piedras. Su rostro infantil mostraba una avidez casi rapaz. Agarró un puñado, se las colocó en el cuello y las presionó fuertemente contra su piel donde se formaron unas marcas que parecían las huellas de unos dedos. El contacto con las piedras pareció reanimarla y se movió lentamente; varias piedras resbalaron y cayeron al suelo.

—¿A qué le disparabas, Shelley? —preguntó después de un rato—. Oí disparos. Me han dado dolor de cabeza.

—No era más que un caimán, Emerelda. Hay algunos muy listos por aquí y tengo que mantenerlos vigilados. Ahora descansa.

—Pero, Shelley, necesito más, hoy solo has traído unas pocas... —Su mano, como una zarpa, rebuscaba en la colcha. Después se volvió hacia el otro lado y pareció dormirse, con las joyas, como escarabajos, sobre la blanca piel de su pecho.

El capitán Shelley me dio un golpecito con el codo y salimos silenciosamente de la habitación, hacia la cocina. El pequeño cubículo estaba casi vacío. Sobre el hornillo apagado había una nevera desconectada. Shelley abrió la puerta y empezó a colocar el resto de las gemas en los anaqueles, donde quedaron como cerezas, entre la media docena de latas. Una fina capa de escarcha cubría el esmalte exterior de la nevera, y todo lo que había en la cocina, pero las paredes interiores no estaban afectadas.

—¿Quién es ella? —le pregunté a Shelley, mientras tiraba de la anilla de una lata para abrirla—. ¿No debería intentar sacarla de aquí?

Shelley me miró fijamente con su expresión ambigua. Siempre parecía estar escondiendo algo, sus ojos azules siempre miraban un poco hacia abajo.

—Es mi esposa —dijo con un énfasis curioso, como si no estuviera seguro del hecho—. Emerelda. Está más segura aquí, siempre que vigile a Marquand.

—¿Por qué querría él hacerle daño? A mí me pareció bastante cuerdo.

—¡Está loco! —dijo Shelley con una energía inesperada—. ¡Pasó seis meses metido en una camisa de fuerza! Quiere llevarse a Emerelda y vivir en su casa demencial, en medio del pantano. —Tras reflexionar, agregó—: Ella estuvo casada con Marquand.

Mientras comíamos la carne fría directamente de la lata con un tenedor, Shelley me contó algunas cosas sobre el extraño y melancólico arquitecto Charles Foster Marquand, quien había diseñado algunos de los mayores hoteles de Miami y después, hacía dos años, había abandonado su trabajo repentinamente asqueado. Se había casado con Emerelda tras sobornar a los padres de la chica, a las pocas horas de haberla visto por primera vez en un parque de atracciones. Después se la había

llevado lejos, a una casa extravagante y grotesca que había construido entre los tiburones y los caimanes de la ciénaga. Según Shelley, Marquand jamás habló con Emerelda después de la boda y le impedía abandonar la casa y ver a otras personas, con excepción de un sirviente negro y ciego. Aparentemente, veía a su mujer en una especie de sueño prerrafaelista, enjaulada en su casa como el espíritu extraviado de su imaginación. Cuando, por fin, ella escapó gracias a la ayuda del capitán Shelley, Marquand enloqueció e ingresó voluntariamente, durante algún tiempo, en un manicomio. Ahora había regresado con la única ambición de volver con Emerelda a su casa del pantano y Shelley parecía convencido, puede que realmente lo estuviera, de que su presencia enfermiza y demencial era la responsable de la persistente enfermedad de Emerelda.

Los dejé con el crepúsculo, atrincherados juntos en el blanco sepulcro de la casa de verano, y partí en dirección al río, el cual según Shelley estaba a menos de medio kilómetro, con la esperanza de continuar hasta Maynard. Con suerte habría un destacamento del ejército en los límites de la zona afectada y los soldados después podrían seguir mi rastro y rescatar al capitán de policía y a su esposa moribunda.

La falta de hospitalidad de Shelley no me sorprendía. Al enviarme de nuevo a la jungla me estaba utilizando como cebo, confiando en que Marquand intentaría ponerse en contacto conmigo de inmediato, para saber sobre su antigua esposa. Mientras avanzaba por las grutas de cristal, prestaba atención por si oía sus pasos, pero el recubrimiento cristalino de los árboles cantaba y crujía con mil voces a medida que la selva se iba enfriando en la oscuridad. Arriba, a través de los entramados de los árboles, pude ver el gran cuenco fracturado de la luna. A mi alrededor, en los muros vítreos, las estrellas reflejadas brillaban como miríadas de luciérnagas.

En ese momento advertí que mis ropas habían comenzado a brillar en la oscuridad, la delgada escarcha que cubría mi traje resplandecía como lentejuelas bajo la luz de las estrellas. En la esfera de mi reloj de pulsera crecían astillas de cristal que aprisionaban las manecillas con un medallón de piedra de luna.

A medianoche llegué al río, una calzada de gas congelado que podría haberse elevado hacia la Vía Láctea. Obligado a abandonar el río cuando la superficie se fracturó en una sucesión de cataratas gigantes, llegué a las afueras de Maynard, pasando junto al laboratorio móvil del Departamento de Agricultura. La caravana, las mesas y el equipamiento desperdigado por los alrededores ahora estaba cubierto por una gruesa capa de escarcha, y de las ramas que estaban en la centrifugadora habían brotado nuevamente retoños enjoyados. Recogí un casco abandonado, que ahora parecía un puercoespín de cristal, y lo estrellé contra una de las ventanillas de la caravana.

En aquella oscuridad, las casas de tejados blancos del poblado resplandecían como los templos funerarios de una necrópolis. Las cornisas, decoradas con innumerables agujas y gárgolas, estaban todas unidas encima de las calles por el

entramado de escarcha en plena expansión. Un viento gélido soplaba por los caminos, que se habían convertido en un bosque de espinas fosilizadas que me llegaban a la cintura y, empotrados en ese bosque, yacían los automóviles abandonados, semejantes a saurios acorazados sobre un antiguo lecho oceánico.

Por todas partes el proceso de transformación se aceleraba. Mis pies estaban metidos en unas enormes zapatillas de cristal. Las largas púas me permitían caminar por la calle, pero pronto se fusionarían con las del suelo, inmovilizándome.

El acceso oriental de la ciudad estaba cerrado por la selva y el camino estaba erizado de espinas. A trompicones, me dirigí hacia el oeste una vez más, con la esperanza de regresar a la casa del capitán Shelley. En mi camino pasé junto a una pequeña sección de acera en la que no había escarcha, debajo de la ventana rota de una joyería. Dispersas por el pavimento había un puñado de gemas que habían caído durante el saqueo: anillos de rubíes y de esmeraldas, broches y pendientes de topacio, entremezclados con un sinnúmero de piedras más pequeñas y diamantes industriales que brillaban con frialdad bajo la luz de las estrellas.

Mientras estaba de pie entre las joyas me percaté de que las excrescencias cristalinas de mis zapatos se disolvían como carámbanos expuestos a un calor repentino. Las costras se caían a pedazos y se licuaban lentamente, desvaneciéndose en el aire sin dejar rastro.

Entonces comprendí por qué el capitán Shelley había llevado las joyas a su esposa, y por qué ella las había cogido con tal avidez. Por algún fenómeno óptico o electromagnético, el intenso foco luminoso del interior de las piedras producía simultáneamente una compresión del tiempo, con lo cual la descarga de luz de las superficies revertía el proceso de cristalización. (¿Es posible que este don de tiempo explique nuestra eterna atracción por las piedras preciosas, así como por toda la pintura y la arquitectura barrocas?). Sus intrincados ornamentos —que ocupaban más espacio que el de su volumen, por lo que contenían más tiempo— proporcionaban esa inconfundible premonición de la inmortalidad que se siente en el interior de la basílica de San Pedro o del palacio de Nymphenburg. En cambio, la arquitectura del siglo xx, caracterizada por fachadas rectangulares sin ornamentos, por simples espacio y tiempo euclídeos, es la arquitectura del Nuevo Mundo, confiada en su paso firme hacia el futuro e indiferente a los dolores de mortalidad que han rondado la mente de la vieja Europa.

Me arrodillé con rapidez y llené mis bolsillos con las gemas, amontonándolas en mi camisa y mis puños. Me senté con la espalda contra el frente de la joyería, dejando delante de mí el semicírculo de acera limpia. Era como un patio en miniatura, en cuyos límites brillaba el sotobosque de cristal como un jardín fantasmal. Al entrar en contacto con mi piel, las duras facetas de las gemas me proporcionaron una sensación de calor y a los pocos segundos me hundí en un sueño exhausto.

Desperté a la brillante luz del sol, en una calle llena de templos donde centelleaban mil arcoíris y el aire dorado parecía arder con llamaradas de colores

prismáticos. Protegiéndome los ojos, me recosté y miré hacia los tejados, cuyas tejas de oro parecían incrustadas con miles de gemas de colores, como el barrio de los templos de Bangkok.

Una mano me agarró el hombro con rudeza. Al intentar levantarme, vi que el semicírculo de pavimento limpio había desaparecido y que mi cuerpo yacía sobre un lecho de espinas, con los brazos en cruz. El crecimiento había sido más rápido en la entrada de la tienda, y mi brazo derecho estaba recubierto por una masa de agujas cristalinas, de entre ocho y diez centímetros de longitud, que me llegaban casi hasta el hombro. Mi mano estaba envuelta en una enorme manopla congelada de cristales prismáticos casi demasiado pesada para levantarla, mis dedos contorneados por un arcoíris de colores.

Agobiado por el pánico, conseguí ponerme de rodillas con gran esfuerzo y me encontré con el hombre de la barba y el traje blanco, en cuclillas junto a mí, con la escopeta en sus manos.

—¡Marquand! —Con un grito, levanté mi brazo enjorado—. ¡Por el amor de Dios!

El grito lo distrajo de su escrutinio de la calle llena de luz. Extraños colores le transfiguraban el rostro delgado, de ojos pequeños y brillantes, y le moteaban con pálidos azules la piel, y con violetas la barba. Su traje irradiaba un millar de franjas de colores.

Se inclinó hacia mí, pero antes de que pudiera hablar se oyó el estruendo de un disparo y el entramado de cristal incrustado en la entrada se hizo pedazos, transformándose en una lluvia de cristales. Marquand se parapetó detrás de mí y luego me arrastró hacia atrás, a través de la ventana. Mientras en la calle rugía otro disparo, Marquand y yo cruzamos tropezando los mostradores saqueados y entramos en una oficina donde había una caja fuerte abierta, en cuyo interior se veía un desorden de cajas de caudales metálicas. Él abrió las tapas a golpes y las colocó sobre las bandejas vacías, tras lo cual comenzó a recoger las pocas joyas que había esparcidas por el suelo.

Marquand me puso las piedras en los bolsillos, me arrastró a través de una ventana que daba al callejón trasero y desde ahí me condujo a una calle adyacente, transformada por el entramado que la cubría en un túnel de luces encarnadas y carmesíes. Nos detuvimos en la primera esquina y me señaló la selva que refulgía a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Corre, corre! ¡A cualquier lugar, a través de la selva, es lo único que puedes hacer!

Me empujó hacia delante con la culata de su escopeta, cuya báscula ya estaba incrustada por una masa de cristales plateados que la hacían parecer un fusil de chispa medieval. Bajo la luz del sol, las espinas enjoradas centelleaban como un enjambre de luciérnagas de colores.

—¡Mi hombro, Marquand! ¡Me ha llegado al hombro!



—¡Corre! ¡Es lo único que puede ayudarte! —Su rostro iluminado se estremecía de rabia—. ¡No malgastes las piedras, no te durarán para siempre!

Me obligué a correr. Partí hacia la selva y me adentré en las primeras cavernas de luz. Iba haciendo rotar mi brazo como si fuera una torpe hélice y noté que los cristales cedían un poco. Por suerte pronto encontré un afluente del río y me lancé a la carrera por la superficie petrificada, como un loco.

Corrí a través de la jungla durante horas, o días, ya no puedo recordarlo porque había perdido todo sentido del tiempo. Si me detenía durante más de un minuto, las bandas de cristal se apoderaban de mi cuello y mis hombros, por lo que corrí entre los árboles hora tras hora, deteniéndome solo para desplomarme exhausto sobre las playas de vidrio. Entonces, frotaba las gemas contra mi cara y hacía retroceder la cubierta de escarcha. Pero, poco a poco, el poder de las piedras se iba desvaneciendo y a medida que sus facetas se desdibujaban iban transformándose en fragmentos de sílice sin pulir.

En algún momento, mientras corría por la oscuridad haciendo girar el brazo delante de mí, pasé junto a la casa de verano en la que el capitán Shelley custodiaba a su esposa moribunda y oí que alguien me disparaba desde la galería.

Por fin, hacia la caída de una tarde, cuando la luz rubí del ocaso se hacía más profunda e invadía el bosque, llegué a un pequeño claro en el que los sonidos profundos de un órgano reverberaban entre los árboles. En el centro había una iglesia pequeña cuya aguja dorada se había fusionado con las ramas cercanas.

Con mi brazo enjorjado en alto, abrí las puertas de roble y entré en la nave. Por encima de mi cabeza, sobre el altar caía un intenso resplandor refractado por los vitrales. Escuchando el órgano, me incliné sobre la barandilla que había frente al altar y extendí mi brazo hacia la cruz de oro, incrustada con rubíes y esmeraldas. De inmediato, aquella vaina vítrea se desprendió y empezó a disolverse como un guante de hielo. Mientras se licuaban los cristales, de mi brazo brotaba luz, como el agua de una fuente.

El sacerdote continuaba ante el órgano con su cabeza vuelta hacia mí, las manos firmes sobre las teclas extraían de los tubos una gran música ininterrumpida, que flotaba, entrelazada con innumerables matices, a través de las vidrieras, hacia el sol desmembrado.

La vida, como una cúpula de cristal multicolor,  
Tiñe el blanco fulgor de la eternidad.

Durante la siguiente semana me quedé con él, hasta que se disolvió la última aguja de cristal de los tejidos de mi brazo. Me pasaba el día arrodillado a su lado, moviendo con mi brazo los pedales de los fuelles del órgano mientras a nuestro alrededor resonaban Palestrina y Bach. Al atardecer, cuando el sol se hundía en mil fragmentos

en la noche occidental, el sacerdote dejaba el órgano y se quedaba de pie en el porche, contemplando los árboles fantasmales.

Recordé que se trataba del doctor Thomas, el sacerdote que el capitán Shelley había conducido al puerto. Su rostro delgado de erudito y sus ojos calmos, su serenidad desmentida por los nerviosos movimientos de las manos, como la falsa calma de alguien que se recupera de un ataque de fiebre, me observaban mientras comíamos nuestra magra cena sentados en taburetes junto al altar, protegidos del viento frío que todo lo embalsamaba por las gemas del crucifijo. Al principio creí que el padre Thomas veía en mi supervivencia un ejemplo de intervención del Todopoderoso y le ofrecí una muestra simbólica de mi gratitud. El sacerdote me respondió con una sonrisa ambigua.

Por qué había regresado, es algo que no intenté averiguar. A esas alturas su iglesia estaba completamente rodeada por las celosías de cristal, como si la hubieran construido en el fondo de una grieta de un glaciar inmenso.

Una mañana, el padre Thomas encontró una serpiente ciega que, con los ojos transformados en enormes gemas, buscaba vacilante la puerta del porche. La cogió y la llevó en sus manos hasta el altar. Mientras el animal, con la vista recuperada, reptaba alejándose en silencio entre los bancos de la iglesia, él lo miraba con una sonrisa irónica.

Otro día, me desperté con las primeras luces del amanecer y lo encontré celebrando la eucaristía solo. Se interrumpió, un poco avergonzado, y durante el desayuno me confió:

—Probablemente se pregunte qué estaba haciendo, pero me pareció un buen momento para poner a prueba la validez del sacramento.

Señaló los colores prismáticos que se derramaban a través de los vitrales. Las escenas bíblicas originales habían sido transformadas en pinturas de una desconcertante belleza abstracta.

—Quizá parezca herético, pero aquí el cuerpo de Cristo está en todas partes: en cada prisma y en cada arcoíris, en las diez mil caras del sol. —Levantó sus delgadas manos enjoyadas por la luz—. Así que, ya lo ve; me temo que tanto la iglesia, como su símbolo —señaló el crucifijo— pueden haber sobrevivido a su función.

Busqué una respuesta.

—Lo siento. Tal vez si usted abandonara este lugar...

—¡No! —insistió él, molesto por mi torpeza—. ¿No lo entiende? Alguna vez fui un auténtico apóstata; sabía que Dios existía, pero no podía creer en él. Ahora —rio amargamente—, los acontecimientos me han superado.

Con un ademán me condujo por la nave hasta el porche abierto y señaló hacia el entramado en forma de bóveda que, surcada por vigas cristalinas, se extendía desde los márgenes de la selva como los contrafuertes de una inmensa cúpula de diamante y cristal. Incrustadas en varios puntos se veían las formas casi inmóviles de unas aves con las alas abiertas, oropéndolas doradas y guacamayos rojos, que irradiaban

brillantes remansos de luz. Las bandas de color líquido se alejaban ondulando a través de la selva y los reflejos del plumaje que se iba fundiendo nos envolvía en interminables patrones concéntricos. Los arcos superpuestos flotaban en el aire como los rosetones de una ciudad de catedrales. Por todas partes a nuestro alrededor podía ver un sinnúmero de pájaros más pequeños, mariposas e insectos que unían sus aureolas en miniatura a la coronación de la selva.

El sacerdote me cogió del brazo.

—Aquí, en esta selva, todo está transfigurado e iluminado, unido en el matrimonio último del tiempo y el espacio.

Hacia el final, cuando nos quedamos codo con codo, de espaldas al altar, mientras el pasillo se transformaba en un túnel de pilares vítreos cada vez más estrecho, sus convicciones parecieron flaquear. Con una expresión de pánico vio congelarse las teclas del órgano hasta parecer monedas en un cofre abarrotado, y comprendí que el sacerdote estaba buscando algún modo de escapar.

Finalmente echó a correr, cogió el crucifijo del altar y me lo puso entre los brazos. Con una ira repentina, nacida de la certeza absoluta, me arrastró con rudeza hasta el porche y me empujó hacia una de las bóvedas que se hacían cada vez más estrechas.

—¡Váyase! ¡Aléjese de aquí! ¡Busque el río! —Como yo titubeaba, con el pesado cetro entre mis brazos, el sacerdote gritó con furia—: ¡Dígales que yo le he ordenado llevársela!

Lo vi por última vez de pie, con los brazos extendidos hacia las paredes que se le acercaban, en la misma postura que los pájaros iluminados, con los ojos llenos de maravilla y alivio mientras de sus manos, elevadas al cielo, surgían los primeros círculos de luz que había conjurado.

Luchando con la cruz como con un ícubo dorado, me abrí paso hacia el río. Mi tambaleante figura se reflejaba en los espejos colgantes del musgo español cual una extraviada pintura de Simón de Cirene de un manuscrito medieval.

Todavía me resguardaba detrás del crucifijo cuando llegué a la casa de verano del capitán Shelley. La puerta estaba abierta y vi la cama en el centro de una gigantesca joya fracturada, en cuyas heladas profundidades, como nadadores dormidos en el fondo de un estanque encantado, yacían juntos Emerelda y su esposo. Los ojos del capitán estaban cerrados y del agujero de su pecho brotaban los delicados pétalos de una rosa rojo sangre, semejante a una exquisita planta marina. A su lado, Emerelda dormía plácidamente; el invisible latido de su corazón le envolvía el cuerpo con un tenue resplandor ambarino, un pálido residuo de vida.

Algo resplandeció en la oscuridad, detrás de mí. Me volví para verme ante una brillante quimera, un hombre con los brazos y el pecho incandescentes corría entre los árboles, dejando una estela de partículas en el aire. Me protegí detrás de la cruz, pero el hombre desapareció tan repentinamente como había aparecido, moviéndose en círculos entre las bóvedas de cristal. Mientras su rostro luminoso se desvanecía, oí

resonar su voz en el aire helado, las quejumbrosas palabras enjoradas, adornadas como todo lo demás en aquel mundo transfigurado.

—¡Emerelda...! ¡Emerelda...!

Aquí, en el jardín de la embajada británica en esta serena isla de Puerto Rico, unos pocos meses después, los extraños acontecimientos de aquella selva fantasmagórica parecen haber sucedido a una docena de mundos de distancia. Con todo, en realidad, estoy a menos de dos mil kilómetros de Florida a vuelo de pájaro (o debería decir, de grifo), y ya ha habido numerosos brotes a varias veces esa distancia de las tres áreas focales. En algún lugar leí un informe que decía que a este ritmo, a finales de la próxima década estará afectado al menos un tercio de la superficie de la Tierra, y varias de las ciudades más importantes del mundo se habrán petrificado bajo la capa de cristal prismático, tal como le ha ocurrido a Miami; algunos periodistas describen este centro turístico como una ciudad con las agujas de mil catedrales, como una visión de san Juan el Evangelista.

Para ser franco, sin embargo, esa perspectiva me preocupa muy poco. Para mí ahora es obvio que los orígenes del Efecto Hubble exceden lo físico. Cuando salí de la selva aferrando la cruz dorada entre mis brazos y me topé fuera con un cordón del ejército, a unos quince kilómetros de Maynard, dos días después de haber visto al fantasma impotente que había sido Charles Marquand, estaba decidido a no volver a los Everglades nunca más. Por una de esas absurdas inversiones lógicas, en lugar de ser aclamado como un héroe, me vi sometido a un juicio sumario ante un tribunal militar, acusado de saqueo. Aparentemente, creían que yo había robado las gemas de la cruz dorada y en vano protesté afirmando que aquellas piedras preciosas desaparecidas habían sido el precio de mi supervivencia. Por fin fui rescatado por la embajada en Washington, que apeló a la inmunidad diplomática. Con todo, mi propuesta de que una patrulla provista de crucifijos enjorados se adentrara en la jungla para salvar tanto al sacerdote como a Charles Marquand no tuvo ningún eco. A pesar de mis protestas, me enviaron a San Juan para que me recuperara.

La intención de mis superiores era aislarme de todo recuerdo de mi experiencia; puede que percibieran algún cambio pequeño pero significativo en mí. Cada noche, sin embargo, el fracturado disco del satélite Echo pasa por encima de nuestras cabezas, iluminando el cielo de medianoche como una araña de plata. Estoy convencido de que el propio sol ha comenzado a florecer. En el crepúsculo, cuando su disco está velado por un polvo carmesí, parece atravesado por un peculiar entramado, una celosía inmensa que un día se extenderá hacia los planetas y las estrellas deteniendo su curso.

Ahora sé que volveré a los Everglades. Como ilustra el ejemplo del valiente sacerdote apóstata que me dio la cruz, una enorme recompensa nos espera en esa selva congelada. Allí, en los Everglades, la transfiguración de todas las formas vivientes y no vivientes tiene lugar ante nuestros ojos, y el don de la inmortalidad es

una consecuencia directa de la resignación de la identidad física y temporal de cada uno de nosotros. Por muy apóstatas que podamos ser en este mundo, ahí nos convertimos forzosamente en apóstoles del sol prismático.

Por tanto, cuando haya completado mi convalecencia y regrese a Washington, aprovecharé la oportunidad para visitar la península de Florida una vez más, con una de las numerosas expediciones científicas. Huir no debería resultarme muy difícil. Regresaré a la iglesia solitaria de aquel mundo encantado, donde durante el día volaban pájaros fantásticos por la jungla petrificada y caimanes enjorjados resplandecían como salamandras heráldicas a orillas de los ríos cristalinos; donde por la noche el hombre iluminado corría entre los árboles con sus brazos como las ruedas de un carro dorado, su cabeza como una corona fantasmal.

1964

## EL DELTA EN EL OCASO

Cada tarde, hacia el final del ocaso, cuando la penumbra densa y polvorienta se extendía sobre los riachos y las secas cuencas de barro del delta, las serpientes salían a las playas. Bajo el toldo de su tienda, semidormido en la improvisada camilla de mimbre, Charles Gifford observaba las formas sinuosas que se enroscaban y desenroscaban al reptar pendiente arriba. En la opaca luz azul, el crepúsculo barría las playas húmedas como un faro moribundo, y aquellos cuerpos entrecruzados resplandecían con un brillo casi fosforescente.

Los riachos más cercanos estaban a trescientos metros del campamento pero, por algún motivo, la aparición de las serpientes siempre coincidía con el momento en que Gifford se recuperaba de su fiebre vespertina. Cuando la fiebre lo abandonaba, llevándose consigo el habitual diorama de fantasmas reptiles, él se sentaba en la camilla y se encontraba con las serpientes que reptaban por las playas, casi como si se hubieran materializado a partir de sus sueños.

Examinó de forma involuntaria la arena que rodeaba la tienda, en busca de aquellas pieles húmedas.

—Lo extraño es que salen siempre a la misma hora —le dijo Gifford al indio que había surgido del caos de la tienda y ahora lo cubría con una manta—. En un momento dado no hay nada y en el siguiente, miles de ellas pululan por el fango.

—¿Tú no frío, señor? —preguntó el indio.

—Míralas ahora, antes de que se vaya la luz. Es realmente fantástico. Debe de haber un umbral muy preciso... —Intentó elevar el rostro pálido y barbado por encima del montículo que formaba el soporte que mantenía su pie elevado y le espetó:

—¡Ya vale, ya vale!

—¿Doctor? —El indio, un hombre de treinta años llamado Mechippe, continuó acomodando el soporte mientras miraba a Gifford con esos ojos límpidos plantados en medio de una cara de teca, venosa y envejecida.

—¡Digo que te salgas del maldito paso! —Apoyándose con esfuerzo en un codo, Gifford observaba las últimas luces que se desvanecían por las sinuosas rutas del delta y se llevaban consigo la última imagen de las serpientes. Cada atardecer, cuando el calor aumentaba, presagiando el verano cada vez más próximo, las serpientes salían en gran número, como si se percataran de los períodos cada vez más largos de su fiebre.

—Señor, ¿traer más manta para ti?

—No. Por Dios —Los hombros flacos de Gifford se estremecieron en el aire crepuscular, pero él ignoró la molestia. Bajó la vista y observó su cuerpo —inerte y

cadavérico debajo de la manta— inspeccionándolo con mucho menos apego del que había sentido por aquellos indios desconocidos que agonizaban en el improvisado hospital de campaña de la OMS, en Taxcol. Por lo menos, los indios tenían cierta reposada pasividad, un intacto sentido de la integridad de la carne y el espíritu, reforzado, si acaso, por el fallo de una de las partes. A Gifford le habría gustado llegar a ese paradigma del fatalismo: mediante su identificación con el flujo irrevocable de la naturaleza, hasta el nativo más miserable había vivido más tiempo que el más longevo de los europeos o americanos que, con su obsesiva conciencia del tiempo, se atiborraban como los glotones con eso que llaman experiencias significativas. En cambio, advertía Gifford, él simplemente había hecho a un lado su propio cuerpo, se había divorciado de él como si hubiera sido el otro miembro de un matrimonio por conveniencia que ya no le resultaba útil. Semejante falta de lealtad lo deprimió.

Se palmeó la huesuda entrepierna.

—No es esto, Mechippe, lo que nos ata a la mortalidad, sino nuestros condenados egos. —Sonrió al indio con malicia—. A Louise le gustaría oír eso, ¿no crees?

El indio observaba cómo otros prendían fuego a los desechos, detrás de la caótica tienda. Miró, taciturno, el cuerpo en decúbito sobre la camilla. Los ojos semisalvajes resplandecían como puntas de flechas bajo la aceitosa luz de los arbustos encendidos.

—Señor, ¿quieres que...?

—Olvídalo —le dijo Gifford—. Trae dos whiskys con soda. Y más sillas. ¿Dónde está la señora Gifford? —Miró a Mechippe cuando este no le respondió. Los ojos de ambos se encontraron por un breve instante de claridad absoluta.

Quince años atrás, al llegar Gifford con su primera expedición arqueológica, Mechippe había sido uno de los tantos muchachos que ayudaban en el campamento. Ahora estaba en el final de la juventud en los indios, las marcas de sus mejillas se habían perdido entre las profundas líneas y cicatrices del rostro, y lo sabía todo sobre los campamentos de los visitantes.

—Señora Gifford descansando —dijo en tono críptico. En un intento de modificar el tempo de su diálogo, añadió—: Decir señor Lowry, después traer whiskys y toalla caliente, doctor.

—Vale, Mechippe. —Tumbado, con una sonrisa irónica en los labios, Gifford oyó los pasos del indio alejarse blandamente por la arena. A su alrededor se agitaban los sordos sonidos del campamento (el refrescante chapoteo del agua en la caseta de la ducha, las blandas conversaciones de los indios, el gemido de un perro del desierto a la espera de poder acercarse al vertedero) y él se hundió en aquel cuerpo flaco y cansado que tenía delante, una colección de huesos metidos en una bolsa de viaje, y fue reactivando los debilitados sentidos del tacto y la presión en las extremidades.

Bajo la luz de la luna, las blancas playas del delta resplandecían como bancos de luminosa tiza y las serpientes pululaban en la pendiente como adoradores de un sol de medianoche.

Media hora después, con el aire ya teñido de negro, bebían juntos sus whiskys. Resucitado por el masaje de Mechippe, Charles Gifford estaba sentado, muy erguido, en su silla-camilla y hacía gestos con el vaso. El *whisky* le había esclarecido el cerebro de forma momentánea. Normalmente era reacio a hablar de las serpientes en presencia de su esposa, y mucho más cuando estaba Lowry, pero el notable aumento de su número parecía lo bastante importante como para mencionarlo. También estaba el placer moderadamente malicioso —menos divertido ahora que antes— de ver a Louise estremecerse ante cualquier mención de las serpientes.

—Lo que resulta tan inusual —explicó— es que salgan todas a la vez. Debe de haber un nivel preciso de luminosidad, un número exacto de fotones al cual todas responden. Supongo que se trata de algún desencadenante innato.

El doctor Richard Lowry, ayudante de Gifford y líder de hecho de la expedición desde el accidente, miró incómodo a su jefe desde el borde de su silla de lona a la vez que hacía girar el vaso bajo su larga nariz. Lo habían situado a sotavento de los vendajes flojos que envolvían el pie de Gifford (solo las pequeñas revanchas como esta, sin importar cuán infantiles fueran, mantenían el interés de Gifford por las personas que lo rodeaban). Al preguntar, apartaba cautelosamente la cara.

—Pero ¿cómo se explica ese repentino incremento? Hace un mes, con suerte se veía alguna serpiente.

—¡Dick, por favor! —Louise Gifford se volvió hacia Lowry con una expresión de martirizado agotamiento—. ¿Es necesario?

—Hay una respuesta obvia —le dijo Gifford a Lowry—. Durante el verano, el delta se seca y empieza a parecerse a las lagunas someras que había aquí hace cincuenta millones de años. Los anfibios gigantes ya habían desaparecido, y los reptiles eran el grupo dominante. Es probable que estas serpientes lleven en sí lo que en la práctica es un paisaje interno codificado, una representación del Paleoceno tan nítida como nuestros recuerdos de Nueva York y Londres. —Se volvió hacia su esposa; las sombras proyectadas por el lejano fuego hecho con residuos le ahuecaban las mejillas—. ¿Qué pasa, Louise? No me digas que no puedes recordar Nueva York o Londres.

—No sé si puedo o no. —Se quitó un deshilachado mechón rubio de la frente—. Me gustaría que no pensaras todo el tiempo en esas serpientes.

—Bueno, estoy empezando a comprenderlas. Siempre me ha desconcertado que aparecieran al mismo tiempo. Además, no tengo nada más que hacer. No quiero quedarme aquí sentado, con los ojos fijos en vuestras malditas ruinas toltecas.

Hizo un gesto hacia el altozano de arenisca, cuyo perfil se recortaba contra las nubes blancas iluminadas por la luna e indicaba los márgenes del banco aluvial, a casi dos kilómetros del campamento. Antes del accidente de Gifford, las sillas miraban hacia aquella derruida ciudad de terrazas que iba emergiendo de entre los cardos que cubrían la colina. Pero Gifford se había cansado de mirar todo el día las desmoronadas galerías y columnatas en las que su esposa y Lowry trabajaban juntos.



Ordenó a Mechippe que desmontara su tienda y la girara noventa grados, para poder ver desvanecerse la última luz del ocaso sobre el delta, en el oeste. Los fuegos de la quema de residuos, que ahora tenía enfrente, suministraban al menos unas pocas chispas de movimiento. Mirando durante horas y horas aquellos interminables riachos y bancos de lodo, cuyos contornos sinuosos se hacían cada vez más serpentinos al prolongarse la sequía estival y reducirse, consecuentemente, el manto de agua, un atardecer, había descubierto las serpientes.

—Seguramente no es más que una reducción del oxígeno disuelto —comentó Lowry. Advirtió que Gifford lo observaba con una expresión de crítico desagrado y añadió—: Jung cree que la serpiente es un símbolo primario del inconsciente y que su aparición siempre anuncia una crisis de la psique.

—Supongo que lo acepto —dijo Charles Gifford. Y con una risa bastante forzada, añadió, moviendo el pie dentro del soporte—: Debo aceptarlo, ¿no es así, Louise? —Antes de que su esposa, quien miraba el fuego con una expresión distraída, pudiera responder, él continuó—: Aunque, en realidad, estoy en desacuerdo con Jung. Para mí la serpiente es el símbolo de la transformación. Cada tarde, en el ocaso, aquí se recrean las grandes lagunas del Paleoceno, no solo para las serpientes, sino también para ti y para mí, si prestamos atención. No por nada la serpiente es el símbolo de la sabiduría.

Richard Lowry frunció el entrecejo, dubitativo, mientras bebía.

—No me convence, señor. Era el hombre primitivo el que tenía que incorporar los sucesos del mundo externo a su psique.

—Completamente cierto —replicó Gifford—. ¿De qué otro modo tendría sentido la naturaleza si no representara alguna experiencia interior? Los únicos paisajes reales son los internos, o su proyecciones externas; así es este delta. —Le extendió el vaso vacío a su esposa—. ¿Estás de acuerdo, Louise? Aunque tú tal vez tengas una perspectiva freudiana de las serpientes, ¿no?

Esta pulla de escasa sutileza, proferida con el humor desapasionado que se había tornado característico de Gifford, interrumpió la conversación. Inquieto, Lowry miró su reloj, ansioso por alejarse de Gifford y su lamentable grosería. Este, con una fría sonrisa de suficiencia en los labios, esperaba a que Lowry lo mirara. Por una curiosa paradoja, la renuencia de su ayudante a vengarse fomentaba el desagrado que Gifford sentía por él más que la relación entre Lowry y Louise, todavía ambigua pero en camino de concretarse. La meticulosa neutralidad y las buenas maneras de Lowry le parecían una tentativa de preservar ese mundo al cual Gifford había vuelto la espalda, un mundo en el cual no había serpientes en las playas, en el que los acontecimientos se sucedían en un único plano temporal, como si se proyectara un objeto tridimensional en una cámara oscura defectuosa.

La cortesía de Lowry era, además, por supuesto, un intento de protegerse y proteger a Louise de la mordaz lengua de Gifford. Como Hamlet, que se aprovechaba de su locura para ofender e interrogar a todo el mundo a voluntad, Gifford utilizaba

con frecuencia ese agotado intervalo de semilucidez tras la fiebre para hacer sus comentarios más incisivos. Cuando emergía de aquellos bajíos en penumbras, con las imágenes de su esposa y su ayudante aún rodeadas de los mandalas que rotaban en sus sueños, Gifford daba total rienda suelta a su atormentado humor. El que ello empujara a su esposa y a Lowry hacia el inevitable clímax, para él era solo un aliciente.

Su largo adiós a Louise, dilatado durante tantos años, parecía finalmente viable, aun cuando solo era parte de ese adiós mayor, de esa larguísima ausencia en la que Gifford estaba a punto de embarcarse. Los quince años de su matrimonio habían sido poco más que un único y frustrado adiós, una búsqueda de los medios para un fin siempre impedido por la fuerza de sus propias personalidades.

Observando el perfil de Louise, rozado por el sol pero todavía hermoso y su pelo rubio echado detrás de sus angulosos hombros, Gifford comprendió que el desagrado que ella le provocaba no era en absoluto personal, sino solo parte del cordial fastidio que sentía hacia casi toda la raza humana. Y hasta esa misantropía tan profundamente arraigada no era más que un reflejo de su imperecedero desprecio por sí mismo. Así como eran pocas las personas que le habían gustado, también eran escasos los momentos en que él mismo se había gustado. Toda su vida como arqueólogo, desde su primera adolescencia, cuando recogía fósiles de amonites de un cercano afloramiento de piedra caliza, era una tentativa expresa de volver al pasado y descubrir los orígenes de su odio hacia sí mismo.

—¿Crees que enviarán un avión? —preguntó Louise, la mañana siguiente después del desayuno—. Hubo un ruido...

—Lo dudo —dijo Lowry. Miró el cielo vacío—. No hemos pedido ninguno. El campo de aterrizaje de Taxcol está abandonado. En verano, el puerto se seca y todo el mundo se muda río arriba.

—Habrá un doctor, supongo. No se habrán ido todos ¿o sí?

—No, hay un médico asignado de forma permanente a la autoridad portuaria.

—Un borracho imbécil —exclamó Gifford—. Me niego a dejar que me toque con sus asquerosas manos. Olvídate del médico, Louise. Aun cuando haya alguien dispuesto a venir, ¿cómo crees que lo conseguirá?

—Pero Charles...

Gifford hizo un enfadado ademán hacia los bancos de lodo.

—Todo el delta se está vaciando como si fuera el agua sucia después de un baño, nadie va a arriesgarse a recibir una fuerte dosis de malaria solo para entablillarme el tobillo. De todos modos, ese muchacho que envió Mechippe probablemente esté por aquí, en algún lugar.

—Pero Mechippe nos aseguró que era de fiar. —Louise miró con impotencia a su esposo, recostado sobre el respaldo de la silla-camilla—. Dick, ojalá hubieras ido con él. Son solo ochenta kilómetros. Ya habríais llegado.

Lowry asintió con inquietud.

—Bueno, no creí que... estoy seguro de que todo irá bien. ¿Cómo está su pierna, señor?

—Chachi. —Gifford había estado escudriñando el delta. Advirtió que Lowry lo miraba con cara de preocupación—. ¿Qué pasa, Richard? ¿Te molesta el olor? —Exasperado de pronto, le espetó—: Hazme un favor, chaval, vete a dar un paseo.

—¿Qué...? —Lowry lo miró titubeando—. Por supuesto, doctor.

Gifford observó la pulcra figura de Lowry alejarse rígidamente entre las tiendas.

—Es espantosamente correcto, ¿no crees? Pero todavía no sabe cómo encajar un insulto. Me encargaré de que adquiera muchísima práctica.

Louise negó lentamente con la cabeza.

—¿Es necesario, Charles? Sabes que sin él estaríamos en un grave apuro. No creo que estés siendo muy justo.

—¿Justo? —Gifford repitió la palabra con una mueca—. ¿De qué estás hablando? ¡Por el amor de Dios, Louise!

—Vale —respondió su esposa con paciencia—, no creo que debas culpar a Richard de lo que pasó.

—No lo hago. ¿Eso es lo que dice tu querido Richard? Ahora que esto comienza a oler, intenta echarme la culpa a mí.

—No, él no...

Gifford, irritado, golpeó el apoyabrazos de mimbre.

—¡Claro que sí, maldita sea! —Levantó los ojos y dirigió una mirada sombría a su esposa. La barba delgada le enmarcaba la boca torcida—. Y no te preocupes, cariño, cuando todo esto acabe, tú también.

—Charles, por favor...

—Después de todo, ¿a quién le importa? —Gifford se recostó, débilmente, por un momento y después, al recuperarse, con una curiosa sensación de buen humor y calma, casi eufórico, empezó de nuevo—: Doctor Richard Lowry. Adora su doctorado. Yo no hubiera tenido el morro, a su edad. Un doctorado de tercera categoría por un trabajo que yo le hice, y se hace llamar «doctor».

—Tú también.

—No seas tonta. Recuerdo que me ofrecieron por lo menos dos puestos de director.

—Pero no podías rebajarte a aceptarlos —comentó su esposa con un dejo de ironía en la voz.

—No, no podía —ratificó Gifford con vehemencia—. ¿Sabes cómo es Cambridge, Louise? ¡Está atestada de Richards Lowrys! Además, yo tenía una idea mucho mejor. Me casé con una mujer rica. Era encantadora, hermosa y, en un sentido ligeramente ambiguo, respetaba mi malhumorada genialidad, pero sobre todo, era rica.

—Qué suerte has tenido.

—La gente que se casa por dinero se lo gana. Yo sí que me gané el mío.

—Gracias, Charles.

Gifford soltó una risita para sí.

—Una cosa, Louise, tú sí que sabes cómo encajar un insulto. Es cuestión de crianza. Me sorprende que no seas más selectiva con respecto a lo de Lowry.

—¿Selectiva? —rio Louise, incómoda—. No me había percatado de haberlo seleccionado. Creo que Richard es amable y servicial; como bien sabías cuando lo convertiste en tu ayudante, dicho sea de paso.

Gifford empezaba a formar su respuesta cuando un frío repentino le envolvió el pecho y los hombros. Estiró, sin fuerzas, la manta para cubrirse, sorprendido por una vasta sensación de fatiga e inercia. Levantó sus ojos sombríos hacia Louise, olvidada ya la discusión del instante anterior. La luz del sol había desaparecido y una profunda oscuridad cubría la faz del delta, iluminada durante un breve intervalo por las pululantes siluetas de miles de serpientes. En un intento de capturar la imagen que tenía ante los ojos, Gifford hizo ademán de incorporarse, peleando contra el ícubo que le oprimía el pecho, pero cayó hacia atrás, en un pozo de náusea y embotamiento.

—¡Louise...!

Rápidamente, su esposa le tomó las manos y le sostuvo la cabeza con el hombro. Gifford vomitó sin tener nada en el estómago, luchando contra su musculatura, contraída como la de una serpiente que se esfuerza por mudar su piel. Oyó confusamente que su mujer gritaba pidiendo ayuda y que el soporte caía al suelo, arrastrando las sábanas consigo.

—Louise —susurró—, una de estas noches... quiero que me lleves abajo, con las serpientes.

Esa tarde, cada vez que el dolor del pie se hacía más intenso, Gifford despertaba y encontraba a Louise sentada a su lado. Mientras tanto él navegaba por un sueño interminable, hundiéndose desde un plano de ensoñación en el siguiente, mientras los grandes mandalas lo guiaban hacia abajo, entronizándolo con sus luminosos discos.

En los días que siguieron las conversaciones con su esposa fueron menos frecuentes. Al empeorar su estado, Gifford solo tenía energías para observar las planicies de fango, casi sin advertir las discusiones y el movimiento que había a su alrededor. Su esposa y Mechippe formaban un débil puente con la realidad, pero el auténtico foco de su atención era el nudo de playas donde aparecían las serpientes hacia el final de cada tarde. Esa era una región de total atemporalidad en la que él finalmente sentía la simultaneidad de todos los instantes, la coexistencia de todos los acontecimientos de su vida pasada.

Ahora las serpientes aparecían media hora antes. En una ocasión vislumbró fugazmente sus inmóviles formas albinas sobre las pendientes, al aire caliente del mediodía. Esas pieles blancas como la tiza, las cabezas erguidas en una postura muy semejante a la suya, las hacían parecer inconmensurablemente antiguas, tanto como

las esfinges blancas de los pasadizos funerarios que conducían a las tumbas de los faraones en Karnak.

Aunque sus fuerzas habían mermado de forma considerable, la infección del pie solo se había extendido unos pocos centímetros por encima del tobillo y Louise Gifford comprendió que el deterioro de su esposo era un síntoma de un profundo trastorno psicológico, el *mal de passage* provocado por aquel paisaje intensamente sugestivo y su evocación del mundo de lagunas del Paleoceno. Durante uno de sus intervalos lúcidos, Gifford oyó que Louise le proponía trasladar el campamento un kilómetro, a través de la planicie, hasta la sombra de la colina, cerca de la ciudad de terrazas tolteca en la que ella y Lowry llevaban a cabo su trabajo arqueológico.

Pero él había rehusado, remiso a abandonar las serpientes de la playa. Por algún motivo, aquella ciudad le desagradaba. No era porque allí se había provocado la herida que ahora amenazaba su vida. Aceptaba sin ambages que había sido un simple y desafortunado accidente, carente de todo simbolismo. Pero la enigmática presencia de la ciudad de terrazas, con sus galerías desmoronadas y sus patios internos cubiertos de cardos gigantes y musgo, parecía un enorme artefacto que se oponía al superreal naturalismo del delta. Con todo, al igual que el delta, la ciudad de terrazas retrocedía en el tiempo, la barroca tracería de dioses serpiente de los frisos se iba desintegrando y era reemplazada por los entrelazados zarcillos de los musgos, las formas pseudorgánicas moldeadas por el hombre a imagen de la naturaleza revertían al original. A cierta distancia detrás de Gifford, como un inmenso telón de fondo, las antiguas ruinas toltecas parecían rumiar en la penumbra como un mastodonte en decadencia, una montaña moribunda cuyo oscuro sueño de tierra lo envolvía con su luminosa presencia.

—¿Te sientes lo bastante bien como para continuar? —le preguntó Louise a Gifford cuando, después de otra semana, seguía sin haber noticias del mensajero enviado por Mechippe. Su esposa lo miró con aire crítico. Estaba tumbado a la sombra del toldo. El cuerpo flaco casi no se le veía entre los pliegues de las mantas y la monstruosa tienda que protegía su pierna. Solo el rostro arrogante y la barba endurecida le recordaban la identidad de su esposo.

—Tal vez si saliéramos a encontrar la partida de búsqueda a medio camino...

Gifford negó con la cabeza, sus ojos recorrieron la descolorida planicie hasta los canales, casi secos, del delta.

—¿Qué partida de búsqueda? No existe ni un solo bote, entre este sitio y Taxcol, que tenga un calado tan bajo.

—Puede que envíen un helicóptero. Podrían vernos desde el aire.

—¿Un helicóptero? Tienes una idea fija, Louise. Nos quedaremos aquí alrededor de una semana más.

—Pero tu pierna... —insistió su esposa—. Un médico...

—¿Cómo iría hasta allá? ¿Dando tumbos, sobre la camilla? Moriría en menos de

cinco minutos. —Cansado, levantó los ojos hacia el rostro pálido y quemado por el sol de su esposa; esperaba a que se fuera.

Ella flotaba sobre él sin saber qué hacer. A cincuenta metros de distancia, Richard Lowry estaba sentado al aire libre, junto a la entrada de su tienda, mirándola en silencio. De forma involuntaria y antes de poder evitarlo, Louise levantó una mano para alisarse el cabello.

—¿Lowry está ahí? —preguntó Gifford.

—¿Richard? Sí —dijo ella, vacilando—. Volveremos para el almuerzo. Entonces te cambiaré el vendaje.

Cuando Louise salió de su campo visual, Gifford alzó ligeramente la barbilla para poder ver las playas oscurecidas por la neblina de la mañana. Las pendientes de barro cocido relumbraban como el hormigón caliente y por los abrevaderos solo corría un delgado hilillo de un fluido negro. Aquí y allá, pequeñas islas de cincuenta metros de diámetro con forma de semiesferas perfectas se alzaban desde el suelo de los canales, imponiendo una curiosa formalidad geométrica al paisaje. Toda el área estaba completamente inmóvil, pero Gifford esperaba con paciencia, en su camilla, a que las serpientes salieran hacia las playas.

Cuando se percató de que Mechippe le estaba sirviendo el almuerzo, reparó en que Lowry y Louise no habían regresado.

—Llévatelo. —Empujó a un lado el cazo de sopa condensada—. Tráeme un *whisky* con soda. Doble. —Dirigió al indio una mirada penetrante—. ¿Dónde está la señora Gifford?

Mechippe colocó el cazo de sopa otra vez en la bandeja.

—La señora Gifford llegar pronto, señor. El sol muy caliente, ella esperar la tarde.

Gifford se recostó un momento, pensando en Louise y Richard Lowry, la imagen de los dos juntos apenas suscitó un residuo de emoción en él. Después intentó alejar la neblina con un ademán.

—¿Qué es esa...?

—¿Señor?

—Maldición, creí haber visto una. —Sacudió lentamente la cabeza mientras la forma blanca que había entrevisto fugazmente se desvanecía entre las cuevas opalescentes—. Aunque es demasiado temprano. ¿Dónde está ese *whisky*?

—Ya venir, señor.

Jadeando un poco tras el esfuerzo de sentarse, Gifford miró a su alrededor con nerviosismo, examinando el grupo de tiendas. En diagonal, detrás de él, alzándose desde el rabillo de sus ojos desenfocados, estaban las largas crestas de la ciudad tolteca. En algún lugar de sus galerías y pasadizos en espiral estaban Louise y Richard Lowry. Desde una de aquellas elevadas terrazas, al otro lado del banco aluvial, el campamento se vería, a lo lejos, como unas cuantas cáscaras descoloridas custodiadas por un muerto colocado en una silla.

—Cariño, lo siento muchísimo. Intentamos volver, pero me torcí un tobillo... — Al decirlo, Louise Gifford se rio ligeramente—... casi como tú, ahora que lo pienso. Es posible que me reúna contigo aquí, en uno o dos días. Me alegra tanto que Mechippe haya cuidado de ti y te haya cambiado el vendaje. ¿Cómo te sientes? Te ves mucho mejor.

Gifford asintió, somnoliento. La fiebre de la tarde había cedido, pero él se sentía consumido y exhausto; lo único que lo mantenía consciente de la presencia y el parloteo de su esposa era la estimulación provocada por el *whisky* que había estado bebiendo, lentamente, durante todo el día.

—Ha sido como pasar un día en el zoo —dijo él. Y añadió con su humor cansado—: En el recinto de los reptiles.

—Tú y tus serpientes. Charles, eres la monda.

Louise rodeó la silla-camilla hasta colocarse a sotavento del soporte de la pierna de Gifford, luego retrocedió hasta situarse a barlovento. Saludó con la mano a Richard Lowry, quien acarreaba bandejas con especímenes adentro de su tienda.

—Dick, te propongo que nos duchemos y después nos reunamos con Charles a beber unos tragos.

—Excelente idea —respondió Lowry—. ¿Cómo está?

—Mucho mejor. —Y dirigiéndose a Gifford, le dijo—: ¿No te molesta, Charles? Te hará bien conversar un poco.

Gifford hizo un gesto vago con la cabeza. Cuando Louise se marchó a su tienda, él enfocó los ojos meticulosamente en las playas. Ahí, bajo la luz del atardecer, las serpientes pululaban y se retorcían; sus largas formas se deslizaban dentro y fuera unas de otras, y el horizonte cada vez más oscuro estaba dentro, íntegramente, de aquel abrazo serpentino. Ahora había literalmente decenas de miles de serpientes que atravesaban la planicie, desde los márgenes de la playa hacia el campamento. Durante la tarde, en el apogeo de su fiebre, había intentado llamarlas, pero su voz era demasiado débil.

Después, mientras bebían sus cócteles, Richard Lowry preguntó:

—¿Cómo se siente, señor? —Como Gifford no le respondió, añadió—: Me alegro de saber que su pierna está mejor.

—¿Sabes, Dick? Creo que es psicológico —señaló Louise—. En cuanto tú y yo nos alejamos de él, Charles mejora. —Sus ojos buscaron los de Richard Lawry y se quedó mirándolo.

Lowry jugó con su vaso y una débil sonrisa de seguridad en sí mismo se le dibujó en el suave rostro.

—¿Qué fue del mensajero? ¿Hay alguna noticia?

—¿Has oído algo, Charles? Tal vez alguien vuele hasta aquí en un par de días.

Durante todo este intercambio de comentarios amables, así como de los que se sucedieron los días subsiguientes, Charles Gifford permaneció en silencio y retraído, hundiéndose cada vez más profundamente en el paisaje interior que iba emergiendo

de las playas del delta. Su esposa y Richard Lowry se sentaban con él en las tardes, cuando volvían de la ciudad en terrazas, pero él apenas se percataba de su presencia. Para entonces, ellos parecían moverse en un mundo periférico, como si fueran los actores de un melodrama que acontecía al margen. De cuando en cuando Gifford pensaba en ellos, pero le parecía que el esfuerzo no conducía a ninguna parte. La relación de su mujer con Lowry lo dejaba impertérrito; si acaso, se sentía agradecido a Lowry por liberarlo de Louise.

Un atardecer, dos o tres días después, cuando Lowry fue a sentarse a su lado, Gifford se incorporó y le dijo con frialdad:

—Entiendo que has encontrado riquezas en la ciudad de terrazas. —Pero antes de que Lowry hubiera podido formular una respuesta, Gifford había recaído, otra vez, en su duermevela.

Una noche, pocos días después, cuando un espasmo de dolor en el pie lo despertó en las primeras horas de la madrugada, vio a su mujer y a Lowry, junto a la tienda de este, caminando a través de la polvorienta oscuridad azul. Por un momento fugaz, sus figuras abrazadas se parecieron a las serpientes, enrolladas unas con otras sobre la playa.

—¡Mechippe!

—¿Doctor?

—¡Mechippe!

—Estoy aquí, señor.

—Esta noche, Mechippe —le dijo Gifford—, dormirás en mi tienda. ¿Entendido? Te quiero cerca de mí. Usa mi cama, si quieres. ¿Me oirás si te llamo?

—Por supuesto, señor. Yo oírte. —El rostro de ébano pulido del indio miraba a Gifford con aire circunspecto. Ahora atendía a Gifford con un cuidado que indicaba que este, pese a ser un aprendiz, había ingresado finalmente en el mundo de los valores absolutos, compuesto por el delta y las serpientes, la taciturna presencia de las ruinas toltecas y su pierna moribunda.

Después de medianoche, Gifford yacía en silencio en la silla-camilla, mirando la luna llena alzarse sobre las playas luminosas. Como una cabellera de Medusa, miles de serpientes habían trepado las elevaciones de las playas y se diseminaban por todas partes a través de las lindes de la planicie, con sus blancos lomos expuestos a la luz de la luna.

—Mechippe.

El indio estaba en cuclillas, en silencio, entre las sombras.

—¿Doctor Gifford?

Gifford habló en voz baja, pero clara.

—Las muletas. Ahí.

Cuando el indio le alcanzó los dos palos tallados, Gifford hizo a un lado las mantas. Retiró con cuidado la pierna del soporte y se sentó; después levantó la pierna.



Se inclinó hacia delante sobre las muletas hasta encontrar el equilibrio. El pie vendado se proyectaba hacia delante como un garrote.

—Escucha. En el escritorio de campaña, en el cajón de la derecha, está mi revólver. Tráemelo.

Por una vez, el indio titubeó.

—¿Revólver, señor?

—Un Smith & Wesson. Debería estar cargado, pero hay una caja con balas.

El indio vaciló otra vez mientras sus ojos recorrían las dos tiendas alineadas, lejos de ellos, con sus entradas cubiertas por los doseles para reducir el polvo. Todo el campamento estaba en silencio; la arena caliente enmudecía la ligera agitación del viento y el aire oscuro parecía talco.

—Revólver —dijo—. Sí, señor.

Moviéndose con cuidado, Gifford se puso lentamente de pie. Se detuvo, vacilante. La cabeza le daba vueltas por el esfuerzo, pero la enorme ancla de su pie izquierdo lo fijaba al suelo. Tomó el arma e hizo un ademán con ella hacia el delta.

—Vamos a ver las serpientes, Mechippe. Tú me ayudarás. ¿De acuerdo?

Los ojos de Mechippe fulguraron en la oscuridad.

—¿Las serpientes, señor?

—Sí. Me llevas hasta la mitad del camino, después puedes regresar. No te preocupes, estaré bien.

Mechippe asintió lentamente con la cabeza, mientras miraba hacia el delta.

—Yo ayudar doctor.

Comenzaron a avanzar laboriosamente por la arena, con Gifford afirmado en el brazo del indio. Tras unos pocos pasos la pierna le resultó demasiado pesada como para llevarla levantada todo el tiempo y empezó a arrastrar aquel peso muerto por la arena.

—Joder, está lejos.

Habían recorrido veinte metros. Por algún capricho óptico, ahora las serpientes más cercanas parecían estar a casi un kilómetro de distancia y apenas resultaban visibles entre las suaves elevaciones del terreno.

—Continuemos.

Anduvieron con esfuerzo unos diez metros más. La entrada abierta de la tienda de Lowry se encontraba a su izquierda, la campana blanca de la red antimosquitos se erigía como un sepulcro entre las sombras. Casi agotado, Gifford trastabillaba, vacilante, e intentaba enfocar sus ojos a través de aquel aire teñido.

De pronto hubo un fognazo y un estruendo, al disparársele el revólver y salir despedido de su mano. Gifford notó que los dedos de Mechippe se endurecían sobre su brazo y oyó que alguien salía de la tienda de Lowry, y el sobresaltado grito de temor de una mujer. De la tienda surgió otra figura, esta vez la de un hombre, que tras mirar a Gifford por encima del hombro, salió disparado entre las tiendas como un animal asustado, corriendo con la cabeza gacha en dirección de la ciudad de terrazas.

Molesto por estas interrupciones, Gifford rebuscó su revólver, enceguecido, mientras luchaba con las muletas. Pero la oscuridad se condensaba a su alrededor y la arena ascendió hacia él hasta golpearle la cara.

La mañana siguiente, mientras desmontaban y empacaban las tiendas, Gifford se sentía demasiado cansado como para mirar hacia el delta. Las serpientes nunca aparecían hasta la tarde y el desencanto de no haber conseguido llegar hasta ellas la noche anterior le había consumido la energía.

Cuando la suya ya era la única tienda del campamento que quedaba en pie, y la estructura metálica de las duchas se alzaba del suelo como el despojo de una escultura abstracta que indicara un hito futurista, Louise se le acercó.

—Ya es hora de que empaquen tu tienda. —Su tono era casual, pero cauteloso—. Los chicos están fabricándote una camilla. Estarás más cómodo.

Gifford le hizo un ademán para que lo dejara tranquilo.

—Vete. Yo no puedo irme. Déjame a Mechippe y llévate a los demás.

—Charles, sé práctico por una vez en tu vida. —Louise estaba de pie ante él, con el rostro calmo—. No podemos quedarnos aquí de manera indefinida y tú necesitas tratamiento. Es obvio que el muchacho que envió Mechippe nunca llegó a Taxcol. Nuestras provisiones no van a durar eternamente.

—No es necesario que duren eternamente. —Los ojos de Gifford, casi cerrados, escrutaban el horizonte como un par de binoculares defectuosos—. Déjame lo suficiente para un mes.

—Charles...

—Por el amor de Dios, Louise... —Cansado, dejó caer la cabeza sobre la almohada. Vio a Richard Lowry supervisando la estibación de los suministros mientras los muchachos indios se movían a su alrededor como niños serviciales—. ¿Por qué tanta prisa? ¿No puedes quedarte una semana más?

—No podemos, Charles. —Ella lo miró a los ojos—. Richard cree que debe marcharse. Ya sabes. Por tu bien.

—¿Por mi bien? —Gifford negó con la cabeza—. Lowry me importa un comino. Anoche iba a echar un vistazo a las serpientes.

—Bueno... —Louise se alisó la camisa de campaña—. Este viaje ha sido un fracaso absoluto, Charles, hay muchas cosas que me asustan. Les diré que desmonten la tienda cuando estés listo.

—Louise. —Haciendo un último esfuerzo, Gifford se sentó. Bajó mucho la voz para que Richard Lowry no lo oyera, evitando así avergonzar a su esposa, y le dijo—: He salido a observar las serpientes. ¿Puedes entenderlo?

—¡Pero, Charles! —le espetó ella con un súbito estallido de exasperación—. ¡No lo ves, no hay ninguna serpiente! ¡Pregúntale a Mechippe, a Richard Lowry o a cualquiera de los muchachos! Todo el río está seco como un hueso.

Gifford se volvió para mirar las blancas playas del delta.

—Tú y Lowry, idos. Lo siento, Louise, pero no podría soportar el viaje.

—¡Debes hacerlo! —Señaló con un gesto las colinas distantes, la ciudad de terrazas y el delta—. Hay algo malo en este lugar, Charles, de algún modo te ha convencido de que...

Seguido por un grupo de muchachos, Richard Lowry se acercaba lentamente, haciéndole gestos con la mano a Louise. Ella dudó un momento y luego, de forma impulsiva, le indicó con un ademán que regresara, tras lo cual se sentó junto a Gifford.

—Charles, escucha. Me quedaré contigo una semana más, como quieres, para que puedas admitir lo de estas alucinaciones, si me prometes que después nos marcharemos. Richard puede adelantarse, nos reuniremos con él y con un médico en Taxcol. —Louise bajó la voz—. Charles, siento lo de Richard. Ahora me doy cuenta de...

Louise se inclinó hacia delante para ver el rostro de su esposo. Gifford estaba en su silla, frente a la solitaria tienda, mientras un círculo de muchachos lo observaba con paciencia desde cierta distancia. A quince kilómetros de ahí, una nube solitaria flotaba a la deriva sobre una de las mesetas, como una pluma de humo sobre un volcán dormido, pero todavía activo.

—Charles. —Esperó a que su esposo le hablara, con la esperanza de que la riñera y, tal vez, hasta la perdonara. Pero Charles Gifford solo pensaba en las serpientes de la playa.

## EL GIGANTE AHOGADO

La mañana después de la tormenta, encalló en la playa, a unos ocho kilómetros al noroeste de la ciudad, el cuerpo de un gigante ahogado. Un granjero de los alrededores trajo las primeras noticias de su arribo, que posteriormente fueron confirmadas por los reporteros del periódico local y la policía. A pesar de esto, la mayoría de las personas, yo entre ellas, manteníamos una actitud escéptica. Pero el número cada vez mayor de testigos oculares que daban fe del inmenso tamaño del gigante fue demasiado para nuestra curiosidad. La biblioteca en la que mis colegas y yo llevábamos a cabo nuestra investigación estaba casi desierta cuando partimos hacia la costa, poco después de las dos, y a lo largo del día la gente siguió abandonando oficinas y tiendas, a medida que las historias sobre el gigante circulaban por la ciudad.

Para cuando llegamos a las dunas situadas encima de la playa, se había congregado una muchedumbre considerable. Pudimos ver el cuerpo, tendido en la arena, a doscientos metros de distancia. Al principio, las estimaciones de su tamaño nos parecieron muy exageradas. Era el momento de la bajamar y, pese a que casi todo su cuerpo estaba expuesto, el gigante parecía ser solo un poco mayor que un tiburón peregrino<sup>[8]</sup>. Estaba tumbado de espaldas, con sus brazos extendidos a los lados en actitud de reposo, como si estuviera durmiendo en ese espejo de arena húmeda; el reflejo de su piel descolorida se desvanecía al retirarse el agua. Bajo la luz clara del sol, el cuerpo relucía como el plumaje blanco de un ave marina.

Intrigados por el espectáculo e insatisfechos con las prosaicas explicaciones que ofrecía la multitud, mis amigos y yo avanzamos desde las dunas hasta la playa de guijarros. Todo el mundo parecía reacio a aproximarse al gigante, pero media hora después dos pescadores equipados con botas de caña alta cruzaron la playa de arena. Cuando sus diminutas figuras se acercaron al cuerpo tumbado, un repentino alboroto se elevó de entre los espectadores: los dos pescadores se veían completamente empujados por el gigante. Aunque los talones del coloso estaban parcialmente hundidos en la arena, sus pies se alzaban hasta una altura de por lo menos el doble de la de un hombre, y advertimos de inmediato que este leviatán ahogado tenía la corpulencia y las dimensiones del mayor de los cachalotes<sup>[9]</sup>.

Al lugar habían llegado tres barcas de pescadores que, con las quillas izadas, se mantuvieron a cuatrocientos metros de la costa, mientras sus tripulaciones observaban desde las respectivas proas. Su discreción disuadió a los espectadores que estaban en la orilla de atravesar la playa de arena. Con impaciencia, todos bajaron de las dunas y esperaron en las pendientes de grava, ansiosos por mirar más de cerca. El mar se había ido llevando la arena que rodeaba el contorno de la figura, por lo que a

su alrededor se había formado una depresión, como si el gigante hubiera caído del cielo. Los dos pescadores estaban entre los dos enormes pedestales de los pies y nos hacían señas, como si fueran turistas paseándose entre las columnas de un templo bañado por las aguas del Nilo. Temí que el gigante solo estuviera dormido y se moviera de pronto, juntando los talones de golpe, pero sus ojos vidriosos apuntaban fijamente al cielo, y no advertían las minúsculas réplicas de sí mismo que se movían entre sus pies.

Los pescadores comenzaron a caminar rodeando el cadáver, pasando junto a los blancos costados de las piernas. Tras una pausa para examinar los dedos de la mano abierta hacia el cielo, los hombres desaparecieron de nuestra vista al situarse entre el brazo y el pecho, para resurgir luego e inspeccionar la cabeza. Mirando hacia arriba, se protegían los ojos del sol en su intento de ver aquel inmenso perfil griego. La frente plana, la nariz recta y los labios apretados del gigante evocaban una copia romana de Praxíteles, y los elegantes cartuchos de las fosas nasales acentuaban su semejanza con una escultura monumental.

De repente, se elevó un grito desde la multitud y cien manos señalaron hacia el mar. Me sobresalté al ver que uno de los pescadores había trepado al pecho del gigante y caminaba por él haciendo gestos hacia la muchedumbre. De esta surgió un rugido de sorpresa y triunfo que se perdió en la avalancha de grava, al salir todos en estampida para cruzar la playa de arena.

Cuando nos acercamos a la figura, tendida en una charca del tamaño de un campo de fútbol, nuestro excitado parloteo volvió a esfumarse, superado por las vastas dimensiones físicas de este coloso agonizante. Yacía formando un ligero ángulo con la costa; las piernas estaban más cerca de la playa y el escorzo había ocultado su auténtica longitud. A pesar de los dos pescadores que ya estaban de pie sobre el abdomen, la multitud formó un gran círculo; algunos grupos de personas avanzaban vacilantes hacia las manos y los pies.

Mis compañeros y yo rodeamos el cuerpo del gigante y nos aproximamos a él desde el mar. La mole del tórax y la cadera se alzaba por encima de nuestras cabezas como el inmenso casco de un barco encallado. La piel nacarada, distendida por la inmersión en agua salada, escondía los contornos de los enormes músculos y tendones. Pasamos por debajo de la rodilla izquierda, ligeramente flexionada, de cuyos lados colgaban filamentos de algas marinas húmedas. Le cubría el abdomen, y guardaba ligeramente su decoro, una pesada pieza de tela de tejido abierto que el agua del mar había descolorado hasta dejarla amarillenta. Un fuerte olor a salmuera emanaba de la vestimenta, que desprendía vapores bajo el sol, y se mezclaba con el potente efluvio de la piel del gigante.

Nos detuvimos junto al hombro y levantamos la vista hacia el rostro inmóvil. Los labios estaban ligeramente separados y los ojos abiertos y velados, obliterados, como si les hubieran inyectado un líquido lechoso y azulino. Sin embargo, los delicados arcos de las fosas nasales y las cejas investían al rostro de un encanto refinado que

desmentía el poder brutal del pecho y los hombros.

La oreja del gigante se alzaba en el aire, por encima de nuestras cabezas, como un portal tallado. Cuando ya levantaba mi mano para tocar el lóbulo colgante, se asomó alguien sobre el borde de la frente y me lanzó un grito. Retrocedí, sobresaltado por esta aparición, y entonces vi que varios jóvenes habían subido al rostro, y se empujaban los unos a los otros, dentro y fuera de las órbitas.

Ahora había personas trepando por todo el cuerpo del gigante, cuyos brazos hacían las veces de escaleras. Remontaban desde las palmas, por los antebrazos, hasta los codos, y desde ahí gateaban por la distendida curva de los bíceps hasta el rellano de los músculos pectorales, los cuales abarcaban la mitad superior del pecho liso y lampiño. A partir de ahí escalaban la cara, una mano detrás de la otra, subiendo por los labios y la nariz, o incursionaban hacia el abdomen, para reunirse con otras personas que se habían montado sobre los tobillos y rondaban las columnas gemelas de los muslos.

Continuamos nuestro recorrido a través de la multitud y nos detuvimos a examinar la mano derecha. En la palma abierta había un pequeño charco de agua, como un residuo de otro mundo, que ahora pisoteaba la gente que ascendía por el brazo. Intenté leer las líneas que surcaban la piel, en busca de alguna pista del carácter del gigante, pero la distensión de los tejidos casi las había borrado, llevándose todo rastro de su identidad, y de su último y trágico trance. Los inmensos músculos y huesos de la mano parecían negar la existencia de toda sensibilidad en su poseedor; sin embargo, la delicada flexión de los dedos y las uñas bien cuidadas — cada una cortada de forma simétrica hasta unos quince centímetros a partir del centro — indicaban un temperamento refinado, que se reflejaba en los rasgos helenos de aquel rostro sobre el cual ahora los lugareños se sentaban como moscas.

Hasta había un joven, de pie sobre la punta misma de la nariz, que con los brazos colgándole a los lados lanzaba gritos a sus compañeros. Sin embargo, el rostro del coloso aún conservaba su macizo aplomo.

Ya de regreso a la orilla, nos sentamos sobre la grava y observamos el incesante río de gente que llegaba desde la ciudad. Frente a la costa se habían reunido seis o siete botes de pesca, y sus tripulaciones habían vadeado las aguas someras para ver más de cerca esta gigantesca víctima de la tormenta. Más tarde apareció una patrulla de policías que hicieron un tímido intento de acordonar la playa, pero tras caminar hasta la figura tumbada todas las ideas al respecto los abandonaron y se marcharon juntos, echando miradas de perplejidad por encima del hombro.

Una hora después, en la playa había un millar de personas, de las cuales al menos doscientas estaban de pie o sentadas sobre el gigante, apiñadas en los brazos y las piernas, o circulando por su pecho y su vientre en una incesante aglomeración. Una nutrida panda de jóvenes había ocupado la cabeza y los muchachos se lanzaban desde las mejillas, deslizándose por los suaves planos de la mandíbula. Dos o tres escalaron la nariz y otro se introdujo gateando en una de las fosas nasales, desde donde emitía

ladridos, como un perro.

Por la tarde regresó la policía y abrió camino a través de la muchedumbre a un grupo de científicos, autoridades en anatomía topográfica y biología marina, de la universidad. Bajaron los muchachos y la mayoría de las personas que estaban sobre el gigante, dejando atrás a unos pocos espíritus osados, encaramados sobre los dedos de los pies y la frente. Los expertos rodearon con pasos largos el cuerpo del gigante y asentían con sus cabezas mientras intercambiaban opiniones vehementemente, precedidos por el policía que hacía retroceder a los espectadores. Cuando llegaron a la mano extendida, el oficial se ofreció para ayudarles a subir a la palma, pero los expertos se apresuraron a rechazar el ofrecimiento.

Volví otra vez a la playa tres días después. Mis amigos de la biblioteca habían regresado a sus trabajos y delegado en mí la tarea de mantener al gigante en observación, así como la de preparar un informe. Puede que captaran mi especial interés en el caso y, ciertamente, era verdad que yo deseaba regresar a la playa. Nada había en ello de necrofílico ya que, a todos los efectos, para mí el gigante todavía estaba vivo, más vivo, por cierto, que muchas de las personas que lo observaban. Lo que me parecía tan fascinante era, en parte, su vasta escala, los inmensos volúmenes que ocupaban sus brazos y piernas, los cuales parecían confirmar la identidad de mis miembros en miniatura, pero sobre todo me fascinaba el hecho puro y rotundo de su existencia. Sin importar qué otro aspecto de nuestras vidas pudiera ser objeto de dudas, el gigante, vivo o muerto, existía en un sentido absoluto y aportaba una breve visión de un mundo de otros absolutos, del cual los espectadores de la playa éramos copias tan imperfectas y exiguas.

Cuando llegué a la playa, la multitud era considerablemente menor, y había unas doscientas o trescientas personas sentadas en la grava, disfrutando de una comida al aire libre y mirando a los grupos de visitantes que se alejaban por la arena. Las sucesivas mareas habían acercado al gigante a la orilla, empujando la cabeza y los hombros hacia la costa, con lo cual su tamaño parecía haberse duplicado; su cuerpo colosal empequeñecía los botes de pesca varados junto a sus pies. Los irregulares contornos de la playa habían arqueado ligeramente la espalda del gigante, expandiendo su pecho y basculando la cabeza hacia atrás, obligándolo a adoptar una postura más expresivamente heroica. Los efectos combinados del agua de mar y la tumefacción de los tejidos habían dado al rostro un aspecto menos terso y juvenil. Aunque las vastas proporciones de los rasgos hacían imposible estimar la edad y el carácter del gigante, en mi visita previa su boca y su nariz de perfil clásico sugerían que había sido un joven de temperamento recatado y discreto. Ahora, sin embargo, parecía ser, cuando menos, de mediana edad. Las mejillas hinchadas, la nariz y las sienes más anchas, los ojos empequeñecidos, le daban un aspecto de madurez bien alimentada que aun ahora sugería la corrupción por venir.

Este acelerado desarrollo post mórtem del carácter del gigante, como si los

elementos latentes de su personalidad hubieran adquirido suficiente impulso durante su vida para desencadenarse en una breve biografía final, me seguía fascinando. Señalaba el comienzo de la rendición del coloso ante ese implacable sistema del tiempo en el que se encuentra inmerso el resto de la humanidad y del cual, como un millón de olas retorcidas en un torbellino fragmentado, nuestras vidas son el producto final. Ocupé mi posición en la playa de guijarros, directamente frente a la cabeza del gigante, desde donde podía ver a los recién llegados y a los niños que trepaban por las piernas y los brazos.

Entre los visitantes de la mañana había varios hombres vestidos con chaquetas de cuero y gorras de tela, que observaban al gigante con el ojo crítico del profesional, estimando sus dimensiones en pasos y haciendo bastos cálculos en la arena con trozos de madera traídos por la marea. Supuse que eran del departamento de obras públicas y otras agencias municipales que, sin lugar a dudas, se preguntaban cómo deshacerse de ese colosal despojo.

También aparecieron en el lugar varios individuos bastante mejor vestidos, propietarios de circos y empresas afines, que caminaban lentamente alrededor del gigante, con las manos en los bolsillos de sus abrigos y sin hablarse. Evidentemente, aquella mole era demasiado grande hasta para sus incomparables empresas. Después de su partida, los niños continuaron corriendo por los brazos y las piernas, mientras los jóvenes forcejeaban sobre el rostro y cubrían con la arena húmeda de sus pisadas la piel blanca del gigante.

Al día siguiente pospuse deliberadamente mi visita hasta avanzada la tarde y cuando llegué había menos de cincuenta o sesenta personas sentadas en la playa de guijarros. Habían llevado al gigante más cerca de la costa, a una distancia de poco más de setenta metros, y sus pies aplastaban la empalizada podrida de un rompeolas. La pendiente de arena, que aquí era más firme, había inclinado su cuerpo hacia el mar y el rostro magullado se apartaba de la orilla en un gesto casi consciente. Me senté sobre un gran cabrestante que habían sujetado con cadenas a un cajón hidráulico de hormigón situado sobre la grava y miré hacia abajo a la figura tumbada.

La piel descolorida había perdido su nacarada translucidez y estaba salpicada con la arena sucia que había reemplazado a la que la marea nocturna se había llevado. Masas de algas marinas llenaban los espacios entre los dedos, y una colección de desechos y jibiones descansaba en las cavidades formadas debajo de la cadera y las rodillas. Pero a pesar de esto y del constante engrosamiento de sus rasgos, el gigante seguía conservando su magnífica estatura homérica. La inmensa envergadura de sus hombros y las columnas de sus brazos y piernas aún transportaban a la figura a otra dimensión, y el gigante parecía una imagen más auténtica de uno de los argonautas o de los héroes de la *Odisea* ahogados que el retrato convencional, de tamaño humano, que yo tenía antes en mi mente.

Bajé a la arena y caminé entre los charcos de agua hacia el gigante. Dos niños



estaban sentados en el orificio de la oreja y, en el extremo más lejano, un joven solitario se erguía sobre uno de los dedos del pie, inspeccionándome mientras me aproximaba. Como imaginé al retrasar mi visita, nadie más me prestaba atención y la gente de la orilla permanecía metida dentro de sus abrigos.

La palma de la mano derecha del gigante estaba cubierta de conchas rotas y arena, en la cual se podía ver un rastro de pisadas. La mole redondeada de la cadera se alzaba por encima de mi cabeza bloqueándome la vista del mar. El olor dulcemente acre que había percibido antes ahora era más intenso y a través de la piel opaca podía ver las serpentinas tuberías de los vasos sanguíneos congelados. Por más repugnante que pareciera, esta continua metamorfosis, una vida visible en la muerte, fue lo único que me permitió poner un pie sobre el cadáver.

Usando el pulgar proyectado hacia arriba a modo de pasamanos subí a la palma y comencé mi ascenso. La piel era más dura de lo que había imaginado, apenas cedía bajo mi peso. Caminé rápidamente por el antebrazo y el prominente globo del bíceps. La cara del gigante ahogado se elevaba a mi derecha, con las cavernosas fosas nasales y los inmensos lados de las mejillas como si fueran el cono de un extraño volcán.

Tras conseguir rodear el hombro a salvo, pasé a la gran planicie del pecho, a través de la cual se alzaban, como enormes vigas, las elevaciones óseas de la caja torácica. La piel blanca estaba manchada por las ennegrecidas magulladuras de pisadas innumerables, en las cuales se podía ver con claridad la forma de cada talón individual. Alguien había construido un castillo de arena en el centro del esternón y me subí a esa estructura parcialmente derrumbada para poder ver mejor el rostro.

Los dos niños habían escalado la oreja y ahora subían por la órbita derecha, cuyo globo ocular azul, totalmente velado por un fluido lechoso, miraba ciegamente más allá de aquellas formas diminutas. Visto de forma oblicua, desde abajo, el rostro carecía de toda gracia y reposo; con la boca retraída y la barbilla levantada por los gigantescos músculos pectorales, parecía la proa dañada de un colosal naufragio. Por primera vez me percaté de lo extremo de la agonía física final del gigante, no menos dolorosa que la conciencia de que su musculatura y tejidos colapsaban. El absoluto aislamiento de la arruinada figura, arrojada como un barco abandonado sobre la playa desierta, donde casi ni se sentía el ruido de las olas, transformaban su cara en una máscara de agotamiento e impotencia.

Di un paso adelante y mi pie se hundió en una depresión de tejido mórbido liberando una ráfaga de gas fétido que se elevó desde una abertura entre las costillas. Me alejé de aquel aire atufado que flotaba como una nube sobre mi cabeza y me volví hacia el mar para limpiar mis pulmones. Asombrado, descubrí que alguien había amputado la mano izquierda del gigante.

Observé consternado el muñón que se iba ennegreciendo, mientras el solitario joven de antes, recostado en su percha aérea a treinta metros de distancia, me miraba con ojos sanguinarios.

Este fue solo el primero de una serie de pillajes. Me pasé los dos días siguientes en la biblioteca, reacio por algún motivo a visitar la costa, consciente de que probablemente había visto aproximarse el fin de una magnífica ilusión. Cuando volví a atravesar las dunas y llegué a la playa de grava, el gigante estaba a poco más de veinte metros de distancia, y con esta cercanía de los ásperos guijarros toda la magia que antes envolvía su forma distante, barrida por las olas, había desaparecido. Pese a su inmenso tamaño, las magulladuras y la suciedad que le cubrían el cuerpo lo hacían parecer solo un humano a escala, y sus enormes dimensiones no hacían más que aumentar su vulnerabilidad.

Su mano y su pie derechos habían sido extirpados, arrastrados pendiente arriba y transportados dificultosamente, en un carro, lejos de ahí. Después de interrogar al pequeño grupo de personas apiñadas junto al malecón, supe que los responsables del despojo eran una compañía de fertilizantes y un fabricante de pienso para el ganado.

El otro pie del gigante se alzaba en el aire con el pulgar enlazado por un cable de acero, obviamente un preparativo para el día siguiente. La playa que lo circundaba había sido removida por un grupo de trabajadores, y profundos surcos marcaban el suelo por el que las manos y el pie habían sido acarreados. Un fluido oscuro y salobre manaba de los muñones, y manchaba la arena y los conos blancos de las sepias. Mientras caminaba por la playa de guijarros advertí que habían cortado varias jocosas esvásticas y otros signos en la piel gris, como si la mutilación de este coloso inmóvil hubiera desencadenado una repentina avalancha de desprecio reprimido. El lóbulo de una de las orejas había sido atravesado por una lanza de madera y, en medio del pecho, el fuego de una pequeña hoguera había ennegrecido la piel en derredor. El viento todavía dispersaba las cenizas finas y blancas.

El cadáver estaba envuelto en un hedor nauseabundo, la inocultable señal de la putrefacción, que por lo menos había ahuyentado a los habituales grupos de jóvenes. Regresé a la playa de guijarros y trepé al cabrestante. Las mejillas hinchadas del gigante ya casi le habían cerrado los ojos y contraído los labios en una boqueada monumental. La nariz antes recta griega estaba ahora torcida y achatada, aplastada por un sinnúmero de talones contra la cara inflamada.

Cuando regresé a la playa al día siguiente, descubrí, casi con alivio, que se habían llevado la cabeza.

Pasaron varias semanas antes de mi siguiente viaje a la playa y, para entonces, la semejanza humana de antes se había desvanecido una vez más. Examinados de cerca, el tórax y el abdomen eran inconfundiblemente humanos, pero a medida que los miembros iban siendo cercenados, primero a la altura de la rodilla y el codo, después en el hombro y el muslo, el cadáver recordaba al de cualquier animal marino sin cabeza, una ballena o un tiburón ballena. Con esta pérdida de identidad y los pocos rasgos de personalidad que se habían aferrado vagamente a aquella figura, el interés

de los espectadores expiró y la zona intermareal quedó desierta salvo por un anciano raquero y el sereno en la entrada de la caseta del contratista.

Alrededor del cadáver habían levantado un flojo andamio de madera, desde el cual colgaba al viento una docena de escalas; la arena que lo circundaba estaba atestada de rollos de cuerda, largos cuchillos y rezones con mango de metal, y los guijarros, grasientos por la sangre y los trozos de hueso y piel.

Saludé con un gesto de la cabeza al sereno, quien me observaba con actitud hosca desde detrás de los carbones encendidos de su brasero. Toda la zona estaba invadida por el penetrante olor de grandes cubos de sebo que hervían en un contenedor detrás de la caseta.

Se habían llevado los dos fémures con la ayuda de una pequeña grúa, ahora envuelta en aquella tela, semejante a la gasa, que antes cubría la cintura del gigante; las concavidades resultantes bostezaban como entradas de graneros. También habían despachado los húmeros, las clavículas y las partes pudendas. Líneas paralelas pintadas con brea marcaban la piel restante del tórax y el vientre, y habían desprendido la primera de las cinco o seis secciones así delimitadas desde el abdomen, dejando expuesto el gran arco de la parrilla costal.

Cuando me retiré, una bandada de gaviotas descendió en círculos del cielo y se posó en la playa. Picoteaban la arena manchada entre furiosos chillidos.

Varios meses después, cuando, en general, la noticia de la llegada del gigante ya había sido olvidada, comenzaron a reaparecer por toda la ciudad diversas piezas de su cuerpo desmembrado. La mayoría eran huesos que los fabricantes de fertilizantes habían encontrado demasiado difíciles de moler: su enorme tamaño, así como los inmensos tendones y discos cartilagosos adheridos a las articulaciones los identificaba de inmediato. Por algún motivo, estos fragmentos sin cuerpo parecían transmitir mejor la esencia de la original magnificencia del gigante que aquellos hinchados apéndices que después le habían sido amputados. Mientras miraba las instalaciones de una gran carnicería, al otro lado de la calle, reconocí los dos fémures gigantescos, uno a cada lado de la entrada. Se alzaban por encima de la cabeza del portero como dos amenazantes megalitos de alguna primitiva religión druídica y tuve la repentina visión del gigante poniéndose de rodillas, elevándose sobre esos huesos desnudos y alejándose con grandes pasos a través de las calles de la ciudad, recogiendo los fragmentos dispersos de sí mismo en su camino de regreso al mar.

Pocos días después, vi el húmero izquierdo en la entrada del astillero (su compañero estuvo varios años tirado en el fango, entre los pilotes que sostienen el principal muelle comercial de la bahía). Esa misma semana un carro alegórico exhibió la mano derecha momificada durante el desfile anual de los gremios.

La mandíbula inferior, como no podía ser de otro modo, acabó en el Museo de Historia Natural. El resto del cráneo ha desaparecido, pero probablemente esté oculto en algún terreno baldío o en algún jardín privado de la ciudad. Hace poco, navegando por el río me encontré con dos de las costillas del gigante; componían el arco

decorativo de un jardín de la ribera, posiblemente confundidas con las mandíbulas de una ballena. Un gran cuadrado de piel curtida y tatuada del tamaño de una manta india hace las veces de telón de fondo para muñecos y máscaras en una tienda de regalos cercana al parque de atracciones. No me cabe la menor duda de que en algún otro lugar de la ciudad, en los hoteles o en los clubes de golf, cuelgan de una pared, sobre algún hogar, la nariz o las orejas momificadas del gigante. En cuanto al inmenso vergajo, acabó sus días en el museo de curiosidades de un circo que viaja por todo el noroeste. Este monumental aparato, asombroso tanto por el tamaño como por su potencia de otrora, ocupa él solo todo un pabellón del circo. Lo irónico es que lo han identificado erróneamente como el miembro de una ballena. En efecto, la mayoría de la gente, aun quienes vieron al gigante aquella primera vez, sobre la playa, después de la tormenta, lo recuerdan, cuando lo hacen, como una gran bestia marina.

El resto del esqueleto, despojado de toda la carne, todavía está en la costa. El desorden de costillas descoloridas parece el maderamen de un barco abandonado. Han quitado la caseta del contratista, la grúa y el andamio, y la arena ha cubierto la pelvis y la columna vertebral. En invierno, los huesos altos y curvos quedan abandonados al golpeteo de las olas, pero en verano constituyen una percha excelente para las gaviotas cansadas del mar.

## LA GIOCONDA DEL MEDIODÍA CREPUSCULAR

—¡Estas malditas gaviotas! —se quejó Richard Maitland a su esposa—. ¿No puedes echarlas de ahí?

Judith estaba detrás de la silla de ruedas, sus manos revoloteaban como palomas nerviosas alisando las vendas que cubrían los ojos de Maitland. Dirigió la mirada, cruzando el jardín, hacia la otra orilla del río.

—Cariño, intenta no pensar en ellas. No hacen nada.

—¿Nada? ¡Ese es el problema! —Maitland levantó el bastón y lo blandió en el aire vigorosamente—. Puedo sentir las, ahí fuera, ¡observándome!

Se habían mudado a la casa de la madre de Maitland durante su convalecencia, en parte porque suponían que el rico acervo de imágenes visuales del lugar compensaría, en cierto modo, su ceguera temporal: una lesión ocular sin importancia que se había infectado y había acabado en una operación, y un mes de vendajes y oscuridad. No habían anticipado, sin embargo, la vasta expansión de sus otros sentidos.

La casa estaba a unos ocho kilómetros de la costa, pero con la marea baja una pequeña bandada de ávidas aves marinas volaba río arriba y se posaba en el lodo de la ribera, a unos cincuenta metros de donde estaba Maitland en su silla de ruedas, en el centro del jardín. Judith apenas podía oírlas, pero para Maitland aquel famélico picoteo que llenaba el aire cálido era como los alaridos de un salvaje coro dionisiaco. Tenía la imagen vívida de aquellas húmedas riberas, anegadas por la sangre de miles de peces despedazados.

Preocupado por su seguridad, oyó cómo sus gritos desaparecieron repentinamente. Luego, con un sonido agudo, como si desgarraran una tela, toda la bandada se alzó en el aire. Maitland se quedó sentado, rígido en su silla de ruedas, aferrando el bastón en su mano derecha como si fuera un garrote, casi a la espera de que las gaviotas descendieran sobre el plácido jardín y le desgarraran con sus picos feroces las vendas que le cubrían los ojos.

Como para conjurar esa posibilidad, recitó en voz alta:

Cerca cantan los ruiseñores  
Del convento del Sagrado Corazón  
Y cantaron en el bosque sangriento  
Cuando Agamenón dio alaridos...

Durante las dos semanas siguientes a su regreso del hospital, Judith le había leído en voz alta casi todo el primer Eliot. La bandada de gaviotas que él no podía ver parecía

haber salido de aquel paisaje lúgubre y arcaico.

Las aves se posaron de nuevo y Judith dio unos cuantos pasos vacilantes por la hierba, su forma oscura interrumpía el regular círculo de luz que había en los ojos de Maitland.

—Suenan como un cardumen de pirañas —dijo él con una risa forzada—. ¿Qué hacen? ¿Están destripando un buey?

—Nada, cariño, por lo que puedo ver... —La voz de Judith se cortó al pronunciar la última palabra. A pesar de que la ceguera de Maitland era solo temporal (en realidad, si movía un poco el vendaje podía ver una imagen borrosa pero coherente del jardín y de los sauces que se alineaban en la ribera), ella lo trataba con todas las circunlocuciones tradicionales y lo protegía con los elaborados tabúes erigidos por los videntes para ocultarse de quienes no pueden ver. Los únicos lisiados auténticos, reflexionaba Maitland, eran los que tenían intactas las partes de sus cuerpos.

—Dick, iré a hacer la compra al pueblo en el coche. Tardaré una media hora, ¿estarás bien?

—Por supuesto. Cuando regreses, haz sonar la bocina.

La tarea de cuidar aquella vasta casa de campo por sí sola —la madre de Maitland, ya viuda, estaba de crucero por el Mediterráneo— limitaba el tiempo que Judith podía pasar con su esposo. Por fortuna, el detallado conocimiento que Maitland tenía del caserón le ahorra el tener que hacerle de lazarillo todo el tiempo. Unos cuantos pasamanos de cuerda y una o dos protecciones acolchadas adheridas a las peligrosas esquinas de las mesas habían bastado. En efecto, una vez subidas las escaleras de la entrada, Maitland se movía por los sinuosos pasillos y las oscuras escaleras de la parte trasera con mayor facilidad que Judith, y sin duda con mayor disposición. A menudo sucedía que, hacia el final de la tarde, cuando ella buscaba a su esposo ciego por la casa, él la sobresaltaba surgiendo silenciosamente por una puerta a menos de un metro de donde estaba ella, en sus rondas por los viejos áticos y las buhardillas polvorientas. La expresión arrobada de Maitland mientras perseguía algún recuerdo de la niñez, le recordaba de cierta manera curiosa a su madre, una mujer alta y bella cuya suave sonrisa parecía ocultar un poderoso mundo interior.

Para empezar, cuando Maitland estuvo molesto por los vendajes, Judith se había pasado toda la mañana y la tarde leyéndole en voz alta los periódicos, después, un volumen de poemas y finalmente, en un esfuerzo heroico, hasta el comienzo de una novela: *Moby Dick*. Sin embargo, a los pocos días Maitland se había acostumbrado a su ceguera y la constante necesidad de algún tipo de estimulación externa se había evaporado. Descubrió lo que todos los ciegos descubren rápidamente: que los estímulos visuales externos son solo una parte de la intensa actividad visual. Se había imaginado cayendo en una profunda oscuridad estigia, pero en lugar de eso un incesante juego de luces y colores llenaba su cerebro. En ocasiones, cuando se recostaba a la luz de la mañana, veía exquisitas figuras giratorias de luz naranja, como enormes discos solares. Estos se difuminaban gradualmente transformándose

en brillantes puntitos que resplandecían sobre un paisaje velado a través del cual se movían formas grises como animales en la estepa africana al atardecer.

Otras veces, sobre esta pantalla se imprimían recuerdos olvidados, lo que él suponía que eran vestigios visuales de su niñez, enterrados en su mente largo tiempo atrás. Estas imágenes, con todas sus atractivas asociaciones, eran lo que más le intrigaba. Dejando que su mente flotara a la deriva hasta caer en la ensoñación, conseguía invocarlas casi a voluntad. Las observaba pasivamente mientras esos elusivos paisajes se materializaban, como espectros, ante su ojo interno. Una en particular, compuesta por fugaces atisbos de acantilados abruptos, un oscuro corredor de espejos y una casa con el tejado a dos aguas, dentro de una muralla, volvía de forma recurrente, aunque aquellos detalles inconexos no habían salido de su memoria. Intentó explorarla, fijando los acantilados azules o la casa en su mente y esperando a que aparecieran las asociaciones. Pero el ruido de las gaviotas y los movimientos de Judith yendo y viniendo por el jardín lo distraían.

—¡Adiós, querido! ¡Nos vemos luego!

Como respuesta, él levantó su bastón. Escuchó que el automóvil se alejaba por el camino y advirtió que su partida había modificado ligeramente el perfil auditivo de la casa. Zumbaban las avispas entre la hiedra, bajo las ventanas de la cocina, y se cernían sobre las manchas de aceite que había en la grava. Una hilera de árboles se balanceaba en el aire cálido, amortiguando el último eco de la aceleración de Judith. Por primera vez, las gaviotas estaban calladas. Esto, normalmente, hubiera suscitado las sospechas de Maitland, pero él se reclinó hacia atrás e hizo girar la silla de ruedas para que le diera el sol en la cara.

Sin pensar en nada, prestaba atención a las aureolas de luz que se multiplicaban en silencio dentro de su mente. De cuando en cuando, los sauces que oscilaban o los sonidos de una abeja que chocaba intermitentemente contra la jarra de cristal con agua que había sobre la mesa junto a él interrumpían la secuencia. Esta sensibilidad extrema al menor ruido o movimiento le recordaba la hipersensibilidad propia de los epilépticos o de las víctimas de la rabia durante sus desagradables convulsiones terminales. Era como si se hubieran borrado las barreras entre los niveles más profundos de su sistema nervioso y el mundo exterior, esas amortiguadoras capas de sangre y hueso, reflejos y convenciones...

Con una pausa imperceptible en su respiración, Maitland se relajó en la silla con meticulosidad. En la pantalla de su mente se proyectaba la imagen que había vislumbrado antes: una costa rocosa cuyos acantilados oscuros se alzaban entre una neblina litoral. Toda la escena era triste y descolorida. Unas nubes bajas reflejaban la superficie plomiza del agua. Cuando la neblina se desvaneció, Maitland se acercó a la costa y vio las olas romper contra las rocas. Los jirones de espuma buscaban como serpientes, entre las grietas y las charcas, las cuevas que se adentraban en la base del acantilado.

Desolado y solitario, aquel litoral no le evocaba recuerdos propios sino las frías

costas de Tierra del Fuego y los cementerios de barcos del cabo de Hornos. No obstante, los acantilados se aproximaron, elevándose en el aire ante él, como si su identidad reflejara una imagen guardada en las profundidades de la mente de Maitland.

Separado aún de aquellos riscos por un trecho de agua gris, Maitland siguió la línea de la costa hasta que los acantilados se dividieron en la boca de un pequeño estuario. De inmediato, la luz se hizo más intensa. El agua del estuario resplandecía con una intensidad casi fantasmal. Las rocas azules de los despeñaderos circundantes, horadadas por pequeñas grutas y cavernas, emitían una luz tenue y prismática, como si las iluminara un farol subterráneo.

Manteniendo esta imagen frente a él, Maitland inspeccionó las riberas del estuario. Las cavernas estaban desiertas, pero al acercarse a ellas las luminosas arcadas comenzaron a reflejar la luz como si fueran una sala de espejos. Entonces descubrió que se estaba adentrando en la casa oscura del tejado a dos aguas que había visto antes, superpuesta ahora en su sueño. Ahí dentro en algún lugar, oculta por los espejos, lo observaba una figura alta vestida de verde que retrocedía por las cuevas y los rompeolas...

Se oyó una alegre sucesión de bocinazos. Un automóvil llegó por el camino haciendo sonar la grava bajo los neumáticos.

—¡Aquí Judith, cariño! —gritó su esposa—. ¿Ha ido todo bien?

Maldiciendo en voz baja Maitland tanteó en busca de su bastón. La imagen de la costa oscura y el estuario con sus cuevas espectrales había desaparecido. Como un gusano ciego, volvió su cabeza hacia los sonidos y las formas poco familiares del jardín.

—¿Estás bien? —Los pasos de Judith cruzaban el jardín—. ¿Qué te sucede? Estás todo encorvado. ¿Te han estado molestando esos pájaros?

—No, déjalos. —Maitland bajó el bastón, comprendiendo que si bien no aparecían de forma visible en su visión interior, las gaviotas habían desempeñado un papel indirecto en su creación. Las aves marinas blancas como la espuma, los cazadores de albatros...

Hizo un esfuerzo y dijo:

—Estaba dormido.

Judith se arrodilló y le tomó la mano.

—Lo siento. Le pediré a uno de los hombres que fabrique un espantapájaros. Con eso...

—¡No! —Maitland retiró la mano—. No me preocupan en absoluto. —Controlando la voz, añadió—: ¿Has visto a alguien en el pueblo?

—Al doctor Phillips. Ha dicho que deberías poder quitarte los vendajes dentro de unos diez días.

—Bien. Pero no hay prisa. Quiero hacer las cosas bien.

Cuando Judith entró en la casa, Maitland intentó volver a su ensoñación, pero la



imagen permaneció oculta detrás de la pantalla de su conciencia.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Judith le leyó el correo.

—Hay una postal de tu madre. Están cerca de Malta, en un lugar que se llama Gozo.

—Dámela. —Maitland palpó la tarjeta con sus manos—. Gozo. Esa era la isla de Calipso, la ninfa que retuvo a Ulises durante siete años y le prometió eterna juventud si se quedaba con ella para siempre.

—No me sorprende. —Judith inclinó la tarjeta hacia ella—. Si tuviéramos tiempo, tú y yo deberíamos ir allí a pasar unas vacaciones. Mares tintos como el vino, un cielo paradisíaco, rocas azules. La dicha.

—¿Azules?

—Sí. Supongo que la impresión es bastante mala. No pueden ser realmente así.

—Son así, en realidad. —Con la postal aún en la mano, Maitland salió al jardín tentando el pasamanos de cuerda para orientarse. Mientras se sentaba en la silla de ruedas, pensaba que había otras correspondencias en las bellas artes. Las mismas rocas azules y grutas fantasmales aparecían en *La Virgen de las Rocas* de Leonardo, una de sus telas más ominosas y enigmáticas. Aquella virgen, sentada en un saliente de roca junto al agua, bajo el alero de la entrada de una caverna, parecía el espíritu rector de un hechizado reino marino a la espera de quienes fueran abandonados en las rocosas costas de ese extremo del mundo. Como en tantas pinturas de Leonardo, en el paisaje y en el fondo podían verse todos sus peculiares anhelos y terrores. En esta, a través de una arcada entre las rocas, se veían los acantilados de un azul cristalino que Maitland había vislumbrado en su ensoñación.

—¿Quieres que te la lea? —Judith ya había cruzado el jardín.

—¿Qué?

—La postal de tu madre. La tienes en la mano.

—Ah, lo siento. Sí, por favor.

Mientras escuchaba el breve mensaje, Maitland aguardaba a que Judith volviera a entrar en la casa. Cuando lo hubo hecho, él se sentó en silencio unos minutos. Del río le llegaban sonidos distantes a través de los árboles y el vago chillido de las gaviotas al lanzarse en picado, aguas abajo, en las riberas del estuario.

Esta vez, casi como si hubiera estado al tanto de su necesidad, la imagen le llegó pronto. Maitland pasó junto a los oscuros despeñaderos mientras las olas saltaban hacia las bocas de las cavernas. Luego entró en el mundo crepuscular de las grutas, junto al río. A través de las galerías de piedra, podía ver la superficie del agua que centelleaba fuera como una sábana de prismas; la tenue luz azul se reflejaba en los espejos vítreos que formaban las paredes de la cueva. A la vez, sentía que entraba en la casa del tejado a dos aguas, cuyo muro circundante era la faz del acantilado que había visto desde el mar. Las bóvedas pétreas de la casa resplandecían con el color negro oliváceo de las profundidades marinas, y de las puertas y ventanas colgaban viejos encajes semejantes a redes antiguas.

Una escalera atravesaba la gruta. Sus familiares curvas conducían a las estancias interiores de la caverna. Mirando hacia arriba, Maitland vio que la figura vestida de verde lo observaba desde una arcada. Tenía el rostro oculto, velado por la luz que reflejaban los húmedos espejos de los muros. Maitland avanzó hacia ella y, por un instante, el rostro de la figura fue visible...

—¡Judith! —Inclinándose hacia delante en su silla, Maitland buscaba, impotente, la jarra de agua que había sobre la mesa, mientras se daba golpecitos en la frente con la mano izquierda, en un intento de alejar de sí la visión de aquella terrorífica lamia.

—¡Richard! ¿Qué pasa?

Oyó los pasos apresurados de su esposa a través del jardín y después sintió que las manos de ella le tomaban las suyas.

—Cariño, ¿qué diablos está pasando? ¡Estás sudando a mares!

Esa tarde, cuando se quedó solo otra vez, Maitland se acercó al oscuro laberinto con mayor precaución. Con la marea baja volvieron las gaviotas y sus chillidos arcaicos le transportaron la mente una vez más a las profundidades, como hicieron las aves funerarias al llevarse el cuerpo de Tristán. Resguardándose de sus propios miedos, Maitland avanzó lentamente por las estancias luminosas de aquella casa subterránea, apartando los ojos de la hechicera vestida de verde que lo observaba desde las escaleras.

Más tarde, cuando Judith le trajo el té en una bandeja, comió pausadamente y le habló en tonos mesurados.

—¿Qué has visto en tu pesadilla? —le preguntó ella.

—Una casa de espejos, bajo el mar, y una caverna profunda —respondió—. Podía verlo todo, pero de una manera extraña, como en los sueños de las personas que llevan siendo ciegas mucho tiempo.

A lo largo de la tarde y hacia el comienzo de la noche, Maitland regresó repetidamente a la gruta, avanzando con precaución por las cámaras exteriores, atento siempre a la figura de verde que lo esperaba en la entrada del santuario interior.

A la mañana siguiente llamó el doctor Phillips para venir a cambiarle los vendajes.

—Excelente, excelente —comentó el médico. Sostenía la linterna con una mano mientras volvía a sellar los párpados de Maitland con esparadrapo—. Una semana más y se acabó. Definitivamente. Por lo menos ahora sabe cómo se sienten los ciegos.

—Podemos envidiarlos —dijo Maitland.

—¿De verdad?

—Ver con un ojo interno, ya sabe. En cierto sentido, ahí es todo más real.

—Menudo punto de vista. —El doctor Phillips volvió a colocar los vendajes. Abrió las cortinas—. ¿Y usted qué ha visto desde el suyo?

Maitland no respondió. El doctor Phillips lo había examinado en el estudio, a oscuras, pero el delgado rayo de luz de la linterna y las pocas agujas de luz que

rodeaban las cortinas le habían invadido el cerebro como arcos voltaicos. Esperó a que pasara el resplandor, a la vez que comprendía que, en su mente, la luz del sol había consumido su mundo interior: la gruta, la casa de espejos y la hechicera.

—Se trata de imágenes hipnogógicas —señaló el doctor Phillips mientras cerraba su bolsa—. Ha estado viviendo en una zona que le era poco familiar, sentado sin hacer nada, pero con los nervios ópticos en estado de alerta; una tierra de nadie entre el sueño y la conciencia. Yo esperaré toda clase de fenómenos extraños.

Cuando el doctor se marchó, Maitland susurró a las paredes que no veía:

—Doctor, devuélvame mis ojos.

Le llevó dos días completos recuperarse de ese breve intervalo de visión exterior. Con gran esfuerzo, piedra por piedra, Maitland fue explorando una vez más la oculta línea de la costa, avanzando con decisión a través de las neblinas marinas, en busca del estuario perdido.

Por fin, aparecieron de nuevo aquellas playas luminosas.

—Creo que será mejor que esta noche duerma solo —le dijo a Judith—. Utilizaré la habitación de mi madre.

—Por supuesto, Richard. ¿Qué sucede?

—Supongo que estoy inquieto. No hago mucho ejercicio y faltan solo tres días. No quiero molestarte.

Llegó solo al dormitorio de su madre. En los años desde su boda con Judith solo había atisbado esa habitación de forma ocasional. El lecho alto, el profundo crujir de la seda y los ecos de aromas olvidados lo transportaron a su más tierna infancia. Permaneció despierto toda la noche, recostado, escuchando los sonidos del río que se reflejaban en los adornos de cristal tallado situados sobre la chimenea.

Por la madrugada, cuando las gaviotas alzaron el vuelo desde el estuario, visitó una vez más las grutas azules y la alta casa del acantilado. Puesto que ahora conocía a su inquilina, la espectadora vestida de verde que estaba en las escaleras, decidió esperar la luz de la mañana. Aquellos ojos magnéticos, el pálido farol de su sonrisa, flotaban frente a Maitland.

Con todo, el doctor Phillips volvió después del desayuno.

—Bien —le dijo a Maitland mientras lo conducía dentro de la casa—. Vamos a quitar esos vendajes.

—¿Definitivamente, doctor? —preguntó Judith—. ¿Está seguro?

—Definitivamente. No queremos que esto se prolongue eternamente, ¿no es así? —Guió a Maitland hasta el estudio—. Siéntese aquí, Richard. Judith, corra las cortinas.

Maitland se puso de pie, tanteando en busca del escritorio.

—Pero doctor, usted dijo que estaría otros tres días.

—Sí, eso dije, porque no quería que usted sufriera un exceso de excitación. ¿Qué

pasa? Está dando vueltas como si fuera una anciana. ¿No quiere volver a ver?

—¿Ver? —repitió Maitland, aturdido—. Por supuesto. —Se desplomó flácidamente en una silla. Las manos del doctor Phillips comenzaron a aflojar los vendajes. Lo invadió una profunda sensación de pérdida—. Doctor, podría posponerlo por...

—Tonterías. Puede ver perfectamente. No se preocupe, no voy a abrir las cortinas de golpe. Habrá que esperar todo un día antes de que pueda ver sin protección. Le daré un juego de filtros para que se proteja. De todos modos, estos vendajes dejan pasar más luz de la que usted imagina.

A la mañana siguiente, a las once en punto, con los ojos protegidos únicamente por sus gafas de sol, Maitland salió al jardín. Judith estaba en la terraza y lo observaba mientras él rodeaba la silla de ruedas. Cuando llegó a los sauces Judith le dijo a voz en cuello:

—¿Estás bien cariño? ¿Puedes verme?

Sin responder, Maitland miró la casa por encima del hombro. Después se quitó las gafas y las tiró sobre la hierba. Miraba hacia el estuario, a través de los árboles, hacia la superficie azul del agua que se extendía hasta la orilla opuesta. Junto al agua había cientos de gaviotas. Las cabezas, de lado, ofrecían a la vista el curvo perfil de sus picos. Maitland volvió los ojos hacia la casa del tejado a dos aguas, y reconoció la que había visto en sus sueños. Todo en ella parecía muerto, al igual que el río que fluía junto a él.

Súbitamente, las gaviotas alzaron el vuelo y sus chillidos ahogaron la voz de Judith que le gritaba desde la terraza. Las gaviotas se reunieron en un torbellino y ascendieron por el aire describiendo círculos, como una inmensa guadaña sobre la cabeza de Maitland y sobre la casa. Apartó con rapidez las ramas de los sauces y avanzó hasta la orilla.

Un instante después, Judith oyó un alarido por encima de los chillidos de las gaviotas. El grito tenía a la vez notas de dolor y de triunfo. Corrió hasta los árboles sin saber si Richard se había hecho daño o había visto algo que le producía placer.

Entonces lo vio de pie en la orilla, con la cabeza levantada hacia la luz del sol, las mejillas y las manos carmesíes, como un Edipo ávido e impenitente.

## LAS DANZAS DEL VOLCÁN

Vivían en una casa en la montaña de Tlaxihuatl, a poco menos de un kilómetro de la cima. Estaba construida sobre un río de lava que parecía la piel de un elefante. Por las tardes y en el ocaso, el hombre, Charles Vandervell, se sentaba junto a la ventana de la sala y miraba los juegos de resplandores y destellos que surgían del cráter. El estruendo resonaba montaña abajo como una sucesión de avalanchas. De vez en cuando siseaba un fragmento de escoria al apagarse, tras caer en la cisterna del tejado. La mujer dormía la mayor parte del tiempo en el dormitorio que miraba al valle o, cuando quería estar cerca de Vandervell, en el diván de la sala.

Por la tarde, permanecía despierta durante un breve intervalo, cuando el hombre de los «bastones del diablo» danzaba junto al camino, a unos cuatrocientos metros de la casa. El mendicante había llegado a la montaña para ayudar a la gente que vivía en la aldea situada bajo la cima, pero sus danzas no habían conseguido apaciguar al volcán ni impedir que los aldeanos se marcharan. Cuando estos pasaban empujando sus carros, el hombre hacía sonar sus bastones y bailaba, pero los aldeanos continuaban su éxodo sin levantar la vista. Cuando se desalentó y pareció que iba a marcharse, Vandervell le mandó al chico de los recados con un dólar. Desde entonces, el bailarín regresaba cada día.

—¿Aún está ahí? —preguntó la mujer. Entró en la sala, plegándose la bata en la cintura—. ¿Qué se supone que hace?

—Se está batiendo a duelo con el espíritu del volcán —dijo Vandervell—. Y se está esforzando mucho, pero no tiene ninguna posibilidad.

—Creía que estabas de su lado —dijo la mujer—. ¿No le pagas un honorario?

—No es más que para formalizar la relación. Para hacerle saber que comprendo por qué continúa adelante. En términos estrictos, estoy de parte del volcán.

Una lluvia de escoria se elevó casi cien metros sobre el cráter, iluminando al hombre que bailaba dando saltos.

—¿Estás seguro de que aquí estamos a salvo?

Vandervell rechazó el comentario con un ademán.

—Por supuesto. Vuelve a la cama y descansa. Este aire enrarecido es malo para el cutis.

—Estoy bien. He sentido que el suelo se movía.

—Lleva semanas moviéndose. —Miró cómo el hombre de los bastones finalizaba su danza con una serie de brincos, como si estuviera saltando al burro con un compañero—. Para lo que come, no está nada mal.

—Deberías llevártelo a Ciudad de México y presentarlo en uno de tus cabarés. Ganaría más que un dólar.

—No le interesaría. Este Nijinsky de las laderas es un artista auténtico. ¿No te das cuenta?

La mujer llenó un vaso hasta la mitad con el contenido de un decantador que había sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo lo tendrás así, ahí fuera?

—Mientras se quede. —Se volvió hacia la mujer—. Recuérdalo. Cuando él se vaya, será el momento de marcharse.

El hombre de los bastones, que cuando no se movía parecía una colección de harapos, desapareció en su guarida, uno de los hoyos en la lava junto al camino.

—Me pregunto si conoció a Springman —dijo Vandervell—. Pensándolo bien, es posible. Debería de haber salido por la cara sur. Este es el único camino a la aldea.

—Pregúntale a él. Ofrécele otro dólar.

—No tiene sentido; diría que lo ha visto solo para que estuviese contento.

—¿Por qué estás tan seguro de que Springman está aquí?

—Estuvo —la corrigió Vandervell—. Ya no está por aquí. Yo estaba con él en Acapulco, cuando le echó un vistazo al mapa. Vino aquí.

La mujer se llevó el vaso al dormitorio.

—Cenaremos a las nueve —le gritó Vandervell—. Te avisaré si baila otra vez.

Cuando se quedaba solo, Vandervell observaba los fuegos que se alzaban desde el cráter. El resplandor atravesaba las ventanas de las casas de la aldea, que parecían relucir como brasas. Por la noche, aquella colección de casuchas quedaba desierta, pero durante el día unos cuantos hombres regresaban.

Por la mañana aparecieron dos hombres del garaje de Ecuatan: venían a llevarse el automóvil que Vandervell había alquilado. Les ofreció pagar un mes de alquiler por adelantado, pero ellos lo rechazaron y señalaron la escoria que había caído sobre el coche desde el cielo. Ningún fragmento había estado lo bastante caliente como para quemar la pintura. Vandervell le entregó cincuenta dólares a cada uno y les prometió cubrir el coche con un toldo. Satisfechos, los hombres subieron al vehículo en el que habían llegado y se marcharon.

Después del desayuno, Vandervell cruzó las vetas de lava, hacia el camino. El bailarín estaba junto a su agujero, en el arcén, con las dos manos sobre los bastones. Detrás de él, oculto en parte por el polvo, el cono del volcán se estremecía. Miró a Vandervell cuando este le gritó desde el otro lado del camino. Vandervell sacó de su cartera un billete de un dólar y lo colocó debajo de una piedra. El hombre de los bastones empezó a canturrear y a balancearse sobre los metatarsos.

Cuando Vandervell regresaba por el camino, se cruzó con dos aldeanos.

—Guía —les dijo—. Diez dólares. Una hora. —Señaló el borde del cráter, pero los hombres lo ignoraron y continuaron por el camino.

La superficie de la casa había sido blanca, pero ahora estaba cubierta por un polvo gris. Dos horas más tarde, cuando pasó el administrador de la propiedad situada por

debajo de la casa, montado en un caballo gris, Vandervell le preguntó:

—¿Ese caballo es blanco o negro?

—Buena pregunta, *señor*<sup>[10]</sup>.

—Deseo contratar un guía —dijo Vandervell—. Para que me lleve al volcán.

—Ahí no hay nada, *señor*.

—Quiero echar un vistazo al cráter. Necesito a alguien que conozca los senderos.

—Eso está lleno de humo, *señor* Vandervell. Azufre caliente. Quema los ojos. No le gustaría.

—¿Recuerda haber visto a alguien llamado Springman? —le preguntó Vandervell—. Hace unos tres meses.

—Eso ya me lo ha preguntado antes. Me acuerdo de dos norteamericanos que tenían una furgoneta científica. Y de un holandés de pelo blanco.

—Ese podría ser.

—O puede que fuera negro, ¿no? Como usted diga.

Desde el camino les llegó el cascabeleo de los bastones. Tras el calentamiento, el bailarín había comenzado su danza con gran vigor.

—Es mejor que se vaya, *señor* Vandervell —dijo el administrador—. Algún día la montaña podría rajarse.

Vandervell señaló al bailarín.

—Él lo detendrá por un tiempo.

El administrador comenzó a alejarse en su caballo.

—Dele mis recuerdos a la señora Vandervell —dijo al partir.

—A la señorita Winston.

Vandervell entró en la sala y se quedó de pie junto a la ventana. Durante todo el día, la actividad del volcán había ido en aumento. La columna de humo se elevaba casi un kilómetro hacia el cielo, atravesada aquí y allá por las llamas.

El retumbar de la montaña despertó a la mujer. Habló con el chico de los recados, en la cocina.

—Quiere marcharse —le dijo después a Vandervell.

—Ofrécele más dinero —respondió él, sin volverse.

—Dice que ya se han ido todos. Quedarse es demasiado peligroso. Los hombres de la aldea se van esta tarde, para no volver.

Vandervell miró al hombre que danzaba y hacía malabares con sus palos como si fuera un bastonero.

—Deja que se vaya, si es lo que quiere. Creo que el administrador ha visto a Springman.

—Eso está bien. Entonces estuvo aquí.

—El administrador te manda saludos.

—Encantada.

Cinco minutos después, cuando el chico de los recados se hubo marchado, ella

volvió a su dormitorio. Por la tarde salió a poner en orden las revistas de cine de la librería.

Vandervell miraba el humo que surgía a borbotones del volcán. De cuando en cuando, el hombre de los bastones salía de su agujero y bailaba sobre un montículo de lava, junto al camino. Los hombres de la aldea bajaron la cuesta por última vez. Mientras caminaban, observaban al bailarín.

A las ocho de la mañana subió a la aldea una furgoneta de la policía, retrocedió y bajó de nuevo. El techo y el interior del vehículo estaban tapados de ceniza. Los policías no vieron al hombre de los bastones, pero sí a Vandervell asomado por la ventana, y se detuvieron fuera de la casa.

—¡Salga! —gritó uno de los policías—. ¡Debe marcharse ahora mismo! ¡Coja el coche! ¿Qué pasa?

Vandervell abrió la ventana.

—El coche está bien. Nos quedaremos unos pocos días más. Gracias, sargento.

—¡No! ¡Márchense! —El policía bajó de la furgoneta—. La montaña; ¡pfff! ¡Polvo, ardiente! —Se quitó la gorra y la movió de un lado a otro—. Márchense ahora.

Protestando, Vandervell cerró la ventana y cogió su chaqueta de la silla. Buscó la cartera en uno de los bolsillos.

Después de recibir el dinero, los policías lo saludaron y se marcharon en la furgoneta. La mujer salió del dormitorio.

—Tienes suerte de que tu padre sea rico —le dijo—. ¿Qué harías si fuera pobre?

—Springman era pobre —dijo Vandervell. Cogió su pañuelo de la chaqueta. El polvo comenzaba a filtrarse adentro de la casa—. El dinero no hace más que posponer los problemas que uno tiene.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? Tu padre me dijo que te vigilara.

—Relájate. Aquí no nos pasará nada malo.

—¿Estás de broma? ¿Con el volcán sobre nuestras cabezas?

Vandervell señaló al bailarín.

—A él no le preocupa. Esta montaña lleva activa cincuenta años.

—¿Entonces por qué hemos tenido que venir justo ahora?

—Estoy buscando a Springman. Creo que vino hace unos tres meses.

—¿Dónde está? ¿En la aldea?

—Lo dudo. Probablemente esté a ocho mil kilómetros bajo tierra, succionado por la contrapresión. Cien años atrás, saldría por el Vesubio.

—Espero que no.

—Pero ¿lo has pensado? Es una idea estupenda.

—No. ¿Eso es lo que planeas para mí?

Varios fragmentos de escoria sisearon al caer en la cisterna del tejado, salpicando un poco, como lluvia hirviente.



—Piensa en ellos, Gloria: matronas pompeyanas, vírgenes aztecas, trozos del propio Prometeo llueven ahora sobre justos e injustos.

—¿Y qué hay de tu amigo Springman?

—Ahora que me lo recuerdas... —Vandervell levantó un dedo hacia el techo—. Escuchemos. ¿Qué pasa?

—¿Para eso has venido? ¿Para pensar en Springman quemándose hasta convertirse cenizas?

—No seas tonta. —Vandervell se volvió hacia la ventana.

—Y, en todo caso, ¿qué es lo que te preocupa?

—Nada —respondió Vandervell—. Por primera vez en mucho tiempo no me preocupa nada en absoluto. —Limpió el cristal de la ventana con la manga—. ¿Dónde está el viejo diablo? No me digas que se ha ido. —Vandervell escudriñó a través de la lluvia de polvo—. Ahí está.

La figura estaba de pie sobre una elevación, a un lado del camino, iluminada por los resplandores que llegaban del cráter. A su alrededor flotaba, como una mortaja, una nube de cenizas.

—¿Qué está esperando? —preguntó la mujer—. ¿Otro dólar?

—Mucho más que un dólar —dijo Vandervell—. Me está esperando a mí.

—No te quemes los dedos —advirtió ella al cerrar la puerta.

Esa tarde, cuando entró en la sala después de levantarse, descubrió que Vandervell se había marchado. Se dirigió a la ventana y miró hacia el cráter. La lluvia de ceniza y escoria confundía la visión de la aldea, y cientos de brasas brillaban sobre los ríos de lava. A través del polvo, se podían ver las explosiones que iluminaban los bordes del cráter.

La chaqueta de Vandervell estaba sobre una silla. Ella esperó tres horas a que regresara. Para entonces, el estruendo proveniente del cráter era constante. Las coladas de lava estiraban y empujaban las paredes de la casa como cadenas.

A las cinco Vandervell no había regresado. Se había abierto otro cráter en la cima del volcán y parte de la aldea había caído dentro. Cuando estuvo segura de que el hombre de los bastones también se había marchado, la mujer cogió el dinero que había en la cartera de Vandervell y condujo montaña abajo.

# LOS ASESINATOS DE LA PLAYA

## INTRODUCCIÓN

*Puede que a los lectores que esperan resolver el misterio de los Asesinatos de la Playa —incluidos los de una princesa Romanov, un agente de la CIA, dos de sus homólogos rusos y una bailarina de limbo norteamericana— les interese abordarlo como si fuera el juego de cartas con el cual Quimby, el jefe de códigos prófugo del Departamento de Estado, se entretenía en su escondite de la Costa Blanca. Por consiguiente, las pistas principales han sido ordenadas de forma alfabética. La clave correcta bien podría ser un frase muy conocida, como PLAYMATE DEL MES, o una sin sentido como qwertyuiop..., etc. Obviamente, hay un gran número de soluciones posibles y la respuesta final al misterio, así como los motivos y el carácter del propio Quimby, permanecerán ocultos para siempre.*

### *Autoerotismo*

Como siempre después del baño, el reflejo de su cuerpo desnudo llenó a la Princesa de una profunda sensación de sosiego. Miró las infinitas réplicas de sí misma en el tríptico de espejos del tocador, mientras el perfume de heliotropo de Guerlain le calmaba una ligera jaqueca. Cuando se abrió la puerta del dormitorio bajó los brazos. A través de la fina neblina de polvos de talco reconoció el rostro guapo y calculador del agente ruso cuya fotografía había visto esa tarde en el portafolio de Statler.

### *Brassière*

Statler avanzó por el rompiente. La copa izquierda del sujetador que llevaba en una mano estaba manchada de sangre. Se inclinó y lo lavó en el agua tibia. Los guiños de los faros del Mercedes aparcado debajo del camino de cornisa alumbraban la cala. ¿Dónde demonios estaba Lydia? En algún lugar de la playa, una mujer con un pecho ensangrentado le daba un susto de muerte a un destacamento de desembarco ruso.

### *El Cordobés*

El rostro autosuficiente del torero —un poco golfo, un poco Beatle— miraba a Quimby desde abajo, mientras este disponía los naipes sobre la mesa del balcón. Dijeran lo que dijeren del muchacho, jamás se le movía un músculo. Raissa, por el contrario, se paseaba por el dormitorio como una tigresa en celo. Quimby oía sus anchas caderas eslavas rozarle la bata de cachemira detrás del pequeño escritorio. Lo

que aquellos obsesivos de Moscú y Washington no entendían es que, por primera vez, él podría no tener ningún motivo.

### *Drinamil*

Esas condenadas pildoritas, pensó Raissa. Con razón Occidente agonizaba. Cada vez que se disponía a atraer a Quimby a la villa de *sir* Giles, él tomaba uno de esos tranquilizantes se iba a conversar con los vagabundos de la playa. En Benidorm, hasta tuvo el descaro de traer a una de aquellas suecas al apartamento. El cabello hasta las rodillas, los pechos como dedales y un trasero inmenso como el de un caballo. ¡Puaj!

### *Gordura*

La Princesa se metió los restos del profiterol en la boca. Mientras se tragaba la pasta, le hizo un mohín a Statler con los labios llenos de crema. Él bajó su copia enrollada del *Time Atlantic* que exhibía la foto de Quimby ante la Comisión de la Cámara de Representantes. Los bailarines se movían por la terraza al ritmo suave del foxtrot. Había algo sensual, casi sexual en la ingesta compulsiva de profiteroles de Manon. ¿Tenía esta magnífica cerda serbocroata alguna idea de lo que le iba a suceder?

### *Fata Morgana*

Lydia sintió la mano de Kovarski deslizarse por la cremallera de plástico de su vestido. Estaba tendida sobre la colcha de algodón, mirando el mar y la arena blanca. Salvo por el chalado milord inglés que les había alquilado la villa, el lugar estaba desierto. Kovarski vaciló y el silencio pareció amplificar todas las incertidumbres que ella había advertido en él desde su arribo a San Juan. El encuentro en la colonia nudista de la *Isle du Levant* no había sido del todo fortuito. Ella subió la mano y bajó la cremallera. Cuando asomaron sus pechos, se volvió hacia él. Kovarski estaba sentado, apoyado en uno de sus codos, observando con sus binoculares Zeiss el bloque de apartamentos que había a trescientos metros de la playa.

### *Guardia civil*

Quimby miraba a los policías, con sus uniformes verde oliva, caminar pausadamente por la costa. Los pintorescos sombreros napoleónicos les protegían los ojos mientras observaban a las muchachas de la playa. Cuando llegara la hora de la verdad, ¿de qué lado se pondrían? ¿Del de Stat, del de los rusos o del suyo? Quimby barajó las cartas que mostraban al Cordobés en el reverso. La prostituta de pelo platino que vivía en el piso de al lado se marchaba a Alicante en su Fiat rosado. Quimby le dio un trago a su *whisky*. Cinco minutos antes había descubierto la antena oculta del transmisor de Raissa.

### *Heterodino*

Kovarski estaba preocupado. La visión del cuerpo de Raissa sobre la piel de potro le recordó que aún había que tener en cuenta a Statler. El penetrante silbido de la radio portátil confirmaba que Raissa llevaba ahí tendida desde el atardecer. Se puso de rodillas. Sus ojos se demoraron durante un último instante en las hebillas plateadas del sujetador Gossard. Le puso un dedo en la boca y lo fue deslizando por las encías, en busca de la cápsula. Una cereza saltó hacia su mano. La dejó caer con una mueca en el vodkatini que había junto a la radio. Después abrió la mano derecha de Raissa y cogió la cápsula atrapada en la helada tenaza del pulgar y el índice. Cuando leyó el mensaje frunció el ceño. ¿Qué demonios tenía que ver la Princesa con Quimby? ¿Era este algún plan demencial de la CIA para restaurar a los Romanov?

### *Iguana*

El reptil de jade se hizo mil pedazos contra el suelo de baldosas, a los pies de *sir* Giles. Él consiguió recuperar el equilibrio con cierto esfuerzo. Fingiendo alisar su corbata de antiguo alumno de Eton, se tocó la dolorosa magulladura bajo el esternón. Levantó la vista hacia la ruda muchacha norteamericana de mandíbulas cuadradas. ¿Lo golpearía otra vez? Ella le lanzó una mirada de furia y desprecio, descalza y firmemente plantada, con las piernas separadas, sobre la piel de potro. Ah, bueno, pensó él, ha habido momentos peores. En Dunkerque, las bombas lanzadas por los Stuka hacían redoblar la playa como una pista de baile.

### *De jazmín*

Statler miró las flores tubulares blancas del recibidor. Sus pétalos nacarados, carentes de todo color, le recordaron la piel de Manon y, después, el gran rostro pálido de Quimby, mirando con sus ojos demasiado inteligentes detrás de esas mejillas hundidas como las de un malicioso Buda. ¿Era justo, ese intercambio: la Princesa por el complejo y malhumorado jefe de códigos? Salió por la puerta giratoria del hotel a la luz brillante del sol de Alicante y comprendió con una punzada de dolor que nunca volvería a ver a Manon.

### *Kleenex*

Raissa se inclinó hacia delante, sobre la cama, y se levantó el párpado con el dedo anular de la mano derecha. Por un instante se le retorció la elegante máscara del rostro imitando a un periquito obscuro. Se dio un golpecito en el párpado inferior y la microlente cayó sobre el papel tisú. La diminuta R que había sobre el borde brilló bajo el haz de luz de la lámpara Anglepoise. Raissa limpió las lentes y las colocó en el polarímetro. Cuando se abrió la puerta de la caja fuerte y aparecieron los diales del

transmisor, oyó a Quimby cantar «Arriverderci Roma» en el cuarto de baño. Todo aquel *whisky* y el drinamil mantendrían a ese cerdo adormecido durante al menos una hora.

### *Limbo*

El listón estaba a solo treinta centímetros del suelo, recordó Kovarski cuando sintió la dura curva de la cresta ilíaca de Lydia bajo los pantalones elásticos azul oscuros. El club nocturno de Benidorm había enmudecido por primera vez observando a esta enloquecida muchacha norteamericana, con esas increíbles caderas, pasar por debajo del listón, contorsionando las caderas al ritmo de la gramola. Kovarski se hurgó la nariz, pensando involuntariamente en Stat. El hombre de la CIA tenía el rostro como el hielo.

### *Mercedes*

Los servofrenos no funcionaban. Sosteniendo el freno de mano, Lydia palpó detrás del pecho de Kovarski en busca del tirador de la puerta derecha. El ruso estaba contra el marco de la ventanilla y su hermoso rostro comenzaba a colgar como el frente de una avalancha. Cuando la puerta se abrió, Kovarski cayó hacia atrás sobre la grava. Lydia soltó el freno de mano y dejó que el automóvil avanzara. Cuando lo hubo perdido de vista, subió el cristal de la ventanilla, elegantemente adornado con la estrella de la bala que se había incrustado en la puerta. Hizo parpadear las luces por última vez y presionó el botón de encendido.

### *Napolitano*

Raissa se acabó lo que quedaba del helado de Quimby con los ávidos labios de una niña. En tres horas estarían a seis brazas bajo el Mediterráneo, y emergerían por primera vez en el Báltico. Echaría de menos el sol y a los españoles menudos y morenos que la seguían con ojos melancólicos por la calle polvorienta hasta la bodega. Al final, merecería la pena. Tira el Man-Tan, como decía a menudo Kovarski parodiando Yevtushenko, el cielo pronto se llenará de soles.

### *Oceánide*

Por un instante, Manon comprendió que Kovarski no había decidido si violarla o asesinarla. Retrocedió hasta el cuarto baño, cubriéndose los pechos empolvados con la mano izquierda. El vapor atrapado flotó hacia la cara de Kovarski, que la miró con los ojos desorbitados, como un estudiante loco de una novela de Dostoievski. Cruzó la alfombrilla de corcho y le cogió el codo con un gesto sorprendentemente tierno. Entonces la jabonera de alabastro golpeó la sien de la mujer. Un segundo después, estaba tumbada en la caliente confusión del baño y los brazos de Kovarski se movían

sobre su cabeza como pistones.

### *Poseidón*

Quimby manipulaba la botella de Black Label con un respeto que era producto de su largo conocimiento mutuo. El océano Protoatlántico había cubierto la totalidad de América del Norte y Europa, con excepción de Escocia, dejando intacto un sistema de percolación de trescientos millones de años de antigüedad. Mientras se llenaba el vaso miraba a *sir* Giles, situado en el saliente sobre la cueva. El ruso atezado y su *beatnik* norteamericana se habían mudado el día anterior. Sin duda, Stat estaba en el Carlton de Alicante. Quimby repartió las cartas para la última partida. Sería una mano difícil de jugar, pero, afortunadamente, todavía era él quien repartía los naipes.

### *Óbito*

Statler moría en el oscuro rompiente. Mientras el conrtramaestre ruso dejaba que el cuerpo flotara a la deriva en el agua poco profunda, pensaba en la Princesa y en sus inmensos pezones marrones. ¿Había dado a luz un niño, con lo cual mantenía vivo el recuerdo cada vez más tenue del Imperio austrohúngaro? Los restos ardientes del Mercedes resplandecían sobre el agua iluminando los cuerpos de los dos rusos arrastrados hacia el bote neumático. Statler yacía de espaldas en el agua fría mientras su sangre se derramaba hacia el mar.

### *Remington*

Lydia se arrodilló junto a la Travel-Riter de Kovarski. En el patio, debajo de la ventana del dormitorio, *sir* Giles partía con dirección a Alicante en su maltrecho Citroën. Ese viejo cabrón tembloroso, ¿pensaban alguna vez en otra cosa los ingleses? Quitó la cubierta de la máquina de escribir y después echó un vistazo a la cinta nueva que había insertado ahí mientras Kovarski estaba en San Juan. La impresión de las letras brilló a la luz del sol. Las apuntó en el bloc de notas, arrancó la hoja y la deslizó dentro de la copa izquierda de su sujetador.

### *Smith & Wesson*

Kovarski caminaba dando tumbos en la oscuridad, entre las dunas. Debajo, el rompiente se deshacía como un chal de encaje sobre la playa. Toda la operación se estaba yendo al garete. Raissa ya debería haber llegado con Quimby. Trepó la pendiente hasta el Mercedes. Mientras tanteaba en la guantera, en busca de la pistola, algo se movió sobre la grava detrás de él. El fogonazo iluminó el interior del automóvil. Kovarski cayó de costado sobre el asiento. La segunda bala le atravesó el pecho y se incrustó en la puerta del otro lado.

### *Tranquilizante*

Statler abrió la cápsula y extrajo el papel tisú plegado. En el vodkatini intacto de Raissa el papel brilló como una flor de loto. Lo pescó con el mondadientes y lo dejó sobre la bandeja. Conque así era como establecían contacto. Bajó los ojos para mirar el cuerpo tendido sobre la piel de potro y sonrió para sí. Con suerte, Kovarski se tragaría sus palabras, literalmente. Cuando giró a la muchacha rusa con el pie, de su boca cayó la cereza. Volvió a colocársela entre los labios y regresó a la Travel-Riter.

### *Lámpara UVA*

Con un suspiro, la Princesa dejó caer las gafas de natación sobre la ducha vaginal que había encima del tocador. A pesar de sus esfuerzos y de los meses de verano bañándose en la Costa Azul antes de reunirse con Stat, su piel seguía siendo tan blanca como los capullos de los jazmines del recibidor. Por sus venas corría la sangre hemofílica de los Romanov, pero el momento de vengar lo de Ekaterinburgo ya había pasado. ¿Stat se daba cuenta de ello?

### *Vivaldi*

Lydia sintonizó Radio Argel con un índice mojado. Los franceses habían dejado algunos discos excelentes. Estaba de pie sobre la piel de potro, admirando sus caderas varoniles mientras se secaba después de la natación. Se acariciaba la piel fría de los pechos con sus afiladas uñas. Entonces advirtió el rostro de tití de *sir* Giles observándola a través de las frondas de una palmera en miniatura, junto a la puerta del dormitorio.

### *Velocidad de onda*

Seis mil metros por segundo, suficiente para hacer volar a Stat hasta la luneta trasera del Mercedes. Kovarski levantó el capó y colocó la bomba en un espacio, detrás de la batería. Miró por encima de su hombro hacia la oscuridad del mar. Unos tres kilómetros mar adentro, donde comenzaban las aguas profundas, el submarino estaría esperando, con el grupo de desembarco agazapado detrás de su lancha neumática, bajo la vela. Ajustó los bornes y se chupó la sangre de la herida de la mano, que se le había vuelto a abrir. La Princesa había desarrollado mucho músculo debajo de esa increíble piel de marfil.

### *XF-169*

Los datos de rendimiento del Lockheed serían un extra útil, reflexionó Raissa mientras deslizaba sus largas piernas dentro de los pantalones elásticos. El crédito en

el GUM<sup>[11]</sup> y una dacha en Crimea se estaban convirtiendo en una clara posibilidad. La puerta se abrió detrás de ella. Sifón en mano, Quimby observaba su figura semidesnuda. Sin pensarlo se cubrió los pechos con las manos. Por primera vez, el rostro de Quimby mostraba una expresión de sorprendente inteligencia.

### *Yardley*

Sir Giles utilizó la loción para después de afeitarse de Statler. Bajó la vista para mirar a la Princesa. Aun teniendo en cuenta su tamaño, la cantidad de sangre derramada era increíble. En su pequeño rostro apareció un mohín de vergüenza cuando se encontró con aquellos ojos inexpresivos que miraban fijamente el aparejo de la ducha. Escuchó los distantes sonidos del tráfico que llegaban a través de la *suite* vacía. Abrió el agua. Mientras las gotas salpicaban la piel roja, la magnificencia de aquel cuerpo blanco le hacía dar vueltas la cabeza.

### *Zeitgeist*

Las grandes palas del Sikorsky de la guardia civil <sup>[12]</sup> aporreaban el aire sobre el bloque de apartamentos. Quimby se inclinó y recogió dos de los naipes del suelo de baldosas. Debajo, los policías de tráfico españoles llegaban por la costa, convergiendo hacia los restos del Mercedes. Quimby se recostó mientras el helicóptero se alejaba a golpe de pala por la oscuridad. En términos generales, todo había ido bien. El rostro del Cordobés todavía lo miraba desde el dorso de las cartas. La luna llena se elevaba sobre la Sierra. En el supermercado de Alicante, las caderas de la cajera se movían al compás de Trini López. En la bodega, el vino salía a solo diez pesetas el litro y el hombre de la baraja todavía controlaba el juego.



## EL DÍA ETERNO

Columbine Sept Heures siempre estaba en penumbras. Ahí Gabrielle Szabo, la hermosa vecina de Halliday, se paseaba por el anochecer. Su vestido de seda agitaba la fina arena levantando nubes de color cereza. Desde el balcón del hotel vacío, cerca de la colonia de artistas, Halliday prestaba atención a las sombras quietas sobre el suelo del desierto, al otro lado del río seco; el ocaso de África, infinito y continuo, lo llamaba con la promesa de sus sueños perdidos. Los médanos oscuros, con sus cimas tocadas de aquella la luz fantasmal, se alejaban como olas en un mar de medianoche.

Pese a la luz casi estática, inmóvil en el crepúsculo sin fin, los colores parecían fluir por el lecho seco del río. Cuando la arena bajaba deslizándose desde las márgenes, descubriendo las vetas de cuarzo y los pozos de cimentación de hormigón del terraplén, la noche refulgía fugazmente, iluminada desde el interior como un océano de lava. Más allá de las dunas se alzaban en la oscuridad las puntas de las torres de agua y los bloques de apartamentos inconclusos cercanos a las ruinas romanas de Leptis Magna. Hacia el sur, siguiendo el sinuoso curso del río, la oscuridad daba paso a las extensiones índigo profundo del proyecto de irrigación, cuyas líneas de canales formaban un exquisito entramado óseo.

A Halliday le pareció que esta continua transformación, cuyos colores eran tan extraños como los extravagantes cuadros que colgaban de las paredes de su *suite*, revelaba las perspectivas ocultas del paisaje y del tiempo cuyas manecillas estaban casi congeladas en las docenas de relojes que había sobre la repisa del hogar y las mesas. Había traído consigo a África del Norte aquellos relojes, configurados con la hora imperceptible del eterno día, con la esperanza de que ahí, en el cero psíquico del desierto, volvieran de algún modo a la vida. Los relojes muertos que miraban hacia abajo desde las torres municipales y los hoteles de los pueblos abandonados eran la única flora del desierto, las intocadas llaves que le abrirían la puerta de sus sueños.

Había llegado a Columbine Sept Heures con esta esperanza tres meses antes. El sufijo añadido a los nombres de todas las ciudades y pueblos —estaban Londres 6 p. m. y Saigón Medianoche— indicaba su posición en el perímetro casi estacionario de la Tierra en el momento del día interminable en el cual el planeta, que ya no rotaba, los había dejado varados. Halliday había vivido cinco años en el asentamiento internacional de Trondheim, en Noruega, una zona de nieve y hielo eternos, de bosques de pino cuyas glorietas, nutridas por un sol que no se ocultaba jamás, se alzaban altísimas en torno a los pueblos encerrándolos y aislándolos. Ese mundo de penumbras nórdicas había puesto de manifiesto todas las dificultades latentes de Halliday en relación con el tiempo y sus sueños. Los problemas para dormir, aun en una habitación a oscuras, molestaban a cualquiera —se tenía esa sensación de tiempo

perdido y, con todo, el tiempo no pasaba porque el sol colgaba, estacionario, del cielo — pero Halliday, en particular, estaba obsesionado con sus sueños interrumpidos. Despertaba una y otra vez con una imagen en los ojos: las plazas y las fachadas clásicas de un antiguo pueblo mediterráneo, iluminadas por la luz lunar, y una mujer que caminaba entre columnas en un mundo sin sombras.

Ese mundo nocturno y cálido, solo lo encontraría mudándose al sur. Unos trescientos kilómetros al este de Trondheim la línea de la penumbra era un corredor de viento glacial y hielo que se extendía hasta la estepa rusa, donde había ciudades desiertas bajo los glaciares, como joyas inaccesibles. En cambio, en África la noche todavía era cálida. Al oeste de la línea del ocaso estaba el Sáhara abrasador, los mares de arena fundidos en lagos de cristal, pero sobre la estrecha franja del terminador terrestre vivían unas pocas personas en los viejos pueblos turísticos.

Fue ahí, en Columbine Sept Heures, un pueblo abandonado junto al río seco a ocho kilómetros de Leptis Magna, donde Halliday vio por primera vez a Gabrielle Szabo caminando hacia él, como salida de sus sueños. También ahí conoció a Leonora Sully, la indiferente y visionaria pintora de extravagantes fantasías, así como al doctor Richard Mallory, quien intentó ayudar a Halliday devolviéndole sus sueños.

Halliday creía entender por qué Leonora estaba en Columbine Sept Heures, pero en ocasiones sospechaba que los motivos del doctor Mallory eran tan ambiguos como los suyos propios. El médico, alto y distante, sus ojos eternamente ocultos detrás de una gafas negras que parecían acentuar su inaccesible vida interior, pasaba la mayor parte de su tiempo sentado en el auditorio de la Escuela de Bellas Artes, de blanca cúpula, escuchando los cuartetos de Bartok y Webern de los álbumes abandonados.

Esa música fue el primer sonido que Halliday oyó cuando llegó a aquel pueblo desértico. En Trípoli, en el aparcamiento abandonado cercano al muelle, encontró un Peugeot nuevo que había dejado atrás un técnico francés de la refinería y partió hacia el sur por la línea de las siete en punto, atravesando pueblos polvorientos y los plateados esqueletos semienterrados de las refinerías junto al río seco. Hacia el oeste, el desierto ardía en una bruma dorada bajo el sol inmóvil. Rizadas por las ondas térmicas, las veletas de metal de las ruedas hidráulicas situadas junto a los sistemas de irrigación parecían girar en el aire tórrido, apuntando hacia Halliday.

Hacia el este, las márgenes del río se recortaban contra el horizonte oscuro, con las crestas de pizarra expuestas como si fueran el proscenio del mundo crepuscular. Halliday giró hacia el río; la luz iba desvaneciéndose mientras se desplazaba hacia el este siguiendo el viejo camino pavimentado que corría cerca a la ribera. El centro del canal, del cual sobresalían rocas blancas entre montones de guijarros, parecía el espinazo de un saurio antiguo.

A pocos kilómetros de la costa encontró Columbine Sept Heures. Cuatro hoteles turísticos, con sus muros cortina que parecían espejos muertos, se alzaban entre las dunas que se desplazaban a la deriva por las calles e invadían las piscinas y los chalés cercanos a la Escuela de Bellas Artes. El camino se perdía de vista más allá del hotel

Oasis. Halliday dejó el automóvil y subió los peldaños hasta el vestíbulo cubierto de polvo. La arena cubría el suelo de baldosas con motivos de encaje y se acumulaba contra las puertas de color pastel del ascensor y las palmeras muertas junto al restaurante.

Halliday subió las escaleras hasta el entresuelo y se detuvo ante el cristal resquebrajado de la ventana que había más allá de las mesas. El vidrio fracturado parecía haber desplazado lo que quedaba del pueblo semihundido en la arena a otro conjunto de dimensiones, como si el espacio mismo compensara la fuga del tiempo en el paisaje obligándose a esa grotesca deformación.

Decidido ya a quedarse en el hotel, Halliday salió en busca de agua y de cualquier tipo de provisiones que hubieran quedado atrás. Las calles estaban desiertas, obstruidas por la arena que avanzaba hacia el río seco. De cuando en cuando de entre las dunas surgían las ventanillas empañadas de un Citroën o un Peugeot. Caminado por sus techos, Halliday llegó a la calle de la Escuela de Bellas Artes. El anguloso edificio se alzaba en el aire como un pájaro blanco contra el manto color cereza del crepúsculo.

En la galería de estudiantes colgaban las reproducciones desvaídas de una docena de escuelas de pintura; imágenes, en su mayoría, de mundos sin sentido. Sin embargo, Halliday encontró a los surrealistas Delvaux, Chirico y Ernst agrupados en un pequeño nicho. Esos extraños paisajes, inspirados en sueños de los cuales los de Halliday ya no podían hacerse eco, lo llenaron de una profunda nostalgia. Uno de ellos, sobre todo, *El Eco* de Delvaux, que representaba a una majestuosa mujer desnuda caminando entre ruinas immaculadas bajo un cielo de medianoche, le evocó su propia fantasía recurrente. El anhelo infinito contenido en la tela, el tiempo sintético creado por las imágenes repetidas de la mujer, pertenecían al paisaje de esa noche nunca vista por Halliday. En el suelo, debajo de uno de los caballetes, descubrió un viejo portafolio y comenzó a descolgar los cuadros de las paredes.

Mientras Halliday caminaba por el terrado hacia la escalera exterior situada sobre el auditorio, oyó una música que provenía de allá abajo. Escudriñó las fachadas de los hoteles vacíos, cuyos muros cortina se elevaban en el aire crepuscular. Detrás de la Escuela de Bellas Artes, los chalés del barrio de estudiantes se agrupaban alrededor de dos piscinas vacías.

Al llegar al auditorio se asomó por las puertas de cristal a las filas de asientos vacíos. En el centro de la primera fila, de espaldas a Halliday, estaba sentado un hombre vestido con un traje blanco y gafas de sol. Halliday no sabía si realmente estaba escuchando la música, pero tres o cuatro minutos después del final del disco el hombre se levantó y subió al escenario, apagó el estereoscopio y se dirigió pausadamente hacia Halliday con el rostro alto y una mirada ligeramente inquisitiva detrás de las gafas oscuras.

—Soy Mallory, el doctor Mallory. —Extendió una mano fuerte pero huidiza—. ¿Se aloja usted aquí?

La pregunta parecía contener un entendimiento cabal de los motivos de Halliday, quien, tras dejar el portafolio, se presentó.

—Estoy en el Oasis. He llegado al atardecer.

Al advertir que su comentario era absurdo, Halliday lanzó una carcajada, pero Mallory sonreía.

—¿Al atardecer? Me parece que eso lo podemos dar por sentado. —Cuando Halliday levantó su muñeca para mostrar el viejo Rolex de veinticuatro horas que aún llevaba puesto, Mallory asintió y se acomodó las gafas, como si mirara a Halliday con mayor atención.

—Todavía tiene usted uno, ¿no es así? A propósito, ¿qué hora es?

Halliday miró el Rolex. Era uno de los cuatro relojes que había traído consigo. Cuidadosamente sincronizados con el reloj maestro que todavía funcionaba en el Observatorio de Greenwich, registraban el desaparecido tiempo de la Tierra cuando esta aún rotaba.

—Son casi las siete y media. Eso está bien. ¿No estamos acaso en Columbine Sept Heures?

—Sin duda. Una bonita coincidencia. Con todo, la línea del ocaso está avanzando y yo diría que aquí es un poco más tarde. Sin embargo, creo que podemos dejarlo así.

Mallory bajó del escenario donde su alta figura se elevaba por encima de Halliday como un blanco patíbulo.

—Siete treinta, hora antigua... y nueva. Debe quedarse en Columbine. No es frecuente descubrir que las dimensiones coinciden así. —Miró el portafolio—. Está en el Oasis. ¿Por qué ahí?

—Está vacío.

—Convincente. Pero aquí todo está vacío. Aun así, sé lo que quiere decir, yo mismo me alojé ahí cuando llegué a Columbine. Hace un calor de mil demonios.

—Me quedaré del lado oscuro.

Mallory hizo una ligera reverencia con la cabeza, como reconociendo la seriedad de Halliday. Se dirigió hacia el estereoscopio y desconectó una batería de automóvil que estaba en el suelo, junto al aparato. Colocó el pesado acumulador en una bolsa de viaje de lona y le dio a Halliday una de las asas.

—Usted puede ayudarme. Tengo un pequeño generador en mi chalé. Es difícil de recargar, pero las baterías nuevas se están volviendo escasas.

Cuando salieron a la luz del sol, Halliday dijo:

—Puedo dejarle la batería de mi coche.

Mallory se detuvo.

—Eso es muy amable de su parte, Halliday. Pero ¿está seguro de que no la quiere? Hay otros lugares, además de Columbine.

—Puede ser. Pero supongo que aquí hay comida suficiente para todos. —Halliday hizo un gesto con su reloj de pulsera—. De todos modos, es el momento correcto. O los dos momentos, supongo.

—Y tantos espacios como desee, Halliday. No todos ellos a su alrededor. ¿Por qué ha venido?

—Aún no lo sé. Vivía en Trondheim; ahí no podía dormir. Si aquí puedo dormir, tal vez consiga soñar.

Comenzó a explicarse, pero Mallory levantó una mano para que guardara silencio.

—¿Por qué cree que estamos todos aquí, Halliday? De África surgen los sueños. Tiene que conocer a Leonora. Usted le gustará.

Avanzaron dejando atrás los chalés vacíos, con la primera de las piscinas a la derecha. En la arena que cubría el fondo, alguien había dibujado un enorme zodíaco decorado con conchas y pedazos de baldosas rotas. Llegaron a la siguiente piscina. Un médano había invadido uno de los chalés y se había derramado dentro la piscina, pero habían despejado una pequeña zona de la terraza. Bajo un toldo, había una mujer joven de pelo blanco sentada en una silla de metal, ante a un caballete. Vestía unos vaqueros y una camisa de hombre manchados con pintura, pero el rostro inteligente, sobre la mandíbula firme, parecía sosegado y alerta. Cuando el doctor Mallory y Halliday dejaron la batería en el suelo, la mujer levantó los ojos.

—Te he traído un alumno, Leonora. —Mallory le hizo un gesto a Halliday para que se adelantara—. Se hospeda en el Oasis; en el lado oscuro.

La joven le indicó a Halliday un sillón reclinable, junto al caballete. Él apoyó la cartera contra el respaldo.

—Son para mi habitación del hotel —explicó—. No soy un pintor.

—Claro. ¿Puedo echarles un vistazo? —Sin esperar, comenzó a hojear las reproducciones, asintiendo para sí ante cada una de ellas. Halliday miró la pintura inconclusa que había en el caballete: un paisaje en el cual figuras extravagantes, arzobispos tocados con mitras fantásticas, participaban en una extraña procesión. Halliday levantó la vista hacia Mallory, quien asintió con una mueca irónica.

—¿Interesante, Halliday?

—Desde luego. ¿Y qué hay de sus sueños, doctor? ¿Dónde los guarda usted?

Mallory no respondió; miró a Halliday con sus ojos ocultos detrás las gafas oscuras. Riéndose, aliviando la tensión entre los hombres, Leonora se sentó en la silla, junto a Halliday.

—Richard no nos lo dirá, señor Halliday. Cuando descubramos sus sueños ya no necesitaremos los nuestros.

Halliday iba a repetirse este comentario a menudo durante los meses posteriores. En muchos sentidos, la presencia de Halliday en el pueblo parecía clave para los papeles que ahí se representaban. El médico vestido de blanco, desplazándose en silencio por las calles invadidas por la arena, parecía un espectro del mediodía olvidado, renacido en el crepúsculo para derivar, como su música, entre los hoteles vacíos. Incluso en su primer encuentro, cuando Halliday estaba sentado con Leonora haciendo algunos

comentarios automáticos, consciente únicamente de aquella cadera y aquel hombro que rozaban los suyos, tuvo la impresión de que Mallory, fueran cuales fueren sus motivos para permanecer en Columbine, se había adaptado demasiado bien al mundo ambiguo de la línea del ocaso. Para Mallory, Columbine Sept Heures y el desierto habían pasado a formar parte de los paisajes interiores que Halliday y Leonora Sully aún tenían que buscar en las pinturas.

Sin embargo, durante sus primeras semanas en el pueblo junto al río seco, Halliday pensó más en Leonora y en establecerse en el hotel. Todavía intentaba dormir a «medianoche» guiándose por su Rolex de veinticuatro horas, despertando (o, más precisamente, admitiendo el hecho de su insomnio) siete horas después. Luego, comenzaba la «mañana» recorriendo los cuadros que colgaban de las paredes de su habitación, en la séptima planta, y salía al pueblo, a recorrer las cocinas y los almacenes de los hoteles en busca de agua y comida enlatada. Durante ese lapso —un intervalo arbitrario que él imponía al paisaje neutral— le daba la espalda al cielo del este, evitando la noche oscura que llegaba desde el desierto, del otro lado del río seco. Hacia el oeste, la arena resplandeciente bajo el sol sobrecalentado se estremecía como el último amanecer del mundo.

En esos momentos, el doctor Mallory y Leonora parecían estar más cansados, como si sus cuerpos todavía percibieran los ritmos del antiguo día de veinticuatro horas. Ambos dormían a intervalos aleatorios; a menudo Halliday visitaba el chalé de Leonora y la encontraba dormida en el sillón reclinable junto a la piscina, con el rostro cubierto por el velo de su cabello blanco, protegida del sol por la pintura colocada sobre el caballete. Aquellas extrañas fantasías, con sus imágenes de obispos y cardenales moviéndose en procesión por esos paisajes ornamentales eran su única actividad.

En cambio, Mallory desaparecía en su chalé como un vampiro blanco y surgía de él, renovado de algún modo, pocas horas después. Tras las primeras semanas, Halliday llegó a un acuerdo con Mallory y los dos hombres escuchaban los cuartetos de Webern en el auditorio o jugaban ajedrez cerca de Leonora, junto a la piscina vacía. Halliday intentó descubrir cómo habían llegado Leonora y Mallory al pueblo, pero ninguno respondía sus preguntas. Dedujo que habían llegado a África por separado varios años antes y que habían estado desplazándose hacia el oeste, de pueblo en pueblo, a medida que el terminador terrestre avanzaba por el continente.

De cuando en cuando, Mallory se adentraba en el desierto para hacer algún recado incierto y entonces Halliday veía a Leonora a solas. Caminaban juntos por el cauce del río seco o bailaban al son de los discos de cánticos masai, en la biblioteca de antropología. La creciente dependencia de Halliday respecto de Leonora solo era moderada por su conciencia de que no había venido a África a buscar a esa mujer de pelo blanco y ojos amistosos, sino a la lamia nocturna que habitaba en su cabeza. Como si se percatara de ello, Leonora se mantenía siempre distante, sonriéndole a través de las extrañas pinturas de su caballete.

Ese placentero *ménage à trois* iba a durar tres meses. Durante este lapso, la línea del ocaso avanzó otro kilómetro hacia Columbine Sept Heures, y finalmente Mallory y Leonora decidieron mudarse al pequeño poblado de una refinería situada a unos quince kilómetros al oeste. Halliday casi esperaba que Leonora se quedara con él en Columbine, pero ella se marchó con Mallory en el Peugeot. Sentada en el asiento trasero, Leonora esperó a que Mallory escuchara el último cuarteto de Bartok en el auditorio antes de desconectar la batería y llevarla, una vez más, al automóvil.

Curiosamente, fue Mallory quien intentó convencer a Halliday de que se marchara con ellos. A diferencia de Leonora, los elementos aún no resueltos en su relación con Halliday le hacían desear mantener el contacto con aquel hombre más joven.

—Halliday, le será difícil quedarse aquí. —Mallory señaló, al otro lado del río, el manto de oscuridad que pendía como una ola inmensa sobre el pueblo. Los colores de las paredes y las calles ya habían mudado al rosado profundo del crepúsculo—. Llega la noche. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Por supuesto, doctor. Es lo que he estado esperando.

—Pero Halliday... —Mallory buscó una frase. La figura alta, con los ojos ocultos, como siempre, detrás de las gafas oscuras, levantó la mirada hacia Halliday desde el otro lado de la escalinata del hotel—. Usted no es un búho, ni ningún condenado gato del desierto. Debe resolver este asunto a la luz del día.

Dándose por vencido, Mallory regresó al automóvil. Lo saludó con la mano mientras iniciaba la marcha en reversa, hacia las dunas, entre una nube de polvo rosado, pero Halliday no respondió. Miraba a Leonora Sully, sentada en el asiento trasero, con sus bastidores y caballetes, el montón de extravagantes pinturas que eran ecos de sus sueños jamás vistos.

Cualesquiera que fueran sus sentimientos por Leonora, pronto cayeron en el olvido con el descubrimiento, un mes después, de otra hermosa vecina en Columbine Sept Heures.

A un kilómetro y medio hacia el noreste de Columbine, al otro lado del río seco, había una mansión colonial que antaño había sido ocupada por el administrador de la refinería que se levantaba en la boca del río. Cuando Halliday se sentaba en su balcón de la séptima planta del hotel Oasis, intentando detectar el imperceptible avance del terminador mientras los antiguos relojes a su alrededor hacían tictac mecánicamente a través de los minutos y las horas de sus falsos días, veía las fachadas de la casa brevemente iluminadas bajo la luz reflectada por las tormentas de arena. Sus terrazas estaban cubiertas de polvo y las columnas de la galería se habían desmoronado dentro de la piscina del costado. Aunque solo estaba a cuatrocientos metros al este del hotel, el caparazón vacío de la casa parecía estar ya envuelto en la noche que se aproximaba.

Una vez, poco antes de su intento de dormir, Halliday vio los faros de un

automóvil moviéndose alrededor de la casa. Las luces le revelaron una figura solitaria que iba y venía lentamente por la terraza. Abandonando toda pretensión de dormir, Halliday subió al terrado del hotel, diez plantas más arriba, y se recostó sobre el antepecho suicida. Un chófer bajaba maletas del vehículo. La figura de la terraza, una mujer alta vestida de negro, caminaba con los movimientos erráticos e inciertos de quien no se da cuenta de lo que está haciendo. Tras escasos minutos, el conductor la tomó del brazo, como si la despertara de algún tipo de sueño.

Halliday observaba desde el terrado, a la espera de que reaparecieran. Los movimientos extraños, como de trance, de esa hermosa mujer —su cabello negro y el pálido nimbo de su rostro, flotando como un farol en el crepúsculo que se acercaba, ya lo habían persuadido de que ella era la lamia oscura de todos sus sueños— le recordaron a Halliday sus propios primeros pasos por los médanos hacia el río, tentando un terreno ignoto que, sin embargo, conocía por sus sueños.

Cuando bajó a su *suite*, se tumbó en el diván cubierto de brocado del salón, rodeado de los paisajes de Delvaux y Ernst, y cayó repentinamente en un profundo letargo. Entonces tuvo sus primeros sueños auténticos: unas ruinas clásicas, bajo un cielo de medianoche, entre las cuales unas figuras iluminadas por la luna caminaban juntas en una ciudad de los muertos.

Los sueños regresaban cada vez que Halliday dormía. Se despertaba en el diván, junto al ventanal que mostraba el cada vez más oscuro suelo del desierto, consciente de que las fronteras entre su mundo interior y el mundo exterior se estaban disolviendo. Dos de los relojes situados bajo el espejo de la repisa, ya se habían detenido. Con la muerte de todos ellos, Halliday se liberaría finalmente de sus nociones de tiempo previas.

Al final de esa semana, Halliday descubrió que la mujer dormía durante los mismos lapsos que él, y que salía a mirar el desierto cuando él salía al balcón. Aunque la solitaria figura de Halliday se recortaba claramente contra el cielo que alboreaba detrás del hotel, la mujer no pareció advertir su presencia. Halliday vio al chófer llegar al pueblo en el Mercedes blanco. Como una sombra sin forma, el hombre de uniforme oscuro dejó atrás los muros cada vez más descoloridos de la Escuela de Bellas Artes.

Halliday bajó a la calle y avanzó hacia la oscuridad. Tras cruzar el río, un seco Rubicón que separaba su mundo pasivo de Columbine Sept Heures de la realidad de la noche que llegaba, trepó la orilla opuesta más allá de los restos de automóviles viejos y tambores de gasolina iluminados por la luz crepuscular. Cuando llegó a la casa, la mujer se paseaba por el jardín, entre las estatuas cubiertas de arena; sobre las caras de piedra, los cristales de arena parecían la condensación de vastos períodos de tiempo.

Halliday vaciló junto al muro bajo que rodeaba la casa, esperando a que la mujer mirara en su dirección. El rostro pálido, la frente alta elevándose encima de las gafas oscuras, le recordaban de algún modo al doctor Mallory: la misma pantalla que



ocultaba una poderosa vida interior. La luz menguante se demoraba en los planos angulosos de las sienes de la mujer, mientras escudriñaba la ciudad en busca de algún indicio del Mercedes.

Cuando Halliday se le acercó, estaba sentada en una de las sillas de la terraza, con las manos en los bolsillos del vestido de seda, por lo que él solo podía ver aquella cara blanca, de arruinada belleza, que las gafas de sol parecían aislar como si fuera la noche enrollada sobre sí misma.

Halliday se detuvo junto a la mesa de cristal, inseguro de cómo presentarse.

—Estoy en el Oasis; en Columbine Sept Heures —comenzó—. La he visto desde el balcón. —Señaló la torre distante del hotel, su fachada color cereza se alzaba en el aire cada vez más oscuro.

—¿Un vecino? —La mujer asintió con la cabeza—. Gracias por pasar a saludar. Soy Gabrielle Szabo. ¿Son muchos?

—No; se han marchado. De todos modos, solo había dos más: un médico y una joven pintora, Leonora Sully; a ella este paisaje le quedaba bien.

—Desde luego. ¿Y un médico? —La mujer había sacado las manos del vestido. Yacían en su regazo como un par de frágiles palomas—. ¿Qué hacía aquí?

—Nada. —Halliday no sabía si sentarse, pero la mujer no hizo ningún gesto de ofrecerle la otra silla, como si esperara que se fuera a la deriva tan repentinamente como había llegado—. De vez en cuando me ayudaba con mis sueños.

—¿Sueños? —Ella volvió la cabeza hacia él; la luz reveló los contornos ligeramente hundidos de sus ojos—. ¿Hay sueños en Columbine Sept Heures, señor...?

—Halliday. Ahora los hay. Se acerca la noche.

La mujer asintió, levantando la cabeza hacia el anochecer violado.

—Puedo sentirla en mi cara; como un sol negro. ¿Con qué sueña usted, señor Halliday?

Halliday estuvo a punto de soltarle la verdad, pero encogiéndose de hombros dijo:

—De todo un poco. Una vieja ciudad en ruinas, ya sabe, llena de monumentos clásicos. En todo caso, soñé anoche... —Al decir esto sonrió—. Todavía tengo algunos viejos relojes. Los demás ya se han detenido.

Un jirón de polvo dorado procedente del camino flotaba sobre el río. El Mercedes blanco se acercaba rápidamente a ellos.

—¿Ha estado en Leptis Magna, señor Halliday?

—¿La ciudad romana? Está en la costa, a ocho kilómetros de aquí. Si lo desea, puedo acompañarla.

—Buena idea. Ese médico que usted mencionó, señor Halliday, ¿dónde ha ido? Mi chófer... necesita tratamiento.

Halliday titubeó. Algo en la voz de la mujer le sugería que podría perder el interés en él fácilmente. Sin querer competir con Mallory otra vez, respondió:

—Hacia el norte, creo; hacia la costa. Se marchaba de África. ¿Es urgente?

Antes de que ella pudiera responder, Halliday advirtió la oscura figura del conductor, abotonada en su uniforme negro, de pie a pocos metros detrás de él. Solo un momento antes el coche había estado a cien metros por el camino, pero con cierto esfuerzo Halliday aceptó este salto cuántico en el tiempo. La pequeña cara del conductor, de ojos avispados y boca apretada, lo miraba en silencio.

—Gaston, este es el señor Halliday. Se hospeda en uno de los hoteles de Columbine Sept Heures. Quizá puedas llevarlo en el coche hasta el otro lado del río.

Halliday iba a aceptar, pero el chófer no respondió a la propuesta. Halliday se estremeció en el aire más frío que llegaba al río desde el ocaso. Hizo una reverencia a Gabrielle Szabo y pasó junto al conductor. Cuando se detuvo para recordarle a ella el viaje a Leptis Magna, la oyó decir:

—Gaston, aquí había un médico.

A Halliday, el significado de ese comentario ambiguo se le escapaba mientras observaba la casa desde el terrado del hotel Oasis. Gabrielle Szabo permanecía sentada en la penumbra de la terraza, mientras el chófer hacía sus incursiones a Columbine y a las refinerías situadas a lo largo del río. Una vez, Halliday se lo encontró al doblar una esquina, cerca de la Escuela de Bellas Artes, pero el hombre solo hizo un gesto con la cabeza y siguió su camino cargando un bidón de agua. Halliday pospuso otra visita a la casa. Fueran cuales fueren los motivos de Gabrielle Szabo para estar ahí, quienquiera que fuese, ella había le había traído los sueños que Columbine Sept Heures y su largo viaje al sur no habían podido proporcionarle. Además, la presencia de la mujer que giraba cierta llave de su mente era todo lo que necesitaba. Dando cuerda a sus relojes, Halliday descubrió que ahora dormía durante ocho o nueve horas de las noches por él establecidas.

Sin embargo, una semana más tarde se encontró sin poder dormir otra vez. Decidió visitar a su vecina y atravesó el río, adentrándose en la penumbra que se erigía, cada vez más profunda, cruzando la arena. Cuando estaba llegando a la casa, el Mercedes blanco salía a la carretera en dirección a la costa. En el asiento trasero, cerca de la ventanilla abierta iba Gabrielle Szabo; el viento oscuro le succionaba el pelo negro hacia la estela del coche.

Halliday esperó a que el automóvil llegara hasta donde estaba él y redujera la velocidad. La cabeza de Gaston se inclinó hacia atrás y su boca apretada pronunció el nombre de Halliday. Previendo que el vehículo se detendría, Halliday se colocó en medio del camino.

—Gabrielle... señorita Szabo...

Ella se inclinó hacia delante y el coche blanco aceleró, evitándolo. El polvo color cereza le hacía daño en los ojos mientras veía cómo el rostro enmascarado de la mujer se alejaba de él.

Halliday regresó al hotel y subió al terrado, pero el coche había desaparecido en la oscuridad del noreste y su estela se desvanecía en la penumbra. Bajó a su *suite* y se

apresuró al pasar delante de las pinturas. El último de los relojes casi había dejado de funcionar. Con cuidado, le dio cuerda a cada uno de ellos, contento, de momento, de verse libre de Gabrielle Szabo y del sueño oscuro que había traído a través del desierto.

Cuando los relojes estuvieron funcionando otra vez, bajó al sótano. Fue de automóvil en automóvil durante diez minutos, entrando y saliendo de los Cadillacs y los Citroëns. Ninguno de los coches arrancaba, pero en el área de mantenimiento encontró una motocicleta Honda y, tras llenar el tanque, consiguió arrancar el motor. Al dejar Columbine, los sonidos del escape reverberaron en las paredes a su alrededor, pero a un kilómetro y medio de distancia, cuando se detuvo para ajustar el carburador, el pueblo parecía abandonado desde hacía años y la presencia misma de Halliday parecía haberse esfumado de allí con tanta rapidez como su sombra.

Halliday condujo hacia el oeste; el alba se levantaba para ir a su encuentro. Los colores suaves, los contornos ambiguos del ocaso que cedía ante los nítidos contornos de las dunas en el horizonte, las torres de agua elevándose como faros de bienvenida.

El camino desapareció en el mar de arena y Halliday, perdido el rumbo, condujo su motocicleta por el desierto, a campo traviesa. Un kilómetro y medio hacia el oeste encontró la orilla de un viejo *wadi*. Intentó bajar la ribera en la moto, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas, mientras la máquina brincaba y daba volteretas, alejándose entre las rocas. Anduvo con dificultad por el cauce del arroyo seco hasta la orilla opuesta. Allá delante, brillaban bajo la luz del alba las plateadas grúas pórtico y los parques de depósitos de una refinería abandonada, los tejados blancos de las cercanas viviendas del personal.

Mientras avanzaba entre las filas de chalés, pasando junto a las piscinas vacías que parecían cubrir toda África, vio el Peugeot aparcado en uno de los garajes. Sentada, con su caballete, estaba Leonora Sully y junto a ella un hombre alto vestido con un traje blanco. Al principio, Halliday no lo reconoció, aunque el hombre se levantó y le dirigió un saludo con la mano. El contorno de la cabeza y la frente alta le resultaban familiares, pero los ojos no parecían guardar relación con el resto de la cara. Entonces Halliday reconoció al doctor Mallory y comprendió que por primera vez le veía los ojos sin aquellas gafas de sol.

—Halliday... amigo mío. —Mallory avanzó rodeando la piscina para recibirlo, acomodándose el chal de seda que llevaba alrededor del cuello—. Pensábamos que vendría algún día... —Se volvió hacia Leonora, quien le sonreía a Halliday—. Para ser francos, estábamos empezando a preocuparnos un poco por él, ¿no es así, Leonora?

—Halliday... —Leonora lo tomó del brazo y lo hizo girar hasta que recibió la luz del sol—. ¿Qué ha pasado? ¡Está tan pálido!

—Ha estado durmiendo, Leonora. ¿No lo ves, querida? —Mallory dedicó una sonrisa a Halliday—. Ahora Columbine Sept Heures está más allá de la línea del ocaso. Halliday, tiene usted la cara de un soñador.

Halliday inclinó la cabeza asintiendo.

—Es bueno dejar la penumbra, Leonora. Los sueños no merecían la pena. — Cuando ella miró hacia otro lado, Halliday se volvió hacia Mallory. Los ojos del médico lo perturbaban. La piel blanca de las órbitas parecía aislarlo, como si aquella mirada firme procediera de una cara oculta. Algo le advirtió que la ausencia de gafas de sol indicaba un cambio en Mallory cuyo significado aún le resultaba oscuro.

Evitando esos ojos, Halliday señaló el caballete vacío.

—No pintas, Leonora.

—No necesito hacerlo, Halliday. Verás... —Se volvió para coger la mano de Mallory—. Ahora tenemos nuestros propios sueños. Nos llegan a través del desierto como pájaros enjoados...

Halliday los observó, de pie, juntos. Luego Mallory se adelantó un paso, sus ojos blancos parecían espectros.

—Halliday, desde luego, es bueno verle... Seguramente querrá quedarse aquí...

Halliday negó con la cabeza.

—He venido a buscar mi coche —dijo controlando la voz. Señaló el Peugeot—. ¿Puedo llevármelo?

—Por supuesto, mi querido amigo. Pero dónde... —Mallory hizo un gesto de advertencia hacia el horizonte del oeste, donde el sol ardía en una inmensa mortaja.

—El oeste está en llamas, no puede ir ahí.

Halliday empezó a caminar hacia el automóvil.

—Voy hacia la costa. —Y añadió, por encima del hombro—: Gabrielle Szabo está ahí.

Esta vez, mientras huía hacia la noche, Halliday pensaba en la casa blanca del otro lado del río, hundiéndose en las últimas luces del desierto. Siguió el camino que iba hacia el noreste, desde la refinería, y encontró un puente de pontones que atravesaba el *wadi*. Las últimas luces del ocaso iluminaban las distantes agujas de Columbine Sept Heures.

Las calles del pueblo estaban desiertas y hasta el sonido de sus pasos en la arena era ahogado por el viento. Se dirigió a su habitación del hotel. La casa de Gabrielle Szabo se alzaba, solitaria, en la orilla opuesta. Mientras giraba lentamente la caja de bronce dorado de uno de los relojes, Halliday vio al chófer sacar el Mercedes a la carretera. Un momento después apareció Gabrielle Szabo, un negro espectro en la penumbra, y el automóvil partió hacia el noreste.

Halliday recorrió los cuadros de su *suite*, mirando aquellos paisajes bajo la luz tenue. Reunió sus relojes y los llevó al balcón, desde donde los arrojó, uno a uno, a la terraza. Las esferas destrozadas, sus discos blancos como los ojos de Mallory lo miraban desde abajo con sus manecillas inmóviles.

A ochocientos metros de Leptis Magna, Halliday podía oír a través de la oscuridad

cómo el mar bañaba las playas y los vientos costeros azotaban las cimas de los médanos a la luz de la luna. Las arruinadas columnas de la ciudad romana se elevaban junto al único hotel turístico, que bloqueaba los últimos rayos del sol. Detuvo el automóvil junto al hotel y anduvo entre los quioscos de las afueras de la ciudad. Delante se erguían las altas arcadas del foro, y por encima de él se alzaban las estatuas reconstruidas de deidades olímpicas en sus pedestales.

Halliday trepó a uno de los arcos y escrutó las avenidas oscuras en busca de alguna señal del Mercedes. Sin querer aventurarse en el centro de la ciudad, regresó a su vehículo; después entró en el hotel y subió al terrado.

Aparcado en el acantilado junto al mar, ceca del antiguo teatro desenterrado de entre las dunas, vio el rectángulo blanco del Mercedes. Bajo el proscenio, en el semicírculo llano del escenario, la oscura figura de Gabrielle Szabo se movía de un lado a otro entre las sombras de las estatuas.

Mientras la observaba y pensaba en *El Eco* de Delvaux, con su ninfa triplicada caminando entre los pabellones clásicos de una ciudad de medianoche, Halliday se preguntó si acaso se habría dormido sobre el cálido terrado de hormigón. Entre sus sueños y la antigua ciudad de allá abajo no parecía haber frontera alguna, y los fantasmas de su mente, iluminados por la luna, se movían libremente entre los paisajes interiores y exteriores, al igual que aquella mujer de ojos oscuros de la casa junto al río seco había cruzado, a su vez, las fronteras de su psique, trayéndole el alivio final del tiempo.

Tras dejar el hotel, Halliday siguió la carretera, a través del pueblo vacío, y llegó al límite del anfiteatro. Mientras él miraba el lugar, llegó Gabrielle Szabo caminando por las calles antiguas; la luz efímera entre las columnas le iluminaba el rostro blanco. Halliday bajó los escalones de piedra hacia el escenario, consciente de que el chófer lo miraba desde el acantilado, de pie junto al coche. La mujer se acercó a Halliday, meciendo lentamente las caderas.

Se detuvo a tres metros de él, sus manos levantadas tanteaban en la oscuridad. Halliday avanzó sin saber si ella podía verlo detrás de aquellas gafas de sol que aún llevaba puestas. Al oír sus pasos, ella retrocedió encogiéndose y levantó los ojos hacia donde estaba el chófer, pero Halliday le cogió la mano.

—Señorita Szabo. La he visto caminando por aquí.

La mujer le sostuvo las manos con unos dedos súbitamente poderosos. Detrás de las gafas, su rostro era una máscara blanca.

—Señor Halliday... —Tentó sus muñecas, como si verlo la aliviara—. He pensado que vendría. Dígame, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—Semanas, o meses, no lo recuerdo. He soñado con esta ciudad antes de venir a África. Señorita Szabo, solía verla a usted caminar entre estas ruinas.

Ella asintió con la cabeza y le tomó el brazo. Juntos, avanzaron entre las columnas. Entre los pilares sombríos de la balaustrada estaba el mar, las crestas blancas de las olas rodaban hacia la playa.

—Gabrielle, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué has venido a África?

Ella se recogió el vestido de seda en una mano mientras bajaban por unas escaleras hasta la terraza. Se inclinó más hacia Halliday, sus dedos le agarraban el brazo mientras caminaba tan rígida que Halliday se preguntó si acaso no estaba ebria.

—¿Por qué? Quizá para ver los mismos sueños; es posible.

Halliday iba a hablar cuando sintió los pasos del chófer que bajaban la escalinata, siguiéndolos. Mirando a su alrededor, distraído por un instante del cuerpo ondulante de Gabrielle apoyado contra el suyo, notó un olor acre procedente del respiradero de una de las viejas cloacas romanas que había debajo de ellos. La boca de ladrillos se había desmoronado y las olas que llegaban cruzando la playa cubrían parcialmente la alcantarilla.

Halliday se detuvo. Intentó señalar hacia abajo, pero la mujer le agarraba la muñeca férreamente.

—¡Ahí debajo! ¿Los ves?

Liberando su mano de un tirón, Halliday señaló el hoyo de la cloaca, donde se amontonaba media docena de formas semisumergidas. Golpeados por el mar y la arena húmeda, los cadáveres solo resultaban reconocibles como tales por el ir y venir de sus brazos y piernas en el agua inquieta.

—Por el amor de Dios; Gabrielle, ¿quiénes son?

—Pobres diablos... —Gabrielle Szabo se volvió hacia otro lugar, mientras Halliday, desde el borde, miraba fijamente la cloaca, tres metros más abajo—. La evacuación; hubo revueltas. Llevan aquí meses.

Halliday se puso de rodillas, preguntándose cuánto tardarían los cadáveres — fueran árabes o europeos, no tenía ningún modo de distinguirlos— en ser arrastrados al mar. Sus sueños de Leptis Magna no incluían a estos melancólicos habitantes de las alcantarillas. De pronto, gritó otra vez.

—¿Meses? ¡No ese!

Señaló nuevamente el cuerpo de un hombre con un traje blanco, a un lado, más arriba, de la cloaca. Tenía las largas piernas cubiertas de espuma y agua, pero el pecho y los brazos estaban expuestos. Sobre el rostro tenía el chal de seda que le había visto a Mallory en su último encuentro.

—¡Mallory! —Al subir la figura de negro del chófer a la plataforma, unos seis metros más arriba, Halliday se puso de pie. Se dirigió hacia Gabrielle Szabo, que estaba junto a la escalera y parecía mirar el mar—. ¡Ese es el doctor Mallory! ¡Vivió conmigo en Columbine Sept Heures! ¿Cómo...? ¡Gabrielle, tú sabías que Mallory estaba aquí!

Halliday le agarró las manos y la sacudió airado haciéndole caer las gafas. Cuando ella se puso de rodillas, buscándolas indefensa, Halliday la agarró por los hombros.

—¡Gabrielle! Gabrielle, eres...

—¡Halliday! —Con la cabeza gacha, ella le cogió los dedos y los presionó hacia

dentro de sus órbitas—. Mallory, él lo hizo... sabíamos que te seguiría hasta aquí. Fue mi médico hace tiempo, he esperado años...

Halliday se deshizo de ella con un empujón y sus pies aplastaron las gafas contra el suelo. Bajó la vista hacia la figura de blanco bañada por las olas, preguntándose qué pesadilla se escondía debajo del chal que le cubría el rostro y salió a toda carrera por la terraza, pasó junto al auditorio y corrió por las calles oscuras.

Cuando llegó al Peugeot, el chófer de negro estaba solo a veinte metros detrás de él. Halliday encendió el motor y lanzó el automóvil hacia delante a través del polvo. Por el espejo trasero, vio al conductor detenerse y extraer una pistola del cinturón. La bala destrozó el parabrisas. Halliday se desvió, chocando contra uno de los quioscos, se hizo de nuevo con el control del vehículo y partió con la cabeza gacha mientras el aire frío de la noche hacía volar fragmentos de vidrio escarchado contra su rostro.

A unos tres kilómetros de Leptis, al no ver indicios de que el Mercedes lo persiguiera, se detuvo y quitó a golpes el parabrisas. A medida que conducía hacia el oeste el aire iba haciéndose más tibio, la aurora se alzaba ante él con su promesa de luz y tiempo.

## EL HOMBRE IMPOSIBLE

Durante la marea baja, tras haber enterrado los huevos en la arena cuarteada, bajo las dunas, las tortugas iniciaron su viaje de regreso al mar. Para Conrad Foster, que lo observaba junto a su tío desde la balaustrada del camino de la playa, parecía haber poco más de cincuenta metros hasta la seguridad de las aguas inmóviles. Las tortugas avanzaban arduamente, sus gibas oscuras ocultas entre los cajones anaranjados y los restos de algas arrastrados por el mar. Conrad señaló la bandada de gaviotas que descansaba en el banco de arena sumergido en la boca del estuario. Las aves habían estado mirando hacia el mar, como si no les interesara la costa desierta en la que el viejo y el niño esperaban junto al pasamanos, pero con ese ligero movimiento de Conrad una docena de cabezas blancas se giraron a un tiempo.

—Las han visto... —Conrad dejó caer su brazo sobre el pasamanos—. Tío Theodore, ¿crees que...?

Con un gesto del bastón, el tío le indicó un automóvil que iba por la carretera, a unos cuatrocientos metros de ahí.

—Pudo haber sido el coche. —Al oír un chillido procedente del banco de arena, se sacó la pipa de la boca. La primera bandada de gaviotas se alzó en el aire y comenzó describir círculos, como una guadaña, hacia la orilla.

—Ya vienen.

Las tortugas habían abandonado la protección de los desechos acumulados en la línea de la marea alta. Avanzaban por la superficie de arena húmeda que bajaba hacia el mar, mientras los chillidos de las gaviotas rasgaban el aire sobre sus cabezas.

Conrad se apartó involuntariamente, inclinándose hacia la hilera de chalés y el jardín desierto de las afueras del poblado. Su tío lo sostuvo del brazo. Las tortugas eran capturadas en las aguas someras, lanzadas sobre la arena y después desmembradas por una docena de picos.

En menos de un minuto desde su llegada, las aves comenzaron a abandonar la playa. Conrad y su tío no habían sido los únicos espectadores del breve festín de las gaviotas. Un pequeño grupo de unos diez o doce hombres descendió desde su atalaya entre los médanos y avanzó por la arena, alejando de las tortugas a los últimos pájaros. Eran todos hombres mayores, ya en los sesenta y setenta, que vestían camisetas y pantalones de algodón enrollados hasta las rodillas. Cada uno de ellos llevaba una bolsa de lona y un palo con un garfio de metal en el extremo. Recogían los caparzones, los limpiaban con movimientos rápidos y expertos, y los echaban dentro de las bolsas. La arena húmeda estaba teñida de sangre, y los brazos y pies desnudos de los viejos pronto quedaron cubiertos de manchas brillantes.

—Yo diría que ya podemos irnos. —El tío Theodore levantó la mirada y siguió a



las gaviotas por el cielo en su regreso al estuario—. Tu tía nos habrá preparado algo.

Conrad observaba a los viejos. Cuando pasaron junto a ellos, uno levantó su garfio enrojecido a modo de saludo.

—¿Quiénes son? —le preguntó a su tío, cuando este devolvió el saludo.

—Recolectores de conchas; se quedan durante la temporada. Esos caparazones pueden llegar a ser bastante caros.

Partieron hacia el pueblo; el tío Theodore caminaba a paso lento, con su bastón. Mientras lo esperaba, Conrad miró atrás, hacia la playa. Por alguna razón la visión de aquellos viejos embadurnados con la sangre de las tortugas masacradas le resultaba más perturbadora que la propia ferocidad de las gaviotas. Entonces recordó que, probablemente, él mismo había desencadenado el ataque de las aves.

Mientras las gaviotas se posaban otra vez en el banco de arena, el ruido de un camión se superponía a sus chillidos cada vez más débiles. Los viejos ya se habían perdido de vista y la marea que subía empezaba a lamer la arena manchada. Conrad y su tío llegaron al cruce junto al primero de los chalés. El muchacho condujo a su tío hasta la mediana de la carretera. Mientras esperaban a que pasara el camión, dijo:

—Tío, ¿te has dado cuenta de que las aves nunca han tocado la arena?

El vehículo pasó rugiendo delante de ellos, por un instante la caja del semirremolque ocultó el cielo. Conrad tomó a su tío del brazo y continuaron su camino. El anciano avanzaba con lentitud, clavando su bastón en el macadán arenoso. Súbitamente, el hombre se encogió y la pipa se le cayó de la boca mientras le gritaba al deportivo que surgía de la polvareda levantada por el camión y, tras un brusco viraje, venía hacia ellos. Conrad alcanzó a ver los nudillos pálidos del conductor sobre la rueda del volante, un rostro congelado detrás del parabrisas, mientras el coche, con los neumáticos bloqueados por los frenos, derrapaba de costado por la carretera. Conrad inició un movimiento para empujar hacia atrás al anciano, pero el coche ya estaba sobre ellos, irrumpiendo violentamente en la mediana con un estallido de polvo.

El hospital estaba casi vacío. Durante los primeros días, Conrad se alegró de estar quieto en aquella sala, mirando los diseños de luz que proyectaban en el techo las flores colocadas sobre alféizar de la ventana, escuchando los escasos sonidos provenientes de las oficinas que había al otro lado de las puertas vaivén. A intervalos, la enfermera entraba a echarle un vistazo. Una vez, mientras ella se inclinaba para acomodar el armazón que cubría sus piernas, Conrad advirtió que no se trataba de una mujer joven sino que, a pesar de su tipo delgado y el tinte púrpura del cabello, era aun mayor que su tío. En realidad, todas las enfermeras y los auxiliares que lo atendían en aquella planta vacía eran mayores; evidentemente, miraban a Conrad más como a un niño que como a un joven de diecisiete y se dirigían a él con un parloteo automático y amigable mientras se movían por la sala.

Después, cuando el dolor de la pierna amputada lo despertó de su plácido

segundo sueño, la enfermera Sadie por fin empezó a mirarlo a la cara. Le dijo que su tía había ido a visitarlo el día posterior al accidente y que volvería la tarde siguiente.

—¿... Theodore; el tío Theodore...? —Conrad intentó sentarse, pero una pierna invisible, tan muerta y pesada como la de un mastodonte, lo anclaba a la cama—. El señor Foster... mi tío. ¿El coche...?

—Se salvó por pocos metros, cariño. Por centímetros, mejor dicho. —La enfermera Sadie le tocó la frente con una mano que parecía un pájaro frío—. Solo tiene un rasguño en la muñeca, donde el parabrisas le hizo un corte. ¡Jesús bendito, la cantidad de vidrio que te hemos sacado a ti! ¡Parecía que hubieras saltado sobre un invernáculo de cristal!

Conrad apartó la cabeza de los dedos de la mujer. Miró las hileras de camas de la sala.

—¿Dónde está? ¿Aquí...?

—En casa. Tu tía está cuidando de él, estará fresco como una rosa.

Conrad se recostó, a la espera de que la enfermera Sadie se marchara y lo dejara a solas con el dolor de su pierna ausente. Sobre él se alzaba el armazón que sostenía las sábanas como una montaña blanca. Curiosamente, la noticia de que el tío Theodore había salido casi ileso del accidente no ofreció a Conrad el más mínimo alivio. Desde los cinco años, cuando quedó huérfano por un accidente aéreo, la relación de Conrad con su tío y su tía había sido aun más estrecha de la que hubiera tenido con su madre y su padre; en ellos la lealtad y el afecto eran más conscientes, más constantes. Con todo, se percató de que no pensaba ni en su tío ni en sí mismo, sino en el coche abalanzándose hacia ellos. Con sus filosos alerones y faldones, el coche los había acometido del mismo modo en que las gaviotas habían caído sobre las tortugas, lanzándose en un mismo estallido de violencia. Tendido en su lecho, con el armazón para las sábanas sobre sí, Conrad recordaba las tortugas esforzándose por la arena húmeda, bajo sus pesados caparazones, y a los viejos esperándolas entre las dunas.

Fuera, las fuentes jugaban en los jardines del hospital vacío y las ancianas enfermeras iban y venían a pares por los senderos sombríos.

Al día siguiente, antes de la visita de su tía, vinieron a ver a Conrad dos médicos. El mayor de ellos, el doctor Nathan, era un hombre delgado, de cabello gris, con unas manos tan suaves como las de la enfermera Sadie. Ya lo había visto antes y lo recordaba de las confusas primeras horas de su ingreso en el hospital. El doctor Nathan siempre tenía una tenue media sonrisa en sus labios, como el fantasma de un comentario amable del pasado.

El otro médico, el doctor Knight, era bastante más joven y, en comparación, parecía casi de la misma edad de Conrad. Su rostro, de mandíbula fuerte y cuadrada, lo miraba con una especie de divertida hostilidad. Le cogió la muñeca como si fuera a tirarlo de la cama.

—¡Así que este es el joven Foster! —Le examinó los ojos—. Bueno, Conrad, no

voy a preguntarte cómo te sientes.

—No... —Conrad asintió, vacilante.

—¿No qué? —El doctor Knight le sonrió a Nathan, quien revoloteaba a los pies de la cama como un viejo flamenco sobre una charca seca—. Pensaba que el doctor Nathan te estaba cuidando bien. —Cuando Conrad murmuró algo, sin atreverse a provocar otro comentario, el doctor Knight se apresuró—: ¿A que sí? Pero yo estoy más interesado en tu futuro, Conrad. A partir de aquí yo sustituiré al doctor Nathan, así que de ahora en adelante puedes culparme a mí de todo lo que salga mal.

Adelantó una silla de metal y se sentó a horcajadas en ella.

—No es que algo tenga que salir mal. ¿Entonces?

Conrad oyó los pies del doctor Nathan tamborilear sobre el suelo pulido. Se aclaró la garganta.

—¿Dónde están los demás?

—Ah, ¿lo has notado? —El doctor Knight miró a su colega—. Sin embargo, no podías dejar de advertirlo. —Miró por la ventana hacia el predio vacío del hospital—. Es verdad, aquí no hay casi nadie.

—Es un halago para nosotros, ¿no lo crees, Conrad? —El doctor Nathan se acercó nuevamente a la cama. La sonrisa que flotaba alrededor de sus labios pertenecía a otro rostro.

—Ssiií... —dijo el doctor Knight en tono cansino—. Por supuesto, nadie te lo habrá explicado Conrad, pero este no es un hospital en el sentido más corriente del término.

—¿Qué...? —Conrad empezó a sentarse, arrastrando el armazón que había encima de su pierna—. ¿Qué quiere decir?

El doctor Knight levantó las manos.

—No me malinterpretes, Conrad. Claro que se trata de un hospital; de hecho, se trata de una unidad quirúrgica avanzada, pero a la vez es más que un hospital; eso es lo que quiero explicarte.

Conrad miró al doctor Nathan. El médico de más edad miraba por la ventana, aparentemente a las fuentes, pero ahora su cara era inexpresiva, sin la sonrisa.

—¿En qué sentido? —preguntó Conrad con cautela—. ¿Tiene algo que ver conmigo?

El doctor Knight separó las manos en un ademán ambiguo.

—En cierto sentido, sí. Pero hablaremos de eso mañana. Por ahora ya te hemos importunado demasiado.

Se levantó, mientras sus ojos aún escudriñaban los de Conrad, y puso sus manos sobre el armazón que le cubría la pierna.

—Hay mucho trabajo que hacer con esta pierna, Conrad. Al final, cuando hayamos terminado, te llevarás una agradable sorpresa con lo que podemos conseguir aquí. A cambio, tal vez puedas ayudarnos; así lo esperamos, ¿no es cierto doctor Nathan?

Como un espectro que regresa, la sonrisa flotaba otra vez sobre los labios delgados del doctor Nathan.

—Estoy seguro de que Conrad estará más que dispuesto.

Cuando llegaron a la puerta, Conrad los llamó.

—¿Qué pasa, Conrad? —El doctor Knight esperaba junto a la cama siguiente.

—El conductor, el hombre del coche. ¿Qué le sucedió? ¿Está él aquí?

—En realidad, sí, pero... —El doctor Knight titubeó, luego pareció cambiar de rumbo—. Para ser franco, Conrad, no podrás verlo. Sé que, casi sin duda, el accidente fue por su culpa...

—¡No! —Conrad sacudió su cabeza—. No quiero culparlo... salimos desde detrás del camión. ¿Está él aquí?

—El vehículo chocó contra un poste de alta tensión que había en la mediana y después atravesó el rompeolas. El conductor murió en la playa. No era mucho mayor que tú, Conrad; en cierto sentido, es posible que haya intentado salvaros a ti y a tu tío.

Conrad asintió con la cabeza, recordando el rostro pálido, como en un grito del otro lado del parabrisas.

El doctor Knight se volvió hacia la puerta. Casi *sotto voce*, añadió:

—Y lo verás, Conrad, él todavía puede ayudarte.

Esa tarde, a las tres, apareció el tío de Conrad. Al entrar a la sala, sentado en una silla de ruedas que empujaban su esposa y la enfermera Sadie, saludó alegremente a Conrad con la mano libre. Por primera vez, sin embargo, la visión del tío Theodore no le levantó el ánimo. Había estado esperando la visita, pero su tío había envejecido diez años desde el accidente y ver a estos tres ancianos, uno de ellos parcialmente lisiado, venir hacia él con sus caras sonrientes, tuvo el único efecto de recordarle su aislamiento en el hospital.

Mientras escuchaba a su tío, Conrad se iba dando cuenta de que su aislamiento no era nada más que una versión extrema de su nueva situación y la de toda la gente joven fuera de los muros del hospital. De niño, Conrad había tenido pocos amigos de su edad, por la sencilla razón de que los niños eran casi tan escasos como lo habían sido los centenarios cien años antes. Había nacido en un mundo de mediana edad en el que, además, la propia media de edad se desplazaba eternamente, como los horizontes de un universo en expansión, cada vez más lejos del punto de origen. Su tía y su tío, ambos cerca de los sesenta, representaban el promedio. Por encima de ellos estaba el vasto ejército de los ancianos que llenaba las tiendas y las calles de aquel pueblo costero; su ritmo lento y vacilante lo cubría todo como un velo gris.

En cambio, a Conrad, esa confianza en sí mismo del doctor Knight, así como su aire informal, independiente de cuán brusco y agresivo pudiera ser, le aceleraban el corazón.

Hacia el final de la visita, cuando su tía y la enfermera Sadie fueron a mirar las fuentes, Conrad le dijo a su tío:

—El doctor Knight me ha dicho que puede hacer algo por mi pierna.

—Estoy seguro de ello, Conrad. —El tío Theodore le dirigió una sonrisa alentadora, pero sus ojos miraban a Conrad inmóviles—. Estos cirujanos son muy listos; es asombroso lo que pueden hacer.

—¿Y tu mano, tío? —Conrad señaló los vendajes que cubrían el antebrazo del hombre. El matiz irónico en la voz de su tío al responderle le recordó las estudiadas ambigüedades del doctor Knight. Comprendió que la gente a su alrededor estaba tomando partido.

—¿Esta mano? —Su tío encogió los hombros—. Me ha servido durante casi sesenta años, un dedo menos no me va a impedir encender la pipa. —Antes de que Conrad pudiera hablar, el tío continuó—. Pero esa pierna tuya es otra cosa, eres tú quien debe decidir qué hacer al respecto.

Justo antes de marcharse, le susurró:

—Descansa bien, muchacho. Puede que tengas que correr antes de caminar.

Dos días después, temprano, a las nueve, vino a verlo el doctor Knight. Brusco como de costumbre, fue directamente al grano.

—Ahora bien, Conrad —comenzó, volviendo a colocar el armazón tras el examen —, ha pasado un mes desde tu último paseo por la playa; ya es hora de que salgas por tus propios pies. ¿Qué me dices?

—¿Pies? —repitió Conrad. Consiguió reír ligeramente—. ¿Lo dice como una figura retórica?

—No, lo digo de forma literal. —El doctor Knight acercó una silla—. Dime, Conrad, ¿has oído hablar de la cirugía reconstructiva? Tal vez te la hayan mencionado en la escuela.

—En biología; trasplantes de riñón y cosas así. Se la hace la gente mayor. ¿Es lo que van a hacer con mi pierna?

—¡Hala! ¡Para el carro! Primero aclaremos algunas cosas. Como has dicho, la cirugía reconstructiva data de hace unos cincuenta años, cuando se hicieron los primeros injertos de riñón, aunque desde mucho antes el injerto de córnea ya era algo común. Si aceptas que la sangre es un tejido, el principio es aun más antiguo; se te practicó una gran transfusión de sangre después del accidente, y otra después, cuando el doctor Nathan te amputó la rodilla y la tibia aplastadas. Hasta aquí, nada sorprendente ¿verdad?

Conrad esperó antes de responder. Por primera vez, el tono del doctor Knight se había vuelto defensivo, como si por alguna especie de extrapolación, ya estuviera haciéndole las preguntas a las que temía que Conrad pusiera reparos.

—No —respondió Conrad—, nada.

—Por supuesto, ¿por qué habría de haberlo? Sin embargo, merece la pena tener en cuenta que mucha gente ha rechazado las transfusiones de sangre, aun cuando la consecuencia de ello fuera una muerte segura. Además de las objeciones religiosas,

muchos de ellos creían que la sangre ajena contaminaba sus cuerpos. —El doctor Knight se reclinó en la silla, refunfuñando para sí—. Entiendo ese punto de vista, pero hay que recordar que casi la totalidad nuestro cuerpo está hecho de materiales ajenos. No dejamos de comer solo para preservar nuestra identidad propia y absoluta, ¿verdad? —Aquí el doctor Knight se rio—. Eso sería egotismo descontrolado, ¿no te parece?

Cuando el doctor Knight lo miró, como si esperara una respuesta, Conrad dijo:

—Sí, más o menos.

—Bien. Y, desde luego, en el pasado la mayoría de la gente compartía tu punto de vista. El reemplazo de un riñón enfermo por otro sano no disminuye nuestra integridad en ningún sentido, especialmente si con ello salvas tu vida. Lo que importa es la continuación de la identidad. Por su propia estructura, las partes del cuerpo sirven a una totalidad fisiológica mayor que ellas y la conciencia humana es lo bastante potente como para proporcionarles esa sensación de unidad.

»Ahora bien, nunca nadie ha discutido esto seriamente, y hace cincuenta años algunos hombres y mujeres valientes, muchos de ellos médicos, donaron de forma voluntaria sus órganos sanos a otros que los necesitaban. Por desgracia, todos esos esfuerzos fracasaron tras unas pocas semanas a consecuencia de la llamada reacción inmunitaria. El cuerpo huésped, aun cuando esté muriendo, lucha contra el injerto como si fuera un organismo extraño.

Conrad negó con la cabeza.

—Pensaba que habían resuelto ese problema inmunitario.

—Con el tiempo así fue, en efecto; era una cuestión de bioquímica, no un defecto en las técnicas quirúrgicas aplicadas. Finalmente, el camino quedó libre y cada año se salvaban decenas de miles de vidas; se les trasplantaron órganos a personas con enfermedades degenerativas del hígado, los riñones, el tracto digestivo y hasta partes del corazón y el sistema nervioso. El problema principal era conseguir los órganos; puede que estuvieras dispuesto a donar un riñón, pero no puedes dar tu hígado ni tu válvula mitral, que está en el corazón. Afortunadamente, hubo un gran número de personas dispuestas a donar sus órganos de forma póstuma. Más aún, en la actualidad, una condición para ingresar en un hospital público es que en caso de muerte del paciente cualquier parte de su cuerpo pueda ser utilizada en cirugía reconstructiva. Al principio, los únicos órganos incluidos en el banco eran los del tórax y el abdomen, pero hoy en día tenemos reservas de todos los tejidos del cuerpo humano, sin exagerar, por lo que cualquier órgano que el cirujano necesite está disponible, se trate de un pulmón completo o de unos pocos centímetros de epitelio especializado.

Mientras el doctor Knight se reclinaba en su silla, Conrad señaló la sala a su alrededor.

—Este hospital... ¿es aquí donde lo hacen?

—Exactamente, Conrad. Este es uno de los cientos de institutos que tenemos

actualmente dedicados a la cirugía reconstructiva. Como comprenderás, solo un pequeño porcentaje de los pacientes que vienen aquí son casos como el tuyo. La aplicación más frecuente, con diferencia, de este tipo de cirugía tiene propósitos geriátricos, vale decir prolongar la vida de las personas mayores.

El doctor Knight movió la cabeza asintiendo intencionadamente cuando Conrad se sentó.

—Ahora comprendes, Conrad, por qué ha habido siempre tanta gente mayor en el mundo a tu alrededor. La razón es sencilla: mediante la cirugía reconstructiva, hemos sido capaces de dar una segunda vida a la gente que normalmente moriría entre los sesenta y los setenta años. La esperanza de vida se ha incrementado de los sesenta y cinco, de hace un siglo, a cerca de los noventa y cinco años.

—Doctor... el conductor del coche. No sé su nombre. Usted dijo que él todavía podía ayudarme.

—Dije lo que quería decir, Conrad. Uno de los problemas de la cirugía reconstructiva es el suministro. En el caso de las personas mayores, es inmediato; en todo caso, hay un exceso de materiales de reemplazo con respecto a la demanda. Además de unas cuantas enfermedades degenerativas generalizadas, la mayoría de las personas de edad quizá no deba afrontar más que el fallo de un órgano; y cada fatalidad proporciona una reserva de tejidos que mantendrá vivas a otras veinte personas por una cantidad parecida de años. Sin embargo, en el caso de los jóvenes, especialmente en tu grupo etario, la demanda excede el suministro en una proporción de cien a uno. Dime, Conrad, dejando a un lado al conductor del coche, ¿qué piensas, en principio, respecto de que te hagamos una cirugía reconstructiva?

Conrad bajó la vista hacia las sábanas. A pesar del armazón, la asimetría de sus miembros era demasiado evidente como para pasar desapercibida.

—Es difícil decirlo. Creo que...

—La decisión es tuya, Conrad. O bien llevas una prótesis (un soporte de metal que te producirá una infinidad de incomodidades por el resto de tu vida, y te impedirá correr y nadar, así como todos los movimientos normales de una persona joven), o bien tienes una pierna de carne y hueso.

Conrad vaciló. Todo lo que había dicho el doctor Knight, sumado a todo lo que había oído todos esos años sobre la cirugía reconstructiva; no era un tema tabú, pero por lo general no se hablaba de eso, especialmente delante de los niños. Sin embargo, Conrad estaba seguro de que este elaborado resumen era el prólogo de otra decisión aún más difícil que él debería tomar.

—Cuándo lo harían, ¿mañana?

—¡No, por Dios, no! —El doctor Knight soltó una carcajada involuntaria, luego dejó que su voz continuara lentamente, disipando la tensión entre ellos—. No sería hasta de dentro de unos dos meses, es un trabajo tremendamente complejo. Primero debemos identificar y marcar cada terminación nerviosa y cada tendón, después preparar un elaborado injerto de hueso. Durante al menos un mes llevarás una pierna

artificial; créeme, cuando acabe ese período ansiarás volver a tener una pierna real. Ahora bien, Conrad, ¿puedo suponer que, en términos generales, estás bastante dispuesto a hacerlo? Necesitamos tanto tu permiso como el de tu tío.

—Creo que sí. Quisiera hablar con el tío Theodore. Pero sé que en realidad no tengo elección.

—Un hombre sensato. —El doctor Knight extendió la mano. Cuando Conrad extendió la suya para saludarlo, advirtió que el doctor Knight le estaba enseñando de forma deliberada una cicatriz apenas visible que rodeaba la base del pulgar y se perdía en la palma de la mano. El pulgar parecía ser parte, y a la vez algo aparte, de la mano.

—En efecto —le dijo el doctor Knight—. Un pequeño ejemplo de cirugía reconstructiva. Me la hicieron cuando era estudiante. Perdí la falange distal a causa de una infección en la sala de disecciones. Me reemplazaron todo el pulgar. Me ha servido de mucho; en realidad, no podría haber estudiado cirugía sin él. —El doctor Knight siguió el recorrido de la tenue cicatriz a través de su palma para Conrad—. Hay ligeras diferencias, por supuesto, la articulación, para empezar; esta es un poco más diestra de lo que solía ser la mía y la uña tiene una forma diferente, pero por lo demás se siente igual. También hay cierto placer altruista en mantener viva parte de otro ser humano.

—Doctor Knight; el conductor del coche. ¿Usted quiere ponerme su pierna?

—Eso es, Conrad. Debería habértelo dicho. De todas formas el paciente debe estar de acuerdo respecto del donante; las personas naturalmente titubean ante la posibilidad de que se les injerte parte de un criminal o un psicópata. Como te he explicado, no es fácil encontrar un donante adecuado para alguien de tu edad...

—Pero doctor... —Por primera vez, el razonamiento del doctor Knight desconcertó a Conrad—. Debe de haber alguien más. No es que le tenga rencor, pero... Hay otro motivo, ¿no es así?

El doctor Knight asintió tras una pausa. Se alejó de la cama y, por un momento, Conrad se preguntó si iba a abandonar todo el asunto. A continuación, el médico giró sobre sus talones y señaló la ventana.

—Conrad, mientras estabas aquí, ¿se te ha ocurrido preguntarte por qué está vacío este hospital?

Conrad hizo un ademán indicando las paredes lejanas.

—Tal vez porque es demasiado grande. ¿Cuántos pacientes puede albergar?

—Más de dos mil. Es grande, pero hace quince años, antes de que yo llegara, apenas alcanzaba para atender a todos los pacientes que llegaban. La mayoría eran casos geriátricos, hombres y mujeres de entre setenta y ochenta años a los que se debía reemplazar uno o dos órganos. Había unas listas de espera larguísimas, muchos de los pacientes intentaban pagar comisiones exageradas (sobornos, si lo prefieres) para ser ingresados.

—¿Dónde han ido todos?



—Una pregunta interesante; la respuesta explica en parte por qué estás aquí, Conrad, y por qué estamos especialmente interesados en tu caso. Verás, hace diez o doce años, las juntas directivas de los hospitales de todo el país notaron que las tasas de admisión comenzaban a caer. Al principio estaban aliviados, pero la caída ha seguido año a año hasta ahora, que la tasa de admisión está cerca del uno por ciento de los ingresos del comienzo. Y la mayoría de esos pacientes son cirujanos y médicos, o miembros del personal de enfermería.

—Pero doctor, si no vienen aquí... —Conrad se descubrió pensando en su tío y su tía—. Si no vienen, quiere decir que eligen...

El doctor Knight asintió.

—Exactamente, Conrad. Eligen morir.

Una semana después, cuando su tío fue a visitarlo nuevamente, Conrad le explicó la propuesta del doctor Knight. Se sentaron en la terraza, fuera de la sala, y miraron las fuentes del hospital desierto. Su tío aún llevaba un mitón quirúrgico, pero salvo eso ya se había recuperado del accidente y escuchaba a Conrad en silencio.

—La gente mayor ya no viene, cuando enferman se quedan en casa y... a esperar el final. El doctor Knight dice que no hay ninguna razón por la cual la cirugía reconstructiva no pueda, en muchos casos, prolongar la vida de manera más o menos indefinida.

—Una especie de vida. ¿Cómo cree que tú podrías ayudarlos, Conrad?

—Bueno, piensa que la gente necesita un ejemplo que seguir, un símbolo si lo prefieres. Alguien como yo, que ha sufrido daños graves en un accidente justo en el comienzo de su vida, podría hacerles reconocer los beneficios reales de la cirugía reconstructiva.

—No es lo mismo —comentó su tío—. Sin embargo... ¿qué piensas tú al respecto?

—El doctor Knight ha sido completamente sincero. Me ha contado sobre esos primeros casos en que la gente con órganos y miembros nuevos se venía abajo, de forma literal, cuando las costuras fallaban. Supongo que tiene razón. Se debe preservar la vida; si encontraras a un hombre agonizando en el suelo lo ayudarías, ¿por qué no lo harías en otros casos? Porque el cáncer y la bronquitis son menos drásticos...

—Lo comprendo, Conrad. —Su tío levantó una mano—. Pero ¿por qué cree el doctor que la gente mayor rechaza la cirugía?

—Admite que no lo sabe. Le parece que a medida que la edad promedio de la población aumenta, se va estableciendo una tendencia a que la gente mayor domine la sociedad y le dé su cariz. En lugar de estar rodeados por una mayoría de personas jóvenes, solo ven a otra gente mayor, como ellos. La única forma de escapar es la muerte.

—Es una teoría. Algo más; quiere ponerte la pierna del conductor que nos

atropelló. Es un detalle extraño. Es un poco macabro.

—No, esa es justo la cuestión; lo que el doctor intenta decir es que una vez que la pierna ha sido injertada se convierte en parte de *mí*. —Conrad señaló el mitón que llevaba su tío.

—Tío Theodore, esa mano. Has perdido dos dedos. Me lo ha dicho el doctor Knight. ¿Harás que te los reemplacen?

El tío Theodore lanzó una carcajada.

—¿Estás intentando convertirme en tu primer prosélito, Conrad?

Dos meses después, Conrad reingresó en el hospital para someterse a la cirugía reconstructiva por la cual había estado esperando durante su convalecencia. El día anterior había acompañado a su tío en breves visitas a varios amigos que vivían en las residencias para mayores, al noroeste del pueblo. Estas agradables fincas de una planta, estilo chalé, construidas por el ayuntamiento y alquiladas a sus inquilinos a bajo precio, ocupaban una proporción importante de la superficie del pueblo. En las tres semanas que duró su atención ambulatoria, Conrad parecía haberlas visitado todas. La pierna artificial que le habían provisto distaba de ser cómoda pero, a petición del doctor Knight, el tío de Conrad lo había llevado de visita a todos sus conocidos.

Si bien el propósito de estas visitas era que la mayor cantidad de gente mayor posible identificara a Conrad antes de su regreso al hospital —el principal esfuerzo para convertirlos vendría después, cuando la pierna nueva ya estuviera en su sitio— Conrad ya había empezado a dudar de que el plan del doctor Knight fuese a tener éxito. Lejos de provocar hostilidad, la presencia de Conrad no suscitaba más que compasión y buena voluntad de parte de los ancianos ocupantes de las residencias y los bungalows para gente mayor. Dondequiera que fuera, los ancianos salían a conversar con él, deseándole suerte en su operación. En ocasiones, al corresponder las sonrisas y los saludos de los hombres y mujeres de cabellos grises que había por todas partes, en balcones y jardines, a Conrad le parecía que él era la única persona joven de todo el pueblo.

—Tío, ¿cómo explicas esta paradoja? —preguntó, mientras caminaban con dificultad en una de sus series de visitas; Conrad se apoyaba en dos robustos bastones—. Desean que yo tenga una pierna nueva, pero ellos mismos no van al hospital.

—Pero tú eres joven, Conrad; para ellos no eres más que un niño. A ti te devolverán algo a lo que tienes derecho: la capacidad de caminar, correr y bailar. No estarán alargando tu vida más allá de su longevidad natural.

—¿Longevidad natural? —Conrad se repitió la frase cansadamente. Se frotó el arnés, bajo los pantalones—. En algunas partes del mundo la longevidad natural apenas sobrepasa los cuarenta años. ¿No es algo relativo?

—No del todo, Conrad. No más allá de cierto punto. —Aunque había guiado puntualmente a Conrad por el pueblo, su tío parecía reacio a continuar la discusión.

Llegaron a la entrada de una de las fincas residenciales. Una de las numerosas funerarias del pueblo había abierto una nueva oficina y, en las sombras, detrás de las ventanas de cristal emplomado, Conrad alcanzaba a ver un libro de oraciones sobre un atril de caoba y discretas fotografías de coches fúnebres y mausoleos. Sin importar cuán disimulada pudiera estar, la proximidad de la funeraria perturbó a Conrad tanto como si hubieran colocado una hilera de féretros acabados de hacer sobre el camino, listos para su inspección.

Cuando Conrad se lo mencionó a su tío, este tan solo se encogió de hombros.

—Los viejos tienen una perspectiva realista de las cosas, Conrad. No temen a la muerte ni se permiten el sentimentalismo al respecto del mismo modo que las personas más jóvenes. En realidad, tienen un interés muy vivo en el asunto.

Al detenerse ante uno de los chalés, tomó a Conrad del brazo.

—Antes, una advertencia, Conrad. No quiero escandalizarte, pero estás a punto de conocer a un hombre que pretende llevar su oposición al doctor Knight a la práctica. Puede que él te diga en unos pocos minutos más de lo que yo o el doctor Knight podríamos decirte en diez años. Se llama Matthews, doctor James Matthews, dicho sea de paso.

—¿Doctor? —repitió Conrad—. ¿Te refieres a un doctor en medicina?

—Eso es. Uno de los pocos. Pero esperemos a que lo conozcas.

Avanzaron hacia el chalé, una modesta vivienda de dos habitaciones, con un jardín pequeño y descuidado, dominado por un ciprés de gran altura. En cuanto llamaron a la puerta, esta se abrió. Una monja anciana, con el uniforme de una orden de enfermería, les franqueó el paso con un breve saludo. Otra monja, con las mangas del hábito remangadas, cruzó el pasillo que llevaba a la cocina con una cubeta de porcelana. A pesar de todos sus esfuerzos, en la casa había un olor desagradable que el abundante uso de desinfectante no conseguía ocultar.

—Señor Foster, ¿le molestaría esperar unos minutos? Buenos días, Conrad.

Esperaron en el lóbrego salón. Conrad estudiaba las fotografías de los portarretratos que había sobre el secreter. Una de ellas mostraba a una mujer de cabellos grises con apariencia de pájaro, que él supuso era la finada señora Matthews. La otra mostraba un grupo de estudiantes de instituto.

Finalmente, los condujeron hasta el pequeño dormitorio trasero. La segunda monja había cubierto el instrumental que había sobre la mesa, junto al lecho, con una sábana. Alisó la colcha de la cama y después salió al pasillo.

Apoyado en sus bastones, Conrad permaneció de pie junto a su tío mientras este miraba al hombre que ocupaba la cama. El olor ácido era más penetrante y parecía emanar directamente de aquel lecho. Cuando su tío le indicó con un ademán que se adelantara, Conrad no consiguió, al principio, encontrar el rostro encogido del hombre que estaba en la cama. El cabello y las mejillas grises ya se habían fundido con las sábanas sin almidonar cubiertas por las sombras de las cortinas cerradas.

—James, este es el muchacho de Elizabeth, Conrad. —El tío acercó una silla de

madera. Le indicó a Conrad que se sentara—. Doctor Matthews, Conrad.

Conrad murmuró algo, al tanto de los ojos azules que se habían vuelto para mirarlo. Lo que más le sorprendió del moribundo ocupante del lecho fue su relativa juventud. Aunque rondaba los sesenta y tantos, el doctor Matthews era veinte años más joven que la mayoría de los habitantes de la propiedad.

—Se ha convertido en todo un muchacho, ¿no crees James? —comentó el tío Theodore.

El doctor Matthews asintió, como si la visita solo le interesara un poco. Sus ojos miraban el oscuro ciprés del jardín.

—Sí —dijo finalmente.

Conrad esperó, incómodo. La caminata lo había cansado y otra vez sentía el muslo en carne viva. Se preguntaba si desde ahí podrían pedir un taxi.

El doctor Matthews giró la cabeza. Parecía ser capaz de mirar a Conrad y a su tío con cada uno de sus ojos azules.

—¿Quién atiende al muchacho? —preguntó en un tono de voz más cortante—. Creo que Nathan todavía está ahí...

—Uno de los más jóvenes, James. Probablemente no lo conozcas, pero es un buen tipo. Knight.

—¿Knight? —Repitió el nombre con solo un dejo de comentario—. ¿Y cuándo ingresan al chico?

—Mañana. ¿No es así, Conrad?

Conrad iba a hablar, cuando advirtió una débil risa que procedía del hombre de la cama. Agotado, de pronto, por esta escena tan extravagante y con la impresión de que él era el motivo de la macabra hilaridad del médico moribundo, Conrad se levantó de la silla, haciendo repiquetear los bastones.

—Tío, ¿puedo esperar fuera...?

—Muchacho... —El doctor Matthews había liberado su mano derecha de la cama—. Me reía de tu tío, no de ti. Siempre ha tenido un gran sentido del humor. O no lo ha tenido en absoluto. ¿Cómo es, Theo?

—No veo nada gracioso, James. ¿Quieres decir que no debería haberlo traído?

El doctor Matthews se recostó.

—Para nada; yo estuve ahí cuando él llegó, déjalo estar aquí ahora que yo me voy... —Miró otra vez a Conrad—. Te deseo lo mejor, Conrad. Sin duda te preguntas por qué no voy contigo al hospital.

—Bueno, yo... —Conrad comenzó, pero su tío le puso la mano sobre el hombro.

—James, ya es hora de marcharnos. Creo que podemos considerar que el tema está claro.

—Es evidente que no es así. —El doctor Matthews levantó una mano nuevamente, frunciendo el ceño—. Solo será un momento, Theo, pero si no se lo dices, nadie lo hará; sin duda el doctor Knight no lo hará. Veamos, Conrad, ¿tienes diecisiete años?

Cuando Conrad asintió, el doctor Matthews continuó:

—A esa edad, si recuerdo bien, la vida parece prolongarse eternamente. Se vive, probablemente, lo más cerca de la eternidad que nos es posible. Cuando te haces mayor, sin embargo, descubres cada vez más que todo lo que tiene valor es finito, en gran medida la finitud del tiempo, desde las cosas corrientes hasta las más importantes, el matrimonio y los hijos, entre otras cosas, hasta la vida misma. Los trazos firmes del contorno de las cosas les proporcionan su identidad. No hay nada más brillante que un diamante.

—James, creo que ya has tenido suficiente...

—Calla, Theo. —El doctor Matthews levantó la cabeza y casi consiguió sentarse —. Conrad, tal vez podrías explicarle al doctor Knight que, sencillamente, valoramos tanto nuestra vida que nos negamos a menoscabarla. Hay miles de esos contornos firmes entre tú y yo, Conrad, diferencias de edad, carácter y experiencia, diferencias de tiempo. Tienes que ganarte esas distinciones por ti mismo. No puedes tomarlas prestadas de nadie más, y mucho menos de los muertos.

Conrad se volvió a mirar cuando la puerta se abrió. La mayor de las monjas estaba fuera, de pie en el pasillo y le dirigió una inclinación de la cabeza a su tío. Conrad acomodó su pierna para el trayecto de regreso, a la espera de que el tío Theodore se despidiera del doctor Matthews. Cuando la monja se adelantó hacia la cama, Conrad vio que en la parte inferior de su hábito almidonado había una mancha de sangre.

Ya fuera, pasaron, con paso lento, por delante de la funeraria; Conrad iba apoyándose en los bastones. Mientras la gente mayor que estaba en los jardines los saludaba, el tío Theodore le dijo:

—Me sabe mal que haya parecido que se reía de ti. No era la intención.

—¿Estuvo ahí cuando nací?

—Atendió a tu madre. Me pareció correcto que lo vieras antes de su muerte. Por qué a él le pareció tan gracioso es algo que no entiendo.

Casi seis meses después de aquel día, Conrad Foster caminaba por la carretera hacia el mar. Bajo la luz del sol, podía ver los elevados médanos sobre la playa y, más allá, las gaviotas posadas en el banco de arena sumergido situado en la boca del estuario. El tránsito por la carretera de la playa era más intenso de lo que recordaba de su visita anterior y la arena que levantaban los neumáticos de los coches y los camiones que pasaban a gran velocidad flotaba formando nubes a la deriva sobre los campos.

Conrad avanzaba a buen ritmo por el camino, poniendo a prueba al máximo su pierna nueva. Durante los cuatro meses anteriores, las uniones se habían consolidado con una mínima cuota de dolor y la pierna era, si cabía, más fuerte y más resistente de lo que había sido la suya de antes. En ocasiones, cuando caminaba sin pensar, parecía adelantarse con voluntad propia.

Sin embargo, a pesar de sus buenos servicios y de haberse cumplido todo lo que

el doctor Knight le había prometido al respecto, Conrad no aceptaba la pierna. La delgada línea de la cicatriz que circundaba su muslo, sobre la rodilla, era la frontera que la separaba de él de una forma más absoluta que cualquier barrera física. Tal como había dicho el doctor Matthews, su presencia lo menoscababa, sustrayendo, de algún modo, en lugar de sumar al sentido de identidad de Conrad. Este sentimiento había crecido con cada semana y cada mes a medida que la pierna iba recuperando su fuerza. Por la noche, yacían juntos, como los miembros silenciosos de un matrimonio incómodo.

Durante el primer mes después de su recuperación, Conrad había aceptado ayudar al doctor Knight y a las autoridades del hospital en la segunda etapa de su campaña para convencer a la gente mayor de someterse a la cirugía reconstructiva, en lugar de desperdiciar sus vidas, pero tras la muerte del doctor Matthews, Conrad decidió no participar más en aquel plan. A diferencia del doctor Knight, Conrad comprendía que no había ningún medio de persuasión real y que los únicos dispuestos a discutir el asunto eran quienes estaban en su lecho de muerte, como el doctor Matthews. Los demás, sencillamente, sonreían y saludaban desde sus silenciosos jardines.

Además, Conrad sabía que su propia incertidumbre, cada vez mayor, acerca de la pierna nueva pronto se haría obvia para los ojos atentos. Ahora una gran cicatriz le desfiguraba la piel encima de la tibia, y las razones eran simples. Se había herido mientras usaba la cortadora de césped de su tío y había dejado intencionadamente que la herida se le infectara, como si este acto de automutilación pudiera simbolizar la amputación del miembro. Sin embargo, la pierna parecía prosperar con esta carnicería.

A cien metros de distancia, estaba la intersección con la carretera de la playa; una ligera brisa levantaba la arena fina del suelo. A cuatrocientos metros de distancia, una fila de vehículos se aproximaba a gran velocidad; los conductores de los coches intentaban adelantar a dos pesados camiones. Lejos, en el estuario, se oyó un débil chillido que llegaba del mar. Aunque estaba cansado, Conrad se descubrió lanzado a la carrera. En alguna parte, una conjunción de sucesos similares lo conducía hacia el lugar del accidente.

Cuando llegó a la esquina, el primero de los camiones se estaba acercando y el conductor le hacía señales con los faros delanteros, mientras Conrad se balanceaba sobre el bordillo, ansioso por regresar a la mediana y a su poste de alta tensión recién pintado.

Por encima del ruido vio las gaviotas elevarse en el aire sobre la playa y oyó sus ásperos chillidos al elevarse aquella espada blanca en el cielo. Mientras esta se dirigía a la playa, los viejos, con sus garfios de metal se dirigían desde el camino hacia sus escondites entre las dunas.

El camión pasó junto a Conrad con un ruido sordo y el latigazo de polvo gris de la estela le escoció el rostro. Un pesado turismo avanzó, adelantando al camión, y los demás coches lo siguieron. Las gaviotas comenzaron a lanzarse en picado sobre la

playa y a chillar; Conrad se lanzó a toda velocidad a través del polvo, hacia el centro de la carretera, y corrió hacia los coches en el momento en que estos se desviaban hacia él.

1966

## AVE DE TORMENTA, SOÑADOR DE TORMENTAS

Al amanecer, los cuerpos de las aves muertas resplandecían con la luz húmeda de la marisma y su plumaje gris flotaba en las aguas quietas como nubes caídas. Cada mañana, cuando Crispin salía a la cubierta del buque patrullero, veía las aves tendidas en los arroyos y canales donde habían muerto dos meses antes, limpias ya sus heridas por la lenta corriente, y observaba a la mujer de cabello blanco que vivía en la casa vacía, al pie del acantilado, caminar junto al río. Por toda la estrecha playa aquellas aves inmensas, mayores que un cóndor, yacían a sus pies. Mientras Crispin la miraba desde el puente de mando del patrullero, la mujer caminaba entre las aves, deteniéndose aquí y allá para arrancar una pluma de las alas extendidas. Al final del paseo, cuando regresaba a través del prado húmedo hacia la casa vacía, llevaba los brazos cargados de enormes penachos blancos.

Al principio, Crispin había tenido una vaga sensación de disgusto por la forma en que esa mujer extraña bajaba a la playa y rapiñaba apaciblemente las plumas de las aves. Aunque a lo largo de las márgenes del río, así como en las marismas que rodeaban la ensenada en la que estaba anclado el barco, había varios miles de esas bestias, Crispin las consideraba de su propiedad. Él solo, casi sin ayuda, era el responsable de aquella matanza de aves en las últimas terroríficas batallas, cuando los pájaros llegaron del mar del Norte y atacaron el buque patrulla. Cada una de aquellas inmensas bestias blancas —en su mayoría, gaviotas y alcatraces, más unos cuantos fulmares y petreles— llevaba en el corazón, como una joya, una bala suya.

Mientras observaba a la mujer avanzar por la hierba alta del jardín hacia la casa, Crispin volvió a recordar las frenéticas horas previas al último y desesperado ataque de las aves. Desesperado le parecía ahora que sus cuerpos cubrían como una colcha húmeda las frías marismas de Norfolk, pero en aquel momento, solo dos meses antes, cuando el cielo se oscureció con los pájaros que volaban en masa sobre el barco, era Crispin quien había perdido las esperanzas.

Las aves eran más grandes que un hombre, con envergaduras de hasta más de seis metros, que ocultaban la luz del sol. Crispin había salido a la carrera, como un loco, por las cubiertas de metal oxidado, con sus brazos lacerados había arrastrado las latas de munición desde el arsenal y había cargado las ametralladoras; mientras tanto Quimby, el muchacho idiota de la granja de Long Reach a quien Crispin había persuadido para que estibara la munición, farfullaba solo sobre la cubierta de proa, saltando con su piernas torcidas mientras intentaba escapar de las enormes sombras que pasaban volando sobre él. Cuando las aves iniciaron su primer ataque y el cielo se transformó en una gigantesca guadaña blanca, Crispin apenas tuvo tiempo para abrocharse el arnés en la torreta.



Sin embargo, había vencido. Había derribado a la primera oleada sobre las marismas, cuando llegaban planeando hacia él como una armada blanca. Después había dirigido su fuego al segundo grupo, que bajaba en picado a escasa altura por el río, detrás de él. El casco del barco aún mostraba las abolladuras que habían dejado los cuerpos al impactar contra los flancos, sobre la línea de flotación. En el clímax de la batalla había pájaros por todas partes; sus alas semejantes a cruces que chillaban en el cielo, los cadáveres se desplomaban entre las jarcias, sobre las cubiertas a su alrededor, mientras él dirigía las pesadas ametralladoras hacia uno y otro lado, disparando sin cesar. Una docena de veces abandonó Crispin toda esperanza, maldiciendo a los hombres que lo habían dejado solo en ese casco herrumbroso para hacer frente a las aves gigantes, y que lo obligaron a pagarle a Quimby de su propio bolsillo.

Pero entonces, cuando parecía que la batalla iba a durar eternamente, cuando el cielo aún rebosaba de aves y su munición estaba a punto de agotarse, Crispin vio a Quimby bailar sobre los cadáveres amontonados en la cubierta y arrojarlos al agua con su horquilla de dos púas.

Entonces Crispin supo que había vencido. Cuando disminuyó la frecuencia de los disparos, Quimby trajo más municiones, impaciente por matar, su rostro y su pecho deformado manchados de plumas y sangre. Gritando ahora para sí, con el orgullo feroz de su coraje y su miedo, Crispin derribó las aves que quedaban y a unos cuantos pollos de halcón peregrino rezagados que volaban hacia el acantilado. Después de que la última de las aves estuvo muerta, cuando el agua del río y los arroyos cercanos al barco bajaba roja de sangre, Crispin se había quedado una hora más sentado en la torreta, disparando sus ametralladoras a aquel cielo que había osado atacarlo.

Más tarde, cuando la excitación y el ritmo de la batalla hubieron pasado, comprendió que el único testigo de su resistencia ante aquel apocalipsis aéreo era un idiota patizambo al que nadie hacía caso. Desde luego, la mujer de pelo cano había estado ahí, escondida tras las persianas de su casa, pero Crispin no había advertido su presencia hasta varias horas después, cuando ella inició sus caminatas entre los cadáveres. Al principio, en consecuencia, se había alegrado de ver que las aves yacían donde habían caído y que sus formas confusas se arremolinaban en el agua fría del río y las marismas. Envió a Quimby de regreso a la granja y se quedó mirando al enano idiota remar entre los cadáveres hinchados. Luego, con dos bandoleras cargadas de municiones cruzadas sobre su pecho, Crispin subió al puente y tomó el mando.

La aparición de la mujer lo alegró porque así tenía a alguien con quien compartir su triunfo, al tanto de que ella debía haberlo visto patrullando la plancha de desembarco del buque. Sin embargo, después de una única mirada, la mujer ya no volvió a prestarle atención. Aparentemente, solo le interesaba explorar la playa y el prado cercano a la casa.

Al tercer día después de la batalla, la mujer salió al jardín con Quimby, quien se

pasó la mañana recogiendo los cuerpos de las aves caídas. Los apiló sobre un pesado chirrión de madera, y después él mismo se unció el carro y lo arrastró hasta un foso que había cerca de su granja. Al día siguiente Quimby apareció otra vez, en un esquife de madera, y condujo a la mujer, de pie sola en la proa como un espectro distante, entre los cuerpos de las aves que flotaban en el agua. De cuando en cuando, Quimby giraba uno de los inmensos cadáveres con su pértiga, como si buscara algo entre ellos. Había historias apócrifas, en las que mucha gente del pueblo creía, de que los picos de las aves tenían colmillos de marfil, pero Crispin sabía que eso eran tonterías.

Los movimientos de la mujer desconcertaron a Crispin, quien sentía que con la conquista de las aves también había sometido el área alrededor del patrullero y todo lo que había en ella. Poco después, cuando la mujer comenzó a recolectar las plumas de las alas de las aves, sintió que, de alguna forma, ella estaba usurpando un privilegio que le estaba reservado solo a él. Tarde o temprano, las ratas y otros depredadores de las marismas destruirían las aves, pero hasta que eso ocurriera, el hecho de que otra persona saqueara ese tesoro sumergido que tanto le había costado conseguir lo hacía sentirse agraviado. Tras la batalla había enviado un breve mensaje, escrito en su indescifrable caligrafía, al oficial de distrito que estaba en la estación, a unos treinta kilómetros de distancia, y hasta que llegara la respuesta, prefería que esos miles de cuerpos se quedaran donde estaban. Como miembro voluntario de la tripulación del patrullero, él no tenía derecho a una retribución dineraria, pero Crispin tenía la débil esperanza de que le otorgaran una medalla o lo distinguieran con alguna clase de mención honorífica.

El hecho de saber que, aparte de Quimby el idiota, aquella mujer era su único testigo disuadió a Crispin de hacer algo que pudiera contrariarla. Además, la extraña conducta de la mujer le hacía sospechar de su cordura. Nunca la había visto a menos de trescientos metros —los que mediaban entre el patrullero y el banco de arena que había debajo de la casa—, pero la observaba por el telescopio montado sobre la barandilla del puente y así pudo ver con mayor claridad sus cabellos blancos y la piel cenicienta de su rostro altivo. Tenía los brazos delgados, pero fuertes, y los llevaba en jarra, mientras iba y venía con su vestido gris hasta los tobillos. Su aspecto desaliñado era el de alguien que no sabía que había vivido mucho tiempo en soledad.

Crispin la observó pasar varias horas caminando entre los cadáveres. La marea traía una nueva carga de cuerpos cada día, pero ahora que se estaban descomponiendo su aparición estaba desprovista de todo sentimiento, salvo a distancia. La ensenada de aguas someras donde estaba anclado el buque patrullero —era uno de los cientos de viejos cargueros transformados apresuradamente para entrar en servicio cuando se presentaron las primeras bandadas de aves gigantes, dos años antes— estaba frente a la casa, cruzando el río. Con el telescopio, Crispin podía contar los agujeros en el estuco blanco donde se habían alojado las balas de sus ametralladoras.

Al final de su paseo, la mujer llevaba los brazos cargados con una guirnalda de plumas. Mientras Crispin la observaba, las manos sobre las bandoleras que le cruzaban el pecho, ella se metió en el agua poco profunda y se acercó a una de las aves para mirar el rostro semisumergido. Luego arrancó una única pluma de una de sus alas y la añadió a la colección que llevaba en los brazos.

Crispin volvía al telescopio incansablemente. En el estrecho ocular, la oscilante figura de la mujer, casi oculta detrás de la nube de plumas blancas, evocaba la de un inmenso pájaro decorativo, un pavo real blanco. Tal vez, de algún modo muy extraño, ella se imaginaba que era un pájaro.

Crispin pasó los dedos por la pistola de señales colgada en la pared de la cabina del timonel. Cuando la mujer volviera a la mañana siguiente, él podría disparar una de las bengalas sobre su cabeza, advirtiéndole que las aves eran suyas, súbditos de su propio reino transitorio. El granjero Hassel, quien había venido con Quimby a pedir permiso para quemar algunas de las aves y usarlas como fertilizante, había reconocido plenamente los derechos morales de Crispin sobre ellas.

Habitualmente, Crispin realizaba una inspección completa de la nave cada mañana, contaba las cajas de munición y examinaba los montajes de la artillería. Las cajas de metal estaban rajando las cubiertas oxidadas. La nave se iba encallando en el fango. Con la marea alta, Crispin podía oír el agua entrar a través de los miles de fisuras y los agujeros de los remaches, como un ejército de ratas de lenguas plateadas.

Esa mañana, sin embargo, la inspección fue breve. Después de comprobar la torreta del puente —siempre podía aparecer algún pájaro rezagado llegado de los territorios de anidación, a lo largo de la costa abandonada— volvió a su telescopio. La mujer se encontraba en alguna parte detrás de la casa, cortando los restos de una pérgola de rosas. De vez en cuando levantaba la vista hacia el cielo y el acantilado, escudriñando el contorno oscuro del risco, como si esperara a una de las aves.

Ese recordatorio de que él había superado su temor a las aves gigantes le permitió comprender por qué lo agraviaba que la mujer arrancara las plumas a las aves. Cuando el plumaje y los cuerpos empezaron a descomponerse, Crispin sintió que debía preservarlos. A menudo pensaba en aquellos rostros grandes y trágicos de las aves mientras caían en picado sobre él, en muchos sentidos inspiraban más pena que temor, víctimas de lo que el oficial de distrito había llamado un «accidente biológico». Crispin lo recordaba vagamente describiéndole los nuevos promotores de crecimiento utilizados en los cultivos de East Anglia y sus efectos extraordinarios e imprevistos sobre la avifauna.

Cinco años antes, Crispin se había ido a trabajar al campo, incapaz de hallar nada mejor después de los años dilapidados en el servicio militar. Recordaba los primeros de aquellos nuevos aerosoles aplicados a los cultivos de trigo y los frutales, y el pegajoso residuo fosforescente que les daba un resplandor trémulo a la luz de la luna, transformando aquel plácido remanso agrícola en un extraño paisaje donde se agitaban las fuerzas de una naturaleza oculta, eternamente alerta. Los campos se

habían cubierto de cadáveres de gaviotas y urracas con las gargantas obstruidas por esa goma plateada. El propio Crispin había salvado muchas de esas aves semiinconscientes, limpiándoles los picos y las plumas, y enviándolas a sus lugares de origen a lo largo de la costa.

Tres años después, las aves regresaron. Los primeros cormoranes y gaviotas reidoras gigantes tenían envergaduras de entre tres y cuatro metros, y cuerpos y picos tan poderosos que podían despedazar un perro. Planeando a escasa altura sobre el terreno mientras Crispin conducía el tractor bajo los cielos vacíos, los pájaros parecían estar esperando algo.

En el otoño siguiente apareció la segunda generación de aves, de tamaño aun mayor: gorriones feroces como águilas, alcatraces y gaviotas con la envergadura de un cóndor. Estas enormes bestias, tan corpulentas y fuertes como un hombre, surgían de las tormentas que azotaban la costa, mataban el ganado en los campos y atacaban a los granjeros y a sus familias. Por alguna causa volvían a los cultivos infectados que les habían dado el estímulo para crecer sin freno y eran la avanzadilla de una armada aérea de millones de aves que invadió los cielos del país. Empujados por el hambre, los pájaros comenzaron a atacar a los seres humanos, su única fuente de alimento.

Crispin había estado demasiado ocupado en la defensa de la granja donde vivía como para seguir el curso de la batalla contra las aves en todo el mundo. Habían sitiado la granja, localizada a solo quince kilómetros de la costa. Después de acabar con todas las vacas habían regresado a los edificios de la granja. Una noche, Crispin se despertó cuando una inmensa ave fragata, cuyos hombros eran más anchos que la puerta, destrozó las persianas y se abalanzó dentro de su habitación. Crispin cogió su horquilla y clavó el ave por el cuello en la pared.

Tras la destrucción de la granja, en la cual murieron el propietario, su familia y tres de los empleados, Crispin se presentó como voluntario para el servicio de patrullaje. Al principio, el oficial de distrito que conducía la columna de la milicia motorizada rechazó el ofrecimiento de ayuda de Crispin. Al ver a ese hombre pequeño, con aire de hurón, una nariz como un pico y una marca de nacimiento con forma de estrella debajo del ojo izquierdo cojear por los restos de la granja vestido con poco más que una camiseta manchada de sangre, mientras los últimos pájaros, como cruces gigantescas, volaban en círculos retirándose, el oficial de distrito había negado con la cabeza, pues adivinaba en los ojos de Crispin nada más que la ciega búsqueda de venganza.

Sin embargo, más tarde, cuando contaron las aves muertas en las cercanías del horno de ladrillos donde Crispin había resistido, armado únicamente con una guadaña que le sacaba una cabeza de altura, el oficial había decidido admitirlo. Le entregaron un rifle y avanzaron durante una hora por los campos destrozados de los alrededores, plagados de esqueletos mundos de vacas y cerdos, acabando con las aves heridas que encontraban a su paso.

Finalmente, Crispin había ido a parar al buque patrullero, un casco pardusco que

se oxidaba anclado en una zona remota de riachos y marismas, donde un enano remaba en su coracle entre pájaros muertos y una mujer loca se adornaba en la playa con guirnaldas hechas de plumas.

Crispin se paseó por la nave una hora entera, mientras la mujer trabajaba detrás de la casa. Después ella apareció con una cesta para la colada repleta de plumas y las extendió sobre una mesa de caballetes, junto a la pérgola de rosas.

Crispin abrió la puerta de la cocina, en la popa del barco. Se asomó al interior oscuro y llamó:

—¡Quimby! ¿Estás ahí?

Esa pocilga húmeda aún era el hogar de Quimby cuando estaba lejos de casa. El enano solía aparecer de forma súbita, tal vez con la esperanza de ver más acción si volvían los pájaros.

Al no obtener respuesta, Crispin se puso el rifle al hombro y se dirigió hacia la plancha de desembarco. Mirando todavía la orilla opuesta, donde un pequeño fuego enviaba una columna de humo gris hacia el aire plácido, se ajustó las bandoleras y bajó entre crujidos por la pasarela hasta la lancha.

Los cuerpos de las aves muertas se amontonaban, empapados, alrededor del patrullero. Tras intentar hacer pasar la lancha entre los cadáveres, Crispin detuvo el motor fuera borda y cogió la pértiga. El peso de muchos de esos pájaros rondaba los doscientos cincuenta kilos y flotaban en el agua en una maraña de alas enredadas con los cables y cuerdas que habían caído de las cubiertas del barco. Crispin apenas conseguía apartarlas con la pértiga y lentamente, con esfuerzo, llevó la lancha hasta la entrada de la ensenada.

Según recordaba, el oficial de distrito había mencionado que las aves eran parientes cercanos de los reptiles —evidentemente, ello explicaba su ciega ferocidad, así como su odio hacia los mamíferos—, pero para Crispin aquellos rostros lavados por el agua eran más como morros de delfines ahogados; había un aire casi humano en sus expresiones circunspectas y singulares. Mientras avanzaba por el río, pasando junto a aquellas formas que flotaban a la deriva, tenía la impresión de haber sido atacado no por aves, sino por una raza de hombres alados a los que no solo movía la crueldad o el instinto, sino cierta sensación de un destino desconocido e irrevocable. Las formas plateadas de los pájaros estaban por toda la ribera opuesta, entre los árboles y sobre los prados de hierba. Antes, al sentarse en la lancha, el paisaje le había evocado la mañana siguiente de alguna batalla apocalíptica librada en los cielos, y los cadáveres, ángeles caídos.

Atracó la lancha junto a la playa, tras empujar a un lado las aves muertas que flotaban en el agua poco profunda. Por alguna causa, una bandada de palomas bravías, con unas pocas tórtolas entre ellas, había caído al borde del río. Con sus pechos rollizos y sus más de tres metros de longitud entre la cabeza y la cola, parecían dormir sobre la arena húmeda, los ojos cerrados bajo la cálida luz del sol.

Sujetando las bandoleras para que no resbalaran de sus hombros, Crispin subió a la orilla. Ante él se extendía un pequeño prado sembrado de cadáveres. Avanzó entre ellos en dirección a la casa, pisando de cuando en cuando la punta de un ala.

Un puente de madera cruzaba una zanja y conducía a los terrenos de la casa. Junto al puente, como un símbolo heráldico que apuntaba hacia Crispin, se erguía el ala de un águila blanca. Las plumas gigantescas, su exquisito modelado, le recordaron a una escultura monumental y bajo aquella luz, ligeramente más tenue a medida que se acercaba al acantilado, el evidente estado de conservación del plumaje hacía parecer el prado un vasto jardín funerario para aves.

Tras rodear la casa, encontró a la mujer de pie junto a la mesa de caballetes, colocando más plumas a secar. A su izquierda, junto a la estructura de un cenador, estaba lo que Crispin supuso sería una hoguera de plumas blancas, apiladas sobre una reja de madera basta construida con pedazos de la pérgola. Sobre la casa se cernía una atmósfera de deterioro. Las aves habían roto la mayoría de las ventanas durante los ataques, y el jardín y el patio estaban repletos de basura.

La mujer se volvió hacia él. Para sorpresa de Crispin, su mirada era fría; no se mostraba impresionada por el aspecto de forajido que le daban a Crispin sus bandoleras cargadas de proyectiles, su rifle y las cicatrices del rostro. Al observarla con el telescopio, Crispin había supuesto que se trataba de una anciana, pero ella, en realidad, apenas pasaba la treintena y tenía el cabello blanco tan espeso y tan cuidado como el plumaje de las aves muertas que tapizaban los campos de los alrededores. En lo demás, sin embargo, pese a su complexión fuerte y aquellas manos firmes, la mujer estaba tan descuidada como la casa donde vivía. El rostro bello y desprovisto de maquillaje parecía haber sido expuesto adrede a los gélidos vientos invernales, el largo vestido de lana estaba manchado de aceite y bajo el deshilachado dobladillo asomaba un par de sandalias gastadas.

Crispin permaneció un instante frente a la mujer, preguntándose por qué había ido a visitarla. Aquellos escasos fardos de plumas amontonados en la pira o secándose sobre la mesa no parecían un reto a su autoridad sobre las aves; atravesar el prado había hecho algo más que recordárselo. Con todo, percibía que algo, tal vez su experiencia compartida en relación con las aves, lo vinculaba a esa joven mujer. Aquel cielo mortal y vacío, los campos silenciosos, tapizados de aves bajo el sol y la pira cercana imponían cierta sensación de un pasado común.

Colocando la última de las plumas sobre la mesa, la mujer dijo:

—Se secarán pronto. Hoy calienta el sol. ¿Puede usted ayudarme?

Crispin se adelantó, vacilante:

—Dígame cómo. Desde luego.

La mujer señaló una parte de la pérgola que aún estaba en pie. Una sierra herrumbrosa estaba incrustada en una pequeña muesca que la mujer había conseguido hacer en uno de los postes.

—¿Me lo puede cortar?

Crispin la siguió hasta la pérgola mientras se descolgaba el rifle. Indicó a la mujer los restos de una valla de pino derrumbada, a un lado del viejo jardín de hierbas.

—¿Desea leña? Esa madera de ahí arderá mejor.

—No. Necesito esta estructura. Tiene que ser fuerte. —Ella titubeó mientras Crispin jugueteaba con el rifle, su voz adquirió un tono más defensivo—. ¿Puede hacerlo? Hoy el enanito no ha podido venir. Normalmente me ayuda.

Crispin levantó una mano pidiéndole silencio.

—La ayudaré. —Apoyó el rifle contra la pérgola y cogió la sierra, la liberó de la grieta con un par de movimientos y empezó a cortar en otro sitio.

—Gracias —dijo la mujer. Mientras él trabajaba, ella permaneció de pie a su lado, mirando hacia abajo y sonriendo; las bandoleras comenzaron a batir rítmicamente con el movimiento del brazo y el pecho de Crispin.

Él se detuvo, reacio a quitarse las correas cargadas de balas de ametralladora, el símbolo de su autoridad. Miró el buque patrullero; la mujer, entendiendo la sugerencia, dijo:

—¿Es usted el capitán? Lo he visto en el puente.

—Bueno... —Crispin jamás había oído que lo describieran como el capitán de un barco, pero el título parecía suponer cierta categoría. Asintió con modestia—. Crispin —dijo a modo de presentación—, capitán Crispin. Me alegra poder ayudarla.

—Me llamo Catherine York. —Sosteniendo con una mano el cabello blanco contra su nuca, la mujer volvió a sonreír. Señaló el casco herrumbroso—. Bonito barco.

Crispin volvió a la sierra, preguntándose si la mujer sabía lo que decía. Cuando llevó la estructura a la pira y la colocó junto a las plumas, reacomodó sus bandoleras con un gesto calculado. Ella no pareció advertirlo, pero un momento después, cuando la mujer levantó la vista hacia el cielo, él levantó el rifle y se puso junto a ella.

—¿Ha visto una? No se preocupe, la mataré. —Intentó seguir la mirada de la mujer, que escudriñaba el cielo en busca de cosas invisibles que parecían desvanecerse detrás del risco, pero entonces ella se dio la vuelta y comenzó a acomodar las plumas de forma mecánica. Crispin señaló los campos a su alrededor, sintiendo que el corazón le latía otra vez más ante la perspectiva de una batalla.

—Yo cacé todas esas...

—¿Qué? Perdona, ¿qué ha dicho? —La mujer miró a su alrededor. Parecía haber perdido el interés en Crispin y esperaba de forma vaga que este se marchara.

—¿Necesita más madera? —preguntó él—. Puedo traerle un poco.

—Ya tengo bastante. —La mujer tocó las plumas que había sobre la mesa, luego agradeció a Crispin y se metió en la casa cerrando tras de sí la puerta de goznes oxidados.

Crispin regresó cruzando el jardín y el prado. Las aves yacían a su alrededor, como antes, pero el recuerdo de la sonrisa compasiva de la mujer, sin importar cuán fugaz hubiera sido, lo impulsó a ignorarlas. Partió en la lancha, apartando los pájaros

flotantes con movimientos bruscos de la pértiga. El buque patrullero seguía anclado en su sitio, con los montones de cadáveres grises y empapados a su alrededor. Por primera vez, la visión del casco herrumbroso lo abatió.

Mientras Crispin subía por la pasarela, vio sobre el puente la pequeña figura de Quimby, quien recorría el cielo con una mirada salvaje. Crispin le había prohibido expresamente que se acercara a la zona del timón, aunque las probabilidades de que el barco fuera a alguna parte eran escasas. Irritado, Crispin le gritó a Quimby que abandonara la nave.

El enano bajó de un brinco desde la andrajosa red de flechastes a la cubierta. Se apresuró hasta donde estaba Crispin.

—¡Crisp! —gritó en un susurro ronco—. ¡Han visto una! ¡Venía desde la costa! Hassel me ha pedido que te advirtiera.

Crispin se detuvo. Con el corazón golpeándole el pecho, escrutó el cielo con el rabillo del ojo, a la vez que vigilaba al enano.

—¿Cuándo?

—Ayer. —El enano retorció un hombro, como si intentara extraer un recuerdo extraviado—. ¿O fue esta mañana? Igualmente, ya viene. ¿Estás listo, Crisp?

Crispin pasó por delante del enano con una mano firmemente asida a la culata de su rifle.

—Siempre estoy preparado —replicó—. ¿Y qué pasa contigo? —Dirigió un dedo hacia la casa—. Deberías haber estado con la mujer. Catherine York. Yo tuve que ayudarla. Ha dicho que no quiere verte más.

—¿Qué? —El enano se apresuró; sus manos bailaban sobre el pasamanos oxidado. Se encogió de hombros con un movimiento complicado—. Oh, es rara. Perdió a su marido, ¿sabes, Crisp? Y a su bebé.

Crispin se detuvo al pie de la escalerilla que conducía al puente.

—¿Es eso cierto? ¿Cómo ocurrió?

—Una tórtola mató al hombre, lo despedazó sobre el tejado; luego agarró al bebé. Un pájaro domesticado, fíjate. —Asentía con la cabeza mientras Crispin lo miraba con escepticismo—. Eso es todo. Él también era raro, ese York. Tenía esa gran tórtola atada con una cadena.

Crispin trepó al puente y observó la casa, más allá del río. Tras rumiar en silencio unos cinco minutos, echó a Quimby del barco y después se pasó media hora revisando las instalaciones de la artillería. Daba por sentado el avistamiento mencionado por el enano —no había duda de que aún vagaban por ahí algunos pájaros solitarios— pero la vulnerabilidad de la mujer que estaba al otro lado del río le recordaba que debía tomar todas las precauciones posibles. Cerca de la casa estaría relativamente segura, pero en un espacio abierto, durante sus paseos por la playa, sería una presa demasiado fácil.

Fue ese impreciso sentimiento de responsabilidad por Catherine York el que después, esa misma tarde, lo impulsó a coger la lancha otra vez. Atracó cuatrocientos



metros río abajo, junto a un gran prado, justo debajo de la trayectoria que las aves habían seguido durante su ataque al buque patrullero. Aquí, sobre el césped verde y frío, los pájaros moribundos habían caído más abundantemente. Una lluvia reciente ocultaba el olor de los inmensos fulmares y gaviotas, tumbados unos sobre otros como ángeles. Antes, Crispin siempre había caminado con orgullo entre esta blanca cosecha que había recogido del cielo, pero esta vez se apresuró por los sinuosos pasadizos que había entre los pájaros, con una cesta colgada del brazo y atento solo a su misión.

Cuando llegó a un terreno más elevado, en el centro del prado, colocó la cesta sobre el cadáver de un halcón muerto y comenzó a arrancar las plumas de las alas y los pechos de las aves a su alrededor. A pesar de la lluvia, los plumajes estaban casi secos. Crispin trabajó sin pausa durante media hora, arrancando las plumas con sus manos y llevando cada cesta llena a la lancha. Mientras apretaba el paso por el prado, su cabeza y sus hombros gachos apenas se veían por encima de los cadáveres de las aves.

Para cuando se marchó, la lancha estaba cargada de la proa a la popa con las brillantes plumas. Crispin iba de pie, ante la rueda del timón, mirando por encima de su cargamento, mientras navegaba río arriba. Atracó el bote en la playa, debajo de la casa de la mujer. Del fuego se elevaba una delgada columna de humo, y podía oír a la señora York cortando más madera.

Crispin avanzó por las aguas someras que rodeaban el bote, seleccionando las mejores plumas y acomodándolas en la cesta: las brillantes timoneras de un halcón, las remeras nacaradas de un fulmar, las plumas pardas del pecho de un eider. Con la cesta al hombro, partió hacia la casa.

Catherine York estaba acercando la mesa al fuego y alisando las plumas atravesadas por el humo. Cerca, la pira hecha con el marco de la pérgola ahora contenía más plumas. Las situadas en la parte más exterior estaban entrelazadas unas con otras formando un borde firme.

Crispin colocó la cesta delante de la mujer, luego se retiró un paso.

—Señora York, le he traído esto. He pensado que tal vez las podría utilizar.

La mujer miró al cielo de soslayo, luego negó con la cabeza, como desconcertada. De pronto, Crispin dudó de que ella lo reconociera.

—¿Qué son?

—Plumas. Para poner ahí. —Crispin señaló la pira—. Son las mejores que he podido encontrar.

Catherine York se arrodilló, su falda ocultaba las sandalias rasguñadas. Tocó las plumas de colores como si rememorara a sus propietarios originales.

—Son hermosas. Gracias, capitán. —Se puso de pie—. Me gustaría conservarlas, pero solo necesito plumas de esta clase.

Crispin siguió la mano de la mujer mientras ella indicaba las plumas blancas sobre la mesa. Con una maldición, Crispin golpeó la culata del rifle.

—¡Tórtolas! ¡Son todas de tórtolas! ¡Debí haberme dado cuenta! —Levantó la cesta—. Le traeré algunas.

—Crispin... —Catherine York le tomó el brazo. Sus ojos preocupados recorrían el rostro del hombre como si tuviera la esperanza de encontrar alguna forma amable de advertirle que no lo hiciera—. Tengo suficientes, gracias. Ya casi está acabado.

Crispin titubeó a la espera de que se le ocurriera algo que decirle a esa hermosa mujer de cabellos blancos con las manos y el vestido tapizados de plumón de tórtola. Luego recogió su cesta y regresó a la lancha.

Mientras navegaba por el río hacia el barco, Crispin iba y venía por la lancha, arrojando su cargamento al agua. Detrás de él, las blandas plumas formaban una estela.

Esa noche, tendido en su oxidada litera, en el camarote del capitán, los sueños de Crispin con aves gigantes que invadían un cielo iluminado por la luna fueron interrumpidos por un débil ondular del aire arriba entre las jarcias y el sordo ulular de una voz aérea. Ya despierto, Crispin permaneció inmóvil, con la cabeza contra el soporte de metal, escuchando el débil ululato y los movimientos provenientes del mástil.

Bajó de la litera de un salto, cogió su rifle y subió a la carrera, descalzo, la escalerilla que conducía al puente. Cuando llegó a la cubierta con el cañón del rifle apuntando hacia arriba, alcanzó a ver un gigantesco pájaro blanco que se alejaba volando por el río a la luz de la luna.

Crispin corrió hasta el pasamanos en procura de un apoyo para poder disparar al ave. Cuando esta se puso fuera de tiro, su silueta oculta por el acantilado, Crispin bajó el arma. Una vez prevenida, el ave ya no regresaría al barco. Un individuo aislado; sin duda intentaba anidar entre los mástiles y las jarcias.

Poco antes del alba, después de haber montado guardia desde el puente sin descanso, Crispin salió en la lancha y cruzó el río. Sobreexcitado, estaba seguro de haber visto al ave volar en círculos sobre la casa. Quizás el pájaro había visto a Catherine York dormida a través de una de las ventanas rotas. El eco sordo del motor golpeaba el agua, cuya superficie interrumpían las formas flotantes de los pájaros muertos. Crispin se puso en cuclillas, con el rifle en las manos, y condujo la lancha hasta la playa. Corrió a través del prado oscuro, donde los cadáveres yacían como sombras plateadas. Se lanzó hacia el patio adoquinado y se arrodilló junto a la puerta de la cocina, intentando captar los sonidos de la mujer que dormía en la habitación de arriba.

Durante una hora, mientras el alba surgía sobre el risco, Crispin merodeó por los alrededores de la casa. No había señales del ave, pero finalmente llegó al montículo de plumas colocadas sobre el marco construido con la pérgola. Tras asomarse al cazo suave y gris, comprendió que había sorprendido a la tórtola en el acto mismo de construir un nido.

Cuidando de no despertar a la mujer que dormía arriba, del otro lado de las ventanas rotas, Crispin destruyó el nido. Desfondó los lados con la culata de su rifle y luego agujereó el tejido de la base. Después, con la satisfacción de haber salvado a Catherine York de la pesadilla de salir de su casa la mañana siguiente y encontrarse con el pájaro posado en la percha de ese nido robado y pronto a atacarla, Crispin se marchó bajo la creciente claridad y regresó al barco.

Durante los dos días siguientes, pese a su constante vigilancia sobre el puente, Crispin no volvió a ver a la tórtola. Catherine York permaneció en su casa, sin saber que la habían salvado. Por la noche, Crispin vigilaba la casa. El tiempo cambiante y los primeros aires del invierno habían alterado el paisaje; durante el día, Crispin pasaba más tiempo sobre el puente, sin interesarse por las marismas que circundaban el barco.

La noche de la tormenta Crispin vio al ave otra vez. Las nubes oscuras habían estado llegando desde el mar, por la cuenca del río, durante toda la tarde, y al atardecer la lluvia ocultó el acantilado que se alzaba detrás de la casa. Crispin, en la cabina del puente de mando, escuchaba los mamparos gemir mientras el viento hundía el barco más y más en el fango.

Los relámpagos encendían el otro lado del río, iluminando los miles de cadáveres tendidos en los prados. Apoyado en el timón, Crispin miraba el demacrado reflejo de sí mismo que le devolvía el cristal oscuro cuando un enorme rostro blanco, y afilado como el suyo, se fundió en su imagen. Crispin vio dos inmensas alas que parecían desplegarse desde sus hombros. Luego, la tórtola solitaria, iluminada por el destello de un relámpago, se elevó en el viento racheado, volando alrededor del mástil, y sus alas se enredaron en los cables de acero.

Todavía revoloteaba intentando refugiarse de la lluvia cuando Crispin subió a la cubierta y le atravesó el corazón de un disparo.

Con las primeras luces, Crispin dejó la caseta del puente y trepó al techo. Con sus alas extendidas, el pájaro muerto colgaba de un desorden de muelles de acero junto al nido del vigía. Su rostro lúgubre miraba a Crispin con una expresión apenas diferente de la que Crispin viera en su propio reflejo, en el apogeo de la tormenta. Ahora, mientras el viento bajo del otro lado del río amainaba, Crispin observaba la casa bajo el risco. Con el fondo de vegetación oscura de los prados y las marismas el ave colgada parecía una cruz blanca, y él esperaba a que Catherine York se asomara a la ventana, temeroso de que una repentina ráfaga de viento hiciera caer la tórtola sobre la cubierta.

Cuando Quimby llegó en su coracle, dos horas después, ansioso por ver el pájaro, Crispin le ordenó subir al mástil y asegurar la tórtola en la cruceta. Bailando debajo del ave, el enano parecía fascinado por Crispin y hacía cualquier cosa que este le pidiera.

—¡Dispara un tiro, Crisp! —incitaba el enano a Crispin, quien estaba desconsolado junto al pasamanos—. Sobre la casa, eso la hará salir.

—¿Lo crees? —Crispin levantó el rifle y expulsó el casquillo cuya bala había acabado con el ave. Miró el casquillo brillante caer al agua emplumada—. No lo sé... podría asustarla. Iré hasta allá.

—Así se hace, Crisp... —se escabulló el enano—. Tráela aquí. Yo ordenaré el barco para ti.

—Puede que lo haga.

Cuando atracó la lancha en la playa, Crispin miró atrás, hacia el buque patrullero, asegurándose de que la tórtola muerta fuera claramente visible a distancia. Con la luz de la mañana, el plumaje resplandecía como la nieve contra el fondo de los mástiles oxidados.

Cuando se acercó a la casa vio a Catherine York de pie en la entrada, mirándolo con ojos severos. El cabello, despeinado por el viento, le cubría por momentos la cara.

Todavía estaba a diez metros de la mujer cuando ella entró en la casa y cerró la puerta, aunque no del todo. Crispin empezó a correr. Ella se asomó y le gritó:

—¡Váyase! ¡Regrese a su barco y a esas aves muertas que tanto le gustan!

—Señora Catherine... —tartamudeó Crispin, y se detuvo ante la puerta—. Yo la he salvado... señora York.

—¿Salvado? ¡Salve a las aves, capitán!

Crispin intentó hablar, pero ella cerró la puerta con un golpe. Él regresó cruzando el prado y navegó por el río hasta el patrullero, sin advertir que los ojos inmensos y dementes de Quimby lo observaban desde el pasamanos.

—Crisp... ¿Qué pasa? —Por primera vez, el enano era amable—. ¿Qué ha sucedido?

Crispin negó con la cabeza. Miró el ave muerta, intentando encontrar alguna solución para la última réplica de la mujer.

—Quimby —dijo en voz baja al enano—. Quimby, ella cree ser un ave.

Durante la semana siguiente, esta convicción creció en la consternada mente de Crispin, al igual que su obsesión con el pájaro muerto. Alzándose sobre él como un enorme ángel asesinado, los ojos de la tórtola parecían seguirlo por la nave, recordándole el momento en que la había visto por primera vez, surgiendo de su propio rostro, en el espejo del cristal de la caseta del puente. Fue esta impresión de identidad con el ave lo que le inspiró su estratagema final.

Crispin trepó al mástil, se amarró al nido del vigía, y cortó con una sierra de arco los cables de acero enredados en el cuerpo de la tórtola. Con el viento, que arreciaba, la gran forma blanca del pájaro se balanceaba con fuerza, y sus alas caídas amenazaban con derribar a Crispin de su atalaya. A intervalos, la lluvia los golpeaba, pero las gotas ayudaban a limpiar la sangre del pecho del ave y los residuos de óxido

provenientes de la sierra. Por fin, Crispin bajó el ave a la cubierta, después la amarró a la tapa de la escotilla situada detrás de la chimenea.

Agotado, durmió hasta el día siguiente. Al amanecer, armado con un machete, empezó a eviscerar el pájaro.

Tres días después, Crispin estaba de pie en el acantilado situado sobre la casa; allá abajo, lejos, cruzando el río, estaba el buque patrullero. El cadáver hueco de la tórtola, que llevaba sobre la cabeza y los hombros, le parecía apenas más pesado que una almohada. Levantó las alas extendidas a la luz débil y cálida, sintiendo la sustentación y el flujo de aire frío a través de las plumas. Unas pocas ráfagas más poderosas cruzaron la cima del risco y estuvieron a punto de levantarlo en el aire; Crispin avanzó hacia el pequeño roble que lo ocultaba de la casa que estaba allá abajo.

Apoyó el rifle y las bandoleras contra el tronco. Bajó las alas y observó el cielo, asegurándose por última vez de que no rondaba ningún gavián o halcón solitario. La efectividad del disfraz había superado todas sus expectativas. De rodillas en el suelo, con las alas plegadas a los lados y la cabeza ahuecada del ave sobre su rostro se sentía idéntico a la tórtola.

Debajo, el suelo se inclinaba hacia la casa. Desde la cubierta del barco patrullero la pendiente del acantilado le había parecido casi vertical, pero en realidad el suelo bajaba siguiendo un gradiente suave y constante. Con suerte, hasta conseguiría alzarse en el aire unos cuantos pasos. Sin embargo, su intención era solo correr pendiente abajo la mayor parte del trayecto hacia la casa.

Mientras esperaba a que Catherine York apareciera, liberó el brazo derecho de la abrazadera de metal que lo sujetaba al hueso del ala del ave y lo extendió para colocar el seguro al rifle. Despojándose del arma y las bandoleras, asumiendo la apariencia del ave, Crispin pensaba haber aceptado la lógica demencial de la mente de la mujer. Sin embargo, el vuelo simbólico que estaba a punto de emprender, no solo liberaría a Catherine York sino que también lo liberaría a él mismo del hechizo de las aves.

Una puerta se abrió en la casa, los vidrios rotos de una ventana reflejaron la luz del sol. Detrás del roble Crispin se puso de pie y asió las alas con sus manos. Catherine York apareció transportando algo por el patio. Se detuvo junto al nido reconstruido, con sus cabellos blancos flotando en la brisa, y acomodó algunas de las plumas.

Crispin salió de detrás del árbol y avanzó hacia la pendiente. Diez metros más adelante encontró una zona con poca hierba. Comenzó a correr. Las alas ondeaban de forma irregular a sus lados. Cada vez más veloces, sus pies casi volaban sobre el terreno. De pronto, las alas se estabilizaron al ganar sustentación en la corriente de aire ascendente y Crispin se vio capaz de planear. El aire le azotaba la cara.

Cuando la mujer lo vio, él estaba a unos cien metros de la casa. Un instante

después, cuando ella sacó una escopeta de la cocina, Crispin estaba demasiado ocupado en controlar el cada vez más veloz planeador, del cual se había convertido en confuso pero gozoso pasajero. Su voz soltó un grito mientras él planeaba sobre el suelo que se alejaba, dando saltos de diez metros, con el olor de la sangre y el plumaje del ave en los pulmones.

Llegó al borde del prado que circundaba la casa y cruzó el seto a casi cinco metros de altura. Crispin se sostenía con una mano del sofocante cadáver de la tórtola y llevaba su cabeza casi perdida dentro del cráneo del ave cuando la mujer le descargó dos disparos. La primera perdigonada atravesó la cola, pero la segunda le dio en el pecho, derribándolo sobre la suave hierba del prado, entre las aves muertas.

Media hora más tarde, cuando vio que Crispin estaba muerto, Catherine York avanzó hasta el retorcido cadáver de la tórtola y empezó a arrancarle las mejores plumas, y las transportó al nido que estaba reconstruyendo para el gran pájaro que vendría un día y le devolvería a su hijo.

1966

## MAÑANA ES UN MILLÓN DE AÑOS

Al atardecer, el viento temporal soplaba sobre el mar de los Sueños; los restos plateados del módulo de excursión se alzaban al borde del arrecife, cruzando la arena enjoyada en cuyo margen, en el pabellón, yacía Glanville. La primera semana después de la colisión, cuando apenas podía mover la cabeza, había visto las imágenes de la Santa María y la Golden Hind navegando por la arena cobriza hacia él, encendidas las ventanas ornadas de los altos castillos de popa por la luz menguante del ocaso. Más tarde, sentado en el sillón clínico, había visto las espectrales tripulaciones de aquellas embarcaciones fantasmales; sus siluetas oscuras lo observaban desde los alcázares. Una vez, cuando pudo andar de nuevo, Glanville salió a caminar por la superficie del lago, cojeando con su bastón mientras su esposa lo conducía por el codo. Estando a unos doscientos metros del módulo había visto una nave gigantesca materializarse súbitamente de entre los restos y deslizarse por la arena hacia ellos, con sus velas cuadradas henchidas por el viento de tiempo. Bajo la luz de color cereza, Glanville reconoció las dos anclas de proa, que se proyectaban como colmillos, las calderas de la sección media de la nave y los garfios y arpones balleneros. Judith le cogió el brazo e intentó llevarlo otra vez al pabellón, pero Glanville le apartó la mano con brusquedad.

La gran embarcación avanzaba lentamente y en silencio; el casco se alzaba por encima de sus cabezas como si lo estuvieran mirando desde un esquiife, a unos veinte metros de distancia de la amura de estribor. Al pasar junto a ellos con un débil suspiro de arena, el susurro del viento temporal, Glanville señaló a los tres hombres que los observaban desde la batayola del alcázar: el más alto, de ojos severos y rostro como de galleta; vivaz el segundo; rollizo y fumando en pipa, el tercero.

—¿Los ves? —gritó Glanville—. ¡Starbuck, Stubb y Flask, los oficiales del Pequod! —Glanville señaló la rueda del timón, desde donde un hombre de ojos fieros miraba el borde del arrecife hacia el cual la nave parecía dirigirse—. ¡Ahab...! —gritó, a modo de advertencia. Pero el barco ya estaba sobre el arrecife y, en un instante, desapareció entre las rocas semejantes a escoria de hulla, la mesana brevemente iluminada por la luz moribunda.

—¡El Pequod! Dios mío, ¿has visto a la tripulación? Ishmael, Tashtego... Estaban Ahab y los oficiales, ¡los tres hombres fundamentales de Melville! ¿Los has visto, Judith?

Su esposa asintió y lo ayudó a llegar al pabellón, el invisible ceño fruncido en aquella luz débil. Glanville sabía perfectamente que ella jamás veía los barcos espectrales; no obstante parecía percibir que algo enorme y extraño se movía por el lago de arena impulsado por el viento de tiempo. De momento, ella estaba más

interesada en que él se recuperara del largo vuelo y del absurdo accidente sufrido al estrellarse el módulo de excursión, durante el aterrizaje.

—¿Pero por qué el Pequod? —preguntó Glanville cuando se sentaron en la galería del pabellón. Se secó la cara rolliza y sin afeitar con un pañuelo floreado.

—La Golden Hind y la Santa María, sí... naves de descubrimiento; la circunnavegación del globo terráqueo de Drake guarda cierta semejanza con nuestro viaje a través de medio universo, pero el barco de Crusoe se hubiera ajustado mejor, ¿no lo crees?

—¿Por qué? —Judith miró la arena que cubría el suelo de listones de metal de la galería. Llenó su vaso con soda de un sifón y después jugó con el fluido chispeante, mirando las burbujas con ojos graves—. ¿Porque estamos aislados?

—No... —Irritado por la respuesta de su esposa, Glanville se volvió hacia ella. En ocasiones, su actitud impasible lo molestaba; ella casi parecía disfrutar contrariando su ánimo optimista, sin importar cuán obligatorio fuera este—. Lo que quería decir es que Crusoe, como nosotros aquí, se construyó un mundo nuevo con los restos del mundo viejo que había traído consigo. Nosotros podemos hacer lo mismo, Judith. —Se detuvo, preguntándose cómo reafirmar su autoridad física, y luego dijo con silencioso énfasis—: No estamos aislados.

Su esposa asintió, la cara larga e indiferente. Apenas movió la cabeza para mirar el cielo nocturno que se extendía más allá del toldo. En lo alto, un solitario punto de luz cruzaba aquel firmamento sin estrellas, la radiobaliza señalaba de forma intermitente el rumbo hacia el polo norte.

—No, no estamos aislados; no por mucho tiempo, en todo caso, con eso ahí arriba. No pasará mucho tiempo antes de que el capitán Thornwald nos dé alcance.

Glanville miró fijamente el fondo del vaso. A diferencia de su mujer, a él no le gustaba ver la radiobaliza de emergencia automática de la nave de control, comunicando su posición al universo entero.

—Nos alcanzará, sí. Esa es nuestra suerte. Ya no lo tendremos siempre pegado a nuestros talones; finalmente, nos libraremos de él para siempre. No enviarán a nadie más después de Thornwald.

—Tal vez no. —Judith tamborileó sobre la mesa de metal—. Pero ¿cómo propones que nos deshagamos de él? No me digas que os trabaréis en un combate mortal. Ahora mismo, apenas puedes mover un pie después del otro.

Glanville sonrió, ignorando con cierto esfuerzo el sarcasmo de su esposa. Sin importar las habilidades, la astucia y hasta esa forma de valentía que los había traído aquí, ella todavía lo consideraba, en parte, como una broma macabra. En ocasiones se preguntaba si acaso no hubiera sido mejor abandonarla. Él solo, en este mundo perdido, no habría tenido a nadie que le recordara su aspecto encorvado de hombre maduro, sus pequeñas indecisiones y fantasías. Habría podido reclinarsse en su silla, durante los largos crepúsculos, y disfrutar la extraña poesía del mar de los Sueños.

Sin embargo, cuando hubiera eliminado al capitán Thornwald, ella al menos lo



tomaría en serio.

—No te preocupes, no habrá ningún combate mortal; haremos que se lo lleve el viento temporal.

Sin dejarse disuadir, Judith dijo:

—¿Harás que una de tus naves fantasmales lo arrolle? Pero, quizá él no las vea.

Glanville miró hacia las oscuras grutas del arrecife de arena que delimitaba la costa norte del lago, a tres kilómetros de distancia. A pesar de su uniformidad —el sistema de lagos cubría todo el planeta— las perspectivas planas del paisaje lo fascinaban.

—No importa si él las ve o no las ve. A propósito, el Pequod, esta tarde... es una pena que te hayas perdido a Ahab. Estaban todos, tal como los describió Melville en *Moby Dick*.

Ella se levantó, como si percibiera el inicio de otro de los arrobamientos de Glanville. Se quitó la arena blanca que le cubría el brocado azul del vestido como un encaje.

—Espero que tengas razón. Quizás ahora veas al holandés errante.

Distraído por sus pensamientos, Glanville observó la alta figura de la mujer alejarse por el gradiente de la playa, siguiendo la línea de la marea alta formada por la arena arrastrada por el viento desde la superficie del lago. ¿El holandés errante? Un comentario curioso. Por haber venido a este planeta remoto, si alguna vez decidían volver a casa, habrían perdido siete años de sus vidas a causa de la expansión del tiempo; el mismo período que pasaba el condenado holandés merodeando por los mares... Desembarcaba cada siete años y solo podía quedarse en tierra si encontraba el amor de una mujer fiel.

¿Él era el holandés? Quizá, de una forma indirecta. ¿O Thornwald? El capitán y Judith se habían conocido durante los interrogatorios preliminares y, por más increíble que pudiera parecer, podría haber habido algo entre ellos; era difícil creer que Thornwald los hubiera seguido tan lejos, sacrificando su antigüedad y toda esperanza de ser ascendido, solo por una pequeña infracción a las normas de emigración. La difusión de bacterias podía ser grave en algunos planetas, pero ellos se habían limitado a los mundos áridos de un extremo vacío del universo.

Glanville observó los restos del módulo de excursión. Por un instante hubo un atisbo de un tremolar de velas, juanetes y sobrejuanetes, como si el propio Cutty Sark estuviera a punto de surgir de la arena. Ese extraño fenómeno, producto de la enfermedad del tiempo causada por las enormes distancias del espacio interestelar, se había repetido cada vez con mayor frecuencia durante su largo vuelo. Cuanto más profundamente se adentraban en el espacio, mayor era la nostalgia de la mente humana y su anhelo de transformar todos los objetos artificiales, por ejemplo las naves espaciales en las que viajaban, en sus arcaicos predecesores. Por alguna causa, Judith era inmune a ello, pero Glanville había tenido una sucesión de visiones extraordinarias, fragmentos de sueños y mitos del pasado terrestre, renacidos de los

lagos muertos y los mares fósiles de mundos alienígenas.

Desde luego, Judith no solo carecía de toda imaginación, sino también de todo sentimiento de culpa; por más marido y mujer que pudieran ser, el crimen de Glanville, cuyo recuerdo él había reprimido casi totalmente, no era responsabilidad de ella. Además, los fracasos de los que Judith lo acusaba en silencio cada día eran los de su carácter, más graves, para ella, que el desfalco, el hurto mayor y hasta que el homicidio. Fue eso, precisamente, lo que hizo posible su plan para deshacerse de una vez por todas del capitán Thornwald.

Tres semanas más tarde, cuando llegó Thornwald, Glanville se había recobrado por completo del accidente. Desde lo alto del arrecife de arena que emergía en la margen occidental del lago, observó el aterrizaje de la cápsula del policía, a unos doscientos metros del pabellón. Judith estaba en la galería, bajo el toldo, con una mano levantada para protegerse del polvo que levantaban los retrocohetes. Ella nunca había cuestionado la estrategia de Glanville para deshacerse de Thornwald, pero de cuando en cuando él había detectado sus miradas hacia lo alto, hacia la radiobaliza de la nave de control, como si calculara el número de días que Thornwald tardaría en alcanzarlos. A Glanville le sorprendía su paciencia. Una vez, una semana antes del arribo de Thornwald, Glanville estuvo a punto de retarla a que dijera si realmente creía que él podía ser más listo que el capitán de policía. Por una curiosa ironía, él reconocía que ella probablemente lo creía así, pero entonces, ¿por qué lo despreciaba?

Cuando la escotilla de estribor de la cápsula se abrió, Glanville se colocó en el borde del arrecife y comenzó a saludar moviendo los brazos. Avanzó, bajando por el costado de los escollos, saltó el último metro y medio hasta el suelo del lago y después corrió hacia la cápsula.

—¡Thornwald! ¡Capitán, dichosos los ojos!

Enmarcado por el anillo de acero de su traje, el rostro cansado del policía levantó los ojos hacia Glanville a través de la escotilla abierta. El hombre se puso de pie con esfuerzo y aceptó la mano que Glanville le extendía; luego bajó al suelo. Cuidando de no dar la espalda a Glanville, se desabrochó el traje y lanzó una mirada fugaz hacia el pabellón y los restos del módulo de excursión.

Glanville se paseaba alrededor de Thornwald. La actitud precavida de este, su mano cerca del arma, por algún motivo lo divertían.

—Capitán, ha efectuado usted un aterrizaje magnífico, excelente puntería... el solo hecho de llegar hasta aquí, en realidad. Ha visto la radiobaliza, supongo, pero aun así... —Cuando Thornwald estaba a punto de hablar, Glanville retomó el parloteo—. No, por supuesto que no la he dejado encendida de forma intencionada; ¡maldición, en realidad nos estrellamos! ¿Puede imaginarlo?, después de recorrer todo el camino hasta aquí. Casi nos rompemos el cuello. Por fortuna, Judith está bien, no sufrió ni un solo rasguño. Estará encantada de verlo, capitán.

Thornwald asintió lentamente, siguiendo con los ojos la figura rolliza y sudorosa de Glanville que rondaba la cápsula. El capitán, un hombre alto y encorvado, de rostro grave y pesimista, y todo el recelo de un policía con una larga hoja de servicios, parecía inquieto, de algún modo, por la frenética alegría de Glanville.

Glanville señaló el pabellón.

—Venga, almorzaremos algo. Debe de estar extenuado. —Glanville señaló el lago de arena y el cielo vacío—. Aquí no hay mucho, lo sé, pero es tranquilo. Después de unos días...

—¡Glanville! —lo detuvo Thornwald. Con el rostro tenso, extendió una mano como si fuera a tocar el hombro de Glanville—. ¿Comprende por qué estoy aquí?

—Claro, capitán. —Glanville le dirigió una sonrisa relajada—. Por el amor de Dios, cambie esa cara tan seria. No voy a escaparme. No hay dónde ir.

—Mientras usted lo comprenda. —Thornwald avanzó por la superficie de arena fina pisando con cuidado, como si estuviera poniendo a prueba la solidez de ese planeta y su eufórico inquilino.

—Puede comer algo, después nos alistaremos para marcharnos.

—Como usted diga, capitán. Con todo, no hay ningún apremio. Siete años hasta aquí y otros siete de regreso, ¿qué diferencia puede haber en unas cuantas horas o hasta días? A estas alturas, todos esos mequetrefes que usted dejó allá, en el Departamento, ya deben de ser comisarios principales; yo no tendría tanta prisa. Además, hasta puede que las leyes de emigración hayan cambiado...

Thornwald asintió, taciturno. Glanville estaba por presentarle a Judith, de pie en la galería, a unos seis metros de él, pero Thornwald se detuvo repentinamente y miró hacia el otro lado del lago, como si buscara a un francotirador invisible, oculto entre las rocas.

—¿Todo bien? —preguntó Glanville. En un tono y un ritmo diferentes, comentó con voz queda—: Lo llamo el mar de los Sueños. Estamos muy lejos de casa, capitán, recuérdelo. En el crepúsculo se tienen extrañas visiones. —Saludó con la mano a Judith, quien se acercaba frunciendo los labios.

—Capitán Thornwald, querido. Por fin el rescate.

—En cierto modo. —Ella miró a Thornwald, quien permanecía junto a Glanville como indeciso respecto de entrar en el pabellón—. Espero que piense que todo esto es necesario, capitán. La venganza es una mala motivación para la justicia.

Glanville se aclaró la garganta.

—Bueno, sí, cariño, pero... Venga, capitán, sentémonos; beberemos algo. Judith, ¿podrías...?

Tras una pausa, ella asintió y se adentró en el pabellón.

Glanville hizo un ademán contemporizador.

—Es un momento difícil, capitán. Pero, como bien sabe, Judith siempre ha sido bastante obstinada.

Thornwald asintió mientras observaba a Glanville traer la silla desde el otro lado

de la mesa. El policía indicó los restos del módulo de excursión.

—¿Cuán grave es? Más tarde le echaremos un vistazo.

—Una pérdida de tiempo, capitán. Está completamente inutilizado.

Thornwald escudriñó los restos.

—Aun así, quiero descontaminarlo antes de marcharnos.

—¿No es algo absurdo? Nadie vendrá aquí jamás. Todo el planeta está muerto. De todos modos, hay bastante combustible en los depósitos, si corta uno de los circuitos con uno de sus aerosoles, el artefacto podría elevarse. —Glanville miró alrededor, impaciente—. ¿Dónde están esas bebidas? Judith es...

Se puso de pie y descubrió que Thornwald lo seguía hasta la entrada del pabellón.

—Está bien, capitán.

Thornwald, impasible, se apoyó contra el marco de la puerta. Bajó la vista hacia la cara rolliza y sudorosa de Glanville.

—Permítame ayudarle.

Glanville se encogió de hombros y le hizo una seña para que entrara, pero luego se detuvo.

—¡Capitán, por todos los cielos! Si quisiera huir no me habría quedado aquí, esperándolo. Créame, no tengo un arma oculta en una botella de *whisky* ni nada parecido; es solo que no quiero que haya una escena entre usted y Judith.

Thornwald asintió, después esperó en la entrada. Cuando Glanville volvió con la bandeja, Thornwald regresó a su silla y no dejaba de escrutar el pabellón y la playa que lo rodeaba, como si buscara un elemento faltante en el rompecabezas.

—Glanville, debo presentar cargos contra usted; ¿entiende lo que le espera cuando volvamos?

Glanville encogió los hombros.

—Claro. Pero, al fin y al cabo, la transgresión fue comparativamente insignificante, ¿no es así? —Alargó el brazo hasta el voluminoso traje espacial de Thornwald, que estaba colgado sobre el pasamanos de la galería—. Permítame quitar esto del sol. ¿Dónde ha ido Judith?

Cuando Thornwald miró hacia la entrada del pabellón, Glanville buscó el cilindro de acero guardado en la rodilla derecha del traje. Lo retiró de la ranura y después, adrede, lo dejó caer al suelo metálico.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Una linterna? —Su pulgar presionó la boquilla hacia atrás y luego se movió rápidamente hacia la lengüeta del muelle.

—¡No presione eso! —Thornwald estaba de pie—. Es un radiotelescopio, llenará el lugar de... —Se estiró por encima de la mesa intentando arrebatárle el tubo a Glanville y luego se echó el antebrazo a la cara para protegérsela.

Súbitamente, del tubo brotó un cegador chorro de aluminio vaporizado, que salía a borbotones, como fuegos artificiales. En dos o tres segundos la brillante nube invadió la galería, pintando las paredes y el techo. Thornwald apartó la mesa de un puntapié y hundió la cara entre las manos, la frente y el cabello cubiertos de pintura

plateada.

Glanville retrocedió hasta la escalera, los brazos y el pecho salpicados de pintura, dirigiendo la boquilla directamente hacia el policía. Después arrojó el tubo al suelo, que soltó los últimos chorros de pintura hacia la luz del sol. La nube se elevó empujada por las corrientes convectivas como un enjambre de luciérnagas. Entonces, con la cabeza gacha, Glanville giró sobre sus talones y echó a correr hacia el borde del arrecife de arena, a cincuenta metros de distancia.

Dos horas más tarde, agazapado en la profundidad de las grutas del arrecife de la costa oeste del lago, Glanville miraba divertido la figura plateada de Thornwald salir a la luz del sol. La nube de vapor que flotaba sobre el pabellón se había asentado, por lo que los paneles pardos y grises del techo y los muros ahora tenían un resplandeciente aluminizado plateado y refulgían a la luz del sol como un templo. La imagen de Judith se recortaba contra la entrada, mirando a Thornwald avanzar lentamente hacia su cápsula. Con excepción de dos claras huellas de manos sobre su cara, el resto del cuerpo de Thornwald estaba cubierto de partículas de aluminio. A la luz del sol, su cabello resplandecía como papel plateado.

—¡Glanville...! —La voz de Thornwald, levemente quejumbrosa, resonó en los corredores del arrecife. El policía llevaba suelta la correa de seguridad de la pistolera, pero el arma aún estaba en su funda y Glanville supuso que no tenía intención de rastrearlo por las galerías y corredores de los escollos. Las columnas de arena fundida apenas podían soportar su propio peso; cada pocas horas parecía haber una sorda erupción al desmoronarse, entre una nube de polvo, alguno de los grandes sistemas de pilares.

Sonriendo, Glanville vio a Thornwald volver la mirada hacia el pabellón. Judith, obviamente intrigada por el duelo entre los dos hombres, se había sentado en la galería y observaba como una dama medieval en un torneo.

El capitán de policía avanzó hacia el arrecife con las piernas tiesas y desmañadas, como cohibido por su brillante figura. Riendo entre dientes, Glanville raspó la arena del arrecife curvo que se alzaba por encima de su cabeza y la frotó contra las salpicaduras de pintura plateada que había en sus mangas y pantalones. Mientras bebía de la botella de agua que había ocultado ahí tres días antes, echó un vistazo a su reloj. Eran casi las tres, dentro de cuatro horas los espectros cruzarían el lago de arena. Dio unos golpecitos al bulto envuelto en plástico gris que había sobre un saliente junto a él.

A las siete comenzó a soplar el viento temporal a través del mar de los Sueños. A medida que el sol se iba ocultando detrás de las alturas occidentales, las largas sombras de los arrecifes de arena cruzaban el lecho del lago oscureciendo las vetas de cuarzo, como si cerraran un laberinto de senderos secretos.

Agazapado, Glanville dejó las rocas y bordeó la playa. Su forma, borrosa contra el fondo de arena, era apenas visible. A cuatrocientos metros de ahí, Thornwald

estaba sentado solo en la galería del pabellón, su figura plateada iluminada por los últimos rayos color cereza del sol. Mirándolo desde el otro lado del lago, Glanville supuso que el viento de tiempo ya estaba soplando en su dirección, llevando extrañas imágenes de barcos y mares fantasmas, tal vez de sirenas y monstruos alucinatorios. Thornwald estaba sentado, rígido, con una mano en el pasamanos que tenía delante.

Glanville avanzó por la playa, buscando un camino entre las vetas de cuarzo congelado. Cuando los restos del módulo de excursión y la cápsula cercana a este se interpusieron entre él y el pabellón, Glanville comenzó a ver los tenues contornos de un barco de casco bajo, una goleta o un bergantín con las velas arrizadas, como a la espera de echar el ancla en alguna laguna pirata. Ignorándolo, Glanville se arrastró dentro de una grieta poco profunda que cruzaba el lago a aproximadamente a un metro por debajo del resto de la superficie. Manteniendo la respiración, desenvolvió el paquete y llevó su contenido bajo el brazo hasta los parpadeantes restos del módulo de excursión.

Veinte minutos después, Glanville abandonó su lugar de observación detrás del módulo. A su alrededor estaban fondeados los cascos espectrales de dos naves de velas cuadradas, que sumergían sus proas en la arena cálida. Al dirigirse hacia el pabellón, donde la figura plateada de Thornwald se había quedado de pie como un fantasma electrificado, Glanville pasó a través de la imagen traslúcida del cable del ancla que se curvaba hundiéndose en la superficie del lago. Sosteniendo el objeto que había extraído del paquete sobre su cabeza, como un farol, avanzó con decisión.

Cuando llegó al borde del lago, los cascos de los barcos estaban anclados silenciosamente detrás de él. A treinta metros de distancia, la pintura plateada que había alrededor del pabellón moteaba la arena con un resplandor de falsa luz de luna, pero el resto de la playa y el lago estaban en una profunda oscuridad. Mientras caminaba los últimos metros hasta el pabellón con pasos lentos y rítmicos, vio claramente la alta figura de Thornwald. Estaba apoyado contra la pared de la galería, el rostro perplejo, la silueta de sus manos sobre el rostro, y miraba fijamente una aparición que tenía delante. Cuando Glanville llegó a la escalera, Thornwald le dirigió un gesto pasivo y levantó una mano hacia la pistola que estaba sobre la mesa.

Rápidamente, Glanville arrojó a un lado el objeto que había traído consigo y cogió la pistola antes de que Thornwald pudiera moverse; luego, más para sí que para Thornwald, susurró:

—Mares extraños, capitán, se lo advertí... —Glanville se agazapó y empezó a retroceder por la galería apuntando la pistola al pecho del policía.

Entonces se abrió una puerta situada a su izquierda y antes de que pudiera realizar ningún movimiento, la figura traslúcida de su esposa salió del pabellón y le hizo saltar la pistola de las manos.

Glanville se volvió hacia ella furioso gritándole a aquel espectro decapitado, que atravesó su cuerpo y se alejó hacia las oscuras naves ancladas en medio del lago.

A la mañana siguiente, dos horas después del amanecer, el capitán Thornwald ultimó los preparativos para marcharse. Pasó los minutos finales de pie en la galería, observando la luz uniforme del sol sobre el lago vacío, mientras se limpiaba las últimas trazas de pintura de aluminio con una esponja con solvente. Bajó los ojos para mirar la figura sentada de Glanville, que estaba atado a una silla, junto a la mesa. A pesar de los sucesos de la noche anterior, Glanville ahora parecía más sereno y relajado, hasta con un rastro de humor en su blanda boca.

Había algo en esa extraña afabilidad que a Thornwald le producía escalofríos. El policía aseguró su pistola en la funda; una noche más junto a este lago de locos y acabaría apuntándola a su propia cabeza.

—Capitán... —Glanville lo miró con ojos mansos, luego encogió los hombros gordos entre las cuerdas—. ¿Cuándo va a desatarme? Partiremos pronto.

Thornwald arrojó la esponja sobre la arena plateada, fuera del pabellón.

—Yo partiré pronto, Glanville. Usted se quedará aquí. —Cuando Glanville empezó a protestar, Thornwald le dijo—: No creo que tenga mucho sentido que usted se marche. Tal como ha dicho, usted se ha construido su propio pequeño mundo.

—Pero... —Glanville examinó la cara del capitán—. Francamente, Thornwald, no consigo comprenderlo. En primer lugar, ¿por qué vino usted, entonces? A propósito, ¿dónde está Judith? Esta por aquí, en alguna parte.

Thornwald se detuvo, armándose de valor frente al nombre y el recuerdo de la noche anterior.

—Sí, está por aquí, seguramente. —Como si pusiera a prueba algún elemento inconsciente de la memoria de Glanville, dijo claramente—: En realidad, está en el módulo.

—¿En el módulo? —Glanville hizo presión contra las cuerdas, luego lanzó una mirada hacia el sol, por encima del hombro—. Pero le he dicho que no se acercara ahí. ¿Cuándo volverá?

—Volverá, no se preocupe. Al atardecer, me imagino, cuando sople el viento de tiempo, aunque no quiero estar aquí cuando ella venga. Este mar suyo tiene pesadillas, Glanville.

—¿Qué quiere decir?

Thornwald cruzó la galería.

—Glanville, ¿tiene usted alguna idea de por qué estoy aquí?, ¿por qué lo he perseguido hasta este lugar?

—Solo Dios lo sabe; algo relacionado con las leyes de emigración.

—¿Leyes de emigración? —Thornwald sacudió la cabeza—. Eso sería un delito menor. —Tras una pausa, dijo—: Homicidio, Glanville.

Glanville lo miró con genuino asombro.

—¿Homicidio? ¡Ha perdido la cabeza! ¿De quién, por todos los cielos?

Thornwald se tocó la barbilla en carne viva. La pálida silueta de sus manos aún le

aferraba el rostro.

—De su esposa.

—¿Judith? ¡Pero si ella está aquí, imbécil! Usted la vio al llegar.

—Usted la vio, Glanville. Yo no. Pero comprendí que usted la había traído consigo cuando comenzó a actuar como si fuera ella, con esa vocecilla demente y remilgada suya. Usted no quería que yo fuera hasta el módulo; entonces, anoche, traje algo del módulo para mí.

Thornwald cruzó la galería desviando sus ojos de los despojos del módulo. Recordó la descabellada visión de la noche anterior mientras estaba ahí sentado vigilando a Glanville, esperando a este loco que había huido con el cadáver de su esposa asesinada. El viento temporal le había traído la imagen de una nave fantasmal cuyas maderas en descomposición habían formado una extraña puerta de rejas bajo el sol del atardecer; la entrada a unas mazmorras. Entonces, de repente, había visto una terrorífica aparición cruzar el mar de sangre hacia él, la comandante de pesadilla de ese barco infernal, una mujer alta que avanzaba con el paso lento y rítmico de su propio réquiem. «Sus rizos eran rubios como el oro... ella era la Pesadilla Vida-en-Muerte que hiela la sangre de los hombres». Horrorizado al ver la cabeza de Judith sobre esa lamia, no había reconocido a Glanville, su demente Marinero, que llevaba la cabeza de Judith levantada como un extravagante farol antes de lanzarse sobre la pistola.

Glanville intentó forzar las cuerdas con los hombros.

—Capitán, no estoy seguro con respecto a Judith... aquí no está contenta y nunca nos hemos llevado bien cuando no tenemos compañía. Quisiera irme con usted.

—Lo siento, Glanville, no tiene mucho sentido; aquí está usted en el lugar apropiado.

—Pero, capitán, ¿no está abusando de su autoridad? Si hay un cargo de homicidio...

—Capitán no, Glanville, Comisionado. Me ascendieron antes de partir y eso me da completa autoridad sobre este tipo de casos. Creo que este planeta es lo bastante remoto; no es probable que alguien venga a molestarlo.

Thornwald se acercó a Glanville y lo miró, luego sacó una navaja de su bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—Adiós, Glanville, lo dejaré aquí, en su infierno dorado.

—Pero Thornwald... ¡Comisionado! —Glanville hizo girar la silla—. ¿Dónde está Judith? Llámela.

Thornwald miró hacia atrás, a través de la luz del sol.

—No puedo, Glanville. Pero pronto la verá. En el ocaso, cuando sople el viento de tiempo, eso se la devolverá, una mujer muerta que vendrá del mar muerto.

Thornwald se marchó, hacia la cápsula, a través de la arena enojada.





# EL ASESINATO DE JOHN FITZGERALD KENNEDY CONSIDERADO COMO UNA CARRERA AUTOMOVILÍSTICA CUESTA ABAJO

NOTA DEL AUTOR. *El asesinato del presidente Kennedy el 22 de noviembre de 1963 suscitó muchas preguntas, algunas de las cuales no tuvieron respuesta en el Informe de la Comisión Warren. Se propone que una perspectiva menos convencional de los acontecimientos de ese triste día puede proporcionar una explicación más satisfactoria. En particular, la Crucifixión considerada como una carrera de bicicletas cuesta arriba nos suministra una pista útil.*

Oswald efectuó el disparo de salida.

Desde su ventana, que dominaba la pista, dio la señal de partida disparando su arma. Se cree que no todos los conductores oyeron bien el primer disparo. En la confusión, Oswald disparó dos veces más, pero la carrera ya había comenzado.

Kennedy tuvo un mal comienzo.

Con un gobernador en su automóvil, llevaba una velocidad constante de veinticinco kilómetros por hora. Sin embargo, poco después, al anular al gobernador, el coche aceleró rápidamente y continuó a gran velocidad el resto del recorrido.

Los equipos visitantes. Como correspondía a la inauguración de la primera carrera de coches en serie por las calles de Dallas, participaron tanto el presidente como el vicepresidente. En la línea de salida, el vicepresidente Johnson ocupó su puesto detrás de Kennedy. La multitud estaba muy interesada en la encubierta rivalidad entre los dos hombres. La mayoría apoyaba al conductor local: Johnson.

La línea de salida estaba en el Almacén de Libros de Texas, donde se recibían todas las apuestas sobre la carrera presidencial. Kennedy era un piloto impopular entre la afición de Dallas, gran parte de la cual manifestaba una abierta hostilidad hacia él. El deplorable incidente, por todos conocido, es un ejemplo de ello.

La carrera era cuesta abajo, desde el Almacén de Libros, pasando por debajo de un paso elevado, después hasta el Parkland Hospital y de ahí hasta el aeropuerto de Love Field. Se trata de uno de los recorridos más azarosos de las carreras automovilísticas en declive, superado solo por la pista de Sarajevo, discontinuada en 1914.

Kennedy fue cuesta abajo rápidamente. Con el gobernador fuera de juego, el automóvil se disparó a gran velocidad. Alarmado, un oficial de ruta intentó subirse al coche, que siguió adelante doblando las esquinas sobre dos ruedas.

Giros. Kennedy quedó eliminado en el Hospital, tras tomar mal una curva. Johnson continuó la carrera, ahora en el primer puesto, que mantuvo hasta la meta.

La bandera. Para indicar la participación del presidente en la carrera, en lugar de la tradicional bandera a cuadros se utilizó Old Glory. Las fotografías de Johnson mientras recibe el premio, después de haber ganado la carrera, muestran que decidió hacer de la bandera un recuerdo de su victoria.

Anteriormente, habían obligado a Johnson a quedarse en la segunda fila, tal como indica su puesto, detrás del presidente, en la línea de partida. En efecto, su tentativa de aventajar a Kennedy en la falsa salida fue impedida por un comisario de pista, que empujó a Johnson al suelo de su automóvil.

A raíz de la confusión en el inicio de la carrera, que acabó obligando a Kennedy —claro vencedor, según los pronósticos— a salirse de la pista en la curva del Hospital, se ha sugerido que la afición hostil, ansiosa de ver el triunfo del corredor local, Johnson, se propuso impedir que Kennedy finalizara la carrera. Otra teoría sostiene que la policía que custodiaba la pista estaba confabulada con Oswald, el del pistoletazo de salida. Finalmente, después de conseguir realizar el disparo, Oswald abandonó la pista y poco después fue apresado por los oficiales de ruta.

Ciertamente, Johnson no esperaba ganar la carrera de este modo. No hubo paradas en boxes.

Aún subsisten varios aspectos de la carrera que resultan desconcertantes. Uno de ellos es la presencia de la esposa del presidente en el automóvil, una práctica para nada habitual entre los corredores. Kennedy, sin embargo, podría haber dicho que, puesto que la nave estatal estaba a su cargo, él tenía derecho a los privilegios de un capitán.

La Comisión Warren. La comisión sobre el libro de la carrera. En el informe, motivado por las numerosas quejas de juego sucio y otras irregularidades, el consorcio culpó de todo lo ocurrido al hombre del disparo de salida: Oswald.

No cabe duda, el disparo de Oswald fue intempestivo. Pero aún resta una pregunta sin responder: ¿quién cargó el arma que dio la señal de salida?

## ¡CLAMA ESPERANZA, CLAMA FURIA!

Anoche, una vez más, cuando el viento oscuro soplaba por el desierto desde Vermilion Sands, vi el débil estremecerse de aparejos entre los arrecifes, un mastelero que se deslizaba como un farol de plata a través de las agujas de roca. Desde el pórtico de mi casa de la playa, seguí su rumbo hacia el mar abierto y vi las fantasmales velas de ese fantasmal navío. Cada anochecer había visto el mismo velero, esa goleta de medianoche que abandonaba su atracadero secreto y se deslizaba por aquel mar pintado. La noche anterior, desde su escondite entre los arrecifes, otro yate había salido en persecución del primero, pilotado por una mujer de cabellos claros y ojos de Medea. Mientras los dos veleros huían por el mar de arena, recordé la primera vez que vi a Hope Cunard, así como su extraña aventura con el holandés, Charles Rademaeker...

Cada verano, durante la temporada en Vermilion Sands, cuando el pueblo estaba repleto de turistas y compañías cinematográficas de vanguardia, yo cerraba mi oficina y alquilaba una de las casas en la playa, junto al mar de arena, a unos ocho kilómetros de Ciraquito. Ahí los largos atardeceres transformaban el cielo y el desierto en crepúsculos resplandecientes y dibujaban las velas de los yates de arena con sombras jeroglíficas, signos de todos los extraños códigos del desértico mar. Durante el día yo cogía mi velero, un balandro con vela bermudiana, y navegaba hacia las dunas, desierto adentro. Las potentes térmicas me transportaban sobre una estela de arena dorada.

En busca de rayas para cazar, a veces me veía conducido varios kilómetros por el desierto, donde ya no se veían los arrecifes costeros que, como erosionadas deidades, presidían las jerarquías del viento y la arena. Iba persiguiendo un banco de rayas, disparándoles dardos a través del aire sobrecalentado y perdido en el abstracto paisaje que componían las rayas en su huida, los ondulantes médanos y los triángulos de las velas. De estos materiales, la geometría del espacio y el tiempo, surgieron las extrañas figuras de Hope Cunard y su comitiva, como ilusiones nacidas de ese mar de sueños.

Una mañana zarpé temprano para dar caza a un cardumen de rayas blancas de las arenas que había visto a lo lejos, en el desierto, el día anterior. Navegué durante horas por la arena firme, evitando las velas de otros navegantes y con el horizonte como único destino. Hacia el mediodía ya no tenía ningún hito terrestre a la vista, pero había encontrado las rayas blancas y navegaba persiguiéndolas, a toda velocidad, por dunas que eran cada vez más altas. Las veinte rayas volaban delante de mí, como si me guiaran hacia algún destino invisible.

Las dunas dieron paso a una sucesión de planicies amuralladas, atravesadas por vetas de cuarzo. Bordeando una amplia garganta, cuya entrada ornamentada se abría como la puerta de una catedral semisumergida, noté que el yate se inclinaba hacia un lado: un pinchazo en el neumático de estribor. Mientras arriaba la vela, el aire a mi alrededor parecía ir volviéndose dorado.

Tras darle un puntapié al neumático flácido, evalué el paisaje: arrecifes de arena semisumergidos, un océano de médanos y el casco de un barco abandonado a unos ochocientos metros, cerca de la boca de una veta de cuarzo que relucía en mi dirección como las mandíbulas de un cocodrilo enjorado. Estaba a unos treinta kilómetros de la costa y mis únicos víveres eran un termo con Martini helado que tenía en el pañol de velas.

Las rayas, guiadas por algún reflejo misterioso, también se habían detenido, posándose en la cima de una duna cercana. Cogí el fusil de arpones y me dirigí hacia los restos del barco, con la esperanza de encontrar una bomba de inflado en el pañol.

La arena parecía vidrio molido. Después de seiscientos metros, cuando ya se me habían despegado las suelas de rafia de las zapatillas, me di la vuelta. En lugar de agotarme, decidí descansar a la sombra de la vela mayor y volver caminando a Ciraquito cuando llegara la oscuridad. Mis pies dejaban huellas de sangre sobre la arena.

Estaba sentado contra el mástil, bañando mis pies en el Martini frío, cuando arriba, en el aire, apareció una gran raya blanca. Apartándose de las demás, que continuaban posadas sobre una cima lejana, había regresado a inspeccionarme. Con una envergadura de más de dos metros y un cuerpo tan robusto como el de un hombre, la raya volaba de forma monótona a mi alrededor, mientras yo bebía los últimos sorbos del Martini ya tibio. A pesar de su curiosidad, la bestia no mostraba signos de querer atacarme.

Diez minutos después, como seguía girando encima de mi cabeza, saqué el fusil del pañol y le atravesé el ojo izquierdo. Traspasada por el proyectil de acero, la raya se desplomó sobre la vela arrancándola del mástil, pasó entre las jarcias y cayó sobre la cubierta. La aleta me golpeó la cabeza como un mazazo del cielo.

Cuatro horas estuve tirado en aquel vacío mar de arena, quemado por el aire y con la gigantesca raya muerta por compañera. El tiempo parecía suspendido en un mediodía inmutable con el cielo cargado de parhelios, pero probablemente comenzaba la tarde cuando sentí que una sombra inmensa cubría mi barco. Me incorporé sobre el cadáver que tenía sobre mí al tiempo que una enorme goleta de arena, con un bauprés plateado tan largo como mi propio yate, llegaba por la arena sobre sus neumáticos blancos. Desde el timón, con los rostros ocultos por gafas oscuras, me observaba la tripulación.

De pie, con una mano sobre el pasamanos de la cabina y los portillos de metal formando halos a sus pies, había una mujer alta, de caderas estrechas y cabellos rubios, tan pálida que me evocó instantáneamente la Pesadilla Vida-en-Muerte del

Viejo Marino. Sus ojos me contemplaban como magnolias oscuras. Movido por el viento, su cabello de ópalo, semejante a la plata antigua, formaba una casulla de aire.

Preguntándome si acaso aquella extraña nave y su tripulación no eran una aparición, alcé el termo de Martini vacío hacia la mujer. Ella me miró de arriba abajo con decepción en los ojos. Dos miembros de su tripulación corrieron hacia mí. Mientras me quitaban el cuerpo de la raya de las arenas de encima de las piernas, yo observaba sus rostros: aunque estaban bien afeitados y morenos por el sol, parecían máscaras.

Así fue como me rescató Hope Cunard. Tumbado en el camarote, bajo la cubierta, mientras uno de los tripulantes me vendaba las heridas de los pies, yo observaba aquella figura de cabellos pálidos a través del techo de cristal. Su rostro preocupado miraba el desierto como si buscara una presa mucho más importante que yo.

Bajó al camarote media hora más tarde. Se sentó en la litera, a mis pies, y puso una mano curiosa sobre el apósito blanco.

—Robert Melville; ¿es usted poeta? Cuando lo encontramos hablaba del Viejo Marino.

Hice un gesto vago.

—Era una broma... que me hacía a mí mismo. —No podía explicarle a esa distante, aunque hermosa joven que en la primera impresión me había recordado a la bruja de pesadilla de Coleridge y añadí—: Maté una raya de las arenas que daba vueltas sobre mi velero.

Ella jugó con los colgantes de jade hundidos en piscinas esmeraldas en los pliegues de su vestido blanco. Los ojos presidían su rostro pensativo como pájaros preocupados. Tomándose mi referencia al Marino con total seriedad, me dijo:

—Puede descansar en Lizard Key hasta que esté mejor. Mi hermano reparará su barco. Siento lo de las rayas; lo han tomado por otro.

Mientras ella permanecía sentada, con la mirada perdida al otro lado del portillo, la goleta se deslizaba en silencio sobre la arena enjoyada y las rayas blancas volaban, como a un metro del suelo, siguiendo nuestra estela.

Al cabo de dos horas llegamos a Lizard Key, donde iba a quedarme las siguientes tres semanas. Alzándose sobre las olas térmicas, la isla parecía flotar en el aire; la villa y su terraza casi no se veían en la calima. Rodeada por tres de sus lados por los altos minaretes de los arrecifes de arena, tanto la villa como la isla parecían surgir de una fantasía mineral del desierto. Las agujas de roca se elevaban junto al sendero que conducía hacia la villa como cipreses, trozos de una escultura que crecía a su alrededor.

—Cuando mi padre encontró la isla, estaba repleta de monstruos de Gila y de basiliscos —me explicó Hope mientras sus hombres me ayudaban a avanzar por el sendero—. Ahora venimos cada verano, a navegar y a pintar.

En la terraza nos recibieron otros dos ocupantes de aquel paraíso privado: Foyle, el medio hermano de Hope Cunard —un joven de cabello blanco con un flequillo que le tapaba la frente, de labios gruesos y con las mejillas repletas de hoyos— que me observaba fijamente desde el balcón, como un malhumorado Hamlet de la playa, y la secretaria de Hope, Barbara Quimby, una esfinge de bikini negro, con unos ojos aburridos, que parecían espejos de dos caras.

Me observaban juntos, mientras los hombres me transportaban escaleras arriba, detrás de Hope. El aire de expectación de sus caras se transformó en cortés indiferencia en el instante en que les fui presentado. Casi antes de que Hope acabara de describir mi rescate, se alejaron hacia las tumbonas que había en un extremo de la terraza. Durante los días que siguieron, tumbado en un diván cercano, tuve más tiempo de examinar esa extraña familia. A pesar de su dependencia de Hope, quien había heredado la villa isleña de su padre, su actitud parecía la de intrigantes palaciegos, con su humor privado y sus miradas secretas. Hope, sin embargo, no estaba al tanto de estos maliciosos apartes. Como la propia atmósfera de la villa, su personalidad estaba completamente desenfocada, su atención realmente en otra parte.

¿A quién esperaban Foyle y Barbara Quimby que trajera Hope? ¿Qué navegante de aquel mar de arena buscaba Hope Cunard en su goleta, con su cardumen de rayas blancas? Al principio la veía poco, pese a que de cuando en cuando aparecía sobre el tejado de su estudio y alimentaba las rayas, que volaban hasta ella desde sus posaderos en las agujas de roca. Cada mañana, Hope Cunard salía en su goleta; su figura de cabellos de ópalo escrutaba el mar desértico con una mirada melancólica. Pasaba las tardes sola, en su estudio, trabajando en sus pinturas. No había hecho ningún intento de mostrarme su trabajo, pero al anochecer, cuando los cuatro cenábamos juntos, mientras bebía su licor, me contemplaba largamente como si viera mi perfil en una de sus telas.

—¿Puedo hacerle un retrato, Robert? —me preguntó una mañana—. Lo veo como el Viejo Marino, con una raya alrededor del cuello.

Cubrí el vendaje de mi pie con la bata de brocado de oro que, presumí, había dejado uno de sus amantes.

—Hope, usted hará de mí un mito. Siento haber matado su raya, pero créame, lo hice sin pensar.

—Al igual que el Marino. —Me rodeó con una mano en la cadera mientras con la otra me tocaba los labios y la barbilla, como si tentara los contornos de una estatua antigua.

—Le haré un retrato leyendo *Maldoror*.

La noche anterior les había obsequiado con una amplia defensa de los surrealistas, exhibiéndome delante de Hope e ignorando los aburridos ojos de Foyle, recostado sobre sus gruesos codos. Hope me escuchaba con atención, como si dudara de mi identidad.

Mientras miraba la superficie vacía de la tela nueva que Hope había hecho que le bajaran del estudio, me preguntaba qué imagen surgiría de aquellos pigmentos vírgenes. Como todos los cuadros que se hacían por entonces en Vermilion Sands, este no supondría realmente la intervención de la mano del pintor. Una vez escogidos los pigmentos, la pintura fotosensible producía una imagen de toda naturaleza muerta o paisaje al que se expusiera. Aunque se trataba de un proceso largo, que requería exposiciones de hasta cuatro o cinco días, tenía la inmensa ventaja de que no exigía la presencia permanente del sujeto de la pintura. Unas pocas horas al día bastaban para que los pigmentos fotosensibles cristalizaran formando los contornos de un retrato.

Esta discontinuidad del proceso era la causa de todo el encanto y la magia de estas pinturas. En lugar de producir solo una réplica fotográfica, los movimientos del modelo originaban una sucesión de proyecciones múltiples, tal vez con las formas analíticas del cubismo o, de forma menos severa, con una agradable borrosidad impresionista. Sin embargo, estas impredecibles variaciones del rostro y la complexión del modelo a menudo resultaban desconcertantes en lo tocante a la percepción de su carácter. Los contornos emborronados, o la separación de tonalidades, podían revelar líneas delatorias en la textura de la piel y en los rasgos, o dar origen a extraños torbellinos en los ojos del modelo, como las espirales epilépticas de los demenciales paisajes finales de Van Gogh. Estos desafortunados efectos eran prontamente reforzados por cualquier movimiento nervioso o anticipatorio del modelo.

La probabilidad de que mi retrato revelara más de mis sentimientos por Hope de lo que yo estaba dispuesto a admitir se me ocurrió mientras instalaban el lienzo en la biblioteca. Yo estaba en el sofá, rígido, a la espera de que Hope expusiera la pintura, cuando apareció su hermanastro, con otro lienzo entre las manos.

—Mi querida hermana, siempre has rehusado posar para mí. —Hope comenzó a protestar, pero Foyle no le hizo el menor caso—. Melville, ¿se da usted cuenta de que ella no ha posado para un retrato en su vida! ¿Por qué Hope? No me digas que le temes a la tela. Veremos, por fin, tu verdadera forma.

—¿Forma? —Hope le dirigió una mirada recelosa—. ¿A qué estás jugando? Ese lienzo no es un espejo mágico.

—Claro que no, Hope. —Foyle le sonrió—. Todo lo que la pintura puede decirnos es la verdad. ¿No te parece, Barbara?

Con sus ojos ocultos tras unas gafas oscuras, la señorita Quimby asintió sin demora.

—Absolutamente. Señorita Cunard, será fascinante ver qué surge. Estoy segura de que se verá muy hermosa.

—¿Hermosa? —Hope contempló el bastidor que descansaba a los pies de Foyle. Por primera vez parecía estar realizando un esfuerzo consciente para hacerse cargo de sí misma y de la villa de Lizard Key. Luego, aceptando el reto de Foyle y rehusando ser vencida por esa burla impertinente, dijo—: Posaré para ti. Mi primer retrato;



puede que te sorprenda lo que veas.

Poco imaginábamos qué pez de pesadilla se colaría en la superficie de esos espejos.

Durante los días siguientes, nuestros retratos emergieron de las telas como pálidos fantasmas. Me encontraba cada tarde con Hope en la biblioteca. Ella posaba para su retrato y me escuchaba leer *Maldoror*, pero estaba interesada únicamente en contemplar el desierto mar de arena. Una vez, estando ella fuera, navegando por las dunas vacías con sus rayas blancas, me dirigí, caminando con dificultad, hasta su estudio. Ahí encontré una docena de sus pinturas, colocadas sobre caballetes ante las ventanas, mirando hacia el desierto. Como centinelas que buscaran al marinero fantasma de Hope, los cuadros mostraban con monótono detalle los contornos y la textura del paisaje vacío.

En comparación, los dos retratos que se iban revelando en la biblioteca eran mucho más interesantes. Como siempre, recapitulaban hacia atrás, como un extraño embrión, la filogenia completa del arte moderno en una regresión a través de las principales escuelas del siglo xx. Después de las primeras ondas líquidas y del movimiento de una etapa cinética, los pigmentos se estabilizaban en los bloques de color de la escuela *hard edge* y de ahí un millar de arterias de color irrigaba el lienzo hacia una brillante réplica de Jackson Pollock. Las arterias se fundían en las toscas formas del último Picasso, en las cuales Hope aparecía como una majestuosa virgen de anchos hombros y rostro de hormigón y, después, a través de las líneas surrealistas de su anatomía, en los múltiples trazos del futurismo y el cubismo. Al final, surgía un período impresionista que duraba pocas horas, un mar róseo de luz pulverulenta en el cual parecíamos una plácida pareja en un idílico parque suburbano de Monet y Renoir.

Al ver esta evolución inversa, tuve la esperanza de encontrar algo por el estilo de Gainsborough o Reynolds, un retrato de Hope con un vestido de flores escarlata bajo un cielo azul, una belleza inglesa de piel blanca en los jardines de su casa en la campiña. En lugar de ello, retrocedimos hacia el inframundo de Balthus y Gustave Moreau.

De extraños los trazos iba surgiendo mi imagen. También me sorprendió advertir los elementos igualmente extraños del retrato de Hope.

A primera vista, la tela había producido una imagen fiel, aunque algo estilizada, de mí sentado en el sofá, pero a causa de un sutil énfasis de diseño, la escena estaba completamente transformada. Los pliegues de la cortina púrpura situada detrás del sofá parecían los de una inmensa vela de terciopelo abatida sobre la cubierta de un barco encalmado y un soporte helicoidal de madera se proyectaba como una proa ornamentada. Lo más impactante de todo era que los cojines de encaje blanco en los que estaba reclinado parecían el plumaje de una enorme ave marina enrollada sobre mis hombros como un ancla caída del cielo. Mi expresión, de amargo patetismo,

completaba la identificación.

—El Viejo Marino otra vez —dijo Hope, sosteniendo mi copia de *Maldoror* en una mano, mientras se paseaba alrededor de la tela—. Parece que el destino lo ha encasillado, Robert. Con todo, ese es el papel en el que yo siempre lo he visto.

—¿Mejor que en el del holandés errante, Hope?

Ella se volvió bruscamente, con un tic nervioso en la comisura de los labios.

—¿Por qué lo dice?

—¿Hope, a quién está buscando? Puede que me haya encontrado con él.

Ella se alejó hacia la ventana. En el extremo de la terraza, Foyle jugaba bruscamente con las rayas de las arenas, golpeándolas en el aire con sus pesadas manos y arrojándolas, después, hacia las agujas de roca. Los largos agujijones de las rayas restallaban en la cara llena de hoyos de Foyle.

—Hope... —me acerqué a ella—. Puede que haya llegado el momento de marcharme. No tiene sentido que permanezca aquí. Ya han reparado mi barco. — Señalé el balandro con neumáticos nuevos fondeado en el atracadero—. Además...

—¡No! Robert, usted aún está leyendo *Maldoror*. —Hope me contempló con sus ojos excesivamente grandes, realizando una microscopía de mi cara, como si esperara que se materializara algún elemento ausente en mi carácter.

Le leí durante una hora, más para serenarla que con otro fin. Por algún motivo, ella continuaba examinando la tela que mostraba mi velada semejanza con el Marino, como si aquella imagen ocultara a otro navegante del mar de arena.

Cuando Hope partió con su goleta, de caza por los médanos, fui a mirar su pintura. Entonces constaté que había aparecido otro intruso en aquella casa de ilusiones.

El retrato mostraba a Hope en una pose convencional, sentada como cualquier heredera, sobre una silla de brocado. Atraía los ojos su cabello de ópalo, que cubría los hombros fuertes como un arpa blanda, así como su boca firme, con una ligera caída reflexiva en las comisuras. Lo que ni Hope ni yo habíamos notado era la presencia de otra figura en la tela. De pie en la terraza, detrás de Hope, se recortaba contra el horizonte un hombre de chaqueta blanca, cuya cabeza inclinada mostraba la huesuda superficie de su frente. El contorno aguado de la figura —sus manos, que colgaban a los lados, eran pálidos borrones— le daba la apariencia de un hombre que surgía de un mar sumergido, cubierto de algas descoloridas.

Asombrado por la materialización de este espectro en el fondo de la pintura, esperé a la mañana siguiente para ver si se trataba de alguna aberración óptica causada por la luz y los pigmentos. Pero la figura seguía ahí, cada vez más nítida: a través del empaste iban surgiendo unos rasgos huesudos. Mientras le leía a Hope, esperaba que hiciera algún comentario sobre este extraño intruso. Alguien que claramente no era su hermanastro pasaba al menos una hora cada día ante el cuadro, a fin de imprimir su imagen en la tela.

Cuando Hope se puso de pie para marcharse, el rostro pensativo de aquel hombre, sus ojos fijos, atrajeron su atención.

—¡Robert, tiene usted una especie de extraña magia! ¡Aquí está otra vez!

Pero yo sabía que ese no era yo. La chaqueta blanca, la frente huesuda y la boca severa eran rasgos de otro individuo. Después de que Hope se marchó a caminar por la playa, fui a su estudio e inspeccioné las telas que vigilaban el paisaje para ella.

No cabía duda, en dos de las pinturas que miraban los arrecifes del sur descubrí el mástil de una nave parcialmente oculta entre los bancos de arena, a la espera.

Cada mañana la figura se veía con mayor claridad y sus ojos parecían acercarse. Una noche, antes de irme a la cama, trabé las ventanas que daban a la terraza y cubrí la pintura con una cortina. A medianoche oí que algo se movía en la terraza y encontré las ventanas de la biblioteca abiertas, meciéndose con el aire frío de la madrugada; la cortina ya no cubría el retrato de Hope. En la pintura, el rostro fuerte pero melancólico de un hombre me miraba furiosamente, con una intensidad casi espectral. Corría a la terraza. La silueta de un hombre se movía con paso firme, a través de la luz pulverulenta, por la playa. Las rayas blancas giraban a su alrededor en el aire oscuro, por encima de su cabeza.

Al cabo de cinco minutos, la figura encorvada y de cabellos blancos de Foyle emergió de la oscuridad. Al pasar, arrastrando los pies, llevaba en la boca hizo una mueca de malhumor. En sus chinelas de seda no había rastros de arena.

Poco antes del alba volví a la biblioteca. Me quedé un rato contemplando los ojos vigilantes del visitante fantasma que llegaba cada noche a hacer guardia delante de la pintura de Hope. Cogí mi pañuelo y borré aquel rostro del lienzo. Pasé las dos horas siguientes ante el bastidor, con mi rostro muy cerca de la tela. Pronto, la pintura emborronada asumió mis facciones; los pigmentos se colocaban en su sitio en una convección de tonalidades. Ante mí surgió una parodia: un sujeto vestido con una chaqueta blanca de marinero, de hombros anchos y frente alta, la complexión de un inteligente hombre de acción, sobre la que aparecían superpuestos mis rasgos regordetes y mi mostacho.

La pintura se estabilizó. Las primeras luces de un falso amanecer acariciaban la arena bajo la terraza.

—¡Charles!

Hope Cunard entró por la puertaventana abierta, su vestido blanco se estremecía alrededor de su cuerpo desnudo como un espectro trémulo. Se quedó de pie a mi lado, contemplando mi rostro en la pintura.

—Así que eres tú. Robert, Charles Rademaeker ha regresado en ti... El mar de arena nos trae sueños extraños.

Cinco minutos después, caminábamos tomados del brazo hacia su dormitorio y entramos en una habitación vacía. Hope cogió de un armario una chaqueta de marino blanca. La tela estaba gastada y manchada con arena. La sangre seca indicaba un

agujero de bala en el talle.

Me la coloqué como si fuera una diana.

La imagen de Charles Rademaeker rondaba los ojos de Hope, cuando ella se sentó en la cama como una sonámbula cansada y me miró trabar las ventanas de su dormitorio.

Durante los días que siguieron, mientras navegábamos juntos por el mar de arena, me contó un poco sobre su amorío con Charles Rademaeker, aquel holandés solitario e intelectual que vagaba por el desierto en su barco, clasificando la singular fauna de las dunas. Dos años antes, había fondeado en Lizard Key, en el crepúsculo, con una verga partida. Había desembarcado para tomar un aperitivo y su estadía se había prolongado varias semanas, un extraño idilio amoroso entre él y esa pintora tímida y bella que acabó de forma violenta. Hope nunca me aclaró lo sucedido. En ocasiones, vestido con la chaqueta manchada de sangre y con su agujero de bala, imaginaba que Hope le había disparado, quizá mientras ella posaba para su retrato. Obviamente, había sucedido algo extraño relacionado con la tela, como si esta hubiera revelado a Rademaeker algunos elementos tácitos que él había comenzado a sospechar en el carácter de Hope. Después de su trágico clímax, con Rademaeker muerto o fugado, Hope recorría el mar de arena en su busca cada verano, en su goleta blanca.

Ahora Rademaeker había regresado de la arena fracturada —del desierto o de entre los muertos— en la forma de mi persona. ¿Creía Hope realmente que yo era su amante reencarnado? A veces, por la noche, tumbada a mi lado, en el camarote, la luz que reflejaban las vetas de cuarzo dibujaba collares sobre sus pechos y ella me hablaba como si comprendiera perfectamente cuál era mi identidad. Más tarde, después de haber hecho el amor, se obstinaba en impedirme dormir, como si le molestara aun esa manera de abandonarla; y me llamaba Rademaeker, con el rostro velado, como el de una mujer neurótica en proceso de desmoronarse. En esos momentos, podía entender por qué Foyle y Barbara Quimby se habían recluido en un mundo privado.

Ahora, al verlo en retrospectiva, creo que yo solo le ofrecía a Hope un alivio para su obsesión por Rademaeker, una oportunidad de vivir su ilusión en esa extraña pantomima emocional. Mientras tanto, el auténtico Rademaeker nos aguardaba cerca, en lugares secretos del desierto.

Un atardecer llevé a Hope a navegar por el oscuro mar de arena. Ordené a la tripulación que encendiera las luces de las jarcias y las bombillas decoradas del toldo de la cubierta. Mientras conducía esta nave luminosa por la arena negra, estaba con Hope, junto al pasamanos de proa, y mi brazo le rodeaba el talle. Ella, dormida, tenía la cabeza inclinada sobre mi hombro. Su cabello de ópalo se elevaba en el aire oscuro como el esqueleto de un pájaro primigenio.

Una hora más tarde, cuando llegamos a Lizard Key, vi una goleta blanca levar anclas desde algún lugar entre los arrecifes de arena y alejarse hacia mar abierto.

Ahora solo quedaba el medio hermano de Hope para recordarme lo precario de mi relación con Hope y con la isla. Foyle se había mantenido fuera de mi camino, ocupado en sus propios juegos privados entre las agujas de roca, bajo la terraza. A veces, cuando nos veía caminar tomados del brazo, miraba hacia arriba desde su tumbona, con los ojos divertidos pero con recelo.

Una mañana, justo después de haberle sugerido a Hope que enviara a su hermanastro y la señorita Barbara Quimby de regreso a su casa de Red Beach, Foyle apareció en la biblioteca. Advertí el exagerado desenfado de sus gestos. Con una mano contra la boca gruesa, señaló nuestros retratos con escepticismo.

—Primero el Viejo Marino, ahora el holandés errante; para ser un mal navegante, desempeña usted muchos papeles de marinero, Melville. Treinta días en un diván, ¿no? ¿Qué papel interpretará a continuación: el de capitán Ahab? ¿Jonás?

Barbara Quimby llegó detrás de él y ambos me sonreían con suficiencia, Foyle con su fea cabeza de fauno.

—¿Qué te parece Próspero? —repliqué en tono uniforme—. Esta isla está llena de ilusiones. Y tú eres Calibán, Foyle.

Asintiendo para sí al oír estas palabras, Foyle se acercó a las pinturas. Una gran mano dibujaba trazos obscenos. Barbara Quimby se echó a reír. Se marcharon juntos, abrazados. Sus risillas se fundían con los chillidos de las rayas de las arenas, que daban vueltas sobre las agujas de roca en el aire de color rojo sangre.

Poco después, comenzaron los primeros curiosos cambios en nuestros retratos. Ese atardecer, mientras estábamos juntos en la biblioteca, advertí una alteración leve pero nítida en los planos del rostro de Hope en el lienzo, una desfiguración como marcas de viruela en su piel. La textura de su cabello se había transformado adquiriendo un matiz amarillento.

Al día siguiente, esta transformación era aun más acentuada. En la tela, los ojos habían desarrollado una bizquera, como si el lienzo hubiera empezado a reconocer cierto desequilibrio en la mirada de Hope. Me volví hacia mi retrato. Ahí también estaba ocurriendo un cambio notorio. Mi rostro había empezado a desarrollar una nariz como un hocico. La carne gruesa se acumulaba en los labios y los hoyos de la nariz, y los ojos se habían empequeñecido, hundidos entre los pliegues de grasa. Hasta la textura de mis ropas era diferente. Los cuadros blancos y negros de mi camisa de seda evocaban el traje de un extravagante arlequín.

A la mañana siguiente, esta horrible metamorfosis era tan alarmante que hasta Hope la hubiera notado. De pie a la luz del alba, desde el lienzo me miraban unas monstruosas saturnales. El pelo de Hope ahora era de un amarillo brillante. Los rizos enmarcaban una cara semejante a una calavera pulverulenta. En cuanto a mi retrato, mi hocico de cerdo recordaba esos rostros de pesadilla de los negros paisajes de El Bosco.

Coloqué la cortina sobre las pinturas y después inspeccioné mi boca y mis ojos en

el espejo. ¿Era esa burlesca caricatura como nos veíamos Hope y yo realmente? Decidí que los pigmentos tenían algún defecto —Hope no renovaba su provisión a menudo— y estaban produciendo estas imágenes enfermas de nosotros. Después del desayuno nos colocamos nuestras ropas de navegación y bajamos al embarcadero. No le dije nada a Hope. Navegamos todo el día con la isla a la vista, y no regresamos hasta el anochecer.

Poco antes de la medianoche, en el lecho junto a Hope, debajo del estudio, me despertó el ulular de las rayas blancas en la oscuridad, que llegaba a través de la ventana. Las bestias daban vueltas como faros agitados. Con cuidado de no despertar a Hope, busqué en el estudio las telas, junto a las ventanas. En una de ellas encontré la imagen reciente de un barco blanco, sus velas ocultas en una gruta a media milla de la isla.

Así pues, Rademaeker había regresado y su presencia deformaba los pigmentos de nuestros retratos. Convencido, en aquel momento, por esta lógica demencial, pasé mis puños por el lienzo eliminando de él la nave. Cuando regresé al dormitorio, mis manos y mis brazos estaban manchados con pintura fresca. Hope dormía sobre las almohadas en forma de cruz, con las manos sobre sus pechos.

Cogí la pistola automática que ella guardaba en la mesilla de noche. Por la ventana vi alzarse en la noche el blanco triángulo de la vela de Rademaeker al levar el ancla.

Cuando estaba en mitad de la escalera, dirigí la mirada hacia la biblioteca. Sobre el suelo habían colocado lámparas de arco cuya potente luz bañaba las telas, acelerando el movimiento de los pigmentos. Delante de las pinturas, sonriendo en posiciones obscenas, había dos bestias de pesadilla. La más alta vestía una bata negra, como la sotana de un sacerdote, y llevaba una máscara de cerdo de cartón piedra. A su lado había una mujer con una peluca amarilla y la cara empolvada, de labios y ojos brillantes. Ambos se emperifollaban y se pavoneaban frente a las pinturas.

Abrí de un puntapié la puerta y tuve una visión completa de aquellas figuras de pesadilla. En las telas, la carne fluía como cera sobrecalentada y mi imagen y la de Hope asumían sus propias poses obscenas. Más allá del fulgor de las lámparas de arco, la mujer de la peluca amarilla apartó las cortinas y se escabulló hacia la terraza. Cuando pasaba sobre los cables, advertí fugazmente los hombros encapotados de un hombre detrás de mí. Algo me golpeó la nuca. Caí sobre mis rodillas y la vestimenta negra me arrastró hacia la ventana.

—¡Rademaeker!

Sosteniendo una mano llena de pintura en mi nuca, tropecé con la estatuilla de peltre que me había golpeado y salí a la carrera hacia la terraza. Las frenéticas rayas daban latigazos en la oscuridad, como jirones de escupitajos luminosos. Debajo, dos figuras corrían entre las agujas de roca, hacia la playa.

Cuando llegué a la arena estaba casi agotado y avanzaba torpemente por la

oscuridad; los ojos me escocían por la pintura de mis manos. A cincuenta metros de la playa, las velas blancas de una enorme goleta de arena se elevaban en el aire nocturno, con el bauprés apuntado hacia mí.

A mis pies estaban los restos de una peluca amarilla, un hocico de cerdo de yeso y la andrajosa sotana. Al intentar recogerlos, caí de rodillas:

—¡Rademaeker...!

Un pie me golpeó el hombro. Un hombre delgado, de espalda recta, con una gorra de marino, me miraba desde arriba con ojos airados. Aunque era más bajo de lo que había imaginado, reconocí su rostro magro y melancólico de inmediato.

Me ayudó a levantarme con una mano fuerte. Indicó la máscara y el disfraz, y la pintura en mis brazos.

—¿Qué es toda esta insensatez? ¿A qué están jugando?

—Rademaeker... —Dejé caer la peluca amarilla sobre la arena—. Pensé que estaba...

—¿Dónde está Hope? —Levantó la barbilla afeitada mientras escudriñaba la villa—. Esas rayas... ¿Está ella ahí? ¿Qué es esto, una misa negra?

—Algo condenadamente parecido.

Contemplé la playa desierta, iluminada por la luz que se reflejaba de las grandes velas de la goleta. Comprendí a quién había visto adoptando poses frente a las telas.

—¡Foyle y la chica! Rademaeker, ellos estaban ahí...

El hombre ya iba delante de mí, deteniéndose solo para gritar a sus dos tripulantes que miraban desde la proa del barco. Corrí detrás de él, limpiándome la pintura de la cara con la peluca. Rademaeker dejó el sendero y se precipitó hacia la terraza por un atajo. Su cuerpo compacto se movía con rapidez entre las agujas de roca, escurriéndose entre las esculturas sónicas que crecían de los cristales de arena.

Cuando llegué a la terraza él ya estaba de pie en la oscuridad, junto a las grandes ventanas de la biblioteca, mirando hacia la luz brillante. Se quitó la gorra con un gesto cuidadoso, como un pretendiente que hace una cortesía a su amada. El cabello suave, marcado por el anillo de la gorra, le daba un aire sorprendentemente juvenil, a diferencia del adusto trotamundos del desierto que yo había visualizado. Mientras él contemplaba a Hope, cuya imagen vestida de blanco se reflejaba en las ventanas abiertas, puede verlo en la misma posición de sus visitas secretas a la isla, cuando observaba durante horas el retrato de ella.

—Hope... permítame...

Rademaeker arrojó su gorra y corrió hacia ella. Se oyó el estampido de un disparo y una de las grandes ventanas que daban a la terraza se hizo añicos. El ruido tronó entre las agujas de roca sobresaltando a las rayas, que se lanzaron al aire. Hice a un lado las cortinas de terciopelo y entré en la habitación.

Las manos de Rademaeker estaban sobre el sofá de brocados. Se movía en silencio, intentando que Hope no advirtiera su presencia. De espaldas a nosotros, Hope estaba de pie ante la pintura, con la pistola en la mano.

Sobreexcitados por la intensa luz de las lámparas de arco, los pigmentos casi se habían evaporado de la superficie de la tela. Los colores pálidos del rostro plagado de pus de Hope colgaban como carne en descomposición. Junto a ella, mi imagen de sacerdote con cara de cerdo se erguía sobre el cuerpo de Hope como el administrador del infierno.

Ella se volvió para mirarnos a Rademaeker y a mí con ojos fríos como hielo. Vio la peluca amarilla entre mis manos y las manchas de pintura en mis brazos. Su rostro estaba vacío. Toda expresión había sido borrada de él como por una avalancha.

El primer disparo había atravesado el retrato de ella. La pintura fluía por el agujero hecho por el proyectil. Como un vampiro disolviéndose, la lamia de cabellos amarillos que tenía los rasgos de Hope comenzó a oscilar y a arremolinarse, cayendo.

—Hope... —Rademaeker avanzó. Antes de que pudiera cogerle la muñeca, ella giró y le disparó. La bala hizo añicos el cristal de la ventana situada a mi lado, cuyos fragmentos brillaban en la oscuridad como piezas de una luna quebrada.

El siguiente disparo impactó la muñeca de Rademaeker, quien cayó de rodillas, sosteniéndose la herida sangrante. Confundida por las explosiones que casi habían arrancado la pistola de sus manos, Hope sostenía el arma con las dos manos, apuntándola a la vieja mancha de sangre de mi chaqueta. Antes de que pudiera disparar otra vez, pateé una de las lámparas de arco hacia sus pies. La habitación giró como si fuera un escenario que se viene abajo. Arrastré a Rademaeker por el hombro hasta la terraza.

Corrimos hacia la playa. A medio camino, Rademaeker se detuvo, sin decidirse, aparentemente, a seguir o regresar. Hope estaba de pie en la terraza, disparándoles a las rayas que chillaban en la oscuridad encima de nuestras cabezas. La goleta blanca ya estaba zarpando, las velas izadas en el aire nocturno.

Rademaeker me indicó que me acercara con su muñeca sangrante:

—Suba al barco. Ella está sola ahora... para siempre.

Nos agazapamos en el pozo del timón de la goleta, mientras oíamos gemir las esculturas sónicas en el aire alterado y los últimos disparos retumbaban en el desierto vacío.

Al amanecer, Rademaeker me dejó a cerca de un kilómetro de la playa de Ciraquito. Había pasado la noche al timón, con la muñeca vendada contra el pecho como una condecoración, timoneando con su única mano fuerte. En el frío aire nocturno intenté explicarle por qué Hope le había disparado, esta última tentativa de abrirse camino a través de las ilusiones que se multiplicaban a su alrededor y llegar a alguna forma de realidad.

—Rademaeker, yo la conocí. No le estaba disparando a usted, sino a... una ficción de usted, a esa imagen del retrato. Maldición, ella estaba obsesionada con usted.

Pero él ya no parecía estar interesado y su delgada boca de labios inquietos no



respondió nada. En cierto modo, el hombre me había decepcionado. Quienquiera que finalmente sacara a Hope de Lizard Key debería aceptar primero las ilusiones superpuestas que constituían el tejido de esa extraña isla. Rehusándose a admitir la realidad de sus fantasías, Rademaeker la había destruido.

Cuando me dejó entre los médanos, con las casas de la playa a la vista, me dirigió un saludo brusco y giró la rueda del timón; su figura erguida pronto se perdió entre las altas dunas.

Tres semanas más tarde alquilé un barco a uno de los pescadores de rayas locales y regresé a la isla a buscar mi balandro. La goleta de Hope estaba en su atracadero. Ella misma, serena en su belleza pálida y angular, salió a la terraza a recibirme.

Las pinturas habían desaparecido y con ellas se había ido todo recuerdo de aquella noche violenta. Hope me miraba con ojos despreocupados. Solo sus manos y sus dedos delgados se movían con una inquieta vida propia.

En el extremo de la terraza, su hermanastro ganduleaba entre las tumbonas con la gorra de marino de Rademaeker sobre los ojos. Junto a él estaba sentada Barbara Quimby. Me pregunté si explicarle a Hope la broma macabra y cruel que le habían gastado, pero al cabo de pocos minutos ella se marchó. La boca burlona de Foyle era el último residuo de ese mundo. Sin malicia, él aceptaba la realidad de su hermanastra como la suya propia.

Sin embargo, Hope Cunard no ha olvidado totalmente a Charles Rademaeker. En ocasiones la veo pasar a medianoche, navegando por el mar de arena en busca de una nave blanca de velas blancas. Anoche, empujado por algún extraño impulso, me puse la chaqueta manchada de sangre que una vez usó Rademaeker y navegué hasta el extremo del mar de arena. Esperé junto a un arrecife por donde sabía que ella pasaría. Mientras se deslizaba en silencio, su alta figura recortándose contra las últimas luces del sol, permanecí de pie en la proa, dejando que ella viera la chaqueta. Una vez más la llevaba como una diana.

Con todo, hay otros que también navegan por este mar extraño. Hope pasó solo a cincuenta metros de mí y nunca advirtió mi presencia, pero media hora después pasó otro barco, un queche con ojos de dragón en la proa y un hombre alto, de labios gruesos, con una peluca amarilla, al timón. Junto a él, una mujer joven de cabellos oscuros sonreía al viento. Al pasar, Foyle me saludó con la mano y un irónico «¡Viva!» rodó por la arena muerta hasta donde estaba yo con mi chaqueta-diana. Disfrazados de sacerdote loco y de harpía, sirena o bruja de las dunas, ellos cruzaban el mar de arena con sus propias reglas. Por las noches, cuando pasan navegando, puedo oírlos reír.

## EL RECONOCIMIENTO

En la noche de San Juan llegó un pequeño circo al pueblo del País del Oeste donde estaba pasando mis vacaciones. Tres días antes, el gran parque de atracciones itinerante que siempre venía al pueblo —provisto de noria, tiovivos y una docena de puestos y casetas de tiro al blanco— había ocupado su lugar acostumbrado, en el parque comunitario del centro del pueblo, y los recién llegados se vieron obligados a montar su campamento en el descampado situado detrás de los almacenes, junto el río.

Mientras yo caminaba por el pueblo, bajo el crepúsculo, la noria giraba por encima de las luces de colores, la gente subía a los tiovivos y andaba del brazo por las calles adoquinadas que rodeaban el parque. Lejos de todo ese alboroto, las calles situadas a lo largo del río estaban casi desiertas, y yo disfrutaba caminando solo, entre las sombras, delante de los escaparates de las tiendas. Para mí, la noche de San Juan era un tiempo de celebración tanto como de reflexión, un momento para la observación cuidadosa de los cambiantes movimientos de la naturaleza. Cuando crucé el río, cuyas aguas oscuras fluían a través de la ciudad como una serpiente dorada, tras lo cual se introducía en el bosque que se extendía a un lado del camino, tuve la inconfundible sensación de que la espesura se preparaba para algo y que, en el interior de sus aquelarres, hasta las raíces de los árboles se deslizaban por el suelo y estaban poniendo a prueba su vigor.

Regresaba de este paseo cuando, al cruzar el puente, vi llegar el pequeño circo itinerante al pueblo. La procesión, que se acercaba al puente por un camino lateral, se componía de no más de media docena de carromatos, cada uno con una jaula y tirado por un par de agobiados caballos. A la cabeza, una joven de rostro pálido y brazos desnudos montaba un garañón gris. Me recliné en la balaustrada, en medio del puente, y contemplé cómo la procesión llegaba al terraplén de acceso. La joven titubeó, tiró de las pesadas riendas de cuero, y miró hacia atrás, a los carros que iban reuniéndose. Comenzaron a ascender el puente. Aunque la pendiente era ligera, parecía que los caballos no conseguirían llegar a la parte superior, pues se tambaleaban sobre sus débiles patas, y me tomé mi tiempo para realizar mi primera inspección de esta extraña caravana que, más tarde, tanta inquietud me causaría.

Acicateando su cansado semental, la joven pasó por delante de mí. Al menos a mí me pareció que era joven, pero su edad era un asunto que dependía tanto de su estado de ánimo como del mío. Iba a encontrarme con ella en diferentes ocasiones. A veces parecería una niña de poco más de doce años, con su mentón aún sin formar sobre las mejillas huesudas. Luego parecería ser de mediana edad, con el cabello gris y el

cráneo anguloso revelado por la piel.

En un primer momento, al observarla desde el puente, supuse que la chica tendría unos veinte años, y que probablemente era la hija del propietario de ese circo andrajoso. Mientras trotaba con las riendas en la mano, las luces del distante parque de atracciones brillaban sobre su rostro de forma intermitente, revelando una nariz romana y una boca firme. Aunque no era hermosa en absoluto, poseía ese atractivo especial que yo había advertido a menudo en las mujeres que trabajaban en parques de atracciones, una sexualidad esquiva, pese a lo ruinoso de la vestimenta y del entorno. Al pasar, bajó la mirada hasta mí, hacia algún punto imperceptible en mi rostro.

La seguían los seis carromatos. Los caballos tiraban de las pesadas jaulas por la pendiente. Tras los barrotes, tuve un atisbo de paja reseca y una pequeña caseta en un rincón, pero no vi señales de los animales. Supuse que estaban demasiado desnutridos como para hacer algo más que dormir. Cuando hubo pasado el último carromato, vi al único miembro de la *troupe*, un enano con chaqueta de cuero que conducía el remolque de madera que cerraba la marcha.

Caminé siguiéndolos por el puente, mientras me preguntaba si acaso eran miembros tardíos del parque de atracciones que ya estaba instalado. Pero por la forma en que vacilaron al final del puente —la mujer volvía la cabeza a derecha e izquierda, mientras el enano permanecía encorvado a la sombra del carro que iba delante—, se hizo evidente que no tenían ninguna relación en absoluto con la luminosa noria y las atracciones del parque comunitario. Hasta los caballos, vacilantes y con las cabezas gachas para evitar las luces, parecían estar al tanto de esta exclusión.

Tras una pausa, avanzaron por el camino estrecho que bordeaba la ribera; los carromatos daban bandazos al resbalar las ruedas de madera en las orillas cubiertas de hierba. A poca distancia había un descampado que separaba los almacenes cercanos a los embarcaderos de los chalés con terraza situados bajo el puente. Una farola solitaria situada del lado norte difundía una luz tenue sobre la superficie cenicienta. Para entonces, la oscuridad había caído sobre el pueblo y parecía aislar ese triste retazo de tierra que ya ni siquiera el movimiento del río animaba.

La procesión se dirigió hacia ese oscuro recinto. La joven sacó el caballo del camino y condujo los carromatos sobre las cenizas, hacia el alto muro del primer almacén. Ahí se detuvieron; los carros todavía iban delante, en línea, y los caballos se mostraban obviamente satisfechos de verse ocultos por la oscuridad. El enano saltó del pescante y se acercó trotando adonde la mujer estaba desmontando del garañón.

En ese momento yo avanzaba por la ribera, detrás de ellos, a escasa distancia. Había algo fuera de lo común en esa *troupe* que me intrigaba; aunque, mirándolo en retrospectiva, puede que la mirada sosegada de aquella joven haya sido un aliciente mayor de lo que me pareció en aquel momento. No obstante, me desconcertaba lo que parecía ser la mismísima ausencia de motivo de su existir. Pocas cosas hay tan grises como un circo venido a menos, pero ese, además, se veía tan desgastado y tan

triste como para que eso lo incapacitase para obtener el más mínimo provecho. ¿Quiénes eran aquella extraña mujer pálida y su enano? ¿Realmente imaginaban que acudiría alguien a ese deprimente pedazo de tierra junto a los almacenes para echarles un vistazo a aquellos animales sigilosos? Tal vez solo llevaban un grupo de bestias envejecidas a un matadero especializado en animales de circo, y se habían detenido ahí para pasar la noche antes de continuar.

Con todo, como yo sospechaba, la joven y el enano estaban colocando los carromatos en la inconfundible disposición de un circo. La mujer tiraba de las riendas mientras el enano corría entre sus pies, azotando las patas de los caballos con su sombrero de cuero. Los dóciles brutos arrastraron los carros, y en cinco minutos las jaulas estuvieron dispuestas más o menos en círculo. Desengancharon los caballos de sus lanzas, y el enano ayudó a la joven a conducirlos al río, donde empezaron a mordisquear con calma la hierba oscura.

Dentro de las jaulas hubo movimiento y una o dos formas pálidas se arrastraron por la paja. El enano subió de prisa la escalera del remolque de madera y encendió un farol sobre un hornillo situado en la entrada. Bajó con un cubo de metal y fue recorriendo las jaulas. Echaba un poco de agua en cada una de las escudillas y las empujaba hacia las casetas con una escoba.

La mujer lo seguía, pero parecía tan poco interesada en los animales como el enano. Cuando dejó el cubo, el enano trepó al techo de la caravana por una escalera que la mujer sostenía y bajó un atado de letreros de madera sujetos con una tira de lona. Después de desatarlos, el enano los llevó hasta las jaulas. Trepó la escalera otra vez y empezó a asegurar los letreros en los barrotes.

Bajo la luz escasa de la farola solo puede distinguir los descoloridos dibujos, pintados años atrás en el estilo tradicional de las ferias: diseños florales y cartuchos sobre algún tipo de caligrafía. Me adelanté hasta quedar más cerca de las jaulas, al borde del descampado. La joven miró hacia atrás y me vio. El enano estaba colocando el último de los letreros mientras ella le sostenía la escalera con una mano y me contemplaba con la mirada inmóvil. Puede que fuera su actitud protectora en tanto la diminuta figura se afanaba sobre su cabeza, pero parecía ser mucho mayor que cuando la vi llegar, con su casa de fieras, en las afueras del pueblo. Bajo aquella luz débil, su cabello parecía haberse tornado gris, y los brazos desnudos se veían arrugados y agotados por el trabajo. Cuando me aproximé, pasando por delante de la primera de las jaulas, ella se volvió para seguirme con la mirada, como si intentara interesarse un poco en mi entrada en escena.

En el extremo de la escalera hubo un frenesí de movimiento. Resbalando de los dedos del enano, el letrero del techo se vino abajo y fue a parar al suelo, a los pies de la mujer. Haciendo girar sus brazos y piernas, el enano saltó de la escalera. Se incorporó, tambaleándose como la cofa de un velero mientras conseguía equilibrarse. Le quitó el polvo al sombrero golpeándolo contra sus botas y se lo volvió a colocar en la cabeza, tras lo cual subió a la escalera una vez más.

La mujer le sujetaba el brazo. Ella desplazó un poco la escalera por la jaula, intentando equilibrarla contra los barrotes.

Sin pensarlo, un poco por lástima, di un paso adelante.

—¿Puedo ayudarles? —dije—. Tal vez yo llegue al techo. Si usted me pasa el letrero...

El enano vaciló, mirándome con sus ojos tristes. Parecía dispuesto a dejar que lo ayudara, pero se mantuvo donde estaba, con el sombrero en una mano, como si un conjunto de circunstancias implícitas le impidiera hablarme, alguna división de la vida tan formal e imposible de transgredir como aquellas que hay entre las castas más rígidas.

La mujer, sin embargo, me indicó que me acercara a la escalera, a la vez que volvía la cara para otro lado mientras yo apoyaba los largueros de la escalera contra los barrotes. A través de la luz tenue, ella miraba los caballos mordisquear la hierba, en la ribera.

Trepé la escalera y después cogí el letrero que el enano me tendía. Lo coloqué en el techo y lo aseguré con dos mitades de ladrillo dejadas ahí con esa finalidad. Entonces leí las leyendas pintadas en el tablero curvado. Mientras descifraba las palabras «maravillas» y «espectaculares» (obviamente, los letreros no tenían relación con los animales que había dentro de las jaulas y los habían robado de otro parque de atracciones, o recogido de algún vertedero), advertí un ligero movimiento en la jaula, debajo de mí. Noté que algo escarbaba entre la paja, y una criatura baja, de piel pálida, se metió en su madriguera.

El movimiento de la paja —yo no sabía si el animal había escapado atemorizado o había salido como advertencia— había desprendido un olor fuerte y vagamente conocido. Flotaba a mi alrededor al bajar la escalera, apagado pero oscuramente desagradable. Escudriñé la caseta intentando ver el animal, pero este había apilado la paja contra la puerta.

El enano y la mujer asintieron cuando bajé la escalera. En su actitud no había hostilidad —el enano, en todo caso, estaba a punto de darme las gracias, y su boca se movía en un rictus sin palabras—, pero por algún motivo parecían sentirse incapaces de mirarme a los ojos. La mujer estaba de pie con su espalda hacia la farola, y su rostro, suavizado por la oscuridad, parecía ahora pequeño y apenas formado, como el de una niña desaliñada.

—Ya están preparados —dije, un poco en broma. Con algo de esfuerzo, añadí—: Se ve muy bien.

Como ellos no hicieron ningún comentario, miré las jaulas. Uno o dos de los animales estaban en el fondo de sus casetas; sus formas pálidas resultaban indistintas en aquella luz débil.

—¿Cuándo abren? —pregunté—. ¿Mañana?

—Está abierto ahora —respondió el enano.

—¿Ahora? —Sin saber si se trataba de una broma, hice un ademán hacia las

jaulas, pero era evidente que había dicho lo que quería decir.

—Ya veo... Esta noche está abierto. —En busca de algo que decir, pues parecían dispuestos a permanecer ahí conmigo indefinidamente, continué—: ¿Cuándo se marchan?

—Mañana —respondió la mujer en voz baja—. Hemos de partir por la mañana.

Como si eso hubiera sido una señal, los dos comenzaron a recorrer la pequeña zona, apartando hacia un lado los pedazos de periódico y otros residuos que allí había. Para cuando me marché, desconcertado sobre la finalidad de esa lamentable casa de fieras, ellos ya habían acabado y esperaban a sus primeros clientes, de pie entre las jaulas. Me detuve en la margen del río, junto a los caballos, cuyas silenciosas figuras parecían tan inconsistentes como las del enano y su señora, y me pregunté qué lógica estrafalaria los había traído al pueblo donde otro parque de atracciones, casi infinitamente más grande y alegre, ya estaba funcionando a pleno.

Al pensar en los animales, recordé el peculiar olor que flotaba en torno a las jaulas, vagamente desagradable pero evocador de un olor que yo estaba seguro de conocer bien. Por algún motivo, también estaba convencido de que ese olor familiar era una de las claves de la extraña naturaleza del circo. Junto a mí, los caballos emanaban un agradable olor a afrecho y sudor. Sus cabezas abatidas, gachas sobre la hierba de la ribera, parecían esconderme un secreto disimulado en sus ojos luminosos.

Regresé andando al centro del pueblo, con alivio al ver la superestructura iluminada de la noria que giraba sobre los tejados. Los tivovivos y los puestos de atracciones, las casetas de tiro al blanco y el túnel del amor, eran parte de un mundo conocido. Hasta las brujas y los vampiros pintados en la casa de los horrores eran pesadillas procedentes de un lugar predecible del cielo nocturno. En cambio, la joven —¿era joven, realmente?— y su enano eran viajeros de un país desconocido, un reino vacío en el que nada tenía sentido alguno. Era esta ausencia de un motivo inteligible lo que yo encontraba tan turbador en ellos.

Merodeé entre la muchedumbre, bajo las marquesinas, y sin pensarlo decidí subirme a la noria. Mientras esperaba mi turno con el grupo de jóvenes, las cabinas electrificadas de la rueda se elevaban en el aire nocturno, de forma tal que toda la música y la luz de la feria parecían haber sido robadas al cielo estrellado.

Subí a mi cabina, que compartía con una mujer joven y su hija, y poco tiempo después los tres gritábamos en el aire brillante, con el parque de atracciones extendido bajo nuestros pies. Durante los dos o tres minutos que duró la atracción, estuve ocupado gritándoles a la mujer y a su hija mientras nos señalábamos unos a otros los hitos conocidos del pueblo. Sin embargo, cuando nos detuvimos en lo alto de la rueda, mientras los pasajeros bajaban de sus cabinas, advertí por primera vez el puente que había cruzado al anochecer. Siguiendo el curso del río, vi la farola solitaria que brillaba sobre el descampado cercano a los almacenes, donde la mujer de cara blanca y el enano habían montado el circo rival. Mientras nuestras cabinas se

movían hacia delante e iniciaban el descenso, vi las formas oscuras de dos de los carromatos a través de un espacio entre los tejados.

Media hora después, cuando el parque de atracciones comenzó a cerrar, regresé andando al río. Pequeños grupos de personas se dispersaban por las calles tomados del brazo, pero para cuando aparecieron los almacenes, yo era casi el único que caminaba por los senderos adoquinados que reptaban entre los chalés y sus terrazas. Entonces apareció la farola y, más allá, el círculo de carromatos.

Para mi sorpresa, había unas cuantas personas visitando la casa de fieras. Permanecí en el camino, debajo de la farola, y observé a dos parejas y a otro hombre que rondaban las jaulas intentando identificar los animales. De cuando en cuando se acercaban y se asomaban entre los barrotes, y hubo un estallido de carcajadas cuando una de las mujeres fingió retroceder súbitamente de la jaula, alarmada. El hombre que iba con ella sostenía un manojito de heno en la mano y lo arrojó hacia la puerta de la caseta, pero el animal rehusaba aparecer. El grupo continuó su circuito por las jaulas, entornando los ojos en la luz débil.

Mientras tanto, el enano y la mujer permanecían callados, a un costado. La mujer estaba de pie junto a la escalera de la caravana. Contemplaba a sus clientes como si no le importara el que acudieran o no. El enano, con el rostro oculto bajo el voluminoso sombrero, permanecía pacientemente al otro lado del campo, y cambiaba de postura mientras el grupo de visitantes proseguía su periplo. No llevaba consigo ni una bolsa de recaudación ni un taco de entradas, y parecía probable, si no razonable, que la entrada fuera gratuita.

Algo de esa atmósfera singular o, quizás, el que no consiguieran sacar de sus guaridas a los animales, parecía transmitirse al grupo de visitantes. Después de intentar leer los letreros, uno de los hombres comenzó a pasar un palo por los barrotes de las jaulas. Acto seguido, tras haber perdido abruptamente el interés, se marcharon todos juntos, sin mirar ni a la mujer ni al enano. Cuando pasaba junto a mí, el hombre del palo hizo una mueca, al tiempo que agitaba una mano delante de su nariz.

Esperé a que se hubieran ido y después me acerqué a las jaulas. El enano parecía recordarme, o por lo menos no hizo ningún intento de huir, pero me observaba con la mirada extraviada. La mujer estaba sentada en la escalera de la caravana y miraba por encima de las cenizas con la expresión de una niña cansada e irreflexiva.

Miré dentro de una o dos de las jaulas. No había señales de los animales, pero el olor que había expulsado al grupo de visitantes era, ciertamente, más intenso. Ese conocido olor acre flotaba en mis narinas. Me acerqué hasta donde estaba la joven.

—Han tenido visitantes —comenté.

—No muchos —respondió ella—. Han venido unos pocos.

Estaba a punto de señalar que no podía esperar que acudieran muchos espectadores si ninguno de los animales de las jaulas estaba dispuesto a hacer su aparición, pero el aspecto alicaído de la muchacha me detuvo. La parte superior del vestido revelaba unos senos pequeños y aniñados, y parecía imposible que a esa

joven pálida la hubieran puesto a cargo, a ella sola, de semejante empresa sentenciada al fracaso. Buscando una excusa que pudiera consolarla, le dije:

—Es muy tarde, está el otro parque de atracciones... —Señalé las jaulas—. Ese olor, además. Tal vez usted esté acostumbrada, pero podría desalentar a la gente. —Me obligué a sonreír—. Lo siento, no quise...

—Lo entiendo —dijo ella en tono casual—. Por eso debemos marcharnos pronto. —Señaló con la cabeza al enano—. Los limpiamos todos los días.

Estaba a punto de preguntar qué animales había en las jaulas —el olor me recordaba el recinto de los chimpancés, en el zoológico— cuando hubo cierta conmoción en la margen del río. Un grupo de marineros, con dos o tres muchachas entre ellos, llegó tambaleándose por el camino de sirga. Saludaron el avistamiento de la casa de fieras con escandalosos gritos. Cogidos todos del brazo, llegaron con paso de borrachos hasta la margen y luego avanzaron, pisoteando la ceniza, hasta las jaulas. El enano se había apartado de su camino y observaba desde las sombras, con el sombrero en la mano, entre dos de los carros.

Los marineros se acercaron a una de las jaulas y colocaron las caras contra los barrotes, dándose codazos en las costillas y silbando en un intento de hacer salir a la bestia de su caseta. Pasaron a la jaula siguiente, tirando unos de otros en una aglomeración de empellones.

Uno de ellos le gritó a la mujer, que estaba sentada en la escalera de la caravana.

—¿Está cerrado o qué? ¡Este condenado no sale de su agujero!

Acto seguido, hubo una explosión de risas. Otro marinero sacudió el bolso de una de las muchachas y después hurgó en sus propios bolsillos.

—Peniques fuera, muchachos. ¿Quién vende las entradas?

El marinero vio al enano y le arrojó una moneda. Un instante después llovió una docena de monedas sobre la cabeza del enano. Él se escurrió, defendiéndose con el sombrero, pero no hizo el menor intento de recoger el dinero.

Los marineros se dirigieron a la tercera jaula. Después de un infructuoso intento de atraer al animal, comenzaron a inclinar el carromato de un lado a otro. Su buen humor estaba empezando a esfumarse. Cuando dejé a la joven y avancé hacia las jaulas, varios marineros habían comenzado a trepar por los barrotes.

De repente una de las puertas se abrió. Cuando chocó contra los barrotes, el ruido desapareció. Todos dieron un paso atrás, como a la espera de que un gigantesco tigre saltara sobre ellos desde su caseta. Dos de los marineros se adelantaron y asieron la puerta con cautela. Mientras la cerraban, uno de ellos se asomó al interior de la jaula. De repente, saltó hacia la entrada. Los demás le gritaron, pero el marinero apartó la paja de un puntapié y caminó hacia la caseta.

—¡Está jodidamente vacía!

Mientras el marinero gritaba, fuera se alzó un rugido de placer. Cerrando la puerta con un golpe —curiosamente, el cerrojo estaba del lado de dentro—, el marinero empezó a hacer cabriolas por la jaula, gesticulando a través de los barrotes, como si



fuese un babuino. Al principio pensé que el marinero debía de haberse equivocado y miré a mi alrededor, a la joven y al enano. Ambos contemplaban al grupo, pero ninguno de ellos daba la menor impresión de que pudiera haber algún peligro proveniente del animal de dentro. Sin duda, cuando el segundo marinero entró en la jaula y arrastró la caseta hasta los barrotes, constaté que estaba desocupada.

Me descubrí contemplando involuntariamente a la joven. ¿Era aquel, entonces, el sentido de esa extraña y penosa casa de fieras, que no había ningún animal, al menos en la mayoría de las jaulas, y que lo que se exhibía en ellas era, sencillamente, nada, solo las propias jaulas, la esencia de la prisión con todas sus ambigüedades? ¿Era aquel un zoológico en abstracto, alguna clase de extravagante comentario sobre el sentido de la vida? Con todo, ni la joven ni el enano parecían lo bastantes sutiles como para hacer una cosa así, y era posible que hubiera una explicación menos enrevesada. Tal vez hubo animales alguna vez, pero fueron muriendo, y la muchacha y su compañero habían descubierto que la gente seguía yendo a mirar las jaulas vacías con la misma fascinación de quienes visitan los cementerios abandonados. Al cabo de cierto tiempo dejaron de cobrar la entrada e iban a la deriva, sin rumbo, de ciudad en ciudad...

Antes de que pudiera continuar esa línea de pensamiento, hubo un grito detrás de mí. Un marinero pasó corriendo y me rozó el hombro. El descubrimiento de la jaula vacía había acabado con toda la moderación y los marineros perseguían al enano por entre los carros. Ante este primer indicio de violencia, la mujer se puso de pie y desapareció dentro del remolque, dejando al pobre enano abandonado a su suerte. Uno de los marineros derribó al hombrecito de una zancadilla y le arrebató el sombrero de la cabeza, mientras la diminuta figura yacía en el polvo, moviendo las piernas en el aire.

El marinero que estaba frente a mí cogió el sombrero y estaba a punto de arrojarlo sobre el techo de uno de los carromatos. Me adelanté y le cogí el brazo, pero él se soltó con un movimiento brusco. El enano ya no estaba a la vista, y otro grupo de marineros intentaba girar uno de los carros y llevarlo hacia el río. Dos de ellos se habían metido en medio de los caballos y trataban de montar a las mujeres sobre sus lomos. El semental gris que había encabezado la comitiva al cruzar el puente echó a correr súbitamente por la orilla del río. Mientras yo corría detrás del animal en medio de la confusión, oí un grito de advertencia a mis espaldas. Se produjo un ruido sordo de cascos sobre la tierra húmeda y sentí el grito de una mujer mientras los caballos pasaban junto a mí a la carrera. Algo me golpeó en la cabeza y el hombro, y caí pesadamente al suelo.

Debieron de haber transcurrido unas dos horas hasta que desperté, tendido en un banco, junto a la orilla. El pueblo estaba en silencio bajo el cielo nocturno y podía oír los sutiles ruidos de una rata topera que andaba por el río, así como el salpicar distante del agua que pasaba bajo el puente. Me senté y me sacudí el rocío que se

había formado sobre mi vestimenta. Más allá por el río, en la oscuridad menguante, estaban los carromatos del circo y las formas inmóviles de los caballos junto al agua.

Una vez me hube serenado, decidí que después de haber sido golpeado por el caballo, el marino me había llevado hasta el banco y me había dejado para que me recuperara cuando pudiera. Sobándome la cabeza y los hombros, miré a mi alrededor en busca de alguna señal del grupo, pero la ribera estaba desierta. Me puse de pie y regresé lentamente al circo, con la vaga esperanza de que el enano pudiera ayudarme a llegar a mi casa.

Después de caminar unos veinte metros, vi moverse algo en una de las jaulas, una forma blanca que se paseaba frente a los barrotes. No había señales del enano ni de la joven, pero los carromatos habían sido devueltos a sus lugares.

De pie en medio de las jaulas, miré vacilante a mi alrededor, consciente de que los ocupantes habían salido finalmente de las casetas. Los cuerpos angulosos y grises resultaban imprecisos en la oscuridad, pero me resultaban tan familiares como el acre olor que me llegaba de las jaulas.

Una voz gritó a mis espaldas una única palabra obscena. Me volví para descubrir su origen, y vi al ocupante de una jaula contemplándome con sus ojos helados. Mientras lo miraba, alzó una mano y movió los dedos en un ademán soez.

Se alzó una segunda voz, seguida por un coro de insultos y groserías. No sin esfuerzo, conseguí aclararme la cabeza y comencé a caminar con precaución alrededor de las jaulas, para asegurarme por última vez de la identidad de los ocupantes. Salvo por la jaula del final, que estaba vacía, todas las demás estaban ocupadas. Las delgadas figuras estaban de pie, a la vista, frente a los barrotes que las protegían de mí, y sus rostros pálidos brillaban en la luz tenue. Por fin, reconocí el olor que procedía de las jaulas.

Mientras me alejaba, sus voces burlonas me llamaban, y la joven mujer, levantada de su cama en la caravana, miraba en silencio desde la escalera.

## LOS ESCULTORES DE NUBES DE CORAL D

Durante todo el verano, los escultores de nubes llegaban desde Vermilion Sands y volaban sus planeadores pintados sobre las torres de coral que se alzaban, como pagodas blancas, junto a la carretera de Lagoon West. La más alta de las torres era Coral D, y ahí el aire que ascendía sobre los arrecifes de arena se coronaba con masas de cúmulos de buen tiempo semejantes a cisnes. Cabalgando a hombros del viento, sobre la corona de Coral D, tallábamos hipocampos y unicornios, retratos de presidentes y estrellas de cine, lagartos y aves exóticas. Mientras la multitud observaba desde sus coches, una lluvia fresca caía sobre los techos polvorientos, el llanto de las nubes esculpidas que navegaban atravesando el suelo del desierto hacia el sol.

De todas las esculturas de nubes que habríamos de tallar, las más extrañas fueron los retratos de Leonora Chanel. Al recordar aquella tarde del último verano, cuando ella llegó en su limusina blanca para observar a los escultores de nubes de Coral D, sé que no comprendimos con cuánta seriedad se tomaba aquella mujer hermosa pero demente las esculturas que flotaban en el cielo sereno sobre su cabeza. Más tarde, sus retratos, esculpidos en el torbellino, llorarían lágrimas de tormenta sobre los cadáveres de los escultores.

Yo había llegado a Vermilion Sands tres meses antes. Como piloto ahora retirado, me estaba acostumbrando con gran esfuerzo a mi pierna rota y a la perspectiva de no volver a volar. Un día, mientras conducía por el desierto, decidí detenerme cerca de las torres de coral, en la carretera de Lagoon West. Mientras contemplaba las enormes pagodas encalladas en el lecho de aquel mar fósil, oí una música que provenía de un arrecife de arena, a unos doscientos metros de distancia. Balanceándome sobre las muletas por la arena resbaladiza, descubrí entre las dunas una cuenca poco profunda, donde unas estatuas sónicas se habían deteriorado, junto a un estudio en ruinas. El propietario se había marchado abandonando el edificio, semejante a un hangar, a las rayas de las arenas y al desierto, y siguiendo un vago impulso empecé a salir en el coche cada tarde. Con los tornos y las vigas que habían dejado ahí construí mis primeras cometas gigantes y, después, planeadores con cabina. Atados por sus cables, flotaban sobre mí en el aire de la tarde como símbolos amistosos.

Un atardecer, recuperaba los planeadores enrollando el cable con el cabrestante, cuando se levantó súbito ventarrón sobre la cima de Coral D. Mientras forcejeaba con la manivela, que giraba como loca, intentando anclar mis muletas en la arena, se aproximaron dos figuras por el suelo desierto. Una era la de un pequeño jorobado, con los ojos demasiado brillantes de un niño y la mandíbula deforme, torcida hacia un

lado como el brazo de un ancla. El jorobado saltó sobre el cabrestante y, tras apartarme a un lado con sus poderosos hombros, recogió el cable de los desbaratados planeadores. Me ayudó a montarme en mi muleta y se asomó al hangar. Dentro, sobre el banco de trabajo, iba tomando forma mi planeador más ambicioso hasta el momento, que ya no era una cometa sino un pequeño velero con timones de profundidad y cables de control.

Se puso una gran mano sobre el pecho.

—Petit Manuel: acróbata y levantador de pesas. ¡Nolan! —gritó—. ¡Mira esto! —Su compañero estaba en cuclillas junto a las esculturas sónicas, cuyas hélices retorció para que sus voces tuvieran mayor resonancia—. Nolan es un artista —me confió el jorobado—. Le construirá planeadores como cóndores.

El hombre alto rondaba los planeadores, tocando las alas con mano de escultor. Un rostro de boxeador aburrido le enmarcaba los ojos taciturnos. Miró la escayola de mi pierna y mi descolorida chaqueta de aviador, tras lo cual señaló los planeadores.

—Le ha puesto cabinas a la mayoría, comandante. —La observación suponía una plena comprensión de mis motivos. Señaló las torres de coral que se elevaban por encima de nuestras cabezas hacia el cielo nocturno—. Con yoduro de plata podríamos esculpir las nubes.

El jorobado asintió, alentándome, con los ojos iluminados por una astronomía de sueños.

Así se formaron los escultores de nubes de Coral D. Aunque me consideraba uno de ellos, yo nunca piloté los planeadores, sino que enseñé a volar Nolan y al pequeño Manuel y, posteriormente, cuando se unió al grupo, también a Charles Van Eyck. Nolan había encontrado a ese rubio pirata de las terrazas de los bares en Vermilion Sands —un teutón lacónico de ojos duros y boca débil— y lo había traído a Coral D cuando acababa la temporada y los turistas adinerados, y sus atractivas hijas, regresaban a Red Beach.

—Comandante Parker; Charles Van Eyck. Es un cazador de cabezas... —comentó Nolan con frío humor—... de vírgenes. —A pesar de su incómoda rivalidad, comprendí que Van Eyck le daría a nuestro grupo una útil dimensión de *glamour*.

Desde el principio sospeché que el estudio del desierto pertenecía a Nolan y que todos estábamos cumpliendo un extraño capricho personal de ese solitario de pelo oscuro. En aquel momento, sin embargo, yo estaba más preocupado en enseñarles a pilotar: primero con el cable, dominando las corrientes ascendentes que barrían la raquítica Coral A, la menor de las torres; luego, las pendientes más pronunciadas de Coral B y C, y por último, las poderosas corrientes de Coral D. Un día, hacia el final de la tarde, cuando comenzaba a recuperar los veleros, Nolan cortó su cable. El planeador cayó en picado hacia atrás, y se desplomó como si fuera a empalarse en las agujas de roca. Me arrojé al suelo en el momento en que el cable cortado azotaba mi coche y hacía añicos el parabrisas. Cuando miré hacia arriba, Nolan planeaba en lo

alto del aire teñido, sobre Coral D. El viento, guardián de las torres de coral, lo llevaba a través de las islas de cúmulos que velaban la luz del atardecer.

Mientras yo corría hacia el cabrestante, el segundo cable cedió y el pequeño Manuel cambió de curso, alejándose para ir a reunirse con Nolan. Cangrejo feo en el suelo, en el aire el jorobado se transformó en un ave de alas inmensas que superaba en el vuelo tanto a Nolan como a Van Eyck. Los contemplé volar en círculos alrededor de las torres de coral y después, al descender planeando juntos por encima del suelo del desierto, sobresaltando a las rayas que se remontaban como nubes de hollín. Petit Manuel estaba eufórico. Se pavoneaba a mi alrededor como un Napoleón de bolsillo, desdeñoso de mi pierna rota, y recogía puñados de vidrios rotos y los lanzaba al aire, sobre su cabeza, como si fueran ramilletes de flores.

Dos meses después, mientras íbamos en el coche hacia Coral D, el día que íbamos a conocer a Leonora Chanel, parte de esta sensación de euforia se había desvanecido. Ahora que la temporada había finalizado, pocos turistas viajaban a Lagoon West, y a menudo realizábamos nuestras esculturas de nubes para la carretera vacía. En ocasiones, Nolan se quedaba en su hotel, bebiendo solo en la cama, o Van Eyck desaparecía durante varios días con una viuda o una divorciada, y Petit Manuel y yo salíamos solos.

No obstante, cuando esa tarde, en que los cuatro íbamos en mi coche, vi las nubes esperándonos sobre la aguja de Coral D, toda mi fatiga y mi depresión se evaporaron. Diez minutos después, los tres planeadores de nubes se elevaban por el aire y los primeros automóviles se detenían en la carretera. Nolan iba a la cabeza en su planeador de alas negras, trepando en línea recta hacia la corona de Coral D, unos sesenta metros más arriba, en tanto Van Eyck planeaba debajo en zigzag, exhibiendo su melena rubia a una mujer de mediana edad sentada en un convertible color topacio. Detrás de ellos iba el pequeño Manuel, cuyas alas listadas como un bastón de caramelo se deslizaban y agitaban en el aire alterado. Gritando alegres obscenidades, Manuel volaba con sus rodillas torcidas y gesticulaba con sus enormes brazos fuera de la cabina.

Los tres veleros, brillantes juguetes pintados, giraban sobre Coral D como aves indolentes, a la espera de que las primeras nubes pasaran ante ellos. Van Eyck se adelantó para coger una nube. Voló alrededor del blanco cojín, rociando los costados con cristales de yoduro y recortando el tejido que parecía un vellón de lana. Los trozos humeantes cayeron sobre nosotros como pedazos de un témpano al desmoronarse. Mientras las gotas de rocío condensado caían sobre mi rostro, vi que Van Eyck le daba forma a una inmensa cabeza de caballo. Subió y bajó volando por larga frente y talló los ojos y las orejas.

Como siempre, la gente que observaba desde los automóviles parecía disfrutar de este trozo de mazapán aéreo. La cabeza se elevó llevada por un viento de Coral D. Van Eyck la siguió, y sus alas holgazaneaban en torno a la cabeza equina. Mientras

tanto, Petit Manuel trabajaba en la nube siguiente. Cuando roció los lados, a través de la neblina apareció una cabeza humana conocida. La melena alta y ondulada, la mandíbula fuerte pero torcida que Manuel caricaturizaba a partir de la nube en una serie de hábiles pasadas, y los extremos de las alas casi se tocaban mientras él entraba y salía del retrato.

La brillante cabeza blanca, una inconfundible parodia de Van Eyck en su peor estilo, cruzó la carretera hacia Vermilion Sands. Manuel bajó deslizándose por el aire y aterrizó su planeador junto a mi coche, al tiempo que Van Eyck salía de su cabina con una sonrisa forzada en los labios.

Esperamos la tercera demostración. Una nube se formó sobre Coral D, y en unos pocos minutos floreció en la forma de un prístino cúmulo de buen tiempo. Mientras flotaba ahí, del sol emergió el planeador de alas negras de Nolan zambulléndose sobre la nube. Planeó rodeándola y recortando su tejido. El blando vellón caía sobre nosotros en forma de lluvia fresca.

De uno de los coches se alzó un grito. Nolan se apartó de la nube; sus alas se deslizaban como si desvelaran la obra. Iluminado por el sol de la tarde, apareció el rostro sereno de un niño de tres años. Los anchos mofletes enmarcaban una boca plácida y una barbilla regordeta. Mientras dos o tres personas aplaudían, Nolan pasó por encima de la nube rizando cintas y bucles en su parte superior.

Yo sabía, sin embargo, que el auténtico clímax aún estaba por llegar. Maldecido por un virus maligno, Nolan parecía incapaz de aceptar su obra, y siempre la destruía con el mismo humor frío. Petit Manuel había arrojado su cigarrillo, y hasta Van Eyck había desviado su atención de las mujeres de los automóviles.

Nolan planeó sobre la cara del niño como un torero a la espera del momento de la estocada mortal. Hubo un minuto de silencio mientras continuaba trabajando en la nube, y entonces alguien cerró de un golpe la puerta de su coche, asqueado. Colgando encima de nosotros estaba la blanca imagen de una calavera.

La cara del niño había desaparecido, transformada por unos pocos trazos, pero en los dientes mellados y en las órbitas abiertas, tan grandes como para contener un coche, aún podíamos ver un eco de sus rasgos infantiles. El espectro pasó flotando sobre nuestras cabezas, y los espectadores arrugaban el ceño ante este cráneo que derramaba lágrimas sobre sus caras.

Sin mucho ánimo, cogí mi antiguo casco de aviador del asiento trasero y fui pasándolo entre los coches. Dos de los espectadores se marcharon antes de que yo llegara. Mientras yo merodeaba vacilante, preguntándome por qué demonios un próspero oficial retirado de la fuerza aérea debía intentar recoger esos escasos billetes, Van Eyck apareció detrás de mí y cogió el casco de mis manos.

—Ahora no, comandante. Vea lo que viene: mi apocalipsis...

Un Rolls-Royce blanco, conducido por un chófer de librea color crema con galones, había salido de la carretera. A través de la ventanilla de comunicación ahumada, una joven mujer vestida con un traje sastre para el día hablaba con el

conductor. Junto a ella, con una mano enguantada que aún sostenía la correa de la ventanilla, una mujer de cabellos blancos con los ojos adornados por joyas contemplaba el girar de las alas del planeador de nubes. Su rostro fuerte y elegante parecía sellado dentro del cristal oscuro de la limusina, como si fuera una enigmática virgen en una gruta marina.

El velero de Van Eyck se elevó por el aire, planeando hacia la nube que flotaba sobre Coral D. Yo regresé a mi coche, escudriñando el cielo en busca de Nolan. Arriba, Van Eyck tallaba una Mona Lisa pastiche, una imagen de postal de *La Gioconda*, tan auténtica como una virgen de yeso. Su acabado lustroso resplandecía en la excesiva luz del sol, como si la hubieran esmaltado con alguna espuma cosmética.

Entonces, Nolan se zambulló desde el sol, a espaldas de Van Eyck. Pasó en su velero de alas negras por delante de él y condujo a través del cuello de la Gioconda, derribando con un golpe de ala la cabeza de anchas mejillas, que cayó hacia los coches aparcados abajo. Las facciones se habían desintegrado, convirtiéndose en una confusión flácida, y fragmentos de la nariz y de la mandíbula caían a través del vapor. Entonces las alas se rozaron. Van Eyck disparó su pistola de aerosol hacia Nolan y hubo una agitación de telas desgarradas. Van Eyck cayó por el aire, conduciendo su planeador a un aterrizaje forzoso. Corría hacia él.

—Charles, ¿tienes que hacerte el Von Richthofen? ¡Por el amor de Dios, dejaos en paz!

Van Eyck me rechazó con un ademán.

—Díselo a Nolan, comandante. No soy yo el responsable de su piratería aérea. — Se quedó en la cabina, mirando por encima de los coches mientras los jirones de tela caían a su alrededor.

Volví a mi coche convencido de que había llegado el momento de disolver los escultores de nubes de Coral D. A unos cincuenta metros de distancia, la joven secretaria del Rolls-Royce había bajado del automóvil y me hacía señas para que me acercara. Su jefa me observaba, con sus ojos enjorjados, por la puerta abierta. El cabello blanco le caía en un bucle sobre uno de los hombros, como una serpiente de nácar.

Le llevé mi casco de piloto a la joven. Sobre la frente alta, tenía el cabello de color caoba recogido en un rodete defensivo, como si ocultara deliberadamente una parte de sí. Contempló desconcertada el casco que yo le tendía.

—Yo no quiero volar. ¿Qué es esto?

—Una donación —le expliqué—. Por el reposo de Miguel Ángel, de Ed Keinholtz y de los escultores de nubes de Coral D.

—Oh, cielos. Creo que el chófer es el único que tiene algo de dinero. Vale. ¿Actúan en alguna otra parte?

—¿Actuar? —Desplacé mi mirada de esta bonita y agradable joven hacia la pálida quimera de ojos enjorjados sentada en la oscura cabina del Rolls. Ella miraba

la figura acéfala de la Mona Lisa que se alejaba por el desierto, hacia Vermilion Sands—. Como usted tal vez haya advertido, no somos una *troupe* profesional. Y, como es evidente, necesitaríamos algunas nubes de buen tiempo. ¿Dónde, exactamente?

—En Lagoon West. —Extrajo del bolso una libreta forrada con piel de serpiente—. La señorita Chanel dará una serie de fiestas aire libre. Se pregunta si estarían interesados en actuar en ellas. Desde luego, la remuneración sería importante.

—¿Chanel... Leonora Chanel, la...?

El rostro de la joven recobró la actitud defensiva, disociándola de lo que pudiese venir a continuación.

—La señorita Chanel pasa el verano en Lagoon West. A propósito, hay una condición que desearía señalar: la señorita Chanel proporcionará el tema único. ¿Lo comprende?

A cincuenta metros de distancia, Van Eyck arrastraba su planeador dañado hacia mi coche. Nolan había aterrizado abandonando una caricatura de Cyrano en medio del aire. Petit Manuel caminaba a trompicones de un lado a otro, recogiendo el equipo. En la luz menguante de la tarde, me recordaron la *troupe* de un circo andrajoso.

—Vale —convine—. Lo entiendo. Pero ¿qué hay de las nubes, señorita...?

—Lafferty, Beatrice Lafferty. La señorita Chanel suministrará las nubes.

Recorrí los coches con el casco y luego repartí el dinero entre Nolan, Van Eyck y Manuel. Se quedaron bajo el atardecer que crecía, con esos pocos billetes en las manos, contemplando la carretera.

Leonora Chanel descendió de la limusina y avanzó hacia el desierto. Su figura de cabellos blancos, enfundada en un abrigo de piel de cobra, deambuló entre las dunas. Las rayas de las arenas se levantaban a su alrededor, inquietas por los movimientos erráticos de ese fantasma que se paseaba tranquilamente en la tarde abrasada. Ignorando los visibles agujones alrededor de sus piernas, la mujer contemplaba el bestiario aéreo que se disolvía en el cielo y la blanca calavera que flotaba a casi dos kilómetros de distancia, sobre Lagoon West, y se había hecho jirones en el cielo.

Cuando la vi por primera vez, observando a los escultores de nubes de Coral D, solo tenía una impresión parcial de Leonora Chanel. Hija de unos de los financieros más importantes del mundo, era heredera tanto por derecho propio como por la muerte de su esposo, un tímido aristócrata monegasco, el conde Louis Chanel. Las misteriosas circunstancias de su muerte en Cap Ferrat, en la Costa Azul, oficialmente descrita como suicidio, habían colocado a Leonora en la primera plana de las noticias y los cotilleos. Ella había huido de todo eso vagando por el globo: desde su villa amurallada en Tánger a una mansión alpina en las nieves sobre Pontresina, y de ahí a Palm Springs, Sevilla y Míkonos.



Durante esos años de exilio, parte de su carácter asomaba en las fotografías de las revistas y los diarios: visitando de mala gana una organización benéfica con la duquesa de Alba, o sentada con Soraya y otros miembros de la *jet set* en la terraza de la villa de Dalí, en Port Lligat, mientras su rostro pagado de sí mismo contempla, con los ojos enjorjados, el mar diamantino de la Costa Brava.

Inevitablemente, su papel estilo Garbo parecía demasiado calculado, siempre minado por las sospechas de su intervención en la muerte de su esposo. El conde había sido un introspectivo *playboy* que pilotaba su propio aeroplano hasta los sitios arqueológicos del Peloponeso y cuya amante, una hermosa joven libanesa, era una de las más notables intérpretes de Bach en el teclado. Por qué se había suicidado ese hombre reservado y agradable, eso era algo que nunca quedó claro. Lo que prometía ser una prueba importante en la indagatoria forense, un retrato mutilado de Leonora que su esposo estaba pintando, acabó destruido por accidente antes de la audiencia. Tal vez aquel cuadro revelaba más del carácter de Leonora de lo que ella prefería ver.

Una semana más tarde, mientras conducía mi automóvil hacia Lagoon West, en la mañana de la primera fiesta al aire libre, podía entender perfectamente por qué Leonora Chanel había venido a Vermilion Sands, un estafalario centro turístico rodeado de arena, con su letargo, su fatiga de la playa y sus perspectivas cambiantes. Las estatuas sónicas crecían sin control a lo largo de la playa y sus voces plañían cuando yo pasaba ante ellas por el camino de la costa. El sílice fundido de la superficie del lago formaba un gigantesco espejo irisado que reflejaba los desquiciados colores de los arrecifes de arena, más vivos aún que los bermellones y fucsias de los veleros que volaban en lo alto. Mientras Nolan, Van Eyck y Petit Manuel los pilotaban desde Coral D, los planeadores parecían intermitentes libélulas en el cielo sobre el lago.

Nos metimos en un paisaje en llamas. A un kilómetro de distancia, las cornisas angulosas de la casa de verano se proyectaban en el aire brillante como si estuvieran distorsionadas por una conexión defectuosa del tiempo y el espacio. Detrás de la casa, como un volcán extinguido, una amplia meseta se alzaba en el aire cristalino, levantando en sus hombros las corrientes térmicas y llevándolas a gran altura por encima del lago caliente.

Envidiando a Nolan y a Petit Manuel esas formidables corrientes ascendentes, más poderosas que cualquiera que nos hubiéramos encontrado antes en Coral D, conduje hacia la villa. Entonces la bruma se desvaneció a lo largo de la playa y vi las nubes.

Flotaban, como las retorcidas almohadas de un gigante insomne, a unos treinta metros de altura sobre la superficie de la meseta. Dentro de las nubes se movían unas columnas de aire turbulento que bullían en dirección ascendente, hacia la cabeza del yunque, como el líquido de un caldero. Esos no eran los plácidos cúmulos de buen tiempo de Coral D, sino nimbos de tormenta, masas inestables de aire sobrecalentado

que podían atrapar un avión y elevarlo trescientos metros en unos pocos segundos. Aquí y allá, los bordes de las nubes presentaban bandas oscuras, sus torres atravesadas por valles y hondonadas. Flotaban cruzando la villa, ocultas del calor del lago por la bruma, y luego, con una serie de cambios violentos se disolvían en el aire desordenado.

Cuando ingresamos al camino de entrada detrás de un camión que transportaba el equipo de *son et lumière*, una docena de miembros del personal estaba acomodando filas de sillas doradas en la terraza y desplegando una tienda.

Beatrice Lafferty avanzó a través de los cables.

—Comandante Parker, ahí tiene las nubes que le prometimos.

Levanté la vista otra vez hacia las oscuras masas que pendían como mortajas sobre la villa blanca.

—¿Nubes, Beatrice? Esos son tigres, tigres con alas. Somos manicuros del aire, no domadores de dragones.

—No se preocupe, una manicura es precisamente lo que esperamos de ustedes. — Con una mirada juguetona, añadió—: ¿Saben sus hombres que debe haber un único tema?

—¿La propia señorita Chanel? Desde luego. —La tomé del brazo mientras caminábamos hacia el balcón que dominaba el lago—. ¿Sabe? Creo que usted disfruta estos apartes maliciosos. Deje que los ricos escojan sus materiales: mármol, bronce, plasma o nube. ¿Por qué no? El del retrato ha sido siempre un arte desatendido.

—Dios mío, aquí no. —Esperé hasta que pasara un camarero con una bandeja de manteles—. Esculpir su propio retrato en el cielo, usando sol y aire... Hay quien diría que eso se parece a la vanidad o hasta a peores pecados.

—Es usted muy misteriosa. ¿Por ejemplo? —Ella jugó con los ojos.

—Eso se lo diré dentro de un mes, cuando expire mi contrato. Ahora, ¿cuándo vendrán sus hombres?

—Ya están aquí.

Señalé el cielo sobre el lago. Los tres planeadores colgaban en el aire sobrecalentado, masas de nubes algodonosas pasaban flotando junto a ellos y acababan disolviéndose en la bruma. Estaban siguiendo un yate de arena que se acercaba al embarcadero; sus neumáticos levantaban el polvo color cereza. Detrás del timonel estaba sentada Leonora Chanel, con un traje sastre de piel de cocodrilo amarilla y sus cabellos blancos ocultos dentro de un gorro de rafia.

Mientras el timonel atracaba el barco, Van Eyck y Petit Manuel improvisaron una exhibición, moldeando los fragmentos de algodón de nube que flotaban a unos treinta metros de altura sobre el lago. Primero, Van Eyck esculpió una orquídea, luego un corazón y un par de labios. Manuel, en tanto, moldeaba la cabeza de un periquito, dos ratones idénticos y las letras «L.C.». Mientras se zambullían y se lanzaban a su alrededor tocando, a veces, el lago con las alas, Leonora estaba de pie en el

embarcadero, saludando cortésmente con la mano cada una de las efímeras creaciones.

Cuando aterrizaron junto al muelle, Leonora esperó a que Nolan cogiera una de las nubes, pero él subía y bajaba sobre el lago, frente a ella, como un ave cansada. Observando a esa extraña señora de la mansión de Lagoon West, advertí que se había sumido en un ensueño íntimo, con la mirada fija en Nolan y olvidada de la gente a su alrededor. Recuerdos, carabelas sin velas, cruzaban los sombríos desiertos de sus ojos abrasados.

Después, al atardecer, Beatrice Lafferty me introdujo en la villa por la ventana de la biblioteca. Ahí, mientras Leonora recibía a sus invitados en la terraza, ataviada con un vestido de zafiros y organdí, cubiertos los pechos únicamente por las gemas que dibujaban su contorno, vi los retratos que poblaban la villa. Conté más de veinte, desde formales retratos de sociedad, pintados en estudios de dibujo, uno de ellos por el presidente de la Real Academia y otro por Annigoni, hasta los extravagantes estudios psicológicos en el bar y el comedor de Dalí y Francis Bacon. Donde fuéramos, por todas partes, en nichos entre las semicolumnas de mármol, en miniaturas doradas sobre las repisas de los hogares, hasta en el mural ascendente que seguía la escalera, vimos el mismo rostro hermoso y pagado de sí mismo. Este colosal narcisismo parecía haberse convertido en su último refugio, el único cobijo para su yo fugitivo que huía del mundo.

Entonces, en el estudio de la azotea, nos encontramos con un gran retrato de caballete que acababa de ser barnizado. El artista había producido una parodia deliberada de los tintes sentimentales y azulinos de los pintores de sociedad que estaban en boga, pero bajo todo ese brillo había visualizado a Leonora como una Medea muerta. La piel estirada debajo de la mejilla derecha, la frente afilada y la mandíbula desencajada le daban el aspecto entumecido y luminoso de un cadáver.

Mis ojos se desplazaron hasta la firma.

—¡Nolan! Dios mío, ¿estaba usted aquí cuando él pintó esto?

—Acabó antes de que yo llegara, hace dos meses. Ella se negó a hacerlo enmarcar.

—No me sorprende. —Me dirigí a la ventana y miré hacia abajo, hacia los dormitorios ocultos por los toldos—. Nolan estuvo aquí. El viejo estudio, cerca de Coral D, era suyo.

—Pero ¿por qué le habrá pedido que regresara? Deben haber...

—Para que pinte otra vez su retrato. Conozco a Leonora Chanel mejor que tú, Beatrice. Esta vez, sin embargo, tendrá el tamaño del cielo.

Dejamos la biblioteca y pasamos junto a los cócteles y los canapés con los que Leonora recibía a sus invitados. Nolan estaba a su lado, vestido con un traje blanco de ante. De cuando en cuando la miraba, como si jugara con las posibilidades que esa mujer obsesionada consigo misma ofrecía a su humor macabro. Leonora se aferraba a

su brazo. Con esos diamantes alrededor de los ojos, me evocaba una arcaica sacerdotisa. Bajo el contorno de joyas, sus pechos parecían dos serpientes ansiosas.

Van Eyck se presentó con una reverencia exagerada. Detrás de él estaba Petit Manuel, evitando los esmóquines nerviosamente con su torcida cabeza.

La boca de Leonora se cerró en un rictus de desagrado. Miró la escayola blanca de mi pie.

—Nolan, llenas tu mundo con tullidos. Tu pequeño enano... ¿También él volará?

Petit Manuel la miró con ojos que parecían flores aplastadas.

La exhibición comenzó una hora después. Al ponerse detrás de la meseta, el sol encendía las nubes de bordes oscuros; espectrales cirros atravesaban el aire como marcos dorados para las inmensas pinturas por venir. El velero de Van Eyck se elevó en la espiral hacia la faz de la primera nube, deteniéndose y subiendo otra vez al tiempo que las turbulentas corrientes ascendentes lo lanzaban por el aire.

Cuando comenzaron a aparecer los pómulos, tan lisos y carentes de vida como si fueran de gomaespuma tallada, se alzó el aplauso de los invitados que estaban sentados en la terraza. Cinco minutos después, cuando el planeador de Van Eyck bajó en picado hacia el lago, pude constatar que se había superado a sí mismo. Iluminado por los reflectores y con la obertura de *Tristán* sonando en los altavoces instalados en la ladera de la meseta, como si hincharan esa gigantesca burbuja, el retrato de Leonora pasó por encima de sus cabezas y de él caía una tenue llovizna. Por fortuna, la nube se mantuvo estable hasta pasar la costa, tras lo cual se deshizo en el aire crepuscular como si una mano irritada la hubiera arrancado del cielo.

Petit Manuel inició su ascenso deslizándose sobre una nube de bordes oscuros como un pilluelo que se acerca a una matrona de mal genio. Planeó hacia delante y hacia atrás, indeciso sobre cómo moldear esta impredecible columna de vapor, luego comenzó a esculpir en ella los contornos aproximados de la cabeza de una mujer. Parecía más nervioso que nunca. Cuando acabó, estalló una segunda ronda de aplausos, seguida inmediatamente de risas e irónicos vítores.

La nube, esculpida hasta conseguir una halagadora semejanza con Leonora, había comenzado a inclinarse, rotando en el aire agitado. La mandíbula se alargó, la sonrisa escarchada se transformó en la sonrisa de un idiota. Al cabo de un minuto, ya invertida, la gigantesca cabeza de Leonora Chanel pendía sobre nosotros.

Ordené discretamente que apagarán los reflectores y la atención del público se volvió hacia el planeador de alas negras de Nolan, que trepaba hacia la nube siguiente. Del aire cada vez más oscuro caían fragmentos de tejido disuelto y el rocío ocultaba la ambigua creación que, fuera cual fuera, estaba esculpiendo Nolan. Para mi sorpresa, el retrato que había surgido era totalmente vívido. Hubo un estallido de aplausos, unos pocos compases de *Tannhäuser*, y los reflectores iluminaron la elegante cabeza. De pie entre sus invitados, Leonora alzó su vaso brindando por el velero de Nolan.

Desconcertado por la generosidad de Nolan, miré aquel rostro resplandeciente con mayor detalle y comprendí lo que había hecho. Con cruel ironía, el retrato era demasiado realista. La curva descendente de la boca de Leonora, el mentón levantado para alisar el cuello, las carnes flojas debajo de su mejilla derecha; todo esto aparecía reflejado en el rostro de la nube, tal como había sido reflejado en su pintura del estudio.

Los invitados rodeaban a Leonora y la felicitaban por la demostración. Ella contemplaba su retrato que empezaba a deshacerse sobre el lago, viéndolo por primera vez. Las venas retuvieron su sangre en el rostro.

En ese momento, una exhibición de fuegos artificiales en la playa eliminó esas ambigüedades con sus explosiones rosadas y azules.

Poco antes del amanecer, Beatrice Lafferty y yo caminábamos por la playa, entre los cartuchos de los cohetes y las girándulas calcinadas. En la oscuridad de la terraza desierta unas pocas luces brillaban sobre las sillas dispersas. Cuando llegamos a la escalera, oímos un grito de mujer que procedía de arriba. Alguien abrió el ventanal de un puntapié y un hombre de cabello negro y traje blanco corrió entre las mesas.

Mientras Nolan desaparecía por el camino privado, Leonora Chanel caminaba hasta el centro de la terraza. Miró las nubes oscuras que se acumulaban rápidamente sobre la meseta, y con una mano se arrancó las gemas de los ojos. Las piedras quedaron parpadeando sobre las baldosas, a sus pies. Entonces, la figura jorobada de Petit Manuel saltó de su escondite en la glorieta para los músicos. Se escurrió por delante de nosotros, corriendo con sus piernas deformes.

En la entrada se encendió un motor. Leonora inició el regreso a la villa, contemplando sus quebrados reflejos en el cristal debajo de la ventana. Se detuvo cuando un hombre alto, de cabellos rubios y ojos fríos y ávidos surgió de las estatuas sónicas fuera de la biblioteca. Alteradas por el ruido, las estatuas habían empezado a gemir. Cuando Van Eyck avanzó hacia Leonora, adquirieron el ritmo lento de sus pasos.

La demostración del día siguiente fue la última de los escultores de nubes de Coral D. Toda la tarde, antes de la llegada de los invitados, había habido una luz débil sobre el lago. Gigantescas filas de nimbos de tormenta se acumulaban detrás de la meseta y toda exhibición parecía improbable.

Van Eyck estaba con Leonora. Cuando llegué, Beatrice Lafferty contemplaba cómo el yate de arena los transportaba a través del lago, con las velas azotadas por la borrasca.

—No hay señales de Nolan ni de Petit Manuel —me dijo—. La fiesta comienza dentro de tres horas.

La tomé del brazo.

—La fiesta ya ha acabado. Bea, cuando acabes con todo esto ven a vivir conmigo

en Coral D. Te enseñaré a esculpir las nubes.

Van Eyck y Leonora desembarcaron media hora después. Al pasar junto a mí, Van Eyck me miró con los ojos desenfocados. Leonora se aferraba a su brazo, y las joyas para el día que le circundaban los ojos dispersaban su luz dura por la terraza.

Hacia las ocho, cuando los primeros invitados comenzaban a llegar, Nolan y Petit Manuel aún no habían aparecido. Sobre la terraza, el atardecer era cálido y luminoso gracias a las lámparas, pero arriba las nubes de tormenta avanzaban sigilosamente, rozándose unas con otras como gigantes intranquilos. Subí la pendiente hasta donde estaban atados los planeadores. Sus alas se estremecían con las corrientes ascendentes.

No había pasado siquiera medio minuto desde que se elevara por el aire cada vez más oscuro, empequeñecido por la inmensa torre de un nimbo de tormenta, y Charles Van Eyck ya giraba hacia el suelo, derribado su velero por el viento enloquecido. Se recuperó a unos quince metros de la villa y trepó sobre las corrientes que ascendían desde el lago, bastante lejos del pecho cada vez más ancho de la nube. Arremetió una vez más. Mientras Leonora y sus invitados observaban desde sus asientos, el velero fue arrojado hacia atrás en una explosión de vapor y cayó al lago con un ala rota.

Fui hacia Leonora. De pie junto al balcón estaban Nolan y Petit Manuel, mirando a Van Eyck salir de la cabina de su planeador, a trescientos metros de distancia.

—¿Por qué te has molestado en venir? —le pregunté a Nolan—. ¡No me digas que vas a pilotar!

Nolan se reclinó en el pasamanos, las manos en los bolsillos del traje.

—No; ese es, precisamente, el motivo por el que estoy aquí, comandante.

Leonora llevaba un vestido de noche, de plumas de pavo real, que se extendía alrededor de sus piernas en la forma de una larga cola. Los cientos de ojos refulgían en el aire eléctrico previo a la tormenta, envolviendo su cuerpo en llamas azules.

—Señorita Chanel, estas nubes están desquiciadas —me disculpé—. Se acerca una tormenta.

Ella me miró con ojos inestables.

—¿No esperan ustedes tener que asumir riesgos? —Indicó con un gesto los nimbos de tormenta que se arremolinaban sobre nuestras cabezas—. Para nubes como estas necesito a un Miguel Ángel de los cielos... ¿Qué hay de Nolan? ¿También él está demasiado asustado?

Cuando ella gritó su nombre, Nolan le clavó los ojos y después nos dio la espalda. La luz sobre Lagoon West había cambiado. La mitad del lago estaba cubierta por una sombría mortaja.

Alguien me tiró de la manga. Petit Manuel me miraba con sus ojos de niño astuto.

—Comandante, déjeme coger el planeador.

—Manuel, por el amor de Dios. Conseguirás matar...

Salió disparado entre las sillas doradas. Leonora frunció el ceño cuando él le tiró de la manga.

—Señorita Chanel... —En su boca floja se formó una sonrisa de aliento—. Yo la esculpiré para usted. Ahora mismo, ¿una gran nube de tormenta, no es así?

Leonora bajó los ojos hacia él, en parte asqueada por ese ávido jorobado que se la comía con los ojos ante los cientos de ocelos de su cola de pavo real. Van Eyck cojeaba de regreso a la playa desde su velero accidentado. Supongo que, en cierto modo extraño, Manuel estaba compitiendo contra Van Eyck.

Leonora hizo una mueca, como si tragara una flema venenosa.

—Comandante Parker, dígame que... —Miró la nube oscura que hervía sobre la meseta como los efluvios de un volcán de corazón negro—. ¡Espere! ¡Veamos lo que puede hacer el pequeño lisiado! Se volvió hacia Manuel con una sonrisa demasiado brillante. —Adelante, pues. ¡Veamos cómo esculpes un torbellino!

En su rostro, el diagrama de sus huesos formó la geometría de un asesinato.

Nolan cruzó la terraza a la carrera, aplastando con sus pies las plumas de pavo real, mientras Leonora reía. Intentamos detener a Manuel, pero él ya corría por la pendiente. Herido por el sarcasmo de Leonora, fue saltando entre las rocas hasta desaparecer en el aire cada vez más oscuro. En la terraza se reunió una pequeña multitud a observar.

El velero amarillo y naranja se elevó en el cielo y trepó por la faz de la nube de tormenta. A cincuenta metros de la masa nebulosa fue azotado por el viento cambiante, pero Manuel continuó planeando y comenzó a recortar aquella faz oscura. Sobre la terraza, a nuestros pies, caían gotas de lluvia negra.

Apareció el primer esbozo de una cabeza de mujer, con unos ojos diabólicos encendidos por los agujeros abiertos en la nube, una boca como una mancha oscura que se deslizaba empujada por la enorme masa nubosa. Desde el lago, mientras subía a su velero, Nolan lanzó un grito de advertencia. Un instante después, el planeador de Manuel subía levantado por una poderosa corriente ascendente y era arrojado sobre el techo de la nube. Batiéndose contra el viento enloquecido, Manuel lanzó el avión hacia abajo y lo condujo nuevamente al interior de la nube. Entonces, el rostro gigantesco se abrió y, en un repentino espasmo, la nube arremetió y engulló el velero.

En la terraza se hizo el silencio mientras el planeador daba vueltas en el centro de la nube. Sobre nuestras cabezas, las piezas desmembradas de las alas y el fuselaje se arremolinaban dentro la cara que se desintegraba. Cuando la nube llegó al lago, inició su violento final. Pedazos del rostro se amontonaron a un lado, la boca estaba desgarrada y un ojo explotó. Desapareció en una última y efímera ráfaga.

Las piezas del planeador de Petit Manuel cayeron del aire resplandeciente.

Beatrice Lafferty y yo cruzamos el lago en el coche para recoger el cuerpo de Manuel. Después del espectáculo de su muerte dentro de la réplica del rostro de su anfitriona, los invitados empezaron a marcharse. Al cabo de pocos minutos, el camino de entrada estuvo atestado de coches. Leonora los contemplaba marcharse, de pie con Van Eyck entre las mesas desiertas.

Beatrice guardó silencio mientras íbamos en el coche. Sobre la arena fundida descansaban los pedazos del planeador destrozado: jirones de lona y montantes rotos, cables de control hechos un nudo. A diez metros de la cabina, encontré el cuerpo de Petit Manuel, hecho un ovillo mojado, como un mono ahogado.

Lo llevé de regreso al yate de arena.

—¡Raymond! —Beatrice señaló la costa. Las nubes de tormenta se acumulaban a lo largo de todo el lago, y los primeros rayos ya caían sobre las colinas detrás de la meseta. En el aire eléctrico, la villa había perdido su esplendor. A un kilómetro de distancia, un tornado avanzaba por el suelo del valle, con su columna inclinada hacia el lago.

La primera ráfaga golpeó el barco. Beatrice gritó otra vez:

—¡Raymond! ¡Nolan está ahí..., volando en su interior!

Entonces vi el planeador de alas negras que giraba bajo el paraguas del huracán, y al propio Nolan montado en el torbellino. Las alas se mantenían estables en el aire que rotaba alrededor del embudo. Planeaba dentro del remolino, semejante a un pez piloto, como si condujera el tornado hacia la villa de Leonora.

Veinte segundos después, cuando el huracán golpeó la casa, perdí de vista a Nolan. Una explosión de aire oscuro aplastó la villa, un remolino de sillas despedazadas y losas que habían estallado en el tejado. Beatrice y yo abandonamos el yate a la carrera, y nos echamos juntos dentro de una grieta de la superficie de cristal. Mientras el tornado se alejaba, desvaneciéndose en el cielo tormentoso, una borrasca oscura colgaba sobre los restos de la villa, levantando escombros aquí y allá. A nuestro alrededor caían jirones de tela y plumas de pavo real.

Esperamos media hora antes de acercarnos a la casa. Cientos de vasos destrozados y sillas rotas tapizaban la terraza. Al principio no conseguí ver ninguna señal de Leonora, aunque su rostro estaba en todas partes, los retratos con los perfiles rajados desparramados sobre las baldosas húmedas. Una sonrisa arremolinada flotaba hacia mí por el aire agitado y se enrolló en mi pierna.

El cuerpo de Leonora estaba tendido entre las mesas rotas, cerca de la pérgola de los músicos, medio envuelto en un lienzo ensangrentado. Ahora su rostro estaba herido como la nube de tormenta que Manuel había intentado esculpir.

Encontramos a Van Eyck entre los restos de la tienda. Estaba suspendido por el cuello de un enredo de cables eléctricos, con el rostro pálido envuelto en una horca de bombillas de luz. La corriente fluía de forma intermitente por los cables, y encendía los bulbos de colores.

Me apoyé en el Rolls volcado, con mis manos sobre los hombros de Beatrice.

—No hay señales de Nolan... ni fragmentos de su planeador.

—Pobre hombre. Raymond, él conducía ese torbellino hacia aquí. De algún modo lo controlaba.

Caminé por la terraza mojada hasta donde yacía Leonora. Comencé a cubrirla con



los jirones de lienzo, sus propios rostros desgarrados.

Me llevé a Beatrice Lafferty a vivir conmigo en el estudio de Nolan, en el desierto, cerca de Coral D. No hemos sabido más de Nolan, ni pilotado los veleros otra vez. Las nubes se llevan consigo demasiados recuerdos. Hace tres meses, un hombre que vio los planeadores abandonados fuera del estudio se detuvo cerca de Coral D y se acercó a nosotros. Nos contó que había visto a alguien pilotar un velero en lo alto, sobre Red Beach, esculpiendo en los cirrostratos imágenes de joyas y rostros de niños. En una ocasión talló la cabeza de un enano.

Pensándolo bien, eso suena mucho a Nolan, así que tal vez se las arregló para escapar del tornado. En los atardeceres, Beatrice y yo nos sentamos entre las estatuas sónicas, escuchando sus voces, mientras las nubes de buen tiempo se elevan sobre Coral D, a la espera de un hombre en un velero de alas negras, ahora quizá listadas como un bastón de caramelo, que llegará en el viento y esculpirá para nosotros imágenes de hipocampos y unicornios, enanos y joyas, y caras de niños.

1967

## POR QUÉ QUIERO FOLLARME A RONALD REAGAN

### *Durante esas fantasías asesinas*

Ronald Reagan y la catástrofe automovilística conceptual. Se han llevado a cabo numerosos estudios en pacientes con paresia terminal (PG), colocando a Ronald Reagan en una serie de colisiones automovilísticas simuladas; v. g., colisiones múltiples, colisiones frontales, ataques a comitivas. (Las fantasías de asesinatos presidenciales continúan siendo una preocupación, sujetos que exhiben una acentuada fijación polimórfica con el montaje de parabrisas y maleteros). Unas potentes fantasías eróticas de carácter anal sádico rodeaban la imagen del candidato presidencial. Se les pidió a los sujetos que construyeran la víctima de la catástrofe automovilística óptima colocando una réplica de la cabeza de Reagan en fotografías no retocadas de víctimas mortales de accidentes de tránsito. En el ochenta y dos por ciento de los casos se seleccionaron grandes colisiones traseras, con una preferencia por la materia fecal extraída y las hemorragias rectales. Se realizaron otras pruebas con el fin de determinar el año y modelo óptimos. Estas indicaron que un modelo de tres años con víctimas infantiles proporciona el máximo de excitación en la audiencia (confirmado por los estudios del fabricante sobre la catástrofe automovilística óptima). Se espera construir un módulo rectal de Reagan y de la catástrofe automovilística de excitación maximizada de la audiencia.

### *Tallis estaba cada vez más obsesionado*

Los estudios cinematográficos de Ronald Reagan exhiben patrones característicos de tono facial y musculatura asociados con el comportamiento homoerótico. La tensión constante de los esfínteres orales y el papel recesivo de la lengua coinciden con los estudios anteriores sobre rigidez facial (*cf.*, Adolf Hitler, Nixon). Las películas en cámara lenta de los discursos de campaña ejercieron un acentuado efecto erótico sobre una audiencia de niños espásticos. Se descubrió que el efecto del material verbal es mínimo aun en los adultos maduros, tal como prueba su sustitución por una cinta editada en la que se expresan opiniones diametralmente opuestas. Las películas análogas de imágenes rectales mostraron un brusco aumento significativo de las fantasías antisemitas y de campos de concentración.

### *con las partes pudendas del candidato presidencial*

La incidencia de orgasmos en las fantasías de coito con Ronald Reagan. Se les suministró a los pacientes el kit de montaje de fotografías de parejas sexuales durante

el coito. En cada caso se superpuso la cara de Ronald Reagan a la de la pareja original. El coito vaginal con «Reagan» probó ser homogéneamente decepcionante, y le produjo un orgasmo al dos por ciento de los sujetos. Los modos axilar, oral, umbilical, auditivo y orbital produjeron erecciones proximales. El modo preferido de acceso probó ser, de forma apabullante, el rectal. Después de un curso preliminar de anatomía, se halló que el ciego y el colon transverso también proporcionaron excelentes lugares de estimulación. En un extremo, el doce por ciento de los casos, el ano reconstruido de una cirugía poscolostómica originó un orgasmo espontáneo en el noventa y ocho por ciento de las penetraciones. Se elaboraron películas cinematográficas multipista de «Reagan» realizando el coito durante: a) discursos de campaña, b) colisiones automovilísticas traseras con cambio de modelo de uno y tres años, c) con montajes de escape trasero, y d) con víctimas de atrocidades infantiles vietnamitas.

*que llegaban a él a través de mil pantallas de televisión.*

Fantasías sexuales en relación con Ronald Reagan. Los genitales del candidato presidencial ejercieron una fascinación constante. Se construyó una serie de genitales de utilería utilizando: a) partes de la boca de Jacqueline Kennedy, b) el tubo de escape de un Cadillac, c) el kit de montaje del prepucio del presidente Johnson, y d) un niño víctima de abusos sexuales. En el ochenta y nueve por ciento de los casos, los genitales contruidos originaron una elevada incidencia de orgasmos autoinducidos. Las pruebas indican la naturaleza masturbatoria de la postura del candidato presidencial. Se constató que los muñecos compuestos de modelos plásticos de los genitales sustitutos de Reagan producen un efecto perturbador en los niños desfavorecidos.

*Los estudios cinematográficos de Ronald Reagan*

El peinado de Reagan. Se llevaron a cabo estudios sobre la acentuada fascinación que ejerce el peinado del candidato presidencial. El sesenta y cinco por ciento de los sujetos masculinos estableció relaciones positivas entre el peinado y su propio vello público. Se elaboró una serie de peinados óptimos.

*crearon un escenario de orgasmo conceptual,*

El papel conceptual de Reagan. Se utilizaron fragmentos de las posturas cinetizadas de Reagan en la elaboración de psicodramas modelo en los cuales la figura de Reagan interpretaba el papel de esposo, doctor, vendedor de seguros, asesor matrimonial, etcétera. El hecho de que estos papeles no expresaran ningún significado muestra el carácter disfuncional de Reagan. El éxito de Reagan, en consecuencia, indica la necesidad periódica de la sociedad de reconceptualizar a sus líderes políticos. Reagan

aparece, por ende, como una serie de conceptos posturales, ecuaciones básicas que reformulan los papeles de agresión y analidad.

*una singular ontología de violencia y catástrofe.*

La personalidad de Reagan. Se puede esperar que la profunda analidad del candidato presidencial domine Estados Unidos en los años por venir. En cambio, el difunto J. F. Kennedy siguió siendo el prototipo del objeto oral, concebido normalmente en términos prepuberales. En estudios posteriores se les suministró a psicópatas sádicos la tarea de diseñar fantasías sexuales que incluyeran a Reagan. Los resultados confirman la probabilidad de que las figuras presidenciales sean percibidas principalmente en términos genitales. El rostro de L. B. Johnson es claramente genital en aspectos significativos: el prepucio nasal, la mandíbula escrotal, etcétera. Los rostros fueron percibidos o bien como circuncisos (JFK, Jruschov), o bien como incircuncisos (LBJ, Adenauer). En pruebas de kit de montaje, la cara de Reagan fue percibida de manera uniforme como una erección peneana. Se alentó a los pacientes a diseñar el sexo-muerte óptimo de Ronald Reagan.

1968

## EL ASTRONAUTA MUERTO

Cabo Kennedy ya no existe; sus plataformas de lanzamiento se alzan desde las dunas desiertas. La arena ha entrado por Banana River y ha obliterado los canales, transformando el antiguo complejo espacial en una tierra salvaje de pantanos y hormigón fracturado. En el verano, los cazadores utilizan los restos de los coches oficiales como escondite, pero para principios de noviembre, cuando llegamos Judith y yo, toda la zona estaba desierta.

Al paso por Cocoa Beach, donde detuve el coche, los moteles en ruinas estaban medio ocultos bajo la hierba. Las torres de lanzamiento se elevaban en el aire del atardecer como símbolos oxidados de una olvidada álgebra celeste.

—La valla que rodea el perímetro está unos ochocientos metros más adelante — dije—. Esperaremos aquí hasta que oscurezca. ¿Te sientes mejor?

Judith tenía la vista clavada en el gigantesco embudo de una nube de color cereza que parecía arrastrar el día detrás del horizonte, y que se llevaba consigo la luz del deslucido cabello rubio de Judith. La tarde anterior, en el hotel de Tampa, se había sentido enferma, sin causa aparente, durante un breve lapso.

—¿Qué sucederá con el dinero? —preguntó ella—. Puede que ahora que estamos aquí quieran más.

—¿Cinco mil dólares? Es suficiente, Judith. Estos cazadores de reliquias son una raza que agoniza; queda poca gente interesada en Cabo Kennedy. ¿Qué ocurre?

Sus dedos delgados estiraban el cuello de su chaqueta de ante.

—Yo... es que, tal vez, deberías haberte vestido de negro.

—¿Por qué? Judith, no es un funeral. Por el amor de Dios, hace ya veinte años que Robert está muerto. Entiendo lo que significó para nosotros, pero...

Judith tenía la mirada clavada en los restos de neumáticos y coches abandonados. Sus ojos pálidos estaban tranquilos en su rostro macilento.

—Philip, no lo entiendes: él regresa. Aquí debería haber alguien más. El servicio fúnebre que transmitieron por la radio fue una horrible farsa. Dios mío, ese sacerdote habría sufrido una conmoción si Robert le hubiera respondido. Debería haber un comité de recepción oficial, no solo tú y yo, y estas discotecas vacías.

Con voz más firme, dije:

—Judith, habría un comité de recepción, si le dijéramos a la fundación de la NASA lo que sabemos. Entonces enterrarían los restos en la cripta de la NASA, en Arlington. Habría una banda, hasta puede que acudiera el presidente. Todavía estamos a tiempo.

Esperé a que me respondiera, pero ella observaba cómo iban desapareciendo las plataformas en el cielo nocturno. Quince años antes, cuando todos olvidaron al

astronauta muerto que orbitaba la Tierra en una cápsula quemada, Judith se había constituido en una comitiva fúnebre de un solo miembro. Tal vez en unos pocos días, cuando finalmente tuviera en sus manos las últimas reliquias del cuerpo de Robert Hamilton, ella asumiría su obsesión.

—¡Philip, ahí! Esa es...

En lo alto del cielo, al oeste, entre las constelaciones de Cefeo y Casiopea, un punto de luz blanca se movía hacia nosotros como una estrella extraviada en busca de su zodiaco. Pocos minutos después, pasó por encima de nuestras cabezas y su tenue radiofaro desapareció detrás de los cirros, sobre el mar.

—Está bien, Judith. —Le mostré los horarios de la trayectoria apuntados en mi libreta—. Los cazadores de reliquias interpretan estas órbitas celestes mejor que cualquier ordenador. Deben de llevar años observando sus rutas.

—¿Quién era?

—Una astronauta rusa, Valentina Prokrovna. La lanzaron desde algún lugar cercano a los Urales, hace veinticinco años, para trabajar en un sistema de repetición televisiva.

—¿Televisión? Espero que hayan disfrutado el programa.

Esa observación cruel, realizada por Judith al tiempo que bajaba del coche, me hizo advertir, una vez más, sus verdaderos motivos para ir a Cabo Kennedy. Contemplé cómo desaparecía la cápsula de la mujer muerta sobre la oscura corriente del Atlántico, conmovido, como siempre, por el trágico aunque sereno espectáculo del regreso de uno de aquellos fantasmales viajeros, después de tantos años, de los canales mareales del espacio. Todo lo que yo sabía de esa mujer era su nombre en clave: Gaviota. Con todo, y por algún motivo, me alegraba estar ahí en el momento de su descenso. Judith, en cambio, no sentía nada de eso. Todos esos años que se había pasado sentada en el jardín durante los fríos anocheceres, demasiado cansada para irse a la cama, la había sostenido su interés por uno solo de los doce astronautas muertos que orbitaban el cielo nocturno.

Mientras ella aguardaba, de espaldas al mar, yo conduje el coche hasta el garaje abandonado de una discoteca, a unos cincuenta metros de la carretera. Saqué el equipaje del maletero. Una ligera maleta de viaje con nuestra ropa y otra maleta de dos asas, forrada por dentro con papel de aluminio, que estaba vacía.

Partimos rumbo al norte, hacia la valla que rodeaba el perímetro, como dos visitantes tardíos que llegaron a un centro turístico abandonado desde hace años.

Habían pasado ya veinte años desde que los últimos cohetes abandonaron sus plataformas de lanzamiento en Cabo Kennedy. Por aquel entonces, la NASA ya nos había trasladado, a Judith y a mí —yo era un experimentado programador de vuelo— al flamante gran Complejo Espacial Planetario de Nuevo México. Poco después de nuestra llegada, conocimos a uno de los astronautas en período de entrenamiento, Robert Hamilton. Tras dos décadas, todo lo que yo podía recordar de aquel joven

excesivamente cortés, pero de ojos penetrantes y cabellos opalinos, era su piel albina, tanto como los ojos pálidos y el cabello opalino de Judith: el mismo gen frío los atravesaba a los dos con su palidez ártica. Fuimos amigos íntimos solo durante seis semanas. El enamoramiento de Judith fue, en realidad, uno de esos confusos impulsos sexuales que las jóvenes de buena cuna expresan de una forma particularmente ingenua. Mientras los observaba nadar y jugar al tenis, no me sentía tan dolido como preocupado por prolongar para ella toda aquella pasajera ilusión.

Un año más tarde, Robert Hamilton estaba muerto. Había regresado a Cabo Kennedy para los últimos vuelos militares antes de que se clausurara la base de lanzamiento. Tres horas después del despegue, una rara colisión con un meteorito había dañado su sistema de suministro de oxígeno. Vivió cinco horas más dentro de su traje. Aunque al principio estaba tranquilo, sus últimas transmisiones por radio fueron unos balbuceos incoherentes que no nos permitieron escuchar jamás, ni a Judith ni a mí.

Había muerto una docena de astronautas en accidentes orbitales, y se había dejado que las cápsulas dieran vueltas por el cielo nocturno como estrellas de una nueva constelación. Al principio, Judith no había reaccionado. Más tarde, tras su aborto, la figura del astronauta muerto girando en el cielo sobre nuestras cabezas resurgió en su mente en la forma de una obsesión por el tiempo. Fijaba la vista en el reloj del dormitorio durante horas, como a la espera de que sucediera algo.

Cinco años más tarde, después de mi renuncia presentada a la NASA, hicimos nuestro primer viaje a Cabo Kennedy. Unas cuantas unidades militares aún custodiaban las plataformas abandonadas, pero ahora la antigua zona de lanzamiento se usaba como cementerio para satélites. Cuando las cápsulas muertas perdían velocidad orbital, regresaban a su radiofaro maestro. Del mismo modo que los vehículos estadounidenses, los satélites rusos y franceses de los proyectos euroamericanos también eran conducidos hacia allí, donde los cascos abrasados de las cápsulas sobresalían a través del hormigón fracturado.

Además, en Cabo Kennedy ya había cazadores de reliquias que registraban la hierba en busca de tableros de instrumentos, trajes espaciales y, lo más valioso de todo, los cadáveres momificados de los astronautas muertos.

Esos fragmentos ennegrecidos de clavículas y tibias, de rótulas y costillas, eran las reliquias peculiares de la era espacial, tan valoradas como los huesos de los santos de los altares medievales. Después del primer accidente mortal en el espacio, el clamor popular exigió que estos féretros en órbita fueran devueltos a la Tierra. Por desgracia, cuando un cohete que regresaba de la Luna cayó en el desierto del Kalahari, los aborígenes invadieron el vehículo. Con la creencia de que los miembros de la tripulación eran dioses, cercenaron las ocho manos y desaparecieron en la espesura. Había llevado dos años encontrarlos. Desde entonces, las cápsulas se dejaron en sus órbitas, para que se calcinaran durante el reingreso.

Los restos que sobrevivían al impacto del aterrizaje en el cementerio de satélites

eran recogidos por los cazadores de reliquias de Cabo Kennedy. Esta banda nómada llevaba años viviendo en los restos de los coches y los moteles, robando sus iconos en las narices de los guardias que patrullaban las plataformas de hormigón. A principios de octubre, cuando un antiguo colega mío de la NASA me dijo que el satélite de Robert Hamilton había comenzado a desestabilizarse, conduje hasta Tampa y empecé a hacer averiguaciones sobre el precio de venta de los restos mortales de Robert. Cinco mil dólares era un precio pequeño para poner a aquel fantasma a descansar en la mente de Judith.

A unos ochocientos metros del camino, cruzamos la valla que rodeaba el perímetro. Aplastados por los médanos, grandes trozos de la empalizada de seis metros de altura se habían derrumbado y la hierba crecía a través de la malla de acero. Más abajo, el camino abandonado pasaba junto a una caseta de vigilancia y se dividía en dos senderos pavimentados. Mientras esperábamos en ese lugar de encuentro, los faros de los vehículos semiorugas de los guardias lanzaban destellos entre las plataformas, cerca de la playa.

Al cabo de cinco minutos, un hombre menudo, de rostro oscuro, bajó del asiento trasero de un coche enterrado en la arena, a unos cincuenta metros de distancia. Con la cabeza baja, se apresuró hasta donde estábamos nosotros.

—¿El señor y la señora Groves? —Tras una pausa para escudriñar nuestros rostros, se presentó lacónicamente—: Quinton, Sam Quinton.

Al estrechar mi mano, sus dedos, semejantes a zarpas, examinaron los huesos de mi muñeca y antebrazo. Su fina nariz describía círculos en el aire. Tenía los ojos de un pájaro nervioso que escrutara eternamente las dunas y la hierba. Un cinturón del ejército le colgaba alrededor de los vaqueros con parches negros. Movía incesantemente sus manos en el aire, como si dirigiera una orquesta de cámara oculta detrás de los médanos, y noté sus manos llenas de cicatrices. Enormes cicatrices redondas que parecían estrellas pálidas en la oscuridad.

Por un instante pareció decepcionado con nosotros, casi remiso a continuar. Después partió con paso rápido a través de las dunas. De cuando en cuando nos dejaba andar a tientas. Al cabo de media hora, cuando entramos en una depresión poco profunda, cerca de una planta de piscinas transformadoras de amoníaco, Judith y yo ya estábamos agotados. Arrastramos nuestras maletas sobre los neumáticos viejos y el alambre de espino.

Habían desmontado un grupo de cabañas de su sitio original, en la playa, y habían vuelto a montarlas en la cuenca. Eran habitaciones aisladas y se inclinaban en la arena oblicua. Sus paredes exteriores estaban decoradas con repisas y papel floreado.

La depresión estaba repleta de objetos espaciales recuperados: secciones de cápsulas, escudos de calor, antenas y contenedores de paracaídas. Cerca del casco mellado de un satélite meteorológico había dos hombres de tez cetrina, vestidos con chaquetas de piel de oveja, sentados en un automóvil. El mayor de ellos llevaba una



raída gorra de la Fuerza Aérea calada hasta los ojos. Con sus manos repletas de cicatrices pulía el visor de acero de un casco espacial. El otro, un hombre joven, con una barba rala que le ocultaba la boca, nos observaba con la mirada distante y neutra de un enterrador.

Entramos en la más grande de las cabañas, dos habitaciones tomadas de la parte trasera de una casa de playa. Quinton encendió una lámpara de parafina. Señaló alrededor, el sórdido interior.

—Estarán... cómodos —dijo sin convicción. Cuando Judith lo miró sin disimular su desagrado, él añadió intencionadamente—: No tenemos muchas visitas.

Coloqué las maletas sobre la cama de metal. Judith entró en la cocina y Quinton empezó a abrir la maleta vacía.

—¿Está aquí?

Saqué dos fajos de cien dólares de mi chaqueta. Cuando se los hube entregado, le dije:

—Esa maleta es para los... restos. ¿Es lo bastante grande?

Quinton me miró a través de la luz color rubí como si mi presencia en ese lugar lo desconcertara.

—Podría haberse ahorrado la molestia. Han estado ahí arriba mucho tiempo, señor Groves. Después del impacto —por algún motivo, lanzó una mirada lasciva hacia Judith—, tal vez habría suficiente para un juego de ajedrez.

Cuando se marchó, fui hasta la cocina. Judith estaba de pie junto al horno, con sus manos sobre una caja de latas de comida. Miraba aquel resto de metal con fijeza a través de la ventana, el desecho del cielo que todavía llevaba a Robert Hamilton en su centrífuga oxidada. Por un instante, tuve la sensación de que todo el paisaje de la Tierra estaba tapizado de basura y que allí, en Cabo Kennedy, habíamos descubierto su origen.

Puse mis manos sobre sus hombros.

—Judith, ¿todo esto tiene algún sentido? ¿Por qué no regresamos a Tampa? Yo podría volver aquí en diez días, cuando todo esto haya acabado...

Ella se volvió y se alejó; sus manos frotaron el ante de la chaqueta donde mis manos habían dejado marcas.

—Philip, quiero estar aquí. No importa cuán desagradable sea. ¿Lo entiendes?

A medianoche, cuando hube acabado de preparar una pequeña cena para nosotros, ella estaba de pie sobre la pared de hormigón de una de las piscinas de transformación. Los tres cazadores de reliquias estaban sentados en los asientos de sus coches, contemplándola sin moverse. Sus manos llenas de cicatrices parecían llamas en la oscuridad.

A las tres de la mañana, mientras yacíamos despiertos en la cama estrecha, Valentina Prokrovna bajó del cielo. Entronizada en un ataúd de aluminio ardiente de trescientos metros de ancho, pasó volando en su órbita final. Cuando salí al aire de la noche, los

cazadores de reliquias se habían marchado. Desde el borde de la piscina de transformación, los observé correr entre las dunas, saltando como liebres sobre neumáticos y alambres.

Volví a la cabaña.

—Judith, ella ya viene. ¿Quieres mirar?

Judith estaba tumbada en la cama, con el cabello rubio envuelto en una toalla blanca y la mirada perdida en el agrietado cielo raso de yeso. Poco después de las cuatro, estando yo sentado junto a ella, una luz fosforescente invadió la depresión. Se oyó el ruido de explosiones distantes, ahogado por los altos muros de las dunas. Hubo destellos, seguidos de ruido de motores y sirenas.

Al amanecer, los cazadores de reliquias regresaron, las manos envueltas en vendajes improvisados, arrastrando con ellos su botín.

Después de este deprimente ensayo, Judith entró en un período de repentina e inesperada actividad. Como si preparara la cabaña para algún invitado, volvió a colgar las cortinas y barrió las dos habitaciones con prolijo cuidado; hasta se obligó a pedirle a Quinton una botella de limpiador. Estuvo horas sentada frente al tocador, cepillándose y dándole forma a su cabello, probando un peinado primero y luego otro. La contemplé palparse los hoyos de las mejillas, buscar los contornos de una cara que había desaparecido hacía veinte años. Cuando hablaba de Robert Hamilton, parecía preocupada de que él la encontrara vieja. Otras veces, se refería a Robert como si fuera un niño, el hijo que ella y yo nunca conseguimos concebir, después de su aborto. Estos diferentes papeles se sucedían unos detrás de otros como escenas de un psicodrama privado. Con todo, sin saberlo, Judith y yo habíamos utilizado a Robert Hamilton por nuestros propios motivos. A la espera de que aterrizara, y perfectamente consciente de que después de eso Judith no tendría a nadie a quien acudir, salvo a mí, no dije nada.

Entretanto, los cazadores de reliquias trabajaban en los fragmentos de la cápsula de Valentina Prokrovna: el escudo de calor lleno de burbujas, el bastidor de la unidad de radioteleimetría y varias latas de película que habían grabado la colisión y el momento de su muerte. (Estas, si aún estaban intactas, alcanzarían el precio más alto: películas de una violencia horrorosa y onírica que serían exhibidas en los cines clandestinos de Los Ángeles, Londres y Moscú). Al pasar junto a la cabaña siguiente, vi un deshilachado traje espacial plateado, extendido sobre dos asientos de automóvil. Quinton y los cazadores de reliquias estaba de rodillas ante el traje, hundidos sus brazos en las piernas y las mangas, mirándome con el arrobo y los ojos sensibles de un joyero.

Una hora antes del alba, me despertó el ruido de unos motores que avanzaban por la playa. En la oscuridad, los tres cazadores de reliquias se agazaparon junto a la piscina de transformación, iluminados sus rostros enjutos por los faros. Una larga caravana

de camiones y vehículos semiorugas avanzaba por la zona de lanzamiento. De las puertas traseras de los vehículos salieron soldados que descargaron tiendas y víveres.

—¿Qué hacen? —pregunté a Quinton—. ¿Nos buscan a nosotros?

El hombre mayor se protegió los ojos con su mano cubierta de cicatrices.

—Es el ejército —dijo, titubeando—. Maniobras, quizá. Nunca antes han venido así.

—¿Qué hay de Hamilton? —Le cogí el brazo huesudo—. ¿Está seguro de...?

Quinton me apartó de un empujón, en una muestra de temperamento nervioso.

—Lo recogeremos primero. No se preocupe, vendrá antes de lo que ellos creen.

Dos noches después, tal como había profetizado Quinton, Robert Hamilton inició su descenso final. Desde las dunas cercanas a las piscinas de transformación, lo observamos surgir de las estrellas en su último trayecto. Reflejadas por las ventanillas de los coches enterrados, en la hierba a nuestro alrededor fulguraban mil imágenes de la cápsula. Detrás del satélite se abrió un gran abanico de rocío plateado, como una estela fantasma.

En el campamento del ejército, junto a las plataformas de lanzamiento, se produjo un estallido de actividad. Desde la llegada de esas unidades militares, se había hecho evidente para mí, y quizá también para Quinton, que lejos de estar de maniobras, se estaban preparando para el aterrizaje de la cápsula de Robert Hamilton. Una docena de semiorugas había estado dando vueltas alrededor de las dunas, pegándoles fuego a las cabañas abandonadas y aplastando los cuerpos de los viejos coches. Había pelotones de soldados reparando la valla que rodeaba el perímetro y reemplazando las partes de la carretera adoquinada que los cazadores de reliquias habían desmantelado.

Poco después de la medianoche, con una elevación de cuarenta y dos grados, entre las constelaciones de Lira y Hércules, Robert Hamilton hizo su última aparición. Mientras Judith se ponía de pie y lanzaba un grito al aire nocturno, una enorme espada de fuego hendió el cielo. El halo en expansión avanzó hacia nosotros a gran velocidad, como una gigantesca bengala, iluminando cada fragmento del paisaje.

—¡Señora Groves! —Quinton se abalanzó sobre Judith y la obligó a agazaparse entre la hierba en el momento en que ella echaba a correr hacia el satélite que se aproximaba. A trescientos metros de distancia, se alzaba la silueta de un vehículo semioruga sobre una duna solitaria, opacados, sus débiles reflectores, por el fulgor que llegaba del cielo.

Con un débil suspiro metálico, la cápsula ardiente del astronauta muerto pasó volando por encima de nuestras cabezas, mientras de su casco caía metal vaporizado. Pocos segundos después, mientras yo me protegía los ojos del resplandor, hubo una explosión de arena a mis espaldas. Una cortina de polvo se alzó en el aire que se oscurecía, como un vasto espectro de hueso pulverizado. El ruido del impacto retumbó entre las dunas. Cerca de las plataformas de lanzamiento hubo un parpadeo

de fuegos en cada sitio donde había aterrizado un fragmento de la cápsula. Una mortaja de gas fosforescente flotaba en el aire, y dentro de ella las partículas se unían y parpadeaban.

Judith se había marchado corriendo detrás de los cazadores de reliquias, a través de los haces de los reflectores que se movían de un lado a otro. Cuando los alcancé, los últimos fuegos de la explosión morían entre las grúas. La cápsula había aterrizado cerca de las antiguas plataformas de lanzamiento Atlas, causando un cráter poco profundo de unos cincuenta metros de diámetro. Dispersas por las pendientes había partículas, que resplandecían y brillaban como ojos, que se iban apagando. Judith corría de un lado a otro, desconsolada, buscando fragmentos de metal en llamas.

Alguien me golpeó el hombro. Quinton y sus hombres, con las manos cubiertas de cicatrices llenas de cenizas calientes, pasaron a la carrera como un escuadrón de dementes, con los ojos desorbitados en aquella noche delirante. Mientras escapábamos de los reflectores, me volví a mirar la playa. Las grúas estaban envueltas en un pálido halo plateado que flotaba como un espectro moribundo hacia el mar.

Al amanecer, mientras los motores gruñían entre los médanos, recogimos los restos mortales de Robert Hamilton. El hombre mayor acudió a nuestra cabaña. Mientras Judith miraba desde la cocina, secándose las manos con una toalla, el hombre me entregó una caja de zapatos. La sostuve en mis manos.

—¿Esto es todo lo que pudieron conseguir?

—Es todo lo que había. Mírelos, si quiere.

—Está bien. Nos iremos dentro de media hora.

Él negó con la cabeza.

—Ahora no. Están por todas partes. Si usted sale, nos encontrarán.

Esperó a que yo abriera la caja de cartón, luego hizo una mueca y salió a la luz pálida.

Nos quedamos otros cuatro días, mientras las patrullas del ejército registraban las dunas de los alrededores. Día y noche, los semiorugas se movían pesadamente entre los restos de los automóviles y las cabañas. Una vez, mientras observaba con Quinton desde una torre de agua caída, un semioruga y dos todoterrenos se acercaron a unos cuatrocientos metros de la cuenca, detenidos tan solo por el hedor de las piscinas de transformación y las grietas en la calzada de hormigón.

Durante ese tiempo, Judith permaneció sentada en la cabaña, con la caja de zapatos en su regazo. No me dirigió la palabra, como si hubiera perdido todo interés por mí y por ese hoyo, en Cabo Kennedy, repleto de restos recuperados. Se peinaba el cabello y se volvía a maquillar de forma mecánica.

El segundo día, volví después de ayudar a Quinton a enterrar las otras cabañas hasta las ventanas, y encontré a Judith de pie junto a la mesa.

La caja de zapatos estaba abierta. En el centro de la mesa había un montón de palitos chamuscados, como si hubiera intentado encender una fogata. Entonces comprendí qué era. Mientras removía las cenizas con un dedo, de las articulaciones cayeron unos copos grises, revelando las puntas óseas de un puñado de costillas, y una mano y un omóplato derechos.

Ella me contempló con ojos perplejos.

—Son negros —dijo.

La estreché entre mis brazos y me tendí con ella, en la cama. Un altavoz reverberaba entre las dunas. Fragmentos de las órdenes amplificadas retumbaban en las ventanas.

Cuando se alejaron, Judith dijo:

—Ahora podemos marcharnos.

—Falta poco, cuando se vayan. ¿Qué hacemos con esto?

—Enterrarlo. En cualquier lugar, no importa. —Por fin parecía sosegada, y me sonreía como si estuviera de acuerdo en que aquella lúgubre farsa hubiese concluido por fin.

Sin embargo, cuando hube colocado los huesos en la caja de zapatos y levantado las cenizas de Robert Hamilton con una cuchara de postre, ella los mantuvo consigo y los llevó a la cocina mientras preparaba nuestra comida.

Al tercer día caímos enfermos.

Después de una larga noche llena de ruidos, encontré a Judith sentada frente el espejo, peinando gruesos mechones de pelo de su cabeza. Tenía la boca abierta, como si sus labios se hubieran manchado con ácido. Me impactó ver la blancura leprosa de su rostro mientras se sacudía los cabellos caídos de la falda.

Me puse de pie con dificultad y avancé con indiferencia hasta la cocina, donde me quedé mirando el jarro de café frío. Una sensación de indefinible agotamiento se apoderó de mi cuerpo, como si mis huesos se hubieran ablandado y perdido toda su rigidez.

En las solapas de mi chaqueta había cabellos sueltos, como desechos rizados.

—Philip... —Judith vino hacia mí, tambaleándose—. ¿Te sientes...? ¿Qué es?

—El agua. —Eché el café en el fregadero y me acaricié la garganta—. Debe de estar en mal estado.

—¿Podemos irnos? —Se llevó una mano a la frente. Sus frágiles uñas volvieron con un puñado de pelo deshilachado de color ceniza—. ¡Philip, por el amor de Dios! ¡Estoy perdiendo todo el cabello!

Ninguno de nosotros logró comer. Tras obligarme a ingerir unas pocas tajadas de carne fría, salí y vomité detrás de la cabaña.

Quinton y sus hombres estaban agazapados junto al muro de la piscina de transformación. Cuando me dirigí hacia ellos, apoyándome en el casco del satélite meteorológico, Quinton se acercó. Le dije que el suministro de agua estaba

contaminado y me miró fijamente, con sus fríos ojos de pájaro.

Media hora después se habían largado.

Al día siguiente, el último que pasamos ahí, estábamos peor. Judith, tumbada en la cama, temblaba dentro de su chaqueta, con la caja de zapatos en una mano. Pasé horas buscando agua dulce en las cabañas. Extenuado, apenas pude cruzar aquella depresión arenosa. Las patrullas del ejército estaban cerca. Para entonces yo podía oír los recios cambios de marcha de los semiorugas. Los sonidos de los altavoces retumbaban como puños en mi cabeza.

Entonces, mientras miraba a Judith desde la entrada de la cabaña, unas pocas palabras se quedaron adheridas, por un instante, en mi mente.

—«... área contaminada... evacuar... radiactiva...».

Avancé y le quité a Judith la caja de las manos.

—Philip... —Levantó la vista hacia mí, con gran esfuerzo—. Devuélvemela.

Su rostro era una máscara hinchada. En sus muñecas se estaban formando pequeñas manchas blancas. Su mano izquierda se extendió hacia mí como la garra de un cadáver.

Sacudí la caja con auténtica rabia. Los huesos cascabelearon en el interior.

—Por el amor de Dios, es esto. ¿No lo entiendes? Esta es la causa de que estemos enfermos.

—Philip, ¿dónde están los demás? El hombre mayor. Haz que te ayuden.

—Se han marchado. Se fueron ayer, ya te lo dije. —Dejé caer la caja sobre la mesa. La tapa se abrió y dispersó las costillas, que estaban unidas entre sí como un haz de leña—. Quinton sabía lo que estaba pasando, y por qué estaba aquí el ejército. Intentaban advertirnos.

—¿Qué quieres decir? —Judith se sentó, enfocando sus ojos solo gracias a un constante esfuerzo—. No dejes que se lleven a Robert. Entiérralo en algún lugar. Volveremos a buscarlo después.

—¡Judith! —Me incliné sobre la cama y le grité groseramente—. No te das cuenta; ¡había una bomba en la nave! ¡Robert Hamilton transportaba un arma atómica! —Abrí las cortinas de la ventana—. Dios mío, vaya cabronada. Lo he aguantado durante veinte años, porque nunca logré estar completamente seguro...

—Philip...

—No te preocupes, lo utilicé. Pensaba que era la única cosa que nos mantenía juntos. ¡Y todo este tiempo él ha estado esperando, ahí arriba, para vengarse!

Fuera se oyó el retumbar de un tubo de escape. Un semioruga con cruces rojas en las puertas y en el capó se había detenido en el borde de la depresión. Dos hombres enfundados en trajes de vinilo bajaron de un salto, con los contadores alzados frente a ellos.

—Judith, antes de marcharnos, dime... Nunca te he preguntado...

Judith estaba sentada, tocando el pelo que había sobre su almohada. Tenía la

mitad del cuero cabelludo sin pelo. Se miró fijamente las manos débiles, con su piel plateada. En su rostro había una expresión que yo jamás había visto antes: la furia ciega de la traición.

Cuando me miró y miró los huesos desparramados sobre la mesa, yo ya sabía mi respuesta.

1968

## LOS ÁNGELES COMSAT

Cuando supe acerca de aquel trabajo, en el verano de 1968, hice todo lo que estaba en mis manos para rechazarlo. Charles Whitehead, productor del programa de ciencia *Horizonte*, de BBC TV, me pidió que viajara a Francia con él y filmara la rueda de prensa que daría un niño prodigio de catorce años, Georges Duval, en el que todos los diarios parisinos tenían puesta su atención. La película iba a formar parte de una nueva serie de *Horizonte* —cuyo guion yo estaba escribiendo— titulada *La mente en expansión*. Trataba del papel de los satélites de comunicaciones y los dispositivos de procesamiento de datos en la llamada explosión de la información. Lo que me molestaba del asunto era esa intrusión de un material que carecía de pertinencia y era sensacionalista en lo que, por lo demás, era un programa serio.

—Charles, te cargarás todo el programa —protesté esa mañana, desde el otro lado de su escritorio—. Estos niños prodigio son todos iguales. O bien tienen algún talento extraño, o bien los están manipulando unos padres ambiciosos. ¿De verdad crees que este muchacho es un genio?

—Podría serlo, James. ¿Quién sabe? —Charles agitó una mano rolliza indicando las hojas de contactos pinchadas en las paredes que mostraban los satélites en órbita—. Se trata de un programa sobre sistemas de comunicación avanzada; si acaso tienen alguna justificación, es que sacan a la luz nuevos talentos como este.

—Son chorradas: estos prodigios aparecen una y otra vez. La relación de estos niños con el auténtico genio es como la que hay entre los que cruzan el Canal a nado y un astronauta que viaja a la Luna.

Al final, pese a mis protestas, Charles me convenció. Con todo, la mañana siguiente, cuando despegamos hacia el aeropuerto de Orly, el escepticismo no me había abandonado. Se publicaban noticias sobre el descubrimiento de un nuevo niño genio cada tres o cuatro años. Siempre era igual: a los tres años el prodigio dominaba el ajedrez, el sánscrito y el cálculo a los seis, y la teoría de la relatividad general de Einstein a los doce. Las universidades y los conservatorios de Estados Unidos y Europa les abrían sus puertas.

Por alguna causa, sin embargo, esos talentos precoces siempre acababan desapareciendo. Una vez que los padres, o un patrocinador comercial sin escrúpulos, habían exprimido hasta la última gota de publicidad del chico, su supuesto genio parecía esfumarse y el niño caía en el olvido.

—¿Te acuerdas de Minou Drouet? —le pregunté a Charles, mientras abandonábamos Orly en el coche—. Una niña prodigio que apareció hace unos años. Cocteau leyó sus poemas y sentenció: «Todos los niños son genios, excepto Minou Drouet».



—James, relájate... Como todos los científicos, no aguantas nada que contradiga tus prejuicios. Esperemos a verlo. Tal vez nos sorprenda.

Y ciertamente nos sorprendió, aunque no como nosotros esperábamos.

Georges Duval vivía con su madre viuda en el pequeño pueblo de Montereau, a orillas del Sena, a unos cincuenta kilómetros al sur de París. Mientras pasábamos por delante de la plaza adoquinada donde se ubicaba la desteñida prefectura de policía, me pareció un lugar de nacimiento improbable para otro Darwin, Freud o Curie. Sin embargo, la casa de los Duval era una opulenta villa protegida por muros blancos, que dominaba un plácido brazo del río. Un jardín bien cuidado se extendía hacia un paisaje de cisnes y prados de inundación.

Aparcados en el camino de entrada estaban el camión de exteriores de la unidad de filmación que habíamos contratado y, junto a este, una furgoneta de Radio Televisión Francesa y un Mercedes con la luneta trasera cruzada por una calcomanía de *Paris-Match*. Los cables de sonido atravesaban la grava y se perdían por la ventana de la cocina. Una sirvienta de facciones angulosas nos condujo sin preámbulos a la rueda de prensa. En la sala, cuatro filas de sillas de doradas, traídas desde el Hôtel de Ville, miraban a una mesa de caoba colocada junto a las ventanas. Ahí, una docena de cámaras fotografiaba a *Madame* Duval, una bella mujer de treinta y cinco años y sosegados ojos grises, con los brazos discretamente cruzados bajo las dos vueltas de un collar de perlas. Un trío de hombres de rostros solemnes, vestidos con trajes formales, la protegía de los técnicos que aprestaban los micrófonos y pasaban sus cables por debajo de la mesa.

Aun quince minutos antes de que apareciera Georges Duval, sentí que aquella atmósfera tenía algo de fraudulento. Los tres hombres de traje oscuro —el director de estudios de la Sorbona, un burócrata veterano del Ministerio de Educación francés, y un representante del Institut Pascal, un centro de estudios avanzados— le daban a la conferencia un aire de saturación, ligeramente aliviado por la presencia del alcalde del pueblo, una figura sencilla, con un traje brillante, y el profesor del chico, un hombre de cara alargada encorvado sobre su pipa.

Huelga decir que, cuando llegó, Georges Duval fue una absoluta decepción. Acompañado por un joven sacerdote, el consejero de la familia, ocupó su lugar al otro lado de la mesa, saludó a los tres funcionarios con una inclinación de la cabeza y besó cariñosamente a su madre en la mejilla. Cuando se encendieron las luces y las cámaras comenzaron a filmar, él bajó la mirada hacia nosotros, sin un atisbo de turbación.

En aquel momento Georges Duval tenía catorce años. Era un muchacho de hombros delgados, pequeño para su edad, sosegado y vestía un traje de franela gris. Tenía el rostro pálido y anémico, el cabello peinado hacia delante para tapar una frente enorme y huesuda, las manos en los bolsillos que ocultaban sus muñecas demasiado grandes. Lo que me impactó de inmediato fue la ausencia de toda emoción

o expresión en su rostro, como si hubiera dejado su mente en la habitación contigua, ocupada en el intento de resolver un problema complejísimo.

El profesor Leroux, de la Sorbona, dio inicio a la rueda de prensa. Georges había salido a la luz al obtener su licenciatura en Matemáticas a los trece años, el más joven en conseguirla desde Descartes. Leroux describió la carrera de Georges: ya leía a los dos años, y a los nueve había pasado el examen del Bachillerato, algo que normalmente se hace a los quince o dieciséis. Como pasatiempo de vacaciones se había dedicado a dominar el inglés y el alemán, a los once había aprobado el diploma de Teoría de la Música del Conservatorio de París, y a los doce ya estaba trabajando en su licenciatura. Había mostrado un precoz interés por la biología molecular y se escribía con bioquímicos de Harvard y de Cambridge.

Mientras se desplegaba ese habitual catálogo, bajo el gran caparazón de su cráneo, los ojos de Georges no exhibían la menor emoción. De cuando en cuando le dirigía la mirada a un joven un poco calvo, de traje gris claro, sentado solo en la primera fila. Al principio pensé que era el hermano mayor de Georges. Tenía las mismas sienes elevadas y huesudas, el mismo rostro adusto. Más tarde, sin embargo, descubrí que desempeñaba un papel muy diferente.

Se invitó al público a hacer preguntas. Las mismas seguían la pauta acostumbrada: ¿qué pensaba Georges de Vietnam, de la carrera espacial, del escándalo psicodélico, de las minifaldas, de Brigitte Bardot? En resumen, ni una sola pregunta sobre un asunto serio. Georges respondió con buen humor, diciendo que sus opiniones no tenían valor fuera del ámbito de sus estudios. Su voz era segura y razonablemente modesta, pero parecía estar cada vez más aburrido por la rueda de prensa y, en cuanto acabó, se reunió con el joven de la primera fila. Abandonaron la habitación juntos, con el mismo gesto abstraído en sus caras que se ve en los dementes, como si viajaran por nuestro universo sin entrar realmente en él.

Mientras nos dirigíamos a la salida, conversé con los demás reporteros. El padre de Georges había sido obrero en una línea de montaje de la planta de Renault en París; ni él ni *Madame Duval* tenían estudios, y la casa, a la cual la viuda y su hijo se habían mudado solo dos meses antes, la pagaba una gran fundación dedicada a la investigación. Obviamente, a Georges Duval lo custodiaban poderes invisibles. En apariencia, nunca había jugado con los muchachos del pueblo.

Mientras volvíamos en el coche, Charles Whitehead dijo tímidamente:

—No has preguntado nada. Lo he notado.

—Todo el asunto era un montaje. Como si hubiéramos entrevistado a Charles de Gaulle.

—Puede que así haya sido.

—¿Crees que el general pueda estar detrás de todo esto?

—Es posible. Admitámoslo, si el muchacho es realmente excepcional, esto solo le haría más difícil llegar a trabajar en Du Pont o en IBM.

—Pero ¿lo es? Inteligente sí que es, por supuesto, pero de todos modos ¿qué te apuestas a que dentro de tres años nadie se acuerda de él?

Tras nuestro regreso a Londres, volvió una parte de mi curiosidad. Mientras el autobús de Air France me conducía a los estudios de televisión, en White City, yo iba observando a los niños que paseaban por la calle. Sin lugar a dudas, ninguno de ellos tenía la madurez ni la inteligencia de Georges Duval. Una mañana, dos días después, cuando advertí que aún pensaba en él, subí a la biblioteca de investigación.

Revisando recortes de periódicos que se remontaban a veinte años atrás, hice un interesante descubrimiento. Encontré que, desde 1948 en adelante, cada dos años aparecía una noticia importante sobre un niño prodigio. La última celebridad había sido Bobby Silverberg, un quinceañero de Tampa (Florida). Las fotografías de las reseñas en *Look*, *Paris-Match* y *Oggi* se las podrían haber tomado a Georges Duval. Salvo el escenario estadounidense, todo lo demás era igual: la rueda de prensa, las cámaras de televisión, los funcionarios, el director del instituto, la madre devota y el propio joven genio, esta vez con el pelo cortado al rape en los lados y nada que ocultara ese cráneo alto y huesudo. Contaba ya con dos licenciaturas y le habían ofrecido becas de posgrado en el MIT y en Caltech.

Y después, ¿qué?

—Eso fue hace casi tres años —le dije a Judy Walsh, mi secretaria—. ¿Ahora qué está haciendo?

Ella hojeó el índice de las fichas, luego negó con la cabeza.

—Nada. Me imagino que está estudiando otra licenciatura en alguna universidad.

—Ya tiene dos títulos. A estas alturas ya debería haber inventado un aparato para viajar más rápido que la luz o un método para sintetizar vida.

—Solo tiene diecisiete. Espérate a que sea un poco mayor.

—¿Mayor, has dicho? Me has dado una idea. Vayamos al principio: 1948.

Judy me alargó el montón de recortes. La revista *Life* había recogido la noticia sobre Gunther Bergman, el primer prodigio de posguerra; un joven sueco de diecisiete años cuyos ojos pálidos, demasiado grandes, nos miraban fijamente desde las fotografías. Una característica excepcional era la presencia de tres representantes de la Fundación Nobel en la ceremonia de graduación en la Universidad de Uppsala. Tal vez porque era mayor tanto que Silverberg como que Georges Duval, sus méritos intelectuales parecían prodigiosos. El título que había ido a recoger era el tercero; ya había hecho investigación original en radioastronomía y había ayudado a identificar las insólitas fuentes de ondas de radio que una década después llamaríamos «cuásares».

—Parece seguro que tiene una trayectoria espectacular en astronomía. Ahora tendrá unos... ¿cuántos?, treinta y siete años. Como mínimo debe de ser profesor y estar a medio camino de ganar un Premio Nobel.

Buscamos en los directorios profesionales, telefoneamos al Observatorio de

Greenwich y al Secretariado en Londres de la Asociación Astronómica Mundial.

Nadie había oído hablar de Gunther Bergman.

—Vale, ¿dónde está? —le pregunté a Judy después de haber agotado todas mis líneas de investigación—. ¡Por todos los cielos, han pasado veinte años! ¡Ahora debería de ser mundialmente famoso!

—Tal vez haya muerto.

—Es posible. —Contemplé, meditabundo, el rostro desconcertado de Judy—. Ponme con la Fundación Nobel. En realidad, quita todo lo que tengas sobre el escritorio: vamos a traer los directorios internacionales que encontremos. Vamos a hacer cantar a los Comsat.

Tres semanas después, cuando llevé mi abultado maletín a la oficina de Charles Whitehead, iba con paso eléctrico.

Charles me lanzó una mirada cautelosa por encima de sus gafas.

—James, entiendo que has estado muy ocupado siguiéndoles la pista a nuestros genios perdidos. ¿Qué has encontrado?

—Un programa nuevo.

—¿Nuevo? Ya tenemos a Georges Duval en la lista del *Radio Times*.

—¿Durante cuánto tiempo? —Acerqué una silla a su escritorio y abrí mi portafolio, tras lo cual extendí una docena de archivos delante de él—. Permíteme ponerte en contexto. Judy y yo hemos retrocedido hasta 1948. En estos veinte años ha habido once casos de los llamados genios. Georges Duval es el duodécimo. —Coloqué la lista frente a Charles.

1948 Gunther Bergman (Uppsala, Suecia).

1950 Jaako Litmanen (Vaasa, Finlandia).

1952 John Warrender (Kansas City, EE. UU.).

1953 Arturo Bandini (Bologna, Italia).

1955 Gesai Ray (Calcuta, India).

1957 Giuliano Caldare (Palermo, Sicilia).

1958 Wolfgang Herter (Colonia, Alemania).

1960 Martin Sherrington (Canterbury, Inglaterra).

1962 Josef Oblensky (Leningrado, URSS).

1964 Yen Hsi Shan (Wuhan, China).

1965 Robert Silverberg (Tampa, EE. UU.).

1968 Georges Duval (Monterea, Francia).

Charles estudió la lista, enjugándose la frente, de cuando en cuando, con un pañuelo estampado con flores.

—Francamente, salvo por el de Georges Duval, los nombres no me suenan en

absoluto.

—¿No te parece raro? Aquí hay talento suficiente para ganar todos los premios Nobel tres veces seguidas.

—¿Has intentado rastrearlos?

Solté un gemido. Hasta la plácida Judy se estremeció de desaliento.

—¿Si lo hemos intentado? Dios mío, Charles, no hemos hecho otra cosa. Además de revisar cientos de directorios y registros, nos hemos puesto en contacto con las revistas y las agencias de noticias, hemos comprobado las universidades que les ofrecieron becas al principio, y hablado por teléfono con los enviados de la BBC en Nueva York, Nueva Delhi y Moscú.

—¿Y? ¿Qué saben de ellos?

—Nada. Un completo vacío.

Charles sacudió la cabeza obstinadamente.

—Deben estar en alguna parte. ¿Qué hay de las universidades adonde se suponía que irían?

—Nada, tampoco. Es curioso, pero en realidad ninguno de ellos continuó en la universidad. Nos hemos puesto en contacto con los rectorados de casi cincuenta universidades. No hay ni rastro de ellos. Se licenciaron por libre mientras aún estaban en el instituto, pero después cortaron todos los lazos con el mundo académico.

Charles se inclinó sobre la lista, que sostenía como si fuera un fragmento de un mapa del tesoro.

—James, parece que vas a ganar tu apuesta. De algún modo, se consumen hacia el final de la adolescencia. Una repentina llamarada de inteligencia apoyada por una memoria prodigiosa, sin la auténtica chispa creativa... Eso es, supongo: ninguno de ellos era un genio.

—A decir verdad, yo creo que sí lo eran. —Antes de que pudiera detenerme, continué—. Olvídate de eso por un instante. Ahora es irrelevante si tenían genio o no. Sin duda, sus intelectos superaban ampliamente el promedio, cocientes intelectuales de doscientos, inmensos talentos académicos en una enorme variedad de materias. Tuvieron una súbita llamarada de fama y exposición y...

—Se desvanecieron en el aire. ¿Qué sugieres, alguna clase de conspiración?

—En cierto sentido, sí.

Charles me tendió la lista.

—Venga ya. ¿Realmente crees que una siniestra agencia del gobierno los ha secuestrado y los tiene trabajando como esclavos en una superarma?

—Es posible, pero lo dudo. —Extraje otro paquete de fotos del segundo archivador—. Échales un vistazo.

Charles cogió la primera fotografía.

—Ah, sí, ahí está Georges. En esta parece un poco mayor. Esas cámaras de televisión realmente lo envejecen.

—No es Georges Duval. Es Oblensky, el chico ruso. La tomaron hace seis años.

Se parecen mucho, sin embargo. —Extendí las doce fotografías sobre el escritorio. Charles recorrió el semicírculo, comparando los ojos desmesuradamente grandes y las frentes prominentes, la misma mirada imperturbable.

—¡Espera un momento! ¿Estás seguro de que este no es Duval? —Charles cogió una de las fotos de Oblensky e indicó la figura de un joven vestido con un traje gris claro, de pie detrás de un funcionario municipal, en una sala de recepción de Leningrado—. Pero él sí estuvo en la conferencia prensa de Duval, sentado justo frente a nosotros.

Asentí mirando a Judy.

—Tienes razón, Charles. Y no solo aparece en esa foto. —Junté las fotografías de Bobby Silverberg y Martin Sherrington. En todas aparecía la misma figura de traje gris pálido en algún lugar del fondo, evitando con sus ojos demasiado penetrantes la lente de la cámara—. Ninguna universidad admite conocerlo; ni tampoco Shell, Philips, General Motors ni una docena de otras grandes compañías internacionales. Desde luego, podría ser un cazatalentos de otras organizaciones...

Charles se había puesto de pie y caminaba alrededor del escritorio lentamente.

—Como la CIA. ¿Crees que está reclutando talentos para algún comité de expertos supersecreto del gobierno? Es improbable, pero...

—¿Y qué hay de los rusos? —interrumpí—, ¿o de los chinos? Hay que admitirlo: once jóvenes han desaparecido en la nada. ¿Qué les ha ocurrido?

Charles tenía la mirada clavada en las fotografías.

—Lo extraño es que tengo la vaga sensación de que conozco esas caras, esos cráneos huesudos y esos ojos, de alguna parte. Mira, James, puede que aquí tengamos el comienzo de un nuevo programa. Este prodigio inglés, Martin Sherrington, debería ser fácil de rastrear. Luego está el alemán, Herter. Encuéntralos y puede que tengamos algo importante.

Partimos hacia Canterbury la mañana siguiente. La dirección que me había dado un amigo mío, editor científico del *Daily Express*, estaba en un complejo residencial, detrás de la gran planta de radio y televisión de General Electric, en el límite de la ciudad. Avanzamos en el coche por delante de las hileras de casas de ladrillo gris hasta que encontramos la de los Sherrington, al final de una fila. De los restos de un invernadero se alzaba una enorme antena de radioaficionado, con los obenques cortados y oxidados. En los ocho años transcurridos desde la revelación de su poderosa mente al maestro de primaria local, Martin Sherrington podría haberse marchado al fin del mundo, a Cabo Kennedy, a los Urales o a Pekín.

A decir verdad, no solo no estaban ni Martin ni sus padres, sino que nos tomó dos días completos encontrar a alguien que siquiera los recordara. Los nuevos inquilinos, una pareja de aspecto nervioso, llevaban dos años en la casa, y antes de ellos había estado una gran familia con tendencias delictivas, a la cual los alguaciles y la policía habían obligado a marcharse. El director de la escuela primaria estaba retirado en

Escocia. Por fortuna, la enfermera en jefe de la escuela recordaba a Martin: «Un muchacho brillante. Todos estábamos muy orgullosos de él. Aunque, para serle franca, no puedo decir que le tuviéramos mucho cariño: él no lo buscaba». No sabía nada acerca de la señora Sherrington, y en cuanto al padre del niño, suponía que había muerto en la guerra.

Por último, gracias a un cajero de la oficina de recaudación de la compañía eléctrica local, descubrimos adónde se había mudado la señora Sherrington.

En cuanto vi la agradable villa blanca, en un próspero barrio residencial al otro lado de Canterbury, sentí que el rastro comenzaba a entibiarse. Había algo en la grava crujiente y en aquel jardín tan cuidado que me recordaba a otra casa: la de Georges Duval, cerca de París.

Desde el techo de mi coche, aparcado junto al seto, observamos a una mujer bella, ancha de hombros, que caminaba por el jardín de rosas.

—Ha prosperado —observé—. ¿Quién paga esta casa?

La reunión fue curiosa. Esa mujer tan hogareña, vestida modestamente, a finales de la treintena, nos miraba desde su taza de té plateada como una Mona Lisa domesticada. Nos dijo que no existía ni la más mínima posibilidad de que entrevistáramos a Martin en televisión.

—Se generó mucho interés por su hijo en aquel momento, señora Sherrington. ¿Puede decirnos algo sobre su carrera académica posterior? ¿A qué universidad fue?

—Completó su instrucción de forma privada.

Con respecto a su paradero actual, la mujer creía que ahora estaba en el extranjero, trabajando para una gran organización internacional cuyo nombre no tenía la libertad de divulgar.

—Entonces ¿no trabaja para una agencia del gobierno, señora Sherrington?

Ella vaciló, pero solo un instante.

—Por lo que me han dicho, la organización guarda una estrecha relación con varios gobiernos, pero no lo sé a ciencia cierta.

Su voz era excesivamente precisa, como si estuviera ocultando su auténtico acento. Cuando nos marchamos, comprendí cuán solitaria era su vida pero, como observó Judy, probablemente había sido así desde el momento en que Martin Sherrington había aprendido a hablar.

Nuestro viaje a Alemania fue igual de inútil. Todo rastro de Wolfgang Herter se había esfumado del mapa. En la pequeña aldea cercana a la autopista de Fráncfort pocas personas lo recordaban, y el cartero del pueblo nos dijo que *frau* Herter se había mudado a Suiza, a una villa junto al lago, cerca de Lucerna. Ella era una mujer de instrucción y medios modestos, pero no cabía duda de que al hijo le había ido muy bien.

Le hice una o dos preguntas.

¿El padre de Wolfgang? *Frau* Herter había llegado con el niño justo después de la

guerra. El marido había muerto, probablemente, en uno de los campos de prisioneros sin nombre o en el campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

¿El hombre de cabello escaso y traje gris claro? Sí, sin duda había llegado al pueblo para ayudar a *frau* Herter en su mudanza.

—Volvemos a Londres —le dije a Judy—. Esto exige más recursos de los que tenemos aquí tú y yo.

Mientras volábamos de regreso, Judy me comentó:

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué desaparecen siempre los padres?

—Buena pregunta. Expresado de forma burda, cariño, estos doce muchachos son producto del mismo acoplamiento genético. Casi parece que alguien hubiera partido en dos el mapa del tesoro y hubiera conservado una mitad. Piensa en el banco genético que están acumulando: semen con hielo, en un cóctel eugenésico suficiente como para repoblar todo el planeta.

Cuando entré en la oficina de Charles Whitehead, la mañana siguiente, tenía esta posibilidad de pesadilla en la mente. Fue la primera vez que vi a Charles en mangas de camisa. Para mi sorpresa, desechó mis disculpas con un ademán y me condujo hasta el amplio despliegue de fotografías pinchadas en la pared de yeso, detrás de su escritorio. La oficina era una confusión de recortes de periódico y ampliaciones de instantáneas extraídas de los informativos. Charles sostenía una lupa sobre una fotografía del presidente Johnson y McNamara en una recepción en la Casa Blanca.

—Mientras estabas fuera, hemos hecho nuestra propia investigación —dijo—. Si te sirve de consuelo, al principio no pudimos dar con ninguno de ellos.

—¿Entonces los has encontrado? ¿Dónde?

—Aquí. —Indicó las docenas de fotografías—. Justo bajo nuestras narices. Los vemos todos los días.

Señaló una fotografía de una agencia de noticias tomada en un banquete ofrecido al primer ministro Ulbricht, de Alemania Oriental, en el Kremlin. Estaban ahí Kosygin y Brézhnev, el presidente soviético Podgorni hablando con el embajador finlandés, y un grupo de veinte funcionarios del partido.

—¿Reconoces a alguien? ¿Aparte de Kosygin y compañía?

—El habitual montón de camareros de rostros afilados con los que a esta gente le gusta rodearse. Pero..., espera un segundo.

El dedo de Charles se había detenido sobre un joven de rostro sereno y cráneo dolococéfalo, de pie junto a Kosygin. Curiosamente, el rostro del primer ministro soviético estaba vuelto hacia él, no hacia Brézhnev.

—Oblensky, el prodigio ruso. ¿Qué está haciendo con Kosygin? Parece un intérprete.

—¿Entre Kosygin y Brézhnev? No. Lo he contrastado con los corresponsales de la BBC y de Reuters en Moscú. Hace rato que ronda por allí. Jamás dice nada en público, pero los hombres importantes siempre hablan con él.

Dejé la foto sobre el escritorio.



—Charles, ponte en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores y con la embajada estadounidense. Tiene sentido: es probable que los once estén allí, en la Unión Soviética.

—Cálmate. Eso es lo que pensábamos. Pero mira estas.

La siguiente fotografía había sido tomada en la Casa Blanca, durante una reunión en la que Johnson, McNamara y el general Westmoreland conversaban sobre la política estadounidense en Vietnam. En el jardín estaban los habituales ayudantes, secretarios y hombres del servicio secreto. Había una cara marcada con un círculo, la de un hombre de treinta y tantos años, de pie discretamente detrás de Johnson y Westmoreland.

—¡Warrender, el genio de 1952! Él sí trabaja para el gobierno estadounidense.

—Más sorpresas. —Charles me guio por el resto de las fotografías—. Puede que estas te interesen.

La siguiente mostraba al papa Pablo VI en el balcón de San Pedro, durante su bendición *urbi et orbi* ante la inmensa multitud de la plaza. De pie junto a él estaban el cardenal Mancini, jefe de la Secretaría de Estado de la Santa Sede, y miembros del personal doméstico. Detrás del Papa, en línea oblicua, había un hombre con una sotana de jesuita, cuyos grandes ojos contemplaban a Pablo con una mirada impasible.

—Bandini, Arturo Bandini —observé al reconocer la cara—. *Oggi* hizo una serie de reportajes sobre él. Ha ascendido en la jerarquía papal.

—Hay pocas personas más cercanas a il *Papa*, o más queridas por él.

La siguiente era una fotografía de U Thant, tomada en una reunión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, durante la crisis de los misiles cubanos. Sentado detrás del secretario general había un joven brahmán de piel clara, y ojos y boca delgados: Gesai Ray, el hindú de casta superior que era el único prodigio de clase alta que yo había encontrado.

—Ray ha ascendido aun más entre el personal de U Thant —añadió Charles—. Hay una interesante fotografía de él y Warrender juntos durante la crisis de los misiles. En ese momento, Warrender estaba con el personal de JFK. —Continuó en tono distraído—: Un año después de que Oblensky llegara al Kremlin, despidieron a Jruschov.

—Entonces ¿están en contacto? Estoy empezando a darme cuenta de para qué sirve realmente el teléfono rojo entre Moscú y Washington.

Charles me alargó otra instantánea.

—Aquí está un viejo amigo tuyo: nuestro Martin Sherrington. Es miembro del grupo del profesor Lovell, en el observatorio radioastronómico Jodrell Bank. Es uno de los pocos que no ha ido a parar a un gobierno o a una gran empresa.

—Pero sí a la megaciencia. —Contemplé el rostro intenso y tranquilo del esquivo Sherrington, consciente de que alguien de Jodrell Bank me había despistado a propósito.

—Como Gunther Bergman. Se mudó de Suecia a Estados Unidos hace quince años, y ahora ocupa un cargo muy alto en la cadena de mando de la NASA. Yen Hsi Shan es el de menor edad, apenas diecisiete años, pero mira esto.

La fotografía mostraba a Mao Zedong y a Zhou Enlai en Pekín, durante la revolución cultural, en la plataforma de inspección de un gigantesco desfile de adolescentes que pasaban sosteniendo copias de los *Pensamientos* de Mao y entonando consignas. De pie entre Mao y Zhou había un muchacho con el puño en alto, el jefe de la Guardia Roja.

—Yen Hsi Shan. Ha empezado pronto —dijo Charles—. A uno o dos de los demás todavía no hemos conseguido localizarlos, aunque nos hemos enterado de que Herter trabaja para la gigantesca sociedad fiduciaria Zúrich-Hamburgo. Se rumorea que Jaako Litmanen, el prodigio finlandés, está trabajando en el programa espacial soviético.

—Bueno, hay que admitirlo —observé—: han cumplido de verdad.

—No todos. —Charles me mostró la última fotografía, del genio siciliano Giuliano Caldare—. Uno de ellos no lo ha hecho tan bien. Caldare emigró a Estados Unidos en 1960 y ahora es miembro del círculo íntimo de la Cosa Nostra. Un talento en ciernes, por lo que he oído.

—Por decirlo finamente. Vaya por Dios, a este grupito le basta con dar un paso al frente para hacerse con la dirección de todo el cotarro.

—Una observación válida. —Abrí la libreta de Charles—. Revisaremos el programa, ¿de acuerdo? Empezamos con la rueda de prensa de Georges Duval, y seguiremos con uno de nuestros descubrimientos sobre dónde están los otros, insertaremos material antiguo de los informativos, entrevistas con las madres... Será un programa estupendo.

O eso era lo que esperábamos.

Huelga decir que el programa no se puso en marcha. Dos días después, cuando yo aún estaba organizando el material de los informativos, llegó la orden del director de programación de archivar el proyecto. Intentamos discutir, pero la decisión era definitiva.

Poco tiempo después me rescindieron el contrato con *Horizonte* y me asignaron la tarea de hacer una nueva serie para niños sobre los grandes inventos. A Charles lo desterraron a golf internacional. Desde luego, a ambos nos resultó evidente que nos habíamos acercado demasiado como para incomodar a alguien, pero no podíamos hacer nada. Tres meses más tarde viajé al observatorio Jodrell Bank con un grupo de periodistas científicos, y pude echarle un vistazo a Martin Sherrington, un hombre alto, de facciones refinadas, que observaba con sus ojos penetrantes mientras el profesor Lovell daba su rueda de prensa.

Durante los meses siguientes no perdí detalle de los periódicos y las noticias en la televisión. Si había alguna clase de conspiración, ¿qué estaban planeando? Ahí

estaban, detrás de los grandes hombres del mundo, con las manos preparadas para tomar las riendas del poder. Una dictadura global parecía improbable. Al menos dos de ellos parecían opuestos al orden establecido. Además de Caldare, que era miembro de la Cosa Nostra, Georges Duval había puesto en práctica su talento musical de forma espectacular, y en menos de un año se había convertido en el cantante yeyé más grande de Francia y había eclipsado a los Beatles como líder de la joven generación psicodélica. Situado en la primera línea del movimiento de protesta mundial, era odiado por la policía de una docena de países, y amado por todos los adolescentes desde Bangkok hasta Ciudad de México.

Toda colaboración entre Georges y Bandini, el del Vaticano, parecía improbable. Además, nada de lo que estaba sucediendo en el mundo indicaba que los miembros del grupo estuvieran actuando de un modo que no fuera positivo: la evitación de la confrontación nuclear durante la crisis de los misiles, la caída de Jruschov y la relajación de la tensión entre rusos y estadounidenses, las negociaciones de paz en Vietnam, o la liberalización de la política del Vaticano con respecto al control de la natalidad y el divorcio. Hasta el movimiento de la Guardia Roja y el caos que producía podían parecer formas sutiles de desviar la beligerancia de los chinos en un momento en que podrían haber intervenido en Vietnam.

Entonces, tres meses más tarde, Charles Whitehead me telefoneó.

—Hay una noticia en *Der Spiegel* —me dijo con una estudiada voz indiferente—. He pensado que podría interesarte. Ha aparecido otro joven genio.

—Excelente —respondí—. Haremos un programa sobre ello. La historia de siempre, supongo.

—Exactamente. La misma frente y los mismos ojos, la madre que perdió al esposo hace años, nuestro amigo metido en el asunto de la villa. Pero el chico parece realmente brillante. Tiene un coeficiente intelectual estimado de trescientos. ¡Qué mente!

—Conozco el libreto. El único problema es que nunca conseguí ver el programa. A propósito, ¿dónde es esto?

—Hebrón.

—¿Dónde?

—Cerca de Jerusalén. En Israel.

—¿Israel?

Bajé el teléfono. En algún lugar de mi cabeza un interruptor había hecho clic. ¡Israel! Claro: ahora, por fin, todo tenía sentido. Doce jóvenes ahora ocupaban puestos de poder y lo controlaban todo, desde los gobiernos de Estados Unidos, Rusia y China hasta las políticas sobre satélites, las finanzas internacionales, las Naciones Unidas, la megaciencia, a los jóvenes y los movimientos de protesta. Hasta había un Judas, Giuliano Caldare, en la Cosa Nostra. Ahora resultaba evidente. Siempre supuse que los doce trabajaban para alguna organización misteriosa, pero en realidad

ellos eran la organización. Estaban esperando el Advenimiento. Cuando llegara el niño, lo prepararían correctamente, custodiado por los relés Comsat, con las líneas directas dispuestas y los ejércitos del mundo paralizados. Y esta vez no habría errores.

Al cabo de una hora le devolví la llamada a Charles.

—Charles —empecé—, ya sé lo que está pasando en Israel...

—¿De qué hablas?

—Israel. ¿No lo entiendes? Hebrón está cerca de Belén.

Se produjo un silencio exasperado.

—James, por el amor de Dios... No estarás sugiriendo que...

—Claro que sí. Los doce jóvenes, ¿para qué otra cosa podrían estar preparándose? ¿Y por qué acabó la guerra árabe-israelí en solo dos días? ¿Qué edad tiene el chico?

—Trece años.

—Digamos que en unos diez años más. Bien, tenía la sensación de que llegaría.

Cuando Charles protestó, le pasé el receptor a Judy.

Dicho sea de paso, ahora estoy seguro de que tengo razón. He visto las fotografías tomadas a Joshua Herzl durante su rueda de prensa: un muchacho ligeramente díscolo que irritó a unos cuantos reporteros. Desapareció de la escena poco después, aunque no cabe duda de que su madre ahora tiene una agradable villa blanca amurallada en las afueras de Haifa o de Tel Aviv.

Y Jodrell Bank está construyendo un gigantesco radiotelescopio. Un día, pronto, comenzaremos a ver señales en el cielo.

## TERRENO LETAL

Mientras las últimas nubes de humo del vehículo de transporte de personal en llamas se elevaban por el aire húmedo, el comandante Pearson miraba el lomo plateado del río, a trescientos metros de distancia de su puesto de comando en la colina. Pulverizadas por el fuego de artillería, las márgenes del lecho se habían desmoronado, formando una red de cráteres. El agua se filtraba por el prado, manchada con el gasóleo de los depósitos de combustible del vehículo. Ajustando los prismáticos con sus manos delgadas, Pearson estudiaba los árboles que se extendían a lo largo de la ribera opuesta. El río era algo más ancho que un arroyo, y su profundidad no superaba la altura de la cintura, pero los terrenos contiguos a ambas márgenes eran abiertos como mesas de billar. Los helicópteros estadounidenses ya habían llegado desde sus bases en la ciudad, atronando el valle en grupos, como pájaros sin mente.

Una explosión en la cabina de transporte de personal hizo volar las puertas y el parabrisas por los aires. La luz centelleaba en el prado inundado, aislando durante un instante las despintadas letras de la lápida conmemorativa que formaba la pared trasera del puesto de mando. Pearson miró el grupo más cercano de helicópteros. Volaban en círculos sobre el puente motorizado, casi dos kilómetros río abajo, demasiado lejos para advertir el transporte destrozado y rodeado de cadáveres. Aunque exitosa, la emboscada no había sido planeada. El vehículo había avanzado a ciegas, subiendo por el camino del terraplén, en el momento en que la unidad de Pearson se disponía a cruzar el río.

Con un poco de suerte, pensaba Pearson, el cruce se suspendería y les ordenarían retirarse a las colinas. Se estremeció dentro de su andrajoso uniforme. La mañana anterior, el cabo Benson le había quitado los pantalones a un marine muerto, un artillero, y no había habido tiempo de lavar la sangre que le cubría los muslos y la cintura.

Detrás de la lápida estaba la entrada al túnel del depósito, protegida por sacos de arena. Ahí, el sargento Tulloch y el teniente de diecisiete años a quien habían enviado de un día para el otro desde el cuadro de jóvenes, trabajaban en la radio de campaña, colocándoles cables nuevamente a los auriculares y a la batería. Alrededor del emplazamiento estaban los treinta hombres de Pearson, sentados sobre sus armas, con las cajas de municiones y el cable de teléfono apilados alrededor de sus pies. Agotados por la emboscada, les quedaba poca energía para emprender el cruce del río.

—¡Sargento..., sargento Tulloch! —gritó Pearson, dándole adrede un tono áspero a su meticulosa voz de director de escuela. Tal como casi había previsto, Tulloch hizo

caso omiso de la advertencia. Con un par de terminales de cobre en la boca fina, continuó cortando el cable deshilachado. Aunque Pearson estaba al mando de aquella unidad guerrillera, su iniciativa procedía realmente del escocés. Regular de los Gordon Highlanders antes del desembarco de los estadounidenses, seis años antes, el sargento se había unido a las bandas rebeldes que formaban el núcleo del Ejército de Liberación Nacional. Como el propio Tulloch contaba, fanfarroneando sin tapujos, lo que le había atraído del ejército insurgente era la expectativa de matar ingleses. A menudo Pearson se preguntaba en qué medida Tulloch seguía identificándolo con el gobierno títere de Londres instalado por las fuerzas de ocupación estadounidenses.

Mientras trepaba fuera de la trinchera, los disparos refulgían desde el puente motorizado. Pearson esperó detrás de la basa del monumento. Escuchó el rugido de los pesados obuses que disparaban desde el enclave estadounidense, ocho kilómetros al oeste. Ahí, novecientos artilleros de la marina habían resistido durante meses los embates de las dos divisiones de tropas rebeldes. Apoyados desde el aire por los helicópteros, los estadounidenses luchaban desde sus profundos refugios, disparando miles de proyectiles cada día desde sus setenta cañones. Los prados que circundaban el enclave parecían el paisaje de una luna sumergida.

El bombardeo gemía a través del aire húmedo, las explosiones hacían saltar el suelo quebrantado. Entre los impactos, llegaba el tableteo de las armas de calibre menor, al avanzar el ataque por el puente. Tras echarse el subfusil Sten al hombro, Pearson corrió de regreso al túnel.

—¿Qué nos detiene, sargento? Esta radio debería haber sido revisada en Battalion.

Extendió una mano hacia la consola salpicada de barro, pero Tulloch se la apartó con la llave inglesa. Haciéndole caso omiso al saludo cohibido del joven teniente, Tulloch le espetó:

—La tendré lista a tiempo, comandante. ¿O acaso ahora quiere retroceder?

Rehuyendo la mirada del teniente, Pearson respondió:

—Seguiremos las órdenes, sargento, cuando usted acabe de reparar el equipo..., suponiendo que lo haga.

—Lo haré, mayor. No se preocupe por eso.

Pearson desabrochó la correa de su casco. Durante los tres meses que habían pasado juntos, el sargento había decidido que Pearson había perdido las esperanzas. Desde luego, Tulloch tenía razón. Pearson miró a su alrededor la posición fortificada, protegida de los ataques aéreos por los desflecados sauces, contando las caras esqueléticas de los hombres apiñados junto a la cocina de campaña. Vestidos con uniformes andrajosos sostenidos mediante cinturones estadounidenses, viviendo durante meses en agujeros bajo tierra, mal alimentados y mal armados, ¿qué los hacía continuar? No era el odio hacia los estadounidenses, de los cuales, salvo los muertos, habían visto pocos. Seguros en sus bases y protegidos por una vasta tecnología de guerra, las fuerzas invasoras estadounidenses eran algo tan remoto como una legión

de arcángeles el día del Apocalipsis.

En todo caso, era una suerte que los estadounidenses estuvieran tan dispersos por el terreno, pues de lo contrario habrían barrido con todo el Frente de Liberación mucho tiempo atrás. Aun con veinte millones de hombres en armas, los estadounidenses no podían dedicar más de doscientos mil a las islas Británicas, una zona remota y tranquila en el contexto de su guerra global contra docenas de ejércitos de liberación nacionales. El sistema clandestino de radios libres que Pearson y Tulloch escuchaban por las noches, hechos un ovillo en los túneles, bajo los helicópteros exploradores, informaba sobre continuas refriegas desde los Pirineos hasta los Alpes bávaros, desde el Cáucaso hasta Karachi. Treinta años después del conflicto original en el Sudeste Asiático, todo el globo era ahora una gigantesca antorcha insurreccional, un Vietnam mundial.

—¡Benson! —El cabo se acercó cojeando, con la pesada carabina capturada entre sus brazos flacos. Pearson agitó una mano, como muestra de mal genio, hacia los hombres reclinados en los sacos de arena—. ¡Cabo, atacaremos en media hora! ¡Por lo menos, manténgalos despiertos!

Con un saludo cansino, el cabo salió a recorrer el emplazamiento, empujando tímidamente a los hombres con la punta de su bota. Pearson miraba concentrado a través de los árboles de la ribera. Hacia el norte, cerca de las ruinas del castillo de Windsor, se alzaban columnas de humo rosa bajo los helicópteros que se lanzaban en picado, disparando sus cohetes hacia la desflecada floresta que había crecido entre las vacías calles suburbanas. En este inmenso llano de violencia, solo el prado inferior, filtrado por el agua, parecía tranquilo. El reflujo agitaba las piernas de los cadáveres. Sin pensarlo, Pearson empezó a contar nuevamente a sus hombres. Tendrían que correr por el terreno abierto, vadear el río y meterse en la fila de árboles de la orilla opuesta. Puede que los estadounidenses estuvieran ahí, con sus ametralladoras Gatling, a la espera de que se pusieran al descubierto.

—Comandante Pearson. —El teniente le tocó el codo—. Usted quería ver a los prisioneros.

—En efecto. Haremos otro intento.

Pearson siguió al muchacho que ya rodeaba la lápida. La presencia de este joven —apenas mayor que sus alumnos de la escuela de montaña, en el norte de Escocia— le daba a Pearson una suerte de aliento. La escasa edad ya había comenzado a pesarle. A lo largo de los años, las bajas habían sido tan enormes —un millón de soldados muertos más otro millón de civiles— que se asignaba los puestos más peligrosos a los hombres de mayor edad, reservando a los jóvenes para la mucha o poca paz que pudiera existir en el futuro.

Los tres estadounidenses estaban detrás de la lápida, custodiados por un soldado que manejaba una ametralladora ligera Bren. Tumbado boca arriba había un sargento negro al que habían disparado en el pecho. Sus brazos y hombros estaban embarrados de sangre y, respiraba de forma irregular a través de la gruesa costra que le cubría la

boca y el mentón. Apoyado en él había un joven soldado, encorvado sobre la mochila que tenía sobre las rodillas. Sus cansados ojos de estudiante estaban fijos en sus muñecas esposadas, como si no consiguiera comprender el hecho de su propia captura.

El tercer prisionero era un capitán, el único oficial de la patrulla emboscada; un hombre de complexión delgada, cabello gris cortado a cepillo y un rostro suave e inteligente. Pese a su uniforme y a las correas, no parecía tanto un soldado de combate como un corresponsal de guerra o un observador. Tenía las muñecas atadas con cable de teléfono, lo que lo obligaba a mantener juntos los codos. A pesar de ello, observaba con atención los preparativos para el ataque inminente. Pearson podía ver que el capitán contaba sus hombres y sus armas, las dos ametralladoras y las cajas de municiones.

Cuando esos penetrantes ojos azules se volvieron para mirarlo y recorrieron su uniforme y su equipo decrepito, el comandante sintió una oleada de resentimiento contra aquellos hombres inteligentes y seguros de sí mismos que habían ocupado el mundo con sus vastos ejércitos expedicionarios. El estadounidense lo miraba con la misma sorpresa que Pearson había visto en los ojos de otros prisioneros, un auténtico asombro ante el hecho de que esos hombrecitos andrajosos pudieran continuar combatiendo tanto tiempo. Hasta el término que los estadounidenses usaban para referirse a los soldados rebeldes sin importar que el soldado enemigo fuera miembro de una tribu del Rif, un agricultor catalán, o un obrero industrial japonés, «Charlie» —heredado del primer Vietnam—, mostraba su desprecio.

Sin embargo, tal como los estadounidenses sabían perfectamente, si esos hombrecitos recibían la orden de atacar, les meterían una bala ahí mismo, donde estaban.

Pearson se arrodilló junto al sargento negro. Empujó con el cañón de su Sten al soldado más joven, que seguía aferrando su mochila.

—¿No puedes hacer algo por él? ¿Dónde está tu morfina?

El soldado levantó la vista hacia Pearson, luego dejó caer la cabeza otra vez y miraba los arcoíris que formaba el gasóleo que le manchaba las botas. Pearson levantó la mano dispuesto a golpearlo con el revés del puño. Entonces el ruido de los disparos de ametralladora del puente motorizado se perdió con el estruendo de un cañonazo en lo alto. El pesado proyectil de 120 mm cruzó el río y voló sobre el prado para ir a clavarse entre los árboles, debajo de la cima de la colina. Pearson se agazapó detrás de la lápida, con la esperanza de que se tratara de un proyectil aislado. El sargento Tulloch indicó que habían disparado dos más. El siguiente cayó, sin explotar, en el prado inundado. El tercero aterrizó a unos treinta metros debajo del monumento, y manchó con tierra la superficie de piedra.

Cuando volvió a hacerse el silencio, Pearson esperó a que el cabo Benson le quitara la mochila al joven soldado y vaciara su contenido. Rasgó los bolsillos del capitán con su bayoneta y le arrancó de un tirón la chapa de identificación.



Había poco que ganar con un interrogatorio formal. La tecnología armamentística estadounidense había progresado hasta el extremo de que casi no tenía ningún sentido para los comandantes rebeldes. Ahora el fuego de artillería, el orden de combate y las incursiones de los helicópteros estaban dirigidos por ordenador. Las patrullas y las misiones se programaban con antelación. El equipamiento estadounidense era tan sofisticado que hasta los relojes de muñeca arrancados a los prisioneros muertos resultaban demasiado complicados de interpretar.

Pearson alargó la mano hacia el montón de monedas y llaves tirado junto al soldado. Abrió un diario con cubiertas de piel. Dentro encontró una serie de entradas ilegibles y la carta plegada de un amigo, evidentemente un desertor, sobre el movimiento antibélico en su país. Pearson los arrojó al charco de agua que había debajo del pedestal de la lápida. Recogió un libro manchado con aceite, un volumen de una serie educativa de encuadernación en rústica, *Llamadme Ishmael*, de Charles Olsen.

Mientras sostenía el libro en sus manos, Pearson echó un vistazo hacia donde estaba el sargento Tulloch, inclinado sobre la radio de campaña, consciente de que el sargento desaprobaría esta imperecedera tendencia alfabetizante por el solo hecho de serlo. Quitó el aceite que cubría el águila estadounidense. ¡Qué ejército, a cuyos soldados ya no se alentaba a llevar el bastón de mariscal de campo en sus mochilas, sino libros como ese!

Se dirigió al capitán:

—El ejército de Estados Unidos debe ser el más culto desde el de Jenofonte.

Pearson deslizó el libro en su bolsillo. El capitán miraba hacia atrás, en dirección al río.

—¿Sabe dónde estamos? —le preguntó Pearson.

El capitán se giró e intentó aliviar las heridas de sus muñecas. Levantó sus penetrantes ojos hacia Pearson.

—Supongo que sí. En Runnymede, sobre el Támesis.

Sorprendido, Pearson dijo:

—Está mejor informado que mis propios hombres. Antes vivía a unos quince kilómetros de aquí. Cerca de una de las aldeas pacificadas.

—Puede que vuelva usted, algún día.

—Tal vez, capitán. Y puede que firmemos una nueva Carta Magna, por añadidura. ¿Cuánto tiempo lleva en el terreno?

El capitán vaciló, mientras evaluaba el interés de Pearson.

—Poco más de un mes.

—¿Y ya está en combate? Pensaba que tenían un período de aclimatación de tres meses. Deben de estar igual de mal que nosotros.

—Yo no soy un combatiente, comandante. Soy un arquitecto de la Comisión de Tumbas del Ejército de Estados Unidos. Mi misión es velar por las lápidas de todo el mundo.

—Menudo trabajo. Como van las cosas, tiene perspectivas casi ilimitadas.

—Lamento coincidir con usted, mayor. —Los modales del estadounidense se habían hecho notablemente más obsequiosos, pero Pearson estaba demasiado preocupado como para notarlo—. Créame, hay mucha gente en mi país que piensa que la guerra no ha servido absolutamente para nada.

—¿Nada...? —repitió Pearson—. Ha servido para todo. —Un helicóptero acorazado sobrevoló la cima de la colina, batiendo con sus palas el follaje sobre sus cabezas. Primero, la guerra había convertido a toda la población europea en un campesinado armado, la primera comunidad agraria inteligente desde el siglo XVIII. Ese campesinado había producido la Revolución industrial; este, que excavaba literalmente el subsuelo como una especie avanzada de termita, quizá produjera, llegado el momento, algo aun más grande. Por suerte, los estadounidenses estaban resguardados de sus esperanzas de tener éxito por sus propias buenas intenciones, su rechazo, sin importar el coste en términos de bajas propias, a la utilización de armas nucleares.

Dos tanques se habían desplazado hasta el parapeto del puente, disparando sus ametralladoras sobre la calzada. Del otro lado del río ardía ferozmente un helicóptero de exploración derribado; las llamas retorcían el metal.

—¡Comandante! —El cabo Benson llegó corriendo a la entrada del túnel. Tulloch estaba agazapado sobre la radio, con los auriculares colocados, haciendo señas a Pearson para que se acercara—. Hemos establecido comunicación con el Comando, señor.

Al cabo de diez minutos, cuando Pearson pasó delante de la lápida, en su camino hacia el puesto de avanzada, el capitán estadounidense se las había arreglado para ponerse de rodillas. Con las muñecas sujetas frente al pecho, parecía que rezara en algún altar en ruinas junto al camino. El negro herido había abierto los ojos y respiraba de manera irregular a través de la costra de sangre seca que le cubría los labios. El soldado joven dormía, apoyado en el pedestal de la lápida.

El capitán señaló con sus manos atadas a los hombres que ajustaban las correas de sus mochilas. Pearson no le hizo caso, y estaba a punto de continuar cuando vio algo en la postura del estadounidense, en su compartida comunidad de fatiga y desesperanza, que lo hizo detenerse.

—Avanzamos.

El estadounidense tenía los ojos entrecerrados clavados en sus muñecas, como si advirtiera el esfuerzo que había derrochado intentando que no se le abrieran las zonas donde el cable le había rozado las muñecas.

—Eso es mala suerte. No es mi día.

El rostro se le puso rígido y acartonado al huírle la sangre de sus mejillas.

Pearson observó al sargento Tulloch mientras supervisaba la estibación de la radio y comenzaba a revistar a los hombres, que esperaban con las armas preparadas.

—¿Por qué vinieron al río?

El capitán dio unos golpecitos sobre la lápida con sus muñecas.

—Queríamos ver si era posible trasladar esto. El monumento a Kennedy.

—¿Kennedy...? —Pearson se volvió y observó la caligrafía interrumpida sobre la lápida. Recordaba de forma vaga la lápida que el anterior gobierno británico en Runnymede había construido para conmemorar al presidente asesinado. En un gesto amistoso, aunque sentimental, se había entregado al pueblo estadounidense media hectárea de suelo británico que dominaba la isla de Magna Carta. La viuda del presidente había presenciado el descubrimiento de aquella lápida.

El estadounidense palpaba las letras incompletas grabadas en la piedra. Giró la visera de su gorra hacia atrás y se metió en el charco de agua manchada de gasóleo que había junto a la basa. Comenzó a trabajar con denuedo rascando el fango de la lápida, mientras Pearson bajaba la colina entre los árboles hacia el puesto de avanzada.

Poco después, cuando Pearson volvió, el estadounidense aún trabajaba con denuedo en la lápida con sus manos atadas. Bajo la superficie estaban los restos de anteriores daños al monumento: signos inscritos con grasa de motor o grabados a bayoneta. Hasta había uno, «Frenen las atrocidades de Estados Unidos en Vietnam», casi tan antiguo como el propio monumento. Pearson recordó que habían atacado la piedra con regularidad desde su inauguración y era uno de los blancos favoritos de vándalos y agitadores.

—Comandante, estamos listos para marchar, señor. —Tulloch se cuadró con elegancia por primera vez en el día. El estadounidense aún rascaba la piedra y había conseguido limpiar al menos la mitad de la superficie frontal.

El primer pelotón bajó por la pendiente. Mientras el capitán dejaba caer su gorra y se sentaba, Pearson le hizo un gesto al sargento Tulloch.

—¡Venga, Charlie, muévete! —Tulloch había extraído su automática del calibre 45. Pasó el pelotón de retaguardia. Los hombres llevaban los ojos fijos en los espacios entre los árboles, ninguno prestó atención a los prisioneros.

El estadounidense se puso de pie con los ojos casi cerrados. Se reunió con los otros dos prisioneros, detrás de la lápida. Cuando comenzaba a sentarse, Tulloch se colocó detrás de él y le disparó en la cabeza. El estadounidense cayó sobre el soldado que dormía. Tulloch arrastró su cuerpo por una pierna. Como un granjero experto que esquilara una oveja, disparó a los otros dos hombres, sosteniéndolos mientras luchaban. Quedaron tendidos los tres juntos, al pie de la lápida; la sangre les corría por las piernas.

Sobre ellos, la piedra se iba secando, tornándose gris bajo la débil luz del sol.

Veinte minutos después, cuando comenzaron a avanzar por el prado, la piedra estaba casi blanca. A cincuenta metros de la orilla los recibió el fuego mortal de los estadounidenses, que estaban ocultos entre los árboles de la orilla opuesta. Pearson

vio a Tulloch abatido sobre la hierba inundada. Le lanzó un grito al cabo Benson para que se cubriera. Mientras yacía en un cráter poco profundo, advirtió que el rectángulo blanco de la lápida resultaba visible a través de los árboles que había a sus espaldas, evidente ahora, como no lo había sido esa mañana. En sus últimos instantes se preguntó si la limpieza del monumento acaso había sido una señal que los estadounidenses, que observaban, habían interpretado de la manera correcta, y si el capitán se había aprovechado de él intencionadamente.

En la hierba húmeda a su alrededor estallaban proyectiles de mortero. Pearson se puso de pie, indicando por señas al teniente que lo siguiera, y corrió hacia los restos de la cabina de transporte de personal. Al cabo de diez pasos, una bala lo derribó sobre el agua manchada con gasóleo.

1969

## UN MOMENTO Y UN LUGAR PARA MORIR

Los dos hombres esperaban en la orilla del río con las escopetas levantadas. Desde la orilla opuesta, a cuatrocientos metros de distancia, llegaba el sonido de los gongs y el redoblar de tambores que cruzaban la brillante cinta de agua por el aire vacío, y reverberaban en los techos de metal del pueblo abandonado. Sobre los árboles, a lo largo de la costa, estallaban fuegos artificiales, y las explosiones rosa pastel iluminaban los cañones de los tanques y los carros blindados.

Aquella pareja dispareja —Mannock, el jefe de policía retirado, ahora un poco excéntrico, y su remisero alguacil, Forbis, un tiroideo vendedor de coches usados— que ahora presentaba su última defensa, había observado durante toda la mañana la creciente actividad en la otra orilla. Pronto, después de las ocho, mientras Mannock conducía por el pueblo desierto, habían aparecido los primeros soldados. En la orilla del río había cuatro vehículos blindados de transporte y un pelotón de soldados con su uniforme acolchado marrón. El oficial estudió a Mannock unos segundos a través de sus prismáticos y después comenzó a inspeccionar el pueblo. Una hora más tarde, un batallón de vanguardia de ingenieros de campo tomó posiciones junto al puente de tren dinamitado. Hacia el mediodía había llegado toda una división. Una polvorienta caravana compuesta por cañones autopropulsados, tanques sobre remolques y cocinas de campaña portátiles en autobuses requisados avanzaba por las tierras de labranza y se detuvo junto a la margen del río. Detrás de ellos llegaron un ejército de infantería y los civiles que seguían al ejército, arrastrando carros y golpeando gongs.

Esa mañana, más temprano, Mannock había trepado a la torre del agua de la granja de su hermano. El paisaje bajo las montañas, a unos quince kilómetros, estaba atravesado por el zigzag de docenas de columnas motorizadas. La mayoría de los vehículos se movía de forma aparentemente aleatoria, cegados la mitad del tiempo por su propia polvareda. Como una horda de hormigas, se dispersaron por las tierras labrantías abandonadas, ignorando por completo el pueblo intacto y estableciéndose, después, en un silo de granos vacío.

Para entonces, sin embargo, hacia el inicio de la tarde, todas las secciones de ese inmenso ejército habían llegado al río. Finalmente, toda esperanza de darse la vuelta y perderse en el horizonte que Mannock pudiera haber mantenido viva había desaparecido. Cuándo, exactamente, decidirían cruzar el río era algo difícil de calcular. Mientras él y Forbis observaban, iba levantándose una sucesión de enormes campamentos. Las hileras de tiendas de campaña delimitaban plazas de armas, los escuadrones de soldados marchaban de un lado a otro entre el polvo, grupos rivales de civiles —presuntamente cuadros políticos— instruían a los demás y gritaban consignas. El humo de cientos de hogueras se alzó en el aire, impidiéndole a

Mannock ver las montañas desconchadas de azul que habían formado el telón de fondo de aquel valle fluvial durante los veinte años en que él había vivido ahí. A lo largo de la costa esperaban hileras de camiones y vehículos anfibios camuflados, pero aún no había ninguna señal de que fueran a cruzar. Las tripulaciones de los tanques rondaban, como pandillas aburridas en un paseo marítimo, arrojando petardos y remontando cometas de papel con consignas pintadas en las colas. Por todas partes continuaba sin pausa el ruido de los gongs y de los tambores.

—Debe de haber un millón, por Dios; nunca lo dejarán. —Casi decepcionado, Forbis apoyó la escopeta sobre los sacos de arena del emplazamiento.

—Nada los ha detenido aún —confirmó Mannock. Señaló el convoy de camiones que arrastraba una flotilla de lanchas de desembarco a través del atestado terreno—. Sampanes; se ven raros, ¿no?

Mientras Forbis miraba con furia hacia el otro lado del río, Mannock lo observaba a él, controlando con esfuerzo el desagrado que lo invadía cada vez que recordaba a quién había escogido como compañero final. Un hombre delgado, de gesto amargo y ojos grandes, Forbis pertenecía a ese pequeño grupo de personas por las que Mannock había sentido un instintivo desagrado toda su vida. Esos últimos días en el pueblo vacío habían confirmado todos sus prejuicios. La tarde anterior, después de haber pasado una hora conduciendo por el pueblo y disparando a los perros, Forbis lo había llevado a su casa. Ahí se había jactado de su enorme arsenal. Aburrido por esa exhibición de armas, Mannock vagó por la casa y llegó al comedor, solo para encontrar la mesa dispuesta a manera de altar, con docenas de revistas de extrema derecha, patológica propaganda racista y Dios sabe qué otras sandeces impresas en toscas prensas caseras.

¿Qué había motivado a Forbis para quedarse en aquel pueblo desierto, cuando todo el mundo se había marchado? ¿Qué lo había impulsado a desear defender esas pocas calles en las que jamás había sido particularmente exitoso ni había agradado especialmente a nadie? Algún gen estrafalario o una extraña vena de patriotismo, tal vez no tan diferente de su propia forma de ira. Mannock miró al otro lado del río, mientras una inmensa girándola daba vueltas en el aire por encima de la fila de tanques aparcados a lo largo de la costa; las volutas de humo rosado convertían el campamento en un parque de atracciones. Por un instante, Mannock se sintió invadido por la esperanza de que ese enorme ejército tuviera motivaciones completamente pacíficas, que pudiera decidir súbitamente retirarse, cargar sus tanques en sus remolques y alejarse hacia el horizonte, en el oeste.

Al menguar la luz comprendió perfectamente que no había ninguna posibilidad de que sucediera algo así. Generaciones de odio y resentimiento habían impulsado a esas personas en su inexorable avance por el mundo y allí, en ese pueblo junto a un valle fluvial, obtendrían una parte de su venganza.

¿Por qué había decidido él quedarse a esperar detrás de unos pocos sacos de arena inútiles, con una escopeta en las manos? Mannock se giró y miró hacia la torre del

agua que señalaba el límite noroeste de la granja de su hermano y que, durante años, había sido el hito principal del pueblo. Había planeado hasta el último momento marcharse con el resto de la familia y había ayudado a cargar combustible en los coches, así como a liberar lo que quedaba de ganado. Cuando cerró la puerta de su casa por última vez, al iniciarse el gran éxodo, decidió esperar a que el polvo se asentara. Condujo hasta el río y permaneció junto al tramo de puente roto que los ingenieros del ejército habían dinamitado antes de replegarse.

Forbis casi le había disparado mientras él se dirigía al sur por la ribera. El vendedor se había enterrado en una barricada casera, sobre la orilla, y esperaba completamente solo a que el enemigo asomara por primera vez. Mannock intentó convencerlo de que se marchara con los demás, pero mientras discutía con Forbis se dio cuenta de que era como hablar consigo mismo, y comprendió por qué sus argumentos sonaban tan poco convincentes.

Los días siguientes, mientras la distante nube de polvo se desplazaba hacia ellos desde el horizonte y transformaba el pequeño valle en un paisaje apocalíptico, los dos hombres sellaron una incómoda alianza. Forbis miraba con impaciencia a Mannock mientras este avanzaba por las calles vacías, cerrando las puertas de los coches abandonados y aparcándolos junto al bordillo, cerrando las ventanas de las casas, y colocando en su sitio las tapas de los cubos de basura. Con su lógica demencial, Forbis creía que los dos podrían detener el avance de ese gigantesco ejército.

—Tal vez solo unas pocas horas —le garantizó a Mannock con tranquilo orgullo—. Pero eso bastará.

O, lo más probable, unos pocos segundos, reflexionó Mannock. Habría un breve frenesí sangriento en alguna parte, una ráfaga de pistola ametralladora y descanso eterno en el polvo...

—¡Mannock...! —Forbis señaló la ribera, a cincuenta metros del terraplén del puente. Un pelotón de servicios transportaba a pulso, hacia el agua, un pesado esquife metálico. Detrás, un tanque retrocedía a lo largo de la costa, comprobando la rotación de su torreta. El escape eructaba los gases de combustión del gasóleo.

—¡Ya vienen! —Forbis se agazapó detrás de los sacos de arena, levantando su escopeta. Le hizo señas furiosamente a Mannock—. ¡Por todos los cielos, Mannock, agacha la cabeza!

Mannock no le hizo caso. Se mantuvo de pie sobre el techo del emplazamiento, exponiendo completamente su silueta. Observó cómo el esquife se deslizaba hacia el agua. Mientras dos miembros de la tripulación intentaban poner en marcha el motor, un escuadrón situado en la proa remaba, conduciendo el esquife hasta el lado de la primera columna del puente. No había ninguna otra embarcación preparada para bajar al agua. En realidad, tal como Mannock ya había advertido, nadie miraba en absoluto hacia la otra orilla, aunque cualquier buen francotirador podría haberles dado a ambos sin dificultad. Un solo proyectil de 75 mm de uno de los tanques habría acabado con ellos y con el emplazamiento.

—Ingenieros —le dijo a Forbis—. Están comprobando los pilares del puente. Tal vez primero quieran reconstruirlo.

Forbis miró escéptico con sus prismáticos, y luego relajó sus manos, que mantenían la escopeta. Su mandíbula aún se proyectaba agresivamente hacia delante. Al contemplarlo, Mannock comprendió que Forbis realmente no temía lo que pudiera pasarles. Volvió a mirar hacia el pueblo. Hubo un destello de luz, el reflejo del sol al abrirse una puerta en una planta superior.

—¿Adónde vas? —En la mirada de Forbis había una sospecha, que reforzaba las dudas que ya abrigaba con respecto a Mannock—. Pueden venir antes de lo que tú crees.

—Vendrán en su momento, no en el nuestro —dijo Mannock—. Ahora mismo parece que ni siquiera saben cuál es. Para entonces estaré aquí.

Se dirigió a su coche, rígido, consciente del blanco que ofrecía su chaqueta de cuero negra contra el fondo blanco del coche familiar. En cualquier momento la brillante pintura podía quedar destrozada por una bala que llevaría en ella trozos de su corazón.

Encendió el motor y dio marcha atrás con cuidado, hacia la playa. Miró la orilla opuesta por el retrovisor. Los ingenieros del esquife habían perdido el interés en el puente. Ahora iban a la deriva, siguiendo la costa, como un grupo de turistas y contemplaban a las tripulaciones de los tanques, en cuclillas sobre sus torretas. El batir de los gongs continuaba llegando a través del agua.

En el pueblo desierto, los sonidos murmuraban sobre los techos de metal. Mannock condujo alrededor de la estación de trenes y por la cochera de autobuses, comprobando que no hubieran llegado nuevos desplazados después del cruce del río. No se movía nada. Los coches abandonados atestaban las calles laterales. Los escaparates rotos formaban marcos dentados alrededor de montones de paquetes de detergente y latas de sopa. En las gasolineras, las mangueras cortadas derramaban lo que les quedaba de gasolina sobre el hormigón sin lavar.

Mannock detuvo el automóvil en el centro del pueblo. Bajó y levantó la vista hacia las ventanas del hotel y la biblioteca pública. Por algún fenómeno acústico, el ruido de los gongs se había desvanecido y, por un instante, todo fue igual que cualquier tarde soñolienta de diez años antes.

Mannock se inclinó sobre el asiento trasero y extrajo un paquete de papel. Tras un intervalo de torpes intentos, el viejo nudo de hilo seco acabó por ceder. Desenvolvió el paquete y extrajo una descolorida chaqueta de uniforme.

Mientras buscaba un cigarrillo en los bolsillos de la cintura, Mannock examinó los gastados galones. Había planeado ese pequeño gesto —un poco de absurdo sentimentalismo, ya lo sabía— como un adiós íntimo a sí mismo y al pueblo, pero las descoloridas insignias de metal tenían más o menos la misma pertinencia con respecto a la realidad que la herrumbrosa tapa de un cubo de basura que yacía en la



alcantarilla, a pocos pasos de ahí. Se colocó chaqueta sobre el brazo izquierdo, abrió la puerta del coche.

Antes de que pudiera dejar la chaqueta en el asiento, sonó el disparo de un rifle del otro lado de la plaza. Una andanada de ecos tronó entre los edificios. Mannock bajó una rodilla y se colocó detrás del coche con la cabeza gacha, ocultándola de la visión de las ventanas de la tercera planta del hotel. La bala había hecho trizas la ventanilla del pasajero y rebotado en el salpicadero, haciendo añicos el volante antes de salir por la puerta del conductor.

Cuando el sonido de la explosión se hubo desvanecido, Mannock oyó las botas de goma de un hombre de complexión delgada que bajaba la escalerilla de incendios, detrás del edificio. Mannock miró hacia arriba. En lo alto, sobre el pueblo, una bandera extraña ondeaba en el mástil del hotel. Así que los primeros francotiradores sí habían cruzado el río. Se le aceleró la sangre en las venas y cogió la escopeta del asiento trasero.

Unos cinco minutos más tarde, Mannock esperaba en el callejón detrás del supermercado, y vio una figura pasar corriendo delante de él. Cuando el hombre cayó en la grava, Mannock se le montó a horcajadas y le apuntó con la escopeta a la cara. Bajó los ojos esperando encontrarse con azorado un joven de piel amarilla y uniforme guateado.

—¿Forbis?

El vendedor se puso de rodillas, mientras recuperaba el aliento con esfuerzo. Miró la sangre de sus manos y después el rostro de Mannock situado detrás del cañón de la escopeta.

—¿A qué demonios estás jugando? —soltó con voz cansada y una oreja inclinada, atenta a cualquier sonido que pudiera llegar desde el río—. Ese disparo... ¿Quieres atraerlos? —Señaló la chaqueta de policía que vestía Mannock y luego meneó la cabeza con aire triste—. Mannock, esto no es ninguna fiesta de disfraces...

Mannock estaba a punto de explicarse cuando la puerta de un coche se cerró de un golpe. El motor de la ranchera rugió sobre el chirrido de los neumáticos. Mientras los dos hombres llegaban a la acera, el coche dio un volantazo, se alejó de la plaza y apartó con el parachoques una pila de cajas.

—¡Hathaway! —gritó Forbis—. ¿Lo has visto? ¡Ahí tienes a tu francotirador, Mannock!

Mannock observó el coche que aceleraba y se perdía de vista por una calle lateral.

—Hathaway —repitió taciturno—. Debí haberlo imaginado. Ha decidido quedarse a recibir a sus amigos.

Después de que Forbis arriara la bandera del mástil del hotel, él y Mannock regresaron en coche al río. Mannock iba incómodo, enfundado en su chaqueta de policía, pensando en Hathaway, el extraño joven que con él mismo y Forbis completaba un triángulo clave de su sociedad. Hathaway, el inadaptado, con la cabeza

repleta de lemas marxistas a medio comprender, lastrado con una esposa aburrida que un día se había cansado de vivir en pensiones y lo había abandonado llevándose a su pequeño; Hathaway, el activista político fallido cuyos ojos obsesos eran demasiado hasta para un grupo de estudiantes de extrema izquierda; Hathaway, el delincuente de poca monta, arrestado por robar en un supermercado... aunque él no había tardado en convencerse a sí mismo de que él era un mártir de la conspiración capitalista.

No cabía duda: un vistazo a la antigua chaqueta de policía de Mannock había sido suficiente.

Una hora más tarde comenzaron a cruzar el río. En un instante, Mannock estaba sentado sobre la traviesa que hacía las veces de pared posterior del emplazamiento de Forbis, observando los interminables desfiles y maniobras de entrenamiento que tenían lugar en la ribera opuesta, y oyendo los gongs y el estallido de los petardos. En el instante siguiente, docenas de lanchas de desembarco avanzaban por la pendiente hacia el agua. Detrás de ellas se arremolinaban miles de soldados con balas de equipo sobre sus cabezas. El paisaje íntegro se había puesto de pie y avanzaba. A un kilómetro de distancia hacia el interior, grandes nubes de polvo trepaban por el aire. Por todas partes se abatían tiendas de campaña y puestos de comando, y las desgarradas grúas balanceaban tramos de pontón por encima de los árboles. El redoble de los tambores resonaba a kilómetros de distancia a lo largo de la costa. Tras un rápido conteo, Mannock estimó que por lo menos cincuenta lanchas de desembarco estaban cruzando el río, y cada una remolcaba dos o tres tanques anfibios.

Una gran lancha de desembarco de madera se dirigía directamente hacia ellos, con al menos cien soldados de infantería acuclillados sobre la cubierta, como culis. Sobre la proa cuadrada de teca, a través de su protección metálica rectangular, sobresalía una ametralladora pesada y los artilleros hacían señas al timonel.

Mientras Forbis titubeaba con la escopeta, Mannock le quitó la cantonera del hombro.

—¡Retirada! Más cerca del pueblo; aquí se nos echarán encima.

Agazapados, se replegaron del emplazamiento. En el momento en que la primera lancha tocaba tierra, ellos llegaron a la cubierta que proporcionaba la hilera de árboles que bordeaba el camino. Forbis se adelantó a la carrera hasta un montón de tambores de doscientos litros que había en la zanja y empezó a hacerlos rodar hasta formar un tosco emplazamiento.

Mannock lo observaba afanarse mientras el aire se llenaba del ruido de los motores de los tanques y los gongs. Cuando Forbis acabó, Mannock meneó la cabeza. Señaló con una mano cansada los campos al otro lado del camino, y luego apoyó su escopeta contra el muro de la zanja.

Hasta donde podían ver, cientos de soldados avanzaban hacia el pueblo, con sus fusiles y subfusiles colgados del hombro. En la orilla del río se apiñaban las lanchas

de desembarco. Una docena de pontones atravesaba el curso de agua. Los infantes y los ingenieros llegaban en masa a la costa y desembarcaban coches oficiales y piezas de artillería ligera. A un kilómetro de distancia, los primeros soldados ya se desplazaban a lo largo de las vías férreas, hacia el pueblo.

Mannock observaba una columna de infantería que avanzaba hacia ellos por el camino. Cuando se acercaron lo suficiente, advirtió que por lo menos la mitad de ellos eran civiles que no llevaban ni armas ni chaleco militar; las mujeres llevaban en las manos pequeñas libretas rojas. Encima de sus cabezas, sostenidas por varas, llevaban ampliaciones gigantes de fotografías de los líderes del partido y de sus generales. Una motocicleta con sidecar y provista de una ametralladora ligera forzó su paso por la columna y luego se caló en el arcén. Un grupo de mujeres y soldados que entonaba cánticos ayudó a ponerla en marcha. Corrieron todos juntos detrás de la moto, resoplando y vitoreando.

Mientras la motocicleta se acercaba, Mannock esperaba que la ametralladora abriera fuego contra ellos. Forbis estaba agazapado detrás de un tambor de combustible, frunciendo el entrecejo ante lo que veía. Sus grandes ojos parecían huevos demasiado hechos. Un tic le estremecía la comisura derecha de los labios, como si balbuceara para sí algún rosario subvocalizado. Entonces, en un repentino instante de lucidez, volvió la escopeta hacia la motocicleta, pero el vehículo esquivó a Mannock con un volantazo y aceleró hacia el pueblo.

Mannock se volvió a mirar la motocicleta que se alejaba, pero un hombre que venía corriendo detrás chocó contra él. Mannock lo cogió por los delgados hombros y lo puso de pie. Se encontró con aquel conocido rostro cetrino, con aquellos ojos encendidos que él había visto mirarlo fijamente a través de los barrotes de una celda.

—Hathaway, loco de...

Antes de que Mannock pudiera retenerlo, el hombre se le escurrió y escapó a toda carrera por el camino de tierra, hacia la columna que se aproximaba. Se detuvo a pocos metros de los primeros dos infantes y les gritó algún tipo de saludo. Uno de los hombres —Mannock supuso que era un oficial, aunque ninguno de ellos llevaba insignias— lo miró y después se adelantó y lo empujó hacia un lado. En un instante se lo tragó un torbellino de soldados que entonaban cánticos y golpeaban gongs. Fue rebotando de un hombro a otro, perdió el equilibrio, cayó, se puso de pie y comenzó a gesticular ante los rostros que pasaban junto a él, intentando atraer su atención.

En ese momento también Mannock fue engullido por la muchedumbre. Los uniformes marrones acolchados, manchados por el polvo y el sudor de medio continente, pasaron junto a él abriéndose camino, empujándolo hacia el arcén. Le arrancaron la escopeta de las manos, la hilera de pies la fue pateando entre los terrones rotos, luego la levantaron y la arrojaron a la caja de un carro. Un grupo de mujeres jóvenes rodeó a Mannock, observándolo sin siquiera una pizca de curiosidad, mientras entonaban sus consignas. La mayoría de ellas eran niñas, con caras solemnes de maniquí bajo sus cabellos cortados al rape.

Consciente de lo que había ocurrido, Mannoock sacó a Forbis de la zanja. Nadie había intentado quitarle la escopeta a Forbis, y el vendedor se aferraba a esta como un niño. Mannoock se la arrancó de las manos.

—¿No lo ves? —gritó—. ¡No tienen ningún interés en nosotros! ¡No tienen ningún interés!

1969

## DILE ADIÓS AL VIENTO

A medianoche oí una música que venía de la discoteca abandonada entre las dunas de Lagoon West. Cada anochecer, mientras dormía en mi villa sobre la playa, me despertaba aquella melodía desflecada. Esa noche, al comenzar la música una vez más, bajé de la terraza a la arena cálida y caminé por la costa. En la oscuridad, los raqueros estaban en la línea de la marea alta, escuchando la música que les llevaban las olas térmicas. Mi linterna iluminaba las botellas rotas y los tubos de ensayo hipodérmicos a sus pies. Vestidos con diversas ropas muertas, esperaban en el aire lóbrego como payasos descoloridos.

La discoteca había estado desierta desde el verano anterior y ahora las paredes blancas estaban cubiertas por las dunas. Las confusas letras de un cartel de neón parpadeaban sobre la barra al aire libre. La música provenía de un tocadiscos situado sobre el escenario, un foxtrot que yo había olvidado hacía años. Entre las mesas cubiertas de arena, al ritmo de ese antiguo tema, caminaba una mujer de manos enjoyadas. Sus ojos caídos y su paso meditabundo, como el de una niña pensativa, me hicieron suponer que era sonámbula y que había llegado a esa discoteca abandonada desde una de las mansiones de la costa.

Junto a mí, cerca del ruinoso bar, estaba uno de los raqueros. Sus ropas muertas colgaban del cuerpo musculoso como la cáscara de una fruta violada. El aceite de su pecho moreno encendía los ojos ahogados en droga, y le daba al rostro quebrantado un instante de lúcida calma. Mientras la joven bailaba sola, ataviada con su vestido de noche negro, el raquero avanzó y le tomó los brazos. Dieron vueltas juntos por el suelo de madera, la mano enjoyada de ella sobre el hombro cruzado de cicatrices de él. Cuando el disco llegó a su fin, la mujer le dio la espalda, el rostro vacío de expresión, y se alejó entre las mesas hacia la oscuridad.

¿Quién era aquella hermosa vecina mía que se movía con la incertidumbre de un sonámbulo, que danzaba cada noche con los raqueros en la discoteca abandonada? Mientras conducía hacia Vermilion Sands, a la mañana siguiente, iba atisbando las villas de la costa con la esperanza de verla otra vez. Pero la playa era una zona de dormilones, que aún dormían bajo sus toldos bajados. La temporada de Vermilion Sands estaba en pleno apogeo. Los turistas abarrotaban las terrazas de los bares y las tiendas de curiosidades. Tras dos o tres semanas frenéticas de festivales dedicados a cualquier cosa —desde la música inaudible hasta la comida erótica—, la mayoría de ellos arrojaría sus compras por la ventanilla del coche al emprender el rápido camino de regreso a Red Beach. Arruinándose entre los arrecifes de arena de las márgenes de Vermilion Sands, las flores y las esculturas cantantes formaban la singular flora del

paisaje, una isla circundada por sonidos extraños.

Dos años atrás, yo mismo había abierto mi tienda, Topless en Gaza, especializada en modas de tejidos biológicos. Cuando llegué a la arcada cercana a Beach Drive, a las once de aquella mañana, ya había una pequeña muchedumbre asomándose al escaparate, fascinada por los diseños de *op art*, mientras los vestidos en exhibición se doblaban y se arqueaban solos bajo la luz de la mañana. Mi socio, Georges Conte, con su parche *art nouveau* levantado sobre el ojo izquierdo, tranquilizaba un albornoz para la playa amarillo eléctrico para que se quedara en su sitio. Por alguna causa, el tejido estaba inusualmente inquieto y se aferraba a él como una viuda aristocrática neurótica. Sosteniendo las mangas con una mano, Georges lo obligó a colocarse en su sitio y luego se retiró, antes de que la prenda pudiera retenerlo otra vez. El albornoz se agitaba, irritado, de un lado a otro, su tejido latía como un sol enardecido.

Cuando entré en la tienda, advertí que ese sería uno de nuestros días más difíciles. Por lo general, al llegar, yo encontraba los vestidos y los albornoces ronroneando en sus perchas, como somnolientos inquilinos de un exquisito zoo arbóreo. Ese día, sin embargo, algo los había alterado. Los vestidos colgados estaban furiosos y sus diseños se mostraban pálidos y discordantes. Cada vez que se tocaban, las telas retrocedían como membranas en carne viva. La ropa de playa estaba en el mismo estado de inquietud, y las badanas y los trajes de playa superponían diseños desagradables, como obras de una demencial galería de arte cinético.

Con las manos levantadas en un gesto de heroica desesperación, Georges Conte se acercó a mí. Su traje de seda blanca resplandecía como un arcoíris bilioso. Hasta mi propia camiseta malva estaba alterada, y sus costuras comenzaban a descoserse y desgarrarse.

—Georges, ¿qué está pasando? Todo este lugar es un alboroto.

—¡Señor Samson, yo me lavo las manos! Son puro temperamento, es imposible tratar con ellos.

Miró su manga moteada y, con una mano muy cuidada, intentó quitarse los colores pálidos. Perturbado por la atmósfera alterada, su traje se expandía y se contraía en pulsos irregulares, estirándose sobre su pecho como las fibras de un corazón enfermo. En un estallido de exasperación, cogió uno de los vestidos de un colgador y lo sacudió irritado.

—¡Cállate! —gritó, como un promotor teatral que llamara al orden a un grupo de coristas indisciplinadas—. ¿Qué es esto, Topless en Gaza o un zoo endiablado?

En los dos años que llevábamos como socios, Georges siempre se había referido a los vestidos y a los trajes como si fueran una compañía de artistas humanos. Trataba los tejidos más caros y sensibles, criados a partir de los linajes de más antigua estirpe, con el encanto y el tacto que se podría reservar para una duquesa temperamental. En el extremo opuesto, se manejaba con la llamativa ropa de playa *op art* con el encanto desenfadado que desplegaba antes las bellezas adolescentes que a menudo entraban por accidente en la tienda.

A veces me preguntaba si acaso para él los vestidos y los trajes estaban más vivos que sus compradores. Sospechaba que Georges consideraba a los usuarios finales de estas prendas poco más que talonarios de cheques con pies, cuya única función era alimentar y ejercitar las exquisitas criaturas que llevaban sobres sus cuerpos. En efecto, un cliente descuidado o ignorante que cometiera el error de intentar enfundarse en una vestimenta errónea o, peor todavía, cuya figura no fuera comparable a la de Marlene Dietrich, recibía de Georges un trato brusco y era despachado, con una cuenta de puños de encaje, a las tiendas de vestimenta inerte del parque de atracciones del pueblo. Eso era, desde luego, una broma sarcástica. Ya nadie vestía ropas inertes, con excepción de unos pocos excéntricos y los raqueros. La única vestimenta inerte ampliamente usada era la mortaja y, aun así, la mayoría de la gente más a la moda no se dejaría ver con una de esas ni muerta. El macabro espectáculo de la extraña flora sepulcral que brotaba de las tumbas fracturadas, como una colección de pesadilla de una Mary Quant o un Dior del inframundo, pronto había puesto fin a todas las formas de indumentaria para ataúdes fabricadas con biotejidos y había establecido firmemente el principio de que «desnudos venimos al mundo y desnudos nos marchamos de él».

La devoción de Georges era en gran medida la causa del éxito, y de la selecta clientela, de nuestra tienda, por lo que yo no tenía el menor problema en permitirle su caprichosa creencia en la personalidad individual de cada tela y cada vestido. Sus dedos delgados convencían a un dobladillo para que tardase unos segundos en acortarse, en lugar de horas, y estrechaba una tabla o ampliaba un ensanche casi antes de que el cliente pudiera firmar su talón. Georges reconfortaba y consolaba un vestido especialmente exótico, inquieto porque era la primera vez que lo usaban o porque lo alteraba el tacto húmedo y pegajoso de la piel humana. Mientras tanto, lo ajustaba con pequeños toques alrededor del cuerpo de su propietario, y sus manos acariciaban los tejidos nerviosos adhiriéndolos a los contornos poco familiares de la cadera y el busto.

Ese día, sin embargo, su encanto y su pericia le habían fallado. Los vestidos se agitaban y estremecían en sus colgadores, y sus colores se mezclaban en confusas manchas. Una desventaja de los biotejidos es su extrema sensibilidad. Criados originalmente a partir de linajes génicos de delicadas buganvillas y mimosas, la fibra tejida conservaba una parte de la acentuada capacidad de respuesta de la planta a la atmósfera y el tacto. El movimiento repentino de alguien cercano, por no mencionar los del propio usuario, suscita una reacción inmediata en esos tejidos cuasinerviosos. Un vestido puede cambiar de color y textura en pocos segundos, y hacerse más escotado ante la cercanía de un ávido admirador o más formal ante la oportunidad de reunirse con un director de oficina bancaria.

Esa sensibilidad a los estados de ánimo explica la verdadera popularidad de las biotelas. Las ropas ya no se fabrican con fibras muertas, de colores y texturas fijas que solo pueden aproximarse de forma tosca a la errática figura humana, sino con

tejidos vivientes que se adaptan a los contornos y la personalidad de quienes las llevan. Otras ventajas son el crecimiento continuo de los materiales —nutridos por los olores y el sudor del usuario, los dulces licores que destilan sus poros— y la constante renovación de las fibras, que repara todo defecto y toda carrera en ellas, además de lo cual eliminan la necesidad de lavado.

Sin embargo, al entrar esa mañana en la tienda, yo pensaba que todas esas enormes ventajas tenían un precio. Por algún motivo habíamos acumulado una colección particularmente temperamental. Se había informado de casos de ataques de pánico repentinos causados por el petardeo de un motor, en los cuales todos los vestidos de una colección se habían autodestruído en un paroxismo de violencia.

Estaba a punto de proponerle a Georges que cerráramos la tienda hasta la mañana siguiente cuando advertí que acababa de entrar el primer cliente del día. Oculto en parte por los colgadores de ropa de playa, solo podía ver un rostro arreglado de forma elegante, velado por un sombrero de ala ancha. Cerca de la entrada, un joven chófer esperaba bajo la luz del sol, e inspeccionaba a los turistas con una mirada aburrida.

Al principio me molestó que una cliente adinerada llegara justo en el momento en que nuestras existencias estaban tan inquietas; todavía recuerdo con un estremecimiento el bikini de tejido nervioso que dejó desnuda a su propietaria, y que fue a envolverse en sus tobillos, mientras ella estaba en el trampolín más alto, sobre una multitud en el hotel Neptuno. Me volví para pedirle a Georges que utilizara todo su tacto para hacer que la mujer se fuera.

Por primera vez, sin embargo, Georges había perdido todo su aplomo. Inclinado hacia delante a partir de la cintura, con los ojos desenfocados, contemplaba a nuestra cliente como un vil voyerista de los bulevares deslumbrado por una nínfula preadolescente.

—¡Georges! ¡Reacciona! ¿La conoces?

Me miró con los ojos en blanco.

—¿Qué? —Su traje ya había empezado a alisarse para formar un espejo semejante al cristal, su reacción invariable cuando tenía enfrente a una mujer hermosa. Murmuró—: La señorita Channing.

—¿Quién?

—Raine Channing... —repitió—. Anterior a tu época, señor Samson, anterior a todas las épocas...

Lo dejé pasar, con las manos extendidas en la actitud de Perceval acercándose al Santo Grial. Ciertamente, la recordaba. Modelo internacional alguna vez, epítome de la eterna juventud, con su rostro de chico melancólico, recreado por una docena de cirugías plásticas. Raine Channing era una reliquia macabra de los años setenta y de su culto a la adolescencia. Ahí donde, en el pasado, las actrices habían recurrido a la cirugía plástica para levantar un pómulos colgante o borrar una arruga delatora, Raine Channing, una joven modelo que apenas pasaba los veinte años, había rendido su rostro al escalpelo y a la aguja con el fin de recapturar la añorada lozanía de una



adolescente ingenua. Había regresado al quirófano unas doce veces, y había surgido de él envuelta en vendajes que los médicos le quitaban ante lámparas de arco para revelar la máscara congelada de una adolescente. A su modo triste, tal vez ella había contribuido a acabar con aquel culto enloquecido. Ahora llevaba varios años alejada del público, y yo recordé que solo unos pocos meses antes había leído sobre la muerte de su confidente y promotor, el brillante diseñador de los primeros biotejidos, Gavin Kaiser.

Aunque ahora estaba al final de su segunda década, Raine Channing todavía conservaba su aspecto aniñado, ese extraño montaje de rostros adolescentes. Su mirada reflejaba los suicidios de Carole Landis y Marilyn Monroe. Mientras ella hablaba suavemente con Georges, me di cuenta de que la había visto bailando con los raqueros en la discoteca desierta, en Lagoon West.

Cuando compré la tienda, las descoloridas revistas de moda estaban repletas de fotografías suyas... Raine, con sus ojos heridos, mirando por encima de los vendajes que le envolvían los pómulos reconstruidos, o vestida con la última creación de biotejido en una discoteca exclusiva, sonriéndole al guapo rostro de gánster de Kaiser. De muchas maneras, la relación entre Raine Channing y ese genio de las casas de moda de hacía veinticinco años resumía toda una época infausta, cuyo altar olvidado era la cara mutilada de Raine. Pronto, un día, antes de llegar a los treinta, hasta su rostro se desintegraría.

Sin embargo, mientras visitaba nuestra tienda, esta triste perspectiva parecía muy remota. Georges estaba encantado de verla: por fin se encontraba de igual a igual con una de las luminarias de su aprendizaje. Sin dedicar siquiera un pensamiento a nuestras alborotadas existencias, Georges abrió los escaparates y las vitrinas de exposición. Curiosamente, ahora todo estaba sereno y los vestidos se agitaban con suavidad en sus colgadores, como dóciles pájaros.

Esperé a que George disfrutara su momento de evocación y después me presenté.

—Los ha calmado a todos —la felicité—. Usted debe de gustarles.

Ella se subió la estola de zorro blanco hasta el cuello y se frotó las mejillas con ella. La piel se deslizaba sobre su cuello y sus hombros, y se acurrucaba en sus caricias.

—Eso espero —dijo ella—. ¿Sabe, sin embargo, que hace unos pocos meses yo los odiaba? Realmente deseaba que la gente anduviera desnuda para que toda la ropa muriera. —Se rio—. Ahora debemos buscar un guardarropa completo.

—Nos encanta que haya comenzado aquí, señorita Channing. ¿Se quedará una larga temporada en Vermilion Sands?

—Algún tiempo. Vine por primera vez hace ya mucho tiempo, señor Samson. En Vermilion Sands nunca cambia nada, ¿lo ha notado? Es un buen lugar para volver.

Recorrimos los escaparates de vestidos. De cuando en cuando ella alargaba una mano blanca, como la de un niño, para tocar una de las telas. Cuando se abrió el abrigo, una joya sónica, como una rosa de cristal, emitió su música en miniatura entre

sus senos. Juguetes de terciopelo anidaban, como topillos, alrededor de sus muñecas. En conjunto, parecía estar oculta en esa alfombra de juegos viviente, como una extraña Venus niña.

Pero ¿qué era lo que me atraía tanto de Raine Channing? Mientras Georges la ayudaba a seleccionar un brillante vestido de color pastel, se me ocurrió que Raine Channing parecía una Eva niña en un Edén de la costura que infundía vida con su toque. Luego la recordé bailando con los raqueros en la discoteca desierta de Lagoon West.

Mientras el joven chófer transportaba sus compras, le dije:

—La vi anoche. En la discoteca de la playa.

Por primera vez me miró directamente a la cara, sus ojos alertas y adultos sobre la máscara adolescente.

—Vivo cerca de ahí —dijo ella—, en una de las casas, junto al lago. Había música y gente bailando.

Cuando el chófer le abrió la puerta del coche, vi que el asiento estaba cubierto de juguetes y joyas sónicas. Se marcharon como si fueran dos adultos jugando a ser niños.

Dos días después volví a oír la música que provenía de la discoteca abandonada. Me había sentado en la galería cuando comenzó aquella suave melodía nocturna. El aire pulverulento amortiguaba los sonidos secos y metálicos. Caminé por la oscuridad a lo largo de la costa. Los raqueros se habían marchado, pero Raine Channing vagaba entre las mesas de la discoteca, y su vestido blanco de noche dibujaba signos vacíos en la arena.

Un yate de arena estaba fondeado en los bajíos. Junto a él había un joven con el torso desnudo y los brazos en jarras; me estaba observando. Sus poderosos muslos destacaban en la oscuridad, y se proyectaban desde el blanco pantalón corto; las olas térmicas rizaban el polvo alrededor de sus pies. Con su rostro ancho y su nariz aplastada como el de un personaje de Miguel Ángel, parecía un oscuro ángel de la playa. El joven esperó mientras me acercaba y luego avanzó pasando junto a mí, casi rozándome el hombro. El aceite de su espalda reflejaba las luces distantes de Vermilion Sands mientras caminaba por las dunas hacia la discoteca.

Después de ese encuentro, supuse que ya no volvería a ver a Raine Channing, pero a la mañana siguiente, cuando llegué a la tienda de Vermilion Sands, encontré a Georges. Me esperaba en la entrada. Estaba nervioso.

—Señor Samson, he intentado telefonarle. La secretaria de la señorita Channing ha estado llamando. ¡Todo lo que nos compró se ha vuelto loco! Nada le queda bien, hay tres vestidos que han desbordado su trama...

Conseguí calmarlo y después hablé con la secretaria de Raine, una francesa con voz de furcia quien me informó con frialdad de que todo el guardarropa compuesto

por dos vestidos de noche, un vestido de cóctel y tres trajes para el día que Raine había comprado en Topless en Gaza se había echado a perder. Por qué había sucedido semejante cosa, ella no tenía la menor idea.

—Sin embargo, señor Samson, le propongo que venga de inmediato a la residencia de la señorita Channing y, o bien sustituya el género, o bien le reembolse el dinero íntegro de la compra de seis mil dólares. La alternativa...

—*Mademoiselle* Fournier —insistí con rigidez, con el poco orgullo del que pude hacer acopio—, no hay ninguna alternativa.

Antes de partir, Georges sacó con especial cuidado un traje deportivo magenta de biotejido de Shantung que había ordenado para una de nuestras clientas millonarias.

—Por mi buen nombre, si no por el suyo, señor Samson, en momentos como este uno tiene que demostrar quién es.

El traje se aferró a mí como una grácil cobra cubierta de encaje, y adquirió la forma de mi pecho y mis piernas. Sus colores resplandecían y ondulaban al explorar los contornos de mi cuerpo. Mientras caminaba hacia mi coche, la gente se volvía a mirar esa exquisita piel de serpiente que se deslizaba sobre mí.

Cinco minutos después de nuestra llegada a la villa de Raine Channing, el traje se había quietado notablemente y colgaba de mis hombros como una flor herida. La atmósfera de la villa parecía preparada para una catástrofe. El joven chófer se llevó mi automóvil en un repentino gruñir de neumáticos después de que sus ojos recorrieran mi cara como navajas. *Mademoiselle* Fournier me recibió con un gesto de asentimiento perentorio. Francesa, de unos cuarenta años, llevaba un vestido negro, como de bruja, que se agitaba alrededor de sus hombros angulosos con los movimientos irritados de un alcaudón.

—¡Un guardarropa completo echado a perder, señor Samson! No solo los vestidos que le compró a usted, sino también los inapreciables originales de esta temporada de París. ¡Aquí estamos enloquecidos!

Hice lo que pude para calmarla. Uno de los peligros de los biotejidos es que tienden a provocar estampidas. Momentos de crisis doméstica, un grito de furia o hasta un portazo pueden desencadenar un paroxismo de autodestrucción. Mi propio traje se marchitaba ya ante la mirada ceñuda de *Mademoiselle* Fournier. Mientras subíamos la escalera, alisé las desordenadas cortinas de terciopelo, y las coloqué en sus hornacinas.

—Tal vez no los esté usando lo suficiente —contemporicé—. Estos tejidos necesitan el contacto humano.

*Mademoiselle* Fournier me lanzó una mirada sorprendentemente pícara. Entramos en una *suite*, en la planta superior. Cruzando las matizadas sombras había una terraza y debajo la superficie pintada del lago. *Mademoiselle* Fournier me indicó con un gesto los armarios del gran vestidor.

—¿Contacto humano? Precisamente, señor Samson.

Todo era un completo alboroto. Los vestidos estaban esparcidos sobre los sofás.

Varios de ellos habían perdido todo su color y yacían descoloridos e inertes. Otros se habían apelmazado, y tenían los bordes rizados y ennegrecidos como cáscaras muertas de plátano. Dos vestidos de noche que estaban plegados sobre el escritorio se habían desbocado y sus hilos se entrelazaban en un abrazo macabro. En los armarios, los vestidos colgaban en filas inquietas y sus colores pulsaban como soles enloquecidos.

Mientras observábamos, sentí que, aunque intranquilos, estaban aquietándose después del estallido emocional que habían sufrido esa mañana.

—Alguien los ha estado poniendo frenéticos —le dije a *Mademoiselle* Fournier—. ¿No sabe la señorita Channing que uno no puede hacer el tonto temperamental cerca de estas telas?

Ella me cogió del brazo, un dedo punzante se alzó hasta mis labios.

—¡Señor Samson! Todos tenemos nuestros problemas. Usted haga lo que pueda. Se le pagará puntualmente.

Cuando se hubo marchado, recorrí los colgadores y saqué los vestidos más dañados. Ordené los demás dejando más espacio entre ellos, tranquilizando las fibras alteradas hasta que se relajaron y se aquietaron.

Estaba revisando los armarios del dormitorio siguiente cuando hice un curioso descubrimiento. Detrás de las puertas correderas de un armario atiborrado había un amplio surtido de ropas, modelos de temporadas anteriores a los que habían dejado morir en sus perchas. Unos pocos todavía vivían, a duras penas y colgaban inertes en sus percheros, reaccionando a la luz con un débil resplandor.

Lo que me sorprendió eran las condiciones en que se encontraban. Todos estaban deformados de maneras extrañas, con sus colores corridos como heridas que cruzaran el tejido y reflejaran un mismo pasado traumático, una sucesión de acontecimientos violentos que hubieran visto entre Raine Channing y quienquiera que hubiera vivido con ella en los años previos. Recordé la ropa que le había visto a una mujer muerta en un accidente de tráfico en Vermilion Sands, brotando de los restos destrozados como una monstruosa flor del infierno, así como el guardarropa desquiciado que me había ofrecido la familia de una heredera que se había suicidado. Semejantes recuerdos sobrevivían a los usuarios. También estaba aquella historia apócrifa del asesino que había huido con un abrigo robado, a quien la prenda había estrangulado al recapitular los agónicos estertores de su dueño.

Abandoné aquellas incómodas reliquias a su oscuro final y regresé al vestidor. Mientras sosegaba los últimos vestidos alterados en sus percheros, a mis espaldas se abrió la puerta de la terraza.

Raine Channing surgió del sol. En lugar de su envolvente abrigo de piel blanco, vestía un bikini de biot Tejido. Las dos copas amarillas acunaban sus pechos generosos como manos dormidas. A pesar de los claros indicios de haber tenido una feroz discusión esa mañana, ella parecía tranquila y relajada. Mientras contemplaba los ahora plácidos ocupantes de su guardarropa, su rostro, blanco como el de una

adolescente retorcida, recordaba más que nunca a una máscara quirúrgica, la infantil cara empolvada de una emperatriz manchú.

—¡Señor Samson! ¡Se han calmado! Usted es como...

—¿... san Francisco calmando a los pájaros? —sugerí, molesto aún por haber sido convocado a Lagoon West. Señalé los armarios cerrados de su dormitorio—. Perdone que se lo diga, pero ahí hay recuerdos infelices.

Ella cogió mi chaqueta y se la colocó sobre los hombros desnudos, un gesto de falso pudor que no obstante tenía cierto encanto. La tela se le adhirió como una flor rosada, acariciándole los senos y los brazos.

—Me temo que el pasado tiene algo de zona de desastre, señor Samson. Sé que lo he hecho venir con una excusa falsa. Algo salió mal esta mañana, y usted es el único vecino que tengo. —Se acercó a la ventana y miró hacia el lago pintado—. He regresado a Vermilion Sands por motivos que deben de parecer absurdos.

La miré con cautela, pero había algo en su franqueza que desarmó mis precauciones. Supuse que el amante de medianoche del yate de arena había abandonado la escena; sin duda, en un holocausto de emociones.

Salimos a la terraza y nos sentamos en las tumbonas, junto a la barra. Durante las horas siguientes, y las muchas que siguieron en esa casa sin espejos, sobre el lago pintado, ella me contó algunas cosas de los años que había pasado con Gavin Kaiser y cómo ese joven genio del mundo de la moda la había conocido mientras cantaba en una discoteca al aire libre de Lagoon West. Al ver en aquella bella muchacha de quince años la apoteosis del culto a la adolescencia, Kaiser la había convertido en su modelo estrella para la indumentaria de biotejidos que él diseñaba. Cuatro años después, a los diecinueve, le habían practicado el primer estiramiento facial, seguido en los años siguientes por cirugías plásticas aún más importantes. Cuando Kaiser murió, ella regresó a Lagoon West, a la casa cercana a la discoteca desierta.

—He dejado atrás muchos pedazos de mí misma en todas esas clínicas y hospitales. He pensado que quizá los encontraría aquí.

—¿Cómo murió Kaiser? —pregunté.

—Dijeron que de un ataque al corazón. Fue una especie de convulsión terrible, como si lo hubieran mordido cien perros rabiosos. Intentó desgarrarse el rostro. —Ella levantó las manos hacia su propia máscara blanca.

—¿No hubo ninguna duda...? —vacilé.

Ella me cogió del brazo.

—¡Gavin estaba loco! No quería que nada cambiara entre nosotros. Esos estiramientos faciales... Me mantenía en los quince años, pero no por el modelado. Quería que yo fuera para siempre como era cuando lo amé por primera vez.

En aquel momento, sin embargo, a mí no me importaba por qué había vuelto Raine Channing a Lagoon West. Cada tarde yo iba a su villa y yacíamos bajo el toldo, junto a la barra, mirando los cambiantes colores del lago pintado. Ahí, en esa casa sin

espejos, ella me contaba sus extraños sueños, todos los cuales reflejaban sus temores de mujer joven que va haciéndose mayor. Al atardecer, cuando se oía la música de la discoteca abandonada, atravesábamos las dunas y bailábamos entre las mesas cubiertas de arena.

¿Quién había llevado a la discoteca ese tocadiscos, con su único disco sin etiqueta? En cierta ocasión, cuando volvíamos, vi de nuevo al joven de los hombros poderosos y la nariz rota, de pie sobre su yate de arena, en la oscuridad. Nos contemplaba mientras caminábamos tomados del brazo, la cabeza de Raine apoyada en mi pecho. Mientras escuchaba la música, con una joya en su mano, la mirada de Raine estaba clavada como la de una niña en el guapo rostro de aquel hombre.

A menudo lo veía a mediodía, navegando en su yate de arena por el lago, a pocos cientos de metros de la costa. Supuse que sería uno de los antiguos amantes de Raine que observaba a su sucesor con curiosidad compasiva y ponía su música para nosotros, motivado por un extravagante sentido del humor.

Con todo, cuando se lo señalé a Raine, una tarde, ella negó conocerlo ni haberlo visto jamás. Incorporándose sobre un codo, ella observaba el yate de arena encallado a trescientos metros por la playa. El joven caminaba por la línea de pleamar, buscando algo entre los tubos de ensayo hipodérmicos rotos.

—Puedo pedirle que se vaya, Raine. —Cuando negó con la cabeza, le dije—: Él ha estado aquí. ¿Qué sucedió entre vosotros?

Ella se volvió hacia mí bruscamente.

—¿Por qué dices eso?

Lo dejé pasar. Los ojos de Raine seguían al hombre a todas partes.

Dos semanas más tarde, lo vi de nuevo, mucho más cerca. Poco después de la medianoche, me desperté en la terraza de la villa de Raine y oí la consabida música que provenía de la discoteca abandonada. Debajo, en la penumbra, Raine caminaba hacia las dunas. A lo largo de la playa, las olas térmicas azotaban la arena blanca en finas ondas.

La villa estaba en silencio. *Mademoiselle* Fournier había ido a pasar unos días a Red Beach y el joven chófer dormía en su apartamento, encima de los garajes. Abrí los portales situados al final de la oscura calzada repleta de rododendros y me dirigí a la discoteca. La música gemía a mi alrededor sobre la arena muerta.

La discoteca estaba vacía, el disco sonaba para sí mismo sobre el escenario desierto. Vagué entre las mesas, en busca de alguna señal de Raine. Esperé unos minutos junto a la barra. Entonces, al inclinarme sobre el mostrador, apareció el rostro delgado del chófer, quien se abalanzó sobre mí lanzándome un puñetazo hacia la frente.

Esquivé el golpe, le cogí la mano y se la estrellé contra el mostrador. Su pequeña cara se retorció, en la oscuridad, en un rictus de furia. El conductor se zafó de mí y dirigió la vista hacia las dunas, al otro lado del lago. La música continuaba gimiendo,

y el disco comenzaba otra vez.

Los encontré en la playa. Raine, con su mano en la cadera del hombre, mientras este se inclinaba para soltar las amarras del barco. Sin saber qué hacer y confundido por la forma desenvuelta en que el hombre se movía alrededor de Raine, me detuve entre las dunas, sobre la playa.

Oí unos pies que se movían por la arena. Estaba contemplando el rostro de Raine, su máscara blanca multiplicándose a la luz de la luna, cuando alguien apareció detrás de mí y me golpeó en la sien.

Desperté en la cama de Raine, en la villa desierta, la blanca luz lunar caía como una mortaja expectante sobre la terraza. En las paredes a mi alrededor se agitaban las sombras de unas formas demenciales, los deformados habitantes de una pajarera de pesadilla. En el silencio de la villa, oí cómo se rasgaban a sí mismos hasta arrancarse jirones, como criaturas condenadas que se atormentaran en sus horcas.

Me levanté de la cama y vi mi reflejo en la ventana abierta. Ahora vestía un traje de lamé dorado que brillaba bajo la luz de la luna como la armadura de un espectro angélico. Salí a la terraza con una mano en mi magullada cabeza. El traje dorado se adhería a mi cuerpo y las solapas me acariciaban el pecho.

En el camino de entrada a la villa, la limusina de Raine Channing esperaba entre los rododendros. Detrás del volante, el chófer de rostro flaco levantó sus ojos hacia mí y me miró con aire aburrido.

—¡Raine!

En el asiento trasero del coche hubo un movimiento de muslos vestidos de blanco y vi la figura de torso descubierto de un hombre agazapada entre los cojines. Furioso por tener que mirar semejante espectáculo enfundado en aquel traje ridículo, comencé a arrancármelo de los hombros. Antes de que pudiera gritar nuevamente, algo me agarró los tobillos y los muslos. Intenté avanzar, pero mi cuerpo estaba atrapado en una morsa dorada. Miré las mangas. El tejido resplandecía con una feroz luminiscencia mientras se contraía en torno a mi cuerpo y sus fibras se anudaban como miles de cremalleras.

Respirando ya con vacilantes espasmos, intenté girarme, incapaz de alzar mis manos hasta las solapas que atenazaban mi cuello. Cuando caía hacia delante, sobre el pasamanos, los faros del coche iluminaron la calzada.

Estaba tumbado de espaldas en la alcantarilla, con los brazos atrapados detrás de mí. El traje dorado resplandecía en la oscuridad, su luz ardiente se reflejaba en las mil ventanas de cristal de la casa. En alguna parte, más abajo, el automóvil giró en los portales y se alejó rugiendo hacia la noche.

Al cabo de unos minutos, al recuperar la conciencia, sentí en el pecho unas manos que tiraban de mí. Me incorporé un poco apoyándome en el muro y luego me senté, sin fuerzas, mientras mis magulladas costillas se movían libremente otra vez. El

joven del torso desnudo estaba de rodillas ante mí; con su cuchillo plateado cortaba las últimas tiras doradas que envolvían mis piernas. Los debilitados restos del traje refulgían como brasas sobre las baldosas oscuras.

El hombre me empujó la frente hacia atrás e inspeccionó mi rostro. Luego plegó la hoja de la navaja.

—Parecía un ángel agonizante, Samson.

—Por el amor de Dios... —Me recliné en el pasamanos. Una red de hematomas cubría mi cuerpo desnudo—. Esa maldita cosa me estaba aplastando... ¿Quién es usted?

—Jason; Jason Kaiser. Usted ya me ha visto. Mi hermano murió dentro de ese traje, Samson.

Su potente rostro me miraba, la nariz rota y la boca ancha le daban una vaga semejanza.

—¿Kaiser? ¿Quiere decir que su hermano... —señalé los jirones de lamé sobre el suelo—... fue estrangulado?

—En un traje de luces. Lo que él vio, solo Dios lo sabe, pero eso lo mató. Tal vez usted pueda imaginarse algo, Samson. La justicia, en cierto modo; el sastre asesinado por su propia ropa. —Pateó los jirones resplandecientes hacia la alcantarilla y levantó la mirada hacia la casa desierta—. Estaba seguro de que ella volvería. Tenía la esperanza de que escogiera a uno de los raqueros, pero en lugar de ellos apareció usted. Yo sabía que, antes o después, ella intentaría deshacerse de usted.

Jason señaló las ventanas del dormitorio.

—El traje estaba ahí, en algún sitio, a la espera de revivir nuevamente el ataque. Ya sabe, yo estaba detrás de ella en el coche, ahí abajo, cuando ella decidió utilizarlo. Samson, ella convierte a sus amantes en ángeles.

—Espere. ¿Ella no lo reconoció?

Él negó con la cabeza.

—No me había visto nunca. Yo no soportaba a mi hermano, Samson. Digamos, pese a ello, que hay ciertas señales en la cara, semejanzas que uno puede utilizar. Ese disco era todo lo que necesitaba. La vieja melodía de la discoteca. La encontré en la barra.

A pesar de mis costillas magulladas y de la piel arrancada, todavía pensaba en Raine y en aquel extraño rostro infantil que ella usaba como máscara. Había regresado a Lagoon West para comenzar de nuevo y, en lugar de eso, se había encontrado con que los acontecimientos se repetían, y la atrapaban en una triste recapitulación de la muerte de Kaiser.

Jason se dirigió al dormitorio mientras yo permanecía ahí, desnudo.

—¿Adónde va? —le grité—. Ahí todo está muerto.

—Lo sé. Nos costó bastante colocarle a usted ese traje, Samson. Ellos sabían lo que se avecinaba. —Señaló los faros que se alejaban rápidamente por la carretera del lago, unos ocho kilómetros hacia el sur—. Dígale adiós a la señorita Channing.



Contemplé cómo desaparecía el automóvil entre las colinas. Junto a la discoteca abandonada, el aire oscuro nos trajo sus signos vacíos a través de las dunas:  
«Dile adiós al viento».

1970

## EL ESPECTÁCULO DE TELEVISIÓN MÁS GRANDE DEL MUNDO

El descubrimiento en 2001 de un sistema para viajar en el tiempo tuvo muchas repercusiones importantes, pero en ningún ámbito lo fueron tanto como en el de la televisión. El último cuarto del siglo xx había atestado el espectacular crecimiento de la televisión en todos los continentes del globo, y cada uno de los programas transmitidos por las gigantescas cadenas estadounidenses, europeas y afroasiáticas afirmaba tener una audiencia de miles de millones de telespectadores. Con todo, pese a sus amplios recursos, las cadenas de televisión se encontraron frente al problema de la escasez crónica de noticias y de entretenimiento. Vietnam, la primera guerra televisiva, les había dado a los espectadores toda la emoción de las retransmisiones en vivo desde el campo de batalla, pero las guerras en general, por no hablar de las acciones de cualquier índole que fueran dignas de mención, habían caído en desuso, ya que la población mundial se dedicaba casi exclusivamente a ver la televisión.

En ese momento se produjo el afortunado descubrimiento de los viajes a través del tiempo.

En cuanto se hubo resuelto el primer aluvión de demandas legales por problemas de patentes (un empresario japonés casi consigue hacerse con el *copyright* de la historia; luego el tiempo fue declarado territorio «libre») se hizo evidente que el mayor obstáculo para los viajes por el tiempo no eran las leyes del universo físico, sino las gigantescas sumas de dinero necesarias para construir y hacer funcionar las instalaciones correspondientes. Esos safaris al pasado costaban aproximadamente un millón de dólares el minuto. Después de unos pocos viajes para verificar la crucifixión, la firma de la Carta Magna y el descubrimiento de América por Colón, el Centro del Tiempo en Homenaje a Einstein, de Princeton, cuya financiación dependía del gobierno, se vio obligado a suspender las operaciones.

Obviamente, solo existía otro grupo con capacidad para financiar la continuación de la exploración del pasado: las corporaciones televisivas. Sus anhelosas garantías de que no se daría pábulo a un sensacionalismo indebido convencieron a los líderes de los gobiernos de que los beneficios educativos de esos documentales superaban los posibles defectos de la sensibilidad y el gusto de los realizadores.

Las cadenas de televisión, por su parte, miraban el pasado como un inagotable suministro de noticias y entretenimiento de primera clase que, como si lo anterior fuera poco, era gratis. Se pusieron a trabajar de inmediato, invirtiendo miles de millones de dólares, rupias, rublos y yenes en la reproducción del gran cronotrópico del Centro del Tiempo de Princeton. Se contrató a grupos de físicos y matemáticos para desempeñar el papel de ayudantes de producción. Se enviaron equipos de cámaras a los centros clave —Londres, Washington y Pekín—, y poco después se transmitieron

los primeros programas piloto a un mundo deseoso.

Esas escenas borrosas, como nodos desvaídos, de la coronación de la reina Isabel II, la toma de posesión de Franklin Delano Roosevelt y el funeral de Mao Zedong probaron la triunfal factibilidad de la tiempovisión. Tras esa solemne inauguración —un gesto dirigido a las comisiones del gobierno que hacían las veces de organismo de control—, las cadenas televisivas comenzaron a tomarse en serio sus cronogramas. La programación de invierno del año 2002 ofreció a los telespectadores el asesinato del presidente Kennedy («en vivo», tal como anunció la cadena estadounidense sin el menor tacto), los desembarcos del Día D y la batalla de Stalingrado. Para el público asiático se emitieron Pearl Harbor y la batalla de Corregidor.

Este énfasis en la muerte y la destrucción estableció los criterios para lo que vendría. Los programas tuvieron un éxito que excedió los sueños más ambiciosos de sus realizadores. Esos fugaces atisbos de campos de batalla cubiertos de humo, con sus tanques y lanchas de desembarco calcinados, había abierto un enorme apetito en el público. Se prepararon cada vez más equipos de cámaras y se desplegó un ejército de historiadores militares para determinar el momento exacto en que se había liberado Bastoña e izado las banderas de la victoria en la cima del monte Suribachi y en el Reichstag.

En el lapso de un año, una docena de programas emitidos semanalmente llevó a tres mil millones de telespectadores lo más destacado de la Segunda Guerra Mundial y las décadas siguientes, todo transmitido tal cual había sucedido. Noche tras noche, en algún lugar del mundo, asesinaban a John F. Kennedy en Dealey Plaza, caían bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, y Adolf Hitler se suicidaba en las ruinas de su búnker, en Berlín.

Después de este éxito, las cadenas televisivas retrocedieron a la guerra de 1914, dispuestos a cosechar cuotas de audiencia aún mayores desde las matanzas de Passchendaele y Verdún. Para su sorpresa, sin embargo, los atisbos de aquel universo de fango y proyectiles fueron un deprimente fracaso, en comparación con las grandes batallas tecnológicas de la Segunda Guerra Mundial retransmitidas de manera simultánea por las cadenas rivales desde las cubiertas de los portaaviones del mar de Filipinas y las incursiones aéreas de miles de bombarderos sobre Essen y Düsseldorf.

Solo una secuencia de la Primera Guerra Mundial consiguió estimular los paladares de jade de los telespectadores: una carga de caballería de los ulanos del ejército imperial alemán. Montando sus espléndidas cabalgaduras por encima del alambre de espino, los penachos blancos ondeando sobre el lodo, esos jinetes con sus lanzas en ristre llevaron la magia de la pompa y los uniformes a mil millones de pantallas televisivas aburridas de las guerras. En un momento en el que podría haber flaqueado, las charreteras y los petos salvaron la tiempovisión.

De inmediato, los equipos de grabación empezaron a viajar al siglo XIX. Las dos guerras mundiales desaparecieron de las pantallas. En el lapso de unos cuantos

meses, los telespectadores vieron la coronación de la reina Victoria, el asesinato de Lincoln y el asedio a El Álamo.

Como clímax de esa temporada de historia instantánea, las grandes corporaciones de tiempovisión de Europa y América del Norte colaboraron para ofrecer su emisión más espectacular hasta la fecha: una cobertura en vivo de la derrota de Napoleón Bonaparte en la batalla de Waterloo.

Mientras hacían los preparativos, ambas cadenas descubrieron algo que iba a tener importantes consecuencias para la historia toda de la tiempovisión. Durante sus visitas al campo de batalla (aislados de los disparos y la furia por los muros invisibles de sus cápsulas del tiempo), los productores encontraron que en la realidad había habido menos combatientes que los descritos por los historiadores de la actualidad. No obstante las amplias consecuencias políticas de la derrota de la Francia napoleónica, la batalla en sí era un asunto decepcionante: unos pocos miles de soldados agotados por la marcha que participaban en esporádicos duelos de fusiles y artillería.

Se llevó a cabo una reunión de emergencia de directores de programación para tratar el problema de que Waterloo no estuviera a la altura de su prestigio. Los directores de producción regresaron al campo de batalla y salieron de sus cápsulas para deambular disfrazados entre la soldadesca exhausta. La perspectiva de las menores cuotas de audiencia de la historia de la tiempovisión parecía cada vez más inminente.

En ese punto crítico, a algún anónimo productor asistente se le ocurrió una idea notable. Propuso que, en lugar de quedarse detrás de las cámaras sin hacer nada, las cadenas de tiempovisión tenían que meterse y hacer valer su gran experiencia y sus inmensos recursos para realzar el drama de la batalla. Podían introducir más extras en el combate —o sea, mercenarios reclutados de las comunidades agrícolas de los alrededores—, o distribuir suministros de pólvora y municiones para las armas vacías, y los asesores militares de los departamentos de redacción podían poner al día toda la coreografía del combate.

—La historia —concluyó— no es más que el primer borrador de un guion.

La propuesta de rehacer la historia con el fin de aumentar su atractivo para el público fue aceptada de inmediato. Provistos de abundantes monedas de oro, los agentes de las cadenas televisivas recorrieron las tierras bajas de Bélgica y el norte de Alemania y contrataron a miles de mercenarios (a la tarifa habitual para los figurantes de televisión: cincuenta dólares por día de trabajo, con independencia del rango, y setenta y cinco por una parte hablada). Se descubrió que la columna de refuerzo del ejército prusiano, al mando del general Blücher, la cual según los historiadores contaba con una fuerza de varios miles de soldados y cuya intervención había decidido la batalla en contra de Napoleón, era en realidad una fuerza exigua, del tamaño de un batallón. En unos cuantos días, miles de ávidos reclutas se alistaron en

tropel, los antibióticos vertidos en secreto en los suministros de agua contaminados curaron a todo un escuadrón de cazadores de caballería enfermo de ántrax, y se puso en pie a toda una brigada de artillería amenazada por el tifus gracias a una dosis masiva de cloromicetina.

Cuando finalmente se la retransmitió a una audiencia de más de mil millones de telespectadores, la batalla de Waterloo fue un espectáculo brillante que superó todos sus avances publicitarios de los doscientos años previos. Los miles de mercenarios combatían con furia salvaje, las continuas descargas de artillería hendían el aire, y las oleadas de caballería cargaban y volvían a cargar. El propio Napoleón estaba absolutamente desconcertado por los acontecimientos y pasó sus perplejos últimos años en el exilio.

Tras el éxito de Waterloo, las cadenas de tiempovisión comprendieron las ventajas de preparar el terreno. A partir de entonces, los departamentos de redacción reescribieron casi todos los acontecimientos históricos importantes. Se descubrió que el ejército de Aníbal que había cruzado los Alpes contaba con solo media docena de elefantes. Se les proporcionaron doscientos más para aplastar a los boquiabiertos romanos. Los asesinos de César no fueron más que dos: se contrató a cinco conspiradores más. Famosas alocuciones de la historia, tales como el discurso de Gettysburg, se editaron para conseguir mayor emotividad. Entretanto, Waterloo no cayó en el olvido. Para recuperar la inversión original, la batalla se le subarrendó a contratistas televisivos de menor envergadura, algunos de los cuales animaron el combate en una escala comparable con el Apocalipsis. Sin embargo, los telespectadores más sofisticados rechazaron estos espectáculos por el estilo de De Mille, en los cuales aparecían cadenas rivales en el mismo campo de batalla añadiendo figurantes, armas y animales.

Para fastidio de las cadenas televisivas, los temas más fascinantes de toda la historia les seguían estando vedados. A causa de la severa insistencia de las iglesias cristianas, todos los sucesos relacionados con la vida de Cristo se mantuvieron lejos de las pantallas. Cualesquiera que fueran los potenciales beneficios para el espíritu de escuchar una retransmisión en vivo del sermón de la montaña, eran menoscabados por la perspectiva de que entre las bendiciones esa experiencia sublime se fundiera en negro para ir a los anuncios publicitarios.

Ante esta restricción, los programadores retrocedieron en el tiempo. Con el fin de celebrar el quinto aniversario de la tiempovisión, se iniciaron los preparativos para una formidable empresa conjunta: la huida de Egipto de los israelitas y su cruce del mar Rojo. Cien unidades de filmación y varios miles de productores y técnicos tomaron posiciones en la península del Sinaí. Dos meses antes de la transmisión se hizo evidente que esta vez habría más de dos bandos en esa clásica confrontación entre los ejércitos de Egipto y los hijos del Señor. No solo sucedió que los cámaras superaban en número a las fuerzas de ambos bandos, sino que, además, la contratación de figurantes egipcios, el equipo para producción de mayor oleaje y las

presas prefabricadas construidas para sostener las cámaras bien podían impedir totalmente que los israelitas efectuaran el cruce.

Los clérigos más tradicionales manifestaron algunos presagios, que fueron impresos con titulares irónicos tales como: «¿Una guerra contra el cielo?» y «Tregua en el Sinaí rechazada por el gremio de productores televisivos». En Europa y Estados Unidos, subieron las apuestas contra los israelitas. El día de la transmisión, el 1 de enero de 2006, la cuota de audiencia indicó que el noventa y ocho por ciento de los telespectadores adultos del mundo occidental estaban ante sus televisores.

Las primeras imágenes aparecieron en las pantallas. Bajo un cielo irregular, los israelitas entraron en escena avanzando lenta y pesadamente hacia las cámaras invisibles montadas sobre el agua. Aunque originalmente eran trescientos, ahora los israelitas formaban una amplia caravana que se extendía varios kilómetros por el desierto. Confundidos por esa gran multitud de seguidores, los cabecillas se detuvieron en la orilla sin saber cómo cruzar esa masa de agua inquieta e inestable. Sobre el horizonte, las ruedas de los carros del ejército del faraón corrían hacia ellos.

Los telespectadores miraban hechizados; muchos de ellos se preguntaban si acaso las cadenas de televisión se habían excedido, por fin.

Entonces, sin explicación, mil millones de pantallas se quedaron en blanco.

Se desató el caos. Las centralitas estaban sobrecargadas en todas partes. Las llamadas prioritarias de nivel intergubernamental sobrecargaron las repetidoras de Comsat, y los estudios de tiempovisión en Europa y Estados Unidos fueron sitiados.

No hubo solución. Todos los contactos con los equipos de filmación en exteriores se habían cortado. Al final, al cabo de dos horas, apareció una breve imagen de aguas arremolinadas tragándose los restos despedazados de las cámaras de televisión y el tendido eléctrico. En la orilla cercana, las fuerzas egipcias regresaban a casa. En la orilla opuesta, la pequeña banda de israelitas avanzaba hacia la seguridad del Sinaí.

Lo que más les sorprendió a los telespectadores fue la luz sobrenatural que iluminaba la escena, como si se estuviera utilizando algún método arcaico pero extraordinario de energía para transmitirla.

Ningún intento de restablecer el contacto tuvo éxito. Casi todo el equipo de tiempovisión del mundo había sido destruido, sus principales productores y técnicos se habían perdido para siempre, y puede que vagaran entre las pedregosas extensiones del Sinaí como una segunda tribu perdida. Poco después de esa debacle, los safaris al pasado se eliminaron de las programaciones televisivas de todo el mundo.

Como observó un sacerdote con cierta inclinación por el humor irónico al dirigirse a su escarmentada congregación televisiva:

—Allá arriba, el gran canal del cielo también tiene sus cuotas de audiencia.

## MI SUEÑO DE VOLAR A LA ISLA WAKE [13]

El sueño de Melville de volar a la isla Wake —una ambición sin esperanzas, dadas todas sus discapacidades— resurgió cuando encontró el avión enterrado entre las dunas, detrás de la casa de la playa. Hasta ese momento, durante los primeros meses en ese abandonado centro turístico construido entre los médanos, su obsesión por la isla Wake se había sostenido en poco más que una colección de fotografías desflecadas de ese atolón del Pacífico, unos cuantos recuerdos vagos de sus amplias carreteras de hormigón y una visión no realizada de sí mismo ante los controles de una avioneta volando sin escalas hacia el oeste sobre el mar abierto.

Todo cambió con el descubrimiento del bombardero estrellado en las dunas. En lugar de pasar el tiempo vagando sin rumbo por la playa o contemplando desde la terraza la interminable llanura que se extendía durante la marea baja, Melville ahora dedicaba todo su tiempo a desenterrar el avión. Canceló sus partidas de ajedrez con el doctor Laing, su único vecino en aquel complejo turístico abandonado, se iba a la cama antes del inicio de la programación televisiva, se levantaba a las cinco, y arrastraba las palas y los cables por la arena hasta el sitio de excavación.

A Melville, la actividad le iba bien: lo distraía de las agudas jaquecas que habían comenzado a molestarlo otra vez. Los recuerdos recurrentes del prolongado tratamiento con TEC<sup>[14]</sup> lo inquietaban, más de lo que él había previsto, con la advertencia inequívoca de que en los márgenes de su mente los elementos de un mundo menos agradable estaban aguardando para reconstituirse. El sueño de escapar a la isla Wake era para él una especie de brújula, pero el descubrimiento del avión estrellado le ofrecía una oportunidad de utilizar todas sus energías y, con suerte, mantener controlados esos ataques de migraña.

Cerca de ese centro turístico vacío había varios aviones de la época de la guerra. Andando por las llanuras mareales, en paseos que el doctor Laing creía búsquedas de especímenes de biología marina, Melville encontraba con frecuencia trozos de combatientes aliados y enemigos abatidos sobre el Canal. De la arena emergían bloques de motor oxidados y culatas de cañón que el tráfico marino llevaba de alguna manera a la superficie, y que luego se hundían otra vez, sin dejar rastro. Durante los fines de semana de verano, unos pocos cazadores de recuerdos y entusiastas de la Segunda Guerra Mundial peinaban la arena y, de cuando en cuando, encontraban un motor o el larguero de un ala completos. Como eran demasiado pesadas para trasladarlas, estas reliquias solían dejarse donde se las encontraba. Sin embargo, uno de los grupos de fin de semana, encabezado por un antiguo ejecutivo publicitario apellidado Tennant, había encontrado un Messerschmitt 109 a menos de un metro de profundidad bajo la arena, a un kilómetro yendo por la costa. Los miembros del

grupo habían aparcado sus deportivos en el final del camino, cerca de la casa de Melville, y habían partido con complicadas bombas y una grúa en un vehículo anfibio reacondicionado.

Melville advirtió que, en general, Tennant era suspicaz y distante con todo visitante que se acercara al Messerschmitt, pero saltaba a la vista que el publicitario sentía curiosidad por ese solitario residente de aquel complejo turístico desierto que pasaba el tiempo paseando entre los restos arrojados en la playa por las olas. Tal vez por eso, Tennant le ofreció la oportunidad de echarle un vistazo a su avión. Fueron en el vehículo por la arena mojada hasta donde el caza yacía como un saurio alado dentro de su muro de contención de acero galvanizado, a pocas decenas de centímetros de la superficie de la llanura intermareal. Tennant ayudó a Melville a bajar hasta la cabina ennegrecida, una experiencia que pronto suscitaría su primera fuga.

Más tarde, cuando Tennant y sus colaboradores regresaron a la casa de la playa, Melville permaneció sentado durante horas masajeándose los brazos y las manos, desasosegadamente consciente de ciertas habilidades en sus dedos que deseaba olvidar, pero que estaban empezando a reafirmarse de maneras inesperadas. El solarío de Laing, con los diales y los obturadores de su interior semejante a una cápsula, lo inquietaba aún más que la cabina del 109.

A pesar de que el descubrimiento de Tennant era impactante, el fuselaje oxidado del caza de la Segunda Guerra Mundial era insignificante comparado con el descubrimiento que había hecho Melville. Llevaba algún tiempo sabiendo que ahí había un bombardero o, al menos, una gran estructura ingenieril. Vagando entre los médanos situados más arriba de la casa de la playa, durante las tardes cálidas, al principio había estado demasiado ocupado en la tarea de establecerse en el centro turístico abandonado y, sobre todo, no haciendo nada. Pese a las interminables horas que se había pasado en el gimnasio del hospital durante su larga recuperación tras el accidente de aviación, había descubierto que el esfuerzo de caminar por la arena profunda lo agotaba.

En esa etapa, además, tenía otros asuntos en qué pensar. Después de haber llegado al complejo, había establecido contacto con el doctor Laing, tal como le habían indicado los oficiales de tratamiento postoperatorio del hospital, con la expectativa de que el médico lo siguiera a todas partes. Sin embargo, ya fuera de forma intencionada o no, Laing no se había interesado particularmente por Melville, ese antiguo piloto que había aparecido ahí como guiado por un impulso en su costoso automóvil, y ahora no dejaba de merodear por el solarío, como si procurara cazar una rata cromada. Laing trabajaba en el laboratorio del Consejo de Investigaciones Científicas, a ocho kilómetros de distancia, y era obvio que valoraba la intimidad del solarío prefabricado que había erigido sobre el banco de arena en el extremo sur del centro turístico. Saludó a Melville sin hacer ningún comentario, le alargó las llaves de



la casa de la playa y lo dejó hacer.

Esta falta de interés resultó un alivio para Melville, pero al mismo tiempo tuvo el efecto de hacer que se encerrara aun más en sí mismo. Había llegado con dos maletas, una repleta de ropa extraña recién comprada, y la otra con las placas de rayos X de su cabeza y las fotografías de la isla Wake. Melville le entregó las radiografías al doctor Laing, quien las levantó a la luz y sometió a examen esos negativos de la calavera de Melville como si estuviera a punto de señalar un error de diseño en su construcción. Laing le había devuelto las fotos de la isla Wake sin hacer ninguna observación al respecto.

Melville había coleccionado las imágenes de ese atolón del Pacífico, con sus vastas pistas de hormigón, en los meses previos. Durante su convalecencia en el hospital se había unido a una sociedad para la conservación de la vida silvestre, con la finalidad aparente de apoyar una campaña orientada a salvar de la extinción al albatros de la isla Wake; decenas de miles de esas aves anidaban en los extremos de las pistas y se elevaban en enormes bandadas hacia las rutas de vuelo de los aviones de pasajeros que despegaban. El auténtico interés de Melville había sido la propia isla, base aérea durante la Segunda Guerra Mundial y, en la actualidad, punto de reabastecimiento de combustible para los aviones comerciales de la ruta transpacífica. La combinación de arena cuarteada y hormigón, de casetas de metal oxidado junto a las pistas, la absoluta reducción psicológica de ese paisaje construido por el hombre, atraparon su mente de una forma poderosa, aunque ambigua. Pese a su aislamiento árido y oceánico, en la mente de Melville la isla Wake pronto se transformó en una zona de grandes posibilidades. Soñaba despierto con volar hacia allá en una avioneta, saltando de isla en isla por el Pacífico. Sabía que, en cuanto aterrizara en la isla, las jaquecas se irían para siempre. Lo habían licenciado de la fuerza aérea en circunstancias confusas, y durante su convalecencia tras el accidente los psiquiatras militares habían estado demasiado dispuestos a desempeñar sus papeles en lo que pronto resultó ser una conspiración de silencio poco ensayada. Cuando Melville les comunicó que le había alquilado una casa a un médico en ese centro turístico abandonado, y que tenía la intención de vivir ahí durante un año, gracias a sus pagos retroactivos, los psiquiatras se habían sentido aliviados por su partida, llevando las radiografías de su cabeza y las fotos de la isla Wake.

—Pero ¿por qué la isla Wake? —le había preguntado el doctor Laing durante su tercer atardecer de ajedrez. Señaló las imágenes que Melville había clavado en la repisa y los resúmenes técnicos que documentaban con profusión su geología, sus precipitaciones, su sismología, su flora y su fauna—. ¿Por qué no Guam? ¿O Midway? ¿O el archipiélago hawaiano?

—Midway podría ser, pero ahora es una base naval; no creo que me dieran autorización para aterrizar. De todos modos, ahí la atmósfera está mal. —Hablar sobre los méritos de diferentes islas rivales del Pacífico siempre animaba a Melville, y alimentaba esa poderosa remitologización de sí mismo—. Guam tiene sesenta y

cinco kilómetros de largo, y está cubierta de montañas y selva espesa: es una Nueva Guinea en miniatura. Las islas de Hawái son un barrio residencial estadounidense en alta mar. Solo Wake tiene tiempo real.

—¿Usted creció en Extremo Oriente?

—En Manila. Ahí mi padre dirigía una compañía textil.

—Así que la región del Pacífico tiene para usted un atractivo especial.

—En cierta medida sí. Pero Wake está muy lejos de las Filipinas.

Laing no le preguntó nunca a Melville si realmente había estado alguna vez en la isla Wake. Era obvia la improbabilidad de que la visión de Melville de volar a ese remoto atolón del Pacífico tuviese lugar alguna vez fuera de su cabeza.

Sin embargo, en aquel momento, Melville tuvo la suerte de encontrar el avión enterrado en las dunas.

Cuando la marea alta cubría la zona intermareal, Melville se veía obligado a caminar entre las dunas situadas detrás de su casa de la playa. Empujadas y moldeadas por el viento, las dunas cambiaban cada día, pero una tarde Melville advirtió que un tramo de la cima mantenía su forma rectilínea, lo que indicaba la presencia de una estructura artificial bajo la arena, posiblemente el techo suelto de un granero o de un cobertizo para botes.

Molesto por el familiar ronroneo de una avioneta monomotor que despegaba desde el aeródromo situado detrás del complejo turístico, Melville trepó por la arena fluida hasta la cima del médano y se sentó en la cornisa horizontal que se extendía a través de las matas de hierba silvestre. La avioneta, una Cessna de propiedad privada, llegó volando desde el mar directamente hacia él, se ladeó de forma pronunciada y describió unos círculos. La piloto, una dentista aficionada a la aviación de unos treinta años, llevaba algún tiempo sintiendo curiosidad por Melville, y el blando zumbido de su motor bóxer de seis cilindros hendía eternamente el cielo allá en lo alto. A menudo, cuando él se alejaba por la llanura intermareal unos cuatrocientos metros de la costa, ella lo sobrevolaba con las ruedas casi tocando la arena rizada, acelerando el motor una y otra vez como si con ello quisiera meterle algo en la cabeza. La dentista parecía estar probando diferentes tipos de depósito de combustible auxiliar. De cuando en cuando la veía conducir su sedán estadounidense por las calles desiertas del complejo turístico, hacia el aeródromo. Por algún motivo, el ruido de su avioneta empezó a inquietarlo, como si, detrás del telón, le estuvieran cambiando de lugar el mobiliario del cerebro.

La Cessna lo sobrevoló, describiendo círculos como un ave desgana e incansable. Aparentando estar dedicado a su estudio de la ecología de la playa, Melville despejó la arena que había entre sus pies. Sin advertirlo, había desenterrado un trozo de metal gris, remachado, el exterior de una estructura aerodinámica que él conocía demasiado bien. Se puso de pie y excavó arduamente con ambas manos; pronto expuso la inconfundible forma curva de un perfil alar.

La Cessna se había marchado llevándose a la dentista de regreso al aeródromo. Melville ya la había olvidado mientras apartaba la pesada arena, empujándola hacia el valle entre las dunas. Aunque estaba casi extenuado, continuó hasta exponer el extremo del ala de estribor, que ahora se proyectaba desde la arena. Se quitó la chaqueta y continuó apartando a golpes los granos ásperos y blancos hasta revelar, finalmente, la insignia de combate, la estrella y las barras de la escarapela de la fuerza aérea de Estados Unidos.

Como comprendió al cabo de unos pocos minutos, había encontrado un B-17 de la guerra, intacto. Dos días después, gracias a su constante esfuerzo, había excavado varias toneladas de arena y dejado a la vista casi la totalidad del ala de estribor, la cola y la torreta trasera. El bombardero prácticamente no tenía daños; Melville supuso que el piloto se había quedado sin combustible mientras atravesaba el Canal y había intentado aterrizar en la llanura intermareal durante la bajamar, pero había fallado el cálculo y había pasado por encima de la superficie mojada para ir a clavarse en las dunas, detrás de la playa. Dada por perdida, habían abandonado la Fortaleza donde estaba, y el movimiento de los médanos no había tardado en enterrarla. Habían construido el pequeño centro turístico, que había florecido brevemente y decaído, sin que nadie se percatara de que aquella reliquia de la Segunda Guerra Mundial estaba en las dunas, a cien metros del pueblo.

Melville se organizó de manera sistemática en la tarea de excavar y, después, de renovar aquel antiguo bombardero. Había calculado que, si trabajaba solo, tardaría tres meses en desenterrar el avión, y dos años más en desmontarlo y reconstruirlo a partir de cero. Los detalles precisos de cómo haría para enderezar las torcidas palas de las hélices y reemplazar los motores Wright Cyclone estaban borrosos en su mente, pero él ya visualizaba la rampa de tierra y arena reforzada con grava, desde la cima de las dunas hasta la playa, que construiría con una pala mecánica alquilada. Cuando había bajamar, tras los días de finales de verano, la arena de la línea de marea alta era lisa y dura.

Pocas personas fueron a verlo. Tennant, el antiguo publicitario que encabezaba el equipo de exhumación del Messerschmitt, llegó por la llanura intermareal y contempló con gesto distraído las alas y el fuselaje de la Fortaleza, que asomaban de la duna. Ninguno de los hombres habló; ambos, como bien sabía Melville, tenían algo más importante en qué pensar.

Al anoecer, mientras Melville aún estaba trabajando en el avión, el doctor Laing llegó por la playa, caminando desde su solarío. Subió las dunas sombrías, y observó a Melville quitar la arena de la torreta de proa.

—¿Qué hay del cargamento de bombas? —preguntó—. Detestaría ver desaparecer el pueblo.

—Son restos oficialmente abandonados. —Melville señaló la torreta desmontada—. Se lo han llevado todo, hasta las ametralladoras y la mira. Creo que está a salvo

de mí, doctor.

—Hace cien años, usted habría estado excavando un diplodoco en un acantilado de caliza —observó Laing. La avioneta Cessna daba vueltas sobre el banco de arena, en el extremo sur del centro turístico, de regreso de un ejercicio de vuelo—. Si desea volar, puede que Helen Winthrop lo lleve como copiloto. El otro día me hizo una pregunta sobre usted. Intenta batir el récord de monomotor hasta Ciudad del Cabo.

Aquella noticia intrigó a Melville. Al día siguiente, mientras se dedicaba a excavar, prestó atención por si escuchaba el ruido del motor de la Cessna. La imagen de esa mujer decidida preparándose para su viaje en solitario a África, poniendo a prueba su avión en aquel aeródromo abandonado junto a las dunas, coincidía poderosamente con su propio sueño de volar a la isla Wake. Ahora sabía perfectamente bien que la antigua fortaleza volante que tanto esfuerzo le estaba costando excavar no emergería totalmente de entre las dunas, y mucho menos despegaría de la playa. Pero el aeroplano de la mujer le ofrecía una alternativa viable. Ya había trazado una ruta en su mente, calculando la capacidad de sus depósitos auxiliares y los puntos de reaprovisionamiento en las Azores y en Terranova.

Temiendo que ella pudiera marcharse sin él, Melville decidió abordarla sin rodeos. Condujo su coche por las calles desiertas del complejo turístico, giró en el camino de tierra que conducía al aeródromo y aparcó junto al sedán estadounidense. La avioneta Cessna, a la que le habían quitado el carenado del motor, se ubicaba al final de la pista.

Ella estaba ante un banco de soldar, en el hangar, uniendo las partes de un depósito de combustible. Cuando Melville se acercó, ella apagó el soplete y se quitó la máscara; se protegía el rostro, de aspecto inteligente, con las manos.

—Parece que ambos estamos en una carrera para ver quién sale de aquí primero —le gritó ella de forma tranquilizadora cuando él se detuvo en la entrada del hangar—. Me ha dicho el doctor Laing que usted sabe cómo reforzar estos depósitos de combustible.

Para Melville, aquella sonrisa nerviosa encubría una compleja metáfora sexual.

Desde el inicio, Melville dio por supuesto que ella abandonaría su plan de volar a Ciudad del Cabo y que se embarcaría, en cambio, en un vuelo alrededor del mundo, con él como copiloto. Melville delineó los planes para su viaje hacia el oeste calculando cuánto combustible menos llevarían para compensar la adición de su propio peso. Le enseñó a Helen Winthrop sus diseños para los largueros y los soportes de las alas que sostendrían los depósitos auxiliares.

—Melville, yo me voy a Ciudad del Cabo —le dijo con voz cansada—. Me ha tomado mucho tiempo organizar todo esto. No hay discusión, no iré a ninguna otra parte. Estás obsesionado con esa isla absurda.

—Lo entenderás cuando llegemos —le aseguró Melville—. No te preocupes por la avioneta. Después de Wake seguirás sola. Quitaré los depósitos y cortaré todos

estos soportes.

—¿Pretendes quedarte en Wake? —Helen Winthrop parecía dudar acerca de la seriedad de Melville, como si estuviera escuchando a un paciente excesivamente entusiasta sentado en su sillón de dentista describir el complejo tratamiento odontológico que ella había decidido llevar a cabo.

—¿Quedarme ahí? Claro... —Melville recorrió la repisa de la chimenea de la casa de la playa palmeando las hileras de fotos—. Mira esas pistas: ahí está todo. Un gran aeropuerto como el de Wake es una zona con tremendas posibilidades, un lugar de inicios, no de fines.

Helen Winthrop lo escuchó, pero no añadió nada. Ya no dormía en el hangar del aeródromo, y durante sus visitas de fin de semana se quedaba en la casa de la playa, con Melville. Como necesitaba su ayuda para aumentar la autonomía de vuelo de la Cessna y reducir el número de escalas de reabastecimiento, con sus inherentes retrasos, decidió tolerar su inquietud y su entusiasmo infantil. Solo le preocupaba su creciente dependencia de ella. Mientras él trabajaba en la Cessna, ella lo escuchaba durante horas describir las pistas de la isla. Sin embargo, siempre cuidaba de no dejarlo solo con las llaves del motor.

Cuando ella estaba fuera, trabajando en su consultorio odontológico, Melville regresaba a las dunas y continuaba desenterrando el bombardero estrellado. Las alas de babor y estribor ya no tenían arena y pronto también quedó limpia la parte superior del fuselaje. Melville dedicaba los fines de semana a preparar la Cessna para su largo vuelo hacia el oeste. A pesar de toda esa excitación y del estado de euforia controlada que le había provocado su sueño, a punto de realizarse, de volar a la isla Wake, preparaba sus planes de navegación, así como las modificaciones estructurales del fuselaje de la avioneta, con cuidado y profesionalidad.

Hasta las fuertes jaquecas que habían comenzado a perturbar el sueño de Melville casi no afectaban a su buen ánimo. Él suponía que la tensión de su relación con esa aviadora solemne había hecho salir a la superficie aquellos fragmentos del pasado de su mente, pero más tarde comprendió que esos elementos de una pesadilla no olvidada habían sido evocados por la aparición de las aeronaves a su alrededor: la Cessna de Helen Winthrop, la fortaleza que él estaba sacando a la luz, el ennegrecido Messerschmitt que el publicitario desenterraba del lecho marino.

Después de que una tormenta hubiera removido la llanura intermareal, Melville salió a la terraza de su casa de la playa y aspiró el aire carbonatado, intentado liberarse de los sueños inquietos que habían invadido sus noches como un sistema de metáforas enloquecidas. Ante él, la superficie de la llanura mareal estaba cubierta por docenas de trozos de metal herrumbrado, partes de un avión que la tormenta había sacado a la superficie. Mientras Helen Winthrop observaba desde la ventana del dormitorio, Melville bajó a la playa y anduvo por la arena revuelta, contando los fragmentos de carburador, de colector de gases de escape, de aleta de compensación y de rueda de cola que yacían a su alrededor, como si hubieran quedado ahí al retirarse

la marea de sus sueños.

A su alrededor ya se iban acumulando otros recuerdos, fragmentos que él estaba seguro de que pertenecían a la vida de otro hombre: detalles de la historia del caso de un paciente imaginario cuyo papel le habían hecho representar mediante engaños. Mientras trabajaba en la fortaleza volante, entre las dunas, quitando la arena de los bancos de cilindros de los motores radiales, recordaba otras aeronaves con las que había tenido relación; eran vehículos sin alas.

Ahora el bombardero estaba completamente expuesto. A sabiendas de que su trabajo estaba casi terminado, Melville abrió la portezuela ventral, situada detrás de la torreta de proa. Desde el instante en que la cabina quedó a la vista, había sentido la constante tentación de subir a través del estropeado parabrisas de estribor y sentarse ante los controles, pero la experiencia del Messerschmitt le había servido de advertencia. Sin embargo, con Helen Winthrop, estaría a salvo.

Arrojó la pala al suelo y trepó por la arena hacia la casa de la playa.

—¡Helen! ¡Ven!

Melville señaló con orgullo el avión desenterrado, en equilibrio sobre su vientre sobre la cima del médano, como si estuviera al final de una rampa de despegue. Mientras Helen intentaba calmarlo, él la conducía hacia las pendientes resbaladizas, colocando una mano después de la otra sobre el cordaje.

Cuando subían por la portezuela, Melville miró hacia atrás, por última vez, al otro lado de la llanura intermareal tapizada de partes oxidadas de aeronaves. Ya dentro del fuselaje, se abrieron paso alrededor de la barbeta de la torreta dorsal, pisando restos de viejos equipos radiotransmisores, chalecos salvavidas y cajas de municiones. A Melville, después de todos sus esfuerzos, el interior del fuselaje le parecía una glorieta mágica, como una gruta en el interior de alguna máquina arcaica.

Sentado junto a Helen en la cabina, feliz de que ella estuviera con él tal como lo estaría en su viaje a través del Pacífico, él la condujo por los controles, moviendo los aceleradores y los volantes de compensación.

—Vale. Mezcla rica, carburador frío, paso de hélice fino, flaps bajos para el despegue...

Mientras ella lo tomaba por los hombros e intentaba apartarlo de los controles, Melville podía oír los motores de la fortaleza volante dentro de su cabeza. Como si estuviera viendo una película, recordó sus años de piloto de pruebas militares y su única, frustrada misión como astronauta. Por algún grotesco capricho del destino, se había convertido en el primer astronauta que sufría una crisis nerviosa en el espacio. Sus divagaciones de pesadilla habían alterado a millones de telespectadores en todo el mundo, como si la terrorífica imagen de un hombre hundiéndose en la locura en pleno espacio hubiera desencadenado un mecanismo de liberación largamente enterrado.

Más tarde, ese atardecer, Melville tendido junto a la ventana de su dormitorio,

contemplando el mar calmo que cubría la llanura mareal, recordó que Helen Winthrop lo había dejado solo en la cabina y había echado a correr en busca del doctor Laing. Por más cuidadoso que hubiera sido, el doctor Laing no había tenido más éxito al tratar a Melville que los médicos del Instituto de Medicina de la Aviación, quienes habían intentado curarlo de su obsesión de haber visto una cuarta figura a bordo de una nave de tres tripulantes. Melville estaba convencido de haber matado a esa misteriosa figura, un hombre o un ave. ¿Había cometido también el primer asesinato en el espacio? Cuando le dieron el alta, resolvió hacer su viaje por el mundo: hacia la isla Wake en el exterior, a través de los planetas de su mente en el interior.

Con el final del verano y la aproximación del momento de su partida, Melville se había visto obligado a redoblar sus esfuerzos para desenterrar la fortaleza estrellada. En el aire más fresco, los vientos nocturnos desplazaban la arena por la cima del médano, cubriendo otra vez el fuselaje de la aeronave.

Ahora el doctor Laing lo visitaba con mayor frecuencia. Preocupado por el empeoramiento de la enfermedad de Melville, lo veía luchar contra toneladas de arena resbaladiza.

—Melville, está usted agotándose.

Laing cogió la pala de manos de Melville y se puso a excavar. Melville se sentó sobre el ala. Ahora cuidaba mucho de no entrar en la cabina del piloto. Cruzando la llanura intermareal, Tennant y su equipo se marchaban durante el invierno y se llevaban el dorso fracturado del Me 109 en dos camiones. Reservaba sus fuerzas esperando el día en que él y Helen Winthrop dejarían ese complejo turístico abandonado y despegarían hacia el cielo del oeste.

—Todas las radioayudas están listas —le dijo a Helen Winthrop el fin de semana anterior a la fecha prevista para la partida—. Todo lo que tienes que hacer es presentar tu plan de vuelo.

Ella lo miró con compasión, de pie junto a la repisa de la chimenea. Como no toleraba los vómitos nerviosos de Melville, había regresado a vivir al hangar. A pesar de su breve aventura sexual —o, tal vez, gracias a ella— ahora la relación entre ambos era casi más impasiblemente neutral, pero ella intentaba calmarlo.

—¿Cuánto equipaje tienes? No has hecho las maletas.

—No llevaré nada; únicamente las fotografías.

—No las necesitarás cuando hayas llegado a la isla Wake.

—Tal vez. En este momento, para mí son más reales de lo que la isla podría llegar a ser jamás.

Cuando Helen Winthrop se marchó sin él, Melville se quedó sorprendido, aunque no decepcionado. Estaba trabajando en las dunas cuando la avioneta Cessna, con los dos depósitos de combustible adicionales que él había instalado bajo las alas, despegó del

aeródromo. Supo perfectamente, por el ruido del motor, que ese no era un vuelo de prueba. Sentado en la parte superior de la torreta de la fortaleza, la vio subir sobre la llanura mareal, efectuar un giro continuo a estribor, hacia el mar, y alejarse con viento de cola por encima del Canal.

Melville la había olvidado mucho antes de que se perdiera de vista. Él haría su propio viaje al Pacífico. Durante las semanas siguientes pasó gran parte de su tiempo refugiado bajo el avión, contemplando cómo el viento arrastraba la arena sobre el fuselaje. Con la partida de Helen Winthrop y del ejecutivo publicitario, con su Messerschmitt, Melville descubrió que sus sueños se hacían más calmados y sus recuerdos de viajes espaciales quedaban reclusos. A veces tenía la certeza de que todos aquellos recuerdos de su instrucción como astronauta eran fantasías, parte de un complejo sistema de ilusiones, una metáfora extrema de su auténtica ambición. Esa convicción produjo una marcada mejoría en su salud y un aumento de su confianza en sí mismo.

Incluso cuando el doctor Laing trepó las dunas y le contó que Helen Winthrop había muerto dos semanas antes, al estrellar su Cessna en el aeropuerto de Nairobi, Melville ya se había recuperado lo suficiente como para sentir verdadera pena durante varios días. Condujo hasta el aeródromo y vagó por el hangar vacío. Entre los tambores vacíos había rastros de la apresurada partida de Helen Winthrop: una maleta con ropa y un equipo de bengalas de rescate adicional.

De regreso a las dunas, continuó desenterrando el bombardero estrellado, cuidando de no dejar expuesta al aire una porción demasiado grande del avión. Aunque a menudo se encontraba agotado, en el aire húmedo del invierno, se sentía cada vez más sosegado, sostenido por la inmensa mole de la Fortaleza, en cuya cabina jamás entraba, y por su sueño de volar a la isla Wake.



## LA CATÁSTROFE AÉREA

La noticia de que el avión de pasajeros más grande del mundo se había estrellado en el mar, cerca de Acapulco, con mil personas a bordo, me llegó mientras asistía al festival de cine anual, en el complejo turístico. Cuando repitieron las primeras noticias de la radio por los altavoces del congreso, yo y el resto de los periodistas abandonamos nuestros asientos en el auditorio y salimos de prisa a la calle. Observábamos juntos el océano iluminado por el sol, casi esperando ver una inmensa cascada de agua elevándose entre las olas distantes.

Como todos los demás, comprendí que esa era la mayor catástrofe de la historia de la aviación mundial, una tragedia equivalente a la aniquilación de un pueblo de cierta importancia. Yo había perdido todo interés por el festival cinematográfico, y me alegró la orden del director de mi estación de televisión en Ciudad de México de dirigirme al lugar del accidente, a unos cincuenta kilómetros hacia el sur.

Al partir en mi coche recordé el momento en que esos gigantescos aviones habían entrado en servicio. Aunque no representaban un progreso tecnológico de la aviación —en efecto, se trataba de versiones de dos plantas de los aviones anteriores—, había algo en el número mil que estimulaba la imaginación, y eso suscitó toda clase de premoniciones que ninguna cantidad de publicidad pudo disipar.

Mil pasajeros... Hice un recuento mental: hombres de negocios, monjas ancianas, niños que volvían con sus padres, amantes fugados, diplomáticos, hasta un aspirante a secuestrador de aviones. Esta muestra era casi perfectamente representativa de la humanidad, como la muestra censal de un encuestador de opinión, lo que hacía tan significativa la catástrofe. Me descubrí observando el mar de forma compulsiva, esperando ver cómo llegaban los primeros bolsos de mano y chalecos salvavidas, arrastrados por las olas, a las playas vacías.

Cuanto antes pudiera fotografiar un resto flotante y volver a Acapulco —aunque fuera a la trivialidad del festival de cine—, mejor me sentiría. Por desgracia, el camino estaba atestado de tráfico que iba en dirección sur. Obviamente, todos los demás periodistas, tanto extranjeros como mexicanos, que estaban en el festival habían recibido la orden de dirigirse al lugar de la catástrofe. Furgonetas de exteriores de televisión, vehículos de la policía y coches de paseantes demasiado ávidos, pronto quedaron todos parachoques contra parachoques. Fastidiado por este morboso interés por la tragedia, albergué la esperanza de que cuando llegáramos a la playa no hubiera ya rastros del avión.

De hecho, en los informes de la radio no había ninguna información sobre el accidente. Los comentaristas que ya estaban en el lugar, navegando las agitadas aguas del Pacífico en botes de motor alquilados, informaban de que no había signos de

combustible ni restos.

Por desgracia, sin embargo, apenas cabía duda de que el avión se había estrellado en alguna parte. La tripulación de otro avión de línea había visto explotar en mitad del aire al enorme reactor, probablemente víctima de un sabotaje. Era siniestro que el único retazo de información fiable, que las radios difundían una y otra vez, era la última transmisión del piloto de la inmensa aeronave, que informaba de un incendio en la bodega.

Así pues, el avión se había estrellado, pero ¿dónde exactamente? A pesar de la falta de información, el tráfico seguía apresurándose en dirección sur. Detrás de mí, un impaciente equipo de informativos estadounidense decidió adelantar la fila de vehículos que avanzaban a paso de tortuga y se metió en el arcén. Pronto estallaron los primeros altercados. En los principales cruces de caminos había policías que, con su habitual talento, conseguían hacer más lento cualquier avance. Al cabo de una hora de lo mismo, el motor de mi automóvil empezó a hervir y me vi obligado a llevar el coche hasta una gasolinera situada al costado de la carretera.

Irritado, sentado en el patio delantero y perfectamente al tanto de que difícilmente llegaría al lugar del accidente antes del final de la tarde, aparté la mirada del tráfico, que continuaba casi estático, y la dirigía hacia las montañas situadas unos pocos kilómetros tierra adentro. Las estribaciones montañosas de la costa se alzaban abruptamente hacia un cielo inclemente y sin nubes, con las empinadas cimas iluminadas por el sol. Se me ocurrió que en realidad nadie había sido testigo de la caída del avión accidentado en el mar. La explosión se había producido encima de las montañas, y la trayectoria probable habría conducido al desafortunado avión hacia el Pacífico. Por otra parte, un error de observación de unos pocos kilómetros, un cálculo incorrecto por solo unos segundos por parte de la tripulación que había visto la explosión, hacía posible un punto de impacto bastante tierra adentro.

Por casualidad, dos periodistas en un coche cercano discutían esa misma posibilidad con el empleado de la gasolinera que les estaba rellenando el depósito. El joven gesticulaba indicando las montañas, donde un áspero camino subía serpenteando por un valle profundo. Aplaudí una vez con las manos, como si imitara una explosión.

Los periodistas lo miraban con escepticismo, poco impresionados por la historia y desalentados por la apariencia tosca del muchacho, así como por su dialecto local, casi ininteligible.

El empleado los observó marcharse con la mente puesta en otras cosas. Cuando acabó de rellenar mi radiador, le pregunté:

—¿Has visto una explosión en las montañas?

—Puede que sí; es difícil decirlo. Podría haber sido un rayo o un alud de nieve.

—¿No viste el avión?

—No. No puedo decir que lo haya visto.

Se encogió de hombros. Lo único que le interesaba era volver a su ocio. Esperé

mientras él entregaba el puesto a su relevo, se subía en el asiento trasero de la moto de un amigo y partía por la costa, como todos los demás.

Miré el camino que iba hacia el valle. Por suerte, detrás de la gasolinera había un sendero que se le unía unos cuatrocientos metros hacia el interior, en el extremo más lejano de una parcela.

Diez minutos después subía la pendiente del valle, alejándome de la llanura de la costa. ¿Qué me hizo seguir esa corazonada de que el avión había caído en las montañas? El egoísmo, sin duda; la esperanza de robarles la primicia a mis colegas e impresionar, por fin, a mi director. Delante de mí había una pequeña aldea, una colección de casas en ruinas agrupadas a los lados de una plaza situada en la pendiente. Fuera de la taberna, que era poco más que una ventana abierta en un muro de piedra, había media docena de granjeros sentados. El camino costero se veía a lo lejos, allá abajo, como parte de otro mundo. Desde la altura en que me encontraba, la explosión no habría pasado desapercibida si el avión hubiera caído ahí. Preguntaría a unas cuantas personas y si no habían visto nada, me daría la vuelta y continuaría hacia el sur, como todos los demás.

Al entrar en la aldea recordé cuánta pobreza ha habido siempre en esa región de México que casi no había sufrido cambios desde el siglo XIX. La mayoría de las modestas casas de piedra aún no disponían de electricidad. Había una única antena de televisión y, a un lado del camino, entre restos de equipo agrícola oxidado, unos pocos automóviles viejos, trastos con ruedas. Las laderas erosionadas de las montañas subían desde el valle; hacía mucho tiempo que aquel suelo pardo había agotado su escasa fertilidad.

Sin embargo, existía la posibilidad de que esos aldeanos hubieran visto algo, tal vez un destello, o hasta el avión mismo al desplomarse hacia el mar.

Detuve mi coche en la plaza adoquinada y me dirigí a los agricultores que estaban fuera de la taberna.

—Estoy buscando el avión estrellado —les dije—. Puede que haya caído cerca de aquí. ¿Alguno de ustedes lo ha visto?

Los hombres estaban contemplando mi coche, una máquina mucho más glamurosa, sin duda, que cualquier aparato que pudiera caer del cielo. Negaron con las cabezas, e hicieron un gesto hermético con la mano que parecía indicar que me fuera. Comprendí que había malgastado mi tiempo iniciando esa expedición privada. Las montañas se alzaban a mi alrededor en todas direcciones, divididas por los valles que parecían entradas a un gigantesco laberinto.

Cuando me volví para regresar al coche, uno de los granjeros más ancianos me tocó el hombro. Señaló con un gesto distraído hacia un estrecho valle protegido por dos picos que se elevaban hacia lo alto por encima de nuestras cabezas.

—¿El avión? —repetí.

—Está allá arriba.

—¿Qué? ¿Está usted seguro? —Intenté controlar mi entusiasmo, por temor a

traicionarme.

El anciano asintió y perdió el interés.

—Sí. Al final de ese valle. Es lejos.

En pocos segundos ya estaba otra vez en marcha, conteniéndome con dificultad para no exigir demasiado al motor. Esas pocas palabras del anciano me habían convencido de que estaba en la senda correcta y que pronto iba a quedarme con la primicia que había ansiado durante toda mi carrera profesional. Más allá de la distracción con que lo había dicho, el viejo había sido claro.

Me apresuré pendiente arriba por el estrecho camino, forzando el coche a través de los baches y las cárcavas. Tras cada curva esperaba ver la cola del avión colgando sobre un risco distante y los cientos de cadáveres diseminados por las laderas de la montaña, como un ejército caído. Empecé a ensayar los párrafos iniciales de mi despacho, que telefonaría a mi sobresaltado director mientras mis rivales estaban a ochenta kilómetros de distancia, contemplando el mar vacío. Resultaba vital encontrar la combinación perfecta entre impacto y compasión, esa irresistible combinación de inflexible realismo e invocación melancólica. Yo describiría el ominoso descubrimiento de un único avión en la ladera de la montaña, un conmovedor rastro de maletas rotas, el blando juguete de un niño y, después, el fondo del valle tapizado de cadáveres.

Subí deprisa por aquel sendero durante una hora. Me detenía de cuando en cuando para apartar las rocas que bloqueaban el camino. Esa región remota y yerma estaba casi desierta. A intervalos aparecía un cobertizo aferrado a la ladera, un tramo de cable de telégrafo me siguió desde lo alto durante alrededor de un kilómetro, antes de acabar de forma abrupta, como si la compañía telefónica se hubiera dado cuenta, con años de anticipación, de que allí no habría nadie que hiciera ni recibiera una llamada.

Empecé a reconsiderarlo una vez más. ¿Aquel viejo aldeano solo me había seguido la corriente? Si hubiera visto la caída del avión, seguramente habría mostrado más interés.

La llanura costera y el mar estaban ahora a varios kilómetros detrás de mí, visibles solo por momentos, mientras yo seguía subiendo por aquel camino echado a perder. Mirando la costa iluminada por el sol en el espejo retrovisor, tuve un descuido y el coche pasó por encima de un gran trozo de roca. El cambio en el ruido del coche, tras la colisión, me indicó que había dañado el tubo de escape.

Maldiciéndome por haber cedido al impulso de embarcarme en aquella persecución demencial, comprendí que estaba a punto de quedarme aislado en medio de las montañas. La luz de la tarde ya había comenzado a menguar. Por fortuna, aún tenía mucho combustible en el depósito, pero en ese camino tan estrecho me era imposible dar la vuelta.

Obligado a continuar, llegué a otra aldea, un grupo de chabolas construidas hacía

un siglo alrededor de una capilla que ahora estaba desacralizada. El único lugar plano en el cual hacer girar el coche estaba momentáneamente obstruido por dos campesinos que cargaban leña en un carro. Mientras esperaba a que se apartaran, me di cuenta de cuán pobres eran esas gentes, más pobres aún que las de la aldea anterior. Sus vestimentas eran en parte de cuero y pieles de animales, y llevaban escopetas colgadas del hombro, armas que no dudarían en usar —pude advertirlo por el modo en que me miraban— si yo seguía ahí después del anochecer.

Los hombres me observaban mientras yo daba la vuelta con gran precaución, y sus ojos recorrían mi sedán deportivo, el equipo de filmación que había en el asiento del acompañante y hasta mis ropas, todo lo cual debía de parecerles increíblemente exótico.

Para explicar mi presencia y darme cierto estatus oficial que los disuadiera de vaciar sus escopetas en mi espalda, dije al pasar:

—Me han ordenado que busque el avión. Ha caído por aquí cerca.

Ya había puesto la marcha para regresar cuando uno de los hombres asintió en respuesta a mi comentario. Puso una mano en el parabrisas y con la otra señaló un estrecho valle situado entre dos picos gemelos, unos trescientos metros más arriba.

Mientras subía otra vez la montaña, todas mis dudas habían desaparecido. Ahora demostraría mi valía, de una vez por todas, a aquel escéptico editor. Dos testigos independientes habían confirmado la presencia del avión estrellado. Cuidando de no dañar el automóvil en aquella senda primitiva, continué avanzando hacia el valle situado en lo alto.

Lo hice sin interrupción, las siguientes dos horas, subiendo cada vez más aquellas montañas desoladas. Para entonces, todo atisbo de la costa había desaparecido. En una ocasión tuve la breve visión, allá abajo a lo lejos, de la primera aldea por la que había pasado, y que ahora era una pequeña mancha en una alfombra. Por fortuna, el camino continuaba conduciéndome hacia mi objetivo. La senda, nada más que tierra y piedras, apenas era lo bastante ancha para las ruedas del coche y describía interminables curvas en forma de U.

Dos veces más me detuve a indagar a los escasos montañeses que me observaban desde las puertas de sus chabolas de piso de tierra. Sin importar cuán cautelosamente, todos confirmaban que el avión estrellado estaba más arriba.

A las cuatro de la tarde, por fin, alcancé el remoto valle que se hallaba entre dos cimas y entré en la última de las aldeas de esa larga senda. Ahí el camino llegaba a su fin en una plaza empedrada, rodeada por un grupo de viviendas. Tenían el aspecto de haber sido erigidas doscientos años antes, y de haber pasado todo ese tiempo intentando hundirse otra vez en la montaña.

La mayor parte de la aldea estaba desierta, pero, para mi sorpresa, de aquellas casas salieron unas pocas personas que miraban con asombro reverente el automóvil polvoriento. De inmediato me impactó lo extremo de su pobreza. Esa gente no tenía

nada. Eran indigentes, menesterosos no solo de bienes mundanos, sino también de religión, de esperanza y de todo conocimiento del resto de la humanidad. Bajé del coche, encendí un cigarrillo y esperé. Mientras ellos se reunían a mi alrededor, manteniendo una distancia prudente, advertí la cruel ironía de que el inmenso avión de pasajeros, la culminación de casi un siglo de tecnología aeronáutica, hubiera acabado ahí, entre aquellos primitivos montañeses.

Mientras les miraba los rostros, poco inteligentes y pasivos, me sentía como rodeado por un grupo de subnormales, en una aldea de retrasados mentales, lo bastante amistosos como para continuar en libertad en aquel remoto valle en lo alto de las montañas. Tal vez había en el suelo algún mineral que les había dañado el sistema nervioso y los mantenía en ese sencillo estado animal.

—El avión. ¿Han visto el avión? —pregunté en voz alta. A mi alrededor había unos diez hombres y mujeres, fascinados por el automóvil, por mi mechero, por mis gafas de montura dorada, y hasta por mi propia carne rolliza.

—¿Avión...? Aquí...

Simplifiqué mi discurso y señalé las pendientes rocosas y los barrancos situados más arriba de la aldea, pero ninguno de ellos pareció comprenderme. Quizá fueran mudos o sordos. Eran bastante candorosos, pero se me ocurrió que podrían estar ocultando su conocimiento del accidente. Cuántas riquezas cosecharían de esos mil cadáveres, las suficientes para transformar sus vidas durante un siglo. Había esperado encontrar en la plaza montones de asientos de avión, maletas, cuerpos apilados como leña.

—Avión... —El cabecilla, un hombre pequeño, con un rostro cetrino más pequeño que mi puño, repitió, vacilante, la palabra. Comprendí de inmediato que ninguno de ellos sabía de qué les hablaba. Su dialecto debía de ser algún sublenguaje remoto, en las fronteras del habla inteligente.

Buscando una forma de comunicarme con ellos, recordé mi bolsa de viaje cargada de equipo de filmación. La etiqueta de identificación tenía una fotografía en colores de un gigantesco avión de pasajeros. La arranqué de la bolsa y se la fui enseñando a todo el grupo.

De inmediato comenzaron a asentir. Murmuraban entre sí, y todos señalaban hacia una estrecha garganta formada por una breve extensión del valle, al otro lado de la aldea. Un camino de carretas subía en esa dirección y se perdía en el suelo pedregoso.

—¿El avión? ¿Está ahí arriba? ¡Bien! —Encantado con ellos, extraje mi cartera y les mostré un gran fajo de billetes, mis generosos viáticos para el festival de cine. Agitando los billetes para animarlo, me volví al cabecilla.

—Usted encabeza la marcha. Iremos ahora. Muchos cuerpos, ¿no? ¿Cadáveres por todos lados?

Ellos asentían, confirmándose unos a otros, con la mirada clavada en el abanico de billetes.

Iniciamos la marcha a través de la aldea, yo en el coche, siguiendo el camino carril por la ladera de la montaña. A eso de un kilómetro de la aldea tuvimos que detenernos porque la pendiente se había hecho demasiado inclinada. El cabecilla señaló la entrada de la garganta y dejamos el coche para continuar trepando a pie. Como todavía llevaba mis ropas del festival, aquella marcha me resultaba difícil. El suelo de la garganta estaba cubierto de piedras afiladas que me atravesaban los zapatos. Iba rezagándome, cada vez más lejos de mi guía que saltaba sobre las rocas como una cabra.

Me sorprendió no haber encontrado aún señales de aquel avión gigante, ni un resto ni los cientos de cuerpos. Cada vez que miraba a mi alrededor esperaba ver la montaña tapizada de cadáveres.

Habíamos llegado al final de la garganta. Los últimos cien metros de la montaña se alzaban hasta la cima, separada de su gemela por el valle y la aldea allá abajo. El guía se había detenido y señalaba un muro de roca. Su pequeño rostro tenía un aire de tosco orgullo.

—¿Dónde? —Recuperé el aliento y le quité la tapa a la lente de la cámara—. Aquí no hay nada.

Entonces vi adónde me había guiado y lo que todos los aldeanos que había encontrado por el camino me habían descrito. Apoyados contra el muro de la garganta estaban los restos de un avión trimotor militar, con el morro aplastado y la cabina del piloto enterrados entre las rocas. Hacía mucho que el viento había arrancado el revestimiento. La aeronave ya no era más que una colección de largueros y otras partes de fuselaje oxidadas. Evidentemente, llevaba ahí más de treinta años, presidiendo aquella montaña infecunda como una andrajosa deidad. De algún modo, la información sobre su existencia había pasado de una aldea a la siguiente, montaña abajo.

El cabecilla indicó el esqueleto del avión. Me sonrió, pero tenía la mirada fija en mi pecho, en la cartera que guardaba en el bolsillo superior de mi chaqueta. Su mano ya se alargaba ligeramente, con la palma hacia arriba. Pese a su pequeñez, parecía tan peligroso como un perro salvaje.

Extraje la cartera y le extendí un solo billete, más de lo que él podría ganar en un mes. Tal vez porque el valor del billete carecía de sentido para él, señaló agresivamente el resto del fajo. Lo ahuyenté con un ademán.

—¡Oiga, este no es el avión que me interesa! ¡Es otro aparato, imbécil...! — Cuando me miró fijamente sin comprender, saqué la etiqueta de avión de mi bolsillo y le enseñé la foto del gigantesco avión de pasajeros—. ¡Este! Muy grande. Cientos de cuerpos. —Perdí el control y, abandonándome por completo a mi furia y a mi decepción, le grité—: ¡Ese no es! ¿No lo entiendes? ¡Tiene que haber cadáveres por todas partes, cientos de cadáveres...!

Me dejó donde estaba, despotricando a las paredes de piedra de aquel barranco desierto entre las montañas y al esqueleto de aquel avión de reconocimiento llevado

por el viento.

Diez minutos después, cuando regresé a mi coche, descubrí que el pinchazo que había sospechado antes, esa tarde, había deshinchado uno de los neumáticos delanteros. Agotado, con los zapatos agujereados por las rocas y la ropa mugrienta, me desplomé ante el volante comprendiendo la futilidad de esa absurda expedición. Tendría suerte si conseguía llegar a la costa al anochecer. Para entonces, todos los demás periodistas ya habrían informado sobre el primer avistamiento del avión que se había estrellado en el Pacífico. Mi editor estaría esperando con creciente impaciencia a que yo enviara mi noticia a tiempo para el boletín de la noche. En lugar de ello, me encontraba en medio de esas montañas estériles, con el coche estropeado y mi vida en peligro, probablemente, a causa de esos campesinos idiotas.

Después de descansar un rato me rehíce. Tardé media hora en cambiar el neumático. Cuando puse en marcha el motor e inicié el largo descenso hacia la llanura costera, la luz ya había comenzado a abandonar incluso aquellas alturas.

La aldea estaba aún trescientos metros más abajo cuando una curva del camino me permitió ver las primeras chabolas. Uno de los aldeanos estaba de pie junto a un murete. En la mano llevaba algo que parecía un arma. Reduje la velocidad de inmediato, consciente de que si decidían atacarme, tenía pocas esperanzas de escapar. Recordé la cartera en mi bolsillo, la saqué y desparramé los billetes sobre el asiento. Tal vez pudiera comprar mi paso hacia la costa.

Al aproximarme, el hombre avanzó hasta colocarse en medio del camino. El arma que llevaba en la mano era una tosca pala. Un hombre pequeño, como todos los demás, en una actitud que distaba de ser amenazante. Al contrario, parecía estar pidiéndome algo, casi rogándome.

En el arcén, junto al muro, había un bulto de telas viejas. ¿Quería que se lo comprara? Reduje la velocidad un poco más. Estaba a punto de extenderle al hombre uno de los billetes cuando me di cuenta de que el bulto era una mujer muy vieja, que parecía un mono envuelto en un chal, con sus ojos ciegos clavados en mí. Entonces advertí que aquel rostro como de calavera era, en efecto, una calavera, y que los andrajos sucios de tierra que la cubrían eran su mortaja.

—Cadáver... —dijo el hombre, nervioso, repasando la pala con los dedos bajo la luz que desaparecía. Le alargué el billete y continué descendiendo hasta embocar el camino que llevaba a la aldea.

Cincuenta metros más adelante había otro hombre, más joven, que también llevaba una pala en la mano. El cuerpo de un niño pequeño, recién desenterrado, yacía apoyado en la tapa de su ataúd.

—Cadáver...

En todo el trayecto que atravesaba la aldea había personas de pie ante las entradas de sus chabolas. Algunas estaban solas, las que no tenían a nadie a quien desenterrar para mí, y otras llevaban una pala en la mano. Recién arrancados de sus tumbas, los



cadáveres yacían en la penumbra frente a las chabolas, apoyados contra el muro de piedra como amigos rechazados, puestos en la calle para ganarse, finalmente, el derecho a ser conservados.

Mientras pasaba en mi coche junto a ellos, extendiéndoles los últimos billetes, oía murmurar a los aldeanos, y sus voces me siguieron montaña abajo.

1975

## AVIONETA EN VUELO RASANTE

—Otra vez con ese juego desquiciado.

Desde su balcón, en la décima planta del hotel vacío, Forrester y su esposa observaban el despegue de la avioneta desde el aeródromo de Empuriabrava, a un kilómetro de la playa. El biplano, un fumigador remodelado, con el fuselaje plateado y las cabinas abiertas, enfiló hacia el final de la pista de hormigón. El motor resonaba estridentemente sobre el complejo turístico abandonado, como un ventilador enloquecido.

—Uno de estos días no va a conseguirlo; estoy seguro de que eso es lo que espera... —Forrester se levantó de su sillón sin pensarlo y empujó el carrito de las bebidas hasta la barandilla del balcón. El avión ya se desplazaba con rapidez sobre la pista, y la rueda trasera aún tocaba la línea de señalización del asfalto. Quedaban poco menos de sesenta metros de pavimento por delante. Habían construido la pista treinta años antes para los suizos y alemanes adinerados que llevaban sus propias aeronaves a ese complejo vacacional de la Costa Brava. Ahora, sin mantenimiento, las fuertes corrientes marinas habían reducido el muelle de hormigón, que se prolongaba en el mar, a un tercio de su longitud original.

Al piloto, sin embargo, eso no parecía importarle. Su frente prominente sobresalía encima de las gafas y llevaba el cabello largo, atado en una cola de caballo. Forrester esperó, aferrando el barandal con sus manos en una confusión de emociones: deseaba ver a ese médico huraño y distante irse de morro contra las rocas, pero a la vez su complicada rivalidad con Gould lo impulsó a lanzar un grito de advertencia.

En el último instante, cuando apenas quedaban siete metros de pista, Gould se echó violentamente hacia atrás en el asiento del piloto, como si de esa manera levantara la avioneta en el aire. La máquina se elevó bruscamente sobre la calzada de hormigón, se inclinó hacia un lado y describió un círculo volando bajo, sobre el mar, antes de partir tierra adentro.

Forrester levantó los ojos cuando el aparato sobrevoló sus cabezas. En ocasiones pensaba que Gould intentaba provocarlo adrede, o más probablemente intentara provocar a Judith. Había cierto vínculo tácito que los unía.

—¿Has visto el despegue? —preguntó él—. No habrá muchos más de esos.

Judith estaba tendida en la tumbona, con la vista perdida en la ahora silenciosa pista de aterrizaje. En algún momento, Forrester había exagerado el riesgo de esos despegues, con la esperanza de distraerla durante los tediosos últimos meses del embarazo. Pero la pantomima ya no era necesaria, ni siquiera ahora que esperaban al *practicante* <sup>[15]</sup> que llevaría los resultados de la amniocentesis desde Figueres. No había dudas, cuando la siguiente tormenta del verano arruinara un poco más aquella

pista que ya estaba en ruinas, Gould se estrellaría. Curiosamente, el piloto podría haber evitado todo ese riesgo si hubiera despejado un tramo de alguno de los cientos de caminos abandonados.

—Ahora casi hay demasiado silencio —dijo Judith—. ¿Has visto al *practicante*? Tenía que venir esta mañana.

—Y vendrá. La clínica solo abre un día por semana. —Forrester cogió el pequeño pie de su esposa y lo sostuvo entre sus manos, admirando abiertamente sus piernas pálidas, sin doblez ni planificación—. No te preocupes, esta vez las noticias serán buenas.

—Lo sé. Es extraño, pero yo también tengo la certeza absoluta de que será así. En todos estos meses nunca he tenido ni una sola duda.

Forrester escuchaba el zumbido de la avioneta que desaparecía sobre las colinas, detrás del complejo. En la calle, allá debajo, la arena movida por el viento formaba una sucesión de dunas invasoras que habían enterrado gran parte de los automóviles hasta las ventanillas. De forma muy adecuada, las escasas huellas de neumáticos que conducían a la entrada del hotel pertenecían todas a la moto Honda del *practicante*. El repiqueteo del motor de ese enfermero de rostro grave hacía resonar aquella melancólica señal de alarma por el pueblo. Había atendido a Judith desde su llegada, dos meses antes, con esmero pero con una falta absoluta de emotividad, como si estuviera seguro del resultado final de aquel embarazo.

No obstante, Forrester aún se aferraba a sus esperanzas. Antes temía esos embarazos infructuosos, los viajes obligados a Ginebra y los interminables periplos por los vacíos complejos turísticos mediterráneos a la espera de que apareciera otro feto con alguna deformidad grave. Pero había esperado este último embarazo considerándolo casi un reto, una apuesta jugada contra probabilidades inmensas, por el mayor premio posible. Seis meses antes, cuando Judith le había dicho que había concebido una vez más, él lo había organizado todo de inmediato para viajar a España. Judith concebía con suma facilidad. La paradoja era amarga: esa sexualidad vigorosa e insaciable, esa enorme fertilidad, aun cuando fuera de una clase cuestionable, se producía en su apogeo en un mundo casi despoblado.

—Richard, venga. Pareces muerto. Brindemos a mi salud. —Judith acercó el carrito a su tumbona. Se incorporó, animándose como un juguete. Al ver el reflejo de ambos en la ventana del dormitorio, Forrester pensó en la semejanza que tenían con un par de Scott Fitzgerald tardíos, dos cuerpos hermosos y glamurosos que albergaban su culpable secreto.

—¿Te das cuenta de que al anochecer sabremos los resultados del análisis? ¡Richard, tendremos que celebrarlo! Tal vez deberíamos haber ido a Benidorm.

—Es un lugar enorme —observó Forrester—. Ahí podría haber quince o veinte personas pasando el verano.

—Por eso. Debemos conocer gente nueva, compartir las buenas noticias con ellos.

—Bueno... —Habían ido a aquel tranquilo centro turístico del norte de la Costa Brava con el objetivo específico de alejarse de todos los demás. De hecho, a Forrester le había molestado encontrar ahí a Gould, ese médico medio *hippie* que vivía en uno de los hoteles abandonados sobre la *playa\** y que apareció de forma inesperada en su avión, tras una semana de ausencia.

Forrester escudriñó las filas de hoteles y edificios de apartamentos abandonados, asadores de pollos y supermercados con las persianas bajadas desde hacía mucho tiempo. Había algo tranquilizador en aquel vacío. Él se sentía más calmado ahí, casi solo en ese pueblo olvidado.

Mientras estaban de pie, junto a la barandilla, bebiendo y mirando la bahía en silencio, Forrester abrazaba a su esposa rodeándole la abultada cintura. Ya hacía semanas que apenas podía quitarle las manos de encima. Cuando Gould se hubiera marchado, sería agradable. Descansarían el resto del verano, harían el amor todo el tiempo y jugarían con el bebé, una rara llegada en esos tiempos en que el promedio de natalidad habitual no superaba el uno por mil. Forrester ya podía imaginarse a unos cuantos campesinos ancianos llegar desde las colinas y celebrar algún tipo de festival telúrico en la playa.

Detrás de la pareja, la avioneta había vuelto a aparecer sobre el pueblo. Forrester pudo ver durante un instante el casco plateado del médico: entre las fastidiosas poses de Gould se contaba el pintar franjas en su casco y su chaqueta de aviador, y en los parachoques de su viejo Mercedes, un exhibicionismo propio de un crío, bastante fuera de lugar. Forrester había encontrado rastros de la pintura en diversos puntos de la ciudad: en la pasarela sobre el canal que separaba el muelle y el aeródromo de Empuriabrava de las calles que conducían al hotel de Gould. Esas marcas, hechas al parecer de forma aleatoria, eran elementos de un críptico lenguaje privado. Desde hacía cierto tiempo, Forrester estaba seguro de que Gould participaba en alguna actividad ruin en las montañas. Probablemente saqueaba los monasterios abandonados, y los despojaba de sus iconos y su chapado de oro. Forrester tenía una intensa visión de ese médico solitario que pilotaba su avioneta en una incesante búsqueda por litoral mediterráneo, acumulando una pila de tesoros artísticos por si el mundo volvía a desarrollar el comercio alguna vez.

El último encuentro de Forrester con Gould, en el Museo Dalí de Figueres, pareció confirmar todas sus sospechas. Había dejado a Judith en la clínica prenatal donde —eso esperaban— la amniocentesis confirmaría la ausencia de anomalías en el feto. Sin embargo, por un error de juicio, la había hecho entrar en el museo que la ciudad le había dedicado a su artista más ilustre. Mientras caminaba deprisa por las galerías vacías, advirtió a Gould holgazaneando en el diván central, escudriñando con amistosa serenidad los embriones flácidos y las monstruosidades anatómicas de los surrealistas. Con su chaqueta de franjas plateadas y el largo cabello atado en una coleta, parecía menos un médico que un maduro ángel del infierno. Junto a él, sobre el diván, reposaban tres cuadros que había seleccionado de los que colgaban en las

paredes y que más tarde se llevó para decorar sus habitaciones del hotel.

—Están demasiado cerca de lo indecente, para mí —observó Forrester—. Una colección de noticiarios del infierno.

—Una aguda conjetura sobre el futuro, sin duda —coincidió Gould—. La distopía suprema está dentro de nuestras cabezas.

Cuando abandonaron el museo, Forrester dijo:

—El bebé de Judith debe nacer en unas tres semanas. Nos hemos preguntado si acaso querrías atenderla.

Gould no respondió. Cambió los cuadros de un brazo a otro y miró, frunciendo el ceño, hacia los árboles de la *rambla*\* desierta. Sus ojos parecían esperar algo. No era la primera vez que Forrester advertía cuán cansado estaba ese hombre, el nerviosismo que había detrás de aquellas facciones huesudas.

—¿Qué hay del *practicante*? Probablemente esté mejor cualificado que yo.

—No estaba pensando en el alumbramiento tanto como en la...

—¿En la muerte?

—Bueno... —Inquieto por el tono combativo de Gould, Forrester recorrió su catálogo de eufemismos—. Estamos llenos de esperanza, desde luego, pero hemos tenido que aprender a ser realistas.

—Eso es admirable, viniendo de vosotros dos.

—Dado uno de los resultados posibles, creo que Judith preferiría que alguien como tú se hiciera cargo de...

Gould asintió con aires de sabio. Miró fríamente a Forrester:

—¿Por qué no conserváis el bebé? Sin que importe el resultado.

Forrester quedó impactado de verdad. Sorprendido por esa agresión del médico, lo contempló apartarse con un gesto desagradable, llevando las escabrosas pinturas bajo el brazo, y caminar con pasos largos hacia el Mercedes.

Judith estaba dormida en su habitación. Forrester cogió de la mano floja de su esposa los Valium que había estado demasiado cansada para tomar. Volvió a colocarlos en el bote y se sentó, vacilante, en la cama. Había pasado la última hora bebiendo solo bajo sol, en el balcón, en parte a causa del aburrimiento —había decidido que la escala temporal del embarazo humano era un importante error evolutivo— y en parte a causa de su confusión de temor y esperanza.

¿Dónde diablos estaba el *practicante*? Forrester volvió al balcón e inspeccionó la carretera a Figueres, más allá de las discotecas y de las oficinas de alquiler de barcos abandonadas. La avioneta había desaparecido entre las montañas. Al mirar la pista de aterrizaje, Forrester advirtió la figura vestida de negro de una joven en la puerta del hangar de Gould. Ya la había visto antes varias veces, soñando despierta por ahí, y reconocía íntimamente sin ambages que sentía una punzada de envidia por el vínculo sexual que suponía entre ella y Gould. Había en esa relación algo secreto que le intrigaba. Cuidando de no moverse, esperó a que la joven se colocara a la luz del sol.

Sentía que, gracias al alcohol y a una monogamia excesivamente escrupulosa, el miembro se le iba engrosando. A pesar de su necesidad de estar a solas, la idea de que había otra mujer joven a menos de un kilómetro de distancia casi le desbarató la mente.

Al cabo de cinco minutos volvió a ver a la joven, de pie sobre la terraza de observación del club náutico, mirando hacia el continente como si esperara el regreso del avión plateado de Gould.

Cuando Forrester salió de la *suite*, su esposa aún dormía. Solo dos de las *suites* de la décima planta tenían mantenimiento. Las demás habían sido cerradas con llave y postigo como cápsulas del tiempo que contuvieran un melancólico cargamento de aerosoles, duchas vaginales, horquillas y botes de bronceador abandonados por los miles de turistas desaparecidos.

El ascensor de servicio, impulsado por un pequeño motor de gasolina situado en el sótano, lo transportó hasta el vestíbulo. Ahora no había corriente eléctrica para hacer funcionar el sistema de aire acondicionado, pero el hotel estaba fresco. En dos sillas de mimbre colocadas junto a la escalera, debajo del exhibidor de tarjetas postales con vistas vacacionales de Roses en su apogeo turístico, estaban sentados el anciano administrador del hotel y su esposa. El *señor*\* Cervera había sido linotipista de un periódico de Barcelona durante los años en los que acababa de revelarse el declive poblacional y aun hoy era una mina de información sobre la decadencia mundial.

—La señora Forrester está dormida; si viene a verla el *practicante*, envíelo a la habitación.

—Espero que traiga buenas noticias. Es que ustedes han esperado mucho.

—Si es así, no cabe duda de que esta noche lo celebraremos. Judith quiere abrir todas las discotecas.

Forrester salió a la luz del sol y subió a la primera de las dunas que invadían la calle. Se detuvo sobre el techo de un coche sumergido y observó la hilera de hoteles vacíos. Había ido allí una vez, de niño, cuando el complejo todavía estaba medio lleno de turistas. Ya entonces muchos hoteles estaban cerrando, aunque sus padres le habían contado que treinta años antes la ciudad estaba tan atestada que casi no se podía ver la arena de la playa. Forrester recordaba el club náutico, que como un portaaviones dominaba los bares y las discotecas de Empuriabrava, repletos de gente divirtiéndose con una frenética alegría *fin de siècle*. Ya se estaban construyendo los primeros de los llamados «hoteles de Venus» y del aeropuerto de Girona llegaban autocares atiborrados de parejas jóvenes.

Forrester saltó del techo del automóvil y partió por el camino de la playa hacia Empuriabrava. La arena inmaculada se deslizaba hasta el agua, libre al fin de colillas de cigarrillos y tapones de botellas, tan limpia y suave como hueso molido. Al pasar delante de los hoteles vacíos, a Forrester le pareció extraño no sentir pánico ante la

idea de toda esa gente desaparecida. Como Judith y todos los demás que él conocía, como el viejo linotipista y su esposa, sentados solos en el recibidor de su hotel, aceptaba sin sobresaltos la lógica terrorífica de aquella pesadilla reduccionista como si fuera un suceso completamente natural y pacífico.

Cuarenta años antes, en cambio, hubo una epidemia de miedo descontrolada, cuando todo el mundo se dio cuenta de la acentuada caída de la población mundial, el gigantesco bajón de la tasa de natalidad y, más inquietante aún, el enorme aumento del número de fetos deformes. Cualquiera que fuera la causa que desencadenó aquel proceso que ahora hacía que Forrester estuviera solo, de pie en aquella playa de la Costa Brava, antaño atestada, los resultados eran drásticos e irreversibles. De mantenerse la tasa de decrecimiento actual, los doscientos mil habitantes de Europa y los ciento cincuenta mil de Estados Unidos acabarían hundiéndose en el olvido en el lapso de una generación.

A la vez, por alguna infeliz paradoja, la fertilidad no se había reducido, ni en el hombre ni en las pocas especies animales que también resultaron afectadas. En realidad, las tasas de nacimiento se habían disparado, pero casi toda la progenie padecía graves deformidades. Forrester recordó al primero de los hijos de Judith, aquellos ojos defectuosos cuyos nervios ópticos estaban al descubierto y, más inquietante aun, sus deformes órganos sexuales, tristes parodias de los genitales humanos que suscitaban toda clase de nerviosismo y rechazo.

Forrester se detuvo al final de la playa, donde la hilera de hoteles doblaba en ángulo recto con el canal de entrada de la marina. Volviendo la mirada hacia la ciudad, comprendió que él era, casi sin duda, su último visitante. El continuo deterioro del sistema de carreteras europeo no tardaría en hacer imposible todo viaje a España. Durante los últimos cinco años, Judith y él habían vivido en Ginebra. Como trabajaba para una agencia de Naciones Unidas, Forrester iba por Europa, de ciudad en ciudad, encabezando un equipo con la misión de inventariar las inmensas reservas de comestibles, fármacos, productos duraderos y materias primas industriales diseminados en los almacenes, las terminales de trenes, los supermercados vacíos y las líneas de producción detenidas, productos suficientes para mantener a la menguante población humana durante mil años. Aunque la población de Ginebra era de unos dos mil habitantes, la mayoría de las regiones urbanas de Europa estaban completamente desiertas, lo que incluía, de manera sorprendente, sus grandes ciudades con catedrales. Chartres, Colonia y Canterbury eran cascarones vacíos. Por algún motivo, el consuelo de la religión no significaba nada para nadie. Además, pese al pánico inicial, nunca había habido auténtica desesperación. La gente llevaba ya treinta años matando a sus hijos de forma impasible, desmantelando el hemisferio occidental del mismo modo que un grupo de trabajadores circenses desmontaría sus tiendas y acabaría con sus animales al final de la temporada.

Desde el banco de arena del canal, Forrester se asomó al casco blanco del club náutico. No había señales de la joven. Detrás de él, mirando hacia la pista de

aterrijaje, junto a la carretera, había un restaurante abandonado años antes. A través de las ventanas salpicadas de sal podía ver las filas de botellas contra el espejo, detrás de la barra, las sillas apiladas sobre las mesas.

Forrester empujó la puerta. El interior del restaurante era como un bodegón de museo. En años no se había movido nada. A pesar de que la puerta no estaba cerrada con llave, no había habido vandalismo. Por las huellas visibles en la fina arena diseminada por el suelo, era obvio que unos cuantos viajeros de paso se habían servido algún refrigerio en la barra y se habían marchado sin romper nada. Así era en todos aquellos lugares donde Forrester había estado. Cien ciudades y aeropuertos abandonados intactos, como si lo hubieran dejado todo preparado para sus sucesores.

El aire del restaurante olía a rancio, pero estaba fresco. Sentado a la barra, Forrester cogió una botella de Fundador y bebió lentamente, mientras esperaba que reapareciera la joven. Recorrió con la mirada el otro lado del canal, y advirtió que Gould había pintado dos líneas de señalización continuas, de un plateado fluorescente, a través de los listones y el pasamano de cable de la pasarela. Desde la puerta podía ver que las mismas líneas de señalización atravesaban la carretera y subían por la escalera del hotel de Gould, donde se perdían por el vestíbulo.

De pie, titubeante en la carretera, Forrester frunció el ceño ante la escandalosa fachada del hotel, construida en un estilo griego toscamente erótico. Cariátides desnudas de tres pisos de altura que sostenían un falso pórtico engalanado con sátiros y ninfas. ¿Por qué había escogido Gould vivir en ese hotel, de entre todos los que había vacíos en Roses? Allí, en lo que equivalía al barrio rojo de la ciudad, en uno de esos alojamientos conocidos con el eufemismo de «hoteles de Venus», pero a los cuales Judith se refería con mayor precisión como «los hoteles de sexo». De Waikiki a las playas de Glyfada, de Río a Recife, esos complejos hoteleros habían surgido en los primeros años de la crisis de despoblación. Había llegado un torrente de turistas subvencionados por el gobierno, impulsados a un último y frenético festival de erotomanía. En un equivocado intento de resucitar la fertilidad, se había alentado todo tipo de desviaciones sexuales. Decoración pornográfica en los hoteles, vestíbulos repletos de juguetes y aparatos sexuales, interminables películas de sexo exhibidas por circuito cerrado de televisión... Todo aquello reflejaba la infeliz idea, compartida por todos, de que el sexo ya no importaba. El sentimiento de obligación hacia las generaciones futuras ya no existía ni en su más mínima expresión. Si acaso, ahora la auténtica obscenidad era lo «normal». Forrester y Judith habían encontrado en el recibidor de uno de aquellos hoteles la imagen pornográfica más siniestra de todas: la fotografía de un bebé sano obscenamente retocada.

Judith y su esposo habían sido demasiado jóvenes como para participar en aquellas orgías desesperadas, y ya en los tiempos en que se casaron había un rechazo generalizado hacia las perversiones sexuales de toda clase. Volvieron a estar vigentes la castidad y el amor romántico, el celibato prematrimonial y todas las restricciones de la monogamia. Mientras la población mundial continuaba menguando, las últimas



parejas casadas permanecían juntas, como obedientes personajes de un cuadro de Vermeer.

Y, entretanto, el impulso sexual no disminuía. Con el arrebató del alcohol en su cuerpo, Forrester avanzó, tambaleándose, bajo la cálida luz del sol. En algún lugar cerca del hangar, junto a la pista de aterrizaje, la joven lo estaba esperando, y tal vez lo observaba ahora mismo desde el oscuro interior de la nave. Evidentemente, ella sabía en qué estaba pensando él y casi parecía animarlo con sus insinuantes apariciones aquí y allá.

Forrester subió al puente que cruzaba el canal. A sus espaldas, la fila de escandalosos hoteles estaba en silencio, un escenario diseñado exclusivamente para esta aventura. Los peldaños metálicos del puente resonaban con dulzura bajo sus pies. Repiqueteando sobre ellos como si fueran las láminas de un xilófono, Forrester tropezó con la barandilla, manchándose las manos con la pintura, aún fresca, de la franja plateada.

Se limpió distraídamente las manos en la camisa. Las líneas de pintura fluorescente se prolongaban del otro lado del puente, y serpenteaban entre los coches abandonados del aparcamiento, a un lado de la pista de aterrizaje. Siguiendo el recorrido señalado por Gould, Forrester cruzó el canal. Cuando llegó a la gasolinera, advirtió que la joven había surgido del hangar. Estaba de pie en la entrada, con la puerta abierta, con sus pies sobre el rectángulo de luz solar. Como era habitual en ella, el rostro inteligente, aunque algo mongoloide, se ocultaba detrás de unas gruesas gafas de sol: una barbilla redondeada y una frente amplia, dominadas por el caparazón de cristal oscuro. A pesar de toda esa ocultación, Forrester estaba seguro de que ella lo había estado esperando y de que, más aún, había albergado la esperanza de que él se presentara. Enfundada en su chal negro, ella movía las manos constantemente, como una colegiala; sin duda sabía que él era el único hombre que había en ese complejo turístico, aparte de Gould, quien estaba lejos, en uno de sus eternos vuelos en solitario, y del viejo linotipista.

Un sudor cálido humedeció la frente de Forrester. De pie junto a la boca de carga de combustible, se lo enjugó con las manos. La joven parecía reaccionar ante esos gestos. Sus manos emergieron de debajo del chal, moviéndose según un complejo código, un semáforo que le hacía señales a Forrester. Él respondió, a su vez, tocándose nuevamente la cara, haciendo caso omiso de la pintura plateada que tenía en las manos. Como para congraciarse con ella, se pintó la nariz y las mejillas con los últimos restos de pintura, y se limpió los restos de la viscosa sustancia metálica que tenía en los labios.

Cuando llegó donde estaba la mujer, y le puso la mano en el hombro, ella miró con súbita alarma los trazos luminosos de su rostro, como si se percatara de que la pintura en las manos, el pecho y las facciones de Forrester la habían inducido a pensar que se trataba del hombre equivocado.

Demasiado tarde ya, la joven se dejó conducir hacia la oscuridad del hangar. Las

gafas de sol se le cayeron de las manos. Forrester vio su rostro, luminoso como una máscara cromada, reflejarse en las ventanas de la oficina de operaciones de vuelo. Bajó la mirada hacia la joven invidente que, con una mano, rebuscaba las gafas de sol a sus pies, y con la otra intentaba ocultar sus ojos de él. Entonces Forrester oyó el zumbido de la avioneta que sobrevolaba la ciudad.

El aeroplano de Gould describió un círculo sobre el club náutico. Los paneles del fuselaje reflejaban la luz del sol como un espejo facetado. Forrester se apartó de la joven, que estaba contra la pared trasera del hangar y llevaba otra vez las gafas, ahora con los cristales fracturados, en su rostro. Forrester salió a la luz de la tarde y atravesó la pista corriendo en el instante en que la avioneta se aprestaba a aterrizar.

Dos horas más tarde, después de cruzar las calles desiertas en dirección a su hotel, Forrester encontró al *señor* Cervera de pie sobre la duna que había debajo de la escalera de entrada, protegiéndose los ojos del sol con las manos. El señor Cervera le indicó con un gesto que se acercara y lo saludó con alivio. Forrester había pasado el intervalo en un hotel en el centro de Roses, caminando sin sosiego de un lavabo al otro, intentando quitarse la pintura de la cara y de las manos. Había dormido media hora en una habitación.

—La señora Forrester... —El anciano hizo un ademán de impotencia.

—¿Dónde está? —Forrester siguió a Cervera hasta la escalera de entrada del hotel. La señora Cervera rondaba, con aire cohibido, del otro lado del mostrador de caoba—. ¿Qué ha sucedido?

—El *practicante*... Llegó justo después de que usted se fuera. —El anciano hizo una pausa para examinar los rastros de pintura plateada que aún cubrían el rostro de Forrester. Con un gesto de la mano, como si los descartara por ser detalles menores de ese día aberrante, dijo:

—Le trajo el resultado a la señora Forrester...

—¿Ella está bien? ¿Qué ocurre?

Forrester se dirigió al ascensor, pero la anciana le indicó que regresara.

—Ha salido. Intenté detenerla. Iba toda vestida.

—¿Vestida? ¿Cómo?

—De... de un modo muy extravagante. Estaba muy alterada.

—Oh, Dios mío... —Forrester recuperó el aliento—. Pobre Judith. ¿Adónde ha ido?

—A los hoteles.

Cervera levantó una mano y señaló, remiso, hacia los hoteles de Venus.

Forrester la encontró al cabo de media hora, en la *suite* matrimonial de la tercera planta de uno de los hoteles. Antes, mientras corría por el camino del canal, gritando el nombre de Judith, había visto a Gould. Caminaba despacio por el puente peatonal, con el casco de aviador en la mano. La oscura figura de la joven, con los cristales de

sus gafas oscuras como soles negros, lo seguía sin verlo desde la entrada del hangar, mientras Gould avanzaba por el corredor pintado.

Cuando finalmente oyó el llanto de Judith, Forrester entró en el hotel. La encontró tendida en la cama nupcial de la *suite* principal de la tercera planta, rodeada de murales y bajorrelieves obscenos. Estaba tumbada sobre la polvorienta colcha de lamé, vestida con las galas de puta que había embalado entre su ropa. Como una cortesana ebria en las últimas horas de su preñez, tenía los ojos vidriosos clavados en Forrester, como si se negara a reconocerlo.

Cuando él se acercó, ella cogió el arnés que había sobre la cama, a sus espaldas, e intentó golpearlo con él. Forrester se lo arrancó de las manos. La cogió por los hombros con la esperanza de calmarla, pero sus pies resbalaron en los vibradores y casetes diseminados alrededor de la cama. Cuando recuperó el equilibrio, Judith estaba junto a la puerta. Corrió detrás de ella por el pasillo, y pateó a su paso los expositores de revistas pornográficas situados fuera de cada habitación. Judith escapaba escaleras abajo, mientras se quitaba las piezas de su disfraz. En ese momento, Forrester vio que, por fortuna, Gould la esperaba en el rellano, con los brazos extendidos para atraparla.

En el ocaso, después de que Gould y Forrester hubieran llevado a la desconsolada mujer otra vez a su hotel, los dos hombres estaban de pie junto a la entrada, en la penumbra.

Con un gesto de preocupación inesperado, Gould puso una mano sobre el hombro de Forrester. Aparte de eso, su rostro permanecía inexpresivo.

—Dormirá hasta la mañana. Pídale al *practicante* que le dé un poco de talidomida. Necesitará sedarla las próximas tres semanas. —Señaló las manchas plateadas en el rostro de Forrester—. En la actualidad todos llevamos nuestra pintura de guerra. Estuvo usted en el hangar, justo antes de que yo aterrizara. Carmen me dijo que tropezó, accidentalmente, con sus gafas de sol.

Aliviado al saber que la joven, por el motivo que fuese, no lo había delatado, Forrester dijo:

—Intentaba tranquilizarla; parecía preocupada por su retraso.

—Es que ahora debo volar tierra adentro. Se pone nerviosa cuando no estoy.

—No me había percatado de que es... ciega. —Forrester lo dijo mientras caminaban por la calle hacia el canal—. Es bueno que usted la cuide. Si la encontraran por ahí, los españoles la matarían sin siquiera pensarlo. ¿Qué le ocurrirá cuando usted se vaya?

—Para entonces ya estará bien. —Gould se detuvo en la luz menguante y miró la pista de aterrizaje. Al parecer, un tramo del hormigón poroso de la calzada había caído al mar. Gould asintió para sus adentros, como si calculara el tiempo que le dejaba aquel muelle que se iba desmoronando—. Y bien, ¿qué sucederá con este bebé?

—Es otro... Los mismos defectos. Haré que el *practicante* se encargue del asunto.

—¿Por qué? —Antes de que Forrester pudiera replicarle, Gould le cogió el brazo—. Forrester, se lo pregunto con franqueza. ¿Quiénes de entre nosotros pueden decidir realmente quién tiene defectos?

—Las madres parecen saberlo.

—Pero ¿tienen razón? Estoy empezando a pensar que ha tenido lugar una matanza de inocentes que sobrepasa, literalmente, en crueldad la llevada a cabo por Herodes. Mire, venga conmigo mañana. Los Cervera pueden cuidar a su esposa: dormiré todo el día. Encontraré el vuelo interesante.

Despegaron a las diez de la mañana siguiente. Sentado en la cabina delantera, con el aire de la hélice en plena cara, Forrester estaba convencido de que se estrellarían. Se desplazaron rápidamente por la pista, con el acelerador al máximo. Ya podían verse los bloques de hormigón que acababan de desmoronarse. Forrester miró hacia atrás con la esperanza de que Gould consiguiera detener el avión antes de que ambos se mataran, pero la cara del médico estaba oculta detrás de sus gafas de aviador, como si no se percatara del peligro. En el último instante, cuando la catarata de bloques de hormigón estaba casi debajo de las ruedas, Gould estiró la palanca hacia atrás. El pequeño aeroplano se elevó de repente, como si una mano gigantesca lo hubiera arrancado del suelo. Treinta segundos más tarde, Forrester comenzó a respirar otra vez.

Se estabilizaron y sobrevolaron el centro turístico girando hacia la izquierda. Gould ya estaba señalando con su mano enguantada los espacios de pintura fosforescente en las colinas, sobre Roses. Antes del despegue, mientras Forrester se sentaba incómodo en la cabina, preguntándose por qué había aceptado ese reto, la joven había traído, rodando, un tambor de líquido hasta el avión. Gould bombeó el contenido en el depósito que Forrester podía ver a sus pies. Mientras él esperaba, la joven rodeó la cabina y miró fijamente a Forrester, obviamente a la espera de ver algo en su rostro. Había un toque grotesco, casi cómico, en esa muchacha mongoloide que escudriñaba el mundo con su vista muerta, a través de esas gafas de sol quebradas. Tal vez estaba decepcionada porque él no se interesaba más por ella. Forrester había apartado la cara de aquella mirada ciega pensando en Judith, dormida en la penumbra de la habitación del hotel, y en el pequeño ocupante de su cuerpo.

Doscientos cincuenta metros debajo de sus pies, un gran valle conducía a las estribaciones de los Pirineos. La fila de montañas bajas señalaba la pared norte de la planicie del Empordà, una rica región agrícola en la que aún había pequeñas zonas de cultivo. Pero todo el ganado había desaparecido, sacrificado años antes.

Mientras seguían el curso del valle, Forrester vio que algunos tramos de sendas y veredas que trepaban las montañas habían sido rociados con pintura fosforescente. Los caminos plateados zigzagueaban por las laderas del valle.

Conque eso es lo que Gould había estado haciendo en sus vuelos, pintando zonas de las laderas montañosas como una gigantesca exhibición de arte pop. El médico le indicaba por señas el valle donde, en un promontorio aislado, había un ternero pequeño y greñudo, como un bisonte en miniatura, claramente aturdido. Gould desaceleró el motor, ladeó la avioneta y realizó un vuelo rasante sobre el fondo del valle, a no más de seis metros sobre la bestia. Forrester conjeturaba cómo se las podría haber arreglado para sobrevivir aquella criatura ciega, obviamente mutante, cuando sintió una repentina sacudida bajo sus pies. La boquilla de aspersión ventral había descendido y, un momento después, soltaba en el aire una enorme ráfaga de pintura plateada. La pintura quedó suspendida detrás de ellos, como una nube luminiscente, y luego se asentó formando una nueva pincelada sobre la falda de la montaña. Mientras retraía la cabeza de rociado, Gould describió un círculo cerrado sobre el valle. Aceleró el motor y se zambulló sobre la cabeza del ternero, conduciéndolo montaña abajo. Mientras tropezaba a diestra y siniestra, incapaz de orientarse, la bestia cruzó la senda plateada. De inmediato se rehízo y continuó con un trotecito nervioso por aquella vereda privada.

Durante la hora siguiente volaron valle arriba y Forrester vio que esas líneas de pintura rociada desde el aire eran parte de una compleja serie de veredas que conducían a la seguridad de las montañas. Cuando por fin regresaron, circunvolando una garganta remota sobre un pequeño lago, Forrester no se sorprendió de ver que allí habitaba un rebaño de varios cientos de criaturas. Con la cabeza levantada, parecían seguir a Gould mientras los sobrevolaba. Incansable, Gould pintaba más líneas de señalización dondequiera que fueran necesarias y conducía todo animal errante hacia las sendas iluminadas.

Cuando aterrizaron en Empuriabrava, Forrester esperó a que Gould apagara el motor del avión. La joven salió de la oscuridad del hangar y se detuvo con los brazos cruzados bajo su chal. Forrester advirtió que los lados del fuselaje de la avioneta y la cola eran ahora de un plateado brillante: estaban bañados en el rocío metálico a través del cual no habían dejado de volar en círculos. El casco y la chaqueta de aviador de Gould, su propio rostro y sus hombros, brillaban como espejos, como si el sol acabara de encenderlos. Curiosamente, solo sus ojos, protegidos por las gafas de aviador, estaban libres de la pintura, las oscuras órbitas en las cuales la joven miraba como si esperara encontrar a uno de los suyos.

Gould la saludó y le entregó el casco. Se quitó la chaqueta de aviador y condujo a la joven al hangar. Señaló hacia el otro lado del canal.

—Beberemos algo en tu bar. —Guió la caminata en diagonal, atravesando el aparcamiento, sin hacer caso de las sendas pintadas—. Creo que tenemos suficiente pintura encima como para que Carmen sepa dónde estamos. Le brinda una sensación de seguridad.

—¿Cuánto tiempo llevas cuidando esas vacas? —preguntó Forrester cuando los dos estuvieron sentados detrás de la barra.

—Desde el invierno. Un rebaño escapó, de alguna manera, a los machetes de los granjeros. Volando desde Perpiñán, por el collado de Las Panizas, me percaté de que seguían la avioneta. En cierta forma, podían verme utilizando una parte diferente del espectro electromagnético. Después me di cuenta de que había rociado un poco de una vieja pintura de señalización sobre el avión, un material de elevada fosforescencia.

—Pero ¿por qué salvarlos? No podrían sobrevivir por sus propios medios.

—Te equivocas. En realidad, son sumamente resistentes. Para el próximo invierno podrán superar en velocidad e inteligencia a todo lo que se mueve por aquí. Como Carmen. Es una muchacha brillante. Ha conseguido mantenerse a sí misma durante años sin poder ver nada. Cuando empecé a ponerme toda esta pintura encima, creo que fui la primera persona que vio en su vida.

Pensando una vez más en el bebé de Judith, Forrester sacudió la cabeza.

—A mí me parece mongólica... Esa frente abombada...

—Pues te equivocas otra vez. He averiguado mucho sobre ella. Tiene una enorme colección de relojes con esferas luminosas, cientos de ellos, que ha ido sustrayendo de las tiendas durante años. Los tiene todos funcionando, pero con horarios diferentes; es una especie de ordenador gigante. Solo Dios sabe para qué mundo sobreiluminado la está preparando la naturaleza, pero supongo que no estaremos aquí para verlo.

Forrester contemplaba su vaso de coñac con desagrado. Por primera vez, el Fundador le hacía sentirse enfermo.

—Gould, ¿lo que estás diciendo es que el hijo que Judith lleva ahora en su vientre no es deforme?

Gould asintió con un gesto de ánimo.

—No es deforme en absoluto; no más que Carmen. Es como el llamado declive poblacional, que todos hemos aceptado como una verdad evidente. En realidad, no ha habido tal declive... salvo que hemos estado masacrando a nuestra descendencia. Durante los últimos cincuenta años, la tasa de natalidad no solo no ha disminuido, sino que ha aumentado. —Antes de que Forrester pudiera protestar, continuó—: Intenta mantener la mente abierta por un instante: tenemos esta sexualidad enormemente aumentada, y una fertilidad sin precedentes. Hasta tu esposa ha tenido... ¿cuántos?... siete hijos. Pero ¿por qué? ¿Acaso no resulta obvio que la idea es que llevemos adelante un gigantesco programa de sustitución, aunque, por desgracia, los reemplazados seamos nosotros mismos? Nuestra tarea es, sencillamente, repoblar el mundo con nuestros sucesores. En cuanto a la necesidad de estar a solas, este intenso disfrute de nuestra propia compañía y la ausencia de toda sensación de desesperación, supongo que es la forma que tiene la naturaleza de decir adiós.

—¿Y la pista de aterrizaje? —preguntó Forrester—. ¿Es tu forma de decir adiós?

Un mes después, en cuanto Judith se hubo recuperado del parto de su hijo, ella y Forrester abandonaron Roses para regresar a Ginebra. Tras haberse despedido del señor Cervera y de su esposa, Forrester condujo el automóvil por el camino de la playa. Eran las once de la mañana, pero el avión de Gould aún estaba en la pista. Por alguna razón, el médico se había retrasado.

—Es un trayecto largo. ¿Estarás bien? —le preguntó a Judith.

—Claro; nunca me he sentido mejor. —Ella se arrellanó en el asiento. A Forrester le parecía que su mente había quedado cubierta por una especie de cortina que ocultaba sus recuerdos de los últimos meses. Se veía controlada y relajada una vez más, pero con la expresión amistosa y fija de un maniquí de escaparate.

—¿Le has pagado todo al practicante? —preguntó—. Esperan un poco más por...

Forrester miraba las fachadas de los hoteles de Venus. Recordaba el atardecer del nacimiento, y al *practicante* alejando a su hijo del señor Cervera. El enfermero del distrito había dado por sentado que le asignarían la tarea de matar al niño. Cuando Forrester detuvo al español en el ascensor, se preguntó dónde habría matado al niño; quizás en algún callejón, detrás de los hoteles más baratos de la periferia de la ciudad, o en alguno de los miles de lavabos libres. Pero cuando Forrester cogió al niño cuidando de no mirarle a los ojos, el *practicante* no había puesto ningún reparo; lo único que hizo fue ofrecerle su maletín de instrumentos.

Forrester lo había rechazado. Cuando el *practicante* se hubo retirado, y antes de que el señor Cervera volviera al recibidor, Forrester partió por las calles oscuras, hacia el canal. Se había colocado otra vez la chaqueta plateada que vestía el día en que Gould lo había llevado a las montañas. Cuando atravesó el puente, la mujer surgió de las sombras, casi invisible en su chal oscuro. Forrester avanzó hacia ella, oyendo los débiles vagidos y murmullos de ese vigoroso niño. Puso al bebé en las manos de la mujer y volvió la espalda al canal. Cuando se echó a correr, alejándose, arrojó la chaqueta.

Mientras pasaban frente a la línea de hoteles, hacia la carretera de Figueres, Forrester podía oír el ruido de la avioneta. Gould estaba trepando a la cabina y calentaba el motor antes de despegar.

—Nunca lo he comprendido realmente —observó Judith—. ¿Qué hacía en las montañas?

—No lo sé; alguna obsesión suya.

Durante una breve tormenta, dos noches antes, otro tramo de la pista se había desmoronado. Pero Forrester sabía que Gould continuaría volando hasta el final, conduciendo su rebaño a mayor altitud en las montañas, hasta que ya no lo necesitaran y hubiera llegado el día de despegar por última vez.





## VIDA Y MUERTE DE DIOS

Durante la primavera y el verano de 1980, se inició en todo el mundo un rumor extraordinario. Al principio estuvo restringido a los círculos gubernamentales y científicos de Washington, Londres y Moscú, pero pronto se difundió en África, América del Sur y Extremo Oriente, así como entre gente de toda condición, desde los criadores de ovejas australianos hasta las anfitrionas de las discotecas de Tokio y los agentes de bolsa de París. Casi nunca pasaba un día sin que el rumor ocupara las páginas de por lo menos una docena de periódicos de todo el mundo.

En unos pocos países, especialmente en Canadá y Brasil, la persistencia del rumor causó una peligrosa caída de los precios de los bienes de consumo, y los gobiernos de turno emitieron severos comunicados negándolo todo. En la sede de Naciones Unidas, en Nueva York, el secretario general designó una comisión de científicos destacados, sacerdotes y líderes comerciales con el único propósito de contener el entusiasmo que el rumor estaba comenzando a generar hacia el final de la primavera. Esto, desde luego, convenció a todo el mundo de que pronto les sería revelado algo de universal trascendencia.

Por primera vez, los gobiernos de Occidente recibían la ayuda comprensiva de la Unión Soviética y de países tales como Cuba, Libia y Corea del Norte, que en el pasado habrían aprovechado la más mínima ventaja que el rumor pudiera ofrecerles. Con todo, ni siquiera eso consiguió impedir los graves estallidos de inquietud industrial y la venta de activos provocada por el pánico; millones de libras desaparecieron de la Bolsa de Londres tras el anuncio de que el arzobispo de Canterbury visitaría Tierra Santa. Una plaga de absentismo recorría el mundo a medida que el rumor se diseminaba. En zonas tan lejanas entre sí como las plantas automotrices de Detroit y las fundiciones de acero del Ruhr, poblaciones íntegras de trabajadores perdieron todo interés en sus trabajos y salían por las puertas de las fábricas con paso tranquilo, mirando amistosamente hacia el cielo.

Por fortuna, los efectos del rumor eran, en general, benignos, no violentos. En Oriente Próximo y en Asia, donde el rumor confirmaba creencias vigentes desde hacía siglos, la noticia apenas levantó una oleada de interés, y tan solo en los círculos gubernamentales y científicos más sofisticados hubo un poco de frenesí. Sin duda, el impacto del rumor era mayor en Europa occidental y en América del Norte. Irónicamente, su efecto fue más intenso en países que, como Estados Unidos y Reino Unido, llevaban siglos afirmando basar íntegramente sus sociedades en los ideales por él representados.

Durante ese período, solo un grupo se mantuvo apartado de toda especulación: el de las iglesias y fes religiosas del mundo. Esto no quiere decir que fueran hostiles ni

indiferentes en absoluto, pero su actitud indicaba cierta precaución, si no una clara ambivalencia. Aunque no podían negar el rumor, los sacerdotes y los clérigos de todas partes recomendaban la debida cautela en las mentes de sus congregaciones, evitar sacar conclusiones apresuradas.

Sin embargo, pronto tuvo lugar un acontecimiento notable e inesperado. En una solemne declaración, los representantes de todas las fes religiosas del mundo, reunidos de manera simultánea en Roma, La Meca y Jerusalén, comunicaron que habían decidido finalmente abandonar sus rivalidades y diferencias. Ahora se unirían todos en una iglesia nueva y mayor que se llamaría Asamblea de la Fe Unida, de carácter internacional e interconfesional, que contendría los elementos esenciales de todos los credos en una sola fe unificada.

Las noticias de este extraordinario suceso obligaron, por fin, a los gobiernos a tomar una decisión. El 28 de agosto se realizó una asamblea plenaria de Naciones Unidas. En una algarabía de publicidad que excedió todo lo conocido, aun por esa organización, hubo una asistencia sin precedentes de delegados de cada estado miembro. Mientras los comentaristas de los cientos de canales de televisión llevaban las descripciones de la escena a todo el mundo, un gran grupo de científicos, hombres de Estado y eruditos, precedidos por representantes de la Asamblea de la Fe Unida, ingresó en el edificio de Naciones Unidas y ocupó sus asientos.

Cuando dio comienzo la sesión, el secretario general de Naciones Unidas apeló a una sucesión de científicos distinguidos, encabezados por el director del radioobservatorio Jodrell Bank, en Reino Unido. Después de un preámbulo en el que recordó la búsqueda científica de un principio unificador subyacente en los aparentes incertidumbre y capricho de la naturaleza, describió el notable trabajo de investigación realizado en los años recientes con los telescopios de Jodrell Bank y Arecibo, en Puerto Rico. Al igual que el descubrimiento de la radiactividad había conducido a la comprensión de que en el interior del átomo, aparentemente indivisible, existían partículas de tamaño aún menor, estos dos gigantescos telescopios habían revelado que todas las radiaciones electromagnéticas contenían, en realidad, un sistema de vibraciones infinitamente más pequeñas. Esas «ultramicroondas», como las habían llamado, impregnaban toda la materia y el espacio.

Sin embargo, continuó el orador, al analizar la estructura de esas microondas con un ordenador se había hecho otro descubrimiento de importancia inmensamente mayor. Ese sistema electromagnético casi intangible exhibía, de forma inconfundible, una estructura matemática compleja y cambiante con todos los atributos de la inteligencia. Para dar solo un ejemplo, reaccionaba ante el comportamiento del observador humano y hasta era sensible a sus pensamientos no expresados. Los estudios exhaustivos del fenómeno habían confirmado más allá de toda duda que ese ser sensible, como debía considerársele, impregnaba todo el universo. Para ser más exactos, proporcionaba el sustrato básico del cual se componía el universo. El aire

que respiraban en la sala de la asamblea en ese mismo instante, sus mentes y sus cuerpos, estaban formados por ese ser inteligente de dimensiones infinitas.

Tras el final del discurso, un profundo silencio se extendió por la Asamblea General y desde ahí a todo el mundo. En ciudades y pueblos de toda la Tierra las calles estaban desiertas y los coches abandonados, mientras la gente esperaba sosegadamente frente a sus televisores. El secretario general de Naciones Unidas se levantó y leyó una declaración firmada por trescientos científicos y teólogos. Al cabo de dos años de efectuar las comprobaciones más rigurosas se ha demostrado más allá de toda duda posible la existencia de una deidad suprema. La antigua fe de la humanidad en un principio divino por fin había sido científicamente confirmada: ante ellos se desplegaría una nueva era de la historia humana.

Al día siguiente, los periódicos del mundo exhibían cien variantes del mismo titular:

DIOS EXISTE  
Ser Supremo Impregna el Universo

Durante las semanas siguientes, los sucesos de la vida cotidiana fueron olvidados. En todo el mundo se celebraban servicios de acción de gracias e incontables procesiones religiosas invadían las calles. Amplios encuentros de penitentes paseaban por las ciudades y los altares sagrados del mundo. Moscú, Nueva York, Tokio y Londres parecían ciudades medievales en un apocalíptico día de Todos los Santos. Con sus cabezas levantadas hacia a cielo, millones de personas se arrodillaban en las calles o participaban en lentas procesiones llevando delante cruces y mandalas. Las catedrales de San Pedro, Notre Dame y San Patricio se veían obligadas a mantener servicios continuos: tan grandes eran las muchedumbres que entraban por sus puertas. Las luchas sectarias fueron olvidadas. Los sacerdotes de la Asamblea de la Fe Unida intercambiaban vestimentas, y los unos oficiaban los servicios de los otros. Los budistas eran bautizados, los cristianos hacían girar ruedas de plegarias, y los judíos se arrodillaban ante las estatuas de Krishna y de Zoroastro.

A esto le siguieron más beneficios prácticos. En todas partes, los médicos informaban de una acentuada reducción del número de pacientes. Las neurosis y otras enfermedades mentales desaparecieron de un día para el otro al funcionar el descubrimiento de la existencia de la deidad como terapia instantánea. Las fuerzas policiales se disolvieron en todo el mundo. A los miembros de las fuerzas armadas se les concedió una baja indefinida, pendiente de desmovilización; fronteras cerradas largo tiempo volvieron a abrirse. El Muro de Berlín fue demolido. En todas partes la gente se comportaba como si se hubiera logrado una inmensa victoria contra un enemigo invencible. Aquí y allá, entre rivales especialmente agresivos, tales como

Estados Unidos y Cuba, Egipto e Israel, se firmaron pactos de amistad de largo plazo. Las aeronaves y las flotas navales militares fueron enviadas a las chatarrerías, y se destruyeron las reservas de armamento. (No obstante, se decidió conservar unos pocos rifles deportivos cuando el espíritu de hermandad universal causó su primera víctima: un ingeniero suizo que estaba en Bengala e intentó abrazar un tigre. Se emitieron advertencias con respecto a que la conciencia de la existencia de Dios aún debía extenderse a los miembros inferiores del reino animal, entre los cuales, de momento, la lucha por la vida continuaba tan despiadada como siempre).

Al principio, esos episodios aislados apenas eran advertidos en la euforia general. Miles de espectadores estaban sentados alrededor de los grandes telescopios de Jodrell Bank y Arecibo, por no mencionar diversas antenas de televisión comercial que recordaban vagamente a las antenas de radio, esperando pacientemente un mensaje directo del Todopoderoso. De manera gradual, la gente fue volviendo a trabajar o, para ser más exactos, volvían quienes consideraban que su trabajo era moralmente provechoso. La industria manufacturera pudo continuar funcionando, pero las agencias responsables de vender sus productos al público se encontraron ante un dilema. Los elementos de artimaña y exageración que subyacen a toda la comercialización, ya fuera en el ámbito de las campañas publicitarias nacionales o en el de los comerciales que van de puerta en puerta, ya no resultaban tolerables según las nuevas dispensas, pero no había disponible ninguna otra maquinaria de distribución.

La inevitable reducción del comercio y la industria pareció poco importante durante las primeras semanas. La mayoría de las personas de Europa y Estados Unidos todavía estaban celebrando un nuevo estado del hombre, el comienzo del primer auténtico milenio. El fundamento íntegro de la vida privada se había transformado: la anterior dieta de informes sobre crímenes y cotilleo político, películas del Oeste y culebrones, había dado paso a artículos y programas serios que desarrollaban el trasfondo del descubrimiento de la deidad.

El creciente interés en la precisa naturaleza de la naturaleza divina condujo a un examen más detallado de su supuesta naturaleza moral. A pesar de las generalizaciones de los científicos y el clero, pronto se hizo evidente que las dimensiones del ser supremo eran lo bastante amplias como para abarcar cualquier interpretación que a uno se le ocurriera. Aunque el propósito moral global de la deidad podía suponerse a partir de la armonía, pureza y simetría formal que revelaban los análisis matemáticos —cualidades que se acentuaban más en respuesta a las acciones cohesivas y creativas que ante acciones aleatorias o destructivas—, esas características no parecían mucho más precisas en relación con el hombre y su comportamiento cotidiano que los principios que subyacían a la música. No cabía duda de que existía una inteligencia suprema cuyo ser impregnaba el tejido íntegro del universo, y fluía en una miríada de ondas a través de sus mentes y cuerpos como un éter moral infinito, pero esa deidad parecía mucho menos provista de exigencias y

directivas explícitas de lo que lo había estado en sus encarnaciones anteriores.

Por fortuna, era obvio que ese dios no era celoso ni vengativo. Ningún rayo cayó del cielo. Los primeros temores sobre un día del Juicio Final y paisajes oscuros repletos de patíbulos, se fueron desvaneciendo. Las pesadillas de El Bosco y de Brueghel nunca se materializaron. Y por primera vez la humanidad no necesitó incentivos que le hicieran regular su conducta. Las infidelidades matrimoniales, la promiscuidad y el divorcio casi habían desaparecido. Curiosamente, también hubo un descenso del número de matrimonios, tal vez a causa de cierto sentimiento común de que una especie de reino milenario estaba cerca.

Esa difundida noción asumió muchas formas. Grandes cantidades de obreros industriales de Europa y América del Norte habían perdido el interés en sus trabajos y pasaban el tiempo sentados delante de sus casas con sus vecinos, mirando el cielo y escuchando los informativos de la radio. Al final del verano, los agricultores levantaron sus cosechas, pero parecían estar mucho menos entusiasmados con respecto a los preparativos para la estación siguiente. La corriente de anuncios y las primeras interpretaciones debatidas en las comisiones de teólogos y científicos que aún investigaban el fenómeno de la deidad sugerían que no era prudente planificar con demasiada meticulosidad un futuro indefinido.

A los dos meses de la confirmación del rumor mundial de la existencia de Dios aparecieron las primeras señales de preocupación de los gobiernos por las consecuencias. La industria y la agricultura ya sufrían los efectos, aunque mucho menores que los del comercio, la política y la publicidad. En todas partes los resultados de este nuevo sentido de la moralidad, de las virtudes de la verdad y la caridad, se estaban haciendo evidentes. Una legión de supervisores, cronometradores e inspectores descubrió que ya no eran necesarios. Las agencias de publicidad más veteranas quebraron. Aceptando la exigencia pública de honradez total, y temerosos del cliente supremo en los cielos, la mayoría de los avisos publicitarios de la televisión ahora acababan exhortando a no comprar sus productos.

En lo tocante a la política mundial, toda su *raison d'être* —sus llamamientos a la autoafirmación, la intriga y el nepotismo— había sido destruida. Una docena de parlamentos, desde el Congreso de Estados Unidos hasta la Cámara de Diputados rusa y la Cámara de los Comunes británica se vieron privadas de la propia maquinaria de su existencia.

La Asamblea Unida de la Fe se enfrentaba a problemas semejantes. Aunque la gente todavía asistía a los lugares de culto en mayor cantidad que nunca, lo hacía fuera del horario de los servicios formales, comulgando directamente con el Todopoderoso en lugar de desempeñar el papel de feligresía subordinada en un ritual mediado por los sacerdotes.

Los miembros de la Asamblea Unida de la Fe que habían sido cristianos y recordaban la reforma y la rebelión de Martín Lutero contra el clero que afirmaba tener acceso privilegiado al ser supremo, estaban alterados, desde luego, por estos

acontecimientos. Rehusaban aceptar la descripción matemática de la deidad provista por los científicos del mundo, pero no tenían nada que ofrecer en su lugar, y de momento estaban a la defensiva. Los físicos, por el contrario, no perdieron el tiempo en recordarle al clero que sus símbolos —la cruz, la trinidad y el mandala— estaban basados más en la imaginación que en la realidad científica que ellos habían puesto a disposición del mundo. Por último, los temores ancestrales de todas las iglesias —que la revelación de Dios pudiera provenir del conocimiento en lugar de surgir de la fe— se habían justificado.

El incesante cambio de la forma de vida a ambos lados del Atlántico empezó a molestar a destacados miembros del gobierno y la industria. Las condiciones en Estados Unidos y el norte de Europa comenzaban a parecerse a las de India y Extremo Oriente, donde legiones de mendigos amistosos vagaban por las calles sin pensar en el mañana ni por un instante. El Reino de Dios podía estar a la mano, pero la mano estaba vacía.

Durante octubre sucedió poco en la superficie de los acontecimientos, pero a final de mes se llevó a cabo, en Jerusalén, el segundo encuentro de la Asamblea Unida de la Fe. Ahí, el prominente arzobispo desafió en público la concepción científica de que la deidad era una amplia inteligencia neutral. No cabía duda, afirmó el arzobispo, de que eso equivalía a tener una concepción ingenua y excesivamente simplificada, basada en lo que se reconocía que eran medios de detección toscos. ¿La deidad era totalmente pasiva o, como el mar, se revelaba de muchas formas y humores? Tras observar que él no se avergonzaba de referirse a la herejía maniquea, el arzobispo hizo hincapié en la dualidad entre el bien y el mal que siempre había existido en el pasado, tanto en el hombre como en la naturaleza, y que continuaría existiendo en el futuro. Esto no significaba que el mal fuera una parte fundamental de la naturaleza humana, ni que el hombre fuese incapaz de redimirse, pero no debería permitirse que esa contemplación pasiva de un Dios invisible les impidiera ver los inevitables antagonismos que había en su interior o, por cierto, sus fallos. Los grandes logros de la humanidad, como el comercio, el arte y la industria, estaban basados en ese firme conocimiento de la naturaleza dual de la humanidad y de sus motivos. La actual decadencia de la vida civilizada era un síntoma de la negación a verse tal como eran, una advertencia de los peligros de identificarse demasiado estrechamente con el Todopoderoso. La capacidad para pecar era un prerequisite de la redención.

Poco después, como si el arzobispo los hubiera invocado, tuvo lugar una sucesión de espectaculares crímenes en todo el mundo. En el Medio Oeste de Estados Unidos hubo varios atracos de bancos que rivalizaban con los de la década de 1930. En Londres hubo un asalto a mano armada a las joyas de la Corona que se custodiaban en la Torre. Les siguió una multitud de hurtos menores. No todos estos delitos se cometían por el beneficio económico. En París, la *Mona Lisa* sufrió la agresión de un maniático que corría frenético por el Louvre, y en Colonia el altar de la catedral fue

profanado por unos vándalos que aparentemente protestaban por la existencia misma de la deidad.

La actitud de la Asamblea Unida de la Fe ante esos crímenes fue inesperada. Los recibió con paciente tolerancia, como si constatar esos familiares ejemplos de la fragilidad humana le proporcionara cierto alivio. Tras el arresto de un notable envenenador de Alsacia que había matado a su esposa, un cura local anunció que la culpa de ese hombre era, en realidad, un testimonio de su inocencia, un signo de su capacidad de redención final.

Esta tortuosa paradoja recibió mucha publicidad. Algunos políticos menos escrupulosos comenzaron a fomentar ideas parecidas. Un candidato al Congreso de una zona muy degradada de California donde se habían fabricado aviones militares, propuso la idea de que una deidad ubicua era una afrenta al libre albedrío, así como a la diversidad de la acción humana. La idea de un mundo cerrado reducía las facultades humanas de iniciativa y de confianza en sí mismos, cualidades sobre las cuales habían construido su grandeza las democracias de la libre empresa.

Esta afirmación pronto fue seguida por el discurso de un distinguido matemático que asistía a un congreso en Zúrich. El hombre se refirió a la pluralidad del universo, a su infinita fenomenología. Para abarcar todas las posibilidades, la deidad debería contener la posibilidad de su no ser. En otras palabras, esa divinidad pertenecía a esa clase de estructuras abiertas cuya forma, extensión e identidad era imposible definir. Desde todo punto de vista útil, el término «deidad» carecía de sentido.

Se les pidió a los científicos de Jodrell Bank y Arecibo, quienes originalmente habían identificado al Todopoderoso, que reconsideraran sus descubrimientos iniciales. Las audiencias —que tuvieron lugar en Washington y fueron televisadas— en las cuales los astrofísicos, de ojos cansados, sufrieron el acoso y los careos de abogados y teólogos, recordaban los últimos tiempos de la Inquisición. Se enviaron tropas a Jodrell Bank y a Arecibo con el fin de proteger los telescopios de una muchedumbre de conversos que tenían demasiada prisa.

El público siguió con gran atención los feroces debates posteriores. Para entonces —comienzos de diciembre— la temporada navideña ya estaba poniéndose en marcha, pero sin el entusiasmo habitual. Por un lado, pocos almacenes y tiendas tenían algo para vender. Además, había poco dinero para gastar. Algunos bienes de consumo básicos habían sido racionados. En muchos sentidos, la vida estaba haciéndose intolerable. Los hoteles y los restaurantes no ofrecían servicios. Los coches no dejaban de estropearse.

En todas partes, mientras continuaba el debate, la gente se volcó a la Asamblea Unida de la Fe. Misteriosamente, sin embargo, casi todas las iglesias estaban cerradas, las mezquitas y las sinagogas, los altares y los templos permanecían cerrados para las multitudes inquietas. Ahora los miembros de las congregaciones se seleccionaban con criterios tan estrictos como los de los clubes más exclusivos, y los candidatos solo eran admitidos si convenían en aceptar la guía de la iglesia en todas

las cuestiones espirituales, su autoridad absoluta en todos los asuntos religiosos. Surgió el rumor de que pronto se haría un anuncio de importancia mundial, pero esta vez la noticia sería solo para los fieles.

La creciente atmósfera de inquietud e incertidumbre se distrajo unos pocos días por las noticias de varias catástrofes naturales. Un deslizamiento de tierra en el norte de Perú inmoló a mil aldeanos. En Yugoslavia, un terremoto destruyó una capital provincial. Los icebergs hundieron un superpetrolero en el Atlántico. La pregunta formulada de forma tentativa por un periódico de Nueva York,

¿EXISTE DIOS?

La Asamblea de la Fe pone en entredicho a la divinidad,

fue relegada a una de las últimas páginas.

Tres semanas antes de Navidad, estalló de nuevo la guerra entre Israel y Egipto. Los chinos invadieron Nepal y reclamaron el territorio recientemente cedido so pretexto de lo que se etiquetó como una maquinación «neocolonialista». Una semana más tarde, una revolución en Italia, apoyada por la iglesia y los militares, derrocó el régimen liberal anterior. La producción industrial empezó a resucitar en Estados Unidos y Europa. Se detectaron submarinos lanzamisiles de maniobras en el Atlántico Norte. En Nochebuena, los sismógrafos del mundo registraron una explosión gigantesca en la región del desierto de Gobi, y Radio Pekín anunció el ensayo exitoso de una bomba de hidrógeno de cien megatonnes. Por fin habían aparecido los adornos navideños en las calles y las familiares figuras de Santa Claus y su reno pendían sobre miles de galerías comerciales. Se realizaron festivales de villancicos ante congregaciones abiertas en cien catedrales.

En toda esa festividad, poca gente prestó atención a la publicación de lo que el vocero de la Asamblea Unida de la Fe describió como una de las afirmaciones religiosas de mayor trascendencia y más revolucionaria de la historia: la encíclica navideña titulada *Dios ha muerto...*

1976



## NOTAS HACIA UN COLAPSO MENTAL

Un <sup>1</sup> antiguo <sup>2</sup> paciente<sup>4</sup> [de] Broadmoor <sup>3</sup> recopila <sup>5</sup> *Notas* <sup>6</sup> para <sup>7</sup> un <sup>8</sup> colapso <sup>9</sup> *mental* <sup>10</sup>, rememorando <sup>11</sup> [el] asesinato <sup>14</sup> [de] su <sup>12</sup> esposa<sup>13</sup> su <sup>15</sup> juicio <sup>16</sup> y <sup>17</sup> absolución<sup>18</sup>[16].

1. El uso del artículo *indefinido* condensa todas las ambigüedades que rodean ese documento aún sin descubrir «Notas para un colapso mental», del cual esta sinopsis de dieciocho palabras es el único fragmento superviviente. Engañosamente ingenua y franca, la sinopsis es obviamente una pista importante para nuestra comprensión de los hechos que condujeron a la trágica muerte de Judith Loughlin en el dormitorio de su hotel del aeropuerto, en Gatwick. No cabe duda de que el papel del autor, aún no identificado, fue central. El modesto «Un» no debe considerarse solo un intento claro de evasión, sino también un primer indicio del deseo inconsciente del autor de proclamar su culpa.

2. No hay ninguna prueba de que el paciente haya sido dado de alta. Un examen reciente del registro de pacientes internos del Hospital de Springfield (cf. nota 3) indica que el doctor Robert Loughlin estuvo en la Unidad de Psicopatología Criminal desde que el Tribunal de la Corona de Kingston emitiera su auto de reclusión, el 18 de mayo de 1975. Solo hubo un visitante, un antiguo colega suyo de la Clínica de Londres, el neurólogo doctor James Douglas, secretario honorario del aeroclub del Real Colegio de Médicos. Es posible que a raíz de su obsesivo interés por el vuelo de propulsión humana, el doctor Douglas haya producido en el doctor Loughlin la ilusión de que este había huido del hospital volando a espaldas del primero. Por otra parte, «antiguo» puede ser una evocación del revólver con el cual se efectuó el disparo que hirió al guardia de seguridad de Gatwick.

3. No confirmado. El doctor Loughlin no fue, en ningún momento de sus diez años de carrera, ni paciente ni miembro del personal del hospital Broadmoor. En consecuencia, la referencia a Broadmoor debe considerarse una admisión indirecta de los motivos delictivos del autor o un confuso ruego de atenuación de su responsabilidad, sobre la base de una locura temporal. No obstante, nada sugiere que el doctor Loughlin se considerara demente ni culpable en momento alguno de la muerte de su esposa. A partir de los documentos que han quedado —cintas de casete grabadas en la *suite* B17 del motel del Park Hotel (parte de esa planta fue ocupada por el millonario pionero de la aviación Howard Hughes y su comitiva durante una visita a Londres) y películas rodadas en las pistas de una base abandonada de la fuerza aérea de Estados Unidos, cerca de Mildenhall— resulta obvio que el doctor

Loughlin creía participar en un ritual de significado profundamente espiritual que habría liberado a su esposa para siempre de la tragedia de un cáncer inoperable. Es cierto, puede que la inspiración de ese extraño psicodrama procediera de la antigua técnica de laboratorio e instructora de artes dramáticas aficionada Leonora Carrington, a quien Loughlin conoció en el aeroclub de Elstree, y con quien tuvo una breve pero significativa aventura amorosa.

4. Una característica notable del confinamiento del doctor Loughlin en Springfield es cuán escasamente se corresponde con el estereotipo del «paciente». La mayoría de los demás internos de la Unidad de Psicopatología Criminal está bajo alguna forma de restricción, pero el comportamiento de Loughlin se acerca más al de un miembro del personal. Tiene acceso informal a todas las instalaciones de la unidad, además de lo cual, a raíz de su instrucción médica y su fortaleza física, a menudo actúa como enfermero auxiliar, aun cuando se trate de diagnosticar una dolencia menor y de supervisar la administración de fármacos. Es típica de Loughlin una intensa actividad general. Siempre está yendo y viniendo con sus recados, muchos de los cuales no tienen significación aparente, como si se estuviera preparando para algún importante acontecimiento futuro (o, posiblemente, pasado). Gran parte de ese pensamiento y esa energía la ocupa en la construcción de máquina voladoras imaginarias, para las cuales utiliza su cama, su escritorio y su cubertería personal. Recientemente, cuando sus intentos de hacer más aerodinámicos todos los muebles de la sala de día alteraron a los demás pacientes, el doctor Grumman animó a Loughlin a escribir sobre sus experiencias de piloto de fin de semana. Por primera vez, Loughlin estuvo dispuesto a reflexionar sobre cualquier aspecto de su pasado, y de inmediato se le ocurrió el título: «Notas para un colapso mental».

5. No se ha revelado cuál fue el método que utilizó el doctor Loughlin en la preparación de este documento ni tampoco, por cierto, si existe una sola palabra más, aparte del título. Dadas las poderosas fuerzas represivas implicadas, parece probable que el autor haya utilizado cualquier método, con excepción de la narración directa. Puede hallarse una pista en la experiencia previa de Loughlin como editor de las *Actas del Instituto de Neurocirugía* y en el hábito de prestar prolija atención al detalle editorial que llevó consigo a Springfield. Una manifestación de esa obsesión es su costumbre de incluir cuantiosas notas al pie en los libros de la biblioteca del hospital. Varias páginas de la edición de 1972 de *The British Pharmacopoeia Codex*, especialmente aquellas dedicadas a las sustancias anticarcinogénicas, están tan anotadas que cada una de sus palabras lleva una nota al pie con referencias imaginarias relacionadas con la aviación.

6. Todavía no se han esclarecido los motivos por los que Loughlin escogió este término —que sugiere un boceto preparatorio— para describir los sucesos más importantes y traumáticos de su vida. Sin embargo, ahora sabemos que este no fue el

único documento que escribió. Dos años antes, durante la primera de sus crisis matrimoniales, Loughlin llevó un diario especulativo que describía con minucioso detalle los acontecimientos de su vida personal y profesional. Al parecer, entonces ya era consciente de la naturaleza errática de su conducta y de sus recurrentes fugas, cada una de las cuales se prolongaba varios días, y de las que salía en un estado disociativo cada vez mayor. En cierto punto, después de la primera crisis nerviosa de su esposa, Loughlin contrató en secreto a un detective privado para que lo siguiera mientras él simulaba ser el amante de su propia mujer. El señor R. W. Butterworth, de la agencia de detectives Advance, declaró en el Tribunal de la Corte de Kingston que él siguió a Loughlin y a Leonora Carrington mientras recorrían en coche el este de Suffolk sin rumbo fijo, y visitaban los aeródromos, uno tras otro. En su diario de febrero de 1975 (pocas semanas antes de la muerte de su esposa), Loughlin describe su intento de alquilar la pista de aterrizaje principal número 2 del aeropuerto de Londres:

—Hombre, no lo comprende usted: solo la necesito media hora. Va a salir un cargamento especial. —El administrador del aeropuerto estaba absolutamente perplejo.

—¿Qué, por el amor de Dios?

Pero yo no pude decírselo. En aquel momento no lo sabía.

7. Implícita en el uso que hace Loughlin de la preposición está la sensación de que él avanza de forma deliberada al encuentro de su colapso, y lo elabora a partir de su propia volición. Esto lo confirma su comportamiento de los meses anteriores a la muerte de su esposa. Loughlin parece haber decidido un rumbo de acción radicalmente nuevo para salvar a su esposa, literalmente, dentro de la metáfora extrema de su propia insania. El subsiguiente asesinato de su esposa, su propio desmoronamiento y la totalidad del período que pasó encarcelado en Springfield deben considerarse, por tanto, una metáfora terminal, un laberinto que se construye a sí mismo desde dentro y que él comenzó, finalmente, a desenmarañar al escribir *Notas para un colapso mental*.

8. Una vez más (cf. nota 1), el uso del artículo indefinido subraya la distancia de Loughlin respecto de su propia crisis, que entonces (enero de 1975) consideraba un complejo de sucesos y posibilidades existente fuera de él. Tras abandonar a su esposa —que estaba postrada en su lecho del piso en Hendon, a cargo del doctor Douglas, viejo amigo y antiguo amante—, Loughlin se embarcó en una serie de largas excursiones por Londres y los condados de sus alrededores. Generalmente acompañado por Leonora Carrington, visitó el observatorio radioastronómico Mullard, cerca de Cambridge, y el gigantesco complejo de radares de alerta temprana

situado en la costa de Suffolk. Por alguna causa, las piscinas de natación vacías y los aparcamientos de varias plantas ejercían sobre él una especial fascinación. Loughlin parece haber considerado todos estos elementos como componentes de «un» colapso mental, a los cuales él podría decidir recurrir más adelante.

9. Es difícil determinar en qué grado había mentalizado Loughlin los sucesos de ese período (de enero a mayo de 1975). En cierta medida puede decirse que todos los factores que rodearon la muerte de Judith Loughlin —incluida la identidad de su esposo— eran ficciones de una imaginación estresada, tan carentes de sentido y tan significativas como las complejas notas al pie del *BP Codex*. ¿Judith Loughlin tenía cáncer de páncreas? ¿Cuál era el papel del lexicógrafo y campeón de danza sobre hielo Richard Northrop, a quien Loughlin había tratado en la Clínica de Londres por unas jaquecas? En el trasfondo de esa relación flotan los inconfundibles elementos de una especie de vínculo homoerótico. Puede que la clara cercanía física de los dos hombres enmascarara el hecho de que eran el mismo hombre. Esas vacaciones que pasaron juntos, las tres inquietantes semanas en el hotel de Gatwick, y el disparo al guardia de seguridad evocan, de forma inevitable, a Rimbaud y Verlaine, pero bien podría haber sido que Loughlin pasara ese período solo, esperando a que su esposa se presentara con su amante, e imaginara la identidad del lexicógrafo como un «detonador» psíquico. Se sabe que pasó gran parte de su tiempo libre dando tumbos en la pista de hielo del aeropuerto.

10. Al parecer, en los últimos días desempeñó un papel vital la serie de pinturas de Max Ernst titulada *Trampas para aviones de jardín*: imágenes de muros bajos que recuerdan las paredes de ladrillo de un laberinto inacabado, sobre las cuales se han estrellado largas alas, de cuyas junturas brotan unas plantas viscerales. En la última entrada de su diario, el día previo al de la muerte de su esposa, el 27 de marzo de 1975, Loughlin escribió con engañosa calma:

Ernst lo ha dicho todo en su comentario sobre estas pinturas, modelo de todo lo que yo he intentado hacer...

«Jardines voraces, a su vez devorados por una vegetación que brota de escombros de aviones atrapados [...] Todo es asombroso, penoso y posible [...] con mis ojos veo a la ninfa Eco...».

Poco antes de escribir estas líneas, había regresado a su piso de Hendon para descubrir que su esposa se había marchado en compañía del doctor Douglas al aeropuerto de Gatwick, con la intención de coger el vuelo de las 15:45 h. del día siguiente con destino a Ginebra. Tras llamar a Richard Northrop, Loughlin condujo directamente hasta el aeroclub de Elstree.

11. La medida en que Loughlin retiene todo «recuerdo» real de los acontecimientos que condujeron a la muerte de su esposa es asunto dudoso. En ocasiones, su memoria es lúcida y continua, pero pronto se hace obvio que ha remitologizado todo el episodio de Gatwick, tal como muestra la siguiente conversación grabada entre él y el doctor Grumman:

RUMMAN: Dices que después condujiste hasta Elstree. ¿Por qué?

OUGHLIN: Había alquilado un avión, un Piper Twin Comanche.

RUMMAN: Ya. De todos modos, después sobrevolaste Londres y continuaste hacia Gatwick, donde paralizaste el aeropuerto durante una hora con tus vuelos rasantes sobre todos los aviones de reacción de la BEA que había aparcados en las pistas.

OUGHLIN: Sabía que si podía encontrar el avión de Judith podría fusionar de algún modo mi aeronave con la de ella, en una especie de transfiguración [...]

RUMMAN: ¿... estrellarlo? Pero ¿por qué?

OUGHLIN: Estaba convencido de que podía llevarla volando hasta un lugar seguro. Era la única manera en que ella sobreviviría a su cáncer.

RUMMAN: ¿Qué sucedió realmente?

OUGHLIN: Aterricé, derrapé y me incrusté en la rueda delantera de un VC10. Richard Northop me sacó de ahí. Tuvimos un desacuerdo —él estaba molesto por mi dependencia con respecto a él y por mi relación con Judith—; entonces, el guardia de seguridad cayó herido por accidente.

12. Aunque no hay duda de que Judith Loughlin estuvo casada con Loughlin tres años, la relación entre ambos nunca fue íntima y en ningún caso se la puede considerar «su» mujer. Antes de casarse, ella había tenido una larga relación con el doctor Douglas, a quien continuó viendo aun después de su compromiso y de su boda en 1974. Abogada de éxito, tenaz y ambiciosa, cada vez sentía menos compasión por el comportamiento mental errático y el alcoholismo de Loughlin. Es casi seguro que, de no haber sido por su muerte, ella se habría divorciado de Loughlin al año siguiente. Miradas con cierta benevolencia, puede decirse que sus acciones de esa tarde fatal, en el baño de su hotel en Gatwick, fueron provocadas por años de infelicidad matrimonial.

13. Una reconstrucción cuidadosa de los sucesos que rodearon el asesinato de Judith Loughlin el 28 de marzo de 1975 indica que ella había llegado a Gatwick con el doctor Douglas el día anterior. Pasaron la noche en la habitación 117 del hotel Skyport, con la intención de coger el vuelo de las 15:15 h, la tarde siguiente, con destino a Ginebra. Mientras almorzaban en el restaurante del hotel, Loughlin se presentó en el aeropuerto en un estado de ansiedad extrema, producto del alcohol. Loughlin inició una infructuosa búsqueda del Trident —que en ese momento era alistado para el vuelo de las 15:15 h— entre los aviones aparcados, posiblemente con la intención de secuestrar la aeronave y hasta hacerla estallar con él a bordo. Durante

esa búsqueda el guardia de seguridad resultó herido de un disparo. Después, Loughlin se dirigió al hotel Skyport y, mediante alguna estratagema, localizó la habitación de su mujer, a la que entró. Aturdido por la fuerte sobredosis de alcohol y anfetaminas, decidió reanimarse con un baño de agua fría. Cuando, después del almuerzo, Judith Loughlin volvió sola a su habitación, él estaba tendido, inconsciente, en la bañera, completamente vestido.

14. Todas las pruebas recogidas indican que la decisión de Judith Loughlin de asesinar a su esposo fue una reacción súbita al verlo tendido inconsciente en su baño. Azorada por el destrozo que Loughlin había causado en la habitación —en su rabia, había hecho jirones la ropa y las maletas del doctor Douglas— ella decidió, en apariencia, poner fin a los sufrimientos de ese infeliz. Por desgracia, no tuvo en cuenta ni la poderosa complexión de Loughlin —en el instante en que ella le hundió la cabeza en el agua él dio un salto y la agarró— ni la total transformación que había tenido lugar en la mente de su esposo. Él ya parecía haber decidido que su esposa solo lo abandonaría muriendo de cáncer de páncreas, y que él podría salvarla construyendo una singular máquina voladora.

15. Desde el instante mismo en que Loughlin fue rescatado del incendio de la habitación 117, se han suscitado preguntas acerca de la persona precisa a la que se refiere este pronombre. A partir de los delirios del hombre herido, en un primer momento se supuso que se trataba de un piloto de aerolínea. Estaba sentado en una cama en llamas, colocado en tándem detrás del cuerpo carbonizado de una mujer, también sentada, como si le estuviera dando clases de pilotaje. Su esposa había sido embutida por la fuerza en un traje de vuelo y llevaba casco y gafas de aviador. Se la identificó por la doble hélice de su dispositivo intrauterino. Gracias a sus ropas empapadas, Loughlin solo se había quemado las manos y los pies. Los muebles de la habitación habían sido dispuestos de manera tal que formaban la tosca representación de una aeronave, tal vez inspirada en los complejos motivos aeronáuticos de la decoración del dormitorio.

16. No es de extrañar que en el juicio se expusieran todas las contradicciones propias de este desconcertante caso. Continuaron suscitándose preguntas acerca de la identidad de «Loughlin». No hubo pruebas de que se tratara de un piloto cualificado, aunque se encontró una licencia de piloto privado a su nombre en una taquilla del aeroclub de Elstree, colocada ahí, quizá, como parte de una falsa identidad minuciosamente montada por él mismo. Lo cierto es que el hombre estaba obsesionado con la aviación, tal como lo indica su uso de nombres de fabricantes de aviones para referirse a sus colegas médicos. Tampoco hubo confirmación alguna de que fuera médico, sobre todo si se tiene en cuenta su abundante utilización de jerga pseudomédica (v. gr., «serotonina<sup>19</sup> y<sup>20</sup> supresor<sup>21</sup> de reacción proteica<sup>22</sup> m. v. d.<sup>23</sup>», etc.).

17. Esta reflexión, más las dieciséis palabras previas, con su descripción aparentemente franca de los sucesos que han conducido a este juicio, indican casi con certeza la intención real del autor de recopilar su ambigua historia.

18. La evidente convicción del autor respecto de su inocencia, al igual que su anterior creencia de que había sido dado de alta del hospital, pueden considerarse una expresión de esperanza para el futuro. Mientras tanto, él continúa su ajetreada serie de actividades en la Unidad de Psicopatología Criminal, construyendo su extravagante «aeronave» y editando incansablemente las notas al pie con las cuales ha anotado muchos de los manuales médicos de la biblioteca. Al final, cada uno de los libros contendrá una glosa singular. Puesto que todos esos libros están obsoletos, como sucede con el *BP Codex* de 1972, no hay ningún daño en ello. Se ha demostrado que la mayoría de sus complejas anotaciones son absolutas ficciones, una interminable red de investigación imaginaria, personalidades médicas y las intrincadas, y en ocasiones trágicas, interrelaciones de sus vidas privadas. De cuando en cuando, sin embargo, describen con inusual claridad una secuencia de acontecimientos que casi podría haber tenido lugar. El paciente parece atrapado entre lo que sus psiquiatras llaman «rostros paradójicos», cada imagen de sí en el espejo refuerza la que hay en el cristal detrás de él. La separación de las dos solo se consigue mediante la aparición del todavía incompleto documento «Notas para un colapso mental», del cual poseemos únicamente una sinopsis de dieciocho palabras y su conjunto de notas al pie. Parece posible que aunque la sinopsis oculte un laberinto de mentiras y tergiversaciones, sea una sencilla e incontrovertible descripción de la verdad.

1976

## EL ZUM DE SESENTA MINUTOS

14:15

### LLORET DE MAR, APARTAMENTOS CALIFORNIA

Estoy mirando dentro de un mundo silencioso. A través del visor de esta cámara de cine, con su mayor profundidad de campo, puedo ver el hotel Coral Playa a trescientos metros por la costa, cubierto de una luz desértica tan vidriosa que embalsamaría a Pharoah<sup>[17]</sup>. Es increíble que el mar esté a solo pocos metros a la derecha del cuadro; con esa luz densa y pulverulenta, podríamos estar en Karnak, en ese hotel para turistas junto a la necrópolis donde Helen se hizo amiga de su dentista de Stuttgart y dio comienzo a esta épica de la cámara amateur. La película casera suprema, tal vez, pero hasta ahora todo había ido bien, gracias a la Nikon Zumatic de dos mil quinientos dólares y a un servicial fotógrafo especializado de Barcelona. El alquiler de este apartamento fue el único asunto complicado: al traer la segunda llave hasta mi puerta, ¿había alcanzado el suspicaz administrador suizo a atisbar los complejos trípodes y abrazaderas que yo estaba montando en la ventana de mi dormitorio? Como la barbata de un arma siniestra para un asesinato, lo cual en cierto sentido era. Pero este edificio de apartamentos de segunda categoría proporciona la única atalaya adecuada. La fachada de quince plantas del Coral Playa debe llenar con precisión la secuencia de apertura: una hora, el zum automático me llevará por sobre la *carretera*<sup>[18]</sup>, pasando sobre cientos de coches aparcados y lanchas motoras fondeadas, hasta menos de un metro de mi objetivo, dentro del dormitorio de nuestra *suite* de hotel, en la décima planta. Un milagro de la fabricación de lentes japonesa. Pensar en la emocionante imagen, digna de Bergman o Polanski, que constituirá el clímax de esta película, casi me hace perder la cabeza. Escucho el débil susurro del motor del zum, el ruido de unas bien educadas matronas de Osaka en un curso de ikebana. A pesar de todos los degradantes —aunque emocionantes— meses de ira y sospecha, noto el primer atisbo de una erección.

14:19

Ya estoy más cerca del Coral Playa, tal vez a lo equivalente a una distancia de doscientos metros. Por primera vez puedo distinguir nuestra *suite*, los esquíes acuáticos negros de Helen colocados como runas en el balcón. De cuando en cuando veo pasar algo en la luz de la tarde, el tapón de una botella o un paquete de cigarrillos



arrojados desde uno de los invisibles bloques de apartamentos a mi izquierda. Tendido aquí, en la elevada cama, en el dormitorio a oscuras, resulta difícil creer que el Coral Playa exista en absoluto, salvo como una ficción en este visor. Pero la fachada rectilínea del hotel está más nítida. Cada una de las quince plantas va adquiriendo una identidad propia. Hay diferencias de tono, sutiles inclinaciones en la geometría del balcón que sugieren las personalidades de las personas que hay más allá. Los ángulos diferentes de las persianas, los parasoles para la playa y los bikinis que cuelgan en filas improvisadas constituyen una elaborada notación personal, un complejo de signos que pondría en trance a un semiólogo. El hotel casi no tiene cielo alrededor, y falta la mitad de su horripilante cartel luminoso. La imagen de la fachada del hotel, sus ciento cincuenta balcones, constituye una entidad cada vez más abstracta. De momento no hay signos de movimiento: Helen aún está en la cama donde la dejé, con la cabeza envuelta en una toalla, leyendo su ejemplar de *Vogue* estadounidense húmedo por la ducha, mientras se supone que yo viajo a Barcelona. Los huéspedes todavía están acabándose sus gazpachos y paellas en el restaurante del hotel. En la entrada principal de la planta baja puedo identificar a varios de mis vecinos sentados en los sillones, hablando con los empleados de la recepción. Parecen marionetas aburridas, incapaces de mantener sus papeles en este drama en el que yo los he colocado. Mi interés principal son los dos balcones de nuestra *suite* y el grupo de habitaciones adyacentes. Los interiores oscuros ya empiezan a iluminarse. Puedo distinguir las puertas que conducen a los lavabos y los pasillos...

Un momento... Mientras mi atención está fija en mi dormitorio, esperando impaciente a que Helen haga su aparición como protagonista de esta película, casi paso por alto a un hombre vestido con una bata de baño roja, de pie en un balcón cinco plantas más arriba. Es un periodista estadounidense apellidado Anderson, y está mirando hacia abajo, a la calle del hotel, donde un Mustang negro ha aparcado en uno de los espacios de aparcamiento oblicuo. El capó sobrecalentado está a punto de derretirse como si fuera de brea y por un instante estoy demasiado distraído para advertir al hombre joven que coge sus zapatillas y el *snorkel* del asiento trasero. ¡Rademaekers! Presa del pánico, me doy cuenta de que el joven cardiocirujano danés ha regresado media hora antes de lo previsto. ¡Puede que cuando el zum llegue al primer plano todo haya acabado!

14:24

Me he calmado, he arreglado la cortina estropeada y realineado el trípode. En los últimos minutos, la escena ante mí se ha transformado completamente. Rademaekers se ha ido directamente a la habitación del estadounidense, donde va de un lado a otro gesticulando con las zapatillas. Con su bebida en la mano, no parece probable que visite a Helen durante la próxima hora. La Nikon ronronea con suavidad, y me lleva aún más cerca del Coral Playa. A poco más de cien metros aparentes de mí, el hotel

se ha convertido en un hormiguero de actividad al regresar los huéspedes del restaurante y prepararse para la siesta. Reconozco ya a docenas de mis vecinos en sus dormitorios. Los hombres se quitan los zapatos, y las mujeres inspeccionan las toallas de playa en los balcones. Estas actividades trilladas pero casi carentes de sentido poseen una extraordinaria fascinación; las he observado durante años en cientos de hoteles. Pero ahora me alegro de que Helen no haya entrado en escena. Con su obcecada racionalidad, su enfoque ultracalculado de la vida en general y de las necesidades de su sexualidad en particular, nunca ha comprendido el significado real de mi obsesión por el comportamiento privado de mis vecinos. No puede captar que ese tráfico menor, sin rumbo, alrededor de sus cuerpos —las aplicaciones de bronceador, los toquecitos de perfume en esta o aquella cavidad corporal— representa una constante autenticación de sus identidades físicas, un cotilleo no vocal acerca de sus axilas y sus genitales que, según nuestro conocimiento, no expresa ningún lenguaje cinestésico, aparte de los provistos por las instrucciones en un desodorante o en una depiladora. Cincuenta unidades de actividad íntima se acercan lentamente a mí. En la segunda planta, la joven esposa de un abogado marsellés se desviste y revela un cuerpo marrón y sin pechos, como el de un catamita; se sienta en la cama con la sábana formando una pirámide blanca sobre sus rodillas, una geometría de notable castidad de la cual solo aparto los ojos cuando advierto que, por fin, mi esposa ha asomado al balcón central de la película.

*14:28*

Es una pena que no haya banda sonora. Más que el Polanski o el Fellini de las películas caseras, habré de convertirme en un David Wark Griffith. Con sus obsesiones arquitectónicas, él habría apreciado los méritos singulares de esta cinta. Ahora estoy mirando la fachada del Coral Playa desde una distancia de cincuenta metros. Puede verse media docena de plantas, un grupo de balcones en cuyo centro está mi esposa. Caprichosa y erótica, esposa desleal pero excelente compañera de viaje, ella, increíblemente, mira directamente hacia mi cámara. La luz pulverulenta se ha despejado y cada detalle del hotel se muestra con la vivacidad de una alucinación: las manchas de óxido derramándose desde los pasamanos de los balcones, los bañadores secándose y los libros en rústica desechados sobre las mesas de los balcones, las marcas poco conocidas de toallas compradas en algún Monoprix de provincias. Ajena a esta plétora de detalles que pululan a su alrededor, Helen se cepilla el cabello con un gesto reflejo, exhibiendo los fuertes músculos de su cuello y consiguiendo con su perfil una gran actuación para beneficio de la platea que la observa desde sus balcones situados arriba y abajo. Pese a toda esta atención, ella va vestida de forma discreta, con mi bata de rizo blanca, sin duda una señal para alguien, en mi ausencia. Apartando los ojos de ella advierto que en los balcones cercanos está la totalidad de sus admiradores, esa compañía de compañeros de playa de los cuales

uno actuará el papel secundario en esta película. Penélope con sus pretendientes, y yo con mi arco Nikon. Hasta el fiel Argos está en la habitación, a sus espaldas: el ablandado pero aún hinchado león marino de goma que Helen me compró dos años antes, con cruel ironía, en el Lido de Venecia y que yo, rehusando ser superado, he cuidado devotamente desde entonces, para su gran exasperación...

14:32

Helen se ha aflojado mi bata de playa y exhibe todo el hemisferio superior de su seno derecho. Hay un movimiento de cabezas y ojos. Mientras hago cuentas de mis adversarios, noto una familiar oleada de excitación. Rademaekers, el pedante cirujano danés que ayer la llevó a bucear, ha vuelto a su habitación, tres plantas en diagonal encima de la nuestra. Incluso mientras busca una camisa limpia en su armario, sujeta todavía una de las zapatillas, como una criatura marina que se aferrara obsesivamente a un órgano obsoleto. Lo descarto y paso a su vecino, un anticuario de Brighton de treinta años cuya lancha de motor, durante nuestra primera semana, fondeaba en las aguas poco profundas, a diez metros de la playa donde Helen y yo estábamos bajo nuestros parasoles. Cautivador pero carente de escrúpulos, él también tiene rivales, sobre todo Fradier, el editor de tiras cómicas de París de dos plantas más arriba, apoyado en la barandilla de su balcón junto a su atractiva esposa mientras admira abiertamente a Helen. Pero Fradier está saliendo del cuadro y, según la lógica de esta película, se lo puede descartar del elenco de actores. Cuando la cámara hace un acercamiento, me aproximo al escenario principal de este drama vertical: una fila de quince balcones, distribuidos en cinco plantas, con Helen en el centro. Dos plantas por debajo de ella, con el torso desnudo bajo el sol feroz, hay un actor menor italiano llegado ayer que trae consigo una antología de técnicas sexuales dudosas que ya ha exhibido para Helen en el bar del hotel, después de la cena. Su profesión lo convertiría en mi principal sospechoso, pero él también está a punto de salir del cuadro y abandonar esta fábula reduccionista.

Helen está inspeccionando sus ojos en un espejo de mano lacado. Arranca un pelo recto de su ceja con el rigor que siempre aplica a su cuerpo. Incluso a diez metros de distancia, suspendido en el aire como un ángel invisible, semejante violencia me parece inquietante. Comprendo que solo me he sentido completamente a gusto con mi esposa observándola a través del visor de una cámara. Incluso dentro del espacio privado de nuestras diversas habitaciones de hotel, prefiero verla a través de una lente como un símbolo de mis necesidades y fantasías antes que como un ser existente por derecho propio. En alguna época esto la enfureció con razón, pero más recientemente ha comenzado a seguirme la corriente con mi obsesión. La observo durante horas, hurgándose la nariz y discutiendo conmigo mientras estoy tumbado en la cama con la cámara delante de mi ojo, fascinado por las cambiantes simetrías de sus muslos y hombros, por los diagramas de su rostro.

Helen ha abandonado el balcón. Arroja el espejo sobre la cama, mira con ceño fruncido y meditabundo la expresión descolorida pero aún alegre del rostro del león marino y camina por la *suite* directamente hasta la puerta principal. Casi antes de que yo pueda reprimir un grito ella ha desaparecido por el pasillo. De momento estoy paralizado. Bajo mi bata de playa, ella va desnuda.

14:36

¿Dónde está? La cámara se acerca al Coral Playa a una velocidad inquietante. Me pregunto si acaso los ingenieros de Nikon finalmente se han superado a sí mismos. Me parece estar a menos de tres metros de la fachada del hotel; casi puedo extender la mano y tocar los balcones. Ahora solo aparecen tres de las *suites* en el fotograma, la nuestra entre las de los Lawrence, una cordial pareja de Manchester, sobre ella, y un farmacólogo irlandés de cuarenta años con quien no hemos tenido contacto, debajo. Estos tres se han colado de manera involuntaria en mi película. Mientras tanto Helen podría estar en cualquier parte del hotel, con Rademaekers o el anticuario, hasta con el editor de tiras cómicas si *Madame* Fradier ya se ha marchado a la playa. A trompicones con el trípode, estoy a punto de reacomodar la cámara cuando Helen reaparece, de pie en medio de la sala de estar de los Lawrence. Descalza, con las manos en los bolsillos de mi bata de playa blanca, conversa con Lawrence, un guapo contable de cabellos rubios que no lleva nada más que un bañador slip sobre su abundante entrepierna. Pero ¿dónde está su esposa? ¿Está en la piscina del hotel o la oculta de mi vista la persiana bajada de su dormitorio mientras participa en la conversación a través de la puerta abierta? Desconcertado por esta improbable aventura amorosa, me dispongo a apagar la cámara en el momento en que Lawrence y Helen se abracen. Contengo el aliento, pero es solo un beso en la mejilla. Diciendo adiós con la mano, Helen coge la revista que él le ofrece y sale al pasillo. Al cabo de treinta segundos, mientras Lawrence ronda por la sala dándose golpecitos en la entrepierna, Helen vuelve a entrar en nuestra *suite*. Tras una pausa, ella deja la puerta entreabierta. Sus actos son sosegados y carentes de prisa, pero totalmente conspirativos. Con doloroso alivio, noto mi entrepierna completamente amartillada mucho antes de que la robusta figura del farmacólogo irlandés entre con sumo respeto en la sala y cierre la puerta a sus espaldas.

14:42

Ensoñación de dolor, lujuria y, sobre todo, odio infantil, en el que los menosprecios y antagonismos de toda una vida quedan subsumidos en esta insoluble confrontación entre el temor y el deseo, la necesidad y la negación de enfrentar el basilisco de la sexualidad de Helen..., todo ello modulado por la lógica del zum, por la geometría de los balcones y el brillo satinado de una revista de modas sobre una sábana blanca, la autoridad aterradora y reduccionista de la lente invasora. Ahora, todo el cuadro está

ocupado por nuestra *suite* del hotel, me parece estar a menos de un metro del más cercano de los dos balcones, observando a Helen y a su amante como un espectador de teatro en la platea. Estoy tan cerca que lo único que espero es que me incorporen a su diálogo. Vestida aún con mi bata de playa, Helen recorre la sala de estar, hablando con aire casual, como si le estuviera enseñando un nuevo electrodoméstico a un cliente. El farmacólogo está sentado en el sofá de plástico blanco. La escucha con actitud amable. Hay una informalidad espontánea, cierto grado de indiferencia tan acentuado que resulta difícil creer que estén a punto de copular sobre mi cama. Eliminada por la lente de la cámara, la dimensión de profundidad ha desaparecido de la habitación y las dos figuras mantienen una relación cada vez más abstracta entre sí y con las formas rectilíneas del sofá, las paredes y el techo. En este contexto casi todo es posible, sus movimientos son una sucesión de ecuaciones posturales que deben tener algún significado, además del obvio. Mientras el hombre se reclina, Helen deja caer la bata y permanece de pie, desnuda, delante de él, señalando las marcas blancas que han dejado sus tirantes.

14:46

La lente de la cámara ha cruzado el balcón por primera vez y ha ingresado en el ámbito de nuestra *suite* de hotel. Tan solo estoy a unos pocos pasos del irlandés, que se está desvistiendo junto a la cama y exhibe un físico musculoso de una clase por la que Helen no se había sentido atraída con anterioridad. Ella se sienta desnuda en el bidé, en el baño, claramente visible por la puerta abierta, sacándose algo de las uñas del pie y mirando con expresión preocupada la alfombrilla de goma. La porcelana blanca del bidé, los accesorios cromados y las baldosas azul marino formaban juntos una composición curiosamente formalizada, como si hubieran resucitado al propio Vermeer y lo hubieran soltado para que recreara sus pausados interiores domésticos del Delft Hilton. Ya siento que mi furia comienza a desvanecerse. Me fastidia: mi erección también se afloja. El tránsito de esta cámara por los últimos cuarenta minutos, que debería haberme conducido a un positivo Gólgota de humillación final, en realidad ha conseguido una abstracción gradual de la emoción, un sosegarse de toda ira y todo arrepentimiento. En cierto modo, siento una especie de afecto por Helen.

14:52

Yacen juntos en la cama, participando en un acto sexual tan relajado que esta filmadora debe grabarlos en cámara lenta. Ahora estoy tan cerca que podría estar sentado en el sillón junto a la cama. Aumentados por la lente, los movimientos de sus cuerpos evocan el apareamiento de las nubes. Se agrandan sin interrupción delante de mí, los conductos de sus bocas trabajan en silencio, como si fueran peces dormidos, un planeta de abstracciones anatómicas en el que pronto aterrizaré. Cuando terminan,

nuestros orgasmos parecen tener lugar en el aire sobre la cama, como una cópula aérea de aves exóticas y dulces. A poco menos de un metro de la cámara, la borrosa sonrisa del león marino preside este interludio de gozo nupcial.

14:56

Ahora Helen está sola. Su rostro está fuera de cuadro, y a través del visor solo veo un segmento de la almohada, una región de sábana arrugada, y la sección superior de su pecho y sus hombros. Una blancura casi indiferenciada llena la lente, interrumpida únicamente por la cavidad azul de su axila y el surco húmedo de su seno derecho, en el cual han quedado atrapados unos cuantos cabellos del farmacólogo. Acercándome, observo el relajado subir y bajar de su parrilla costal...

Helen se ha sentado. Interrumpe su prolongada calma y se vuelve, apoyada sobre un codo. El brusco movimiento casi hace temblar la cámara, y me doy cuenta de que lejos de estar dormida, ha estado ahí tendida, completamente despierta, reflexionando acerca de algo. Su cara llena el visor, en el único auténtico acercamiento de esta película. Me está mirando directamente a los ojos, violando nuestro acuerdo tácito de un modo flagrante. En un borrón de luz, veo su mano atraer el león marino hacia ella y clavarle las uñas en los ojos gastados. El animal colapsa de inmediato mientras el aire escapa a chorros a través del plástico roto.

En este momento tengo la certeza de que ella ha sabido de esta película todo el tiempo, al igual que debe de haber sabido de las otras que he hecho, primero con la Hasselblad, mientras ella y el joven camarero coqueteaban en el telesquí de Pontresina, después siguiendo al *Kappellmeister* de Bayreuth con una cámara de cine barata montada en la parte trasera del coche, producciones que este ejercicio de ahora, el más elaborado de todos, ha superado tanto en amplitud como en ambición. Pero aun así sueño con la película voyeurista suprema, una que utilice lentes extravagantes que lleguen a algún balcón aislado desde distancias extraordinarias — desde Nápoles, a través de la bahía, hasta Capri, o desde Dover hasta un hotel de playa de Calais— aumentando el momento del orgasmo en una medida incremental absoluta en la cual los elementos de su infidelidad resulten totalmente abstraídos de sí mismos, zonas de luz indiferenciada que aplaquen toda ira.

15:05

Dentro de pocos segundos la cámara alcanzará los límites de su zum. Helen duerme de lado, con el rostro apartado de mí. Sin titubear en ningún momento, la cámara avanza excluyendo más y más detalles de los bordes del cuadro, los pelos sueltos del amante de Helen, las impresiones húmedas de sus omóplatos en la sábana. Con todo, soy consciente de que ha habido una repentina intrusión en los espacios blancos del dormitorio. Lo que sin lugar a dudas son fragmentos de unos zapatos y unos pantalones masculinos han aparecido en silencio junto al lecho, deteniéndose ante el

flácido juguete de playa. Helen continúa durmiendo, olvidada su malicia, sin percatarse del destello de luz cromada que irradia desde la pantalla. Fascinado, sin ninguna sensación de alarma, observo los movimientos de este intruso misterioso, los volúmenes articulados de formas que casi no tienen relación entre sí. Ahora solo es visible un espacio blanco, separado de toda necesidad y concesión, un lienzo preparado para su primera pincelada. Aplaudiendo, veo que la pantalla se inunda de súbito rojo.

*15:15*

El hombre está de rodillas junto a la cama, observando los complejos dibujos que forma la sangre silenciosa mientras fluye por la sábana, buscando cien gradientes. Al volverse y revelar su rostro a la cámara, me reconozco a mí mismo. El león marino, mi fiel Argos, expira a mis pies. Como siempre que veo esta película y escucho sus comentarios, el infinito sueño del zum de sesenta minutos, recuerdo el largo viaje por el polvo y el ruido de Lloret, más allá del fragor del mar, hacia el mundo sereno dentro de este dormitorio de hotel, hacia mi fiel esposa redescubierta en el matrimonio del rojo y el blanco.

1976

## LA SONRISA

Ahora que esa lógica de pesadilla ha llegado naturalmente a su fin, resulta difícil creer que cuando traje a Serena Cockayne a vivir conmigo en mi casa de Chelsea, mis amigos y yo pensáramos que solo se trataba de un antojo inocente. Hay dos cosas que siempre me han fascinado: la mujer y lo estrambótico, y Serena combinaba ambos extremos, aunque no en un sentido tosco ni perverso. Durante las prolongadas veladas que, tres años antes, nos ayudaron a sobrellevar nuestro primer verano juntos su presencia a mi lado, hermosa, silenciosa y, en su extraño modo, siempre tranquilizadora, estaba rodeada de toda clase de complejas y fascinantes ironías.

Quienquiera que conociera a Serena quedaba indefectiblemente encantado con ella. Se sentaba con recato en su silla dorada, junto a la entrada de la sala, y los pliegues azules de su vestido de brocado la envolvían como un mar dulce y devoto. Durante la cena, cuando mis invitados ocupaban sus asientos, observaban con cariño divertido y tolerante cómo yo llevaba a Serena a su sitio, en el extremo opuesto de la mesa. Su sonrisa tenue, la delicadísima lozanía de aquella piel sin igual, presidía nuestros elaborados atardeceres con invariable sosiego. Cuando el último de mis invitados ya se había marchado tras ofrecerle sus respetos a Serena, quien observaba desde la sala, inclinada la cabeza hacia un lado en un pose característica, yo la llevaba feliz a mi dormitorio.

Desde luego, Serena jamás participaba en ninguna de nuestras conversaciones, y no cabe duda de que ese era un elemento vital de su atractivo. Mis amigos y yo pertenecíamos a esa generación de hombres que en los inicios de nuestra madurez nos habíamos visto obligados, al menos por necesidad sexual, a aceptar con resignación el feminismo militante, y había algo en la belleza pasiva de Serena, en su maquillaje impoluto pero anticuado y, sobre todo, en su silencio constante, que resaltaba con profunda y agradable deferencia nuestra masculinidad herida. En todos los sentidos, Serena era la clase de mujer que los hombres imaginan.

Pero eso fue antes de que yo comprendiera la auténtica naturaleza del carácter de Serena y la influencia, más ambigua, que iba a tener en mi vida, de la cual ahora espero ser liberado con tantas ansias.

Como corresponde —aunque en aquel momento no capté la ironía— conocí a Serena Cockayne en World's End<sup>[19]</sup>, esa zona del extremo inferior de King's Road que ahora ocupa un grupo de elevados bloques de apartamentos, pero que hace solo tres años todavía era un barrio de tiendas de antigüedades de segunda categoría, zarrapastrosas tiendas de moda y casas adosadas del siglo XIX cuyo momento para una reurbanización había llegado hacía mucho. Cuando volvía de la oficina, camino



de casa, me detuve ante una tienda de curiosidades que anunciaba su liquidación por cierre. Atisé a través de las ventanas de cristal amarillento los escasos remanentes que aún se exhibían. Se había vendido casi todo, con la excepción de un grupo de paraguas victorianos arrumbados en un rincón como una bruja decadente y un antiguo juego de patas de elefante disecadas. Estos aproximadamente doce monolitos polvorientos tenían un atractivo especial: era todo lo que quedaba de algún solitario rebaño masacrado por su marfil un siglo antes. Los imaginé distribuidos discretamente por mi sala, llenando el aire con su presencia invisible pero majestuosa.

Dentro de la tienda, sentada detrás de un escritorio de marquetería, había una joven dependienta que me observaba con la cabeza inclinada hacia un lado, como si calculara, paciente, cuán serio podía ser ese cliente.

Esta postura tan poco profesional, y su absoluta falta de reacciones cuando entré en la tienda, deberían haberme servido de advertencia, pero yo ya me sentía impactado por el aspecto inusual de la joven.

Lo primero que noté fue la magnificencia de su vestido de brocado, que transformaba el desastrado interior de la tienda y superaba con mucho los medios de las dependientas de este sórdido extremo de King's Road. Sobre el fondo de lustroso azul, de una profundidad cerúlea, casi cian, se alzaban desde el suelo, a sus pies, unos dibujos dorados y plateados tan elaborados que casi esperaba que el vestido creciera de repente y se la tragara. En comparación, su cabeza y sus hombros modestos, su busto blanco discretamente revelado por un corpiño bajo, surgían de ese mar resplandeciente con extraordinaria serenidad, como si fuera una Afrodita doméstica sentada con placidez a horcajadas de Poseidón. Aunque aún no había dejado la adolescencia, su cabello estaba arreglado de un modo deliberadamente anticuado, como si lo hubiera peinado con amor un anciano devoto de las revistas de cine de los años veinte. Dentro de ese casco rubio, le habían empolvado el rostro y pintado los labios con el mismo cuidado espléndido; las cejas estaban depiladas y la frente despejada, sin ningún matiz de pastiche ni de falsa nostalgia, tal vez por una madre excéntrica que todavía soñaba con Valentino.

Sus manos diminutas descansaban sobre la falda, a primera vista entrelazadas, pero en realidad separadas por un breve intervalo, una postura estilizada que sugería su intento de aferrar un instante del tiempo que de otro modo se le escaparía. En sus labios flotaba una sonrisa tenue, meditabunda y tranquilizadora a la vez, como si se hubiera resignado del modo más adulto al mundo evanescente de aquella tienda de curiosidades moribunda.

—Lamento que cierren —le dije—. Ese conjunto de patas de elefante de la ventana... tienen algo que conmueve.

Ella no me respondió. Sus manos permanecieron cerradas, separadas por los mismos milímetros, y sus ojos estaban clavados, como en trance, en la puerta que acababa de cerrar detrás de mí. Estaba sentada en una silla de diseño singular, un

artilugio de tres patas, de teca barnizada, que era en parte atril y en parte caballete de pintor.

Al comprender que se trataba de una especie de artefacto ortopédico y que ella, probablemente, era una lisiada —de ahí el elaborado maquillaje y la postura congelada—, me incliné para hablarle de nuevo.

Entonces vi la plaqueta de bronce pegada en la parte superior del trípode en el que estaba sentada:

## SERENA COCKAYNE

Junto a la plaqueta había una etiqueta polvorienta con el precio: doscientas cincuenta libras.

Al analizarlo en retrospectiva, resulta curioso que me tomara tanto tiempo darme cuenta de que no estaba mirando a una mujer real, sino un elaborado maniquí, una obra maestra del arte de fabricación de muñecos realizada por un notable virtuoso. Eso, finalmente, explicaba tanto el vestido como la antigua peluca eduardianos, el maquillaje y la expresión facial de los años veinte. Eso no obstante, su semejanza con una mujer real era asombrosa. Los contornos ligeramente inclinados de sus hombros, la piel demasiado nacarada e inmaculada, los mechones de cabello en la nuca que habían escapado al cuidado del fabricante de pelucas, la extraordinaria delicadeza con la cual se había modelado sus fosas nasales, sus orejas y sus labios —casi en un acto de amor sexual—, todo junto representaba un *tour de force* tan hermoso que ocultaba el sutil ingenio que subyacía a la totalidad de la empresa. Yo ya estaba pensando en el impacto que aquella réplica de tamaño real de las esposas de mis amigos tendría sobre ellas cuando se las presentara.

Alguien abrió una cortina a mis espaldas. El propietario de la tienda, un hábil joven homosexual, avanzó con un gato blanco entre los brazos, y alzó el mentón ante el sonido de mi deleitada carcajada. Yo ya había extraído mi talonario y garabateado mi firma con una floritura acorde a la ocasión.

Cargué, pues, a Serena Cockayne hasta un taxi y la llevé a vivir conmigo. Al mirar atrás, recuerdo ese primer verano que pasamos juntos como una época de perpetuo buen humor en la cual la presencia de Serena enriqueció casi todos los aspectos de mi vida. Decorosa y discreta, ella teñía todo lo que me rodeaba con las más deliciosas ironías. Sentada silenciosamente en mi estudio junto al hogar, mientras yo leía, presidiendo la mesa durante la cena como señora de la casa, su sonrisa sosegada y su mirada serena iluminaban el aire.

Ni uno solo de mis amigos se libró de la ilusión, y todos me dieron la enhorabuena por haber tomado tan excelente decisión. Sus esposas, desde luego,

miraban a Serena con suspicacia, y era obvio que la consideraban parte de una broma de adolescentes o sexista. Sin embargo, mantuve mi rostro serio y en el lapso de unos pocos meses todos dábamos por supuesta su presencia en mi casa.

En efecto, en otoño formaba parte de mi vida hasta tal punto que a menudo no me percataba de ella en absoluto. Al poco tiempo de su llegada yo había desechado el pesado atril de teca y lo había reemplazado por una pequeña silla dorada sobre la cual podía transportar a Serena de habitación en habitación con toda comodidad. Serena era notablemente ligera. Su inventor —ese desconocido genio del arte de la fabricación de muñecos— había incluido en ella una importante armazón, ya que ni su postura ni su expresión cambiaban jamás. En ninguna parte había indicación alguna de su lugar o fecha de fabricación, pero, a juzgar por los arañados zapatos de charol que en ocasiones asomaban debajo del vestido de brocado, me imaginé que la habían montado unos veinte años antes, posiblemente como doble de alguna actriz durante la gran época de la industria cinematográfica de posguerra. Para cuando regresé a la tienda para inquirir sobre sus dueños anteriores, todo World's End había sido reducido a escombros.

Un domingo de noviembre, al atardecer, hice bastantes más averiguaciones sobre Serena Cockayne. Después de una tarde completa de trabajo en mi estudio, levanté la vista para verla sentada en el rincón, de espaldas a mí. Distráido por un problema profesional, la había dejado ahí, sin pensar, después del almuerzo. Había algo melancólico en sus hombros torneados y su cabeza inclinada, casi como si hubiera perdido aceptación.

Al girarla hacia mí, advertí una pequeña mancha en su hombro izquierdo, tal vez una partícula de yeso que se había desprendido del techo. Intenté quitarla pasando la mano, pero la decoloración persistió. Se me ocurrió que la piel sintética, hecha probablemente a partir de algún plástico experimental, podría haber empezado a deteriorarse. Encendí una lámpara de sobremesa y examiné los hombros de Serena con mayor minuciosidad.

Mirada contra el fondo oscuro del estudio, el halo vaporoso que cubría la piel de Serena confirmaba toda mi admiración por el genio de su hacedor. Aquí y allá un desnivel apenas perceptible, el sombreado más sutil para sugerir un capilar superficial, arraigaba la ilusión en el más sólido realismo. Siempre había supuesto que esta obra maestra de la piel de imitación se extendía a lo sumo cinco o seis centímetros por debajo de la línea del hombro del vestido y que el resto del cuerpo de Serena estaba hecho de madera y papel maché.

Mientras observaba los angulosos planos de sus omóplatos, las modestas curvaturas de sus bien ocultos pechos, cedí a un impulso súbito y totalmente casto. Situado detrás de ella, cogí la cremallera plateada entre mis dedos y con un único movimiento la bajé hasta la cintura de Serena.

Al mirar la extensión sin interrupciones de su piel blanca que se prolongaba hasta

un par de rollizas caderas y los inconfundibles hemisferios de sus nalgas, comprendí que el maniquí que tenía ante mí era el de una mujer completa, que su creador había prodigado tanta habilidad y arte en esas partes de su anatomía que nunca verían la luz como lo había hecho en las partes normalmente visibles.

La cremallera se había atascado en el extremo inferior de su oxidado recorrido. Había algo ofensivo en mi lucha con el vestido flojo de esta mujer medio desnuda. Mis dedos tocaron la piel de su región lumbar, y le quitaron el polvo que se había acumulado con los años.

Cruzando la zona en diagonal, desde la columna hasta la cadera, se veía la delgada línea de una importante cicatriz. Di por sentado que señalaba una abertura esencial, necesaria en la construcción del modelo. Sin embargo, las dos hileras opuestas de los puntos eran demasiado obvias. Me incorporé y observé unos instantes a esa mujer parcialmente desvestida, con su cabeza inclinada y sus manos cerradas, que miraba el hogar con placidez.

Cuidando de no dañarla, desabroché el corpiño del vestido. Aparecieron las curvas superiores de sus senos, oprimidas por los tirantes. Entonces vi, a unos tres centímetros del todavía oculto pezón izquierdo, un gran lunar negro.

Volví a abrochar el vestido y lo alisé con suavidad sobre sus hombros. Me arrodillé en la alfombra frente a Serena, y observé minuciosamente su rostro: las tenues grietas en la parte superior de la boca, las minúsculas venas en sus mejillas, y una cicatriz de la niñez debajo de la barbilla. Me inundó una curiosa sensación de repulsión y entusiasmo, como si hubiera participado en un acto caníbal.

Comprendí que la persona que estaba sentada en esa silla dorada no era un muñeco, sino una mujer que alguna vez había estado viva, cuya piel había sido disecada y preservada para siempre por un maestro, pero no del arte de la fabricación de muñecos sino del de la taxidermia.

En ese instante me enamoré profundamente de Serena Cockayne.

Durante el mes siguiente, mi pasión por Serena tuvo toda la intensidad de la cual un hombre maduro es capaz. Abandoné mi oficina, dejé que el personal se las arreglara por sí solo, y pasé todo mi tiempo con Serena, atendiéndola como lo haría el amante más solícito. Después de pagar una enorme suma, hice que instalaran en mi casa un complejo sistema de aire acondicionado, de un tipo que solo se utilizaba en los museos de arte. En el pasado, había llevado a Serena de una habitación cálida a otra fría sin pensar en su constitución, pues creía que estaba hecha de un plástico insensible a esos cambios. Ahora, sin embargo, regulaba meticulosamente la temperatura y la humedad, decidido a conservarla por toda la eternidad. Reorganicé los muebles de toda la casa para evitar dañar sus brazos y hombros al transportarla de una planta a la otra. Me despertaba por las mañanas con ansias de verla al pie de mi cama y luego la sentaba a mi lado a la mesa del desayuno. Todo el día permanecía a mi alcance, sonriéndome con una expresión que casi me convenció de que

correspondía a mis sentimientos.

Renuncié por completo a mi vida social, dejé de ofrecer cenas y solo me veía con unos pocos amigos. Admití una o dos visitas, pero solo para mitigar sus sospechas. En el transcurso de nuestras breves y absurdas conversaciones yo miraba a Serena, sentada del otro lado de la sala, con toda la excitación que puede producir una aventura ilícita.

Celebramos la Navidad los dos solos. Dada la juventud de Serena —en ocasiones, cuando captaba su mirada desde el otro lado de la estancia, tras un pensamiento aislado, me parecía apenas mayor que una niña—, decidí decorar la casa para ella en el estilo tradicional, con un árbol de Navidad, acebo, serpentina y muérdago. Fui transformando de manera gradual las habitaciones en una serie de pérgolas desde las cuales ella presidía nuestras festividades como una virgen de una procesión en su retablo.

En Nochebuena, al dar las doce, la ubiqué en el centro de la sala y coloqué mis regalos a sus pies. Durante un instante, sus manos parecieron casi tocarse, como si aplaudiera mis esfuerzos. Me incliné sobre ella bajo el muérdago y acerqué mis labios a los suyos hasta la misma distancia que separaba sus manos.

Serena respondió a todas estas atenciones y toda esta devoción como una novia. Su rostro delgado, tan ingenuo alguna vez, con su sonrisa incierta, se relajó y adquirió la pose de una joven esposa realizada. Después de Año Nuevo, decidí que saldríamos otra vez al mundo y organicé la primera de una sucesión de pequeñas fiestas. Mis amigos estaban contentos de vernos de tan buen ánimo y aceptaron a Serena como a una más de ellos. Regresé a la oficina, y trabajaba jubilosamente durante el día hasta que me marchaba a casa, donde Serena jamás dejaba de esperarme con la cálida consideración de una esposa orgullosa y devota.

Mientras me vestía para una de esas veladas, se me ocurrió que la única de nosotros que no podía cambiar su vestimenta era Serena. Por desgracia, comenzaban a manifestarse las primeras señales de cierto exceso de domesticidad en una ligera informalidad de su cuidado personal. El peinado, antaño tan elaborado, se había desordenado, y los cabellos rubios aislados captaban la luz de forma demasiado evidente. Asimismo, el immaculado maquillaje de su rostro ahora mostraba los primeros signos de desgaste natural.

Después de pensarlo, decidí recurrir a los servicios de un salón de belleza y peluquería cercano. Cuando los llamé por teléfono, convinieron de inmediato en enviar a alguien de su personal a mi casa.

Aquí comenzaron mis problemas. La única emoción que jamás había sospechado en mí y que nunca antes había sentido por ningún ser humano, se enroscaba en mi corazón.

El joven que llegó trayendo consigo un camión de mudanzas en miniatura lleno de equipo parecía bastante inofensivo. Aunque moreno y de complexión robusta, había

algo afeminado en él, y evidentemente no había peligro en dejarlo a solas con Serena.

Pese a toda su confianza en sí mismo pareció sorprendido cuando le presenté a Serena y su cortés «Buenos días, señora...» acabó en un balbuceo. Estremeciéndose en el aire frío, la miraba boquiabierto, obviamente estupefacto por su hermosura y su sereno reposo. Dejé que pusiera manos a la obra y pasé la hora siguiente trabajando en mi estudio, distraído de cuando en cuando por unos pocos versos de *El barbero de Sevilla* y *My Fair Lady* que llegaban resonando por las escaleras. Cuando hubo acabado examiné su trabajo, encantado de ver que había restaurado cada soplo de la gloria original de Serena. La esposa excesivamente doméstica se había esfumado, y en su lugar estaba la ingenua Afrodita que yo había visto aquella primera vez en la tienda de curiosidades, seis meses antes.

Estaba tan complacido que decidí requerir los servicios del joven nuevamente, y sus visitas se convirtieron en un acontecimiento semanal. Gracias a sus cuidados y a mi propia dedicación a los controles de temperatura y humedad, el cuerpo de Serena recuperó toda su perfección. Hasta mis invitados comentaron la notable lozanía de su aspecto. Profundamente satisfecho, esperé ansioso la siguiente primavera y la celebración de nuestro primer aniversario.

Seis semanas después, mientras el joven peluquero trabajaba en la sala de estar de Serena, en la planta superior, se me ocurrió volver a mi dormitorio a buscar un libro. Podía oír claramente la voz del joven, en tono bajo, como si estuviera transmitiendo un mensaje privado. Miré por la puerta abierta. El joven estaba de rodillas frente a Serena, de espaldas a mí, su paleta de maquillaje en una mano, el pincel en la otra, gesticulando con ellos de una manera cómica y burlesca. Iluminada por su hábil trabajo, Serena lo miraba directamente a la cara, sus labios recién pintados casi húmedos por la expectación. Sin el menor asomo de duda el joven le murmuraba palabras de aprecio discretas e íntimas.

Durante los días siguientes sentí que una especie de voz había invadido mi cabeza. Mientras intentaba controlar el dolor de esos primeros celos intensos, me obligué a reconocer que el joven tenía la edad de Serena y que ella siempre tendría más en común con él que conmigo. En la superficie, nuestra vida continuó como antes —cuando yo regresaba de la oficina nos quedábamos juntos en el estudio; yo llevaba a Serena a la sala cuando venían mis amigos, y ella se sentaba con nosotros a la mesa durante la cena— pero yo era consciente de que ahora nuestra relación estaba teñida de un tono formal. Serena ya no pasaba las noches en mi habitación, y advertí que, a pesar de su sosegada sonrisa, yo ya no atraía su mirada como solía hacerlo.

Pese a mis crecientes sospechas, el joven peluquero continuó efectuando sus visitas. Fuera cual fuera la crisis que Serena y yo estuviéramos atravesando, estaba decidido a no rendirme. Durante la larga hora de las visitas del peluquero, yo debía luchar cada segundo para no subir corriendo las escaleras. Desde el recibidor podía oír la voz del joven murmurar en ese tono insinuante, ahora en voz más alta, como si

buscara provocarme. Cuando se marchaba, yo podía percibir su desprecio.

Pasaba una hora antes de que yo pudiera subir lentamente las escaleras hasta la habitación de Serena. Su extraordinaria belleza, encendida otra vez por el candil del joven, no hacía más que aumentar mi ira. Incapaz de hablar, caminaba a su alrededor como un esposo condenado, consciente de los sutiles cambios en su rostro. Aunque más joven en todos los sentidos —lo que me recordaba dolorosamente los treinta años que nos separaban—, su expresión después de cada visita era una pizca menos inocente, como la de una joven esposa que contempla su primera aventura amorosa. Una onda sofisticada que le cruzaba la sien derecha modulaba ahora la curva de su cabello rubio. Sus labios eran más delgados, y su boca más fuerte y madura.

Inevitablemente, inicié una aventura con otra mujer, la esposa de un amigo cercano del que se había separado, pero me aseguré de que Serena no supiera nada de esta ni de las otras infidelidades que se sucedieron durante las semanas siguientes. Además, y por desgracia me di a la bebida y por las tardes me quedaba dando tumbos en los apartamentos vacíos de mis amigos, manteniendo largas conversaciones imaginarias con Serena, en las cuales yo era tan abyecto como agresivo. En casa, comencé a actuar como un esposo dictatorial, dejándola todo el final de la tarde en su habitación de la planta alta y, de mal humor, rehusando hablar con ella durante la cena. Durante todo ese período yo veía con mis ojos paralizados al peluquero que iba y venía, un pretendiente insolente que silbaba al subir tranquilamente las escaleras.

Tras la última de sus visitas llegó la erosionadora conclusión. Yo había pasado la tarde bebiendo solo en un restaurante desierto, observado por el paciente personal. En el taxi de regreso a casa tuve una repentina y confusa revelación sobre Serena y yo. Me di cuenta de que yo había sido el único culpable de nuestra ruptura y de que mis celos por su inofensivo coqueteo con el joven lo habían magnificado todo hasta proporciones absurdas.

Liberado de semanas de agonía por esta decisión, pagué al taxista ante mi puerta, entré en la atmósfera fría de la casa y me apresuré escaleras arriba. Desaliñado pero feliz, avancé hacia Serena, mientras ella miraba en silencio en el centro de la sala de estar, dispuesto a abrazarla y a perdonarnos.

Entonces advertí que a pesar de su maquillaje immaculado y de su cabello extravagante, su vestido de brocado le colgaba en forma extraña de los hombros. El tirante derecho exhibía la totalidad de su clavícula, y el corpiño se había deslizado hacia delante como si alguien hubiera estado jugueteando con su seno. Aún flotaba la sonrisa en sus labios, llamándome del modo más amable a resignarme a las realidades de la vida adulta.

Avancé irritado y le di una bofetada en la cara.

Cuánto me arrepiento de aquel espasmo insensato. En los dos años que han pasado desde entonces he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre los peligros de una catarsis precipitada. Serena y yo todavía vivimos juntos, pero entre nosotros ya no

hay nada. Ella está en su silla dorada junto al hogar de la sala y comparte la mesa cuando mis amigos vienen a cenar. Pero este espectáculo para el exterior no es más que una cáscara seca de la cual la carne de los sentimientos ha desaparecido.

Al principio, después de aquella bofetada en la cara, parecía que nada había cambiado. Me recuerdo de pie en la estancia de la planta superior, con la mano dolorida. Me tranquilicé, me limpié el polvo de maquillaje de los nudillos y decidí revisar mi vida. Desde ese instante dejé de beber, fui todos los días a la oficina y me consagré al trabajo.

Para Serena, sin embargo, el incidente señaló la primera etapa de lo que demostró ser una transformación decisiva. A los pocos días advertí que había perdido algo de su lozanía. Ahora el rostro estaba demacrado y su nariz era más protuberante. La comisura del labio donde yo le había pegado no tardó en hincharse y adquirir una suerte de aire caído e irónico. Como el peluquero ya no venía —lo había despedido diez minutos después de haberla abofeteado—, la decadencia de Serena pareció acelerarse. El elaborado peinado que el joven le había endilgado se desordenó pronto y el cabello se le derramó sobre los hombros.

Para el final del segundo año que pasamos juntos, Serena Cockayne había envejecido toda una década. A veces, cuando la miraba, encorvada en su silla dorada, enfundada en su vestido aún brillante, casi pensaba que se había propuesto alcanzarme y sobrepasarme en edad, como parte de algún complejo plan de revancha. Su postura se había desplomado, y sus hombros redondeados le daban la prematura encorvadura de una mujer mayor. Con su sonrisa desenfocada y el cabello desordenado me recordaba a menudo una solterona cansada y entrada en años. Sus manos se habían unido, al fin, y estaban cerradas de un modo defensivo y melancólico.

En fechas recientes ha tenido lugar un acontecimiento mucho más inquietante. Tres años después de nuestro primer encuentro, Serena ha entrado en una etapa de deterioro radicalmente nueva. Como resultado de cierta debilidad vertebral propia, tal vez asociada a la operación cuyas cicatrices le atraviesan la zona lumbar, la postura de Serena se ha alterado. En el pasado, se inclinaba ligeramente hacia delante, pero hace tres días descubrí que se ha desmoronado hacia atrás en la silla. Ahora está sentada de un modo rígido y extraño, escrutando el mundo con una mirada crítica y desequilibrada, como una belleza marchita y desquiciada. Uno de sus párpados se ha cerrado en parte, y le da a su pálido rostro un aspecto casi cadavérico. Sus manos han persistido en su lenta colisión y han comenzado a retorcerse la una sobre la otra, rotando para producir una parodia deformada de sí mismas que pronto se convertirá en un gesto obsceno.

Pero lo que me aterra, sobre todo, es su sonrisa. Esta visión ha alterado toda mi vida para siempre, pero encuentro imposible apartar mis ojos de ella. Al habersele aflojado el rostro, la sonrisa se ha vuelto más amplia y torcida. Aunque le ha tomado dos años alcanzar su efecto pleno, aquel golpe en la boca se ha convertido en una



mueca de reproche. Hay algo astuto e implacable en la sonrisa de Serena. Al mirarla ahora mismo desde el otro lado del estudio parece contener una total comprensión de mi personalidad, un juicio para mí desconocido del que jamás podré huir.

Cada día, la sonrisa reptaba un poco más en su cara. Su avance es errático y revela aspectos de su desprecio por mí que me dejan paralizado y sin habla. Aquí hace frío, ya que la baja temperatura contribuye a preservar a Serena. Puede que si encendiera la calefacción me deshiciera de ella en unas cuantas semanas, pero jamás podré hacer eso. Basta esa sonrisa de suficiencia para impedírmelo. Además, estoy atado a ella por completo.

Por fortuna, ahora Serena envejece más rápidamente que yo. Mirando impotente su sonrisa, con mi abrigo sobre los hombros, espero el momento de su muerte y de mi liberación.

## EL TIEMPO MUERTO

Sin advertencia, como si intentaran confundirnos, los japoneses que custodiaban nuestro campo de concentración habían desaparecido. Yo estaba junto a la puerta abierta del campo, con un grupo de internos, mirando como en trance el camino desierto, los canales y los arrozales que se extendían por todas partes hacia el horizonte. Habían abandonado la garita de vigilancia. Los dos centinelas japoneses que solían hacerme señas para que me alejara, cada vez que yo intentaba venderles cigarrillos, habían abandonado sus puestos y huido con el resto de la policía militar hacia sus barracones en Shanghái. Las marcas de los neumáticos de sus vehículos todavía eran claramente visibles en el polvo de la entrada, entre los dos puestos de guardia.

Puede que ese indicio de la presencia de los japoneses que nos habían tenido prisioneros durante tres años bastara para disuadirnos de cruzar la línea hacia el silencioso mundo exterior. Estábamos juntos en la entrada intentando arreglar nuestras andrajosas vestimentas y escuchando a los niños jugar en el recinto. Detrás del bloque de dormitorios más cercano, varias mujeres colgaban la colada de la mañana, como si estuvieran totalmente satisfechas por empezar otro día en el campo de concentración. Sin embargo, todo había acabado.

Aunque yo era el más joven del grupo —entonces solo tenía veinte años—, avancé, sin pensarlo, hasta llegar al centro del camino. Cuando me volví para mirar el campo de concentración, los demás estaban observando. Obviamente, contemplaban la posibilidad de que sonara un disparo desde alguna parte. Uno de ellos, un ingeniero consultor que conoció a mis padres antes de que la guerra nos separara, levantó una mano como si me llamara hacia la seguridad.

El débil zumbido de un avión estadounidense cruzó la ribera vacía del río, a un kilómetro de distancia. Voló directamente hacia nosotros, a no más de treinta metros de los arrozales; el joven piloto se inclinó hacia delante sobre los controles para echarnos un vistazo. Luego realizó un alabeo como gesto de salutación y cambió su rumbo hacia Shanghái.

Con la confianza recuperada, los demás estuvieron súbitamente a mi alrededor, riendo y gritando mientras se alejaban por el camino. A unos seiscientos metros había una aldea china, oculta en parte por los montículos de los túmulos levantados sobre las calzadas de tierra que separaban los arrozales. Ya se habían traído importantes suministros de cerveza de arroz al campo. A pesar de toda nuestra cautela, no éramos los primeros internos en abandonar el campo de concentración. Una semana antes, justo después de las noticias de la rendición de los japoneses, un grupo de marinos mercantes había trepado la valla detrás de su edificio y había caminado los trece

kilómetros hasta Shanghái. Ahí habían sido recogidos por la gendarmería japonesa, retenidos dos días y devueltos al campo de concentración tras haberles propinado una fuerte paliza. Hasta el momento, todos los demás que habíamos llegado a Shanghái —ya fuera en busca de relaciones, como yo, o intentando echarle un vistazo a sus asuntos— habíamos corrido la misma suerte.

Mientras avanzábamos hacia la aldea, mirando por encima del hombro, de cuando en cuando, las curiosas perspectivas del campo de concentración que retrocedía a nuestras espaldas, observaba los campos de arroz y los canales a cada lado del camino. Pese a todo lo que habíamos oído en las noticias de la radio, yo todavía no estaba seguro de que la guerra hubiera llegado a su fin. Durante el año anterior habíamos escuchado más o menos abiertamente las diversas radios clandestinas que había en el campo y habíamos seguido el progreso de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico. Habíamos oído detalladas descripciones de los ataques con bombas atómicas —Nagasaki estaba a unos ochocientos kilómetros de nosotros— y el llamamiento del emperador a la rendición que les siguió de inmediato. Pero en nuestro campo, trece kilómetros al sur de Shanghái, en la desembocadura del Yangtsé, se habían producido pocos cambios. Grandes cantidades de aviones estadounidenses cruzaban el cielo sin hallar oposición, sin participar ya en ninguna acción ofensiva, pero pronto nos percatamos de que no había aterrizado ninguno en el aeródromo contiguo a nuestro campo. Números menguantes, pero aún importantes contingentes de tropas japonesas dominaban el paisaje y patrullaban el perímetro del aeródromo, las vías férreas y las carreteras que conducían a Shanghái. La policía militar continuaba vigilando el campo de concentración, como si estuviera garantizando nuestra prisión sin que les importara cuántas paces pudieran llegar, y mantenían una distancia mayor de la habitual con los dos mil internos. Paradójicamente, la única señal positiva fue que, desde la emisión del mensaje del emperador, no habían llegado alimentos para nosotros.

El hambre, de hecho, fue el principal motivo para abandonar el campo de concentración. En la confusión que sucedió a Pearl Harbor, las autoridades de la ocupación japonesa me habían separado de mis padres y me habían mantenido prisionero dentro de una empalizada en el centro de Shanghái reservada a los varones de las naciones aliadas. Dieciocho meses después, cuando empezaron los bombardeos estadounidenses, clausuraron el centro, y a los prisioneros nos distribuyeron al azar entre el grupo de grandes campos de concentración para familias con niños situados en el terreno que rodea Shanghái. Mis padres y mi hermana menor habían pasado la guerra en otro de esos campos, a poco más de treinta kilómetros al oeste de la ciudad. Aunque su situación tal vez fuera tan mala como la mía, yo estaba convencido de que, en cuanto me encontrara con ellos, todo iría bien.

—Parece como si se hubieran marchado. Deben de haber vaciado todo de la noche a la mañana.

En la entrada de la aldea el hombre que iba junto a mí, el propietario de un taller

en Shanghái, señaló las casas abandonadas. Mientras recuperábamos el resuello tras la rápida caminata, mirábamos los callejones vacíos y los postigos de las ventanas cerrados. No había ni un solo chino a la vista, aunque solo la tarde anterior habían estado haciendo provechosos negocios con los internos del campo de concentración, intercambiando cerveza de arroz por relojes, y zapatos por estilográficas.

Mientras los demás deliberaban, yo fui a dar una vuelta por las ruinas de una fábrica de cerámica en las afueras de la aldea. Tal vez con la idea de que sus hornos eran alguna especie de instalación militar, los estadounidenses habían bombardeado la fábrica una y otra vez. Aún había unos pocos edificios en pie, pero los patios estaban tapizados de trozos de vajilla rota. Aunque parecía increíble, los pedazos estaban agrupados en varias categorías de loza. Avancé a través de una alfombra de cucharas de porcelana, demasiado consciente del hecho de que el único sonido que se oía en todo aquel paisaje eran mis pasos.

Que los aldeanos se hubieran marchado de forma tan repentina, después de todas sus luchas durante la guerra, solo podía significar que temían algo y que estaban seguros de que sucedería en la vecindad de la aldea. Durante el año anterior se habían apegado a nuestro campo, donde vendían unos pocos huevos a través de la alambrada y cuyas vallas, más tarde, cuando ellos mismos comenzaron a pasar hambre, intentaban penetrar para robar los tomates, raíces y tubérculos que los internos cultivábamos en cada metro cuadrado de suelo libre. En una época habíamos conseguido que los guardias japoneses nos ayudaran a reforzar la protección de alambre para mantener lejos a aquellos rateros. En los últimos meses, el círculo de aldeanos mayores, hambrientos o enfermos que se plantaban a las puertas del campo de concentración —ninguno fue admitido, y mucho menos alimentado, jamás— crecía por días.

No obstante, por algún motivo, todos ellos se habían marchado. Cuando volví de los alrededores de la fábrica, mis compañeros estaban discutiendo la mejor ruta hacia Shanghái a través de los arrozales. Habían desvalijado varias casas y ahora estaban sentados en los montones de vajilla con botellas de cerveza de arroz. Recordé los rumores que habíamos oído acerca de que los japoneses planeaban matar a sus prisioneros civiles. La torre del agua y los bloques de hormigón de tres plantas parecían alzarse de las filas de túmulos. El campo de concentración había sido una escuela secundaria china. Habíamos llegado después del crepúsculo, y jamás lo había visto desde fuera con anterioridad, del mismo modo que jamás había estado físicamente en el área que rodeaba el campo de concentración y había sido una parte íntima de mi vida durante todos esos años.

Presté oídos a la discusión cada vez más errática de mis compañeros. Además del ingeniero consultor y el propietario del taller de automóviles, había dos marineros australianos y un barman de un hotel. Yo ya estaba seguro de que no tenían ni la menor idea de los peligros a los que se enfrentaban, y de que mientras permaneciera con ellos no me reuniría con mis padres. Su única intención era emborracharse en

tantas aldeas como les fuera posible de la docena que había hasta Shanghái.

Al cabo de cinco minutos abandoné el grupo. Sin embargo, cuando regresaba por el camino hacia el campo de concentración, oí el ruido de un camión militar japonés que llegaba de la aldea situada a mis espaldas. Unos gendarmes armados que se apoyaban en la cabina del conductor custodiaban a mis cinco compañeros sentados en el suelo del camión, a ambos lados de la puerta trasera. Sus rostros tenían un aspecto ceniciento y desteñido, como el de hombres a quienes se ha despertado bruscamente. Solo uno de los marineros australianos levantó la mirada de sus muñecas atadas y la clavó en mí, como si no pudiera reconocerme.

Seguí caminando hacia el campo de concentración, pero el camión se detuvo delante de mí. Ninguno de los soldados habló, y ni siquiera me hicieron señas para que subiera al vehículo; yo ya había comprendido que no nos estaban llevando de regreso al campo.

Sin pensarlo, tuve un súbito presentimiento de muerte; no de la mía, sino de la de todos los que me rodeaban.

Durante los tres días siguientes nos retuvieron en uno de los barracones de la gendarmería contiguos a un campo de aviación militar en el que habían concentrado a alrededor de cien aviadores aliados derribados durante los ataques a Shanghái, en una tentativa de disuadir a los aviones estadounidenses de bombardear los hangares y las pistas de aterrizaje. Para mi alivio, no nos maltrataron. Los japoneses estaban apáticos, ya no se interesaban por nosotros y miraban con melancolía los aviones estadounidenses que cruzaban el cielo sin interrupción. Los paracaídas con provisiones ya caían sobre el campo de concentración. Desde la ventana de nuestra celda, podíamos ver los coloridos doseles que bajaban más allá de la torre del agua.

Estaba claro que la guerra había terminado. Cuando un sargento de la gendarmería nos sacó de la celda y ordenó que nos condujeran a la plaza de las barracas, di por sentado que nos liberarían en las puertas del aeródromo. En lugar de eso, nos subieron al mismo camión que nos había transportado hasta ahí y nos llevaron, bajo custodia, a la cercana estación de tren que hacía las veces de almacén militar de la ruta Shanghái-Nanking.

Fui el primero en bajar del camión y miré a mi alrededor, los ruinosos edificios de la estación, consciente de que hacía dos meses que el último tren se había detenido ahí. Aparte del tráfico aéreo sobre nuestras cabezas, el paisaje continuaba tan desierto como el día de nuestra frustrada huida. Los escombros de la guerra se extendían por todas partes: camiones oxidados, un arrozal convertido en vertedero para neumáticos gastados, una fila de trincheras antitanque medio inundadas por el agua que fluía hacia un pequeño estadio de fútbol situado detrás de la carretera, y un blocao cubierto de sacos de arena que perdían, construido en la entrada de la estación. Pero los chinos habían desaparecido; habían dejado el terreno como si al final hubieran decidido abandonarnos a nuestros propios medios, para que hiciéramos lo que quisiéramos o

pudiéramos.

—Parece que vamos a jugar al fútbol —gritó uno de los marineros australianos a los demás mientras él y yo seguíamos a los guardias hacia el estadio.

—Algún montaje para la Cruz Roja —observó alguien—. Después, asegurémonos de que nos lleven de regreso al campo.

Pero yo ya podía ver el interior del estadio y había comprendido que, sucediera lo que sucediese, allí no íbamos a jugar al fútbol. Subimos el túnel de hormigón que conducía al campo: un círculo de hierba amarilla en cuyo centro había aparcados dos camiones. Los japoneses utilizaban algunas partes de la tribuna vacía como almacén, y varios soldados patrullaban los asientos situados en lo alto, sobre nosotros, custodiando lo que parecía ser un montón de muebles producto del pillaje. Junto a los camiones había un grupo de militares muy atildados que esperaban a que nos acercáramos. Delante de ellos estaba un joven intérprete euroasiático de camisa blanca.

Mientras caminábamos hacia ellos, mirábamos el suelo a nuestro alrededor. Tendidos en la agostada hierba había unos cincuenta cadáveres organizados en ordenadas filas, como si los hubieran colocado ahí con gran cuidado y dedicación. Todos estaban completamente vestidos, con los pies hacia donde estábamos nosotros, y por la brillante palidez de sus rostros yo sabía que, quienesquiera que fueran, habían muerto hacía poco. Me detuve junto a una joven monja que llevaba el hábito completo y toca, cuya gran boca apenas empezaba a mostrar el rictus de la muerte. A su alrededor, como miembros de su rebaño, había tres niños con las cabezas inclinadas hacia un lado, como si se hubieran quedado dormidos ante la muerte.

Observados por los soldados japoneses y el joven intérprete, así como por los centinelas que custodiaban los muebles de las gradas, avanzamos lentamente a través de los cadáveres. Salvo dos chinos de mediana edad, un hombre y una mujer tumbados el uno junto a la otra, quienes podrían haber sido marido y mujer, todos eran europeos y estadounidenses, y por el estado de sus zapatos y sus ropas parecían internos, como nosotros, de un campo de concentración. Pasé junto a un hombre de pelo rojizo vestido con unos pantalones cortos marrones, que tenía un disparo en el pecho y, una mujer con un vestido estampado a la que habían disparado en la mandíbula, pero a primera vista ninguno de los demás cuerpos mostraba signos de violencia.

A unos seis metros delante de mí, uno de los soldados japoneses que había junto a los camiones movió su fusil. A mis espaldas, mis compañeros retrocedieron de forma involuntaria. El propietario del taller chocó conmigo y me cogió, durante un instante, del hombro. Oí el ruido de un avión estadounidense sobre nuestras cabezas, con el sonido del motor aumentado por el tazón de hormigón del estadio. Parecía algo demencial que fuesen a fusilarnos allí diez días después del final de la guerra, a plena vista de nuestros salvadores, pero yo ya estaba convencido de que no moriríamos. Con todo, tenía otra vez el mismo presentimiento de muerte que inexplicablemente

había tenido antes de nuestro arresto.

Uno de los oficiales japoneses, vestido con su uniforme íntegro y cubierto por un corto capote impermeable, pronunció un breve discurso. Advertí que el oficial estaba de pie detrás de una pequeña mesa plegable sobre la cual descansaban dos cestas de mimbre que contenían botellas de sake y paquetes de arroz hervido envuelto en hojas. Por algún extravagante motivo, supuse que estaba a punto de darme un premio.

El euroasiático de la camisa blanca se acercó hasta donde yo estaba. Su rostro exhibía la misma pasividad que la caras de los japoneses. Sin duda, él comprendía que en cuanto llegaran las fuerzas del Kuomintang, su propia vida habría llegado a su fin, tal como las de esas cincuenta personas que yacían sobre la hierba del estadio.

—¿Está bien? —me preguntó. Tras una pausa, asintió con un movimiento de cabeza dirigido al oficial japonés. Después, casi como si pensara en voz alta, añadió —: ¿Sabe conducir un camión?

—Sí... —La presencia de los japoneses armados tornaba absurda cualquier otra respuesta. En realidad, yo no había conducido un vehículo desde el estallido de la guerra, y antes de eso solo lo había hecho con el Plymouth de mi padre.

—Claro que sabemos. —El propietario del taller se había adelantado para unirse al grupo. Miró hacia atrás, a nuestros compañeros, quienes ahora estaban separados de nosotros por el tramo ocupado por los cadáveres—. Ambos sabemos conducir, y yo soy un mecánico experimentado. ¿Quién es toda esta gente? ¿Qué les ha sucedido?

—Necesitamos dos conductores —dijo el intérprete—. ¿Sabe dónde está el cementerio protestante de Suzhóu?

—No, pero podemos encontrarlo.

—Bien. Está a menos de cien kilómetros de aquí. Cuatro horas. Después podrán irse. Lleven a esta gente al cementerio protestante.

—Vale. —El dueño del taller me había cogido del hombro nuevamente, esta vez para impedir que yo cambiara de opinión, aunque yo no tenía la menor intención de hacerlo—. Pero ¿quiénes son?

El intérprete parecía haber perdido el interés en nosotros. Los soldados japoneses ya estaban bajando las puertas traseras de los camiones.

—Diversas cosas —dijo, dándose golpecitos sobre su camisa blanca—. Algunas enfermedades, los aviones estadounidenses...

Una hora más tarde habíamos cargado los cincuenta cadáveres en los dos camiones y, tras un recorrido de prueba por el estadio, habíamos partido en dirección a Suzhóu.

Analizando en retrospectiva esas primeras horas de libertad, mientras cruzábamos juntos el paisaje vacío, veinticinco kilómetros al sudeste de Shanghái, me sorprende hasta qué extremo habíamos olvidado ya a los pasajeros cuyo destino había posibilitado nuestra libertad. Desde luego, ni Hodson, el propietario del taller, ni yo

teníamos la menor intención de viajar a Suzhóu. Según lo que yo podía imaginar a partir de su actitud mientras los seis cargábamos el último cadáver en su camión, su única ambición era girar a la derecha en el primer camino que condujera a Shanghái, y abandonar el camión y su contenido en una calle lateral o, tal vez, en un súbito ataque de humanidad, delante de la embajada suiza. En realidad, mi principal temor era que Hodson me abandonara, con el riesgo de ser capturado por una patrulla japonesa, antes de que yo consiguiera dominar la pesada dirección del camión y su caja de velocidades.

Por suerte, estábamos todos tan agotados por el esfuerzo de cargar los cuerpos que los japoneses no habían advertido mis vacilantes intentos de poner en marcha y controlar el camión, y al cabo de media hora ya era capaz de mantenerme de forma estable cincuenta metros detrás de Hodson. Ambos vehículos estaban tapizados de adhesivos militares pegados a los parabrisas y los parachoques, lo que supuestamente garantizaba nuestro paso a través de las unidades japonesas que pudiéramos encontrar en el camino. Dos veces pasamos junto a pelotones de soldados sentados con sus mochilas y fusiles sobre las vías del ferrocarril, a la espera de un tren que no iba a llegar. Quitando eso, el terreno estaba desierto, sin un solo chino a la vista. A pesar de todo, Hodson siguió discretamente la ruta hacia Suzhóu marcada en el mapa carretero que nos había dado el intérprete euroasiático.

En cuanto a mí, estaba contento por haber rodeado Shanghái, pues no deseaba conducir el camión, con su cargamento de cadáveres, por el centro de la ciudad de camino al campo de concentración donde estaban mis padres. Cuando nos hubiéramos alejado de los suburbios occidentales de la ciudad, giraría hacia el norte, dejando la carretera a Suzhóu, entregaría el vehículo al primer puesto de mando aliado —nuestra libertad recién recuperada me había convencido de que la guerra terminaría por fin esa tarde— y completaría a pie el corto trayecto hasta el campo donde estaban mis padres.

La expectativa de verlos al cabo de unas pocas horas, después de todos esos años, hacía que la cabeza me diera vueltas. Durante esos tres días en los barracones de los gendarmes casi no nos habían dado nada para comer, y ahora iba picando el arroz hervido de la cesta de mimbre que estaba en el asiento del copiloto. Ni siquiera la visión de los cadáveres cuyos pies y rostros se sacudían bajo el toldo del camión de Hodson consiguió disminuir mi apetito. Cuando subí los cadáveres al camión, advertí de inmediato lo bien alimentados que estaban en su mayoría, mucho mejor que cualquiera de nuestro campo de concentración. Era de suponer que habían estado cautivos en algún centro especial y que habían tenido la mala fortuna de cruzarse con los ataques estadounidenses.

A la vez, salvo pocas excepciones, la ausencia de heridas o signos de violencia sugería una o dos alternativas inquietantes: una plaga, tal vez una repentina epidemia. Mientras conducía el camión con una mano y comía el arroz con la otra, retiré el pie del pesado acelerador, ampliando ligeramente el intervalo entre Hodson y yo. Pero



pese a todo ello, los cadáveres no me preocupaban. Había muerto demasiada gente dentro y alrededor de nuestro campo de concentración. El asunto de cargar los cuerpos en los camiones había introducido cierta distancia mental entre ellos y yo. Manipular todos esos cuerpos, tirar de los brazos y piernas que se iban quedando rígidos, y empujar sus nalgas y hombros por encima de las puertas traseras había sido como una larga lucha cuerpo a cuerpo con un grupo de extraños, una suerte de intimidad obligada que me absolvía de todo futuro contacto u obligación.

Una hora después de haber dejado el estadio, cuando ya habíamos recorrido unos quince kilómetros, Hodson comenzó a reducir la marcha mientras su camión daba tumbos por la superficie de la carretera a una velocidad apenas mayor que a paso de hombre. A eso de un kilómetro del río habíamos encontrado un terreno inundado con agua estancada y marrón. Canales no previstos y arrozales anegados se extendían hacia todas partes, y el camino se había transformado en poco más que una serie de calzadas estrechas. Los campesinos desaparecidos habían construido sus túmulos en los arceles del camino, y los extremos de los ataúdes baratos asomaban como cajones en la tierra lavada por la lluvia, taquillas saqueadas por la guerra. Del otro lado de los arrozales, vi una cantidad de cargueros que se habían soltado de sus amarras y bloqueaban el río, con sus chimeneas y cabinas de mando altas sobre la creciente. Pasamos por otra aldea abandonada y, después, junto al gran cascarón de un avión de reconocimiento derribado por los estadounidenses.

Tres metros delante de mí, el camión de Hodson avanzaba dando tumbos por la calzada y los cadáveres movían la cabeza hacia arriba y hacia abajo con vigor, como durmientes que asintieran en algún sueño compartido. Entonces Hodson se detuvo y saltó de su cabina.

Extendió un mapa sobre el capó de mi camión, luego señaló el ancho canal que habíamos seguido los últimos diez minutos.

—Debemos cruzarlo antes de llegar a la carretera principal. En algún lugar, más adelante, hay una esclusa con un puente. Parece muy pequeña como para que la hayan bombardeado.

Comenzó a arrancar con sus fuertes manos los adhesivos pegados en los parachoques y los parabrisas de mi camión. Aunque demacrado y desnutrido, tenía un aspecto fuerte y agresivo. Era evidente que la experiencia de volver a conducir un vehículo le había devuelto la confianza en sí mismo. Advertí que había bebido generosamente de su botella de sake.

Se inclinó debajo de la puerta trasera de su camión y tentó la rueda interna izquierda. Yo ya había notado que el vehículo se balanceaba cuando llegamos al canal.

—Se está deshinchando; y tampoco tenemos el condenado auxilio. —Se puso de pie y miró la caja del camión, y con un único movimiento echó hacia atrás el toldo, como un oficial de la aduana que inspecciona un cargamento sospechoso. Asintiendo para sí, contemplaba los cuerpos apilados unos sobre otros.

—Vale, descansaremos aquí y acabaremos la comida, y después buscaremos ese puente. Primero, hagamos las cosas más fáciles para nosotros.

Antes de que yo pudiera decir nada, se había estirado dentro de la caja del camión y había aferrado uno de los cuerpos por los hombros. Lo arrancó de la masa de cadáveres y lo arrojó de cabeza al canal. Era el cuerpo de un hombre pecoso de poco más de treinta años, que salió a la superficie a los pocos segundos y derivó alejándose lentamente por el agua parda, entre los juncos.

—Vale. Ahora le toca a la monja. —Mientras la arrastraba, gritó por encima del hombro—. Tú continúa con los tuyos. Deja unos pocos, por si acaso.

Al cabo de diez minutos, sentados con nuestras botellas de sake en la orilla del canal, unos veinte cuerpos se deslizaban lentamente por el agua, y se alejaban de nosotros en el flujo indolente. El hecho de arrojarlos me había dejado casi exhausto, pero los primeros sorbos de sake corrían por mis venas, con un efecto casi tan embriagador como el del arroz hervido que había comido. La forma brusca con la que nos habíamos deshecho de nuestros pasajeros ya no me alteraba, aunque, curiosamente, mientras arrastraba los cuerpos por la puerta trasera del camión me descubrí haciendo una especie de selección. Había conservado a los tres niños y a la mujer madura que podría haber sido su madre, y había arrojado al agua a la pareja china y a la anciana con la herida en la mandíbula. Sin embargo, eso no significaba nada. Lo que importaba era que yo me reuniría con mis padres. Para mí era obvio que los japoneses no iban en serio cuando nos mandaron transportar los cadáveres al cementerio protestante de Suzhóu: las dos monjas revelaban que no se trataba más que de un ardid que los aliviaba de parte de la vergüenza antes de que los estadounidenses aterrizaran en el aeródromo.

Hodson dormía junto al camión. Su botella de sake había seguido a los cadáveres al canal. Después de arrojarle algunas piedras, pasé la hora siguiente mirando las estelas de vapor de las aeronaves estadounidenses y pensando con creciente optimismo en el futuro y en volver a ver a mis padres y a mi hermana más tarde ese mismo día. Nos mudaríamos a nuestra casa en la concesión francesa. Mi padre volvería a abrir su negocio de correduría y, sin duda, me instruiría como su ayudante. Tras años de guerra y privaciones, Shanghái sería otra vez una ciudad pujante... y todo volvería a la normalidad.

Fue esta agradable ensoñación lo que me sostuvo cuando Hodson despertó, trepó a su cabina y partimos en nuestros camiones, que ahora iban más ligeros. Estaba comenzando a sentir hambre otra vez y me arrepentí de haberme comido todo el arroz, especialmente porque Hodson había arrojado el suyo al canal. Pero entonces oí que él me gritó algo. Señalaba el puente, unos cien metros delante de nosotros.

Cuando llegamos, descubrimos que no éramos los únicos que queríamos cruzar.

Aparcado en las cercanías del puente, con su ametralladora ligera sin custodia, había un coche patrulla japonés camuflado. Cuando nos detuvimos, los tres hombres del todoterreno habían subido al puente e intentaban cerrar las puertas que nos

permitirían pasar al otro lado. Al vernos, el sargento a cargo se acercó hasta nosotros e inspeccionó los escasos adhesivos que Hodson no había arrancado de nuestros camiones. Bajamos de las cabinas mientras esperábamos que el sargento examinara nuestro cargamento sin hacer comentarios. Le dirigió a Hodson unas cuantas palabras en japonés y nos hizo señas para que subiéramos al puente.

Miramos hacia abajo y vimos de inmediato qué era lo que había bloqueado el puente e impedía que las puertas de la esclusa se cerraran. Amontonados en la abertura, había más de una docena de los cadáveres que Hodson y yo habíamos arrojado al canal una hora antes. Estaban todos juntos, formando un colchón, brazos y piernas entrelazados; algunos boca abajo, otros con los ojos fijos en el cielo. Conmocionado, me di cuenta de que los reconocía a todos ellos. Ese presentimiento de muerte —aunque no la mía ni la de esas criaturas sumergidas— que había tenido tan menudo en los últimos días regresó, y me volví a mirar a Hodson y a los tres japoneses como si esperara que ellos satisficieran de inmediato esa necesidad inconsciente.

—¿Y? ¿Qué quieren?

Hodson mantuvo una agria discusión con el sargento japonés quien, por alguna razón, me estaba gritando con una voz súbitamente aguda. Puede que se diera cuenta de que yo cumpliría sus instrucciones por mis propios motivos. Miré su rostro y sus hombros angulosos, sus muñecas eran poco más que palos; comprendía que él estaba tan hambriento como yo.

—Creo que quiere que los saquemos —le dije a Hodson—. Si no lo hacemos, no podremos cruzar. Saben que nosotros los arrojamos al agua.

—¡Santo Dios...! —Exasperado, Hodson pasó delante del japonés y bajó del puente hasta la orilla del canal. Con el agua en la cintura, en medio de los cadáveres, empezó a separarlos con sus fuertes brazos—. ¿No nos van a ayudar? —gritó ofendido al ver que los japoneses no se movían.

Huelga decir que nos obligaron a Hodson y a mí a sacar los cadáveres sin ayuda alguna. Quedaron sobre la orilla como un grupo de bañistas agotados. Parecían renovados, de un modo extraño, por su viaje por el canal. El agua había lavado la sangre de la herida en la mandíbula de la mujer mayor y por primera vez distinguí su personalidad separadamente de la herida. El sol iluminaba la hilera de rostros húmedos, encendiendo las manos y los tobillos expuestos.

—Ahora podremos cruzar. —Mirando sus pantalones empapados mientras los japoneses cerraban las esclusas, Hodson me dijo—: Sigámosles la corriente. Los dejaremos aquí.

Yo contemplaba el rostro de la mujer mayor y me la imaginaba hablándome, tal vez acerca de su niñez en Inglaterra o de sus largos años que había pasado como misionera en Tientsin. Junto a ella, las ropas limpias de la joven monja tenían una negrura casi espectral, que le daba a sus blancas manos y cara un resplandor extraordinario. Estaba a punto de unirme a Hodson cuando advertí que los japoneses

también estaban mirando los cuerpos. Todo lo que yo podía ver era su hambre intensa, como si estuvieran ansiosos por ser mis pasajeros.

—Creo que debemos ponerlos otra vez en los camiones —le dije a Hodson. Por fortuna, antes de que Hodson pudiera protestar, el sargento se había acercado hasta donde estábamos y nos hacía señas con la pistola para que nos pusiéramos manos a la obra.

Hodson me ayudó a cargar los primeros diez cuerpos en la caja de mi camión. Después, incapaz de contener su ira más tiempo, cogió la botella de sake de la cabina, pasó por delante de los japoneses y se subió a su camión. Mientras me gritaba algo, avanzó sobre el puente y condujo hasta la orilla opuesta del canal.

Continué cargando mi vehículo durante la siguiente media hora, deteniéndome a descansar unos breves minutos después de haber estibado cuidadosamente cada uno de los cuerpos. El esfuerzo de arrastrarlos desde la orilla y alzarlos para colocarlos en el camión me había agotado; permanecí aturdido diez minutos detrás del volante. Cuando puse en marcha el motor y avancé subiendo el puente con mi pesado cargamento, los japoneses me miraron sin hacer ningún comentario.

Afortunadamente, mi enfado con Hodson pronto me reanimó. Aferré la rueda del volante firmemente con las dos manos, con la frente tocando el parabrisas, mientras el sobrecargado vehículo avanzaba pesadamente por el dispar camino del canal. El hecho de que hubiera cogido mi sake no me importaba, pero dejarme con más cadáveres de los que me correspondían, sin mapa en ese laberinto inundado... Después de recorrer un kilómetro tras dejar a los japoneses, sentí la tentación de detenerme y arrojar una docena de los cuerpos —tenía en mi mente la perfecta imagen de cuáles eran de Hodson y no míos— otra vez al agua. Solo dejaría a bordo a la monja y a la mujer mayor. Pero sabía que si me detenía perdería toda esperanza de alcanzar a Hodson.

Delante de mí, sobre los campos de caña de azúcar sin cosechar, podía ver los postes y el cable flojo del telégrafo que indicaban una de las carreteras principales a Shanghái. Aceleré, mientras el vehículo daba bandazos de un lado a otro por la senda de tierra. Detrás, los cuerpos cambiaban de posición como si estuvieran en una línea de *scrimmage* y sus cabezas golpeaban contra los costados del camión. Acababa de pasar el mediodía y un hedor potente, aunque no del todo desagradable, había inundado la cabina. A pesar de su obvio origen, parecía ser refractado y amplificado en cierto modo por los olores de mi propio cuerpo, casi como si mi hambre y mi agotamiento actuaran como un catalizador del proceso de putrefacción. Una nube de moscas había descendido sobre el camión y cubría la superficie exterior de la ventana trasera, detrás de mi cabeza, de forma que yo no podía ver si los japoneses me seguían en su coche patrulla o no. Aún podía ver la profunda sensación de pérdida en sus ojos mientras me veían marcharme y casi me arrepentí de no haberlos llevado conmigo. Lejos de ser yo su prisionero, eran ellos los que, en cierta forma,

pertenecían a los cuerpos que yo llevaba detrás.

Antes de llegar a la carretera principal de Shanghái, el radiador había hervido y yo había perdido toda una hora esperando a que se enfriara. Para aligerar el esfuerzo del motor, decidí deshacerme de los cadáveres de Hodson. Ahora ya no había ninguna posibilidad de alcanzarlo y casi con certeza él ya estaba atravesando a toda velocidad los suburbios de Shanghái para echarle un vistazo a su taller. De algún modo, yo encontraría mi propio camino hasta el campo de concentración de mis padres.

Subí a la parte trasera del camión y trepé sobre los cadáveres, que estaban todos juntos y amontonados. Mirando las caras que amarilleaban entre mis pies me di cuenta de que los reconocía a casi todos: las monjas y la pareja china, la mujer mayor y los tres niños, un joven delgado de mi edad con la mano izquierda amputada, una mujer embarazada de veintitantos años que se parecía vagamente a mi hermana. Estos pertenecían a mi rebaño, en tanto que los intrusos de Hodson eran tan diferentes como los miembros de un clan rival. Su cabecilla era, de forma evidente, un hombre mayor, pequeño y con el torso desnudo como un mono gris, cuyos ojos fríos habían parecido seguirme todo el día mientras lo subía y lo bajaba de los camiones.

Me incliné para aferrarlo por los hombros, pero por algún motivo mis manos eran incapaces de tocarlo. Una vez más, tuve el presentimiento de muerte que había tenido tantas veces; me rodeaba por todas partes: en el canal junto al camino, en los campos de caña de azúcar y en los distantes cables del telégrafo, aun en el zumbido de un avión estadounidense que cruzaba el cielo sobre mi cabeza. Solo yo y los pasajeros de ese camión éramos inmunes.

Intenté escoger otro cadáver, pero mis manos volvieron a helarse y tuve otra vez el mismo presentimiento, un muro que nos envolvía como la alambrada de nuestro campo de concentración. Miré las moscas pulular por mis manos y sobre los rostros de los cuerpos que había entre mis pies, aliviado porque ahora ya nunca me vería obligado a distinguir entre nosotros. Arrojé el toldo al canal para que el aire pudiera jugar sobre sus rostros mientras avanzábamos. Cuando el motor del camión se hubo enfriado, rellené el radiador con agua del canal y partí hacia el oeste.

No me sorprendió encontrar el camión de Hodson una hora después, y pude completar la totalidad de mis pasajeros.

Nunca descubrí adónde había ido Hodson. A ocho kilómetros por el camino a Shanghái, después de otros dos retrasos para hacer descansar el motor, encontré el camión abandonado junto a una barricada japonesa. En la bruma de la tarde, la superficie de la carretera parecía estar moteada de oro: nodos de luz brillante reflejados por cientos de casquillos gastados. Aquí los japoneses habían combatido vigorosamente, tal vez contra una patrulla invasora de tropas del Kuomintang. En la trinchera antitanques excavada a lo ancho del camino, había chalecos de combate y cajas de munición vacías. Imagino que al no poder cruzar este obstáculo, Hodson se

había largado a pie.

Me detuve junto a su camión abandonado, escuchando el penetrante golpetear de mi motor en el aire desierto. Cien metros detrás de mí, un callejón estrecho se abría paso a través de un campo de caña de azúcar hacia el oeste; con suerte, me llevaría un poco más lejos en mi rodeo de Shanghái.

Primero, sin embargo, tuve que hacerme cargo de los pasajeros adicionales. En aquel momento, mientras transportaba la docena de cadáveres desde el camión de Hodson al mío, se me ocurrió más de una vez abandonar toda la empresa y largarme yo mismo a pie, tras Hodson. Pero cuando salimos del camino y avanzamos por el callejón, entre los campos de caña de azúcar, sentí una curiosa especie de consuelo en el hecho de que estuviéramos todos juntos, casi una sensación de seguridad por la presencia de mi «familia». A la vez, el impulso de deshacerme de ellos seguía conmigo y, si se hubiera presentado la oportunidad —un vehículo del Kuomintang, quizá, que me llevara— los habría abandonado inmediatamente. Pero en aquel paisaje vacío, por lo menos me proporcionaban un elemento de seguridad, especialmente si me encontraba con una patrulla japonesa hostil. Además, por primera vez había comenzado a sentir cierta lealtad hacia ellos, y tenía el sentimiento de que ellos, los muertos, tenían más vida que los vivos que me habían abandonado.

El sol de la tarde había empezado a ponerse. Me desperté en la cabina del camión y descubrí que me había quedado dormido junto a un gran canal, cuya superficie marrón se había tornado casi carmín bajo la luz menguante. Ante mí estaban los aledaños de una aldea vacía; sus casas de una planta ocultas por las oscuras frondas de las cañas de azúcar silvestres. Había estado perdido en un mundo dorado toda la tarde, siguiendo el sol mientras se movía, alejándose de mí por los campos de arroz anegados y las aldeas silenciosas. Estaba seguro de haber recorrido unos treinta kilómetros: los edificios de apartamentos de la concesión francesa ya no se veían en el horizonte.

Mi último intento de liberarme de los cadáveres tuvo lugar esa noche. Al atardecer, bajé de la cabina del camión y caminé a través de las cañas de azúcar, cortando tallos y chupando la médula dulce. Desde la caja del camión, los cadáveres me miraban como un coro hostil; sus cabezas, inclinadas unas sobre otras, se confiaban taimadamente secretos entre sí. Yo también, al principio, y pese a estar raquítrico sentí desagrado por ese alimento que fluía por mi cuerpo. Al reanimarme, sin embargo, inclinado sobre la parrilla del radiador, tuve la súbita tentación de liberar el freno de mano y dejar que el vehículo se hundiera en aquel canal teñido de sangre. Como resultado de haberme comprometido con este grupo de lunáticos pasajeros y a transportarlos desde el estadio de fútbol hasta un destino que ellos nunca habían aprobado, había perdido la oportunidad de ver a mis padres ese mismo día.

Bajo la protección de la oscuridad —ya que no me habría atrevido a perpetrar ese

acto bajo la luz del día—, volví al camión y empecé a sacar los cuerpos, uno a uno, arrojándolos al camino. El aire a mi alrededor estaba infestado de moscas, como si quisieran advertirme sobre la locura que estaba cometiendo. Agotado, arrastré los cuerpos cual sacos mojados, evitando descortésmente los rostros de las monjas, los niños, el joven amputado y la mujer mayor.

Entonces, cuando casi había destruido todo lo que, dadas las circunstancias, había podido conseguir, fui salvado por la llegada de un grupo de renegados. Marineros mercantes estadounidenses armados. Hombres del Kuomintang y traidores colaboracionistas de los japoneses. Llegaron en sampanes y ocuparon rápidamente la aldea. Demasiado cansado para huir, me agazapé detrás del camión y observé a esos hombres, armados hasta los dientes, avanzar hacia mí. Aunque sabía que me matarían, por algún motivo no tenía en absoluto aquel presentimiento de muerte.

En el último momento, cuando estaban a solo cinco o seis metros de distancia, me tumbé entre el círculo de cadáveres, en la oscuridad, ocupando un lugar entre la monja joven y la mujer mayor. El feroz vuelo de miles de moscas se detuvo y pude oír los pesados pasos de los renegados y el ruido proveniente de sus armas. Tendido ahí en la oscuridad, en el círculo de los muertos, vi cómo se detenían y se asomaban al interior del camión, apuntando sus armas delante de sus bocas. Sin poder aproximarse a nosotros, esperaron unos minutos y regresaron a la aldea. Toda la noche, mientras merodeaban de casa en casa echando abajo las puertas a patadas y destruyendo los muebles, yací en el círculo de cadáveres. Hacia el alba, vinieron dos soldados del Kuomintang y comenzaron a revisar los bolsillos de los muertos. Con la mirada clavada en el cielo, los oí jadear junto a mí y sentí sus manos en mis muslos y mis nalgas. Tras el amanecer, cuando se marcharon en sus sampanes de motor, las moscas regresaron. Me levanté y miré el sol que se elevaba sobre la oscura selva de caña de azúcar. A la espera de que la luz del disco me tocara, insté a mis compañeros a que se incorporaran.

Desde ese momento y durante los confusos días de mi viaje hacia el campo de concentración de mis padres, me identifiqué plenamente con mis compañeros. Ya no intenté huir de ellos. Mientras avanzábamos juntos por aquel paisaje de la guerra y sus consecuencias, pasando junto a los infinitos canales y las aldeas desiertas, no sabía si la duración de esos sucesos era de unas pocas horas o de muchas semanas. Estaba casi seguro de que para entonces la guerra debía haber terminado, pero los campos continuaban vacíos, perturbados únicamente por el ruido de los aviones estadounidenses en lo alto.

Durante gran parte del tiempo seguí el rumbo oeste del río, cuya presencia distante era mi única brújula. Conduje con cuidado por los ruinosos caminos que separaban los arrozales, cuidando ansioso de no alterar a mis pasajeros que yacían, todos juntos, a mis espaldas. Ellos me habían salvado de los renegados. Sabía que, en cierto modo, yo era su representante, el instrumento de un nuevo orden que yo, por su

mandato, debía llevar al mundo. Supe que ahora debía enseñar a los vivos que mis compañeros no eran solo muertos, sino los últimos de los muertos, y que pronto todo el planeta participaría de la nueva vida que ellos nos habían conseguido.

Un pequeño ejemplo de este entendimiento es que yo ya no sentía deseo de alimentarme. Miraba los extensos campos de caña de azúcar, fuera de la cabina del camión, y sabía que esa cosecha ya no sería necesaria y que la tierra podría ser dedicada a las necesidades de mis compañeros.

Una tarde, después de que una breve tormenta eléctrica hubo alejado los aviones estadounidenses, llegué a la orilla del río. En algún momento, ahí se había librado una batalla entre los muelles y los embarcaderos de una pequeña base aeronaval japonesa. En la aldea situada detrás de la base, había depresiones repletas de fusiles y una pagoda que albergaba un cañón antiaéreo intacto. Todos los aldeanos habían huido pero para mi asombro, descubrí que no estaba solo.

Sentados el uno junto al otro en un *rickshaw* que habían abandonado en la plaza central de la aldea, había un anciano chino y una niña de aproximadamente diez años, de quien supuse sería su nieta. A primera vista parecían haber alquilado el *rickshaw* unas pocas horas antes, y haber ido hasta ahí para ver aquel pequeño campo de batalla que ahora yo también estaba visitando. Detuve mi camión, bajé de la cabina y avancé hacia ellos, mirando alrededor para ver si su culí estaba cerca.

Cuando me acerqué, la niña bajó del *rickshaw* y permaneció pasiva junto a este. Ahora podía ver que, lejos de ser un espectador, su abuelo había sido gravemente herido durante la batalla. Un gran trozo de metralla había atravesado uno de los costados del *rickshaw* y se había clavado en su cadera.

Me dirigí a él en chino:

—Voy de camino a la carretera de Suzhóu. Si lo desea, usted y su nieta pueden viajar con mis compañeros.

No respondió, pero por sus ojos supe que, a pesar de sus heridas, me había reconocido de inmediato y que había comprendido que yo era el mensajero de todo lo que tenía ante él. Por primera vez me di cuenta del motivo por el que había visto tan pocos chinos durante los últimos días. No se habían marchado para siempre, sino que estaban esperando mi regreso. Solo yo podía repoblar su tierra.

La niña y yo caminamos juntos hasta la rampa de hormigón de la base aeronaval. En el agua profunda, bajo el embarcadero, estaban los cientos de formas oscuras de los automóviles confiscados a los nacionales de los países aliados de Shanghái y arrojados ahí por los japoneses. Descansaban sobre el lecho del río, seis metros bajo la superficie, elementos de un mundo pasado que jamás podría reconstituirse ahora que mis compañeros y yo, esta niña y su abuelo, habíamos tomado posesión de la tierra.

Dos días después llegamos, por fin, a los alrededores del campo de concentración de mis padres. Durante el trayecto, la niña había ido sentada a mi lado, en la cabina del



camión, mientras su abuelo viajaba cómodamente con mis compañeros. Aunque desde el principio se quejaba de tener hambre, yo le enseñé con paciencia que la comida ya no nos era necesaria. Por fortuna, conseguí distraerla señalando las marcas de los diferentes aviones estadounidenses que cruzaban el cielo.

Cuando llegamos a la carretera de Suzhóu, el paisaje cambió. Cerca del Yangtsé, habíamos entrado en una zona de viejos campos de batalla. Por todas partes, los chinos habían surgido de sus escondites y esperaban mi llegada. Yacían en los campos que rodeaban sus casas, agitando las piernas en el agua que se filtraba de los arrozales. Observaban desde las orillas de las trincheras antitanques, desde sus túmulos y desde las puertas de sus casas en ruinas.

Junto a mí, la niña dormía estremeciéndose en el asiento. Sin temor a avergonzarla, detuve el camión y me quité los andrajos que vestía, dejando solo el tosco vendaje que me cubría la pequeña herida del brazo. Desnudo, me arrodillé delante del camión y alcé los brazos a mi congregación de los campos circundantes, como un rey que asume su trono en el momento de su coronación. Aunque aún era virgen, exhibí mi miembro a los chinos, que me observaban mientras yacían en silencio en los campos. Con ese miembro, fecundaría a los muertos.

Cada cincuenta metros, a medida que me acercaba a la distante torre del agua del campo de concentración de mis padres, detenía el camión y me arrodillaba desnudo ante su radiador hirviente. No había señales de movimiento en el recinto del campo de concentración, y ahora estaba seguro de lo que ahí encontraría.

La niña iba inmóvil en mis brazos. Mientras me ponía de rodillas con ella en el medio del camino, preguntándome si ya había llegado el momento de que se uniera a mis compañeros, advertí que aún movía los labios. Sin pensarlo, dejándome llevar por lo que entonces pareció un impulso sin sentido, arranqué un pequeño jirón de carne de la herida de mi brazo y se la coloqué entre los labios.

Alimentándola de esta forma, avancé hacia el campo de concentración que estaba a pocos cientos de metros. La niña se estremecía en mis brazos. Miré hacia abajo y vi que sus ojos se habían abierto parcialmente. Aunque no podía verme, parecía percatarse del movimiento de mis pasos.

Desde las puertas del campo, sobre los tejados de los edificios dormitorios y las calzadas de los campos de arroz situados al otro lado del alambre, había personas moviéndose. Sus figuras venían hacia mí, y avanzaban entre las atrofiadas cañas de azúcar que les llegaban a la cintura. Atónito, apreté a la niña contra mi pecho, sintiendo cómo mordisqueaba mi carne. De pie, desnudos, a unos cien metros del camión, conté una docena, una veintena, y luego cincuenta internos, con algunos niños detrás de ellos.

Por último, a través de esa niña y de mi cuerpo, los muertos estaban volviendo a la vida; se levantaban en sus campos y en las entradas de sus casas y venían a recibirme. Vi a mi madre y a mi padre a las puertas del campo de concentración, y comprendí que les había dado mi muerte y que así los había traído a este mundo. Sin

daño, habían pasado a la mancomunidad de los vivos y de los otros vivos después de los muertos.

    Supe que ahora la guerra había acabado.

1977

## EL ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR. A partir de las abundantes pruebas internas, parece evidente que el texto abajo impreso es el índice de la autobiografía no publicada y tal vez censurada de un hombre quien bien puede haber sido una de las figuras más notables del siglo xx. Con todo, nada se sabe públicamente de su existencia, pese a que su vida y obra parecen haber tenido una profunda influencia en los acontecimientos de los últimos cincuenta años. Médico y filósofo, hombre de acción y mecenas de las artes, pretendiente alguna vez del trono inglés y fundador de una nueva religión, Henry Rhodes Hamilton fue un hombre obviamente cercano a los más grandes hombres y mujeres de nuestra época. Después de la Segunda Guerra Mundial, fundó un nuevo movimiento de renovación espiritual, pero tanto el escándalo público como la preocupación privada suscitada por su creciente megalomanía, que culminó con su autoproclamación como nueva divinidad, parecen haber conducido a su ruina. Encarcelado en una institución gubernamental no especificada, se presume que pasó sus últimos años escribiendo su autobiografía, de la cual este índice es el único fragmento superviviente.

Un importante misterio perdura. ¿Es imaginable que todo rastro de su actividad pudiera haber sido borrado de nuestros registros de la época? ¿La autobiografía censurada es un *roman à clef* <sup>[20]</sup> disfrazado, en el cual el héroe de ficción revela las identidades secretas de sus contemporáneos históricos? ¿Y cuál es el auténtico papel del propio autor del índice, de quien surgió la propuesta de embarcarse en esta autobiografía? Esta figura ambigua y borrosa ha dado el paso inusual de indexarse a sí misma. Tal vez toda la compilación no sea más que el producto de la imaginación alterada de un lexicógrafo desquiciado. Por otra parte, el índice puede ser totalmente genuino y constituir el único atisbo que nos queda de un mundo que nos ha ocultado una gigantesca conspiración, de la cual Henry Rhodes Hamilton es la principal víctima.

### A

- Acapulco, 143
- Acton, Harold, 142-127, 213
- Adriano IV, papa, 28, 57, 84, 119, 345-376, 411, 598
- Alcázar de Toledo, asedio, 221-225
- Alimenticia, pensión, H. R. H. paga, 172, 247, 367, 453
- Anaxágoras, 35, 67, 69-78, 481
- Antibes, cabo de, 218
- Apollinaire, 98
- Arden, Elizabeth, 189, 194, 376-384

*Autobiografía de Alice B. Toklas (Stein), La*, 112

Aviñón, lugar de nacimiento de H. R. H., 9-13; vacaciones de la niñez, 27; investigación en el Instituto Pasteur de Oftalmología, 101; intentos de restaurar Antipapado, 420-435

## **B**

Bal-Musette, París, 98

Balliol College, Oxford, 69-75, 231

Beach, Sylvia, 94-97

Beauvoir, Simone de, 176

Berenson, Bernard, conversaciones con H. R. H., 134; ofrecimiento de adopción, 145; préstamo de grabado de Durero, 146; demanda judicial contra H. R. H., 173-185

Bergman, Ingrid, 197, 234, 267

Biarritz, 123

Blixen, Karen von (Isak Dinesen), cartas a H. R. H., rechaza proposición de matrimonio, 197

Byron, lord, 28, 76, 98, 543

## **C**

Camboya, H. R. H. planea viaje a, 188; estrella avión, 196; escribe sobre, 235; encuentros con Malraux, 239; captura por insurgentes, 253; huida, 261; escribe otro libro sobre, 283

Charing Cross, hospital de, Facultad de Medicina, 78, 93

Charterhouse, H. R. H. ingresa, 31; distinción académica, 38; crisis sexual, 43; delegado escolar, 44

Chiang Kai-shek, H. R. H. entrevista a, 153; H. R. H. y el embargo de armas estadounidense, 162; H. R. H. pilota hasta Chungking, 176; implanta las propuestas de reforma agraria de H. R. H., 178; emplea a H. R. H. como intermediario con Zhou Enlai, 192

Churchill, Winston, conversaciones con H. R. H., 221; en Chequers con H. R. H., 235; H. R. H. realiza punción lumbar a, 247; en Yalta con H. R. H., 298; discurso del «telón de acero», Fulton, Misuri, propuesto por H. R. H., 312; ataca a H. R. H. en debate en la Cámara de los Comunes, 367

Cocteau, Jean, 187

Corán, 118

Cunard, Nancy 204

## **D**

Dalái lama, otorga audiencia a H. R. H., 321; apoya iniciativas de H. R. H. referentes a Mao Zedong, 325; rehúsa recibir a H. R. H., 381

Darwin, Charles, influencia en H. R. H., 103; H. R. H. repudia a, 478

Dealey Plaza (Dallas, Texas), rumores de presencia de H. R. H., 435

Día D, H. R. H. desembarca en Juno Beach, 223; condecorado, 242

Dietrich, Marlene, 234, 371, 435

## E

Eclesiastés, libro del, 87

Eckhart, Meister, 265

Edipo, complejo de, 42-49, 87, 451

Einstein, Albert, primera visita de H. R. H. a Princeton, 203; firma conjunta de petición de Roosevelt con H. R. H. y R. Niebuhr, 276; segunda y tercera visitas a Princeton, 284; confesión a H. R. H. en lecho de muerte, 292

Eisenhower, general Dwight D., 218, 227, 232

Eliot, T. S., conversaciones con H. R. H., 209; suprime dedicatoria a H. R. H. de *Cuatro cuartetos*, 213

Ellis, Havelock, 342

Everest, monte, 521

## F

Fairbanks, Douglas, 281

Faulkner, William, 375

Fermi, Enrico, enseña a H. R. H. primera reacción de fisión nuclear controlada, 299; H. R. H. le diagnostica cáncer terminal, 388; lee panegírico en funeral, 401

Fleming, *sir* Alexander, reconoce mérito de H. R. H., 211

Ford, Henry, 198

*Fortune* (revista), 349

Freud, Sigmund, recibe a H. R. H. en Londres, 198; realiza análisis de H. R. H., 205; comienza *El malestar de la cultura*, 230; admite su desesperación ante H. R. H., 279

## G

Gandhi, Mahatma, H. R. H. visita en prisión a, 251; discute el Bhagavad-gita con H. R. H.; deja que H. R. H. lave su *dhoti*, 254; condena a H. R. H., 256

Garbo, Greta, 381

Gaulle, Charles de, conversaciones con H. R. H., 319-347, 356-379, 401

Goldwyn, Samuel, 397

Gstaad, 359

Guardias Granaderos, 215-218

## H

Hamilton, Alexander, cónsul británico, Marsella, 1, 3, 7; interés por la topiaria, 2; matrimonio imprevisto, 3; depresión tras nacimiento de H. R. H., 6; sorpresiva convocatoria a Londres, 12; primera crisis nerviosa, 16; transferencia a Tsingtao, 43

Hamilton, Alice Rosalind (más tarde, *lady* Underwood), educación privada, 2; elegancia natural, 3; primer matrimonio anulado, 4; ingresa en la sociedad de Londres, 5; gana a Jorge V jugando al billar, 5, 7, 9, 23; segundo matrimonio

- con Alexander Hamilton, 3; desagrado por Marsella, 7; nacimiento prematuro de H. R. H., 8; divorcio, 47; tercer matrimonio con *sir* Richard Underwood, 48
- Hamilton, Henry Rhodes, enfermedad venérea, 77; fuerza de voluntad, 87; pasatiempos, desagrado por, 87; integridad, 89; generosidad, 99; tendencia a sufrir accidentes, 118; idiomas, dominio de, 176; desamparados, compasión por, 176; Oriente, amor por, 188; enfermedad, conmoción, 196; coraje físico, 201; hombre común, identificación con el, 211; coraje moral, 308; autoanálisis, 234-267; patriotismo, renuncia al, 276; supuesto parecido con Goethe, 322; hablar en público, aptitud para, 345; hipertensión, 346; telepatía, creencia en, 399; edad, sensibilidad con respecto a, 476; niñez, memorias de, 501; inflamación prostática, 522
- Hamilton, Indira, conoce a H. R. H. en Calcuta, 239; traduce en entrevistas a Gandhi, 253; apresada junto con H. R. H. por británicos, 276; contrae matrimonio con H. R. H., 287; sobre frustrada expedición al Everest, 299; divorcio de H. R. H., 301
- Hamilton, Marcelline (antes, Marcelline Renault), abandona a su esposo industrial, 177; acompaña a H. R. H. a Angkor, 189; contrae matrimonio con H. R. H., 191; entretiene a Ho Chi Min, 195; divorcio de H. R. H., 201
- Hamilton, Ursula (más tarde, esposa de Mickey Rooney), 302-307; divorcio de H. R. H., 308
- Hamilton, Zelda, rescatada de orfanato por H. R. H., 325; visita a cabo Kennedy con H. R. H., 327; declina entrenamiento como astronauta, 328; encabeza campaña Novia Virgen Internacional, 331; arrestada junto con H. R. H. por policía de Miami, 344; policía de Fráncfort, 359; divorcio de H. R. H., 371; gana concurso de *Miss Alabama*, 382; bailarina gogó, 511; solicitud orden *habeas corpus*, 728
- Harriman, Averell, 432
- Harry's Bar, Venecia, 256
- Hayworth, Rita, 311
- Hemingway, Ernest, primer safari en África con H. R. H., 234; con H. R. H. en la batalla del Ebro, 244; presenta a H. R. H. a James Joyce, 256; retrata a H. R. H. en *El viejo y el mar*, 453
- Hidrógeno, bomba de, H. R. H. hace llamamiento a una moratoria mundial en fabricación, 388
- Hiroshima, H. R. H. observa nube atómica, 258
- Hitler, Adolf, invita a H. R. H. a Berchtesgaden, 166; revela planes de invasión a Rusia, 172; impresiona a H. R. H., 179; decepciona a H. R. H., 181
- I**
- Impostores, H. R. H. preocupado por, 157, 198, 345, 439
- Inchon, Corea, H. R. H. observa desembarco con general MacArthur, 348

Interlaken, Bruno Walter presta villa a H. R. H., 401  
Internacional de Psicoanálisis, Congreso, H. R. H. organiza manifestación antipsiquiatría, 357  
Ives, Burl, 328

## **J**

Jerusalén, H. R. H. funda colegio Movimiento Luz Perfecta, 453; intento de intercesión de H. R. H. en Guerra Árabe-Israelí, 444; H. R. H. diseña tumba, 478

Jesucristo, Malraux compara a H. R. H. con, 476

Jodrell Bank, radiotelescopio de, 501

Jorge V, visitas secretas a Chatsworth, 3, 4-6; rumor de relación con esposa de Alexander Hamilton, 7; censura circular de corte, 9; niega a Lloyd George existencia de línea colateral Battenberg, 45

Joyce, James, 256

Juan Les Pins, 347

Júpiter, planeta, H. R. H. propone existencia de observadores extraterrestres, 331; insta a redirección de programa espacial a, 342

## **K**

Kennedy, cabo, H. R. H. encabeza manifestaciones del Movimiento Luz Perfecta, 411

Kennedy, John, F., presidente, rehúsa recibir a H. R. H., 420; caso omiso a advertencias de peligro, 425; llorado por H. R. H., 444

Kierkegaard, Søren, 231

## **L**

Lancaster, Burt, esposa de, 411

Lawrence, T. E., Koestler compara a H. R. H. con, 334

Lévi-Strauss, C. 422

*Life* (revista), 199, 243, 331, 357, 432

Limited Editions Club, 345

Luis XIV, 501

## **M**

Malraux, André, 239, 345, 399, 476

Mann, ley, acusación a H. R. H. según, 345

*McCall's* (revista), 201, 234, 329, 333

Menninger, clínica, H. R. H. confinado, 477; recibe tratamiento, 479-485; dado de alta, 491; reingresado, 495

Menuhin, Yehudi, presta a H. R. H. villa en Palm Springs, 503

Metro-Goldwyn-Mayer, oferta a H. R. H., 511

Miranda, Carmen, 377

Movimiento Luz Perfecta, H. R. H. concibe el, 398; lanzamiento, 401; actividades caritativas elogiadas por Nehru, Lyndon B. Johnson, Pierre Trudeau, 423;

misión médica a Biafra, 456; Cruz Roja Internacional crítica, 477; Consejo Mundial de Iglesias condena, 499; proceso penal, 544; disolución, 566; restablecido, 588; H. R. H. declara religión, 604; primera cruzada contra Roma, 618; CIA infiltra, 622

## N

Naciones Unidas, Asamblea de, tomada por Movimiento Luz Perfecta, 695-699; discursos de H. R. H., 696; llamamiento de H. R. H. a la guerra contra Estados Unidos y URSS, 698

Niza, 45

Niebuhr, R., conversaciones con H. R. H., 270-275; admiración por H. R. H., 276; presta villa a H. R. H., 288; expresa reservas respecto de H. R. H., 291

Nietzsche, F., 99

Nobel, Premio, H. R. H. candidato a, 220, 267, 342, 375, 459, 611

## O

Oberammergau, 117

Old Bailey, primer juicio contra H. R. H., 531; argumento de fiscalía, 533-537; jurado sin veredicto unánime, 541; segundo juicio, 555; intervención sorpresa del fiscal general, 561; absolución de H. R. H., 564

Oswald, Lee Harvey, amigo de H. R. H., 350; inspirado por H. R. H., 354; discute fracaso de presidencia con H. R. H., 357; invita a H. R. H. a Dallas, 372

OTAN, 331, 356, 571

*Oxford, Libro de versos religiosos de*, 98, 116

## P

Pablo VI, papa, elogia Movimiento Luz Perfecta, 462; recibe a H. R. H., 464; atacado por H. R. H., 471; condena pretensiones mesiánicas de H. R. H., 487; crítica al antipapado establecido en Aviñón por H. R. H., 498; excomulga a H. R. H., 533

Pasternak, Borís, conversaciones con H. R. H., 341-344

Píldora, La, condenada por H. R. H., 611

## Q

Quai d'Orsay, expresa alarma por iniciativas de H. R. H. en Tercer Mundo, 651; pone fin a convenios secretos con Reino Unido, Estados Unidos y URSS, 666

Quijote, don, Harold Macmillan compara a H. R. H. con, 421

## R

Rapallo, H. R. H. se recupera en, 321

*Reader's Digest* (revista), 176

Rockefeller, Fundación, se desmarca de H. R. H., 555

Rubinstein, Helena, 221, 234, 242

## S

Schweitzer, Albert, recibe a H. R. H., 199; toca solo de órgano para H. R. H., 201; discute búsqueda de Jesús histórico con H. R. H., 203-211; Leonard Bernstein



compara a H. R. H. con, 245; expulsa a H. R. H., 246  
Sexo, cambio de, rumores de operación de H. R. H., 655  
Stanwyck, Barbara, 248  
Stork Club, 231

## T

Tánger, visita secreta de H. R. H., 653-655  
Tecnología, renuncia de H. R. H. a, 409  
Telepatía, interés de H. R. H. por, 241; realiza experimentos, 349-357; pretende poseer poderes de, 666  
*Time* (revista), cubre noticias sobre H. R. H., 267, 359, 492, 578, 691  
Tynan, Kenneth, 451

## U

Undécima Asamblea del Movimiento Luz Perfecta, 672; proclamación de divinidad de H. R. H., 685

## V

Versalles, Movimiento Luz Perfecta intenta comprar, 621  
*Vogue* (revista), 356

## W

Westminster, abadía de, arresto de H. R. H. por Unidad Especial, 704  
Wight, isla de, encarcelamiento de H. R. H., 712-769  
Windsor, Casa de, H. R. H. cuestiona legitimidad de, 588

## Y

Yale, Club de, 234  
Younghusband, lord canciller, niega juicio de cámara estrellada a H. R. H., 722; niega conocimiento de localización de H. R. H., 724; deniega solicitud de *habeas corpus* por Zelda Hamilton, 728; se refiere a identidad no establecida de H. R. H., 731

## Z

Zanuck, Daryl, 388  
Zieliński, Bronisław, propone autobiografía a H. R. H., 742; comisionado para preparar índice, 748; advierte amenazas de supresión, 752; desaparece, 761

## LA UNIDAD DE CUIDADOS INTENSIVOS

En pocos minutos comenzará el próximo ataque. Ahora que por primera vez me rodean todos los miembros de mi familia, parece apropiado dejar un registro cabal de este singular acontecimiento. Mientras yazgo aquí —apenas capaz de respirar, con la boca llena de sangre y cada temblor de mi mano reflejado por el atento ojo de la cámara situada a dos metros de distancia— me doy cuenta de que habrá mucha gente que considerará curioso el tema de mi elección. En todo sentido, esta cinta constituirá la película casera suprema, y yo solo espero que quienquiera que la vea comprenda el inmenso cariño que siento por mi esposa, por mi hijo y por mi hija, así como el cariño que ellos, en su modo singular, tienen por mí.

Ha pasado media hora desde el estallido, y todo en esta habitación, otrora elegante, está en silencio. Estoy tendido en el suelo, junto al sofá, mirando la cámara montada a buen resguardo, fuera de mi alcance, en el techo sobre mi cabeza. En esta inquieta inmovilidad, interrumpida únicamente por la débil respiración de mi esposa y el movimiento irregular de mi hijo por la alfombra, puedo ver que todo lo que he coleccionado con tanto amor los últimos años, ha sido destruido. Mi porcelana de Sèvres yace hecha añicos en la chimenea, y los rollos de Hokusai están agujereados en una docena de lugares. Con todo, a pesar de los importantes daños, esta es todavía la escena reconocible de una reunión familiar, aunque de una clase bastante especial.

Mi hijo David se agazapa a los pies de su madre, con el mentón sobre la alfombra persa rasgada, su lento movimiento señalado por una sucesión de manos impresas en la lana. En ocasiones, cuando levanta la cabeza, puedo ver que aún está vivo. Sus ojos me están observando, calculando la distancia que hay entre nosotros y el tiempo que tardaría en llegar hasta mí. Su hermana Karen está a poco menos de un brazo de distancia, tendida junto a la lámpara de pie caída, entre el sofá y la chimenea, pero él le hace caso omiso. A pesar de mi temor, tengo un potente sentimiento de orgullo de que haya dejado a su madre y haya partido en este larguísimo viaje hacia mí. Por su propio bien, preferiría que se quedara quieto y conservara las pocas energías y el poco tiempo que pudieran quedarle, pero él avanza con toda la decisión que su cuerpo de siete años puede reunir.

Mi esposa, Margaret, sentada en el sillón frente a mí, levanta la mano en una especie de confusa advertencia y después la deja caer flácidamente sobre el damasco manchado del brazo del sillón. Distorsionada por el lápiz labial corrido, la breve sonrisa que me dedica podría parecer irónica y hasta amenazadora al espectador ocasional de esta película, pero yo solo estoy impactado, una vez más, por su notable belleza. Mientras la contemplo, aliviado por que probablemente no volverá a levantarse de su sillón, pienso en nuestro primer encuentro hace diez años, entonces,

como ahora, bajo la mirada benévola de la cámara de televisión.

La idea poco habitual, por no decir ilícita, de encontrarme realmente en persona con mi esposa y con mis hijos se me ocurrió unos tres meses antes, durante uno de nuestros largos desayunos familiares. Desde los primeros días de nuestro matrimonio, las mañanas de los domingos siempre habían sido especialmente agradables. Estaban los placeres del desayuno en la cama, de hablar de los periódicos y de todo lo que había acontecido durante la semana. Tras cambiar a nuestro canal privado, Margaret y yo hacíamos el amor y celebrábamos la profunda paz de nuestros tálamos matrimoniales. Más tarde, llamábamos a los niños y veíamos cómo jugaban en sus habitaciones, y quizá los sorprendíamos con la promesa de una visita al parque o al circo.

Todas estas actividades, desde luego, como nuestra propia vida familiar, las hacía posibles la televisión. En esa época, ni yo ni nadie más había soñado nunca que realmente pudiéramos encontrarnos en persona. De hecho, aunque rara vez eran invocadas, todavía existían normas antiquísimas que lo impedían: encontrarse con otro ser humano era una transgresión punible (en especial, y por razones que entonces no alcanzaba a comprender, con un miembro de la familia propia, supuestamente parte de un antiguo sistema de tabúes del incesto). Mi propia educación, mi instrucción y práctica médicas, mi cortejo de Margaret y nuestro feliz matrimonio, todo sucedió dentro del generoso rectángulo de la pantalla de televisión. La inseminación de Margaret, por supuesto, se realizó mediante el AID y, como todos los niños, el único contacto de David y Karen con su madre tuvo lugar durante su breve vida uterina.

Huelga decir que, en todo sentido, esto produjo un aumento de la riqueza de la experiencia humana. De niño, me criaron en la guardería del hospital y, en consecuencia, me protegieron de todos los peligros psicológicos de una vida familiar con intimidad física (por no mencionar los riesgos, estéticos y de otros tipos, de la higiene doméstica compartida). Pero lejos de estar aislado, estaba rodeado de compañeros. En la televisión, yo nunca estaba solo. En mi guardería jugaba durante horas a alegres juegos con mis padres, quienes me observaban desde la comodidad de sus hogares y cargaban en mi pantalla una multitud de videojuegos, dibujos animados, películas de animales y series familiares que, en conjunto, me abrieron el mundo.

Mis cinco años como estudiante de Medicina transcurrieron sin que jamás necesitara ver a ningún paciente en persona. Mis habilidades con la anatomía y la fisiología las había aprendido en la pantalla del terminal del ordenador. Avanzadas técnicas de diagnóstico y cirugía eliminaron toda necesidad de entrar en contacto directo con las enfermedades orgánicas. La cámara de sondeo, con sus escáneres infrarrojos y de rayos X, sus instrumentos computarizados para el diagnóstico, daban mucha más información que cualquier ojo humano por sí solo.

Puede que yo fuera particularmente experto en el manejo de estos complejos, que tuviera una sensibilidad en las yemas de los dedos, el equivalente moderno de las habilidades quirúrgicas del cirujano clásico, pero a los treinta años ya había establecido una próspera consulta general. Liberado de la necesidad de visitar la consulta en persona, mis pacientes solo debían sintonizarse en mi pantalla de televisión. La selección de las llamadas entrantes —cómo fundir a negro a un ama de casa menopáusica y hacer entrar en escena a un niño con disentería, mientras se recuerda dar entrada de forma separada a los pacientes ansiosos— exigía un grado de habilidad considerable, en especial cuando los propios pacientes compartían esos talentos. Los pacientes más neuróticos solían superarlos de sobra, y se presentaban con técnicas de corte inconexo, zum agresivo y pantalla partida que iban mucho más allá de los peores excesos del cine experimental.

Mi primer encuentro con Margaret tuvo lugar cuando me llamó durante una ajetreada cirugía matutina. Mientras miraba lo que aún se conocía nostálgicamente como «la sala de espera» —el aparato que proyectaba breves perfiles fílmicos de los pacientes del día— lo normal habría sido aplazar para el día siguiente toda llamada de un paciente sin cita previa. Pero quedé impactado de inmediato, primero por su edad —parecía estar en el final de su segunda década— y después por la acentuada palidez de esta joven. Bajo su cabello muy corto y rubio, las cejas poco iluminadas y la boca delgada estaban enmarcadas por un rostro casi ceniciento. Comprendí que, a diferencia de mí y de todo el mundo, no llevaba maquillaje para las cámaras. Esto explicaba tanto sus tonos de piel árticos como su apariencia carente de juventud: en la televisión, todo el mundo, sin importar su edad, tenía veintidós años; las crueles divisiones de la cronología habían sido desterradas para siempre.

Debió de haber sido esa carencia de maquillaje lo que sembró en mí la idea, que florecería diez años después con devastadoras consecuencias, de encontrarme con Margaret en persona. Intrigado por su aspecto inclasificable, cancelé las citas con mis demás pacientes y di comienzo a nuestra entrevista. Me dijo que era masajista y, tras un cortés preámbulo, fue al grano. Llevaba varios meses preocupada por un pequeño bulto que tenía en el pecho izquierdo, porque pensaba que podía ser canceroso.

Le di alguna respuesta tranquilizadora y le dije que la examinaría. En ese momento, sin advertencia previa, se inclinó hacia delante, se desabrochó la camisa y me enseñó el seno.

Sobresaltado, miré ese órgano enorme, de más de sesenta centímetros de diámetro, que llenaba la pantalla de mi televisor. Un código de ética visual casi victoriano regía la relación entre médico y paciente, así como toda relación social. Ningún médico veía jamás a sus pacientes desnudos, y la localización de toda dolencia íntima siempre la indicaba el paciente mediante diapositivas con diagramas. Aun entre las parejas casadas, la exhibición parcial de sus cuerpos era una relativa rareza, y los órganos sexuales solían permanecer velados tras los filtros de niebla más intensos o se los aludía tímidamente mediante dibujos animados. Desde luego, había

un canal pornográfico clandestino y personas de ambos sexos que ejercían la prostitución, pero ni siquiera la más cara de ellas aparecería jamás en vivo, y en su lugar emitían una grabación previa de ellas en el momento del clímax.

Estas admirables convenciones eliminaron todos los peligros de las relaciones personales, y esta falta de emotividad permitía a quienes lo deseaban explorar el abanico más completo de posibilidades sexuales y preparaba el camino para el día en que todos pudieran disfrutar de una perversión sexual y hasta de una psicopatología auténticamente carente de sentimiento de culpa.

Mirando el enorme seno con su pezón, sus geometrías intransigentes, decidí que la mejor manera de tratar con aquella joven excéntricamente franca era hacer caso omiso de toda desviación de las convenciones. Después de que el examen infrarrojo confirmara que el supuesto nódulo canceroso era un quiste benigno, ella se abrochó la camisa y dijo:

—Es un alivio. Llámeme, doctor, si alguna vez necesita un curso de masaje. Estaré encantada de devolverle el favor.

Aunque todavía intrigado por ella, estaba a punto pasar los títulos finales al acabar esa extraña visita cuando su ofrecimiento informal se alojó en mi mente. Curioso por verla otra vez, arreglé una cita para la semana siguiente.

Sin percatarme de ello, había comenzado a cortejar a esta joven tan poco común. En la tarde de mi cita, yo tenía la ligera sospecha de que ella era una especie de aprendiz de prostituta. Sin embargo, mientras estuve tendido en el sofá recreativo, manipulando mi cuerpo según las instrucciones de Margaret, no hubo ni el más ligero atisbo de indecoro. Durante las noches que siguieron, jamás capté un destello de interés sexual, pese a que en ocasiones, mientras avanzábamos juntos en los ejercicios, exhibíamos nuestros cuerpos en una medida mucho mayor que la de buena parte de las parejas casadas. Margaret, comprendí, era una mutación, una de esas raras personas sin conciencia de sí mismas y que casi no se percatan de las emociones libidinosas que pueden provocar en los demás.

Nuestro cortejo entró en una fase más formal. Comenzamos a salir juntos, o sea que compartíamos las mismas películas en la televisión, visitábamos las mismas salas de teatro y los mismos auditorios musicales, mirábamos la misma comida en los restaurantes, todo desde la comodidad de nuestros respectivos hogares. En realidad, en esa época yo no tenía la menor idea de dónde vivía Margaret, si a ocho kilómetros o a ochocientos. Tímidamente, al principio, intercambiamos viejas secuencias de nosotros mismos, de nuestras infancias y época escolar, de nuestros complejos turísticos favoritos en el extranjero.

Al cabo de seis meses nos casamos en una ceremonia realizada en el más exclusivo de los estudios capilla. Más de doscientos invitados asistieron a la boda, uniéndose en una gigantesca conexión de pantallas televisivas, y el servicio fue realizado por un sacerdote renombrado por su dominio de la técnica de pantalla partida. Se proyectaron películas pregrabadas de Margaret y de mí por separado en

nuestras propias salas de estar en el interior de una catedral y nos mostraron avanzando juntos por un inmenso pasillo.

Para nuestra luna de miel fuimos a Venecia. Compartimos gozosamente las vistas panorámicas de las multitudes en la plaza de San Marcos y miramos los Tintoretto de la Galería de la Academia. Nuestra noche de bodas fue un triunfo del arte del director. Tumbados cada uno en su cama (Margaret, de hecho, estaba a unos cincuenta kilómetros al sur de mí, en alguna parte de un complejo de enormes rascacielos), cortejé a Margaret con una sucesión de atrevidos zums, a los que ella respondió de una forma dulcemente incitante con sus tímidos fundidos y cortinillas. Cuando nos desvestimos y nos exhibimos el uno al otro, las pantallas se fusionaron en un último y abandonado primer plano...

Formamos una bella dupla desde el principio, compartiendo nuestros intereses y pasando más tiempo juntos en pantalla que ninguna otra pareja conocida. Oportunamente, mediante el AID, Karen fue concebida y alumbrada, y pronto, antes de su segundo cumpleaños en la guardería residencial, se le unió David.

Siguieron siete años de dicha doméstica. Durante ese período me labré una impresionante reputación como pediatra de vanguardia, a causa de mi defensa de la vida familiar, esa esencial unidad —como solía describirla— de cuidados intensivos. No dejaba de solicitar que se instalasen más cámaras en los hogares de los miembros de la familia, y provoqué una vigorosa controversia al proponer que las familias debían bañarse juntas, ir desnudas en sus respectivos dormitorios sin sentir vergüenza, y hasta que los padres debían asistir (aunque no en primer plano) al nacimiento de sus hijos.

En el transcurso de un agradable desayuno familiar se me ocurrió la extraordinaria idea que cambiaría nuestras vidas de manera drástica. Yo estaba mirando la imagen de Margaret en la pantalla, disfrutando la belleza de la mascarilla que llevaba: cada vez más gruesa y elaborada a medida que pasaban los años, y que la hacía cada vez más joven. Me deleitaba con la manera elegante y estilizada con la que ahora nos presentábamos el uno al otro. Por suerte, habíamos pasado de la gravedad de Bergman y los frívolos amaneramientos de Fellini y de Hitchcock al ingenio y la serenidad clásicos de René Clair y de Max Ophüls, aunque los niños, con su pasión por la cámara de mano, aún recordaban a tantos Godard.

Rememorando la forma brusca en que Margaret se había exhibido ante mí la primera vez, me di cuenta de que la extensión lógica de la franqueza de Margaret —sobre la cual yo había edificado mi exitosa carrera— era que todos debíamos encontrarnos en persona. A lo largo de toda mi vida, reflexionaba, jamás había visto, ni mucho menos tocado, a otro ser humano. ¿Quién mejor que mi esposa y mis hijos para comenzar?

Vacilante, se lo propuse a Margaret y quedé encantado cuando ella estuvo de acuerdo.

—¡Qué idea más extraña y maravillosa! ¿Por qué demonios no lo ha propuesto nadie antes?

Decidimos en el acto que la arcaica prohibición de encontrarse con otro ser humano merecía, sencillamente, abandonarse.

Por desgracia, y por razones que no entendí en ese momento, nuestro primer encuentro no salió bien. Para evitar confundir a los niños, limitamos deliberadamente el primer encuentro a nosotros dos. Recuerdo los días de expectación mientras hacíamos los preparativos para el viaje de Margaret, una empresa complicada para gente que rara vez viajaba, excepto a la velocidad de la señal de televisión.

Una hora antes de su llegada, desconecté las complejas precauciones de seguridad que sellaban mi casa del mundo exterior: las señales de alarma electrónica, las verjas de acero y las puertas a prueba de gases.

Por fin sonó el timbre. De pie junto al rastrillo interno, al final del vestíbulo, abrí los cerrojos magnéticos de la puerta de entrada. Pocos segundos después, la figura de una mujer menuda y de hombros estrechos avanzó por el recibidor. Aunque estaba a más de seis metros de mí, podía verla con claridad, pero casi no reconocí en ella a la esposa con la cual yo llevaba diez años casado.

Ninguno de los dos llevaba maquillaje. Sin su mascarilla, la cara de Margaret parecía macilenta y enfermiza, y los movimientos de sus blancas manos eran nerviosos e inquietos. Me impactó su avanzada edad y, sobre todo, su pequeño tamaño. Durante años había conocido a Margaret como un enorme primer plano en una u otra de las pantallas de televisión de la casa. Hasta en plano entero ella solía ser más alta que esta mujer encorvada y diminuta que rondaba el final del vestíbulo. Era difícil creer que yo me había excitado alguna vez con aquellos pechos vacíos y esos muslos delgados.

Permanecimos sin decirnos nada, avergonzados el uno por el otro, cada cual en el extremo opuesto del vestíbulo. Comprendí, por su expresión, que Margaret estaba tan sorprendida por mi aspecto como yo por el suyo. Además, su mirada tenía un curioso aspecto escrutador, un elemento casi hostil que jamás había visto antes.

Sin pensarlo, llevé mi mano al tirador del rastrillo. Margaret ya había retrocedido hacia la entrada, como si temiera que pudiera dejarla encerrada para siempre en el vestíbulo. Antes de que yo pudiera decir nada, ella se había dado la vuelta y había huido.

Cuando se marchó, comprobé meticulosamente el cerrojo de la puerta principal. En la entrada flotaba un olor tenue y no del todo agradable.

Tras ese primer encuentro frustrado, Margaret y yo volvimos a la feliz paz de nuestra vida matrimonial. Yo estaba tan aliviado de verla en la pantalla que no podía creer que nuestro encuentro realmente hubiera tenido lugar. Ninguno de nosotros mencionó aquella catástrofe, ni las desagradables emociones que nuestro breve encuentro había

suscitado.

Durante los días posteriores reflexioné una y otra vez acerca de la experiencia. Lejos de habernos acercado, el encuentro nos había separado. La auténtica cercanía, ahora lo sabía, era la de la televisión: la intimidad del zum, del micrófono en la garganta, el propio primer plano. En la pantalla de televisión no había olores corporales ni respiración dificultosa, ni contracción de las pupilas, ni reflejos faciales, ni mutuo aprovechamiento de las emociones del otro, ni desconfianza ni inseguridad. Solo a distancia se puede encontrar la verdadera cercanía respecto de otro ser humano que, con el tiempo, puede transformarse en amor.

No obstante, sucedió lo inevitable: quedamos para un segundo encuentro. Todavía no comprendo por qué lo hicimos, pero a ambos parecían impulsarnos esos mismos motivos de curiosidad y desconfianza que yo suponía era lo que más temíamos. Discutiendo todo sosegadamente con Margaret, supe que ella había sentido la misma repulsión por mí que yo había sentido por ella, la misma vaga hostilidad.

Decidimos que llevaríamos a los niños a nuestro siguiente encuentro, y que todos iríamos maquillados y ajustaríamos nuestra conducta lo máximo que nos fuera posible a nuestra vida juntos en la pantalla. En consecuencia, tres meses después, Margaret y yo, David y Karen, esa unidad de cuidados intensivos, nos reunimos por primera vez en mi sala de estar.

Karen se está agitando. Ha rodado sobre el pie de la lámpara rota y su cuerpo mira hacia donde estoy yo, del otro lado de la alfombra manchada de sangre, tan desnuda como cuando se desvistió frente de mí. Ese acto provocativo, presuntamente dirigido a sacudir una incierta fantasía incestuosa en la mente de su padre, desencadenó el estallido de violencia que nos ha dejado ensangrentados y extenuados en las ruinas de mi sala de estar. A pesar de las heridas de su cuerpo, de los moratones que desfiguran sus pequeños senos, Karen me recuerda la *Olympia* de Manet, tal vez pintada escasas horas después de la visita de un cliente psicótico.

También Margaret está mirando a su hija. Se inclina hacia delante mirando a Karen con ojos a la vez posesivos y amenazantes. Salvo por un breve lance a mis testículos, no me ha prestado atención. Por algún motivo, las dos mujeres se han escogido, la una a la otra, como principal objetivo, del mismo modo que David ha expresado casi toda su hostilidad conmigo. Yo no había previsto que tendría las tijeras en las manos cuando lo abofeteé por primera vez. Ahora está a pocas decenas de centímetros de mí, listo para su última arremetida. Por algún motivo, parece especialmente enfurecido por la exhibición de ositos de peluche que yo he montado con tanto cuidado para él, y hay jirones de esos animales desmembrados por todo el suelo.

Por suerte, ahora puede respirar un poco mejor. Muevo mi cabeza para captar la atención de la cámara del techo, así como la de mis colegas combatientes. Todos



tenemos un aspecto grotesco. El grueso maquillaje para la televisión que todos decidimos llevar se ha disuelto en un grupo de estrafalarias máscaras de noche de brujas.

Además, por fin estamos juntos y mi afecto por ellos supera estos pequeños problemas de desajuste mutuo. En cuanto llegaron, el moratón en la cabeza de mi hijo y la sangrante oreja de mi esposa revelaron las pruebas de un altercado potencialmente letal. Sabía que sería un momento de prueba. Pero al menos estamos comenzando, estableciendo a nuestra propia manera la posibilidad de llevar a cabo una nueva vida familiar.

Ahora todos estamos respirando con más fuerza, y el ataque comenzará, es obvio, en un minuto. Puedo ver las tijeras ensangrentadas en la mano de mi hijo y recordar mi dolor mientras me apuñalaba con ellas. Me apoyo en el sofá, dispuesto a darle una patada en la cara. Probablemente estoy lo bastante fuerte como para enfrentarme con el brazo derecho a quienquiera que sobreviva en esa última confrontación entre mi esposa y mi hija. Les lanzo una sonrisa afectuosa y, mientras la furia espesa la sangre en mi garganta, solo soy consciente de mis sentimientos de amor infinito.

1977

# TEATRO DE OPERACIONES

## *Prefacio del autor*

Después de trescientos años, ¿una guerra civil podría volver a separar Reino Unido? Dado el creciente desempleo y el estancamiento industrial, un sistema de clases cada vez más arraigado y una monarquía débil que se va distanciando de todo menos de sus papeles ceremoniales, ¿es posible imaginar que los amplios antagonismos entre la izquierda y la derecha extremas se resuelvan en un conflicto civil abierto? Doy por supuesto que a pesar de su infeliz experiencia en el Sudeste Asiático, la intervención de Estados Unidos para defender por medios militares sus intereses económicos sería aun más segura de lo que fue en Vietnam. También supongo que la cobertura televisiva sería constante y ubicua, y que, por ende, tendría la forma de un documental de televisión del tipo que *World in Action*<sup>[21]</sup> ha hecho popular.

## PRIMERA PARTE

### LONDRES ASEDIA DA

#### BATALLA CALLEJERA

El interior de Londres, una calle de Lamberth en la que está teniendo lugar un combate callejero. El ruido del motor de los tanques forma un fondo continuo al intenso fuego de ametralladora y el parloteo de las radios. Veinte soldados, cinco *GI* estadounidenses, y el resto británicos, van puerta por puerta, disparando hacia el otro extremo de la calle, donde por encima de los pobres tejados se ve el Big Ben. En lo alto, vuelan en círculos los helicópteros de combate. Un tanque se detiene junto a una casa y los soldados se abalanzan dentro. Un momento después, surge una mujer, seguida por tres niños extenuados y un anciano que transporta su petate. Pasan a la carrera por delante de la máquina, con los rostros pasmados. Hay cadáveres por todos

lados. Dos *GI* negros arrastran un soldado enemigo muerto con el cabello hasta los hombros. Lleva una Union Jack, la bandera de Reino Unido, cosida en la chaqueta camuflada. La imagen se congela y la cámara hace un acercamiento a la Union Jack hasta que llena la pantalla, empapada en la sangre del soldado.

#### TÍTULOS DE «WORLD IN ACTION»

Superpuesto sobre la Union Jack ensangrentada: GUERRA CIVIL.

*'resentador*: Un combate callejero ha finalizado, pero la guerra civil continúa. Tras cuatro años, no hay ninguna solución a la vista. Las bajas estadounidenses suman un total de treinta mil muertos, más cien mil desaparecidos y heridos. Ha muerto un millón de civiles británicos. A pesar de las críticas, cada vez más extendidas por el país, Estados Unidos envía más y más tropas a lo que ahora es el Vietnam europeo. Pero la lucha continúa. Esta semana, el Frente de Liberación ha lanzado una gran ofensiva contra una docena de ciudades. Aquí, en Lambeth, un escuadrón suicida se abre camino combatiendo hasta ochocientos metros de la sede del Parlamento. ¿Cuánto más podrá sobrevivir el gobierno británico? ¿Llegará alguna vez la paz? *World in Action* está aquí para averiguarlo.

#### BATALLA CALLEJERA

La lucha ha acabado y las fuerzas del gobierno están limpiando el desastre. Desalojan a los asustados civiles de los sótanos y los conducen por delante de los cuerpos de los enemigos. En el fondo, en el cruce con el camino principal, una publicidad de British Airways está plagada de agujeros de balas. Una joven inglesa de rostro huraño es cacheada por soldados británicos, mientras otros arrancan las Union Jacks de los enemigos muertos. El tanque se lleva, arrastrándolo, un enredo de cadáveres atados por sus cinturas. En un todoterreno cargado de cámaras, radios y tocadiscos producto del pillaje, suena estridentemente la música pop de la radio.

#### CORTE AL SOHO DE NOCHE

Fondo de luces chillonas, máquinas del millón, y clubes de *striptease*. Salen soldados de unos coches y entran en un bar.

*'resentador*: Los soldados se relajan durante un fin de semana en R & R. Hace dos días estaban combatiendo una ofensiva del Frente de Liberación en los suburbios de Manchester. Mientras Naciones Unidas habla de un acuerdo y ambos bandos de la guerra civil preparan nuevas ofensivas, ¿qué piensa el soldado raso de las expectativas de paz?

*.er soldado estadounidense* (reclinándose en la barra): Es una situación muy delicada. Es difícil analizarla y captar de forma íntegra toda la historia, porque desde mi posición, por lo menos, no se puede tener una visión general de todo el asunto. No se sabe qué motivos tiene esta gente. La paz parece estar muy lejos, por lo

menos yo lo veo así.

*resentador*: Dígame, ¿piensa que todo esto merece la pena?

*.º soldado estadounidense*: Es difícil de decir. Como lo veo yo, creo que estamos haciendo el tonto. Eso es todo. Sí creo que tendríamos que irnos.

*resentador*: ¿Cuál es la alternativa a hacer el tonto?

*.er soldado estadounidense*: Bueno, dicen que es una guerra civil. Si fuera una guerra, tendría que ser eso. Nos empujan y los empujamos. Tal como lo veo yo, parece que vamos empatados. Creo que hay que enseñarles quién manda. Porque, por lo que yo he visto hasta ahora, van a pelear, pelear, ¿sabe?, y van a seguir peleando.

*.º soldado estadounidense*: Si estás peleando en una guerra, hay que pelear como en la guerra, con todo el poderío que tenemos. El poder de la reserva, el poder aéreo, el poder terrestre y el poder marítimo. En el mar tenemos barcos de guerra que pueden destrozarse este lugar hasta que no quede absolutamente nada.

*resentador*: Duras palabras de los soldados mientras se relajan, pero a la brillante luz del día, mientras Londres recoge los pedazos tras la última ofensiva del FLN, ¿cuál es, exactamente, la posición militar? ¿Ambos bandos pueden ganar la guerra? Hoy, en Nueva York, se le preguntó al presidente Ronald Reagan qué clase de acuerdo espera conseguir. El presidente respondió:

—No creo que podamos hablar de un acuerdo en este punto. Creo que podemos hablar de nuestra disposición para aceptar un gobierno de coalición, o una fusión. Por lo menos se podría hablar de ello abiertamente antes de que empecemos a hablar de negociaciones.

El presidente Reagan se pasó el día en la ciudad de Nueva York, donde se dirigió a la audiencia durante una merienda, y negó que esta guerra sea indefendible, opinión que han objetado con suma crudeza los líderes de ambos partidos en el Congreso. Pero ¿cuán precisa es la imagen de la guerra civil que tiene el público estadounidense en general?

#### NOTICIARIOS BREVES

Popurrí de cortos. Civiles que corren, mientras los soldados y las tropas del gobierno británico se desplazan por el patio de un edificio de apartamentos, disparándole a un francotirador apostado en el tejado; helicópteros volando en círculos sobre un estadio de Wembley fortificado; ejecución callejera, cerca de Piccadilly Circus, de tres soldados del FLN con ropas de calle, manos atadas, mientras una multitud situada fuera, en un teatro improvisado con sacos de arena, observa; cadáveres de niños tendidos en el ayuntamiento de un pueblo; tiroteo fuera de un salón de bingo Top Rank; muchedumbre en Bellevue, en Manchester, parque de atracciones, abriendo el plano a una rotonda para mostrar un cuerpo que sube y baja en un unicornio de madera al compás de la música Wurlitzer; filas de clubes de *striptease* en Oxford, las entradas custodiadas por la policía militar impiden la entrada a civiles; billetes de una libra en los que se ha sobrescrito «un dólar»; tanques en Parliament Square; tiendas

repletas de bienes de consumo; una enorme hoguera de Union Jacks; ancianos desplazados acampando en las plataformas de un aparcamiento de varias plantas en Dover, custodiado por varios *GI* de aspecto incierto junto a un transporte de tropas; tropas del gobierno demoliendo un refugio de tierra rebelde alineado con retratos cuidadosamente enmarcados de Jorge VI visitando fábricas de municiones y habitantes del East End bombardeados, durante la Segunda Guerra Mundial.

*'resentador:* A medida que pasan los días, la vida en las zonas que se hallan en poder del gobierno se hace cada vez menos tolerable. Londres es una ciudad asediada. Manchester, Liverpool y Birmingham son los últimos bastiones del respaldo al gobierno, defendido por ingentes fuerzas estadounidenses. El campo está en manos del FLN. La constante infiltración de los suburbios londinenses por batallones de la guerrilla que se mezclan con la población local ha llevado el frente de batalla a las puertas de todos. Atroces bombardeos, secuestros, combates callejeros con francotiradores, y asesinatos de líderes políticos locales: todo esto es parte de la vida cotidiana. En los cinco años de su exilio en Riad como desasosegados huéspedes de la casa real saudí, los miembros de la monarquía ha perdido toda credibilidad debido a su resistencia a comprometer su menguante prestigio con alguno de los bandos de la guerra civil. Mientras tanto, en el Londres antaño regido por la reina, florece el mercado negro. Productos estadounidenses por valor de millones de dólares inundan la capital, apoyando una economía dependiente, una industria pirata de cadenas de televisión, miles de bares y prostíbulos. En muchos pueblos y suburbios, la principal moneda es la ilegal libra esterlina del FLN. El dólar británico, respaldado por el gobierno, es despreciado. Todo puede comprarse, pero nada tiene valor. Cada vez más gente joven se pasa al Frente de Liberación. Médicos, ingenieros, mecánicos de carrera..., todos desertan para ir a unirse a las filas enemigas. Dejan detrás una población compuesta principalmente por la vieja clase media y un ejército de bármanes, crupieres y prostitutas. Londres es una gigantesca Las Vegas, la bombilla eléctrica más grande del mundo, preparada para estallar en un granizo de metralla rebelde.

#### PRESENTADOR EN GROSVENOR SQUARE

De fondo, la embajada estadounidense, rodeada de tanques. *GI* y tropas británicas patrullando. Sordos disparos a corta distancia, pero los civiles continúan sus vidas cotidianas sin preocuparse.

*'resentador:* Mientras ambos bandos preparan grandes ofensivas, yo estoy en Grosvenor Square, la antigua Eisenhowerplatz de la Segunda Guerra Mundial, que es, nuevamente, el cuartel general de las fuerzas estadounidenses y del gobierno británico. Esta vez no luchan contra la magníficamente equipada Wehrmacht alemana y sus divisiones Panzer, sino contra un ejército de campesinos británicos. Eso no obstante, ¿podrán imponerse las fuerzas del

gobierno y sus aliados estadounidenses? ¿Acabará la guerra?

ENTREVISTA CON EL COMANDANTE SUPREMO BRITÁNICO

Otrora heredero del trono inglés, de treinta y seis años, el comandante de las fuerzas del gobierno es un oportunista agresivo y mediático con un revolver con cachas de nácar, traje aéreo negro y bufanda de seda blanca. Se lo ve desfilando en una sucesión de uniformes militares, disparando un subfusil a distancia de disparo de fusil, pasando revista a un pelotón de desanimadas tropas gubernamentales, subiendo a su helicóptero, que él mismo pilota, para inspeccionar los ataques que se suceden por toda la ciudad (aunque el espectador no sabe bien si en realidad no tomará una discreta siesta) y, en general, intentando levantar la moral de su séquito. Su gesto denota confianza, pero también resentimiento: sabe que ha perdido el trono por haber participado en el régimen títere. Detesta al FLN, pero más detesta a los estadounidenses. Su héroe es Rommel, pero su estilo es el de James Bond.

*Comandante británico:* Como comandante de las fuerzas leales británicas, mi tarea es ganar la guerra y reunificar el país. El enemigo combate cada vez más por desesperación. Nuestra inteligencia informa de que se está quedando sin hombres, sin aliento y sin materiales. Sencillamente no posee el potencial económico para mantener una guerra. Las personas que critican la guerra, en Europa y en Estados Unidos, no saben lo que está ocurriendo en realidad. Está bastante claro que la gente de este país no quiere tener nada que ver con esa gente del norte, ni con el estilo de vida comunista.

*Presentador:* General, ¿no cree que usted y los estadounidenses están imponiendo una forma de gobierno al pueblo de este país?

*Comandante británico:* No, no les estamos imponiendo nada. Estados Unidos cree que este es un buen lugar para detener la agresión comunista, y si las fuerzas del gobierno triunfan, y yo sé que así será, en primer lugar tendremos un buen aliado y además habremos impedido que la agresión comunista se adueñe de Reino Unido y, finalmente, de todo el mundo.

(Señala un mapa que muestra áreas pintadas de negro en las islas Británicas).

Ahora nuestras fuerzas avanzan hacia una sucesión de confrontaciones con el otro bando, por lo que creo que podemos esperar que pronto el mapa esté todo blanco otra vez. Sé que entonces los estadounidenses estarán satisfechos de volver a su hogar.

PRESENTADOR, DE NUEVO EN GROSVENOR SQUARE

Mapa en mano, se dirige a la cámara.

*Presentador:* Mientras tanto, sin embargo, hay informes de que el comandante británico le ha solicitado aun más tropas al presidente de Estados Unidos. ¿Cuántos soldados serán necesarios para resistir al FLN? A pesar del fácil optimismo del general, no es este el mapa que la mayoría de la gente mira, sino el del FLN.

(Levanta otro mapa. Las zonas negras engloban las principales ciudades, y todo el campo).

Este es el que consultan si desean visitar a sus parientes del campo o mudarse a otra ciudad. Este es el que utilizan si desean desertar para pasarse al FLN.

#### EXPLOSIÓN DEL OTRO LADO DE LA PLAZA

La cámara se tambalea, oscila violentamente. Pánico, gente corriendo. El presentador se agacha, y luego comienza a hablar de forma confusa.

*'resentador:*... ha habido un... parece, parece un francotirador. Lo que aparentemente está ocurriendo es que un...

#### MUCHEDUMBRE RODEANDO UN TODOTERRENO

Los *GI* hacen retroceder a la gente y miran el cuerpo de un oficial estadounidense en el asiento delantero, la sangre mana de su herida. La música pop suena, estridente, en la radio, a pocos centímetros de su cara.

*ocutor de radio:* Tenemos una lista con las últimas disposiciones relacionadas con el toque de queda. En el interior de la capital, el toque de queda estará vigente de la medianoche a las seis de la madrugada en Kensington, Knightsbridge y Battersea, y desde las diez a las siete para la Tercera Caballería Aérea y las unidades de apoyo de...

#### UN *GI* EXTIENDE EL BRAZO Y APAGA LA RADIO

*'resentador:* Hace cinco minutos han asesinado a un oficial estadounidense mientras estaba sentado en su todoterreno, fuera del club de oficiales estadounidenses, aquí en Grosvenor Square. Un asesino del FLN vestido de civil salió de la multitud que tomaba su almuerzo y, tras disparar una sola vez, desapareció entre la muchedumbre. El oficial, el coronel Wilson J. Tucker, consultor militar de la misión «corazones y mentes», que se sospechaba que era la tapadera de un escuadrón de la muerte de la CIA, murió a los pocos segundos. Todo lo que sabemos del asesino es que era «joven», tal vez de unos veinte años, suposición bastante poco arriesgada en una época en la que la mayoría de los jóvenes y las jóvenes se han marchado hace tiempo para unirse al Frente de Liberación, en una época en la cual ser joven suscita de forma automática las atenciones de la policía y la hostilidad de los ancianos y las personas maduras que le proporcionan el último respaldo al régimen títere. Tal como me lo expresó un periodista canadiense...

#### PERIODISTA CANADIENSE EN EL BAR DE UN HOTEL

*'eriodista canadiense:* Todo lo que tiene que hacer el FLN para ganar esta guerra es esperar diez años. Para entonces, todos los miembros del gobierno habrán muerto o estarán en sillas de ruedas.

La policía los apremia. Personas mayores miran mientras les rapan las cabezas a los muchachos y las muchachas.

'*resentador*: En efecto, una de las divisiones más asombrosas de la vida británica es el abismo, ahora infranqueable, que existe entre los jóvenes y los mayores. Incluso si se entablaran las conversaciones de paz, ¿les sería posible vivir juntos en una única sociedad? Un legado de resentimiento, intolerancia y envidia sexual alimentado por años de violencia y guerra declarada. En una época en la que los dos pilares de la vida en las zonas controladas por el gobierno son los clubes de *striptease* y el dólar estadounidense, ¿posee aún Reino Unido las instituciones políticas y sociales necesarias para hacer posible una sociedad real?

'*eriodista canadiense*: No veo que el Parlamento sea ninguna entidad en funciones, en absoluto. Es un reducto de viejos parlamentarios y gentes de extrema derecha, un espiráculo para todo tipo de desagradables gases fascistas. Como poder legislador, no existe. Afrontemos los hechos: el gobierno británico es un gobierno títere, y pretende continuar siéndolo. La economía tiene un superávit real en la balanza de pagos por primera vez en treinta años, gracias a la inversión bélica estadounidense y al dólar *GI Cariño*, en este bando no hay nadie que diga: «Fuera yanquis». Es más probable que les ofrezcan a su hermana... o a su madre. Y su hermana está en el otro bando.

'*resentador*: El patriotismo asume muchas formas. Es significativo, sin embargo, que la bandera del Frente de Liberación sea la Union Jack, el símbolo, de larga tradición, de las principales áreas provinciales de Reino Unido, un símbolo que ahora los partidarios del gobierno tal vez odian y temen. ¿Hasta qué punto puede el gobierno ofrecer alguna expectativa de unidad?

#### ENTREVISTA CON EL PRIMER MINISTRO BRITÁNICO

Antiguo primer ministro, del Partido Laborista, convocado para asumir de nuevo sus funciones, ahora como cabeza de una gran coalición, se encuentra incómodo en una Downing Street rodeada de sacos terreros, y se agazapa, literalmente, cada vez que se oye un disparo. Está rodeado por guardias armados, pero se lo ve furtivo y desanimado. Es evidente que está a merced de los estadounidenses y que no tiene intención de poner fin a la guerra.

'*resentador*: Señor primer ministro, ¿puedo preguntarle primero si tiene esperanzas, en este momento, de perspectivas de paz?

'*primer ministro*: Bueno, eso depende mucho de qué quiera hacer el otro bando. Las últimas ofensivas —agresiones a personas corrientes de este país— no sugieren que sean particularmente sinceros cuando hablan de un acuerdo.

'*resentador*: ¿Prevé que la partida de las tropas estadounidenses vaya a crear problemas? Si se recorre Londres se advierte que una gran parte de la economía



local está montada para servir a los *GI*. Cuando los *GI* se hayan marchado, ¿no habrá problemas para todas esas personas que actualmente son...?

*Primer ministro*: Bueno, ese es el problema que comparten todos aquellos países que han albergado grandes fuerzas estadounidenses en su territorio: Alemania, Japón, Vietnam. Creo que será algo bueno, porque volveremos a la normalidad y un gran número de personas deberá buscar una forma de ganarse la vida por sus propios medios. Deberán renunciar a muchos beneficios que les han caído del cielo a causa de la guerra y crean problemas sociales. Ahora, en este país tenemos una clase de personas creada por la guerra, y creo que es bueno que eso se acabe.

*resentador*: La infancia de la mayoría de los niños de Londres ha sido una vida extraña con el dólar estadounidense, ¿no es así? El dólar estadounidense ha sido el modo en que han pasado su niñez. Cuando eso se acabe, en la forma de la retirada de los *GI*, ¿no tendrán un sinnúmero de problemas?

*Primer ministro*: Estoy seguro de que sí. Serán, sobre todo, problemas económicos. Creo que todos deberemos encontrarnos a nosotros mismos, por decirlo de algún modo, un proceso doloroso, se trate de un individuo o de una nación. Creo que habrá un período de reajuste, tal vez turbulento, pero deberán pasar por ese proceso. Tal vez, si eso hubiera ocurrido hace veinte años, ahora no habría guerra.

#### PLANOS GENERALES DE PERSONAS EN LAS CERCANÍAS DE LAS ENTRADAS DE LAS BASES ESTADOUNIDENSES

*resentador*: ¿Puede encontrarse a sí mismo el pueblo británico? ¿Puede pasar por el doloroso proceso de reestablecerse como una sola nación? Con una economía dependiente de la guerra en un setenta por ciento, con los ingresos por el petróleo del mar del Norte vendidos hace mucho tiempo a los alemanes y los japoneses, ¿podrá la gente corriente hacer los ajustes necesarios para vivir con los del otro bando? En resumen, ¿quieren realmente que acabe la guerra? *World in Action* ha visitado una aldea en el frente para ver cómo afronta el grueso de la población la realidad de esta guerra.

#### PLANO GENERAL DE UNA PEQUEÑA ALDEA EN BUCKINGHAMSHIRE

Alambre de espino, barricadas, tropas y carros blindados. Se oyen disparos a lo lejos.

*resentador*: Aquí en Cookham, a solo unos treinta kilómetros del centro de Londres, los «beneficios caídos del cielo» más probables de esta guerra son la bala de un francotirador o una lluvia de fuego de mortero enemigo. Este es uno de los llamados «pueblos pacificados». Durante el día, las fuerzas británicas y estadounidenses ocupan los búnkeres y los fortines. Al atardecer, se retiran con los administradores locales a una plaza fortificada cercana a la base estadounidense de Windsor. Por la noche entra el Frente de Liberación. En este momento su avanzadilla está a solo doscientos metros de distancia, y los centinelas nos vigilan con sus prismáticos. Ningún habitante de la aldea aceptará hablar con nosotros. Se supone que todos son partidarios del Frente de

Liberación, pero en realidad son neutrales profesionales que viven en el filo de una gigantesca navaja que podría cortarlos en cualquier momento. Trabajan en los campos, los talleres y las tiendas, y esperan a que los estadounidenses se marchen. Lo más extraño de todo es que aquí no hay ni una sola persona que tenga entre cuatro y cuarenta años.

APARECE UN TANQUE SEGUIDO POR SOLDADOS BRITÁNICOS Y ESTADOUNIDENSES

*Presentador:* Ha llegado una fuerza especial de tareas, parte de un llamado Sondeo de Pacificación que se adentrará unos quince kilómetros en el campo recientemente ocupado por el Frente de Liberación. Un tanque, diez *GI* del Primero de Caballería y treinta soldados británicos bajo las órdenes del capitán Arjay Robinson. *World in Action* los acompañará para ver qué sucede.

CAPITÁN ROBINSON DANDO INSTRUCCIONES A SU UNIDAD EN EL AYUNTAMIENTO DEL PUEBLO

Los *GI*, fuertemente armados, con chalecos antibalas y cascos dotados de radio, están sentados delante; las tropas británicas, con dos ancianos oficiales, detrás.

*Capitán Robinson:* La misión primordial de la Compañía Alfa es efectuar acciones de reconocimiento y pacificación. Los círculos indican los escondites de suministros en el área, también conocidos como aparcamientos, primordialmente camionetas y camiones. También hay algunos puntos amarillos pequeños. Estos indican las posiciones conocidas en las que hemos visto tanques. En la zona hay tanques, sin duda. Tal como lo veo ahora mismo, tendremos dos compañías controlando la base de fuego de apoyo. Vamos a hacerlo como nos salga, de oído en realidad, con respecto a dónde iremos y a qué hora iremos. Entramos, eliminamos al enemigo donde lo encontremos y regresamos.

## SEGUNDA PARTE

### SONDEO DE PACIFICACIÓN

*Presentador:* Un sondeo de pacificación se prepara para partir. Son las 6:35 y los treinta soldados británicos sobre los que recaerá la mayor parte de la lucha —y la mayor parte de la muerte— espera en silencio en el fondo, mientras la tripulación del tanque estadounidense y los técnicos de radio preparan su equipo. Las armas y

las comunicaciones estadounidenses actuales son tan sofisticadas que las tropas británicas no las comprenden. Muchos de estos hombres desertarán durante la misión, y muchos más morirán. ¿Contra qué se enfrentan? El mes pasado, un equipo de grabación sueco cruzó el frente a escondidas. Esta breve película muestra cómo es la vida en el Frente de Liberación.

#### NOTICIARIO DE LAS ÁREAS CONTROLADAS POR EL FRENTE DE LIBERACIÓN

Montañas, entradas de túneles custodiadas por soldados armados, hombres y mujeres jóvenes. Union Jacks ondeando. Personas trabajando en fábricas. Tecnología alternativa, molinos de viento, obras de herrería a pequeña escala, talleres de máquinas, telares manuales. Niños por todas partes, delgados pero saludables. Atmósfera de kibutz, madres jóvenes vestidas con minifaldas de color caqui, con bebés y fusiles. Trincheras, hombres con fusiles desplazándose por el campo alrededor de un tanque estadounidense carbonizado. Sesiones de adoctrinamiento, un comisario político de dieciocho años se dirige al personal médico y a las enfermeras de un hospital. Niños que participan en el teatro popular: un niño de cuatro años vestido con una parodia de uniforme militar estadounidense imita un bombardeo a los recios pobladores. Por todas partes, consignas, altavoces y retratos de Jorge VI.

*voz sueca en off:* Las montañas de Escocia y Gales son los principales bastiones del Frente de Liberación Nacional. En los cuatro años de guerra contra el gobierno central británico, se han construido cientos de escuelas y fábricas clandestinas. Desde aquí se transportan los suministros y el equipo hasta el frente de batalla. En este momento, todas las regiones agrícolas de Inglaterra están bajo el control del Frente de Liberación. Los soldados y los campesinos están organizados en comunas, las mujeres realizan tareas agrícolas y cuidan a los niños mientras los hombres combaten. Sus líderes son jóvenes. Aquí hay poca gente mayor. La moral de todos es alta; están seguros de haber ganado la guerra, y de que los estadounidenses se marcharán pronto. Son escoceses, galeses, gente de las regiones septentrionales y occidentales de Inglaterra, indios, asiáticos, africanos. Los han bombardeado durante cuatro años, pero continúan luchando.

#### COOKHAM

Toma del capitán Robinson en la torreta de su tanque.

Escudriña el terreno vacío. No se mueve nada. En el complejo situado debajo, los soldados han acabado de alistar sus armas y equipo. El presentador de *World in Action* se coloca el uniforme de combate estadounidense, con una pistola en la cintura, y se prueba unas pesadas botas. Un helicóptero bate el aire sobre sus cabezas. *ocutor de radio de la AFN:*... anoche, en las afueras del sur de Londres, una unidad de la guerrilla disparó un misil de 107 mm, matando a un civil e hiriendo a otros cuatro. Ayer, en la Operación Pegaso, elementos en tierra de la Primera Caballería Aérea eliminaron a doscientos siete enemigos en contactos dispersos, con escasas

bajas propias. Marines de la Primera División mataron a ciento veinticuatro en dos combates distintos en la Provincia del Norte. Los *leathernecks* emboscaron elementos enemigos y llamaron en su apoyo a la artillería y a la aviación. Los marines no sufrieron bajas, en tanto que eliminaron a ciento cincuenta y seis comunistas...

'resentador: En media hora, los cuarenta hombres de la Compañía Alfa partirán hacia Cookham. Mientras nos desplazamos por campos infestados de guerrilleros, dos compañías de ingenieros de combate habrán llegado al área de objetivos en helicóptero. Ellos se encargarán de la oposición local. La principal función de la Compañía Alfa, el llamado sondeo de pacificación, es reestablecer la autoridad del gobierno. Los treinta soldados británicos y el administrador del distrito permanecerán allí una vez que los estadounidenses se hayan marchado, reclutando una milicia local, montando una pequeña aldea fortificada y redirigiendo la agricultura de la zona. El área de objetivos es un punto clave de la carretera M4 hacia el sudeste. Para mantener abierto este camino las fuerzas del gobierno están montando una cadena de pueblos fortificados a lo largo de sus trescientos kilómetros de longitud.

#### EL CAPITÁN ROBINSON INSPECCIONA EL EQUIPO DE SUS HOMBRES

'resentador: El comandante de la Compañía Alfa, el capitán Arjay Robinson, ya es un veterano de esta guerra. De treinta y dos años, proviene de Denver, en Colorado, y se graduó en West Point. Está casado con la hija de un clérigo, y tiene tres hijos, a ninguno de los cuales ha visto en los dos años que lleva aquí. Soldado de carrera, ha decidido quedarse hasta que los estadounidenses se marchen.

#### SARGENTO PALEY INSPECCIONANDO HUELLAS DE TANQUES

'resentador: Su segundo en el mando, el sargento Carl W. Paley, soltero de veintiséis años de Stockton, en California, donde regenteaba una radio local, propiedad de su padre. Al igual que el capitán Robinson, casi no ha tenido contacto con la gente de la calle de este país. Para él, forman un trasfondo gris de rostros borrosos: muchachas que conoce en los bares situados fuera de los campamentos base, ancianos que limpian los barracones o trabajan como camareros para la cocina del sargento. Además de las prostitutas, los únicos ingleses que verán tal vez sean aquellos a los que apuntan con sus armas. El mes pasado, la Compañía Alfa participó en una gran batalla en la que murieron más de doscientos cincuenta soldados enemigos, un tercio de ellos auxiliares mujeres. Pero para el sargento Paley no son más que Charlies, término paraguas traído de Vietnam, o *gooks*.

#### SE PONE EN MARCHA EL MOTOR DE UN TANQUE

Soldados estadounidenses trepan a bordo. Los británicos forman una columna detrás del vehículo.

'resentador: En cuanto a las tropas británicas que irán con ellos, como todos los

estadounidenses que hay aquí, el sargento Paley siente por ellos poco menos que desprecio. Mal alimentadas y peor equipadas, la tropas británicas deben procurarse su propio alimento y alojamiento. Durante las próximas seis horas, los estadounidenses avanzarán hacia el campo de batalla en su tanque. Los treinta británicos irán caminando. Hombres de cuarenta y tantos años en su mayoría, representan el residuo de los soldados reclutados por el gobierno hace tres años, ejércitos diezmados, ahora, por las bajas y las deserciones.

COMANDANTE CLEAVER

Un hombre robusto, con bigotes del ejército británico, trepa al tanque detrás del capitán Robinson. Viste botas estadounidenses, pantalón beis y chaqueta de piel marrón, y lleva un revólver del ejército estadounidense.

*Presentador:* El único británico a quien los estadounidenses le prestan atención es el comandante Cleaver, el administrador del distrito que quedará a cargo del pueblo pacificado. Antiguo oficial del ejército regular, el comandante Cleaver es uno de los varios miles de administradores enviados por el gobierno británico para llevar la administración civil de las zonas recuperadas. En parte comisario político, en parte juez y jurado, el comandante Cleaver tendrá poder, literalmente, sobre la vida y la muerte de las personas que vivan bajo su férula, un poder que él y sus colegas administradores han estado muy dispuestos a ejercer en el pasado.

EL CONVOY AVANZA

La infantería se dispersa delante y a los lados del tanque. Siguen un camino que avanza a través de un terreno boscoso, con prados y granjas abandonadas a cada lado. De tanto en tanto se produce un alto, cuando revisan el tanque.

*Capitán Robinson:* Los helicópteros son lo que se lleva ahora. Puedes llegar a todas partes muy deprisa, con fuego intenso de aniquilación y, si necesitas que te saquen de algún lugar, puedes salir de ahí realmente rápido.

*Sargento Paley:* Sin la menor duda, es la forma de combatir una guerra en tierra.

*Capitán Robinson:* Como yo lo veo, tendremos dos compañías controlando la base de fuego de apoyo, Bravo y Charley, que irán en helicóptero. Despejarán la zona de despegue para el momento en que lleguemos nosotros, por lo que el aspecto táctico de la operación habrá finalizado. También es mejor desde el punto de vista psicológico el no participar demasiado en el aspecto táctico.

*Presentador:* ¿Se refiere a la lucha real en las cercanías de la aldea?

*Capitán Robinson:* Afirmativo.

EL OPERADOR DE RADIO LE ENTREGA UN MENSAJE AL CAPITÁN ROBINSON

El tanque se detiene.

*Presentador:* Pero para las compañías Charley y Bravo, las cuales debían adelantarse en helicóptero, el de hoy no será un día de combate. El tiempo de las zonas de

objetivos ha empeorado y los helicópteros regresan a la base. La Compañía Alfa se prepara para avanzar sola, y todos esperan que el tiempo mejore.

*argento Paley*: En este país, las condiciones climáticas son lo más importante. Llueve mucho, y uno está mojado la mayor parte del tiempo, pero ya se sabe, como soldado no se puede pedir un territorio determinado para combatir, porque se debe hacer lo mejor que se pueda en el terreno que te toca.

*'resentador*: Sargento, ¿cuáles cree que son las oportunidades de paz?

*argento Paley*: Bueno, creo que son... no lo sé, tal como lo veo mientras los Charlies tengan un arma y un poco de munición, y las usen, no se rendirán. Creo que han puesto la vida en ello, y le están haciendo pasar un mal rato a su propia gente.

*'resentador*: ¿Cómo cree que va todo?

*argento Paley*: Bueno, a las caballerías les está yendo bien, eso lo sé. Dondequiera que vamos nos encontramos con los Charlies. Sé que no durará mucho.

*'resentador*: Dígame, sargento, ¿por qué está usted en Inglaterra?

*argento Paley*: ¿Por qué estoy en Inglaterra? Bueno, por curiosidad, creo yo. Solo quería saber cómo era la guerra.

*'resentador*: ¿Y cómo es la guerra?

*argento Paley*: Bueno, está bien, creo. Diría que durante un año es una buena experiencia. Uno aprende realmente mucho de la guerra.

*Comandante Cleaver*: Por supuesto, uno espera que la paz llegue a este país tan pronto como sea posible. Las posiciones se han radicalizado mucho este último año. Los resentimientos se han reavivado en ambos bandos. Este no es el tipo de guerra civil que resuelve las cosas.

*'resentador*: ¿Y qué me dice del propio combate? ¿No encuentra difícil dispararle a su propia gente?

*Comandante Cleaver*: Ya no son nuestra gente. Esa es la razón básica de la guerra. Ahora son el enemigo, y la paz no va a transformarlos en nuestros amigos de un día para otro.

*'resentador*: Pero ¿no hay un gran número de desertiones en el ejército?

*Comandante Cleaver*: No tantas como antes. La mayoría de los hombres comprende que aquí las condiciones son mucho mejores que en el otro bando. Los bombardeos han acabado con cientos de miles de personas. Estar sentado aquí, comiendo raciones C de campaña es mucho más cómodo que ser hervido vivo en napalm.

LA COLUMNA AVANZA

Lenta penetración en el bosque a cada lado del camino. Vemos un tanque atascado en un pequeño curso de agua. Primeros planos individuales de soldados estadounidenses y británicos. Fundido al comienzo de la tarde.

Toma general de los campos cultivados y la carretera a la izquierda, la aldea a la derecha. Nada se mueve. Ha estado lloviendo, pero el cielo se ha despejado. Todo

está muy silencioso. Se preparan las ametralladoras y las otras armas. El tanque está oculto entre los árboles. El capitán Robinson escudriña el cielo a baja altura con los prismáticos.

*'resentador:* Son las tres de la misma tarde. La Compañía Alfa ha llegado a su objetivo. No hay señales de los helicópteros, por lo que el capitán Robinson y sus hombres deben avanzar solos. ¿A cuántos soldados del Frente de Liberación nos enfrentamos? Puede que a cincuenta, o tal vez a cien. ¿Lucharán, o acaso se desvanecerán en los campos de los alrededores dejando detrás a sus mujeres y niños hasta que llegue otra vez la noche?

#### LOS ESTADOUNIDENSES Y LOS BRITÁNICOS OBSERVAN EN SILENCIO

Aparece un granjero y avanza por un sendero del otro lado del campo. Lleva un fusil al hombro. El sargento Paley observa cómo atraviesa las miras de las ametralladoras. Nadie se mueve.

#### LA ALDEA ESTÁ REVIVIENDO DESPUÉS DE UNA TORMENTA

Aparecen hombres y mujeres jóvenes. Se dedican a sus tareas. Se monta un puesto y se distribuye comida. Madres jóvenes, con sus minifaldas caquis, dejan sus niños en la guardería comunitaria. Otros se dirigen a los campos y a las instalaciones agrícolas con sus fusiles al hombro. Se iza una Union Jack mojada en el mástil de la aldea. Mientras tanto, las fuerzas estadounidenses y británicas del gobierno observan en silencio desde este lado de las miras de sus armas. El zum enfoca a soldados individuales y otra vez a los aldeanos del otro lado de sus miras: un joven con una cinta en la cabeza, es el líder del kibutz; su novia con un bebé, y una muchacha de color, con una pistola en la cadera. El líder habla por un megáfono. El sonido apenas llega al otro lado del campo. Está haciendo algún tipo de broma y todos los de la aldea ríen.

#### LOS PRIMEROS GRANJEROS AVANZAN POR EL CAMPO

Todavía no se han percatado de la presencia de las fuerzas del gobierno y llevan sus fusiles colgados relajadamente del hombro. Uno de ellos, un joven paquistaní, ha visto algo moviéndose por el campo. Lo sigue entre los repollos, luego se inclina y lo recoge. Es un paquete de cigarrillos estadounidenses. Desconcertado, levanta la vista. A tres metros de distancia ve el cañón de la ametralladora ligera que el sargento Paley apunta hacia él. Estrujando el paquete que tiene en la mano, abre la boca para gritar.

#### EL CAPITÁN ROBINSON DA LA SEÑAL

El sargento Paley abre fuego contra el joven paquistaní. Despedazado, cae entre los repollos. Estalla un fuego intenso. Los otros hombres y mujeres jóvenes que estaban en el campo son derribados. El fuego de morteros se dirige directamente hacia la aldea, el tanque avanza con pesadez, y su grueso cañón abre fuego. Vemos, a través

del teleobjetivo, hombres y mujeres aislados que son derribados, otros que corren en busca de un refugio. El tenderete del puesto se ha derrumbado. Un granero está ardiendo. El capitán Robinson da otra señal y los hombres inician un avance general, disparando mientras caminan. El presentador de *World in Action* y el comandante Cleaver avanzan con ellos, protegiéndose detrás del tanque. De la aldea llega fuego enemigo, desde una pequeña casamata construida detrás de un cobertizo para bicicletas. Caen dos soldados británicos. Ahora, en la aldea, todo está ardiendo. Hay cuerpos todo alrededor, motocicletas que arden y alimentos diseminados por doquier.

TODO ESTÁ EN SILENCIO

La batalla ha comenzado hace aproximadamente una hora. Todavía arden algunos fuegos, y el humo flota a la deriva, hacia la carretera distante. Las tropas del gobierno británico echan abajo las puertas de las casas. Contemplan las hileras de cadáveres, la mayoría de ellos mujeres jóvenes y niños. Seis prisioneros tienen las manos atadas. El resto de los aldeanos son empujados hacia el campo.

*egundo presentador:* Hace dos horas, durante el ataque a esta pequeña aldea junto a la M4, murió de un disparo el presentador de *World in Action*. Fue abatido por un francotirador enemigo no identificado mientras avanzaba con la primera oleada de soldados estadounidenses. Murió a causa de las heridas a los pocos minutos. Hemos ido mostrando su reportaje sobre esta guerra a medida que lo iba realizando.

ALDEANOS EN CUCLILLAS EN EL CAMPO

Los *GI* preparan cargas de demolición.

*egundo presentador:* La Compañía Alfa se prepara para evacuar. El tiempo ha empeorado otra vez y el apoyo de los helicópteros no llegará. La operación se detiene por orden del comandante Cleaver. Hay diez soldados británicos muertos o heridos. Sin los estadounidenses y sus tanques, nunca conseguirán mantener la aldea bajo control.

*capitán Robinson:* Los estamos sacando; por lo general, los sacamos del medio. Así podemos demoler sus casas por completo sin cargar en la conciencia con toda esta gente. Los sacamos al campo.

LAS EXPLOSIONES DESTRUYEN LOS EDIFICIOS DE LA ALDEA

Primeros planos de cuerpos de soldados rebeldes arrastrados por el fango detrás del tanque. La columna se aleja en el crepúsculo, y se dirige hacia Cookham.

*Comandante Cleaver:* Ayudar a otro ser humano a salir hace que merezcan la pena el gasto y las pérdidas de vidas. Lo que pasa es que en ocasiones me pregunto si algunas de las personas que sé que han muerto saben por qué causa han muerto. Eso es lo más difícil de pensar, ¿sabe? Si un hombre no sabe por qué muere, es una mala forma de morir.



## *Agradecimientos*

Por todos los diálogos anteriores, al general Westmoreland, al presidente Thieu, de Vietnam del Sur, al mariscal Ky y a diversos periodistas y personal militar estadounidense y las Fuerzas Armadas de Vietnam.

1977

## PASÁNDOLO DE MARAVILLA

*3 de julio de 1985. Hotel Imperial, Playa Inglaterra, Las Palmas*

Hemos llegado hace una hora, después de un vuelo estupendo. Por algún motivo desconocido, el ordenador de Gatwick nos asignó asientos en primera clase, junto con una desconcertada dentista de Bristol, su esposo y tres niños. Richard, como siempre, temeroso de volar, aprovechó plenamente el champán gratis y ya volaba a ocho kilómetros de altura antes de que las ruedas dejaran de tocar el suelo. Es un lugar extraordinario, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Las Palmas, un complejo turístico completamente nuevo, con todos los entretenimientos imaginables, todo controlado desde un botón situado a un lado de mi cama. Estoy a punto de ordenar una hora de esquí acuático, seguida por un masaje sueco, ¡y la peluquera! *Diana.*

*10 de julio. Hotel Imperial*

¡Una semana increíble! Jamás había sentido tanto entusiasmo en tan pocos días: tenis, buceo, esquí acuático, cócteles. Hay un grupo que salimos cada tarde a las discotecas y los cabarés de la playa, y acabamos en uno de los cinco clubes nocturnos del hotel. Casi no he visto a Richard. El guapo jinete de la foto es lo que llaman un asesor playero, un hombre muy inteligente, antiguo relaciones públicas, que lo abandonó todo hace dos años y lleva aquí desde entonces. Esta tarde va a enseñarme a volar en ala delta. ¡Deséame un feliz aterrizaje! *Diana.*

*17 de julio. Hotel Imperial*

El tiempo de playa se acaba. Sentada aquí, en la terraza, mirando a Richard esquiar por la bahía, resulta difícil creer mañana estaremos en Exeter. Richard jura que lo primero que hará es reservar las vacaciones para el año que viene. Realmente ha sido un éxito asombroso: solo Dios sabe cómo consiguen hacerlo por ese precio. Circulan los rumores de que reciben una subvención del gobierno español. En parte es la discreta pero muy sofisticada organización; no hay ni atisbo de ningún complejo turístico británico, aunque la verdad es que está administrado por británicos y todos somos, curiosamente, de la región occidental. ¿Te das cuenta de que Richard y yo hemos estado tan ocupados que no nos hemos molestado en visitar Las Palmas? (Noticias de última hora: Mark Hastings, el asesor playero, ¡ha enviado orquídeas a la habitación!). Mañana te hablaré de él. *Diana.*

*18 de julio. Hotel Imperial*

¡Sorpresa! Ese ordenador otra vez. Parece que hay algún tipo de follón en la terminal de Gatwick, y nuestro avión no vendrá hasta mañana a primera hora. Richard está muy preocupado porque no irá hoy a la oficina. Nos gastamos nuestro último cheque de viajero; pero por suerte el hotel se ha portado estupendamente, gracias en gran medida a Mark. No solo no habrá ningún cargo más, sino que el recepcionista nos ha dicho que el hotel está dispuesto a adelantarnos todo el efectivo que necesitemos. Bueno... Es una ligera decepción. Esta tarde fuimos a caminar por la playa juntos por primera vez. No me había dado cuenta de lo enorme que es este complejo turístico en realidad. Se extiende a lo largo de kilómetros de costa, y la mitad está aún en construcción. Por todas partes veíamos llegar gente en los autobuses del aeropuerto, procedentes de Sheffield, Manchester y Birmingham. A la media hora estaban nadando, practicando esquí acuático, y descansando en los cientos de piscinas con sus Campari gratis. Mirándolo desde fuera, digamos, es todo bastante raro. *Diana.*

### *25 de julio. Hotel Imperial*

Todavía estamos aquí. El cielo está repleto de aviones que llegan de Gatwick y Heathrow, pero parece que ninguno de ellos es el nuestro. Hemos esperado cada mañana en el vestíbulo con las maletas hechas, pero el autobús del aeropuerto nunca llega. Después de una hora, más o menos, el recepcionista anuncia por el altavoz que ha habido un retraso y volvemos lentamente a otro día junto a la piscina, a los tragos y al esquí acuático de la casa. Los primeros días fue bastante divertido, aunque Richard estaba enfadado y deprimido. La compañía es uno de los principales proveedores de Leyland y, si hay recortes, los mandos medios son los primeros en sentirlos. Pero el hotel nos ha dado crédito ilimitado, y Mark dice que, mientras no nos pasemos de la raya, lo más probable es que no nos lo cobren. Buenas noticias: la compañía acaba de enviarle a Richard un mensaje en el que le dicen que no se preocupe. Parece que hay montones de personas atrapadas de la misma forma. Un alivio enorme. Quería telefonearte, pero las líneas están bloqueadas desde hace varios días. *Diana.*

### *15 de agosto. Hotel Imperial*

¡Tres semanas más! Carcajadas histéricas en el paraíso... Los periódicos ingleses que nos han llegado lo ponen en cada página. Sin duda has oído que habrá una investigación del gobierno. Aparentemente, en lugar de regresar a los turistas de las Canarias, las compañías aéreas han estado enviando sus aviones al Caribe para recoger el tráfico vacacional estadounidense. Así que los pobres británicos estamos atascados aquí por tiempo indefinido. Hay, literalmente, cientos de nosotros en la misma situación. Lo asombroso del asunto es que uno se acostumbra. El personal del hotel es encantador. Nos han levantado todas las restricciones y han organizado más

entretenimientos de toda clase. Hay un cabaré muy político, y un equipo de arqueología submarina sacará a la superficie una carabela española que está en el fondo del mar. Para llenar el tiempo me he apuntado a un grupo de teatro aficionado; estamos pensando montar *La importancia de llamarse Ernesto*. Richard se lo ha tomado con una calma sorprendente. Quería enviarte esto desde Las Palmas, pero no hay servicio de autobuses y, cuando quisimos llegar a pie, Richard y yo nos perdimos en un laberinto de edificios en construcción. *Diana*.

#### *5 de septiembre. Hotel Imperial*

Todavía no hay noticias. El tiempo se mueve como en un sueño. Cada mañana, una multitud de personas desconcertadas se apiña en el vestíbulo intentando averiguar algo sobre sus vuelos de regreso. En general, todo el mundo se lo está tomando sorprendentemente bien, lo cual muestra el auténtico espíritu británico. Muchos de ellos, como Richard, son directivos de diferentes empresas, pero las compañías se han comportado de forma maravillosa y nos han enviado mensajes diciendo que volvamos cuando podamos. Richard observa, con cinismo, que con los niveles actuales de estancamiento industrial y con el gobierno haciéndose cargo de los gastos, probablemente estén contentos de que estemos aquí. Para ser sincera, yo estoy demasiado ocupada en mil actividades como para preocuparme. Se está produciendo una especie de minirrenacimiento de las artes. Saunas mixtas, clases de alta cocina, grupos de encuentro, teatro, desde luego, y biología marina. Dicho sea de paso, nunca conseguimos llegar a Las Palmas. Ayer Richard alquiló un bote de pedales y partió hacia la costa. Parece que toda la isla está dividida en una serie de complejos vacacionales autosuficientes. Richard los llama «reservas humanas». Calcula que ya hay un millón de personas aquí, la mayoría somos ingleses de clase trabajadora, del norte y de la región central. Parece que algunos llevan aquí un año de vida bastante feliz, aunque sus instalaciones no son ni por asomo tan buenas como las nuestras. Esta noche hay ensayo general. Piensa en mí como en *lady Bracknell*. Resulta mortificante que no haya nadie lo bastante mayor como para interpretar ese papel: todo el mundo tiene entre veinte y treinta años, pero Tony Johnson, el director, antiguo estadístico del ICI, ha sido muy dulce al respecto. *Diana*.

#### *6 de octubre. Hotel Imperial*

Solo una breve postal. Esta mañana hubo una crisis cuando Richard, que últimamente había estado de muy buen humor, acabó teniendo un encontronazo con el administrador del hotel. Cuando entré en el vestíbulo, después de mi clase de conversación en francés, se había reunido una inmensa multitud que lo escuchaba despotricar contra los recepcionistas. Él estaba muy excitado, pero en cierta forma desquiciada era sumamente lógico: pedía un taxi (no hay ni uno solo, nadie va a ninguna parte) para ir a Las Palmas. Obstinado, insistía en que le permitieran

telefonar al gobernador de las islas, o al cónsul suizo. Entonces llegaron Mark y Tony Johnson con un médico. Por un instante se produjo un forcejeo muy desagradable y después se lo llevaron a nuestra habitación. Pensé que estaba totalmente fuera de sí, pero media hora después, cuando salí de la ducha, había desaparecido. Espero que esté relajándose en alguna parte. La administración del hotel ha sido maravillosamente buena, pero me ha sorprendido que nadie intentara intervenir. Miraban, nada más, con los ojos vidriosos, y volvían a la piscina. En ocasiones creo que no tienen prisa por volver a casa. *Diana.*

*12 de noviembre. Hotel Imperial*

Hoy ha ocurrido una cosa extraordinaria: he visto a Richard por primera vez desde que se marchó. Yo estaba en la playa, haciendo mis ejercicios matutinos, cuando lo vi, sentado solo bajo un parasol. Tenía un aspecto muy moreno y saludable, aunque mucho más delgado. Me contó una historia ridícula acerca de que todas las Canarias estaban siendo urbanizadas por los gobiernos de Europa occidental en connivencia con las autoridades españolas, como colonias de verano permanentes para la población imposible de emplear, no solo los obreros, sino también el personal directivo. Según Richard, están construyendo una playa para los franceses al otro lado de la isla, y otra para los alemanes. Y las Canarias no son las únicas: en el Mediterráneo y el Caribe hay más. Una vez instalados, a los veraneantes no se les permite regresar, por temor a desencadenar revoluciones. Intenté discutirlo con él, pero se puso de pie distraídamente y dijo que iba a formar un grupo de resistencia. Después se marchó por la playa. El problema es que no ha encontrado nada en que ocupar su mente. Ojalá se hubiera unido a nuestro grupo de teatro: ahora estamos ensayando *La fiesta de cumpleaños*, de Pinter. *Diana.*

*10 de enero de 1986. Hotel Imperial*

Día triste. Quise enviarte un telegrama esta mañana, pero ha habido mucho que hacer. Enterraron a Richard esta mañana, en el nuevo cementerio internacional, en las colinas que dominan la bahía. He marcado su tumba con una X. Lo vi por última vez hace dos meses, pero creo que había estado recorriendo toda la isla, viviendo en hoteles a medio construir e intentando montar su grupo de resistencia, sin éxito. Al parecer, hace unos días robó un bote de motor que no era apto para el mar y zarpó hacia la costa africana. Ayer las olas trajeron su cuerpo a la orilla en una de las playas francesas. Por desgracia, habíamos perdido el contacto por completo, aunque siento que la experiencia me ha dado un grado de comprensión y madurez que puede serme útil para mi papel de Clitemnestra en la nueva producción de Tony: *Electra*. Él y Mark Hastings han sido dos pilares para mí. *Diana.*

*3 de julio de 1986. Hotel Imperial*

¿Realmente llevo aquí un año? Estoy tan alejada de Inglaterra que apenas recuerdo cuándo te envié la última postal. Ha sido un año del teatro más maravilloso, de papeles que nunca había soñado con interpretar y de un público tan fiel que casi no tolero la idea de abandonarlo. Ahora los hoteles están a rebosar, y todas las noches actuamos con lleno total de público. Hay tanto que hacer aquí y todo el mundo está tan realizado que rara vez encuentro tiempo para pensar en Richard. Me gustaría muchísimo que estuvieras aquí, con Charles y los niños; pero tal vez ya estés aquí, en alguno de los hoteles de la playa. Los correos son tan erráticos que a veces pienso que las cartas que te escribo no te las entregan y están amontonadas, junto con un millón de cartas, en las bóvedas de la derruida oficina postal que hay detrás del hotel. Besitos a todos. *Diana*.

1978

## UNA TARDE EN UTAH BEACH

—¿Te das cuenta de que estamos contemplando Utah Beach?

Mientras se quitaba las botas y el impermeable, David Ogden señaló el rompeolas por la ventana. A cincuenta metros de la villa, la planicie de arena se extendía por la costa de Normandía como una carretera abandonada, el terraplén derecho lamido por el mar. En intervalos de un kilómetro, las casamatas de hormigón negro les ofrecían sus rostros picados por las balas al tranquilo Canal.

Unas pequeñas olas se sucedían rápidamente en la playa vacía, como si esperaran a que sucediera algo.

—Fui andando hasta el monumento en recuerdo de la guerra —explicó Ogden—. Ahí hay un Sherman —un tanque estadounidense—, algunos cañones de campaña y una placa conmemorativa. Aquí es donde primero desembarcó el ejército estadounidense el Día D. ¿Angela...?

Ogden se apartó de la ventana, a la espera de que su esposa hiciera alguna observación sobre su descubrimiento. Ella y Richard Foster, el piloto que los había llevado en avión a Cherburgo para pasar una semana en esa villa alquilada, estaban sentados uno en cada extremo del sofá de terciopelo, mirando a Ogden con una curiosa expresión de ausencia. Vestidos con sus immaculadas ropas de vacaciones, con sus vasos de coñac en las manos inmóviles, mientras lo escuchaban con cortesía, le recordaban dos maniqués en el escaparate de una tienda.

—Utah Beach... —Angela observaba la arena con mirada crítica, como si esperara que se materializara una operación militar para ella, y el paisaje se llenara de lanchas de desembarco y tropas de asalto—. Me había olvidado de la guerra. Dick, ¿tú te acuerdas del Día D?

—Tenía dos años. —Foster se puso de pie y fue hasta la ventana, bloqueando parcialmente la vista a Ogden—. Mi carrera militar comenzó un poco después que la tuya, David. —Mirando a Ogden, quien a su vez miraba la casamata situada a seiscientos metros de distancia, dijo—: Utah Beach; bueno querías hacer algunos disparos, ¿no? ¿Estás seguro de que esta no es Omaha ni ninguna de las otras, Juno, Gold...? ¿Cómo se llamaban?

Sin ser descortés adrede, Ogden hizo caso omiso a aquel joven. Aún tenía el rostro insensible por aire del mar y estaba enfocado en su comunión con la arena vacía y las casamatas. Mientras caminaba por la playa, el tamaño de esos monstruos de hormigón lo había sorprendido. Había esperado una cadena de fortines ocultos detrás del rompeolas, pero muchos de ellos eran enormes fortalezas de tres pisos de altura, más altas que las iglesias de los pueblos cercanos. La presencia de las casamatas, como la de los cascarones de los pontones de acero hundidos en la arena

húmeda, había desencadenado un insospechado mecanismo de su mente. Como todos los ejemplos de arquitectura críptica, en los que la forma ya no revelaba la función — los palacios mayas, las catacumbas, los santuarios del Vietcong, o las minas de bauxita de Les Baux donde Cocteau había filmado *El testamento de Orfeo*—, aquellas casamatas de la Segunda Guerra Mundial parecían trascender el tiempo como complejos símbolos con una poderosa identidad latente.

—Omaha está más al este, por la playa —le dijo a Foster sin inmutarse—. De todos los lugares donde se desembarcó, Utah Beach fue el más cercano a Sainte-Mère-Église; allí aterrizó la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada. Las marismas donde estuvimos disparando los retrasaron un poco.

Foster asintió con aire de sabio; sus ojos recorrían la figura delgada pero hiperactiva de Ogden en lo que tal vez era la centésima vez ese día. Durante su visita, Foster parecía haber realizado un compasivo inventario de sus defectos, sin llegar a ser insolente. Al mirarlo, Ogden pensaba, a su vez, en que pese a todas las horas que Foster había acumulado como vendedor de aviones para ejecutivos, su rostro cetrino continuaba siendo notablemente pálido, como si sufriera algún un profundo malestar, una contradicción insoluble. A mediodía, una mancha oscura parecía filtrarse de su boca hacia el grueso mentón, una sombra que Foster le había descrito en cierta ocasión a Angela como de un moreno azulado por pasar demasiadas horas en los bares.

Como un árbitro que separara a los dos hombres, Angela se acercó a la ventana.

—Para alguien que nunca ha estado en el ejército y que ni siquiera ha visto a nadie que disparara a otra persona, David está notablemente bien informado sobre asuntos militares.

—Sí, para alguien que no ha combatido nunca —convino Foster—. Y no lo digo por ser crítico, David. Pasé cinco años en el ejército y nadie me dijo nunca quién había ganado la batalla de Waterloo.

—¿No eras piloto de helicópteros? —preguntó Ogden—. En realidad, la historia militar no me interesa en absoluto...

En términos estrictos, eso no era verdad, admitió Ogden para sí mismo durante el almuerzo, aunque en realidad no había pensado en las playas del Día D cuando Angela le propuso pasar una semana en Normandía. Con el pretexto de un vuelo de demostración en el Comanche, Foster les había ofrecido transporte gratis, aunque sus motivos auténticos eran difíciles de determinar. Todo el viaje había estado rodeado de ambigüedades, motivos ocultos uno dentro del otro, como un rompecabezas de tres dimensiones.

Ese curioso trío —el vendedor de aviones, el crítico de cine provinciano de cuarenta y tantos años, y la esposa, una pintora de miniaturas de éxito moderado, diez años más joven— estaba en esa villa bien amueblada junto a un campo de batalla más que olvidado, como si no supiera bien qué los había llevado a ese lugar. Curioso, no porque pudiera tener lugar alguna confrontación, algún crimen pasional, sino porque



tres personas tan mal avenidas habían formado una relación tan estable. En ningún momento de esos seis meses desde su encuentro en el Festival de San Sebastián había habido el menor atisbo de tensión, aunque Ogden estaba seguro de que todo el mundo daba por sentado que su esposa y Richard Foster tenían una aventura amorosa. Sin embargo, por varias razones, Ogden lo dudaba. Para sentirse segura, Angela necesitaba a su alrededor a alguien que hubiese conseguido un grado modesto de fracaso.

Su joven esposa... Ogden se repitió la frase y, mientras miraba su barbilla y los músculos de la mandíbula, ahora más prominentes, los hombros angulosos dentro de su blusa de chifón, advirtió que ella ya no era joven. Pronto sería mayor de lo que era él cuando se conocieron.

—Voy a llevar a Angela a Sainte-Mère —le dijo Foster después del almuerzo—. ¿Quieres venir con nosotros, David? Podemos probar el calvados.

Como era habitual, Ogden declinó la invitación. La caminata de la mañana lo había agotado. Se estiró en un sillón y miró cómo el mar tranquilo subía y bajaba, indiferente, sobre la playa. Era consciente del complejo y aparentemente arbitrario cronograma de viajes en el que Foster y su esposa se embarcaban a diario, pero de momento su atención estaba enfocada en la casamata, situada a seiscientos metros de la villa. A pesar del sol constante, el hormigón estaba empapado de rocío y brillaba cual antracita mojada, como si generara un clima propio a su alrededor.

Una hora después de que su esposa y Foster se hubieran marchado, Ogden se puso las botas. Se había recuperado del almuerzo y la silenciosa villa, con su mobiliario formal, le daba la impresión de un escenario para una obra claustrofóbica. La intensa luz de la tarde había convertido la playa en un brillante espejo, un sendero iluminado que le indicaba un destino invisible.

Al aproximarse a la casamata, Ogden se imaginó a sí mismo defendiendo ese maltratado refugio del mar invasor. Una inmensa calma flotaba sobre la playa fría, como si no hubiera ocurrido nada en esos treinta años. La violencia de ese lugar, la escala del conflicto entre los ejércitos alemanes y la armada aliada había obliterado toda confrontación posterior, mitigando su propia inquietud acerca de Foster y su esposa.

A cincuenta metros de la casamata, trepó a una duna cubierta de arbustos que se alzaba del lado del mar. La arena estaba repleta de zapatos gastados, neumáticos de bicicletas y fragmentos de botellas de vino y cajones de verduras. Generaciones de vagabundos habían usado esas viejas fortalezas como escalas en sus viajes por la costa, en una u otra dirección. Había restos de pequeñas fogatas en los escalones de hormigón de la parte trasera de la casamata, y los excrementos secos cubrían el suelo del depósito de municiones.

Ogden cruzó la plataforma central de artillería, una bóveda rectilínea lo bastante grande como para albergar una locomotora. Desde ahí, un cañón naval de gran calibre había disparado sus proyectiles contra la flota invasora. Una escalerilla estrecha,

encastrada en la sólida pared, subía a la plataforma de observación y daba acceso a la barbeta de una plataforma de cañones más pequeños, bajo el techo de la casamata. Ogden subió la escalerilla, y tropezó dos veces en la oscuridad. El desgastado hormigón estaba resbaladizo por la humedad que rezumaba su negra superficie.

Mientras estaba en el techo y sus pulmones bombeaban el aire frío, el mar parecía estar debajo y la villa oculta por sus elevados setos de ligustro. Mirando a su alrededor, sin embargo, advirtió de inmediato el Pallas blanco aparcado detrás del rompeolas, a doscientos metros por la playa. El coche tenía el mismo color que el Citroën que habían alquilado en Cherburgo, y Ogden dio por supuesto que se trataba del mismo vehículo. Un hombre alto, vestido con una cazadora, conducía a una mujer por el terreno irregular de detrás del muro. Se acercaron al cobertizo de madera donde se guardaban los botes, al final de una grada sobre la playa, y Ogden pudo ver con claridad los diseños de la piel de rata almizclera que llevaba la mujer, así como reconocer su gesto cuando ella extendió una mano enguantada hacia el codo del hombre.

Ogden se dirigió al hueco de la escalera. Al observarlos con calma, los hombros ocultos por el parapeto, comprendió que él había alentado de forma deliberada esa unión de Angela y Richard Foster. Sus paseos solitarios, las excursiones privadas que había hecho al museo del Día D, en Arromanches, habían sido parte de una tentativa confusa y semiconsciente de llevar la situación a un punto crítico y obligarse a sí mismo a tomar una decisión.

Con todo, cuando los vio abrir juntos la puerta del cobertizo y abrazarse brevemente bajo el sol, como si intentaran provocarlo, lo invadió una profunda sensación de pérdida. Sabía también que los meses de autocontrol eran tiempo perdido, y que desde el principio se había engañado a sí mismo diciéndose que todo iba bien.

Sin pensarlo, se apartó del muro a toda prisa. Con suerte, podría hacer las maletas, llamar un taxi y coger el transbordador de Cherburgo antes de que ellos volvieran a la villa. Comenzó a correr por los escalones de hormigón, resbaló en el húmedo umbral oblicuo y cayó hacia atrás por la escalera hasta el suelo de la barbeta, tres metros más abajo.

Sentado en la penumbra, apoyado contra el muro de hormigón húmedo, Ogden se masajeaba las manos lastimadas. Por fortuna, había conseguido protegerse la cabeza, pero podía sentir la carne viva de sus brazos y sus hombros. Alguna clase de aceite viscoso le impregnaba los pantalones y un botón de cuero, arrancado de su chaqueta, yacía como una castaña reventada al pie de la escalera. Justo a su izquierda estaba la aspillería y, debajo, la silenciosa playa. En el embarcadero no se veía movimiento, y el Pallas blanco seguía aparcado detrás del rompeolas.

Entonces advirtió que no era la única persona que vigilaba la playa. A poco menos de dos metros de él, casi oculto por su uniforme gris en las sombras de detrás

del parapeto, había un hombre en el suelo, apoyado en el muro. Se sostenía sobre un codo, la cara vuelta hacia el mar; al principio, Ogden supuso que estaba muerto. Le habían decolorado el cabello rubio hasta dejarlo de una palidez casi ártica. No parecía tener más de diecinueve o veinte años y la piel pálida se tensaba entre los huesos prominentes de la cara como pergamino húmedo sobre una calavera.

Sus piernas delgadas, enfundadas en un par de pesadas botas y gastados pantalones de sarga, se proyectaban delante de él como mástiles encordados con andrajos. En el suelo, en diagonal con respecto a ellos, había una ametralladora ligera, la cantonera apretada contra el hombro derecho del joven. A su alrededor, colocados como la decoración de un harapiento diorama militar, había una marmita de campaña vacía, una cinta de munición agotada, los restos medio oxidados de un equipo de campaña, y un chaleco de combate, así como un rectángulo de suelo para tiendas de campaña manchado con grasa.

A pocos centímetros de Ogden, sobre el alféizar de la aspillera, al alcance de su mano, había una pistola de bengalas de un tipo que había visto la tarde anterior en el museo del Día D de Arromanches. La reconoció de inmediato, al igual que al uniforme y el equipo de ese joven soldado de la Wehrmacht, con cuyo cadáver, conservado de algún modo por el aire helado o tal vez por la cal que se filtraba del hormigón mezclado de forma apresurada, había tropezado. Curiosamente, la ametralladora aún parecía funcionar y llevaba su bayoneta de clavija debajo del cañón. La culata y el guardamano estaban engrasados y lustrados.

Confundido por ese macabro descubrimiento, Ogden ya se había olvidado de la infidelidad de su esposa. Estaba a punto de coger la pistola de bengalas y dispararla por encima del parapeto, hacia el cobertizo de los botes. Pero cuando su mano lastimada tocó la culata helada, Ogden se percató de que los ojos del joven soldado lo observaban. Eran de un azul pálido, del cual había desaparecido casi todo el pigmento, y se habían apartado de la playa para examinar a Ogden con una mirada cansada pero firme. Aunque las manos del soldado aún descansaban con gesto de pasividad a sus lados, su hombro derecho se había desplazado hacia el muro, con lo que había girado mínimamente la ametralladora hacia Ogden.

Demasiado atemorizado para hablar, Ogden se recostó contra la pared, asimilando cada detalle del equipo del alemán, cada carga de munición y cada parte de su uniforme de combate, cada poro de la fría piel de ese joven soldado que aún defendía ese fortín en Utah Beach, tal como lo había hecho en 1944.

Al cabo de un instante, para alivio de Ogden, el cañón de la ametralladora giró hacia el mar. El alemán había cambiado ligeramente de posición, y escudriñaba una vez más la playa. Su mano izquierda se desplazó hacia su cara, como si tuviera la esperanza de llevar un bocado de comida a su boca, y después cayó al suelo. Un andrajoso vendaje le rodeaba el pecho y cubría la herida ennegrecida, oculta por su guerrera. No prestó atención a Ogden cuando este se puso de pie, y se apoyó con las dos manos en el muro, como si temiera desmoronarse en cualquier momento.

Pero cuando Ogden avanzó hacia la ametralladora, una garra blanca se deslizó por el suelo y le agarró el tobillo.

—*Hören Sie...* —La voz era apagada, como si proviniera de una grabación casi borrada—. *Wieviel Uhr ist es?* —Levantó la mirada con una especie de agotada impaciencia—. *Verstehen Sie? Quelle heure...? Aujourd'hui? Hier?* —Despidió a Ogden con un ademán y murmuró—: *Zu viel Larm... zu viel Larm...*

Tras colocarse la cantonera de la ametralladora en el hombro, el soldado siguió con la vista la dirección del cañón, hacia la playa.

Ogden estaba a punto de marcharse, cuando un movimiento en la playa captó su atención. La puerta del embarcadero se había abierto. Richard Foster salió al sol y balanceó los brazos con pereza en el aire frío mientras esperaba la aparición de Angela, quien salió treinta segundos después. Caminaron juntos por las dunas hacia el Pallas, subieron al coche y se marcharon.

Ogden se detuvo en la escalera, mirando al joven soldado con la ametralladora. Advirtió que el alemán no había visto a Foster ni a su esposa. La barbata le impedía ver el cobertizo para botes y el rompeolas. Pero si se recuperaba de sus heridas y se desplazaba hasta el borde de la batería...

Para cuando llegó a la villa, diez minutos después, Ogden ya había decidido tanto la táctica como la estrategia de lo que sería, él lo sabía, la última acción militar de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Has visto las sábanas de la habitación de los niños? —Angela recorría el inventario, mientras sus penetrantes ojos observaban a su esposo jugar al ajedrez consigo mismo, junto a la ventana de la sala—. No me tomé la molestia de comprobarlo cuando llegamos, pero *Madame Saunier* insiste en que faltan.

Ogden levantó la vista del tablero. Mientras negaba con la cabeza, miraba la casamata. Durante los tres días pasados desde su descubrimiento el suspenso se había tornado agotador. Esperaba que, en cualquier momento, el soldado herido de la Wehrmacht apareciera en el techo de la casamata, entre las gaviotas que describía círculos en el aire, con una sábana rosada sobre los hombros. En el almuerzo, cambió su sitio habitual y se colocó más cerca del extremo de la mesa, para poder mantener la casamata bajo observación.

—Tal vez nunca estuvieron —dijo—. Podemos reemplazarlas.

—No cabe duda de que sí estaban. *Madame Saunier* es muy cuidadosa con este tipo de cosas. También dijo algo sobre uno de los decantadores. David, ¿estás en trance?

Irritada, Angela se echó el cabello rubio de la frente hacia atrás, desistió y cogió su abrigo. Richard Foster estaba esperando junto al coche, en el camino, con una de las dos escopetas alquiladas bajo el brazo. Ogden se percató de que había adquirido la costumbre de llevar el arma consigo a todas partes, casi como si hubiera detectado un cambio en la atmósfera de la villa. De hecho, Ogden había realizado un agotador

esfuerzo para mantener el buen humor de los primeros días de las vacaciones.

Esperó con paciencia a que se marcharan. Media hora después, *Madame* Saunier partió en su Simca. Cuando el ruido del coche se hubo desvanecido, Ogden se levantó y se dirigió rápidamente al invernadero situado detrás del comedor. Quitó las macetas de brillantes plantas de invierno que había sobre la plataforma de madera, aflojó la plataforma de la pared y extrajo la maleta barata que había comprado en Sainte-Mère esa mañana, mientras Angela y Foster disfrutaban de la sobremesa del desayuno. Coger las sábanas del dormitorio vacío había sido un error, pero en aquel momento solo le había importado mantener con vida al joven soldado.

Dentro de la maleta había esparadrapo, gasas estériles y pomada antiséptica, una botella de agua Vichy y otra de *schnapps*, un hornillo Primus, seis latas de diferentes sopas, y una baqueta que le había comprado al armero del pueblo. Con independencia de cuán meticulosamente hubiera aceitado antes la ametralladora, el cañón necesitaría una limpieza completa.

Tras inspeccionar los contenidos, Ogden volvió a colocar la plataforma y se dirigió a las puertas del invernadero. Protegido por los elevados setos, el jardín estaba cálido y el aire que llegaba de la playa parecía tener el brillo de un desfile. Como era habitual, cuando llegó a la casamata la temperatura había descendido casi diez grados: ese reducto de hormigón negro existía dentro de su propia región climática.

Ogden se detuvo en la escalera y prestó atención por si se oía el ruido de algún intruso. La primera tarde, cuando cogió las sábanas de los niños y metió una comida de emergencia compuesta por pan, leche y salami, y corrió de regreso por la playa hasta la casamata, el alemán había recaído en una sucesión de comas intermitentes, en los cuales se hundía sin aviso. Aunque aún miraba la línea de la marea con la mano derecha aferrada al gatillo de la ametralladora, tenía el rostro tan pálido que Ogden, al principio, pensó que había muerto. Pero el soldado se había reanimado con el sonido de la leche vertida en su marmita de campaña, se había incorporado un poco y había permitido que Ogden le colocara las sábanas alrededor de los hombros. Como no podía permanecer ahí más de una hora, por temor a alertar a su esposa, Ogden había pasado la noche en un estado de excitación extrema, aterrorizado, por algún motivo, de que la policía local y los miembros del ejército alemán pudieran llegar en cualquier momento.

A la mañana siguiente, después de que Ogden llevara el coche hasta Sainte-Mère con la excusa de visitar los cementerios de guerra del pueblo, el alemán había mejorado a ojos vista. Aunque casi no se percataba de Ogden, ahora estaba recostado en una posición más cómoda contra la pared húmeda. Sostenía la marmita de campaña contra su pecho vendado, y comía los restos de una salchicha. Su rostro tenía mejor color y la piel estaba menos tensa sobre la mandíbula y los pómulos.

A menudo al alemán lo sacaban de quicio los titubeos de Ogden y había algo extrañamente vulnerable en su extrema juventud. Ogden lo visitaba dos veces por día, y le llevaba agua, alimento y cigarrillos, cualquier cosa que pudiera arrebatarse de la

villa bajo la suspicaz mirada de *Madame Saunier*. Le hubiera gustado encender una fogata para el soldado, pero el hornillo Primus que le había llevado esa cuarta mañana le daría un poco de calor. Sin embargo, el alemán había sobrevivido en ese frío —la idea de pasar todos esos inviernos hizo estremecerse a Ogden— y por fin llegaba el verano.

Cuando subió la escalerilla hacia la barbata, encontró al alemán sentado, con las sábanas en los hombros y limpiando tranquilamente la ametralladora. Le dirigió un gesto de asentimiento a Ogden, quien se sentó jadeando en el suelo frío, y continuó desmontando la culata, sin interesarse, en apariencia, por el hornillo Primus. Cuando Ogden le extendió la baqueta, el alemán lo miró con una chispa de agradecimiento en los ojos. Solo comió después de haber montado el arma.

Ogden lo miraba con aprobación, aliviado al ver la total dedicación del joven soldado a la defensa de aquella solitaria fortificación. Antes, había temido que, cuando hubiera recuperado sus fuerzas, el alemán decidiera marcharse, o replegarse a una posición más fácil de defender. Evidentemente, no había vivido el desembarco real en Utah Beach, y no tenía la menor idea de que era el único que continuaba luchando esa guerra. Ogden no tenía intención de decirle la verdad, y la resolución del alemán nunca vaciló.

A pesar de su mejoría general, las piernas del alemán aún parecían inútiles y no había adelantado lo suficiente el cuerpo como para ver el cobertizo para botes, situado a doscientos metros de distancia. Todas las tardes, Angela y Richard Foster subían las dunas hasta aquella cabaña de madera montada sobre ruedas en miniatura y desaparecían ahí durante una hora. En ocasiones, mientras esperaba a que reaparecieran, Ogden sentía la tentación de arrebatarle la ametralladora al alemán herido y vaciar la cinta de munición sobre las deterioradas alfarjías de la caseta. Pero la puntería del joven soldado era probablemente mejor y más firme que la suya. La pistola de bengalas estaba en el alféizar de la aspillera, cargada con un cartucho. Cuando el alemán la hubiera limpiado, estarían preparados.

Dos días después, apenas pasada la una de la tarde, comenzó la última acción militar que tendría lugar en Utah Beach.

Esa mañana, a las once, mientras Angela leía el periódico local sentada a la mesa del desayuno, Richard Foster regresó del teléfono situado en el recibidor.

—Nos marchamos esta tarde. El tiempo está empeorando.

—¿Qué? —Ogden dejó su tablero de ajedrez y se reunió con ellos en el comedor. Indicó la brillante luz del sol sobre el satén húmedo de la playa—. No lo parece.

—Acabo de llamar a los meteorólogos del aeropuerto de Cherburgo. Viene un frente de las Sorlingas. El barómetro está subiendo como si fuera un ascensor.

Ogden entrelazó las manos, intentando controlarse.

—Bueno, aplacémoslo hasta mañana. El avión tiene todo el instrumental necesario.

—De ningún modo. Mañana a esta hora, el Canal estará plagado de

cumulonimbos. Sería como intentar volar a través de un laberinto de volcanes.

—Dick sabe lo que hace —confirmó Angela—. Repasaré el inventario con *Madame Saunier* después del almuerzo. Ella puede llevarles las llaves a los agentes cuando nos hayamos marchado. —A Ogden, que aún contemplaba a Richard Foster, le dijo—: Un día menos no importa, David. En toda la semana no has hecho otra cosa que jugar solo en la playa.

Durante la media hora siguiente, Ogden intentó encontrar una excusa para quedarse, mientras caminaba de un lado a otro por la sala y los demás arrastraban las maletas a la planta superior. Intentó apagar las voces de las dos mujeres que resonaban en su cabeza, consciente de que todo su plan estaba a punto de fracasar. Él ya había hecho su visita matutina a la casamata, adonde había llevado café, sopa y cigarrillos. El joven alemán estaba casi recuperado y había desplazado la ametralladora más cerca del parapeto. Ahora Ogden lo abandonaría ahí. En pocos días se daría cuenta de que la guerra había acabado y se entregaría a las autoridades francesas.

A sus espaldas, la puerta principal se cerró. Ogden oyó la voz de Foster en el camino de entrada, mientras Angela le gritaba algo. Los observó desde la ventana, admirando, desalentado, su osadía. Salían en su último paseo juntos: con una mano, Foster tomaba a Angela por el codo, y en la otra llevaba la escopeta.

Aún sorprendido por la forma flagrante en que publicitaban su aventura amorosa —los dos últimos días lo habían hecho todo juntos, salvo meterse en la cama de Angela—, Ogden apoyó sus manos contra la ventana. Aún había una pequeña oportunidad. Rememoró la forma casi provocativa en que Angela lo había mirado desde el otro lado de la mesa del comedor la noche anterior, confiando en que él no haría absolutamente nada...

Quince minutos después, Ogden abandonó la casa y a una exasperada *Madame Saunier*, y corrió como loco, escopeta en mano, por los charcos que el mar, ya un poco picado, había arrojado sobre Utah Beach.

—*Langsamer! Zu schell. Langsam...*

Intentando calmar a Ogden, el joven alemán había levantado la mano y le había indicado que se alejara del parapeto. Se inclinó, movió el bípode y giró la ametralladora hasta dejarla apuntando hacia la sección de la playa donde estaba el cobertizo para botes, en cuya dirección Ogden había estado gesticulando desde su llegada.

Ogden se agazapó contra el muro, totalmente dispuesto a que el alemán se hiciera cargo de la situación. La recuperación del joven soldado en esos pocos días había sido sorprendente. Aunque sus manos y su rostro mantenían aquella blancura, como de albino, parecía haber ganado peso. Se movía ligero por la batería, en absoluto control de la ametralladora pesada. El cerrojo estaba cerrado y el gatillo en posición de fuego automático. Tenía en los labios una especie de sonrisa lánguida, una mueca

irónica en la boca fría, como si supiera que su larga espera estaba a punto de concluir.

Ogden asintió, alentándolo, sosteniendo la escopeta de la forma más militar que le era posible. Su poder de fuego no era nada en comparación con el de la ametralladora del alemán, pero era todo lo que podía ofrecer. De un modo confuso, se consideraba responsable de ese joven soldado, y se sentía culpable por haberlo implicado en lo que, en cierto sentido, sería el último crimen de guerra cometido en la Segunda Guerra Mundial.

—¡Están...! ¡Mira! —Ogden se agazapó detrás del parapeto, y se puso a gesticular frenéticamente. La puerta del cobertizo para botes se había abierto y el cristal quebrado de una ventana les había enviado un filo de luz solar. Ogden se puso de rodillas, con ambas manos en la pistola de bengalas. El alemán había resucitado y se movía con destreza profesional, borrado todo indicio de sus heridas. Ajustó la mira trasera con el hombro vendado contra la ametralladora pesada. Angela y Richard Foster salieron del cobertizo. Se detuvieron bajo la luz del sol, mientras Foster recorría con la vista, distraído, las dunas cercanas. La escopeta descansaba sobre su hombro, con dos dedos aferrados al guardamonte.

Nervioso por esa postura agresiva, Ogden levantó la pistola de bengalas, la amartilló y disparó el grueso cartucho al aire, sobre la cabeza de Foster. El piloto observó la suave parábola y después salió a la carrera, gritándole a Angela, mientras la bengala perdía altura como un pájaro muerto, hacia el sosegado mar.

—¡Un proyectil defectuoso...! —Enfadado consigo mismo, Ogden se puso de pie detrás de la barbata, exponiendo su cabeza y su pecho. Levantó la escopeta y le disparó con el cañón izquierdo a Foster, quien corría por las dunas a poco más de cien metros de la casamata. Junto a Ogden, el joven alemán estaba apuntando. El largo cañón de la ametralladora seguía a la figura que corría. Por fin abrió fuego. El violento ruido hizo saltar el parapeto. Ogden estaba de pie, tras la aspillera, contento de oír el estruendo de la ametralladora, cuando Richard Foster se levantó de entre la hierba, a diez metros de la casamata, y le disparó en el pecho.

—¿Está...?

Angela esperaba en la penumbra, junto a la escalera, con el cuello de su abrigo de piel contra las mejillas. Evitó el cuerpo tendido sobre el suelo de la batería y miró a Foster apoyar la escopeta contra el muro y arrodillarse en el suelo.

—Aléjate tanto como puedas. —Foster le indicó con un ademán que se retirara. Examinó el cuerpo y después tocó la pistola de bengalas con un zapato manchado de sangre. Todavía temblaba, tanto por el miedo como por el agotamiento que le había provocado toda esa semana. En cambio, Angela estaba completamente calmada. Advirtió que, con su característica meticulosidad, ella había insistido en subir la escalera.

—Tuvimos muchísima suerte de que disparara eso primero; de lo contrario, puede que yo no hubiera tenido tiempo... Pero ¿dónde diablos consiguió esa cosa? ¿Y todo



este equipo?

—Dejémoslo así y llamemos a la policía. —Angela esperó un instante, pero Foster aún examinaba el suelo—. ¡Dick! Dentro de una hora, tal vez yo ya no suene tan convincente.

—Mira todo este equipo: chaleco de combate de la Segunda Guerra Mundial, munición de ametralladora, hornillo Primus, libro de frases en alemán y todas estas latas de sopa...

—Aquí había montado su campamento. Te dije que haría falta mucho para provocarlo.

—¡Angela! —Foster retrocedió y le hizo señas para que se acercara—. Míralo... Por todos los cielos, lleva un uniforme alemán. Botas..., chaqueta..., todo el equipo.

—¡Dick!

Mientras abandonaban la casamata, la figura alarmada de *Madame Saunier* llegó corriendo por la playa. Foster sostuvo el brazo de Angela.

—Bueno. ¿Están bien?

—Desde luego. —Con una mueca, Angela continuó bajando los mugrientos escalones de hormigón—. ¿Sabes?, debió de creer que nuestro desembarco era inminente. Siempre estaba hablando de Utah Beach.

1978

## EL ZODÍACO 2000

NOTA DEL AUTOR. *Parece que, por modesta que fuera, hace tiempo que es necesaria una actualización de los signos del zodiaco. Las casas de nuestro cielo psicológico ya no están ocupadas por carneros, cabras y cangrejos, sino por helicópteros, misiles de crucero, dispositivos intrauterinos y todos los espectros de la sala de psiquiatría. Hay unas pocas correspondencias obvias: los clones y la jeringa hipodérmica ocupan cómodamente el lugar de los gemelos y el arquero. Pero queda el problema de todos aquellos animales de granja que fueron tan importantes para los caldeos. Tal vez nuestros auténticos correlatos de esas bestias cotidianas sean las máquinas que escoltan y moldean nuestras vidas de tantas maneras —sobre todo, el taurino ordenador— sembrando sus ilimitadas posibilidades. En cuanto al carnero, ese incansable guardián del rebaño doméstico, su correlato en nuestros hogares parecen ser las cámaras Polaroid, que custodian nuestros más pequeños recuerdos y emociones, nuestros actos sexuales más tiernos. He aquí, en todo caso, un zodiaco de ficción especulativa que, supongo, será el próximo zodiaco real...*

### *El signo de la Polaroid*

Los cielos se desplazaban. Los primeros equipos de televisión habían llegado al aparcamiento del hospital y escudriñaban con sus prismáticos las plantas superiores del ala psiquiátrica. Bajó la persiana plástica, cansado de toda esa atención, con la sensación de que el mundo tanto se estrechaba como se ensanchaba a su alrededor. Esperó, mientras la doctora Vanessa ajustaba la lente de la cámara cinematográfica. El cabello enmarañado de la mujer, sin peinar desde el momento en que lo había recogido en el refectorio, le caía sobre el visor de la cámara. ¿Estaba poniendo un filtro de sus propios tejidos entre ella y cualquiera fuera el mensaje que la película pudiera mostrar? Desde la llegada del profesor Rotblat, en la limusina del Ministerio del Interior, ella no había hecho otra cosa que fotografiarlo obsesivamente mientras él realizaba una variedad de actividades sin sentido: estudiando las tediosas imágenes de Rorschach, montando en bicicleta en el laboratorio de fisiología, en cuclillas en el bidé del apartamento de ella. ¿Por qué lo habían seleccionado repentinamente a él, un desconocido paciente crónico, a quien nadie hacía el menor caso desde el instante de su ingreso, diez años antes? Durante su adolescencia se había subido a menudo al terrado del bloque de dormitorios y se había metido todo el cielo dentro, pero ni siquiera la doctora Vanessa lo había notado. Echándose hacia atrás el cabello rubio, ella lo miró con inesperada preocupación:

—El último carrete, y después podrás hacer las maletas: el helicóptero está a

punto de llegar. —Ella había pasado la noche en su cama, sentada con él, proyectando películas en la pared de su apartamento.

### *El signo del Ordenador*

Estaba sentado ante la mesa de metal, junto al podio, mirando los rostros mudos de los delegados, mientras el profesor Rotblat gesticulaba con las hojas impresas en la mano.

—Hace seis meses, a los pacientes de esta oscura institución mental se les realizó una exploración citoplasmática de rutina como parte de las pruebas clínicas de un nuevo tranquilizante prenatal. Gracias a la doctora Vanessa Carrington, mi atención se centró en la química celular extraordinaria y completamente anómala del sujeto, sobre todo en la espiral levógiro de su hélice de ADN. Los análisis más exhaustivos practicados por el ULTRAC 666 del MIT, el ordenador más potente del mundo, confirman que este joven —huérfano de padres imposibles de rastrear— parece haber surgido de un universo especular y haber sido arrojado a nuestro mundo por fuerzas de poder ilimitado. También indican que al optar por su sesgo dextrógiro original, nuestro reino biológico tomó la más débil de dos alternativas posibles. Todas las predicciones del ULTRAC sugieren que las posibilidades combinatorias del ADN levógiro exceden las de nuestra química celular en un factor de  $10^{27}$ . A ello puedo añadir que los programadores del ULTRAC han construido un modelo informático completo de ese universo alternativo, con consecuencias para todos nosotros que son a la vez enaltecedoras y terroríficas...

### *El signo de los Clones*

Se afirmó contra el pasamano del balcón, haciendo arcadas sobre las baldosas turquesas. Seis metros debajo de su habitación de hotel estaba el techo del centro de conferencias, cuyo hormigón blanco parecía una enorme lente obstruida. A pesar de todo ese discurso sobre universos paralelos, los delegados no veían nada por el visor. Parecían estar más impresionados por la potencia de ese ordenador excesivamente productivo que por la suya propia. Hasta entonces su vida en el hospital había carecido por completo de posibilidades: balonvolea con los parapléjicos, las espinillas amoratadas por las sillas de ruedas; aburridas horas imitando el estilo de Van Gogh en las clases de terapia ocupacional; después, anocheceres pasados con la televisión y píldoras de largactil. Pero al menos él podía mirar el cielo y oír la música temporal de los cuásares. Esperó que se le pasaran las náuseas, arrepintiéndose de haber consentido volar hasta ahí. Los vestíbulos del hotel estaban repletos de funcionarios cuya deferencia le resultaba sospechosa. ¿Dónde está la doctora Vanessa? Él ya echaba de menos sus manos tranquilizadoras, su perfume en la sala de proyección. Levantó la vista del vómito del balcón. Debajo de él, el director de televisión estaba de pie sobre el techo del centro de conferencias, y le hacía señas con aire amistoso

pero críptico. Había algo increíblemente familiar en su rostro y su postura, como si fuera un reflejo demasiado perfecto en un espejo. Por momentos, el hombre parecía estar imitándolo, intentando indicarle los códigos de una combinación de huida. ¿O era una especie de gemelo maligno, una réplica diestra de sí mismo que se preparaba para tomar su lugar? Mientras se limpiaba la boca, advirtió la píldora verde entre el vómito a sus pies. El policía de turno había intentado sedarlo. Sin pensárselo dos veces, decidió escapar y levantó el manual de instrucciones que el astrólogo del Ministerio del Interior le había puesto en las manos después del almuerzo.

### *El signo del DIU*

Puede oler la vulva de ella en sus manos. Él está tendido de lado en el dormitorio a oscuras, esperando a que ella regrese del baño. A través de la puerta de cristal puede ver sus pechos y sus muslos, como si un ordenador estuviera permutando de forma distorsionada todas las posibilidades de una anatomía alternativa. Esa mujer agradable, pero extraña, con su apartamento anónimo y su conversación errática, repleta de repentinas referencias a los cuásares, la destrucción del capitalismo, los ácidos nucleicos y la astrología, ¿tenía alguna idea de lo que iba a sucederle? Evidentemente, ella lo había estado esperando en el aparcamiento del hotel, demasiado dispuesta a ocultarlo en el asiento del acompañante de su deportivo. ¿Era la mensajera de un consorcio rival, enviada a él por poderes invisibles que controlaban los cuásares? En la mesilla de noche estaba el dispositivo intrauterino con el cordel de extracción que él había notado en su cuello uterino. Por un confuso impulso, ella había decidido quitárselo, como si estuviera decidida a custodiar por lo menos un juego de esos estrafalarios genes de él, dentro de su bóveda placentaria. Cogiéndolo por el cordel, hizo oscilar el DIU, ese símbolo tecnológico que en su doble esvástica parecía contener un anagrama de todos los emblemas zodiacales del manual de astrología. ¿Era una pista que le habían dejado? ¿Un módulo que debía ser multiplicado por todas las cosas de ese mundo diestro? ¿Los contornos de los pechos de esa joven? ¿Las leyes de la cinética química? ¿El canto migratorio de las golondrinas? Después de la cámara, el ordenador y los clones, el DIU era la cuarta casa de ese zodiaco en el que él ya había ingresado, la mansión de doce cámaras a través de la cual debía desplazarse con la astucia de un maestro de ladrones. Levantó la vista cuando Renata lo atrajo suavemente hacia la almohada.

—Descansa una hora. —Parecía estar transmitiéndole instrucciones procedentes de otro cielo—. Después nos iremos a Jodrell Bank.

### *El signo del Radar*

Mientras esperaban en el tráfico inmóvil, sobre la cinta atestada del paso elevado, Renata intentaba sintonizar la radio con impaciencia, sin poder penetrar la estática de los coches que había a su alrededor. Sonriéndole, él apagó el ruido y señaló hacia el

cielo sobre su cabeza:

—No le hagas caso al horizonte. Más allá de la Estrella Polar pueden oírse los universos isla.

Se reclinó, intentando hacer caso omiso de los miles de transmisiones por satélite, ese bárbaro parloteo, por debajo de la gran música de los cuásares. Incluso ahora, a través de la luz de la tarde de esta ciudad provinciana, podía leer los repetidores de los satélites de comunicaciones y las ondas de los radares de Flyngdales y la línea Norad, en el norte de Canadá, así como oír las sondas que respondían, sobre el horizonte, en los centros rusos cercanos a Murmansk, leones distantes que se rugían su temor unos a otros marcando sus pretensiones de territorios imposibles. Un misil quedaría fijo en la red de su mente como una mosca atrapada en el espacio sónico de una sinfonía de Beethoven. Sobresaltado, vio un par de manos cruzadas de cicatrices coger el borde del parabrisa. Un hombre grueso, con una gran barba, había saltado entre los autobuses de las aerolíneas y lo miraba fijamente, con el ojo izquierdo inflamado por un desagradable virus. A Renata le espetó:

—Métete detrás: solo nos queda una semana antes de la visita del primer secretario.

### *El signo de la Stripper*

Cuando la música acabó, ocuparon sus asientos en la primera fila del club de *striptease*. A solo un metro de él, sobre un minúsculo escenario decorado como un dormitorio, la pareja desnuda llegaba al clímax de su acto sexual. El aburrido público situado a sus espaldas guardaba silencio y él era consciente de la intensidad casi obsesiva con la cual Heller lo observaba. Durante días había estado anestesiado por la repulsiva energía de ese hombre psicótico, ese terrorista que soñaba con la llegada del día del Juicio Final y la Tercera Guerra Mundial. Durante los pocos días pasados habían seguido un itinerario demencial: las plataformas de carga en el aeropuerto, el camino que llevaba a los silos de misiles, los apartamentos secretos repletos de terminales de ordenador y custodiados por una pandilla de asesinos arrogantes, los físicos rufianes instruidos en alguna universidad pervertida. Y, sobre todo ello, los clubes de *striptease*; él y Heller habían visitado docenas de esas escandalosas cabinas para mirar a Renata y a las mujeres de la pandilla mientras efectuaban todo el espectro de perversiones sexuales imaginables, perversiones tan abstractas que habían pasado a formar parte de una compleja lógica. Más tarde, en sus apartamentos, esas agresivas mujeres lo rondarían como caricaturas de un sueño erótico. Para entonces, él ya sabía que Heller estaba intentando reclutarlo en su conspiración, pero ¿le estaban entregando de forma consciente las llaves de la sexta casa? Contempló a la joven que en ese momento abandonaba el escenario al son de algunos aplausos dispersos, exhibiendo semen en sus muslos. Recordó la violencia de Heller al forcejear con las jóvenes putas en el asiento trasero del deportivo, en asaltos tan

estilizados como movimientos de *ballet*. En los códigos del cuerpo de Renata, en las uniones del pezón y el dedo, en el surco de sus nalgas, aguardaba la posibilidad de una psicopatología benigna.

### *El signo del Psiquiatra*

El profesor Rotblat se detuvo cuando Vanessa Carrington volvió de la ventana y se colocó detrás de la silla, con sus manos sobre los hombros del joven, en un gesto protector. La cara del profesor parecía encarnar la geometría de obsesiones completamente extrañas.

—Hoy en día, el papel de la psiquiatría ya no es curar al paciente, sino reconciliarlo con sus fortalezas y debilidades, equilibrar el lado oscuro del sol con su luz, tarea que, dicho sea de paso, una naturaleza poco dócil no nos facilita en absoluto. La física teórica nos recuerda el sesgo diestro inherente a toda la materia. El espín del electrón, la rotación del Sistema Solar, así como de las partículas subatómicas más pequeñas y las grandes mareas que hacen girar el propio cosmos, todo ello encarna esta constante fundamental que no solo refleja el arraigado desasosiego popular con respecto a todo lo siniestro, sino también la cualidad dextrógira del ADN. Dadas las elevadas energías implicadas —ya sea en las galaxias, ya sea en los sistemas biológicos—, toda tentativa que llevara una dirección contraria tendría resultados catastróficos de un tipo que ya nos es conocido en la forma de los agujeros negros. Un único individuo de esa clase podría transformarse en el equivalente psicológico de un arma del Juicio Final...

Esperó a que la joven le respondiera. ¿Había regresado al hospital para recordarles que había trascendido el papel de paciente y estaba ingresando en ese ámbito siniestro en el que las predicciones del ULTRAC debían leerse de derecha a izquierda?

### *El signo del Psicópata*

Permaneció de pie junto al Mercedes, mientras las mujeres cargaban el cuerpo del embajador en el maletero. Heller observaba desde la entrada del ascensor, sosteniendo la pesada pistola ametralladora con ambas manos. El rostro moreno del terrorista se había acercado a sí mismo, exponiendo las costuras flojas que le cruzaban las sienes. Durante las horas de violencia, en el apartamento, había aferrado su pistola como si se masturbara y experimentara un constante orgasmo. El tormento infligido a ese anciano diplomático había servido un claro propósito solo conocido por Renata y sus compañeras. Observaban al asesino casi con una calma onírica, como si la desquiciada crueldad de Heller revelara las fórmulas secretas de una nueva lógica, una violencia conceptualizada que transformaría las catástrofes aéreas y las colisiones de coches en sucesos de una amorosa dulzura. Ya estaban planeando una serie de espectaculares aventuras aun más psicóticas que las anteriores: el asesinato

del líder del otro partido político, el secuestro de un convoy que transportaba plutonio, o la reprogramación del ULTRAC para destruir totalmente el sistema comercial y bancario de Occidente. Esas mujeres soñaban con la Tercera Guerra Mundial como madres jóvenes que canturrearan durante su primer embarazo.

### *El signo de la Jeringa Hipodérmica*

Observó el reflejo de la doctora Vanessa en la ventana de la sala de control, mientras ella ajustaba los electrodos en su cuero cabelludo. Sus manos vacilantes, con un temblor de culpa y afecto, resumían todas las vacilaciones e incertidumbres de ese peligroso experimento realizado en los estudios de televisión adaptados. A pesar de la desaprobación del profesor Rotblat, ella se había convertido en una conspiradora dispuesta, tal vez a causa de alguna confusa esperanza de que él acabara huyendo, se montara en las carreteras de su propia columna vertebral y volara alejándose por algún cielo interior. El rostro del director de televisión se deslizaba por el grueso cristal de la sala de control. Los días previos, mientras preparaban el experimento en el laboratorio y estudio, Tarrant había comenzado a esconderse detrás de esos espejos transparentes, como si no estuviera seguro de su propia realidad. Con todo, parecía coincidir con la necesidad de asumir ese mundo de pesadilla de terroristas y misiles de crucero, de objetos vistos en el espejo deformado que algún día podría volver a unirse en una secuencia más sensata. Multiplicadas por el ordenador ULTRAC, las funciones de onda de su alucinante cerebro se transmitirían por los canales nacionales y proporcionarían un nuevo conjunto de fórmulas para su pasaje a través de la conciencia. Le tocó la rodilla a la doctora Vanessa para transmitirle tranquilidad, mientras ella sostenía la jeringa hipodérmica contra la luz.

### *El signo del Vibrador*

Escuchó el zumbido monótono, como de insecto, de la elegante máquina que Renata sostenía en la mano. Ella estaba tendida de espaldas, murmurando para sí alguna compleja fantasía masturbatoria, sin percatarse, por una vez, de su presencia. ¿Esos estremecimientos y jadeos realmente la convencían de su realización sexual? Desde que él había regresado al apartamento de ella, había pensado a menudo que ofrecerle sexo a cualquier aspirante a tirano era la manera más sencilla y eficaz de apoderarse del poder político. Sin embargo, él había efectuado su elección en otra parte. En pocos días, los grupos terroristas intentarían desencadenar la Tercera Guerra Mundial y el año psicológico llegaría a su clímax. Las películas subliminales ya estaban preparadas para ser transmitidas en los boletines de noticias de emergencia. Ahora relajado, veía cómo se tensaban los muslos y la pelvis de Renata. Para cuando la transmisión televisiva de ese agotador acto sexual alcanzara las estrellas más cercanas, todo observador curioso daría por supuesto que ella estaba dando a luz esa desagradable máquina, la prole de su matrimonio con las hojas impresas del

ULTRAC.

### *El signo del Misil de Crucero*

Se puso de rodillas ante la televisión, esperando la retrasada transmisión de los informativos de emergencia. Para entonces, los cielos del centro de Londres estarían repletos de helicópteros, las calles ensordecidas por el ruido de los transportes blindados de tropas, toda la panoplia de la alerta nuclear. Esperando con paciencia, confiado en que se realizara la lógica del nuevo zodiaco, contemplaba la pantalla en silencio, mientras Renata yacía dormida en la cama. En lo profundo de su mente, él soñaba con misiles de crucero lanzados desde submarinos emergidos en la solitaria tundra y que avanzaban siguiendo los contornos de remotos fiordos árticos. Él había desempeñado un pequeño papel en ese drama reduccionista. El auténtico zodiaco de aquella gente, las constelaciones de sus cielos mentales, conformaban una inmensa máquina de autodestrucción, nada más. Dejó el televisor y miró a la joven. Mientras colocaba las manos alrededor de su cuello, dispuesto a satisfacer la lógica impecable de la curva psicológica, solo pensaba en los misiles de crucero.

### *El signo del Astronauta*

A través del cristal de la ventana de la sala de aislamiento, miró a la doctora Vanessa, que hablaba tranquilamente con el profesor Rotbla. La ansiedad que ella había mostrado cuando la policía lo llevó de regreso al hospital había dado paso a un interés neutral y profesional, nada más. Apretó los codos contra las sábanas de contención, pensando en el cuerpo ensangrentado de Renata, con su anatomía extrañamente resistente que él había intentado organizar según una geometría más feliz y sensata. Ahora sabía que todos ellos lo habían engañado, que no se había desatado ninguna crisis nuclear y que los mensajes subliminales solo estaban dirigidos a él. ¿Todo aquello no había sido más que una fantasía, y la búsqueda del zodiaco le había sido impuesta de forma no intencionada por esa alta, demasiado repentina, del hospital? Sin embargo, el cuerpo de Renata seguía siendo algo más que una vergüenza clínica. Un día, el asesinato de esa mujer gánster e intelectual sembraría realmente la destrucción de su sociedad. Él había quedado atrapado en el zodiaco que le habían instado a elaborar, pero había escapado por la puerta lateral de la muerte de aquella mujer. La gran curva se había cerrado convirtiéndose en un círculo, lo había levantado por los hombros y lo había regresado a la institución. Sin embargo, no habían tenido en cuenta una contingencia completamente inesperada: la recuperación de su cordura, un tesoro robado a las doce mansiones. Ahora él los abandonaría. Subiría por la escalera levógira al techo de su mente y volaría por los cielos libres de su espacio interior.





## LA ARQUITECTURA DE LOS MOTELES

La sospecha de Pangborn de que alguien se ocultaba en el solario coincidió con la llegada de la joven técnica. La presencia de esa muchacha, de uniforme elegante aunque aburrida, que hacía ruido con su maleta metálica alrededor de su silla de ruedas, le crispaba los nervios en tal medida que al principio no hizo ningún intento de encontrar al intruso. Los modales agresivos de la joven, su silbido incesante mientras limpiaba las pantallas de televisión y su creciente interés en Pangborn eran algo diferente de todo lo que él había tenido que afrontar hasta el momento.

Las mujeres uniformadas que enviaba la compañía para realizar el mantenimiento de las instalaciones del solario se destacaban por su silencio y eficiencia. Mirando en retrospectiva esos doce años que había pasado en el solario, Pangborn no podría reconocer ni uno solo de aquellos rostros. En realidad, la carencia de cualquier clase de identidad personal era lo que permitía a las jóvenes llevar a cabo sus íntimas tareas domésticas. Sin embargo, al cabo de una hora desde su llegada, esta nueva empleada se las había arreglado para estropear el control de la sintonía de la pantalla principal y alterar a Pangborn con su mirada malhumorada. Si no hubiera sido por esa crítica vaga e inquietante de la cual él era el blanco, Pangborn habría identificado al intruso mucho antes y habría evitado las extrañas consecuencias resultantes.

En aquel momento Pangborn estaba sentado en su silla de ruedas, en el centro del solario, bañado todo el tiempo por la cálida luz artificial que manaba de las aberturas del cielo raso, mirando la escena de la ducha de *Psicosis* en la pantalla principal. La genialidad de ese *tour de force* nunca dejaba de asombrarlo. Había visto la secuencia cientos de veces, congelando la imagen y examinándola en primer plano cada vez, grabando secciones separadas de la acción y reproduciéndolas en la docena de pantallas más pequeñas que circundaban la pantalla principal. La extraordinaria relación entre la geometría de la bañera y la anatomía del cuerpo asesinado de la mujer parecía contener la clave del auténtico significado de la totalidad del mundo de Pangborn, de las relaciones implícitas entre su musculatura y el immaculado universo de vidrio y cromo del solario. En los momentos de mayor excitación, Pangborn se había convencido de que las fórmulas secretas de su ocupación del tiempo y el espacio estaban contenidas en esa secuencia repetida infinitamente.

Estaba tan inmerso en el misterioso clima de la secuencia —la imagen que gira del rostro de la actriz aplastado contra el suelo de baldosas, con su cuadrícula rectilínea— que al principio no le hizo caso al débil sonido de una respiración cercana, el familiar olor de un ser humano.

Pangborn giró su silla de ruedas, a la espera de encontrar a alguien de pie detrás

de él, tal vez uno de los repartidores que aprovisionaban la cocina y los tanques de combustible del solarío. Después de haber vivido completamente solo doce años, Pangborn había descubierto que sus sentidos eran lo bastante agudos como para detectar la presencia de una mosca.

Congeló la película en las pantallas de televisión, y les volvió la espalda girando la silla de ruedas. La estancia circular estaba vacía, al igual que el baño sin cortinas y la cocina.

Pero el aire se había movido. En algún lugar detrás de él había latido un corazón y unos pulmones habían respirado.

En ese instante, alguien giró una llave en el vestíbulo, la puerta de cristal se abrió por el choque de una aspiradora transportada con torpeza y Vera Tilley hizo su primera aparición.

A pesar de su intimidad con la imagen electrónica de la actriz desnuda de la película, hacía más de diez años que Pangborn no miraba a una mujer real a la cara. Alterado, aún, por sus sospechas de que había un intruso, miró cómo la muchacha uniformada dejaba caer la aspiradora sobre la alfombra y se movía por el lugar con su equipo. La muchacha tenía menos de veinte años, y llevaba el despeinado cabello rubio metido en una gorra y un excéntrico maquillaje en la boca, que ya de por sí era grande, y en los ojos. En su solapa había una etiqueta identificativa: debajo del emblema de la compañía aparecía el nombre VERA TILLEY y una fotografía suya mirando fijamente la cámara con un mohín insolente.

Ahora observaba a Pangborn y el solarío con esa misma mirada provocativa.

—Cuando esté preparada, puede comenzar —le dijo Pangborn—. Ahora estoy ocupado.

—Ya lo veo. —La muchacha le echó un vistazo al complejo de pantallas: las inmensas ampliaciones de los ojos muertos de la actriz, rodeados como en un retablo por las secciones cuantificadas de su cuerpo exhibidas en las pantallas más pequeñas. Con una mirada irónica a los bordes acolchados de la silla de ruedas de Pangborn, la joven observó:

—¿Ella está cómoda así? ¿No puede usted hacer algo por ella? —Extendió una uña sucia hacia la consola de control ubicada en el brazo de la silla—. Ahí tiene usted suficientes botones como para detener el mundo.

Haciéndole caso omiso, Pangborn hizo girar la silla y volvió a las pantallas. Durante la hora siguiente, mientras proseguía con el análisis de la escena de la ducha, siguió pensando en el intruso. Obviamente, en ese momento no había nadie oculto en el solarío, pero la presencia de ese visitante misterioso podía estar conectada, en cierto modo, con aquella extraña joven. Casi podía creer que se trataba de una nueva clase de terrorista urbano. La escuchó moverse por la cocina, ocupada en el mantenimiento del equipo y la reposición de las provisiones del almacén de alimentos. De cuando en cuando, una nota irónica teñía su silbido.

Tras limpiar el baño, la muchacha regresó y se quedó de pie entre Pangborn y las pantallas. Él podía oler la colonia de sus muñecas.

—Llegó el momento de apagar el sistema de soporte vital —dijo ella con buen ánimo—. ¿Puede sobrevivir cinco minutos sin ayuda?

Pangborn esperó con impaciencia mientras ella desplazaba cada uno de los televisores del muro y verificaba sus controles. Viendo a aquella joven trabajar de rodillas frente a él, sobre la alfombra, se sentía extrañamente vulnerable. Su aliento, el latido de sus pantorrillas, la tosca vitalidad de su cuerpo le hacían sentir que era posible prescindir de toda ayuda para mantener el solarío. Había sido célibe durante los últimos quince años y esos confusos sentimientos lo alteraban. Prefería las seguras realidades de las pantallas de televisión a las ficciones infinitamente extravagantes de la realidad. Al mismo tiempo, Vera Tilley lo intrigaba. Pensó otra vez en el intruso.

—Nos vemos la próxima semana —le dijo ella mientras firmaba el cronograma de trabajo. Fue guardando sus instrumentos en la maleta y, al mismo tiempo, observaba a Pangborn con cierta preocupación—. ¿Nunca se cansa de ver esas viejas películas? Debería salir de vez en cuando. Mi hermano tiene un taxi, por si alguna vez lo desea.

Pangborn la despidió con un ademán, con los ojos concentrados en la imagen aumentada del suelo del baño y en los extraños contornos de los pómulos de la actriz. Pero cuando la puerta se abrió dijo en voz alta:

—Oiga, quería hacerle una pregunta. Cuando usted llegó, ¿había alguien esperando fuera?

—No, a menos que fuera invisible. —Desconcertada por el tono intencionadamente despreocupado de Pangborn, ella sopesó la maleta en su mano recia, como si pensara extraer su destornillador y reducir la intensidad del hiperactivo control de imagen de Pangborn—. Aquí solo está usted, señor Pangborn. Tal vez haya visto un fantasma...

Cuando se hubo marchado, Pangborn se reclinó en su silla y recorrió los programas de tarde de la televisión pública. Con sus formas chapuceras, la muchacha había dejado mal sintonizada la pantalla principal, que ahora interrumpía todo con un patrón de interferencia intermitente, pero Pangborn, para variar, consiguió no prestarle atención. Apagó el sonido y miró las docenas de programas que pasaban, en silencio.

Una vez más, notó la inconfundible presencia de alguien cerca de él. La débil voz de otro ser humano flotaba en el aire, el rastro de un cuerpo poco familiar. En el solarío había un olor extraño, pero no desagradable. Pangborn dejó las pantallas y condujo la silla de ruedas por la estancia, inspeccionando la cocina, el recibidor y el baño. Podía ver que el solarío estaba vacío, pero a la vez estaba convencido de que alguien lo observaba.

La muchacha, Vera Tilley, lo había alterado de una forma inesperada. Toda su experiencia, los años pasados frente a las pantallas de televisión, no lo había preparado ni siquiera para el encuentro más breve con una mujer real. Lo que otrora se habría llamado mundo «real», las silenciosas calles de ahí fuera, la urbanización privada compuesta por cientos de solarios similares, no intentaban irrumpir en el mundo privado de Pangborn, por lo que él nunca había sentido la necesidad de defenderse de ese mundo.

Al mirarse, advirtió que durante la visita de la chica él había estado desnudo. Bañado por la luz constante del solarío, hacía años que había dejado de usar ropa, ni siquiera calzoncillos. Las técnicas que enviaba habitualmente la compañía eran tan distantes y anónimas que él no sentía vergüenza alguna mientras ellas iban y venían por el solarío.

Vera Tilley, sin embargo, lo había hecho tomar conciencia de sí mismo por primera vez. No cabía duda de que ella había percibido cómo lo había excitado. Intentando no pensar en ello, Pangborn enderezó el respaldo de su silla y se concentró en las pantallas de televisión que tenía delante. Sosegado por la luz cálida que fluía por su cuerpo bronceado, abandonó los canales públicos y regresó a su análisis de *Psicosis*. La geometría de la actriz desnuda tumbada en el suelo delante de la ducha ofrecía una fuente de interés inagotable, como la música más abstracta posible, y en pocos minutos pudo volver a bajar el respaldo de la silla, Vera Tilley y el misterioso intruso ya olvidados.

En esos doce años en el solarío, Pangborn nunca había abandonado aquella estancia inundada de luz, y en tiempos recientes ni siquiera abandonaba la silla. Durante los breves minutos en que estaba obligado a estar de pie en el baño, cada día, se sentía extrañamente pesado y torpe, como si su cuerpo fuera una tosca masa de musculatura superflua colgada del esbelto armazón de sus huesos por un mal escultor. Recostado en su silla, encontraba difícil creer que esa figura delgada y morena proyectada por la cámara de motorización en las pantallas que tenía delante era el mismo inválido tembloroso que lo miraba desde el espejo del baño. Pangborn permanecía en la silla tanto como le era posible e iba a la cocina y se preparaba la comida sentado en ella, haciéndose un segundo mundo aún más pequeño en el pequeño universo privado del solarío.

Ahora esa estancia esférica en la que parecía haber pasado toda su vida, dormido y despierto, satisfacía todas sus necesidades tanto físicas como psicológicas. La estancia era a la vez gimnasio y dormitorio, biblioteca y estudio de trabajo (de forma nominal, Pangborn era crítico de televisión, prácticamente el único trabajo, exceptuando el de los ingenieros de mantenimiento, en una sociedad en la que todo lo demás lo hacían las máquinas). Montados en la pared posterior del solarío, había un grupo de aparatos para hacer ejercicio que utilizaba media hora al día, sentado en su silla de ruedas.

También el baño estaba provisto de un gabinete especial con una variedad de

artefactos sexuales, pero hacía años que a Pangborn le asqueaba la idea de utilizarlos: conectaban de una forma demasiado inquietante con las realidades de su propio cuerpo. Sentía la misma resistencia con respecto de los dispositivos de mantenimiento psicológico que se alentaba a todo el mundo a mirar durante al menos una hora cada día en las pantallas de televisión: simulaciones de confrontaciones y reconciliaciones con sus padres, test de inteligencia y personalidad, y un abanico íntegro de juegos psicológicos, dramas de bolsillo en los que él podía interpretar el papel protagonista.

Pero Pangborn se había aburrido pronto del limitado repertorio de esas farsas. La fantasía y la imaginación siempre habían desempeñado un papel pequeño en su vida, y solo se sentía realmente cómodo dentro del marco de un absoluto realismo. El solarío era un estudio de televisión totalmente equipado, en el cual Pangborn era, al mismo tiempo, la estrella, el guionista y el director de un serial casero infinitamente más interesante que los programas que ofrecían los canales públicos. Ahora los informativos trataban de sus propios procesos corporales, del ritmo cardíaco de la noche anterior y de las curvas ascendentes y descendentes de su temperatura. Esas imágenes y los análisis de ciertos sucesos clave de su filmoteca parecían estar unidos por alguna clase de relación profunda aunque todavía misteriosa. La extraña geometría que predominaba en la imagen de la actriz en la ducha le proporcionaba una clave de esa abstracción absoluta de sí mismo que había estado buscando desde su llegada al solarío, la construcción de un mundo íntegramente formado por los materiales de su propia conciencia.

Durante los días que siguieron, la paz mental de Pangborn estuvo interrumpida por la corrosiva percepción del intruso que había entrado al solarío. Al principio había aparcado sus sospechas a causa de la llegada de Vera Tilley. Los cosméticos fuertemente perfumados que usaba la joven habían liberado recuerdos reprimidos de su madre y su hermana, y de su breve matrimonio frustrado. Pero ahora, nuevamente, mientras estaba recostado en su silla analizando los acercamientos cada vez más ampliados del rostro de la actriz contra las baldosas del baño, sintió la presencia de un visitante indeseado en algún lugar detrás de él. Con el sonido apagado podía oír la respiración esporádica, hasta un suspiro de cansancio del misterioso intruso por su vigilancia secreta. De vez en cuando Pangborn oía un chirrido metálico a sus espaldas, la tensión de un arnés de cuero, y captaba el olor tenue de otro cuerpo.

Para variar, no le prestó atención a sus pantallas televisivas y dio inicio a una inspección meticulosa del solarío. Empezó por el recibidor y su armario. Sacó los estantes de casetes y las cajas con trajes que llevaba diez años sin usar. Satisfecho al comprobar que el recibidor no ofrecía ningún escondite, fue hasta el baño y la cocina en la silla de ruedas, revisó el botiquín y la ducha, y los estrechos espacios que había detrás de la nevera y el horno. Se le ocurrió que el intruso podía ser un animal pequeño que se había escurrido dentro del solarío durante la visita de alguna de las

chicas de la limpieza. Pero mientras estaba quieto en su silla, en aquel silencio lleno de luz, podía sentir la respiración regular de un ser humano.

Cuando se produjo la segunda visita de Vera Tilley, Pangborn estaba aguardándola ante la puerta del solarío. Esperaba captar un atisbo de alguien merodeando ahí fuera, tal vez un cómplice del intruso. Sospechaba que debían de ser miembros de una pandilla que procuraba amañar los sondeos de audiencia televisiva.

—¡Parece que hoy tenemos prisa, señor Pangborn! ¿Qué sucede? ¿No quiere que entre? —Vera empujó la puerta contra la silla de ruedas y baja la vista para mirar a Pangborn—. Está usted histérico.

Pangborn retrocedió hacia el centro del solarío. El maquillaje de la joven le pareció menos estrafalario, como si intentara revelar más de sí misma. Al percatarse repentinamente de que estaba desnudo, Pangborn sintió un incómodo hormigueo en la piel.

—¿Ha visto a alguien ahí fuera? ¿Esperando en un coche u observando la puerta?

—Ya me lo preguntó la semana pasada. —Haciendo caso omiso de su excitación, Vera abrió su maleta y comenzó a montar las diferentes secciones de la aspiradora—. ¿Espera que alguien venga a quedarse?

—¡No! —La idea lo horrorizó. Hasta la presencia de la joven lo agotaba. Recordó los ruidos de respiración detrás de su silla. Después de tranquilizarse, dijo—: Deje la limpieza para después y échele un vistazo a las antenas. Creo que uno de los aparatos está captando una banda de sonido ajena, procedente, tal vez, del estudio de la puerta de al lado.

Pangborn aguardó mientras ella revisaba los equipos. Después, la siguió por el solarío en su silla de ruedas y observó mientras ella limpiaba el baño y la cocina. Se asomó, entre sus piernas, a la cabina de la ducha y a la tolva de vertido de residuos, confirmando para sus adentros que nadie se ocultaba ahí.

—Está usted completamente solo, señor Pangborn. Solo usted y las pantallas de televisión. —Mientras cerraba su maleta, Vera lo miraba con aire de preocupación—. ¿Ha ido alguna vez al zoo, señor Pangborn?

—¿Qué...? Hay programas de animales, que veo a veces. —Pangborn esperó con impaciencia a que ella se fuera, aliviado por poder continuar con su tarea. Mirando la docena de pantallas de televisión, que la muchacha había sintonizado con perfecta nitidez, se persuadió súbitamente de que la idea de un intruso había sido una ilusión provocada por la presencia de la joven.

Sin embargo, al cabo de pocos minutos de haberse marchado ella, Pangborn volvió a oír los sonidos del intruso a sus espaldas y el ruido de la respiración de un hombre, aún más fuerte ahora que había decidido no ocultarle su presencia.

Controlándose, Pangborn recorrió el solarío con la vista. Una luz sin variaciones se derramaba desde las aberturas de cristal en ese mundo sin sombras, bañando la cámara con un resplandor casi submarino. Pangborn había estado viendo de nuevo un

programa de películas dobladas. Ahora existía un gran repertorio de clásicos transcritos, con tramas y diálogos completamente independientes de los originales. Pangborn había visto una versión coloreada y doblada de *Casablanca* que ahora era una nueva película didáctica para un curso de administración de hoteles, sobre las ventajas y los problemas de la gestión de clubes nocturnos en el extranjero. Pangborn hacía caso omiso del diálogo trillado y estaba disfrutando de la dirección atemporalmente elegante cuando un problema en el color de la pantalla principal comenzó a tornar verdes los rostros de los personajes.

Apagó las pantallas de la pared. Cuando se disponía a llamar a la compañía encargada del mantenimiento, Pangborn oyó el sonido peculiar de una inspiración. Se quedó congelado en su silla, escuchando el característico subir y bajar de una respiración humana. Como si se percatara de que Pangborn lo escuchaba, el intruso comenzó a respirar de forma cada vez más intensa: el aliento molesto y profundo de un hombre atemorizado.

Pangborn, con frialdad, le dio la espalda al intruso, que se escondía de él bien en el recibidor, o bien en el baño. No solo podía oír el miedo del hombre sino también olerlo, el olor vagamente familiar que había advertido la semana anterior. Por algún motivo, estaba casi seguro de que el hombre no tenía intención de atacarlo, y de que solo intentaba escapar del solarío. Tal vez era algún fugitivo exhausto de un acto de injusticia, un paciente psiquiátrico encarcelado por error.

Durante el resto de la tarde, Pangborn simuló mirar las defectuosas pantallas de televisión, mientras ideaba un plan sistemático para vérselas con el intruso. Antes que ninguna otra cosa necesitaba determinar la identidad del hombre. Encendió la cámara de monitorización que abarcaba el solarío y la programó para que recorriera de forma continua el baño, la cocina y el recibidor.

Después se dedicó a montar varias trampas pequeñas. Abrió el botiquín del baño y señaló las posiciones de la pomada antiséptica y las tiritas. Tras la cena, que había adelantado a propósito, dejó intacto un pequeño filete y un bol con ensalada. Colocó una pastilla nueva de jabón en la jabonera de la ducha y esparció una fina capa de talco sobre la alfombra del baño.

Satisfecho, volvió a las pantallas de televisión y permaneció ahí, adormilado, hasta altas horas de la madrugada, escuchando el débil respirar que procedía de algún lugar a sus espaldas mientras él llevaba a cabo su interminable análisis de la escena del asesinato de *Psicosis*. La immaculada y silenciosa unión de la piel de la actriz y las baldosas blancas del baño, ampliadas en un gigantesco acercamiento, encerraba las fórmulas secretas que unían, en algún lugar, su propio cuerpo a la tela blanca y al suave cromado del sofá ergonómico.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, oyó otra vez la respiración del intruso, con lo que el visitante misterioso casi parecía ser parte de la vida cotidiana del solarío. Sin duda, tal como había previsto Pangborn, todas las modestas trampas habían sido activadas. El hombre se había lavado las manos con la pastilla nueva de



jabón, se había comido una pequeña porción del filete y de la ensalada y, sobre la alfombra del baño, había la extraña huella de un pie marcada en el talco.

Inquieto por esa prueba tangible de que no estaba solo en el solarío, Pangborn contempló la huella. El pie de ese hombre era más o menos del tamaño del suyo, con el mismo pulgar inquisitivo y demasiado grande. Hubo algo en esa semejanza que le provocó una oleada de irritación. Tuvo una repentina sensación de desafío, causada por ese sentimiento de identidad con el hombre.

Esa estrecha relación con el intruso aumentó cuando Pangborn descubrió que el hombre había cogido un libro de su estantería, el texto casi imposible de conseguir del diálogo original de *El tercer hombre*, que ahora era un cuento moral publicado por la autoridad turística mundial acerca de los peligros de las barreras lingüísticas. Pangborn hojeó las páginas del argumento a la espera de encontrar otra pista de la identidad del hombre. Volvió a colocar cuidadosamente el libro en el anaquel. Estos primeros indicios de la naturaleza del intruso —los gustos literarios compartidos, la forma de sus pies, los sonidos de su respiración y su olor corporal— lo intrigaban y lo provocaban.

Mientras adelantaba la película, pasando rápidamente las horas que la cámara del solarío había grabado, captaba de cuando en cuando lo que parecían ser breves atisbos del intruso: la fugaz imagen de un codo tras la puerta del baño, un hombro encuadrado contra el fondo del botiquín, o la parte posterior de una cabeza en el recibidor. Pangborn miró esas ampliaciones, y las aumentó junto a las instantáneas de *Psicosis*, los sistemas de dos geometrías paralelas aunque coincidentes.

Ese duelo entre ellos, jamás explícito pero sí civilizado, continuó los días subsiguientes. En ocasiones, Pangborn sentía que mantenía un *ménage à deux*. En efecto, cocinaba para los dos. Por fortuna, el intruso aprobaba sus gustos relativos a vinos, y a menudo reforzaba la noche con pequeñas cantidades de su coñac. Sobre todo, coincidían en sus gustos intelectuales: su interés por el cine, la pintura abstracta y la arquitectura de grandes estructuras. En efecto, Pangborn casi se los imaginaba compartiendo con él el solarío, embarcados juntos en su rechazo al mundo y en la exploración de sus yoes absolutos, sus singulares espacios y tiempos.

En consecuencia, la reacción de Pangborn cuando descubrió la tentativa del intruso de acabar con él fue mucho más intensa.

Demasiado atónito como para coger el teléfono y llamar a la policía, Pangborn observaba el frasco de píldoras para dormir. Oía la tenue respiración en algún lugar a sus espaldas, ahora más baja, como si el intruso estuviera conteniendo el aliento, a la espera de la reacción de Pangborn.

Diez minutos antes, en un primer momento Pangborn había hecho caso omiso del sabor ligeramente amargo de su café matutino, que había atribuido a alguna nueva especia o conservante. Pero tras unos cuantos sorbos más, casi se había atragantado. Vacío con cuidado la taza en el lavabo, y descubrió los restos semidisueltos de una

docena de cápsulas plásticas.

Fue hasta el botiquín y abrió el frasco, ahora vacío, de píldoras para dormir. Escuchó la débil respiración en el solarío. En algún momento, mientras él le daba la espalda, el intruso había deslizado todo el contenido en su café.

Se obligó a vomitar en la jofaina, pero aún se sentía bastante mareado cuando llegó Vera, una hora más tarde.

—Tiene aspecto de haberse hartado —le dijo con tono alegre. Indicó con un gesto de la cabeza los libros esparcidos por todas partes—. Veo que ha estado leyendo de nuevo.

—Le he prestado algunos libros a un amigo. —Pangborn retrocedió en su silla alejándose de ella, mientras Vera rondaba por la cámara con su maleta. Él aferraba el mango de un cuchillo de cocina debajo de la silla. Mirando el maquillaje tan brillante y los ojos candorosos de la joven, resultaba difícil pensar que estuviera confabulada con el intruso. Al mismo tiempo, le sorprendía que ella no pudiera oír el obvio ruido de la respiración del hombre. Una vez más, Pangborn quedó asombrado por su agilidad, su capacidad de moverse de un extremo al otro del solarío sin dejar más que unos pocos fragmentos de su presencia en la película de la cámara de monitorización. Supuso que el hombre había encontrado un escondite seguro, quizás en un conducto de servicio que él desconocía.

—Señor Pangborn, ¿está usted despierto?

Con un esfuerzo, Pangborn se concentró. Levantó la mirada y encontró a Vera de rodillas frente a él. Se había echado la gorra hacia atrás y movía las rodillas. Él palpó el mango del cuchillo.

—Señor Pangborn... Todas esas píldoras en el lavabo..., ¿qué hacen ahí?

Pangborn hizo un ademán vago. Demasiado preocupado por encontrar un arma, había olvidado limpiar las cápsulas.

—Se me cayó el frasco en la jofaina. Tenga cuidado de no cortarse una mano.

—Señor Pangborn... —Confundida, Vera se puso de pie y se arregló la gorra. Lanzó una mirada de reprobación a las enormes ampliaciones de *Psicosis* en las pantallas de televisión y a los borrosos fragmentos de hombro y codo grabados por la cámara del solarío—. Es como un rompecabezas. ¿Quién es? ¿Usted?

—Otra persona..., un amigo que viene de visita.

—Es lo que pensé. Todo este sitio está hecho un lío. La cocina... ¿Alguna vez ha pensado en casarse, señor Pangborn?

Él la miró fijamente, consciente de que ella estaba coqueteando con él e intentaba alterarlo por su propio bien. Su piel comenzó a clamar una vez más.

—Debe salir de aquí con mayor frecuencia —le aconsejó ella con sensatez—. Visite a su amigo. ¿Quiere que yo venga mañana? Me viene de paso. Puedo decir que sus antenas necesitan calibración.

Pangborn retrocedió girando a su alrededor, con un ojo puesto en el baño y la cocina. Vera titubeó antes de marcharse, buscando una excusa para prolongar su

estada. Pangborn estaba seguro de que esa amistosa cabeza de chorlito no era cómplice del intruso, pero si él le revelara la presencia del hombre, por no mencionar su intento de matarlo, a ella probablemente le daría un ataque de pánico y provocaría un ataque homicida directo.

Controlando su temperamento, esperó a que ella ya no estuviera. Pero todo el enfado que sentía quedó en el olvido cuando hubo otro ataque contra su vida.

Al igual que en el primer intento de asesinato, Pangborn advirtió que el método escogido era a la vez tortuoso y torpe. Ya fuera porque aún estaba medio drogado por los somníferos, o por pura bravuconada física, no sentía pánico en absoluto, sino solo la calmada determinación de vencer al intruso en su propio juego. Entre ellos estaba teniendo lugar un complejo duelo, su rumbo fragmentario exhibido en series cada vez más largas de ampliaciones gigantescas en las pantallas: sus propias manos sospechosas, la silueta del hombro anguloso del intruso contra el fondo de la puerta de la cocina, hasta un fragmento de oreja reflejada en el espejo del botiquín. Sentado en su silla, mientras comparaba las secciones de ese rompecabezas visual con los elementos de la secuencia de la ducha de *Psicosis*, Pangborn supo que tarde o temprano completaría un retrato del intruso.

Mientras tanto, la presencia del hombre se hizo más obvia. El olor de su cuerpo llenaba el solario y manchaba las toallas del baño. Se servía abiertamente la comida que había en la nevera y dejaba trozos de ensalada esparcidos por el suelo. Incansable, Pangborn mantenía su vigilancia las veinticuatro horas del día e intentaba quitarse de encima los efectos de las píldoras somníferas. Estaba tan determinado a vencer al intruso que dio por supuesto que el agua del depósito del baño había sido alterada con lejía. Después, en la cocina, mientras se lavaba el rostro irritado con agua mineral, oyó la respiración satisfecha del intruso que celebraba otro pequeño engaño.

Más tarde, esa noche, mientras estaba semidormido frente a las pantallas de televisión, se despertó dando un respingo al sentir al aliento cálido del extraño en su cara. Sobresaltado, miró a su alrededor, bajo la luz trémula, y encontró el cuchillo de cocina sobre la alfombra y una pequeña herida en su rodilla derecha.

Por primera vez, el hedor inundaba el solario: una desagradable combinación de desinfectante, excrementos y rabia física, como en la atmósfera de una institución psiquiátrica sin el mantenimiento adecuado.

Vomitó en la alfombra, junto a la silla, y dio la espalda a las pantallas de televisión. Con el cuchillo de cocina por delante, se dirigió al recibidor. Abrió la puerta de entrada y esperó a que el aire frío de la noche invadiera el solario. Dejó la puerta entreabierta y fue en la silla de ruedas hasta el teléfono situado junto a las pantallas.

Mientras sostenía el cable cortado en una mano, oyó cerrarse silenciosamente la

puerta del recibidor. Conque el intruso había decidido marcharse, retirarse de aquel duelo, a pesar de que ahora Pangborn no podía comunicarse con el mundo exterior.

Pangborn miró las pantallas, triste porque ahora nunca lograría completar el rompecabezas. El hedor aún flotaba en el aire y Pangborn decidió darse una ducha antes de salir a pedir el teléfono a un vecino.

Pero al entrar en el baño, vio claramente los desgarros en la cortina de la ducha. La apartó y reconoció el cuerpo de la joven técnica, tumbado con la cara contra el suelo de baldosas y las familiares posturas que había analizado en miles de ampliaciones.

Horrorizado por la expresión de calma en los ojos de Vera, como si ella hubiese sabido perfectamente cuál era el papel que le habían asignado, Pangborn hizo retroceder su silla hasta el solario. Cogió el cuchillo sintiendo las heridas de Vera en el dolor de su pierna y advirtiendo de nuevo la profunda respiración a su alrededor.

Ahora, en esta fase final, todo estaba ampliado. Tras grabar la posición del cuerpo de la muchacha con su cámara de mano —la película sería una prueba vital para la investigación de la policía—, Pangborn se sentó ante las pantallas de la pared. Estaba seguro de que iba a tener lugar la última confrontación entre el intruso y él. Esperó el ataque inminente cuchillo en mano. Los sonidos del solario parecían amplificadas. Podía oír los pulmones del intruso bombeando el aire y sentir su pulso asustado redoblar por el suelo hasta los brazos de su silla.

Pangborn lo esperó con los ojos en la pantalla, la cámara de monitorización enfocada directamente sobre él. Observó los enormes acercamientos de su propio cuerpo, de la actriz en el suelo de su baño, y de la figura tendida de Vera, enredada en las blancas cortinas de baño. Mientras ajustaba los controles, y acercaba aún más esas áreas de baldosa y carne, Pangborn se sintió transportado más allá de la ira, a una lujuria casi sexual por la muerte del intruso, su primer impulso erótico desde que había comenzado a mirar esas pantallas de televisión, tantos años atrás. El olor del cuerpo del hombre, el latido de su pulso y su aliento caliente parecían moverse hacia un clímax orgásmico. Su colisión, cuando llegara al cabo de pocos minutos, sería un acto de relación que por fin le proporcionaría la clave que necesitaba.

Pangborn sostuvo el cuchillo mirando las pantallas cada vez más blancas: anónimos rectángulos de piel pálida que formaban un cielo fragmentado. En algún lugar entre ellos, aún estaban los elementos de la forma humana, un nexo residual de contorno y textura en el cual Pangborn pudo percibir, finalmente, los inconfundibles trazos del rostro del extraño.

Con la mirada fija en las pantallas, esperó a que el hombre lo tocara, con la certeza de que con esas imágenes obsesivas había hipnotizado al intruso. No sentía hostilidad hacia el hombre y era consciente de que, después de tantos años en el solario, se había separado tanto de la realidad externa que él mismo se había transformado en un extraño. Los olores y los sonidos que le desagradaban eran los de

su propio cuerpo. Durante todo el tiempo, el intruso del solario había sido él. En su búsqueda de la paz perfecta, había encontrado un último obstáculo: el intrusivo hecho de su propia conciencia. Sin ella, él se fundiría para siempre en el universo de un acercamiento infinito. Le daba pena la joven, pero ella había desencadenado ese desagrado por sí mismo.

Ansioso ahora de fundirse con el cielo blanco de la pantalla, de encontrar esa muerte en la cual se desharía para siempre de sí mismo, de esa mente y de ese cuerpo intruso, levantó el cuchillo hacia su corazón feliz.

1978

## UN MONTÓN DE FANTASÍAS DESCABELLADAS

Ahora no mires, pero detrás de nosotros están sentados una joven poco corriente y su anciano acompañante. Cada jueves por la tarde dejan el casino y vienen a la terraza del bar del hotel de París, siempre escogen las mismas dos mesas, cerca del quiosco de revistas. Si te inclinas hacia delante, puedes ver a la muchacha en el espejo del restaurante, esa alta y elegante, con la mirada tranquila y el andar característico de las mujeres ricas criadas por las monjas.

El hombre está detrás de ella, el tipo de aspecto sórdido y un rostro que alguna vez fue guapo, parece al menos veinte años mayor que ella, aunque tú probablemente pienses que son treinta. Viste siempre el mismo traje gris y la misma corbata plateada, que aunque son caros no le quedan bien, como si le hubieran permitido salir de una institución psiquiátrica para ir a una boda. Sus ojos siguen a las secretarias que regresan de almorzar y es obvio que sueñan con huir. Observando su mirada triste, no carente de cierta dignidad, solo puedo llegar a la conclusión de que Montecarlo es una clase especial de prisión.

¿Los has visto ya? Entonces coincidirás conmigo en que resulta difícil creer que esos dos estén casados y hayan conseguido alguna vez una relación estable, aunque de una clase especial, regida por un conjunto de complejos rituales. Una vez por semana, ella lo lleva de Vence a Montecarlo en su limusina, ese Cadillac con tintes dorados que está aparcado al otro lado de la plaza. Al cabo de media hora salen del casino, después de que él se haya jugado a la ruleta los pocos francos que le han dado. Ella le compra siempre la misma revista barata en el quiosco de esta terraza, una de esas horrorosas revistillas de portera que tratan de una sirvienta y su Príncipe Azul, y después bebe un sorbo de su *citron pressé*, sentados a mesas diferentes. Mientras tanto, él devora la revista como un niño. Las maneras frías de la joven son el epítome de la sosegada confianza en sí misma, de la más robusta salud mental.

Sin embargo, hace cinco años, como médico a cargo de su caso, yo la veía de un modo muy diferente. En efecto, parece casi inimaginable que esta sea la misma joven a quien conocí en el hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, en un estado de absoluta degeneración mental. Atribuyo el hecho de haber conseguido curarla, después de que tantos fracasaran a una forma de detección psiquiátrica que normalmente desprecio. Por desgracia, ese éxito tuvo un precio, pagado cien veces por ese pobre anciano, que no tiene más de cuarenta y cinco años, y se divierte con esa revista tan cutre, a pocas mesas de distancia de la nuestra.

Deja que te cuente su caso, antes de que se marchen.

Conocí a Christina Brossard por azar, a causa de la enfermedad de un colega. Tras

diez años de exitosa carrera como dermatólogo en Mónaco, había aceptado una consulta de tiempo parcial en la Clínica Americana de Niza. Mientras ojeaba el listado de pacientes ambulatorios de un colega enfermo, su secretaria me informó de que una paciente de diecisiete años, *Mademoiselle* Brossard, no había acudido a su cita. En ese instante telefoneó una de las hermanas enfermeras del hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, en Vence —a cuyo cuidado la chica había estado tres años— para cancelar la visita.

—La madre superiora me ha pedido que la disculpe con el profesor Derain, pero sencillamente la niña está demasiado turbada otra vez.

En aquel momento no pensé nada en concreto, pero por algún motivo —tal vez el nombre de la muchacha o el hecho de que la monja hubiera dicho «otra vez»— acabé pidiendo la historia clínica. Así supe que era la tercera visita que cancelaban ese año. Huérfana, Christina Brossard había ingresado en el hospicio a los catorce años, tras el suicidio de su padre, quien había sido su único custodio desde que su madre falleciera en un accidente aéreo.

Yo recordaba esa tragedia. Gaston Brossard, antiguo alcalde de Lyon, había sido un promotor inmobiliario de enorme éxito, íntimo del presidente Pompidou y varias veces millonario. En su apogeo, ese hombre de cincuenta y cinco años había contraído matrimonio por tercera vez y le había construido a su joven esposa —una hermosa actriz de televisión de poco más de veinte años— una suntuosa mansión en lo alto de Vence. Por desgracia, solo dos años después del nacimiento de Christina, su madre murió. El avión en que viajaba a París para encontrarse con su esposo se estrelló en algún lugar de los Alpes marítimos. Destrozado, Gaston Brossard dedicó los años que le quedaban a cuidar a su pequeña hija. Todo iba bien hasta que doce años después, y sin razón aparente, el anciano millonario se pegó un tiro en su dormitorio.

Los efectos sobre su hija fueron inmediatos y catastróficos: una severa crisis nerviosa, catatonia, y una lenta y dolorosa recuperación en el cercano hospicio de Nuestra Señora de Lourdes, al cual Gaston Brossard había realizado generosas donaciones en memoria de su joven esposa. Las escasas notas clínicas dejadas por un colega más joven de Derain, después de su viaje hasta Vence, describían una dermatitis recurrente, complicada con anemia crónica y anorexia.

Sentado en mi cómoda consulta, lejos de una sala de espera llena de prósperos pacientes de mediana edad, pensaba en esta huérfana de diecisiete años perdida entre las montañas en Niza. Puede que mi educación anticlerical —mi padre había sido un caricaturista de izquierdas y mi madre una jueza apasionada por la justicia y feminista de primera generación— me hiciera considerar con suspicacia el hospicio de Nuestra Señora de Lourdes. El nombre mismo sugería una siniestra combinación de sanación por la fe y charlatanería religiosa, diseñada casi a propósito para aprovecharse de una heredera desequilibrada. Unos albaceas negligentes y unos tutores despreocupados la dejarían a punto para que ser explotada mientras su enfermedad, cuidadosamente

mantenida, garantizaba la continuidad de los fondos que Gaston Brossard hubiera destinado al hospicio en su testamento. Tal como yo sabía perfectamente, dermatitis, anorexia y anemia eran descripciones cómodas de la falta de higiene, la desnutrición y el descuido personal.

El fin de semana siguiente, al partir hacia Vence en mi automóvil —el profesor Derain había sufrido un ligero infarto y estaría de baja un mes— imaginaba a esa niña enferma, en lo alto de aquellas colinas brillantes, presa de unas monjas analfabetas e intrigantes que deliberadamente habían dejado que aquella muchacha, ya lánguida, pasara hambre mientras ellas se llenaban los bolsillos con el oro que el muerto le había dedicado a la memoria de la madre.

Desde luego, como descubrí poco después, yo estaba completamente equivocado. El hospicio de Nuestra Señora de Lourdes resultó ser un sanatorio especialmente construido para cumplir su finalidad, con habitaciones bien iluminadas, estancias soleadas y una atmósfera clara de práctica médica y devoción dedicados al bienestar de sus pacientes, a muchos de los cuales yo podía ver, sentados en los espaciosos jardines, hablando con sus amigos y parientes.

La propia madre superiora, como todas sus colegas era una mujer instruida e inteligente de rostro fuerte y despejado, actitud comprensiva y unas manos que — como advertí de inmediato— no rehuían el trabajo duro.

—Qué bien que haya venido, doctor Charcot. Christina lleva un tiempo teniéndonos a todos preocupados. Sin querer faltarles el respeto a nuestros propios médicos, he pensado más de una vez que podría ser necesario un enfoque diferente.

—Supongo que se refiere a la quimioterapia —sugerí—, o a un tratamiento de radioterapia. La clínica está a punto de instalar uno de los pocos betatrones de Europa.

—No exactamente... —La madre superiora rodeó su escritorio con aire meditabundo, como si ya estuviera reconsiderando la utilidad de mi visita—. Estaba pensando en un enfoque menos físico, doctor Charcot. Un enfoque que exponga los fantasmas de su espíritu, además de los de su cuerpo. Pero debe verla usted mismo.

Había llegado mi turno de ser escéptico. Desde mis inicios como estudiante de medicina había sido hostil a todas las afirmaciones de la psicoterapia, un paraíso para tácticas pseudocientíficas particularmente peligrosas.

Dejamos el hospicio en coche y nos adentramos en las montañas, camino de la mansión Brossard, donde se permitía a la joven pasar unas pocas horas al día.

—Es extremadamente activa y tiende a alterar a los demás pacientes —explicó la madre superiora cuando entramos en el largo camino privado que conducía a la mansión, cuya fachada palladiana dominaba una terraza, ahora silenciosa, con una fuente—. Por lo que parece, aquí, entre los recuerdos de su padre y su madre, es más feliz.



Una de las dos jóvenes monjas que acompañaban a la heredera huérfana en sus salidas nos hizo pasar al imponente recibidor. Mientras ellas y la madre superiora conversaban sobre un paciente que sería dado de alta esa tarde, yo anduve por el vestíbulo, observando los magníficos tapices que colgaban de las paredes marmóreas. Al final del primer tramo, sobre los escalones semicirculares de la escalera imperial, había un enorme reloj veneciano de manecillas ornamentadas y numerales en forma de armas extrañas, guardianes de un tiempo fugitivo.

Pasando la biblioteca, cuyos postigos estaban cerrados, una arcada conducía al comedor. Las sillas y la mesa estaban amortajadas con fundas para el polvo y, junto a la chimenea, la segunda monja supervisaba a una sirvienta que limpiaba el hogar. Un administrador o un subastador de visita en la casa había encendido ahí una pequeña fogata, probablemente con escrituras y catálogos. La muchacha, que vestía un anticuado delantal de cuero y trabajaba a gatas, recogió con gran esmero las cenizas y después cepilló las baldosas manchadas.

—Doctor Charcot... —La madre superiora me hizo señas para que la acompañara al comedor. La seguí por entre los muebles cubiertos hasta el hogar.

—Hermana Julia, veo que está usted muy ocupada otra vez. Doctor Charcot, estoy segura de que le complacerá ver tanta diligencia.

—Claro... —Observé a la muchacha trabajar con denuedo, preguntándome por qué creería la madre superiora que yo podía estar interesado en la limpieza de una chimenea. La criada era apenas mayor que una niña, pero sus largos brazos parecían trabajar con una voluntad propia. Rascaba el enorme hogar de hierro forjado con un cuidado obsesivo y había colocado las cenizas en varias bolsas de plástico transparentes. Sin prestarles atención a las tres monjas, sumergía el tosco cepillo en el cubo de agua jabonosa y cepillaba frenéticamente las baldosas, decidida a eliminar hasta el último vestigio de suciedad. El jabón ya había descolorado el hogar, como si lo hubieran cepillado una docena de veces.

Supuse que la niña estaba cumpliendo una especie de castigo impuesto por la madre superiora. Aunque no deseaba interferir, advertí que las manos y las muñecas de la muchacha mostraban las marcas características de un eczema por sensibilidad a las enzimas y observé en tono de ligero reproche:

—Al menos podría proporcionarle usted un par de guantes de goma. Y ahora, ¿puedo ver a *Mademoiselle* Brossard?

Ninguna de las monjas, ni la madre superiora, respondió, pero la muchacha levantó los ojos de las baldosas enjabonadas. Advertí de inmediato la boca decidida, en un rostro pálido que había sido atractivo, el cabello atado con fanatismo detrás de la delgada nuca, una musculatura facial sin tono, de la que se había eliminado adrede toda expresión. Sus ojos estaban fijos sobre los míos, con una intensidad casi turbadora, como si se hubiera identificado rápidamente conmigo y ya estuviera considerando el papel que yo podría desempeñar en sus designios.

—Christina... —La madre superiora habló con suavidad, instando a la muchacha

a levantarse—. El doctor Charcot ha venido a ayudarte.

La muchacha asintió de forma casi imperceptible y volvió al cepillado; solo se detuvo para poner las bolsas de ceniza fuera de nuestro alcance. La observé con ojo profesional, rememorando el diagnóstico de dermatitis, anorexia y anemia. Christina Brossard era delgada, pero no estaba desnutrida, y su palidez era producto de toda esa actividad compulsiva dentro de aquella mansión sombría. En cuanto a la dermatitis, obviamente era de esa clase especial causada por el obsesivo lavado de las manos.

—Christina... —La hermana Louise, una mujer agradable de mofletes redondos, se puso de rodillas sobre las baldosas húmedas—. Cariño, vamos, descansa un momento.

—¡No! ¡No! ¡No! —La muchacha golpeó las baldosas con el cepillo enjabonado. Comenzó a retorcer el trapo para suelos, sus manos airadas parecían dos haces de palos excitados—. ¡Esta tarde hay que limpiar tres hogares más! Usted me dijo que los limpiara, ¿no es así, madre?

—Sí, cariño. Parece que es lo que más quieres hacer. —La madre superiora retrocedió con una sonrisa derrotada, dejándome el turno a mí.

Contemplé cómo Christina Brossard continuaba con su tarea aparentemente interminable. Era evidente que estaba desequilibrada, pero a la vez dramatizaba un poco, como si controlara totalmente su compulsión y fuese consciente de sus posibilidades de manipulación. Me impactaron tanto su autocompasión como la dura mirada que dirigía, de cuando en cuando, a las tres monjas, como si se humillara ante esas mujeres amables y cariñosas con el fin de dar rienda suelta al odio que sentía hacia ellas.

Me rendí de momento, la dejé fregar las baldosas y regresé al vestíbulo con la madre superiora.

—Bien, doctor Charcot, estamos en sus manos.

—Me atrevería a decir, francamente, que este no es un caso para mí. Dígame, ¿se pasa todo el tiempo limpiando esos hogares?

—Cada día de los dos últimos años, por voluntad propia. Hemos intentado impedirselo, pero entonces recae en el estupor del principio. Suponemos que para ella es algo muy importante. Hay docenas de chimeneas en esta casa, cada una tan inmaculada como un quirófano.

—¿Y las cenizas? ¿Las bolsas llenas de ceniza? ¿Quién enciende los fuegos?

—La propia Christina, desde luego. Quema sus libros de infancia, decidida por algún motivo a destruir todo lo que leyó de niña.

Me condujo a la biblioteca. Se habían llevado casi todos los libros y una fila de cabezas de venado contemplaban las estanterías vacías. Solo un gabinete pequeño contenía una corta hilera de libros.

Abrí el gabinete de cristal. Había unos pocos cuentos de niños, historias de hadas y varios clásicos infantiles.

La madre superiora los contempló con tristeza.

—Al principio había varios cientos de ellos, pero Christina quema algunos cada día... bajo estricta supervisión, de más está decirlo. No tengo ningún deseo de quedarme mirando mientras ella quema la mansión hasta los cimientos. Tenga cuidado de no tocarlo, pero hay un único cuento que ha permanecido inmune. — Señaló un gran libro ilustrado. Estaba raído y le habían asignado un estante para él solo—. Como verá, doctor Charcot, la elección no es inadecuada: es el cuento de Cenicienta.

Mientras conducía de regreso a Niza, dejando atrás aquella extraña mansión, con sus amables monjas y la heredera obsesiva, iba considerando la opinión de la madre superiora. Esa mujer sensata tenía razón al creer que ni todos los dermatólogos del mundo conseguirían liberar a Christina Brossard de su obsesión. Obviamente, la muchacha se veía a sí misma como Cenicienta, y se había rebajado al nivel de los más modestos sirvientes domésticos. Pero ¿qué culpa intentaba quitarse esa muchacha con el cepillo? ¿Había desempeñado un papel desconocido aunque vital en el suicidio de su padre? ¿Era toda esa fantasía un intento inconsciente de liberarse de su sentimiento de culpa?

Pensé en las bolsas transparentes, llenas de ceniza, cada una con los restos de un libro de hadas de su infancia. Las correspondencias estaban extraordinariamente claras si se las consideraba con la lógica despiadada de la locura. Recordaba el odio en los ojos de la joven mientras miraba a las monjas, asignándoles a estas mujeres pacientes y cariñosas el papel de hermanas feas. Hasta había una madrastra malvada, la madre superiora, cuyo hospicio se había beneficiado de las muertes de los padres de esta huérfana.

Sin embargo, ¿dónde estaban el Príncipe Azul, el hada madrina y su calabaza, el baile del que había que escapar antes de la campanada de medianoche y, sobre todo, el zapatito de cristal?

Tal como resultó todo, no tuve oportunidad de poner a prueba mi hipótesis. Dos días más tarde, cuando telefoneé al hospicio a fin de concertar una nueva visita para Christina Brossard, la madre superiora me informó cortésmente que los servicios de la clínica, del profesor Derain y los míos propios ya no serían solicitados nuevamente.

—Le estamos agradecidas, doctor, pero la madre superiora ha optado por otro tratamiento. La doctora Valentina Gabor, una destacada psiquiatra, ha aceptado hacerse cargo del caso; tal vez usted conozca su reputación. En realidad, el tratamiento ya ha comenzado, y le agradecerá saber que Christina ha comenzado a hacer progresos de inmediato.

Colgué el auricular del teléfono con un intenso dolor de cabeza. La doctora Valentina Gabor. ¡Claro que la conocía! Era el miembro más destacado de la nueva escuela cuyos partidarios se autodenominaban antipsiquiatras, y dedicaba el poco tiempo restante de sus infinitas apariciones en televisión a la práctica de una

psicoterapia absolutamente fraudulenta, una mezcla de jerga pospsicoanalítica, aliento moral y misticismo católico que en ese momento estaba en boga. Suponía que esta última característica le había valido la aprobación de la madre superiora.

Cada vez que veía a la doctora Valentina me hervía la sangre. Esa rubia glamurosa, con sus palmaditas de tranquilidad y los ojos de un cajero, siempre aparecía en los programas de entrevistas de la televisión, proponiendo la paradójica idea de que las enfermedades mentales no existen, sino que son un invento de la familia, los amigos e, increíblemente, hasta de los médicos. Resultaba indignante que la doctora Valentina se las hubiera arreglado para apuntarse varios éxitos autenticados, sin duda facilitados por su bien publicitada entrevista reciente con el papa. No obstante, yo confiaba en que al final recibiría su merecido. En el seno de la comunidad médica ya había habido algunos llamamientos a realizar una discreta investigación por su supuesto uso de LSD y otras sustancias alucinógenas.

Con todo, yo estaba consternado por que alguien tan profundamente enfermo y vulnerable como Christina Brossard pudiera haber caído en las manos de aquella curandera oportunista.

En consecuencia, entenderás perfectamente que yo sintiera cierta satisfacción, por no decir algo de orgullo, cuando recibí una llamada telefónica urgente de la madre superiora, unas tres semanas después.

En el ínterin no había sabido nada más del hospicio ni de Christina. La doctora Valentina Gabor, sin embargo, había aparecido en Radio Montecarlo y en los canales de televisión locales con despiadada frecuencia, exhibiendo su singular línea de misticismo psicoanalítico y alabando las virtudes de «renacer».

De hecho, la llamada de la madre superiora sonó cuando miraba, en el informativo vespertino, una entrevista con la doctora Gabor grabada esa misma tarde en el aeropuerto de Niza, momentos antes de emprender el regreso a París.

—¡Doctor Charcot! ¡Gracias al cielo está usted en casa! ¡Ha ocurrido una catástrofe... Christina Brossard ha desaparecido! Tememos que pueda haber tomado una sobredosis. He intentado contactar a la doctora Gabor, pero se ha marchado a París. ¿Le sería posible venir al hospicio?

La tranquilicé lo mejor que pude y partí hacia allá. Llegué al sanatorio pasada la medianoche. Los faros inundaron el camino de entrada con una intensa luz; los pacientes estaban inquietos y espiaban desde sus ventanas; monjas con linternas inspeccionaban infructuosamente las instalaciones. Una nerviosa hermana Louise me acompañó hasta donde estaba la madre superiora, quien me cogió las manos con alivio. Tenía las venas del rostro marcadas por la tensión.

—Doctor Charcot, le estoy agradecida. Solo lamento que sea tan tarde...

—No pasa nada, madre. Dígame qué ha sucedido. ¿Christina estaba al cuidado de la doctora Gabor?

—Sí. ¡Cómo me arrepiento de mi decisión! Tenía la esperanza de que Christina

podiera encontrarse a sí misma mediante un viaje espiritual, pero no tenía ni la menor idea de que usaban drogas. Si lo hubiera sabido...

Me alargó un tubo de ensayo vacío. En la etiqueta estaba la florida firma de la doctora Gabor.

—Encontramos esto en la habitación de Christina, hace una hora. Al parecer, se lo inyectó todo y después salió en el coche conduciendo de forma frenética. Suponemos que lo robó del maletín de la doctora Gabor.

Examiné la etiqueta.

—Psilocibina, una potente droga alucinógena. Aunque casi todos los profesionales lo reprobaban, su uso por un médico cualificado todavía es legal. Esto es más que un juguete peligroso.

—Doctor Charcot, lo sé. —La madre superiora hizo un gesto con sus manos curtidas—. Créame, temo por el alma de Christina. Al parecer estaba completamente fuera de sí. Antes de perderse en la noche en una de nuestras más viejas furgonetas de la lavandería, se la describió a otro paciente como «su carroza de oro».

—¿Ya ha avisado a la policía?

—Aún no, doctor. —Una sombra de incomodidad cruzó el rostro de la madre superiora—. Al marcharse, Christina les dijo a los celadores que se iba «al baile». Me dicen que el único baile que hay esta noche es la gran gala que ofrece príncipe Rainiero en honor al presidente Giscard d'Estaing, en Mónaco. Supongo que ha ido para allá. Quizá confunda al príncipe Rainiero con el Príncipe Azul de su cuento de hadas y espere que él la rescate. Sería sumamente incómodo para el hospicio si ella montara una escena, e incluso si intentara...

—¿Matar al presidente? ¿A Rainiero? Lo dudo. —En mi mente ya estaba tomando forma una idea—. Sin embargo, para no correr riesgos innecesarios, partiré a Mónaco inmediatamente. Con suerte, estaré ahí antes de que pueda causarse algún daño.

Seguido por las bendiciones de la madre superiora, regresé a mi coche y me adentré en la noche. Huelga decir que no tenía intención de ir hasta Mónaco. Estaba casi seguro de saber adónde había huido Christina Brossard: a la mansión de su padre, cerca de Vence.

Mientras seguía aquel camino de montaña, iba reflexionando sobre las pruebas que tenía a mi disposición: la fantasía de ser una sirvienta, la psiquiatra que había prometido el oro y el moro, la droga alucinógena. Esa desquiciada heredera estaba interpretando el cuento de la Cenicienta, tal vez de forma inconsciente. Si ella era Cenicienta, la doctora Valentina Gabor era el hada madrina, y su varita mágica era la jeringuilla hipodérmica que agitaba de forma tan espectacular. El papel de la calabaza lo desempeñaba la «seta sagrada», el hongo alucinógeno del cual se extrae la psilocibina. Bajo su influencia, hasta la vieja furgoneta de la lavandería podía parecer una carroza dorada. Y en cuanto al «baile», desde luego, eso era todo aquel viaje

psicodélico.

Pero ¿quién era entonces el Príncipe Azul? Al llegar a la mansión situada al final del camino privado, se me ocurrió que yo podría estar desempeñando ese papel de forma inadvertida, cumpliendo la fantasía de esa infeliz muchacha. Me mantuve fiel a mi caso médico y avancé por la grava oscura hasta la entrada abierta, donde la furgoneta de la lavandería había acabado su periplo en medio de un parterre.

En lo alto, en una de las grandes habitaciones que miraban al mar, parpadeó una luz, como si estuvieran quemando algo en una chimenea. Me detuve en el vestíbulo para dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, mientras me preguntaba cuál sería el mejor modo de abordar a esa aturdida joven. Entonces vi que el enorme reloj veneciano situado sobre la escalera había sido salvajemente mutilado. Varios de los numerales ornamentados colgaban de sus monturas. Las manecillas se habían detenido a la medianoche y alguien había intentado arrancarlas de la esfera.

Pese a toda mi reticencia respecto de esa pseudociencia, se me ocurrió que, una vez más, una explicación psicoanalítica de estos sucesos extravagantes y la fábula de la Cenicienta que les daba sustento. Subí la escalera dejando atrás el reloj desmembrado. A pesar del furioso ataque, las manecillas erectas aún señalaban la medianoche, el momento en que acababa el baile, cuando los cortejos y las frivolidades de la fiesta llegaban a su fin y comenzaba el asunto serio de la relación sexual real. Temerosa de esa erección masculina, Cenicienta siempre huía a medianoche.

Pero ¿de qué había huido Christina Brossard en esta mansión palladiana? Supongamos que el Príncipe Azul que la cortejaba, de forma tan peligrosa y a la vez tan seductora, era en realidad su propio padre. ¿Habían cometido alguna especie de acto incestuoso el industrial viudo y su hija adolescente, extraña imagen de su esposa muerta? La repulsión y el desagrado de Brossard consigo mismo por haber caído en el incesto explicarían su suicidio aparentemente sin motivos, y además la culpa de su hija: como yo bien sabía por mi experiencia de perito médico en los tribunales, de forma invariable, lejos de odiar a sus padres por haberlas forzado al incesto, las hijas quedan anegadas por un poderoso sentimiento de culpa a causa de su responsabilidad en el encarcelamiento de sus padres. Por consiguiente, tras la muerte de su padre, Christina había regresado, naturalmente, a su casa, e intentaba expiar su culpa como sirvienta. ¿Y qué mejor modelo para una heredera que el de la Cenicienta?

Guiado por las llamas distantes, crucé el pasillo de la planta superior y entré en el gran dormitorio. Estaba repleto de pinturas de jóvenes desnudas que retozaban con centauros. Ese era, inconfundiblemente, el dormitorio de Gaston Brossard, tal vez el lugar donde el acto incestuoso había tenido lugar.

Las llamas subían desde la chimenea, iluminando el rostro manchado de ceniza de Christina. Estaba de rodillas ante el hogar, canturreando mientras echaba al fuego la última página de un conocido cuento de hadas. Con la cabeza inclinada hacia un lado, tenía la mirada fija en las suaves llamas que le encendían los ojos y se frotaba las

piernas con las ásperas costuras de la bata de hospital que vestía sobre sus piernas desnudas.

Supuse que estaba en plena alucinación y que se veía a sí misma ataviada con un magnífico vestido. Pese a ello, sus ojos erráticos me miraron con una expresión de calma deliberada, como si me reconociera y esperara que actuara mi papel en esa fábula, conduciéndola a un final adecuado. Pensé en las manecillas mutiladas del reloj ubicado sobre la escalera. Lo único que faltaba era devolver el zapato de cristal a su auténtica propietaria.

¿Debía interpretar yo entonces el papel del rescatador? Recordé el conocido simbolismo del pie y comprendí que el zapatito de cristal no era otra cosa que una vagina transparente y, por ende, libre de culpa. En cuanto al pie que debía calzar en ella, no era desde luego el pie de Christina sino el de su auténtico amante, el órgano viril erecto del que huía.

Alargando la mano, añadió la cubierta del libro a las llamas moribundas, tras lo cual me miró con ojos expectantes. Por un instante, vacilé. Bajo los efectos de la psilocibina ella no sería capaz de distinguir la realidad de la fantasía, por lo que yo podría interpretar mi papel y hacer que este drama psicoanalítico llegara a su fin sin ningún temor a la reprobación de mis colegas. Mis actos no tendrían lugar en el mundo real, sino en el mundo imaginario en el que transcurría el cuento de la Cenicienta.

Ahora que conocía mi papel, y cuál era el objeto que debía colocar en aquel zapatito de cristal, le tomé las manos y la conduje hasta la cama de su padre.

Murmuré:

—Cenicienta...

Pero espera, están a punto de abandonar la terraza. Ahora puedes observarlos, todo el mundo está mirando abiertamente a esa joven atractiva y a su decrepito acompañante. Sentado aquí, en el centro de Montecarlo, en este día magnífico, es difícil creer que esos acontecimientos extraños hayan ocurrido.

Resulta casi turbador: me está mirando directamente a los ojos. Pero ¿acaso me reconoce como el dermatólogo que la liberó de su obsesión y restauró su salud?

Su acompañante, por desgracia, fue la única víctima de aquella terapia radical. Mientras está sentado, encorvado en su mesa, balbuceando para sí como un anciano, puedo decirte que otrora fue un destacado médico que ella conoció antes de recibir el alta del hospicio. Se casaron tres meses después, pero el matrimonio fue un fracaso. Por algún medio, imagino que con métodos propios, ella lo ha transformado en este anciano.

Pero ¿por qué? Sencillamente, para hacer creíble la fantasía del incesto, cualquier hombre con quien contraiga matrimonio, sin importar cuán joven y principesco sea, cuán azul sea su sangre, debe volverse lo bastante mayor como para parecer su padre.

¡Espera! Ella viene hacia la mesa. Puede que necesite mi ayuda. Se detiene, de pie

frente al espejo del restaurante y se mira, y mira a su esposo anciano y coloca una mano sobre su hombro.

Ese rostro elegante, con esa sonrisa astuta. Déjame que me sacuda este aplomo de encima y susurre el título de esta revista barata que tengo en el regazo.

—CENICIENTA...

Ella me da unas palmaditas indulgentes en el hombro.

—Padre, ya es hora de regresar al hospicio. Le prometí a la madre superiora que no dejaría que te cansaras mucho.

Astuta, elegante y totalmente dueña de sí misma.

—Y deja de jugar a ese juego solitario. Ya sabes que así solo te excitas tú.

Y muy severa en sus castigos.

1980



## NOTICIAS DESDE EL SOL

Al atardecer, mientras descansaba en el techo de la clínica abandonada, Franklin recordaba con frecuencia a Trippett y aquel último viaje al desierto con el astronauta moribundo y su hija. Había cedido a la petición de la muchacha sin pensarlo, al encontrarla en el laboratorio desmantelado, esperándolo con la chaqueta de aviador y las gafas de eclipse de su padre en las manos, andrajosos recuerdos de una época espacial desaparecida. En muchos sentidos fue un gesto sentimental, pero Trippett había sido el último hombre en caminar por la Luna, y el descuidado terreno que rodeaba la clínica parecía cada vez más un paisaje lunar. Bajo aquel cielo azul oscuro era posible que se agitara algo, que durante unos pocos instantes apareciera algún recuerdo olvidado y Trippett pudiera sentirse como en casa otra vez.

Franklin entró en la sala oscura seguido por la hija de Trippett. Los demás pacientes ya habían sido trasladados y el cosmonauta estaba en su silla de ruedas, solo, a los pies de la cama. Para entonces, la víspera del cierre de la clínica, el viejo astronauta había entrado en su fase terminal y solo estaba consciente unos pocos segundos al día. Pronto caería en su última fuga, un sueño invisible con los grandes canales mareales del espacio.

Franklin alzó al anciano de su silla y llevó su cuerpo de niño por los pasillos, hasta el coche aparcado detrás de la clínica. Con todo, para entonces, al salir a la luz intensa del Sol, ya se había arrepentido de su decisión y comprendía que la muchacha lo había manipulado. Ursula le hablaba muy pocas veces y, como todos en la comunidad *hippy*, parecía disponer de todo el tiempo del mundo para mirarlo fijamente. Pero sus facciones pacientes y hogareñas, su mirada poco inocente lo perturbaban de una forma curiosa. A veces Franklin sospechaba que había mantenido a Trippett en la clínica solo para poder ver a la hija del astronauta. Los médicos más jóvenes la consideraban regordeta y asexuada, pero Franklin estaba seguro de que su cuerpo de matrona encerraba un acertijo sexual de una clase muy especial.

Al margen de estas sospechas, el estado del viejo astronauta le recordaba sus propias fugas, cada vez más frecuentes. Durante un año se habían prolongado algo más de unos minutos cada día y le resultaban controlables en el contexto de las horas que pasaba en su escritorio; en ocasiones apenas podían distinguirse de sus cavilaciones. Pero en las últimas semanas se habían alargado hasta más de treinta minutos cada vez, como si la decisión de cerrar la clínica las hubiera invocado de algún modo. En un lapso de tres meses quedaría confinado en su casa, en seis no estaría totalmente despierto más que una hora al día.

Las fugas llegaban con enorme rapidez, y el tiempo escapaba en torrentes del vaso quebrado de sus vidas. El verano anterior, durante sus primeras salidas al

desierto, los períodos en que Trippett podía andar habían durado al menos media hora. Le producía un placer conmovedor ese paisaje deshabitado: los moteles abandonados y las piscinas invadidas por la hierba del pequeño pueblo cercano a la base aérea; las silenciosas pistas de aterrizaje; los aviones de reacción, polvorientos y con los neumáticos deshinchados, y las colinas intensamente iluminadas que, con la astucia infinita del reino geológico, esperaban el final del mundo orgánico y el comienzo de un reino mineral más vívido.

Ahora, lamentablemente, el viejo astronauta no se percataba de nada de eso. Estaba sentado junto a Franklin, en el asiento delantero. Tras las gafas llevaba sus escaldados ojos abiertos, pero su mente estaba sintonizada en un tiempo propio. Ni siquiera el movimiento del coche a gran velocidad conseguía estimularlo, y Ursula debía sostenerlo por los hombros cuando caía hacia delante como un muñeco de peluche.

—Venga doctor. A él le gusta la velocidad... —Ella se adelantó y le dio unas palmaditas en la cabeza, con los ojos fijos en el velocímetro. Franklin se obligó a concentrarse en el camino, sintiendo el aliento de la muchacha en su nuca. Le costaba mantener la mente, y las manos, lejos de esta virgen de las carreteras, con su secreto sueño de velocidad. ¿La muchacha planeaba secuestrar a su padre de la clínica? Vivía en una pequeña comuna que había ocupado la antigua ciudad solar situada en las colinas, Soleri II. Ursula pedaleaba cada mañana hasta la clínica, trayéndole a Trippett su ración de uvas pasas y comida macrobiótica. Se sentaba tranquilamente junto a él, como si fuera su joven madre, mientras él jugaba con la comida haciendo extraños dibujos en su plato de cartón.

—Más rápido, doctor Franklin. Lo he visto conducir. Siempre corre.

—¿Así que me has visto conducir? No estoy tan seguro. Si perdiera la conciencia ahora... —Cediendo una vez más, Franklin puso el Mercedes en medio de la carretera y la aguja del velocímetro en ochenta. Cuando rebasaron el autobús semanal a Las Vegas, hubo un parpadeo de faros y un bullicio de gritos de advertencia de los pasajeros que quedaron atrás en un torbellino de polvo. El Mercedes ya corría al doble de la velocidad permitida. A treinta kilómetros por hora, un conductor que sufriera una fuga repentina aún tendría tiempo de pasar el control al pasajero del asiento obligatorio situado delante. En realidad, era poca la gente que conducía. El desierto, a ambos lados de la carretera, estaba plagado de restos de coches que se habían salido del camino para ir parar a un médano, a unos dos kilómetros de distancia. Los conductores morían por el enfriamiento antes de volver en sí.

Con todo, pese al peligro, a Franklin le encantaban esas carreras ilegales, a alta velocidad, en el ocaso, cuando le parecía estar solo, en un planeta olvidado. En un hangar cerrado de la base aérea había encontrado un Porsche y un antiguo Jaguar. Sus colegas de la clínica lo desaprobaban, pero él seguía su propio camino de disidente, al igual que lo hacía en el laboratorio, protegiéndose tras un escudo de excentricidad que le permitía ciertas obsesiones con la velocidad, el tiempo, el sexo... Ahora

necesitaba la velocidad más que el sexo. Pero pronto debería detenerse, la conducción a alta velocidad se había convertido en un juego peligroso, alentado por la infantil esperanza de que así, de algún modo, las manecillas del reloj continuarían girando.

Las torres y las cúpulas de hormigón de la ciudad solar aparecieron a su izquierda. La encantadora fantasía de una comunidad autosuficiente de Paulo Soleri. Franklin redujo la velocidad para evitar atropellar a una joven vestida con un sari que estaba de pie, como un maniquí, en medio de la carretera. Sus ojos miraban fijamente el polvo, como una paleontóloga de esperanzas. En una hora despertaría súbitamente y completaría su caminata hasta la parada del autobús, sin percatarse de que el tiempo, y el autobús, la habían dejado atrás.

Ursula abrazaba con tristeza a su padre y le hacía señas a Franklin para que acelerara.

—Vamos retrasados, doctor. ¿Qué le pasa? A usted le gustaba la velocidad. Como a papá.

—Ursula, él ni siquiera sabe que está aquí.

Franklin miró el desierto, intentando imaginárselo con los ojos de Trippett. El paisaje no era tanto desolado como que estaba despoblado: los imprevistos canales de irrigación, el plato oxidado del radiotelescopio sobre una cima cercana, como el cuenco de un desposeído mendigando migajas del banquete del universo. Las colinas esperaban a que se fueran. Se había cometido un crimen, un delito cósmico, representado en la persona de este buen astronauta anciano sentado a su lado. Trippett lloraba dormido todas las noches. Los espectros deambulaban por sus sueños sin luz, intentando hallar una forma de salir de su cabeza.

Durante la época en que trabajó para la NASA, Franklin se había percatado de que los mejores cosmonautas nunca soñaban. O, al menos, no lo hacían hasta que pasaban diez años a partir de sus vuelos, cuando empezaban las pesadillas y ellos volvían a los institutos de medicina de la aviación que habían ayudado a reclutarlos.

La luz les llegaba parpadeando desde el desierto y cruzaba las lentes negras de las gafas de Trippett como una fugaz señal de un cátodo. Había miles de espejos de acero dispuestos en semicírculo junto al camino: una de las granjas solares que habría suministrado corriente eléctrica a los habitantes de Soleri II, energía sin límites donada en un gesto tal vez demasiado amable por la economía del sol.

Mirando la luz reflejada danzar en los ojos de Trippett, Franklin condujo el coche por un camino de servicio que corría paralelo a la granja.

—Ursula, descansaremos aquí, creo que estoy más cansado que tu padre.

Franklin salió del coche y anduvo por el blanco suelo calcinado hacia el espejo más cercano. Siguió con los ojos las líneas focales que convergían en la torre de acero, a sesenta metros de distancia. Una sección del plato colector se había derrumbado, pero Franklin podía ver las imágenes de sí mismo lanzadas al cielo, con las mangas extendidas de su chaqueta blanca como alas de un ave deforme.

—Ursula, trae a tu padre... —El viejo astronauta podría verse nuevamente

suspendido en el espacio, cabeza abajo esta vez, en la imagen invertida, colgado por los talones del penol del cielo.

Sorprendido por el placer perverso que le produjo esa idea, Franklin regresó al coche. Pero mientras ayudaba a Trippett a salir de su asiento e intentaba tranquilizar al anciano, le llegó un sordo tintineo metálico desde el desierto. Una sombra angulosa les ensombreció brevemente los rostros y un avión pequeño pasó volando a poco más de seis metros del suelo. Parecía un jején desquiciado, con las alas aseguradas mediante cables al fuselaje abierto. El minúsculo motor levantó una tormenta de polvo.

Un hombre de cabellos canos iba sentado a horcajadas de los controles en miniatura, desnudo salvo por las gafas de aviador que llevaba sobre la frente. Pilotaba el ultraligero de forma errática, aunque con cierto estilo, usando el cielo para exhibir su llamativa contextura física.

Ursula intentó sujetar a su padre, pero el viejo se deshizo de ella y avanzó tambaleándose entre los espejos, aporreando el aire con los puños cerrados. Al verlo, el piloto realizó un profundo viraje alrededor de la torre solar y se lanzó en picado directamente hacia Trippett, para elevarse en el último instante con un estrépito de ruido y polvo. Mientras Franklin se abalanzaba sobre Trippett y lo aplastaba contra el suelo, el aeroplano volvió a virar para regresar describiendo un amplio giro. El hombre pilotaba con las rodillas y llevaba los brazos extendidos a ambos lados como imitando la imagen de Franklin en el plato de lo alto de la torre.

—¡Slade! A ver si se calma, para variar... —Franklin escupió la arenilla que tenía en la boca. Había visto a aquel hombre comportarse de forma extravagante demasiadas veces como para saber qué haría a continuación. Ese antiguo piloto de la fuerza aérea, alguna vez aspirante a astronauta —cuya solicitud Franklin había rechazado años antes, durante su época como presidente del tribunal médico de apelación— había regresado para acecharlo con aquellas absurdas bufonadas: rociando con pintura dorada las bandadas de golondrinas, erigiendo un círculo de torres en el desierto (algo que él llamaba con orgullo «mi programa espacial privado»); construyendo un aeropuerto de *cultos de cargo*, con torre de control y aviones de madera, en el aparcamiento de la base aérea, una cruel parodia dirigida a escarmentar a los pocos militares que quedaban en la base.

Y ahora, este incesante vuelo acrobático. ¿Había reconocido Slade el distante reflejo de Franklin, mientras volaba cabeza abajo sobre el desierto, y había decidido efectuar un vuelo rasante sobre el Mercedes para divertirse, para impresionar a Trippett y a Ursula, tal vez al propio Franklin?

El avión volvió hacia ellos con el motor a fondo. Franklin vio que Ursula le gritaba algo sin voz. El viejo astronauta temblaba como un espantapájaros sin relleno, señalando los espejos con una mano. Reflejadas en las superficies de metal estaban las múltiples imágenes del avión negro, cientos de aves semejantes a buitres que volaban en círculos, hambrientas, sobre el terreno.

—¡Ursula, métete en el coche! —Franklin se quitó la chaqueta y corrió hacia los espejos, con la esperanza de atraer al aeroplano lejos de Trippett. Pero Slade había decidido aterrizar. Apagó el motor y dejó que el ultraligero planeara por el aire hasta posar el trémulo aparato en el camino de servicio. Mientras rodaba hacia el Mercedes con la hélice aún en movimiento, Franklin aferró el ala de estribor y sus dedos casi desgarraron la tela barnizada.

—¡Doctor! Ya me ha dejado usted en tierra demasiadas veces... —Slade examinó la tela abombada, luego señaló los dedos temblorosos de Franklin—. Esas manos... Espero que no le permitan operar a sus pacientes.

Franklin miró al piloto de cabellos blancos. Sus manos también temblaban, un comprensible reflejo de alarma. A pesar de su tono irónico y cansino, su cuerpo desnudo se veía tirante como una trampa, cada músculo tenso por la hostilidad. Examinó a Franklin con la mirada siempre alerta, pero curiosa, de un psicópata. Su piel era pálida, casi luminosa, como si al acabar su carrera de astronauta hubiera hecho algún pacto con el Sol. Un estrecho cinturón le cruzaba el regazo asegurándolo al asiento, pero sus hombros mostraban las cicatrices de un arnés extraño, las correas de contención de una unidad psiquiátrica, supuso Franklin, o alguna clase de fetichismo sexual.

—Mis manos, sí. Siempre son las primeras en defraudarme. Le gustará saber que me retiro esta semana. —Con un tono de voz más bajo, Franklin añadió—: Yo no lo dejé en tierra.

Slade ponderó estas palabras, sacudiendo la cabeza.

—Doctor, usted, por sí solo, cerró prácticamente todo el programa espacial. Debe de haberlo irritado de una manera muy especial. Pero no se preocupe, yo he comenzado mi propio programa espacial, uno muy diferente. —Señaló a Trippett, a quien Ursula estaba calmando en el coche—. ¿Por qué se preocupa aún por el viejo? No acallará ninguna inquietud.

—Disfruta de los paseos. La velocidad parece hacerle bien. Y a usted también, según veo. Tenga cuidado con esas fugas. Si lo desea, puede venir a verme a la clínica.

—Franklin... —Controlando su irritación, Slade relajó cuidadosamente la mandíbula y la boca, como si dismantelara un arma ofensiva—. Ya no tengo fugas. He encontrado una forma de... hacerles frente.

—¿Todos estos vuelos? Han asustado al viejo.

—Lo dudo. —Observó a Trippett asintiendo para sí—. En realidad, me gustaría llevarlo conmigo. Algún día volaremos otra vez hacia el espacio. Construiré una nave espacial más delicada solo para él, con papel de arroz y bambú...

—Hasta ahora, esa parece su mejor idea.

—Lo es. —Slade miró a Franklin con repentina preocupación, y la sonrisa casi infantil de un alumno ante su profesor preferido—. Hay un camino, doctor, un camino fuera del tiempo.

—Muéstremelo, Slade. No me queda mucho tiempo.

—Lo sé, doctor. Por eso quería decírselo. Juntos, Marion y yo vamos a ayudarlo.

—¿Marion...? —Pero antes de que Franklin pudiera hablar, el motor del aeroplano despertó. Con un golpe de timón, Slade hizo girar con destreza el aparato en el lugar. Volvió a colocarse las gafas sobre los ojos y despegó en medio de un torbellino de polvo que empalideció la pintura del Mercedes. Ya a salvo, en el aire, hizo un giro final, un curioso saludo disimulado y se alejó volando.

Franklin se dirigió al coche y se reclinó sobre el techo para recuperar el aliento. El anciano estaba en calma otra vez, olvidado de su breve ataque.

—Ese era Slade. ¿Lo conoces, Ursula?

—Todos lo conocemos. A veces trabaja en nuestro ordenador, en Soleri, o comienza una pelea. Está un poco loco, todo el tiempo intenta evitar las fugas.

Franklin asintió, mirando cómo el avión desaparecía hacia Las Vegas perdiéndose entre las torres de los hoteles. Hace mucho fue un aprendiz de astronauta. Mi esposa cree que intenta matarme.

—Puede que tenga razón. Ahora lo recuerdo, dijo que si no hubiera sido por usted, él habría viajado a la Luna.

—Todos fuimos a la Luna. Ese fue el problema...

Franklin hizo retroceder el Mercedes por el camino de servicio. Mientras partían por la carretera, pensaba en la desconcertante referencia a Marion. Era hora de ser precavido. Para entonces, las fugas de Slade ya deberían haber comenzado hacía meses. Sin embargo, había conseguido mantenerlas a raya de un modo u otro. Algún día, toda esa violenta energía contenida en su cráneo desgarraría las suturas que la confinaban y estallaría en un horrible acto de venganza...

—¡Doctor Franklin! ¡Escuche!

Franklin sintió la mano de Ursula sobre su hombro. En una reacción de pánico, redujo la velocidad y empezó a examinar el cielo en busca del ultraligero.

—¡Es papá, doctor! ¡Mire!

El anciano se había enderezado en el asiento y miraba por la ventanilla con una actitud sorprendentemente alerta. La delgada musculatura de su rostro volvió a mostrar el perfil enérgico del oficial naval de antaño. No parecía interesado en su hija ni en Franklin, pero miraba con ojos atentos una palmera deshilachada de un motel, junto a la carretera, y el agua tibia de una piscina semivacía.

Mientras el coche se inclinaba en el peralte de una curva, Trippett asentía para sí dando su total aprobación a todo aquel árido paisaje. Cogió la mano de su hija, haciendo hincapié en algún punto familiar que había sido interrumpido por un bache del camino.

—... esto es verde, más como Texas que como Nevada. Sereno, también. Muchos árboles y pasturas, todos estos campos y agradables lagos. Me gustaría detenerme aquí y dormir un momento. Iremos a nadar, cariño, tal vez mañana. ¿Te gustaría?

Apretó la mano de su hija con repentino cariño. Pero antes de que pudiera volver

a hablar, la puerta que se había abierto en su rostro volvió a cerrarse, y Trippett había vuelto a desaparecer.

Llegaron a la clínica y regresaron al viejo astronauta a su oscura sala. Más tarde, mientras Ursula se alejaba en su bicicleta por las pistas silenciosas, Franklin se sentó en su escritorio del laboratorio desmantelado. Movía los dedos mientras pensaba en la curiosa locución de Trippett. La aparición de Slade en el cielo la había desencadenado de algún modo. La breve emergencia del viejo astronauta en el ámbito del tiempo, esos pocos segundos de lucidez, le dieron esperanza. ¿Era posible revertir las fugas? Estaba tentado de volver a la sala y liar a Trippett en otro paseo.

Después recordó el avión de Slade acercándose a él a toda velocidad por los espejos solares, la hélice pequeña y cruel que rasgaba el aire y la luz, el tiempo y el espacio. Ese astronauta fallido había llegado a la clínica siete meses antes. En ese momento, Franklin estaba fuera, en un congreso; Slade llegó en la ambulancia de la fuerza aérea, haciéndose pasar por un paciente terminal. Con su cabello cano y su mirada obsesiva, había cautivado de inmediato a la directora de la clínica, la doctora Rachel Vaisey, quien le había dado total libertad de movimiento. En sus merodeos por los laboratorios y los pasillos de la clínica, Slade se adueñaba de cada armario y cada cajón en desuso, donde construía sus pequeños retablos, altares psicosexuales dedicados a los extraños dioses que había en su cabeza.

Construyó el primero de los altares en el bidé de Rachel Vaisey, un horroroso montaje de jeringas hipodérmicas, gafas de sol rotas y tampones manchados de sangre. Otros altares aparecieron en los nichos de los pasillos y en las camas desocupadas, reliquias de un futuro aún sin experimentar abandonadas aquí como una especie de almacén psíquico contra el probable fracaso del tratamiento. Después de que una enfurecida doctora Vaisey insistiera en practicarle un examen completo, Slade se dio de alta de la clínica e hizo del cielo su nuevo hogar.

Habían desmontado los altares, pero hubo uno que fue cuidadosamente conservado. Franklin abrió el cajón central de su escritorio y contempló el montaje, colocado como un cadáver sobre el féretro de algodón quirúrgico. Había un fragmento de roca lunar etiquetado, robado del museo de la NASA, en Houston, una fotografía de Marion en el baño de un hotel, tomada con un zum, su cuerpo blanco casi fundido con los azulejos blancos de la cabina de ducha, una reproducción desvaída de *La persistencia de la memoria*, de Dalí, con sus relojes blandos y el embrión agonizante, un grupo de leucótomos con las puntas cubiertas por bolitas de metal y una tarjeta de donante de emergencia en la que legaba su cerebro a quienquiera que lo necesitara. En conjunto, aquellos objetos formaban un preciso antirretrato de todas las obsesiones de Franklin, como un sagrario de su cabeza. Pero Slade siempre había sido un observador agudo, más interesado por Franklin que por cualquier otra persona.

¿Cómo evitaba las fugas? La última vez que Franklin lo había visto en la clínica,

Slade ya estaba sufriendo fugas de al menos una hora de duración. Sin embargo, de alguna manera, él había abierto una trampilla en la mente de Trippett y le había proporcionado su visión de los campos verdes.

Cuando Rachel Vaisey llamó para quejarse del paseo no autorizado, Franklin no le hizo caso e intentó transmitirle su entusiasmo por el arrebato de Trippett.

—Estuvo ahí, Rachel, fue otra vez él, completamente, durante unos treinta segundos. Y no hubo que hacer ningún esfuerzo, ninguna necesidad de recordarle quién era. Me atemoriza pensar que lo había dado por perdido.

—Es extraño; una de esas remisiones inexplicables. Pero intenta no darle demasiada importancia. —La doctora Vaisey miró con desagrado la cámara perimetral montada junto a la plataforma giratoria. Como la mayoría de los miembros de su equipo, estaba contenta por el cierre de la clínica y por que los escasos pacientes que ahí quedaban pronto fueran a ser transferidos a algún sanatorio u hospicio distante. Al cabo de un mes, ella y sus colegas regresarían a las universidades desde las cuales habían venido. Ninguno de ellos había sido afectado por las fugas, aún; el hecho de que Franklin fuera el único en sufrirlas parecía doblemente cruel y confirmaba su sospecha, de larga data, acerca de este médico obstinado. Franklin había sido el primer psiquiatra de la NASA en identificar la enfermedad del tiempo, en haber reconocido como tales las fugas originales de los astronautas.

Ya más seria por el futuro que le esperaba a Franklin, le dirigió una sonrisa conciliadora.

—Dices que habló de forma coherente. ¿De qué hablaba?

—Balbuceó sobre unos campos verdes. —Franklin estaba de pie detrás de su escritorio, contemplando el cajón abierto, oculto a la vista suspicaz de la doctora Vaisey—. Estoy seguro de que realmente los ha visto.

—¿Un recuerdo de la infancia? Pobre hombre, por lo menos parece feliz, dondequiera que esté realmente.

—¡Rachel...! —Franklin cerró el cajón—. Trippett estaba mirando el desierto, nada más que rocas, polvo y unas cuantas palmeras moribundas; sin embargo, él veía campos verdes, lagos y bosques. Debemos mantener la clínica abierta un poco más. Creo que ahora tengo la oportunidad. Quiero volver al principio, replanteármelo todo otra vez.

Antes de que la doctora Vaisey pudiera detenerlo, Franklin había comenzado a caminar, hablándole a su escritorio.

—Tal vez las fugas sean la preparación para algo, y nos hemos equivocado al temerlas. Los síntomas están tan difundidos, hay casi una epidemia invisible, una incidencia del uno por ciento en la población, y probablemente otro cinco por ciento de personas que aún no se han percatado de que han sido afectadas, sin duda es así aquí en Nevada.

—Es el desierto. Es evidente que la topografía desempeña un papel en las fugas.



Ha sido malo para ti, Robert. Para todos nosotros.

—Razón de más para quedarse y hacerle frente, Rachel. Escucha: quiero trabajar con los demás más de lo que lo hecho hasta ahora. Esta vez seremos un verdadero equipo.

—Eso sí que es una concesión. —La doctora Vaisey hablaba sin ironía—. Pero es demasiado tarde, Robert. Lo has intentado todo.

—No he intentado nada... —Franklin colocó una mano sobre la enorme lente de la cámara perimetral, ocultando la figura deformada que imitaba sus gestos desde la superficie del cristal. Todo el día lo habían perseguido los reflejos distorsionados de sí mismo, como si estuvieran presentándolo en breves clips de una película obscena que pronto protagonizaría. Ojalá hubiera pasado más tiempo con Trippett, en lugar de hacerlo con los paneles de amas de casa voluntarias y con el personal de la fuerza aérea. Pero el viejo astronauta lo intimidaba, agitaba todos sus sentimientos de culpa por su complicidad en el programa espacial. Como miembro del equipo de apoyo médico, Franklin había contribuido a colocar a los últimos astronautas en el espacio, había hecho posibles los vuelos de un año de duración que habían desatado toda esa plaga del tiempo, que habían quebrado el reloj de arena cósmico...

—¿Y Trippett? ¿Dónde vais a esconderlo?

—No lo haremos. Su hija se ha ofrecido para llevárselo. Parece una chica razonable.

Cediendo a su preocupación, la doctora Vaisey avanzó un paso y cogió la mano que Franklin había puesto sobre la cámara de seguridad.

—Robert, todo irá bien, ¿vale? Tu esposa cuidará de ti, ya lo sabes. Me gustaría que me dejaras hablar con ella. Podría insistir en...

Franklin pensaba en Trippett. La noticia de que el viejo astronauta seguiría ahí — suponía que viviría en Soleri II— le había dado esperanzas. Podría continuar su trabajo...

Sintió una repentina necesidad de estar solo en la clínica vacía, de deshacerse de la doctora Vaisey, esa neuróloga de buenas intenciones y mediana edad, con su mente y su mundo cerrados. Ella lo miraba desde el otro lado del escritorio, obviamente sin saber qué hacer con Franklin. Sus ojos se distraían con las golondrinas doradas y plateadas que se abatían sobre las pistas de aterrizaje. La doctora Vaisey siempre se había arrepentido de su breve encaprichamiento con Slade. Franklin recordaba el último encuentro, en la oficina de la doctora, en el que Slade había sacado su pene y se había masturbado delante de ella, tras lo cual había insistido en colocar su semen caliente en un portaobjetos. Rachel Vaisey había observado en el ocular del microscopio los miles de réplicas de ese joven psicótico, nadando de forma frenética. Al cabo de diez minutos, empezaron a flaquear. Al cabo de una hora, todas estaban muertas.

—No te preocupes: no me pasará nada. Marion sabe exactamente lo que necesito. Y Slade estará cerca para ayudarla.

—¿Slade? Pero ¿qué demonios...?

Franklin extrajo el cajón central de su escritorio. Con cuidado, como si manipulara un artefacto explosivo, ofreció el altar a los horrorizados ojos de la doctora Vaisey.

—Cógelo, Rachel. Es el proyecto de nuestro programa espacial conjunto. Podría interesarte venir...

Cuando la doctora Vaisey se hubo marchado, Franklin regresó a su escritorio. Primero se quitó el reloj de pulsera y se masajeó la muñeca, que tenía en carne viva. Cada quince minutos volvía la aguja del cronómetro a cero. Hacía mucho que este tic nervioso, un tic del tiempo, era motivo de bromas entre el personal de la clínica. Pero el total acumulado desde el inicio de una fuga le daba un registro razonablemente preciso de su duración. Era un método tosco. Casi le alegraba la idea de que pronto eludiría el tiempo por completo.

Pero aún no. Sosegándose, miró las últimas páginas de su diario.

19 de junio — fugas: de 8:30 a 9:11 a. m.; de 11:45 a 12:27 a. m.; de 5:15 a 6:08 p. m.; de 11:30 a 12:14 p. m. Total: 3 horas.

Los totales le estaban dando alcance. 20 de junio: 3 h 14 min; 21 de junio: 3 h 30 min; 22 de junio: 3 h 46 min. Esto le daba poco más de diez semanas, a menos que las fugas se desaceleraran o que él encontrara la trampilla por la cual Trippett había asomado brevemente la cabeza.

Franklin cerró el diario y contempló otra vez la lente de la cámara perimetral. Curiosamente, nunca había permitido que la máquina lo fotografiara, como si los contornos de su cuerpo constituyeran un terreno secreto cuyos códigos debieran reservarse para su último intento de huida. De pie o reclinados en la plataforma giratoria, se había fotografiado a los pacientes voluntarios con un barrido continuo que los transformaba en paisajes de colinas y valles ondulantes, no muy diferentes del desierto que había ahí fuera. ¿Sería posible hacer una fotografía aérea de los desiertos de Sahara y de Gobi, invertir el proceso, y reconstituir el cuerpo inmenso de una diosa dormida, una Afrodita nacida de un mar de dunas? Franklin se había obsesionado con la cámara y tomaba fotografías de todo, desde cubos y esferas, hasta tazas y platillos, después a los propios pacientes desnudos, con la esperanza de descubrir la dimensión temporal encerrada en esos espacios ondulantes.

Ya hacía mucho que los voluntarios se habían marchado a sus salas terminales, pero sus fotografías continuaban pinchadas en las paredes: un dentista retirado, un sargento de la policía de Las Vegas, una peluquera de mediana edad, una atractiva madre de mellizos, o un controlador aéreo de la base. Sus facciones y anatomías distorsionadas, distribuidas por la pared, recordaban el amasijo de pesadilla que veían los pacientes cuando se les despertaba de sus fugas mediante potentes estimulantes o choques eléctricos: formas chorreantes de un mundo elástico, abrumador y

desagradable. Sin el tiempo, un rostro en movimiento parecía rasgarse en jirones por el aire y el cuerpo humano se transformaba en un monstruo surrealista.

Para Franklin, y para los miles de sus compañeros de sufrimiento, las fugas habían comenzado del mismo modo, con breves momentos de falta de atención. Una pausa demasiado larga en medio de una oración, un huevo frito misteriosamente quemado, un sargento de la fuerza aérea que cuidaba el Mercedes enfadado por una descortesía injustificada..., todo junto conducía a períodos cada vez más largos de tiempo perdido. Desde el punto de vista subjetivo, el flujo de la conciencia de un instante a otro parecía continuo. Pero el tiempo se había escurrido, fugándose lentamente de su vida. El día previo, por ejemplo, estaba de pie junto a la ventana mirando la fila de coches bajo el sol del final de la tarde y al momento siguiente era el crepúsculo sobre el aparcamiento vacío.

Todas las víctimas contaban la misma historia: citas olvidadas, inexplicables accidentes de tránsito, bebés descuidados que rescataban la policía y los vecinos. Las víctimas «despertaban» a medianoche en edificios de oficinas vacíos, se descubrían a sí mismas en baños inundados, eran arrestadas por cruzar la calle de forma imprudente, se olvidaban de comer. Al cabo de seis meses, solo estaban conscientes la mitad del día, temerosas de conducir o salir a la calle, las habitaciones desesperadamente llenas de relojes de toda clase. Una semana pasaba en un revoltijo de ocasos y amaneceres. Hacia el final del primer año, solo estaban alerta unos pocos minutos cada día, y no podían alimentarse ni cuidarse por sí mismas. Poco después ingresaban en alguno de las docenas de hospitales o sanatorios estatales.

Después de su llegada a la clínica, el primer paciente de Franklin fue un piloto de combate gravemente quemado que había hecho pasar su avión de reacción a través de la puerta cerrada del hangar. El segundo fue uno de los últimos astronautas, un antiguo capitán de la marina apellidado Trippett. El piloto quedó pronto fuera de su alcance, en un crepúsculo perpetuo, pero Trippett había aguantado lúcido unos cuantos minutos al día. Franklin había aprendido mucho de Trippett, el último hombre que se había paseado por la Luna y el último que se había resistido a las fugas. Ya hacía tiempo que la totalidad de los primeros cosmonautas se habían retirado a un mundo sin tiempo. Los cientos de conversaciones fragmentarias y el misterioso sentimiento de culpa que Trippett compartía con sus colegas, llorando en sueños como ellos, convencieron a Franklin de que los orígenes de la dolencia se encontraban en el propio programa espacial.

Al abandonar su planeta para aventurarse en el espacio exterior, el hombre había cometido un crimen evolutivo, una transgresión de las reglas que regían su lugar del universo, y de las leyes del tiempo y el espacio. Puede que el derecho a viajar por el espacio perteneciera a seres de otro orden, pero el crimen de los humanos era castigado de la misma forma que si intentaran ignorar las leyes de la gravedad. Sin duda, las infelices vidas de los cosmonautas tenían todas las trazas para que su sentimiento de culpa fuera cada vez mayor. La caída en el alcoholismo, el silencio, el

pseudomisticismo y los colapsos mentales sugerían profundas ansiedades sobre la corrección moral y biológica de la exploración del espacio.

Por desgracia, los astronautas no eran los únicos afectados. Cada lanzamiento espacial dejaba su rastro en las mentes de quienes miraban las imágenes de las expediciones. Cada viaje a la luna, cada periplo alrededor del sol, constituían una lesión que iba distorsionando su percepción del espacio y el tiempo. Esa brutal eyección de sí mismos fuera de su planeta había sido un acto de piratería evolutiva por la cual ahora eran expulsados del mundo del tiempo.

Preocupado por los recuerdos de los astronautas, Franklin fue el último en abandonar la clínica. Había esperado la llegada de la fuga habitual de la tarde sentado en su escritorio, en el laboratorio silencioso, con el dedo sobre el botón del cronómetro. Pero la fuga no había sobrevenido, quizá desviada por su ánimo optimista tras el paseo con Trippett. Mientras caminaba por el aparcamiento, contemplaba la base aérea desierta. A doscientos metros de la torre de control había una joven con un delantal en la cintura, de pie en medio de la pista, perdida en su fuga. Un kilómetro más allá, otras dos mujeres estaban en medio de la inmensa pista para aviones de carga. Todas provenían del pueblo cercano. En el crepúsculo, estas mujeres de las pistas dejaban sus hogares y caravanas, y se perdían por la base aérea, mirando el ocaso como esposas de astronautas olvidados a la espera de que sus hombres regresaran de los canales mareales del espacio.

La visión de estas mujeres siempre afectaba a Franklin profundamente. Tuvo que obligarse a poner en marcha el motor. Mientras conducía hacia Las Vegas, el desierto parecía un paisaje lunar bajo la luz del anochecer. Ya nadie iba a Nevada, y hacía mucho tiempo que la mayor parte de la población local se había marchado, por temor a las inquietantes previsiones en el desierto. Cuando llegó a su casa, la penumbra se filtraba a través de la bruma de color cereza que flotaba sobre casinos y hoteles, un espectral recuerdo de la luz eléctrica.

A Franklin le gustaba aquel centro de entretenimiento abandonado. Los otros médicos vivían a poca distancia de la clínica, pero Franklin había escogido uno de los moteles semivacíos de los suburbios del norte de la ciudad. Por las tardes, después de visitar a sus escasos pacientes en sus hogares de retiro, a menudo conducía por el silencioso Strip<sup>[22]</sup>, bajo las fachadas crepusculares de los inmensos hoteles, y vagaba durante horas por las sombras, entre las piscinas vacías. Esta ciudad de sueños desgastados, que una vez se había enorgullecido de no tener relojes, parecía sufrir ella misma una fuga.

Al aparcar en la explanada, delante del motel, Franklin advirtió que faltaba el coche de Marion. El piso, en la tercera planta, estaba vacío. El televisor estaba arrimado a la cama, encendido en silencio para una pila de libros de texto de medicina que Marion había extraído de sus estantes y un cenicero colmado como una fumarola del Vesubio. Franklin colgó los vestidos en el armario. Mientras contaba las

nuevas quemaduras de cigarrillo de la alfombra reflexionaba sobre la notable desorganización que podía alcanzar Marion en unas pocas horas, aquí como en todo lo demás. Las fugas de ella ¿eran auténticas o fingidas? A veces él pensaba que ella imitaba las fugas de tiempo de forma semiconsciente, como un intento de ingresar en el único ámbito en el que Franklin se libraba de ella, a salvo de toda la frustración que la embargaba por haber vuelto con él.

Franklin se dirigió al balcón y miró la piscina vacía, allá abajo. Marion solía tomar el sol desnuda en el suelo de la parte más honda, y era probable que una fuga la hubiera dejado atrapada. Entonces oyó el zumbido de un ultraligero volando sobre los hoteles instantes y supo, gracias al geólogo jubilado que vivía en el piso de al lado, que Marion se había marchado en su coche solo unos minutos antes de que él llegara.

Mientras se alejaba en su automóvil, Franklin era consciente de que su fuga de la tarde aún no se había presentado. ¿Había visto Marion que sus faros se acercaban y, sin pensarlo, había decidido desaparecer en la noche sin luces de los hoteles del Strip? Ella había conocido a Slade en Houston, tres años antes, cuando intentó convencerla de que intercediera por él ante Franklin. Ahora parecía cortejarla desde el cielo, por razones que Marion probablemente no comprendía. Hasta su aventura amorosa, al principio, había sido parte de este complejo acoso a Franklin.

El avión había desaparecido en el desierto. Franklin condujo por el Strip, entrando y saliendo de las explanadas de los hoteles. En un aparcamiento vacío vio a uno de los fantasmas del crepúsculo, un hombre de mediana edad vestido con un frac harapiento, un crupier o un cardiólogo jubilado que regresaba a esas moles dormidas. Atrapado en medio de algún pensamiento, miraba sin ver un cartel de neón muerto. No lejos de ahí, había una joven de anchas caderas entre el polvoriento mobiliario de piscina, su cuerpo estatuario transformado por la fuga en el de una musa de Delvaux.

Franklin se detuvo para ayudarlos y, si fuera posible, despertarles antes de que se helaran en la fría noche del desierto. Pero cuando bajó del automóvil vio que los faros se reflejaban en la hélice estacionaria de un pequeño avión aparcado en el Strip.

Slade se inclinó desde la cabina de su ultraligero; bajo los haces eléctricos su piel blanca parecía de enfermizo marfil. Todavía estaba desnudo y gesticulaba dirigiéndose de forma íntima a una bella mujer vestida con un abrigo de piel, de prostituta, que con aire juguetón inspeccionaba su cabina. Slade le hacía señas para que subiera al reducido asiento trasero, como un conductor de ligue que intentara atraer a un peatón.

Admirado por el descaro de Slade al utilizar el cielo para abordar a su esposa, Franklin echó a correr. Slade había cogido a Marion por la cintura e intentaba subirla a la cabina.

—¡Déjala, Slade! —A quince metros de ellos, Franklin tropezó con un neumático desechado. Se detuvo para coger aliento mientras... el ruido del motor se precipitó hacia él desde la oscuridad, el mismo estrépito metálico que había oído esa mañana en el desierto. El avión de Slade corría por el Strip, las ruedas botaban contra el

asfalto, la hélice iluminada por los faros del coche. En el momento en que Franklin caía de rodillas, el avión realizó un alabeo para evitarlo, subiendo abruptamente y alejándose hacia el cielo.

El aire revuelto pasó alrededor de Franklin, persiguiendo a Slade. Franklin se levantó con las manos en alto para proteger su rostro del polvo. La oscuridad estaba repleta de hélices que rotaban. Lazos plateados surgían girando desde la oscuridad, imágenes de la hélice que arremetían una tras otra desde la estela del avión que ya no estaba.

Aturdido aún por el violento ataque de la máquina, Franklin oyó sus últimos zumbidos a través del desierto. Observó la imagen retinal que había transformado las calles sombrías. Espirales plateadas giraban sobre su cabeza y desaparecían entre los hoteles, una resplandeciente trayectoria de vuelo que él casi podía tocar con sus manos. Afirmándose en el duro pavimento que había bajo sus pies, se volvió para seguir a su esposa que huía de él entre las piscinas vacías y los aparcamientos para coches desiertos de la ciudad nuevamente iluminada.

—Pobrecito... ¿No lo viste? Iba directo hacia ti, Robert...

—Claro que lo vi. De lo contrario, creo que no estaría aquí.

—Pero te quedaste ahí, totalmente hipnotizado. Sé que él siempre te ha fascinado, pero esta vez lo has llevado todo demasiado lejos. Si esa hélice te hubiera...

—Fue un pequeño experimento —dijo Franklin—. Quería ver qué intentaba hacer.

—¡Intentaba matarte!

Franklin se sentó en el borde de la cama, mirando las quemaduras de cigarrillo de la alfombra. Hacía quince minutos que habían llegado al apartamento, pero él aún intentaba calmarse. Pensaba en esa hélice que rotaba y había devorado la oscuridad. Retrasada toda la tarde, la fuga había comenzado al tropezar con el neumático y había durado alrededor de una hora. Marion fingía que la fuga no había sucedido por sus propios motivos; pero, cuando él despertó, su piel estaba helada. ¿Qué habían estado haciendo, ella y Slade, durante todo ese tiempo perdido? A Franklin no le costaba en absoluto imaginárselos juntos en el automóvil de Marion o en la cabina del avión, observados por el esposo ciego. Eso habría complacido a Slade. Darle un susto de muerte a Franklin con su despegue seguramente lo habría puesto de humor.

A través de la puerta abierta contempló el cuerpo desnudo de su esposa en el cubo blanco del baño. Un cigarrillo húmedo se consumía en la jabonera. Tenía grupos de pequeños hematomas en los muslos y la cadera, fruto de algún estilizado forcejeo. Un día, pronto, cuando el tiempo se fugara de ella, los contornos de sus pechos y sus muslos migrarían hacia las pulidas paredes, sosegados como las dunas y los valles de las fotografías perimetrales. Sentada en el tocador, Marion lo miraba por encima de su hombro empolvado con un poco de preocupación.

—¿Estarás bien? Ya me resulta bastante difícil lidiar conmigo misma. ¿Ese fue un

ataque de...?

—Por supuesto que no. —Durante meses habían fingido que ninguno de los dos estaba afectado por las fugas. Marion necesitaba la ilusión, más en el caso de Franklin que en el propio—. Pero puede que no siga siendo siempre inmune.

—Robert, si hay alguien inmune, ese eres tú. Piensa en ti, es lo que siempre has deseado: estar solo en el mundo, solo tú y estos hoteles vacíos. Pero ten cuidado con Slade.

—Lo tengo. —Y añadió con aire distraído—: Quiero que lo veas más. Arregla un encuentro con él.

—¿Qué? —Marion se volvió otra vez para mirar a su esposo, con su lentilla izquierda atrapada bajo el párpado—. ¿Sabes? Estaba desnudo.

—Ya lo vi. Es parte de su código. Slade está intentando decirme algo. Me necesita de una forma especial.

—¿Te necesita? Él no te necesita, créeme. Si no hubiera sido por ti, habría viajado a la Luna. Tú le arrebataste eso, Robert.

—Y puedo devolvérselo.

—¿Cómo? ¿Vais a comenzar vosotros dos vuestro propio programa espacial?

—En cierto sentido, ya lo hemos hecho. Pero lo que de verdad necesitamos es que nos ayudes.

Franklin esperó a que ella le respondiera, pero Marion estaba sentada frente al espejo, con la caja de la lentilla en una mano y los dedos sosteniendo sus párpados superior e inferior alrededor de la lentilla atrapada. Fundida en su propio reflejo en el cristal con marcas de dedos, Marion parecía estar observando el sol con un sextante en miniatura, en busca de su rumbo en esa ciudad de espejos vacíos. Franklin recordaba el último mes que estuvieron juntos, después del final en Cabo Kennedy, el largo trayecto en coche por la costa muerta de Florida. El programa espacial había expresado todo su fracaso en esa morrena terminal de hoteles desiertos y edificios de apartamentos, una arquitectura críptica, como códigos olvidados de un lenguaje geométrico desechado. Recordaba la sangre de Marion fluyendo de sus palmas rajadas hacia el lavabo y las constantes discusiones que se torcían en el aire.

No obstante, curiosamente, aquellos habían sido días felices, repletos de los excitantes estímulos de su enfermedad. Él había soñado con su promiscuidad, los desquiciados favores concedidos a las camareras y los botones. Volvió de Miami solo, descansando junto a las piscinas de los hoteles vacíos, y rememorando las intoxicaciones de aparcamientos abandonados. En cierto sentido, aquel viaje había sido su primer experimento consciente con el tiempo y el espacio. Allí había colocado ese cuerpo y su mente infausta en una secuencia de baños y piscinas, observarla con sus amantes en los diagramados aparcamientos de coches, con las emociones colgadas de esas abstractas redes espaciales.

Franklin puso cariñosamente las manos sobre los hombros de Marion y sintió la familiar piel húmeda y pegajosa de la fuga. Le bajó las manos hasta el regazo, y

después le quitó la lentilla del ojo, cuidando de no hacer ningún corte en la córnea. Dirigió una sonrisa al rostro inexpresivo de Marion, mientras contaba las pequeñas cicatrices y marcas que habían aparecido alrededor de su boca. Como todas las mujeres, Marion nunca había temido las fugas y aceptaba el mito de que durante esos períodos de tiempo detenido el cuerpo rehusaba envejecer.

Sentado junto a ella en un taburete, Franklin la abrazó con suavidad. Sostuvo sus pechos en sus manos, levantando un instante sus escurridizas curvas. A pesar de todo el cariño que le tenía, tendría que utilizarla en su duelo con Slade. Las zonas llanas de sus muslos y hombros eran segmentos de una pista de despegue secreta desde la cual él, un día, volaría hacia la seguridad.

### *5 de julio*

No es uno de mis mejores días. Cinco fugas prolongadas, cada una de más de una hora de duración. La primera comenzó a las nueve de la mañana, mientras rodeaba la piscina en dirección al coche. Me encontré súbitamente de pie en el extremo profundo, bajo una luz mucho más vertical, mientras el anciano geólogo, preocupado, me daba empujoncitos con la mano. Marion le había dicho que no me molestara, ¡que estaba metido en mis profundos pensamientos! Debo recordar llevar un sombrero en el futuro, el sol me ha producido un sarpullido viral en los labios. Una excusa para que Marion no me bese; sin darse cuenta de ello, Marion está ansiosa por escapar de aquí, no puede fingir por mucho más tiempo que las fugas no existen. ¿Sospechará que planeo aprovechar ese ávido sexo de ella?

Estas fugas largas son extrañas, por primera vez, desde el ataque del avión, tengo un vago recuerdo del tiempo muerto. La geometría de una piscina vacía actuó como un espejo, el cielo parecía estar repleto de soles. Puede que Marion supiera lo que hacía cuando tomaba baños de sol ahí. ¿Debo trepar esa oxidada escalera de cromo hacia una nueva clase de tiempo? *Total de tiempo perdido: 6 horas 50 min.*

### *11 de julio*

Hoy sufrí una fuga peligrosa y lo que puede haber sido otro atentado de Slade contra mi vida. Casi me mato conduciendo hacia la clínica; debo pensarlo mejor antes de ir otra vez. La primera fuga sobrevino a las ocho y cuarto de la mañana, sincronizada con la de Marion: hoy por hoy, es nuestra única actividad conyugal. Debo de haber pasado alrededor de una hora abriendo la puerta del baño, contemplándola mientras ella estaba inmóvil en la cabina de la ducha. Curiosas imágenes consecutivas, secciones de su anatomía, parecen estar diseminadas por las paredes y el techo, incluso en el aparcamiento. Por primera vez tengo la sensación de que sería posible permanecer despierto durante las fugas. Un mundo extraño en el que el cambio espacial se percibe de forma independiente del tiempo.

Lleno de entusiasmo, partí hacia la clínica, ansioso por intentar algo con la



cámara perimetral. Pero debo de haberme salido de la carretera tras solo dos kilómetros y me encontré en el aparcamiento de un hipermercado abandonado, rodeado de una multitud de rostros que me observaban. En realidad eran maniqués de unos grandes almacenes. De repente llegó una andanada de disparos, brazos y cabezas de fibra de vidrio que volaban en todas direcciones. Slade y su tácticas, nuevamente. Esta vez con un fusil de acción de bombeo, desde el techo del hipermercado. Debe de haberme visto tirado ahí y colocado los maniqués a mi alrededor. El pueblo sin tiempo, los únicos recuerdos del *Homo sapiens* cuando todos nos hayamos marchado, aquí, esperando con sus sonrisas idiotas al primer visitante estelar.

¿Cómo controla Slade las fugas? ¿Es posible que la violencia, como la pornografía, sea una especie de sistema de *stand by* evolutivo, un recurso de último momento para arrojar un descabellado comodín en el juego? Un difundido gusto por la pornografía significa que la naturaleza nos está alertando sobre una amenaza de extinción. Sigo pensando en Ursula, dicho sea de paso... *Total de tiempo perdido: 8 horas 17 min.*

*15 de julio*

Debo salir de este motel más a menudo. Un curioso producto secundario de las fugas es que estoy perdiendo todo sentido de urgencia. He estado aquí sentado los últimos tres días, mirando con calma cómo se escurre el tiempo entre mis dedos. Esto casi me convence de que las fugas son algo bueno, un signo de que está por tener lugar un gran avance biológico suscitado por los vuelos espaciales. De otro modo, mi mente se va tornando insensible, sencillamente, por el miedo puro y duro...

Esta mañana me he obligado a salir a la luz del sol. Conduje por los alrededores de Las Vegas en busca de Marion, reflexionando sobre los vínculos que hay entre los juegos de apuestas y el tiempo. Se puede diseñar un mundo aleatorio en el que la longitud de cada intervalo de tiempo dependa del azar. Puede que los grandes apostadores que vinieron a Las Vegas estuvieran más cerca de la verdad de lo que se percataban. El «tiempo reloj» es un constructo neurofisiológico, una vara de medir confinada al *Homo sapiens*. El viejo perro labrador del geólogo de la puerta de al lado posee, obviamente, un sentido diferente del tiempo, y lo mismo ocurre con las cigarras que hay junto a la piscina. Hasta los materiales de mi cuerpo y los niveles inferiores de mi cerebro tienen un sentido del tiempo muy diferente al de mi telencéfalo, ese invitado imprevisto dentro del cráneo.

¿Simultaneidad? Es posible imaginar que todo está aconteciendo a la vez, todos los sucesos «pasados» y «futuros» que constituyen el universo están teniendo lugar al mismo tiempo. Tal vez nuestro sentido del tiempo sea una estructura mental primitiva que hemos heredado de nuestros ancestros menos inteligentes. Para el hombre prehistórico la invención del tiempo (un salto conceptual brillante) fue una forma de

clasificar y almacenar el inmenso flujo de sucesos que su mente incipiente había abierto para él. Como un perro que entierra un gran hueso, la invención del tiempo le permitió posponer la admisión de un sistema de sucesos demasiado grande para poder captarlo de un solo bocado.

Si el tiempo es una estructura primitiva que hemos heredado, entonces debemos recibir su atrofia con alegría, debemos aceptar de buena gana las fugas. *Total de tiempo perdido: 9 horas 15 min.*

*25 de julio*

Todo se va haciendo más lento. Debo obligarme a recordar comer y ducharme. Es todo bastante agradable, no tengo temor, pese a que solo me quedan seis o siete horas de tiempo consciente cada día. Marion viene y va; no tenemos tiempo, literalmente, para hablarnos. Un día pasa con tanta rapidez como una tarde. Durante el almuerzo estaba mirando unas fotografías de mi madre y mi padre en un álbum, y un retrato formal de mi boda con Marion, y de repente era el anochecer. Siento una extraña nostalgia por mis amigos de la niñez, como si estuviera a punto de encontrarme con ellos por primera vez, una premonición que despierta del pasado. Puedo ver cómo el pasado resucita en el polvo del balcón, en las hojas secas del fondo de la piscina, como parte de un inmenso silo de tiempo cuyas puertas pueden abrirse con la llave correcta. Nada es más viejo que lo que es muy nuevo: un bebé recién nacido, cuando su cabeza surge de su madre, tiene los rasgos suaves y pulidos por el tiempo de Pharoah. Todo el proceso de la vida es el descubrimiento del pasado inmanente contenido en el presente.

A la vez, siento una creciente nostalgia por el futuro, un recuerdo del futuro que ya he experimentado, pero que de algún modo he olvidado. En nuestras vidas intentamos repetir esos sucesos insignificantes que ya han tenido lugar en el futuro. A medida que nos hacemos mayores, sentimos una nostalgia cada vez mayor por nuestras muertes, que ya hemos transitado. Asimismo, tenemos una premonición que crece en intensidad de nuestro nacimiento, el cual está a punto de acontecer. En cualquier momento podemos nacer por primera vez. *Total de tiempo perdido: 10 horas 5 min.*

*29 de julio*

Slade ha estado aquí. Sospecho que ha estado entrando al apartamento mientras yo estoy en fuga. Tengo un extraordinario recuerdo de que esta mañana había alguien en el dormitorio. Cuando salí de la fuga de las once de la mañana tenía una curiosa imagen consecutiva, casi una presencia pentecostal, un borrón vagamente biomorfo que pendía en el aire como una fotografía tomada con la cámara perimetral. Habían extraído mi pistola del cajón del tocador y la habían colocado sobre mi almohada. Hay un pequeño diagrama de pintura blanca en el dorso de mi mano izquierda. Una

especie de dibujo críptico, una llave geométrica.

¿Slade ha estado leyendo mi diario? Esta tarde alguien ha pintado el mismo dibujo en el suelo inclinado de la piscina y también sobre la grava del aparcamiento. Supongo que todo es parte de los juegos serios de Slade con el tiempo y el espacio. Está intentando reclutarme, obligarme a salir de mi apartamento, pero las fugas no me dejan intervalos de más de dos horas de tiempo consciente. Yo no soy el único afectado. Las Vegas está casi desierta, todo el mundo se ha retirado a sus casas. El anciano geólogo y su esposa están todo el día en el dormitorio, sentado cada uno en una silla de respaldo recto a cada lado de la cama. Les he dado una inyección de vitaminas, pero están tan raquíuticos que no durarán mucho tiempo. Ni la policía ni el servicio de ambulancias responden. Marion se ha marchado otra vez, de caza por los hoteles vacíos del Strip, en busca de alguna señal de Slade. No cabe duda, cree que solo Slade puede salvarla. *Total de tiempo perdido: 12 horas 35 min.*

*12 de agosto*

Hoy ha venido Rachel Vaisey, preocupada por mí y decepcionada por no encontrar a Marion en casa. La clínica ha cerrado, y Rachel parte hacia el este. Una extraña pantomima: hablamos durante diez tensos minutos. Ella estaba obviamente desconcertada por mi apariencia tranquila, a pesar de mi barba y mis pantalones manchados de café, y miraba el dibujo blanco de mi mano y las formas parecidas en el techo del dormitorio, el aparcamiento y hasta una sección de un pequeño edificio de apartamentos de un kilómetro de distancia. Ahora estoy en el centro de un gigantesco rompecabezas geométrico que irradia de mi mano izquierda, por la ventana abierta, hacia Las Vegas y el desierto.

Sentí alivio cuando Rachel se fue. El tiempo corriente —el llamado «tiempo real»— me parece ahora completamente irreal. Con su discreta existencia, su remilgada conciencia punto a punto, Rachel me recordó una figura de un diorama animado del Hombre Temporal, de un museo antropológico del futuro. Igualmente, resulta difícil ser demasiado optimista. Ojalá Marion estuviera aquí. *Total de tiempo perdido: 15 horas 7 min.*

*21 de agosto*

Mi conciencia se ha reducido a unos pocos intervalos que, a lo sumo, duran apenas una hora. El tiempo parece continuo, pero los días pasan en un borrón de amaneceres y ocasos. Me alimento casi constantemente, o de lo contrario moriré de hambre. Solo espero que Marion pueda cuidarse sola, no parece que haya venido en semanas...

... el bolígrafo se partió en la mano de Franklin. Al despertarse se descubrió desplomado sobre su diario. Alrededor de sus pies, sobre la alfombra, había páginas arrancadas. Durante la fuga de dos horas había tenido lugar una violenta lucha; sus

libros estaban diseminados alrededor de una lámpara tirada, había marcas de tacones en la ceniza de cigarrillos, sobre la alfombra. Franklin se tocó los hombros lastimados. Alguien lo había agarrado por los hombros mientras estaba en fuga y lo había sacudido para despertarlo a la vida, y había arrancado el reloj de su muñeca.

Un sonido familiar llegaba desde el cielo y el repiqueteo del motor del ultraligero cruzó los techos cercanos. Franklin se puso de pie, protegiéndose los ojos del aire intenso que procedía del balcón. Miró el avión que describía un círculo sobre las calles y después se dirigía hacia él a gran velocidad. Una luz fundida goteaba de la hélice rociando el motel con platino líquido, una tinción retinal que transformó brevemente el polvo de la calle en plata.

El avión pasó volando en dirección al norte de Las Vegas, y Franklin vio que Slade había reclutado un pasajero. Detrás del piloto desnudo iba una mujer rubia vestida con un gastado abrigo de piel y las manos entrelazadas alrededor de su cintura. Como un soñador sobresaltado, ella contempló a Franklin.

Mientras el ultraligero se alejaba, Franklin fue al baño. Se recobró y observó esa figura cetrina y barbuda en el espejo: un fantasma de sí mismo. Algunas secciones de su mente ya estaban migrando hacia la pacífica geometría de las paredes del baño. Pero al menos Marion estaba viva. ¿Había intentado interceder mientras Slade lo atacaba? En el aire había una imagen tenue de una mujer herida...

Las Vegas estaba desierta. Mientras partía en el coche, aquí y allá veía un rostro gris en una ventana o una manta sobre dos pares de rodillas en un balcón. Todos los relojes se habían detenido y sin su reloj ya no podía saber cuánto duraban sus fugas o cuándo comenzaría la próxima.

Conduciendo a unos timoratos quince kilómetros por hora, Franklin se detenía cada diez kilómetros y esperaba hasta que se encontraba sentado en el coche con el motor frío. El aparato que marcaba la temperatura se convirtió en su reloj. Era casi mediodía cuando llegó a la base aérea. La clínica estaba en silencio, y el aparcamiento, vacío. La hierba crecía a través de las líneas de señalización descoloridas, la página de un informe vacío abandonado por aquellos infaustos psiquiatras y sus pacientes ahora desaparecidos.

Franklin entró en el edificio y anduvo por las salas y los laboratorios desiertos. El equipo de sus colegas ya había sido enviado, pero cuando abrió las puertas de su propio laboratorio encontró las cajas de embalaje donde las había dejado.

Frente a la cámara perimetral había un colchón de látex en la plataforma giratoria. Cerca del colchón había un cenicero rebosante de colillas de cigarrillo que habían quemado los tablones de madera.

Así que Slade había orientado sus talentos hacia una clase especial de fotografía: una pornografía de escenario central. Pinchadas en las paredes, detrás de la cámara, había una galería de enormes impresiones. Esos paisajes extraños recordaban a las fotografías aéreas de un desierto convulsionado por una sucesión de titánicos terremotos, como si una era geológica estuviera dando a luz a otra. Por las imágenes

se extendían hendiduras y valles alargados, y sus contornos eran muy similares a las que habían quedado flotando en el piso después de las duchas de Marion.

Pero otra geometría se superponía a la primera, una musculatura llena de cicatrices y agresiva que él había visto volar en el viento. El avión estaba aparcado al otro lado de la ventana, con los asientos del pasajero y de la cabina de mandos vacíos bajo la luz del sol. En la oficina de Franklin había un hombre desnudo sentado tras el escritorio, con unas gafas de piloto sobre la frente. Al mirarlo, Franklin comprendió por qué Slade siempre había aparecido desnudo.

—Adelante, doctor. Dios sabe que le ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí.

Sopesaba el reloj de pulsera de Franklin en la mano, obviamente decepcionado por la andrajosa figura que tenía delante. Había extraído el cajón central del escritorio y jugaba con el altar de Franklin. A los objetos originales, Slade le había añadido una pequeña pistola cromada. Se decidió contra el reloj de pulsera y lo arrojó a la papelera.

—No creo que eso siga siendo parte de usted. Ahora usted es un hombre sin tiempo. Me he mudado a su oficina, Franklin. Piense en ella como en mi centro de control para la misión.

—Slade... —Franklin sintió unas repentinas náuseas, un aviso del comienzo de la siguiente fuga. El aire parecía distorsionarse a su alrededor. Sosteniéndose del marco de la puerta, se contuvo de lanzarse sobre la papelera—. Marion está aquí, con usted. Necesito verla.

—Véala, entonces... —Slade señaló las fotografías perimetrales—. Estoy seguro de que la reconoce, Franklin. Usted ha estado usándola durante los últimos diez años. Por eso ingresó en la NASA. Ha estado aprovechándose de su esposa y de la agencia a la vez, robando las partes para su máquina del tiempo. Y hasta yo lo he ayudado.

—¿Ayudado...? Marion me dijo que...

—¡Franklin! —Slade se puso de pie, irritado y la pistola cromada fue a parar al suelo. Sus manos se movían torpemente por sus costillas llenas de cicatrices, como si estuviera obligándose a respirar. Cuando lo miraba, Franklin casi podía creer que Slade había controlado las fugas mediante la sola fuerza de su voluntad y una ira constante contra las propias dimensiones del tiempo y el espacio.

—Esta vez no puede dejarme en tierra, doctor. ¡De no haber sido por usted, yo habría caminado por la Luna!

Franklin miraba la pistola que estaba a sus pies, sin saber cómo apaciguar a este desenfrenado personaje.

—Slade, de no ser por mí, usted estaría con los demás. Si hubiera viajado con las tripulaciones espaciales, ahora sería como Trippett.

—Soy como Trippett. —Calmado otra vez, Slade fue hasta la ventana y contempló las pistas de despegue vacías—. Me llevo al viejo, Franklin. Él vendrá conmigo al Sol. Es una pena que usted no venga. Pero no se preocupe, descubrirá un modo de evitar las fugas. Más aún, confío en que lo conseguirá.

Avanzó rodeando el escritorio y levantó la pistola del suelo. Mientras Franklin se balanceaba, Slade golpeó con el arma la frente del médico que ya se enfriaba.

—Voy a matarte, Franklin. No ahora, sino justo al final, cuando salgamos en esa última fuga. Trippett y yo estaremos de camino hacia el Sol y tú..., tú morirás para siempre.

Le quedaban quince minutos, a lo sumo, antes de la siguiente fuga. Slade se había esfumado, llevándose el avión por el cielo. Franklin observaba a su alrededor, el laboratorio silencioso, escuchando el aire vacío. Recogió su reloj de la papelera y salió. Cuando llegó al aparcamiento, en busca de su automóvil entre el laberinto de líneas diagonales, el paisaje del desierto se parecía a las fotografías perimetrales de Marion y Slade juntos. Las colinas se estremecían y titilaban como ecos excitados de ese único acto sexual, imitando cada caricia.

El sol ya estaba secando la humedad de su cuerpo. La piel le escocía con como si lo hubiera atacado un enjambre. Abandonó la clínica y condujo por el pueblo, reduciendo la velocidad para evitar al propietario de la gasolinera, a su esposa y a su hijo, detenidos en medio del camino. Miraban ciegamente la bruma como si esperaran el último coche del mundo.

Partió hacia Las Vegas intentando no mirar las colinas que lo circundaban. Las gargantas se acariciaban unas a otras, las torres de roca ondulaban como si la propia tierra estuviera en un lecho nupcial. Irritado por su propio sudor y las colinas supurantes, Franklin aceleró el coche hasta una velocidad de sesenta y cinco kilómetros por hora. Todo el mundo mineral parecía tener la intención de vengarse de él. La luz le apuñalaba las retinas desde las vetas de cuarzo expuestas, desde los reflectores de los radares, sobre las cimas de las colinas. Franklin fijó los ojos en la línea de señalización que pasaba a gran velocidad entre las ruedas del coche, soñando con Las Vegas, esa polvorienta Samarcanda.

Entonces, el tiempo dio un paso al costado, frente a él, otra vez.

Cuando despertó, se encontraba tumbado bajo el techo desgarrado de su coche volcado, las piernas extendidas a través del parabrisas roto. Arrancadas de sus jambas, las puertas abiertas colgaban sobre él en una bruma de polvo a la deriva. Franklin empujó los asientos sueltos que le habían caído encima y trepó fuera del coche. Un vapor tenue se elevaba desde el radiador fracturado y lo que quedaba del fluido refrigerante se perdía en la alcantarilla del viejo sistema de irrigación en el cual el automóvil había derrapado. El líquido azul formó un pequeño charco y después, mientras él lo observaba, se hundió en la arena.

Un único milano volaba en círculos sobre su cabeza, pero el paisaje estaba vacío. A un kilómetro de distancia se veía la cinta alquitranada de la carretera. Cuando llegó la fuga, el coche había virado bruscamente saliéndose del camino a gran velocidad, había descrito una amplia curva por el matorral hasta volcar al saltar sobre la primera

acequia. Franklin se sacudió la arena del rostro y de la barba. Había estado inconsciente durante casi dos horas, en parte conmoción y en parte fuga, y la intensa luz del mediodía había expulsado todas las sombras del suelo arenoso. Los suburbios del norte de Las Vegas estaban a quince kilómetros de distancia, demasiado lejos como para ir andando, pero las cúpulas blancas de Soleri II se alzaban en las estribaciones de las colinas, al oeste de la carretera, a poco más de tres kilómetros por el desierto. Podía ver los destellos metálicos de los espejos solares al captar el sol uno de los platos inclinados.

Sobresaltado, aún, por el accidente, Franklin volvió la espalda a la carretera y empezó a caminar por la senda que corría entre los canales de riego. Al cabo de solo cien metros, cayó de rodillas. La arena se licuó bajo sus pies, succionándole los zapatos como si estuviera ávida por arrancarle la ropa de la espalda y exponerlo al sol.

Jugando su juego privado con Franklin, el Sol cambiaba de lugar en el cielo. Las fugas llegaban ahora en intervalos de quince minutos. Se encontró reclinado contra una oxidada bomba de riego. Inmensas tuberías surgían, saciadas, de la tierra olvidada. Su sombra se ocultaba detrás de él, y se escabullía bajo sus talones. Franklin alejó con un ademán al milano que volaba en círculos sobre él. Podía imaginar con demasiada facilidad al ave posada en su hombro, mientras él sufría una fuga, merendándose sus ojos. Todavía estaba a casi dos kilómetros de los espejos solares, pero su intensa luz le dañaba las retinas. Si conseguía llegar a la torre, subir unos pocos escalones y hacer señales con un fragmento de cristal roto, quizás alguien...

... el sol intentaba engañarlo de nuevo. Con más confianza, su sombra había salido de debajo de sus talones y se deslizaba sedosamente por el suelo pedregoso, sin temer a este espantapájaros tambaleante que sufría con cada paso. Franklin se sentó en el polvo. Recostado sobre un lado, sentía las ampollas sobre sus párpados, sacos llenos de linfa que casi le cerraban las órbitas. Unas fugas más y moriría ahí; la sangre y la vida lo abandonarían en el mismo instante.

Se puso de pie y se afirmó en el aire. Las colinas ondulaban a su alrededor, los cuerpos copulando de todas las mujeres que él había conocido, todos juntos, concibiendo este mundo mineral para que Franklin muriera en él.

A trescientos metros de distancia, entre él y los espejos solares, una única palmera inclinaba su parasol verde. Franklin anduvo con cuidado bajo la luz extraña, inquieto por el espejismo. Al avanzar, apareció otra palmera; luego una tercera y una cuarta. Hubo un destello de aguas azules, la sosegada superficie de la balsa de un oasis.

Su cuerpo se había dado por vencido, los pesados brazos y piernas que surgían de su tronco se habían deslizado en la fuga siguiente. Pero su mente había escapado y estaba libre dentro de su cráneo. Franklin sabía que aun si el oasis era un espejismo, era un espejismo que él podía ver y que, por primera vez, estaba consciente durante una fuga. Como el conductor de un torpe autómatas, se impulsó por el terreno arenoso,

un sonámbulo medio despierto que se aferraba a la balsa azul que había delante de sus ojos. Habían aparecido más árboles, unos bosquecillos de palmeras que inclinaban sus frondas hacia la cristalina superficie del lago.

Franklin continuó, tropezando, sin prestar atención a los dos milanos que volaban sobre su cabeza. El aire estaba hinchado de luz, una inundación de fotones se agolpaba a su alrededor. Apareció un tercer milano, al cual se unió, casi de inmediato, media docena más.

Pero Franklin miraba el valle verde que se extendía delante de él, el bosque de palmeras que daba sombra a un archipiélago de lagos y balsas, alimentados todos ellos por fríos arroyos que bajaban de las colinas circundantes. Todo parecía calmado y vívido a la vez, una Tierra joven vista por primera vez, donde las dolencias de Franklin se aliviarían y se curarían en sus dulces aguas. Dentro de este fértil valle, todo se multiplicaba sin esfuerzo. De sus bazos extendidos caía una docena de sombras proyectadas, cada una, por los doce soles que había sobre su cabeza.

Hacia el final, cuando hacía su último intento de llegar al lago, vio a una joven que caminaba hacia él. Avanzaba entre las palmeras con ojos preocupados, los puños cerrados en la cintura, como si buscara a un niño o a un padre anciano extraviado en el campo. Mientras Franklin le hacía señas, a la muchacha se le unió una gemela, otra joven de rostro serio que caminaba con el mismo paso cauteloso. Detrás de ellas venían otras hermanas, avanzando entre las palmeras como colegialas de su clase, concubinas de un pabellón enfriado por el lago. Arrodillándose ante ellas, Franklin esperó a que las mujeres lo encontraran y se lo llevaran del desierto hacia los prados de ese valle.

En una breve muestra de amabilidad, el tiempo fluyó otra vez en Franklin. Estaba tendido en una habitación con una cúpula, tras una terraza a la que daba sombra un toldo de cristal. A través del barandal podía ver las torres y las terrazas de los apartamentos de Soleri II, su arquitectura de hormigón como un hombro tranquilizador contra la luz. En la terraza, cruzando la plaza, estaba sentado un anciano. Aunque profundamente dormido, en su fuero interno permanecía alerta y gesticulaba con sus manos de forma rítmica, dirigiendo alegremente una orquesta de piedras y chaparrales.

A Franklin le alegró ver al viejo astronauta. Trippett se pasaba todo el día sentado en su silla, dirigiendo el desierto con su repertorio de música invisible. De cuando en cuando sorbía un poco de agua que Ursula le había llevado, y después volvía a su coloquio con el Sol y el polvo.

Los tres vivían solos en Soleri II, esa vacía ciudad de un futuro sin tiempo. Solo el reloj de pulsera de Franklin y su incansable minuterero los vinculaba con el pasado.

—Doctor Franklin, ¿por qué no lo tira? —le preguntó Ursula, mientras le daba la sopa que Franklin preparaba cada mañana en el hogar solar de la plaza—. Ya no lo necesita. Ya no hay tiempo que indicar.



—Ursula, lo sé. Es una especie de vínculo, supongo, una línea telefónica abierta a un mundo que estamos dejando atrás. Solo por si acaso...

Ursula levantó su cabeza y sacudió el polvo de su almohada. Con solo una hora libre al día para ella, el trabajo doméstico desempeñaba un papel insignificante en su vida. Pese a ello, su cara ancha y su bello cuerpo expresaban todos los mitos de la niña maternal. Ella había visto a Franklin vagando por el desierto mientras estaba sentada en la terraza, durante una fuga, a primeras horas de la tarde.

—Siento no haber podido encontrarlo, doctor. Había cientos de ustedes; el desierto estaba tapizado de hombres agonizantes, como una especie de ejército perdido. No sabía cuál escoger.

—Me alegro de que vinieras, Ursula. Yo te veía como una multitud de colegialas soñadoras. Hay tanto que aprender...

—Usted ha dado los primeros pasos, doctor. Lo supe hace meses, cuando paseábamos a papá en el coche. Hay tiempo suficiente.

Ambos se rieron, mientras el anciano, al otro lado de la plaza, dirigía las orquestales arenas. Tiempo suficiente, cuando el tiempo era lo que ambos más anhelaban eludir. Franklin sostuvo la muñeca de la joven y le prestó atención a su pulso tranquilo, impaciente por que comenzara la siguiente fuga. Miró hacia fuera, hacia el árido valle que había debajo, los espejos repletos de nubes de la granja solar y la torre oxidada con su plato colector quebrado. ¿Dónde estaban esos bosquecillos de palmeras y mágicos lagos, los agradables arroyos y prados de los cuales habían surgido las jóvenes serias y hermosas para llevarlo hasta un lugar seguro? Durante las fugas que siguieron a su recuperación, habían comenzado a volver, pero no con la misma vivacidad con que las había visto desde el suelo del desierto en las horas tras su accidente. Cada fuga, sin embargo, le ofrecía un atisbo de ese mundo real, los arroyos fluían hacia los lagos, para llenarlos una vez más.

Ursula y su padre, desde luego, veían el florecimiento del valle, un bosque denso y vívido tan rico como el Amazonas.

—¿Ves los árboles, Ursula, los mismos que vio tu padre?

—Todos, y también millones de flores. Ahora Nevada es un jardín maravilloso. Nuestros ojos están llenando de brotes el estado. Una flor hace florecer el desierto.

—Y un árbol se convierte en un bosque, y una gota de agua en todo un lago. El tiempo nos lo quitó, Ursula; aunque por un breve lapso los primeros hombres y mujeres probablemente vieran el mundo como un paraíso. ¿Cuándo has aprendido a ver?

—Cuando traje a papá aquí fuera, después de que cerraran la clínica. Pero comenzó durante nuestro paseo en coche. Más tarde, regresamos a los espejos. Me ayudaron a abrir los ojos. Los de papá ya estaban abiertos.

—Los espejos solares. Debería haber regresado.

—Slade lo esperaba, doctor. Lo esperó durante meses. Ahora ya no tiene tiempo; creo que solo le queda tiempo para un vuelo más. —Ursula sacudió la arena de la

sábana. A pesar del fulgor del Amazonas durante sus fugas, las nubes de polvo entraban en el piso, un arenoso recordatorio de un mundo diferente. Ella prestó atención al viento silencioso—. No se preocupe, doctor, hay muchas puertas. Para nosotros fueron los espejos, para usted esa extraña cámara y el cuerpo de su esposa durante el sexo.

Se quedó callada, contemplando la terraza con ojos de los cuales el tiempo se había espado súbitamente. Tenía la mano abierta, dejando que la arena se escapara, los dedos extendidos como los de una niña que procura capturar el aire brillante. Sonriéndole a todo lo que la rodeaba, intentaba hablar con Franklin, pero los sonidos llegaban como los balbuceos de un bebé.

Franklin le sostuvo las manos frías, contento de estar con ella durante la fuga. Le gustaba oír sus murmullos. La denominada habla articulada era un artefacto del tiempo. Pero el bebé balbuceante y esta joven hablaban con la lucidez de lo intemporal, la misma lucidez que otros han intentado encontrar en el delirio y en el daño cerebral. Los balbuceantes recién nacidos les hablaban a sus madres de ese reino maravilloso del cual acababan de ser expulsados. Alentó a Ursula a que continuara, ansioso por comprenderla. Pronto se adentrarían juntos en la luz, en esa última fuga que los liberaría de las apariencias del mundo.

Esperó a que las manecillas se multiplicaran en su reloj de pulsera, la señal segura de la siguiente fuga. En el mundo real, más allá del reloj, el tiempo secuencial daba paso a la simultaneidad. Como una cámara con su obturador abierto indefinidamente, el ojo percibía un objeto en movimiento como una serie de imágenes separadas. Mientras avanzaba en busca de Franklin, la figura de Ursula había dejado a su paso cientos de réplicas de sí misma, sembrando el aire con una multitud de gemelas idénticas. Vistas desde el coche a gran velocidad, las pocas palmeras raquílicas que había junto al camino se multiplicaron en la pantalla mental de Trippett, el mismo bosque que Franklin había percibido al desplazarse por el desierto. Los lagos habían sido las imágenes multiplicadas del agua de esa tibia piscina de motel y los arroyos azules eran el refrigerante del motor que fluía del radiador del coche volcado.

En los días siguientes, cuando dejó la cama y comenzó a moverse por el apartamento, Franklin aceptó las fugas de buen grado. Cada día perdía otros dos o tres minutos. En pocas semanas el tiempo dejaría de existir. Ahora, sin embargo, estaba despierto durante las fugas y podía explorar aquel barrio residencial vacío de la ciudad radiante. Había sido liberado por el sueño ambiguo que lo había sostenido tanto tiempo, la visión de su esposa con Slade, copulando con las colinas circundantes, en esa infidelidad suprema con el reino mineral y con los propios tiempo y espacio.

Por las mañanas, observaba cómo Ursula se bañaba en la plaza, bajo la terraza. Mientras caminaba alrededor de la fuente, secándose bajo la docena de soles, Soleri II parecía estar llena de mujeres hermosas y desnudas que se bañaban en una ciudad de cascadas, un serrallo que superaba todas las fantasías de la niñez de Franklin.

A mediodía, durante unos escasos minutos, Franklin se contemplaba en el espejo del guardarropa. Se sentía avergonzado por la presencia de su cuerpo, sus brazos y piernas como palos, una colección de huesos desechados al pie del reloj. Cuando comenzó la fuga alzó los brazos y llenó la habitación de réplicas de sí mismo, una procesión de hombres alados, cada uno vestido con la armadura de su coronación. Libre del tiempo, la luz se había tornado más rica y doraba su piel con capa sobre capa de pan de oro. Ahora estaba seguro, sabía que la muerte era solo un fallo del tiempo, y que si moría sería de un modo pequeño e irrelevante. Mucho antes de morir, Ursula y él se convertirían en el pueblo del sol.

Era el último día del tiempo pasado y el primero del día eterno.

Franklin despertó en la habitación blanca y sintió que Ursula le golpeaba los hombros. La muchacha, agotada, estaba encima de su pecho, sollozando sobre sus propios puños cerrados. Sostenía el reloj de Franklin en una mano y lo apretaba contra su frente.

—... despierte, doctor. Vuelva solo una vez...

—Ursula, estás cortando...

—¡Doctor! —Aliviada al verlo despierto, se limpió las lágrimas en la frente de Franklin—. Es papá, doctor.

—¿El viejo? ¿Qué le pasa? ¿Ha muerto?

—No, no se va a morir. —Sacudió la cabeza y después señaló la terraza vacía del otro lado de la plaza—. ¡Slade ha estado aquí! ¡Se ha llevado a papá!

Ursula se inclinó hacia el espejo mientras Franklin se vestía. Buscó, vacilante, un sombrero para protegerse del sol, oyendo el estridente motor del ultraligero de Slade. Estaba aparcado en el camino de servicio, cerca de la granja solar, y la luz reflejada por su hélice llenaba el aire de cuchillos. Desde su llegada a Soleri, Franklin no había sabido nada de Slade, y había abrigado la esperanza de que se hubiera marchado llevándose a Marion con él. Ahora el ruido y la violencia del motor estaban desgarrando el nuevo mundo que él había construido con tanto cuidado. En solo unas pocas horas más él y Ursula huirían del tiempo para siempre.

Franklin se reclinó contra el borde de la jofaina, sin reconocer ya más la figura monacal que lo contemplaba desde el espejo. Se sentía extenuado por el esfuerzo de lidiar con aquel breve segmento de tiempo consciente, un adulto obligado a jugar un frenético juego de niños. Durante las últimas tres semanas el tiempo se le había escapado cada vez con mayor rapidez. Todo lo que quedaba era un único, breve período de unos cuantos minutos cada día, útiles tan solo para la tarea de alimentarse y alimentar a la muchacha. Ursula había perdido el interés en cocinar para ellos y se había dedicado a derivar por las arcadas y las terrazas de la ciudad, profundamente sumergida en sus fugas.

Consciente de que ambos perecerían a menos que él consiguiera controlar las fugas, Franklin se metió en la cocina. En las tardes cálidas, el vapor de la sopera

transformaba la ciudad solar en una isla de nubes. Gradualmente, sin embargo, él iba enseñando a Ursula a comer, a hablar, a responderle durante las fugas. Había una lengua nueva que aprender, oraciones cuyos sustantivos y verbos estaban separados por días, sílabas cuyas vocales estaban marcadas por las fases del Sol y la Luna. Aquel era un idioma atemporal, cuya gramática estaba moldeada por los contornos de los senos de Ursula en sus manos, por la geometría del apartamento. El ángulo entre dos paredes se convirtió un mito homérico. Ursula y él se ceceaban el uno al otro: amantes que hablaban entre los tránsitos de la luna, en la lengua de las aves, los lobos y las ballenas. Desde el comienzo, sus encuentros sexuales habían barrido con todos los temores de Franklin. La gran complexión de Ursula se puso a prueba finalmente en las fugas. La naturaleza la había preparado para un mundo sin tiempo, y él yacía entre sus pechos como Trippett dormía en sus prados.

Ahora estaba de regreso en el mundo de la luz dura y las perspectivas rígidas, el reloj en una mano, su marca en la frente.

—Ursula, no intentes seguirme. —A las puertas de la ciudad, él la afirmó contra el pórtico, intentando frotarle unos pocos segundos más de tiempo en sus manos cada vez más frías. Si ambos salían al desierto, morirían al calor de ese sol colérico y solitario. Como todas las cosas, el sol necesitaba sus compañeros, necesitaba que el tiempo se fugara de él...

Mientras Franklin salía al desierto, el motor del ultraligero empezó a girar a todo gas, se caló y se detuvo. Slade bajó de la cabina, sin interesarse por Franklin, que se acercaba. Aún estaba desnudo, salvo por las gafas de aviador, y su piel blanca estaba cubierta de ronchas y llagas provocadas por el sol, como si el tiempo mismo fuera una peste infecciosa de la cual él ahora intentaba huir. Hizo girar la hélice, y le lanzó un grito al motor calado. En el asiento trasero, que sus correas de seguridad sostenían, había un anciano de cabello cano, un espantapájaros relleno, dentro de una chaqueta de aviador que le iba demasiado grande. Sin ver, obviamente, el destello vívido de la hélice, Trippett movía sus manos hacia arriba y hacia abajo, como un malabarista que jugara con fragmentos de luz en el aire.

—¡Slade! ¡Deja al viejo!

Franklin avanzó corriendo hacia el Sol. Su siguiente fuga comenzaría en pocos minutos, y lo dejaría expuesto a la onírica violencia de la hélice de Slade. Cayó de rodillas contra los espejos más cercanos en el momento en que el motor volvía a la vida con un repiqueteo.

Satisfecho, Slade se alejó de la hélice, sonriéndole al viejo astronauta. Ahora Trippett se balanceaba en su asiento, ansioso por que comenzara el vuelo. Slade le dio unos golpecitos en la cabeza y luego inspeccionó el terreno alrededor. Su cara flaca parecía en calma por primera vez, como si ahora aceptara la lógica del aire y la luz, la hélice vibrante y el anciano feliz sentado en el asiento del pasajero. Observándolo, Franklin comprendió que Slade estaba retrasando el vuelo hasta el último momento, para despegar durante su propia fuga. Al volar hacia el sol, él y el viejo astronauta se

dirigirían nuevamente al espacio, en su viaje eterno hacia las estrellas.

—¡Slade, queremos que dejes al viejo! ¡Ya no lo necesitas!

Al oír el grito de Franklin, esa voz proveniente de los espejos vacíos, Slade frunció el ceño. Al volverse junto la cabina el extremo del ala de estribor le rozó el hombro quemado por el sol y Slade, doblado por el dolor, dejó caer la pistola cromada en la arena.

Antes de que pudiera recogerla, Franklin se levantó y corrió entre las hileras de espejos. En lo alto, podía ver su propio reflejo en el plato colector, un tambaleante lisiado que había pirateado el cielo. Hasta Trippett lo había visto y se divertía en su asiento, alentando a este equilibrista lunático. Llegó hasta los últimos espejos, trepó a la plataforma metálica y se dirigió hacia Slade, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—Doctor, llegas demasiado tarde. —Slade sacudió la cabeza, impaciente por la apariencia desastrada de Franklin—. Toda una vida tarde. Estamos despegando.

—Deja a Trippett... —Franklin intentó hablar, pero las palabras apenas sonaban inteligibles—. Yo ocuparé su lugar...

—De ninguna manera, doctor. Además, Marion está por ahí. —Indicó el desierto con un gesto—. La he dejado en las pistas de aterrizaje.

Franklin se tambaleó contra el aire resplandeciente. Trippett todavía dirigía la hélice, impaciente por estar en el cielo. Las sombras se duplicaron desde los talones de Slade. Franklin presionó la herida de su frente, y se obligó a permanecer en el tiempo durante el lapso suficiente para llegar al avión. Pero la fuga ya estaba comenzando, la luz lo acristaló todo a su alrededor. Slade era un ángel desnudo, inmóvil contra el vidrio pintado del aire.

—¿Doctor? Podrías ahorrarte... —Slade le hizo señas para que se acercara, su brazo formaba una réplica alada de sí mismo. Al moverse hacia Franklin, su cuerpo empezó a desensamblarse. Ojos aislados observaban a Franklin, las bocas se contraían en muecas bajo la luz vívida. Las pistolas plateadas se multiplicaron.

Aún flotaban en el aire como libélulas, alrededor de Franklin, mucho después de que el avión hubiera despegado.

El cielo estaba lleno de hombres alados. Franklin estaba de pie entre los espejos mientras el avión se multiplicaba en el aire y anegaba el cielo de infinitos ejércitos. Ursula acudía a buscarlo, ella y sus hermanas, andando por el desierto desde las puertas de la ciudad solar. Franklin esperó a que ella lo recogiera, contento de que hubiera aprendido a alimentarse por sí misma. Comprendió que pronto debería dejarla, y dejar también Soleri II para partir en busca de su esposa. Feliz de verse libre del tiempo, recibió la gran fuga con los brazos abiertos. Toda la luz del universo había venido a recibirlo como una vasta congregación de partículas.

Franklin se regodeó en la luz, como lo haría cuando regresara a la clínica. Después de un largo viaje a pie por el desierto, finalmente llegó a la base aérea. Por

las noches se sentaba en el techo, sobre las pistas de despegue, y recordaba su paseo en coche con el viejo astronauta. Ahí se quedó, aprendiendo la lengua de las aves, a la espera de que su esposa emergiera de las pistas de aterrizaje y le llevara noticias desde el Sol.

1981

# RECUERDOS DE LA ERA ESPACIAL

## 1

Aquel extraño piloto había volado todo el día en su antiguo aeroplano sobre el centro espacial abandonado, una máquina frenética perdida en el silencio de Florida. El ruidoso motor del viejo biplano Curtiss despertó al doctor Mallory poco después del alba, mientras dormía tendido junto a su agotada esposa, en la quinta planta del hotel vacío de Titusville. La noche había estado invadida por sueños de la era espacial, recuerdos de pistas de despegue blancas como glaciares calmos, ahora interrumpidos por esta excéntrica aeronave que giraba en el cielo como un fragmento de una mente perturbada.

Desde su balcón, Mallory observaba el antiguo biplano dar vueltas sobre las plataformas de lanzamiento de Cabo Kennedy. La luz del sol destellaba en el casco del piloto, iluminando la red de cables plateados que sostenían el fuselaje abierto entre las alas, un rompecabezas del cual el piloto intentaba escapar mediante una sucesión de alabeos y rizos. Haciéndole caso omiso, el avión volaba de un lado a otro sobre el dosel del bosque, y su motor clamaba sobre las inmensas plataformas vacías, como si este fantasma de la época de los pioneros de la aviación pudiera invocar a los titanes dormidos del programa Apolo, sacándolos de sus tumbas bajo el hormigón quebrado.

Dándose momentáneamente por vencido, el Curtiss se alejó de las plataformas y puso rumbo tierra adentro, hacia Titusville. Cuando pasó sobre el hotel, Mallory reconoció las familiares cejas marrones detrás de las gafas de aviador. El mismo piloto aparecía cada mañana, volando una sucesión de aeronaves antiguas, reliquias —suponía Mallory— de algún museo olvidado de un cercano campo de vuelo privado. Había un Spad y un Sopwith Camel, una réplica del Wright Flyer y un triplano Fokker que había alborotado la carretera de la NASA el día anterior, empujando hacia el interior miles de gaviotas y golondrinas frenéticas, negándoles toda posibilidad de compartir el cielo.

De pie, desnudo en el balcón, Mallory dejaba que el aire ambarino le entibiara la piel. Se contó las costillas bajo los omóplatos, consciente de que por primera vez

podía palpase los riñones. A pesar de las horas que pasaba alimentándose cada día, y de la comida enlatada que cogía de los supermercados abandonados, le resultaba difícil mantener su peso corporal. En los dos meses que habían pasado desde su partida de Vancouver, en ese lento y nervioso viaje de regreso a Florida, Anne y él habían perdido más de quince kilos cada uno, como si sus cuerpos realizaran un inventario de sí mismos para el mundo por venir, en el que no había tiempo. Pero los huesos resistían. Su esqueleto parecía hacerse más fuerte y pesado, prepararse para el sueño sin nutrientes de la tumba.

Sudando, ya, en el aire húmedo, Mallory regresó al dormitorio. Anne estaba despierta, pero yacía inmóvil en el centro de la cama. Tenía mechones de cabello rubio en la boca, como si fuera una niña. Con esa expresión fija y vacía, su rostro parecía un reloj detenido. Mallory se sentó y colocó las manos sobre el diafragma de Anne, ayudándola a respirar, con suavidad. Cada mañana temía que el tiempo se acabara para ella mientras dormía, dejándola eternamente en medio de un último sueño intranquilo.

Anne contempló a Mallory, como si le sorprendiera despertar en ese hotel andrajoso, como si viera a un hombre que posiblemente conocía desde hacía años, pero que por alguna causa no conseguía reconocer.

—¿Hinton?

—Todavía no. —Mallory le quitó el cabello de la boca—. ¿Ahora me parezco a él?

—Dios, me estoy quedando ciega. —Anne se limpió la nariz con la almohada. Levantó sus muñecas y observó los dos relojes que formaban un par de esposas temporales. Las tiendas de Florida estaban repletas de relojes abandonados de todo tipo y Anne seleccionaba un nuevo conjunto cada día. Tocó a Mallory tranquilizándolo:

—Todos los hombres os veis igual, Edward. Es la sabiduría de las prostitutas. Me refiero al avión.

—No estoy seguro. No era un avión de observación. Obviamente la policía ya no se molesta en venir hasta Cabo Kennedy.

—No los culpo. Es un lugar maligno. Edward, debemos marcharnos, salgamos de aquí esta misma mañana.

Mallory la tomó por los hombros, intentando calmar a esta exaltada, pero aún bella mujer. Él la necesitaba para encontrar a Hinton.

—Anne, solo hemos estado aquí una semana. Démosle un poco más de tiempo.

—¿Tiempo? Edward... —Ella cogió las manos de Mallory en una muestra repentina de afecto—. Cariño, eso es algo que se nos ha acabado. Han regresado los dolores de cabeza, como los que tuve hace quince años. Es extraordinario, puedo sentir los mismos nervios...

—Te daré algo para que puedas dormir esta tarde.



—No... Son una advertencia. Quiero sentir cada punzada. —Se colocó los relojes de pulsera contra la sien, como si intentara sintonizar su cerebro con las señales de las máquinas—. Hemos sido unos locos al venir aquí, y más locos somos por quedarnos.

—Lo sé. Es una apuesta arriesgada, pero merece la pena. En todos estos años he aprendido una cosa: si hay una salida, la encontraremos en Cabo Kennedy.

—¡No lo haremos! Aquí todo está envenenado. Deberíamos marcharnos a Australia, como el resto de la gente de la NASA. —Anne rebuscó en su bolso, sobre el suelo, y dejó a un lado una enciclopedia ilustrada de las aves que había encontrado en una librería en Titusville—. Lo he buscado; Australia occidental es casi lo más lejos de Florida que se puede ir. Son las antípodas casi exactas. Edward, mi hermana vive en Perth. Yo sabía que había una razón para que nos invitara a visitarla.

Mallory contemplaba las distantes plataformas de Cabo Kennedy. Resultaba difícil creer que había trabajado ahí alguna vez.

—No creo que ni siquiera Australia, esté lo bastante lejos. Necesitamos viajar al espacio nuevamente...

Anne se estremeció.

—Edward, no digas eso. Aquí se cometió un crimen; todo el mundo sabe que así fue como empezó todo. —Mientras escuchaban el distante zumbido del aeroplano, ella miró sus caderas anchas y sus muslos blandos. Poniéndose a la altura del reto, levantó la barbilla—. ¿Crees que Hinton está aquí? Puede que no me recuerde.

—Te recordará. Tú eras la única a quien gustaba.

—Bueno, en cierta forma. ¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel antes de escapar? ¿Veinte años?

—Mucho tiempo. Tal vez te lleve a volar otra vez. A ti te gustaba.

—Sí... Él era extraño. Pero aunque esté aquí, ¿puede ayudar? Fue él quien empezó todo esto.

—No, Hinton no. —Mallory escuchaba su voz en el hotel vacío. Parecía más profunda y resonante, a medida que el tiempo, cada vez más lento, estiraba las frecuencias—. Para ser precisos, fui yo quien comenzó todo esto.

Anne le había dado la espalda y yacía de lado, con un reloj sobre cada oreja. Mallory se recordaba a sí mismo que debía salir y comenzar su mañana dedicada a la búsqueda de alimentos. Comida, una inyección de vitaminas y unas sábanas limpias. El sexo con Anne, que él había esperado los mantendría discutiendo y despiertos, en lugar de ello había generado afecto. Si concibieran un niño, aquí en Cabo Kennedy, bajo la sombra de las plataformas...

Recordaba los niños mogólicos y autistas que habían dejado atrás en la clínica de Vancouver y la firme creencia de Mallory —intensamente disputada por sus colegas médicos y los agotados padres— de que estas eran enfermedades de tiempo, disfunciones del sentido temporal que abandonaba a esos niños en pequeñas islas de conciencia, unos pocos minutos en el caso de los mogólicos, un lapso de

microsegundos en el de los autistas. Un niño concebido y nacido en Cabo Kennedy nacería en un mundo sin tiempo, un presente indefinido y eterno, el paraíso primigenio que el viejo cerebro recordaba con tanta vivacidad, visto por quienes vivían por primera vez y por quienes morían por primera vez. Era curioso que las imágenes del cielo y el paraíso siempre mostraran un mundo estático, no la eternidad cinética que uno esperaría, la montaña rusa de un parque de atracciones hiperactivo, los aullantes Luna Park del LSD y la psilocibina. Era una extraña paradoja que, dada la eternidad, una infinidad de tiempo, escogieran eliminar el mismísimo elemento que se ofrecía en tal abundancia.

Con todo, si se quedaban mucho más en Cabo Kennedy, él y Anne pronto regresarían al mundo del viejo cerebro, como esos primeros trágicos astronautas que él había ayudado a poner en el espacio. El año anterior, en Vancouver, había tenido demasiadas crisis, esos períodos de largo en el que el tiempo parecía ir más lento, una tarde en su escritorio duraba días. Sus propios fallos de concentración, que él y sus colegas atribuían a la excentricidad, pero que la propia vaguedad creciente de Anne hacía imposibles de soslayar, habían sido los primeros signos inequívocos de la enfermedad del espacio, que había comenzado a ralentizar su reloj, como había hecho con los primeros astronautas y luego con todo el personal de la NASA afincado en Florida. En los últimos meses las crisis habían llegado cinco o seis veces por día, períodos en los que todo comenzaba a ir más lento y él aparentemente se pasaba el día afeitándose o firmando un talón.

El tiempo, como una película de cine en un proyector defectuoso, se movía con un ritmo errático, regresando por momentos, por momentos deteniéndose. Un día se congelaría para siempre en un fotograma. ¿Realmente había tardado dos meses en conducir desde Vancouver, y había pasado semanas solo desde Jacksonville, hasta Cabo Kennedy?

Pensó en el largo viaje por la costa de Florida, un mundo de enormes hoteles vacíos y un tiempo pegajoso, de encuentros extraños con Anne en corredores desiertos, de actos sexuales que parecían prolongarse durante días. De cuando en cuando, en dormitorios olvidados, se encontraban con otras parejas que se habían extraviado en Florida, en el eterno presente de aquella zona sin tiempo, Paolo y Francesca abrazándose eternamente en el hotel Fontainebleau. En algunos de aquellos ojos había visto horror...

En cuanto a Anne y a él mismo, el tiempo había escapado de su matrimonio quince años atrás, expulsado por los espectros del complejo espacial y los recuerdos de Hinton. Habían regresado aquí igual que Adán y Eva regresarían al paraíso edénico, con una desafortunada dosis de ETS. Por fortuna, a medida que el tiempo se evaporaba, también lo hacía la memoria. Miró sus escasas posesiones, que ahora casi no significaban nada para él: la grabadora en la que registraba su firme decadencia; un álbum con fotos Polaroid de poses desnudas de una médica que había conocido en Vancouver; la *Anatomía* de Gray de sus días de estudiante, una singular obra de

ficción, con las páginas aún amarillas por el formol de los cadáveres de la sala de disecciones, y un estudio psicoanalítico de Simón el Mago.

—¿Anne...? —La luz del dormitorio se había tornado más brillante y había un curioso destello, como el de las blancas pistas de despegue de sus sueños. Nada se movía, por un momento Mallory sintió que ellos eran muñecos de cera en un retablo de un museo, o los personajes de una pintura de Edward Hopper de una pareja cansada en un dormitorio provinciano. El tiempo de ensueño avanzaba serpeando sobre él y estaba a punto de envolverlo. Como siempre, no sentía temor y su pulso era más calmado...

Fuera hubo un estruendo, una sombra pasó fugazmente por el balcón. El biplano Curtiss rugió en lo alto, luego se alejó a gran velocidad sobre los tejados de Titusville. Animado por el súbito movimiento, Mallory se puso de pie y se sacudió, golpeándose los muslos para estimular su corazón. El avión lo había encontrado justo a tiempo.

—Anne, creo que ese era Hinton...

Ella estaba tendida de lado, con los relojes sobre las orejas. Mallory le frotó las mejillas, pero los ojos de Anne se apartaron de él. La respiración de ella era acompasada, con la parte superior de los pulmones, y su pulso era tan lento como el de un mamífero en letargo. Le colocó la sábana sobre los hombros. Despertaría en una hora, con un vívido recuerdo de una única imagen, un ensayo de esos últimos segundos antes de que el tiempo finalmente se congelara...

## 2

Con la maleta de médico en la mano, Mallory salió a la calle a través del cristal roto de la ventana del supermercado. Esa tienda abandonada se había convertido en su principal fuente de suministros. Unas altas palmeras dividían las aceras frente a las tiendas y los bares cerrados con paneles, proporcionando un camino de sombra a través de la ciudad vacía. Varias veces las crisis lo habían encontrado fuera, pero las palmeras habían protegido su piel del sol de Florida. Por motivos que todavía no comprendía, le agradaba caminar desnudo por las calles silenciosas, observado por las oropéndolas y los periquitos. El doctor desnudo, médico de pájaros... Tal vez le pagaran con plumas, las plumas índigo oscuro de la cola de los guacamayos, las

plumas doradas de las oropéndolas... ¿Serían pago suficiente para que pudiera construir una máquina voladora propia?

La maleta de médico estaba pesada, cargada con paquetes de arroz, azúcar y pasta. Encendería una pequeña fogata en el balcón y cocinaría una comida rica en almidón, hirviendo cuidadosamente el agua salobre que había en la cisterna del techo. Mallory se detuvo en el aparcamiento del hotel y juntó fuerzas para subir hasta la quinta planta, por encima de la línea de las ratas y las cucarachas. Descansó en el asiento delantero de un coche de policía que habían requisado en un suburbio desierto de Jacksonville. Anne se lamentó por tener que dejar ahí su elegante Toyota, pero el cambio había sido sensato. La visión imprevista de un coche de policía no solo confundiría a los aviones de observación militares, sino que, además, el Dodge preparado podía dejar atrás a la mayoría de las avionetas.

Mallory confiaba en la potencia del automóvil para atrapar al misterioso piloto que aparecía cada mañana en un viejo aeroplano. Se había percatado de que, a medida que pasaban los días, esos veteranos aparatos tendían a ser cada vez más antiguos. Tarde o temprano, el piloto se encontraría al alcance de Mallory, imposibilitado de quitarse de encima el Dodge antes de verse obligado a descender en su aeródromo secreto.

Mallory escuchó la radio de la policía, la estática sin sintonía que reflejaba el inmenso vacío asentado sobre Florida. En cambio, las frecuencias del tráfico aéreo eran un babel de parloteos radiofónicos, tanto de los grandes aviones de propulsión a chorro que aterrizaban en Mobile, Atlanta y Savannah, como de las aeronaves militares que sobrevolaban las Bahamas. Todos evitaban Florida. Hacia el norte del paralelo 31, la vida en Estados Unidos continuaba como siempre, pero al sur de esa frontera sin vallas, y rara vez custodiada, había un extenso silencio de puertos deportivos y centros comerciales desiertos, plantaciones de cítricos abandonadas y casas de retiro, silenciosos guetos y aeropuertos.

Tras perder el interés en Mallory, los pájaros se elevaron por el aire. Una sombra perforada cruzó el aparcamiento y Mallory levantó la vista en el momento en que un aeroplano, elegante y estilizado, volaba perezosamente sobre el techo del hotel. Su hélice de dos palas batía el aire como el remo de un niño, impulsado con ritmo plácido por el piloto que iba sentado dentro del fuselaje transparente, a horcajadas de los pedales de bicicleta. Un aparato de tracción humana de diseño avanzado flotaba en silencio sobre los techos, elevado por las corrientes térmicas que subían desde la ciudad vacía.

—¡Hinton! —Seguro, ahora, de que podría atrapar al antiguo astronauta, Mallory abandonó las vituallas y se enderezó tras el volante del coche de policía. Para cuando consiguió poner en marcha el motor ahogado, había perdido de vista el planeador. Sus delicadas alas, casi tan largas como las de una aeronave comercial, habían derivado sobre el dosel del bosque, en compañía de bandadas de golondrinas que se elevaban para examinar ese medroso intruso de su espacio aéreo. Mallory salió marcha atrás

del aparcamiento y partió tras el planeador, zigzagueando para evitar las palmeras que se elevaban del centro de la calle.

Tranquilizándose, examinó los caminos laterales y alcanzó a ver la aeronave cuando volaba en círculos sobre el estadio de cesta punta, hacia el sur, en las afueras de la ciudad. Una nube de gaviotas rodeaba el planeador, y algunas de ellas acosaban su hélice, mientras otras tomaban posiciones sobre los extremos de las alas. El piloto parecía estar exhortándolas para que lo siguieran, las atraía con suaves alabeos y guiños, conduciéndolas hacia el mar y hacia las carreteras del bosque del complejo espacial.

Mallory redujo la velocidad y siguió al planeador a trescientos metros de distancia. Cruzaron el puente de Banana River, en dirección de la carretera de la NASA, y los bares y moteles abandonados de Cocoa Beach. Las plataformas de lanzamiento más cercanas aún estaban más de un kilómetro y medio hacia el norte, pero Mallory sabía que había entrado en la zona exterior de los terrenos del complejo espacial. Un aura ominosa emanaba de aquellas antiguas torres —tan antiguas, a su modo, como el gran templo de columnas de Karnak— portadoras de un orden cósmico diferente, símbolos de una concepción del universo que había sido abandonada hacía mucho tiempo, al igual que el estado de Florida que la había alumbrado.

Mirando las aguas ahora claras de Banana River, Mallory evitaba los lúgubres bosques que separaban las carreteras y las plataformas de hormigón del complejo espacial, ahogando los carteles y las vallas, las torres de las cámaras de vigilancia y los búnkeres de observación. Aquí el tiempo era diferente, al igual que lo había sido en Alamogordo y en Eniwetok; una grieta psíquica había desgarrado el tiempo y el espacio, y luego había penetrado las mentes de las personas que trabajan aquí. A través de esa sutura del cráneo, el tiempo se fugaba hacia el agua flácida que había debajo del coche. Los bosques de robles lo estaban esperando para alimentar sus raíces, estos árboles inmóviles eran tan demenciales como cualquiera nacido de las visiones de Max Ernst. Estaban los mismos pájaros insaciables que se alimentaban de la vegetación que brotaba de los cadáveres de aviones atrapados...

Sobre la carretera, las gaviotas giraban alarmadas, chillando contra el cielo. El aparato realizó un desplazamiento lateral, describió un círculo y planeó sobre el puente, con su diminuto tren de aterrizaje a solo tres metros por encima del coche de policía. El piloto pedaleaba rápidamente, y la hélice fulguraba bajo el alarmado sol. Mallory vislumbró el cabello rubio y el rostro de una mujer en la cabina transparente. Un pañuelo rojo de seda flameaba desde su garganta.

—¡Hinton! —Mientras Mallory le gritaba al aire ruidoso, el piloto se inclinó en la cabina y señaló una vía de acceso detrás de los árboles, tras lo cual desapareció.

¿Hinton? Por algún estrafalario motivo, el exastronauta iba disfrazado de mujer, con una peluca rubia, y lo atraía de regreso al complejo espacial. Los pájaros se

habían confabulado con él.

El cielo estaba limpio, las gaviotas habían desaparecido sobre el río, en el bosque. Mallory detuvo el coche. Estaba a punto de bajar al camino, cuando oyó el ruido de un motor aeronáutico. El triplano Fokker había surgido del centro espacial. Realizó un viraje cerrado sobre las plataformas de lanzamiento y se acercó desde el mar. Volaba a quince metros de altura, sobre la playa, sobre las palmeras y los juncos, apuntando directamente sus dos ametralladoras al coche de policía.

Mallory volvió a poner en marcha el motor cuando las ametralladoras colocadas sobre el parabrisas abrieron fuego contra él. Supuso que le disparaban munición de salva que había quedado de alguna exhibición aérea. Entonces las primeras balas impactaron el camino empedrado, treinta metros delante del coche. La segunda ráfaga inclinó el automóvil sobre sus reventados neumáticos delanteros, seccionó la puerta del pasajero y llenó la cabina con un estallido de cristales. Mientras el avión subía casi en vertical, preparándose para hacer su segunda pasada, Mallory se quitó los trozos de vidrio ensangrentado del pecho y los muslos. Salió del automóvil sobre la barandilla de metal hacia la alcantarilla poco profunda que había junto al puente. Su sangre se alejaba con el agua hacia el bosque expectante del recinto espacial.

### 3

Desde su refugio en la alcantarilla, Mallory vio arder el coche de policía sobre el puente. La columna de humo aceitoso se elevó trescientos metros en el cielo despejado, un faro visible desde quince kilómetros a la redonda del Cabo. Las bandadas de gaviotas habían desaparecido. El planeador propulsado y la mujer piloto —recordó que ella le había advertido sobre el Fokker— se habían escabullido hacia su guarida en algún lugar de la costa.

Demasiado aturdido para descansar, Mallory contempló el kilómetro y medio de carretera que tenía delante. Le tomaría media hora volver al continente. Era un blanco fácil para Hinton, que lo esperaba en el Fokker, sobre las nubes. ¿Acaso el exastronauta había reconocido a Mallory y de inmediato había adivinado por qué el antiguo médico de la NASA había regresado a buscarlo?

Demasiado agotado para nadar por Banana River, Mallory fue hasta la orilla y comenzó a caminar entre los árboles. Decidió pasar la tarde en uno de los moteles

abandonados de Cocoa Beach y luego volver a Titusville en la oscuridad.

Sentía en sus pies desnudos el suelo fresco del bosque, pero una tenue claridad bajaba de la copa de los árboles y le entibiaba la piel. La sangre de su pecho y sus hombros ya se había secado, dejando un vívido arabesco, como un tatuaje aborigen que parecía más adecuado para este mundo violento e incierto que las ropas que había dejado en el hotel. Pasó junto a la mole oxidada de una caravana Airstream. Sobre su cápsula de acero habían crecido lianas y hiedra rastrera, como si los árboles se hubieran extendido para atrapar una nave espacial de paso y la hubieran arrastrado hasta el sotobosque. Había coches abandonados y restos de equipo de acampada, sillas y mesas cubiertas de musgo alrededor de viejas barbacoas abandonadas allí veinte años antes, cuando los paseantes abandonaron el estado apresuradamente.

Mallory avanzó por esta morrena terminal, elementos de un parque temático olvidado organizados por una brigada de demolición. Él ya sentía que pertenecía a un mundo más antiguo en el interior del bosque, un ámbito de oscuridad, paciencia y vida inadvertida. La playa estaba a cientos de metros de distancia; las olas del Atlántico lamían la arena vacía. Un grupo de delfines saltaba limpiamente en el agua, de camino hacia el Golfo. Las aves habían desaparecido, pero los peces estaban preparados para ocupar su lugar en el aire.

Mallory los recibió de buen grado. Sabía que había estado caminando por este banco de arena durante poco más de media hora, pero al mismo tiempo sentía que llevaba días ahí, posiblemente hasta semanas o meses. En una parte de su mente, él siempre había estado ahí. Los minutos estaban comenzando a estirarse, alentados por ese universo sin sucesos, sin aves y sin avión. La memoria le fallaba, estaba olvidando su pasado, la clínica en Vancouver y los niños enfermos, su esposa dormida en el hotel, en Titusville, hasta su propia identidad. Un único momento era un pequeño capítulo de la eternidad: arrancó una hoja de helecho y observó durante varios minutos cómo caía, lentamente, hacia el suelo, rindiéndose a la gravedad de la manera más elegante.

Consciente de que estaba entrando en el tiempo de ensueño, Mallory echó a correr a través del bosque. Se movía en cámara lenta, sus débiles piernas lo llevaban por el suelo cubierto de hojas con la gracia de un atleta olímpico. Levantó las manos para tocar una mariposa aparentemente dormida en vuelo, embarcando sus dedos extendidos en un viaje eterno.

El bosque que cubría el banco de arena comenzó a ralear, dando paso a las casas de la playa y los moteles de Cocoa Beach. Un hotel abandonado apareció entre los árboles, con sus puertas derrumbadas sobre el camino de entrada. Un cartel invadido por el musgo español anunciaba un zoológico y parque temático dedicado a la era espacial. Entre las palmeras, que le llegaban a la cintura, unos cohetes de cromo y neón se elevaban desde sus plataformas como personajes de los tivovivos en un parque de atracciones.

Riendo para sí, Mallory saltó las puertas y corrió entre las oxidadas naves espaciales. Detrás del parque temático, había un campo de tenis invadido por las plantas, una piscina y los restos de un pequeño zoo, con un foso para caimanes, jaulas para mamíferos y un aviario. Mallory vio con alegría que los propietarios habían regresado a sus hogares. Una cebra con sobrepeso dormitaba en su recinto de hormigón, un tigre aburrido miraba su propia nariz con los ojos bizcos y un caimán anciano tomaba el sol sobre la hierba, junto al foso de los caimanes.

El tiempo se iba haciendo más lento, ya casi se había detenido. Mallory pendía en el aire, en medio de un paso, con su pie desnudo sobre el suelo. Estacionada sobre el camino de baldosas, junto a la piscina, había una inmensa libélula transparente: el planeador de propulsión humana que él había perseguido esa mañana.

Bajo la sombra del ala, dos onzas agostadas observaban a Mallory con sus ojos estirados. Una de ellas se levantó y se abalanzó lentamente sobre él, pero estaba a seis metros y Mallory sabía que el felino no lo alcanzaría nunca. Su raído pelaje, remodelado a partir de alguna vieja bolsa de viaje, se estiraba en un perezoso arco que parecía congelarse para siempre en mitad de un fotograma.

Mallory esperó a que el tiempo se detuviera. Las olas ya no se deslizaban hacia la playa, eran pelos erizados, congelados, de azúcar glas. Los peces pendían en el aire, y los sabios delfines, felices de estar en su nuevo mundo, sonreían con sus rostros al sol. El agua que surgía de la fuente del extremo poco profundo de la piscina formaba ahora un parasol de cristal.

Solo se movía la onza, que aún podía correr más rápido que el tiempo. Ahora estaba a tres metros de él, con la cabeza inclinada hacia un lado, buscando ya la garganta de Mallory, sus zarpas amarillentas aún más agudas que los proyectiles de Hinton. Pero Mallory no le temía a ese violento felino. Sin tiempo, el guepardo jamás lo alcanzaría; sin tiempo, el león podía finalmente tumbarse junto al cordero, y el águila junto al topillo.

Levantó la vista hacia la luz vívida, y advirtió la figura de una joven que pendía en el aire con los brazos estirados sobre el trampolín. Suspendida sobre el agua en un salto del ángel, el cuerpo desnudo volaba con tanta serenidad como los delfines sobre el mar. Su rostro tranquilo miraba el suelo de cristal, tres metros por debajo de sus pequeñas palmas extendidas. Parecía no haber advertido a Mallory. Tenía la mirada fija en el misterio de su propio vuelo, y él podía ver claramente las marcas rojas dejadas sobre sus hombros por las correas del arnés del planeador, así como la plateada flecha de una cicatriz de apendicectomía que apuntaba hacia su pubis infantil.

Ahora la onza se estaba aproximando, y sus garras ya se clavaban en los rastros de sangre seca que adornaban los hombros de Mallory, el morro gris retraído, mostrando las encías ulceradas y los dientes manchados. Si Mallory se adelantaba, podría abrazarla, consolar todos los recuerdos de África, calmar la violencia de su viejo pellejo...



El tiempo se había escurrido de Florida tal como lo había hecho de la era espacial. Después de una breve pausa, como un carrete de película enganchado que se suelta de repente, el tiempo se aceleró otra vez, encendiendo una vez más el mundo cinético.

Mallory estaba sentado en una silla plegable, junto a la piscina, mirando las onzas que descansaban bajo la sombra del planeador. Cruzaban y descruzaban las patas como crupieres que escamotearan un as, levantando sus hocicos de cuando en cuando hacia el olor de este extraño y su sangre.

A pesar de aquellos afilados dientes, Mallory estaba tranquilo y descansado, como un durmiente que despierta de un sueño complejo pero satisfactorio. Le agradaba verse rodeado por ese pequeño zoo, con su fondo de cohetes de juguete, tan inocentes como una ilustración de un libro infantil.

La joven estaba de pie a su lado, y mantenía una preocupada vigilancia. Se había vestido mientras Mallory se recuperaba de su colisión con el guepardo. Después de arrastrar la bestia embravecida lejos de Mallory, lo había colocado en la silla plegable y se había puesto un traje de aviación de cuero remendado. ¿Esa era la única vestimenta que había usado en toda su vida? Una auténtica hija del aire, nacida en vuelo, que dormía en vuelo. Con su rímel demasiado brillante y su cabello rubio, peinado en forma de vivaz peluca antigua, parecía un periquito ataviado de cuero, una virgen punk de los aires. Unos gastados galones de la NASA sobre los hombros le conferían el contoneo propio de los ciclistas. En la etiqueta del nombre, sobre su seno derecho, ponía: NIGHTINGALE.

—Pobre. ¿Ya ha regresado? Está muy, muy lejos. —Tras las facciones infantiles, la boca blanda y la nariz sin hueso, lo observaba un par de ojos adultos y cautelosos—. ¡Hola! ¿Qué le ha pasado a su uniforme? ¿Es usted de la policía?

Mallory le tomó la mano y tocó el grueso anillo de sello del programa Apolo que llevaba en el dedo anular. De algún lado le surgió la idea de que estaba casada con Hinton. Entonces advirtió las pupillas dilatadas, un signo de fiebre.

—No se preocupe; soy médico. Edward Mallory. Estoy aquí de vacaciones, con mi esposa.

—¿Vacaciones? —La muchacha sacudió la cabeza, aliviada pero desconcertada—. Ese coche de policía... He pensado que alguien le había robado su uniforme mientras estaba... inconsciente. Querido doctor, ya nadie viene de vacaciones a Florida. Si no se marcha pronto, puede que estas vacaciones sean eternas.

—Lo sé... —Mallory miró a su alrededor, el zoo con su tigre adormilado, la vistosa fuente y los alegres cohetes. Ese era el mundo afable de *Los alegres bromistas*, de Henri Rousseau. Aceptó los vaqueros y la camisa que la muchacha le

tendía. Le había gustado estar desnudo, no por una necesidad exhibicionista, sino porque se adecuaba al mundo desaparecido que acababa de visitar. El tigre impasible, con su piel de fuego, pertenecía al mundo de la luz—. Sin embargo, puede que haya venido al lugar correcto. Me gustaría quedarme aquí para siempre. Para serle franco, acabo de tener una pequeña visión de cómo será la eternidad.

—No, gracias. —Intrigada por Mallory, la muchacha se puso en cuclillas junto a él—. Dígame, ¿con cuánta frecuencia tiene estas crisis?

—Cada día. Probablemente más de lo que me doy cuenta. ¿Y usted...? —Cuando ella sacudió la cabeza, quizá demasiado pronto, Mallory añadió—: No dan miedo, ¿sabe? En cierto sentido, se retrocede.

—Ya lo veo. Busque a su esposa y márchese; en cualquier momento los relojes van a detenerse.

—Por eso estamos aquí: es nuestra oportunidad. Mi esposa tiene aún menos tiempo que yo. Queremos asumir todo, sin importar lo que eso signifique. No mucho, en todo caso.

—Doctor... El Cabo Kennedy real está dentro de su cabeza, no aquí fuera. —Obviamente inquieta por la presencia de aquel médico extraviado, la muchacha se colocó el casco de aviador. Inspeccionó el cielo, donde las gaviotas y las golondrinas se estaban reuniendo otra vez, atraídas hacia el aire por el zumbido distante de un motor aeronáutico—. Escúcheme: hace una hora, casi lo matan. He intentado advertirle. A nuestro piloto de acrobacias local no le gusta la policía.

—Ahora lo sé. Me alegra que no le diera a usted. Pensé que era él quien pilotaba su planeador.

—¿Hinton? No lo haría ni muerto. Necesita velocidad. Hinton está intentando sumarse a las aves.

—Hinton... —Al repetir el nombre, Mallory sintió una oleada de temor y de alivio, y comprendió que estaba embarcado en el plan de acción que había diseñado meses antes, al dejar la clínica en Vancouver—. Conque Hinton está aquí.

—Así es. —La muchacha asintió mirando a Mallory, indecisa aún sobre si era o no un policía—. No hay mucha gente que recuerde a Hinton.

—Yo recuerdo a Hinton.

Mientras ella acariciaba el anillo de sello del Apolo, él le preguntó:

—¿No está casada con él?

—¿Con Hinton? Doctor, qué ideas más extrañas tiene usted. ¿Cómo son sus pacientes?

—Me lo pregunto a menudo. Pero ¿conoce usted a Hinton?

—¿Quién lo conoce? Tiene otras cosas en la mente. Reparó la piscina y me trajo el planeador desde el museo de Orlando. —Y añadió, con socarronería—. La Disneylandia oriental; así es como llamaban a Cabo Kennedy al principio.

—Lo recuerdo. Hace veinte años trabajaba en la NASA.

—También mi padre. —Lo dijo en tono cortante, irritada por la mención de la

agencia espacial—. Fue el último astronauta, Alan Shepley, el único que no regresó. Y el único a quien no esperaron.

—¿Shepley era tu padre? —Sobresaltado, Mallory se volvió para mirar las distantes plataformas en las zonas de lanzamiento—. Murió a bordo del transbordador. Entonces sabes que Hinton...

—Doctor, yo no creo que Hinton matara a mi padre. —Antes de que Mallory pudiera hablar, ella se colocó las gafas sobre los ojos—. De todos modos, eso ya no importa. Lo importante es que habrá alguien cuando él regrese.

—¿Estás esperándolo?

—¿Acaso no debería?

—Sí..., pero ha pasado mucho tiempo. Además, las probabilidades de que caiga aquí son de un millón contra una.

—Eso no es verdad. Según Hinton, papá puede bajar realmente en algún lugar de esta costa. Hinton dice que las órbitas están comenzando a decaer. Yo reviso las playas todos los días.

Mallory le dirigió una sonrisa alentadora, admirando a esta niña punk pero triste. Recordó las fotografías de la hija del astronauta en las noticias: Gale Shepley, un bebé de brazos fieramente acunado por la viuda, fuera de la sala del tribunal, después del veredicto.

—Espero que lo haga. ¿Y tu pequeño zoo, Gale?

—Nightingale —lo corrigió ella—. El zoo es para papá. Quiero que el mundo sea un lugar especial para nosotros, cuando nos marchemos.

—¿Os marcharéis juntos?

—En cierto sentido. Como usted, doctor, y todos los demás.

—Entonces sí que tienes crisis.

—No con frecuencia; por eso sigo adelante. Las aves me están enseñando a volar. ¿Lo sabía, doctor? Las aves están intentando salirse del tiempo.

Ella ya estaba distraída con el cielo, con las aves que se estaban reuniendo en lo alto. Después de amarrar las onzas, se dirigió rápidamente al planeador.

—Debo irme, doctor. ¿Sabe montar en motocicleta? En el vestíbulo del hotel hay una Yamaha que puede tomar prestada.

Pero antes de despegar, le confió a Mallory:

—Son todas expresiones de deseo, doctor. También para Hinton. Cuando papá regrese, ya no tendrá importancia.

Mallory intentó ayudarla a hacer despegar el planeador, pero el vaporoso artefacto se elevó por sus propios medios. Pedaleando rápidamente, ella lo impulsaba por el aire, alzándose por encima de los cohetes cromados del parque temático. El planeador describió un círculo sobre el hotel, luego niveló sus alas largas y finas, y partió hacia las playas vacías del norte.

Intranquilo por la ausencia de la muchacha, el tigre empezó a forcejear con el

neumático de camión que colgaba del techo de su jaula. Por un instante Mallory estuvo tentado de abrir la reja unírsele. Evitando los guepardos encadenados al trampolín, entró en el hotel vacío y subió por la escalera hasta el terrado. Desde la escalerilla de la sala de máquinas del ascensor observó el planeador que se dirigía al centro espacial.

Alan Shepley, la primera víctima de homicidio en el espacio. Mallory recordaba demasiado bien al joven piloto del transbordador, uno de los últimos astronautas lanzados desde Cabo Kennedy antes de que cayera el telón de la era espacial. Antiguo piloto del programa Apolo, Shepley había sido un hombre dedicado pero amable, tan ambicioso como los otros astronautas y, sin embargo, curiosamente ingenuo.

Mallory, como todos los demás, lo había preferido de largo al copiloto del transbordador, un físico investigador que entonces era el símbolo del civil entre los astronautas. Mallory recordaba que Hinton le había desagradado de manera instintiva desde su primer encuentro en el centro médico. Pero desde el principio había quedado fascinado por la falta de colaboración e irritabilidad de aquel hombre. Hacia el final, el programa espacial había comenzado a atraer a personas que estaban ligeramente desequilibradas, y él admitía que Hinton pertenecía a esa segunda generación de astronautas, inconformistas con complejos motivos personales, muy diferentes de los disciplinados pilotos militares que habían formado las tripulaciones de los proyectos Mercury y Apolo. Hinton tenía el temperamento intenso y obsesivo de Cortés, Pizarro o Drake: la sangre caliente y el corazón frío. Fue Hinton quien desveló por primera vez los numerosos enigmas latentes que yacían en el corazón del programa espacial, aquellas dimensiones psicológicas que se habían ignorado desde el principio y que después, demasiado tarde, se revelaron en los colapsos nerviosos de los primeros astronautas, su caída en el misticismo y la melancolía,

«Los mejores astronautas jamás sueñan», había observado una vez Russell Schweickart. Hinton no solo soñaba, sino que además había desgarrado todo el tejido del tiempo y el espacio, había quebrado la clepsidra de la cual ahora el tiempo se fugaba. Mallory era consciente de su complicidad en el asunto. Había sido el principal responsable de poner a Shepley y a Hinton juntos, con la idea de que el reprimido y solemne Shepley pudiese proporcionar el detonante de un experimento metafísico sumamente especial.

En todo caso, la muerte de Shepley había constituido el primer asesinato en el espacio, una crisis que Mallory tanto había orquestado como recibido de buen grado, inconscientemente. El asesinato del astronauta y la consiguiente inquietud pública habían marcado el final de la era espacial; el convencimiento de que el hombre había cometido un crimen evolutivo al viajar por el espacio, que estaba manipulando los elementos de su propia conciencia. La fractura de ese frágil continuo erigido por la psique humana a través de millones de años no había tardado en revelarse en la confusa percepción del tiempo que exhibían los habitantes de los pueblos cercanos al centro espacial. Cabo Kennedy y toda Florida se habían transformado en una tierra

envenenada que había que evitar para siempre, como los campos de pruebas de Nevada y Utah.

Con todo, era posible que, en lugar de ser el primer hombre en haberse vuelto loco en el espacio, Hinton hubiera sido el primero en «volverse cuerdo». Durante el juicio se había declarado inocente, y después se había negado a defenderse, observando el circo de los medios internacionales con un estoicismo que en ocasiones parecía extravagante. Ese silencio había desconcertado a todo el mundo. ¿Cómo podía Hinton creerse inocente de un crimen que había cometido a la vista de miles de millones de testigos televidentes (había encerrado a Shepley en el módulo de acoplamiento, descargado todo el suministro de aire, y lanzado al espacio al astronauta en su ataúd, haciendo, mientas tanto, observaciones con tono desapasionado)?

Alcatraz se había vuelto a poner en funcionamiento para Hinton, para ese prisionero solitario, aislado en aquella isla gélida, con el fin de impedir que contagiase al resto de la raza humana. Después de veinte años había caído en el olvido más absoluto y hasta la noticia de su huida solo se había mencionado de refilón. Se supuso que había muerto después de caer en las aguas heladas de la bahía en una pequeña nave que había construido en secreto. Mallory había viajado a San Francisco para ver el aparato empapado, un curioso ornitóptero construido con madera de los tejos que le habían permitido plantar a Hinton en el suelo pedregoso de la isla prisión. La máquina estaba propulsada por un motor de cohetes casero impulsado por un explosivo hecho a partir de fertilizantes. Había esperado veinte años a que los lentos árboles fueran lo bastante fuertes como para formar las alas que habían de transportarlo a la libertad.

Entonces, solo seis meses después de la muerte de Hinton, un antiguo colega de la NASA le había hablado a Mallory acerca del extraño piloto de acrobacias que habían visto volar en aviones antiguos sobre Cabo Kennedy, alguien nacido en el aire y que había eludido los tibios intentos de hacerlo aterrizar. Las descripciones de los aeroplanos que parecían jaulas de pájaros, le recordaron a Mallory el ornitóptero que habían arrastrado hasta la playa invernal de California...

Así pues, Hinton había regresado a Cabo Kennedy.

Cuando salió en la Yamaha, por la carretera de la costa, dejando atrás los moteles y los bares de cócteles desiertos de Cocoa Beach, Mallory miró la brillante arena del Atlántico, tan diferente de la grava de la isla prisión. Pero ¿era un cebo el ornitóptero, al igual que todas las aeronaves antiguas que Hinton volaba sobre el centro espacial eran máquinas que ocultaban otro objetivo?

¿Otra huida?

Quince minutos después, cuando Mallory se dirigía hacia Titusville por la carretera de la NASA, fue alcanzado por el biplano Wright. Al cruzar Banana River advirtió que el ruido de otro motor se imponía sobre el de la Yamaha. El venerable artefacto volador apareció sobre los árboles, con el familiar piloto del rostro enjuto sentado en la cabina abierta. Consiguiendo a duras penas adelantar a la Yamaha, el piloto bajó hasta tres metros del camino, y le indicó por señas a Mallory que se detuviera. Luego apagó el motor y aterrizó el aparato sobre el hormigón invadido por la hierba.

—Mallory, ¡lo he estado buscando! ¡Venga, doctor!

Mallory titubeaba. El aire lleno de polvo que le enviaba la hélice le pinchaba las heridas abiertas bajo la camisa. Mientras él se asomaba entre los montantes, Hinton lo cogió de un brazo y lo levantó hasta el asiento del pasajero.

—Mallory, sí... ¡Aún es usted! —Hinton se levantó las gafas dejando ver un par de ojos moteados con sangre. Miró a Mallory con asombro manifiesto, como si le sorprendiera que Mallory hubiera envejecido en esos últimos veinte años, pero encantado de que, de algún modo, hubiera sobrevivido—. Nightingale acaba de decirme que usted estaba aquí. El doctor Misterioso... ¡casi lo mato!

—¡Y ahora lo está intentando de nuevo...! —Mallory se aferró a las raídas correas de seguridad del asiento mientras Hinton aceleraba. El biplano dio un brinco hacia el aire. Voló unos segundos hacia atrás sobre una ráfaga de viento que cruzó la carretera, y luego trepó verticalmente y giró sobre los árboles hacia las distantes plataformas de lanzamiento. Miles de golondrinas los rebasaron envolviéndolos, sin prestarle atención a Hinton, como si estuvieran acostumbradas a aquel aviador errático y sus absurdos aparatos.

Mientras Hinton manipulaba la caña del timón, Mallory le echó un vistazo a ese hombre febril y desnutrido. Los años en prisión y el viento sobre Cabo Kennedy habían barrido todo rastro de sales de hierro de su pálida piel. Sus párpados lastimados, el tabique nasal de su gran nariz herido por las uñas y los labios cruzados de cicatrices estaban descoloridos, casi plateados, por el viento. Había sobrepasado el agotamiento y la desnutrición, e ingresado en un mundo nervioso en el que los elementos rivales de su mente en guerra estaban trabados todos juntos, como los engranajes de un reloj al que se hubiera dado demasiada cuerda. Mientras aporreaba el brazo de Mallory, se hizo evidente que había olvidado los años pasados desde su último encuentro. Le señaló el bosque que había debajo de ellos: los viaductos, las plataformas de hormigón y las casamatas, ansioso por mostrarle sus dominios.

Habían llegado al corazón del complejo espacial, donde se alzaban las plataformas de lanzamiento, como patíbulos en alquiler. En el centro estaba el

gigantesco transporte de orugas, el último transbordador montado verticalmente en su plataforma de lanzamiento. Las oxidadas orugas yacían a su alrededor, las cadenas de un coloso desatado.

Aquí, en Cabo Kennedy, el tiempo no solo se había detenido, sino que se movía hacia atrás. El inmenso tanque de combustible y los motores auxiliares del transbordador parecían las cúpulas y los minaretes de una réplica del Taj Mahal. Sobre la pista, bajo el enorme tractor, había filas de aeronaves antiguas: un planeador Lilienthal colocado de lado, como una ornamentada ventana en forma de abanico; una Pulga del Cielo de Mignet; el Fokker; un Spad y un Sopwith Camel, y un Wright Flyer que se retrotraía a los primeros días de la aviación. Mientras rodeaban la plataforma, Mallory casi esperaba ver una multitud de aviadores eduardianos atestando esta exhibición de aparatos antiguos, pilotos de abrigo y polainas, pasajeras con sombreros provistos de barbijos de cuero.

Otros fantasmas acechaban a plena luz del día en Cabo Kennedy. Cuando aterrizaron, Mallory avanzó hacia la sombra de la plataforma de lanzamiento, una catedral de hierro que el cielo evitaba. Un silencio inquietante llegaba del denso bosque que tapizaba las otrora despejadas explanadas del centro espacial, desde los búnkeres sin ojos y las herrumbrosas torres de las cámaras de vigilancia.

—¡Mallory, me alegra que haya venido! —Hinton se quitó el casco de aviador, revelando un cuero cabelludo marcado por protuberancias bajo el cabello cortado al rape. Mallory recordó que una vez había sido atacado por un guardia furioso—. ¡No podía creer que era usted! ¿Y Anne? ¿Está bien?

—Está aquí, en el hotel, en Titusville.

—Lo sé, acabo de verla en la azotea. Parecía... —Hinton bajó la voz; con el interés había olvidado lo que estaba haciendo. Empezó a caminar en círculos y luego se rehízo—. En todo caso, es bueno verlo. Es más de lo que esperaba. Usted era la única persona que sabía lo que estaba sucediendo aquí.

—¿Lo sabía? —Mallory buscó el sol, oculto detrás de la mole fría de la plataforma de lanzamiento. Cabo Kennedy era aún más siniestro de lo que él había esperado, como un antiguo campo de la muerte—. No creo que yo...

—¡Por supuesto que lo sabía! En cierto modo, usted y yo éramos colaboradores; créame, Mallory, lo seremos otra vez. Tengo mucho que decirle...

Feliz de ver a Mallory, pero preocupado por el médico que temblaba, Hinton lo abrazó con sus manos inquietas. Cuando Mallory retrocedió, intentando protegerse los hombros, Hinton silbó y miró con preocupación dentro de la camisa.

—Mallory, lo siento. El coche de la policía me confundió. Pronto vendrán a por mí; debemos movernos con rapidez. Pero no tiene usted muy buen aspecto, doctor. Supongo que el tiempo se está acabando. Al principio es difícil de comprender...

—Estoy empezando. ¿Qué hay de usted, Hinton? Necesito hablar con usted acerca de todo. Parece...

Hinton hizo una mueca. Se dio una palmada en la cadera, impaciente con su cuerpo desnutrido, un órgano atrofiado que pronto desecharía.

—Tuve que pasar hambre. La carga alar de aquella máquina era muy baja. Tardé varios años; si no, ellos se habrían dado cuenta. Esos interminables controles médicos... Estaban aterrados por la posibilidad de que estuviera incubando una psicosis aún más avanzada; no podían comprender que yo estaba abriéndole la puerta a un mundo nuevo. —Miró alrededor, el centro espacial, el viento vacío—. Debíamos salir del tiempo. De eso se trataba el programa espacial...

Le hizo señas a Mallory para que se acercara a una escalerilla de acero que conducía a la plataforma de montaje, seis plantas por encima de sus cabezas.

—Iremos a la parte superior. Me marchó en el transbordador; aún hay un módulo para tripulación de la plataforma Mars, dentro de la bodega, algo mucho más cómodo que la mayoría de los hoteles de Florida. —Y añadió con un matiz irónico—: Me imagino que es el último lugar donde vendrán a buscarme.

Mallory empezó a subir la escalera. Intentaba no tocar los remaches grasientos y los pasamanos sudados. Cuando el transbordador emergió, por encima de la plataforma de montaje, Mallory apartó los ojos del revestimiento en mosaico de la nave. Después de haberse pasado tantos años pensando en Cabo Kennedy, todavía no estaba preparado para aquella gigantesca máquina reduccionista, un Yaganatha que sus adoradores podrían llevar por todo el planeta, devorando los años y las horas y los segundos.

Hasta Hinton parecía hundido e inspeccionaba el cielo como si esperara que apareciera Shepley. Se cuidó de no darle la espalda a Mallory, con la evidente sospecha de que habían enviado al antiguo médico de la NASA para capturarlo.

—El vuelo y el tiempo, Mallory, están vinculados. Las aves lo han sabido siempre. Para salir del tiempo, primero hay que aprender a volar. Por eso estoy aquí. Estoy aprendiendo a volar, volviendo a esos viejos aeroplanos de los inicios. Quiero volar sin alas...

Mientras el ala con forma de delta del transbordador se abría como un abanico sobre ellos, Mallory se tambaleó y dio contra el pasamano. Agotado por el ascenso, intentaba bombear aire a sus pulmones. El silencio era demasiado profundo, esa quietud en el centro del reloj detenido del mundo. Recorrió el bosque sin aliento, y las pistas, en busca de algún signo de movimiento. Necesitaba una de las máquinas de Hinton para despegar y marcharse estrepitosamente por el cielo.

—¿Mallory, usted va a...? No se preocupe, le ayudaré. —Hinton lo había tomado del brazo y lo había estabilizado sobre sus pies. Mallory sintió que la luz se inclinaba de repente y se empinaba: el intenso destello blanco, su última visión cuando el guepardo se abalanzaba hacia él. El tiempo dejaba el aire, vacilando brevemente cuando él intentaba aferrarse a los segundos que pasaban.

Una bandada de golondrinas pasó volando por encima de la plataforma de



montaje y se arremolinó como un torbellino de hollín alrededor del Transbordador. ¿Estaban intentando hacerle alguna advertencia? Animado por el breve frenesí de las aves, Mallory sintió que sus ojos se despejaban. Había conseguido eludir la crisis, pero volvería.

—¿Doctor...? Estará bien. —Hinton estaba obviamente decepcionado cuando vio que Mallory se afirmaba en el pasamano—. No intente combatirlo, doctor: todos cometen el mismo error.

—Va a... —Mallory lo alejó con un empujón. Hinton estaba demasiado cerca del pasamanos: los gestos enloquecidos del hombre podrían hacerlo caer—. Las aves...

—¡Claro, nos uniremos a los pájaros! Mallory, todos podemos volar, cada uno de nosotros. Piense en ello, doctor, vuelo auténtico. ¡Viviremos en el aire para siempre!

—Hinton... —Mallory retrocedió por la plataforma mientras Hinton aferraba el pasamanos, a punto de catapultarse hacia el viento. Necesitaba alejarse de ese loco y de sus desquiciados planes.

Hinton agitaba los brazos hacia los aeroplanos aparcados debajo, saludando a los fantasmas en sus cabinas.

—Lilienthal y los Wright, Curtiss y Blèriot, hasta el viejo Migne... Están aquí, doctor. Por eso he venido a Cabo Kennedy. Necesitaba regresar al comienzo, mucho antes de que la aviación nos enviara a todos por la senda equivocada. Cuando el tiempo se detenga saltaremos desde esta plataforma y volaremos hacia el sol. Usted y yo, doctor, y Anne...

La voz de Hinton se hacía más profunda, un bramido cavernoso. El costado blanco del transbordador era un farol de hueso translúcido que dispersaba una luz espectral sobre el bosque sombrío. Mallory se tambaleó hacia delante; por un impulso a medio formar deseaba que Hinton saltara por encima del pasamanos, que se lanzara hacia el aire y retara a las aves. Si le empujaba los hombros...

—¿Doctor...?

Mallory levantó las manos, pero era incapaz de acercarse un paso a Hinton. Como la onza, él estaba eternamente a unos centímetros de distancia.

Hinton le había cogido el brazo en un ademán consolador, instándolo a acercarse al pasamanos.

—Vuele, doctor...

Mallory se colocó en el borde. Su piel se había convertido en una parte del aire, invadida por la luz. Necesitaba quitarse de encima esa enorme molestia del tiempo y el espacio, esta plataforma oxidada y el torpe tractor de orugas. Podría flotar libremente, suspendido para siempre sobre el bosque, y dominar el tiempo y la luz. Volaría...

Un frenesí de aire cargado le golpeó el rostro. A su alrededor aparecieron líneas de fractura en el viento. Las alas transparentes de un planeador de tracción pasaron volando ante él. La hélice cortaba tajadas de luz.

Las manos de Hinton aferraron sus hombros, empujándolo con impaciencia hacia

el pasamanos. El planeador se deslizó hacia un lado, describió un giro y voló hacia ellos. La luz del sol se cortaba en la hélice, un torrente de fotones que impulsaron el tiempo de regreso a los ojos de Mallory. Se deshizo de Hinton y cayó de rodillas en el momento en que la joven pasaba volando en su planeador. Mallory vio el rostro ansioso detrás de las gafas y oyó el grito de advertencia dirigido a Hinton.

Pero Hinton ya no estaba allí. Sus pies resonaban contra la escalera de metal. Mientras despegaba en el Fokker, lanzaba un grito airado a Mallory, quien lo miraba decepcionado. Este, de rodillas junto al borde de la plataforma de acero, esperaba a que el tiempo fluyera de regreso a su mente, sus manos aferradas al pasamano con la fuerza de un recién nacido.

## 6

CINTA 24: *17 de agosto*

Una vez más, hoy no hay señales de Hinton. Hace una hora, cuando volví de la farmacia, Anne me miró con los ojos enfocados por primera vez en una semana. Con esfuerzo, conseguí alimentarla en los pocos minutos que estuvo completamente despierta. El tiempo se ha detenido, prácticamente, para ella, hay largos períodos en los que es evidente que está en un mundo casi estacionario, una serie de cuadros estadísticos que varían de manera ocasional. Entonces despierta brevemente, y empieza a hablar de Hinton y de un vuelo a Miami que hará con él en su Cessna. Con todo, ella se ve fortalecida por estos viajes hacia la luz, como si su mente extrajera nutrientes del hecho mismo de que el tiempo no pasa.

Yo siento lo mismo, a pesar de la herida infectada de mi hombro: las uñas sucias de Hinton. Las crisis se presentan una docena de veces cada día. Todo se ralentiza en un flujo apenas perceptible. La intensidad de la luz aumenta, los fotones retroceden todo su camino hasta el sol. Cuando dejaba la farmacia, vi un periquito cruzar volando sobre el camino, pareció tardar dos horas en recorrer quince metros.

Tal vez a Anne le quede otra semana antes de que el tiempo se detenga para ella. En cuanto a mí... ¿tres semanas? Es curioso pensar que, por ejemplo, a las 15:47 horas del 8 de septiembre, el tiempo se detendrá para siempre. Un único microsegundo pasará fugazmente, inadvertido para todos los demás, pero para mí

durará una eternidad. ¡Es mejor que decida cómo quiero pasarlo!

CINTA 25: *19 de agosto*

Dos días agitados. Anne tuvo una recaída ayer al mediodía, un síncope vasovagal producido por haber despertado en el momento en que Hinton ametrallaba el hotel desde su Wright Flyer. Apenas conseguía captar sus latidos; me pasé horas masajeándole los tobillos y los muslos (me iría feliz a la eternidad acariciando a mi esposa). He conseguido ponerla de pie, hacerla caminar de un lado a otro en el balcón, con la esperanza de que el ruido del aparato de Hinton la sacuda y la traiga de regreso. En realidad, esta mañana me ha hablado de forma completamente lúcida. Estaba pasmada por mi aspecto descuidado. Para ella, esta es una de esas apacibles tardes de hace tres semanas.

Aún podríamos irnos, poner en marcha uno de los automóviles abandonados y llegar a la frontera, en Jacksonville, antes de que se acabe el último minuto. En primer lugar, debo recordarme todo el tiempo por qué hemos venido. Escapar hacia el norte no resolverá nada. Si existe alguna solución, está aquí, en algún lugar entre las obsesiones de Hinton y el féretro orbital de Shepley, entre el centro espacial y esos tránsitos brillantes y fantasmagóricos, demasiado visibles por la noche. Espero no marcharme en el preciso momento en que Shepley regrese, pasar el resto de la eternidad mirando el cadáver del hombre al que ayudé a morir en el espacio, mientras se evapora. Sigo pensando en aquel tigre. De alguna manera, puedo calmarlo.

CINTA 26: *25 de agosto*

15:30. La primera hora de tiempo consciente sin interrupción que tengo en varios días. Cuando desperté, hace quince minutos, Hinton justo había acabado de acribillar la fachada del hotel. Evidentemente, intenta mantenernos despiertos, posponiendo nuestro final hasta que él esté listo para jugar su última carta, o tal vez hasta que yo haya quedado fuera del juego y no haya obstáculos entre Anne y él.

Todavía pienso en sus motivaciones. Parece haberse propuesto la destrucción del tiempo, como si todo este malestar fuera una oportunidad que debemos aprovechar, el siguiente paso evolutivo. Me estaba conduciendo hacia el borde de la plataforma de montaje instándome a volar. Si Gale Shepley no hubiera aparecido en el planeador, yo me habría arrojado por sobre el pasamano. En cierto modo extraño, Hinton me estaba ayudando, guiándome hacia ese mundo nuevo sin tiempo. Cuando expulsó el módulo de Shepley del trasbordador, no pensaba en matarlo, sino en liberarlo.

Las aeronaves cada vez más primitivas, la búsqueda de una forma pura de vuelo en la que Hinton se embarcará en el último instante. Ayer pasó volando un Santos-Dumont, una desgarrada cometa de cajón. Ha abandonado sus máquinas de la Primera Guerra Mundial. De manera deliberada, está volando aeronaves mal diseñadas, todo es parte de su intento de escapar de la aviación con alas, hacia el

vuelo absoluto, estructuras poéticas, en lugar de aeronáuticas.

Las raíces del chamanismo y la levitación, y la catexis erótica del vuelo ¿pueden interpretarse como intentos de escapar al tiempo? La supuesta capacidad del chamán de abandonar su forma física y volar con su cuerpo espiritual, el psicopompo que guía las almas de los muertos y puede dominar el fuego, todos ellos parecen estar vinculados con los defectos del aparato vestibular causados por una exposición prolongada a la gravedad cero durante los vuelos espaciales. Deberíamos haberlos recibido agradecidos.

Aquel tigre. Me estoy obsesionando con la idea de que está en llamas.

*CINTA 27: 28 de agosto*

Hoy hay un inmenso silencio. No se oye ni un murmullo sobre la verde superficie de Florida. Puede que Hinton se haya suicidado. Tal vez todos esos vuelos son parte de un ritual expiatorio: cuando muera, llegará a su fin la maldición del chamán. Pero ¿quiero volver yo al tiempo? En contraste, el mundo estático de luz brillante conmueve el corazón como una visión del Edén. Si el tiempo es una estructura mental primitiva, tenemos razón al rechazarlo. Hay un sentido en el cual no solo los chamanes, sino también todas las creencias místicas y religiosas son una tentativa de inventar un mundo sin tiempo. ¿Por qué el hombre primitivo, que necesitaba un cerebro apenas mayor que el del tigre que está en el zoo de Gale, posee en realidad una mente casi equivalente a las de Freud o Leonardo? Puede que todo ese exceso de capacidad neuronal estuviera ahí para liberarlo del tiempo, y que haya sido necesaria la era espacial, y el sacrificio del primer astronauta, para lograr ese único fin.

Matar a Hinton... Pero ¿cómo?

*CINTA 28: 3 de septiembre*

Días borrados. Ahora apenas soy consciente del flujo del tiempo. Anne yace en la cama, se despierta unos pocos minutos y hace intentos infructuosos de llegar a la azotea, como si el cielo ofreciera alguna clase de evasión. Acabo de traerla de la escalera. Buscar alimento conlleva demasiado esfuerzo; esta mañana, camino del supermercado, la luz era tan brillante que tuve que cerrar los ojos y continuar por las calles con las manos extendidas como un mendigo ciego. Me parecía estar de pie sobre el piso de un horno inmenso.

Anne está cada vez más inquieta y murmura para sí en alguna lengua nueva, como si se preparara para un viaje. He grabado uno de sus interminables monólogos, semejante a un poema de amor gaélico; después reasumió el tempo normal. Un agónico «Hinton... Hinton...».

Ha tardado veinte años en aprenderlo.

*CINTA 29: 6 de septiembre*

No pueden quedar más que unos pocos días. El tiempo de ensueño llega en una docena de lapsos cada día; todo se detiene. Desde el balcón, acabo de ver una bandada de oropéndolas que cruzaba la calle. Parecieron tardar horas. Sus alas inmóviles las sostenían mientras pendían sobre los árboles.

Al final, las aves han aprendido a volar.

Anne está despierta.

ANNE): ¿Quién ha aprendido a volar?

EM): Está bien; las aves.

ANNE): ¿Les has enseñado tú? ¿De qué estoy hablando? ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

EM): Desde el amanecer. Dime con qué soñabas.

ANNE): ¿Esto es un sueño? Ayúdame a levantarme. Dios, las calles están oscuras. Aquí no queda tiempo. Edward, busca a Hinton. Haz todo lo que él te diga.

## 7

Matar a Hinton...

Mientras el motor de la Yamaha despertaba a la vida con un repiqueteo, Mallory se montó en el asiento y miró hacia el hotel por encima del hombro. En cualquier momento, como si aprovechara los últimos minutos que le quedaban, Anne abandonaría el dormitorio e intentaría llegar al terrado. Los relojes estacionarios de Titusville estaban a punto de dar la hora real para ella. La eternidad, para esa mujer extraviada, sería un tramo de escalones alrededor del hueco vacío de un ascensor.

Matar a Hinton... no tenía idea de cómo hacerlo. Partió por las calles, hacia el este de Titusville. Eludía, vacilante, los coches abandonados. Con sus marchas rígidas y el acelerador inestable, el control de la Yamaha resultaba agotador. Conducía por un suburbio de la ciudad que conocía poco, una zona de casas adosadas, centros comerciales y aparcamientos contruidos para los empleados de la NASA durante el auge de la construcción de los años sesenta. Pasó junto a un camión volcado que había derramado su cargamento de televisores sobre el camino y una furgoneta de lavandería que había entrado por la ventana de una licorería.

Cinco kilómetros al este se adivinaban las plataformas de lanzamiento del centro

espacial. Un aparato pendía en el aire sobre ellas, un primitivo helicóptero con una hélice en la parte superior. Las delgadas palas estaba estacionarias, como si Hinton por fin hubiera conseguido prescindir de las alas.

Mallory aceleró al máximo la motocicleta, en dirección a Cabo Kennedy. Las casas adosadas pasaban junto a él repitiéndose eternamente; los mismos centros comerciales, bares y moteles; las mismas tiendas y los mismos aparcamientos de coches usados que Anne y él habían visto en su viaje a lo largo del continente. Ya casi podía creer que conducía de nuevo a través de Florida, cruzando los cientos de pequeños pueblos que se fusionaban, un universo suburbano en el que esas licorerías, aparcamientos y centros comerciales idénticos formaban los ladrillos de una hebra de ADN urbano generado por el núcleo del centro espacial. Había conducido por este camino, a través de esas intersecciones silenciosas, no durante minutos u horas, sino durante años y décadas. La hebra que se desenrollaba cubría la superficie íntegra del globo y después se extendía hacia el espacio para tapizar las paredes del universo antes de curvarse hacia atrás, sobre sí misma, para volver allí, a su punto de partida en el centro espacial. Pasó otra vez junto al camión volcado y los televisores diseminados por el camino, otra vez la furgoneta en la ventana de la licorería. Pasaba junto a ellos eternamente, cruzaba eternamente la misma intersección, veía el mismo cartel oxidado sobre la misma cabaña del mismo motel.

—¿Doctor?

El olor de la carne quemada estimuló la nariz de Mallory. Su tobillo derecho estaba sobre el tubo de escape de la Yamaha, cuyo motor continuaba funcionando en punto muerto. De la herida colgaban fragmentos chamuscados del pantalón de algodón. Mientras la mujer con el traje de aviador negro corría por la calle, Mallory se arrastró, alejándose de la desastrosa motocicleta, tropezó con las ruedas que giraban y se arrodilló sobre el camino.

Se había detenido en una intersección a un kilómetro del centro de Titusville. La vasta planicie planetaria de aparcamientos se había retirado, capturada por algún torbellino cósmico y se había contraído en este pequeño enclave suburbano con un único motel abandonado, dos casas adosadas y un bar. A seis metros de distancia, las pantallas vacías de los televisores lo miraban desde el camino, junto al camión volcado. Unos pocos pasos más allá, por la acera, la furgoneta de lavandería seguía en la ventana de la licorería, polvorientas botellas de vodka y *whisky* bajo la sombra del extremo del ala del planeador en el cual Gale Shepley había aterrizado sobre la acera.

—¡Doctor Mallory! ¿Puede oírme? Hombre... —Inclinó la cabeza de Mallory hacia atrás y le examinó los ojos; después apagó el motor de la Yamaha, que aún repiqueteaba—. Lo he visto aquí, sentado; había algo... ¡Dios mío, su pierna! ¿Hinton le...?

—No... Me he quemado yo mismo. —Mallory se puso de pie, con un brazo

alrededor de los hombros de la joven. Aún intentaba aclararse la cabeza, había algo curiosamente encantador en ese amplio universo suburbano—. He sido un tonto al montar en la motocicleta. Tengo que ver a Hinton.

—Doctor, escúcheme... —la muchacha sacudió sus manos, sus ojos dilatados por la fiebre. Su rímel y su cabello eran aún más extravagantes de lo que recordaba—. ¡Usted está agonizando! Un día o dos más, una hora, quizá, y se habrá marchado. Buscaremos un coche y lo conduciré al norte. La muchacha apartó con esfuerzo sus ojos del cielo. No me gusta dejar a papá, pero usted debe salir de aquí: ya está dentro de su cabeza.

Mallory intentó levantar la pesada Yamaha.

—Hinton. Ahora es todo lo que queda. También para Anne. De algún modo, debo... matarlo.

—Él ya lo sabe, doctor...

Se apartó al oír el ruido de un motor de aeronave. Una máquina voladora se cernía sobre las calles cercanas, podía verse su bulto impreciso a través de las frondas de las palmeras y los destellos de las palas del rotor contra el sol. El aparato pasó sobre sus cabezas mientras permanecían agazapados entre los televisores. El antiguo autogiro avanzaba pesadamente por el aire como una cosechadora aérea. Parecía que el sol impulsara el rotor. Sentado en la cabina abierta, el piloto estaba demasiado ocupado en los controles para examinar las calles, bajo la máquina.

Además, como advirtió Mallory, Hinton ya había encontrado su presa. De pie en la azotea del hotel, con un vestido sobre los hombros, estaba Anne Mallory. Al final había conseguido subir las escaleras, movida por su sueño del cielo. Contemplaba el autogiro a ciegas, y solo retrocedió un paso cuando la máquina rodeó el hotel y aterrizó entre una tormenta de hojas y polvo. Cuando se posó sobre la azotea, el aire de la hélice hizo volar el vestido que Anne llevaba sobre los hombros. Desnuda, se volvió para mirar el autogiro: la amante de esta extraña máquina, llegada para salvarla de un mundo desprovisto de tiempo.

masas de humo subir bullendo hacia el aire sucio. El bosque estaba rojo de fuego, el follaje resplandecía como brasas en una hoguera.

¿Hinton había rellenado los motores del transbordador y los preparaba para el despegue? ¿Se llevaría a Anne con él y se abandonaría con ella en el espacio, igual que había hecho con Shepley, para reunirse con el astronauta muerto en su féretro orbital?

El humo se desplazaba entre los árboles impulsado por las explosiones que provenían del sitio de lanzamiento del transbordador. Gale aceleró la Yamaha y señaló un claro entre las nubes. El transbordador aún estaba en su plataforma, con sus motores en silencio y el casco blanco reflejando las explosiones que ocurrían en las pistas de hormigón.

Hinton había incendiado sus aviones antiguos. Cargadas de humo aceitoso, las llamas se alzaban de los cascarones resplandecientes derrumbados sobre sus trenes de aterrizaje. El biplano Curtiss ardía vigorosamente. Una llamarada frenética, que devoraba el compartimento del motor del Fokker, detonó el depósito de combustible e hizo estallar la munición de la ametralladora. Los cartuchos explotaron, atravesando las alas, que se doblaron como un castillo de cartas.

Gale estabilizó la Yamaha con su pie y bordeó los árboles que resplandecían a doscientos metros de la fila de máquinas incandescentes. Los fogonazos centelleaban en sus gafas, descolorando su vivaz maquillaje y dándole a su cabello rubio una blancura cenicienta. El calor fulguraba contra el rostro amarillento de Mallory mientras recorría la nave con los ojos en busca de algún rastro de Hinton. Impulsadas por las llamas que se elevaban rugiendo de su fuselaje, las palas del autogiro giraban rápidamente; luego se encendieron y rotaron en un último carnaval incandescente. Junto a este, las flamas se desplazaban sobre las alas de Wright Flyer. En una lluvia de chispas, el aeroplano se elevó en llamas y cayó sobre el Sopwith Camel. Encendido por el intenso calor, el motor de la Pulga del Cielo despertó a la vida con un bramido, propulsó la pequeña nave, que describió un veloz arco entre los escombros ardientes, e hizo estallar el Spad y el Blèriot antes de volcar, convertida en un horno abrazado por las llamaradas.

—¡Doctor..., sobre la plataforma de montaje!

Mallory miró en la dirección que le indicaba la mano levantada de la muchacha. A treinta metros de altura, Anne y Hinton estaba de pie, uno junto al otro, sobre el descanso de metal de la escalera. Las llamas de los aviones incendiados ondeaban ante sus rostros, como si ya se estuvieran desplazando juntos por el aire. Aunque el brazo de Hinton rodeaba la cintura de Anne, no parecían percatarse el uno del otro cuando dieron un paso y avanzaron hacia la luz.



Como siempre durante su última tarde en Cocoa Bach, Mallory descansaba junto a la piscina del hotel abandonado, mirando el pálido planeador que flotaba pacientemente en los cielos impertérritos de Cabo Kennedy. En esa pacífica pérgola, rodeado por los somnolientos habitantes del zoo, escuchaba cómo la fuente lanzaba sus gemas de cristal sobre la hierba junto a su silla. El chorro de agua estaba casi estacionario, como el planeador y el viento y las onzas que lo observaban, componentes de un mundo emblemático y resplandeciente.

Cuando el tiempo se fugaba de él, Mallory se ponía de pie bajo la fuente, feliz de verla transformarse en un árbol de cristal que diseminaba frutos opalescentes sobre sus hombros y sus manos. Los delfines volaban por el aire sobre el mar cercano. Se sumergió en la piscina, deleitado de verse inmerso en ese inmenso bloque de tiempo condensado.

Por fortuna, Gale Shepley lo había rescatado antes de que se ahogara. Mallory sabía que ella se estaba aburriendo de él. Ahora solo prestaba atención a la búsqueda de su padre, confiada en que pronto regresaría de los canales mareales del espacio. Por la noche, las trayectorias eran cada vez más bajas, rastros de partículas cargadas que sobrevolaban el bosque. Gale casi había dejado de comer y Mallory se alegraba de que, cuando llegara su padre, por fin dejaría de volar. Entonces los dos se marcharían juntos.

Mallory había hecho sus propios preparativos para la partida. Siempre llevaba en la mano la llave de la jaula del tigre. Ahora le quedaba poco tiempo, el mundo lleno de luz se había transformado en una serie de retablos de un desfile que celebraba los días fundacionales de la creación. En el *finale*, cada elemento del universo, sin importar cuán humilde fuera, ocuparía su sitio en el escenario, ante él.

Observó el tigre que lo esperaba tras los barrotes de su jaula. Los grandes felinos, como los reptiles antes que ellos, siempre habían estado parcialmente fuera del tiempo. Las llamas dibujadas en su pelaje le recordaban el fuego que había consumido los aviones en el centro espacial, el fuego a través del cual Anne y Hinton aún volaban eternamente.

Abandonó la piscina y caminó hacia la jaula del tigre. Pronto abriría la puerta, abrazaría esas llamas y yacería con esa fiera en un mundo más allá del tiempo.

## MITOS DEL FUTURO PRÓXIMO

Cuando llegó el anochecer, Sheppard aún estaba sentado en la cabina del avión varado, sin preocuparse por la marea vespertina que avanzaba hacia él por la playa. Las primeras olas ya tocaban las ruedas del avión Cessna y levantaban púas de espuma contra el fuselaje. Incansable, el agua negra como la noche vertía su espuma luminosa sobre la costa de Florida, como si intentara despertar a los espectrales habitantes de los bares y los moteles abandonados.

Pero Sheppard continuaba tranquilo ante los controles, pensando en su esposa muerta y en todas las piscinas vacías de Cocoa Beach, y en la extraña discoteca que había vislumbrado esa tarde, a través del dosel del bosque que ahora cubría el viejo centro espacial. En parte casino de Las Vegas, con su llamativa fachada de neón, en parte Pequeño Trianón —un elegante frontón clásico soportaba el techo cromado— el club se había materializado repentinamente entre las palmeras y los robles tropicales, más irreal que cualquier decorado cinematográfico. Mientras Sheppard lo sobrevolaba, a solo quince metros por encima de su techo espejado, casi esperaba ver a la propia María Antonieta, con un atuendo del Golden Nugget, interpretando el papel de lechera para un público de inquietos caimanes.

Curiosamente, antes de su divorcio, Elaine siempre había disfrutado las expediciones de fin de semana desde Toronto al Parque Provincial Algonquino, dominando con orgullo la naturaleza desde el lujo cromado de su caravana Airstream, tan fuera de lugar entre las piñas y los abedules como este moderno fragmento de neón de Versalles. Igualmente, la visión de la extravagante discoteca oculta en lo profundo de los bosques de Cabo Kennedy, así como el curioso comportamiento de sus habitantes, convenció a Sheppard de que Elaine aún estaba viva y de que probablemente era prisionera de Philip Martinsen. Las discotecas cromadas —suponía que habían sido construidas treinta años antes por algún ejecutivo de Disneylandia con mentalidad clásica— atraían el sentido del absurdo de los jóvenes neurocirujanos, un adecuado clímax escabroso para los infaustos sucesos que los habían reunido ahí, en los lúgubres bosques de la península de Florida.

Sin embargo, Martinsen era lo bastante taimado como para haber escogido la discoteca de forma deliberada, como parte de su elaborada tentativa de atraer a Sheppard a cielo abierto. Llevaba semanas rondando los moteles desiertos de Cocoa Beach, remontando sus cometas y sus planeadores, ansiando hablar con Sheppard, pero temeroso de abordar a aquel hombre mayor. Desde la seguridad de su dormitorio a oscuras, en el motel Starlight —un montón de cabañas polvorientas sobre la carretera de la costa—, Sheppard lo observaba a través de una hendidura en las persianas dobles. Martinsen esperaba todos los días a que Sheppard apareciera, pero

siempre cuidaba de dejar una piscina vacía entre ambos.

En un comienzo, a Sheppard le había irritado la obsesión del joven médico por las aves, por todas, desde las cometas de papel maché con forma de cóndor que pendían como cadáveres sobre el hotel, hasta las palomas de Picasso dibujadas con tiza en las puertas de la cabaña cuando Sheppard dormía. Incluso ahora, en la playa, sentado en el avión Cessna que lamían las olas, podía ver la silueta con cabeza de serpiente grabada en la arena mojada, parte de un inmenso pájaro azteca sobre el cual había aterrizado una hora antes.

Las aves... Elaine le había hablado de ellas en su última carta, pero esas eran criaturas que volaban dentro de su cabeza, mucho más exóticas que cualquier cosa que los neurocirujanos pudieran idear, quimeras emplumadas y enjovadas procedentes de los paraísos de Gustave Moreau. Pese a ello, Sheppard se había tragado el anzuelo finalmente, aceptando que Martinsen quisiera hablar con él, en sus propios términos. Se obligó a salir del motel oculto tras las gafas de sol más grandes que había podido encontrar entre los cientos que cubrían el suelo de la piscina, y conducir hacia el aeródromo de Titusville. Voló durante una hora sobre el dosel del bosque en el Cessna alquilado, recorriendo todo Cabo Kennedy en busca de un signo de las cometas de Martinsen.

Tentado de regresar, volaba de aquí para allá sobre el recinto espacial, por más inquietante que fuera, con sus enormes pistas que no conducían a ningún cielo imaginable, y las oxidadas plataformas de lanzamiento, como otros tantos muertos apoyados en sus destartados ataúdes. Allí, en Cabo Kennedy, había muerto una pequeña parte del espacio. Una intensa luz esmeralda resplandecía a través del bosque, como si viniera de un enorme faro situado en el corazón del centro espacial. Esta aura reverberante producto, tal vez, de la fosforescencia de un hongo poco común sobre las hojas y las ramas, se propagaba hacia fuera y ya había llegado a las calles de Cocoa Beach y cruzado el río Indian, hacia Titusville. Hasta las tiendas y las casas destartadas vibraban con esa misma luz excesiva.

A su alrededor, los vientos brillantes eran como el pico abierto de un pájaro de cristal, y la luz centellaba entre sus dientes. Sheppard se aferró a la seguridad del dosel del bosque, alabeando el Cessna entre las vastas bandadas de flamencos y oropéndolas que se dispersaban a su paso. En Titusville, un coche de policía avanzaba por una de las escasas calles despejadas, pero nadie más sentía la tentación de salir y los pocos habitantes descansaban en sus dormitorios mientras el bosque trepaba por la península de Florida y se cerraba a su alrededor.

Entonces, casi a la sombra de la plataforma de lanzamiento del Apolo 12, Sheppard divisó la discoteca. Asombrado por su fachada de neón, detuvo el motor del Cessna. Las ruedas rozaban ya las frondas de las palmeras cuando Sheppard abrió el paso de combustible y el avión dio un brinco salvador y comenzó otro recorrido. La discoteca estaba en un claro del bosque junto a una ensenada poco profunda de Banana River, cerca de una caseta de vigilancia, al final de una pista de hormigón. El

bosque avanzaba sobre la discoteca por tres de sus lados, un aviario chillón de periquitos y guacamayos, el paraíso de fin de semana de algún magnate desaparecido tiempo atrás.

Mientras las aves se lanzaban sobre el parabrisas, Sheppard vio dos figuras que corrían hacia el bosque, una mujer calva, con la bata gris de un hospital, seguida por un hombre con el familiar rostro moreno y el paso firme de un guardia de una prisión privada. A pesar de su edad, la mujer corría con agilidad por el suelo y casi parecía volar. Aturdida por el ruido del Cessna, sus manos blancas dirigían ademanes desconsolados a los guacamayos sobresaltados, como si esperara que le prestaran su plumaje chillón para cubrir su cráneo desnudo.

Intentando reconocer en este desquiciado personaje a su esposa, Sheppard se alejó para realizar otro recorrido y perdió la orientación en el laberinto de ensenadas y pistas de hormigón que había bajo el dosel del bosque. Cuando volvió a ver la discoteca, redujo la velocidad y planeó sobre los árboles, solo para descubrir su rumbo de planeo bloqueado por un planeador de tracción humana que había despegado desde el claro del bosque.

Del doble del tamaño del Cessna, este crujiente armazón de película plástica y cuerdas de piano se balanceaba de derecha a izquierda delante de Sheppard, intentando distraerlo. Deslumbrado por su propia hélice, Sheppard ladeó el avión y adelantó el planeador, con lo cual pudo vislumbrar a Martinsen, con su negra barba, pedaleando intensamente en el interior de su envoltorio transparente, como un pez desesperado suspendido del cielo. Entonces, al sobrepasar aquel su propia estela, la rama de un roble que se proyectaba desde el dosel había golpeado al Cessna. Las filosas astas habían rasgado la tela del ala de estribor y arrancado la puerta del pasajero. Aturdido por el estruendo del aire, Sheppard condujo la nave herida hasta Cocoa Beach y la hizo aterrizar pesadamente sobre la playa húmeda, dentro del diagrama de una inmensa rapaz que Martinsen había grabado para él, en la arena, esa mañana.

Las olas entraban en la cabina abierta del Cessna, arrojando una espuma fría en los tobillos de Sheppard. Unos faros se acercaron por la playa y un todoterreno del gobierno llegó velozmente hasta la orilla del agua, a unos cien metros de la avioneta. La joven conductora estaba de pie, apoyada en el parabrisas, y le gritaba algo por encima de los faros.

Sheppard se quitó el arnés, remiso aún a abandonar el Cessna. La noche había llegado desde el mar y ahora cubría el desartalado pueblo costero, pero todo estaba iluminado aún con la misma luminiscencia que había visto desde el aire, un torrente de fotones que fluía del pabellón del bosque donde tenían prisionera a su esposa. Las olas que bañaban la hélice del Cessna, los bares y moteles desiertos de la playa, las silenciosas plataformas de lanzamiento del centro espacial, estaban decorados con millones de luces diminutas, señales que indicaban los perfiles de un nuevo reino a la

espera de reconstituirse a su alrededor. Pensando en la discoteca, Sheppard contemplaba la oscuridad repleta de luciérnagas que envolvía Cabo Kennedy. Él ya sospechaba que este era el primer atisbo de un pequeño rincón de la ciudad magnética, un suburbio de ese mundo más allá del tiempo que estaba a su alrededor y en su interior.

Manteniendo esta imagen en la mente, forzó la puerta del avión contra la corriente y saltó al agua que ya le alcanzaba la cintura, mientras el resto de la noche llegaba sobre las olas. Encandilado por los faros del todoterreno, sintió las enfurecidas manos de Anne Godwin sobre sus hombros y cayó de cabeza en el agua. Mientras la falda flotaba alrededor de sus caderas, la joven lo arrastró como si fuera un piloto ahogado hasta la playa, donde lo retuvo en la arena tibia mientras el mar se apresuraba en las gargantas plateadas del gran pájaro cuyas alas los envolvían.

Sin embargo, pese a todas las confusiones del vuelo, al menos había salido de la habitación. Tres meses antes, cuando Sheppard llegó a Cocoa Beach, había irrumpido en el primer motel que le salió al paso y se había encerrado para siempre en la seguridad de un dormitorio a oscuras. El viaje desde Toronto había sido una sucesión pesadillesca de apeaderos, largos retrasos en garajes de autobús y oficinas de alquiler de coches semiabandonados, nauseabundos trayectos en taxi derrumbado sobre el asiento trasero detrás de dos pares de gafas oscuras, con el abrigo levantado sobre la cabeza como un fotógrafo victoriano temeroso de su propia lente. A medida que se desplazaba hacia el sur, hacia la luz más vertical, los paisajes de Nueva Jersey, Virginia y las Carolinas le habían parecido tanto chillones como turbios, los pueblos medio vacíos y las carreteras desiertas percibidas con un par de retinas en carne viva, inflamadas por el LSD. En ocasiones parecía estar mirando el interior del sol desde una precaria góndola suspendida en su núcleo, a través de un cristal incandescente semejante al aire que podría haber derretido las polvorientas ventanillas del taxi.

Ni siquiera Toronto, ni la rápida decadencia tras el divorcio de Elaine, le habían advertido acerca de la auténtica medida de esa retracción detrás de sus propias terminales nerviosas. Rodeado por la ciudad desierta, a Sheppard le sorprendía ser uno de los últimos en resultar afectados. A él, este arquitecto de aspecto frío que en realidad escondía una poderosa empatía con las enfermedades psicológicas de los demás. La jaqueca de una secretaria lo enviaba en un inquieto periplo por las oficinas de diseño. A menudo sentía que él mismo había inventado el mundo agonizante que lo circundaba.

Habían pasado ya veinte años desde la aparición de los primeros síntomas de esta extraña dolencia, la llamada «enfermedad espacial». Al principio había afectado solo a una pequeña parte de la población. Arraigó como una enfermedad que se demoraba en los intersticios de las vidas de sus víctimas, en los cambios más ligeros de hábito y conducta. Se presentaban invariablemente la misma resistencia a salir de las habitaciones, la pérdida gradual de peso, y la retracción dentro de un yo aletargado.

Cuando la enfermedad amplió su difusión y afectó al uno por ciento de la población, la causa parecía estar en el adelgazamiento de la capa de ozono que había continuado a un elevado ritmo en los años ochenta y los noventa. Tal vez los síntomas de timidez global y retracción no fueran más que una reacción defensiva frente a los riesgos de la radiación ultravioleta, el equivalente psicológico de las gafas de sol que llevaban los ciegos.

Y siempre estaba la exagerada reacción ante la luz del sol, las erráticas jaquecas y las córneas irritadas que hacían sospechar el origen nervioso de la enfermedad. Había cierta inclinación por los pasatiempos caprichosos y compulsivos: el subrayado obsesivo de ciertas palabras de una novela, la construcción de absurdos rompecabezas aritméticos en una calculadora de bolsillo, la recopilación de fragmentos de programas de televisión en una videograbadora o la reproducción durante horas de ciertas muecas faciales o tomas de escaleras.

Había otro síntoma de la «enfermedad espacial», que se manifestaba en sus etapas terminales, y sugirió tanto su nombre popular como la primera pista real del origen de la enfermedad. Casi sin excepción, las víctimas se convencían de que en algún momento de sus vidas habían sido astronautas. Miles de afectados yacían en salas de hospitales, o en los sórdidos dormitorios de hoteles de mala muerte, a oscuras, sin percatarse del mundo a su alrededor, pero seguros de que alguna vez habían viajado por el espacio a Marte y Venus, o caminado junto a Armstrong en la Luna. Todos ellos, en sus últimos segundos de conciencia, estaban calmos y serenos, y murmuraban como pasajeros somnolientos al inicio de un nuevo viaje, su viaje de regreso al Sol.

Sheppard podía recordar la retracción final de Elaine y la última visita a la clínica de paredes blancas junto al río San Lorenzo. En los dos años transcurridos desde su divorcio solo se habían visto una vez, y él no estaba preparado para la transformación de aquella dentista atractiva y dueña de sí misma en una adolescente soñadora ataviada para su primer baile. Elaine le sonreía alegremente desde su catre anónimo mientras una mano blanca intentaba atraerlo hacia la almohada.

—Roger, pronto nos iremos. Nos marcharemos juntos...

Al alejarse caminando a través de las salas ensombrecidas, oyendo el parloteo de voces que repetían fragmentos del argot espacial extraído de cientos de seriales de televisión, tuvo la sensación de que toda la raza humana comenzaba a embarcarse, preparándose para repatriarse a sí misma en el sol.

Sheppard recordó su última conversación con el joven director de la clínica y el gesto de irritación del agotado médico, menos contra Sheppard que contra él mismo y su profesión.

—¿Un enfoque radical? Supongo que está usted pensando en algo así como la resurrección, ¿verdad? —Viendo el tic suspicaz que cruzaba la mejilla de Sheppard, Martinsen le había cogido el brazo como muestra de comprensión—. Lo siento; era una mujer excepcional. Hablábamos durante horas, sobre usted, gran parte del

tiempo... —Su pequeño rostro, tan intenso como el de un niño desnutrido, se quebró en una sonrisa inexpresiva.

Antes de que Sheppard abandonara la clínica, el joven médico le mostró las fotografías que le había tomado a Elaine en una silla plegable, en el jardín del personal, a comienzos del verano. El primer indicio de un radiante buen humor ya aparecía en sus labios vivaces, como si aquella dentista descarada hubiera estado probando en silencio su propio gas de la risa. Martinsen había quedado muy impresionado con ella.

¿Pero estaba él en la senda equivocada, al igual que toda la profesión médica? Los tratamientos de TEC y privación sensorial, las lobotomías parciales y las drogas alucinógenas parecían ir en la dirección incorrecta. Siempre era mejor tomar a los locos por lo que eran. Lo que Elaine y las otras víctimas intentaban hacer era explorar el espacio, y usaban su enfermedad como una metáfora extrema con la cual construir un vehículo espacial. La obsesión astronáutica era la clave. Eran curiosas las semejanzas de esa enfermedad con los síntomas de retracción que habían exhibido los astronautas originales, en las décadas del programa Apolo, la retirada hacia el misticismo y el silencio. ¿Era posible que viajar al espacio exterior —incluso pensar en ello o verlo por televisión— constituyera un paso evolutivo forzoso de consecuencias imprevisibles? ¿Acaso era como ingerir una clase muy especial y peligrosa de fruto prohibido? Tal vez, para el sistema nervioso central el espacio no era una estructura lineal en absoluto, sino un modelo de una condición avanzada del tiempo, una metáfora de la eternidad y estaban muy equivocados al desear captarla...

Mirando hacia atrás en el tiempo, Sheppard se daba cuenta de que había pasado años esperando que los primeros síntomas de la enfermedad se manifestaran en él, que había estado demasiado ansioso de que lo enrolaran en el gran viaje hacia el Sol. En los meses anteriores al divorcio había observado cuidadosamente los signos característicos: la pérdida de peso y apetito, su rechazo tanto del personal como de los clientes en su estudio de arquitectos, su renuencia cada vez mayor a salir, los sarpullidos alérgicos en la piel que surgían cuando se exponía, siquiera unos pocos segundos, a la luz del Sol. Se sumó a las expediciones de Elaine al Parque Algonquino y pasó fines de semana enteros encerrado en el útero cromado de la caravana Airstream, la cual se parecía a la cápsula de un astronauta.

¿Acaso Elaine intentaba provocarlo? Ella detestaba su ensimismamiento forzado, sus interminables juegos con los relojes y las locuras arquitectónicas y, sobre todo, su interés en la pornografía. Este siniestro pasatiempo le había surgido de su peculiar obsesión con los surrealistas, una escuela de pintores de la que le habían ocultado la totalidad de su educación y su propia mentalidad. Por algún motivo, miraba durante horas las reproducciones de Turín, de Chirico, con sus pórticos vacíos y sus perspectivas inversas, sus augurios de partida. Después estaban las dislocaciones del espacio y el tiempo de Magritte, con sus cielos transformados en bloques rectilíneos, y las anatomías biomórficas de Dalí.

Estas últimas lo habían conducido a su obsesión con la pornografía. Sentado en el dormitorio a oscuras, con las persianas bajadas para ocultar el sol que se aferraba a los balcones del condominio, miraba día y noche los vídeos de Elaine en su tocador y en el baño. Reproducía infinitamente los zums y las ampliaciones de Elaine sentada en el bidé, secándose en el borde de la bañera, examinando con el ceño fruncido y esperanzado la geometría de su seno derecho. Las imágenes ampliadas de este inmenso hemisferio, sus curvas extendidas entre los dedos de Sheppard, resplandecían en las paredes y el techo del dormitorio.

Al final, hasta la tolerante Elaine se había rebelado.

—Roger, ¿qué te estás haciendo? ¿Y qué me estás haciendo? Has convertido este dormitorio en un cine porno, en el que yo soy la estrella. —Ella le sostuvo la cara, comprimiendo veinte años de cariño en sus desesperadas manos—. ¡Por Dios, ve a ver a alguien!

Pero Sheppard ya lo había hecho. Al final, al cabo de tres meses, quien se había marchado era Elaine. Más o menos al mismo tiempo que él cerraba su oficina y despedía de forma sumaria a su agotado personal, ella hacía las maletas y salía a la dudosa seguridad de la brillante luz del sol.

Poco después, el trauma espacial enrolaba a otro pasajero.

Sheppard la había visto por última vez en la clínica de Martinsen, pero al cabo de solo seis meses había recibido noticias acerca de su notable recuperación, sin duda una de esas remisiones temporales que en ocasiones liberaba a los casos terminales de sus camas de hospital. Martinsen había abandonado su puesto en la clínica, pese a las críticas expresas de sus colegas y las acusaciones de falta de ética laboral. Elaine y él habían dejado Canadá y se habían mudado al sur, hacia el cálido invierno de Florida, y ahora vivían cerca del viejo centro espacial, en Cabo Kennedy. Ella estaba levantada y andando; se había deshecho milagrosamente de las profundas fugas.

Al principio, Sheppard era escéptico y suponía que el joven neurocirujano se había obsesionado con Elaine e intentaba un tratamiento peligroso y radical, en un descaminado intento de salvarla. Se imaginaba a Martinsen raptando a Elaine, levantando de su cama de hospital a esta mujer somnolienta, pero aún hermosa, y llevándola en brazos hasta su automóvil, partiendo hacia la rigurosa luz de Florida.

Sin embargo, Elaine parecía estar bien. Durante este período de aparente recuperación escribió varias cartas a Sheppard describiéndole la belleza oscura, enojada, del exuberante bosque que rodeaba su hotel vacío, con su vista del Banana River y las oxidadas plataformas de lanzamiento del centro espacial abandonado. Leyendo su última carta bajo la severa luz de la primavera de Toronto, a Sheppard le parecía que toda Florida se estaba transformando para Elaine en una vasta réplica de las cavernosas grutas de Gustave Moreau, un reino de palacios opalescentes y animales heráldicos.

... Ojalá pudieras estar aquí, Roger, este bosque está inundado de una



profunda luz marina, casi como si las oscuras lagunas que alguna vez cubrieron la península de Florida hubieran regresado del pasado sumergiéndonos otra vez. Hay extrañas criaturas que parecen salidas de la superficie del Sol. Mirando el río, esta mañana, vi realmente un unicornio caminando sobre el agua, sus cascos tenían herraduras de oro. Philip ha acercado mi cama a la ventana y me paso el día ahí, asomada, llamando a los pájaros, especies que jamás he visto antes, que parecen provenir de un extraordinario futuro. Ahora estoy segura de que nunca abandonaré este lugar. Ayer, mientras cruzaba el jardín, descubrí que iba vestida de luz, una vaina de escamas doradas que caía de mi piel hacia la hierba resplandeciente. La intensa luz del sol hace extraños trucos con el tiempo y el espacio. Estoy segura de que aquí hay una nueva clase de tiempo, que fluye de alguna forma del antiguo centro espacial. Cada hoja y cada flor, hasta el bolígrafo que tengo en mi mano y estas líneas que te escribo están circundadas de aureolas de sí mismos.

Ahora todo se mueve con gran lentitud; parece que un pájaro tardara todo el día cruzar el cielo. Empieza como un pájaro pequeño y desgarbado y se transforma en una criatura extravagante con un plumaje y unos adornos comparables a los de un ave lira. Me alegra que hayamos venido, aun cuando en aquel momento atacaron a Philip. Venir aquí era mi última oportunidad, afirma él. Recuerdo que dijo que debemos aprovechar la luz y no temerle. Creo que ha conseguido mucho más de lo que ha sacrificado, y que está muy cansado, el pobrecillo. Teme que me quede dormida, dice que cuando sueño intento transformarme en un ave. Desperté esta tarde junto a la ventana y él me estaba reteniendo, como si yo hubiera estado a punto salir volando para siempre hacia el bosque.

Ojalá estuvieras aquí, cariño, es un mundo que podrían haber inventado los surrealistas. Sigo pensando que te encontraré en algún lugar...

Adjunta a la carta había una nota de Martinsen, en la que le notificaba que Elaine había muerto al día siguiente, y que le habían enterrado en el bosque, cerca del centro espacial, tal como era su voluntad. El certificado de defunción estaba refrendado por el cónsul canadiense en Miami.

Una semana más tarde, Sheppard cerró el apartamento de Toronto y partió hacia Cabo Kennedy. Durante el año anterior había esperado con impaciencia que la enfermedad lo afectara, listo para proclamar su desafío. Como todos los demás, casi no salía durante el día, pero a través de las persianas, la visión de esta ciudad vacía e iluminada por el sol, que únicamente despertaba a la vida en el crepúsculo, impulsaba a Sheppard a realizar toda clase de nerviosas actividades. Salía al fulgor del mediodía y vagaba entre los edificios de oficinas desiertos, adoptando estilizadas poses en los

silenciosos muros cortina. Unos pocos policías y taxistas muy encapuchados lo miraban como espectros sobre el suelo de un horno. Pero a Sheppard le gustaba jugar con sus propias obsesiones. Sin pensarlo, corría alrededor del apartamento y abría las persianas, convirtiendo las habitaciones en una sucesión de cubos blancos, otras tantas máquinas para crear una nueva clase de tiempo y espacio.

Pensando en lo que Elaine había dicho en su última carta, y hasta ahora decidido a no llorar por ella, partió ansioso en su viaje al sur. Demasiado excitado para conducir él mismo, y temeroso de la luz cada más vertical, viajó en autobús, en una limusina alquilada y en taxi. Elaine siempre había sido una observadora precisa, y él estaba convencido de que cuando llegara a Florida pronto la rescataría de Martinsen y encontraría reposo para ambos en aquel bosque esmeralda.

En realidad, solo encontró un mundo de polvo andrajoso y abandonado, piscinas vacías y silencio. Con el fin de la era espacial, treinta años antes, los pueblos costeros cercanos a Cabo Kennedy habían sido abandonados al bosque invasor. Titusville, Cocoa Beach y las antiguas áreas de lanzamiento constituían ahora una zona de desastre psíquico, una región de mal agüero. Filas de bares y moteles desiertos bajo el sol, con carteles que parecían juguetes herrumbrados. Junto a las bellas casas que habían sido propiedad de controladores aéreos y astrofísicos, las piscinas vacías eran un lugar de descanso para insectos muertos y gafas de sol rotas.

Protegido por el abrigo sobre su cabeza, Sheppard pagó al desasosegado conductor del taxi. Mientras manipulaba torpemente su cartera, la maleta sin seguro se abrió de golpe, exponiendo su contenido a la mirada perpleja del taxista: una reproducción enmarcada de *La marcha del verano*, de Magritte; un proyector portátil de videocasetes, dos latas de sopa, un conjunto de seis revistas *Kamera Klassic* muy hojeadas, un grupo de casetes con la etiqueta *Elaine/Cabina de ducha 1-XXV*, y una selección en rústica de los *Cronogramas*, de Marey.

El conductor asintió meditabundo:

—¿Muestras? ¿Qué es todo eso, exactamente, un equipo de supervivencia?

—De un tipo especial. —Sin percatarse de ningún matiz irónico en la voz del conductor, Sheppard le explicó—: Son el dispositivo de ignición para una máquina del tiempo. Le haré una...

—Ya es demasiado tarde. Mi hijo... —Con una sonrisa a medias, el taxista subió el cristal y se marchó hacia Tampa entre una nube de polvo vidrioso.

Escogió el Motel Starlight al azar. Sheppard entró en una cabaña intacta que daba a una piscina vacía; era el único huésped, además del viejo retriever que dormitaba en la escalera de la oficina. Cerró las persianas y pasó los dos días siguientes descansando en la oscuridad, en una cama que olía a humedad, con la maleta junto a él, y el «equipo de supervivencia» que lo ayudaría a encontrar a Elaine.

Al anochecer del segundo día, abandonó el lecho y fue hasta la ventana para mirar con cuidado Cocoa Beach por primera vez. A través de las persianas de plástico observó las sombras que bisecaban la piscina vacía, dibujando una diagonal

interrumpida sobre el suelo inclinado. Recordó sus breves palabras al taxista. La compleja geometría de este reloj de sol tridimensional parecía contener los códigos de funcionamiento de una primitiva máquina del tiempo, repetida cien veces en todas las piscinas vacías de Cabo Kennedy.

Alrededor del motel estaba el destartado pueblo costero, sus tiendas y bares abandonados, protegidos del crepúsculo subtropical por los parasoles rosáceos de las palmeras que emergían de las calzadas y las aceras cuarteadas. Más allá de Cocoa Beach estaba el Centro Espacial, con sus oxidadas plataformas de lanzamiento, como viejas heridas en el cielo. Observándolas a través del cristal arenoso, Sheppard se percató por primera vez de la curiosa ilusión de que él había sido astronauta, tendido en su diván ergonómico en lo alto del gigantesco cohete, vestido con un traje plateado... Una idea absurda, pero el recuerdo había surgido de algún lugar. A pesar de ser aterrador, el Centro Espacial era una zona magnética.

Pero ¿dónde estaba el mundo visionario que Elaine le había descrito, repleto de pájaros enjorjados? El viejo golden retriever que dormía bajo el trampolín jamás andaría sobre Banana River con herraduras de oro.

Aunque rara vez dejaba la cabaña durante el día —el sol de Florida todavía era demasiado intenso para intentar una confrontación abierta—, Sheppard se obligó a ordenar los elementos de una vida organizada. Primero, comenzó a cuidar mejor su cuerpo. Había perdido peso durante años, parte de una decadencia que nunca había intentado enmendar. De pie ante el espejo del baño, contemplaba su desagradable reflejo: sus hombros exangües, sus brazos amarillentos y las manos inertes, pero el rostro de un fanático, la piel sin afeitar extendida entre los puntos huesudos de su quijada y sus pómulos, las órbitas como entradas a túneles olvidados desde los cuales resplandecían dos luces penetrantes. Todos tenían una imagen de sí mismos que databa de hacía diez años, pero Sheppard sentía que se estaba haciendo viejo y joven a la vez: sus yoes pasados y futuros habían acordado una misteriosa cita en ese dormitorio de motel.

Con todo, se obligó a beber la sopa fría. Necesitaba estar lo bastante fuerte como para conducir un coche, cartografiar los bosques y las pistas de Cabo Kennedy, tal vez alquilar una avioneta y realizar una inspección del centro espacial.

Al anoecer, cuando el cielo parecía inclinarse y, gracias a Dios, deslizar su cargamento de nubes magentas hacia el golfo de México, Sheppard dejaba el hotel y buscaba alimentos entre las tiendas y supermercados abandonados de Cocoa Beach. Unos pocos pobladores más ancianos vivía en las calles laterales invadidas por las plantas, y aún había un bar abierto para los infrecuentes visitantes. En los coches herrumbrados dormían menesterosos y algún vagabundo merodeaba como un Crusoe esquizofrénico entre las palmeras y los tamarindos silvestres. Estos ingenieros del centro espacial, retirados mucho tiempo atrás, rondaban las tiendas con sus harapos blancos, titubeando eternamente respecto de cruzar o no las calles sombrías.

Mientras transportaba un cargador de baterías que había cogido en una tienda

desocupada, Sheppard casi tropieza con un antiguo controlador de misiones que había aparecido en televisión a menudo durante la campaña para evitar la disolución de la NASA. Con su rostro inexpresivo y los ojos velados por los recuerdos de trayectorias olvidadas, el hombre recordaba a uno de esos maniqués de Chirico cuyas cabezas estaban grabadas con fórmulas matemáticas.

—No... —Se apartó tambaleándose y dirigió una mueca a Sheppard. Las descabelladas líneas de fractura de su rostro formaban el álgebra de un futuro irrealizable—. Otra vez... diecisiete segundos... —Se alejó a trompicones hacia la penumbra, tentando las palmeras con una mano, preocupado con su cuenta regresiva privada.

En general eran solitarios, huéspedes crepusculares de los moteles abandonados en los que ningún alquiler sería cargado jamás a ninguna cuenta y ningún recuerdo sería reintegrado. Todos evitaban el centro de ayudas del gobierno situado junto al garaje de autobuses. Esta unidad, compuesta por una psicóloga de la Universidad de Miami y dos estudiantes de posgrado, distribuía paquetes de comida y medicinas a los ancianos pobladores que dormían en sus ruinosos porches. También estaba entre sus tareas recoger a los vagabundos y persuadirlos de que ingresaran en el hospicio estatal de Tampa.

En este tercer anochecer, mientras saqueaba el supermercado local, Sheppard advirtió la mirada alerta de la joven psicóloga que lo observaba por encima del polvoriento parabrisas de su todoterreno.

—¿Necesita ayuda para quebrantar la ley? —Se acercó y atisbó la caja que Sheppard traía en sus brazos—. Soy Anne Godwin, hola. Pasta de aguacate, pudin de arroz y anchoas: tiene todo lo que necesita para un banquete de medianoche. Pero ¿qué le parece un buen filete? A juzgar por su aspecto, le iría bien, de veras.

Sheppard intentó eludirla.

—No se preocupe. Estoy aquí de vacaciones con trabajo... Un proyecto científico.

Ella le dirigió una mirada inteligente.

—Nada más que otro visitante estival, aunque todos ustedes tienen un doctorado; los inmigrantes mantenidos de la era espacial. ¿Dónde se aloja? Lo llevaré de regreso.

Mientras Sheppard forcejeaba con la pesada caja, ella hizo señas a los estudiantes, que caminaban por la calzada en sombras. En ese momento, un Chevrolet herrumbroso dobló entrando en la calle, con un hombre de barba y chambergo detrás del volante. Obstaculizado por el todoterreno, detuvo el pesado turismo para dar marcha atrás, y Sheppard reconoció al joven médico que había visto por última vez en la escalera de la clínica situada sobre el río San Lorenzo.

—¡Doctor Martinsen! —Anne Godwin gritó a la vez que soltaba el brazo de Sheppard—. Quiero hablar con usted, doctor. ¡Espere...! Esa receta que me ha dado... Supongo que ha entrado en la menopausia...

Martinsen aporreó la palanca de cambios. En apariencia solo le interesaba eludir a

Anne Godwin y sus preguntas. Entonces vio los ojos alerta de Sheppard que lo contemplaban por encima de la caja. Se detuvo y le devolvió la mirada, con la expresión franca y casi impaciente de un viejo amigo que ya hace tiempo que ha hecho las paces con una antigua traición. Se había dejado la barba como si deseara esconder alguna enfermedad de la boca o de la mandíbula, pero su rostro parecía casi adolescente y, a la vez, envejecido por una extraña fiebre.

—Doctor... he denunciado... —Anne Godwin llegó al coche de Martinsen, quien hizo un tibio intento de ocultar un haz de varillas de bronce para cortinas que llevaba en el asiento del pasajero. ¿Planeaba Martinsen decorar el bosque con tejidos de valor incalculable? Antes de que Sheppard pudiera preguntárselo, Martinsen puso la marcha y se alejó a gran velocidad, y le hirió la mano a Anne Godwin con el espejo retrovisor.

Pero al menos sabía que Martinsen estaba ahí, y su breve encuentro permitió a Sheppard escurrirse de Anne Godwin. Seguido por el tambaleante retriever, Sheppard llevó sus vituallas al motel, y ambos disfrutaron de una sabrosa merienda junto a la piscina vacía.

Sheppard ya se sentía con más fuerzas, y confiaba en que pronto rastrearía a Martinsen y rescataría a Elaine. A la semana siguiente se pasó las mañanas durmiendo y las tardes reparando el viejo Plymouth que se había llevado de un taller local.

Tal como Sheppard había imaginado, Martinsen no tardó en reaparecer. Una cometa pequeña, con forma de pájaro, empezó a realizar vuelos regulares sobre el cielo sobre Cocoa Beach. El hilo plateado que la sostenía se perdía en el bosque, en algún lugar hacia el norte del pueblo. Otras dos cometas la siguieron, y el trío se balanceaba en el cielo plácido, remontado por algún aficionado desde el bosque.

En los días posteriores, comenzaron a aparecer otros símbolos de aves en las calles de Cocoa Beach, toscas palomas de Picasso dibujadas con tiza en las fachadas de las tiendas, sobre los techos polvorientos de los coches y en el limo mezclado con hojas del fondo de la piscina del Starlight; todos ellos, supuestamente, mensajes crípticos de Martinsen.

Entonces, ¿el neurocirujano intentaba atraerlo hacia el bosque? Por último, hacia el final de una tarde, Sheppard cedió a la curiosidad y condujo hasta el campo aéreo de Titusville. El desastrado aeródromo recibía poco tráfico y un piloto comercial retirado cabeceaba en la oficina polvorienta bajo un cartel que publicitaba paseos por el Cabo.

Tras un breve regateo, Sheppard alquiló un avión Cessna monomotor y despegó hacia el ocaso. Realizó un cuidadoso reconocimiento del antiguo centro espacial hasta que por fin vio la discoteca en el bosque y la penosa imagen de aquel extraño espectro calvo que corría entre los árboles. Entonces Martinsen lo había sorprendido con el planeador de propulsión humana, con la obvia intención de emboscar a Sheppard y obligarlo a realizar un aterrizaje de emergencia en el bosque. Sin

embargo, Sheppard había escapado y conseguido llegar, aunque a duras penas y con la marea creciente, hasta la playa de Cocoa Beach. Anne Godwin prácticamente lo había sacado a la rastra del avión inundado, pero él se las había arreglado para tranquilizarla y escabullirse al motel.

Ese anochecer, descansaba en su silla junto a la piscina, mirando los vídeos de su mujer proyectados sobre la pared de la parte profunda de la piscina. En algún lugar de esas íntimas conjunciones de carne y geometría, de memoria, ternura y deseo, estaba la clave del aire vívido, del tiempo y el espacio nuevos que los primeros astronautas habían desvelado aquí, en Cabo Kennedy, y que él había atisbado desde la cabina de la avioneta ahora sumergida.

Se durmió al amanecer, solo para ser despertado dos horas después por un cambio repentino en la luz del dormitorio a oscuras. Un eclipse solar en miniatura. La luz vacilaba y temblaba en la ventana. Tendido en la cama, Sheppard vio la silueta de un rostro de mujer y cabellos emplumados proyectados sobre las persianas plásticas.

Arrostrando la luz ávida de la mañana y todo desagradable sarpullido fóbico, Sheppard abrió las persianas. A sesenta metros de distancia, suspendida sobre las sillas del extremo lejano de la piscina, una cometa tripulada pendía del aire. La figura pintada de una mujer alada se recortaba contra el disco solar, con los brazos extendidos a lo largo de los paneles de lona. Su sombra se agitaba sobre las persianas de plástico a pocos centímetros de los dedos de Sheppard, como si pidiera entrar a la seguridad del dormitorio oscurecido.

¿Le ofrecía Martinsen un vuelo en esta cometa gigantesca? Con los ojos protegidos detrás de sus gruesas gafas, Sheppard abandonó la cabaña y se dirigió a la piscina vacía. Ya era hora de poner en práctica su modesto reto al sol. La cometa flotaba sobre él, ondeando débilmente; el cable plateado que la sostenía desaparecía detrás de un embarcadero situado a un kilómetro por la playa.

Sheppard avanzó confiado por la carretera de la playa. Durante la noche, el Cessna había desaparecido, arrastrado por el mar. Detrás del cobertizo, quien manejaba la cometa recogía el cable en un enorme carrete, y la sombra de la mujer seguía a Sheppard, con la estela emplumada de sus cabellos a sus pies. Ya tenía la certeza de que encontraría a Martinsen entre los barcos abandonados, recogiendo el ambiguo mensaje, fuera cual fuera, que había remontado en el aire feroz.

Casi pisando la sombra de la mujer, Sheppard se detuvo para observar alrededor. Después de tantas semanas y meses evitando la luz del día, se sentía inseguro con respecto a las perspectivas excesivamente iluminadas, del vaivén del mar en los bordes de su mente, las lenguas de agua que, como la de un animal traicionero, lamían la playa. Sheppard le hizo caso omiso a todo aquello y echó a correr por el camino. No había nadie. Quien remontaba la cometa se había escabullido entre las calles repletas de palmeras.

Sheppard arrojó sus gafas de sol y levantó los ojos. Le sorprendió que el cielo

estuviera mucho más cerca de él de lo que recordaba. Parecía casi vertical, construido con bloques cúbicos de casi dos kilómetros de ancho, la pared de una vasta pirámide invertida.

A sus pies, las olas se apresuraban sobre la arena mojada, como adulonas cortesananas de este palacio de luz. La playa parecía oscilar, la carretera invertir su peralte. Se detuvo para afirmarse contra el techo de un automóvil abandonado. Le escocían las retinas, heridas por miles de agujas. Un brillo febril se elevó desde los tejados de los bares y los moteles, de los herrumbrosos carteles de neón y del polvo pétreo bajo sus pies, como si todo el paisaje estuviese al borde de la ignición.

El cobertizo se inclinaba hacia él mientras su techo oscilaba de un lado a otro. Las cavernosas puertas se abrieron de forma abrupta, como las paredes de una montaña vacía. Sheppard retrocedió, cegado un instante por la oscuridad, y la silueta de un hombre alado saltó de las sombras y pasó velozmente a su lado, alejándose por la arena, hacia la seguridad del bosque cercano. Sheppard vio el rostro barbado bajo el casco emplumado, las alas de lona, montadas sobre un bastidor de madera, amarradas a los brazos del hombre. Agitándolas arriba y abajo como un aviador excéntrico, corría entre los árboles, estorbado antes que ayudado por sus torpes alas, una de las cuales se desprendió de su hombro al chocar contra las palmeras. El hombre desapareció entre los árboles, saltando aún, arriba y abajo, en un intento de remontarse con su única ala.

Demasiado sorprendido para reírse de Martinsen, Sheppard corrió detrás de él. Siguió la línea de cable metálico que se desenrollaba detrás el neurocirujano. La cometa tripulada se había abatido sobre el techo de una droguería cercana, pero Sheppard no le hizo caso y continuó corriendo por las calles estrechas. El cable llegó a su fin bajo la rueda trasera de un camión abandonado, pero Sheppard ya había perdido a Martinsen.

Había símbolos de aves por todas partes, dibujados con tiza sobre las vallas y los troncos de los árboles, cientos de ellos, formando un ominoso aviario, como si Martinsen intentara intimidar a los habitantes originales del bosque y expulsarlos del Cabo. Sheppard se sentó en el peldaño de la puerta del camión, sosteniendo en sus dedos el extremo cortado del cable de la cometa.

¿Por qué llevaba Martinsen ese disfraz ridículo, intentando convertirse en un pájaro? Hasta había construido una trampa para pájaros al final del camino, una trampa lo bastante grande como para atrapar un cóndor o un pequeño hombre alado; una jaula del tamaño de una caseta de jardín, con uno de sus lados levantados, sostenido precariamente por cañas de bambú. Protegiéndose los ojos del resplandor, Sheppard subió al capó del camión y se orientó. Se había metido en una zona de Cocoa Beach que le resultaba poco familiar, un laberinto de caminos invadidos por el bosque. Se había adentrado mucho en esa zona de luz vibrante que había visto desde el Cessna, el velado farol que parecía extenderse desde el centro espacial, iluminando todo lo que tocaba. La luz era más profunda, pero más reverberante, como si cada

hoja y cada flor fueran ventanas de un horno.

Frente a él, en la fila de bares y moteles destartalados, había una curiosa lavandería automática. Situada entre una tienda de electrodomésticos con las puertas y las ventanas tapiadas, y una cafetería abandonada, la lavandería parecía un templo en miniatura con su tejado dorado, sus puertas cromadas y sus ventanas de cristales finamente grabados. Toda la estructura estaba bañada por una profunda luz interior, como una gruta iluminada por lámparas en una calle de altares.

La misma extravagante arquitectura se repetía en los caminos cercanos que se perdían en el bosque. Una tienda de telas, una gasolinera y un lavadero de coches brillaban a la luz del sol, diseñados, aparentemente, por algún grupo de visitantes aficionados a la exploración del espacio, provenientes de Bangkok o Las Vegas. Tapizadas de tamarindos y musgo negro, las torres doradas y las ventanas metalizadas formaban un suburbio enjorado del bosque.

Abandonando la búsqueda de Martinsen, quien para entonces podía estar en la cima de las plataformas de lanzamiento de los cohetes Apolo, Sheppard decidió regresar a su motel. Estaba agotado, como si su cuerpo estuviera enfundado en una pesada armadura. Entró en el edificio situado junto a la cafetería, sonriendo al ver el estrafalario interior de esta modesta lavandería automática. Las lavadoras estaban dentro de glorietas de hierro forjado y vidrios dorados, una sucesión de capillas apartadas para el culto de los monos y los tejanos de los ingenieros espaciales.

Una luz rubí resplandecía alrededor de Sheppard, como si el edificio vibrara por un suave temblor de tierra. Sheppard tocó la pared de cristal con una mano, y se llevó una sorpresa cuando su palma pareció fundirse con la superficie, como si ambas fueran imágenes proyectadas en una pantalla. Sus dedos temblaron, cien contornos superpuestos el uno sobre el otro. Sus pies redoblaron contra el suelo, enviando las mismas rápidas corrientes a través de sus piernas y sus caderas, como si se estuviera transformando en una imagen holográfica de sí mismo. En el espejo, sobre el escritorio de metal de la cajera, que ahora era un trono bizantino, él resplandecía como un arcángel. Cogió un pisapapeles del mostrador, una trémula joya de vibrante coral que se derramó súbitamente en su propio mar rojo. La luz rubí que irradiaba de todas las superficies dentro de la lavandería automática se alimentaba del torrente sanguíneo de Sheppard, al fundirse en ese parpadeo de imágenes múltiples.

Mirando sus manos translúcidas, Sheppard salió del edificio y echó a andar por la calle, bajo la intensa luz del sol. Del otro lado de las vallas inclinadas veía las piscinas vacías de Cocoa Beach; complejas geometrías de luz y sombras, plataformas inclinadas que cifraban las entradas secretas de otra dimensión. Había entrado en una ciudad de yantras, diales cósmicos hundidos en la tierra fuera de cada casa y cada motel en beneficio de los devotos viajeros del tiempo.

Las calles estaban desiertas, pero a sus espaldas oyó unos esforzados pasos que le resultaron conocidos. El viejo retriever avanzaba lentamente por la acera, y de su pelaje emanaba un trémulo resplandor dorado. Sheppard lo contempló con la breve



certeza de que estaba viendo el unicornio que Elaine le había descrito en su última carta. Se miró las muñecas y los dedos incandescentes. El sol fundía placas de luz cobriza sobre su piel, vestía sus brazos y hombros con una armadura luminosa. El tiempo se condensaba a su alrededor, mil réplicas de sí mismo, del pasado y el futuro, invadían el presente y se entrelazaban con él.

De sus hombros pendían alas de luz con un plumaje dorado salido del sol, los fantasmas renacidos de sus yoes pasados y futuros enrolados para unirse a él en las calles de Cocoa Beach.

Sobresaltada por Sheppard, una anciana lo contemplaba desde la puerta de una cabaña, junto al embarcadero. Se tocó los cabellos platino con las manos frágiles y se vio transformada de vieja desaliñada en belleza empolvada del Versalles olvidado de su juventud, sus miles de yos más jóvenes de cada día de su vida reunidos a su lado, encendiendo sus mejillas y calentando sus manos reseca como palos. Su anciano esposo la observaba desde su mecedora y la reconocía por primera vez en décadas, él mismo transformado en un conquistador semidormido junto a un océano mágico.

Sheppard les hizo un gesto con la mano, a ellos y a los vagabundos que emergían a la luz del sol desde sus habitaciones en chabolas y moteles, ángeles somnolientos que despertaban a su propia juventud. El flujo de luz a través del aire comenzó a ir más lento, las capas de tiempo superpuestas unas a otras, láminas fusionadas del pasado y el futuro. Pronto la marea de fotones se detendría, el espacio y el tiempo se aquietarían para siempre.

Deseoso de formar parte de ese mundo magnético, Sheppard elevó sus alas y volvió su rostro hacia el sol.

—¿Estaba intentado volar?

Sheppard estaba sentado en su cama, con los brazos fuertemente abrazados a sus rodillas, como alas mutiladas. Cerca, en la habitación a oscuras, estaban las familiares piezas del mobiliario, las reproducciones de Marey y Magritte pegadas en el espejo del tocador, el proyector listo para pasar su negra bobina de película sobre la pared, encima de su cabeza.

Con todo, en la habitación había algo extraño, un camarote que le habían asignado en un misterioso crucero, con esta preocupada joven psicóloga sentada a los pies del lecho. Recordaba el todoterreno en el camino polvoriento, el altavoz atronando hacia la pareja de ancianos y los demás vagabundos en el momento en que intentaban elevarse en el aire como una bandada de ángeles. De repente había regresado a un mundo rutinario, sus yoes pasados y futuros habían huido de él, y se encontró de pie en una calle de chabolas y bares destartalados, como un espantapájaros con un perro viejo. Aturdidos, los vagabundos y la pareja de ancianos se habían pellizcado las mejillas secas y habían regresado a sus dormitorios oscuros.

Así que este era el presente. Sin advertirlo, había pasado toda su vida en esta zona gris y aburrida. Sin embargo, aún tenía el pisapapeles en la mano. Aunque ahora

estaba inerte, alzado hacia la luz comenzó a brillar, convocando su breve pasado e ilimitado futuro junto a sí.

Sheppard sonrió para sí, rememorando las alas traslúcidas, una ilusión, desde luego, producida por el borrón de múltiples yos que se agitaban desde sus brazos y sus hombros, como un inmenso plumaje eléctrico. Pero tal vez en algún momento del futuro se transformara en un hombre alado, un ave de cristal lista para ser atrapada por Martinsen. Se vio a sí mismo encerrado en las trampas para cóndores, soñando con el sol.

Anne Godwin sacudía la cabeza para sí. Se había girado y miraba con evidente desagrado las fotografías pornográficas pegadas en las puertas de los armarios. Las brillantes impresiones y los diagramas geométricos superpuestos a ellas que el extraño ocupante de este motel había dibujado sobre las mujeres que copulaban, como una segunda anatomía.

—Así que este es su laboratorio. Lo hemos estado vigilando durante días. En todo caso, ¿quién es usted?

Sheppard levantó la vista de sus muñecas, y se acordó del fluido dorado que había corrido a través de sus venas, ahora apagadas.

—Roger Sheppard. —Sin pensárselo, añadió—: Un astronauta.

—¿De verdad? —Ella se sentó en el borde de la cama, como una enfermera preocupada, con la tentación de ponerle la palma sobre la frente—. Es sorprendente cuántos de ustedes vienen a Cabo Kennedy... teniendo en cuenta que el programa espacial se canceló hace treinta años.

—¡No ha terminado! —Con calma, Sheppard hizo lo que pudo para corregir a esa joven atractiva aunque confundida. Quería que se marchara, pero descubrió que podría ser de utilidad. Además, se sentía inclinado a ayudarla y liberarla de este mundo gris—. En realidad, hay miles de personas que participan en un nuevo programa espacial; estamos en los inicios de la primera era espacial auténtica.

—¿No de la segunda? ¿Entonces los vuelos de los Apolos fueron...?

—Malinterpretados. —Sheppard indicó las cronofotografías de Marey pegadas en el espejo del tocador, las borrosas fotos secuenciales, tan semejantes a las imágenes de sí mismo que había visto antes de la llegada de Anne Godwin—. La exploración espacial es un capítulo de la geometría aplicada. Tiene muchas afinidades con la pornografía.

—Eso suena siniestro. —Ella se estremeció brevemente—. Estas fotografías tuyas parecen recetas para una clase especial de locura. No debería salir durante el día. La luz del sol inflama los ojos, y la mente.

Sheppard apoyó el rostro contra la pared fría, mientras se preguntaba cómo deshacerse de esta joven psicóloga excesivamente preocupada. Sus ojos recorrieron líneas de luz entre las persianas plásticas. Ya no temía al sol y estaba ansioso por salir de esta habitación oscura. Su auténtico yo pertenecía al brillante mundo del exterior. Aquí sentado, se sentía como una imagen estática en un único cuadro suspendido del

carrete de película colocado en el proyector, en la mesilla de noche. Tenía una sensación de imagen en pausa respecto de toda su vida pasada: su niñez, sus años en la escuela, McGill y Cambridge, sus inicios en el estudio de arquitectos en Vancouver y su noviazgo con Elaine, todo parecía un conjunto de secuencias proyectadas a una velocidad equivocada. Los sueños y ambiciones de la vida cotidiana, las pequeñas esperanzas y los pequeños fracasos, eran intentos de reunir nuevamente estos elementos separados en una totalidad. Las emociones eran las líneas de tensión de esta red de sucesos demasiado estirada.

—¿Se siente usted bien? Pobre hombre, ¿no puede respirar?

Sheppard se percató de la mano de Anne Godwin sobre su hombro. Había apretado sus dedos alrededor del pisapapeles con tanta fuerza que tenía el puño blanco. Relajó la mano y le mostró a Anne Godwin la flor de vidrio. Se dirigió a ella en tono despreocupado:

—Aquí hay una arquitectura curiosa: gasolineras y lavanderías de autoservicio que parecen templos siameses. ¿Las ha visto?

Ella eludió su mirada.

—Sí, al norte de Cocoa Beach. Pero no me acerco a esa zona. —Y añadió a regañadientes—: Alrededor del centro espacial hay una luz extraña; una no sabe si debe dar crédito a sus ojos. —Sopesó la flor en su pequeña mano cuyos dedos aún estaban amoratados por el golpe del espejo de Martinsen—. ¿Es ahí donde ha encontrado esto? Parece un fósil del futuro.

—Lo es. —Sheppard extendió la mano y lo recuperó. Necesitaba la seguridad que le daba el objeto; le recordaba el mundo luminoso del cual esta joven lo había despertado. Tal vez ella quisiera reunírsele ahí. Observó su frente firme y la nariz romana, una proa que podría desafiar los vientos del tiempo, y sus hombros anchos, lo bastante fuertes como para soportar un plumaje dorado. Sintió un impulso repentino de examinarla, hacerla protagonista de un nuevo vídeo, explorar los planos de su cuerpo como un piloto que recorre los alerones y el fuselaje de una aeronave desconocida.

Se puso de pie y se dirigió hacia el guardarropa. Sin pensarlo, empezó a comparar el cuerpo desnudo de su esposa con la anatomía de esta joven sentada en su cama, los contornos de sus pechos y muslos, los triángulos de su nuca y su pubis.

—Mire, ¿me permite? —Ella se interpuso entre Sheppard y las fotografías—. No voy a dejarme incluir en este experimento suyo. De todos modos, la policía viene de camino a buscar la avioneta. Entonces, ¿qué es todo esto?

—Lo siento. —Sheppard se contuvo. Con moderación, señaló los elementos de su «equipo», las tiras de película, los cronogramas y las fotos pornográficas, la reproducción de Magritte—. Es un tipo de máquina. Una máquina del tiempo. La alimentación es esa piscina vacía que hay fuera. Estoy intentando construir una metáfora que devuelva la vida a mi esposa.

—Su esposa... ¿cuándo murió?

—Hace tres meses. Pero está aquí, en el bosque, en algún lugar cerca del centro espacial. El hombre que usted vio el otro día era su médico, está intentando transformarse en un ave. —Antes de que Anne Godwin pudiera protestar, Sheppard le tomó el brazo y le indicó la puerta de la cabaña—. Venga, le mostraré cómo funciona la piscina. No se preocupe, solo estará fuera diez minutos; todos hemos temido demasiado al sol.

Cuando llegaron al borde de la piscina vacía ella le cogió el brazo. Su rostro comenzaba a mostrar inquietud bajo la intensa luz. El suelo de la piscina estaba tapizado de hojas y gafas de sol desechadas. El diagrama de un ave resultaba claramente visible.

Sheppard respiraba libremente en el aire encendido de oro. No había cometas en el cielo, pero hacia el norte de Cocoa Beach podía ver el aparato de propulsión humana girando sobre el bosque, remontándose en las corrientes térmicas con sus endebles alas. Sheppard bajó la escalera cromada y se dirigió al extremo poco profundo de la piscina, luego ayudó a bajar a la temerosa joven.

—Esta es la clave de todo —le explicó, mientras ella lo miraba atentamente, protegiéndose los ojos de aquel fulgor aterrador. Se sentía casi eufórico al señalar con orgullo la angulosa geometría de baldosas blancas y sombras—. Es un motor, Anne, de una clase especial. No es casualidad que el centro espacial esté rodeado de piscinas vacías.

Percatándose de una repentina intimidad con esa joven psicóloga y con la certeza de que ella no lo denunciaría a la policía, decidió hacerla su confidente. Mientras caminaban por el fondo inclinado hacia la parte profunda, él le rodeó los hombros con el brazo. Bajo sus pies crujían los cristales negros de docenas de gafas de sol desechadas, parte de los miles de gafas arrojadas en las piscinas vacías de Cocoa Beach, como monedas en una fuente romana.

—Anne, existe una puerta que conduce fuera de esta piscina y estoy intentando encontrarla, una puerta lateral para que todos podamos escapar por ella. Esta enfermedad espacial... en realidad el problema es el tiempo, no es el espacio, como en todos los vuelos Apolo. Creemos que es una forma de locura, pero en realidad puede ser parte de un plan de emergencia establecido hace millones de años, un auténtico programa espacial, una oportunidad para escapar hacia un mundo más allá del tiempo. Hace treinta años abrimos una puerta del universo.

Estaba sentado en el suelo de la piscina vacía, entre las gafas rotas, con la espalda hacia la elevada pared del extremo más profundo, hablando rápidamente para sí, cuando Anne echó a correr pendiente arriba, buscando el botiquín que tenía en el todoterreno. Sheppard sostenía en sus manos blancas el pisapapeles de cristal y su sangre y el sol alimentaban la flor que refulgía con una llamarada roja.

Más tarde, mientras descansaba con ella en su dormitorio del motel, y durante los días que pasaron juntos la semana siguiente, Sheppard le explicó su intento de

rescatar a su esposa, de encontrar la clave de todo lo que sucedía en torno a ellos.

—Anne, tira tu reloj. Abre las persianas. Piensa en el universo como en una estructura simultánea. Todo lo que ha ocurrido y todos los sucesos por venir acontecen a la vez. Podemos morir y, sin embargo, vivir aún, al mismo tiempo. Nuestra percepción de nuestra propia identidad, el flujo de cosas que ocurren a nuestro alrededor, son una especie de ilusión óptica. Nuestros ojos están demasiado juntos. Esos extraños templos en el bosque, los maravillosos animales y aves... tú también los has visto. Todos debemos abrazar el sol; deseo que tus hijos vivan aquí y Elaine...

—Roger... —Anne le quitó la mano de su seno izquierdo. Durante varios minutos, mientras hablaba, Sheppard había estado palpando sus curvas de manera obsesiva, como un ladrón que intentara abrir una caja fuerte. Ella contemplaba el cuerpo desnudo de este hombre obseso, la piel blanca alternada en los codos y el cuello con áreas morenas por la exposición al sol, una geometría de luz y sombra tan ambigua como la de la piscina vacía.

—Roger, ella murió hace tres meses. Tú me enseñaste una copia del certificado de defunción.

—Sí, murió —coincidió Sheppard—. Pero solo en un sentido. Está aquí, en alguna parte, en el tiempo total. Nadie ha muerto realmente jamás. Voy a encontrarla. Sé que me está esperando aquí para que la resucite... —Indicó con gesto moderado las fotografías que había por toda la habitación—. Puede que no parezca gran cosa, pero esta es una metáfora que funcionará.

Durante esa semana, Anne Godwin hizo todo lo que estaba en sus manos para ayudar a Sheppard a construir su «máquina». Se sometía todo el día a la cámara Polaroid, a las películas de su cuerpo que Sheppard proyectaba en la pared, encima del lecho, a las infinitas posturas pornográficas en las que él colocaba sus muslos y su pubis. Sheppard la observaba durante horas a través del visor de su cámara, como si en esas imágenes fuese a encontrar una puerta anatómica, una de las claves de la combinación cuyos otros interruptores eran los cronogramas de Marey, las pinturas surrealistas y las piscinas de natación vacías bajo el sol cada vez más brillante del exterior. Al anochecer, Sheppard la sacaba a la penumbra y la hacía posar junto a la piscina vacía con el torso desnudo, como una mujer de ensueño de un paisaje de Delvaux.

Mientras tanto, el duelo de Sheppard con Martinsen continuaba en los cielos sobre Cabo Kennedy. Tras una tormenta, el Cessna sumergido fue arrojado a la playa por las olas: secciones del ala y la cola, partes de la cabina y el tren de aterrizaje. La reaparición de la avioneta produjo en ambos hombres una actividad frenética. Los diseños de aves se multiplicaron por las calles de Cocoa Beach, pintados con aerosol sobre las fachadas desconchadas de las tiendas. Contornos de pájaros gigantes cubrían la playa, aferrando con sus garras los fragmentos del Cessna.

Y durante todo el tiempo la luz se iba haciendo más brillante, irradiando hacia el

exterior desde el Centro Espacial, inflamando los árboles y las flores, y tapizando las aceras polvorientas con una alfombra de diamantes. Para Anne, este halo siniestro que flotaba sobre Cocoa Beach parecía querer chamuscarle las retinas. Temerosa de las ventanas, se sometió a Sheppard durante esos últimos días. Solo cuando él intentó asfixiarla en un confuso intento de liberar sus yoes pasados y presentes, ella escapó y salió en busca del comisario de Titusville.

Mientras la sirena de la policía se desvanecía por el bosque, Sheppard descansaba contra el volante del Plymouth. Había llegado a la vieja carretera de la NASA que cruzaba Banana River con el tiempo justo para meterse en una vía de acceso abandonada. Relajó los puños, consciente de que las manos aún le dolían por su lucha con Anne Godwin, e intranquilo por ese recuerdo. Ojalá le hubiera dado más tiempo para advertirle a la joven que estaba intentando ayudarla, liberarla de esa carne transitoria y atrapada en el tiempo que él había acariciado con tanto afecto.

Puso en marcha el motor y condujo por la vía de acceso, que ya se había convertido en un irregular sendero del bosque. Aquí, en la isla Merrit, casi bajo la sombra extensa de las grandes plataformas de lanzamiento, el bosque parecía en llamas, un mundo submarino en el cual cada hoja y cada rama pendía, sin peso, a su alrededor. Del sotobosque emergían reliquias de la primera era espacial como fantasmas bajo la luz demasiado intensa: un depósito de combustible esférico dentro de una funda de lianas en flor, propulsores de cohetes derrumbados a los pies de las plataformas abandonadas, un enorme tractor de seis plantas de altura, semejante a un hotel de hierro, cuyas orugas abiertas formaban dos sendas de metal a través del bosque.

Después de quinientos metros, cuando el sendero desapareció bajo una valla colapsada de troncos de palmeras, Sheppard apagó el motor y bajó del automóvil. Ahora que estaba en lo profundo de los terrenos del centro espacial descubrió que el proceso de fusión temporal estaba más avanzado. Las palmeras podridas yacían a su lado, pero estaban vivas otra vez: los complejos pliegues de sus cortezas brillaban con el jade de la juventud, resplandecían con los tintes cobrizos de su madurez forestal, elegantes en la marquetería gris de su vejez.

A través de un claro en el dosel Sheppard vio la plataforma del Apolo 12 que se alzaba entre los robles como el gnomon de un gigantesco reloj solar. Su sombra se extendía por una ensenada plateada de Banana River. Recordando su vuelo en el Cessna, Sheppard calculó que la discoteca estaba a poco más de un kilómetro y medio hacia el noroeste. Echó a andar a través del bosque, saltando de un tronco al otro, evitando las cortinas de musgo negro que colgaban como seductores frescos. Atravesó un pequeño claro junto a un arroyo en el que un gran caimán se mecía satisfecho en un resplandor de luz que emanaba del propio animal, sonriendo para sí mientras sus mandíbulas doradas acariciaban sus yoes pasados y futuros. Vívidos helechos surgían del suelo húmedo, hojas ornamentales estampadas en metal, capa

sobre capa de cobre y verdín, fusionadas unas con otras. Hasta la modesta hiedra rastrera parecía haberse cebado en los cadáveres de astronautas hacía tiempo desaparecidos. Este era un mundo nutrido por el tiempo.

Había símbolos de aves en los árboles, palomas de Picasso garabateadas en cada tronco, como si los hubiera señalado un capataz obsesionado que preparara todo el bosque para un vuelo. Había trampas inmensas, instaladas en los estrechos calveros y obviamente diseñadas para atrapar presas que no eran aves. De pie junto a una de estas cestas sostenidas por varillas de bambú, Sheppard advirtió que todas se orientaban hacia las plataformas de los Apolo. Así pues, quien estaba asustado ya no era Sheppard sino Martinsen, pero temía una criatura aérea que estaba por emerger del corazón del Centro Espacial.

Sheppard arrojó una rama hacia el sensible sostén de la trampa. Hubo un movimiento de fugaz bambú y la pesada cesta cayó entre una nube de hojas, con un destello que reverberó entre los árboles. Casi al mismo tiempo se produjo una actividad frenética en un bosquecillo de palmeras situado a unos cien metros de distancia. Mientras Sheppard esperaba, oculto detrás de la trampa, alguien se acercó a la carrera, un hombre barbado con un raído disfraz de pájaro, medio Crusoe, medio guerrero indio, con brillantes plumas de guacamayo atadas en sus muñecas y gafas de aviador sobre la frente.

Corrió hasta la trampa y la contempló desconsolado. Aliviado al comprobar que estaba vacía, apartó las maltrechas plumas de sus ojos y escudriñó el dosel sobre su cabeza, como si esperara ver a su presa posada sobre una rama cercana.

—¡Elaine...!

El grito de Martinsen era un quejido miserable. Sin saber cómo calmar al neurocirujano, Sheppard se puso de pie.

—Elaine no está aquí, doctor.

Martinsen retrocedió encogiéndose, con su rostro barbado tan pequeño como el de un niño. Tenía la mirada clavada en Sheppard y apenas conseguía controlarse. Sus ojos vagaban por el suelo y el follaje resplandecientes, y sacudía nerviosamente los dedos para quitarse de encima esos contornos borrosos, obviamente aterrado por estos fantasmas de sus otros yoes que ahora se aferraban a él. Dirigió un gesto de advertencia a Sheppard, señalando los múltiples contornos de sus brazos y piernas que formaban una armadura resplandeciente.

—Sheppard, no se detenga. He oído un ruido... ¿Ha visto a Elaine?

—Está muerta, doctor.

—¡Hasta los muertos pueden soñar! —Martinsen asintió con la cabeza; su cuerpo temblaba por la fiebre. Señaló las trampas para pájaros—. Sueña con volar. Las he puesto aquí por si ella intenta escapar.

—Doctor... —Sheppard se acercó al agotado médico—. Déjela volar, si eso es lo que ella quiere; déjela soñar. Y déjela despertar...

—¡Sheppard! —Martinsen retrocedió, horrorizado por la mano eléctrica que

Sheppard alzaba hacia él—. ¡Está intentando regresar de entre los muertos!

Antes de que Sheppard pudiera alcanzarlo, el neurocirujano se volvió. Acomodó sus plumas y echó a correr entre las palmeras, desapareciendo en el bosque con un aullido de dolor y rabia.

Sheppard dejó que se marchara. Ahora sabía por qué Martinsen remontaba cometas y había llenado el bosque con imágenes de aves. Había estado preparando todo el centro espacial para Elaine, transformando esta jungla en un aviario en el que ella se sintiera a gusto. Aterrorizado por la aparición de esta mujer aparentemente alada que despertaba de su lecho de muerte, había abrigado la esperanza de mantenerla, de algún modo, dentro del mundo mágico del bosque de Cabo Kennedy.

Sheppard dejó las trampas y echó a andar entre los árboles, con los ojos fijos en las grandes plataformas, ahora a pocos cientos de metros de distancia. Podía sentir los vientos del tiempo jugar sobre su piel, fundiendo sus otros yoes sobre sus hombros y sus brazos, la transformación, una vez más, en ese ser angélico que caminó por las desastradas calles de Cocoa Beach. Atravesó la pista de hormigón e ingresó en una zona aun más profunda del bosque, un mundo esmeralda adornado con extravagantes frescos, un palacio sin muros.

Casi había dejado de respirar. Allí, en el centro de la región espacial, podía sentir cómo el tiempo se devoraba rápidamente a sí mismo. Los infinitos pasados y futuros del bosque se habían fusionado. Un periquito de larga cola se detuvo entre las ramas sobre su cabeza, un símbolo eléctrico de sí mismo, más espléndido que un pavo real. Una serpiente enojada colgaba de una rama, reuniendo todas las adornadas pieles que había mudado.

Una ensenada de Banana River se deslizaba a través de los árboles, una lengua de plata que yacía pasivamente a sus pies. En la ribera, a cincuenta metros de distancia, estaba la discoteca que había visto desde el Cessna. Sus fachadas luminosas resplandecían contra el follaje.

Sheppard titubeó en la orilla del agua y luego avanzó sobre la superficie dura. Sentía los frágiles pliegues bajo sus pies, como si caminara sobre un suelo de cristal escarchado. Sin tiempo, nada podía perturbar el agua. En la hierba semejante a cuarzo que había delante de la discoteca, una bandada de oropéndolas alzaba vuelo. Pendían en silencio en el aire, con sus abanicos dorados iluminados por el sol.

Sheppard subió por la orilla y caminó hacia ellas. Una inmensa mariposa desplegaba sus alas de arlequín en el aire, detenida en medio del vuelo. Eludiéndola, Sheppard avanzó hacia la entrada de la discoteca donde, sobre la hierba, estaba el planeador de propulsión humana, con su hélice semejante a una refulgente espada. Un ave desconocida se agazapó en el dosel, una extraña especie de quetzal o de tucán poco antes un modesto estornino. Contemplaba su presa, un pequeño lagarto que estaba en la escalera y ahora era una iguana acorazada dentro de sus yos. Como todo en el bosque, ambos se habían transformado en criaturas ornamentales, carentes de toda maldad.



A través de las puertas de cristal, Sheppard se asomó a la glorieta resplandeciente de la discoteca. Comprendió que este exótico edificio alguna vez no había sido más que la vivienda del guardabosques, un escondite de fin de semana para observadores de aves transformado en un casino en miniatura por la luz de estas identidades convergentes. Las mágicas ventanas practicables revelaban una estancia pequeña pero opulenta, un círculo de sillas eléctricas ricamente tapizadas junto a una cocina semejante a las capillas laterales de una iglesia cromada. A lo largo de la pared trasera había un conjunto de jaulas sin usar que un ornitólogo local había dejado ahí unos años antes.

Sheppard abrió las puertas y entró en el sofocante interior. Un olor rancio y desagradable flotaba a su alrededor, no el tufo de las aves, sino el de una carroña expuesta al sol demasiado tiempo.

Detrás de la cocina, oculta en parte por las sombras de las gruesas cortinas, había una gran jaula de barrotes de bronce. Se sostenía sobre una estrecha plataforma y uno de sus extremos estaba cubierto por un pliegue de terciopelo, como si algún mago distraído hubiera estado a punto de realizar un complejo truco con su ayudante y una bandada de palomas.

Sheppard atravesó la estancia, con cuidado de no tocar las sillas resplandecientes. La jaula encerraba una estrecha cama de hospital, con las barreras levantadas y fuertemente atornilladas. Tumbada sobre el colchón desnudo había una mujer mayor, vestida con una bata. Miraba con sus ojos débiles los barrotes situados sobre su cabeza, con el cabello oculto por una toalla blanca que le envolvía firmemente la cabeza. Una mano artrítica aferraba la almohada y la barbilla se proyectaba hacia delante como un cincel. Tenía la boca abierta en un bostezo muerto, un feo rictus que dejaba al descubierto sus dientes asombrosamente uniformes.

Mirando la piel cerosa de este rostro alguna vez familiar, parte de su vida durante tantos años, Sheppard creyó primero que miraba el cadáver de su madre. Pero cuando levantó la cortina de terciopelo, el sol iluminó las coronas de porcelana de sus dientes.

—Elaine...

Ya había aceptado que ella estaba muerta, que había llegado demasiado tarde a este improvisado mausoleo en el cual Martinsen había conservado su cuerpo, encerrándolo en esta jaula mientras intentaba atraer a Sheppard al interior del bosque.

Extendió la mano entre los barrotes y le tocó la frente. Su mano nerviosa desató la toalla, exponiendo la cabeza calva. Pero antes de que pudiera volver a colocarle la tela gris sobre el cráneo, sintió que algo le aferraba la muñeca. La mano derecha de la mujer, una garra de ramas nudosas en las que había expirado toda sensibilidad había cogido la de Sheppard. Sus ojos débiles contemplaron al hombre con sosiego, reconociendo a ese joven esposo sin sorprenderse en absoluto. Sus labios descoloridos se movían sobre los dientes, probando las coronas pulidas, como si se estuviera identificando meticulosamente a sí misma.

—Elaine... He venido. Te llevaré. —Intentando calentarle la mano, Sheppard sintió un alivio inmenso, comprendiendo que todo el sufrimiento y la incertidumbre de los últimos meses, su búsqueda de la puerta secreta, había merecido la pena. Sintió una corriente de afecto por su esposa, una necesidad de darle cauce a todas las emociones guardadas que había sido incapaz de expresar desde su muerte. Había mil y una cosas que decirle, sobre sus planes para el futuro, su salud irregular y, sobre todo, su larga búsqueda por las piscinas vacías de Cabo Kennedy.

Podía ver fuera el planeador, el extraño pájaro que custodiaba la cabaña, ahora resplandeciente, un aura en la cual podrían alejarse volando juntos. Tanteó la puerta de la jaula, aturdido por el resplandor casi funeral que había comenzado a emanar del cuerpo de Elaine. Pero cuando ella se movió y se tocó el rostro, una luz cálida le bañó la piel gris. Su cara se iba ablandando, las puntas huesudas de la frente retrocedían hacia las suaves sienes, su boca perdió la mueca mortal, y se convirtió en el arco brillante de la joven estudiante a quien él había conocido veinte años atrás, sonriéndole desde el otro lado de la piscina del club de tenis. Era otra vez una niña, su cuerpo reseco anegado e irrigado por sus yoes anteriores, una vivaz escolar animada por las imágenes de su pasado y su futuro.

Se incorporó y sus fuertes dedos desataron la oronja mortal que envolvía su cabeza, y sacudiéndola se soltó los rizos húmedos de cabello plateado. Tendió sus manos hacia Sheppard, intentando abrazar a su esposo a través de los barrotes. Sus brazos y hombros ya estaban enfundados en luz, ese plumaje eléctrico que él mismo llevaba ahora, el amante alado de su alada mujer.

Cuando abría la jaula, Sheppard vio que las puertas del edificio se abrían al sol. Martinsen estaba en la entrada, mirando el aire brillante con la expresión sin matices de un sonámbulo despertado de su sueño oscuro. Se había quitado las plumas, y ahora su cuerpo estaba vestido con una docena de relucientes imágenes de sí mismo, refracciones del pasado y el presente vistas a través del prisma del tiempo.

Con un ademán intentó advertir a Sheppard para que se alejara de su esposa. Sheppard ahora tenía la certeza de que el médico había vislumbrado el tiempo de ensueño cuando lloraba a Elaine, en las horas posteriores a su muerte. La había visto revivir de entre los muertos cuando las imágenes de su pasado y juventud llegaron a rescatarla, atraídas por los poderes invisibles del centro espacial. Temía la jaula y al espectro de esta mujer alada que se levantaba de sus sueños al borde de la tumba convocando la legión de sus yoes pasados para resucitarla.

Confiado en que Martinsen lo entendería pronto, Sheppard abrazó a su esposa y la levantó del lecho, anhelando dejar que aquella joven huyera hacia la luz del sol.

¿Era posible que todo esto hubiera estado esperándolos a la vuelta de las esquinas ocultas de sus vidas pasadas? Sheppard estaba junto al pabellón, mirando hacia ese mundo silencioso. Un mar ambarino, casi tangible, flotaba sobre los bancos de arena de Cabo Kennedy y la isla Merrit. Un dosel de aire diamantino se extendía por el

bosque, colgado de las plataformas de los Apolo.

Debajo, en el río, hubo un destello de movimiento. Una joven corría sobre la superficie del agua y su cabello plateado ondeaba tras ella como alas que se iban desplegando. Elaine aprendía a volar. La luz de sus brazos extendidos resplandecía en el agua y moteaba las hojas de los árboles que dejaba atrás. Llamaba por señas a Sheppard invitándolo a unírsele, una niña que era a la vez su madre y su hija.

Sheppard echó a andar hacia el agua. Avanzó a través de la bandada de oropéndolas suspendida sobre la hierba. Cada una de las aves estacionarias se había transformado en una congestionada gema deslumbrada por su propio reflejo. Cogió uno de los pájaros del aire y le alisó el plumaje en busca de la misma clave que intentaba encontrar cuando acariciaba a Anne Godwin. Sintió el latido del ave en sus manos, un universo emplumado que temblaba alrededor de un único corazón.

El pájaro se estremeció y se reanimó, como una flor liberada de sus cápsulas y saltó de sus dedos hacia las ramas como un torrente de imágenes de sí mismo. Alegre por haberlo liberado, Sheppard cogió las oropéndolas del aire y las acarició una a una. Liberó la mariposa gigante, el quetzal y la iguana, las polillas y los insectos, los helechos y las palmeras de la orilla atrapados en el tiempo.

Por último liberó a Martinsen. Abrazó al desvalido médico, en busca de los fuertes nervios del joven estudiante y de los sabios huesos del anciano médico. En un repentino instante de reconocimiento, Martinsen se encontró a sí mismo, su juventud y su vejez fundidas en las abiertas geometrías de su rostro, este feliz encuentro de sus yoes pasados y futuros. Retrocedió alejándose de Sheppard, con las manos en alto en generoso saludo, después corrió por la hierba hacia el río, anhelando ver a Elaine.

Satisfecho, Sheppard fue a unírseles. Pronto el bosque cobraría vida nuevamente y ellos podrían regresar a Cocoa Beach, al motel en el que Anne Godwin yacía en una habitación a oscuras. Desde ahí seguirían adelante, hacia los pueblos y las ciudades del sur, hacia los niños sonámbulos de los parques, hacia las madres y los padres que soñaban embalsamados en sus hogares, esperando que los despertaran del presente para entrar en el reino infinito de sus yoes plenos de tiempo.

# INFORME SOBRE UNA ESTACIÓN ESPACIAL NO IDENTIFICADA

## INFORME DE EXPLORACIÓN 1

Por suerte hemos conseguido efectuar un aterrizaje de emergencia en esta estación espacial deshabitada. No ha habido bajas. Todos nos consideramos afortunados por haber encontrado un puerto seguro en un momento en que era evidente que la expedición estaba abocada a la catástrofe.

La estación no tiene símbolos identificativos y es demasiado pequeña como para aparecer en nuestros mapas. Aunque su construcción es antigua, su diseño es sólido y funciona correctamente, además de lo cual parece haber sido utilizada en tiempos recientes como estación de descanso para pasajeros en tránsito. Su interior está formado por una serie de vestíbulos abiertos, con salones y salas de espera cómodamente equipadas. Todavía no hemos conseguido localizar el puente o el centro de control. Suponemos que la estación era una de las muchas anclas flotantes para satélites que rodeaban una unidad de comando de mayores dimensiones y que fue abandonada cuando la disminución del tráfico la convirtió en excedente del sistema de tráfico principal.

Un rasgo curioso de la estación es su poderoso campo gravitatorio, mucho más intenso de lo que podría esperarse a partir de su pequeña masa. No obstante, tal vez se trate de una medición defectuosa de nuestros instrumentos. Esperamos poder completar nuestras reparaciones a la brevedad y agradecemos el haber encontrado refugio en esta reliquia de las ya olvidadas migraciones del pasado.

*Diámetro estimado: 500 metros.*

## INFORME DE EXPLORACIÓN 2

Nuestras reparaciones se están demorando más tiempo del que habíamos estimado en un principio. Se han debido reconstruir totalmente ciertas piezas del equipo y, para acortar la espera, hemos emprendido una inspección de nuestro hogar temporal.

Para nuestra sorpresa, hemos descubierto que la estación es mucho mayor de lo que habíamos supuesto. Está rodeada de una tenue atmósfera compuesta por polvo interestelar atraído por su gravedad excepcional. Este gas sutil tuvo el efecto de ocultar el considerable volumen de la estación y nos condujo a creer que su diámetro no superaba unos pocos cientos de metros.

Hemos comenzado la exploración partiendo del vestíbulo de pasajeros central que

separa los dos hemisferios de la estación. Esta gran explanada está provista de miles de mesas y sillas. Pero al llegar a las elevadas puertas de la separación, a doscientos metros de distancia del punto de partida, descubrimos que la cubierta donde está el restaurante no es más que un modesto anexo de un vestíbulo de tamaño mucho mayor. Un enorme techo de tres plantas de altura se extiende sobre una superficie ocupada por salas y pasillos. Exploramos varias escaleras imponentes, cada una provista de un considerable entresuelo, y descubrimos que llevan a vestíbulos idénticos al anterior, tanto hacia arriba como hacia abajo.

Es evidente que la estación espacial ha sido utilizada como una enorme instalación de tránsito. Puede albergar cómodamente a varios miles de pasajeros. No hay alojamientos para tripulantes ni puestos de control para los pasajeros. La ausencia de camarotes indica que este ejército de pasajeros no pasaba aquí más que un breve lapso antes de que los trasladaran, y deben de haber sido extraordinariamente autodisciplinados o haber estado bajo contenciones muy poderosas.

*Diámetro estimado:* 1,5 kilómetros.

### INFORME DE EXPLORACIÓN 3

Período de confusión cada vez mayor. Hace cuarenta y ocho horas, dos de los nuestros salieron a explorar las cubiertas inferiores de la estación y no han regresado. Hemos realizado una búsqueda intensiva, por temor a que pueda haber ocurrido un trágico accidente. Ninguno de los cientos de ascensores funciona, pero es posible que nuestros compañeros hayan caído por el hueco de uno de ellos y hayan encontrado así la muerte. Conseguimos abrir una de las pesadas puertas y mirar, atónitos, el inmenso hueco del ascensor. Muchos de los ascensores de la estación podrían transportar cómodamente a mil pasajeros. Arrojamamos varios trozos de muebles por el hueco, con la idea de medir el intervalo de tiempo hasta su impacto con el fondo, pero el agujero no nos devolvió ningún sonido. Al gritar, nuestras voces reverberaban en un pozo sin fondo.

¿Habrán quedado atrapados nuestros compañeros en los niveles inferiores, lejos de nosotros? Dado el tamaño probable de la estación, resta la esperanza de que haya un equipo de mantenimiento en las habitaciones de la tripulación, situadas en alguna distante cubierta superior, y que no se hayan percatado de nuestra presencia.

*Diámetro estimado:* 15 kilómetros.

### INFORME DE EXPLORACIÓN 4

Nuestra estimación del tamaño de la estación ha sido corregida de forma sustancial una vez más. Ahora es obvio que la estación posee las dimensiones de un gran

asteroide, o incluso de un planetoide. Nuestros instrumentos indican que aquí hay miles de cubiertas; cada una consta de varios kilómetros de una extensión homogénea de vestíbulos de pasajeros, salas y terrazas de restaurantes. Como antes, no encontramos señales de que haya tripulación o personal de supervisión. No obstante, de algún modo se ha transportado a una enorme cantidad de pasajeros por esta sala de espera planetaria.

Mientras descansábamos en los sillones, bajo la luz invariable, todos hemos notado cómo nuestro sentido de la orientación desaparecía enseguida. Cada uno de nosotros está en un punto del espacio que, a la vez, parece no tener localización definida y que bien podría estar situado en cualquier punto de estos infinitos paisajes de mesas y sillas. Suponemos que los pasajeros se orientaban por estas cubiertas gracias a algún mecanismo instintivo, un modelo mental de la estación que les permitía encontrar su rumbo dentro de ella.

Con el fin de determinar las dimensiones precisas de la estación y, si fuera posible, rescatar a nuestros compañeros, hemos decidido abandonar las tareas de reparación y nos hemos embarcado en una exploración sin restricciones, sin importar cuán lejos pueda llevarnos.

*Diámetro estimado:* 800 kilómetros.

#### INFORME DE EXPLORACIÓN 5

No hay rastros de nuestros compañeros. Los silenciosos espacios interiores de la estación han comenzado a afectar nuestro sentido del tiempo. Hemos viajado en línea recta por una de las cubiertas centrales durante lo que parece un período inabarcable. Los mismos vestíbulos de pasajeros, los mismos entresuelos contiguos a las escaleras y las mismas salas se extienden kilómetros y kilómetros, siempre bajo esta luz igual. La energía necesaria para mantener este nivel de iluminación sugiere que los administradores de la estación están acostumbrados a operar la estación para su capacidad total de pasajeros. A pesar de ello, hay signos inconfundibles de que nadie ha estado aquí desde un pasado remoto.

Avanzamos siguiendo el mismo corredor que separa dos vestíbulos adyacentes. Descansamos brevemente, tras intervalos fijos, pero a pesar de nuestro continuo andar tenemos la sensación de que no nos movemos en absoluto, que tal vez estemos atrapados en una pequeña sala de espera cuyos volúmenes aparentemente infinitos recorreremos en círculos, como hormigas dentro de una esfera. Por paradójico que resulte, nuestros instrumentos confirman que estamos penetrando en una estructura cuya masa crece muy deprisa.

¿Acaso la totalidad del universo no es más que un espacio terminal infinitamente vasto?

*Diámetro estimado:* 8000 kilómetros.

## INFORME DE EXPLORACIÓN 6

¡Acabamos de hacer un descubrimiento extraordinario! Nuestros instrumentos han detectado una curvatura ligera pero perceptible en el suelo de la estación. Los techos retroceden detrás de nosotros y se inclinan de forma infinitesimal hacia las cubiertas, a la vez que los suelos desaparecen en un nítido horizonte.

En consecuencia, ¡la estación es una estructura curvilínea finita! Debe de haber meridianos que señalen sus contornos y un ecuador que nos regrese al punto de partida original. Todos experimentamos un inmediato acceso de esperanza. Puede que ya nos hayamos encontrado con la línea del ecuador y que, a pesar de la vasta extensión de nuestro viaje, ya estemos, en realidad, camino de casa.

*Diámetro estimado:* 80 000 kilómetros.

## INFORME DE EXPLORACIÓN 7

Nuestras esperanzas resultaron efímeras. Entusiasmados por la idea de que habíamos dominado la estación y conseguido estimar su posible volumen, avanzamos con renovada confianza. Sin embargo, ahora sabemos que, si bien es cierto que hay curvaturas, estas se inclinan en todas direcciones. Cada pared se curva alejándose de las demás y lo mismo ocurre con los suelos respecto de los techos. En realidad, la estación es una estructura en expansión cuyo tamaño parece ir aumentando de forma exponencial. Cuanto más extenso es el viaje de un pasajero, mayor es la distancia incremental que debe recorrer. Las instalaciones prácticamente infinitas de la estación sugieren que sus pasajeros estaban embarcados en viajes extremadamente largos, si no infinitos.

Huelga decir que la compleja arquitectura de la estación posee ominosas consecuencias para nosotros. Nos damos cuenta de que el tamaño de la estación no es un reflejo de la cantidad de pasajeros —aunque esta debe de haber sido enorme—, sino de la extensión de los viajes acometido en su interior. En efecto, lo ideal sería que hubiese un único pasajero. Un viajero solitario en un viaje infinito requeriría una infinidad de salas de tránsito. Puesto que, por suerte, somos más de uno, podemos suponer que la estación es realmente una estructura finita con la apariencia de una estructura infinita. El grado en que sus dimensiones se aproximan al infinito no es más que un reflejo del deseo y de la ambición de sus pasajeros.

*Diámetro estimado:* 1,5 millones de kilómetros.

## INFORME DE EXPLORACIÓN 8

Justo cuando nuestros ánimos estaban más decaídos hemos hecho un descubrimiento pequeño pero significativo. Nos desplazábamos por una de las ilimitadas cubiertas de pasajeros, presa de todos los temores y especulaciones, cuando advertimos signos de habitación reciente. Un grupo de pasajeros ha estado aquí en un pasado cercano. Las sillas de la sala central están desordenadas, han forzado las puertas de uno de los ascensores y hay rastros inequívocos de esos que dejan los viajeros extenuados. No cabe duda de que eran más de dos por lo cual, lamentablemente, debemos descartar que puedan ser nuestros compañeros extraviados.

Pero ahora sabemos que en la estación hay otros, ¡y que tal vez estén embarcados en un viaje tan interminable como el nuestro!

Hemos notado, además, ligeras variaciones en la decoración de la estación, en el diseño de los dispositivos de iluminación y en las baldosas del suelo. Esto puede parecer banal, pero al multiplicarlo por el tamaño prácticamente infinito de la estación podemos visualizar una evolución gradual de su arquitectura. Es posible que, en algún lugar de la estación, haya enclaves habitados, hasta ciudades enteras rodeadas de cubiertas de pasajeros vacías que se extienden hacia la eternidad como el espacio libre. Puede que haya Estados nación cuyas civilizaciones se desarrollaron y decayeron cuando sus pueblos pusieron término a sus inacabables migraciones a través de la estación.

¿Qué fuerza los impulsó a hacer esos viajes sin sentido? Solo nos queda esperar que lo que los haya impulsado a seguir adelante haya sido el mayor de todos los instintos: la necesidad de determinar el tamaño de la estación.

*Diámetro estimado: 5 años luz.*

#### INFORME DE EXPLORACIÓN 9

¡Estamos exultantes! Nos ha invadido una euforia cada vez mayor, mientras cruzábamos estos grandes salones. No hemos encontrado más rastros de los otros pasajeros y ahora parece probable que estuviéramos siguiendo una de las curvaturas propias de la estación y nos hayamos cruzado con nuestro propio rastro.

Pero este pequeño inconveniente no significa nada para nosotros. Hemos aceptado el tamaño sin límites de la estación y esta percepción nos llena de sentimientos casi religiosos. Nuestros instrumentos confirman lo que sospechábamos desde hace mucho tiempo: en realidad, el espacio vacío por el que hemos viajado desde nuestro sistema solar está en el interior de la estación, y es una de las numerosas lagunas gigantescas situadas en estas paredes que se curvan eternamente. Nuestro Sistema Solar y sus planetas, los millones de sistemas solares diferentes que constituyen nuestra galaxia, e incluso los propios universos-isla, todos están dentro de los límites de la estación. La estación es coetánea del cosmos. Nuestro deber es viajar



por ella en una travesía cuyo punto de partida ya hemos empezado a olvidar, y cuyo destino es la propia estación, cada planta y cada vestíbulo de la misma.

En consecuencia, avanzamos, sostenidos por nuestra fe en la estación, conscientes de que cada paso que damos nos permite alcanzar una pequeña parte de nuestro destino. Con su existencia, la estación nos sostiene y les otorga a nuestras vidas su único sentido. Nos llena de júbilo que, en retribución, hayamos comenzado a adorar la estación.

*Diámetro estimado:* 15 millones de años luz.

## EL OBJETO DEL ATAQUE

*Del diario forense del doctor Richard Grenville,  
Consultor jefe de Psiquiatría, Ministerio del Interior*

7 de junio de 1987. Una semana inquietante: dos comisiones de estudio; el Palmer dudoso de mi madre, que no alcanzó su precio de reserva en Sotheby's (he propuesto que lo reatribuyeran a Keating, lo cual los ha ofendido aún más), y agotadoras discusiones con Sarah acerca de nuestro divorcio, eternamente pospuesto, y su excesiva confianza en la TEC<sup>[23]</sup>: ella está totalmente a favor del primero, tanto como yo en contra de la segunda... Sospecho que sus pacientes sufren por mi causa.

Pero, sobre todo, mi visita al Muchacho. Desconcertante, desagradable y, pese a ello, extrañamente inspiradora. Cuando me invitó a Daventry, el gobernador Henson se refirió a él como «el muchacho», pero yo creo que ya se ha ganado las mayúsculas. Los años de traslados —de Rampton a Broadmoor y de ahí a la Unidad de Custodia Especial del Ministerio del Interior en Daventry—, ni el trato brutal ni el confinamiento solitario han conseguido someterlo.

Estaba de pie en la cabina de la ducha del pabellón de castigo, metido en una camisa de fuerza de lona que le cubría todo el cuerpo. Se veía claramente molesto por la intensa luz reflejada sobre las baldosas blancas, manchadas con la sangre que manaba de una herida en su frente. Lo habían golpeado mucho y cuando me acerqué retrocedió encogiéndose, pero yo percibí que el Muchacho provocaba el ataque físico como una forma de enfurecerse a sí mismo. Es de complejión mucho más pequeña de lo que yo esperaba, y parece tener solo diecisiete o dieciocho años (aunque ahora tiene veintinueve), pero aún es fuerte y peligroso. Es probable que el presidente Reagan y su majestad hayan sido afortunados al salir indemnes del atentado.

Apuntes clínicos: pérdida de la corona de ambos caninos, dermatitis de contacto en el cuero cabelludo, temblor intencional en la mano izquierda y signos de ftofobia histérica. Parecía estar boqueando de miedo, y el gobernador Henson ha intentado tranquilizarlo, pero yo supongo que en lugar de temor, lo que sentía no era otra cosa que desprecio por nosotros, y que su hiperventilación era deliberada. Entonaba un cántico que sonaba parecido a «*Allahu akbar*», el ruego expulsivo «Dios es grande» del que se valen los derviches giróvagos para inducirse alucinaciones, la misma sobreoxigenación del cerebro que provocan, de forma más moderada, por los himnos de la iglesia y los cánticos de la tribuna en las finales de la Copa.

No hay duda de que el Muchacho parece un fanático religioso; ¿será un musulmán chií converso? Solo se detuvo para clavar la mirada en las distantes antenas de Daventry, que podía ver a través de un tragaluz. Cuando uno de los

guardias cerró la puerta, el Muchacho empezó a gimotear y a acezar otra vez. Le pedí a un ordenanza que le limpiara la herida de la frente, pero mientras yo le ayudaba con el vendaje, el Muchacho arremetió contra nosotros y dio con mi maletín por tierra. Durante unos pocos segundos intentó provocar un ataque, pero entonces vio el catálogo de Sotheby's entre mis papeles, esparcidos por el suelo, y la reproducción del Samuel Palmer de mi madre. Esa luz serena de los prados visionarios y las ramas de los robles semejantes a los vitrales de una catedral celestial parecieron calmarlo. Me miró de una manera extraña, inclinando la cabeza como si diera por supuesto que el pintor era yo.

Más tarde, en el despacho del gobernador, hablamos del verdadero motivo de mi visita. Los meses de conducta perturbadora habían agotado a todo el mundo pero, sobre todo, todos estaban aterrados por la posibilidad de que escapara y se produjera un segundo atentado contra su majestad la reina. Tampoco le importaría a la Alianza Atlántica que el presidente de Estados Unidos fuera asesinado por un antiguo interno de un hospital psiquiátrico británico. Henson y el personal médico de plantilla, con el apoyo del Ministerio del Interior, son partidarios de sustituir la clorpromazina por la nueva serie de depresores NX del sistema nervioso central desarrollados a partir de los experimentos realizados en Porton Down sobre gases nerviosos. Un uso prolongado le causaría visión borrosa y ataxia locomotriz, pero también eliminaría por completo su función cortical, y produciría una eficaz lobotomía. Pensé en mis discusiones con Sarah acerca de la TEC —la psiquiatría no ve la hora de regresar a sus años más tenebrosos— y veté de manera sutil el uso de los NX hasta haber estudiado la historia clínica incluida en el expediente de la Unidad Especial. Pero yo pensaba en la expresión de los ojos del Muchacho mientras él miraba ese Palmer sospechoso.

### *El intento de asesinato*

En 1982, durante la visita oficial del presidente Reagan a Reino Unido, tuvo lugar un intento frustrado de asesinato, cuyo objetivo era la familia real y sus invitados en el castillo de Windsor. Poco después de la llegada del presidente Reagan y de su esposa en el helicóptero oficial, apareció un minúsculo planeador, volando a unos veinte metros de altura, con un rumbo que lo habría conducido al otro lado de los muros del castillo. Sin embargo, antes de que los francotiradores de la Unidad Especial y el servicio secreto pudieran abrir fuego, el planeador se enredó en las antenas que se elevan desde el mausoleo real de Frogmore House y cayó al suelo, a un lado del Camino Largo.

El piloto, que estaba inconsciente, llevaba amarrado al pecho un arnés explosivo con veinticuatro cartuchos de gelignita comercial, conectados a detonadores NCB, y una cuerda de abrir paracaídas transformada en detonador manual. El piloto fue puesto bajo vigilancia y jamás se dijo una sola palabra de esta tentativa de magnicidio

ni al público ni al partido del presidente. Solo se informó a su majestad la reina, lo cual tal vez explique la impaciencia de su majestad cuando, durante la cabalgata, el presidente detuvo su caballo para intercambiar bromas con un nutrido grupo de reporteros.

No se presentaron cargos contra el piloto, ni fue llevado a juicio. Lo retuvieron, en aplicación de la ley de salud mental, en la unidad de observación del Ministerio del Interior, en el Hospital de Springfield. Era un exprogramador de videojuegos de veinticuatro años, y antiguo novicio jesuita, de nombre Mathew Young. Había vivido los últimos ocho meses en un garaje, detrás de una iglesia baptista en desuso, en Highbury, en la zona norte de Londres, lugar donde había construido su máquina voladora. D. H. Walsh, jefe de escuadrón del Museo de la RAF, en Hendon, identificó el artefacto como una réplica exacta del planeador diseñado por el pionero de la aviación del siglo XIX Otto Lilienthal. Investigaciones posteriores confirmaron que el planeador era, efectivamente, el aparato en el cual Lilienthal había encontrado la muerte, en 1896. Otros ocupantes de los garajes, las exnovias del aspirante a magnicida y su agente de libertad condicional, fueron testigos de la construcción del planeador durante la primavera de 1982. Sin embargo, cómo despegó esa antigua máquina —la elevación más cercana es la torre de control de Heathrow, ocho kilómetros al este— o cómo se mantuvo en vuelo sobre Home Park, sigue siendo un misterio aún hoy.

Más tarde, durante la entrevista en su celda, el Muchacho estaba esposado, con un guardia a cada lado. El personaje lleno de moratones y que hiperventilaba había sido reemplazado por un joven dócil que parecía un *skinhead* reformado que había visto la luz en virtud de algún milagro. Solo la escalofriante sonrisa que me dirigió, tan servicial, me recordó el planeador y el arnés cubierto de explosivos. Como siempre, se negó a responder todas las preguntas que se le hicieron y permanecimos en un silencio interrumpido únicamente por el murmullo de su letanía.

Haciendo caso omiso de esos crípticos susurros, estudié el listado de asistentes al castillo de Windsor.

El presidente Reagan, su majestad la reina, la señora Reagan, el príncipe Felipe, el príncipe Carlos, la princesa Diana...

El embajador de Estados Unidos, el doctor Bill Graham; el coronel Tom Stamford, astronauta de las misiones Apolo; el señor Henry Ford III, el señor James Stewart; los presidentes de Heinz, IBM y Lockheed Aircraft, y diversos miembros del Congreso, agregados militares del Ejército y la Marina, y procónsules del Departamento de Estado y la CIA...

Lord Delfont, el señor Andrew Lloyd Webber, la señorita Joanna Lumley...

Coloqué las fotografías del presidente Reagan, la reina, el príncipe Felipe, Carlos y Diana delante de Young, sobre la mesa que nos separaba. No mostró ni la menor reacción ante ellas. Se inclinó hacia adelante e indicó, con su barbilla surcada por una cicatriz, el catálogo de Sotheby's que asomaba de mi maletín abierto. Sostuvo la reproducción del Palmer contra su hombro izquierdo, sonriéndome de soslayo su agradecimiento. Taimado y mordaz, casi daba a entender que yo era su cómplice. Recordé cuán manipuladores podían ser esos psicópatas: Myra Hindley, Brady y Mary Bell habían convencido a varias almas ingenuas y bienintencionadas de sus «conversiones religiosas».

Sin pensarlo, cogí la última fotografía del expediente: el coronel Stamford vestido con su traje espacial blanco, flotando libremente sobre una nave espacial, durante un vuelo orbital.

El cántico se detuvo. Oí cómo los talones de Young golpeaban las patas de metal de su silla al retroceder de forma involuntaria. Una crisis epiléptica parcial de la mano derecha hacía repiquetear las esposas. Clavó los ojos en la fotografía, pero su mirada estaba mucho más allá de la celda que nos circundaba y sospeché que estaba experimentando un aura de aviso de un ataque epiléptico. Con un claro grito a todos nosotros, el Muchacho se puso rígido en su silla y resbaló hacia el suelo, presa del *grand mal*.

Mientras su cabeza martillaba los zapatos de los guardias, comprendí que no había estado recitando «*Allahu akbar*», sino «Astro-nauta»...

¿Astro-nada?

*Matthew Young: historia personal de un psicópata*

Pues bien, ¿qué se sabe del Muchacho? Los investigadores de la Unidad Especial han preparado un grueso expediente sobre este joven desquiciado.

Nacido en 1958, en Abu Dabi. Su padre era administrador en la planta de desalinización de Amoco. Pasó la infancia en la región del Golfo, Alaska y Aberdeen. Con dificultades de adaptación en el colegio, y posibles crisis de ausencia, asistió, sin embargo, dos trimestres a la facultad de Informática, en la Universidad Strathclyde, en 1975. Afiliado al Partido Obrero Revolucionario, 1976; arrestado frente a la embajada estadounidense en Londres durante una manifestación antinuclear. Trabajó montando y desmontando andamios, y como pintor, en el observatorio radioastronómico de Jodrell Bank, 1977. Fue procesado por daño doloso al plato reflector. Novicio jesuita en el seminario de San Francisco Javier, en Dundalk, 1978, del que lo expulsaron al cabo de tres semanas por comportamiento sexual inaceptable con la madre de otro novicio. Multado por ir ebrio y conducirse de forma revoltosa durante la exposición «Escultura de la era espacial», en la Serpentine Gallery de Londres. Programador de videojuegos en Virgin Records, 1980. Operador en una estación de radio pirata cuya finalidad era interferir las transmisiones del transbor

espacial British Telecom. Autor de patentes privadas de los videojuegos *Objetivo Apolo y Ataque al Transbordador* en 1981. Numerosas condenas por posesión de estupefacientes, conducción peligrosa, fraude en el cobro del paro y disturbios. En 1982 publicó, por cuenta propia, su *Testamento cosmológico*, una obra farragosa a lo William Blake que combinaba el misticismo natural, la fantasía apocalíptica y las demostraciones pseudomatemáticas de la inexistencia del espaciotiempo.

En términos generales, el clásico delincuente, con esa trayectoria de ilusiones mesiánicas e inadaptación social propia de los regicidas a lo largo de la historia. La elección del señor Reagan es un reflejo de la constante atracción del tema del asesinato presidencial, que parecen aprovechar los intranquilos sueños de tantos psicópatas solitarios. Representadas en el presidente de Estados Unidos, el líder más poderoso de la Tierra, no solo están la totalidad de la responsabilidad y la autoridad del mundo temporal, sino también la idea misma de existencia, del continuo de espaciotiempo que encierra tanto al asesino como a su víctima. Como el niño perturbado que procura destruir todo lo que hay en la guardería, el magnicida intenta aniquilar esas imágenes de sí mismo que identifica con la percepción del universo externo. Un suicidio dejaría intacto el resto de la existencia, y es esa noción de existencia, encarnada en la persona del presidente, la que constituye el auténtico objetivo del magnicida.

#### *El sueño de la muerte por el aire*

... en la segunda caída, su intento de huida de su planeta de origen, los pueblos de la Tierra provocan su muerte planetaria al escoger la gravedad cero de un espacio y un tiempo falsos, recapitulando en su liviandad la agonía de la primera caída del hombre...

*Testamento cosmológico, Libro I*

#### *El sueño de la muerte por el agua*

... el mar es una corteza cerebral expuesta, la epidermis de un gigante dormido a quien los astronautas del Apolo y el Skylab despertarán con sus amerizajes. Todos los pueblos del planeta caminarán, volarán, se arrastrarán por la playa más cercana, navegarán por rápidos, soportarán dificultades, abandonarán continentes hasta que, finalmente, se encontrarán todos en la orilla terminal del mundo, y darán un paso adelante...

*Testamento cosmológico, Libro II*

## *El sueño de la muerte por la tierra*

... los mundos más siniestros y peligrosos son los diseñados por el hombre durante su colonización hacia dentro de su planeta, aplicando los sueños de un espacio exterior degenerado a su mundo interior: laberintos, calabozos, fortificaciones, búnkeres, mazmorras, garajes subterráneos, y túneles de toda clase que invaden su mente como larvas que excavan los sesos de un cadáver...

*Testamento cosmológico, Libro VII*

Un volumen curioso, sin duda, pero ni rastros del sueño de la muerte por el fuego, ¿ni tampoco hay indicios de Reagan, ni de su majestad, de la princesa Diana o de la señora Thatcher?

### *La máquina para la huida: la habitación de Ames*

14 de octubre de 1987. ¡El Muchacho se ha escapado! Esta mañana recibí una llamada urgente del gobernador Henson. Volé a Daventry de inmediato en el atestado helicóptero del Ministerio del Interior. Matthew Young ha desaparecido en lo que parece ser una de las tentativas de fuga más ingeniosas jamás ideadas. Cuando llegué, el gobernador y su personal estaban muy desorientados. Henson iba y venía por su oficina pasando las manos por las estanterías y acomodando los muebles como si no confiara en su existencia. Había gente del Ministerio del Interior y de la Unidad Especial por doquier. Conseguí calmar a Henson y reconstruir la historia.

Desde mi visita anterior habían relajado el régimen de vigilancia del Muchacho. Misteriosamente, la ilustración de Samuel Palmer del catálogo de Sotheby's lo había calmado. Ya no pintarrajeaba las paredes de su celda, se había ofrecido para limpiarlas con vapor y había pegado el Palmer sobre su litera, donde lo miraba como si fuera un icono religioso. (Ojalá fuera un Keating; al viejo granuja le habría encantado. Casualmente, la reputación de impostor de Keating puede haber inspirado a Young su plan para escapar).

Young se negó a salir al campo de ejercicios —obviamente, las elevadas antenas de la British Telecom lo inquietaban—, por lo que Henson lo dispuso todo para que Young utilizara la capilla de la prisión como sala recreativa. Aquí comienzan los problemas, tal como se hizo evidente cuando el gobernador me hizo entrar en la capilla, un antiguo cine privado amueblado con bancos de iglesia, altar y púlpito. Por razones de seguridad, las puertas estaban cerradas con llave y los guardias de turno mantenían sus ojos sobre Young mirando por la ranura del proyector de la sala de proyección. Como resultado, los guardias veían el interior de la capilla desde esa

única perspectiva. Young se aprovechó astutamente de ello y ordenó los bancos, el púlpito y la mesa del altar para construir una habitación de Ames. El psicólogo estadounidense Adelbert Ames Jr. ideó una serie de engañosas habitaciones que parecen completamente normales cuando se ven a través de una mirilla, pero que en realidad están montadas con fragmentos de mobiliario y adornos que parecen lo que no son.

La versión de Young de la habitación de Ames era mucho más compleja. La cruz y los candelabros de bronce parecían estar sobre el altar, pero en realidad colgaban en mitad del aire a tres metros de distancia de aquel, suspendidos del techo mediante hilos de algodón que Young había conseguido descosiendo sus monos. Los bancos estaban colocados sobre columnas de libros y biblias para crear la ilusión de una nave normalmente ordenada. Pero cuando abandonamos la sala de proyecciones y entramos en la capilla vimos que en realidad formaban una empinada rampa que conducía hacia la rejilla de ventilación, detrás de la mesa del altar. Los guardias que miraban por la ranura del proyector habían visto la imagen de Young de rodillas ante la cruz, cuando en realidad estaba sentado en el banco más alto de la rampa, aflojando los tornillos de la rejilla de metal.

Henson estaba consternado por la huida de Young, pero yo estaba impresionado por la inteligencia de aquella ilusión óptica. Como Henson, los inspectores del Ministerio del Interior tenían la certeza de que podría tener lugar otro intento de asesinato contra su majestad. Sin embargo, mientras mirábamos esa extravagante capilla, algo me convenció de que la reina y el presidente no corrían peligro. En la pared mugrienta situada detrás del altar habían pinchado una docena de imágenes de los programas espaciales estadounidense y ruso, tomadas de los periódicos y las revistas populares. Habían rayado todas las fotografías de los astronautas, y el Skylab y el transbordador espacial estaban cubiertos de pintadas obscenas. Young había construido una Capilla Negra que, a la vez, era un complejo artilugio de escape que lo hubiera conducido a la libertad no solo respecto de Daventry, sino de la amenaza representada por los astronautas y de esa cárcel más vasta cuyas paredes las constituye el propio espacio.

### *El astromesías*

Coronel (R) Thomas Jefferson Stamford, de la Fuerza Aérea de EE. UU. Nacido en 1931, en Brigham City, en Utah. Eagle Scout, 1945. Lic. (física), Caltech, 1953. Graduado en la Academia de la Fuerza Aérea de EE. UU., 1957. Servicio en Vietnam en 1964-1969. Enrolado en la NASA en 1970; ayudante de control de tierra, Skylab III. En 1974, se rumoreó que había sido comandante de la misión secreta a la Luna del Apolo 20, que alunizó una estación de misiles nucleares controlados a distancia en el Mare Imbrium. Retirado en 1975, designado vicepresidente de la Pepsi-Cola Corporation. En 1976, consultor de guion de la Twentieth Century Fox,



para un proyecto de *biopic* titulado *Hombres con alas*.

En 1977 se afilió al Movimiento Luz Preciosa, un grupo de elevación de conciencia con sede en California que solicita la legalización del LSD. Renuncia en 1978, y lo ingresan en el Hospital de la Administración de Veteranos, Fresno. Dado de alta, comienza un retiro de nueve meses en Truth Mountain, en Idaho, en una orden interconfesional de monjes laicos, en 1979, y funda Spaceways, un centro de rehabilitación para adictos, en Santa Mónica. De 1980 a 1981, y asociado con Billy Graham, comparte escenario en misiones evangelistas itinerantes en Europa y Australia. En 1982 visita el castillo de Windsor con el presidente Reagan. En 1983 forma el grupo evangélico COME, S. A., con el que hace giras por Alabama y Misisipí como autoproclamado decimotercer apóstol. En 1984, visita África y el Lejano Oriente; ejerce como mediador en el conflicto entre Irán e Irak, y pronuncia un discurso ante el Consejo de Ministros de la OTAN, donde aboga por el desarrollo de armas láser y la bomba de neutrones. En 1986 lo invita la familia real al palacio Buckingham, y aparece en el mensaje de Navidad de la reina, trata con éxito al príncipe Guillermo y se convierte en confidente y consejero de princesa Diana. Designado Hombre del Año por la revista *Time Magazine*, aparece en una reseña biográfica en *Newsweek* en la que lo llaman «el Mesías de la era espacial» y «fundador de la primera religión con base en el espacio».

¿Era posible que este admirado exastronauta, un héroe popular que claramente desempeñaba el papel de un Lindbergh de los años ochenta, fuera el auténtico objetivo del ataque a Windsor? Lindbergh se codeó alguna vez con reyes y cancilleres, pero sus excéntricas ideas políticas se habían teñido de simpatías pronazis. En cambio, la combinación populista de cristianismo renacido y retórica anticomunista del coronel Stamford parecía ser algo más que la intentona de un foráneo en la Casa Blanca. De cuando en cuando, al ver las reuniones de Stamford en la televisión, yo detectaba la misma musculatura hipertónica que podía reconocerse en Hitler, Gadafi y los más excitables mulás de Jomeini, pero nada digno, en todo caso, del sofisticado intento de asesinato, todo un psicodrama en sí mismo, que Matthew Young había montado en su planeador Lilienthal.

Y, con todo... ¿quién mejor que un pionero de la aeronáutica para asesinar a un pionero de la aeronáutica, para volver a cero el reloj de la exploración espacial?

10 de febrero de 1988. Una enérgica búsqueda, que dura ya tres meses, no ha conseguido hallar ningún rastro de Matthew Young. La vigilancia de la reina, el primer ministro y los miembros más importantes del gabinete llevada a cabo por la Unidad Especial se ha estrechado, y a varios miembros de la realeza se les han proporcionado pequeñas pistolas. Esperamos que no se hieran a sí mismos o entre sí. La pistolera encubierta que la princesa Diana lleva como accesorio de moda ya ha provocado una oleada de imitaciones, y Londres está repleta de jóvenes que llevan braguetas de armar (sin saber por qué, ninguna de ellas), como si fueran miembros

del reparto de una versión musical de *Duelo de titanes*.

Las exnovias del Muchacho y sus parientes vivos, su agente de la libertad condicional y sus compañeros programadores de Virgin Records han sido sometidos a vigilancia e interrogados. Se han producido unas pocas observaciones sospechosas: en noviembre, un joven excéntrico con las polainas de cuero y la antigua indumentaria de un aviador de la Primera Guerra Mundial se inscribió en un curso de la Escuela de Vuelo de Elstree; sin embargo, sufrió una crisis epiléptica tras el primer despegue. Se ha perpetrado, de forma sistemática, actos de vandalismo contra cientos de carteles, distribuidos en el metro de Londres, en los que se anunciaba el mitin de Pascua convocado por el coronel Stamford en Earls Court. En los Estudios Pinewood, un incendiario ha destruido parcialmente los decorados, valorados en cien millones de dólares, para las películas de ciencia ficción *La venganza de R2D2* y *C3PO conoce a ET*. Un intruso nocturno irrumpió en las oficinas de COME, S. A., en Tottenham Court Road, y reemplazó en secreto uno de los discursos edificantes del coronel Stamford, reproducido en miles de vídeos promocionales, por un mensaje obsceno dirigido a él. En varias salas de videojuegos, los *Space Invaders* habían sido reprogramados para exhibir como blanco de los disparos la cara del coronel Stamford.

Más significativo, tal vez, sea el que una persona con el mismo modelo de voz que Matthew Young ha intentado, repetidamente, comunicarse por teléfono con el arzobispo de Canterbury. Hace tres días, los sacristanes de la Abadía de Westminster aprehendieron durante breves momentos a un joven que rezaba ante un retablo de lo más estrafalario, compuesto por el traje espacial manchado de sangre del coronel Stamford y con su casco, previamente robados de la vitrina donde se exhibían en el Museo de la Ciencia. Los objetos estaban colocados en un nicho, detrás de Altar Mayor. El raro grupo sanguíneo del traje —BRh<sup>+</sup>— no se corresponde con el del coronel Stamford, sino con el del Muchacho.

Los informes que retrataban a Matthew Young rezando me recordaron la descripción que había hecho el gobernador Henson del prisionero, de rodillas, en la capilla ilusionista que había montado en Daventry. Había un turbador contraste entre el gigantesco mitin evangelista, televisado en ese mismo momento desde el Parque de los Príncipes de París, dominado por la destacada figura del astronauta, y la oscura nave de la abadía, donde un paciente psiquiátrico le rezaba a un traje espacial manchado con su propia sangre. La imagen del espacio exterior, de la cual el coronel Stamford obtiene gran parte de su inspiración religiosa, Matthew Young parece identificarla con alguna especie de maldad, con la adoración de un falso mesías. Sus plegarias en la capilla en Daventry, de rodillas ante un altar de ilusión, constituían una serie de códigos posturales, una tentativa contorsionista de liberarse del siniestro abrazo del coronel Stamford.

Leí una vez más los testimonios recogidos por la Unidad Especial:

Margaret Downs, analista de sistemas, de Wang Computers: «Siempre estaba rezando, constantemente, sobre sus condenadas rodillas. Hasta me hizo grabarle un vídeo, que él estudiaba durante horas. Fue demasiado».

Doreen Jessel, instructora de un gimnasio: «Al principio creí que estaba muy metido en lo anaeróbico. Una especie de meditación dinámica, como la llamaba él, pero eran todas contorsiones acrobáticas. Intenté que fuera a ver a un fisioterapeuta».

Johan Hatton, agente de la libertad condicional: «Había un aspecto terapéutico del cual él me convenció, contra mi buen juicio. Las contorsiones parecían imitar su epilepsia».

Reverendo Morgan Evans, samaritano: «Admitía la idea del mesías patizambo, de Robert Graves, ese paso especial común a diversas formas de danza religiosa y a todos los mitos que incluyen el tendón de Aquiles. Me dijo que se basaba en la forma de caminar de los astronautas en la Luna, para hacer frente a la gravedad cero».

Sargento J. Mellors, Regimiento de la RAF: «Su posición era la de un tirador arrodillado que debe realizar una serie de disparos con un fusil de cerrojo, tal como el Lee-Enfield o el Mannlicher-Carcano. Lo expulsé del campo de tiro».

¿Matthew Young estaba montando y desmontando los elementos de su propia mente como si fueran los componentes de una habitación de Ames? El piloto del helicóptero del Ministerio del Interior se refirió, de manera muy gráfica, a la desorientación que sentían algunos de los prisioneros de categoría especial que eran trasladados en la lanzadera a Daventry. Habló, en particular, de los gritos y de las contorsiones de un secuestrador palestino que imaginaba ser un astronauta agonizante. Es común encontrar defectos del sistema vestibular del oído interno en los secuestradores (y en algunos chamanes), esa misma sensación de desorientación espacial que puede inducirse en los astronautas con la plataforma giratoria de alta velocidad o la gravedad cero de los vuelos orbitales.

En consecuencia, es posible que estos defectos del aparato vestibular arrastren a los afectados hacia las aeronaves de alta velocidad y que el secuestro sea una tentativa inconsciente de curar su afección orgánica. Las plegarias, los defectos vestibulares y el secuestro... Cuando veo al coronel Stamford en el Parque de los Príncipes, advierto que en ocasiones tropieza al inclinarse sobre el atril, sus manos entrelazadas en oración en ese espasmo característico tan familiar de los informativos y ahora imitado por los comediantes de la televisión.

¿El coronel Stamford está intentando secuestrar el mundo?

28 de marzo de 1988. Los acontecimientos se precipitan. El coronel Thomas

Jefferson Stamford ha llegado a Londres tras completar su gira triunfal por el mundo no comunista. Se ha reunido con generales y hombres de la iglesia de derechas, y ha calmado los campos de batalla desde los Altos del Golán hasta el Sahara Occidental. Como siempre, el coronel insta a los combatientes a unir sus fuerzas contra el verdadero enemigo, e impone una línea antisoviética y de militancia eclesiástica que hace que la CIA parezca la Cruz Roja. La televisión y los periódicos lo muestran departiendo con jefes de Estado y presidentes retirados, con Kohl, Thatcher y Mitterrand, con la realeza escandinava y la monarquía británica.

En ningún momento cae en el olvido la trayectoria del coronel. Stamford como astronauta. En sus mítines en el Parque de los Príncipes y el estadio olímpico de Múnich, estas grandes palestras se transforman en lo que parece ser el interior de una gigantesca nave espacial. Mediante la astuta utilización de una pantalla circular, la llegada del coronel Stamford al podio se ofrece como el aterrizaje de una nave del espacio exterior, acompañada con fragmentos a todo volumen de *Así habló Zaratustra* y *Los planetas*, de Holst. Con esta retroproyección ilusionista y una iluminación engañosa, el mitin se transforma en una inmensa habitación de Ames, una poderosa mezcla de cristianismo evangélico, astronáutica y producción cinematográfica cibernética. Estamos en presencia de un mesías de Intelsat, una personalidad maná para la era de la televisión por cable.

Sus miles de seguidores se balacean en sus asientos, alzando los vídeos promocionales de COME, S. A., tal como la Guardia Roja de Mao enarbolaba sus libros rojos. ¿Estamos ante la primera videorreligión, un extravagante espectáculo de luz con gráficos láser producidos por Lucasfilms? El mensaje de los mítines, como el de los vídeos, es que el coronel Thomas Stamford ha regresado a la Tierra para encabezar una cruzada moral contra el marxismo ateo, una segunda venida que ha lanzado a su decimotercer apóstol por los pasillos de una nave espacial desde el altar situado en el Mare Imbrium.

Tras renunciar a las juntas directivas de Avis y Disney Corporation, ya se han unido a la cruzada dos antiguos astronautas de las misiones Apolo, y varios miembros de las misiones Skylab y Transbordador Espacial han manifestado su apoyo a la causa. ¿Evolucionará la NASA hasta transformarse algún día en una organización religiosa?

Los líderes de las comisiones de los partidos demócrata y republicano han exhortado al coronel Stamford a que se presente como candidato a presidente. Pero sospecho que el Gran Control de la Misión en el Cielo pretende saltarse la presidencia y atraer directamente al público norteamericano como un astromesías, un ayatolá espacial que desciende a la Tierra a establecer su república religiosa.

### *La Quinta Iglesia del Divino Astronauta*

Estas tensiones mesiánicas me hacen recordar al Muchacho, el enemigo jurado de

todos los astronautas. El día posterior a la llegada del coronel a Londres para su mitin de Pascua, al que asistirían el príncipe Carlos, la princesa Diana y el milagrosamente curado príncipe Guillermo, me dirigí hasta el garaje de Highbury en coche. Yo le había advertido insistentemente al Ministerio del Interior acerca de un posible intento de asesinato, pero ellos parecían demasiado fascinados por la fiebre Stamford, que se había apoderado de todo Londres, como para creer que alguien fuera a atacar al coronel.

Mientras el agente Willings esperaba bajo la lluvia, yo contemplaba el camastro de campaña manchado de aceite y el fregadero, con sus latas vacías de café instantáneo. Los investigadores de la Unidad Especial habían desmantelado el mugriento garaje, pero en la pared de cemento, sobre la cama, había una postal que inexplicablemente había escapado a su atención. Al acercarme vi que se trataba de una reproducción de un pequeño Samuel Palmer, *Un sueño de muerte por el fuego*, una visión de la destrucción de una falsa iglesia por la luz circundante de la verdadera naturaleza. La pintura había sido identificada por Keating como uno de sus fraudes más ambiciosos.

¿Un Keating falso para describir la muerte de un mesías falso? Pegada al cemento húmedo hacía pocos días, la postal era una obvia invitación que Matthew Young me dirigía. Pero ¿dónde podría encontrarlo? Entonces, a través de las puertas abiertas, vi la iglesia baptista abandonada que estaba detrás de la hilera de garajes.

En cuanto entré en la lóbrega nave, tuve la certeza de que ni el presidente Reagan ni la reina habían sido el blanco de Matthew Young. Los cortapernos que el agente Willings había pedido prestados cortaron los eslabones de la cadena oxidada. Cuando se retiró, empujé las puertas comidas por la carcoma. En algún momento, una compañía de televisión había utilizado la iglesia ya desacralizada como depósito para elementos de utilería en desuso. Arrumbados contra la pared, había decorados y paneles pintados de una serie de ciencia ficción discontinuada, en un polvoriento desorden.

Avancé por el pasillo y me detuve entre los bancos de la antigua iglesia. Entonces, cuando comencé a caminar otra vez, vi un repentino diorama de la superficie lunar. Frente a mí había un decorado en miniatura construido con viejos carteles de *La guerra de las galaxias* y atrezo de *Doctor Who*. Encima del paisaje lunar flotaba la figura de un astronauta volando con los brazos extendidos.

Tal como había supuesto, este diorama formaba parte de una nueva habitación de Ames. La ilusión de la figura del astronauta solo aparecía cuando se la miraba desde las puertas de la iglesia. Pero al aproximarme sus componentes se separaron. Una mano enguantada colgaba por sí misma, amputada del brazo que había parecido sostenerla. El tórax separado y las secciones de las piernas se alejaban mutuamente, a la deriva, suspendidos por cables desde las vigas de la nave. La cabeza y el casco habían sido cercenados de los hombros y habían despegado en su propio vuelo. Permanecí de pie junto al altar mientras el astronauta desmembrado colgaba sobre mí

como un cadáver cromado volado en pedazos por una trampa cazabobos oculta en su sistema de soporte vital.

Sobre el suelo de piedra, debajo de este espeluznante espectáculo, yacía Matthew Young. Estaba tendido de espaldas en un desorden de polvo y losas quebradas, su boca llena de cicatrices se había retraído en una mueca sin sangre y exhibía los dientes rotos, cuyas coronas se habían aplastado. Había caído al suelo durante su crisis de *grand mal* y sus dedos extendidos habían arrancado una parte del cartel de *La guerra de las galaxias*, que lo cubría como una mortaja. La sangre se agolpaba debajo de su pómulo y formaba un gran hematoma, como si durante la crisis focal de su mano derecha hubiera intentado quitarse el ojo con la mira telescópica del fusil de francotirador que aferraba en la mano.

Le liberé la lengua y la tráquea, le masajeeé el diafragma hasta que su respiración se tornó regular, y coloqué un cojín del coro debajo de sus hombros. En el suelo, junto a él, estaban el cañón, la caja, el cargador de un fusil sin culata cuyas partes había estado aceitando momentos antes de la crisis, fusil que, yo lo sabía, montaría en cuanto se despertara.

Día de Pascua de 1988. Esta noche tendrá lugar el mitin del coronel Stamford en Earls Court. Desde su llegada a Londres, como invitado en el palacio de Buckingham, el exastronauta ha estado sumamente ocupado preparando el trampolín que lo lanzará a través del Atlántico. Hace tres días habló para ambas cámaras del Parlamento en Westminster Hall. En su discurso televisado hizo un llamamiento a realizar una cruzada contra el imperio maligno del mundo no cristiano, a construir plataformas orbitales de lanzamiento de bombas nucleares, a disparar armas láser geosíncronas apuntadas a Teherán, Moscú y Pekín. Parece estar exigiendo no solo la destrucción de la Unión Soviética, sino también la de todo el mundo no cristiano, la reconquista de Jerusalén y la conversión del islam.

Es evidente que el coronel Stamford está tan desquiciado como Hitler, pero por fortuna su último amerizaje está muy próximo. Supongo que Matthew Young asistirá al mitin de Earls Court esta noche. Yo no lo he denunciado a la policía, con la confianza de que se recuperaría a tiempo para montar su fusil y llegar a una de las cabinas de proyección vacías bajo del techo del estadio. Al producirse la llegada del coronel Stamford desde el «espacio exterior», el Muchacho lo observará desde la ventana de proyección y lo oirá exhortar a su *yihad* nuclear contra las fuerzas del anticristo. Desde la estrecha pero nunca más vital perspectiva de la mira de su fusil, Matthew Young estará listo, una vez más, para desmontar un espacio ilusionista y celebrar los persistentes misterios de la habitación de Ames.

## RESPUESTAS A UN CUESTIONARIO

- 1) Sí.
- 2) Hombre (?).
- 3) A/A Terminal 3, Aeropuerto de Londres, Heathrow.
- 4) Veintisiete.
- 5) Desconocido.
- 6) Primaria doctor Barnardo; Kingston-upon-Thames; Correccional de Su Majestad, Send, Surrey; Departamento de Informática de la Universidad Brunel.
- 7) Limpieza de suelos, Máquinas Recreativas Mecca Amusement, Leicester Square.
- 8) Si puedo evitarlo.
- 9) Analista de sistemas, Sperry-Univac, 1979-1983.
- 10) Tribunal de la Corona de Manchester, 1984.
- 11) Fraude con tarjetas de crédito e informático.
- 12) Culpable.
- 13) Dos años, Prisión de Su Majestad de Parkhurst.
- 14) Stockhausen, de Kooning, Jack Kerouac.
- 15) Siempre que me es posible.
- 16) Dos veces al día.
- 17) UNG, herpes, gonorrea.
- 18) Los esposos.
- 19) Mi mayor ambición es convertirme en un programa de TV.
- 20) La primera vez que vi al occiso fue el 17 de febrero de 1986, en la capilla del Aeropuerto de Londres. Él estaba rezando en el primer banco.
- 21) En aquel momento yo vivía en un cubículo fuera de servicio del baño de los controladores aéreos, en la Terminal 3.
- 22) Aprox. 1,70 m, treinta y tres años, complexión delgada, piel albina y fina barba negra, lesiones por algún accidente en ambas manos. Al principio pensé que era un terrorista palestino.
- 23) Vestía un uniforme robado de ingeniero de vuelo de El Al.
- 24) Con lo último de dinero que me quedaba le compré una hamburguesa de gambas en la cafetería del entresuelo. Me agradeció y, aunque no llevaba tarjeta de crédito, extrajo 100 libras de un cajero automático del vestíbulo principal.
- 25) Yo ya estaba convencido de que me encontraba ante un personaje mesiánico que me ayudaría a descifrar la clave del ordenador de las cuentas depósito del NatWest.
- 26) No se produjo actividad sexual.
- 27) Lo llevé a la pista de hielo de Richmond, donde de inmediato efectuó seis

*salchows* triples. Lo alenté a iniciarse en la danza sobre hielo, con el Campeonato Europeo y, después, una medalla de oro en Seúl como objetivos, pero él comenzó a trazar enormes espirales dobles en el hielo. Intenté persuadirlo de que no estaban entre las figuras obligatorias de la disciplina, pero me respondió que las espirales representaban un modelo de ADN sintético.

28) No.

29) Me dio a entender que tenía importantes conexiones en los niveles más altos del gobierno.

30) *Suite* 17B, hotel Penta de Londres. Dormí en el suelo del baño.

31) Cajeros automáticos en Oxford Street, Knightsbridge y Earls Court.

32) Aprox. 275 000 libras en tres semanas.

33) Vídeos porno. Le interesaban particularmente Kamera Klimax y Electric Blue.

34) Casi cada día.

35) Cuando estaba borracho. Decía que traía el don de la vida eterna.

36) En el hotel Penta intenté presentarle a Torvill y a Dean. Le interesaba conocer a miembros de la Bolsa y de la Royal Society, exclusivamente.

37) Mujeres de todas las edades.

38) Sexo grupal.

39) Marie Drummond, veintidós años, vendedora, HMV Discos; Denise Attwell, treinta y siete, supervisora de investigación, Laboratorios Geigy; Florence Burgess, cincuenta y cinco, diaconisa, Librería de la Sociedad Bíblica; Angelina Gómez, veintitrés, azafata, Iberia; Phoebe Adams, cuarenta y tres, manifestante contra los misiles de crucero, campamento pacifista de mujeres Camp Orange, Greenham Common.

40) A veces, a propuesta suya.

41) Poco satisfactorio.

42) Eyaculación precoz; impotencia.

43) Me instó a que me sometiera a una operación de cambio de sexo.

44) La National Gallery, la Wallace Collection, el British Museum. Estaba muy intrigado por las representaciones de Jesús, Zoroastro y el Buda Gautama, y hablaba de su semejanza.

45) Con permiso del administrador, Distrito NE, British Telecom.

46) Colocamos la antena en el techo de la Torre de la Oficina de Correos.

47) 2500 KHz.

48) Hacia la constelación de Orión.

49) Oí su voz, transmitida aparentemente desde la estrella Betelgeuse, hace 2000 años.

50) Interferencia de la recepción de TV en todo Londres y el South East.

51) N.º 1 en los índices de audiencia del BARB, lo cual supera las cuotas de pantalla conjuntas de *Coronation Street*, *Dallas* y *Dinastía*.



- 52) Los visitantes habituales incluían a la princesa Diana, al príncipe Carlos y al doctor Billy Graham.
- 53) Alquiló el Centro de Congresos de Wembley.
- 54) *La inmortalidad al servicio de la humanidad.*
- 55) Los invitados provenían de los ámbitos de la ciencia, la política, la iglesia, las fuerzas armadas y la Agencia Tributaria.
- 56) Generosas sumas.
- 57) Cajeros automáticos, en Mayfair y Regent Steet.
- 58) Tenía una comprensión cabal del valor del dinero, pero no quedó impactado cuando le informé de las ganancias de Torvill y Dean.
- 59) Estaba obsesionado con la naturaleza del enlace químico.
- 60) Sentados detrás de él, en la cabecera de la mesa, estábamos: 1) el líder de la oposición de Su Majestad, 2) el presidente de la Royal Society, 3) el arzobispo de Canterbury, 4) el Gran Rabino, 5) el director de Diners Club, 6) el director del Banco de Inglaterra, 7) el secretario general de la Federación del Personal de la Agencia Tributaria, 8) el director de Hertz Rent-a-Car, 9) el presidente de IBM, 10) el Jefe del Estado Mayor, 11) el doctor Henry Kissinger, 12) yo.
- 61) Dijo que el ADN sintético introducido en el germoplasma humano detendría el proceso de envejecimiento y extendería la vida humana de forma casi indefinida.
- 62) Tal vez 1 millón de años.
- 63) Proclamó que la princesa Diana era inmortal.
- 64) Asombro / escepticismo.
- 65) Aconsejó al público invertir fuertemente en la industria del ocio.
- 66) El valor de la libra esterlina subió hasta 8,75 dólares.
- 67) Las cadenas de TV norteamericanas, *Time Magazine*, *Newsweek*.
- 68) La Segunda Venida.
- 69) Expresó su gran decepción por la actitud negativa del Tercer Mundo.
- 70) El Kremlin.
- 71) Deseaba transformarse en la ojiva de un misil de crucero.
- 72) Mi desilusión cada vez mayor.
- 73) Malestar sexual.
- 74) Se quejaba de que yo pasaba demasiado tiempo en la pista de hielo de Richmond.
- 75) La Proclama Real.
- 76) La libra esterlina subió a 75,50 dólares.
- 77) El príncipe Andrés. Repetidas veces.
- 78) Una inyección en los testículos.
- 79) Los efectos secundarios fueron la impotencia permanente y la esterilidad. De todos modos, como la inmortalidad estaba asegurada, ya no era necesario tener descendencia y el impulso reproductor se atrofiaría.
- 80) Consideré seriamente la posibilidad de una operación de cambio de sexo.

- 81) El Libro Blanco sobre la Inmortalidad, del Gobierno.
- 82) La inyección obligatoria en los testículos a la totalidad de la población masculina mayor de once años.
- 83) Treinta y ocho, Smith & Wesson, cañón corto.
- 84) Idea mía, absolutamente.
- 85) Muchas horas en la pista de hielo de Richmond, intentando borrar infructuosamente los dibujos del ADN.
- 86) Westminster Hall.
- 87) Premeditado. Dudaba de sus verdaderos motivos.
- 88) Asesinato.
- 89) Ni me han pagado ni he sido instigado por agentes de una potencia extranjera.
- 90) Desesperanza. Deseo volver a mi cubículo del Aeropuerto de Londres.
- 91) Entre la princesa Diana y el Gobernador de Nevada.
- 92) En el clímax de *Así habló Zaratustra*.
- 93) Dos metros.
- 94) Tres disparos.
- 95) Sangre del grupo O.
- 96) No deseo pasar solo el resto de la eternidad.
- 97) En la celda para condenados a muerte recibí la visita de un enviado especial del arzobispo de Canterbury.
- 98) Que había asesinado al Hijo de Dios.
- 99) Caminaba con una ligera cojera. Me dijo que, como convicto, era el único al que no le habían administrado la inyección esterilizadora y que ahora mi único deber era la restauración de la tasa de nacimientos nacional.
- 100) Sí.

## EL HOMBRE QUE CAMINÓ EN LA LUNA

Yo también he sido astronauta. Al verme aquí sentado, en este modesto bar desde el cual se ve a lo lejos la playa de Copacabana, usted probablemente supone que soy un hombre de escasos logros. Este portafolio mugriento entre mis tacones gastados; el traje manchado, con las mangas raídas; las manos desagradables, listas para aprovechar la primera oferta de un trago gratuito, todo este aire de fracaso... sin duda piensa usted que soy un oficinista sin importancia que ha perdido sus promociones demasiadas veces, y que no valgo nada: una persona sin pasado y con menos futuro aún.

Durante muchos años yo mismo lo creí así. Fui abandonado por las autoridades, satisfechas de verme exiliado en otro continente, reducido a mendigar a los turistas norteamericanos. Sufrí una amnesia aguda y ciertos problemas domésticos con mi esposa y mi madre. Ahora comparten mi pequeño piso en Ipanema, mientras que yo me veo obligado a vivir en una habitación sobre la cabina de proyección del cine Luxor, con los pensamientos ahogados por las bandas de sonido de las películas de ciencia ficción.

Acontecimientos tan trágicos me han dejado poca confianza en mí mismo. No obstante, mi confianza está regresando, así como cierta percepción de mi verdadera historia y dignidad. Hay capítulos de mi vida que aún permanecen ocultos y me parecen tan confusos como esos extractos de películas que los proyeccionistas ponen cada mañana para enfocar sus proyectores. Todavía tengo en el olvido los años de entrenamiento y mi mente me impide todo recuerdo de los vuelos espaciales. Pero estoy seguro de que he sido astronauta.

Hace años, antes de viajar al espacio, tuve muchas profesiones: periodista independiente, traductor; en una ocasión hasta fui corresponsal de guerra y me enviaron a una pequeña guerra que, por desgracia, jamás fue declarada. Entraba y salía cada día de las oficinas de los periódicos, con la esperanza de encontrar una misión que estuviera a la altura de mis talentos.

Lamentablemente, todo este esfuerzo no consiguió llevarme a la cima, y al cabo de diez años me vi desplazado por una generación más joven. Mi carácter algo reservado y mis modos un poco bruscos, me apartaron de mis colegas periodistas. Hasta los directores se reían a mis espaldas. Me asignaron tareas banales: comentar películas o escribir informes sobre las ferias de equipamiento para oficinas. Cuando comenzó la guerra por la tirada, una reacción al avance de la televisión condenada de antemano al fracaso, los directores se opusieron de forma manifiesta a mi estilo mordaz. Me convertí en traductor de tiempo parcial y daba clases en una escuela de

idiomas una hora al día, pero mis ingresos cayeron en picado. Mi madre, a quien yo había mantenido muchos años, se vio obligada a abandonar su casa y vino a vivir a mi piso de Ipanema, con mi esposa y conmigo.

Al principio, esto desagradó a mi mujer, pero pronto ella y mi madre se aliaron en mi contra. Se impacientaban por las horas que yo pasaba retrasando mis infaustas visitas a la única redacción de periódico en la que todavía tenía alguna esperanza: el camino al trabajo era un tránsito entre una puerta que se cerraba de golpe a mis espaldas y otra que se cerraba de golpe en mis narices.

Mi último amigo en el periódico se apiadó de mí, mientras yo esperaba desoladoramente en el recibidor.

—¡Por el amor de Dios, búscate una historia de interés humano! ¡Algo tierno y conmovedor, eso es lo que quieren los de arriba, la vida no es una película vanguardista!

Mientras reflexionaba sobre este sensato consejo, salí a las atestadas calles. Me horrorizaba la idea de volver a casa sin que me hubieran asignado una tarea. Las dos mujeres habían adquirido la costumbre de abrir juntas la puerta del apartamento y, cuando lo hacían, me miraban con ojos acusadores, bloqueándome casi la entrada a mi propio piso.

A mi alrededor estaba el millón de rostros de la ciudad. Las personas pasaban junto a mí, tan metidas en sus propias vidas que casi me quitaban de en medio a empujones. Un millón de historias de interés humano de una clase banal y absurda, una enciclopedia de la mediocridad... Dándome por vencido, abandoné la avenida Copacabana y me refugié entre las mesas de un pequeño bar en una calle lateral.

Ahí conocí al astronauta norteamericano y comenzó mi propia carrera espacial.

La terraza del bar estaba casi desierta, dado que los oficinistas volvían a sus escritorios después del almuerzo. A mis espaldas, bajo la sombra de un toldo de lona y ante un vaso vacío, estaba sentado un hombre de cabellos rubios con un traje harapiento. Mientras defendía mi café de las moscas, miraba el pequeño trozo de mar visible más allá de la playa de Copacabana. Más lentos por sus almuerzos, los grupos de turistas norteamericanos y europeos recorrían las calles desde los hoteles, alejando con un ademán a los vendedores de joyas y de lotería. Puede que me fuera a París o Nueva York, y construyera una nueva vida como crítico literario...

Una camisa de tartán me bloqueó la vista del mar y su limitado sueño de huida. Un anciano norteamericano, con la cámara colgada de su grueso cuello, se inclinó sobre mi mesa; detrás de él estaba su esposa, de cabellos grises y con un vestido de flores.

—¿Es usted el astronauta? —me preguntó la mujer en tono afable pero taimado, como si fuera a decir una indiscreción—. En el hotel nos dijeron que estaría en este bar...

—¿Un astronauta?

—Sí, el astronauta Comandante Scranton...

—No, lamento no ser un astronauta. —Entonces se me ocurrió que esa pareja provinciana, probablemente un dentista y su esposa del cinturón del maíz, podría servirse de un guía turístico bien informado. ¿Acaso se imaginaban que el crucero en que viajaban había atracado en Miami? Me puse de pie y me las arreglé para sonreír con galanura—. Desde luego, soy un traductor experimentado. Si usted...

—No, no... —Me desecharon con un ademán y se alejaron entre las mesas vacías—. Hemos venido a ver al señor Scranton.

Perplejo por esta extraña conversación, observé cómo se acercaban al hombre vestido con el traje tropical. Un sujeto anodino, al final de los cuarenta, que tenía el cabello ralo y rubio, y un rostro con una ancha mandíbula estadounidense de la cual había huido toda confianza largo tiempo atrás. Se miraba con aire resignado las manos, que esperaban detrás de un vaso vacío, como si no pudiera explicarles cuán poco refrigerio les llegaría ese día. Estaba obviamente desnutrido; tal vez era un marino que había abandonado el barco, uno de los miles que no tenían ni dónde caerse muerto e intentaban vivir de su ingenio en unas de las calles más duras del planeta.

Sin embargo, al acercársele la pareja de ancianos levantó la vista con bastante rapidez. Cuando le repitieron la pregunta sobre el astronauta, les hizo una seña para que se sentaran. Ante mi sorpresa, llamaron al camarero y trajeron bebidas a la mesa. El marido preparó la cámara mientras tenía lugar una relajada conversación entre su esposa y este sórdido personaje.

—Querido, no te olvides del señor Scranton...

—Ah, sí. Discúlpeme por favor.

El esposo extrajo varios billetes de su cartera y ella se los extendió a Scranton por encima de la mesa; él se puso de pie. Se tomaron fotografías. Primero de Scranton, de pie junto a la sonriente esposa y después del esposo, que sonreía ampliamente junto al demacrado norteamericano. La fuente de todo ese buen humor se me escapaba, al igual que a Scranton, cuyos ojos contemplaban la calle con solemnidad, con el mismo respeto con que se miraría la superficie de la Luna. Pero desde la playa de Copacabana ya había llegado otro grupo de turistas, y oí más risas cuando uno de ellos exclamó:

—¡Ahí está el astronauta...!

Muy desconcertado, observé cómo se tomaban otra ronda de fotografías. Las parejas se colocaban uno a cada lado del norteamericano, sonriendo como si él fuera un conductor de camellos y posara por unas cuantas monedas, con las pirámides por fondo.

Pedí al camarero un coñac pequeño. El hombre había ignorado todo el ajetreo, y se embolsaba las propinas sin inmutarse.

—Este sujeto... —comencé— ¿Quién es? ¿Es el astronauta?

—Por supuesto... —El camarero lanzó el tapón de una botella al aire y obsequió

al cielo con una mueca de hombre conoedor—. ¿Quién más podría ser sino el hombre de la Luna?

Los turistas se habían marchado, y paseaban por las tiendas de ropa de piel y las joyerías. Solo, tras su breve momento de fama, el norteamericano seguía ahí sentado entre los vasos vacíos, contando el dinero que había cobrado.

¿El hombre de la Luna?

Entonces recordé el titular del periódico y la noticia que había leído dos años antes acerca de este pobre estadounidense que afirmaba ser un astronauta y contaba su historia a los turistas por el precio de un trago. Al principio casi todo el mundo le creyó y se convirtió en un personaje popular en los vestíbulos de los hoteles de la playa de Copacabana. Supuestamente, había despegado desde Cabo Kennedy en una de las misiones Apolo de la década de los setenta; su rostro largo y sus ojos de piloto estoico me parecían vagamente conocidos de las fotografías de las revistas. Era adecuadamente remiso, pero si se lo presionaba con unos dólares podía hablar de forma convincente acerca de los primeros viajes a la Luna. En cierto modo, era muy conmovedor sentarse a una mesa de un bar con un hombre que había caminado en la Luna...

Entonces un reportero demasiado curioso hizo estallar todo el simulacro. No había ningún nombre llamado Scranton que hubiera viajado al espacio, y las autoridades estadounidenses confirmaron que su fotografía no coincidía con la de ningún astronauta del pasado ni del presente. En realidad, se trataba de un fumigador fracasado de Florida que había perdido su permiso para pilotar, y cuyo conocimiento de los vuelos Apolo habían sido hurtados de los periódicos y los programas de la televisión.

Sorprendentemente, la carrera de Scranton no acabó ahí ni en aquel momento, sino que pasó a una segunda etapa tragicómica. Lejos de abandonarlo al olvido, la exposición en los medios le acarreó una fama pequeña pero genuina. Proscrito de los grandes hoteles de Copacabana, merodeaba por los bares de los alrededores, afirmando aún que había sido astronauta, ignorando a quienes se mofaban de él desde las ventanillas de sus coches. La dignidad con la cual mantenía su fraude aprovechaba cierta afable tolerancia, de un modo muy parecido al cariño que despiertan en Estados Unidos esos ancianos excéntricos que afirman falsamente que son veteranos de la Guerra de Secesión.

En consecuencia, Scranton se quedó, dispuesto a hablar de su viaje a la Luna por unos pocos dólares, citando las mismas frases gastadas que no conseguían convencer ni al más pequeño de los colegiales. Pronto nadie se molestó en seguir cuestionándolo y su principal función era la de ser fotografiado junto a los grupos de visitantes como una divertida curiosidad del itinerario turístico.

Pero quizás el norteamericano era más taimado de lo que aparentaba, con ese traje raído y su mirada abatida. Ahí sentado, custodiando un vaso de coñac que apenas

podía pagar, me irritaban la fama fraudulenta de Scranton y los ingresos que ella le proporcionaba. Yo también había actuado una farsa durante años —la máscara de buen humor que ofrecía a mis colegas del mundo del periódico—, pero no me había reportado nada. A Scranton, al menos, lo dejaban en paz la mayor parte del tiempo, algo que yo anhelaba más que cualquier fama. Comparando nuestras circunstancias me pareció obvia una componente de grave injusticia: el notorio delincuente británico que se ganaba la vida sin esfuerzo dejándose fotografiar por los turistas en los restaurantes más caros de Copacabana por lo menos había asaltado uno de los trenes del correo de Su Majestad.

A la vez, ¿era esta la historia de interés humano que me ayudaría a reconstruir mi carrera? ¿Podría proporcionarle un toque irónico final mostrando que, gracias a la delación, el falso astronauta era ahora doblemente exitoso?

Durante los días siguientes visité el bar puntualmente a mediodía. Con la libreta de notas preparada, me mantuve alerta a la llegada de Scranton. Por lo general, aparecía al comienzo de la tarde, en cuanto los oficinistas y las secretarías habían acabado sus cafés. Durante ese breve respiro, cuando las sombras cruzaban de un lado de la calle al otro, Scranton se materializaba como si apareciera de una trampa en el suelo. Siempre estaba solo y caminaba con la espalda recta, con su traje descolorido y la vacilación de alguien que sabe que llega a una cita el día equivocado. Se deslizaba en su sitio, bajo el toldo del café, pedía un vaso de cerveza al escéptico camarero y después miraba hacia el otro lado de la calle, las vistas de un espacio invisible.

Pronto se hizo obvio que la fama de Scranton estaba tan raída como los puños de su camisa. Lo visitaban pocos turistas y a menudo pasaba toda una tarde sin que llegara un solo cliente. Entonces el camarero rozaba las sillas que había alrededor de Scranton para distraerlo de sus sueños con una Luna imaginaria. En efecto, el cuarto día, pocos minutos después de la llegada de Scranton, el camarero golpeó la superficie de la mesa con su trapo, cancelando el espectáculo de esa tarde.

—Fuera, fuera... es imposible. —Cogió el diario que Scranton había encontrado en una silla cercana—. Se acabaron los cuentos sobre la Luna...

Scranton se puso de pie, con la cabeza gacha bajo el toldo. Parecía resignarse ante el abuso.

—Vale... puedo llevarme el negocio a otro sitio.

Para impedirlo, dejé mi asiento y avancé entre las mesas vacías.

—¿Señor Scranton? ¿Podemos hablar? Me gustaría invitarle a beber algo.

—Por supuesto. —Scranton me señaló una silla. Dispuesto para el negocio, estaba sentado muy erguido y con un esfuerzo consciente consiguió enfocar su mirada, perdida en el infinito, a una distancia de unos quince metros. Estaba desnutrido y su afeitado poco cuidadoso mostraba una palidez casi tísica. Pese a ello, esta figura de vagabundo tenía cierta determinación que yo no me había esperado. Sentado junto a él percibí un aislamiento intenso, casi voluntario, no solo respecto de

esta ciudad extranjera, sino con respecto al mundo. Le enseñé mi tarjeta.

—Estoy escribiendo un libro sobre el cine de ciencia ficción. Sería interesante escuchar su opinión. ¿Es usted el Comandante Scranton, el astronauta del Apolo?

—Correcto.

—Bien. Me pregunto qué piensa de las películas de ciencia ficción... cuán convincentes encuentra usted las representaciones del espacio exterior, la superficie lunar, etcétera.

Scranton contemplaba la superficie de la mesa con expresión desolada. Una sonrisa débil exhibió sus dientes amarillentos y supuse que había descubierto mi estratagema.

—Me complacerá ayudarlo —me dijo—, pero cobro un pequeño honorario.

—Desde luego. —Rebusqué en mis bolsillos—. Su pericia profesional, naturalmente...

Puse algunas monedas sobre la mesa con la intención de buscar un billete de poco valor. Scranton escogió tres monedas, lo suficiente para pagar una hogaza de pan, y empujó el resto hacia mí.

—¿Películas de ciencia ficción...? Son buenas. Muy exactas. En general diría que hacen un trabajo excelente.

—Resulta alentador escucharlo. Los críticos no suelen destacar estas épicas de Hollywood por su realismo.

—Bueno... hay que saber que los equipos Apolo trajeron mucho metraje de filmación.

—Sin duda. —Intenté que la diversión no tiñera el tono de mi voz—. Los estudios deben de haberle estado muy agradecidos. Después de todo, usted podía describir las auténticas caminatas lunares.

Scranton asintió con aire de sabio.

—Trabajé como consultor para una de las grandes productoras de Hollywood. En términos generales, puede creerme si le digo que esas películas son bastante realistas.

—Fascinante... viniendo de usted, que es una autoridad sobre el tema. A modo de anécdota, ¿cómo era estar realmente en la Luna?

Scranton pareció verme por primera vez. ¿Había atisbado cierta tensión compartida en nuestros caracteres? Este agobiado norteamericano poseía el refinamiento de un mecánico de automóviles desempleado y, sin embargo, parecía casi tentado de convertirse en mi amigo.

—¿Estar en la Luna? —Su mirada cansada examinó la estrecha calle donde estaban las tiendas de joyas baratas con sus mensajeros, los insistentes vendedores de lotería, los taxistas fuera de servicio, apoyados en sus coches—. Era igual que estar aquí.

—Entonces... —Dejé mi libreta a un costado. No eran necesarios más subterfugios. Yo había tratado nuestro encuentro como si fuera una broma, pero Scranton era sincero y completamente indiferente a la opinión que yo pudiera tener



de él. Los turistas y los policías que pasaban, la mujer de mediana edad sentada a una mesa cercana, para él todos ellos apenas existían. No eran más que sombras en la pantalla de su mente, a través de las cuales podía ver los horizontes de un vacío casi planetario.

Por primera vez estaba en presencia de alguien que no tenía nada, menos aún que los mendigos de Río, ya que ellos al menos estaban vinculados al mundo material mediante su anhelo del mismo. Scranton encarnaba la soledad absoluta del ser humano en el espacio y el tiempo, una situación que yo compartía en muchos sentidos. Hasta el acto de autoconvencerse de haber sido un astronauta no hacía otra cosa que acentuar su aislamiento.

—Una historia notable —observé—. No podemos dejar de preguntarnos si hicimos lo correcto al abandonar este planeta. Eso me recuerda la pregunta planteada por el pintor chileno Matta: «¿Por qué debemos temer una catástrofe espacial para comprender nuestra época?». Es una pena que usted no haya traído ningún recuerdo de sus caminatas lunares.

Los hombros de Scranton se enderezaron. Podía verlo contar las monedas que había sobre la mesa.

—Tengo cierto material...

Casi se me escapa una carcajada.

—¿Qué? ¿Un trozo de roca lunar? ¿Un poco de polvo de la Luna?

—Diverso material fotográfico.

—¿Fotografías? —¿Era posible que Scranton hubiera dicho la verdad y que realmente hubiera sido un astronauta? Si yo podía probar que toda la idea de su impostura era un error, un descuido del periodista que había investigado el caso, tendría de una exclusiva de primera plana—... ¿Podría verlas? ¿Podría usarlas en mi libro...?

—Bueno... —Scranton tentó las monedas que tenía en el bolsillo. Parecía hambriento y solo pensaba en gastárselas en una hogaza de pan.

—Desde luego —agregué—, yo pagaría una suma extra. En cuanto a mi libro, los editores podrán pagar varios cientos de dólares.

—Cientos... —Scranton parecía impactado. Sacudió la cabeza, como si encontrara divertido cómo eran las cosas. Yo esperaba que él se mostrara tímido respecto de revelar dónde vivía, pero se puso de pie y me hizo señas para que acabara mi bebida—. Me hospedo a pocos minutos andando.

Esperó entre las mesas, observando el otro lado de la calle. Mirando a los transeúntes a través de sus ojos; comprendí que habían comenzado a parecer casi transparentes, sombras que actuaban creadas por un juego de luces del sol.

Pronto llegamos a la modesta habitación de Scranton, situada detrás del Luxor, un cine pequeño, alejado de la avenida Copacabana, que había gozado de épocas mejores. Le habían alquilado como apartamento dos antiguos depósitos y una oficina

situados sobre la cabina de proyección, a los que se llegaba subiendo una escalera de emergencia húmeda y fría.

Agotado por el esfuerzo, Scranton se tambaleó contra la puerta. Se limpió la saliva de la boca con la solapa de su chaqueta y me hizo entrar en la habitación.

—Póngase cómodo...

Una luz polvorienta caía sobre la cama estrecha y se reflejaba en el grifo de agua fría del lavabo grasiento, que solo se sostenía de la pared mediante su tubería de desagüe. Envuelta en papel de diario, había una almohada cubierta de manchas de sudor y una desagradable especie de moco, producto tal vez de un ataque de fiebre debido a la malaria o la tuberculosis.

Ansioso por abandonar aquella madriguera infecta, extraje mi cartera.

—¿Las fotografías...?

Scranton se sentó en la cama, con los ojos fijos en la pared amarillenta que había a mis espaldas, como si hubiera olvidado que yo estaba ahí. Una vez más percibí esa capacidad de aislarse del mundo circundante, un talento que le envidiaba, aunque fuera lo único.

—Claro... están por aquí. —Se puso de pie y fue hasta la maleta que había sobre una mesa plegable, detrás de la puerta. Tras coger el dinero de mi mano, abrió la tapa y levantó un paquete de revistas. Entre ellas había páginas sueltas arrancadas de *Life* y *Newsweek*, y suplementos especiales de los periódicos de Río dedicados a los vuelos espaciales Apolo y los alunizajes. Las conocidas imágenes de Armstrong y el módulo lunar, las caminatas espaciales y el amerizaje mostraban signos de haber sido hojeadas incasablemente. Las leyendas estaban marcadas con lápiz rojo, como si Scranton hubiera pasado horas memorizando esas fotografías traídas de regreso por los canales de marea del espacio.

Coloqué las revistas a un lado, con la esperanza de encontrar alguna prueba documental de la participación de Scranton en los vuelos espaciales, acaso una fotografía de primer plano tomada por otro astronauta.

—¿Ya está? ¿No hay nada más?

—Ya está. —Scranton me dirigió un gesto alentador—. Son buenas fotos. Así es precisamente como era.

—Supongo que es cierto. Tenía la esperanza...

Observé a Scranton a la espera de que mostrara un débil signo de incomodidad. Esas páginas descoloridas, lejos de ser los recuerdos de un astronauta genuino, eran obviamente los apuntes de un impostor. Sin embargo, no cabía la menor duda de que Scranton era sincero.

Permanecí de pie en la calle, bajo el pórtico del cine Luxor, cuyos llamativos carteles anunciaban un gran espectáculo de ciencia ficción y parecían tan inflamados como la mente del norteamericano. A pesar de todo lo que había sospechado, sentía una intensa decepción. Me había engañado a mí mismo, pensando que Scranton salvaría

mi carrera. Me había quedado únicamente con una libreta vacía y el tranvía de regreso al atestado apartamento de Ipanema. Me horrorizaba la perspectiva de ver a mi esposa y a mi madre en la puerta, con los ojos atornillados en el mismo foco acusador.

No obstante, mientras caminaba por la avenida Copacabana, hacia la parada del tranvía, me invadió una curiosa sensación de liberación. Las ruidosas aceras, los arrogantes carteristas que tironeaban de mis ropas, el tráfico que agravaba la menor tendencia a padecer jaquecas, todo parecía haber retrocedido, como si se hubiera abierto una pequeña brecha entre ese mundo congestionado y yo. Mi encuentro con Scranton, mi breve relación con este hombre aislado me permitía verlo todo con un poco más de distancia. Los hombre de negocios, con sus maletas; las mujerzuelas de la tarde que balanceaban sus brillantes bolsos; los vendedores, con sus ristras de billetes de lotería, casi dependían de mí. El tiempo y el espacio habían alterado sus perspectivas y la ciudad se rendía ante mí. Al cruzar la carretera hacia la parada del tranvía, parecieron pasar varios minutos, pero no fui arrollado.

Esa sensación de una atmósfera relajada persistió mientras volvía a Ipanema. Los demás pasajeros, que normalmente me hubieran irritado con sus perfumes baratos y sus ropas corrientes, con su aspecto de animales aburridos de una casa de fieras, ya casi no aparecían en mi visión. Miré los corredores de luz que se extendían entre ellos como los pasillos de una catedral al aire libre.

—Has encontrado una noticia —proclamó mi esposa al cabo de un segundo de abrir la puerta.

—Te han encargado un artículo —confirmó mi madre—. Sabía que lo harían.

Retrocedieron y me miraron mientras yo hacía un recorrido sin prisa por el limitado apartamento. Obviamente, mi cambio de actitud les había impactado. Me atosigaron con preguntas; incluso su presencia me resultaba menos fastidiosa. Gracias al ejemplo de Scranton, el universo había perdido su influencia sobre mí. Sentado ante la mesa del comedor, las hice callar levantando un dedo.

—Estoy a punto de embarcarme en una nueva carrera...

A partir de ese momento me relacioné cada vez más con Scranton. No tenía la intención de volver a ver al norteamericano, pero el germen de su soledad invadió mi sangre. Regresé al bar dos días después, pero las mesas estaban desiertas. Observé mientras dos grupos de turistas se detenían para preguntar por «el astronauta». Entonces interrogué al camarero, sospechando que había proscrito al pobre hombre. Pero no, el estadounidense regresaría al día siguiente, había estado enfermo o puede que hubiera viajado a la Luna en secreto, por negocios.

En realidad, ya habían pasado tres días cuando Scranton por fin apareció. Materializándose en el calor de la tarde, entró en el bar y se sentó bajo el toldo. Al principio no se percató de que yo estaba ahí, pero su sola presencia era suficiente para dejarme contento. Las muchedumbres y el tráfico, que una vez más habían

comenzado a cerrarse sobre mí, detuvieron su clamor y se retiraron. Sobre la calle ruidosa se impusieron los silencios de un paisaje lunar.

Sin embargo, era evidente que Scranton había estado enfermo. Tenía el rostro demacrado por la fiebre y el esfuerzo de sentarse en su silla lo había dejado agotado. Apenas consiguió levantarse de su asiento cuando los primeros turistas norteamericanos se detuvieron junto a su mesa, y mientras se tomaban las fotografías, él se sostenía del toldo que tenía sobre la cabeza.

A la tarde siguiente la fiebre había remitido, pero Scranton estaba tan cansado y desaliñado que al principio el camarero rehusó permitirle la entrada al bar. Un trío de solteronas norteamericanas que se aproximó a su mesa dudaba sin tapujos de la posibilidad de que este personaje decadente fuera, de verdad, el astronauta espurio, y se hubieran marchado si yo no las hubiera conducido de nuevo hasta Scranton.

—Sí, este es el Comandante Scranton, el famoso astronauta. Yo soy su socio; permítame sostenerle la cámara...

Esperé con impaciencia a que se marcharan y me senté a la mesa de Scranton. El norteamericano podía estar enfermo, pero yo lo necesitaba. Después de pedir un coñac, lo ayudé a sostener el vaso. Mientras le introducía el billete de las solteronas en el bolsillo, noté que su traje estaba empapado de sudor.

—Lo llevaré a su habitación. No me lo agradezca, voy en esa dirección.

—Vale, me iría bien un brazo donde apoyarme. —Scranton contemplaba la calle, como si sus breves metros contuvieran el espacio de un Gran Cañón—. El camino se me está haciendo largo.

—¡Largo! Scranton, entiendo que...

Nos llevó media hora recorrer las escasas centenas de metros hasta el cine Luxor, pero el tiempo ya se estaba transformando en una dimensión elástica y de ahí en adelante la mayor parte de mis horas de vigilia las pasé con Scranton. Cada mañana visitaba la mugrienta habitación situada detrás del cine llevándole una bolsa de papel con pastas y una botella de té que yo había preparado en mi apartamento, bajo la mirada suspicaz de mi esposa. Con frecuencia, el norteamericano no sabía quién era yo, pero eso ya no me preocupaba. Scranton yacía en su cama estrecha y me permitía levantarle la cabeza para cambiar las páginas de periódico que envolvían su almohada. Cuando hablaba, su voz era demasiado débil para poder oírla por encima de las bandas de sonido de las películas de ciencia ficción que resonaban a través de las ruinosas paredes.

Hasta en ese estado moribundo, el ejemplo de Scranton era un poderoso tónico, y al final de la tarde, cuando lo dejaba, yo caminaba sin temor por las calles atestadas. A veces, mis antiguos colegas me llamaban desde la escalera de la oficina del periódico, pero yo no me percataba de ellos, como si fueran visitantes planetarios que me saludaban desde el borde de un cráter distante.

Mirando en retrospectiva aquellos días vivificantes, solo me arrepiento de no haber llamado nunca a un médico para que visitara a Scranton. Sin embargo, a

menudo el estadounidense recuperaba sus fuerzas y, después de haberlo afeitado, bajábamos a la calle. Yo disfrutaba de esas salidas con Scranton. Avanzábamos tomados del brazo entre la muchedumbre de la tarde, que parecía abrirse a nuestro paso. Los demás peatones se habían convertido en personajes fugaces, poco más que jugarretas del Sol. A veces, yo no conseguía ver sus rostros. Entonces veía el mundo a través de los ojos de Scranton y sabía cómo era ser un astronauta.

De más está decirlo, el resto de mi vida se había derrumbado. Había renunciado a mi trabajo como traductor, pronto me quedé sin dinero y me vi obligado a pedirle prestado a mi madre. A instancias de mi esposa, el editor de crónicas del periódico me citó en su oficina y me dijo lisa y llamamente que, como inmensa concesión (en realidad, a él siempre le había fascinado mi esposa), me permitiría escribir una reseña sobre una película de ciencia ficción que proyectaban en el Luxor. Antes de salir, le dije que ya estaba muy familiarizado con la película y que solo esperaba que la proscribieran de la ciudad para siempre.

Así acabó mi relación con el periódico. Poco después, las dos mujeres me echaron de mi apartamento. Me alegró dejarlas, y solo me llevé la tumbona reclinable en la que mi esposa había pasado gran parte de su tiempo preparándose para su nueva carrera de modelo. Se convirtió en mi cama cuando me mudé a la habitación de Scranton.

Para entonces, el deterioro de la salud de Scranton me obligaba a estar con él todo el tiempo. Lejos de ser el objeto de mi caridad, Scranton era mi única fuente de ingresos. Nuestras necesidades de varios días podían satisfacerse gracias a una única sesión con los turistas norteamericanos. Cuidé a Scranton lo mejor que pude, pero durante el tramo final de su enfermedad yo aún estaba demasiado inmerso en esa sensación de un mundo vacío como para advertir al joven médico, cuya alarmada presencia llenaba la minúscula habitación. En virtud de una última ironía, hacia el final de sus días, el propio Scranton me parecía casi invisible. Cuando él murió, yo estaba leyendo los titulares manchados de mocos de su almohada.

Tras la muerte de Scranton permanecí en su habitación en el Luxor. A pesar de la fama de la cual había gozado, a su entierro en el cementerio protestante solo asistí yo. Sin embargo, en cierto sentido eso era justo, puesto que él y yo éramos los únicos habitantes reales de la ciudad. Posteriormente revisé las escasas posesiones que guardaba en su maleta y encontré un desvaído cuaderno de bitácora. Sus páginas confirmaban que Scranton había trabajado como piloto en una compañía de fumigaciones de Florida durante los años del programa Apolo.

No obstante, Scranton había viajado por el espacio. Había conocido la soledad de la separación de todos los demás seres humanos, había contemplado las perspectivas vacías que yo mismo había visto. Curiosamente, las páginas arrancadas de las revistas de noticias parecían más reales que el cuaderno de bitácora del piloto. Las fotografías de Armstrong y sus compañeros eran en realidad las de Scranton y de mí mismo,

mientras caminábamos juntos en la Luna de este mundo.

Reflexionaba sobre ello sentado en el pequeño bar situado en la calle lateral. Como gesto en recuerdo de Scranton, había escogido una silla bajo el toldo. Pensaba en los paisajes planetarios que Scranton me había enseñado a ver, esas vistas vacías, desprovistas de seres humanos. Era consciente de una profesión anterior, que mi esposa y las presiones de la vida cotidiana me habían impedido ver. Estaban los años de entrenamiento para un gran viaje y una línea costera semejante a la de Cabo Kennedy, que retrocedía ante mí...

Mis ensoñaciones fueron interrumpidas por una pareja de turistas norteamericanos. Un hombre de mediana edad y su hija, que sostenía la familiar cámara contra su barbilla, se acercaron a la mesa.

—Disculpe —preguntó el hombre con una sonrisa prefabricada—. ¿Es usted el astronauta? Nos dijeron en el hotel que podría estar aquí...

Les miré sin encono, obsequiándoles una mirada de estos ojos que habían visto el vacío. Yo también había caminado en la Luna.

—Siéntense, por favor —les dije en tono casual—. Sí, yo soy el astronauta.

1985

## LA HISTORIA SECRETA DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Ahora que la Tercera Guerra Mundial ha finalizado sin incidentes, me siento con la libertad de discurrir sobre dos aspectos notables de todo este asunto aterrador. El primero es que esta confrontación nuclear largamente temida, de la cual se esperaba que borrara toda la vida de la faz de nuestro planeta, en realidad ha durado apenas cuatro minutos. Esto sorprenderá a muchos de los lectores de este documento, pero la Tercera Guerra Mundial tuvo lugar el 27 de enero de 1995, entre las 18:47 y las 18:51 hora oficial del este. La duración total de las hostilidades —a partir de la declaración formal de guerra del presidente Reagan y el momento del lanzamiento de los cinco misiles nucleares (tres estadounidenses y dos rusos) desde sus bases en el mar, hasta el armisticio acordado por el presidente y Gorbachov— no excedió los doscientos cuarenta y cinco segundos. La Tercera Guerra Mundial había acabado antes de que nadie se hubiera percatado de su inicio.

El otro rasgo extraordinario de la Tercera Guerra Mundial es que yo sea prácticamente la única persona que sabe que ocurrió. Puede parecer extraño que yo, un pediatra suburbano de Arlington, pocos kilómetros al oeste de Washington D. C. sea el único que se ha percatado de este singular acontecimiento histórico. Después de todo, las noticias sobre cada fase del agravamiento de la crisis política cada vez más profunda, la declaración de guerra del presidente enfermo y el subsiguiente intercambio nuclear fueron emitidas abiertamente por la televisión nacional. La Tercera Guerra Mundial no fue ningún secreto, pero las mentes de la gente estaban ocupadas en asuntos más importantes. Preocupados de forma obsesiva por la salud de su líder político, ignoraron milagrosamente la amenaza mucho mayor que se cernía sobre su propio bienestar.

Desde luego, en términos estrictos, yo no fui el único testigo de la Tercera Guerra Mundial. Un pequeño número de militares veteranos de los altos comandos de la OTAN y el Pacto de Varsovia, así como el presidente Reagan, Gorbachov y sus asistentes, y los oficiales de los submarinos que descifraron los códigos de lanzamiento nuclear y dispararon los misiles (hacia zonas desiertas de Alaska y Siberia oriental), estaban completamente al tanto de que se había declarado la guerra y, cuatro minutos más tarde, de que se había acordado un cese el fuego. Pero todavía no conozco a nadie de entre el público corriente que haya oído hablar de la Tercera Guerra Mundial. Cada vez que menciono la guerra, la gente se me queda mirando con incredulidad. Muchos padres han retirado a sus hijos de la clínica pediátrica, obviamente preocupados por mi estabilidad mental. Solo ayer una madre a la que había mencionado la guerra por casualidad, telefoneó a mi esposa para expresarle sus inquietudes. Pero Susan, como todos los demás, ha olvidado la guerra, aun cuando le

he pasado mis grabaciones de los programas de noticias del 27 de enero emitidos por la ABC, la NBC y la CNN, en los que informan del inicio la Tercera Guerra Mundial.

El que nadie más que yo sepa de la guerra, lo atribuyo a las curiosas características del tercer mandato de Reagan. No exagero al decir que Estados Unidos y gran parte del mundo occidental habían echado mucho de menos a este viejo y afable actor, retirado en California desde 1989, tras la asunción de su desafortunado sucesor. La multiplicación de los problemas mundiales —las repetidas crisis energéticas, el segundo conflicto entre Irán e Irak, la desestabilización de las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética, la perturbadora alianza, en Estados Unidos, entre el islam y el feminismo militante—, todo suscitaba una intensa nostalgia de los años de Reagan. Había un recuerdo inmensamente afectuoso de sus meteduras de pata y pequeñas incompetencias, su inclinación (compartida por la totalidad de quienes lo votaron) a ver televisión en pijama en lugar de ocuparse de asuntos más importantes, su confusión de la realidad con las películas medio recordadas de su juventud.

Cientos de turistas se congregaban a las puertas del hogar de retiro de Reagan en Bel Air y, de cuando en cuando, el expresidente se tambaleaba hasta el porche, donde posaba para los fotógrafos. Ahí, una Nancy aún muy cuidada decía alguna generalidad amable que provocaba que asomaran lágrimas en los ojos de los oyentes y levantaba tanto sus corazones como los mercados bursátiles del mundo. Cuando el mandato del sucesor presidencial llegó a su infausto final, las dos cámaras del Congreso aprobaron rápidamente las enmiendas constitucionales necesarias con el propósito expreso de que Reagan pudiera disfrutar de su tercer período en la Casa Blanca.

En enero de 1993 más de un millón de personas salió a celebrar su paseo de investidura por las calles de Washington, mientras el resto del mundo lo miraba por televisión. Si el ojo catódico pudiera llorar, lo habría hecho en ese momento.

Con todo, persistieron algunas dudas cuando las grandes crisis políticas del mundo rehusaron desaparecer con obstinación, incluso ante la sonrisa zalamera del anciano presidente. La guerra entre Irán e Irak amenazaba con sumarse al conflicto en Turquía y Afganistán. Las repúblicas asiáticas de la URSS estaban reuniendo milicias armadas en franco desafío al Kremlin. Yves Saint Laurent había diseñado el primer chador para la particular vestimenta que, como símbolo de poder, usaban las feministas islamizadas de las oficinas elegantes de Manhattan, Londres y París. ¿Podría la presidencia del propio Reagan enderezar un mundo tan torcido?

Al igual que mis colegas de la clínica que habían visto al presidente en la televisión, yo lo dudaba seriamente. En esta época, verano de 1994, Ronald Reagan era un hombre de ochenta y tres años que ya mostraba todos los signos de una senilidad avanzada. Como muchos ancianos, disfrutaba de unos cuantos minutos de modesta lucidez al día, durante los cuales podía pronunciar alguna observación aforística, y luego caía en un crepúsculo vidrioso. Ahora su vista era demasiado



borrosa para leer el *teleprompter*, pero el equipo de la Casa Blanca aprovechó el audífono que siempre había llevado para insertarle un pequeño altavoz, de forma que pudiera recitar sus discursos repitiendo como un niño todo lo que oyera en su auricular. Las pausas eran editadas por las cadenas de televisión, pero los riesgos del mando a distancia quedaron de manifiesto cuando en su discurso a la Madres Católicas de Estados Unidos, el presidente sobresaltó esas pobladas filas de señoras de bien repitiendo el comentario de uno de los ingenieros: «Mueve el culo, me voy a mear».

Observando su figura robótica, con sus rictus escalofriantes y sus sonrisas bobaliconas, algunas personas comenzaron a preguntarse si acaso el presidente padecía de muerte cerebral, o estaba muerto del todo. Para tranquilizar al nervioso público norteamericano, inquieto por una Bolsa que se derrumbaba y por las noticias de una insurrección armada en Ucrania, los médicos de la Casa Blanca comenzaron a emitir una serie de informes regulares sobre la salud del presidente. Un equipo de especialistas del hospital Walter Reed garantizó a la población que el presidente gozaba de un estado físico robusto y de la alerta mental de un hombre quince años más joven. Se transmitieron por televisión los detalles precisos de su presión sanguínea, de los recuentos de sus glóbulos blancos y rojos, de su pulso y su respiración, lo cual tuvo un efecto calmante inmediato. Al día siguiente, las Bolsas del mundo exhibieron una subida memorable, cayeron las tasas de interés y Gorbachov pudo anunciar que los separatistas ucranianos habían moderado sus exigencias.

Aprovechando el insospechado valor político de las funciones corporales del presidente, el personal de la Casa Blanca decidió publicar los boletines médicos de forma semanal. No solo reaccionó de forma positiva Wall Street, sino que las encuestas de opinión mostraron una fuerte recuperación del partido republicano en su totalidad. Para la época de las elecciones legislativas de mitad del mandato, los partes médicos ya se emitían diariamente y los exitosos candidatos republicanos se hicieron con el control tanto de la Casa Blanca como del Senado gracias a un boletín, emitido la víspera de las elecciones, sobre la regularidad de los intestinos del presidente.

A partir de ese momento, se obsequió al público norteamericano con una secuencia continua de información sobre la salud del presidente. A lo largo del día, los sucesivos boletines informativos ofrecían actualizaciones de los efectos secundarios de un ligero enfriamiento o los beneficios circulatorios de un chapuzón en la piscina de la Casa Blanca. Recuerdo bien haberlo visto en las noticias la víspera de Navidad, mientras mi esposa preparaba la comida de la noche, y advertir que los detalles de la salud del presidente ocupaban cinco de las seis noticias principales.

—Así que su azúcar en sangre está un poco baja —observó Susan, mientras ponía la mesa para la celebración—. Buenas noticias para Avena Quaker y Pepsi.

—¿De verdad? ¿Tiene alguna relación? ¡Por Dios santo!

—Mucha más de lo que piensas. —Se sentó a mi lado en el sofá, con el molinillo de pimienta en la mano—. Tendremos que esperar a su último análisis de orina. Podría ser decisivo.

—Cariño, lo que está sucediendo en la frontera de Pakistán podría ser decisivo. Gorbachov ha amenazado con un ataque preventivo contra los enclaves rebeldes. Estados Unidos tiene obligaciones que derivan de los tratados, teóricamente una guerra podría...

—Chitón... —Susan me dio un golpecito en la rodilla con el molinillo—. Acaban de realizarle un Inventario de Personalidad de Eysenck: el compañero ha conseguido puntuajes máximos en resonancia emocional y capacidad de relación. Son resultados corregidos por edad, signifique eso lo que signifique.

—Significa que en la práctica es un caso perdido. —Estaba a punto de cambiar de canal, con la esperanza de encontrar noticias sobre las zonas de conflicto del mundo real, pero en la base de la pantalla había un curioso dibujo, una especie de decoración de Navidad, supuse yo, como una hilera de hojas de acebo estilizadas. La onda rítmica pasaba suavemente de izquierda a derecha, acompañada por los acordes tranquilizadores y nostálgicos de «Blanca Navidad».

—Dios mío... —suspizó Susan sobrecogida—. Es el pulso de Ronnie. ¿Has oído al presentador? «Transmitido en vivo desde el corazón de la presidencia».

Esto fue solo el comienzo. Durante las semanas siguientes, gracias al milagro de la radiotelemedicina moderna, las pantallas de televisión de la nación se convirtieron en un marcador que registraba cada detalle de las funciones físicas y mentales del presidente. Su latido valiente, aunque trémulo, dejaba un rastro a lo largo del borde inferior de la pantalla, mientras que en la zona superior el presentador abundaba sobre sus rutinas físicas diarias, sobre los ocho metros y medio que había caminado por el jardín de rosas, la cantidad de calorías de sus modestos almuerzos, los resultados de su última imagen cerebral, los datos sobre sus riñones, hígado y función pulmonar. Además, había una sobrecogedora secuencia de pruebas de personalidad y CI, todas diseñadas para tranquilizar al público norteamericano respecto de que el hombre que llevaba el timón del mundo libre era perfectamente capaz de realizar las intimidantes tareas que le esperaban al otro lado del escritorio del Despacho Oval.

Para todos los fines prácticos, tal como intenté explicarle a Susan, el presidente era poco más que un cadáver sobreestimulado. Mis colegas de la clínica pediátrica y yo éramos plenamente conscientes de lo duro que debía ser para el anciano someterse a esa batería de pruebas. Sin embargo, el personal de la Casa Blanca sabía que el público norteamericano estaba casi hipnotizado por el espectáculo del latido del corazón del presidente. Ahora su gráfica aparecía debajo de todos los demás programas, acompañando comedias, partidos de baloncesto y viejas películas de la Segunda Guerra Mundial. Extraordinariamente, en ocasiones, el latido acelerado del presidente se correspondía con las respuestas emocionales de la audiencia, lo cual

indicaba que él estaba viendo las mismas películas, incluidas aquellas en las que actuaba.

Para completar la identificación del presidente con la pantalla de televisión —un antiguo sueño de sus asesores políticos— el personal de la Casa Blanca organizó la transmisión de más franjas de información. Pronto, un tercio de cada pantalla de televisión de la nación estaba ocupado por gráficas de pulso, presión sanguínea y electroencefalogramas. Estalló una ligera controversia cuando se hizo obvio que en estos predominaban las ondas delta, lo cual confirmaba la sospecha, de larga fecha, de que el presidente pasaba la mayor parte del día dormido. Sin embargo, la audiencia se emocionaba cuando el presidente Reagan entraba en la fase REM del sueño: el momento de los sueños de la nación coincidía con el del Jefe del Ejecutivo.

Al margen de este fárrago de información médica, los acontecimientos del mundo real continuaban por el mismo peligroso camino. Yo compraba todos los periódicos que podía encontrar, pero sus páginas estaban tapizadas de las gráficas de los informes sobre la salud de Reagan y por artículos explicativos que bosquejaban la importancia de las funciones de las enzimas de su hígado y la menor elevación o reducción de su concentración en la orina presidencial. Medio ocultas entre las páginas finales encontré unas breves referencias a la guerra civil que tenía lugar en las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética, una intentona de golpe de Estado prorruso en Pakistán, la invasión china en Nepal, la movilización de las reservas de la OTAN y del Pacto de Varsovia, el refuerzo de la Quinta y la Séptima Flota de Estados Unidos.

Pero estos ominosos sucesos, y la amenaza de una Tercera Guerra Mundial, tuvieron la mala suerte de coincidir con una ligera caída de la salud del presidente. Informado por primera vez el 20 de enero, este constipado banal que uno de los nietos de Reagan le había contagiado expulsó a todas las demás noticias de las pantallas de televisión. Un ejército de reporteros y equipos de filmación acampó fuera de la Casa Blanca, mientras otro ejército de especialistas de las mejores instituciones de investigación del país aparecía en todos los canales sin solución de continuidad, como en una carrera de relevos, interpretando el alud de datos médicos.

Al igual que cien millones de norteamericanos, Susan pasó la semana siguiente sentada ante el televisor, siguiendo con sus ojos la imagen del latido del corazón de Reagan.

—Solo es un constipado —la tranquilicé cuando regresé de la clínica el 27 de enero—. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre Pakistán? Hay rumores de que los soviéticos han lanzado paracaidistas en Karachi. La Fuerza Delta se está desplazando desde la bahía de Subik...

—¡Ahora no! —Me apartó con un ademán y subió el volumen en el momento en que un presentador comenzaba otro boletín.

—... aquí tenemos una actualización de nuestro informe de hace unos minutos. Buenas noticias sobre el TAC del presidente. No hay variaciones anormales en el

tamaño ni en la forma de sus ventrículos. El pronóstico para esta noche en el área de Washington D. C. es de llovizna y la Octava Caballería Aérea ha abierto fuego contra patrullas fronterizas soviéticas en el norte de Kabul. Volveremos después de la pausa con un informe sobre la importancia de ese pico del lóbulo temporal izquierdo...

—Por Dios, no tiene ninguna importancia. —Cogí el mando a distancia que Susan tenía aferrado y empecé a buscar canales—. ¿Qué hay de la flota rusa del Báltico? El Kremlin está ejerciendo contrapresión sobre el flanco norte de la OTAN. Estados Unidos debe reaccionar...

Por casualidad, capté a un presentador de una de las cadenas principales en el momento en que finalizaba su boletín de noticias. Sonreía a los telespectadores con confianza, su glamorosa copresentadora sonreía con expectación.

—... a las 5:05, hora oficial del este, podemos informar que la presión intracraneana del presidente Reagan es satisfactoria. Todas las funciones motoras y cognitivas son las normales para un hombre de la edad del presidente. Repito, las funciones motoras y cognitivas son normales. Bien, aquí acaba de llegar un *flash* de noticias. A las 2:35, hora local, el presidente Reagan ha completado una evacuación intestinal satisfactoria. —El presentador se volvió hacia su compañera—. Barbara, creo que tú tienes noticias similares acerca de Nancy, ¿no es así?

—Gracias, Dan —entró ella con suavidad—. Sí, justo una hora más tarde, a las 3:35, hora local, Nancy completó su propio movimiento intestinal, el segundo del día; y eso es todo en cuanto a la Primera Familia. Miró un trozo de papel que alguien había empujado hacia ella sobre el escritorio. El tráfico en la avenida Pensilvania se está congestionando otra vez; mientras tanto, los F-16 de la Sexta Flota han derribado siete MiG 29 en el estrecho de Bering. La presión sanguínea del presidente es de 100/60. El electroencefalograma registra un ligero temblor en la mano izquierda...

—Un temblor en la mano izquierda... —repitió Susan, cerrando los puños—. Eso es grave, ¿no?

Tamborileé sobre el mando a distancia.

—Podría ser. Tal vez piensa en apretar el botón nuclear. O también...

Se me ocurrió una posibilidad aún más aterradora. Me sumergí en la confusión de informativos en competición, con la esperanza de distraer a Susan mientras yo miraba el cielo nocturno sobre Washington. La flota soviética de aguas profundas patrullaba a unos seiscientos kilómetros de la costa este de Estados Unidos. Pronto podría haber nubes con forma de hongo elevándose desde el Pentágono.

—... se informa de una ligera disfunción pituitaria, y los médicos del presidente han expresado una preocupación moderada. Repito, una preocupación moderada. Hace treinta minutos, el presidente ha convocado una reunión del Consejo de Seguridad Nacional. El cuartel general del Mando Aéreo Estratégico en Omaha, Nebraska, informa de que todos los escuadrones de ataque de B-52 están en el aire. Bien, me acaban de entregar un boletín de último momento de la Unidad de Oncología de la Casa Blanca. Una biopsia ha revelado un tumor de piel benigno a las

4:15, hora de Washington...

—... los médicos del presidente han expresado nuevamente su preocupación por las arterias calcificadas y las válvulas cardíacas endurecidas del presidente Reagan. Se espera que el huracán Clara evite Puerto Rico y el presidente ha invocado la Ley de Poderes de Guerra de Emergencia. Después de la pausa tendremos más análisis de expertos sobre la amnesia retrógrada del presidente Reagan. Recuerden que esta dolencia puede indicar un sospechado síndrome de Korsakoff...

—... crisis psicomotoras, una percepción distorsionada del tiempo, cambios en la percepción de los colores y mareos. El presidente Reagan también ha informado de una sensibilidad aumentada a los olores nauseabundos. Otras noticias de último momento: las tormentas de nieve azotan el Medio Oeste, y Estados Unidos y la Unión Soviética están en guerra. Quédense con nosotros para una completa información sobre el metabolismo cerebral del presidente...

—Estamos en guerra —le dije a Susan, y le rodeé los hombros con el brazo. Pero ella señalaba el errático patrón cardíaco que aparecía en la pantalla. ¿Había sufrido el presidente un ataque cerebral que le había hecho lanzar un ataque nuclear masivo contra los rusos? ¿Eran los incesantes partes médicos un astuto camuflaje para proteger a la voluble audiencia televisiva de las consecuencias de una reacción desesperada ante una emergencia nacional? A los misiles rusos no les tomaría más que unos minutos llegar a Washington y yo miraba el plácido cielo invernal. Sosteniendo a Susan entre mis brazos, escuché la cacofonía de boletines médicos hasta que, unos cuatro minutos más tarde, oí:

—... los médicos del presidente informan de pupilas dilatadas y temblor convulsivo, pero los sistemas neuroquímicos de apoyo funcionan de forma correcta. El metabolismo cerebral del presidente exhibe un aumento en la producción de glucosa. Para mañana se prevé nevadas aisladas y se ha acordado un cese de hostilidades entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Tras la pausa, el comentario de último momento de los expertos sobre el ataque de flatulencia del presidente. Y por qué el párpado izquierdo de Nancy necesitaba una cirugía plástica...

Apagué el televisor y me recliné en aquel extraño silencio. Un pequeño helicóptero cruzaba el cielo gris sobre Washington. Casi como un comentario al pasar, le dije a Susan:

—Por cierto, la Tercera Guerra Mundial acaba de finalizar.

Desde luego, Susan no tenía la menor idea de que la guerra había comenzado, carencia común del público en general, como comprendí en las semanas subsiguientes. La mayoría de la gente solo tenía un vago recuerdo del desasosiego en Oriente Próximo. La noticia de que habían caído artefactos nucleares en las desiertas montañas de Alaska y Siberia oriental, se perdió en el alud de partes médicos que cubrían la recuperación del presidente Reagan de su constipado.

Durante la segunda semana de febrero de 1995, vi al presidente por televisión, mientras encabezaba una ceremonia de la Legión Estadounidense en los jardines de la Casa Blanca. Su rostro anciano y pálido como el marfil exhibía su familiar sonrisa amistosa, tenía los ojos desenfocados mientras lo sostenían dos edecanes y la siempre vigilante Primera Dama, con su estilo de acero, estaba de pie detrás de él. Desde algún lugar debajo de su abultado abrigo, los sensores de radiotelemedría transmitían las imágenes en vivo de su pulso, su respiración y su presión sanguínea, todo lo cual podíamos ver en nuestras pantallas. Supuse que también el presidente había olvidado que hacía poco había iniciado la Tercera Guerra Mundial. Después de todo, no había habido bajas y en la mente del público la única víctima posible de esas peligrosas horas había sido el propio Reagan en su lucha por sobrevivir a su constipado.

Mientras tanto, el mundo era un lugar más seguro. El breve intercambio nuclear había servido de advertencia a las facciones en pugna de todo el planeta. Los movimientos secesionistas de la Unión Soviética se habían desbandado y en todas partes los ejércitos invasores se retiraban detrás de sus fronteras. Casi podía creer que la Tercera Guerra Mundial había sido montada por la gente del Kremlin y la Casa Blanca como mecanismo de pacificación, y que el resfriado de Reagan había sido una trampa de distracción en la cual las cadenas televisivas y los periódicos habían caído de forma inadvertida.

Como homenaje a los poderes de recuperación del presidente, los patrones lineales de sus funciones vitales todavía cruzan nuestras pantallas de televisión. Mientras él saludaba a los veteranos de la Legión Estadounidense reunidos ahí, sentí que el pulso colectivo de la audiencia latía con mayor rapidez cuando el corazón del viejo actor reaccionaba ante la emotiva visión de esos hombres que desfilaban.

En ese momento, entre quienes habían recibido la Medalla de Honor, advertí a un joven desaliñado, con un uniforme desgarrado, que no mantenía el ritmo de sus antiguos compañeros. Se abrió paso a través de las filas en movimiento mientras sacaba una pistola de su túnica. Hubo un frenesí de confusión mientras los edecanes forcejeaban unos con otros alrededor del podio. Las cámaras oscilaron para captar al joven que corría hacia el presidente. Se oyeron disparos por encima de los indecisos acordes de la banda. En medio del pánico de hombres uniformados, pareció que el presidente caía en los brazos de la Primera Dama, tras lo cual se lo llevaron rápidamente.

Al mirar las gráficas en la parte inferior de la pantalla de televisión, noté de inmediato que la presión sanguínea del presidente se había desplomado. El pulso errático se había estabilizado en una línea horizontal continua y había cesado toda función respiratoria. Solo cuando, al cabo de diez minutos, se publicó la noticia del frustrado intento de asesinato, los patrones recobraron su característica confianza.

¿Había muerto el presidente, quizá por segunda vez? ¿Había vivido, en términos estrictos, durante algún momento de su tercer mandato? ¿Continuaría un espectro animado del presidente reconstituido a partir de las gráficas médicas que aún

desfilaban por nuestras pantallas de televisión, gobernando otros mandatos, desatando la Cuarta y la Quinta Guerra Mundial, cuyas historias secretas expirarían en los intersticios de nuestros horarios televisivos, perdidas para siempre en el interior del análisis de orina supremo, la última gran biopsia en el cielo?

1988

## EL AMOR EN UN CLIMA MÁS FRÍO

Todo el que hubiera leído esta confesión en 1989, el año de mi nacimiento, se habría quedado asombrado ante mis quejas por un estado de cosas que, desde todo punto de vista, le hubiera parecido paradisiáco. Sin embargo, el cielo de ayer se transforma fácilmente en el infierno de hoy. El mayor sueño hedonista de la humanidad, el que ha elevado los espíritus de poetas y pintores, presidentes y campesinos, se ha transformado, solo veintidós años después, en una pesadilla viviente. Para los jóvenes de mi generación (esta palabra provoca un estremecimiento en mi corazón, si no en otra parte) la situación se ha hecho tan desesperada que parece justificar toda forma de evasión. El precio que he pagado por mi libertad puede considerarse excesivo, pero yo estoy satisfecho por haber aceptado este acuerdo salvaje, aunque curioso.

Poco después de cumplir los veintiún años, recibí la orden de alistarme en el servicio nacional durante dos años. Recuerdo haber pensado cuánto me habrían envidiado mi padre y mi abuelo. Un agradable atardecer de verano de 2010, tras un día cansado en la facultad de Medicina, llamaba a la puerta de un piso de propiedad de una atractiva joven cuyo nombre me habían dado. No la conocía, pero confiaba en que me recibiría de la forma más amistosa, tanto que al cabo de pocos minutos estaríamos los dos desnudos en la cama. De más está decirlo, no habría dinero involucrado, además de lo cual ni ella ni yo desempeñaríamos nuestros papeles por nada que no fuera el más patriótico de los motivos. No obstante, ambos aborreceríamos la visión y el tacto del otro, y solo sentiríamos alivio cuando nos separáramos, una hora más tarde.

Por supuesto, la puerta se abrió para mostrar a una confiada morena que exhibía una sonrisa de bienvenida, aunque también de valor. Según mi tarjeta de citas, era Victoria Hale, periodista financiera de una revista semanal de noticias. Sus ojos miraban mi cara y mi vestimenta con el mismo aire sagaz con que podría haber inspeccionado un documento de una compañía que fuera valioso, pero aburrido.

—¿David Bradley? —Leyó mi nombre en su propia tarjeta de citas, intentando reunir y mostrar un poco de entusiasmo—. Eres estudiante de Medicina... ¡Qué fascinante!

—Es maravilloso conocerte, Victoria. —Repliqué—. Siempre he deseado saber más sobre... periodismo financiero.

Me quedé de pie, incómodo, en el centro de su piso, con las piernas como de plomo. Cuando las pronuncié por primera vez, estas líneas me habían parecido ridículas. Sin embargo, mi supervisor había insistido sabiamente en que me atuviera al libreto y al cabo de solo tres meses en el servicio ya había comprendido que el diálogo formalizado, al igual que nuestros absurdos disfraces, proporcionaban una



pantalla detrás de la que podíamos ocultar nuestros auténticos sentimientos.

Yo llevaba el traje de príncipe valiente normalizado que un meticuloso sondeo de los programas de televisión de los sesenta había confirmado como el disfraz que hacía sexualmente más atractivo al macho predador. Vestido con uno de estos trajes, Elvis Presley había excitado a las matronas de Las Vegas hasta llevarlas al éxtasis del abandono, aunque yo encontré sus borlas, sus galones de oro y su estrecha entrepierna tan cómodos como si fueran adornos de un árbol navideño.

Victoria Hale, por su parte, llevaba un traje clásico de conejito Playboy de la misma época. Mientras me servía una pequeñísima cantidad de vodka, sus pechos conseguían estar ocultos y expuestos a la vez, de un modo que una generación anterior habría encontrado irresistiblemente fascinante, al igual que la cola de conejo que botaba sobre sus nalgas oprimidas, un peludo metrónomo que me obligaba a mirar la hora en mi reloj de pulsera.

—Señor Bradley, podemos sacarnos esto de encima ahora mismo —observó bruscamente. Se había salido del libreto, pero acto seguido añadió—: Ahora cuéntame de tu trabajo, David. Veo que eres un hombre muy interesante.

Ella estaba tan aburrida conmigo como yo intranquilo con ella, pero en pocos minutos estaríamos juntos en la cama. Con suerte, mi sistema hormonal y mi sistema nervioso vendrían en mi ayuda y conducirían nuestro encuentro a su clímax. Firmaríamos cada uno la tarjeta de citas del otro y regresaríamos agradecidos a nuestras vidas cotidianas. Sin embargo, la noche siguiente, otro joven disfrazado de príncipe valiente llamaría a la puerta del apartamento, y esta periodista meditabunda lo recibiría vestida con su grotesco disfraz. Yo, por mi parte, a las ocho en punto haría a un lado mis libros de anatomía y saldría por las cansadas calles hacia una cita, arreglada en un apartamento desconocido, donde una joven agradable —estudiante, camarera o bibliotecaria— me recibiría con la misma sonrisa formal y me llevaría estoicamente a la cama.

Para comprender este mundo extraño donde el sexo se ha tornado obligatorio, es necesario dirigir la vista atrás, a los estragos causados durante la última década del siglo xx por el azote del sida y la pandemia de enfermedades asociadas con su virus eternamente mutante. A mediados de los noventa, esta peste feroz amenazaba a millones de vidas individuales. Las instituciones del matrimonio y la familia, los ideales de paternidad y el contrato social entre los sexos, hasta la relación física entre el hombre y la mujer resultaron corrompidos por esta cruel enfermedad. Aterrada por el riesgo de infectarse, la gente aprendió a abstenerse de todo tipo de contacto físico o sexual. A partir de la pubertad, los sexos vivían separados por un cordón casi visible. En oficinas, fábricas, escuelas y universidades, los jóvenes y las jóvenes se mantenían mutuamente a distancia. Mis propios padres, en los ochenta, pertenecieron a la última generación de personas que contrajeron matrimonio sin temor a lo que su unión pudiera producir. Hacia los noventa ya era demasiado frecuente que al cortejo y el matrimonio les siguieran diversas enfermedades misteriosas, ansiosas visitas a la

clínica de análisis, un diagnóstico positivo, el hospicio terminal.

Ante la caída en picado de la tasa de natalidad y con una nación compuesta casi exclusivamente por personas solitarias y célibes, el gobierno no podía hacer otra cosa que recurrir a sus instrumentos tradicionales: las leyes y la coerción. Instado por la plena autoridad de las Iglesias, protestante y católica, el tercer milenio fue recibido con el solemne anuncio de que a partir de ese momento el sexo sería obligatorio. Todos los hombres y las mujeres jóvenes, fértiles, sanos y con HIV negativo debían registrarse para cumplir con su deber patriótico. Al cumplir los veintiún años, se les asignaba un supervisor personal (normalmente un clérigo local, ya que solo el sacerdocio satisfacía las condiciones morales necesarias para una tarea tan delicada), quien esbozaba un listado de posibles parejas y organizaba un programa de relaciones sexuales. Se esperaba que en un año la natalidad se elevara y el matrimonio y la familia quedaran restaurados.

Al principio solo se exigía una cita por semana, pero la tasa de natalidad se empecinaba en no reaccionar, posiblemente como resultado de la ineptitud sexual de estos hombres y mujeres célibes. En el año 2005, se elevó el número de citas obligatorias a tres por semana. Puesto que era evidente que no se podía dejar nada librado a la naturaleza, se suministró disfraces a los participantes, con la finalidad de incrementar su atractivo sexual. Además de las indumentarias de príncipe valiente y conejito Playboy, estaban las de camarero castellano y bandolero gitano para los hombres y, para las mujeres, la de animadora y el traje de baño de *miss* Estados Unidos.

Aun así, los primeros participantes se quedaban sentados, mudos durante horas, incapaces de abordarse el uno al otro y mucho más de tomarse las manos. Desde entonces, fueron meticulosamente instruidos en las artes amatorias por sus clérigos supervisores, quienes exhibían vídeos eróticos a los jóvenes principiantes en sus iglesias, convertidas en grandes almacenes de películas y revistas pornográficas.

Como era de esperar, la amenaza de dos años de actividad sexual obligada disgustó a los jóvenes hombres y mujeres reclutados. La evasión del servicio se llevó a extremos de los cuales la vasectomía era el más difundido. Los transgresores eran sentenciados a transplante testicular. Para impedir que los jóvenes eludieran sus deberes sexuales, había una red de inspectores encubiertos (generalmente sacerdotes y monjas novicios, ya que eran los únicos con el espíritu de sacrificio necesario para la tarea) que se hacían pasar por participantes e imponían feroces multas *in situ* por cualquier disminución del ímpetu o falta de diligencia en las misiones.

Todo esto, al final, produjo su efecto en la tasa de natalidad, que comenzó a ascender con gran lentitud. La noticia representó un pobre consuelo para quienes, como yo, estaban obligados a dejar sus hogares cada atardecer y cruzar cansadamente las calles hacia otra hora más de sexo sin amor. Cuánto ansío que llegue junio de 2012, cuando habré completado mi período de deber patriótico y comenzará mi auténtica vida de celibato eterno.

Sin embargo, estas ensoñaciones tuvieron un abrupto final en la primavera de 2011, cuando llamé a la puerta de Lucille McCabe. Al conocerla descubrí un mundo perdido de pasión y cariño cuya existencia jamás había sospechado y supe que realizaría la ambición de mi vida de un modo que yo no había previsto.

Lucille McCabe, mi cita de aquella tarde, vivía en el barrio español de la ciudad por lo que para evitar los abucheos —quienes cumplíamos con nuestro deber patriótico éramos objeto de burlas, no de envidia— me había vestido de camarero castellano. El piso estaba en un edificio indistinto, que seguía en pie gracias a un armazón de escaleras de incendio. Un ascensor, que sin duda ya tenía la habitación reservada en algún museo de arqueología industrial, me llevó rezongando hasta la séptima planta. El timbre colgaba de un cable desnudo y tuve que llamar varias veces a la puerta. Por unos momentos, el silencio me dio la esperanza de que esa noche la señorita McCabe, profesora de inglés, hubiera debido salir.

Pero la puerta se abrió de un tirón y apareció una joven menuda, de cara blanca y cabello negro en puntas, vestida con unas mallas de lunares, como un payaso de circo *punk*.

—¿Señorita McCabe...? —comencé—. ¿Está usted...?

—¿Lista para hacer mi pedido? —Miró mi disfraz de camarero con unos ojos grandes y burlones—. Sí, tráigame una paella y una tapa de *gambas*<sup>[24]</sup>. Y no se olvide la salsa Tabasco.

—¿Tabasco? Mire, yo soy David Bradley, su pareja para...

—Cálmese, señor Bradley. —Cerró la puerta, arrancó las llaves de la cerradura y las sacudió frente a mi cara—. Solo era una broma. ¿Recuerda lo que es eso?

—Apenas. —Evidentemente, me encontraba ante una inconformista, una de esas jóvenes obstinadas que aparentan un aire antiguo para superar el trance—. Bueno, es maravilloso conocerte, Lucille. Siempre he deseado saber más sobre la literatura inglesa.

—Déjalo ya. ¿Cuánto llevas haciendo esto? No parece que estés atontado del todo. —Se quedó dándome la espalda, junto a la librería repleta, tamborileando sobre los lomos como si buscara un manual que le proporcionara alguna solución para el problema que planteaba mi aparición. Pese a la bravuconada, le temblaban los hombros—. ¿Ahora es cuando te sirvo un trago? No recuerdo ese horrible libreto.

—Olvida el trago. Podemos sacarnos esto de encima ahora, si tienes prisa.

—No tengo prisa en absoluto. —Entró rígidamente en el dormitorio y se sentó en la cama sin hacer, como una adolescente malhumorada. Nada de lo que yo había aprendido en mis sesiones de entrenamiento, las largas horas de vídeos porno en la iglesia, me había preparado para todo esto: el disfraz fuera de las reglas, las sábanas alborotadas, la ausencia de la cháchara halagadora. ¿Pertenece esta joven a una nueva clase de inspector encubierto, un *agent provocateur* cuyo blanco eran potenciales subversivos, como yo? Yo ya veía mi carga laboral aumentada a siete noches por semana. Detrás de lo cual estaba la terrorífica amenaza del refuerzo en los

testículos...

Entonces advertí su tarjeta de citas, hecha pedazos sobre la alfombra, junto a sus pies. Ningún inspector, sin importar lo retorcido que fuera, maltrataría jamás una tarjeta de citas.

Preguntándome cómo consolarla, di un paso adelante. Pero en cuanto crucé el umbral, ella levantó una mano pequeña y fuerte.

—¡Quieto! —Me contempló con la mirada desesperada de una niña a punto de ser atacada y me di cuenta de que, a pesar de toda su fiereza, se trataba de una principiante, y esta, probablemente, era su primera cita. Las puntas de su cabello temblaban como la cola de un pavo real.

—Vale, puedes entrar. ¿Quieres comer algo? Puedo garantizarte los mejores huevos revueltos de la ciudad, con lo que me tiemblan las manos. ¿Cómo aguantas todo esto?

—Ya no pienso en el asunto.

—Yo no pienso en otro asunto. Mira, señor Bradley —David, o comoquiera que te llames—, no puedo hacerlo. No quiero pelear contigo...

—No te preocupes. —Levanté mis manos, pensando ya en el tiempo libre que me aguardaba—. Ya me voy. Las reglas prohíben todo uso de la fuerza, nada de manotazos ni forcejeos.

—Cuánta sensatez. Y cuán diferente de la época de mi abuela. —Sonrió con tristeza, como si se imaginara el cortejo que había conducido a la concepción de su madre. Con un nervioso encogimiento de hombros, me siguió hasta la puerta—. Dime, ¿qué sucederá? Sé que tienes que denunciarme.

—Bueno... nada demasiado grave. —Vacilé respecto de describirle las largas sesiones de asesoramiento que le esperaban, las semanas de arengas proferidas por grupos de monjas blandiendo sus vídeos. Después de todo ese discurso vendría la quimioterapia, una etapa en la que estaría tan sedada que ya nada le importaría, cerraría los ojos y pensaría en su deber patriótico y en la próxima generación, los parques llenos de niños riendo, y uno de ellos sería suyo...—. Yo no me preocuparía. Son muy civilizados. Por lo menos conseguirás un piso mejor.

—Oh, gracias. Seguro que alguna vez fuiste adorable. Pero al final te atrapan...

Cogí la llave de su mano, preguntándome cómo tranquilizarla. La tintura le manchaba la frente empolvada; en su cerebro se había vuelto a trazar una línea de batalla. Estaba de espaldas a la librería, como una Boadicea pintada de añil, enfrentando a las legiones romanas. A pesar de su aflicción, yo tenía la curiosa sensación de que estaba tan preocupada por mí como por sí misma, y que aun entonces intentaba idear alguna estrategia que nos salvara a los dos.

—No... —Cerré la puerta y le puse llave otra vez—. No te atraparán. No necesariamente...

Mi aventura amorosa con Lucille McCabe comenzó aquella noche, pero los detalles

de nuestra vida juntos pertenecen al ámbito privado. No es que haya nada procaz que desvelar. Resulta que nuestra relación nunca se consumó en el sentido físico, pero eso no redujo en lo más mínimo mi obsesión por esta extraordinaria joven. No obstante, los largos meses de mi servicio nacional, los cientos de remisas Rebeccas y estoicas Susans, pronto sentí que Lucille McCabe era la única mujer que había conocido realmente. Durante los seis meses de nuestra aventura amorosa clandestina descubrí una riqueza de emociones y afecto que me hizo envidiar a las generaciones anteriores.

Al principio mi único objetivo era salvar a Lucille. Falsifiqué firmas, timé a un distraído supervisor confundido por el aspecto abandonado del edificio de Lucille, rogué o soborné a mis amigos para intercambiar turnos y Lucille simuló un embarazo con la ayuda de un técnico de laboratorio venal. El matrimonio, o cualquier relación monogámica, eran tabú durante el período de cumplimiento del deber patriótico, con el objetivo de mantener una abierta promiscuidad y la máxima diversidad posible del acervo genético. Sin embargo, yo podía pasar casi todo mi tiempo libre con Lucille desempeñando, según el caso, el papel de amante, sereno, cabecilla de una red de espionaje o guardaespaldas. Ella, por su parte, se aseguraba de que yo no descuidara mis estudios de Medicina. Cuando yo hubiera conseguido mi título y ella obtuviera la libertad para casarse, nos convertiríamos legalmente en marido y mujer.

Como era inevitable, nos descubrió un supervisor suspicaz con un ordenador extremadamente sensible. Yo ya me había dado cuenta de que corríamos riesgo y durante esos últimos meses me fui volviendo cada vez más protector; hasta sentía los primeros pinchazos de celos. Asistía a sus clases, me sentaba en la última fila y sufría cada vez que un alumno formulaba una pregunta demasiado compleja. A instancia mía, ella había reemplazado su peinado *punk* por otro menos provocativo y bajaba sus ojos con recato cuando pasaba junto a un hombre en la calle.

Toda esta tensión estalló cuando el supervisor fue al apartamento de Lucille. La visión de este joven jesuita disfrazado de bandolero gitano, declamando con fluidez su rollo erótico mientras conducía con pericia a Lucille a su dormitorio fue demasiado para mí. Cedí a un paroxismo de violencia y eché al sujeto a la calle.

Desde el instante en que llamaron a la ambulancia y a la policía, nuestra intriga acabó. Llevaron a Lucille a un centro de rehabilitación que otrora había sido un hogar de la iglesia para madres solteras, y yo tuve que comparecer ante un tribunal del servicio patriótico.

En vano objeté que deseaba casarme con Lucille y ser el padre de su hijo. Solo me había comportado como un hombre de antaño y estaba apasionadamente dedicado a mi futura esposa y familia.

Pero esto, me dijeron, era una aberración egoísta. Me declararon culpable de falacia romántica y de tener una visión exaltada e idealizada de la mujer. Me sentenciaron a tres años más de deberes patrióticos.

Si rechazaba la sanción, me enfrentaría a la pena máxima.

Consciente de que si escogía esta última opción podría ver a Lucille, tomé mi decisión. El tribunal perdió las esperanzas conmigo, pero como generosa concesión a un antiguo estudiante de medicina, me permitieron elegir a mi propio cirujano.

1989

## EL ESPACIO INMENSO

He tomado la decisión esta mañana, poco después de las ocho, mientras me encontraba ante la puerta de calle, a punto de irme a la oficina en el coche. Después de todo, no tenía alternativa. Sin embargo, dado que se trata de la decisión más importante de mi vida, parece extraño que nada haya cambiado. Yo esperaba que se estremecieran las paredes, que hubiera, como mínimo, un ligero cambio en las perspectivas de estas familiares habitaciones.

En un sentido, la ausencia de toda alteración refleja el aire tranquilo de este suburbio de Londres. Si yo viviera en el Bronx o en Beirut occidental, en lugar de Croydon, mi acto no sería más que un sensato camuflaje local. Aquí va a contracorriente de todos los valores sociales, pero resulta invisible para aquellos a quienes más ofende.

Incluso ahora, tres horas más tarde, todo está en calma. La avenida continúa tan tranquila como siempre. Ha llegado el correo y está sin abrir, sobre la repisa del vestíbulo. Desde la ventana del comedor miro al ingeniero de la British Telecom regresar a su furgoneta tras reparar el teléfono de los Johnson, instrumento que sus hijas adolescentes reducen a restos nerviosos dos veces al mes. La señora Johnson, vestida con su chándal turquesa cierra la verja y mira mi automóvil. Un tenue vapor se eleva desde el tubo de escape. El motor aún está en marcha todas estas horas después de que yo comenzara a desempañar el parabrisa, antes de acabar mi desayuno.

Este pequeño desliz puede revelar todo el juego. Mirando el coche, impaciente, estoy tentado de salir de la casa y apagar el motor, pero consigo controlarme. Pase lo que pase, debo atenerme a mi decisión y a todas las consecuencias que se sigan de ella. Afortunadamente, un 747 de Air India cruza sin prisa el cielo dirigiéndose sin esfuerzo hacia el aeropuerto de Londres. La señora Johnson, que comparte algo de su maciza elegancia, levanta los ojos hacia las turbinas que zumban en lo alto. Sueña con la Martinica o con Mauricio; mientras tanto yo no sueño con nada.

Mi decisión de soñar ese sueño puede haber sido tomada esta mañana, pero supongo que su lógica secreta ya había comenzado a afectar a mi vida muchos meses antes. Una fuente desconocida de fortaleza me sostuvo durante el infausto período de mi accidente automovilístico, convalecencia y divorcio, así como de los incontables problemas que encontré al regresar al banco comercial. De pie ante la puerta, tras acabar mi café, miraba cómo se desempañaba el parabrisa del Volvo. El portafolio que llevaba en la mano me recordaba cada una de las reuniones, que se prolongarían todo el día, del comité financiero en el cual defendería, una vez más, el presupuesto

de mi acosado departamento de investigación.

Entonces, cuando conecté la alarma, comprendí que podía cambiar el rumbo de mi vida mediante un único acto. Para acallar el mundo y resolver todas mis dificultades de un plumazo, disponía de la más simple de las armas: la puerta de calle. Lo único que necesitaba era cerrarla y decidir no salir de mi casa nunca más.

Desde luego, esta decisión suponía más que solo convertirme en un hombre hogareño. Recuerdo haber entrado en la cocina sorprendido por esta repentina muestra de fortaleza e intentar deducir las consecuencias de lo que había hecho. Aún con el traje y la corbata, me senté ante la mesa de la cocina y tamborileé mi declaración de independencia sobre la formica pulida.

Al cerrar la puerta de calle, mi intención no fue separarme solo de la sociedad que me rodeaba. Con ello, rechazaba a mis amigos y colegas, a mi contable, a mi médico y a mi abogado, y, sobre todo, a mi exesposa. Cercenaba toda conexión práctica con el mundo exterior. Jamás volvería a cruzar la puerta de calle. Aceptaría el aire y la luz, la energía eléctrica y el agua que continuaban fluyendo por los contadores. Pero en todo lo demás no dependería del mundo exterior para nada. Comería lo que pudiera encontrar en la casa. Después de eso, confiaría en que el tiempo y el espacio me sostuvieran.

El motor del Volvo aún está en marcha. Son las tres de la tarde. Han pasado siete horas desde que lo encendí, pero no recuerdo cuándo llené el depósito por última vez. Es notable los pocos transeúntes que se han fijado en el gas del tubo de escape; el único que se detuvo a mirarlo realmente fue el director de escuela retirado que ronda la avenida mañana y tarde. Lo vi murmurar algo para sí y sacudir su bastón, antes de alejarse arrastrando los pies.

El rumor del motor me inquieta, al igual que el persistente sonido del teléfono. Puedo adivinar quién llama: Brenda, mi secretaria; el doctor Barnes, director de marketing; el señor Austen, director de personal (ya he estado de baja por enfermedad tres semanas); la recepcionista del dentista (un nervio sensible me recuerda que ayer tenía cita); el abogado de mi esposa, para insistir en que el primero de los pagos de la separación caducó hace seis meses.

Finalmente, cojo el cable del teléfono y desconecto este persistente escándalo. Me sosiego y acepto que dejaré entrar en la casa a todo aquel que tenga legítimo derecho de estar ahí: el hombre del alquiler de televisores y los lectores de los contadores de gas y electricidad, hasta la policía local. No puedo pretender que me dejen solo del todo. A la vez, pasarán meses antes de que mi acto provoque auténticas sospechas y confío en que para entonces ya me habré mudado a un ámbito diferente.

Me siento sumamente animado, casi eufórico. Ya nada me importa. Solo pienso en lo esencial: la física del giróscopo, el flujo de los fotones, la arquitectura de estructuras de gran tamaño.



Cinco de la tarde. Tiempo de hacer un balance y calcular con exactitud los recursos que ofrece esta casa en la que he vivido siete años.

Primero llevo mi correo sin abrir a la mesa del comedor, abro una caja de cerillas y enciendo una fogata pequeña y gratificante en el hogar. Añado a las llamas los contenidos de mi portafolio, todos los billetes de mi cartera, las tarjetas de crédito, mi permiso de conducir y el talonario de cheques.

Inspecciono la cocina y las repisas de la despensa. Antes de marcharse, Margaret había provisto el congelador y la nevera de huevos, jamón y otros alimentos básicos de soltero para dos semanas, un gesto incisivo si se tiene en cuenta que ella estaba a punto de desaparecer con su amante (un aburridísimo gerente de ventas). Estas raciones básicas desempeñan el mismo papel del barril de agua dulce y el saco de harina dejados a los pies del marinero abandonado en una isla desierta: un recordatorio del mundo que lo rechaza.

Sopeso algunas cajas de pasta en mi mano, los frascos de lentejas y arroz, los tomates y los calabacines, la ristra de ajos. Sumándoles las anchoas enlatadas y varios sobres de salmón ahumado del congelador, hay calorías y proteínas suficientes para mantenerme por lo menos diez días, tres veces ese tiempo si lo racionara. Después debería hervir las cajas de cartón para hacer un caldo nutritivo, y confiar en la caridad del viento.

A las 6:15 el motor del coche vacila y se detiene.

Desde todo punto de vista, estoy abandonado en una isla, pero soy un Crusoe reduccionista que se desprende precisamente de esos elementos de la vida burguesa que el Robinson original reconstituyó tan obedientemente. Crusoe deseaba resucitar los Croydons de su época en la isla. Yo deseo expulsarlos y descubrir un ámbito mucho más rico, formado a partir de los elementos de la luz, el tiempo y el espacio.

La primera semana ha terminado en paz. Todo está bien y he estabilizado mi régimen de una forma agradable. Para mi sorpresa, ha sido notablemente fácil rechazar el mundo. Me ha molestado poca gente. El cartero ha traído varios paquetes que he llevado directamente al hogar del comedor. El tercer día, mi secretaria, Brenda, llamó a la puerta de la calle. Sonreí triunfalmente, la tranquilicé diciéndole que solo estaba tomándome un tiempo sabático prolongado. Me miró con su aire adorable y perspicaz —ella había representado un gran apoyo tanto durante mi divorcio como durante la crisis en la oficina— y después se marchó con la promesa de que seguiríamos en contacto. Llegaron una serie de cartas del doctor Barnes, pero las usé para calentarme las manos en la chimenea. El hogar del comedor se había convertido en un eficiente incinerador en el cual borré todo mi pasado: pasaporte, certificado de nacimiento, título universitario y títulos de acciones, cheques de viajero que nunca había cobrado y dos mil francos franceses de nuestras últimas infaustas vacaciones en Niza, cartas de mi corredor de bolsa y del cirujano ortopédico. Documentos de un pasado muerto,

resucitaban efímeramente en las llamas y después se convertían en humo.

Eliminar estos detritos me ha mantenido ocupado. He arrancado las pesadas cortinas que colgaban junto a las ventanas. La luz ha inundado las habitaciones, convirtiendo cada techo en una vívida *tabula rasa*. Margaret se ha llevado la mayoría de los adornos y las baratijas, y he arrojado el resto dentro del armario de la loza. Bañada en luz, la casa puede respirar. En la planta superior, las ventanas se abren al cielo. Las habitaciones parecen más grandes y menos encerradas, como si ellas también hubieran encontrado la libertad. Duermo bien y por la mañana, cuando me despierto, casi siento que estoy en la cumbre de alguna montaña suiza, con el cielo bajo mis pies.

No cabe duda, estoy mucho mejor. He dejado atrás el pasado, una región en la cual me arrepiento de haber ingresado alguna vez. Disfruto la especial tranquilidad que procede de no depender ya de nadie más, sin importar lo buenas que sean sus intenciones.

Sobre todo, ya no dependo de mí mismo. No siento ninguna obligación hacia esa persona que me alimentaba y me aseaba, que me proporcionaba ropas costosas, que me transportaba en su automóvil, que suministraba a mi mente libros inteligentes y me mostraba películas y exhibiciones de arte interesantes. Puesto que no deseo nada de eso, nada debo a esa persona, a mí mismo. Por fin soy libre de pensar solo en los elementos esenciales de la existencia, el continuo visual que me rodea y el juego del aire y la luz. La casa empieza a parecer una avanzada superficie matemática, un tablero de ajedrez tridimensional. Todavía hay que colocar las piezas, pero siento que ya se van formando en mi mente.

Un representante de la fuerza pública se acerca a la casa, un agente uniformado que ha bajado del coche de policía aparcado junto a la entrada. Mira el techo de mi casa, observado a su vez por una pareja de ancianos que al parecer lo habían llamado.

Confundido, me debato entre abrir la puerta y no hacerlo. Mis brazos y mi camisa están tiznados con el hollín de la chimenea.

—¿Señor Ballantyne...? —Un agente bastante ingenuo me mira de arriba abajo—. ¿Es usted el dueño de casa?

—¿Puedo ayudarle, oficial? —Asumo la convincente pose de un suburbanita respetuoso de la ley, interrumpido en ese acto de adoración laica que es el «hágalo usted mismo».

—Hemos recibido denuncias de un allanamiento de morada, señor. Sus ventanas de la planta superior han estado abiertas toda la noche, dos o tres noches, según los vecinos. Creían que usted podría haber salido de viaje.

—¿Un allanamiento de morada? —Estoy perplejo—. No; he estado aquí. De hecho, no planeo salir en absoluto. Estoy limpiando las chimeneas, oficial, deshaciéndome de todo el hollín y el polvo.

—Muy bien, entonces... —Titubea antes de marcharse; su nariz husmea en busca

de cierta irregularidad que ha oído, como un perro convencido de que en algún lugar hay un premio oculto. Está seguro de que estoy abusando de las normas suburbanas de alguna forma censurable, como un esposo que le pega a su mujer o un abusador de niños.

Espero hasta que se marcha y desaparece en ese sofisticado holograma llamado realidad. A continuación, me reclino contra la puerta, agotado por esta falsa alarma. El esfuerzo de sonreírle al oficial me recuerda la distancia interior que he recorrido durante la semana pasada. Pero debo tener cuidado y esconderme detrás de esas fachadas de comportamiento convencional que pretendo subvertir.

Cierro las ventanas que dan a la calle y me dirijo con alivio a los dormitorios abiertos que se abren, en lo alto, hacia el jardín. Las paredes constituyen secciones de gigantescas cajas-antenas orientadas hacia la luz. Pienso en las pendientes de hormigón de la vieja pista de carreras de Brooklands y en las gigantescas cámaras excavadas en los acantilados de bauxita de Les Baux, donde Margaret comenzó a distanciarse de mí.

Desde luego, ha habido un allanamiento de morada, de una clase muy especial.

Ha pasado un mes, un período de muchos progresos y unos pocos retrocesos. Descansando en la cocina, junto a la nevera vacía, me como las últimas anchoas y hago un balance de mí mismo. Me he embarcado en una larga migración interna a lo largo de una ruta grabada en parte en mi cabeza y en parte dentro de esta casa, que es una estructura mucho más compleja de lo que yo había advertido. Tengo la sensación de que hay más habitaciones de las que parecía a simple vista. Hay una riqueza de espacio interior que me había pasado completamente desapercibida durante los siete años que viví aquí con Margaret. La luz lo inunda todo y expande las dimensiones de las paredes y el techo. Estas calles silenciosas fueron construidas sobre el terreno del viejo aeródromo de Croydon y parece como si las perspectivas de las antiguas pistas de hierba hubieran regresado a acechar estos pulcros jardines suburbanos y las mentes de quienes los cuidan.

Todo este entusiasmo me ha conducido a desatender mi sistema de racionamiento. En la despensa no queda casi nada: una caja de terrones de azúcar, un tubo de pasta de tomate y unas pocas puntas de espárragos marchitas. Me chupo los dedos y los paso por el fondo de la panera vacía. Me descubro deseando haberme provisto mejor antes de embarcarme en esta expedición. Pero todo lo que he logrado, la inmensa sensación de libertad, de puertas ya abiertas y de otras puertas aún por abrir, dependía de que actuara según mi decisión del momento.

Aun así, me he cuidado de no revelar mi táctica. Mantengo una apariencia razonablemente pulcra, saludo a la señora Johnson desde las ventanas de la planta alta y me disculpo con gestos por el césped que no he cortado. Ella lo entiende: mi esposa me ha abandonado, condenándome a la desesperación de un mundo sin mujer. Estoy hambriento todo el tiempo y solo me mantienen en pie las tazas de té con

azúcar. Mi peso ha caído en picado: he perdido más de siete kilos y me siento constantemente mareado.

Mientras tanto, el mundo exterior continúa bombardeándome con sus mensajes intrascendentes: correo basura, periódicos de regalo y una lluvia de cartas del doctor Barnes y del Departamento de Personal del banco. Arden con llamas gruesas y solemnes; supongo que me han despedido. Brenda llamó hace tres días para que nos viéramos, desconcertada aún por lo animado de mi comportamiento. Me ha dicho que la han recolocado y que se han llevado los papeles y los muebles de mi oficina.

La ranura del buzón tintina. Levanto del felpudo dos folletos y un sobre de plástico con una muestra gratis de una nueva marca de chocolate. Le arranco el envoltorio e hincó mis dientes en su corazón correoso, incapaz de controlar la saliva que anega mi boca. Estoy tan abrumado por el sabor del alimento que no oigo el timbre de calle. Cuando abro la puerta encuentro a una mujer elegantemente vestida, con un traje de *tweed* y un sombrero; supongo que se trata de la esposa de algún abogado que trabaja como limosnera voluntaria para el hospital local.

—¿Sí? ¿Puedo...? —La reconozco con esfuerzo, mientras me paso la lengua por los restos de chocolate entre los dientes—. ¿Margaret...?

—Claro. —Sacude la cabeza, como si esta insignificante metedura de pata lo explicara todo sobre mí—. ¿Quién demonios te pensabas que era? ¿Estás bien, Geoffrey?

—Sí, estoy bien. He estado muy ocupado. ¿Qué quieres? No querrás volver...

—¡No, por Dios! El doctor Barnes me ha telefoneado. Dice que has renunciado. Estoy sorprendida.

—No, decidí marcharme. Voy a trabajar en un proyecto privado. Es lo que he querido hacer siempre.

—Lo sé. —Sus ojos recorrían el vestíbulo y la cocina, persuadidos de que algo había cambiado—. A propósito, he pagado el recibo de la luz, pero es la última vez.

—Muy bien. Bueno, debo volver al trabajo.

—Bien. —Ella está obviamente sorprendida por mi autosuficiencia—. Has perdido peso. Te queda bien.

La casa relaja su abrazo protector sobre mí. Cuando Margaret se marcha, reflexiono acerca de lo rápido que la he olvidado. No hay rastros de afecto. He cambiado. Mis sentidos están sintonizados con todas las longitudes de onda de lo invisible. Margaret ha permanecido en un mundo más limitado, un mundo con un gigantesco elenco de actores estables de ese imperecedero melodrama provinciano que llaman «vida cotidiana».

Ansioso de borrar su recuerdo, subo las escaleras y abro las ventanas para disfrutar íntegramente del sol de la tarde. Las habitaciones que miran al oeste, sobre el jardín, se han transformado en inmensos observatorios. El polvo lo cubre todo con una bruma como de mezcalina y luz violeta, y los fotones retroceden al chocar contra

la superficie del alféizar de la ventana y el tocador. Margaret se ha llevado muchas piezas de mobiliario consigo dejando huecos e intervalos imprevistos, como si este fuera un universo espacialmente inverso, la plantilla del que habitábamos juntos. Casi puedo sentarme en su silla William Morris ausente, casi puedo verme reflejado en el espejo *art déco* desaparecido, cuyo borde cromado ha dejado una aureola en la pared del baño.

Un descubrimiento curioso: las habitaciones *son* más grandes. Al principio creí que se trataba de una ilusión producida por el mobiliario reducido, pero la casa siempre ha sido más grande de lo que yo pensaba. Ahora mis ojos ven todo tal cual es, libres del velo de la parafernalia de la vida convencional, como en esos preciosos instantes, cuando uno ha regresado de las vacaciones y ve su casa como realmente es.

Mareado por el aire vívido, entré a trompicones en el dormitorio de Margaret. Las paredes estaban extrañamente desplazadas, como si un equipo de utileros las hubiera movido para crear un nuevo decorado. No hay señales de la cama ni del colchón manchado con el vino que yo derramé la noche de su partida, mientras me autocompadecía a causa de su aburrido amante. Me he extraviado en una zona poco familiar de la habitación, en alguna parte entre el lavabo de Margaret y los armarios empotrados en la pared. El resto de la habitación se aleja de mí, la luz tira de las paredes hacia atrás. Veo la cama por primera vez, pero parece tan distante como un viejo diván en el fondo de un almacén vacío.

Otra puerta conduce a un corredor amplio y silencioso, en el que evidentemente nadie ha entrado en años. No hay escalera, pero a lo lejos hay entradas a otras habitaciones, llenas con esa clase de luz que resplandece en los negatoscopios para ver imágenes de rayos X. Aquí y allá hay una silla solitaria contra un muro, en una habitación inmensa no hay nada excepto un tocador; en otra, la reluciente caja del reloj de pared de un abuelo domina un interminable suelo alfombrado.

La casa se me está revelando de una forma sutilísima. Sorprendido por sus perspectivas, tropiezo con mi propio pie y siento que mi corazón corre delante de mí. Encuentro una pared y coloco mis manos sobre el papel rayado, luego avanzo tambaleándome por el aire intensamente iluminado, hacia el rellano. Por último, llego a la cima de una vasta escalera, cuyos balaustres se van uniendo mientras yo corro hacia la seguridad del suelo, allá abajo.

Percibir las verdaderas dimensiones de esta casa puede resultar estimulante, pero desde ahora dormiré en la planta baja. El tiempo y el espacio no están necesariamente de mi lado.

He atrapado un gato. Estoy tan perplejo por la experiencia de haberme perdido en mi propia casa que me lleva media hora percatarme de que tengo un pequeño compañero. La gata persa blanca de la señora Johnson. Mientras yo tropezaba por el Marienbad Palace que ahora ocupa la primera planta, la gata entró en la sala por una hoja abierta del ventanal y quedó atrapada cuando una ráfaga de viento la cerró.

Me sigue amistosamente, a la espera de que la alimente, pero esta vez soy yo el que necesita su caridad.

Ya han pasado dos meses. Esta convencional residencia suburbana es, en realidad, la intersección de nuestro pequeño mundo ilusorio con otro mundo más grande y más real. Milagrosamente, he sobrevivido, aunque hace semanas que mis reservas de comida se agotaron. Tal como esperaba, Margaret me hizo una segunda y última visita. Aún desconcertada por mi confianza en mí mismo y mi atractiva figura delgada, me dijo que ya no se haría responsable de mis crecientes deudas. Me despedí de ella y volví a mi almuerzo de pastel de caniche.

La idea de no volver a ver a Margaret nunca más aumentó el deleite de mi modesta comida; después volví a montar cuidadosamente la trampa para perros junto a la puerta abierta de la sala. El jardín sin cuidados, con su hierba a la altura de la rodilla, ha atraído a las mascotas de mis vecinos, bestias confiadas que vienen directamente hacia mí cuando les sonrío, sentado en el sillón, con el cuchillo de carnicero oculto bajo un tentador cojín. Cuando, pocos días después, sus siempre esperanzados dueños pasan por mi casa, yo ya he enterrado los huesos en el espacio que hay debajo de las tablas del suelo del comedor, considerable osario donde reposan Bonzo, Comandante, Yorky y el señor Fred.

Estos perros y gatos, y los escasos pájaros que he conseguido atrapar, pronto se convirtieron en mi único sostén. Se me hizo obvio, sin embargo, que ahora los vecinos vigilan más de cerca a sus mascotas y me resigné a una dieta de aire. Por fortuna, intervino la compañía de alquiler de televisores, que me suministró una generosa fuente de raciones extra.

Recuerdo al joven con su instrumental, que vino a desmontar la antena del ático. Había atendido antes otras llamadas por el barrio, y su furgoneta estaba aparcada a unos cien metros de la casa. Lo seguí mientras subía la escalera, preocupado por que él también pudiera perder el rumbo en aquellas habitaciones inmensas.

Por desgracia, mi intento de advertencia no llegó a nada. Cuando entró en una de aquellas cámaras blancas, tan enormes como hangares, pareció percatarse de que había entrado en una zona peligrosa. Forcejeé con él mientras tropezábamos por aquel mundo blanco, como exploradores del Ártico que hubieran perdido todo sentido de la distancia estando a pocos pasos de su tienda. Lamentablemente, una hora después, cuando tras calmar sus nervios lo dejé en la planta baja, él ya se había entregado a los terrores de la luz y el espacio.

Tres meses. Un período de permanente descubrimiento y escasas interrupciones. El mundo exterior ha decidido dejarme en paz. Ya no abro cuando llaman a la puerta, algo que ocurre con bajísima frecuencia, aunque sí llegan cartas de amenaza, del ayuntamiento y de las compañías de agua y electricidad. Pero rige una lógica imperturbable, y confío en que mi proyecto se haya completado antes de que

desconecten el suministro de energía y agua.

La casa se amplía a mi alrededor. La inundación de luz que me reveló sus verdaderas dimensiones ha llegado a la planta baja. Para mantener la orientación me he visto forzado a retirarme a la cocina, adonde he mudado el colchón y las sábanas. De cuando en cuando me aventuro en el recibidor e inspecciono las ominosas perspectivas. Me asombra que Margaret y yo hayamos vivido en esta inmensa mole y la hayamos reducido tanto dentro de nuestras mentes.

Ya puedo sentir que las paredes de la cocina se están distanciando de mí. Paso aquí todo el día, sentado en el suelo, contra el armario. El horno, la nevera y el lavavajillas se han tornado objetos anónimos del escaparate de unos remotos grandes almacenes. ¿Cuánto tiempo más puede continuar esta expansión? Tarde o temprano el proceso se detendrá y en ese instante se revelarán las auténticas dimensiones del mundo que habito y que los centros visuales de nuestro tímido cerebro nos han ocultado. Estoy en el umbral de una revelación singular, comparable, quizá, al descubrimiento de Colón del Nuevo Mundo. No veo la hora de llevar la noticia a mis vecinos: ¡la modesta residencia que la señora Johnson cree habitar es, en realidad, un vasto Versalles!

Cerca, los huesos del técnico de televisión yacen sobre el linóleo amarillo, como las costillas y la calavera de un viajero del desierto descompuestas hace largo tiempo. En algún lugar intentan forzar una puerta. Escucho el chirrido de unas llaves que prueban la cerradura, luego el ruido de unos tacones en el patio un momento antes del segundo intento de abrir el ventanal haciendo palanca con algo.

Me animo y avanzo, tambaleándome, por la cocina, intentando afirmarme en la distante lavadora. Gira una llave y se abre una puerta en alguna parte, más allá de las grandes perspectivas alfombradas de la sala.

Una joven ha entrado en la casa. Mientras vuelve a guardar las llaves en su bolso reconozco a Brenda, mi antigua secretaria. Observa las trampas para perros desmontadas junto a la ventana y después echa un vistazo a la habitación, hasta que por fin me ve mientras yo la observo desde la puerta.

—¿Señor Ballantyne? Siento haber forzado la puerta. Me preocupaba que usted pudiera haber... —Sonríe de forma tranquilizadora y saca las llaves del bolso—. La señora Ballantyne me dijo que podía usar el segundo juego de llaves. Usted no contestaba el teléfono y me he preguntado si acaso no estaría enfermo...

Viene hacia mí, pero con tanta lentitud que la inmensa habitación parece llevársela lejos de mí en su volumen en expansión. Se aproxima y se aleja de mí al mismo tiempo, y me preocupa que vaya a perderse en la vastedad casi planetaria de esta casa.

La cojo en el momento en que cambia de dirección abruptamente y la protejo del bullicio exterior del tiempo y el espacio.

Supongo que ya estoy en el cuarto mes. Ya no puedo ver el calendario fijado en la

puerta de la cocina, tan lejos de mí ha quedado. Estoy sentado con la espalda apoyada contra el congelador, que he trasladado fuera de la cocina, a la despensa. Pero las paredes de esta estancia otrora minúscula ya constituyen un universo por sí solas. El techo está tan lejos que debajo de él podrían formarse nubes.

La última semana no he probado bocado, pero ya no me atrevo a dejar la despensa y rara vez me aventuro más de un paso desde donde estoy. Podría perderme fácilmente al cruzar la cocina, y no conseguir volver jamás a la seguridad y la compañía que me es familiar.

Solo queda un retiro más. Tanto ha retrocedido el espacio que yo debo estar cerca del núcleo irreducible donde está la realidad. Esta mañana sucumbí brevemente al temor de que todo esto haya estado ocurriendo dentro de mi cabeza. Al cerrarme al mundo, mi mente puede haber derivado hacia un mundo sin criterios ni sentido de la escala. He ansiado durante tantos años un mundo vacío que tal vez lo he construido en el interior de esta casa. El tiempo y el espacio se han apresurado a llenar el vacío creado por mí. Hasta se me ocurrió completar el experimento y me puse de pie con la intención de llegar a la puerta de calle, un viaje que parecía tan condenado al fracaso como el regreso de Scott al Polo Sur. De más está decir que me vi obligado a renunciar a mi intento mucho antes atravesar el umbral del vestíbulo.

Detrás de mí Brenda yace cómodamente, con su rostro a solo unos pocos centímetros del mío. Pero ahora ella también comienza a alejarse de mí. Cubierta por una escarcha enojada, descansa en silencio en el compartimento del congelador, como una reina a la espera de renacer de su sueño criogénico.

Las líneas de perspectiva fluyen desde mí, ensanchando el interior del compartimento. Pronto yaceré junto a ella, en un palacio de hielo que se cristalizará a nuestro alrededor, y encontraremos, por fin, el centro inmóvil del mundo que ha venido a llevarme.



## EL PARQUE TEMÁTICO MÁS GRANDE DEL MUNDO

La creación de una Europa unida, deseada tanto tiempo y combatida con tanta acritud, tuvo ciertas consecuencias imprevistas. La realización de este antiguo sueño fue causa de celebración justificada, de incontables festivales callejeros, festines y orgullosos discursos. Pero esa Europa que había dado a luz el Renacimiento y la Reforma Protestante, la ciencia moderna y la Revolución industrial guardaba una sorpresa más en su manga.

Huelga decir que en 1993 nada de eso era obvio. La demolición de tantas barreras fiscales y burocráticas para el comercio condujo sin rodeos al objetivo de una Europa unida, al fin, en una federación política y cultural. En 1995, el año más excitante desde 1968, una docena de parlamentos aprobó rápidamente la legislación necesaria para autodisolverse y transferir sus poderes a la Asamblea Europea de Estrasburgo. Así se hizo realidad la nueva Europa, un mundo visionario que fusionaba milagrosamente los espíritus de Carlomagno y la tarjeta inteligente, de Miguel Ángel y el Club Med, de San Agustín y Saint Laurent.

Felizmente agotados por sus esfuerzos, los nuevos europeos marcharon hacia las playas del Mediterráneo, su zona de apareamiento tribal. Bendecido por un sol benévolo y un cielo de invernadero, el verano de 1995 se extendió de abril a octubre. Cien millones de europeos gozaron en la arena, habiendo dejado atrás poco más que un ejército de cuidadores para supervisar los museos, las galerías de arte y las catedrales. Entusiasmado por la idea de una Europa federal, llegó un nutrido torrente de turistas procedente de Estados Unidos, Japón y las naciones recientemente liberadas del bloque soviético. Con sus guías turísticas en la mano, se atiborraban de la cultura y la historia de Europa, que había realizado su destino espiritual de convertirse en el parque temático más grande del mundo.

Sostenido por los ingresos del turismo, el ecu se había situado por encima del dólar y del yen, aun cuando las oficinas y las fábricas entre Atenas y el Atlántico estaban abandonadas. En efecto, solo en el otoño de 1995 los economistas de Bruselas se resignaron a la paradoja que ningún gobierno anterior había querido admitir: contrariamente a la ética protestante, que había fracasado miserablemente en el pasado, cuanto menos trabajaba, más próspera y satisfecha se veía Europa. Encantados por poder demostrar este hecho, los millones de veraneantes europeos que estaban en las playas del Mediterráneo apenas se movieron de sus tumbonas. Las autopistas y las carreteras guardaban silencio, y las gráficas de producción industrial estaban tan planas como los indicadores de una muerte cerebral.

Pronto se hizo evidente un hecho aún más significativo. La mayoría de los europeos había ampliado sus vacaciones de dos a tres meses, pero una considerable

minoría había decidido no volver nunca. Miles de turistas franceses, británicos y alemanes que descansaban en la costa del Sol y la costa Azul no se presentaron en las puertas de embarque para sus vuelos de regreso. En lugar de ello, permanecieron en sus hoteles y apartamentos, tumbados junto a las piscinas y dedicados al culto de su piel.

Al principio, esta decisión de quedarse se limitó en su mayor parte a los jóvenes y los solteros, los exalumnos y el tradicional lumpen intelectual de la playa. Pero a estos refúseniks pronto se les unieron abogados, médicos y contables. Hasta las familias con hijos decidieron quedarse de vacaciones perpetuas. Ignorando los telegramas y las llamadas telefónicas de sus ansiosos empleadores de Ámsterdam, París y Düsseldorf, los veraneantes ofrecieron excusas amables, se colocaron protector solar en los hombros y regresaron a los veleros y los hidropedales. Pronto se hizo demasiado obvio que al rechazar la antigua Europa de las fronteras y los intereses nacionales también habían rechazado los valores burgueses ocultos detrás de ellos. Una ocupación exigente, un elevado ingreso neto, un futuro hipotecado a los dioses del estatus social y profesional, todo eso había sido abandonado.

Como fuere, en cierto movimiento, limitado a unos cuantos complejos turísticos de la costa mediterránea, en noviembre de 1995, habían participado decenas de miles de personas de vacaciones. Quienes volvieron a sus hogares lo hicieron con sentimientos encontrados. En la primavera de 1996 se había establecido más de un millón de expatriados, exiliados de forma permanente, en los hoteles y los complejos de apartamentos del Mediterráneo.

Hacia el verano, este número aumentó enormemente y trajo con él vastos cambios demográficos y psicológicos. Hasta el momento, los efectos del éxodo hacia la playa en la economía europea habían sido leves. El turismo y la venta de grandes segmentos de la industria a las ávidas compañías japonesas habían mantenido el ecu a flote. En cuando a los exiliados en Menorca, Míkonos y la costa Brava, el costo de vida era bajo y las necesidades básicas escasas. Los *hippies* y los exalumnos se volcaron al hurto menor y dormían en la playa. Cuando se les acabaron sus recursos, los abogados y los contables consiguieron préstamos de sus bancos, y ofrecían sus casas y negocios en garantía. Las esposas vendieron sus joyas y los parientes de mayor edad fueron acosados en procura de pequeños préstamos.

Por fortuna, el Sol continuó brillando a través de los numerosos agujeros en la capa de ozono y se pronosticó el verano más cálido del siglo. La decisión de los exiliados de no volver a sus oficinas y fábricas estaba sostenida por una nueva filosofía del ocio y una percepción novedosa de cómo era una vida que mereciera la pena. Sencillamente, se había llevado al extremo la lógica de las vacaciones anuales en la playa, que había sostenido a Europa desde la Segunda Guerra Mundial. No existían ni el crimen ni la delincuencia, y la tolerancia social y racial de quienes se reclinaban en las sillas contiguas, junto a la piscina, era prácticamente infinita.

¿Acaso Europa estaba a punto de conducir al mundo a otra revolución para el

tercer milenio? Se iba difundiendo un régimen sexual relajado y nada puritano, y había un renovado orgullo en la excelencia física. Se practicaba una multitud de actividades deportivas: clases de yudo y kárate, aeróbicos y taichi. La variedad de filosofías alternativas existentes empezó a rivalizar con la de California. En las playas de Torremolinos y Saint-Tropez surgieron los primeros cultos solares. La costa mediterránea, que otrora había sido una Florida europea, un desfile continuo de puertos deportivos y hoteles, ahora se había propuesto ser playa de Venice, un invernadero de musculación y sueños milenarios.

En el verano de 1996, surgió el primer desafío a esta vida de ocio. Para entonces, las comunidades de la playa tenían alrededor de cinco millones de exiliados y sus recursos financieros se habían agotado. Las tarjetas de crédito habían sido canceladas largo tiempo atrás, las cuentas bancarias estaban congeladas y los gobiernos de París, Londres y Bonn esperaban al regreso de los expatriados a sus escritorios y sus bancos de trabajo.

Sorprendentemente, la determinación de las comunidades de la playa jamás vaciló. Lejos de coger sus vuelos de regreso largamente pospuestos, los exiliados decidieron mantener sus lugares en la arena. Esto pronto los condujo a un conflicto con los hoteleros y los propietarios de apartamentos locales, quienes se veían albergando a una inmensa población de huéspedes que no pagaban. Llamaron a la policía y se produjeron las primeras revueltas en las playas de Málaga, Menton y Rímini.

Sin embargo, los exiliados resultaron difíciles de desalojar. Un año completo de sol y ejercicio los había convertido en una hueste de magníficos atletas, para quienes los tenderos, camareros y hoteleros locales no eran rivales. Pandillas de jóvenes musculosas, expertas en artes marciales, merodeaban por los supermercados de España y la costa Azul, cogiendo de las góndolas lo que les apetecía, sin ningún temor. Actos de abierta intimidación refrenaron rápidamente a los administradores de los hoteles y edificios de apartamentos.

Los jefes de la policía local, por su parte, se mostraban remisos a intervenir, por temor a perjudicar el inminente negocio turístico estival. Los abogados y contables que había entre los exiliados, todos ellos mucho más instruidos e inteligentes que sus rivales provincianos, eran expertos en impugnar las órdenes de desalojo y las acusaciones de hurto. El otrora pasivo régimen de arena y sol había sido reemplazado por un ánimo más militante, sostenido por el convencimiento de los exiliados acerca de la corrección moral y espiritual de su causa. Actuando en conjunto, se incautaban de todas las villas y los edificios de apartamentos deshabitados, cuyos propietarios estaban demasiado aterrados para protestar, o bien huían, directamente, del lugar.

El culto a la perfección física había captado la imaginación de todos. Los cuerpos deformados por años de inclinación ante el procesador de palabras y el mostrador de comida rápida, se mostraban ahora delgados y erguidos, con proporciones tan ideales como las figuras del friso del Partenón. El nuevo evangelio oculto tras las manías por

el ejercicio y la forma física de los ochenta había reaparecido. La devoción por la perfección física regía sus vidas de forma más estricta que el capataz de cualquier fábrica.

Por necesidad, el ocio había entrado en una fase más disciplinada. Al amanecer, las playas de los centros turísticos del Mediterráneo se llenaban de compañías de entusiastas de las artes marciales que pateaban y gruñían al unísono. Brigadas de hombres y mujeres bellamente bronceados entrenaban juntos con los rostros dirigidos al sol. Ya no dedicaban su tiempo libre a estar tumbados en la arena, sino a los deportes de competición y los eventos de atletismo.

Para entonces, de entre los hombres y las mujeres más fuertes y carismáticos ya habían surgido los primeros líderes comunitarios. La anarquía informal de los primeros tiempos había sido reemplazada por una democracia sensata y cooperativa, en la que los miembros de grupos informales de la playa votaban sobre la mejor forma de proceder antes de tomar un hotel desocupado o asaltar una bodega. Pero esta fase democrática no había conseguido satisfacer las necesidades ni emotividades del momento, y las comunidades de la playa pronto pasaron a una forma de organización más autoritaria.

La temporada de vacaciones de 1996 trajo un respiro bien recibido, así como millones de nuevos reclutas cuyos bolsos rebosaban de ecus. Cuando llegaron a Marbella, Ibiza, La Grande Motte y Sestri Levante, fueron invitados con gran entusiasmo a formar parte de las nuevas comunidades playeras. En agosto de 1996, cuando casi toda Europa se había marchado a las costas del Sol, los gobiernos de los países miembros se vieron ante la posibilidad real de que gran parte de sus poblaciones no regresara. No solo se cerrarían las oficinas y las fábricas de forma permanente, sino que ya no quedaría un solo hombre en los museos y galerías de arte para cobrar esos dólares, yenes y rublos de los turistas extranjeros que sostenían, por sí solos, sus economías. Surgió entonces la posibilidad de que el Louvre y el Palacio de Buckingham fueran vendidos a una compañía hotelera japonesa, que las catedrales de Chartres y Colonia se convirtieran en filiales de The Disney Company.

Obligada a actuar, la Asamblea de Estrasburgo envió al sur varios grupos de tareas. Haciéndose pasar por veraneantes, los equipos de investigadores rondaban los bares y las piscinas. Pero los lamentables intentos de estos burócratas en bikini, de infiltrar y desestabilizar los enclaves de la playa, quedaron en nada y muchos de ellos se pasaron a las filas de los exiliados.

Por consiguiente, en octubre de 1996, la Asamblea de Estrasburgo anunció finalmente que las playas del Mediterráneo quedaban clausuradas, que a partir de entonces toda forma de ejercicio fuera del lugar de trabajo o el dormitorio era ilegal y que el bronceado era una forma de ornamentación de la piel que ahora estaba prohibida. Por último, la Asamblea ordenó a los treinta millones de ciudadanos ausentes que regresaran a sus hogares.

De más está decirlo, estas órdenes fueron completamente ignoradas. La gente de

la playa, que habitaba una ciudad lineal de unos cinco mil kilómetros de largo y trescientos metros de ancho sobre la costa del Mediterráneo, era ahora de una clase muy diferente. Los policías y gendarmes que llegaron a los complejos costeros, se encontraron con agresivas bandas de adoradores del cuerpo que no tenían la menor intención de retomar sus vidas anteriores.

Conscientes de que tendría lugar un choque con las autoridades, habían comenzado a preparar su territorio para la defensa, construyendo barricadas con automóviles abandonados en las carreteras que llegaban a la playa, fortificando las entradas de los hoteles y los edificios de apartamentos. Durante el día, sus equipos de buceo recorrían las aguas costeras en busca de peces, mientras que por la noche los grupos de asalto incursionaban tierra adentro robando ovejas y saqueando los cultivos de hortalizas de los campos. Grandes sectores de Málaga, Saint-Tropez y Corfú ahora estaban habitados por exiliados, mientras que muchos centros turísticos más pequeños, como Roses o Formentera, estaban íntegramente bajo su control.

El primer conflicto abierto, en Golfe-Juan, fue característicamente breve e indeciso. Puede que la policía esperara de forma inconsciente la llegada del Emperador, tal como había ocurrido tras su huida de la isla de Elba, el caso es que no consiguió hacer frente a la agresiva brigada de morenas madres desnudas que, entonando cánticos ecologistas y lemas feministas, avanzaban sin titubear sobre el cañón de agua. Comandos de dentistas y arquitectos se pavoneaban por las calles estrechas lanzando sus patadas de kárate más feroces en lo que parecía la exhibición de una nueva tradición popular que atraía a multitudes inmanejables de turistas norteamericanos y japoneses de sus hoteles de Cannes. En Port-Vendres, Sitges, Bari y Fréjus, la policía emprendió una confusa retirada, incapaz de distinguir entre los exiliados y los auténticos turistas.

El regreso en masa de la policía apoyada por unidades del ejército no tuvo otro efecto que aumentar la determinación del pueblo de la playa. El tipo políglota de los pobladores originales había sido reemplazado por una serie de grupos nacionales que reclutaban a sus miembros en sus respectivos centros turísticos tradicionales: los británicos, en Torremolinos; los alemanes, en Roses; los franceses, en Juan-les-Pins. La resistencia en estos enclaves reflejaba su identidad nacional: una turba de vándalos británicos merodeaba las calles de Torremolinos, enseñando sus terroríficos traseros a los antidisturbios. Los alemanes se dedicaron al trabajo duro y a la industria construyendo una Línea Sigfrido de búnkeres de arena alrededor de las playas de Roses, mientras que las masas de pezones de Juan fueron más que suficiente para deslumbrar por completo a la gendarmería.

De forma correspondiente, cada uno de estos enclaves nacionales producía sus líderes característicos. Los centros turísticos británicos estaban dominados por aspirantes a Thatcher, fieras damas enfundadas en bañadores de una pieza que invocaban el recuerdo de Churchill y proclamaban su determinación a «combatirlos en las playas y jamás, jamás, rendirse». Los retrógados gaullistas se llenaban la boca

con la magnificencia del sol y la arena franceses, mientras que los italianos proclamaban su «mare nostrum».

Pero sobre todo, el tono de estos *führer* de la playa era uniformemente autoritario. Los otrora exiliados vacacionales disfrutaban ahora de vidas de fiera autodisciplina acompañada por una creencia mística en los poderes de la fuerza física. Se admiraba la proeza atlética por encima de todo lo demás, un culto a la perfección corporal encarnado en exhibiciones gimnásticas en las playas, mítines cuasifascistas donde miles de participantes en excelente forma física rasgaban el aire del amanecer con sus golpes de kárate, mientras entonaban todos juntos cánticos al sol. Estos personajes morenos y guapos, con su desconsiderada sexualidad, menospreciaban a sus compatriotas turistas con un sentimiento que rozaba el de la superioridad racial.

Era evidente que Europa, origen de gran parte de la civilización occidental, había dado a luz otra tendencia importante, el primer sistema totalitario combinado con el ocio. De los solarios y las piscinas, de los gimnasios y las discotecas, había surgido un credo nacionalista y autoritario con raíces en el ámbito del placer en lugar del trabajo.

Hacia la primavera de 1997, mientras Bruselas vacilaba y Estrasburgo debatía, los treinta millones de personas de la playa comenzaron a mirar al norte por primera vez. Escucharon a sus líderes hablar del espacio vital nacional, de las hordas de turistas extranjeros con sus dólares y yenes sin alma, de la sangre cansada de sus compatriotas que ansiaba ser vigorizada. Desde sus playas en Marbella, Juan, Rimini y Naxos, balanceaban sus brazos al unísono y entonaban sus cánticos de ejercicio, mientras oían el llamamiento a marchar hacia el norte, expulsar a los turistas invasores y reclamar sus patrias históricas.

Así pues, en el verano de 1997, marcharon por las autopistas y las carreteras desiertas en la mayor invasión que Europa había experimentado, con el objetivo de tomar sus antiguos hogares, y decididos a reinstaurar una olvidada Europa de naciones celosas de sus fronteras, felices de preservar sus historias, sus barreras arancelarias y su insularidad.

## FIEBRE DE GUERRA

A Ryan, el sueño de un alto el fuego le llegó durante la batalla por el Hilton de Beirut. En aquel momento no era consciente de la extraña visión de una ciudad en paz que se había colado en un rincón de su cabeza. La batalla había ido de una planta a otra del ruinoso hotel durante todo el día, y Ryan estaba demasiado ocupado defendiendo la barricada de mesas de restaurante del entresuelo para pensar en otra cosa. Hacia el final, cuando Arkady y Mijaíl avanzaban reptando para silenciar al último francotirador realista del atrio, Ryan se había puesto de pie y los había cubierto con sus disparos, mientras rezaba por su hermana Louisa, quien combatía en otra unidad de la milicia cristiana.

Cuando cesaron los disparos, el capitán Gómez le indicó que avanzara hasta la escalera del área de la recepción. Ryan observaba el polvo que caía del techo del atrio, quince plantas por encima de él. Iluminado por el sol, el cemento pulverizado formaba un halo fugaz que caía en cascadas hacia la réplica de una isla tropical que había en el centro del atrio. La laguna en miniatura estaba cubierta de escombros, pero unos pocos tamarindos y helechos exóticos habían sobrevivido entre los muebles arrojados desde los balcones superiores. Por un momento el polvo iluminaba ese paraíso abandonado como un decorado conservado milagrosamente entre los desechos de un teatro bombardeado. Ryan miró la aureola que caía, pensando que quizás algún día todo el polvo de Beirut descendería, como la paloma, y haría callar las armas.

Pero el halo tuvo una utilidad más práctica. Cuando Ryan bajaba la escalera, detrás del capitán Gómez, vio a dos milicianos enemigos cruzar a la carrera el lecho de la laguna: sus uniformes mojados resultaban claramente visibles contra el fondo blanquecino del cemento. Entonces él y Gómez abrieron fuego contra los soldados atrapados y siguieron disparando, haciendo añicos los tamarindos, mucho después de que los dos jóvenes yacieran ensangrentados en el agua poco profunda. Posiblemente intentaban rendirse, pero los informativos con las atrocidades perpetradas por los realistas que había emitido la televisión la noche anterior habían cercenado esa esperanza. Como los demás jóvenes combatientes, Ryan mataba con celo.

Aun así, como después de cada batalla, aquel verano en Beirut, Ryan se sentía mareado y entumecido. Casi podía creer que él también había muerto. Los demás miembros de su pelotón estaban colocando los cinco cuerpos contra el mostrador de la recepción, donde se los podría fotografiar para los folletos de propaganda que se distribuirían en los bastiones realistas de Beirut del sur. Intentando enfocar sus ojos, Ryan contemplaba el techo del atrio, donde las últimas chispas de polvo caían sobre las vigas de acero.

—¡Ryan! ¿Qué sucede? —El doctor Edwards, observador médico de Naciones Unidas, tomó el brazo de Ryan e intentó estabilizarlo—. ¿Has visto a alguien moverse ahí arriba?

—No, no hay nada. Estoy bien, doctor. Había una luz extraña...

—Probablemente una de esas nuevas bombas de fósforo que están usando los realistas. Un arma diabólica. Esperamos hacer que las prohíban.

Con una mueca de ira, el doctor Edwards se colocó el abollado casco de la ONU. Ryan se alegró al ver a ese hombre valiente, aunque un poco ingenuo, que en muchos sentidos parecía más un joven sacerdote que un médico, y que pasaba tanto tiempo en el frente de Beirut como cualquiera de los combatientes. El doctor Edwards podría haber regresado fácilmente a su cómoda consulta médica de Nueva Inglaterra, pero había escogido consagrarse a los hombres y las mujeres que morían en una guerra civil olvidada a medio mundo de distancia. Ryan, de diecisiete años, había entablado una estrecha amistad con el doctor Edwards y le contaba todas sus preocupaciones sobre su hermana y su tía y hasta sobre su unilateral pasión por la teniente Valentina, la obstinada comandante del puesto de guardia cristiano erigido en la central telefónica.

El doctor Edwards era siempre atento y compasivo, y a menudo Ryan aprovechaba el buen talante del médico para sonsacarle noticias sobre los cambios en las alianzas militares detectados la fuerza de paz de la ONU. A veces a Ryan le preocupaba que el doctor Edwards hubiera pasado demasiado tiempo en Beirut. Se había vuelto curiosamente adicto a la violencia y la muerte, como si el hecho de atender a los heridos y los moribundos satisficiera cierta veta derrotista de su personalidad.

—Echémosles un vistazo a esos pobres diablos. —El doctor Edwards condujo a Ryan hacia donde estaban los soldados, apoyados en el mostrador de la recepción, con las armas y sus cartas personales ordenadas a sus pies, formando un lúgubre retablo.

—Con un poco de suerte, encontraremos a sus parientes.

Ryan apartó al capitán Gómez, que refunfuñaba contra su cámara. Se puso de rodillas junto al más joven de los soldados muertos, un adolescente de ojos negros y rostro angelical que vestía la abultada chaqueta camuflada de la Brigada Internacional.

—¿Ángel...? ¿Ángel Porrúa...? —Ryan tocó las mejillas esponjosas de aquel español de quince años con el cual iba a nadar a menudo en las playas de Beirut del este. El domingo anterior habían aparejado juntos una vela improvisada en una lancha abandonada y habían navegado un kilómetro a lo largo de la costa, antes de que un patrullero naval de la ONU los llevara de vuelta. Comprendió que había visto a Ángel por última vez huyendo entre los anegados desechos de la laguna artificial del atrio. Tal vez había reconocido a Ryan, apostado en el entresuelo, e intentaba rendirse cuando él y el capitán Gómez abrieron fuego.



—¿Ryan? —El doctor Edwards se puso en cuclillas a su lado—. ¿Lo conoces?

—Ángel Porrúa... pero, pertenece a la Brigada, doctor. Están de nuestro lado.

—Ya no. —El doctor Edwards presionó torpemente el hombro de Ryan como gesto de consuelo—. Anoche hicieron un trato con los realistas. Lo siento, son culpables de una auténtica traición.

—No. Ángel estaba de nuestro lado...

Ryan se levantó y abandonó el grupo de soldados que compartía un *pack* de seis cervezas. Avanzó entre el polvo y los escombros de la isla ornamental que había en el centro del atrio. Los tamarindos acribillados aún se aferraban a su rocalla, y Ryan tenía la esperanza de que sobrevivieran hasta que cayeran las primeras lluvias del invierno a través del techo. Miró por encima del hombro hacia los realistas muertos, sentados como huéspedes ignorados que hubieran expirado en el mostrador de la recepción de este hotel, con las armas a su lado.

Pero ¿qué sucedería si los vivos dejaran sus armas a un lado? Supongamos que en todo Beirut los soldados rivales colocaran los fusiles a sus pies, junto con las chapas de identificación y las fotografías de sus hermanas y novias, en modestos altares dedicados a un alto el fuego.

¿Un alto el fuego? La frase apenas existía en el vocabulario de Beirut, reflexionaba Ryan mientras viajaba sentado en el asiento trasero del todoterreno del capitán Gómez, de regreso al sector cristiano de la ciudad. A su alrededor se extendían los infinitos paisajes de apartamentos destrozados y edificios de oficinas bombardeados. Muchas de las tiendas habían sido transformadas en fortines y sus rejas de acero estaban tapizadas con lemas y carteles, toscas fotografías de mujeres y niños asesinados.

Durante la guerra civil original, treinta años atrás, en Beirut vivía más de medio millón de personas. Sus abuelos habían sido de los numerosos norteamericanos que renunciaron a sus puestos de profesores en las escuelas y las universidades para ir a combatir con la asediada milicia cristiana. Habían llegado voluntarios de todas partes del mundo, mercenarios e idealistas, fanáticos religiosos y guardaespaldas sin trabajo que luchaban y morían por una u otra de las facciones rivales.

Hasta se las arreglaban para casarse y formar sus familias en lo profundo de sus búnkeres, bajo los escombros. Los padres de Ryan eran adolescentes cuando fueron asesinados durante la notoria Masacre del Aeropuerto: en una de las peores de entre muchas atrocidades cometidas, la milicia nacionalista había ejecutado a sus prisioneros tras prometerles un salvoconducto a Chipre. Solo la bondad de un soldado indio de la fuerza de paz de la ONU había salvado la vida de Ryan: había encontrado al bebé y a su hermana en un edificio de apartamentos abandonado y después había rastreado a su tía adolescente.

Por más trágico que resultara, había merecido la pena combatir por Beirut, una ciudad de mercadillos, tiendas y restaurantes. Había iglesias y mezquitas repletas de

auténticas feligresías, no montones de tejas bajo el cielo abierto. Ahora la población civil se había marchado, dejando a unos pocos miles de combatientes armados y sus familias ocultas entre las ruinas. Estos eran alimentados y provistos por las fuerzas de paz de la ONU, que hacían la vista gorda ante los envíos clandestinos de armamento y munición, por temor a favorecer a uno u otro bando del conflicto.

Esta guerra que se prolongaba era tan fútil, tan ridícula que a los medios periodísticos del mundo había dejado de interesarles mucho tiempo atrás. En ocasiones, en un sótano ruinoso, Ryan encontraba una copia medio deshecha de *Times* o *Paris Match*, llena de fotografías de lucha callejera y reportajes gráficos sobre la agonía de Beirut, una ciudad en el corazón de las preocupaciones del mundo. Ahora Beirut no le interesaba a nadie y ahí solo combatían las milicias hereditarias, que luchaban por sus imperios de escombros.

En las balas, sin embargo, no había nada ridículo. Cuando el todoterreno pasaba junto al cascarón de la vieja radio favorable al Gobierno hubo un único disparo, procedente de la ventana de la planta baja.

—¡Al arcén, cabo! ¡Salga del camino! —Con la pistola en la mano, Gómez giró de un manotazo el volante que llevaba Arkady y detuvo el todoterreno tras la protección de un autobús abandonado.

De rodillas junto a los deshinchados neumáticos traseros, Ryan observaba el avión de la ONU que volaba en círculos sobre sus cabezas. Esperó a que Gómez eliminara al francotirador, probablemente un fanático nacionalista que intentaba vengar la muerte de un hermano o un primo. La milicia nacionalista tenía su base en el aeropuerto de Beirut, un páramo de hormigón cubierto de plantas en el cual no había aterrizado un solo avión en diez años, y rara vez se aventuraba en el centro de la ciudad.

Si la idea de un cese de hostilidades podía arraigar alguna vez, lo haría aquí, en algún lugar de la vieja Línea Verde que dividía Beirut, en esta tierra de nadie entre las principales bases del poder: los cristianos en el noreste de Beirut, los nacionalistas y los fundamentalistas en el sur y en el oeste, los realistas y los republicanos en el sureste, y la Brigada Internacional en la periferia. Pero el mapa real de la ciudad se alteraba incesantemente a causa de los tratos oportunistas que cerraban los comandantes locales: un todoterreno a cambio de un cargamento de tomates, seis lanzacohetes por una videograbadora.

¿Qué rescate compraría un alto el fuego?

—¡Despierta, Ryan! ¡Avanzamos! —Gómez surgió de la estación de radio con su prisionero, un muchacho nervioso de doce años, con un uniforme nacionalista heredado de algún otro. Gómez lo sostenía del pelo apelmazado; luego lo arrojó a la parte trasera del todoterreno.

—Ryan, mantén a este animal vigilado: muerde. Lo llevaremos a interrogarle.

—Correcto, capitán. Y si queda algo de él, lo cambiaremos por algunos vídeos

nuevos.

Con las manos atadas, el muchacho se puso de rodillas sobre el suelo del todoterreno, llorando de temor y rabia. Al golpearlo con la culata de su fusil, Ryan se sorprendió ante sus propias emociones. Pese a todas sus esperanzas de un cese de hostilidades, sentía un auténtico odio reflejo hacia ese niño demasiado mayor. El odio era lo que hacía que la guerra continuara. Hasta el doctor Edwards estaba infectado con odio, y no era el único. Ryan había visto brillar los ojos de los observadores de la ONU cuando fotografiaban a las víctimas de las últimas atrocidades o escuchaban a los supervivientes de algún cruel ataque revanchista como sacerdotes libidinosos durante una confesión. ¿Cómo podrían poner fin al odio que los estaba corrompiendo? Dios santo, él mismo había empezado a despreciar a Ángel Porrúa por combatir con los nacionalistas...

Al atardecer, Ryan descansaba en el balcón del apartamento de la tía Vera, que miraba a la bahía en Beirut del este. Observaba las luces de la lancha patrullera de la ONU, frente a la costa, y pensaba en sus planes de un cese de hostilidades. Intentando olvidar el combate de ese día y la muerte de Ángel, escuchaba el parloteo de Louisa en la cocina, por encima del sonido de la música pop emitida por una estación de radio local.

El balcón era, en la práctica, el dormitorio de Ryan: dormía ahí en una hamaca protegida de la vista del público por el tendedero y la conejera de contrachapado que había construido para su conejo holandés. Ryan podría haberse mudado fácilmente a cualquiera de los muchos apartamentos desocupados del edificio, pero le gustaba la intimidad de la vida familiar. Las dos habitaciones y la cocina eran el único hogar que conocía.

Una joven pareja que vivía en un piso frente al edificio de Ryan había adoptado un niño huérfano, y el sonido de su llanto le recordaba que al menos él tenía una relación consanguínea con los miembros de su familia. En Beirut, esa clase de vínculos era algo raro. Pocas de las jóvenes soldados concebían y la mayoría de los niños eran huérfanos de la guerra, aunque a Ryan le desconcertaba de dónde salían todos esos niños: de algún modo, en los sótanos y barrios de chabolas de las afueras de la ciudad sobrevivía una vida familiar secreta.

—Es el nuevo hijo de los Renton. —Su hermana salió al balcón peinándose el cabello, largo hasta la cintura, que pasaba sus días recogido en un rodete militar—. Es una lástima que lllore tanto.

—Por lo menos ríe más de lo que llora. —A Ryan se le cruzó una idea intrigante—. Dime, Louisa, ¿la teniente Valentina y yo tendremos un hijo?

—¿Un hijo? ¿Has oído eso, tía? ¿Y qué piensa Valentina del asunto?

—Ni idea. La verdad es que nunca he hablado con ella.

—Bueno, cariño, creo que deberías preguntárselo a ella. Podría perder un poco de su elegante compostura.

—Solo por unos segundos. Es muy majestuosa.

—Solo toma unos segundos concebir un hijo. ¿O ella es tan especial que ni siquiera te dedicará esos pocos segundos?

—Es muy especial.

—¿Quién? —La tía Vera colgó sus chaquetas de combate en el balcón, mirándolos con orgullo maternal—. ¿Hablas de mí, Ryan, o de tu hermana?

—De alguien mucho más especial —respondió Louisa—. La mujer de sus sueños.

—Vosotras sois las mujeres de mis sueños.

Esa era la verdad. La idea de que pudiera pasarles algo lo abrumaba. En la calle, bajo el balcón, una patrulla del comando nocturno se había alineado y controlaba su equipo: pistolas ametralladora, granadas, bolsas con trampas cazabobos y detonadores. Se arrastrarían hacia la oscuridad de Beirut del oeste; cada uno era una máquina de matar dispuesta a asesinar alguna tía o hermana en un balcón.

Un auxiliar de enfermería de la ONU recorría la fila suministrando ampollas de morfina. A pesar de todas las vidas que salvaban, a Ryan, en ocasiones, los cascos azules le producían enfado. Curaban a los heridos, proporcionaban dinero y consuelo a los afligidos, buscaban hogares para los huérfanos, pero se ponían demasiado nerviosos por eso de tomar partido. Tenían la ciudad rodeada e impedían que nadie entrara o saliera de ella; en cierto sentido controlaban todo lo que sucedía en Beirut. Prácticamente podían detener la guerra, pero el doctor Edwards decía una y otra vez que todo intento de la fuerza de paz de actuar según su nombre haría que las potencias del mundo intervinieran militarmente por temor a que ello desestabilizara la totalidad de Oriente Próximo. Por tanto, la lucha continuaba.

Los comandos nocturnos avanzaron, seis soldados a cada lado de la calle, hacia el tableteo intermitente de los disparos.

—Ya han partido —dijo la tía Vera—. Deseémosles suerte.

—¿Por qué? —preguntó Ryan con suavidad—. ¿Para qué?

—¿Qué quieres decir? Siempre intentas impresionarnos, Ryan. ¿No quieres que regresen?

—Por supuesto que sí. Pero, en primer lugar, ¿por qué tienen que salir? Podrían quedarse aquí.

—Eso son tonterías. —Su hermana le colocó una mano en la frente, tomándole la temperatura—. Arkady me ha dicho que lo pasaste mal hoy en el Hilton. Recuerda por qué luchamos.

—Lo intento. Hoy ayudé a matar a Ángel Porrúa. ¿Por qué luchaba él?

—¿Lo dices de verdad? Luchamos por aquello en lo que creemos.

—¡Pero ya nadie cree en nada! Piénsalo, Louisa. Los realistas no quieren un rey, los nacionalistas desean en secreto una secesión, los republicanos pretenden llegar a un acuerdo con el Príncipe de Mónaco, los cristianos son mayoritariamente ateos y los fundamentalistas no pueden ponerse de acuerdo ni siquiera en una sola creencia fundamental. Luchamos y morimos por nada.

—¿Y? —Louisa apuntó su cepillo hacia los observadores de la ONU, en su puesto de observación—. Eso solo los deja a ellos. ¿En qué creen ellos?

—En la paz. La armonía mundial. El fin de la guerra en todas partes.

—Entonces quizá deberías unirte a ellos.

—Sí... —Ryan hizo a un lado su chaqueta de combate y miró a través del barandal del balcón. Cada uno de los cascos azules era un farol pálido en el crepúsculo—. Tal vez todos deberíamos unirnos a la ONU. Sí, Louisa, todo el mundo debería llevar el casco azul.

Y así nació un sueño.

Durante los días siguientes, Ryan comenzó a explorar esa sencilla pero revolucionaria idea. Aunque cautivado por ella, sabía que era difícil de llevar a la práctica. Su hermana era escéptica y los demás miembros de su pelotón estaban simplemente atónitos por la ocurrencia.

—Entiendo a lo que apuntas —admitió Arkady, mientras compartían un cigarrillo en el búnker del mando de la Línea Verde—. Pero si todo el mundo se une a la ONU, ¿quién quedará para seguir combatiendo?

—Arkady, esa es justamente la idea... —Ryan sentía la tentación de rendirse—. Piénsalo. Todo estaría ordenado y limpio otra vez. No habría más patrullas ni desfiles ni exhibiciones con armas. Nos lo pasaríamos en McDonald's, comiendo hamburguesas, habría discoteca cada noche. La gente caminaría por las calles, iría a las tiendas, se sentaría en los bares...

—Eso suena realmente extraño —observó Arkady.

—No es extraño. La vida comenzaría de nuevo. Sería como solía ser, como es ahora mismo en otras partes del mundo.

—¿Dónde?

—Bueno... —Esa era una pregunta difícil. Como el resto de los combatientes de Beirut, Ryan no sabía casi nada del mundo exterior. A Beirut no llegaban los periódicos, y la televisión y las emisiones de radio extranjeras eran interferidas por los equipos de señales de los grupos rivales con el fin de evitar toda connivencia foránea en un golpe militar. Ryan había pasado unos pocos años en una escuela de la ONU, en Beirut del este, pero su principal fuente de información sobre el mundo más amplio eran las revistas de cuarenta años de antigüedad que encontraba en los edificios abandonados. Estas publicaciones mostraban un retrato de un mundo en guerra, de crudos combates en Vietnam, Angola e Irán. Él imaginaba que esos vastos conflictos, versiones mayores de lo que ocurría en Beirut, aún continuaban.

Tal vez todo el mundo debería llevar un casco azul. La idea entusiasmaba a Ryan. Si él conseguía que se produjera el alto el fuego en Beirut, el movimiento de paz podría difundirse a Asia y África, todo el mundo dejaría las armas...

A pesar de los numerosos rechazos, Ryan siguió adelante, discutiendo su argumento con todos los soldados con los que se encontraba. Siempre había un

interés implícito, pero el constante fárrago de propaganda, los carteles con las atrocidades, los informativos de la televisión que enseñaban iglesias atacadas por vándalos dirigidos al siempre sensible sentido de indignación religiosa y una mezcla de calumnias racistas y antimonárquicas constituían un gran obstáculo.

Vulnerar ese bastión propagandístico estaba muy por encima de las posibilidades de Ryan. Sin embargo, por azar, encontró un arma inesperadamente poderosa: el humor.

Mientras estaba de servicio en una patrulla costera, en el puerto, Ryan describía a su unidad su sueño de una Beirut mejor, mientras pasaban junto al puesto de mando de la ONU. Los observadores habían dejado sus cascos sobre una mesa plegable y, sin pensarlo, Ryan se quitó la gorra de campaña color caqui y se colocó el cuenco de acero azul sobre la cabeza.

—¡Eh, mirad a Ryan! —gritó Arkady. Hubo un poco de alegres forcejeos, hasta que Mijaíl y Nazar los separaron.

—¡Basta de peleas, ya tenemos nuestra propia fuerza de paz!

Se oyeron pitadas amistosas mientras Ryan desfilaba con el casco de aquí para allá, pero después todos guardaron silencio. Ryan advirtió que el casco tenía un efecto calmante, tanto en él como en sus compañeros. Sin pensarlo, partió por la playa hacia el puesto de centinela fundamentalista, a unos quinientos metros de distancia.

—¡Ryan, cuidado! —Mijaíl corrió detrás de él, pero se detuvo cuando el capitán Gómez apareció en su todoterreno cerca del muro del puerto. Juntos, observaron cómo Ryan avanzaba por la playa, ignorando los edificios infestados de francotiradores. Estaba a medio camino del puesto de guardia cuando un sargento fundamentalista trepó al techo y le indicó por gestos un salvoconducto temporal. Demasiado cauto para arriesgar su afortunada vida, Ryan le dirigió un saludo y regresó.

Cuando se reunió con su pelotón, todos lo miraban con renovado respeto. Arkady y Nazar llevaban cascos azules, ignorando vacilantes al capitán Gómez que bajaba de su todoterreno con un gesto amenazador. Entonces, el doctor Edwards salió del puesto de la ONU y contuvo al capitán.

—Ya me encargo yo, capitán. La ONU no presentará cargos. Sé que Ryan no estaba haciendo el tonto.

Explicarle su proyecto al doctor Edwards fue mucho más fácil de lo que había supuesto. Estaban sentados juntos en el puesto de observación y el doctor Edwards lo alentaba a bosquejar su plan.

—Es una idea notable, Ryan. —Obviamente fascinado por sus posibilidades, el doctor Edwards casi parecía mareado—. No digo que funcione, pero merece la pena intentarlo.

—La principal finalidad es el cese de hostilidades —enfaticó Ryan—. Enrolarse

en la fuerza de la ONU no sería más que un medio para ese fin.

—Claro, pero ¿crees que se pondrán el casco azul?

—Unos pocos lo harán, pero eso es todo lo que necesitamos. Poco a poco se irá sumando más gente. Todo el mundo está harto de pelear, doctor, pero aquí no hay alternativas.

—Lo sé, Ryan. Dios sabe que este es un lugar desesperado. —El doctor Edwards extendió las manos sobre la mesa y le cogió las muñecas intentando prestarle parte de su propia fuerza—. Debo reunirme con el Secretariado de la ONU en Damasco, así que resulta vital hacerlo bien. Pensemos en ello como en una fuerza de voluntarios de la ONU.

—Exacto. Nos ofreceremos para llevar el casco azul. De ese modo, no tendremos que cambiar de bando ni traicionar a nuestra gente. Finalmente, todo el mundo estará en la fuerza de voluntarios...

—... y la lucha irá perdiendo intensidad. Es una gran idea, pero es raro que no se le haya ocurrido antes a nadie. —El doctor Edwards observaba a Ryan con aire astuto—. ¿Te ha ayudado alguien? ¿Uno de los oficiales heridos, tal vez?

—No fue nadie, doctor. Se me ha ocurrido a mí; toda esta muerte...

El doctor Edwards abandonó Beirut durante una semana, con el fin de consultar con sus superiores en Damasco, pero en ese lapso los acontecimientos se sucedieron con mayor rapidez de lo que Ryan había creído posible. En todas partes los milicianos llevaban el casco azul. Aquello había comenzado como una broma restringida a las filas cristianas, en parte como un gesto irreverente hacia los observadores de la ONU. Luego, mientras patrullaba la Línea Verde, Ryan vio al conductor de un automóvil realista que llevaba una boina azul y, pronto, los espíritus más despreocupados, los bromistas de cada unidad, llevaban el casco o la boina como emblema.

—Ryan, mira esto. —El capitán Gómez lo llamó al puesto de mando situado en el vestíbulo de la estación de televisión—. Tienes mucho por lo que responder...

Al otro lado de la calle, cerca de un Mercedes quemado, un guerrillero realista tocado con una boina azul había colocado una silla de lona y una mesa plegable. Se sentó con los pies sobre la mesa, a tomar el sol sin prisas.

—Este atrevimiento... Gómez cogió el fusil de Ryan y apuntó al soldado. Tras un instante, lanzó un silbido y entregó otra vez el fusil a Ryan. —Tiene suerte, aquí estamos demasiado expuestos. Le concederemos su bronceado...

Ese fue un hecho revolucionario, y no fue el último. Evidentemente, había un profundo trasfondo de cansancio. Para cuando regresó el doctor Edwards, Ryan estimaba que uno de cada diez milicianos llevaba el casco o la boina azul. Los tiroteos aún sacudían el cielo nocturno, pero las ráfagas de disparos parecían más aisladas.

—Ryan, apenas puedo creerlo —le dijo el doctor Edwards cuando se reunieron en el puesto de la ONU cercano al puerto. Señaló el mapa marcado con un laberinto de

líneas fronterizas y posiciones fortificadas—. Hoy no ha habido un solo incidente importante en la Línea Verde. Hasta hay un alto el fuego *de facto* al norte del aeropuerto, entre los fundamentalistas y los nacionalistas.

Ryan contemplaba el mar, donde nadaba un grupo de soldados cristianos que se zambullía desde una balsa cercana. Los guardias costeros de la ONU estaban cerca, hacia la orilla, despreocupados por atraer el fuego enemigo. Sin la intención de demorarse en el pasado, Ryan dijo:

—Aquí Ángel y yo fuimos a navegar.

—Y lo harás otra vez, con Nazar y Arkady. —El doctor Edwards lo cogió por los hombros—. ¡Ryan, has obrado un milagro!

—Bueno... —Ryan no estaba seguro de sus emociones, como alguien que acaba de ganar el primer premio de la lotería. El camión de la ONU estaba cargado de cajones con uniformes, boinas y cascos azules. Se había concedido el permiso para la formación de una Fuerza de Voluntarios de Naciones Unidas, que se reclutaría entre las milicias. Los voluntarios prestarían servicio en sus propios pelotones, pero desarmados, y no participarían en ningún combate a menos que sus propias vidas estuvieran amenazadas. La perspectiva de una paz permanente por fin estaba a la vista.

Solo seis semanas después de que Ryan se hubiera puesto el casco azul por primera vez, en Beirut reinaba un alto el fuego sin interrupción. Las armas estaban en silencio en todas partes. Sentado junto al capitán Gómez mientras recorrían la ciudad en el todoterreno, Ryan se maravillaba ante aquella transformación. Los soldados desarmados descansaban en la escalera del Hilton, grupos de otrora acérrimos enemigos confraternizaban en la azotea del edificio del Parlamento. Las persianas de las tiendas situadas a lo largo de la Línea Verde se abrían y hasta había un modesto mercadillo en el vestíbulo de la oficina de correos. Los niños habían surgido de sus escondites en los sótanos y jugaban entre los automóviles calcinados. Muchas de las guerrilleras habían cambiado sus indumentarias de combate por vestidos de estampados brillantes, una primera muestra del *glamour* y la elegancia por los que antaño la ciudad había sido conocida.

Hasta la teniente Valentina ahora se paseaba vestida con una falda de cuero negra y una chaqueta de colores vívidos, la boina azul colocada de lado sobre un elegante moño.

Cuando pasaron por el puesto de mando de la teniente, el capitán Gómez detuvo el todoterreno. Se quitó el casco azul en señal de respeto.

—¡Por Dios! Esa no es tu última palabra, ¿verdad, Ryan?

—Sí que lo es, capitán —afirmó Ryan, fervientemente—. ¿Cómo me atrevería a abordarla siquiera?

—¿Qué? —Gómez siguió la dirección de la azorada mirada de Ryan—. No será la teniente Valentina; te comerá vivo en el desayuno. Yo hablaba del partido de fútbol



de esta tarde.

El capitán señaló el gran cartel que habían pegado hacía poco sobre las ventanas rotas del cercano Holliday Inn. A las tres en punto habría un partido de fútbol entre republicanos y nacionalistas, el primer partido de la recién formada Liga de Fútbol de Beirut.

—«Mañana: cristianos frente a fundamentalistas. Árbitro: coronel Mugabe, de la Brigada Internacional». Ese debe ser bueno... —Con el casco azul en la mano, Gómez abandonó el todoterreno y pasó junto al cartel.

Mientras tanto, Ryan contemplaba a la teniente Valentina. Sin el uniforme se veía aún más magnífica; la pistola ametralladora Uzi le colgaba del hombro como si fuera un accesorio de moda. Haciendo acopio de todo su valor, Ryan bajó a la calle y avanzó hacia la teniente. Ella se lo podría comer crudo en el desayuno, por supuesto, y felizmente en el almuerzo y también en la cena...

La teniente volvió sus ojos arrogantes hacia Ryan, resignada ya a las atenciones de ese tímido joven, pero antes de que él pudiera hablarle, hubo un gigantesco estallido en la calle de detrás de la estación de televisión. El impacto sacudió el suelo y retumbó en los edificios llenos de agujeros. Caían trozos de mampostería sobre el camino, mientras una nube de polvo se elevaba furiosamente hacia el cielo, empujada por las llamas que subían desde el sitio de la explosión, en algún lugar del enclave cristiano.

Una cimitarra de vidrio de casi dos metros de largo cayó desde la ventana del Holliday Inn, rajó el cartel de fútbol y se hizo pedazos a los pies de Gómez. Mientras el capitán corría hacia el todoterreno gritándole algo a Ryan, hubo otra explosión en el sector fundamentalista de Beirut del oeste. Por toda la ciudad caían bengalas de señalización y las primeras ráfagas de disparos competían con los quejidos de las bocinas y los altavoces que emitían un llamado a las armas.

Ryan se puso de pie, tambaleante, sacudiéndose el polvo de la chaqueta de combate. La teniente Valentina había desaparecido dentro del puesto fortificado y sus hombres ya estaban cargando la ametralladora detrás de la barbata.

—Capitán Gómez... Esa bomba... ¿Qué la hizo estallar?

—Una traición, Ryan; los realistas deben de haber hecho un trato con los nacionalistas. —Tiró de Ryan subiéndolo al todoterreno y le propinó una colleja sin fuerza—. Todo ese discurso sobre la paz. La trampa más vieja del mundo y caímos de narices en ella...

Sin embargo, lo sucedido era más que una traición. Las calles estaban repletas de milicianos armados que ocupaban sus posiciones en los blocaos y las fortificaciones. Todos gritaban a la vez; los disparos, que provenían de todas direcciones, ahogaban sus voces. Potentes bombas habían sido colocadas con sagacidad para causar el máximo de confusión y los nerviosos soldados más jóvenes disparaban al aire para no perder el valor. Por toda la ciudad caían bengalas según un plan calculado pero

misterioso. En todas partes había boinas y cascos azules desechados en las alcantarillas.

Cuando Ryan llegó al apartamento de su tía, encontró al doctor Edwards y a dos guardias de la ONU esperándolo.

—Ryan, es demasiado tarde. Lo siento.

Ryan intentó subir la escalera, pero el doctor Edwards lo retuvo por los brazos. Ryan advirtió que, aparte de los observadores de la ONU, él era el único en todo Beirut que aún llevaba el casco azul.

—Doctor Edwards, debo cuidar de Louisa y de mi tía. Están arriba.

—No, Ryan. Ya no están aquí. Me temo que se han ido.

—¿Dónde? ¡Por Dios, les dije que se quedaran aquí!

—Se las han llevado, Ryan, como rehenes. Hubo un ataque comando sincronizado con la primera explosión. Antes de que nos percatáramos, ya se habían marchado.

—¿Quiénes? —Confundido y asustado, Ryan tenía los ojos desorbitados, clavados en la calle, donde hombres armados se estaban formando en sus pelotones—. ¿Fueron los realistas, o los nacionalistas?

—No lo sabemos. Es trágico, ya ha habido algunas atrocidades horribles. Pero no dañarán a Louisa ni a tu tía. Saben quién eres.

—Se las han llevado por mi culpa... —Ryan se quitó el casco y contempló el cuenco azul, que había pulido meticulosamente para convertirlo en el más brillante de Beirut.

—¿Qué piensas hacer, Ryan? —El doctor Edwards cogió el casco de manos de Ryan, un accesorio de utilería que ahora, tras cerrarse el último telón, ya no era necesario—. La decisión es tuya. Si quieres volver a tu unidad, lo comprenderemos.

Detrás del doctor Edward, uno de los observadores sostenía el fusil y el arnés de combate de Ryan. La vista del arma y de las balas con sus puntas de acero trajo de regreso toda la vieja ira de Ryan, el odio confuso que los había mantenido en guerra todos esos años. Necesitaba salir a las calles, rastrear a los secuestradores, vengarse de quienes habían amenazado a su tía y a Louisa.

—Bien, Ryan... —El doctor Edwards lo observaba de un modo curiosamente distante, como si Ryan fuera una rata de laboratorio en una importante encrucijada del laberinto—. ¿Vas a luchar?

—Sí, lucharé... —Ryan se colocó con firmeza el casco azul en la cabeza—. Pero no por la guerra. Trabajaré para conseguir otro alto el fuego, doctor.

Entonces se encontró mirando el cañón de su propio fusil y un doctor Edwards inexpresivo le cogió las muñecas. Pasaron varios minutos antes de que Ryan comprendiera que lo habían esposado y estaba bajo arresto.

Viajaron en la furgoneta durante una hora hacia el sur, a través de los suburbios de Beirut, pasando junto a fábricas y barrios de chabolas abandonadas, deteniéndose en

los puestos de control de la ONU. Desde su asiento en la parte trasera de la furgoneta blindada, Ryan podía ver la ruinoso silueta de la ciudad. Se elevaban remolinos de humo hacia el cielo, pero ya no se oían disparos. En una ocasión se detuvieron para estirar las piernas, pero el doctor Edwards no quiso hablarle. Supuso que el médico sospechaba que él había participado en la conspiración para romper el alto el fuego. Tal vez el doctor Edwards imaginaba que toda la idea de la tregua había sido una perversa estratagema en la que Ryan se había aprovechado de sus contactos con los jóvenes...

Pasaron por otra de las vallas que cercaban la ciudad y poco después llegaron a las puertas de un campamento militar construido junto a un manicomio abandonado. Una hilera de tiendas verde oliva cubría el espacioso terreno. Del tejado del manicomio se alzaban grupos de antenas de televisión y parabólicas, todas apuntando hacia el noroeste, hacia Beirut.

La furgoneta se detuvo junto a la mayor de las tiendas, que parecía albergar un hospital para guerrilleros heridos. Pero en el interior verde y fresco, no había signos de pacientes. Lejos de eso, avanzaron por un importante arsenal. Filas de mesas de caballetes cargadas con carabinas y ametralladoras, cajas con granadas y proyectiles de mortero. Un sargento de la ONU recorría esta montaña de armamento, haciendo marcas en un listado como el propietario de una tienda de armas que controlara sus pedidos del día.

Detrás del arsenal había una zona despejada que parecía la sala de prensa de un canal de televisión. Ante un mapa de Beirut pegado en la pared, un atareado equipo de observadores de la ONU desplazaba docenas de cintas y estrellas de colores. Estas señalaban las últimas posiciones de la batalla por la ciudad, que podían verse en los monitores de televisión situados junto al mapa.

—Puede dejarnos, cabo. Yo me encargaré de él. —El doctor Edwards cogió el fusil y el arnés de combate que le entregaba el guardia, e indicó a Ryan que entrara en una oficina de paredes de lona, levantada en un extremo de la tienda. Las ventanas de plástico proporcionaban una vista clara de la habitación contigua, donde dos secretarias hacían copias de un gran cartel en una imprenta. La fotografía ampliada de una atrocidad republicana mostraba a un grupo de mujeres ejecutadas en un garaje subterráneo.

Contemplando esta espantosa imagen, Ryan adivinó por qué el doctor Edwards aún rehuía su mirada.

—Doctor Edwards, yo no sabía nada de la bomba de esta mañana ni del ataque sorpresa. Créame...

—Te creo, Ryan. Todo está bien, así que intenta relajarte. —Hablaba con brusquedad, como si se dirigiera a un paciente difícil. Dejó el fusil sobre su escritorio y le quitó las esposas—. Has salido de Beirut para siempre. En lo que a ti concierne, el alto el fuego es permanente.

—Pero... ¿qué hay de mi tía y de mi hermana?

—No han sufrido ningún daño. De hecho, en este momento están en un puesto de la ONU, cerca del estadio de fútbol.

—Gracias a Dios. No sé qué pudo salir mal. Todo el mundo deseaba un cese de hostilidades... —Ryan apartó la vista de los atroces carteles que se derramaban incesantemente de las manos de las secretarias de la ONU. Pinchadas en las paredes de lona, detrás del doctor Edwards, había grupos de fotografías de hombres y mujeres jóvenes con indumentaria de combate, captados sin que lo hubieran advertido, cerca de puestos de observación de la ONU. En un lugar destacado, había una gran fotografía del propio Ryan. Colocados todos juntos, parecían los internos de un hospital psiquiátrico.

Dos ordenanzas cruzaron la entrada de la oficina arrastrando un carro cargado con fusiles de asalto.

—¿Esas armas, doctor? ¿Han sido confiscadas?

—No. En realidad acaban de llegar de la fábrica. Van de camino al campo de batalla.

—Entonces hay combates fuera de Beirut... —Esa noticia fue suficiente para desesperar a Ryan—. El mundo entero está en guerra.

—No, Ryan. El mundo entero está en paz. Excepto Beirut; ahí es adonde van estas armas. Serán introducidas en la ciudad dentro de un cargamento de naranjas.

—¿Por qué, doctor? ¡Es una locura! ¡Las cogerán las milicias!

—Esa es la idea, Ryan. Queremos que tengan esas armas. Y queremos que continúen combatiendo.

Ryan empezó a protestar, pero el doctor Edwards le indicó con firmeza la silla que había junto al escritorio.

—No te preocupes, Ryan, te lo explicaré todo. Pero, primero, dime: ¿has oído hablar de una enfermedad llamada viruela?

—Era una especie de fiebre muy grave. Ha desaparecido.

—Así es; prácticamente. Hace cincuenta años, la Organización Mundial de la Salud lanzó una amplia campaña para erradicar la viruela, una de las peores enfermedades conocidas por la humanidad, un auténtico asesino que destruía decenas de millones de vidas. Hubo un programa global de vacunación en el que participaron médicos y gobiernos de todo el mundo. Juntos, finalmente, la erradicaron de la faz de la Tierra.

—Me alegro, doctor. Ojalá pudiera hacerse lo mismo con la guerra.

—Bueno, en cierto sentido, eso es lo que hemos hecho, Ryan, prácticamente. En el caso de la viruela, ahora la gente puede viajar libremente por todo el mundo. El virus sobrevive en las tumbas y los cementerios antiguos, pero si por algún capricho del azar la infección surgiera otra vez, contamos con provisiones de vacunas para proteger a la gente y borrar la enfermedad del mapa.

El doctor Edwards quitó el cargador al fusil de Ryan y lo sopesó en sus manos, exhibiendo una familiaridad con el arma que Ryan no había visto antes en él. Al

advertir la sorpresa de Ryan, el doctor Edwards le sonrió lánguidamente, como un director de escuela que aún siente afecto por un alumno delincuente.

—Si se lo deja en paz, el virus de la viruela muta constantemente. Debemos estar seguros de que nuestras provisiones de vacunas están actualizadas, por lo cual la OMS ha tomado la precaución de no erradicar completamente la enfermedad. Se permite de forma deliberada que la viruela medre en ciertos lugares remotos del Tercer Mundo, de forma tal que la evolución del virus pueda mantenerse bajo vigilancia. Por desgracia, continúan muriendo algunas personas, aun en la actualidad. Sin embargo, para el resto del mundo, esto merece la pena. De esa forma, si se produce un brote de la enfermedad, siempre estamos preparados.

Ryan tenía los ojos clavados en el mapa de Beirut visible a través de las ventanas de plástico y en los monitores de televisión, con sus escenas de humo y disparos. El Hilton ardía nuevamente.

—¿Y Beirut, doctor? ¿Aquí mantienen bajo vigilancia otro virus?

—Eso es, Ryan. El virus de la guerra. O, si lo prefieres, el espíritu marcial. No es un virus físico, sino psicológico, y es aún más peligroso que el de la viruela. El mundo está en paz. No ha habido una sola guerra en treinta años; no hay ejércitos ni fuerzas aéreas, y todos los conflictos se resuelven mediante negociaciones y a fuerza de transigir, como debe ser. Nadie soñaría siquiera con ir a la guerra, no más de lo que una madre cuerda le dispararía a sus propios hijos si estuviera enfadada con ellos. Pero debemos protegernos de la posibilidad de que surja una cepa desquiciada, de la posibilidad de que aparezca otro Hitler u otro Pol Pot.

—¿Y pueden hacer todo eso aquí? —se mofó Ryan—. ¿En Beirut?

—Eso creemos. Debemos averiguar qué es lo que hace que la gente luce, qué los hace odiar tanto como para querer matar. Necesitamos saber cómo podemos manipular sus emociones, cómo podemos distorsionar las noticias y desatar sus impulsos agresivos, cómo podemos aprovechar sus sentimientos religiosos o sus ideales políticos. Necesitamos saber, incluso, cuán intenso es el deseo de paz.

—Muy intenso, doctor. Puede ser muy intenso.

—En tu caso sí. Tú nos derrotaste, Ryan. Por eso te hemos sacado de ahí. —El doctor Edwards hablaba sin remordimientos, como si envidiara el obstinado sueño de Ryan—. Es un mérito para ti, pero el experimento debe continuar para que podamos comprender este virus aterrador.

—¿Y las bombas de esta mañana? ¿El ataque sorpresa?

—Nosotros instalamos las bombas, aunque tuvimos la precaución de que nadie resultara herido. Nosotros proporcionamos todas las armas; siempre lo hemos hecho. Imprimimos el material de propaganda; simulamos las fotografías de las atrocidades para que los grupos rivales se traicionen unos a otros y cambien de bando. Parece una versión lúgubre del juego de las sillas, y en cierto sentido lo es.

—Pero todos estos años, doctor... —Ryan pensaba en sus viejos camaradas que habían muerto junto a él, entre los escombros polvorientos. Algunos habían dado sus

vidas por ayudar a compañeros heridos—. Ángel y Moshe, Aziz... ¡cientos de personas muertas!

—Así como aún hay cientos que mueren de viruela. Pero hay miles de millones que viven... en paz. Merece la pena, Ryan; lo sabemos desde antes de que la ONU reconstruyera Beirut, hace treinta años.

—Lo han planeado todo... el Hilton, el canal de televisión, el McDonald's.

—Todo, hasta el McDonald's. Los arquitectos de la ONU la diseñaron como una ciudad típica: un Hilton, un Holliday Inn, un estadio deportivo, centros comerciales. Trajeron adolescentes huérfanos de todo el mundo, de todas las razas y las nacionalidades. Al principio tuvimos que poner el aceite en la maquinaria: los suboficiales y oficiales que combatían eran todos observadores de la ONU encubiertos. Pero una vez que el motor empezó a girar, continuó funcionando con muy poca ayuda.

—Solo unas cuantas fotografías de atrocidades... —Ryan se puso de pie y se colocó el arnés de combate. Más allá de lo que dijera el doctor Edwards, la realidad de la guerra civil continuaba ahí, la única lógica que él reconocía.

—Doctor, debo volver a Beirut.

—Es demasiado tarde, Ryan. Si te dejamos regresar, pondrás en riesgo todo el experimento.

—Nadie me creerá, doctor. De todos modos, debo encontrar a mi hermana y a la tía Vera.

—No es tu hermana, Ryan. No es tu verdadera hermana. Y Vera no es realmente tu tía. No lo saben, desde luego. Creen que pertenecéis todos a la misma familia. Louisa era hija de dos exploradores de Marsella que murieron en la Antártida. Vera fue una niña expósita criada por las monjas en Montevideo.

—¿Y qué hay de...?

—¿De ti, Ryan? Tus padres vivían en Halifax, Nueva Escocia. Tenías tres meses cuando tus padres murieron en un accidente de tráfico. Lamentablemente, hay algunas muertes que aún no podemos detener...

El doctor Edwards miraba a través de la ventana plástica el mapa de Beirut pegado en la pared y fruncía el ceño. Un sargento de comunicaciones trabajaba frenéticamente sobre un enorme panel, pinchando grupos de banderas de incidentes. Todo el mundo se había reunido alrededor de los monitores. Un oficial le hizo señas urgentes al doctor Edwards, quien se puso de pie y abandonó la oficina. Ryan se miraba las manos mientras los dos hombres conversaban. Apenas oyó lo que le dijo el médico, cuando regresó y cogió su casco y su arma de mano.

—Han derribado el avión de observación. Debo dejarte, Ryan; el combate pronto estará fuera de control. Los realistas han tomado el estadio de fútbol y un puesto de la ONU.

—¿El estadio? —Ryan ya estaba de pie, su fusil era la única cosa segura desde que había salido de la ciudad—. Mi hermana y mi tía están ahí. Iré con usted, doctor.

—Ryan... todo se está viniendo abajo; puede que hayamos desencadenado algo que no podemos manejar. Algunas unidades de milicianos están disparando sin ambages a los observadores de la ONU. —El doctor Edwards detuvo a Ryan en la puerta—. Entiendo tu preocupación, has vivido con ellas toda tu vida. Pero no son...

Ryan apartó al médico con un empujón.

—Doctor, ellas *son* mi tía y mi hermana.

Les llevó tres horas llegar al estadio de fútbol. Mientras el convoy de vehículos de la ONU se abría camino hacia la ciudad, Ryan miraba el ataúd de humo que cubría la ruinoso silueta de Beirut. El oscuro manto se extendía a lo lejos y se adentraba en el mar, iluminado por los destellos de potentes explosivos detonados por los escuadrones de demolición rivales a medida que se desplazaban por las calles. Ryan iba sentado detrás del doctor Edwards, en la segunda de las furgonetas blindadas, pero no podían oírse por el estruendo de los cohetes y las ametralladoras.

Para entonces, Ryan sabía que él y el doctor Edwards tenían poco que decirse el uno al otro. Ryan solo pensaba en los rehenes del puesto de la ONU que había sido tomado. Su descubrimiento de que la guerra civil en Beirut era un complejo experimento pertenecía a un área insensibilizada de su mente, un agujero negro emocional del que ni la luz ni el sentido podían escapar.

Por fin se detuvieron cerca del puesto de la ONU en el puerto, en Beirut del este. El doctor Edwards corrió hasta la sala de radio y Ryan se desabrochó el casco azul. Compartía, en cierto sentido, la culpa de ese estallido de violencia descontrolada. Las ratas del laboratorio de la guerra habían tirado satisfechas de las familiares palancas —los gatillos de sus fusiles y morteros— y se las había alimentado con su pienso diario de odio. Como si fuera un narcótico aún no probado, el deslumbrado sueño de paz de Ryan las había desorientado y las había hecho vulnerables a una rabia hiperactiva...

—¡Ryan, buenas noticias! —El doctor Edwards golpeaba el parabrisa mientras ordenaba continuar al conductor—. ¡Los comandos cristianos han tomado el estadio!

—¿Y mi hermana? ¿Y mi tía Vera?

—No lo sé. Esperemos lo mejor. Por lo menos la ONU está otra vez en acción. Con suerte, todo volverá a la normalidad.

Más tarde, de pie en el lúgubre almacén, debajo de las tribunas de hormigón, Ryan reflexionaba sobre la ominosa palabra que el doctor Edwards había utilizado. ¿Normalidad...? Las luces de los *flashes* de los fotógrafos iluminaban los cuerpos de los veinte rehenes apoyados contra la pared del fondo. Louisa y la tía Vera estaban entre dos observadores de la ONU, todos ejecutados por los realistas antes de retirarse. El techo escalonado de hormigón estaba manchado de sangre, como si un público invisible, que miraba la destrucción de la ciudad desde la comodidad de sus gradas, hubiera comenzado a sangrar en sus asientos. Sí, juró Ryan, el mundo

sangraría...

Los fotógrafos se retiraron, y dejaron a Ryan a solas con Louisa y su tía. Pronto sus imágenes serían diseminadas por las calles ruinosas, pegadas a los muros de los blocaos.

—Ryan, debemos marcharnos antes de que haya un contraataque. —El doctor Edwards avanzó bajo la luz pálida—. Lo siento por ellas; más allá de todo, *eran* tu hermana y tu tía.

—Sí, lo eran...

—Y al menos han ayudado a demostrar algo. Necesitamos averiguar cuánto se puede presionar a los seres humanos. —El doctor Edwards dirigió un ademán de impotencia hacia los cadáveres—. Lamentablemente, hasta el final.

Ryan se quitó el casco azul y lo colocó a sus pies. Echó hacia atrás el cerrojo de su fusil y cargó un proyectil de punta de acero en la recámara. Solo sentía pena porque el doctor Edwards quedaría junto a Louisa y su tía. Fuera había un respiro momentáneo en la batalla, pero continuaría. En pocos meses él uniría las milicias para formar una única fuerza. Ryan ya estaba pensando en el mundo más allá de Beirut, en ese laboratorio mucho más grande que aguardaba ser puesto a prueba, con sus millones de especímenes dóciles y desprevenidos para el virus más virulento de todos.

—Hasta el final no, doctor. —Ryan apuntó el fusil a la cabeza del médico—. Hasta el final es toda la raza humana.



## EL CARGAMENTO DE SUEÑOS

Al otro lado de la laguna se estaba formando una vehemente vida nueva que extraía su espectro de colores de la paleta más vívida del sol. Poco después del alba, cuando Johnson despertó en el camarote del capitán Galloway, detrás del puente del Próspero, vio los estridentes tonos cianes y carmesíes, que jugaban en el techo sobre su litera. Reflejado en la superficie metálica de la laguna, el follaje parecía concentrar todo el sol del Caribe y pintaba en el aire cálido un abanico de tonos eléctricos que Johnson solo había visto en las fachadas de las discotecas de Miami y Veracruz.

Avanzó por el puente inclinado del carguero varado en la arena, consciente de que la vegetación de la isla había avanzado otra vez durante la noche, como si por milagro hubiera encontrado un medio de transformar la oscuridad en esos brillantes brotes y hojas. Se protegió los ojos del resplandor e inspeccionó los seiscientos metros de playa desierta que rodeaban al Próspero, decepcionado por no encontrar rastros del bote inflable de la doctora Chambers. Las tres últimas mañanas, cuando despertaba tras una noche intranquila, había visto el bote sobre la playa, en una ensenada de la laguna. Sacudiéndose los sueños sobreiluminados que se elevaban desde las aguas contaminadas, bebía una taza de café frío, saltaba desde el pasamano de popa y partía entre los charcos de las filtraciones de compuestos químicos, en busca de la bióloga.

A Johnson le gustaba que ella estuviera tan obviamente impactada por esta isla otrora desierta, un residuo de naturaleza situado once kilómetros al noreste de la costa de Puerto Rico. En su forma modesta, él sabía que era responsable de la transformación de aquel atolón anodino, apenas algo más que un vertedero olvidado, abandonado por el ejército norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial. En la breve vida de Johnson, nadie había quedado impactado con él jamás, y el silencioso asombro de la bióloga le daba la primera sensación de logro que había conocido.

Johnson sabía el nombre de la mujer por las etiquetas de los suministros científicos que había en el bote inflable. Sin embargo, aún no la había abordado, ni siquiera había hablado con ella, avergonzado por sus maneras toscas y su andrajosa ropa de marinero, así como por el hedor de los compuestos químicos que se le había impregnado y lo proscibía de los bares de marineros de todo el Caribe. En esta cuarta mañana, al no llegar la mujer, Johnson se arrepentía aún más de no haber tenido el valor de presentarse ante ella.

A través de las ventanas salpicadas de ácido del puente de mando, Johnson observaba las terrazas de flores que colgaban del muro del bosque. Un mes antes, al llegar a la isla luchando con el timón bloqueado y el carguero escorado, no había habido más que unas pocas palmeras atrofiadas que crecían entre las derrumbadas

cabañas del ejército y las cisternas de agua enterradas en las dunas.

Pero por causas en las que Johnson prefería no pensar, había surgido a la vida una vegetación completamente nueva. Las palmeras se elevaban como mástiles hacia el vívido aire caribeño, como banderines pintados con savia verde clara. A su alrededor, el suelo arenoso estaba tapizado de enredaderas en flor y hiedra rastrera de hojas azules semejantes a láminas de metal perforado, como si un jardinero de medianoche las hubiera regado con un elixir vegetal secreto, mientras Johnson dormía en su litera.

Se colocó la gorra de plato de Galloway y se examinó ante el espejo grasiento. Salió a la cubierta detrás de la cabina del timón e inhaló el aire acre y químico de la laguna. Por lo menos eso disimulaba los olores del camarote del capitán, un rancio buqué de sudores viejos, ron barato y gasóleo. Se había planteado seriamente dejar el camarote de Galloway y volver a su hamaca en el castillo de proa, pero a pesar del hedor, Johnson creía que se debía a sí mismo el quedarse en el camarote del capitán. En el instante en que Galloway, lanzando su airada última maldición, subió al último de los botes salvavidas del carguero, Johnson se convirtió en el capitán de aquel barco condenado.

Mientras observaba cómo Galloway, los cuatro tripulantes mexicanos y el agotado ingeniero portugués se alejaban remando hacia la penumbra, Johnson se había hecho la promesa de dormir en el camarote del capitán y hacer sus comidas en la mesa del capitán. Después de cinco años en el mar, trabajando como grumete y marinero de cubierta en el transporte de residuos químicos de la más baja estofa, ahora tenía una responsabilidad, este carguero obsoleto, aun cuando el rumbo del Próspero era el curso vertical que llevaba al lecho del Caribe.

Detrás de la chimenea, el pabellón de conveniencia liberiano colgaba hecho jirones, con el tejido arruinado por el vapor ácido. Johnson puso un pie en la escalerilla de popa, estabilizándose contra las placas sudorosas del casco, y saltó hacia las aguas poco profundas. Con cuidado de pisar en firme, avanzó por la biliosa espuma verde que se filtraba de los tambores de acero que él había arrojado desde la cubierta del carguero.

Tras llegar a la arena, sobre la línea de la marea, se limpió la tinta esmeralda de los vaqueros y las zapatillas. Inclinado a estribor en la laguna, el Próspero parecía una caja de pinturas reventada. Los tambores de residuos químicos colocados en la cubierta de proa aún vertían sus efluentes por los imbornales. Bajo la cubierta, un cargamento más siniestro —productos secundarios orgánicos sin nombre, por cuyo transporte el capitán Galloway había aceptado un soborno y que jamás habían ingresado en el manifiesto— había excavado un lecho disolviendo las oxidadas planchas del casco y derramado en la laguna un espectro chillón de azules e índigos fosforescentes.

Asustado por los desechos químicos, que todos los puertos del Caribe habían rechazado, Johnson comenzó a bajar el cargamento después de encallar el carguero. Pero tras descargar solo unos pocos de los tambores sobre la arena, con sus calaveras

de advertencia y sus soldaduras desgastadas, los viejos motores diesel se habían atascado y el cabrestante se había detenido con una sacudida.

Johnson partió por la costa, examinando el mar más allá de la ensenada de la laguna, en busca de algún signo de la doctora Chambers. Una horticultura desquiciada crecía sin control por todas partes. Vivaces brotes avanzaban empujando los desechos de metal de viejas cajas de munición, archivadores y neumáticos de camiones. Extrañas plantas trepadoras subían por los sombreros carmesíes de setas gigantes con unos tallos blancos tan gruesos como los huesos de un marinero. Evitándolas, Johnson se dirigió hacia un viejo automóvil oficial que había en un claro entre las palmeras. Sin neumáticos, sus símbolos militares borrados por décadas de lluvia, el vehículo se había hundido en la arena y las enredaderas le rodeaban el techo y el parabrisa.

Después de decidir descansar en el coche, que quizás alguna vez había conducido a un general estadounidense por los campos de instrucción de Puerto Rico, Johnson arrancó las enredaderas que se habían enrollado en los goznes de la puerta del conductor. Al sentarse tras el volante, se le ocurrió que podría dejar el carguero y levantar un campamento en la isla. Cerca estaba el techo de hierro galvanizado de un barracón, material suficiente para construir una cabaña en algún lugar más seguro de la isla, orientado al mar.

Pero Johnson era consciente de un vínculo implícito entre él y el carguero abandonado. Recordaba el último y desesperado viaje del Próspero, al que se había unido en Veracruz, tras haber sido embaucado por el capitán Galloway. El corto viaje a Galveston, su puerto de desembarco, iba a darle lo suficiente para navegar como pasajero en un barco con destino a las Bahamas. Ya habían pasado tres años desde la última vez que había visto a su madre viuda en Nassau, viviendo en una cabaña de contrachapado junto al aeropuerto, con su novio inválido.

De más está decirlo, jamás atracaron en Galveston, Miami, ni en ningún otro puerto en los que intentaron bajar su cargamento. Los cilindros toscamente sellados de desechos químicos, supuestamente de camino a una planta de reprocesamiento situada en el sur de Texas, habían comenzado a gotear antes de levar el ancla en Veracruz. El mal carácter del capitán Galloway, así como lo errático de sus habilidades náuticas y su ingesta de ron y tequila, habían aumentado sin interrupción desde el momento en que supo que el agente marítimo mexicano los había abandonado al capricho del mar. Casi con certeza, el consignatario se había embolsado el dinero asignado para el reprocesamiento y había encontrado más provechoso dejar que el viejo carguero —cuya entrada en Veracruz estaba proscrita— navegara de aquí para allá por el golfo de México, hasta que la quilla corroída enviara al barco, de forma conveniente, al fondo del mar.

Habían ido tristemente, durante dos meses, de un puerto a otro, donde los abordaban hostiles policías marítimos y funcionarios de aduanas, funcionarios de salud pública y periodistas alertados sobre la posibilidad de una gran catástrofe

ecológica. En Kingston, Jamaica, una lancha de la televisión los había seguido durante quince kilómetros, hasta el límite; en Santo Domingo, un avión de observación de la marina dominicana estaba esperándolos cuando intentaron escurrirse en la bahía bajo la protección de la oscuridad. Las lanchas rápidas de Greenpeace los habían interceptado fuera de Tampa, Florida, cuando el capitán Galloway intentaba deshacerse de parte de su cargamento. Disparando bengalas sobre el puente del carguero, la Guardia Costera estadounidense los había despachado hacia el golfo de México justo a tiempo para toparse con la cola del huracán Clara.

Cuando finalmente se recuperaron de la tormenta, el cargamento se había desplazado, lo que había hecho escorar al Próspero diez grados a estribor. Humeantes sustancias químicas se filtraban por las soldaduras rotas de los tambores de desechos, cruzaban la cubierta y bullían en la superficie del mar, desde donde enviaban al aire un vapor acre que dejaba a Johnson y a la tripulación mexicana tosiendo a través de sus improvisadas máscaras, mientras el capitán Galloway se fortificaba en su camarote con su botella de tequila.

El primer oficial Pereira había resuelto la situación montando una manguera cuyo chorro de agua había limpiado los tambores, pero para entonces el Próspero se estaba inundando a través de las desgastadas planchas del casco. Cuando avistaron Puerto Rico, el capitán no se había molestado siquiera en poner rumbo al puerto. Apoyado en el timón, con una botella en cada mano, le indicó a Pereira que parara los motores. En un monólogo de autoconmiseración, maldecía al agente consignatario, a la Guardia Costera de Estados Unidos, a los agroquímicos y a su despreciable ciencia, que lo habían privado de su mando. Por último, maldecía a Johnson por haber sido lo bastante estúpido para embarcarse en ese malhadado barco. Mientras el Próspero permanecía condenado en el agua, Pereira apareció con su maleta hecha y el capitán dio a los mexicanos la orden de bajar el bote salvavidas.

En ese momento Johnson tomó la decisión de permanecer a bordo. En toda su vida nunca había conseguido imponerse en nada: ni haciendo recados para los limpiabotas del aeropuerto de Nassau a los seis años, ni gorroneando monedas para su madre a los irritados turistas, ni soportando los años de escuela en los que a duras penas había aprendido a leer y escribir, ni trabajando como lavaplatos en los restaurantes de la playa, eternamente timado por jefes ladrones que lo dejaban sin su paga. Siempre había reaccionado frente a los acontecimientos, nunca había iniciado algo propio. Ahora, por primera vez, podía convertirse en el capitán del Próspero y tomar el mando de su destino. Mucho antes de que las maldiciones de Galloway se perdieran en la oscuridad, Johnson había saltado de la escalerilla de la chupeta a la sala de máquinas.

Mientras los viejos motores se reanimaban por última vez, Johnson regresó al puente. Escuchó el cansado pero estable golpeteo de la hélice contra el océano oscuro e hizo virar el Próspero lentamente hacia el noroeste. A ochocientos kilómetros de distancia estaban las Bahamas y un archipiélago infinito de calas secretas. Se desharía

de algún modo de los tambores que perdían y, tal vez, hasta se dedicaría al transporte entre las islas, tras rebautizar la vieja bañera con el nombre de su madre: Velvet Mae. Mientras tanto, el capitán Johnson permanecía orgullosamente de pie sobre el puente, con la gorra demasiado grande en la cabeza y trescientas toneladas de obedientes cubiertas bajo sus pies.

Hacia el amanecer del día siguiente se encontraba absolutamente perdido en alta mar. Durante la noche, la escora del carguero se había incrementado. Bajo las cubiertas, las filtraciones de residuos químicos habían horadado las planchas del casco y ahora un vapor fosforescente envolvía el puente. La sala de máquinas estaba inundada hasta la altura de la rodilla con una salmuera ácida y un vapor venenoso subía a través de los conductos de ventilación, dejando todas las escotillas y los pasamanos cubiertos de un limo de colores chillones.

Después, mientras Johnson buscaba de forma desesperada madera suficiente para construir una balsa, vio la isla vertedero de la Segunda Guerra Mundial, a once kilómetros de la costa puertorriqueña. La ensenada de la laguna no estaba custodiada por la Marina estadounidense ni por las lanchas rápidas de Greenpeace. Condujo el Próspero por la superficie calma y dejó que el carguero encallara en los bajíos. El influjo de agua anegó el cargamento de la bodega. Libre de respirar nuevamente Johnson se metió en la litera del capitán Galloway, se hizo un espacio entre las botellas vacías y durmió su primer sueño sin ensoñaciones.

—¡Eh, usted! ¿Está bien? —Una mano de mujer golpeaba el techo del coche oficial—. ¿Qué hace ahí?

Johnson se despertó sobresaltado y levantó la cabeza del volante. Mientras dormía, las lianas habían envuelto el coche, subiendo por el techo y el parabrisa. Vivaces zarcillos verdes se enroscaban en su mano izquierda y amarraban su muñeca al volante.

Tras refregarse los ojos, descubrió a la bióloga estadounidense que lo atisbaba a través de las hojas, como si fuera el ocupante de un zoológico estafalario cuyas jaulas eran los cadáveres de automóviles abandonados. Intentó liberarse y empujó la puerta del conductor.

—Retírese. Quitaré las plantas para liberarlo.

La mujer cortó las enredaderas a golpe de cuchillo, exhibiendo su fiera y decidida muñeca. Cuando Johnson se puso de pie, ella lo sostuvo por los hombros, mirándolo de arriba abajo con ojos concienzudos. No tenía más de treinta años, tres más que él, pero a Johnson le parecía tan dueña de sí misma y tan distante como las maestras de Nassau. Con todo, tenía la boca más relajada que aquellos labios fruncidos de su niñez, como si realmente estuviera preocupada por Johnson.

—Está bien —le informó. Pero yo no haría muchos paseos en ese coche.

Se alejó de Johnson, palpando los bruñidos troncos de las palmeras, sintiendo el pulso urgente de la vida que despertaba. Del hombro le colgaba una bolsa de lona con

una tablilla portapapeles, frascos para muestras, una cámara y carretes de película.

—Me llamo Christine Chambers —le dijo a Johnson en voz alta—. Llevo un proyecto botánico en esta isla. ¿Llegó en ese barco encallado?

—Soy el capitán —le respondió Johnson sin engañarla. Metió la mano en el coche y arrancó la gorra de plato del ávido abrazo de las enredaderas, la sacudió y se la colocó en la cabeza, inclinándola en un ángulo que, esperaba, le diera un aire chulo—. No es un naufragio. He varado el barco para hacer algunos arreglos.

—¿Ah sí? ¿Arreglos? —Christine Chambers lo miró con malicia, y lo encontró por lo menos tan intrigante como la seta gigante de sombrero carmesí—. Así que usted es el capitán. Pero ¿dónde está la tripulación?

—Abandonaron el barco. —Johnson se alegraba de poder hablar con tanta franqueza. Le gustaba esta atractiva bióloga, esa forma que ella tenía de interesarse tanto por la isla—. Hubo ciertos problemas con el cargamento.

—Apuesto a que sí. Tuvo suerte de llegar a la isla sano y salvo. —Extrajo una libreta y garabateó algún comentario sobre Johnson, observando sus pupilas y sus labios—. Capitán, ¿quiere un bocadillo? He traído una merienda y creo que le iría bien una buena comida.

—Bueno... —Complacido porque ella lo llamaba por su título, Johnson la siguió hasta la playa, donde estaba el bote inflable, sobre la arena. Evidentemente, el peso de sus suministros la había retrasado: una tienda, neveras de plástico, cajas de comida enlatada y un pequeño gabinete. Johnson había sobrevivido con una dieta de carne salada, refrescos de cola, y galletas de avena que había horneado en la cocina del barco.

Pese a todo su equipo, ella no tenía ninguna prisa por descargarlo, como si vacilara en compartir la isla con Johnson o, tal vez, sopesando un enfoque diferente para su proyecto, uno que incluyera la participación de la población humana de la isla.

Intentando tranquilizarla, mientras se dividían los bocadillos, él le describió el último viaje del Próspero y la catástrofe de las filtraciones de residuos químicos. Mientras él hablaba ella asentía, como si ya supiera parte de la historia.

—Me parece una gran hazaña náutica —lo elogió ella—. La tripulación que abandonó el barco, casualmente, declaró que se había ido a pique cerca de Barbados. Uno de los hombres, Galloway, creo que se llamaba, afirmaba haber pasado un mes en un bote salvavidas.

—¿Galloway? —Johnson asumió los labios fruncidos de las estrictas maestras de Nassau—. Uno de mis hombres menos fiables. ¿Y nadie está buscando el barco?

—No, nadie en absoluto.

—¿Y creen que se ha hundido?

—Hasta el fondo del mar. En Barbados todo el mundo está aliviado de que no haya contaminación. Con todas esas playas turísticas, ya sabe.

—Son importantes. ¿Y nadie en Puerto Rico cree que el barco está aquí?

—Nadie salvo yo. Esta isla es mi proyecto de investigación —le explicó—. Enseño biología en la Universidad de San Juan, pero en realidad quiero trabajar en Harvard. Puedo decirle que los puestos de profesor titular son difíciles de conseguir. Aquí está sucediendo algo muy interesante; con un poco de suerte...

—Es interesante —convino Johnson. Había un tono conspirador en la voz de la doctora Christine que lo inquietaba—. Aquí hay enterrado mucho equipo viejo del ejército. Tengo la idea de construir una casa en la playa.

—Buena idea... aun cuando le tome cuatro o cinco meses. Yo lo ayudaré con toda la comida que necesite. Pero tenga cuidado. —La doctora Christine señaló la roncha del brazo de Johnson, una reacción temporal a alguna de las toxinas invasoras de la savia de la enredadera—. Esta isla tiene otras cosas interesantes, ¿no es así?

—Bueno... —Johnson contempló las manchas de ácido que corroían el casco del Próspero y se diseminaban por la laguna. Intentó no pensar en su responsabilidad respecto de esas sustancias peligrosas e inestables—. Hay algunas cosas.

—¿Algunas cosas? —La doctora Christine bajó voz—. Oiga, Johnson, está usted sentado en medio de un asombroso experimento biológico. Nadie, en ninguna parte del mundo, permitiría que ocurriera; si lo supieran, la Marina de Estados Unidos vendría esta misma tarde.

—¿Se llevarían el barco?

—Se lo llevarían y lo hundirían en la fosa oceánica más cercana; después, quemarían la isla con lanzallamas.

—¿Y qué pasaría conmigo?

—No quisiera decirlo. Podría depender de cuán avanzado... —Ella le puso la mano en el hombro de forma tranquilizadora, consciente de que su vehemencia lo había impactado—. Pero no hay ninguna razón para que lo averigüen. No hasta dentro de algún tiempo, y para entonces ya no importará. No exagero cuando le digo que probablemente usted haya creado una nueva forma de vida.

Mientras descargaban las provisiones, Johnson reflexionaba acerca de las palabras de la bióloga. Había adivinado que las sustancias que se filtraban del Próspero habían desatado ese crecimiento acelerado y que de la misma manera los agentes tóxicos podrían estar afectándolo también a él. Frente al espejo del camarote de Galloway se inspeccionó los pelos del mentón y todo lunar sospechoso. Las semanas en el mar, inhalando esos vapores acres, le habían dejado los pulmones y la garganta sensibles, así como un apetito errático, pero se había sentido mejor desde que había desembarcado en la isla.

Johnson observó cómo Christine se calzaba un par de botas de goma de caña alta para meterse en el agua poco profunda con un cucharón en la mano, en busca de la vida vegetal y animal de la laguna. Llenó varios frascos de especímenes con el agua fosforescente y los guardó bajo llave en su gabinete, dentro del bote.

—Johnson, ¿no me dejaría ver el manifiesto del cargamento del barco?

—El capitán... Galloway se lo llevó. Pero no incluyó en él el cargamento real.

—Apuesto a que no. —Christine señaló los cangrejos de caparzones bermellones que se escabullían entre los vívidos filamentos de algas que flotaban como trozos de cable azul eléctrico—. ¿Lo ha notado? No hay peces ni cangrejos muertos, y uno esperaría encontrar cientos. Eso fue lo primero que advertí. Y no solo los cangrejos, usted se ve muy saludable...

—Quizá me vuelva más fuerte. —Johnson exhibió la fuerza de sus robustos hombros.

—... completamente aturdido, mentalmente, pero supongo que eso cambiará. Mientras tanto, ¿podría llevarme a bordo? Me gustaría visitar el Próspero.

—Doctora Christine... —Johnson puso una mano sobre el brazo de la bióloga en un intento de contener a esta decidida mujer. Contempló su piel clara, las piernas fuertes—. Es demasiado peligroso, podría caer por la cubierta.

—Vale, está bien. ¿Los contenedores están identificados?

—Sí, no hay ningún secreto. —Johnson se esforzó todo lo que pudo para recordar—. Órgano...

—¿Organofosforados? Vale. Lo que necesito saber es qué contenedores tienen fugas y aproximadamente cuánto se filtra de ellos. Podríamos determinar las reacciones químicas exactas; puede que no lo vea, Johnson, pero usted ha preparado un cóctel notablemente fuerte. Mucha gente querrá saber la receta, por toda clase de motivos...

Sentado en la silla del coronel, en el porche de la casa de la playa, Johnson miraba satisfecho el mundo luminoso que lo circundaba, un reino febril de luz y vida que había surgido de su propia mente. El muro de la jungla de cícadras, tamarindos gigantes y enredaderas tropicales cubría la playa hasta la orilla del agua y los colores reflejados en ella se sumergían en gamas de fosforescencias que hacían que la laguna pareciera un caldero de tintas eléctricas.

La vegetación era tan densa que prácticamente la única arena libre era la que estaba bajo los pies de Johnson. Cada mañana dedicaba una hora a cortar las enredaderas en flor y las magnolias silvestres que inundaban la cabaña de metal. El follaje ya estaba aplastando el techo de hierro galvanizado. No importaba cuánto se había esforzado —y se distraía con mucha facilidad—, había sido incapaz de mantener despejados los senderos de inspección que Christine patrullaba durante sus visitas de fin de semana, con la cámara y el frasco para las muestras preparados.

Al oír el ruido del bote inflable que se acercaba a la ensenada de la laguna, Johnson examinó sus dominios con orgullo. Había encontrado una mesa plegable de metal enterrada en la arena y la había dispuesto con una selección de frutos que había recogido para Christine esa mañana. A los ojos sin instrucción de Johnson, parecían híbridos de granada y papaya, melón y piña. Había bayas gigantes parecidas a tomates y racimos de uvas moradas, cada una del tamaño de una pelota de béisbol.



Juntos resplandecían bajo la luz sobrecalentada como joyas colocadas en la cara del Sol.

Para entonces, cuatro meses después de su arribo en el Próspero, la que había sido una isla vertedero se había convertido en un singular jardín botánico que producía nuevas especies de árboles, enredaderas y plantas de flor cada día. Un poderoso motor vital impulsaba la isla. Mientras cruzaba la laguna en su bote inflable, Christine observaba las terrazas aéreas de trepadoras y los capullos que habían brotado desde el fin de semana anterior.

El casco muerto del Próspero, visible a la luz del día a través de sus planchas corroídas por el ácido, yacía en las aguas poco profundas, mientras lo que quedaba de los desechos químicos se filtraba hacia la laguna. Pero Johnson había olvidado el barco y el viaje que lo había traído hasta aquí, como había olvidado su vida pasada y su niñez infeliz bajo los estridentes motores del aeropuerto de Nassau. Reclinado en su silla de lona, en cuyo respaldo podía leerse «CORONEL POTTLE, CUERPO DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO DE EE.UU.». Se sentía como el dueño de una plantación que hubiera subalquilado con éxito un trozo del Edén original. Al ponerse de pie para recibir a Christine, solo pensaba en el futuro, en su novia embarazada y en el hijo que pronto compartiría la isla con él.

—¡Johnson! Dios mío, ¿qué has estado haciendo? —Christine dirigió el bote inflable hacia la arena y se reclinó, agotada por el embate de las olas—. ¡Esto es un manicomio botánico!

Johnson estaba tan complacido por verla que olvidó el enfado que le causaban aquellas separaciones semanales. Como ella le había explicado, tenía clases que dictar, los apuntes del proyecto y las muestras de la investigación que había que registrar y clasificar.

—Doctora Christine... ¡he esperado todo el día! Avanzó por el agua poco profunda, una espuma carmesí repleta de animáculos luminiscentes, y arrastró el bote inflable hasta la arena. La ayudó a bajar del bote, evitando mirar su abultado abdomen bajo la bata.

—Vamos, puedes mirar... —Christine apoyó la mano de Johnson sobre su vientre—. ¿Cómo me veo, Johnson?

—Demasiado hermosa para mí, y para la isla. Nos hemos quedado todos en silencio.

—Eso es muy galante de tu parte; te has convertido en un poeta, Johnson.

Johnson jamás pensaba en otras mujeres y sabía que ninguna de ellas podía ser tan hermosa como esta bióloga que llevaba su hijo dentro. Advirtió una nevera de plástico entre el equipo científico.

—Christine, ¿me has traído helado?

—Desde luego. Pero no te lo comas aún. Tenemos mucho que hacer, Johnson.

Él descargó las provisiones, y dejó para el final las redes de nailon y los marcos de metal unidos por muelles que había en el fondo del bote. Las trampas para aves

eran lo único que Johnson detestaba descargar. En las ramas más altas, sobre la isla, anidaba una bandada de extravagantes criaturas aéreas que alguna vez habían sido golondrinas y pinzones cuyos plumajes enjorjados y amplias colas en abanico los transformaban en pavos reales de estridentes colores. Él había colocado las trampas a regañadientes, por insistencia de Christine. Jamás se oponía a capturar los peces fosforescentes, con sus enormes aletas y sus golas de branquias externas que parecían prepararlos para la vida en la tierra, ni los cangrejos ni los caracoles con su barroca armadura. Pero la idea de que Christine se llevara esas aves raras y bellas al laboratorio le inquietaba: suponía que pronto acabarían sus días bajo el bisturí de disección.

—¿Instalaste las trampas como te pedí, Johnson?

—Las he instalado y cebado a todas.

—Bien. —Christine apiló las redes en la arena. Parecía apresurarse cada vez más, como si temiera que el experimento pudiera finalizar—. No entiendo por qué no hemos atrapado ninguna.

Johnson le dio un elocuente abrazo. En realidad, él se había comido las sardinas enlatadas y había liberado el único pájaro que había caído en una de las trampas bajo el parasol de una cícada gigante. La nerviosa criatura, de sedosas alas escarlatas y cola de milano había sido como un sueño del vuelo.

—Todavía nada; son listos esos pájaros.

—Claro que lo son, son una nueva especie. —Se sentó en la silla del coronel Pottle y fotografió la mesa de frutos con su pequeña cámara—. Esas uvas son enormes. Me pregunto qué clase de vino producirían. Champán de los dioses, *grand cru*...

Johnson miró esos globos amarillos y morados con cautela. Había comido los peces y los cangrejos de la laguna cuando Christine se lo había pedido y no había sufrido ningún efecto adverso, pero estaba seguro de que esas frutas estaban destinadas a las aves. Sabía que Christine lo estaba utilizando, como utilizaba todo lo demás de la isla, como parte de su experimento. Hasta el niño que había concebido tras su breve y único acto de amor, que había terminado tan rápido que él ni siquiera estaba seguro de que hubiera sucedido, era parte del experimento. Tal vez el niño fuera el primero de una nueva raza de hombres y él, Johnson, el chico de los recados de los limpiabotas del aeropuerto, sería el padre de una raza avanzada que algún día repoblaría el planeta.

Como si advirtiera su impresionante complejidad física, Christine dijo:

—Te ves estupendamente, Johnson. Si alguna vez este experimento necesita justificación...

—Ahora soy muy fuerte; podré cuidaros a ti y al niño.

—Podría ser una niña... o algo intermedio. —Hablaba en un tono despreocupado que siempre le sorprendía—. Dime, Johnson, ¿qué haces cuando yo no estoy?

—Pienso en ti, doctora Christine.

—Y yo pienso en ti, de verdad. Pero ¿duermes mucho?

—No, estoy ocupado con mis pensamientos. El tiempo pasa muy rápido.

Christine abrió despreocupadamente su libreta de notas.

—¿Quieres decir que las horas pasan sin que lo adviertas?

—Sí. Después del desayuno lleno la lámpara de aceite y de repente ya es la hora de almorzar. Pero también puede ir más despacio. Si miro de cierto modo una hoja que cae, parece quedarse quieta.

—Bien, has aprendido a controlar el tiempo. Tu mente se está expandiendo, Johnson.

—Puede que llegue a ser tan listo como tú, doctora Christine.

—Ah, creo que estás avanzando en una dirección mucho más interesante. De hecho, Johnson, me gustaría que comieras un poco de fruta. No te preocupes, ya la he analizado, y yo misma comeré un poco. —Christine cortaba tajadas de una manzana del tamaño de un melón—. Quiero que el bebé pruebe un poco.

Johnson vaciló, pero como Christine siempre le recordaba, ninguna de las especies nuevas exhibía ni una sola deformidad.

La fruta era pálida y dulce, de textura pulposa y sabor semejante a un mango alcohólico. Insensibilizó ligeramente la boca de Johnson y le dejó una frescura agradable en el estómago.

Una dieta para seres con alas.

—Johnson, ¿te sientes mal?

Se despertó sobresaltado, no de haber dormido, sino de un examen casi demasiado nítido de los patrones de color de una mariposa gigante que se había posado sobre su mano. Levantó la vista desde su silla hacia los ojos preocupados de Christine y hacia las densas enredaderas y trepadoras en flor que atestaban el porche y se apoyaban en sus hombros. El color ámbar de los ojos de Christine estaba teñido por el mismo espectro sobreiluminado que brillaba entre los árboles y los capullos. Todo en la isla estaba transformándose en un prisma de sí mismo.

—¡Johnson, despierta!

—Estoy despierto, Christine... No te oí llegar.

—Hace una hora que estoy aquí. —Christine le tocó las mejillas, en busca de algún signo de fiebre y desconcertada por el semblante distraído de Johnson. Detrás de ella, el bote inflable descansaba sobre los pocos centímetros de arena que no estaban inundados de vegetación. El denso muro de palmeras, lianas y plantas en flor había colapsado sobre la orilla. Hinchados por el sol, los frutos gigantes habían comenzado a abrirse bajo su propio peso, y por la arena corrían arroyos de zumo vívido, como si el bosque estuviera sangrando.

—¿Christine? Has vuelto pronto... —A Johnson le parecía que Christine se había marchado solo unos minutos antes. Recordaba haberla saludado con la mano y haberse sentado a acabar su fruta y admirar la mariposa gigante, con sus alas como

las manos pintadas de un payaso.

—Johnson, he estado fuera una semana. —Ella le aferró el hombro, frunciendo el ceño al ver la inestable pared de vegetación podrida que se elevaba treinta metros en el aire. Catedrales de follaje adornadas de flores caían a las aguas de la laguna.

—Johnson, ayúdame a descargar las provisiones. Parece que no has comido en varios días. ¿Has capturado los pájaros?

—¿Pájaros? No, nada aún. —Johnson recordaba vagamente haber instalado las trampas, pero había estado demasiado distraído con la maravilla de todo lo que lo rodeaba como para perseguir las aves. Espectros graciosos y cubiertos de plumas, como llamativos ángeles, cuyo plumaje carmesí goteaba sus deslumbrantes tintes en el aire. Cuando fijó los ojos en ellos, parecían estar suspendidos en el cielo, abanicando las alas lentamente como si se sacudieran el tiempo de encima.

Johnson miró a Christine, consciente de que los colores se estaban separando de su piel y su cabello. Imágenes superpuestas de ella, separada cada una de las demás por una fracción de segundo, desdibujaban el aire a su alrededor, un plumaje exótico que surgía de sus brazos y sus hombros. La sobria realidad que los había atrapado comenzaba a disolverse. El tiempo se había detenido y Christine estaba lista para elevarse por el aire...

Él le enseñaría a volar a Christine y al niño.

—Christine, todos podemos aprender.

—¿Qué Johnson?

—Podemos aprender a volar. Ya no hay más tiempo; todo es demasiado hermoso para el tiempo.

—Johnson, mira mi reloj.

—Nos iremos a vivir a los árboles, Christine. Viviremos con las flores en lo alto...

Él le cogió el brazo, ansioso por enseñarle a ella el misterio y la belleza del pueblo del cielo en el que se transformarían. Ella intentó protestar, pero se rindió y le siguió la corriente mientras lo conducía suavemente desde la casa de la playa hasta el muro de flores en llamas. Con una mano en el radiotransmisor del bote inflable, Christine estaba sentada junto a la laguna carmesí mientras Johnson intentaba trepar por las flores hacia el Sol. Estabilizando al niño dentro de sí, lloró por Johnson y solo se calmó dos horas después, cuando la sirena del cúter de la Marina atravesó la ensenada.

Me alegro de que nos haya llamado —le dijo el teniente de la Marina de Estados Unidos a Christine.

—Uno de los pájaros llegó a la base, en San Juan. Intentamos mantenerlo vivo, pero lo aplastó el peso de sus propias alas. Como a todo lo demás aquí.

Señaló desde el puente hacia la pared vegetal. Casi todo el superpoblado dosel se había derrumbado en la laguna, dejando atrás solo unas cuantas de las palmeras

originales con sus trampas para pájaros. Los brotes resplandecían en el agua como faroles sumergidos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí el carguero? —Un hombre mayor, civil, un científico del Gobierno que sostenía un par de binoculares, atisbaba el casco horadado del Próspero. Bajo la casa de la playa, dos marineros cargaban las últimas provisiones de Christine en su bote inflable—. Parece como si hubiera estado encallado ahí durante años.

—Seis meses —le dijo Christine. Ella se sentó junto a Johnson, sonriéndole de forma alentadora—. Cuando el capitán Johnson comprendió lo que estaba ocurriendo me pidió que los llamara.

—¿Solo seis? Ese debe de ser, más o menos, el ciclo de vida de estas nuevas especies. Sus relojes celulares parecen haberse detenido: en lugar de reproducirse se alimentan de sus propios tejidos, como esos frutos gigantes que no tienen semillas. La vida del individuo se transforma en la totalidad de la vida de la especie. —Señaló hacia el impassible Johnson—. Eso probablemente explique la percepción temporal alterada de nuestro amigo: en su mente coalescían grandes bloques de memoria, con lo que una pelota lanzada al aire parecía no caer jamás...

Una marea de peces muertos pasó flotando junto a la proa del cúter; sus cuerpos brillaban como la joyería de un disfraz que se ha descartado.

—¿Usted no se ha contaminado de ninguna manera? —le preguntó el teniente a Christine—. Pienso en el bebé.

—No, yo no probé la fruta —dijo Christine con firmeza—. Solo he estado aquí un par de veces, unas pocas horas.

—Bien. Desde luego, los médicos harán todas las pruebas.

—¿Y la isla?

—Se nos ha ordenado quemar todo el lugar. Las cargas de demolición están programadas para estallar dentro de dos horas, pero nos encontraremos fuera del área de peligro. En cierto sentido, es una pena.

—Las aves aún están aquí —dijo Christine percatándose de Johnson, que miraba los árboles.

—Afortunadamente usted las ha atrapado a todas. —El científico le ofreció los prismáticos—. Estos desechos orgánicos son un peligro; Dios sabe qué podría pasar si los seres humanos se expusieran a ellos durante mucho tiempo. Toda clase de siniestras alteraciones del sistema nervioso; la gente podría contentarse con contemplar una piedra durante todo el día.

Johnson los escuchaba hablar, contento de sentir la mano de Christine sobre la suya. Ella lo miraba con una sonrisa silenciosa, consciente de que compartían la conspiración. Ella intentaría salvar al hijo, el último fragmento de su experimento, y sabía que si sobrevivía enfrentaría el feroz reto de quienes temieran que pudiera reemplazarlos.

Pero las aves resistieron. La mente de Johnson se había despejado y recordaba las visiones que le habían dado un atisbo de otro mundo más avanzado. En lo alto, por encima del dosel caído, podía ver las trampas que él había instalado y los grandes pájaros sentados sobre sus alas. Al menos ellos podrían continuar con el sueño.

Diez minutos más tarde, cuando el bote inflable ya estaba sobre la cubierta, el cúter levó anclas y avanzó por la ensenada. Al pasar el cabo occidental de la isla, el teniente ayudó a Christine a llegar hasta el camarote. Johnson los siguió; luego empujó a un lado al científico del gobierno, saltó desde la barandilla y se zambulló limpiamente en el agua. Nadó hacia la playa, que estaba a unos treinta metros de distancia, sabiendo que era lo bastante fuerte como para trepar los árboles y liberar las aves; con suerte una pareja lo llevaría con ellas en su huida del tiempo.

1990

## GUÍA PARA UNA MUERTE VIRTUAL

*Por razones ampliamente documentadas en otra parte, la vida inteligente de la Tierra se extinguió en las últimas horas del siglo xx. Entre las pistas que nos han quedado, el siguiente horario de un día de programas de televisión, emitidos para una ciudad no mencionada del hemisferio norte el 23 de diciembre de 1999, ofrece una perspectiva de los orígenes de la catástrofe.*

6:00 *Porno-disco.* Despiértese con imágenes de porno duro, para él y para ella, acompañadas de música disco.

7:00 *Informe del tiempo.* Los microclimas previstos para hoy en los patios interiores de los hoteles, centros comerciales y edificios de oficinas de la ciudad. El Hilton International promete nevadas intermitentes vespertinas como aperitivo de Navidad.

7:15 *Resumen de noticias.* ¿Qué han planeado para usted nuestras fuentes de noticias? Tal vez una pequeña guerra, un terremoto sintético o una relación comparativa entre las regiones que sufren hambruna y las organizaciones benéficas.

7:45 *Hora del desayuno.* Comidas *gourmet*, para mirar mientras usted ingiere su dieta de celulosa.

8:30 *Especial para el pasajero.* El programa de juegos de la hora punta. ¿Cuántos traseros puede pellizcar; cuántas caras abofetear?

9:30 *El programa de los viajes.* Visite los aeropuertos y los aparcamientos subterráneos más grandes del mundo.

10:30 *Amas de casa de ayer.* Escenas nostálgicas de los quehaceres domésticos a la antigua. N.º 7: «La aspiradora».

11:00 *La guerra en la oficina.* Culebrón decano sobre las guerras de pandillas en la oficina.

*Boletín de noticias.* La cadena promete o bien un nuevo asesino en serie o

bien una toxina letal en los alimentos.

13:00 *En vivo desde el Parlamento*. N.º 12: «El miembro del Parlamento alcohólico».

13:30 *Hurgadores de narices*. Programa de higiene para los peques.

14:00 *Acaríciame*. Porno blando para la hora de la siesta.

14:30 *Sus anuncios preferidos*. Reposición de viejos éxitos publicitarios de televisión a petición del público.

15:00 *La elección de las amas de casa*. La violación y cómo prepararse psicológicamente.

16:00 *Cuenta regresiva*. Programa de juegos en el que los participantes cuentan hacia atrás a partir de un millón.

17:00 *Boletín de noticias*. O bien un accidente de un avión de pasajeros o el colapso de un banco. Los espectadores eligen.

18:00 *Especial de hoy*. Realidad Virtual TV presenta «El asesinato de Kennedy». Los auriculares de Realidad Virtual lo llevan a usted a Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963. Usted primero dispara el rifle del asesino desde la ventana del Depósito de Libros y después se sienta entre Jackie y JFK, en la limusina presidencial, cuando la bala hace impacto en el objetivo. Solo para suscriptores *premium*: sienta cómo el tejido cerebral del presidente salpica su rostro, o limpie las lágrimas de Jackie con su pañuelo.

20:00 *La hora de la cena*. Más platos *gourmet* para mirar con su celulosa dietética de la noche.

21:00 *Ciencia hoy*. ¿Hay vida después de la muerte? Los microelectrodos recogen impulsos ultradébiles de cerebros muertos hace mucho tiempo. Los parientes preguntan a los que se han ido.

22:00 *Alerta crimen*. ¿Será su hogar el escogido por la pandilla delictiva de la televisión para irrumpir en él esta noche?

*Especial de hoy*. El teleorgasmo. Realidad virtual TV lo lleva a una orgía. Tenga sexo con las mayores estrellas del mundo. Esta noche: Marilyn



- 23:00 *premium*: experimente las transexualidad, la pedofilia, la sífilis terminal, la violación por una pandilla y el bestialismo (elección: pastor alemán o golden retriever).
- 1:00 *Boletín de noticias*. Colisión aérea de esta noche.
- 2:00 *La hora religiosa*. Imagine que está muerto. Sacerdotes y neurocientíficos elaboran un modelo realista de su muerte.
- 3:00 *El cazador nocturno*. ¿Entrará ahora mismo por la ventana de su habitación el violador de la tele?
- 4:15 *Sexo para insomnes*. Porno blando para acunarlo hasta que se quede dormido.
- 5:00 *La hora de la caridad*. Programa de juegos en el que participantes del Tercer Mundo imploran dinero.

1992

## EL MENSAJE DE MARTE

La exitosa finalización de la misión a Marte de la NASA en 2008, indicada por el aterrizaje sin problemas del vehículo espacial Zeus IV en la Base Edwards de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, en California, significó un gran triunfo para la Agencia. Durante la década de los noventa, después del fracaso del proyecto Transbordador Espacial, todo el futuro de la NASA estuvo en peligro. La falta de interés del público norteamericano en el programa espacial, unida a los inquietantes acontecimientos políticos que tenían lugar en el antiguo bloque de la Unión Soviética, habían conducido al Congreso a recortar el presupuesto para la astronáutica. Los sucesivos presidentes de Estados Unidos estaban demasiado ocupados en la tarea de equilibrar la balanza de pagos nacional y hacía tiempo que sus consultores científicos insistían en que la exploración del universo podía realizarse de forma mucho más económica mediante vehículos no tripulados.

Pero los directores de la NASA siempre habían sabido que la exploración científica del espacio era una parte pequeña del motivo de subsistencia de la agencia. Los vuelos tripulados eran los únicos que podían estimular la imaginación del público y garantizar los ingentes fondos necesarios para hacerlos realidad. El alunizaje exitoso del Apolo, en 1969, probó que el camino hacia el corazón espiritual de Estados Unidos podía asfaltarse con dólares, pero hacia el año 2000 ese camino parecía cerrado para siempre. En su lucha para mantener viva la agencia, los directores de la NASA se vieron reducidos a la realización de la cartografía satelital de las zonas áridas del Medio Oeste, con la perspectiva de ser absorbidos por el Departamento de Agricultura.

Sin embargo, en el último minuto, la agencia fue salvada y dotada de fondos suficientes para emprender su misión más importante hasta la fecha. El anuncio, realizado en Pekín el 1 de enero de 2001, de que una nave espacial china había aterrizado en la Luna, produjo una oleada de inquietud a lo largo de la nación estadounidense. Es cierto, la bandera de Estados Unidos había sido izada en la Luna más de treinta años antes, pero ese acontecimiento ya pertenecía a un milenio anterior. ¿Estaría este milenio dominado por los pueblos del lado asiático de la cuenca del Pacífico, quienes invertirían sus inmensos superávits económicos en proyectos espectaculares que estimularían la imaginación de los habitantes del planeta durante el siglo que comenzaba?

Mientras se transmitían a todas las pantallas de televisión del mundo las imágenes de los cosmonautas chinos posando junto a su vehículo espacial en forma de pagoda, El Templo de la Levedad, llegó la noticia de que una tripulación espacial indonesia y una sonda no tripulada coreana pronto alunizarían junto al vehículo chino.

Acicateado por todo este movimiento, un presidente Quayle que ya no se veía somnoliento dirigió un discurso a ambas cámaras del Congreso. En cuestión de semanas se asignó a la NASA un fondo de emergencia de varios miles de millones de dólares, con la orden de dar comienzo a un programa espacial intensivo que ignorara la Luna y pusiera a un estadounidense en Marte antes del final de la década.

Como siempre, la NASA asumió con coraje el reto representado por el dinero de los contribuyentes. Se reclutó un ejército de ancianos ingenieros espaciales, traídos de sus hogares de retiro en Florida. Se introdujo a cincuenta pilotos de pruebas civiles y militares en un programa de entrenamiento de astronautas. Al cabo de dos años, el Zeus I, prototipo no tripulado de los enormes vehículos espaciales que más tarde transportarían a una tripulación de cinco cosmonautas, despegaba estruendosamente desde Cabo Cañaveral en un viaje de reconocimiento de seis meses de duración. La nave circundó el Planeta Rojo una docena de veces e inspeccionó la probable zona de aterrizaje antes de regresar, con éxito, a la Tierra.

Tras dos vuelos no tripulados más —en 2005 y 2006— en noviembre de 2007 fue lanzada la astronave Zeus IV, hecho que garantizó una arrolladora victoria electoral del presidente Quayle en su tercer período presidencial, y que los cinco astronautas saludaron desde la cabina de mando de su nave espacial. Para entonces, los programas lunares chino, indonesio y coreano habían quedado en el olvido. Los ojos del mundo estaban fijos en la Zeus IV y pronto sus cinco tripulantes se hicieron más famosos que cualquier superestrella de Hollywood.

La NASA había escogido, prudentemente, una tripulación internacional encabezada por el coronel Dean Irwin, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. El capitán Clifford Horner y el comandante John Merritt eran antiguos pilotos de pruebas del Ejército y la Marina estadounidenses respectivamente, pero el equipo se completaba con una médica rusa, la coronel Valentina Tsarev, y un especialista en informática japonés, el profesor Hiroshi Kawahito.

Durante los dos meses que duró su viaje a Marte, las peculiaridades, así como las personalidades de los cinco astronautas se volvieron algo tan familiar para el público como las caras al otro lado de la mesa del desayuno. La Zeus IV era la nave espacial de mayor tamaño jamás lanzada y tenía las dimensiones de un submarino nuclear. Sus grandes salas de control y sus cabinas de observación, las instalaciones de la tripulación, así como la capilla no confesional (si se convenía un matrimonio, el coronel Irwin estaba autorizado para celebrarlo) recordaban felizmente a los telespectadores a la astronave Enterprise, de la serie de televisión *La conquista del espacio*, que aún se emite sin parar en un centenar de cadenas televisivas. El público se enganchó rápidamente a la presencia sosegada y digna del coronel Irwin, el humor socarrón del capitán Horner, la alegre voz de ordenador del voluble japonés y la maternal, aunque a veces coqueta, doctora Valentina. Millones de espectadores acudieron en su apoyo cuando la Zeus IV atravesó una inesperada tormenta de

meteoritos, pero el casco ultraduro de cerámica y fibra de carbono, un producto secundario de la industria más avanzada de carrocerías para tanques, demostró ser más resistente aun de lo que sus diseñadores habían esperado. Los paseos espaciales para inspeccionar la nave parecían *ballets* con elegantes coreografías —cosa que eran, por supuesto, al igual que toda la actividad que se mostraba a la audiencia— y confirmaron al público que la humanidad había entrado finalmente en la segunda era espacial.

Dos meses después del despegue desde Cabo Cañaveral, la Zeus IV aterrizó en Marte, cuya presencia lúgubre había acechado a la nave de forma cada vez más ominosa en las semanas anteriores. Los apagones radiales causados por el campo magnético del planeta, y hábilmente orquestados por los especialistas en RR. PP. de la NASA, causaron estremecimiento y pánico entre la audiencia. Sin embargo, el aterrizaje fue todo un éxito que se celebró con el izamiento de la Barras y Estrellas, a la que siguió la bandera de Naciones Unidas. Al cabo de una hora, la tripulación de la Zeus IV tocaba el suelo marciano; de pie junto a su nave espacial, entonaban su cuidadosamente ensayado «Himno a la era espacial». A partir de ese momento, ningún miembro del Congreso se atrevió a negarle nada a la NASA.

Durante las siguientes seis semanas el interés público en la misión a Marte se mantuvo por las nubes, sostenido por la cuidadosa atención que prestó la NASA a las necesidades emocionales de la audiencia mundial. Se mostraba la vida dentro de la nave espacial como un cruce entre una comedia de situación televisiva y un curso básico de astronáutica. La tripulación se prestó con tolerancia a estas parodias. Se vio cómo la doctora Valentina reemplazaba un empaste de la boca del comandante Merritt y cómo el profesor Kawahito, galán de mil millones de espectadores asiáticos, ganaba un durísimo torneo de ajedrez a los ordenadores de a bordo de la Zeus IV. Hasta hubo romance en el ambiente cuando la doctora Valentina dejó la puerta de su camarote seductoramente entreabierta. Las cámaras de televisión seguían a la tripulación cuando salía en sus vehículos a explorar los mares fósiles marcianos, en busca de muestras de las rocas y la atmósfera locales.

Cuando promediaba la misión, la tripulación mostró una leve impaciencia con los papeles que les habían impuesto en los medios, algo que los psicólogos de la NASA atribuyeron a una mayor madurez personal, producto de cierto sentimiento de sobrecogimiento planetario. Para que recordaran la Tierra, se instó a los astronautas a mirar episodios de *Dallas*, *Dinastía* y *Los Picapiedra*, así como a participar en una serie de entrevistas con el presidente Quayle en el Despacho Oval. Con todo, sus ánimos iban mejorando a medida que se acercaba el día del regreso. Cuando la Zeus IV despegó de la superficie marciana, toda la tripulación estalló de forma espontánea en un «viva» que no estaba en el guion, hecho en el que algunos observadores advirtieron un tono irónico.

Ignorando esta frivolidad espontánea, la NASA planeó un exuberante recibimiento en

la base aérea Edwards, lugar de aterrizaje previsto para la Zeus IV. Estarían presentes todos los gobernadores y miembros del Congreso de Estados Unidos, además del presidente Quayle, los jefes de Estado de treinta países y una multitud de celebridades del mundo del espectáculo. Un programa interminable de presentaciones en los medios esperaba a los astronautas: habría desfiles triunfales, seguidos de una gira mundial de seis meses de duración. La NASA ya había designado compañías de agentes literarios y expertos en relaciones públicas para mirar por los intereses comerciales de los astronautas. Hubo patrocinios deportivos, contratos por libros y consultorías muy bien pagadas. Las noticias de estos convenios se transmitían a la tripulación que venía de regreso a casa, cuyos miembros parecían satisfechos por el interés que su logro había despertado, sin saber que cada vez que aparecían en las pantallas, sus imágenes iban acompañadas por los totales en efectivo consignados a cada uno de ellos. Dos días antes del aterrizaje de la Zeus IV, la NASA anunció que tres grandes estudios de Hollywood colaborarían en la realización de la película más costosa de todos los tiempos, donde los astronautas actuarían de sí mismos en una fiel representación de su viaje marciano.

Así pues, a las 15:35 del 29 de abril de 2008, la Zeus IV apareció en el cielo de California. Acompañada por seis aeronaves de seguimiento, la astronave realizó su descenso, y un perfecto aterrizaje, guiada por sus ordenadores de a bordo, a menos de cincuenta metros del palco del presidente Quayle. El pasmado silencio fue quebrado por un gigantesco viva cuando dos de los astronautas aparecieron en las ventanas de observación. La multitud se apretaba hacia adelante a la espera de que se abrieran las escotillas en el instante en que acabaran los controles del aterrizaje.

A pesar de la calidez del recibimiento, los astronautas se mostraron sorprendentemente remisos a salir de la aeronave. Los equipos de descontaminación ya habían sido dispuestos junto a las cámaras herméticas, listos para abordar la astronave y evacuar la atmósfera del interior para su análisis en el laboratorio. Pero la tripulación había anulado todas las secuencias computarizadas y no respondía las preguntas urgentes de los controladores de tierra. Habían apagado las cámaras de televisión situadas dentro de la nave, pero se les podía ver por las ventanas de observación, aparentemente ordenando sus camarotes y cambiándose los monos. Hubo un atisbo de la doctora Valentina en la cocina, donde parecía estar esterilizando sus instrumentos quirúrgicos. Por las tribunas se extendió el rumor de que uno de los tripulantes se había herido durante el reingreso en la atmósfera, pero pronto se supo que la doctora Valentina, sencillamente, estaba fabricando jabón. Más extraño todavía, se vio al profesor Kawahito colocar seis tableros de ajedrez paralelos, como si se estuviera preparando para otro torneo contra la nave.

Llegado este punto, una hora después de su llegada, la tripulación pasó a un estado de enfado, a juzgar por las caras que se veían contra las ventanas de observación, y las persianas interiores se cerraron abruptamente. Este gesto desdeñoso inquietó aún más a la muchedumbre, y el personal de tierra intentó forzar

la escotilla principal. Cuando esta tentativa falló, el director del equipo de recuperación de colisiones de la NASA comenzó a golpear las cerraduras con un bate de béisbol que tomó prestado a un joven que estaba sentado sobre los hombros de su padre. Se oyeron los primeros silbidos y abucheos de la multitud, que empujó las torres de metal sobre las cuales aguardaban impacientes los equipos de la televisión. Un camarógrafo resbaló y cayó a través del techo de un autobús aparcado. Los altavoces atronaban absurdamente sobre las cabezas de más de un millón de espectadores, sentados en sus coches alrededor del perímetro del campo de vuelo. Los jefes de Estado, diplomáticos y generales consultaban sus relojes, mientras el presidente Quayle, hacía involuntarios movimientos de *putting* con el micrófono portátil que llevaba en las manos y su edecán militar, que llevaba el maletín con los códigos de lanzamiento nuclear le hacía inquietantes gestos para que se aproximara. Los abucheos de la muchedumbre solo fueron ahogados por un escuadrón de aviones de reacción que sobrevoló la base a baja altura, liberando franjas de humo rojo, blanco y azul. La torre de control transmitió una frenética orden de retirada y el vuelo de la victoria acabó en una confusión al regresar los pilotos a sus puntos de reunión en el cielo dejando detrás un delirio de humo sobre la Zeus IV.

Finalmente, volvió la calma cuando una compañía de la policía militar se situó alrededor de la nave espacial y obligó a la muchedumbre a colocarse detrás de los palcos VIP. Encabezados por el presidente Quayle, los dignatarios dejaron sus asientos y se encaminaron velozmente, por la alfombra roja, hacia las tiendas donde se ofrecía el refrigerio. Las cámaras de televisión enfocaron sus lentes en la Zeus IV, a la espera del menor signo de movimiento.

Cuando cayó la noche, los espectadores que estaban fuera del perímetro del campo de vuelo comenzaron a dispersarse. Potentes lámparas de arco bañaban con su luz la nave espacial, y durante la noche se realizó un nuevo intento de contactar a la tripulación. Pero ni los mensajes en clave Morse, tamborileados sobre el casco, ni los rayos láser dirigidos a las veladas ventanas de observación obtuvieron respuesta alguna. No se oía ningún sonido procedente del interior de la nave, como si la tripulación se hubiera acomodado ya para pasar la noche, y cientos de teorías comenzaron a circular entre los jefes de la NASA y los equipos de médicos y psiquiatras convocados en su auxilio.

¿Podía ser que los astronautas estuvieran en la etapa final de una enfermedad letal contagiosa? ¿Quizás un parásito alienígena había invadido su cerebro? ¿El viaje los había dejado demasiado cansados, desde el punto de vista emocional, como para afrontar la recepción que les aguardaba, o habían sido invadidos por una sensación de humildad tan intensa que solo ansiaban el silencio y el anonimato? ¿Acaso una consecuencia imprevista de la dilatación del tiempo los había regresado psicológicamente a las horas o días previos a su aterrizaje físico? ¿Habían muerto, tal vez, en un sentido espiritual, o estaban montando un motín por motivos propios?

Circundados por las tribunas vacías y los silenciosos banderines, los jefes de la NASA tomaron una decisión. Una hora antes del amanecer, dos lanzas térmicas arremetieron contra las placas resistentes al calor de la astronave. Pero el casco de cerámica de carbono de la Zeus IV había sido forjado a temperaturas muy superiores de las de una lanza térmica.

La única solución era una explosión controlada, a pesar del peligro que eso representaba para la tripulación encerrada en la nave. Pero, cuando el escuadrón de demolición colocaba las cargas en la escotilla ventral, la persiana de una de las ventanas de observación se abrió por primera vez. Capturados por las cámaras, los rostros del coronel Irwin y el comandante Merritt observaron las bombas lapa, los detonadores y los cables de los iniciadores. Miraron sosegadamente a los funcionarios de la NASA y a los ingenieros que les dirigían gestos y sacudían negativamente las cabezas, y rechazaron el mundo con un breve ademán de la mano, antes de cerrar la persiana por última vez.

Huelga decir que la NASA no permitió que nada de esto se filtrara al público en general, y declaró que la tripulación había enviado una alerta sobre los posibles riesgos de una virulenta enfermedad interplanetaria. Los voceros de la NASA confirmaron que se había dado a los tripulantes la orden de permanecer aislados hasta que el misterioso virus pudiera ser identificado y destruido. La Zeus IV fue enganchada a un tractor y trasladada a un hangar vacío, en un rincón distante de la base aérea, lejos de las cámaras de televisión y de los miles de curiosos que aún acampaban alrededor de la valla perimetral.

Durante las semanas y los meses subsiguientes, varios equipos de ingenieros y psicólogos, astrofísicos y clérigos, intentaron liberar a la tripulación de su prisión autoimpuesta. Desde el inicio se dio por supuesto que la inmolación de los astronautas era del todo voluntaria. No obstante, un guardia armado, apoyado por dispositivos electrónicos de seguridad, mantenía el vehículo espacial bajo estrecha vigilancia. Debajo de la nave se colocó un sistema de básculas para controlar el peso de la Zeus IV de forma continua y así conocer al instante cualquier intento de fuga.

Pero el peso de la astronave se mantuvo constante y nunca fluctuaba más allá del peso del polvo que se acumulaba sobre el casco. En todos los sentidos, la Zeus IV era un mundo sellado herméticamente, inmune a toda presión interna o externa. Una explosión controlada lo bastante potente como para partir el casco rajaría también los motores y diseminaría el combustible nuclear de la nave, lo que provocaría protestas políticas en todo el mundo y condenaría a la NASA para siempre. No había ninguna forma de reducir a la tripulación por el hambre: teniendo en cuenta la posibilidad de que la Zeus IV pasara de largo su punto de encuentro con Marte y se perdiera en el espacio exterior para siempre, se había subido a bordo una provisión de doscientas toneladas de alimentos, suficiente para mantener a la tripulación durante cuarenta años. El aire, el agua y los desechos humanos de los astronautas se reciclaban, y había bastantes episodios de *Dallas* en la videoteca como para entretenerlos durante

toda la eternidad.

En realidad, la Zeus ya no necesitaba de la Tierra, y los funcionarios de la NASA reconocieron que solo los medios psicológicos podrían persuadir a la tripulación de abandonar su nave. Supusieron que una profunda crisis espiritual había afectado a los cosmonautas y que hasta que esta se resolviera la principal tarea de los rescatadores era establecer algún canal de comunicación.

Así comenzó una larga sucesión de ardidés y estratagemas. Ni los desconcertados ruegos de los parientes, cuyos rostros empapados en lágrimas se proyectaban sobre el techo del hangar, ni las oraciones de los clérigos, ni el ofrecimiento de ingentes sobornos en efectivo, ni los llamamientos al patriotismo, ni siquiera la amenaza de la cárcel consiguió una sola reacción de los astronautas. Al cabo de dos meses, cuando la curiosidad pública aún se mantenía viva, los equipos de la NASA admitieron para sí mismos que era probable que la tripulación de la Zeus IV no hubiera oído todas esas amenazas y promesas.

Mientras tanto, un impaciente presidente Quayle, consciente de ser el blanco de los caricaturistas y los comediantes de la televisión, exigió acciones más contundentes. Ordenó que se emitiera música pop a todo volumen contra el casco de la astronave y, más aún, que la inmensa nave fuera balanceada con violencia de un lado a otro hasta que la tripulación entrara en razones. Ese régimen se puso en práctica, pero fue interrumpido al cabo de dos horas, en parte por su absoluta insensatez y en parte por temor a dañar los reactores nucleares.

Un sector más reflexivo de la opinión era consciente de que, si la humanidad pretendía vivir de forma permanente en el espacio, la crisis que afligía a la tripulación de la Zeus ameritaba por sí sola una cuidadosa investigación. En consecuencia, se invitó a la base Edwards a un destacado teólogo, quien inspeccionó el claustrofóbico hangar en el cual la Zeus había sido arrumbada, amarrada como Gulliver mediante cables y sensores acústicos. Se preguntó por qué la tripulación se había molestado en regresar a la Tierra, sabiendo lo que probablemente les esperaba, cuando podrían haberse quedado para siempre en los vastos y vacíos paisajes de Marte. Al regresar, arriesgaba el estudioso, estaban expresando algo importante y reconocían que aún consideraban que su lugar estaba entre la raza humana.

Se inició, por ende, una paciente vigilia. Las cámaras ocultas vigilaban la nave, atentas a cualquier indicio de movimiento en el interior, y unos sensores electrónicos captaban hasta la menor actividad de la tripulación. Al cabo de otros tres meses, se había determinado con certeza la pauta diaria de la vida dentro de la Zeus IV. Los miembros de la tripulación nunca hablaban entre sí, salvo cuando llevaban a cabo los controles de mantenimiento diarios de los sistemas de la astronave. Todos hacían ejercicio de forma regular en el gimnasio, pero el resto del tiempo lo pasaban en sus camarotes individuales. No se escuchaba música y jamás encendían la radio ni la televisión. Por lo que se sabía, pasaban sus días durmiendo, meditando y orando. La



temperatura se mantenía estable a veinte grados centígrados, y el único sonido constante era el de la circulación de aire.

Después de seis meses, los psiquiatras de la NASA llegaron a la conclusión de que la tripulación de la Zeus IV había sufrido un colapso mental traumático — probablemente a consecuencia de la falta de oxígeno— y que ahora se encontraba en estado vegetativo. Los parientes protestaron, pero el interés del público empezó a decaer. El Congreso rehusó asignar recursos para la realización de otras misiones Zeus y la NASA se comprometió a regañadientes a un futuro de vuelos espaciales no tripulados.

Pasó un año. Y otro. La pequeña guardia y el equipo de comunicaciones, incluidos un psicólogo y un clérigo aún vigilaban la Zeus. Los monitores grababan hasta los movimientos más débiles de la tripulación y las pautas de su vida cotidiana, que habían quedado establecidas pocas horas después del aterrizaje. Un análisis computarizado de la forma de caminar que identificaba a cada cosmonauta reveló que mantenían habitaciones individuales y que rara vez se reunían, aunque participaban en las tareas de mantenimiento.

Así pues, los astronautas languidecían en su mundo crepuscular. Un nuevo presidente y el paso de las décadas condujeron al público a olvidarse de la Zeus IV. Se suponía que su tripulación —cuando se la recordaba— se recuperaba en alguna institución secreta del gobierno. En 2016, ocho años después de su regreso, hubo un frenesí de actividad cuando un oficial de seguridad desquiciado encendió un gran fuego bajo la nave, en un intento de hacer salir a la tripulación con el humo. Cuatro años más tarde, un telépata de Hollywood afirmó que estaba en contacto con los astronautas e informó de que habían encontrado a Dios en Marte y que habían jurado mantener en silencio el trágico destino que aguardaba a la humanidad.

En 2015 los cuarteles generales de la NASA, en Houston, fueron alertados por una ligera pero repentina disminución del peso total de la Zeus: las básculas indicaban la desaparición de 77,11 kilogramos. ¿Acaso la astronave se estaba preparando para despegar utilizando algún dispositivo antigravitatorio que la tripulación había construido a lo largo de los diecisiete años que llevaban en la Tierra? Sin embargo, el análisis de los patrones de los pasos de la tripulación confirmó que solo quedaban cuatro astronautas a bordo. Faltaba el coronel Irwin, lo que suscitó una búsqueda exhaustiva por toda la base Edwards. Pero el análisis de los sedimentos orgánicos de los gases liberados por una de las ventilaciones de la nave reveló lo que algunos ingenieros ya habían sospechado. El coronel Irwin había muerto a los sesenta y dos años, y sus restos habían sido vaporizados y devueltos a la atmósfera. Cuatro años más tarde, fue seguido por el japonés, el profesor Kawahito, con lo que la Zeus bajó otros 59,89 kilogramos. Ahora, la provisión de alimentos a bordo de la Zeus duraría más que las vidas de los tres tripulantes supervivientes.

En 2035, disolvieron la NASA y sus funciones fueron asignadas a las

universidades, inmensamente ricas, que llevaban adelante sus propios programas espaciales. La Zeus IV fue ofrecida al Instituto Smithsonian de Washington, pero el director declinó la donación con el argumento de que el museo no podía aceptar exhibiciones que incluyeran organismos vivos. Hacía tiempo que la Fuerza Aérea de Estados Unidos deseaba cerrar la base Edwards y la responsabilidad de esa vasta extensión desierta pasó a manos del Servicio de Parques Nacionales, ávido de supervisar una de las pocas zonas de California que aún no habían sido cubiertas con barrios de casas adosadas idénticas las unas a las otras. Ya hacía mucho que los guardias armados apostados alrededor de la Zeus se habían marchado y dos oficiales de campo supervisaban los antiguos instrumentos que todavía vigilaban la nave espacial.

El capitán Horner murió en 2040, pero el hecho pasó desapercibido hasta el año siguiente, cuando un técnico aburrido clasificó las cintas acústicas obtenidas y realizó un análisis informático con los datos de las pisadas de los tripulantes y los pesos totales la nave.

La noticia de esta muerte, mencionada únicamente en el informe anual del Servicio de Parques Nacionales, llegó a oídos de un empresario de Las Vegas que ya había abierto los antiguos campos de pruebas atómicas de Nevada al negocio turístico, montando simulaciones de explosiones de bombas atómicas. El empresario alquiló el hangar de la Zeus al Servicio de Parques y organizó pequeños grupos de turistas que paseaban alrededor de la astronave, observándola mientras los exiguos patrones de pisadas de los cosmonautas cruzaban las pantallas del sónar situado en el cuarto de vigilancia.

Las visitas cesaron después de tres años de asistencia escasa, pero una década más tarde el propietario de un circo de Tijuana subalquiló el sitio para montar allí su temporada de invierno. Demolió el ya descuidado hangar y construyó un astrodromo hinchable, con una enorme pista central. Había «naves espaciales» de látex rellenas de helio que flotaban alrededor de la Zeus IV y el espectáculo finalizaba con un equipo de mujeres acróbatas que, con sus pechos desnudos, ascendían en masa por el inmenso vehículo.

Cuando se retiró la cúpula hinchable, la Zeus IV quedó bajo las estrellas, junto a una pequeña cabaña en la que un único técnico del Servicio de Parques vigilaba de forma errática las pantallas de ordenador, una hora al día. Para entonces la astronave estaba tapizada de grafitis y lemas obscenos, así como de las iniciales de miles de turistas que hacía tiempo habían desaparecido. Con su tren de aterrizaje hundido en la arena del desierto, la nave recordaba a una locomotora de vapor del siglo XIX, y muchos transeúntes suponían que lo era.

Bajo sus alerones se refugiaban vagabundos y *hippies*, y en una época la nave fue incorporada a un pequeño barrio de chabolas. Años más tarde, un predicador del desierto atrajo una modesta afición al afirmar que el Mesías había hecho su Segunda

Venida y estaba atrapado dentro de la Zeus. Otro cabecilla de una secta aseveraba que era el Demonio quien había hecho de aquella antigua estructura su casa. Los barrios de casas adosadas se acercaban cada vez más al lugar y finalmente rodearon la Zeus, que durante un breve período sirvió como hito luminoso de publicidad para una franquicia de comida rápida que fue un fracaso.

En 2070, sesenta y dos años después de su regreso de Marte, un joven estudiante de posgrado del Reino Unido construyó una estructura de acero alrededor de la Zeus y colocó sondas magnéticas de gran potencia sobre el casco. El equipo de imágenes computarizadas —confiscado, posteriormente, por el Gobierno de Estados Unidos— reveló el interior silencioso y escalofriante de la astronave, sus cabinas de vuelo y sus pasillos vacíos.

Una pareja de ancianos, el comandante John Merritt y la doctora Valentina Tsarev, ya octogenarios, estaban sentados en sus pequeños camarotes, con las manos plegadas sobre sus regazos. Junto a sus sencillos lechos no había libros ni adornos. A pesar de su extrema vejez, ambos estaban muy alertas, limpios y razonablemente bien alimentados. Más misterioso aún, sus ojos brillaban continuamente con una inteligencia astuta y divertida.

## INFORME DESDE UN PLANETA OSCURO

Después de un dilatado viaje, por fin hemos aterrizado en este planeta remoto, listos para llevar a cabo nuestra misión de rescate. Las señales de emergencia que hemos recibido eran de una intensidad frenética, pero aquí todo parece estar en calma. Nuestros primeros sondeos confirman que no es inminente ninguna catástrofe natural. El sistema climático y la circulación atmosférica son estables, a pesar de un reciente incremento en la intensidad de la radiación de fondo. Hay indicios de erosión de larga data en la base ecológica, pero aun así el planeta supera las condiciones para mantener vida.

El reconocimiento aéreo de cientos de ciudades que ocupan los continentes principales sugiere que la población del planeta es de muchos miles de millones, aunque ninguno de los habitantes ha salido a recibirnos. Suponemos que aún están buscando refugio de la catástrofe que estuvo a punto de borrarlos del mapa. Hemos entrado en muchas de estas ciudades y las hemos encontrado abandonadas, pero no hay señales de los vastos refugios subterráneos necesarios para dar abrigo a una población tan inmensa. Es posible que, desesperanzados, los habitantes hayan huido de su planeta temiendo que su llamada de auxilio no hubiera sido recibida. Con todo, las limitadas capacidades de su tecnología aeroespacial descartan esta vía de escape y suponemos que están ocultos en alguna parte.

Para tranquilizarlos, hemos emitido una señal de salutación y amistad desde sus instalaciones de radio y televisión. Este hecho, curiosamente, ha activado las extensas redes informáticas del planeta, que han reaccionado con una súbita muestra de alarma, como si ya estuvieran acostumbrados a desconfiar de las proclamaciones de buena voluntad.

Hemos descubierto que el sistema informático está completamente operativo. Grandes sectores del sistema, especialmente sus funciones predictivas y cognitivas, se han autogenerado en el pasado reciente, cuando las redes de ordenadores, según parece, se movilizaron de forma independiente para hacer frente a la catástrofe inminente.

Nuestras investigaciones confirman que esta amenaza estaba estrechamente vinculada con una importante fecha del calendario planetario, representada por la notación «24:00 horas, 31 de diciembre de 1999». Obviamente, esta fecha señala el fin de dos períodos de gran importancia y el comienzo tanto de un nuevo siglo como de un nuevo milenio. Ahora parece seguro que nuestra llegada ha coincidido casi exactamente —aunque es posible que hayamos llegado un poco después— con ese momento auspicioso que las redes informáticas percibían como un plazo final y desesperado.

Todo el sistema de ordenadores del planeta se encuentra aún en un estado de alerta ultraalta y hay registros de una reciente respuesta total a un peligro extremo. En este momento, el volumen del tráfico de señales entre los satélites es muy pequeño, pero el sistema posee gigantescas memorias, cuya capacidad de almacenamiento excede con mucho sus necesidades previsibles. Actualmente, estos bancos de memoria están llenos y son guardados por complejos códigos que no hemos conseguido descifrar y tal vez sean la fuente y repositorio terminal del conocimiento ancestral de este planeta.

Las defensas del sistema son de tal magnitud que estamos convencidos de que fueron estos ordenadores los que autorizaron la transmisión de la señal de emergencia que nos ha convocado al rescate de su mundo.

Sin embargo, todavía no hay señales de los habitantes ni respuesta a las saluciones que hemos emitido. Las ciudades y sus zonas residenciales, los aeropuertos y las carreteras continúan silenciosos. Mientras tanto, realizamos nuestra investigación de sus valores y virtudes cívicas, y nos hemos encontrado con varias paradojas asombrosas. Es evidente que sus habilidades tecnológicas y científicas son de un elevado nivel, lo que les ha permitido construir las vastas ciudades que cubren la superficie del planeta. En el pasado reciente se ha construido una inmensa infraestructura de caminos, puentes y túneles, complementada por un sistema de aviación que llega hasta los confines más remotos de su mundo.

Los recursos minerales, energéticos y agrícolas del planeta han sido explotados de forma eficiente, y hasta despiadada. Un sistema sencillo, pero obviamente atractivo, de permutas, fundado en el concepto de dinero, permite la transferencia de bienes manufacturados y servicios, y la riqueza excedente ha financiado una ciencia y una tecnología en constante expansión. Los vuelos espaciales, salvo en sus formas más primitivas, están todavía por encima de las capacidades de estos pueblos, pero han conseguido controlar la energía del átomo, han descifrado los códigos moleculares que rigen su propia reproducción y parecen estar en camino de erradicar la enfermedad y resolver los misterios de la vida y la inmortalidad.

A la vez, nuestros investigadores han confirmado que, pese a estos logros, en otros aspectos, los pueblos de este planeta apenas se han alzado de los niveles más bajos de la barbarie. El disfrute del dolor y la violencia es en ellos algo tan natural como el aire que respiran. La guerra, sobre todo, es un deporte muy difundido en el que las poblaciones rivales, y con frecuencia continentes enteros, se atacan mutuamente con las armas más sanguinarias y destructivas, sin importarles las muertes ni el sufrimiento que puedan causar. Estos conflictos pueden durar años o décadas. Las naciones que nominalmente están en paz dedican una gran proporción de sus ingresos colectivos a construir arsenales de armas letales y satisfacen el apetito de sus poblaciones con una panoplia de entretenimientos brutales en los cuales la violencia, la humillación y el asesinato son prácticamente los únicos ingredientes.

No sorprende, pues, que nuestras últimas investigaciones confirmen que la

amenaza inminente contra la cual nos alertaron sus ordenadores fuera, en efecto, la que representaba la propia existencia de estos pueblos. Ellos constituyen el peligro que estaba a punto de barrer con su planeta y, para salvarlos, sus redes informáticas nos han llamado desde los confines del universo.

Puede que el plazo establecido por los ordenadores, la hora decisiva en que un milenio cedió su lugar al otro, explique la razón de su alarma. Dado el apetito de violencia de estos pueblos, quizás hayan considerado el nacimiento del nuevo milenio como una suerte de licencia para entregarse a una celebración de la destrucción aún mayor. Esperaron en el umbral del espacio: una horda bárbara con el secreto de la inmortalidad a su alcance, ávida de practicar su propia psicopatología como si fuera el juego supremo.

La previsión de esta virulenta plaga que se extiende por el universo debe de haber suscitado que los ordenadores decidieran ponerle fin. Pero queda el misterio supremo de dónde están los habitantes. Si han sido aniquilados físicamente, en un acto de higiene planetaria, no hay rastro de los miles de millones de cadáveres ni de las vastas necrópolis necesarias para inhumarlos.

Se nos ocurre una posible explicación, mientras nos disponemos a regresar a nuestra estrella de origen. Empujados por la necesidad de una réplica más realista de las escenas de matanzas que más les han entretenido, la gente de este mundo infausto ha inventado una versión avanzada y aparentemente interiorizada de sus pantallas de televisión, una réplica virtual de la realidad en la cual pueden actuar sus fantasías más aberrantes. En los últimos años del milenio, estas simulaciones tridimensionales elaboradas por sus ordenadores han alcanzado un grado de desarrollo en el cual la imitación de la realidad es más convincente que el original. Hasta puede haberse transformado en una nueva realidad, en la medida que sus ciudades y carreteras, sus conciudadanos y, finalmente, ellos mismos acababan pareciendo meras ilusiones en comparación con el parque de atracciones de origen electrónico en el que preferían jugar. Dentro de esa realidad podían asumir cualquier identidad, crear y realizar cualquier deseo, y explorar sus sueños más aberrantes.

Pero los habitantes podían decidir regresar al mundo en algún momento del nuevo milenio y evaluarlo comparándolo con esas ensoñaciones, dispuestos a destruir el mundo como hace un niño aburrido con un juguete que no funciona. ¿Acaso los ordenadores de este planeta, tras haber recibido de buen grado a la población en esa caverna de ilusiones, tomaron una decisión desesperada y los enterraron magnéticamente, traduciéndolos mediante una ciencia aún no descubierta a una versión memorizada de sus personalidades físicas? Ya dentro de la caverna, cerraron, y encriptaron, las puertas de esa muerte virtual, y al final quedaron los ordenadores solos, y a salvo.

Si es así, hemos llegado unos instantes demasiado tarde. Mientras nos marchamos, los ordenadores se van calmando y cantan suavemente al unísono. Tal vez, pese a su brutalidad, echen de menos a sus antiguos compañeros. Nuestra

investigación, ya a punto de concluir, indica que han inventado a Dios, quizás una imagen idealizada de la raza que han enterrado. Al adentrarnos en el espacio, oímos sus plegarias.

1992



JAMES GRAHAM BALLARD (Shanghái, China, 1930 - Londres, Reino Unido, 2009). Escritor británico de ciencia ficción. Un gran número de sus escritos describen distopías. Durante la Segunda Guerra Mundial fue encerrado junto con su familia en un campo de concentración japonés, experiencia que relataría en su obra *El imperio del sol*, propuesta para el Booker Prize, ganadora del Guardian Fiction Prize y que más tarde llevaría al cine Steven Spielberg en la película homónima.

En 1946 su familia se traslada a Gran Bretaña e inicia estudios de medicina en la Universidad de Cambridge, aunque no los completará. A continuación, trabaja como redactor en un periódico técnico y como portero del *Covent Garden*, antes de incorporarse a la RAF en Canadá, como piloto. Una vez licenciado, trabaja durante seis años como adjunto a la dirección de una revista científica, para pasar más tarde a dedicarse por completo a la literatura.



# Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre la frase *Once upon a time* («érase una vez») y *Once a pun a time*, donde *pun* significa precisamente «juego de palabras». (N. del t.)

<<

[2] Parece más que probable que aquí Ballard se confunda de aria, y aluda a la canción interpretada por un barítono en vez de a la famosa habanera «L'amour est un oiseau rebelle», compuesta para una soprano. (*N. del t.*) <<

[3] Acrónimo de Союз Советских Социалистических Республик, es decir, *Soyuz Soviétskij Sotsialistícheskij Respúblík* (o, en español: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). (N. del t.) <<

[4] *Uranus* en inglés suena exactamente igual que *your anus*, «tu ano», en español. (N. del t). <<

[5] También conocida como *La doma de la furia*, y como *La fierecilla domada*. Su título original es *The Taming of the Shrew*, y fue escrita por William Shakespeare entre 1590 y 1593. (N. del t.) <<

[6] Relato de Carl Stephenson en el que se basó el guion de la película *The Naked Jungle* [La jungla desnuda], cuya versión española se tituló *Cuando ruge la marabunta*, dirigida por Byron Haskin en 1954 y protagonizada por Charlton Heston y Eleanor Parker. (N. del t.) <<

[7] La cancioncilla —«*Hubble bubble, double trouble*»— del original, recuerda el cántico de las brujas de Macbeth (acto 4, escena 1): «*Double, double toil and trouble*». (N. del t.). <<



[8] *Cetorhinus maximus*, hasta 10 metros de longitud y 4 toneladas de peso. (N. del t.)

<<

[9] *Physeter macrocephalus*, hasta 20,5 metros de longitud y 40 toneladas de peso. (N. del t.) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[11] Sigla de las «Principales Tiendas Universales», en ruso. (*N. del t.*) <<

[12] En castellano en el original. (*N. del t.*). <<

[13] La isla Wake —Wake Island— es, realmente, un atolón del Pacífico. Sin embargo, al lector puede interesarle saber que la palabra inglesa *wake* significa, además, entre otras cosas, «estado de vigilia» y «velatorio». (*N. del t.*) <<

[14] Terapia electroconvulsiva. (*N. del t.*) <<

[15] Las palabras acompañadas con un asterisco en este cuento están en castellano en el original. (*N. del t.*) <<



[16] El texto original es como sigue: «A<sup>1</sup> discharged<sup>2</sup> Broadmoor<sup>3</sup> patient<sup>4</sup> compiles<sup>5</sup> “Notes<sup>6</sup> Towards<sup>7</sup> a<sup>8</sup> Mental<sup>9</sup> Breakdown<sup>10</sup>”, recalling<sup>11</sup> his<sup>12</sup> wife’s<sup>13</sup> murder<sup>14</sup>, his<sup>15</sup> trial<sup>16</sup> and<sup>17</sup> exoneration<sup>18</sup>». Pese a que la gramática castellana obliga a cambiar el orden de las palabras y a añadir otras (entre corchetes), se ha mantenido la correspondencia entre cada término traducido y su número de «nota al pie» del original. (*N. del t.*) <<

[17] Se trata de un juego de palabras, pues el apellido Pharoah se parece a *pharaoh*, término inglés para «faraón». (N. del t.) <<

[18] En castellano en el original. (*N. del t.*). <<

[19] Literalmente «Fin del Mundo», antiguo barrio de Londres. (*N. del t.*). <<

[20] «Novela en clave», en francés. (*N. del t.*). <<

[21] *El mundo en acción*, serie documental de gran difusión y prestigio en los años setenta. (N. del t.). <<

[22] «Franja»: sección de la calle Las Vegas Boulevard South. (*N. del t.*). <<

[23] Terapia electroconvulsiva o de electrochoque. (*N. del t.*). <<



[24] En castellano en el original. (*N. del t.*). <<